CUADERNOS

B.D.I.C

REVISTA BIMESTRAL 46 ENERO FEBRERO 1961

DENIS DE ROUGEMONT
EL PORVENIR DE LA RAZA BLANCA

KARL JASPERS
LA LIBERTAD Y LA UNIDAD DE ALEMANIA

BORIS GOLDENBERG
LAS ETAPAS DE LA REVOLUCION CUBANA

ROGER BASTIDE
EL BRASIL FRENTE A SU DESTINO

JULIO BARRENECHEA
DOS POEMAS INEDITOS

G. F. HUDSON
RUSIA Y CHINA EN LA POLITICA MUNDIAL

VICTOR ALBA
VIAJE POR LAS DEMOCRACIAS POPULARES

B.D.I.C.
21 00048376

EDITORIAL LOSADA

NOVEDADES

JORGE W. ABALOS: **Shunko** ..... $ 70.—
Con el simple relato de la vida de un niño se logra una obra llamada a perdurar; lo prueba el camino que esta narración clara y fresca se está abriendo en otros campos del arte como el cinematográfico.

MIGUEL ANGEL ASTURIAS: **Los ojos de los enterrados** ..... $ 225.—
El hombre y el mundo beligerante en que vivimos dan una nueva dimensión a la novela de América, dimensión que se cumple en algunos grandes escritores como Asturias en esta novela suya de recia esperanza, de masculina rebelión auténticamente reales pero también auténticamente poéticas.

ROSA CHACEL: **La sinrazón** ..... $ 200.—
El Fondo Nacional de las Artes ha considerado merecedora de su apoyo, a esta original novela en que un ser extraño arriesga su alma en aventuras espirituales muy osadas y su vida en humanísimas aventuras pasionales.

JULES ROMAINS: **Nacimiento de la banda** ..... $ 130.—

JULES ROMAINS: **Comparecencias** ..... $ 130.—

JULES ROMAINS: **La alfombra mágica** ..... $ 130.—
Tomos XXIII, XXIV y XXV de **Los hombros de buena voluntad.** La Sociedad de nuestro tiempo, tan rápidamente cambiante, halla en estas novelas de Jules Romains un espejo múltiple, fiel, sinuoso e irónico que figura entre los más importantes de la literatura moderna.

MARTIN HEIDEGGER: **Sendas perdidas (Holzwege)** ..... $ 200.—
Los estudios recogidos en este volumen son los más significativos, después de los planteos de **Ser y tiempo,** y los más aptos para apreciar la evolución del pensamiento en este autor de primera magnitud en el firmamento filosófico de nuestra época.

EMMANUEL KANT: **Crítica de la razón pura** (2a. parte) ..... $ 170.—
Primera traducción castellana directamente del alemán completa de esta obra, inmortal por la gloria de su autor y por ser aún una clave para comprender momentos capitales del pensamiento moderno y contemporáneo.

REIMPRESIONES IMPORTANTES

ALBERT CAMUS: **La caída** (3a. ed.) ..... $ 65.—
JOHN DEWEY: **Democracia y educación** (4a. ed.) ..... $ 180.—
EMIL LUDWIG: **Beethoven, vida de un compositor** (4a. ed.) ..... $ 200.—
AUGUST MESSER: **Filosofía y educación** (6a. ed.) ..... $ 80.—
ERNESTO MEUMANN: **Pedagogía experimental** (4a. ed.) ..... $ 160.—
JEAN-PAUL SARTRE: **La edad de la razón** (4a. ed.) ..... $ 150.—
JEAN-PAUL SARTRE: **La suerte está echada. — El engranaje** (3a. ed.) ..... $ 120.—
GEORGE BERNARD SHAW: **Guía política de nuestro tiempo** (2a. ed.) ..... $ 180.—
RICARDO GUIRALDES: **Don Segundo Sombra** (18a. ed.) ..... $ 40.—
FEDERICO GARCIA LORCA: **Cinco farsas breves,** seguidas de **Así que pasen cinco años** (2a. ed.) ..... $ 40.—
HORACIO QUIROGA: **Cuentos de la selva** (5a. ed.) ..... $ 30.—

Editorial **LOSADA S. A.**

ALSINA 1131
Buenos Aires

URUGUAY — CHILE — PERU — COLOMBIA

SUMARIO

¿Cuál es el porvenir de la raza blanca?	Denis de Rougemont	3
La libertad y la unidad de Alemania	Karl Jaspers	9
Un socialista en las democracias populares	Víctor Alba	19
Brasil frente a su destino	Roger Bastide	26
El desenvolvimiento de la revolución cubana	Boris Goldenberg	33
España y Estados Unidos	Julián Andía	40
Rusia y China	G. F. Hudson	44
Conversación con Julio Barrenechea	Mario Espinosa	50
Poemas	Julio Barrenechea	53
Mi Maragall	Pedro Laín Entralgo	55
El estilo vital de Velázquez	Paulino Garagorri	66
La antinovela	Jean Bloch-Michel	75
Meditaciones sobre la poesía	Antonio Porras	85
Fantasía reincidente (Cuento)	Jorge Icaza	92

Crónicas

Santo Domingo, feudo de Trujillo	Jean Ziegler	98
De Gaulle entre los insumisos y los rebeldes	François Bondy	103
El teatro de Lorca de nuevo en Madrid	Alvaro Salas	109

Bellas Artes

La II Bienal latinoamericana	Antonio de Undurraga	112

Los libros. Colaboradores. Documentos.
Correspondencia.

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA
18, Avenue de l'Opéra, PARIS (1er)

CONSEJO DE HONOR :

Germán ARCINIEGAS, Eduardo BARRIOS, Américo CASTRO, Emilio FRUGONI, Rómulo GALLEGOS, Salvador DE MADARIAGA, Jorge MAÑACH, Francisco ROMERO, Luis Alberto SANCHEZ, Eduardo SANTOS y Erico VERISSIMO.

Director : Julián GORKIN

Secretario de Redacción : Ignacio IGLESIAS

Fundada bajo los auspicios del Congreso por la Libertad de la Cultura, la revista bimestral *Cuadernos* se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Nuestra revista cuenta con la colaboración de escritores de todas las tendencias democráticas. Nuestros colaboradores hablan siempre en su nombre y bajo su exclusiva responsabilidad; la revista sólo se hace responsable de los editoriales, documentos y notas sin firma.

¿Cuál es el porvenir de la raza blanca?

POR DENIS DE ROUGEMONT

La civilización que tuvo su origen en Europa ha dominado el mundo durante siglos. Todavía en nuestra época sigue siendo la civilización que todo el mundo imita, incluso cuando la combate. Sigue, pues, siendo aún la más fuerte. Y, sin embargo, cuando se la compara con otras civilizaciones pasadas, presentes o en formación, nos damos cuenta de que lo que la distingue de ellas son dos rasgos esenciales a los que generalmente se tiene por otras tantas causas de debilidad: me refiero a una inquietud fundamental y a un desorden permanente.

Los chinos y los egipcios, los sumerios y los romanos, los aztecas y los mayas, crearon órdenes estables. Sus sacerdotes y sus príncipes tenían una respuesta para todo.

Por el contrario, nosotros los hombres de Occidente —y más los europeos que los americanos— sufrimos de una especie de inquietud esencial. Siempre estamos hablando del «desconcierto de la época» y tenemos la sensación de vivir en un caos que no cesa de aumentar, en una selva de contradicciones morales, intelectuales y prácticas. ¿Y de dónde proceden esta inquietud fundamental y este desorden permanente que los mejores espíritus vienen deplorando desde hace siglos?

Esos rasgos no pueden ser accidentales. Creo incluso que se remontan a las fuentes mismas de nuestra civilización y que son inseparables de ellas. Para mí van unidos a nuestras dos tradiciones esenciales; el cristianismo y el espíritu científico. Nuestra inquietud proviene de nuestra fe, y nuestras incertidumbres tienen su origen en la naturaleza misma de nuestras certezas. Tal paradoja se explica de una manera bastante sencilla.

Tomemos el ejemplo del hombre cristiano. Pues bien, el hombre cristiano puede leer en la Escritura que «no existe un justo, ni siquiera uno» y que, no obstante, debería ser santo. Sabe que el pecado consiste en estar separado de la Verdad viviente y que todos los hombres son pecadores. Así, pues, se esfuerza por acercarse a la Verdad y a la santidad. De todos modos, en este esfuerzo sin final ni reposo le sostiene su fe en la gracia. Por consiguiente, es un inquieto perpetuo, pero un inquieto que conoce las razones de su inquietud, un inquieto que sabe que esa inquietud es normal y no desesperada, puesto que la produce su fe, es decir, su certidumbre.

Tomemos ahora el ejemplo del hombre científico. Pues bien, este tipo de hombre lee la historia de la ciencias, la cual le muestra que todas las «verdades» establecidas por las sucesivas escuelas son relativas y provisionales y han sido superadas una tras otra, y que, sin embargo, la razón de ser de la ciencia es aprehender verdades ciertas. En este esfuerzo sin final ni reposo por acercarse a una meta siempre huidiza, al hombre científico le sostiene su confianza en la razón y en la experiencia verificadora. La misma exigencia de rigor que por una parte viene a poner constantemente en tela de juicio las certezas que se creía haber conquistado, constituye por otra parte la garan-

tía de un progreso hacia la verdad. De este modo, pasando del desorden a un cierto orden, después hacia un nuevo desorden y finalmente hacia una nueva forma más amplia de interpretarle, la ciencia va avanzando.

La pasión de la investigación

El oriental plantea el problema de saber si el occidental no prefiere en definitiva la búsqueda a la plena posesión de la verdad. Uno se siente tentado a responder que, en efecto, es así, sobre todo cuando oímos a los intelectuales liberales de hoy dirigir a los ortodoxos de todas las observancias el reproche, que a sus ojos anula todo, de ser hombres «que han cesado de buscar» y «que se creen los poseedores de la verdad absoluta». Tal vez fuera equivocado deducir de ello que el occidental niega la existencia de una verdad en sí; simplemente, se niega a creer que un hombre pueda realmente llegar a ella (el hindú sí lo cree).

Para el Occidente, el interés de la Historia es el progreso. Pero ¿cuál es el interés del progreso?, ¿en qué consiste? En que en nuestras vidas personales haya más sentido: más alegría en tener lo que se tiene, en hacer lo que se quiere, en amar lo que se ama; en resumen, más libertad. Libertad para todos, evidentemente, pero libertad que sólo tiene un sentido concreto para cada uno, puesto que la unidad de medida, o mejor la sensibilidad para la libertad verdadera sigue siendo el yo diferenciado o persona.

Todas las definiciones concretas del progreso ofrecen un rasgo común, que es el de desembocar en flagrantes antinomias en cuanto se las aplica.

El progreso definido

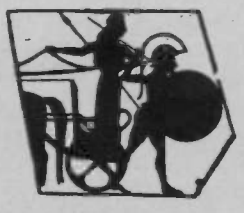
Definición por la técnica: producir cada vez más máquinas. Pero entre estas máquinas hay una que puede provocar en pocos minutos la muerte de nuestra civilización.

Definición por la cultura: multiplicar y popularizar los medios de crearla y de asimilarla. Pero, como los mejores éxitos cuantitativos desembocan regularmente en la peor calidad, el progreso cultural tiende a frenarse a sí mismo e incluso a cambiar súbitamente de signo, deslizándose hacia la anticultura.

Definición por la religión: restaurar un módulo común válido para el conjunto de una civilización y que garantice la armonía de nuestros medios actuales y de nuestros objetivos últimos. Pero todas las tentativas hechas en nuestros días para imponer un principio de armonía han provocado el máximo de desorden y agravado el caos mundial.

Así, pues, la idea de progreso parece contradictoria en cuanto se intenta medir sus efectos históricos. De todos modos, no menos vano sería imaginar que se la pueda eliminar u olvidar. Admitamos que Europa, que ha sido la creadora de esa idea, haya «infectado» al mundo entero; el hecho es que el mundo no podrá ya curarse de ella. Suponiendo que un día la rechazara, volvería a renacer irresistiblemente a partir del sentimiento de la Historia, imposible de borrar, del movimiento de la ciencia que no se puede dar por terminado y, finalmente, de la técnica, cuyas ambiguas ventajas Asia y Africa no parecen nada dispuestas a rechazar. Pero Europa, responsable de la idea del progreso, es también responsable de su rectificación.

En efecto, todas las «herejías del progreso» han nacido en Europa, aunque sólo hayan desarrollado verdaderamente sus efectos en los grandes espacios humanos de las Américas y de la U.R.S.S. En estas regiones del globo, tales herejías, extraídas de su contexto original, no tenían que enfrentarse con demasiadas costumbres antiguas ni con una serie de limitaciones impuestas por los excesos contrarios. Que la Europa de hoy se asuste al comprobar lo que América ha hecho de ciertas técnicas (taylorismo o psicoanálisis), lo que los soviéticos han hecho de la creencia en la Historia y lo que los pueblos del Oriente Medio y



Extremo pueden hacer del nacionalismo, es para mí la señal de que Europa posee aún el sentido de un equilibrio íntimo: si ese sentido no se notara herido, no reaccionaría; si se siente herido y reacciona, es que existe. Voy a

tratar, pues, de definir su naturaleza y sus exigencias.

El Occidente no nació como se nos dice que nacen las grandes culturas y civilizaciones, animadas por un sueño que se constituye en su destino y que en un principio compensa su suerte no aceptada. Nació por el contrario como una aventura, a partir de un hecho insólito y poco verosímil que aparece en la encrucijada azarosa de tradiciones diversas y a veces incompatibles. Y este hecho inicial nos parece accidental, quiero decir que sería vano intentar deducirle de una cierta situación de conjunto o de una vocación surgida del mundo antiguo; nadie puede demostrar que viniera «a su hora». Lleva en su origen los estigmas de lo real, no los signos del mito. No es verosímil, es verdadero. No se le esperaba, pero está ahí. Así nace el Occidente: como un drama en el que después se podrá discutir su unidad de acción, pero no su choque.

Porque, en efecto, hubo un choque inicial, un comienzo súbito, una gran liberación de energía intelectual y moral, provocada por la integración instantánea de dos realidades radicalmente distintas: el Verbo divino y la carne.

Para poder apreciar la amplitud de semejante revolución, hay que saber imaginar lo que era entonces lo sagrado, lo que lo sagrado aún es en Oriente. La moral de los antiguos se basa en el rito, y en el mundo mágico la moral no es más que rito. Unicamente la creencia moderna en las «leyes de la ciencia» y en las «necesidades técnicas» puede darnos una idea de lo que representa entonces la evidencia mágico-religiosa y de las consecuencias que inevitablemente provoca su transgresión.

La falta cometida no tiene nada que ver ni con la opinión ni con un jurado. Es más bien como un craso error de cálculo, de montaje o de disposición de agujas en una estación; es decir, que tiene consecuencias fatales, suspendiendo el curso normal de la vida, excluyendo al culpable de la realidad y exigiendo a voz en grito, no su arrepentimiento, sino el castigo restaurador del orden.

Tal es el cuadro antiguo, tradicional —en el sentido oriental del término— que el mensaje cristiano va a trastornar. Con San Pablo pasamos de un golpe del reino de la Ley al de la Fe, es decir del Rito al Amor. «Todo es permitido, pero no todo edifica», «Nada es impuro en sí», pero «Todo es puro para los puros». De modo semejante dirá San Agustín: «Ama a Dios y haz lo que quieras.» Pues bien, desde el punto de vista espiritual estas frases invalidan toda moral codificada, ritual o racional, puesto que implican que no puede juzgarse del valor de un acto por su conformidad con las reglas de lo sagrado o de lo social, sino que su sentido depende de una actitud íntima, de un libre juicio mediante el que la persona aprecia si el acto expresa el amor, si edifica.

De todos modos, la vía cristiana no es todo el Occidente. Esa vía tiene su punto de partida en el choque decisivo en el que hemos datado el origen de nuestra historia, pero después hubo de penetrar en un mundo muy real, ya fuertemente estructurado a la vez por el pensamiento griego, las tradiciones religiosas del Próximo Oriente y el orden imperial de los romanos. Utilizando uno de esos elementos, dando de lado a otro, anexándose de paso un tercero y comprometiéndose frecuentemente en este juego, la vía cristiana puso de nuevo todo en movimiento. El conjunto de ese movimiento, tal como se ha venido desarrollando hasta nuestros días, constituye la «Aventura occidental del hombre». Cierto que en esta aventura la vía cristiana no es única actuante, pero en todo caso fue decisiva y sigue constituyendo el eje de la misma: en relación con ella es como podremos medir nuestras oscilaciones pendulares, las aportaciones ajenas, los progresos y la deriva de nuestra cultura.

La dialéctica griega y el derecho romano, catalizados por la exigencia cristiana, crearon la palabra decisiva. Pero las realidades políticas y sociales elaboradas por esos tres mundos entraron también en simbiosis, cosa que

resulta patente a partir de la época de los concilios ecuménicos.

Aportación griega. — El hombre se separa del cuerpo mágico en el que se mezclaban sin límites ni formas netas los vivos y los

muertos, los dioses y los demonios. El individuo adquiere conciencia de lo que es: frágil y amenazado, mortal e ignorante, sabe que no es dios y no sueña con llegar a serlo, pero se siente por ello tanto más dispuesto a obtener el mejor partido de su condición. Emprendedor, ilimitadamente curioso, navegante, especulador en todos los terrenos y en todos los sentidos, es el ser que define: el hombre del Verbo y del epíteto, «la medida de todas las cosas», como dirá Protágoras, «de las que son, suponiendo que sean, y de las que no son, suponiendo que no sean». En fin, juez de todo, incluso de los dioses. De ahí el sentido de su dignidad, que no descansa más que en él mismo, en el solo hecho de existir como ser diferenciado. De ahí también su orgullo, su astucia egoísta y, finalmente, esa anarquía escéptica que, cuando se les haya perdido toda reverencia a los dioses y a las leyes, dejará a la polis «atomizada» a merced de la disciplina rigurosa de los romanos.

Aportación de Roma. — Se resume en el término viril de ciudadano. Al hombre no le viene su dignidad propia de ninguna esencia indestructible, sino del personaje que representa en la ciudad, que se sostiene en los pilares del Derecho y de las instituciones debidamente jerarquizadas. Este puritanismo social, esta moral del servicio al Estado, va a constituir al mismo tiempo la grandeza del Imperio y la pobreza de espíritu de sus súbditos. Si la polis griega se hallaba constantemente amenazada de disociación, es en cambio la esclerosis colectivista lo que va a provocar la caída de Roma.

En el seno de esta sociedad cuyas estructuras rígidas no encuadran ya más que una anarquía latente, porque sus disciplinas no son las del alma, nace y se propaga el cristianismo.

Aportación cristiana. — La conversión —revolución individual— libera a todo hombre, noble o esclavo, de los lazos sagrados de la casta o el clan, pero al mismo tiempo le pone al servicio del prójimo. Al entrar en una comunidad cristiana, el esclavo encuentra en ella la dignidad moral que para el griego es la del individuo y el honor de servir propio del ciudadano romano. Se convierte así en una paradoja viviente: a la vez libre y responsable, verdaderamente distinto y verdaderamente religado, singularizado por la misma vocación que le hace descubrir en todo hombre a un prójimo.

El narcisismo cultural

Si en su equilibrio en tensión la persona del cristiano reune lo mejor de Roma y de Grecia, está también amenazada en el mundo del pecado por un doble peligro simultáneo: el de la huída hacia la salvación individual y el del abandono a lo sagrado colectivo, es decir, la enfermedad «griega» y la enfermedad «romana» de la persona.

Así, en la medida en que el cristianismo significó el fin de las religiones y de las magias, nacidas del miedo, ha permitido el desarrollo de la Ciencia, búsqueda «implacable» de la verdad. Pues para la fe la verdad no puede ser más que la de Dios, incluso cuando parece perjudicar al grupo, a la tribu, a su leyes y costumbres sagradas, a las que se toma por el Orden y el Bien. El *eppur si muove* de Galileo me parece más «cristiano» que la indignación de sus jueces.

Recurramos en este punto a la exégesis magistral que del pensamiento nietzscheano hace Karl Jaspers:

«Si los griegos, que fundaron la ciencia, ignoraron a pesar de ello la ciencia universal propiamente dicha, ello se debe a que les faltaron los móviles espirituales y las impulsiones morales indispensables. Por el contrario, el cristiano fue capaz de hacer avanzar a esa ciencia, gracias primero a su cristianismo y después contra su cristianismo —al menos contra cada una de las formas objetivas que éste pudo adoptar.»

Tratemos ahora de medir el alcance del éxito de Occidente en la era moderna. Toynbee nos pone en guardia contra las ilusiones de lo que podría llamarse narcisismo cultural. Pero no podemos estar de acuerdo con él cuando deduce del ejemplo del mundo grecorromano las razones que le llevan a refutar

la creencia en que «hemos hecho en el mundo durante los últimos siglos algo que no tiene precedente». Alejandro sólo llegó a conquistar una cuarta parte de las tierras entonces conocidas. Y si creyó que eso era el mundo, se engañó completamente. Pero este error no podíamos cometerlo nosotros. ¿Qué ha hecho Europa desde el siglo XV hasta nuestros días? No sólo ha irradiado su acción sobre la totalidad —al fin conocida gracias a ella— del planeta, no sólo ha influído, colonizado o avasallado, según los casos, la totalidad de Africa, las dos Américas, Oceanía y la parte meridional de Asia (en grados diversos, pero por lo menos iguales a los que alcanzaron en sus imperios los diadocos y los kanes mongoles), sino que además no ha cesado de mantener sobre todas las civilizaciones distintas de la suya una superioridad intelectual y técnica que nadie le discutía. El hecho de que hoy pueblos influídos por sus métodos de pensamiento, de producción o de organización del Estado alcancen la independencia política me parece representar menos el signo de una rebelión contra esos métodos importados que la prueba decisiva de su buen éxito. Los griegos y los romanos no disponían de un margen de superioridad incontestable sobre los hindúes y los chinos. En cambio, ¿dónde encontrar en el mundo del siglo XX otra civilización que esté en condiciones de superar a la que se ha ido propagando desde Occidente?

Al mismo tiempo que se hace posible, el diálogo aparece necesario. Y me refiero aquí a un auténtico diálogo al nivel de las religiones y de las filosofías, es decir, en el nivel creador de las civilizaciones y de las culturas. Desde el momento en que los intercambios se multiplican en la realidad, en que Asia se industrializa y en que la duración de los viajes ha dejado de separarnos —hoy hacemos en un día de avión un trayecto que en tiempos de Marco Polo costaba dos años recorrer—, resulta urgente corregir las aberraciones que se originan en los contactos anárquicos en todos los terrenos.

Todo intercambio es ambivalente: puede destruir tanto como fecundar. La adopción de nuestras máquinas y de ciertas creencias derivadas de nuestra ciencia de la materia puede debilitar e incluso detener en otras civilizaciones el desarrollo normal de sus ciencias espirituales o fisiopsicológicas. Y ello precisamente en el momento en que Occidente comienza a sospechar que esas otras ciencias pueden ser también «verdaderas» e incluso resultar vitales. Puesto que la Aventura se acerca a la Vía, una debe integrar a la otra (pero al precio de sacrificios que no puede decirse con seguridad si resultarían fecundos), o bien hay que buscar un principio trascendente, cuya naturaleza han tratado de entrever un C. G. Jung en Europa o un Aurobindo en la India.

Se diría que, en la fase presente de la Aventura occidental, ya no queda más que uno solo de los sueños constantes de la humanidad que no sea teóricamente realizable: el de conocer más allá de la muerte. Pero casi todos los demás —volar en las alturas, nadar por el fondo del mar, fabricar oro, rejuvenecer, viajar a la Luna, leer los pensamientos, matar o curar sin contacto...— se han realizado ya o se realizarán pronto. Ya hoy día volamos, transmutamos los metales, superamos la velocidad del sonido, prolongamos en dos o tres veces la duración media de la vida, vemos lo que ocurre en los antípodas, hablamos con personas invisibles, matamos a gran distancia y dialogamos con la Luna.

Comparado con el Oriente, el Occidente aparece como el mundo de la prueba por el efecto material: primero fueron los milagros —trasformar el agua en vino o curar a un paralítico—, después las experiencias concluyentes —el avión vuela, la bomba hace explosión en la centésima de segundo prevista—; en ambos casos, el efecto probatorio es de naturaleza tangible o mensurable.

Los orientales han multiplicado las recetas —psicosomáticas, diríamos nosotros— de inmortalidad terrena, incluso cuando enseñaban que la vida es sólo ilusión. Pero ninguno se hizo inmortal. Nosotros, en cambio, preferimos buscar los medios de ganar tiempo, medios que conseguimos gracias a la técnica. A lo que el mandarín que visita nuestras fábricas objeta: Cuando tengan ustedes todo el tiempo, ¿qué harán con él? (Y él, ¿qué haría si se hiciese inmortal?) Así, por causa nuestra, pronto se ha de plantear en la realidad cotidiana el problema del empleo del tiempo libre. Pero aquí surge la paradoja: las cualidades técnicas, la actitud utilitarista, en una palabra, la eficiencia, que han permitido que ese problema se planteara, son precisamente las cualidades y actitudes que menos predisponen a la utilización fecunda del ocio. Y, a la inversa,

los valores orientales preparan para el ocio y le presuponen, pero no han podido procurárselo a la mayoría de los hombres. En el momento mismo en que Occidente se halla en condiciones de establecer la posibilidad material del ocio para todos, se ve empobrecido espiritualmente, mientras el Oriente se lanza sobre nuestras técnicas y olvida sus valores propios, esos valores precisamente que nosotros más necesitamos.

La edad de los milagros

En la fase presente de la Aventura occidental, cuya punta de lanza en nuestro siglo es la ciencia, nuestra imagen del mundo se desvanece. Igual que antes había escapado a nuestros sentidos, escapa también a nuestra razón. Superada la materia, que se había convertido en el objeto principal de la ciencia, chocamos con el misterio que esa ciencia creyó poder eliminar.

El Cosmos entero queda reducido a un velo tejido por ondas que atraviesan el vacío. El 99 por ciento de la materia cósmica consiste en hidrógeno y en helio, producido a partir del hidrógeno. El núcleo del hidrógeno es un protón. Este último substrato del Universo físico es un «nudo de energía» que se produce en un «campo» en cuyo seno actúan unos arquetipos formadores que ignoramos. El mundo fenoménico ya no es más que una apariencia flotante en el océano sin orillas ni fondo de la inmaterial energía. Y henos aquí, al final de un largo viaje cuyo primer impulso tomó como punto de apoyo la firmísima creencia en la realidad de la materia, vueltos al Maya de los hindúes. Pero ¿qué hay detrás de ese velo? La pregunta no tiene sentido, se nos dice. En el Universo de Einstein (ilimitadofinito) cualquiera puede caminar en línea recta hasta donde quiera y todo el ti quiera, para volver siempre al mi Traten de pensar esto y verán en se ya no se plantea la cuestión de un En el universo en expansión del Lemaître y de Gamov, surgido de u sión primitiva y que quizá vuelva a inicial, nunca se podrá ir más lejos n largo tiempo que la más extrema Pero ¿dentro de qué se mueve ese Es verdad que la pregunta no tien —nada «en el mundo» puede res ella—; pero también es cierto que gunta excede al mundo: nada en impedir, ni siquiera yo mismo, q haga. De este modo nuestro espírit chocar constantemente contra la tr cia.

La Aventura prosigue. Si se a dónde va, examínese primero de dó y cómo se ha desarrollado hasta verá así que la pregunta misma es es Occidente. Toda respuesta decisiva diera constituiría, pues, el anuncio nuestra civilización, su agotamient agotamiento que sería siempre pr aniquilación por una fuerza extraña. que he intentado aquí ha sido defini cuestión, fiel en esto al Occidente q formado. Quien deseara a toda respuesta y se negara a encontrar mismo, sabiendo como sabe que ninguna que sea verdaderamente trasferible, abandonaría en espíritu riencia humana que desde hace dos ha forjado los destinos, pero tambié tado las libres vocaciones de la ra esta arriesgada mitad del mundo. La es nuestra forma de existir.

DENIS DE ROUG

La libertad y la unidad de Alemania

POR KARL JASPERS

EL MOVIMIENTO POLÍTICO ALEMÁN, que alcanzó su cumbre espiritual en el Parlamento de Francfort, se desarrolló entre los años 1840-1860. Los motivos de este movimiento fueron muy diversos, pero entre ellos hay dos decisivos: la libertad política de todos los Estados alemanes y la unidad territorial.

Jacob Burckardt, que estudiaba en Alemania hacia 1840, escribió en una carta: «Considero que la misión de mi vida es demostrar a los suizos que son alemanes.» Le inducía a hacer esta declaración la hipótesis de que el movimiento liberador tendía hacia una gran unidad confederal alemana. Pero mucho antes de 1848, se dio cuenta de que las fuerzas efectivas habían tomado el camino opuesto: primero, la unidad —es decir, la fuerza—, y después, la libertad —o sea, la dignidad política—. Entonces se apartó por completo de esta tendencia y ya no volvió a repetir la generosa frase de su carta.

El otro camino era el de la violencia: conseguir la libertad «a sangre y fuego». Pero la libertad no se *consiguió*, sino que se *creó*, después del colapso de 1918, como institución de pura forma, para sostener al país durante el período de depresión. No nació de una voluntad decidida, dispuesta a todos los sacrificios, para conquistar la libertad política, cuyo sentido tampoco comprendían entonces todos los alemanes.

A partir de 1866, la mayoría de los liberales alemanes acogieron con entusiasmo el propósito de conquistar la unidad por la fuerza. Como en aquella época el Estado constitucional y la libertad individual existían ya, en cierto modo, de una manera efectiva, mucha gente no se había dado cuenta de que la libertad no se había obtenido todavía. El aparente constitucionalismo daba la ilusión de ella, pero la verdadera participación de los representantes electos por el pueblo en las responsabilidades políticas seguía siendo imposible. Por esta razón no pudo formarse una selección de hombres de Estado versados en el ejercicio de la política. Subsistía, sin embargo, la posibilidad de alcanzar la libertad, si los alemanes llegaban a comprender su significación y se proponían luchar por ella.

Después de la primera guerra mundial, el Estado de Bismarck había conservado su esencia dentro de su territorio, a pesar de Danzig y del Corredor. La vida prosiguió en la creencia del posible renacimiento de ese pequeño Estado unitario alemán, aunque su significación fuese modesta. Los centros de la política mundial se habían desplazado a Washington y a Moscú.

Por desconocimiento de la situación, llenos de ilusiones fantásticas y desmesuradas, desorientados por intelectuales frívolos ansiosos de sensaciones, en los años de tribulación surgió el Estado monstruoso, no trágico, sino insensato primero y criminal después, que provocó la segunda guerra mundial y dio al traste con la unidad territorial del Estado de Bismarck. La situación mundial ha trastornado por completo el equilibrio de las fuerzas. La República Federal de Alemania es hoy un Estado diminuto, que sólo puede sostenerse con la protección y la alianza de los grandes. La Ale-

mania oriental no es un Estado, sino un territorio violado por una potencia extranjera.

Esta situación da lugar a dos preguntas: ¿Cómo pueden salvarse de la esclavitud nuestros compatriotas del Este? ¿Es la reunificación el único medio para reconstituir el territorio del Estado de Bismarck, con las consecuencias que puede tener la negativa a reconocer la línea Oder-Neisse? Y yo contesto :

1. — Lo que interesa hoy es la unidad confederal de Europa, y de Europa con América. Dentro de esa gran unidad indispensable para que pueda afirmarse la personalidad de todos los Estados libres, carece de importancia para el *destino común* saber si uno o varios Estados alemanes son o no son miembros de esa confederación.

2.— Será preciso demostrar si la reunificación constituye el medio más favorable para conseguir liberar a nuestros compatriotas o si puede convertirse en una complicación.

Me doy perfecta cuenta de que con estas palabras se destruyen ilusiones amorosamente acariciadas. Yo no quisiera molestar a nadie, pero sí recomiendo a mis lectores que miren de frente las verdades para contrastar sus propios sentimientos y que no dejen de examinar nada, aunque pueda parecerles intangible, pues todo lo que se relaciona con el nombre de Alemania está pasando actualmente por una profunda transformación política.

La razón exige que se acepten las consecuencias de la guerra desencadenada por el Estado hitleriano y llevada a efecto por los generales, de la que hemos de responder nosotros como ciudadanos del Estado que la hizo. Después de la criminal injusticia que representa la preparación de esa catástrofe mundial, que no supimos impedir con todas nuestras fuerzas, sobre todo antes de 1933, hasta los que no hemos cometido ninguna mala acción durante la dominación hitleriana y que incluso hemos figurado entre los perseguidos, quizás no seamos moralmente culpables, pero políticamente nos toca una parte de responsabilidad. Mas la responsabilidad no es culpa. Sufrir las consecuencias no es un castigo. No podemos invocar un derecho derivado de algo que esta guerra ha destruído irremediablemente.

La dignidad del hombre razonable consiste en reconocer ante su propia conciencia lo que ha sucedido y lo que se ha hecho. La indignidad de la vida consiste en pasar la esponja sobre el pasado, olvidar y seguir viviendo, sin más aspiración que la de existir en el momento presente. Y esta indignidad aumenta cuando la llamada superación del pasado termina con reclamaciones.

Todas las desgracias, incluso las que representan una destrucción casi total, ofrecen una oportunidad para hacer un examen de conciencia, teniendo en cuenta las graves consecuencias de los hechos pasados. Hoy, después de vencida la miseria económica, encontramos esta oportunidad en la rápida reconstitución del Estado alemán, que es la República Federal. Sólo aceptando la parte de responsabilidad que incumbe a los ciudadanos y a los políticos, con sinceridad en las palabras y en la conducta pública, y después de purificado el ambiente, podrá ser una realidad la libertad política, para la que se nos ofrece ahora una ocasión.

La situación actual y sus posibilidades

La situación puede parecernos desesperada, si nos damos cuenta de que el principio de dominación totalitaria del comunismo rechaza radicalmente todas las libertades políticas. El consentimiento para que se celebren elecciones libres con observadores neutrales —como se hizo antaño en el Sarre—, significaría ya el reconocimiento de la libertad, pues no es probable que la mayoría votase en favor de la esclavitud de la Alemania oriental. No hay que contar con una repetición de lo sucedido en 1933. Entonces las gentes no supieron lo que hacían, pues vivían en un estado de demencia. Los alemanes del Este son víctimas de una espantosa coacción, de una presión ejercida sobre las conciencias y de violencias para todos. Los pocos que se benefician del régimen se hallan sometidos a su vez y obedecen a Rusia, sin poder evitarla.

Rusia no puede conceder la autodeterminación mediante elecciones libres en la zona soviética mientras quiera mantener el sistema de satélites, que es una forma de anexión e incorporación a su imperio, como lo demostró aplastando brutalmente con sus tanques al pueblo húngaro, cual había hecho ya con motivo del levantamiento de los obreros alemanes de Berlín-Este, en un impulso grandioso y unánime. En cuanto fallase un miembro de ese sistema, toda la masa de oprimidos se precipitaría a la lucha.

De ahí que, por el momento, parezca imposible tanto la reunificación en la libertad como

el reconocimiento de un Estado alemán neutral, basado en elecciones libres. Es fácil echarse en cara la irrealidad de ambas soluciones. Podemos presentar nuestros objetivos como queramos; siempre se estellarán contra la voluntad de granito del poderoso Estado totalitario ruso.

Emplear la violencia para liberar la Alemania del Este y los demás Estados satélites significaría desencadenar la guerra mundial y el peligro de la destrucción atómica. Ningún Estado occidental querrá exponerse a este riesgo, si no se ve atacado por Rusia o si ésta no pretende extender su esfera de dominación empleando la violencia.

Esta situación parece desesperada. Sólo en la miseria espiritual, consecuencia de la obligada falsedad de la vida y de la tendencia a la supresión radical de la familia y del hogar, es posible que encuentre eco la palabra reunificación, y que las gentes sencillas se digan: ¡Debe llegar, llegará! Esta creencia única es peligrosa, porque confunde el contenido de esta fe con la realidad. Y lo que es peor aún, empleado como lema, el término de «reunificación» puede inducir a actos de locura nacional, maligna y violenta, análoga al nacionalsocialismo, a querer imponer por la violencia la reunificación de acuerdo con los rusos, con lo que perderían definitivamente la libertad para ellos y para todo el Occidente, en nombre de la cual se hubiera reclamado la reunificación.

No, la única esperanza es que, a favor de un cambio en la situación mundial, Rusia modifique su táctica. Pero la desesperanza no es aún la última palabra. Por ahora cabe especular acerca de las circunstancias y del momento en que Rusia pueda considerar necesario para su política abandonar o modificar su sistema de satélites.

Quizás llegue un día en que le parezca demasiado fuerte la amenaza de China y busque garantía en una alianza con el Occidente. En la actualidad, esta esperanza es todavía muy remota y está sujeta a tomar muy diversas formas. En estas especulaciones, variables hasta lo infinito pero útiles, puede considerarse también esta posibilidad: si Rusia quisiera provocar una guerra mundial, habría de hacerla bajo la mirada pasiva de China, que conservaría sus fuerzas intactas para someter al fin a toda la humanidad, como pensaba hacerlo Stalin cuando firmó el pacto con Hitler. Esto puede representar otra preocupación para Rusia, pero no antes de que China se haya convertido en una potencia industrial y militar, lo que probablemente no tardará mucho en suceder. Pensando en esta posibilidad, pudiera ser que Rusia deseara provocar pronto la guerra, porque en su opinión el armamento atómico no ha adquirido todavía un desarrollo suficiente para que una guerra de esta clase traiga consigo la destrucción radical de toda la humanidad.

Podemos seguir especulando: Rusia irá experimentando una lenta transformación interna, adquiriendo conciencia de su doble carácter europeo y asiático, y —en comparación con China— sentirse occidental y querer salvar esta raíz; pero, en comparación con el Occidente, sentirse asiática y pretender conservar, si no el régimen totalitario, por lo menos una forma de despotismo.

En este terreno de las hipótesis pueden imaginarse muchas cosas tan inverosímiles como las que acabamos de exponer. Pero nuestras esperanzas para lo porvenir pueden fundarse en estas transformaciones. Lo esencial es que nuestros compatriotas de la zona oriental no abandonen en absoluto la esperanza de libertad. El destino reclama de ellos una paciencia enorme, pero deben reconocer que, en este momento, todo cambio es imposible.

Autodeterminación y reunificación

La autodeterminación comprende también la libertad de integración a otros Estados y la libertad de alianza.

La autodeterminación es un derecho político humano. Ningún pueblo puede renunciar a elegir por sí mismo su forma de vida y su organización social. Pero el deseo de reunificación de un territorio que existió en otro tiempo no es un derecho fundamental y, sobre todo, no es la reclamación de un derecho, pues la destrucción de esa unidad territorial es la consecuencia de la guerra desencadenada voluntariamente por el anterior Estado alemán. Conviene por lo tanto repetir que mientras el derecho fundamental de un pueblo a la libertad es inalienable, el derecho a una determinada extensión de un Estado nacional puede perderse irremisiblemente. Si en una situación futura fuera posible ganar la libertad, sin necesidad de reunificarse, se habría conseguido lo más esencial. ¿Hubiera recuperado Austria su libertad si hubiese reclamado la anexión a Alemania mediante elecciones libres? A pesar de

ser libre, es evidente que la anexión le está vedada.

Así, pues, la tesis de que primero es la libertad y después la unidad, no significa: en vez de la unidad la libertad, sino que establece el orden de prioridad. La libertad política es un postulado absoluto, la reunificación es un postulado relativo. La reunificación y la libertad no son aspiraciones contradictorias, sino que son objetivos separables. La una puede alcanzarse independientemente de la otra. Por voluntad de Rusia se haría la reunificación sin libertad, para formar una Alemania comunista única. Pero Alemania hace una proposición más sensata: pide la libertad sin la reunificación. La reunificación no es un disparate; quizás sea deseable en determinadas circunstancias, mas es independiente de la libertad. Ahora bien, si la reunificación fuese la consecuencia de un espíritu nacionalista y de la voluntad de poder de Alemania, incluso podría llegar a ser una desgracia.

La línea Oder-Neisse

Puede emplearse la expresión: ¿Qué precio habría que pagar por la libertad de la Alemania oriental? La renuncia a la reunificación, a armar a la Alemania del Este, la aceptación de una neutralidad garantizada —análoga a la de Austria— serían soportables. La renuncia al territorio situado al otro lado de la línea Oder-Neisse sería el único precio verdaderamente caro. Y nos oponemos a pagarlo. Esos territorios fueron ganados en la Edad Media por los alemanes, más bien gracias a su trabajo constructivo pacífico que por conquista. Allí se sitúan muchos cuentos y leyendas alemanes. En las tierras de Prusia oriental y de Silesia han fructificado inolvidables normas espirituales y morales alemanas. Kœnigsberg es la ciudad de Kant. Pero considerando las posibilidades con un criterio realista, no se ve el modo de evitar ese sacrificio.

Los discursos amistosos en relación con Polonia son inútiles, mientras no se acepte la línea Oder-Neisse. Hay que conocer la historia y el camino de amargura que tuvieron que recorrer los polacos para comprender que, si no es obligados por la fuerza, nunca restituirán los territorios que les han sido adjudicados por Rusia. Polonia los tiene en su mano. Los polacos que se han establecido en ellos los consideran como su nueva patria. Si Rusia ha permitido su anexión ha sido no sólo para compensar los territorios polacos que ella les ha quitado al Este, sino también para suscitar una enemistad eterna entre Polonia y una Alemania libre. Bastaría el reconocimiento de la línea Oder-Neisse por parte de la República Federal y del Estado neutral de la Alemania oriental, que aún no existe, para restablecer las relaciones de buena vecindad con Polonia, con gran sentimiento de Rusia. Esto podría empezar a prepararse ya, si nosotros viéramos en sus debidas proporciones el criterio político que convendría ir formando.

Una Alemania reunificada es inaceptable para Rusia y para Polonia. Pero tal vez en una nueva situación sería soportable para ambas una Alemania oriental neutral, que aceptase radicalmente esos sacrificios, junto con la República Federal.

En las argumentaciones de los políticos (Partido Socialista Alemán) aparece nuevamente la idea de la reunificación de Alemania, que habría de pagarse con la neutralidad de toda Alemania y la renuncia a toda clase de armamentos. Esos hombres deben considerar aceptable la libertad de la Alemania oriental a cambio de la neutralidad. Ahora bien, la República Federal no puede renunciar a armarse, ni puede hacerse neutral, ni dejar de contribuir a la consolidación de todo el Occidente y al mantenimiento de los Estados neutrales: Austria, Suiza y la hipotética Alemania oriental. Eso sería abandonar una posición de fuerza en Occidente, lo que constituiría una traición. El Occidente ha de conservar sus posiciones.

Todos los hombres de Estado razonables desisten del empleo de la fuerza para liberar a la Alemania del Este, a Hungría y a los demás pueblos satélites de Europa oriental. Es una renuncia terrible e implacable, porque la alternativa sería la guerra mundial.

Motivaciones turbias

Las posibilidades de liberación para la Alemania del Este pueden convertirse en realidad, tal vez antes de lo que se cree. ¿Podría insistirse en la reunificación, si la renuncia a ella fuese la condición previa para la libertad de millones de alemanes?

Si el abandono de los territorios situados al Este de la línea Oder-Neisse fuese el requisito indispensable para la liberación de la actual zona soviética, lo que es casi seguro, ¿podría-

mos dejar sometidos a la terrible esclavitud, a esos millones de alemanes, con el pretexto de la «exigencia ineluctable?»

Me parece oír la contestación: esta libertad es tan irreal como la recuperación de los territorios del Este de la línea Oder-Neisse, por lo cual es preferible no apartarse de la exigencia máxima. Se trata de un bloque indivisible de reivindicaciones, y todas son igualmente justas e inalienables. Ceder en algún punto equivale a un crimen de alta traición. El que renuncie a alguna de ellas se sitúa fuera del concepto germánico, o por lo menos se enajena la consideración de los alemanes. De todos modos, este hecho sólo puede realizarse mediante una guerra y una catástrofe mundial. Hay que estar preparados para todo.

Debemos reconocer que los objetivos de un Estado nacional son todavía, para algunos, absolutos e intangibles. Sin embargo, no todos comprenden lo que es la libertad política. Disfrutan de ella como si fuese la cosa más natural del mundo, sin saber lo que se espera de ellos, para que siga siendo una realidad. En nuestro país, las masas se han dejado arrastrar, en medio del delirio, a una locura nacional, con un gran espíritu de sacrificio. Pero no hemos visto aún que se preparasen con un entusiasmo clarividente a sacrificarse por la libertad.

La demanda de reunificación tiene un doble significado: la libertad y la ampliación del poder. La libertad no puede subsistir sin la fuerza. La libertad, lo mismo en la Alemania oriental que en el Austria neutral, debería estar garantizada por las fuerzas conjuntas del Occidente, por lo menos de conformidad con el acuerdo que se firmase y con la colaboración de Rusia. Pero la ampliación del poder de Alemania tropieza no sólo con la oposición de Rusia y de Polonia, sino también con la desconfianza de los Estados de Europa occidental. Es cierto que éstos aprueban la reunificación; pero quizás porque actualmente no tienen ninguna preocupación urgente a este respecto, creen que no se producirá. En el juego de la política, se considera estúpidamente que dar la razón a los alemanes es un servicio barato, sólo útil como tema de discusión.

Eficacia de la demanda de reunificación

Convendrá preguntarnos: ¿Qué eficacia puede tener la demanda de reunificación, primero, para el adversario del campo totalitario y sobre los aliados, en el campo de la libertad política; y segundo, para los alemanes de la zona soviética y para nosotros mismos?

Para lo porvenir es seguro que, en condiciones pacíficas, la libertad de Alemania oriental sólo podrá alcanzarse renunciando a la reunificación. Pero, en el supuesto de que la política rusa hubiese de cambiar de actitud, ¿no sería mejor empezar desde ahora, por si se presentase una posibilidad de liberación, explicando claramente nuestras ideas y nuestras aspiraciones, para facilitar y tal vez apresurar el restablecimiento de la libertad en el momento oportuno? Para la petición serena y constante de la libertad y de la autodeterminación, sin relacionarlas con la demanda de reunificación, contamos con el apoyo más enérgico y decidido de nuestros aliados y de la opinión mundial.

Aferrarse a un fantasma, que puede convertirse en realidad por el hecho de repetir a voces constantemente que es «inevitable», sólo sirve para despertar y reforzar esperanzas en las que, pensándolo bien, nadie cree. En vez de repetir un estribillo, valdría más iniciar algunas gestiones que no despertaran esperanzas efectivas por el momento, sino para más adelante. La actividad intelectual constante ante el mundo y ante nosotros mismos para reclamar el derecho humano político de la autodeterminación, la separación de este derecho del deseo de reunificación, hacer ver al mundo, a los aliados y a los rusos mismos las condiciones de vida en la zona soviética, me parece que combina mejor el realismo con una esperanza que vuelve a encender la publicidad con sus aportaciones de nuevo material y de nuevos modos de expresión. Es el efecto que puede producir la fuerza espiritual del pensamiento que no se aparta de la realidad. Hay que hacer comprender a la gran masa de la población, no sólo lo que han de soportar nuestros compatriotas del Este, sino también todo lo que se refiere a la cuestión de la libertad política y lo que representa ésta en realidad.

Cuando se insiste con paciencia y energía, y sobre todo sin segundas intenciones, en el sagrado derecho a la autodeterminación, es posible llevar una esperanza, exenta de falsas ilusiones, a las personas que se hallan sometidas al régimen de tiranía. La lucha en público por la libertad de la autodeterminación es más decente que la demanda de reunificación y, con

el tiempo, puede dar mejores resultados. La libertad sin reunificación tiene mayores probabilidades de buen éxito.

La conciencia nacional alemana

Voy a repetir que no considero mis declaraciones como verdades absolutas. Antes bien, ruego que se mediten y se contrasten. Mis explicaciones tropiezan con la resistencia de cierto sentimiento nacional. Y, no obstante, es indispensable para nuestra conciencia y para nuestro pensamiento políticos saber en qué sentido nos consideramos alemanes.

Los austríacos se consideraban alemanes con auténtica conciencia de alemanes y de europeos dentro del Imperio.

Suiza posee su propia conciencia nacional y política, basada en el buen sentido, el valor, la fidelidad y la suerte de disfrutar de una libertad constante a lo largo de setecientos años, que tiene su origen en la Edad Media. Los suizos ya no se estiman alemanes, pues han tenido que afirmarse como Estado neutral frente al Austria, y distinguirse radicalmente de la potencia que es ahora la pequeña Alemania, haciendo jugar su espíritu libre. El nombre de «alemán» ha sido usurpado sin querer por la pequeña Alemania, y así ha pasado al lenguaje corriente del mundo.

Los holandeses, aun cuando en inglés siga llamándoseles *the Dutsch,* han perdido la conciencia de alemanes, porque si bien su dialecto es de origen germano, ya se ha convertido en un idioma culto e independiente.

Durante las guerras de liberación, se inició una conciencia política nacional alemana de carácter confederal y universal, en cuyo centro figuraba la idea de la libertad política de las formas de Estado. No llegó a plasmar, y al fin apareció en su lugar una conciencia nacional alemana muy distinta, basada en la realidad de la pequeña Alemania unificada por Prusia. Durante la rebelión de Federico el Grande contra el «Reich» había nacido ya una conciencia nacional prusiana, de carácter universal, que empezó a manifestarse con la adopción de elementos alemanes. Esta conciencia nacional germanoprusiana se ha visto confirmada por el buen éxito en el curso de varios decenios.

La unidad del Estado es la obra de Bismarck, que logró imponerla a través de dos guerras. En el curso de la historia de Alemania se registra una conciencia nacional, con soluciones de continuidad, de carácter político, fundada en la realidad de la época y de una Alemania de pequeñas dimensiones. Me ha salido al encuentro, en su forma más pura e íntegra, leyendo a Max Weber. Este gran hombre me parece hoy el último alemán de espíritu nacional, en el sentido prusiano.

La nueva conciencia nacional germanoprusiana era eminentemente pacífica. No quería conquistas, ni guerras ofensivas o preventivas, sino la afirmación de su personalidad para adquirir prestigio al lado de los demás Estados en el concierto de la política universal. Desde el comienzo de la primera guerra mundial, conservaba aún Max Weber esta orgullosa conciencia política nacional contraria a toda anexión y a toda indemnización de guerra. Ni siquiera en el momento culminante de los éxitos alemanes, en 1915, abandonó este criterio. Sólo la afirmación de la personalidad de Alemania, frente a todo el mundo, podía aumentar su prestigio. En cambio, renunciando a anexarse un solo metro cuadrado de territorio consolidaría la confianza que se hubiese depositado en ella. La malhadada guerra civil europea debía terminarse lo antes posible.

Esta conciencia política no era pacifista, pero estaba penetrada de la realidad del poder y su militarismo no era agresivo. Esta Alemania debería ser una garantía de paz entre el látigo ruso y el convencionalismo anglosajón. Max Weber veía la responsabilidad que confiere a un Estado la fuerza histórica, que ya se había hecho efectiva. No sería Suiza, cuya trayectoria política distinta merecía toda su simpatía, sino la Alemania prusiana la que habría de asumir algún día la responsabilidad ante la historia del porvenir del Occidente.

Max Weber consagraba su pasión a la responsabilidad de un gran Estado ante la historia. La condición indispensable para ello era la transformación de la estructura política del Estado de Bismarck. La ineptitud de los estadistas provocaba la cólera de Weber. Propugnaba, sobre todo, la democracia y el verdadero parlamentarismo (en contra del constitucionalismo aparente del Estado de Bismarck), por creer que sólo en la lucha política, en la realidad de esta lucha, podrían formarse los hombres de Estado capacitados para constituir una clase dirigente. Estos hombres serían los únicos que podrían sustituir con eficacia a los tres poderes políticos ineptos: el del monarca, con sus actos absurdos y arbitrarios;

el de los llamados funcionarios, que su mismo carácter específico incapacitaba para ser hombres de Estado responsables y para tomar decisiones; y el de los partidos alemanes de entonces, que por no haber podido ejercer verdaderamente el poder ignoraban la gravedad que suponía tomar resoluciones sobre cuestiones capitales. Por esta razón, a lo más que podían llegar era a ser funcionarios, pero nunca saldrían de sus filas auténticos hombres de Estado. Se revolvía contra el «sistema». Cuando vio en 1918 que la democracia no surgía de la fuerza orgullosa de una voluntad responsable y ansiosa de libertad política, sino del colapso, acogió esta forma de democracia con una gran desconfianza.

En realidad fracasó también, a pesar de haber tenido hombres eminentes, al permitir por debilidad el desarrollo del nacionalsocialismo y su dominación totalitaria, cuyas consecuencias pesan hoy sobre la existencia de todos nosotros. Los fundamentos para una conciencia nacional germanoprusiana han desaparecido. La experiencia histórica nos demuestra que esta clase de conciencia no fue más que un episodio. La idea del Estado nacional es hoy el mayor peligro que amenaza al Occidente. La situación mundial exige otros sistemas para llegar a la consolidación del Occidente libre.

El Estado alemán y el territorio anexado

Actualmente existe un solo Estado alemán, que es la República Federal. Pero Rusia y los peleles de la zona soviética sostienen que hay dos. Esto no es cierto. La zona soviética no es un Estado, sino un territorio sometido por la fuerza a una dominación extranjera. La zona ha sido anexada y, en realidad, forma parte del imperio ruso.

La anexión por la fuerza se disimula bajo fórmulas legales tomadas del Occidente, El territorio anexado no está administrado por rusos, sino por alemanes, que no representan a su pueblo, como resultado de elecciones públicas libres, sino que han sido colocados por un supuesto gobierno del Estado, para firmar luego «acuerdos» con Rusia. El ejército ruso está presente para proteger a los peleles alemanes contra la amenaza de la población. Cuando los obreros alemanes se sublevaron, intervinieron las tropas del supuesto Estado de trabajadores para aplastar la revolución de los trabajadores. No pudo utilizarse la policía alemana por considerársela entonces poco segura, ya que se trataba de obreros alemanes. Esa zona, donde el pueblo no tiene derecho de libre determinación, donde hasta el «voluntariado» es obligatorio, no puede reconocerse legalmente como Estado. Hacerlo así sería perjudicial para nuestros compatriotas y sería, además, participar en el engaño, porque una anexión no es crear un Estado.

Cuando los métodos de Kruschef empezaron amenazando a Berlín, acaricié la idea de que tal vez a cambio del reconocimiento del régimen de Ulbricht podría conseguirse un nuevo pacto con Rusia, que permitiese estabilizar la actual situación jurídica de la antigua capital con todos sus derechos, hasta en la contingencia de un tratado de paz. Era una tontería. ¡Con qué facilidad se equivoca uno cuando pierde de vista las razones primordiales y se olvida de la inquietud ante una posible guerra mundial, para no pensar más que en evitarla!

Rusia reclama el derecho de autodeterminación para los pueblos asiáticos y africanos que todavía no ha atraído a su esfera de influencia, y lo rehusa a los pueblos anexados a su imperio: los alemanes del Este, los húngaros y todos los demás. En Hungría ofreció el cruel ejemplo de lo que sucede a un pueblo cuando reivindica activamente, con una grandiosa unanimidad, el derecho a disponer de sí mismo. Y los pueblos libres hubieron de presenciarlo sin intervenir, para no desencadenar la guerra mundial.

La zona soviética de Alemania no es un Estado ahora, y sólo llegará a serlo cuando su población disfrute del derecho fundamental de decidir libremente de su destino. Sólo entonces podrá decirse que existen dos Estados alemanes en el territorio del Estado de Bismarck. La hipótesis de un futuro Estado libre en Alemania oriental no debe confundirse con el reconocimiento como Estado de lo que actualmente se llama la República Democrática Alemana.

La relación con Berlín

La situación actual exige que todo el Occidente, si quiere afirmar su solidaridad, defienda incondicionalmente la libertad de Berlín-Oeste, es decir, el mantenimiento de la situación actual.

El Estatuto de las cuatro Potencias proclama: la República Federal y Berlín-Oeste

son dos partes independientes, que viven en libertad, del territorio escindido del Estado de Bismarck. No están autorizadas para reunirse y formar un Estado único, que tenga a Berlín como enclave en la zona soviética. La República Federal y Berlín disfrutan de la unidad de derecho, de moneda y de estructura social; pero les está prohibida la unidad política.

Si la República Federal y Berlín-Oeste no pueden mantener su seguridad con sus propias fuerzas, sino con la voluntad de los aliados occidentales y con las fuerzas de éstos, y si Berlín-Oeste, de conformidad con las disposiciones adoptadas después de la guerra, no forma parte de la República Federal, se imponen las siguientes conclusiones:

La celebración de las sesiones del Bundestag en Berlín y la preparación de un Palacio para el Presidente de la República Federal, son condiciones derivadas de la pretensión de que Berlín volvería a ser la capital. Los aliados occidentales han tolerado hasta ahora estos dos actos, pero los rusos los consideran como una provocación y como tales los utilizan, a pesar de que ellos han hecho de Berlín-Este la capital de la zona, sin tener derecho a ello. Los Estados Occidentales empiezan a no querer autorizar estos hechos, que producen inútiles reacciones del Este y perturban la política interna.

Y esta otra: las reuniones de compatriotas expulsados de sus hogares son naturales y propicias para cultivar el recuerdo, las relaciones personales y los sentimientos familiares. En este aspecto no tienen carácter político. Pero se convierten en actos políticos —y en nuestra situación encarnan un peligro innecesario— en cuanto se elevan desde ellas peticiones encaminadas a recobrar la patria perdida. Con esto se irroga un perjuicio a la República Federal, a Berlín y a las potencias occidentales, dando pretexto a los habitantes del Este para hablar de revanchistas y de irredentistas.

Debe evitarse todo lo que pueda dar ocasión a los rusos para vulnerar el derecho, con una apariencia de razón. La solidaridad, que no permite el abandono de las posiciones de derecho y de fuerza, exige que se eludan todos los actos que no sean indispensables para esta afirmación. Sólo el valor de la determinación solidaria contribuye a obviar las provocaciones inútiles. No se hace frente a un enemigo implacable dándole ocasión para mostrarse agresivo, aunque no sea más que con una razón aparente. Se le resiste obligándole, cuando ataca, a que lo haga de modo franco, ante todo el mundo, de manera que pueda verse claramente que vulnera derechos evidentes, sin haber sido provocado.

Cambio en la zona soviética

Entre los cambios introducidos recientemente en la estructura social figuran la expropiación «voluntaria» de los campesinos y las «conquistas socialistas», que transforman la vida de las personas y hasta su razón de ser. Lo más irritante es que, cuanto más dure esta situación, menos podrá contarse con una población alemana idéntica a sí misma y a su espíritu. Lo que sienten y piensan los viejos, lo que experimentan en su fuero interno ante los robos y las mentiras, el dolor de su conciencia, se rigen aún por los principios ancestrales. Pero lo que piensan los jóvenes puede ser muy distinto, por haberse reducido la influencia de los padres y el calor del hogar, cuando no han desaparecido por completo.

Se les inculca un concepto de la vida tan distinto que destruye la tradición de miles de años común a todos; se intensifica la educación técnica prescindiendo de toda influencia moral de la historia y de la lengua alemanas (hay excepciones literarias importantes, pero su efecto queda neutralizado). La nueva manera de asegurar la existencia en las industrias, cuando la obediencia, la laboriosidad y la capacidad para el trabajo se consideran satisfactorias; la manera de considerar la existencia como una pura función, todo esto empieza a producir una especie humana nueva. Max Weber decía: Si nos gobernasen los ingleses o los franceses seguiríamos siendo alemanes, a pesar de todo. Pero si siguen gobernándonos los rusos, esto no será posible.

Debemos confiar en que la esencia del espíritu alemán prevalecerá, a despecho de todas las trabas y tentaciones. Subsiste en el idioma, en las relaciones familiares, en los libros todavía autorizados. Deseamos que los hechos den la razón a Stalin, cuando decía: Los Hitler (y los Ulbricht) van y vienen, pero el pueblo alemán permanece. Esperemos que los hombres conserven algo de lo que hay en ellos cuyas raíces nadie puede arrancar del fondo de su ser.

Los intercambios entre la zona soviética y

nosotros son cada día más reducidos. La corriente incoercible de fugitivos parece demostrar lo que ya sabemos, que la vida se hace allí insoportable. Por eso lo abandonan todo y huyen.

Nuestra preocupación mayor es que todavía habrá que esperar mucho hasta que la libertad para los que viven en la zona sea un hecho. Ante el temor de que se pierda el contenido alemán de esos seres, todas las demás inquietudes parecen secundarias, incluso la de la reunificación. Ya padecimos los comienzos de esa desgermanización en la época de Hitler, pero nos llegó a tiempo la liberación desde fuera y pudimos salvarnos. Esto nos permitió comprender lo que sucede en la zona soviética.

Problemas de un Estado oriental liberado

¿Qué sería de una Alemania oriental liberada, sin lazo político alguno con la República Federal? Nuestros compatriotas podrían mantener relaciones constantes con nosotros, sin obstáculos, y la frontera sería apenas perceptible. Las fronteras políticas carecen de importancia, aunque impongan la diferencia en los armamentos e impidan la reunificación efectiva. El dolor de la separación desaparecería, excepto para aquellos que consideran el poder y la fuerza militar como la única razón de su existencia y no como una triste necesidad. De todos modos, la conciencia política se basa hoy en el deseo de ser miembro, como colaborador o como protegido, de la gran comunidad occidental, donde al menos se es independiente. La suerte inevitable de todos los Estados neutrales fronterizos, con sus peligros peculiares, sería más soportable que una nueva guerra mundial.

Después de su liberación y de la conversión de la Alemania del Este en Estado neutral, los alemanes determinarían por sí mismos cuál habría de ser su nueva forma de vida. Los primeros problemas de carácter económico, social y de organización burocrática serían tan difíciles que ahora es imposible prever sus consecuencias.

La pregunta acerca de la forma y la amplitud con que se produciría el cambio de estructura al pasar a la economía libre, no puede contestarse con un programa. Lo que ha sido creado lentamente, por espacio de quince años, con la aplicación de la fuerza y sobre la base de un plan premeditado, no puede transformarse fácilmente ni volver a ser lo que fue antes. Aunque estos problemas sean enormes, no olvidemos que los alemanes han resuelto siempre los suyos gracias a su laboriosidad, en cuanto se les ha dado oportunidad para ello. Es indudable que, al principio, la República Federal habría de darles una ayuda económica poderosa.

Pero una vez que se haya conseguido la libertad, puede surgir algo nuevo que permita la aparición de una nueva forma de vida personal, sincera y responsable, al mismo tiempo que el valor y la alegría de vivir. En Alemania oriental podrían producirse cosas ejemplares e instructivas para el Occidente, que no es precisamente ejemplar por sus realizaciones concretas, sino porque éstas tienen lugar en un ambiente de libertad.

¿Qué sería de Berlín?

Después de la constitución de una Alemania Oriental libre, Berlín tendría que decidir acerca de la libertad de su propio territorio. Podría tomar parte en unas elecciones comunes a todo el territorio alemán y, gracias a ellas, la población de la República obtener la mayoría para imponer su voluntad a Berlín o a la Alemania oriental. Esto es una hipótesis que no se funda en derechos adquiridos. Y Berlín tendría que decidir por sí mismo si deseaba seguir siendo un pequeño Estado independiente, la capital de la Alemania oriental libre o, en el caso de que las Potencias lo autorizasen, fundándose en las relaciones económicas efectivas, un enclave exterior de la República Federal. Ninguna situación es definitiva en la historia, ni la actual ni la que luego pudiera crearse.

Conclusión

Estoy convencido de que si la República Federal ha de llegar a ser un verdadero Estado, habrá de producirse un cambio en sus sentimientos y en su mentalidad política. Este Estado no puede existir sobre la base de un objetivo irreal de política exterior que tienda únicamente a la reunificación, sino que ese cambio habrá de realizarse en su organización interna: su libertad política que, por ahora, sólo es aparente, necesita confirmarse con una forma de vida adecuada.

Muchos tienen miedo de la libertad política y del florecimiento de la República Federal.

Otros experimentan temores más confusos: les parece que se hallan sobre un terreno movedizo, lo mismo que en 1933. Por ignorar la significación de los fenómenos y de las actividades que se desarrollaban, avanzaron en medio del desconcierto, del error y de la locura, hasta que precipitaron a Alemania a su propia destrucción, en un afán desconsiderado de poder y de dominio. Si la República Federal continúa por la pendiente de las concesiones a las exigencias de electores insensatos, si soporta actividades de grupos y partidos políticos enemigos del Estado y se muestra incapaz de encontrar y utilizar las fuerzas políticas y espirituales amantes de la libertad, podría crear también su propia ruina. En cuanto pierda la confianza del Oeste y se sienta abandonada, se hundirá, o en el totalitarismo ruso o en el nacionalsocialismo.

Esto no sucederá si los alemanes de la república Federal consolidan su mentalidad política.

La cuestión que lo domina todo en el mundo de hoy es: ¿Libertad política o Estado totalitario? Una transacción entre las dos estructuras de gobierno sólo puede ser aparente y acaba siempre con el triunfo de la tendencia totalitaria.

La tenacidad obtusa, la persecución ilusoria de un punto de apoyo sólido garantizado por el pasado, sostiene la creencia en la posibilidad de una unidad nacional con fuerza política (casi siempre se toman como norma las fronteras de 1937). Por el momento, nuestra vida política es inverosímil. Es preciso crear un nuevo Estado, quizás pronto dos Estados, y esto significa la aparición de una nueva mentalidad política.

La condición indispensable para ello es saber que nosotros no podemos valernos solos, sino que necesitamos contar con la solidaridad de todo el Occidente libre. El orgullo de la propia soberanía que no se utiliza como fin, sino sólo como medio, se convierte en un orgullo basado en la sensatez occidental, que se admira en el aliado. El orgullo ya no necesita de la soberanía absoluta, porque la propia razón la contradice.

El orgullo se hace modesto, pero la modestia no es debilidad. La arrogancia, el apremio, la provocación no son la fuerza.

La solidaridad exige la comprensión, que no se abandone nunca el terreno común, el buen sentido para los problemas comunes y recíprocos. La igualdad de derechos no es el derecho a una arbitrariedad no solidaria, sino el derecho a exponer razones y a escucharlas para discutirlas conjuntamente. El que quiere subsistir solo, sin tener fuerza, como miembro del conjunto, en caso de diferencias de opinión y de intereses, sólo tiene un camino: tratar de convencer e impresionar al poderoso con la propia estructura estatal. En la medida en que se pone de manifiesto el buen sentido, se gana la confianza y el respeto.

Es un mal principio creerse indispensable y fundar en ello las exigencias. Aun cuando seamos un punto importante para la inconstante concepción estratégica que Norteamérica tiene del mundo, el norteamericano no nos considera absolutamente indispensables. Si Norteamérica se equivoca en cuanto a las posibilidades de su propia seguridad, si ve que la confianza recíproca no se intensifica constantemente, puede abandonarnos a nosotros mismos. En este caso nos convertiríamos en un satélite ruso y se nos emplearía para luchar con todas nuestras fuerzas contra Norteamérica.

Esto sólo puede evitarse ganando y conservando la confianza con la misma intensidad, para que la fidelidad recíproca sea indestructible. Para esto es indispensable desarrollar el buen sentido en el seno de nuestra democracia.

Siempre ha sido prueba de valor intentar las grandes empresas basándose en la propia fuerza y teniendo conciencia de la responsabilidad. Pero existe el valor que, conociendo la insuficiencia de las propias fuerzas, se atreve a todo, confiando en los aliados, en el conjunto de los pueblos libres de Occidente, pero sin perder en modo alguno el propio sentido de la responsabilidad. Si los berlineses se hubieran dejado intimidar, el Occidente no hubiera podido protegerles. Su propio valor convenció y obligó a las potencias occidentales a defenderles.

Para despertar la confianza del fuerte, el menos fuerte o el débil debe merecerla. El que no reconozca la hegemonía de la fuerza de la comunidad occidental, no será digno de su confianza. No deben ponerse en evidencia motivos antagónicos al interés del conjunto y mucho menos hacer alarde de una fuerza que no se tiene, y además proclamarla con altanería. El valor honrado presupone no tratar con desdén al que nos protege y nos ayuda. La confianza exige reciprocidad.

KARL JASPERS

Un socialista en las democracias populares

POR VICTOR ALBA

En el auto del «Intourist», camino del aeropuerto internacional de Moscú, venía un banquero australiano en vena de charla.

—Es la tercera vez que visito la Unión Soviética. Encontré Moscú mucho mejor que antes. Este país progresa muy de prisa...

Había venido —me dijo— a arreglar algunos asuntos financieros y se entendió a la perfección con los altos funcionarios soviéticos.

—Sí —repitió—, este país progresa.

—¿Y a qué atribuye esta rapidez del progreso?— pregunté.

Me miró asombrado. ¿Era posible que no hubiese hallado por mí mismo la respuesta?

—Es clarísimo, ¿no? Aquí no hay huelgas...

***

Llegamos a Varsovia al anochecer.

El banquero venía de nuevo en el mismo coche que yo, también de la agencia oficial de viajes. Viendo las calles iluminadas, las luces de neón en las tiendas, las terrazas de los cafés llenas y los escaparates con maniquíes modernos y hasta con decorados abstractos, el banquero comentó:

—¡Qué diferencia con la Unión Soviética! Aquí no me será tan fácil entenderme.

—Y aquí a veces hay huelgas—, agregué.

La guía se apresuró a intervenir:

—Ahora mismo, en Nowa Hutta, ha habido manifestaciones obreras por cuestión de una cruz...

Y, con una sonrisa triunfal, anunció:

—Señores, han entrado ustedes en Europa.

Este tono fue el que encontré durante toda mi breve estancia en Varsovia. El idioma ya no era problema. El francés y el inglés se hablan en cada esquina. El extranjero es no sólo bien acogido, como en las calles rusas, sino que se le informa de todo. Y en los quioscos y librerías encontré las cubiertas familiares de los libros de Francia, de Estados Unidos, de Inglaterra (aunque ninguno sobre cuestiones políticas).

***

En la capital polaca, no vi a intelectuales ni personajes importantes, porque parece que todos estaban en Posnan, en la inauguración de la feria. Pero hablé con bastante gente.

En Varsovia me di cuenta de algo que los reformadores de todas las ideologías deberían aprender y recordar siempre: que los pormenores y hábitos de la vida cotidiana tienen más valor para el hombre que los principios y, muy a menudo, que la comida.

Recorriendo el barrio antiguo, la plaza del mercado con sus restaurantes y su «boîtes» donde se toca jazz hasta la madrugada, con sus apartamientos ultramodernos detrás de las fachadas del siglo XVIII, un amigo improvisado me decía:

—Todo esto quedó destruído. Los alemanes lo dejaron en ruinas. Cuando vino la liberación, se discutió mucho si había que levantar edificios modernos o bien reconstruir los antiguos. El gobierno comunista quiso halagar los sentimientos nacionales: se reconstruyeron los palacios, las viejas casas... En algunos casos sólo se dispuso de los cuadros del Canaleto

para guiar a los arquitectos. Faltaban viviendas en Varsovia, pero la gente se alegraba de que se reconstruyese esta parte de la ciudad y se restaurase tal como estaba habituada a verla.

—En realidad —prosiguió—, todo esto es interpretación mía. Tal vez los dirigentes comunistas que adoptaron la decisión de restaurar la ciudad vieja no pensaron en halagar los sentimientos nacionales de los polacos, sino en hacer una demostración de cultura, o simplemente, que les gustaba así. Quizás somos nosotros, los que no pertenecemos al partido, quienes hemos dado esta interpretación. En todo caso, nuestro deseo de que se restaurasen los viejos edificios tenía un contenido político evidente. Esta restauración era como afirmar nuestra personalidad nacional, y cuando la decisión se adoptó, consideramos que había sido una victoria del pueblo sobre los comunistas, sobre los amigos de los rusos... No diré que me enorgullezca mucho de estas reacciones primarias, pero ahí están, en mí y en los demás, y me parece que tienen cierta fuerza y que no carecen de eficacia para protegernos. Sin estas reacciones primarias, no estoy seguro de que pudiera hablarle así, ni a usted ni a ningún extranjero...

Sin embargo, la abundancia de pintura abstracta en la galerías y hasta en los hoteles (todos propiedad del Estado); las técnicas modernas empleadas en la decoración de los escaparates; algunos carteles y anuncios muy estilizados, y la línea funcional de muchos objetos de fabricación polaca, tienen también un contenido político. Es otra afirmación de independencia: de la independencia individual, del gusto personal, frente a la tendencia a la mediocridad oficial. Claro que hay, igualmente, interés por la cosas modernas, el aire de la época que se filtra por todas las rendijas... Pero esto mismo es ya la expresión de un ferviente deseo de mantenerse, por lo menos culturalmente, unidos a la cultura occidental.

En cierto modo podría decirse —haciendo una fórmula—, que la restauración de los barrios antiguos fue una afirmación de la personalidad nacional, del deseo de independencia, y que la popularidad del arte moderno es una afirmación de la personalidad individual, del deseo de libertad.

Y, ya que hablo de arte, una pequeña anécdota, de interés sobre todo para los latinoamericanos. Me enseñaron el nuevo estadio.

—Cuando Diego Rivera pasó por Varsovia, viniendo de Moscú, le pidieron que pintara un mural en el estadio.

—¿Y dónde está?

—No lo pintó.

—¿Por qué?

— Pedía demasiado dinero...

*
* *

Otra cosa aprendí en Varsovia. Algo que los reformadores de cualquier país deberían aprender y no olvidar nunca. Algo que, si se tiene siempre en cuenta, puede evitar muchos excesos, errores, crueldades e injusticias.

El nivel de vida en Polonia no es superior al de la Unión Soviética. Se come peor —según me afirmaron amigos polacos que han estado en Moscú—, aunque en los hoteles de Varsovia la cocina es mucho más refinada que en los de la URSS. Se viste mejor, sin embargo, no por la calidad de las telas, sino porque hay más variedad y se sigue la moda. Las casas están amuebladas con menos uniformidad. En las tiendas no hay colas, excepto en algunas de alimentos, a veces. Los espectáculos son más variados, abundan los teatros experimentales y las «boites» en que, con mucha seriedad, se escucha el jazz como si fuera en un concierto.

En suma, hay más fantasía, más posibilidades de vivir una vida individual, propia, íntima.

—Comemos menos que en la URSS —me decía mi guía—, pero nos divertimos más. La vida es mejor..., aunque el nivel de vida sea inferior.

Esta diferencia entre vida —vida a secas— y nivel de vida es importantísima. En Estados Unidos comienzan a darse cuenta de ello. En la URSS parece que todavía no. En Polonia lo conocen por experiencia.

—Mientras nos dejen disfrutar de la vida personal, podrán impedir que haya política —me aseguraba otra persona—. Son bastante hábiles para darse cuenta de esto y para mostrarse tolerantes... La política a través de los escaparates, de los teatros, de las «boites»... esto es lo que hacemos. Y esta política les parece inofensiva, de modo que la permiten para evitar que nos metamos con la otra, la de verdad, que está reservada al partido.

Es tan importante esta diferencia entre vida y nivel de vida y esta manifestación política de la actividad cultural —entendiendo por cul-

tura el *way of life* entero—, que ha conseguido algo que todas las universidades obreras, exposiciones ambulantes y el paternalismo de los intelectuales comunistas nunca logró: interesar a la gran masa, a los obreros y hasta, a veces, a los campesinos, en la vida cultural y hacerles aceptar primero y gozar luego, las manifestaciones modernas de la cultura, las menos convencionales y menos fáciles.

A mi guía, al despedirme de ella en el hotel, le dije:

—¿Es usted miembro del partido? Le hago la pregunta no por curiosidad ociosa, sino porque la respuesta me ayudará a comprender muchas cosas de su país.

—No, no soy del partido. Nunca necesité afiliarme para trabajar o para salir de algún apuro.

El verbo «necesitar» me pareció significativo. En Polonia, ahora, la gente no se afilia al partido por necesidad subjetiva, sino por necesidad objetiva.

En la URSS, pertenecer al partido es ascender a una clase superior, satisfacer cierto anhelo de categoría social. En Polonia ocurre al revés. Se afilian los que no pueden evitarlo.

*
* *

En el avión que nos conducía a Budapest, desde Varsovia, iba un ingeniero polaco que hablaba un francés impecable. Se dirigía a Viena. Charlamos largo rato. De esta conversación me queda en la memoria sobre todo ésto:

—Cuando van ustedes a Moscú, encuentran un nivel de vida inferior al de Polonia, ya que no en la comida, sí en la indumentaria, en la manera de vivir, en la cultura. Ven que en su país la existencia es menos dura, más interesante, la juventud más entusiasta. ¿Cómo, viendo esto, pueden creer que sea cierto lo que ustedes mismos afirman: que la URSS señala el camino a los demás pueblos?

La respuesta fue tan franca como todas las recibidas en Polonia:

—Si va usted en su automóvil por una carretera y no hay gasolineras, tiene que seguir al tanque que transporta la gasolina, aunque sólo le venda medio litro cada diez kilómetros y aunque deba pagar esta gasolina a peso de oro...

Era, en el fondo, una sensata resignación a una realidad que puede modificarse en sus matices, pero no cambiarse radicalmente... por ahora, cuando menos. Una actitud pragmática. Así se lo dije.

—Es cierto. Podemos permitirnos el lujo de ser pragmáticos porque tenemos la posibilidad de dar gusto a la vida aun a pesar de la falta de libertad política. La libertad política es muy necesaria, cierto, pero el hombre se resigna a perderla, cuando menos por cierto tiempo. Las otras libertades, mucho más modestas, son indispensables: la libertad de comer en restaurantes con música, de comprar cosas inútiles, de leer cosas que no sean de propaganda, de hablar con el vecino sin tener que pensar que es un delator... Si se tienen estas libertades, la libertad política y hasta la libertad económica se echan de menos en grado mucho más tolerable que si se carece de ellas. ¿Va usted a Budapest? ¿Sí? Allí comprenderá lo que quiero decir...

Lo comprendí en pocas horas. Cualquiera lo comprende con sólo preguntar a un húngaro. Es singular —y angustioso— comprobar como una cosa tan natural, tan sin importancia, adquiere de súbito el alcance de un símbolo, de una revelación.

En Moscú, preguntar por una calle equivale a iniciar una conversación, si la persona preguntada por azar conoce un idioma occidental: una conversación abundante en preguntas sobre Occidente. En Varsovia, en iguales circunstancias, la conversación es sobre Polonia. En Budapest, preguntar por una calle equivale a un encogimiento de hombros de la persona preguntada o, en el mejor de los casos, a un signo vago en la dirección donde se halla la calle. Nunca a un gesto de curiosidad o de amistad. Nunca a una charla.

La cosa me sorprendió tanto, que durante un paseo por la ciudad me dediqué a preguntar muchas veces a los transeúntes. Ni una sola vez obtuve una respuesta de más de dos o tres palabras.

—¿Por qué es esto?— inquirí de unos viejos amigos, a los que veía por primera vez le cabo de muchos años.

—Por miedo... El pueblo es inexplicable, a veces. En 1956 hubo heroísmo, testarudez, clarividencia, desesperación, de todo. Y de este mismo pueblo, en unas semanas surgieron millares de delatores, de confidentes de la policía, de policías incluso. Los húngaros lo sabemos y no queremos que nos vean con extranjeros. Es peligroso. Nunca podemos

estar seguros de que el vecino, la persona que pasa por nuestro lado, el compañero de estudios o de trabajo, no vayan con cuentos a la policía...

Este miedo —miedo no político, sino casi biológico, que inspira no una doctrina o un fanatismo, sino un aparato policíaco— se nota en todas partes en Budapest. Y sospecho que, sobre todo, debe notarse en los círculos dirigentes.

Una cosa, por lo menos, autoriza a creerlo.

Paseando por la ciudad, se encuentran con cierta frecuencia ruinas y casas con la fachada todavía acribillada.

—¿De 1956?— preguntaba yo cada vez.

—No, de 1945— me contestaban.

Es asombroso. Todas las huellas de la revolución de 1956, de la acción de los tanques soviéticos, fueron borradas en unos meses. Se reconstruyeron las casas derribadas o incendiadas, se remozaron las fachadas acribilladas o agrietadas. Pero nadie parece preocuparse mucho de las ruinas de fines de la guerra mundial.

Sin embargo, el recuerdo de 1956 no ha desaparecido al borrarse las huellas de los cañonazos en los edificios.

—En estos años —me decía una vieja dama de la antigua clase media— he aprendido a respetar a los obreros. Los intelectuales a veces han doblado el espinazo; hay algunos que escriben, otros que se limitan a hacer cosas para niños o hasta novelas de detectives. Pero los obreros... Antaño, solíamos considerar que quienes defendían desinteresadamente los ideales eran los intelectuales y la gente de mi clase, de la pequeña burguesía. Hoy, los obreros, a pesar de que han recibido algunos privilegios y de que su condición material ha mejorado bastante, siguen intransigentes.

Uno de esos obreros —a través de un amigo— me afirmó:

—Si se marcharan las tropas rusas, el gobierno no duraría ni 48 horas. Y los policías, ni veinticuatro. Los cazarían por las esquinas.

Esos policías... Budapest es una ciudad de cafés. El café es tan indispensable como el pan, pero va mucho más escaso. En todos los cafés se ven mesas cuyos ocupantes no se mueven, no hablan entre sí, no leen, sino que todo el día se limitan a escuchar las conversaciones de las mesas vecinas. Lo hacen ostensiblemente, sin disimulo. No quieren oír lo que se habla, sino más bien impedir que se hable de ciertas cosas. Y esto lo logran con su simple presencia bien evidente. De mí puedo decir que tuve a policías de esos en el restaurante del hotel que hay en la isla Margarita, sobre el Danubio, y en un famoso café que lleva un nombre francés y donde la bebida es infecta y los pasteles exquisitos.

Fui a este café con un diplomático, uno de estos seres que abren el aparato de radio apenas entran en una habitación de su casa; me sorprendió que también abriera la radio de su coche.

—Todas las semanas llevamos el auto al Ministerio del Interior, para que le pongan aceite, agua en la batería, etc. Supongo que también le ponen cinta nueva en el aparato de grabación que debe de haber oculto en algún lugar del vehículo...

En esto no hay diferencia con Moscú. Pero en la atmósfera, la diferencia es considerable. Me imagino que una atmósfera así debía de reinar en Moscú bajo Stalin. En Budapest corren ahora los mismos chistes que se repetían en voz baja en Moscú hace diez años y que la prensa occidental nos contaba. Esta circulación y utilización repetida de los chistes políticos, merecería un estudio. Por los chistes populares en un momento dado podría medirse el grado de terror, de exasperación y de esperanza.

He dicho esperanza. Parece increíble, pero es lógico. Sin esperanza, la atmósfera de Budapest sería irrespirable. ¿Qué esperanzas puede tener todavía este pueblo, después de la experiencia de 1956, de la ineficacia de la simpatía popular del mundo entero y de la pasividad oficial del mundo no soviético?

—¿Cuándo declaran la guerra los Estados Unidos?— me preguntaron varias veces gentes de muy distinta condición.

De nada vale decirles que no habrá guerra, por lo menos en un futuro próximo, que si la hubiere, el mundo se acabaría; que ellos figurarían entre las primeras víctimas. Es igual. Con tal de que los rusos sean barridos de Hungría, el precio no importa. Y muchos, además, no creen en una guerra atómica.

—Los «sputniks» no significan nada —me decía un ingeniero.— No se dejen impresionar. Todo esto es fachada. Por mucho que digan, los rusos son incapaces de hacer una guerra atómica... Nosotros los conocemos y no tenemos miedo a sus cohetes.

Otro tema constante es la rivalidad entre

la URSS y la China comunista. Si uno se muestra escéptico, le miran de reojo. Parece una cuestión de dogma. Tanto, que uno acaba preguntándose si esta rivalidad no ha sido inventada por los servicios de propaganda de Kadar y sus colegas. La medida del odio que se tiene a los rusos aquí, es que en caso de un conflicto entre chinos y rusos, los húngaros esperan que la victoria se muestre favorable a los chinos. «Ya sabemos que son peores... pero no estaban aquí en 1956», me dijeron.

Escuchando estas discusiones, uno casi siente remordimientos de intentar contradecirlos. Necesitan tanto la esperanza.

—No crea que a veces, muy en el fondo de nosotros, cuando reflexionamos, no nos demos cuenta de que esto son más bien ilusiones que realidades. Pero luego razonamos y encontramos motivos para justificar nuestras ilusiones. Sin las ilusiones, ¿qué haríamos? No tendríamos más que uno de estos dos caminos: o sublevarnos, y esto, por ahora, es imposible, o someternos... y esto también es imposible.

*
* *

—Podemos encontrarnos cerca de la Sardina...

Es una frase corriente. La Sardina es el nombre popular que se da a un horrendo, macizo, pesado monumento a los «liberadores» rusos, levantado por éstos en lo alto de una colina que domina la ciudad. La sardina —símbolo del hambre, cuando de ella sólo quedan las espinas— es la rama de laurel que la enorme figura del monumento parece ofrecer a los húngaros.

¿Dónde están los rusos? No se ven por las calles. Se encuentran acuartelados en los alrededores de la capital y de las grandes ciudades, y se muestran muy discretos. Han aprendido, sin duda, la lección de 1956. Pero la gente no olvida su existencia.

—Si se fueran los rusos —comentaba un amigo—, el gobierno no duraría ni dos días. En veinticuarto horas habríamos cazado por las esquinas a los policías, y sin los policías y los rusos, esos señores ni se atreverían a respirar.

Mas los rusos no se van. Y los policías cazan a los ciudadanos por las esquinas. Todavía hay detenciones y ejecuciones por la revolución de 1956. Parece como si el gobierno de Kadar no quisiera que la gente se olvidase de que una revolución cuesta cara. Necesita hacer un escarmiento permanente, porque los motivos de rebelarse son también permanentes.

La presencia de los rusos —no como soldados, sino como ejemplo— se hace sentir en muchas otras cosas. El sistema de venta de gasolina —mediante la compra de vales en correos—, es igual que en Moscú. En las tiendas hay colas y abundan los controles: antes de hacer una compra, hay que pasar por dos o tres empleados administrativos.

Una última anécdocta, que refleja la persistencia de los métodos soviéticos de organización. En mi hotel, el «Astoria», todas las llaves del cuarto de baño tenían la marca roja que indica el agua caliente; ningua ostentaba la marca azul del agua fría.

—¿Por qué ocurre esto? —pregunté a un mozo.

Se encogió de hombros.

—En todos los cuartos es igual.

—Pero ¿cuál es el motivo? —insistí.

—Modernizaron el hotel hace algún tiempo. Todas las llaves que trajeron tenían la marca roja. En la fábrica no debía de haberlas con la marca azul.

*
* *

Los países del bloque soviético procuran fomentar el turismo. En las URSS se habrán acogido este verano unos 700.000 turistas, la mitad de ellos norteamericanos; en Hungría, unos 50.000; unos 100.000 en Checoeslovaquia y Bulgaria. Son turistas occidentales, porque el turismo entre los países del propio bloque soviético es más reducido. Unicamente los ricos pueden permitírselo. Me quedé asombrado cuando me enteré de que a un húngaro que va a Praga, el viaje y la estancia le cuestan más caros que a un francés: 1.250 forints para cuatro días, y 5.600 forints para dos semanas en una playa búlgara. El precio se puede medir cuando se sabe que un salario medio, en Hungría, alcanza a 1.400 forints al mes.

Me sorprendió también ver que en las agencias de viajes de Hungría y Polonia y la URSS ne se encuentra ninguna propaganda turística de Alemania Oriental. Ni en las agencias de viajes de Estados Unidos o de París.

Pero en cuanto se visita a Berlín Oriental se comprende el porqué de este escaso interés. En Varsovia, en Moscú, en Budapest, uno puede comparar solamente con los recuerdos. En Berlín Este la comparación se hace con

volver la cabeza y mirar a unos centenares de metros de distancia. Tal vez esto no constituya el motivo principal de la falta de turismo en Alemania Oriental; posiblemente se deba a la facilidad con que en Berlín Este se puede pasar a la zona occidental (y de allí alejarse del bloque soviético). Tal vez se deba a las dificultades alimenticias, que son superiores en Alemania Oriental que en los restantes países del Bloque (sin duda a causa de la campaña de colectivización forzosa de la agricultura, emprendida hace un año y ahora en pleno auge, con su consecuencia inevitable de infra-producción agrícola). Sea lo que fuere, lo cierto es que hay poco turismo en Berlín Este, y que la mayoría de ese poco procede de Berlín Oeste y dura apenas unas horas en cada caso.

Por lo demás, en Berlín Oriental no se encuentra ninguna de las cosas que se hallan en otras ciudades soviéticas para acoger a los turistas: hoteles de hipotético lujo y de mal gusto acreditado; centros de caza o de descanso, casinos, licores occidentales (aunque a precios exorbitantes). Si hubiera algo de esto en Berlín Este, serían los berlineses quienes se aprovecharían de ello.

*
* *

—¿Dónde está la gente? ¿No hay habitantes en Berlín Este?

Las calles se veían tan vacías aquel domingo por la tarde —sobre todo por contraste con las avenidas de Berlín Occidental a lo largo de las que habíamos caminado unos minutos antes— que la pregunta parecía ociosa.

Uno de mis compañeros de autocar comentó con ironía:

—Están desfilando.

No sospechaba hasta qué punto había dicho la verdad. La gente, en efecto, desfilaba por la Stalinallee, donde se celebraba la «Semana de la Prensa Democrática» o algo así. Casi todos los domingos, los berlineses del Este desfilan. En la plaza Marx-Engels hay unas tribunas permanentes, de cemento, y, como en la plaza Roja de Moscú, unas líneas amarillas pintadas en el pavimento para guiar a los manifestantes.

Fuera de nuestro autocar y de algunos otros coches de turistas con los que nos cruzamos, no había casi tránsito en la zona oriental de la ciudad, que era, antaño, el centro de Berlín, con sus ministerios, su Opera, sus museos y teatros. Es la parte más destruída hoy.

Un domingo por la tarde Berlín ofrece un aire de postguerra que sorprende. Ruinas, montones de cascotes, paredes a medio caer, fachadas reventadas, y pelotones de soldados rusos, que vienen de los cuarteles de los alrededores a visitar a Berlín Este en grupos y siguiendo a sus sargentos. Los habitantes desfilan y por la noche llenan los teatros y cabarets de Berlín Occidental.

Porque se va fácilmente de una a otra zona. Hay 138 lugares de paso. No es posible vigilarlos todos a todas horas. Los berlineses del Este, con sus marcos que en el Oeste les valen cuatro veces más (por decisión gubernamental y no porque tengan realmente mayor valor adquisitivo), procuran ir de compras a la zona occidental. Hay un punto de paso, debajo de un puente metálico del Metro, al que llaman Puente de los Zapatos Viejos. Casi es un rito: cuando un berlinés del Este se compra zapatos en el Oeste, se los pone al llegar a este puente, donde tira los viejos.

Los berlineses del Oeste van al otro Berlín, sobre todo para ver los espectáculos —algunos de ellos excelentes y baratos— y visitar los museos. En realidad, pese a la política, no se sienten en nada distintos los habitantes de los dos Berlines. Siguen siendo los mismos de antes: los que se consideraban no prusianos bajo el Kaiser, no nazis bajo Hitler. Existe en Berlín un humor especial, un poco duro, y un delirio por divertirse que hace pensar en Hamburgo, con sus absurdos cabarets (en la zona occidental) y sus desfiles no menos absurdos (en el Este).

Eso de los desfiles parece una obsesión. Un berlinés del Este comentaba, otra vez que visité su ciudad, de noche, entre semana:

—Comemos mal, pero desfilamos bien.

Por lo demás, este humor berlinés se encuentra de modo inesperado —y estoy seguro que involuntario— hasta en los edificios. Por ejemplo, el National Rat (Censejo Nacional) del Frente Nacional, el organismo de fachada del gobierno comunista de la Alemania Oriental, está alojado en el que fue edificio del Ministerio de Propaganda del Dr. Goebbels.

*
* *

Unos días en Berlín Occidental me habían proporcionado, por cierto, muy agradables sorpresas. A pesar de que la reconstrucción es cosa esencialmente gubernativa, no encontré

uniformidad en los enormes bloques de casas y hasta hallé audacia y gracia en los edificios de la que llaman ciudad del futuro, construída por arquitectos de muchos países. A diferencia del resto de Alemania Occidental, los factores materiales parecen en Berlín Oeste menos importantes, y la vida intelectual, la bohemia, lo inesperado salen al encuentro del visitante en cada esquina, tal vez porque el sentimiento de provisionalidad o de situación absurda que rodea la vida de los berlineses es un estímulo y, a la par, una inmunización contra las consecuencias deprimentes de la prosperidad y de la comodidad material. Algo de esto, me decía, ha de existir en Berlín Oriental. No es posible que una simple línea —imaginaria además— baste para impedir que la atmósfera de una parte de la ciudad exista también en la otra.

Me equivocaba. La atmósfera de Berlín Este es, no ya distinta, sino exactamente opuesta a la de Berlín Oeste. Ni siquiera la burla del berlinés parece ser tan frecuente. No se encuentran equivalentes a esos nombres que los berlineses dan a sus monumentos; la « Puppenallee» (avenida de las muñecas) a un paseo, hoy destruído, bordeado por estatuas de monarcas; San Aluminio a un templo reconstruído con este material; la Ostra Preñada al palacio de los Congresos, de estructura funcional muy curiosa. El humor del Este, ya lo dije, parece ser involuntario y hallarse en las cosas más bien que en las gentes.

En Berlín Oriental, el 30 por ciento del comercio está todavía en manos privadas. Las pequeñas tiendas que aún tienen dueño se distinguen en seguida de las de organismos estatales, no sólo por el cartel con el nombre del propietario, sino porque los escaparates dejan adivinar un patético esfuerzo por parecerse a los de cualquier ciudad occidental, por mantenerse al día. Pero, en conjunto, los escaparates de Berlín Este se parecen más a los de Moscú que a los de Varsovia o hasta de Budapest.

Se ven pocos soldados, pero muchos policías. Los alemanes del Este entran en el ejército a los 18 años; a los 17 pueden alistarse como voluntarios en la policía, que paga mejor y concede más ocios. De ahí la abundancia de policías barbilampiños en las calles de Berlín Oriental.

Un amigo me explicaba:

—Hay tres clases de jóvenes en Alemania Oriental: los audaces, que se van al Oeste; los ambiciosos, que procuran ascender y tener un apartamiento en la Stalinallee, y los mansos, que se quedan y trabajan.

*
* *

Las reacciones estéticas de los comunistas son tan inesperadas como sus reacciones sentimentales. Una vez más, el humor macabro e involuntario me salió al paso en Berlín Este, cuando un guía local, miembro del Partido, me contó lo siguiente, al cruzar la calle Berzarin (o un nombre parecido):

—Esta calle lleva el nombre de un general ruso. En 1945, el general Berzarin venía en moto por esta calle. No pudo frenar a tiempo y chocó contra un camión del ejército soviético. El chófer del camión, un soldado ruso, se apeó, vio que el hombre de la moto estaba muerto, lo reconoció y allí mismo se suicidó.

—Me parece que la calle debería llevar el nombre del soldado...

—Pero el muerto era un general, un héroe —fue la inesperada respuesta.

Esto me recordó algo que me contó en Moscú un ingeniero occidental. Estaba allí montando unas fábricas adquiridas en Occidente. La anécdota puede servir para cerrar estas impresiones, porque en el fondo las resume.

—Un día, tuve que ir a una ciudad del interior, a escoger con un general el lugar para una nueva fábrica. El general me llevó en su automóvil, conducido por un soldado. Llegamos a un pueblo, ya de noche. El general consiguió alojamiento para nosotros en el edificio de la policía. No había hotel, supongo. Nos sentamos a comer en el restaurante del pueblo. Me extrañó que el chófer no comiera con nosotros. Se lo dije al general, y éste me contestó —: «Si es chófer, es que no sirve para otra cosa. Nosotros tenemos un régimen igualitario, que da a todos las mismas oportunidades de elevarse. No hay, pues, ningún motivo para que me ocupe de él. Ya se las arreglará... Esto es el verdadero igualitarismo, y cualquier otra cosa es sólo sentimentalismo pequeño burgués.»

Y es sin duda mi sentimentalismo pequeño burgués lo que, al terminar mi viaje, me hace echar de menos tantas posibilidades de amistad calurosa, frustradas por circunstancias que nada tienen que ver con nuestro deseo de ser amigos.

VÍCTOR ALBA

Brasil frente a su destino

POR ROGER BASTIDE

Frecuentemente se ha planteado la cuestión de saber cuáles eran las razones del retraso de Hispanoamérica por oposición al desarrollo de la América anglosajona, y se han buscado éstas, bien en el clima, tropical, bien en el mestizaje y en la inferioridad, intelectual o moral, de los mestizos con relación a los representantes de las razas puras. Buckle, Huntington y aún otros, afirman que los países cálidos nunca podrán alcanzar los grados superiores de civilización, o porque «debilitaban» al hombre o porque la naturaleza les imponía «retos», como diría Toynbee, a los cuales es imposible responder. En cuanto al biólogo, partidario de Gobineau, no sólo sostiene que hay razas superiores y razas inferiores, sino también que los mestizos no heredan más que los defectos de las razas que se cruzan. Ahora bien, se estima en unos 247.245.000 a los mestizos de blancos, de negros y de indios en América. El mestizaje, en valor absoluto y en valor relativo, es más importante en el sur del continente que en las demás regiones del globo.

Este género de explicación parece casi totalmente abandonado en la actualidad ante las averiguaciones de la ciencia moderna. Brasil demuestra, por lo contrario, que una gran civilización de tipo occidental puede surgir en los trópicos, y, en este caso, el mestizaje ha sido uno de los instrumentos de adaptación del hombre blanco al nuevo clima en el que había de vivir.

Se tiende actualmente a dar otras razones de carácter histórico o sociológico. Se imputa, a veces, al catolicismo el retraso de los países de Hispanoamérica, inspirándose, por ejemplo, en la obra de Max Weber sobre los orígenes puritanos del capitalismo industrial; o aun al colonialismo que ha entorpecido el desarrollo de cualquier industria que pudiera entrar en competencia con la de la metrópoli y que, en virtud del pacto colonial, impuso al sur del continente americano el doble régimen del latifundio y del monocultivo; o, finalmente, a la esclavitud, que asoció, tanto en el espíritu de los blancos como en el de los negros, la idea de trabajo a la de servidumbre y que impidió igualmente la formación de otros capitales que aquéllos constituídos por tierras y por la mano de obra de los esclavos.

Es cierto que esos factores han intervenido con mayor o menor intensidad. Se puede observar, por ejemplo, que Portugal prohibía la creación de industrias en Brasil con el fin de cambiar allí los productos de sus fábricas contra el azúcar o el tabaco. Se puede comprobar que la primera tentativa de industrialización de este país, en la segunda mitad del siglo XIX, y cuando Brasil ya era independiente desde hacía medio siglo, fue seguida de la desaparición del tráfico de negros y de la liberación por lo tanto de los capitales que se habían empleado hasta entonces en la compra de esclavos africanos. Pero si es cierto que todos estos factores han intervenido, también lo es que tras estas afirmaciones, a primera vista científicas, se ocultan juicios de valor y que las ideologías se mezclan inextricablemente con las teorías. Ideologías de los diferentes partidos políticos que se disputan en Brasil la nueva clientela electoral.

En el fondo, la idea de «retraso» es una

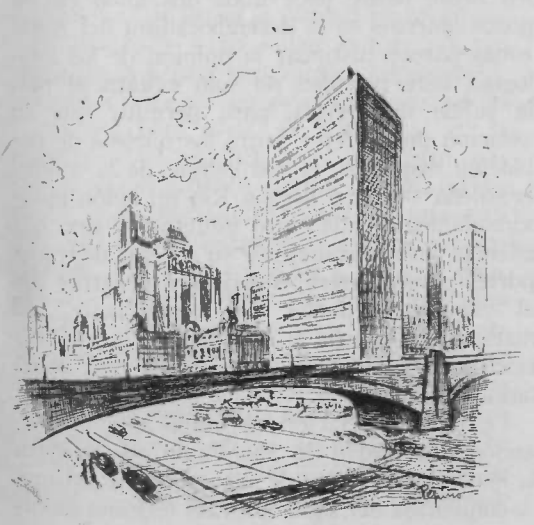
Autorización especial de La Revue de Paris (*Septiembre,* 1960).

idea vaga. Hay que definir de qué clase de retraso se trata. No puede tratarse de un retraso intelectual, en el ámbito de las letras y de las artes. Se trata de un retraso económico, o mejor aún, técnico. Y a este retraso económico hay que buscarle causas económicas, y sólo en el caso de que se demuestre que estas causas son insuficientes nos veríamos obligados a recurrir a explicaciones de orden político o religioso.

Las causas de un retraso

En tanto que los colonos ingleses se establecían en el litoral Atlántico hasta el siglo XIX, para formar allí colonias sedentarias y homogéneas, los aventureros portugueses se dispersaban, desde el siglo XVII, a través de un país tan grande por sí sólo como Europa sin Rusia, lo que hace que, aún hoy, Brasil sea, salvo la faja atlántica, o más bien ciertas partes de ella, un territorio de población dispersa, con un término medio de seis habitantes por kilómetro cuadrado. Ahora bien, todo progreso económico exige, a la vez, la reunión de la mano de obra alrededor de las materias primas y la reunión de los consumidores en un mercado.

Por eso los brasileños tuvieron que compensar en el transcurso de su historia su debilidad demográfica por desplazamientos en masa de la población. En el siglo XVII, la mayoría de la población se fija en las «tierras negras» del noroeste, alrededor de Bahía y de Recife, dedicándose al cultivo de la caña y a la producción de azúcar. El descubrimiento en el siglo XVIII de las minas de oro en el centro de Brasil encamina la población, tanto la libre como la esclava, desde las plantaciones de caña a las montañas del oro. En el siglo XIX nuevo desplazamiento, desde el centro hacia el sur, a las grandes propiedades productoras de café, y como el café agota la tierra, los hombres siguen a la planta en sus peregrinaciones a través de todo el Estado de São Paulo hasta el Parana. Pero estas migraciones se traducen, económicamente, por el agotamiento de los recursos de la región. El hombre que no se fija al suelo no puede encariñarse verdaderamente con la tierra en que vive; trata de enriquecerse lo más rápidamente posible a riesgo de dejar tras de sí, cuando se vaya, ciudades muertas, un suelo esquilmado, un nuevo desierto.



Había sin embargo otro medio para compensar la escasez de población, y consistía en recurrir a la mano de obra europea, en atraer a los emigrantes de países excesivamente poblados, como Italia, o de regiones miserables, como algunas provincias de Alemania. Brasil pensó en ello, en particular para poblar el extremo sur, que era, por causa de su carácter desértico, objeto de la codicia argentina. Una suerte de «*no man's land*» entre la América hispánica y la portuguesa. Por desgracia se demostró que el remedio, en este caso, estaba lleno de peligros. Estableciendo a alemanes o a italianos en las regiones deshabitadas, esos extranjeros no podían sufrir la influencia asimiladora del medio; conservaban, pues, su lengua, sus costumbres, formaban comunidades aisladas, islotes europeos, peligrosos por consiguiente para la seguridad del país y para su homogeneidad cultural.

Pero la industrialización no sólo reclama hombres: necesita también la existencia previa de materias primas; necesita capitales y fuentes de energía para transformar esas materias primas en productos manufacturados. Las materias primas no faltan: el hierro abunda, de excelente calidad y de fácil extracción; los geólogos descubren todos los días nuevos recursos: platino, bauxita, cinc, etc. Los capitales extranjeros, en ausencia de los nacionales, se desplazan fácilmente cuando aparecen para ellos fuentes de beneficio en cualquier lugar de la tierra. Pero Brasil carecía de la

energía necesaria para la transformación de esas riquezas, vegetales o minerales. Las tres cuartas partes de la energía de que dispone proceden todavía del carbón de madera y las selvas desaparecen, unas tras otras; el suelo, sin esta protección forestal, está sometido a la acción erosiva de las lluvias violentas de los trópicos, y los ríos arrastran hacia el mar la tierra que, en otros tiempos, hacía vivir a los campesinos...

Existe, en efecto, la hulla en Santa Catalina, pero es insuficiente y de calidad mediocre. Y es esta falta de energía la que es responsable, al lado de la falta de hombres, del insuficiente desarrollo de Hispanoamérica. No son la raza ni el cultivo los que han hecho la grandeza de Estados Unidos, sino la riqueza de suelo en carbón y en petróleo. Todos los razonamientos basados en la superioridad del clima templado sobre el clima tropical, del anglosajón sobre el latino, del protestante sobre el católico, se reducen finalmente a una cuestión de combustibles: el carbón de madera contra la hulla.

A vencer esas dos desventajas es a lo que Brasil se dedica hoy, y su progreso es tan rápido que tiene algo de vertiginoso. Examinemos en primer término el crecimiento de la población. En 1800 Brasil no tenía más que 3,6 millones de habitantes; en 1950 tenía ya 52 millones, y se prevé que llegará a tener 100 millones en 1980. Ahora bien, este desarrollo prodigioso no es debido a la inmigración, sino a la crecida natalidad de sus habitantes. La inmigración ha desempeñado sin duda un papel en el momento de la supresión del trabajo de los esclavos, ya que los negros abandonaron las plantaciones de café, que tenían para ellos recuerdos demasiado dolorosos, y fueron a perderse en el anónimo de las grandes ciudades. Para reemplazarlos en las zonas rurales se acudió, en primer lugar, a los europeos y a los japoneses después, pero la inmigración quedó localizada en el sur del país y se detuvo con la segunda guerra mundial. Es, pues, la fertilidad femenina la que explica esencialmente el crecimiento demográfico.

Progreso industrial

El progreso industrial de Brasil no es menos sorprendente que su desarrollo demográfico. En 1850 no había más que 50 establecimientos industriales en todo el país, y al final de la Monarquía 636, de los cuales los más importantes y numerosos estaban en Río de Janeiro. Bajo la República, el movimiento se acelera y la ciudad de São Paulo destrona a Río, para llegar a ser, no sólo el mayor centro industrial de Brasil, sino el mayor centro industrial de toda Hispanoamérica.

Este cambio procede, sin duda, de que la venta del café en el exterior, y a buen precio, permite a los comerciantes de São Paulo la formación de capitales; pero también de que una nueva fuente de energía, la electricidad, va a añadirse en adelante al carbón de madera y a la hulla de Santa Catalina. Los saltos de agua que caen del depósito artificial de la Light de São Paulo son los que han suministrado a esta ciudad las bases de su grandeza.

Hoy el Brasil tiene 92.350 establecimientos industriales, con 1.279.184 obreros y una producción de un valor de 118.606.000 cruceiros. Sólo en São Paulo había —según datos de 1950— 25.016 industrias con 488.633 obreros y un valor de producción de 55.292.474 cruceiros. Es decir, que la industria está casi íntegramente concentrada en la zona de São Paulo y de Río de Janeiro. Pero ha comenzado la electrificación del nordeste a partir de los saltos de Paulo Alfonso, que se encuentran en la parte inferior del río San Francisco, y se han abierto los primeros pozos de petróleo en la región de Bahía. Algunos geólogos suponen incluso que todo el subsuelo de la región del Amazonas debe de estar constituído por una capa de petróleo que acaso une al Brasil con Venezuela.

Sea lo que fuere, el hecho de que el petróleo brote desde hace unos dos años en los pozos abiertos en la desembocadura del Amazonas parece justificar la opinión de los geólogos. Este petróleo no sólo evitará al país la salida de divisas, para permitir que su aviación pueda tejer, entre los núcleos de población dispersos, la red celeste de la unidad brasileña —sale o llega a Río un avión aproximadamente cada cinco minutos—, sino que además permitirá mejorar su sistema de transportes por carretera. Y así hará penetrar con el camión y detrás del comerciante, del maestro de escuela y del médico, la civilización occidental hasta los rincones más apartados del territorio.

La industrialización va unida a la urbanización. La ciudad de São Paulo nos muestra la imagen más típica de ese desarrollo urbano. A comienzos del siglo XIX, el término muni-

cipal no tenía ni siquiera 22.000 habitantes. Era un pueblo provinciano al que animaba tan sólo la reciente creación de una Facultad de Derecho, pero ya en 1900, gracias al café, que tenía su centro comercial y financiero en São Paulo, la ciudad llegó a alcanzar la cifra aproximada de 240.000 habitantes. La industrialización va a acelerar el crecimiento de la ciudad. En 1930, tenía cerca de 1.000.000; en 1950, 2.227.512; hoy, en fin, se estima su población en 3.000.000 y es posible que esta cifra esté ya rebasada. Ahora bien, ese desarrollo —y hubiéramos podido igualmente tomar el ejemplo de Río— se produce, naturalmente, a expensas del campo.

Este éxodo de las zonas rurales hacia las ciudades, que asustaba todavía hace unos años a los brasileños, se ha mostrado, al contrario, como el factor más poderoso de la modernización de una agricultura, que seguía siendo arcaica hasta estos últimos tiempos. En primer lugar, la ciudad tentacular es un centro de consumo; a su alrededor va a extenderse un zona de huertas, cuya periferia no hace más que aumentar cada año y en la que van a aparecer nuevos procedimientos de cultivo. A la agricultura extensiva, de tipo colonial, sucede un cultivo intensivo, de pequeñas parcelas de terreno, a base de abono o de estiércol.

No se puede dudar que esta transformación de la agricultura haya estado ligada a la urbanización, pues casi no se observa en otros lugares fuera de las comarcas próximas a las grandes ciudades. En las zonas del interior, la agricultura sigue siendo una agricultura de autoconsumo. Se acusa al campesino brasileño de ser perezoso, o de haber conservado en pleno siglo XX una mentalidad «pre capitalista», es decir, de no producir más de lo que necesita para vivir, de no pensar en la obtención de un beneficio por su trabajo, por la venta del excedente, lo que mejoraría su nivel de vida, haciéndole pasar de una economía de mera subsistencia a otra de tipo capitalista. Pero, ¿por qué va a trabajar más, o por qué va a mejorar sus procedimientos de cultivo, puesto que no tiene ningún mercado local importante en los alrededores? En efecto, está lejos de las carreteras, pero incluso si éstas existieran y en el caso de que deseara transportar su mercancía a los grandes centros de consumo, la distancia gravaría el precio de venta de sus productos de tal forma que no podría competir con los agricultores cuyo precio de venta no se encontrara recargado por el transporte.

Brasil, como se ve, encuentra obstáculos en el camino del progreso: obstáculos geográficos —la extensión del país—; culturales —la dificultad de extender la instrucción, incluso la primaria, en una población tan dispersa—; financieras, finalmente, ya que mientras el capital nacional no sea suficiente para financiar el fomento de la riqueza de la totalidad del país, es necesario atraer capitales extranjeros, teniendo cuidado empero de preservar la independencia nacional contra el imperialismo del dólar o de otra moneda cualquiera.

La planificación brasileña

Hasta estos últimos años la situación no se mejoró sino merced a las iniciativas particulares, y así, las transformaciones no se produjeron con el mismo ritmo en las diferentes partes de Brasil. Los geógrafos, los economistas y los sociólogos, observaron la coexistencia de dos Brasiles: un Brasil moderno, proyectándose hacia el porvenir, y un Brasil arcaico, nostálgicamente vuelto hacia el pasado. Un Brasil de rascacielos, de fábricas gigantescas, de salones literarios, de ricos museos, y un Brasil insuficientemente desarrollado, de población miserable, de religión supersticiosa, todavía en la edad del folklore. Los habitantes de São Paulo, que contribuyen con la mayor parte al sostenimiento del presupuesto federal, pues suministran, merced a la venta del café en el exterior —especialmente en Estados Unidos—, los dos tercios de las divisas que el país necesita para sus compras de petróleo o de carbón, traducen bien esta oposición de los dos Brasiles cuando dicen que São Paulo es la locomotora obligada a arrastrar un largo tren de vagones vacíos.

El equilibrio demográfico, económico e incluso social, se había roto. El progreso demográfico del sur se había realizado con detrimento de las poblaciones del norte, porque el aumento de la población no es todavía bastante fuerte para oponerse a la vieja ley de las migraciones internas, a la que hice alusión más arriba. El país sigue viéndose obligado a trasladar su población de las zonas pobres a las ricas, para remediar la falta de mano de obra. Pequeños propietarios miserables, obreros agrícolas, granjeros sin por-

venir, abandonan las tierras de Ceara, de Bahía, el interior de Pernambuco, el norte de Minas, para descender en barco a lo largo del São Paulo, o en camión y a veces incluso a pie hacia las plantaciones de café, en las que los salarios son más altos, y hacia las grandes ciudades del sur, donde pueden tener trabajo como albañiles. (En São Paulo se construye una casa cada cuarto de hora.)

Este desequilibrio demográfico reflejaba un desequilibrio económico. La riqueza del sur (consecuencia de su industrialización, de la modernización de su agricultura, de la acumulación de capitales) en contraste con la pobreza del norte, salvo algunas excepciones como Recife, que conserva un aspecto colonial y que se ha inmovilizado en la gloria muerta de su pasado. El importe de la renta por habitante refleja esta oposición: 365 dólares en Río contra 20 en Para o en Pianí. El salario medio que se paga en la capital federal es de 241 cruceiros contra 114 en el Estado de Goiaz. El índice de productividad asciende a 2.291 en Río, a 1.460 en São Paulo, y no es más que de 135 en Para o en Pianí. Brasil es, pues, como una balanza, uno de cuyos platillos se carga cada vez más de hombres, de riquezas, de bienes, mientras el otro sube sin que se le ponga un solo peso para mantenerlo en el fiel.

Pero hay todavía un problema más grave. Brasil tiende a escindirse en dos sociedades heterogéneas. En el norte una sociedad de tipo dualista, compuesta de una «élite» poco numerosa, rica, culta, propietaria de tierras, de azucareras, y de una masa campesina, por otra parte, analfabeta, más o menos unida a los grandes terratenientes, como la clientela romana de la antigüedad lo estaba al patriciado. En el sur, por el contrario, una sociedad de clases que interpone entre la aristocracia de los plantadores de café, de los grandes industriales, de los directores de los bancos y el proletariado obrero, una clase media de artesanos, de comerciantes, de funcionarios, de oficinistas, de obreros calificados o especializados que ganan salarios suficientemente altos para que se les pueda considerar como miembros de la clase media. Existe sin duda en el norte, entre la «élite» y la masa, una clase intermedia de propietarios modestísimos —los «sitiantes»—, pero sus propiedades minúsculas o mal situadas, en regiones desheredadas, alejadas de los mercados importantes, no rompen ese dualismo. Esos «sitiantes» pertenecen económica e intelectualmente a la clase inferior. Por el contrario, en el sur existe, al lado de la gran propiedad, una pequeña y una media propiedad de un tipo nuevo, moderno, que está en manos de los descendientes de los inmigrantes ya completamente asimilados, pero que han conservado de su país de origen la voluntad de enriquecerse. Entre esas dos sociedades se abre un foso, que es cada día más profundo.

*
* *

Una planificación del desarrollo económico se ha hecho, pues, necesaria para poner término a ese desequilibrio creciente. Ahora bien, lo que caracteriza al Brasil de estos últimos decenios es el paso de la economía de competencia a la economía planificada.

Era preciso detener la hemorragia demográfica del norte, construyendo depósitos, cavando pozos, abriendo canales de irrigación en las zonas secas con objeto de hacer reverdecer lo que se había transformado en un desierto de tierra calcinada. Había que procurar a los habitantes de Ceara un trabajo remunerador, y a ello tenderá la busca de minerales raros como el uranio, el cobalto, el cuarzo, que debería permitir a los ganaderos de esta provincia una actividad lucrativa suplementaria. Era menester, finalmente, transformar la economía brasileña, haciéndola pasar del capitalismo libre al capitalismo dirigido. De esto el plan SALTE, que estimó en mil millones de dólares la suma necesaria para lograr un desarrollo más armonioso del país: 131 millones para sanidad (S), 150 millones para alimentación (AL), 400 millones para transportes (T) y 150 millones para energía (E).

Por desdicha este plan debía fracasar. La política de lucha contra la sequía se ha revelado ineficaz. En 1959 el hombre del «serta» tuvo que huir una vez más de sus tierras quemadas por el sol; tuvo que abandonar a sus rebaños, hambrientos y moribundos, entre los guijarros, para llegar al litoral húmedo y vivir de los socorros del Estado. La busca de minerales raros careció de importancia por falta de industrialización y de medios de transporte eficaces. No se logró una extracción racional, que hubiera integrado el Ceara al conjunto de la vida económica del país. La

electrificación del noroeste, captando la energía de los saltos de agua de Paulo Alfonso y mediante la construcción de toda una serie de plantas que se escalonan a lo largo del curso inferior del San Francisco, cuyo rendimiento se calculaba en 900.000 kilowatios, que se destinaban a la transformación del artesanado rural en la pequeña fábrica. Pero fue necesario detenerse, ya que si el potencial hidroeléctrico llegó a ser de 180.000 kilowatios, no servía para nada, puesto que sólo pudieron utilizarse 90.000 kw porque la industrialización no acompañó en su ritmo a la electrificación. Finalmente, por lo que se refiere a los transportes, la mitad de los recursos se dedicaba a la administración y a la burocracia, en lugar de servir para la instalación de vías férreas. También se construían nuevas carreteras para permitir a los diputados locales inaugurarlas, y después, una vez terminadas, se las abandonaba a su suerte, hasta que llegaban a ser intransitables.

De esto que, hacia 1950, se abandonara el plan SALTE y se adoptara una nueva política, la denominada de los «objetivos». Se trataba de la realización de trabajos con un orden de prioridad y no de la elaboración de un plan armónico de desarrollo, en el que se tuvieran presentes todos los factores de la producción: el hombre, la energía y los transportes. También se trataba de sustituir la rigidez de un plan por preocupación de plasticidad. Había que tener presentes las variedades regionales y las temporales, acudir a lo más urgente, y lo más urgente era unas veces la agricultura y otras la industria. Se fijaba un objetivo para cada sector de la economía y se trataba de alcanzarlo; y bien que la celeridad de la ejecución pudiese variar de uno a otro de esos sectores, la finalidad de esa política consistía en que Brasil obtuviera el progreso de medio siglo en un plazo de cinco años. Mientras el plan SALTE colocaba en primer plano al hombre, el de los «objetivos» situaba en primer plano las industrias básicas, es decir: 1º las minas y la metalurgia; 2º, la industria mecánica; 3º, la industria del cemento; 4º, la industria química, en particular la de los álcalis, la de los fertilizantes, la del caucho sintético y la del papel. Recientemente se han creado toda una serie de empresas autárquicas: la «Volta Redonda», establecida a mitad de camino entre las minas de carbón de Santa Catalina, cuya explotación se mejoró, y la montaña de hierro de Itabira, con sus altos hornos y sus hornos eléctricos, que tendrá dentro de unos años una capacidad de producción de 1.700.000 toneladas de acero anuales, con lo que se satisfarán las necesidades del mercado interior; la «Petrobras», encargada de la prospección del petróleo y del refinado del petróleo bruto procedente del exterior, con lo que se economizarán preciosas divisas; la «Fábrica Nacional de Motores», tan importante en un país en el que la aviación desempeña un papel capital; y, más recientemente, la «Electrobras». A estas empresas autárquicas habrá que añadir el Banco Nacional de Desarrollo Económico, encargado de financiar las inversiones necesarias para el fomento de la producción.

¿Es posible, en la actualidad, hacer el balance de esta nueva orientación de la economía brasileña? Esta se destaca por éxitos deslumbrantes, como «Volta Redonda», por ejemplo; pero también, y en otras partes, por fracasos. Impresionado por el hecho de que la industria permite un rendimiento mayor que la agricultura, el programa de los «objetivos», al hipertrofiar la ayuda a la industrialización con detrimento de la producción agrícola, aumenta la diferencia entre las posibilidades de la producción y las del consumo; y mientras el salario de un obrero es de 10.082 cruceiros mensuales, el de un campesino no pasa de 1.995. Y si se piensa que, aun así, el presupuesto del obrero es deficitario, se verá que existe una situación de extrema gravedad en la economía brasileña, como en todas las economías de los países insuficientemente desarrollados. El Banco Nacional de Desarrollo Económico, al no invertir más que el 17 % de sus fondos en la agricultura y el 37 % en la industria, mientras el comercio se beneficia del 39 %, parece dirigirse más a mantener los precios elevados que a estimular las iniciativas técnicas, capaces, al aumentar la producción, de hacer bajar los precios. Se ha podido decir de ciertas de estas empresas, como la «Petrobas», que servían más para alimentar a un ejército de funcionarios que para abrir nuevos pozos o para realizar investigaciones geológicas. Esto hace que algunos economistas brasileños lamentan en la actualidad el abandono del plan SALTE.

*
* *

Cuando el programa de los «objetivos» se estableció, parece que se apoyaba en la teoría de François Perroux: la de los polos de crecimiento, que hace, en un país de desarrollo heterogéneo, de la región más desarrollada —en este caso la de Río-Sao Paulo-Puerto Alegre— el centro de propulsión para las demás regiones. De ahí, sin duda, la importancia concedida a la industria. Pero este programa se sometió en estos últimos años a una presión muy fuerte por parte de los elementos políticos del norte. ¿Por qué favorecer —dicen éstos— a una región que reune todas las condiciones de un desarrollo autonómico favorable? De ahí que en fecha muy reciente se haya lanzado la «Operación nordeste», que consiste en retirar una parte importante de los recursos financieros del plan de la producción del sur, con objeto de crear en el nordeste un centro productor de cemento y un centro siderúrgico. Se comprende que São Paulo haya reaccionado con violencia ante el nuevo proyecto que corre el riesgo, según se dice, de asfixiar una industria en pleno crecimiento.

El nuevo aspecto de Brasil

Pero estos cambios de política no hacen sino señalar la prisa que tiene Brasil para llegar a ser una gran potencia económica; los fracasos que en algunos aspectos puedan registrarse no son fracasos de sus progresos y sólo sirven para poner de manifiesto la dificultad de acelerar la velocidad en la ejecución de los planes. A través de todas estas ideologías hay un hecho cierto: el Brasil de hoy no es el Brasil de otros tiempos. En Francia se tiene a veces de este país la imagen falsa de que es el proveedor del café y el azúcar. Hace mucho tiempo que la producción de azúcar responde tan sólo a las necesidades del mercado interior; y si el café sigue siendo una de las grandes riquezas del país, Brasil tiene que luchar contra la competencia creciente de otros países de Hispanoamérica, y ahora, además, de Africa. Brasil evoca también en nuestro espíritu el caucho, sin duda pensando en esos ricos comerciantes que, hacia 1900, venían a gastar en Europa unas fortunas adquiridas con demasiada rapidez; pero, desde 1910, las plantaciones de caucho cultivadas de Indonesia triunfan sobre la explotación de los árboles perdidos en la inmensidad de la selva del Amazonas. Y en 1958, aunque el hecho parezca paradógico, el Brasil tuvo que importar caucho para su propio consumo.

La economía de Brasil es hoy una economía diversificada. La crisis del café de 1930 favoreció el cultivo del algodón en São Paulo y el algodón encontró una zona especialmente favorable en las regiones secas del nordeste; su producción rebasó las 500.000 toneladas en 1952. Brasil es hoy el segundo país productor de cacao en el mundo, con un total de 160.000 toneladas, que se exportan en su mayor parte. A lo largo del mar, en Río o en Santos, se extienden vastas plantaciones de plátanos o de naranjos, que ya comienzan a trepar por las montañas próximas. Los italianos implantaron el cultivo de la vid y los japoneses el del té. Y unos huertos, parecidos a los de Europa, florecen allí donde la altura es suficiente para contrapesar la influencia del clima tropical. No hay que olvidar tampoco que Brasil se ha convertido en un gran productor de pita. Los rebaños de bovinos, por otra parte, alcanzaron en 1955 la cifra de 63.607.580 cabezas, y se obtuvieron, por el cruce de razas criollas y de animales traídos de la India, una raza de cebúes resistentes y poco exigentes en materia de alimentación o de cuidados. Finalmente, como el brasileño se ha hecho, al menos en las ciudades, comedor de pan, se ha estimulado por el gobierno el cultivo del trigo y éste comienza a cambiar ya el paisaje en ciertas regiones del sur.

A pesar de esos progresos de la agricultura, es la industria la que domina hoy y la que contribuye con la aportación más importante a la renta nacional. Los textiles vienen siempre en cabeza, pero la industria se diversifica tanto como la agricultura: fábricas de motores y montaje de coches, hoy incluso comienzo de la fabricación de automóviles; fábricas de papel y de productos farmacéuticos, de utensilios domésticos, cada vez más solicitados, a medida que se va formando una clase media, y especialmente refrigeradores; industria de cemento que, a pesar de sus progresos, no llega a desarrollarse con tanta rapidez como exigiría la fiebre de la construcción en las ciudades en plena expansión; cerámica, cristales, y, desde luego, metalurgia, todas las ramas industriales aparecen con un dinamismo sorprendente.

ROGER BASTIDE

El desenvolvimiento de la revolución cubana

POR BORIS GOLDENBERG

Al romper con Castro y buscar asilo en una embajada de la Habana, Miguel Angel Quevedo, editor de la revista *Bohemia*, declaró que algún «plan tenebroso» estaba transformando la revolución democrática original en dictadura totalitaria.

No sabemos si semejante plan existe, y desde cuando. Pero las tinieblas no nos parecen ser las que encubren los propósitos de los revolucionarios, sino las que cegaron, desde un principio, la mente de muchos genuinos demócratas antibatisteros y que les impedían comprender la dialéctica interna de esta revolución, la lógica objetiva del desarrollo que tuvo que transformarla de democrática en comunista. Claro está, que no hay una «necesidad» histórica en sentido absoluto, pero existen tendencias dominantes que tienen máximas posibilidades de realizarse —y son éstas las que es necesario ver y penetrar. En cierto sentido tuvo razón el «Che» Guevara, ese cerebro del «26 de Julio», cuando declaró que la revolución cubana «descubrió el marxismo» por sus propias experiencias.

Las peculiaridades de la revolución cubana

Mencionemos, esquemáticamente, los rasgos que distinguen la *victoria* de la revolución en Cuba, de las demás revoluciones:

1) La mayoría de ellas vienen precedidas por una etapa de «vacilaciones» del gobierno reinante, el cual, sintiéndose inseguro echa por el camino de las concesiones y los compromisos. Nada de esto hubo en Cuba en 1957-58, donde el terror gubernamental iba creciendo, y no disminuyendo.

2) Las revoluciones suelen ser precedidas por profundas crisis económicas, que sumen a las masas en la desesperación, transformándolas en materia prima moldeable por los revolucionarios. En Cuba, la situación económica en 1957 fue bastante normal, y la de 1958 peor, por causa de los acontecimientos políticos, pero no catastrófica.

3) Las victorias revolucionarias nacen, habitualmente, de movimientos de masas. Es cierto que en 1957 hubo huelgas y hasta un aislado intento de levantamiento militar. En 1958 las masas fueron más bien menos activas: un movimiento de «resistencia pasiva» poco eficaz y limitado a la Habana, una huelga de estudiantes y el terrible fracaso de la «huelga general» habanera del 9 de abril. Pero todo esto no hubiera podido poner en peligro a la dictadura.

4) En ausencia de movimientos de masas, los gobiernos pueden caer como consecuencia de golpes de Estado, realizados por una parte del aparato estatal. En Cuba, el ejército y la policía permanecieron, en general, fieles a Batista; fue después de la caída de éste cuando un general intentó instalarse en el poder, pero se vio

barrido sin dificultad ni resistencia por la revolución ya victoriosa.

Lo que sucedió fue un desmoronamiento del aparato estatal, provocado por la presión de las antipatías populares y la corrupción existente dentro de las mismas filas del ejército. Las antipatías populares eran el resultado del terror policíaco, que a su vez era la respuesta del «batistato» al terror revolucionario de la pequeña minoría activa de jóvenes entusiastas, los cuales combatieron como guerrilleros en los montes y como terroristas individuales en las urbes, oponiéndose a cualquier solución de «compromiso» (hubo tales intentos en 1955-1957) y ganando así la admiración de todo el pueblo, que se manifestó en un creciente esfuerzo de ayuda moral, humana y financiera.

Hasta la segunda mitad de 1958 resulta acaso aún exagerado hablar de una «guerra civil». Unos 4 meses antes de su victoria, el «ejército rebelde» contaba sólo con varios cientos de combatientes activos, número que subió a unos pocos miles en octubre y noviembre. El ejército de Batista, excelentemente armado y adiestrado, contaba en cambio con más de 35 mil hombres. La enorme mayoría de las 15 o 20 mil víctimas que hubo, cayeron en las calles urbanas, en los calabozos de la policía y en los cuarteles del ejército, pero no en los campos de batalla.

Cuando Fidel Castro desembarcó y se fue a la Sierra Maestra, así como durante los meses siguientes, casi nadie creía en sus posibilidades, precisamente por no haberse visto aún semejante clase de victoria. Los «especialistas» militares se burlaban de los guerrilleros, y los comunistas, que menospreciaban a esos «terroristas pequeñoburgueses», a esos «neopopulistas cubanos», no entraron en relación oficial con ellos sino pocos meses antes de la victoria, cuando ésta casi no ofrecía dudas.

No hay que extrañarse de que, desde entonces, Castro tenga poca confianza en cualquier especialista y mucha fe en el entusiasmo y en la buena voluntad, que según él pueden vencer todos los obstáculos. El subjetivismo voluntarista se une al pragmatismo revolucionario y al humanismo en una síntesis harto peculiar.

Ni partido ni teoría

Muchas revoluciones se realizan bajo la dirección de un partido revolucionario, bien organizado y provisto de una elaborada concepción teórica. El movimiento «26 de Julio» no era un partido; había nacido en la lucha terrorista y no tenía ni un pasado, ni una organización propiamente dicha. Tratábase de un grupo compuesto por jóvenes de origen pequeñoburgués, con un caudillo heroico, mucha fe y poca claridad ideológica. Su programa, es decir, el formulado por algunos dirigentes con ayuda de diversos especialistas que no pertenecían al movimiento, era muy general y no se distinguía en sus puntos principales de la programática de otras tendencias cubanas. Es cierto que el Partido Socialista Popular (comunistas) había logrado penetrar en este movimiento, pero no podía decirse que el «marxismo» o cualquier otra concepción teórica revolucionaria hubiese tenido mucha importancia en sus filas.

La base social de la revolución

Caracterizar la revolución cubana como campesina sería acercarse a la realidad, pero no por ello dejaría ese calificativo de desfigurar su verdadero carácter.

Cuando se habla de revoluciones campesinas se piensa en países primordialmente agrícolas, en los que las masas de pequeños campesinos, arraigados en la tierra y trabajando para mal cubrir sus propias necesidades, luchan contra los terratenientes y usureros. La historia de casi todos esos países registra una incesante serie de rebeliones agrarias, que suelen preceder a la revolución.

Cuba no es un país preponderantemente agrícola: sólo un 40 % de su población está ocupada en la agricultura. Esta, a su vez, no se ha basado —nunca se basó— en pequeños campesinos propietarios. Lo que predomina en la agricultura son las plantaciones de azúcar —generalmente muy modernas—, de arroz —cultivado por grandes empresas—, de tabaco —muy capitalizadas— y tierras de ganadería —por lo general, grandes latifundios—. Hay quienes buscan las raíces de la revolución en las estadísticas. Pero éstas son anticuadas —el último censo agrícola se hizo en 1945— y muy poco fidedignas, por lo que hay que interpretarlas con suma cautela.

No hay duda de que existía miseria en el campo, pero es necesario considerar que, empero, Cuba no ha conocido una tradición de rebeliones campesinas; ni puede afirmarse que

B.D.I.C

el campesinado como tal haya participado más activamente que otras capas sociales en las luchas revolucionarias, ni que su deseo de poseer tierras propias fuese particularmente urgente. En una de las pocas encuestas serias, si bien limitada, que se hicieron en Cuba —la de Lawey Nelson, en 1945— el deseo de convertirse en propietario aparece en sexto lugar, después de las solicitudes de caminos, escuelas, facilidades de irrigación, mejores viviendas y más maquinaria.

No obstante la importancia dada por los revolucionarios del «26 de Julio» a los problemas del agro, ello no basta para poder caracterizar la revolución de campesina, ya que el deseo de ayudar a los «humildes» se mezcla aquí con la concepción de que la economía cubana no puede desarrollarse sin un amplio mercado interno, lo que presupone un aumento del nivel de vida de la población agrícola. Ahora bien, si nos parece erróneo caracterizar la revolución cubana como expresión de una clase social particular, no por esto creemos que le falte una base sociológica. La suya la forma la enorme y heterogénea masa de los económicamente «desarraigados».

Un país es subdesarrollado cuando no emplea productivamente sus recursos económicos, y el más importante de ellos es el factor humano. De acuerdo con investigaciones hechas en 1957, el 17 % de la población activa de Cuba se hallaba crónicamente desempleada, el 6 % era de subempleados, mientras que el 61 % de los que trabajan 40 horas o más cobran menos del mínimo de 75 dólares mensuales.

Los desempleados, los subempleados, los mal pagados; los estudiantes sin porvenir, los «botelleros» por necesidad, los empleados públicos que trabajan unas pocas horas, los parqueadores de automóviles, los vendedores de lotería, los pobres de profesión y los campesinos miserables, componen esa masa humana de desarraigados que forma la mayoría de la población cubana. Es su problema el que tenía que resolverse y en este sentido es como la revolución cubana resulta una revolución «popular».

Rasgos fundamentales de la economía cubana

La economía se basaba en el monocultivo y en la exportación, siendo los Estados Unidos el principal mercado y la más importante fuente de importaciones y de inversiones. Como el azúcar se produce para el mercado internacional, la economía depende de factores que escapan a su propio control, estando así expuesta a violentas fluctuaciones. Las exportaciones pueden alcanzar los 7 millones (1952) o descender a 2.800.000 toneladas (1940); los precios pueden alcanzar 12 centavos por libra o caer a 1'5 centavo (1940); y los días de trabajo del obrero pueden llegar a ser 131 o solamente 63 (en 1941).

La inestabilidad de la economía, dominada por la exportación, aumenta aún por su carácter estacional. La zafra azucarera no dura más de 3 a 4 meses y coincide con la mayor actividad en otras ramas importantes, como el turismo y el tabaco. De aquí las enormes fluctuaciones y un importante derroche de factores productivos, como el transporte y la electricidad que trabajan a «pleno empleo» solamente durante unos meses del año, lo que se expresa en altos costos.

Ya que el factor «tierra» es el más barato y el factor «capital» el más escaso, la agricultura propende al cultivo extensivo, y la tendencia hacia el latifundio se ve aumentada por otros factores, como la necesidad, en el caso del azúcar, de tener territorios de reserva en previsión de un aumento de la demanda mundial.

Nadie niega la necesidad de una diversificación económica y de una industrialización, que se hace urgente en vista del gran aumento de la población (crecimiento de un 2,4 % al año). Ni nadie discute la necesidad y posibilidad de producir en Cuba muchos de los productos que se importan, lo que hace que la isla sea uno de los países con el mayor porcentaje de importación. No se puede poner en tela de juicio ciertos progresos logrados en el curso de los últimos años. Así, por ejemplo, se producía en esos tiempos el 40 % del arroz consumido (en 1919 se importaba todo el arroz); todas las necesidades en frijoles negros, que antes se importaban; la producción de huevos es suficiente ahora, así como la de maíz; también existe un rápido aumento en la producción de patatas y de productos lecheros. En 1946 había sólo 1900 tractores en Cuba; en 1958 alcanzó los 12 mil. El progreso industrial no es menos notable, puesto que en el curso del último decenio se fundaron grandes refinerías de petróleo, cinco fábricas de llantas de auto-

móviles, varias fábricas de cemento, de leche condensada, etc., etc.

Pero aun con todo esto el progreso era insuficiente y el *per capita* cubano no superaba los 350 dólares anuales.

Sería muy largo enumerar las causas del insuficiente progreso agrícola y enjuiciar la tesis según la cual el principal impedimento lo forma el latifundismo. Pero es posible mencionar los principales obstáculos que dificultan la industrialización.

Hay una falta de capital, no tanto por escasez de ahorros —contrariamente a lo que ocurre en otros países infradesarrollados Cuba ahorra entre 11 y 16 % de su producto nacional— sino por una insuficiencia de su inversión productiva, que se explica por la escasez del mercado interno, la ausencia de un sistema de crédito desarrollado, la competencia ventajosa de los productos norteamericanos, la carencia de técnicos bien preparados, etc. A estos factores se añaden otros: el capitalista cubano, partidario del derroche, mantenía mucho dinero líquido, exportaba una gran parte de su capital o lo invertía de manera poco productiva, mientras que el obrero se oponía, por lo general, a todo aumento de productividad.

Política y administración prerrevolucionarias

Igual que la mayoría de los países iberoamericanos, Cuba carece de toda tradición de *self-government* local y regional, de una democracia de base. La centralización administrativa, el caudillismo, el «amiguismo» y el paternalismo eran rasgos esenciales de su vida política, así como la demagogia huera, el amor a las palabras altisonantes y esa falta de todo espíritu de compromiso que brota del «quijotismo» heredado.

La presión sobre *arriba* y no la acción desde *abajo* resolvía las más de las veces los problemas personales, que solían encubrirse tras el velo de la palabrería ideológica.

Considerar la política desde el punto de vista del negocio personal no era cosa peculiar del cubano. Lo que sí lo fue es que en los principios de la República, cuando la mayor parte de las fuentes de riqueza se encontraban en manos extranjeras, la «política» se convirtió en una especie de negocio nacional, creándose así una actitud perdurable. La consecuencia de todo esto ha sido que la administración pública se caracterizaba en todo momento por la ineficiencia, la corrupción y una plétora del aparato gubernamental, combinado todo ello en tiempos democráticos con una libertad de «relajo» y en tiempos dictatoriales con represiones policíacas.

En cierto sentido puede decirse que este sistema tenía alguna popularidad, ya que representaba una especie de lotería donde cada «sargento» político consideraba que llevaba el bastón de senador o de ministro en su mochila; y constituía una escalera de ascenso económico-social en un país donde no se podía ver relación alguna entre el esfuerzo económico rendido y la recompensa, y donde, junto con la lotería, las esperanzas se cifraban en el «puestecito» administrativo o en la «botella» o enchufe gubernamental.

De esta realidad se han derivado ciertas consecuencias importantes: 1) Fue este sistema lo que el cubano medio entendía por «democracia» representativa, lo que explica la poca popularidad de la misma en una situación en la que el bienestar económico parece poderse lograr de manera revolucionaria; fue, pues, este problema económico el que para la mayoría tuvo que resultar mucho más importante que las libertades de expresión, de asociación y de pensamiento. 2) Es indudable que este sistema obstaculizaba y encarecía el progreso económico, al mismo tiempo que tendía a actuar como fuerza conservadora, haciendo más difícil toda verdadera superación nacional, esto independientemente de las ideologías de los políticos.

Dada, pues, la estructura económica, social y política del país, no parecía quedar otra solución que una revolución, la cual empezando por ser política *tendría que transformarse ineluctablemente en* social. *Y era inevitable que esta revolución se hiciera bajo la bandera del «anti-imperialismo». Y como la clase capitalista cubana estaba íntimamente ligada al capital norteamericano, la revolución* democrática *pronto se transformó en* socialista.

La dictadura democrática

La mayoría de la clase media —y aun burguesa— había simpatizado con la revolución

antibatistera, esperando la vuelta a un régimen democrático que introdujese muchas reformas económico-sociales sin lesionar la base de propiedad privada y de libre competencia. Casi todo el mundo había esperado la pronta celebración de elecciones parlamentarias, prometidas repetidas veces por el propio Castro. Pero el verdadero poder se encontraba, después de enero 1959, en manos del «ejército rebelde», de las clases sociales «humildes», más interesadas en una *revolución* que en una *reforma* social, y muy poco entusiastas por elecciones que hubiesen interferido en la transformación económico-social, obstaculizándola, haciéndola menos rápida.

La minoría moderada empezó a hablar de una traición a la revolución, pero no era capaz de oponerse con eficacia a la radicalización creciente. ¿Quién hubiera podido oponerse a Castro? El antiguo aparato estatal había quedado hecho añicos. La Iglesia católica es tradicionalmente sospechosa en un país en el que los líderes de la Independencia fueron anticlericales, siendo así que la jeraquía eclesiástica simpatizaba con España; en un país donde la separación entre el Estado y la Iglesia es tradicional; donde las masas populares tienen poco contacto con los sacerdotes (no había más que unos 700 en todo el país, y en su mayoría eran extranjeros); la Iglesia no era una fuerza poderosa. Los antiguos partidos políticos de tendencia democrática estaban desacreditados.

Lo que resultó fue una dictadura basada en el poder revolucionario, que pretendía expresar la «voluntad general», los intereses de la gran mayoría del pueblo. Su propósito declarado era lograr lo más *rápidamente* posible una transformación *total* de la economía del país, preparando un futuro «espléndido» y dando, al mismo tiempo, un máximo de beneficios a las masas humildes, sin miramientos para cualquier legitimidad constitucional prerrevolucionaria, ni para los intereses de los propietarios, ni para las formas democrático-liberales.

La revolución social

Una verdadera racha de leyes y decretos señala el paso de la revolución social; y cada una de estas decisiones ministeriales tenía que producir ciertas contradicciones y oposiciones, cuya dialéctica contribuía a empujar la realidad cubana hacia un socialismo de tipo totalitario.

La rebaja de los alquileres, la desvalorización de las tierras, la elevación de los salarios y las numerosas «intervenciones» de empresas privadas aspiraban a aumentar el poder adquisitivo de las masas, provocando al mismo tiempo un mayor desempleo y una creciente oposición de toda la clase capitalista; la reforma agraria, radical en el papel, pero mucho más radical en la realidad, acompañada de la confiscación de la mayoría del instrumental agrícola y del ganado de los propietarios, adquiría un sesgo netamente colectivista: por una parte desaparecía la probabilidad de las «indemnizaciones» (nadie parece haber recibido aún los «bonos» prometidos); por otra parte se fundaban bajo el nombre de cooperativas, verdaderos «sovjoses» rusos, mientras que los «títulos de tierra» no conferían al poseedor ninguna verdadera y plena propiedad. Las confiscaciones de los bienes «malversados», la imposición del monopolio estatal del comercio exterior, las reformas fiscales, la nacionalización del petróleo, la creación de una creciente red de «tiendas del pueblo» y el monopolio del INRA en la distribución de un gran número de productos alimenticios hacen peligrar la subsistencia del sector privado de la economía. La confiscación de las empresas norteamericanas —en muchas de las cuales tenían gran participación los capitalistas cubanos— y, finalmente, la confiscación de la mayor parte de las empresas cubanas, señalan las etapas hacia el establecimiento, casi ya terminado, de una economía «socialista».

Fue posible hacer esta revolución con un mínimo de violencia directa y sin verdadero terror, incluso sin disponer todavía de un aparato estatal bien organizado, porque pudo apoyarse al comienzo en la aprobación entusiasta de la gran mayoría del pueblo. La destrucción del antiguo y odiado aparato represivo de Batista, la creación de la primera administración política honrada que el país ha conocido, la rebaja de los alquileres y de bastantes artículos de primera necesidad, el aumento de salarios, la construcción de casas baratas, la destrucción de todos los privilegios de la clase rica, el establecimiento de playas populares, la desaparición de los antiguos latifundios, las enormes mejoras introducidas a favor de la población rural —escuelas, tiendas del pueblo, servicios sanitarios, casas, etc.—, la transformación de los cuarteles en escuelas, la reforma educativa, todo esto combinado con un naciona-

lismo frenético y con las promesas de un futuro glorioso, explican la popularidad del proceso dictatorial.

El camino hacia el totalitarismo

Una vez que se haya estatizado la economía y organizado el aparato del Poder, se irá transformando la dictatura *democrática* en dictadura *totalitaria* al compás de las venideras y crecientes dificultades económicas, que le quitarán al gobierno el apoyo de grandes masas populares. Aunque las dificultades de índole económica no hayan aparecido con claridad hasta el fin del verano de 1960 (pese al supuesto éxito de la reforma agraria y a los enormes beneficios populares, logrados ambos sin tener en cuenta los costos), resulta altamente probable una crisis económica de grandes proporciones. Será entonces cuando llegará a su meta aquel proceso, encauzado hacia la supresión de todas las libertades democráticas, que empezó desde la primavera de 1959, cuando el régimen revolucionario, separándose de sus colaboradores demócratas, se encaminó hacia el capitalismo de Estado y proclamó que «el anticomunismo es la contrarrevolución».

La fuga de Díaz-Lanz, la deposición de Urrutia, el encarcelamiento de Huber Matos, la emigración forzosa de Conte-Agüero, de Varona y de Sánchez Arango, que fueron seguidas por la de Miró Cardona, Miguel Angel Quevedo y Raúl Chivás, así como el ocaso político de Manuel Ray, Faustino Pérez, Oltuski y David Salvador, marcan la transformación política. El «26 de Julio» ha cesado *de facto* de ser lo que era: hoy no subsiste más que su ala comunizante, que colabora estrechamente con los comunistas del Partido Socialista Popular.

Los ataques a los periódicos independientes, muy facilitados, es cierto, por el hecho de que la gran mayoría de las publicaciones cubanas siempre habían recibido subvenciones de alguna clase de los gobiernos de turno, por lo que podía acusárseles de haber aceptado dinero de Batista, empezaron con una campaña popular dirigida desde arriba que condujo a una presión psicológica, a violentas denuncias y a quemas simbólicas de ejemplares; continuaron luego mediante el sistema de «coletillas» impuestas por los sindicatos de periodistas y de obreros gráficos, dirigidos ya por comunistas; y acabaron con la incautación pura y simple de esas publicaciones por «sus obreros», ayudados por la policía revolucionaria —el G2 dirigido por el comunista Ramiro Valdés— y las milicias.

Las asociaciones cívicas, los colegios profesionales, las universidades y los sindicatos obreros pasaron por varias «purgas», eliminándose frecuentemente con métodos de violencia o de fraude electoral a todos los elementos anticomunistas de sus respectivas direcciones. Ninguna de esas organizaciones o instituciones tiene ya autonomía o independencia alguna. Los sindicatos obreros —en los que se abolió la costumbre «burguesa» de la votación secreta— han perdido toda función propiamente sindical: es el Ministerio de Trabajo el que determina sobre toda petición de contrato, de aumento de salarios o de disminución de horas de trabajo; todo intento de huelga es necesariamente considerado como actividad contrarrevolucionaria. No hay que extrañarse, pues, de las «entusiastas» y «espontáneas» demandas de aumento de la jornada de trabajo y de rebaja de sueldos que parece ser solicitan ahora esas organizaciones.

Mientras surgen y crecen las nuevas instituciones estatales con sus numerosas burocracias —el INRA, el INAV, el INIT, el ICP, el BANSESCU, etc., etc.— y se organiza el aparato represivo, del cual el DIER y el G2 no son más que los comienzos, se procede a la militarización del pueblo —milicias y patrullas juveniles—, proceso que va acompañado de una constante, incesante y ferviente campaña de propaganda a favor de la revolución y contra los yanquis y los contrarrevolucionarios.

De la órbita norteamericana a la rusa

Dada la historia de las relaciones cubano-norteamericanas y las simpatías que había mostrado el Departamento de Estado por Batista, las tendencias anticapitalistas de esta revolución y sus amenazas a los intereses de los inversionistas yanquis en Cuba, la situación entre los dos países tenía que volverse un tanto crítica. Pero no por eso hubiese tenido que llegar ineluctablemente a las tensiones actuales. Un

Tito convive bien con los norteamericanos y éstos no han dejado de ayudar económicamente a la revolución boliviana.

Lo que contribuyó al crecimiento del conflicto fue el rumbo tomado por el gobierno revolucionario en su política internacional. Ya en la primavera de 1959 proclamó su neutralismo, en el curso de la famosa controversia pública entre Castro y José Figueres. Ahora bien, el neutralismo no tiene el mismo significado para un país vecino de la Unión Soviética que para otro próximo a los Estados Unidos. Lo contrario también es verdad: el intento húngaro de proclamar su neutralidad en 1956, provocó la sangrienta intervención rusa. Las declaraciones de Castro tuvieron que producir un mayor recelo del lado de Washington. Y este recelo creció por la extraordinaria virulencia de la propaganda antiyanqui de los cubanos, más aún que por el acercamiento económico y político con la URSS que acompañaba a dicha propaganda. No hay duda de que las dificultades con los Estados Unidos nunca hubiesen llegado al punto actual sin una voluntad, directamente provocadora, del lado cubano. El propósito de esa campaña desenfrenada parece haber sido doble: el de lograr aumentar la cohesión interna y el espíritu nacionalista del pueblo de Cuba y el de provocar en toda la América Latina movimientos revolucionarios. Enfrentándose con las futuras dificultades del «socialismo en una sola isla», el régimen castrista quería superarlas haciendo su revolución permanente e internacional. Cuando después de varios meses de pasividad el gobierno norteamericano rebajó la cuota azucarera, Castro ganó una batalla: para el uso interno tendría ahora un chivo expiatorio al que cargar la crisis económica venidera; para las masas latinoamericanas, aparecía más que nunca como el heroico David en su lucha contra un Goliat a la par malévolo y carente de fuerza.

En la situación mundial de hoy, este desarrollo implica una gran diferencia entre el neutralismo de un Nasser o de un Tito, por un lado, y el prosovietismo castrista, por el otro. En Egipto y en Yugoeslavia los stalinistas están en las cárceles, mientras que en Cuba figuran en el aparato gubernamental y gozan de las simpatías oficiales. A esto se añaden las realidades geopolíticas y económicas. El prosovietismo de un país situado a pocas millas de los Estados Unidos, tiene que constituir un peligro para éstos mucho mayor que el que puede representar la orientación internacional de otros países alejados. Por otro lado, la creciente ruptura económica entre un país hasta ahora aprovisionado en productos norteamericanos y el proveedor de esos productos, su viraje hacia el bloque oriental del cual dependerá para su petróleo, su maquinaria, sus instalaciones fabriles y sus planes de industrialización, tendrá que supeditar Cuba a la voluntad soviética mucho más todavía que jamás lo había estado a la norteamericana. El hecho de que en una de las últimas votaciones en la ONU Cuba fue el único país no soviético que votó con el bloque comunista, cuando incluso Guinea, Ghana y los otros países neutralistas se abstuvieron, parece tener un valor simbólico para lo futuro.

No es probable que Cuba pueda evitar una crisis económica de proporciones catastróficas sin una ayuda total de Rusia y sus satélites. Es muy posible que esta ayuda se lleve a cabo, pues, desde el punto de vista de la situación internacional, tal sacrificio valdría la pena para la URSS. Cuba constituye, por ahora, su trampolín en las Américas, con Fidel Castro como su más fiel aliado y mejor representante de una revolución panamericana antiyanqui.

Cuando los Andes se hayan transformado en la Sierra Maestra del continente americano, la Unión Soviética habrá ganado la guerra fría.

BORIS GOLDENBERG

España y Estados Unidos

POR JULIAN ANDIA

I

DESDE EL FIN DE NUESTRA GUERRA CIVIL estamos los españoles acostumbrados a que nuestra política interior sea consecuencia de la situación internacional. Mientras los demás países europeos decidían, en mayor o menor proporción la política internacional, nosotros nos limitábamos a secundarla. A veces la relación entre el efecto y la causa ha estado oculta, pero los españoles nunca hemos perdido la conciencia de que las reacciones e incluso los ideales de nuestro Gobierno han sido mera consecuencia de la situación exterior. Hemos sido sucesivamente germanófilos e imperialistas, anglófilos y totalitarios, antifranceses y aislacionistas, filoamericanos y antidemócratas, africanistas y antiafricanistas. En resumen, y para concretarlo en una frase: nuestra política internacional ha sido un oportunismo sin más fundamento que el deseo de supervivir del equipo gubernamental dominante. Pero los oportunismos de esta clase acaban siendo gravosos e innecesarios para los países que los toleran. A medida que la situación internacional se ajusta y define, el oportunismo pierde sentido. Esto es exactamente lo que está ocurriendo con la política internacional española. El complejo occidental suscita hoy la concurrencia del esfuerzo de países auténticamente libres y democráticos. Al nivel actual de las relaciones internacionales, la guerra fría requiere:

a) conciencia de que se defiende la libertad y los intereses básicos de un país y no el capricho de un gobierno sin apoyo popular;

b) coincidencia en unos ideales comunes libremente expresados;

c) seguridad, sobre los dos supuestos anteriores, en la lealtad y buena fe de los países que tienen ideales y estrategia comunes.

Es incuestionable que las dictaduras, de cualquier signo que sean, ofrecen el mínimo de lealtad, principalmente por dos razones: de una parte, el gobierno dictatorial, que persigue sus exclusivos intereses, está siempre dispuesto a pactar, dar facilidades y entenderse subrepticiamente con el enemigo. De otra aquí, sin duda, el actual ocaso de las dictaduras tiende a culpar de su situación a las potencias que toleran o protegen al dictador. En una situación que tiende a normalizar resulta sumamente incómodo un gobierno de lealtades dudosas u obligadas que oprime a un pueblo hostil y cuyas ideologías e instituciones totalitarias desprestigian los ideales comunes. De aquí, sin duda, el actual ocaso de las dictaduras en el complejo occidental y la ineficacia de la política del oportunismo sin fundamento.

Con relación a España, se induce de lo anterior la necesidad apremiante de que abandone el oportunismo sin fundamento para integrarse en la política de coincidencia de lealtades formuladas desde las libertades ejercidas y garantizadas por estructuras políticas y económicas democráticas.

II

Los últimos acontecimientos, de alcance internacional, en Corea, Turquía y últimamente en Japón, dan una lección que bien entendida

exige una rectificación a fondo de la política internacional norteamericana. Parece que los supuestos fundamentales de esta política han sido los siguientes:

1.º «La estructura política de un país es asunto propio del país de que se trate, siempre que no amenace la paz o la seguridad internacional.»

2.º «Las estructuras económicas deben permanecer dentro del capitalismo liberal, ampliando cada vez los espacios económicos.» En este sentido, la política norteamericana ha coincidido con la angloeuropea, y en los últimos años hemos asistido a la liberalización de los mercados y a la formación de mercados y de espacios económicos comunes, que en sus fórmulas actuales se extiende a los hemisferios. Esta última situación, previsible desde hace unos años, sobre todo a través del G.A.T.T., permitió a los políticos norteamericanos, y en parte a los ingleses, formular una nueva tesis.

3.º «Promoviendo el desarrollo económico en los países subdesarrollados se logra la liberalización de las instituciones políticas.»

Tesis que equivale a decir que, de suyo, las instituciones políticas siguen siendo asunto interno de cada país, pero que una mecánica inexorable —la mécanica de los intereses— conduce en el mundo occidental y en ciertas zonas del oriental a estructuras políticas democráticas.

Admitiendo que esto sea cierto, no lo es menos que *la desincronización entre el proceso económico y el proceso político lleva inevitablemente a situaciones de tensión que desprestigian la política occidental y comprometen el supuesto de la independencia en los «domestic Affairs»*. Parece incuestionable que el desarrollo económico provoca reacciones fuertes contra las dictaduras. Aún más: que la mentalidad que hoy rige en Occidente es tan antagónica a los sistemas dictatoriales, que pequeños estímulos de orden económico provocan reacciones muy violentas en el orden político contra los gobiernos dictatoriales. El signo político bajo el cual vive hoy el mundo occidental es el *conservadurismo democrático,* y esta es quizás de todas las actitudes políticas la más incompatible con las dictaduras totalitarias, en cuanto sus sistemas profundos, para proteger sus intereses, son antagónicos. Los conservadores democráticos quieren libertad económica, orden, libertades políticas en la medida compatible con la libertad económica y el orden, seguridad social, bienestar para los más, si es posible para todos, y exclusión absoluta de la idea política de revolución o de los programas revolucionarios. Las dictaduras totalitarias quieren un sistema político rígido, con economías dirigidas y, de un modo u otro, con autenticidad o sin ella, apelan a principios revolucionarios o a la demagogia revolucionaria.

Así ocurre que la liberación económica provoca la ruptura de la política, tanto interna como externa en dos *planos contradictorios*. En el orden interno, el desarrollo y el cambio de mentalidad aislan a los gobiernos dictatoriales, que gobiernan incurriendo cada vez más en dislates y fórmulas quiméricas e indiferencias cínicas, para compensar el aislamiento, a veces tan grave que se llega a gobernar *sobre* el pueblo pero *sin* el pueblo.

En el orden externo, el equipo dictatorial gobernante procura, de acuerdo con la tesis del oportunismo sin fundamento, aprovechar toda tensión que le pueda ayudar a subsistir, reduciendo su política exterior a una simple —y en el fondo pueril— estrategia de actitudes. Las potencias exteriores están, pues, en una situación dilemática: o bien aceptan el oportunismo sin fundamento y continúan erosionando económicamente la base estructural del gobierno totalitario, o bien no le aceptan y adoptan una actitud de intransigencia que contradice sus intereses y que obliga, en el juego de la estrategia de las actitudes, a los países de dictaduras totalitarias a cambios bruscos y amenazas de orden internacional. Se ve, de un modo u otro, que la disociación en dos planos contradictorios a la cual la política norteamericana lleva a las dictaduras de los países subdesarrollados, es incómoda y de difícil solución. Como decíamos al principio, el oportunismo sin fundamento no tiene hoy justificación ninguna: más entorpece y dificulta que ayuda.

III

Decíamos al principio que la política internacional se estaba ajustando, y esto es obvio, pues no hay que dejarse engañar por el sentido polivalente de los síntomas. En situaciones como las de hoy, en las que la guerra tiene sentido como *posibilidad,* pero no como *oportunidad,* las máximas tensiones están

siempre muy próximas a los mayores acuerdos. El hecho mismo de que se rompan conferencias de alto nivel es un hecho positivo, no sólo porque acostumbra al control de situaciones en apariencia límites —es de suponer que en la próxima «bronca» no se dé la orden de «¡alerta!»—, sino también por el desgaste que va implícito en las actitudes exageradas y que lleva a la serenidad al cabo de cierto tiempo. Por otra parte, el proceso interno en la U.R.S.S., concretamente el aumento de nivel de vida y la descentralización administrativa, unidos a la inevitable convergencia en un fin común de los progresos técnicos, son tranquilizadores. La política internacional se está ajustando. En el proceso de este ajuste, los totalitarismos sobran dentro del complejo occidental y es necesario eliminarlos. En noviembre de 1959, el subcomité de Asuntos Exteriores del Senado norteamericano se felicitaba en su informe de que, en términos generales, el proceso político en América Latina después de la segunda guerra mundial se caracterizase por el hecho de que el poder político había pasado al pueblo, de tal modo que las oligarquías rurales y sus aliados en la Iglesia y en el Ejército, habían sido substituídos, en relativamente poco tiempo, por los trabajadores rurales y urbanos, por las clases medias y por jóvenes militares (1).

No parece que tenga hoy mucho sentido, progresando el mercado común sudamericano y estando incluídos Norteamérica y Canadá en la O. E. C. E. transformada, que no se tienda a lograr una salida semejante respecto de los escasísimos países totalitarios dentro del mundo conservador democrático europeo.

Es evidente que los problemas concretos no son los mismos en Europa que en América; los americanos, por ejemplo, no tienen bases en México. Pero no es menos cierto que los problemas profundos son análogos, pues se trata en resumen:

—de encontrar una cooperación occidental segura;

—de evitar tensiones y hostilidades dentro del complejo;

—de que la concurrencia de intereses sea paralela a la coincidencia de ideales.

De este modo, siendo cierto que cada país subdesarrollado, sobre todo los totalitarios, tiene sus propios problemas (2), también lo es que hay unos fines comunes, que abarcan los problemas parciales, y que uno de estos fines comunes, quizás el básico, sea la democratización de los gobiernos totalitarios que aún subsisten. Como hemos visto, no se trata de un problema meramente ideológico, sino de una cuestión que concierne a la propia seguridad del complejo occidental. Se podrá decir que hasta ahora hemos planteado el problema en términos que no ofrecen salida. El planteamiento ha sido dilemático y, de una u otra forma, la solución mala. No obstante, a mi juicio, hay solución.

El supuesto fundamental para que la solución sea posible es éste: *Poseer el convencimiento de que una política económica exterior que no va acompañada de una política internacional del mismo sentido produce, antes o después, situaciones sumamente difíciles en cuanto son contradictorias.* Quiere esto decir que ha llegado el momento en que las potencias, preferentemente U. S. A. por su condición de país piloto, *tomen respecto de los países totalitarios que aún subsisten en Occidente una actitud de severidad política, para transformar las instituciones de poder y las estructuras sociales en el sentido democrático que las ideas y las economías occidentales exigen.*

Severidad política no quiere decir hostilidad, ni siquiera dureza. Quiere decir, simplemente, testimoniar de modo explícito la inexcusable conveniencia de adecuar los dos planos hasta ahora divergentes o contradictorios, para que las estructuras políticas y sociales y las ideologías de un determinado grupo humano vayan de acuerdo con las intenciones y la lógica de los intereses económicos internacionales.

Severidad política quiere decir:

—actuar de un modo constante y activo en

(1) V. *United States-Latin American Relations. Post World War I. Political Developments in Latin America. A study prepared at the request of the subcommittee on American Republics Affairs,* by the University of New Mexico School of Inter-American Affairs. Noviembre 1959, Washington.

(2) Esta es la tesis sostenida en *Economic, Social and Political change in the undeveloped countries and its implication for United States policy. A study prepared at the request of the Committee on Foreign Relations United States Senate,* by Center for International Studies Massachussets Institute of Technology. Washington, 1960.

los grupos de presión económicos interiores del país de que se trate, haciéndoles ver la inexcusable necesidad del cambio;

—contribuir a buscar e imponer una solución de futuro que satisfaga los ideales democráticos impuestos por la actual estructura económica del mundo occidental;

—esforzarse para que esta solución de futuro se asimile por los diversos grupos de la oposición, a fin de que adquieran homogeneidad de intenciones e intereses;

—manejar los intereses económicos y políticos e internacionales de tal modo que el país totalitario de que se trate perciba un antagonismo velado, una obstaculización creciente y una censura moral explícita, siempre en función de un mismo supuesto: *que se niega a admitir o facilitar sinceramente un cambio a todas luces necesario.*

Se trata, pues, de una guerra tibia, ni fría, ni caliente. No proponemos siquiera que Estados Unidos tomen parte activa, como en Corea, lo vean con simpatía y lo estimulen, como en Turquía. Proponemos simplemente un camino suave para evitar un nuevo error. Si Batista hubiera estado menos tiempo, Castro tendría menos autoridad. En el caso del tirano Batista hubo también una irremediable contradicción. Un país democrático, paladín de la democracia como Estados Unidos, sostenía económicamente, a través del monocultivo del azúcar, a una dictadura feroz. Semejante es el caso del «Generalísimo» Trujillo.

El camino que proponemos tiene especial aplicación a España, pero es extensible a los demás países totalitarios y daría particular firmeza y dignidad a la política exterior anglonorteamericana.

Un caso próximo puede ejemplificar con claridad lo que quiere decir: el proyecto de transformación de la O. E. C. E., dando entrada a Estados Unidos y Canadá, prevé una asamblea en la que entrarían representantes del Consejo de Europa, más los del grupo de los 21, más algún país asociado y otros organismos. Era la hora de haber indicado al gobierno español que en cuanto sus Cortes no son un órgano representativo auténtico, había llegado el momento de transformarlas para que pudieran sus representantes sentarse con legitimidad junto a las demás representaciones de los países democráticos. Sin embargo, lejos de hacer esto, se han iniciado gestiones para que el gobierno español preparase su representación. Existen, pues, medios muy concretos de coacción para esto que hemos llamado la guerra tibia:

Primero, eludir la presencia de España en los organismos internacionales, siempre que esto no suponga una clara limitación del sistema totalitario.

Segundo, eludir visitas e intercambios de cortesía que, aunque sea formalmente, contribuyan a dar la impresión de que las relaciones internacionales del Estado español son normales y equiparables a las de cualquier país democrático.

Tercero, influir por vía diplomática u oficiosa, haciendo ver al equipo dominante el sentido del proceso internacional y cuán perjudicial e incluso injustificado es no dejar paso a un nuevo sistema político o iniciar una activa transformación del actual.

Cuarto, mantener un personal diplomático inteligente que no confunda el halago descarado del equipo dominante con la amistad entre los pueblos.

Quinto, conocer la situación real del país, particularmente la corrupción administrativa y las arbitrariedades jurídicas, para presionar desde los organismos internacionales —particularmente los económicos—, evidenciando la necesidad de cumplir los compromisos y cumplirlos honradamente.

Sexto, estimular a la prensa libre para que informe sobre la situación real del país y exigir el paso libre de la información exterior cuando esta información no sea delictiva.

Séptimo, contribuir a crear un centro polarizado de poder que garantice el futuro político del país.

Octavo, percatarse del peligro que supone para el complejo occidental sostener, e incluso defender, sistemas totalitarios tales como el español.

En resumen, si la política de las potencias, particularmente de los Estados Unidos, no cambia respecto del oportunismo sin fundamento y empieza a exigir comportamientos cuya sinceridad esté garantizada por la participación efectiva y auténtica en los ideales democráticos, serán bastante los países subdesarrollados que se inclinen a admitir que el barco occidental lleva un pésimo piloto. Ojalá no sea España el primer país que lo testimonie.

JULIAN ANDIA

Rusia y China

POR G. F. HUDSON

I

UNA INTENSA PROPAGANDA antiamericana ha sido la característica permanente de la escena comunista china durante los últimos diez años, y podría suponerse que ya ha llegado a un punto de saturación en sus esfuerzos para provocar en el pueblo chino el estado emocional deseado por sus dirigentes. Pero en el mes de junio de 1960 se inició una campaña de una vehemencia sin precedentes, presentada como una «nueva acometida contra el imperialismo de Estados Unidos», que culminó en una «semana antiamericana» organizada en todo el territorio de China.

A una población extenuada por el trabajo, mal alimentada y cruelmente coaccionada, a todo lo cual la naturaleza ha venido a añadir su parte de miseria con las inundaciones del año pasado y la sequía del actual, los gobernantes de China no pueden aconsejarle que se tumbe al sol para gozar de una coexistencia pacífica y hacer disminuir la tensión internacional. Al contrario, hay que convencer a las masas de que, fuera de las fronteras chinas, los satánicos imperialistas norteamericanos están esperando la oportunidad para invadir y someter el país; de que su salvación depende de la rápida transformación de la China en un campo atrincherado vigilante y que cada carretilla de tierra removida es un paso dado hacia la «construcción socialista» y la defensa de la patria. Pero, ¿cómo podrían suscitarse estas emociones si existiese la menor duda acerca de la malevolencia de los imperialistas o de su voluntad de guerra? El miedo y el odio al «enemigo» perderían su fuerza si llegara a creerse que los imperialistas son capaces de resignarse a una paz perpetua y que los diferentes sistemas sociales pueden convivir indefinidamente, sin recurrir a la guerra. Esa nueva campaña está destinada precisamente a persuadir al pueblo de que esto es imposible.

Hasta ahora los ladridos han sido realmente peores que los mordiscos, y la ausencia en los últimos tiempos de una verdadera crisis en las relaciones de Estados Unidos con China ha llevado a la opinión occidental a no tomar en consideración la intensidad de la propaganda dirigida contra sus países a que está sometido diariamente el pueblo chino. Hasta el momento de escribir este artículo no se han renovado los graves ataques comunistas —1957— en el Estrecho de Formosa; el bombardeo simbólico de Quemoy con motivo de la visita del Presidente Eisenhower a Taipeh fue relativamente débil. El armisticio relativo en la frontera que separa las dos Coreas no se ha quebrantado; Hong Kong continúa haciendo su vida normal, e incluso en la frontera india los chinos permanecen tranquilos desde hace algún tiempo.

Esta diferencia entre la violencia oral y la inacción práctica era también una característica de la URSS hacia 1930, o sea durante el llamado «tercer período» del Comintern, en el que los socialdemócratas y los partidos laboristas de Europa eran denunciados como

Autorización especial de Foreign Affairs. *Copyright by Council on Foreign Relations, Inc. New York.*

«socialfascistas». Fue también la época de los procesos contra Ramzin y los mencheviques en Moscú, cuando se presentó por primera vez al público soviético la amalgama de desafecto interno y de instigación contra el imperialismo extranjero, gracias a las confesiones cuidadosamente preparadas en el tribunal. Y sin embargo, ese período no fue de verdadera agresión soviética en el exterior, debido a que el efecto a corto plazo del «gran salto hacia adelante» de la URSS —en contraste con el efecto a largo plazo— la debilitaba como potencia militar. Durante ese tiempo, imposibilitada para emprender conquistas fuera de sus fronteras, tuvo que aceptar la humillación de una pasividad completa, mientras que el ejército japonés ocupaba su antigua esfera de influencia en el norte de Manchuria. La escasez de alimentos y la confusión económica excluían toda veleidad guerrera.

II

Las razones que tienen actualmente los soviéticos para no arriesgarse a provocar una gran guerra son completamente distintas, pero no menos apremiantes. Por otra parte, al disminuir la tirantez interna, los métodos de aislamiento voluntario de la nación, el cultivo de la xenofobia y las predicciones de una guerra inevitable ya no parecen tan oportunos como en otro tiempo.

En el actual estado de ánimo imperante en Rusia, debido a una incipiente prosperidad y a una complacencia aburguesada, esta táctica serviría en todo caso para enfriar la confianza que el Partido trata de utilizar en su propio beneficio; pero, al mismo tiempo, se crea en el Oeste un muro de desconfianza y oposición que ni la diplomacia soviética ni la publicidad pueden atravesar. Además, dicha táctica era contraria al buen éxito del movimiento internacional, que parecía lleno de promesas de apoyo a la causa comunista: la campaña en favor de la «paz», con sus diversas organizaciones de primera línea en todo el mundo. El tema del desarme universal había causado una profunda impresión en los pueblos de las democracias occidentales. Mas, ¿cómo podían explotar los comunistas esas intensas emociones en el mundo occidental, si continuaban afirmando que la existencia misma del sistema capitalista hacía inevitable la guerra? Esta doctrina desvirtuaba las afirmaciones de Moscú y la propaganda comunista par la paz. Como consecuencia de esto, la declaración de Kruschef en el XX Congreso del Partido, según la cual la guerra con las potencias imperialistas no debía considerarse como inevitable, fue aprovechada por todos los que en la Unión Soviética se ocupan en las relaciones con el exterior, es decir, los diplomáticos y los propagandistas.

Existía, desde luego, otra razón para que dicha declaración pareciese tan deseable a los dirigentes soviéticos. La propaganda comunista —tanto la destinada al consumo interno como la dirigida a los correligionarios del mundo entero— había adquirido un tono excesivamente fanfarrón, para sacar el mejor partido de la invencibilidad de la fuerza militar rusa, como quedó demostrado con la victoria de sus armas en la segunda guerra mundial. En efecto, era muy importante mantener la confianza en el régimen gracias a la nueva fuerza creada, y probar al mismo tiempo que Moscú no temía las «represalias en masa», ni ninguna amenaza que pudiera dirigirle el Occidente. Pero es indudable que, en su fuero interno, los principales dirigentes que conocían la realidad acerca de la potencia de las nuevas armas y la capacidad del Oeste para producirlas, difícilmente podían dejar de pensar que, aunque Rusia lograse salir victoriosa de una guerra generalizada, los daños que sufriría su territorio y su población serían tan grandes que pondrían en peligro la supervivencia del régimen. Por consiguiente, era necesario evitar la guerra a toda costa.

Por otra parte, mientras este conocimiento quedase limitado a los grandes dirigentes, no llegaría fácilmente a los estratos medios y bajos del Partido, formados por hombres y mujeres a los que se había educado en la creencia de que la victoria del comunismo en todo el mundo era históricamente inevitable; la expansión, después de la segunda guerra mundial, del comunismo, desde la URSS a la Europa oriental y a China, parecía fortalecer esta convicción. Se les había enseñado, además, que las guerras impuestas por los imperialistas a los Estados comunistas eran históricamente fatales, como parecía probarlo la invasión de Hitler, y que ahora la ciencia y la tecnología soviéticas les permitían procurarse un armamento superior al del Oeste, sin contar con la superioridad política y moral de Rusia, gracias a la cual logró vencer a Alemania y al Japón,

virtualmente sin la ayuda de nadie. De ahí que para las gentes de esa mentalidad ya no fuese menester ninguna precaución ni ningún freno al tratar con el mundo capitalista. El Gobierno soviético sabría imponer su voluntad en los debates sobre cualquier problema. Pero esto iba resultando embarazoso para los dirigentes, cuyos discursos grandilocuentes e incesantes fanfarronadas habían ido formando un estado de espíritu lleno de expectación. Se hallaban obligados a desarrollar una política extranjera de expansión, con un peligro evidente de guerra que ahora tenían razones para temer, si no querían aparecer ante sus adeptos como débiles y cobardes.

Para salir de esta alternativa, Kruschef y sus asociados trataron de propagar, a partir de 1956, el criterio de que la guerra con los Estados imperialistas no era inevitable y que la política exterior rusa podría basarse en la idea de una «coexistencia pacífica» permanente. Se intentó invocar la autoridad de Lenin para esta nueva fórmula, pero resultó tan evidente que este punto de vista no emanaba del gran jefe, que Kruschef hubo de hacer marcha atrás —aun con el riesgo de mermar la autoridad del marxismo-leninismo como doctrina sacrosanta—, arguyendo que a este respecto la teoría de Lenin era algo anticuada, por haber vivido en la época en que aún no se habían descubierto las armas atómicas. La propaganda de la «coexistencia pacífica» iba dirigida principalmente contra los que en el interior de la Unión Soviética, sin desear la guerra, defendían las normas políticas que podían conducir a ella.

En el momento de morir Stalin, la política extranjera de los soviéticos se encontraba en una situación muy comprometida. Es cierto que habían consolidado el sistema comunista en Europa oriental, pero dilapidando al mismo tiempo la buena voluntad con que las potencias occidentales trataban a Rusia después de la victoria conjunta sobre Hitler. Ello dio lugar a la coalición de la OTAN como contrapartida a la expansión soviética. Los sucesores de Stalin estimaron entonces necesario aquietar la alarma universal que la táctica rusa de la posguerra provocó. Los occidentales que no habían aceptado la guerra fría, trataban de convencerse de que los nuevos dirigentes de la Unión Soviética se esforzaban por ponerle fin. Y no obstante la desconfianza que subsistía en los centros oficiales y el resurgimiento del sentimiento popular antisoviético, provocado por el aplastamiento de la rebelión en Hungría, se dejaron ganar gradualmente por la idea de negociar la solución de los problemas más importantes en una conferencia en «la cima», caso de que el procedimiento diplomático ordinario resultase insuficiente. El propio Kruschef fomentó esa tendencia con sus viajes personales al extranjero, que culminaron con su visita a Estados Unidos. Kruschef esperaba que con una diplomacia pacífica y merced a sus esfuerzos para aplacar los temores que habían inducido a muchas naciones a unirse contra él, conseguiría los tres objectivos principales de su política extranjera: el sometimiento de Berlín-Oeste, la disolución de la OTAN y el desarme en gran escala, sin necesidad de supeditarse a una inspección severa.

Desgraciadamente para Kruschef, su manera de tratar el conjunto de los asuntos mundiales revelaba una contradicción esencial. Cierto día, Churchill hizo observar que los dirigentes rusos «no querían la guerra, pero sí los frutos de ella». Es decir, que el objetivo fundamental de la diplomacia comunista es siempre obtener algo a cambio de nada; conseguir, sin pagar el precio correspondiente, las ventajas que normalmente se obtienen con la fuerza de las armas. Esta actitud es, en realidad, inherente a las aspiraciones comunistas. En un sistema de relaciones internacionales ordinarias entre Estados que, por muy agudos que sean los conflictos existentes entre ellos, consideran que los demás gobiernos tienen el mismo derecho a la vida, se tiene la convicción de que las negociaciones no deben llevarse a cabo bajo la coacción y que sólo pueden obtenerse resultados positivos mediante el proceso de concesiones recíprocas. El acuerdo diplomático ideal equivale a un trato entre comprador y vendedor de buena voluntad, beneficioso para ambas partes. Pero la actitud fundamental de los comunistas se basa en la creencia de que todos los gobiernos no comunistas son autoridades transitorias, representantes del enemigo tradicional destinado más pronto o más tarde a la destrucción y que en las discusiones con los Estados comunistas nunca pueden tener razón, ni emitir opiniones que merezcan la simpatía de ningún marxista sincero. De conformidad con el proceso histórico, la diplomacia comunista habría de estar siempre en actitud ofensiva; la tarea del hombre de Estado comunista es obligar a sus adversarios a aceptar sus

exigencias y si no lo consigue manifestarles una hostilidad inequívoca. A no ser que se hallen en una situación apurada, nunca deben hacer la menor concesión al enemigo, y cuando su posición es fuerte ninguna transigencia está justificada. El hecho de hablar de la coexistencia pacífica no altera en nada esta actitud. Como ha explicado el propio Kruschef, esto significa que sólo el conflicto militar está excluído, pero que la lucha ideológica, política y económica continúa.

Sin embargo, lo que Kruschef parece no haber comprendido aún y que le ha proporcionado algunos sinsabores en el desarrollo de su política exterior, es que sin dar la contrapartida correspondiente no pueden lograrse pacíficamente los objetivos que cercenan los intereses y las seguridades de otras naciones. La coexistencia pacífica requiere que se armonicen con ella los diversos fines políticos, o por lo menos la voluntad de pagar un precio adecuado por alcanzarlos. Pero existe el hecho paradójico de que cuanto más ha creído el Occidente en la sinceridad de Kruschef al asegurar que una guerra mundial sería suicida para todos los que interviniesen en ella, más lejos ha estado éste de conseguir sus propósitos. En realidad, la confianza en las intenciones de Kruschef de mantener la paz ha reducido la tensión causada por el miedo a la guerra que lo ensombrecía todo y ha permitido, en la misma proporción, que Moscú pudiese negociar en condiciones amistosas con el Occidente; pero ha disminuído, al mismo tiempo, la predisposición del Oeste a acceder a las peticiones de los soviéticos si éstos no hacían algunas concesiones. En opinión de los occidentales, la coexistencia pacífica debería significar proceder a negociaciones diplomáticas normales, sobre la base de concesiones recíprocas. Pero si se estudia la crónica de los últimos años, se advierte que eso es precisamente lo que Kruschef no ha estado nunca dispuesto a considerar. En ningún momento ha querido ofrecer una compensación si se aceptaban sus exigencias acerca de Berlín y de Alemania, excepto su ofrecimiento de reducir el peligro de guerra que la propia política rusa había creado. Por consiguiente, sus declaraciones sobre la imposibilidad de una guerra general nunca han convencido a nadie.

En realidad, el conjunto de la ofensiva diplomática de Kruschef, a contar del año 1958, se ha basado en las amenazas de guerra. Su pretensión, en contra de los acuerdos existentes, de que se modifique la situación jurídica de Berlín-Oeste, que tomó al principio la forma de un ultimátum a seis meses plazo, fue seguida de los éxitos del «sputnik» soviético y de la consiguiente alarma en el campo occidental, al descubrirse el abismo que existía entre la producción de proyectiles teleguiados de ambos mundos. Desde entonces, los soviéticos han señalado todas las ocasiones en que se disponían a desplegar una gran acción política —la llegada de Kruschef a América y la conferencia en la cima— con un nuevo lanzamiento espectacular de cohetes atómicos fuera del espacio terrestre, destinado evidentemente no sólo a impresionar al mundo con la febril actividad y la habilidad de los sabios rusos para perfeccionar los conocimientos astronómicos, sino también a amedrentar a todo el mundo con su capacidad de alcanzar a distancia los objetivos, valiéndose de proyectiles con carga nuclear. Desgraciadamente para el punto de vista de Kruschef, ese procedimiento para asustar a los pueblos ha perdido toda su eficacia después de su declaración de que la guerra se había hecho demasiado terrible para poder recurrir a ella.

Durante los meses que precedieron a la conferencia en la cima, el Oeste se fue convenciendo de que Kruschef no estaba dispuesto a arriesgar la guerra a propósito de Berlín; y a medida que el miedo disminuía, crecía la determinación de los occidentales de resistir a las exigencias soviéticas. Después de todo, los rusos carecían de derecho legal y moral para modificar unilateralmente la situación jurídica de Berlín-Oeste, ni podían ofrecer a cambio nada que sirviera de base para concertar un acuerdo. ¿Qué razón existía entonces para someterse a sus exigencias? Como es consiguiente, la actitud de los occidentales respecto de Berlín se fue endureciendo durante el período que medió entre las conversaciones de Camp David y la conferencia en la cima. Así es como Kruschef se ha visto defraudado en sus intenciones. Es posible que no haya comprendido hasta después de su visita al Presidente de Gaulle —de quien se dice que le habló con bastante claridad— que con respecto a Berlín no podía esperar ningún resultado favorable a sus propósitos. Y como no podía regresar de la conferencia sin haber conseguido un éxito diplomático, no le quedaba más recurso que desbaratarla desde el comienzo con un pretexto ajeno

a la cuestión, para lo cual el episodio del U-2 suministraba una oportunidad caída del cielo. Si no podía conquistar Berlín, al menos demostraría que, como buen comunista, era intransigente. También se mostró fuerte en la conferencia del desarme. Era evidente que el Occidente no le daría ninguna satisfacción si no ofrecía a cambio garantías suficientes de inspección e intervención, por lo que consideró que en este terreno la retirada sería también la mejor solución para no quebrantar su prestigio de dirigente del Partido.

Se ha especulado mucho en el Oeste acerca de las posibles presiones internas a que ha estado sometido Kruschef, y algunos observadores pretenden haber descubierto una facción organizada que le obligó a cambiar de táctica en su política. No es necesario atribuir esta presión a un grupo determinado de personas; Kruschef sigue dominando con firmeza el Partido y está en condiciones de evitar la aparición de cualquier rival peligroso que quisiera arrebatarle su puesto. Pero, no obstante, sigue siendo prisionero del Partido, en el sentido de que no puede defraudar las esperanzas de los comunistas intransigentes, pues de lo contrario perdería el prestigio indispensable para conservar su posición de jefe. Los acuerdos diplomáticos que se considerarían como grandes éxitos para un ministro de Asuntos Exteriores occidental, son insuficientes en 1960 para un primer secretario soviético. Si no logra obtener lo que quiere con su política extranjera y en las condiciones que él imponga, sólo puede salvar su dignidad saliendo con cajas destempladas, lo que a falta de emplear la fuerza militar se manifiesta haciendo fracasar las conferencias. Pero es posible que los camaradas esperen verle ir aún más lejos. ¿No se les ha dicho ya que Rusia posee el mayor depósito de proyectiles atómicos del mundo? De modo que, después de haber desbaratado con su diplomacia la conferencia en la cumbre, Kruschef tuvo que esforzarse por persuadir a sus partidarios de la conveniencia de excluir definitivamente las amenazas de guerra.

De ahí que Kruschef no haya logrado con su doctrina de la coexistencia pacífica eludir la alternativa entre la belicosidad que implica el riesgo de una guerra auténtica y la diplomacia verdaderamente pacífica, que le impide realizar lo que se espera de un dirigente comunista. Este tiene que intimidar a las naciones y agravar el estado de tensión, para recoger los frutos de una política extranjera agresiva; pero al mismo tiempo ha de explicar a todo el mundo —para tranquilizar al Occidente y contener a sus correligionarios— que la guerra es imposible, con lo cual sus amenazas pierden fuerza y la tensión se convierte más bien en una causa de aburrimiento que de miedo. Cuando a pesar de sus métodos de intimidación Kruschef fracasa y sus demandas no son aceptadas, se deja llevar por la violencia, cuenta a los periodistas del mundo entero reunidos ante él cómo trataba a los gatos cuando era niño y habla de proteger a Cuba con sus proyectiles atómicos. Pero al mismo tiempo, fustiga a los que en el seno del campo comunista sugieren que la guerra contra los imperialistas es inevitable y asegura que no «retrocederá un paso» en la política de coexistencia pacífica. Prácticamente, no hace más que saltar de una a otra alternativa. El único medio de salir de tal situación sería aceptar el principio de que, en un sistema de Estados soberanos que han renunciado a la guerra, el solo camino posible es buscar el modo de concertar acuerdos sobre la base de transacciones y beneficios mutuos. Pero esto es precisamente lo que le prohibe hacer su posición de jefe de la Unión Soviética y su propia preparación de militante comunista.

III

En esta situación el papel de China adquiere una importancia creciente. No debería exagerarse presentándola como un antagonismo entre Rusia y China, porque el Partido Comunista ruso es la causa principal de la presión ejercida sobre Kruschef para que continúe persiguiendo los objetivos que son inaccesibles sin una guerra victoriosa. Pero, justamente porque las pretensiones y los sentimientos que intervienen en esta presión se manifiestan de manera más explícita y con menos trabas en China, su influencia contribuye a sostener y reforzar la tendencia rusa a la intransigencia internacional. En realidad, las circunstancias de China son distintas de las de Rusia, porque el esfuerzo que requiere la industrialización en aquélla ofrece una razón para cultivar el miedo de una inminente agresión extranjera, que ya no tiene la URSS desde hace mucho tiempo. Pero como Rusia no quiere pactar con el Oeste bajo ninguna condición, sino es la de una victoria diplomática absoluta, la tensión entre el Oeste y la Unión Soviética persiste y la actitud

de ésta en relación con el Occidente, a pesar de los discursos de Kruschef y de sus visitas a otros Estados, tiende a confundirse con la de China. Cuando la conferencia de Camp David terminó en diatribas contra el Presidente Eisenhower, al que se calificó de falso amigo y de instrumento del imperialismo, los chinos pudieron decir: «¡Ya os habíamos prevenido!» Los comunistas chinos han anunciado siempre que todo acabaría en un fracaso. En realidad, su deseo ha ido más lejos que el propósito expresado. Es indudable que su mayor temor era la posibilidad de una aproximación ruso-americana que redundase en la satisfacción de las ambiciones rusas en Europa, pero sin migajas para China en Extremo Oriente. Los chinos no tenían suficiente confianza en Kruschef y creían que si éste veía una probabilidad de realizar las aspiraciones soviéticas de acuerdo con Washington, a condición de no seguir apoyando las pretensiones de Pekín, aceptaría el trato sin titubear. Un acuerdo ruso-americano en las condiciones propuestas por Kruschef se hubiera efectuado a expensas de la Europa occidental, pero también de la China comunista. De ahí que los chinos desearan el fracaso de las negociaciones entre los soviéticos y los norteamericanos, y mucho antes de que se deshinchara la boyante confianza que Kruschef tenía en sí mismo, estaban ya convencidos de que los hechos se verificarían como convenía a sus intereses. Explicaban en su prensa que la naturaleza del imperialismo norteamericano no había cambiado y que era inútil pretender llegar a un acuerdo con él. Por eso, al hundirse la conferencia en la cumbre, pudieron exclamar que había sucedido lo que ellos esperaban.

Por lo que se refiere a las armas atómicas, los dirigentes comunistas chinos no necesitan excusarse ante el Partido por no emplearlas, puesto que por ahora no las tienen. Pueden predicar que la guerra es inevitable y lanzar una nueva propaganda contra el imperialismo norteamericano, sin que nadie les pregunte por qué no atacan las ciudades de los Estados Unidos con los proyectiles nucleares que no poseen. Al mismo tiempo, para no intimidar a su pueblo con la idea de que el enemigo dispone de las armas de que China carece todavía, su propaganda interior niega eficacia a las bombas atómicas, y esta táctica puede ampliarse hasta increpar a los «revisionistas» por darles demasiada importancia. «Tener miedo de la guerra» y «soñar con mendigar la paz de los imperialistas» son ahora pecados mortales para las convicciones de los comunistas chinos. Esto explica el vigor de los contraataques oficiales soviéticos, para proclamar que «no basta repetir la antigua verdad de que el imperialismo es agresivo» y que la misión actual de los comunistas es «utilizar plenamente los factores que pueden contribuir a la paz, para salvar a la humanidad de la catástrofe de otra guerra».

Es muy posible que Mao Tse-tung esté efectivamente menos intimidado por la perspectiva de una guerra nuclear, debido a la enorme densidad de la población china y a la dispersión de su economía. Como antiguo guerrillero, es indudable que se siente menos impresionado por las grandes masas de armamentos. Pero el hecho evidente es que él no necesita tomar ninguna decisión para iniciar una guerra atómica, ya que no cuenta con los medios para hacerla. Puede mostrarse tan belicoso como quiera en el interior de China y organizar «semanas antiamericanas» tantas veces como estime conveniente, mientras no disponga de las armas decisivas para desencadenar una crisis mundial. Ahora bien, como Kruschef dispone de ellas, sólo puede hacer gestos belicosos y amenazar con emplearlas; pero si llegara a convencer al mundo de que va a hacerlo, podría aumentar rápidamente la tensión internacional y desencadenar la guerra. Por esta razón se ve obligado a contradecir sus propias amenazas, reafirmando su resolución de evitar la guerra. Como consecuencia de esta situación, la actitud actual de los rusos es mucho menos coherente que la de los chinos. La China comunista es más consecuente en sus truculencias; pero Kruschef continúa blandiendo el equivalente nuclear de un sable para apoyar una diplomacia agresiva, al mismo tiempo que asegura a todo el mundo que nunca lo desenvainará si no es en defensa propia. El peligro para el mundo es que la confusión acerca de sus intenciones puede existir no sólo entre los observadores extranjeros que tratan de interpretar su táctica, sino también en el cerebro del propio Kruschef.

G. F. HUDSON

Conversación con Julio Barrenechea

POR MARIO ESPINOSA

A su paso por París, adonde vino a un Congreso Internacional de Intelectuales que tenía por finalidad estudiar la situación de los judíos en la Unión Soviética, antes de pasar a Israel, tuvimos la ocasión de charlar un buen rato con Julio Barrenechea.

Julio Barrenechea es una de las personalidades más interesantes de Hispanoamérica. Nacido el 13 de marzo de 1910 en Santiago de Chile, comenzó a actuar en la vida pública de su país como presidente de la Federación de Estudiantes, siendo alumno de la Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile (1928-1931). Entonces encabezó el movimiento universitario que determinó la caída del único gobierno que ha pretendido ser dictatorial en Chile. Después fue miembro del Parlamento (1937-1945). Al finalizar su actuación parlamentaria, se vio designado Embajador en Colombia; a este cargo renunció en 1952, por su actitud intransigente ante la necesidad del Derecho de Asilo, desconocido en ese momento por el Presidente de Chile. (Exigió éste al Embajador en Colombia que no concediera asilo al guerrillero Saúl Fajardo, lo que motivó la inmediata renuncia de Barrenechea y la muerte de Fajardo a manos de los secuaces de Laureano Gómez.) Más tarde fundó en su país el Partido Nacional, que unido con otras fuerzas constituye actualmente el Partido Democrático Nacional, de fuerte representación parlamentaria.

Como hombre de letras, Julio Barrenechea ha realizado una labor igualmente vasta. En 1930 publicó el libro de poemas titulado *Mitin de las mariposas;* en 1935, *Espejo del sueño;* en 1942, *Rumor del mundo;* en 1945, *Mi ciudad;* en 1946, *El Libro del amor;* en 1949, *Vida del poeta;* en 1954, *Diario morir;* y en 1957, *Poesía Completa.* A esta amplia labor habría que añadir numerosos artículos y conferencias en casi todos los países de Hispanoamérica.

Julio Barrenechea fue elegido miembro de la Academia Chilena de la Lengua (correspondiante de la Real Academia Española) en junio de 1959. Y en septiembre de 1960 le fue otorgado el Premio Nacional de Literatura de su país, como galardón a «una vida consagrada a la literatura».

*
* *

¿Como definiría usted, de la manera más simple, su personalidad de político y hombre de letras?

Para mí nunca han sido antagónicas ni contradictorias estas dos disciplinas. Estimo que la una como expresión íntima del ser y la otra como expresión pública del ciudadano, se conjugan y armonizan en el hombre contemporáneo, que tiene conciencia de su época y de su responsabilidad. La poesía me empujó hacia la oratoria lírica y ésta me situó en el terreno de la política, inicialmente dentro del campo universitario.

¿A quiénes llamaría «maestros» de la literatura hispanoamericana y por qué?

Dentro de mi especialización poética, en primer lugar, a Góngora; luego, a Darío. Y, entre los contemporáneos, vivos o muertos, a Juan Ramón Jiménez, Vicente Huidobro, Gabriela Mistral y Pablo Neruda. Lo digo esto último a pesar de que con Neruda somos enemigos íntimos. Los considero fundamen-

talmente los grandes renovadores del lenguaje, y el eco de todos ellos está destinado a escucharse a través de los siglos.

¿Cree usted que son útiles las Academias?

Vengo de un Congreso de Academias, celebrado en el mes de agosto último, en Bogotá. Y objetivamente, dicha reunión me demostró por sus resultados la utilidad de la existencia de estas corporaciones. La reunión de Bogotá excedió justamente lo que podríamos llamar «los límites lexicográficos». Determinó una convivencia, un mutuo conocimiento y un intercambio interesante de ideas imposibles de ser sustraídas a las urgencias de la hora actual. Allí se hizo una afirmación de paz a iniciativa del ex presidente de México, Sr. Alemán. Se acordó ir a la supresión en el Diccionario de la Real Academia de todos los términos peyorativos para pueblos como el israelita, y se acordó la creación del Premio Literario «Cervantes», que ha de significar para el mundo hispanoamericano la existencia de un Premio Nóbel propio.

¿En qué circunstancias y por qué le dieron —según su visión de las instituciones de su país— el Premio Nacional de Literatura?

Lo único que puedo decir es que, en esta ocasión, los comunistas hicieron del Premio Nacional una cuestión política y realizaron ellos y sus instrumentos una acción enconada con la finalidad de impedir de todas maneras que fuera yo el agraciado con esta importante recompensa. Vi con satisfacción que el Jurado no se dejó influir por esta campaña tendenciosa y que prevaleció en él un juicio literario con el cual sólo me corresponde alegrarme y estar extraordinariamente reconocido. Estimo, además, que el Premio Nacional de Literatura no es propiamente un concurso, sino la selección de un nombre entre varios que tienen la calidad suficiente para obtenerlo. La elección del mío no es sino una cuestión de «turno».

¿Le inquieta el porvenir político de Chile y de Hispanoamérica en general? ¿Cómo y por qué?

No hay duda de que me inquieta, lo cual no quiere decir que me atemorice. Por el contrario, soy absolutamente optimista con respecto a dicho porvenir, que de ninguna manera puede ser desligado del futuro del mundo. Soy un creyente de la paz y creo que América Latina entra en un capítulo de vigoroso desarrollo de sus posibilidades potenciales, que, de acuerdo con ello, constituye una extraordinaria reserva para ser una abundante despensa o bodega de la humanidad contemporánea. Además, los adjetivos problemas limítrofes susbsistentes tienden honradamente hacia una solución pacífica, la democracia se consolida y se perfecciona avanzando en su contenido económico y hay demostraciones evidentes de una orientación hacia un real y efectivo desarme.

En Hispanoamérica, ¿el nacionalismo es una virtud o un defecto?

Puede ser lo uno y lo otro, según como se maneje y según qué intereses sirva. El nacionalismo explotado por la Unión Soviética o por la China roja en contra de los Estados Unidos es un defecto. Pero el nacionalismo destinado a afianzar legítimamente el carácter de un país y su independencia económica en un trato decoroso y de entendimiento equitativo con el vecino del norte es una virtud.

Si usted tuviera influencia en Washington, ¿qué consejo daría al Departamento de Estado en relación con la América morena?

Hacer en el menor tiempo posible todo lo que ha dejado de hacer en mucho tiempo. O sea, definir una política de cooperación económica en que se comprenda que América Latina es un socio que debe fortalecerse y no un subalterno que debe vivir en la debilidad.

¿Cree posible la unidad cultural, económica y política de América Latina?

La unidad cultural la considero, más que posible, necesaria, y justamente lucho por esa integración. La unidad económica es el tema de mayor actualidad y creo que afortunadamente está en un desarrollo positivo hacia felices resultados. En cuanto a la unidad política, me parece la más difícil, aunque es necesario mantener este ideal como un motor que anime nuestros pasos. Pero para este último objetivo hay que considerar que nuestros países han llegado a crear realidades muy diferentes que, incluso, los hacen vivir en épocas distintas.

¿Cuál ha sido el norteamericano que mejor ha comprendido Hispanoamérica?

A mi juicio ha sido el ex embajador en Chile y en España Mr. Claude G. Bowers quien, a pesar de no haber hablado jamás el castellano —por lo menos en público—, penetró profundamente en el alma hispanoamericana y fue un anticipado e irrestricto partidario de la cooperación económica de Norteamérica para el desarrollo de estos países. Siempre debemos

agradecer al señor Bowers el libro que escribió sobre Chile, que pasa los límites del estudio frío y objetivo para llegar incluso a la exaltación y al elogio.

¿Cuáles han sido las tres más grandes aberraciones políticas de la América situada al sur del Río Grande?

El gobierno de Pérez Jiménez en Venezuela; el gobierno de Trujillo en la República Dominicana y el asesinato del líder liberal Jorge Eliecer Gaitán en Colombia. Creo que, afortunadamente, la situación que producía hechos tan lamentables se encuentra en franca vía de superación. ¡Qué diferente ha sido asistir al encuentro de dos mentalidades claras, libérrimas y democráticas como son Alberto Lleras y Rómulo Betancourt poco tiempo después del encuentro de los dos galoneados dictadores que fueron Rojas Pinilla y Pérez Jiménez! La última conferencia de Cancilleres de la OEA de Costa Rica, expulsando a Trujillo, afianza la democracia política continental, y la reciente reunión de los 21, en Bogotá, es un paso firme hacia el desarrollo y la complementación económica continental.

¿Considera posible o conveniente una reforma agraria en Chile? ¿Por qué y cómo?

La considero absolutamente indispensable, pero de ninguna manera con el sentido catastrófico que la propaganda demagógica ha tratado de introducir en la conciencia de las masas. No se trata de realizar una usurpación de tierras para verificar una redistribución antieconómica, sino de definir una aplicación de la técnica al agro considerando y armonizando los factores de la producción en forma tal que la tierra pueda entregar su mejor rendimiento y, por lo tanto, la posibilidad real y necesaria de la humanización de la vida de los trabajadores del campo y con ello la estabilización social que este mejoramiento significa. En el caso de Chile, no hay necesidad de quitarle ni una sola pulgada de tierra a nadie, pero sí hay urgencia de hacer producir toda la tierra cultivable; y en cuanto a la necesidad de radicar nuevos propietarios agrícolas, el país dispone de territorios fiscales más que suficientes para satisfacer las necesidades de tierras de una población todavía mucho mayor que la actual. A propósito: en estos mismos momentos ha comenzado a funcionar en Colombia una ejemplarizadora Comisión Nacional de Reforma Agraria a la cual concurren nombrados por decreto los más dispares elementos. De allí surgirá necesariamente una solución de conjunto que, no hay duda, rendirá provechosos frutos para la producción organizada de ese país en potencia tan económicamente fuerte. El gobierno de Rómulo Betancourt, en Venezuela, realiza también, y sin demagogia, una estimable y positiva reforma de esta naturaleza. Y en cuanto a la reforma agraria, con un simple sentido de reparto, bástenos recordar el caso de México, en que circunstancias determinantes muy explicables en el momento histórico de ese país condujeron a una reforma violenta y antitécnica. Actualmente se ha llegado a una situación en que el propio latifundio ha reaparecido en la realidad, cuando ha sido económicamente necesario para cierto tipo de producción. El simple reparto inorgánico, sin los elementos de trabajo ni el avío del año agrícola, ni el plan concertado de producción sólo significan entregar a seres desamparados el derecho para arañar una tierra que creen propia.

¿Cree usted que Hispanoamérica se caracteriza por su neutralidad ante la guerra fría?

Creo que si no se caracteriza, debiera caracterizarse. La tensión mundial de ninguna manera la resuelve en estos momentos América Latina, pero tampoco puede cometerse la aberración de creer que servir a la neutralidad debe significar servir el interés de la Unión Soviética. Y tampoco la neutralidad frente a la guerra fría puede significar la confianza absoluta de los Estados Unidos en que estos países deban acompañar de todas maneras sus movimientos en calidad de simples y desconsiderados satélites. El peligro de aprender a ser satélite es que, en cualquier momento, se puede ser satélite de cualquier cosa. Y qué grave es, para los propios Estados Unidos, que un país al cual ha contribuido a educar como satélite se le vuelque sobre la órbita de su principal contendiente mundial.

*
* *

La conversación se prolongó aún sobre diferentes temas. Pero creemos haber ofrecido a nuestros lectores lo más interesante de las diversas opiniones vertidas por ese gran poeta que es Julio Barrenechea, quien jamás eludió ninguna de nuestras preguntas, contestando a todas lisa y claramente, como corresponde a un espíritu tan alerta y esclarecido cual es el suyo.

MARIO ESPINOSA

B.D.I.C

JULIO BARRENECHEA

Uvas chilenas en Quito

Me salieron de pronto
en una esquina, en la cesta rosada
que alargaba la calle.

Pequeñas compatriotas cristalinas,
uvas chilenas en la luz de Quito.
con la sangre del vino en las mejillas,
del mismo vino que me dio el cantar,
del familiar demonio originado
en el fresco lagar,
entre la nieve ciega y la florida sal.

Uvas rosadas en la calle clara,
uvas de mi país, allí foráneas,
pero que parecían frutales ciudadanas
matas de tierra hermana,
tan dentro del cristal que en Quito se disuelve,
y que todo de amor y de ternura
a la materia envuelve.

Uvas de mi país, uvas chilenas
acariciadas por la luz quiteña,
por la luz, que es el jugo de ese cielo,
más el destello de los panes de oro
del sol interno de los templos bellos,
más el aporte puro de los muros
de la blanca ciudad con vista al sueño.

Uvas chilenas en la luz de Quito,
tersa dulzura envuelta en claridad.
Un amor de países mi corazón ha visto,
mirando esos racimos en la tierna ciudad.

Zarape Mexicano

Zarape de Saltillo,
en ti se van muriendo los colores
hasta quedar desvanecidos.
Así se van muriendo, sucesivos,
los colores tejidos.
Cálido cielo, cielo de lana, atardecido,
para mis hombros, como el vasto cielo
para los cerros fríos.

Zarape de Saltillo,
te tejieron los silenciosos indios,
y en ti los propios ojos
se fueron deshaciendo como ovillos.
En todos tus colores minuciosos y bellos,
los indios entregaron amorosos los ojos,
hasta quedarse ciegos.

Zarape de Saltillo, cielo mío,
traído desde lejos,
cuando me envuelvo en ti,
yo me envuelvo en reflejos,
me envuelvo en ojos de indios,
en todo lo que vieron esos ojos
en el paisaje hermano,
en los cuerpos desnudos de las indias,
en los violentos cerros mexicanos.

Zarape de Saltillo, cuando te miro, siento
que eres tú quien me miras,
porque en tu lana tienes las pupilas,
que le quitaste a los indios ciegos.

JULIO BARRENECHEA

Mi Maragall

POR PEDRO LAIN ENTRALGO

A Salvador Espriu y a José Ferrater Mora, voz poética y voz filosófica de la actual Cataluña.

ESTAS REFLEXIONES sobre la figura y la obra de Juan Maragall, que para mí venían siendo íntimo deber, se me han constituído al fin en causa de muy sincera pesadumbre. Por ignorancia y apresuramiento, dos pecados nada veniales en quien con alguna seriedad aspire a llamarse «intelectual», omití la consideración de Maragall en el libro que hace más de quince años consagré a la obra y al ensueño de la generación del 98. Involuntariamente, cometí una grave injusticia. ¿Acaso el gran poeta de Barcelona no fue, y por más de un motivo, la insigne figura catalana de esa generación insigne? Grave era, pues, mi deuda literaria y moral con el autor de la *Oda a Espanya*.

Pero he aquí que sólo venciendo un fuerte sentimiento de pesadumbre puedo ahora pagar esa deuda mía. Había sido encomendada la confección de este ensayo al español más calificado para escribirlo: a Gregorio Marañón. «Una de mis grandes ilusiones literarias», llamaba él, pocos días antes de morir, a esta honrosa tarea. Mas la ilusión no logró cumplimiento. Marañón, tan capaz todavía de altas empresas, murió sin escribir su comentario a la obra castellana de Maragall, y todos los españoles hemos quedado sin la compañía de su luminosa persona —un poco *orfes de llum sota del sol que crema*, como la vaca ciega del poema maragaliano— y sin la lección conmovedora y hermosa que esas páginas suyas hubieran sido. ¿No es así comprensible mi pesadumbre: el aprieto intelectual y moral de quien con mejor voluntad que mérito se ve en el trance de hacer como buenamente pueda lo que un amigo suyo, muerto ya, óptimamente hubiese hecho?

Bien; pero ni lágrimas quebrantan peñas, ni lamentaciones sacan de tártagos. Haré de la necesidad virtud, según la áspera e inmortal costumbre española, pondré de nuevo mis ojos aficionados en la obra de Maragall y diré llanamente cuanto se me alcance de lo que en su compleja integridad fue el hombre que día a día la compuso.

Prólogo al volumen de «Obra Castellana» de las Obres Completes *de Maragall. (Edición conmemorativa del centenario del nacimiento y del cincuentenario de la muerte del poeta. Edit. Selecta, 1960-1961.)*

El escritor

No debiera llamarse a sí mismo escritor quien no haya sentido alguna vez en su alma la definitiva verdad de estas palabras de Maragall: «Hablar es cosa sagrada...: es expresarse, dar el alma a nuestros hermanos, cuando el alma necesita darse y es esperada.» Hablar es dar a los otros la propia alma, sintiendo en ésta la imperiosa necesidad íntima de tal donación; escuchar es estar esperando el alma de quien nos la regala hecha verbo. Sólo hablando y escribiendo así dejaría de ser sacrilegio el

menester profesional del escritor, ese azorante o cínico oficio de «hacerse pagar las palabras» (1).

Tan grave modo de sentirse escritor —a él se atuvo hasta el fin de sus días la pluma de Juan Maragall— había necesariamente de fundarse sobre una altísima idea de la palabra, de la vida humana y, en último término, de la realidad. ¿Necesitaré decir que esa idea de la expresión verbal fue la que el *Elogio de la palabra* y el *Elogio de la poesía* tan explícitamente proclamaron? En 1903 confesaba el poeta a su amigo Pijoan su «irresistible propensió a suggerir un món amb una sola paraula intensa», y en esto veía él «l'ideal de la poesía». Pocos meses después, en su prólogo a un libro de poemas de Francesc Pujols, llamaba «paraules sagrades» y «paraules de vida» a las que los poetas emplean cuando de veras llegan a serlo. En el alma de Maragall está germinando la doctrina de la *paraula viva* que luego expondrá abierta y encendidamente en su *Elogio de la palabra* (2). En ésta, en la palabra —dirá entonces—, «se abrazan y confunden toda la maravilla corporal y toda la maravilla espiritual de nuestra naturaleza». El hombre, criatura en quien la naturaleza visible logra su cima y su flor, «usa toda la fuerza de su ser para producir la palabra»; y así, «habiendo en la palabra todo el misterio y toda la luz del mundo, deberíamos hablar como encantados, como deslumbrados». No siempre puede ocurrir esto, porque hasta los hombres que menos dilapidan y prostituyen sus decires se ven día tras día obligados a usarlos en servicio de muy dignos fines utilitarios; pero esto es sin duda lo que ocurre cuando la palabra llega a ser —juntaré los varios adjetivos que Maragall dispersamente emplea— «verdadera», «viva», «absoluta» y «llena». Más concisamente, cuando es «poética».

¿Qué significan ahora todos estos epítetos? ¿Qué es, para Maragall, una *paraula viva?* En principio, el habla del hombre puede ser «utilitaria» o «viva». En el primer caso sirve para *comunicar* a otros lo que ella comúnmente declara, y con este fin la usan —la usamos— tantos y tantos hombres de pan llevar, desde el gacetillero hasta el apóstol. «No hay por qué condenar —escribe Maragall— al hombre de ciencia, que se vale de la palabra, hablada o escrita, para comunicar el resultado de sus investigaciones; ni al abogado, que la usa noblemente para exponer en justicia los hechos; ni al gacetillero, que informa al público de lo que pasa... Veneremos a aquellos otros que, teniendo el don de ver en el fondo de la vida y de expresar su visión, hablan, palpitantes aún de ella, a sus hermanos...» (3). Pero hay ocasiones en que el sentido de la palabra no es el decir utilitario, sino el *puro decir*. Antes que a comunicar con ella una significación convencional y tópica, quien la escribe o la pronuncia aspira tan sólo —acaso sin saberlo y como gratuitamente— a infundir dentro de un símbolo gráfico o sonoro toda su personal intuición de lo que para el espíritu humano sea la realidad a que ese símbolo se refiere. Cuando esto acaece, cuando la palabra, directa o metafórica, llega a ser un signo personalmente exhaustivo de la realidad intuída, cuando entre la realidad y el espíritu locuente no hay más vínculo que la expresión verbal, entonces ésta es intensa, verdadera, llena, viva, absoluta, sacra; en definitiva, poética. Los grandes pensadores —decía Maragall a Pijoan— «sempre em fan l'efecte de grans poetes incomplets, que tenint una visió de l'ànima del món, però sense el do de la paraula viva per a dir-la, inventen paraules fosques y turmentadores de l'enteniment per a donar-se a entendre: substància, atributs, causa, principi, esperit, matèria, etcètera. Tot això *vol* dir realment quelcom. Però, aquest quelcom, la poesia el veu y el diu vivament. Escolti a Novalis: La poesía és la realitat absoluta. Aquest és el germen de la meva filosofía. Quant més poètic, més ver» (4).

Trata el autor de *La Divina Comedia* de expresar lo que en realidad es —o debe de ser— el tránsito del purgatorio al paraíso; y a la vuelta de varias metáforas ineficaces, acierta genialmente a comparar tan soberana experiencia con la de quien desde la cima de un monte logra al fin ver el brillo tembloroso del mar: *Connobbi il tremolar della marina.* Esto es palabra viva, esto es verdadera poesía. Mas tampoco hay que ser Dante o Novalis, para decir palabras vivas. Desde una punta de la costa cántabra, Maragall contempla el atar-

(1) «El escritor», *Obres Completes* (Barcelona, 1947), pág. 983.

(2) *O. C.*, 813-827.

(3) «El escritor», *O. C.*, 983.

(4) A. Pijoan, *O. C.*, 1737.

decer de un día estival. «La gente venía sólo por ver ponerse el sol en el mar. Venían hablando; pero al llegar todos callaban ante el mar que mudaba a cada instante de color. Llegaron dos hombres de mar silenciosos, y se pararon ante la inmensidad; y por mucho tiempo, uno al lado del otro, callaban. Después el uno, sin volverse al compañero, dijo simplemente: «Mira». Y todos los que lo oímos miramos de frente, allá... Cada uno vio su maravilla propia» (5). *Mira...* He aquí otra palabra viva, una de esas palabras «con canto en la entraña» que a veces dice el pueblo inocente, y que el poeta —«con otra inocencia más intensa y mayor canto: con luz más reveladora»— luego redice y hace brillar. Porque éste es el secreto del poeta verdadero: que, sin proponérselo, hace máximamente comunicativa una palabra nacida en su alma como «puro decir» (6).

Tal es, a mi juicio, la concepción maragaliana de la palabra viva, tan resonante cuando fue expuesta —octubre de 1903— y tan discutida pocos años más tarde, cuando la incipiente poética de Maragall pareció ser demasiado romántica, acaso demasiado mística. Que esta filosofía de la palabra sea germinal e insuficiente, ¿quién podrá hoy dudarlo? Pero, a la vez, ¿quién negará hoy que esa doctrina es certera y radical? Quienes atenta y sensiblemente sigan el curso del pensamiento contemporáneo, ¿podrán desconocer que Juan Maragall dice inflamada, poética y religiosamente de la palabra viva lo que fría, filosófica y no religiosamente afirman de ella Jean-Paul Sartre y Martin Heidegger? La palabra viva es «sacra», sostiene Maragall, y quien acierta a pronunciarla se trueca en «mágico prodigioso»; «la palabra es *sagrada* cuando soy yo quien la utiliza, y *mágica* cuando el otro la oye», enseña Sartre (7). La palabra viva brota del silencio, léese en *Elogio de la palabra*. Cuando el espíritu silencioso de un hombre queda saturado de realidad viva, nacen de él palabras absolutas; cuando una rama no puede más con la primavera que lleva dentro, brota de ella una flor. El Heidegger de *Holzwege* y de *Unterwegs zur Sprache*, ¿no suscribiría con gozo esta feliz metáfora? (8).

No será desmedido decir que, en cuanto poeta, Maragall se veía a sí mismo como un sacerdote y un celador de la palabra verdadera. Y más aún —casi es ocioso añadirlo— si esa palabra era catalana. «La sangre de mi espíritu es mi lengua», dijo él, con Unamuno, su entrañable amigo, para rebatir una opinión de éste sobre la posible acción española de Cataluña. Poeta catalán fue Maragall, y vehemente enamorado de su lengua, y figura eminentísima en el vigoroso esfuerzo colectivo que desde Verdaguer hasta Espríu ha llevado el catalán literario a la cima de su calidad y su prestigio. Pero este gran poeta, este escritor integral no fue sólo el creador del *Cant espiritual* y *La vaca cega*, y el traductor de Homero, Novalis y Goethe a su idioma materno; fue también el autor de centenares de artículos y ensayos escritos en la lengua de Castilla, y hasta de algún poema también en claro y limpio castellano, como aquel que a los veinte años, recién descubierto su ya inexorable destino poético, enviaba epistolarmente a su amigo Joaquín Freixas (9). Todo lo cual nos plantea de frente y sin escape el vidrioso tema del bilingüismo.

En pocas regiones de Europa constituye el bilingüismo un hecho social tan real y patente como en Cataluña. Descartada una muy exigua fracción de la población rural, todos los catalanes son capaces de usar flúida y correctamente, con su propio idioma, el que Castilla inventó y hoy es de todos los hispanohablantes. Pero a todo esto, ¿en qué consiste el bilingüismo, cuando es hábito de un país entero, y no habilidad privada de tal o cual individuo?

(5) «Elogio de la palabra», *O. C.*, 818. Debió de suceder esto en Portugalete, a fines de agosto de 1903. Véase la carta a Pijoan de 6.IX.1903 (*O. C.*, 1740).

(6) «Cuando habláis olvidados del ritmo ruin de vuestra vanidad —dice Maragall a los poetas—,... yo he visto a las gentes que antes distraidamente os escuchaban, iluminarse sus ojos, encendérseles las mejillas, alentar sus bocas entreabiertas y sonreír con beatitud entre lágrimas, rindiendo sus cuerpos para ser el espíritu llevado a la divina esfera. Les he visto mirarse unos a otros maravillados y dichosos de verse juntos, redimidos de toda contingencia por el encanto, que les era desconocido, de la palabra absoluta...» (*O. C.*, 816).

(7) *L'être et le néant*, pág. 442.

(8) Sobre la relación entre el silencio y la palabra pueden leerse muy finas cosas en el libro de Rof Carballo así llamado: *Entre el silencio y la palabra* (Madrid, 1960).

(9) «A Freixas», *O. C.*, 1680. La inspiración becqueriana de ese poemilla es para mí innegable.

Un país es bilingüe cuando puede usar como propias dos lenguas: una materna o troncal y otra sobreañadida o injertada. Aprendida de labios de la madre, la lengua troncal dará siempre forma sonora y gráfica a la expresión espontánea de la verdadera intimidad: ella será, por tanto, el cauce más idóneo de la efusión de amor, del grito de entusiasmo o de angustia, de la plegaria: y si por añadidura ha sido literaria e intelectualmente cultivada, permitirá decir, con arreglo a su peculiar genio, todo lo que para el hombre sea decible, desde el relato histórico o novelesco del vivir humano hasta la intuición filosófica o poética de la realidad. Tal es el caso del catalán, después de su gloriosa etapa medieval y, sobre todo, después de la espléndida resurrección literaria que en el siglo pasado inició en Barcelona la *Renaixença*. En octubre de 1898 se representó en un jardín del Marqués de Alfarrás la traducción maragaliana de la *Ifigenia* de Goethe, y poco más tarde escribía el traductor a Joaquín Freixas: «Per la *high life* que va assistir al Laberinto —tal era el nombre del jardín—, allò fou com una espècie de revelació de que el catalá, aplicat a coses grans, no és ordinari.» Pertenezca o no a la *high life;* nadie tendría hoy necesidad de semejante «revelación».

Y en tal caso, ¿cuál podrá ser la función vital de la lengua que antes llamé «sobreañadida» o «injertada»? Más concretamente: ¿qué papel puede representar el castellano en el actual bilingüismo de Cataluña? ¿Habrá de ser tan sólo un instrumento útil para la expresión social de cuanto en la vida del hombre parece más tópico y negocioso? Los catalanes verdaderamente fieles a su idioma propio, ¿son acaso incapaces de pronunciar y de escribir en castellano «palabras vivas»? ¿Deberán renunciar, en consecuencia, al empleo literario del habla de Castilla?

Cuando alguna exasperación —justa, en más de un caso— ha operado en los senos de su alma, no pocos escritores catalanes han sentido la tentación de responder afirmativamente a estas últimas interrogaciones; y entre ellos, sería necio ocultarlo, nuestro Maragall. «¿Podremos hacer nuestra, injertar en nuestra garganta y en nuestro corazón la gloriosa lengua de Castilla?», preguntaba el poeta con herida vehemencia, pocas semanas antes de morir, a don Miguel de Unamuno; y ese mismo había sido su sentir frente al artificioso casticismo cervantino de Pi y Molist, y ante la poesía castellana del leridano Magín Morera, y en tantas otras ocasiones. «Escriure en castellá, per a un catalá, és tan dificil y complicat com escriure y estudiar qualsevol llengua estrangera», ha dicho hace bien poco un escritor tan inteligente y avisado como José Pla (10).

Pero la excelente prosa castellana de Maragall y de Pla, ¿no contradice acaso con el más irrefragable y terco de los argumentos —el argumento *de facto*— la coincidente opinión negativa de entrambos? La diversa maestría con que Ors, Miguel S. Oliver, Turró, Riber, Riba, Sagarra, Pla y «Gaziel» han manejado en nuestro siglo uno y otro idioma, ¿puede dejar dudas acerca de la posibilidad catalana de un fecundo bilingüismo literario? Frente al apresurado parecer de los escritores catalanes cuando alguna razón les ha forzado a la polémica, yo me atrevo a poner, junto al peso incuestionable de los hechos, el bien ponderado criterio de quien con la doble autoridad de la inteligencia y la distancia más certeramente ha enfocado este pleito del bilingüismo de Cataluña: el filósofo Ferrater Mora. «El castellá es avui un dels idiomes *universals*. ¿No sería una niciesa abandonar-lo? Cultivem-lo, doncs, però cultivem-lo amb pulcritud, sense malmaridar-lo amb un catalá progressivamente deteriorat, moviment invers, però complementari, al de cultivar un catalá sense barreges monstruoses amb la llengua castellana... En cert sentit, el conreu intens de la llengua catalana és a Catalunya una de les condicions per al desenvolupament normal de la llengua castellana —i viceversa. El bilingüisme cultural és pertorbador només quan se'n perd totalment la consciéncia —ies perd, de retop, el sentit de l'ús correcte d'ambdues llengües» (11).

¿Qué ordenanzas serían hoy necesarias para que ese «conreu intens de la llengua catalana» llegue a ser real y efectivo? No es éste el momento de estudiarlo. Pero como el problema tiene dos caras, y una de ellas afecta a cuantos hablamos castellano como lengua ma-

(10) «Joan Maragall. En el centenari», en *Homenots VI* (Barcelona, 1960). Lo mismo, con más visible ironía, en otra página de ese libro: «El bilingüisme ha tingut sempre aquest mal: crear una tercera llengua, una llengua de pobrets i alegrets, modesta però honrada, un simple fracàs expressiu, un fracàs ple de bona voluntat...»

terna, tal vez sea ésta la ocasión de decir que la inteligencia entre Madrid y Barcelona nunca será cabal mientras los escritores y los lectores cultos de este lado del Ebro no sigamos con alguna suficiencia idiomática el curso vivo de la literatura catalana. Menéndez Pelayo leyó en catalán un discurso suyo en la Universidad de Barcelona; pese a sus amistosas discrepancias lingüísticas y políticas con Maragall, Unamuno supo traducir al castellano *La vaca cega;* Ortega, en 1915, ejemplificó su teoría de la metáfora glosando el verso en que López Picó dice del ciprés que éste «*és com l'espectre d'una flama morta*». ¿Por qué esa significativa apelación a un texto catalán no se repite en la ulterior obra del gran filósofo? ¿Por qué los jóvenes literatos del Madrid actual no leen ni comentan a Riba y a Carner, a Triadú y a Espriu? (12). ¿Por qué la catalana voz poética de Segarra no ha vuelto a sonar, desde hace más de seis años, en la Facultad de Filosofía y Letras madrileña? En modo alguno sería inútil una seria meditación en torno a estas preguntas.

Volvamos, sin embargo, a lo nuestro, al escritor de la *paraula viva;* y aunque la poesía catalana sea incuestionablemente la cima de su obra literaria —para mí y para muchos, el *Cant espiritual* es una de las más altas cumbres de lírica española de todos los tiempos—, contemplémosle ahora como prosista castellano. Afirma José Pla que Maragall escribió «un castellá una mica pobre, traduït i enravenat, desproveït d'aquel *gracejo* que agradava tant a la gent del seu temps». No puedo hacer mía esta opinión del admirable autor de *Homenots.* Es sin duda cierto que en los artículos periodísticos de Maragall, castellanos o catalanes, no hay el «gracejo» que la ironía de Pla finge echar de menos; mas tampoco lo hay, para bien de todos sus lectores, en los artículos de Unamuno, Maeztu, Salaverría, Menéndez Pidal y Marañón. Como no es mal toreo el rondeño, aunque en él la severidad tan decisivamente prevalezca sobre la gracia, no es mal castellano aquel en que la sobriedad y la fuerza de la expresión excluyen las volutas estilísticas del gracejo. Y, por otra parte, ¿es justo tildar de «pobre, traduït y enravenat» el castellano de Maragall? Releo *La escuadra que va a Filipinas, El maestro y el padre, La espaciosa y triste España* y *Los vivos y los muertos* —basten estos cuatro ejemplos—, y una y otra vez descubro una prosa castellana severa, vigorosa, expresiva y, por supuesto, rica, tan rica como la que los oteros del Guadarrama nutren y orean. Cuando se componga una antología exigente del ensayo periodístico castellano, no podrá en ella faltar el nombre del catalán Juan Maragall. El cual, contra lo que de sí mismo él opinaba, supo usar «como lengua propia» la lengua de Castilla y dar un altísimo ejemplo literario a la tierra bilingüe de Cataluña.

El cristiano

Esa tan sincera concepción sacral de la «palabra viva» había de tener como fundamento una visión religiosa de la realidad. No sería *res sacra* el verbo del hombre si no poseyesen cierta condición «divina» las dos realidades que conjuntamente lo engendran: el espíritu humano y el mundo. Esto, ¿no es panteísmo? Más de una vez lo ha sido en la historia del pensamiento. Pero en el caso de Maragall, todos lo saben, no fue sino cristianismo muy puro y hondo.

Mil veces se ha dicho y repetido, con el Salmista, que «los cielos narran la gloria de Dios»; y con San Pablo, que las propiedades invisibles de Dios se hacen de algún modo visibles e inteligibles —*intellecta conspiciuntur*— por medio de las cosas creadas. Pues bien: estas dos sentencias de la Escritura, tópicas, consabidas e inoperantes para la mayor parte de los cristianos, fueron permanente agua de vida en el alma de Juan Maragall. Ante el mundo, el movimiento primero y último de su espíritu fue siempre la veneración, una veneración entre intelectual y estética; y así se entiende que para él, como para los vates arcaicos y para el autor del *Cántico de las criaturas,* fuese exigente y purísimo oficio religioso el ejercicio de la creación poética:

(11) «Catalanització de Catalunya», en *Les formes de la vida catalana* (Barcelona, 1960). Algo semejante vino a decir —ya más sereno— el propio Maragall: «Ahora (los catalanes) nos damos a entender en ella (en la lengua castellana) porque la otra está dentro; y cuanto más firme y más fuerte la hagamos dentro, más nos daremos a entender en todas las lenguas» (*O. C.,* 1496).

(12) El inteligente proceder de Melchor Fernández Almagro, reciente comentarista de *Castella endins,* de «Gaziel», constituye una consoladora excepción. Otro tanto cabe decir del número que *Insula* dedicó hace algún tiempo a las letras catalanas.

poesía, nos dice, es «el ritmo de la creación vibrando a través de la tierra en la palabra humana; un camino de Dios, entre tantos que la complejidad del caos necesita...» (13). La palabra viva del poeta, tal sería el verdadero fundamento de esa «vida» suya, es *itinerarium a Deo in Deum*, camino de Dios a Dios, a través del espíritu de quien la concibe y expresa.

Frecuentemente se ha escrito, y con razón no escasa, que Maragall era un místico de la realidad sensible; pero la fórmula no acaba de ser exacta si no se añade que esa «mística» de nuestro poeta fue, en primer lugar, cristiana, y en segundo lugar, expresiva, esto es, vocada del modo más resuelto y claro a la expresión verbal. Dios, para Maragall, fue siempre una realidad infinita, personal, creadora y fundamentante, y la relación con Dios a través de la hermosura y la consistencia del mundo, una experiencia susceptible de verterse más o menos íntegramente en el molde de nuestras palabras, y hasta apetente de ello. El *sanctum silentium* de la mística maragaliana fue gestación o fruición de palabras poéticas, no turbia y confusa inefabilidad.

Con esto, sin embargo, no queda dicho lo que ahora realmente me importaba decir; porque yo no sólo me había propuesto afirmar que Maragall fue un místico cristiano y expresivo de la realidad sensible, sino estudiar, además, siquiera sea muy somera y concisamente, cómo esa peculiar condición del cristianismo de Maragall se manifestó concretamente en la trama de su vida personal. Y a riesgo de esquematizar con exceso lo que nunca podrá ser reducido a esquema —la intimidad religiosa de un hombre—, trataré de cumplir mi empeño distinguiendo en la religiosidad del poeta los cuatro rasgos que en ella considero principales.

Acerca del primero —la radical *efabilidad* de la vida religiosa de este hombre, la honrada y constante tendencia a manifestar con palabras verdaderas y poéticas, y no sólo con obras, su medular condición de cristiano—, escrito queda lo suficiente. Ser cristiano fue siempre para Maragall íntima y externa «confesión», en el sentido más literal y etimológico del término. Ampliando con alma de poeta el alicorto dicho tradicional, vivió y murió pensando que si obras son amores, también las buenas razones pueden —y deben— serlo. Quien lo dude, lea el relato de lo que fueron los tres últimos días de su vida en la tierra (14).

Al segundo de tales rasgos le llamaré *festivalidad*. La religiosidad de Maragall fue profundamente festival, muy cordialmente afecta a la vivencia de las fiestas. Frente a tantos y tantos cristianos que sólo llegan a serlo de veras cuando su ocasional sed de Dios o una vicisitud de su personal existencia les mueve a ello, Maragall, envuelto y no disuelto por la vida de una gran ciudad —«*Barcelona nostra! la gran encisera!*»—, supo sentir y decir como pocos la esencial significación de la fiesta y de su ritmo en la visión cristiana del tiempo. No será ilícito escribir que el gozo literario de «cantar las fiestas» fue para él parte muy sustancial del precepto divino de santificarlas.

Ved, si no, los temas de sus versos y sus prosas: «Quaresma», «Corpus», «Nadal», «Dimecres de Cendra», «Lo diví en el Dijous Sant», «La nit de la Purissima», «Diumenge», «Fi d'any», «La diada de Sant Jordi», «Carnestoltes», «El dia de Sant Josep», «La alegría de Pasqua», «La Virgen de Agosto»... ¿No es esto significativo? Si el templo, para un espíritu religioso, es la forma suprema de la relación espacial de Dios con el mundo, la fiesta —la rítmica sucesión de las fiestas— es el relieve aparente de la conexión temporal entre el mundo y Dios, el ideograma de la penetración de Dios en el tiempo cósmico. A través del templo y de la fiesta se implanta visiblemente el mundo en la realidad invisible que le fundamenta y corona. ¿puede entonces sorprender que Maragall, místico cristiano de la realidad sensible, viviese el día de fiesta de un modo tan intenso y expresivo? Hasta las fiestas profanas tenían en su alma un último sentido cristiano: «En el fondo —escribió— todas las fiestas son religiosas, porque arrancan del sentimiento de un origen común y divino de los hombres, y tienden más allá del bien particular de cada uno; y este más allá de todos, esa finalidad del mundo, llámese como se quiera, es el cielo» (15). *Festa naturaliter christiana*, pensaba Mara-

(13) «Elogio de la poesía», *O. C.*, 827.

(14) Esta «efabilidad» de la vida religiosa de Maragall no sólo no excluye la misteriosidad última de las verdades cristianas, sino que la supone, y aun la exige.

(15) «Pequeña fiesta, gran fiesta», *O. C.*, 1431.

gall, como Tertuliano pensó del alma; y tal fue, sin duda, la más honda razón del gozo que en él producían los fastos de la liturgia cristiana en cuya raíz histórica hubiese una festividad del paganismo antiguo: «No sé por qué deleitan tanto esos vivos reflejos de paganismo en nuestro culto», dijo una vez (16). Nosotros, en cambio, lo sabemos: en el alma de Maragall, esa fruición nacía de la radical festivalidad con que él sintió su condición de cristiano.

Esta fuerte vivencia religiosa y cósmica del día de fiesta provenía, a la postre, del tercero de los rasgos esenciales del cristianismo de Maragall: su vigorosa y profunda *encarnación natural,* la poderosa tendencia espiritual del gran poeta a la amorosa afirmación y a la asunción cristiana de todo lo que naturalmente es. La mano y el ojo del hombre —y también la mente humana, en cuanto de ellos necesita— tienen su raíz y su término inmediato en la realidad natural del mundo: en la tierra y la nube, en el mar y la flor, en la roca y la estrella. En las criaturas de este mundo hallamos los hijos de Adán nuestro más próximo y seguro deleite. ¿Podremos entonces renunciar a ellas sin dejar de ser hombres? Y puesto que el cuerpo del hombre —mano y ojo, piel y entraña— de modo tan inexorable muere y se corrompe, ¿será posible asumir y conservar humanamente el mundo en torno sin que éste, y nosotros con él, nazcamos de nuevo hacia más alto modo de ser? Tal es el problema —mejor: tal es el drama— a que dan expresión poética los versos del *Cant espiritual,* esa es la situación de espíritu que con tanta agudeza incita a Maragall a pedir lírica y religiosamente una muerte terrenal que sea a la vez *una major naixença.* Y como el realísimo autor de *Cant espiritual,* sus más diversas criaturas literarias: Adalaisa, en el «Escòlium» de *El comte Arnau,* y hasta el arrepentido En Serrallonga, tan menesteroso de una gloria eterna en que los gozos del cuerpo tengan su parte congrua:

Moriré resant el Credo;
mes digueu an el botxí
que no em mati fins i a tant
que m'hagi sentit a dir:
«Crec en la resurrecció de la carn».

Un día de 1903, cuando en la mente del poeta estaba cobrando forma la doctrina de la palabra viva, discutieron Maragall y Gaudí acerca del sentido que en la existencia terrena del hombre tiene el trabajo. En éste, en la lucha por dar realidad material a la idea, el arquitecto —tal vez porque su oficio le hacía debatirse con la inerte dureza de la piedra— sólo era capaz de ver un castigo, y procuraba defender su opinión con obvias razones teológicas. A Maragall, en cambio, le repugnaba un sentido de la vida tan pesimista y negativo. ¿Castigo la brega creadora y laboriosa con la realidad del mundo? Bien, digámoslo así, si tal es la costumbre, pero no nos dejemos confundir por ese tradicional modo de hablar: «Si al treball, al dolor, a la lluita humana li volen dir càstig, això és una qüestió de paraula. Però, ¿no és veritat que el sentir d'aqueixa paraula sembla enterbolir la vida humana en sa font mateixa? A mi em sembla que a mesura que se sent més fort el regne de Deu en la terra (*Adveniat regnum tuum, sicut in coelo et in terra*), un mira menys endarrera i no li cal saber si tot ve d'un càstig, perquè está fascinat per la glòria que té al davant y l'amor que sent al dins» (17). Indudablemente, el cristianismo luminoso de Maragall estaba más dentro del Nuevo Testamento —y del siglo que entonces nacía— que el cristianismo pesimista de Gaudí. «Este mundo es para alguna ocasión de bien, pues sin ocasión de bien no podría ser un mundo tan hermoso como éste», escribió Ramón Llull. «Ocasión de bien» fueron para Maragall, tan amante de su humana encarnación en la tierra, el esfuerzo de trabajar el mundo y la delicia de contemplarlo. Después de todo, ¿no es cristianamente posible sentir lo divino

en el camp, en el vent, en les plantes? (18).

Pero el mundo del hombre no es sólo naturaleza cósmica; es también —y hasta más en primer término, cuando el rumor de una ciudad le envuelve— naturaleza humana, sociedad e historia. De ahí que la cuarta nota del cristianismo maragaliano fuese su resuelta *encarnación histórico-social,* la firme y constante voluntad de afirmar y asumir en la propia vida lo que históricamente pasa en torno a ella. Sin tener esto muy en cuenta, no podría entenderse la vida de Maragall. Este católico «oficial», este amigo y comentarista de obispos y religiosos (Torras y Bages, Casañas, Mor-

(16) «La Virgen de Agosto», *O. C.,* 1429.

(17) A Pijoan, *O. C.,* 1736.

(18) «Lo Diví en el Dijous Sant», *O. C.,* 42.

gades, el P. Casanovas), este cantor de las fiestas y solemnidades litúrgicas, no vaciló en elogiar cálidamente a Salmerón, ni en simpatizar con Giner de los Ríos, ni en buscar y sostener amistad leal con Unamuno, Canalejas, Baroja, Manuel B. Cossío, Luis Bello, Zulueta y tantos hombres más, tan ajenos como éstos a la ortodoxia católica. ¿Por qué? ¿Porque su catalanismo le impulsaba a buscar la compañía de quienes se oponían a la política española entonces vigente? ¿Por su ingénita afición a estimar la calidad, dondequiera que ésta se encontrase? La verdad es que tales explicaciones son tan parciales como penúltimas.

La clave de la conducta histórica y social de Maragall debe ser inquirida de nuevo en su personal actitud de cristiano frente a la realidad y al valor de este mundo. Comentando epistolarmente la acogida del *Cant espiritual* entre los críticos de Barcelona, escribía su autor: «Jo crec que els *blancs* em tenen per *negre*, i els *negres*... potser també per *negre*. Déu meu, y pensar que tot es de color de carn!» (19). *Tot es de color de carn.* La expresión es feliz, porque el «color de carne» es el verdadero color natural del hombre, cuando uno sabe mirar allende los tintes —blanco o negro, rojo o azul— que las convenciones humanas inventan y disciernen; y mirando a los hombres, a todos los hombres, según ese color suyo, no es preciso abdicar de los principios morales y religiosos más severos para ver en ellos una cambiante y peregrina mixtura de mal y de bien, de acierto y de error, de lumbre y de tiniebla. Quien así quiera contemplar la realidad humana, ¿podrá renunciar, si es cristiano, al deseo y a la esperanza de un vivir —tal vez de un sobre-vivir— en que todo ese bien, todo ese acierto y toda esa lumbre, vengan de donde vinieren, sean cristiana y armoniosamente asumidos? La propia biografía, la trama de las relaciones y los afectos que uno día a día va tejiendo en su trato personal con los demás hombres, ¿no será entonces, de un modo u otro, activa pretensión terrena de esa vida asuntiva y totalizadora?

Pero aquí, precisamente aquí está el nudo dramático del problema. Asumir estéticamente la belleza de una flor y humanizar técnicamente la potencial fecundidad de un trozo de tierra, no son faenas que por sí mismas pongan en conflicto moral a quien las ejecuta, porque la flor y la tierra vegetal no son realidades donde el bien y el mal se mezclen y pugnen entre sí. ¿Podrá decirse lo mismo cuando se trate de una vida humana, esto es, de un drama siempre complejo, en el cual la pasión homicida e incendiaria puede fundirse con la abnegación y la sed de justicia, y la cobardía con el genio, y la crueldad con la distinción social? Quien cristianamente haya hecho de su vida esa pretensión asuntiva y totalizadora de que antes hablé —y no otro fue el caso de Maragall— ¿podrá no sentir de continuo una irresoluble tensión dolorosa en los senos de su alma? Aun cuando su fe sea firme y robusta, ¿dejará de vivir en permanente conflicto religioso? Maragall, burgués acomodado, vivió socialmente comprometido con la burguesía catalana de su tiempo y combatió con lealtad en los combates de ésta; pero en el seno de su intimidad, allá donde uno sólo consigo mismo y con Dios se compromete, él fue todo menos burgués. «Sota una aparença d'estabilitat y d'equilibri, Maragall tingué un fons tràgic», ha escrito José Pla, dando versión propia a un juicio de Francesc Pujols (20). Gran verdad, la de este «fondo trágico» de Maragall. Sería inoportuno exponer y discutir aquí la cuestión académica de si es o no es posible hablar de una «tragedia cristiana» en el mismo sentido en que se habla de la «tragedia griega». Cualquiera que sea la respuesta, parece sin embargo evidente que sólo de un modo más

(19) A Pijoan, *O. C.*, 1773.

(20) *Op. cit.*, pág. 112. Lo mismo viene a sostener Carles Riba: «Maragall es representativo de un heroísmo menos corriente. El que se requiere para aceptar la dicha patriarcal, la holgura económica, el respeto unánime como ciudadano y portavoz de la ciudad, sin por ello avenirse a embanderar la construcción de sí mismo en cuanto entidad humana personal» (Prólogo a *Vida escrita. Antología de ensayos de Juan Maragall, Madrid*, 1959). «Em repugna tota negació que no estigui inspirada en una afirmació més poderosa», escribió Maragall a Corominas; y poco antes le había dicho: «Les inquietuds internes les pateixo tant com un altre, però no em sento amb dret a parlar sinò en els moments d'equilibri y serenitat» (*O. C.*, 1661). En estas breves frases —padecer inquietud interna, hablar sólo en momentos de serenidad, necesitar siempre afirmaciones capaces de «envolver» vitalmente la negación a que ellas se oponen— está la clave de la vida social del gran poeta.

o menos «trágico» puede ser cristianamente vivida la colisión entre el bien y el mal, sea la intimidad invisible de una conciencia, o el visible y tangible ámbito de la historia, el campo donde esa áspera lucha se entable y manifieste. El maniqueísmo, la concepción de la vida terrena como pugna entre un Bien y un Mal sustancial y sensiblemente discernibles, hace de la historia universal una gesta épica tan fácil como falsa. La cristiana negación de una realidad sustantiva al bien y al mal, la visión de los hombres y de las instituciones humanas como realidades donde la excelsitud y la abyección se mezclan de manera inextricable, confiere carácter trágico a la historia e impide *a radice* ser «burgués», aunque el marco externo de la vida individual conceda a ésta una apariencia burguesa, y aunque la fe y la esperanza cristianas impidan que el sentimiento de esa tragedia se trueque en desesperación. ¿Podrían entenderse, si no, el nervio espiritual y el talante de *L'iglésia cremada,* aquel estremecedor y cristianísimo artículo con que Maragall comentó los incendios sacrílegos de la Semana Trágica?

Fue Maragall hombre natural y cristianamente bueno. Pocos han merecido este adjetivo tanto como él, y así lo pensaban y decían cuantos en vida le trataron. «Tothom em té per un bon noi de Sant Gervasi», escribió él una vez, irónico ante su propia fama, a su amigo José Pijoan. Pero hay muchos modos de ser, «en el buen sentido de la palabra, bueno». Dos hay, por lo menos, correspondientes a los dos modos cardinales de entender y realizar la vinculación entre la vida personal y el mundo. Hay, por una parte, la bondad «en» el mundo, la de aquellos que en la gran ciudad o en el yermo sólo por conseguir su perfección individual se esfuerzan. Hay, por otro lado, la bondad «con» el mundo, la de quienes sólo en ancha comunión vital con la realidad en torno —con las luces y las sombras, con la belleza y la miseria de ese mundo suyo— saben y quieren ser buenos (21). De éstos fue Maragall, y de ahí el secreto drama de su alma cristiana y el mérito singular de la humanísima y siempre abierta bondad de su vida.

(21) A cada uno de estos dos modos de la bondad humana corresponde —no será ocioso añadirlo— una específica manera de ser bueno «para» el mundo.

El español

La recta descripción de la españolía de Juan Maragall —dramática, también— exige referirla a dos coordenadas, una cronológica y otra geográfica o local. Nacido en 1860, dos años antes que Ganivet y cuatro antes que Unamuno, Maragall debe ser considerado como el primogénito de la generación del 98. Barcelonés de cepa y casa, cordial, verbal y socialmente arraigado en la historia y en la vida de su tierra, Maragall es la versión catalana y catalanista de esa egregia generación española.

Todos los motivos que dan unidad espiritual al grupo literario «del 98» se concitan, catalana y mediterráneamente matizados, en la obra del poeta de Barcelona: la primacía de la vida y el sentimiento sobre la inteligencia razonadora, el culto de la sinceridad, la expresividad y la precisión del idioma —que en Maragall recuerda unas veces a Unamuno, otras a Maeztu y algunas a Antonio Machado—, el gusto por el paisaje, la radical actitud antiburguesa del alma, fuertemente disimulada ahora por la innegable «burguesía» de una cómoda instalación social. A nadie será difícil encontrar buena copia de textos probatorios. Por mi parte, me contentaré mostrando escuetamente la forma en que Maragall hizo suyos dos de los temas cardinales de la hazaña generacional: la crítica de la España real y el ensueño de la España posible.

«Feroz análisis de todo», llamó Azorín a la empresa crítica de la generación que él mismo había bautizado. Desde su Barcelona nativa —sólo tres veces estuvo él en Madrid, si no me falla la cuenta—, Maragall censura con energía cuanto en la España de entonces y en la España pretérita le parece vituperable. La imprecación contra «el viejo espíritu de la España muerta» (*La patria nueva,* 1902), ¿no pudo ser entonces firmada por Unamuno, Azorín o Maeztu? La fuerte diatriba de *Hamlet, La escuadra que va a Filipinas* y *La espaciosa y triste España* contra la mentalidad, la rutina y la inconsistencia de la España castiza, ¿no es acaso típicamente «noventayochista? «Toda la fuerza de España está en su alma, y ésta nadie en la tierra se la gobernará. Toda su fuerza está en el hombre que cría, en el individuo pequeño, seco, obscuro, reconcentrado, pero que estalla violentamente en luz, en brillo, en genio, en santidad, en

valentía. Lo mismo puede ser un mendigo que un duque de Osuna, un loco que un profeta, un tahur que un Velázquez, un bandido que un santo: todo puede serlo menos un ciudadano.» ¿De dónde proceden estas líneas? ¿De *En torno al casticismo*, de *La voluntad* o de un artículo del *Brusi?* Y si los escritores castellanos del 98 sintieron en sus almas, cada uno a su modo, una fuerte querencia por la España medieval, ¿qué decir del escritor catalán que leía en alta voz a sus hijos la *Crónica* de Muntaner? Malamente castellanizada por mí, he aquí la *Oda a Espanya*, máximo testimonio literario de la españolía noventayochista y catalana de Maragall:

Escucha, España — la voz de un hijo
que te habla en lengua — no castellana;
hablo la lengua — que me regala
la tierra áspera:
en esta lengua — pocos te hablaron;
hartos, en la otra.
Harto te hablaron — de saguntinos
y de los muertos por la patria:
tus altas glorias — tu alto pasado,
pasado y gloria — sólo de muertos;
triste has vivido.
Yo quiero hablarte — muy de otro modo.
¿Por qué verter sangre baldía?
Vida es la sangre — si está en las venas,
vida presente — y porvenidera.
Vertida, muerte.
Pensabas, siempre — siempre, en tu honor,
y te olvidabas de vivir;
hacías, trágica, — morir tus hijos,
sentías hambre — de honras mortales,
los funerales — eran tus fiestas,
¡oh, triste España!
Yo vi los barcos — en que enviabas
a que muriesen — hijos sin número:
iban rientes — hacia el azar,
y tú cantabas — en la ribera
como una loca.
¿Dónde, hoy, los barcos? — ¿Dónde, los [hijos?
Pregúntalo al Poniente, a la ola brava.
Todo perdiste — y a nadie tienes.
¡España, España, — vuelve hacia tí,
llora como una madre!
Sálvate, sálvate — de tanto mal,
que el llanto te haga nueva, alegre y viva;
piensa en la vida que te rodea,
alza tu frente,
sonríe al iris que en las nubes brilla.
¿Dó estás, España? — No logro verte.
¿No te hiere mi voz atronadora?
¿No entiendes esta lengua — que te habla [entre peligros?
¿No sabes ya comprender a tus hijos?
¡Adiós, España! (22).

Pero la crítica maragaliana no tuvo como único objeto la España castellanizada y caduca que los hombres del 98 contemplaron. Su amor de perfección a Cataluña no fue sólo complacencia tierna o entusiasta —el paisaje, la lengua, el espíritu de libertad y de empresa, la danza del pueblo—, fue también cólera y amargura. Le dolía la tendencia de la gente catalana al individualismo anárquico. Le vejaba la afición de tantos de sus conterráneos a la parodia grosera y zafia: «¡Cuánta risa de ésta, cuánta risa mala tiene entre pecho y espalda nuestro pueblo, y cómo hay que hacérsela arrojar, aunque sea estrangulándolo, si se quiere llevar a Cataluña a lo alto!», escribía en 1902 (23). Le hería, en fin, el mediocre provincianismo en que a veces quería encerrarse Barcelona, contra el sentido ascendente de su estrella. A la vuelta de un viaje a Cauterets, San Sebastián, Bilbao, La Coruña y Madrid, confiesa a Pijoan: «I aquí em té altra vegada en aquesta Barcelona que trobo un xic petita. Només amb la poca perspectiva d'un mes d'absència veient terres y gent del món, trobo que aquest món del *Brusi* i *La Publicidad* i *La Veu* i *l'Ateneu* és una espècie de Perpinyà, amb grans homes i glòries i passions de Perpinyà; és dir, tot petit i un bon xic brut» (24).

Como la de sus hermanos de generación, más visiblemente aún que la de ellos, la crítica de Maragall se halló siempre al servicio de un proyecto de vida española; fue, si se quiere, la negación que previamente exigía su personal ensueño de la España posible. El advenimiento de la patria «feconda, alegre i viva» que él esperaba y por cuya posibilidad movía semanalmente su pluma de escritor civil, ¿era acaso compatible con la realidad política y social que en Romero Robledo y en «La marcha de Cádiz» tuvo su símbolo? Pero, sin quebranto del invisible vínculo generacional, es aquí donde surge la principal diferencia

(22) En mi traducción he conservado rigurosamente el ritmo del texto original. Ha desaparecido en ella, en cambio, la vigorosa rima de algunos de sus versos.

(23) «Por el alma de Cataluña», *O. C.*, 1390.

(24) A Pijoan, *O. C.*, 1740.

entre el soñador de San Gervasio y los noventayochistas de Madrid y Salamanca. Componían el ensueño de éstos —sálvense las no escasas diferencias individuales—, una tierra y un tipo humano: la «hermosa tierra de España», tan diversa en cada una de sus regiones y comarcas, y un español ideal, más o menos próximo al «hombre quijotizado» de Unamuno o al que César Moncada, el reformador barojiano, imaginó en Castro Duro. En el proyecto de Maragall, en cambio, sobre la diversidad geográfica y paisajística de las tierras españolas habita y trabaja la indudable diversidad vital —armoniosa, pero fuerte— de los hombres de España. El es catalán, ama con lúcido entusiasmo su lengua y su costumbre, participa en la aventura histórica de una Cataluña que desde dentro de sí misma se ha propuesto un ideal de vida «moderno» —en la obra escrita de Maragall, nunca esta palabra es objeto de ironía—, y sólo como catalán de esa Cataluña quiere ser español: «Potser algú em diria —escribe en su elogio del Ampurdán— que encara fòra millor dir-se espanyols d'una vegada: responc que estaria bé, perquè ho som; però es que, avui per avui, dir-se catalans és dir-se espanyols d'una manera més viva, més eficaç y i més plena d'esperança que no pas amb aquesta paraula mateixa». En prosa o en verso, líricamente unas veces, dialéctica y aun polémicamente otras, idéntico sentir declaran *Visca Espanya!, El ideal ibérico, Himne ibèric, Catalunya i avant!,* el diàlogo epistolar con Unamuno y tantos otros textos de este gran español de Cataluña.

Mas no sólo en cuanto al contenido del ensueño difirieron entre sí el poeta barcelonés y sus cofrades castellanos; entre aquél y éstos hubo además una diferencia que podríamos llamar «de instalación». Unamuno, Azorín, Baroja, Machado y el primer Maeztu fueron individuos solitarios y escoteros, hombres montados al aire; hombres «montados al verbo», cabría decir, porque sus vidas no tuvieron más suelo que su propia palabra. Se les discutió con cierta viveza, y sus nombres aparecieron con alguna frecuencia en la prensa diaria; pero por debajo de la tenue y vulnerable piel que en torno al cuerpo de España forman las hojas del libro y el periódico, todos ellos fueron radicalmente, desoladoramente impopulares, y de manera bien patente lo ha demostrado la ulterior historia de su pueblo. Maragall, en cambio, nació a la historia y vivió siempre sólidamente instalado en una empresa colectiva muy real y concreta. No fue y no quiso ser político. Cuando Prat de la Riba y Cambó quisieron comprometerle en la política activa, supo renunciar con firmeza; la política activa no era su camino. Pero en ningún momento dejó de servir a su *polis* —aquella Cataluña tan llena de vida y esperanza— como consejero y como cantor. Hasta su muerte, precedida por un último grito de optimismo religioso y civil —«Amunt, amunt!»—, Maragall fue el oráculo de su gente, y rodeado por el fervor de ésta vivió y escribió su ensueño de una España en que las diversas regiones exteriores, encabezadas por la fuerte y rica Cataluña, hablasen a Castilla del mar, esto es, de vida y libertad. «¡Parleu-li del mar, germans!». En este decisivo verso del *Himne ibèric* tuvo su nervio más íntimo la españolía del catalanísimo Juan Maragall.

Hasta su muerte fue Maragall oráculo de su pueblo. ¿Sólo hasta su muerte? Al cabo de tantas y tan graves tormentas, ¿volverá a serlo de nuevo? «Avui —acaba de escribir un vigía tan avizor como José Pla— l'obra de Maragall està per damunt de qualsevol forma de reacció passional. Es un fet de la realitat.» Y en *La pell de brau,* Salvador Espriu, el hombre más representativo de la joven poesía catalana, habla así a todos cuantos con limpia voluntad hoy vivimos y esperamos sobre la tierra de Sepharad:

Diversos són els homes i diverses les parles
i han convingut molts noms a un sol amor.
La vella i fràgil plata esdevé tarda
parada en la claror damunt els camps.
La terra, amb paranys de mil fines orelles,
ha captivat els ocells de les cançons de l'aire.
Sí, comprén-la i fes-la teva, també,
des de les oliveres,
l'alta i senzilla veritat de la presa veu del vent:
«Diverses són les parles i diversos els homes,
i convindrán molts noms a un sol amor.»

Aún hay sol en las bardas. A uno y a otro lado del Ebro, encuentra nuevos ecos y levanta nuevas voces —voces vivas, plurales, sedientas de armonía nueva— la voz no extinta de Maragall, hombre bueno que en una hermosa ciudad de España tan altamente supo sentir, cantar y soñar.

PEDRO LAIN ENTRALGO

El estilo vital de Velázquez

POR PAULINO GARAGORRI

I

Rige a los caracteres cierta necesidad, ta consecuencia que determina que los gos fundamentales de un carácter vayan uidos de otros secundarios.»
Gœthe a Eckermann: 26 febrero de 1824.)

elázquez, el hombre invisible

En 1899, con ocasión del tercer centenario natalicio de Velázquez, comentaba José Ramón Mélida con elogio el *Velázquez* ecién aparecido— de Aureliano de Beruete, que apartándose de la erudición libresca estigaba con retina sensible los rasgos de cuadros mismos: «Hay una crítica de arte scribía— mucho más segura que la docu-ntal, que es la que toma por documento edigno la misma obra de arte (1)». La tura es, en efecto, un arte visible y la periencia visiva recurso superior a los testi-nios literales que con intención crítica o scriptiva se nos procuren, pero los análisis nsagrados a Velázquez en los últimos años piran a un más profundo conocimiento que obtenido mediante el dato literal o aun por dio de la forma expresiva de la pincelada, se enfrentan temáticamente con su biografía rsonal como clave insoslayable en la inteli-ncia de su obra. La pretensión obedece al ás exigente enfrentamiento con el pasado e el pensamiento contemporáneo postula tras la maduración alcanzada por la conciencia histórica, y la coincidencia en plantearse el problema de la biografía del pintor manifiesta la presencia de un común nivel histórico en los investigadores (2).

La exageración que suele acompañar al descubrimiento de una nueva y más substanciosa perspectiva en las formas de conocimiento, ha conducido a algunas extremosidades al aplicar «mecánicamente» el fértil principio de la historicidad de todo lo humano. Y, con buenas razones para ello, Berenson ha podido lamentarse de la *historitis* que aqueja la estimación de las obras de arte e, incluso, a la instalación de los museos, con detrimento del goce de la obra ejemplar y excelente a que, en definitiva, debe el arte el respeto singular que le privilegia (3). Pero la discusión

(1) *La Ilustración española y americana,* Madrid, 30 de junio de 1899, pág. 404.

(2) Pienso en los trabajos de Arthur Stanley Riggs: *Velázquez Pintor de la verdad y prisionero del Rey,* Buenos Aires, 1950; Juan de la Encina: *Sombra y enigma de Velázquez,* Buenos Aires, 1952; en los de Ortega recopilados en su *Velázquez,* colección El Arquero, Madrid, 1959, y en los de Lafuente Ferrari, cuyo último estudio acaba de editarse: *Velázquez,* Skira, Genève, 1960.

(3) Bernard Berenson: *Le Caravage,* París, 1959, pág. 109 y ss. (Conviene subrayar el respeto que el arte sigue inspirando en un mundo donde tantas convenciones se han derribado estúpidamente, es decir, sin substituirlas, acarreando con ello una primitivación de la existencia. La ira artística de las muchedumbres que galopan por los Museos en pos del guía ofrece caracteres religiosos, pues ciertamente «creen lo que no ven», como manda el catecismo. Por múltiples

de ese tema —y
crítica que, a su v
es asunto demasiad
incidentalmente, pu
tuyen un género d
pudieran analizarse
virtudes efectivas

Las dificultades
cumplida imagen h
considerables, pues
trables secretos o in
en grado máximo
existencia tan der
la mirada ajena co
en algún sentido
quien los principio
no sirven para ing
personalidad. En e
dificultades genéri
factores que obstru
de Cámara de Fel

Según los datos
vida muestra una
mente auxiliada po
en la que el asce
reconocidos sin luc
tades y de resuelto
rasgos enérgicos
más propia, pues c
se desvanece el im
Velázquez pasó de
que era el taller
Palomino—, a la
como en un fanal d
reinar en el Alcáz
sus *Lehrjahre* —a
instalación definit
inestimable intern
—años de peregri
tes y situaciones a
en las que los do
el choque con las
se apropia realmen
buena fortuna, la
quez nos frustró l

razones la obra de
mítico; quizá la mi
unida a la apatía e
laborado singularm
arte en un tiempo
venciones de la cul

(4) De humanida
nas.

le las limitaciones de la
z, practicaba Berenson—
o interesante para tratado
es las bellas artes consti-
humanidades (4) en que
con singular claridad las
el actual historicismo.

en la confección de una
ográfica han sido siempre
cada vida contiene pene-
accesibles; mas ello sucede
cuando se trata de una
a y por fuerza opaca a
no lo es la de un hombre
de condición genial, con
y fórmulas más usuales
esar en el reducto de su
caso de Velázquez, a estas
s se suman dos decisivos
en la biografía del pintor
e IV.

conocidos, el curso de su
ayectoria fácil y continua-
circunstancias favorables,
so y el mérito le fueron
a. Esa ausencia de dificul-
movimientos la privan de
expresivos de su índole
n la facilidad del itinerario
lso al que sirvió de cauce.
a «cárcel dorada del arte»
le Pacheco —al decir de
vida ritualizada, exangüe,
aire enrarecido, que debió
r de Felipe IV; pasó de
os de aprendizaje— a una
a, sin cruzar el fértil e
dio de unos *Wanderjahre*
ación—, en brega con gen-
arosas e incluso apuradas,
es nativos se moldean en
ntingencias y el individuo
e de sí mismo. La excesiva
nsólita ventura de Veláz-
que hubiesen sido huellas

rte goza hoy de un prestigio
ria creadora del arte actual,
la fruición artística, han co-
nte en esa mitificación del
n inhóspito para otras con-
ura.)
es, es decir, de obras huma-

más originales de su vida. Las noticias que acerca de Velázquez nos dan sus contemporáneos son anormalmente escasas. En los siete volúmenes de *Cartas de Jesuitas* —entre 1634 y 1648— que publicó el benéfico Gayangos (5) no se le menciona ni una sola vez, aunque allí aparece cuanto en algún sentido «daba que hablar» a las gentes de entonces. En el *Epistolario de Rubens* tampoco, a pesar de conservarse cartas fechadas en el tiempo de su convivencia, y de la conocida noticia de Pacheco según la cual: «Rubens con pintores comunicó poco, sólo con mi yerno (con quien se había antes por carta correspondido) hizo amistad y favoreció mucho sus obras por su modestia, y fueron juntos a ver el Escorial (6)». La misma ausencia se acusa en las *Mémoires* de Gramont, a pesar de que en su

(5) *Memorial histórico español,* tomos XIII a XIX, Madrid, 1861 a 1865.

(6) *Arte de la pintura,* Madrid, MCMLVI, tomo I, pág. 154. En una carta del tiempo de su primer viaje a España —fechada en Valladolid, a 24 de mayo de 1603—, cuenta Rubens que la abundancia y la calidad de los cuadros de Tiziano y Rafael que ha hallado en Palacio, en El Escorial y en otros lugares «le ha literalmente petrificado». Pero también agrega: «Por lo que hace a los cuadros modernos no hay uno que valga la pena mirarse», y hace constar su repugnancia a colaborar con pintores españoles en la restauración de los cuadros que él había traído como regalo de su protector, el duque de Mantua, para Felipe III y que en el viaje se habían deteriorado. Pero, en las cartas de su segundo viaje, no aparece ninguna referencia a pintores españoles, aunque en una, fechada en Madrid a 2 de diciembre de 1628, da cuenta de que pinta bastantes cuadros, que se aloja en Palacio y que diariamente el Rey va a verle trabajar. Es también extraño que en otra posterior —de abril de 1640— en que incidentalmente alude a su *Vista de El Escorial,* y en la que habla de una excursión a San Juan de Malagón, en la que es probable que Velázquez le acompañase, tampoco aparezca el nombre de éste. (*Correspondance,* traduite et annotée par Paul Colin, París, 1926, dos volúmenes.) Los juicios que Rubens estampó sobre la pintura española, en 1603, no se compadecen bien con la reconocida influencia de la pintura de el *Greco* en la figura de su retrato ecuestre del duque de Lerma. (Véase Giovanni Stepanow: *Rubens,* Barcelona, 1958, pág. XVIII.) Ciertamente, el epistolario de Rubens poco favorece a su persona; su exhibicionismo e industriosidad se dirían semejantes, salvando las distancias, a las del actual pintor de Cadaqués.

texto hay oportunidad para mencionarle, pues reiteradamente hace constar su admiración por los cuadros que ve, y además, según Palomino refiere, Felipe IV encargó a Velázquez que mostrase al Mariscal «lo más notable y precioso del Palacio», y éste y su hijo —el conde de Louvigny, que es el autor de las *Memorias*— trataron a Velázquez; incluso, en agradecimiento a su compañía, al regresar a Francia, regaló el Mariscal a Velázquez «un reloj de oro riquísimo (7)». Estos ejemplos, dada su posición en el Alcázar madrileño implican tan escaso relieve que llevan a sospechar una deliberada voluntad en no hacerse presente. Sus rastros son tan raros que para sus convecinos fue Velázquez como «un hombre invisible» con quien nunca se enfrentaban.

Es bien sabido que la posición social de una persona en una época determinada nos procura, aun antes de saber nada acerca de su individualidad, múltiples datos que la configuran de antemano, pero en Velázquez topamos con otro rasgo anómalo que, en segundo lugar, igualmente contribuye a desdibujar el perfil de su biografía: es la ambigüedad de su oficio y rango. Los estudiosos antes aludidos han tropezado con el inconveniente de esa indecisión de su figura social. Ya Cruzada Villaamil escribió en sus *Anales:* «Verdad es que para la corte de Felipe IV, Diego de Silva y Velázquez no fue más que un criado del Rey, que pintaba cuadros, y para muy pocos fue, y esto en los últimos días de su vida, un gran pintor que era criado del Rey»; y agregó luego: «no cabe duda de que Velázquez se creía mucho más honrosamente ocupado sirviendo a su Rey con su persona como criado que con los pinceles como artista». En el libro de Cruzada aparece también el testimonio de que los emolumentos por sus cargos como sirviente del Rey excedieron con mucho a los que percibió como pintor de Cámara (8). Y aun antes, en la *Vida* de Palomino, hallamos igualmente la explícita lamentación por que Felipe IV no se portase con Velázquez como Carlos II lo hizo con Lucas Jordán, a quien concedió, ciertamente, cargos en palacio y la «llave de furriera, pero reservándole de lo oneroso de servirla», pues otra cosa «en los hombres de profesión, es defraudar con el premio el mérito, porque si este se fundó en el ejercicio de su facultad, mal podrá continuarle quien no tiene ocasión de ejercerla» (9).

Así, pues, hay dos circunstancias graves, equivocidad social, falta de presencia que impiden construir adecuadamente la biografía de Velázquez porque llenan de sombra los escasos datos que conocemos de su mansa y enigmática existencia (10).

Sin embargo, los datos de una vida pueden revelarse singularmente expresivos si los revisamos con un criterio preciso. Nos interesa conocer la intimidad de Velázquez, la personalidad de que brotó su obra extraordinaria. La distancia entre el fondo íntimo y las noticias que de una vida se conserven es, ciertamente, variable. Pero, en ocasiones, ese fondo se hace ostensible con especial transparencia y bastaría hallar algunas muestras de una perspectiva idónea para tener la impresión de habernos asomado a su intimidad y poder imaginar de manera verosímil la índole propia de su persona. Con las líneas que siguen intento ensayar ese método preguntándonos en particular por el «estilo vital» del hombre Velázquez, fallecido ahora hace trescientos

(7) Palomino: *Vida de Velázquez*, § X. En el *Diario* de Bertaut, quien acompañó a Gramont, se alude reiteradamente a las pinturas del Alcázar y precisamente a los retratos de Felipe IV y de la infanta María Teresa sin tampoco mencionar a Velázquez. (Las *Memorias* y el *Diario* citados se han reimpreso en *Viajes de Extranjeros por España y Portugal*, Tomo II —Siglo XVII—, Madrid, 1959.)

(8) Cruzada: *Anales*, págs. 138, 156 y 184.

(9) Palomino: § VI. ¿Cuál es el principal fundamento de este juicio? ¿El halago del cortesano de Carlos II? ¿La razonable independencia del escritor, debilitada la veneración por la persona real? ¿O la transmisión del criterio de Don Juan de Alfaro? En este último caso es verosímil que con el propio Velázquez se expresaría en esos términos, lo cual aportaría un dato esencial para su biografía. Pero es improbable que llegue a poder precisarse adecuadamente cual es la motivación del juicio que inserta Palomino.

(10) Los autores mencionados en la nota (2) se han visto obligados a reconocer la dificultad de su versión biográfica y, desde luego, consiguen muy diversos grados de iluminación en la que ofrecen. El logro más notable es, sin duda, el de Ortega. Principalmente, a mi juicio, porque procede a construir la vida del pintor mediante principios genéricos previos a toda biografía y derivados de una teoría general de la vida humana. Pero su tesis acerca de la vocación velazqueña parece extremada y discutible.

años justos. Mas, previamente, convendrá que justifiquemos la selección de este aspecto.

Vida y estilo

La noción de estilo tiene actualmente el carácter de una cualidad adjetiva respecto de un «algo» donde el estilo aparece. Ese soporte del estilo suele ser una obra de arte, literaria, gráfica o arquitectónica; también se habla de estilo a propósito de una época o de una colectividad humana. Cuando hallamos una noción envaguecida porque un largo uso o una extensa aplicación le han vuelto equívoca, conviene recurrir a su etimología, pues ésta nos puede enseñar la significación verdadera, el étimo del vocablo; y aun, con frecuencia, nos llevará a la imagen óptica de un objeto o de un comportamiento —una determinada acción humana— que se hallan en la raíz del vocablo y que lo hacen, con su concreción, inequívoco. En el caso de la palabra estilo, esa radicación nos enfrenta con un singular objeto, y con un preciso uso y manejo de él. Estilo procede del *stilus* latino, sinónimo del punzón con el que se graba o se escribe; allende, pues, toda manifestación de un estilo, pero a la vez presente en él —como el viento en las dunas que ha modelado— está «quien» ha impreso el rasgo estilístico: el estilo es, de modo inmediato, huella de la acción de un hombre, producto vital de un individuo humano. De suerte que hablar del «estilo vital» no es expresión traslaticia sino primaria.

Pero si la fuente del estilo es el hombre, si su raíz está efectivamente en un hacer humano, no es menos patente que sólo puede aparecer cuando ese ímpetu se ha transferido significativamente a una obra, y en ella se halle impreso y ostensible. Sin embargo, esta lógica advertencia no nos obliga a reconocer que es en una «obra» literaria gráfica o arquitectónica donde necesariamente hallamos estampado el estilo. Este, puede también ostentarse en otra clase de «obra» que no perdura porque no se «objetiva» en algo residual de su autor, sino que se manifiesta sólo en la viviente pulsación de su fungible existencia y es perceptible en la trayectoria de su vida, en los rasgos de su personal biografía. Conviene reconocer que lo que suele llamarse «la obra de una vida» —en el caso de Velázquez un legado artístico—, es *una* entre las formas en que esa «vida misma» invisible, esa serie de impulsos se fueron realizando. La vida misma se plasma en «formas» que en unos casos se petrifican en obras y en otros se consumen con el mismo vivir, pero, en estos casos, se ostentan tales formas durante la existencia y cabe rastrearlas en los vestigios de esa vida.

El tema, pues, del «estilo vital» de Velázquez es parte de su biografía, y corresponde a un orden de averiguaciones orientador para cualquier investigación sobre su legado artístico, porque nos aproxima *inmediatamente* al fluir de su personalidad creadora. Revisaremos con este fin, de una parte, el incidente con el arquitecto Gómez de Mora y el Superintendente marqués de Malpica, suceso en que Velázquez «choca» con los demás, en que ha de «hacer frente»; y, en segundo lugar, complementándolo, las expresiones de contemporáneos en que se intentó describir su índole propia y que han llegado hasta nosotros.

II

«Nuestra vida no es el fenómeno de nuestros aparatos corporales y espirituales. Todo eso no es más que la máquina con que vivimos. Nuestra vida comienza cuando un misterioso principio, que es el carácter, pone en movimiento todos esos mecanismos según su inspiración.»

(Ortega: «Intimidades», en *El Espectador,* VII.)

El expediente Malpica

En el año de 1643, cuando ya había recibido Velázquez diversos oficios sobre el de pintor de Cámara y desempeñado tareas ajenas al ejercicio de su arte, decidió el Rey encomendarle los trabajos que rezan en la siguiente orden: «A Diego Velázquez, mi ayuda de Cámara he encargado que debajo de la mano del Marqués de Malpica, asista a la Superintendencia de las obras particulares que yo señalaré, dándole sesenta ducados al mes de gajes en forma que se dieron a Francisco Praves, y en esta conformidad se le dará el despacho necesario para que le paguen según y como se suelen los que son deste género.— Rúbrica.— En Madrid a 9 de junio de 1643.— A D. Francisco de Prado» (11).

---

(11) Tomo este texto, y los restantes del caso, del libro de Cruzada.

Las obras previstas por el Rey eran la transformación en el Alcázar del llamado Salón de Reinos, o de las Cortes, que por haberse trasladado éstas al Buen Retiro quedaba desocupado; y, además, diversas reformas en la Galería del Mediodía. La voluntad de Felipe IV se vio, como de costumbre, diferida, pues protestó la Junta de Obras y Bosques que había de correr con el pago de los gajes, pero el Monarca mantuvo su orden. En lo que respecta a los ducados, el descuento del impuesto de la «antigua y nueva anata» detraía los cinco séptimos del sueldo (12).

Pero aparte descuentos y trabajos, el nuevo cargo originó un incidente, el único que con detalle sepamos en la vida de Velázquez. El maestro mayor o arquitecto de Palacio era Juan Gómez de Mora, quien tenía encomendada como perito la dirección de las obras. Al encargar el Rey a Velázquez «las obras particulares que yo señalaré», parece razonable que el arquitecto mirase mal aquella intromisión del pintor. El hecho es que hallándose en obra la Galería del Mediodía, el marqués de Malpica formuló a Felipe IV la siguiente consulta: «En 14 de marzo de 1645. El marqués de Malpica remite a V.M. un parecer de la obra de la alcoba que está al Mediodía. Señor: Ayer me dijeron habían hallado un embarazo en la ejecución de la obra de la alcoba que V.M. me dijo se había de hacer, y preguntándoselo a Diego Velázquez, me respondió daría cuenta a V.M.; y juzgando era razonable hacerlo yo, pedí a Juan Gómez de Mora me diese razón de ello, que verá V.M. por el papel incluso, y se servirá de mandarme lo que he de hacer en cuanto a Velázquez, pues sabiéndolo, excusaré debatir con él, que es lo que siempre he deseado rehusar, y lo conseguiré por este camino, y sirviéndose V.M. de que él sepa su resolución para que en todo se pueda acudir a su mayor servicio. Papel de Gómez de Mora: Marzo 13 de 1645. Juan Gómez de Mora dice acerca de la obra de la alcoba de la Galería del Mediodía de S. M., que quedó a cargo de Diego Velázquez, que se ha hallado estar diferente de lo que se pensó, por cuya causa no quedará tan fuerte y perjudicará al resto de la obra.»

Desmenuzando este intrincado «parecer» pueden reconstruirse los siguientes sucesos. Gómez de Mora observa algo, a su juicio defectuoso, en «la obra de la alcoba de la Galería del Mediodía de S.M. que quedó a cargo de Diego Velázquez»; lo cual nos confirma que Velázquez tenía a «su cargo» parte de la obra y que, por tanto, la advertencia que Gómez de Mora se tomaba la precaución de señalar era, a su vez, una intromisión suya. Si el arquitecto comunicó al pintor, previamente, la observación y acudió al marqués porque aquél no le hizo caso, es mera hipótesis quizás verosímil. En cambio es un hecho que Malpica interrogó a Velázquez sobre «el embarazo hallado —según Gómez de Mora— en la ejecución de la obra», y que Velázquez no le dio satisfacción ninguna, sino que le «respondió daría cuenta a S.M.» El marqués que, a juzgar por la conocida cuarteta (13) tenía fama de ser bastante lerdo, no pudo sufrir la evasiva de Velázquez y apeló al Rey. Pero los términos en que lo hizo son cautelosos. Se justifica «juzgando era de razón» dar cuenta él a S.M. de un tropiezo en las obras que dependían de la Superintendencia que él ejercía, y se apoya en el «papel» que solicita con este fin a Gómez de Mora. Además, vemos que ruega al Rey le aclare su voluntad «en cuanto a Velázquez, pues sabiéndolo, excusaré debatir con él, que es lo que siempre he deseado rehusar, y lo conseguiré por este camino». Lo cual expresa que el marqués no pretende mandar él a Velázquez, sino que el Rey le dé el recado pertinente, y aun declara que obra así porque siempre ha rehusado y procurado excusarse de «debatir con él». Y por último, pide todavía al Rey que informe directamente a Velázquez, «sirviéndose V.M. de que él sepa su resolución»,

(12) La *presión* fiscal no es cosa nueva.

(13) *Cuando el Marqués de Malpica,/Caballero de la llave,/Con su silencio replica,/Dice todo cuanto sabe.*

En el tapiz de los Gobelinos, sobre dibujo de Le Brun, que reproduce la entrevista de Felipe IV y Luis XIV en la Isla de los Faisanes, puede verse el retrato del Marqués, que ostenta la cruz de Montesa y una mediocre fisonomía. (También se ha querido reconocer en un fragmento de rostro a Velázquez entre los que figuran, pero sospecho que la única presencia del Aposentador en la ceremonia se halla en la rica alfombra persa que cubre el suelo español y que contrasta —inversamente al atuendo de los personajes— con la simplicidad de la francesa. Véase, Boyer-Mas: *Saint Jean de Luz étape royale,* Bordeaux, 1960.)

para dejar más despejado el servicio de S.M. ¿Qué significan estas circunstanciadas precauciones del Superintendente marqués de Malpica para con el pintor Diego Velázquez? ¿Era éste tan feroz e intratable? ¿O sucedía que siendo «amigo» del Rey —como impropiamente (14) se repite—, discutirle podía ofender a S.M.?

Abonaría esto último lo que, sin dar nombres y con cierto aire de fábula, narra Palomino: «que cierto hijo de un gran señor, con el ardimiento de los pocos años, tuvo unas palabras destempladas con Velázquez, por no haber querido relajar alguna formalidad de su oficio», y que sabido por su padre le amonestó diciéndole «¿Con un hombre, de quien el Rey hace tanto aprecio, y que tiene horas enteras de conversación con S.M. habéis cometido semejante yerro?», y aun le conminó a dar satisfacción a Velázquez antes de volver a su presencia (15). Pero este relato parece situarse en esa zona hagiográfica casi inevitable en los biógrafos devotos.

Tampoco, por otra parte, se hallan razones complementarias para hacer aceptable la hipótesis de atribuir a Velázquez un temple áspero y contencioso que alejase de él a las gentes. Pero los hechos que el incidente delata requieren, por fuerza, alguna disposición por parte del pintor, congruente con ellos y orientadora de su estilo vital.

Hallaríamos, a mi entender, una explicación verosímil de los términos del «expediente» imaginando el estilo vital de Velázquez como el de «un hombre imposible», según el modismo, pero no por mimado del Rey ni por dureza de trato, sino en el sentido, bien alejado de ambos, de ser un individuo que desviaba y difería las cuestiones, que no ofrecía resistencia, pero «oía como quien oye llover» e, indefectiblemente, se salía con la suya. La actitud de Velázquez nos muestra que no era amigo de dar explicaciones ni aun cuando parecía obligado a ello, pues su empleo le situaba «debajo de la mano del Marqués de Malpica», y que se amparaba con su proximidad al Monarca para evitarlas y proceder sin dar cuenta de sus actos. Velázquez, dotado desde joven de aplomo y confianza en sí mismo —que su buena carrera acrecentaría— debió de ser un hombre de firme resolución en sus decisiones, mas que no procuraba llevarlas a cabo haciendo presión sobre los demás para ello sino, al contrario, rodeándose de un vacío en torno donde su libertad se expandiese sin lucha, y así, el *estilo* de su conducta pudo ser singularmente manso e indomable a la vez. Los otros datos que luego veremos convergen en dibujar una condición altiva pero indolente, que nos confirma en esta hermenéutica figuración.

El término que el Rey dio al «expediente» consta manuscrito de su puño en el pliego presentado por Malpica, y dice: «Diego Velázquez os es súbdito, y así os obedecerá en todo y en lo que toca a esta orden de la alcoba se podrá hacer en la conformidad que estuviere ajustado con Pedro de la Peña.» ¿Qué significa este decreto? Se diría que no atender a los temores de Gómez de Mora y mantener lo ajustado inicialmente; es decir, lo mismo que Velázquez no se preocupaba de modificar. Por lo demás, confirma la superioridad jerárquica del marqués y declara, con cierto énfasis demasiado abstracto, «y así os obedecerá en todo», pero no apunta sombra de explícita o concreta reconvención hacia su ayuda de Cámara. Sobre Malpica, recordemos todavía que el marqués acudió a declarar en favor de Velázquez, en el expediente de su hábito, en diciembre de 1658 y lo hizo errando y exagerando generosamente; afirmó «Que S.M. ha querido seguir el exemplo del Señor Rey D. Felipe II, que dió hábito a Tiziano. Y que el pretendiente es compañero suyo, porque ambos son Superintendentes de las obras de Palacio», y luego le apadrinó en la imposición del hábito. Por otra parte, en su ascenso en la confianza de Felipe IV como director de obras, Velázquez fue nombrado en 1647 Contador y Veedor «de la fábrica de la pieza ochavada que he mandado labrar sobre la escalera nueva del Alcázar», acumulando a la dirección del ornato de la pieza la responsabilidad de su construcción en todos sentidos. Con este motivo, Velázquez también hubo de rozar con el Veedor general, Bartolomé Legasca, y acudir al Rey con un memorial de agravios en el que se quejaba que desde «San Juan de 1645 hasta hoy» —que era 17 de mayo de 1647— no se le había pagado el salario que le correspondía por la obras, «y habiendo acudido al Marqués de Malpica, que tiene orden de V.M.

(14) La «proximidad» entre Felipe IV y Velázquez es un tema de materia histórica sutil y difícil que, a mi juicio, se despacha toscamente con ese concepto.

(15) Palomino: § VII.

para hacerle pagar y al Veedor Bartolomé Legasca, no ha podido conseguir justicia», etc. Pero en este pleito no aparece rasgo expresivo de lo que ahora buscamos, el estilo vital de Velázquez. Sí, en cambio, se halla en él, como en otros muchos datos, el testimonio de que Velázquez fue perseguido por la burocracia palatina, pero el hecho, a su vez, tan sólo corrobora que Velázquez, según resulta bien documentado, concitaba bastante hostilidad; y ello por una razón que desgraciadamente es tambien notoria: la envidia; pero esta aparición de la envidia pertenece al «estilo vital» común de la gente española que Velázquez, por ventura, supo no compartir.

El Sevillano

En la frase de Pacheco acerca de la relación entre Velázquez y Rubens, antes citada, hemos visto que Rubens «favoreció mucho sus obras por su modestia». Esta misma cualidad le es atribuída con reiteración que la confirma en la *Vida* de Palomino: «escusóse modestamente»; «lo que admiro es el exemplo que nos dio Velázquez en esta acción: lo uno en la modestia de borrar...»; «pudiera decir Velázquez (a no ser más modesto) de esta pintura...» Pero cabe dudar si Velázquez era sincero o ironizaba al manifestarse en forma que los demás atribuían a sincera modestia, aunque registremos el hecho de que inspiró esa calificación, consonante en las apariencias con el retraimiento antes apuntado.

Más valor se puede atribuir, como definición de su estilo vital, a los expresivos testimonios del Rey y del Cardenal-infante en los que se destaca la *flema* de Velázquez.

Al iniciarse el año de 1650, llevaba Velázquez en Italia un año. Para su regreso tenía pasaporte del embajador francés que le permitiría hacerlo por tierra y visitar París, según era su deseo, pero, refiere Palomino, «determinó volver [directamente] a España, por las repetidas Cartas, que recibía de Don Fernando Ruiz de Contreras, en que su Magestad le ordenaba que volviese» (16). Debió, en verdad, hacer poco caso de esas cartas pues fue necesario que Felipe IV, impaciente, escribiera a su embajador en Roma, el duque del Infantado, la siguiente misiva: «He visto vuestra carta de 6 de noviembre del año pasado, en que me dais cuenta de lo que iba obrando Velázquez en lo que tiene a su cuidado, y pues conocéis su flema, es bien que procuréis no la ejecute en la detención en esa corte, sino que adelante la conclusión de la obra y su partencia cuanto fuere posible, y de manera que para últimos de mayo ó principios de junio pueda hacer su pasaje á estos reinos, como se lo envío a mandar si estuviere con disposición dello la obra, y así os lo encargo, y que en orden á esto le asistais cuanto fuere posible que para mayor facilidad dello envío á mandar al Conde de Oñate [virrey de Nápoles], le asista con el dinero que le hubiere dejado en enviar, según lo que necesitare, porque no tenga excusa ni pretesto que pueda obligarle á diferirle, y porque juntamente le he mandado que haga venir á esta corte á Pedro de Cortona, pintor del fresco, y que para ejecutar la forma en que esto hubiere de ser, se valga de nuestra autoridad. Os encargo asimismo, que sabiendo el estado en que ha asentado el que venga á servirme, pues también envío á mandar al Conde de Oñate asista con lo que para esto fuere menester, solicitéis el que tenga efecto, por la falta que hay aquí de personas de su ministerio, y porque uno y otro han de hacer su viaje por la mar, dispondréis también la forma en que hubieren de hacer su pasaje, porque á Velázquez envío «á mandar no lo haga por tierra, por lo que en él se podría detener, y más con su natural, y así convendrá que con este presupuesto esté entendiendo, os he encargado habéis de disponer su partencia, y que en orden á ello han de hallar en vos la asistencia que fuese necesaria para su cumplimiento, como

(16) Aunque no hay necesidad de buscar una razón particular al deseo de Velázquez de conocer París, cabe pensar que su conocimiento de «Monseñor Pusino» (según escribe Palomino) y, verosímilmente, a través de éste, de Claudio de Lorena influyese en su deseo. Por cierto, la motivación de los dos paisajes de la Villa Médicis, que ha parecido incierta por su temática excepcional en la obra velazquina, quizá quepa asociarla al posible trato con Lorena, y con el grupo de «paisajistas» con quienes éste hacía excursiones por la campiña romana. Véase, sobre estas jiras precursoras de las de Fontainebleau de los impresionistas, Emile Michel: «Claude Lorrain» en *Etudes sur l'histoire de l'art*, París, 1895. (Tanto Michel como Justi hacen conjeturas acerca de la posibilidad de la relación, en Roma, entre Velázquez y Poussin, sin recoger la afirmación que hace Palomino.)

me prometo de la atención con que obráis en lo que corre por vuestro cuidado, Madrid, Febrero de 1650» (17).

Para nuestro tema la carta no tiene desperdicio y nos hace del pintor un recalcado retrato psicológico. Se diría que el duque, en su carta, hacía reservas acerca de la parsimonia velazqueña y, por ello, el Rey insiste «y pues conocéis su flema»; además, manda Felipe IV que le asistan con dinero «porque no tenga excusa ni pretesto que pueda obligarle a diferirle» (el retorno); y ordena a Velázquez que regrese embarcado, «no lo haga por tierra, por lo que en él se podría detener», y aun todavía subraya, «y más con su natural». La carta, pues, proclama sin rebozo que ni siquiera el faraónico Felipe IV, el Rey de ambos mundos, estaba seguro de ser obedecido con diligencia por el pintor, sino que, al contrario, se hallaba del todo persuadido de que Velázquez buscaría pretextos y alabeos para obrar conforme a «su natural», que debió ser tan impasible a las solicitaciones que le conminaban como entregado a su propio albedrío. El hecho es que Velázquez no volvió hasta junio de 1651, es decir, un año después de lo que en esa carta se le ordenaba (18). El rey le castigó impidiéndole realizar un tercer viaje a Italia: «En el año 1657 quiso Diego Velázquez volver a Italia, y el Rey no lo permitió, por la dilación de la vez pasada», escribe Palomino sin comentario. Pienso que esta fue la más dolorosa imposición que sufrió el pintor.

Para rematar la flema de Velázquez contamos con el testimonio de una carta del Infante don Fernando desde Bruselas, a su hermano el Rey, fechada a 26 de mayo de 1639, en la que le da cuenta de haber recibido un retrato —probablemente del príncipe Baltasar Carlos— y le advierte que aún debe esperar a recibir el suyo propio, en estos términos: «El retrato del Príncipe, Dios le guarde, es famoso, y yo quedo loco de contento con él, y B.L.M. a V.M. por la memoria y favor que me ha hecho de enviarmele. Dios le guarde que está lindo muchacho. El mío está ya acabado, pero los pintores deste país son más flemáticos que el Sr. Velázquez, y así dudo mucho pueda llevarle este ordinario, porque ha pedido quince días de término para vestirle» (19). Es decir, que la fama de la indolencia velazquina, de que se le paseaba el alma por el cuerpo, era tan notoria que servía en la familia real de colmo para ponderar la dilación (20).

A la presunta modestia, a la inequívoca flema puede agregarse todavía, como pincelada sobre su carácter, la afirmación de Francisco de Burgos Matilla, en su declaración en el expediente de concesión del hábito a Velázquez, en que dice: «Que Velázquez se tenía siempre en mucha estimación y mayor punto y gravedad que los demás pintores» (21); y también, en consonancia con ella, los versos de Boschini, que le retrata en su *Carta del navegar pintoresco* diciendo,

Cavalier, che spirava un gran decoro,
Quanto ogn' altra autorevole persona.

En rigor, la «gravedad», el «decoro» apuntados deben asociarse, tanto o más que a la propia índole del pintor, a su condición de español de entonces, tan famosamente reco-

(17) Cruzada: *Anales*, pág. 176.

(18) Según Justi —*Velázquez y su siglo*—: «Felipe IV instó, en cinco cartas, a su embajador, el duque del Infantado, entre el 17 de febrero de 1650 y el 27 del mismo mes de 1651, para que [Velázquez] apresurase su regreso, con alusiones a la notoria flema del pintor. Finalmente, el secretario Don Fernando Ruiz de Contreras hubo de notificarle la orden estricta del Soberano: no debía retardar el viaje un minuto» (pág. 607); pero Justi no reproduce el texto de ninguna de ellas. Aunque, según hemos apuntado, sea difícil escribir una cumplida biografía de Velázquez, cabe lamentar que algún erudito no haya, por lo menos, publicado un «Velázquez documental» en el que se recoja cuanto de interés conste acerca del enorme pintor. (Se ha impreso, por estas fechas, un tomo: *Velázquez. Homenaje en el tercer centenario de su muerte*, Madrid, 1960, que, casi exclusivamente, recopila y divulga noticias conocidas. Las cartas, antes citadas, a que Justi alude, ni siquiera se mencionan. Y aun es dudoso el valor divulgador del «Homenaje», pues reproduce los textos italianos, franceses, ingleses y alemanes en su versión original, sin traducir ninguno.)

(19) Justi: obra citada. (Todavía tropiezo con otro testimonio, aunque menos expresivo, de la calma velazqueña: en una misiva de Fulvio Testi a su señor, el duque de Modena —en 12 de marzo de 1639—, le da cuenta de que Velázquez trabaja en un encargo del Duque «que serà mirabile. Hà però egli ancor il deffeto degli altre valenthuomini, ciò è di non finirla mai, e di non dir mai la verità». Justi, obra citada, pág. 507.)

nocida en todas partes por el sosiego de su temple y su prestancia. Gramont, que era hombre de mundo, en las *Memorias* antes citadas, al describir las gentes que rodeaban a Felipe IV cuando recibió al Mariscal, escribe: «Aunque las galas de todos estos señores no fuesen de las mas brillantes, había sin embargo en ellos un aire de grandeza y majestad que no he visto en ninguna parte» (22).

Y, por último, creo que puede extraerse una expresiva tonalidad del estilo vital velazqueño del mote con que, en su vida, fue habitualmente conocido. Es probable que, de no mediar su ennoblecimiento —entre otros factores que pudieron influir en ello— el nombre por el que el autor de «Las Meninas» sería conocido fuese, como sucedió a otros pintores, un apodo: el *Sevillano*. En el mencionado expediente del hábito consta en repetidas declaraciones que fue así llamado. Carreño declaró «Que comunmente le llamaban y le llaman el Sevillano»; Burgos Matilla, que «siempre le oyó llamar el Sevillano»; y Francisco Verges, «que le han llamado y le llaman el Sevillano». Ahora bien, el valor atribuíble a esta apelación obedecería a la hipótesis —que juzgo posible— de que no respondiese estrictamente a su oriundez natal, sino al designio de caracterizar su índole y su comportamiento.

Cuando un grupo humano tiene una tradición ininterrumpida y acendrada puede ser también sujeto de un estilo vital colectivo, que se trasfunde y modela el particular de los individuos. La sangre paterna de Diego Rodríguez de Silva y Velázquez procedía de linaje portugués, de Oporto, la ciudad más antigua y de más altiva independencia; y la materna era andaluza. Sevilla fue su cuna y el lugar donde su mocedad, la hora más sensible y porosa de cada existencia, fue absorbiendo los modos y los gestos de la vida. No parece demasiado aventurado pensar que el alma colectiva de la fabulosa y compleja capital andaluza conformó el ánimo de Velázquez (23) y que el latir humano de Sevilla tiene un ejemplo en el *estilo vital* del elegante y desdeñoso pintor sevillano, al que hemos intentado asomarnos en estos apuntes.

PAULINO GARAGORRI

---

(20) Conviene recordar que la caracterización de flemático tenía en boca de los contemporáneos de Velázquez un sentido mucho más denso que el que hoy le atribuímos. Actualmente, al pensar en una tipología humana acudiremos, probablemente, a los «biotipos» de Kretschmer o a los «tipos psicológicos» de Jung, pero entonces, y aun mucho después, el esquema de los cuatro caracteres psicológicos en que se formalizan los cuatro temperamentos —procedentes de los humores fisiológicos y de los elementos cósmicos, según Hipócrates y Galeno— tenía aún plena vigencia. En la *Antropología* de Kant, por ejemplo, se reafirman y describen finamente el «colérico», el «sanguíneo», el «melancólico» y el «flemático»; la descripción de éste último convendría al hombre que fue Velázquez. La división es básica —en nuestra literatura— para el *Examen de ingenios*, de Huarte, y también para el *Discernimiento filosófico de ingenios para artes y ciencias*, del P. Ignacio Rodríguez —Madrid, 1795—, libro tan ignorado como notable por su buen estilo y ordenada sindéresis, tan infrecuentes en los escritores españoles de filosofía del siglo XVIII.

(21) Cruzada: *Anales*, pág. 243.

(22) En esta como en tantas otras cosas, la España de Felipe IV debió de rozar la extremosidad y la caricatura. La impavidez y mutismo del Rey, al decir de los contemporáneos, parecían extrahumanas. Cuando su hermana, Ana de Austria, volvió a verle en la Isla de los Faisanes al cabo de 45 años, le abrazó e intentó besarle, pero el Rey —refiere Mme. de Motteville— con gravedad española alejó su cabeza.

El sosiego español pasó al italiano, *sussiego*, significando gravedad afectada y tirante; y los franceses que quieren evocarlo apelan a su vocablo *morgue*, de siniestra vecindad semántica.

(23) Firmó *La expulsión de los moriscos* como sevillano: *Didacus Velázquez Hispalensis... fecit*, se leía en la cartela.

La antinovela

POR JEAN BLOCH-MICHEL

PARA EXPLICAR ALGO hay que tomar las cosas en el momento en que se producen, tratando también de descubrir sus orígenes más lejanos. Por ello, al hablar de cierta forma que ha adoptado la novela francesa de hoy, me veré obligado a examinar lo que esa forma es y a dirigir mi atención a la naturaleza misma de la novela, quizá también a sus orígenes.

Efectivamente, algo nuevo le está ocurriendo a la novela francesa. Afirmación que de todos modos hay que completar con esta otra: no es la primera vez que tal cosa ocurre. Parece sin embargo que las más recientes tendencias del arte novelesco en Francia ponen de manifiesto la existencia de una crisis, crisis grave puesto que en resumidas cuentas consiste en negar lo que constituía la esencia misma de ese arte, al menos tal como hasta ahora se le había concebido. No cabe, pues, considerar lo que hoy ocurre como una de esas fluctuaciones por las que todas las artes pasan. Finalmente, si la crisis actual de la novela consiste en negar o en poner en tela de juicio sus mismos fundamentos, ello quiere decir que esa crisis tiene raíces profundas y que se trata de algo más que de un simple capricho de unos cuantos autores lanzados en pos de la originalidad.

Pero antes de abordar la exploración a que invito a los lectores, tratemos de esbozar un cuadro muy sucinto de la novela francesa de hoy. Dos grandes tendencias, desde el punto de vista puramente formal, se reparten el campo de la novela. Tenemos en primer lugar lo que puede llamarse la novela tradicional, dentro de la cual cabe situar a escritores tan distintos como Sartre, Montherlant —cuando aún escribía novelas—, Mauriac, Camus y Malraux, así como a todos aquellos que, solitarios o siguiendo la estela que les señalan esos modelos, continúan escribiendo novelas como tantas que se escribieron desde principios de siglo —e incluso antes—, cualesquiera que sean los métodos que utilizan y la filosofía a que se adhieren. En lo que respecta a este último punto, hemos de hacer notar que los escritores marxistas, o que se dicen tales, se aferran obstinadamente a la novela tradicional: toda tentativa de escapar de su marco les parece manifiestamente viciada de «formalismo». Lo que no quiere decir que se complazcan siempre en seguir las huellas de un clasicismo —o mejor de un naturalismo— anticuado; junto a muchas obras mediocres, ha habido por lo menos en los últimos tiempos el extraordinario acierto de Aragon con su última novela, *La Semaine Sainte*. Me parece que hay que insistir también en el hecho de que, si bien las nuevas formas novelescas se toman a sí mismas por una vanguardia —y no estoy muy seguro de que lo sean—, los escritores que no han abandonado las formas antiguas consiguen resultados a menudo más inquietantes y originales que los que enarbolan la bandera de las nuevas escuelas. Bastaría con citar la última novela de Camus, *La Chute*, para ofrecer una prueba de la vitalidad del arte novelesco tradicional. Pero el hecho es que, junto a este arte tradicional, que, como

podemos comprobar, no está muerto ni moribundo, ha nacido lo que se ha dado en llamar «nouveau roman», nueva novela.

A decir verdad, bajo esta denominación se acostumbra a agrupar una serie de obras escritas por autores jóvenes o menos jóvenes, la mayor parte de los cuales iniciaron su carrera después de la guerra, pero de los que sería difícil señalar lo que tienen de común. Efectivamente, la etiqueta de «nueva novela» se aplica lo mismo a las obras de Jean Cayrol que a las de Samuel Beckett, Nathalie Sarraute, Alain Robbe-Grillet o Michel Butor, para hablar sólo de algunos de los nuevos escritores, es decir, dejando de lado a los epígonos como Claude Ollier, Claude Simon, Robert Pinget e incluso Claude Mauriac. Por otro lado, un escritor como Bernard Pingaud, al que generalmente se considera perteneciente a la escuela de la «nueva novela», lo que en realidad escribió con libros como *L'Amour Triste* y *Le Prisonnier* fueron novelas perfectamente tradicionales, y de excelente calidad la segunda. Hay, pues, cierta confusión por parte de los teóricos de la «nueva novela». En algunos de ellos, particularmente en Alain Robbe-Grillet, se observa incluso una cierta tendencia al imperialismo: cada vez que un escritor se aparta un poco, por la factura de sus obras, de las formas tradicionales, Robbe-Grillet le reclama en nombre de la nueva escuela que pretende dirigir, siendo así que tal escuela, de existir, no debería definirse por consideraciones exclusivamente formales, sino por una concepción fundamentalmente nueva del arte de la novela.

De todos modos, y para facilitar las cosas, vamos a considerar que efectivamente existen dos escuelas novelísticas en Francia: la de la novela tradicional y la de la nueva novela. Lo importante está ahora en saber cómo se distinguen las obras pertenecientes a una o a otra tendencia. A este respecto, Alain Robbe-Grillet propuso en diversos escritos teóricos lo que según él constituye la regla de oro de la nueva novela. Se trata de una regla esencialmente negativa, cosa que no debe extrañar si se piensa en que toda tendencia nueva que surge en un arte sólo pude situarse por comparación con otras tendencias y especialmente mediante la negación de las mismas. Lo que Robbe-Grillet rechaza son precisamente los elementos que hasta hoy se han considerado como esenciales a la estructura de la novela. Según él, el novelista debe empezar por excluir de su obra la anécdota, el argumento, el relato o como se le quiera llamar, sobre el cual se construía la novela tradicional. Una novela no cuenta un argumento. Como consecuencia, la novela no debe contener ningún «personaje», es decir que a los seres humanos que en ella figuran no se les debe tratar como sujetos, como individuos. Para conseguir semejante objetivación del ser humano en la novela, ésta debe, pues, rechazar también la psicología. En tales condiciones, los elementos estructurales de la novela serán de dos órdenes o categorías. Tenemos en primer lugar los objetos, tomando la palabra en su sentido más lato, es decir que todo es objeto para el sujeto que habla, incluídos los seres humanos, y éstos con la misma razón que las cosas. Tenemos en segundo lugar la novela misma. Una novela no es ya la historia de una aventura vivida por uno o más personajes, sino la aventura misma de la novela que se hace, es decir, que para el autor se escribe, y que para el lector, se lee. Como resultado de estas diversas prohibiciones, el arte de la novela vendría a convertirse en un arte de la mirada, o sea en la descripción escrupulosa, pero limitada, de lo que yo veo, quedando bien claro que me está prohibido interpretar en nombre de la psicología, aun reducida al behaviourismo de las novelas norteamericanas, los movimientos o las palabras de los seres humanos a quienes miro. Fiel a su propósito y consecuente en sus conclusiones, Robbe-Grillet lleva su teoría hasta sus últimas consecuencias: quiere que la descripción se halle despojada de toda significación, hasta tal punto que se niega a sí mismo el uso de los términos antropomórficos aplicados a las cosas. Así, según él, el sol no tiene derecho a ser «implacable» o la noche a ser «tranquila», como tampoco las nubes pueden ser «amenazadoras» o mi mesa de trabajo «familiar». El objeto es únicamente lo que es: una presencia, una presencia a la que Robbe-Grillet llamó incluso, en una conversación pública que tuvo con otros escritores, «testaruda», empleando así precisamente para expresar su pensamiento una de esas palabras antropomórficas cuyo uso él rechaza.

Como veremos seguidamente, estas reglas imperiosas y estrictas propuestas por Robbe-Grillet ne se aplican al conjunto de las obras

que se consideran pertenecientes a la escuela de la nueva novela. Pero de todos modos reflejan lo esencial de una tendencia que Robbe-Grillet ha sabido expresar mejor que dirigir, que había comenzado antes que él y que, como es fácil imaginar, tiene ilustres predecedores.

Pero, puesto que se trata de reglas que han tenido una aplicación en ciertas obras literarias, mejor será que empecemos por dar algunos ejemplos de las mismas. Vamos, pues, a ver el resultado que da el arte de Robbe-Grillet, este arte de la mirada, cuando se atiene verdaderamente a sus propios preceptos. Las líneas que transcribimos a continuación son las primeras de su novela *La Jalousie* (La Celosía): «Ahora, la sombra del pilar —el pilar que sostiene el ángulo sudoeste del techo— divide en dos partes iguales el ángulo correspondiente de la terraza. Esta terraza es una amplia galería cubierta, que rodea a la casa por tres de sus lados. Como su anchura es la misma en la porción del centro y en las secciones laterales, la línea de sombra proyectada por el pilar llega exactamente al ángulo de la casa; pero allí se detiene, pues el sol, que aún está demasiado alto en el cielo, llega únicamente a las losas de la terraza. Las paredes, de madera, de la casa —es decir la fachada y el aguilón oeste— están aún protegidas de sus rayos por el tejado (tejado común a la casa propiamente dicha y a la terraza). Así, en este instante, la sombra del borde extremo del tejado coincide exactamente con la línea, en ángulo recto, que forman entre sí la terraza y las dos caras verticales del ángulo de la casa.»

Aunque Alain Robbe-Grillet ha perdido un tanto de vista sus propios principios —sin duda inconscientemente— en la última novela que ha publicado, *Dans le labyrinthe*, al menos el ejemplo que acabo de dar es típico de cierta manera de ver, es decir de una manera de ver negándose a mirar más allá de lo que el ojo puede percibir. Naturalmente, habría mucho que decir en torno a este método, pero en este momento sólo se trata de explicar, no de criticar.

La verdad es que, dentro de la nueva escuela novelística, el subgrupo que podemos llamar, y que a sí mismo se llama, escuela de la mirada, está en realidad constituído únicamente por el mismo Alain Robbe-Grillet, al que cabe añadir su discípulo Claude Ollier. Pero entre estos dos escritores media una gran distancia. Pues, por sorprendente que esta afirmación pueda parecer después del ejemplo que acabamos de dar, puede afirmarse con seguridad que Robbe-Grillet es un escritor, y un escritor de talento. Su manera y sus procedimientos, aunque demasiado visibles —sobre todo en sus primeros libros—, terminan por provocar una especie de fascinación y los objetos tal como él nos los muestra invaden efectivamente el mundo con una presencia espesa e inmóvil. En este sentido, y puesto que eso es lo que el escritor ha querido hacer, hay en Robbe-Grillet una fuerza evidente, y nadie quizá antes que él había logrado expresar con tanto acierto esa especie de opacidad del mundo de los objetos con que a veces chocamos.

Pero en cuanto abandonamos el mundo de los objetos, o más exactamente el mundo de las cosas, los métodos de Robbe-Grillet se asemejan a los de otros escritores actuales, y es entonces cuando podemos descubrir cierta unidad entre sus obras. Tanto unos como otros trabajan en lo que Jean-Paul Sartre ha llamado el lugar común y la inautenticidad. Y es que, en efecto, en cuanto esos escritores ponen en escena seres humanos, les resulta muy difícil no convertirlos en personajes. Por ejemplo, si les hacen hablar, se ven obligados a hacerles pronunciar palabras que no siempre pueden estar desprovistas de significación. Porque el hecho es que toda palabra es significante. Toda palabra pronunciada por alguien, siempre que sea algo distinto de la simple repetición de una trivialidad, define al que la pronuncia y le define según su propia psicología. Y aunque el autor se niegue a todo análisis, nada impide que el lector lo haga en su lugar. Las novelas norteamericanas escritas por Hemingway y sus discípulos, en las que el autor se contenta con comenzar las frases de los personajes con la fórmula «él dice que» o «ella dice que», no dejan por ello de ser a su manera novelas psicológicas, porque en definitiva los personajes dicen algo. Así, para evitar semejante «defecto», para excluir a todo personaje de la obra, para desembarazarse de toda psicología y para mantener a los seres humanos de quienes se habla en su papel de puros objetos, hay que evitar que digan cualquier palabra reveladora de su realidad profunda, de su psicología. El diálogo se convierte entonces en una especie de juego que se

practica con unas palabras a las que se ha vaciado previamente de toda su sustancia, juego que Ionesco lleva a veces a un grado sumo de perfección en su teatro.

Seguramente nadie en la novela ha utilizado más y aprovechado mejor que Nathalie Sarraute ese género de conversación donde no se dice ni una palabra que signifique algo y donde todos hablan exclusivamente por hablar. Este diluvio de lugares comunes, de frases hechas, de locuciones familiares o presuntuosas que se han utilizado tanto que han terminado por perder toda significación, constituye el elemento fundamental de los diálogos en las novelas de Nathalie Sarraute. Hasta el punto de que cuando en *Le Planétarium* la novelista pone en presencia a un joven devorado por el deseo de escribir y a una escritora de renombre, no consigue hacerles decir más que tonterías o, mejor, ese género de tonterías y nonadas que cabe esperar de una conversación de este tipo cuando se la priva de significaciones. De tal modo que, por tontos que sean este hombre y esta mujer, no parecen inverosímiles. «Pero qué tonto soy, evidentemente es la realidad la que tiene razón. La realidad echa por tierra, como siempre, las ideas preconcebidas y todas las previsiones. Ahora veo que es todo eso... mira en torno a sí... lo que mejor explica esa lava en fusión... un río incandescente... En algunos de los libros de usted, cuando el entusiasmo la arrastra, cuando se deja llevar por la sed de conquistas, hay por momentos un gótico flamígero. Hay aquí, en este amontonamiento de cosas extrañas y bellas... esa máscara de brujo... esas telas... todo su lado español, «conquistador»... diríase un botín fabuloso amasado por un pirata... Me gusta muchísimo esa manera desenvuelta... En comparación con esto, todas mis cosas tan bien fabricadas parecen tan ridículas, tan mezquinas...

«En el rostro de ella hay una sonrisita de satisfacción... «Oh, usted exagera... Simplemente, las cosas se van juntando poco a poco... recuerdos, algunos regalos... Es verdad que me gusta rebuscar por todos lados...»

El diálogo continúa, y podría continuar hasta lo infinito, sin que ninguna de sus frases nos revele nada sobre sus personajes, salvo que son capaces de decir tales futilidades, cosa que no resulta nada excepcional y que a decir verdad les ocurre incluso a personas muy inteligentes. En estas condiciones, ni siquiera tenemos derecho a deducir de tales frases que los que las dicen sean imbéciles. Además, no se trata de eso. Tal como los define el diálogo que hemos transcrito, los personajes no son ni tontos ni inteligentes: simplemente, «no son». Sólo se definen por lo que les es menos personal, por lo que repiten en pos de los demás, por lo que comparten con todo el mundo. La impresión de desazón, de incomodidad que el lector experimenta ante este diálogo es exactamente del mismo género que el malestar de un espectador que asiste a una representación de aficionados y que oye a los actores «hablar en falsete». También los personajes de Nathalie Sarraute «hablan en falsete»; son «inauténticos». En el prefacio que puso a otra novela de Nathalie Sarraute, *Portrait d'un Inconnu,* Sartre escribió a este respecto páginas excelentes. Sartre nos muestra que Nathalie Sarraute rechaza lo que él llama «la mala fe del novelista», es decir, la que le permite a éste hablar como si se encontrase al mismo tiempo delante y dentro de sus personajes y, por consiguiente, escribir no sólo «él dice que», sino también «él piensa que». Al rechazar esta «mala fe», Nathalie Sarraute sólo consiente que sus personajes digan lugares comunes. Hasta el punto de que Sartre podrá afirmar que esos personajes «comulgan» en el lugar común.

Naturalmente hay un punto en el que la opinión de Sartre podría discutirse sin dificultad. ¿En qué sentido el procedimiento novelesco tradicional se basa en la «mala fe», caso de que admitiéramos la definición sartriana de la mala fe, es decir si admitimos que se trata de una manera de ocultarse a sí mismo la verdad? Porque, si el procedimiento novelístico tradicional es una manifestación de mala fe, lo mismo puede decirse de la perspectiva en materia pictórica, que es también únicamente un procedimiento artificial de restitución de la realidad. Pero, si en la cuestión de la «mala fe» la opinión de Sartre es discutible, en cambio lo que dice de la inautenticidad no lo es. Por tanto, adoptaremos su terminología y llamaremos con él «antinovelas» a las obras que aquí estamos examinando, de las que Sartre dice que tienen por objeto «negar la novela a través de sí misma, destruirla ante nuestros ojos al mismo tiempo que parece que se la está construyendo, escribir la novela de una novela que no se hace y que no puede

hacerse, crear una ficción que sea a las grandes obras compuestas por Dostoyewski y por Meredith lo que a los cuadros de Rembrandt y de Rubens es la tela de Miró titulada *Asesinato de la pintura*».

Pasemos ahora a otro escritor, muy diferente en apariencia, pero que también pertenece (ya veremos cómo) a la nueva escuela novelística. Se trata de Michel Butor. A decir verdad, la lectura de las novelas de Butor nos muestra que el escritor ha sufrido diversas influencias, entre ellas la de Proust, muy profunda. En efecto, su segunda novela, *L'emploi du temps,* es a su modo una especie de exploración de la duración, del tiempo literario; Michel Butor recogió incluso por su cuenta la cadencia de la frase proustiana para poder expresar y dar una idea del tiempo en el que situó a los personajes y a los acontecimientos de su libro. Posteriormente, y sobre todo con su último libro, *Degrés,* Michel Butor ha cambiado de procedimiento, acercándose cada vez más a los procedimientos que caracterizan a la antinovela. Como el mismo Michel Butor escribió en un ensayo, *Répertoire,* lo que piensa de la técnica novelística, mejor será que nos refiramos a las reglas que él mismo se da. He aquí lo que Butor escribe:

«La novela se me apareció como la solución de este problema personal a partir del momento en que el estudio de los grandes autores del siglo XIX me mostró que en sus obras había una aplicación magistral de esta frase de Mallarmé : *Siempre que hay esfuerzo sobre el estilo, hay versificación,* y que en ellas se realizaba una *reflexión* que podía llevar muy lejos, aunque sólo fuera a través de una cierta manera de describir las cosas, insertándose exactamente esta descripción metódica en la prolongación de la evolución filosófica contemporánea, que encuentra su expresión más clara y el planteamiento más agudo de sus problemas en la fenomenología.»

Y Butor prosigue:

«Ampliando el sentido de la palabra estilo, cosa que se impone a partir de la experiencia de la novela moderna, generalizándola y tomándola a todos los niveles, es fácil demostrar que sirviéndose de estructuras suficientemente fuertes, comparables a las del verso o a las estructuras geométricas o musicales, haciendo que los elementos funcionen sistemáticamente en relación los unos con los otros hasta que desemboquen en esa revelación que el poeta espera de la prosodia, se puede integrar en una totalidad, dentro de la más vulgar de las futilidades, los poderes de la poesía.»

Fijémonos en la referencia a «la más vulgar de las futilidades» de un lado, y de otro a la fenomenología. No son ya, pues, los que Stendhal llamaba «pequeños hechos verdaderos» lo que hay que incluir en la novela, sino que habría que considerarla a ésta como un examen fenomenológico de la realidad, único método que podría permitir, gracias a las estructuras exactas que exige, «integrar la más vulgar de las futilidades» en la poesía. Esta actitud hará que Butor se acerque a Robbe-Grillet y Nathalie Sarraute. Y ello en el sentido de que, aunque con una idea menos preconcebida que Robbe-Grillet y aun sin negar toda «significación» a los objetos, Butor será un escritor esencialmente atento a la multiplicidad, a la complejidad y a la conexión de los fenómenos de la realidad. Al mismo tiempo dará una amplia cabida en sus novelas a una futilidad que en efecto ocupa mucho espacio en la vida de los hombres. Por esta vía indirecta, sin rechazar la psicología —su novela *La Modification* podría pasar por una novela psicológica—, Butor la aplicará únicamente a unos seres que nunca serán «personajes» y menos aún «héroes» de novela. Igual que ocurre en las novelas de Robbe-Grillet y de Nathalie Sarraute, jamás podrá decirse de ningún ser humano de que Butor hable que es el héroe de su novela. Gracias a su evidente futilidad —una futilidad ante la que el autor adopta una actitud perfectamente indiferente, una actitud en cierto modo de zoólogo, que se sitúa en el polo opuesto a la de, por ejemplo, Flaubert frente al «bovarismo»—, gracias, repito, a esta futilidad sin relieve, sin nada excepcional, los personajes de las novelas de Butor quedan reducidos en cierto modo al papel de apoyo, de referencia. El argumento, o mejor la novela sin argumento, se irá enrollando en torno a ellos, como una planta trepadora en torno a un rodrigón. Su papel será un papel secundario. Esto es así incluso en una novela como *La Modification,* donde todo ocurre en el espíritu de un personaje, consistiendo la novela en explicar cómo, en una noche pasada en un tren, un personaje que ha decidido abandonar a su mujer y a sus hijos para ir a reunirse en Roma con su amante, cambia de idea y se vuelve a la mañana

siguiente a París. Pues bien, aunque en la novela tenemos que habérnoslas constantemente con ese personaje, el lector es incapaz, lo mismo al comienzo que al final del libro, de materializarle, de darle cuerpo, como ocurre con los héroes de las novelas tradicionales. Todos nos hemos hecho una imagen física de Stavroguin, de Bolkonsky, de Miss Haversham y de Antoine Thibault. En cambio, ningún lector sería capaz de representarse al personaje de *La Modification*. Y es que la novela no es su historia, sino, como el título mismo indica, la historia de lo que ha ocurrido dentro de él, no siendo él más que el pretexto, o mejor el lugar indiferente de esa aventura. Vemos aquí con toda claridad que el tema de la novela es la novela misma. Cosa que resulta aún más clara —quizá demasiado clara— en un libro en mi opinión menos bien logrado que acaba de publicar Michel Butor, *Degrés*, en el que el tema no es ya una novela, sino el fracaso de una novela, la historia de una novela que no puede hacerse.

En resumidas cuentas, en medio de este desastre, de este naufragio de la novela, un solo elemento de su estructura tradicional permanecía intacto: el lenguaje. Y es que efectivamente, resulta difícil imaginar una literatura sin lenguaje. De todos modos, puede imaginarse que al lenguaje se le haga objeto de ataques tan decisivos como los que han tenido que sufrir los demás elementos de la novela. En efecto, el lenguaje tradicional de la novela era el de la razón; bastará, pues, con utilizar un lenguaje irracional, o desatinado, para dar el golpe de gracia a una forma tradicional de la literatura. Samuel Beckett es quien se ha encargado particularmente de esa tarea, maltratando y trastornando en sus interminables monólogos interiores las construcciones racionales a que nos han acostumbrado no sólo la novela tradicional, sino también el uso mismo del lenguaje hablado, y creando una especie de monólogo difuso y líquido que nada debe a la razón. Veamos por ejemplo el siguiente pasaje de su novela *Molloy:* «Esta vez, y será la última que piense, después dejaré de pensar, el mundo acabará también. Es el gusto de lo anteúltimo. Todo se esfuma. Un poco más y nos quedaremos ciegos. Es cosa de la cabeza. La cabeza que ya no funciona, que dice «Ya no funciono». Se queda uno mudo también y los ruidos se debilitan. Apenas atravesado el umbral, ya está. Es la cabeza que debe de estar cansada. De modo que uno se dice. Lo conseguiré esta vez, quizá todavía otra, y después nada más.»

Vemos aquí la clase de prueba a que Beckett somete el lenguaje. Puede decirse que hasta ahora la razón ordenaba el lenguaje por medio de la sintaxis. Beckett conserva la sintaxis, pero consigue crear una distancia, un vacío entre un lenguaje construído y un pensamiento que normalmente debería expresarse a través de él. Se consigue así una ruptura entre el lenguaje, su sintaxis y la razón.

Ahora que ya nos encontramos en posesión de las diversas claves de la antinovela, tenemos que empezar por preguntarnos si tales claves son nuevas o si no es más cierto que los novelistas actuales las han encontrado —y de ocasión— en la gran feria de la literatura francesa y extranjera. Comencemos por algo que resulta evidente para todos. Beckett ha tomado su monólogo interior ininterrumpido y un tanto delirante de Joyce y de Faulkner. *Ulises* y *El ruido y la furia* fueron los libros que crearon el género. En este punto, pues, la antinovela no hace sino adoptar —y adaptar— un descubrimiento novelesco que es anterior a ella. Lo mismo ocurre con la repulsa de la anécdota, del argumento. Y cuando los nuevos novelistas declaran hoy que no debe construirse la novela en torno a un «argumento», confunden novela y tradición balzaciana. Pues lo cierto es que existen grandes construcciones novelescas de las que todo elemento anecdótico ha quedado por completo excluído. ¿Quién podría decirnos el «argumento» que cuenta Proust? Vemos, pues, que en los diversos aspectos que acabamos de examinar, la antinovela tiene, como dijimos al principio, ilustres predecesores.

Queda todo lo concerniente a la negación del personaje, o de la psicología, tendencia a la que hay que añadir la importancia dada a los objetos y, finalmente, el reinado de lo inauténtico en la antinovela. Estas son verdaderas novedades introducidas por la nueva escuela, y para explicar cómo se han producido, vamos a tener que volver un poco a los orígenes mismos de la novela; no sólo de la novela francesa, sino de la novela en general.

Empecemos por afirmar que la forma novelesca es una de las particularidades de la literatura europea. El cuento y el poema, en cambio, son formas universales. La novela no

existe ni en la literatura china ni en la india. El género nació en Europa, y es una de las formas originales de la literatura nacida de nuestra civilización greco-judeo-cristiana. Pero no surgió en seguida. En la forma que adoptó y que corresponde a la definición que de ella puede darse aún hoy día, la novela es una de las manifestaciones más tardías de nuestra literatura. Apareció en las diversas literaturas europeas entre los primeros años del siglo XV y los comienzos del XVII. La novela nació con Rabelais, Cervantes y Grimmelshausen; es decir, con Don Quijote, Panurgo y Simplex Simplicissimus. Todos los relatos anteriores a esta época nada tienen que ver con la novela: no nos muestran personajes, sino héroes convencionales; no se preocupan ni de la verosimilitud ni de la psicología; no buscan la originalidad ni en la anécdota elegida ni en los héroes descritos, sino que, por el contrario, se refieren y tratan de atenerse a tipos de personajes y de aventuras ya conocidos por el lector o el oyente. De hecho, parece que la novela europea nació de la crisis religiosa que siguió a la Reforma; es decir, nació el día en que los tópicos, los «lugares comunes» sobre que se basaba el pensamiento europeo fueron puestos en tela de juicio; el día en que todo hombre se vio abocado a una elección profundamente dolorosa que tenía que hacer solo y en la que las estructuras del pensamiento tradicional fueron, si no destruídas, sí al menos discutidas vivamente. O sea que la novela nació en un mundo cristiano que ponía en tela de juicio su propio cristianismo, en una serie de espíritus que se iban alejando de una fe sencilla y sólida para escapar, bien hacia un libertinaje que aún no podía ser más que clandestino, bien hacia un simbolismo que vaciaba su fe de las principales certidumbres, sustituyéndolas por un recurso a un pensamiento personal y por tanto frágil y vacilante. Cabe decir que sin el cristianismo —que a través del problema de la salvación obligó a los hombres a interesarse por el alma, por sus angustias y sus modificaciones, embarcándoles por consiguiente en los problemas psicológicos—, la novela no habría existido, pero a su vez tampoco habría existido si al hombre le hubiera bastado con el cristianismo para encontrar respuesta a todas las preguntas que a sí mismo se hacía.

Naturalmente, podemos preguntarnos si lo que las primeras novelas hicieron fue poner de manifiesto un trastorno, una agitación que preexistía ya en los espíritus o si por el contrario fueron ellas las que lo suscitaron. La respuesta es seguramente que en aquel momento se produjo una situación dialéctica en virtud de la cual las primeras novelas vinieron a expresar un trastorno preexistente y, al mismo tiempo, al darle unos contornos precisos, lo profundizaron y agudizaron. En definitiva, y dada la limitación de este estudio, podemos contentarnos con poner de relieve la concordancia entre unos acontecimientos que ejercieron sin duda una influencia mutua, los unos sobre los otros: las grandes crisis intelectuales por las que Europa atravesó a partir del siglo XV y el nacimiento de la novela moderna.

Si examinamos la cuestión desde otro punto de vista, observamos que la novela surgió en un mundo en el que lo sobrenatural se hallaba cada vez más ausente. Huon de Burdeos y Amadís de Gaula no se asombran de la ayuda o de los obstáculos que ponen en su camino el poder de la divinidad o el de un encantador. Pero ya Panurgo tiembla ante la tempestad mientras reza entre dientes sus oraciones, y Frère Jean des Entomeurs se pone manos a la obra y ayuda a la tripulación del barco en que navega. Es decir que, si bien aún podemos encontrar en las novelas lo maravilloso, en realidad ha cambiado de naturaleza. Los héroes novelescos saben que no pueden esperar nada fuera de sí mismos para resolver sus problemas. Dios no interviene ya en la vida cotidiana. Es decir, que entre el personaje novelesco y lo que él desea no existe un mediador divino. La naturaleza misma del arte novelesco, desde Cervantes a Dostoyewski, desde Madame de Lafayette a Proust, consiste en representar la lucha en que están metidos unos seres humanos que no pueden recurrir más que a sí mismos o a los demás hombres. El recurso a la divinidad desaparece; mejor dicho, su existencia resulta contradictoria con la naturaleza misma de la novela, ya que ese recurso privaría a los personajes de su libertad y resolvería los conflictos por los que aquellos se caracterizan. Ya no se trata, pues, de aventuras maravillosas, sino de la aventura de una pasión contrariada. Trátese del amor de Fabricio por Clelia, de la pasión de la Princesa de Clèves por el duque de Nemours o de una pasión traspuesta como el snobismo en Proust, la revolución y la afirmación viril en Malraux o el absurdo y la rebelión en Camus, el héroe

vive siempre una pasión, una pasión en los dos sentidos que puede adoptar esta palabra; es decir, que experimenta el deseo violento de un objeto que se le escapa y al mismo tiempo sufre a causa de ese deseo y de esa insatisfacción.

En un mundo como el novelesco al que se ha vaciado de Dios —aun en el caso de que se trata de novelas escritas por autores cristianos—, el hombre está siempre solo frente a su pasión, y la vive con una poderosa originalidad. Es decir, que el hombre vive un «argumento», es un «personaje», y todo depende de su «psicología». Pero este argumento, este personaje y esta psicología sólo puede percibirlos el lector en su forma novelesca en la medida en que puede «sustituirse» a los personajes evocados; en la medida en que cada lector vive también una existencia original y compleja y en que en lo esencial su pensamiento se constituye sin tener que recurrir a los lugares comunes y a los tópicos. La novela es, pues, esencialmente la forma literaria correspondiente a un pensamiento libre, liberado e incluso libertino. Forma que resulta contradictoria tanto con una ideología dominante que reine sobre todos los espíritus como con toda forma de pensamiento colectivo creadora de tópicos.

Dejando al margen la aventura intelectual que hoy vive el mundo comunista, es fácil comprobar que ninguna ideología dominante —en el grado en que lo era el cristianismo antes de la reforma— vino a sustituir en Europa a la que perdió buena parte de su fuerza entre los siglos XV y XVII. Por el contrario, la destrucción de los tópicos cristianos continuó a través de vicisitudes diversas en el curso de los siglos, al mismo tiempo que la expansión del libre pensamiento, de una parte, y del simbolismo religioso, de la otra, iba dejando progresivamente al individuo en presencia de sí mismo y obligándole constantemente a tomar decisiones intelectuales. Precisamente en esta época es cuando la novela alcanzó un desarrollo excepcional, hasta convertirse en los siglos XIX y XX en la forma más importante y más característica de la literatura europea.

Si ahora enfocamos nuestro examen sobre la situación existente en la única región de Europa donde existe una ideología dominante, no es difícil ver que tal situación resulta contradictoria con la existencia y el desenvolvimiento del arte novelesco. El mundo comunista, que es esencialmente creador de tópicos, ha destruído e interrumpido una de las escuelas novelísticas más vivas: la rusa. Y si desde hace algunos años parece que asistimos a un renacimiento de esa escuela, ello se debe a la aparición de obras como la de Pasternak, que se escribieron precisamente para luchar contra la dominación de tal ideología. Que hoy se pueda conceder importancia a una obra tan mediocre y tan desoladora como la de Dudintsev nos muestra la pobreza de la novela rusa contemporánea. Y la prueba más concluyente de la capacidad de una ideología dominante para anular toda creación novelesca verdadera y acabar con el talento de los que se someten a sus leyes nos la ofrece la malaventurada evolución de un escritor como Cholojov. Entre *El Don apacible* y *Combatieron por la patria* han transcurrido muchos años. En sus primeras obras Cholojov mostraba dotes evidentes de gran novelista; en cambio, la novela que ahora nos ofrece no es más que una acumulación de tópicos según el modelo exigido por la ideología a la que el novelista se ha sometido.

Pero la situación es diferente en Francia. Y, sin embargo, si es verdad que estamos asistiendo en nuestro país a la destrucción interna de la novela, ello se debería, caso de que nuestra teoría fuera exacta, a que está ocurriendo algo que destruye al mismo tiempo las condiciones necesarias para el nacimiento y la vida del arte novelesco. Repetimos una vez más que es equivocado pensar que el actual movimiento de algunos escritores hacia la antinovela sea el simple resultado de una decisión estética tomada en ese sentido, como habría podido tomarse en el sentido opuesto. Si hoy los escritores destruyen la novela, no es en virtud de un capricho, sino porque, al hacerlo, expresan la situación intelectual en que ellos y sus contemporáneos se encuentran, situación poco favorable a la expresión novelesca. Es cierto que ninguna ideología dominante impone en Francia sus tópicos. Y la inautenticidad de las frases que en las obras antinovelescas dicen los personajes no es una inautenticidad ideológica, como lo es por ejemplo en el último libro de Cholojov. Las trivialidades y lugares comunes de los personajes de Nathalie Sarraute son de otra especie. Esos personajes hablan como se habla en el

cine, en la radio o en los artículos de la gran prensa. Reproducen, pues, esa inautenticidad profunda que hoy caracteriza a los seres humanos sometidos a la presión de lo que llamamos medios de información o, dicho con otras palabras, cultura de masas. Esa cultura de masas, que penetra invasoramente en lo que una vida puede tener de más íntimo, reduce la posibilidad de originalidad individual e impone a todas las personalidades el mismo molde. Para los seres sometidos a la cultura de masas, ya no existe aventura individual: quedan reducidos a vivir «como si» fueran uno de esos diversos modelos que la cultura les propone; «como si» fuesen el artista, «como si» fuesen el gangster, «como si» estuviesen enamorados... De este modo, la presión de la cultura de masas y de los tópicos que esta crea e impone, impide que el lector de novelas efectúe esa operación sin la cual no hay novela posible: la que consiste en colocarse en el lugar del personaje novelesco. La imposibilidad actual de la aventura balzaciana, con todo lo que supone de originalidad en la anécdota, en el personaje y en la psicología, proviene de la desaparición de ese mismo personaje, de esa anécdota y de esa psicología, desaparición que resulta aún más manifiesta en el espíritu de los hombres que en su vida misma. No es que los lectores no crean en los personajes, es que ya no se sienten existir como tales. No es que no crean en la pasión, es que para ellos la pasión ha quedado ya estereotipada en las diversas formas que de ella se les ofrecen, desde el crimen pasional hasta las aventuras de la «starlett». Y todos los conflictos con que ha de enfrentarse reciben también desde el exterior su solución tipo, solución casi siempre verbal y que consiste en hacer «como si» se fuese no un personaje de novela, sino un personaje real, tal como nos los presentan los tópicos de la cultura de masas.

Así pues, el reino de la inautenticidad no se impone en la novela, sino que existe previamente en cada uno de nosotros. La gran mayoría de los hombres y de las mujeres se han convertido en lectores de novelas; pero, al mismo tiempo, esa masa de lectores se halla sometida a la enorme presión de los medios de información de masas. De modo que lo que la literatura gana por un lado lo pierde por otro. Pues se trata cada vez más de hombres y mujeres que saben leer, pero a los que la lectura conduce hacia la uniformidad intelectual y sentimental. Actualmente estamos asistiendo al mismo tiempo a la creación de nuevas formas de tópicos y a la muerte de la novela, por obra del mismo proceso que hizo nacer a la novela de la muerte de los tópicos cristianos.

Parece evidente que los creadores de la antinovela no han tenido una conciencia clara de los motivos de su actitud. Simplemente, sintieron que existía una distancia infranqueable entre la realidad interior de sus contemporáneos y la realidad interior representada por la novela tradicional, con sus personajes, sus aventuras y su psicología, es decir, con su búsqueda apasionada de lo individual y lo original. La destrucción de una originalidad auténtica en el espíritu de cada lector les ha llevado a buscar para su actividad novelística terrenos distintos de los de la vida interior, que ha quedado destruída. Ese terreno nuevo lo han encontrado algunos escritores, como Nathalie Sarraute, en la reproducción de una nueva especie de vida interior, no ya original, sino profundamente trivial e inauténtica; es decir, en ese «charloteo», en ese «se» anónimo al que los individuos se hallan hoy reducidos. Al hacer tal cosa, continuaban la tradición novelesca hasta el punto en que la novela tiene también por objeto —inconsciente a veces— representar y definir un cierto estado de espíritu en una determinada sociedad. Pero ante los recursos limitados que ofrecen la trivialidad y lo inauténtico, otros novelistas han buscado nuevas soluciones. Así, se han vuelto hacia el objeto, negándose tanto a hacer de él un símbolo como a intentar expresar algo distinto de su «testaruda» existencia. Finalmente, otros como Michel Butor se han lanzado a realizar una síntesis más compleja entre el único género literario capaz de sobrevivir a todos los imperativos de una ideología dominante o de lo que puede pasar por ella, es decir, la poesía, y una determinada filosofía. La poesía es, en efecto, el único género literario que resiste a todo. Había, pues, que integrar, como intenta Butor, la poesía, que aún se supone viva, dentro de un género que se supone muerto: la novela. Pero al mismo tiempo había que rechazar los apoyos que la novela encontraba en las formas tradicionales del pensamiento y particularmente en la psicología. La fenomenología, al excluir del pensamiento creador el tema, venía a constituirse en el soporte adecuado para una tentativa de

este género. Mientras que Proust trataba de restituir su realidad a la duración y al tiempo, mediante artificios tomados de la intuición bergsoniana, Butor intenta en su último libro, *Degrés,* una operación del mismo género haciendo una especie de catálogo o inventario de todos los hechos que se han producido en un tiempo y en un lugar determinados. Pero mientras Proust se hallaba persuadido, quizá un poco ingenuamente, de la posibilidad de conseguir una reconstitución intuitiva de la duración, Butor no hace sino levantar acta de su fracaso.

Podemos ya formarnos una idea de la situación en que en Francia se hallan, respecto a la evolución de los espíritus, los escritores que se han replegado hacia la antinovela y los que continúan escribiendo novelas. El novelista de la nueva escuela es antes que nada un artista que, como cualquier otro artista, y más conscientemente, se muestra sensible a lo que ocurre a su alrededor, a lo que ha cambiado en el espíritu y en la vida de sus contemporáneos. Ese artista trata de buscar una nueva forma de su arte que se adapte a ese cambio, teniendo presente en su espíritu lo que existe y aceptándolo como tal. En cambio, en la manera de hacer de los novelistas tradicionales hay una especie de repulsa y de rebeldía, consciente o inconsciente, contra la invasora uniformidad, contra la muerte de la originalidad en los destinos individuales. Ni los defensores de la novela tradicional ni los miembros de la nueva escuela traicionan sus deberes de artistas. Ni en los unos hay conformismo, ni en los otros negación de la realidad. Lo que sobre todo les diferencia es el terreno que han elegido para combatir. Los novelistas tradicionales quieren conservar para el arte un terreno, el del destino personal, que ha sido el suyo propio desde hace siglos, negando las limitaciones a que las nuevas formas de una civilización, que de todos modos aceptan, amenazan con sujetarles. En cierto sentido, estos novelistas representan una resistencia a la historia, en la medida en que toda tradición conservada y mantenida contra lo que la amenaza es, en efecto, resistencia a la historia. Por otro lado, lo que los defensores de la antinovela quieren es conservarle a la novela su fidelidad a lo real, así como, en cierto modo, reaccionar contra los conformismos en que la novela tradicional ha caído a menudo. Las reglas estrictas y las limitaciones que se imponen a sí mismos se parecen a todas las que los artistas se han dado por reacción contra las facilidades de un arte que a veces confunde sus objetivos con sus procedimientos. En estos novelistas, y sobre todo en Robbe-Grillet, hay algo así como un ascetismo literario, que no tiene nada de inesperado viniendo como viene tras el neorromanticismo de la literatura de estos últimos años. En tales condiciones, no se puede reprochar a la antinovela ni sus excesos doctrinales ni una aceptación demasiado fácil de un estado de cosas contra el que convendría luchar.

En resumidas cuentas, los novelistas franceses se han distribuído por el momento el trabajo: por un lado están los que tratan de mantener una tradición que nada permite considerar como agotada, y por el otro los que reaccionan contra todas las facilidades y conformismos condenables que esa tradición arrastra consigo. Está bien que las reacciones, cuando son sanas, sean excesivas. Si desde un principio fueran moderadas, su influencia sería débil. Por ello cabe pensar que en lo futuro la novela francesa llegará a una especie de síntesis y conservará todo lo valioso y estimulante que le ha legado su tradición, al mismo tiempo que volverá, gracias a la reacción que la antinovela supone, a una contemplación más exacta y a una representación menos conformista de la realidad. Lejos de dar muerte a la novela, dentro de poco la antinovela la vitalizará.

JEAN BLOCH-MICHEL

Meditaciones sobre la poesía

POR ANTONIO PORRAS

TEMBLOR, ESPELUZNO, ESPANTO DE PASCAL ante los espacios infinitos. Y acontece que esos espacios han comenzado a hablar, hablan ya. Algo se ha producido como consecuencia de la técnica y la ciencia. Esos espacios nos envian mensajes, noticias, *datos*. Y el hombre no se aterroriza en modo alguno, se siente seguro asentado en la técnica que le proporciona el progreso científico y viceversa: ciencia que tecnifica y técnica que cientifica o permite el progresar de la ciencia, ya que sin instrumentos tal progreso no sería posible.

Hablan ya los espacios infinitos. Hablan ¿Qué es hablar? Decir algo. Decir es dar, y aun darse (a conocer) y es también consagrar (*dico*), como nos lo indica ese *dedicar un día* a, o dedicar un libro, lo cual no quita para que hablar sea fabulación, palabra en la que *fabula* no es sino eso que es objeto del hablar, o sea la entraña del dicho que suena, y lo que suena. De ahí que fabulación —según el gramático— venga de *a fando* que, a su vez, nos conduce al interior de *fari* que significa articular palabras. Y ocurre que *fari* es próximo pariente de *fores,* que significa abrir o abrirse una puerta, un poro, de donde resulta que la palabra articulada (*fari*) produce una o se produce en una abertura (*fores*), hecho éste que es importante como se verá. En fin: el *a fando* del comienzo de esta perspectiva, no será más que un articular palabras para decir lo que sea posible decir o revelar. Y la poesía se hace con palabras. No acaba ahí el tan sencillo, al parecer, decir, pues decir es también acordar, consonar, ir bien con: este color *no dice* con ese otro; a fulanita no le dice bien ese vestido; a mí me dice este clima, etc., etc.; o sea que decir viene a ser un expresar o exprimir o prensar para que suelte; prensa con la que Covarrubias no se satisface y envía a *elicere* que significa provocar, atraer, hacer que salga, la cual, el mismo gramático, nos emparienta con *expromere,* que significa hacer que aparezca, se manifieste —cosa esta última que nos reenvía al *fores* antedicho.

Los espacios infinitos, pues, provocados (por la técnica) empiezan a manifestar*se,* forma reflexiva que subrayo porque, en efecto, son ellos (los espacios) los que *se* manifiestan y no el hombre con su técnica o ciencia quien los manifiesta, entre otras razones porque el hombre ne produce manifestaciones, aunque las haga; v. g. la manifestación del primero de mayo lo es de algo que no está en la procesión y que *se* manifiesta, por sí, a través de ella, pues el hombre todo lo más que ha hecho es provocar la manifestación con el señalamiento de una fecha, la dedicación (recuérdese lo dicho antes) festiva de un día, en el almanaque; el hombre, pues, no ha hecho sino provocar la manifestación de los espacios infinitos. Y ya quedó anotado: algo se ha producido, que es la frase que se emplea, pues nadie dice hemos producido, frase la usada, que quiere decir que ese producir es un producir*se,* en la cual el provocante (hombre) es —ya se verá— un elemento del producir o producirse.

Y producirse es *dar de sí,* darse en cierta medida. ¿Qué es lo que se ha producido? Pues, sencilla y complicadamente, la reyec-

ción, corrimiento de un velo; se ha abierto una puerta o poro; se ha producido una manifestación; se ha hecho —no hemos hecho— un manifiesto, un descubrimiento, se ha descorrido un velo, se ha hecho un apocalipsis.

Pero ¿quién? ¿Quién es ese que se oculta tras el *se*, o mejor en el *se* ha producido?

No es la ciencia, porque en tal caso diríamos: la ciencia ha producido. No la técnica, porque diríamos la técnica ha producido, cuando ella no es sino medio a la ciencia. Ni el hombre, y aun ni siquiera su provocación, porque se provoca a algo o a alguien y, en realidad, la provocación implica en su fondo una presencia provocante (de amor, de odio, etc.) y presencia que en este caso era —es— ese silencio espeluznante de los espacios infinitos.

En verdad que hemos adelantado poca cosa colocándonos en el terreno de la provocación. Esta no nos lleva ni puede llevarnos al apocalipsis, si no la ligamos con la manifestación. La provocación no quiere decir aquí otra cosa sino un dejar que la cosa se manifieste, se acuerde, case, consuene, *se produzca*-ella. Algo se ha producido. Pues sí: la cosa ha venido, viene, hacia nosotros. Ejemplo, tomado de un juego infantil que se usaba en mi tierra para quitar el miedo: «Doy tres palmadas: Plaf, plaf, plaf. Que salga el de las calzas coloradas.» Recuérdese también, si se quiere, el dicho: «Hablando del ruin de Roma...» Y ahora pregunto ¿Quién produce? ¿Yo que doy las palmadas? No, evidentemente, sino *eso* que aparece, porque resulta que producir es engendrar de sí (*gignere*), dar de sí, dar a luz.

Algo, pues, se ha producido. En la faena apocalíptica, manifestante, no puede decirse que el hombre es causa, pues el producirse, abrirse o esclarecer, el apocalipsis en fin, sólo tiene lugar en tanto que el hombre es llamado a dejar que el manifiesto se produzca.

No obstante insistamos. ¿Será la ciencia? No, porque ésta es medio y porque las experiencias físicas —nos dicen con hechos los modernos sabios de esa ciencia— no pretenden, en su fondo, comprobaciones ni demostraciones; son experiencias en tanto que su propósito es el de averiguar por la pregunta que la experiencia es respecto a la naturaleza, si ésta responde y cómo. Lo que viene después es *autre histoire*.

Pero si el hombre entra en el producir por medio de su dejar —activo, vigilante— aparecer, cosa análoga ocurre con la ciencia desde el punto de vista aludido. Y acontece que desde una perspectiva práctica, el hombre y la ciencia no pueden hacer nada de lo aludido sin la técnica. Ya se alzó ahí, de cuerpo entero, la enormísima diosa de nuestros días, la que acumula dicterios o beaterías, maldiciones o adoraciones, según quién. ¿Por qué no pararse un poco a tratar de pensar? No hay tiempo. ¿No lo hay; Así parece. ¿Para qué hay tiempo si no lo hay para intentar pensar? Porque el silencio de los espacios infinitos espanta. No a mí, que no soy Pascal y además tengo la técnica. ¿La tienes o te tiene? Porque pudiera acontecer que ni la tengas (tú) ni (tú) te tengas. Y si tú no te tienes, difícil es que tengas nada, ya que no puedes ni con tu propio peso. Porque de lo que se trata es de tenerse uno a sí mismo. Parece, pues, que debemos pararnos a pensar en tenernos, poder estar, ser, en medio de las cosas, a lo que en definitiva nos fuerza el hecho de estar en el mundo; y es evidente que el hecho de estar en el mundo fuerza a que se trate —por lo menos— de conocerlo: he ahí la técnica como instrumento de investigación; y ya dice un lingüista que en griego esa palabra significa saber, conocer, un medio de conocimiento; o sea: la técnica forma parte del producir en cuanto coadyuva —no fabrica— a la manifestación, al apocalipsis nombrado más arriba. La técnica es uno de los elementos aparta-estorbos de la verdad. Y de ahí que en la vieja Grecia, la poesía —según Heidegger— se dijera técnica, llamándose más tarde poesía a la técnica especial que, desde ahí, se llama poética. Y esto se entiende a plenitud si pensamos en que la poesía, al hurgar y hablar en lo concreto y de lo que está ante los ojos, no hace otra cosa que darnos la presencia de lo invisible: con, de, por y para la tierra y en ella, se hace la poesía y nada más.

Pero ciencia, técnica, hombre, en cuanto apartan velos, manifiestan, descubren algo que se manifiesta a sí mismo como descubierta, lo cual es tanto como decir que ese algo se descubre como nuevo velo, ya que lo descubierto es sólo camino, destino —diría el filósofo antecitado—, pero no fatalidad. Y yo añadiría paradójicamente, ya que la paradoja es la definición más exacta de una complejidad y estamos en la vida que es lo complejo por

definición, yo diría, repito, libre fatalidad de caminar, faena archidramática y al par estupenda diversión (ya veremos en su lugar, diversión y poesía), y desde otra perspectiva no muy ajena a la anterior, caminar cristiano, ¿por qué no? Cristianismo: una forma de vida.

Este trocillo de camino recorrido a partir de la frase pascaliana, que nos llevó por derecho al ahora y aquí de las maravillosas *performances* interestelares rusas y norteamericanas, en las que corrido un velo una verdad aparece; mas el ojo se queda ahí encantado hacia lo que tras cada revelación sigue aún oculto, como decía Nietzsche; ese camino, repito, alude también a un enormísimo peligro. Todos vemos, y quien no lo ve es porque no quiere, que caminamos por el difícil borde de el más tremendo acantilado, porque no hay seguridad que valga, no hay seguro posible que garantice un destino apocalíptico; cada velo corrido es nuncio de otro velo; y la médula, el *ser* de *eso* —del hombre mismo—, es incazable por modo absoluto, es inmetible en el zurrón, y valga el dicho por lo gráfico. ¿Quién es *ese* que se oculta tras el *se*, y el *se* ha producido? Y al pie de ese destino, al pie del difícil borde del acantilado; y arriba, quizá más bien arriba, hacia arriba, hay un abismo cuyo fondo (¿lo tiene?) no es pensable, sondable, sino como interrogación.

¿Hay algo que a modo de balancín pueda servirnos para conseguir un poco de equilibrio en ese difícil borde? Pensemos un instante en el hecho evidente del *décalage* que hay entre progreso técnico y científico, y progreso espiritual. Ahí yace una cuestion de trabajo, pues ya dijo Baudelaire que la creencia absoluta en el progreso es doctrina de perezosos. Creo que la poesía puede decir y hacer algo esencial. Los poetas antiguos ya dijeron mucho. Los mejores de los modernos reemprenden el camino.

Por eso yo, cuando siento hambre de pensamiento y claridades, no suelo dirigirme a un filósofo, sino a un santo o a un poeta. Sin olvidar que la mucha luz produce sombras.

Bajo el signo del cansancio

Al hablar de *décalage* entre progreso técnico y espiritual, quise decir que hay una como fisura, solución de continuidad, bache, desacuerdo, que todo esto entiendo que dice en una sola palabra la francesa; y es evidente que tal cosa impide la buena marcha del motor que ratea, dicen los conductores españoles no muy mal dicho, o sea que falla, marra, se fatiga, suena mal, se cansa en fin.

Cansancio. Hoy, apenas si se cruzan diez palabras con alguien sin que salga a relucir —más bien a opacizar— el repetido «estoy cansado» que, a la vista está, ha llegado a ser lugar común; es decir, perspectiva general de nuestro mundo y lugar desde el que todos en general vemos la vida hoy. Lugar común: ripio en la poética de la vida; tropiezo en la creación de lo nuevo en y para la vida terrenal, que es la que se sitúa en primer término, pues que prescindir de la tierra es abominar de toda vida.

Partiendo del nombrado cansancio y teniendo su idea probablemente en mi misma entraña, siempre al leer a Quevedo me paré en este verso de uno de sus sonetos: «Soy un Fue, y un Será y un Es cansado». Así, los tres tiempos del verbo, con mayúscula como los anota Dámaso Alonso. Bergamín, en *Fronteras infernales de la Poesía,* se detuvo también en ese verso; es decir, se detiene a citarlo aunque no por razón de la palabra cansancio. Dámaso Alonso no se detiene en el verso especialmente. Los dos agudos declaradores —me gusta más que llamarles críticos— de poesía, iban a otra cosa distinta de mi propósito.

A mí lo que me paró a considerar o reflexionar, fue y sigue siendo ese *cansado* que se dice Quevedo. ¿Don Francisco cansado? Con mi considerar, lo que yo pretendía era —y es— realizar el cansancio quevedesco, hacer que su ser real apareciese; quedarme sentado, expectante, interrogante, para dejar que la cosa cansancio apareciese de por sí. Porque ¿Quevedo cansado? No me importa el de qué, sino el estar cansado él, a quien yo tengo por uno de los dos verdaderos incansables y jamás cansados, de todas las letras españolas y acaso de las universales: Quevedo y Santa Teresa. Ambos se debatieron y batieron en incansable brega para llegar no a la paz, que al fin no es otra cosa que compromiso, sino a la voluntad expresa del *réquiem.* En ese cansancio de Quevedo veía —y veo— una voluntad de beatitud activa, es decir, un incansado mudo, o mejor enmascarado interrogar, pues que la palabra cansado no es ahí una pregunta expresa, sino velo o máscara de la honda interroga-

ción, de tal manera inefabilizada; veo yo, digo, sólo un querer que el velo se descorra para que se abra la silenciosa puerta velada que conduce donde lo imposible de expresión completa habita. ¿Quevedo cansado? Cansado de impaciencia, incansable de afanes, desesperado esperador, preguntón incansable furioso de verdades, cosa que está clara si remontamos la corriente del soneto hasta su origen, que es donde el huevecillo de la verdad anida: «¡Ah de la vida!» empieza el soneto, y por si la sordera es sueño, grita seguido: «¿Nadie me responde?» No es posible dar más rotundos aldabonazos de caminante impertérrito, que no de hombre cansado.

Está cansado de tantas como minutos «presentes sucesiones» de su existir. Porque, a pesar de todo, él es un yo. «Soy», dice la primera palabra del verso. Soy, palabra que se levanta en unisílabo rotundo para enseguida caer nostálgicamente —lejanía próxima— en «*un Fue*», que da la sensación de algo que arrastró el viento.

¿Quién es éste que fue y dice que es, no el cansado del final del verso, sino el bravío que es soy del comienzo del verso mismo? Soy. Instante, centella del sentir y del pensar; verbal centella también univocidad, afirmación clarísima, desligazón del tiempo, eternidad por tanto, ¿de quién? Del ser que dice soy; del ser del soy, no el de Quevedo. Por eso él, Quevedo ahora, cuando dice soy, nos envía otra vez al comienzo, a la realidad más diaria, a ese que al entrar en la casa dice: «¡Ah de la casa!» o «¡Ah de la vida!» que es lo mismo; la casa o la vida; la casa o vida por la que entra sin más demanda ni permiso y sin forzar puerta alguna, porque esa casa o esa vida o esa casa-vida está abierta, se abrió ella ante la incitación muda de unos pasos.

El soy que inicia el verso es y no es de Quevedo. Más claro: no es de Quevedo, es del poeta, y ni aun el poeta si no se le funde en la perplejidad que implica el pronunciar como explosión un nombre: soy. Es el soy, el ser mismo que se llama por su nombre. Pero Quevedo, el poeta, no tiene sino conformarse gritando «¡Ah de la casa!»

Soy un. «El cansancio está ya en la oscura resonancia de ese numeral indefinido, que con su indeterminación viene a ser vientre, abrigo de. El abrigo o nido, como el vientre preñado, son siempre sombra. Y de ahí seguidamente escapa el lamento: «Soy un Fue». ¿Quién dice «Soy un Fue»? Aquí no cabe duda, es Quevedo que se lamenta, como hombre a quien se la ha ido, fue, y no es, eso: lo que fue.

¿Es Quevedo quien lo dice? Repite lector, repítelo a ti mismo: Soy un fue, soy uno que fue, el verso no sufre alteración, quien lo dice eres tú, y yo, y el otro; ese otro que yo, que está en mí y me mira ¿Si no fuese otro, cómo habría de decir fue mirándose a sí mismo y viéndose como se ve? Es otro. Es el yo —soy— en el propio espejo. Quevedo en esa lamentación es el portasufrimientos humanos; el portavoces de esperanza, porque toda lamentación al ser un volverse hacia, se convierte en nostalgia, en dolor de ver cerca lo que se fue tan lejos por modo irreversible: desesperación de vuelta. Por eso la lamentación arrastra, lleva a rastras, dolorosamente, lo perdido, lo que fue y no es. Pero esa desesperación no puede en el hombre desasirse de la espera, porque quien espera desespera.

¿Mas como ha de esperarse lo que fue? «Cualquiera tiempo pasado, fue mejor.» He ahí una fórmula de la nostalgia. Fue mejor porque eso fue y no es; porque es, al fin, liberación de algo. ¿De veras? Bergamín acerca agudamente a ese verso de Manrique, lo que decía Unamuno: «No fue, es.» Y Quevedo nos lo dice bien claro: «Soy un Fue»: soy, ahora que me lamento; soy, sigo siendo eso que fue. Y esto es la evidencia misma, pues sino fuera así no se lamentaría, ello habría pasado, no sería, y lo que no es, ni duele ni alegra: es nada. La lamentación del fue es un revenir, es vuelta a, seguir siendo aquello que pasó. Ortodoxia pura.

¿Qué pasó? ¿Que pasó y vuelve? ¿Si vuelve, a qué el lamento? ¿De qué se lamenta y nos lamentamos al decir soy un fue, cuando en realidad lo estamos siendo y perfecto presente? ¿Lamentación, llanto por lo que pasó y está perdido? No está perdido, está —¡ay!— aquí. La lamentación aparece sobre otra cosa: sobre el pasar.

¿Por qué? El pasar se ve como un pensar, y pensar es estar colgados de un hilito. ¡Qué pesado es pensar! ¡Qué trabajoso! Sentir el pasar es pensar (cualquiera tiempo pasado...); pero no hay tiempo pasado desde el momento en que el hombre se sitúa en el acto de creación, porque éste es instante. Lo que sí hay es pasar, un ir pasando por la creación, o sea un acto original, pasadera sobre la corriente temporal; pasadera que el poeta con-

vierte en puente, aunque la pasadera —piedra en la corriente del río en la que se asienta el pie para pasarlo— ya es a modo de puente: el poeta como pontífice, hacedor de puentes —entre la tierra y el cielo, o en la tierra sobre la corriente temporal. Pero qué trabajoso es pensar, construir puentes, poetizar de veras. Por eso el lamento. «Soy un Fue» lo leo ahora como cuasi contrapaso, un contra pasó que, al hilo de la nostalgia o presencia lejana, me afirma siendo paso que doy y es detenido por un grito al pasar, grito que al darlo yo es voluntad de ser, por eso grito, porque el pasar se me revela contravoluntad, hasta el punto de que esta voluntad que padece del pasar, se ve ella misma amenazada del pasar.

Y esa voluntad acabada de aludir se enhiesta a continuación del Fue: «Soy un Fue, un será». Será, afirmación que aquí es casi contundente por lo voluntaria, apasionada, interesada: «Querer es voluntad interesada», dice Quevedo en otro soneto: «Mandóme, ay Fabio, que la amase Flora / y que no la quisiese...» Tal es el primer verso y el comienzo del segundo soneto. Manda Flora, y manda que se la ame y no se la quiera. ¿A quién manda? O sea: ¿quién es Fabio? Fabio en la poesía de esa época es una muletilla o comodín que liga con toda carta. ¿Quevedo, pues, poeta de lugar común? No en absoluto: «Ay Fabio», tal y como está colocada la frase en el verso, es una lamentación originada por el mandato de Flora que impone que se la ame y no se la desee, no se la quiera, no se ponga en su belleza la voluntad interesada de posesión material; lo cual implica una renuncia enorme —«ay Fabio»— y como a quien manda tal cosa Flora es Quevedo («mandóme»), Quevedo es, el poeta Quevedo, quien se duele y se lamenta ante sí mismo: «Mandóme, ay Fabio», que es como si díjese: ay de ti pobre poeta. Cuando un poeta auténtico toca una cosa, aunque esta sea mostrenca, la convierte en presencia de la poesía. Para verlo claro no hay sino hacer una comparación: «Estos Fabio, ay dolor, que ves ahora». Aquí Fabio, no es Rodrigo Caro autor, pues la lamentación no es del poeta ante sí mismo, sino la del versificador ante la ruinas de Itálica, con lo cual el versificador se queda al margen tan fresco; o sea que la lamentación es puro ripio. Y no en Quevedo, porque el dolor nace en la quiebra exacta de la voluntad: «mandóme, ay Fabio». Porque él ha de obedecer por fuerza de amor (núcleo de la poesía y del soneto), amor que, por serlo, no deja de ser dolor, ya que hay que superar todo interés. De ahí el cuidado, la vigilancia extrema sobre la voluntad que ha de obedecer, ponerse, no sin confusión, al servicio sólo del amor: «y mi cuidado, obediente y confuso». ¿Confusión en la obediencia? ¿Pero es que hay nada más claro que el obedecer? Si hay: obedecer conservando la propia voluntad de deseo sin ponerla en contienda con la adoración, que es precisamente lo que aquí se prohibe con el mandato de Flora, mandato que viene a contrariar, no sólo la voluntad, sino «lo que el humano afecto siente», todo humano afecto siente «y llora». Por eso la confusión, la enorme clara confusión, las «claras confusiones» de Lope, que no le daban razones. Quevedo está aquí, como Lope, en la sinrazón poética, en la sinrazón de amor por fuerza de amor. Y la confusión, la irracionalidad superadora poética, sube de punto, si seguimos el verso y tras la palabra «confuso» vemos que el poeta estampa la de «mancillado» ¿De qué puede estar manchado, maculado, ese cuidado obediente y extremado, cuando estas dos palabras que acabo de escribir dicen claramente de la pureza del cuidado mismo? La herida, la mácula sangrienta, está en la quiebra de la voluntad, de la voluntad humana; en la percepción, y al par en la renuncia, del regusto humanísimo de querer, lo que precisamente aquí se prohibe. Y esa herida duele al poeta («ay Fabio») porque el poeta, con el instrumento de su poesía, ha llegado a conocer (la poesía como conocimiento): porque si el humano afecto siente y llora, eso de que el afecto se duele es gozado por el entendimiento poético, por la razón irracional superadora poética, que se amartela del espíritu eterno.

Si volvemos a la frase «obediente y confuso», habremos de preguntarnos: ¿Obediente a qué o a quién? A la vocación, al *vocator*, que se descubre en el «mandóme que la amase Flora», pero que vuelve a velarse en la confusa, mancillada obediencia de adorarla sin desearla. Por eso hay que declarar que la obediencia, o más bien y en realidad el propio impulso, se dirige al *vocator* (ser) que se oculta en la llamada de lo abierto que hace al poeta decir: «Ah de la casa», o «ah de la vida», grito que da para que eso que parece estar viendo, torne a cubrírsele de nuevo de

manera incitante. Por eso tras la palabra «obediente», el poeta escribe la de «confuso», que aquí vale también por maravilla, porque es la clara confusión que implica siempre la marcha tras el ser. «Soy un...» ¿qué? Pero como la confusión es clara, de ahí que creadoramente, el poeta estampase seguido «un Será». ¿El qué será? Respuesta: «un Es» (cansado).

Fue, Será, Es. Soy un fue, soy un será, soy un es. ¿Cómo la primera persona (soy) es, al par, la tercera (es)? ¿Quién es él? Los tiempos vuelan hechos añicos, y para más clara confusión, todo se funde en ese «soy un es»; un *esse* o ese: soy un es: hombre plantado en la tierra, habitando la tierra, construyendo la tierra con la palabra, que diría Teilhard de Chardin; con la palabra poética y no de otro modo; palabra pontifical o constructora de puente; palabra elegida, cuasi vaso precioso, que escribe San Agustín, quien además afirma la ruptura de los tiempos del verbo —como hace Quevedo— cuando ve el tiempo del hombre, sólo como un ir hacia; pasos contados, cuenta a rendir; pasos sobre un presentísimo ir pasando (el pasar, no el pasado), haciéndose: devenir. Soy, pues, un es estarlo viendo presente desde el origen; soy un fue y un será y un es cansado furioso, de tanto esperar la aparición, la manifestación plena, sólo posible en el ágape que es dado al hombre en gracia huidera, y no como acción suya, pues el ser de esa gracia —como el de toda gracia en definitiva— es el escaparse a toda posesión, ya que poseída sería no un ser sino un tener, y lo que se tiene es siempre fungible.

Quevedo ve que lo que tiene es el poder irse haciendo a la vida como circunstancia; haciéndose a la vida y a la muerte. De ahí que el primer soneto comentado termine: «he quedado /presentes sucesiones de difunto».

Dámaso Alonso dice, con razón, que en ese verso entra un elemento no poético, elemento que, con el propio Quevedo, diríamos grosero, descortés, caduco. Pero creemos firmemente que el genial don Francisco sabía eso y no obstante lo escribió y ahí lo dejó por siempre. ¿Por qué? En primer término porque eso era doctrina suya: «sentencia de muerte es el nacer; cada minuto nos morimos», dice y repite en otros lugares. Pero además y concretamente, para mí, ese verso es la declaración plena de aquello a que alude la palabra cansado: el poeta tras su «Ah de la vida», y la huída subsiguiente del ser, que nos revela el «¿Nadie me responde?», se ve presa de angustia en ese momento que es de máxima evidencia como lo indica su escritura misma, y a causa de ello, él se recoge en sí mismo; diríamos que, incluso místicamente, él ha ido hacia una morada que presentía llena, es decir, un abierto vacío a llenar de sí mismo (otra clara confusión o paradoja); a llenar de sí mismo, repito, con ese ser que se abría en la morada, su morada, y aconteció lo que no podía sorprenderle, esto es: que ahí no estaba la meta. Por eso añadió: «¿Nadie me responde?»

Volvamos ya a las presentes sucesiones que están concebidas, pensadas, entendidas y poetizadas, no como estares o paradas con solución de continuidad entre sucesión y sucesión, sino como un ir yendo o siendo, continuo afán motor: los tres tiempos básicos (fue, será, es) se hacen un solo tiempo que se incurva anulándose, anillándose, por el interior de cuyo anillo corre incesante la savia, y es en ese vivo ánulo donde está la plenitud del ansia, del sufrimiento y también del gozo. He ahí como yo veo las sucesiones de difunto: como una defunción de cada momento temporal que se ahueva (Fénix) en el ansia, ya serenidad en el incurvamiento temporal que se pronuncia instante eterno. Más claro: es todo el juego que implica la palabra esperanza, pues la esperanza es nada ya que aún no es lo que espera; por eso quien espera desespera. Todo esto se aclara más si pensamos que Quevedo escribe, de cara a las postrimerías; incluso baja a los infiernos y nos los describe o cuenta lo que en ellos ve, sin transfiguración, mas realizando (recordad las «doncelleces fiambres» y otras frases abruptas), porque entiende que la poesía no es idealización beata ni consiste en hacer recular las realidades, sino en revelar lo que no suele o no quiere verse. «Ay de mí, yo soy perdida», que dice Aminta cuando ya don Juan está en su alcoba; «ay de mi honor», que dice Isabela, ya tarde; y así todas y todos cuando la hora llega, *La Hora de Todos* (o la Fortuna con seso).

*
* *

Según lo último que acabo de anotar, parece que la poesía es revelación de eso que se dice San se acabó, el juego es hecho y no va más: un estar al borde de la Sombra, de la Muerte.

¿Es eso la poesía? Lo es, precisamente, porque es otra cosa de la cual encontré la declaración en mi Quevedo, quien sabía, entendía la vida como viviente muerte, razón por la que peleaba dentro de sí, aferrado a la vida real; y razón por la cual su poesía es en absoluto inconfortable, lo menos comodidad y menos butaca que darse pueda. Y yo estimo que la poesía es justamente eso: inquietud inquietadora, no descansar ni endulzorarse como convaleciente. La poesía quevedesca es tan inconfortable, que ni se está quieta ni nos deja estarlo, incluso en los momentos en que sale al buen sol, pues hasta con el sol se mete: «Bermejazo, platero de las cumbres, a cuya luz se espulga la canalla.» No descansa, no se cansa Quevedo, no quiere que nadie descanse, igual que Séneca, el cordobés, que escribía a Lucilo diciéndole: «El casco ciña nuestras canas.» O sea, aun en la vejez precisa continuar en el combate, cosa que don Francisco expresó escribiendo: «No he de callar por más que con el dedo...» Porque los bien hallados, los modorros amodorrantes, quieren que el poeta calle, pues saben que la poesía es revelación y que toda revelación es inquietante. Por eso amenazan al poeta —a todo poeta—, y es Quevedo quien lo dice: «No he de callar por más que con el dedo, / ya indicando la boca, ya la frente, / silencio avises o amenaces miedo.» Quieren, aquéllos, el silencio poético y hasta el del pensar; que no suene la palabra creadora, animadora o dadora de alma. Quieren que se produzca una falla, un sordo espeso desacuerdo entre su comodidad y el ansia de mejor vida y de mejor muerte, de que habla la poesía. Mejor muerte quiere decir un morir propio y no estandardizado, muerte traída del almacén, como es de mucho uso.

Y ved ahí el *décalage* entre progreso técnico y progreso espiritual que fue punto de arranque de esta meditación. Nosotros, hombres de 1960, somos beatos de la técnica. No nos esforzamos lo bastante en tratar de poner de acuerdo nuestro interior con la maravilla de lo que nos rodea, pese a que la técnica misma nos incita a ello cuando bien la entendemos, y nos parece que con sólo juntar las manos en adoración de una imagen —falsa— de la técnica, no hay ya sino lanzarse al mar para luego salir con la perla estupenda. No vemos que la técnica es una admirable diosa digna de toda reverencia, pero que, al par, exige fuertes dones: exige que nosotros demos de sí. He ahí al poeta: la poesía es un dar de sí, acción que salva la falla producida en el vivir por el deseo de una tranquilidad egoísta y lucrativa. De donde sale que la poesía se manifieste siempre al borde del abismo, en el reinado de las sombras, y que siempre, en su origen, implique una suerte de bajada a los infiernos (vuelvo a recordar las *Fronteras,* de Bergamín) o por lo menos, un debatirse en sombras, como nos lo dice explícitamente San Juan de la Cruz al partir de la *Noche Oscura.*

La técnica ha hecho luz, mucha luz y maravillosa, que nosotros hemos de procurar acrecer; pero luz que al dar sobre el cuerpo ha hecho —claro está— sombra, y tanto más densa cuanto más potente y clara aquella luz, y cuanto más el cuerpo del hombre se hace opaco en la comodidad de la luz que le incita a dormir porque le espanta los fantasmas, sin darse cuenta de que también puede espantarle los pájaros. Es cómodo que nos den sin que tengamos necesidad de estrujarnos para soltar jugo de uno mismo; es cómodo que todo se resuelva dando solamente algunas perras y nada más. Y he aquí un momento en que yo quiero se me permita recordar una faena poética la más excelsa. Se conoce con el nombre de Oración en el huerto. Y ese huerto de la oración, está en un lugar que se llama Getsemaní, nombre éste que significa prensa aceitera. (¡Qué casualidad, si es que eso la fuese, y no un clarísimo significante!)

Puede que alguien piense que elegí mal ejemplificando con Quevedo como donador, ese Quevedo del Caballero de la tenaza que escribió: «Sólo un dar en dar me agrada, que es el dar en no dar nada.» Pero el tal presunto avisado se equivoca, pues los dos versos acabados de citar están en intimísima relación con lo que don Francisco escribía al duque de Osuna dándole cuenta —y cuentas— de los regalos que había tenido que hacer a ministros y personajes de la corte para lograr ser recibido y oído. «Aquí —escribía— los hombres se han vuelto p...; que no las alcanza quien no da.»

En fin. ¿La poesía es cosa seria? ¿Real? ¿Verdad o mentira? ¿Juego? ¿Sirve para algo?

¿Qué será la poesía?

ANTONIO PORRAS

JORGE ICAZA

Fantasía reincidente

—UN CUENTO SENSACIONAL —*me recomendó el editor con acento y gesto de sentencia inapelables.*

Según él —interés de difusión y venta al por mayor—, aquello de sensacional demandaba comprobado realismo, fuerza en el ataque, en la burla, en la sátira. Nada de juegos baratos con los sentimientos, con la imaginación, con la fantasía. Exigencia que, de ordinario, mis capacidades pequeñas se acostumbraron a cumplir a la manera y medida de las gentes humildes de mi tierra que dicen como que dicen y olvidan lo que les da la gana.

Mis recuerdos ancestrales, culturales y emocionales para satisfacer aquel trabajo huyeron como bandada de tórtolas ante el impacto de dos experiencias —inofensivas al parecer— de aquel dichoso día de forzada inspiración. Asistí —por compromiso y sin esperanza de atención— a una conferencia de don Gregorio Pintado de Samaniego —intelectual de moda, señor de los mejores recursos burocráticos, caballero a fuerza de codearse servilmente con prelados, diplomáticos, banqueros y latifundistas— sobre «Las Grandezas y las Miserias de Nuestra Democracia». A los pocos minutos de iniciado el acto sentí —vibración de orgullo, modorra de asco, célula aceitosa de aburrimiento— que la concurrencia había perdido la fe y la capacidad de creer que quizás trajo consigo.

Un temor de trasnochada factura nos inmovilizaba y retenía a todos en atención de estatuas. Sobre el bla-bla-bla del conferenciante —a veces tragicómico por lo declamatorio, por lo movido en una especie de lance torero, por lo amistoso en gestos y sonrisas hacia la persona de su predilección; a veces erudito en citas históricas, en referencias políticas, en comentarios internacionales, en hábiles mentiras de dominio público— alcancé a distinguir la intención profunda que le animaba —al principio un poco confusa, perdida en el horizonte de patrióticos razonamientos, luego dubitativa entre la libertad y la conveniencia personal, y, al final, clara y cínica—. Sí. «Las Miserias de Nuestra Democracia» se debían exclusivamente a la actitud rebelde e ingobernable de una raza de indios y de cholos —cuartelazos, golpes de Estado, revolucio-

nes—, y, «Las Grandezas» al afán civilizador y de urgente imitación a las instituciones norteamericanas que practicaron ciertos elementos liberal-latifundistas dueños del país durante sesenta años. Una ola de náusea y de coraje inundó mi garganta —rara sensación de burla y desprecio para cuanto de bueno y de malo podía haber en la bastarda disertación del conferenciante—. Don Gregorio Pintado de Samaniego, al hacer la síntesis de su «inteligente» charla, atribuyó sin ningún pudor todos los progresos de nuestro vivir democrático a uno de los invitados de honor —caballero de recia contextura, de fría mirada, de pulcro vestir, de gran crédito bancario y de vastos latifundios en la sierra y en la costa— y a su familia, sobre todo a sus antepasados —nutrida fauna de presidentes de la República, de ministros de Estado, de generales en permanente servicio activo, de prelados de la Iglesia Católica—.

En la tarde del mismo día me embaulé en un cine —impulso de equilibrio para ahuyentar la amarga obsesión del primer impacto paradójico—. En el sueño de plata del «film» se enredó y agravó mi pesadilla. Todo me parecía haber sido hecho y retocado en colaboración con el erudito y aristocratizante señor de la conferencia. Un hábil y engañoso desarrollo de escenas bien tomadas y mejor dirigidas técnicamente arrastró la emoción del público —yo parte de él— hacia la lógica inalterable del desenlace feliz donde el problema medular se resolvió en beneficio de la tranquilidad colectiva y de la moral individual. El héroe —un raro personaje defensor de las empresas comerciales de la palabra escrita— se enalteció, como siempre, en el sentimiento crítico de los espectadores, gracias a la vitalidad deportiva, a la constancia delirante, a la fe en sí mismo —cualidades usadas y abusadas en la trama argumental para agigantar a los conquistadores del Oeste sobre un campo de indios asesinados; para probar que la dignidad del ciudadano más insignificante y su pasión desinteresada pueden encumbrar al mozo de café, o al chófer, o al sirviente, o al pequeño burócrata, hasta el tálamo nupcial de la millonaria; para justificar el linchamiento a negros; para exaltar la crueldad de pistoleros y asaltantes y el valor de detectives y policías—.

*
* *

A la noche trabajé sobre las cuartillas y todo salió al capricho de extrañas formas —influencia próxima, desnuda, obsesiva de la experiencia diurna—.

El pueblo que pensaba describir —nido de casas bajas y de calles tortuosas en la ladera de un cerro de los Andes— surgió en arquitectura de amplios ventanales, de sólidos muros, de corredores entablados, de gruesos pilares, de galpones de madera y zinc. Tampoco las figuras que fluían de mi imaginación eran mis gentes —indios, cholos, montuvios, chagras—. Se parecían más a los personajes de la película que vi aquella tarde, a don Gregorio Pintado de Samaniego y su público —decididos, orgullosos, violentos, crueles—.

*
* *

De pronto, después de largo viaje a través del campo desértico donde naufragaban las últimas casas del pueblo, apareció en la calle principal un hombre. Un hombre que al describirle y retratarle noté se identificaba conmigo —mis mismas facciones, mis mismos gestos, mis mismas actitudes, mis mismos anhelos, mis mismos temores—. ¿Edad? Debía de tener de treinta a treinta y cinco años —yo también alguna vez los tuve—. ¿Qué quería aquel personaje? ¿Qué deseaba? Era un peregrino, un forastero que buscaba trabajo.

—¿Trabajo? Bueno... Si es así... El único que puede darle es Tuppy Wooster —afirmó al extranjero un vecino del lugar.

Y todos los que fueron interrogados allí respondieron lo mismo. Ampliando, cada vez —con mayor lujo de detalles—, los datos sobre las virtudes y sobre las posibilidades del ilustre ciudadano requerido. Pero es el caso, que a pesar de atender al forastero e indicarle cosas, nadie le tomó en cuenta con la seriedad debida, nadie puso interés en él. Una especie de indignación general ofuscaba a las gentes, las tenía nerviosas, amargadas. Dos días antes, un negro criminal —bestia libidinosa— desapareció por el desierto después de seducir y violar a una muchacha blanca —virtuosa, inocente, indefensa, desde el momento que el vecindario supo que había sido atropellada por una fiera de color—.

«¿A mí qué me importa que haya huído el desgraciado sátiro? Pero la muchacha... ¡Oh!, la muy prostituta. ¡Son tantas! A quien debo

hallar es a Tuppy Wooster. Es el único que puede ayudarme. Es el único que puede darme trabajo. El trabajo que me libre de la miseria. Tendré que seguirle al infierno si es preciso. ¡Al infierno! He caminado tanto en la vida. Tanto...», pensó el peregrino al saber que el hombre a quien buscaba había salido la víspera en su camión hacia un pueblo del norte. Nadie, desde luego, le pudo explicar el objeto de aquel viaje. No obstante, notó que todos se hallaban convencidos de que su protector, su heroico demócrata, su eminente figura pública —éso y mucho más le llamaban—, volvería con una gran sorpresa para la dignidad y para el honor del pueblo. Así fue siempre.

—Siempre.

—¿Pero tardará mucho?

—A veces demora una semana. A veces un mes.

—¿Un mes?

—Puede alcanzarle, si le necesita pronto, tomando el tren que pasa por aquí.

—¿Hoy?

—Mañana al amanecer.

—Mañana al amanecer, será.

El forastero tuvo suerte a la noche. El dueño de una construcción —cobertizo casi abandonado a la salida del carretero y que en un tiempo debió de servir de bodega, por ese entonces lleno de paja y de palos viejos—, le indicó y le autorizó para que durmiese en aquel lugar.

Entre las tinieblas, antes de dormirse, oyó el forastero un ruido extraño —taladro de polilla, piar de pájaro herido, roer de ratas—. Curioso, luego de arrastrarse como una lagartija, dio con el llanto de una mujer y de un niño. Por lo que alcanzó a oír en el monólogo de la queja femenina y por lo que pudo divisar entre las sombras, se dijo: «Debe de ser... Es la compañera del negro criminal... También el hijo... La familia abandonada... Como animales... No hay remedio...»

Al descubrir la plañidera que alguien se arrastraba a su lado, quiso huir.

—Espere. Puedo ayudarle.

—¡No! ¡Mentira! —chilló la mujer en tono de quien ha sufrido siempre crueles y absurdas injusticias. Mas, inmovilizada por el terror y por el coraje —rara mezcla de su estado nervioso—, esperó tratando de ver en la oscuridad.

—Usted no tiene la culpa. Su hijo tampoco. Es el salvajismo, la pasión endemoniada y corrompida de él. De su...

—¡No! De ella.

—De...

—De ella, que le asedió hasta embrujarle. En el trabajo..., en la casa..., en todas partes... Esa noche, ella apareció para ordenarme que fuera a la finca, cuatro kilómetros pasando el puente. Donde su madre. ¡Oh!, cómo yo sabía todo... Una es así: ve, oye, conversa, interroga. Me quedé en el patio, espiando por una rendija de la ventana. Para comprobar... ¡Jesús de los santos cielos!

—¿Qué?

—Algo insinuó ella.

—¿Algo?

—Algo a lo cual él se resistía. Créame, caballero. ¡Créame! El demonio del blanco es peor que el demonio del negro. Yo sé... Le juro... Ella se soltó la bata y se quedó desnuda.

—¿Desnuda?

—Cuando les ví enredados como serpientes en el suelo, feliz ella, ciego como demonio del bosque él, no pude hablar. Corrí a la puerta. Quería separarles. ¡Separarles! Pero... La puerta estaba cerrada. ¡Cerrada! Y con la desesperación me volvió la voz, los gritos, las maldiciones, el impulso infernal. Ella... Ella también chillaba adentro, pedía auxilio, socorro. Cuando llegó la gente, él había huído por la ventana.

*
* *

Después de un rápido viaje en ferrocarril, halló el forastero a Tuppy Wooster en el pueblo del norte, listo en su camión para el retorno. En pocas palabras se entendieron los dos hombres.

—Suba, amigo. Claro que puedo ayudarle en lo que usted solicita. Siempre que...

—Gracias.

—Todos debemos ayudarnos, cooperar. Ese es mi lema.

—Yo quisiera.

—Comprendo. Por ahora... Bueno... El viaje será como una prueba, como una experiencia para los dos.

—¿El viaje? Luego...

—¿Le parece fácil?

—Fácil...

—Mejor... El camino es malo. Muy malo. Las bandas de criminales, de ladrones, de asesinos, son frecuentes.

—¿Frecuentes?

—Después estudiaremos su caso—, concluyó el importante chófer desde el puesto de mando de su vehículo, en tono y con gesto que copiaban o se identificaban con su propia grandeza.

*
* *

Recuerdo vivo del señor Gregorio Pintado de Samaniego. «Pero ¿qué tiene que ver el uno con el otro? ¿Qué tienen de familiar esas dos figuras? La una de la realidad y la otra de la fantasía... De mi fantasía», me interrogué dejando de escribir. Nada. No obstante era imposible arquitecturar a Tuppy Wooster en otra forma. Era imposible obligarle a que se exprese con otras palabras —con otras palabras que no fueran las de la conferencia—. Imposible obligarle a pensar sin esa rigidez de autoridad suprema, sin ese brillo de omnipotencia en los ojos, sin ese ritmo de dueño y señor en la mímica, sin esa sonrisa de frío desprecio en los labios.

*
* *

El forastero subió a la cabina, y, desde que se inició el diálogo, se sintió atormentado por un extraño afán de contradicción. No podía ser en otra forma. Las cosas que decía el poderoso hombre de aquella comarca le incitaban a discutir, a rebelarse. ¿Por qué? ¿Acaso no iba a ser su protector?

A poco de rodar cuesta abajo, el camión se atascó en el lodo —más de cincuenta metros de vía pantanosa—. Los dos hombres tuvieron que trabajar duramente —barro hasta las rodillas; esfuerzo atlético para empujar; agua sucia y fango en la cara, en la camisa, en el alma, desde las ruedas traseras al girar sin eficacia una y otra vez como ventiladores enloquecidos; traslado de piedras de un lugar a otro para dar firmeza al terreno—. Sí. Trabajar más de una hora entre los gritos, las maldiciones y las órdenes del ilustre propietario del vehículo, y los consejos y sudores del forastero.

—Tenemos que salir pronto.

—Imposible si no descargamos.

—¡Imposible!

—Con menos peso podríamos... Sería más fácil... —insinuó el hombre que se me parecía, intrigado por saber lo que Tuppy Wooster llevaba con tanto celo y con tanto cuidado en el interior de la caja del camión.

—¡No! ¡He dicho que no! — chilló el importante personaje de aquella comarca levantándose desde el lodo con la precipitación de quien busca conjurar un peligro.

—Volveríamos a cargar. Así ahorraríamos tiempo y trabajo.

—Tiempo... Trabajo...

—Justo.

—No es nada. No llevo nada.

—¿Nada?

—Bueno... Nada pesado.

—¡Ah!

«Nada pesado... Siempre dice lo mismo. Quiere hacerme creer. ¿Por qué? ¿Por qué no abre la puerta de la caja? ¿Por qué no quiere enseñarme lo que lleva seguro como un tesoro? ¿Y a mí qué me importa en definitiva? Es el único que me dará lo que necesito: una ocupación honrada. Sin embargo no puedo dejar de contradecirle. Algo se opone en mí. Algo paradójico. Algo que me une y que me aleja a la vez», pensó el forastero. Y, más tarde, quizás por todo aquello —después de cruzar el primer obstáculo pantanoso—, no dijo ni una palabra cuando oyó un ruido extraño —como de queja, como de resorte enmohecido, como de gutural angustia— a sus espaldas. Prefirió soportar el interrogatorio de su identificación y el comentario un poco despreciativo para su origen de su futuro protector:

—¡Ah! Es usted de... Los de ese lado del

mundo no han podido hacer nada grande, nada que pueda asegurarles un porvenir, una democracia productiva. Todo por andar en continuos y torpes cuartelazos. Todo por tratar de resolver los grandes problemas sociales con revueltas y revoluciones.

—Es una virtud la rebeldía cuando se busca la justicia.

—Frases propias de países y de gentes ingobernables. De países y de gentes que les gusta vivir en la miseria y en la anarquía.

—A nadie le gusta vivir en la miseria. Eso...

De pronto, frente a la sorpresa de una barrera de piedras que cortaba el camino, Tuppy Wooster hizo una maniobra violenta y se metió con el camión hacia el campo —saltos endemoniados al capricho de los baches, de las zanjas, de la enana vegetación y del terreno desigual—.

En pocos segundos, y antes de estrellarse en unos matorrales de espinos, el importante chófer explicó lo que tenía que hacer el forastero en tales circunstancias:

—Son los bandoleros. ¡Quieren robarme! ¡Quieren quitarme! ¡Maldita sea! Me defenderé con la carabina. Desde abajo, desde el suelo, tras una rueda... Nos defenderemos. Así lograremos despistarles... Usted saque un revólver que debe estar entre las herramientas. Hay un buen número de balas. Debe esconderse tras de la puerta un poco abierta. Aquí mismo... Una trampa, carajo. En cuanto se acerquen dispara. ¿Me entiende? ¡Dispara! Que crean que estamos inconscientes.

Todo sucedió con la precisión y el vértigo de una escena de película de aventuras —influencias de aquel día—. Al clavarse en el matorral el vehículo, una especie de nube de tierra amparó la caída de Tuppy Wooster entre los espinos. El forastero, después de hacer con precipitación de autómata cuanto le había ordenado su posible protector, se puso al acecho por una rendija de la puerta entreabierta de la cabina. «¡Un revólver!», se dijo. Su revólver —nunca usó aquella arma, pero la emoción de la realidad que vivía y su anhelo secreto, siempre trunco, de hábil pistolero, le imprimieron seguridad y valor—. Dos enemigos se acercaron confiadamente a él, como moscas inocentes, sin ver, sin notar su trampa. Entonces... Entonces disparó a ciegas. No sabía si estaba bien o mal, si era justo o injusto. ¡Disparó! ¡Hasta el último cartucho! —parapeto de alaridos estrepitosos para templar los nervios, para envolver al temor—. De los dos asaltantes, el uno había caído al suelo. ¿Y el otro? El otro huyó arrastrando a su compañero herido.

—Maldita sea —dijo el forastero saboreando el gusto febril de su hazaña mientras volvía a cargar el revólver y observaba hacia afuera. No sabía si era un sueño o era la realidad. Allí, muy cerca, Tuppy Wooster peleaba con valor de desesperado. Corría de un lado a otro. Dejaba el sombrero entre las ramas a manera de espantajo para recogerle luego. Multiplicábase. «Tengo que ayudarle. Es mi deber. No volverán por este lado los bandidos. Creerán que yo... ¡Desgraciados! Les venceremos... Sabe disparar, «mi jefe», sabe luchar, es un héroe. Debo ayudarle como sea. Es mi destino. Yo soy el que...», se dijo el hombre sin empleo con profundo convencimiento de que había hallado trabajo. Buen trabajo. Y salió de la cabina arrastrándose como un reptil. Más tarde, con dos o tres heridos, huyeron los atacantes.

—¡Desgraciados! Pensaron quitarme —concluyó Tuppy Wooster en tono de triunfador.

—¿Quitarle? ¿Qué?

—Yo me entiendo.

—Siempre.

Luego de limpiar el camino de piedras y de obstáculos, continuaron el viaje los dos hombres. Bajo el chapotear del justo diálogo de comentarios y detalles de la lucha, al forastero le fue imposible diluir sus continuas inquietudes íntimas —cada vez más hinchadas, cada vez más obsesivas—: «¿Qué cosa grande y

valiosa puede ser lo que lleva para que se juegue la vida sin reparos? ¿Qué interés? ¿Qué emoción? ¿Acaso sea el secreto de su riqueza, de su honor, de su autoridad, de su sangre, del respeto que le tienen las gentes?» En el colmo de la camaradería, Tuppy Wooster pidió al forastero:

—Si algo me pasa o no puedo seguir adelante con mi preciosa carga, le suplico, querido amigo, lleve el camión hasta el pueblo, hasta mi pueblo. Sea como sea.

—Bueno. Así se hará.

—Y entregue a la gente en mi nombre lo que va adentro.

—Luego...

—¿Me promete? ¿Me jura?

—Prometido.

A la tarde, vencidos todos los obstáculos menos el del tiempo y el de la distancia, el importante chófer imprimió gran velocidad a su vehículo para recuperar el tiempo perdido, y, al doblar un recodo, se estrelló contra la peña quedando agobiado sobre la rueda de la dirección. Parecía muerto. El forastero, al reaccionar de la inconsciencia del golpe, miró en su torno y comprendió lo que había pasado. De inmediato se dijo recordando su promesa: «Llevar el camión hasta el pueblo. Sacarle de la cuneta no es muy fácil en realidad. A lo mejor él... ¡Imposible! Respira con dificultad, no se mueve... ¡Ah! Pero antes miraré el tesoro. Su tesoro... Miraré qué es lo que van a recibir las gentes de su pueblo como herencia... Como noble herencia...» Al no hallar la llave de la caja del camión abrió a balazos la pequeña puerta. En la penumbra de un rincón alcanzó a divisar un bulto palpitante. Se arrastró como pudo y tiró de la manta que cubría el misterio. ¡Era un hombre! Era un negro con las manos y los pies atados.

—¿Qué hace usted aquí? —interrogó el peregrino, ebrio de una amarga desilusión y de una pesada angustia.

—Me matarán, caballero. Me matarán —respondió el aludido.

—¡Ah! Usted... Usted es el negro de la muchacha. Comprendo. Y por éso, por semejante porquería...

—Me matarán como mataron a mi hermano, como mataron a mi padre, como seguirán matando...

Anonadado, sin entender cómo arriesgaron tanto por tan poco, el forastero, con despecho que subrayaba el fracaso de su curiosidad, se dispuso a retirarse pensando cumplir las órdenes de Tuppy Wooster.

*
* *

Dejé de escribir. ¡No! Yo no podía permitir aquello. El forastero tampoco. ¡Imposible! Siempre me rebelé ante la posibilidad de que un hombre —por criminal que sea o aparezca— muera para saciar los instintos primitivos y salvajes de una muchedumbre, o que se le mate cobardemente —atado de pies y manos, vendados los ojos— en nombre e inspiración de leyes civilizadas. Con maña de fantasía reincidente —único poder hacia la justicia y hacia la libertad que poseía— torcí lo real y lo lógico del relato, del final del relato. Y al amparo de ese parecido, de esa identidad —mis mismas facciones, mis mismos gestos, mis mismas actitudes, mis mismos anhelos, mis mismos temores— que puse en el hombre que llegó al pueblo desconocido en busca de trabajo, hice que...

*
* *

Pero no pudo el forastero resolverse a... Permaneció clavado en su sitio. Miró de nuevo al negro como si algo hubiera perdido en él. Le miró a los ojos —llenos de clemencia humilde e inquieta, llenos de súplica muda e indefensa del caído en desgracia—. Y se le encendió heroica la compasión, la humanidad. No podía permitir aquello. Tuppy Wooster —el hombre fuerte, el hombre poderoso, el hombre honrado— ordenó, quiso, pero él debía contradecirle, decidirse, comprometerse. ¿Y la promesa? ¿Y el empleo? ¿Y la tranquilidad futura? «¡Al carajo!», se dijo. Y todo lo borró con una simple y sencilla actitud de hombre. Sacó una navaja y cortó las ataduras de la víctima. Luego le invitó a salir:

—¡Fuera! ¡Fuera he dicho!

Cuando el forastero vio cómo el negro trepaba libre por la ladera de una rocas cercanas, sintió la cálida felicidad de haber hecho el bien, de haber liberado a un animal indefenso. Profunda satisfacción que le compensaba las amarguras y los trabajos de la vuelta. Solo, perdido en la vasta llanura, el forastero miró hacia donde caía el sol. Debía orientarse. Respiró y se dijo: «Sí. De nuevo hacia allá. Hacia la tierra sin pan. Hacia la tierra de los cuartelazos y de las revoluciones. Hacia mi tierra.»

JORGE ICAZA

Santo Domingo, feudo de Trujillo

POR JEAN ZIEGLER

PARA CUALQUIER EXTRANJERO trasladarse hoy a Santo Domingo constituye una auténtica aventura. Pero aquel cuyo pasaporte lleve además, bajo el epígrafe «profesión», la palabra vilipendiada de periodista tiene pocas posibilidades de franquear sin dificultades el primer cordón de policía. Desde que en julio de 1959 el corresponsal del *New York Times,* Tad Szule, tuvo que salir apresuradamente de la isla (había escrito un artículo demasiado veraz sobre la muerte misteriosa del ministro de Trabajo, Ramón Marrero Aristy, sospechoso de tendencias liberales), sólo quedan en Ciudad Trujillo dos corresponsales de prensa, uno de los cuales, por una feliz casualidad, resulta ser sobrino-biznieto del dictador.

Quien desee visitar esta extraña isla de Santo Domingo deberá esforzarse en pasar por ingenuo y en fingir respeto a la autoridad e indiferencia por la política. Pero ni siquiera bajo la máscara del turista cándido hay quien escape al «hospitalario» procedimiento de que me habló el empleado de la Pan-American en San Juan (a pesar de su evidente interés por llenar tres veces por semana su avión, generalmente vacío).

Al pie de la pasarela, dos inspectores de paisano —y en mangas de camisa— me cachearon para asegurarse de que no llevaba armas; después me condujeron bajo escolta a la estación del aeródromo, muy moderna, pero también muy mugrienta, donde empezaron por examinar mis papeles. Mientras el señor sentado al otro lado de la reja de la ventanilla examinaba escrupulosamente, con el respeto religioso de todos los analfabetos del mundo, mi pasaporte suizo tantas veces estampillado, se me rogó que leyese la deslumbrante proclama fijada bajo la ventanilla. En este momento en que el visitante extranjero se inclina para poder leer mejor, se le fotografía, una vez de perfil y otra de frente, gracias a dos aparatos perfectamente disimulados. (Dos horas y media más tarde, el jefe de protocolo, César Rubirosa, me habló con orgullo del impecable funcionamiento de tal dispositivo.) Tras esto, dos negros que hacían de mozos de equipaje —siempre bajo la mirada de los varios inspectores que vigilaban en la estación, con aire mustio y la camisa de nylon manchada de sudor— se apoderaron de mis dos maletas, cuyo contenido fue vertido —¡plof!— sobre una mugrienta mesa. A la maleta misma se la examinó con los rayos X. Todo lo que sea impreso queda confiscado, por prescripción de no sé qué ley cuyo texto me leyeron con voz ininteligible. Es cierto que al día siguiente me devolvieron al hotel unos cuantos folletos turísticos en lengua española, pero mi documentación francesa, inglesa y alemana no la volví a ver.

*
* *

Después de tres horas de un control agotador, que además se ejerció en medio de un casi total silencio, pude por fin llegar a la puerta de cristal que conducía a la ciudad. Pero he aquí ante mí un cartel chillón fijado en la pared anunciándome —reconfortante evidencia— que acababa de llegar al «Estado en que reinan soberanamente la libertad, la

belleza y la justicia, a la Nueva Patria del Generalísimo Rafael Leónidas Trujillo, Benefactor de la Nación»...

La primera reacción tras semejante acogida es una sonrisa irónica. Todas las efigies chillonas y pomposas del «Benefactor» vestido con su soberbio uniforme —«Benefactor» es el título oficial que el dictador se ha dado a sí mismo—, los rótulos de cobre colgados sobre las puertas (incluso sobre las de los consulados extranjeros) en los que se proclama que «Trujillo es el jefe de la casa», los coches provistos de altavoces que recorren continuamente las calurosas calles (¿para qué sirven esos altavoces?: evidentemente, para pregonar las virtudes y los méritos del «Padre de la Nueva Patria»)..., todas estas son cosas que hacen pensar en una opereta de gusto discutible.

Unos días más tarde, la curiosidad burlona deja paso a una incredulidad mezclada de espanto. Como es natural, en Santo Domingo la gente responde a las preguntas de un extranjero con un silencio total, que resulta muy sorprendente tratándose de habitantes del Caribe. De todos modos, después de tres o cuatro días de paseos acompañados por la capital —encantadora desde el punto de vista arquitectónico—, de jiras por el interior del país sin que le sometan a uno a vigilancia y de conversaciones, tras las ventanas cerradas, con diplomáticos y con los pocos comerciantes extranjeros que existen en el país, no tarda uno mucho en comprender lo que es el universo de Trujillo. El término «universo» es el que mejor conviene aquí, pues los 47.000 kilómetros cuadrados del territorio dominicano (es decir la parte oriental de la antigua isla Española, cuya parte occidental corresponde a la República de Haití) se hallan totalmente aislados del resto del mundo. Unos 2.900.000 seres humanos —de los que el 15 % son blancos y el 75 % mulatos, mezcla de negros y de indios— viven desde hace treinta años en cuarentena. Para salir del país se necesita un visado que actualmente sólo se concede a ciertos privilegiados, favoritos del régimen.

Sólo pueden comprarse periódicos extranjeros en los dos hoteles de lujo, el «Embajador» y el «Jaragua», y para eso no todos los días se encuentran. El diario grandilocuente de Trujillo, *El Caribe*, lo redacta más o menos totalmente un pariente próximo del «Benefactor» y resulta prácticamente ilegible. Sus artículos aduladores, plagados de epítetos grandiosos, podrían incluso hacer seria competencia al *Osservatore Romano*, que hasta ahora venía batiendo todos los records en materia de periodismo pomposo. No, no cabe duda: aquel a quien le guste leer una prensa digna de tal nombre no la encontrará en Santo Domingo.

*
* *

Pero no es en esto donde radica el nudo del problema. En última instancia se puede soportar el carecer de una prensa decente y de informaciones objetivas. Es también posible que los dominicanos, que habitan en una de las islas más bellas y abigarradas del mundo, puedan resignarse a este amurallamiento hermético que les separa del resto del planeta. Lo que en el reino de Trujillo resulta intolerable es otra cosa: la policía. Es imposible imaginar la atmósfera de terror en que vive la República dominicana. Casi todas las noches, hombres, mujeres y hasta en ocasiones adolescentes desaparecen en el palacio blanco de la Seguridad de Ciudad Trujillo. En materia de derecho, reina la inseguridad total. A la corrupción de los funcionarios se añade la corrupción total de la justicia. Y esta corrupción es unilateral, quiero decir que se ejerce únicamente en provecho del «Benefactor» y de sus partidarios. Si en un litigio cualquiera está metido uno de los miembros de la familia Trujillo, la parte adversa no podrá forjarse ilusión alguna en cuanto a la sentencia que vaya a dictar el tribunal. La realidad es que prácticamente nadie se atreve a querellarse con un pariente, por lejano que sea, del dictador, o con uno de sus amigos. En cambio, si ninguna de las partes litigantes tiene relación con el régimen, el juez se revelará incorruptible (cosa asombrosa en América del Sur). Y es que el Generalísimo no se siente sólo obligado a esquilmar a su país, sino que en virtud de su extraña dualidad moral (que podría servir de base para interesantes estudios psiquiátricos), se las da también de «defensor de la moral», de modo que un juez corrompido correría el peligro de una muerte rápida.

Pero volvamos a la policía. No es una afición a lo horrible lo que me induce a proseguir con este tema; la razón de mi insistencia es que sólo se puede comprender la situación actual en Santo Domingo examinando detenidamente las actividades y la influencia política de esa institución. Prácticamente, la

Seguridad constituye la policía secreta privada del dictador. Dispone de los medios de investigación más modernos y de un equipo militar muy perfeccionado. Los cinco mil miembros que aproximadamente la integran y cuya identidad es sólo conocida del pequeño grupo que dirige la institución, operan con la mayor destreza.

La Seguridad realiza diversas funciones dentro del Estado. La investigación en torno a un crimen de derecho común, el atestado en relación con un accidente de circulación, el simple trabajo administrativo de la policía rural, la seguridad personal de la familia reinante: todas estas son tareas que entran dentro de su competencia. De todos modos, la función esencial de esta auténtica guardia pretoriana consiste en «salvaguardar la paz interior», según me explicó sin rodeos el ministro del Interior. ¿Y qué clase de paz es ésta? Según un clisé ya bastante gastado, esta pregunta tendría una respuesta quizá trivial, pero que en este verano de 1960 no ha perdido nada de su actualidad: es la paz de los sepulcros. Apoyada por un ejército profesional compuesto por 25.000 hombres bien retribuídos, la Seguridad hace reinar en el país un terror inaudito. Terror que tiene dos dimensiones: la primera es de orden político, la segunda de orden personal.

Veamos en primer lugar el terror político. A cualquier persona que en un círculo privado o en público exprese opiniones distintas de las del «Benefactor» se le detiene inmediatamente y desaparece pura y simplemente. Las torturas, las ejecuciones y las pruebas de cargo completamente fabricadas constituyen la tarea cotidiana de las gentes de la Seguridad. No se trata de una simplificación de los hechos ni de la impresión superficial de un periodista que sólo ha hecho en Santo Domingo una breve estancia. El terror que reina en la isla corresponde con toda exactitud a la breve descripción que de él acabo de hacer.

La segunda dimensión del terror en Santo Domingo es de orden personal; desde hace treinta años Trujillo utiliza su máquina policíaca para acumular riquezas. El dictador disfruta en su país de una situación financiera privilegiada. Para conservarla ordena a su policía que «liquide» sin escrúpulos a algunos de sus concurrentes comerciales y emplea el chantaje contra los demás; según el testimonio de policías que han huído del país, el «Benefactor» ha intentado también en numerosos casos expoliar pura y simplemente a algunos de sus compatriotas, obligándoles por medio de la tortura a indicar el lugar donde habían ocultado su dinero y sus joyas.

El terror político y personal ha hecho unas 20.000 víctimas en el curso de estos últimos treinta años.

Paralelamente a la Seguridad y totalmente independiente de ella, trabaja el Servicio secreto militar. A su vez, este último ignora todo lo que se refiere a la «Organización especial de información», que funciona bajo la dirección del secretario de la Presidencia. Mencionemos finalmente a una cuarta autoridad que también tiene su importancia: el ejército del Aire. A las órdenes del hijo mayor del dictador, teniente general Ramphis Trujillo Molina, el ejército del Aire dominicano es una institución especial, semiautónoma, que dispone no sólo de doscientos aviones de reacción proporcionados por los Estados Unidos y de un estado mayor de pilotos de caza admirablemente entrenados en San Antonio por los norteamericanos, sino también de sus propios carros de combate, de unidades de infantería y, sobre todo, de un servicio secreto autónomo. El «Benefactor» maniobra hábilmente con todas estas diversas fuerzas, impidiendo así que un Beria eventual se acerque demasiado al tablero de mandos.

*
* *

Pero ¿quién es este Rafael Leónidas Trujillo Molina, que desde hace treinta años reina impunemente como dueño absoluto sobre un pueblo inteligente y evolucionado de 2.900.000 seres humanos? (Sólo en la capital se cuentan 1.887 monumentos erigidos en su honor.) Este hombre —que gusta de encerrar su corpulencia en un uniforme verde y emballenado de general y que lleva en sus botas plantillas de tacón para contrarrestar su escasa estatura (1 m. 65)— tiene hoy sesenta y ocho años y tomó el poder el 19 de junio de 1930, mediante un golpe de Estado.

Desde el 1.° de mayo de 1865, fecha en que la sublevación de los indígenas puso un término definitivo a la dominación de los colonos españoles, la situación de la isla era tan caótica que en 1870 el Senado norteamericano rechazó una solicitud de anexión dirigida por Santo Domingo a los Estados Unidos. Los norte-

americanos ocuparon en 1916 la capital de Santo Domingo —hoy Ciudad Trujillo— con el fin de poner término a una serie de pronunciamientos. Durante el período de ocupación (1916-1924) formaron una casta de oficiales indígenas, a los que finalmente entregaron el poder. Modesto hijo de un pequeño burgués español de San Cristóbal, Trujillo pasó por la escuela norteamericana.

El usurpador, cuyo fondo ideal lo forma hoy únicamente un vago militarismo, ha trasformado un país que aún vivía en la Edad Media. Hizo construir carreteras, puentes y hospitales, roturó la selva virgen y sobre todo devolvió la paz y el orden a un Estado que vivía presa de la anarquía. Según las últimas estadísticas —proporcionadas por una misión de la O.N.U. en 1958— la renta nacional se eleva actualmente a un promedio de 150 millones de dólares. La riqueza del país la constituyen las plantaciones de café, cacao, caña de azúcar, arroz y tabaco. El 14 % del suelo es hoy cultivable; el resto lo cubre la selva virgen. Según una estadística de 1958 por la F.A.O., 900.000 cabezas de ganado pacen hoy en las praderas del país. En 1956 la renta *per capita* se elevaba a 185 dólares. En Haití, nación vecina que posee un suelo y un clima análogos y que ha pasado por una evolución histórica bastante parecida, la renta *per capita* es sólo de 65 dólares. En cambio, es de más de 220 dólares en Méjico, de 370 en Cuba y de más de 2.091 en los Estados Unidos. Durante sus treinta años de dictadura, Trujillo ha reducido de 87 a 55 % el número de analfabetos, la mayoría de los cuales se encuentran en el campo. La agricultura ocupa al 69,7 % de la población activa; la industria (sobre todo las refinerías azucareras) el 10,8 % y los servicios públicos el 17,5 %. El desarrollo económico conseguido por el dictador merece elogios.

Pero veamos ahora el reverso de la medalla: según fuentes dignas de crédito, la familia Trujillo posee hoy el 35 % del territorio cultivable. La fortuna personal del «Benefactor» se calcula en unos 800 millones de dólares. Es propietario de doce de las dieciséis refinerías dominicanas —el 60 % de la producción anual de azúcar pasa, pues, por sus fábricas. Trujillo debe su notable sentido comercial a ciertas instituciones típicamente dominicanas. Por cada expediente de obras públicas, el dictador se queda con una comisión neta del 20 % sobre el precio de adjudicación. Además, con ayuda de sus testaferros, ha creado una cadena de compañías de exportación que son las únicas legalmente autorizadas para exportar ciertos productos, a precios fijados por la misma compañía. Doña María, ministro de Asistencia pública y esposa bienamada del dictador, controla la totalidad de las importaciones de piezas de automóvil, aparatos eléctricos y máquinas-herramientas. Germán Ornes, antiguo jefe de la prensa de Santo Domingo y hoy exiliado en Puerto Rico, hizo pública la lista de sesenta y una compañías comerciales que trabajan directamente para Trujillo. Y si a la voracidad de la familia de este jefe-tiburón que es Trujillo se añade la de los peces de menor cuantía —y se cuentan por centenares—, podremos formarnos una idea aproximada del «sistema económico» actual del país.

Todo esto revela un rasgo esencial del carácter de Trujillo; este hombre pertenece a una raza de déspotas totalmente desconocida en Europa. Los dictadores del tipo de un Strössner, un Somoza, un Pérez Jiménez, un Magloire o un Batista —Perón fue una excepción—, sólo tienen de común con sus colegas europeos (Hitler, Mussolini, Stalin, Franco) la ausencia de escrúpulos morales. Lo que más les caracteriza es que carecen de un programa político de conjunto. Cuando se habla con Trujillo, resulta imposible descubrir, ni aun poniendo la mejor voluntad del mundo y mostrando la mayor comprensión para con un carácter tan complejo como el suyo, en qué consiste la doctrina de su régimen. La misma sorprendente experiencia llevé a cabo con Batista, Magloire y Pérez Jiménez. A primera vista podría concluirse que lo que en ellos domina es un maquiavelismo muy aventajado. Durante años creí equivocadamente que en Trujillo la ausencia de ideología concreta era una forma de cinismo llevado al extremo, con el fin de poder justificar a posteriori una medida tomada por su gobierno, según las exigencias de la situación. Pero al estudiar más detenidamente su mentalidad, se me hizo evidente que a este hombre le importan un comino las doctrinas políticas e incluso los principios morales. Trujillo considera al Estado dominicano como su dominio particular, dentro del cual puede obrar a su guisa; se siente feliz pudiendo poseer doce automóviles de lujo y dos yates; gobierna según su capricho, como un señor feudal, y no se toma la menor molestia por disimular su cinismo polí-

tico. En resumen, Rafael Leónidas Trujillo no es un político y menos aún un estadista, sino simplemente un levantino astuto. Un diplomático francés le caracterizó en mi presencia con esta frase lapidaria, en la que se mezclan la admiración y la ironía: «¡Trujillo... es un gran tendero!»

*
* *

¿Cuánto tiempo puede aún durar en Santo Domingo esta tiranía verdaderamente medieval? Hoy, en este verano de 1960, hay que tener en cuenta tres elementos nuevos:

1) El 30 de julio las dos Cámaras del Parlamento decidieron declarar «el estado de urgencia por tiempo ilimitado». Provocó esta decisión un informe confidencial comunicado al Parlamento, según el cual es inminente una invasión venezolana. Este «estado de urgencia nacional» significa que los 20.000 hombres del ejército regular, los 5.000 hombres de la Legión Extranjera, todo el cuerpo de policía, el armamento especial y 600.000 reservistas, están en pie de guerra. Las garantías constitucionales —que por lo demás no existen— quedan legalmente suspendidas. ¿Una tempestad en un vaso de agua? Esta vez no, puesto que exactamente tres semanas después Trujillo adoptó una medida auténticamente excepcional; convocar elecciones el 15 de diciembre para designar los gobernadores de las provincias y las autoridades municipales, invitando a tomar parte en ellas a «todos los grupos y partidos políticos sin excepción».

2) La situación militar del país ha empeorado notablemente durante el verano. Hasta ahora lo único que Trujillo podía temer era una invasión cubana (y en junio de 1959 aniquiló cerca de Constanza dos expediciones de rebeldes barbudos); en cambio, hoy puede tener que enfrentarse con un ataque activamente apoyado por Venezuela.

3) El tercer factor es el más importante: Washington está tomando sus distancias frente a los dominicanos, aliados suyos desde hace tanto tiempo.

A principios de año la Seguridad descubrió un pretendido complot, y detuvo a unas 2.000 personas pertenecientes en su mayoría a la clase media. A los interrogatorios practicados según los procedimientos habituales sucedieron numerosas ejecuciones. El 31 de enero, seis obispos dominicanos rompieron un silencio de diez años y los sacerdotes leyeron en el púlpito una carta pastoral en la que se denunciaba en términos claros «la violación constante de los derechos humanos más elementales» por parte del régimen. Recordando que una carta pastoral del mismo género precedió a la caída del régimen peronista y a la expulsión del general Pérez Jiménez de Venezuela, Trujillo despachó apresuradamente a su ministro de Asuntos exteriores, Porfirio Herrera Báez, al Papa Juan XXIII. Pero Roma no retiró su declaración de guerra. Y cuando unas semanas más tarde la Comisión de paz interamericana (que representa a la Organización interamericana) atacó violentamente al régimen de Trujillo, el Departamento de Estado norteamericano acabó por comprender que era preferible renunciar al amigo Rafael. Debido al fracaso total de las discretas gestiones realizadas durante la primavera y el verano por el embajador Farland en Ciudad Trujillo, los norteamericanos dieron un paso más. Washington se ocupa hoy activamente en organizar la sucesión.

Puesto en guardia por el desarrollo radical de la revolución cubana, el Departamento de Estado se esfuerza actualmente por hacer que su influencia penetre entre los intelectuales liberales que, en San Juan, en Florida, en Méjico y en Caracas, constituyen el grueso de los exiliados dominicanos; la finalidad de esta maniobra es poder establecer ulteriormente en Santo Domingo una república fiel a Occidente y anticomunista. La probable liquidación de la base de Guantánamo en Cuba aumenta la importancia de Santo Domingo en el dispositivo de defensa del Caribe previsto por el Pentágono. Hoy apenas si existen en las montañas de Constanza algunos guerrilleros hostiles a Trujillo, y dado el régimen de terror que domina al país, es poco factible que se produzca una sublevación popular. La solución del problema dominicano consistiría, pues, probablemente en una «Operación Guatemala», es decir, en una invasión de la isla hábilmente apoyada por el dinero, las armas y la diplomacia de los Estados Unidos y realizada por el ejército de los exiliados, lo que en un próximo futuro pondría seguramente fin a una de las tiranías más abominables que haya conocido el hemisferio occidental, para dar nacimiento a una República dominicana fiel a los ideales democráticos.

JEAN ZIEGLER

De Gaulle entre los insumisos y los rebeldes

POR FRANÇOIS BONDY

LEEMOS EN EL EPÍGRAFE de un periódico: «Francia en todos los frentes.» Y debajo, con caracteres más pequeños: «Francia pasa a la ofensiva. Una ofensiva que, por su diversidad, despierta la admiración de sus rivales.»

Así rezaba la primera página de *Paris Presse* del 7 de octubre, para informar sobre el hecho sensacional del año: la apertura del Salón del automóvil. La llaman «la batalla del Salón» y, como siempre, la víctima es la circulación en el centro de la ciudad, pues los organizadores no acaban de convencerse de que es preciso evitar el atasco que crean entre los Campos Elíseos y el Sena. El automóvil y su guerra de velocidad son más importantes para millones de franceses que todas las luchas y atentados de esa trágica contienda de Argelia que dura ya siete años, y que al decir de algunos cuesta menos vidas que los fines de semana soleados en las carreteras de Francia.

El automóvil es el nuevo símbolo de prosperidad. Para las familias mal alojadas, el cochecito de 2 CV representa la posibilidad de salir de la ciudad y merendar en el campo. Es el promotor más poderoso de la expansión económica francesa y el embajador del prestigio de Francia. Y si ocurre a veces que algunos de los modelos más admirados han sido concebidos por ingenieros de Turín, nos decimos que lo mismo acaece con la Escuela de Pintura de París o con el nuevo teatro, constituídos en parte por extranjeros. Si en otros países se habla de la «cultura de la vivienda» o de la «cultura física», en Francia puede hablarse de la «cultura del automóvil».

El rostro de esta Francia del automóvil, del dinamismo y de la eficacia, con sus proyectistas y tecnócratas, es distinto del de su intelectualidad humanista. Es el de la Francia que sondea y perfora en busca de petróleo hasta en el bosque de Fontainebleau, que es un «pulmón» de París; levanta rascacielos en las ciudades de provincias, y que ve erguirse ya en el cielo de la capital el armazón del nuevo edificio de la radio, mientras se proyecta edificar en la estación de Montparnasse un hotel de dimensiones neoyorquinas en perjuicio del encanto de París, cuyos monumentos clásicos abundaban hasta ahora más que las construcciones utilitarias. Francia va adquiriendo la moderna «mentalidad económica» con miras al Mercado Común Europeo; la V República nombra ministros de espíritu industrioso en vez de recurrir a los personajes políticos como es el caso del urbanista Sudreau, y constituye un *brain-trust* de economistas. Lo mismo que en los comienzos de la era industrial, bajo Napoleón III, los sueños se convirtieron en potencia productora, ahora se da paso a técnicos llenos de imaginación, como el genial ingeniero Louis Armand, que está transformando la red ferroviaria francesa en una de las más modernas del mundo.

Todo el que ha vivido en Francia durante los últimos veinticinco años, puede comprobar ahora con satisfacción el buen funcionamiento de los servicios, bajo la dirección de personas

cultas y técnicamente especializadas, que no exceden de cuarenta años, o sea el paso de la revolución oral a la evolución práctica. Pero la medalla tiene un reverso que nos incita a preguntar: ¿Por qué el abismo que separa a los sectores privilegiados, promotores de esa actividad intelectual, y la joven V República es, al parecer, más profundo que en la época de la IV, caduca y paralítica? ¿Por qué vuelve a respirarse un ambiente de guerra civil, de amenaza de un golpe de Estado militar, favorecido por grupos clandestinos de intelectuales rebeldes, de crisis de confianza entre el Estado y el pueblo y entre el Estado y el mundo?

Han bastado unas semanas para que este cambio en el clima político, ese malestar general se agudizara. Y François Mauriac, el gaullista más convencido de entre los intelectuales, ha repetido la advertencia: «Entre los franceses y la guerra civil, que nos precipitaría al abismo, no hay más que un hombre, Charles de Gaulle.» Ni el nuevo Estado, ni la nueva Constitución, ni el nuevo orden, ni los progresos realizados en la Administración y en la política en dos años y medio, con el beneplácito de la mayoría del pueblo, nada. Sólo un hombre... ¡y más solo que nunca!

Hace apenas un año que de Gaulle encarnaba la sabiduría occidental y la firmeza en la cuestión de Berlín. El fue quien supo hablar a Kruschef con más energía; y todavía en este año de 1960 logró desbaratar el complot militar de Argelia. Estos merecimientos le valieron la aprobación y la simpatía de toda Francia, incluso de cierto sector de izquierda; pero ni ha sabido sacar partido de ese estado de espíritu ni ha recompensado a los franceses que han seguido fielmente su política. Y ahora se pregunta la gente cómo este hombre, que tenía en sus manos la mayoría del parlamento, contaba con la confianza del pueblo y disponía de una Constitución hecha a su medida no ha logrado hacer cristalizar una nueva estructura estatal.

Hace dos años, una gran parte de los intelectuales, de los dirigentes de sindicatos y partidos de centro-izquierda, así como la casi totalidad de los militares eran gaullistas convencidos. Y hoy, después de destituir de sus puestos de mando en Argelia a cientos de «ultras», de atacar a los generales Massu y Salan, instigadores del movimiento del 13 de mayo, a quienes de Gaulle debió la vuelta al poder, la mayoría de los oficiales franceses apoya al partido de «l'Algérie française», que de Gaulle ha condenado explícitamente. Sin duda porque necesitan un lema bajo el cual luchar, administrar justicia, internar, torturar, construir escuelas y realizar todas las acciones, terribles o constructivas, que son la esencia del paternalismo del ejército en Argelia.

Se explica que el general Salan que, en nombre del Gobierno de Vichy trató de impedir el desembarco en Dakar, primera aventura militar de de Gaulle durante la segunda guerra mundial, no mereciese la confianza del «liberador»; pero Salan «el mandarín» es un general con ideas políticas y en extremo prudente, que empezó su carrera en el Gabinete de Mandel. Fue víctima de los «contraterroristas», cuya «bazooka» dirigida contra él mató por error al comandante Rodier. El proceso contra los autores del atentado se instruyó con indiferencia y desidia, y al fin la policía dejó escapar a Kovacz, que era el principal culpable. En cambio, el periodista católico Robert Barrat, detenido estos días, es objeto de una severa vigilancia. Ese proceso hubiera servido para desenmascarar a los «ultras», partidarios de la sedición y capaces de llegar al asesinato, así como a esos intelectuales que han proclamado el derecho moral a la «insumisión» para los reclutas que se niegan a servir en Argelia. No se ha castigado a los «ultras», cada vez más fuertes, ni se ha premiado a los gaullistas más fieles, y hay oficiales defensores de la «autodeterminación» que se retiran por sentirse confinados y desahuciados por sus compañeros.

Mientras el ejército, que en otro tiempo fue reputado por su mutismo, manifiesta ahora sus opiniones por todos los medios de difusión, los intelectuales asustados empiezan a enmudecer. Es innegable que todos los días aparecen manifiestos firmados por profesores, escritores y artistas, o declaraciones de pequeños grupos —el manifiesto de los «121» fue el único que llevaba más de 200 firmas— para expresar el malestar de la juventud y reclamar una iniciativa clara que restablezca la paz en Argelia. Pero la dureza con que el Gobierno ha atacado a los animadores del «movimiento de los 121», entre los que figuran Sartre, Simone de Beauvoir, Françoise Sagan, el productor cinematográfico Truffaut y el compositor Pierre Boulez, ha estrechado la solidaridad del cuerpo docente y de la mayoría de los

intelectuales con los firmantes, a pesar de su actitud extremista en favor del F.L.N. El Gobierno ha preferido ensañarse aplicando sanciones a los que perciben dinero del Estado. Así ha reducido en el 75 por ciento el sueldo de los profesores, ha retirado la ayuda financiera a los directores cinematográficos y teatrales, ha prohibido a los teatros subvencionados por el Estado contratar actores «culpables» y ha excluído de la radio y la televisión a los autores comprometidos, con lo cual resulta imposible todo diálogo sobre literatura francesa moderna. Igual suerte sufre la «nouvelle vague» del cine francés, que había adquirido fama mundial. La censura impide tratar bajo ninguna forma del asunto de Argelia, que es la preocupación primordial de la conciencia francesa, reduciendo a los directores a desarrollar los temas eróticos que tanto se les han reprochado.

Ahora bien, la cultura en todas sus manifestaciones es la que permite a Francia brillar en el mundo con todo su esplendor, y resulta inexplicable que uno de los escritores más distinguidos, André Malraux, haya llegado a establecer desde el Ministerio de Cultura esa separación entre el Estado y los intelectuales.

¿El anatema que representan las recogidas tan frecuentes de *l'Express, France Observateur* o de *Temps Modernes* va dirigido solamente contra Saint-Germain-des-Prés? El «manifiesto de los 121» lleva también la firma de Gustavo Monod, sabio eminente a quien se concedió la Gran Cruz de la Legión de Honor por méritos de guerra. Numerosos y distinguidos profesores del «Collège de France» y de la Sorbona han manifestado su solidaridad con los intelectuales castigados con motivo de dicho escrito. Y si antes la Universidad, representante del elemento docente, y la Iglesia, refugio de la tradición, se hallaban en campos opuestos, hoy ya no sucede lo mismo. En los procesos instruídos por los Tribunales Militares contra personas que han ayudado a los nacionalistas argelinos, hay tantos sacerdotes como profesores. Y un periódico como *La Croix,* cristiano de derecha, ha hablado de los métodos que se practican en la guerra de Argelia con más independencia que el diario burgués de gran circulación *Le Figaro.*

Del mismo modo que en el proceso Dreyfuss muchos escritores de derecha se mostraban contrarios a éste y muchos oficiales se jugaron la carrera por combatir la injusticia que se cometía con él, también ahora se confunden los frentes. El contra-manifiesto lanzado por los intelectuales derechistas, que no se ocupa del malestar de la juventud y sólo habla de los «traidores», contiene firmas de personalidades como el representante de la literatura convencional Henri Bordeaux, de casi noventa años, y el mariscal Juin, que por ser «académico» y haber escrito el prólogo de un libro de Ernst Jünger *In Stahlgewittern* (En las tempestades de acero) figura entre los «hombres de letras». El filósofo Gabriel Marcel, firmante de este manifiesto, publicó el mismo día en *Le Monde* una carta abierta al general de Gaulle adhiriéndose a los argumentos del documento de los profesores de Universidad, y poco después lamentaba haberse dejado arrancar la firma para el documento del mariscal Juin.

La cuestión de Argelia no se ha convertido en un caso de conciencia por la «guerra de los manifiestos», sino gracias a un proceso político, al que dieron este carácter abogados como Vergès y sus colegas argelinos, que nunca disimularon sus simpatías por el F.L.N. Este abogado es conocido por su pericia para convertir un proceso de esta clase en un escándalo público. Desde luego no les quedaba otra solución, por haber sido expulsados de Argelia poco después de su llegada, adonde habían ido para hablar con sus clientes. Uno de los abogados argelinos fue asesinado en su despacho, y sus colegas están convencidos de que el crimen lo llevó a cabo la policía. Una europea, abogado también, que fue objeto de malos tratos en una calle de Orán, declara haber reconocido entre los asaltantes a inspectores de policía.

En interés del Estado hubiera sido preferible quitar a este proceso toda significación política. El juicio, celebrado en la misma sala donde se condenó al capitán Dreyfuss, duró cuatro semanas. Se sentaron en el banquillo, al lado de los argelinos que declararon con orgullo ser miembros del F.L.N., franceses y francesas acusados de haber escondido a argelinos sospechosos y de haber transmitido cartas. Pero se hallaba ausente el principal inculpado, Francis Jeanson, antiguo colaborador de la revista de Sartre *Temps Modernes.* Mientras se desarrollaba el proceso, Jeanson, que se encontraba en Túnez, dijo en el curso de una entrevista con un representante de un periódico comunista italiano que estimaba justo el fusilamiento de dos prisioneros de guerra franceses y admiraba la gene-

rosidad del FLN, por no proceder a más castigos ejemplares. Declaró estar identificado con el FLN, como único instigador de la revolución francesa, y dispuesto a luchar por el triunfo de este grupo. Jean Paul Sartre se había adherido a estas manifestaciones en un documento publicado en Brasil, añadiendo que ni las izquierdas ni los militares eran capaces de poner fin a la revolución de Argelia, y negándose a reconocer la legitimidad del Tribunal y del Estado que éste representaba.

Tales desahogos no favorecieron a los acusados, que reconocían haber actuado por motivos humanitarios. Con esta ocasión se ha recordado que Sartre, hasta que se produjo el levantamiento de Hungría, había asegurado que Moscú era el alma de las izquierdas francesas, como lo eran ahora los rebeldes argelinos, llevando a tal extremo sus exabruptos que el propio Partido Comunista se sentía molesto. Es evidente que dicho partido se complace viendo como se da en la cabeza a los que preconizan una paz de transigencia en Argelia. Durante este tiempo, los procesados argelinos y franceses han tenido oportunidad para conocerse mejor y las simpatías de éstos por sus compañeros de infortunio han aumentado.

Este proceso difiere del de Dreyfuss en que el capitán era tan patriota como los oficiales que le juzgaban y compartía sus aspiraciones. Pero los acusados de ahora no hablan el mismo lenguaje que sus jueces. Por ejemplo, el dirigente del F L N Haddad Hadama, dijo que el Tribunal le consideraba «mal francés» porque confesaba ser un buen patriota argelino; pero si alguna vez se restablecía la amistad francoargelina, se debería a los que estaban en el banquillo de los acusados. A través de estos incidentes, el Tribunal olvidó el objeto del proceso: demostrar que los argelinos y los franceses de ambas orillas del Mediterráneo eran culpables «à part entière», según la fórmula favorita del general de Gaulle; pero al citarlos como «mahometanos y franceses», desvirtuaba las razones en que se basaba el proceso.

Mientras un grupo de manifestantes del movimiento prohibido «Jeune Nation» vociferaba ante la puerta, exigiendo el fusilamiento de los procesados, dos oficiales del Tribunal departían amigablemente con uno de los dirigentes de dicho movimiento, Jacques Sidos, a pesar de que durante las interrupciones de la audiencia este mismo Sidos se había dirigido a los defensores con insultos y amenazas. Cuando los abogados, sin nombrar a dichos oficiales, pidieron que se los sustituyera a causa de su parcialidad manifiesta, el Tribunal se retiró a deliberar y al fin rechazó la petición por no estar prevista en los artículos 19, 20 y 21 del procedimiento de justicia militar. A continuación, todos los abogados se quitaron la toga, declarando que en estas condiciones no podían continuar asumiendo la defensa. Después se les volvió a encargar de ella, como es costumbre en los Tribunales militares; pero al día siguiente los dos oficiales desaparecieron, con lo cual los abogados se dieron por satisfechos.

El momento más patético fue el de la declaración de Paul Teitgen, el hombre que por haber sido secretario de la Prefectura de Argel conoce las torturas y asesinatos de sospechosos cometidos bajo la protección del ejército, y que ya había dicho estar dispuesto a declarar en el proceso de un comunista «desaparecido», el matemático Audin. Explicó que, estando prisionero en un campo de concentración alemán, había decidido no volver a emitir el juicio «con razón o sin ella, es mi patria», y que se había apartado de su cargo en Argel cuando comprobó que no podría impedir los graves abusos. Durante su exposición empleó Teitgen la expresión «la guerra de Argelia», y el presidente le llamó la atención, diciendo: «No puedo permitir ninguna expresión inadecuada.» Y Teitgen respondió: «No creí que una expresión empleada por el jefe del Estado fuera rechazada por usted.» Y prosiguió: «Nuestra desgracia es que no se llama a las cosas por su nombre; pero yo lo haré. Si los abusos son sólo excesos de los policías, ¿para qué queremos al ejército? A este ejército se le encarga de misiones que son ajenas a su espíritu, y así es como los reclutas llegan a preguntarse cuál es su misión en Argelia.» Y al interrogarle acerca de su opinión sobre los acusados, contestó: «Según mi honrada convicción, no comparto todas sus opiniones. Pero cuando pienso en lo que sé y lo que he averiguado en Argelia, las encuentro excusables.»

El primer día, el fiscal se limitó a hacer el elogio del Presidente de la República y a vituperar a los que parecían haber olvidado el sentido de las palabras «honneur et patrie». Al día siguiente, tuvo la desdichada idea de citar como testigo al historiador Charles André

Jullien, para que demostrase que si Francia conquistó Argelia, lo hizo por encargo de un «concierto europeo». Llevado de su entusiasmo, el fiscal habló de San Vicente de Paul, diciendo que había sido prisionero de los filibusteros y que, más adelante, había elaborado un plan de invasión de la Costa de los Piratas.

Ahora bien, Charles André Jullien, que había organizado una Universidad en Marruecos, publicó una carta en *Le Monde,* explicando que Francia había procedido a la invasión para secundar las actividades dudosas de dos banqueros de Liorna, y que el cautiverio de San Vicente era pura leyenda.

El fiscal preguntó también a Teitgen por qué no había hecho nada desde su puesto para impedir los abusos. En el curso de otra audiencia, una de las defensoras leyó una carta que Paul Teitgen había dirigido, el 24 de junio de 1957, al Residente general Robert Lacoste explicando los motivos de su dimisión, que hubo de aplazar unos meses a petición de éste. En ella hablaba, entre otras cosas, de un «soldado alemán, llamado Feldmayer, que torturaba a los sospechosos, gritando al mismo tiempo que así se vengaba de la victoria francesa». Teitgen informó asimismo de estos hechos a la Comisión de los Derechos del Hombre, condenada a la inactividad. Como funcionario disciplinado, nunca quiso hacer públicas tales cosas. Y si ahora las daba a conocer en un documento tan abrumador, era debido a la insistencia del fiscal.

Al fin se puso término a tan penoso debate, dictándose catorce sentencias de diez años de trabajos forzados. Su única utilidad fue la de demostrar que un proceso político no puede confiarse a funcionarios uniformados. Algunos de los defensores de los miembros del F L N han sido suspendidos en sus funciones, en virtud de un decreto publicado a toda prisa. Sólo un cambio en la política podrá modificar el criterio acerca de la culpabilidad. Y cuando el público conozca el carácter de los individuos que por sus convicciones se juegan la situación y la libertad, podrá intervenir en la política, como ha dicho un gran abogado conocido por su imparcialidad.

Está demostrado que el aparato judicial de Francia sigue la tendencia de los «ultras» enemigos del derecho, que combaten al jefe del Estado y que a raíz del proceso Jeanson vociferaron frente el Elíseo: «¡Jean Paul Sartre a la horca y viva Lagaillarde!» Al fin se contentaron con romper los cristales de las oficinas de *l'Express,* cuyas ediciones son tan a menudo recogidas por orden del Gobierno. Estos hechos demuestran la solidaridad política del Presidente con las izquierdas y la amenaza que representa la extrema derecha.

*
* *

Ni el proceso Jeanson ni la batalla de los manifiestos hubiesen conmovido tanto a la opinión pública, de no haberse modificado el ambiente político. Este cambio se debe al fracaso de las conversaciones con los emisarios del F L N en Melun y a la conferencia de prensa del general de Gaulle, el 5 de septiembre, aplazando *sine die* toda esperanza de solución del conflicto de Argelia. Su mal humor se hizo patente en las declaraciones contra el Pacto Atlántico y las Naciones Unidas. En el espacio de unas horas, el capital de prestigio y de confianza de que disfrutaba el gran hombre se han volatilizado. La mayoría del pueblo hubiera seguido fielmente a su lado si hubiese visto que de Gaulle avanzaba imperturbablemente por el camino que él mismo se había trazado. En su campaña de discursos a través de Francia, había sabido encontrar el tono que convenía para atraerse a los militares y a la población civil. La paz parecía próxima, y de pronto se rompieron todos los hilos. En el curso de los viajes del jefe del Estado por Bretaña, el Delfinado y Saboya se advirtió la ausencia de una política capaz de dar una solución al problema de Argelia.

El Presidente ya no se presentaba como un hombre seguro de su misión, sino como un símbolo de esa unanimidad francesa que olvidan los partidarios de la derecha y de la izquierda. El gaullismo no era ya una orientación, sino una actitud; y un país en movimiento no puede seguir a una estatua. Se han sucedido los desengaños. El Sudán, el Estado más populoso de la Comunidad, se ha desprendido de Francia con el nombre de Malí. Y los demás jefes de Estado aún fieles a Francia, no deben sentirse muy satisfechos ante las quejas del general en Grenoble, al hablar de que un Estado de gran experiencia, como Francia, hubiese de mezclarse en las Naciones Unidas con países nuevos e inexpertos. Probablemente no se refería a la Comunidad, pero debió decirlo. La mejor aliada de Francia, que es la República Federal de Alemania, se ha

sentido más herida que nadie con estas explosiones de mal humor.

Entretanto la cólera de los partidos y del Parlamento se manifiesta contra la llamada fuerza de choque atómica. Y la paradoja del nacionalismo francés aparece en la importancia que se atribuye a la opinión de Adenauer sobre la política defensiva de Francia. La UNR (Unión por la Nueva República) es un partido que carece de consistencia, y a pesar de sus triunfos electorales no logra atraerse adeptos por no tener un programa definido. Y ya difícilmente podrá seguir actuando de aglutinante entre el nuevo Estado vigoroso y jerarquizante y el Parlamento.

Los diputados mahometanos de Argelia, que ingresaron en la UNR por considerarla como expresión de las futuras libertades políticas de su país, se encuentran ahora aislados entre la «Argelia francesa», defendida por el ejército, y el FLN, y acusados por ambas partes de cobardes. Algunos de estos diputados, elegidos en las últimas elecciones municipales y cantonales, sólo intervienen en las sesiones de carácter consultivo. Se les ha dado a entender que no deben estimarse como el embrión del Parlamento argelino, y cuando se les convoca y anuncia el avión en que habrán de trasladarse a la capital, se hace con más precisión militar que cortesía. ¿Qué de extraño tiene, pues, que algunos de estos representantes se hayan retirado, se hayan pasado al FLN o por lo menos mantengan buenas relaciones con él?

En Grenoble pudo comprobar de Gaulle que la mayoría del pueblo le acogía con menos entusiasmo que los habitantes de las regiones rurales. La nueva Francia progresiva ya no se siente comprendida ni representada por la V República, a pesar de sus adelantos técnicos. En la asamblea del Partido Demócrata-Cristiano, celebrada en París en septiembre último, circuló una frase llena de mala intención: «La V República es Pétain sin de Gaulle», para dar a entender que en la época de Vichy se mantenía la esperanza porque se tenía fe en un hombre. Pero ahora sólo se teme lo peor. Los antiguos partidos han perdido la confianza en sí mismos; sienten la necesidad de encontrar otros modos de expresión política, y comprenden que la debilitación del Parlamento impide la consolidación de nuevas formaciones.

De Gaulle sabe que la diplomacia francesa tendrá poca influencia mientras dure la guerra de Argelia, y trata de dar a esta inactividad la apariencia de una espera premeditada ante el caos de las Naciones Unidas, y a los obstáculos que se oponen a una inteligencia con el FLN, para la que tanto ha trabajado, el aspecto de una política a largo plazo, hasta que los buenos argelinos se desengañen de las ilusiones de «l'Algérie française» y del fanatismo totalitario del FLN y se vean los frutos que habrá de producir el plan de Constantina. Pero ya nadie cree en estas cosas, y las palabras del general de Gaulle parecen cada vez más un monólogo sin eco.

El peligro para el régimen no procede de la izquierda. En Argelia aumenta la predisposición a la paz, sin tender al activismo; pero los militares no quieren que el país se convierta en un Congo en el que las masas blancas, que ellos protegen, hayan de buscar la salvación en la huída, o que se desolidarice de Francia en seguida, como ha hecho el Sudán. No obstante, lo peor sería que la propia Francia se hundiera en el caos el día en que una minoría de activistas, sin invocar legalidad alguna, desplazase a de Gaulle. Es posible que la teoría gaullista de la autodeterminación acabe por ser un obstáculo para el ejército. En dos años, esta guerra ha dejado más vacía a la V República que lo estaba la IV, al cabo de cuatro. Ahora vuelve a encontrarse bajo el signo del inmovilismo y la amenaza de un golpe de Estado. Esta combinación de fuerza económica y de parálización política, esta rápida sucesión de gran prestigio y de pérdida de confianza destroza los nervios de los franceses.

El lenguaje del jefe del Estado parece anacrónico e incomprensible a la nueva mentalidad europea de los franceses modernos, que tiene sus raíces en el sector económico. Desde esta perspectiva, las ideas de este general de setenta años parecen proceder de un mundo «anticuado». Falta saber si está en condiciones de recoger, aprovechar o dominar el nuevo dinamismo que el desarrollo de Francia y la guerra de Argelia han puesto en marcha. El régimen que se concreta hoy en ese nacionalismo no representa la salvación del país, sino más bien un interregno, como lo fue la IV República en los últimos tiempos de su existencia.

FRANÇOIS BONDY

El teatro de García Lorca de nuevo en Madrid

POR ALVARO SALAS

OTRA VEZ EL TEATRO de Federico García Lorca va a ser representado en los escenarios españoles, después de un cuarto de siglo de ausencia. Con muy buen sentido, la familia del poeta ha levantado la prohibición, desposeyendo así al ministerio de Información del argumento que ha esgrimido durante todo este tiempo: «No somos nosotros quienes lo impedimos, sino la familia Lorca.» El obstáculo ha desaparecido y ya no tienen más remedio que aceptar los hechos consumados, o perder una nueva baza en su engañosa propaganda sobre su liberalismo censor en materias culturales.

*
* *

A principios de año, los organizadores del Festival de Música y Teatro de Espoleto (Italia) se dirigieron al ministerio de Asuntos Exteriores de España solicitando que fuera una compañía teatral a interpretar *Yerma,* como representante del teatro español contemporáneo. La contestación del ministerio fue una contrapropuesta, ofreciendo *La Celestina.* Al insistir sobre la obra lorquiana, no recibieron ya respuesta. Entonces las gestiones se encaminaron hacia las hermanas del poeta, que aceptaron inmediatamente. Luis Escobar, conocido director teatral, se encargó del empeño con la condición de reponer *Yerma* en el mes de octubre en el madrileño teatro Eslava, que dirige. La obra ha sido ya representada en Espoleto con excelente éxito, y en Madrid ha salido indemne de la censura, que no se ha atrevido a manchar con su lápiz rojo una sola línea del texto. Y añadiremos que a pesar del director general de Cinematografía y Teatro, Muñoz Fontán, ya que el año pasado prohibió a una productora francesa el rodaje en tierras andaluzas de la versión cinematográfica de *Yerma.* Al recibir la visita de las hermanas de Federico, que acudieron a preguntar la causa de tal medida, en medio de su evidente confusión sólo acertó a decir que «la obra estaba cargada de una morbosa sensualidad y era peligrosa», añadiendo después, ante una nueva pregunta —¡inaudita contestación en un director general de Teatro!—, que «él no había leído la obra, pero tenía buenos colaboradores a su lado que le asesoraban».

Es evidente la hostilidad oficial para con el poeta de Granada —espina clavada aún, después de 20 años, ya que el mundo no olvida—, y que aumenta ante la digna postura de sus herederos y el claro abolengo liberal de la familia, emparentada con ilustres figuras españolas, de trágico destino desde el año 39: Fernando de los Ríos, miembro destacado del Partido Socialista, catedrático de Derecho Político, ex ministro de la República, muerto en el exilio; los hermanos Montesinos, alcalde de Granada el uno, asesinado al comienzo de la guerra civil, exiliado el otro, ilustre crítico de literatura, catedrático en la Universidad de Berkeley; el padre del poeta, muerto en el exilio y el hermano mayor de Federico, exiliado y catedrático en Nueva York. Una estela de sangre y pesadumbre forma la historia de

la familia Lorca desde 1936, como tantas otras familias de nuestra patria.

Por todo esto, y por la significación que tiene Lorca en el mundo, el ministerio de Información no ha tenido fuerza moral para impedir que *Yerma* se salvara de la censura. Si no lo prohiben a última hora, todo está preparado para que en octubre se enciendan las candilejas y, al alzarse el telón, los personajes lorquianos recobren la vida en los escenarios españoles, cansados de vagar por todo el mundo, y echen a andar ante un público muy distinto del que los vio nacer.

*
* *

Desde 1939 el teatro —la actividad cultural de mayor popularidad y más influencia en el pueblo— se ha visto sometido a la más implacable y cuidadosa de las censuras. Se ha medido y pesado cada frase, suprimiendo sin contemplaciones cualquier obra, escena o diálogo sospechoso de crítica no grata al régimen desde el punto de vista político-religioso-ideológico.

Permanecen en el ostracismo Grau, Casona, Alberti, Max Aub, etc., es decir, los autores más interesantes de la anteguerra, salvo un Benavente repetidor sin brillo y hasta la saciedad de formas e ideas caducas, aplaudido con complacencia por un público burgués que apoyó con entusiasmo su acción entontecedora de la escena española. Sólo alguna obra de Unamuno y Valle-Inclán ha sido puesta en escena, siempre en teatro de cámara en representación única, después de salvar grandes dificultades de autorización. Pero no sólo no se ha podido representar las obras ya existentes de nuestros dramaturgos, sino que con este clima espiritual tampoco se ha progresado lo más mínimo. Sólo dos o tres autores que merezcan tal nombre han surgido después de la guerra, rodeados de prohibiciones, censuras y autocensuras (es imposible soñar con un teatro crítico y actual, de situaciones concretas o con temas en los que se roce la política, el sexo, la religión...).

Por todo ello resulta que las nuevas generaciones desconocen el teatro español y extranjero contemporáneo de manera directa, es decir, representado, teniendo que contentarse, quien quiere y puede procurarse ciertos libros, clandestinamente comprados las más de las

FEDERICO GARCÍA LORCA
(Dibujo de Zamorano.)

veces, con acudir a la lectura, como ocurre con Sartre, por ejemplo —aunque se escriba sobre su obra, siempre para atacarle, con verdadera abundancia—, como sucedió durante bastante tiempo con Camus, hasta que recibido el premio Nóbel se le levantó el arresto gubernativo, igual que Rice, Bretch, O'Neill, etc., aunque luego, con el tiempo, hayan ido desapareciendo algunas prohibiciones de importación de títulos, muy a su pesar.

Cuando hace cinco años se repuso *Seis personajes en busca de autor*, el acontecimiento adquirió caracteres de revelación para una entusiasta multitud de jóvenes alejados normalmente de los teatros, aburridos de los Pemán, Calvo Sotelo, Sagarra, Paso, López Rubio, etc. A ese teatro moribundo y conformista, sin valor artístico ni social, es al que la juventud ha mostrado su claro desvío, su desinterés más profundo, que no quiere decir, en absoluto, indiferencia por el teatro, pues no sólo mostraron su adhesión ante la obra de Pirandello —uno de los más rotundos éxitos de público de los últimos años—, sino también han acogido con entusiasmo toda manifestación teatral de interés abarrotando el teatro, a pesar de celebrarse la única representación entre semana y por la noche.

Prueba concluyente de su ansia por conocer y difundir los valores culturales es el fenó-

meno de los teatros universitarios, donde se representan obras de los más diversos autores, contra viento y marea de prohibiciones y resistencias académicas. En vista de que el teatro profesional generalmente brilla por su ausencia y las compañías comerciales sólo representan obras inanes, los universitarios han multiplicado las representaciones privadas que mantienen y aumentan la atención de la juventud por la escena. Los nombres de Giraudoux, Unamuno, Betti, Beckett, Chejov, Valle-Inclán, etc., sólo aparecen en pequeños carteles hechos a mano, colgados de los tablones de anuncios de las Facultades y las Escuelas Técnicas, llamando a reunión ante un escenario que no lo es habitualmente y donde quizá no haya ni candilejas, pero eso no importa demasiado, ya que la esencia del teatro reside en la calidad de la obra y la adhesión del espectador.

El origen de la atención y acercamiento de la juventud al teatro se debe, primariamente, al ansia de encontrar explicación y apoyo, cauce a sus inquietudes espirituales. Vedado el resto de los caminos naturales, es en el teatro, el más rápido y directo vehículo de ideas y emociones, donde ha podido encontrar marginalmente una salida lógica. Por eso su adhesión a autores contemporáneos que muestran la problemática de nuestro tiempo, que expresan preocupaciones análogas a las que desazonan a la juventud española, cegada y ensordecida por censuras y consignas oficiales, es un fenómeno, no por unánime menos emocionante y esperanzador. Porque todos esos teatrillos encerrados en claustros y residencias universitarias, forzosamente al margen de la vida real del país, son la prueba más palpable de que la capacidad de ilusión y esperanza no ha muerto en ella, ya que ha sabido crearse los mínimos elementos de comunicación posibles, a pesar de los esfuerzos de los actualmente todopoderosos.

*
* *

Todas estas reflexiones surgían lúcidamente mientras contemplaba los ensayos de *Yerma*, en el vacío y caluroso patio de butacas del Teatro Eslava, en una tarde de últimos de mayo. Era la primera vez que me enfrentaba como espectador con el teatro de Lorca en nuestra lengua y confieso el impacto sufrido. De todos es conocido el carácter de su teatro: hablar de ello aquí sería repetición. Lo importante, lo revelador para un lector de *Yerma* es la emoción que sufre, verdaderamente grande, al verla representada, aun sin decorados y con los actores vestidos de calle, parando la acción a cada instante y repitiendo parlamentos. Los ensayos, para un no profesional de la escena son siempre algo extraño, un pequeño monstruo en el que se pierden calidades importantes. Sin embargo, en este caso, cada escena, aislada, poseía una vida total, con una fuerza poderosa y mágica a la vez, apoderándose del accidental y asombrado espectador.

Con la supervivencia de *Yerma* a los 25 años de su estreno se pone de relieve que el espectador recibe el impacto de algo que no está acostumbrado a ver. Es una cierta manera de hacer teatro, de expresarse, de presentar las situaciones. Es un clima, en una palabra. Clima de libertad, de libertad para el autor que se transmite a los personajes, vivos en escena. Y por la mente del espectador surgen veinte años de vergüenza teatral que se le presentan de golpe en una película vertiginosa. Y le invade la turbación, en una obra en absoluto turbadora, dando paso después a la indignación. Porque de lo particular se pasa a lo general y el espectador español percibirá la tragedia de veinte años de silencio e impotencia. Muchos españoles lo verán día tras día, si no llega una oportuna prohibición.

Por ello es doble el simbolismo en el reestreno de *Yerma*. Federico García Lorca, símbolo ya, historia literaria de clara significación, va a ser, un cuarto de siglo después de su muerte, el motor activo que muestre a los españoles la tristeza de su realidad actual. Les va a mostrar un tiempo pasado, del que ya es representante, y además las posibilidades del futuro si España de una vez despierta de su temor. Cuando hace 26 años un ilustre escritor y crítico español, hoy en el exilio, hizo la crítica de la obra en *El Socialista* y la acusó de reaccionaria no podía ni sospechar que, andando el tiempo, esa misma obra iba a servir para despertar y demostrar a muchas conciencias la realidad circundante. Las circunstancias cambian mucho. Lo que hace falta ahora es que, por fin, *Yerma* llegue a representarse. Porque todavía no estamos muy seguros.

ALVARO SALAS

La II Bienal Latinoamericana de Artes Plásticas

POR ANTONIO DE UNDURRAGA

En el Palacio de Bellas Artes de la ciudad de México se inauguró, en septiembre último, la II Bienal Latinoamericana de Artes Plásticas, con las secciones de pintura, escultura y grabado. Sólo nos ocuparemos de las dos primeras.

El siglo xx ha demostrado, a cada paso, su falta de vocación plástica en la escultura. Sólo destacamos en esta sección la obra «Paloma de la paz», un bronce de Tosia Rubinstein. Se trata de una muchacha, de formas muy delgadas, portadora de la avecilla ya mentada.

En la pintura, nuestras preferencias han sido las siguientes: Alfonso Durán Vásquez con «El retorno» y «El profeta», óleos de pintura poética y fantástica; Pedro Coronel (no figurativo) con un óleo de tonos violáceos; Rolando Arjona (figurativo, de inflados volúmenes), con colores azules y verdes; Nancy Scheller van Overveldt, de un expresionismo infantil, con colores claros; Remedios Varo, por el contrario, con mucha minucia de dibujo, presenta tonos oscuros y desplazamientos hacia el mensaje lírico; Carlos García Dueñas (abstracto) evoca un poco a Braque, por los verdes claros; Arturo Souto, conocido también como ilustrador, ostenta su habitual barroco puntillista; y Juan Soriano (abstracto) de colores vivos. Todos ellos son mexicanos y de la breve enumeración se deduce que no hay ningún aire que los una. Seguimos caminando y avanzamos por la sala de Estados Unidos. Nos detiene Roberto Goodngugr con un cuadro abigarrado de formas (abstracto) y de color; luego Horns Hultbeeg (semiabstracto), fino de formas y luces; finalmente, Franklin Watkins, figurativo y fantástico, de colorido suave. Nuestra marcha continúa y nos hallamos con una sala individual de Guayasamín, el ecuatoriano. Hay muestras de 1945-1957 y 1960. «Madre y niño» (1952), en rojo y otros tonos nos atrae en particular. Asimismo «El toro y el cóndor» (en grises) y muy picassiano. Es decorativo, popular, fuerte, simple, «afichesco». Carece de transiciones, de finura. Nos da la impresión de ser un diseñador de mosaicos, que erró su destino.

Vamos a otro sitio y nos sale al paso Angel Acosta (cubano), en rosa y negro, con una pintura fantástica, infantil, datada en 1959. Pero al lado está el grupo individual de Jack Levine, figurativo, caricaturesco, cruel a veces, pero siempre fino. Hay obras del lapso 1938-1957. Es un maestro y pone en apuros a todos los concursantes y a los muralistas de planta del Palacio. Sus temas son sencillos: bailarinas de candilejas, velorios, cenas, viejos y cansados caballos. Su fuerza oculta subyuga; remotamente pensamos en Toulouse-Lautrec. A su lado está la sala Rufino Tamayo con obras que van desde 1931 hasta 1959. Empezó con colores muy oscuros. Su última etapa es de más luz. Hay un retrato muy nocturno de Cantinflas. Lo destacamos. En 1959, coge mucho color. Se presiente a Picasso. Pero su mural estable en el palacio es desvaído, esfumado, pretendidamente simbólico: tiene un nombre: «Fusión de las razas». No da esta

idea. Sus búsquedas son interminables y su fuerza muy escasa. Es preciso seguir nuestra ruta y cambiar de salas. Nos asaltan los murales de Siqueiros, también instalados en firme en el Palacio. «La nueva democracia» (1945) busca el gigantismo, un falso barroco que no sobrepasa lo «pompier» de nuevo cuño. Sus figuras parecen robotes pictóricos sin rostro. Pero hay uno inconcluso: es más delicado y anguloso; es reciente y no ha podido terminarlo. El pintor todavía está en la cárcel con motivo de sus actividades como político. En otro ángulo aparece uno de los cuadros menos felices de Diego Rivera: «El hombre controlador del universo» (1934), con su hacinamiento de figuras yuxtapuestas, en donde naufraga la finura de sus retratos.

Seguimos avanzado y vemos las figuras abstractas de Alberto Dávila (1940), peruano, con matices oliva y sepia. Es pulcro y fino. Al lado están Sergio Montecinos (de Chile), con vida y color (un figurativo); Reinaldo Villaseñor (chileno), con dotes de color y originalidad; Nemesio Antúnez (también chileno), con poca forma, pero exhibiendo una tela hermosa, y Camilo Mori (un cuadro no figurativo). Régulo (de Venezuela), de la misma índole, muestra colores detonantes: azules, verdes, rojos.

El argentino Raúl Soldi figura con sala propia. Su mundo es poético, desvaído, figurativo. Sus colores son suaves: grises, azules, perlas. A partir de 1932 es casi un oriental por lo leve. En varios aspectos evoca el arte decorativo japonés.

A la América Central le están destinados los pasillos del tercer piso. Nicaragua muestra a Leoncio Saenz Saenz (figurativo, personal, tenebroso; —Roualt, en algún remoto sentido—); y a Omar de León Lacayo (figurativo, leve, infantil). El Salvador presenta a Raúl Elas Reyes (1960), con un expresionismo abstracto de fuertes colores.

Asimismo a Valero Lecha Alquezar, con una naturaleza muerta que reproduce papeles de tonos azules. Costa Rica nos detiene con Rafael Angel García (abstracto) y Carmen Santos Fernández, de la misma índole. Finalmente nos cierra el paso Guatemala con Roberto Carrera Padilla (figurativo) y con Elmar René Rojas Azuardia (1959).

Algunos observadores han señalado que el edificio no es adecuado, por cuanto los murales de planta que hay en él producen cierta distorsión en los espectadores. Puede ser cierto y no serlo, pues Levine, sólo, y con pequeños lienzos, compite con fuerza y buen éxito estético.

Un pintor colombiano publicó una carta en *Excelsior* atacando a cierta comentarista de arte de su país; el comisario de una exposición nos ha dicho que una tercera parte de los grabados de su patria, se quedó, por error, en el fondo de los cajones.

Nosotros tratamos de llevar la mirada más lejos y exenta de compromisos. Y tal vez hemos visto en esta II Bienal de México un excesivo número de obras que no significan nada; que ni siquiera tienen «oficio». Hemos visto que el tiempo va pasando con gran celeridad y que se están derrumbando ciertos pintores rodeados de mucha fama eventual. Que tal vez América Latina sólo sea, en sus grandes núcleos, un continente de pastores y agricultores, que se ve demasiado forzado e inseguro en las sublimadas tareas de las artes plásticas. Pero, con todo, la marcha y el anhelo de ascenso no deben detenerse.

ANTONIO DE UNDURRAGA

TEMPO PRESENTE

Rivista mensile

Direttori
NICOLA CHIAROMONTE
IGNAZIO SILONE

*

TEMPO PRESENTE è una rivista internazionale di informazione e discussione fondata sul principio della libertà di critica. Essa intende promuovere il riesame dei modi di pensare correnti mettendoli a confronto con la realtà del mondo attuale.

*

Si può abbonarsi presso :
TEMPO PRESENTE
Via Sistina, 23, Roma.
(Un anno : lire 4.000 in Italia, 6.000 all'estero)
CUADERNOS
18, Avenue de l'Opéra. Paris 1er
1 Anno : 50 NF

Dolores Franco: "España como preocupación"

POR E. SALAZAR CHAPELA

LA ANOMALÍA que es España al lado de los demás países europeos se traduce a su vez en otra anomalía: en la cantidad de literatura a que ha dado lugar, en la cantidad de sesos que vienen dilapidando los intelectuales españoles por explicarse y explicarnos la anomalía. Ejemplo o muestrario de ello es esta bella antología de Dolores Franco, *España como preocupación* (Ediciones Guadarrama, Madrid). En 570 páginas la autora —muy buena autora, como vemos por su prólogo y por sus introducciones a los escritores antologados— reune textos que van desde Cervantes hasta Ortega y Gasset, o más exactamente hasta Rubén Darío, pues el gran vate figura aquí a modo de colofón fastuoso con sus temerosos versos ante el poderío yanqui (*¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?*) y con su lapidaria *Salutación del optimista*. «Renunciamos a hacer una obra exhaustiva (dice Dolores Franco) para tomar los momentos capitales con unas cuantas muestras representativas. No hacemos una obra erudita.» El propósito de la autora era llegar únicamente hasta la generación del 98, «pero la muerte —dice—, al llevarse a Ortega, nos obliga desgraciadamente a incluirlo».

Por estas páginas vemos, pues, desfilar la preocupación por España de muy distintos ingenios a lo largo de cuatro siglos. En Cervantes su preocupación está expresada al condenar la desidia o inacción de Felipe II (fragmento de la *Epístola a Mateo Vázquez*) y al lamentar la pérdida de la Goleta, el saqueo de Cádiz o el desastre de la Armada Invencible (*A tu león pisado le han la cola...*). En Quevedo la preocupación cobra más amplitud y profundidad, puesto que ya no se limita a registrar negligencias o fracasos de la administración, sino que se extiende a España como tal país (*La poca ambición de España...*) y a sus hijos (*Han comenzado a contentarse los hombres de España con heredar de sus padres virtud, sin procurar tenerla para que la hereden sus hijos*). En Gracián la preocupación patria le conduce al examen psicológico, a intentar dibujar a los españoles por dentro: *Son valientes, pero tardos. Son leones mas con cuartana. Muy generosos y aun perdidos. Parcos en el comer y sobrios en el beber, pero superfluos en el vestir. Abrazan todos los extranjeros, pero no estiman los propios. No son muy crecidos de cuerpo, pero de grande ánimo. Son poco apasionados por su patria y trasplantados son mejores.*

Hasta fines del siglo XVII los intelectuales españoles preocupados siéntense vivir todavía en el centro del universo, en *la primera nación de Europa odiada por envidiada*, como decía el propio Gracián. Pero en el siglo XVIII ha habido ya un movimiento de traslación, un cambio por ende de perspectiva, de suerte que el intelectual comienza a ver a España en relación y en contraste con Europa, unas veces para defenderse de las censuras de ésta (*España, a quien hoy desprecia el vulgo de las naciones extranjeras...*, escribe Feijoo), otras veces para apreciar el desnivel entre España y Europa (Cadalso, Moratín, etc.). Este desnivel será en adelante la preocupación de los intelectuales, dando lugar a tantas páginas costumbristas (costumbrismo al revés, costumbrismo nada exaltador, todo lo contrario) desde los artículos de Larra hasta las mismas novelas de intención delatora que se publican hoy en Barcelona y en Madrid.

En la segunda mitad del siglo XIX se inicia

algo más que costumbrismo: el deseo de explicarse las causas del desnivel, los intentos por desentrañar la anomalía. Son las interpretaciones desde distintos ángulos de un Valera, una Cánovas del Castillo (no incluído en esta antología), un Galdós, un Cajal (tampoco incluído), un Costa. Con los escritores del 98 y con los de la generación siguiente el esfuerzo intelectual por descifrar lo que se ha llamado estos días «el enigma« —el enigma histórico de España— forma ya «una literatura» —Ganivet, Unamuno, Menéndez Pidal, Ortega. Es lástima que Dolores Franco se haya detenido en este último pensador y no haya seguido hasta hoy. Entonces habría tenido que incluir a Américo Castro, en nuestra opinión iluminador total del enigma.

Pero sería injusticia grande reprochar a la autora unos propósitos tan claramente expresados en su brillante prólogo. Por otra parte, bien imaginamos las muchas limitaciones con que esta antología fue compuesta. Tal como está es un esfuerzo muy loable, una compilación valiosa.

E. S. CH.

Manuel Granell: "El humanismo como responsabilidad"

Está este libro (Cuadernos Taurus, Madrid, 1959) compuesto de dos partes. En la primera —la más extensa— estudia Granell el humanismo o las humanidades referidos a Ortega y Heidegger, y en la segunda reproduce la ponencia que, con el título *Notas para una ciencia del autohacerse del hombre*, presentó en el V Congreso Interamericano de Filosofía, en julio de 1957.

En su estudio, tras recordar Granell lo que por humanidades se ha entendido a través de la historia de la filosofía, y deteniéndose particularmente en el clasicismo griego, en el Renacimiento y en Kant, llega a nuestros tiempos con la cita de algunas palabras del manifiesto que sirvió de presentación al Instituto de Humanidades que Ortega fundó en Madrid en 1948, junto con Marías, y que hubo de cerrar dos años después. Al llegar a esta meta, Granell nos muestra dos actitudes fundamentales en cuanto al humanismo se refiere. Hablando de Ortega, nos dice: «Contra las humanidades *clásicas*, las del *modelo* que seguir, sostendrá la tesis de otras humanidades de cariz diferente, de signo más bien opuesto al anterior.» La idea del humanismo como imitación de lo clásico va a quedar reemplazada por otra nueva concepción. En aquel manifiesto, si mal no recuerdo, las humanidades quedaban definidas como «hechos propiamente humanos». Según recoge Granell, son una investigación sobre «los fenómenos en que la realidad humana aparece; y ello sin limitación alguna y sin prejuzgar la más tenue interpretación».

El concepto de humanidades de Ortega, como muy a propósito nos recuerda Granell, lo tenemos ya desde que en 1937 publicó los artículos que formaban la serie titulada *Miseria y esplendor de la traducción*. Y este concepto encierra una doble afirmación. Una, la que nos hace al ver a las humanidades como oposición a las ciencias naturales. Y otra —que al mismo tiempo supone una actitud de mucha importancia—, la de ver al griego y al romano no como modelos sino como ejemplares errores. «Porque el hombre es una realidad histórica, y toda realidad histórica —por tanto, no definitiva—, es, por de pronto, un error.» Pero seguir por este camino supondría ver lo que para Ortega es la razón histórica, tema que nos llevaría muy lejos de nuestros propósitos.

Más nos interesa hoy concretar la exposición que sobre esta cuestión desarrolla Granell al hablar de su maestro, haciendo una cita de *El humanismo como responsabilidad:* «Las humanidades estudiaban al hombre en su *modelo* perfecto, cabal —utópico en el fondo—. Con Ortega será forzoso entenderlas como investigación *sobre y desde el hombre, para «proyectar» una figura humana,* pero *humanamente*. Ya no son una insistente llamada a la pureza esencial vislumbrada en un modelo, sino la *tarea inventiva de un posible y nuevo modo de ser.*»

Al estudiar la posición de Heidegger, parte Granell de su pensamiento primero: «Lo que ante todo es, es el Ser», haciéndonos ver inmediatamente la oposición existente entre el filósofo alemán y Sartre, con otras citas no menos definitivas: «Precisamente estamos en un plano donde sólo hay hombres», dice Sartre; «Precisamente estamos en un plano donde principalmente hay el Ser», contesta Heidegger. De aquí que para Heidegger el humanismo suponga «reconducir al hombre a su esencia». «Porque esto es humanismo: meditar y preocuparse —curarse— de que el hombre sea humano y no inhumano, esto es, extraño a su esencia.» Lo que no supone alejarlo del existencialismo que se le atribuye a justo título y que Granell nos confirma con la triple proposición siguiente: «Sabíamos que la esencia del Dasein es su existencia; la esencia de la existencia es la ex-sistencia (o abertura a los entes); ex-sistencia es el ex-stático habitar en la cercanía del Ser.»

Por eso, cuando Heidegger confiesa que es el suyo «un humanismo de rara especie», no habrá de extrañarnos que Granell recoja al vuelo sus palabras y las perfile con las siguientes: «Un

humanismo que no es *del* hombre, ni *para* el hombre, sino simplemente *en* el hombre; un humanismo donde el hombre no es principio ni fin, sino medio; un humanismo, en suma, *sin responsabilidad en la humanitas.*»

Ahora bien, la preocupación humanista, según Granell, suele manifestarse en los momentos de crisis y se nos da precisamente como reacción ante lo in-humano. No resulta difícil suponer que en 1960 estemos en uno de esos momentos de crisis. Entonces, a juicio de Granell, y siguiendo en buena medida la inspiración de Ortega, la importancia de la humanitas no consiste en la vuelta a la *paideia* como modelo, que a lo largo de la historia ha sufrido más de una caída sin lograr aliviarnos del todo en nuestra nuevas crisis, sino en la búsqueda de la nueva figura de vida propuesta. «Porque eso... es en verdad una rectificación constante a la humanitas.» Es decir, no la humanitas retrospectiva, sino, con palabra inglesa, prospectiva.

La distinta concepción de la humanitas en Ortega y Heidegger termina con un apéndice que Granell titula «Crítica a Sartre», en la que el filósofo español muestra particularmente la sustitución que de la *naturaleza humana* hace Sartre por la «condición humana». Pero también éste es tema de otro cantar.

MANUEL LAMANA

Ramón Sender: "La llave"

LA LLAVE es el título de la primera de las tres novelas cortas que componen este libro, publicado por la Editorial Alfa (Montevideo, 1960), y del libro entero al mismo tiempo. En esta primera novela, los personajes, sórdidos, mezcla extraña de solanescos y dostoyewskianos en tono menor —valga la expresión—, se mueven en un mundo mezquino, de ruines intereses, donde la cicatería, la estupidez y una cursilería pueril son el motor y simultáneamente la faz externa de tales movimientos. No hay ninguna bondad, ninguna humana comprensión, ninguna virtud en ellos. Ni en el matrimonio, avaro, ruin hasta el extremo de renegar del hijo o de matar para conseguir la llave que encierra los dolorosos ahorros conseguidos tras muchos años de trabajo y de avaricia; ni en el hijo, idiota, poseído también por el mismo afán de dinero, aunque sin acabar de entenderlo, y al que se acerca con toda su brutalidad invasora; ni en la hija, en la que podríamos ver al principio algún atisbo de pureza, de naturaleza en bruto, pronto perdido al no mostrársenos más que como un vulgar instrumento de la concupiscencia de la madre. Sin embargo, pese a todas las sombras, con cuánta frescura, con cuánta sencillez sabe llevar Sender el relato.

Los títulos de las otras dos novelas son «La hija del doctor Velasco» y «La fotografía de aniversario». La solapa dice que en las tres obras se mueven unos personajes insólitos. Insólitos lo son, desde luego, pero, por lo menos a los dos últimos, los trata Sender con un humor en medio del dramatismo —o del patetismo—, que convierte a las insólitas situaciones —que no sólo los personajes son insólitos—, en una caricatura que va más allá de lo que directamente pudiera expresar. Es el caso, por ejemplo, de toda la primera parte de «La hija del doctor Velasco», cuadro descrito de la cochambrosa familia noble que en más de un aspecto nos recuerda las descripciones valleinclanescas de «La corte de los milagros». La historia, por lo demás, la macabra historia del enloquecido doctor Velasco, es hábilmente salvada por el contrapunto del cardenal, convirtiendo así Sender un mito morboso en una sátira del pío prelado y sus intereses y del científico padre y sus convicciones.

Y sátira es también —o más bien divertida ironía— la que advertimos en «La fotografía de aniversario». Sátira del pobre marido, de sus justificados celos retrospectivos, de la hipocresía de la nada inocente mujer. Teodosio y Rosario, en un lejano aniversario de boda, descubren que va a tener un hijo. O por lo menos lo va a tener Rosario. Entre ambos está la sombra —y algo más— del amigo íntimo del matrimonio, fallecido poco antes. El triángulo acabará por trasladar uno de sus vértices del amigo muerto al hijo por nacer. Y Teodosio aceptará la situación, que permitirá que su mujer, al final, colmando su cursilería y su hipocresía simultáneamente, exclame: «¡Qué felicidad tener la vida completa!» Todo ello está felizmente tratado con un humor muy fino.

Este tono de humor en la crítica social, el estilo llano, directo, de Sender, la caracterización de los personajes y la construcción unida de cada uno de los relatos, son otras tantas cualidades que nos han hecho leerlos con mucho agrado.

M. L.

G. Torrente Ballester: "Donde da la vuelta el aire"

ES ESTE EL SEGUNDO VOLUMEN de la trilogía que lleva por título «Los gozos y las sombras». El primero fue *El Señor llega*, galardonado con el Premio March de Novela que abarcaba el último quinquenio, y del que

dimos cuenta desde estas páginas en su momento oportuno.

A diferencia de *El Señor llega, Donde da la vuelta el aire* es novela más novelesca, valga la redundancia, en cuanto que está desembarazada de la presentación de personajes y ambiente. Así, libre de aquellas trabas necesarias que entorpecían el primer volumen en cuanto a narración, el lector se vuelve a encontrar con los mismos protagonistas de la historia —Cayetano, Carlos Deza, Doña Mariana, Juan, etc.— y sospecha que el relato va a discurrir por cauces más flúidos y novelescos. En efecto, así es, y a lo largo de las páginas del libro existe una mayor acción y variedad, es decir, amenidad. Ahora bien, los moldes siguen siendo intelectualistas, fríos, ligeramente abstractos, en los que se adivina detrás la experta mano del autor, buen crítico y profundo conocedor de los procedimientos literarios. En general, a casi todos los personajes de la novela les falta humanidad, espontaneidad, ese sutil toque creador que separa al personaje verdaderamente convincente, que se mueve con absoluta naturalidad y a la larga resulta más hondo, de la criatura creada mentalmente, encerrada en unas limitaciones apriorísticas. Los más humanos, Clara y Cayetano, están mezclados con personajes intelectualistas o intelectualizados, como Carlos Deza, Fray Ossorio, Fray Eugenio e Inés, y con muñecos de farsa guiñolesca como Doña Lucía y su marido, el pobre boticario engañado. La mezcla es extraña y el lector percibe que algo no encaja bien en la armazón montada con destreza por el autor. Hay un revoltijo de hechos e ideas que personalmente, como lector, me dejan un tanto perplejo. Si Torrente parecía querer mostrarnos una serie de símbolos españoles sobre los años treinta y tantos en su primer libro, en éste desaparecen por completo, dejando sin objeto uno de los caminos que parecía apuntar. Si, por el contrario, sólo pretende hacer una novela al modo tradicional, con moldes del siglo XIX, mostrando un amplio trozo de humanidad, el obrar de unos seres, surge el problema antes apuntado sobre la discordancia de los personajes, que si en pura teoría literaria es correcta, el lector encuentra que en la realidad de *Donde da la vuelta el aire* resulta forzada.

En cuanto al tercer camino latente en los dos volúmenes, los problemas que surgen al paso de la fe y la vocación religiosa, ampliamente tratados en el primero por la vía explicativa, y que ahora se presentan por el imperativo del obrar de los personajes, resulta también desconcertante y oscuro su planteamiento y desarrollo.

Sin embargo, la novela, a pesar de los defectos anotados, fundamentales en el género novelesco cuando se apunta alto, es obra que se lee con mayor facilidad e interés que la anterior, por la movilidad situacional y mayor abundancia de diálogos —la acción externa supera a la interna, a diferencia del primer volumen—. Hay también una cuidada construcción, ligada a una cierta técnica de intriga y sorpresa que impulsa al lector hacia adelante, para ver en qué desembocan las nuevas situaciones.

Si en *El Señor llega* había una serie de situaciones que convergían en un par de puntos comunes al pueblo, y el ambiente era tenso, ahora, partiendo del punto de unión, Carlos Deza, el «extranjero» testigo que ya es partícipe en mayor grado, los caminos se van separando, divergen hacia lugares insospechados. En favor de la acción y la diversidad —ahora «pasan cosas»— ha cedido la tensión por acumulación.

Así, si con *El Señor llega* ya dijimos que todos problemas planteados quedaban en el aire, pendientes de los próximos volúmenes, en este de ahora tenemos que repetirlo, al no ver nada aclarado —por el contrario, la trama se ha complicado— y hemos de limitarnos a esperar la solución en el tercero y último volumen, donde creemos que aparecerá. Entonces podrá darse un juicio definitivo sobre el valor de la trilogía y sabremos dónde da la vuelta el aire, porque lo que es ahora lo desconocemos totalmente.

J. R. M. L.

Camilo José Cela: "La rosa"

Que al español no le agrada hablar mucho de sí mismo, es hecho harto conocido. Introvertido en grado sumo y orgulloso como el que más, difícilmente cuenta a los otros sus propias cosas. Por eso su novelística suele resultar, a fin de cuentas, timorata y pudibunda; y por eso, también, escasean no poco entre nosotros los libros de memorias. El *homo hispanicus* considera que su intimidad, presente o pretérita, le pertenece íntegramente. Y se la guarda como oro en paño. Quien rompa con tal norma es considerado por sus compatriotas poco menos que como vulgar histrión o desagradable exhibicionista.

Mas es innegable que los libros de memorias presentan un interés indiscutible, fundamental a veces, que pueden resultar una aportación a la historia políticosocial o a la literaria. Gracias, por ejemplo, a las memorias que escribieron en estos años últimos diferentes hombres públicos y jefes militares, nos es dable conocer más y mejor las causas y los efectos de la guerra mundial, sin necesidad de tener que aguardar unos cuantos decenios hasta la aparición de las obras de los historiadores. Igual podríamos decir

de las memorias de los escritores, las cuales nos facilitan el conocimiento de las tendencias literarias de determinado período o época.

Ojalá, pues, Camilo José Cela, que nos ha ofrecido últimamente *La rosa* (Ediciones Destino, Barcelona), primer libro de sus memorias, que llevan el título general de «La cucaña», encuentre imitadores. (En Buenos Aires comenzó, también ahora, a publicar las suyas el poeta Rafael Alberti, tituladas *La arboleda perdida.*) Creo que así ganaríamos todos, lectores y autores, pues a éstos no les vendría mal un buen baño de sinceridad y de consciente humildad, que es lo que deben ser los verdaderos libros de memorias. «La memoria —nos recuerda Cela— sirve al examen de conciencia, al recuento de los buenos pasos y de las malas pasadas.»

Este primer volumen de las memorias de Cela arranca, como es debido, de la niñez y en la niñez termina, salvo un breve intermedio en el que se habla no sólo del niño, sino asimismo del adolescente y del joven: «infancia dorada, pubertad siniestra y primera juventud», escribe el autor. Trátase de una serie de relatos en los que sobresale esa calidad de prosa, esa gracia poética y ese arte narrativo que son peculiares en toda la obra de Cela. No creo exista en lengua española escritor de mayores recursos expresivos. Por eso, cualquier libro suyo, sea de viajes o novela, narración corta o simple ensayo, se salva siempre.

Cela es plenamente consciente de su circunstancia, de la dura y escuálida circunstancia del escritor español. «La vida española —la vida literaria española, que de la otra no me he de ocupar sino muy de pasada— es una larga y reciamente plantada cucaña que se levanta en medio de la plaza pública, con la superficie engrasada a conciencia —para que nos escurramos—, frotada con hojas de ortiga —para que nos rasquemos— y conectada con los cables de la luz para que, a ser posible, nos muramos electrocutados.» Mediante estas líneas elocuentes, Cela justifica el porqué del título general de sus memorias: «La cucaña».

Estas contarán de tres o cuatro volúmenes y «no han de llegar más acá del día de San Camilo de 1936». Nos dejarán, pues, en el umbral mismo de la guerra civil española, que hoy por hoy Cela prefiere no tocar. («Sobre la guerra civil escribiré mi novela, si Dios me da vida, dentro de quince o veinte años.») En *La rosa*, repetimos, nos describe al Camilo José niño, sensible y voluntarioso, a la par que nos ofrece las claves del espíritu del Cela escritor. Es un libro de grandes calidades literarias, que no dejarán de leer cuantos se interesan por la obra de quien ocupa un primerísimo lugar en la actual novelística española.

I. I.

Arturo Parrilla: "Cuentos del ser primitivo"

EL ESCRITOR PUERTORRIQUEÑO Arturo Parrilla reune en *Cuentos del ser primitivo* (Las Americas Publishing Co., Nueva York, 1960) una serie de narraciones cortas, muy dispares en tema y argumento, pero realizadas con palpable unidad de intención e incluso de problemática intelectual, lo que no deja de extrañar si se piensa en que, al parecer, su autor es hombre muy joven. Realmente sorprende la compacta unidad de pensamiento y de preocupación que se adivina en Parrilla a través de la lectura de sus cuentos. El hecho, como digo, es patente y fácilmente advertible en el estilo narrativo, que, pretendiendo ser impersonal y extravertido, resulta más bien lo contrario, es decir fuertemente impregnado de la peculiar subjetividad de su autor.

Este dato que apuntamos tiene una gran eficacia literaria, debido a que su pretensión de objetividad e impersonalidad estilísticas le lleva a Parrilla a desnudar sus relatos, por un lado, de todo adorno emocional o sentimental, es decir propiamente lírico, y por otro, de todo paisaje concreto y local, o sea de intención descriptiva. Con ello deja al cuento en su puro esqueleto, escueta narración de hechos y diálogos, una mezcla curiosa y bien medida de elementos novelescos y teatrales. Particularmente me recuerda la técnica narrativa de Unamuno, aunque la influencia del escritor español no pase de ahí. Una ascendencia más marcada podemos encontrar en el estilo novelesco que tan en boga han puesto en la literatura europea los escritores existencialistas. Lo que Parrilla tiene de común con estos escritores es un realismo introvertido, referido a las esferas interiores del hombre, lo que supone una objetivación de puros elementos subjetivos o esencialización de elementos existenciales: forma novelesca derivada concretamente de Kafka y el psicoanálisis.

Estos cuentos son el producto de una honda y sincera introspección, lo que quizá explique lo extraño del clima en que nos sumergen; son narraciones que nos sitúan en un mundo de excepción, extraño e inquietante, que recuerda vagamente los sueños excitados, las pesadillas, paisajes oscuros del alma encadenados por una lógica que sólo puede valer para situaciones de anormalidad. Estilo, pues, de tónica surrealista, introspectivo y analítico: un análisis existencial que prescinde de todo elemento paisajístico y emocional para tratar de penetrar en los fondos abismales de lo humano.

El protagonista de estos cuentos es lo que su autor llama el «ser primitivo», que nada tiene que ver con el «ser elemental» o «buen salvaje»

rousseauniano, sino que por el contrario es una fuerza diabólica de la naturaleza, dotada de una tendencia atávica de destrucción; es decir, que el «ser primitivo» de Parrilla es una personalización de los estados primitivos del alma humana. El autor no describe hombres salvajes; lo que en realidad analiza son las tendencias salvajes del hombre civilizado, tanto en su aspecto instintivo —la venganza, el crimen, el odio— como en su aspecto intelectual —el mito, la magia, la superstición—.

Junto a estas fuerzas regresivas, Parrilla coloca otras de carácter benigno, símbolos de la solidaridad y el progreso humanos, luchando siempre contra aquéllas, lo que da a las narraciones un alto tono moralizador.

Tiene Parrilla verdadera garra literaria. Su prosa es sencilla y vigorosa. Algunos de sus cuentos son verdaderas obras maestras del género, v.g. «Cena opípara», «La Hicotea», «El entierro»; y el libro en bloque es extraño, desazonador e impregnado de un humorismo macabro y alucinante. Su lectura nos autoriza a esperar de este joven escritor obras de mayor velamen.

ANGEL FERNÁNDEZ-SANTOS

Condesa de Campo Alange: "La flecha y la esponja"

La Condesa de Campo Alange es sobradamente conocida para que intentemos hacer aquí una presentación; algunos de sus libros, en particular *La guerra secreta de los sexos*, publicado en Madrid en 1948, han aireado su nombre tanto dentro como fuera de la Península. Hasta ahora la escritora abordaba esencialmente en sus libros temas ensayísticos clásicos, con preferencia los de crítica de arte. Pero he aquí que la Condesa de Campo Alange se lanza con su libro *La flecha y la esponja* (Ediciones Arión, Madrid, 1960) a la aventura de narrar, hoy casi inevitable para un escritor. De la crítica y el ensayo a la narración hay un paso difícil; este paso lo da la Condesa de Campo Alange con muy buen pie. En efecto, *La flecha y la esponja* es un libro afortunado, realmente delicioso. Y ello por varias razones.

Primera: la autora, ensayista antes que nada, no pierde en estos cuentos su primitiva vocación literaria. Dedicada hasta ahora al ensayo, sigue cultivándolo, aunque sea en forma narrativa. Algunos de sus cuentos —el segundo, por ejemplo, que es una obrita maravillosa— son auténticos ensayos, verdaderos estudios de personajes muy de hoy, trabajos analíticos de psicologías estrafalarias tan frecuentes en la vida real. Estos personajes, o personajillos, interesan por su validez social; uno se topa con ellos a cada paso, por raros que parezcan.

La segunda razón que da calidad al libro consiste precisamente en que estos personajes, tan cotidianos y frecuentes, nos parezcan raros descritos por la pluma de la autora. ¿Los disfraza? ¿Los sofistica? Simplemente: los convierte en literatura, buena literatura, sacándolos de su mundo real y transformándolos en seres poéticos, unidos a la realidad de que proceden por una vaga y misteriosa simbología. En estos cuentos, hombres perfectamente verosímiles, señores de periódico en mano, fútbol, bar y oficina, viven en una especie de mundo mágico y obsesivo que les hace fascinantes, aun siendo la vulgaridad personificada. Admirable habilidad la de la autora, que parece como si se hubiera puesto a escribir cuentos tras haber pensado y dominado una elaboradísima técnica para escribirlos. Ni un fallo ni una imprecisión. Todo medido y exacto. Algunos cuentos parecen una exhibición de silogística. Y no cabe duda que una de las mejores virtudes del libro es la fina inteligencia que en él derrama la autora.

La tercera razón —quizá la más convincente— es la prosa diáfana y deliciosa en que estas narraciones están escritas. Quizá esa gracia y claridad idiomáticas encierren el peligro de hacer caer al lector en una excesiva degustación esteticista de la palabra, en detrimento del contenido humano de los cuentos. En todo caso, la prosa en que están escritos es elegante, depurada, de alto estilo literario, pero sin la frialdad y ese repelente puritanismo académico que convierte a ciertas prosas, impecables gramatical y estilísticamente, en témpanos de hielo.

A. F.-S.

M. Tuñón de Lara: "Antonio Machado"

La literatura española continúa todavía —¡quién lo diría!— siendo bastante mal conocida en Francia, no obstante los ímprobos esfuerzos de una magnífica y entusiasta gavilla de hispanistas. Por lo general, la gente culta conoce algunos nombres de nuestros clásicos —Cervantes, Calderón, Lope de Vega, etc.—, pero los mejores de la generación del 98 siguen siendo poco menos que ignorados, como lo son Ortega y otros. Tengo para mí que si García Lorca no hubiese tenido el trágico fin que tuvo, su obra teatral no habría llegado, como llegó, a los escenarios parisienses.

Tuñón de Lara se ha propuesto indudablemente con su *Antonio Machado* (Editions Pierre Seghers, París, 1960), dar a conocer al público francés uno de los más grandes poetas españoles de todos los tiempos. En su extensa presentación de más de un centenar de páginas, estudia la vida y la obra de Machado, desde su nacimiento en Sevilla hasta su fallecimiento en Collioure. Cual en proyección cinematográfica, aparece ante el lector la infancia sevillana del poeta, su juventud en Madrid y su paso por la Institución Libre de Enseñanza, la estancia en París, la publicación del primer libro —*Soledades*—, su nombramiento como profesor en Soria y su matrimonio, la aparición de *Campos de Castilla* y la muerte de su esposa, su creación poética y estética, la proclamación de la República, el nacimiento de su otro yo « Juan de Mairena » y, finalmente, la guerra civil.

Esta presentación —a la que sigue un florilegio de poemas de Machado, algunas páginas de prosa y una extensa bibliografía— da una idea perfecta del poeta estudiado y de su circunstancia española, así como de su arte poética y la evolución de su concepto de la poesía. Ha hecho bien Tuñón de Lara en subrayar el liberalismo de Machado y su fidelidad hacia sí mismo y hacia los demás, a diferencia de la mayor parte de sus compañeros del 98. Sin duda es esa fidelidad y el no haber huído jamás de la realidad circundante, amén de la profundidad y sencillez de su poesía, lo que hace que Antonio Machado sea aún hoy, veitiún años después de su muerte, el más actual de todos los poetas españoles.

I. I.

Juan Goytisolo : " Campos de Níjar "

He aquí otro libro de viaje por tierras españolas, como los que nos ofrecieron años ha algunos de los hombres del 98 —Unamuno y Azorín muy particularmente y que en estos últimos tiempos ha prodigado con su gracia y prosa incomparable Camilo José Cela. Pero el que ahora nos ocupa, debido a la pluma del joven novelista Juan Goytisolo, presenta características particularísimas, debidas sobre todo a sus indudables y meritorias intenciones sociales.

Campos de Níjar (Editorial Seix Barral, Barcelona, 1960) es el título de los relatos de un viaje realizado hace meses por Juan Goytisolo a través de unas de las tierras más áridas y sobrecogedoras de la sobrecogedora y árida España. Son páginas en las que late intensamente una viva preocupación por el hombre de esas desheredadas tierras almerienses y un gran interés por las realidades económicas en ellas imperantes.

Trátase de una región casi ignorada, como existen otras, en la que penan unos hombres que tratan de evadirse de su secular pobreza emigrando hacia otras provincias españolas menos ingratas o bien, cuando esta escapatoria no es posible —y las más de las veces no lo es—, procuran adaptarse casi rabiosamente al medio que su condición social y la geografía les impone. Es una lucha sorda, desesperada, en la que suelen sucumbir no obstante la reciedumbre de su carácter enérgico.

Goytisolo nos describe esta bronca realidad social, así como el paisaje que la circunda, en forma directa e incisiva, mediante una serie de conversaciones y anécdotas harto ilustrativas. Digamos, además, que *Campos de Níjar* se nos antoja el libro mejor escrito de todos los de su autor. En efecto, su prosa es rica, flexible y eficaz. Pero lo importante es la intención de este joven escritor comprometido, por más que irrite a esos patriotas cien por ciento para los cuales el patriotismo consiste en ocultar las lacras sociales en lugar de denunciarlas y tratar luego de hacerlas desaparecer para siempre.

I. I.

Yolando Pino Saavedra : " Cuentos folklóricos chilenos "

Ha entrado en circulación el tomo I, de más de cuatrocientas páginas, de los *Cuentos folklóricos chilenos*, recogidos y clasificados por el doctor Yolando Pino Saavedra. La obra constará de tres volúmenes y supone el esfuerzo investigador de varios años, realizado en forma sistemática a lo largo de todo Chile. Con esta magna publicación reanuda, el doctor Yolando Pino los estudios folklóricos chilenos, que en el pasado contaron con grandes figuras, como las de Julio Vicuña Cifuentes y Ramón A. Laval. La competencia del nuevo especialista es indiscutible y por eso su primer volumen ha sido recibido con general beneplácito. La personalidad del doctor Yolando Pino Saavedra reune capacidades y méritos sobresalientes. Profesor con largos años de labor docente, llevó a cabo sus estudios en la Universidad de Chile y en Alemania, donde se doctoró. Su cultura latina y germánica alía la sensibilidad hispanoamericana con las rigurosas técnicas científicas alemanas. Ha traducido, en forma esmerada, al castellano poemas de Rilke y es el autor de uno de los ensayos más hondos sobre el poeta uruguayo

Julio Herrera y Reissig. Ha compuesto una excelente antología de la poesía chilena y estudios sobre el novelista Hermann Hesse. Por su dilatada actividad educadora ha ocupado altos cargos y llegó a ser decano de la Facultad de Filosofía y Educación. En la actualidad dirige el Instituto de Investigaciones Folklóricas de la Universidad de Chile, y no hace mucho tiempo ingresó a la Academia Chilena de la Lengua.

Para dar cima a su obra viajó a los más apartados rincones de Chile; convivió con sus pobladores, asistió a velorios, mingacos (reuniones de vecinos para efectuar algún trabajo en común, a cambio de comida y bebida) y festividades diversas, donde, en un clima adecuado, los narradores de cuentos entretienen a sus auditores. Al amor del brasero, o de fogatas, o en largas comidas bien regadas, los cuentistas de fama narran innumerables leyendas y hechos curiosos. En medio de esos narradores, el doctor Pino Saavedra recogió sus relatos en cinta magnetofónica o por medio de apuntes. Según el autor, los cuentos chilenos son todos de origen español y no existen de otra procedencia o de cuna araucana. Los narradores son de origen campesino. El predominio español se debe a la fuerte influencia de la constante lucha entre godos y araucanos. A este Flandes indiano llegó la más elevada proporción de españoles y en forma ininterrumpida durante tres siglos. De ahí su exclusiva y avasalladora gravitación. Los araucanos vivían en una etapa primitiva y eran indomables guerreros, lo cual explicaría su pasividad cultural.

Los cuentos recogidos son sentimentales, heroicos, eróticos y cómicos, y de éstos los más populares son los de Pedro de Urdemales, personaje español chilenizado.

La obra del doctor Yolando Pino Saavedra ocupará un sitio insustituíble en el estudio y comprensión del alma popular chilena.

J. C. J.

A. Pinto Santa Cruz: "Chile, un caso de desarrollo frustrado"

ESTA OBRA (Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1959), es un estudio muy sugestivo sobre el desenvolvimiento económico de Chile desde la consolidación de la República hasta 1955. Su publicación ha resultado de gran oportunidad, pues supone un incitante balance de la evolución económica nacional en los momentos de celebrarse los ciento cincuenta años de existencia independiente.

Aníbal Pinto es profesor de la Escuela de Economía de la Universidad de Chile, animador de publicaciones especializadas y autor de varias obras de renombre, como *Cuestiones principales de la economía, Finanzas Públicas* y *Hacia nuestra independencia económica.* Su nueva obra abarca dos partes: en la primera analiza el período de 1830 a 1930; en la segunda, el lapso de 1930 a 1955. En tal forma traza un examen continuado del proceso económico nacional, sin desfigurarlo en cortes parciales, desligados del conjunto. Utiliza una documentación vastísima y organiza una imponente masa de hechos y datos, en un cuadro claro, ordenado y lúcido, a través del cual se ilumina con sentido expositivo-crítico, el verdadero desarrollo económicosocial del país: sus fallas, rezagos, privilegios y desviaciones, ofreciendo una explicación acertada de la situación actual chilena.

El profesor Aníbal Pinto se encarga de subrayar los dos aspectos primordiales de su acucioso análisis. En primer término, la comprobación de que el desenvolvimiento de Chile durante un siglo (1830-1930), se llevó a cabo en las condiciones más favorables para la cristalización del régimen liberal: «El comercio exterior fue un resorte inestable, pero dinámico; no hubo interferencias oficiales de importancia en el mecanismo de las fuerzas naturales del mercado; la paz y el orden prevalecieron casi invariablemente; el ingreso se distribuyó con la suficiente desigualdad como para crear amplias posibilidades de ahorro en los grupos pudientes; hubo una corriente importante y sostenida de capitales y créditos extranjeros.» Sin embargo, el régimen se mantuvo atrasado; no consiguió liberarse de los rezagos semifeudales ni eliminar su estructura subdesarrollada, subordinada al comercio exterior y a la monoexportación; ni pudo lograr un aumento general de la productividad del sistema y una diversificación apropiada de sus fuentes productivas.

En segundo término, la aguda demostración del contraste entre su lento avance económico y su apreciable adelanto en el plano político y de las relaciones sociales, propio de la extensión de la sociedad democrática, circunstancia que dio origen al conflicto típico de la realidad chilena, sintetizado en forma magistral por el filósofo y educador Enrique Molina en esta frase: «Civilizados para consumir, primitivos para producir.» La contradicción señalada se ha venido agravando, y tendrá que romperse tamaño desequilibrio o con un aumento de la capacidad productiva y un progreso en la distribución del producto social, o con un ataque franco contra las condiciones de la vida democrática «que, en esencia, son incompatibles con una economía estagnada».

Pocos libros más esclarecedores de los graves

problemas de la nación chilena que este de Aníbal Pinto. Su lectura deja bien establecida la gran falla de la política económica y social chilena: el ritmo deficiente de expansión de su economía y, por ende, el fracaso para extender la oferta de los bienes primordiales y mejorar en forma real, efectiva, el nivel de vida de su población.

J. C. J.

Jesús Arango Cano: "Verdades amargas sobre la democracia"

La democracia, aun la más pura y mejor interpretada, no es perfecta. Pero si es tal democracia (porque se está abusando escandalosamente del vocablo y se llama democracias a sistemas de gobierno que nada tienen de democráticos), si es verdadera democracia, entonces, con todos sus defectos, con todas sus deficiencias es la mejor y menos peligrosa manera de gobernarse de que los pueblos pueden disponer en el variado repertorio que la política les ofrece. Como alguien dijo de la libertad —y aunque libertad y democracia no son la misma cosa suelen andar juntas—, la democracia auténtica lleva en sí misma el remedio de sus propios males. Y no hay que engañarse: cuando el farisaísmo reaccionario truena contra la democracia, contra el Parlamento particularmente, que es una de sus expresiones más eficaces, no es lo que la democracia y el Parlamento tengan de defectuoso lo que les contraría, sino lo que, a pesar de sus vicios, tienen de bueno, y es mucho, aunque no fuere más que hacer que la voz popular no sea sofocada y posea un ámbito sagrado en que, a favor de la inmunidad parlamentaria, pueda sonar clamorosamente y hacerse oír de todo el mundo. Quedamos, pues, en que libertad y democracia no han llegado a la perfección en su práctica... Pero son lo mejor que se conoce para el gobierno de los pueblos.

El señor Arango Cano, que es un liberal y un demócrata auténtico, lamenta, como muchos otros lamentamos, las trampas, falsificaciones y corruptelas con que se desvirtúa a la democracia, y el disgusto que esto le produce le ha inspirado un libro, a la vez provechoso y amargo, que se titula precisamente *Verdades amargas de la democracia*, en el que pasa revista a las sofisticaciones que en ese sistema ideal de gobierno se han introducido, y no sólo en los países neófitos en su cultivo, sino en los que se glorían de poseer tradición y solera democráticas bien acreditadas.

El sufragio universal, sobre todo en lo que atañe a elecciones presidenciales (aspecto en que se extiende el autor con gran copia de pormenores interesantes), el montaje de la máquina oficial para asegurar el triunfo del gobierno en los comicios, los ardides para formar, desviar o escamotear en su caso a la opinión pública, la parte considerable que ciertas empresas periodísticas, las oligarquías políticas, los monopolios, «trusts» y fuerzas económicas tienen en la deformación de la democracia, son otros tantos temas que el señor Arango Cano examina con imparcialidad, sin disimular ninguna de esas tachas que afean y desnaturalizan un sistema que todos los demócratas quisiéramos puro y sin mancilla; pero dejando traslucir a ratos el dolor moral que ese falseamiento le produce. Quizás a veces recarga el autor un poco la nota en cuanto a esos lunares de la democracia, en su afán de no dejar en la sombra nada de lo que él cree que debe airearse, para ponerle remedio; pero dos de los ensayos que componen este volumen no son siquiera acreedores a ese levísimo reproche: el que trata de la demagogia, la más sutil y capciosa falsificación de la democracia y la más nociva acaso, y el que con ponderación ejemplar señala los peligros que la existencia de una religión *oficial* supone para la libertad de conciencia y para el normal desenvolvimiento de un régimen democrático. Su conclusión es que el Estado no ha de tener religión oficial, ni preferencia por una religión o credo, colocándose en posición imparcial, de modo que cada cual disfrute de plena libertad para practicar sus íntimas creencias.

Verdades amargas sobre la democracia es un libro provechoso porque revela males con los que hay que terminar, y el propósito de su autor no es otro que ese propósito plausible; pero con todas sus fallas, quiebras y flaquezas, que Dios nos dé una democracia, y no una de esas *eficaces* dictaduras que tan caro han costado a la humanidad; que aunque la democracia sea imperfecta, ella misma nos facilita los medios de retocarla, ajustarla y mejorarla para que alcance la calidad y las virtudes que la acerquen más y más a esa perfección que deseamos.

C. A.

Dionisio Ridruejo: "Dentro del tiempo"

En estos últimos años se ha hablado mucho de Dionisio Ridruejo en terrenos no directamente relacionados con la literatura. Su valerosa actitud ante la situación de España le ha granjeado la estimación y el respeto de muchos españoles, especialmente entre los jóvenes, dándole además a conocer al mundo exterior.

Pero quizá todo esto haya hecho olvidar un poco algo que es esencial en su figura: Dionisio Ridruejo, intelectual y hombre político, es también, y acaso antes que nada, por más honda vocación, un escritor: un escritor en toda la gravedad de la palabra. Como prueba brillante —sin contar con su no pequeña obra anterior—, he aquí este *Dentro del tiempo* (Ediciones Arión, Madrid, 1960), uno de los más bellos libros aparecidos en los años últimos.

Dentro del tiempo es un diario. Exteriormente, el diario de un hombre de la alta Castilla (Castilla del alto Duero) que vivió una larga temporada en tierra catalana. «Vengo de las tierras altas, de lo más áspero y desnudo de la meseta», nos dice Ridruejo para empezar. «¿Habrá así ojos menos encaminados hacia esto que tengo ante mis ojos?» Lo que el escritor tiene ante sí es la tierra catalana, tan distinta de su tierra nativa: una tierra que es, «sencilla y equilibradamente, la tierra del hombre: hecha de su cultura o su cultivo», «dibujo y primor; razón y gusto; complacencia en los límites». El escritor penetra en el corazón de esta tierra que le es originariamente ajena por «el extraño —y fatal— amor a lo contrario». El libro será así un canto de amor a la tierra de Cataluña, Cataluña rural y prefabril, antigua y nueva siempre, espejo bien cuidado del paisaje eterno del hombre.

Pero *Dentro del tiempo* no es esto sólo. El libro es una meditación del tiempo plasmado en la naturaleza, mas una meditación que se expresa no en ideas generales, en conceptos, sino en visiones de paisajes, en palpaciones de cosas, en exteriorizaciones poéticas de estados de ánimo (Ridruejo es poeta y la calidad poética de su prosa es una de las excelencias del libro). Yo diría de este libro que es un «diario de gozos», el relato del amor gozoso del escritor al paisaje que le ha tocado vivir y, a través de ese paisaje, a la naturaleza total en cuyo ciclo se encierra el tiempo humano. El escritor dialoga amorosamente con las cosas, las palpa y las va descubriendo poco a poco, se goza en ellas y con ellas vive, en ellas descubre la belleza, la vida, la muerte... Así el libro será una colección de retratos de cosas, o de momentos de la naturaleza, impregnados de la propia vida dialogadora y expansiva del autor: una perra de caza, unas coles, unas flores primerizas que se van deshojando sobre la mesa, un amanecer, una tormenta, el mar cercano de la playa, las nubes, el tímido verdor invernal de los sembrados... Vemos trascurrir a lo largo del libro las cuatro estaciones del año, cada una despertando ecos particulares en la sensibilidad del autor, cada una pintando de distinto color al tiempo que pasa... Y la voz más íntima del autor, la de sus preocupaciones más hondas, la de sus sentires de hombre emplazado en el tiempo nos llega mezclada con los rumores de la naturaleza, en entrañado diálogo: alegre, esperanzada, entristecida, melancólica, solitaria, conmovida, nuevamente esperanzada...

El libro abunda en aciertos de gran belleza poética y descriptiva. Unos cuantos ejemplos al azar: «el mar, ese planeta sin acabar de crear»; el verano, «un corazón que late y una brisa que yerra»; «un ciprés fino, empinado, infatigable. Cree que es un surtidor. Lo es»... La sensibilidad del autor para los colores y los matices, para los pequeños rumores y acontecimientos de la naturaleza, nos trasmite en toda su corporeidad las cosas y los paisajes. Y siempre, por debajo, el «sentir alto y profundo», el ahincado amor humano del autor, que nos habla de la vida y de la muerte, del tiempo que pasa...

Una prosa sencilla, natural, pero reverberante, llena de delicadas irisaciones, de tornasoles sensitivos, hace de la lectura de este libro un placer pocas veces igualdo. Y la edición, bella y cuidada, incluye unos dibujos de Benjamín Palencia.

FRANCISCO FERNANDEZ-SANTOS

José María Castellet: "Veinte años de poesía española. Antología (1939-1959)"

La aparición de este nuevo libro de José María Castellet (Editorial Seix Barral, Barcelona, 1960) determina un decisivo planteamiento para el cíclico y sistemático estudio del acontecer poético español en sus veinte últimos y desconcertados años. Pero ello no es todo. En este caso concreto, la eficaz visión literaria está doblada de una muy valiosa y equitativa interpretación histórica. Y es precisamente la coincidencia de ambas serviciales directrices —no reunidas hasta ahora en ningún ensayo antológico de este tipo—, lo que confiere al texto de Castellet su ejemplar función aclaratoria dentro del confuso ciclo de la poesía española de posguerra.

Veinte años de poesía española viene a inaugurar, por muy varias razones, una específica y necesaria labor de revisión y de ordenación poéticas, precisamente en un tiempo y en unas circunstancias en que todos los síntomas parecían pronosticar la indecorosa vigencia de los ídolos falsos y de los falsos pedestales.

La más meritoria novedad de esta *Antología*, entre sus otras estrenadas virtudes, es el sistema utilizado para su elaboración. Castellet ha preferido muy sagazmente el dinámico rigor de la cronología de los poemas a cualquier otra forma tradicional de inclusión de los poetas. Los nombres tenidos en cuenta a lo largo del texto no

figuran en él sino en función de sus correspondientes referencias temporales dentro del cíclico desarrollo de la poesía escrita entre 1939 y 1959. La *Antología,* pues, según se colige, no es una selección más de poetas, obediente a los siempre engañosos prestigios de cenáculo, sino un testificador y puntual discurrir de poemas, ordenados por sus concretas afluencias y significaciones históricas, sin atender a otros imperativos que a los de su varia representación dentro del cuadro general de las últimas vertientes poéticas españolas.

Ningún texto como el que comentamos puede ofrecernos hoy una más cierta y abarcadora idea de los poetas españoles vivos. A lo largo de las complementarias rutas fijadas en la *Antología* con tan irrefutable objetividad, se comprueba hasta qué punto nuestra poesía, después de caer en las inoperantes barrancas de los neoclásicos escapismos, ha ido despertándose poco a poco de su largo marasmo para tomar conciencia de su misión nacional y para enfrentar su inconformista postura con la realidad histórica del país. Quizás sea ésta una de las más importantes y desveladoras condiciones de la *Antología* de Castellet, texto clave y ya insustituíble desde este saludable punto de vista. La convincente cronología de los poemas, la justa y cabal perspectiva, ha venido a señalarnos, con más propiedad documental que ningún otro sistema de análisis, la enteriza y verdadera raíz de la poesía actual de España, desplazados ya, paulatina y responsablemente, todos los evasivos esquemas y lastres postsimbolistas. En este sentido, no es difícil sacar la conclusión de que el ético e histórico compromiso de la nueva poesía *realista* toca con muy semejantes incitaciones a los «poetas mayores» de la generación de 1927 y a los que se han ido dando a conocer con posterioridad. Existen, realmente, muy particulares coincidencias de orden humano —e incluso de orden estético— entre las obras actuales de Alberti, Otero o Agustín Goytisolo y las de Aleixandre, Celaya o Gil de Biedma, o entre las de Guillén, Nora o Barral y las de Cernuda, Crespo o Valente. Al margen de las categóricas y personales diferencias expresivas, aflora en todos ellos una similar preocupación por la problemática de la realidad española, esa constante histórica que ha venido abriendo las más ilustres y tradicionales trochas de nuestra literatura nacional.

La selección poética propiamente dicha está precedida de un amplio y concienzudo estudio sobre los diversos caracteres y bifurcaciones de la poesía contemporánea. Castellet argumenta su apoyo en la cita de Christopher Caudwell que sirve de cumplido pórtico a la *Antología:* «Es imposible comprender la poesía moderna, a menos que la entendamos históricamente, es decir, en movimiento.» Dentro de este provechoso carácter historicista, y a contrapelo de la anémica concepción *estática* de la obra de arte, ha establecido Castellet el vínculo esencial de su *dinámica* selección, en cuyas implicaciones temporales se aprecia y se delata indefectiblemente el metódico campo poético de acción desarrollado durante nuestra larga y nebulosa posguerra.

El estudio preliminar está dividido en dos fundamentales y complementarias partes. En la primera se analiza con muy documentada y penetrante visión el fluir de la poesía española desde 1898 a 1936, cuyos significativos límites —anunciadores de las fechas fijadas en la Antología— marcan el variable período de convivencia de las corrientes simbolistas y realistas. Con Unamuno, Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado, inicia Castellet su indagación en los preclaros antecedentes de la poesía española contemporánea, centrando en el autor del *Juan de Mairena* todo el profético programa que ha hecho suyo el reciente movimiento realista, vivificado gracias al honda y constitutivo compromiso histórico de la nueva generación literaria. El capítulo referente a «arte poética» de Machado es, sin duda, el que señala con más clarividente síntesis los postulados ideológicos de la última poesía española. Después de estudiar la aversión unamuniana al simbolismo y la particular —y ya tan distante— asimilación modernista y purista de Juan Ramón, Castellet se adentra en la orgánica búsqueda de los básicos elementos poéticos que condicionan a la generación llamada del 27 —la agrupada en la famosa *Antología* de Diego—, con sus respectivas distinciones estéticas y los anuncios de sus mudanzas posteriores. Las consecuencias extraídas de estas calas son de una insuperable validez interpretativa.

En la segunda parte del prólogo, el crítico desarrolla el verdadero núcleo del temario de su *Antología:* los ríos y afluentes poéticos que han ido propagándose a través de los veinte últimos años, desde sus pueriles y conformistas inicios —situados entre 1939 y 1943— hasta la actual imperiosa conformación realista de la poesía, convocada ya en el decenio de los años 50. Castellet va escalonando y catalogando con intachable rigor todos y cada uno de los perfiles literarios e históricos integradores del sesgo evolutivo trazado: las lujosas y truncas evasiones del neogarcilasismo, los contradictorios brotes intimistas, la solidaria reacción de los mejores, la situación de los poetas del 27 veinte años después, la paulatina toma de contacto con la encrespada vida española, hasta desembocar, por último, en el decisivo despertar de la conciencia poética y su comprometida proyección hacia un «realismo histórico». El camino ha sido accidentado y rico en quebradas y cortapisas. Pero, realmente, la actual poesía de España, la que están escribiendo, al lado de algunos otros «poetas mayores», los hombres que fueron niños durante la guerra civil

no puede ofrecernos hoy mayores garantías de libre enjuiciamiento y de integridad humana, íntimamente decidida ya, como pedía Machado, a ser «palabra en el tiempo». La *Antología* de Castellet es, en este trance, un testimonio ejemplar.

Veinte años de poesía española viene a constituir, en resumen, un insuperable y obligado texto de consulta dentro del panorama actual de nuestra historia literaria, de tan claro valor como instrumento de trabajo que como necesario documento para fijar las parcelas de la poesía española contemporánea. Castellet, según se podía augurar, ha cumplido con creces lo que se propuso, que ya era sobradamente ambicioso y laborioso.

JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD

Miguel Hernández: "Antología"

LA SOMBRA DE MIGUEL HERNÁNDEZ hace ya años que estaba pidiendo a gritos una antología como esta que nos presenta María de Gracia Ifach (Editorial Losada, Buenos Aires, 1960). En ella, la obra de Hernández aparece bien representada en sus diversas etapas. Toda la maestría —empleo tal término a conciencia—, toda la maestría del «prodigioso muchacho de Orihuela» está aquí presente: desde sus poemas de adolescencia hasta los últimos de ausencia; desde su primer regusto gongorino y aquella como manera, digamos, que Miguel afectaba de «campesino», de «pueblo», demasiado aparente para dejar ver inmediatamente cuanto en el había de *pueblo*, de *campesino*, ciertamente, en su persona, hasta los últimos poemas que de él conozco: ésos escritos ya en la cárcel. Todo, todo está aquí representado, incluso su teatro.

Mas por lo mismo, diría, todo ello sabe a poco. Y creo que ese es el mejor cumplido que se puede hacer a una antología. Una selección que no nos sacia, que no nos harta, harto bien está diciendo del tacto del seleccionador y de la calidad del seleccionado. Y tal es el caso ante este volumen: nos quedamos con hambre de Miguel Hernández.

Hambre, para mí, tal vez interesada o, por lo menos, no completamente desinteresada, ya que no se refiere únicamente a la obra de Miguel, a su aportación a la poesía de lengua española y aun a la poesía a secas; ni tampoco a lo que, hablando a lo pedante, podríamos decir su eternidad, sino que, sobre todo, nos quedamos con hambre, casi canibalesca, de Miguel Hernández, de su persona: en carne y hueso.

Par mejor darme a entender permítaseme un solo recuerdo personal y un tanto paradójico: el día en que Miguel Hernández vino a verme a mi casa, en Madrid, con unas líneas de presentación nada menos que de... Ernesto Giménez Caballero. Decía éste, entre otras cosas: ...«puesto que ambos son ustedes jóvenes y poetas, deben conocerse, tratarse y estimarse». No sé si Miguel me estimaría a mí, pero sí sé, en todo caso, que yo le estimaba a él, pese al efecto chocante que me produjo a veces y, entre ellas, en aquella primera reunión. Realmente, con su traje de velludo color tabaco, chaqueta ribeteada con cinta de seda, sin corbata, con alpargatas y sin calcetines, me daba la completa impresión de andar por Madrid *disfrazado* de campesino o, lo que es peor, de «pasto poeta». Por ello, poco después me pareció cruel, pero exacto, el comentario de Maruja Mayo al saber que Miguel quería, como trabajo para ganarse la vida en Madrid, que le encomendasen un rebaño para cuidarlo. A lo cual el comentario maligno de Maruja: «En Madrid, cuidar un rebaño cuesta carísimo.» Mas aquella mala primera impresión que Miguel quiso ofrecerme de su persona no duró ni un cuarto de hora. Me propuso —o le propuse— o nos propusimos recíprocamente, como suele suceder en esa edad juvenil, leernos algunos poemas. Y para ilustrar los suyos —ilustrar es el término exacto que Miguel empleó—, al leer ciertos sonetos, de pronto se detenía en su lectura y se ponía a silbar, pero a silbar no como persona sino como pájaro o, mejor aún, como pájaros. Y entonces, en pleno paisaje urbano, pese a lo que a mí me parecía disfraz de su indumentaria, sin transición se aparecía un campo, el suyo, el de sus poemas con todos sus pájaros y en el que la «cara de patata» de Miguel, según la conocida frase de cierto gran poeta y amigo común, hallaba, por decirlo así, justificación plena y total.

Baste con esto para decir, sencillamente, que me conté entre sus amigos, sin que ello suponga que quiero alzarme con monopolio alguno. Y dicho eso, resulta suficiente para aclarar lo que más arriba decía acerca del hambre interesada. Hambre de Miguel, hambre de hombre —he dicho en otra parte— al pensar en su terrible final en una de esas cárceles españolas de nuestra España, toda cárcel.

Sí. Yo sé muy bien que lo importante, lo definitivamente importante para el mundo está aquí, digamos, en su obra, en lo que de su obra, concretamente, nos ofrece hoy esta muy buena antología. ¿Pero basta eso? Quiero decir, por ejemplo: ¿Silbaría Miguel en la cárcel? ¿Habrá podido silbar un segundo, siquiera sea un segundo en esas cárceles? ¿O para él ya no habría más que dolor, amargura?: *«la libertad se pudre desplumada en la lengua»; «esos que sólo buscan abandonar su cárcel/su rincón, su cadena, no la de los demás»*. ¿O, haciendo de tripas corazón, pudo, podría hasta el final, convertir las cebollas, incluso las cebollas, en delicado y primoroso mate-

rial poético, como en su «Nana de las cebollas»?

Algún día se escribirá «el libro» sobre Miguel Hernández. Con todo, con relatos de sus últimas horas y aun segundos, con recuerdos, con los documentos que haya, que los habrá. Y será más que necesario. No para satisfacer malsana curiosidad de nadie sino para edificarnos: que la humanidad no tendrá tantas ocasiones de disponer, para conocer el dolor humano, de un testigo de vista de la calidad de Miguel Hernández.

A. S. P.

Gabriel Celaya: "Poesía urgente"

GABRIEL CELAYA, con Blas de Otero y otros varios constituyen un grupo de poetas españoles a quienes anima un cierto «furor» sagrado y más que respetable en sí mismo, por cuanto viven en España. Podríamos decir, ante eso, que nuestra conformidad con su inconformismo se ha de dar, y se da efectivamente, por descontada. Porque aquello que en o con su *Poesía urgente* postula Gabriel Celaya es algo así como la materia prima que, supongo, nos une o debería unirnos a los de «dentro» y a los de «afuera». La urgencia, en ese caso, sería la de tomar actitud consecuentemente humana ante el sufrimiento material y moral del pueblo español o, como quería Antonio Machado, la «renuncia a todo dandismo literario».

Mas ocurre que, simultáneamente, hay en ese «furor» sagrado como ramalazos no ya de furor sino de mera furia humana, de la que a veces son víctimas no se sabe bien qué poetas, indignos al parecer de tal nombre. O cuando —Dios sabrá por qué— en un alarde de urgencia se da en defender a Sancho —«Sancho Pueblo»—, suponiendo que Quijano es o puede ser un señorito: «*Al señorito Quijano le tratas de caballero*». En una palabra: de algún modo también se postula aquí la poesía comprometida, frente al mito —nómbresele o no— de la supuesta poesía pura. Lo cual tiene su aspecto positivo... y también otro, y aun otros.

Así, en *Poesía urgente* se proclaman paladinamente ciertas influencias: la de Pablo Neruda, a manera de ejemplo. Pero se callan otras tan evidentes como la de César Vallejo, presente en este libro tanto como en los de Blas de Otero. Y aún otras influencias. Por ejemplo: en 1936, determinado poeta español tituló un poema «Estos son los oficios». He aquí algunos versos, tomados al desgaire de dicho poema: «*Estos son los oficios/ son oscuras materias las que ordenan/quiero que mis palabras sepan a esparto viejo/o a superficies pulcras de metales pulidos/para hablar de las eras y el cemento/brotan manos tan puras que arranco de la tierra/campanas y martillos...*» No insistamos y veamos algunos versos de cierto poema de Celaya: «*Tales son los oficios. Tales son las materias/hay gentes que trabajan el hierro y el cemento/las hay dadas a espartos/con manos que construyen armarios y dinamos*».

La urgencia de una determinada poesía puede determinar —perdóneseme el retruécano— muchas cosas, muchas, mas no debería ser ninguna de ellas ni la confusión entre urgencia y demagogia, ni el ocultamiento de ciertas fuentes.

Pero dejadas ahora de lado esas reservas, este libro de Celaya tiene sin duda su significación profunda. Pese a todo —y en España eso no es poco decir— el poeta quiere dar o ser testimonio. Y ese es un querer que por el mero hecho de ser ya logra su objetivo, pese a cuanta deformación menor pueda apreciarse en su curso. Detenerse, no dejarse arrastrar por la corriente, resistirse a ella y además decirlo en voz alta, ya es, lo repito, más que mucho.

Titula Celaya la segunda parte de su libro con una cita tomada de Shakespeare: *Lo demás es silencio*, largo poema de carácter elocuente, por momentos, pero sostenido siempre por un aliento verbal, por una expresión lírica precisa y eficaz. Pero acaso se manifieste mejor la voz del autor en el recitativo que constituye la tercera parte llamada *Vías de agua*, en el que la división en «pasos» encuentra así una resonancia teatral y religiosa, aun cuando el término religioso haya que entenderlo aquí en el sentido peculiar o, si se quiere, etimológico de religión como fervor. Fervor que se manifiesta muchas veces bajo la cubierta amarga del sarcasmo. ¿Pero acaso no será el sarcasmo el tono más necesario en la España actual? En todo caso, en Celaya parece sin duda el más consecuente para la manifestación de la verdad, como se dice en términos judiciales.

De cualquier modo, digamos, para cualquier lector de este libro la España que ahí aparece, desgarrada, desesperante, es una acusación. Acusación de fuerte coloración social. Una más, acaso se dirá, por los pesimistas, que viene a sumarse a otras tantas ya formuladas. Cierto. Una más. Pero ese sumarse unas a otras es, hoy por hoy, la única, la sola esperanza española.

A. S. P.

Antonio de Undurraga: "Hay levadura en las columnas"

UN GRAN POETA, Antonio de Undurraga, acaba de publicar acaso el más maduro y trascendental de sus libros, fruto de una larga experiencia emocional y de una confrontación

sincera consigo mismo y con los acontecimientos de su tiempo. Se trata de la colección de poemas que nos ofrece con el título un tanto extraño de *Hay levadura en las columnas*, publicada por la revista *Caballo de Fuego*, en Bogotá.

Antonio de Undurraga llama a sus poemas «Testimonios de poesía convivencial». Es la convivencia, no con un determinado círculo literario, sino con América y con el mundo. Undurraga ha sentido en carne propia todos los dramas de nuestra época, dramas políticos, humanos y estéticos. La desorientación y la esperanza del hombre lo han sacudido no como a individuo aislado, sino como a una parte de este conjunto que se esfuerza por doblar un cabo peligroso y por dominar la terrible conmoción que ha producido en las conciencias la serie de hechos inauditos producidos desde el comienzo de la segunda guerra mundial. Un poeta de la categoría de Undurraga no podía permanecer ajeno a esta revolución que ha acarreado tantas transformaciones y que ha puesto al hombre frente a un problema inédito. ¿Quiénes no han resistido al impacto? ¿Quiénes se han levantado para poner orden en el caos producido por la liquidación de la guerra? Tal vez no es posible trazar una línea divisoria perfectamente clara entre estas dos categorías humanas; pero sí es posible decir que Antonio de Undurraga es uno de los que ven claro y de los que tratan de explicar el fenómeno con su lenguaje lírico.

Es difícil y hasta poco simpático tratar de encasillar a un poeta auténtico, y este es el caso de Undurraga. Podemos decir que proviene del creacionismo de Huidobro, sin que esto nos ayude a comprenderlo mejor; podemos afirmar también que mantiene conexiones con el surrealismo. Es igual. La verdad es que de Undurraga es él y que es en su propia estatura como conviene analizarlo.

En cierto modo, niega a Huidobro cuando dice en el prólogo de su libro: «Toda poesía debe ser rigurosamente actual: a una rosa no se la puede cantar ni hacer 'florecer en el poema', en la misma forma en dos épocas distintas; por ello, toda poesía debe representar e interpretar un momento de sociabilidad, un temperamento psicológico de época, una faceta de la misma, y en las épocas en que la sociabilidad adquiere caracteres especiales de complejidad —como la presente— la poesía puede y debe tomar, más intensamente esta complejidad como material de trabajo y ser, entonces, convivencial.»

Y más adelante:

«He aquí el patético y doloroso destino del poeta: libertar al hombre de los mitos que enajenan su libertad; ser el Prometeo de hoy y de siempre, que no sólo está obligado a crear poesía, pan metafísico y estético del hombre para el hombre, sino también a defender las condiciones de libertad y evolución de la fantasía y el pensamiento humanos, para que sea posible la creación poética.»

¿Ha logrado Antonio de Undurraga su propósito? Nosotros creemos que sí.

S. R.

F. Vegas Seminario: "El retablo de los ilusos"

Henos en este caso ante un novelista tradicional que pinta un cuadro inmediato y que reduce su mundo a las experiencias vividas en una área reducida y bien delimitada. Se trata del peruano Francisco Vegas Seminario, que acaba de publicar en Lima *El retablo de los ilusos*.

Desde hace unos tres años, Vegas Seminario ha entrado en un período de gran fecundidad. *El honorable Ponciano*, sátira política; *Tierra embrujada*, novela campesina, *y Cuando los mariscales combatían*, novela histórica, han precedido con breves intervalos al libro que ahora nos ocupa. Anteriormente este autor había ya dado a luz tres o cuatro producciones entre las cuales se cuenta *Montoneras*, que sigue siendo hasta ahora la más recia y animada de sus novelas.

El retablo de los ilusos pone de manifiesto, una vez más, la soltura del escritor y su facultad para captar los pormenores decisivos. Francisco Vegas Seminario es de aquellos que hacen vivir a sus personajes y animan un ambiente con unas cuantas frases densas de humanidad y colorido. Es un observador agudo del hombre, y como tal ha podido proyectar hacia personajes de otras épocas sus experiencias psicológicas, logrando infundirles vida y realidad. *Montoneras*, por ejemplo, que es una novela de la revolución en la región de Piura a fines del siglo pasado, tiene una vitalidad extraordinaria que emana del realismo de sus personajes.

Ahora con *El retablo de los ilusos* aborda el estudio de la clase media limeña y vemos aparecer nuevamente su penetrante sentido de observación, su facultad de animar tipos que nos parece haber encontrado en el mundo real con todos los detalles característicos con que se dibujan en el libro. Cualidades son estas que distinguen, sin duda, al verdadero novelista. Francisco Vegas Seminario posee el don innato del narrador certero y ameno.

Como la de todos los países americanos, la clase media peruana vive el pequeño drama de no definirse. Es, al revés de la europea, una clase de transición que trata de escalar otra categoría superior, y los vencidos comprenden que se des-

B.D.I.C

peñarán a las capas inferiores irremediablemente. Se producen, pues, tipos muy particulares con una serie de caracteres pintorescos, de formas psicológicas que, en su propia vacilación, llevan sus distintivos. En esta clase aparece también (con caracteres patéticos muchas veces), el drama de las generaciones: los jóvenes a quienes las facilidades de la vida moderna han permitido asomarse al espectáculo de las clases más acomodadas y sienten un instintivo alejamiento —cuando no vergüenza— de sus mayores. Desaparecida la barrera que creaba dos mundos diversos de ricos y pobres, de aristócratas y plebeyos, los jóvenes modestos de hoy tienen muchas posibilidades de contemplar de cerca la vida de una clase adinerada que suscita en ellos anhelos de mejorar o simple envidia. Vegas Seminario pinta con mucho acierto ese verdadero drama de una juventud que no se siente sobre terreno firme y que debe sufrir rudos golpes, si su propia voluntad no la ayuda en esta lucha.

Decíamos que este novelista es tradicional. Así nos lo parece. No hay en él ningún afán de buscar nuevas formas estéticas. Le interesa la vida, y para hacerla palpitar en sus libros cree que la mejor manera es la sencillez y la claridad. Con un estilo que fluye fácilmente, con una movilidad de maestro nos va trazando los cuadros capitales de su mundo. De ahí la amenidad de todos los libros de Vegas Seminario y el encanto de *El retablo de los ilusos*, que se lee con tanto agrado que, una vez empezado, no se puede dejar de mano hasta terminarlo.

S. R.

Isidro Conde: "El 'verso blanco' en la poesía española"

Isidro Conde, cuya obra poética hemos comentado tiempo ha con justo encomio, nos envía un folleto muy bien impreso que acaba de publicar: *El «verso blanco» en la poesía española*, en que se recoge la conferencia que dio recientemente en la Asociación Cultural Ibero Americana de La Coruña sobre ese tema.

La falta de rima, el predominio del «verso blanco» en la poesía actual obedece a una exigencia poética que no es de ahora. Viene de muy atrás y tiende a transformar «el valor musical de la palabra para convertirla en valor absoluto de la imagen». Tal es, en breve, la tesis de Isidro Conde, y la apoya en bien seleccionados ejemplos que muestran el abolengo del «verso blanco» en la poesía española: Villegas, Rioja, Quintana, el duque de Rivas y otros astros menores. *Nihil novum sub sole.*

Formula el autor muy atinadas consideraciones sobre los motivos del divorcio que se advierte hoy entre el público y la poesía contemporánea que se ha desviado de los gustos de la mayoría para «replegarse en su más pura esencialidad». No recordamos quien dijo, a este propósito, que mientras antes los poetas escribían para todo el mundo, ahora escriben para los otros poetas, que tienen la clave para interpretarlos, y así se va creando un arte exquisito sin duda, pero hermético y para iniciados. Y no lo decimos ciertamente por Isidro Conde, que, además de claro y transparente, podría permitirse el lujo de alguna picardía hermética, pues ha demostrado antes su garbo y destreza en el verso clásico y su maestría en el soneto.

C. A.

COLABORADORES

● JULIAN ANDIA es —lo señalamos ya en nuestro nº 35— el seudónimo de un conocido profesor y escritor español, que por residir en Madrid prefiere no firmar sus colaboraciones en *Cuadernos*.

● JULIO BARRENECHEA, poeta chileno, autor de varios libros de poemas, fue elegido recientemente miembro de la Academia Chilena de la Lengua y obtuvo en septiembre de 1960 el Premio Nacional de Literatura por el conjunto de su obra.

● ROGER BASTIDE, profesor de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad de París y director de estudios de la Escuela de Altos Estudios de la Sorbona, es autor de varias obras y colabora en diversas revistas francesas.

● BORIS GOLDENBERG, nació en Rusia, de donde emigró con sus padres a Alemania; allí cursó sus estudios universitarios. Militante socialista activo, tuvo que refugiarse en Francia al triunfo del hitlerismo, de donde salió en 1940, en vísperas de la ocupación alemana. Residió en Cuba durante 19 años, en calidad de profesor, país que abandonó recientemente.

● F. G. HUDSON, profesor en el St. Antony College de Oxford y director del Centro de Estudios sobre Extremo Oriente, es autor de la obra *The far East in World Politics*.

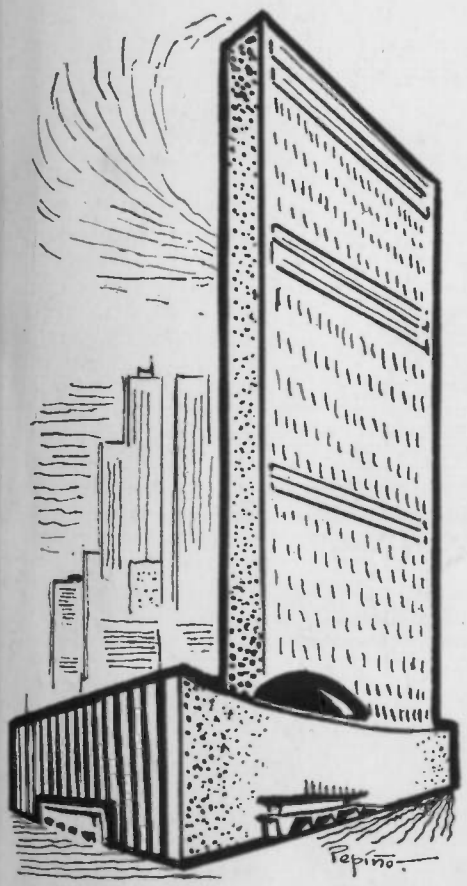
● KARL JASPERS, conocido filósofo alemán, publicó recientemente una serie de artículos en *Die Zeit* de Hamburgo, en los que trata de los problemas de la libertad y de la reunificación alemana. Ofrecemos a nuestros lectores largos extractos de dichos artículos.

● ANTONIO PORRAS, notable novelista y crítico español, autor de varias obras, reside en París.

CUADERNOS

BIBLIOTHECA BELGICA

LA O.N.U. PUESTA A PRUEBA



LOS TRES PRIMEROS MESES DE LA CRISIS DEL CONGO

por

THÉODORE DRAPER

SUPLEMENTO DEL Nº 46 (ENERO-FEBRERO 1961)

4° P 5926 (1)

Dir.-Gérant de la publication : R. FERRAND

TYPOGRAPHIE FIRMIN-DIDOT ET Cie. – MESNIL (EURE)

B.D.I.C

LAS NACIONES UNIDAS PUESTAS A PRUEBA

Los tres primeros meses de la crisis del Congo ex belga

POR THEODORE DRAPER

BIBLIOTHEQUE

Introducción

«CUANDO UNA ALEGACIÓN se ha repetido varias veces, deja de ser una alegación para convertirse en un hecho sancionado, incluso si no hay pruebas para confirmarlo.»

Estas palabras, llenas de tristeza e indignación, fueron pronunciadas por el Secretario General de las Naciones Unidas, Dag Hammarskjold, en contestación a las afirmaciones del Presidente del Consejo de Ministros de la U.R.S.S., Nikita Kruschef, en que le presentaba como defensor del «colonialismo», protector del «capital de los monopolios» y «hombre que ha escarnecido la justicia elemental».

«No obstante —continuó diciendo Hammarskjold— los hechos son los hechos, y los hechos evidentes existen para todos los que se interesan por la verdad. Los que invocan la historia serán oídos sin duda por la historia y tendrán que aceptar el veredicto que pronuncien, basándose en los hechos, los hombres de espíritu independiente, firmemente convencidos de que sólo ateniéndose a la verdad podrá construirse la paz del porvenir.»

Este estudio fue editado en folleto por el semanario neoyorkino The New Leader. *Agradecemos al autor, Theodore Draper, así como a dicho semanario, el habernos autorizado a ofrecer a nuestros lectores la correspondiente versión española.*

Ahora bien, hay ocasiones en que, incluso con la mejor voluntad del mundo, no podemos basarnos en los hechos ni analizar la verdad. El veredicto de la historia llega a veces demasiado tarde para ser provechoso a los que lo necesitan. En la carrera entre las alegaciones y los hechos no triunfan siempre éstos. Y la crisis de la República del Congo, con todas sus derivaciones, ha venido a poner a prueba una vez más a «los hombres de espíritu independiente y de convicciones firmes».

Una parte de esta crisis se ha producido en un país lejano, donde, como ha dicho el primer ministro de la India, Nehru, «no siempre es fácil saber lo que sucede». Pero, afortunadamente, hay otra parte que no presenta la misma dificultad. La acción de las Naciones Unidas y las medidas adoptadas por su Secretario General han sido establecidas y discutidas en Nueva York y no en el Congo. La primera sesión del Consejo de Seguridad, convocada con motivo de los acontecimientos del Congo, se celebró el día 13 de julio; y cada nueva fase de la controversia ha dado lugar a nuevas reuniones, con intervalos de una o dos semanas. La voluminosa crónica de estas sesiones y la enorme cantidad de documentos publicados como consecuencia de ellas pueden ser estudiados por todo el que desee tomarse esta molestia. Por consiguiente, no es necesario esperar para proceder al examen histórico de la verdad.

I. — La conmoción de la independencia

LAS DIFICULTADES y disyuntivas con que ha debido enfrentarse la Organización de las Naciones Unidas, en lo que concierne al problema del Congo, han alcanzado proporciones que rebasan los sueños más descabellados que hubieran podido hacer sus fundadores más pesimistas. Tenemos la cruel realidad de que el antiguo Congo sólo se ha convertido nominalmente en una nación independiente. Como consecuencia de ochenta años de un gobierno colonial erróneo, el ejército congolés no contaba con un solo oficial indígena; una abrumadora mayoría de la burocracia colonial no era congolesa. Al negar el acceso a la enseñanza superior a los naturales del país, se les impidió aprender hasta la técnica más rudimentaria de la autonomía. En el momento de proclamarse la independencia, sólo había en el Congo, para una población de casi catorce millones de habitantes, diecisiete que estuvieran en posesión de títulos universitarios, y entre ellos no figuraba ningún médico, ingeniero, profesor o arquitecto.

De todos los movimientos nacionalistas africanos, el congolés fue casi el último en aparecer. La primera incitación a la idea de la liberación procedía de los grupos anticolonialistas de Bélgica y no de la agitación nacionalista en el Congo. En 1958 no se habían constituído aún los primeros partidos nacionalistas congoleses. En estas condiciones puede decirse que este nacionalismo era más bien un movimiento en busca de una nación que una nación necesitada de un movimiento. La realidad fundamental seguía siendo el primitivismo de las antiguas tribus guerreras, reunidas ahora de manera accidental y arbitraria en el dominio particular de Leopoldo II.

La decisión reprobable de Bélgica de conceder la independencia total al Congo ha demostrado que, en la situación actual del mundo, ni los colonizadores ni los colonizados pueden seguir soportando el colonialismo. Pero las personalidades más destacadas del nacionalismo congolés sabían que si tal vez podían desprenderse del colonialismo belga, no podrían prescindir de los belgas. Hasta los más extremistas comprendían que una brusca ruptura con Bélgica representaría para ellos un desastre, y el Pacto de Independencia elaborado en Bruselas en el curso de dieciocho meses de negociaciones no previa esa ruptura. Ambas partes reconocían que haría falta tiempo para substituir en el ejército a los oficiales belgas por oficiales congoleses, y preparar técnicos y expertos congoleses para reemplazar a los belgas en el Gobierno y en la economía.

Así, pues, en el Tratado General de Amistad, Asistencia y Cooperación firmado por los belgas y los congoleses, el 29 de junio de 1960, figuraba implícitamente un largo período de transición. El artículo II de dicho Tratado obligaba al Gobierno belga a poner a disposición del Gobierno congolés y bajo la autoridad de éste, el necesario personal administrativo, judicial, militar, cultural, científico y docente, sobre la base de condiciones aceptadas mutuamente. El día en que el Congo celebraba su independencia, el primer ministro, Patricio Lumumba, declaró: «Esta fecha señala el comienzo de una colaboración fecunda y duradera entre dos pueblos soberanos, iguales e independientes, unidos por los lazos de la amistad.»

Pero ni los congoleses ni los belgas pudieron amortiguar la conmoción inicial producida por la independencia. Las primeras elecciones legislativas en el Congo se efectuaron teniendo en cuenta, sobre todo, las costumbres tribales y regionales. Las principales personalidades políticas se atrincheraron en su residencia habitual —Lumumba en Stanleyville, capital de la provincia Oriental; José Kasavubu en Leopoldville, capital de la nación; Moisés Tshombe en Elisabethville, capital de la provincia de Katanga; Alberto Kalonjis en el sur de la provincia de Kasai; Juan Bolikango en la provincia del Ecuador, y así todos los demás. En la Cámara de Representantes elegida por procedimientos populares, el Movimiento Nacional Congolés, de Lumumba, conquistó más puestos que ningún otro partido; pero, a pesar de todo, no pasaron de treinta y seis de entre los ciento treinta y siete que constituyen la Cámara, es decir, una cuarta parte aproximadamente, lo que dista mucho de ser la mayoría. Los puestos restantes se hallaban distribuídos entre una docena de partidos provinciales, tribales y otras agrupaciones menores, que necesitarán tiempo para encontrar la comunidad de sus intereses y afinidades políticas naturales.

El nuevo Gobierno central, con Kasavubu como Presidente de la República, y Lumumba como primer ministro, estaba formado por una coalición regional y tribal. La facción de Tshombe en Katanga, contaba con tres ministros. La Constitución tenía carácter provisional y se inspiraba en la de los belgas, que, para mayor ironía, apoyaban el Estado unitario o centralizado de Lumumba, con preferencia a la federación preconizada por Tshombe y otros. Es evidente que los problemas fundamentales del nuevo Estado, sobre todo en lo referente a las relaciones de los gobiernos provinciales sólidamente estableci-

dos sobre una base tribal, y el Gobierno central, compuesto de múltiples partidos que aún no se habían puesto a prueba, debían ser resueltos por los propios congoleses, a medida que fuesen adquiriendo experiencia, mediante negociaciones, si es que no recurrían a procedimientos más explosivos.

La República del Congo se instauró oficialmente el 30 de junio. Una semana después, los días 7 y 8 de julio, las tropas congolesas se rebelaron contra los oficiales europeos y se entregaron a actos de violencia y de terror contra la población blanca. Los belgas fueron presas del miedo, y el Gobierno envió por vía aérea refuerzos militares. El 11 de julio, Tshombe, Presidente de Katanga, declaró su independencia del Gobierno de Leopoldville y solicitó el apoyo de las fuerzas belgas. Al día siguiente, 12 de julio, el Presidente Kasavubu y el primer ministro Lumumba, del Gobierno central, reclamaron la ayuda de las Naciones Unidas.

Esta es, en breve, la descripción de los hechos que desgarraron la República del Congo apenas nacida. Considerándolos ahora a cierta distancia, se advierte que los belgas se aturrullaron y actuaron sobre todo impulsados por el miedo. Es innegable que hubo agravios recíprocos, perfectamente explicables en una situación tan caótica, en la que los belgas hubieran debido actuar con más tacto y ecuanimidad, teniendo en cuenta el modo como habían tratado anteriormente a los congoleses y pensando en las inevitables repercusiones internacionales que podía tener lo que parecía una nueva invasión belga.

Reconozcamos que, en tales circunstancias, muy pocas naciones hubieran actuado de manera distinta, dado el número relativamente grande de súbditos belgas (unos ochenta y cinco mil) que residían en el Congo y la dificultad de evaluar

inmediatamente la importancia de los desórdenes. En Elisabethville, por ejemplo, se pidió el apoyo de las tropas belgas cuando habían perecido siete europeos; pero los refuerzos belgas hubieran podido salvar muchas vidas impidiendo el avance de los amotinados desde el arsenal a la ciudad. Los observadores, como el representante de la O.N.U. en Leopoldville, Ralph J. Bunche, que fue sacado de su hotel bajo la amenaza de los fusiles, comprendieron después que la subversión había parecido más grave de lo que fue en realidad.

En todo caso, el Secretario General, Hammarskjold, no perdió tiempo. Convocó una reunión del Consejo de Seguridad el día 13 de julio y puso en práctica inmediatamente un programa de asistencia técnica. Insistió ante el Consejo de Seguridad en la necesidad de suministrar al Congo la ayuda militar y técnica solicitada. Al mismo tiempo, formuló tres principios sobre los que habría de basarse la propuesta fuerza de la O.N.U:

1. Sólo debería entrar en acción en su propia defensa.

2. No debería intervenir en favor de ninguna de las partes en litigio.

3. Habría de reclutarse con preferencia en los Estados africanos, con exclusión de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad.

En vista de que estos principios, o su aplicación, se convirtieron en el *casus belli* entre el Secretario General y los soviéticos, convendría recalcarlos con insistencia, puesto que aparecen en todas las fases de la controversia como los hilos de la trama.

La primera sesión del Consejo de Seguridad se celebró el 13 de julio para tratar de la cuestión del Congo y en ella se adoptó por unanimidad una resolución que Hammarskjold acogió con agrado. En esta fase del conflicto, el principal interés de todos los miembros era la evacuación del Congo por las tropas belgas. De ahí que la resolución se limitara a exhortar al Gobierno belga a que «retirase sus fuerzas del territorio de la República del Congo», y autorizara a Hammarskjold para que «adoptase las medidas oportunas, después de consultar con el Gobierno de la República del Congo, destinadas a suministrar a éste la ayuda militar que considerase necesaria, hasta que, en opinión de dicho Gobierno, las unidades de seguridad nacionales estuvieran en condiciones de asumir plenamente sus responsabilidades, gracias a sus propios esfuerzos y a la asistencia técnica de la O.N.U.

La resolución, que había sido presentada por el delegado de Túnez, motivó algunas objeciones en el curso de las semanas siguientes. Estaba redactada de manera tan inconsistente que daba lugar a diferentes interpretaciones. No expresaba claramente las condiciones que imponían las Naciones Unidas para suministrar al Gobierno congolés la asistencia militar necesaria, ni fijaba en absoluto los requisitos que habría de reunir este

Gobierno, con el que se suponía que habría de consultar Hammarskjold. Pero los tres principios enunciados llenaron buena parte de los huecos y, de conformidad con el procedimiento habitual, en vista de que nadie los había impugnado, se convirtieron en la norma a que habría de ajustarse la conducta de la O.N.U. Además, Hammarskjold volvió a enunciarlos en su primer informe, que fue «recomendado» en la resolución del Consejo de Seguridad y que debía aprobarse el 22 de julio.

Cinco días después de la primera reunión, o sea el 18 de julio, Hammarskjold pudo comunicar un resultado verdaderamente apreciable: la llegada a Leopoldville de tres mil quinientos soldados, por lo menos. La rapidez de esta operación honraría a cualquiera de las grandes potencias. Este primer contingente de la O.N.U. estaba formado por tropas de Etiopía, del Ghana, de Marruecos y de Túnez, mandadas por un jefe militar sueco, un diputado marroquí, un oficial de enlace ghaneano y un consejero militar indio. En cuanto llegaron estas fuerzas a la capital del Congo, empezó la retirada de las tropas belgas.

2. — Los conspiradores insólitos

En la primera sesión del Consejo de Seguridad del día 13 de julio, el representante permanente de la Unión Soviética en las Naciones Unidas, Arcady Sobolev, acusó a los belgas de haber preparado y provocado la insurrección congolesa destinada a servirles de pretexto para una intervención armada, pero —añadía— el levantamiento había tomado un sesgo inesperado convirtiéndose en una «acción anticolonialista». No satisfecho aún con presentar a los belgas como traidores, implicó también en la conspiración a Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania occidental y Francia. No presentó ninguna prueba documental, ni siquiera trató de explicar por qué necesitaban los belgas complicar la situación, dando la independencia al Congo con el único propósito de volver a conquistarlo y arrastrando en el conflicto a las Naciones Unidas.

Pero cuando, el 17 de septiembre, se reunió con urgencia la sesión especial de la Asamblea General, los rusos habían ya perfeccionado y simplificado esta teoría. El vice ministro de Asuntos Exteriores, Valeriano Zorin, dijo saber que no eran las tropas congolesas las que se habían amotinado; pero descubrió, en cambio, que los «medios colonialistas belgas» habían organizado los desórdenes, como pretexto para una agresión armada. Reconoció además que Bélgica sólo había desempeñado un papel secundario en la «conspiración», y acusó a Estados Unidos de ser «el verdadero instigador y organizador directo de las actividades subversivas dirigidas contra la República del Congo».

No achacó todavía a Hammarskjold su participación en el complot, sino a uno de sus colaboradores más íntimos y de su mayor confianza, el subsecretario de las Naciones Unidas, Ralph J. Bunche, representante principal de la O.N.U. en el Congo. El 13 de julio, Sobolev había tratado ya de socavar la posición de Bunche, imputando al embajador de Estados Unidos en el Congo, Clare Timberlake, el haber «utilizado» a Bunche para «desarrollar los planes de una invasión del Congo por las potencias occidentales». Atribuyó tan extraordinario descubrimiento a una «comunicación» no especificada. El hecho de ser Bunche un eminente intelectual negro, cuya carrera se caracteriza por una activa oposición a la discriminación racial en su país y al colonialismo en el extranjero, y el de haber sido incluso acusado de comunista no le salvaron de las imputaciones soviéticas.

Al principio se esforzaron los rusos por explotar a fondo la denuncia de la «conspiración norteamericana». Una agencia de noticias estadounidense comunicó la llegada a Leopoldville, el 17 de julio, de veinte hombres pertenecientes al Cuerpo de comunicaciones del Ejército norteamericano, para contribuir a la instalación de un centro de transmisiones de la O.N.U. en el aeropuerto de Leopoldville. Era indudable que habían sido enviados a petición de la O.N.U., bajo cuya vigilancia trabajaban. Dentro de las cuarenta y ocho horas siguientes recibió Hammarskjold una furiosa protesta de Sobolev contra el envío de tropas norteamericanas al Congo «con un pretexto cualquiera» y la reclamación de su «retirada inmediata».

Ahora bien, la «conspiración» tomó pronto un giro particular. El Congo había solicitado la asistencia, no sólo de la O.N.U., sino también de muchas otras naciones, incluso Estados Unidos y la U.R.S.S. Todos estos países, menos uno, habían decidido enviar la ayuda a través de la O.N.U. La excepción había sido la Unión Soviética, que dio una respuesta equívoca. El primer ministro, Nikita Kruschef, aseguraba solamente a los congoleses que la U.R.S.S. «procuraría la ayuda necesaria para la victoria de su justa causa», sin concretar si pensaba hacerlo a través de la O.N.U. o unilateralmente.

Pero el 22 de julio, la Unión Soviética informaba a Hammarskjold haber enviado al Congo cien camiones rusos CAZ-63, piezas de recambio y un taller móvil de reparaciones. Esta comunicación no mencionaba a las autoridades de la O.N.U. en el Congo, quienes, como se supo más adelante, no tuvieron nunca conocimiento de la llegada de dicho material. Al día siguiente, 23 de julio, se hizo saber a Hammarskjold que el Gobierno soviético había destinado también cinco aviones I L-18 al transporte de tropas y suministros desde Ghana al Congo, sin que las Naciones Unidas lo hubiesen solicitado.

Si con estos actos pretendían poner a prueba a Hammarskjold, puede asegurarse que lograron su objeto. El Secretario General se negó a aprobarlos o a pasarlos en silencio, y respondió recordando al Gobierno soviético que, de conformidad con los principios aprobados por el Consejo de Seguridad y respetados por él, ningún miembro permanente del Consejo debía intervenir directamente o indirectamente con sus unidades al transporte de tropas o de material dentro del territorio del Congo. De una manera muy diplomática expresó su convicción de que la U.R.S.S. no había tomado ninguna iniciativa de esta clase. Los soviéticos contestaron con un elocuente silencio sepulcral que no pasó inadvertido para nadie. Se desconoce aún el final de esta historia.

¿Qué queda, pues, de la gran «conspiración» norteamericana en el Congo? Para que resultase verosímil sería preciso creer en una increíble sucesión de hechos: primero, que los Estados Unidos habían incitado a los belgas a otorgar la independencia a los congoleses; segundo, que habían instigado a los congoleses a rebelarse contra los belgas; tercero, que después habían cambiado de táctica e insinuado a los belgas el envío de refuerzos para dominar la rebelión congolesa, desoyendo la petición de los congoleses de una ayuda directa, que hubiera permitido a Estados Unidos poner el pie en el país con toda tranquilidad, como lo había hecho la U.R.S.S.; y que, por último, habían aceptado ser excluídos de las fuerzas de la O.N.U. y apoyar públicamente la retirada total de los belgas, en vez de hacer uso del veto para protegerles. Y todo esto con el propósito de apretar las cadenas del imperialismo y del colonialismo alrededor de la República del Congo que acababa de liberarse.

Aparte la insinuación contra Bunche y la protesta contra el envío de los veinte hombres del Cuerpo de comunicaciones, los soviéticos no aportaron ninguna prueba de que se había tratado de una conspiración norteamericana ni citaron ningún acto llevado a cabo por este país. Sin embargo, para salvar la teoría de la conspiración, procedieron a un ligero reajuste y empezaron a descubrir complots norteamericanos en todo lo que hacían las Naciones Unidas.

3. — La penetración en Katanga

La segunda fase de la crisis congolesa o fase de Katanga, durante la cual Hammarskjold fue objeto de diversos ataques, empezó en los primeros días de agosto. Hasta fines de julio, la misión de la O.N.U. en el Congo parecía avanzar con rapidez y facilidad hacia un término venturoso del conflicto. El día 2 de agosto las tropas belgas se habían retirado de cinco de las seis provincias congolesas. Las fuerzas de la O.N.U. contaban ya más de 11 000 hombres procedentes de ocho países y sustituyeron a las belgas en todas partes, excepto en Katanga.

Hammarskjold también era optimista en cuanto al desarrollo de las operaciones en esta provincia y hacía preparativos para darles fin rápidamente. Su plan comprendía el envío de Bunche a Elisabethville, capital de Katanga, para negociar la retirada de las tropas belgas que aún quedaban allí. El fracaso de este proyecto fue sin duda decisivo en la evolución de la crisis.

El día 3 de agosto se registraron nuevos disturbios en otros dos sectores. El presidente Tshombe amenazó a Hammarskjold con un «levantamiento general», si las tropas de la O.N.U. trataban de entrar en su provincia. Y el vicepresidente del Gobierno de Leopoldville, Antonio Gizenga, pidió que Bunche fuese a Elisabethville acompañado de tres miembros de su Gobierno, veinte soldados ghaneanos y un periodista del Gobierno congolés, condiciones que hubiesen condenado al fracaso a la misión de Bunche, por ligarle demasiado a las autoridades de Leopoldville. Hammarskjold replicó con igual energía a las pretensiones de ambas partes. Dio a Tshombe una lección acerca de las facultades de la O.N.U., amenazándole con llevar la cuestión ante el Consejo de Seguridad si persistía en su resistencia, e hizo saber a Gizenga que sólo el Secretario General tenía atribuciones para determinar la composición de una delegación de las Naciones Unidas.

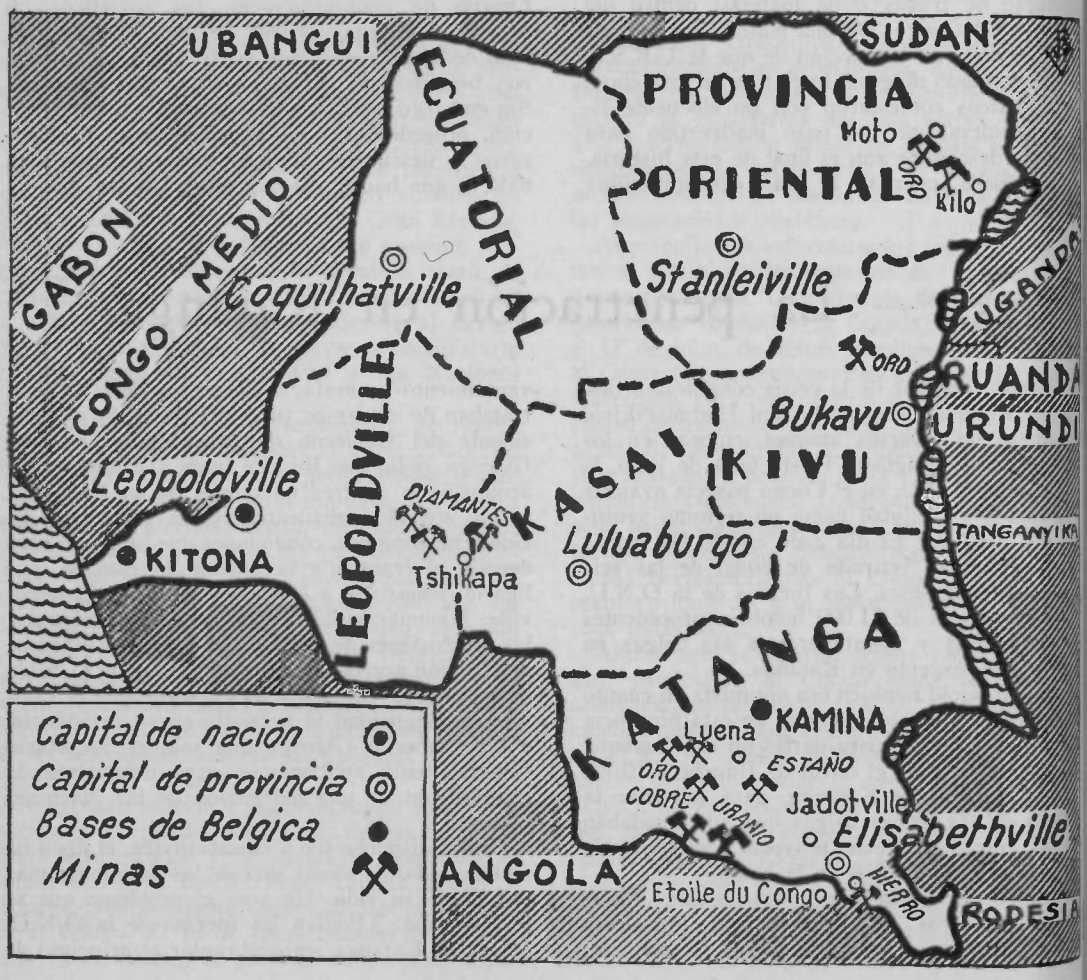
Cuando Bunche fue a Elisabethville, el día 4 de agosto, hubo de tomar una de las decisiones más graves de su vida. He aquí el problema que se le planteaba: ¿Podían las fuerzas de la O.N.U. entrar en Katanga sin quebrantar el principio de

la no violencia? Dos días después exponía Bunche a Hammarskjold su convicción de que el Gobierno de Katanga estaba dispuesto a recurrir a la fuerza y tenía medios para hacerlo. Por lo tanto, le aconsejaba que desistiese de la operación, y Hammarskjold dio las órdenes pertinentes para ello.

Esto representaba para el Secretario General un círculo vicioso que era preciso romper. Los belgas no abandonarían nunca a Katanga mientras las tropas de las Naciones Unidas no pudieran penetrar en el país, y las fuerzas de la O.N.U. habrían de renunciar a entrar en dicha provincia, si había de ser abriéndose el camino a tiros.

Hammarskjold comprendió que antes de hacer un nuevo esfuerzo para introducir las fuerzas de la O.N.U. en Katanga, era indispensable resolver los problemas que complicaban la situación. Uno de ellos era la presencia de las tropas belgas, y el otro la profunda hostilidad que existía entre el régimen provincial y el Gobierno central. En cuanto al primero, era imposible transigir; pero el segundo estaba vinculado a una cuestión de política interna y a la forma definitiva que hubiese de tener el Estado congolés. Tshombe se había opuesto siempre al Estado unitario o centralizado que se identificaba con Lumumba y que se encarnaba en la Constitución provisional; y como era de esperar, uno de sus primeros actos había sido declarar la independencia de Katanga. Parece, sin embargo, que en sus conversaciones con Bunche, Tshombe adoptó una actitud más moderada. Afirmó que no deseaba la separación de Katanga de la República del Congo y que tan sólo pretendía que la intervención militar de la O.N.U. en su provincia no fuese acompañada de la intervención política del Gobierno central.

Hammarskjold había previsto precisamente esta situación en su segundo principio, al declarar que las Naciones Unidas no debían intervenir en los conflictos internos del Congo. La



alternativa entre una federación vaga y una centralización extrema no era un problema puramente congolés: ya había inquietado a otros países africanos, tales como Ghana, y probablemente seguiría dando lugar a discusiones durante mucho tiempo; ya había dividido el Congo, aun antes de lograr la independencia, y era indudable que volvería a surgir en una u otra forma después de la misma. Puesto que la Constitución congolesa era puramente provisional, se propondría otra que permitiese volver a plantear el viejo litigio en el nuevo Estado. No se trataba de dilucidar si Tshombe era un rebelde contra el Gobierno central, ni era función de la O.N.U. reducir rebeliones en nombre de Gobiernos centrales o, como dijo el representante de Argentina, Mario Amado: «La aceptación de esta tesis nos llevaría a acceder al llamamiento del Gobierno de cualquier Estado miembro, cada vez que un grupo de rebeldes se levantase en el territorio de alguno de ellos.»

Se acusaba a Tshombe de ser un instrumento de los belgas y que tendía a ayudarlos francamente; pero era presidente de Katanga en virtud de las mismas elecciones que habían llevado a Lumumba a la presidencia del Gobierno central. Con la misma razón podía discutirse la posición de Lumumba, diciendo que era un fantoche de los rusos o que dependía en gran parte del apoyo de éstos. Y toda acción que emprendiese Hammarskjold para obligar a salir de Katanga a las tropas belgas habría de encaminarse más bien a debilitar que a reforzar la ayuda que les prestaba Tshombe.

Hammarskjold decidió llevar la «cuestión constitucional» al Consejo de Seguridad, pero antes de reunirlo le informó acerca de su posición: «Se trata de un problema de política interna y es evidente que las Naciones Unidas no pueden intervenir como organización. La entrada de las fuerzas de la O.N.U. en Katanga equivaldría a ser parte en el conflicto que acabo de mencionar. Tampoco les corresponde inclinar la balanza en favor de algunas personalidades o tendencias ideológicas, de forma que permita prejuzgar la solución del problema de política interna.»

Cuando se reunió el Consejo, el día 8 de agosto, volvió a surgir el litigio entre el Secretario General y el representante de la U.R.S.S., el viceministro de Asuntos Exteriores Vasily Kuznetsov. Este insistió no sólo en que se prescindiese de la cuestión constitucional, sino que pidió también la entrada de las fuerzas de la O.N.U. en Katanga para detener a Tshombe y a sus partidarios y entregarlos al Gobierno central, así como «el empleo de las armas para eliminar la resistencia armada». Kuznetsov presentó una resolución en la que se ordenaba al Secretario General que arrojase a las tropas belgas de Katanga, «sin vacilar en el empleo de los medios para lograrlo».

Hammarskjold contestó: «Personalmente, no creo que ayudemos al pueblo congolés con acciones que induzcan a los africanos a matar africanos, o a los congoleses a matar congoleses, y este principio será el que me guíe en lo porvenir.» En esta reunión se hallaba presente una delegación oficial del Congo compuesta de cinco miembros, cuatro de los cuales eran ministros del Gobierno central, y su portavoz, el ministro de Asuntos Exteriores, Justino Bomboko, declaró: «En nombre del pueblo congolés, en nombre de toda Africa y en nombre de la paz internacional, ruego al Consejo que considere la posición del Secretario General de las Naciones Unidas como la única capaz de sacarnos de este atolladero.»

El 9 de agosto votó el Consejo de Seguridad una resolución por la cual se concedía a Hammarskjold lo que éste deseaba, y se exhortaba a los belgas a que retirasen sus tropas de Katanga por los «procedimientos más rápidos» que el Secretario General determinase; se reconocía la necesidad de que las fuerzas de la O.N.U. entrasen en Katanga y se reafirmaba que dichas fuerzas «no participarían ni intervendrían bajo ningún concepto, ni serían utilizadas para influir en el resultado de ningún conflicto interno constitucional o de cualquier otra clase».

En una palabra, esta resolución se había preparado para ejercer la máxima presión sobre Bélgica y Katanga, a fin de que admitiesen a las tropas de la O.N.U. en dicha provincia, sin perjudicar las futuras relaciones entre Katanga y el Gobierno central. Es muy significativo el término de «reafirmar» (no debe pasar inadvertido el prefijo) que aparece en el segundo principio de Hammarskjold, y la adición de las palabras «constitucional o de cualquier otra clase» lo hacía inmediatamente aplicable al caso de Katanga.

A pesar de las exigencias belicosas de Kuznetsov, *la U.R.S.S. votó con la mayoría en favor de esta resolución.* En el comentario que hizo después de la votación, el representante soviético insistió de manera especial en la salida de los belgas de Katanga por «todos los medios» y se abstuvo de discutir el criterio de Hammarskjold, según el cual, con los belgas o sin ellos, existía un conflicto constitucional entre Katanga y Leopoldville, y era indudable que las Naciones Unidas no podían ser parte en él.

Después del fracaso de Bunche, Hammarskjold comprendió que sólo él podría hacer sentir todo el peso de la O.N.U. en la solución del problema de Katanga. Evidentemente, la operación era arriesgada, porque el fracaso del Secretario de las Naciones Unidas significaría una pérdida de prestigio; pero su triunfo podría colocarle en el

centro de la controversia. Sin embargo, cualquier otro procedimiento sería demasiado lento e inseguro en una situación que empeoraba rápidamente. Su decisión de convertirse en su propio agente para romper el círculo vicioso de Katanga encerraba los mismos riesgos que venía afrontando en el curso del conflicto. El 12 de agosto llegó en avión a Elisabethville, acompañado de una fuerza simbólica compuesta de dos compañías suecas, para tomar con el presidente Tshombe y los belgas las disposiciones necesarias a fin de que al día siguiente entrase el grueso de las fuerzas de la O.N.U., formadas principalmente por africanos, y los belgas le aseguraron formalmente que se retirarían dentro del plazo de ocho días a lo sumo.

Este hecho pudo haber pasado a la historia como una obra maestra de la diplomacia pacífica y paciente de la O.N.U. Y lo menos que puede decirse es que la misión primordial de la misma, la retirada total de las tropas belgas del Congo, estuvo muy cerca de su realización. A pesar de las protestas de Hammarskjold, los belgas no dieron cuenta de haber terminado la retirada de Katanga de sus fuerzas militares hasta el 9 de septiembre, debido, según explicaron, a dificultades de transporte y de carácter técnico. Pero sin la intervención de Hammarskjold, la retirada definitiva no hubiera empezado, como fue el caso, el 13 de agosto. Y el 21 del mismo mes quedaban únicamente 2 600 soldados belgas en todo el territorio del Congo, contra 14 500 de las Naciones Unidas.

Ahora bien, la entrada de Hammarskjold en Katanga abrió la tercera fase de la crisis congolesa, cuyos principales protagonistas fueron el Secretario General de las Naciones Unidas y el primer ministro de la República del Congo.

4. — ¿Hammarskjold o Lumumba?

El viaje de Hammarskjold a Elisabethville fue, por lo menos para un hombre, más bien causa de consternación que de regocijo. Los exabruptos de Lumumba contra Hammarskjold no hubieran pesado mucho por sí mismos, pero fueron recogidos y repetidos hasta lo infinito en esa caja de resonancia que es la O.N.U. por una antecámara afecta a Lumumba, constituída sobre todo por los representantes de la Unión Soviética, de Polonia, de Guinea y del Ghana, y que se mostraba cada vez más agresiva. No valdría la pena examinar con detalle las quejas contra Hammarskjold, si no hubieran hecho salir a la superficie una cuestión fundamental, que puede volver a surgir, si se presenta otro caso semejante de urgencia.

Se trataba de saber si el mando de las fuerzas de la O.N.U. correspondía a la República del Congo o a la Organización mundial, a Lumumba o a Hammarskjold. Lumumba planteó esta cuestión con toda claridad al reclamar que se pusieran a su disposición las fuerzas de las Naciones Unidas, para invadir la provincia de Katanga y derribar el régimen de Tshombe.

La lucha se había enzarzado mientras Hammarskjold se hallaba aún en Leopoldville, en su viaje de regreso a Nueva York. Los textos de esta controversia suministrarán materia de reflexión durante muchos años a los estudiantes de Derecho internacional y a las organizaciones mundiales. Las declaraciones esenciales de las partes adversas se habían recogido en un Memorándum que Hammarskjold envió al Gobierno central del Congo y al provincial de Katanga la víspera de su viaje, junto con una carta de Lumumba, fechada el 14 de agosto, que era la respuesta a Hammarskjold.

En este Memorándum el Secretario General trata de exponer su interpretación del párrafo fundamental de la resolución del Consejo de Seguridad, del 9 de agosto, en la que se reafirmaba el propósito de impedir que las fuerzas de la O.N.U. sean parte en ningún conflicto congolés interno, ya sea constitucional o de cualquier otra clase. Después de revisar una serie de documentos anteriores, a que dio origen el conflicto del Líbano, en 1958, Hammarskjold declaró:

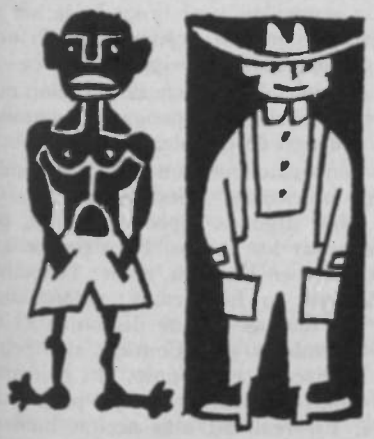
«Resultando que la fuerza de la O.N.U. no puede utilizarse en nombre del Gobierno central para someter al Gobierno provincial o para obligar a éste a seguir una conducta determinada; resultando también que los servicios de la O.N.U. no pueden utilizarse, por ejemplo, para transportar a Katanga a representantes civiles o militares, bajo la autoridad del Gobierno central, contra la voluntad del Gobierno provincial katangués; resultando, además, que las fuerzas de la O.N.U. no tienen el deber ni el derecho de proteger al personal civil o militar que llegue a Katanga en representación del Gobierno central; resultando, sobre todo, que su misión es, en general, mantener el derecho y el orden, y resultando, por otra parte, que la O.N.U. tampoco tiene derecho, de conformidad con los fines y los principios de la Carta, a impedir que el Gobierno central lleve a cabo operación alguna, valiéndose de sus propios medios, en relación con Katanga, todas estas conclusiones son forzosamente aplicables, *mutatis*

mutandis, en lo que concierne al Gobierno provincial en sus relaciones con el Gobierno central.»

En su carta, Lumumba se basaba en la resolución del Consejo de Seguridad del 13 de julio, que autorizaba al Secretario General «a suministrar al Gobierno (de la República del Congo) la ayuda militar que pudiera ser necesaria». Y continuaba diciendo:

«Por consiguiente, está claro que la O.N.U., al intervenir en el Congo, no puede actuar como una organización neutral, sino que el Consejo de Seguridad ha de poner todos sus recursos a disposición de mi Gobierno. La lectura de estos textos demuestra claramente que, en contra de la interpretación personal de usted, las fuerzas de la O.N.U. pueden emplearse para «someter al Gobierno de Katanga», y que mi Gobierno puede recurrir a los servicios de las Naciones Unidas para transportar a Katanga a los representantes civiles y militares del Gobierno central, opuesto al Gobierno provincial de Katanga, y que, además, dichas fuerzas tienen el deber de proteger al personal civil y militar que represente a mi Gobierno en Katanga.»

Lumumba, o quien haya escrito en su nombre este documento tan docto, hacía cinco demandas concretas, entre ellas el envío inmediato a Katanga de contingentes de la O.N.U., pertenecientes a diez países africanos, la utilización de la aviación de la misma para transportar a las tropas congolesas y el embargo inmediato de las armas y municiones que hubiese en Katanga. Acusaba también a Hammarskjold de no haber consultado con su Gobierno y de connivencias con los rebeldes de Katanga, y por último amenazaba con «tomar otras medidas», si no se le daba satisfacción.



En su respuesta del día siguiente, Hammarskjold rehusó dejarse arrastrar a una discusión sobre las diferencias de interpretación o sobre las «alegaciones injustificadas» y se contentó con decir que el Consejo de Seguridad decidiría. En realidad, esta cuestión fue analizada en una sesión del Consejo, reunida el 21 de agosto, en la cual no se votó ninguna nueva resolución, ni se dieron nuevas instrucciones a Hammarskjold, que se vio obligado, por consiguiente, a actuar según su propio criterio.

Pero Lumumba no cesaba de repetir las acusaciones contra Hammarskjold, que había formulado ya el 4 de agosto, a pesar de haber recibido a menudo respuesta a ellas. Es difícil saber si era Lumumba quien inspiraba a los soviéticos o viceversa, pues no cabe duda de que en esta época colaboraban íntimamente, y la correspondencia particular de Lumumba con los dirigentes rusos se inició probablemente a mediados de agosto. Así, pues, las acusaciones de Lumumba eran tratadas por los Soviets en la forma habitual, y repetidas, como si de este modo las alegaciones pudiesen convertirse en hechos consumados. Pero existe una compilación de estos documentos históricos y las alegaciones pueden comprobarse.

¿Qué demuestra esta compilación?

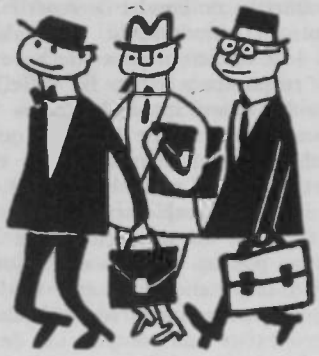
Sobre la consulta con el gobierno congolés

Desde fines de junio a fines de agosto, el representante personal del Secretario General en el Congo fue Ralph Bunche. A su regreso a la sede de la O.N.U. se preguntó a Bunche acerca del supuesto fracaso de su consulta con Lumumba, y él contestó:

« Nos veíamos con mucha frecuencia. A veces él me pedía que fuese a visitarle, y otras veces él iba a visitarme a petición mía. Bastaba tomar el teléfono y decir: «Desearía que nos reuniésemos», y los encuentros se concertaban fácilmente y sin ninguna fórmula protocolaria. En algunas ocasiones, la consulta no se celebraba sólo con el primer ministro, sino con todo el Gabinete. Muchas veces fui invitado a participar en reuniones del Gabinete entero y a discutir extensamente cuestiones tales como el envío de tropas a Coquilhatville, a Katanga o a algún otro punto. Algunas reuniones duraban dos o tres horas; a veces eran con el primer ministro y el jefe del Estado, Kasavubu. Esto era cosa corriente. Como digo, se organizaban sin ningún protocolo, porque cualquiera de nosotros podía tomar el teléfono y proponer la reunión. Solíamos entrevistarnos a diario.»

Sin embargo, la queja en que más insistía Lumumba se refería al viaje de Hammarskjold al Congo, del 12 al 15 de agosto. Hammarskjold había dado cuenta a la delegación congolesa en las Naciones Unidas, compuesta de cinco miembros, de su propósito de ir a Katanga, primero sin darle detalles y después informándola minu-

ciosamente acerca de su criterio personal y de su plan de trabajo. La delegación no hizo objeción alguna. Después de terminada su misión en Elisabethville, Hammarskjold regresó a Leopoldville en la tarde del 14 de agosto y envió una



carta al ministro de Asuntos Exteriores congolés, solicitando una oportunidad para informar al Gobierno. Invitó también al primer ministro Lumumba y al vicepresidente a visitarle en su despacho, de once a doce en la mañana siguiente. La invitación fue aceptada; pero Hammarskjold les esperó en vano hasta las diez de la noche y partió de Leopoldville sin haberles visto.

Parece, sin embargo, que no hubo propósito deliberado de evitar la consulta, sino que la proposición no fue interpretada del mismo modo por todos. Para Lumumba, la obligación de consultar significaba que la O.N.U. no podía actuar sin su permiso, como si él fuera por sí solo todo el Gobierno congolés y la consulta implicase compartir la autoridad con el Secretario General sobre las actividades de las Naciones Unidas. En realidad, el criterio de Lumumba estaba tan distante del de Hammarskjold que la consulta sólo hubiera contribuído a empeorar la situación.

Con fecha 9 de agosto había anunciado Lumumba, en el curso de una conferencia de prensa, que no tardaría en entrar en Katanga con todos los miembros de su Gobierno. Como no podía hacerlo por sus propios medios, esperaba que la O.N.U. le introdujese por la fuerza de las armas, procedimiento que Hammarskjold había desechado hacía mucho tiempo. Al parecer, éste había dejado atrás a Lumumba en su viaje hacia Elisabethville, tres días después, con objeto de evitar cualquier violencia que hubiese podido complicar e incluso imposibilitar su tarea en Katanga. Más tarde, Hammarskjold se refirió, en un tono irónico, a su consulta con la delegación congolesa en Nueva York: «Pero es evidente que la consulta con el Gobierno central significa la consulta con el Sr. Lumumba. En los demás casos, la consulta con miembros responsables de un Gabinete constitucionalmente responsable, acerca de una cuestión determinada, equivale a una consulta con el Gabinete entero.»

Después de todo, el alboroto armado por no haber consultado Hammarskjold con el Gobierno congolés, hecho que éste ha repetido hasta la saciedad, parece reducirse a este único caso en que el Secretario General consultó con los cinco miembros del Gobierno de Lumumba, pero no con Lumumba mismo. No es fácil adivinar qué diferencia hubiera producido una confrontación con Lumumba, a no ser la de aumentar las dificultades en la tarea de Hammarskjold.

Las negociaciones con Tshombe

El representante soviético, Kuznetsov, adoptó sencillamente la actitud de asegurar que Hammarskjold no podía «iniciar conversaciones o contactos con nadie fuera del Gobierno legítimo de la República». El mero hecho de haber tratado el Secretario General con el presidente de la provincia de Katanga se amplificó hasta convertirlo en una «causa célebre», a menudo en combinación con la especie, igualmente manida, de haber eludido la consulta.

En una situación increíblemente caótica y peligrosa, Hammarskjold no quiso limitarse a tratar sólo con Lumumba, como pedían los adeptos de éste. En una ocasión, el Secretario General contestó: «Mi modo de actuar es calificado por los portavoces de la República del Congo de contrario a los objetivos perseguidos. Permítaseme preguntar, cuáles eran esos objetivos: ¿la retirada de las tropas belgas lo más rápidamente posible, mientras las fuerzas de la O.N.U. mantenían la seguridad y el orden? De ser así, no cabe duda de que mi gestión ha sido acertada. ¿O se trataba acaso de algo distinto?»

Pero es probable que esta declaración más precisa sobre la cuestión ponga de manifiesto el aspecto práctico del problema:

«Las conversaciones con el Sr. Tshombe eran realmente necesarias. Nuestras opiniones pueden diferir sobre algunos aspectos legales, pero no podemos negar los hechos. Poco tiempo antes de la penetración en Katanga, el Sr. Tshombe había impedido que lo hiciésemos, amenazando con utilizar las fuerzas de que disponía. El criterio de los miembros del Consejo de Seguridad, cuando se discutió este punto, era evidentemente que debíamos emplear la fuerza para entrar en Katanga. En realidad esta acción hubiese sido contraria a las normas establecidas para las fuerzas de las Naciones Unidas. Entonces, en tales circunstancias no quedaba otro medio que entablar negociaciones para obtener la autorización de entrar, y en estas negociaciones usted no

reconoce ninguna posición constitucional, no reconoce ningún derecho, sólo reconoce una situación *de facto*.»

En vista de que el proceso contra la acción de Hammarskjold en Katanga era esencialmente de pura forma —por haber colocado al Gobierno central y al provincial en el mismo plano, o porque el Gobierno central estimaba sin su permiso que el Secretario General no podía negociar con un dirigente provincial—, existía la impresión de que había algo más de lo que sus paladines querían reconocer francamente. Después de todo, el resultado perseguido con dicha acción era indiscutiblemente ayudar a salir de Katanga a los soldados belgas. En su virulenta carta del 14 de agosto, Lumumba lo confiesa, cuando deja escapar esta exclamación: «De la interpretación de usted podría concluirse que la misión de la O.N.U. no era restablecer la legalidad y el orden en el Congo o pacificar el país, de conformidad con la petición de mi Gobierno, sino limitarse a asegurar la retirada de las tropas belgas.»

Hammarskjold, por supuesto, no podía reconocer que una invasión de Katanga por las Naciones Unidas fuese el mejor medio para restablecer la legalidad y el orden; hubiera podido negar que la «pacificación del país», en el sentido que quería Lumumba, fuese misión de la O.N.U., y hubiera podido insistir con la mayor energía en que la retirada de las tropas belgas era su objetivo primordial. Y con esto llegamos al nudo del problema.

Sobre el mando de las fuerzas de la O. N. U.

Al parecer, Lumumba pedía nada menos que se pusieran a disposición de su Gobierno las fuerzas de la O.N.U. para invadir Katanga y derribar el Gobierno provincial del presidente Tshombe. Hammarskjold se opuso a esta pretensión por dos razones: porque suponía el empleo de la fuerza, que él repudiaba salvo en caso de defensa propia, y porque hubiera llevado a la O.N.U. a participar en un conflicto interno. Pero la discrepancia no se detiene aquí. Lumumba reclamaba virtualmente también el derecho a señalar la conducta que debían seguir las fuerzas de las Naciones Unidas.

En su carta del 14 de agosto, esta pretensión tomó la forma de una obligación reconocida por la O.N.U., en virtud de la cual esta entidad «debía colocar todos sus recursos a disposición de mi Gobierno». Y sobre esta base reclamaba Lumumba de manera perentoria la aviación de la O.N.U. para transportar tropas congolesas a Katanga, y fuerzas de las Naciones Unidas para apoderarse de todas las armas y municiones de la provincia. Uno de los defensores más ardientes de Lumumba, el embajador Caba Sory, representante permanente de Guinea en la O.N.U., expresó la misma idea, pero de manera aún más contundente, al decir ante el Consejo de Seguridad que «las Naciones Unidas debían allanarse a todas las peticiones del Gobierno central (congolés)...»

En opinión de Hammarskjold, la misión de la O.N.U. podía discutirse, pero no el mando. En relación con este punto, se negó a tomar en serio las pretensiones de Lumumba. En los primeros momentos, es decir, al presentar Hammarskjold el primer informe que el Consejo de Seguridad consideró oportuno recomendar, el Secretario General había tomado la precaución de exponer el principio de que «las fuerzas (de las Naciones Unidas) están necesariamente bajo el mando exclusivo de la O.N.U., asumido por el Secretario General y sujeto a la intervención del Consejo de Seguridad». Este informe seguía diciendo:

«La autoridad conferida a las fuerzas de la O.N.U. no puede ejercerse en el interior del Congo, en competencia con los representantes del Gobierno invitante, ni en cooperación con ellos, para ninguna operación conjunta. Esto se aplica, naturalmente, *a fortiori* a los representantes y a las unidades militares de los gobiernos distintos del Gobierno del país invitante. Así, pues, toda operación de la O.N.U. habrá de ser separada y distinta de las actividades llevadas a efecto por cualquier autoridad nacional.»

En una ocasión, Hammarskjold observó: «Para cumplir mi mandato me he visto en la necesidad de actuar con gran firmeza en relación con ciertos grupos interesados. Uno de ellos ha sido el propio Gobierno central (congolés).» Otra vez dijo: «Ningún gobierno soberano puede transformar las fuerzas de la O.N.U., por un acto de soberanía, en una fuerza nacional, con objeto de utilizarlas para sus fines particulares. Esto es lo que me he negado a hacer, y si estoy equivocado, es que no entiendo la Carta ni entiendo las normas aplicadas a las fuerzas de las Naciones Unidas.»

Ahora bien, excepto Lumumba y los que le apoyaban incondicionalmente, nadie ha puesto jamás en tela de juicio la interpretación de la Carta por Hammarskjold. En realidad, Lumumba trató de convertir a Hammarskjold en un mero agente para dar satisfacción a las peticiones de su Gobierno. Como Lumumba no tenía fuerzas suficientes para invadir Katanga, esperaba que la O.N.U. lo hiciera por él. Hammarskjold se negó a transferir su responsabilidad a nadie, y mucho menos a Lumumba, y si en algún caso los intereses de Lumumba eran contrarios a los principios de la O.N.U. de no emplear la violencia ni injerirse en la política interna de ningún país, éstos eran los que deberían prevalecer. Es evi-

dente que detrás de las quejas de Lumumba por no haberle consultado personalmente Hammarskjold antes de trasladarse a Katanga, o de las alegaciones según las cuales el Secretario General no tenía derecho a negociar con Tshombe, había algo inconfesable. La causa más grave de la ruptura entre ambos era la curiosa pretensión del joven primer ministro de señalar a Hammarskjold la conducta que debía seguir.

Sobre la retirada de los belgas

La distancia que separa la alegación del hecho se convierte a veces en un abismo tan profundo que casi parece infranqueable.

Los belgas notificaron oficialmente la salida del Congo del último soldado el día 9 de septiembre. No obstante, los tambores de la propaganda seguían proclamando el fracaso de la O.N.U. en la empresa de hacer evacuar el Congo. El 17 de septiembre, el viceministro de Asuntos Exteriores soviético, Zorin, dijo ante la Asamblea General: «Todavía quedan unos centenares de soldados belgas en el Congo, sin contar las unidades militares disimuladas bajo los nombres de expertos y obreros especializados.» En la página siguiente del mismo discurso había desaparecido la palabra «centenares» para dejar paso a una acusación más exagerada: «Pero a pesar de disponer el Secretario General de todos los poderes y de toda la autoridad, no ha logrado, por alguna razón desconocida, hacer salir del Congo a las tropas belgas. Tal vez fuera más exacto decir que no se ha esforzado mucho por conseguirlo.» Cuatro días después, el 21 de septiembre, se entregó al «Secretario General el primer informe de su representante especial en el Congo, el embajador Rajeshwar Dayal, sobre los progresos realizados». El informe del distinguido diplomático indio relataba con aterradora claridad la amplitud del desastre que representaba la retirada del Congo de las fuerzas belgas: a no ser por los pocos expertos y técnicos traídos por la O.N.U. para substituir a los belgas que habían abandonado el país, se hubiera producido una interrupción total de la distribución de alimentos, suministro de aguas, servicios sanitarios, teléfono, telégrafo y transmisiones de radio, dirección del tráfico aéreo, servicios meteorológicos y casi todos los transportes por tierra y agua, y «esto no es sino una breve e incompleta descripción de las graves causas que movieron a las Naciones Unidas a establecer su programa de asistencia técnica para el Congo».

El embajador Dayal informó también que las fuerzas de la O.N.U. contaban con 18 819 hombres procedentes de veintiocho naciones. Entre ellos había 7 416 pertenecientes a los cuatro países, cuya posición en esta contienda se aproximaba más a la de la U.R.S.S.: Ghana, Guinea, Marruecos y la República Arabe Unida; y 3 640 eran de los dos que se presentaban como partidarios resueltos de Lumumba: Ghana y Guinea.

Otros observadores han relatado que la antigua organización social belga se ha desvanecido a tal extremo que ya han aparecido en el Congo el hambre, las epidemias, las matanzas entre tribus y hasta el canibalismo. Al quedar reducida la población belga de 85 000 personas a menos de la mitad, la antigua armazón se ha desmoronado por falta de personal preparado, del que dependía la buena marcha de innumerables servicios esenciales. Con toda seguridad, la tragedia del Congo ha sido, por muchas razones, no que hayan permanecido allí demasiados técnicos belgas, sino demasiado pocos.

Ante la magnitud del colapso belga, la presencia de unos «centenares» de soldados de esta nacionalidad —suponiendo que deba darse crédito a Zorin y no a los belgas— no parece que pueda constituir un grave problema, teniendo en cuenta los miles de soldados de la O.N.U. que ya se habían trasladado a dicha región. A fines de agosto, una Conferencia Panafricana celebrada en Leopoldville a petición de Lumumba aprobó una resolución que le desconcertó mucho, y que consistía en «rendir tributo a las Naciones Unidas por la labor que están realizando en defensa de la paz en el Congo, al efectuar la retirada completa de las tropas de agresión belgas de todo el territorio de la República del Congo». Pero el que sólo lea los discursos de los representantes de la U.R.S.S., Polonia, Rumania, Bulgaria, Ucrania, Checoeslovaquia, Yugoeslavia, Guinea, Ghana, Marruecos y República Arabe Unida nunca tendrá conocimiento de esta declaración.

Todos los oradores del bloque soviético se hicieron eco sucesivamente de los argumentos de Zorin, según los cuales el Secretario General

disponía de «todos los poderes y de toda la autoridad» para expulsar a las tropas belgas. No obstante, la resolución del 13 de julio únicamente

«exhorta» a Bélgica a que retire sus tropas y «autoriza» al Secretario General «a tomar las medidas necesarias» para ayudar al Gobierno congolés. El lenguaje de las demás resoluciones tampoco es más enérgico y concreto. Según la costumbre de la O.N.U., esto no significa que se haya dado atribuciones al Secretario General para enviar a la lucha las fuerzas militares. El artículo 42 de la Carta prevé específicamente la «acción» por tierra, mar y aire, bajo la dirección del Consejo de Seguridad. Si éste proyectase alguna vez tal «acción», habría que invocar este artículo. Pero en el curso del debate sobre el Congo, ni la Unión Soviética, ni Polonia, ni ningún otro miembro del Consejo de Seguridad han hecho nunca referencia al citado artículo 42.

Dicha acción militar es algo difícil de emprender a la ligera por el Secretario General, sin las más precisas e inequívocas instrucciones del Consejo de Seguridad, al cual confiere la Carta «primordial responsabilidad en el mantenimiento de la paz y de la seguridad internacionales» (artículo 24). No es difícil imaginar el tumulto que se habría producido si las fuerzas de la O.N.U. se hubiesen zambullido en el sangriento combate de un pueblo al que fue a ayudar, ni presumir que los miembros del Consejo de Seguridad, incluyendo la Unión Soviética, echasen mano al pretexto de que el Secretario General había autorizado *motu proprio* una matanza.

En medio de esa trabazón de rivalidades e intrigas de bloques, nacionales y tribales, tiene algo de milagroso que las Naciones Unidas supiesen mantener una apariencia de orden o algo así. En su territorio, el Gobierno belga se hallaba fuertemente presionado para que protegiese a sus connacionales hasta que tuviesen garantía de seguridad. Muchos belgas del Congo, si no todos, se consideraron traicionados por la concesión de la independencia, y necesitaban mucho mayor tiempo para acomodarse a la nueva situación política. Para un número no inferior de congoleses, la independencia significaba una vaga promesa de enriquecimiento personal. La trama de la vida nacional congolesa era tan endeble que la menor grieta la destrozó.

Algunos contingentes de las fuerzas de la O.N.U. se pusieron abiertamente al lado de uno u otro de los políticos congoleses. Los gobiernos de Guinea y Ghana, incluso amenazaron con retirar sus tropas de la O.N.U. y con ponerlas a disposición del régimen de Lumumba para invadir a Katanga. Primero, la O.N.U. tenía que proteger a Kasavubu contra Lumumba y a Lumumba contra Kasavubu. Luego se vio balanceada entre el coronel Mobotu y Lumumba. Y durante todo el tiempo, la tesorería congolesa estaba vacía, los soldados y la policía locales sin paga, el paro obrero aumentaba y la misma O.N.U. gastaba en la empresa centenares de miles de dólares que aún no habían sido asignados por sus miembros a ese fin.

Ese extraño y tormentoso revoltijo de pueblos y de políticos, de aciertos y de errores de la política de la O.N.U., pueden ser cargados en cuenta de los principios establecidos desde el comienzo: no violencia excepto en defensa propia, y no injerencia en la política interior congolesa. En determinadas situaciones, la aplicación de esos principios era un rompecabezas, igual que el problema al que se veían en la obligación de hacer frente, y los hombres que los aplicaron merecen nuestra compasión no menos que nuestra gratitud. Esos principios imponían algunas limitaciones en los métodos y en el compás de marcha de la O.N.U. hacia sus objetivos. Quienes hubieran deseado emplear métodos violentos, convirtiendo a la O.N.U. en un partido de la política interna congolesa, no se han planteado nunca la pregunta: *¿A dónde se habría llegado?*

5. — Lumumba contra Kasavubu

La cuarta fase —y última para nuestro propósito— de la crisis del Congo, sobrevino el 5 de septiembre en Leopoldville. El presidente Kasavubu destituyó al primer ministro Lumumba, comisionando al presidente del Senado, José Ileo, para constituir nuevo Gabinete. En represalia, Lumumba echó mano a la radio y anunció la destitución de Kasavubu por haber actuado ilegalmente contra él. Los partidarios de Kasavubu y de Lumumba se lanzaron a la calle, cargándose la atmósfera de la capital de gritos y amenazas de guerra civil.

La Ley fundamental o Constitución de la República del Congo concedía al presidente Kasavubu la potestad de designar y destituir al jefe del gobierno y a los ministros (artículo 22), a condición de que la medida fuese refrendada por un ministro al menos (artículo 17), y la destitución de Lumumba fue suscrita por dos ministros. Después, ambas cámaras votaron contra la dimisión del primer ministro, pero Lumumba no consiguió obtener mayoría absoluta en las dos cámaras como exigía la constitución.

Ya entonces muchas zonas del país sufrían de los efectos de la guerra civil. Las tropas enviadas por Lumumba a apoderarse de la provincia

de Kasai llevaban dos meses sin paga, y se dieron a errar por la tierra en busca de alimentos y botín. Anochecido el día 5 de septiembre, Lumumba excitó a alzarse al pueblo, a los trabajadores y al ejército. Abocados a una inminente explosión de terror y degollina en la capital, los representantes de la O.N.U. tomaron la rápida decisión de cerrar esa noche los principales aeródromos, excepto al tráfico de las Naciones Unidas. Al día siguiente, habiendo causado algunas bajas las luchas callejeras, las autoridades de la O.N.U. clausuraron también, provisionalmente, la emisora de radio de Leopoldville, para impedir que ninguno de los bandos incitase a sus partidarios a nuevas demostraciones y violencias.

Esas medidas fueron tomadas sin consultar a las autoridades congolesas locales, cuya exterminadora belicosidad las había hecho necesarias. Según el embajador Dayal, que como representante especial del Secretario General asumió el día 8 de septiembre la responsabilidad, tales medidas restauraron el orden en Leopoldville, detuvieron la guerra civil en las provincias y contuvieron la afluencia de armas a Katanga.

El levantamiento político de Leopoldville planteó a Hammarskjold nuevas alternativas y problemas. La toma de los aeródromos y de la radio habían sido hechas sin su consentimiento ni conocimiento, pero ratificó las medidas y aceptó la entera responsabilidad personal. Sin embargo, la destitución mutua de Kasavubu y Lumumba suscitó en nueva forma el delicado problema de la intervención de la O.N.U. en los asuntos políticos internos del Congo. Por lo general, el Secretario de la O.N.U. se relaciona con los ministros de Asuntos Exteriores o con los jefes presidenciales del Estado; sólo excepcionalmente con los jefes de Gobierno. Así, las relaciones normales de Hammarskjold eran con Kasavubu más bien que con Lumumba. La Constitución congolesa decía también claramente que Kasavubu tenía el derecho de destituir a Lumumba bajo ciertas condiciones, pero que Lumumba no tenía el derecho de destituir a Kasavubu. Sin embargo, Hammarskjold envió a los representantes de la O.N.U. instrucciones «para evitar toda acción que directa o indirectamente, mediata o inmediatamente formulase juicio sobre las posiciones tomadas por cada una de las partes en conflicto». De hecho, Hammarskjold trató el conflicto entre Kasavubu y Lumumba como constitucional y a decidir por los congoleses, igual que había tratado el conflicto entre Lumumba y Tshombe.

Todo eso ocurrió entre el 5 y el 13 de septiembre, a cuyo término los aeródromos y la radio fueron restituídos a su anterior reglamentación y funcionamiento. Pero algo más ocurrió en ese lapso, que influyó en la actitud de Moscú hacia Hammarskjold.

Para la última y culminante etapa, es necesario entresacar los hilos de algunos acontecimientos anteriores, ya mencionados. El 22 y 23 de julio, los soviéticos anunciaron a Hammarskjold sus envíos de camiones y su cesión de aviones de transporte. Diplomáticamente, Hammarskjold les recordó entonces que los miembros permanentes del Consejo de Seguridad no tenían el derecho de actuar unilateralmente, contestando con el silencio al requerimiento implícito de información. Pero esas intercomunicaciones no fueron hechas públicas. En agosto, nuevos suministros de camiones y aviones de transporte permitieron a Lumumba emprender su fugaz y desventurada invasión de Kasai. Entonces, el 5 de septiembre, Hammarskjold envió a los soviéticos un mensaje recordándoles su primera comunicación del 22 y 23 de julio y pidiéndoles informes.

Cuatro días después, el 9 de septiembre, los rusos dieron a la luz pública su primera declaración de guerra a Hammarskjold. Su frase inicial aludía a la teoría de la «conspiración» colonialista de Bélgica, de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, «de los Estados Unidos primero y ante todo», y del mando de la O.N.U. Recapitulaba en su forma original el primer cuento sobre las negociaciones de Hammarskjold con Tshombe «sin notificarlas siquiera al gobierno legal del Congo». Denunciaba la ocupación provisional de los aeropuertos por la O.N.U. como «particularmente abusiva»; y sobre la ocupación de la estación emisora sentenciaba: «La ultrajante conducta colonialista de los representantes enviados al Congo por Hammarskjold no conoce, en realidad, límite.» Pero todo eso no era más que la introducción a una diatriba contra el propio Secretario General. Lo acusaba la declaración de desempeñar en el Congo «un papel indecoroso», de haberse mostrado incapaz «de desplegar el mínimo de imparcialidad requerido por la situación existente», y de haberse «mostrado precisamente el elemento que con mayor desvergüenza actúa al lado de los colonialistas, comprometiendo así la O.N.U. ante el mundo».

El 10 de septiembre, los soviéticos dieron contestación directa a la comunicación de Hammarskjold el día 5. Insistían en que el gobierno congolés tenía el derecho de requerir su ayuda directa, y ellos el de prestarla; acusaban a Hammarskjold de tomarse la libertad «de intervenir en las relaciones entre la Unión Soviética y Ghana»; y recusaban el requerimiento de Hammarskjold para que los miembros del Consejo de Seguridad ayudasen al Congo a través de la O.N.U., o se abstuviesen. El 11 de septiembre, Hammarskjold hizo finalmente pública su nota del día 5 y la respuesta soviética del 10.

Resulta claro de todo eso que la razón fundamental, quizás la más inmediata de la decisión de los soviéticos de hostilizar a Hammarskjold

es la amenaza que éste representaba para su acción unilateral. No fue casual seguramente que la categórica e intransigente insistencia soviética sobre ese punto coincidiese con el momento en que Lumumba tenía más necesidad de su ayuda.

El desenlace vino dos meses demasiado tarde. El 19 de septiembre, 17 países asiáticos y africanos, Guinea y Ghana incluídos, presentaron una resolución sobre el Congo a la sesión especial de urgencia de la Asamblea General. El párrafo final de la misma, dice:

«Sin perjuicio a los derechos soberanos de la República del Congo (la Asamblea General) *requiere a* todos los Estados a que se abstengan del suministro directo o indirecto de armas u otros efectos de guerra, de personal militar o de otras ayudas al Congo, con propósitos militares, durante el período de asistencia militar de las Naciones Unidas, excepto a solicitud de las Naciones Unidas por medio de su Secretario General, para llevar a término los objetivos de esta resolución y de la resolución del 14 [13] y 22 de julio, y 9 de agosto de 1960, del Consejo General.»

La resolución no contenía una sola palabra de crítica al Secretario General. El párrafo final más sujeto a controversia, reivindicaba íntegra su oposición a la acción unilateral, apoyando el punto de vista suyo de canalizar por la O.N.U. toda ayuda a la República del Congo. La resolución fue aprobada el 20 de septiembre por 70 votos y ninguno en contra. Los nueve miembros del bloque soviético se abstuvieron de votar.

Y una semana después, el primer ministro soviético Nikita Kruschef atacaba duramente a Hammarskjold por motivos de los cuales el Secretario General se había justificado ya anteriormente.

6. — La doctrina de Hammarskjold

En medio de la crisis congolesa, Hammarskjold encontró tiempo para escribir un ensayo sobre su concepción de las Naciones Unidas. Es un esfuerzo intelectual extraordinariamente cándido y reflexivo, a despecho de su título un tanto imponente: «Introducción al informe anual del Secretario General sobre el trabajo de la Organización, del 16 junio de 1959 al 15 de junio de 1960». Nadie que se interese en la situación del mundo y en el lugar que en él ocupan las Naciones Unidas debe dejar de leer ese notable autoanálisis de la mentalidad política de Hammarskjold. Ilumina en la actualidad ese informe la vasta significación de la crisis congolesa y de las dificultades con los rusos en lo que a ella concierne.

El súbito aumento de sus miembros en un 20 %, planteó numerosos problemas en la O.N.U., mucho antes de que Kruschef descubriese que la O.N.U. de hoy no es la misma organización de hace 15 años. Puesto que todos los miembros nuevos se consideran sin compromiso, no alineados, neutralistas o neutrales, el módulo de la votación tenía que cambiar, y habrían de aumentar las presiones en favor de una representación diferente en el Consejo de Seguridad y otros organismos de la O.N.U.

Pero esa evidencia del cambio de la O.N.U. puede servir tanto para destruirlas como para recapitular su función. La O.N.U. fue concebida como una continuación, en tiempos de paz, de las alianzas de guerra. La institución del veto en el Consejo de Seguridad estaba destinada a impedir que la O.N.U. hiciese nada de importancia contra los intereses o deseos de una de las grandes potencias. De hecho, la organización no podía funcionar sino mientras, y a condición de que, los líderes de los dos grandes bloques, Estados Unidos y la URSS, concordasen. La ruptura de las alianzas de guerra llevó a procurar soslayar las consecuencias del veto, planteando los problemas en Asamblea General, donde no juega el veto, pero esas tentativas han sido excepcionales y no terminantes.

El ensayo de Hammarskjold intenta hacer frente a esos hechos en el funcionamiento de la O.N.U. con el mínimo de mistificación o reticencia. Su punto de partida es la simple realidad de que la O.N.U. existe en un «mundo dividido», que «es extraordinariamente difícil para esa gran organización ejercer influencia sobre problemas que caen clara y decisivamente en la órbita de los actuales conflictos entre los bloques», y que el Consejo de Seguridad, la Asamblea General y el Secretario General, poco pueden hacer en los conflictos situados «dentro de esa órbita».

¿Qué les queda, pues, a las Naciones Unidas? Hammarskjold empieza contestando: «Por fundamentales que sean las diferencias que dividen a nuestro mundo, las zonas no comprometidas en los principales conflictos son aún considerables.» Por consiguiente, el principal campo de «actividad fructuosa» para la O.N.U. reside en «mantener al margen de las diferencias de bloque los nuevos conflictos que surgen», o localizarlos si tocan intereses de bloque. La esencia de la doctrina de Hammarskjold está expuesta en un pasaje:

«La experiencia indica que la diplomacia preventiva, a la cual deben dirigirse en gran parte los esfuerzos de las Naciones Unidas, tiene un significado especial en los casos en que puede decirse que el conflicto original es resultado, o implica el riesgo de la creación de un vacío de poder entre los grandes bloques. En tales casos, la acción preventiva debe aspirar en primer término a llenar el vacío en forma que no provoque acción en ninguna de las principales partes, iniciativa que debe ser tomada con propósito preventivo, pero que, por lo demás, podría llevar a una contraacción. Las maneras en que un vacío puede ser llenado por la O.N.U., de forma que se desplieguen tales iniciativas, difieren de un caso a otro, pero tienen esto de común: provisionalmente y mientras se llena el vacío por medios normales, las Naciones Unidas abordan el asunto sobre la base de su no compromiso con ningún bloque, ofreciendo así, en la medida de lo posible, una garantía, con relación a todas las partes, contra las iniciativas de las demás.»

No pretende esa doctrina que la O.N.U. pueda hacerlo todo, o siquiera intervenir con eficacia en los conflictos más destructivos entre las primeras potencias. La zona que Hammarskjold ha asignado a la O.N.U. no debe ser desdeñada. Por el contrario, es, de hecho, el terreno más fértil para las más peligrosas turbulencias actuales. Las grandes potencias se retienen de llevar hasta la ruptura sus antagonismos porque poseen la clave de la destrucción mutua. No necesitan ser protegidas por la O.N.U. porque pueden protegerse a sí mismas. Al margen de los dos grandes bloques, los pequeños Estados ofrecen posibilidades de conflicto mucho más atrayentes. Algunos de ellos son tan vulnerables interior y exteriormente que su principal salvaguardia es el miedo a que una pequeña guerra civil o exterior desencadene otra grande o altere el equilibrio de fuerzas en su zona. Así, la utilidad de la O.N.U. puede sobre todo limitarse a prevenir, localizar o resolver disputas concernientes a uno o varios de los pequeños países neutrales, y no a las principales potencias, función especial muy necesaria en la actual situación del mundo.

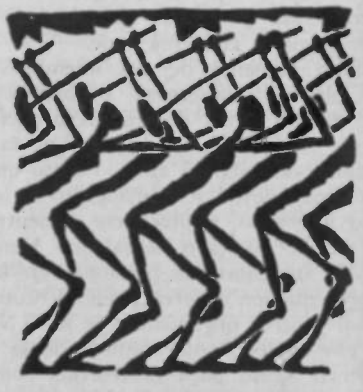
Hammarskjold dice también:

«Quienes miran con inquietud los actuales esfuerzos de la O.N.U. para resolver los grandes problemas internacionales, se inclinan a desdeñar o a interpretar mal la significación de los esfuerzos que las Naciones Unidas pueden hacer en lo que atañe a los conflictos políticos prácticos, para guiar a la comunidad internacional hacia una mayor estabilidad. En la incapacidad de las Naciones Unidas para resolver los grandes conflictos entre los bloques, ven un argumento contra la forma misma de cooperación internacional que la Organización representa. Olvidan así lo que ésta ha realizado y lo que puede realizar actuando en relación con los conflictos que están, sólo originalmente, al margen o fuera de los conflictos de bloques, pero que a menos de ser resueltos o localizados, ensancharían y agravarían seriamente los conflictos entre bloques. De hecho la Organización ejerce, pues, una influencia muy importante, aunque indirecta, sobre los conflictos entre los bloques, impidiendo que se extienda el área geográfica y política de los mismos, y ofreciendo soluciones siempre que pueda ponerse en juego el interés de todas las partes en la localización del conflicto.»

Así, pues, la concepción que de la O.N.U. se hace Hammarskjold es esencial y profundamente *neutralista*. De la protección, la preservación y el servicio a los neutrales hace la *raison d'être* de las Naciones Unidas.

Que se esté de acuerdo o no con la concepción de Hammarskjold, una cosa es innegable: representa una neta ruptura con la teoría inicial de la O.N.U. El mejor ejemplo actual de la antigua teoría es la proposición de una Secretaría de tres personas hecha por Nikita Kruschef. Verdad es que una de las tres habría de representar a los llamados neutrales. Pero Kruschef basa la pertenencia de los neutros a la Secretaría en los mismos principios exactamente que los de su participación en el Consejo de Seguridad: acción por acuerdo de los dos grandes bloques, o inacción en caso de desacuerdo. Se pregunta uno si existe algún proverbio ruso equivalente a *plus ça change, plus c'est la même chose*.

Los neutrales no constituyen de hecho un bloque en el mismo sentido que los partícipes de los dos grandes bloques. Hay tantos neutrales, y tan grandes son sus diferencias, que es dudoso que una sola persona pueda representar los intereses particulares de todos ellos. Si semejante



hombre existiera sería probablemente aceptable a la plena pertenencia a la O.N.U. en su actual sistema. Pero los verdaderos problemas de los neutrales no pueden ser resueltos por combina-

B.D.I.C

ciones burocráticas, que en el mejor de los casos les acarrearían un *estatus* simbólico ilusorio, y en el peor harían de la O.N.U. una organización ilusoria. Mientras prevalezca el veto en el Consejo de Seguridad —y hay razones para creer que ninguno de los miembros permanentes, menos que nadie la Unión Soviética, está dispuesto a abandonarlo—, incluso una mayor representación de los neutrales en este o aquel organismo de la O.N.U. no puede cambiar en ningún aspecto esencial la naturaleza de la misma. Dentro de las limitaciones de su actual estructura, los neutrales tienen mucho más que ganar de un Secretario General enérgico, animoso y efectivo, apegado a la Carta y a sus relaciones esenciales, que de un triunvirato entregado a los intereses particulares de dos bloques reales y de un seudobloque. Una idea fecunda puede hacer por los neutrales —y por los otros— mucho más que un sonoro título vacío.

Pero, maravilla de maravillas, el «instrumento de los colonialistas», Dag Hammarskjold, concibe la O.N.U. como baluarte de los neutrales, y el «campeón de los neutrales», Nikita Kruschef, propone convertir la Secretaría en nuevo reducto de los dos grandes bloques.

7. — La gran estrategia de Kruschef

El Secretario General, Dag Hammarskjold no ha sido siempre odioso para los soviéticos. Hace cuatro años se opuso enérgicamente a la insensata y nefasta expedición de Gran Bretaña y Francia a Suez, demostrando, incluso a satisfacción de los rusos, que se podía confiar en que hacía honor a la Carta de las Naciones Unidas, independientemente de los intereses nacionales de Oriente y de Occidente. Hace tan sólo un año, Hammarskjold fue cordialmente recibido por Kruschef en Moscú. Evidentemente, algo ha cambiado en esos cuatro años e incluso en el último. ¿Pero, quién ha cambiado: Hammarskjold o los soviéticos?

Hasta el pasado mayo, la política soviética era relativamente cauta y conciliadora. Kruschef rezumaba buena voluntad hacia Eisenhower. Mientras prevaleció ese clima amistoso, casi nada se oía sobre colonialismo o imperialismo occidental, menos aún en relación con Estados Unidos, y Kruschef tuvo buenas palabras para la política argelina del general de Gaulle.

Pero en mayo se produjo un cambio brusco. No es éste lugar adecuado para distribuir responsabilidades por el incidente del U-2 o por el fracaso de la conferencia de París. Causa o pretexto, esos hechos sirvieron para inaugurar una nueva línea soviética, principalmente definida por una ofensiva contra Estados Unidos en todos los frentes. El efusivo y benévolo «espíritu de Camp David» cedió el puesto al insultante y vulgar «espíritu de París».

Sin embargo, una gran potencia no cambia de política sólo porque se le dé causa o pretexto para ello; tiene también que haber adquirido mayor capacidad para sacar ventaja de las ocasiones, tal como se le ofrecen. La capacidad de los soviéticos para tomar la ofensiva contra Occidente en general y contra Estados Unidos en particular, es anterior al mes de mayo y estriba fundamentalmente en el cambio de la balanza militar producido por los progresos soviéticos en armas nucleares, cohetes y proyectiles. Mucho antes de mayo, los portavoces soviéticos no perdían oportunidad para acentuar la amenaza soviética en ese aspecto, acompañándola siempre, naturalmente, de fervientes protestas de paz y amistad.

Durante los dos o tres años últimos, la dirección soviética se vio en la necesidad de evaluar la nueva balanza militar y de examinar sus consecuencias para la política exterior soviética La nueva balanza, es de suponer, capacitaba a los rusos para alcanzar su fines inmediatos, o al menos obtener concesiones, por negociación tanto como por otros medios. Primero, los soviéticos intentaron el método más barato: la negociación. La virada en otro sentido no fue, sin embargo, una rápida improvisación. Estuvo mucho tiempo gestándose, como inherente a la situación, y el resorte pudo ser apretado tan pronto como los soviéticos se convencieron, en mayo, de que la negociación no produciría los resultados deseados, ni justificaba los esfuerzos hechos.

Naturalmente, la nueva balanza militar está lejos de ser unilateral. Los rusos pueden haber logrado ventaja en algunos aspectos y Estados Unidos en otros. El cambio no residía en que los soviéticos pudiesen formular amenazas nucleares y Estados Unidos no, sino en que ambos podían formularlas manifestadas algunas veces con sencillez brutal, otras con farisaicos terrores sobre el porvenir de la humanidad. La teoría de que la guerra no es inevitable, con la que se ha identificado Kruschef, es, fundamentalmente, una consecuencia de la estimación hecha por los soviéticos de la balanza de fuerzas, demasiado equilibrada para arriesgar una tercera guerra amenazando con atacar directamente a Estados Unidos; pero si esa balanza se desplazase aún

más en favor de los rusos y éstos pudiesen concebir la guerra sin aniquilamiento mutuo, tengamos la seguridad de que la teoría sería volcada al *status quo ante*, y que la «nueva situación objetiva» ofrecería la plataforma adecuada para rehabilitar la antigua doctrina de la «inevitabilidad de la guerra».

Es más, un empate militar no equivale a un empate político. Al contrario, el empate militar ha incitado a los líderes soviéticos a desencadenar una ofensiva política de fuerza y alcance sin precedentes. La ofensiva se lleva a cabo por todos los medios, menos la guerra, amagando empero continuamente con ella. Las dos cosas no son contradictorias, porque la esencia de la estrategia de Kruschef consiste en que el poderío de los rusos puede progresar por medios no bélicos y que el contrapoderío norteamericano puede ser contenido por la amenaza de guerra. Así, el empate militar ha espoleado a los soviéticos a correr riesgos políticos sin incurrir en riesgos militares serios.

La diferencia entre la U.R.S.S. y Estados Unidos en el empleo de la amenaza nuclear con miras políticas, la da en forma sorprendente el caso de Cuba en 1960 y el de Hungría en 1956. La advertencia de Kruschef sobre la intervención de Estados Unidos en Cuba, que acompañó de la amenaza de emplear cohetes soviéticos, fue hecha poco después del cambio en las relaciones soviético-americanas, en mayo. Puesto que Estados Unidos podrían haber intervenido mucho antes de mayo, sin que diesen muestras de querer hacerlo, la declaración de Kruschef reflejaba un cambio en las relaciones Estados Unidos-U.R.S.S. más bien que en las relaciones Estados Unidos-Cuba, sirviendo únicamente para envenenar éstas. En 1956, cuando Estados Unidos tenían la ventaja nuclear, los tanques y las tropas soviéticas intervinieron para aplastar una sublevación interior húngara, principalmente hecha por obreros e intelectuales. El mundo entero estaba consternado ante la brutalidad soviética, pero Estados Unidos se conformaron con una condenación, insolentemente ignorada, de la U.R.S.S. por las Naciones Unidas. Es interesante meditar sobre cual habría sido la reacción de los soviéticos y de las diversas categorías de neutrales, si Norteamérica hubiese empleado la amenaza de guerra nuclear para salvar a Hungría de una invasión real, de la misma manera que la U.R.S.S. ha salvado a Cuba de una invasión hipotética.

La política soviética en Cuba, el Congo y la O.N.U. son piezas de un mismo juego. Tienen por fundamento común el hecho de que, desde la última guerra, la principal fuerza revolucionaria mundial ha sido los movimientos revolucionarios nacionalistas y no el movimiento comunista. Donde quiera que ambos movimientos han estado en competencia directa, los comunistas han sido batidos. En Cuba, los comunistas oficiales se oponían a Fidel Castro denigrándolo, hasta que tuvo la victoria casi en la mano. En otros países subdesarrollados, los comunistas han sido raramente capaces de competir por el poder con los nacionalistas.

Pero los movimientos nacional-revolucionarios se caracterizan por ser mucho más efectivos y suficientes antes de la toma del poder que después. Les da cohesión un enemigo común y no un programa social o político, y los comunistas están prontos a llenar el vacío postrevolucionario mediante consignas y fórmulas prefabricadas y el cebo de la ayuda y el comercio soviético. Los comunistas cubanos lo han hecho tan bien como aliados de Castro, que se hace difícil decir donde termina el fidelismo y donde empieza el comunismo. En suma, mucho antes de Kruschef el movimiento comunista mundial tenía planteado el problema de competir o colaborar con los movimientos nacional-revolucionarios, y de tiempo en tiempo hizo una cosa o la otra.

La gran estrategia de Kruschef hace inclinarse el péndulo ampliamente del lado de la colaboración. Representa un esfuerzo supremo para uncir la dinámica de los movimientos nacional-revolucionarios a la dinámica de la expansión soviética. Reconoce que un Castro, un Seku Turé, un Kwame Nkruma, son mucho más populares que los comunistas cubanos, guineos y ghaneanos. Acepta el hecho de que para las potencias occidentales es mucho más difícil y menos deseable oponerse a los nacionalistas que a los comunistas. Se basa en la anacrónica suposición de que el colonialismo sigue siendo tan esencial a las potencias occidentales, que se les puede dar un golpe mortal poniendo en pie, en esta fecha tardía, una ofensiva anticolonial.

Todos esos factores han intervenido en la decisión soviética de hostilizar a Hammarskjold y acabar con la Secretaría General como institución. De no ser por el cambio de la balanza militar, los soviéticos no habrían sido capaces de tomar la ofensiva en los países subdesarrollados, cubriéndola con la amenaza de destrucción nuclear dirigida a Occidente; de no haber sido por esa ofensiva, no habrían ido tan lejos obstinándose en tener manos libres en el Congo; y si no se hubiesen obstinado en obtener esas manos libres no habrían encontrado tantos obstáculos en las Naciones Unidas, ni particularmente en su Secretario General.

La clave de las dificultades entre Hammarskjold y los soviéticos es la concepción de las Naciones Unidas del primero y la aplicación de la misma a la crisis del Congo. Como él mismo ha dicho, «las Naciones Unidas abordan el problema sobre la base de no tener compromiso con ningún bloque», y el terreno principal de su actividad eficaz reside en «mantener los

nuevos conflictos que surjan fuera de la esfera de las diferencias entre los bloques». Sobre esa base, la O.N.U. ha de actuar como obstáculo en la senda de la ofensiva soviética en los países recién liberados y subdesarrollados. La ofensiva no se propone conservar las actuales fronteras del neutralismo; lo que se propone es extender las fronteras de la influencia y dominación soviéticas.

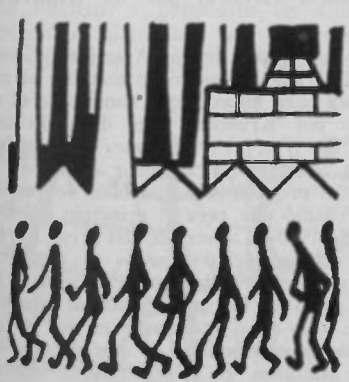
La ofensiva se manifestó en el Congo pidiendo manos libres al margen de las instituciones y normas propias de la O.N.U. Los rusos, no sólo emprendieron una acción unilateral, sino que fueron los únicos en reiterar por escrito que tenían derecho a hacerlo. Eran los únicos que podían haberse ofendido o sentirse aludidos por el párrafo final de la resolución 70-0 de la Asamblea General, de cuya votación se abstuvo significativamente el bloque soviético entero.

Si Hammarskjold hubiese sido tan incorregiblemente parcial como ahora pretenden los rusos, éstos habrían alzado el grito contra él mucho antes. Pero las denuncias soviéticas tienen una lógica y un lenguaje propios. Un obstáculo o un opositor político no puede ser sólo eso; si es ruso, tiene que ser un traidor, espía o criminal común; si no es ruso, tiene que ser un pilar del «colonialismo», un sostén del «capital monopolista», y «un hombre que se cisca en la más elemental justicia».

8. — La sombra de Etiopía

Las derivaciones de la acusación soviética contra el Secretario General —el hombre y la institución— tienen tan largo alcance que sólo pueden explicarse por razones y motivos de alcance igual. El ataque contra el Secretario General, la supervivencia de las Naciones Unidas, todos los incidentes del desenvolvimiento de la política exterior soviética tienen que ser considerados en su conjunto, como indudablemente los consideran los líderes soviéticos.

El cargo de Secretario General, como todas las instituciones, no quedó enteramente configurado desde su origen. Como la O.N.U. misma, era un atributo de la continuación de la alianza de guerra entre Estados Unidos y la U.R.S.S., y no podían seguir siendo lo mismo una vez quebrantada esa alianza. A medida que declinaba



la eficiencia del Consejo de Seguridad y de la Asamblea General, aumentaba progresivamente la importancia del Secretario General. Cada vez más, se acostumbraban Asamblea y Consejo a adoptar leves y vagas resoluciones que descargaban sobre los hombros del Secretario General los problemas decisivos de interpretación y ejecución. Sin la capacidad creadora del enérgico Secretario General, el mecanismo de la O.N.U. se habría parado en seco. Es tan difícil en la práctica dar un soplo de vida a la actual estructura de la O.N.U., que sólo temporalmente y en circunstancias especiales ha podido realizarse semejante hazaña.

Ese instante que delimitaba la vitalidad de la paralización, lo eligieron los Soviets para hacer fuego contra la O.N.U. Es por tanto difícil de creer que apuntasen al Secretario General sólo.

En 1950, Trygve Lie, entonces Secretario General, desagradó en una ocasión a los soviéticos, y dos años después éstos consiguieron forzarlo a dimitir. Los rusos se conformaron con cambiar el hombre sin cambiar la institución. En las actuales circunstancias deben de haber pensado, rechazándolo, en un proyecto similar. Podrían haberse pronunciado a favor de otro Secretario General de un país neutro, por ejemplo Italia, para evitar que la organización cayese irremediablemente en la confusión. Pero ahora han decidido atacar sañudamente a la institución y al hombre por igual. Las razones en que se apoyan son tan capciosas que no pueden ser las verdaderas.

Siendo imposible que el mismo hombre represente los intereses del bloque comunista, de los Estados Occidentales y de los neutrales, se pregunta uno por qué los soviéticos han tardado tanto tiempo en darse cuenta de ello. Y si la objeción soviética tiene validez, debería haber sido suscitada en 1953, cuando Hammarskjold fue elevado a su cargo con la bendición de la Unión Soviética. El número de los miembros

neutrales ha aumentado, pero hace siete años había ya bastantes países neutrales para tratar de cambiar el principio mismo de su significación como ahora.

En realidad, a menos de que los rusos arguyan que Hammarskjold no se ha convertido en instrumento de los colonialistas hasta septiembre de 1960, sus representantes en el Consejo de Seguridad no debieran haber votado las resoluciones del 13 y 22 de julio, y del 9 de agosto. La primera autorizaba al Secretario General a tomar las decisiones necesarias para ponerla en ejecución; la segunda expresaba la aprobación de su trabajo, alabando su acción diligente y su primer informe; y la tercera le atribuía la responsabilidad de su cumplimiento. ¿Cómo es que los representantes soviéticos se privaron de exponer sus objeciones al Secretario General si en principio éste no fue nunca otra cosa que «el verdadero instrumento del capital monopolista»?

El clamor soviético estriba lógicamente en esta presuposición: las resoluciones del Consejo de Seguridad, *por las cuales votaron los soviéticos*, son adecuadas y justas, pero el Secretario General las desvió y las desvirtuó al llevarlas a la práctica. Esa alegación es otro falseamiento de los hechos. La política y los actos del Secretario General no han sido un secreto para el Consejo de Seguridad ni para nadie; fueron libremente debatidos y sujetos a crítica y, en cada caso, el Consejo de Seguridad le apoyó y le otorgó su confianza.

Por si no fuera bastante, la Asamblea General apoyó al Secretario General en el punto más importante de la disputa con los soviéticos, y rehusó censurarlo en ningún sentido. Las acusaciones de Kruschef debieron haber sido dirigidas al Consejo de Seguridad y a la Asamblea General, no al Secretario General. Si él desvió o desvirtuó sus mandatos, la culpa de haberlo absuelto recae sobre ellos. Pero en la Carta de la O.N.U. no hay nada que autorice a la Unión Soviética a erigirse en fiscal, juez y jurado, suplantando al Consejo de Seguridad y a la Asamblea General, ni que ponga al Secretario General bajo la responsabilidad exclusiva de la Unión Soviética.

Más cierto es que la *vendetta* soviética contra Hammarskjold fue puesta en juego en forma que tiene muy poco que ver con los designios *post facto*. Cuando el Consejo de Seguridad se reunió por primera vez para tratar de la crisis del Congo, el 13 de julio, el cambio soviético de línea verificado en el mes de mayo no había madurado bien, y los rusos todavía no habían logrado poner completamente sus pies en el Congo. Patricio Lumumba estaba dispuesto a hipotecar el Congo entero a un empresario norteamericano. Si Hammarskjold fuese lo que Kruschef dijo después, los rusos hubieran debido oponer su veto a las resoluciones del 13 y 22 de julio y del 9 de agosto. Los soviéticos no se acordaron de que tenían el derecho de veto en esa disputa hasta el 17 de septiembre, recurriendo a él contra una resolución tunecino-ceylanesa reclamando que «no se prestase asistencia militar al Congo, salvo formando parte de la acción de las Naciones Unidas».

El nuevo factor que intervino hacia el 9 de agosto fue la correspondencia secreta entre Lumumba y los líderes soviéticos, de la cual el ex-ministro de Asuntos Exteriores, Justino Momboko, dijo que era un «acuerdo virtual». A partir de entonces era tan importante para los rusos disponer de manos libres en el Congo, que se sintieron dispuestos a correr el riesgo de la acción que terminó con la repudiatoria resolución 70-0 en la Asamblea General del 20 de septiembre. En el maligno juego de votación de resoluciones en la O.N.U. y en su insistencia por obtener al margen de éstas manos libres, habría sido muy conveniente para los soviéticos tener alguien en la Secretaría que les facilitase las referencias necesarias. De la experiencia del Congo se desprende, para los líderes soviéticos, la determinación de ponerse en condiciones, en caso necesario, de paralizar la Secretaría y el Consejo General, particularmente cuando no fuese oportuno ejercer el derecho de veto en el Consejo de Seguridad.

El curso de los acontecimientos desde mayo explica por qué Kruschef esperó hasta septiembre de 1960 para atacar al Secretario General. Las razones por él dadas no cuentan, porque si fueses válidas, lo serían ya desde hace muchos años.

Kruschef mismo ha dejado ver lo que meditaban los rusos con relación a la O.N.U. El 23 de septiembre pidió oficialmente que se reemplazase la Secretaría General por un triunvirato que

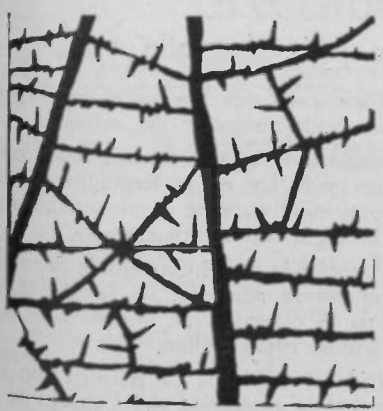
(1) El presidente de la Asamblea General, H. Boland, de Irlanda, rompió su martillo al suspender la asamblea para impedir que continuase el desorden provocado por Kruschef y el delegado comunista rumano. El *New York Times* informaba: «Al abandonar la asamblea, el señor Kruschef dijo que el incidente probaba «la endeblez de las Naciones Unidas. Añadió que «era el principio del fin» (1 de Octubre de 1960). La versión del *New York Herald Tribune* difería, debido quizás a una traducción distinta, pero el sentido era el mismo: «El señor Kruschef dijo a los periodistas al abandonar el vestíbulo: «Lo más interesante es que se rompiera un martillo en el momento en que el presidente suspendía la asamblea. Es el principio de la desintegración de las Naciones Unidas». El señor Kruschef sonreía, queriendo evidentemente bromear». Si era una broma, no carecía de significación. Kruschef hizo también alusión al posible final de la O.N.U. el 9 de octubre de 1960, en el programa de televisión de David Susskind.

representase al bloque comunista, a los Estados occidentales y a los países neutrales. El 1 de octubre suscitó el problema de lo que sería la O.N.U. si la abandonase el bloque comunista y crease sus propias Naciones Unidas. Dijo que eso sería «el cementerio», la «tumba» de las actuales Naciones Unidas, protestando: «No deseamos eso». Y el 12 de octubre hizo saber, en una de las más siniestras chanzas de nuestro tiempo, que un incidente en la Asamblea General sería «el principio del fin» de las Naciones Unidas (1).

Si los rusos se salen con la suya, poca diferencia práctica hay entre una u otra eventualidad. Un triunvirato significa el suicidio, y la partida de los comunistas una sentencia a muerte. Por más que proteste, Kruschef no mencionó la posibilidad de una O.N.U. rival y comunista ni la desintegración de la actual, simplemente para renegar de ella o por bromear. Su conducta en la O.N.U. parecía en buena parte calculada para provocar una escena que diese al bloque comunista pretexto para amenazar con su partida.

Si los delegados occidentales hubiesen preferido contestarle en su mismo estilo e imitar sus burdas bufonerías, es difícil pensar como hubiera podido evitarse una reyerta. De cualquier manera que sea, los soviéticos pugnan por una tirantez tal entre los bloques, dentro y fuera de la Secretaría, que poco importa que hayan de organizar sus propias Naciones Unidas dentro o fuera de las actuales. Para los líderes soviéticos eso es cuestión de táctica y pauta.

Desde mayo de 1960, la Unión Soviética entró en una fase de agresividad y expansionismo extremos. La conducta personal de Kruschef; el demostrativo abandono de las conversaciones sobre el desarme en Ginebra, por las delegaciones de la U.R.S.S. y sus satélites; la amenaza de guerra nuclear a propósito de Cuba; las seminsurrecciones dirigidas por los comunistas japoneses e italianos; la política unilateral en el Congo, y finalmente, la amenaza a las Naciones Unidas, son otros tantos síntomas de dicha fase agresiva. Sus causas están profundamente establecidas en la actual balanza de fuerzas. Sus posibilidades son tan vastas como los pueblos subdesarrollados y pobres de la Tierra. Sus víctimas más predestinadas son precisamente esos neutrales cuyo salvador pretende ser la U.R.S.S. En el Congo, los rusos han sufrido una repulsa que no tienen la intención de volver a tolerar. La repulsa fue el resultado de una particular combinación de circunstancias que capacitaron a las Naciones Unidas, por una vez, para desempeñar un papel decisivo. Desde el punto de vista soviético, el principal culpable es el Secretario General, Dag Hammarskjold, que no sólo no se dejó intimidar y se negó a conceder a los soviéticos privilegios especiales, sino que concibe como particular deber de la O.N.U. el de resistir las tentativas de ambos bloques para entrometerse en el sector neutral del mundo, concepción desagradabilísima a la Unión Soviética dentro de su fase de agresión expansiva.



En un mundo más humano y compasivo, la presencia de la O.N.U. en medio de los suplicios del Congo y para atenuarlos habría sido motivo de universal satisfacción. No ha habido momento y lugar más adecuados y que más imperiosamente reclamasen de la O.N.U. que asumiese la representación de la conciencia mundial y que realizase en su nombre las tareas más inmediatas, elementales y saludables. El Congo no es un lugar propio para el encuentro de las ideologías europeas, surgidas de necesidades y circunstancias diferentes. Incluso los conceptos de nación y de nacionalismo tienen que ser llevados a su extremo límite para relacionarlos con las condiciones de aquel país. Más las agitaciones doctrinales del norte no pueden darse de lado, y la única esperanza es que hay tiempo para prepararles el terreno. El Secretario General, Hammarskjold, dijo en una ocasión que «el capítulo belga en la historia del Congo ha terminado en su forma primera», y expresó la esperanza de que las Naciones Unidas supiesen crear «un cobertizo bajo el cual el pueblo del Congo pueda hallar el camino de la paz y crear las formas de gobierno y administración bajo las cuales desee vivir».

Por el contrario, la crisis del Congo amenaza la existencia misma de la O.N.U., porque no puede sobrevivir mucho tiempo como un cascarón vacío, mera burla. No las Naciones Unidas cambiadas ni castradas, sino la desaparición de las Naciones Unidas es lo que está en litigio. La suerte de un hombre será sólo simbólica; la propia suerte de la institución será más significativa por lo que revela sobre la condición de un mundo del que se trata de suprimirla precisamente cuando empezaba a tener eficaz realidad.

No puede evitarse la terrible pregunta. ¿La lucha en el Congo será para las Naciones Unidas lo que otra lucha en Africa, la guerra italo-etíope, fue para la Liga de las Naciones hace 25 años? En caso afirmativo, el Congo sería un comienzo y al final nadie quedaría en salvo.

Post scriptum

MIENTRAS SE PUBLICA este suplemento, la crisis del Congo sigue generando nuevos problemas que evidentemente no pueden ser tratados aquí. He intentado exponer los principales lineamentos de los primeros tres meses, sobre los cuales ya existe documentación. Pero ninguno de los importantes problemas planteados —una autoridad congolesa estable y aceptable, relaciones entre belgas y congoleses, conflicto interior de la O.N.U.— ha sido resuelto, ni parece acercarse a la solución. Por eso sería temerario suponer que puedan continuar resistiéndose en lo futuro las presiones acentuadas desde diversas direcciones, ni que pueda ser dicha la última palabra sobre aspecto o actor alguno de tan cambiante drama. Sin embargo, los nuevos problemas proceden de los anteriores y la mejor interpretación de las fuerzas que han estado en presencia contribuirá a que se comprendan mejor las fases sucesivas de la crisis.

APÉNDICE

Resoluciones adoptadas por el Consejo de Seguridad

en su 873 reunión, el 13 de julio de 1960

«*El Consejo de Seguridad,*

«*Considerando* el informe del Secretario General sobre una demanda de acción de las Naciones Unidas en relación con la República del Congo,

«*Considerando* la demanda de ayuda militar dirigida al Secretario General por el presidente y el primer ministro de la República del Congo (documento S/4382),

«1. *Pide al* Gobierno de Bélgica que retire sus tropas del territorio de la República del Congo;

«2. *Decide* autorizar al Secretario General a dar los pasos necesarios, consultando al Gobierno de la República del Congo, para suministrar al Gobierno dicha asistencia militar, como sea necesaria, hasta que, mediante el esfuerzo del Gobierno congolés con la ayuda técnica de las Naciones Unidas, las fuerzas nacionales de seguridad estén en condiciones, en opinión del Gobierno, de llenar por entero su cometido;

«3. *Requiere* al Secretario General que informe al Consejo de Seguridad como convenga.

en su 879 reunión, el 22 de julio de 1960

«*El Consejo de Seguridad,*

«*Habiendo* considerado el primer informe del Secretario General sobre la aplicación de la resolución del Consejo de Seguridad S/4387 del 14 de julio de 1960 (documento S/4389),

«*Apreciando* el trabajo del Secretario General y el apoyo tan franco y rápido que le concedieron todos los Estados miembros invitados a prestarle asistencia,

«*Advirtiendo* que, como declara el Secretario General, la llegada de las tropas del ejército de las Naciones Unidas a Leopoldville ha tenido ya efectos saludables,

«*Reconociendo* que hay necesidad urgente de continuar y de aumentar ese esfuerzo,

«*Considerando* que la restauración completa del orden y la ley en la República del Congo contribuirá efectivamente al mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales,

«*Reconociendo* que el Consejo de Seguridad ha recomendado la admisión de la República del Congo en la categoría de miembro de las Naciones Unidas como unidad,

«1. *Pide* al Gobierno de Bélgica que aplique rápidamente la resolución del Consejo de Segu-

ridad del 14 de julio de 1960 sobre el retiro de sus tropas y autoriza al Secretario General para tomar las necesarias medidas a tal efecto;

«2. *Requiere* de todos los Estados que se abstengan de acción alguna que pueda tender a obstaculizar la restauración de la ley, el orden y el ejercicio de su autoridad por el Gobierno del Congo, y también a abstenerse de acción alguna que pueda socavar la integridad territorial y la independencia política de la República del Congo;

«3. *Elogia* al Secretario General por su diligente acción para llevar a cabo la resolución S/4387 del Consejo de Seguridad y su primer informe;

«4. *Invita* a los organismos especiales de las Naciones Unidas a rendir al Secretario General cuanta asistencia pueda reclamar;

«5. *Requiere* del Secretario General que informe de nuevo como convenga al Consejo de Seguridad.

en su 886 reunión, el 9 de agosto de 1960

«*El Consejo de Seguridad,*

«*Recordando* su resolución del 22 de julio de 1960 (S/4405), *inter alia,* en que pide al Gobierno de Bélgica que cumpla rápidamente la resolución del Consejo de Seguridad del 14 de julio (S/4387) sobre la retirada de sus tropas y en que autoriza al Secretario General a tomar las medidas necesarias al efecto,

«*Tomando nota* del segundo informe del Secretario General sobre el cumplimiento de las dos antedichas resoluciones y su declaración ante el Consejo,

«*Advirtiendo con satisfacción* los progresos hechos por las Naciones Unidas en la aplicación de las resoluciones del Consejo de Seguridad relativas al territorio de la República del Congo, aparte la provincia de Katanga,

«*Advirtiendo,* sin embargo, que las Naciones Unidas se han visto impedidas de aplicar las supradichas resoluciones en la provincia de Katanga, aunque estaban dispuestas a hacerlo así y lo intentaron,

«*Reconociendo* que la retirada de las tropas belgas de la provincia de Katanga será una contribución positiva y esencial al cumplimiento adecuado de las resoluciones del Consejo de Seguridad,

«1. *Confirma* la autoridad conferida al Secretario General por el Consejo de Seguridad en sus resoluciones del 14 y 22 de julio de 1960 y le requiere para que continúe asumiendo la responsabilidad que ha recaído sobre él;

«2. *Pide* al gobierno de Bélgica la retirada inmediata de sus tropas de la provincia de Katanga de la manera pronta determinada por el Secretario General, y la ayuda posible en todos los sentidos al cumplimiento de las resoluciones del Consejo;

«3. *Declara* que la entrada de las tropas de las Naciones Unidas en la provincia de Katanga es necesaria para el cumplimiento de sus resoluciones;

«4. *Reafirma* que las fuerzas de las Naciones Unidas en el Congo no serán factor que intervenga parcialmente en ningún sentido o empleado para influir en el desenlace de ningún conflicto interior, constitucional o de otra clase;

«5. *Pide* a los Estados miembros, en concordancia con los artículos 25 y 49 de la Carta, que acepten y lleven a efecto las decisiones del Consejo de Seguridad y suministren asistencia mutua en la aplicación de las medidas por el Consejo de Seguridad;

«6. *Requiere* al Secretario General para que aplique esta resolución e informe de nuevo como convenga al Consejo de Seguridad.

Resolución adoptada en la cuarta sección especial de urgencia por la Asamblea General de la O.N.U.

el 20 de septiembre de 1960

(Proyecto de resolución de: Ceylán, Etiopía, Ghana, Guinea, Indonesia, Iraq, Jordania, Líbano, Liberia, Libia, Marruecos, Nepal, Arabia Saudita, Sudán, Túnez, República Arabe Unida y Yemen.)

«*La Asamblea General,*

«*Habiendo considerado* la situación en la República del Congo,

«*Tomando nota* de las resoluciones del 14 y 22 de julio y del 9 de agosto de 1960 del Consejo de Seguridad,

«*Teniendo en cuenta* las insatisfactorias condi-

B.D.I.C

ciones económicas y políticas que prevalecen en la República del Congo,

«*Considerando que,* con vistas a preservar la unidad, la integridad territorial y la independencia política del Congo, proteger y amparar el bienestar del pueblo y salvaguardar la paz internacional es esencial que las Naciones Unidas continúen ayudando al gobierno central del Congo,

«1. *Apoya enteramente* las resoluciones del 14 y 22 de julio y del 9 de agosto del Consejo de Seguridad;

«2. Requiere al Secretario General para que continúe tomando enérgicas medidas en concordancia con las antedichas resoluciones y ayudando al gobierno central del Congo en la restauración y el mantenimiento de la ley y el orden en todo el territorio de la República del Congo, y para salvaguardar su unidad, integridad territorial e independencia política en interés de la seguridad y de la paz internacionales;

«3. *Pide* a todos los congoleses de la República del Congo que busquen por medios pacíficos una rápida solución a todos sus conflictos internos, en pro de la unidad y de la integridad del Congo, ayudados como corresponda por los representantes asiáticos y africanos designados por el Comité Consultivo sobre el Congo y aconsejándose con el Secretario General a fines de conciliación;

«4. *Pide* a todos los Gobiernos miembros su contribución voluntaria y urgente al Fondo de las Naciones Unidas para el Congo, que será empleado bajo el control de las Naciones Unidas en consulta con el Gobierno central, a fin de prestar la mayor ayuda posible para alcanzar los objetivos mencionados en el preámbulo;

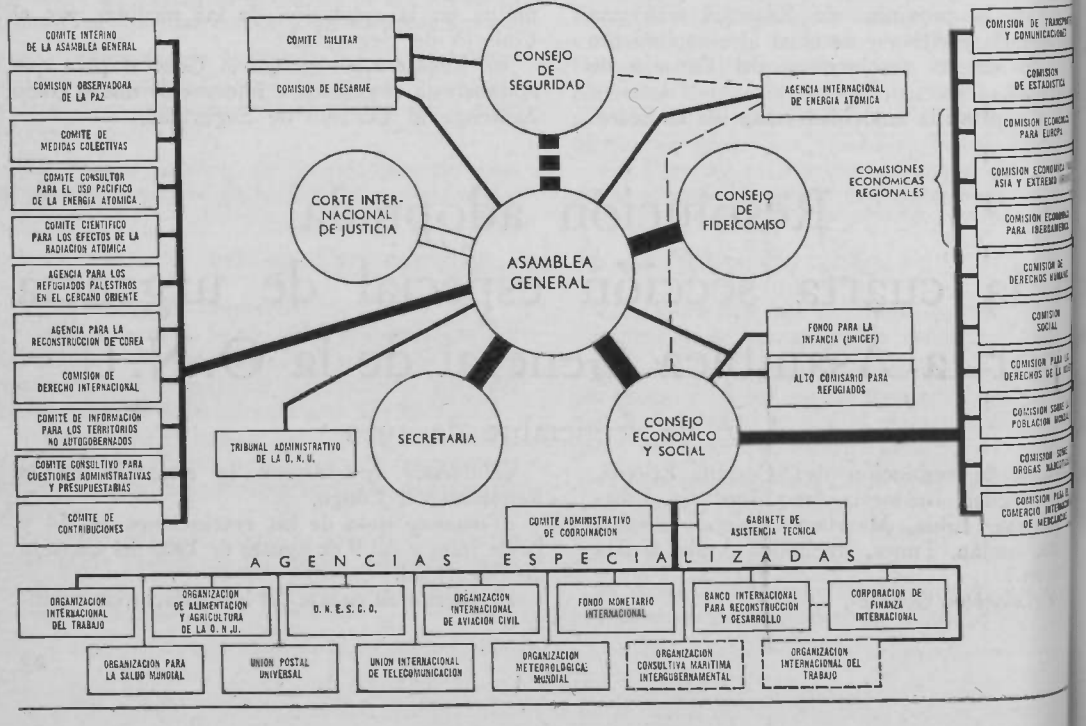
«5. *Requiere:*

«a) A todos los Estados que se abstengan de cualquier acto que pueda tender a impedir la restauración del orden y la ley y el ejercicio de la autoridad por el Gobierno de la República del Congo, y también de acción alguna que pueda socavar la unidad, la integridad territorial y la independencia política de la República del Congo;

«b) A todos los Estados miembros, en concordancia con los artículos 25 y 49 de la Carta, para que acepten y lleven a efecto las decisiones del Consejo de Seguridad, y ofrezcan asistencia mutua en la aplicación de las medidas decididas a efecto por el Consejo de Seguridad;

«6. Sin perjuicio de los derechos soberanos de la República del Congo, *pide* a todos los Estados que se abstengan de suministros directos o indirectos de armas o de material de guerra y de personal militar y otras ayudas con propósitos militares en el Congo, durante el período provisional de ayuda militar por medio de las Naciones Unidas, excepto a requerimiento de las mismas a través del Secretario General para el cumplimiento a las resoluciones de 14 y 22 de julio y de 9 de agosto de 1960 del Consejo de Seguridad.

ORGANIGRAMA DE LA O. N. U.



Nota sobre el autor

Theodore Draper ha trabajado durante los últimos 25 años como periodista, historiador y redactor especializado en los problemas internacionales y en la política exterior de Estados Unidos, con largas incursiones en la historia del movimiento obrero norteamericano en general y del movimiento comunista en Estados Unidos en particular. Ha trabajado también en Francia, Alemania, Marruecos, Haití, Guatemala, México, la República Dominicana, Cuba y otros países, sobre todos los cuales ha escrito diferentes e interesantes ensayos.

Es autor de cuatro libros. El primero de ellos, The Six Weeks'War *—un estudio de la derrota francesa de 1940—, apareció en 1944. El segundo,* The Battle of Germany, *publicado en 1946, es la historia oficial de la División de Infantería nº 84, unidad en la que el autor sirvió durante la segunda guerra mundial. Cuando la Fundación por la República creó el proyecto de estudio sobre el comunismo en la vida norteamericana se le pidió a Theodore Draper que escribiera la historia del Partido comunista de Estados Unidos, desde sus comienzos hasta 1945. El primer volumen de esta serie,* The Roots of American Comunism, *apareció en 1947; el segundo,* American Comunism and Soviet Russia, *se publicó en mayo de 1960.*

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

CONSEJO DE HONOR:

Germán ARCINIEGAS, Eduardo BARRIOS, Américo CASTRO, Emilio FRUGONI, Rómulo GALLEGOS, Salvador DE MADARIAGA, Jorge MAÑACH, Francisco ROMERO, Luis Alberto SANCHEZ, Eduardo SANTOS y Erico VERISSIMO

Director : Julián GORKIN

Secretario de Redacción : Ignacio IGLESIAS

COLABORADORES :

Pedro Vicente AJA, Víctor ALBA, Ciro ALEGRIA, Guadelupe AMOR, José Luis L. ARANGUREN, Rosa ARCINIEGA, Raymond ARON, Anita ARROYO, Francisco AYALA, Carlos de BARAIBAR, Julio BARRENECHEA, Rómulo BETANCOURT, Jorge Luis BORGES, Manuel del CABRAL, José Luis CANO, Jorge CARRERA ANDRADE, Benjamín CARRION, Joaquín CASALDUERO, Alfonso CASO, Alejandro CASONA, Jean CASSOU, José María CASTELLET, Camilo José CELA, Gilbert CHASE, Claude COUFFON, Fernando DIEZ DE MEDINA, José FERRATER MORA, José FIGUERES, Eugenio FLORIT, Waldo FRANK, Francisco GARCIA LORCA, Jorge GUILLEN, V.R. HAYA DE LA TORRE, Aldous HUXLEY, Roberto IBAÑEZ, Jorge ICAZA, Karl JASPERS, Arturo KOESTLER, Pedro LAIN ENTRALGO, Juan LISCANO, Mauricio MAGDALENO, Alejandro MAGNET, André MALRAUX, Julián MARIAS, Juan MARICHAL, Pierre MENDES-FRANCE, Francisco MONTERDE, Alberto MORAVIA, Victoria OCAMPO, Federico de ONIS, Octavio PAZ, André PHILIP, Mariano PICON-SALAS, Salvador PINEDA, Susana REDONDO, Eugen RELGIS, Angel del RIO, Denis de ROUGEMONT, Bertrand RUSSEL, E. SALAZAR CHAPELA, Claudio SANCHEZ ALBORNOZ, Ramón SENDER, S. SERRANO PONCELA, Ignazio SILONE, Stephen SPENDER, Manès SPERBER, Rufino TAMAYO, Hernando TELLEZ, Jaime TORRES BODET, Arnold J. TOYNBEE, Guillermo de TORRE, Arturo TORRES-RIOSECO, Antonio de UNDURRAGA, Rodolfo USIGLI, Fernando VALERA, Ramón XURIGUERA, María ZAMBRANO, y otros más.

El número : 2,60 NF. Printed in France

CUADERNOS

BIBLIOTHEQUE

REVISTA BIMESTRAL 47 MARZO-ABRIL 1961

JAIME BENITEZ
IGLESIA Y ESTADO EN PUERTO RICO

ADLAI E. STEVENSON
ESTADOS UNIDOS Y AMERICA LATINA

FERNANDO DIEZ DE MEDINA
De América, la nuestra, y su destino

ARTHUR KOESTLER
LA DECADENCIA DE ORIENTE

ALEJANDRO KASHIN
China y la filosofia marxista-leninista

CLAUDIO SANCHEZ-ALBORNOZ
Originalidad creadora del Arcipreste

JORGE GUILLEN
A LA ALTURA DE LAS CIRCUNSTANCIAS

P5926

ENRIQUE LARRETA

OBRAS COMPLETAS

En dos volúmenes, formato 17×24, con un total de 1.282 páginas, en papel obra primera, encuadernados en cuerina, con sobrecubierta en colores, las

« EDICIONES ANTONIO ZAMORA »

han publicado toda la producción literaria del insigne autor de *La Gloria de Don Ramiro*. Se encuentran en estos dos tomos las siguientes obras:

ARTEMIS. — LA GLORIA DE DON RAMIRO. — LA QUE BUSCABA DON JUAN. — PASION DE ROMA. — ZOGOIBI, El Dolor de la Tierra. — EL LINYERA. — LAS DOS FUNDACIONES DE BUENOS AIRES. — SANTA MARIA DEL BUEN AIRE. — LA CALLE DE LA VIDA Y DE LA MUERTE. — TIEMPOS ILUMINADOS. — TENIA QUE SUCEDER. — DISCURSOS (de 1900 a 1957). — JERONIMO Y SU ALMOHADA. — LA NARANJA. — ORILLAS DEL EBRO. — TRES FILMS. — VENANCIO. — LA HUERTA. — EN LA TELA DEL SUEÑO. — EL GERARDO. — DON TELMO. — CLAMOR.

Distribución exclusiva de esta edición:

EDITORIAL CLARIDAD, S.A.

SAN JOSÉ 1627 — BUENOS AIRES — ARGENTINA

B.D.I.C

SUMARIO

Estados Unidos y América Latina	Adlai E. Stevenson	3
De América, la nuestra, y su destino	Fernando Díez de Medina	9
Iglesia y Estado en Puerto Rico	Jaime Benítez	21
Proceso de una revolución frustrada	Alberto Baeza Flores	29
Fines y problemas de la Universidad latinoamericana	Julio Larrea	36
El pensamiento social de la revolución mexicana	José Bullejos	43
China y la filosofía marxista-leninista	Alejandro Kashin	47
A la altura de las circunstancias (Poemas)	Jorge Guillén	53
La decadencia de Oriente	Arthur Koestler	57
Tolstoi interroga a la muerte	Daniel Gilles	62
Vallejo en el drama de su correspondencia	José Manuel Castañón	69
Originalidad creadora del Arcipreste	Claudio Sánchez-Albornoz	75
Reflexiones sobre el ser de la novela	J. Rubia Barcia	84

Crónicas

América Central sobre un volcán	Víctor Alba	95
El Congo en contrapunto	Louis Mercier	102
La Unesco y el desafío humano	Mariano Picón-Salas	107

Bellas Artes

La Exposición «Los orígenes del siglo XX»	Ramón Xuriguera	112

Los libros. Colaboradores. Informaciones. Correspondencia.

CUADERNOS

publicará en sus próximos números :

V.R. HAYA DE LA TORRE

Visión y perspectivas de América Latina

DIOGENES DE LA ROSA

La hora de Latinoamérica

OCTAVIO PAZ

Tamayo : de la crítica a la ofrenda

ESTUARDO NUÑEZ

Europa, América y la literatura de viajes

J. GARCIA PRADAS

Esencia social del « Martín Fierro »

DOM MORAES

Con Nehru y con el Dalai Lama

JUAN MARICHAL

Azaña o la tragedia del liberalismo

UN TEXTO INEDITO DE ALFONSO REYES

Estados Unidos y América Latina

POR ADLAI E. STEVENSON

LA PASADA PRIMAVERA estuve en América Latina al mismo tiempo que el Presidente Eisenhower. En ocho semanas recorrí doce países, mientras él visitaba en diez días cuatro. El Presidente volvió optimista; yo volví hondamente preocupado.

Volví preocupado porque América Latina, como la mayor parte de las regiones en desarrollo del globo, está atravesando un período de revolución social y política. Volví preocupado porque, en una región rica en recursos, la mitad de su habitantes sufren hambre, no duermen en cama y son analfabetos. Volví preocupado por nuestra ignorancia con respecto a nuestros vecinos latinoamericanos y por el antinorteamericanismo que advertí en Latinoamérica, a pesar de la emocionante acogida que se me dispensó. Volví preocupado porque el crecimiento demográfico en aquella zona es el más rápido del mundo y está dejando atrás a la producción. Y, finalmente, volví preocupado porque si los pueblos latinoamericanos no satisfacen su deseo de una vida económica y política mejor, quizá tengamos a nuestras puertas, en vez de amigos, enemigos.

José Figueres, ex presidente de Costa Rica y animoso líder democrático del hemisferio, me dijo: «Hoy ya no queda más que un 50% de probabilidades de salvar a Sudamérica.» Por su parte, el patriota no afiliado a ningún partido político que hoy es primer ministro del Perú, Pedro Beltrán, planteó la cuestión en los siguientes términos: «Con los millones de indios sin tierra y las masas miserables de nuestros suburbios en trance de desperarse, la violencia no está lejana. Quizá nos queden aún cinco años disponibles para elevar el nivel de vida.»

(Esos suburbios urbanos de Latinoamérica son tan horribles como el más horrible que me haya sido dado contemplar desde Hong Kong a Johannesburgo; y un gran número de indios de los Andes viven hundidos en una miseria infrahumana, apenas en mejores condiciones que los desnudos pigmeos del Africa central.)

Programa tardío e insuficiente

En julio último la administración Eisenhower propuso repentinamente un «Plan Marshall» de 500 millones de dólares para ayudar a América Latina a que realice la reforma agraria, construya carreteras y casas, mejore su sanidad y su educación y lleve a cabo su desarrollo en todos los aspectos; es decir, algo por lo que durante los dos años últimos ha venido abogando el vivaz y dinámico presidente del Brasil Juscelino Kubitschek en su «Operación Panamérica». Por desgracia, el momento para tomar semejante decisión no podía ser peor: hoy es general la sospecha de que, si no hubiera sido por Castro y por Kruschef, Washington seguiría aún sordo.

Podemos estar ciertos de que los agentes cubanos alardean ahora de que es Castro quien ha proporcionado estos beneficios a sus hermanos latinoamericanos. Y es de suponer que éstos se pregunten si la única forma de conseguir que en Washington se les tenga

en cuenta no consistirá en ultrajar a Estados Unidos, sumado esto a la amenaza comunista.

El nuevo programa de ayuda es un paso en la buena dirección, pero viene demasiado tarde y ya es poca cosa. La única forma de inmunizar a América Latina contra el virus cubano consiste en mejorar su salud social, política y económica. Es un grave error por nuestra parte el minorar la popularidad de la revolución cubana en toda Sudamérica. «Cualquier esperanza de establecimiento de un orden social mejor tiene eco entre los pobres», me dijo el ministro de Asuntos Exteriores del Ecuador. El aplastamiento de los dictadores, la eliminación de la influencia extranjera y la entrega de la tierra a los campesinos que carecen de ella, han constituído programas importantes en América Latina desde la revolución mexicana de hace cincuenta años. En Cuba, Castro ha entregado a miles de campesinos pequeñas parcelas de tierra en usufructo, si no en propiedad. El patrón ha desaparecido; los campesinos creen que ahora disfrutan de un nuevo *status* social y, al menos por el momento, viven tan bien o mejor que antes. Esos campesinos quizá sigan apoyando a Castro mucho después de que la revolución haya sido asfixiada por los comunistas y de que la población urbana adquiera conciencia de la opresión y se aparte de la nueva tiranía.

Los métodos comunistas de Castro han indignado a la gente que piensa en Latinoamérica. Pero el líder cubano ha conseguido inflamar la imaginación de las masas. Recordaré durante mucho tiempo la nutrida delegación de cultivadores campesinos que vino a verme en Bogotá. Humildes y pobres, pronunciaron palabras vacilantes y conmovedoras de agradecimiento por mi visita, expresaron su esperanza de conseguir mejores precios para el café y concluyeron inocentemente su exposición con elogios para Estados Unidos... ¡y para Castro!

El doctor Lleras Camargo, el notable y discreto presidente de Colombia, nos pidió que considerásemos la revolución cubana no como un ataque contra Estados Unidos, sino como un esfuerzo de la Unión Soviética para destruir el sistema interamericano apelando directamente a los pueblos de Latinoamérica, explotando su pobreza, su analfabetismo y su descontento y atacándonos porque hemos prestado después de la guerra una atención exclusiva a Europa mientras les «descuidábamos» a ellos.

Todos los antiguos embajadores cubanos han quedado ya sustituídos por jóvenes revolucionarios agresivos. Gracias a ello, Rusia, que en Latinoamérica sólo tiene tres embajadas y una legación, dispone ahora de una base de operaciones en cada uno de los países latinoamericanos. Al aumentar la ayuda y el comercio de los comunistas y crecer su influencia, la mayoría de los líderes latinoamericanos se sentirán más preocupados por los propagandistas comunistas anclados en Cuba que por las bases de cohetes. Las emisoras del bloque comunista transmiten ya más de 120 horas semanales para América Latina, incluso una hora en quechua, el lenguaje de los indios andinos. Las emisiones no mencionan el comunismo ni la colectivización; en lugar de ello, se dedican a predicar la reforma agraria, la justicia social, un sistema progresivo de impuestos y la industrialización. «Los días de los opresores —dicen— están contados.»

Antes de que Castro subiera al poder, pocas personas consideraban posible el establecimiento de un régimen comunista en América Latina. El choque producido al comprobar que ello *es* efectivamente posible nos ha despertado a la verdad de que haríamos muy bien en procurar conocer más profundamente a estos vecinos latinoamericanos que hasta ahora hemos considerado tan adictos.

Lo primero que debemos comprender es que América Latina no es una unidad como Estados Unidos. Entre los veinte países que la integran existen grandes diferencias de desarrollo, de clima, de economía y de raza. Chile y Argentina apenas tienen indios o negros. En otros países existen pocos blancos puros. Algunos de esos países son pequeños. Brasil es enorme y pronto se convertirá en una de las grandes potencias mundiales.

Situación tras 150 años de corrupción y tiranía

La generalización es difícil y peligrosa. Pero la mayor parte de los países de Latinoamérica tienen efectivamente ciertas cosas más o menos en común —economías de un solo producto, baja renta *per capita,* dependencia respecto de las exportaciones, una oligarquía

del poder, una estructura social de carácter feudal y una creciente y peligrosa separación entre los pocos ricos que suelen gobernar el país y los muchos y silenciosos pobres que comienzan a moverse. Los ricos tienen escasa conciencia o responsabilidad social. La evasión de impuestos es una práctica corriente. Y la corrupción es endémica y tan vieja como las plazas y palacios del período colonial.

La implantación de gobiernos constitucionales sigue siendo en gran parte, tras 150 años de revoluciones y de tiranías, una aspiración insatisfecha. La inflación es un mal general. Chile, Argentina y Perú están realizando esfuerzos heroicos para dominarla, pero el año pasado el coste de la vida en Brasil aumentó en un 50%. Las organizaciones laborales son en su mayor parte primitivas. En la mayoría de los países la educación es insuficiente y anticuada en todos sus niveles; los estudiantes politizados parecen dominar prácticamente las universidades. Y —con el estímulo de Estados Unidos— se gasta demasiado dinero en unos ejércitos que son más útiles para la política interior que para la defensa exterior.

El desarrollo resulta en algunos lugares explosivo. En muchos casos las naciones de Latinoamérica disfrutan hoy de líderes democráticos fuertes y decididos, hombres que desean realizar las reformas sociales necesarias y contener la revolución mientras aún es tiempo para lograrlo. Hablé con todos ellos y quedé profundamente impresionado por su sinceridad y su resolución. Saben que lo que América Latina desea intensamente es un desarrollo económico que permita elevar el nivel de vida y se muestran gravemente preocupados por los obstáculos que se les oponen. ¿Podrán superarlos? ¿Y cómo?

Son éstas preguntas que interesan también a Estados Unidos y que están relacionadas con la buena voluntad, hoy decreciente, heredada de la política de «buena vecindad» de Roosevelt. Hoy algunos latinoamericanos se burlan de dicha política, diciendo: «Nosotros somos los buenos; vosotros los vecinos.»

Cinco críticas fundamentales

Es una tontería por nuestra parte atribuir simplemente el antinorteamericanismo a la agitación comunista. Los ataques contra Estados Unidos son muy anteriores a Castro y a los comunistas. Las críticas que oí repetir con más frecuencia son las siguientes:

1. La administración Eisenhower se ha preocupado fundamentalmente por hacer de América Latina un coto privado para los negocios norteamericanos, no por promover en ella la democracia. Estados Unidos han apoyado y condecorado a dictadores odiados. Se recalca incluso el hecho de que un alto funcionario norteamericano fue a Buenos Aires para visitar a Perón y le comparó ¡con Abrahán Lincoln!

2. Se afirma que nuestros hombres de negocios se interesan únicamente por los beneficios que pueden obtener, y no por el país y por su desarrollo. No aprenden el idioma nativo ni vienen para quedarse, como los europeos. Se muestran paternalistas y piensan que su forma de hacer las cosas es la única justa y acertada.

3. Se acusa a nuestro Gobierno de haber descuidado a América Latina desde que terminó la guerra. «Dan ustedes dinero a países neutrales, e incluso enemigos, para su desarrollo —me dijeron— y ni siquiera consienten en prestárnoslo a nosotros, que somos sus fieles aliados.» Los latinoamericanos se quejan de nuestra «mentalidad de banqueros» y afirman que, cuando consentimos en hacerles préstamos, se debe únicamente a la presión o al miedo al comunismo: «Cuando por fin conseguimos algo de la burocracia de Washington, estamos demasiado cansados para agradecerlo.»

4. Se acusa a Estados Unidos por el bajo nivel y las fluctuaciones de los precios del cobre, el café y otros productos, lo que hace alternar los períodos de prosperidad y de depresión, casi siempre de esta última. (Debido sobre todo a la caída de los precios de exportación, las naciones latinoamericanas perdieron, en 1959, 700 millones de dólares, lo que representa una cantidad superior al total de las inversiones de capital extranjero en ese mismo año.) Después de tanto hablar de competición y de libre empresa, dicen nuestros críticos latinoamericanos, gravan ustedes con impuestos nuestro cobre y aplican cuotas de importación al plomo, zinc, azúcar y petróleo que producimos.

5. Finalmente, existe una irritación de tipo psicológico. Nuestros vecinos tienen que acudir a nosotros en busca de protección y ayuda. Un famoso autor chileno me dijo que a los

latinoamericanos les gusta echarnos la culpa de sus fracasos porque ello es más sencillo que corregirlos. Y los comunistas canalizan los resentimientos y las frustraciones convirtiéndolos en hostilidad contra el blanco excelente que ofrece un país grande y rico como el nuestro.

La lista de quejas es larga. Muchas de ellas son infundadas y pueden rebatirse con facilidad, especialmente los ataques contra las firmas comerciales norteamericanas, que tanto contribuyen al buen éxito o al fracaso de nuestra política en América Latina. Podemos sentirnos orgullosos de la mayoría de los hombres de negocios norteamericanos relacionados con América Latina. Hoy esos empiezan a interesarse más por los valores propios de la zona y a comprender mejor las diferencias de filosofía y de espíritu. Pero hay que encontrar los medios, por ejemplo, una participación de los nacionales en la propiedad de las compañías norteamericanas, para integrar a éstas en la economía nacional del país respectivo, de modo que su continuo crecimiento tenga una acogida favorable en lugar de producir un incremento del nacionalismo.

Pero lo que más me preocupó fue que, a pesar de su arraigada creencia en la libertad política y en las libertades individuales, una gran proporción de los elementos progresistas y de los jóvenes de América Latina parecían impresionados por las realizaciones económicas soviéticas. Sin embargo, lo que ellos deseaban para sus países lo ha conseguido ya el capitalismo en Estados Unidos, desde el reparto de la tierra hasta los impuestos progresivos sobre la renta, y la legislación sobre bienestar social, y todo ello sin pérdida de las libertades personales.

¿Por qué esos elementos progresistas y esos jóvenes desdeñan las ventajas evidentes de nuestro sistema?

En primer lugar, nuestra propaganda incesante sobre la libre empresa y las inversiones privadas extranjeras no suscita el interés de los latinoamericanos en estos tiempos de presión creciente. Un dirigente de la oposición en el Perú me dijo: «Los acontecimientos dejarán atrás a la ortodoxia.»

En segundo lugar, la «libre empresa» no tiene para los latinoamericanos el mismo sentido que para nosotros. En América Latina quienes la defienden son generalmente aquellos que se oponen al progreso: reforma agraria e industrialización, utilización del sistema impositivo para redistribuir la renta nacional, mejora de la legislación social, control de los monopolios y estímulo a las organizaciones laborales honradas.

Debiéramos darnos cuenta de que no siempre se nos ama ni se nos respeta en Latinoamérica. La acogida que se le dispensó al vicepresidente Nixon debía haber constituído una advertencia suficiente. No teníamos por que esperar a que Castro y Kruschef nos convencieran de la urgente necesidad de adoptar una nueva actitud para con nuestros vecinos.

Lo que corresponde hacer a los latinoamericanos

En cuanto Estados Unidos y las Repúblicas hermanas comiencen a cooperar en serio, no me cabe duda alguna de que nuestras relaciones con ellas mejorarán. Con los problemas hoy planteados sólo pueden enfrentarse los mismos latinoamericanos. *Ellos* son quienes han de adoptar las medidas audaces, valerosas y difíciles que son necesarias para un mejor reparto y utilización de la tierra, una mejora de las condiciones de alojamiento y una educación mejor en todos sus niveles. *Ellos* son quienes habrán de acabar con los horrendos suburbios que rodean a todas las ciudades. *Ellos* son quienes tendrán que reformar el sistema de impuestos y su recaudación, acabar con la corrupción, disminuir los gastos inútiles de armamentos, aumentar el índice de ahorro y reducir la separación actual entre pobres y ricos.

En resumen, América Latina tendrá que hacer su propio «New Deal». Pero mientras tanto nosotros podemos hacer mucho por ayudarla.

1. Podemos afirmar en términos claros y rotundos nuestra convicción de que las sociedades libres y democráticas son capaces de conseguir un creciente nivel de vida y que estamos dispuestos a demostrarlo cooperando con aquellos que quieran ayudarse a sí mismos.

2. Podemos proponer, no simplemente un «Plan Marshall» para América Latina, sino un plan director, cuya finalidad será dirigir y ordenar los recursos disponibles del hemisferio con miras a un ataque firme y cuidadosamente planeado contra el estancamiento

económico y contra todas esas calamidades —pobreza, analfabetismo y hambre— que nosotros hemos conseguido desterrar completamente de nuestro país y que ahora hay que desterrar de América del Sur.

Repito: son *ellos* quienes tienen que hacerlo. Pero nosotros podemos ayudarles. Primero, con los estudios y los planes esenciales necesarios a escala nacional y regional: segundo, con una ayuda económica a largo plazo de proyectos saludables que sean bastante amplios para asegurar el progreso; y tercero, con el envío de nuestros peritos y profesores de todas las materias, desde la agricultura hasta el sindicalismo.

Coste del crecimiento económico

¿Cuál sería el coste de todo esto? El distinguido economista argentino Raúl Prebisch, secretario ejecutivo de la Comisión Económica de la O.N.U., calcula que para aumentar el índice de crecimiento anual hasta un 3% *per capita* —en la mayoría de los países latinoamericanos el índice está muy por debajo de esa cifra— sería menester un aumento anual en las inversiones extranjeras de casi 2.000 millones de dólares. Esta cifra disminuiría rápidamente al cabo de varios años a medida que fuese aumentando el ahorro interior —y este ahorro tendría que aumentar, pues de otro modo el esfuerzo resultaría en gran parte inútil.

No sabemos si una inversión pública y privada en Latinoamérica, en tal escala, es practicable, aun contando con la ayuda de Europa y de otros países amigos de la libertad. Las peticiones concurrentes de ayuda en otras partes del mundo son enormes y apremiantes. Pero es evidente que Estados Unidos deben conceder prioridad a la revolución social en América Latina y a su progreso económico.

A los latinoamericanos más cultos no se les puede ya convencer de que aún estamos en el siglo XIX y de que la economía de *laissez-faire*, el mercado libre y las inversiones privadas extranjeras —sin una acción concertada de carácter nacional e internacional— es todo lo que se necesita. Por otro lado, una política vigorosa de industrialización, mejora de la agricultura y empréstitos destinada a conseguir que el empresario privado latinoamericano pueda competir —es decir, hacer lo que los empresarios extranjeros hacen hoy—, obtendría el amplio apoyo popular que tan urgentemente necesitamos. Estimulada gracias a la ayuda financiera y técnica, la empresa privada en Latinoamérica se convertiría en una fuerza vital en el desarrollo económico.

Los latinoamericanos reclaman un trato especial, dada su especial posición como vecinos nuestros que comparten con nosotros una común herencia europea. Si esto significa que hay que tomar nuevas disposiciones de carácter regional, tales como la creación de un mercado común, debemos mostrarnos dispuestos a tomarlas. Si ello requiere que hagamos una serie de esfuerzos para estabilizar los precios de las exportaciones latinoamericanas, debemos hacerlos. Y no deberíamos considerar lo que hagamos en América Latina como pura filantropía, pues a medida que nuestra producción se desarrolle necesitaremos un mercado más amplio para nuestras mercancías en Latinoamérica.

Actualmente, la ventaja histórica y psicológica está de nuestro lado en América Latina. La pasión del pueblo por la libertad política e individual se ha demostrado claramente en la lucha contra las dictaduras. Esa lucha está casi terminada —al menos por el momento—, pero necesitamos algo que pueda seguir canalizando los esfuerzos y las aspiraciones comunes de los latinoamericanos. Antes de que Castro llevara la guerra fría hasta sus propias puertas, fueron más espectadores que actores en la gran lucha de nuestro siglo. Si la influencia comunista está en alza, ello no se debe simplemente a la propaganda sobre el «imperialismo económico» y la «opresión capitalista», sino a que aquélla propone unos objetivos económicos y sociales, a pesar del hecho de que no satisface los ideales políticos de América Latina.

Por mi parte, creo que debemos tratar de atraer el corazón y la mente de los latinoamericanos a la idea de que esos mismos objetivos económicos y sociales pueden alcanzarse dentro de un sistema libre y democrático, gracias a una acción concertada, suya y nuestra, para movilizar a fondo la iniciativa privada.

Pero primero hay que suprimir el abismo de desconocimiento que separa a nuestros continentes. La información mutua de que disponemos es muy escasa y demasiadas las torcidas interpretaciones. Durante un mes entero

de viaje por Latinoamérica no encontré a ningún periodista norteamericano. En ningún sitio pude adquirir una biografía manual de Lincoln en español. En cambio, rusos y chinos están inundando con sus libros todos los países de la zona, e incluso envían sus revistas por avión.

Basta ya de meras cortesías de gobierno a gobierno. Ya es hora de que los dirigentes financieros y sindicales, los intelectuales, los artistas y los políticos del Norte y del Sur entren más en contacto. Debemos multiplicar este tipo de intercambios y estrechar los lazos así entre los pueblos y los gobiernos, pues en Estados Unidos tenemos tanto que aprender como que enseñar.

Quizá el cambio más importante que tenemos que realizar estribe en la actitud de nuestro Gobierno para con los vecinos de Latinoamérica. Estos desean ser tratados —y deben serlo— como partes integrantes de la «Comunidad americana», no como subordinados. Las naciones de Latinoamérica tienen una historia y una cultura enorgullecedoras, poseen grandes recursos y vitalidad. Son miembros importantes de la comunidad mundial y han sido nuestros amigos leales en los momentos difíciles. Habría, pues, que consultarlas en aquellas cuestiones que les interesan a ellas tanto como a nosotros.

Como líder del hemisferio, Estados Unidos deben proclamar los ideales comunes a todas las Américas, luchando juntos por una causa común. Desde antiguo, no siempre les ha parecido a las naciones latinoamericanas que la causa fuera común.

En un banquete oficial dado en la Casa Rosada de Buenos Aires, se pronunció un elocuente brindis cuyas palabras finales no he de olvidar: «El equilibrio entre el Este y el Oeste es precario. América Latina y Africa pueden inclinar la balanza.»

ADLAI E. STEVENSON

Nueva York vista por Kruschef

Yo quisiera, camaradas, compartir con vosotros mis impresiones sobre Nueva York. Es una gran ciudad. Gorki la llamó la ciudad del diablo amarillo. Pero desde que Gorki estuvo allí han pasado ya más de 50 años, y desde entonces se ha hecho aún más repulsiva. Parece que quiere demostrar en sí la monstruosidad, la degeneración del capitalismo. Las personas que viven allí se condenan a una especie de presidio eterno, se encierran en cajones de cemento. Con frecuencia se derriban casas de muchos pisos y en su lugar se construyen nuevos rascacielos. Parece que la ciudad trepa hacia las alturas.

Abajo, en algunas calles, hay árboles plantados. Pero no pueden desarrollarse: se secan y, por lo visto, mueren. En su lugar plantan otros, que pronto corren la misma suerte.

Especialmente causa pena el contemplar a los niños privados de muchas alegrías infantiles porque no tienen la posibilidad de correr, ni de pasear al aire libre, cosa tan necesaria para todo ser viviente. Las calles están abarrotadas de automóviles y éstos, como se sabe, trabajan con gasolina. Por eso toda la atmósfera está emponzoñada. En una palabra, Nueva York es en este aspecto una ciudad espantosa.

(Discurso de Kruschef, pronunciado en Moscú el 20 de octubre de 1960.)

De América, la nuestra, y su destino

POR FERNANDO DIEZ DE MEDINA

ANTES DE LAS DOS GUERRAS MUNDIALES se pensaba que Europa era el centro del mundo. Pero ahora que despiertan los pueblos, se inquietan los continentes, y nadie desea permanecer desconocido, la antigua relación entre hombre y geografía es diferente.

Por su colosalismo técnico y científico, por su potencial económico, por su ilimitada fuerza destructiva, los Estados Unidos y las Rusias polarizan las energías del planeta. La presencia y la presión de Asia se reflejan en los rápidos progresos de China, del Japón, de la India. Africa lucha por su libertad, quiere ya gobernarse por sí misma. Europa sigue siendo uno de los núcleos inductores de la dinámica moderna. Sud y Centroamérica, más que una esperanza constituyen factor gravitante en economía y en política. Y hasta la remota Oceanía se apresta a remodelar su vida colectiva.

El mundo se transforma. Mas su centro, en rigor, no existe. Está en todas partes y en ninguna. Se trata, más bien, de múltiples centros de fuerza —política, económica, técnica, militar— que presionan y se contienen entre sí. Hoy se libra batalla por imperialismos y sistemas nacionales. Mañana será por el equilibrio entre continentes. Acaso en un futuro distante se trabaje por el planeta unificado y armonioso para enfrentar el misterio y los peligros de la aventura sideral.

¿Cuál es la relación de conocimiento entre el mundo y nuestra América?

Deslumbrado por el titanismo material de Estados Unidos, el hombre medio europeo —y con mayor razón el asiático o el africano— creen que América es sólo Norteamérica, los rascacielos, fábricas y puentes vertiginosos, producción en masa, bancos, cinematógrafos, ciudades tumultuosas, en suma: el dólar.

En realidad no es así. Existen dos Américas bien diferenciadas, América del Norte, que la forman Estados Unidos y Canadá; y América, la Nuestra, constituída por veinte naciones que se dispersan en las áreas geográficas que cubren Sudamérica, Centroamérica, México y las islas del Caribe.

¿Cómo denominar a esta América indohispana-mestiza-occidental, tan distinta de la América anglosajona? Somos patria sin nombre cabal, o a la mitad del nombre, y sin embargo ya crecimos tanto que osamos alzarle el hombro al Norte para mirarnos por iguales, si no en la riqueza que ofusca, en la dignidad que levanta.

Y de América, la Nuestra, la que no pertenece a los yanquis, a los rusos ni a los europeos, sino a todos los hijos de Dios que la pueblan y la entienden, se ha de hablar siempre con orgullosa fe, con recogido amor.

I

Nuestra América, la Bien Hallada de los descubridores, la Bien Amada de los poetas, constituye un vasto mundo geográfico y humano: 20.000.000 de kms^2 y cerca de 200.000.000 de almas. Veinte naciones que hablan español, portugués, e innumerables lenguas y dialectos autóctonos. Un mosaico de pueblos y costumbres; una pluralidad con-

vivencial de modos y sistemas de vida. Este mundo compacto y multiforme, heterogéneo por su diversidad demográfica, coherente en su comunicación cultural, es muy poco conocido por el resto del planeta.

Europa vino a nosotros en son de conquista y avasallamiento. Tres siglos después, traduciendo el viejo espíritu feudal colonialista, dirá Hegel esta frase absurda: «América no es más que el eco del Viejo Mundo; su vida es el reflejo de una vida ajena.»

Deformada sistemáticamente la visión de historiadores y sociólogos, los epígonos del hecho fundacional sólo quisieron ver espejos donde ya afloraban presencias creadoras, insustituíbles. Se nos creía incapaces de inventiva y organización propias, pálidos discípulos de la ciencia y del arte occidentales.

En la segunda mitad del siglo XX las cosas no mejoraron mucho. Se nos acoge, se nos escucha, a título de solidaridad latina, pero lo cierto es que, para el europeo medio, existimos sólo en función de escándalo o de pintoresquismo. América es sinónimo de bosque virgen, de páramo hostil, de retraso y desorden sociales. Actitud generalizadora e injusta, porque el Nuevo Mundo posee sociedades avanzadas capaces de competir con las más avanzadas de otros continentes, aunque sus recursos técnicos y su desarrollo científico sean menores.

El equívoco para juzgarnos proviene del planteamiento inicial: se nos mira como un apéndice de la civilización occidental, cuando somos en verdad un organismo entero y autónomo, capaz de gravitar con peso y presencia propios en el concierto de los continentes. América, la Nuestra, es un continente en marcha. Ya no se trata de conquistar comarcas desconocidas ni de redimir salvajes. Ahora hay que afrontar el impacto viril de veinte naciones que traen mensaje y aportación definidos al proceso de la humanidad en ascenso.

¿Por qué tanto mirar, inversiones cuántas, preocupación creciente por Asia y por Africa, si el futuro del mundo cristiano, libre, democrático, tiene su cauce natural en la vasta cavidad americana?

Estos inmensos territorios en su mayor parte despoblados; estas variadísimas riquezas naturales apenas explotadas; estas razas jóvenes, aún en proceso de crecimiento y consolidación; estas tierras viejísimas por el mito y la prehistoria, nuevas para la economía y la técnica moderna; este matinal insurgir de fuerzas espirituales que parten de la norma cristiana y aspiran a rehacer la sociedad, todo esto es verdaderamente América, la nuestra, la de todos los hombre libres del planeta, porque acoge y no rechaza, absorbe y no deslinda el torrente de las razas que la invade.

«Pacha-Khantati» —dice el mito aimára: cuando el mundo amanece.

II

Fuimos bautizados cinco veces. Se nos dice América Hispana, América India, América Mestiza, América Latina, o simplemente Panamérica. Denominaciones provisionales, insuficientes, irreales porque ninguna abarca la total complejidad del cosmos continental.

¿Hispanoamérica? No existe una América hispana en rigor crítico, sino sólo una América donde se habla español y portugués, cosa distinta. Sin mengua del abolengo ibero, primero es la maternidad láctea de la ubre americana. Reconocemos la grandeza de la herencia castellana —lengua, religión, cultura—, pero ello no presupone precedencia peninsular. Es justamente a la inversa: en la formación de nuestras sociedades nacionales pesan en primer término el suelo, el poblador, el ser y el quehacer americanos; después el nódulo hispano que se transforma a su vez en presencia nueva por el choque entre los que llegan y los que acogen. El mismo reparo formulamos al vocablo «Iberoamérica», que es sólo una variante introducida para incluir a 60.000.000 de brasileros que hablan portugués.

Por hondos que sean nuestro afecto y gratitud a España progenitora, no aceptamos filiaciones de coacción. Ni por la espada ni por la pluma. Lo que se ganó por la espada, por la espada se perdió. La América hispana comienza a derrumbarse bajo el brazo fuerte de Bolívar y agoniza ya en las manos suaves de Martí. No es cosa vana que el primero y el último de los Libertadores hubieran sido simultáneamente geniales pensadores. Almas de fuego, lenguas oceánicas, estilistas maravillosos. Y si se quiere saber por qué la América no vive ya de prestado, por qué dejó de llamarse «hispánica» para convertirse en «americana», por qué somos mundo libre y

fuerza nueva, acúdase a la hoguera tumultuosa que arde todavía en las cartas vibrantes de Bolívar o al mar colérico de los ensayos de Martí.

¿Latinoamérica? Tampoco. La herencia mediterránea en suelo americano bebe nuevos jugos vitales, se satura de esencias indias y mestizas, entrecruza con sapiencias nórdicas, eslavas, afroasiáticas. Ni Grecia, ni Roma, ni España, ni Francia, Italia o Portugal pueden aspirar al señorío del continente. Creadoras y fecundas influyeron en la formación de estas nacionalidades jóvenes, pero no conforman por sí solas ni definen la vigencia del acontecer americano. El hombre de Occidente, trasplantado a nuestra América, a poco andar ya no es el hombre de Occidente. Transmuda.

Somos contemporáneos, pero no coetáneos de la europeidad, como afirma Alberto Calvo. Nuestro estilo de vida está signado por distintas instancias, condicionado por diverso contenido, solicitado por no parecidas urgencias. El legado latino es uno de fe, de claridad, de belleza. La instrumentación jurídica nos vino con él. Hay siempre algo de genial y de sutil en nuestras sociedades americanas que trasciende al mensaje universal de las viejas culturas mediterráneas; pero llamarnos primero «latinos» y después «americanos» sería invertir el orden lógico del proceso histórico y social en que nos movemos.

No somos «latinoamericanos» —aun reconociendo el antiguo ligamen espiritual con el Mediterráneo— porque los patrones culturales de la vieja Europa ya no son la medida regularizadora para nuestros afanes. También la fórmula del Latinoamericanismo ha sido rebasada por el potente amanecer del hombre americano.

¿Indoamérica? No abarca todo el escenario histórico o geográfico. La estirpe autóctona no alcanza a cubrir el área inmensa de nuestros pueblos de aluvión, donde a veces lo transatlántico pesa más que lo nativo, donde lo criollo y lo mestizo alteran cada día la relación de fuerzas sociales y económicas. La tesis de la América India se presta, además, a un enfoque equívoco, al servir de pretexto para suponer un retorno imposible a las extinguidas civilizaciones indígenas. Ningún pensamiento cuerdo cree en tal retorno, mas pocos son los que distinguen la realidad social del anhelo de transfiguración por el espíritu.

Para quienes pensamos con vocación de interioridad, proyectando el acontecer de América con impronta fidedigna, indios somos de origen y de estilo. Mas no el indio fósil de las culturas extintas, sino un nuevo y otro indio que brota del cruce de las razas y empalma con el hombre universal del siglo XX.

Cumplida su parábola histórica, la bandera del «indoamericanismo» —que lo fue de rebeldía y de combate contra el imperialismo del Norte— ha caído en desuso. En dimensión de futuro el concepto no colma la aspiración general de nuestros pueblos jóvenes. Y en constante ascenso.

¿América mestiza? Aunque el mestizaje sea estructuralmente lo más fuerte, orgánicamente lo que mejor se afirma dentro del posibilismo americano, la denominación resulta imperfecta porque los sociólogos novecentistas la utilizaron en función de crítica aminorante y despectiva. Vieron a las muchedumbres míseras, ignaras, impotentes. Negáronles destino. Del mestizo sostuvieron que era un ser imposible, dividido y encontrado en la sangre y en el alma. Le cargaron los defectos todos, virtud ninguna. De esa falsa interpretación salió el mestizaje deformado, envilecido, cuando debió ser al contrario: porque de él nos vienen el impulso más poderoso y el peraltado acaecer.

La verdad es que el empuje mestizo transforma nuestra historia, conforma la economía y la política, hace su aparición en la novela y en el arte estallante de energía. Infelizmente, debido al descrédito inicial, que ciencia y literatura tomaron en sentido negativo, no es aplicable el término a la entera realidad continental. El mestizaje, aun siendo lo más entrañable, vigoroso y fecundo de nuestras sociedades en formación, no puede rebautizar al hemisferio. La América mestiza trabaja para adentro. Tal vez en un futuro lejano, cuando se revalore el vocablo y ya no disminuya, podremos reactualizar el tema.

¿Panamérica entonces? Mayor error. Porque se trata, aquí, de un sueño hegemónico del Norte, que el Sur jamás aceptó. Por lo demás predomina ya en las relaciones entre ambos hemisferios el concepto de interamericanidad, que deja mal parado y caduco al pretenso panamericanismo.

Hemos llegado al fin. ¿Cuál será la denominación común, la que mejor exprese a todos los pueblos de nuestra América?

III

Es hora ya de superar la controversia del epíteto, el desconcierto nominativo. Basta de precedencias históricas, de genealogías protectoras, de partículas aditivas. Seamos nosotros mismos.

Los hombres del Septentrión nos dieron ejemplo de autonomía por el intelecto. Para ellos no existió una cultura angloamericana. Se llamaron orgullosamente los «norteamericanos» porque sintieron que la geografía inédita, nuevas formas de vida en la naturaleza y en la sociedad pedían nombre propio. Quisieron ser y fueron ellos mismos. La misma lengua que lactó su infancia pasó a ser hechura y transformación atrevida por obra de su voluntad creadora. Mídase la distancia psicológica entre un inglés de Oxford y un norteamericano de Harvard. La gloria de las gentes del Norte es que se negaron a continuar como hijos de familia, para emprender la ruda aventura de su propio destino.

Otro tanto se puede afirmar de los brasileros, que no apelan a la sedicente civilización lusobrasilera, porque para ellos sólo hay una cultura y un estilo del Brasil.

Si un continente se define por el alma de sus pueblos y la voluntad hacedora de su genio político, deberíamos llamarnos la América Bolivariana. Porque el Libertador es el Padre de la América del Sur; el Hijo de su desdicha y sus contradicciones enigmáticas; y el Espíritu Santo que nos devuelve al pueblo, a la libertad, a los valores morales y al sentido de la gloria, cada vez que castigamos a los déspotas que empañan nuestros blasones democráticos. Por desgracia los nacionalismos estrechos y el regionalismo disolvente impiden la consagración al héroe.

No queda sino la idea fundamental. La que movió a los Libertadores, la que animó a repúblicos y legisladores, la que arde en las sienes de pensadores y de artistas. La que sienten las muchedumbres como propia y el hombre americano en unívoco destino. La de Juárez, la de Martí, la de Sarmiento, la de Bolívar. La que aun violentando en cierto modo las fronteras y los límites geográficos, nos contiene a todos y a todos nos expresa porque de Europa nos distingue y al norte nos contrapone. La verdad de veinte naciones en trance de autenticidad.

No debemos, no podemos llamarnos otra cosa que América del Sur, más por la raza, por el habla, por la conformación política y social, por nuestros modos y costumbres, por el espíritu, que por la geografía. América del Sur no es ya sucursal de las metrópolis del pensamiento occidental. Madrid, París, Roma, Londres, Ginebra, Berlín, son centros de cultura, irradian hacia el mundo. Mas para conocernos a nosotros mismos, para dar al planeta la plenitud de nuestro quehacer material y de nuestro inmaterial acaecer anímico, debemos recoger con oído atento el hervor rumoroso que viene de México, La Habana, Río de Janeiro, Caracas, Buenos Aires, Lima, La Paz, Santiago o San José de Costa Rica.

Ni sombras, ni ecos, ni reflejos de nadie. Despojados de complejos para arriba o para abajo, los sudamericanos queremos ocupar nuestro puesto en el mundo con sencillez, con dignidad. Somos la América del Sur.

IV

Sería absurdo negar que de cierta manera pertenecemos a la cultura occidental por el espíritu y por la técnica. De España y Portugal vinieron lengua, religión, formas jurídicas. Y los Estados Unidos, debido a su poder económico, industrial, gravitan en el desarrollo de la sociedad sudamericana con tanta o mayor presión que en otros continentes.

Pero el alma de los pueblos jóvenes no vibra sólo al contacto con las viejas civilizaciones. No somos únicamente receptores, sino creadores y dadores de vida. Podemos comprender al Asia subjetiva y fatalista. A Europa matemática y dinámica. A Norteamérica colosal y deportiva. A todos los países del mundo. Podemos, todavía, absorber a sus hijos cuando ponen la planta en nuestro suelo y transformarlos en distintas criaturas que marcharán con ritmo diferente, ajustándose a un nuevo estilo de vida, por influjo del medio circundante, de hechos psicológicos inéditos.

La fórmula generosa, liberal, del argentino Sáenz Peña —«América para la humanidad»— no cuaja en estos tiempos de turbión. Hoy aceptaremos en el mundo nuevo a quienes traigan consigo su aportación de fe, de trabajo, de acción constante y responsable. A los que vengan a confundirse con el dolor, con la miseria, con las dificultades y problemas de nuestros pueblos en ascenso. A los que crean, amen y procreen en el bendito suelo

americano, haciendo de sus pechos escudo y de su voluntad lanzas para dominar la naturaleza.

Aceptaremos al buen inmigrante, al que viene a fundar hogar, a levantar patria, a mover riqueza con su trabajo, a compartir penas, sudores y alegrías con los viejos moradores del lugar. Y llamaremos hermano y amigo en Sudamérica, a todo aquel que habite, ame, luche y fructifique en sus tierras inmensas, respondiendo con ánimo generoso y corazón confiado a las múltiples incitaciones de la nueva vida que brinda el Novimundo.

¿Por qué no pueden entenderse, por qué no se conocen bien Europa y Sudamérica? Porque manejan registros diferentes, por la evidente desproporción en la forma como ambas se aproximan. El sudamericano, en general, sabe más de Europa que el europeo de Sudamérica. Nosotros queremos saber y conocer: en extensión, en profundidad. Todo lo que proviene de Occidente nos apasiona. Ellos se limitan a informarse, casi siempre por necesidad y por encima. Nuestros abuelos, nuestros padres tuvieron por clave normativa al Viejo Mundo. Los progenitores del actual varón europeo dieron en cambio escasa importancia a una América del Sur dormida, retrasada. No hubo, pues, inteligencia, comercio recíproco de ideas y de bienes materiales, sino sobrevaloración y subestimación. El desajuste persiste todavía.

Descontada la pequeña acción oficial de los Gobiernos, Universidades y entidades de cultura, casi nada es lo que se difunde en los países europeos del acontecer sudamericano. En 1960, los europeos saben más de Asia y de los pueblos africanos que de la ignorada América del Sur. Humboldt y D'Orbigny no han tenido discípulos.

Lo racional no quiere entender a lo emocional. El pensamiento sistemático rechaza el desorden aparente, las posibilidades inéditas del transcurrir sudamericano. El espíritu analítico y sintético del europeo, no alcanza a desentrañar los móviles misteriosos y recónditos del alma sudamericana perpleja de su propio júbilo vital. La razón da espaldas al sentimiento. Hay una «atlanticidad cultural» que se niega a reconocer el despertar de los continentes. El metro occidental no quiere medir lo que no se sujeta a sus cánones rígidos y tradicionales. ¿Por qué ese empeño en medirnos en función de lo europeo?

Los tres ingredientes necesarios de la sociología americana son: lo indígena como lugar del arraigo y del afincamiento; lo ibérico en tensión de universalidad; y el mestizaje integrador que vitaliza y unimisma esa doble y conjugada herencia de ambas vertientes históricas. No son, pues, únicamente el europeo inmigrante ni el indio estancado, sino principalmente las multitudes mestizas, acometivas y ambiciosas, las que conforman el mundo americano. El mestizaje étnico, el cruce espiritual de las razas, son lo más fuerte de la América del Sur. Estúdiese nuestro pasado, el proceso político, el desarrollo económico, o el lento ascenso de las artes y las letras; aparece siempre un rasgo general, un hecho insoslayable, una corriente direccional inevitable: es el mestizo quien impulsa y configura el acontecer continental.

El Nuevo Mundo lo es, ante todo, en el espíritu. Y no al racionalismo crítico y geométrico de los europeos, sino a la libre y tumultuosa emotividad de las razas oriundas debemos preguntar qué es, cómo se forma, y hacia dónde miran las energías creadoras de estas veinte naciones en proceso de crecimiento y ordenación. Ya la intuición relampagueante de Bolívar lo estableció: «No somos europeos ni somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles.»

Esa especie media que el Libertador profetizaba en 1815, podría ser, ahora, la «raza cósmica» a que aludió el maestro mexicano Vasconcelos. Y quien quiera conocer la vertebral realidad de nuestro hemisferio, o iniciar cualquier planteamiento de indagación valorativa, deberá acudir, necesariamente, a las fuentes, al estudio del mestizaje, del hombre medio sudamericano, que da ímpetu conformador a todo el comercio civil del continente.

No es lo más grave que se ignoren nuestra geografía, nuestra organización política, nuestra diversidad económica. Lo peor consiste en la incapacidad del europeo para entender al hombre original de la América del Sur, la única grande patria fraterna donde la humanidad se mira y se reconoce igual porque todos valen lo mismo, gozan de idénticos derechos y oportunidades, y piel y sangre son accidentes biológicos. En la América Meridional valen exactamente igual el blanco, el indio, el negro, el mestizo, el asiático, el gringo, el europeo, el africano.

Somos el continente de la fraternidad activa. Y esto es lo que debieran aprender los europeos.

V

Los seis mil años de historia que baja del bóreas impetuoso y de la cuenca mediterránea, no se pueden negar. Europa está presente en el pensar y en el quehacer sudamericanos, pero lo está sólo en parcial intensidad, sin que ello suponga sometimiento ni absorción. Aunque menos explorados, hay también seis mil años de ancestro autóctono que suben del austro arrebatado y corren coléricos por el gran espinazo andino. También ellos gravitan fuertemente en el vivir continental. Y si el canon clásico, la técnica científica, la novedad del uso o de la moda siguen bajando de occidente, es hora ya de pensar con seriedad, con generosa comprensión, en la verdad fidedigna de nuestras naciones mestizas, que aun manejando los instrumentos que les fueron donados, ensayan melodías de su propia creación. Porque son inventoras, no imitadoras. Y aunque el planeta tienda a mecanizar y uniformar la actividad moderna, siempre existirán un aire, un color, una presencia característica que son como el alma visible de los pueblos, su inconfundible, intransferible personalidad. Y cada nación, cualquier continente gozan de ellas, por ellas se manifiestan y perduran. Saber mirarlas.

¿Conocéis la «chirimoya», esa fruta riquísima de Bolivia, los Perúes y otros trópicos de América? Un sabio europeo dijo que era la fruta de las reinas y la reina de las frutas. Es de apariencia tosca, áspera de corteza, un verde oscuro redondea sus formas. No tiene el atractivo de la manzana, el fulgor llameante de la naranja, ni el mágico temblor de las uvas. Cuando se la ve perdida en el apiñamiento cromático de las frutas, sólo el conocedor sabe su precio. Pero si el extraño coge una chirimoya, la parte en dos, hinca el diente en su pulpa fresca, blanquísima, y comienza a saborear el exquisito manjar, comprobará que es un regalo de la deidad telúrica: nada se le iguala. La corteza es blanda, verde olivácea, de superficie protuberante. Adentro la pulpa viene sembrada de grandes pepas negras. Hay que rasgar la corteza y arrojar las pepas, sólo la pulpa importa.

Así es la América del Sur: hay que rasgar su envoltura, abrirla en dos, expulsar todo ornamento residual, y tomar sólo el manjar de su pulpa entrañable, para gozar la delicia de sus encantamientos sensuales. América, la Bien Hallada, sigue siendo, en cierto modo, la escondida y misteriosa América. Preguntad a la chirimoya por qué la suma exquisitez se embosca detrás de lo tosco y lo sencillo.

Porque nos ven niños de edad, desordenados en la acción, muchos niegan que exista una cultura sudamericana. Se alega que no tuvimos edad media ni renacimiento. Menos tiempo clásico. El filósofo pide un sistema de ideas: no lo encuentra. El investigador reclama un estilo de vida definido: no es capaz de hallarlo. Lo que en Occidente se resuelve en concentración y potenciamiento aparece en nosotros como dispersión, morosidad. Aunque no se haya sistematizado todavía en una grande ingeniería del intelecto; por mucho que no podamos oponerla aún a las milenarias organizaciones del espíritu en Asia o en Europa, la cultura sudamericana se va ya definiendo por las circunstancias operantes, por las apetencias psicológicas, por las irradiaciones substantivas de un pensar ansioso de órbita propia.

Creemos en la existencia de una cultura sudamericana, porque creemos en el hombre sudamericano. Por el modo típico cómo éste se inserta en el cosmos, por la posición que asume frente el mundo y a la vida, por la manera particular cómo adquiere una inteligencia de su medio y una responsabilidad ante el destino.

El sud o el centroamericano son criaturas social y culturalmente distintas de las de otros continentes. ¿Mejores, peores? Nada de esto; porque no son la economía, la política, la técnica las que definen al hombre, sino sólo el espíritu, la voluntad, la conducta social e individual, y en este plano todo ser humano es potencialmente igual a los demás.

El hombre europeo que en un sentido general en nada cree ni nada espera, como no sea en un inmediato vivir trascordado de toda certidumbre, es muy distinto del hombre sudamericano situado en la seguridad y en la confianza, que vive todavía en holgura física y virginidad espiritual.

Las juventudes «quemadas», «exhaustas», «rabiosas» de Europa y de Estados Unidos del Norte, aun siendo minoría social, traducen la angustia, el descontento, la confusión. Escritores, músicos, artistas se inspiran en

ellas. Son las generaciones que brotan de la segunda guerra mundial, de la era atómica, de la astronáutica, del mundo automatizado y materializado en exceso. Padecen cansancio prematuro, erotismo equívoco, tedio, soledad desesperada. Dijérase una especie de frustración deliberada, un morbo de sufrimiento porque sí. No tienen salida.

Sudamérica nada tiene que ver con ellas. El materialismo político, el existencialismo filosófico no han contaminado a las juventudes sudamericanas. Aquí, más bien, la plenitud vital, el ímpetu romántico, el ansia de pelea y de superación. Nadie se queda quieto ni se siente vencido. Indios, blancos, mestizos, todos hacen su propia labranza. Nuestro continente no alcanza, tal vez, el sonido elaborado, esa equilibrada vivacidad razonadora de Occidente. No somos tan sabios ni tan inclinados al análisis introspectivo, pero nos salva una como fe interior, una voluntad indeclinable en pugna con el mundo y con sus cosas. De nuestro quehacer desordenado, libre, aunque aparezca en retardo con relación al vértigo moderno, brota un himno de amor a la vida, el fragor del combate de los días. Ni ansioso ni atemorizado, el sudamericano transcurre reconciliado con su medio y con su alma.

Es imposible regresar a las civilizaciones indígenas. E inadmisible que nos amoldemos solamente al mensaje transatlántico. Ni regresión ni esnobismo. Y si se nos pregunta: ¿hacia dónde van las muchedumbres sudamericanas?, responderemos: al encuentro de sí mismas. Es una toma de conciencia: se miden las naturales limitaciones, se calibra el íntimo valer. De cada cultura, de todo pueblo, de cualquier civilización lo que convenga; del propio estilo de vida lo esencial. Porque no es lo más importante el mecanismo técnico y mental que nos viene del Viejo Mundo, sino el hombre interior, entero, armonioso que se va formando en el Nuevo.

Los pueblos sudamericanos se buscan ávidamente en el temblor de sus vasos de greda, en la música dolorida de sus zampoñas ternurosas, en las danzas pánicas, en los ritos agrarios, en sus mitos inmemoriales, en la tierra todoparidora: lo indio. Se buscan asimismo en las artes y costumbres populares, en la tensión desbordante de sus masas trabajadoras ansiosas de mejoramiento, en la urgencia de reordenación colectiva y justicia social que agita escuelas, fábricas, campos, en el sentimiento nacionalista que pone valla a ideologías y métodos importados: lo mestizo. Se buscan, finalmente, en la tormenta de sociedades en formación, en el vértigo industrial y mercantil, en la marea crítica de un pensamiento que no se contenta jamás, en el humanismo clásico y en la técnica científica: lo universal. Y es del encuentro, de la simbiosis de estas fuerzas madres, de donde surge y se fortifica el varón continental.

Cierto que nos asedian la ambición fáustica, el ansia de mudanza, los peligros de un quehacer vertiginoso; pero tenemos, para contrapesarlos, el modo lento y seguro del ancestro, una larga paciencia, el profundo y amoroso sentimiento comarcano. Cosmópolis y autoctonía no se contraponen: se confunden.

¿Cuál es el perfil del mundo contemporáneo? Nihilismo en las ideas, espíritu de dominio, racionalismo utilitario, la vida sometida al imperio de la técnica. Mas en el continente americano —en el nuestro— lo ético y lo religioso frenan la voluntad rapaz, lo emocional suaviza las duras avideces de la inteligencia, hay un despertar de aurora contra el retraso y el desorden multitudinarios. Queremos mejorar como hombres sin caer en el autómata.

Fausto y Don Quijote. El que todo lo puede y el que lo idealiza todo. ¿No son como los símbolos del choque de dos mundos? Cuando Keyserling sostiene que la tristeza sudamericana entraña más alto valor que el optimismo norteamericano y que todo el idealismo de la Europa moderna, toca la clave del problema.

VI

No es verdad que nos consideremos superiores a los demás. Tampoco lo contrario: los complejos de inferioridad caducaron. Lo que sucede es que no podemos regular la vida y el pensar sudamericanos al ritmo transatlántico. ¿Es que lo harán, lo significarán todo las naciones superpobladas, las urbes presurosas, la tecnología y las máquinas, el progreso dosificado?

América del Sur pone aún su concepción del mundo y de la vida bajo el signo de Dios. Coloca la persona antes que el Estado. Aunque el dinero ha socavado en parte la estabilidad social, no es todavía motor de almas. El Caballero de la Mancha, loco y desamparado, podría habitar en comarcas de nuestro hemis-

ferio, porque para nosotros la fraternidad no es una palabra. Ni la piedad cristiana. Ni la generosidad o la hidalguía. Y suele ocurrir que las últimas formas sobrevivientes del grande señorío, de la cortesía, de la nobleza humanas, van a refugiarse en nuestras tierras interiores, en pequeñas ciudades o aldeas hundidas en la artesa de los montes.

Pero si el varón sudamericano es interesante y revelador como individuo, lo es más en función de multitud. Bien mirado, sin que ello suponga menosprecio o desconocimiento de las «élites» rectoras, América del Sur es la muchedumbre en marcha. Esas grandes mayorías trabajadoras que se afirman por la revolución nacional porque están tomando conciencia de su destino histórico y de su responsabilidad social; ese impulso mestizo que desborda la frontera geográfica y aspira a transformar política, economía, cultura; esos motines y disturbios incesantes que reflejan la urgencia de reordenación que nos conmueve; esas multitudes que se cohesionan detrás de una idea o de un caudillo, encumbrando y descabezando líderes en ímpetu romántico; ese hacer de hombres que es rehacer de pueblos; esto es verdaderamente nuestra América, patria del esfuerzo y la esperanza, donde cada día se ha de ganar la libertad para que cada noche otorgue la confianza.

El buen criollo, el buen mestizo, el buen sudamericano, es abierto y altivo a un tiempo mismo. Se arriesga a todo y no se apura mucho según como le mande el genio. Es presentista, desprendido, sabio entendedor de mundo y vida. Respeta la tradición, mas no lo amarra. Espera del futuro sin zozobra. Ama el progreso, mas no le vende su alma al diablo. Sólo al duro presente le hace pelea, le sorbe los goces del bien pasar, porque sabe que varón completo es quien entrega al trabajo energías y al placer o al descanso le roba acicates.

Parecerá absurdo, pero, si bien se mira y en un sentido de plenitud biológica, el sudamericano cuando se eleva a la esfera espiritual, vive mejor que el europeo medio, porque no lo acosan las apetencias desapoderadas, la ocupación febril, la especialización que limita, ni el ritmo vertiginoso de las mutaciones cotidianas. La sabiduría remansada, el transcurrir sereno, equilibrado, repartiendo tiempo y fuerzas son hoy patrimonio del Nuevo Mundo.

Más tentaciones, más entretenimientos, más comodidades brinda el Viejo, ¡pero a qué precio! Allá las gentes se esclavizan, son presa de tensiones desmedidas, se des-viven literalmente para alcanzar un pasar decoroso vario; aquí tenemos menos compensaciones desde el punto de vista hedonístico, pero se vive en más fácil armonía con el medio y con los demás. Estamos más cerca de Dios, más próximos a la naturaleza.

VII

Hay un humanismo clásico, grecorromano, que nos viene de fuera: a veces perfecto y riguroso, como lo quería Valéry, a veces enciclopédico, sibarítico como lo prefieren los esnobs. Otro más próximo al corazón que a la inteligencia, que constituye la respuesta del continente joven a las sociedades caducas.

Es el Humanismo de la Necesidad. Arranca del prístino cristianismo ya casi olvidado por las naciones, apunta a lo mejor del alma y su destino terrestre. Manda que todos tengan lo suficiente. Que se concilíe la dignidad del individuo con las premuras de la sociedad planificada. Que todos respondan por todos. Que la educación de las masas sea tan importante como la alta cultura de cada individuo. Que la economía y la técnica estén al servicio del hombre y no el hombre al servicio de la técnica y la economía. Primero lo necesario para un pasar digno, después los primores de un saber excesivo. Así marchan la filosofía política y la tensión cultural en el Novimundo.

Tenemos deberes imperiosos, ineludibles con las multitudes indias, mestizas, criollas que la civilización olvidó durante 400 años. Queremos que se incorporen a una democracia efectiva, a la ciudadanía real, haciéndolas partícipes de todas las modalidades y ventajas del acontecer nacional.

Que cada grupo social o regional crezca libre, desenvuelto, como vara de azucena, porque no se trata de aprisionar y uniformar muchedumbres imponiéndoles privaciones y servicios que imponen unos desde arriba, sino de ensayar, con amplitud el juego democrático para que la voluntad consentida de los más oriente y respalde la acción de los menos. En Sud y en Centroamérica, el pueblo manda y configura la vida política y social. Y aunque no tenemos el tremendo poderío material de Estados Unidos, el genio organizador de Ro-

sia, o el dinamismo sistematizado de las naciones europeas, preferimos nuestro sobrio modo sudamericano: lento y seguro a su fin, inmune a las presiones exteriores. Cada cual señor de sí mismo, contribuyendo voluntario en la marcha colectiva que se regula desde la conciencia. Todos igualmente responsables por el proceso general. Las dictaduras pasajeras, no representan sino crisis de crecimiento. Pasan. Y sólo queda, predomina al cabo, el espíritu republicano, la esencia democrática, la siempre viva insurgencia popular que son como la norma auténtica y la conducta reguladora de veinte pueblos en formación.

El sudamericano vive abierto a los contactos universales: recibimos y absorbemos. Algo más: agradecemos por lo recibido. Somos permeables a la comprensión, a la simpatía recíproca. Pero nuestro camino verdadero es interior: con lo nuestro, con los nuestros, para devolver al mundo patrias y gentes fidedignas, capaces de afirmar lo propio sin desmedro de lo ajeno. Nacionalistas rabiosos como los que ha dado Europa, no. Nacionalistas de estirpe cristiana, sí: por imperativo vital, ansiosos de elevarse al nivel de los más desarrollados, defendiendo celosamente sus riquezas naturales y sus vivencias humanas. Sin odio, sin ambición desapoderada, sin metas imperialistas.

VIII

¿Qué es la América del Sur? Es la juventud del mundo. Un haz de pueblos en trance de autenticidad y personería. Ni más ni menos que las otras naciones desparramadas por el planeta. Si nos decimos diversos de los demás no es por afán de diferenciación, mas por necesidad interna de atestiguar línea y verdad. ¿Y cuál será la verdad de un continente sino aquella en que vive y se mueve el habitante que lo puebla? Y el hombre sudamericano, ¿no se distingue por una cierta conformación antropológica, por sutiles matices espirituales, por la urdimbre de vivencias típicas y tradiciones características que lo tipifican en rasgos genuinos y geniales? Lo acepten o lo nieguen los sociólogos de gabinete, el varón sudamericano es un tipo continental definido. No tiene par.

En los extensos territorios que cubren nuestras veinte naciones, está naciendo una nueva concepción del mundo y de la vida. Se trata de un general irrumpir de fuerzas bárbaras, en cuanto el vocablo entraña temeridad creadora, transformación saludable. Este nuevo mundo psicológico y social aspira a reconciliar espíritu y materia: pretendemos una sociedad humana más justa, más equilibrada, un humanismo casi heroico que fundado en la necesidad de todos apunte al perfeccionamiento gradual de cada uno.

Hay quienes piensan que la América del Sur es un continente por colonizar; sólo nos miden por nuestras vastísimas áreas despobladas, por las ingentes materias primas, por las riquezas naturales e industriales en vía de potenciamiento. ¿Siempre rascacielos, fábricas siempre, caminos, automóviles, usinas como signos de progreso? Nosotros pensamos que lo fundamental es el alma del habitante de las nuevas tierras. La concebimos en pos de una moral internacional que se oponga al poderío destructor de la fisión nuclear y prepare el advenimiento pacífico de la era sideral. Para todos los pueblos del mundo pedimos el derecho de autodeterminación; igualdad jurídica, libertad política, interdependencia económica; que las pequeñas naciones sean escuchadas y atendidas con el mismo derecho que las grandes.

Esta filosofía de verdad, de amor, de justicia se condensa admirablemente en un enunciado de la Declaración Americana de Derechos y Deberes del Hombre, que manda: «Es deber del hombre servir al espíritu con todas sus potencias y recursos, porque el espíritu es la finalidad suprema de la existencia humana y su máxima categoría.»

Es posible que los estrategas financieros y militares de Washington o de Moscú nos miren sólo como territorio disponible en planes ambiciosos de extensión económica. Nosotros, aunque aceptamos las aportaciones de la técnica moderna que producen bienestar material y comodidad, con los cuales se puede perfeccionar los valores espirituales, no creemos que nuestro continente sea un mero problema de organización económica.

Pensamos que la selva mecánica no debe seguir siendo la prisión monstruosa del hombre. Brasilia es una respuesta audaz del genio sudamericano al congestionamiento, al «feísmo» desesperante de las modernas babilonias industriales. El espacio libre, la inventiva desenvuelta, un ritmo lento y tranquilo como el curso majestuoso de la naturaleza: he aquí

el camino feliz que los sudamericanos debemos preservar.

América del Sur es el reino de la libertad y la esperanza.

IX

Si la metafísica oriental es panteísta, y la europea racionalista, la metafísica sudamericana será amorosa. Léanse los escritos del Aguila de la Iglesia: tenemos un mensaje agustiniano, renovado, actualizado a la realidad presente, para devolverlo a la humanidad. Dios y el problema del alma coronan la cresta cimera de nuestra arquitectura mental. De aquí el carácter espiritualístico, esencialmente cristiano, de nuestra cultura, cuyo itinerario de amor y comprensión es tan distinto del logicismo abstracto y del racionalismo crítico occidentales. Mas no se confunda religiosidad con clericalismo. Somos creyentes, no fanáticos. Dios manda en la conducta, el Estado en la vida social.

Desde la interioridad del hombre partimos hacia una nueva conquista de la verdad: plenitud, integridad. Contra el autómata moderno, la doble acción armoniosa del ser sensual y espiritual. Quisiéramos ver a todos los pueblos del planeta felices, recíprocos de amistad y entendimiento. Porque para entendernos venimos al mundo y la comunicación solidaria nos ennoblece. Y si hubo —o hay— civilizaciones más orgullosas de su esplendor material, ninguna será más digna de la condición humana que aquella que soñamos para nuestra América: afincada en el reino del espíritu, proyectada hacia el amor, la paz, la moral que ilumina y regula el convivir de las gentes y los pueblos.

Porque el Cristo sigue siendo —a despecho de clericales y de ateos— el supremo arquetipo de un vivir consciente y responsable.

X

Nuestra América —la de indios, mestizos, iberos y latinos— es un orbe vivo en proceso de ascensión. No obstante su diversidad apariencial, estas veinte naciones jóvenes constituyen en conjunto, en su plural estructura y acontecer, un todo inmenso y coherente. Si la vida actual se configura por el tipismo continental o regional, somos uno de los grandes sistemas políticos, geográficos y económicos del mundo. Pero en lo particular, cada una de nuestras naciones sudamericanas es un núcleo vivo, un centro de energía, una poza de sugestiones espirituales.

¿Qué es Europa? — ha preguntado Paul Hazard. Y ha respondido: un pensamiento que no se contenta jamás.

¿Qué es América del Sur? — podemos interrogar y darnos la respuesta: el sentimiento que lo puede todo.

Repudiamos todo exceso de poder, toda forma de colonialismo o explotación inconsiderada. Para nosotros, sudamericanos, lo emocional tiene más carga de relámpago que lo intelectual. Queremos a las razas humanas iguales todas, y a los hombres con la frente alzada y el corazón abierto: que nadie viva en temor, en servidumbre indigna. Si el alma la tenemos a flor de labios, porque nada hay que ocultar, la voluntad rebelde, siempre dispuesta a dispararse por una causa justa. Pensamos, calculamos menos; pero sentimos y absorbemos mejor la maravilla del ser vivo. El éxito no siempre es nuestra meta, sino el ansia de ser, de hacer, de rehacer y reemprender la lucha con el mundo. Antes que la técnica del banquero o del comerciante, tenemos el estilo del aventurero y del jugador: todo a una sola carta y que salga lo que Dios o la suerte quiera.

No somos los más constantes, los mejor organizados, ni los más prácticos, sino aquella extraña criatura que entrevió el filósofo genial: la que funde el mundo exterior y el interior en una pura armonía, fiesta del alma que hace grata la vida. En el mejor sentido aspiramos a restauradores de salud y de cordura si por ambas se entiende el mejor camino para encontrar feliz adecuación entre hombre y mundo.

No nos satisfacen principios dogmáticos estrechos ni sistemas cerrados. Liberalismo económico absoluto y planificación total son igualmente negadores del orden natural. América del Sur busca una distinta instrumentación política, que bascule entre las ventajas de la libre empresa y los rigores de la economía dirigida, pero de acuerdo a las modalidades nacionales, a cada realidad circundante, al grado de desarrollo político y social que hayan alcanzado los países sudamericanos. Los viejos parlamentos maniobreros y charlatanes no sirven ya. Los códigos vetustos que arrastran litigios por generaciones, tampoco. Acaso comercio e industria deben buscar una

forma de asociación compartida entre empleados y empleadores, para terminar con los abusos del sindicalismo demagógico. La educación ha de ser de tipo horizontal: que a todos llegue. Y esas literaturas morbosas de frustración y angustia, esas artes disolventes que envenenan a la sociedad moderna, no entrarán en nuestra América porque les cerraremos la puerta.

El Nuevo Mundo requiere nuevas instituciones jurídicas, o al menos remodelar las actuales, adaptándolas a la época que muda incesantemente. Necesitamos otra política. Otra economía. Otra cultura. Por esto las revoluciones, las reformas agrarias, la transformación social, la inquietud permanente que conmueve a los pueblos. No sería extraño que en un pueblo-cóndor perdido en las montañas de los Andes, o en una aldea virgiliana del Amazonas o del Plata, germine la redentora ideología que abra una senda de esperanza a la humanidad desconcertada.

«Calle el pedante vencido —decía Martí— que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas sudamericanas.» Así las queremos: libres en la pobreza antes que ricas por el sometimiento. Y es lícito afirmar que, cualesquiera que sean la simpatía o preferencia de las gentes de Sud y Centroamérica por los colosos que hoy se disputan el dominio del mundo —Rusia y Estados Unidos—, ni los yanquis ni los rusos mandarán en nuestra América.

A las grandes unidades políticas, económicas y culturales del planeta que se nombran Estados Unidos, Rusia, Europa, China, India, Japón, Africa, hay que agregar una más: América del Sur, comprendiendo las naciones sud y centroamericanas, México y las islas del Caribe. No obstante lo mucho que pueden ofrecer el Asia milenaria o el Africa auroral y descontenta, nosotros pensamos que América, la Nuestra, es tierra prometida para todos los hombres del globo, porque entre nosotros religión, raza, política, economía, cultura no separan: aproximan.

¿Y cuál será el estilo sudamericano? Uno de verdad, fraternidad; de tolerancia y comprensión. No importa que aún vivamos en confusión y en indolencia: superado será el desorden civil, las conciencias sabrán afinarse. Al escritor lo queremos responsable, no comprometido. Que se hable a pulmón pleno, que a ceñido rendir cuentas sea el obrar. Primitividad y violencia fueron necesarias, mas ahora conciliación y disciplina. Debemos prepararnos para entrar al torrente vertiginoso del progreso contemporáneo.

América del Sur es la juventud del mundo. Su estilo de vida lento, digno, señorial, a pesar de los reveses transitorios y los temporales equívocos, viene cargado de humanidad y de sentido. Tenemos un destino por cumplir. No renegamos de la Europa hermosa y arquetípica. No renegamos, pero somos diferentes. Nuestros problemas, diversos; el modo de afrontarlos, distinto. El espacio en que nos movemos como más ancho y difícil de organizar. Tiempo y ritmo vital como de explosión retardada: esperamos. Pero de nosotros mismos más que de la exterior ayuda. El feudalismo llegó retrasado al continente sur y ahora pagamos las consecuencias de la demora. Estamos despertando.

No hemos madurado lo suficiente para alcanzar el sol de Shakespeare, las palingenesias de Goethe, los crepúsculos de Dante o la ironía sapiente de Cervantes. Pero nos bastan y nos colman el verbo inflamado de Bolívar, la herida sangrante en que mojaba su pluma el caballero José Martí, las tormentas solares de Sarmiento, o el águila armoniosa que alza el vuelo de los versos de Darío, el indio chorotega.

XI

Tocante al futuro continental, se acerca ya la hora del encuentro decisivo del Norte con el Sur. La fuerza que se opone a la armonía. Porque si del Septentrión viene todo en forma de voluntad organizada, de genialidad mercantil, de ímpetu deportivo y codicioso, del Austro nacen las tensiones desinteresadas del espíritu, el puro juego moral y emocional que nos anima. Del impacto de la eficacia con la pureza, ¿saldrá mañana la sociedad continental que se anhela, generosa y práctica, romántica y bien organizada, idealista y positiva a un tiempo mismo?

Cuidado: ¡No nos descuidemos! La crisis cubana, más que un síntoma es un aviso que llama a prudencia y reflexión. Si no marcha resueltamente a la unidad, el hemisferio sur podría despedazarse en segregaciones paulatinas y peligrosas del sistema americano.

Se ha dicho tanto ya de subdesarrollo, bajos niveles de vida, analfabetismo, despoblamiento,

necesidad de estabilizar los precios de las materias básicas, desarrollo industrial, normalización del intercambio comercial. Se pide una sola constitución política, una sola moneda, un solo sistema económico. Que no haya fronteras dentro del vasto espacio sudamericano. Que estas veinte naciones jóvenes trabajen por un desenvolvimiento interno parejo y hacia un mismo fin: gravitar como un «pueblo-continente» —según la frase feliz de Antenor Orrego— en la pugna de los grandes bloques regionales del planeta.

Desde los tiempos heroicos de Bolívar y San Martín, hasta los recientes esfuerzos de Kubitschek y Frondizi por una «operación panamericana», todo grita, todo manda que nos unamos y concertemos una acción común. Debemos, pues, adquirir la mayoridad continental rebasando los estrechos limites de cada uno de nuestros recintos nacionales.

La OEA, organizada y manejada desde Washington, no tiene ya su antigua eficacia. No interesan sus declaraciones líricas, principistas, ni sus ingeniosas maniobras de seducción financiera. Las ayudas económicas de Estados Unidos y de Rusia —siempre en pequeña escala en relación a la magnitud de nuestros problemas— son más peligrosas que positivas. Debemos manejar nuestros asuntos con espíritu y voluntad continentales, actuando como un solo Estado poderoso, cohesionado; y desde México, Río de Janeiro, Buenos Aires, o Bogotá. Pensando en unidad de miras, en fusión de intereses, en recíproca defensa de la general necesidad de nuestros veinte pueblos ascendentes. Ya no pedir: imponer soluciones políticas y económicas respaldadas por 200.000.000 de almas.

¿Qué esperan los estadistas, los políticos, los técnicos, los líderes y las muchedumbres del hemisferio meridional? Necesitamos —y muy de mucha urgencia— constituir los Estados Unidos de América del Sur. Todo lo demás es secundario.

El mundo marcha a los grandes bloques geográficos y humanos. La nueva generación de conductores civiles no podrá rehuir esta grave responsabilidad histórica: por la unidad de pueblos y naciones al engrandecimiento continental. Basta ya de soledad y desamparo. Nadie tiene la culpa de nuestra soledad, retraso y desamparo sino los propios sudamericanos. En tanto no se vaya a la unidad política, al entendimiento dinámico, a la acción homogénea y positiva de nuestros veinte Estados nacionales, nada bueno podemos esperar.

Si el nuevo Bolívar no aparece en el horizonte, ¡pues a inventarlo! Con nuestra fe, con nuestra paciencia, con nuestra constancia, con nuestro irresistible anhelo de unidad, con ascenso armonioso de masas y de líderes en pos de un mejoramiento general.

Los norteamericanos son malos políticos; no atinan a resolver ni sus propios problemas particulares. Los rusos demasiado policiales quisieran convertir el mundo en un campamento de carneros obedientes. La solución adecuada, la que verdaderamente requerimos, amplia de intención y contenido, no ha de bajar de Washington ni de Moscú: debe ser inevitablemente, sudamericana, brotada de nuestra propia realidad, de nuestra necesidad congénita, del esfuerzo conjunto y concertado de nuestras economías nacionales, del espíritu de inventiva, del valor inquebrantable de la capacidad que tengamos para organizarnos y sobrevivir en la gigantesca colisión de intereses que la era atómica ha puesto en movimiento.

Sólo un camino verdadero y útil nos queda para afrontar lo presente y asegurar lo porvenir: los Estados Unidos de América del Sur. Amigos de todos, pero para actuar en el plano internacional un solo Estado, una sola familia, una sola economía, un mismo espíritu creador y organizador. Hay que tirar abajo fronteras, aduanas, sistemas, símbolos y chauvinismos nacionales para levantar un nuevo mundo unificado en el espíritu y en las técnicas de trabajo.

Hay que salir al encuentro del tiempo nuevo. «¡Osad, perseverad!» — como enseñaba nuestro Tamayo. Y que nadie —pueblo, hombre, nación— se sienta aislado, extraviado, desligado de la elevada responsabilidad de servir a la gran causa común de la unidad de nuestro hemisferio. Y aunque no lleguemos a ser los más sapientes ni los más poderosos en el mundo futuro, aceptemos un sereníssimo destino: defender la conciencia moral de la humanidad, restituir al hombre la dignidad del ser vivo, buscar el justo equilibrio entre bienestar material y responsabilidad espiritual para que seamos criaturas libres, no siervos de la técnica y las máquinas.

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

Iglesia y Estado en Puerto Rico

POR JAIME BENITEZ

En tres ocasiones recientes la autoridad eclesiástica en Puerto Rico ha menospreciado abiertamente las disposiciones constitucionales sobre separación de la Iglesia y el Estado. El primero de estos menosprecios se manifiesta cuando los señores obispos autorizan el uso del rosario como insignia partidista para concurrir en competencia con los emblemas de los demás partidos políticos en la nueva papeleta electoral. El segundo ocurre cuando requieren a los sacerdotes católicos para que pongan las iglesias y sus instalaciones al servicio de determinado partido. El tercer menosprecio de las disposiciones constitucionales lo llevan a cabo los señores obispos, en medio del sacrificio de la misa, a través de una Carta Pastoral cuya lectura requieren en todos los oficios de ese día. En esa carta, cuya difusión por todos los medios de publicidad disponen por separado, pretenden restringir la libertad electoral de la feligresía católica para que vote en los comicios próximos, exclusivamente, entre los partidos minoritarios del país.

El intento de lanzar al ostracismo electoral al partido que una y otra vez y en virtud de sufragios claramente mayoritarios constituye gobierno desde hace veinte años, representa el más grave desafío que ha confrontado a la comunidad puertorriqueña en el ejercicio de su más importante prerrogativa ciudadana. Es un planteamiento que impugna la raíz misma de nuestro pacto social, uno que pone en entredicho las reglas de convivencia establecidas para viabilizar la libertad política y la libertad religiosa y uno que suscita profundas emociones colectivas.

¿Qué consecuencias reales habrá de tener en nuestra convivencia esta declaración de guerra que le hace el poder eclesiástico al poder público en vísperas de unas elecciones generales? No lo sabemos. Si el electorado respaldase la acción de los obispos, la autoridad eclesiástica habría efectuado desde el púlpito una subversión constitucional en la raíz misma del orden social establecido. El gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo, habría desaparecido como tal. En su lugar habría quedado establecido electoralmente el gobierno del pueblo por precepto clerical.

No creo que el mandato de los señores obispos haya de tener mayor consecuencia electoral. Nuestra sociedad se caracteriza por su noble reacción en contra del ejercicio abusivo de la autoridad. La acción anticonstitucional de la jerarquía derrotará probablemente sus propios propósitos. Si juzgo atinadamente el temple de la comunidad puertorriqueña, en ella habrá de provocarse una reacción de indignado respaldo en beneficio del núcleo que el poder eclesiástico acaba de agredir tan desembozadamente.

En la medida en que el partido de gobierno haya incurrido en excesos de poder que pudieran restarle sufragios y entusiasmo dentro de la dialéctica electoral que postulo —en igualdad de circunstancias la comunidad puertorriqueña favorece al agredido frente al agresor—, la Carta Pastoral servirá para des-

plazar tales querellas de carácter cívico y posiblemente perjudiciales al gobierno y para colocar en su lugar y en primer término el desmesurado comportamiento de los señores obispos. A fuer de viejo ciudadano, solidario de su ciudad y defensor de los principios que la fundamentan, espero que nuestra comunidad repudie de la manera más inequívoca posible este intento de menoscabarle al elector puertorriqueño su libertad del voto.

Independientemente del efecto práctico que la Carta de los obispos pudiese tener en la contabilidad electoral puertorriqueña, resulta menester examinar el alcance y la razón de ser de un proceder que va mucho más lejos y que compromete gravemente valores espirituales, morales y cívicos, indispensables a la normalidad de nuestra convivencia.

II

Anteriormente sostuve que al involucrar los símbolos de la Iglesia en la contienda electoral, al convertir las parroquias en centros de reclutamiento político y al prohibir a los católicos votar libremente, los señores obispos han seguido una línea de conducta que quebranta las disposiciones constitucionales de separación de la Iglesia y del Estado. Señalé que el proceder episcopal ha precipitado una despiadada crisis colectiva que cala en lo más hondo de nuestra vida pública y privada. Expresé la esperanza de que la comunidad puertorriqueña sabrá sobreponerse a tal crisis negando su adhesión política al mandado episcopal.

De inmediato, la claridad en la mente, el orden en la conducta y los sufragios en las urnas, constituyen las únicas maneras de conjurar la situación creada. Más adelante tendremos que examinar todos con el mayor cuidado y con la máxima comprensión y generosidad, las causas subyacentes en el conflicto actual, con miras a restablecer la concordia social y religiosa sobre bases de racionalidad y entendimiento indispensables en la vida pacífica y creadora. Será entonces propicia la ocasión para remediar y aun para rectificar posibles errores pasados, fácilmente subsanables. Ahora, dentro del emplazamiento formulado a la ciudadanía por los señores obispos, nos corresponde continuar el anterior análisis.

En la noble tradición cristiana el rezo del rosario ha estado ligado durante siglos a los consuelos sagrados en la plegaria, en la desgracia y en la muerte. He contemplado con asombro y con pena que la autoridad eclesiástica permita que se emplee tal símbolo como banderín de enganche partidista. No entro en la cuestión de si constituye o no un sacrilegio tal decisión. Ciertamente constituye un agravio al respeto debido a las veneraciones que no están en el comercio de los hombres. Confrontar en la caseta electoral a la ciudadanía y particularmente a la parte más candorosa de la ciudadanía, con la alternativa de que el trazado en cruz mediante el cual se emite el voto según la ley, completa o deja trunca una reliquia religiosa, constituye una coacción moral en que se falsean las disyuntivas entre los símbolos de la ciudad de Dios y los de la ciudad del hombre.

No hay precedente de tan audaz fórmula de manipulación de lo sagrado para fines temporales en nuestra vida colectiva. El empleo del rosario como instrumento de astucia y de coacción electoral pone de relieve la debilidad moral de todo un movimiento supuestamente encaminado a moralizar la vida puertorriqueña. Porque en la historia de la ética cristiana hay un criterio fundamental con referencia al cual se pone a prueba la integridad de la conducta humana. El fin no justifica los medios. La jerarquía de los fines no excusa el aprovechamiento de manera que parezcan a trechos convenientes. El propósito de allegar votos no justifica quitarle al rosario su carácter sagrado y venerando al convertirlo en símbolo de conflicto político.

III

Continúo en el desarrollo de mi tesis anterior. Al ordenar la participación de sacerdotes y disponer el aprovechamiento de los templos en el reclutamiento de ciudadanos para inscribir un partido político, los señores obispos en Puerto Rico han incurrido en serias violaciones de nuestro Derecho constitucional y han manejado en forma abusiva los recursos y medios sujetos a la autoridad eclesiástica para propósitos muy diferentes. La moral cristiana veda el uso de medios indebidos aun para conseguir fines loables.

No se trata, como ingenuamente ha pretendido aducirse, del ejercicio por parte de los señores obispos del derecho a la libre

expresión del pensamiento que a todos nos cobija. En éste y en los demás casos bajo examen no se trata de una opinión sino de una orden para controlar la opinión de innumerables personas con el propósito expreso de cancelar y reclamando autoridad divina para cancelar toda opinión discrepante. Este tipo de libertad ejercitada en el terreno de la vida política equivale a la libertad de opinión que tiene el dictador cuando emite un criterio, en el cual avasalla la opinión de todo el que se encuentra bajo su jurisdicción.

En las democracias se ha querido que ese estilo de libertad que acaba con la libertad de los demás en las decisiones colectivas, ni la tenga ni la pueda reclamar para sí persona alguna.

Disponer de las iglesias y de sus sacerdotes para un fin político mediante una orden superior, resultaría inconcebible en las campañas electorales de Estados Unidos. «Una indicación semejante a un grupo católico dada por orden eclesiástica, produciría poco menos que una revolución entre nosotros», dijo el profesor católico Jerome Kerwin hace unos días. ¿A qué se debe que lo inconcebible en la Iglesia Católica de Estados Unidos constituya la realidad cotidiana en la Iglesia Católica de Puerto Rico? ¿Se debe acaso a que los partidos políticos en Estados Unidos son tanto más morales que los nuestros y cumplen con excelencia tanto mayor los preceptos de la moral cristiana? ¿Es que la jerarquía católica en Estados Unidos no encuentra fallas morales en la política estatal o nacional de Norteamérica, mientras la jerarquía nuestra no tiene otra alternativa que declarar fuera de su palio a los que prefieran al partido de gobierno frente a los demás? ¿Cómo se explica la diferencia de actitud de los jerarcas de la Iglesia universal a uno y otro lado del Atlántico? ¿Se trata de dos varas de medir distintas que usa la Iglesia Católica, una para calibrar el margen de su intervención política cuando se encuentra en minoría y otra cuando se considera en situación mayoritaria? Considero injusta, errónea y deplorable esta interpretación y la rechazo. Ella es, sin embargo, la interpretación que tienen de la Iglesia Católica muchos de sus adversarios.

Entiendo que la explicación del comportamiento episcopal nuestro es más sencilla, más honrosa para la Iglesia Católica y al mismo tiempo más personal. Los señores obispos en Puerto Rico pertenecen a un grupo minoritario dentro de la alta jerarquía católica norteamericana que niega la sabiduría de la doctrina constitucional de separación de la Iglesia y del Estado.

Como tuve algo que ver personalmente con la incorporación de ese lenguaje en nuestra Carta Constitucional, considero mi deber fundamentar lo anterior.

IV

Nuestro precepto constitucional estableciendo la separación de la Iglesia y del Estado no constituye una innovación teórica improvisada. No es la consecuencia de un prejuicio anticatólico ni proviene de la irreflexión de una Asamblea Constituyente que estuviera inadvertida de su responsabilidad. Por el contrario, ese precepto recoge una experiencia de siglos e incorpora una sabiduría fraguada en Occidente en el crisol de los más cruentos conflictos políticos y religiosos. Es un principio con referencia al cual el Cardenal Jaime Gibbons decía en 1909: «Los católicos norteamericanos nos regocijamos en nuestra separación de la Iglesia y del Estado y no podemos concebir ninguna combinación de circunstancias que pudiese hacer una unión entre ambos, conveniente para la Iglesia o para el Estado.» Un año antes de escribirse nuestra Carta de Derechos, la Conferencia Nacional de Bienestar Católica declaraba, a través de su presidente, el arzobispo Juan T. McNicholas: «Negamos absolutamente y sin cualificación alguna que los obispos católicos de Estados Unidos busquen unión alguna entre la Iglesia y el Estado para el presente o para el porvenir. Si mañana los católicos fuésemos a constituir la mayoría en nuestro país no querríamos la unión de la Iglesia y el Estado. En armonía con la doctrina católica, mantendríamos firmemente que nuestras disposiciones constitucionales son las mejores para nuestro país. Aunque tuviésemos poder para hacerlo, no querríamos cambiar ni siquiera un punto en ella.»

Es verdad que en el vasto proceso histórico de los pasados setecientos años, los inevitables conflictos entre los representantes del poder espiritual y los representantes del poder temporal, la teoría de la separación de la Iglesia y el Estado se formula originalmente en oposición al poder terrenal de la Iglesia Católica

y a la intervención de sus prelados en el manejo de la vida pública en Estados cuyos reyes y cuya población permanecía fiel, no obstante la reforma protestante, a los principios de la Iglesia universal.

Por otra parte, el desarrollo de la libertad religiosa en este hemisferio y el florecimiento de la Iglesia Católica en territorios y países protestantes al amparo de las disposiciones constitucionales que prohiben el establecimiento de Iglesias oficiales y que en la práctica y en la doctrina, aunque no en el lenguaje, han establecido como norma nacional la separación de la Iglesia y del Estado, ha dado margen a una reconsideración aún en proceso de formalizarse, de los criterios indispensables de la tolerancia en un mundo donde no puede descartarse la diferencia o la pluralidad.

«La teología de la tolerancia como la ley canónica de la Iglesia jamás constituye un edificio totalmente terminado. Es un instrumento práctico de ajuste a los requisitos del orden temporal cimentado en verdades eternas, como hemos dicho anteriormente, pero aplicado con prudencia a las situaciones políticas. Su propósito no puede ser el dominio político de la ciudad del hombre. Su fin tiene que ser alcanzar las condiciones públicas y personales que ayuden a la Iglesia a establecer en el espíritu y en el corazón, en el entendimiento y en la conducta de los hombres, el reino universal de Cristo. Si equivocamos la verdadera naturaleza de esa tolerancia, no seremos más sabios que aquéllos que arrojaron a los apóstoles de las sinagogas mientras se creían todo el tiempo que estaban sirviendo a Dios.»

Lo anterior es una cita del editorial de la revista católica principal de Estados Unidos, *América,* del 24 de septiembre de 1960.

Y continúo citando la revista católica: «A través de los siglos varios teológos han formulado diversas teorías sobre lo que constituye la relación ideal entre Dios y César. No necesitamos explorar ahora esos ideales. Tal vez debido a la influencia destructiva del pecado original, una relación verdaderamente ideal jamás será alcanzable, aun en un mundo totalmente católico. Mientras tanto, teniendo en cuenta el carácter pluralista de las sociedades modernas con garantías constitucionales establecidas, una amplia tolerancia religiosa debe estimularse como el bien mayor a la vista de situaciones conflictivas que afectan la paz social en toda la humanidad.»

La doctrina anterior sirve para explicar por qué la gente puertorriqueña educada en colegios y universidades católicas en Estados Unidos encuentra tan aceptable la teoría de separación de la Iglesia y del Estado y halla tal dificultad en armonizar los conflictos que se le presentan cuando en la teoría y en la práctica sus obispos en Puerto Rico se expresan de manera radicalmente distinta.

V

Ya señalé la extraña paradoja de que mientras en Estados Unidos bajo declaraciones constitucionales mucho menos precisas que las nuestras, el clero católico en todos los niveles de su jerarquía observa y defiende los principios de separación de la Iglesia y el Estado, en Puerto Rico bajo disposiciones constitucionales aún más claras y taxativas la alta jeraquía desobedece flagrantemente la Constitución.

Conocida ya la magnitud de la amenaza episcopal y la negativa de los propios señores obispos a que se la interprete como una advertencia o una amonestación exenta de sanciones, cardenales, nuncios, teólogos, revistas católicas, expresan unánimemente su sorpresa y garantizan a su feligresía que en Estados Unidos tal proceder constituiría un error inconcebible. La única excepción que podría aducirse en contrario proviene de una información de Prensa Unida, publicada en *El Mundo* el 28 de octubre. Me comuniqué con el distinguido profesor y filósofo católico a quien se refería dicha información, Jerome G. Kerwin, y acabo de recibir carta suya rectificando lo que se le había atribuído y reclazando abiertamente como error político como atropello religioso el que se pretenda en esta época amenazar con sanciones eclesiásticas a la ciudadanía, al disponerse ésta a ejercitar la libertad de su sufragio.

El propio arzobispo Davis, en entrevista publicada en el *New York Times* del 29 de octubre, explicó al periodista Damon Stetson que «la Carta Pastoral prohibiendo a la feligresía votar por el Partido Popular Democrático no debe tener implicaciones para Estados Unidos». Stetson cita directamente al arzobispo: «Si Puerto Rico hubiese alcanzado la democracia al grado que la ha alcanzado

Estados Unidos —dijo el arzobispo— no sería necesario cursar una Carta como ésa.» «Pero en Puerto Rico —dijo, según el periodista— fue menester cursar la Carta debido a la ignorancia del pueblo en materia de política y de religión.»

Podría deducirse en síntesis que la feligresía está integrada por unos católicos subdesarrollados, quienes no obstante su ignorancia religiosa han progresado notablemente en los últimos años.

No deseo discutir aspectos privativos de la Iglesia Católica. Hay, sin embargo, un aspecto que no tiene que ver con el culto y sus ministros como tales. Tiene que ver con lo que podríamos llamar la cultura católica en Puerto Rico. Esa cultura en su más amplio alcance afecta y determina valores, sentimientos, estilos de conducta, maneras de actuar, de entender y comportarse, con referencia a los cuales los hijos de esta tierra que la conocemos, la vivimos y la respetamos dentro o fuera de la Iglesia, tenemos algo que decir.

Sin ánimo de ofensa, con el mayor respeto y deferencia, sin emoción alguna de xenofobia, como antiguo miembro de esta comunidad cultural, deseo hacer una reflexión que espero no resulte demasiado tardía. En todo este doloroso trance, la jerarquía de la Iglesia habla y actúa en forma incongruente con esa cultura. Pasa por alto la existencia de usos, afectos, sutiles tejidos tradicionales, así como las profundas cargas de rencores, hostilidades y violencias que yacen con toda su potencialidad explosiva en ese subsuelo histórico que ella remueve tan desaprensivamente. He visto a muchos hombres en uno y otro lado de la grieta social que va tajando ya los más sagrados lazos de nuestra sociedad, crisparse de ira viendo cómo en su propia casa, en su trabajo, empiezan a desatarse pasiones violentas y conflictos insolubles.

VI

Es de la mayor importancia que el hombre tenga principios; que crea en ellos, y que los viva y esté presto a arriesgar en su defensa la vida y la hacienda. Es menester que esos principios integren su carácter como claves que dan sentido, fuerza y dignidad a su persona y a su conducta. Sin principios vividos en profunda dimensión ética, el hombre carece de resguardos íntimos en la adversidad, carece de seguridad profunda en la contienda, le faltan vértebras para articular y dar consistencia a su programa vital. Muchos de los principios normativos del proceder humano tienen carácter religioso. La existencia de hondas convicciones morales que se remiten a principios esenciales del Cristianismo tiene amplia ocasión de traducirse en comportamiento político o electoral. La doctrina de la separación de la Iglesia y del Estado no está reñida de ningún modo con la existencia de una profunda religiosidad en la ciudadanía.

Llevar el individuo su propia religiosidad a la vida pública y desempeñarse en ella con arreglo a los más altos criterios de la moral y del sentido trascendente de la existencia, en nada se opone al principio de separación de la Iglesia y del Estado y es de suyo excelente aportación a la mayor salud social. Es excelente cuando esa religiosidad, actuando dentro del ciudadano en virtud de íntimas dimensiones de su espíritu, le lleva a comportarse en las relaciones sociales, económicas, políticas, humanas, en forma que traslucen las virtudes que pautan su carácter.

Lo que he combatido y lo que me propongo continuar combatiendo es algo distinto. En Puerto Rico confrontamos una situación donde la organización eclesiástica como tal pretende llevar a su grey a los comicios sujeta por «diamantinos lazos» invisibles y empleando para hacerlo recursos sacramentales, reliquias y las más potentes armas disponibles en el arsenal eclesiástico. Concurre a las elecciones casi convertida en partido político en su condición corporativa y en reto abierto a las normas establecidas y a los criterios referentes a la libertad de coacciones en el proceso electoral. Para subrayar la diferencia entre el hombre que lleva su religiosidad a las urnas y los señores obispos que quieren entregar y controlar el voto católico, véase sino la segunda Carta Pastoral. En ella la argumentación episcopal llega a los siguientes extremos:

«Por otro lado, las declaraciones de los obispos no crean ningún pecado nuevo: se limitan a declararlo. De la misma manera que, cuando un juez declara que tal acción es un delito, el juez no crea el delito, sino que meramente lo declara.»

Y, ¿cuál es el pecado?

Los señores obispos continúan sin interrupción: «Díganlo o no los obispos, es pecado actuar en contra de las propias convicciones.»

Pero como el problema radica precisamente

en que las propias convicciones de miles y miles de electores católicos favorecen al partido que los señores obispos proscriben, tales católicos para actuar de acuerdo con sus propias convicciones y todavía obedecer a los señores obispos tendrán que reemplazar unas convicciones por otras. Al hacerlo no incurren en pecado, porque el pecado de desistir de las propias convicciones políticas queda borrado por la acción de obedecer a los señores obispos. Ejemplo notable de escamoteo moral.

Por este camino se desemboca en una estructura única que puede venir a ser la Ginebra de Calvino o la Florencia de Savonarola si prevalece el ardor religioso, o la Rusia de Stalin o la Alemania de Hitler si prevalece el poder político. Mientras tanto se establece una de estas dos alternativas o se disipa por completo la trayectoria en una u otra dirección, se produce una discordia institucional y ciudadana que perturba la vida pacífica. Este es el criterio que prevalece en la avanzada del pensamiento democrático moderno. En su apoyo, cito una de las más destacadas figuras del pensamiento social contemporáneo, el filósofo católico francés Jacques Maritain:

«El clima histórico de la civilización moderna en contraste con la civilización medieval se caracteriza por el hecho de ser una civilización laica o secular, no una civilización sacra... El requisito radical para una sólida cooperación entre la Iglesia y el cuerpo político no es la unidad del cuerpo religioso político como lo era en la República Cristiana de la Edad Media, sino la unidad de la persona humana, quien es simultáneamente miembro del cuerpo político y de la Iglesia si libremente hace su adhesión a ella. La unidad religiosa no es un pre-requisito para la unidad política y hombres adscritos a distintas religiones o aun a criterios no religiosos tienen que compartir y luchar en favor de los mismos bienes políticos o terrenales... Muchas consecuencias se derivan de esta situación:

«Primero: el poder político no es el brazo secular de los poderes espirituales —el cuerpo político es autónomo e independiente de su propia esfera.

«Segundo: la igualdad de todos los miembros del cuerpo político se reconoce como una premisa básica.

«Tercero: la importancia de las fuerzas íntimas operantes en la persona humana en contraste a las fuerzas externas de coacción; la libertad de la conciencia individual frente al Estado; el axioma siempre enseñado por la Iglesia Católica, pero generalmente desatendido por los antiguos príncipes y reyes, que la fe no puede imponerse por la fuerza. Todas estas aseveraciones han llegado a ser más explícitamente que antes, haberes indispensables a la civilización. Hay que hacer especial hincapié en ellos si hemos de escapar los peores peligros de la perversión del cuerpo social y del totalitarismo estatal.»

VII

Un aspecto importante y *tal vez* provechoso de la presente controversia es el que coloca ante la atención pública cuestiones referentes al sentido, alcance y consecuencias de la moral y particularmente de la moral como fuerza inspiradora en la vida pública y privada. Digo *tal vez* para subrayar que no sabemos si este tema va a recibir el tratamiento a fondo que merece o si va a quedar como hasta ahora en la superficie. Hasta ahora el tratamiento que le han dado a este tema tanto los señores obispos como los señores dirigentes de los partidos políticos concernidos, ha sido relativamente trivial.

Trataré de ahondar sobre un extremo de la cuestión. La problemática de la moral pública y la moral privada —que no son sinónimos necesariamente— tienen en uno u otro caso cuestiones de pequeño y de gran alcance. Generalmente prefiero hablar de ética más bien que de moral, porque la etimología griega del vocablo *ethos* tiende a subrayar el aspecto de su vigencia en el interior del hombre, mientras que el vocablo latino *mores* dirige la atención hacia el sentido de costumbres o prácticas vigentes que originariamente tuvo en Roma, las cuales pueden convertirse o no más adelante en normas internas y hasta en leyes.

Aclarado lo anterior, deseo recalcar que esta condición de grande o pequeña ética o moral de diversos niveles de funcionamiento en la jerarquía de los valores, de las comunidades y de los individuos, ha sido objeto de penetrante discusión desde Aristóteles hasta nuestros días. Se han reconocido gradaciones, ámbitos, zonas y hasta criterios de responsabilidad que obligan de manera distinta a las personas o a las comunidades, según la pos-

ción en que se encuentren colocadas en determinado contexto humano. Las obligaciones éticas son distintas en tiempo de guerra o en tiempo de paz, en un convento o en una comunidad de veraneantes, en el caso de un dirigente público o de un individuo particular. El gran sociólogo alemán Max Weber distinguía entre lo que él llamaba «la ética de la responsabilidad» y «la ética de los valores absolutos», dependiendo del grado de compromiso en que se encontraba el individuo de velar y responder por la vida de muchos o si podía comportarse dentro de situaciones exentas de repercusiones multitudinarias. El dirigente público, según Max Weber, viene obligado a imponerse a sí mismo consideraciones de mesura que ponderen y tomen en cuenta y prevean las repercusiones de sus actos sobre la comunidad en general. El individuo particular, el escritor, el filósofo, «el que no escribe sobre la piel de sus súbditos», como decía Catalina de Rusia, opera en un nivel distinto, como puede operar todavía en otro nivel el religioso o el contemplativo en comunicación. El riesgo de la ética de la responsabilidad es el caer en el practicismo y aun en el oportunismo. El riesgo adscrito a la ética de los valores absolutos radica en el peligro de incurrir en la inflexibilidad de la máxima latina *hágase la justicia y destrúyase el cielo*, que constituye en la vida operacional la resuelta posición en que a veces parecen confundirse héroes, mártires y fanáticos.

Ortega distingue entre la ética de las grandes almas —los magnánimos— y las de las personas pequeñas a quienes él llama, cambiando el sentido tradicional del vocablo, los pusilánimes. Max Scheler tiene un penetrante ensayo sobre el resentimiento en la moral, donde distingue entre las fuerzas claras y las fuerzas obscuras que se entrelazan en muchas de las actitudes de autoridad moral. Kant recoge en su imperativo categórico una norma de razón que aspira a constituir en criterio decisivo de conducta: compórtate de manera que si tu proceder alcanzase vigencia universal podría prevalecer la paz entre los hombres.

Pero quien en verdad habló para todos los tiempos con mayor hondura y refrendó aquel hablar suyo con la pureza sagrada y humana que le era consubstancial, fue Jesucristo. Asombra que todavía no se haya invocado su testimonio para esclarecer las bases del correcto proceder humano. Tuvo muchas veces que encontrarse con la moral pequeña, con la insistencia en la letra de la ley que mata y el menosprecio del espíritu que vivifica. Pocas veces se violentó Nuestro Señor. Pero su justa ira relampagueó en verdad cuando tuvo que vérselas con quienes condenaban su cura de enfermos en día santo y los que querían atraparlo en el dilema de si pagaba o no el tributo a Tiberio o los que querían usar para su reino los instrumentos del poder temporal.

He sostenido y sostengo que no corresponde a la Iglesia Católica como tal, ni a ninguna otra Iglesia, en Puerto Rico o en Estados Unidos, el constituirse en juez de los partidos políticos para calificarlos o descalificarlos con arreglo a cuanto se aproximan o distancian de las normas de la moral cristiana. En anteriores artículos he explicado por qué considero impropia una intervención de esta naturaleza. Pero si las Iglesias como tales han de intervenir, si los señores obispos han de imponerse la obligación de medir el contenido de moral cristiana que caracteriza a los partidos políticos, entonces sólo pueden hacerlo con la vara genuina, humana, generosa, de amor y de servicio al semejante que prefirió Jesús, y no con la vara pequeña, estrecha y plegadiza que usaron escribas y fariseos contra El, y El supo repudiar con la divina autoridad de su persona y de su palabra.

Post-scriptum

El pueblo ha respaldado abrumadoramente las disposiciones constitucionales sobre separación de la Iglesia y del Estado. En Puerto Rico y en Estados Unidos. La elección de John F. Kennedy a la presidencia de Estados Unidos elimina la descalificación no escrita que había prevalecido hasta ahora de que ningún miembro de la Iglesia Católica Apostólica Romana podía ser electo a la primera magistratura de Estados Unidos. Con esa eliminación la democracia norteamericana valida sus principios de libertad religiosa y excluye un ingrediente de desasosiego en la normalidad de su vida colectiva. Al mismo tiempo fortalece su autoridad y su prestigio a los ojos de millones de católicos y no católicos a través del mundo y mejora significativamente su posición internacional.

Dos pruebas adicionales de madurez política tendrá que dar Estados Unidos antes de alcanzar a los ojos de sus grandes aliados potenciales la posición moral e intelectual que le corresponde como portaestandarte del mundo democrático: 1.º, tiene que reconocer y hacer vigente tanto en sus valoraciones morales como en sus disposiciones legislativas la esencial igualdad humana. Es de justicia reconocer que en los últimos años Estados Unidos ha adelantado significativamente en esa trayectoria. Pero es de justicia reconocer igualmente que su ordenación social todavía dista muchísimo de haber alcanzado el nivel de solidaridad, entendimiento y afecto que Estados Unidos se debe a sí mismo y sin el cual ni Asia, ni Africa ni Latinoamérica podrán reconocerle rango de ejemplaridad en el desarrollo del ideal democrático; 2.º, la comunidad norteamericana tendrá que aceptar, entender, apreciar y hasta apoyar los esfuerzos sociales, económicos, gubernativos de otras tierras para cambiar los regímenes de explotación que prevalecen en muchas de ellas. Tendrá que comprender que las estructuras económicas vigentes en Estados Unidos corresponden a una realidad histórica distinta a las que prevalecen en otras tierras y que la reivindicación de las clases desvalidas constituye una urgencia inaplazable en las comunidades emergentes de hoy, donde ningún gobierno podrá validarse a sí mismo si no acomete con el mayor denuedo el problema práctico de aprovechar la ciencia y el endoso colectivo para dar cumplimiento a los principios normativos del bienestar general. Nuestra mayor esperanza para lo futuro consiste en que en Estados Unidos se revisen a fondo los supuestos de la responsabilidad contraída por Estados Unidos con la democracia.

La jornada electoral en Puerto Rico constituye una comprobación decisiva de la madurez religiosa, política y social del pueblo de Puerto Rico y de la profunda voluntad de convivencia armoniosa y pacífica que aquí prevalece. El electorado puertorriqueño acaba de otorgar al partido proscrito por los señores obispos el mayor contingente de votos jamás emitido en favor de partido alguno en Puerto Rico. La acción de los católicos en Puerto Rico de desatender la infundada orden taxativa de los señores obispos viene a corresponder a la acción de los protestantes en Estados Unidos de desatender los prejuicios infundados que a través de los siglos habían venido afectando la vida política norteamericana. En Puerto Rico la feligresía no desatendió ningún dogma religioso de la Iglesia Católica. La feligresía rectificó un grave error de juicio de los señores obispos. Que no había problema alguno de dogma religioso quedó plenamente demostrado tan pronto como se esclareció el alcance de la declaración programática en controversia. El Arzobispado creyó propio retener su prohibición eclesiástica no obstante aceptar en principio las manifestaciones del señor gobernador. Su proscripción quedaba en pie por no haber llegado al Arzobispado «por conducto oficial». Esta posición episcopal excluía definitivamente todo conflicto teórico de carácter puramente religioso y hacía descansar la proscripción sobre un punto exclusivamente de carácter protocolario. Mejor que ningún otro argumento ello venía a demostrar el carácter secundario de la cuestión en sí; carácter secundario que de suyo había quedado evidenciado por las reiteradas declaraciones de otros jerarcas de la Iglesia opuestos en lo que a ellos respectaba a pasos tan improcedentes dentro del orden constitucional que establece la separación de la Iglesia y el Estado.

A todos debe complacer y tranquilizar esta determinación colectiva en Estados Unidos y en Puerto Rico. Particularmente a los propios católicos. Debe aceptarse de buena fe y en todo su alcance el veredicto de las urnas. Así podremos dedicarnos de lleno nuevamente a la atención de los ingentes problemas cívicos que nos confrontan y a continuar ininterrumpidamente el esfuerzo por servir a nuestro país con profundo sentido de dedicación, de ciudadanía, de generosidad. Con el concurso y la buena voluntad de todos, sin malevolencia, con aprecio profundo por la esencial solidaridad del pueblo puertorriqueño debemos preservar y fortalecer la convivencia tradicional que acaba de atravesar tan dura prueba.

JAIME BENITEZ

Proceso de una revolución frustrada

POR ALBERTO BAEZA FLORES

«EL INTELECTUAL y guerrillero de treinta y dos años, triunfante hoy, resulta a la vez el hijo espiritual y la culminación de José Martí.» La afirmación editorial de *Cuadernos* en su número 35, marzo-abril de 1959, expresaba vehemente la alegría democrática de un pueblo como el cubano, que vivía una especie de ebriedad jubilosa por la derrota de una feroz tiranía. No era menor la satisfacción de los demócratas del resto de América Latina.

La primera traición

Fidel Castro, en todas sus declaraciones públicas, había acentuado su respetuosa obediencia al legado democrático y antitotalitario del Apóstol de la Libertad de Cuba. En su discurso ante los jueces, tras el fallido asalto al Cuartel Moncada, proclamó nada menos que aquellos jóvenes valerosos constituían la «generación del centenario de José Martí». Afirmó, patéticamente, que el inspirador y responsable intelectual de la acción contra la tiranía era esa figura de apostolado extraordinario caída en la acción de Dos Ríos el 19 de mayo de 1895.

Las cartas que leí, salidas de la prisión de Isla de Pinos y escritas con apasionada llamarada martiana por Fidel Castro, reafirmaban su ansia de subrayar su devoción martiana como para que le fueran perdonadas las estériles y agrias imágenes del Fidel Castro integrante de los grupos llamados «del gatillo alegre», en los días universitarios en los que perteneció a la UIR (Unión Insurreccional Revolucionaria) que tenía mucho de insurreccional y poco o nada de revolucionaria y que aplicaba métodos de asalto anarquistas para provecho de los miembros del clan y no para un ideal político de regeneración social.

El Fidel Castro que cumplía prisión política parecía un hombre en quien el dolor propio y ajeno habían sido filtro purificador de antiguas y lamentables faltas. El pueblo cubano, siempre generoso, lo comprendió así y ayudó con mantenida abnegación a la campaña que, al cabo de unos meses, pudo abrir las puertas de las cárceles a los presos políticos tanto civiles como militares.

Cuando entrevisté a Fidel Castro me habló con palabras que glosaban el ideario de Martí. Sus gestos querían recalcar cierto ademán martiano. Su pasión democrática parecía muy sincera. Emocionado le dediqué un ejemplar de mi *Vida de José Martí, el hombre íntimo y el hombre público*. Días después partió a México y a fines de 1956 estaba en la Sierra Maestra. Antes, para acentuar su devoción a Martí, recorrió la ruta de proselitismo martiano en Estados Unidos: Nueva York, el sur floridano, Tampa y Cayo Hueso.

Era muy difícil poder imaginar que todo aquello obedecía a una muy bien calculada demagogia. El pueblo cubano creyó en la sinceridad de su ideario democrático. Era demasiado monstruoso admitir una simulación martiana para engañar a un pueblo noble y cariñoso, abnegado y sentimental.

Cuadernos reprodujo en lugar preferente palabras del propio Fidel Castro escritas desde

la Sierra Maestra, con las que prometía al pueblo y a la democracia «guardar —como el legado más precioso de sus libertadores— la tradición civilista que se inició en la misma gesta emancipadora». El ensayo de Jorge Mañach era justo y generoso, objetivo y movido por la fe que tenía el pueblo de Cuba en que la revolución, que tanta sangre y tantos mártires había costado, cuajaría en la profunda práctica del ideario democrático que, a través de todos los pronunciamientos y compromisos de todos los sectores participantes en la revolución cubana, se había gestado. Esta revolución era tan celosa de su destino y de su futuro que para que los medios correspondieran a un noble y absoluto fin democrático los comunistas cubanos, representativos del totalitarismo, fueron excluídos de todos los compromisos y juntas revolucionarios, desde el comienzo de la lucha contra la tiranía de Batista: desde el pacto suscrito en Montreal, en los inicios coordinados de la acción revolucionaria hasta el pacto de unidad suscrito en Caracas, meses antes de la derrota final de Batista. Había una razón más para la total exclusión de los comunistas (que en Cuba se hacen llamar desde hace unos años «socialistas-populares»): su pacto formal con el general Batista, que se mantuvo desde 1938 hasta 1946, y a quien le son deudores en modo sumo. Batista los llevó a su gabinete cuando la segunda guerra mundial, después de haberlos utilizado como ariete contra la socialdemocracia cubana, representada por el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) muy especialmente.

Para mayor disimulo, Fidel Castro había ingresado en un partido socialdemócrata: el Partido del Pueblo Cubano, del que fue líder un antitotalitario y un predicador de la moral civil: Eduardo R. Chibás.

Fidel Castro y su «Movimiento 26 de Julio», representaban sólo un sector de la lucha armada contra la tiranía de Batista. La «Organización Auténtica» era la expresión combatiente del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), el «Directorio Revolucionario» aglutinaba a los muchachos de la Federación Estudiantil Universitaria y a sectores socialdemócratas de acción revolucionaria. El «Frente Cívico Revolucionario» coordinó una importante serie de factores de la lucha en los poblados y ciudades. Si Fidel Castro recibió una atención preferente, con perjuicio de los otros factores de la lucha contra la tiranía, fue porque se quería premiar su gallardía inicial y porque el «Movimiento 26 de Julio» poseía una indudable base democrática, a través de grandes figuras sustentadoras de la lucha de las sierras: Frank País y René Ramos Latour en Santiago de Cuba; el Dr. Faustino Pérez y el ingeniero Manuel Ray en La Habana; el profesor Mario Llerena —intachable demócrata— presidía el comité del exilio. Sin el apoyo generoso de las ciudades, la lucha en las sierras hubiera sido imposible. Hacia las acciones de las guerrillas de Castro fue desviada la propaganda dentro y fuera de Cuba, y así Fidel Castro se vio convertido en héroe, fotografiado por las cámaras de la Columbia Broadcasting System en el picacho más alto de la Sierra Maestra, entrevistado por corresponsales de los grandes rotativos norteamericanos, que subieron las estribaciones de la Sierra con sus cámaras fotográficas y sus libretas de apuntes. Su voz y su imagen fueron proyectadas de costa a costa en Estados Unidos. Sus declaraciones vieron la luz pública en millones y millones de ejemplares. Nunca una guerra de guerrillas movió más toneladas de propaganda; nunca cayeron más muertos anónimos en las ciudades y en los llanos, para que la empresa de las sierras fuera posible.

El segundo engaño a la democracia

Durante la reunión del Congreso por la Libertad de la Cultura efectuada en París del 23 al 25 de enero de 1959, se adoptó una resolución unánime que, al propio tiempo que declaraba la honda satisfacción con que había visto la caída del régimen de Batista, expresaba la sincera esperanza «de que el pueblo cubano establecerá el imperio de la ley y dará cima a la construcción de una sociedad libre y democrática». Era también la profunda esperanza de todo el pueblo cubano, cansado de siete años de dictadura militar-batistiana y anheloso de recuperar el ritmo institucional democrático que el general rompió de un tajo en la madrugada del 10 de marzo de 1952.

En los acuerdos firmados por la «Junta de Liberación Cubana» en Miami, el 15 de oc-

B.D.I.C

tubre de 1957, se estableció en su base IV la «constitución de un gobierno provisional que presida las elecciones que habrán de convocarse en el más breve plazo posible». En su base VI se acordó «restablecer el régimen democrático y la normalidad, en estricto cumplimiento de la Constitución de 1940». Las declaraciones del 20 de julio de 1958 del «Frente Cívico Revolucionario de Cuba» acentuaban para el futuro cubano «el procedimiento constitucional y democrático».

Una y otra vez Fidel Castro prometió el acatamiento a la Constitución democrática de 1940, producto de la experiencia revolucionaria y social de la lucha contra la tiranía de Machado, y la práctica de la libertad y la democracia.

En el juicio por los sucesos del Cuartel Moncada, afirmó el 16 de octubre de 1953 que en caso de triunfar «la primera ley revolucionaria devolvería al pueblo la soberanía y proclamaría la Constitución de 1940 como la verdadera Ley suprema del Estado». En su llamamiento desde la Sierra Maestra, el 12 de julio de 1957, afirmó: «Las elecciones deben ser presididas por un gobierno provisional, neutral, con el respaldo de todos, para propiciar la paz y conducir al país a la normalidad democrática y constitucional.» En su base VII, «bajo formal promesa», se comprometió a que «el gobierno provisional celebrará elecciones generales para todos los cargos del Estado, las provincias y los municipios, en el término de un año, bajo las normas de la Constitución del 40 y el Código electoral del 42, y entregará el poder inmeditamente al candidato que resulte electo».

Al palpar que la opinión pública cubana demandaba una solución democrática, por la cual había luchado y sufrido en la conquista de la libertad, Castro no pudo menos que prometer solemnemente ante todo el pueblo, el 8 de enero de 1959, en la noche simbólica de su primera intervención pública desde La Habana, que el Gobierno provisional constituído celebraría elecciones. El 10 de enero reiteró, a través de su comparecencia en la televisión en el programa «Ante la prensa»: «Las elecciones se celebrarán en un plazo de dieciocho meses y los partidos políticos se reorganizarán entre ocho y diez meses.»

¿Cabía dudar del cumplimiento de promesas democráticas tan reiteradas y solemnes? La democracia cubana creía estar hablando con un demócrata. Para acentuar el sentido democrático, cristiano y humanista de la revolución triunfante hacía notar Fidel Castro, de modo muy ostensible, que siempre llevaba colgada al cuello una medalla de la Virgen de la Caridad, la Patrona del pueblo de Cuba, imagen en la cual el cubano —frívolo en la superficie y religioso y místico en el fondo— ha depositado su fervor. Castro hizo que sus guerrilleros barbudos lucieran imágenes religiosas, medallas sagradas, símbolos de fe cristiana. A algunos debió parecerles ese ejército verde-olivo de melenudos campesinos con escapularios, no el de los guerrilleros antibatistianos, sino parte de la masa humana que se lanzó a la conquista del Santo Sepulcro en la Edad Media.

¿Podía imaginar el pueblo de Cuba que cuando Castro mostraba su medallita católica ante las cámaras de televisión estaba recurriendo al gesto de Stalin que, tras haber ordenado asesinar a Kirov, el líder del Partido Comunista en Leningrado, de cuya popularidad estaba celoso Stalin, cual comediante se inclinó para besar con gesto conmovido el cadáver de la víctima de la N.K.V.D.?

¿Podían los cubanos, en la sana alegría del triunfo de la revolución, suponer que Castro había recurrido a la escenificación de una gran comedia de pseudoreligiosidad y que debajo de aquellos escapularios palpitaban odios de «camaradas» ateos, de acuerdo con las prácticas y teorías del marxismo-leninismo? No todos formaban parte de la comedia preparada por el Partido Comunista (Socialista Popular), pero muchos escondían su «militancia» totalitaria detrás de los símbolos de la fe de un pueblo sano.

La democracia cubana se derrumba

El Presidente provisional era un magistrado que, cuando la tiranía, sostuvo la tesis de que los muchachos acusados como insurreccionales cumplían con el deber cívico de querer el imperio de la democracia garantizado por la Constitución de 1940. El magistrado don Manuel Urrutia Lleó no era un politiquero al uso. El primer ministro del gabinete de la victoria era un hombre que ofrecía la garantía de una brillante ejecutoria al servicio de la democracia cubana: el presidente del Co-

legio de Abogados, José Miró Cardona, secretario de la Sociedad de Amigos de la República, incansable forjador de la unidad cívica contra la tiranía. Las Relaciones Exteriores estaban en manos del democrático profesor de sociología Roberto Agramonte. Los ministerios de Gobernación, Obras Públicas y Recuperación de Bienes estaban a cargo de personas a las que se estimaba de responsabilidad democrática: Luis Orlando Rodríguez, Manuel Ray y Faustino Pérez —un periodista, un ingeniero y un médico—. El ministerio de Hacienda tenía a su frente a otro demócrata: Rufo López Fresquet. El Banco Nacional se hallaba presidido por el economista Felipe Pazos, honrado revolucionario, técnico de prestigio y demócrata convencido. Los ministerios de Bienestar Social y de Salubridad eran orientados por la doctora Elena Mederos y el Dr. Martínez Páez, dos figuras de espíritu socialdemócrata. Se advertía la ausencia de figuras de la «Organización Auténtica», el otro sector de la socialdemocracia, pero se estimaba que se quería dar oportunidad de servicio civil revolucionario a hombres del ala izquierda de la socialdemocracia chibasista (Partido del Pueblo Cubano) y del nuevo «Movimiento 26 de Julio». El «Directorio Revolucionario» se mantenía como una reserva. Este era el cuadro político cubano de los primeros días, y nada hacía sospechar que se trataba de una casa minada por la influencia de Fidel Castro y su equipo totalitario.

Interesa al futuro de la democracia latinoamericana saber cómo, desde cuándo y en qué forma fue posible la penetración por el comunismo en una revolución cuyos ideales y objetivos eran antitotalitarios.

La maniobra pudiera tener varios símiles: la escena, referida por Homero, de la estratagema del Caballo de Troya, que introducido en la ciudad sitiada produjo un inesperado cambio de la situación; la técnica que en la lucha de guerrillas se llama «paso de minueto» o sea la breve aproximación y el rápido y elegante retroceso; el quehacer de las dos cuchillas de una tijera o, simplemente, el juego de magia teatral que permite al prestidigitador sacar conejos de un sombrero, flores de la boca de un espectador asombrado y, finalmente, una serie de banderas que luego extiende sobre el escenario.

La sustitución del equipo democrático la hicieron Fidel Castro y el Partido Comunista (Socialista Popular) en un movimiento de cámara lenta. Para que fuera posible el desplazamiento, los fusiles-ametralladores sirvieron de palanca. Fidel Castro se hizo nombrar jefe supremo del poder bélico triunfante. Su hermano Raúl —entrenado tras la cortina de hierro— y Ernesto Guevara, vehemente marxista argentino que venía de participar en las luchas finales en favor de la Guatemala de Arbenz, recibieron el control militar de Santiago de Cuba y de la Fortaleza de la Cabaña en La Habana. Ambos sincronizaron los baños de sangre de acuerdo con las recetas stalinistas. Bajo la acusación de «batistianos» fueron asesinados hombres que no habían participado en los crímenes de la dictadura, pero que para el equipo de Castro tenían una culpa mucho mayor; poseían los secretos de la penetración comunista en Cuba y en otros países de América Latina. Así fueron fusilados el teniente Castaño y ahorcados o asesinados varios de sus colaboradores.

Un viejo militante comunista —Félix Torres— fue designado como jefe de la provincia de las Villas. Otros miembros del Partido Comunista —como Armando Acosta, Rafael Pernas, Ramiro Valdés, Manuel Piñeiro— fueron situados en puestos claves del poder armado y de los cuerpos represivos. Y otros recibieron instrucciones para colocarse como peligrosos vigilantes de los que debían ser adoctrinados.

Secretamente fueron enviados algunos a Moscú, para cumplir instrucciones especiales. De nada de esto se informó al pueblo. Los «viajeros» fueron enviados con una discreción silenciosa. A un leal militante comunista —Augusto Martínez Sánchez— se le entregó el ministerio de Defensa, Raúl Castro sería nombrado jefe de las Fuerzas Armadas y, más tarde, reemplazaría a Martínez Sánchez como ministro de Defensa Nacional.

El desplazamiento de los cuadros democráticos dentro del régimen adquirió un ritmo acelerado. El primero en ser substituído fue el primer ministro Dr. Miró Cardona. Quien le sucedió fue Fidel Castro. Uno a uno fueron siendo reemplazados por militantes comunistas encubiertos, o por incondicionales del Partido Comunista. Pronto existiría tan sólo un gabinete absolutamente militar castrista para ironía de los juramentos de Castro en la Sierra Maestra: «¡Ni Junta militar, ni Go-

bierno títere juguete de militares! ¡Los civiles a gobernar con decencia y honradez, los soldados a sus cuarteles, y cada cual a cumplir con su deber!» Esa promesa de Castro, suscrita el 14 de diciembre de 1957, fue reproducida por *Cuadernos* en la página 6 del número 35. Y esa promesa fue burlada por Castro, que envió a los civiles a las prisiones y cuarteles, al exilio o a la clandestinidad y situó en los cargos públicos a los militantes de su ejército, previa depuración rigurosa donde cayeron el jefe de la Aviación, el jefe de la provincia de Camaguey, y los oficiales y soldados revolucionarios no comunistas.

Para sellar su maniobra, el Partido Comunista provocó, a través de Castro, el reemplazo del Presidente provisional, magistrado Manuel Urrutia, por el abogado Osvaldo Dorticós, que militó en la filial del Partido Comunista de Cienfuegos y fue, un tiempo, secretario particular del presidente del Partido Comunista Cubano, el profesor Juan Marinello. El magistrado Urrutia fue empujado por Castro y su ejército cuando el Dr. Urrutia formuló declaraciones públicas contra el comunismo. (Fue la razón por la cual fueron reemplazados el Comandante Díaz Lanz en las Fuerzas Aéreas Revolucionarias y el Comandante Hubert Matos, jefe provincial de Camaguey, y sus oficiales.)

El nuevo caballo de Troya

¿Cómo fue posible la jugada maestra del Caballo de Troya a vista y paciencia del pueblo de Cuba y de América Latina?

Castro tuvo en cuenta todas las experiencias de la maniobra del Partido Comunista en Polonia, en Checoeslovaquia, en Hungría, en Albania, en Alemania Oriental. En aquellas naciones la Unión Soviética burló todos los compromisos y acuerdos de elecciones libres y sólo hizo valer la autoridad del Partido Comunista con el apoyo del Ejército Rojo de ocupación. Castro no poseía Ejército Rojo capaz de apoyarlo, pero desde los días de la Sierra Maestra fue procurando crear los cuadros y, en esto, Raúl Castro y Ernesto Guevara fueron elementos fundamentales. Con una gran dosis demagógica, para entretener al pueblo con promesas y juramentos de su no comunismo, Fidel Castro logró crear, en un plazo breve, un verdadero Ejército Rojo. Con él —y con nuevas promesas de que su régimen no era comunista— se adueñó de todos los controles del Estado y pudo imponer la voluntad de un solo partido: el Partido Socialista Popular o Comunista. Su objetivo: la penetración de América Latina desde esa Isla en forma de caimán o portaaviones que es Cuba. El plan de romper la retaguardia de Estados Unidos, de acuerdo con la hábil estratagema del Kremlin, empezó a cumplirse a través del régimen de Fidel Castro.

La consigna «Cuba sí, yanquis no» estaba enderezada a servir al imperialismo soviético entre gritos contra el «imperialismo norteamericano». La consigna fue difundida a toda América Latina, junto a propaganda, instrucciones para huelgas, insurrecciones parciales, motines y manifestaciones contra los gobiernos democráticos de los presidentes Rómulo Betancourt, Arturo Frondizi, Jorge Alessandri Rodríguez y Adolfo López Mateos. En esta forma se lanzó la operación de agitación interna, a través de las minorías controladas por los comunistas de Venezuela, Argentina, Chile y México. Castro se encargó de la agitación mediante expediciones y salidas de territorio cubano, en toda la amplia cuenca del Caribe. Los objetivos fueron dirigidos, indistintamente, sobre regímenes democráticos como el de Panamá, o contra dictaduras como la de Trujillo en la República Dominicana, que es una amenaza constante para Centroamérica. El objetivo de Kruschef, servido por Castro en América Latina, era en 1959 y es aún similar al de Stalin con motivo del Plan quinquenal. El Komintern lanzó una serie de «operaciones huelguísticas», agresivas, distorsionadoras tanto en Europa como en América Latina, destinadas a romper el ritmo de la economía del mundo occidental y permitir ganar tiempo en la industrialización soviética atrasada. Mientras los barcos mercantes se detenían, a través de las consignas del Komintern operadas desde Hamburgo, en el mismo año 1931 la escuadra chilena se sublevaba en el puerto de Coquimbo. Mientras se preparaba la agitación en Brasil, se impartían consignas dentro de Estados Unidos y se organizaban en todos los países, sujetos a la economía de Occidente, huelgas y desfiles, así como una permanente agitación social, movida con habilidad por los correos del Komintern y los activistas impetuosos de los distintos países.

Kruschef necesita ahora, como Stalin antes, una permanente agitación para que la economía occidental pierda el paso. Kruschef pretende que la convulsión provocada dentro del mundo occidental le permita ganar tiempo para el Plan septenal, anunciado al pueblo ruso como una anestesia. Castro sirve así a Moscú en esa maniobra de distorsión, de amago constante a la retaguardia de la nación poseedora del mayor arsenal para la defensa de la democracia.

La traición de Castro para colocar la revolución cubana en la órbita soviética es, además, una traición al mundo occidental, a los principios de libertad, a los ideales de la democracia, a los objetivos institucionales y de justicia social verdadera —no totalitaria— con que se plasmó y se realizó la revolución.

Bandera y denuncia

El Frente Revolucionario Democrático ha coordinado —como la más poderosa y efectiva unión— el rescate de la revolución traicionada. La socialdemocracia del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) y la Organización Auténtica están representadas a través del Dr. Manuel Antonio de Varona, ex ministro y presidente del Senado en la etapa democrática; el Movimiento Democrático Cristiano de Cuba ha ido con su presidente, el profesor José Ignacio Rasco; el movimiento antibatistiano conocido como «Montecristi» está representado por el Dr. Justo Carrillo, ex jefe de las oficinas de Asuntos Económicos y del Banco de Fomento Agrario Industrial, creación de la etapa democrática de Cuba para la diversificación agraria y la industrialización del país; a los grupos de los oficiales del Ejército Rebelde de Castro que se opusieron al comunismo, los representa el teniente Manuel Artime Buesa, 2.° jefe de la Zona-0-22 del Instituto de la Reforma Agraria bajo Castro. El jefe de la «Triple A», organización clandestina que luchó contra la tiranía de Batista, el ex ministro de Educación y Relaciones Exteriores en la etapa democrática, el catedrático Aureliano Sánchez Arango y el presidente de la Asamblea Nacional de Colonos de Cuba, Ricardo Sardiñaz, completan los diversos sectores representados en el Frente. En toda América Latina ese Frente mantiene la coordinación de la ayuda a la democracia cubana.

La Sección informativa en México, que orienta el Dr. Rolando de Rojas, uno de los activos combatientes contra el régimen tiránico de Batista y miembro del «Movimiento 26 de Julio», traicionado por Castro, editó una amplia denuncia de las agresiones a la revolución cubana por el régimen de Fidel Castro.

Tomo algunos hechos solamente, para cerrar este recuento.

En el orden político interno: suspensión del derecho de «Habeas corpus», creación del delito de «opinión» o «contrarrevolucionario» que el régimen de Castro pena con el fusilamiento, la cárcel, la confiscación y la difamación a todos los que disientan de los criterios del gobierno o realicen manifestaciones «anticomunistas»; leyes penales con efectos retroactivos, suspensión de la independencia del poder judicial, violación sistemática de la correspondencia postal, desconocimiento del derecho de la inviolabilidad del domicilio, control por el Estado de todos los medios de difusión y expresión mediante la ocupación por la fuerza de talleres y redacciones de periódicos, de centros de radio y televisión; establecimiento de un Estado policíaco, con más de veinte mil presos políticos, suspensión de todos los partidos políticos con excepción del Partido Comunista (Socialista Popular), mantenimiento de los organismos represivos de la tiranía de Batista y creación de nuevos departamentos de policía política como el G-2, ocupación por la fuerza de los colegios profesionales, tales como el de abogados, el de contadores, el médico, el de periodistas, etc.; medidas restrictivas y prohibitivas para la salida del país al estilo de la cortina de hierro —límite máximo de sesenta dólares sólo para personas adultas y por una vez al año para salir de Cuba por cualquier motivo—, limitación del dinero para la compra de pasajes a una suma que sólo permite viajes cortos, permisos indispensables de la policía política, que puede negar o no, sin mayor apelación, la salida del país; restricciones para los profesionales técnicos consistentes en la prohibición absoluta para salir del país; intentos de destruir la Iglesia católica, intimidando al clero y a los feligreses, acusando y encarcelando sacerdotes.

En el orden político externo: desprecio del régimen de Castro hacia la Organización

B.D.I.C

los Estados Americanos, como se pudo comprobar en la reunión de San José de Costa Rica; denuncia e incumplimiento de los tratados internacionales, como el Tratado de Río de Janeiro y el Pacto anticomunista de Caracas; incumplimiento del derecho de asilo, dificultando hasta lo increíble, tanto la posibilidad de asilarse como los salvoconductos a los asilados políticos; pacto político militar y económico con el bloque de naciones comunistas; adoctrinamiento político en Cuba mediante los «técnicos» comunistas llegados en número de millares desde los países situados detrás de la cortina de hierro y desde los partidos comunistas de América Latina; propaganda comunista en toda América Latina a través de los representantes diplomáticos y consulares del régimen de Castro, lo que ha provocado muy serios incidentes; plan de la revolución comunista en Iberoamérica, con base en Cuba.

En el orden laboral: control absoluto por el ministerio del Trabajo de los nuevos nombramientos en todos los centros laborales; abusivas y desmedidas contribuciones forzosas al Estado sobre los salarios de los trabajadores; supresión del derecho de huelga; purgas y encarcelamiento de dirigentes sindicales; destrucción de la unidad obrera y de la Confederación de Trabajadores de Cuba; violación de la jornada máxima de ocho horas; violación del derecho de contratación colectiva independiente y del derecho de inamovilidad; rebaja del jornal a los obreros.

En el orden económico: manejo de la hacienda pública sin ley o presupuesto alguno; malversación de los fondos del Estado; transferencias clandestinas por más de ciento cincuenta millones de dólares a cuentas privadas de Bancos de Suiza; confiscación de capitales bancarios, nacionales y extranjeros; destrucción del poder adquisitivo del peso cubano; abolición de la propiedad privada; incautación de empresas tanto nacionales como extranjeras; apropiación de la tierra sin ajuste a la ley agraria y engaño a los campesinos entregándoles títulos agrarios de posesorio en vez de títulos de propiedad sobre la tierra; rebaja de sueldos y del «standard» de vida del pueblo cubano, ruina económica del país.

En el orden educativo: introducción del adoctrinamiento marxista en las escuelas públicas del país; conversión de la bicentenaria Universidad de La Habana en centro de adoctrinamiento comunista, imponiendo los criterios oficiales marxistas a las organizaciones estudiantiles y a las autoridades académicas profesorales; supresión de la autonomía universitaria y expulsión de profesores y estudiantes discrepantes del adoctrinamiento; destitución de los claustros de profesores y del Consejo Universitario por grupos de estudiantes marxistas a espaldas de la mayoría, y designación en su lugar de una llamada Junta Superior de Reforma, que, bajo el pretexto de una reforma universitaria e integrada por profesores comunistas, convierte a la Universidad de La Habana en una institución marxista; anulación de las leyes de reválida para poder designar en la Universidad a comunistas de otros países en lugar de los profesores expulsados y de los que han renunciado a sus cátedras; imposición en la Federación Estudiantil Universitaria de dirigentes militares; formación de milicias universitarias compuestas por elementos ajenos a la clase estudiantil universitaria para establecer la coacción y el adoctrinamiento.

Y aún más...

Este es un recuento esquemático. Mucho más pudiera agregar. Nunca América Latina conoció un régimen más despiadado de tortura a los presos políticos como el de Castro. Sería necesario retroceder a los métodos de la G.P.U., de la N.K.V.D., a la Rusia de Stalin y a la Hungría de Kadar. Nunca América Latina había conocido los «lavados de cerebro colectivos» como bajo Castro. Sería necesario volver los ojos hacia la China roja de Mao Tse-tung. Nunca América Latina estuvo más amenazada por una maniobra extracontinental que intenta una doble guerra —la «guerra psicológica» y la «batalla agresiva»— para descabezar la libertad en el Continente, aislar a Estados Unidos y convertir la «coexistencia pacífica» de Kruschef en la agresión violenta totalitaria. Nunca un país como Cuba estuvo más peligrosa y poderosamente armado por una potencia totalitaria. La futura libertad del Continente depende de la solución que tenga el caso de la Cuba totalitaria de Castro, o sea la revolución traicionada.

ALBERTO BAEZA FLORES

Fines y problemas de la Universidad latinoamericana

POR JULIO LARREA

LA DEFINICIÓN DE FINES está uniendo a las Universidades de América Latina en un todo regional y, al mismo tiempo, constituye la identificación, en lineamentos grandes, con la Universidad mundial: conservar los conocimientos y la cultura adquirida; transmitirlos y vulgarizarlos por medio de la docencia propiamente universitaria o de la extensión universitaria; facilitar los medios o instrumentos necesarios para conservar, impartir y ampliar conocimientos; aumentar el caudal de éstos por medio de la investigación y los Altos Estudios. En esta última actividad tiene razón el Dr. Houssay: no cabe otra intervención que la del técnico. Para Luis Alberto Sánchez, ex rector de la Universidad de San Marcos de Lima, debería existir una finalidad más: «defender los conocimientos y la cultura que se hayan adquirido». Esta defensa debe ser efectiva, según Sánchez, frente al totalitarismo de verdad y a la democracia de palabra.

Roberto Agramonte, ex rector de la Universidad de La Habana, no se refiere tan sólo a los conocimientos sino a la Universidad como institución del saber. Aclara que el saber no consiste en conocer muchas cosas ni en poseer muchos datos de éstas, ni ser erudito, sino en tener una comprensión viva de las cosas, ya que se puede saber muchas cosas y no comprender nada. Sabio es por eso el emotivo profundo. Saber es haber dirigido y vivido tan bien un caudal de conocimientos o doctrinas, que se llega a ignorar las fuentes de donde procede ese saber, que, por haberse tamizado tanto, se ha convertido en un saber-experiencia. Saber es estar orientado en el mundo de las ideas y en el de la realidad, que el que posee ese saber posee con él un método superior y propio de intuir el sentido de las cosas —saber de sentido—. Pero el saber es también una actitud ética. Ser sabio es saber elegir el camino que lleva al hombre a la paz interior, a la ausencia de contradicción consigo mismo, a la plena unidad de su vida, aunque por ese camino encuentre un positivo padecer. Uno de los más importantes procesos de desarrollo de las Universidades de América Latina, allí donde hay profesores auténticos, es el reemplazo del suministro de conocimientos muertos por un saber que es orientación en el mundo de las ideas y en el de la realidad.

En las Universidades que han introducido reformas hondas, la definición de los fines ha ocupado siempre un lugar de primera importancia. En la reforma universitaria argentina de 1918, originada en la ciudad de Córdoba, sin duda, el punto de partida para la reforma universitaria latinoamericana, el replanteamiento de fines fue el fundamento de ella. Alejandro Korn, el pensador argentino que propició la reforma, respetó la ciencia, pero señaló sus lindes en la comprensión de los fines. Korn afirmó que la ciencia contribuye a emanciparnos de las fuerzas ciegas de la naturaleza, «destinadas a servirnos y no mandarnos», y que con la ciencia convertida en técnica no avanzamos necesariamente, sino que estamos en condiciones de avanzar, hacia

la consecución de nuestra libertad económica. Pero la ciencia es solamente la interpretación cuantiosa de la realidad: la ciencia abarca un aspecto de lo real. La Universidad no puede ser concebida sin la cultura. Y la cultura, sin la educación. La reforma universitaria ha culminado, en una u otra manera, en una empresa educativa real y ancha.

La Universidad, cuyo prístino sentido es el de agrupación de gente heterogénea para fines de estudio, desempeña papel fundamental en la vida moderna. Acrece esto en países incipientes como los de América Latina. Ella es crisol de juventudes. No hay que dar a la palabra juventud el estrecho sentido biológico de promociones de hombres de igual y corta edad. Se es joven cuando se respira a sabor un ambiente determinado. Cuando ese aire se vuelve molesto, irrespirable por muy oxigenado, es que los pulmones no responden; se ha dejado de ser joven. Para distinguir las juventudes auténticas de las fingidas, vale primordialmente la Universidad latinoamericana. Al cumplir sus fines, la Universidad escalona las generaciones, construyendo un equipo de ideas con el cual esos grupos humanos actúan en la respectiva historia nacional, dándole contenido o despeñándola.

No es posible negar que la Universidad está en crisis en América Latina, como lo está, en diferente medida, en el mundo. La crisis indica que los fines son cumplidos deficientemente o que no son los que corresponden a la época actual. Lo que dijo Gregorio Marañón hace muchos años tiene vigencia hoy: «Es cierto que la Universidad se hunde. Se hunde en todo el mundo, envuelta en las mismas culpas y en las mismas responsabilidades que los Estados, a los cuales, antes que a la cultura, sirven.» Esto es revelador, y por si fuera poco, confrontémoslo con la investigación que plantea Alfredo Colmo, el sociólogo argentino, sobre la eficacia de la formación universitaria. En ella llega a comprobar que la mayoría de los hombres que tuvieron o tienen influencia cultural de amplio radio y de profunda repercusión en Argentina, son de formación no universitaria: Sarmiento, Mitre, Ameghino y otros.

Agrega Marañón que «el verdadero acopio de conocimientos y de experiencia es obra individual y extrauniversitaria que el estudiante tiene que hacer por su iniciativa y por su cuenta. Sin contar cuando hay que dedicar gran parte de este tiempo y de este entusiasmo a deshacer los resabios que han dejado en la ideología y en la técnica pedagógica los malos profesores».

Finalidad de la Universidad es la de afirmar nacionalidades y la de vincularlas con el continente y el mundo. Como decía Unamuno, «el desarrollo del amor al campanario sólo es fecundo y sano cuando va de par con el desarrollo del amor a la patria universal humana; de la fusión de estos dos amores, sensitivo sobre todo el uno, y el otro sobre todo intelectual, flota el verdadero amor patrio».

Saber qué produce cada país latinoamericano, qué es capaz de producir, cuáles son las fuentes de la riqueza que no aprovechamos o aprovechamos mal, es uno de tantos fines de la Universidad de nuestro tiempo. Investigar las condiciones sociales y planear soluciones jurídicas. Observar los estados de tensión entre grupos y clases y contribuir a su aglutinación nacional. Inclinar a los jóvenes hacia los ideales democráticos y americanos. Preparar a cada pueblo para la libertad política.

La Universidad latinoamericana tiene deberes para con el perfeccionamiento de la democracia en América y responsabilidades con la unidad de los pueblos. Esa unidad que para Europa ha sido el sueño de siglos y una utopía que engendró tantos y deleznables afanes imperialistas, hasta hundirla en un mar fragoroso de sangre y desolación, para América es realidad histórica y un ideal. En la realización de la libertad, América fue una sola, y la unidad es su destino. Para el general San Martín, la suerte de los pueblos hermanos era indivisible de la suerte de su patria. «Mi patria es toda la América», dijo en carta de 1819.

Problemas del gobierno universitario

Los que miran todo desde el punto de vista europeo sostienen que nuestra Universidad, por hallarse dentro de la órbita occidental, debe seguir el modelo de las de Inglaterra, Francia y Alemania. Los que quieren seguir el patrón norteamericano piensan a su turno igual. Las Universidades no pueden cumplir fines de formación nacional sino en función de los influjos propios y no por medio de imitaciones incondicionales. Lo cierto es

que las Universidades latinoamericanas tienen sus características, aunque varias de éstas necesitan ser mejoradas en unos países más que en otros. Por ejemplo, con respecto al gobierno: gobierno desde fuera y gobierno desde dentro. Además, el panorama universitario latinoamericano no es tan homogéneo como pudiera creerse a primera vista. Algunas características son claramente explicables, si bien admiten objeciones en la misma América Latina. Por ejemplo, con respecto a la participación de los estudiantes en el gobierno universitario, el Dr. Bernardo Houssay (Premio Nóbel de Ciencia), decía en la Universidad de Buenos Aires, a los pocos días del derrocamiento de Perón (a comienzos de diciembre de 1955, para ser más exactos), que la participación estudiantil en el gobierno universitario es incompatible con el desarrollo de la investigación. Y es verdad, aunque no en todos los campos.

Juan Gómez Millas, rector de la Universidad de Chile, al considerar los extremismos en la intervención de los estudiantes en el gobierno universitario —y con los extremismos la exageración y el desvío—, dice: «No olvidéis que en algunas Universidades, la juventud equivocadamante conducida, impuso por la violencia normas y sistemas que creía útiles y justos frente a autoridades ciegas o altaneras, y hoy, aquellas Universidades en donde estas cosas ocurrieron, cosechan las consecuencias de esos errores y violencias compartidos; pues, paralizada en su esencia la vida espiritual universitaria, no pudo resistir más tarde con eficacia la intervención de fuerzas superiores y la juventud, carente de la tradición interna de la comunidad universitaria, ha sido impotente para luchar con unidad y decisión por la libertad que ella misma destruyó y por una vida que ella misma deterioró.» En realidad, intereses y preocupaciones extrauniversitarios se impusieron y la casa del espíritu, el templo hacia el cual deben dirigirse nuestras miradas, quedó convertido en escuela muerta, de un profesionalismo egoísta sin espíritu y sin vigor para dar vida y defender la verdadera libertad juvenil y creadora.

La autonomía universitaria es otro de los grandes y palpitantes problemas relativos al gobierno universitario. La autonomía no es una conquista reciente. Desde el Virreinato, nuestras Universidades disfrutaron de los fueros de la de Salamanca, con una peque restricción inicial: referente a la exención impuestos a sus miembros. Pudo ser, co fue, semillero de tendencias liberales y aun la independencia política. Un crecido núme de próceres de la emancipación america salió de los claustros universitarios en di rentes partes del Continente. Por lo común Universidad, en especial su alumnado, tom parte activa en los movimientos políticos d siglo XIX y en el XX adopta posiciones los conflictos sociales. Su definición, con afirma Luis Alberto Sánchez, uno de los m notables escritores de América Latina, f definición liberal, antiimperialista, predem crática, antitotalitaria. Sin embargo, a m nudo, el Estado se hallaba en manos de dictador. A su turno, la Universidad reci la mayor parte de sus fondos por el pres puesto fiscal. He aquí una antinomia ap rente: dependencia del Estado en lo financie independencia en lo administrativo y docen libertad interna para la planificación econ mica de las inversiones de los fondos p cedentes tanto del tesoro nacional como las imposiciones propias.

La autonomía es la fórmula mediante la c la Universidad latinoamericana elude la p sión del poder ejecutivo sin dejar de ser pa del Estado y aun siendo dependencia directa éste, como en el caso de Chile. La ley de e última designa al Presidente de la Repúbl Patrono de la Universidad, cuya firma requiere para nombrar rector, decanos y p fesores; no obstante, de hecho, el Patrono firma sino propuestas que el claustro univ sitario formula, sin variantes de ningu especie.

Pero los principales efectos de la autonom se refieren al ambiente de libertad de concie cia y expresión de la Universidad, liber de cátedra, libertad de investigación, liber de agrupación, etc. Por lo general, salvo los visibles casos de dictaduras manifiest el Gobierno se abstiene de intervenir en lo q ocurre dentro de la Universidad. No hay q perder de vista que la autonomía, cre históricamente para fines nobles y constr tivos, pierde autoridad, crédito e importan porque la vida universitaria por dendro e vacía o minada de errores. La autonomía aprovechada tan sólo en forma burocrát para la mutua protección de los miembros camarillas. No le interesa a la Universi

la competencia profesional de los cuerpos docentes y por tanto no solamente selecciona a los profesores, sino que aproxima con marcada intención a candidatos mediocres. Es entonces cuando hasta los concursos de oposición son una farsa, una comedia ridícula. Y es entonces, también, cuando las masas estudiantiles, a pesar de todos los alardes reformistas en varios casos, se conforman con la ignorancia, la peor rutina y los más siniestros hábitos morales de quienes les dan lecciones estériles, para rendir exámenes en los que son recitados de memoria conceptos que jamás son aplicados en la vida. Son masas de estudiantes que no quieren sino diplomas y títulos, sin ningún esfuerzo calificado. En no raras ocasiones, los estudiantes «reformistas» de semejante tipología comparten el gobierno universitario, en iguales proporciones numéricas que los profesores y los egresados. Es decir: el profesorado no tiene sino la tercera parte de la votación. Los estudiantes votan al lado de los profesores sobre las resoluciones más complejas y espinosas de los problemas administrativos y de organización de la Universidad.

Las elecciones de profesores y estudiantes (y à veces egresados) no se escapan, desde luego, de los influjos y combinaciones de carácter político, en donde los partidos y los grupos deciden sobre las posiciones a ser tomadas, con absoluta prescindencia de los auténticos intereses universitarios. Es que el político, en general, no se construye sobre el hombre de firme personalidad, el ciudadano dotado de desprendimiento, y el profesional y el científico de mérito sólido. La política, desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda, es una misma cosa; la manera de compensar las insuficiencias personales.

Un acierto de la reforma universitaria consistió en descubrir que la inamovilidad de la cátedra, sin estímulos ni vigilancia, había producido una casta profesoral que no estudiaba ni progresaba, que repetía y ejercía una rutina docente del todo reñida con los fines de la Universidad y de la cultura. Entonces exigió la movilidad de la cátedra, por períodos de cinco años. Se entendía que el profesor dedicado a su disciplina estaría exento de toda revocatoria o reexamen.

Es cierto que la Universidad siente mayor firmeza cuando descansa sobre sí misma, pero a la vez nunca es tan responsable. La autonomía bien empleada es la protección de los fines de la Universidad, porque si ésta es el órgano de la ciencia, que se investiga y transmite, y la ciencia es la verdad, la verdad necesita para surgir, imponerse y difundirse, un ámbito libre, ajeno a aleatorios determinantes y a precarias contingencias.

Es cierto también que en varias Universidades latinoamericanas, la intervención de distinguidas generaciones en el gobierno universitario representó y representa el ímpetu propulsor, la acción eficiente que movió la inercia y evitó el estancamiento. Tales generaciones de estudiantes de excepción son un factor dinámico destinado a mover la pasividad académica con un impulso progresivo.

Y también es cierto, finalmente, que por excepción el estudiante libre (el que en la República Argentina no asiste sino a una hora semanal de la llamada «hora de trabajo prático», cuando todas pueden tener ese carácter), es estudiante revelador de las fuerzas, potencialidades y métodos de la «self education», puesto que las mayores conquistas del aprendizaje son debidas a lo que cada uno tiene y aspira en batalla libertadora. Frente a los estudiantes de concurrencia regular, pero sin nivel de capacidad, esos estudiantes «libres», cuya conexión con la Universidad es el examen, surgen por sí mismos, por el vigor y lucidez de sus aptitudes. De todas maneras, una Universidad es una comunidad de profesores y de estudiantes entregados coordinadamente al estudio y al trabajo, o no es nada. Las Universidades que ceden ante todo artificio, bajo la presión del miedo impuesto por alumnos que quieren estudiar lo menos posible, son Universidades que se quedan con el rótulo o etiqueta: en el fondo son la negación absoluta. ¡Y pensar que el gobierno universitario es por y para mantener semejantes artificios!...

La autonomía y el gobierno universitario tienen en América Latina estrecho enlace con la vieja discusión relativa a la política y la Universidad. Es indudable que hay dos políticas: la pequeña, convertida en industria de logreros audaces; y la grande, dotada de visión sobre los problemas nacionales, que busca soluciones científicas y técnicas. ¿Deberá, a toda costa, ser indiferente la Universidad a los reclamos de la política grande y trascendente? Pero ¿no es finalidad de la Universidad la de preparar los dirigentes de la vida

pública, nacional? Si se reservan el derecho de hacer política los «politiqueros», es decir, los pequeños políticos, ¿quiénes asumen la responsabilidad de la dirección especializada?

Un razonamiento aparece obvio: el de enseñar a pensar y a sentir la política grande, política de problemas, impersonal y objetiva, desde la escuela primaria (quinto y sexto grados especialmente), hasta la Universidad. ¿Se ha pensado lo suficiente en que Universidad y escuela primaria son sólo los polos de una misma obra: la educación popular?

El gobierno universitario se conecta con problemas difíciles por todos lados. Por ejemplo, el de alcanzar la unidad en la formación del hombre, del ciudadano, del trabajador. El gobierno universitario orientado articula la Universidad con el colegio o la escuela secundaria de tipo técnico.

El significado de la reforma

Las Universidades de América Latina, hasta 1918, se dejaban regir por la rutina derivada de su organización virreinal. Si bien habían aparecido algunas con caracteres más modernos, como las de Chile (1843), México (1910), La Plata, etc., su fisonomía, aunque no escolástica, era positivista y utilitaria u orientada hacia un neoidealismo incoherente con las exigencias de la realidad americana. Carecían, pues, de adecuado rumbo. De ahí que la reforma universitaria no fuera solamente un fenómeno social, político y cultural. Se ha dicho que la reforma universitaria, nacida en Córdoba (Argentina) en junio de 1918, y extendida a todo el ámbito de la América Latina, puede compararse con el Renacimiento o una Reforma latinoamericana. Desde 1918 se quiso cancelar la clásica costumbre de pedir modelos suizos, franceses, italianos, norteamericanos, para copiarlos en nuestras Universidades.

Le reforma de 1918 fue un impulso arrojado y generoso de acusación, crítica y renovación contra algunos males —no, por cierto, contra todos— de la Universidad vieja y rutinaria. Trató de crear una conciencia de responsabilidades y deberes. En donde ha sido posible arraigar convicciones, ha surgido ésa, y deberes y derechos docentes y estudiantiles aparecen en forma equilibrada. En las Universidades en donde la bandera de la reforma es agitada con el objeto de reducir al mínimo o a nada las tareas y los esfuerzos, la refor ha sufrido deformaciones y se impone la ne sidad de volver al punto de partida. El mo miento de reforma tendía en 1918 a la in pendencia espiritual. Su sentido consistió defender y afirmar la autenticidad de la v intelectual, económica y educativa. La voz a de la reforma fue «crear hombres american como la más recia imposición de la hor Y agregaba: «Que la manía de europeizac que nos domina, no nos impida ser origina esto es, americanos.»

Por lo demás, es bien sabido que l reforma no se obtiene de una vez y p siempre. Así como nadie ignora que l reforma no consiste en proclamas y discurs sino en actitudes.

Una de las actitudes modernas de la U versidad es la instalación de seminarios y institutos de investigación, formas moder del trabajo universitario, para superar simple agrupación de cátedras académic entendidas como exclusiva transmisión conocimientos. Hay que suscitar en el es diante un espíritu crítico y creador. La p pia iniciativa y la evaluación personal del t bajo, considerado especialmente en sus pla y resultados, proporciona condiciones de manidad que nunca se alcanzan con la s acumulación de conocimientos. Hay que evi unilateralismos: o la aislada formación p fesional o la escueta investigación o la técn operatoria. La Universidad moderna neces bases materiales y morales. La Universid debe ser el baluarte de defensa del espír contra las miserias de un practicismo que c duce a la adoración del más vil de los dios el éxito; el éxito hasta con el empleo de medios más inicuos.

Las mejores Universidades se esfuerzan p marchar hoy hacia el cumplimiento de fi completos y articulados entre sí y, por tan hacia reformas unitarias y plenas, en don para superar un problema hay que resolv todos los colindantes.

Las profesiones universitarias

En América Latina, durante los tres últim lustros se ha duplicado el número total estudiantes y el de profesores. Ese crecimie se ha producido en forma desigual, puesto q algunos países han triplicado, cuadriplicado quintuplicado sus efectivos (Bolivia, El S

vador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Panamá y República Dominicana); en otros, el aumento se ha realizado con menos aceleración (Brasil, Costa Rica, México y Paraguay). El crecimiento de los efectivos se produce, simultáneamente, con la multiplicación de las ramas o especialidades facultativas y técnicas y con el aumento de los créditos financieros por parte de los Estados.

Los estudios médicos gozan de la preferencia de los estudiantes latinoamericanos. Solamente en Bolivia, Costa Rica, Ecuador, Panamá, Puerto Rico, España y Uruguay el estudio de las Ciencias Jurídicas y Sociales predomina sobre las médicas. El grupo de disciplinas que corresponden a las Humanidades, pese a que en él se han incluído las Ciencias de la Educación, va siendo abandonado progresivamente, con excepción de Costa Rica, Panamá y Puerto Rico. Las Ciencias Exactas, Físicas, Químicas y Naturales, a las cuales hay que agregar Farmacia, atraen cada año más estudiantes, sobre todo en Argentina, Brasil, Honduras y Perú.

En los últimos diez años las llamadas Ciencias Políticas y Económicas solicitan poderosamente la dedicación de los estudiantes. Las carreras de Ciencias ejercen un enorme atractivo sobre las nuevas generaciones y, reunidas, reclutan a un tercio del total de los estudiantes. Las inscripciones en las Facultades y Escuelas de Ingeniería crecen en forma paulatina y menor que en los países de Europa Central y Oriental y que en los Estados Unidos. Los porcentajes mayores se observan en los países de industrialización reciente.

Los estudios de Agronomía y Veterinaria mantienen la inscripción relativamente estacionaria.

Varias Universidades tratan de dar a la formación profesional un valor y un sentido sociales, a fin de dejar atrás las simples miras individuales cuyo coronamiento es el éxito en cuanto acumulación de dinero. La investigación y el consejo vocacionales han iniciado las más avanzadas escuelas universitarias. Generalmente, para frustración individual y malestar social, la profesión es elegida por el capricho, la posición económica y el afán de exhibicionismo.

Algunas de las Facultades de Filosofía o Escuelas de Pedagogía contribuyen a la comprensión del problema vocacional por medio de la investigación y orientación adecuadas, y tienen nexos vivos con la educación pública en sus diferentes grados, puesto que la resolución de tan vasto problema no le corresponde solamente a la Universidad. Por otra parte, las Escuelas de Pedagogía se organizan en el sentido de colaborar a la formación del espíritu de cada nación y de América Latina como nación de naciones.

Mal que mal, la Universidad latinoamericana es todavía núcleo de «élites», ora pensantes, ora técnicas. El hecho de que la Universidad de Buenos Aires alcance a tener setenta y cinco mil estudiantes en 1956, y que la de San José de Costa Rica apenas llegue a mil quinientos —en razón del volumen de población, no del nivel de cultura—, no las diferencia en su función de proporcionar directores especializados del país.

La Universidad Latinoamericana está encarando ahora el problema que hace diez años habría parecido irrisorio: su crecimiento incontenible. Es incuestionable que los países latinoamericanos necesitan técnicos, y técnicos no son solamente los ingenieros industriales, sino también los médicos, abogados, arquitectos, agrónomos, agrimensores, geólogos, geógrafos, economistas, farmacéuticos, odontólogos, educadores, químicos, historiadores, filósofos, estadistígrafos, sociólogos, especialistas en literatura, matemáticos, naturalistas, veterinarios, etc. En general se puede afirmar que hay en América Latina un grueso déficit de técnicos.

Los países latinoamericanos tienen necesidad de técnicos en todos los campos. Técnicos que, apoyándose en la ciencia y en la cultura, acierten con la resolución de los problemas nacionales e internacionales. Internacionales también, cada vez más, porque el continente se afecta, entero, por la debilidad de los países retrasados en uno u otro sentido. No hay que perder de vista que el desenvolvimiento es parcial y hecho en forma de mosaico. Mientras se vive el siglo XX en unos aspectos —en su comienzo o en su mitad—, en otros el atraso es de ciento o doscientos años.

Las Universidades latinoamericanas deben preparar, por medio de la variedad suficiente de profesiones, hombres de pensamiento y de acción, expertos en el dominio de planes y de realizaciones. En América Latina hace falta el hombre de pensamiento que surja de la realidad palpitante, y el práctico que sepa

encontrar las fallas de los errores de la acción.

No faltan Universidades que disponen, en varias de sus escuelas, de un grupo de materias de cultura general. La finalidad es reforzar la ciencia y la técnica con la comprensión humana de los problemas. No se trata de una inyección de humanismo de viejo tipo, sino de la percepción y encaramiento de los problemas contemporáneos del hombre, nacional y universal al mismo tiempo: se trata de la educación del joven universitario y de su aptitud para iluminar, pacificar y ennoblecer un mundo en crisis.

Desde la segunda enseñanza hasta la superior, se hace sentir la ausencia, casi absoluta, de investigar las posibilidades de los campos ocupacionales de cada país, en relación con el proceso industrial y cultural, para organizar el número y extensión de las profesiones.

Otros problemas universitarios

En cuanto al aspecto financiero, característica de las Universidades latinoamericanas, con diferencias circunstanciales, es la gratuidad de la enseñanza superior. Pero dentro del sistema social en que se vive, se sostiene en varios países la opinión de que los padres o apoderados deben colaborar con la Universidad en el mantenimiento de un régimen de educación asistencial que los beneficie directamente en aspectos fundamentales de la vida cotidiana y que por medio de un módico derecho de matrícula devuelto íntegramente en servicios asistenciales colectivos, eduque tanto a los jóvenes como a sus padres en la conciencia de la ayuda colectiva. De esta manera, sin desdoro para nadie, los que tienen recursos económicos darán al servicio común aquello que se necesita para que estudien aquellos otros que, careciendo de esos recursos, son capaces y quieren estudiar.

Los fondos que proporcionan los derechos de matrícula se destinan, en algunas partes, a servicios tales como: asistencia médica y dental gratuita, pensiones para la juventud de provincias, casas de reposo y de veraneo, fomento del deporte universitario, ayuda para viajes al extranjero —individuales o colectivos—, concesión de becas y exenciones de pago de matrículas, envío a Universidades extranjeras por dos o más años, de egresados con méritos especiales, etc., etc.

Las Universidades privadas, que en general son católicas, cuentan con erogaciones particulares.

En las Universidades del Estado se acude al aumento de los fondos, algunas veces realizado, en los países más progresistas, en proporción al aumento del presupuesto de egresos de la República. Algunas Universidades fortalecen la autonomía económica, desde el punto de vista financiero, con impuestos *ad hoc*. De todos modos, es el pueblo el que sostiene sus Universidades.

Nota típica de las Universidades latinoamericanas es hoy, por todas partes, la ciudad Universitaria. La primera de todas fue la de Concepción (Chile), de tipo semioficial. Han seguido las de Bogotá, Panamá, Quito, México y Caracas. En La Habana, la Colina es desde su inicio una ciudad; lo es en gran medida la de La Plata (Argentina). Está en marcha la de Santiago de Chile. El monobloque de La Paz puede considerarse Ciudad Universitaria. Lo es, en gran parte, la de Puerto Rico.

Problema hondo de la Universidad es la relación del saber con una nueva tabla de valores, buscando la síntesis superior de hombre y de la humanidad. Para ello, acaso convenga más la estimación del saber al estilo griego, de acuerdo con el *sophos*, estableciendo la armonía entre el querer, el deber y el saber. Una educación universitaria aislada y trunca es insuficiente para alcanzar tan importante objetivo. Es indispensable realizar con criterio de unidad la educación total del hombre, desde la escuela primaria hasta la Universidad. Por consiguiente, hay que desconfiar definitivamente de las reformas de la educación por grados o planos o ciclos entendidos como compartimientos estancos, esas reformas que quedan escritas en los «anteproyectos» y «proyectos de planes de estudios».

Y, con respecto al acceso de estudiantes, hay que evitar la falsa democracia que consiste en el ingreso de los mediocres, ávidos de títulos. A la sociedad le importa una renovación vertical de las clases sociales y ésta no es posible sino cuando la Universidad y los centros superiores de enseñanza, cumpliendo la suprema función de la democracia, recogen los mejores de entre toda la colectividad, sean hijos de gañanes o de picapedreros, a condición de que posean capacidades, energía creadora, calidad humana.

JULIO LARREA

El pensamiento social de la revolución mexicana

JOSE BULLEJOS

El pueblo de México celebró recientemente el cincuenta aniversario de la victoria de su revolución. El 20 de noviembre de 1910 desaparecía de la escena histórica el régimen dictatorial del general Porfirio Díaz, y con él iba a ser destruído un sistema económico y social que encarnaba a la vez el dominio omnipotente de los grandes latifundistas nacionales y la prepotencia de las empresas capitalistas extranjeras, inglesas, francesas y norteamericanas sobre todo.

El acontecimiento debía tener una trascendencia histórica enorme, tanto en el orden nacional como continental. Puede ser considerado como el hecho más importante sobrevenido en América Latina después de la Independencia, y por lo que se refiere a México abriría nuevas y amplias rutas a su evolución y progreso, permitiendo que la independencia, iniciada por Hidalgo en 1810, culminara con la íntegra recuperación de la soberanía nacional en el orden económico.

Desde sus comienzos, tuvo la revolución mexicana, y el pensamiento político que la inspiró, tres características fundamentales: un hondo y progresivo sentido social, por lo que hizo de la reforma agraria el eje de su acción y de su desarrollo; un sentido eminentemente nacional, y un amplio contenido democrático. Lo esencial en la revolución mexicana, no sólo en sus primeros y agitadísimos años, sino también en la etapa constructiva que aún no ha terminado, fue precisamente este triple contenido social, democrático y nacional.

Antecedentes históricos sociales

El alzamiento revolucionario de 1910 tuvo por primer programa el denominado Plan de San Luis Potosí, que había sido aprobado en octubre de dicho año. Este documento era eminentemente político y por él se invitaba al pueblo a derrocar las instituciones dictatoriales del porfiriato y fundar un sistema democrático de gobierno basado en dos principios: sufragio efectivo y no reelección.

Sin embargo, aunque el propósito de Francisco I. Madero y de los autores del primer programa de la revolución fuese eminentemente político, había ya en él principios de orden social que acreditaban, si no la intención, al menos la tendencia a considerar el problema de la distribución de la tierra y de las condiciones de vida de los campesinos como el primordial para la obra del gobierno revolucionario. El 20 de noviembre de 1910 habían doblado en la historia las campanas que anunciaban no sólo el fin de un régimen político, sino también la desaparición de un sistema social y económico vigente desde hacía siglos, y que ni la Independencia, ni las leyes de desamortización de la Reforma, habían cambiado en lo fundamental. Como acertadamente ha dicho el profesor de la Columbia University, Angel del Río, «la revolución mexicana ha sido la primera revolución social de América Latina» (1).

(1) Angel del Río: *El mundo hispánico y el mundo anglo-sajón en América.* Asociación

En efecto, cuando la revolución comenzó, el régimen de propiedad rural, que con la minería constituía la base de la economía nacional, era el siguiente:

Las grandes haciendas, propiedad de un reducido número de personas, cubrían la casi totalidad del territorio. Según los datos publicados en las *Estadísticas sociales del porfiriato. 1877-1910,* (México, 1956), había 2.947 haciendas con 16.609.741 hectáreas. De aquellas fincas más de la mitad, 1.793, comprendían 16.210.376 hectáreas, o sea casi la totalidad de la superficie agrícola. Para formarse un concepto claro del grado de concentración de la propiedad, basta considerar estos datos. En el Estado de Durango había un latifundio con 418.193 hectáreas, extensión mayor que la de algunos países europeos. En otros Estados, 9 haciendas tenían más de 100.000 hectáreas cada una, y otras cinco pasaban de 40.000 hectáreas.

Este monstruoso sistema latifundista tenía por fundamento la servidumbre económica y social del peón agrícola. Según las cifras censales del libro anteriormente citado la población agrícola en 1910 se dividía así: 830 hacendados, 410.345 agricultores y 3.123.975 jornaleros. En opinión de Silva Herzog estos datos «no reflejan con exactitud matemática el número de familias campesinas, porque en algunas de ellas trabajaban y trabajan el padre y los hijos mayores, clasificados todos como jornaleros; pero sí es útil para estimar el número de personas que dependían del salario rural y que cabe estimar en 12 millones, o sea, aproximadamente el 80% de la población. Hay que añadir, con apoyo en la misma población, que el 96.6% de los jefes de familia rural no eran dueños de un solo palmo de tierra» (2).

El salario del peón variaba entre 16 y 35 centavos al día. Sus condiciones de vida, por tanto, no podían ser más precarias. Su estado infrahumano lo describió magníficamente Octavio Paz en su obra *El peón durante el porfirismo,* publicada en México en 1930: «El hacendado era un señor feudal y continuó siendo lo que en la época virreinal: disponía a su antojo de las vidas de los peones y de la honra de sus familias; siguió esclavizándolos, ayudado y con la alianza, ya no sólo del cura, sino del cacique, o sea el jefe político, que fue el instrumento y verdugo de la dictadura y azote de los pueblos. El poder omnímodo con que se dotó a las jefaturas políticas es otra de las máculas del porfirismo» (3).

Moisés González Navarro, en una obra reciente, relata así la vida de las peones: «Los peones de las haciendas eran víctimas de los bajos salarios, de los anticipos y también de castigos corporales que les infligían los latifundistas y sus administradores y capataces. Pretextando que los labrantines eran indolentes e inmorales los golpeaban y encarcelaban con frecuencia. En Oaxaca, Tabasco, Campeche, Yucatán y Chiapas se registraron los más de estos abusos» (4).

Si el carácter social de la revolución lo determinaría principalmente el sistema de propiedad de la tierra y la situación de miseria de los peones y de los obreros industriales, su significación nacional se debería a que las minas, los ferrocarriles y las principales empresas industriales se hallaban en poder de capitalistas extranjeros. El porfiriato, con el deslinde de terrenos y las concesiones había hecho almoneda del patrimonio nacional en beneficio de los norteamericanos e ingleses.

Las dos corrientes ideológicas

En el último decenio del siglo pasado comienzan a manifestarse las grandes corrientes ideológicas que servirán de motor a la revolución inminente. Nacidas en el suelo histórico-social de la nación están, sin embargo, profundamente influídas por las tendencias del pensamiento político predominantes en Europa entonces: el liberalismo y el socialismo.

En 1899 se funda el primer «club» liberal en San Luis Potosí, cuya organización se extiende en los años siguientes a diversas

---

Argentina por la Libertad de la Cultura, Buenos Aires, 1960.

(2) Jesús Silva Herzog: *El agrarismo mexicano y la reforma agraria.* Fondo de Cultura, México, 1959.

(3) Octavio Paz: *El peón durante el porfirismo.* Crisol. Año II, tomo IV, septiembre 1930. México.

(4) Moisés González Navarro: *Historia moderna de México. El porfiriato. La vida social.* Editorial Hermes, México, 1957.

ciudades. En 1903 ya se publicaban en México varios periódicos, exponentes del nuevo pensamiento democrático y obrero, entre ellos *Regeneración*, redactado por dos figuras eminentes y heroicas del obrerismo: Ricardo y Enrique Flores Magón.

En el programa del Partido Liberal, que apareció y circuló clandestinamente, firmado por los citados hermanos Flores Magón, Manuel Sarabia, Rosalío Bustamante y otros, se formulan los siguientes puntos, algunos de los cuales serán incorporados como artículos legales a la Constitución de 1917: jornada máxima de 8 horas; salario mínimo, cuya proporción varía para las diversas regiones; anulación de las deudas de los jornaleros del campo con sus amos; obligación para los dueños de tierras de cultivarlas, expropiando el Estado las que se dejen improductivas: confiscación de las tierras de los funcionarios enriquecidos durante la dictadura.

Como se verá, en este plan reivindicatorio aparecen mezcladas ya las aspiraciones de las dos clases, obreros y campesinos, que serían las fuerzas motrices fundamentales de la revolución nacional. Es de particular importancia la incorporación al programa de dos reivindicaciones que comenzaban a ser en Europa tema de las luchas económicas del proletariado: la jornada de 8 horas y el salario mínimo.

La proyección del pensamiento socialista europeo en México comenzó a sentirse en época muy temprana, a partir de los tres últimos decenios del siglo XIX, a consecuencia sobre todo de la Comuna de París. En los años de 1871 a 1875 se fundan varios periódicos obreros, cuyos títulos y orientaciones doctrinales ponen de manifiesto el grado de madurez política del sector dirigente del laborismo mexicano. El 9 de julio de 1871, comienza a editarse semanalmente *El Socialista*, órgano oficial del Gran Círculo de Obreros de México, y eran redactores o colaboradores: Mariano García, Luis G. Miranda, Acosta, Trear, Lara, Luis Sánchez, Guillermo Prieto, Juan Mata Rivera y Manuel M. Romero. En la exposición de propósitos se declara que el principal de ellos es hacer oír la voz del pueblo, pues «el derecho a tomar parte en las cuestiones que a todos interesan no pertenece exclusivamente a una clase privilegiada, así como el deber de contribuir a los gastos de la administración pública no pesa solamente sobre los poderosos; en consecuencia, aunque humildes artesanos, los redactores y editores de este periódico, se creen con el derecho, como hijos del pueblo, de combatir todo lo que al pueblo ataque, y de procurar lo que al pueblo eleve».

Durante diecisiete años, con algunas interrupciones en la publicación, se expusieron tenazmente en esta primera tribuna obrera las aspiraciones de las masas populares, y se propagaron los principios del socialismo, no del socialismo científico, sino de un socialismo popular, generoso y romántico, propio de la época del utopismo.

Poco después, inicia su publicación un bisemanario titulado *La Comuna*, órgano oficial del proletariado, en cuyo epígrafe aparece el siguiente lema: «A cada uno según su capacidad, a cada capacidad, según sus obras.»

Por los mismos años aparecen otros importantes periódicos: *El Obrero Internacional, La Huelga, El Hijo del Trabajo, La Voz del Obrero, La Unión del Obrero, La Internacional, Boletín de la Cooperación* y *La Revolución Social*. Finalmente, a principios de siglo los Flores Magón editaron *Regeneración*, donde se mezclan principios liberales, socialistas utópicos y anarquistas.

Planes políticos

El pensamiento político y social de la revolución mexicana tiene su expresión más importante en los llamados Planes Políticos,

verdaderos programas ideológicos que condensan las aspiraciones y objetivos de las diferentes tendencias políticas. Los más importantes de los muchos que se redactaron y dieron a la publicidad son el Programa del Partido Liberal (1906), Plan de San Luis (1910), el Plan de Ayala (1911) y el Plan de Guadalupe (1913).

Como anteriormente se expuso, en el Programa Liberal, eminentemente político y concebido con el propósito esencial de derrocar el régimen de Porfirio Díaz, corregir los abusos cometidos y establecer las bases institucionales democráticas, se formulan ya diversas reivindicaciones encaminadas a mejorar la situación de la clase obrera de la ciudad y del campo, entre ella la jornada de 8 horas, el salario mínimo, indemnización por accidentes del trabajo y prohibición del trabajo de los menores de 14 años.

El Plan de San Luis Potosí, firmado con el carácter de manifiesto o proclama, fue la bandera ideológica del alzamiento revolucionario victorioso contra el porfiriato. Es esencialmente un documento político, que trata con excesiva minuciosidad los problemas de transferencia de poderes y concede escasa atención al problema central del país: el sistema de la propiedad territorial y el estado misérrimo de las clases populares. Sin embargo, se anuncian en él medidas para enmendar y dejar sin efecto los abusos cometidos al amparo de la ley de terrenos baldíos, despojando de sus tierras a sus verdaderos propietarios, en su mayoría indígenas.

Un año después se escinden las filas r lucionarias, por estimar un importante nú compuesto precisamente de campesinos, los objetivos sociales de la revolución no sido cumplidos por Madero y su gobie Nace el movimiento agrarista encabezado Emiliano Zapata, cuyos principios se exp en el Plan de Ayala, verdadero programa cial de la revolución agraria. La reivindica fundamental, y que servirá de bander ejército insurreccional zapatista, es la lib ción del campesino, que se expresa en términos siguientes:

«En virtud de que la inmensa mayorí los pueblos y ciudadanos mexicanos no más dueños que del terreno que pisan, friendo los horrores de la miseria sin p mejorar en nada su condición social, ni p dedicarse a la industria o a la agricul por estar monopolizadas en unas cua manos las tierras, montes y aguas, por causa se expropiarán, previa indemniza de la tercera parte de esos monopolios, a poderosos propietarios de ellas, a fin de los pueblos y ciudadanos de México obte ejidos, colonias, fondos legales para pue o campos de sembradura o de labor mejore en todo y para todo la falta de p peridad y bienestar de los mexicanos.»

El Plan de Guadalupe deriva su im tancia del hecho de proclamar jefe del P Ejecutivo, cuando se ocupara la capita México, a Venustiano Carranza y ord la convocatoria inmediata de elecciones g rales.

Pocos años después, terminada la rev ción, se promulgó la Constitución de 1 que recoge y convierte en normas legales principios fundamentales de la revolución carácter eminentemente democrático y na nal, así como su contenido social, han mitido que México avance resueltamente el camino de la libertad política y del greso económico y social, eliminando panorama histórico las amenazas del ca llismo militar y de los golpes de Estado, frecuentes en la mayoría de las naciones noamericanas.

JOSE BULLEJ

China y la filosofía marxista-leninista

POR ALEJANDRO KASHIN

Con frecuencia se ha tratado de hacer del marxismo, en Occidente, una doctrina originada en el pensamiento asiático, poniendo de relieve la similitud de los medios —por ejemplo, entre Stalin y Gengis Khan— y dando de lado al contenido ideológico y filosófico de la teoría marxista. Tal manera de ver las cosas es muy comprensible y es necesario detenernos un poco en ella.

China ha influído siempre en el desarrollo de Asia en su conjunto y, de rebote, el desarrollo de Asia ha influído siempre en ella. Ahora bien, si se analiza la filosofía de la historia asiática, se llega a la conclusión inmediata de que el factor más importante de la ideología marxista, el concepto de progreso, está completamente ausente de ella. Ese concepto no se encuentra más que en la teología judeo-cristiana, de la cual la ha «tomado» en cierta manera el marxismo. El concepto de progreso sienta a priori —cosa muy importante— que la historia ha tenido un comienzo, que sigue un desenvolvimiento natural y que tiende a un fin ineluctable. De ese concepto se ha desprendido normalmente todo un sistema de valores éticos. El progreso, no solamente evoluciona según leyes internas y tiende a un bien ineluctable, sino que en esos dos aspectos es un bien en el sentido moral de la palabra. Para el cristianismo el fin del mundo es un bien, puesto que lleva al reino de Dios. Para el comunismo la analogia es bastante parecida.

La sociedad comunista se realizará porque lo reclama la necesidad histórica. Ahora bien, la necesidad histórica no puede engendrar nada de malo; así, pues, la sociedad comunista —dada como el último fin del desarrollo histórico— es la mejor forma humana de sociedad y la más avanzada.

Refiriéndose ahora a la filosofía asiática y china de la historia, se advierte que la necesidad histórica no está en ella presente, ni moralmente justificada. Esa filosofía no reconoce sino el concepto de desenvolvimiento eterno de la historia, sin principio ni fin. La historia es un movimiento perpetuo, siendo cada generación sujeto y objeto de la historia al mismo tiempo. Las tradiciones filosóficas y religiosas de Asia, y por ende de China, están impregnadas de realismo, de pragmatismo y por lo tanto de pesimismo. Ignoran las utopías. La historia china no tuvo nunca un Platón, ni un Tomás Moro. En la vida del individuo, igual que en la del Estado y la sociedad, lo que desempeña el papel decisivo es la suerte, el destino. El destino desempeña en la filosofía china el papel de *deus ex machina,* papel que el marxismo atribuye a la necesidad histórica. En el nivel inferior, el de los taoístas degenerados, se intenta conjurar la suerte; en el nivel superior, los adeptos de Confucio han de resignarse a las vicisitudes del destino. Pero en todos los casos la suerte, el destino, es la ley suprema de la vida y de la historia, no la necesidad; del destino es de lo que dependen todas las cosas y todos los seres.

Cierto que el confucismo pretende engendrar un estado de cosas armonioso, pero la armonía está condicionada por el querer de cada individuo. Si todos los individuos se esforzasen en ser buenos ciudadanos, el orden

reinaría en el Estado. El factor decisivo es la buena voluntad de todos los súbditos, no una ley ineluctable. Con otras palabras: puede producirse un hecho, pero no es obligatorio que se produzca. Pensamiento más cercano al de Rousseau y su *Contrato social* que a la utopía marxista.

Sentado eso, sería por completo imposible erigir una ideología marxista fundada en un desarrollo histórico racional. En el decurso de su historia, China ha experimentado varias veces una especie de comunismo primitivo. El ejemplo más sorprendente es el movimiento de reformas de Wang An Shih, en el siglo XII. Pero era ese un comunismo pragmático, no ideológico. En efecto, la monarquía sobrevivió y las reformas implantadas por Wang An Shih y por otros tras él fueron finalmente derogadas por decreto imperial.

La aparición del marxismo en China es un milagro, y no sólo desde el punto de vista filosófico. Si examinamos la estructura de la sociedad china en los comienzos del siglo XX, se ve inmediatamente que no correspondía en absoluto al esquema marxista. Aquella sociedad no comprendía capitalistas ni proletarios. Así, pues, ninguna de las condiciones de la lucha de clases se habían producido. La industria, muy débilmente desarrollada, dependía por completo del extranjero y de la clase compradores, dependiente ella misma del extranjero. La independencia nacional era el centro de todos los problemas y ninguna clase estaba tan interesada en esa independencia como la joven burguesía china.

Tropezamos ahí con una de las paradojas de la historia china. ¿Cómo se ha constituído su burguesía? En el seno de la clase compradores. Jóvenes cuyos padres trabajaban como representantes de firmas extranjeras, se ausentaban de China, hacían sus estudios en Europa o en América y volvían al país, para darse cuenta de que en China apenas había lugar para sus conocimientos nuevos. Empleados por una firma extranjera, eran tratados como hombres y como especialistas de segunda categoría. Si intentaban establecer una empresa china, tropezaban con los capitales extranjeros, para luchar contra los cuales les faltaban arrestos.

No es, pues, sorprendente que la doctrina de Sun Yat Sen ganase tanto terreno en China, y que Sun Yat Sen pudiese sobre todo contar con la burguesía china, que en verdad no le escatimó su apoyo. ¿No era la pri reivindicación de Sun Yat Sen y los «¡China para los chinos!»?

Debe señalarse que, en su lucha por l dependencia nacional, Sun Yat Sen y sus cercanos colaboradores contaban, sobre con la ayuda de los gobiernos occiden en particular con la de los círculos libe Esperanza tanto más ardiente cuanto durante la primera guerra mundial, C declaró la guerra a Alemania, habiéndol nado, en principio, al mismo tiempo que Bretaña, Francia y Estados Unidos. intelectuales chinos esperaban ser tra como vencedores; creían que el fin de la rra indicaría el término de la explotació China por las potencias extranjeras. Ento los propios dirigentes comunistas chino adherían a la tesis siguiente: primero l dependencia nacional, después las refor He aquí lo que escribía, en febrero de Chen Du Shiu, el primer secretario del tido comunista chino:

«El socialismo se ha propuesto un elevado. Sin embargo, sus enseñanzas no dican todas la misma senda. El social será instaurado en China mucho después en Europa. En efecto, la producción en n tro país no está aún desarrollada y el c talismo de monopolio no se halla todaví plena expansión.»

En ese contexto conviene reconsidera Tratado de Versalles, que fue, en la hist de la China moderna, el aguijón de la r lución. Todas las esperanzas del país se rrumbaron. Las potencias occidentales n conformaban con retener todas las colo chinas, sino que además daban al Japón antiguas colonias alemanas en lugar de a dicárselas a China.

Esa decisión produjo la sublevación e diantil del 4 de mayo de 1919 y un can radical en la opinión pública china. Casi la misma época, el reciente gobierno soviét renunciaba solemnemente a todas las venta adquiridas por la Rusia zarista en China. gesto causó gran impresión en China, indep dientemente del hecho de que en aquel mento el gobierno soviético no estaba condiciones de defender las ventajas en c tión. Existía, en fin, un Estado que no trat de sacar provecho de China y que se mostr dispuesto a establecer con ella relaciones plano de igualdad.

Añadamos aún lo siguiente: para la mayoría de las potencias occidentales, en aquella época China no era más que una simple «noción geográfica» (según palabras del primer ministro japonés, Tanaka: «China no es un país, es una noción geográfica»). Nadie habría tenido la idea de hacer en China la menor propaganda pro-occidental. Y el terreno quedaba libre ante la campaña de propaganda soviética. Esta se ocupó de informar a los intelectuales chinos de que, en noviembre de 1917, el pueblo ruso había tomado el poder y puesto fin a la explotación de los capitalistas y del extranjero. Existía una receta para la liberación nacional y esa receta se llamaba marxismo.

Así, pues, la aparición del marxismo en China no fue el resultado de tensiones internas y sociales, sino un signo del despertar nacional. Las potencias occidentales estaban poco dispuestas a renunciar al colonialismo y al imperialismo. No había más que una solución: establecer, bajo la égida del socialismo, una alianza con los pueblos de Occidente contra sus propios gobiernos.

Dado lo anterior, no es extraño que el partido comunista, en los primeros años de su existencia, uniese sus fuerzas a las de la burguesía. En el interior del partido, una tendencia bastante fuerte preconizaba incluso el establecimiento del capitalismo en China, como etapa previa a la edificación del socialismo. En ese momento, la lucha no estaba dirigida contra el capitalismo, sino contra el feudalismo y la explotación extranjera. Eso explica que el partido comunista continuase cooperando con la sedicente burguesía nacional y sus representantes del Kuomintang, hasta 1927. Los moderados, partidarios de esa colaboración, se impusieron sin dificultad mientras los Soviets ejercieron, sobre el partido recién creado, una influencia en igual dirección. El conflicto entre Stalin y Trotski tuvo repercusiones sobre el problema chino. Stalin, intransigente en cuestiones de dogma, exigía que el partido comunista chino se amoldase al esquema clásico, es decir, que se erigiese en partido de la clase obrera, cuando la clase obrera no constituía, numéricamente hablando, más que la capa menos importante de la población china. Trotski, fiel a su concepción de la revolución permanente, quería servirse del campesinado chino como de una carta de triunfo. Según él, la revolución comunista china debía empezar por la expropiación de los grandes latifundios y la distribución de la tierra a los campesinos. Ese proceso habría acarreado infaliblemente la ruptura con la burguesía, principalmente constituída por propietarios agrícolas. La victoria de Stalin sobre Trotski produjo naturalmente el triunfo de las concepciones stalinistas en China. Pero no tardó en saltar a la vista la ausencia de realismo inherente a esas concepciones. Los buenos éxitos del Kuomintang, en 1927, cimentaron la coalición de la burguesía y de la clase compradores contra el comunismo.

En ese momento empezó a levantarse la estrella de Mao Tse Tung en la dirección del partido comunista chino; al mismo tiempo, se volvía a las concepciones de Trotski. A partir de entonces, el partido comunista se aliaba al campesinado, al menos formalmente, y ya no hacía más que tolerar a la burguesía, sin dejar de conceder gran consideración a sus representantes técnicamente calificados. Pero antes de proseguir este análisis, se necesita esclarecer un importante problema. Hemos demostrado que el marxismo es incompatible con la filosofía y la tradición chinas. ¿Cómo, entonces, puede ocurrir que un determinado número de chinos haya abrazado esa ideología? Uno de los errores más comúnmente extendidos en Occidente pretende que los comunistas fueron los primeros en atacar, dentro de China, la tradición china. Pero en ese sentido ya habían sido puestos hitos a finales del siglo XIX y comienzos del XX. El proceso prorrumpió con el choque causado por el brusco contacto con Occidente. Un país, un pueblo convencido de ser el centro del mundo, y que consideraba como bárbaros a todos los demás habitantes del planeta, se veía súbitamente sometido a una inconcebible humillación. No contento con demostrar su superioridad militar, Occidente mostraba en muchos otros aspectos la superioridad de su civilización. Y bien pronto la «intelligentzia» china hubo de comprender que su país debía, o bien aceptar la sujeción, o bien asimilarse la civilización occidental. Así se anotó sus primeros puntos la sublevación contra las viejas tradiciones. Y la insurrección de 4 de mayo de 1919 ofreció la paradoja de estar dirigida, al mismo tiempo, contra las potencias occidentales y contra la tradición china. China quería vencer al Occi-

dente, pero sabía que no podía hacerlo sino con las armas forjadas en Occidente.

Tenemos que responder aún a esta pregunta: ¿No era posible establecer un equilibrio armonioso entre la cultura occidental y las tradiciones chinas? ¿No era posible conservar algunos de los rasgos específicos de China? Evidentement sí, proclamaba muy alto el Kuomintang. Pero por su parte, la «intelligentzia» radical china era categórica: la vieja China de Confucio se cimentaba en principios fundamentales que excluían toda posibilidad de industria y de tecnología moderna. Eran incompatibles, por ejemplo, con la formación de una sociedad en el sentido occidental del término.

Además, la industrialización moderna eliminaría necesariamente la familia en el sentido chino del término. He aquí lo que escribía Chen Du Shiu al respecto:

«Los métodos chinos y occidentales difieren fundamentalmente y no son en absoluto compatibles, trátese de política o de ciencia, de moral o de literatura. Cual de los dos métodos sea superior al otro, es cuestión que no hay que debatir aquí. Tenemos que decidir, ante todo, si nuestra política nacional ha de amoldarse a los viejos métodos chinos, o si preferimos aplicar los nuevos métodos de Occidente. Si eligiéramos el primer camino, no es necesario gastar dinero en enviar nuestros estudiantes al extranjero, a adquirir el saber y la educación occidentales. Pero si optamos por las ideas nuevas, tenemos que aplicar métodos nuevos, métodos occidentales en todos los dominios, y en ese caso no es necesario crear confusión empleando expresiones tan engañosas como herencia o carácter nacional.»

No se crea que Chen Du-shiu era el único que pensaba así. La mayoría de la «intelligentzia» china compartía entonces esas ideas y expresaba pensamientos similares. Así, un joven nacionalista chino se manifestaba rotundamente hostil a la tradición. Sin embargo, el aspecto más embarazoso de la situación estaba en que el viejo sistema confucista atañía a todo, lo abarcaba todo. Tenía una respuesta para todas las cuestiones, una explicación para todos los fenómenos. Por eso los dirigentes del Kuomintang eran partidarios de conservar en parte la tradición china. El pasado no podía ser pura y simplemente arrojado por la borda.

Por su parte, Occidente tenía que proponer sólo dos sistemas de conjunto, que pretendían explicarlo todo y dar a cada fenómeno raíces ideológicas o filosóficas: el cristianismo y el comunismo. Para el cristianismo, el desarrollo científico y el progreso de la técnica moderna —por los cuales luchaba China entonces— no son fines en sí mismos, sino más bien consecuencia de la fe en Dios, Padre amante de la humanidad. El cristianismo ponía en guardia contra una mecanización exagerada, y en tal sentido actuaba más como freno que como acicate de progreso. Además, los misioneros cristianos predicaban a los chinos el amor del prójimo y la pobreza en el sentido evangélico del término. De creerles, renunciar a los bienes de este mundo era alcanzar el más alto ideal. Al mismo tiempo enseñaban a los chinos como se saca provecho de la creencia de los pueblos no europeos en leyes inmutables de la naturaleza. Presentábanse, pues, como hombres que lejos de renunciar a los bienes de este mundo aspiraban a ellos. Y se comprende que esa contradicción hiciese menos convincente su enseñanza. Numerosos chinos, después de haber oído a los misioneros cristianos, deducían que predicaban adrede una religión de blandura, mientras que ellos, por su parte, practicaban una religión de fuerza y de conquista.

En su forma comunista, el marxismo proponía no sólo una ideología que responde a todos los problemas, sino que llevaba en sí una promesa de importancia vital a ojos de la «intelligentzia» china: la potencia. No han sido los comunistas quienes disolvieron la familia china, fundamento esencial de la sociedad confucista. Los comunistas no difieren de los otros sino por su manera de poner en acción la fuerza. Con la aparición de los métodos modernos de producción, con la corriente que se formaba con miras a asimilar la civilización occidental, la familia confucista estaba de todas maneras condenada a desaparecer en un porvenir inmediato.

Volvamos ahora al problema fundamental. Después de 1927, Mao Tse Tung y sus colaboradores disponían de una enorme reserva de intelectuales que habían roto con la antigua tradición y que aspiraban de todo corazón a reemplazar lo viejo por lo nuevo. Esos intelectuales eran nacionalistas y patriotas. La Universidad de Yenan se propuso ayudarles a franquear la etapa siguiente y hacer de ellos, al mismo tiempo, buenos comunistas. El direc-

tor de la Universidad, Liu Shao Chi, era el más radical de los dirigentes comunistas chinos de aquel período. Las conferencias que dio en la Universidad fueron publicadas después bajo el título general: *Cómo convertirse en un buen comunista.* En sus primeras lecciones reconocía que la mayor parte de los miembros del partido no tenían sino una idea vaga de la ideología comunista. Habían ingresado en el partido por diversas razones, pero sobre todo por estar animados del deseo de ser útiles a los demás. Era necesario darles una preparación acelerada y planificada. Tenían que ser transformados de idealistas, en miembros del partido con visión realista. Era necesario que, hombres deseosos de servir a China y a su porvenir, estuviesen en condiciones de servir al partido y sus intereses. ¿Para qué? Lui Shao Chi tenía pronta la respuesta. La liberación de China, como la de todos los pueblos de la tierra, estaba en manos del partido. El marxismo no puede ejercer una influencia positiva más que interpretado y aplicado por el partido. Por consecuencia, el primer deber de los miembros del partido se formulaba así:

«Quien es miembro del Partido debe siempre, y por encima de todo, tener presente en su espíritu el partido y los intereses del partido, y no consideraciones de orden personal. Es necesario que su interés personal concuerde con el del partido, e incluso que se confunda con él. Será, pues, capaz de someterse a los intereses del partido y de sacrificarle sus intereses personales, sin miedo a que entren en conflicto los unos con los otros. La renuncia incondicional al interés personal, a la búsqueda de la felicidad, e incluso a la vida en provecho de la liberación de clase, de la liberación nacional y de la emancipación del género humano en su conjunto, tales son los imperativos más elevados de la ética comunista.»

Gracias a esos principios, la Universidad de Yenan formaba cuadros bien templados, para los cuales el partido lo era todo. Pero, ¿qué se podía hacer con esos hombres? Verdad que eran numerosos, muy numerosos, pero no bastantes aún para transformar el orden existente. Y ahí es donde las ideas trotskistas de Mao Tse Tung hicieron maravillas, unidas a su conocimiento de la historia y de la psicología chinas.

En el campesinado era donde más pesaba la explotación extranjera y el desorden general del país. Resultaba una situación en la cual, como se decía en China, la dinastía reinante había perdido su mandato celestial. En efecto, Confucio enseñaba que todo soberano reinaba porque había recibido un mandato celestial. Cuando el fardo que apesga sobre las espaldas de la población se hace insoportable, el descontento general y la agitación prueban que el soberano ha perdido su mandato. Y en tal caso, nadie está ya obligado a defender la dinastía reinante y el orden existente; libre queda el pueblo para tomar las armas y defender la justicia. Entonces, una sublevación campesina barre, más pronto o más tarde, la dinastía reinante. Sublevaciones semejantes se repitieron a lo largo de la historia china; y en la encrucijada del siglo XX los campesinos estaban de nuevo listos para rebelarse. Se planteaba el problema de un jefe, y por eso Mao Tse Tung formaba los cuadros del partido en Yenan.

«Las enseñanzas del marxismo son todopoderosas, porque son justas», decía Lenin. Sin embargo, en China, esas enseñanzas triunfaron precisamente en la medida en que no se aplicaban al caso del país. No existía proletariado chino, y tampoco capitalismo al que hubiera debido arrancar su libertad el proletariado. Hoy mismo, la China comunista mantiene con la burguesía china relaciones de «coexistencia no pacífica». China es hoy un Estado comunista en lucha por la edificación del socialismo, con lo cual nos encontramos de nuevo ante una paradoja. En China mandan, pero no rigen, los comunistas. No son los comunistas, ni los «proletarios» quienes realizan la edificación del socialismo, sino la burguesía. Esta ha ayudado a los comunistas a adueñarse del poder, y ella suministra la mayor parte de los cuadros comunistas. Ha ayudado a los comunistas incluso con su dinero. Y no por convicción marxista, sino por nacionalismo; porque esperaba que los comunistas realizarían la independencia nacional.

Durante el decenio treinta, los propios comunistas declaraban que el comunismo en China no era más que un objetivo remoto. Había que instaurar primero una especie de socialismo moderado. Sin embargo, lo ocurrido fue muy diferente, como se sabe.

Una vez en el poder, los comunistas chinos no siguieron el ejemplo soviético. Se abstuvieron de liquidar físicamente a la burguesía. La razón de esa actitud es evidente. Sin ese

apoyo la industrialización era absolutamente imposible. Entonces, como todavía hoy, el partido comunista chino disponía sólo de una capa de cuadros bien formados. Ese es, por otra parte, el reproche que los intelectuales dirigieron al partido durante la campaña de las «Cien Flores». Nosotros, los intelectuales, somos indispensables junto con la burguesía, dijeron. Nosotros, ¡y no los comunistas! Sin nosotros no se podrían construir fábricas en China. La campaña de las «Cien Flores» demostró también otra cosa, a saber: que el nacionalismo que tanto había servido a los comunistas se vuelve ahora contra ellos. Los elementos que durante el decenio treinta consideraban al partido comunista como un partido nacional, como un partido chino, afirman ahora que el comunismo ya no tiene papel que desempeñar en China. No niegan que el partido comunista hubiese sido de gran utilidad en China, ni que contase en su activo con abundantes realidades. Pero cumplió ya su tarea logrando la independencia nacional, y debe ceder el puesto a otras fuerzas más progresistas. Eso es más o menos lo que expresó el eminente profesor de la Universidad de Pekin, Ko Pei-chi:

« China no pertenece al partido comunista chino, sino a 600 millones de chinos, incluyendo a los contrarrevolucionarios. Los comunistas no deben conducirse como si fuesen los únicos patriotas del país. China vivirá, aún mucho tiempo después de que el partido comunista se convierta en vestigio del pasado.»

Las contradicciones entre el dogma y la realidad son demasiado evidentes para ignorarlas, y la práctica comunista ha hecho perder bien pronto sus ilusiones a los entusiastas. La campaña de las «Cien Flores» abrió los ojos de los intelectuales, y el periódico de Shangai *Weng Wei Pao,* del 29 de junio de 1957, formula así sus conclusiones:

«Algunos estudiantes están imponiéndose a la cabeza del partido comunista y en el seno de la dictadura popular. Afirman que el marxismo-leninismo no es más que una teoría; que en cuanto se procura transformarlo en ideología directora, resbala inevitablemente hacia el dogmatismo. Se puede, por consiguiente, considerarlo hoy como superado. Los estudiantes piden que se suspenda la enseñanza del marxismo-leninismo y que los movimientos de pioneros y de juventudes comunistas queden excluídos de las escuelas y de las universidades.»

Los comunistas chinos consiguieron sofocar rápidamente esa llamarada de críticas. Pero ello no prueba que al mismo tiempo alcanzasen una victoria ideológica. Eso probaría, todo lo más, que para suprimir la crítica los comunistas se han servido precisamente de los métodos que provocaron el alzamiento y la protesta de los intelectuales chinos durante la campaña de las «Cien Flores».

Desde entonces, la consigna más difundida en China es la siguiente: «¡Hay que ser rojo y especialista!» Para luchar más eficazmente contra la «intelligentzia» y la burguesía chinas (por lo demás confundidas la una con la otra), el partido comunista se esfuerza en formar sus propios especialistas. Sin embargo, la prensa china no clamorea grandes éxitos en ese aspecto. Diríase que en China los buenos ingenieros e investigadores científicos no pueden transformarse en buenos comunistas y que éstos no tienen ninguna disposición para ser buenos ingenieros e investigadores. Si se liquida la « intelligentzia», hay que renunciar a la industrialización durante muchos años. Pero si se la permite trabajar libremente, se corre el peligro de verla, tarde o temprano, aliada al campesinado chino y derrocar por la fuerza el orden comunista. Pues todo el mundo sabe que el campesinado chino está no sólo decepcionado, sino furioso. Y a los ojos de los campesinos, el gobierno comunista de China ha perdido, ciertamente, su mandato celestial al menos desde la entrada en escena de las comunas populares.

La situación creada por tal estado de cosas está preñada de peligros para los comunistas. Eso explica la furibunda campaña organizada desde hace tres años contra el ala derecha de la burguesía. Un hombre como Jiu-chig, jefe de la policía secreta en 1958, llegó a declarar que era inevitable un conflicto entre la burguesía —políticamente aún muy influyente y activa entre las masas— y el proletariado —entiéndase el partido comunista—. Eso prueba hasta la evidencia que, al menos desde 1957, es decir desde que se puso fin violentamente a la campaña de las «Cien Flores», la República Popular China no es ya otra cosa que un Estado dictatorial, donde no se despliega el menor combate ideológico.

ALEJANDRO KASHIN

JORGE GUILLÉN

A la altura de las circunstancias

El fin del Mundo

Parece tan próximo el fin a ciertos pusilánimes que hasta se retiran a una montaña para aguardarlo a pie quieto. Fin y Día del Juicio. Los presagios van precipitándose. Todo se entiende porque está muy oscuro.

Terrible, ese estruendo. Escucha bien. ¿Ya un cataclismo? Es el motor que pasa. ¿Crujen los cimientos, se enrarece el aire? Una casa en obra. ¡Cómo huele ahí! Química, purísima química: nauseabundos olores elaborados, dirigidos.

Nada más fácil para la inteligencia que el abandono a un apocalipsis. Ninguna tentación seduce al ánimo vulgar como el desánimo. ¿La muerte nos lo resolverá todo, ocultos en nuestro miedo, frente a los incesantes derrumbes?

Fin del mundo, de tu mundo... Cálmate. Da cuerda al reloj. Todavía se necesitarán millones y millones de años. Aunque la Historia ocurre vertiginosamente, los minutos son muy lentos. Paciencia, paciencia intrauterina.

Como tú, lector

El hombre se cansa de ser cosa, la cosa que sirve sabiéndose cosa, cosa de silencio en su potencia de impulso airado. La hombría del hombre, de muchos hombres se cansa atrozmente.

Ya no pueden pararse las manos, sucias por deber y recias. Muchos ojos —sin gafas— ven o entrevén más allá, aunque se inclinen hacia el suelo y sus lozadales de leyes.

Máquina junto a las máquinas, o solo a la intemperie. Animal bajo un sol de selva, o en una selva urbanísima... Y los colores de la piel se cansan de su color.

Los colores se cansan de ser blancos, de ser amarillos, de ser negros: postración. Y millones de millones de fatigas llegan a formar, por fin irguiéndose, una sola figura. De pie.

Ni héroe ni monstruo. Una figura humanísima que arrolla desbaratando y arrasando a estilo de Naturaleza con furor geológico —y mental. Pero no. Es crisis de Historia.

Crisis que asombraría a los dioses mismos si atendiesen a nuestros lodos de arrabal. A los arrabales columbrarían inundados y ya arrebatados por mareas con saña de sino.

Esta vez sí se desequilibra el planeta. Sobre los magníficos se derrumban los palacios, y los sujetos, uno a uno sujetos, engrosan multitudes, que son ¡ay! masas compactas.

Masas de hombres que podrían, uno a uno, ser hombres. Hombres como tú, lector que lees, libre, envuelto en tu señorío de piel, con un volumen en la mano, libre.

Deja de leer, mira los visillos de la ventana. No, no los mueve el aire. Responden a eso tan fugaz que fue un movimiento sísmico. Atención: no anuncia más que...

A ti también te anuncia la catástrofe de las catástrofes. ¿Terminará la esclavitud? ¿Hombres habrá que no sean cosas? Hombres como tú, lector, sentado en tu silla. Nada más.

El asesino del Planeta

Alguno podría ser este asesino. Tal vez se halla ahora soñando con el desenlace grandioso que satisfaría un instinto muy radical desde la entraña de la más ilustre de las bestias.

Esa bestia que algunas veces consigue trepar hasta un nivel humano. El Sumo Desposorio podría consumarse: instinto de muerte con apocalipsis. — ¡Te quiero, te destruyo, mi Planeta!

Nuestro asesino no es, por supuesto, el Demonio encarnado ni el Mal en persona. Muy mediocre, eso sí. Y vulgar como todo el mundo a sus horas de televisión, de pornografía. ¿Cruel?

Cruel en potencia acaso. Bien vestido. Un señor. Y técnico. ¿De burocracia, de política, de guerra? Un técnico subalterno con horas, horas en despachos, en edificios oficiales.

Así, amasado con abstracciones, nutrido de papel y de número, sujeto dócilmente a la ficción sin imaginación, sordo a la ironía, el hombre se hunde en irrealidad, en su irrealidad.

Un vacío. Y de pronto, al borde de ese vacío, el poder. Tentación: ¡Si el poder invadiera ese vacío, si el vacío se fundiese con el poder! La mano del mediocre sobre la Manivela.

El poder, mucho más fuerte que los más potentes, juega a la utopía, a la cruzada, alumbra antorchas entre pirámides de negocios. ¿Y si los Átomos desencadenaran su científico furor?

Nunca faltan pretextos. Un avión derribado, una frontera violada, el honor de... ¿El honor? El honor del país. ¡Oh libertad, oh comunidad! Todos cierran los ojos. Y la catástrofe.

Suicidio planetario, pureza del no ser. O por odio. Y como experimento. Los hombres han convertido en acto siempre toda sobrehumana o inhumana posibilidad : una especie de destino.

Las bombas estan ahí y aguardan su plenitud. Los medios pesan más que los fines. Y tú, mediocre asesino en potencia máxima, ¿vencerás a todos nuestros dioses juntos?

Nuestro Tiempo

Libre, libérrimo, marcha —de prisa, despacio— se detiene, recobra su andadura, su propia andadura por unas calles en que no pesa ningún régimen de opresión... sino el de un multiforme tirano irresistible: Nuestro Tiempo.

Este otro, dignísimo presidente, entra en su despacho y se sienta, central. Firme sin énfasis, con elegancia autoritario, se dispone a telefonear, dictar, mandar, siempre bajo la vigilancia del invisible jefe: Nuestro Tiempo.

Pero Z, joven de profesión, docilísimo con orgullo, sabe quién dirige sus pasos y guía sus palabras originales, y cuál es el primer voto que le exige su Orden. Sí, sí, sí: voto ferviente de obediencia a Nuestro Tiempo.

Sutil y difuso o grueso y articulado, con persuasiones de fatalidad o de policía, en carteles industriales o políticos, entre pantallas y periódicos sea dios y sea rey para culto y para gloria Nuestro Tiempo.

Clamor estrellado

Ruido, una red de ruido va envolviendo el planeta en que las explosiones y los disparos y los murmullos se funden a quejidos, gritos, alaridos bajo una luz que calla.

La luz se retrae y la batahola se refugia atenuándose en la menor realidad de lo oscuro, que ampara a todos, amantes, dolientes, esforzados en plenitud, en crisis, en espera.

Continúa siempre el esfuerzo, sin interrumpirse dolor ni amor, durante la tregua cotidiana entre el sueño y la sombra, cuando casi no existe para el insomne el signo sonoro.

Arriba, las luces tan remotas no saben de ese hombre que las contempla, confortado por la paz en que se resuelven sus procesos violentísimos, sus llamas de creación.

Creación que mal afronta la mente, inmensidad de siglos y espacios nada vertiginosos para ese mar que surcan — como este planeta, entre constelaciones sumido en el silencio.

JORGE GUILLÉN

La decadencia de Oriente

POR ARTHUR KOESTLER

«En 1958 y 1959 viajé por la India y el Japón un poco con ánimo de peregrino. Como otras muchas personas antes que yo, me preguntaba si el Oriente tenía alguna respuesta que dar a nuestras perplejidades y a nuestros callejones sin salida. Elegí estos dos países porque en cierto aspecto son antípodas el uno del otro : uno es el más ligado a la tradición, el otro el más «moderno» de los grandes países de Asia. Me interesaba sobre todo su visión de la filosofía, la ética, la religión y el misticismo. No busqué ninguna respuesta hecha; lo que deseaba ardientemente era contemplar la situación en que se halla Occidente desde una perspectiva distinta, desde una diferente latitud espiritual. Las conclusiones a que llegué resultaron bastante inesperadas y más tranquilizadoras de lo que pensaba.»

Los LIRIOS, cuando se pudren, huelen peor que las malas hierbas. Tanto la India como el Japón parecen espiritualmente más enfermos, más desarraigados de una fe vital que el Occidente. Ambos países se hallan en los antípodas del mundo asiático, cuyo centro lo ocupa la inmensidad de China, una de las más viejas culturas del mundo, que sin embargo ha resultado aún menos resistente que los otros dos países al choque de la ideología materialista. La nación que durante dos milenios y medio se mantuvo fiel a las enseñanzas de Confucio, Lao-Tse y Buda sucumbió ante la doctrina atea formulada por el nieto de un rabino alemán, convirtiéndose en el más perfecto estado robot fuera de las fronteras de la «science-fiction». Buscar hoy en Asia una iluminación mística y una guía espiritual resulta tan anacrónico como pensar en Estados Unidos en términos de Extremo Oeste.

Los asiáticos tienden a echar toda la culpa de esta decadencia al influjo devastador de Occidente, acusación que los intelectuales occidentales se inclinan a aceptar. «Como alumnos no éramos malos, pero como maestros somos una calamidad» —este *mea culpa* de Auden, aunque dirigido a Italia, podría servir de divisa representativa del complejo de culpabilidad de Occidente respecto al Asia. Como otros complejos, éste consiste en una mezcla de realidad y de fantasía. Los elementos reales pertenecen a un capítulo de la historia —expansión imperialista y explotación colonial— que por lo que al Asia se refiere está ya concluso. Fue éste sin duda un capítulo sucio y feo en el que la rapacidad se combinaba con la hipocresía. Pero, naturalmente, la historia misma de las naciones asiáticas consiste en un relato igualmente poco ejemplar de invasiones, conquistas y opresión, hasta llegar a las matanzas entre musulmanes e hindúes en la India, después de la independencia: y se podría replicar cínicamente que los invasores ultramarinos de los tiempos modernos no hacían más que devolver la visita de los invasores mongoles de Europa en tiempos más antiguos. Las consideraciones morales se aplican a la historia mientras se está haciendo: si al pasado se le permitiera presen-

tar las cuentas de su conciencia, todas las naciones se verían obligadas a hacerse harakiri. En lugar de alimentar un complejo de culpabilidad derivado de los crímenes de nuestros antepasados, el deber de Occidente consiste en prestar ayuda material a las naciones «subprivilegiadas» de Asia; y esto se está haciendo hoy en mayor escala que nunca.

Consideremos ahora otro aspecto del complejo: los estragos psicológicos que se supone ha causado nuestra civilización materialista en los valores espirituales de las culturas tradicionales de Asia.

Una aparente digresión podría ayudarnos a aclarar el problema. En efecto, en una escala menor, pero en forma más concentrada, un proceso análogo está teniendo lugar entre nosotros. Podríamos llamarle «coca-colonización» de la Europa occidental, frente a la cual yo experimento el mismo resentimiento que el tradicionalista asiático. Me disgusta el pan conservado en celofán, las ciudades prefabricadas de cemento y cristal, la Biblia amañada como una tirilla de dibujos; me disgustan los «crooners» que hacen desmayarse a la gente, los acertijos y las bebidas gaseosas, el neón y los lugares comunes, el «hombre de la organización» y el *Reader's Digest*. Pero ¿quién nos obligó a comprar todo esto? Los Estados Unidos no gobiernan a Europa como Inglaterra gobernó a la India; no emprendieron ninguna guerra de opio contra nosotros para obligarnos a tragar su repugnante coca-cola. Si Europa hizo suyas todas estas cosas es porque lo deseaba. Los americanos no nos americanizaron: sencillamente, se hallaban un paso más adelante que nosotros en el camino hacia una civilización global con un estilo de vida estandardizado que, queramoslo o no, está comenzando a difundirse por todo el mundo. Como vivimos en un estado de ósmosis cultural en el que las influencias se filtran a través de unas fronteras porosas, las tradiciones nativas desaparecen y el movimiento hacia un tipo de cultura uniforme, mecanizado y estereotipado, resulta hoy irresistible. Lo que le hace irresistible son los nuevos medios de comunicación masiva; y lo que hace que ese nuevo tipo de cultura sea tan vulgar es la aparición de las clases subprivilegiadas, con sus gustos sin desarrollar, como consumidores de una cultura de masa. El resultado es esa inevitable nivelación en el común denominador más bajo que acompañó a todas las revoluciones del pasado.

Pero este proceso de ósmosis cultural se inició mucho antes de que se inventaran los medios de comunicación masiva; se inició en realidad con Alejandro, continuó con la invasión de la India por los mongoles y ganó nuevo impulso con la apertura de las comunicaciones marítimas. El dominio europeo sobre los países asiáticos se basaba en la fuerza; no así en cambio su influencia cultural. Esos países hicieron suya nuestra cultura porque lo deseaban, porque sus propias culturas habían perdido su vigor —igual que Europa sucumbió en el siglo XIX a la influencia norteamericana. Los japoneses recibieron las enseñanzas del Renacimiento europeo a través de los comerciantes holandeses de Nagasaki; la ciencia del siglo XVIII durante la reforma Meiji, y la civilización maquinista tras la segunda guerra mundial. La «élite» india se britanizó debido a que la filosofía, la ciencia y la literatura hindúes habían llegado a un punto muerto desde hacía mucho tiempo y no tenían nada que ofrecerles. En la India gobernábamos por la fuerza, pero influíamos por la seducción. Y una santa que se deja seducir gustosamente y que aún pide más no puede ser una santa.

Sin duda, durante este proceso las costumbres y artes nativas sufrieron daños. En Assam existe una tribu, los Khasi, que solían fabricar unos tejidos de bellos colores; acostumbraban también a sacrificar niños a los dioses metiéndoles por las narices una horquilla puntiaguda que les atravesaba el cerebro. Actualmente compran horribles tejidos de serie, pero ya no sacrifican niños. Habría sido mejor que aceptaran la mitad de la oferta, rechazando la otra. Pero estas formas de vida van juntas y son mutuamente dependientes. El gobierno indio está ahora intentando resucitar las artes nativas, pero sus esfuerzos tienen escaso eco. La razón de ello es, *mutatis mutandis*, la misma que en Europa: los productos de los telares de algodón son más baratos que el *khadi* fabricado con medios caseros. Son también mucho más feos, y por la misma razón: la ley del común denominador más bajo en cuanto al gusto. Pero quizá esto sea también un fenómeno transitorio: algunas fábricas indias están comenzando a producir tejidos notablemente bellos, adornados con los dibujos tradicionales; y, dejando aparte todo sentimentalismo, hay que reconocer que sólo un número reducido de los tejedores y alfareros del pasado eran grandes artistas. Por otra parte, no hay razón para que

el dibujo industrial no deba evolucionar del antiguo Woolworth al primer Wedgwood.

Si las importaciones culturales de Occidente resultan en Asia baratas, y superficiales, la razón está en que las masas asiáticas no educadas se sienten necesariamente atraídas por los géneros y las influencias más vulgares —como las clases antes subprivilegiadas de Europa se sienten atraídas por los reclamos de la «coca-colonización». Si somos «una calamidad como maestros», tanto en nuestros propios países como en el extranjero, es porque la instrucción, el hambre de cultura y el ocio aumentan más rápidamente aún que el índice de natalidad. Nunca hubo, hablando en términos relativos, menos talentos frente a una concurrencia tan grande de consumidores.

TODO ESTO NO DEMUESTRA que la pobreza material de Asia sea un signo de su superioridad espiritual, presente o pasada. El materialismo, como filosofía, tiene menos de dos siglos de existencia en Europa y hoy comienza a declinar; por su parte, el «materialismo» en cuanto forma de vida mecánica y a-espiritual apareció hace menos de medio siglo, aunque hoy se halla todavía en fase ascensional. Antes, la religión había sido la nota dominante en la filosofía, el arte y la vida social de Europa.

La historia de Asia ha sido tan sangrienta y cruel como la nuestra; y la versión budista-hindú de la tolerancia sin la caridad produjo tantos sufrimientos y tantas miserias como la caridad cristiana sin la tolerancia. La no violencia fue un mandamiento abstracto, como el de ofrecer la otra mejilla, hasta una época reciente, en que el genio de Gandhi lo convirtió en un arma política. Las grandes epopeyas indias, el *Ramayana* y el *Mahabarata,* están tan llenas de salvajismo y de sangre como el Antiguo Testamento, y los tres primeros capítulos del *Bhagavad-Gita* —el equivalente hindú más próximo a los Evangelios— están dedicados a una elocuente refutación de la doctrina de la no violencia. El dios Krishna en persona aparece en el campo de batalla en calidad de auriga de su amigo Arjuna, al que persuade para que abandone sus escrúpulos pacifistas, basándose esencialmente en que el indestructible *atman* se encarna tanto en el matador como en el muerto, que son Uno. En vista de ello, Arjuna debe obedecer a la ley de Karma Yoga y luchar. «No existe un bien mayor para un *Kshatriya* (miembro de la clase guerrera) que una guerra justa... Los sabios verdaderos no lloran ni por los vivos ni por los muertos.»

El mismo Gandhi no fue nunca un pacifista integral; por ejemplo, apoyó la resolución tomada por el Congreso en 1940 en el sentido de que la India entraría en la guerra si se le concedía la independencia, y dio su acuerdo a la invasión de Cachemira. De modo similar, en 1959 Vinoba Bhave defendió la resistencia armada contra la infiltración china en los Himalayas, «porque la India no está aún espiritualmente preparada para una resistencia completamente no violenta». Por desgracia, el pacifismo es una filosofía que sólo atrae a los pacifistas. Siempre hay un niño al que maltrata un bruto o una provincia checoeslovaca o himalaya que otra nación invade; y la disyuntiva entre la intervención activa y la complicidad pasiva no se ha resuelto nunca, ni por el Oriente ni por el Occidente.

«Vosotros habéis desarrollado la cabeza; pero el corazón quedó rezagado. Con nosotros ocurrió lo contrario: en la India sólo nos hemos preocupado por el desarrollo del corazón.» Cuando Vinoba Bhave me dijo esto, yo lo acepté como algo evidente, igual que otros muchos occidentales con complejo de culpabilidad. La primera mitad de dicha declaración es sin duda alguna acertada: pero ¿qué prueba tenemos de que la segunda también lo sea? Si por «corazón» hay que entender caridad, resulta que la actitud oriental para con los enfermos y los pobres es de notoria indiferencia, ya que la casta, la categoría, la riqueza y la salud han sido determinadas por la ley del Karma. El saneamiento de los suburbios y el cuidado de los pobres en general fue, y sigue siendo, monopolio de las misiones cristianas en Asia. La cruzada de Gandhi en favor de los intocables y la de Vinoba Bhave en pro de los campesinos sin tierra son movimientos de tipo moderno que nacieron bajo la influencia de Occidente. Gandhi mismo reconoció que se había inspirado en el cristianismo, en Tolstoi. Ruskin y Thoreau.

Si por «corazón» entiende Vinoba la religión, resulta que ésta se halla en constante decadencia desde hace mil quinientos años. El budismo, el confucianismo y el taoísmo fueron fundados en el siglo VI antes de Cristo; su mensaje espiritual queda reducido a los antiguos textos y a las monumentales obras de arte que inspiraron. El pensamiento religioso de Oriente conservó su carácter arquetípico y no

presenta esa progresión evolutiva, esa combinación de firme base doctrinal y de plasticidad social que dio al monoteísmo occidental su continuidad y su *ethos* característicos. Cada una de las grandes religiones orientales representa una forma de vida más bien que una doctrina metafísica; y cuando esta forma de vida resulta alterada por las circunstancias cambiantes, como ha ocurrido en la India y el Japón, los valores espirituales se desmoronan. La Shankaracharya insistía en la observancia rigurosa de los ritos hindúes —porque si desaparecen las observancias exteriores, no queda nada del hinduísmo. Un hindú que rompe con la casta, que come carne o que abandona su *lota*, deja de ser, por definición, hindú. La revolución industrial en Inglaterra provocó una destrucción más violenta de tradiciones que la que actualmente está sufriendo la India; sin embargo, la Iglesia de Inglaterra supo aguantar el temporal, mientras que el hinduísmo se está desmoronando. La única tradición religiosa viva de la India durante los últimos mil años la sustentaron algunos individuos excepcionales —los grandes *swamis*, desde Shankara a Vinoba. Pero su contribución radica más en su personalidad que en sus enseñanzas; raramente dejaron obras escritas de valor sobre las cuales pudieran apoyarse sus sucesores.

En otras palabras, creo que nuestro hábito tan arraigado de comparar al Oriente contemplativo y espiritual con el crudo materialismo del Occidente se basa en una falacia. El contraste no se da entre espiritualidad y materialismo, sino entre dos filosofías fundamentalmente diferentes; tan diferentes, en efecto, que Haas, el orientalista alemán, que escribió un hondo y sugerente libro sobre la cuestión, propuso una nueva palabra para designar la visión oriental de la vida: «*philousia*», en cuanto opuesta a la «filosofía» de Occidente. En efecto, todos los testimonios históricos tienden a demostrar que el Oriente se interesa menos por el conocimiento fáctico —*sophia*— del mundo exterior que por la *ousia* —el Ser esencial—, y que prefiere la intuición a la razón, los símbolos a los conceptos, la autorrealización por medio del anonadamiento del yo al desarrollo de la individualidad. Evidentemente, las dos actitudes debieran ser complementarias, como los principios del *macho* y la *hembra*, del *yang* y el *yin* en la filosofía taoísta, y ninguno de ellos puede pretender a una superioridad espiritual sobre el otro. En la historia del pensamiento europeo, se dio alternativamente mayor importancia a una o a otra actitud. Parménides y Demócrito, Platón y Aristóteles, San Agustín y Santo Tomás de Aquino, Schopenhauer y Nietzche, Adler y Jung, son ejemplos de esta polaridad. Pero en la historia de las grandes culturas asiáticas, se dio constantemente preferencia a uno de los dos términos. Esta preferencia se hallaba íntimamente relacionada con la negativa a distinguir entre la conciencia y sus objetos, a reconocer la realidad independiente del mundo exterior. Como resultado de ello, el pensamiento conceptual no pudo desarrollarse y el *yin* se impuso completamente al *yang*.

Así, pues, en cierto sentido, volví de mi viaje más empobrecido que enriquecido. Creía que mi sitio estaba en Europa, donde nací. Al mismo tiempo, contemplando nuestro pequeño continente desde la inmensidad de Asia, tuve una nueva impresión de su historia incomparable —su «unidad en la variedad» por lo que respecta al Espacio y su continuidad en el cambio por lo que respecta al Tiempo.

En relación con el primer aspecto, no podía dejar de considerarme a mí mismo como un ejemplo típico: nacido en Hungría, educado en Austria, pasé mis años de formación en Francia y soy inglés por naturalización. Para trasponer mi ejemplo en términos asiáticos, habría que imaginar a una persona nacida en Ankara, que estudiase en Benarés y terminase de escritor en el Japón. Aunque el paralelo parece un poco tonto, pone de relieve no sólo la pequeñez de Europa, sino también la homogeneidad de su cultura. Cualquiera que sea el aspecto que uno contemple —arte, ciencia, comercio, deporte, arquitectura...—, veremos siempre como la serie de comunes denominadores europeos tejen su red a través de las fronteras territoriales y raciales. Dejando al margen los territorios recientemente colonizados, Europa es el único continente entre las antiguas divisiones geográficas del mundo donde el mosaico de razas constituye un patrón cultural perfectamente reconocible; y en este patrón se expresa el segundo aspecto de la coherencia orgánica de Europa, su continuidad en el cambio, mantenida a través de dos milenios y medio de historia. La cultura egipcia dio muestras de una asombrosa constancia durante dos mil años; pero esto ocurrió en una sociedad que se mantenía en una situación fundamentalmente

estática. Al contrario Europa estuvo casi siempre en continua fermentación y cambio y, sin embargo, se las arregló para conservar su identidad distintiva, su personalidad histórica.

Curiosamente, esta personalidad apareció en la misma época clave de la historia humana, el siglo VI antes de Jesucristo, que vio nacer a Confucio y a Lao-Tse, a Buda, a los filósofos jonios y a la hermandad pitagórica. Esta época constituye el punto de bifurcación de los caminos de la *philousia* y la *philosophia*. De la misma raíz sánscrita, *matr*—, surgieron dos palabras clave: *maya* y *metron*, que simbolizaban la ruptura. Tanto en el hinduísmo como en el budismo, *maya* es el símbolo de una actitud que considera a la Naturaleza como un velo de ilusiones; *metron* —medida—, con sus parientes grecolatinos: metro, materia y mente (*mens*), anunciaba el comienzo de la gran aventura europea que en los dos milenios siguientes iba a transformar a la especie humana más radicalmente que los precedentes doscientos mil años. En la primera síntesis del pensamiento europeo, la escuela pitagórica consiguió reunir en una visión unificada misticismo y ciencia, matemáticas y música. El esfuerzo por llegar al conocimiento como una forma de culto divino es un descubrimiento específicamente europeo. Hubo períodos en que se olvidó e incluso se negó este descubrimiento, como si fuese algo embarazoso, pero siempre terminó por reafirmarse.

Lo que más impresiona en la evolución europea, vista desde una perspectiva asiática, es la integración orgánica de las diversas tendencias que dentro de ella se desarrollaron. El Sermón de la Montaña no se sumó a las *Categorías* de Aristóteles o al *Timeo* de Platón por un proceso de sincretización, sino más bien por un proceso de fertilización mutua, y, como resultado de ello, el Logos se hizo carne. El Derecho romano, el latín como lenguaje universal y el cristianismo como Iglesia universal dieron a la *persona* europea sus contornos físicos y su perfil espiritual distintivos. Se crea o no se crea en los dogmas cristianos, los principios de la ética judeo-cristiana, de la *civitas* latina y del pensamiento conceptual griego se han convertido en los elementos esenciales del europeo, como los glóbulos rojos y blancos de su sangre. Las migraciones aportaron la vitalidad de las tribus bárbaras a la corriente sanguínea de las viejas razas mediterráneas, pero Europa no se barbarizó, sino que, al contrario, fueron los bárbaros quienes se europeizaron.

Igualmente impresionante es el poder de autorregeneración, que tiene su mejor ejemplo en la forma en que Europa supo salir por sí misma de su más largo período de estancamiento. La resurrección del saber en el siglo XIII y el subsecuente renacimiento de la cultura se debieron a que Europa supo tomar nuevamente posesión de su propio pasado: la herencia griega temporalmente perdida. Pero lo más curioso de esto es que durante el período de casi cinco siglos en que los árabes (y en menor medida los judíos de Portugal y de España) fueron los únicos que conservaron los tesoros del saber griego, hicieron muy poco por llevarlo a la práctica. Su larga posesión de este vasto cuerpo de conocimientos no dio ningún resultado; fue un injerto de la piel que no prendió. Y, sin embargo, cuando el tejido helénico se injertó de nuevo en la cultura latina de Europa —tras un lapso de casi mil años—, tuvo un inmediato efecto revivificador; lo que tiende a demostrar que Europa posee realmente una individualidad propia. Aún hoy seguimos en medio del desarrollo explosivo que se inició con la operación de reinjerto.

La continuidad en el cambio y la «unidad en la variedad» parecen ser las condiciones previas de una cultura viva. La continuidad sin cambio fue la característica de ciertas civilizaciones asiáticas altamente sofisticadas; el cambio sin una honda conciencia de la continuidad respecto al pasado es la característica de los nuevos continentes tales como América. Comencé mi viaje casi como un contrito y volví más bien orgulloso de ser europeo. Quizá sea un orgullo un tanto provinciano, pero sin presunción de ninguna clase, puesto que, siendo un escritor inglés nacido en Hungría y amante de Francia, con alguna experiencia de las prisiones y de los campos de concentración, no puedo dejar de tener presentes los pecados pasados de Europa y el peligro mortal que hoy atraviesa. Y, sin embargo, una comparación imparcial con otros continentes en relación con la forma en que Europa reaccionó frente a las pruebas que se le presentaron, y con su contribución a la historia del hombre, reaviva en uno la confianza y el afecto hacia esta pequeña figura que cabalga a lomos del toro asiático.

ARTHUR KŒSTLER

Tolstoi interroga a la muerte

POR DANIEL GILLÈS

HACE CINCUENTA AÑOS, el 20 de noviembre de 1910, la muerte de León Tolstoi conmovía a Rusia y al mundo. Pero lo que en ese instante afectó la imaginación de las muchedumbres no fue tanto la desaparición del gran escritor como las circunstancias insólitas, extraordinarias que la rodearon. Este viejo y célebre novelista, profeta de 82 años, en vez de tenderse apaciblemente en su casa, había huído de los suyos y de los discípulos para ir al encuentro de su propia muerte y morir solo en una pequeña estación desconocida. No obstante, aún hoy, cuando un lapso de medio siglo nos permite abarcar de una mirada toda la existencia de Tolstoi, su muerte sigue siendo igualmente conmovedora para nosotros, porque sabemos que es el acontecimiento más importante de su vida, por otra parte tan agitada; es algo mucho más que el fin de su existencia: es su coronación y también su explicación última.

Se ha dicho frecuentemente: «El hombre es un animal que sabe que va a morir». Pero aun cuando es cierto que esta presciencia es propia del hombre, debemos reconocer también que, ante esta ineluctable certidumbre, los seres humanos reaccionan de muy variada manera. Tal vez no haya nada que nos exprese tan cabalmente, que nos defina mejor, que nuestra actitud ante la muerte y las relaciones que con ella mantenemos durante nuestra vida. Para unos, esta certidumbre de la muerte es todo el principio de su progreso; para otros es, al contrario, el de su decadencia. Hay aquellos, los más numerosos, que la huyen mediante la disipación y las diversiones; hay los místicos que, lejos de temerla, la aguardan y pasan su vida esperándola, tal como ese egipcio anónimo, que escribía hace más de cuatro mil años: «La muerte está hoy ante mí como el deseo que tiene un hombre de ver su casa, después de innumerables años de cautividad.» Frente a la muerte, existen aun aquellos que se resignan a ella, con más o menos fatalismo o serenidad; y, por último, aquellos otros que viven bajo su obsesión y declaran la vida absurda porque desemboca infaltablemente en la muerte.

Tolstoi, menos que nadie, debió ser presa de esta obsesión de la muerte. Hay en él, en efecto, tan prodigiosa vitalidad, tal sensualidad, tal avidez, tal pasión de vivir; está animado de tan dionisíaco amor por la vida, que se podría creer que no se ocupa sino en vivir y en su obra de escritor. Tolstoi es el hombre que asume con soberbia plenitud todos sus derechos y todos sus deberes de gran viviente: vive un gran amor con su mujer, engendra trece hijos, crea un prodigioso mundo novelesco. Hay un panteísta en él, y su amor por la vida es tan grande que llega a identificarse con la naturaleza y a exclamar con orgullosa exaltación: «La naturaleza soy yo.» Es quizá, con Walt Whitman, entre todos los escritores el que tiene los sentidos más estremecidos, el que ha sabido hablar mejor, con una suerte de voluptuosidad física, de todo lo que está vivo sobre la tierra.

Pero este Tolstoi que declaraba: «Soy loco por la vida», fue sin embargo, a lo largo de su existencia, fascinado por la idea de la muerte. Este hombre de una vitalidad casi sobrehumana fue, lo mismo que el enfermizo Pascal, acosado por el pensamiento de que no

era sino un muerto con moratoria. Y su obsesión, su revuelta ante la muerte, proporcional a su extraordinaria vitalidad, es tan grande, tan total como su amor a la vida. Su fobia de la muerte no se parece a la obsesión nerviosa de un Edgar Poe, ni a la extraña fascinación de un Rilke, ni a los escalofríos a un tiempo horrorizados y voluptuosos de un Baudelaire. Es el horror primitivo y desnudo del hombre instintivo que rehusa admitir la ineluctabilidad de la muerte, pero que tropieza con ella en cada giro de su existencia.

Esta obsesión de la muerte acompañó y persiguió a Tolstoi durante toda su existencia. Cuenta que ya en su infancia le ocurría verse invadido súbitamente por un terror atroz, «un helado terror» que le quitaba toda alegría de vivir. Adolescente, atravesó por verdaderas crisis de nihilismo: le parecía entonces, dice, que si tornaba pronto la cabeza, «podría ver el vacío frente a frente». Y el *Diario* que redactó, con raras interrupciones durante toda su vida, está ahí para demostrar que el pensamiento de la muerte no lo abandonó jamás, que tanto en su edad madura como en su vejez no cesó de preocuparse de ella.

Por otra parte nos hace falta reconocer —aun cuando eso no explique todo— que, si Tolstoi fue fascinado hasta ese punto por la muerte, es porque ésta, desde su infancia, hizo irrupción en su vida, y que, en su curso, no ha dejado de manifestársele con una terrible insistencia. Desde su más tierna edad trabó conocimiento con la muerte y su infancia no fue sino una serie continuada de duelos, a cual más cruel. A los dos años de edad, perdió su madre; y no tenía nueve años cuando a su vez murió su padre, abatido súbitamente por una embolia, en plena calle. Esta muerte de su padre, a la cual por otra parte no había asistido, por un reflejo muy revelador de su naturaleza profunda el niño no la quiso creer durante largo tiempo. Meses y meses esperó el retorno del desaparecido y, en el curso de sus paseos por las calles de Moscú, escudriñaba a los paseantes con la esperanza de reconocerlo entre ellos.

La muerte, no obstante, continuó golpeando a los seres más próximos del huerfanito. A los diez años perdió su abuela, en cuya casa vivía, y algunos meses más tarde, su tía paterna que era su tutora. Desdichado, y aterrado, el muchachito asistió a los preparativos del entierro de su abuela: vio a los empleados de la funeraria, los paños negros y el ataúd, pero cuando se le quiso obligar a besar la frente helada de la muerta, lanzó un grito y huyó corriendo de la camara mortuoria.

También sus años de juventud fueron ensombrecidos por el fallecimiento de seres queridos. Cuando había concentrado todo su afecto en sus tres hermanos, sufrió el dolor de perder dos en el lapso de algunos años. De salud frágil, murieron ambos de tuberculosis antes de haber alcanzado la edad de treinta y cinco años. Muy afectado por este doble luto, León Tolstoi concibió verdadero terror hacia la tuberculosis, y durante años su obsesión de la muerte se duplicó con el temor de ser alcanzado por la terrible enfermedad.

Fue sobre todo la muerte de Nicolás, su hermano mayor, su preferido, su antiguo compañero de armas en el Cáucaso, la que produjo en él una impresión profunda. Por consejo de los médicos, acompañó al enfermo al mediodía de Francia y, habiéndolo instalado en una pequeña pensión de familia de Hyères, lo veló durante largos días. Descorazonado en grado sumo, espiaba los progresos de la inexorable enfermedad y la proximidad de la muerte, que él no había visto jamás tan de cerca y tan detenidamente. El enfermo se daba cuenta de su estado desesperado, pero, sin rebelarse, veía venir la muerte con una especie de asombro

desengañado. Su hermano anotaba atentamente, como si estuvieran llenas de un oculto significado, hasta sus menores palabras. Para él, esta muerte lenta en llegar, casi apacible, íntima, en el decorado trivial de una pequeña habitación de fonda modesta, era harto más horrible que todo lo que él había visto en los campos de batalla. Y cuando al fin su hermano murió en sus brazos, Tolstoi cayó en una espantosa crisis de desesperación, de la cual tardó semanas en reponerse. «Toda mi energía vital —confesaba a su tía, que era muy creyente—, ha sido enterrada con él. ¿Para qué vivir si él está muerto?... Para usted está bien: sus muertos viven en el más allá, usted los volverá a ver (aun cuando me parece siempre que nadie puede creerlo sinceramente, pues sería demasiado bello); pero mis propios muertos se han desvanecido como el humo...»

Un mes más tarde confiaba todavía a su *Diario* que él se sentía aún «separado» de la vida y sujeto a las mismas preguntas sin respuestas: ¿Qué hacer? ¿Por qué? Escribía a su amigo, el poeta Fet: «Nicolás tenía razón al repetir que nada es peor que la muerte. Y cuando se comprende que ésta es verdaderamente el fin, entonces no hay nada peor tampoco que la vida. ¿Para qué agitarse, para qué trabajar, ya que de lo que fue Nicolás Nicolaievitch no queda nada? El no decía que sentía venir la muerte, pero yo sé que notaba cada progreso de ella y medía exactamente el poco de tiempo que le quedaba por vivir. Algunos minutos antes de morir, perdió la noción de las cosas, para despertarse de repente y murmurar, aterrado: Pero ¿qué es ésto? Porque había visto esta desaparición del sí mismo en la muerte. Y si él no encontró nada a qué agarrarse, ¿qué encontraré yo? Menos todavía... Sed útiles, virtuosos, felices durante la vida, se dicen unos a otros; pero el sí mismo y la felicidad y la virtud y la utilidad, todo esto no conduce sino a una verdad única, ésta que he comprendido después de haber vivido treinta y dos años: que la situación en la que estamos colocados es terrible.»

Tolstoi terminó, no obstante, por triunfar de su mórbida desesperación; fue poco a poco ganado una vez más por lo que él llamaba «la embriaguez de la vida». Un matrimonio feliz, el nacimiento y la educación de numerosos niños, la elaboración de sus obras maestras de la literatura, lo ocuparon por entero durante quince años. Pero aunque velada por la felicidad de vivir y de crear, la obsesión de la muerte subsistía en él. Y se descargaba de ella en su obra, donde, como veremos más adelante, la meditación sobre la muerte y su evocación son temas sobre los que vuelve constantemente.

Fue, no obstante, en el curso de estos años apacibles, de este tiempo de tregua, cuando le sucedió a Tolstoi sentirse poseído, de improviso y con relampagueante brutalidad, por el vértigo de la muerte. La noche de loca angustia que pasó entonces, que se podría llamar su «noche de Arzamas», del nombre del pueblecito donde la casualidad lo había conducido esa noche, es, creámoslo, uno de los acontecimientos más importantes, uno de los sucesos claves de su vida. En apariencia, no obstante, nada es más trivial: Tolstoi, que había ido a aquella región con el fin de comprar una propiedad, se vio obligado a pasar la noche en un albergue. Pero, «me sucedió allí una cosa extraordinaria», escribió al día siguiente a su mujer. «Eran las dos de la mañana; yo estaba espantosamente fatigado, pero no me dolía nada. De repente fui presa de una angustia extraña, de un terror, un miedo como nunca lo había sentido en mi vida. Te contaré los detalles más tarde, pero jamás he sentido una sensación tan penosa...»

Estos detalles los encontramos en su relato *Notas de un loco,* escrito algunos años más tarde. Tolstoi describe allí su habitación de albergue —vasta, cuadrada, de un blanco helado, y provista de cortinas rojas— y su extrañeza, que debía transformarse en angustia tanto más lacerante cuanto menos explicable. Terminó no obstante por dormirse, pero fue para despertarse muy pronto más angustiado que nunca. Y lo que en ese instante lo aterrorizó no tenía nada de vago o no formulado, sino, por el contrario, era de una cegadora nitidez: era el temor de la muerte, de la muerte cuya presencia helada estaba seguro de sentir en las sombras de la habitación. La oía a través de los locos latidos de su corazón, que le repetía: «Yo estoy aquí, estoy aquí.»

«Mi desgarramiento interior era terrible», escribe Tolstoi. «Yo intentaba expulsar este horror. Encontré un candelero de cobre... y encendí. Pero la llama roja de la vela y su longitud, un poco menor que la del candelero, decían lo mismo: no hay nada en la vida, no hay sino la muerte, que sin embargo

no debiera existir ...Intenté pensar en mis cosas, en mi mujer. Pero todo esto, lejos de tranquilizarme, me pareció ser la nada... Algo trataba de destrozar mi alma en dos partes, pero sin conseguirlo... Y siempre esa misma angustia, roja, blanca, cuadrada, ese algo que quería estallar y no estallaba...»

Esta fulgurante crisis de angustia mórbida no tuvo felizmente continuación y de vuelta a Iasnaia Poliana, entre los suyos, Tolstoi encontró la paz. Su amor a la vida volvió a imperar. Todavía durante algunos años, el afecto de su mujer y de sus hijos, así como sus trabajos literarios, consiguieron distraerlo, salvarlo del vértigo de la muerte. Pero ulteriormente su serenidad fue de nuevo quebrantada por dos duelos sucesivos que, en el lapso de treinta y seis meses, le arrebataron tres de sus hijos y su querida tía Tatiana, que lo había educado y a la que profesaba una ternura verdaderamente filial. Ante esta nueva y extraña insistencia de la muerte, que lo despertaba cruelmente de su apacible felicidad, sintió lo que experimenta, en circunstancias semejantes, Levine, el héroe de *Ana Karenina*, que se le parece como un hermano. «Había realmente olvidado y desdeñado —escribe Tolstoi al respecto— una pequeña circunstancia de la vida : que vendría la muerte y terminaría con todas las cosas, de tal manera que era inútil emprender lo que fuese, y que a esto no había remedio. Sí, era terrible, pero verdad».

Fue en 1876 cuando Tolstoi padeció bruscamente su gran crisis moral, la que iba a durar meses, años, y de la cual iba a surgir un hombre nuevo, el Tolstoi-profeta. Esta crisis terrible, que su mujer llamaba «una especie de muerte moral», lo lanzó a un abatimiento profundo, desesperado. Parecía que toda pasión, que todo su afán de vida se hubiesen extinguido en él. Incluso no se interrogaba ya sobre el sentido de la vida, porque su drama consistía justamente en la convicción íntima, ineluctable, de que todas las preguntas que hubiera podido proponer no tenían más que una única respuesta definitiva y espantosa : la vida no tiene sentido, es absurda, no desemboca sino en la muerte y la nada. «No se puede vivir —escribía entonces— más que cuando se está ebrio de vida. Pero en cuanto se disipa la embriaguez se percibe que todo en la vida no es más que superchería, estúpida superchería...»

Su obsesión de la muerte no había sido jamás tan viva, tan alucinante. Paralizado por la idea de que ésta es ineluctable, experimentaba, nos dice, extraños y angustiosos «momentos de asombro, de paralización de la vida». Y todo lo que intentaba oponer a su terrible desesperación —el amor de los suyos, sus trabajos literarios— parecía vano e irrisorio, ya que estaba amenazado igual que él por la inevitable muerte. «Hoy o mañana —anotaba— vendrán las enfermedades, la muerte para las personas amadas, para mí, y de todo ello no quedará sino podredumbre y gusanos. Mis obras, sean cuales fueren, serán olvidadas tarde o temprano y yo no existiré ya... ¡Cómo puede el hombre no verlo y vivir!»

Cuando se está tan convencido de la vanidad de todo, se llega muy naturalmente a preguntarse si no valdría más terminar con la vida inmediatamente. En sus *Confesiones*, Tolstoi confiesa que durante esos terribles meses, debió, en efecto, luchar contra la tentación de suicidio, que le parecía «seductora». Antes que continuar la lucha contra la desesperación, ¿no era mucho más fácil «liberarse de la vida» con la ayuda de un simple nudo corredizo o una bala de revólver? Para no ceder a ese vértigo mortal, Tolstoi llegó incluso, cuando cazaba, a no llevar consigo más que sus perros, dejando su fusil colgado en el armario.

De este espantoso tormento, de esta «angustia existencial», como se dice hoy, Tolstoi intentó, sin embargo, liberarse valerosamente. Desde luego, le pareció que no podía hacer nada mejor que buscar una respuesta para las cuestiones que lo torturaban. Interrogó febrilmente a los filósofos, sobre todo a Platón y Schopenhauer, y también los Evangelios, con la esperanza de encontrar allí las certidumbres que necesitaba para continuar su vida, para vencer la obsesión de la muerte. Creyó al fin encontrar la paz interior volviendo a la ortodoxia y a sus dogmas, que había abandonado desde su juventud, y durante algunos meses, fue un practicante ejemplar. Pero él era un hereje por naturaleza y dejó pronto, y definitivamente esta vez, la Iglesia rusa, persuadido de que había oposición entre sus enseñanzas y la razón. De allí en adelante iba a intentar construirse su propio sistema filosófico y forjarse su propia religión, que llegaría a ser después el tolstoísmo.

Durante los treinta años que le quedaban de vida se entregó a una meditación apasionada sobre la condición y el destino humanos. Pero, antes que nada, quiso familiarizarse con la idea de la muerte, esperando así vencer en él la obsesión. Cada día, en su *Diario*, terminaba sus notas inscribiendo la fecha del día siguiente, seguida de la frasecita jaculatoria: «Si estoy en vida.» Ya que la muerte era ineluctable, él intentaba aprisionar la idea, introducirla en su existencia, amalgamarla a su sentimiento de la vida; en una palabra, hacerla soportable habituándose a ella. Es así como para forzarse a mirarla sin estremecerse, escribía frecuentemente frases como ésta: «Pienso que es posible que mañana ya no viva; cada día trato de familiarizarme más con esta idea y a ella me habitúo más y más.»

Esta incesante meditación sobre la muerte era una meditación apasionada. Ocurre, en efecto, que Tolstoi no era un Descartes, y no tenía nada que hacer con las bellas demostraciones razonadas; se ha dicho que no poseía una cabeza metafísica. Si se esforzó en responder como filósofo a las preguntas que se planteaba sobre el misterio de la muerte y el más allá, no es necesario confesar que fracasó en la empresa. Escribió mucho, escribió enormemente al respecto, pero sus declaraciones, aunque perentorias, no son menos confusas y contradictorias. Sus largos años de meditación no lo condujeron a ninguna certidumbre y si intentamos resumir su pensamiento, tropezamos finalmente con una confesión de ignorancia, ora desesperada, ora atemperada por un teísmo vago e irrazonado. Cierto día escribió serenamente: «La terrible realidad de la muerte debe ordenar toda nuestra vida y cada cual debe, por propia voluntad, obtener la vida total, la única verdadera, que es Dios.» Pero en otros momentos su desesperación estallará «¿Qué verdad —dijo un día a Gorki— puede haber, si existe la muerte?» Y Gorki confiesa que «este nihilismo atroz despertaba en mí un sentimiento vecino al odio».

Al intentar resolver mediante la razón los angustiosos enigmas de la muerte y del más allá, Tolstoi parece, pues, haber fracasado. Este fracaso no ha impedido, empero, a uno de sus más sutiles comentadores, el filósofo León Chestov, proclamar: «Sólo algunos hombres excepcionales consiguen oír y comprender el lenguaje enigmático de la muerte, en sus raros momentos de tensión extrema, de sobrexcitación. Esta comprensión le fue otorgada a Tolstoi...» Porque es verdad que si el gran escritor no ha sabido explicarnos lo que es la muerte, ha conseguido mejor que nadie hacérnosla sensible, hacernos escuchar su voz. Pero no es en sus escritos filosóficos donde ha conseguido esta aproximación, sino en su obra novelesca.

No es asombroso, por otra parte, que esta preocupación por la muerte que, según hemos visto, acompaña al escritor a lo largo de su vida, se encuentre también en el centro de su obra de novelista. Como lo ha hecho notar muy bien Thomas Mann, es, en efecto, escasa la obra en la literatura universal donde la muerte tenga un tal lugar, donde se encuentren de ella tan numerosas evocaciones y descripciones. La obsesión de la muerte que acentuaba tan profundamente la personalidad del escritor, trascendió, pues, a sus novelas y constituye uno de los temas profundos y penetrantes de ellas. Bien podría atreverse a decir casi que la muerte es a la vez el personaje más corriente y el mejor logrado del universo tolstoiano.

Sabemos que el novelista es, frecuentemente, ese padre desnaturalizado que encomienda a sus personajes que vivan experiencias que él no ha tenido ocasión ni valor de intentar por sí mismo. Es también ésto lo que hace Tolstoi con sus héroes: muy frecuentemente, él los enfrenta con la muerte, los hace morir, para ver —y mostrarnos— cómo se conducen en esa hora última, «la hora de la verdad», como dicen los españoles. Si llega frecuentemente a «matar» a sus personajes, no es, como lo hacen otros novelistas mediocres, para librarse de ellos y dar así fin a su relato. Tolstoi los entrega a la muerte por una especie de curiosidad apasionada; los acompaña hasta sus últimos instantes, prolonga su agonía, como si esperase de ella una suprema y última revelación. Veinte veces intentará Tolstoi de esa manera, por persona interpuesta, acercarse más de cerca a la muerte y sorprender su secreto.

Desde su primeros relatos vemos a Tolstoi servirse de sus personajes para interrogar a la muerte. En su primer libro *Infancia*, el narrador, que no es sino él mismo, evoca a su madre sobre su lecho y dice que, al mirarla prolongadamente, «olvidaba su propia existen-

cia, y experimentaba un placer inefable, dulce y triste a la vez».

En una breve y muy hermosa novela corta, *Las tres muertes*, que escribió en 1859, aborda el problema de frente. Compara allí la muerte de tres seres: una joven rica, un miserable cochero y, finalmente, asombrosa aproximación, un abedul. La joven rica, que posee una fe meramente superficial, rehusa la muerte y muere en la protesta y en la desesperación. El pobre mujik, nutrido de la vieja sabiduría popular que provocó siempre la admiración de Tolstoi, acepta la muerte con resignación y humilidad. Pero la más conmovedora, la más bella de las tres muertes es la inconsciente y serena del árbol, del que se hará una cruz una vez abatido. Como no tiene memoria ni aprensión, se abandona, se entrega enteramente a la muerte.

Pero es en *La guerra y la paz*, en el centro mismo de la obra, donde está una muerte que nuestro novelista evocó y vivió más apasionadamente que las otras. Es la del personaje al cual él prestó tantos rasgos de sí mismo, la del príncipe Andrés. La aproximación a la muerte está, esta vez, descrita con tal acento de verdad, que el lector se conmueve ante ella y, una vez terminada su lectura, no conseguirá olvidarla nunca más. ¿Quién de nosotros no se acuerda de los dos encuentros del príncipe Andrés con la muerte?

La primera vez, el joven oficial está tendido, gravemente herido, en el campo de batalla de Austerlitz, y «no hay nada sobre él —escribe Tolstoi—, sino el cielo, un cielo velado, pero muy alto, inmensamente alto, donde flotaban dulcemente nubes grises. ¡Qué calma, qué paz solemne!, se dijo él... ¿Cómo no había notado antes esta profundidad sin límites?... Sí, todo es vicio, todo es decepción; todo, excepto el cielo infinito...» Le parece descubrir entonces la respuesta a la pregunta que se proponía desde hacía largo tiempo sobre el sentido final de la vida. Nada más sencillo en verdad: el sentido de la vida, es olvidar, es vivir para los otros.

Después de sanar, no obstante, el príncipe Andrés se ve demasiado pronto y demasiado rápidamente decepcionado por esos «otros» a los cuales ha pensado dedicarse, para no descorazonarse y no apartarse de la verdad entrevista. El «sentido de la vida» no lo comprenderá verdaderamente, sino con ocasión de su segundo encuentro, definitivo éste, con la muerte. Los Rostov, que huyen de Moscú en llamas, lo han llevado, muy gravemente herido, en una de sus berlinas, y es en el camino, una mañana, velado por Natacha, cuando tiene, poco antes de morir, la brusca revelación de lo que debería ser la vida. «Sí, el amor —se dice de nuevo con una gran lucidez—, pero no el amor que conoce su fin, sus razones o su causa, sino ese que yo experimenté por primera vez cuando, muriendo, vi a mi enemigo y a pesar de ello lo amé.»

«Experimenté entonces ese sentimiento que es la esencia misma de nuestra alma y que no tiene necesidad de objeto. Y ahora de nuevo conozco esta felicidad. Amar al prójimo, amar a sus enemigos, amarlo todo es amar a Dios en todas sus manifestaciones... Amar con un amor humano es poder pasar del amor al odio, en tanto que el amor divino es inmutable. Nada, incluso la muerte, nada puede destruirlo; es la esencia misma del alma.»

Estas «variaciones sobre el tema de la muerte» las encontramos también, con una nota mucho más amarga, en *Ana Karenina*, pero las volvemos a encontrar sobre todo en la admirable novela corta *La muerte de Iván Ilitch*, escrita en 1884-86. El tema esta vez es tratado con una asombrosa y maravillosa sencillez. Tolstoi lo ha despojado voluntariamente de toda grandeza, de todo romanticismo: es la muerte mediocre y cotidiana la que nos muestra; la muerte que nos espera a cada uno de nosotros. Porque esta *nouvelle* está escrita con tanto arte que es difícil leerla sin sentirse directamente afectado por ella, sin adivinar también que Tolstoi la escribió para mirar mejor a la muerte cara a cara, a través de los ojos de su personaje y liberarse al fin de su obsesión.

La muerte de Iván Ilitch no es, pues, la de un valiente en el campo de batalla, o el suicidio de un amante desesperado; es aquella, trivial e incluso sórdida, de un funcionario mediocre que ha tenido que guardar cama a consecuencia de una caída desastrosa y un poco ridícula y que, a juicio de sus parientes, invierte demasiado tiempo en decidirse a morir.

Iván Ilitch, «lleno de una piedad infinita para consigo mismo», sufre desde luego espantosamente al sentirse tan solo frente a la muerte que se acerca. Enfermo, se sabe excluído ya del mundo de los vivos; descubre que alrededor de él, en el mundo de los sanos,

no es todo sino mentira y egoísmo: mentira del médico y de sus familiares, egoísmo de su mujer, preocupada sobre todo por saber cómo vivirá ella después de su muerte. Pero, en seguida, inclinándose sobre su propio pasado, se da cuenta de que su misma vida no ha sido mejor que la de los otros, que no ha sido sino una serie de engaños, egoísmos y traiciones. Comprende entonces claramente que lo que la muerte le pide, lo que exige de él, es que perdone a los otros su impostura. Y el hecho de que no se preocupe más de sí mismo, sino de los otros, lo redime y lo lleva, apaciguado y consintiendo, al umbral de la muerte. «Y bruscamente» —concluye Tolstoi—, sintió claramente que aquello que lo atormentaba y lo oprimía, se disipaba, se escapaba fuera de él por todas partes a la vez. Y tuvo piedad de ellos, no le hacia falta ya hacerlos sufrir. Era indispensable liberarlos y redimirse a sí mismo de sus tormentos. «Qué bueno es y qué sencillo, pensó él... ¿Y la muerte? ¿Donde está?» Busca su habitual terror y ya no lo encuentra. «¿Dónde está? ¿Qué muerte?» Ya no teniá temor, porque la muerte no existía. En vez de la muerte veía la luz.

Si la conclusión de esta novela corta, por bella que sea, puede parecer excesivamente edificante y forzada, es porque en la época en que Tolstoi la escribió, el duelo que en él oponía el novelista al moralista, o más bien al profesor de moral, comenzaba a dar la ventaja a éste último. Estos finales edificantes los volvemos a encontrar, mucho más acentuados en otra novelita, *Señor y servidor*, escrita en 1895 por un Tolstoi, transformado entretanto en el padre del tolstoísmo. Ahora predica sin preámbulos, y lo que quiere enseñarnos es a bien morir.

Tolstoi, decíamos, ha querido enseñarnos a bien morir. Pero es también y sobre todo a sí mismo a quien intentaba convencer. A lo largo de sus treinta últimos años se preparó para bien morir y se aplicó a ello con una incansable y admirable perseverancia. Hemos visto que por un incesante *memento mori*, que recuerda el de ciertas órdenes religiosas, se obligaba a pensar sin tregua en la muerte, a tenerla siempre ante sus ojos. Terminó así por habituarse a ella, y la fascinación espantosa, pánica, casi animal que la muerte ejercía sobre él, se atenuó progresivamente para desaparecer por fin al final de su vida. Llegó a poder mirarla con calma, en pleno rostro. «No hay necesidad de meditar sobre ella —escribía entonces—, pero es necesario tenerla siempre ante sí. Toda la vida se hace entonces más grave, más transcendente y verdaderamente más fecunda y más alegre.»

«No hay necesidad de meditar sobre ella...» Si Tolstoi afirmaba esto es porque, como hemos dicho, sus propias meditaciones sobre la muerte y sus investigaciones filosóficas sobre el más allá no lo habían llevado a ninguna conclusión definitiva. A los 80 años, llegado al umbral de la muerte, no había encontrado aún la respuesta a la pregunta que le formulaba cincuenta años antes su hermano moribundo: «Pero ¿qué es ésto?» Y no estaba incluso siempre seguro de que esta eternidad radiante, que él creía entrever más allá de la muerte, no fuera un espejismo nacido de su deseo de inmortalidad; no estaba seguro de que esta última puerta no se abriese sobre el vacío.

Sin embargo esto no quiere decir que Tolstoi quedó en definitiva vencido en el interminable combate que había entablado durante toda su vida con el ángel de la muerte. Si no había llegado a desenmascarar a su adversario, pese a todo era él el vencedor, porque había terminado por vencer a la muerte desarmándola, quitándole todos sus triunfos cediendo, con mucha anticipación, a todas sus exigencias.

Durante treinta años, Tolstoi se preparó para la muerte desatando uno a uno todos los lazos que lo unían al mundo, que lo ataban a la vida. Destruyó en sí todos los deseos humanos, los más viles como los más nobles, él, que era el hombre de todos los deseos. Renunció a la caza como renunció al arte, se alejó tanto de la riqueza como del amor humano. Semejante a esos sabios de la India a quienes admiraba, este hombre que era «loco por la vida» llegó así, por una lucha incesante, al renunciamiento total.

Tan bien se preparó para morir que, viviendo, había terminado por identificarse con su propia muerte. Y cuando llegó su hora fue él mismo quien acudió a su encuentro. Y hay pocos hombres, creo, que en el momento de morir tuvieran igualmente el derecho de decir con el apóstol Pablo: «Muerte, ¿dónde está tu victoria?»

DANIEL GILLES

César Vallejo
en el drama de su correspondencia

POR JOSE MANUEL CASTAÑON

LLEGAN A MIS MANOS, por deferencia cariñosa del escritor y diplomático don Pablo Abril de Vivero, actual embajador del Perú en Venezuela, un centenar de cartas que le dirigió César Vallejo a lo largo de los años que van de 1924 a 1934. Cartas que forman parte de otras muchas consumidas por el fuego de un bombardeo en el Madrid de la guerra civil.

Las cartas se hacen imprescindibles para ayudar al conocimiento objetivo del poeta. Don Pablo Abril no será avaro de tan valiosa aportación para la bibliografía vallejiana; pero un pudor explicable en su generosa calidad humana, le ha frenado hasta ahora —y quizá por algún tiempo más— el efecto de publicar íntegramente tan patético epistolario. Sin embargo, no resistió mi súplica de publicar varias de dichas cartas, como primicias del futuro libro.

Las cartas de Vallejo a Abril nos hacen ver al poeta como un niño grande, síntesis de orfandades. Dado a la entrega epistolar, necesitaba mostrarse abiertamente, en afanes, luchas y preocupaciones. Y, siempre en llaga viva, sufriendo los «*siglos semanales*» o «*tantos años y siempre mis semanas*», como dirá en verso humano al hacer resumen de su vida...

Pablo Abril y César Vallejo se conocen en el Lima pacífico de la primera guerra mundial. Los presenta el genial humorista Abrahán Valdelomar y se encontrarán luego en París, en el verano de 1923. Caminarán muchas horas por las orillas del Sena; y un día de 1924, con el abrazo fraterno de Vallejo, partirá Abril para España, a ocupar el cargo de secretario en la Legación del Perú. Desde entonces, sufriendo mutuamente la ausencia, comienzan las cartas y en ellas recibirá Abril el estado de ánimo —¡sin reservas!— del compatriota y amigo, incesantemente agobiado por lo perentorio del vivir.

Las cartas, por su sorprendente sinceridad, constituyen una de las entregas más confesionales en la vida del poeta. Los párrafos que transcribiremos cronológicamente, nos lo irán mostrando al desnudo, haciéndonoslo más amigo:

«*Tengo que ver de agenciarme la vida. Yo no tengo, en verdad, oficio, profesión ni nada. ¡Sin embargo tengo afán de trabajar y de vivir mi vida con dignidad, Pablo! Yo no soy bohemio: a mí me duele mucho la miseria, y ella no es una fiesta para mí, como lo es para otros. Usted ha visto mi situación en París. ¿Es que yo no quiero trabajar? A las usinas he ido muchas veces. ¿Será que he nacido desarmado del todo para luchar con el mundo? Puede ser.*» (París, 26 de mayo de 1924.)

Las colaboraciones en la prensa del Perú, que es de lo que vive Vallejo en el París de entonces, son aleatorias, se hacen tardar. En la misma carta, comenta:

«*Son unos terribles. No me han enviado sino una parte de lo que me deben, concretándose a prometerme que me girarán lo demás próximamente. Con esos dinerillos estoy viviendo, y quiero aprovechar de la relativa tranquilidad que ellos me proporcionan, para buscar de trabajar para cuando ellos se aca-*

ben, que creo será muy pronto, irremediablemente. (No sé por qué veo en mi mente una de las más espirituales actitudes de usted, a través del recuerdo, en este instante de comentar la manera irremediable con que se acaban los dineros de esta vida. De estar juntos, al margen de este comentario, usted daría a mis lamentaciones, tan ágil y noble y suave tinte juvenil, que toda mi amargura y todo el aire ingrato del momento habríase resuelto en solaz lírico y riente.)»

La actividad de César Vallejo es la del periodista que vive de las colaboraciones, cuyo fruto es de angustia porque llegan tarde, mal y a veces nunca. Sus amigos Emilio Ribeiro y Pablo Abril, le consiguen una colocación en *Les Grands Journaux,* hablando al efecto con Mauricio de Wallef, subdirector de *Le Figaro* y director de *Les Grands Journaux.* Pero lo que por entonces ilusiona a César Vallejo es la posibilidad de conseguir una beca del gobierno español, cuyo importe de trescientas pesetas mensuales le permitiría concluir los estudios de Derecho en la Universidad de Madrid, aunque la realidad, muy explicable, sea otra...

Son becas concedidas por el Ministerio de Educación de la dictadura de Primo de Rivera para estudiantes hispanoamericanos, a propuesta de los respectivos gobiernos de América.

Luis Monguió en su interesante estudio sobre Vallejo (*César Vallejo, 1892-1938.* Hispanic Institute, New York, 1952), dice que la beca fue rechazada por el poeta. Es un error —por no decir interesada mixtificación— que conviene borrar. Vallejo no estaba en situación de rechazar lo que tanto le interesaba para poder vivír. Golpeado por el infortunio, viviendo siempre al día, vio el cielo abierto ante la posibilidad de obtener la beca de estudios, que él mismo interesa de su compañero Pablo Abril.

Los compatriotas suyos que le reconocían como excelso poeta desde la publicación de *Los heraldos negros* y *Trilce,* hubieran deseado para él uno de esos puestos diplomáticos que los gobiernos de Hispanoamérica prodigan con tanta facilidad. Pero Vallejo estaba huérfano de toda ayuda y el gobierno de su país era incapaz de tener una deferencia con el poeta. Deferencia —¡seamos sinceros!— a la que Vallejo hubiese correspondido, aunque la dictadura de Leguía merecía su repulsa.

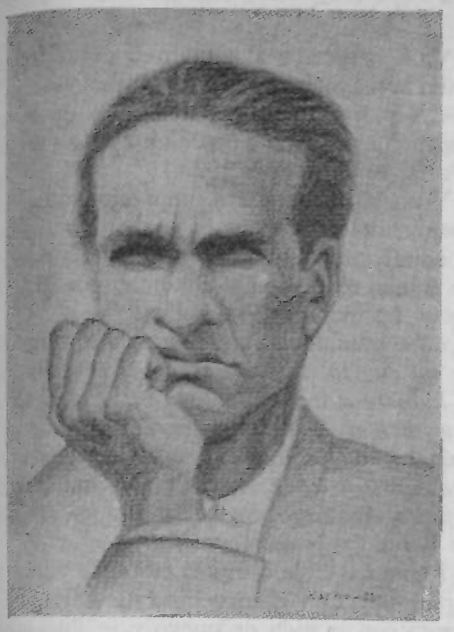
Enterado de que se produciría una vacante en las becas otorgadas a estudiantes peruanos, escribe:

«Acabo de saber que una de las becas para estudiantes peruanos en España, que mantiene el gobierno chapetón, *ha quedado vacante, por haber terminado sus estudios en Barcelona el joven que la disfrutaba, que me parece se apellida Castillo. Le ruego ver si es posible que esa beca me la concedan a mí, para terminar mis estudios de Jurisprudencia en Madrid... No hay tiempo que perder, en razón de que el año escolar en España empieza el 1 de octubre, y porque hay que adelantarse a cualquiera otra pretensión. Por otro lado, según sé, el Ministro peruano en Madrid, de acuerdo con el gobierno español, está facultado para dar la beca a tal o cual persona que esté ya en España, con cargo de hacerla ratificar por la Cancillería de Lima. Si todo es hacedero, le agradecería muy encarecidamente dar los pasos necesarios a la mayor brevedad posible y en la forma que usted estime mejor.»* (París, 4 de agosto de 1924.)

«¡Pablo querido!: Ocúpese de la beca de Castillo. Tengo presentimientos de perderla. Temo que si no nos dirigimos a Lima, nos cruzará otro allá. No esperemos que se produzca la vacante, porque sería tarde. Creo que debemos dar los pasos en el día y sin pérdida de tiempo. Sería conveniente que el Sr. Leguía haga un cable a Lima, asegurando el asunto con la Cancillería, por lo que pueda suceder. De esta manera no hay nada que temer, puesto que lo demás depende de ustedes ahí. Así me parece. En fin, usted verá lo mejor ahí. Lo importante es que no se nos vaya de las manos esto que puede servirme de mucho en mis actuales desesperaciones. A lo mejor algún idiota de los estudiantes compatriotas me quita lo que me corresponde acaso con mejor derecho que a muchos. Sería el colmo que no esta migaja me sea dada.» (París, 28 de agosto de 1924.)

La beca se impone como una salvación a su vida. Constituye toda su obsesión. Cae enfermo de cuidado, y en su primer ingreso en el hospital la idea del desamparo le sigue angustiando en una hermosa y patética carta:

«Mi querido Pablo: Parece que la vida sigue empecinada en herirme. Esta carta le escribo desde el hospital de la Charité, Salle Boyer, cama 22, donde acabo de ser operado de una hemorragia intestinal. He sufrido, no



CÉSAR VALLEJO

querido amigo, veinte días horribles de dolores físicos y abatimientos espirituales increíbles. Hay, Pablo, en la vida horas de una negrura negra y cerrada a todo consuelo. Hay horas más, acaso, mucho más siniestras y tremendas que la propia tumba. Yo no las he conocido antes. Este hospital me las ha presentado, y no las olvidaré. Ahora, en la convalecencia, lloro a menudo por no importa que causa cualquiera. Una facilidad infantil para las lágrimas, me tiene saturado de una inmensa piedad por todas las cosas. A menudo me acuerdo de mi casa, de mis padres y cariños perdidos. Algún día podré morirme, en el transcurso de la azarosa vida que me ha tocado llevar, y entonces, como ahora, me veré solo, huérfano de todo aliento familiar y hasta de todo amor. Pero mi suerte está echada. Estaba escrito. Soy fatalista. Creo que todo está escrito. Dentro de seis u ocho días más creo que saldré del hospital, según dice el médico. En la calle me aguarda la vida, lista, sin duda, a golpearme a su antojo. Adelante. Son cosas que deben seguir su curso natural, y no se puede detenerlas.» (París, 19 de octubre de 1924.)

La enfermedad lo retiene más tiempo de lo previsto en el hospital:

«*Mi querido Pablo: Mi enfermedad se ha alargado más y más. Ayer hizo un mes que estoy en cama. Después de la operación, me vino de nuevo una hemorragia que por poco carga conmigo. La noche del domingo 27 pudo haber sido fatal. ¡Horrible! Pero hoy estoy otra vez mejor. Ya estoy desde el martes, en mi cuarto, pero siempre en cama. El médico me ha dicho que guarde cama todavía y que me cuide*»... ...«*Cornejo, viendo mi situación desesperada, por fin me ha pedido un pasaje de regreso al Perú. Con fecha 30 marchó la gestión por correo. Yo le he mandado decir que sí, que me volveré al Perú. Pero yo le ruego, Pablo querido, me haga usted el favor de recomendar a Lima se me dé el pasaje a la mayor brevedad, y recomendar también a Londres se me dé en efectivo el valor de ese pasaje. Con ese dinero podré vivir hasta que se me conceda la beca de España, que esperamos para Enero. En todo caso, usted vea si puede haber incompatibilidad entre el pasaje y la beca y si la hay, prefiero, naturalmente, la beca, siempre.*» (París, 5 de noviembre de 1924.)

La beca sigue impacientándole por temor a perderla. Por niño no comprende que «las cosas de palacio van despacio», y en la duda quiere resignarse a lo fatal:

«*Como es posible que yo siga en París, contra viento y marea, y que siga fuera del Perú, contra marea y viento, toda posibilidad de miseria queda descontada, y toda adversidad de la vida. No conozco los caminos que llevan a la comodidad y a la dicha; y nunca los he recorrido. Así, pues, toda está muy bien como está, y, sobre todo, como es.*» (París, 31 de enero de 1925.)

Después de impaciente espera, llega la dicha:

«*Mi querido Pablo: Con mucha alegría contesto su carta del 5. Ya podrá usted imaginar mi contento por la concesión de la beca para España. A usted se la debo, Pablo generoso. Mi gratitud y mi cariño crecen más y más hacia usted, por lo bueno y lo fino de su gran corazón para conmigo. Le ruego se moleste avisarme si Castillo ha dejado la beca y desde cuándo puedo percibir esas trescientas pesetillas de la Madre Iberia. Aguardo sus noticias, pues tal vez sea necesario que yo vaya a Madrid, a hacer acto de presencia por unos días en la Universidad. Espero ávidamente sus gratas noticias.*» (París, 16 de marzo de 1925.)

Pablo Abril sabe que Vallejo será un estudiante *sui generis*, que sólo se matriculará para poder percibir mensualmente el importe de la

beca. A falta de una ayuda generosa por parte del gobierno de su país, la beca es un recurso, un pequeño amparo a su orfandad madura. Por esta razón viaja a Madrid, con el único objeto de hacer acto de presencia en la Universidad. Luego, su compatriota se encargará de firmar por él y girarle el importe de las mensualidades.

¿Para qué errar de buena o mala fe, pasando en silencio la beca cuando no diciendo que la rechazó olímpicamente? Ella le puso en contacto con España, y si bien durante la vigencia de la beca apenas visitó a España, ese contacto fue vital para su obra, ya que a España regresa para vivir en Madrid los primeros años de la República; y sobre todo para sufrir con ella durante la guerra civil.

Los años 1923 y 1924 han quedado atrás, dejando un recuerdo trágico en el poeta. Y así, confiesa a Pablo Abril:

«*Como vengo sufriendo continuas dolencias y fiebres desde hace tiempo, me acabo de consultar con un médico en forma detenida. En* Les Grands Journaux *se portan muy bien conmigo y, comprendiendo que la causa de mi mala salud proviene de mi miseria, que sobrellevo hace dos años, van a darme un permiso para irme al campo y fortalecerme los pulmones y el corazón, que según me dice el doctor, están débiles. El trabajo a máquina me hace daño y cualquiera preocupación nerviosa. Hoy es domingo. Mañana quizás arregle yo todo esto. Mi preocupación espiritual, con todo, me será inseparable. Usted, Pablo querido, lo comprende. Mi vida va pasando, así, y ella sigue esterilizándome más y más para toda labor. Ni yo saco nada de ella, ni nadie. Mi vida no me sirve a mí, ni a nadie. Este remordimiento se hace cada día más tormentoso y obsesionante.*» (París, 5 de julio de 1925.)

Pablo Abril —como su hermano Xavier, Juan Larrea, Haya de la Torre, Antenor Orrego, Luis Alberto Sánchez y otros intelectuales hispanoamericanos—, sufría por la situación de Vallejo e hizo lo que pudo en favor del amigo. En uno de sus viajes a París, localiza el cuartucho del hotel donde yace postrado el poeta. Va en compañía del Dr. Wieland, médico peruano, quien lo examina con esmero. Pablo Abril deja bajo la almohada del lecho los francos que le permite su posición, para ayudar al viaje de reposo que proyecta el poeta a la campiña de Francia.

Vallejo escribe al amigo en carta fechada, como la mayoría, en la capital francesa:

«*Necesito salir de París, pero no para ir a otra ciudad. Estoy cansado, Pablo querido.*» (París, 16 de julio de 1925.)

Y en la misma carta, impresionado con los poemas del amigo que bajo el título *Ausencia* se editaron en París con un prólogo de Pérez de Ayala, se siente aludido en el poema «Ven, pobre hermano mío», y dice:

«*Su poema me ha hecho llorar largo rato en mi cuarto. Me ha tocado el corazón como si hubiese sido escrito para mí. Tal contenido sentimental posee, tan sencilla y tersa es su palabra, que uno tiene que experimentar a cada giro, a cada simple frase, una onda de infinito idealismo. Se ha lavado mi espíritu y he llorado a solas largo tiempo.*»

Repuesto en la campiña francesa vuelve a la lucha diaria en el torbellino de París. Se enfrenta con la vida de nuevo y se ilusiona con la idea de su amigo Abril, que atraído por una admiración devota al poeta sueña en su definitiva redención económica. La idea estriba en la creación de un semanario —*La Semaine Parisienne*—, que fracasará porque la idea no es secundada por los accionistas amigos que se esperaban:

«*Pablo querido: nuestro muy amado Emilio se resiste a seguir en la empresa. Dice que yo le ha dicho a usted que no le conviene. No ha vuelto a venir a la oficina ni una sola vez, ni se ha ocupado de nada. Lo he visitado varias veces y he insistido en la revista, sin resultado alguno. Así, pues, estamos usted y yo. Pero si Emilio no vuelve a nuestro propósito, me parece que nosotros debemos seguir adelante. ¿Qué fracasamos? ¡Bueno! Una vez más habremos sido jóvenes e ilusos y, sobre todo, audaces. Quienes nada arriesgan, ya pueden morirse en el día. Cómodo es ir a lo seguro y echarse en cama lista. Lo difícil es abrirse un camino a la fuerza y aventurarse en lo desconocido.*» (París, 8 de abril de 1926.)

Pasan los meses, y las ilusiones se van derrumbando. Pablo Abril, desde Madrid, alienta y ayuda al proyecto, porque las ilusiones de Vallejo son sus mismas ilusiones, ya que piensa romper con el gobierno de su país e ir a París, a luchar en la empresa periodística hombro a hombro con Vallejo. Pero el poeta es hombre de extraordinaria dignidad, y viendo que el amigo gasta sus dineros en el sostenimiento de la empresa, escribe:

«Es terrible esto de tener que hablar siempre de cosas medio literarias y nada financieras. Pero qué vamos a hacer. Estamos condenados a ello. Mientras no tengamos en el bolsillo fajos de billetes, uno tiene que seguir acariciando despojos de imaginación y nada más.» (París, 21 de diciembre de 1926.)

En la lucha por el sustento, alienta en Vallejo una ilusión nueva que, desgraciadamente, no cuajará. Escribe a su amigo:

«Todavía no le he hablado sobre mi novela, pues espero la opinión de usted para decidirme a la gestión. Se trata de pedir al gobierno auspicie económicamente la publicación en francés de mi novela de folklore americano Hacia el reino de los Shiris, *que la tengo terminada y mecanografiada. Me apoyo, para esta gestión, en la labor, modesta, pero efectiva, que he hecho por la prensa en favor del Perú, desde hace tiempo, y digo que el objeto de dicha versión francesa de mi novela es la difusión y propaganda europea de la cultura indoamericana y, singularmente, peruana. Lo que pido para este libro, que irá ilustrado de maderas y grabados incaicos, es la suma de quinientas libras peruanas. Naturalmente, toda la edición queda de propiedad del Estado y yo no tomaré sino unos cien ejs. de ella. El tiraje será de 2.000 ejs. en papel de obra. ¿Se podrá conseguir este pedido? ¿Qué opina usted, personalmente, del asunto?* (París, 24 de julio de 1927.)

En la misma carta muestra su angustia al seguir percibiendo la beca. La misma ilusión por conseguirla, se convierte ahora en explicables deseos de abandonarla:

«En cuanto a la beca, yo no sé francamente qué hacer. Xavier le habrá referido las dificultades que día a día nos ponen. Más bien estoy por decidirme a dejarla, salga lo que salga. Par un joven de 20 o 25 años está ella muy bien, pero mi edad está ya muy vencida para seguir royendo una tan diminuta migaja. Por otro lado, si lo de mi novela no resulta, puede ser que yo me vaya a New York, a liquidar mi vida de un solo golpe. Estoy ya cansado. Es terrible. En fin, usted sabe, Pablo, cómo esto es insostenible.»

En su mente se devoran ilusiones y desengaños. El realismo, en todo su patetismo, se impone ya en su quehacer cotidiano:

«Como le decía a usted en mi anterior, he decidido no hacer ninguna gestión sobre mi novela, que, de este modo, se quedará como una simple novela y nada más. *Sigo pesimista o más bien dicho, demasiado realista acerca de la bondad económica del gobierno para con este pobre peruano de París. Sólo los cholos Peñalozas gastan los dineros fiscales en comisiones parlamentarias a París. Los demás no tenemos derecho a nada. Me tiene usted, como siempre, sin saber por dónde tirar ni qué hacer. Esto es trágico. Me veo comido de miseria y de incertidumbre. Hay cosa más torturante. No tengo ni presente ni futuro.»* (París, 3 de septiembre de 1927.)

El pasaje que recibe en metálico, como liquidación de su beca para regresar al Perú, lo destina a viajar por Europa, en un deseo de compenetrarse con el experimento comunista:

«Mi querido Pablo: Hoy parto para Moscú. Mi pensamiento, al partir, va hacia usted y le pongo estas líneas para enviarle mi apretado abrazo fraternal. De este viaje ya le había hablado hace mucho tiempo. Hoy lo hago, después de haberme reposado cerca de tres meses en el campo. Me siento rehecho y capaz de afrontar de nuevo la vida y todos sus reveses. Pablo querido: en medio de mi convalecencia, me siento otra vez, y acaso más que nunca, atormentado por el problema de mi porvenir. Y es, precisamente, movido del deseo de resolverlo, que emprendo este viaje. Me doy cuenta de que mi rol en la vida no es éste ni aquél y que aún no he hallado mi camino. Quiero, pues, hallarlo. Quizá en Rusia lo halle, ya que en este otro lado del mundo, donde hoy vivo, las cosas se mueven por resortes más o menos semejantes a las enmohecidas tuercas de América. En París no haré nunca nada. Quizá en Moscú me defienda mejor del porvenir.

De Rusia le escribiré continuamente. No sé si podré quedarme allí definitivamente, que sería mi ideal. Y si vuelvo, no sé todavía cuándo. Lo único que me da miedo es el terrible frío de Rusia. Ya le escribiré, apenas llegue a Moscú. Por desgracia, el pasaje que me vino sólo fue de segunda, es decir, 50 libras. De otra manera, mi viaje a Moscú me ofrecería menos peligros. Sin embargo, tengo que hacerlo, salga lo que salga.» (París, 19 de octubre de 1928.)

El viaje dura pocos días. Desde Moscú, escribe al amigo:

«No creo que podré quedarme en Moscú. Lo del idioma es terrible. Volveré a París dentro de pocos días y de allí le escribiré de nuevo.» (Moscú, 29 de octubre de 1928.)

«*El idioma y las dificultades materiales de un medio pobre en recursos fundamentales de vida, me obligaron a volver grupas inmediatamente. El problema de la habitación, por sí solo, insalubre, aun para alojar al mismo Stalin. Salvo cuando se gana un sueldo fantástico, que permite vivir en hoteles. Pero los salarios no son tan anchos que se pueda pagar cien francos diarios por cuarto de hotel.*» (París, 27 de diciembre de 1928.)

Regresa, pues, a París, si bien vuelve a la URSS por sus propios medios (ya matrimoniales) a estudiar de cerca la experiencia rusa, que dará origen a sus reflexiones al pie del Kremlin. Pero en horas de esparcimiento por los cafés de París, durante el otoño de 1928, confesará al amigo: «*¡Aquello, Pablo, es drama, drama! Pero dicen estar sacrificándose por la Humanidad. Dicen estar forjando algo grande. Nosotros hemos de estar aquí, en París. Aquéllo no es para nosotros.*»

El año de 1929 nace para el poeta, en París, como la mayoría de sus años europeos. Y nace fatalmente a un nuevo desamparo, porque los sueños de recibir periódicamente los pagos de sus colaboraciones americanas se vienen abajo:

«*Mi situación es muy estrecha y hasta angustiosa, ya que no vienen mis gestiones económicas a dar el resultado que espero de un día a otro. Tendré que revestirme de paciencia, como siempre.*» (París, 9 de enero de 1929.)

Vamos a finalizar la transcripción de los párrafos de las cartas de Vallejo por mucha que sea la tentación de seguir comentándolas. Los admiradores del poeta tendrán algún día el epistolario completo en sus manos, debidamente comentado por don Pablo Abril, cuya autoridad es capital para centrar definitivamente las andanzas del poeta-hombre, tan adosadas a la gestación de su extraordinario mundo poético.

Pero hay algo fundamental en las huellas sangrantes de este epistolario. Es el paralelo entre lo social y lo religioso: su esperanza ultraterrena y su indignación social. En síntesis, una doble vía de cristiano y marxista, en la que al fin triunfa su humanidad, el libre albedrío de sus sentimientos, por encima de normas y dogmas.

Tal paralelo se halla en los párrafos de varias cartas, cuyas fechas es preciso tener en cuenta:

«*Pablo: Hay gente dura y cruel en el mundo. Hay dolores que espantan, y la muerte es un hecho evidente, pavoroso. Hay gente dura de corazón, y uno puede morirse de miseria. Bueno. Pero qué se va a hacer. Vuelvo a creer en Nuestro Señor Jesucristo. Vuelvo a ser religioso, pero tomando la religión como el supremo consuelo de esta vida. Sí. Sí. Debe haber otro mundo de refugio para los que mucho sufren en la tierra. De otra manera, no se concibe la existencia, Pablo.*» (París, 5 de noviembre de 1924.)

«*Le aseguro, Pablo, que tengo a veces momentos de fe en el 'reino que no es de este mundo' de Nuestro Señor. De otro mundo: hay que concluir en que no hay justicia en el universo.*» (París, 3 de setiembre de 1927.)

Como estado de crisis interpreta esta actitud del poeta, Xavier Abril, hermano de Pablo, y sin duda el escritor que más ha profundizado en la poesía de Vallejo. Discrepamos sin embargo del amigo Xavier, porque a decir verdad Vallejo vivió en Europa en estado de crisis permanente. Además, no era un adolescente en la fecha de las cartas cuyos párrafos transcribimos. Tenía 31 y 34 años de edad al expresarse así, y se acerca a los cuarenta cuando ingresa en el partido comunista español (único al que perteneció). A otro de sus amigos entrañables, Juan Larrea, le confiesa:

«*En cuanto a la política, he ido a ella por el propio peso de las cosas y no ha estado en mi mano evitarlo. Tú me comprendes, Juan. Se vive y la vida se le entra a uno en forma que, casi siempre, nos toma por sorpresa. Sin embargo, pienso que la política no ha matado totalmente lo que era yo antes.*» (Madrid, 29 de enero de 1932.)

Toda la lucha interior planteada a lo largo de este epistolario, que toma por refugio a don Pablo Abril de Vivero, encierra indignación y esperanza, si bien —hay que decirlo—, los problemas del cotidiano existir pasan a la vanguardia de sus actos para culminar, con pasión de Cristo moderno, con una poesía revolucionaria que no traiciona su libertad heroica y —¡claro está!— al servicio del pueblo que sufre y ha sufrido como él. Pero sin distinciones: ofreciendo su poesía como pan celestial que conforta a cuantos luchan, sin diferencias de credo, por una sociedad más justa y humana.

JOSE MANUEL CASTAÑON

Originalidad creadora del Arcipreste

(Frente a la última teoría sobre el "Libro del Buen Amor")

POR CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ

María Rosa Lida de Malkiel ha vuelto a estudiar al Arcipreste (1). Se ha alzado contra diversas teorías de Menéndez Pidal (2), Américo Castro (3), Kellermann (4), Leo (5) y Dámaso Alonso (6), entre otros. Ha ejercido un legítimo derecho al combatirlas, puesto que las juzgaba equivocadas. No he de regatearle el de pasar en silencio las páginas que he dedicado al *Libro de Buen Amor* (7). Pero ese silencio me crea una situación embarazosa. Desde que conocí a María Rosa Lida en Buenos Aires siento una admiración muy devota hacia su caudalosa erudición y su claro talento. He seguido siempre con viva simpatía sus trabajos; me he inclinado las más de las veces a aceptar sus opiniones y cuando me he apartado de ellas lo he hecho con la más amistosa cortesía. Obligado a disentir de sus teorías últimas, temo que pueda interpretar mi disentimiento como réplica a su desdén. No puedo, sin embargo, dejar de discutir algunas de sus conclusiones. De antemano la pido reciba como homenaje al crédito científico que me merece su obra toda y a la singular estima que siento por su personalidad de estudiosa, las observaciones que me veo obligado a formular a su trabajo. Y le ruego a la par que me perdone si, contra mi voluntad, al hacerlo la causo algún enojo.

***

Me ha complacido que María Rosa Lida haya rechazado, como yo, la conexión que Américo Castro se aventuró a establecer entre *El collar de la Paloma* de Ibn Hazm y el *Libro de Buen Amor* del Arcipreste de Hita. Para ser puntual habría debido señalar que su rechazo había sido precedido no sólo por el de Gybbon-Monypenny (8), en 1957, sino por mi demostración (1956) de que ni Ibn Hazm influyó en Juan Ruiz, ni existió parentesco indirecto entre sus obras, ni el *Buen Amor* está enmarcado en la tradición arábigo-oriental. Pero no importa que haya callado mi empeño —otros estudiosos han sido menos injustos y Riquer (9) ha califi-

(1) «Nuevas notas para la interpretación del *Libro de Buen Amor*». *Nueva Revista de filología hispánica*. XIII, 1959, pp. 17-82.

(2) *Poesía juglaresca y orígenes de las literaturas románicas*. Madrid, 1957, p. 207 y ss.

(3) *La realidad histórica de España*. Méjico, 1954, cap. 12.

(4) «Zur Charakteristik des *Libro* del Arcipreste de Hita.» *Zeitschrift für Romanische Philologie*. 67. 1951, pp. 225-254.

(5) *Zur dichterischen Originalität des Arcipreste de Hita*. Franckfurt, 1958.

(6) «La cárcel del Arcipreste.» *Cuadernos Hispanoamericanos*, 1957, febrero, pp. 165-177.

(7) *España, un enigma histórico*, Buenos Aires, 1957, pp. 451-533.

(8) «Autobiography in the *Libro de Buen Amor*». *Bulletin of Hispanic Studies* Liverpool, 1957. 39, pp. 63-78.

(9) *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, 1957-1958. XXVII,p. 427.

cado mi prueba de brillante. Lo importante es que coincidamos María Rosa Lida y yo al contradecir a Castro, por lo dispar de nuestras formaciones eruditas.

La natural devoción de María Rosa Lida hacia los hombres y las empresas de su raza la ha movido sin embargo a caer en un error parejo del por ella rechazado. Ha enlazado genéticamente el *Buen Amor* con las *maqamãt* (reuniones) de algunos hebreos españoles. Con muy buen criterio reconoce la imposibilidad de que el Arcipreste conociera las de Al-Hamadhaní y Al-Harirí, persas de principios del siglo X y de comienzos del siglo XI. No son autobiografías eróticas; dos personajes, un pícaro y el narrador de sus aventuras, dan en ellas unidad a la acción; «no contienen poesías que sean variación de lo ya narrado, ni tampoco cuentos ni fábulas; apenas rozan el tema amoroso», y sus personajes, añade, «están tan lejos del yo único que enlaza el *Buen Amor*», como Persia está lejos de Castilla. No cabe sino asentir a su opinión.

María Rosa Lida cree en cambio posible vincular el libro del Arcipreste con las *maqamãt* de dos autores hispano-hebreos del siglo XII, Yehudá ben Selomó al-Harisí y Yosef ben Meir ibn Sabarra. El segundo, médico barcelonés, «funde al protagonista y al narrador en un mismo personaje, identificado con el autor», y la acción que refiere le sirve de pretexto «para encuadrar debates, disertaciones, aforismos, proverbios, retratos, parodias, cuentos y fábulas que a su vez pueden introducir otros cuentos y fábulas».

María Rosa Lida comprende que la presencia de debates, parodias, retratos, fábulas... en las *maqamãt* hispano-hebreas no es prueba bastante de que influyeran en el *Buen Amor* —ella misma va a registrar después parodias, retratos, debates, repeticiones en obras no semíticas— y se esfuerza en hallar coincidencias precisas entre el *Libro de Delicias* de Yosef ben Meir (10) y el *Libro de Buen Amor* del Arcipreste. Su extremada prudencia y buen juicio —si Castro los hubiese poseído se habría evitado grandes caídas— lleva empero a mi admirada amiga a escribir: «Por supuesto, sería insensato postular para Juan Ruiz lectura o imitación directa de las *maqamãt* hebreas» y sólo cree que pudo tener noticia de ellas. Por razones que expondré en seguida dudo de que en verdad alcanzase tal conocimiento, pero aun admitiendo que llegara a poseerlo, es duro de creer que una mera información verbal del *Libro de Delicias* hubiera permitido al Arcipreste realizar las inferencias que María Rosa Lida imagina. Según ella: «una disertación sobre arte fisiognómica, una semblanza caricaturesca de mujer, un retrato humorístico basado en antítesis y paradoja verbal, una invectiva contra el vino, una retahila de nombres malignos del acompañante (del autor-actor), un chiste en que Sócrates, casado con una mujer pequeña, dice: «He escogido del mal lo menos», etc., perdidos en la *maqamãt* de Yosef ben Meir, pudieran inspirar a Juan Ruiz las siguientes coplas: «De las figuras del Arcipreste», «La serrana et de las figuras della», «De don Hurón moço del Arcipreste», « De como el Amor castiga al Arcipreste... que se guarde de beuer mucho vino», «De los nonbles del Alcayueta», «De las propiedades que las dueñas chicas han», etc. Invito a María Rosa Lida a meditar sobre lo improbable de que la mera comunicación de labios a oídos de la obra del médico judío, pudiese inspirar al Arcipreste tales y tantos contactos sólo verosímiles en un lector atento de Ben Meir; e invito al erudito lector de estas páginas a comprobar por sí mismo lo forzado de tales aproximaciones.

La misma María Rosa Lida contradice, además, algunas de ellas. Al defender, contra Castro, el didactismo del *Buen Amor* sostiene que la letanía de los nombres de la alcahueta no puede disociarse de otras enumeraciones del *Libro*, que tales retahilas son muy frecuentes en la poesía medieval y que, según ha probado Lecoy, Juan Ruiz fue al respecto

(10) Ed. González Llubera. Barcelona, 1951.

más sobrio que otros poetas. Y al comentar, también contra Castro, las cánticas de Serrana, a propósito de la fealdad caricaturesca de una de ellas trae a capítulo dos composiciones provenzales anónimas; es decir que enlaza con la poesía de la Romania la copla que antes había vinculado al *Libro de Delicias*.

Ni siquiera en los casos de la invectiva contra el vino y del chiste sobre la mujer pequeña puede deducirse de modo seguro el parentesco de los dos libros. No cabe olvidar que ambos temas eran tópicos de la tradición medieval enraizada en la literatura clásica. Lo he demostrado por lo que hace a los peligros del fruto de la uva. María Rosa Lida lo demuestra muy eruditamente por lo que hace a la broma relativa a las ventajas de la mujeres chicas. Y ella misma se cuida, honradamente, de marcar la diferencia con que el último tema es recogido en el *Buen Amor* y en el *Libro de Delicias:* «La relaboración de Juan Ruiz —dice— es altamente original, pues sustituye la anécdota por un entimema cuyo formalismo escolástico acentúa la comicidad, deja en intencionado silencio la premisa menor (La mujer es un mal) y adopta como premisa mayor una máxima auténtica (Del mal tomar lo menos, dixelo el sabidor).

¿No teme María Rosa Lida que de admitir como buenos sus alegatos sobre las aproximaciones que cree descubrir entre los dos libros, podríamos vincular el *Buen Amor* con las más variadas obras de todos los tiempos? Enlaza, por ejemplo, la nostalgia que el Arcipreste siente en Segovia de su casilla y de su hogar con la que Yosef ben Meir muestra por su tierra en la ciudad donde casó al gigante Enán. ¿No le parece inoperante el parangón como prueba de contactos concretos, supuesto lo general del tema en que imagina a Juan Ruiz inspirándose en el médico barcelonés? Aludiendo al *Tesoreto,* la Sra. de Malkiel había escrito poco antes: «tras unas aventuras ovidianas, Ser Benito baja de la sierra al llano y se entrega a sus devociones (vs. 2394 ss.) exactamente como Juan Ruiz después de los encuentros con las serranas». Ella señala también que en la *Consolatio Philosophiae* de Boecio se registran el «debate entre el autor y una personificación alegórica y sus poesías recapituladoras». Y no creo que se le ocurra alegar ninguna de las dos coincidencias para aproximar el *Buen Amor* al *Tesoreto* y a la *Consolatio*.

María Rosa Lida supone que la confesión del Arcipreste «fiz muchas canticas de dança e troteras para judías e moras...» y «otras huellas de familiaridad con la judería prueban que fácilmente pudo llegarle noticia detallada de las *maqamāt* hebreas». Pero es el caso que Juan Ruiz no acredita especial conocimiento de los judíos ni muestra simpatía hacia ellos. Sólo dice de los mismos: que guardaban la Tora, que practicaban la usura, que tenían rabinos, que sus carnicerías estaban abiertas durante la cuaresma y que celebraban la pascua de los panes ácimos, detalles que ningún castellano podía ignorar a la sazón. Llama además a los hebreos pueblo de perdición y pueblo porfiado, y no creo que pueda interpretarse como muestra de devoción hacia ellos su alusión al refugio de don Amor en la judería de Toledo, tras su fracaso cerca de los cristianos de la ciudad. María Rosa Lida juzga elogio de la virtud de los toledanos la noticia de ese fracaso y no podrá concluir que el Arcipreste refirió en ditirambo de la judería la acogida favorable de don Amor en ella y su protección por el rabino Acebim. ¿Se enojará mi buena amiga si la digo que ni la composición por Juan Ruiz de cantigas para judías y moras, ni sus innocuas alusiones a los hebreos hispanos, ni sus juicios directos o embozados sobre ellos son prueba, ni siquiera indicio, de que el Arcipreste tuviera información puntual de las *maqamāt* de Selomó ibn Siqsal, Yehudá ben Selomó al-Harisí y Yosef ben Meir? Redactadas lejos de Castilla, ciento y hasta más de doscientos años antes de que escribiera Juan Ruiz, eran probablemente ignoradas por los judíos castellanos del siglo XIV, que gustaban desde hacía tiempo de otro género de obras literarias. Pero aunque no hubiera sido así, invito a María Rosa Lida a meditar sobre lo increíble de que el Arcipreste se interesara por tales *maqamāt,* supuesta la verdadera condición de las mismas y habidas en cuenta las propias devociones literarias de Juan Ruiz.

Su honradez científica, mueve a la Sra. de Malkiel a reconocer que en el libro del médico de Barcelona Yosef ben Meir, que ella enlaza con el *Buen Amor,* no se narran aventuras amorosas, no son múltiples las andanzas del protagonista —«no interviene sino en una sola bastante vaga acción»— y el autor apostilla su relato con disquisiciones sobre temas médicos, cual cumplía a su especialidad. Otra vez

me permito llamar a la duda a mi erudita y rigurosa amiga. ¿No le parece muy aventurado suponer que de tal obra, tan distinta del *Buen Amor,* pudiera derivar la suya Juan Ruiz? ¿Cree que basta para dar por bueno tal engarce la aparición en la *maqamāt* del médico barcelonés de algunos debates, disertaciones, aforismos, proverbios, retratos, parodias, cuentos, fábulas, tales como podía imaginarlos un galeno, puesto que el Arcipreste pudo hallarlos en la literatura de la Romania mucho más enderezados a su intento? ¿No le parece inverosímil que, de haber tenido noticia de tal obra, lo que es muy improbable como queda apuntado, Juan Ruiz se acordara siquiera de ella al escribir su auténtica o fingida —yo diría fingida y auténtica— autobiografía amorosa? ¿Me perdonará María Rosa Lida que por todo ello me parezca tan difícil asentir a su nueva tesis como me pareció en su día suscribir la de Castro, que al cabo vinculaba dos libros sobre el amor?

***

Es el error inicial de Castro el responsable de que María Rosa Lida haya ideado la tesis que discuto. Castro creyó imposible vincular con la tradición literaria románica el autobiografismo del Arcipreste y se volvió a la literatura arábiga en busca de modelos para el *Buen Amor*. La semejanza aparente de los temas sobre los que escribieron Ibn Hazm y Juan Ruiz le movió, en mala hora, a postular la influencia de la obra de aquél en la de éste y a intentar probar tal influencia a toda costa. María Rosa Lida se convenció de lo errado de tal tesis, pero no acertó a liberarse de la idea de Castro sobre la necesidad de buscar antecedentes semitas al libro del Arcipreste. Y cayó a la postre en la tentación de encontrárselos en las *maqamāt* hispano-hebreas.

No acierto a comprender por qué ha de ser necesario acudir a modelos semíticos para explicar el autobiografismo literario de Juan Ruiz. Pregunto, como he preguntado muchas veces en mi *España, un enigma histórico,* ¿por qué ha de negarse la posibilidad de que un gran poeta idee novedades como las que el *Buen Amor* muestra dentro del cuadro de la literatura occidental? Es inverosímil que un escritor de segundo plano pueda realizar innovaciones decisivas. Pero cuantos se han enfrentado con Juan Ruiz, sin excepción, han reconocido su magnitud poética, su vigorosa vitalidad. María Rosa Lida escribe: «Si algo resalta en el *Libro de Buen Amor* es una personalidad exuberante, irreprimible, siempre presente (a menos que el material sea ajeno) con una fruición en ocupar el primer plano, sin duda fomentada por el mudejarismo del poeta.» Ese mudejarismo está sin demostrar; creo haberle invalidado, y María Rosa Lida ha completado mi prueba desmontando importantes argumentos literarios alegados en su apoyo por Américo Castro. Es seguro también que la exuberancia de Juan Ruiz se manifiesta incluso cuando es ajeno el material que relabora; nadie discute por ejemplo que inyecta vida a sus modelos y Copechi (11) ha dicho que la vibrante personalidad del Arcipreste protagoniza toda la acción de su versión castellana del *Pamphilus*. Olvidemos empero los dos problemas. María Rosa Lida insiste en su caracterización del explosivo temperamento del Arcipreste al declarar: «Juan Ruiz conoce aquellas obras orientales —alude a *Calila e Dimna, Sendebar, Barlaam e Josafat*— como conoce novelas de caballerías, pero rechaza el marco, donde no puede figurar él en primer plano para proclamar su experiencia aleccionadora, ya sea verdadera, ya imaginaria.» Y su excelente imagen del Arcipreste no ya suscita la sospecha, mueve a la convicción de que fue hallazgo personal de Juan Ruiz el autobiografismo del *Buen Amor*.

Si «en el principio fue el Verbo», en el de todo cambio literario, artístico, ideológico «ha sido» siempre un hombre. Fue Juan Ruiz un gran poeta y poseía una irreprimible inclinación a ocupar siempre el proscenio. ¿Por qué — pregunto otra vez— un escritor de tan recia personalidad y de tan explosivo yo como el Arcipreste no pudo haber dado el paso decisivo que supuso la concepción autobiográfica del *Buen Amor,* por pura proyección de su temperamento y sin inspirarse en *El collar de la Paloma* ni en ninguna *maqamāt* hispanoárabe o hispano-hebrea? Al dar ese paso Juan Ruiz no habría, además, realizado una revolución literaria tan extraordinaria y asombrosa como para que resulte su aventura inverosímil e increíble.

Como queda dicho, María Rosa Lida ha reconocido que la exuberante personalidad del

(11) «*El Libro de Buen Amor* de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita.» *Cultura Neolatina.* Roma 1953, 13, pp. 135-164 y 1954, 14, pp. 59-90.

Arcipreste le inclinó a no aceptar el marco novelístico que le ofrecían *Calila e Dimna, Sendebar, Barlaam e Josafat,* marco que adoptó don Juan Manuel al escribir el *Libro de los estados* en forma de novela edificante y el *Caballero Cifar* a manera de novela entre piadosa y caballeresca. De ella son también estas palabras: «El uso didáctico de la primera persona... está bien atestiguado en muchas obras que eran familiares al letrado de la Edad Media.» Y entre los ejemplos que cita figuran: el *Ars Amandi* de Ovidio, las *Confesiones* de San Agustín, la *Consolatio philosophiae* de Boecio y el *De vita sua* de Guiberto de Nogent. A propósito de las *Confesiones* escribe: «Su ejemplo hubo de predisponer a la clerecía occidental a la acogida de la autobiografía que se propone edificar al lector exponiendo los yerros propios.» Y en la *Consolatio* de Boecio, tan difundida y leída en la España medieval, registra incluso el debate entre el autor y una personalidad alegórica. María Rosa Lida cree que esa tradición legitimaría la adopción por Juan Ruiz de la peculiar autobiografía de las *maqamāt* hebraicas. Pero me atrevo a preguntarla si juzga imposible que hubiera podido mover a un hombre como él a adoptar la forma autobiográfica —el Arcipreste confiesa haber leído a Ovidio (copla 612) y con más facilidad pudo leer a San Agustín y a Boecio— aunque no se hubieran escrito jamás tales *maqamāt* y en todo caso sin llegar a conocerlas. Ha reconocido que «sería insensato postular para Juan Ruiz lectura o imitación directa» de las *maqamāt* hispano-hebreas. No hay indicios de que tuviera noticia de las mismas. Pero admitamos que llegase a poseerla ¿No le parece increíble a María Rosa Lida que por meras referencias a esas *maqamāt,* que no eran poemas amorosos y cuyo contenido, como queda dicho, no podía interesarle al escribir el *Buen Amor,* se decidiera el Arcipreste a la adopción de la arquitectura autobiográfica en su libro? Un autor puede aceptar y transformar relatos, fábulas, cuentos... llegados a él de labios a oídos. Pero creo que será difícil a María Rosa Lida mostrar ejemplos de grandes poetas de personalidad vigorosa que por meras noticias de obras de naturaleza muy distinta de la que se proponían escribir y de tema muy dispar del que atraía su ímpetu poético, hayan llegado a adoptar las formas creacionales concretas de aquéllas.

En el caso del Arcipreste esa adopción es más inverosímil porque pudo llegar a la forma autobiográfica, no sólo por influencia de las tradiciones de la clerecía occidental registradas por María Rosa Lida, sino por otros caminos. Señalé algunos en mi *España, un enigma histórico;* puedo ampliar aquí su número.

La inclinación a la confidencia autobiográfica asoma en diversos autores peninsulares al socaire de muy varias creaciones literarias y desde muchas décadas antes de que naciera el Arcipreste. Es difícil escribir tratados sobre el amor, sean psicológicos, didácticos o puramente poéticos, sin dar aire a los contenidos de la experiencia existencial. El imperialismo de la persona que caracterizaba y torturaba a los castellanos desde siempre facilitaba la inclinación hacia el autobiografismo de quien de entre ellos se aventurase a escribir poemas amorosos. Ya en el siglo XIII alguna vez se interfirió en Castilla el yo del autor con el yo de su personaje —en la versión alfonsina de las *Metamorfosis,* según ha recordado María Rosa Lida. Ni siquiera eran desconocidas en Occidente las seudo autobiografías eróticas; Gybbon-Monypenny ha registrado las de Ulrich von Lichtenstein, Dante, Nicole de Margival... Y como han señalado Kellermann y el mismo Gybbon-Monypenny, varios de los temas desenvueltos por el Arcipreste —debate con don Amor, episodio con doña Endrina, cantigas de serrana—, por su misma naturaleza o por sus fuentes podían sugerirle la forma autobiográfica.

La adopción de ésta para la arquitectura del *Libro de Buen Amor* no habría constituído, por tanto, sino una audaz innovación poética. ¿Por qué negar que pudo realizarla una personalidad exuberante, irreprimible... con fruición en ocupar el primer plano y proclive a rechazar los marcos literarios que no le permitían aparecer en el proscenio y proclamar en él su aleccionadora experiencia? Es decir, ¿por qué no pudo realizarla el hombre que fue el Arcipreste, según María Rosa Lida le ha definido con acierto?

Rechaza ésta la teoría de Gybbon-Monypenny, para quien el *Buen Amor* es una parodia de las citadas seudo-autobiografías eróticas. No me atrevo a tomar partido en la discusión; pero sí me aventuro a declarar que no me parecen decisivos los argumentos de mi admirada amiga. No creo tan inverosímil co-

mo ella que Juan Ruiz conociera esas obras u otras parecidas. Utilizó muchas fuentes occidentales; nadie puede dudarlo después de leer a Lecoy y a la misma María Rosa Lida. La prueba de aquél es abrumadora; y si ésta demostró hace años que la copla «sy Dios quando formó al ome, entendiera/que era mala cosa la mujer, non la diera», es versión del *Liber consolationis et consilii*, compuesto por Albertano de Brescia, en el estudio que suscita estas líneas amplía enormemente el cuadro de los contactos del *Buen Amor* con la literatura románica occidental. Cierto que en las seudo-autobiografías que Gybbon-Monpenny registra se narran amores corteses, el autor-protagonista se presenta como dechado de amantes trovadorescos e inserta poemas líricos dirigidos a su dama. Pero María Rosa Lida ha acercado el *Buen Amor* al *Libro de Delicias* del médico judío barcelonés Yosef ben Meir, todavía más alejado de la obra del Arcipreste que esas autobiografías literarias. No todo las aparta del libro de Juan Ruiz; el autor se identifica en ellas como protagonista mencionando detalles personales. Y no es imposible que quien se burló, con una sonrisa burguesa —va a hacer fortuna el sentido burgués del Arcipreste, que he sido el primero en señalar; sin aludir a mi tesis María Rosa Lida da ya el aire aburguesado del *Libro de Delicias* como prueba de su aproximación a la obra de Juan Ruiz— no es imposible, repito, que quien se burló, de la vida religiosa, de la vida caballeresca, de las prácticas piadosas, de los ejércitos y de las batallas, de la justicia y de la clerecía, de los teoréticos rigores morales y hasta del buen amor a Dios, que quien se burló de todo y de todos, se burlara también de la autobiografía cortés. Quiero insistir, sin embargo, en que no me atrevo a afirmarlo ni a negarlo.

Sí me atrevo en cambio a creer que el *Buen Amor* debe muy poco a la tradición literaria hispano-semítica. Había podido explicarme y explicar el libro del Arcipreste fuera de la cúpula cultural arábiga. María Rosa Lida me ha afirmado en mi convicción. Por su personal devoción a Castro, cuyas intemperancias conoce y al que no quiere herir, y por fidelidad a su propia tesis —antes contradicha— sobre el papel que atribuye a las *maqamāt* hebreas en la génesis de la obra comentada, hace algunas leves concesiones a la supuesta mudejarización y al supuesto semitismo de Juan Ruiz. Pero con una exquisita cortesía emplea el ariete de su torrencial erudición en desmontar uno por uno muchos de los al parecer más firmes argumentos acumulados por Américo Castro. Nadie después de leer a María Rosa Lida podrá vacilar. Ha ido hallando antecedentes románicos a imaginarias características orientales del *Buen Amor*, que yo había negado, y a otras que yo no había enfrentado por mi alejamiento de los estudios literarios. Y sus alegatos son irrebatibles.

***

No ha logrado éxito parejo en su defensa del didactismo del libro del Arcipreste. No ha destruído los alegatos de Kellermann y de Menéndez Pidal y no ha juzgado preciso discutir los míos; se ha limitado a aludir desdeñosamente a mi intento de descubrir los movimientos anímicos de Juan Ruiz. Si mi convicción necesitara de ser fortalecida, me afirmaría en ella mi coincidencia con la opinión paralela y sincrónica del gran maestro de todos, tan excelente conocedor como don Ramón de la literatura castellana y románica y de la sociedad castellana del Arcipreste.

Toda obra medieval y aun cualquier obra de cualquier tiempo brinda naturalmente algunas enseñanzas a sus oyentes o lectores. Pero hay mucha diferencia entre ese vago didactismo genérico y el auténtico prurito moralizante de algunos autores. Las páginas que ha dedicado María Rosa Lida a la defensa del intento moralizador de Juan Ruiz constituyen algo así como una magnífica pieza forense, presentada a la consideración del jurado de los estudiosos por un letrado de gran

saber, de gran agilidad mental y de técnica perfecta. Es difícil sustraerse a la seducción de sus argumentos. Habrá que concederle algunas circunstancias atenuantes y aun algunas eximentes. Quiero decir que no podrá negarse el deseo de Juan Ruiz de hacer pasar su *librete* por lo que no fue en verdad, por acercarle a la literatura didáctica occidental; ni podrá discutirse que algunos fragmentos del *Buen Amor* puedan ser moralizantes —«hasta por ahí no más» como dicen en la Argentina—, el episodio de doña Garoza, por ejemplo. Pero esas atenuantes y esas eximentes, a lo que creo, no podrán evitar la sentencia condenatoria de la tesis de María Rosa Lida. Los grandes abogados pierden también las malas causas, como los medianos y los torpes.

Más osado que Menéndez Pidal, me aventuré a explicar el complicado juego poético de Juan Ruiz como resultado de los frenos que impusieron a su alegría vital las inhibiciones lógicas de su propia conciencia de cristiano y de clérigo, ante su postrimera rendición de cuentas al Altísimo, y sus temores, no menos lógicos, a los peligros sociales que su liviandad literaria podía suscitarle en la Castilla de su época. No voy a repetir mis argumentos. Deseo sólo preguntar a María Rosa Lida si es posible prescindir de esas inhibiciones y temores para comprender al Arcipreste; si no cree que hubieron de influir en su creación literaria mucho más que sus fugacísimos contactos con las juderías de Hita y de Toledo; y cómo puede compaginarse el propósito moralizador que atribuye a Juan Ruiz con sus prédicas nada ejemplares y con muchas de sus nada hipócritas declaraciones concretas.

Porque no nos hallamos en presencia de un juego literario en el que relatos inmorales sirven para hacer amar la virtud. El *Buen Amor* no es una textura de ejemplos y cuentos salaces sobre los que el autor funda una sermoneadora catequesis incitadora a huir de la tentación y del pecado. Nadie puede ver en él ni siquiera un indirecto enfervorecimiento del amor del hombre a Dios. Es caprichoso juzgar edificantes sus parodias litúrgicas, sus ironías sobre la incontenencia del clero, su burla de los ayunos y de las penitencias, sus referencias jocosas al bautismo, al paraíso, a los mártires... Es imposible ver en la sátira de Juan Ruiz un intento de mover a hombres y mujeres hacia la vida virtuosa; los humoristas de su calidad o de su calaña no han pretendido ser reformadores. E ignoro si intencionadamente o no, pero el Arcipreste no dejó, además, lugar a dudas sobre sus verdaderas intenciones.

El título que dio a su libro de cantares no implica de suyo la consagración de su empresa a propagar el amor a Dios. Sus palabras son precisas. La mujer que le servía de alcahueta, sañuda por algunas palabras del Arcipreste, hace fracasar una de sus aventuras amorosas. Juan Ruiz la enrostra una letanía de nombres injuriosos, pero a la postre se ve forzado a buscar un acuerdo honorable con la vieja. Ella le dice: «Llamatme *buen amor* é faré yo lealtat; /ca de buena palabra págase la vesindat,/el buen desir non cuesta mas que la nesçedat» (932). El Arcipreste responde así:

«Por amor de la vieja é por desir raçon
Buen Amor *dixe al libro, a ella toda saçon*
Desque bien la guardé, ella me dió mucho don
Non ay pecado sin pena nin bien syn galardón»
(933).

El Arcipreste en su prólogo declara que su intento era el de hacer aborrecible el loco amor « que faze perder las almas e caer en saña de Dios, apocando la vida é dando mala fama é deshonrra e muchos daños a los cuerpos». Obsérvese que coloca los males terrenales que acarrea la sensualidad al mismo nivel que la perdición del alma, lo que ya es sintomático. Pero a continuación y sin transición alguna declara: « Empero por que es umanal cosa el pecar, si algunos (lo que non les conssejo) quisieren usar del loco amor, aqui fallarán algunas maneras para ello.» Al escribir estas palabras Juan Ruiz descubre su verdadero intento. Ni en la Castilla medieval, ni en ningún país cristiano un clérigo poeta que en verdad hubiera deseado apartar a los hombres de la tentación y del pecado hubiese escrito nada parecido. El Arcipreste lo sabía bien y por ello insiste y vuelve a insistir en afirmar su intención moralizadora. Si en realidad la hubiera tenido habría resultado evidente del contexto de su obra, y su insistente y reiterada invitación a que entendieran bien el sentido de la misma hubiese sido innecesaria.

Pero no lo era, pues de vez en cuando Juan Ruiz no puede ocultar su auténtico propósito. Al acabar de referir la «Disputaçion que los griegos e los romanos en uno ovieron» y antes de reiterar sus advertencias sobre el

sentido encubierto del *Buen Amor*, escribe: «Entiende bien mi libro: avras dueña garrida» (64 d.). Pirueta intrascendente, dice María Rosa Lida al replicar al alegato de la frase por Menéndez Pidal como prueba de la apicarada intención de Juan Ruiz. Pero es el caso que éste, no obstante sus repetidas excusas sobre el sentido exotérico de su libro, en realidad emplea buena parte del mismo en disculpar sus *doñeos* personales o seudoautobiográficos y en enseñar a sus regocijados lectores como podían lograr «dueñas garridas».

«Segund natura los omes e las otras animalias quieren aver conpañía con las fenbras» (71 y ss.); las estrellas rigen nuestras vidas (123-128) y los que nacen bajo el signo de Venus han de amar mujeres mientras viven (150-154), se lee enseguida en el *Buen Amor*. El Arcipreste comienza, pues, por endosar a la vida y al destino sus caídas, naturalmente para exculparlas ante sus críticos probables y para exculpar también a quienes pecaban como él, por no poder sustraerse a los *dictados* de la naturaleza y de los astros. «Muchas noblezas ha el que ama», dice a continuación (155 a), y al enumerarlas declara: «En servir a las dueñas el bueno no se esquive/Que si mucho trabaja en mucho placer vive» (155-c y d). Lindas maneras de moralizar, ¿no?

Sin convicción y con un guiño de ojos Juan Ruiz enrostra a don Amor sus falacias y sus daños. ¡Pero con qué fruición y regodeo reproduce la respuesta de don Amor (423-456): sobre las calidades de las mujeres más a propósito para gozar de las delicias de la sensualidad, sobre como servirlas para ganarlas, sobre la conveniencia de emplear viejas experimentadas en calidad de intermediarias y sobre los peligros de algunos tipos de mujeres! No en vano había prometido «dueñas garridas» a sus lectores de captación sutil; era seguro que las lograrían deliciosas y ardientes quienes siguieran tales *castigos* o lecciones. He ahí un bien regocijado didactismo.

Y el Arcipreste reitera muchas veces ¡esos píos y moralizadores consejos! Como colofón a sus ejemplos: «De los dos perezosos» (467 c-d- 478), «De lo que contescio a don Pitas Payas» (485-489) y «De la propiedat que'l dinero ha» (508-527) vuelve a instruir a sus oyentes o lectores acerca de las sutiles maneras que habían de emplear para conseguir las mujeres de que gustasen. Al registrar los males que el mucho beber ocasionaba, escribe: «Si amar quieres dueñas, el vyno non te cala» (545 d). Poco después, por dos veces vuelve a dar consejos para alcanzar el amor de las garridas dueñas (549 y 558 a 575). Pone otros muy sabrosos y salaces en boca de doña Venus a poco de empezar su relato de los amores de doña Endrina (608-649). Todo ésto constituye una lección de como llegar a gozar de una mujer. El juego se repite siempre que el tema del *Buen Amor* permite al Arcipreste deslizarse hacia el registro de las mil y una maneras de saborear el «loco amor». Y hasta cuando el tema no es favorable para tales deslizamientos, Juan Ruiz no deja de presentar al amor loco señoreando a todos.

Quien no hubiese estado obseso de los goces de ese amor, quien hubiera pensado en verdad en apartar a sus lectores del pecado, no habría solicitado el auxilio celestial para evitar sus fracasos amorosos al escribir: «De mensajero malo ¡guárdeme Santa María!» (913 a); ni habría hecho decir sacrílegamente a la vieja alcahueta en su epitafio:

«El que aquí llegare, ¡sí Dios le bendiga!
E ¡sí l'de Dios buen amor e plaser de amiga!
Que por mi pecador, un Pater noster diga» (1578).

Como escribí otrora, el *Libro* de Juan Ruiz es en verdad, ante todo y sobre todo, un recetario de fórmulas para halagar, enamorar, seducir, burlar a las dueñas; un cuadro sonriente de sus talantes y secretos que conocía a maravilla; un cántico a la vida y al amor, dianas supremas de su sensibilidad; y una orgía de bromas, chanzas, mofas, burlas, chufas, befas y parodias de la sociedad civil y de la sociedad religiosa de su época; todo ello envuelto en una hojarasca de ejemplos y moralidades dictados por los frenazos que daban a su alegría vital sus dos claros y evidentes temores: a las consecuencias del pecado en orden a la vida perdurable, y a los daños que sus salacidades podían procurarle en orden a la guarda de su honra, de su arciprestazgo y de su libertad; temores a que había aludido al señalar la deshonra y mala fama que podía acarrear el pecado y que no eran imaginarios, puesto que acabó siendo encarcelado. Por el lugar que ocupan en su libro los episodios y los ejemplos con cierto sabor moralizante, a veces me asalta la duda de si a medida que avanzaba en su redacción no sintió acentuarse los tirones que tales

temores dabah a su ímpetu salaz. Pero si así fue, al cabo pudieron más su juguetona sensualidad y su sinceridad cazurra. Con un manotazo final volvió su librete a la senda de su regocijada didáctica amatoria e hizo una precisa y preciosa confesión.

A pesar de su frecuente registro de ejemplos y moralidades y de sus alusiones al doble sentido de su libro; es decir a pesar de su esfuerzo por sortear los peligros en que sus alegrías vitales podían colocarle, el Arcipreste tenía conciencia del ningún valor del *Buen Amor* como «liçionario de santidat», y a punto de terminar su obra no puede ocultar su pensamiento y declara de ella con desenfadado cinismo:

«Buena propiadat ha, do quiera que se lea,
Que si l'oyere alguno que tenga muger fea,
O sy muger le oyere, que su ome vil sea,
Faser a Dios servicio en punto lo desea» (1627).

¿Quién podrá vacilar? Al afirmar que su supuesto tratado moralizante no servía sino para mover a piedad a quienes por la fealdad de sus mujeres o la vileza de sus maridos eran fáciles de arrancar de las liviandades del amor y fáciles de mover a penitencia, Juan Ruiz no deja lugar a duda alguna sobre la verdad de su propósito. ¿Podríamos desear una declaración más concreta contra el didactismo edificante del *Libro de Buen Amor?*

¿Me perdonará María Rosa Lida que, ante esa serie de bien trabadas realidades que brinda Juan Ruiz, no pueda asentir a su opinión y siga manteniendo la mía, por separado coincidente con la del maestro de maestros Menéndez Pidal? Sólo me aparto de él con María Rosa Lida en un punto concreto. Creo en la fe vivaz del Arcipreste. Don Ramón la juzga tibia, pero él ha sido un santo laico y no ha tenido ocasión de comprobar cómo en los españoles más acendradamente católicos, incluso en los no ignaros, han sido compatibles el «loco amor», dígamoslo con palabras de Juan Ruiz, y la fe más sincera. ¡Cuántos podrían escribir como el Arcipreste!

«E yo porque so ome, como otro, pecador
Ove de las mugeres a veces grand amor.»

Esa fe ardiente del clérigo epicúreo y sensual explica la mezcla de lubricidad y devoción del *Libro de Buen Amor*. Ella y los temores conscientes o subconscientes y al cabo —como he dicho antes— justificados de Juan Ruiz. Y al escribir justificados claro está que publico la imposibilidad en que me hallo de asentir a las páginas dedicadas por María Rosa Lida a negar que don Gil de Albornoz encarcelara al Arcipreste. ¿A negar? Digamos a dudar, porque a la postre admite la posibilidad de que aparezca noticia de la prisión de Juan Ruiz entre los papeles del cardenal. Con muy buenas razones creen en tal prisión Menéndez Pidal, Kellerman y Dámaso Alonso (12). Tengo también las mías para sumarme a su opinión (13). Pero no quiero intervenir en una polémica que no atañe al problema esencial del *Buen Amor* y de la significación del mismo frente a la forja de lo hispano. Mi admirada amiga ha puesto además tanta pasión en esa polémica y yo estimo tanto su amistad...

CLAUDIO SANCHEZ-ALBORNOZ

---

(12) Ha defendido también la realidad de la prisión del Arcipreste Gonzalo Menéndez Pidal en su *Historia General de las Literaturas Hispánicas*, I, p. 477.

(13) Me permito sólo preguntar a María Rosa Lida, que considera sin valor el argumento de Menéndez Pidal, si conoce algún testimonio de un auténtico cristiano que durante la Edad Media, al calificar metafóricamente de prisión el mundo terrenal, cometa el pecado de orgullo de decir que está en esa prisión sin merecerla.

Alonso Quijano y Don Quijote

(Reflexiones sobre el "ser" de la novela)

POR JOSÉ RUBIA BARCIA

NO SÉ QUIEN HABRÁ SIDO el primero en afirmar que *El Quijote* (1) es la novela que ha precedido en el orden del tiempo y del valor a todas las demás. Pero desde que Ortega y Gasset, en 1914, recogió esa opinión en su obra *Meditaciones del Quijote* (2) ha pasado a ser tópico de casi todos los manuales de literatura y punto de arranque de un sinnúmero de investigaciones literarias en que han participado, en mayor o menor grado, los más destacados hispanistas. El propio Ortega y Gasset añadió nuevos argumentos a su tesis en la obra, posterior a *Meditaciones del Quijote,* titulada *Ideas sobre la novela* (3).

Señalan verdaderos hitos en la investigación cervantina, muy en primer lugar, los trabajos de Américo Castro, y no son menos valiosos en muchos aspectos los acercamientos y reflexiones de Leo Spitzer, Joaquín Casalduero, Mario Casella, Halmut Hatzfeld, Paul Hazard y otros muchos que sería prolijo enumerar. Habría que incluir, sin embargo, entre los más agudos comentaristas de la obra máxima de Cervantes a otro grupo de hombres como Miguel de Unamuno y Azorín, entre los españoles, y Waldo Frank, Thomas Mann o Jean Cassou, entre los extranjeros. Unos y otros son responsables de que contemos ya con una enorme cantidad de materiales interpretativos en los que no es fácil orientarse dada su abundancia y, a veces, sus contradicciones.

Basándome, primordial e inevitablemente, en algunos de estos trabajos previos voy a intentar en las líneas que siguen ordenar mis propias ideas para fijar en qué consiste esa supuesta primacía, en el tiempo y en el valor, de la novela de Cervantes.

La novela, en general, es entre todos los géneros literarios el más reciente y, por consiguiente, el de menos prestigio histórico. Los escritores medievales europeos no la cultivaron o, si lo hicieron, sus escasas muestras o no llegaron hasta nosotros o carecieron de trascendencia. Será necesario esperar a que llegue el Renacimiento, y concretamente el Renacimiento italiano, para hallar las primeras novelas. El término mismo «novella» es un diminutivo latino derivado de nova, equivalente a nueva, cosa nueva, novedad, cosas o relatos de cosas o casos intrascendentes, pero siempre llamativos, pintorescos, extraordinarios, o sea, fuera de lo ordinario, cuya lectura serviría para asombrar, distraer, entretener, despertando o manteniendo viva la capacidad imaginativa del lector. Esta «novella», vista por fuera y en contraste con los géneros más antiguos y tradicionales, cabría caracterizarla

(1) Utilizo para las citas que siguen la edición de *Don Quijote,* anotada y dirigida por Agustín Millares Carlo (México: Séneca, 1941).

(2) Véase *Meditaciones del Quijote,* comentarios por Julián Marías (Madrid: Revista de Occidente, 1957) p. 139.

(3) Obra publicada con *La deshumanización del arte* en un solo volumen, Madrid, 1925. *Meditaciones del Quijote, Ideas sobre la novela* y *La deshumanización del arte,* volvieron a publicarse juntas en Buenos Aires, 1942.

como un relato ficticio más largo que el cuento y escrito siempre en prosa. El nombre, aunque referido todavía a cuento, aparece por primera vez a fines del siglo XIII en el norte de Italia y en la colección anónima titulada *Il Novellino* o *Cento novelle antiche*. El primer autor conocido de un relato novelesco fue Francesco da Barberino, seguido poco después por Giovanni Boccacio, que escribió el *Filocopo* hacia 1339 y nueve años más tarde su conocidísimo *Decamerón*. A Boccacio, va a seguirle su discípulo Franco Saccheti (1335-1400), autor del libro *Trecente novelle*. Más tarde destacarán, entre fines del siglo XIV y mediados del XVI, autores como Giovanni Fiorentino, Tomaso Guardato, Cornazzano, Sannazaro, Brevio, el famoso Matteo Bandello, Molza y Agnolo Firenzuola. Todos ellos tendrán en común una cierta preferencia por temas en que aparezcan maridos celosos, esposas infieles, curas inmorales, etc., o la relación amorosa entre cortesanos disfrazados de pastores, en un lenguaje que irá desde cierta verosimilitud vital al artificio más exquisito.

En España, aunque la aparición de la novela es más tardía, su panorama tanto formal como temático será también mucho más amplio. De Italia procederán los estímulos necesarios para el cultivo de la novela sentimental (o italianizante) que representan Juan Rodríguez de la Cámara, Diego de San Pedro y hasta el Cervantes de una parte de sus *Novelas Ejemplares*, o para el cultivo de la novela pastoril, cuya primera muestra valiosa será *La Diana* de Montemayor. Otros estímulos y otras influencias, también foráneas, provocarán la aparición de la novela de caballerías destinada en España a un florecimiento sin par en el resto de Europa. Procedentes, por otra parte, de la entraña nacional surgirán la novela morisca y la novela picaresca y, muy especialmente, esa obra genial y agenérica conocida por *La Celestina*, consecuencia, en parte, del precedente no menos genial y agenérico de *El libro de buen amor*. Con la excepción de *La Celestina* y de la novela picaresca, todas las demás coincidirán más o menos con los rasgos caracterizadores de la novela italiana, aunque la novela de caballerías se aleje de lo verosímil por la exaltación ideal y la picaresca por el rebajamiento desmerecedor. Al héroe de la novela de caballerías se opondrá el antihéroe de la picaresca, unificados sin embargo en lo pintoresco, llamativo o extraordinario y en que sus aventuras dependerán de la voluntad omnímoda del narrador. La novela picaresca añadirá, además, un nuevo aspecto al rasgo, novísimo para Europa, de que el narrador pueda identificarse con el protagonista. Ahora éste aparecerá en primer plano y ligado a un *yo* socialmente desvalorizado. *La Cestina*, a su vez, aportará entre otras cosas la posible autonomía de los personajes literarios y un tema trascendente. Más lejos en el tiempo, mucho más lejos, quedaba la epopeya grecolatina, madre de la épica medieval (4), con la posibilidad de que algunos de sus aspectos reencarnaran en un género nonato aún.

Estos son, en breve, los antecedentes con que pudo contar Cervantes antes de ponerse a escribir las aventuras de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Pero ninguno de esos antecedentes, por separado ni en su conjunto, contienen los ingredientes necesarios para hacer de ellos un producto identificable con la novela cervantina. De ser cierto lo que repitió Ortega y Gasset, y otros muchos después de él, habría algo en *El Quijote* enteramente ausente o no desarrollado en las novelas anteriores, que haría de la genial obra de Cervantes un producto único, susceptible de desarrollo y de cultivo por parte de otros. En busca de lo que eso sea, comencemos por acercarnos a la obra de Cervantes como si fuera una realidad independiente y objetiva provista de estructura aparente.

La obra completa, como es sobradamente conocido, apareció en dos volúmenes separados por una distancia de un poco más de diez años. El primero en 1605 (acaso 1604) y el segundo en 1615. Ambos volúmenes, vistos desde fuera, ofrecen notables desemejanzas. En extensión, el volumen segundo es bastante más largo que el primero. Este cuenta de cincuenta y dos capítulos y el segundo de setenta y cuatro. El volumen primero aparece distribuído en cuatro partes, mientras que en el segundo Cervantes prescinde de esa subdi-

(4) E incluso de la novela de caballerías tal como la entiende, en términos ideales, el Canónigo: «Porque la escritura desatada de estos libros da lugar a que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria; que en la épica tan bien puede escribirse en prosa como en verso» (p. 607).

visión, con lo cual refuerza una sensación de unidad y de marcha hacia adelante ausente en el primero. Cabría acaso anticipar que en el volumen primero la acción viene fundamentalmente determinada por el azar que lleva a Don Quijote a no alejarse demasiado de su pueblo y cuando lo hace será hacia el sur, con un ir y venir que repite sus pasos. En cambio, en el volumen segundo las idas de Don Quijote, ahora hacia el norte, vienen predeterminadas por su voluntad. Se propone ir a Zaragoza, se desvía hacia la Cueva de Montesinos y finalmente, rectificando su primer propósito, va a Barcelona.

Las cuatro partes en que está subdividido el volumen primero comprenden del capítulo I al capítulo VIII; del capítulo IX al capítulo XIV; del capítulo XV al capítulo XXVII; y del capítulo XXVIII al capítulo LII. En la primera parte Don Quijote lleva a cabo sus dos primeras salidas, una solo y la otra acompañado de Sancho. Entre esta parte y la segunda —que es la más corta del volumen, sólo seis capítulos— no hay una verdadera división. El capítulo último de la primera parte termina con la batalla del vizcaíno, que va a continuar en el capítulo siguiente, primero de la segunda parte. En esta segunda parte, Cervantes dará fin a un número mínimo de aventuras activas de Don Quijote para concluirla en un primer remanso reflexivo y anecdótico: el discurso de la Edad de Oro y la novela pastoril de Crisóstomo y Marcela. La marcha del libro parece haberse interrumpido. Es éste un final casi muerto, con el único aliciente hacia adelante de la posibilidad de que Don Quijote vaya en busca de la pastora Marcela. La tercera parte, sin embargo, va a ser eminentemente activa. De extensión equivalente a las dos primeras partes juntas, contendrá las aventuras más significativas y reveladoras, para culminar a su vez en otro remanso: la «novela» sentimental de Cardenio. La cuarta y última parte, con un total de veinticuatro capítulos, casi tantos como las tres primeras partes reunidas, será eminentemente pasiva y en ella se atarán todos los hilos dispersos en las páginas anteriores, satisfaciendo la curiosidad del lector con el final de cada aventura de Don Quijote y el final de cada novela intercalada previamente y a las que, en esta parte, se añadirán la doble «novela» de Dorotea, con una vertiente hacia la de caballerías y la otra hacia la sentimental; la «novela» puramente italianizante del *Curioso impertinente*; la morisca del Cautivo; la más corta y también sentimental del mozo de mulas y la bella Clara; y la pastoril-sentimental de Leandra que cuenta el cabrero. El final de esta parte lo es también del volumen y es un final novelísticamente verosímil. Así lo sentimos como lectores y así lo siente el propio Cervantes al añadir los epitafios a la muerte de sus personajes. Pero estos, antes de morir, se habían independizado del autor y aparecían ya libres y dueños de sus actos, hecho reconocido por Cervantes de manera expresa cuando afirma que supo de una tercera salida que no pudo documentar (5). Afirmación que deja abiertas las puertas, desde la interioridad de la obra misma, para que se extienda la fama de Don Quijote y Sancho entre un círculo abierto de futuros testigos y oyentes de sus hazañas. La disposición general de este primer volumen recuerda la de la comedia o la de los trípticos medievales, con un primer acto o panel, a la izquierda, de exposición o presentación (partes 1ª y 2ª); un acto-panel en el centro de nudo y acciones significativas (parte 3ª); y un acto-panel a la derecha de desenlace y consecuencias (parte 4ª).

Cervantes decidió publicar el segundo volumen después de haberse colado, por la apertura que su ingenio había dejado abierta, el malandrín de Alonso Fernández de Avellaneda con el pseudo Quijote. Este segundo volumen está en relación con el primero como una estatua en relación con su pedestal. Avellaneda se había limitado a eregir otro pedestal, paralelo aunque inferior al de Cervantes. Don

(5) «Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que Don Quijote hizo a su tercera salida, no ha podido hallar noticia de ellos, a lo menos por escrituras auténticas; sólo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha, que Don Quijote la tercera vez que salió de su casa fue a Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad hicieron, y allí le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento» (p. 651).

(6) Este trabajo es demasiado condensado y no se me oculta que a veces uso una terminología personal que puede parecer imprecisa hasta arbitraria. El hecho es, sin embargo, inevitable mientras no contemos con una teoría de la novela, puesta al día, que incluya las nuevas investigaciones y acercamientos.

Quijote y Sancho entran en este volumen prefigurados de antemano, hechos en términos novelísticos por dentro y por fuera (6), gozadores ya de la inmortalidad reservada a algunos entes de ficción. Cabía lanzarlos, dentro de los límites de su propia lógica, a aventuras no sujetas a limitaciones temporales y espaciales, a aventuras sobrehumanas, reservadas en el común de los mortales al reino de la imaginación. A la horizontalidad de acciones presente en el primer volumen, va a añadirse la verticalidad de acciones presente en este segundo con la bajada a la Cueva de Montesinos y la subida al cielo en lomos de Clavileño, para crear figurativamente la cruz simbólica de la tragedia del ser humano, del sentimiento trágico de la vida, de que hablará más tarde el Quijote vasco. En este segundo volumen no hay distracciones, digresiones, elementos superfluos. Don Quijote y Sancho no nos abandonan ni nosotros podemos abandonarlos. Vivimos con ellos su presente, camino de un futuro incógnito, tanto de ellos como nuestro. Somos testigos y participantes con la totalidad de nuestro ser en sus aventuras, en sus preocupaciones y en sus sueños. Lo que a ellos les ocurra podría ocurrirnos también a nosotros. Su destino será nuestro destino. El mío y el ajeno sin diferencia de raza ni nacionalidades. Lo que en el primer volumen aparecía aún impuro, mezclado, confundido, se destaca ahora purísimo, claro y delimitado. En el proceso, y al mismo tiempo, Cervantes había creado un nuevo género literario.

¿Es Cervantes consciente de su creación? ¿Sabe que ha inventado algo distinto, original, nuevo? ¿Se da cuenta del alcance y del sentido de su hallazgo? La contestación a estas preguntas es parcialmente afirmativa. En primer lugar, ni una sola vez se refiere Cervantes a su libro para identificarlo como novela. Al contrario, no una sino muchas veces lo llamará historia, y no sólo historia a secas, sino historia verdadera (7). Por otra parte, denominará *Novelas Ejemplares* al grupo de novelas cortas que publicará antes de la aparición del segundo volumen de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.*

Cabe sospechar, sin embargo, que en principio prefiriera, por la fuerza de la tradición y los hábitos adquiridos, la poesía y el teatro a la novela italianizante, y ésta a la suya propia. En boca de Sancho pondrá estas palabras reveladoras: ...«pero uno es escribir como poeta, y otro como historiador: el poeta puede contar o cantar las cosas, no como fueron, sino como debían ser; y el historiador, las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna» (p. 693). En esta actitud, la del historiador, va a escribir Cervantes las aventuras de su caballero y escudero, y como poeta una gran parte de las novelas intercaladas y de las ejemplares. Es más que probable que una de las razones justificadoras para la inclusión de las novelas intercaladas haya sido el gusto que él mismo derivaba de su lectura, eco del gusto general de sus coetáneos.

En el capítulo XLII del primer volumen, cuando el Cautivo acaba de narrar su «novela», don Fernando le dice: «—Por cierto, señor Capitán, el modo con que habéis contado este extraño suceso ha sido tal, que iguala a la novedad y extrañeza del mesmo caso. Todo es peregrino, y raro, y lleno de accidentes, que maravillan y suspenden a quien los oye; y es de tal manera el gusto que hemos recibido en escuchalle, que aunque nos hallara el día de mañana entretenidos en el mesmo cuento, holgáramos que de nuevo se comenzara» (pp. 541-2). Novedad y extrañe-

(7) Con la denominación de historia aparece en el título mismo de los cartapacios y papeles viejos que el muchacho va a vender al Alcaná de Toledo, y que traduce el morisco: «Con esta imaginación, le di priesa que leyese el principio, y, haciéndolo ansí, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dijo que decía: *Historia de Don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo*» (p. 10).

za del caso, con las mismas cualidades en el estilo, a lo que se unen los adjetivos peregrino, raro, lleno de accidentes. En los mismos o parecidos términos alude en otras ocasiones, ya el narrador mismo o algunos de los personajes, a cada una de las novelas intercaladas (8). La distinción entre novela e historia es muy clara para Cervantes, entendiendo por historia —en el caso específico de su creación— lo que luego ha de llamarse novela moderna y que a falta de término mejor, y para evitar confusiones, habría que denominar «gran novela» o «novela cervantina», con frecuencia imitada y continuada en siglos posteriores, pero nunca superada (9). En el segundo volumen, y viendo ya en retrospectiva el contenido del primero, pondrá Cervantes en boca del bachiller Sansón Carrasco estas palabras: «—Una de las tachas que ponen a la tal historia —dijo el bachiller— es que su autor puso en ella una novela intitulada *El curioso impertinente;* no por mala ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar, ni tiene que ver con la historia de su merced del señor Don Quijote.» A lo que comenta Sancho: «—Yo apostaré — replicó Sancho— que ha mezclado el hi de perro berzas con capachos.» Y añade Don Quijote: ...«y no sé yo qué le movió al autor a valerse de novelas y cuentos ajenos, habiendo tanto que escribir en los míos; sin duda se debió atener al refrán: «De paja y de heno...» etcétera. Pues en verdad que en sólo manifestar mis pensamientos, mis sospiros, mis lágrimas, mis buenos deseos y mis acontecimientos pudiera hacer un volumen mayor, o tan grande, que el que puedan hacer todas las obras del Tostado» (pp. 695-7). La objeción a la interrupción ocasional del hilo principal de la fábula viene de fuera, de los lectores, que han aprendido a gustar del nuevo novelar en probable discrepancia con el propio autor, aunque a éste una vez notado el fenómeno no le disguste del todo. Por un lado le halagará y por el otro lamentará el hecho. Pero son ellos, los lectores, y circunstancias acaso insospechadas por Cervantes, los que le imponen un criterio distinto al suyo de hombre culto y respetuoso de una tradición literaria que él consideraba valiosa. Quizás Cervantes sobrestimó el placer e interés de los lectores por las novelas en boga. Lo cierto es que la rectificación es casi total en el segundo volumen, a pesar de la contrariedad no disimulada del propio Cervantes y de la defensa que hace de sus procedimientos anteriores. Habla otra vez el bachiller Sansón Carrasco: ...«pero quisiera yo que los tales censuradores fueran más misericordiosos y menos escrupulosos, sin atenerse a los átomos del sol clarísimo de la obra de que murmuran: que si *aliquando bonus dormitat Homerus,* consideren lo mucho que estuvo despierto, por dar la luz de su obra con la menos sombra que pudiere; y quizás podría ser que lo que a ellos les parece mal fuesen lunares, que a las veces acrecientan la hermosura del rostro que los tiene; así digo que es grandísimo el riesgo a que se pone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal, que satisfaga y contente a todos los que le leyeren» (pp. 697-8).

La disculpa del bachiller Sansón Carrasco no acaba de convencer a Cervantes, que volverá sobre el tema, a comienzos del capítulo XLIV del segundo volumen, antes de que Sancho salga para el gobierno de la ínsula Barataria. Allí escribe: «Dicen que en el propio original desta historia se lee que llegando Cide Hamete a escribir este capítulo, no le tradujo su intérprete como él lo había escrito, que fue un modo de queja que tuvo el moro de sí mismo, por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como ésta de Don Quijote, por parecerle que siempre había de hablar dél y de Sancho, sin osar extenderse a otras digresiones y episodios más graves y más entretenidos; y decía que el ir siempre atenido el entendimiento, la mano y la pluma a escribir de un solo sujeto y hablar por las bocas de pocas personas era un trabajo incomportable, cuyo fruto no redundaba en el de su autor, y que por huir de este incon-

(8) El narrador, comentando la decisión de Don Quijote, de lanzarse a sus aventuras, dice que gracias a ella ...«gozamos ahora en nuestra edad, necesitada de alegres entretenimientos, no sólo de la dulzura de su verdadera historia, sino de los cuentos y episodios della, que, en parte, no son menos agradables y artificiosos y verdaderos que la misma historia» (p. 333).

(9) Ya Ortega y Gasset dejó dicho: «Falta el libro donde se demuestre al detalle que toda novela lleva dentro, como una íntima filigrana, el *Quijote*». (*Op. cit.*, p. 203.) A Ortega le faltó especificar toda gran novela cervantina, porque la novela, especialmente en el siglo XX, se alejará en bastantes casos de la «fórmula» cervantina para seguir otros derroteros.

veniente había usado en la primera parte del artificio de algunas novelas, como fueron la «del Curioso empertinente» y la «del Capitán cautivo», que están como separadas de la historia, puesto que las demás que allí se cuentan son casos sucedidos al mismo Don Quijote, que no podían dejar de escribirse. También pensó, como él dice, que muchos, llevados de la atención que piden las hazañas de Don Quijote, no la darían a las novelas, y pasarían por ellas, o con priesa o con enfado, sin advertir la gala y artificio que en sí contienen, el cual se mostrara bien al descubierto, cuando por sí solas, sin arrimarse a las locuras de Don Quijote, ni a las sandeces de Sancho, salieran a luz; así, en esta segunda parte —es decir, el segundo volumen— no quiso ingerir novelas sueltas ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mesmos sucesos que la verdad ofrece, y aún estos, limitadamente y con solas las palabras que bastan a declararlos; y pues se contiene y cierra en los estrechos límites de la narración, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo, pide no se desprecie su trabajo, y se le den alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir» (pp. 1060-1).

Para el efecto total del libro, y para nuestra reacción de lectores, las novelas, episodios y cuentos intercalados, con su doble objeto de sensación grave y entretenida, ejercen una triple función. Por un lado, se nos aparecen como una encuadernación ideal y literaria de las aventuras de Don Quijote y Sancho; por el otro, nos ofrecen la posibilidad de destacar por contraste la originalidad y significado de su historia; y, finalmente, servirán para retardar cuando graves y acelerar cuando entretenidas el ritmo armónico de la obra, con armonía distinta en el primero y segundo volúmenes. Es decir, que este tercer aspecto estaría conectado fundamentalmente con el tiempo interior de la narración.

La historia verdadera de Don Quijote y Sancho, lenta y sinuosa en el primer volumen, e intensa y directa en el segundo, constituye si la vemos aislada y unificada un traslado sintético y significativo de la vida humana (10). Pese a inevitables influencias literarias, el gran modelo de Cervantes fue la vida misma en sus procesos creadores. Después de él, pasarán todavía muchos años antes de que se reconozca que el hombre es esencialmente criatura histórica y que se distingue de los otros seres vivos por la necesidad que él experimenta, a diferencia de los demás, de tener que trazarse un proyecto vital. Ni el árbol, ni el caballo, ni el simio tienen conciencia de vidas pasadas, ni pueden elegir un quehacer que a su vez los haga cosa distinta de lo que la naturaleza ha pretendido que fueran. En contraste, el hombre está dotado de libre albedrío, de libertad inmanente. El hombre es por naturaleza lo que es y por voluntad lo que quiera ser. Naturaleza y voluntad, conjugadas, le dan al hombre la posibilidad de desenvolver para sí, en su circunstancia, el tipo de vida más adecuado a sus posibilidades. El hombre, pues, será responsable de su posible historia, una historia-novela trazada por su voluntad y condicionada por la vida. Porque ya ahora empezamos a ver que toda vida humana puede ser considerada novela y que esa novela equivale a vida. E incluso que la historia no es más que el registro de las novelas vitales más valiosas (11).

Pero hasta Cervantes, contemplar y seguir el proceso formativo de una vida requería tanto espacio y tiempo como el que ocupaba la vida misma y exigía del espectador un contacto íntimo con el ser novelable, lo mismo en sus pensamientos que en sus sentimientos, en sus relaciones, en sus acciones y reacciones, y aún así no podía haber seguridad de llegar a captar su realidad, a lo sumo se llegaría a tener una impresión subjetiva y totalizadora del sujeto observado. No se había inventado aún la técnica capaz de reducir una totalidad de realidad vital a una esencial realidad literaria que es lo que constituye el cogollo del hallazgo cervantino. La piedra de toque del interés humano había estado, durante mucho tiempo, más que en el proceso, en los resultados valiosos ante una meta también valiosa. En otras palabras, el interés se había concentrado en los grandes hombres, en los que perseguían la fama —garantía de inmortalidad— por los distintos caminos que cada época y el esfuerzo individual abrían a las distintas ini-

(10) Como la novela pastoril e incluso la de caballerías lo fueron de la naturaleza, como el propio Don Quijote resume en esta frase: ...«de manera, que el arte, imitando a la naturaleza, parece que allí la vence» (p. 628).

(11) Véase mi estudio «Américo Castro y la realidad histórica de España» (*La Torre*, IV, 1956), pp. 27-45.

ciativas. Entre esos hombres, los que hirieron más fácilmente la imaginación popular fueron los héroes, cantados desde muy temprano por los rapsodas del pueblo. En la vida española el héroe por antonomasia fue aquel Mío Cid Ruy Díaz de Vivar que de vasallo en un pueblo de Castilla va a transformarse, por el esfuerzo de su brazo y la valentía de su corazón, en gran guerrero y gran señor, pariente de reyes y modelo de caballeros. El y la vida escribieron el argumento, el juglar lo interpretará reduciéndolo a especie literaria, para lo cual se sirve del recuerdo. Pero en contraste con los modelos que llegaban de la antigüedad —y aun de la modernidad europea coetánea— Mío Cid aparece mucho más humanizado que los Ulises, Aquiles, Héctor, Alejandro, Julio César, Carlomagno, etc. y se mueve, además, en un espacio y tiempo verosímiles, haciendo y haciéndose frente a unos testigos y, sobre todo, frente a nosotros lectores. Desde fines del siglo XV hasta casi fines del siglo XVI la historia española se llena de héroes de carne y hueso, de santos y de escritores, que parecen acaparar los recintos de la fama y de la gloria persiguiendo sus ideales respectivos. La vida no da abasto escribiendo sus propias novelas. Para la imaginación sólo quedaba lo ideal extremado, desprovisto de impurezas y limitaciones vitales, sólo quedaban las hazañas imposibles, fantásticas, desmesuradas, sin barreras temporales ni espaciales, de los Amadises, Palmerines, Esplandianes, etc., desdibujando, borrando, los límites de lo imposible y lo posible.

En esta atmósfera va a alentar y vivir un hidalgo castellano —Miguel de Cervantes Saavedra— empeñado también en dejar su huella en la historia en conjunción de voluntad y vida, pero una vida que, en términos colectivos, iba ya del apogeo a la decadencia, simbolizada históricamente en los nombres Lepanto y la Armada Invencible. Desde el cenit del país más poderoso de la tierra al temblor anunciador de la posible caída. Nacido casi a mediados del siglo XVI vive la vida que le toca vivir, semejante a la de otros muchos de sus contemporáneos, para terminar rodeado de libros, pero pobre y sintiéndose fracasado, en el año de gracia de 1616. Como fracasado también —que no loco— debió sentirse aquel otro hidalgo de la misma edad de Cervantes que él eligió para protagonista de su libro. Un protagonista que antes lo había sido en la vida, sin que su novela —novela= vida— alcanzara significado trascendente, capaz de inmortalizar su nombre. De hecho, incluso su poco nombre aparece en la penumbra de la indecisión. ¿Se apellidaba Quijada, Quesada, Quejana, Quijana o Quijano? Hombre sin nombre fijo, sin nombre recordado. De haberse muerto sin que Cervantes se ocupara de él, sería como si no hubiera existido. No hubiera sido. Pues no es lo mismo existir que ser. Muy poco, casi nada, nos dice Cervantes de él. A lo largo de la obra de Cervantes cabe, sin embargo, ir espigando algunos datos de su vida, una vida dominada por ocultas *quejas* (12), por la insatisfacción de no haber cuajado en realidad valiosa. Claro que Cervantes acentuará en él, acaso a propósito, aspectos pasivos para lanzarlo después al camino opuesto. En virtud de su voluntad, de su querer de autor, por encima de la vida, capaz de dar él mismo vida a personajes más valiosos que los producidos por la naturaleza y la historia. (Yo tengo para mí —dicho sea entre paréntesis— que no hay posibilidad de dedicarse al cultivo del arte, y lograr en él estructuras geniales, si el impulso no va acompañado de un profundo y radical optimismo que lleve al artista a competir con Dios en las tareas creadoras. En el fondo, toda creación humana es satánica en tanto que compite con la divina.) Cervantes va a buscar el barro, casi polvo, de Alonso Quijano o como se llame, en un lugar no identificado de la Mancha, región semidesértica entre la España del norte y la del sur, entre lo que fue mundo cristiano y mundo musulmán, un poco más a la izquierda que a la derecha del cuerpo físico de la península, como si fuera el corazón caído de aquellas tierras. El hidalgo don Alonso come y viste como gente más acomodada que pobre, en compañía de una ama cuarentona y de una sobrina, de edad casadera, hija de una hermana y probablemente huérfana. Viven, sin duda,

(12) El ligue Don Quijote-Cervantes y la posible presencia del significado de *quejas* en los apellidos del pre-Quijote, aparecen subrayados por Avellaneda en el prólogo del *Quijote apócrifo*. Allí llama a Cervantes «viejo», «mal contentadizo», y afirma que la primera parte del *Quijote* es «...*quexosa*, murmuradora, impaciente, y colérica, cual lo están los encarcelados.» (El subrayado de la palabra quexosa está en el texto) Cf. *Quijote apócrifo*, ed. Menéndez Pelayo (Barcelona: 1905), pp. 5-6.

de bienes heredados, ya que no lo vemos dedicado a ninguna actividad productiva, pero sabemos que es dueño de tierras y de un rocín, tres yeguas y cinco pollinos que acaso destine a llevar y traer productos agrícolas, probablemente trigo y uvas, de campos que en su mayoría tendría arrendados a campesinos de los alrededores. Entre sus criados se menciona sólo a «un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera» (p. 39). Al empezar la obra, don Alonso se nos presenta como «de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza» (pp. 39-40). Disponía de mucho tiempo, una gran parte del cual se lo pasaba leyendo en su propia biblioteca, en la que tenía «más de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños» (p. 75). En el pueblo eran sus amigos predilectos el cura y el barbero. Se había criado entre «sinabafas y holandas» (p. 160). Presumía de origen noble: «Bien es verdad —llega a decir— que yo soy hijodalgo de solar conocido, de posesión y propiedad y de devengar quinientos sueldos, y podría ser que el sabio que escribiese mi historia deslindase de tal manera mi parentela y descendencia que me hallase quinto o sexto nieto de rey» (p. 237). Su educación muestra que sabe de *trovas* o sea de arte poético, que conocía la lengua toscana y que cantaba algunas estancias del Ariosto (p. 1249). Llevaba doce años de enamorado, con amor platónico, de Aldonza Lorenzo, hija de campesinos acomodados del pueblo cercano del Toboso, a la que ha visto muy pocas veces, sin que se atreviera a declararle su amor, pese a que ella estaba soltera y disponible, de lo cual se deduce que debía de ser muy tímido con las mujeres y, por su confesión, hombre casto (p. 559). Encontramos aún otros datos, un tanto inconexos: había sido aficionado al teatro desde niño (p. 760); padeció de los riñones durante muchos años (p. 823); y participó una vez en una pendencia que hubo en su pueblo (p. 954). Como conclusión, cabe añadir que «sus costumbres» le habían dado renombre de *bueno* (p. 1335). Alonso Quijano el Bueno había vivido —adivinamos— como juguete de la existencia, sin ejercer su voluntad de ser, gozador intelectual de algunos de sus aspectos y receptor abúlico de elementos heredados. Era lo que la vida, sin iniciativa propia o rectificadora, había querido hacer de él. Cervantes, como ya se ha dicho, va a intentar rectificar ese error vital.

Empezará por hacerle sentir a Alonso Quijano —partiendo del supuesto de que todo hombre es dueño de su destino, si se lo propone— la atracción irresistible de un primer y nuevo para él proyecto vital. Aprovechándose de su bondad innata le hará que no se resigne a la maldad humana, que rompa la crisálida de su pasividad, y se lance enfebrecido a imponer la justicia en el mundo. Con la totalidad de sus posibilidades humanas, las racionales y las irracionales. Europa, en lo que tenía de mundo consecuencia de la tradición grecolatina, perseguía o iba a perseguir, preferentemente, caminos de razón. Pero no España. España era el nuevo Jano, con una cara oriental y la otra cara occidental, un sur y un norte en la cruz de los mares. No se recuerda lo suficiente que en el mundo oriental la locura es un don divino y que el loco callejero es intocable y capaz siempre de decir grandes verdades (13). La locura de Don Quijote no va a ser una locura cualquiera, sino que será locura funcional además de poética en lo que la poesía pueda tener de intuición y de hallazgo de verdades inasequibles por otras vías. La sed universal de justicia encarnará en Don Quijote y consumirá su vida, y con ella la sed de fama, de inmortalidad. Pero no basta sentir, hay que hacer para hacerse. Por eso a Alonso Quijano «le pareció convenible y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante e irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio y

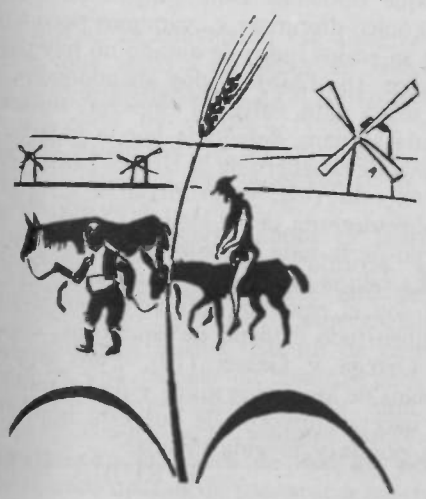
(13) No se le ha olvidado a Francisco Ayala, que escribe: «Al lector actual, formado en el Naturalismo, y para quien la demencia no pasa de ser, o es ante todo, una enfermedad objeto de estudio, y una desgracia digna de compasión, la burla del héroe loco tiene que repugnarle; se sentirá obligado a apartar de sí cualquier tentación burlesca; y, desde luego, no percibirá tampoco ese escalofriante titilar del espíritu a través de las brumas de la conciencia perturbada, que diera al demente su prestigio antiquísimo, convirtiéndolo en un ser sagrado y sometiéndolo al trato ambivalente que se aplica siempre a lo sagrado.» *La invención del Quijote* (Puerto Rico: Editorial Universitaria, 1950) p. 5.

poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolas, cobrase eterno nombre y fama» (p. 42). No era culpa suya, como tampoco lo era de España, que el mundo estuviera lleno de falsas apariencias. Tanto él como España empiezan por creer, no en lo que está fuera sino en lo que se lleva dentro. En creer primero para crear y terminar creyendo en la realidad de lo creado, cuando el ánimo lo necesita para seguir viviendo o para bien morir. Los gritos de la fe creadora, arrancando de las tres grandes creencias peninsulares: la judaica, la cristiana y la islámica, venían oyéndose ininterrumpidamente desde los orígenes mismos de la nacionalidad. El ángel Gabriel, espada de Dios, estuvo durante siglos al servicio de las tres religiones. ¿No habían visto ya los combatientes de Clavijo a Santiago Matamoros acudir en su defensa? ¿No había cruzado con sus descendientes el Atlántico para socorrerlos en sus luchas con los indios? ¿No estaba configurado el más allá en sus mínimos detalles con una multitud de santos españoles? ¿No se aceptaban, configuraban y fomentaban nuevos aditamentos para la creencia religiosa? ¿Qué pruebas racionales había de la existencia de las ánimas del purgatorio o de la existencia de la Santísima Trinidad? De la creencia religiosa a la imaginativa mundanal no había más que un paso. En este otro plano, recuérdese como las mujeres españolas se pusieron de luto y salieron a la calle llorando y gritando al enterarse de la muerte de Amadís. No, Don Quijote no está loco por creer en la realidad de los caballeros andantes, como tampoco lo estaban las multitudes que compartían su creencia. Porque Don Quijote necesita un yelmo con que protegerse, la bacía se convertirá en yelmo; porque Don Quijote necesita gigantes con que combatir, los molinos de viento se convertirán en gigantes; porque Don Quijote necesita ejércitos que atacar, los rebaños se convertirán en ejércitos. El hombre configura el mundo a la medida de sus necesidades.

No es este ni el momento ni la ocasión para meterse en las profundidades del libro. Apuntaré, sin embargo, que la creencia de Don Quijote ofrece todos los síntomas de ser catolicísima, teniendo más en cuenta su universalismo que sus superficialidades, aunque también en éstas cabría establecer un paralelo entre el santoral y los caballeros andantes, correspondiendo Amadís a Santiago y Dulcinea a la virgen María. No hay casi batalla en que intervenga Don Quijote en que no se invoque a Amadís y no se pidan nuevas fuerzas a Dulcinea, en los mismos o parecidos términos en que el caballero a lo divino Ignacio de Loyola, invocará a Cristo y a su madre. Antes de bajar a los posibles infiernos de la Cueva de Montesinos, don Quijote dice en alta voz: «—¡Oh señora de mis acciones y movimientos, clarísima y sin par Dulcinea de Toboso! Si es posible que lleguen a tus oídos las plegarias y oraciones deste tu venturoso amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches; que no son otras que rogarte no me niegues tu favor y amparo, ahora que tanto lo he menester. Yo voy a despeñarme, a empozarme y a hundirme en el abismo que aquí se me representa, sólo porque conozca el mundo que si tú me favoreces, no habrá imposible a quien yo no acometa y acabe» (p. 870). Por los vericuetos del culto neoplatónico a la mujer en la Andalucía arábigo-española, en la poesía trovadoresca provenzal, en la imaginería del Dante, en la subconsciencia medieval, asciende esta imagen de una Romaiquía mozárabe, de una dama toda espíritu, de una Beatriz, de una virgen María, para culminar en la Dulcinea que Don Quijote lleva en sus entrañas, acicate y razón de ser de su quijotismo (14). Un quijotismo no orientado

(14) Cuando Avellaneda publica el *Quijote apócrifo*, lo que más le molesta a Cervantes es que haga en él a Don Quijote «caballero desenamorado». Por otra parte, Avellaneda llena el hueco de Dulcinea con frecuentes alusiones a la Virgen e, incluso, resucita un viejo milagro medieval para salvar por intervención de la madre de Cristo a la pecadora Doña Luisa. En contraste, cabría recordar uno de los pasajes más *equívocos* del primer volumen, cuarta parte, del libro de Cervantes. Me refiero a la aventura de los disciplinantes, la última de las aventuras activas del Quijote del primer volumen. En esta aventura aparece una imagen de la Virgen, llevada por los fieles en rogativa, para provocar la lluvia. Es la única ocasión en todo el libro en que aparece o se menciona a la Virgen. Pese a que Sancho la identifica en el acto, diciéndoselo a gritos a Don Quijote, y a que era espectáculo frecuente en aquellos tiempos, Cervantes hace que Don Quijote no la reconozca y la tome por una señora cautiva. ¿Cautiva de quién o de qué? ¿De la Iglesia? ¿De la superstición popular? ¿Por qué no la reconoce? ¿Erasmismo? ¿Incompatibilidad con Dulcinea? ¿Identidad simbólica con Aldonza Lorenzo?

hacia el mundo terrenal ni hacia el mundo del más allá, sino al mundo que cubre toda piel humana en cada individuo, a solas consigo mismo. Don Quijote no ha podido ser más explícito que cuando dice: «Hemos de matar en los gigantes a la soberbia; a la envidia en la generosidad y buen pecho; a la ira en el reposado continente y quietud del ánimo; a la gula y al sueño, en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos; a la lujuria y lascivia, en la lealtad que guardamos a las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; a la pereza, con andar por todas las partes del mundo»... (pp. 735-6). He aquí un manifiesto ideal, en el campo moral común de todas las religiones, capaz de rebasar el tiempo mientras exista humanidad. Para que no quepa la menor duda, todavía añadirá Don Quijote: ...«muchos son los caminos por donde lleva Dios a los suyos al cielo: religión es la caballería; caballeros santos hay en la gloria» (p. 738). No confundamos, sin embargo, los campos respectivos. La religión del caballero andante tiene una meta humana, tan imprecisa como todo lo humano de más acá de las escatologías religiosas. Cuando Don Quijote ve las imágenes de San Jorge, de San Martín, de San Diego, de San Pablo, comenta: ...«estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas; sino que la diferencia que hay entre mí y ellos es que ellos fueron santos y pelearon a lo divino, y yo soy pecador y peleo a lo humano. Ellos conquistaron el cielo a fuerza de brazos, y yo hasta ahora no sé lo que conquisto a fuerza de mis trabajos» (p. 1195).



Lo que Don Quijote va a conquistar y conquista, sin saberlo él mismo ni acaso Cervantes, es la realización máxima de su ser en la persecución de un ideal universal. La única conquista, real y verdadera, de las limitadas posibilidades humanas.

Cervantes comienza la historia de Don Quijote negándole su paternidad. La historia preexiste a su hallazgo. Está en la vida, con la posibilidad de haber sido recogida por varios autores. Por casualidad le llega de ella la versión de Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo, que él con la ayuda de un morisco toledano no hace más que copiar. Ya es sintomático, y acaso simbólico, que el resultado final sea consecuencia de la colaboración de un árabe y un cristiano por medio de un morisco y que el manuscrito vaya a ser encontrado en el barrio judío de Toledo (15). Desde el principio el libro, como la vida misma, aparece abierto en su entraña haciendo verosímiles las adiciones u omisiones al texto. Con la ficción de un autor no autor, Cervantes se libera de su propia presencia en la narración para convertirse en ocasional comentarista de los sucesos que va copiando. Un testigo más que añadir a los testigos de esos mismos sucesos desde dentro del libro. Principio de plurivisión que había asomado ya en *La Celestina* y va a intensificarse ahora en nuevas dimensiones (16). Ya no se trata aquí, como en la novela italianizante o en la morisca o en la de caballerías, de que los personajes, las acciones, etc., dependan entera-

(15) Es demasiado fácil, y hasta cómodo, descartar estos hechos como simples coincidencias o caprichos del autor. Que yo sepa, nadie se ha preguntado aún ¿por qué *Cide Hamete Benengeli* y no otro nombre en la tradición grecolatina? ¿Por qué tenía que ser árabe? ¿El pseudo arabismo del apellido Benengeli es casual o buscado? ¿Hay en el apellido un significado implícito de *hijo de los ángeles* para crear un mozarabismo simbólico?

(16) La culminación del procedimiento se logrará en Galdós, el más *cervantino* de todos los escritores —nacionales y extranjeros— y acaso el que ha explorado, con más conciencia y provecho, los artificios novelescos de Cervantes. Alguien tendrá que demostrar un día este hecho de manera convincente. Lo señalo aquí como una simple intuición.

mente de la voluntad y del ingenio de un narrador que pretende recordarlos. Los personajes de la novela cervantina serán, para nosotros lectores, la suma de muy diversas impresiones: la que nos dé el narrador copista; la que nos produzcan ellos mismos en sus soliloquios, en sus diálogos, en sus acciones y reacciones; la que proceda de los que entran en contacto con ellos, en forma permanente u ocasional, etc. Procedimiento éste que habría que calificar de perspectivismo o pluralidad de puntos de vista (17) y que en el libro de Cervantes no se limitará a las personas, sino que se ampliará también a los nombres, a los objetos y a la naturaleza en general. En el fondo, equivale a un reconocimiento tácito de la libertad e igualdad entre autor, personajes y lector, elevados a lo que antes llamábamos una vida esencial y significativa, primer paso de un novelar como posible método de conocimiento (18). Es también característica imprescindible de esta nueva manera de enfrentarse con el mundo de la ficción que el tiempo interior de la obra transcurra siempre en presente, hacia un futuro insospechado, que sólo en el transcurso de la lectura se irá haciendo pasado. Los personajes, así concebidos, irán cargándose de contenido, adquiriendo bulto y naturaleza, hasta que progresivamente su manera de ser predetermine sus acciones y reacciones. En otras palabras, irán adquiriendo una lógica interna capaz de dejarlos en un plano equivalente al de las criaturas vivas en términos de limitación de su libertad. Al cuajar en su ser se independizan ya de su creador. Don Quijote y Sancho han cuajado en el primer volumen y son ya libres y dueños de sí mismos en el segundo. Esa libertad es lo que ha hecho decir a don Miguel de Unamuno que Don Quijote era superior a Cervantes y lo que justifica que, en su propia obra, Augusto Pérez se le rebele y dialogue con el autor, como personaje y como autor. Los límites de la ficción y la realidad quedan borrados, difuminados. Vida que es sueño y sueño que es vida. Pero el personaje de ficción, cuando valioso, va a gozar de una fama y de una inmortalidad superior a la de su creador. Tiempo y espacio, en este tipo de novela, serán un tiempo y un espacio humanos, nunca físicos, aunque siempre superiores a los que la naturaleza ofrece.

En apariencia, y en el estrecho espacio de la Península Ibérica, en un tiempo coincidente con el de Cervantes, Alonso Quijano, ser insignificante, se lanza a unas desventuradas aventuras. Desde entonces hasta hoy, aquel espacio es nuestro espacio, aquel tiempo es nuestro tiempo, Alonso Quijano es Don Quijote, capaz aún de quijotizarnos a todos, y sus aventuras son nuestras aventuras vitales. Alonso Quijano se hizo, se hace y seguirá haciéndose frente a todo lector con cada aventura que inicia, cuyo impacto va agrandando y agrandándole cada vez más la raíz oculta de su ser, hasta anular su insignificancia aparente para sustituirla por un significado trascendente.

Antes de terminar, quiero añadir que personalmente nunca entendí por qué Cervantes le hace recobrar el juicio a Don Quijote en la hora de su muerte. Un juicio que como hemos visto nunca perdió. Al parecer, no soy el único. Recientemente, en la versión que se hizo del libro para la televisión, los adaptadores prefirieron hacerle morir loco. Siempre me han llamado la atención las palabras con que comienza Don Quijote su último y preagónico discurso: «...vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño» (p. 1338). Nidos abandonados, vida que se va para volver a empezar, miseria de la vida humana derrotada por la muerte, disfrazada de caballero de la Blanca Luna. Quizás sea en esta vida, y no en la otra, donde el hombre necesita de su locura. Quizás lo único cuerdo de la vida humana sea la muerte.

¿Es ésta la explicación? La frase y la situación son el equívoco último y culminante de un libro todo él lleno de equívocos, como ya vio Ortega y Gasset (19). Pero equívocos gemelos de los viejos mitos y de los mitos aún por nacer, equívocos de que está impregnada toda poesía y la vida misma.

J. RUBIA BARCIA

(17) Uso los términos plurivisión, perspectivismo o pluralidad de puntos de vista en un sentido más amplio que Ortega, aunque restringido a un fenómeno o artificio literario.

(18) En este sentido sería posible, también, considerar a Cervantes como el padre de la novela experimental que arrancando de las teorías de Zola llegaría hasta los existencialistas de nuestros días.

(19) Véase, además, Angel del Río «El equívoco del *Quijote*» (*Hispanic Review*, XXVII, 1959) pp. 200-221.

América Central sobre un volcán

POR VICTOR ALBA

A DIEZ KILÓMETROS de San José hay un pueblo con una enorme iglesia: Coronado. En los aledaños del pueblo había un restaurante con un tío vivo, un tren infantil y otras atracciones. Durante dos meses, los carpinteros estuvieron agregando cuartos al edificio (aquí todas las casas son de madera). Ahora, en el antiguo restaurante viven veintidós hombres. Comen allí, duermen allí, escriben desde allí cartas a sus familias.

Se levantan a las siete de la mañana. De ocho a diez escuchan una conferencia. De diez a doce estudian. Durante la sobremesa participan en mesas redondas. De cinco a ocho estudian de nuevo. Y después de cenar asisten a una conferencia, salvo dos días a la semana, en que pueden ir a San José a divertirse.

¿En qué se ha convertido ese antiguo restaurante, que todavía conserva su sinfonola y sus luces amortiguadas? ¿En un convento? ¿En una casa de reposo? Nada de esto. Aunque la existencia que llevan quienes viven allí es casi monacal, sus objetivos en la vida son muy distintos.

El restaurante alberga ahora el Instituto Internacional de Estudios Políticos. Bajo estas cuatro palabras se ofrece uno de los experimentos más necesarios y esperanzadores de toda América Latina. En fin de cuentas, se trata de una escuela de cuadros para los movimientos democráticos. Hasta aquí las escuelas de cuadros eran siempre fascistas o comunistas. Ya era hora de que los demócratas se preocuparan de preparar a sus futuros dirigentes. Esto es lo que hace el Instituto.

Se creó de improviso, como casi todo en nuestra América, y empezó a funcionar sin gran preparación previa. Sobre la marcha se van haciendo las adaptaciones necesarias, y a veces el conferenciante ha de callarse unos minutos, para dejar que los carpinteros acaben de hundir unos clavos. Por todo esto y porque es una institución necesaria, el Instituto está alcanzando un buen éxito indudable.

Los que asisten a sus clases, enviados por sus partidos respectivos, son dirigentes locales, diputados, militantes que sobresalen por sus dotes intelectuales o de organización. Profesores de toda América acuden, por períodos de diez días, para explicarles una serie reducida de materias: historia de las ideas políticas, historia de las ideas sociales, economía, técnicas de organización, problemas de América Latina (cuestión agraria, la industrialización, indigenismo, militarismo, comunismo). Todo se estudia con referencia a América Latina, pero con un amplio sentido universal.

La biblioteca proporciona material de estudio. Los alumnos de 20 a 46 años de edad, en este primer curso leen, escriben ensayos, participan en seminarios. Todo esto se graba y luego se publicará, arreglado y ampliado, para que sirva de manual a cursos semejantes que cada uno de los alumnos deberá dar en su país respectivo a grupos de militantes de su partido.

Benjamín Nuñez, el sacerdote fundador de

la central Rerum Novarum de Costa Rica, ex representante de su país en la ONU y antiguo ministro de Trabajo, es el director de la Escuela. Sacha Volman, su administrador, José Figueres, Ramiro Prialé, Harry Kantor, Pareja Díez-Canseco y Roberto Gil, han dado ya cursos. Otros seguirán...

Pero lo más interesante de la escuela son los alumnos. En los diez días que estuve con ellos, no me dejaron tranquilo con sus preguntas. Ni se dejan tranquilos unos a otros. Ni a sí mismos. Descubren a América Latina en la realidad de sus hombres, ellos que hasta ahora sólo la habían conocido a través de la retórica propagandística y de los casos particulares de sus países. Este descubrimiento es, tal vez, lo más trascendental de la labor del Instituto. Por primera vez un paraguayo conoce los problemas de Honduras, un venezolano los de la República Dominicana... Por primera vez también comparan y ven, por ejemplo, que la táctica de los comunistas en su país, cuando eran aliados del dictador de turno, se aplicó también en las demás naciones con dictadura... Comparan y ven que lo que fue solución en un lugar no puede serlo en otro, y aprenden a conocer los fracasos ajenos para ahorrarse los propios.

En fin, una verdadera escuela de cuadros. Con mucha disciplina impuesta por los propios alumnos, que eligen a su «prefecto» y que fijan sus horarios. A menudo horarios agotadores para el profesor. He visto allí una clase sobre el comunismo en América Latina que duró, en dos sesiones, nada menos que seis horas. El profesor, al terminar, había perdido la voz. Pero había ganado veintidós amigos.

En este grupo de veintidós dirigentes políticos locales hay dos diputados (uno de Venezuela y otro de Honduras), un presidente de organización juvenil, tres miembros de comités directivos de partido, dos miembros de grupos o comités de estudios de partido, dos dirigentes estudiantiles, dos secretarios de organización, dos dirigentes juveniles, etc. Pertenecen al Apra del Perú, a Acción Democrática de Venezuela, a los partidos conservador y liberal independiente de Nicaragua, liberal de Honduras, Liberación Nacional de Costa Rica, Revolucionario de Guatemala, febrerista y liberal del Paraguay, y a tres organizaciones dominicanas en el exilio. En febrero comenzará otro curso, con dirigentes de otros partidos y otros países. Y así, con tres cursos al año, saldrán del Instituto casi un centenar de elementos preparados, pertrechados para una lucha más eficaz, menos retórica, inmunizados contra la facilidad y la demagogia, contra la tentación totalitaria de la supuesta eficacia y contra el desaliento por lo largo del combate.

Unos datos más pueden ser interesantes para comprender a los dirigentes políticos locales: todos los estudiantes cursaron la enseñanza primaria; uno sólo terminó la segunda enseñanza; ocho siguieron cursos especiales; trece tienen una preparación universitaria; y seis disponen de un título profesional. De los veintidós, doce son dirigentes nacionales y ocho dirigentes de sección. La edad es de 31 años, término medio.

¿Quién fundó la escuela? Hace seis o siete meses, en la finca «La Lucha Eterna», de José Figueres, se reunieron, convocados por el ex presidente tico, representantes de una serie de partidos democráticos. Decidieron crear el Instituto. Y este se creó. Hoy, sostienen el Instituto y envían a él estudiantes los siguientes partidos: Acción Democrática (Venezuela), Frente Nacional Democrático triple A (Cuba), Grupos Democráticos (Panamá), Movimiento Nacionalista Revolucionario (Bolivia), Unificación Democrática (Nicaragua) Partido Aprista (Perú), Partido de Liberación Nacional (Costa Rica), Partido Liberal (Colombia), Partido Liberal (Honduras), Partido Liberal (Paraguay), Partido Popular Democrático (Puerto Rico), Partido Revolucionario (Guatemala), Partido Revolucionario Auténtico (Cuba), Partido Conservador (Nicaragua), Partido Revolucionario Dominicano, Vanguardia Revolucionaria Dominicana y el Instituto de Investigaciones Internacionales del Trabajo (Estados Unidos) que preside Norman Thomas.

Que el Instituto era necesario, que es ya indispensable, puede comprobarse sin salir del Istmo. Allí se da uno cuenta de que queda muy poco tiempo para la preparación de dirigentes y la formación de cuadros democráticos.

Porque Centroamérica, tierra de volcanes, está llena de ruidos subterráneos, de columnas inesperadas de humo que preludian una erupción próxima. De los partidos democrá-

ticos dependerá, en gran parte, que esta erupción fertilice la tierra o que la asuele.

*
* *

Estamos acostumbrados a ver en los países centroamericanos una especie de rompecabezas absurdo, en el cual los caciques políticos pesan más que las ideas. Esto fue cierto, pero ya no lo es. Sigue lo absurdo del rompecabezas, pero ahora las personalidades van siendo substituídas por las ideologías.

Hay una presión tal de las circunstancias económicas y sociales, que ni siquiera los más conservadores se atreven a creer que no sean precisos cambios fundamentales en la estructura de estos países y en las relaciones de unos con otros. Esta convicción se ha estado gestando durante años; hoy es ya indiscutible y estalla por todas partes.

Por ejemplo, en Managua (días antes de esa invasión reciente, que nadie sabe realmente qué carácter tuvo, si fue una provocación, una «castrada» o una aventura política), hablé con un dirigente de las juventudes conservadoras. Nicaragua ha sido el feudo, durante decenios, de dos partidos: el conservador y el liberal. En nombre de éste ha gobernado la dinastía de los Somozas, con la oposición, a veces activa, a veces retórica, de los conservadores. Pues bien, ese joven conservador me hablaba de la necesidad de una reforma agraria, de reforzar los sindicatos para hacerlos realmente independientes del poder político, de la urgencia de tomar medidas para acabar con la influencia desproporcionada sobre la vida económica del país de unas cuantas sociedades anónimas, en las cuales se reunen como directores los mismos liberales y conservadores que en los clubs sociales y hasta en la calle se enfrentan y pelean en ocasiones.

Estos jóvenes conservadores luchan en el seno de su partido para cambiar no sólo el nombre de éste, sino su orientación. «En Nicaragua no se puede ser conservador, porque no hay nada en lo social que merezca conservarse, me decía mi interlocutor. Lo mismo podrían afirmar los conservadores de otros países ístmicos.

Una cosa salta a la vista, cuando se visitan estos países: allí donde hay sindicatos independientes, que no se someten al gobierno y que luchan, los comunistas tienen pocos adeptos entre los obreros, esa escasa clase obrera centroamericana, todavía medio artesanal en gran proporción. Allí donde los sindicatos son sólo instrumentos del gobierno, los comunistas aumentan su influencia, a veces conquistan alguno de estos sindicatos y en unas ocasiones los utilizan para acrecentar su prestigio, en otras para obtener del gobierno —a cambio de su pasividad sindical— cierta libertad tácita en la propaganda y la preparación de cuadros. Lo que más quieren ahora los comunistas centroamericanos es formar sus partidos, penetrar en las masas y las minorías, presentarse a la vez como luchadores y como «buenos chicos» sensatos.

Cuentan, para ello, con el hecho de que la memoria de la gente es corta y de que ninguna generación aprovecha las lecciones de la anterior. En Nicaragua, por ejemplo, ya se ha olvidado que en 1942, Lombardo Toledano, abrazó en público a «Tacho Somoza», en la plaza mayor de Managua y lo calificó luego de «dictador paternal». En Costa Rica, ya nadie se acuerda de cuando los comunistas de Vanguardia Popular, protegidos por el régimen con el que terminó la guerra civil de 1948, rompían la crisma a cuantos discrepaban de ellos. Y por esto, no pocos jóvenes —estudiantes, obreros y hasta comerciantes— escuchan a los comunistas y se dejan deslumbrar por el fenómeno castrista y por los éxitos «lunares» de la URSS. El dictador deberá recibir un nuevo abrazo o los comunistas tendrán que romper más cabezas para que la experiencia se vuelva a vivir.

Tal vez la única experiencia que está resultando eficaz, muy lentamente, como inmunizadora contra el comunismo, es la de Castro. En toda Centroamérica, ha habido un desencanto general con el castrismo, porque Cuba no supo, no pudo o no quiso ayudar a crear Castros locales; porque en estos países, donde el anhelo de formas democráticas estables y no sólo de fachada es algo real, vivo, no se comprende que Castro rehuse celebrar elecciones. Pero esta desilusión es lenta, vacilante, puesto que de momento no hay otros partidos o movimientos que ofrezcan esperanza. Las gentes de Guatemala y Costa Rica, países que poseen esos movimientos, son mucho más conscientemente indiferentes, si no adversarias, de Castro, que las gentes de otros países donde la vida política es sólo simbólica.

Un índice de esta atmósfera que se va formando en torno a Cuba lo hallé en el éxito súbito, sostenido luego, de *Bohemia Libre* (la editada en Nueva York). En Alhajuela, pequeña ciudad agrícola de Costa Rica, una sola tienda vendía antes 35 ejemplares; la nueva, la del exilio, vende ahora 112. Y así en otras partes.

*
* *

Nadie puede dejar de ver —y sin embargo, parece que hay todavía quien no se percata de ello— que en toda Centroamérica está ocurriendo ahora un fenómeno que algunos otros países latinoamericanos han vivido hace unos años: la aparición de las ideologías como fuerza política activa.

Estábamos habituados a considerar que la política, en estos países, la hacían unas cuantas familias y algunas personalidades. La opinión pública se componía de los lectores de periódicos —es decir, una minoría urbana—, los estudiantes y una parte pequeña de la reducida clase media. Pero esto ha cambiado.

En los países centroamericanos —como en el resto del continente— va formándose una clase media más numerosa, más acomodada, con mayor preparación técnica y mayor cultura general, llena de inquietudes, de aspiraciones, de ambiciones. Los actuales cuadros sociales le vienen pequeños. Esta clase media está en contacto con la masa de la población: con los obreros y artesanos, con la burocracia, con los campesinos, también con los escasos capitalistas, los terratenientes, los profesionales.

Si su preparación política es escasa (¿cómo van a tenerla, si han vivido gran parte de su vida bajo dictaduras o formas sólo en apariencia democráticas, con el juego político limitado a grupos ínfimos?), sus ambiciones políticas son grandes. Esta clase media quiere el poder, se considera capacitada para gobernar y para adaptar la sociedad a las necesidades de la época, para romper las trabas de la oligarquía. Y ha comenzado a interesar en la política a las clases sumergidas: los campesinos, los obreros, los artesanos, que antes eran simples peones de las familias gobernantes o de los personajes del momento.

¿No es significativo que allí donde hay cierta libertad de prensa no exista prácticamente apenas libertad para la radio? La prensa es todavía privilegio de la antigua opinión pública. Los analfabetos, a través de la radio, pueden interesarse por la política. La radio libre podría crear una opinión pública mucho más extensa y, sobre todo, desesperada.

Porque la condición de las clases sumergidas es desesperada. El aumento de población, la baja de los precios de las materias primas —ante todo del café y el algodón—, la generalización de los contrastes entre riqueza y pobreza (ya no hay ahora una gran masa de pobres y unos cuantos ricos, sino que entre las dos existe una capa de gentes acomodadas, que a los ojos del campesino o del obrero son ricas), todo esto ha hecho que las clases sumergidas (¡qué adjetivo más justo, en este caso!) adquieran conciencia de su propia sumersión y deseen salir a flote. Ahora se dan cuenta de que se están ahogando y se han vuelto impacientes por salvarse.

Que todo esto no es literatura, una simple anécdota lo dirá. Estaba, hace un par de años, en El Salvador (habría podido ser en un par de otros países ístmicos). Visitaba una plantación, en compañía del dueño. Pasaron unas muchachas. Comenté —porque no había apenas temas de conversación comunes con el propietario—, la belleza de una de las campesinas. El dueño llamó a un capataz y le ordenó que por la noche me llevara la muchacha a mi hotel. Y cuando rehusé, sólo se le ocurrió esta explicación: «No sea pacato...»

Este despertar de las masas a las ideologías —porque ya no siguen nombres de personajes, sino nombres de ideas— es tan evidente que fue la conciencia de ella lo que indujo al ejército salvadoreño a aliarse hace poco con elementos civiles de muy diversa ideología y a descartar del poder a su representante, ante la exasperación de las masas —masas de verdad— por una represión muy dura contra estudiantes más o menos castristas.

Por cierto que estos mismos estudiantes, poco después, comenzaron a abrir los ojos. Vieron que los elementos francamente castristas y los comunistas —que tienen cierta organización, hasta hace poco clandestina y aun ahora no declarada— se esforzaban en oponerse a toda convocatoria de elecciones y en dividir a los militares y los civiles de la Junta de gobierno, halagando sobre todo a los primeros. El periódico de la Asociación Estudiantil de la Universidad, que había defendido a Castro, afirma ahora: «Hemos

llegado a la conclusión de que el régimen cubano se inclina, política y económicamente, hacia el totalitarismo marxista.»

La repetición de las consignas «antiimperialistas» por los comunistas no tiene mucho eco en El Salvador. El capital no es aquí extranjero, sino nacional; la oligarquía es exclusivamente salvadoreña. Mas si la Junta o el gobierno que la suceda no logra reformar la estructura de este país —que además se encuentra bajo una intensa presión demográfica—, el volcán estallará, a la corta o a la larga, y entonces sólo a los comunistas aprovechará la devastación.

*
* *

Tal vez el mejor medio de comprender la situación general de América Central consista en examinar la de Costa Rica.

Se ha hablado mucho de Costa Rica como de «la Suiza del Istmo», el «país con más maestros que soldados». Es indudable que Costa Rica se halla mejor que el resto de los países ístmicos: con menos analfabetismo, con un nivel de vida ligeramente superior, con una tradición de democracia formal, y con la gran ventaja de tener un movimiento (Liberación Nacional) partidario de las reformas, que ya hizo algunas cuando gobernó. Pues bien: pese a todas estas ventajas, los volcanes de Costa Rica no causarán ninguna sorpresa si un día entran en erupción.

Falta todavía más de un año para las próximas elecciones. Pero se oye hablar mucho de ellas. Y se dice que serán decisivas para determinar si el país entra en un período de reformas o si, por el contrario, al negarse los partidos a ellas, se abre la puerta a una etapa de inquietud que conduzca a un tipo de caos ordenado, como el de Cuba ahora, sin beneficio para ninguna clase.

La situación puede resumirse así: en 1948 hubo una revolución política con una guerra civil (dos mil muertos, en un país de menos de un millón de habitantes, entonces). Cuando se redactó la nueva constitución, los elementos que habían vencido en la revolución fueron minoritarios en la Asamblea. El resultado fue que si bien se cambió la estructura del Estado, se mantuvo la camisa de fuerza de la Corte Suprema. Y ésta, ahora, impide que continúen las reformas iniciadas en 1949, reforzadas durante el período en que José Figueres fue presidente, y paralizadas actualmente. Hay una mayoría reformadora en la Asamblea actual, pero las leyes que adopta no siempre pueden aplicarse, porque las decisiones de la Corte Suprema se oponen a ello. Por ejemplo, en 1959 se aprobó una ley dando a los trabajadores un aguinaldo por Navidad. Una gran compañía extranjera apeló contra esta ley, haciendo valer que tenía contratos anteriores en 60 años a la ley en que no se preveía ese aguinaldo. Y la Corte dio más valor a esos viejos contratos que a la ley.

Hay en el país, pues, un régimen jurídico tradicional y un régimen político reformista; la contradicción entre ambos debe resolverse. Las próximas elecciones dirán cual de los dos habrá de adaptarse al otro.

El gobierno de Figueres nacionalizó la banca, reforzó el sistema de seguridad social, creó una serie de instituciones autónomas (electricidad, vivienda, ferrocarriles) y estableció un consejo nacional de planificación. De los 2.000 millones de colones del ingreso nacional, 700 millones pertenecen al sector público (es el porcentaje mayor de toda América). En el último decenio, gracias a esto, Costa Rica tuvo la tasa más alta de desarrollo entre todos los países que no recibieron la ayuda del Plan Marshall..., pero tiene también una alta tasa de aumento de la población (4 por ciento anual), que absorbe gran parte del desarrollo. La clase media se ha ampliado, pero así y todo no ha habido todavía un justo reparto del ingreso nacional y no hay aún una política fiscal que tienda a lograrlo.

Este país que es teóricamente el más socializado de América, se halla paralizado por leyes centenarias. El Código Civil es de 1888; permite la libertad bajo fianza al autor de un fraude, pero castiga con dos años de cárcel, sin posibilidad de fianza, a quien robe una gallina.

El resultado es que en la Suiza de América Central hay el mayor índice de parasitismo intestinal del Istmo; que la mitad de los niños de las regiones rurales sufren de desnutrición; que tiene el peor analfabetismo parcial (abandono de la escuela) de Centroamérica; y que en la zona metropolitana (con un cuarto de la población del país) el 75 por ciento de las familias tienen ingresos inferiores a 300 colones mensuales (1 dólar = 6'70 colones).

A veces, en un país de las reducidas dimen-

siones de Costa Rica, los problemas ofrecen sorpresas. Por ejemplo, el del cemento. La mayoría de los edificios son de madera. No hay fábricas de cemento. Y no las hay porque la mayoría parlamentaria reformadora se opone a que sean de propiedad privada. Costa Rica sólo puede absorber la producción de una fábrica. Es decir, la empresa que produzca cemento tendrá, de hecho, una situación de monopolio, con todos los privilegios y todas las injusticias posibles que esto entraña. Sólo si es una empresa nacional autónoma se obviarán estos peligros...

Se habla mucho de la oligarquía. Se dice que la revolución de 1948 no acabó con ella, porque, siendo de origen político, destinada a hacer respetar el sufragio, en las filas de los revolucionarios había también oligarcas.

Pero, ¿es posible una oligarquía en Costa Rica, país de pequeña propiedad, sin latifundios, sin grandes empresas industriales? La economía da, a veces, sorpresas. Una de ellas es esta de la oligarquía tica. Vamos a explicarla:

En el país hay 27.000 plantadores de café. Hay también plantadores de cacao, algodón y azúcar en número mucho menor. Estos plantadores tienen pequeñas propiedades, que van de 1 a 1.000 manzanas. Pero no venden directamente el café al extranjero. El café ha de beneficiarse. Para hacerlo, existen 180 beneficiadores. Luego, hay 16 exportadores. Y esos 196 hombres, más los beneficiadores y exportadores de cacao y algunos otros productos, son los que forman la oligarquía.

Los bancos conceden créditos sobre las cosechas, pero no a los productores, sino a los beneficiadores, y éstos son los que a su vez prestan el dinero a aquéllos. Es decir, el dinero es caro, resulta casi usurario.

El país vive del café. Una baja de apenas 31 cents. de dólar por libra en el precio del café, en Estados Unidos (donde un ama de casa compra de dos a tres libras mensuales), significa en Costa Rica una disminución del ingreso por la venta del café, de los 800 millones de colones que se recibían antes a 400 millones (una baja de 80 a 40 colones por quintal). Es decir, que casi el 50 por ciento del ingreso nacional se contrae a la mitad. El ama de casa norteamericana no se da apenas cuenta del ahorro de un dólar al mes; pero el ama de casa tica tiene del 25 al 40 por ciento menos de ingresos... No todas las amas de casa, sin embargo, porque los beneficiadores y exportadores no absorben la baja del precio, sino que la hacen recaer sobre los plantadores, a los que pagan menos el café.

¿Cómo podemos vender nuestro café a 40 colones por quintal, en vez de los 80 colones de antes, cuando pagamos el acero norteamericano a salarios de 2,20 dólares por hora, en vez de 1,30 de hace unos años? dicen los economistas de Costa Rica.

No basta, agregan, con la estabilización de los precios de las materias primas. Es preciso que esta estabilización, cuando se logre, no beneficie a la oligarquía, porque si fuera así se reforzaría su poder económico y político el país no podría resolver sus problemas pronto se hallaría en un estado de exasperación tal que sólo podrá conducir al caos.

Porque los plantadores, claro está, al verse explotados por los oligarcas, a su vez explotan a la masa del pueblo, que en gran parte depende de ellos. Esta masa, como en todo el Istmo, está descubriendo las ideologías y pronto querrá aplicarlas. Es posible que descubra ideologías favorables al hombre, pero no es imposible que prefiera las que le prometan un desarrollo más rápido, aunque sea a costa de las libertades.

¿Qué hacer ante esta situación? La ayuda internacional o bilateral no resolvería nada. Ni las inversiones. Ni el simple desarrollo. Hay que modificar la estructura de la sociedad. ¿Cómo puede hacerse, si no se quiere recurrir al método totalitario de la capitalización por la superexplotación de la mano de obra? Lo que muchos ticos proponen es una reforma agraria que además de dar títulos de propiedad a los 20.000 parásitos (así llaman a los campesinos que trabajan tierras en las que se instalaron sin permiso de sus dueños, que las tenían incultas), modifique el sistema de crédito bancario, para canalizarlo directamente a los plantadores, sin que pase por los beneficiadores oligarcas. Y que, sobre todo, establezca, por medio de incentivos suficientes, cooperativas voluntarias de productores para beneficiar el café, el cacao, etc. Es decir, una reforma agraria que haga innecesarios a los beneficiadores y exportadores, porque su papel lo cumplan estas cooperativas.

Mas ni siquiera esto bastaría. Costa Rica no es el único país que produce café. Hay otros más poderosos. Los grandes productores

empiezan a vender barato su café. La reforma agraria no serviría de nada si Costa Rica tuviera que sacrificar los precios de su café para no quedarse con él en los almacenes. Además de la reforma interior, se necesita una colaboración internacional.

Como para el cemento, los límites nacionales no son bastante amplios para que dentro de ellos se puedan aplicar soluciones valederas. Esto nos conduce a la única perspectiva optimista que hoy se vislumbra en el Istmo.

*
* *

El Istmo, cuando sus pueblos conquistaron la independencia, fue un solo Estado. Luego se fraccionó. Hubo, durante más de un siglo, tentativas diversas de federación ístmica. Nunca llegaron a nada concreto. Hasta que, en 1952, se comenzó en serio, pero de modo muy gradual. Primero fueron reuniones anuales de los ministros de Economía de los cinco países; luego, de los de Salubridad; después, de los de Educación. Todo esto condujo a varias medidas prácticas y a la constitución de la ODECA (Organización de Estados Centroamericanos).

Pero la ODECA sufre de los mismos males que la OEA: hay, entre sus miembros, dictadores y demócratas. No pueden ver en común casi nada, salvo algunas cosas prácticas de tipo inmediato: una escuela de administración pública, una fábrica de papel, un estudio de las tarifas aduaneras. O, en el mejor de los casos, un mercado común y la creación de un Banco Centroamericano de Integración Económica.

Sin embargo, con ser esto poco, es ya considerable. Porque —igual que con la OEA— cuando todos los gobiernos de Centroamérica sean democráticos, la ODECA podrá convertirse en un instrumento de desarrollo en el único sentido en que puede tener eficacia: un instrumento para ayudar a resolver los problemas del Istmo, como condición previa para un desarrollo sano, equilibrado y rápido.

Costa Rica forma parte de la ODECA, pero no del mercado común ni del Banco. Hay en el país —probablemente por esa leyenda de la «Suiza centroamericana»— cierta actitud pasiva frente a la unidad del Istmo. Pero los hechos obligarán a revisarla.

Por lo demás, todas estas tentativas no están exentas de cierto nacionalismo que todavía no se ha logrado superar. Se dice que el impulsor del mercado común centroamericano ha sido El Salvador, país con más industrias que el resto y con un considerable exceso de población. El mercado común ayudaría a sostener y expandir esta naciente industria.

Estos organismos no se enfrentan con la realidad para cambiarla. Por ejemplo, el Banco Centroamericano cuenta con 20 millones de dólares ofrecidos por Estados Unidos, 5 millones del Banco Interamericano de Desarrollo y 10 millones aportados por los cuatro países. Pero no se ha estudiado la manera de que los plantadores de café salvadoreños y guatemaltecos, los bananeros hondureños, las familias «liberales» y conservadoras de Nicaragua, suscriban las emisiones del Banco. Es decir, se considera que la integración ha de financiarse con fondos oficiales, sin ningún esfuerzo de quienes habrán de recibir los beneficios de la misma mucho antes que los pueblos.

Es esta falta de realismo —disfrazado de «sentido práctico»— lo que pone en peligro las realizaciones unitarias centroamericanas.

Cabe esperar que las experiencias de estos últimos años den un mayor realismo al programa de esa Confederación Sindical Centroamericana (adherida a la ORIT), que se creará con sindicatos y centrales de los cinco países ístmicos. Todavía es pronto para saber si, unidos, estos sindicatos lograrán desprenderse de toda dependencia respecto a los gobiernos y tomar una posición clara en favor de las reformas de estructura que el Istmo no sólo necesita, sino que ya no puede evitar.

Porque hay fuerzas que tratan de mantener el *statu quo:* las tradicionales de los partidos conservadores y los dictadores, por una parte, y fuerzas nuevas, por la otra. Entre éstas, señalemos, aunque sólo sea de paso, el incremento del Opus Dei, importado por algunos profesores universitarios contratados en España y que cuenta ya en todos los países del Istmo con grupos deseosos de hacer lo que el Opus está haciendo en España.

Decir, pues, que los volcanes del Istmo comienzan a dejar oir ruidos subterráneos, no es exagerado. Lo exagerado es fingir que no se oyen o negar que preludian erupciones. Los dioses tal vez ciegan a quienes quieren perder, pero no los vuelven sordos...

VICTOR ALBA

El Congo en contrapunto

POR LOUIS MERCIER

DE LOS TRES GRANDES HOTELES de Leopoldville, atestados de periodistas, de diplomáticos, de jefes de misión, de hombres de negocios y de enviados más o menos especiales, el edificio del «Royal», donde hormiguean y se entremezclan los servicios de las Naciones Unidas, las sedes de las embajadas, los ministerios, las oficinas de los comisarios y los locales oficiales, es el escenario de un extraordinario «ballet» que tiene en suspenso la atención del mundo. En algunas figuras de este «ballet» interviene necesariamente el Congo, aún poco seguro de sus pasos, poco sensible al ritmo internacional, pero que comienza a conocer las reglas para esquivarlas o utilizarlas. Mas éste es un Congo de salones y de consejos de administración. Por lo que a los congoleses respecta, parecen constituir cada vez menos la figura central de esta coreografía.

Los barrios africanos, los centros de la selva y las aldeas permanecen al margen. Para quien se niega a dejarse hipnotizar por los juegos terribles pero superficiales de los barrios residenciales y administrativos, salta a los ojos un vacío enorme que hace más claros y netos los contornos de los problemas reales.

De una población activa de unas 130.000 personas, existen en la capital más de 70.000 parados. La huída de los belgas ha provocado el cierre o la paralización de numerosos comercios e industrias. Es verdad que están volviendo, pero prudentemente. Los que vuelven suelen hacer un alto más o menos largo en Brazzaville con el fin de completar su información. Marasmo en la construcción y en la industria química, desaparición de pequeñas empresas africanas. Las importaciones, bloqueadas durante largo tiempo, voluntariamente o como consecuencia de la desaparición de ciertos importadores, se van reanudando, aunque lentamente. En cambio, amplios sectores de la estructura económica han permanecido en pie. El más importante es el constituído por la *Otraco*, organismo mixto —paraestatal, como dicen los belgas— que controla los transportes fluviales y ferroviarios, es decir toda la vida comercial, y cuya sede central es más importante que un ministerio.

La *Otraco* funciona perfectamente, las sacudidas de la independencia no la han afectado largo tiempo ni seriamente. Primero en junio y después en noviembre estallaron huelgas en la organización; los huelguistas reclamaban —por lo que se refiere a las reivindicaciones concretas— ciertos aumentos de salarios y la africanización de las funciones especializadas. Pero los movimientos fracasaron; se despidió a varios centenares de asalariados; de todos modos, los congoleses que ocupaban puestos de responsabilidad obtuvieron fuertes primas y los peones una gratificación. El alto comisario encargado de los problemas laborales condenó la huelga por perturbar una actividad nacional esencial y los sindicatos manifestaron su desdén por un movimiento que calificaron de «salvaje». De este modo, la imagen de una cierta independencia se ha fijado en el espíritu de los trabajadores que creyeron —los expertos se ríen descaradamente de tal creencia— que independencia nacional podía

significar una vida mejor y una mayor participación en la riqueza del país. Estos asalariados no han comprendido la complejidad de los problemas y es probable que no la comprendan jamás. Lo que de esta breve experiencia les queda es el desprecio —y en algunos la envidia— hacia los africanos que hoy ocupan los chalets de la orilla del río, frecuentan los restaurantes y van siempre en coche, acompañados y protegidos por sus guardias de corps armados de fusil o de metralleta.

Esta revolución congolesa es inaccesible a la gran mayoría de la población. El paro, el temor a los soldados y la inseguridad provocan otros movimientos animados por un deseo de volver al Africa familiar. Centenares de familias que huyen de la ciudad y de sus peligros se han instalado en las colinas que la rodean, para plantar más tranquilamente su mandioca. Son los «squatters» de la tierra, que responden con un reflejo africano a las complicaciones de la ciudad.

El Congo de la vida internacional, el Congo de las importaciones y las exportaciones, está en vías de reconstrucción o de arreglo. En cambio, el Congo de los congoleses está aún por construir.

Instituciones eficaces

El «Abako» constituye un claro ejemplo de forma de organización política sólidamente arraigada y de carácter democrático. Se apoya sobre una cierta unidad étnica, corresponde a una comunidad económica agrícola y se caracteriza por una idéntica mediocridad económica. La conciencia nacional se funda a la vez sobre unos cuantos recuerdos históricos —el antiguo reino del Congo, a la cabeza del cual se sucedieron varias dinastías— y sobre una lengua dialectal flexible y rica: el kikongo.

El «Abako» es, pues, una organización política, pero es también una administración que interesa a las aldeas, a los burgos y a los distritos, una vasta maquinaria que controla cooperativas, asociaciones mutuas y una imprenta, y que posee una milicia propia. El funcionamiento de este partido-administración está geográficamente limitado, y no cubre ni siquiera la totalidad de la provincia de Leopoldville. Su frontera oriental la forma el río Kwango. En cuanto a la capital, el «Abako» sólo la controla parcialmente, debido a su carácter étnico heterogéneo y al hecho de la concentración en ella de los diversos poderes. En cambio, el «Abako» no deja de tener influencia entre las poblaciones bakongas de la República de Brazzaville y entre los habitantes de la Angola vecina.

Así, pues, dos poderes de hecho se reparten la administración en la provincia. El del «Abako», de emanación popular indiscutible, sólidamente implantado, no necesita ser modificado en gran medida para adaptarse a las necesidades de la gestión de los asuntos públicos. El otro, oficial, establecido sobre la base de una unidad provincial teórica, no puede funcionar realmente. En efecto, en el Parlamento provincial la mayoría de los diputados se agrupan en torno al Partido Solidario Africano y apoyan al presidente Cleophas Kamitatu, el cual dispone oficialmente de todos los instrumentos que permiten el ejercicio del poder; con la reserva de que su poder no es reconocido en los distritos controlados por el «Abako» y de que la policía sólo en parte le es fiel, en la medida precisamente en que las finanzas provinciales permiten el pago de los sueldos. Pero es el caso que los impuestos que recauda el «Abako» y las instituciones que administra no alimentan el presupuesto, que está a la disposición de un hombre que no es de raza bakonga y que procede de un lejano distrito.

Sólo podría hallarse una solución al problema mediante una nueva partición de la provincia, de modo que la mayor parte de los bakongos quedaran en manos del «Abako» y los distritos del lago Leopoldo II, del Kwilu y del Kwango bajo la administración del P.S.A., convirtiéndose la capital en una «pista de baile», según la expresión acostumbrada. En diversas ocasiones, pero nunca al mismo tiempo, los líderes del «Abako» y del P.S.A. han reconocido la conveniencia de una partición. Sin embargo, basta con que la coyuntura general favorezca al «Abako» para que éste ponga sus esperanzas en un cambio de mayoría en lugar de pensar en un repliegue doméstico. Por su parte, Kamitatu pretende negociar al mejor precio posible su mayoría legal actual, aun sabiendo que su autoridad real se detiene allí donde comienza la de su rival.

Poderes teóricos y autoridades de hecho, entidades administrativas y regiones solidarias: estos son los temas que podrían ser objeto de esa «mesa redonda» que varios meses de balbuceos y de desórdenes hacen indispensable.

Explosivos sin mecha

Cualquier organización que poseyera la técnica de la explotación del descontento y de la movilización de las multitudes inquietas, encontraría hoy en los grandes centros urbanos un extenso campo de actividades y posibilidades de éxito rápido. El gran número de parados, la juventud abandonada, la subida de los precios y otros diversos motivos de inquietud constituyen otros tantos elementos que favorecen la agitación. Pero la actividad es escasa; los partidos no tratan de ganar nuevos afiliados ni de imponer sus puntos de vista mediante una mayor propaganda. Las manifestaciones de carácter político sólo son perceptibles en los comunicados, en los periódicos —poco numerosos— y en las conferencias de prensa.

Los mismos sindicatos producen la impresión de que son organizaciones paraoficiales, cuyos dirigentes fueran funcionarios de un servicio particular y no unos militantes. El inmenso edificio de la Federación General de Trabajadores Congoleses (F.G.T.K.), afiliada a la C.I.S.L., está vacío. En el vestíbulo, una placa recuerda el nombre del «bonzo» belga Louis Major. Dos o tres funcionarios manejan fichas u hojean expedientes. Ningún afiliado visible, ninguna asamblea. «Esta es la situación desde que Lumumba prohibió las reuniones», me dice uno de los funcionarios.

Prolongación de los partidos, embrión de una burocracia nueva, no cabe formarse muchas ilusiones respecto a los sindicatos. No están arraigados en la vida de las empresas y no expresan, ni siquiera burdamente, las aspiraciones de los barrios africanos. Y cosa aún más grave: los posibles afiliados descubren a los sindicatos bajo este aspecto de organismos administrativos. No se imagina aquí la suma de esfuerzos, de fracasos y de valerosa obstinación que representa una organización obrera auténtica. Por ello, cuando en Boma, hace unas semanas, los sindicatos que habían distribuído unos paquetes de víveres convocaron una asamblea general de sus miembros, la muchedumbre que acudió no lo hizo para deliberar o para inscribirse, sino para exigir nuevos socorros; y el local fue saqueado.

Hay que reconocer que la situación económica y social, verdadera ganga para los activistas, no se explota como podría serlo. Un partido comunista que dispusiera de un aparato reducido podría conseguir éxitos espectaculares. Pero el hecho es que no da señales de vida. Y si no las da, es que los mismos problemas que asaltan a los demás partidos los paralizan también a él. La estrategia rusa, o china, ya no se basa en el difícil y peligroso trabajo de organización de los partidos, sino que trata de utilizar lo que existe, juega la carta de uno o varios hombres, se apoya francamente en la influencia imperialista, cuenta con las solicitaciones directas y con la corrupción y espera sacar provecho de los inevitables conflictos interiores e internacionales.

El infierno de las buenas intenciones

En su deseo evidente de resultar útil, de contribuir con su saber y su experiencia a «elevar» al nuevo ciudadano congolés, el no africano, sea el que sea, que viene a enseñar peca a veces de impaciente. Con demasiada frecuencia se olvida de que también él tiene que aprender y considera inútil ponerse a estudiar, para comenzar, las situaciones y los problemas congoleses. Conoce sin duda los peligros que amenazan al Congo y que podrían convertir al país en nueva Corea, pero parece ignorar que por desgracia se trata más de problemas del mundo del que él procede que de problemas propiamente congoleses, y que su intervención o su colaboración más útil para evitar que las cuestiones congolesas se transformen en un acceso de fijación de los conflictos de hegemonía, debería orientarse más hacia los problemas que hay que resolver que a su interpretación en lenguaje diplomático guerrero.

En cuanto la buena voluntad se aplica a un aspecto de la vida corriente, los pasos en falso abundan. El ejemplo de los ecos «educativos» proporcionados por no se sabe qué agencia para llenar las columnas incompletas de cierto diario —iniciativa en principio loable— resulta caricaturesco, mas significativo. Un ejemplo es esa nota sobre el valor nutritivo del pescado en la que se hablaba de rescaza, bacalao y gobio, excelentes alimentos, pero completamente desconocidos de la población africana. En cambio, ninguna información que venga a explicar problemas de tanta actua-

dad como el de los precios exorbitantes de la mandioca o de los plátanos y el de los transportes interiores y el comercio. En todo caso, es probable que estos problemas sólo puedan resolverlos los mismos congoleses.

Dos mundos viven y actúan. Desarrollándose sobre el mismo territorio, sus acciones respectivas permanecen mutuamente impermeables. En este inmenso país donde los rumores sustituyen a la prensa escrita, los servicios de las Naciones Unidas y los de las diversas sociedades privadas sólidamente arraigadas en el país han instalado modernas redes de telecomunicación. Las noticias se transmiten en un tiempo record. En la práctica, estas noticias son de carácter puramente técnico, sólo interesan a servicios restringidos y no permiten saber lo que ocurre en el conjunto del territorio. Por ello, las poblaciones congolesas mantienen sistemas de comunicación particulares por cuyo intermedio se expresa la vida africana. Mensajeros y recaderos, enlaces familiares y tribales contribuyen a propagar los rumores y las informaciones, cuya transmisión se efectúa a veces tan rápidamente como a través de le pesada maquinaria oficial.

¿Dinero u hombres?

Si la fórmula del «neutralismo positivo» ejerce una atracción indudable sobre los congoleses, ello se debe seguramente a que en ella ven la posibilidad de ocuparse por sí mismos de sus propios problemas, mientras que las solicitaciones diversas y la interpretación de cada uno de sus problemas en función de la coyuntura internacional parecen condenarles a una total y eterna dependencia.

Esta permanente traducción al lenguaje de la lucha por la hegemonía mundial, esta «internacionalización» constante de todo gesto o posición que se haga o se tome en función de las situaciones locales, conducen inevitablemente a los dirigentes congoleses a buscar una salida a sus dificultades reales en el apoyo de las fuerzas exteriores. En tal caso la construcción de una democracia a partir de las instituciones y de las formas de organización africanas resulta imposible. Y en el plano de las grandes tensiones entre los bloques es la ruidosa diplomacia soviética quien tiene todas las posibilidades de salir ganando.

Ahora bien, las democracias pueden ganar la partida congolesa a condición de que participen en ella poniendo exclusivamente en juego sus mejores cartas: una técnica al servicio de los africanos y de sus problemas; una suma de experiencias utilizables para la solución de las cuestiones fundamentales, una gran variedad de organizaciones para hacer frente a situaciones nuevas. Esta partida no puede ganarse en la O.N.U. ni en las embajadas, sino únicamente en contacto con las situaciones y los fenómenos sociales, en relación estrecha con los esfuerzos propios de las organizaciones y de los hombres congoleses. El Occidente no puede vencer si se limita a ser una potencia militar; podrá ganar la partida si demuestra con hechos que es una práctica eficaz de la libertad.

Es natural que los consejeros soviéticos y chinos se esfuercen por influir sobre algunos líderes políticos o en jugar su carta, de modo que queden prisioneros del apoyo internacional que les presten. Igualmente, no cabe esperar que los servicios de los países totalitarios puedan proponer otro método que el del partido único y de la movilización de la mano de obra para la erección de monumentos industriales.

Por su parte, las democracias tampoco pueden, cambiando las palabras, seguir una política idéntica. Y si los Estados se hallan condicionados por servidumbres tales que no pueden desprenderse de la obsesión de la guerra, por lo menos las organizaciones y los hombres de sentimientos democráticos deben ponerse en condiciones de realizar una acción correspondiente a sus convicciones y a sus métodos. Lo que los congoleses elijan dependerá menos de la amplitud de las subvenciones, de lo bien fundado de las declaraciones y del sentido de las votaciones en la O.N.U. que de la presencia física de los representantes de uno u otro método, de una u otra técnica. Los rusos no enviarán un mecánico a una aldea africana para montar un taller o instalar un motor, pues éste es un método que no se basa en un plan o en un organismo planificador; sin contar con que el contacto individual puede provocar peligrosas evoluciones. Pero un Consejo municipal danés, alemán o italiano puede estar presente por uno de sus administrados, voluntario, con el fin de establecer un lazo humano y útil con ese monstruo lejano al que se conoce con el nombre de regiones insuficientemente desarrolladas.

Enemigos muy cercanos

Hoy se escriben los editoriales, las notas y los textos polémicos como si Patrice Lumumba estuviera presente. La mayoría de los artículos se redactan en función del líder del M.N.C., aunque en cada línea se afirme que su reinado ha llegado a su fin. Sin duda el clima de Leopoldville sufre la influencia de factores que no encontramos al tratar de determinar el de las provincias y el país en general. Lumumba está preso, pero el lumumbismo sigue activo; ahora resulta incluso más temible porque se identifica con todas las formas de oposición. Quizá parecería menos vigoroso y extendido si sus contradicciones, las rivalidades entre regiones y las querellas entre jefes sublevados contra la capital no quedaran ahogadas por el gran temor que el prisionero suscita y del que los gobernantes y la oposición se sirven.

Bajo la bandera de Lumumba el norte de Katanga, varias regiones de Kasai y de Kivu, una gran parte de la provincia oriental y el este de la provincia de Leopoldville rechazan las múltiples autoridades de la capital. Es probable que la unidad de la oposición no resistiría a la confrontación de los móviles locales.

Por su parte, el bloque antilumumbista se siente unido por el miedo a una vuelta de Lumumba. El peligro que Patrice Lumumba representa para los dirigentes regionales o locales les impulsa a unirse; pero de ello no se deriva de todos modos un programa común ni un método de gobierno.

A falta de una cooperación de todos los partidos, de todos los jefes y de sus clientelas —solución que en ningún caso cabe descartar, aunque sólo sea porque todos los dirigentes políticos han colaborado frecuentemente hace unos años o unos meses y porque entre ellos existe, más allá de las querellas y las rivalidades, una cierta amistad y en todo caso un conocimiento recíproco de los defectos y de las cualidades de cada uno—, no tienen más remedio que recurrir a los apoyos exteriores, que naturalmente no les faltan.

Con ello los partidos reconocen implícitamente su impotencia para hacer frente a las situaciones congolesas, es decir para realizar una acción a la escala del país. Pero esta confesión no se hace claramente. Cuesta mucho trabajo obtenerla, y en realidad ello obedece tan sólo al deseo de los dirigentes de consolidar en primer lugar sus posiciones locales y su autoridad real, que en su opinión se verían más en peligro en el caso de un gobierno central fuerte que en el de un apoyo extranjero.

La paradoja surge cuando vemos a un partido como el «Abako», que posee los medios y las estructuras necesarias para la administración de una provincia y que puede definir un programa, mostrarse vacilante y adoptar posiciones cambiantes en cuanto ha de enfrentarse con fenómenos que exigen una respuesta nacional o internacional.

Puede preverse que, sea cual sea el grado de compromiso de los partidos locales en relación con los grupos de intereses extranjeros, la importancia y el peso de los problemas propiamente congoleses conducirán a estos partidos a pensar en nuevas alianzas y a buscar empíricamente sistemas federativos. Uno de los motivos de esta alianza puede surgir de la autoridad de hecho que ejerce el coronel Mobutu, autoridad que prohibe el juego natural de las luchas de tendencias, pero también las uniones y que, si se mantiene, amenaza con suplantar, dentro de un plazo más o menos largo, todo régimen democrático y parlamentario.

El coronel Mobutu es sin discusión el hombre clave de la actual situación de desorganización política y social. Es también posible que constituya la punta de lanza de una cierta política —más precisamente, de la política que esperan hacer triunfar ciertos grupos belgas—. Sin embargo, resulta difícil creer que esta posición de hecho, pero circunstancial, pueda considerarse como una fórmula de gobierno o abrir perspectivas nacionales.

Los emplastos y los *modus vivendi* precarios se presentan como soluciones inmediatas —y sucesivas— para el Congo. La dualidad Bélgica-O.N.U. desempeñará en ello un papel determinante, habida cuenta de que el bloque de los intereses belgas ha quedado roto y de que las Naciones Unidas sólo pueden intervenir proponiendo soluciones de compromiso, a las que habrá de llegarse tras una serie de regateos y negociaciones.

A pesar de las apariencias, la verdadera solución depende de los partidos y de los líderes congoleses, hoy divididos, enemigos y particularistas, pero más próximos unos de otros de lo que imaginan los observadores.

LOUIS MERCIER

La Unesco y el desafío humano

POR MARIANO PICON-SALAS

CADA vez que nosotros como representantes de los Estados miembros asistimos a una reunión de la UNESCO, rememoramos aquellas nobles palabras que se escribieron en Londres el 16 de noviembre de 1945, cuando el mundo despertaba de una cruel pesadilla y esperaba fundar una nueva era de solidaridad y entendimiento recíproco. La UNESCO era la utopía de concordia, el anhelo de una civilización verdaderamente mundial que ya habían invocado desde los filósofos del Iluminismo del siglo XVIII, los hombres que firmaron el Acta de Filadelfia en 1767 —primera declaración al mundo de un país descolonizado—, hasta los mejores conductores y pensadores de nuestra edad contemporánea (1).

Si efectivamente el hombre ha progresado, por lo menos en los pocos siglos que nos separan del nacimiento de la Ciencia moderna, del descubrimiento de desconocidas regiones del planeta, de las primeras grandes luchas políticas por la libertad y la tolerancia, a esta altura de los tiempos quizás el problema mayor sea de cierta racionalización de la Historia para que el porvenir ahorre a la humanidad tanto dolor inútil, tanta aventura cruel e irrazonable. Si antes los pueblos sólo se comunicaban en cruzadas de una religión contra otra, de una raza contra la raza opuesta, de la nación subyugadora contra la débil colonia explotada, la civilización nada nos enseñaría si no oponemos a las guerras y exterminios de ayer, un nuevo sistema de comprensión y cooperación internacional. Tendríamos que proclamar el fracaso del hombre, si la Técnica y la Ciencia —tan impresionantes de nuestros días— no avanzaran a la par de nuestra conciencia ética. La muerte o la salvación de la especie humana son ahora compromisos solidarios. No se muere tan sólo de enfermedad y vejez o por el ciego furor de las guerras; se muere también de ignorancia y miseria. Y nuestro planeta —para decidirse alguna vez a salvar los tremendos desniveles humanos— no sólo está bien descubierto sino intercomunicado.

Simbólicamente, en esta Asamblea General de la UNESCO vienen a incorporarse a nuestros trabajos un grupo de naciones nuevas del continente africano que desde la oprimida situación de colonias emergen a su responsable condición de Estados nacionales; y es con el mayor alborozo como les presento la bienvenida en nombre de mi país. Creo que esa voz de Africa que hasta ahora no habíamos escuchado o no habíamos querido escuchar, esa experiencia africana —a veces milenaria y antigua como los más bellos mitos del hombre— será profundamente útil en el coloquio e intercambio de culturas que corresponde a la UNESCO. La Historia ya no es el *club* exclusivo de unas pocas y privilegiadas potencias, porque comienza a confundirse con el reino de Dios.

También las naciones latinoamericanas a

(1) *Discurso pronunciado en la XI Conferencia general de la UNESCO, celebrada en París en noviembre último, por don Mariano Picón-Salas, presidente de la delegación de Venezuela.*

que mi país pertenece proclamaron su independencia hace ciento cincuenta años, y aunque en el camino de nuestro desarrollo hemos vivido largas horas adversas, cada vez se fortalece más nuestra fe en el sistema democrático de gobierno, en la libertad política y esa otra más alta libertad creadora que afirma la plenitud de la conciencia, y en el pacífico combate por la redención humana que sólo puede lograrse armoniosamente por la educación y la cultura. Por eso nos sentimos identificados con los ideales y programas de la UNESCO, y saludamos con alegría la llegada a la Organización de nuevos amigos, de nuevos colaboradores y participantes en la necesaria tarea de concordia.

Porque creemos en la UNESCO y estimamos sobremanera su valor, habrá de permitírsenos que como a todas las cosas que estamos desenvolviendo y mejorando al unísono, deseemos que ella sea cada día más eficaz y nunca defraude nuestras esperanzas. La Organización ha sufrido el tremendo y velocísimo desafío que le plantean los tiempos. No vivimos precisamente en una época tranquila; no hemos vencido todavía la angustia y zozobra que querían superar los hombres que firmaron la entusiasta declaración de 1945. La paz de los pueblos y la paz de los espíritus no es aún conquista segura. La época se ha puesto a andar a ritmo velocísimo, y no es posible que sólo el grupo de consejeros reunidos dos veces al año y la extensa asamblea bienal que se encuentra ante una —a veces abrumadora— muralla de documentos, piense con bastante serenidad y sosiego sobre toda la orientación y toda la ayuda que la UNESCO puede ofrecer al mundo.

La novedad y la meta que crea nuestra Organización sobre cualquier otro organismo internacional que exista o haya existido, es que aquí debe buscarse menos un equilibrio de potencias políticas que un sutil y profundo equilibrio de culturas. No es con una idea de poder y pasiva docilidad de los débiles ante los fuertes como ha de lograrse la paz de las naciones y la más frágil paz de los espíritus. La experiencia de la UNESCO puede ser única, valedera y extraordinaria porque por primera vez en la Historia del mundo se trata de buscar la concordia por la Educación y la Cultura, y no imponiéndola por el prestigio de un país o un grupo de países, o por la presión enmudecedora de la fuerza. El problema de la UNESCO es convencer más que vencer. Aunque de acuerdo con su renta pública y su poderío las naciones ofrezcan a la organización sus cuotas proporcionales, nada verdaderamente habremos hecho sino partimos del más cristiano y radical concepto de igualdad de todos los pueblos y de la más democrática representación de las culturas. Sería deplorable que también aquí donde se manejan valores del espíritu, fueramos a dividirnos en pequeños y grandes, en débiles y poderosos. No sólo hay que extirpar la ignorancia para que la razón y el conocimiento liberen al hombre y le hagan cumplir mejor su cometido humano, sino también la soberbia del que cree que puede enseñar y redimir a los otros, aislándose en su orgullosa superioridad y desdeñando la fraternidad que pueden brindarle los demás hombres. Europa, si fue y es un continente delantero en la marcha del progreso científico y técnico de los últimos siglos, a veces ha tenido que pagar ciertos pecados de soberbia, cuando pensaba, en malas y ya superadas horas de colonialismo e imperialismo, que otros pueblos lejanos podrían trabajar pasiva y humilladamente para su prosperidad y que la Cultura debía reservarse como patrimonio precioso de los europeos. Otros grupos sectarios pretendieron trocar las querellas históricas en querellas biológicas y fue cuando se habló, por ejemplo, de razas superiores y razas inferiores y de una especie de mesianismo agresivo del hombre blanco sobre tierras y continentes distantes. Venturosamente esa intoxicación de orgullo y poder que contaminó algunos grupos nacionales ya tiende a desaparecer, y el mismo desarrollo de las Ciencias sociales, de la Etnología y de la Antropología, han corregido en el hombre contemporáneo esa ceguera del horizonte histórico contra la cual ya en el siglo XVIII espíritus tan lúcidos como Montesquieu y Voltaire escribían *Cartas persas* o el muy edificante cuento *Micromegas*. Vengo de un Continente donde hemos luchado por la igualdad de las gentes que lo pueblan, donde hemos afirmado denodadamente el valor de nuestra conciencia mestiza y donde un sacerdote de México como el jesuíta Pedro José Márquez escribió en el siglo XVIII estas palabras que parecen un programa anticipado de la UNESCO: «Cualquier lengua por exótica que parezca, puede en virtud de la cultura ser tan sabia como la griega y cualquier pueblo puede llegar

a ser tan culto como el que crea serlo en mayor grado. La verdadera Filosofía no reconoce incapacidad en hombre alguno, o porque haya nacido blanco o negro, o porque haya sido educado en los polos o en la zona tórrida. Dada la conveniente instrucción en todo clima el hombre es capaz de todo.»

Casi es un lugar común de nuestra época hablar de las necesidades de los países subdesarrollados. En efecto, desde el punto de vista tecnológico y económico hay naciones más favorecidas que otras; hay algunas donde el trabajo y la producción emplean todavía los métodos más arcaicos y donde la común penuria física no permite aún que las gentes se nutran, se eduquen, se alojen y vistan con la holgura y seguridad de los países más ricos. Hay, además, una cambiante escala de desniveles entre esas que llamamos con la definición más heterógenea, «zonas subdesarrolladas». Pero los expertos que con laudable esmero envían los organismos internacionales a asistir y a enseñar, cometerían el más peligroso error si pensaran que también en aquellos pueblos las almas están subdesarrolladas, y que la carencia de un progreso técnico en determinado país está en relación directa con la penuria de inteligencia y de sensibilidad. Alguna vez me atreví a decir —y creo que conviene repetirlo— que la experiencia del intercambio de expertos entre todas las comarcas del mundo será utilísima para la comunicación de las culturas, pues si el técnico puede enseñar mucho en la tierra donde se le envíe, también necesita aprender en cada pueblo un legado de usos, de costumbres, una tradición ancestral, que no siempre la recogieron los libros o la registraron las estadísticas. «A hacerse él mismo indio» para gustar la lengua extraña, descubrirle todo lo que podía expresar y conocer y amar las gentes, invitaba hace ya más de cuatrocientos años, una de las más nobles figuras de la evangelización cristiana en América, el fraile Toribio de Benavente quien cambió su nombre español por el indígena de Motolinia que en lengua de Tlaxcala significa humildad y pobreza. ¡Qué buen patrón, que buen santo para la asistencia técnica! Y si los latinoamericanos tenemos tanta veneración por Humbolt, segundo descubridor geográfico y profundo descubridor social de problemas de América que aún en este momento parecen demasiado vivos, es porque el gran sabio poeta no sólo supo utilizar en sus libros los métodos de que le había dotado Europa, sino también otra sabiduría empírica que le enseñaron de tan largo trato con la tierra los mineros y arrieros de México, los bogas del Orinoco, los pastores de los Andes, los pescadores de la costa venezolana. ¿Tendrán todos los expertos que delegan en misiones a países distantes los Organismos de Asistencia Técnica, aquella modestia y caridad —no hay otras palabras para decirlo— del famoso fraile evangelizador, o la inmensa comprensión humana del Barón de Humboldt?

*
* *

Mi Gobierno aplaude los buenos frutos que ofrece ya la UNESCO en estos años de tesonera labor, y los proyectos en vía de desarrollo de que da muy clara cuenta el señor Director General en el informe que hemos venido a estudiar. Aún más: en el Proyecto de Programa y Presupuesto para 1961-1962, se ha logrado mayor síntesis e integración funcional de las actividades y recursos. Si es conveniente que la Organización siga trabajando dentro de aquellas esferas de prioridad que le trazaba la Octava Reunión de Montevideo en 1954, también es necesario que haya cierta renovación en las actividades especiales, para que la UNESCO interprete y sirva con agilidad las urgencias educativas, científicas y culturales que brotan con desgarrado apremio en las más varias zonas del mundo. Así no sólo Proyectos Principales y de extraordinario alcance como el de la Extensión de la Enseñanza Primaria en América Latina, el del estudio y el aprovechamiento de las zonas áridas o el de la Apreciación mutua de los valores del Oriente y del Occidente merecen toda la constante simpatía y el aplauso de mi Gobierno, sino también todos los otros que abren horizontes nuevos de cooperación educativa y científica a la humanidad entera. Nos parecen excelentes el informe sobre las necesidades de Africa Tropical en materia de enseñanza primaria, secundaria y técnica y la resolución que propone para los países árabes un planeamiento integral de la Educación. El proceso de descolonización en que entraron los países africanos, implica el adiestramiento veloz de sus pueblos para el libre disfrute de su destino. En cuanto al proyecto para los países árabes es una interesantísima tentativa de tratar la Educación en dinámico parale-

lismo con el desarrollo económico y la productividad de toda una zona.

Amigos africanos y amigos árabes, amigos de otros continentes que no sean solamente el nuestro, sentirán que también participamos de sus necesidades, y que el deseo por una humanidad mejor no se circunscribe a nuestra propia región o zona cultural y lingüística, sino que se proyecta al común destino terrestre, a una inmensa solidaridad y comunicación que fraterniza sobre las fronteras, distancias y lenguas. Y los países más ricos y desarrollados ya empiezan a comprender que la Ciencia y la Técnica, transformadoras de la Naturaleza, liberadoras del trabajo del hombre, no son monopolios de ninguna nación o grupo favorecido, porque deben ofrecer capacitación y recursos a multitudes inmensas y abandonadas. En medio de las angustias de una época tan revuelta como la que vivimos, si hay un gran aliento de esperanza en el mundo, es esta unánime petición de aprendizaje, libertad y justicia que ahora nos viene de todas partes.

En una institución que crece tanto como la nuestra, es preciso revisar continuamente la eficacia de los planes y someterlos al más sincero balance. El escollo de todos los Organismos como éste, es que no se equilibre bien el espíritu de creación permanente con la tenacidad y persistencia en la tarea. O según las eternas palabras del Evangelio que «la letra no mate al espíritu». Lo peor que podría ocurrirle a la UNESCO es que se comprimiera y estabilizara en la rutina conseguida, y no quisiera salir alguna vez —como el pájaro Rok— a respirar todo el aire oceánico y ver que novedades depara el mundo. Los expertos de la UNESCO debieran leer alguna vez el bello cuento de Simbad. Si el funcionario es indispensable, también lo es el hombre de ciencia, el humanista, el profesor, el escritor que viene de afuera y trae contra lo consolidado y establecido la originalidad del nuevo testimonio, la incomonidad cortés de una crítica. Dentro de la misma marcha normal de nuestra Casa, ciertas formas de colaboración interna pudieran ser más ágiles y fructuosas.

Los delegados de los Estados miembros nos hemos lamentado a veces de que algunos servicios tienden a cerrarse en compacto rigor burocrático y no siempre escuchan el comentario que podemos hacerles. Recibimos de la Organización —aunque se trate de asuntos que nos atañen de modo muy directo— un material ya completamente elaborado, una letra que se fijó, sin que se piense que algo podríamos decir y recomendar cuando el proyecto o dictamen se prepara para la zona que conocemos mejor. Ha de decirse claro que poco significaría nuestra representación ante la UNESCO y el alto mandato que nos confiaron nuestros países, si sólo se ciñera a cuestiones de ceremonial o a escribir notas de innocua cortesía burocrática. Nuestros pueblos sufren, interrogan, reclaman o sueñan, para que nosotros nos quedemos en el hacer a medias, o en esa especie de reflejo condicionado que engendra la rutina. Particularmente en lo que atañe a mi país, y creo que a todos los países de mi zona, la América Latina está demasiado requerida de los hombres que sirven o creemos servir, para que los frustre en misiones de puro ornamento. Queremos y debemos hablar y opinar en la Organización, y no sólo en la oportunidad solemne de las Conferencias generales. Sería conveniente que nos comunicáramos con ciertos servicios no sólo a través de papeles ya inalterables, sino con palabras vi-

PREUVES

publie dans son numéro de FÉVRIER

C. R. AGERON
L'Algérie algérienne sous Napoléon III

DEAN RUSK :
Le rôle du Président

MARIA DOMBROWSKA :
Claire et Angélique (récit)

JAMES BALDWIN :
Richard Wright
tel que je l'ai connu

LOUIS MERCIER :
Le Congo en contrepoint

PREUVES : *18, avenue de l'Opéra - Paris 1er, le nº de 96 pp. ill. 2,50 NF - Etranger : 2,90 NF. C.C.P. : Paris 178-00 (23, rue de la Pépinière-8e)*

Un ancien numéro sera envoyé gracieusement sur demande comme spécimen.

vas, de mayor aliento creador. Por eso la iniciativa que había tomado el señor Nanetti antes de retirarse de su cargo de Jefe de Relaciones con los Estados Miembros había merecido todo nuestro apoyo y simpatía, ya que en varios coloquios y reuniones que deberían prolongarse a través del año, podríamos acercarnos a la acción cotidiana de la UNESCO, sin verla como extraña e imponente superestructura de que a veces nos separan inmensas montañas de papel. Se creará a la larga cierta fatiga y desengaño en los representantes de los Estados miembros en la Organización, si se nos trata con la aisladora cortesía de los invitados del día de fiesta.

Del mismo modo el Consejo Ejecutivo, tan sobrecargado de detalles, debería dar más confianza y fuerza a sus comisiones y estudiar con sosiego lo que parece primordial: la orientación misma de la UNESCO y la manera como adapta a circunstancias cambiantes y patéticas su plan de trabajo. La función de consulta que compete al Consejo para la provisión de altos cargos por el Director General, ahora tiene un carácter puramente formulista y débil, y no me atrevería a decir que en tan compleja materia se conserva siempre el equilibrio lingüístico y cultural entre los países representados. Como escritor y profesor de lengua española, no deja de dolerme que ella no tenga ahora casi representación en los altos cargos directivos. Y hace tiempo que trajinan por la Historia y tienen una utilísima experiencia de fortuna y adversidad los pueblos de habla española que en América no temieron el mestizaje conciliador, y ya en los libros del siglo XVI daban una nueva visión antropológica del hombre como era difícil encontrar en otras literaturas europeas. O con la noble tradición moral de sus humanistas levantaban un nuevo ideal de concordia humana cuando toda Europa estaba anarquizada en guerras dinásticas, y hacían la más osada crítica, desde Las Casas y Vitoria hasta Diego de Avendaño y Alonso de Sandoval —hombres ya formados en el Nuevo Mundo— del colonialismo y la esclavitud. ¿Sabemos todos que el primer gran libro en que se denunció la esclavitud que se estaba imponiendo a los pueblos africanos y el horror del tráfico esclavista, fue escrito en una pequeña ciudad de la América de entonces, en Cartagena de Indias y en una fecha ya tan lejana como la de 1626? Fue Sandoval, quien llegó a conocer varias lenguas africanas y penetrar el misterio de sus culturas, uno de los primeros y más grandes entre nuestros africanistas.

***

Pero cualquier crítica que hagamos a pequeños detalles en la marcha de la UNESCO no disminuye ni enfría nuestra profunda fe en ella. Deseamos que esta organización, hecha para crear la paz en la mente de los hombres, siga ganando en calidad, agilidad y coherencia. Que continúe prestando la mejor ayuda a todas esas multitudes que en atrasadas regiones del mundo reclaman ese primer auxilio moral que se llama el alfabeto. Que asista asimismo con sus mejores expertos a esa liberación por el trabajo calificado, la Ciencia, la Cultura y la Tecnología que esperan tantas gentes cautivas de la ignorancia y la miseria. Y que en las discordias de nuestro tiempo no abandone tampoco su deber de orientación intelectual y moral, de entendimiento y amistad entre las naciones a través de las más libres obras del espíritu. No temer a lo que puedan decir los pueblos, aun los más pequeños, olvidados y desvalidos; no someter a peligrosos cálculos de poder o dominación política lo que debe ser el franco coloquio de las culturas; buscar la colaboración de las gentes útiles sin ningún prejuicio o discriminación metropolitana, es su sereno encargo en este difícil momento del mundo en que sólo a través de la veracidad y la comprensión recíproca podemos acercar a la dividida y medrosa familia de los hombres.

La UNESCO —lo repetiré muchas veces— no sólo puede enseñar a los pueblos donde proyecte su misión, sino también aprender de ellos formas de humanidad rica, varia y diversa; ser digna de un inmenso legado que a veces permaneció disminuído y oculto bajo el botín de los fuertes, en esa aventura de guerras, poderes y abrumadoras dominaciones con que a veces confundimos la llamada Historia Universal. ¡Qué sea esta Casa de la UNESCO la del amistoso coloquio ecuménico donde cada lengua, cada grupo —como decía el sacerdote mexicano del siglo XVIII— piense que por la Educación y la Cultura, puede alcanzar los niveles a donde llegaron las civilizaciones más excelsas! La continua fe en el hombre necesitamos rehacerla aquí.

MARIANO PICON-SALAS

La Exposición « Los orígenes del siglo XX »

POR RAMON XURIGUERA

LA PRIMERA TENTATIVA de revalorización del espíritu de 1900, tuvo lugar hacia el año 1930. En aquel entonces era profunda todavía la impresión producida por la famosa Exposición Internacional de Artes Decorativas (1925). París supo presentar en ese célebre certamen una juiciosa síntesis de las tendencias aparecidas después de la primera guerra, es decir, desde que la creación artística interrumpida en 1914 pudo imprimir nuevamente curso libre a la evolución iniciada en 1884.

Todo en esta Exposición era una reacción acentuada contra las formas ondulantes del estilo fin de siglo. En Bruselas, en Viena y en Munich se manifestaban tendencias expresionistas que más bien lo prolongaban, pero la propensión clásica francesa resistía y se oponía a las sinuosidades novecentistas. El cubismo, en cambio, era favorecido por su disciplina geométrica. Era cierto que el superrealismo se iniciaba, pero tierno como entonces era, no pesaba todavía en la expresión artística.

Cinco años fueron necesarios para que París participara en esta primera fase del retorno al estilo 1900. Quizás el superrealismo contribuyera a actualizarlo. Por 1930 surgieron los escritos populistas; se oponía Balzac y el concepto de la novela profusa a las «tranches de vie» y a las novelas breves psicológicas e individualistas. Paul Morand exaltaba a Lorrain. El cine resucitaba los biciclos, los monóculos y los reverberos de gas. Los discos, los valses de Viena.

Pero ¿se trataba verdaderamente de un retorno? ¿No era más bien la manifestación visible, a fuer de madura, de un proceso que seguía lógicamente su curso? Transcurridos treinta años, aparece con una más amplia perspectiva este final del siglo XIX a la vez tan añorado y tan injustamente escarnecido. Entre fárrago romántico y sinuosos arabescos se gestaba la emancipación del arte, un lenguaje desprendido de su sumisión tradicional, el deseo de otros surcos, de otras fuentes. Y eso es lo que trata de probar la magnífica exposición «Los orígenes del siglo XX», instalada en el Museo Nacional de Arte Moderno de la capital francesa.

La libertad actual de la expresión, sus múltiples y complejos derroteros, sus aciertos y sus contradicciones, todo es fruto de la fecunda agitación de últimos del siglo XIX. Este período que los organizadores de la exposición han querido limitar entre 1884 y 1914, ha sido bautizado con los nombres de *modern style*, modernismo, arte nuevo, estilo gas o estilo metro. Ninguno de ellos se ha impuesto verdaderamente. Pero su sello es harto conocido. Y no sólo subsiste en algunos viejos interiores, en los museos, en las ilustraciones de nuestra niñez, sino en numerosos edificios cuya silueta familiar ya no nos causa sorpresa. Barcelona es un ejemplo vivo de modernismo. En primer lugar porque creció durante ese período inquieto; luego porque entre sus artistas fue muy profundo el deseo de renovación artística.

Lo fue además en Alemania, en Holanda,

en Italia, en Bélgica, en Noruega. Y ese es otro aspecto, y no de los menores, relacionado con el fenómeno modernista: el de constituir un momento del espíritu europeo.

A ello se debe que haya sido adoptado como tema de la exposición presente, última de la serie que va llevándose a cabo bajo la égida del Consejo de Europa. Cada una de estas manifestaciones anteriores se ha propuesto presentar un aspecto de la cultura europea, una fase de la creación que reflejara diferentes resonancias de la familia occidental. Así adoptó el humanismo, en Bruselas; el amaneramiento, en Amsterdam; el siglo XVII, en Roma; el rococó, en Munich; el romanticismo, en Londres.

Tiene fundados motivos París para haber elegido el *modern style* como tema de su certamen. Sus artistas —franceses y extranjeros—, indistintamente aunados, fueron los que durante este período más contribuyeron a trazar el derrotero que han seguido las artes, los gustos y la sensibilidad europeos. Ante nuestra perspectiva, este impulso para arrancar la creación artística de los surcos de la tradición orientándola hacia una expresión nueva, aparece como particularmente audaz.

En gran parte se debe a la escuela de París, a este conjunto de pintores y escultores procedentes de diferentes latitudes europeas que entre 1895 y 1913 mezclaron sus inquietudes con el puñado de artistas franceses agitados asimismo por el ansia de renovación: a los Brancusi, Kupka, Picasso, Marcussis, Modigliani, Gris, Zadkine, Archipenko, Chagall, Soutine y otros más.

Recorriendo las salas de la exposición es visible ese afán común para lograr algo nuevo. Pero otra cosa se desprende también de la confrontación de pinturas, de esculturas, de carteles, de libros, de orfebrería, de cerámica, de muebles y de muestras de arquitectura: la de que unos mismos vientos soplaban en diversas regiones europeas; y a la vez que un mismo estrecho lazo unía la literatura, la plástica, la música y la filosofía.

Cada país contribuye a esta corriente colectiva con su peculiar acento. Francia, con su tendencia a lo clásico, que mueve a Seurat y a Signac a preservar el objeto que el impresionismo disuelve. Seurat formó parte del Primer Salón de Independientes inaugurado en 1884. Hacía diez años que los impresionistas batallaban ahogando cada vez más en las irisaciones de la luz la arquitectura del cuadro. Seurat se opone a esta expresión delicuescente, pronunciándose por el rigor constructivo. Es el primer indicio de tipo geométrico que proseguirá Cézanne luego y que conducirá al cubismo. Pero al lado de esta organización severa se manifiesta también el trazo expresionista de Toulouse-Lautrec y el idealismo de Odilon Rodon. Asimismo la tendencia al primitivismo de Gauguin con su revelación del arte polinésico, que ha de facilitar la influencia que no tardará en ejercer el arte negro. El *modern style* debe mucho al arabesco de Gauguin.

Simultáneamente los países del norte y del centro de Europa también anuncian el deseo de una expresión nueva. El holandés Van Gogh, el belga Ensor y el noruego Munch ejecutan un arte expresionista que ha de hallar en Alemania un extraordinario eco. Primero con el grupo Brücke, en el que sobresalen Heckel, Bleyl, Kirchner, Schmidt-Rottluf; después con el *November Gruppe*, de tendencia social, en el que se destaca Grosz.

A este fondo común de agitaciones, el elemento eslavo aporta su fuga evasiva y sinuosa. Por una parte, Kandinsky quien contribuye en Alemania a sacar el expresionismo de su estancado cauce; por otra, Chagall y Soutine en Francia, lírico el uno, violento y agresivo el otro, aunque ambos emancipados del tradicionalismo ambiente. No hay que olvidar a Larionov, quien estimula en Rusia un movimiento artístico inconformista y ejecuta ya en 1909 una pintura llamada rayonista que aborda la abstracción un año después de la aparición de *Abstraktion und Einfühlung* de Worringer y dos años antes de las primeras telas de este tipo de Kandinsky. Lo mismo que Natalia Gontcharova, su discípula, quien practicaba la abstracción ya en 1910.

Italia deja oír su voz con el Manifiesto futurista de Marinetti, en el que se propone liberar la cultura italiana de los moldes de la tradición (1909), seguido un año después del «Manifiesto de los pintores futuristas», expresión de una tendencia plástica igualmente antitradicionalista. El credo del futurismo —aparte su espíritu polémico y su iconoclastia— es la relación con los movimientos inconformistas europeos. Hay en esta ideología un deseo a la vez de familiarización con

las tendencias avanzadas europeas y una condena furiosa del romanticismo, formulada de una manera romántica.

España no se encuentra ausente de este afán de cambiar la expresión que se agita en toda Europa. Barcelona se señala como un centro particularmente activo. Nonell vuelve de París con el mensaje del neoimpresionismo. Su exterior es modernista y romántico, pero su espíritu es severo y constructivo. La muerte siega el vuelo iniciado con su arte. Pero Picasso, su amigo, impulsará con su asombrosa iniciativa el curso del movimiento plástico europeo. También surge en Barcelona este renovador de formas arquitecturales que es Gaudí, quien deja impresa en sus construcciones la semilla de un estilo funcional que alcanza en nuestros días una expansión considerable. El lado sinuoso y retorcido del modernismo decae cuando se imponen las estructuras rigurosas del cubismo. Los Nabis son la última expresión del trazo simbolista y del arabesco ornamental. Sólo escapan a la muerte los retorcidos de Gaudí, y la variedad de aplicaciones actuales que en ellos toman origen atestiguan de su poder fecundo.

Diversas obras procedentes de Barcelona permiten a la Exposición que comentamos ofrecer una digna representación de lo que fue el movimiento modernista en la capital catalana: pinturas de Nonell, dibujos de Cases, telas de los primeros tiempos de Picasso, esculturas de Gargallo y de González, muebles de Gaudí. Completa esta relevante aportación una serie de bellas fotografías con fragmentos arquitecturales del autor de la Sagrada Familia. Las retorsiones de las formas gaudinianas del parque Güell, de las casas Vicens, Calvet, Batlló, Milá y Miralles, amén de las de la Sagrada Familia, evocan el curvilismo del hierro forjado, de tanta tradición en Cataluña, y que quizás Gaudí aplicara por la emoción que suscitó en él desde niño en el taller de su padre, que era forjador.

Se trataba de romper con el pasado, de destruir el prejuicio. Y he aquí por qué adquieren interés piezas tan esenciales en este proceso evolutivo como «Las bañistas» de Cézanne, «Las señoritas de Aviñón» de Picasso y «Desnudo bajando por una escalera» de Duchamp. Y lo cierto es que a pesar del predominio decorativo del arte de esta época y de su aspecto no siempre del mejor gusto, son indudables sus ventajas técnicas y sus hallazgos.

Como siempre, esta coincidencia de inconformismos plásticos, corre parejas con el movimiento literario, también de dimensiones europeas, igualmente renovador y sediento de independencia. Jean Cassou lo pone de relieve en el interesante prólogo que da paso a las quinientas páginas del catálogo. La relación musical que vincula Debussy al impresionismo prosigue con Stravinsky, una vez ya divulgado el cubismo, y se prolonga con Schoenberg que tanto recuerda la abstracción.

El fecundo simbolismo que desborda desde Francia al mundo entero, da en la línea literaria no sólo los poetas malditos que de Baudelaire a Mallarmé renuevan la expresión, sino que deja sentir su influencia en la pintura. Simbolistas son Odilon Rodon y Rouault, y no digamos ya el arte de los Nabis. Así mismo el simbolismo de Maeterlinck está presente en el expresionismo alemán y aun en la creación de Kandinsky. Sería curioso discernir la influencia que el simbolismo poético de Rubén Darío ejerció en la pintura hispanoamericana de la época.

El individualismo de Ibsen, del que no está ausente el universo pictórico de Munch, coincide con el individualismo de Nietzsche, y sabidas son las consecuencias éticas de los escritos de aquél y de las doctrinas de éste en las ideas de los artistas de últimos del pasado siglo. A ellas hay que añadir el espíritu de protesta que encierran las obras de Tolstoi y de Dostoyewski, antecedente inseparable del arte de tendencia social. Finalmente, el papel que Bergson atribuye a la intuición descubre otra imagen de la realidad que la que ofrece su concepción clásica, y dada esta nueva visión la creación se enriquece con insospechados horizontes.

Así, pensamiento y sensibilidad se manifiestan con no poca coherencia en este momento particularmente anunciador de la cultura de Europa. Su mensaje aparece hoy como un factor de renovación. El acierto de esta Exposición es haberlo puesto de relieve apoyándose en numerosos documentos. Sólo en pintura hay reunidos más de setecientos cuadros. La oportunidad de una confrontación tan provechosa no es probable que se presente muchas veces.

RAMON XURIGUERA

Angel del Río: "El mundo hispánico y el mundo anglosajón en América"

El triunfo de John F. Kennedy en las últimas elecciones presidenciales de Estados Unidos confirma, en buena parte, una de las tesis del profesor Angel del Río en este libro: el pueblo norteamericano no es tan ingenuo como a veces se le supone, y en momentos de crisis reacciona con una paradójica mixtura de ímpetu y de sosiego. Pero es cierto, como afirma el autor, que el mundo exterior —en nuestro caso el español y el hispanoamericano— tiene una imagen confusa de Estados Unidos. Imagen confusa, dicho sea de paso, a la que han contribuído tanto el desconocimiento mutuo como las agencias informativas que, por necesidad imperiosa del negocio que practican, tienden a recoger las noticias espectaculares, contribuyendo en esa forma a difundir aspectos parciales de una vida sumamente compleja, ingenua en determinados aspectos, tozuda en otros, y en la mayoría de los casos —en cuanto al ciudadano medio se refiere— muy metida dentro de sus preocupaciones cotidianas, de las que sale espantado, sorprendido, cuando alguna conmoción lo hace cimbrar, como el ataque a Pearl Harbor, en 1941, o el fracaso de la Conferencia de París, en el verano de 1960.

En estas páginas el profesor del Río analiza el problema del desconocimiento entre la América sajona y la América hispana, que ya va siendo grave. Ojalá que, en cuanto al tiempo que nos queda para llegar a conocernos, no hayamos llegado a la zona que los norteamericanos llaman «point of no return». Recoge el autor el texto de dos conferencias que, bajo el patrocinio del Congreso por la Libertad de la Cultura, pronunció en algunos países de América del sur en el verano septentrional de 1959. Con buen tino señala Germán Arciniegas en el prólogo que el libro de del Río trata «si no de corregir, al menos de insinuar... el peligro de que el desentendimiento entre dos de las Américas, y también entre los Estados Unidos y España, pueda conducir a que en lo futuro al hacerse la gran revisión de nuestro siglo, se llegue a la conclusión de que el desentendimiento del Nuevo Mundo pueda señalarse como una de las grandes estupideces de la historia universal».

El volumen tiene dos partes. La primera se titula «España y los Estados Unidos. Ojeada histórico-cultural». La segunda se llama «Hispanoamérica y los Estados Unidos. Pasado, presente y futuro». En análisis de conjunto, lleno de erudición, del Río destaca muy apropiadamente la influencia y las raíces de España en América del Norte. Creo que la expansión hacia el Oeste, que llenó la historia de Estados Unidos en el siglo XIX, no podría haberse logrado sin el arduo trabajo de misioneros como Junípero Serra, Eusebio Francisco Kino y de exploradores como Sebastián Vizcaíno, cuyo nombre perpetúa una de las bahías de California.

Amén del hecho histórico, encuentra el profesor del Río rasgos y huellas en el norteamericano que son consustanciales con el carácter español. Afirma, con buenas razones, que el mundo de cultura hispánica todavía tiene algo que ofrecer a los norteamericanos. Además, las semejanzas entre el hombre anglosajón y el hispánico son más profundas de lo que pudiera suponerse. «En ambos coexisten el hombre

práctico y el soñador; el ambicioso, sediento de bienes materiales, y el cruzado, guiado por el instinto religioso, moral e idealista que le lleva a querer salvar al mundo. Que sea para gloria de un Dios católico... (caso del español del siglo XVI) o para la democracia, no importa psicológicamente.»

¿Por qué entonces —se pregunta del Río— ha prevalecido en Estados Unidos el sistemático menosprecio de lo hispánico en el mundo moderno? A pesar de los muy encomiables esfuerzos de algunos diarios prestigiosos y de gran número de universidades, lo cierto es que el ciudadano medio —y en algunos casos, intelectuales de distinción— no llega a comprender el fenómeno político y cultural hispánico. Y aunque tanto en América del Norte como en la del Sur lo europeo se mezcló con lo indígena —en distinto grado, claro está—, y de que hay en todo el Nuevo Mundo lo que del Río llama «una voluntad de futuro», es innegable que aún predomina en el anglosajón cierta condescendencia hacia lo hispanoamericano. «No es que Estados Unidos proclamen la superioridad de su civilización sencillamente para justificar una política en muchos casos abusiva, sino que realmente creen en ella y en la legitimidad de sus motivos...» De esa actitud mesiánica han surgido muchos de los problemas que confrontan Estados Unidos, agravados en nuestros días, sin duda, por la incursión en Hispanoamérica de ideologías e intereses muy opuestos a la tarea histórica de siglos de cruenta lucha a favor de la libertad y de la dignidad del hombre.

Importa señalar —si es que ya no se sabe— que este perspicaz análisis ha sido realizado por un erudito que no es ni hispanoamericano ni norteamericano de nacimiento. Es un español que ha trazado un triángulo cultural entre Estados Unidos, Hispanoamérica y España, y en cuyos vertices ha situado tres grupos humanos con personalidad propia, definida y cuyo porvenir depende tanto de su mutua comprensión como del ambiente de libertad que en ellos prevalezca, para superar provincialismos y acentuar el sentimiento de unidad en igualdad de condiciones...

ROBERTO ESQUENAZI-MAYO

Carlos Blanco Aguinaga: "El Unamuno contemplativo"

La BIBLIOGRAFÍA sobre Unamuno ha crecido de tal manera en los últimos años que resulta ya impresionante. Artículos, ensayos, estudios, monografías, tesis doctorales, etcétera, enfocan la figura y la obra de don Miguel desde los ángulos más diversos y con los más opuestos talantes. El interés es creciente y general. Escritores y estudiosos de todas las ideologías bucean en los textos dejados por el rector de Salamanca en un intento de fijar —¿podrá hacerse definitivamente?— su rica y variada personalidad.

Sin embargo, si se examina detenidamente el alud de estudios sobre el filósofo vasco, se observará que todos, hasta ahora, se han ocupado del Unamuno agónico, o agonista, del escritor y político —u hombre obrando políticamente, ya que no se puede hablar de un Unamuno político propiamente dicho— estruendoso, del implacable fustigador de tantos vicios nacionales. En general, sus críticos se habían sentido atraídos por la parte más atractiva e importante del escritor. Que el Unamuno agónico y desesperado, lleno de dudas y crisis, impenitente luchador tonante, es el que ocupa la mayor parte de su obra y de su figura, es, a mi entender, indudable. Pero esto no quiere decir que sea *todo* Unamuno. Nadie puede estar en perpetua batalla, en continua agonía. Faltaba, pues, un estudio dedicado a esta otra faceta de nuestro filósofo, al hombre remansado, contemplativo, al gustador de la poesía del valenciano Querol, el poeta del hogar. Y esta es la tarea que ha realizado con gran acierto, rigor y sensibilidad Carlos Blanco Aguinaga (El Colegio de México, 1960). Por esta vez, la tópica y manida frase de que ha sido llenado un hueco que hacía falta fuera ocupado, expresa certeramente una realidad. Porque, además, no sólo los críticos habían pasado por alto este reverso de la moneda unamuniana, como no existente o sin importancia en el conjunto de su obra, sino que alguno, como Sánchez Barbudo, toma pie ante esos «vacíos» del filósofo para argumentar su teoría sobre la farsantería de don Miguel.

El Unamuno que Blanco Aguinaga estudia en su obra es el hombre «suave y resignado y del vagar inconcreto del pensamiento; un hombre que tendía a la dilatación y a lo ilimitado de la misma manera que desde su ser de agonista necesitaba la concreción de los límites del tiempo, el *bulto* de que nace la guerra... Aparece en su obra desde el principio y la recorre hasta el final: en los primeros años en el centro de su prosa toda; se sumerge después, y, mientras España vibra con las estridencias de sus ensayos agónicos y su poesía más torturada, recorre en voz baja su poesía más íntima y el género para contemplativos al que dedicó tanto de su tiempo más interior: la prosa lírica, especialmente la prosa de paisajes». En este sentido, junto con la simbología típicamente contemplativa, *Paz en la guerra* y *En torno al casticismo* son las dos obras básicas que dejan una profunda huella en su espíritu. Los símbolos de esta faceta unamuniana —de-

hombre que defendió su ser «intra-histórico» del ser «histórico», que intentó conllevar los dos en puros impulsos de abandonarse a ellos— son estudiados minuciosa y convincentemente.

A los imprescindibles estudios sobre Unamuno de Ferrater Mora, Marías, Sánchez Barbudo y Zubizarreta, se añade este magnífico y sereno libro de Carlos Blanco Aguinaga que muestra una faz «distinta» de don Miguel, en amplio y original estudio.

J. R. M. L.

María Zambrano: "La España de Galdós"

Aunque Valle-Inclán se burlara de Galdós en *Luces de Bohemia* —también de Unamuno y Rubén—, llamándole «Don Benito el Garbancero», es evidente que su presencia e importancia en la literatura española ha aumentado considerablemente. Sin embargo, la esquemática y expresiva frase que el autor del *Ruedo Ibérico* acuñó recogía una opinión generalizada en el ámbito intelectual de entonces. Si la opinión valleinclanesca era producto de la disparidad formal y artística de ambos escritores y de la fatal reacción generacional —incluso de una de tantas salidas del gran don Ramón—, lo cierto es que posteriormente Galdós fue, y ha sido hasta hace muy poco, objeto de un silencio desdeñoso o una actitud despectiva ante su obra: la corriente intelectual marchaba por el torrente de la creación pura y el arte deshumanizado. La obra de Galdós, a pesar de los problemas nacionales y humanos que planteaba, por su aparente literatura de patio de vecindad, de tufillo costumbrista, como decían los miopes, parecía chata, ramplona, alicorta, agarbanzada, en una palabra. Y por encima de todo, decimonónica.

Sin embargo, han pasado los años y con ellos esa actitud absurda e injusta. Desde hace unos pocos, la revalorización de Galdós ha ido en aumento y es creciente el interés que despierta en críticos y novelistas de las nuevas promociones. No sólo se le reconoce como al gran maestro de la novela española, sino que se le ha empezado a estudiar minuciosamente, en un intento de abarcar su inmenso mundo novelesco. Así a los importantes estudios de Casalduero, Clavería, del Río, etc., se unen ahora dos recientemente publicados y ambos muy interesantes: *Galdós, novelista moderno*, de Ricardo Gullón, y éste de María Zambrano (Ed. Taurus, Madrid, 1960) que ahora nos ocupa.

Aunque tal revalorización sea justa, ¿cuál es la causa de este acercamiento general? La respuesta es sencilla: su indudable modernidad, ese «estar entre nosotros» que proyecta al escritor fuera de su tiempo. Porque, como certeramente apunta María Zambrano, Galdós, «cronista del momento en que se apura la decadencia de España, que más que decadencia es ya un infierno, recoge ese infierno en una última esperanza. Y es que la decadencia no tiene remedio, pero el infierno, el humano y terrestre en que gime todo un pueblo, sí». Galdós busca un camino, un modo de comunicarse con los hombres. Y así nos muestra a sus personajes, que no se resignan a la derrota por anticipado. Y estos personajes, divididos en los que se sacrifican al ser y los ávidos de realidad, «parecen no cumplir gesto alguno, hazaña o acción que no vayan mezclados con una tendencia suicida».

De ese torbellino sangriento que fue la vida española decimonónica, Galdós nos muestra la vida misma: «La vida del español anónimo, de oscuro nombre genérico apegada a un pueblo, a una comarca, a un trozo de tierra, en fin... o a una ciudad plantada en el desierto, como Madrid, rodeada de vertederos y escombreras, de tétricas estaciones de ferrocarril. Vidas que lo son tanto como de un ser humano, de un pedazo de suelo, de linajes y tradiciones; vida anónima, con sus infinitas raíces en el ayer: un tejido tramado con todos los elementos de nuestro ser de españoles.» Nos da la vida del español anónimo, el mundo de lo doméstico en su calidad de cimiento de lo histórico, de sujeto real de la historia. Eso es lo que narró Galdós.

María Zambrano ha trazado unas hondas y certeras páginas sobre España y los personajes de Galdós, especialmente los femeninos: Misericordia, Nina, Fortunata... Con la claridad y rigor intelectuales a que nos tiene acostumbrados, la autora nos muestra el complejo y actualísimo mundo galdosiano, tremenda y maravillosamente vivo, en cuanto que es humano, real y presente.

J. R. M. L.

Juan de Iturralde: "El catolicismo y la Cruzada de Franco"

En 1955 comenzó a circular clandestinamente en España un libro que produjo verdadero estupor en los medios eclesiásticos españoles y que llegó a inquietar a los del Vaticano. El libro se titula *El catolicismo y la Cruzada de Franco*. Lleva un subtítulo: «Quiénes y con qué fines prepararon la guerra.» No tiene pie de imprenta, mas todo hace pensar que se ha

impreso en Francia. La supuesta casa editora que se llama «Equi-Indarra», advertía que editaba «con la libertad que exije la verdad». Como autor figura Juan de Iturralde, nombre que disimula el de un sacerdote vasco que vive refugiado en Francia. Bueno será saber que Iturralde significa «cerca de la fuente». Los graves documentos que se insertan en el libro justifican el seudónimo, pues sólo quien haya estado «cerca de la fuente» pudo hacerse con ellos.

Aseguran que la edición fue costeada por un grupo de sacerdotes vascos antifranquistas. Los ejemplares, en principio, sólo se venden, clandestinamente, en España. De preferencia, entre eclesiásticos. Lo venden a elevado precio, no por afán de lucro, sino para reunir un fondo que asegure la publicación de otros cuatro volúmenes que constituyen, por lo visto, la serie proyectada.

El libro se ha vendido bien. Circuló profusamente. Su difusión, contando con muchísimas complicidades ha sido perfecta. Y, cual era de esperar, las jerarquías de la Iglesia se escandalizaron. Cuando terminamos la lectura del libro, tuvimos la impresión de que no se publicarían más volúmenes. Estábamos convencidos de que la Iglesia intervendría con todos los recursos a su alcance para tratar de amordazar al supuesto Juan de Iturralde.

Fácil le fue a la jerarquía española identificar y localizar al autor del libro. Intervino inmediatamente el entonces obispo de Bilbao, hoy arzobispo de Zaragoza. Puso en movimiento todas sus huestes para recoger y destruir cuantos ejemplares se encontrasen de tan vitando libro. Envió un emisario a Francia, que no consiguió lo que pretendía de Juan de Iturralde. Se acudió después a Roma. Y Roma, justamente alarmada, dio instrucciones al Nuncio en París, quien se dirigió al obispo francés bajo cuya jurisdicción se suponía estaba Juan de Iturralde para ver de lograr lo que no pudo obtener el obispo español. Todo inútil. Juan de Iturralde demostró ser hombre de convicciones firmes, como demostró ser un gran canonista.

No se doblegó pues. Y ahora, en estos días, está circulando, clandestinamente también, en España, su segundo volumen. Se titula, como el anterior, *El catolicismo y la Cruzada de Franco*. Lleva por subtítulo «Su carácter inicial». No tenemos todavía noticias de la reacción que se haya podido producir en la jerarquía eclesiástica española; pero parece seguro que en la reciente visita que el ministro de Relaciones Exteriores, Castiella, hizo al obispo de Bayona, le habló de la aparición del segundo volumen, que se distribuye justamente en un momento en que no son pequeñas las preocupaciones de la jerarquía y del gobierno por las derivaciones que está teniendo el famoso escrito de los 339 sacerdotes vascos.

Hay una gran diferencia entre los dos libros. El primero contiene documentos de primera mano, muy importantes. Dichos documentos nos enteran de la ayuda que prestaron los jesuítas, desde el primer momento, a quienes conspiraban contra la República. Destacan los dos informes que redacta el padre jesuíta José Antonio Segarra, dirigido, el primero, al pretendiente Alfonso Carlos, y, el segundo, a los dirigentes carlistas. El padre Segarra, instalado en Roma, conspiró y ayudó a los conspiradores residentes en España, facilitando sus relaciones con el Vaticano y con Mussolini.

En el libro se concreta la participación de la Iglesia en la guerra civil; nos habla de las intrigas de los obispos, arzobispos y cardenales; de la intervención del Vaticano en las elecciones generales españolas de febrero de 1936; de las luchas entre cardenales y de las de algunos de éstos contra el entonces Nuncio de Su Santidad en Madrid, monseñor Tedeschini; de sus denuncias ante el Papa, acusándose mutuamente de entregarse a escandalosas aventuras amorosas, denuncias que dieron lugar a dos procesos... canónicos. Pero hay, sobre todo, un documento gravísimo: son las notas de la entrevista que celebraron el 23 de julio de 1934 en Anglet, pueblecillo de la costa vasca francesa, el cardenal Segura, que vivía expatriado en Francia, y el cardenal Gomá, Primado de Toledo, que pasaba sus vacaciones en tierras pamplonesas. En esa entrevista se dijeron cosas de tal gravedad, que el cardenal primado, apenas regresó a su retiro, se creyó en el caso de redactar unas notas para su exclusivo uso personal. Las notas las metió en un sobre que cerró cuidadosamente y en el que escribió de su puño y letra: «Reservadísimo y de conciencia.» Esa indicación debió de parecerle que no traducía suficientemente la gravedad de lo que contenía el sobre, puesto que añadió: «Para el caso de morir sin haber utilizado estas notas, mis herederos vendrán obligados a echarlas al fuego, cerradas como van.» El cardenal primado, sabiendo que la sublevación militar iba a estallar, tuvo buenas prisas en huir de su sede toledana, dejando abandonados sus papeles más íntimos. Quien los recogió, no los echó al fuego. Gracias a ello se ha podido divulgar su contenido en el libro que reseñamos.

En esa conversación que, sin testigos, celebraron las dos personalidades más eminentes de la Iglesia española, se habló mal, muy mal, de todo el mundo, comenzando por el Papa, Pío XI, «hombre sin afección, frío y calculista». Juan de Iturralde pone a esa entrevista el siguiente colofón: «Para ocuparse en cuestiones tan personales y de política tan menuda se juntaron las dos figuras cumbre de la Iglesia española. Del fomento de la verdadera vida religiosa, razón de ser de la Iglesia, ni una palabra.»

El segundo volumen de la serie, que acaba de aparecer, es totalmente distinto del primero. Pero

así como éste se ocupó de «quienes y con qué fines prepararon la guerra», el de ahora trata del «carácter inicial» de la guerra o Cruzada. «En el primer volumen —nos dirá Juan de Iturralde— hemos visto quiénes y para qué prepararon la guerra durante los años de la República; ahora vamos a ver lo que se hizo una vez comenzada la guerra. Y como extender la vista por todo el curso de la misma nos llevaría demasiado espacio para un volumen, nos detendremos ahora en los hechos iniciales que le dieron carácter; por eso el campo de exploración del presente volumen se confina a la segunda mitad del año 1936, no yendo más allá sino incidentalmente.» ¡Los seis primeros meses de la guerra fratricida de España! El propio Juan de Iturralde se cree en el caso de preparar el ánimo del lector, cuando le anuncia: «Convengo en que la lectura de más de una página resultará espeluznante y sublevará a más de uno, sobre todo a los que piensan que a la verdad debe darse, no trato de Evangelio, sino de mercenario, diciéndola, callándola o guisándola según convenga.»

Juan de Iturralde prefiere atenerse a lo que él llama «doctrina tradicional del Evangelio y de la Iglesia», añadiendo que «el Evangelio no sería lo que es si no contuviera las famosas diatribas contras los fariseos y los príncipes de los sacerdotes que prevaricaban, por más que desde otros puntos de vista, unos y otros merecieran respeto». ¿Y quién en mejor postura —añade Juan de Iturralde— para la exposición objetiva y cruda, a estilo de Evangelio, que un sacerdote vasco que ha sufrido y está sufriendo por la justicia?»

El libro cumple lo que anuncia. Es una exposición «objetiva y cruda, a estilo de Evangelio», de lo que fueron aquellos primeros meses de la guerra mal llamada civil. Su campo de observación es la retaguardia, si es que en aquellos días existía retaguardia propiamente dicha. Y su predilección se centra en la acción de la Iglesia, de sus príncipes y de sus sacerdotes, que fueron feroces beligerantes en esa guerra fratricida. Cita casos, desgraciadamente demasiado frecuentes, en que ni el sagrado ministerio, ni la doctrina del Redentor, ni el recuerdo de los Evangelios, sirvieron para atemperar la furia de tantos y tantos ensotanados.

Esos relatos, hoy, con la perspectiva del tiempo, parecerán increíbles a quienes no los hayan sufrido. El libro no habla solamente de la Iglesia, de sus príncipes y de sus sacerdotes, sino también de los gobiernos, de los militares y de las agrupaciones políticas y sindicales, de los excesos punibles que se cometieron en las dos zonas, siquiera Juan de Iturralde tenga buen cuidado en afirmar que los cometidos en la zona republicana se produjeron a pesar del gobierno y terminaron en cuanto éste logró imponer su autoridad, mientras que en la zona «nacional» el gobierno nada hizo por evitarlos.

La lectura del libro deja un amargo sabor de boca. La culpa, desde luego, no es del libro, sino de los hechos en sí, de la realidad que describe «objetiva y cruda, a estilo de Evangelio». Juan de Iturralde nos dice, por último, «que habla en nombre propio y no como intérprete de nadie, y sin más ambición que la de decir las cosas como las ve, bien como testigo o confidente, bien por estudio de la copiosa documentación que le ha sido posible compulsar».

RODOLFO LLOPIS

R. Bloch y J. Cousin: "Rome et son destin"

A CARGO de los profesores Raymond Bloch y Jean Cousin, especializados en estudios de historia romana, ha corrido la hechura de este segundo volumen de la colección que con el título general de *Destinos del mundo*, edita en París Armand Colin. El año pasado, por esta misma época, tuvo lugar la aparición del primer volumen, consagrado a la prehistoria y en el cual colaboraron los principales especialistas del mundo, entre ellos el español Boch Guimpera. El tomo de que hoy damos cuenta, *Rome et son destin*, no cede, ni en lujo de presentación ni en contenido, al otro, constituyendo un magno cuerpo de doctrina, con sus quinientas y tantas páginas de gran formato. Las aportaciones de la moderna y más fina crítica, en donde entra por mucho el resultado de las excavaciones, hacen de esta obra un documento de primer orden para entender la historia de Roma, pues se la despoja de leyendas, y lo que de éstas la crítica considera como válido, viene a emplazarse en el lugar y con el sentido que les corresponde.

No es Roma la ciudad que fundó Eneas, fugitivo de la guerra de Troya, quien llegó al Lacio tras de pasar por Cartago, como la *Eneida* nos relata. No es tampoco la ciudad que surge, y desde el primer momento remonta en flecha, de la cueva Lupercal del Palatino, cueva en la que la loba amamantó a Rómulo y Remo. La crítica deja en pie la existencia de los gemelos y también la supervivencia de las Lupercales, especie de desenfrenado carnaval, como todos sabemos.

Roma ocupa, sí, un lugar geográfico importante que facilita las relaciones entre el norte y sur del Lacio. Pero aun así, no por eso es desde siempre la ciudad una y fuerte, pues sus renombradas colinas están habitadas por gentes diversas, hasta el punto de que en la fiesta del Septimonium se excluían los habitadores del Aventino,

el Quirinal, el Capitolio y el Viminal. Son, pues, trabajos y vicisitudes las que hacen Roma, en la que no es romano todo lo que como tal se nos enseñó, v.g.: los famosos lictores son de origen etrusco, y la misma floreciente Roma cae al nivel de aldea cuando la dinastía etrusca cesa en ella.

Ved ahí una alusión al método de la obra que nos ocupa, en la cual los hechos guerreros ceden el paso con muchísima frecuencia, a los hechos económicos y sociales y jurídicos y religiosos; es decir al complejo real que es la vida auténtica.

Por señalar algo, indiquemos el capítulo titulado: «Las Instituciones y el juego de las grandes familias». ¿No veis, sólo con el título, como en una Roma ya constituída, los poderosos, y aun los ambiciosos, despliegan actividades contrarias a lo que diríamos *res publica* o cosa pública? Y es en ese juego donde se incuban las luchas civiles, y todo el drama de la tierra que viene a dar en las reformas de los gracos.

Y he ahí, también, el capítulo concerniente al cristianismo. ¿Persecuciones? Sí, pero no tantas. Pues la policía romana sabía el emplazamiento de las catacumbas y las entradas y salidas, y sin una especie de tolerancia no hubiera quedado ni un solo cristiano, lo cual no quita a la existencia real de las represiones.

Paso a paso Roma llega a su destino de imperio del mundo de entonces, destino del que aún vivimos en gran parte.

La obra tiene muchas ilustraciones en negro y en color, numerosos mapas, índices para facilitar su manejo, un vocabulario —siempre necesario en esta clase de obras—, unas tablas cronológicas comparativas, etc. En fin, una gran obra, un gran esfuerzo editorial.

A. P.

José Luis Martínez : " El ensayo mexicano moderno "

ALGUIEN dijo que el ensayo es el vicio menor de los intelectuales. Si esto fuera cierto, México sería un país en que el vicio del ensayismo estaría muy extendido, porque el ensayo, hasta ahora, es la forma preferida de expresión del hombre de letras mexicano —y acaso también del iberoamericano en general. Francia puede conocerse mejor a través de la novela; Inglaterra, del teatro; España, de la poesía. México —y creo que toda Iberoamérica—, se revela a través del ensayo. Muchas novelas mexicanas son, en realidad, ensayos novelados, y lo mismo muchas obras de teatro y hasta no poca poesía. La *Suave Patria* de López Velarde, ¿qué es, sino un ensayo y qué son, sino ensayos de una intensa imaginación, las poesías de Octavio Paz?

Por esto tiene un interés especial esa antología de *El ensayo mexicano moderno* preparada por José Luis Martínez (Fondo de Cultura Económica, México). En sus dos tomos, hay ensayos de 56 autores, desde Justo Sierra hasta nuestros días. Y notas, biografías y un ensayo preliminar de José Luis Martínez que es, a su vez, una pieza de antología. Claro, ha de haber discrepancias sobre la selección. Yo, por ejemplo, encuentro que faltan algunos nombres —especialmente el de Jorge Portilla— y que sobran varios. Tal vez la selección ha sido hecha con un criterio excesivamente literario. Pero, de todos modos, los dos volúmenes ofrecen un medio excepcional de conocimiento de México.

La antología comprende autores de la época del modernismo, con su *Revista Azul*, a la generación del Ateneo —la lucha del idealismo contra el positivismo—, el grupo de los Contemporáneos, y luego esas dos últimas generaciones en las que el ensayo se convierte en un puente que une a México con el mundo.

José Luis Martínez lo pone de manifiesto: el tema de la inmensa mayoría de los ensayos es México, la investigación de su realidad, la interpretación de su personalidad, el examen de sus problemas, la propuesta de soluciones a ellos. «Esta peculiaridad de nuestros ensayos —afirma Martínez— no es exclusiva de México, sino propia de todo el pensamiento hispanoamericano, propia de países que se encuentran aún en proceso de formación, con más esperanzas que pasado y menos ricos en realizaciones y conquistas que en proyectos y esfuerzos.»

No son, pues, malabarismos, gimnasia, simple solaz intelectual. Son ensayos con un fin definido. Es interesante señalar que esta característica —que podría llamarse pragmática—, se encuentra en muchos otros aspectos de la realidad hispanoamericana. La presión, la premura del presente, por ejemplo, hicieron que el movimiento obrero hispanoamericano no tuviera teorizantes, y que de las doctrinas europeas sólo se asimilaran y americanizaran aquellos aspectos de aplicación inmediata. Algo parecido se ve en el ensayo.

Una comprobación final, que no surge directamente de esta antología. En tiempo de Justo Sierra o de los Contemporáneos, el estilo y el lenguaje del ensayista y el del periódico, la revista, la conversación culta, no difieren considerablemente. Se habla y se escribe en español de México. Hoy, el ensayista escribe en un nuevo español —que no es el de España, pero tampoco el de la calle o el de Justo Sierra—, mientras que en los periódicos y en la charla se emplea un pseudoespañol cada día más pobre y raquítico, más despersonalizado. En este terreno, los jóvenes escritores están librando un combate

duro, difícil, no por conservar un lenguaje ya superado, sino por derivar de él un idioma eficaz, representativo. Es una lástima que el bajo nivel literario de una gran parte del periodismo no les ayude en este esfuerzo trascendental.

V. ALBA

Alberto Bonifacio Nuño : " Juego de espejos "

DURANTE LOS ÚLTIMOS cinco años ha sido visible que México se mueve poderosamente hacia afuera. México se extrovierte, se comunica demostrando que ha llegado a su etapa de madurez. La fuerza centrípeta que le mantuvo ensimismado, dirigiéndose exclusivamente de su periferia hacia su centro, parece que ahora se complementa con su contraria. México está caminando, con paso fuerte y seguro, de su centro hacia afuera. Tal fenómeno se nota, por supuesto, exclusivamente en la tarea de sus escritores y artistas jóvenes de mayor significación. Estos han dado el salto que los salva del límite, y los pone a contemplar al hombre de todas las latitudes, definido por su esencia y no por su circunstancia.

Con *Juego de Espejos* (Imprenta Universitaria, México, 1960), Alberto Bonifaz Nuño no sólo toma su puesto en la dolorosa y gozosa tarea de comunicación, sino que se ha situado por encima de lo que había prometido. De los once cuentos que componen su libro, nueve son excelentes. No es exagerado afirmar que reune las cualidades que se exigen al cuentista desde que éste era narrador oral: fuerza, originalidad, profundidad, buen humor, duende.

Si es verdad que domina la manera realista con fortuna, «La Solterona», «La Cachucha de Armino», creo que es en el manejo de la creación fantástica donde sus excepcionales dotes quedan de manifiesto. Con imaginación y fantasía domeñadas y guiadas por una gran cultura que se nota a primera vista, este autor crea un mundo de individuos *superindividualizados,* si se permite la expresión; de hombres que son distintos a la gran mayoría y que, naturalmente, responden a una realidad suya, única, intransferible, hecha a la medida de sí mismos.

Tres cualidades que superan en intensidad a las demás que posee, caracterizan a este joven mexicano: originalidad, audacia e imaginación desbordada. No se crea, empero, que esta última se le nota en la forma que suele, es decir, mediante el exceso que deforma. La imaginación en este autor tiene otra manera de manifestarse que quizás sea rara, pero no tanto que no pueda advertirla quien lo lea con cierto cuidado. Consiste en dar a sus cuentos, finales tan sorprendentes como ambiguos. En esta técnica es sabio y pocos son sus trabajos que, no admitiendo dos o más soluciones, no fuercen al lector a entrar —como le es lícito hacerlo cuando se trata de gran poesía— en complicidad con el autor.

La originalidad de Bonifaz Nuño, además, corre parejas con una audacia de la mejor ley. No le preocupa tanto la novedad de los temas, como saber tratar, aun los más antiguos, de tal modo que los inaugura. Son modelos de este aspecto suyo, por ejemplo, «La Cuerda Floja» y «Desdoblamiento».

Para el primero usa de la leyenda popular del pacto con el diablo. Pero Bonifaz Nuño no es ingenuo como el pueblo, ni tanto como quería parecerlo Gogol; es la suya una mentalidad organizada que elabora cuidadosamente sin que se note la elaboración. Así, la trama y síntesis final de su cuento se apartan de lo tradicional, para lograr la altura del poema blasfematorio. «El Desdoblamiento», por su parte, tiene antecedente en «El Doble» de F. Dostoyevski; mas, como buen occidental, el cuentista mexicano configura un personaje que quizás sea la contraparte del que ofreció el autor ruso: un ser racional que «se da cuenta» de su situación. Las conclusiones, claro, tienen que ser y son, otras. Este loco lúcido, equilibrista sin freno, es, ante todo, un buscador desesperado del destino propio y ajeno.

No se puede por menos de alegrarse al comprobar la aparición de este escritor que es, a la vez, un gran artista.

E. O.

Ramón J. Sender : " Requiem por un campesino español "

REQUIEM POR UN CAMPESINO ESPAÑOL (Las Americas Publishing Company, Nueva York) está situada en la línea de sus otras obras: la de un firme compromiso con el ser humano en general y con los hombres de su patria más particularmente. A los veinte años largos de terminada la guerra civil Ramón J. Sender continúa firme en el puesto que eligió de escritor comprometido con la circunstancia española; de hombre que escribe y no puede ignorar, olvidar lo sucedido, y lo ha demostrado de modo tajante, sin timidez alguna, en cada una de las obras que ha ido publicando.

Mosén Millán, cura de un pueblo español —que puede ser cualquiera, porque en todos

han sucedido cosas semejantes, si no peores—, va a celebrar una misa de requiem por el alma de «Paco el del Molino», en el primer aniversario de su fusilamiento por unos hombres que se llamaban compatriotas suyos. Mientras espera que lleguen los fieles va recordando la vida del desaparecido. El sacerdote, un poco elemental en sus pensamientos, como buen párroco de pueblo, no puede por menos de recordar con angustia el pasado. Sus intervenciones en la vida de Paco han sido decisivas. Y por eso ahora, antes del requiem, piensa en Paco e intenta justificarse a sí mismo. «Un año había pasado desde todo aquello, y parecía un siglo. La muerte de Paco estaba tan fresca, que Mosén Millán creía tener todavía manchas de sangre en los vestidos.»

El le introdujo en la iglesia al bautizarle, le dio luego la comunión, le casó más tarde y en todo momento intentó guiarle con sus consejos, respetuosos siempre con los poderosos y las tradiciones establecidas. Cuando el asunto de las dehesas del duque —la República suprimió los bienes de señorío, entregándolos a los ayuntamientos—, aconsejó moderación. Aunque el duque tuviera excesiva tierra, la familia la poseía desde hacía muchos años y las cosas no podían cambiar. Pero Paco llevó el asunto adelante en el ayuntamiento, significándose, y esa fue la causa de su muerte. No conviene significarse. Y Mosén Millán recuerda, con la angustia de los remordimientos y la mansedumbre de su condición, que fue él quien indujo a Paco a entregarse a los matadores, cuando éstos limpiaron el pueblo de «indeseables», asegurándole que nada le iba a ocurrir. También a él le engañaron y ahora sufre por ello, mientras se prepara para la misa. Una misa de requiem a la que no asiste nadie del pueblo, que tanto quería a Paco, salvo los tres ricos del lugar, los culpables de su muerte. «Y pensaba aterrado y enternecido al mismo tiempo: Ahora yo digo en sufragio de su alma esta misa de requiem que sus enemigos quieren pagar.»

Requiem por un campesino español es la demostración más palpable de la necesidad de adecuación entre fondo y forma. Y aun diría más: por muy perfecta que sea una forma adecuada a un cierto fondo, hace falta un determinado «aire» necesario y especial. Las obras fracasadas suelen estar llenas de buenas intenciones —decía Gide—, de gran fondo, pero eso no es suficiente; por otro lado, una excesiva inclinación por la forma conduce al esteticismo primero y finalmente a la esterilidad. En cambio, Ramón J. Sender ha conseguido el difícil e inapreciable equilibrio entre ambos requisitos, logrando así una nueva gran novela, inolvidable por su honda sencillez, amplia ternura y humanidad y desnudo dramatismo. Dura y lírica a la vez, con el muerto viviendo todavía en el pueblo, en la mente de todos, muriendo y renaciendo a cada recuerdo del párroco, en perfecto contrapunto entre pasado y presente, la visión del lugar con la sacristía como invisible cámara proyectora, es completa, perfecta, desde los tejados hasta el interior de las casas.

Con esta nueva obra, Sender sigue mostrándonos su magnífico realismo, característico en él, un perfecto conocimiento del pueblo español —o aragonés, si él lo prefiere así— y su decidido compromiso como escritor que no olvida los fines y los medios. Lamentemos que los lectores españoles no puedan saborear esta magnífica novela, la humanidad de los personajes, difícilmente olvidables, como Paco, Mosén Millán, la Jerónima, el señor Cástulo, el zapatero, etc.

J. R. M. L.

Ricardo Gullón: "Estudios sobre Juan Ramón Jiménez"

LA PRESENCIA POÉTICA de Juan Ramón Jiménez ha dominado avasalladoramente durante unos treinta años (desde 1917, fecha del *Diario de un poeta recién casado* y vísperas de su liderazgo sobre las nuevas generaciones, hasta su muerte, 1958) el horizonte de la poesía española. Es sobremanera significativo que un año después surja la primera antología (*Veinte años de poesía española*, por José María Castellet) donde ese magisterio juanramoniano aparece ya disminuído, contradicho y aun negado por la voz de algunos poetas últimos. La famosa consigna: «a la minoría siempre» es vuelta del revés, sus invocaciones a los *happy few*, a la «inmensa minoría» son reemplazadas por llamamientos a la «inmensa mayoría», menos originales desde luego, aunque se ajusten más a la tónica hoy predominante. En suma, aquel influjo invasor —aunque circunscrito al orbe de los poetas—, que alcanzó su cumbre en la generación de 1927, llega a su poniente, según todos los indicios, en la década de 1950, cuyos líricos anteponen en sus preferencias la lección de Antonio Machado, queriendo extraer de su heterónomo *Juan de Mairena*, con mayor o menor legitimidad, ejemplos que apoyen su actitud comprometida en la busca de una poesía distinta, para la que cualquier calificativo definidor -«poesía social», «realismo histórico»...— resulta tan aleatorio como equívoco. Los libros de Gabriel Celaya, José Hierro y Blas de Otero, titulados respectivamente *Poesía urgente*, *Poesías*

escogidas y *Con la inmensa mayoría*, recién editados en Buenos Aires, podrán servir de ilustración al lector.

¿Reacción excesiva o desprendimiento necesario? Simplemente el fatal cumplimiento histórico de la ley literaria de las alternancias. Sucede a todos los apogeos y marca el momento de crisis, antes de que suene —o no suene—, al cabo de los años, como en otros casos, la hora de la revaloración definitiva. Los demás motivos a que pudiera apelarse para explicar tal fenómeno —crisis del esteticismo, afán de emitir mensajes, en la literatura del mundo, y más particularmente en el caso de la española, extensión del espíritu disconforme general a la poesía— son ya adjetivos.

Pero sea como fuere, lo innegable es que este libro de Ricardo Gullón (*Estudios sobre Juan Ramón Jiménez*, Editorial Losada, Buenos Aires) llega en el momento más oportuno. Corresponde al momento de plenitud apologética, si bien, en algunas de sus páginas, no deja ya de adelantar réplicas a las objeciones antijuanramonianas —en ciertos casos lógicas, en otros arbitrarias o simplistas— de sus más jóvenes oponentes. A este respecto deberán leerse con atención los capítulos titulados «Vivir en poesía» y «La poesía, tema esencial». En ellos logra Ricardo Gullón, movido por una parigual destreza y simpatía interpretativas, la clave de la razón de ser y de existir juanramoniana, en cuanto hombre y en cuanto poeta. Ni evasión, ni desasimiento de la realidad —viene a decirnos Ricardo Gullón, frente a los reparos de «escapismo» que han solido hacérsele al autor de *Platero y yo;* desdén, sí, de lo pasajero y cambiante; interés por lo profundo y permanente. Y agrega su más lúcido crítico en simpatía: «Decantación y no negación de la realidad es la poesía juanramoniana, y también penetración hasta el tuétano en la corriente vital, para alcanzar, como alcanza en algunos poemas extraordinarios, y poder expresarlo en palabras, el sentido de su misterio.»

Al hombre esencial atiende, pues, el autor de *Estudios sobre Juan Ramón Jiménez*, dejando de lado muy pulcramente el anecdótico, el de las minúsculas querellas doméstico-líricas, el de los «pleitos de invernadero» —según hubimos de calificarlos alguna vez—, viéndole, en suma, *at the best*, pintándonos «el mejor» —como él gustaba decir, aplicando a otros este giro de clara reminiscencia ánglica— Juan Ramón Jiménez y como el espejo más grato donde el poeta hubiera gustado contemplarse. Sin embargo —aclaremos, atajando cualquier equívoco—, nada hay de hagiográfico en este libro noble y límpido, sin las limitaciones que gravaban el de Graciela Palau Nemes, cuya riqueza informativa se aminora por su sequedad y la falta de una experiencia directa literaria, del medio y de la época, que vitalice e infunda jugo a los datos históricos. De suerte que estos *Estudios* de Gullón constituyen, hasta la fecha, el libro capital sobre Juan Ramón Jiménez, junto con el primero que se le dedicó, el de Díez Canedo, y entre la decena que ya se le han consagrado.

GUILLERMO DE TORRE

José Hierro : " Poesías escogidas "

NO VAMOS A PRESENTAR ahora a José Hierro. Su voz tiene ya asegurado desde hace años un puesto relevante en la poesía española de la postguerra. Hierro es uno de los cuatro o cinco grandes poetas surgidos entre 1945 y 1951; en mi sentir, junto a Blas de Otero, el más grande. Pertenece, pues, a la generación de los que vivieron la guerra civil en su primera juventud, no aún con bastantes años para participar de lleno en en ella, pero sí para sufrir su tremendo impacto, para sentir en su carne el bárbaro desgarramiento que provocó.

Poesía *testimonial:* esta es precisamente la palabra que José Hierro utiliza para definirse a sí mismo en el prólogo que el poeta pone a este volumen de *Poesías escogidas* (Editorial Losada, Buenos Aires, 1960). El poeta, dice Hierro, «ha asistido —han asitido— a una aventura irrepetible y todos necesitan cantarla... Así se ha convertido en el testigo de su hora. Y como ha sentido la vida acechada, rozada por la muerte, ama la vida karamazovianamente: más que a su sentido. Y así surge una poesía testimonial, exprimida de las uvas de la vida, y arrebatadoramente existencial».

He aquí perfectamente definida por su autor la poesía de José Hierro : *testimonio* y *existencial.* Un testimonio existencial es, en efecto, la poesía de Hierro, testimonio al mismo tiempo social en cuanto que la existencia del poeta se halla profundamente identificada con la de sus conciudadanos. El poeta palpa su vida para encontrar en ella la palpitación multitudinaria de una colectividad herida de muerte. Unas veces el poeta hablará de sí mismo, otras de todos los que le rodean en el espacio y en el tiempo (como en el poema tan significativo «Generación»), pero siempre será la sombra de un doloroso pasado común la que dé tono a lo vivido.

Sería imposible intentar aquí un análisis de la poesía de José Hierro. Limitémonos a decir que su voz es quizá la más sencilla y la más profunda al mismo tiempo de su generación. En el citado prólogo dice el poeta: «Prefiero la palabra coti-

diana, cargada de sentido, y no será necesario que haga notar mi gusto por una poesía despojada de toda ornamentación, reducida a los puros huesos, sobria y de ternura disimulada.» Esta sencillez que el poeta anhela se traduce estilísticamente, no sólo en el empleo del lenguaje del «hombre de la calle», sino en el verso y en la rima: versos generalmente breves, entrecortados, sin vuelo sonoro —siete, ocho o nueve sílabas por lo general— y rima pobre, asonantada. Rara vez —salvo en el libro *Alegría*) recurre Hierro al verso ancho o a la fórmula clásica (sonetos de *Cuanto sé de mí*). Este estilo despojado de toda gala inútil se armoniza perfectamente con el tema llano y el clima humanísimo de la poesía de Hierro; el poeta ha sabido forjar desde su primer libro el instrumento absolutamente adecuado a lo que tenía que decir. De ahí la sinceridad, el tono de algo hondamente vivido, que transparece en la obra poética de Hierro, seguramente de las más «honradas» y limpias entre las que vieron la luz pública después de la guerra. Vayan como muestra autodefinidora de esta sinceridad poética de lo vivido las dos primeras estrofas del poema «Para un esteta»:

Tú que hueles la flor de la bella palabra
acaso no comprendas las mías sin aroma.
Tú que buscas el agua que corre transparente
no has de beber mis aguas rojas.
Tú que sigues el vuelo de la belleza, acaso
nunca jamás pensaste cómo la muerte ronda
ni cómo vida y muerte —agua y fuego— herma-
[nadas
van socavando nuestra roca.

En esta selección, realizada por el poeta mismo, se incluyen poemas de *Tierra sin nosotros* (1947), *Alegría* (1947), *Con las piedras, con el viento* (1950), *Quinta del 42* (1952) *y Cuanto sé de mí* (1958), más un poema inédito.

FRANCISCO FERNÁNDEZ-SANTOS

J. M. Cohen: "Poetry of this Age"

ES ESTA LA TERCERA VEZ que el hispanista J. M. Cohen presenta y explica a los lectores ingleses los poetas hispánicos. La primera fue con una antología, *Penguin Book of Spanish Verses*, que abarcaba desde los clásicos hasta hoy e incluía a varios poetas hispanoamericanos, comenzando por Sor Juana Inés de la Cruz. Esta antología presentaba los poemas en su lengua y daba su traducción de ellos al pie de página. Por tratarse de una editorial muy popular, el loable esfuerzo de Cohen aproximaba el florilegio hispano, por primera vez en la historia, a millares de lectores ingleses que de otro modo no habrían leído nunca nada de nuestros más importantes líricos.

La segunda vez que el mismo benemérito hispanista ha escrito en Inglaterra sobre poesía española ha sido en *Encounter* con un ensayo de interpretación de la poesía que se produce ahora en España. La tercera vez es ésta de ahora con su libro *Poetry of this Age* (Arrow Books, Londres, cinco chelines), donde trece líricos contemporáneos hispanos —españoles e hispanoamericanos— están engastados y estudiados en el conjunto de la poesía europea de los últimos cincuenta años. Digamos antes de seguir adelante que míster J. M. Cohen es un auténtico amante de nuestras cosas. En la ficha que sus editores hacen de él en la cubierta de este libro se dice: «Sus principales aficiones fuera de la literatura son los viajes, especialmente por los países de habla española.» Cohen ha traducido el *Quijote* —grande hazaña—, una novela de Galdós y otra de Camilo José Cela, ha publicado un libro sobre el poeta Robert Browning (1812-1889) y una historia de la literatura occidental (*A History Of Western Literature*). Actualmente Cohen traduce *El Jarama*, de Sánchez Ferlosio, para la casa Abelard-Schuman.

Poetry of this Age parte de Baudelaire y concluye con la nueva poesía en Inglaterra, España, Alemania, Francia, Rusia, Italia y Estados Unidos. Pues este libro abarca las seis importantes lenguas, de todas las cuales —menos del ruso y naturalmente del inglés— se insertan ejemplos en su original con sus traducciones *ad pedem litterae*. (Las citas de poemas rusos aparecen sólo en inglés.) «Creo —dice Cohen en su breve prefacio— que la mejor poesía de los últimos cincuenta años ha sido escrita en esas lenguas. Pero como éstas son las únicas modernas que yo puedo leer en su original, he tenido esa limitación. Es imposible llegar a una conclusión con poetas que sólo conocemos a través de traducciones.» Los poetas hispánicos no están colocados aquí por orden cronológico, sino estudiados de acuerdo con su tendencia en el capítulo correspondiente y enlazados —si este es el caso— con los poetas de otras lenguas. En el capítulo titulado «The remote Hesperides» vienen los estudios sobre Juan Ramón y Guillén; en el capítulo «In the waste land», los estudios sobre Unamuno y Machado; en «New violence breaks in», Aleixandre; en «The poetry of resitence», Lorca y Alberti; en «Virgil soil», César Vallejo, Molinari, Neruda y Octavio Paz; en «Where we stand now», José Hierro y Blas de Otero. Ninguno de estos poetas está estudiado a la ligera, antes bien todos son tratados con detenimiento, profundidad y singular agudeza, teniendo en cuenta la relación del poeta con su

país y su tiempo. Cohen señala muy claramente, al final de su libro, el momento de perplejidad temerosa en que se encuentra el mundo y con éste —o en éste— el poeta. El dramático compás de espera ha acabado con el tono profético y ha replegado a los poetas en sí mismos. «Es posible para los vates de la retardada España clamar por la libertad, para Paz elaborar un nuevo mito de Méjico, o para Neruda, tan distante como está de las realidades europeas, defender un ideal comunista. Pero para todo poeta que viva cerca del centro de la crisis ha sido imposible desde el comienzo de la segunda gran guerra, sin lugar a dudas desde los tiempos de Hiroshima, hacer un pronunciamiento secular sobre el mundo y su destino, o sobre el puesto del hombre en el universo.»

Este libro de J. M. Cohen, tan excelente por su información sobre los grandes poetas de seis lenguas, tan rico de observaciones y tan de veras actual aparecerá en nuestra lengua publicado por el Fondo de Cultura Económica, de México.

E. S. CH.

De los poetas a la poesía

Oscar Echeverri Mejía es colombiano. Su libro *Viaje a la Niebla* ha sido publicado en Madrid por «Agora», con ilustraciones de Antonio Valencia. José Hierro encabeza la obra con unos renglones en que presenta al poeta diplomático.

Oscar Echeverri arropa en versos sencillos su amorosa solicitud por las cosas. Pese a titularse *Viaje a la Niebla,* el poema tiene igual claridad diáfana cuando canta los asuntos del corazón que cuando se maravilla ante la historia y la geografía de Europa o América.

Fáltale, sin embargo, unidad a *Viaje a la Niebla.* Diríase que ha sido escrito a horcajadas sobre dos épocas que influyen igualmente en la vida del autor.

Nocturno Día, de Elías Nandino, vio la luz pública gracias a la Editorial Estaciones, de México. Las diversas partes de que se compone el poema están encabezadas con citas del libro del doctor Schweitzer *Paz o guerra atómica.* Con ello anuncia desde el principio su intención Elías Nandino.

Apunta en sus poemas el paisaje de fondo de la angustia, paisaje yermo de un mundo tal como dejaría al nuestro la guerra atómica.

Elías Nandino refleja igualmente la influencia que la amenaza de la guerra nuclear ejerce sobre el paisaje del alma, pues que lo que mata el brote, la ilusión y la canción no es todavía catástrofe alguna, sino la amenaza de guerra que pesa sobre la humanidad. En esa perspectiva llega el autor hasta hablar de «colectivo castramiento». Antes de que la guerra atómica convierta el paisaje terrestre en lunar, el miedo, la incertidumbre, la renuncia están fosilizando al hombre.

Pasión para una Sombra es el segundo libro de Saúl Ibargoyen Islas que llega a nuestras manos. Igual que el anterior —*El Otoño de Piedra*— ha sido publicado por las ediciones Deslinde de Montevideo.

El Otoño de Piedra era libro de sensaciones; en *Pasión para una Sombra,* Ibargoyen se dispone a contemplar el espectáculo de la vida como recostado contra el muro de su soledad. Su poesía está, sin embargo, humedecida por un rocío de solidaridad hacia los que sufren más que él de soledad, tristeza o desamparo.

Aparece Ibargoyen Islas mejor dotado para embarcarse en la corriente inagotable del intimismo que para esforzarse inútilmente en gesticulaciones que «no le van» a su fina sensibilidad.

La Eternidad Esquiva es el bello título de la obra de González Urízar editada por el Grupo Fuego, de Santiago de Chile, que llega a nuestro poder con cierto retraso.

González Urízar es poeta de romanticismo alucinante, arrebatado: *Yo solo sé que es menester el vértigo / para engendrar, arder, crear.* La poesía, la vida, el tiempo son hogueras en que se consume el poeta en espera de lanzarse un día al océano de la muerte con el empuje del caballo lorquiano que «se desboca y va corriendo a la mar y se lo tragan las olas».

En sus momentos de sosiego la poesía de Urízar refleja ambiente de mansiones señoriales, estancias abandonadas, piedras y vigas de palacio o de convento.

Juvencio Valle acerca en breve prólogo la poesía de Urízar a la de Juan de Yepes. Dícelo, sin duda, por el arrobamiento con que el autor atraviesa la vida. La eternidad se esquiva al poeta y su obra es la perpetua búsqueda del hombre que olfatea. Como, en lo tocante a eternidad, vivimos en este valle de lágrimas continuamente burlados, podemos augurar nuevos libros de igual belleza a Fernando González Urízar.

En *Animal de Costumbre,* Juan Sánchez Peláez resume las iluminaciones que le va deparando la vida. Su estilo le hace condensar vivencias que otros desarrollarían más largamente.

Es de lamentar que el poema entero no haya girado en torno al tema del «animal de costumbre», especie de mal ángel de la guarda del poeta. Ello hubiera conferido mayor fuerza y cohesión.

Animal de Costumbre, fue publicado en Caracas por la Editorial Suma, con una ilustración de Mateo Manaure.

CON PORTADA de C. R. Rivera se abre *Diluvio*, poema de Violeta López Suria, impreso en San Juan de Puerto Rico.

El poema de Violeta López tiene unidad temática y de situación, tal vez por ser más fruto de imaginación que de recuerdo.

Tras el diluvio nacerá otra moral *agua pura crecida / entre manzanos muertos*. Violeta López Suria cumple con el viejo deseo de los poetas de todas las épocas: hacer tabla rasa, borrón y cuenta nueva, renacer cada mañana.

LUIS LOPEZ ALVAREZ

Ernesto Guerra Da Cal
" Lua de alen mar "

ESTE LIBRO de Ernesto G. Da Cal (Galaxia, Vigo, 1959), compuesto de cuarenta y ocho poemas de breve y variada dimensión, más bien resulta ser uno sólo extenso, antes en atención a su reiterado mensaje íntimo que a la proliferación formal que lo contiene. Es un grito prolongado y agudísimo, autodestructor y fulminante para el poeta, quien, si ha de proferirlo —y en su emisión está su salvación—, deberá imponerse los indispensables respiros de sus pausas.

Trátase de un poema-diadema: uno en cada engarce y todos el mismo, variándose, automodificándose para alcanzar el ámbito de la queja tan enorme que lo anima y desata. O es una imprecación: un clamor que fustiga contra la pared sorda y ciega y muda —que ni absorbe ni refleja ni la voz ni el silencio— del destierro. Situado en un mar, en el poema brillan los fuegos de San Telmo.

El poeta desterrado sólo puede proyectar su voz hacia adelante, a costa de arraigarla en su herido pretérito. De ahí que en sus poemas, Da Cal describa un círculo mágico que permite recordar lo porvenir y augurar lo pasado:

memoria do futuro
presaxio do pasado,

Desarraigado de su Galicia natal, se torna utópico, y así, arrojado al margen de su tiempo, también deviene ucrónico. Al perder su mundo, se libera del mundo; y ese otro, extraño, en el cual vive él mismo extrañado, no lo rigen las leyes ordinarias, sino otras, complejas, ocultas, misteriosas, donde se confunden noche y día, luz y sombra, vida y muerte. Las visiones nostálgicas de semejante sueño, que también funde anhelos y añoranzas, son las chispas secretas de este libro. La luz, en vez de intensidad, proyecta forma:

Quén está eiqui
ao meu carón
conmigo
...
na luz cadrada
da auguria intensa?

y a esa luz cuadrada, oscuro espejo, y hondo, del destierro, destellan las vistas de lo desconocido:

van pasando as nubes grandes
erguendo lombos de gato.

La perpetua inmovilidad de los hallazgos —de las heridas fecundantes— prestigia la imagen poética, a la vez que distiende el diapasón de la espera. Todo se aquieta. Todo semeja haberse evadido del mundo en movimiento:

Parai eses remos.
O ar se petrifica.
Pedras no inmóvel rostro antigo.
I-a negra barca á espera!

Se detienen, pues, los remos. No sólo las faces, hasta el aire se convierte en peña. Y la negra embarcación, quieta, aguarda. Pero, ¿qué es lo que aguarda? Porque en los poemas, sombra, noche, sueño, viaje, quietud, los ecos de la infancia y la muerte, armonizan el bajo cifrado de la melodía. Desgajado de su mundo en vibración —el de Galicia en tal caso—, el poeta sólo puede cerrar su propia puerta personal a la puerta cerrada y sin nombre del destierro. Entonces sí que se opera la apertura del otro mundo, el íntimo:

O céu me abría a porta
azul
do seu espelho infindo
i-eu por ela partía
da verde mao da morna tarde morta.

El poema titulado «Procura», uno de los más intensos y angustiados, ofrece la clave posible: el poeta recorre un paisaje envuelto por la desolación, deshabitado, silencioso, nocturno. Grita. Nadie ni nada le devuelve ni aun su propio eco. Luego se revela que la fantasmagoría «sucedió la otra noche, cuando la luna ya se había puesto y el periódico dio la noticia de que su corazón había muerto».

«Tres mortes pequenas», «Disparate Miniado da Morte do Rei Sabio», «Isolamento», «Noiturno de Nova Iorque», bajo otras tantas formas son poemas en donde con humor, con dolor o con ambos, el corazón, muerto, genera vida. Pero en la muerte del corazón, por un insoportable sufrimiento inmenso, es donde sólo puede germinar y dilatarse, hasta derribar los muros sordos, ciegos, mudos, la vindicación creciente, nocturna y diurna, pasada y futura, continua,

inextinguible, de la poesía de no importa cuándo ni dónde.

Este poético éxtasis que proclaman los poemas de Ernesto G. Da Cal, genera una voz viva que aun latiendo entre otros luna y mar, inaugura en Galicia sus estremecimientos.

E. G.

Víctor L. Urquidi : " Trayectoria del Mercado Común Latinoamericano "

IBEROAMÉRICA ya no es aquella veintena de países soñolientos, alejados del mundo, convertidos en otros tantos compartimientos estancos, pasando periódicamente de la dictadura militar a la democracia paternalista, y viceversa. Ahora vivimos un período de despertar general, de descolonización, de independencia nacional y también de interdependencia, de comunidades económicas, de grandes conjuntos políticos. Parece como si el mundo tendiese hacia un vasto conjunto, arrancando precisamente del reconocimiento previo de las realidades nacionales. Pues bien, Iberoamérica nos ofrece el más perfecto ejemplo de esa nueva tendencia: reivindicación de la nacionalidad y deseos de establecer una vasta comunidad.

Como es sabido, hace unos meses se firmó el llamado tratado de Montevideo, merced al cual se creó la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, constituída inicialmente por siete países: Argentina, Brasil, Chile, México, Paraguay, Perú y Uruguay. Estos países han sido, pues, los iniciadores, los abanderados del movimiento latinoamericano en pro de un mercado común propio, beneficiando desde el primer momento de las enseñanzas aportadas por el mercado común europeo, el cual en medio de no pocas dificultades, va plasmando en realidades lo que hasta hace sólo unos años no pasaban de ser meras quimeras.

Víctor L. Urquidi, miembro del Colegio Nacional de México y distinguido economista, ha aprovechado los numerosos estudios y valiosa documentación elaborados por la CEPAL para presentar en su libro *Trayectoria del Mercado Común Latinoamericano* (C.E.M.L.A., México, 1960) una exposición clara y concisa de la trayectoria seguida por lo que comenzó siendo idea de simple eliminación de trabas aduaneras al comercio entre los países iberoamericanos, hasta convertirse en el concepto imperativo de un desarrollo económico mancomunado. A este respecto describe el autor los tanteos, las iniciativas, los pasos dados en estos doce años últimos para conseguir las dos máximas aspiraciones: zona de libre comercio y establecimiento de un mercado común.

En *Trayectoria del Mercado Común Latinoamericano,* el Sr. Urquidi pone de manifiesto que la economía iberoamericana se ha transformado considerablemente en los últimos tiempos, sobre todo después de la segunda guerra mundial. «Se ha modificado —nos dice— la composición de las importaciones, elevándose casi siempre la de materias primas y productos intermedios, a expensas de los bienes terminados de consumo»; por otra parte, «el fenómeno estructural sobresaliente ha sido el proceso de industrialización». Mas ésta ofrece bastantes dificultades, la primera tal vez la insuficiencia de los mercados nacionales. La necesidad que se impone, pues, es la de una liberación previa del comercio y el establecimiento de un mercado común.

Este libro es una buena exposición del problema que trata y ayudará a la comprensión del mismo. Ojalá logre un gran número de lectores.

I. I.

Denis Lambert : " Les inflations sud-américaines "

EL INSTITUTO de Altos Estudios de América Latina, organismo dependiente de la Universidad de París, publicó hace pocos meses esta importante obra de Denis Lambert sobre les inflaciones sudamericanas, aportación precisa y original de la escuela francesa de ciencias económicas a tan interesante tema.

Cuantos se interesan por esta clase de problemas, saben muy bien que la inflación es actualmente uno de los mayores peligros que corren tanto los países industrializados como los llamados subdesarrollados, no obstante consideren algunos economistas y no pocos políticos que la inflación puede resultar, en un momento dado, el motor capaz de animar o poner en movimiento una economía en trance de paralización. De todas las maneras, no deja de presentar tal política riesgos incalculables que es obligado no ignorar.

El autor de esta importante obra, antes de analizar las causas, mecanismos y repercusiones de la inflación en América del Sur, establece las dos formas de inflación que a su juicio es necesario tener en cuenta: la de subdesarrollo y la de crecimiento. La primera de ellas ofrece múltiples orígenes, que a su vez corresponden al retraso de las economías sudamericanas; puede tener causas internas o externas, es decir, ser «institucional» —ineficacia de las intervenciones estatales— o «transmitida» por el comercio

B.D.I.C

exterior —desequilibrio entre la oferta y la demanda—. La segunda suele ser consecuencia ineluctable de los esfuerzos de desarrollo; la financiación de las inversiones puede provocar la llamada «inflación de mutaciones», producida por los cambios de estructura demasiado rápidos.

Resulta imposible resumir en unas breves líneas el contenido de esta obra de más de 550 páginas. Digamos que el autor no se limita a estudiar los mecanismos de las inflaciones, junto con sus causas y sus repercusiones, sino que en la última parte de *Les inflations sud-américaines* pone de manifiesto las soluciones posibles, las cuales permitirían conciliar la necesidad de un desarrollo económico rápido y los imperativos de la estabilidad monetaria.

Nuestra revista dio a conocer hace meses uno de los capítulos de esta importante obra, con el título «La estructura agraria de Iberoamérica». Sólo nos resta recomendar su lectura a cuantos, profesionales o no, se interesan por estos problemas, y desear sea vertida pronto en lengua castellana.

I. I.

Julio Larrea : "La Educación Nueva"

ES ALENTADOR advertir como se va arraigando cada vez más en todos los países la estimación hacia la labor educativa, como una de las más importantes para el provecho espiritual y material de los pueblos, y como, por ende, crece la atención que se concede por los elementos directores a los problemas pedagógicos. De varios libros que sobre estos problemas se han publicado en la América de habla española nos hemos ocupado anteriormente. Hoy llega a nuestras manos *La Educación Nueva,* obra del distinguido profesor y publicista don Julio Larrea, cuya segunda edición aumentada acaba de publicarse por la Casa de la Cultura Ecuatoriana, de Quito.

Para quien lea con detenimiento *La Educación Nueva,* por poco perito que sea en asuntos pedagógicos, sobran los anticipos favorables, pues echará de ver en seguida que este volumen de cerca de cuatrocientas páginas, bien presentadas, pero un poco descuidadas —y es lástima— en su corrección, viene a ser un manual de Pedagogía muy de actualidad, en el que creemos que no queda por examinar y por analizar ninguno de los aspectos educativos que interesan no sólo al maestro y al hombre con vocación docente, aunque no sea maestro de profesión, sino a toda persona culta, que, por serlo, no ha de desentenderse de lo que constituye los cimientos de la cultura, y de modo principal a quienes tienen a su cargo la misión ardua y preñada de responsabilidades de gobernar a los pueblos y procurar su elevación cultural y ética.

Una de las ideas que inspiran el libro del Sr. Larrea y a la que pudiéramos decir que está supeditada toda su obra, es la de que lo que interesa ante todo en lo que atañe al niño, materia prima de la educación, no es la adquisición más o menos copiosa de conocimientos. Sin que esto haya de descuidarse, lo que se persigue en primerísimo lugar es su total y pleno desenvolvimiento, su formación social, moral, intelectual y física. Para el moderno educador, el mero saber tiene una importancia de segundo o de tercer grado. Lo que importa es hacer al hombre capaz, despierto, sano, abierto a todas las curiosidades saludables y apto para juzgar con acierto y obrar con eficacia y con bondad.

De los diversos métodos, sistemas y procedimientos educativos, unos acreditados ya por su eficacia, otros en estudio y ensayo, nos habla el Sr. Larrea, más preocupado de convencer, de encarecer la bondad de las nuevas normas pedagógicas, que de hacer literatura. Hay que agradecérselo. Y aunque la corta extensión impuesta a estas notas bibliográficas no nos permite entrar en un análisis circunstanciado de su libro, no hemos de cerrar este comentario sin recalcar la utilidad de la sintética revista que pasa a los métodos educativos de fama merecida y reciente, dando a este término un valor relativo (Montessori, Dalton, Decroly, Cousinet, etc.), muy concisa y acertadamente presentados, y su semblanza de lo que ha de ser el profesional docente, el maestro. ¡Mucho pide a éste el Sr. Larrea! Un desiderátum, si tenemos en cuenta que todavía se le remunera con cicatería en todos los países, cuando su labor es más trabajosa y trascendental que la de otras profesiones bien pagadas. Capítulo aparte merece cuanto dice el Sr. Larrea sobre las tendencias de la educación latinoamericana. Pero apenas si nos queda ya el hueco justo para felicitarle por el conjunto de su obra.

C. A.

COLABORADORES

● ALBERTO BAEZA FLORES, escritor chileno, residió en Cuba durante los últimos diecinueve años, país que abandonó hace unos meses. Es autor de diversos libros de poemas y de dos biografías: *¿Quién fue Simón Bolívar?* y *Vida de José Martí.*

● JAIME BENITEZ, rector de la Universidad de Puerto Rico, escribió una serie de artículos en

CUADERNOS

CUBA 1961

COLABORAN:

José Ignacio Rasco, Felipe Pazos,

Manuel Antonio de Varona,

Aureliano Sánchez Arango,

Humberto Medrano, Pedro Vicente Aja

Angel del Cerro y Néstor Suárez Feliú

SUPLEMENTO DEL Nº 47 (MARZO-ABRIL 1961)

4° P 5926

Los lectores de Cuadernos —*y quienes han seguido las actividades del Congreso por la Libertad de la Cultura— conocen nuestra actitud de repulsa contra el régimen dictatorial de Batista y luego, al triunfo de la revolución, nuestros votos sinceros porque « el pueblo cubano estableciera el imperio de la ley y diera cima a la creación de una sociedad libre y democrática ». En su primer gran homenaje al triunfo popular,* Bohemia *reprodujo en lugar preferente el valiente ensayo que Jorge Mañach nos había confiado un año antes : la auténtica* Bohemia, *tribuna de la libertad, se publica ahora en el exilio y en el exilio tiene que ejercer su profesorado, abatida y amarga la pluma, el gran biógrafo martiano, presidente de nuestro Comité cubano, que ha habido que disolver por segunda vez.*

¡Qué aleccionadora la experiencia cubana! La organización comunista, impopular por sus continuas coyundas con el oficialismo corrompido o abiertamente dictatorial, sistemáticamente excluída de los pactos suscritos por las fuerzas revolucionarias, ausente de la Junta de Liberación Cubana, ha monopolizado el concepto de revolución, ha secuestrado la voluntad popular y ha instaurado un poder único y totalitario. El que aparecía como líder glorioso de la Sierra Maestra, convertido a los pocos meses en triste instrumento, se permitió decir que la definición de anticomunista equivalía a la de contrarrevolucionario. Decía Lenin que los hechos son muy tozudos y que una política se juzga por los resultados. Ahí están los hechos y los resultados : la traición a los pactos suscritos, a las esperanzas abiertas, a las promesas hechas. Las necesarias reformas económico-sociales, los indispensables cambios en las estructuras y en los cuadros políticos y administrativos, reducidos al entronizamiento de una minoría —la nueva clase— privilegiada y dictatorial. Se han suprimido las libertades y los derechos por los que derramó el pueblo su sangre. En nombre de la independencia y de la soberanía nacionales, se ha convertido a Cuba en un nuevo satélite de los totalitarismos chino y soviético : en el primer satélite del hemisferio occidental. La transformación de los cuarteles en escuelas ha conducido a la militarización de los centros educacionales y de todo el país. Cuba se ha convertido en un Estado militarista y policíaco más. ¿Qué tiene que ver todo eso con la revolución democrática, la prometida y la esperada y la única auténtica, verdadera y popular en los países insuficientemente desarrollados? Eso es una contrarrevolución de nuevo tipo y no una revolución creadora. ¿Y en el ámbito latinoamericano? Aquí trata de cortarse el proceso de democratización abierto por la caída de las dictaduras pactando con los restos de éstas, socavando y dividiendo a los partidos democráticos y a las organizaciones sindicales libres, exacerbando los nacionalismos frente a los planes de integración, introduciendo la guerra fría en una inmensa región humana legítimamente empeñada en vivir al margen de ella.

Precisamente porque saludamos con entusiasmo a la revolución cubana en sus albores, tenemos ahora el deber ineludible de contribuir al esclarecimiento de la experiencia hecha. Experiencia de valor continental e intercontinental. Los autores de los documentos que aparecen seguidamente son todos cubanos. Representan la democracia cubana. Son los revolucionarios consecuentes y responsables de ayer y de hoy. Han conquistado el derecho a la palabra y nosotros tenemos el deber de escucharles.

Dir.-Gérant de la publication : R. FERRAND « E.P. », 232, rue de Charenton, Paris-12

Trasfondo histórico de la revolución

POR JOSE IGNACIO RASCO

La historia de Cuba ha tenido desde sus comienzos un gran compás de contragolpe y ritmo de contrapunteo entre el sentido evolutivo de la vida y el concepto revolucionario, entre el progreso lento y el surgir impetuoso, entre la paz armada y la guerra desalmada. Este doble matiz del acontecer criollo ha determinado, en buena parte, cierta paradoja y contradicción en el carácter cubano. El *reformismo* y el *autonomismo* han sido las más típicas manifestaciones del querer evolutivo de muchos tramos históricos. El *independentismo* y la *lucha contra las dictaduras* (Machado, Batista) son buenos ejemplos del impulso revolucionario que ha matizado la geometría política de nuestro pueblo.

Sin despreciar la importancia que para la integración cubana han tenido los valores evolutivos, nadie puede negar que el perfil (¿definitivo?) de nuestro país viene determinado por sus rasgos revolucionarios. Una lucha cruenta de treinta años y tres guerras nos costó la independencia de España. Un balance de muchos miles de muertos ha significado la batalla contra las dictaduras. Sin embargo, el natural del cubano no es propicio para la insubordinación revolucionaria permanente. Pueblo pacífico y reidor —a pesar de que Castro ha querido confiscar hasta la sonrisa—, se mueve con cierto desgano para la tarea revolucionaria. Eso explica que nuestra independencia se produzca casi un siglo después de la de Suramérica, y la prórroga excesiva en el poder de ciertos gobiernos tiránicos. Otros pueblos de América llevan con más sentido trágico su vivencia revolucionaria y la necesidad de una transformación violenta hunde más fuertes raíces en el subconsciente nacional. En parte posiblemente se deba a que las revoluciones cubanas han tenido siempre una fuerte dosis de frustración o desencanto. Sobre todo después de la convulsión de los años treinta, nuestra patria había entrado en una fase en que se aferraba tenazmente a *lo constitucional* y olvidaba el lenguaje violento de los términos revolucionarios. El esfuerzo insurreccional contra Batista fue un lento desperezarse de la conciencia de la somnolencia revolucionaria. Sólo después de agotar hasta el final las últimas posibilidades conciliatorias, el lenguaje de las armas pronuncia las palabras definitivas. Y es que había costado mucho asentar un « régimen de derecho » durante la docena de años que arrancan en la Constitución de 1940. En el orden social una legislación progresista había logrado triunfos singulares y muy superiores a otros países hermanos. No obstante estos logros, el país no quiso aceptar el fatídico golpe del 10 de marzo y se aunaron todos los mejores esfuerzos para conseguir el exterminio del régimen.

Esta revolución contra Batista fue, pues, eminentemente de carácter *político*, en cuanto que sus objetivos fundamentales obedecían al restablecimiento de la Constitución de 1940 y la convocatoria para unas elecciones que debían celebrarse en un término no mayor de dieciocho meses después de la caída del tirano. No hubo consignas de tipo social en la lucha y se hablaba de ellas sólo de un modo muy secundario ; los elementos fundadores y directores de la revolución antibatistiana pertenecían, en su gran mayoría, a la clase alta y burguesa, habiendo resultado casi infructuosa la incorporación de la gran masa sindical al proceso revolucionario. Es después del 1 de

enero de 1959 cuando se le inyecta contenido social, principalmente a través de la reforma agraria, con cuyo fundamento todos los cubanos estaban de acuerdo, aunque no con la plasmación práctica que hubo de hacerse. En realidad, si vamos a ser sinceros, debemos consignar que la conciencia nacional no estaba ocupada ni preocupada por el problema social, sino eminentemente por el tema político. Lo cual no significa que en Cuba no existiera injusticia social ni desequilibrio económico, pero se había arribado a una madurez que suponía encontrar mejor la solución de esos problemas a través de la vía evolutiva, complementando la Constitución. Nunca con la drasticidad infecunda con que el nuevo gobierno procedía en sus reformas. En la tradición histórico-política de Cuba no se ha producido jamás una revolución de absoluto sentido social, ni siquiera en los tiempos en que la negrura de la esclavitud dividía a los cubanos en dos bandos totalmente irreconciliables. Las luchas esclavistas tiraban siempre sobre el gozne de lo político y aunque fue un problema que anduvo gravitando enormemente en toda la centuria décimonona, no constituyó nunca una fuente de revolución social. Tal vez el sentido de igualdad esencial de todas las razas del hispanismo evitó que en Cuba nunca tuviéramos una revolución como la de Haití de 1792 o una guerra de secesión como en la tierra de Lincoln. El negro se incorpora al blanco en la guerra del 68. Se eliminó lo que Ramiro Guerra llamó « la barrera de contención », dique de prejuicios que obstruía las corrientes de simpatía de las dos razas. El anexismo hacia los Estados Unidos, que tuvo gran ascendencia en ciertos sectores dirigentes de nuestra sociedad, principalmente entre 1848 y 1852, no fue tampoco un movimiento de carácter social.

En los primeros tiempos de la conquista y colonización sí existió el problema social, y al mismo tiempo jurídico y económico, que significó la encomienda ; pero no se produjo tampoco una efervescencia revolucionaria de suficiente categoría. Cuba es uno de los lugares donde la conquista resultó más fácil y la colonización comenzó más pronto.

Cuando el primer denunciador de nuestros males, don Miguel de Velázquez, llamó tierra « tiranizada » a la Cuba de 1547, tampoco estuvo provocando un hecho revolucionario y mucho menos de contenido social. El mismo era un producto mestizo y su criticismo no era más que una manifestación del carácter hispano. Tal vez pudiera pensarse que el alzamiento de los vegueros del siglo XVIII podría constituír un esfuerzo revolucionario de tipo social. Pero más que social, parece ser de tipo económico y político la actitud de aquellos mártires que dieron sus vidas por luchar contra el estanco del tabaco.

Arango y Parreño logró, a fines del siglo XVIII y principios del XIX, a pesar de su pensamiento reformista, una *revolución* económica y social, con caracteres negativos en el aspecto racial, pero positivos en el económico. Su audacia convirtió a Cuba en la azucarera del mundo, pero al mismo tiempo desencadenó un huracán de preocupaciones con el aumento del tráfico negro y de la esclavitud de sus *representaciones* ante las Cortes. Otras voces reformistas anteriores o posteriores a Arango, como las de Arrate, Caballero, Saco, y del Monte, habían logrado algunos triunfos en distintos campos, sin necesidad de acudir a la violencia. El mismo celo que históricamente ha tenido que demostrar Cuba para convertir su insularidad geográfica en verdadera insularidad política, es otra prueba de cómo el cubano estaba acostumbrado a resolver sus problemas por vías pacíficas y normales, sin necesidad de acudir a los grandes hechos de armas. Pudo más José Antonio Saco con su dialéctica contra la anexión que todos los acorazados norteamericanos que pretendían, con la cooperación de los anexionistas cubanos, recoger la manzana política de nuestra patria. Y, en definitiva, la propia España se negó a vender la Isla a las potencias extranjeras que pretendían adquirirla a precios muy ventajosos, lo cual evitó cierto trasfondo violento que la venta hubiera producido.

En nuestra etapa republicana tuvimos que sufrir la humillación de la Enmienda Platt, apéndice constitucional que indudablemente mermaba nuestra soberanía. Pues bien : a través de mecanismos de cancillerías pudimos borrar en el año 1934 la ominosa y odiada ley del Senado norteameri-

cano. Todo esto explica por qué el sentido revolucionario del pueblo de Cuba, más maduro y menos primitivo, sabía calar hondo en la realidad de nuestra problemática nacional. No era el sentido revolucionario de los « hombres de acción » lo que el pueblo de Cuba venía entendiendo por revolución, sino, fundamentalmente, la necesidad de reformas raigales en el orden económico-social, pero, sobre todo, con un gran acento de carácter moral. La revolución de 1933 había logrado grandes conquistas sociales, mas le faltaba la gran conquista de la moral pública como sistema de normas basado en la correlación íntima que existe entre derecho y deber. En otras palabras : faltaba por hacer en Cuba la gran *revolución moral* que era el anhelo fundamental del pueblo y que explica el gran éxito popular que alcanzó el líder Eduardo Chibás, y que anteriormente parecía haber encarnado el Dr. Ramón Grau San Martín, gran defraudador de las esperanzas públicas. Fidel Castro, conocedor de esto, quiso durante toda la etapa de lucha y en los primeros pasos después de la victoria asentar su personalidad también sobre un terreno ético. Se decía que se iba a instaurar un régimen de gran austeridad y se demandaba el paredón para los malversadores. En la práctica ya se sabe que ha sido el régimen más malversador que Cuba ha padecido. Se ha robado la nación entera y se la ha entregado a la voracidad de Moscú y de Pekín.

Si fuéramos, en una apretada síntesis, a caracterizar el pensamiento fundamental de las grandes revoluciones cubanas, que Martí pudo resumir perfectamente, encontraríamos que toda revolución netamente cubana ha de contar con las siguientes características : a) primacía de la dignidad de la persona humana : b) inevitabilidad de la acción bélica ; c) distinción entre gobierno y pueblo ; d) condenación de cualquier forma de discriminación ; e) supremacía de lo civil sobre lo militar ; f) hermandad de Cuba con los pueblos hispanoamericanos ; g) estilo propio de vida.

Puede decirse que si algún fenónieno revolucionario en Cuba no posee estas características, sin perjuicio de que pueda poseer algunas otras, no será un movimiento de genuina cubanía.

Carlos Manuel de Céspedes, en su Manifiesto de la Demajagua ; Ignacio Agramonte, en su brillante tesis de grado de la Universidad de La Habana ; en las cartas de Antonio Maceo, y en toda la labor político-literaria de Martí, encontramos siempre la idea de que la ley fundamental de la República ha de ser la de la dignidad y el decoro del hombre. Es decir, la afirmación moral antes que todo.

Otra idea constante en toda revolución cubana es la de que se va a la guerra porque se han cancelado todas las demás posibilidades, porque es la única solución de los males. Por eso no hay impaciencia ni afán alocado de lanzarse a la ligera.

Porque la guerra es inevitable, en legítima defensa, se hace justa, pero ha de ser breve, para que una victoria pírrica no acarree una derrota moral.

Una distinción muy fecunda y permanente en todos los procesos revolucionarios es la distinción entre los pueblos y los gobiernos. Aquéllos víctimas y éstos victimarios. Este pensamiento arranca con el propio Padre Varela en el primer tercio del siglo y se consolida al final del mismo con la presencia martiana. « Jamás echaremos de nuestro lado... al hijo de España..., ni hemos de olvidar que si españoles fueron los que nos sentenciaron a muerte, españoles son los que nos han dado la vida... Por la libertad del hombre se pelea en Cuba y hay muchos españoles que aman la libertad. A esos españoles los atacarán otros. ¡Yo los ampararé toda mi vida! A los que no saben que esos españoles son otros tantos cubanos, les decimos : ¡Mienten! »

Cuba ha sido un país en que las diferencias raciales o de clases no han provocado verdaderos odios. Sí hubo recelos y desconfianzas recíprocas, sobre todo durante la primera mitad del siglo XIX ; pero desde el principio se proclamó teóricamente la igualdad absoluta de todos los cubanos y se confirmó prácticamente en la acción hermanada de todas las clases sociales y de las dos razas en los campos de batalla. Y entre los grandes de la Patria ha brillado siempre la figura egregia de Antonio Maceo, « El titán de bronce », junto, en la misma categoría de Máximo Gómez y de José Martí.

Una característica inevitable de nuestro

proceso histórico ha sido el civilismo. En su proceso de madurez se abrió paso a través de la plaza pública, de la polémica filosófica y de la escuela. No surge, pues, de las simples guerras o guerrillas. Si sólo hubiera estado presente el factor bélico, hubiéramos constituído una gran tribu. Nuestros poetas, maestros, pensadores, sacerdotes, escritores y periodistas crearon la conciencia mínima necesaria para que la insurrección no abortara. No produjimos el caudillismo militaresco de otros países suramericanos que horrorizó a Heredia, nuestro gran poeta, y le hizo abandonar la musa independentista ante el cuadro de los mexicanos. El viejo Gómez lo vio claramente cuando dijo : « Los hombres de la guerra para la guerra y los hombres de la paz para la paz. » Maceo lo confirmó sometiéndose siempre a la disciplina civil. « Un pueblo no se funda como se manda un campamento », dijo Martí. De ahí el amor de todo esfuerzo revolucionario por el molde constitucional y democrático, por el « estado de derecho ».

Puede decirse que la guerra de los diez años se perdió, en parte, por el celo civilista de los insurrectos que prefirieron llegar a un Zanjón antes que construir una República sin cámara legislativa, sin distribución de poderes, ni subordinación de lo militar a lo civil. De ahí que en todo propósito revolucionario cubano se haya escuchado siempre el latido constitucional. Recuérdese Guáimaro y Jimaguayú, esfuerzos constitucionales heroicos en medio del fragor de las batallas.

Cuba, a pesar de ser una isla, ha poseído en todo momento una gran característica internacional o cosmopolita. Hemos sido « crucero del mundo », « ruta de Indias », « llave del golfo », « antemural de las Indias », escala de América »... Acaso por eso la terquedad visionaria de Colón se empeñó en demostrar que Cuba no era una isla... Todas las revoluciones cubanas se han gestado y hecho posibles por la cooperación de los territorios vecinos. En este sentido, México, Centroamérica, Venezuela y Estados Unidos han constituído como el perímetro obligado de todo revolucionario cubano, y ciudades como Tampa, Cayo Hueso, Nueva York, Miami, México y Caracas han integrado verdaderos baluartes revolucionarios de Cuba. Es una lección de geopolítica.

El afán peculiar del cubano de sobrevivir con características personales le ha hecho asumir posiciones típicas para no verse arrollado por el remolino de dos culturas que giran en torno suyo : la sajona de los rubios del norte y el mundo latino de los morenos del sur. « Hombres somos y no vamos a querer gobiernos de tijera o de figurines, sino trabajo de nuestras cabezas sacado del molde de nuestro país... Injértese en nuestra República el mundo ; pero el tronco ha de ser de nuestra República. » En otros términos : el sentido martiano de que nuestro vino es agrio, pero es nuestro vino.

De las características anteriores que hemos señalado como indispensables en todo proceso revolucionario cubano, se deduce claramente cómo el actual gobierno revolucionario ha violado todas y cada una de las mismas.

En efecto, nunca en Cuba el sentido de la dignidad humana y de la vida misma del hombre ha sido rebajado hasta límites verdaderamente miserables. El paredón físico ha eliminado injustamente miles de vidas y el paredón moral de la difamación y el desprestigio de cualquier adversario ha funcionado más implacablemente aún. El concepto leninista de que es moral todo lo que sirva a los intereses de un gobierno revolucionario, ha prevalecido como canon ético en el proceso castrista. Así no se ha respetado, no ya al adversario, sino ni siquiera al amigo y compañero de la víspera. Implacablemente han ido cayendo acusados de traidores los propios hombres que el régimen llevó al poder. Una burla absoluta y un desprecio olímpico por toda ley ha mantenido al ser humano en un ambiente de odio, de inseguridad y de injusticia.

Ha provocado además el régimen una guerra que a todas luces hubiera sido innecesaria en un gobierno que tuvo en un principio más del 90 % de la población y la confianza más absoluta a que autoridad alguna haya podido aspirar. A pesar de la advertencia de los primeros meses de no emplear jamás la fuerza —« ¿armas, para qué? »—, la nueva tiranía ha uniformado militarmente toda la Isla y ha forzado al

pueblo cubano a marchar de nuevo a la guerra.

Otra medida que el régimen ha querido establecer es la confusión entre el gobierno y los gobernantes, entre Cuba y su actual régimen de gobierno, pretendiendo que los ataques a su sistema opresor constituyen ataques a la Patria misma. Ha llegado a hablar de democracia directa un régimen que no tolera la más mínima expresión política, que ha violado todos los derechos humanos, que ha suprimido todos los partidos políticos menos el comunista, que ha hollado la Constitución de 1940, que no se atreve a convocar al pueblo a unas elecciones democráticas y que mantiene al país en verdadero estado de sitio permanente.

En el afán demagógico de agitar las conciencias, el propio Dr. Castro ha planteado los temas de la discriminación racial, social, política y religiosa del país en los peores términos de acidez y desconcierto. Lejos, pues, de un afán igualitario, se ha especializado en cultivar todas las disensiones posibles, dividiendo las organizaciones nacionales, incluyendo hasta la propia familia. Si grande ha sido el destrozo material en los bienes raíces, mucho peor ha sido la división intestina que ha creado en todos los sectores del país.

Nunca en Cuba ha habido tanto militarismo como en los momentos actuales. Jamás ha tenido como ahora más de 300.000 hombres en armas. Jamás se ha gastado tantos millones de pesos en armamentos como en este régimen. Todo se encuentra militarizado. Los hombres de uniforme son los que gobiernan el país. El presidente de la República no es más que un muñeco de los espadones que dirigen. Casi todos los dirigentes de las dependencias nacionales son militares.

Merced a ello, Cuba se ha visto más desvinculada de América que en todas las épocas anteriores. Un afán de olvidar los lazos que vinculan a los países hispanoamericanos parece ser objetivo de la política de Castro. Sin el menor propósito de seriedad en sus planteamientos y con gran fanfarria demagógica, asistió a la Conferencia de los Veintiuno en Buenos Aires, en el año 59, no a hallar soluciones, sino a crear y plantear problemas. Ya desde entonces buscaba gran acercamiento con los países comunistas como manera de infiltración de la propaganda y las técnicas rojas en América. El desprecio olímpico que siente por todas las organizaciones y tratados interamericanos, así como los insultos que ha dirigido a todos los gobernantes de América, forman parte de su plan de crear divisiones también en América Latina.

Para completar la denegación de las mejores características cubanas en todo fenómeno revolucionario, también ha abandonado Castro las mejores tradiciones cubanas para entregarse a copiar servilmente los modos y estilos de la política comunista en el mundo e implantar organizaciones importadas de esos países. Ha destruído casi todas nuestras fuentes naturales de recursos económicos y nuestros mercados habituales, para vender la Isla, en misérrimas condiciones, al imperialismo soviético.

El proceso revolucionario de Cuba que hubo de derrocar a Fulgencio Batista, ha sido desnaturalizado en sus esencias fundamentales por el desgobierno comunista que ha puesto a la Revolución al servicio de ese imperialismo extraño ; pero al mismo tiempo ha engendrado ya la réplica del pueblo de Cuba, persistente en mantener su cubanía revolucionaria a toda costa e implantar un estado de derecho pleno, sin cortapisas de ninguna índole, donde puedan aunarse el sentido democrático de la existencia con las proyecciones de justicia social que todos anhelamos. A todo lo largo y lo ancho de la Isla se observan ya fuertes brotes insurreccionales que proclaman, en su desesperación, que el camino de la conciliación y el arreglo pacífico se ha agotado en Cuba nuevamente. Una vez más, nuestro pueblo de Cuba habrá de concertar sus mejores arrestos para empuñar de nuevo la lucha por la libertad, la independencia y la justicia social. Y una vez más, quedará demostrado ante el mundo que el cubano prefiere morir de pie antes que vivir de rodillas. Se hará entonces la verdadera Revolución cubana, transformadora y fecunda, acorde con las grandes características de todas nuestras anteriores revoluciones, digna y violenta, popular, no demagógica, antidiscriminatoria, civilista, latinoamericana y autóctona.

JOSE IGNACIO RASCO

Suplantación de las instituciones políticas y de la estructura constitucional

POR MANUEL ANTONIO DE VARONA

A PARTIR DEL GOLPE MILITAR del 10 de marzo de 1952, que interrumpió nuestro proceso de consolidación democrática e institucional, los partidos de oposición y todos los sectores responsables del país abogaron por el restablecimiento pleno de la Constitución de 1940 y la celebración de elecciones libres.

Al incorporarse a la lucha contra la dictadura de Batista, Fidel Castro se hizo eco de estas demandas y sobre ellas hizo descansar su programa revolucionario, que incluía, como medida complementaria, la realización de una reforma agraria dentro de las propias normas constitucionales.

En el discurso « La Historia me absolverá », pronunciado durante el juicio por los sucesos del Cuartel Moncada en 1953, Fidel Castro sintetiza toda su plataforma política. En dicho discurso, Castro prometió que « la primera ley revolucionaria de su gobierno le devolvería al pueblo la soberanía y proclamaría la Constitución de 1940 como la verdadera ley suprema del Estado, en tanto el pueblo decidiese modificarla o cambiarla, y a los efectos de su implantación y castigo ejemplar a todos los que la habían traicionado, no existiendo órgano de elección popular para llevarlo a cabo, el movimiento revolucionario, como encarnación momentánea de esa soberanía, única fuente de poder legítimo, asumía todas las facultades que le son inherentes a ella, *excepto la de modificar la propia Constitución* : facultad de legislar, facultad de ejecutar y facultad de juzgar ».

En el « Pacto de Caracas », que suscribieron en 1958 todos los sectores revolucionarios, incluyendo el movimiento de Fidel Castro, se acordó establecer un gobierno provisional bajo la égida de la Constitución de 1940 y celebrar elecciones generales dentro de un plazo de 18 meses.

La gran traición

Violando el sagrado compromiso que contrajo con el pueblo cubano, Fidel Castro suspendió indefinidamente la vigencia de la Constitución de 1940. Y al hacerlo, dejó al país sin Carta constitucional, a merced de la voluntad cambiante y omnímoda de los gobernantes. No puede considerarse Constitución la Ley Fundamental que se encuentra nominalmente en vigor, toda vez que ésta, además de ser espuria, puede ser reformada, alterada o suprimida por la minoría que usurpa el Poder.

El sistema de gobierno establecido en Cuba, anula los derechos individuales y sociales reconocidos en la Constitución de 1940, y falsifica los verdaderos postulados de la Revolución. Las principales características del régimen de Castro son las siguientes :

a) Dictadura ejercida por un triunvirato (Fidel Castro, Raúl Castro y Ernesto Guevara) que de hecho concentra en sus manos todos los poderes del Estado : legislativo, ejecutivo y judicial. (La Constitución de 1940 descansa en el principio de la división de los poderes del Estado.)

b) Modificaciones por decreto de la Constitución. (La Carta Magna de 1940 sólo pue-

de ser reformada por el Congreso, por el cuerpo electoral mediante un referéndum o por una asamblea plebiscitaria.)

c) Expulsión de los jueces y magistrados que no se sometan a los criterios del Gobierno. (La Constitución de 1940 establece que los jueces y magistrados son independientes en el ejercicio de sus funciones y no deben obediencia más que a la Ley.)

d) Supresión de todos los partidos políticos, con excepción del comunista, y abolición del sufragio universal. (La Constitución de 1940 declara que es libre la organización de partidos y asociaciones políticas y establece para todos los cubanos como derecho, deber y función el sufragio universal, igualitario y secreto.)

e) Anulación de todos los derechos individuales reconocidos en la Constitución de 1940 a través de leyes penales con efecto retroactivo en perjuicio del reo ; leyes civiles retroactivas sin la correspondiente indemnización por los daños inferidos a los derechos adquiridos ; confiscaciones y despojos como sistema de gobierno ; suspensión del procedimiento de « habeas corpus » ; detenciones indefinidas por mera sospecha ; tribunales de guerra permanentes para conocer de delitos políticos y de opinión ; maltratos, torturas y vejaciones constantes a los presos políticos ; fusilamientos en masa sin la previa celebración de juicios que ofrezcan las más elementales garantías a los acusados ; limitaciones para salir del territorio nacional ; violación del secreto de la correspondencia ; desconocimiento del principio de la inviolabilidad del domicilio, e incautación de toda la prensa, la radio y la televisión, empleando diversos procedimientos que abarcan desde el boicot económico a las empresas, hasta la ocupación por la fuerza de los talleres y plantas.

f) Incautación de todos los medios de producción, sin pagar indemnización alguna. Este gigantesco despojo, cínicamente bautizado con los nombres de reforma agraria, industrial y urbana ha permitido al régimen de Castro apoderarse de toda la agricultura, el comercio, la industria, la banca, el transporte y la propiedad urbana. De esta forma, se ha consumado en Cuba el programa marxista en lo que respecta a la abolición total de la propiedad privada. (La Constitución de 1940 reconoce la existencia y legitimidad de la propiedad privada.)

g) Anulación de todos los derechos sociales reconocidos en la Constitución de 1940 a través de las siguientes medidas : control estatal de todas las actividades obreras ; abolición del derecho de huelga ; transformación de los sindicatos en agencias políticas del gobierno ; censo laboral para controlar el empleo ; introducción de un sistema de descuentos forzosos ; imposición en el campo de un régimen de comunas ; pago de los salarios en vales o fichas que sólo pueden ser canjeados por los escasos artículos que se venden en las tiendas del Estado ; militarización de todo el trabajo mediante la incorporación obligatoria de obreros, campesinos y profesionales a las llamadas milicias revolucionarias.

h) Adopción de medidas tendientes a monopolizar la enseñanza en todo el país, imponiendo el texto único que falsea nuestra historia. (La Constitución de 1940 garantiza la libertad de enseñanza.)

i) Adoctrinamiento comunista en los centros de enseñanza, cuarteles, sindicatos y asociaciones de campesinos. Supresión de todos los programas católicos radiales y televisados. Campaña de difamación contra la Iglesia Católica. Persecución a los sacerdotes y dirigentes de asociaciones religiosas que se manifiesten contra el comunismo. (La Constitución de 1940 proscribe el comunismo y garantiza la libertad de cultos, sin otra limitación que el respeto a la moral cristiana y al orden público.)

j) Firma de Tratados a través de los cuales el gobierno de Cuba se somete política, económica y militarmente a la Unión Soviética y sus satélites. (La Constitución de 1940 establece que la República no concertará ni ratificará pactos o tratados que en forma alguna limiten o menoscaben la soberanía nacional o la integridad del territorio.)

k) Organización de expediciones armadas contra varios países vecinos, con objeto de derrocar a los gobiernos constituídos y extender progresivamente la revolución comunista a todo el Continente. Financiamiento de campañas subversivas en las repúblicas latinoamericanas. Distribución de propaganda marxista a través de las emba-

jadas y consulados cubanos. Desacato a la Organización de Estados Americanos y repudio de los tratados regionales vigentes. (En la Constitución de 1940 se consigna que Cuba condena la guerra de agresión ; aspira a vivir en paz con los demás Estados y a mantener con ellos relaciones y vínculos de cultura y de comercio.)

Conclusiones

En vista de los hechos antes relacionados, puede afirmarse categóricamente que en Cuba se ha implantado violentamente un sistema de gobierno contrario a la Constitución de 1940 y a los verdaderos postulados de la Revolución, que reune todas las características de un régimen totalitario comunista.

Las relaciones políticas, económicas y militares que unen hoy a los gobiernos de Cuba y de la Unión Soviética permiten aseverar que nuestra patria ha sido convertida en un Estado satélite ruso y en la plataforma del comunismo internacional para la subversión y ulterior dominación de las Américas.

Al amparo del derecho inalienable de resistencia a la opresión, se constituyó el Frente Revolucionario Democrático. Esta organización, que dirige la lucha del pueblo cubano contra la tiranía comunista de Fidel Castro, ha reclamado de las repúblicas americanas el cumplimiento de los tratados anticomunistas vigentes. En Cuba no sólo se debate el destino de una nación que lucha aislada contra el poderío económico y militar de las potencias comunistas: se debate la supervivencia de América como continente libre.

El pueblo de Cuba, hoy en pie de guerra, jamás abandonará la lucha por el rescate de sus instituciones democráticas. Antes preferirá inmolarse en supremo sacrificio que aceptar vivir sin libertad.

MANUEL ANTONIO DE VARONA

Cómo se suprimió la libertad de prensa

POR HUMBERTO MEDRANO

« Están cortadas todas las piedras para el edificio de la libertad ; le podéis construir un templo o una tumba con las mismas piedras. »
SAINT-JUST.

Con esta cita, terminaba un artículo nuestro titulado « Un Tigre Asido por la Cola », publicado en *Prensa Libre* en los albores de aquel enero luminoso y prometedor que siguió a la caída de Batista. ¿Quién podía sospechar entonces que Fidel Castro escogería el segundo término de la alternativa? Nadie. Ni nosotros, que al transcribir la frase de Saint-Just, parecíamos haber tenido una premonición.

Lo cierto es que al hacerlo, no estábamos manifestando un verdadero estado de conciencia. Fue tan sólo una reacción ins-

tintiva frente al precipitado y ya ostensible endiosamiento del caudillo victorioso, cosa que por el momento parecía ser el único peligro. Sin embargo, había otros, más ominosos aún, latentes bajo aquel providencialismo fulgurante.

Al bajar de la Sierra, Fidel Castro no sólo trajo la aureola heroica del guerrero. En el fondo de su mochila de insurrecto traía también un carácter autoritario y un afán desbordado de absoluto predominio político. Y algo peor : traía, disimulados bajo un éxtasis de justicia, sus abominables compromisos con el comunismo.

Al principio estaba un tanto confuso sobre la forma de alcanzar esos afanes y de cumplir esos compromisos. Para ello era preciso traicionar la fe de un pueblo, asfixiar sus anhelos de paz, suprimir sus tradiciones democráticas. Y esto suponía también crear nuevos odios para dividir la familia cubana, incrementar nuevas y hasta entonces desconocidas luchas de clase, transformar en fin una tierra noble, alegre y generosa, en un infierno de pasiones hostiles que le permitiera no sólo ejercer un control absoluto a través del terror y la violencia, sino que le facilitara el logro de objetivos aún más siniestros y demoledores : convertir a Cuba en un explosivo político, colocado en los cimientos de nuestras libertades hemisféricas.

Empeño tan infame no podía ser conseguido en forma abierta y declarada. Requería técnica, experiencia, poder de disimulo, crueldad y total falta de escrúpulos.

Los dos primeros ingredientes se los facilitaron los bonzos del comunismo criollo y el Che Guevara. Los tres últimos, no tenía que buscarlos Fidel Castro fuera de su ámbito personal. Eran rasgos distintivos del carácter de este antiguo pandillero, ejercitado en el atraco y el desprecio por la vida ajena.

Bajo estas circunstancias propicias pronto quedó el monstruo listo para actuar. Y entonces comenzó la agonía de nuestras libertades, empezando por la libertad de expresión, base de todas las demás.

Debemos significar que lo más trágico de esta agonía es que no solamente en un principio, sino mucho después, muy pocos se daban cuenta de ella. El pueblo cubano no había tenido experiencia en la perfidia comunista. Estaba acostumbrado a los contrastes violentos. Blanco o negro ; politiquero o apóstol (aunque muchos politiqueros tuvieran rasgos apostólicos y la mayor parte de los apóstoles devinieran politiqueros). Hay que confesar que el criollo padecía en su mayor parte, de cierto infantilismo a este respecto. Sólo concebía, como en los cuentos de hadas, los « malos » y los « buenos ». Por eso a casi todos sorprendió aquella mezcla de tonalidades de nuestro anochecer político, en que la venganza se disfrazaba de justicia, la violencia de piedad, el despojo de generosidad, el nuevo privilegio de sacrificio, el agresor de víctima y la obediencia servil de patriotismo.

Pero volvamos a la libertad de expresión.

Fidel Castro sabía que una prensa independiente, ejerciendo sus derechos de crítica y cumpliendo sus deberes de fiscalización, es un valladar que protege todos los demás derechos y obliga al cumplimiento de todos los demás deberes. Sabía que no es fácil mentir y engañar a la opinión pública —por muy maestro que se pueda ser en los manejos de la oratoria efectista y demagógica— si hay periódicos que llaman la atención sobre esas mentiras y desenmascaran a los farsantes con la publicación de los hechos que ellos ocultan o deforman. Por eso, desde el primer momento, decidió controlarla.

Por supuesto, no hubo al principio ningún tipo de agresión frontal. Eso hubiera sido burdo y contraproducente. Había que hacerlo sin que pareciera un acto descarnado de censura a lo Batista, o de despojo a lo Trujillo. Para eso estaban ahí, a mano, la estrategia comunista, su retorcida dialéctica, su táctica solapada. Para empezar. Después, ya no haría falta. Después sería el cinismo, el moño suelto, el arrasamiento total.

Y como consecuencia, las voces y plumas uniformadas, la repetición unánime de la consigna impuesta, la propagación sistemática de la mentira y el terror...

El plan

Tal como fue concebido, el plan habría de desarrollarse como sigue :

a) Ocupación *manu militari* de los perió-

dicos y radioemisoras pertenecientes a funcionarios, amigos o elementos vinculados en cualquier forma al régimen de Batista.

b) Desate desde esos periódicos y radioemisoras de una campaña de descrédito contra todo medio de expresión independiente, participando en ella altas figuras del régimen.

c) Campaña de estrangulamiento económico mediante la retirada de toda propaganda oficial de las páginas de la prensa independiente y la presión ejercida sobre los anunciantes particulares para que retiraran o mermaran la suya.

d) Instigación de actos de violencia tales como quemas, entierros simbólicos, volcaduras de camiones de reparto y amenazas a los agentes y repartidores, orientados a producir pánico entre los suscriptores y mermas en la circulación.

e) Control de las direcciones de los Colegios de Periodistas y de los Sindicatos de la Unión Nacional de Artes Gráficas, destituyendo a los anteriores dirigentes y sustituyéndolos por elementos comunistas, filocomunistas o simplemente oportunistas, dispuestos a actuar como dóciles instrumentos en los planes de apoderamiento total de los medios de expresión.

f) Elaboración y ejecución a través de esos elementos de medidas de provocación tendientes a producir perturbaciones internas en los centros de trabajo y a mermar la autoridad de las empresas.

g) Confiscación de bienes a propietarios de empresas periodísticas por supuestas connivencias con el régimen de Batista.

h) Ofensiva final mediante la creación de graves conflictos entre las empresas que quedaban en pie y parte de su personal, utilizando a los agentes provocadores para precipitar la ocupación de esos periódicos y su posterior confiscación.

Ocupación « manu militari »

Desde los primeros momentos se procedió, como hemos dicho, a la ocupación militar de todos los periódicos y estaciones de radio pertenecientes a elementos vinculados a la dictadura. Así fueron ocupados *Alerta, Pueblo, Ataja,* la CNC-Reloj de Cuba —convertida en Radio Rebelde—, Radio Mambí, etc., en La Habana, y muchos más en el interior de la República. Al mismo tiempo se permitía editar de nuevo el periódico *Hoy*, órgano del Partido Comunista, cuya publicación había sido prohibida en época del doctor Carlos Prío Socarrás porque dicho periódico no pertenecía al Partido. Había sido comprado con aportaciones de todos los obreros y pertenecía por tanto a la Confederación de Trabajadores de Cuba. Pero los comunistas se lo habían apropiado, y ahora el gobierno de Fidel Castro cohonestaba el apoderamiento ilegal por parte de un partido político de lo que pertenecía a los trabajadores.

Era lógico que aquellos vehículos de expresión que habían pertenecido a los favoritos y beneficiarios de la dictadura de Batista no quedaran en manos de quienes los habían utilizado para justificar y defender los desmanes de la tiranía. Pero la fórmula de apoderamiento *manu militari* y su entrega graciosa a un grupo de edecanes, sin procedimiento previo de subasta, era una muestra del corte totalitario del nuevo régimen.

Pero no sólo se entregaron ilegalmente a unos cuantos favoritos estos medios de expresión. Se reclutó para operarlos y dirigirlos a cuanto derrelicto resentido de la letra impresa arrastraba por bares y antesalas su analfabetismo y sus ocios profesionales y a cuanto literato frustrado encontraron en disponibilidad de volcar en las páginas impresas o en las ondas radiales sus envidias o el turbio relente de sus borracheras intelectuales.

Capitán de esa cuadrilla —como director del nuevo libelo *Revolución*— fue nombrado Carlos Franqui, un antiguo comunista, corrector de pruebas del periódico *Hoy*, trepador profesional, primero de la Sierra Maestra para protegerse y ganar méritos sin disparar un tiro —hubo un momento que la Sierra Maestra era la mejor y más segura embajada—, y después de los despachos de periódicos ajenos, adonde iba al principio como « colega » a pedir papel y otros favores, y luego —como pirata de la letra de molde— a tomar posesión rodeado de fusiles.

Así nacieron *Revolución, La Calle* y *Combate,* libelos de la más negra estirpe, por cuyas columnas cuarteleras se siguieron paseando con más fuerza que nunca el cri-

terio sobornado, el vandalismo moral y la justificación del desafuero, característicos de su pasado batistiano.

En un principio, pues, no sólo no fueron suprimidos los libelos oficiales de la dictadura derrocada, sino que se les mantuvo vigentes con distinto personal y mayores privilegios, para servir la nueva tiranía.

En primer término, se les dio acceso exclusivo a las fuentes de noticias oficiales. El propio Carlos Franqui asistía, con varios reporteros, a los Consejos de Ministros. A ningún otro periodista se le permitía. Por su parte, los organismos de investigación, policíacos y militares, sólo daban acceso en sus recintos a los reporteros y fotógrafos de los periódicos oficiales, especialmente *Revolución*, que disponía, para realizar reportajes e incluso para el transporte de sus periódicos a provincias, de aviones militares. De esta manera se aseguraban para los periódicos favoritos las primicias de las noticias importantes, especialmente las que se referían a la nueva legislación revolucionaria que tanto interesaba al público.

En segundo término se les enjugaban los déficit con gruesas sumas semanales malversadas del Tesoro público ; y en tercer término se les dio una patente de impunidad para la calumnia y el ultraje.

De esta forma quedaron erigidas y puestas en funcionamiento las nuevas catapultas del régimen totalitario, manipuladas por nuevas cofradías de Monipodios que harían del periodismo cubano la más vergonzosa y nauseabunda sentina que ha conocido América.

La ofensiva de descrédito

Desde estas catapultas de cieno comenzó la ofensiva de descrédito contra todo periódico o periodista que no perteneciera a la cofradía. Y en ese momento se canceló en Cuba el derecho de crítica. El más ligero disentimiento atraía sobre la persona del osado un catapultazo de injurias y calumnias. No se debatían tesis : se insultaba. No se confrontaban opiniones : se vejaba al opinante por discreto y respetuoso que fuese.

Un periodista con una limpia ejecutoria de combate frente a la pasada tiranía, por el hecho de discrepar de una medida oficial o de la forma de aplicarla, se convertía de la noche a la mañana, gracias a la alquimia perversa de los libelos gubernamentales, en un batistiano furioso pagado por los criminales de guerra. Esto al principio. Cuando avanzó la campaña antinorteamericana, los discrepantes eran siervos del imperialismo, pagados por el State Department. Por supuesto, era inútil pedir pruebas de las acusaciones ni acudir a los tribunales. La jauría continuaba ladrando las mismas imprecaciones sin darse por enterada y la recién comenzada depuración del Poder Judicial hacía inútil cualquier intento de reclamación.

Y en momentos que las nuevas legislaciones penales de emergencia disponían el fusilamiento por delitos contrarrevolucionarios o de traición, al discrepante se le llamaba inmediatamente traidor y contrarrevolucionario. Así motejó Raúl Castro a los hombres de *Prensa Libre* ante una asamblea general de la Confederación de Trabajadores de Cuba y ante cincuenta mil milicianos armados en el campamento militar de Columbia. En esa ocasión nos dijo : « No se crean tan seguros ; las balas van a llegar hasta donde se encuentran... ».

En marzo de 1959, Fidel Castro enarboló un número de *Prensa Libre* ante una multitud congregada en la Alameda de Paula, en La Habana, acusando a su director, Sergio Carbó, de estar menoscabando el prestigio de la Revolución porque éste había escrito un artículo condenando las cesantías en masa de burócratas. Claro que en el fondo ese no era el motivo de su ira. Su indignación era causada por otros artículos de Carbó en que se pedía la fijación de un término para la celebración de elecciones generales. Estos y otros artículos de los subdirectores Humberto Medrano y Ulises Carbó, en que se denunciaba la infiltración del comunismo, fueron el verdadero motivo de su ataque.

A partir de entonces, tanto *Prensa Libre* como los demás periódicos, especialmente el *Diario de la Marina* y *Avance*, fueron blanco favorito de las agresiones por parte de los libelos oficiales y los funcionarios públicos de más alta jerarquía.

Así se inició el « barrage » de descrédito y de terror moral contra toda voz que osa-

ba discrepar. Algunas se callaron. Otras no. Todas desaparecieron. Era un plan de exterminio. Y el comunismo considera hostil hasta el silencio. Entre las que no se callaron estuvo la de *Prensa Libre*, defendiendo en primera línea y hasta el final las libertades públicas. Caímos defendiéndolas.

Estrangulamiento económico

Son los anuncios y la circulación los dos pilares económicos que sostienen un periódico. Ambos fueron atacados por el régimen de Fidel Castro en forma feroz y encarnizada. Se comenzó por negarle toda propaganda oficial a los periódicos independientes. Al mismo tiempo se hacía presión sobre los anunciantes particulares para que les retiraran o mermaran su propaganda habitual.

Según los voceros del gobierno, los periódicos que estaban al servicio de la contrarrevolución eran enemigos del pueblo y por lo tanto no debían circular. Por supuesto, « se estaba » al servicio de la contrarrevolución, o de los criminales de guerra, o de los grandes monopolios yanquis, por protestar contra algún exceso o por manifestar de alguna manera independencia de criterio. Pero fundamentalmente —y esto se hizo más ostensible a última hora, cuando arreció el acoso final a los periódicos que quedaban en pie— se era traidor y contrarrevolucionario *por atacar el comunismo*. Esto lo afirmó en un acto público Juan Marinello, presidente del Partido Comunista ; lo ratificó en marzo y abril de 1960 el periódico *Revolución* ; y unos días más tarde lo confirmó el propio Fidel Castro en una comparecencia televisada.

La campaña de estrangulamiento económico dio sus resultados con algunos periódicos. *Excelsior*, *El País* y meses más tarde *El Crisol*, tuvieron que cerrar, por no poder sufragar sus gastos, y fueron ocupados por sus correspondientes sindicatos.

Instigación de actos de coacción y de violencia

La coacción y la violencia, armas favoritas de todo régimen dictatorial, se emplearon también en un principio contra los periódicos. Pero como se trataba de una incipiente dictadura comunista se realizaban por trasmano, en la forma oblicua y perversa que caracteriza ese sistema.

En toda la isla se iniciaron las quemas y entierros simbólicos de los periódicos independientes. No pasaba un día sin que se anunciara en los órganos oficiales, principalmente el periódico *Hoy* de los comunistas, la perpetración de algún atentado de esta índole en alguna localidad de la República. Siempre era lo mismo : delegados comunistas pertenecientes a algún sindicato llevaban un sarcófago hasta algún lugar céntrico de la ciudad o población y allí quemaban o enterraban números de *Prensa Libre*, *Diario de la Marina* y *Avance*, mezclándolos dolosamente con revistas norteamericanas. Estos actos terminaban con encendidas peroratas comunistas y un significativo resumen del Comisionado Municipal del Gobierno.

Simultáneamente se coaccionaba a los repartidores de esos periódicos y se intentaba volcar sus camiones de reparto. Estos hechos fueron denunciados repetidamente sin resultado alguno. Las autoridades respaldaban los atentados y a veces eran simples ciudadanos quienes los impedían.

Con estas quemas y entierros simbólicos y estas coacciones a los agentes y repartidores se pretendió crear un ambiente de terror entre los suscriptores para atacar el otro pilar económico de los periódicos : su circulación. Aunque en algunos casos lograran su objetivo, es menester señalar que con *Prensa Libre* y *Diario de la Marina* (*Avance* ya había sido confiscado cuando esta campaña se intensificó) la medida resultó contraproducente. Ambos aumentaron su circulación en la mayor parte de las localidades donde se perpetraron estos atropellos.

Control de las direcciones de los colegios de periodistas y sindicatos de artes gráficas

La ofensiva contra la prensa independiente —tanto la de vejamen y descrédito consuetudinario como la de apoderamiento

material— requería respaldo por parte del personal de los periódicos agredidos. La mayoría de ese personal repudiaba esa campaña. Sabían que era muy difícil que pudieran seguir recibiendo iguales sueldos y salarios bajo el control del gobierno, ya que en Cuba jamás ha prosperado la prensa oficial. Era, pues, preciso imponer los asentimientos por el terror, a través de dirigencias sindicales sumisas corresponsabilizadas con el plan totalitario de apoderamiento de todos los medios de expresión.

Así fueron mantenidos los dirigentes afines, que eran los menos, y destituídos los « díscolos », que eran los más y que habían sido elegidos por el voto de las mayorías, siendo sustituídos por elementos perturbadores procedentes de las filas del comunismo, dispuestos a cohonestar e incluso a perpetrar por sí mismos toda clase de desafueros.

Estos nuevos dirigentes, que concurrían armados a su trabajo, unidos a elementos perturbadores de cada sector laboral y respaldados por los más altos jerarcas sindicales e incluso por el ministro del Trabajo y la fuerza pública, se impusieron por el terror en todos los centros de trabajo, acallando las protestas de la mayoría del personal y obligándolo a acatar todas sus tropelías bajo amenaza de pérdida de las plazas, expulsión del sindicato e inhabilitación para trabajar en ninguna otra parte en lo futuro. De esta manera encontraron apoyo para la campaña de descrédito y para las medidas de provocación, así como para realizar las ocupaciones y confiscaciones en su día.

Ejemplo de cómo funcionó en un principio esa quinta columna fue el caso del personal de *Prensa Libre*. Más del 80 por ciento de ese personal —periodistas, empleados y obreros—, firmó unas declaraciones apoyando a la Empresa en medio de una de las más encendidas polémicas con la jauría oficial. Las declaraciones se publicaron y al día siguiente fue citado el personal a los cuarteles de la C.T.C. Allí, en una violenta asamblea que duró más de siete horas, presidida por David Salvador, rodeado de soldados, se obligó al personal a desdecirse, declarando que « lo que ellos respaldaban eran las decisiones del secretario del Sindicato, al que daban un ilimitado voto de confianza ».

Pero lo más singular de esta asamblea fue la invitación que se le hizo al personal para que visitara a Fidel Castro en el local del periódico *Revolución*, a la una de la madrugada. Fue una minoría, la cual oyó a Fidel Castro repetir los mismos argumentos que se habían dicho en la asamblea, tales como que « los obreros no pueden jamás estar con los patronos por muy bien que éstos les paguen, porque el patrono es su enemigo ». Y repetir las mismas amenazas, tales como que los obreros que disintieran de la « línea revolucionaria » serían expulsados y en algunos casos encarcelados « como traidores al pueblo y a la Revolución ».

Otras medidas de provocación

En medio de la campaña de descrédito, de las quemas y entierros simbólicos, de las amenazas y de los conflictos laborales creados artificialmente, idearon una nueva forma de provocación : las « coletillas ».

A través de las ya copadas « dirigencias » de los Colegios de Periodistas y los Sindicatos de Artes Gráficas, se aprobó la imposición de una aclaración al final de las informaciones cablegráficas, desmintiendo su contenido. Esta medida se extendió casi inmediatamente a los artículos y editoriales, con el deliberado propósito de que las empresas se negaran a seguir publicando los periódicos en tales condiciones de irrespetuosidad y coacción. Así podrían acusar a esas empresas de « lock-out » y tomar posesión de ellas mediante la quinta columna comunista infiltrada en los sindicatos.

Estas aclaraciones —« coletillas », como las bautizó *Prensa Libre* y siguió llamándolas el público— no estaban firmadas por nadie en particular y eran impuestas en cada periódico, aprovechando el estado de terror que reinaba entre su personal, por el grupito reducido de la quinta columna comunista.

Protestaron enérgicamente contra semejante engendro *Prensa Libre, Diario de la Marina, Avance, El Crisol, El Mundo* e *Información* (este último hoy lamentablemente sometido). Con motivo de las protestas

arreció la polémica con la jauría gubernamental. Aprovechando la polvareda de esta nueva « mêlée » ocuparon y confiscaron *Avance*. Su director se asiló en una embajada y remitió su protesta a los periódicos. Solamente la publicaron íntegra *Prensa Libre* y *Diario de la Marina*.

Estos dos periódicos siguieron publicándose con las « coletillas », no sin antes desprestigiarlas totalmente y demostrar su carácter esencialmente coactivo y provocador. Ambos periódicos afirmaron que las coletillas, cualquiera que fuera su contenido, pasaban a ser una honrosa condecoración ganada en el ya peligroso ejercicio del criterio independiente.

El público buscó especialmente los artículos y columnas con « coletillas ». El *Diario de la Marina* llegó a publicar un « score » o cómputo diario de las coletillas aparecidas en la prensa independiente.

Amor propio herido aparte —en la guerra hay que recibir las heridas y seguir peleando—, esta medida de las coletillas resultó negativa para sus promotores, ante la opinión pública. Pero había caído un periódico más. Cada nuevo paso del diabólico plan de exterminio, rendía sus frutos.

Confiscación de bienes a propietarios de periódicos

Un día decidieron que la hora del periódico *El Mundo* había llegado. Y comenzaron por intervenir a su propietario, Amadeo Barletta, todos los negocios ajenos al periódico.

Lo acusaban de supuestas connivencias y negocios con Batista. Lo más singular de la acusación es que se hacía un año después de haber estado funcionando un ministerio de Recuperación de Bienes que hasta entonces no parecía haberse enterado. Y el Barletta, que hasta ese momento nadie había acusado de nada, se convirtió en un enemigo público. Un poco más y era el responsable del cuartelazo de Batista y el autor intelectual y material de todos los crímenes de la dictadura.

Fue acusado, vilipendiado y obligado a refugiarse en la Embajada italiana. Entonces se decretó la confiscación de todos sus bienes y, por supuesto, del periódico *El Mundo*, que pasó a ser un nuevo títere de la comparsa roja.

Hasta ese momento, *El Mundo* no había sostenido violentas polémicas ni había sido molestado. Su actitud había sido discreta. No había combatido al régimen, pero había hecho algunas críticas y era obvio que mantenía su independencia de criterio sin formar filas en la cáfila vociferante de los denostadores profesionales. Pero esto no era un problema de razones ni de justificaciones. Le había llegado la hora.

Además, había que cegar todas las posibles fuentes de protesta para la embestida final contra *Diario de la Marina* —decano centenario de la prensa— y *Prensa Libre*, el periódico de mayor circulación de Cuba, cargado de prestigio por su postura combativa frente a Batista.

Ofensiva final

En mayo de 1960 sólo quedaban dos periódicos combatiendo : *Prensa Libre* y *Diario de la Marina*. Durante marzo y abril se habían arreciado los ataques contra ellos. Fidel Castro calificaba al director del *Diario de la Marina* con los peores epítetos ; Raúl Castro llamaba traidores a los directores de *Prensa Libre*, y *Revolución* pedía la confiscación de nuestro periódico. Los dos diarios se defendían bravamente. Sobre ellos coincidía el ataque combinado y simultáneo del tremendo aparato publicitario del régimen.

Días antes de la agresión definitiva al *Diario de la Marina*, los subdirectores de *Prensa Libre* fuimos llamados por un compañero periodista que aún mantenía relaciones de amistad con el gobierno para ofrecernos un « armisticio », pues de otra manera acabarían con nosotros. Era obvio que querían neutralizarnos momentáneamente para que no protestáramos contra la agresión ya inminente al *Diario de la Marina*, aunque en ese momento nosotros no lo sabíamos. A esa proposición respondimos que éramos un periódico, no un cuerpo de ejército ; que no contábamos con otra fuerza que el poder de la verdad desarmada y que, por lo tanto, no estábamos alzados en armas contra nadie ; pero que si el propuesto « armisticio » suponía que dejáramos de defender nuestros prin-

cipios, de atacar al comunismo imperante y de protestar contra las flagrantes agresiones a la libertad de expresión, que esas armas no las depondríamos jamás.

En vista de nuestra negativa, y seguros de que protestaríamos ante cualquier nuevo atentado contra la prensa, Fidel y Raúl Castro idearon la fórmula de acallar nuestra voz aplicándonos el tratamiento de « conspiradores » y por tanto « traidores a la revolución », delito penado no sólo con la cárcel sino con el fusilamiento.

Siguiendo ese plan, Raúl Castro, en un mitin celebrado en el local de la Confederación de Trabajadores de Cuba, en los primeros días del mes de mayo de 1960, afirmó que « los hombres de *Prensa Libre* eran los peores porque eran traidores a la revolución ».

La agresión al « Diario de la Marina »

La noche del martes 10 de mayo se consumó la ocupación y despojo del *Diario de la Marina*. Su director había venido sosteniendo una violenta polémica con José Pardo Llada, vocero favorito del régimen. La mayor parte de los empleados y obreros de dicho periódico habían firmado unas declaraciones de adhesión al señor José I. Rivero. Aquella noche iba a ser publicada. La quinta columna dio el aviso y se precipitó la agresión que iba a ser realizada según informes posteriores cinco días después. Un grupo de milicianos armados, al frente del cual marchaba Tirso Martínez —un fotógrafo ambulante que había recibido el título de periodista en época de Batista sin haber escrito jamás una línea en ningún periódico, y en ese momento rector analfabeto del Colegio de Periodistas—, quien con el apoyo de la quinta columna interna penetró en el local del periódico, destruyó los cilindros del rotograbado donde iba a publicarse la carta del personal. Cuando la dirección intentó protestar contra el hecho con un artículo de primera plana, se le impidió hacerlo. La dirección se retiró y el grupo armado tomó posesión del periódico.

Al día siguiente, miércoles 11 de mayo, *Prensa Libre* protestó en forma enérgica y terminante contra este desafuero, llamándolo « despojo, acto de coacción y de violencia y atentado a la libertad de expresión ». Y el jueves 12, a pesar de la consiguiente coletilla negadora e insultante, denunciamos la forma en que se había perpetrado el desafuero contra nuestro colega, verdad que hasta entonces había sido ocultada por el resto de la prensa turiferaria, tras la consabida acusación de abandono y « lock-out » por parte de la empresa.

El jueves 12 de mayo se produjo el entierro simbólico del *Diario de la Marina* en la escalinata de la Universidad de La Habana. Ante este nuevo acto grotesco, denigrante e incivil, protestamos el viernes 14 en otro editorial titulado « Los enterradores ». De él extraemos a manera de ilustración del instante que se estaba viviendo, los siguientes párrafos :

« Es doloroso ver enterrar la libertad del pensamiento en un centro de cultura. Es como ver enterrar un código en un Tribunal de Justicia. Porque lo que se enterró anoche en la Colina no fue un periódico determinado. Se enterró simbólicamente la libertad de pensar y decir lo que se piensa. »

Y más adelante :

« No se diga que esa es la voz del pueblo. Los escasos miles de curiosos que allí se congregaron en son de fúnebre « pachanga », no pueden representarlo. La voz del pueblo, su verdadera voz, está en las inmensas mayorías que no asistieron y que condenaron en silencio esos intentos de regresar a la bárbara etapa del predominio de la fuerza bruta sobre las jerarquías del espíritu. »

Y otro :

« Colofón obligado de ese acto ha sido el comentario del periódico *Revolución*. El título de ese comentario lo dice todo : « *Prensa Libre* en el camino de *Diario de la Marina* ». No tenían que decirlo. Todo el mundo lo sabe. Como sabe que nadie más interesado en colocarnos en él que los magnates de *Revolución*, para apoderarse de nuestro edificio, talleres y rotativa. Ese es el único periodismo —aparte de insultar y calumniar sin recato— que saben hacer. »

Y situando las cosas :

« Ustedes nos plantean la disyuntiva de

que hay que estar con o contra la Revolución. Pero habrá que preguntarles con cuál Revolución. Si con la Revolución cubana que depuso a un tirano y planteó de inmediato la liquidación del peculado, la reparación de viejas injusticias y la afirmación de nuestras esencias patrias, o la Revolución de los excesos, de las mentiras, del odio, de los asaltos a periódicos independientes. Porque junto a la primera estamos y está el pueblo de Cuba. Pero junto a la segunda no están más que ustedes y un grupito de comunistas que quieren transformar la primera para saciar sus apetitos y propiciar planes de perturbación. »

Debemos añadir que en aquel entierro simbólico, el comandante Quevedo, líder comunista de la Universidad, exhortó públicamente a los trabajadores de *Prensa Libre* a apoderarse del periódico, lanzándoles a través de la radio y la televisión la pregunta siguiente : « ¿Cuándo enterramos a *Prensa Libre*? ».

Crece el acoso

Por su parte, la prensa turiferaria, siguiendo el plan de Fidel y Raúl Castro aprobado previamente por el Che Guevara, intensificó los ataques contra *Prensa Libre* —que seguía peleando solo—, insistiendo en la nueva modalidad de acusarnos de traidores y conspiradores, abriendo el fuego *Revolución* con un artículo titulado « La voz traidora de *Prensa Libre* » y secundándolo el libelo *La Calle*, que desplegó un enorme titular diciendo « Ahora les toca a los traidores de *Prensa Libre* ».

El plan contemplaba el despliegue de algunos actos de calle y el sábado 14 de mayo, cuando empezaba a circular *Prensa Libre* con un editorial titulado « Bajo el fuego », grupos comunistas, protegidos por la fuerza pública, organizaron una manifestación que pasó cerca de nuestro edificio portando cartelones insultantes, lanzando piedras y pidiendo para nosotros el clásico « paredón ».

El golpe de gracia

Así las cosas, el lunes 16 de mayo, el grupo formado por la quinta columna comunista injertada en el sindicato de trabajadores de *Prensa Libre*, irrumpió en la redacción acompañado de otro grupo de milicianos ajenos al periódico —todos con armas—, los que le comunicaron al jefe de redacción que nuestro editorial de ese día titulado « Ante Cuba », y otras protestas de primera plana no podían publicarse « porque eran subversivos ». A la sazón —desde la noche anterior ya vigilaban nuestros domicilios fuerzas del G-2, la tenebrosa policía militar de Fidel Castro— en las calles aledañas al periódico se veían automóviles tripulados por miembros de la misma fuerza represiva.

Tanto el doctor Ulises Carbó como el que informa, conociendo que se pretendía simultanear el conflicto interno con nuestro arresto y remisión a las prisiones militares de La Cabaña, acusados de conspiradores, no habíamos dormido en nuestros domicilios. Y en las primeras horas de la tarde del lunes, después de negarnos a permitir que se censuraran nuestros editoriales, logramos evadir la vigilancia y persecución policíaca, asilándonos en la Embajada de Panamá.

Inmediatamente el edificio del periódico fue ocupado por las milicias y la fuerza pública, asumiendo el mando un corrector de pruebas llamado Hugo Vázquez, miembro activo del Partido Comunista y edecán del director del periódico comunista *Hoy*, y agente del G-2, quien colocó como director nominal del periódico ocupado —previa consulta a Fidel y Raúl Castro— a un títere llamado Mario Kuchilán.

Desde los primeros momentos, y en días subsiguientes, se produjo la renuncia de la mayor parte de los periodistas de la redacción, de la casi totalidad de los empleados de administración, así como un número considerable de obreros del taller, todos los cuales abandonaron sus puestos y plazas en el periódico y marcharon posteriormente al exilio como testimonio de solidaridad con la empresa.

Ante este éxodo de la mayor parte del personal capacitado, se vieron obligados a cubrir las vacantes con algunos traidores de adentro y con la importación de un gran número de empleados y periodistas alquilones, comunistas y filocomunistas, que se encontraban sirviendo en distintas publicaciones gubernamentales.

B.D.I.C

Y tal como habíamos anunciado, el libelo *Revolución* se mudó para nuestro edificio y se apoderó de nuestros talleres y rotativa al mes escaso de perpetrado el desafuero. Allí se edita actualmente, ocupando Carlos Franqui el despacho de Ulises Carbó, Mario Kuchilán el de Humberto Medrano y quedando reservado el de Sergio Carbó para Fidel Castro, quien concurre allí frecuentemente para disfrutar del botín y determinar lo que debe o no debe publicarse.

En aquella casa —espejo de la patria— se instaló la usurpación.

Conclusiones

Esta es, en síntesis —en detalle no cabría en varios volúmenes— la historia de cómo fue asesinada en Cuba la libertad de prensa.

Para cualquiera es una historia repugnante. Para los que la vivimos es una historia trágica. No sólo porque indica la desaparición de nuestras libertades, sino porque representa el entronizamiento de una doctrina de odio feroz hasta entonces desconocida en Cuba.

En los peores antagonismos políticos habían permanecido intactos en nuestra tierra el culto a la amistad, el respeto a la familia, el reconocimiento de los valores intelectuales y de los frutos del esfuerzo honrado. Se pudo llegar al crimen físico, pero nunca al asesinato moral. El fuego de las más caldeadas pasiones no pudo extinguir jamás la generosidad del criollo, su hidalguía.

Es la primera vez que se subvierten todos los valores morales de la estirpe. Que se elevan la delación, la deslealtad y el desarraigo del amor y la solidaridad familiar a la categoría de deberes cívicos.

Habíamos conocido los estragos de la soberbia y de la ira. Pero no conocíamos la helada devastación moral que supone para un pueblo la destilación sistemática sobre sus resortes vitales de un odio extraño e implacable, acumulado a lo largo de resentimientos seculares y aplicado por extraviados nihilistas que han hecho de la destrucción no sólo una filosofía sino un credo religioso.

Se nos dirá que eso no es nuevo. Que eso es comunismo, que sigue las mismas directrices en todos los pueblos que sojuzga. De acuerdo. Pero una cosa es leer sobre el comunismo y otra sentir su tremendo impacto demoledor en carne propia. Por eso el caso de Cuba debe servir de ejemplo. Especialmente para aquellos que por estolidez congénita o por un lógico esguince del subconsciente ante las tragedias ajenas, piensan que a ellos no ha de pasarles.

No basta con amar la democracia y la libertad. No basta con creer que somos capaces de enfrentarnos con el comunismo cuando asome su cabeza deforme. Eso es un error. El comunismo nunca asoma la cabeza deforme antes de tiempo. Asoma la otra, la rubia, la de arcángel. Nunca avisa, como la tempestad con el trueno lejano. Es como el cáncer : la mayor parte de las veces se manifiesta cuando ya no hay remedio.

Es la hora, pues, de apretar filas, de pelear. Cierto es que los que aman la democracia y la libertad son mayoría en América. Pero son una mayoría estática. Mientras que las minorías comunistas son dinámicas, aullantes y bien organizadas. Hay que pelear, repito, y no dejarse impresionar por la gramática parda de los agitadores profesionales.

Debemos estar orgullosos de nuestro sistema democrático, que tiene defectos, pero que son subsanables con el ejercicio de la crítica y el ejercicio del sufragio. En cambio las lacras del comunismo —como sus dirigentes— son irremovibles. Bajo su imperio nadie puede hablar, ni opinar, ni denunciar una injusticia. Ni nadie puede organizar su vida, ni la de sus hijos, sino en la forma que imponen los que mandan. Ni puede prosperar, sino es mediante la intriga y el sometimiento a los amos omnímodos. Es, en suma, la abolición de todo derecho, la muerte de toda dignidad humana.

Debemos, pues, escoger entre una libertad imperfecta y su absoluta inexistencia. Entre una tierra fértil, pero mal sembrada, y un páramo. De la elección que hagamos y de la forma en que la defendamos depende el destino de nuestra civilización.

HUMBERTO MEDRANO

que hay que estar con o contra la Revolución. Pero habrá que preguntarles con cuál Revolución. Si con la Revolución cubana que depuso a un tirano y planteó de inmediato la liquidación del peculado, la reparación de viejas injusticias y la afirmación de nuestras esencias patrias, o la Revolución de los excesos, de las mentiras, del odio, de los asaltos a periódicos independientes. Porque junto a la primera estamos y está el pueblo de Cuba. Pero junto a la segunda no están más que ustedes y un grupito de comunistas que quieren transformar la primera para saciar sus apetitos y propiciar planes de perturbación. »

Debemos añadir que en aquel entierro simbólico, el comandante Quevedo, líder comunista de la Universidad, exhortó públicamente a los trabajadores de *Prensa Libre* a apoderarse del periódico, lanzándoles a través de la radio y la televisión la pregunta siguiente : « ¿Cuándo enterramos a *Prensa Libre*? ».

Crece el acoso

Por su parte, la prensa turiferaria, siguiendo el plan de Fidel y Raúl Castro aprobado previamente por el Che Guevara, intensificó los ataques contra *Prensa Libre* —que seguía peleando solo—, insistiendo en la nueva modalidad de acusarnos de traidores y conspiradores, abriendo el fuego *Revolución* con un artículo titulado « La voz traidora de *Prensa Libre* » y secundándolo el libelo *La Calle*, que desplegó un enorme titular diciendo « Ahora les toca a los traidores de *Prensa Libre* ».

El plan contemplaba el despliegue de algunos actos de calle y el sábado 14 de mayo, cuando empezaba a circular *Prensa Libre* con un editorial titulado « Bajo el fuego », grupos comunistas, protegidos por la fuerza pública, organizaron una manifestación que pasó cerca de nuestro edificio portando cartelones insultantes, lanzando piedras y pidiendo para nosotros el clásico « paredón ».

El golpe de gracia

Así las cosas, el lunes 16 de mayo, el grupo formado por la quinta columna comunista injertada en el sindicato de trabajadores de *Prensa Libre,* irrumpió en la redacción acompañado de otro grupo de milicianos ajenos al periódico —todos con armas—, los que le comunicaron al jefe de redacción que nuestro editorial de ese día titulado « Ante Cuba », y otras protestas de primera plana no podían publicarse « porque eran subversivos ». A la sazón —desde la noche anterior ya vigilaban nuestros domicilios fuerzas del G-2, la tenebrosa policía militar de Fidel Castro— en las calles aledañas al periódico se veían automóviles tripulados por miembros de la misma fuerza represiva.

Tanto el doctor Ulises Carbó como el que informa, conociendo que se pretendía simultanear el conflicto interno con nuestro arresto y remisión a las prisiones militares de La Cabaña, acusados de conspiradores, no habíamos dormido en nuestros domicilios. Y en las primeras horas de la tarde del lunes, después de negarnos a permitir que se censuraran nuestros editoriales, logramos evadir la vigilancia y persecución policíaca, asilándonos en la Embajada de Panamá.

Inmediatamente el edificio del periódico fue ocupado por las milicias y la fuerza pública, asumiendo el mando un corrector de pruebas llamado Hugo Vázquez, miembro activo del Partido Comunista y edecán del director del periódico comunista *Hoy*, y agente del G-2, quien colocó como director nominal del periódico ocupado —previa consulta a Fidel y Raúl Castro— a un títere llamado Mario Kuchilán.

Desde los primeros momentos, y en días subsiguientes, se produjo la renuncia de la mayor parte de los periodistas de la redacción, de la casi totalidad de los empleados de administración, así como un número considerable de obreros del taller, todos los cuales abandonaron sus puestos y plazas en el periódico y marcharon posteriormente al exilio como testimonio de solidaridad con la empresa.

Ante este éxodo de la mayor parte del personal capacitado, se vieron obligados a cubrir las vacantes con algunos traidores de adentro y con la importación de un gran número de empleados y periodistas alquilones, comunistas y filocomunistas, que se encontraban sirviendo en distintas publicaciones gubernamentales.

B.D.I.C

Y tal como habíamos anunciado, el libelo *Revolución* se mudó para nuestro edificio y se apoderó de nuestros talleres y rotativa al mes escaso de perpetrado el desafuero. Allí se edita actualmente, ocupando Carlos Franqui el despacho de Ulises Carbó, Mario Kuchilán el de Humberto Medrano y quedando reservado el de Sergio Carbó para Fidel Castro, quien concurre allí frecuentemente para disfrutar del botín y determinar lo que debe o no debe publicarse.

En aquella casa —espejo de la patria— se instaló la usurpación.

Conclusiones

Esta es, en síntesis —en detalle no cabría en varios volúmenes— la historia de cómo fue asesinada en Cuba la libertad de prensa.

Para cualquiera es una historia repugnante. Para los que la vivimos es una historia trágica. No sólo porque indica la desaparición de nuestras libertades, sino porque representa el entronizamiento de una doctrina de odio feroz hasta entonces desconocida en Cuba.

En los peores antagonismos políticos habían permanecido intactos en nuestra tierra el culto a la amistad, el respeto a la familia, el reconocimiento de los valores intelectuales y de los frutos del esfuerzo honrado. Se pudo llegar al crimen físico, pero nunca al asesinato moral. El fuego de las más caldeadas pasiones no pudo extinguir jamás la generosidad del criollo, su hidalguía.

Es la primera vez que se subvierten todos los valores morales de la estirpe. Que se elevan la delación, la deslealtad y el desarraigo del amor y la solidaridad familiar a la categoría de deberes cívicos.

Habíamos conocido los estragos de la soberbia y de la ira. Pero no conocíamos la helada devastación moral que supone para un pueblo la destilación sistemática sobre sus resortes vitales de un odio extraño e implacable, acumulado a lo largo de resentimientos seculares y aplicado por extraviados nihilistas que han hecho de la destrucción no sólo una filosofía sino un credo religioso.

Se nos dirá que eso no es nuevo. Que eso es comunismo, que sigue las mismas directrices en todos los pueblos que sojuzga. De acuerdo. Pero una cosa es leer sobre el comunismo y otra sentir su tremendo impacto demoledor en carne propia. Por eso el caso de Cuba debe servir de ejemplo. Especialmente para aquellos que por estolidez congénita o por un lógico esguince del subconsciente ante las tragedias ajenas, piensan que a ellos no ha de pasarles.

No basta con amar la democracia y la libertad. No basta con creer que somos capaces de enfrentarnos con el comunismo cuando asome su cabeza deforme. Eso es un error. El comunismo nunca asoma la cabeza deforme antes de tiempo. Asoma la otra, la rubia, la de arcángel. Nunca avisa, como la tempestad con el trueno lejano. Es como el cáncer : la mayor parte de las veces se manifiesta cuando ya no hay remedio.

Es la hora, pues, de apretar filas, de pelear. Cierto es que los que aman la democracia y la libertad son mayoría en América. Pero son una mayoría estática. Mientras que las minorías comunistas son dinámicas, aullantes y bien organizadas. Hay que pelear, repito, y no dejarse impresionar por la gramática parda de los agitadores profesionales.

Debemos estar orgullosos de nuestro sistema democrático, que tiene defectos, pero que son subsanables con el ejercicio de la crítica y el ejercicio del sufragio. En cambio las lacras del comunismo —como sus dirigentes— son irremovibles. Bajo su imperio nadie puede hablar, ni opinar, ni denunciar una injusticia. Ni nadie puede organizar su vida, ni la de sus hijos, sino en la forma que imponen los que mandan. Ni puede prosperar, sino es mediante la intriga y el sometimiento a los amos omnímodos. Es, en suma, la abolición de todo derecho, la muerte de toda dignidad humana.

Debemos, pues, escoger entre una libertad imperfecta y su absoluta inexistencia. Entre una tierra fértil, pero mal sembrada, y un páramo. De la elección que hagamos y de la forma en que la defendamos depende el destino de nuestra civilización.

HUMBERTO MEDRANO

La crisis de la Universidad de La Habana

POR PEDRO VICENTE AJA

La Universidad de La Habana fue fundada hace más de doscientos años, en 1728. Era Cuba a la sazón colonia de España. El alto centro docente surge por una Bula Breve papal y como órgano de la cultura occidental y cristiana. Le insufla vida —al menos por determinación de las vigencias culturales actuantes todavía para Cuba—, un humanismo que trasciende lo puramente cientificista ; y se organiza conforme a la clásica división del trivium facultativo. Se regía y dirigía eclesiásticamente por los Padres Agustinos, según los criterios y métodos escolásticos a que esa Orden permanecía afiliada. La que después había de ser la comunidad cubana andaba, por entonces, sólo en trance de fermentación. Mas ya la Universidad venía a satisfacer el despunte de un fuerte espíritu isleño deseoso de claridades y conocimientos. Esto es : de una más alta vida espiritual.

Aspiraciones liberales

El siglo XVIII consiguió revolucionar profundamente los soportes filosóficos y la estructura social y política del mundo occidental. La América hispana no quedaba al margen de sus consecuencias. Mucho menos sus Universidades. El enciclopedismo y los ideales de democracia política, hundieron sus raíces en el pensamiento de lo más ilustrado de los pueblos, y ello fue derivando hacia la conciencia colectiva. Sentó sus reales —independientemente de las resistencias estructurales en lo político, en franco divorcio lo formal con el contenido material— la filosofía demoliberal.

En lo que a la Universidad en sí concierne, era clima propicio para que madurasen una serie de principios que vienen desde el Renacimiento —bien vista la cuestión, sus gérmenes están ahí en el siglo XIII, su momento originario—, y que van a configurar, en algunas partes sólo como pretensión y en otras como realidad, asumidas de esta o de la otra forma, las bases ideales sobre las que debería funcionar esta institución y en virtud de las cuales ocuparía una posición independiente, como poder espiritual, frente a los demás poderes sociales : la Iglesia, el Estado, la Prensa. Estos principios, los fundamentales, parecían ser lo que hoy llamamos autonomía universitaria, especie de recinto moral donde la tarea científica y formativa queda protegida de toda presión extraña a su menester : el acceso a la verdad ; la dignificación y exaltación del quehacer docente y de su presupuesto y expresión indispensables en la libertad de cátedra ; y el reconocimiento de la posición del estudiante como elemento activo y objeto supremo de la atención académica y, ante todo, y sobre todo, como sujeto de libre vocación con un fin en sí mismo. Así, pues, vemos como a la misión de la Universidad le daba vida el espíritu de libertad humana.

En Hispanoamérica lo capital sería el logro para la mayoría de sus pueblos de la independencia política y su constitución en Estados soberanos. España misma viviría

en el relámpago de la constitución de 1812 y reflejaría en sus territorios de Ultramar —Cuba por caso— la influencia de esas ideas liberales. Se asistirá, por consiguiente, a un largo período —el cual abarca gran trecho del propio siglo XIX— en que, en lucha las formas políticas estatales con las aspiraciones de los pueblos, las Universidades hispanoamericanas fueron transformándose, y en que la Universidad de La Habana, bajo el influjo de sus hombres de letras más avisados, alentó una reforma comprensiva de su filosofía docente, sus métodos de enseñanza y su organización institucional. No podía ocurrir de otro modo. En lo hondo, en aquella Universidad se registra ya una conciencia y voluntad de crecimientos propios. En efecto, en los comienzos mismos del siglo el Padre Félix Varela proclamó, desde su cátedra del Seminario de San Carlos, que ésta, en la que se enseñaba Constitución, era la Cátedra de la Libertad ; y el profesor de Derecho Natural de la Universidad de La Habana, don Antonio Bachiller y Morales, se inspiraba manifiestamente en la filosofía que proclamó Kraus y que, antes, Sanz del Río introdujo en España, dando lugar a la fundación de la Escuela Libre de Derecho. Téngase en cuenta que en las aulas de esta Universidad se formaron muchos hombres —Ignacio Agramonte, Antonio Zambrana, Rafael Morales, etc.— que saltaron del acto de graduación al campo de la guerra por la independencia nacional en los días creadores del 68. En 1871, con el fusilamiento de los ocho estudiantes de Medicina, la Universidad de La Habana sellaba un pacto de heroísmos, de renovados sacrificios, para forjar el destino de la nación. En su visión de cómo la Universidad debía servir a ese destino, José Martí estableció años después, esta idea definitoria : « Ser culto es el único modo de ser libre. » No en balde profetizó que estaba en el porvenir de nuestra América fundar, al lado de la Universidad literaria, la Universidad científica, sin destruir jamás la Universidad literaria.

República y positivismo

El 20 de mayo de 1902 se inauguró oficialmente la República de Cuba. Factores de índole diversa, externos e internos, se conjugaron para que aquel advenimiento no fuera pleno en su contenido. Aún se mantendrían encimados sobre la cuna de nuestra niñez republicana. Desde temprano, algunas mentes vigilantes protestaron que la independencia política no coincidía con un fuerte y bien integrado espíritu público ; tampoco con una emancipación económica consecuente. Ciertamente, enseguida se hizo patente un disfrute precario y una mala mayordomía de la riqueza nacional, así como un ejercicio con frecuencia falsificado de las instituciones libres. La nueva República no estaba en su verdad ni en su autenticidad. Pero la personalidad que implicaba ser formalmente una República constituía una hermosa posibilidad para realizar la nación plena que avizoró Martí.

Una de las instituciones a la que era menester colocar en función de verdadero servicio comunal era la Universidad. Y la reforma universitaria se realiza, pero ahora a la luz del positivismo que como filosofía sustenta don Enrique José Varona, en ese minuto decisorio secretario de Instrucción Pública. Algo debemos enjuiciar de esa reforma. Satisfizo bastante, con posibilidades modestas a su alcance, requerimientos varios, inmediatos y de carácter práctico —necesidad de médicos, profesores, ingenieros— que en tal coyuntura le planteaba a la Universidad la naciente sociedad cubana ; pero ese abandono esencial de que adoleció en cuanto a la formación humanista del hombre universitario —esto es, de bien integrados hombres de mando para los diferentes planos sociales—, marcaría pronto un signo negativo en todas las dimensiones del vivir cubano. Nuestro vivir se desespiritualizó y se tornó demasiado pragmatista. Téngase en cuenta que ese enfoque positivista y como de emergencia presidió unívocamente la reforma de todo el sistema de la escolaridad en Cuba. Tal vez junto a otras realidades, ello contribuya a explicar esos saldos indeseables de nuestra conducta pública. Me refiero, insisto, a cierto descuido y simplismo con que se atendió el reclamo más permanente y hondo de formar en lo moral y en lo cívico buenos ciudadanos.

Más democracia, autonomía y hacia lo humanista

La llamada generación universitaria del 30 replanteó, casi a los veinticinco años de constituída la República, la necesidad de producir reformas en el más importante centro docente y, con tanta o más urgencia, la necesidad de transformar la vida toda del país. La dictadura de Machado obraría como el pretexto más ostensible y próximo. Pero, en lo hondo, un sentimiento de frustración nacional —los órganos democráticos eran burlados a diario, y las medidas impostergables al rescate de la riqueza nacional se escamoteaban para servir intereses foráneos de nuevo cuño y en beneficio de un ventajismo personal—, una gran cólera ante la irresponsabilidad moral y política con que se conducían los bienes esenciales del pueblo, enardecía y movilizaba los espíritus. Influencias de movimientos reformistas universitarios que venían ocurriendo en Suramérica, en Argentina principalmente, se hacían sentir en la Isla. Además, un marcado acento en lo social, signo sobresaliente de nuestro siglo XX, llegaba a través de doctrinas y acontecimientos que manifestaban una voluntad universal de transformar el mundo. Y en los problemas concernientes a esa transformación social se estrenó y agitó la conciencia universitaria. Pero, bueno es subrayarlo porque sin duda comporta un apego a la verdad histórica, tales ingredientes ideológicos eran asimilados como hecho generacional —salvo contadas excepciones—, más bien como un enriquecimiento del ideario democrático, como un alimentar de contenido económico al viejo ideal. Lo que ha de subrayarse es que para la generación del 30, como para todas nuestras generaciones revolucionarias, se mantiene la filiación a una filosofía política presente en los fundadores de la República : la que partía de un respeto esencial a la persona humana. Es más, aquella generación pidió la autenticidad y el funcionamiento de las instituciones libres, no sólo como un *status* definitivo que lograr, sino inclusive como la vía instrumental imprescindible a fin de llevar a cabo los cambios apetecidos. Los males de la democracia se curan con más democracia. Tal era su fe.

En lo que a la Universidad atañe, la cuestión inmediata se concentraba, ante todo, en lograr su autonomía. Mediante la consagración del gobierno propio, y con el clima de libertad académica correspondiente, se abrigaba la convicción de propiciar una Universidad más a tono con la época, más en consonancia con las necesidades del país, más al alcance de las clases populares, más a la altura de su misión cultural y científica.

Una misma voluntad, tras igual enfoque y similares objetivos, se prolongó durante la lucha universitaria contra la primera dictadura de Batista, quien, recién caído el régimen de Machado, se estrenó como traidor sempiterno de la patria y de su revolución democrática.

Por fin la lucha renovada logró en 1937 la autonomía para la Universidad de La Habana. En 1940, la Asamblea Constituyente en que desembocó el proceso revolucionario, consagró definitivamente la referida autonomía en el artículo 52 de la Ley Fundamental. Desde su conquista, hace por tanto más de veinte años, la Universidad se dio su propio sistema de gobierno. El régimen universitario se caracterizó, hay que decirlo, por una celosa observancia del espíritu de libertad —libertad de elección vocacional, libertad de cátedra, libertad de credos religiosos, filosóficos y políticos, libertad de expresión y de organización para profesores y estudiantes—, y por procedimientos democráticos en la constitución y funcionamiento de todos sus organismos. Desde el Rector hasta el último de sus mandatarios fueron designados mediante elección y periódicamente. Los estudiantes, de igual manera, constituyeron la Federación Estudiantil Universitaria (F.E.U.).

La Universidad se abrió más al pueblo, a las clases humildes. No existía discriminación alguna, ni por razones económicas ni de sexo. La matrícula para cursar una carrera era poco costosa y se concedía hasta un 40 por ciento de matrículas gratuitas. Su población estudiantil iba en creciente aumento ; últimamente alcanzaba la cifra de treinta mil alumnos.

En el haber de esta Universidad se exhibe diversas ocasiones en que ejerció una

función de vigilancia, y de fiscalización en la existencia cubana. Es cierto que se vio convulsionada muchas veces por pugnas intestinas, reflejo de los problemas políticos que acuciaban a la actualidad y, lamentablemente, resaca también de las antiguas luchas revolucionarias. Pero aquella fue siempre una Universidad generosamente movida por un espíritu de servicio público. Ahora bien : muchos aspirábamos a que ese espíritu se tradujera en un abrirse a la plena actualidad sí, pero limpio de todo influjo político extraño a su menester cultural, profesional y científico.

Precisamente en punto a su jerarquía científica crecía la conciencia de que era menester superar a la Universidad. Había muchas resistencias negativas que vencer. Ya aludí a cierto politicismo profesoral y estudiantil y a sus causas ; agréguese un atraso y rutinarismo en los métodos y contenidos de las enseñanzas, y, a veces, un tipo de profesor enquistado que no mostraba voluntad de renovación, ni adecuada dedicación a su cátedra. No obstante, desde la consecución de la autonomía, justo es reconocerlo, se crearon nuevas Facultades, el Departamento de Extensión Cultural, la Escuela de Verano, y el Teatro Universitario ; y algunos profesores modernizaron sus programas y hacían esfuerzos por recuperarse del impacto positivista. Pero, en su *integrum*, esa Universidad adolecía de igual orientación profesionalista, del mismo modo de entender y asumir su misión a base del cual se llevó a cabo la reforma al inaugurarse la República. Y se quería algo más ; algo planteado con una visión de conjunto. Ese algo más lo demandaba de modo inaplazable la altura a que había llegado nuestro vivir como nación. Se quería, desde luego, una Universidad que proveyera los profesionales y técnicos adecuados para las necesidades y el desarrollo del país, que, al día en los avances del saber científico, elevara crecientemente, en punto a ello, la calidad de sus graduados, pero no menos se anhelaba que en los mismos se echara a ver la formación de un hombre humanizado, esto es : de un auténtico hombre culto. Queríamos realmente que la Universidad deviniera un órgano fortalecedor de las mejores esencias del cubano.

En 1950, con ocasión de la clausura de la décima sesión de la Escuela de Verano, di expresión a esta exigencia. Aquellas palabras se recogieron en *Vida Universitaria* (octubre de 1950), publicación oficial de la Universidad. Helas en lo que concierne : « Eso, vida del espíritu y en abundancia, es lo que necesita urgentemente la Universidad nuestra, si de veras ha de conciliarse con su más alto destino. La actual generación universitaria cubana está hondamente requerida de ello. Bien sabéis que por múltiples razones, imposibles de analizar ahora, nuestra juventud nació a la vida de la conciencia bajo el signo de la exterioridad. » (...) « Filosofías y enfoques exageradamente materialistas, y un positivismo simplista y anacrónico cohonestaban tales actitudes. » (...) « Nos desentendimos del que fuera el primer y más genuino ideal de la cultura de Occidente : transformar el interior del hombre, mejorar su intimidad a través del cultivo del espíritu. »

Fidel Castro : totalitarismo y suplantación

Cuando el 10 de marzo de 1952, Batista escarnece de nuevo los fueros de la civilidad apoderándose del gobierno mediante un golpe militar, la Universidad de La Habana, fiel a su hermosa tradición, se yergue como un baluarte irreductible. De la misma insurgirían, al pronto, las primeras batallas contra el déspota.

Otra vez el pueblo cubano entraba en revolución, y otra más su voluntad se polarizaba hacia la restitución y el ejercicio pleno de una vida democrática. Removiéndose ahora, por supuesto, las viejas apetencias por conseguirle autenticidad a la nación. Para mejor servir esas exigencias, después de varios años de tentativas frustradas, los núcleos cívicos y sectores revolucionarios se dieron cita, a fin de unificar sus esfuerzos, en la ciudad de Caracas. Allí entendieron, y así se convino y firmó el 20 de julio de 1958, que una vez desplomada la tiranía se restablecería inmediatamente la vigencia plena de la Constitución de 1940. Desde luego, ese documento de la unificación lo suscribieron los representantes de Fidel Castro. La Constitución del 40 se la había dado el pueblo cubano

en un ejercicio completo de su soberanía ; era la Constitución violada por Batista, pero, sobre todo, atesoraba un conjunto de bondades intrínsecas. Su articulado consagraba la democracia representativa, la división de poderes, las libertades sindicales, profesionales y de enseñanza ; recogía las conquistas sociales del pueblo y amparaba los derechos humanos ; asimismo propugnaba una serie de medidas complementarias tendientes a la moralización de los hábitos gubernativos, el fortalecimiento de la economía nacional, la redistribución de la riqueza social y la propia reforma agraria, prevista aquí sobre principios democráticos y fundamentos técnicos acordes con nuestras verdaderas realidades.

Al triunfar la revolución, su primera proclama contuvo un reconocimiento explícito de la Constitución del 40 ; y la afirmación central de Fidel Castro, los días 8 y 9 de enero, consistió en señalar un término de dieciocho meses para celebrar elecciones libres en todo el país.

En lo que a la Universidad concierne, en ese mismo mes de enero Fidel Castro ofreció desde el paraninfo —previo un reconocimiento de la postura firme, decorosa y valiente del Centro frente a la tiranía—, respetar la autonomía, reforzar los principios de libertad que servían de soportes a su desenvolvimiento interno, favorecer la ansiada reforma universitaria, aumentar la dotación económica de la misma según establecía la Constitución señalada, y construir la Ciudad Universitaria.

Se tenía una fe absoluta en que, de veras, las manifestaciones de los principales líderes eran sinceras. En prenda de ello, los órganos legales de la Universidad solicitaron del Consejo de ministros —aquel primer Consejo de ministros en cuyo seno participaron miembros del Claustro universitario de reconocido pasado democrático : José Miró Cardona, Roberto Agramonte, Elena Mederos— la Ley mediante la cual se constituyó una Comisión Mixta de profesores y alumnos a fin de llevar a cabo la reforma docente. Además, la Universidad reafirmó su confianza en la virtud del gobierno democrático, otorgándole representación a los estudiantes, por conducto de sus directivas legales, en los Claustros de cada Facultad y en el superior Consejo Universitario.

Sin embargo, pronto algunos síntomas y numerosos hechos comenzaron a traslucir los propósitos ocultos que animaban a los conductores reales del proceso revolucionario. Se vio aparecer un sectarismo radical, izquierdizante, y el destape de un clima de intolerancia y ataque a toda posición de signo liberal. Se reclamaban métodos expeditivos y extraños para transformar la Universidad. Lo grave era que reconocidos voceros castristas cohonestaban manifiestamente esas actitudes. Afloró asimismo una propaganda destinada a desacreditar los valores democráticos. Sofismas nihilistas, patrimonio conocido de todos los totalitarismos, se esgrimían como razones. Ya estábamos en los días en que Fidel Castro puso de moda el *slogan* : « Elecciones, ¿para qué? ».

Uno de los hechos más reveladores fue la forma como se tramitó el dominio de la Federación Estudiantil Universitaria, con ocasión del turno de elecciones. Líderes uniformados, encabezados por el comandante del Ejército rebelde Rolando Cubela, visiblemente conectado y apoyado por esas zonas del sectarismo ultraizquierdista, lograron apoderarse de la máxima dirección estudiantil. Cubela fue impuesto como candidato único a la presidencia de la F.E.U. por la presión personal que ejercieron Fidel y Raúl Castro. Los comunistas colocaron sus peones en la nueva directiva. Aquella elección —más bien aquella « aclamación » formalizada por una exigua minoría del estudiantado— se llevó a cabo bajo el signo de las pistolas y de la coacción moral y psicológica.

Tiempo después se extendió la militarización de la Universidad mediante la creación de las milicias estudiantiles. En lo efectivo, por sobre las justificaciones aparentes que representaban a la patria amenazada por el exterior, aquella tropa reclutada principalmente entre los grupos antidemocráticos funcionaría para sojuzgar toda opinión y movimiento libre, tanto entre los alumnos como en el propio profesorado.

Con descaro inaudito los voceros del régimen —ya bien entrado el año 1960 y con la Universidad prácticamente bajo sus bo-

tas— comenzaron a propalar que la autonomía universitaria estaba siendo utilizada con fines contrarrevolucionarios y que, por consiguiente, había que darle un nuevo concepto y aplicación. El gobierno tenía entonces una composición y política cada vez más definida — habían sido sacados del gobierno el resto de los representantes de las tendencias democráticas—, y estando ya aplastadas las libertades sindicales, de prensa y de partidos políticos —con excepción del Partido Comunista—, se ponía de manifiesto que había llegado su turno a la Universidad. Y, en efecto, la situación allí se hizo por momentos intolerable. Toda posición u opinión disidente, o que los « censores » pudiesen implicarla dentro o fuera de la cátedra, era objeto de una vigilancia amenazadora. Los ejemplares de las publicaciones estudiantiles que discrepaban de la línea oficial empezaron a ser destruídos por bandas organizadas. Aún más : se forzó el funcionamiento de un principio político —hijo feliz de los predios rojos y que el régimen apoyó y aprovechó para purgar sus propias filas—, según el cual toda manifestación de anticomunismo implicaba una actitud contrarrevolucionaria.

Pero los verdaderos propósitos fueron puestos de manifiesto, todavía más si se quiere, cuando alrededor del mes de mayo de 1960, el « Che » Guevara —doctor en Medicina convertido en comandante, ideólogo y presidente del Banco Nacional de Cuba— pronunció una conferencia en la Plaza Central de la Universidad. ¿Cuál era el sentido y las directrices de la reforma universitaria que el régimen apetecía? Tal vez la *intelligenzia* cubana no consiga escuchar otra vez una configuración de la cultura ni una misión de la Universidad más chata y tenebrosa. Sus soportes filosóficos, explícitos o implícitos, denunciaban una concepción del Hombre, de la Sociedad y del Estado extraña a nuestros valores culturales. La presidía, en fin, un desconocimiento de nuestras tradiciones universitarias y un impúdico rechazo de todo lo alcanzado.

Emergía de aquella exposición ese atrevimiento familiar en el hombre de formación unilateral, del improvisado en lo integral, más bien dogmatizado. No, no era un representante de América ni de Cuba el que allí hablaba ; mucho menos de una universalidad en que se convierte lo humano específico cuando está en su autenticidad. Me detengo en ello porque este tipo de individuo asola hoy a mi patria. Un raro espécimen de hombre invasor, epígono de una civilización pervertida, producto sobre todo de aquellas partes del mundo donde ya no se atesora el amor a la libertad, y que se nos ha plantado ahí en nuestra actualidad como una amenaza —la más grave posible— a las esencias de la cubanía, a lo humano-concreto-universal.

Pues bien : para este tipo de hombre ante todo, resulta posible borrar el pasado con un *dictum*. Helo en el dicho de Guevara : « La historia de la Universidad de La Habana comienza ahora. » Mas, ¡ay qué historia! Por eso sus ideas no reflejaban las proyecciones de una reforma, sino las de una suplantación.

Y en efecto : ello consiste en que lo que se nos propone en esta conferencia —lo que los hechos nos dicen que se está forzando— es una Universidad concebida para servir la filosofía, los fines y los métodos propios de un gobierno que construye hoy en Cuba un tipo de Estado totalitario, con esa técnica del control social que es propia de su acción gubernativa. De esto debe acabar de cerciorarse el mundo, y sobre todo América. Cuba entera está sometida ahora mismo a esa clase de transformación. La acción de ese Estado-patrón invade, desnaturaliza, subvierte, destruye todos sus planos vitales, sus estructuras económicas y políticas, sus formas espirituales de vida ; y aún más : intenta el debilitamiento y la ruptura de los resortes íntimos de la conciencia de cada cubano. Las palabras de Guevara caían claras y precisas : La revolución no ha entrado todavía en la Universidad ; hay que incorporar la Universidad a la revolución cuanto antes ; hay que aplicar los métodos de la revolución a la Universidad.

En la concepción de Guevara sólo cabe una Universidad centralizada, única garantía de que el Estado —ahora en poder de la « revolución »— y la Universidad se relacionen como componentes de una estructura homogénea. Por otra parte, en el planeamiento del programa total que el nue-

vo orden se había trazado, Guevara concede a la Universidad esta pobre función : convertirse en una especie de fábrica de técnicos. Otro menester sería un lujo, aún más : pernicioso. Nada, pues, de contenido humanista.

Esa noche infausta el Alma Mater se representó como una imagen torva de lo que habrían de ser sus futuros hijos : el mejor estudiante será el mejor miliciano y el mejor técnico. Una frase sobre toda otra estremeció la conciencia universitaria. Guevara dijo a la juventud allí reunida : « Lo que importa es la masa, no el individuo. » Si nos fijamos bien, entrañable, lógica y visiblemente fue consecuente con ello a lo largo de su perorata ; porque no se pidió allí una colaboración espontánea al estudiante, tal como hubiera hecho el representante de una revolución que se inspirara en el reconocimiento de la autonomía del individuo humano, que viera en cada alumno algo muy concreto y un fin en sí mismo, esto es : la persona. No, el estudiante adquiere en la arquitectura moral de la Universidad castrista sólo un mero valor instrumental. El Estado le dirá lo que debe estudiar, lo que debe pensar, lo que debe opinar, lo que debe hacer, y, si se quiere todavía más : determinará su ser.

Ya aplastada toda posibilidad de protesta estudiantil, quedábale al gobierno, sin embargo, un escollo para lograr el control absoluto de la Universidad. Lo constituía la estructura legal vigente en la Corporación, y su soporte, el profesorado. Por tanto había que rendir al profesorado y destruir los órganos rectores.

Una campaña de críticas e insultos en contra del Consejo Universitario se originó en el propio Palacio de la Presidencia. La prensa bajo control —toda la prensa del país— vertía ataques y amenazas a granel. Dentro del recinto, en el acto mismo de clase, el profesor se sentía más bien como ante un tribunal inquisitorial : la F.E.U. comenzó a pedir la renuncia del gobierno de cada Facultad y la del Consejo Universitario en pleno ; un profesor universitario, Aureliano Sánchez Arango, fue tiroteado en el aeropuerto junto a un grupo de amigos —hubo heridos y lesionados— y se hizo notorio que las partidas armadas que perpetraron la agresión obedecían órdenes de Raúl Castro y de Rolando Cubela ; se impone la expulsión, por « motivos académicos », de profesores de la Escuela de Ingeniería. Significativamente, uno de los substitutos forzados resultaba ser cuñado del « Che » Guevara.

¿Qué se le inculpaba a la Universidad? Se la acusaba de actuar de espaldas a la « revolución », de frenar el tipo de reforma que « requería el país ». Vale la pena detenerse en esto. El Consejo Universitario mostró una actitud estimulante y cooperativa —ahí están sus declaraciones apoyando la reforma agraria en momentos de general optimismo, ahí todavía en sus últimos días el acuerdo del organismo rector solicitando del gobierno una comisión de ministros destinada a estudiar sugerencias para la reforma en cuestión— ; siempre tendiente, pues, a favorecer aquellos planes del gobierno revolucionario que pudieran propender realmente al desarrollo del país. Ahora bien, la reforma que la verdadera Universidad de La Habana quería, la que la totalidad de sus claustros y la inmensa mayoría de sus alumnos esperaba era, en efecto, una reforma, o sea un plan superador dentro de una continuidad de valores y esfuerzos, mientras que el gobierno de Fidel Castro lo que quería era y es una suplantación, la destrucción de la Universidad de La Habana para situar otra nueva en su lugar, concorde con la naturaleza, estructura y fines reales del sistema que se construye hoy en Cuba.

Y, efectivamente, alrededor del 15 de julio de 1960, la minoría estudiantil actuante junto con un minúsculo grupo de profesores, se congregaron en el anfiteatro de la Escuela de Filosofía y Letras y acordaron destituir la dirección legal de la Universidad. Para reemplazarla constituyeron una titulada Junta Superior de Gobierno de la Universidad de La Habana. Este organismo asumió todos los poderes, y como primera providencia conminó a los claustros para que acataran su jefatura. Con fecha 4 de agosto de 1960, el gobierno convalidó todas las actuaciones de dicha Junta, y a ese propósito hizo que el Consejo de ministros dictara la Ley 859 de la propia fecha, por la cual, además, se reconocía a la Junta como la dirección legal de la Institución. Esta ley es escandalosamente incons-

titucional, contraviene inclusive las propias normas que se dio el gobierno revolucionario. Después de todo no era la primera vez que eso acaecía. Con ella, haciendo patente una vez más que en Cuba se padece hoy una acción gubernativa que no se subordina a ninguna instancia superior a sí misma, se le daba el tiro de gracia a la autonomía universitaria.

Sin esa autonomía el profesorado libre sucumbe. Cuatro de los claustros de las Facultades, los más numerosos, rehusaron acatar la autoridad de la Junta usurpadora y renunciaron en pleno —Medicina, Ingeniería, Arquitectura y Derecho—, sobre doscientos profesores de los cuatrocientos aproximadamente con que contaba la Universidad. Entre el resto de los profesores, individualmente, y en primera línea los más calificados, hubo renuncias, exilios y jubilaciones forzosas. Los que quedan observan un temeroso silencio ; los más aguardan la oportunidad para huir. Supera en escándalo los métodos empleados por la Junta para reemplazar las cátedras despojadas. Se ha echado mano de cualquier apergaminado con un título : sólo se les ha exigido incondicionalidad y que se aprendan la cartilla del adoctrinamiento.

A la hora en que pongo punto final a estas páginas todo parece indicar que la Universidad se queda también sin legítimos alumnos. Se nos dice que entre los jóvenes —presumiblemente se han concertado— hay renuencia a matricularse. Por lo pronto, la Junta se ha visto obligada a suspender la apertura del curso 1960-1961.

He aquí lo que ha acontecido en la Universidad de La Habana cuando la revolución cubana vino a ser lo contrario de su origen.

PEDRO VICENTE AJA

¿ Ha comenzado la persecución religiosa ?

POR ANGEL DEL CERRO

En primer lugar hay que esclarecer el concepto establecido de que Cuba es un país católico. Como en cualquier otro país latinoamericano formado bajo la rígida tutela española, la Iglesia Católica es la que tiene en Cuba mayor influencia de todas las confesiones religiosas organizadas. Esta influencia es, sin embargo, algo menor que en el resto de Latinoamérica. El cubano es en general poco dogmático, tiene una mente bastante liberal, huye de la disciplina rigurosa y es muy aficionado a los goces de la vida. Esto hace que sus convicciones religiosas tengan un marcado sabor individual. « Yo soy católico, pero a mi manera » ; tal es la definición que más se escucha en Cuba. Además, el cubano no posee una sólida cultura religiosa porque la gran mayoría del pueblo procede de la escuela laica. Entre los núcleos más populares predomina una religiosidad basada en el bautismo, la devoción a la Virgen de la Caridad y la influencia de las supersticiones africanas. Puede decirse que la religiosidad de un hombre común del pueblo en Cuba tiene una tercera parte de catolicismo, una tercera parte de superstición y una tercera parte de espiritismo. Con esa amalgama es comprensible que la autoridad de la Iglesia se encuentre relativamente limitada. Se sabe que un 10 % del país, aproximadamente, practica la religión y que un 80 % la acepta. Pero ¿hasta qué punto ese 80 % respondería a una norma rigurosa establecida por la Jerarquía, con la seguridad con que respondería el 10 % de católicos practicantes? Muchos católicos creen que la

gran mayoría obedecería cerradamente en una cuestión fundamental ; muchos de sus enemigos opinan todo lo contrario.

El hecho cierto es que aun al cubano que afirma ser católico, pero no va a la Iglesia, le gusta saber que la libertad de Ella es respetada, y le molesta tanto que pretendan obligarlo a ir a misa como que traten de impedirle que vaya. Es algo así como tener una cuenta de ahorros en el Banco. Es corriente esta expresión entre nuestros campesinos : « Todo el mundo se acuerda de Santa Bárbara cuando truena. »

El reverso de la medalla es que existe muy poco anticatolicismo militante. El anticlericalismo nunca ha echado en Cuba raíces profundas. La gente del pueblo puede criticar desenfadadamente al cura que lleva una vida licenciosa o está demasiado apegado a los bienes terrenales, pero al propio tiempo no tiene a menos reconocer las virtudes —y hasta lo hace con cierto orgullo— del que lleva una vida ejemplar. En esto el cubano es bastante objetivo y sagaz. No le gusta que le den gato por liebre ; pero tampoco cae en la torpeza de pensar que todas las liebres son gatos.

Otro de los problemas que hay que tener en cuenta es la escasez de clero nativo, lo que ha traído como consecuencia que, hasta hace muy poco, la dirección espiritual, tanto en el orden jerárquico regular como en las distintas congregaciones religiosas, ha estado en manos de sacerdotes extranjeros, principalmente españoles. No pocas dificultades de la Iglesia para captar más « militancia », así como para lograr un mayor prestigio entre las clases populares, se han debido a eso. La aparición de un clero nativo, capacitado, apostólico y conocedor del medio ambiente, es un fenómeno de los últimos veinte años.

También a los dos últimos decenios corresponde la organización y crecimiento de la Acción Católica, vigorosa organización seglar que ha ido cobrando cada vez más influencia en Cuba, no solamente en las cuestiones específicamente religiosas sino asimismo en los problemas políticos, económicos y sociales. Se puede decir que la norma directriz para los católicos con vocación política había sido, hasta el funesto 10 de marzo de 1952, la de ingresar en cualquiera de las organizaciones políticas existentes cuyos principios no pugnasen esencialmente con el pensamiento cristiano. En el orden económico-social la prédica católica, tanto eclesiástica como seglar, ha sido más activa que en el orden político. El movimiento Democracia Social Cristiana, primero, y la Juventud Obrera Católica (J.O.C.), después, han tenido una actuación eficaz en el terreno social y si no han logrado una « militancia » numerosa, sí han conseguido dar a conocer los principios católicos en las cuestiones sociales y despertar una ancha zona de opinión favorable hacia los mismos.

El 10 de marzo marcó para la Iglesia, como para la mayoría de las instituciones en Cuba, un momento realmente crítico. La escición latente entre los grupos conservadores y los grupos liberales o de izquierda, se hizo palpable. Los núcleos conservadores de la Acción Católica y otras asociaciones religiosas subrayaron el carácter de apoliticismo de la A.C. para pedir a sus dirigentes y activistas que se abstuvieran de asumir actitudes públicas sobre la crisis política del país. Los grupos liberales o de izquierda, particularmente la juventud, siguieron la línea de definirse públicamente, aunque en el terreno de los principios, ante las flagrantes y crecientes violaciones a los derechos humanos de la dictadura batistiana. Diversos incidentes callejeros trajeron como consecuencia arrestos, persecución y vigilancia de los dirigentes juveniles de la A.C. y muchos se incorporaron a la lucha clandestina contra la dictadura o tomaron el camino de las montañas.

La participación del catolicismo organizado en la lucha contra Batista es un fenómeno nuevo en la historia de la Iglesia en nuestro país. Ninguna de las revoluciones anteriores, ni las de independencia contra el coloniaje español, ni la insurrección contra la dictadura de Machado, recibió una aportación, de conjunto, visible y casi oficial de grandes núcleos católicos. Numerosos sacerdotes subieron a las montañas como capellanes de los grupos rebeldes ; las iglesias sirvieron de centros de conspiración, de refugio de perseguidos políticos y hasta de depósitos de armas y propaganda subversiva ; jóvenes católicos cayeron en encuentros con las tropas del régimen y otros fueron asesinados en las ciudades por

los grupos represivos. Uno de los episodios más dramáticos del fracasado movimiento huelguístico del 9 de abril de 1958, fue el entierro de tres dirigentes católicos asesinados en una comisaría de policía al ocupárseles propaganda contra el régimen. Ante un cordón de amenazantes carros patrulleros desfiló un patético cortejo de religiosos y seglares, encabezado por monseñores y rectores de órdenes religiosas.

Este hecho fue uno de los que más contribuyeron al enfriamiento de las relaciones entre la alta jerarquía eclesiástica y el gobierno de Batista, relaciones que si nunca llegaron a romperse definitivamente se mantuvieron en una fase altamente crítica durante los últimos meses de la dictadura. Batista maniobró habilidosamente, « encajó los golpes y nunca llegó oficialmente « a topar con la Iglesia ».

La primera fase : apoyo

Cuando triunfó la Revolución el 1 de enero de 1959, la Iglesia no fue remisa en sumarse al enorme apoyo popular a Fidel Castro. En realidad el Movimiento 26 de Julio, el Frente Obrero Nacional y el Movimiento de Resistencia Cívica se habían nutrido de importantes núcleos católicos a los cuales la jerarquía no era enteramente ajena.

Hay algunos antecedentes de Castro que deben ser citados en este análisis : su condición de alumno distinguido del colegio de los jesuítas (Belén), y el hecho de que tras el ataque frustrado al cuartel Moncada le fue salvada la vida por el arzobispo de Santiago de Cuba, Mons. Enrique Pérez Serantes. La turbia participación de Castro en los sangrientos sucesos de Bogotá, en la cual perdieron la vida algunos sacerdotes y fueron atacados iglesias y conventos, fue pasada por alto. Tampoco se quiso recordar en aquel momento de exaltación nacional el hecho de que Castro siempre se negó a definirse en la Sierra Maestra, y aun hubo de rechazar una petición oficiosa que le formuló Mons. Pérez Serantes para que en alguno de sus discursos o pronunciamientos citase el nombre de Dios, con el fin de despejar determinadas inquietudes. Castro siempre se hizo el desentendido ante esta petición, pero tal actitud fue interpretada como una maña estratégica. Los antecedentes comunistas de Raúl Castro y de Ernesto Guevara preocupaban a la Iglesia, pero las reiteradas manifestaciones del jefe del Movimiento 26 de Julio de que él no era comunista y que era opuesto a cualquier tipo de dictadura de izquierda o de derecha, desvanecieron los temores. Habilidosamente, Castro, en su marcha hacia La Habana, llegó hasta a hacer declaraciones afirmando que era partidario de la enseñanza de la religión en las escuelas del Estado. Por cierto que en esta trampa cayó el propio Mons. Pérez Serantes, y algunos dirigentes católicos trataron de iniciar inmediatamente una campaña para lograr estos propósitos, dando así pie a los comunistas para sus primeros ataques a la Iglesia. Es muy posible que el propio Castro haya sido el iniciador de esta siniestra estrategia.

Este incidente, unido a la obstinación del ministro de Educación del régimen de Castro, Dr. Armando Hart Dávalos, que siempre ha confesado un pensamiento materialista dialéctico, en poner trabas a la reanudación del curso de la Universidad Católica de Santo Tomás de Villanueva, dieron lugar a que comenzaran ciertas especulaciones en torno a las medidas que se decía que el gobierno tomaría contra las escuelas católicas. Sin embargo una intervención personal del propio Castro, así como promesas oficiales de que no habría ninguna interferencia a la libertad de cultos, zanjaron estas dificultades.

La Revolución contaba con un colectivo respaldo popular. El gobierno anunció la promulgación de la Ley Fundamental anunciada por Castro desde el juicio del Moncada, en 1953 : la Reforma Agraria. Dicha ley, aunque discutible desde el punto de vista económico y sospechosa en cuanto a las facultades casi omnímodas que otorgaba al Instituto Nacional de Reforma Agraria (I.N.R.A.) que por la misma se creaba, parecía orientada a redistribuir la propiedad de la tierra sobre la base de la pequeña propiedad y de la eliminación absoluta del latifundio. La ley en su texto es aceptable desde el punto de vista cristiano. La reacción contraria a la promulgación de la ley fue muy limitada. Exclusivamente le opusieron reparos algunos elementos repre-

sentativos de grandes propiedades rurales, y aun dichos reparos, tal vez con una actitud poco sincera, se dirigían más a determinados artículos de la ley que al espíritu general de la misma. La Iglesia alzó su voz por boca de casi todos sus Prelados para declarar que respaldaba los propósitos del gobierno en el terreno social y apelaba a los sentimientos cristianos de los afectados por la ley para que la acataran en nombre del bien común. Se puede decir que la Iglesia dio su bendición a la Ley de Reforma Agraria.

El 26 de julio de 1959, Castro convocó al campesinado a una gigantesca concentración en La Habana. Se hizo un llamamiento a las familias de todas las clases sociales para que cada una alojara algunos campesinos durante esos días. Los discursos de Castro y el sentimiento general de confraternidad entre anfitriones y huéspedes parecían mostrar un rotundo mentís a la lucha de clases y un síntoma de que el gobierno buscaba la justicia social por medios positivos.

Por aquella época Castro había calificado su revolución de « humanista ». El término, como se sabe, no es muy preciso desde el punto de vista filosófico. Ilustrará, sin embargo, a los lectores conocer el origen del calificativo en su nueva acepción fidelista. Cuando Castro volaba hacia Estados Unidos, invitado por el Overseas Press Club, preguntó en alta voz a sus acompañantes qué término podía utilizar para calificar la Revolución, que no representara ni comunismo ni capitalismo. Uno de los presentes sugirió : « humanismo ». Castro indagó : « Y eso, ¿qué es? ». No prestó mucha atención a la respuesta. A partir de entonces fue utilizado, hasta que los elementos moderados de la Revolución comenzaron a tomarlo como bandera del anticomunismo. momento en que Castro dejó de utilizar la palabra definitivamente.

Puede decirse, empero, que hasta el 26 de julio de 1960 la actitud de la Iglesia fue de franco apoyo a la revolución de Castro.

La segunda fase: advertencias

Aquel 26 de julio, precisamente, señaló el final de lo que podría llamarse la « luna de miel de la revolución ». La aplicación de la Reforma Agraria comenzaba a dejar mucho que desear. La ley no se tenía en cuenta, la ley estaba representada exclusivamente por la voluntad irrecusable del Jefe de Zona del I.N.R.A., y el Jefe de Zona invariablemente era un comunista. Así, la Reforma Agraria, en vez de orientarse con un sentido democrático, iba, cada vez más, tomando un rumbo de colectivización forzosa.

La actividad comunista se hacía cada vez más enérgica y su penetración mayor, particularmente en las Fuerzas Armadas, a través de las escuelas de adoctrinamiento cuyo jefe supremo era el « Che » Guevara.

La Iglesia comenzó a demostrar preocupación. Algún choque había surgido con motivo de la participación de algunos sacerdotes en una conspiración abortada por Castro el 9 de agosto. También surgían temores debido a la presencia de conocidos comunistas en la Comisión creada para « revisar los libros de texto » y que amenazaba con establecer el texto único en todas las escuelas del país. La cuestión de los sueldos de los profesores, de las cuotas de los alumnos y de determinadas restricciones de tipo docente o administrativo impuestas a la escuela privada fueron motivo de disgusto.

No obstante, la Iglesia estaba muy preocupada de que no se la identificara con la oposición que comenzaba a hacerse evidente en las zonas económicamente afectadas por las primeras leyes de la Revolución. El incidente de Hubert Matos, heroico comandante de la Sierra Maestra, acusado de traición y encarcelado por Castro por haber denunciado la infiltración comunista en las Fuerzas Armadas, y la exaltación del « Che » Guevara, cuya ideología comunista se hacía cada vez más evidente, a la presidencia del Banco Nacional en sustitución de uno de los ideólogos del 26 de Julio, el economista Dr. Felipe Pazos, hicieron aparecer sobre el horizonte las primeras nubes de tormenta. La celebración del Congreso Católico Nacional de noviembre de 1959, manifestó que la actitud de la Iglesia comenzaba a variar de un total apoyo al gobierno a un cauteloso respaldo en donde afloraban las primeras advertencias. Más de un millón de personas se reunieron

en La Habana, en la mayor concentración de la historia de la República, para honrar a la Patrona Nacional, Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, y gritar a viva voz ante el propio primer ministro : « ¡Revolución, sí ; comunismo, no! »

La tercera fase : ruptura

¿Puede decirse que haya ocurrido una ruptura entre la Iglesia y el gobierno? Oficialmente, no ; pero las relaciones son cada vez más tensas y difíciles. El proceso de comunización de Cuba ha sido realizado con suma habilidad. La revolución fue presentada primero como nacionalista, más tarde como antimperialista y por fin como marxista. Con la ayuda de todos los recursos del comunismo internacional se ha creado un problema artificial y aparentemente insoluble con Estados Unidos para hacer creer que Cuba « tenía que refugiarse en el bloque chino-soviético para defenderse de las agresiones del imperialismo ». El proceso sofístico ha sido el siguiente : nosotros somos antes que nada nacionalistas ; por ser nacionalistas estamos contra todos los imperialismos ; el imperialismo que constituye un « peligro » para nosotros es el norteamericano ; para defendernos del imperialismo norteamericano, tenemos que recurrir a la otra potencia que puede enfrentarse a Estados Unidos.

La culminación de ese proceso fue el abrazo de Castro con Kruschef en la Asamblea General de las Naciones Unidas. En el aspecto interno el país fue comunizado siguiendo más o menos el mismo ritmo del aspecto internacional. En la medida en que esto iba ocurriendo, la Iglesia denunciaba cada vez con mayor severidad el problema comunista. Una enérgica Carta Pastoral del Episcopado advirtió al pueblo de Cuba que importantes figuras del gobierno estaban tratando de introducir los métodos y sistemas de la Unión Soviética y que la revolución derivaba peligrosamente hacia el totalitarismo comunista. Esos mismos personajes y los más caracterizados voceros no se ocultaban ya para decir que la revolución era marxista. Una pastoral de Monseñor Enrique Pérez Serantes, arzobispo de Santiago de Cuba, advertía claramente al primer ministro que la Iglesia estaba en pie de lucha contra el comunismo y rechazaba enérgicamente las acusaciones que éste le había hecho de « ser un instrumento del imperialismo en contra de los intereses del pueblo ». « La Iglesia no tiene relaciones con ningún gobierno extranjero —concluía la Pastoral—, pero si se viera obligada a elegir entre Estados Unidos y Rusia, la Iglesia no vacilaría en tomar su decisión. »

La batalla verbal

Como consecuencia de la pastoral, el régimen arreció sus ataques a la Iglesia por medio de la prensa y la radio, que están bajo control absoluto, y las provocaciones callejeras. Blanco principal de los ataques fueron Monseñor Pérez Serantes y el obispo auxiliar de La Habana, Monseñor Eduardo Boza Masvidal, quien tuvo una activa participación en la lucha contra la dictadura de Batista y que ha sido uno de los líderes del pensamiento católico anticomunista.

Monseñor Boza Masvidal es rector de la Universidad Católica de Santo Tomás de Villanueva, y los comunistas se han aprovechado de ello para desatar una campaña contra dicha Universidad e, indirectamente, contra los colegios católicos. Las organizaciones católicas nacionales respondieron mediante un documento, con fecha 30 de noviembre, afirmando que « se trata de una campaña intensa y sistemática de difamación pública que se vale de la calumnia y la mentira ». Los católicos cubanos, dice la hoja profusamente divulgada en la isla, « consideran toda agresión directa o indirecta contra la Universidad o su rector como un ataque injustificado contra la Iglesia, contra la integridad de sus instituciones de educación y contra los principios de libertad de enseñanza ».

En ese mismo fin de semana el primer ministro renovó sus ataques a la Iglesia en un discurso pronunciado en la escalinata de la Universidad Nacional, llamando al clero « criminales con sotana... que escriben sermones contrarrevolucionarios en hojas parroquiales ».

En este acto ocurrió, sin embargo, un hecho muy grave : la presencia como orador en el mismo del R.P. Germán Lence, apologista de la Revolución y teórico de

un absurdo « marxismo cristiano ». El Padre Lence es una de las cabezas visibles de un pequeño grupo de seis o siete sacerdotes con los cuales Fidel Castro ha considerado en distintas ocasiones la posibilidad de organizar una especie de Iglesia Nacional, para producir un cisma entre la colectividad católica. La maniobra, no obstante, parece que difícilmente podrá prosperar, debido por una parte a que el gobierno tiene ya demasiados problemas con la insurgencia creciente en la ciudadanía para sumarse uno más, y por otra a que el 90 por ciento de los católicos, aun los más tibios, están profundamente definidos ya contra Fidel Castro y el comunismo. La jugada, pues, sería muy peligrosa y al menos por ahora parece que el régimen no pasará de esgrimirla como una amenaza.

La batalla de los documentos, sin embargo, continúa con mayor virulencia. Mons. Eduardo Boza denunció el carácter claramente marxista del régimen de Castro, basándose en los siguientes puntos : 1) Empezó por borrar el nombre de Dios de la Constitución ; 2) Predica el odio y la lucha de clases ; 3) Llega al control absoluto del individuo para obligarlo a pensar como el Estado ; 4) Anula el derecho de propiedad y convierte al Estado en supremo dueño de todo ; 5) Destruye la fama ajena con insultos y calumnias ; 6) Ataca a los imperialismos occidentales, pero alaba al imperialismo ruso. « Existe un ataque sistemático contra Estados Unidos y las naciones occidentales y una amistad demasiado íntima para ser casual con Rusia y los países socialistas », dijo el Obispo.

« Hace días un comentarista radial (vocero del régimen) decía que debemos estar junto al Congo frente al imperialismo belga —continúa Mons. Boza—, junto a Argelia frente al imperialismo francés ; pero se le olvidó decir también que debemos estar junto a Polonia, Hungría, Checoeslovaquia, Rumanía, Bulgaria, Estonia, Letonia y Lituania frente al imperialismo ruso. »

Proa a la tormenta

Por último, con fecha 7 de diciembre, una carta de los Obispos de Cuba al primer ministro Fidel Castro, protesta enérgicamente contra la injusta persecución de signo comunista que su régimen ha desatado contra la Iglesia.

« Es necesario que le recordemos, señor primer ministro, que la Iglesia ha enseñado siempre, como norma fundamental de conducta humana, la primacía de los valores espirituales sobre intereses de orden material », le dicen.

El documento señala estos vejámenes a la Iglesia, sus sacerdotes e instituciones :

— Textos y profesores imbuyen a las masas el marxismo, y atacan la doctrina y las obras de la Iglesia en Cuba.

— Con complacencia oficial se efectúan « virulentas » reuniones de insulto y humillación a los sacerdotes.

— Se han hecho enmudecer los medios de que los católicos disponían para alcanzar a la opinión pública.

— El régimen ha arrestado a muchos sacerdotes por leer las pastorales de los obispos, y ha amenazado a otros con represalias si lo hacían.

— Las autoridades fomentan una falsa organización « católica » (Con la Cruz y la Patria) para dividir a los fieles del clero.

— Una banda de provocadores interrumpe los oficios religiosos.

— Coronando una campaña de calumnias contra la Iglesia de parte de otros funcionarios, el mismo Castro lanzó ataques contra la Universidad Católica de Villanueva.

— El primer ministro acaba de acusar a sacerdotes rurales de ser « esbirros con sotana » pagados por los contrarrevolucionarios.

« Cuando se nos ataca personalmente podemos callar, porque si como hombres tenemos derecho a la reparación, como obispos tenemos el deber de perdonar. Pero cuando se hiere y lastima a nuestros hijos espirituales, dejaríamos de ser los pastores legítimos del rebaño que se nos ha confiado, si no defendiésemos sus derechos y su honor », termina dicho documento.

Es muy posible que en esta atmósfera de alta tensión una chispa cualquiera haga que estalle la violencia física de un momento a otro. Esa chispa puede ser la cuestión de los colegios católicos.

Hace poco una revista especializada francesa recordaba una frase de Nikita Kruschef a Fidel Castro, durante su encuentro

en las Naciones Unidas : « He llegado a la conclusión —afirmó el « Premier » soviético— de que en Cuba existen dos partidos políticos : los conservadores y los radicales. Los conservadores son los antiguos comunistas y los radicales son usted y sus amigos. »

El choque, pues, parece inevitable. Por un lado la Iglesia, segura ya de su masa y de su « militancia », está en pie de lucha ; por otro lado el consejo de Sancho de « no topar con la Iglesia », tiene que antojársele demasiado conservador a este extraño Quijote leninista y tropical.

ANGEL DEL CERRO

20 de diciembre de 1960.

La actual política internacional

POR NESTOR SUAREZ FELIU

La primera República muere con la guerra hispano-americana y la intervención de Estados Unidos en Cuba. La segunda República nace el 20 de mayo de 1902 con el apéndice de la Enmienda Platt, que da derecho al gobierno de Washington a intervenir en los asuntos internos de Cuba en caso de que allí se estimara que había desorden público.

Esta atadura castró nuestros primeros años republicanos y dejó su firme huella en los gobiernos. La segunda intervención americana nos enseñó a hacer negocios de los cargos gubernamentales y a iniciar una política de dilapidar el tesoro público en contra de lo propuesto por Estrada Palma.

Pero si los gobiernos fueron corruptos e incapaces, el pueblo con unas características particulares, mezcla de España y Estados Unidos, progresó a pasos agigantados y pronto teníamos suficientes elementos técnicos para convertir a La Habana en una de las más hermosas urbes de América Latina y al país en una nación civilizada y culta, cortada en todas direcciones por modernas vías de comunicación.

Cuando se produjo la crisis económica de 1929, la clase media cubana había llegado a un grado de superación que encuentra muy anticuados los métodos de los gobiernos sometidos a Washington por la Enmienda Platt. El presidente Gerardo Machado y Morales intuye esta nueva necesidad e inicia un proteccionismo para nuevas industrias que lo enemista con Estados Unidos y provoca la intervención de Summer Welles, cuando ya la nación está en pie de lucha contra la dictadura.

Cae ésta, y en 1933 se inicia un importante ciclo revolucionario en Cuba. Diplomáticos de nueva mentalidad plantean en la Conferencia de Montevideo la eliminación de la Enmienda Platt y lo logran. Washington experimenta la política del Nuevo Trato y nosotros nos beneficiamos con el consiguiente auge económico.

La revolución termina con el pago por medio de vales en los ingenios azucareros, el jornal del obrero agrícola sube de veinte centavos al día a dos dólares y Cuba va sentando las bases para la legislación laboral más progresista de todo el hemisferio.

Fueron estos años de tanteo y experimentación, pero durante los períodos presidenciales de Ramón Grau San Martín y Carlos Prío Socarrás la democracia fue una realidad en Cuba y el ritmo constitucional había tomado tal fuerza que cualquier partido que hubiese ganado en las elecciones de 1952 se hubiera visto obligado a ser ci-

vilista, honesto e independiente de toda presión extranjera.

El 10 de marzo de 1952 se produjo un hecho fatídico en nuestra historia. Un ex sargento que había llegado primero a coronel y después a presidente en una ola revolucionaria, encontró sus arcas vacías y decidió ocupar nuevamente la silla presidencial.

Fulgencio Batista no fue un dictador en el sentido clásico de la palabra. Robó y dejó robar a sus amigos. Permitió que policías de su régimen torturaran y asesinaran a los que consideraban sus enemigos, y simultáneamente perdonaba por influencia de amigos a algunas personas verdaderas enemigas del régimen. Sus militares no combatían y no tuvo poder de mando suficiente para que lucharan. Sus agentes lanzaron más hombres a las filas de Fidel Castro que los propios ideales revolucionarios. La célebre « marcha » del Che Guevara desde la provincia de Oriente hasta las lomas del Escambray, en Las Villas, se realizó comprando el derecho de paso al coronel jefe de la provincia de Camagüey.

La repulsa política al régimen provino de la clase media, ya con conciencia de clase y frustrada por no poder desarrollarse hasta donde le hubiesen permitido su fuerza y su cultura. Un gobierno corrupto como el de Batista, era un obstáculo al progreso de la nación y tenía que ser eliminado.

Esta clase ayudaba a todo aquel que tratara de eliminar al dictador, y cuando los políticos tradicionales encabezados por el Dr. Prío Socarrás fueron muy lentos e ineficientes en llevar adelante la lucha revolucionaria, apoyó al entonces desconocido Fidel Castro, porque lo único que necesitaba era la acción, la organización El dinero, los hombres y lo demás necesario, lo aportaba ella.

La presión ejercida por la mencionada clase llegó a penetrar la voluntad de lucha del ejército corrompido de Batista, y el 1 de enero de 1959 el dictador marchó hacia el exilio dejando el camino abierto para que la nación cubana pudiera desarrollarse libre y sin trabas, con su espíritu democrático y progresista.

* * *

Fidel Castro demoró varios días en llegar de la Sierra Maestra a La Habana. Este tiempo era necesario para que su grupo minoritario pudiera tomar los resortes del poder en medio de la confusión creada por la alegría de todo un pueblo que sólo veía un porvenir de felicidad y paz. El entusiasmo era tan grande, que Castro se vio obligado a prometer lo que deseaba aquel pueblo que lo recibía como a un Mesías. Armas, ¿para qué?, se preguntaba. Elecciones a más tardar en 18 meses, añadía. Además, Castro pidió y alentó verbalmente las inversiones extranjeras y ofreció garantías a los capitalistas norteamericanos. Después de todo, Estados Unidos había impuesto el embargo de armas a Batista y desde las bases de la Florida partían los aviones que llevaban a Castro suministros bélicos, en la Sierra.

Sin embargo, al segundo mes ya todos los resortes del poder estaban en manos de los comunistas. Ernesto Che Guevara y Raúl Castro realizaron el trabajo preliminar de zapa mientras Fidel Castro distraía la atención pública hacia otros problemas. Y un día los cubanos se dieron cuenta de que se había tendido una Cortina de Caña sobre el archipiélago y que no se podía criticar al Partido Comunista, que era un crimen exigir elecciones y que la prensa estaba amordazada.

Otros han descrito el proceso de la imposición comunista en Cuba ; así que, veamos cómo Fidel Castro traiciona las tradicionales relaciones de Cuba con su política al servicio de la Unión Soviética.

* * *

Nosotros vimos entrar a Fidel en La Habana, orgulloso entre los vítores de un millón de personas. Delante del « jeep » que avanzaba rodeado de sus soldados y admiradores, iba una enorme rastra cargada de hombres armados y con un letrero a todo lo largo que decía : « Incondicionalmente con Fidel ». Hacía cinco días que el nuevo salvador de la patria veía el letrero, y le gustaba. Ya los cubanos habíamos tenido a Machado, al que sus corifeos llamaban « El Egregio », a Batista, a quien decían « El Hombre », y ahora venía otro que comenzaba con incondicionales antes de entrar en el Palacio Presidencial.

La Habana fue testigo en esos días de la llegada de otros hombres, además de los barbudos de la Sierra. Negros haitianos, mestizos dominicanos, rostros indiados de Centroamérica, iban y venían realizando misteriosas gestiones. La clarinada revolucionaria había sonado y los opositores a las dictaduras de Trujillo en Santo Domingo, de Duvalier en Haití, de Somoza en Nicaragua y de Stroessner en Paraguay, arribaban en busca de apoyo para establecer la democracia en sus respectivos países.

Una fuerza dominicano-cubana estableció su cuartel en la provincia de Oriente y se preparó la invasión de Santo Domingo. Los haitianos trataron de establecer contactos, pero no pudieron unirse. Siempre se les ponían trabas, aunque tenían tantas razones como sus vecinos isleños para liberarse. Pronto descubrirían un secreto : las expediciones contra los dictadores se organizaban bajo el mando directo de Che Guevara, y si los comunistas no poseían el control absoluto los exiliados no encontraban armas ni dinero para su empresa.

Se produce la primera invasión de Santo Domingo, que termina en un desastre. Los haitianos continúan buscando apoyo dirigidos por el incansable Maurepas Augusto, patriota y católico, pero ni siquiera consigue entrevistarse con Fidel. Todas las puertas se le cierran hasta que llega a La Habana Depreste, líder comunista que ha viajado por los países de detrás de la Cortina de Hierro y que obtiene inmediatamente trabajo en las páginas editoriales del diario oficial *Revolución*.

Cuba ofrece neutralidad a sus vecinos, y varios grupos expedicionarios son sorprendidos con armas y barcos y castigados o disueltos. Estos grupos no eran comunistas y sólo deseaban eliminar a los dictadores, por lo cual no eran útiles a la política del Kremlin.

La aventura de Panamá fue condenada por Fidel y un emisario suyo logró evitar el derramamiento de sangre. El gobierno de Cuba era inocente otra vez de estas agresiones.

Para ese entonces, el velo había caído ya de los ojos de los revolucionarios exiliados de América Latina. Los dominicanos trasladaron sus centros de operaciones a Venezuela y Estados Unidos. Los haitianos se tuvieron que plegar, divididos, al comunismo cubano, y Chester Lacayo y el general Ramírez, que iban contra Somoza, fueron juzgados y condenados públicamente por el delito de conspirar contra un dictador centroamericano. A partir de aquel momento, Cuba se convierte en la base comunista para toda la América Latina y emprende una política que le ha de producir buen éxito.

Durante años el sentimiento antinorteamericano había ido creciendo al sur del Río Grande. Resentimiento natural de razas de piel oscura, miseria y analfabetismo endémicos entre las grandes masas de la población y una política ciega de apoyo a los dictadores por parte del Departamento de Estado en años anteriores, habían dejado un sedimento que sólo necesitaba ser agitado para convertirse en un mar de fango.

Los partidos comunistas, con su franco sometimiento a Moscú, no habían sido todo lo útil que demandaban las circunstancias para agitar estos factores. Se quería la liberación de la tutela de Washington, pero no para caer bajo la de Moscú.

Los agentes fidelistas encontraron así un terreno abonado. Ellos no pertenecían al Partido Comunista, sino que sólo laboraban por una revolución nacionalista y antinorteamericana, por lo que fueron recibidos bien en todas partes. Eran los representantes de un pequeño David luchando contra un enorme Goliat, y era pura casualidad, sólo coincidencia, que sus mensajes fueran similares a los del Kremlin.

Cuando los regímenes democráticos de América se dieron cuenta, ya los agentes fidelistas habían establecido relaciones con cuanto grupo tenía mucho que ganar y nada que perder en cada país. Políticos frustrados, generales que necesitaban rellenar sus arcas y hasta sinceros revolucionarios, encontraron que de buenas a primeras tenían un aliado que daba armas y dinero y que, como si manejara una varita mágica, lograba que el Partido Comunista local ofreciera un apoyo incondicional sin exigir nada a cambio. Los « hombres de confianza » del partido, que habían permanecido en la sombra muchos años, salieron a la palestra y se unieron a estos grupos.

Una nueva etapa habíase iniciado en el hemisferio occidental y al igual que los

conquistadores españoles, con una organización superior, una fe profunda y una audacia sin límites, habían paseado sus armas desde Tenotchtitlán hasta el Río de la Plata, así los comunistas, disfrazados de fidelistas, se lanzaron a la nueva conquista, esta vez con un botín mayor que el de los Incas o Aztecas.

Los partidos democráticos de América no estaban preparados para hacer frente a estos lobos con piel de cordero. Nuestro hemisferio había tenido muchos dictadores, pero nunca un régimen totalitario había sentado sus plantas en nuestras playas. Fue como un nuevo virus en cuerpos sin defensa contra él, y aún hoy, pasados dos años, el peligro es grande, terrible, si no se elimina su base de operaciones en Cuba.

Las instrucciones del Che Guevara a sus agentes, repetidas más tarde públicamente durante su recorrido por Rusia, fueron claras y sencillas. Tomemos sus propias palabras : « Aconsejamos a cada revolucionario latinoamericano que no crea en la democracia representativa, ni en aspirar a tener representantes en los parlamentos o a reclamar derechos de elecciones, sino en preparar la revuelta armada contra el poder civil y disolver los ejércitos para sustituirlos por una milicia popular. »

Es decir, la revolución comunista soviética sin careta democrática, sin rodeos. Ya eran fuertes y no se necesitaba el engaño.

* * *

Estados Unidos ofreció su firme cooperación al nuevo régimen cubano, para dar mayor énfasis a su política de terminar con las dictaduras en el hemisferio y establecer la democracia representativa en cada país. El primer paso fue la designación del embajador Philip Bonsal, que había ayudado a los revolucionarios bolivianos, que conocía el idioma español y simpatizaba con las ansias libertadoras de nuestros pueblos.

Los comunistas otearon el peligro. La revolución boliviana, una de las más radicales de América, se les había escapado de las manos. Eso no podía suceder en Cuba y así, desde el primer momento, se inician campañas antinorteamericanas en toda la Isla.

Muchos cubanos creyeron que era una jugada de Fidel Castro para lograr un gran empréstito, un chantaje inteligente para asegurar dinero para sus planes de reforma agraria e industrialización nacionalista. Cuando despertaron a la realidad se encontraron con que prácticamente habíamos declarado la guerra a Estados Unidos. Apoyábamos a los rebeldes argelinos en la O.N.U., al Pathet Laos, a Corea septentrional y a cualquier grupo comunista o antioccidental que surgiera en las más remotas regiones del globo.

Acusamos a los norteamericanos de planear la eliminación de la cuota azucarera cubana para darles la idea de suprimirla y se volcaron mentiras descaradas, escritas con sangre cubana, con los incidentes de lanzamiento de proclamas por Rafael Díaz Lanz y la explosión del buque « La Coubre ».

Las granadas explosivas de los buques de guerra cubanos y de las baterías antiaéreas de la fortaleza de La Cabaña disparadas sobre la capital contra el avión desarmado de Díaz Lanz, cayeron sobre la población indefensa. Fidel acusó a los norteamericanos de haber enviado el avión con bombas sobre La Habana. Mintió a sabiendas para provocar la guerra.

Apenas había pasado una hora de la explosión en el puerto de La Habana del buque francés cargado de armas belgas, explosión que causó decenas de víctimas, cuando Fidel acusaba a agentes norteamericanos de la voladura, provocada por la ineficiencia criminal de los barbudos encargados de la descarga.

Confiscó después las refinerías de petróleo norteamericanas, acusándolas de no querer elaborar el petróleo ruso crudo, primer paso para la confiscación de todas las propiedades, tanto de cubanos, como de norteamericanos. Su objetivo : romper todo lazo económico con Estados Unidos. Lazos políticos no teníamos hacía mucho tiempo ya que Cuba actuaba con plena soberanía desde muchos años atrás. Logrado ésto, fue fácil someter a Cuba bajo el yugo soviético. Si estábamos solos, si la agresión norteamericana nos cerraba el camino del comercio, el único medio era aceptar la ayuda de la Unión Soviética. Y se produjo la más ilógica y antinatural de las alianzas política y comercial.

B.D.I.C

Nos aliamos a Rusia, que este año es el mayor país productor de azúcar del mundo, para venderle nuestro azúcar. Tenemos petróleo a bajo precio en Estados Unidos, en la región del Golfo y en Venezuela, y lo traemos del Mar Negro, a miles de millas de distancia en buques que no son nuestros. Todas nuestras empresas industriales emplean maquinaria norteamericana y cerramos trato con el que puede vendernos las piezas de repuesto. Igual sucede con el equipo rodante, que va desapareciendo lentamente por carencia de piezas.

Las empresas norteamericanas en Cuba empleaban a cubanos que hablaban inglés y que eran expertos en las industrias. De ahí la pequeñez de la colonia norteamericana en nuestra patria. Al comprarle maquinaria a Rusia, los técnicos cubanos que no hablan ruso sobraron y hubo que traer centenares de técnicos soviéticos y chinos para que el país pudiera seguir produciendo, aunque esa producción fuera poca y mala.

Paso a paso, Cuba se fue convirtiendo en una colonia manejada desde Moscú y nuestras relaciones exteriores tuvieron que seguir los zigzagueantes lineamentos del Kremlin en contra de todas nuestras tradiciones, en contra de todos nuestros intereses y a costa de la riqueza de nuestra nación.

Uno de los primeros pactos comerciales que hicimos fue con la República Arabe Unida. Cambiamos algodón egipcio por azúcar que Egipto no necesitaba. El algodón lo compramos a un precio que doblaba el del algodón norteamericano y el azúcar lo vendimos al precio del mercado mundial. Así comenzamos a vender azúcar por debajo del costo de producción y así lo seguimos haciendo en los trueques con Rusia y China Roja. La colonia es explotada por la metrópoli.

* * *

Igual que los demás países satélites comunistas, Cuba ya no puede seguir otra política exterior que la que le trae el régimen de Moscú.

Económicamente, el régimen de Fidel Castro caería el mismo día que la Unión Soviética le suspendiera sólo los envíos de petróleo. No hay escape. El telón de hierro ha caído sobre nuestra patria y sólo la expulsión de los comunistas puede eliminarlo.

Y si la economía interna continúa perjudicándose al actual ritmo, los dirigentes rojos cubanos no van a caer lentamente. Tienen necesariamente que lanzarse a la aventura exterior. O bien triunfan en otro país latinoamericano por un golpe de fuerza, o se ven obligados a atacar alguna base norteamericana para caer bajo el « enemigo grande » y representar el papel de víctima que sirva para continuar la campaña de subversión en otros países de América Latina.

La política exterior cubana es suicida si se la estudia desde un punto de vista exclusivamente cubano ; pero en la perspectiva de la conquista total de América por los comunistas es efectiva y muy peligrosa para todo el mundo libre.

Cuando Cuba sea libre e independiente, la política exterior de Cuba será activamente democrática. Hemos sido la primera nación del hemisferio occidental en conocer en nuestra carne lo que es el totalitarismo soviético y nos corresponde, por derecho, el ser también la primera en desarrollar una política activa para eliminar la semilla roja de un continente nacido para la libertad.

Somos aliados de Estados Unidos, sin sometimiento alguno. Creemos en la democracia como fuerza viva política y conocemos, por experiencia, que el triunfo comunista en un país no es un acontecimiento aislado sino parte de un plan global para conquistar el mundo.

Así lucharemos para reforzar los lazos hemisféricos, convirtiendo a la Organización de Estados Americanos en un organismo vivo, que, fiel a sus ideales de libertad, sea custodio de los derechos humanos.

La política exterior nuestra será, pues, dirigida, no sólo al fin egoísta de defender nuestros derechos en las relaciones con otros países, sino encaminada activamente a tratar de eliminar en el mundo el peligro que representa la existencia del imperialismo comunista, en lo que esté al alcance de nuestras fuerzas y nuestras posibilidades.

NESTOR SUAREZ FELIU

Situación de los campesinos y obreros dentro de la reforma agraria

POR AURELIANO SANCHEZ ARANGO

CUBA, al término de la segunda guerra mundial, poseía las condiciones idóneas para que una reforma agraria, coordinada con una planificación económica democrática, acelerase equilibradamente el desarrollo de la nación, al amparo de una extraordinaria reserva en divisas y un notorio ascenso en el ahorro nacional consecuencia de la bonanza posbélica.

En favor de esa reforma agraria conspiraba un defectuoso régimen de « tenencia de tierras », cuyas características más acusadas hubo de recoger el Censo Agrícola de 1946. De un total de 159.958 fincas o haciendas agrícolas y ganaderas los propietarios sólo atendían 48.792, lo que representaban el 30,5 %, cifra que se elevaba al 36,3 % incluyendo los administradores a sueldo que representaban el 5,8 % (9.342 fincas). Por su parte los arrendatarios, subarrendatarios y partidarios (régimen de partido o aparcería) representaban el 53,9 % del área en fincas, mientras los precaristas u ocupantes ilegales (sin pagar renta alguna) poseían 15.725 fincas, que equivalían al 9,6 %.

Ante ese cuadro, esquemáticamente expuesto, resultaba explicable que el anhelo más acendrado del agricultor cubano de la posguerra fuese el de una legislación que le permitiese el acceso a la propiedad de la tierra, o sea, transformar a Cuba de una agricultura de pagadores de rentas en una agricultura de propietarios de tierra. El núcleo agrícola mayoritario del país —los cultivadores de caña— ya gozaba de una legislación que le otorgaba el « derecho de permanencia sobre la tierra » mientras abonasen una renta mínima y juiciosa que era determinada por las altibajas del precio del azúcar. Los demás agricultores del país —la minoría—, si bien no tenían un cuerpo legal de esa magnitud, poseían en cambio diversas leyes que impedían los desalojos y regulaban, aunque defectuosamente, los contratos de arriendo y aparcería. Todos, como es obvio, ansiaban convertirse en propietarios.

A ese colectivo anhelo de abrirle una vía pacífica y legal al traspaso de tierra mediante pagos globales o a plazos, se agregaban dos exigencias complementarias: precios justos y créditos amplios. Investigaciones estadísticas oficiales habían demostrado el margen abusivo e inhumano que recababan para sí los intermediarios entre el productor y el consumidor. Ese margen oscilaba a veces entre el 500 y el 2.000 por ciento. En el orden crediticio, mientras la Banca oficial hacía en 1958 préstamos a distintas actividades por 459 millones de pesos, sólo destinaba a la agricultura 19 millones. La Banca privada comercial, por su parte, de más de 500 millones en préstamos sólo destinó, en el mismo año, la suma de 48.744.000 a las actividades agrícolas y ganaderas.

Era evidente que Cuba necesitaba una reforma agraria, que si se acompañaba con una adecuada política de producción no sólo habría de sustituir importaciones y absorber desempleo, sino que habría de ensanchar la dimensión del mercado interno

del país, para beneficio de los demás sectores de la producción y los servicios bancarios, comerciales y profesionales.

Por desgracia los distintos gobiernos que se sucedieron soslayaron el imperativo de la reforma agraria, para adentrarse en arriesgados y costosísimos proyectos de industrialización, que marcharon paralelos en la dictadura de Batista (1952-1958) con programas oficiales de obras no reproductivas inspiradas o presididas por las más groseras formas de la venalidad y la corrupción.

Cuando a raíz del triunfo revolucionario del 1 de enero de 1959 se habló de la implantación inmediata de la reforma agraria, una poderosa corriente de júbilo estremeció a la nación. Pocos cubanos prestaron atención a dos hechos de extraordinaria importancia histórica : el primero fue que el grupo fidelista del 26 de Julio (que monopolizó el triunfo) sólo había mostrado preocupación por tal reforma a mediados de 1958, a raíz de su ensamblaje secreto con los comunistas. Su extracción era estudiantil, profesional y de clase media, con aportaciones posteriores del obrerismo comunista que vegetaba en la clandestinidad. Y el segundo fue que el naciente Gobierno quería dictar una « nueva reforma agraria », en sustitución de la que para los territorios que se iban ocupando había sido dictada el 10 de octubre de ese mismo año. En esa reforma inicial —que tuvo el carácter simbólico de un anzuelo— se respetaba el *status* jurídico del país, principalmente los preceptos de la Constitución de 1940, y se establecían pragmáticas que por consagrar la propiedad privada y aceptar los canales de la democracia hubieron de merecer el respaldo de cuantos núcleos campesinos, aún dentro de la clandestinidad, pudieron conocer los postulados de dicha legislación. Se trataba, en verdad, de una reforma del sistema y no de una subversión o sustitución del sistema.

Un solo grupo político del país prestó atención a esos dos antecedentes históricos : el « Frente Nacional Democrático, Triple A ». El 15 de abril de 1959 dio a la publicidad un extenso y documentado informe que contenía, según sus autores, el tipo o clase de reforma agraria que Cuba necesitaba, asentada sobre sólidos principios democráticos y constitucionales. Fue una responsable voz de alerta, pero totalmente desoída. El 17 de mayo de dicho año se promulgó la reforma agraria, cuyo contenido fue publicado en la *Gaceta Oficial* del 3 de junio.

La simple lectura de su texto demostró que se iba a una subversión del sistema y no a una reforma del *status* agrario del país. Pese al hábil manejo del idioma, y pese a la simulación verbalista con que se encubrió la medida, ella traducía la oculta y ya poderosa influencia comunista que pretendía obviar en Cuba muchos de los problemas que habían surgido en Rusia y otros países sovietizados. Para arribar a la fórmula final del capitalismo de Estado, tenía que controlarse a los obreros y al campesinado. Y para cumplimentar la tesis soviética de impulsar el desarrollo a través de la industrialización en gran escala, había que esclavizar a la masa agrícola del país a fin de establecer el « ahorro forzoso », asequible a través de bajos salarios, elevadas cargas tributarias y control severo sobre el producto de las cosechas.

El dominio sobre el proletariado fue relativamente fácil. De un plumazo se destituyeron las directivas de las 33 grandes Federaciones de Industria y de los 2 mil sindicatos del país. A ese aventamiento inicial (enero de 1959) de más de 20.000 dirigentes obreros no comunistas, meses más tarde se agregaron 3.800 dirigentes obreros que aunque fueron elegidos en unas democráticas elecciones sindicales aureolados por su lucha contra Batista, no ofrecían garantías al régimen por su apego a las formas y maneras del antiguo sistema de libertades sindicales. Paralelamente se impidieron las huelgas y las demandas de aumentos de salarios, si bien como consuelo el régimen les otorgó el ingreso extra derivado de una rebaja del 50 % en el precio de los alquileres, junto con otras rebajas menores en las cuotas de las compras a plazos.

Mientras esos pasos iniciales hacían avanzar la dominación comunista sobre el proletariado cubano, con toda energía se empezó a implantar la reforma agraria cuyas facetas principales eran las siguientes :

a) Se le otorgó un « ilusorio » derecho de propiedad a todo el ocupante de pre-

dios agrícolas, pero sin que pudiera venderlo, traspasarlo, enajenarlo o hipotecarlo, darlo en prenda o cultivar en él lo que creyese conveniente cada campesino.

b) Se dispusieron expropiaciones en masa en todo el territorio nacional, anunciando su pago en « bonos » y a precios ridículamente inferiores al valor real de la propiedad agrícola. Al año y medio de promulgada la medida no se había hecho un solo pago en bonos, pese a que muchos propietarios estaban dispuestos a aceptar esa forma, reñida con la Constitución de 1940 que establecía el pago en efectivo. En la práctica se demostró que la reforma agraria conducía a una « confiscación global ».

c) Se estableció como mínimo vital para una familia campesina el de 5 caballerías de tierra (alrededor de 65 hectáreas).

d) Se fijó la entrega gratuita de la tierra (el regalo) sobre la base de dos caballerías sin pago alguno, pudiéndose adquirir a plazos las tres restantes que integrarían el mínimo vital.

e) La tierra entregada en usufructo (no en propiedad plena) únicamente podría darse en herencia a una sola persona. En caso de varios herederos se vendería en pública subasta, dándole prioridad a cualquiera de ellos. El mínimo vital, además, no podría parcelarse, pues la ley establece su carácter indivisible.

f) Las sociedades anónimas no podrían poseer explotaciones cañeras. Igual prohibición se hizo a los propietarios de centrales azucareras, accionistas o funcionarios, sin que se reconociese el caso de aquellas centrales (principalmente cubanas y de bajos rendimientos) que necesitaban un mínimo vital de cañas de administración para poder cumplir sus obligaciones económicas y laborales.

g) No se estableció variante alguna de acuerdo con el tipo de cultivo, el uso de la tierra según su calidad o las características de la explotación.

h) Se aplicó idéntico tratamiento al precarista que nunca pagó renta y al arrendatario cumplidor que siempre abonó la renta.

i) Se premió al propietario que jamás puso su tierra en función productiva, respetándole un mínimo de 30 caballerías de su fundo. En cambio se castigó con la expropiación y la confiscación a los propietarios que pusieron a trabajar sus tierras a través de contratos de partido, arriendo o aparcería, dejándoles sólo 2 o 5 caballerías, si es que las atendían personalmente.

j) Se entregaron gratuitamente las tierras a todos sus ocupantes que tuviesen el carácter de arrendatarios, partidarios, aparceros o precaristas. (Esto aparentemente benefició a 101.824 fincas representativas de 64.292 caballerías o 4.797,1 hectáreas.) Ninguno de los supuestamente beneficiados se sintió feliz, pues lejos de disfrutar de la plena propiedad de la finca lo que hizo el Estado fue convertirlo en un esclavo del Poder Agrícola centralizado en el I.N.R.A.

k) En cuanto a las tierras del Estado, confirió igual tratamiento al ladrón de tierras (geófago) que al empresario que a través de segundas, terceras y cuartas manos adquirió de buena fe unas tierras inscriptas en el Registro de la Propiedad y que se le negociaron como de propiedad privada y nunca del Estado.

l) Se prohibieron los pagos en especie (base de la aparcería y del régimen de « partido »), fijando pagos metálicos sin previsión de los posibles cambios en el poder de compra de la moneda.

m) Se estableció el sistema de los Tribunales de Tierra para resolver todos los conflictos que se derivasen de la reforma agraria. Pero en año y medio de implantada dicha reforma, nunca se crearon tales Tribunales, otorgándoseles poderes omnímodos a las autoridades del Instituto Nacional de Reforma Agraria.

n) Se integró un sistema de cooperativas de producción, consumo, servicio de maquinaria, etc., dictatorialmente manipulado por el Estado, al extremo de que los particulares no podrán formar cooperativas. En tal sistema se prohibía el reparto proporcional de utilidades o beneficios —base del cooperativismo— y se convirtió a sus integrantes en verdaderos jornaleros del Estado, como empresario dueño de cada cooperativa, que de tal sólo tenía el nombre.

o) Se aplicó un criterio absurdo y rígido contra el latifundio, impidiendo la posesión de predios mayores de 30 caballerías, pero sin distinguir —técnica y económicamente— lo que era una gran explotación

agrícola positiva que alcanzase óptimos rendimientos de producción y de tasas salariales de lo que constituía una gran explotación negativa (verdadero latifundio) cuyos niveles de producción y de salarios no fuesen los adecuados.

La tabla rasa establecida en la línea de las 30 caballerías (402 hectáreas) —con todas sus negativas repercusiones en el ritmo de la producción— afectó a 8.919 ganaderos, 1.900 cosecheros de viandas (raíces alimenticias), 864 azucareros, 720 agricultores frutícolas, 380 forestales, 150 arroceros, 140 sembradores de cereales y legumbres, 120 tabacaleros, 90 cosecheros de hortalizas, 70 caficultores y 550 agricultores de productos diversos, según el estudio analítico que para la Asociación de Colonos hubo de hacer el Instituto Nacional de Reforma Económica.

p) Se dividió al país —que políticamente tiene 6 provincias— en 26 Zonas de Desarrollo Agrario, cuyos jefes autoritariamente confiscaban tierras, encarcelaban opositores y regulaban la producción. En pequeño se pretendió imitar las comunas chinas, donde la máxima jefatura de cada unidad abarcaba no sólo la economía, sino el comercio, el transporte, la educación, la sanidad, la policía y el ejército.

p) Se dividió al país —que políticamente « I.N.R.A. » (Instituto Nacional de Reforma Agraria), que por sus poderes omnímodos pronto se convirtió en un Estado dentro del Estado. Contra sus resoluciones nadie podía apelar. Su autoridad abarcó desde la confiscación de predios rurales hasta la formación de milicias, controlando dictatorialmente toda la producción agrícola e imponiendo los precios que mejor conviniesen a la política del Gobierno. Posteriormente este organismo se subordinó —sólo en cuanto a la orientación programática— a la Junta Central de Planificación, cuyos técnicos, importados de Rusia, China y Checoeslovaquia, ya están terminando los enunciados básicos de un « Plan Quinquenal » que será implantado a partir del 1 de enero de 1961.

r) Se abolió completamente la iniciativa privada en la agricultura y la ganadería del país ; se realizaron confiscaciones globales en el tabaco, la avicultura y la caña, y los pocos agricultores que escaparon a su control quedaron en situación de directa dependencia del I.N.R.A., como en el caso de la Asociación de Colonos Azucareros, reducida a pequeños y medianos agricultores. Todas las Asociaciones de Productores fueron disueltas o intervenidas por el Estado, sin excepción alguna.

En síntesis, la reforma agraria —que no es más que una de las múltiples expresiones del capitalismo de Estado— le había dado a finales de octubre de 1960 al Gobierno el control directo (por nacionalización, confiscación, intervención o expropiación) de la casi totalidad de la riqueza azucarera (166 centrales y las más grandes plantaciones de caña) ; la totalidad de la riqueza tabacalera ; la totalidad de la riqueza ganadera ; la totalidad de la riqueza avícola de Cuba y las más grandes y prósperas haciendas dedicadas a otros índices de la agricultura cubana, cuya producción anual (1957) fue de 753.599.000 pesos, correspondiendo a la caña 451 millones, 36 al arroz, 33 a las mieles y siropes, 35 al café, 32 al tabaco, 28 al maíz, 22 a la malanga, 15 a los frijoles, 14 al plátano vianda, 10 a la yuca, 5 a las frutas y 6 a las papas, por no citar sino lo más notorio.

Paralelamente a esa acción de férreo dominio agrarista, el Gobierno se apoderó de 11.287 empresas industriales, comerciales, financieras o de servicios sociales, que eran las más grandes y prósperas del país. En total el Gobierno controla actualmente actividades económicas y sociales que representan —según análisis técnico-económico— el 68 % del ingreso nacional, considerado (1958) en dos mil doscientos seis millones de pesos.

Para arribar —en apenas 20 meses— a este drástico cambio de estructura económica, el Gobierno cubano actuó con una audacia nunca exenta de habilidad y simulación. Negando sistemáticamente que sus materiales procedían de la cantera comunista, las medidas que se dictaban iban en cambio rectamente hacia la fórmula del capitalista de Estado implantada por Lenin a través de la NEP en 1923. Para favorecer esa marcha por etapas, no sólo se dominó al proletariado, sino que el I.N.R.A. agarrotó toda la vida campesina, mientras el Ejército Rebelde primero, y las Milicias después, sustituían a las antiguas fuerzas

armadas de la República que habían quedado intactas, aunque desprestigiadas, cuando Batista huyó la madrugada del 1 de enero de 1959. Como el capitalismo de Estado es incompatible con la democracia, el Gobierno no tuvo reparo en confiscar toda la prensa del país, todas las emisoras de radio y todas las empresas de televisión. A la vez prohibió el desenvolvimiento de todo partido político, a excepción del Partido Socialista Popular, que es el nombre con que desde hace años viene encubriendo sus actividades el Partido Comunista de Cuba.

Con todos los vehículos de propaganda en sus manos, el Gobierno cubano desató una torrencial publicidad encaminada a demostrar que Cuba vivía en la más espantosa miseria... que ningún gobierno jamás había hecho nada por levantar los niveles de vida de la población y que nuestro país era una simple factoría de latifundios azucareros al servicio del imperialismo yanqui. Esa fue la argumentación que dentro y fuera de Cuba se repetía diariamente, a fin de justificar el cambio de una estructura por otra ; es decir, a fin de que se aceptasen los formularios comunistas como los únicos idóneos para hacer progresar el país.

Tal propaganda —dejada al arbitrio de los voceros del régimen— hizo rodar estampas cubanas tan miserables como ridículas. Se ocultaba que Cuba tenía un ingreso nacional que permitía un per cápita de 339 dólares por habitante, mientras Chile tenía 296, Colombia 282, Brasil 217, México 202 y el resto de América cifras inferiores. Se negaba que Cuba era el país del continente que más kilómetros de ferrocarril poseía por área territorial ; que éramos el segundo país de América Latina en consumo de energía por habitante ; que poseíamos un automóvil por cada 39 habitantes, mientras Argentina tenía uno por 60, Brasil uno por 158, Perú uno por 151 y México uno por 91 habitantes. Se negaba la evidencia estadística e histórica de que Cuba gozaba de un receptor de radio por cada 5 habitantes, sólo superado en América Latina por Argentina que poseía uno por cada 3 habitantes. Se callaba que en Cuba existía un nivel de vida —admiración de todo el hemisferio— que era superior al de la propia Unión Soviética. Mientras nuestros salarios promediales eran de 6 pesos diarios, el de Rusia era de 3,33 (según varias responsables fuentes oficiales). Y no sólo Cuba poseía más altos niveles proporcionales que Rusia en automóviles, televisores, radios, ferrocarriles y teléfonos, sino que en el aspecto de los servicios públicos y los elementos de « confort », poseíamos cifras de término medio que rebasaban notoriamente las de la Unión Soviética. Los técnicos rusos, checos y polacos que comenzaron a llegar a Cuba a mediados de 1959, se quedaban asombrados al contemplar los signos objetivos de la gran riqueza cubana. Pero al margen de esas evidencias objetivas, el Gobierno siguió en 1959 y 1960 lanzando al mundo sus falsedades sobre Cuba, que luego repetían dócilmente —con micrófonos de alquiler— escritores de supuesta seriedad, entre ellos Jean-Paul Sartre, por ejemplo, cuyos reportajes en un periódico parisiense serían un monumento a la mentira, si no lo fueran a la infamia intelectual. Frente a la absurda acusación de monocultivismo, los voceros de la propaganda comunista soslayaban que en el « Primer Symposium de Recursos Naturales de Cuba », ante las más altas autoridades económicas del hemisferio, se expuso irrefutablemente el variado panorama de la agricultura cubana a través de las cifras de producción de caña, tabaco, café, arroz, frutas, viandas, maíz, hortalizas, plantas textiles y otros índices, que si no satisfacían cumplidamente el acendrado anhelo de los cubanos de sustituir gran parte de las importaciones alimenticias, demostraban en cambio el tremendo esfuerzo que se había operado en los últimos treinta años por crear en el país una economía complementaria de la del azúcar, que nos librase del monocultivo y crease factores de amortiguamiento en las horas dramáticas de las periódicas crisis azucareras. En ese campo del ascenso cubano a una economía de cierta pluralidad productiva, los comunistas negaron sistemáticamente el hecho histórico de que ya en 1957 el azúcar sólo representaba el 22 % del ingreso nacional. En el aspecto industrial, el « Symposium » ya mencionado fue escenario idóneo para recibir estadísticas responsables que señalaron que Cuba poseía 38.384 centros industriales que tenían un valor de 3.268.587.82[illegible]

pesos, de los cuales el azúcar sólo representaba 276 centros con un valor estimado de 1.158.850 pesos. Y en relación al latifundio —cuyo tópico se hiperbolizó hasta llegar a extremos de ridiculez infantil— el Censo agrícola de 1946 (que se tomó por los comunistas como base teórica o histórica para la reforma) había demostrado textualmente que « mientras el tamaño promedio de todas las fincas cubanas era de 56'7 hectáreas, en Estados Unidos era de 78'5, en México de 82 hectáreas y en Venezuela de 335 hectáreas ». El fenómeno de la concentración territorial en la agricultura era sin duda grave, pero nunca al extremo de que sirviese a los secuaces del Kremlin para producir una radical subversión del sistema. Dicho Censo —en la página 91— había señalado que « el 82 % de las fincas trabajadas por arrendatarios, el 96 % de las labradas por partidarios y el 97 % de las cultivadas por precaristas *eran menores* de 50 hectáreas ».

Pero nada de eso importaba, como tampoco importó inventar el fantasma de la amenaza exterior como gran recurso psicológico para mantener la preocupación en la población cubana. Si no hubiéramos tenido a pocas millas el gran emporio industrial que es Norteamérica, el gobierno cubano habría inventado otra Norteamérica, otro imperialismo yanki, otro fantasma exterior. La experiencia soviética —abrevada cerrilmente por los comunistas domésticos— demostraba que un pueblo podría ser encerrado con cierta facilidad en la camisa de fuerza de los formularios comunistas, si ante su vista se erguía la amenaza de una inminente invasión por parte de dominadoras fuerzas extranjeras.

Eso se hizo en Cuba, mientras paralelamente se negaba todo el progreso económico y social del país que era el acumulado fruto de grandes y tesoneros esfuerzos del cubano. Para impedir todo esclarecimiento público —también era experiencia rusa—, se requería que no hubiese libertades internas que permitiesen replicar con verdades históricas y estadísticas las mentiras y falsedades del verbalismo oficial.

Más aún : para que el pueblo pudiese digerir la medicina roja, se tenía que actuar con la máxima hipocresía, negando en todo instante que las recetas procedían de los curanderos soviéticos. Fue por eso por lo que una subversión netamente dictatorial, totalitaria e internacionalista, se revistió y se sigue revistiendo de rótulos que pretenden presentarla como una revolución democrática y nacionalista. Se da así el caso de que los verdaderos demócratas y los viejos luchadores nacionalistas estén hoy en el exilio (más de cien mil) o en las cárceles de Cuba (14.754 el 15 de noviembre de 1960). Una minuciosa estadística publicada en el diario del exilio *Avance* demostró (7 de octubre) que bajo el régimen imperante en Cuba desde el 1 de enero de 1959, se habían registrado 1.333 fusilamientos y asesinatos políticos y 651 personas habían sido heridas por la policía. De los 14.754 detenidos, sólo 630 habían sido juzgados y condenados, estando atestadas las cárceles de prisioneros y habiéndose abierto campos de concentración y trabajos forzados en Cayo Largo, Ciénaga de Zapata, Isla de Pinos y la Sierra Maestra. A partir del mes de septiembre, ya los Tribunales empezaron a dictar sentencias de trabajos obligatorios en los centros creados por el Gobierno.

La reforma agraria, en fin de cuentas, sólo sirvió de iniciación de un proceso en que a título de reformismo se hubo de implantar una drástica sustitución de sistemas e instituciones. Así advinieron la reforma fiscal, la reforma urbana, la reforma sindical, la reforma universitaria, la reforma de la enseñanza y últimamente la reforma jurídica, que provocó una oleada de renuncias, cesantías y protestas en el poder judicial de Cuba.

Como las fórmulas soviéticas andan circulando por los caminos del mundo y ofreciéndose en caracteres de panaceas para los países insuficientemente desarrollados, es hora de preguntar : ¿El cambio de estructura en Cuba obtuvo resultados beneficiosos para el pueblo? ¿La reforma agraria y el capitalismo de Estado han mejorado los niveles de vida del obrero y el campesino de nuestro país? ¿Se ha proporcionado, en verdad, ventaja alguna que pueda ser exhibida como compensación de los sacrificios rendidos, de las libertades estranguladas y de las instituciones destruídas? En concreto : ¿Es Cuba un triunfo o una derrota para el recetario de la Internacional Comunista ?

En la respuesta que seguidamente vamos

a ofrecer, procuraremos ajustarnos a los hechos documentales y estadísticos fácilmente comprobables, dejando para otra ocasión —y otro esfuerzo de más rigorismo científico— el análisis doctrinal o filosófico del problema.

En lo agrario, al cumplirse el primer año de la reforma, el máximo organismo de dicha reforma —I.N.R.A.— confesaba que había manejado $131.437.880'53 en dinero metálico producto de confiscaciones, expropiaciones o donaciones y préstamos bancarios, sin contar con más de 500 millones en toda clase de empresas y sus respectivos inventarios de mercancías y bienes de capital destinados a operaciones. Hasta esta fecha, de manera oficial, sólo se habían repartido 7.527 caballerías de tierra entre sus ocupantes anteriores, y únicamente se habían hecho nuevos fomentos (ciertos o supuestos) por 4 mil caballerías. En la declaración oficial se proclamó la formación de 764 cooperativas, que no fueron otra cosa que la agrupación simplista, bajo la jefatura de un dirigente comunista, de los jornaleros de cada explotación agrícola. Antes trabajaban para un patrono privado. Y ahora tenían que trabajar para el Estado.

De un tajo se suprimieron 3 mil tiendas mixtas o establecimientos comerciales que vendían mercancías y otorgaban créditos. En su lugar se crearon las « tiendas del pueblo », regidas directamente por funcionarios del Estado. Salvo excepciones, el precio de las mercancías —*bajo* para el productor y *alto* para el consumidor— no sufrió variación alguna. El Gobierno estaba ávido de ingresos y no era cosa de despreciar el importante monto de numerario representado por los márgenes que anteriormente obtenían los intermediarios.

Destrozado el antiguo sistema, la nueva estructura centralizada y dictatorial impuso el original procedimiento de sustituir la moneda (cada vez más escasa) por vales del I.N.R.A. firmados por los jefes de las 26 Zonas de Desarrollo Agrario. Este sistema no sólo era inconstitucional, sino que traicionaba una vieja demanda del proletariado cubano, que 35 años atrás había logrado —en la famosa Ley Arteaga— la prohibición de todo pago en vales y fichas. Ahora se reestrenó el sistema, pagándose a los obreros, peones agrícolas y miembros de cooperativas, una parte de sus jornales en efectivo y la otra parte en vales que solamente eran canjeables en las « tiendas del pueblo ». De la porción entregada en efectivo (promedios del 50 %) se le descontaba al trabajador agrícola un 16 % representado por 4 centavos para la industrialización, 3 centavos para el impuesto sobre el ingreso personal, 5 centavos para la seguridad social, un centavo para la cuota sindical y 7 centavos como descuento por maternidad obrera, « operación armas y aviones », suscripciones obligatorias a diarios y revistas, bonos de ahorro y vivienda y « donaciones espontáneas », aunque sistemáticas o periódicas.

Si a todo ello se agrega la ruptura de los canales tradicionales del crédito personal —entre cosecha y cosecha—, el encarecimiento de varios artículos de primera necesidad, la escasez de otros y la reducción de los niveles del llamado « confort familiar » a causa del control de cambios y la caída de las importaciones, es fácil apreciar que para los 818.706 campesinos que existían en Cuba en 1953 —932.893 en 1959 según tasa demográfica del 2,2 %— los niveles de la vida económica y social *lejos de mejorar habían empeorado.*

Cabría sin embargo analizar si ese empeoramiento de la vida campesina implicaba aumentos en los niveles de producción que tuviesen un carácter compensatorio, si no para el campesino y para lo presente por lo menos para el Estado y con vistas a un futuro inmediato.

En el azúcar la zafra 1959-60, pese al aliento poderoso que se ofreció a los Centrales confiscados o intervenidos por el I.N.R.A. (para destacarlos del resto de los que todavía estaban en manos privadas), la producción de la cosecha de 1959-60 se redujo —respecto del año anterior— en más de 50 mil toneladas. Y para la próxima cosecha (1960-61) que comienza en enero, informes oficiales de colonos y hacendados (mantenidos en secreto por el régimen) indican que difícilmente podrá rebasarse los 5 millones de toneladas, en vez de los 5.700.000 de 1959 y los 7.000.000 alegremente anunciados por los voceros económicos del gobierno. La reforma agraria, al romper drásticamente los equilibrios existentes, logró que en 1959 no se hicieran las

siembras de renuevo que se habrían de recoger en 1961 y desanimó el tradicional empleo del riego y el abono. Por otra parte, no sólo faltó el crédito amplio y oportuno, sino que el empresario cañero (inseguro, inestable y siempre con la amenaza de la confiscación) y los trabajadores agrícolas de la caña (recortados los sueldos y abonados en gran parte con vales del I.N.R.A.), coincidieron en una atmósfera de desgano en el trabajo que sin duda ha influído poderosamente en los cálculos, desastrosos, que ya se hacen sobre la próxima zafra azucarera. A ello se agrega el fracaso de la política económica del régimen, canjeando audaz, aunque irresponsablemente, el mercado americano que pagaba más de 5 centavos y medio por libra de azúcar, por el mercado soviético que nunca pagaría más de 3'25. Zafras azucareras por valor de más de 500 millones de dólares (578, obtuvo la de 1958) ahora obtendrían ingresos de sólo 250 millones, pagaderos en rublos o en mercancías de los países soviéticos. El rudo choque de este hecho —determinado por la inscripción de Cuba en el Libro-registro de los satélites de Moscú— ya se está experimentando crudamente en la economía isleña. No sólo se tuvo que confiscar el resto de las 166 centrales azucareras de la nación, y las más poderosas entidades bancarias y empresas de transporte, sino que se anuncian severas restricciones en la participación o retribución del colonato y no menos severos reajustes en los niveles de salario de los trabajadores azucareros, tanto de los ingenios como de las colonias agrícolas.

En cuanto a la ganadería, la catástrofe de la producción se está exhibiendo públicamente en los jardines del Capitolio Nacional, situados en el mismo centro de La Habana. Bajo la consigna sugestiva de la « Operación Vaca » se han convertido dichos jardines en establos de ganado vacuno, como forma psicológica de forzar a la gran masa de la población a secundar económicamente la campaña del gobierno para importar grandes cantidades de ganado extranjero, pues los empirismos e improvisaciones de los « técnicos » del I.N.R.A., agregándose a la ausencia de los ganaderos más expertos (colectivamente confiscados), culminó, como es natural, en el hecho de que las existencias de ganado de cría resultasen por completo insuficientes para sustituir las cabezas que diariamente tenían que sacrificarse en los mataderos para el abasto normal de la población. En los meses de agosto, septiembre y octubre de 1960, se comenzó a importar reses a un promedio de 2 mil mensuales. ¡La reforma agraria había arruinado una poderosa y pujante riqueza ganadera que era el producto de medio siglo de perseverantes esfuerzos de producción y selección!

En el café, de una zafra estimada en 1.000.000 de quintales, apenas se pudo rebasar este año los 800 mil. Concretamente se ofreció la cifra de 806.935'58 qqs. En el tabaco ha ocurrido una baja parecida, sin que se haya podido arribar al promedio de los años anteriores de 75 millones de libras. En los demás índices de la actividad agrícola las bajas fueron tan notorias que, pese a la prohibición drástica de publicar estadísticas o anticipados cálculos, el propio jefe del Gobierno —en un discurso del 8 de noviembre de 1960— tuvo que reconocer que había una gravísima escasez de productos alimenticios y no ya de los que tradicionalmente procedían del extranjero, sino de los que año tras año venían produciéndose en la agricultura de la nación. A la crisis de vacuno, agravada por la desaparición de la riqueza porcina y el caos en la avicultura, se añadía la falta de papas, de arroz, de maíz, de frijoles e inclusive de la popular malanga, tubérculo sobre cuya indeclinable abundancia habían pronunciado largas peroratas los propagandistas del régimen. No pudiendo ofrecer nada para lo presente, el jefe del Gobierno se dedicó en su discurso a lanzar promesas para lo futuro. Sus palabras cayeron como torrentes de agua fría sobre las cabezas de un auditorio que escuchó « que este año no habría el tradicional lechón de Nochebuena y que tampoco existiría el aguinaldo pascual ». Como contrapartida, anunció el Gobierno que las milicias serían aumentadas a 200 mil cubanos y que los trabajadores agrícolas e industriales que se negasen a participar de las brigadas milicianas serían tildados de traidores, de contrarrevolucionarios y de vendidos al imperialismo yanki. Es decir. irían a las cárceles o a los campos de trabajo forzado.

¡Esas son, en breve esbozo, por lo que concierne al campesino, las facetas más sobresalientes y agudas de la reforma agraria impuesta por los comunistas en Cuba!

Por lo que al proletariado se refiere, tras los halagos iniciales y las ardientes promesas de edificar una « Cuba para los trabajadores », advino inmediatamente la violación de las más importantes conquistas del obrero cubano. Las destituciones e inhabilitaciones de dirigentes obreros se hicieron sin el asenso de Asamblea alguna, sino por resoluciones directas del ministerio del Trabajo. Se abolió la democracia sindical y se subordinó la antes poderosa C.T.C. (Confederación de Trabajadores de Cuba) a las determinaciones de dicho ministerio. Se organizó una campaña de altos vuelos « patrióticos » para impedir toda reclamación obrera de aumento de salario o mejores condiciones en el trabajo. La conmemoración del 1° de mayo de 1960 —fecha simbólica del proletariado— se verificó sin los antiguos « pliegos de reivindicaciones ». Únicamente se exhibieron carteles de adhesión al régimen. El desfile, adobado con tanques, artillería de campaña y batallones de soldados y milicianos, fue análogo a los desfiles de la Plaza Roja de Moscú. Bajo la coacción del Gobierno, en la mayor parte de las industrias se violentó la jornada de ocho horas, para trabajar 9 y 10 horas como « aporte voluntario » al esfuerzo económico del régimen. Se impuso el trabajo gratuito a través de la O.T.V. (Organización de Trabajadores Voluntarios) y se suprimieron los derechos de huelga, de inmovilidad en el empleo, de contratación colectiva y de apelación para las resoluciones laborales del ministerio del Trabajo. Progresivamente se fue imponiendo el terror en los sindicatos, con atropellos, maltratos y encarcelamientos a todos los que no se sometiesen a los rigores de la dictadura comunista. Hasta el propio líder David Salvador, que inicialmente fue un leal servidor del régimen, posteriormente fue destituído y encarcelado « por apartarse de la línea del Partido ».

Frente al entusiasmo de algunos núcleos obreros ebrios de entusiasmo, que creyeron ingenuamente en las promesas iniciales del gobierno, muy pronto quedó aclarado que « no podrían crear cooperativas », que « de ninguna manera se permitirían campañas encaminadas a reclamar el reparto de las utilidades dejadas de percibir por los patronos confiscados » y que « era contrarrevolucionario hablar de Consejos Paritarios » para dirigir los centros de trabajo en poder del Estado.

Quedó aclarado —de una forma tan nítida como agresiva— que los 1.353.000 trabajadores urbanos que existían en Cuba en 1959, lo único que habían hecho era cambiar de patronos. La plus valía o el plus trabajo tendría que seguir siendo entregado al empresario (antes privado, ahora del Estado), pero con la variante de que bajo el anterior régimen los obreros podían reducir esa plus valía mediante huelgas, protestas y movimientos de solidaridad clasista, para exigir la satisfacción de ciertas demandas. Ahora sin embargo ese camino les estaba prohibido, so pena de inmediato encarcelamiento.

La técnica roja quedaba al descubierto. Para acelerar el desarrollo hacían falta capitales o divisas o ahorros nacionales, que antes se obtenían libre y espontáneamente. Ahora en cambio, a falta de capitales o divisas, el gobierno imponía el ahorro forzoso bajo las más implacables formas de violencia y de terror. Para que nadie se llamara a engaño, el ministerio del Trabajo dictó en el mes de septiembre la « Resolución n° 16782 », que imponía al proletariado cubano los rigores del stajanovismo. Tras el premio a los obreros de mayores rendimientos o que realizasen las tareas de más alta productividad, se imponía consecuentemente el castigo para los trabajadores de rendimiento normal, que tendrían que dejar los pulmones en la fábrica para no ser acusados de contrarrevolucionarios y lacayos del imperialismo.

Este proceso —de incuestionable coloración sovietizante— culminó con dos conceptos que dieron principio a la reforma judicial o jurídica. El primero fue la iniciación de las sentencias de los Tribunales aplicando sanciones de trabajos forzados. Y el segundo fue el decreto que innovaba los Códigos del país, estableciendo el « delito laboral » o el « delito contra la producción ».

Nada de ello ha podido resolver el clásico problema de Cuba como país insufi-

cientemente desarrollado o, manejando conceptos más apropiados, como país de desigual o deficiente desarrollo económico y social. Los niveles de la vida familiar en vez de subir han bajado, habiendo prohibido el gobierno publicar las estadísticas tradicionales sobre el « presupuesto familiar » y los « números índices del costo de la alimentación ». El desempleo, lejos de reducirse ha aumentado a cifras pavorosas, a pesar de que en las cárceles hay 20 mil prisioneros políticos y en las distintas áreas del exilio 180 mil refugiados cubanos ; los técnicos comunistas no encontraron en el recetario marxista más fórmulas que las del retiro obligatorio y el subsidio temporal. Al iniciar su obra el Gobierno, el 1 de enero de 1959, los distintos retiros expedían mensualmente 105 mil cheques de pensiones y jubilaciones. El 25 de noviembre de 1960 —según datos oficiales del ministerio de Hacienda—, se estaban despachando 134.533 cheques mensuales, habiendo nueve mil expedientes más en tramitación a través del BANSESCU y las distintas entidades de la Seguridad Social del país.

Eso de una parte. De la otra, ante el caos económico producido por la confiscación colectiva de empresas y los vuelcos catastróficos en el comercio exterior, gran cantidad de centros de trabajo se quedaron sin materias primas, se vieron sin piezas de respuesto, sufrieron reducciones en las ventas al exterior o tropezaron con la imposibilidad legal de verificar reajustes en las nóminas y en la producción, cosa terminantemente prohibida por el gobierno. Como, de perdurar esa situación, el Estado se encontraría ante un gravísimo problema de orden público, se aprobó el procedimiento de « decretar subsidios para el pago de las nóminas de empresas incosteables, empresas en reajuste o nuevas empresas en formación ». Sábese, aunque no oficialmente, que para estos subsidios el gobierno está destinando no menos de 19 millones de pesos mensuales, que representan el drenaje de 228 millones al año.

Esa doble carga del retiro y el subsidio, agregándose a proyectos absurdos como el de la Ciénaga de Zapata (21 millones) o a iniciativas ambiciosas y espectaculares, como las de industrializar a Cuba a paso de carga, lo único que han hecho es dejar al país sin divisas para el cambio internacional y colocar la vida económica ante los dramáticos peligros del empapelamiento monetario. El Banco Nacional es actualmente una máquina de hacer billetes para sufragar los déficit presupuestos, las alegres erogaciones del I.N.R.A., los subsidios temporales, las jubilaciones permanentes y los tremendos gastos de un industrialismo imaginativo y verbalista que desconoce las realidades nacionales e internacionales que moldean y condicionan las perspectivas económicas del país. Un informe de los especialistas económicos del « Frente Nacional Democrático Triple A » demostró, en septiembre de 1960, que en un año y ocho meses el Gobierno hinchó la circulación monetaria de 448 millones el 1 de enero de 1959 a 1.094 millones el 30 de agosto de 1960. Las consecuencias de ese envilecimiento monetario pronto se apreciaron : el Gobierno tuvo que nacionalizar en octubre toda la Banca comercial privada y ese mismo mes las cotizaciones monetarias bajaban a 5 pesos cubanos por un dólar americano, coyuntura jamás registrada en todo el período de existencia de la moneda nacional en que, salvo muy ligeras oscilaciones, siempre el peso cubano se mantuvo a la par con el dólar.

Conclusión

¡Miseria, hambre, violencia, abatimiento de los derechos humanos, caída estrepitosa de los niveles productivos del país, reducción drástica del ingreso familiar del cubano, emigración hacia el exterior de los cubanos más aptos, encarcelamiento o asesinato de las individualidades más dignas y trágica voltereta del sistema imperante en Cuba para sentar las bases de un Estado-Empresario que es también un Estado-Policía!

He ahí las expresiones francas y objetivas —que pueden hasta tocarse con la mano— de la Cuba de hoy. El abatimiento drástico e inhumano de una clase empresaria privada no ha llevado la supuesta felicidad al obrero, al campesino, al empleado o al profesional. Lo que ha hecho simplemente es crear una nueva clase compuesta por los privilegiados funcionarios del comunismo, tan ligados entre sí para el go-

ce de los más altos privilegios, que en verdad forman una aristocracia por encima de la gran masa de la población.

Aunque para lo futuro nos proponemos rendir un estudio de mayor rigor científico —o más apegado a las exigencias de la técnica económica—, creemos con esta simple exposición haber dejado satisfecha la solicitud de información que se nos hizo sobre la situación del campesino y el obrero ante la reforma agraria de Cuba.

Nuestro país, por desdicha, o acaso para fortuna de todos los países insuficientemente desarrollados, es un ejemplo bien notorio del tipo de medicinas con que quieren los comunistas poner remedio a nuestros males.

Ojalá que este ejemplo sea considerado y analizado en lo que realmente significa: un grito angustioso de condenación, de protesta y de rebeldía frente a los criminales voceros de un imperialismo totalitario y absorbente que tienen el audaz cinismo de presentarse como los redentores del mundo y los fabricantes de la felicidad universal.

AURELIANO SANCHEZ ARANGO

30 de noviembre de 1960.

Desarrollo insuficiente y depauperación económica

POR FELIPE PAZOS (1)

EL PROPÓSITO CENTRAL de este trabajo es destacar, en líneas generales, las características más salientes de las distintas fases del inusitado proceso de la economía cubana en los dos últimos años, que ha devenido finalmente en la socialización de la estructura productiva y en una situación de completo resquebrajamiento del orden económico del país. Comprender esta problemática resulta esencial para la adecuada planificación y propulsión del desarrollo económico de la nación, en la oportunidad en que se restablezca la vigencia de las instituciones democráticas.

Condiciones económicas predominantes antes de 1959

En primer término, conviene describir brevemente los rasgos fundamentales de la estructura económica del país antes del triunfo de la Revolución.

En el aspecto positivo se debe recalcar que el nivel de ingreso per cápita de Cuba era relativamente alto en comparación con el de la mayoría de los países de América Latina y de las regiones atrasadas de Asia y Africa, y que, además, un gran núcleo de la población urbana disfrutaba de un nivel de vida bastante superior al que reflejan las cifras de ingreso medio por persona expuestas en el cuadro I.

No obstante, el análisis de las características estructurales de la economía cubana revelaba la existencia de vicios y desajustes similares a los que aquejan a los llamados países subdesarrollados, que constituían obstáculos reales al proceso de desarrollo y cuyos síntomas resultaban indeseables tanto desde el ángulo social como económico. Entre los aspectos negativos de nuestra estructura económica sobresalían los siguientes :

1. Extrema desigualdad en la distribución del ingreso nacional en detrimento de la

(1) En colaboración con otro economista cubano, que no puede dar su nombre por la situación de terror prevaleciente en Cuba.

población de áreas rurales que representaba en 1953 el 43 % de la población total. Las causas de esta situación precaria de la población rural estaban estrechamente vinculadas a la excesiva concentración de la tenencia de la tierra. Los datos del cuadro II revelan diáfanamente el grado de concentración existente en 1946, que no experimentó cambio apreciable durante el período 1946-1958.

2. Alto grado de desempleo, especialmente durante el llamado tiempo muerto, que promediaba entre el 15 % y 20 % de la fuerza trabajadora.

3. Inestabilidad causada por la excesiva preponderancia del sector azucarero en nuestra estructura económica. La dependencia del sector azucarero se manifestaba a través del elevado tanto por ciento del ingreso nacional generado por la producción azucarera y del peso relativo de las exportaciones de azúcar en la capacidad de importación, según revelan los datos de los cuadros III y IV. En definitiva, la repercusión de las fluctuaciones en el precio y volumen de las exportaciones azucareras, por factores exógenos a nuestra estructura económica, constituía un factor de perenne inestabilidad para la economía cubana.

4. Insuficiencia de la tasa de crecimiento del producto nacional. Durante el período 1951-58 se observa que el ingreso nacional per cápita no sólo experimentó fluctuaciones violentas, sino que no mantuvo un ritmo de crecimiento similar al de países en rápido proceso de desarrollo. En 1957, el ingreso real per cápita era sólo un 10 % superior al de 1951 (lo que representa un crecimiento anual de apenas un 1,3 %), y al año siguiente, en 1958, volvió a caer a su nivel de siete años antes. A pesar de este relativo estancamiento, se había manifestado en los últimos años un incremento apreciable en la capacidad productiva de bienes y servicios de los sectores no azucareros, debido al aumento experimentado en la tasa de formación de capital, tal como puede apreciarse en los cuadros III y V. Como al propio tiempo se produjo una pérdida total de los activos monetarios internacionales del país durante ese período, a consecuencia de la financiación de los déficit en cuenta corriente del balance de pagos internacionales y de la fuga de capitales, hay que llegar a la conclusión de que la utilización racional de nuestras reservas monetarias internacionales, conforme a un plan general de desarrollo económico, hubiera incrementado la capitalización del país y, en consecuencia, la tasa de crecimiento muy por encima de los niveles realmente alcanzados.

En conclusión, con anterioridad al triunfo de la Revolución, la economía cubana se mantenía en un estado de insuficiente desarrollo, ante la conjunción de sus deficiencias estructurales con una mala orientación de la política económica. Por tanto, es fácil de comprender que, junto a la aspiración al disfrute de las libertades públicas, el proceso revolucionario estuviera transido de un sincero afán de renovar los métodos y las técnicas que tradicionalmente, y con escaso éxito, se habían empleado para resolver nuestra problemática económico-social. A continuación analizaremos cómo se malograron las aspiraciones legítimas del pueblo cubano en aras de la sumisión a los designios de la política internacional del comunismo.

Redistribución del ingreso

En el año 1959 se producen las primeras transformaciones revolucionarias en la estructura económico-social, orientadas fundamentalmente hacia una redistribución del ingreso en favor de los grupos de más bajos ingresos, aunque también comienza a revelarse —especialmente a fines de año— el proceso y los síntomas de la fase de colectivización de los medios de producción.

El desenvolvimiento de la actividad económica en ese año, está matizado, como veremos luego, por la actuación de una serie de fuerzas contrapuestas y por el impacto tangible de influencias psicológicas colectivas.

a) *Comportamiento de la demanda efectiva de bienes y servicios.*

En primer lugar debe analizarse la evolución de la magnitud y composición de la demanda efectiva de bienes y servicios, para determinar su influencia sobre los niveles de producción y de precios internos y sobre la demanda de importaciones del país. La demanda efectiva total experimentó un aumento durante 1959 con relación a los

niveles alcanzados en 1958, debido a la expansión de los gastos del sector público y de la demanda de bienes de consumo.

El incremento en el gasto de consumo fue el resultado del aludido proceso de redistribución del ingreso que se efectuó, principalmente, a través de aumentos considerables en el nivel de salarios y de la rebaja drástica en los alquileres de viviendas. El aumento en el nivel de salarios estuvo estrechamente vinculado a las múltiples renegociaciones de contratos colectivos de trabajo que se produjeron durante los primeros meses de 1959, en las que se concedieron aumentos que fluctuaban, por regla general, entre 15 % y 25 %. Al propio tiempo, a pesar de las condiciones depresivas de la coyuntura azucarera durante 1959, se mantuvieron en el sector industrial azucarero niveles de salarios similares a los de 1958, y se otorgaron aumentos al sector agrícola del 8 % y 12 %. Teniendo en cuenta que el volumen físico de la producción azucarera se elevó de 5,610.2 miles de tons. largas españolas en 1958 a 5,788.2 miles de tons. en 1959, hay que concluir que las remuneraciones pagadas a los trabajadores del sector azucarero también experimentan un incremento —aunque más modesto que el de otros sectores— a pesar de la fuerte merma de los ingresos derivados de esa producción, como consecuencia de la caída sustancial del precio del azúcar. Según las estadísticas oficiales que aparecen en el cuadro VI, los salarios pagados en actividades privadas, comerciales e industriales, registraron en 1959 un aumento de $197,3 millones respecto a 1958. A pesar del alza de estas estadísticas, debido al aumento de la eficacia administrativa en el cobro del impuesto de Salud y Maternidad que sirve de fuente primaria a las mismas, hay que convenir que los datos disponibles reafirman la impresión de que hubo un incremento considerable en los salarios durante 1959.

Por otra parte, en marzo de 1959 el Gobierno dispuso una rebaja general de los alquileres de viviendas, que oscilaba de 30 % a 50 %, la que transfirió no menos de $50 millones de poder adquisitivo de las clases propietarias a las clases trabajadoras.

El proceso de redistribución del ingreso nacional que acabamos de describir tenía que afectar forzosamente, y en grado apreciable, la función del consumo de la economía nacional, provocando que a iguales niveles de ingreso la demanda de bienes de consumo resultara apreciablemente superior. En el cuadro VII hemos realizado un intento de cuantificar el proceso de redistribución del ingreso nacional en 1959.

El otro factor de expansión de la demanda efectiva fue el extraordinario incremento que se produjo en el gasto público corriente y en las inversiones públicas del Estado. Según estimaciones extraoficiales, el gasto público total ascendió a unos $750 millones, cifra que representa un aumento superior a $200 millones sobre el nivel de 1958. Es difícil precisar la parte del gasto público total que se canalizó hacia las inversiones, pero es probable que la cifra fuera superior a $200 millones. Para financiar el incremento extraordinario del gasto público el Estado contó con un aumento de $82,6 millones en las recaudaciones corrientes, que se elevaron de $369,9 en 1958 a $452,5 en 1959, incluyendo unos $50 millones de recaudaciones provenientes de la Ley nº 40, que otorgaba incentivos para el pago de impuestos atrasados ; con $20 millones de recursos procedentes de la desmonetización de los billetes de $500 y $1.000; y con la elevación considerable de la deuda pública, que se colocó en su mayor parte, como veremos más adelante, recurriendo al crédito del Banco Nacional de Cuba. El gasto público de los organismos paraestatales, particularmente del Instituto Nacional de Ahorro y Viviendas y el Instituto Nacional de Reforma Agraria, también contribuyó al sostenimiento de los altos niveles de demanda efectiva. El gasto del Instituto Nacional de Ahorro y Vivienda, especialmente en la segunda mitad de 1959, compensó en parte la crisis en la industria de las edificaciones privadas.

El efecto expansivo de las fuerzas que acabamos de analizar fue contrarrestado en grado apreciable por la caída que experimentan las inversiones privadas y la demanda de la producción azucarera exportable, por lo que había fuerzas actuando sobre la demanda que tendían a compensar parcialmente los efectos de la expansión del gasto del sector público y de la demanda corriente de bienes de consumo. Aunque

no se cuenta con datos fidedignos del monto de las inversiones privadas, es incuestionable que éstas sufrieron una fuerte caída durante 1959, debido a la incertidumbre que naturalmente se deriva de todo proceso revolucionario. La merma sustancial en las inversiones en edificaciones privadas se pone de manifiesto en los datos consignados en el cuadro VIII. En cuanto a las inversiones en otros sectores, los empresarios evitaron entrar en un proceso de expansión de la capacidad productiva acorde con la demanda creciente para su producción, en espera de una definición más clara de la actitud del gobierno revolucionario hacia la inversión privada.

Por otra parte, durante 1959 se produjo una situación depresiva en la industria azucarera, con motivo de la gran cosecha remolachera de Europa de 1958-59, que hizo descender en más de 350.000 toneladas largas españolas la demanda de azúcar cubano en el mercado mundial, afectando al propio tiempo el nivel de precios imperante en ese mercado, que bajó de 3,43 centavos por libra inglesa en 1958 a 3,00 centavos en 1959. En consecuencia, aunque en 1959 se mantuvieron niveles físicos de producción azucarera similares a los del año anterior, los ingresos generados por la producción azucarera resultaron bastante inferiores. El desajuste entre producción y ventas de azúcar que determinó un incremento de 657,3 miles de toneladas largas españolas en las existencias azucareras, debe destacarse especialmente a los efectos de analizar la situación del balance de pagos del país. No obstante, la producción que se realizó en exceso de los requerimientos de los mercados azucareros sirvió para contrarrestar el impacto depresivo sobre el nivel de ingreso de la caída de la demanda de azúcar cubano.

Nuestra conclusión final es que la demanda total de bienes y servicios superó de manera apreciable en 1959 los niveles de 1958, aunque fue probablemente menor a la de 1957. Analizando la estructura de la demanda de bienes y servicios advertimos que la característica distintiva del año 1959 con respecto a los años anteriores, está en la expansión extraordinaria que experimentó la demanda de bienes de consumo. El gasto de consumo privado superó incluso los niveles de 1957. En el cuadro IX presentamos en forma tangible una distribución de los distintos componentes del gasto en productos terminados durante 1958 y 1959.

El próximo aspecto para analizar consiste en determinar hasta qué punto la expansión en la demanda efectiva de bienes y servicios, y especialmente en la demanda de bienes de consumo, se satisfizo mediante una mayor disponibilidad real de bienes y servicios, bien de origen nacional o importado, y en qué medida se tradujo exclusivamente en una elevación de los niveles de precios y de ingresos monetarios. En líneas generales cabe llegar a la conclusión de que el aumento en la demanda de bienes de consumo se logró satisfacer mediante una mayor disponibilidad real de bienes y servicios.

b) *Niveles de producción interna.*

En primer lugar, es indudable que después de transcurridos los primeros tres meses de 1959 se registra un incremento en los renglones básicos de la producción de bienes de consumo, como la industria alimenticia y textil, debido a que en la mayoría de esas industrias había un exceso de capacidad instalada que podía utilizarse para expandir la producción, y a que la merma en la capacidad de importación del país, por razones que apuntaremos seguidamente, no afectó durante el año 1959 los suministros de materia prima para la industria nacional.

c) *Situación del balance de pagos internacionales.*

A pesar de que al comenzar el año 1959 los activos monetarios internacionales del país eran de apenas unos $84 millones y de que la merma en las exportaciones durante ese año no fue inferior a $120 millones, la disponibilidad de mercancías importadas necesarias para mantener los altos niveles de demanda efectiva pudo satisfacerse transitoriamente a través de los siguientes expedientes :

1. Los controles de importaciones que se establecieron a principios de 1959 para limitar la importación de bienes de consumo duradero, de lujo o no esenciales, y de algunos bienes de capital, contribuyeron a reducir en unos $145 millones el valor total de las importaciones, tal como se expo-

ne en el cuadro X. La merma de la demanda de artículos de lujo y de consumo duradero liberaba recursos para la satisfacción real de las necesidades de los grupos de más bajos ingresos, por lo que llegamos a la interesante conclusión de que a través de un cambio en la estructura de las disponibilidades de bienes y servicios se operaba también la finalidad de la política redistributiva del Régimen. Tentativamente se corrobora este argumento con los datos del cuadro XI.

2. El nivel de importaciones se sostuvo muy por encima de la capacidad corriente de importación del país, verificándose la financiación del excedente mediante la utilización total de las escasas reservas de oro y cambio extranjero con que contaba el país a comienzos de 1959 y la posposición del pago de las obligaciones derivadas de la importación de mercancías. La demora en el reembolso en dólares de los pagos efectuados en moneda nacional por los importadores cubanos se agudizó en el último trimestre de 1959, al aumentar el desajuste entre los niveles de demanda y oferta agregada.

3. Por último, se produjo, además, una disminución en el volumen de las existencias de artículos importados, que servía para aumentar transitoriamente la oferta de bienes y servicios a través de un proceso de desinversión.

Desde luego, la financiación del excedente de la demanda total sobre los niveles de producción interna, a través de un déficit en el balance de pagos y del consumo de inventarios, era medida paliativa de carácter netamente transitorio que no podía resolver el desajuste básico existente, tendiendo a agravar la situación en etapas posteriores.

d) *Evolución de los precios.*

La relativa estabilidad de precios que se advierte durante 1959 —el índice de precios de artículos alimenticios apenas experimentó variación— es realmente paradójica, si tenemos presente la expansión extraordinaria en la demanda efectiva y los incrementos sustanciales en los costos salariales. Sin embargo, no resulta difícil comprender este fenómeno después de explicar los medios utilizados para financiar los desajustes entre los niveles de demanda y oferta agregada y la actitud psicológica de los empresarios que trataban a toda costa de evitar que pudiera acusárseles de conspirar contra los intereses del pueblo.

e) *Situación monetaria y crediticia.*

A partir del segundo semestre de 1959 el proceso de expansión de la demanda efectiva fue acompañado de un movimiento fuertemente ascendente en el volumen de medios de pago en circulación y, en menor medida, en los fondos líquidos a disposición del público.

Los medios de pago en circulación experimentaron un aumento de $252 millones durante 1959, que en términos relativos representa un aumento de 23 %. La expansión en el volumen de medios de pago, refleja en parte el proceso de conversión de depósitos de ahorro en depósitos a la vista o circulante, ante el temor de que se decretara la inversión forzosa de parte de los mismos en valores del gobierno. Por tanto, el aumento en la cantidad de dinero y cuasi dinero en poder del público fue más reducido, cifrándose solamente en $165 millones, según exponemos en el cuadro XII. La expansión monetaria que comienza a revelarse en la segunda mitad de 1959 fue la resultante de la financiación deficitaria del sector público, que comienza a despuntar con fuerza durante 1959.

En el cuadro XIII se aprecia el marcado incremento en la financiación del sistema bancario al sector público, ascendente a $171,5 millones que se produce en su mayor parte recurriendo directamente al crédito del Banco Nacional. Este factor unido a la expansión de $97,9 millones en el crédito bancario al sector privado, compensaron con creces el efecto reductor sobre el medio circulante de la disminución en los activos monetarios internacionales del sistema bancario. El aumento en la cantidad de dinero y cuasi dinero a disposición del público ha ido acompañado de un incremento en la preferencia por la liquidez, a causa de la falta de oportunidades de inversión y las dificultades existentes para reponer los inventarios, contribuyendo a aliviar la influencia de los factores monetarios sobre el desajuste entre la demanda y oferta agregada de bienes y servicios.

Etapa de transición

El período que va desde finales de 1959 a mediados de 1960, puede calificarse como la etapa de transición de la fase redistributiva a la colectivista.

Durante esta etapa los procedimientos seguidos para la colectivización de la economía y la colocación de Cuba en la órbita de los países comunistas, comienzan a surtir efecto con marcada precisión.

El avance hacia la fase de socialización se manifiesta tanto en el desenvolvimiento interno de la economía como en la orientación del comercio exterior. En el aspecto interno comienza a incrementarse a paso acelerado la incautación de empresas privadas por el Estado, con el pretexto de conflictos laborales o de medidas de cautela por supuestas malversaciones. Por otra parte, continúa la expansión de la esfera del sector público mediante el incremento deficitario de los gastos del Estado y de los organismos paraestatales, especialmente del Instituto Nacional de Reforma Agraria, que se convierte en una ineficiente superestructura a cargo de los medios de producción en manos del Estado. La ampliación de la esfera estatal en forma desmesurada llevaba consigo un aumento de los recursos reales a disposición del sector público.

Conforme a la mentalidad de las figuras dirigentes del régimen, la idea de la colectivización total de la economía llevaba aparejada, resultando indispensable para su buen éxito, la terminación de los vínculos comerciales con las naciones de Occidente y la subordinación plena de nuestro comercio exterior a las naciones del llamado bloque soviético. El pretexto de la libertad de comercio se esgrimió para concertar el famoso tratado con Rusia, por la que ésta se comprometía a adquirir 1.000.000 de toneladas de azúcar al año, pagando solamente el 20 % en moneda convertible, y concedía a Cuba un crédito de $100 millones para la compra de mercancías en la Unión Soviética.

Más adelante analizaremos con mayor detenimiento los distintos aspectos del comercio con los países del bloque soviético. Basta señalar ahora que, dado el precio de venta de los azúcares, la falta de control sobre la calidad y precio de las mercancías que se debía adquirir, la escasa complementaridad de nuestra estructura económica con la del bloque soviético, y, en fin, los planes de autoabastecimiento de Rusia en materia de azúcar, había que llegar a la conclusión de que este cambio forzado en la dirección de nuestro comercio exterior respondía al propósito político de incluir a Cuba en la órbita soviética, aunque ello trajera como consecuencia una reducción en el bienestar real del pueblo cubano. La sincera preocupación por las aspiraciones legítimas del pueblo había cedido el paso a los designios del totalitarismo político comunista.

Durante esta etapa de transición comienzan a presentarse los síntomas indeseables de la colectivización forzada del régimen de producción, del cambio en la dirección de nuestro comercio exterior y de la desorganización de las finanzas públicas y el control monetario. Esos síntomas se inician durante la primera parte de 1960, a pesar de que se había producido una recuperación extraordinaria en el nivel de exportaciones azucareras, con motivo de la anticipación de las ventas al mercado americano y de una cierta mejoría en las condiciones imperantes en el mercado mundial. Basta señalar que de los $360 millones en que pueden calcularse los ingresos en dólares por exportaciones de azúcar crudo en 1960, unos $300 millones se captaron durante el primer semestre del año. Debido a que las consecuencias nefastas de la etapa de socialización, tanto a corto plazo como para el futuro económico del país, son de la propia índole, aunque de un grado de intensidad mayor, que las que se advierten en la etapa de transición, creemos oportuno postergar para el epígrafe IV el análisis circunstanciado de esas consecuencias.

Etapa de colectivización

Los sucesos que se desarróllan en Cuba durante la segunda parte de 1960 constituyen una secuela lógica de la dirección que toman los acontecimientos durante la llamada etapa de transición. En este período el Estado asume directamente el control de la producción agrícola, la industria azucarera, los bancos y todas las empresas de alguna importancia en el país. Quedan

solamente en manos de empresarios privados una parte de las pequeñas industrias y comercios. Por otra parte, el empeoramiento de las relaciones con el bloque occidental precipita la traslación drástica de la órbita de nuestro comercio internacional hacia los países del bloque soviético.

El experimento de la colectivización de la economía cubana, aparte de lo que representa en términos de la eliminación de las libertades públicas, ha resultado un completo fracaso desde el punto de vista económico, no sólo por sus consecuencias deplorables, a corto plazo, sobre el nivel de vida del pueblo cubano, sino porque los daños ocasionados a la economía del país se continuarán sintiendo mucho tiempo después del derrocamiento del régimen.

Como además de nuestra tradicional deficiencia de fuentes estadísticas, el régimen de Castro ha paralizado la publicación de toda estadística que presente cierto grado de veracidad, el estudio de los fenómenos económicos durante esta etapa adolecerá de cierta imprecisión cuantitativa, que no es suficiente para invalidar los resultados perfectamente diáfanos del análisis.

El perjuicio de la economía cubana durante la etapa de socialización se concentra en cuatro áreas fundamentales :

1. *Merma en los niveles de producción real.*

La etapa de colectivización ha conducido a una merma apreciable en los niveles reales de producción, tanto agrícola como industrial. La razón principal de la caída en la producción hay que encontrarla en la ineficiencia de administración y dirección que aqueja a las unidades de producción individualmente consideradas y a todo el aparato burocrático del Estado, que constituye en Cuba, como en todo régimen colectivista, el nervio central de la estructura productiva. Otro factor que ha influído en la baja de los niveles de producción es la escasez de materias primas y bienes intermedios esenciales para la buena marcha del proceso productivo, que se ha agravado extraordinariamente, como veremos más adelante, por la relajación de los vínculos comerciales con los países del mundo occidental.

La merma de la producción en esta etapa colectivista constituye una caída real en el nivel absoluto de la producción nacional, que en términos relativos, o sea en comparación con la demanda efectiva al nivel de precios corrientes, se hace mucho más acentuada.

La ocultación sistemática de las estadísticas de producción industrial y agrícola no puede tender un velo sobre la realidad que sufre diariamente el pueblo de Cuba. La escasez creciente de artículos de primera necesidad alcanza ya a productos como los huevos, pollos, mantequilla, leche condensada y sal, en que la economía cubana disfrutaba de pleno autoabastecimiento. La producción de arroz, alimento básico en la dieta del cubano, también experimentó una caída drástica por la ineficiencia demostrada por el Instituto de Reforma Agraria en combatir las plagas de esta planta. Por otra parte, el suministro de carne se ha podido mantener exclusivamente por la reducción apreciable de las existencias de ganado, que ha conducido incluso al sacrificio de reses de 700 libras. La pérdida de capital que se ha producido como resultado de la destrucción de la riqueza ganadera del país es una de las principales consecuencias funestas del proceso de colectivización. Como secuela de la baja en los niveles reales de producción se observa un crecimiento alarmante en el volumen de desempleados, que sin ninguna exageración cabe estimar en no menos del 50 %, agravando la situación de penuria en que el régimen de Castro ha sumido al pueblo de Cuba.

2. *Situación de inflación reprimida.*

El régimen de Castro ha agudizado en los últimos meses el proceso de desorganización de las finanzas públicas y de creación de medios de pago, lo que ha conducido a una completa anarquía en la estructura de precios y salarios del país. El régimen, cediendo a imperativos demagógicos, ha continuado incrementando en proporciones extraordinarias la financiación deficitaria del gasto público. Esta financiación deficitaria que en 1959 emanaba en su mayor parte de una elevación de los gastos corrientes y de la inversión pública del Estado y los organismos paraestatales, tiene ahora su principal fuente, después que el Estado ha asumido la dirección empresarial de casi toda la economía, en el déficit o pérdida en operaciones de las empresas

manejadas directamente por el Estado u organismos paraestatales. En efecto, cuando una empresa específica por causa de falta de suministros de materias primas, ineficacia administrativa, desajustes entre los costos laborales y los precios de venta de sus productos, etc., se encuentra en una situación de parálisis absoluta o de « incosteabilidad », el Estado asume la financiación de los déficit de operación, canalizándolos a través del sistema bancario. Como consecuencia directa de esta política se ha producido una elevación sin precedentes en la cantidad de medios de pagos en circulación. En los datos del cuadro XIV se aprecia la situación hasta el mes de julio de 1960, pero a partir de esa fecha el proceso ha continuado en forma intensiva de acuerdo con las cifras disponibles de billetes del Banco Nacional circulantes.

3. *Proceso de descapitalización.*

El proceso de descapitalización o inversión neta negativa ha sido otra característica principal de la etapa de colectivización, tanto por ineficacias administrativas específicas de las empresas estatalizadas como por los métodos anárquicos seguidos para la asignación de los escasos recursos de divisas del país. Esto resulta realmente destacable, ya que es una característica típica de los regímenes comunistas el tratar de forzar la capitalización real en detrimento del consumo. Sin embargo, en Cuba el régimen de Castro ha resuelto hasta el momento la discrepancia que presenta en este aspecto su postura demagógica con su ideología comunista, reduciendo la inversión en favor del consumo como medio de refrenar el creciente descontento. Por esta razón es evidentemente notorio que los escasos recursos de divisas del país no se han empleado en igual proporción que en años anteriores para el proceso de capitalización. Por otra parte, la orientación de las inversiones en bienes de capital fijo ha sido completamente anárquica, ya que el nuevo régimen ha descuidado la reposición de los equipos existentes utilizando, al propio tiempo, recursos para nuevas inversiones, en gran parte para capital social.

El cambio de orientación en la dirección de nuestro comercio exterior agravará aún más este proceso, por cuanto reducirá grandemente el suministro de piezas para la reposición del « stock » de capital existente, al menguar nuestra capacidad de importar en términos de divisas convertibles. Todo este proceso conducirá en definitiva a una reducción extraordinaria en el « stock » de capital fijo del país y en su capacidad productiva, requiriéndose en lo futuro fuertes inversiones para subsanar la descapitalización ocurrida en este período.

4. *Cambio en la estructura de nuestro comercio exterior.*

El cambio en la estructura de nuestro comercio exterior, que había comenzado en la etapa de transición, se ha consumado definitivamente en la etapa de colectivización, debido a la política seguida por el régimen de Castro en ese sentido y a las reacciones que ha producido esa política en los Estados Unidos y los países de Europa Occidental. El traslado de la órbita de nuestro comercio exterior del bloque occidental al bloque soviético, es un completo absurdo desde el punto de vista económico, por la falta extrema de complementaridad entre la economía cubana y la economía de los países socialistas. Estos países no pueden ofrecer a Cuba un suministro adecuado de piezas para la reposición del equipo de capital, de materias primas en cantidad y calidad suficientes para la operación de las industrias del país y de los bienes de consumo esenciales para el sostenimiento de los niveles de vida a que está acostumbrado el pueblo cubano.

Debido a que el cambio estructural de nuestro comercio exterior ha tenido como fuente principal la desviación de nuestras exportaciones azucareras, ceñiremos nuestro análisis a los daños causados en la posición de Cuba en el mercado azucarero, a consecuencia de esa desviación.

Es evidente que la política azucarera seguida por el régimen de Castro a partir de los primeros meses de 1960, ha tenido su fundamento en objetivos de orden político derivados de su afiliación al comunismo internacional.

A corto plazo, los resultados negativos de esta política comenzaron a evidenciarse en 1960, y se harán aún más palpables durante 1961. El principal aspecto adverso de la política azucarera radica en la merma de nuestros ingresos de divisas por ex-

portaciones azucareras y la consiguiente disminución de la capacidad de importar del país. A su vez la caída en la capacidad de importar está muy vinculada al proceso de descapitalización, según analizamos anteriormente.

Las exportaciones azucareras durante 1960 es probable que alcancen un total de gran reducción en el nivel de existencias y 5,6 millones de toneladas largas españolas. No obstante, a pesar de ese extraordinario volumen de exportaciones, los ingresos totales de divisas por exportaciones de azúcar —como se pone de manifiesto en el cuadro XV— pueden estimarse en unos $485,3 millones, o sea, un nivel similar al de 1959, que fue un año de una situación crítica en el mercado azucarero, resultando inferiores en $141,6 y $84,3 millones a los de 1957 y 1958. Al realizar el análisis en términos de los ingresos en divisas convertibles, la situación es mucho más adversa. En efecto, las ventas especiales al bloque soviético y la República Arabe Unida para exportación en 1960, alcanzaron 2.514,0 miles de toneladas largas españolas, a un precio promedio de 3,02 centavos libra inglesa y por un valor total de unos 177 millones. De ese total, unos $52 millones son pagaderos en divisas convertibles, ya que provienen de las ventas realizadas a Rusia en 1959, cuando todavía la política azucarera no había sucumbido a los designios soviéticos.

En consecuencia, si deducimos los $125,0 millones de ingresos en moneda inconvertible de la cifra del valor probable de las exportaciones azucareras, nos encontramos con que apenas ascenderá a $360 millones la captación de divisas convertibles por esta vía. Debe destacarse, además, que cualquier desviación apreciable en términos de precio y calidad de los productos adquiridos del bloque soviético respecto a los que pudieran comprarse en los mercados libres, representa necesariamente un grave perjuicio en los términos de intercambio y, consiguientemente, en la capacidad de importar del país respecto a 1959. En resumen, durante 1960 la capacidad de importación real derivada de las exportaciones de azúcar crudo es probable que haya mermado respecto a 1959 —año de críticas condiciones en el mercado azucarero—, a pesar de que se colocaron en el mercado norteamericano 1.881.000 toneladas largas españolas con un valor superior a $220 millones.

Ahora bien, lo sucedido en 1960 no es más que un funesto presagio de la adversa situación que habremos de afrontar en el futuro inmediato y del daño permanente que puede causar a la posición de Cuba en el mercado azucarero la prolongación del régimen de Castro.

La situación azucarera de Cuba para 1961 es en extremo crítica por los siguientes factores :

1. Para el año azucarero 1960-61 se prevé una expansión considerable de la producción mundial de azúcar. Todo parece indicar que la cosecha de remolacha de Europa superará en más de dos millones de toneladas a la del período 1959-60.

2. En los últimos meses se observa una acentuada tendencia de los países de Europa Occidental a evitar las compras de azúcares en Cuba.

3. Existe la impresión generalizada de que la cuota cubana en el mercado americano será totalmente suprimida.

Sin pretender hacer un análisis exhaustivo de la compleja situación azucarera, veamos como pretende contrarrestar el régimen de Castro estos factores adversos.

El gobierno soviético ha declarado que Rusia habrá de comprar 2.700.000 toneladas a un precio de 4 centavos libra y que las adquisiciones de azúcar en otros países del bloque soviético alcanzarán 4 millones de toneladas. Estos compromisos, en el supuesto de que se cumplieran fielmente y de que Rusia pudiera suministrar a Cuba mercancías por un valor igual al de las ventas de azúcar, serían un paliativo para nuestra crítica situación en el mercado azucarero. Sin embargo, todos los indicios corroboran que ninguna de esas condiciones se cumplirá en la práctica.

En primer lugar, Rusia no tiene una necesidad real de comprar azúcar cubano, ya que con su producción actual cubre los requerimientos de su consumo interno, especialmente después de la compra de 1.700.000 toneladas en 1960. Por consiguiente, nuestro comercio con Rusia a base de exportaciones de azúcar es completamente artificial. La Unión Soviética en estos momentos

tiene un consumo per capita de azúcar relativamente alto, de unos 30 kilos, y de acuerdo con los planes de expansión de su nuevo plan de siete años proyecta lograr el autoabastecimiento completo en 1965 a niveles de consumo per capita similares a los de los países más avanzados. Ante esta evidencia resulta muy dudoso que la Unión Soviética esté dispuesta a comprar efectivamente 2.700.000 toneladas durante 1961, a un precio de 4 centavos libra, superior al precio imperante en el mercado mundial. El carácter condicional de la promesa de compra revela su matiz netamente político.

Por otra parte, si se materializan las ventas al bloque soviético, su importe sería superior a $300 millones. La falta de complementaridad de nuestra economía con las del Bloque Soviético hacen difícil creer que estos países puedan suministrarnos mercancías por ese valor.

Por último, no parece probable que las compras de Estados Unidos a otros países causen un vacío sustancial en el mercado mundial, dadas las favorables expectativas de la producción azucarera mundial.

A largo plazo, las perspectivas azucareras de Cuba, si se mantuviera en el poder el régimen de Castro, son verdaderamente caóticas, ya que la desviación de las compras de Estados Unidos hacia otros países alentará una expansión en la producción interna y en la de los países exportadores, lo que puede llegar a redundar en un perjuicio definitivo en la posición de Cuba en el mercado de azúcar de los Estados Unidos.

Conclusiones

De las anteriores consideraciones emergen las siguientes conclusiones fundamentales :

1. Durante su primer año en el poder, el régimen revolucionario, siguiendo una intensa política de redistribución del ingreso nacional, logró una elevación en el nivel de consumo real del pueblo de Cuba. Esta mejoría se alcanzó, sin embargo, sobre bases netamente transitorias, ya que fue posible por el cese virtual de toda inversión privada, por una disminución radical en la reposición de equipos, por una gran reducción en el nivel de existencias y por la demora en el pago de las importaciones. A partir de los primeros meses de 1960, el consumo comenzó a descender por razón de la caída progresiva de la producción interna y de las importaciones, y en la actualidad los niveles de consumo y bienestar del pueblo están en un acelerado proceso de decadencia.

2. En los momentos en que escribimos (enero de 1961) la economía de Cuba está casi enteramente socializada, quedando sólo en poder del sector privado la pequeña agricultura, la industria artesanal y una parte del pequeño comercio. Puede afirmarse que el proceso de estatización de la economía cubana ha sido aún más rápido que el de los países de la Europa Oriental, a partir de su ocupación por Rusia en 1945.

3. La incertidumbre de los empresarios e inversionistas antes de ser expropiados, primero, y la anarquía en el proceso de estatización, después, han acarreado un intenso proceso de desinversión, que ha mermado la capacidad productora del país.

4. En adición a la merma en la capacidad productiva, descrita en el epígrafe anterior, el anárquico proceso de estatización ha traído consigo una completa desorganización de la economía del país, con la consiguiente caída en la producción de bienes y servicios y un enorme aumento en el volumen del desempleo.

5. La enorme y continua expansión monetaria ha creado una situación de inflación reprimida que en el transcurso de los próximos meses deberá producir graves distorsiones en los precios y agudizar considerablemente el ya grave problema de los abastecimientos ; y

6. El desplazamiento de las ventas de azúcar de los mercados habituales de Cuba hacia países que no necesitan ese artículo, por ser casi autosuficientes en azúcar y estar aumentando rápidamente su producción, deberá traer graves desequilibrios en los mercados azucareros y podrá ocasionar a Cuba gravísimos perjuicios de carácter permanente.

FELIPE PAZOS

Cuadro I

EVOLUCION DEL INGRESO MONETARIO « PER CAPITA » DE CUBA 1951-58

Año	Producto Nacional Bruto (Millones de pesos) (1)	Ingreso Nacional al costo de factores (Millones de pesos) (2)	Población (Miles de habitantes) (3)	Producto Nacional per capita (Pesos por habitante) (1) (3) (4)	Ingreso Nacional per capita (Pesos por habitante) (2) (3) (5)	Índice de precios de artículos alimenticios Base 1953 = 100 (6)
1951	1.943,7	2.321,3	5.652	411	344	102
1952	2.030,0	2.419,8	5.734	422	354	102
1953	1.753,2	2.100,0	5.815	361	301	100
1954	1.793,3	2.137,2	5.896	362	304	95
1955	1.865,6	2.228,1	5.975	373	312	93
1956	2.034,4	2.426,5	6.053	401	336	93
1957	2.320,5	2.764,8	6.129	451	379	98
1958	2.133,5	2.562,5	6.205	413	345	101

Fuente : *Memoria del Banco Nacional de Cuba,* 1954-55 y 1956-57 ; *Revista del Banco Nacional de Cuba,* enero y mayo 1959.

Cuadro II

CENSO AGRICOLA DE 1946 : CLASIFICACION DE LAS FINCAS POR SU MAGNITUD

Grupos (hectáreas)	Número de fincas	% del total	% acumulativo	Área (hectáreas)	% del área total	% acumulativo
Menos de 5	32.195	20,1	20,1	86.033,2	0,9	0,9
5-24,9	79.083	49,4	69,5	935.776,6	10,3	11,2
25-99,9	35.911	22,5	92,0	1.608.043,9	17,7	28,9
100-499,9	10.433	6,5	98,5	2.193.599,7	24,1	53,0
500-4.999,9	2.222	1,4	99,9	2.436.030,9	26,9	79,9
5.000 o más	114	*	100,0	1.817.602,0	20,1	100,0
Total	159.958	100,0	—	9.077.086,3	100.0	—

* Menos del 0.1 %
Fuente : Ministerio de Agricultura : Censo Agrícola de 1946.

Cuadro III

CLASIFICACION DEL INGRESO DOMESTICO DE CUBA POR SECTORES
1952-1958
(En millones de pesos)

Año	Ingresos azucareros (1)	Ingresos no azucareros (2)	Ingreso doméstico (al costo de factores) (3)	% de (1) sobre (3) (4)
1952	667,8	1.416,2	2.084,0	32,0
1953	414,1	1.369,9	1.784,0	23,2
1954	443,1	1.383,6	1.826,7	24,3
1955	430,5	1.476,2	1.906,7	22,6
1956	455,2	1.631,0	2.086,2	21,8
1957	670,9	1.720,3	2.391,2	28,1
1958	507,2	1.699,2	2.206,4	23,0

Fuente : *Revista del Banco Nacional de Cuba,* mayo de 1959.

Cuadro IV

VALOR DE LAS EXPORTACIONES DE CUBA POR PRINCIPALES GRUPOS DE PRODUCTOS
1950-58
(En millones de pesos)

Años	Exportaciones Azucareras	Exportaciones no Azucareras					Valor Total de las Exportaciones	% de (1) sobre (7)
		Minerales	Tabaco	Café	Otras	Total		
	(1)	(2)	(3)	(4)	(5)	(6)	(7)	(8)
1950	578,2	12,5	30,4	0,1	35,8	78,8	657,0	88,0
1951	686,4	18,3	39,6	—	45,3	103,2	789,6	86,9
1952	575,2	29,2	40,4	—	38,2	107,8	683,0	84,2
1953	539,0	43,0	41,8	—	35,6	120,4	659,4	81,7
1954	441,1	35,1	41,2	—	42,1	118,4	562,5	79,0
1955	479,8	39,1	43,5	4,1	44,3	131,0	610,8	78,5
1956	536,7	42,9	43,8	21,5	49,6	157,8	694,5	77,3
1957	671,0	49,6	47,9	12,5	63,7	173,7	844,7	79,4
1958	603,4	35,8	49,6	7,1	67,2	159,7	763,2	79,1

Fuente :*Revista del Banco Nacional,* junio de 1959.

Cuadro V

EVOLUCION DE LA FORMACION BRUTA DE CAPITAL FIJO EN CUBA

1953-58

Año	Formación bruta de capital fijo						Producto doméstico bruto (en millones de pesos)
	Sector Privado		Sector Público		Total		
	Monto (en millones de pesos)	% del producto doméstico Bruto	Monto (en millones de pesos)	% del producto doméstico Bruto	Monto (en millones de pesos)	% del producto doméstico Bruto	
1953	183	8,6	57	2,7	240	11,3	2.131
1954	200	9,2	69	3,2	269	12,4	2.171
1955	232	10,2	139	6,1	371	16,4	2.269
1956	263	10,6	206	8,3	469	18,9	2.478
1957	330	11,6	176	6,2	506	17,8	2.836
1958	348	13,2	113	4,3	461	17,5	2.629

Fuente : *Memoria del Banco Nacional de Cuba,* 1955-56 ; *Revista del Banco Nacional de Cuba,* mayo de 1960 ; *International Financial Statistics,* diciembre 1960.

Cuadro VI

SALARIOS PAGADOS EN ACTIVIDADES PRIVADAS

(En millones de pesos)

Mes	1957	1958	1959
Enero	56,4	58,5	56,7
Febrero	63,2	67,6	66,6
Marzo	66,3	69,2	72,1
Abril	66,5	64,3	78,1
Mayo	62,7	63,8	79,2
Junio	60,2	58,7	75,1
Julio	54,7	55,9	76,6
Agosto	54,8	56,8	72,9
Septiembre	55,1	56,2	76,2
Octubre	55,0	54,6	79,9
Noviembre	60,9	52,5	82,2
Diciembre	69,1	64,9	104,7
Total	724,9	723,0	920,3

Nota : En estas cifras no se incluyen los salarios agrícolas azucareros y comprenden sólo parcialmente los abonados en las restantes actividades agrícolas.

Cuadro VII

ESTIMACION DE LA DISTRIBUCION DEL INGRESO DOMESTICO, ANTES DEL PAGO DE IMPUESTOS

1957-59
(En millones de pesos)

	1957	1958	1959
1. Remuneración a obreros y empleados	1.445	1.433	1.793 (1)
2. Ingresos de las sociedades y empresas no constituídas en sociedad	733	556	361 (2)
3. Rentas de fincas urbanas	104	112	62
4. Rentas de fincas rústicas	84	76	56
5. Intereses	25	23	23
Ingreso doméstico	2.391	2.200	2.295

(1) Incluye $50 millones de « transferencias » derivadas de la reducción de rentas urbanas.
(2) Incluye $20 millones de « transferencias » derivadas de la reducción de rentas de fincas rústicas.

Fuente : *Revista del Banco Nacional de Cuba,* mayo 1959, para 1957 y 1958. Los datos de 1959 constituyen estimaciones que hemos efectuado para tener una idea del orden magnitud del proceso de redistribución del ingreso.

Cuadro VIII

VALOR PRESUPUESTO DE LAS NUEVAS EDIFICACIONES

1956-1959
(En millones de pesos)

Meses	1956	1957	1958	1959
Enero	6,3	7,8	6,0	2,2
Febrero	7,7	7,4	5,2	3,3
Marzo	7,6	5,9	6,2	2,0
Abril	6,5	5,8	6,2	2,0
Mayo	6,5	7,2	5,2	2,0
Junio	5,2	6,8	7,0	3,1
Julio	5,7	6,6	5,8	3,7

Agosto	5,9	4,0	9,9	2,5
Septiembre	6,1	10,5	5,8	3,1
Octubre	7,3	6,5	7,5	2,8
Noviembre	9,0	4,4	4,5	3,3
Diciembre	4,5	4,6	4,6	3,6
	78,3	77,5	73,9	33,6

Fuente: *Revista del Banco Nacional de Cuba.*

Cuadro IX

HIPOTESIS DE TRABAJO SOBRE LA COMPOSICION DEL GASTO INTERNO BRUTO

1958-1959

(En millones de dólares)

Concepto	1958			1959		
	Gasto en productos nacionales	Gasto en productos extranjeros	Total	Gasto en productos nacionales	Gasto en productos extranjeros	Total
1. Gasto de consumo privado	1.320	585	1.905	1.499	615	2.114
2. Gastos corrientes del Gobierno	332	37	369	387	43	430
3. Inversión privada bruta :						
En bienes de capital fijo	131	190	321	59	51	110
En inventarios de artículos exportables	—	—	—	50	—	50
En otros inventarios	—	—	—	— 40	— 80	— 120
4. Inversión bruta del Gobierno	91	22	113	216	54	270
5. Pago a factores en el extranjero	—	56	56	—	25	25
6. Gasto interno bruto (1 a 5)	1.874	890	2.764	2.171	708	2.879
7. Más : Superávit de la cuenta corriente del balance de pagos			— 135			— 100
8. Producto interno bruto (6, 7)			2.629			2.779

Cuadro X

BALANCE DE PAGOS INTERNACIONALES DE CUBA
TRANSACCIONES CORRIENTES

1957-59

(En millones de pesos)

Concepto	1957	1958	1959
1. *Balance comercial*			
Exportaciones	845	763	643
Importaciones	813	808	675
Saldo neto	32	— 44	— 32
2. *Turismo*			
Ingresos	62	57	20
Egresos	36	38	20
Saldo neto	26	19	—
3. *Transporte* : saldo neto	— 70	— 70	— 58
4. *Rendimiento de inversiones* : saldo neto	— 66	— 48	— 18
5. *Otras transacciones* : saldo neto	12	15	15
6. *Saldo neto acreedor o deudor (—) de transacciones en mercancías y servicios* (1 *a* 5)	— 66	— 128	— 93
7. *Donaciones* : saldo neto	— 5	— 7	— 7
8. *Saldo neto acreedor o deudor (—) de transacciones corrientes* (6, 7)	— 72	— 135	— 100

Nota : Cualquier diferencia en los totales se debe al proceso de redondeo.

Fuente : *Revista del Banco Nacional de Cuba,* junio de 1959, para los años 1957 y 1958. Las cifras de 1959 son meras estimaciones que hemos efectuado sobre la base de la escasa información disponible.

Cuadro XI

EXPORTACIONES DE ESTADOS UNIDOS A CUBA, POR GRUPOS PRINCIPALES DE MERCANCIAS

1957-1959
(En millones de pesos)

Grupo	1957	1958	1959
Animales y productos animales, comestibles	42,3	37,5	35,9
Animales y productos animales, no comestibles	8,2	8,5	6,7
Productos vegetales, comestibles	97,0	100,0	88,6
Productos vegetales, no comestibles	16,0	13,7	15,5
Fibras textiles y sus manufacturas	49,3	41,8	43,3
Madera y papel	31,9	30,3	27,5
Minerales no metálicos	46,2	26,8	19,2
Metales y sus manufacturas	57,0	46,3	27,0
Automóviles	24,3	15,8	7,0
Maquinaria, diversos vehículos y piezas	50,8	52,6	27,3
Maquinaria y aparatos eléctricos	114,5	95,2	67,0
Productos químicos y similares	52,9	48,6	48,0
Misceláneas	26,4	26,5	21,7
Totales	616,8	543,6	434,7

Fuente : Departamento de Comercio de Estados Unidos, Negociado del Censo. Reportes núms. FT 420, FT 410, años calendarios 1957, 1958 y 1959.

Cuadro XII

MEDIOS DE PAGO EN CIRCULACION

1954-1959 (1)
(En millones de pesos)

Concepto	1954	1955	1956	1957	1958	1959
1. Moneda de curso legal a disposición del público	391	396	414	427	451	520
2. Depósitos a la vista a favor del público	509	572	649	698	640	823
3. Total de medios de pago (1, 2)	899	968	1.063	1.125	1.091	1.343

4. Depósitos de ahorros en poder del público	220	261	314	408	450	373
5. Total de dinero y cuasi dinero en circulación (3, 4)	1.119	1.229	1.377	1.533	1.541	1.716

Nota : (1) Cifras correspondientes al mes de diciembre de cada año.

Fuentes : *Revista del Banco Nacional de Cuba,* noviembre y diciembre de 1959 ; *International Financial Statistics,* octubre de 1960.

Cuadro XIII

CREDITO DEL BANCO NACIONAL DE CUBA Y DE LOS BANCOS COMERCIALES AL SECTOR PUBLICO Y PRIVADO

(En millones de pesos)

BANCO NACIONAL DE CUBA

Dic. de :	Crédito al gobierno	Crédito a organismos oficiales	Crédito total al sector público	Crédito a bancos del sistema	Crédito total
1954	129,0	95,0	224,0	28,0	252,0
1955	114,9	185,6	300,5	34,6	335,1
1956	205,7	222,7	428,4	17,3	445,7
1957	239,9	283,6	523,5	8,7	532,2
1958	279,4	383,9	663,3	24,5	687,8
1959	355,3	469,7	825,0	48,0	873,0

BANCOS ASOCIADOS

Dic. de :	Crédito al gobierno	Crédito a organismos oficiales	Crédito total al sector público	Crédito al sector privado	Crédito total
1954	62,2	5,1	67,3	456,0	523,3
1955	104,4	18,0	122,4	482,2	604,6
1956	115,0	45,9	160,9	505,2	666,1
1957	122,3	84,8	207,1	577,4	784,5
1958	121,9	125,0	246,9	589,5	836,4
1959	150,7	106,0	256,7	663,9	920,6

Fuente : Banco Nacional de Cuba.

B.D.I.C

Cuadro XIV

TOTAL DE MEDIOS DE PAGO A DISPOSICION DEL PUBLICO

(En millones de pesos)

Mes	1956	1957	1958	1959	1960
Enero	946	1.023	1.067	1.073	1.343
Febrero	970	1.050	1.095	1.076	1.418
Marzo	991	1.071	1.112	1.114	1.457
Abril	1.037	1.107	1.148	1.142	1.522
Mayo	1.036	1.120	1.134	1.143	1.568
Junio	1.053	1.164	1.174	1.143	1.584
Julio	1.059	1.137	1.145	1.156	1.641
Agosto	1.035	1.102	1.116	1.195	
Septiembre	1.029	1.094	1.111	1.213	
Octubre	1.016	1.086	1.077	1.219	
Noviembre	1.019	1.077	1.063	1.269	
Diciembre	1.063	1.125	1.091	1.343	

Cuadro XV

ESTIMACION DEL VALOR DE LAS EXPORTACIONES DE AZUCAR CRUDO A LOS DISTINTOS MERCADOS (1)

	Volumen físico (Miles de tons. largas esp.)				Precio promedio (Ctvs. por lb. inglesa)				Valor estimado (Millones de pesos)			
	1957	1958	1959	1960	1957	1958	1959	1960	1957	1958	1959	1960
Mercado americano	2.749.7	3.013.2	2.816.4	1.881.0	5,30	5,41	5,22	5,14	339,8	379,4	342,6	225,4
Mercado mundial	2.459.0	2.362.9	2.006.0	3.719.0	4,99	3,43	3,00	3,01	287,1	190,2	140,2	260,0
Total	5.208.7	5.376.1	4.822.4	5.600.0	5,15	4,54	4,37	3,70	626,9	569,6	482,8	485,3 (2)

(1) Las cifras de 1960, aunque carecen de la precisión de las correspondientes a los demás años, pueden tomarse con suficiente grado de confianza.

(2) Incluye ventas para embarque en 1960 al bloque soviético y la R.A.U. por 2.514.0 miles de tons. largas españolas a un precio promedio de 3,02 ctvs. por libra inglesa, con un valor total de $177,0 millones. No menos de $120,0 millones de estas ventas son pagaderas en moneda inconvertible.

Fuentes : Instituto Cubano de Estabilización del Azúcar y Banco Nacional de Cuba.

B.D.I.C

Cuadernos

REVISTA MENSUAL **48** MAYO DE 1961

V.-R. HAYA DE LA TORRE
VISION DE AMERICA LATINA

OSCAR DELGADO
Estructura y reforma agraria

IGNAZIO SILONE
Reflexiones sobre bienestar y moralidad

OLGA CARLISLE
TRES VISITAS A PASTERNAK

R. ESQUENAZI-MAYO
La nueva era del Presidente Kennedy

JOAO FREYRE
Portugal al orden del día

OCTAVIO PAZ
LA PINTURA DE RUFINO TAMAYO

4° P. 5926

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA
18, Avenue de l'Opéra, PARIS (I^er^)

CONSEJO DE HONOR :

Germán ARCINIEGAS, Eduardo BARRIOS, Américo CASTRO, Emilio FRUGONI, Rómulo GALLEGOS, Salvador DE MADARIAGA, Jorge MAÑACH, Francisco MONTERDE, Francisco ROMERO, Luis Alberto SANCHEZ, Eduardo SANTOS y Erico VERISSIMO

Director : Julián GORKIN

Secretario de Redacción : Ignacio IGLESIAS

Fundada bajo los auspicios del Congreso por la Libertad de la Cultura, la revista mensual *Cuadernos* se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Nuestra revista cuenta con la colaboración de escritores de todas las tendencias democráticas. Nuestros colaboradores hablan siempre en su nombre y bajo su exclusiva responsabilidad ; la revista sólo se hace responsable de los editoriales, documentos y notas sin firma.

B.D.I.C

SUMARIO

NUMERO 48 MAYO DE 1961

Visión de América Latina	V. R. Haya de la Torre	3
Estructura y reforma agraria en Latinoamérica	Oscar Delgado	12
Reflexiones sobre bienestar y moralidad (1)	Ignazio Silone	21
Angor Dei (Poema)	Juana de Ibarbourou	27
Tres visitas a Pasternak	Olga Carlisle	28
Azaña o la tragedia del liberalismo	Juan Marichal	38
El Richard Wright que conocí	James Baldwin	47
El realismo socialista y la libertad del escritor	Paul Tabori	51
Una hora con el Dalai Lama	Dom Moraes	57

Bellas Artes

Tamayo : De la crítica a la ofrenda	Octavio Paz	61

Crónicas

Obstáculos a la unidad iberoamericana	Victor Alba	66
La nueva era de Kennedy	R. Esquenazi-Mayo	70
El año II de la independencia del Camerún	Mongo Beti	73
Portugal al orden del día	Joao Freyre	76
Balcón de París	Arturo Serrano Plaja	79

Libros - Revistas - Colaboradores

Correspondencia

nas está allí, la cuenca del Orinoco está allí, el hombre primario que puede andar desnudo, o con plumas sobre la cabeza, o con un hueso atravesando la nariz está allí todavía. Es nuestro conciudadano, forma parte de nuestra colectividad ; es decir, es nuestro compatriota. Y el Estado, como entidad jurídica que representa a esos diversos grados de evolución humana, nos ofrece la primera gran paradoja de América Latina, inajustable a las clasificaciones, determinaciones y escuelas filosóficas con que se ha podido interpretar la historia europea.

También tengo que subrayar la diferencia entre la forma como Europa llega a Norteamérica y como llega a la otra América.

A Norteamérica llega sin grandes obstáculos, sin encontrar grandes contrastes de cielo, de clima o de territorio. Esa nueva denominación de Nueva Inglaterra corresponde exactamente a una Inglaterra dilatada. Con lenguaje toynbeano podemos decir que el desafío geoclimático norteamericano es la extensión, solamente la extensión ; es, pues, una Europa dilatada y ancha. Insisto mucho en este argumento porque sirve también para defender y justificar aquellas consideraciones implícitas a los yerros o fracasos, o frustraciones, o incumplimientos, de la obra de España y de Portugal en América.

En América del Norte las poblaciones son nómadas, se hallan dispersas, esporádicas ; el europeo encuentra sólo el gran espacio y sus primeras respuestas a ese desafío geográfico son las de mantener ese espacio, dinamizarlo, pero sin las dificultades con que tropieza el hispanoportugués, el cual atraviesa diagonalmente el hemisferio y se encuentra con otros climas, con otros cielos, con altitudes, con grandes desiertos que convierten para él la empresa de dominación de la geografía de lo que llamamos América Latina en una epopeya gigantesca y, lógicamente, incumplida. Por eso quedan allí, dominadores, todos los restos de aquellas fuerzas telúricas y sociales con las que se encontraron, y esto no sólo en las zonas no civilizadas, sino en los imperios incaicos y mexicanos, que habían tenido ya un viejo ancestro de civilizaciones y de culturas precursoras. Tenemos, pues, una América Latina que, frente al impacto europeo, no logra una unificación total, ni de su economía ni de su fisonomía sociológica, por decirlo así.

Los españoles y los portugueses se acomodan un poco a esta realidad. Pretenden disolver las comunidades indígenas, los ayllus incaicos y los calcullis mexicanos, pero después el hombre español comprende que no puede trabajar sin el concurso de estas sociedades que tenían un arraigo profundo, telúrico, humano de muy vieja tradición. Se encuentran con el desafío de la altitud, manifiesto en México, pero que alcanza tremendos caracteres en las zonas del Imperio incaico, donde la capital se yergue a 3.300 metros de altura y donde toda la Cordillera de los Andes forma el verdadero pedestal o lugar escénico de esa civilización sin paralelo en el mundo.

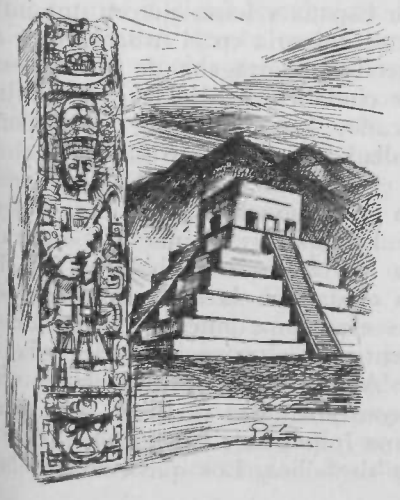
Y como consecuencia de ese encuentro, de ese contacto con Europa, vemos que se constituyen dos grandes virreinatos, que se prolongaron 200 años : el de México y el de Lima.

Van surgiendo luego formas miméticas de adaptación de la civilización europea ; de las subdivisiones en las capitanías generales y en los ámbitos eclesiásticos llegan los principios de lo que son nuestros países y nuestras fronteras actuales. La América va evolucionando así, y al final del siglo XVIII los virreinatos grandes se subdividen (el de Santa Fe a mediados y el de Buenos Aires al final). De esas divisiones quedó el esquema de lo que son nuestras Repúblicas. Son divisiones fronterizas que en su origen corresponden a necesidades, a urgencias de tipo administrativo, eclesiástico e incluso civil, pero que después se artificializan. Los primeros próceres de la Independencia, los precursores, descubren esta contradicción.

El más grande de ellos, la figura universal de los precursores de la Independencia, el verdadero ciudadano del mundo que ha dado América Latina, Miranda, fue el primer iniciador de esta cruzada por una independencia que al mismo tiempo fuese unificación. Miranda propuso la formación de una Federación Latinoamericana —y digo Latinoamericana impropiamente—, que él denominó Incanato. Así constaba en el Memorándum que dirigió al primer ministro inglés, Pitt, en el que señalaba las estructuras de la nueva organización, con un

rey o soberano, un monarca incaico de origen, una Cámara de los lores y una Cámara de los Comunes, o algo que se le parezca. Después fue Belgrano quien en el Congreso de Tucumán de 1816 propuso la unidad, la federación de América, de lo que él llama Sudamérica. Propuso también, como cabeza de esa nueva unidad a un inca o a un descendiente de los incas, afirmando : « Si ha de ser monarquía, ésta debe ser una monarquía tradicionalmente americana. » En el Congreso de Tucumán Belgrano resultó vencido, pero el Acta de aquel Congreso, no habla de emancipación de la República Argentina, sino que comienza diciendo : « Nos, los representantes de las Provincias Unidas de Sudamérica... ». El Padre Hidalgo, en México, se llama a sí mismo Generalísimo de las Américas ; con este título, firma el Acta de Liberación de los Esclavos en Guadalajara. La idea de la emancipación y de la unificación marchan unidas, Bolívar es el que la concreta y puntualiza en su proyecto de Congreso de Panamá. Con él, otros muchos apoyaron esa idea, que se frustra con la Independencia, sobre todo después de la muerte de los grandes realizadores de aquella epopeya.

Entonces América Latina vuelve los ojos hacia Europa. No quiere seguir el ejemplo norteamericano, que es claro, preciso, inmediato : busca el paradigma de los nacionalismos europeos y comienza aquel período decimonónico, en el cual soñamos con las autarquías, iniciamos los grandes principios de nuestros economistas, que dicen :



« Hay que producir lo que se consume y consumir lo que se produce. » La autarquía resulta un ideal y comenzamos a pensar si somos otras Francias, otras Inglaterras, otras Alemanias ; cada cual quiere imitar a quien parece más poderoso. Este mimetismo es el que nos aleja cada vez más de lo que hay de buen ejemplo en Norteamérica ; se olvida la idea de Federación, de unidad, y nos volvemos nacionalistas, artificializamos fronteras, creamos hostilidades y hasta las guerras se reproducen a ejemplo de Europa : si en el 70 hay una guerra entre Francia y Alemania, en el 79 hay una guerra entre Perú y Chile ; y si en el 70 se pierden Alsacia y Lorena, en el 79 se pierden Tacna y Arica.

La Independencia es otra de las paradojas. La Independencia es el movimiento social y económico (si lo consideramos desde un punto de vista de clase) en el cual el latifundio nacional latinoamericano se afirma, se consolida, se emancipa de los impuestos y del sometimiento a las coronas de España y de Portugal. Sin embargo, este movimiento necesita de una ideología europea y la encuentra en Europa, en Francia, en la Revolución francesa. Y se da la paradoja de que mientras nuestra Independencia es un movimiento que en el fondo va a afirmar el poder de la clase terrateniente en América, en cambio quiere aparecer como una adaptación de la Revolución francesa, cuya esencia era precisamente antifeudal. Desde entonces nuestra independencia es, desde el punto de vista político, una constante contradicción entre la realidad feudal y el anhelo republicano, la sed de libertad que tuvo su primera y precursora manifestación en la revolución de Túpac-Amaru. Habíamos heredado de los españoles y portugueses aquel amor a la libertad que ha quedado en nosotros muy firme, que seguramente nos vino de los comuneros de Castilla, de todos aquellos que escapaban de España y que con Gonzalo Pizarro comenzaron a levantarse incluso contra el rey. Entonces arraiga en nosotros aquella frase expresiva, que para mí tiene un fondo filosófico extraordinario, que solamente decimos nosotros, los españoles y los portugueses : « Quiero ser libre hasta para morirme de hambre. » Es ese anhelo de libertad el que guía todo ese proceso

político de América Latina, en lucha constante contra el gobierno de la fuerza, el ímpetu feudal de dominación, lo que llamó Francisco García Calderón « la alternativa entre la tiranía y la anarquía », en realidad entre la tiranía y el anhelo de libertad.

*

Con esta realidad se inicia nuestra vida económica, capitalista por decirlo así. ¿Cómo principia nuestra vida capitalista? ¿Cómo nuestra vida industrial? América Latina se emancipa políticamente, pero en los momentos iniciales de su emancipación tiene que pedir, por primera vez, capitales europeos. Sólo capitales ingleses. Estos son los primeros que llegan a América Latina. Uno de esos agentes financieros británicos, procedente de Buenos Aires, llegó a Lima buscando contactos con los hombres de la Independencia. Ese agente llegó en 1823, antes de la batalla de Ayacucho —o sea antes de tener la certeza de que la revolución sería ganada— y ofrecía ya los millones de la ayuda inglesa con un gran sentido financiero.

Así comienza nuestra industrialización y nuestro capitalismo. Nosotros nunca hicimos la máquina, ni tuvimos o creamos capital propio. Nuestra vida económica se inicia, pues, utilizando la terminología moderna, con la exportación de capitales, es decir, con el imperialismo económico. Y esa industrialización comienza al revés de como comenzó en Europa. En Europa comenzó con el acero, con la máquina, con la siderurgia ; y el industrialismo europeo, tras de su evolución precapitalista, hace la máquina, la forja, y esa máquina provoca la producción. En América Latina no se produce este fenómeno. En efecto, el capitalismo, el industrialismo, se inicia con la importación de capitales. El capital de afuera llegó con la máquina ; y nuestra gran industria no comenzó, como en Europa, con una industria manufacturera y pesada, sino con una industria ligera, en su aspecto manufacturero y con una industria de materia prima medio elaborada con capitales extranjeros y máquinas extranjeras. Es este un nuevo aspecto de la contradicción existente con los cánones económicos europeos ; de ahí que cuando se dice —la frase es de Lenin— que « el imperialismo económico es la última etapa del capitalismo », nosotros, modestamente, contestamos : « Sí, la última etapa del capitalismo allá donde el capitalismo se desarrolla, en el espacio-tiempo de la evolución capitalista superdesarrollada ; pero aquí, en América Latina, es la primera etapa. » La postrera gota que rebasa del vaso pleno del capitalismo en los países europeos es la primera que llega a nostros. Y entonces comenzamos a relativizar la historia : lo que es último en Europa puede ser primero en América.

Nosotros necesitamos confrontar esta realidad porque entonces resulta posible presentar lo que llamo —en forma imaginaria, un poco metafórica y simbólica— los tres aspectos o formas ilícitas de la evolución histórica de América Latina. Pueden representarse mediante tres figuras, que son : el pirata, el contrabandista y el inversionista.

El pirata es un personaje extraordinario en la evolución de América Latina ; es el Mefistófeles que tienta faústicamente a esta América, encerrada en un mercantilismo aduanero que no permitía el comercio con otro país que no fuera el español o el portugués. El pirata, que es el bandolero de los mares, es en realidad el maestro de América Latina en la libertad del comercio ; él enseña cómo el comercio libre, el comercio intérlope del bucanerismo, es el verdadero camino para la emancipación. Todos los piratas, especialmente los ingleses, son los maestros de la libertad del comercio. Van rompiendo por todas partes ese círculo de hierro de las fronteras aduaneras impuestas por España y hasta ejercen una influencia extraordinaria en el urbanismo y en la arquitectura. Cartagena de Indias es una de las ciudades más bellas del continente americano, levantada por los españoles, amurallada de piedra, en la que realmente se ve el genio creador de hombres que supieron erigir aquella ciudad para defenderse de los piratas ; Lima fue amurallada contra los piratas ; también lo fue Trujillo, la ciudad en la que nací. Pero si los piratas eran una amenaza, también eran una tentación : traían sedas de Asia, objetos de Alemania, porcelanas desconocidas...

El contrabandista tiene en América Latina una importante función histórica y no menos simbólica. Los que conocen la Isla

Margarita, o Ipiales, entre Colombia y Ecuador, o el lago Titicaca, entre las fronteras del Perú y Bolivia, saben qué poder tiene el contrabando. Este ha producido más que todas las rentas aduaneras. El contrabandista ¿qué nos enseña? Nos enseña la unidad del Continente, la artificialidad de las fronteras ; nos enseña que todas las barreras que nos hemos impuesto están, pues, completamente transgredidas por la ósmosis y endósmosis de leyes económicas, que obligan a hacer del contrabando un negocio tan importante. Considero que el contrabandista es el precursor de los Mercados Comunes y el creador simbólico de la unidad continental.

El tercer personaje o figura ilícita es el inversionista extranjero. Este es también una figura, como las otras dos, peligrosa, mefistofélica, necesaria ; pero la tentación es asimismo necesaria. El inversionista extranjero representa, pues, aquella fase de nuestra historia a que me referí al principio y que constituye la inversión de capital. Pero el inversionista, que ocupa gran parte del siglo XIX y lo que va del actual, y que ahora constituye más o menos un motivo de agitación, es un hombre que aporta por primera vez el progreso. Con sus capitales trae las máquinas, la inversión, el empréstito y también la corrupción, el soborno. Porque, por una paradoja que se da en América, el capital extranjero viene a constituir la espina dorsal de nuestra economía. No queremos confesarlo, pero es así. En efecto, nuestra economía tiene dos velocidades : la nativa, lenta, la velocidad de nuestras formas iniciales económicas, feudales o comunitarias, frente a este irrumpir de la economía movida por otros motores y que tiene otras velocidades. Este contraste de dos ritmos, uno violento y otro moderado, es quizás la imagen gráfica de nuestra dispar e inarmónica economía.

El inversionista representa eso : el dinero que viene de afuera. Pero examinemos su figura. Lo mismo que el pirata y el contrabandista, es un personaje listo, bien recibido, pero ilícito. Yo comparo un poco al inversionista, el extranjero del tipo decimonónico y de principios de este siglo, con el judío rico de la Europa de tiempos de Carlos V, por ejemplo. Cuando se elegía un emperador de Alemania, el hombre que manejaba el dinero aunaba la influencia que permitía dominar una elección. Michelet decía de la elección de Carlos V que fue la más grande empresa y aventura financiera de su época. Pero ese judío que poseía la llave de las arcas, durante las noches tenía que refugiarse en su ghetto ; estaba fuera de la ley. Nosotros tenemos en el inversionista extranjero algo semejante. Vive entre nosotros, pero tiene también su ghetto : el « Country Club ». Vive fuera de nuestra realidad y fuera de la ley. Como paga impuestos, tiene obligaciones, mas sus derechos no son ecuacionales. La United Fruit, por ejemplo, pone un capital y forma unos presupuestos superiores en valor económico a los de las cinco Repúblicas de Centroamérica. Pero, ¿cuál es la forma jurídica de ello? Es la de alguien que en cualquier momento puede ser confiscado o nacionalizado ; sus obligaciones, pues, no están en paridad con sus derechos. Y sin embargo es una triste necesidad, ya que su presencia significa la industrialización y el progreso, aunque por otra parte ofrece sus peligros. Aparece aquí el fenómeno ambivalente del imperialismo económico en los países como los nuestros, que no es igual al de los imperios con colonias, como las que han existido en Asia, en la India o en África. No. Nosotros tenemos una soberanía política, una independencia garantizada, leyes, banderas, himnos nacionales ; pero las llaves de las arcas han estado durante 100 años, y siguen estando, en la parte decisiva de nuestra economía, en manos de alguien cuya figura jurídica corresponde históricamente a la del pirata y a la del contrabandista.

*

Después vino el mimetismo y hemos corrido el riesgo de caer en la máxima imitación ; también el complejo de inferioridad. Pasa el siglo XIX y entonces descubrimos que nos habíamos equivocado, porque los Estados Unidos del Norte eran fuertes por haberse unido. Y ahora comprobamos, un poco avergonzados, que la Europa, a cuyos nacionalismos nosotros nos aferramos, está estableciendo un Mercado Común, una Comunidad Económica Europea y nos demuestra que es la unidad continental lo que la hace fuerte, segura y garantizada. Y entonces viene una reacción de nuestro

mimetismo y comenzamos a pensar que todo aquel nacionalismo que hemos invocado —y que todavía está en nuestros labios, en nuestras mentes y en nuestros prejuicios— es inane, vacío en la realidad presente. Leí el otro día en un periódico latinoamericano : « ¡Compren mercaderías del país y harán Patria! » Y pensaba que sería imposible leer eso en Alemania o en Italia, donde se propaga : « ¡Compren mercaderías del Mercado Común y harán Europa! » Es decir, que estamos los latinoamericanos muy lejos aún de la realidad.

Estos hechos nos hacen pensar en muchas otras cosas : quedarse atrasados en las ideas de 1917, esgrimirlas y blasonar de ellas en 1960 es haber perdido la pista histórica. Nosotros y Rusia estuvimos hace 43 años, poco más o menos, a niveles comparativamente semejantes ; entonces, ellos, los rusos, sostenían reivindicaciones parejas con las nuestras, guardadas las distancias, claro está. Su antimperialismo podría ser discutido a causa de su radicalismo, mientras el nuestro era ambivalente. Lo confrontamos, por ejemplo, en el Congreso internacional de Bruselas, cuando por primera vez una voz de América Latina les dijo : « No. Ustedes son antimperialistas absolutos y nosotros relativos ; porque para ustedes el antimperialismo es la última etapa del capitalismo, pero para nosotros es la primera. Comparen este hecho y tendrán otro horizonte para la estimación.» De aquí arranca la divergencia. Y nosotros insistimos en decir : « Lo que puede ser lo último en Europa, puede ser lo primero en América. » Como pensamos con las ideas de 1917, hemos perdido terreno. Entonces, la Revolución rusa era la cruzada humanitaria, la justicia social, y todos nos sentíamos a su lado ; hoy día no. Hoy día ella está en el plano de los grandes imperios, y nosotros seguimos en el de los países subdesarrollados. La idea misma del imperialismo ha evolucionado en forma extraordinaria. ¿Por qué? Porque entonces la economía industrialista, por obra de la revolución científica y tecnológica ha alcanzado una dimensión nueva. Y nosotros que esperábamos en 1917 el comunismo, nos encontramos hoy con que no hay sino dos variantes del sistema capitalista : un capitalismo privado, con muchos propietarios, y un capitalismo de Estado, con un solo propietario. Pero esos dos capitalismos funcionan sobre el mismo sistema, con ligeras variantes. Los dos tienen una moneda ; los dos luchan por aumentar su respaldo de oro —lo acabamos de ver con la revalorización del rublo— ; los dos permiten el ahorro ; los dos pagan de acuerdo con el principio capitalista « a cada uno según su trabajo » y no de acuerdo con el principio socialista « a cada uno según sus necesidades ». Esto supone una gran diferencia con lo que Marx llamaba ya « la satisfacción del deseo », pues si gano diez veces más que otro, entonces satisfago mis deseos y necesidades diez veces más que otro. En realidad hay dos formas de sistema capitalista, aunque en la semántica de la propaganda y de la demagogia periodística hablamos de comunismo y de capitalismo, lo cual contribuye a confundir en las mentes algo que debería esclarecerse : una semántica precisa, concreta y racional.

Repito que existen sólo dos formas de capitalismo y en el espacio-tiempo de nuestra realidad lo podemos comprobar. Cuando las dos formas han llegado a su plenitud industrial, a su última etapa, entonces también se desbordan ambas ; las dos emigran y ofrecen ayuda a los países subdesarrollados. Y las dos nos llevan, como países subdesarrollados, a decir : « Sí, señor. Hemos llegado a tal situación que necesitamos, para poder progresar y salir de nuestra condición de países subdesarrollados, ayuda económica y política del Oriente o del Occidente. » No hay manera de salir de nuestro estado sin esa ayuda. Ningún país subdesarrollado ha hecho una revolución —ni el Congo, ni Cuba— que no diga y sostenga que para salir de su condición necesita ayuda económica y técnica. Es decir, capitales y dirección. No hay es-

cape, pues las etapas de la historia no pueden suprimirse. Los países subdesarrollados o imperfectamente desarrollados tienen que pasar por la etapa de la industrialización. Y la realidad presente nos demuestra que esa etapa no puede desarrollarse sino con capitales extranjeros y con una ayuda técnica extranjera. ¿Cómo se produce esa exportación de capitales? El capitalismo privado y el capitalismo de Estado no emplean métodos diferentes, aunque existan variantes : ninguno regala el dinero, ninguno. Los préstamos se hacen sobre bases de interés, mayores o menores, pero se pagan. El dinero se presta y no se regala. Supongamos que un país atrasado que quiera salir de su condición de subdesarrollo, o imperfectamente desarrollado, o incompletamente desarrollado ; supongamos que un país diga que no quiere producir más azúcar, sino máquinas, u hojas de afeitar, que a veces son tan necesarias... ¿Cómo montar estas industrias? Necesitan dinero y dirección. Pues bien, sólo hay dos posibilidades : recurrir a Oriente o a Occidente.

*

Verdad es que en América Latina, encontramos algunos personajes que todavía nos hablan del nacionalismo económico, aunque ya van desapareciendo. Pero ahora tropezamos con otro tipo, que nos dice : « La emancipación de África, la creación del Mercado Común Europeo, el establecimiento del sistema de Estados Asociados que son los Estados africanos en correspondencia con el Mercado Común Europeo, significa una amenaza para la economía latinoamericana. »

Este primer grito de alerta fue lanzado por Carlos Dávila en un libro escrito en inglés que circuló hace ocho años, poco más o menos. Sin embargo, esta creencia, que está muy generalizada, puede discutirse también. Es algo que va perdiendo vigencia si atendemos al otro aspecto de nuestra gran peripecia económica : el de que ya hemos vivido bastante tiempo como vive África, y que es necesario ahora avanzar un paso más para dejar atrás a África. Esta va a cumplir su primera etapa y nosotros la segunda. Tal es mi respuesta a la objeción generalizada de que África es un rival nuestro. Alguien me dijo : « Va a producir el café, lo que significa la muerte de la economía de nuestros países productores de café. » La respuesta es esta : « ¿Por qué seguimos produciendo sólo café? ¿Por qué no ensayamos otras formas de producción, dejando que los africanos produzcan café, mientras nosotros producimos « Nescafé »? A los que dicen que únicamente tendremos industria el día que construyamos máquinas, que forjemos acero, que fabriquemos automóviles, les responderé que también hay que pensar que la grandiosa revolución científica y tecnológica actual nos enseña otra verdad : el industrialismo no consiste solamente en producir máquinas, sino asimismo subproductos extraordinarios e innumerables. Si antaño se decía que no sólo de pan vive el hombre, hoy puede afirmarse que no sólo de máquinas vive el hombre. Por lo tanto, en lugar de temer que África pueda ser nuestra rival, podemos afirmar que África puede ser nuestra colaboradora. Basta con emancipar nuestra economía y dar pasos más acelerados hacia otras formas de producción.

Este es un aspecto polémico de nuestro problema presente, pero hay otros, por ejemplo, el de nuestras relaciones con el Mercado Común Europeo. América Latina tiene que pasar de la etapa de país subdesarrollado a la de superdesarrollado. ¿Cómo hacerlo? Ya lo sabemos : industrializándonos. Pero el paso hacia la gran producción implica el paso hacia el gran mercado. Si queremos que el Mercado Común Europeo invierta conjuntamente sus capitales en América Latina, y se le ocurra establecer una industria de maquinaria, la primera exigencia sería que las fronteras aduaneras del país donde se establezca se rebajen un poco, porque a una gran industria corresponde un gran mercado. Lo cual supone que al Mercado Común Europeo debe corresponder un Mercado Común Latinoamericano receptor, que a su vez se tiene que convertir en emisor.

Otro aspecto —y estoy argumentado un poco a saltos, porque lo que me interesa es lanzar algunas ideas discutibles, pues no pretendo tener la ciencia infusa— es el siguiente : el problema social. Algunos asustadizos hablan del peligro del comunismo en América Latina, de los problemas sociales insolubles. Considero, por mi parte, que

el espacio latinoamericano es para nosotros un tremendo argumento en esta nueva concepción del problema económico-social. Al revés de Asia y de Europa, no somos un continente superpoblado. Cuando un continente no está superpoblado, cuando tiene enormes recursos naturales, cuando dispone de inmensos espacios por ganar, el problema social cambia de naturaleza a causa del espacio y el tiempo. Tiene otro ritmo, otro tiempo histórico, otro espacio ; es otro escenario. Hace tiempo los apristas enunciamos en Perú un principio que quizás no tenga ya posibilidades en Europa : « No queremos quitar la riqueza al que la tiene, sino crearla para quien no la tiene. »

Hay cosas que se pueden decir en América con acústica y que en Europa resultarían inconexas o sin sentido. Siempre he dicho que si un candidato a la Presidencia de la República Francesa dijera que su bandera es extirpar el analfabetismo y lograr que todos los ciudadanos tengan zapatos o calcetines, posiblemente lo encerrarían en una clínica de psicoterapia. Pero en América Latina, quien lo diga y lo haga será un gran estadista. Esto es simplemente una explicación del espacio-tiempo aplicado a la historia. Una vez un periodista del *New York Times* me dijo : « Dígame en seis palabras lo que significa el APRA. » Y le contesté : « Ponerles zapatos a seis millones de peruanos. » ¿Se imagina usted la revolución social, económica, higiénica, y de todo orden que significaría el que seis millones de peruanos sientan la necesidad de llevar zapatos? Trátase de todo un proceso de la historia sociológico, económico, político y de todo orden. Por eso, cuando afirmábamos que no queremos quitar la riqueza al que la tiene, sino crear riqueza para quien no la tiene, emitíamos, naturalmente, un concepto peruano aplicable al Perú, pero también de tipo continental, porque ha sido siempre nuestro afán hablar un lenguaje americano, ya que el Perú, como todos los países de América Latina, forma parte del Continente, y quien lo juzgue aisladamente, así como a cualquier otro país, es que también perdió la pista. Nuestros países son interdependientes y la ley de la interdependencia es cada vez más fundamental en nuestros pueblos. Recuerdo que el primer soplo auroral de mi americanismo lo tuve cuando pasé la frontera de Perú y Bolivia. Era entonces un niño, y creía que sobre el lago Titicaca había alguna línea que trazaba la diferencia entre uno y otro pueblo. Pero cuando más allá de Bolivia oí hablar la lengua de los incas y cuando traspasada la frontera argentina, ya por Salta, le decía yo a un arriero : « Maimanca canunqui », y él me contestaba : « Tucumanmanca, señor », entonces pensé : Benditos incas, gracias a los cuales el quechua nos muestra una geografía que sobrepasa las fronteras.

*

En este punto, resulta muy importante el llamado espacio vacío. Veamos un ejemplo, pues quiero terminar un poco gráficamente. La costa del Perú produce algodón y azúcar ; son las producciones que sostienen la economía peruana y me refiero a este caso por ser verdaderamente típico. En esa costa, pues, se encuentran las mayores producciones de azúcar y el mejor algodón, que puede competir con el egipcio. Nuestros millonarios son todos azucareros y algodoneros. Ahora bien, ¿qué extensión de la costa del Perú está cultivada? El 4,5 %. Y el 95,5 % restante es desierto. Formulemos una simple regla de tres : si el 4,5 % produce lo que produce. ¿qué producirá el 20 % irrigado? Como para la técnica moderna no hay problemas, la fisonomía de América Latina puede cambiar. El mar se convierte en agua dulce y la arena en tierra fértil, como lo han demostrado los israelitas. El profesor Einstein me dijo en la última visita que le hice, en 1948 : « La ciencia atómica, la energía atómica no logró hacer muchas cosas con la guerra, pero las hará con la paz. Ganó una guerra, y esto es doloroso, pero así como el vapor y la electricidad no han podido nada con la cuenca del Amazonas o con las llamadas tierras árticas, yo le aseguro que ésta nueva energía transformará esas tierras en tierras habitables y fértiles. » No hay problemas para la ciencia contemporánea. Lo único que es preciso es disponer de dinero. Y este dinero, ya sabemos como viene : se nos presta y hay que devolverlo. Pero, de todas las maneras, nuestro problema social no tiene ese aspecto desesperado y catastrófico con que lo describen aquellos que leen

los folletos procedentes de otros continentes, traducidos y transportados con malas palabras a nuestra realidad.

Esto es lo que podríamos llamar el perfil optimista. Un ilustre amigo —el embajador venezolano en París, Sr. Pulido Méndez—, afirmó que a mí no se me podía calificar ni de pesimista ni de optimista, sino de entusiasta, porque creo que, como ha dicho Tibor Mende en un libro cuyo título considero que vale más que el contenido, sin duda por haber sido escrito apresuradamente, América Latina entra en escena. En efecto, estamos entrando en escena, somos los protagonistas de esta historia contemporánea en una hora de tremendas contradicciones, en la cual, si no tenemos los pies bien puestos en nuestro suelo y en sus realidades, no podremos nunca levantar tranquilamente los ojos para mirar por donde van los satélites estratosféricos.

Tenemos que contemplar esas realidades nuestras sobre la base de nuestras condiciones típicas, de nuestra peculiaridad peregrina, única, vista por Miranda, vista por Bolívar, vista por los hombres que caminaron sobre el territorio americano, pero que también vieron cómo la geografía, el escenario latinoamericano pudo determinar muchos de los sucesos y de los acontecimientos que han sido característicos de nuestro proceso histórico. Recordemos que la batalla de Ayacucho duró 45 minutos, porque los combatientes lucharon a más de 4.000 metros de altura sobre el nivel del mar y los regimientos caían de rodillas a causa de « ese aire mefítico que llaman soroche », como dijo Bolívar. Y fueron soldados indios peruanos los que lucharon por España en Ayacucho. ¡Paradojas de nuestra historia! Son todas esas cosas las que nos juntan y nos unen en esta esperanza de ver una América ancha, con mucho espacio. Por eso, quizás, porque lo tiene, sentimos una gran ansia de libertad. Por eso, frente a nuestros amigos del Norte, sólo queremos un interamericanismo democrático, sin imperio, con hegemonía de ambas Américas, porque ellos necesitan tanto de nosotros como nosotros de ellos. Y este equilibrio puede decidir una amistad armoniosa y constructiva. Mientras vivamos en América seremos vecinos y tenemos que resolver el problema de serlo, buenos o malos.

Nuestra fisonomía es distinta, nuestras características diversas. Y los episodios de nuestra historia, los más brillantes, los más extravagantes, los que más nos fascinan, no son a fin de cuentas los que caracterizan y sintetizan nuestra realidad. Esto debemos verlo bien. Y debemos contemplar con generosidad y tolerancia los excesos de aquellos que creen que van a trasformar el mundo con muchos discursos.

Nuestra realidad tiene otro ritmo, nuestro proceso otras manifestaciones. Pero es un error aislar los fenómenos de América en forma de naciones o mediante limitaciones estrechas de patrias. Hay una sola Patria latinoamericana, dividida en Estados, con sus variantes, con sus manifestaciones ; pero con un común denominador. Somos un continente donde aquellos dictados europeos que parecían universales han perdido su valor a la luz de nuestra realidad peculiarísima. Son esas características las que considero debemos meditar, en las cuales tenemos que poner la vista para ser optimistas, para no perder esa gran esperanza de una América que puede cumplir lo que quizás otros continentes no han realizado : darle pan a cada uno, darles justicia a todos. Y no sacrificar jamás ni su libertad, ni su autonomía, ni su derecho a pensar por sí misma y a resolver sus problemas por sí sola.

VICTOR RAUL HAYA DE LA TORRE

OSCAR DELGADO

Reforma y estructura agraria en Latinoamérica

Hace más de un lustro, en un informe oficial de las Naciones Unidas se describía así la situación existente entonces en América Latina : « La estructura agraria de todos estos países se caracteriza en diferentes grados por la existencia de grandes latifundios, de gran número de minifundios y de una población rural con escasísimos recursos económicos... Existe una gran desigualdad en la posesión de la tierra, mientras que la ineficiencia de los terrenos se distingue por la ineficiencia en la explotación... En algunos de los países más importantes abunda la tierra cultivada y cultivable en relación con la población, pero la concentración de la propiedad en latifundios reduce a gran parte de la población rural a la condición de peones, cuyo nivel de vida es muy bajo, o de pequeños agricultores con condiciones de arrendamiento muy precarias (1).

De otro lado, se denuncia el fenómeno del minifundio y se atribuye su origen al extremo opuesto, al latifundio : « En muchos países latinoamericanos abundan los minifundios, mientras que simultáneamente hay propiedades que abarcan grandes extensiones o latifundios. Las propiedades de superficie mediana carecen de importancia. Esta tendencia a la diferencia extrema es característica. La existencia de un número tan grande de minifundios muy reducidos no se debe a la escasez de la tierra, ya que gran parte pertenece a propiedades rurales que tienen más de 1.000 hectáreas ; éstas se hallan en gran parte cultivadas por el procedimiento extensivo y en parte baldías. Así, pues, el problema del predominio de los minifundios muy reducidos se debe en parte a la desigual distribución de la tierra. »

En un documento anterior (2), las Naciones Unidas intentaban precisar en términos numéricos la situación existente : « Los latifundios abarcan la mayor parte de la tierra cultivable del continente. En general, en América Latina aproximadamente el 1,5 % de los predios rústicos tienen más de 15.000 acres ; el conjunto de esos predios representa alrededor de la mitad de la tierra cultivable. El informe, sin embargo, carece de estadísticas y no refiere la metodología y fuentes utilizadas para obtener el cálculo, pero éste puede ser una tentativa de aproximación ya que en otro lugar se lamenta la falta de tales datos.

Ahora es posible determinar con mayor precisión el estado de la estructura agraria, con base en informaciones censales y en muestras agropecuarias. En la utilización

(1) United Nations : *Progress in land reform*. New York, 1954. *Progress in land reform. Second Report*. New York, 1956.

(2) Naciones Unidas : *Defectos de la estructura agraria que impiden el desarrollo económico*. Nueva York, 1951.

de los datos disponibles —recogidos, verificados y en algunos casos corregidos, según varias fuentes primarias y secundarias— se fundamenta nuestra investigación. Así, el resultado de nuestras pesquisas no sólo corrobora la afirmación genérica y tentativa de las Naciones Unidas, sino que presenta una sorprendente conclusión que acusa mayor gravedad en su versión significativa. Afirmaba esta entidad en 1950 que el 1,5 % de las explotaciones latinoamericanas posee el 50 % de la superficie cultivable, y el resultado de nuestra investigación indica que el 1,4 % de las mismas ocupa el 64,9 % de la superficie.

Basta comparar las anteriores cifras y porcentajes con los del resto de naciones y regiones subdesarrolladas del mundo, para observar que los defectos de la estructura de la propiedad agraria latinoamericana son los de mayor gravedad en todo el orbe, de modo especial en lo concerniente al excesivo predominio de las grandes áreas que son cultivadas extensivamente casi en su totalidad, y que en cuanto unidades de producción suelen hallarse por entero o en gran parte ociosas o incultas.

En cambio, si se compara la situación latinoamericana en este aspecto con la existente en otros países relativamente desarrollados o en proceso avanzado de desarrollo, hallamos que la estructura ofrece características radicalmente antagónicas. En tales naciones no existen el latifundio ni el minifundio de modo apreciable, y la mayor importancia es acusada por las pequeñas y medianas propiedades. Mientras en Canadá las extensiones menores de 28 hectáreas representan el 1,8 % de los propietarios y ocupan el 17,3 % de la superficie, en América Latina las extensiones menores de 20 hectáreas representan el 72,6 % de los propietarios y el 3,7 % de la superficie. En el otro extremo, mientras en nuestro modelo las extensiones mayores de 647 hectáreas representan el 34,4 % de los propietarios y el 1,1 % de las superficies, en Latinoamérica las extensiones de más de 1.000 hectáreas pertenecen al 1,4 % de los propietarios, que poseen el 64,90 % de la superficie ; en algunos casos este porcentaje se eleva al 91 % en Bolivia, 93 % en Paraguay, 87 % en Chile y 75 % en Argentina, México y Venezuela.

Otro ejemplo es Francia, país en que se distinguen las pequeñas y medianas propiedades, y las mayores se computan como excedentes de cien hectáreas, a tiempo que las de América Latina se han computado como excedentes de mil hectáreas. Las explotaciones francesas menores de 20 hectáreas suman el 80 % y ocupan el 38 % de la tierra, y las mayores de cien ocupan sólo el 25 % de la superficie. En cambio, en América Latina las propiedades de más de 100 hectáreas ocupan el 96 % de la superficie, y las mayores de mil hectáreas comprenden el 64 % del área.

El análisis objetivo de la estructura agraria latinoamericana muestra claramente, en su desnuda realidad, de qué modo predominan los dos extremos viciosos y correlativos, el minifundio y el latifundio, impidiendo el desarrollo de la pequeña y mediana propiedad en el sector rústico y dificultando su propio desarrollo económico y social, a juicio del Departamento Económico de las Naciones Unidas.

La legislación de reforma agraria

Es conveniente distinguir entre reforma agraria y reforma agrícola o agrotécnica, y denunciar la constante confusión entre ambas denominaciones en que suele incurrirse.

Las medidas aconsejadas hasta ahora por la política gubernamental en muchos países latinoamericanos, se refieren exclusivamente al fomento agropecuario, a la búsqueda del aumento de la producción y la productividad en ese sector, en una palabra, al aspecto meramente económico. Es el fin único perseguido a través de leyes y decretos, es decir, utilizando el aspecto jurídico como medio, con frecuentes alusiones al régimen de derecho de la propiedad, no siempre en beneficio del trabajador desposeído. Las reformas agrícolas tienden a buscar el desarrollo económico sin lesionar los intereses latifundistas, con lo que vienen a dejar insoluble el problema social. Suele otorgárseles categoría de instrumentos legales, pero bien podrían ejecutarse como simples disposiciones administrativas, ya que el fomento agropecuario es un deber del Estado y para ello gozan de amplias facultades sus órganos de ejecución.

Las reformas agrarias auténticas, por su parte, no sólo sirven a la función del desarrollo (utilización del « excedente económico potencial » en las inversiones de sectores no primarios), sino que también resuelven adecuada y eficientemente el problema social ; rompen la estructura social tradicional redistribuyendo la propiedad territorial, en un acto primario de justicia social ; liquidan el latifundio improductivo, crean una clase media campesina de pequeños y medianos propietarios, y generan el ansiado aumento de la producción agraria y los aumentos del ingreso, la capacidad de consumo y los niveles de vida de la población.

Definición de la reforma

En las leyes de reforma agraria de México, Paraguay, Bolivia, Cuba y Venezuela, se la está definiendo al señalar sus objetivos. Todas atacan el latifundio y permiten la dotación de tierras a los campesinos, bien sea a título gratuito u oneroso. En este caso se otorgan plazos hasta de 30 años para el pago, al mismo precio razonable de la expropiación, y concediendo un término de uno a tres años —a partir de la entrega del título— para iniciar el pago de las amortizaciones graduales. Vamos a verlo, comparando la parte pertinente de las leyes de reforma agraria en Latinoamérica.

México (1915 y 1917) : « Los pueblos que, necesitándolos, carezcan de ejidos o que pudieran lograr su restitución por falta de títulos, podrán obtener que se les dote del terreno suficiente para reconstruírlos conforme a las necesidades de su población, expropiándose por cuenta del gobierno nacional el terreno indispensable para ese efecto (Art. 3, decreto del 6 de enero de 1915)... La nación tiene el derecho de expropiar por causa de utilidad pública, mediante y no previa indemnización (Art. 27 de la Ley del Congreso Constituyente, 1917).

« Se dictan las medidas necesarias para el fraccionamiento de los latifundios y para el desarrollo de la pequeña propiedad. Las comunidades y pueblos que carezcan de tierras y aguas tendrán derecho a que se les dote de ellas, tomándolas de las propiedades inmediatas, respetando siempre la pequeña propiedad... El excedente de la extensión máxima fijada deberá ser fraccionado por el propietario en el plazo que señalen las leyes locales... Si el propietario se negare a hacer el fraccionamiento, se llevará éste a cabo por el gobierno local, mediante la expropiación » (Art. 27 Constitucional de 1917).

Paraguay (1936) : « El Consejo de Reforma Agraria podrá decretar la expropiación de las tierras en razón de la utilidad social... Serán preferentemente objeto de expropiación las tierras que contengan sobre sus áreas planteles rurales y agricultores establecidos a título precario, con el fin de otorgárseles la propiedad de los fondos ocupados por los mismos. »

Guatemala (1952) : « La reforma agraria tiene por objeto liquidar la propiedad feudal en el campo y las relaciones de producción que la originan, para desarrollar la reforma de explotación y métodos capitalistas de producción en la agricultura y preparar el camino para la industrialización de Guatemala » (Art. I). « Son objetivos esenciales que la reforma agraria debe realizar... b) Dotar de tierra a los campesinos, mozos, colonos y trabajadores agrícolas que no la poseen o que poseen muy poca » (Art. 3, decreto 900 del 17 de junio de 1952).

Bolivia (1953) : « El Estado no reconoce el latifundio, cuya expropiación se ordena (art. 12). Queda abolido el sistema de colonato, así como toda otra forma de prestación de servicios personales (Art. 144). Se declara que los colonos son propietarios de los pegujales que poseen (Art. 78). Se fija el máximo de la propiedad rural según las distintas zonas geográficas del país (Art. 13 y ss). Establece el sistema de salario en todos los contratos individuales y colectivos, como norma de remuneración (Art. 145 del Decreto-ley del 2 de agosto de 1953).

Cuba (1959) : « Se proscribe el latifundio. El máximo de extensión de tierra que podrá poseer una persona natural o jurídica será treinta caballerías (13,46 hectáreas cada caballería). Las tierras que excedan de ese límite serán expropiadas para distribuirlas entre los campesinos y los obreros agrícolas sin tierras » (Art. I). Se autoriza la posesión hasta de cien caballerías en los cultivos de caña y arroz, siempre que se trate de explotaciones intensivas a

juicio del INRA pero nunca una extensión mayor (Ley del 17 de mayo de 1959).

Venezuela (1960) : La reforma agraria « tiene por objeto la transformación de la estructura agraria del país y la incorporación de su población rural al desarrollo económico, social y político de la Nación, mediante la sustitución del sistema latifundista por un sistema justo de propiedad, tenencia y explotación de la tierra, basado en la equitativa distribución de la misma » (Art. I). Esta ley « garantiza el derecho de todo individuo o grupo de población aptos para trabajos agrícolas o pecuarios que carezcan de tierras o las posean en cantidades insuficientes a ser dotados en propiedad de tierras económicamente explotables, preferentemente en los lugares donde trabajen o habiten... Favorece y protege de manera especial el desarrollo de la pequeña y mediana propiedad rural y de las cooperativas agrícolas en forma que lleguen a ser estables y eficaces » (Art. 2, ordinales b y e).

Indemnizaciones

Cuba paga las indemnizaciones en bonos redimibles (« Bonos de la Reforma Agraria »), emitidos a veinte años de término, con un interés anual no mayor del 4,5 %, pero exime a sus tenedores por diez años del impuesto sobre la renta, en la proporción en que inviertan su producto en industrias nuevas. En Bolivia, los bonos se emiten a 25 años y al 3 % anual. Se recuerda que en el Japón durante la reforma hecha por el ejército norteamericano de ocupación, el término de los mismos fue de 24 años a 3,5 % de interés. El sistema de Venezuela es mixto, como se verá en seguida. Pero en todos los casos coincidió el término para el pago de las dotaciones con el mínimo señalado para la redención de los bonos, con la excepción de Venezuela, donde es mayor.

Bolivia : « Las expropiaciones que se efectúen en conformidad con la presente ley, Art. 34, serán pagadas, en su valor catastral vigente, en la proporción que corresponda a la parte afectada, con bonos en la Reforma Agraria, que devengarán un interés no capitalizable del 2 por ciento anual, en el término de 25 años » (Art. 156, Decreto-ley 3464, de 1953).

Venezuela : « A los fines de contribuir al financiamiento de la Reforma Agraria se autoriza la constitución de una deuda pública interna, la cual se denominará Deuda Agraria, a cargo del Instituto Agrario Nacional (IAN) y garantizada por la Nación » (Art. 183). Las emisiones de bonos de esta Deuda podrán ser de tres clases : A (a 20 años y 3 %), B (a 15 años y 4 %) y C (a 10 años y 6 %). El pago de los fundos adquiridos o expropiados se hará conforme a una escala, en dinero efectivo y en bonos, en forma total o parcial (es decir, mixta), según el valor de la parte expropiada así : Hasta Bs. 100 mil, en efectivo ; de 100.000 a 250.000, 40 % en efectivo y 60 % en bonos ; de Bs. 250.000 a 500.000, 30 % en efectivo y 70 % en bonos ; de Bs. 500.000 a un millón, 20 % en efectivo y 80 % en bonos ; más de Bs. un millón, 10 % en efectivo y 90 % en bonos.

México : « Las expropiaciones sólo podrán hacerse por causa de utilidad pública y mediante indemnización. El precio que se fijará como indemnización a la cosa expropiada se basará en la cantidad que como valor fiscal de ella figure en las oficinas catastrales o recaudadoras, aumentándolo con un 10 por ciento... El valor de las mejoras será lo único que quedará sujeto a juicio pericial... El valor de las fracciones será pagado por anualidades que amorticen capital y créditos en un plazo no menor de veinte años, durante el cual el adquiriente no podrá enajenar aquéllas. El tipo de interés no excederá del cinco por ciento anual... El propietario estará obligado a recibir bonos de deuda agraria para garantizar el pago de la propiedad expropiada » (Art. 27 de la Constitución de 1917). « Para cubrir las indemnizaciones se crea una deuda federal que se denominará « Deuda Pública Agraria », a cargo de la Nación. Los bonos serán al portador y los de réditos vencidos serán admitidos, a la par, en pago de impuestos » (Ley del 10 de enero de 1920). « En ningún supuesto el precio que se pague por los terrenos expropiados debe ser superior al valor fiscal declarado por el dueño, aumentado en un diez por ciento ». (Decreto reglamentario, del 28 de enero de 1922).

Guatemala : « Las expropiaciones se decretarán previa indemnización, cuyo importe será cubierto en « Bonos de Reforma Agraria » redimibles en las formas que determine la ley... El monto de la indemnización se fijará con base en la declaración de la matrícula fiscal en bonos rústicos, tal como se encuentre el 9 de mayo de 1952, y se pagará proporcionalmente a la extensión de tierra expropiada. »

Cuba : « Se reconoce el derecho constitucional de los propietarios afectados por esta Ley a percibir una indemnización por los bienes expropiados. Dicha indemnización será fijada teniendo en cuenta el valor en venta de las fincas que aparezcan en las declaraciones de amillaramiento municipal de fecha anterior al 10 de octubre de 1958 » (Art. 29). Los avalúos serán hechos por el INRA, y de ellos se apreciará y deducirá el incremento que se haya producido sin esfuerzo del trabajo del capital privado y únicamente por causa de la acción del Estado. Esta plusvalía se repartirá así : 45 % para el INRA y 55 % para la entidad estatal que corresponda.

Las dotaciones

Gran parte de las dotaciones en Cuba se hacen en forma gratuita. En Venezuela se dejó la puerta abierta para este tipo de dotación, pero no se expresó claramente en la ley. En términos generales, en los demás países las dotaciones han sido onerosas, para ser pagadas a largo plazo, y avaluadas según el valor catastral declarado con anterioridad a la expedición de la ley respectiva. Su extensión varía : En Bolivia el promedio es de 14 hs. por persona ; en Cuba, de 27 ; en Guatemala, hasta el 17,5 ; en México, oscila entre 3 y 24 hs. según la calidad de la tierra y su distancia de los poblados ; en Venezuela no se concretan.

Cuba : « Las dotaciones de dominio privado y del Estado cultivadas por los colonos, subcolonos, arrendatarios y subarrendatarios, aparceros o precaristas, serán adjudicadas gratuitamente a sus cultivadores cuando su extensión no exceda del mínimo vital (dos caballerías : 27 hectáreas) de tierra fértil, sin regadío, distante de los centros urbanos y dedicadas a cultivos de rendimiento económico medio, para una familia de cinco personas » (Arts. 18 y 21).

Venezuela : « La adjudicación de parcelas se hará siempre en propiedad, ya en venta, ya en cualquier otra forma de transmisión de la propiedad, que a título oneroso o gratuito establezca la ley. El pago se hará por cuotas anuales con plazo no menor de veinte años ni mayor de treinta. Las cuotas de amortización se empezarán a pagar después del tercer año de haber recibido el parcelero el título provisional. A los efectos de beneficiarse del crédito agrícola el parcelero podrá constituir prenda agraria o industrial. »

Guatemala : « Se otorgarán parcelas en propiedad a los campesinos hasta una extensión no mayor de 17,5 hs ; la expropiación se hará en favor de los beneficiados y no en beneficio de la Nación. »

México : « La extensión de los ejidos en los casos de dotación se fijará asignando a cada jefe de familia o individuo mayor de 18 años de tres a cinco hectáreas en los terrenos de riego o humedad ; de cuatro a seis hs. en los de temporal que aprovechen una precipitación pluvial anual abundante y regular, y de seis a ocho hs. en los de temporal de otras clases » (Decreto del 22 de noviembre de 1921). Las superficies se reducirán al mínimo cuando los pueblos se encuentren a menos de ocho kilómetros de los grandes centros de población o de las vías férreas (Art. 10). En las regiones áridas o cerriles las dotaciones se harán hasta por el triple de las citadas (Art. 11).

Explotación económica e inafectabilidad

Cuando los fundos son explotados económicamente no son susceptibles de expropiación. Las leyes contienen bases para determinar este carácter, pero la calificación técnica está reservada a los respectivos órganos de ejecución de la reforma agraria, que son siempre institutos descentralizados, destinados con exclusividad a la función expropiadora y dotadora. En Guatemala se llamó el « Departamento Agrario Nacional » (DAN). en Cuba se denomina « Instituto Nacional de Reforma Agraria » (INRA) y en Venezuela « Instituto Agrario Nacional » (IAN). Es digno de tener

en cuenta que tales entidades no son crediticias y que los organismos de crédito agrario del Estado y la banca privada continúan atendiendo específicamente a este aspecto, coexistiendo separadamente con los de Reforma Agraria.

Las excepciones a los límites de la extensión de la propiedad, permisibles en razón de su explotación económica, suelen tener también límites máximos variables, pero en ciertos casos (en Cuba, cultivos de caña y arroz, y ganadería) se hace nuevamente una excepción (aunque en Cuba en ningún caso puede haber extensiones personales mayores de cien caballerías). El límite máximo que se permite explotar es de 30 caballerías, y de 100 si están siendo explotadas económicamente. En Venezuela hasta 300 hs. para agricultura y 5.000 hs. para ganadería. En Guatemala, hasta 90 hs. sin explotar y 270 explotadas.

Frustración de la reforma

Los intentos de reforma que se han realizado hasta ahora, incluso en México, han sido frustrados debido principalmente a causas de orden político, originadas en el predominio de los intereses creados de los propietarios que se han impuesto sobre el interés de la comunidad y el desarrollo social y económico. De la confusión entre el interés privado y el público, característica de las clases dirigentes latinoamericanas, sólo es posible exceptuar un sector progresista que ha secundado, al principio tímidamente y ahora sin vacilaciones, los proyectos de reforma agraria. En la actualidad se advierte en este sector una conciencia lúcida sobre la cuestión y una voluntad evidente de recuperar el tiempo perdido.

Sólo en México se presentó, hace cerca de media centuria, una seria tentativa de transformación de la estructura agraria, en una época que ya es histórica, pues comprende los años entre la revolución agraria de los líderes Zapata y Villa y la gran redistribución de tierras realizada por el presidente Lázaro Cárdenas, uno de los grandes jefes de Estado en la historia latinoamericana. Sus sucesores hicieron una pausa, vigente aún hoy, y frenaron la reforma. Las actuales relaciones de producción y las fuerzas políticas de ese país no permiten prever a corto plazo la reanudación de la política reformista, extinguida hace dos decenios.

El sector « ejidal » de la propiedad privada territorial en México está dominado por los grandes latifundios concentrados en pocas manos. El 0,77 % de los propietarios ocupan el 75,94 % de la superficie, con 10.500 explotaciones mayores de mil hectáreas que comprenden 81 millones de hectáreas. Frente a esta situación, aparece muy reducida el área de la propiedad « ejidal », fruto de la redistribución, pues sólo cuenta con el 16 % de la superficie total, y en ella se asienta la inmensa mayoría de los campesinos mexicanos. (17.579 ejidos ocupan 38.893.899 hectáreas.) Sin embargo, una parte importante del área no es aprovechable económicamente debido a la deficiente calidad de muchos ejidos situados en regiones de secano, y también a la reducida extensión de las parcelas, que han sido calificadas de minifundios. En este juicio coinciden observadores nacionales y extranjeros. Entre éstos podemos citar el testimonio del profesor Senior expuesto en su reciente obra (3).

El caso de Bolivia ofrece características análogas. Como en México, también allí el gobierno revolucionario ha logrado institucionalizarse. Empero, dos factores, entre otros, parecen formar parte del complejo que ha determinado el relativo fracaso de la reforma. De un lado, la penuria económica, la inflación y la miseria general de la población, así como las bajas tasas de acumulación e inversión, traducidas en la pobreza de los recursos del Estado. De otro lado, la debilidad del gobierno, evidente en la ley de reforma, que declaró la inafectabilidad de extensiones hasta de 50.000 hectáreas para las empresas ganaderas en ciertas regiones, y toleró la ganadería extensiva al permitir cinco hectáreas por cabeza de ganado. El Estado debía garantizar la redención de los bonos emitidos para las indemnizaciones, facilitar créditos a los campesinos y acompañar la distribución de las tierras de grandes obras y nuevos servicios, programa que no le fue posible cum-

(3) Clarence Senior : *Land reform and democracy*. University of Florida, 1958.

plir al gobierno de los presidentes Paz Estenssoro y Silez Suazo, no obstante su orientación progresista y democrática.

En consecuencia, la estructura agraria de Bolivia no ha sufrido modificaciones significativas. El censo agropecuario de 1950 informa del más alto índice de latifundismo en Latinoamérica : el 6,3 % de los propietarios estaban en poder del 92 % de la superficie del país, en fincas de más de 1.000 hectáreas que abarcan treinta millones de hectáreas. Disponemos de tres informes oficiales sobre dotaciones, con posterioridad a la reforma de 1953, y los tres no coinciden o parecen ser contradictorios :

a) Según el entonces presidente Siles Suazo, entre 1953 y agosto de 1958 se habían expropiado 462.310 hectáreas, que no habían sido totalmente distribuídas, pues faltaba la expedición de muchos títulos de propiedad (4).

b) En el Seminario Latinoamericano de la FAO, la delegación oficial boliviana presentó un informe según el cual entre 1955 y el 30 de septiembre de 1959 fueron distribuídas 801.449 hectáreas : 409.538 en títulos individuales, 167.357 en colectivos cultivables y 224.554 en colectivos de pastoreo.

c) Un reciente informe (31 de mayo de 1960) indica que hasta esa fecha se habían otorgado 63.414 títulos de propiedad agraria con un total de 1.510.803 hectáreas : 820.000 en propiedades individuales, 285.000 en terrenos colectivos y 404.000 en campos de pastoreo (5).

En el caso de Cuba no es posible evaluar sus resultados, debido a que la iniciación de la reforma agraria es reciente y su acción efectiva y resultados finales dependen de la estabilidad del gobierno que ha promulgado la ley ; sobre ello es bien difícil hacer predicciones, pues atraviesa ahora la etapa de estabilización bajo un cierto grado de dificultades. Sin embargo, puede afirmarse que la ley de reforma está inspirada en el cambio de la estructura agraria, y su aplicación ha sido relativamente rápida, si se confirman los informes no oficiales de que disponemos. Según ellos, hasta el 1 de abril de 1960 han sido intervenidas haciendas que totalizan una extensión de 222.827 caballerías (cerca de tres millones de hectáreas), como parte de las 400.000 caballerías (5.368.000 hectáreas) en que se estimaba el total de la superficie que sería afectada por la reforma. El 17 de mayo (1960) se habían entregado 1.230 títulos de propiedad y 6.000 títulos se habían expedido e iban a ser entregados, y aunque no se expresa el área que a ellos corresponde, puede estimarse la distribución real en 160.000 hectáreas, sobre una base de dos caballerías por cada título. En consecuencia, no hay duda de que la reforma en Cuba avanza a ritmo acelerado, y si llegara a ser expropiada el área total susceptible de afectación (más de cinco millones de hectáreas), se habría operado en Cuba una transformación radical de su estructura agraria.

En Venezuela, las autoridades han eludido las medidas expropiatorias, como se desprende de las estadísticas oficiales, y han preferido utilizar para la redistribución las tierras baldías, las adquisiciones por compra y aquellas fincas intervenidas por la Comisión Investigadora de Enriquecimientos Ilícitos (C.I.E.I.). En 1959 y 1960 (hasta el 31 de octubre) el Instituto Agrario Nacional (I.A.N.) entregó 741.467 hectáreas para el asentamiento de 19.453 familias. Según las estadísticas, las tierras provienen de tres fuentes :

a) Baldíos. En 1959, el 72,29 % del total, y en 1960 (diez meses) el 48,13 %.

b) Fincas intervenidas por C.I.E.I.. En 1959, el 26,86 % y en 1960 (diez meses), el 30,90 %.

c) Fincas adquiridas. En 1959, el 0,85 % y en 1960 (diez meses), el 20,97 %.

Como puede observarse, no aparece informe alguno sobre expropiaciones, de donde se infiere que esta vía, autorizada por la ley, no ha sido utilizada aún, diez meses después de haber sido promulgada la ley de reforma agraria.

Las demás reformas agrarias latinoamericanas, aunque bien intencionadas, no ha trascendido su naturaleza de meros estatutos jurídicos cuya ejecución no pudo realizarse oportunamente, casi siempre debido a las trabas que se impusieron a su real aplicación.

(4) Hernán Siles Suazo : *Mensaje al Congreso Nacional*. La Paz, 1958.

(5) *Panorama Económico Latinoamericano*, n° 13. La Habana, 1960.

Obstáculos para la reforma

No hace mucho tiempo, las Naciones Unidas promovieron una encuesta entre los gobiernos de los Estados miembros, en la que se inquiría el tipo de obstáculos que se oponen a la realización de la reforma agraria. Casi todas las respuestas coinciden en que ellos son de orden político, debido a la fuerte presión, cuando no dominio, sobre los gobiernos que ejercen algunos sectores económicos atrasados de las « élites » dirigentes con intereses creados y privilegios para proteger sobre la propiedad territorial. En su respuesta expresaba el gobierno chileno : « La reforma agraria en Chile, por su estructura económica y política, es difícil de realizar. Los terratenientes que serán afectados por cualquier medida de orden económico, político, administrativo, jurídico o social se opondrán totalmente a su realización, ya que tienen bajo su control gran parte del poder político y económico. A pesar de ello, en el país se están gestando las condiciones para iniciar una política de reforma agraria. »

Reformas revolucionarias y reformas ordenadas

En América Latina la promulgación de leyes de reforma agraria fue siempre consecuencia de revoluciones violentas, como en México, Paraguay, Bolivia, Guatemala y Cuba. Sin embargo, ahora se intenta expedir estas leyes dentro del orden como una tendencia decidida de algunos gobiernos constitucionales, surgidos de elecciones populares libres. En este sentido se han orientado Venezuela, Colombia y Perú, cuyos gobiernos pretenden realizar pacíficamente la transformación agraria. Venezuela ya expidió el estatuto jurídico (1960) mientras Colombia y el Perú, al parecer, se hallan en vísperas de promulgarlo. No es posible aún prever los resultados de este nuevo tipo de reformas, que no obstante estar exentas de radicalismo tropezarán con dificultades de carácter interno, pero no hay que olvidar que en Asia fueron acometidas con relativo éxito por gobiernos constitucionales y estables, fueran o no democráticos, como en Japón, India, Pakistán, etc.

La promulgación de las leyes de reforma pacífica, así como su aplicación —si ello se lograra real y felizmente—, sería paradigma y estímulo para que otros gobiernos democráticos continuaran la sana política iniciada por Venezuela y continuada por Colombia y Perú.

El proyecto de reforma de Colombia —debido a la inspiración y esfuerzos de Carlos Lleras Restrepo y aprobado por el Comité Agrario Nacional el 22 de octubre de 1960— establece la creación del Instituto de Reforma Agraria como entidad autónoma, para cumplir el objeto de la ley : « Reformar la estructura social agraria por medio de procedimientos enderezados a eliminar y prevenir la concentración de la propiedad rústica... y dotar de tierras a los que no las posean. » El Instituto contará con recursos procedentes del presupuesto nacional, de empréstitos externos e internos y algunos otros. También establece el proyecto disposiciones relativas al régimen de baldíos y colonizaciones, reformas a la ley 200 de 1936 (sobre extinción del derecho de dominio de tierras incultas), concentración de minifundios y expropiaciones por causa de interés social, en desarrollo del Art. 30 de la Constitución.

En este capítulo se encuentra el aspecto nuevo y original en la legislación colombiana y sin duda el de mayor importancia del proyecto. El Instituto podrá iniciar los juicios de expropiación de las tierras de propiedad privada « que considere necesario adquirir para dar cumplimiento a los fines de la ley », si los propietarios se negaren a « vender voluntariamente » sus predios conforme el avalúo pericial de tres peritos sorteados del cuerpo especial de funcionarios que organizará el Instituto Geográfico « Agustín Codazzi » ; este avalúo comercial representa el monto de la indemnización, pero el propietario tiene derecho a reavalúo por una vez, si el juez declarase válidas las objeciones.

Son inafectables las primeras 300 hectáreas de los predios ; afectables parcialmente (en forma progresiva) los excedentes de las siguientes 500 hectáreas, y totalmente los excedentes de 800 hectáreas. Para las expropiaciones se atenderá el siguiente orden de prelación : a) tierras incultas e inadecuadamente explotadas ; b) tierras ex-

plotadas por arrendatarios o aparceros, y c) tierras cuya explotación no es conducida por el propietario.

Como en Venezuela, también en Colombia se establece un sistema mixto (en metálico y en bonos) para el pago de las indemnizaciones : a) Para las tierras explotadas por los propietarios, los primeros $200.000 se pagarán en metálico ; los siguientes $500.000 en bonos de la clase « A » al precio del mercado y el resto en bonos al valor nominal (bonos a 15 años de término y 7 % de interés anual) ; b) Para las tierras explotadas por pequeños arrendatarios o aparceros, o cubiertas de pastos naturales, o las que no son explotadas regularmente, se pagarán los primeros $50.000 en metálico y el resto en bonos de la clase « A » al precio del mercado ; y c) Para las tierras incultas, se pagará en bonos de la clase « B » (bonos a 25 años de término y 2 % de interés anual).

El proyecto del Perú, a juzgar por las informaciones que poseemos, si bien constituye un progreso, es de alcances muy cortos. Según declaraciones de la comisión peruana que estudia el proyecto de reforma, « todas las disposiciones del mismo están encaminadas a impedir que continúe *en lo futuro* (el subrayado es nuestro) la concentración de la propiedad de la tierra », pero no se dirigen a liquidar o atenuar la situación actual. Entre las normas previstas en el estatuto se determinan límites a la extensión de la propiedad territorial rústica, a partir de la vigencia de la ley, en la siguiente forma : 250 hectáreas de regadío, en la costa ; 125 hectáreas de regadío y 250 de secano en la sierra, y mil hectáreas de secano en la selva. Para tierras de pastos naturales, en la costa y en la sierra 5.000 hectáreas y 10.000 en la selva.

Estos límites no afectarían a la actual estructura agraria, dentro de la cual el 4,6 % de los propietarios posee el 66,4 % de la superficie, según documento de la Universidad de San Marcos de Lima. Como es sabido, el Perú no ha realizado ningún censo agropecuario hasta la fecha. Los planes de dotaciones se adelantarían en forma de entrega de parcelas con base en fondos procedentes del 3 % de los ingresos del presupuesto nacional, suma que se estima en treinta millones de soles anualmente. Con esta inversión se harían adquisiciones anuales de tierras en la siguiente proporción : 5.000 hectáreas en la costa, 30.000 de cultivo en la sierra y 300.000 de pastos naturales en la misma región.

El ansia reformista impregna todos los ámbitos de nuestro continente. Cada vez es mayor y más franco y decidido el apoyo que el sector progresista de las clases dirigentes latinoamericanas le presta al reformismo agrario. Muchos dirigentes han comprendido que es necesario eliminar las trabas que se oponen al desarrollo económico, y con adhesión valerosa a esta política están contribuyendo conscientemente al progreso general de sus países.

Conclusiones

1. — Las naciones latinoamericanas en conjunto, y la mayoría de ellas en cuanto unidades, presentan la mayor extensión superficial y el más alto índice de latifundismo del mundo, en términos absolutos y relativos. En el grupo de predios de más de 1.000 hectáreas, el 1,47 % de los propietarios dispone del 64,90 % de la superficie, equivalente a 470 millones de hectáreas sobre un total de 723 millones de hectáreas.

2. — El tipo de estructura agraria en que predomina el latifundismo es característico de los países subdesarrollados y contrasta con el predominio de la pequeña y mediana propiedad en : a) Estados Unidos, Canadá y otros países relativamente desarrollados del sector donde se halla institucionalizada la propiedad privada, y b) con el sector mundial donde se halla institucionalizado el sistema de propiedad agraria colectiva, cooperativa y estatal.

3. — Lejos de fraccionarse y disminuirse, los latifundios latinoamericanos han aumentado en número y en superficie a partir de la emancipación de España y Portugal, a principios del siglo XIX, y esta tendencia se acentúa en los últimos decenios.

4. — Como lo afirman las Naciones Unidas, el latifundio y el minifundio son « defectos de la estructura agraria que se oponen al desarrollo económico ».

OSCAR DELGADO

IGNAZIO SILONE

Algunas reflexiones sobre bienestar y moralidad

I

En opinión de los peritos, el empleo generalizado de la fuerza atómica en la industria podría ser la causa de que la jornada de trabajo quedase reducida a dos o tres horas solamente. No es fácil prever el uso que harán los hombres del excedente de energía de que dispondrán cuando llegue este caso. Lo extraño es que ningún político haya expresado hasta ahora su criterio acerca de las consecuencias sociales de tal perspectiva, cuyo fundamento científico, por lo demás, nadie discute. Es evidente que los políticos prefieren no pensar en ello, ni siquiera los que por tradición están vinculados a las utopías (pero que son utopías de mediados del siglo pasado). Su perplejidad es muy comprensible, ya que ninguno de ellos está en condiciones de imaginar la posibilidad de conservar el orden y las jerarquías —incluso si se trata del orden nuevo y de la nueva clase—, en una sociedad en que la población entera esté emancipada del yugo de la fatiga y pueda disponer a su antojo de veintidós horas diarias. Si llega este caso, veremos que la energía nuclear puesta al servicio del bienestar humano inspira tanto miedo como la misma guerra atómica.

Nunca estaremos bastante prevenidos contra la ilusión del desarrollo lógico y progresivo de las condiciones de vida. Aun cuando de cien años a esta parte se abuse mucho de la terminología dialéctica, son todavía muy pocos los hombres que comprenden el origen de ciertas oposiciones. Analicemos el destino de la democracia. Teniendo en cuenta, en primer lugar, los derechos de la sociedad contra las tendencias monopolizadoras del Estado, lógicamente, aquélla debería exigir la creación de un orden en el cual la concentración del poder quedase reducido a la más mínima expresión ; sin embargo, para procurar una ayuda creciente a las clases más desheredadas de la sociedad, cuya expresión política es la democracia, vemos a ésta tender al estatismo, que acarreará al fin su perdición. La democracia social ahoga el principio mismo de la democracia política. Conviene no olvidar que aquí se trata de principios y no de los resultados electorales de los partidos y de los hombres que hacen profesión de fe democrática. Una sociedad que se ocupara directamente de la ayuda a los ciudadanos mediante diversas normas recíprocas y libremente aceptadas, habría encontrado la solución de la mayor parte de los problemas en provecho del principio democrático y de la autonomía, pero no de sus mediocres representantes, partidarios impenitentes del estatismo.

El galgo y la liebre mecánica

Hice las primeras observaciones acerca de la situación del hombre en un país rico, con un nivel de vida bastante elevado, cuando ya era un hombre y precisamente

cuando ya había iniciado mi vida de escritor, puesto que nací y pasé la primera parte de mi vida en la Italia meridional. Me refiero a la época en que empecé a escribir *Fontamara,* alrededor de 1930, poco después de expatriarme para muchos años en los cantones suizos de lengua alemana. Sería difícil imaginar un contraste más notorio entre el asunto de mi primera narración —la miseria y la opresión de los campesinos en una aldea de la Italia meridional— y las condiciones sociales del país donde me había refugiado, que como todo el mundo sabe disfruta de una democracia directa, tal vez única en Europa, y donde la miseria, si no absolutamente abolida en aquel tiempo, había quedado reducida a casos excepcionales.

Así, pues, como yo no podía expresar de otro modo la nostalgia y la pasión política, me debatía con esa historia de los pobres campesinos meridionales y me esforzaba por relatar las peripecias, a menudo trágicas, a veces grotescas, nacidas del contraste entre su mentalidad semifeudal y las nuevas formas de explotación y de tiranía, mientras mis amigos suizos, por su parte, se entregaban a críticas no menos acerbas de la decadencia espiritual de su país. Refiriéndose sobre todo a sus compatriotas de los cantones más ricos, denunciaban su hedonismo vulgar, su espíritu obtuso, su neutralismo mercantil, su exagerada admiración por la tecnocracia y el aburrimiento que era su consecuencia. Y en apoyo de sus jeremiadas, citaban los datos de las estadísticas más recientes relativos a los divorcios, los suicidios, la boga creciente del psicoanálisis en todas las clases sociales y la mediocridad de la producción artística y literaria, a despecho de un generoso mecenazgo público y privado. Sin embargo, en el curso de mis frecuentes discusiones con aquellos amigos, no podía por menos de preguntarme si la decadencia o el estancamiento espiritual que ellos lamentaban debía considerarse realmente como resultado del bienestar colectivo y si era lícito prever que tales efectos habrían de producirse forzosamente en todos los países que avanzasen hacia la prosperidad.

Evidentemente, estas cuestiones no eran para mí ociosas ni desdeñables. En todo caso, debo decir que no me apartaban lo más mínimo de lo que en mi situación constituía mi deber de escritor italiano libre. Por lo demás, pensaba yo que los problemas debían afrontarse a medida que se presentaban y que habría de transcurrir aún mucho tiempo antes de que los pobres diablos de Fontamara llegasen a conocer los inconvenientes de la opulencia. No obstante, el insidioso contraste entre el bienestar colectivo y la vida moral continuaba preocupándome, sobre todo porque era un aspecto del tema más general de las relaciones entre lo que en la jerga de entonces se llamaba la estructura social y la superestructura cultural, que representaba la razón principal de mi revisión del marxismo.

Tres nociones distintas

Las críticas del orden social fundado en el bienestar se multiplican cada día ; son voces de alarma procedentes de los países económicamente más avanzados, voces que denuncian las ilusiones basadas en las ventajas culturales y morales de la riqueza y descubren la falsedad. Los argumentos que se esgrimen para explicar que la seguridad del bienestar general en dichos países ha hecho descender el tono espiritual de la vida colectiva están convirtiéndose en un lugar común, y el propio Eisenhower se ha referido a ello en el verano último durante una conferencia de prensa, provocando vivas reacciones en Suecia. Parece como si los fenómenos de decadencia, que a menudo hacen tan ridículos a los nuevos ricos, se reprodujesen en mayor escala en las naciones que alcanzan la holgura y la seguridad económica. Podría creerse que la posesión de bienes sirve principalmente para satisfacer el ansia contenida de placeres fáciles y groseros, que la vulgaridad aumenta en la misma proporción que la renta. Se representa al individuo protegido y asegurado de un pueblo bien alimentado, como un ser pasivo, extravertido, aburrido y fastidioso, objeto permanente de las solicitaciones exteriores, de las que siente una necesidad imperativa. Diríase que su memoria se debilita progresivamente y que acaba siendo incapaz de permanecer solo y de meditar. Ya no tiene amigos, sino re-

laciones. En la época en que los filósofos han vuelto a descubrir el concepto hegeliano de la enajenación, la realidad complaciente nos muestra el espectáculo del hombre que ha llegado al límite extremo de dicha enajenación.

El progreso mecánico ha creado máquinas que parecen hombres y la evolución social correspondiente modela hombres que parecen máquinas. Para denominar a los jefes se emplean ya términos industriales. De nada serviría argumentar que las actitudes colectivas uniformes, las modas, los entusiasmos sociales han existido siempre en todas las fases de la evolución histórica, puesto que se nos respondería que ahora la industria los fabrica en serie, lo mismo que todos los demás objetos de consumo común. La importancia de los capitales invertidos en la industria de bienes de consumo, desde los automóviles a los discos de gramófono, desde las conservas alimenticias a los vestidos, exige que la distribución no se haga al acaso. Por consiguiente, los deseos de los consumidores son debidamente excitados, orientados y dirigidos. Cualquiera que sea el régimen político, el funcionamiento de una sociedad rica tiende a concentrarse en las manos de una clase de funcionarios bien retribuídos, disciplinados, eficaces y dóciles. Este cuadro nos recuerda la caricatura que, hasta hace pocos decenios, trazaban los escritores liberales del futuro orden socialista. En las estadísticas sanitarias, la muerte causada por la tuberculosis sería reemplazada por la debida al aburrimiento. La conclusión que podría sacarse es que la sociedad opulenta creada por la gran industria va orientándose hacia un tipo de orden social que tendrá todos los inconvenientes del socialismo, sin ninguna de sus ventajas.

Sin embargo, no es posible aceptar sin reservas este inventario. En primer lugar, la frecuente confusión de tres nociones distintas, en que suelen incurrir también los sabios eminentes, constituye una fuente de graves errores. La sociedad acomodada, el Estado-providencia y la cultura de masa corresponden a tres órdenes de hechos de naturaleza distinta que, por lo demás, no siempre coexisten. Atribuir únicamente a la riqueza los defectos propios del Estado-providencia y de la cultura de masa es, por lo menos, una generalización que carece de base firme.

La sopa del Estado

El Estado-providencia o *Welfare State* es uno de los aspectos de otro fenómeno más vasto de nuestra época, denominado estatismo, y cuya expansión es debida a múltiples causas que no son exclusivas de los países ricos. Dicho con más exactitud : el Estado-providencia se define así por la obligación que contrae de socorrer a la parte de la población que no está en condiciones de satisfacer por sí misma sus propias necesidades esenciales (los viejos, los enfermos, los inválidos, las víctimas de catástrofes naturales, tales como las inundaciones, los terremotos, etc.).

Cada cual es libre de explicar esta reciente evolución según sus preferencias : como fruto del principio cristiano de la caridad, del principio socialista de responsabilidad social o como una prudente defensa del orden público. Pero lo cierto es que este hecho, por su misma extensión, está adquiriendo un carácter de necesidad social. El Estado interviene para reparar las deficiencias más peligrosas consiguientes a una distribución desigual de la renta y para evitar que las clases más desheredadas sucumban a la desesperación y se rebelen. Es evidente que los países ricos pueden consagrar a las obras sociales cantidades mayores ; pero allí donde la riqueza está bastante equilibrada y la vida es aún suficientemente sana y dinámica, no siempre es preciso recurrir al Estado. En cambio, en los países pobres, la intervención del Estado se impone inevitablemente en cuanto empiezan a debatirse con los problemas de la vida moderna, cualquiera que sea el partido que ocupe el poder, debido precisamente a su falta de madurez política y social. Pero, en realidad, sería inexacto suponer que la tendencia providencial es exclusiva de los Estados democráticos, puesto que también prevalece bajo las dictaduras, por lo menos como compensación demagógica por la privación de libertad. La mayor diferencia entre las dictaduras modernas y los regímenes absolutistas y conservadores del pasado reside precisamente en el hecho de que, de todos modos, las primeras están

obligadas a disimularse tras una apariencia de socialismo. Desde luego, esta paradoja no es nueva : la asistencia pública estaba más desarrollada en Esparta que en Atenas.

En todo caso, la asistencia se ha convertido en una actividad fundamental del Estado en un número creciente de países. El Estado ya no es, como en tiempos de Gigliotti, una entidad únicamente preocupada por el orden público. Hoy ningún partido, cualquiera que sea su concepción de la política económica, puede cerrar los ojos ante la miseria. Basta pensar que el sistema providencial más completo que se ha aplicado hasta ahora en Europa es el inglés, inventado por el liberal Beveridge. Esto es un verdadero signo de nuestro tiempo. Poco importa que unos acepten el Estado-providencia por remordimiento social o por miedo a cosas peores y otros lo hagan por filantropía ; lo significativo es que en el ámbito del orden existente no es posible hacer otra cosa. Todo partido que conquiste el poder habrá de afrontar inevitablemente estos hechos : proteger a los jubilados contra la inflación, indemnizar a los campesinos damnificados por el granizo, mandar a los niños débiles a las colonias de vacaciones durante el verano, fomentar la construcción de viviendas baratas, subvencionar a las empresas en situación precaria, etc.

Todo esto ha traído consigo importantes cambios en las relaciones entre los ciudadanos y las autoridades públicas. Muchos vicios que habitualmente se atribuyen a la sociedad acomodada son el producto típico del Estado-providencia, incluso en los países pobres, especialmente en aquellos donde la asistencia asume el carácter de paternalismo burocrático. El hombre protegido se convierte fácilmente en arrogante y holgazán. De todas las desgracias que hemos sufrido en los últimos decenios no es la menos grave cierta corrupción de las costumbres, que el paternalismo burocrático ha producido en una parte de nuestro pueblo. Todo el que vive en contacto con la gente pobre conoce este fenómeno.

Algunos hechos

Entre los recuerdos de mi adolescencia hay algunos que se refieren a una sociedad de socorros mutuos constituída en mi pueblo natal. Era una asociación modesta y no obstante próspera, no sólo porque tenía muchos afiliados —en su mayoría pequeños propietarios rurales y artesanos— y porque se practicaba en ella una actividad recreativa de carácter familiar, sino también porque incluso en los casos de evidente necesidad encontraba serios obstáculos para distribuir los subsidios. La mayor dificultad que debía vencer consistía en el orgullo y el pudor innatos que impedían a muchos socios, víctimas de largas enfermedades o de otras desgracias, solicitar la ayuda a la que, en rigor, tenían derecho. Todavía recuerdo una discusión entre algunos dirigentes de la hermandad, huéspedes de mi familia, sobre la manera más discreta de vencer la reserva de los necesitados. Era el mismo sentimiento que se manifestó cuando, algunos días después del terremoto que en 1915 devastó la Márgica, vimos llegar los socorros procedentes de muchas regiones de Italia. Estábamos conmovidos, evidentemente, pero también sorprendidos por aquel hecho nuevo, imprevisto e imprevisible, puesto que de conformidad con las tradiciones que nos habían legado nuestros padres, en semejantes casos, una vez enterrados los muertos, los supervivientes debían tratar de arreglarse por sus propios medios. Era una tradición implacable que no hay por qué echar de menos. Pero, después del terremoto, de la llegada de los equipos de Obras Públicas y de otras desgracias, esa región se ha convertido en una de las tierras elegidas del Estado-providencia. Y si ahora, a consecuencia de un aguacero se forma un charco delante de la casa de un vecino, a éste no se le ocurre en absoluto lo que hubiera hecho su padre, es decir, tomar una pala y en dos o tres minutos rellenar el charco con tierra, sino que escribe a su diputado.

Burocracia y mendicidad

Estimo que aún no se ha estudiado debidamente lo que representa el subsidio gubernativo en la ideología del Estado-providencia. La importancia que tienen estos subsidios, habitualmente bastante escasos cuando se trata de gente pobre, no puede justificar por sí sola el ensañamiento con

que la mayoría persigue su concesión. Los motivos económicos no bastan, sin duda, para explicar ciertas aberraciones, como la que voy a narrar.

Probablemente no se ha olvidado por completo lo que sucedió en ciertas localidades de la región de Frosinone durante la primavera de 1944, a la llegada de las tropas marroquíes del ejército francés. Las mujeres que no tuvieron tiempo de refugiarse en los montes vecinos fueron, como se dice desde entonces, « marroquinadas » sin tener en cuenta su edad. Lo mismo sucumbieron las niñas de diez años que las viejas de setenta. (Como se trataba de norafricanos, quizás convenga abrir un breve paréntesis para añadir un pequeño detalle a la cuenta del colonialismo, que todavía no está cerrada. Sabido es que en aquellos días el general Juin, que mandaba el cuerpo expedicionario francés en Italia, fue recibido por el Papa. Este se quejó, entre otras cosas, de la impunidad de que disfrutaban los soldados responsables del suplicio de esas pobres mujeres. El general hizo saber entonces al Sumo Pontífice que los soldados norafricanos no podían ser castigados, dado que el código de guerra francés reconoce a las tropas de color, en caso de ocupación de un territorio enemigo, el derecho de estupro y de saqueo.) El Estado italiano sólo pudo procurar un modesto auxilio a las desdichadas « marroquinadas ». Y como había sido una triste experiencia de la que no era fácil jactarse, podía preverse con razón que algunas por lo menos preferirían ocultar su desgracia. Es muy posible y hasta probable que haya sucedido así en algunos casos ; pero cuál no fue la sorpresa de las autoridades locales, cuando en varios lugares empezaron a producirse manifestaciones en sentido contrario de mujeres que reivindicaban el mísero subsidio destinado a reparar el ultraje de las « marroquinadas », a pesar de haber tenido la suerte de hallarse entonces en otra localidad.

La insólita tentativa de estafa tuvo cierto eco en la prensa. No obstante, por dignidad patriótica o tal vez de campanario, pronto fue sofocado el escándalo. Pero es un episodio que merece grabarse en los anales de la asistencia pública como caso extremo de un fenómeno digno de estudio. No es fácil, por ejemplo, explicar por qué en una región donde todavía es frecuente el llamado delito de honor, algunas madres de familia llegaron a inventar sin el menor fundamento tal violación, aduciendo en apoyo de su pretensión injustificada falsos testimonios de sus parientes. El pretexto de la miseria que suele esgrimirse en estos casos cae por su propio peso, por lo menos como estímulo inmediato y consciente, si se tiene en cuenta que el subsidio solicitado era tan exiguo —unas cinco o seis mil liras— que probablemente quedaba anulado por los gastos del « expediente » y los honorarios del inevitable abogado, y que sin duda esas mismas personas hubieran sacrificado de buena gana sumas muy superiores para salvaguardar su honor. La única explicación convincente, a mi entender, puede hallarse en la nueva clase de relaciones que el paternalismo burocrático establece con los ciudadanos y que hace perder el equilibrio normal psíquico a mucha gente, en cuanto olfatea la posibilidad de obtener algún subsidio del gobierno, cualesquiera que sean su importe y el motivo de la petición.

Las causas del fracaso de las campañas de moralidad

Este mismo complejo psíquico es uno de los factores que determinan el comportamiento de muchos individuos en la vida política y en particular la insólita adhesión de los ciudadanos, incluso los más refractarios a la política, a los llamados partidos de masa. El partido de masa es : 1) el intercesor indispensable entre el individuo y el creciente poder del Estado ; 2) una protección contra las incertidumbres y las fluctuaciones de la vida social ; 3) un substitutivo de las antiguas relaciones de vecindad, definitivamente abolidas. Como es sabido, para nuestros conciudadanos no hay a menudo más que una opción muy limitada entre la sección comunista y la parroquia (no la sección del partido demócrata-cristiano, que es fría y hostil como una oficina administrativa : los desdichados que llegan a ella son enviados casi siempre por la parroquia). Pero no faltan gentes que saben conciliar, sin la menor dificultad, la

frecuentación de la parroquia y de la taberna, donde encuentran a sus camaradas ; y hay otros, en cambio, que prefieren repartir a su familia entre los dos grupos « vecinales ». En estas condiciones, no es de suponer que la elección corresponda a un interés por las ideologías y los problemas de la vida pública. Son, pues, estas adhesiones y no las de los afiliados instruídos y conscientes las que procuran a los partidos de masa su estabilidad inconmovible.

Me parece que los partidarios de las campañas destinadas a moralizar las costumbres políticas no han meditado bastante sobre estas experiencias. Cada vez que la dirección del partido de masa se ve amenazada por una crisis, la única preocupación del afiliado medio es formar parte de la mayoría, cualquiera que sea ésta. En cambio, la « base » se siente invadida por la desconfianza en cuanto barrunta que el partido se ha debilitado y que pertenecer a él ya no ofrece las mismas ventajas de antes. Por consiguiente, la exhibición de su fuerza con la certidumbre de la victoria final es la condición previa de toda política de masa. Si con motivo de la rebelión popular de Hungría, en otoño de 1956, pudo observarse un principio de desbandada en las filas del Partido Comunista italiano, fue porque las primeras impresiones hicieron creer que se resquebrajaban las bases del imperio comunista ; pero la cohesión se restableció tan pronto como se tuvo conocimiento de la represión llevada a cabo con los tanques del ejército rojo (que debía conmover, en cambio, a cierto número de los llamados « intelectuales pequeño-burgueses »).

Todos recordamos, sin duda, la gran agitación comunista contra la bomba atómica, cuando Rusia no disponía aún de ella, y la campaña del mismo partido contra los demócratas cristianos, a los que dio el remoquete de « grandes tenedores » ; pero no es probable que sepan muchos que las dos « consignas » fueron súbitamente retiradas de la circulación cuando se comprobó que su efecto, como suele decirse ahora, era « contraproducente », ya que la primera aumentaba el miedo entre el público italiano y, por consiguiente, la admiración por Norteamérica y al mismo tiempo la envidia y la atracción hacia los jefes de la democracia cristiana.

Aun cuando muchos siguen considerando a Italia como un país pobre —e incluso tradicionalmente pobre— y otros exageran su entusiasmo al hablar del « milagro italiano », lo cierto es que en la escala del resurgimiento económico Italia ha alcanzado, en el curso de los últimos años, un grado intermedio ; y es innegable que el progreso realizado por la economía italiana en el último decenio fue considerable, y en proporción más importante que el de algunos otros países y no de los menos prósperos, a consecuencia de lo cual ha disminuído la distancia que la separaba de éstos. Como es evidente, las mejoras conseguidas no afectan en la misma medida a todas las regiones ni a todas las clases, pero una curiosa euforia de nuevos ricos parece haberse apoderado también de muchos proletarios. Lo extraño es que pueda conciliarse la simulación de la miseria, para conseguir con un motivo cualquiera un subsidio del gobierno, con la ostentación de una riqueza ficticia.

El testimonio más impresionante para mí a este respecto es la monografía de Lorenzo Milani sobre su ex parroquia de San Donato, cerca de Prato, en Toscana. En su librito, titulado *Esperienze pastorali*, cuya difusión ulterior ha prohibido el Santo Oficio, describe la manera que tienen los pobres para imitar la apariencia de los ricos. En el comportamiento externo, su mayor preocupación parece ser la de no parecer pobres. La pobreza se ha convertido en una vergüenza aun cuando los interesados no tengan la culpa de ella, como sucede en la mayor parte de los casos. Todo el que ha presenciado en nuestro país una disputa callejera sabe que la injuria más atroz, la que viene después de los epítetos dirigidos a los antepasados, a la madre y a la hermana del adversario, la injuria después de la cual sólo quedan ya las vías de hecho, es desde hace algún tiempo : « muerto de hambre ». La denuncia ante la opinión pública del estado de pobreza es una ofensa imperdonable. Esto no impide, naturalmente, que San Francisco de Asís continúe siendo objeto de veneración en todo el país.

IGNAZIO SILONE

(*Continuará*)

JUANA DE IBARBOUROU

ANGOR DEI

CRISTO que prometiste regresar para el juicio
Para la redención y para el pleito
Del demonio y tu Padre,
Para la hora eterna sin daga ni cilicio,
El tiempo del amor, la claridad que labre
La dulce aurora única de la alianza del hombre
Con el lobo ; las bodas de los pueblos,
La amistad de la cierva y el cazador ; la pura
Fusión de almas e ideas,
La victoria del ángel, triunfador de la oscura
y corrupta caterva.

Estamos en el tránsito duro y enrojecido
Del odio que te lleva ¡oh Cristo! a la derrota.
¡Qué hacemos si no cumples ahora tu promesa ;
Si no vienes y curas la fiebre de las cosas !

¡Ah si yo fuera digna de la crucifixión,
Pura y cual tú emisaria de una nueva esperanza!
Si pudiera cegar la amenaza del átomo,
Destrozar los fusiles, mellar todas las lanzas,
Y hacer de cada hombre un tranquilo labriego
Atento sólo al pan abundante del mundo,
A la fruta de azúcar, al ensueño y el canto,
Al cachorro más bello, el amor más seguro,
A la mujer sin joyas con sus hijos sin llanto.
Si yo me mereciera la cruz y su agonía
Y la tierra adviniese próvida, buena y clara
A cambio de mi sangre, tómame Cristo mío
Y hazme tu capitana.

Porque tal vez estás quemándote, vidente,
En otros tristes mundos de guerras y sollozo,
Con el cuerpo en el polvo te ofrezco el cuerpo mío
Para comprar con él las legiones del odio.

JUANA DE IBARBOUROU

OLGA CARLISLE

Tres visitas a Pasternak

DECIDÍ VISITAR a Boris Pasternak unos diez días después de mi llegada a Moscú, en enero de 1960. Había oído hablar mucho de él a mis padres, que le conocían desde hacía muchos años, y había leído y amado sus poemas desde mis años juveniles.

Llevaba mensajes y pequeños regalos para él de mis padres y de otros admiradores. Pero según descubrí en Moscú, Pasternak no tenía teléfono. Deseché la idea de escribirle una nota, por parecerme un procedimiento demasiado impersonal. Temía que, dado el volumen de su correspondencia, el escritor hubiese establecido una especie de fórmula general para rechazar las peticiones de visita. Por otro lado, era necesario hacer un gran esfuerzo para visitar sin previo aviso a un hombre tan famoso como él. Además, tenía miedo de que en su vejez Pasternak no correspondiese a la imagen que de él me había formado a través de sus poemas : lírico, impulsivo y, sobre, todo, juvenil.

Mis padres me habían dicho que, cuando visitaron a Pasternak en 1957, poco tiempo antes de que recibiera el Premio Nóbel, abría su casa a las visitas los domingos, tradición propia de los escritores rusos, que se extiende también a los rusos en el extranjero.

Así, pues, el segundo domingo de mi estancia en Moscú decidí de repente trasladarme a Peredelkino. Era un día radiante, y en el centro de la ciudad, donde yo residía, la nieve reciente centelleaba en las doradas cúpulas del Kremlin. Las calles estaban llenas de visitantes : familias forasteras abrigadas al modo campesino caminaban hacia el Kremlin. Muchas llevaban ramilletes de fragantes mimosas.

Para trasladarme a Peredelkino decidí tomar un taxi, aunque podía también tomar un tren en la estación de Kiev. Me había entrado una gran prisa por llegar a Peredelkino, aunque varios moscovitas enterados me habían advertido repetidas veces lo reacio que era Pasternak a recibir visitas de extranjeros. Me dispuse, pues, en principio, a entregar mis mensajes, darle quizá la mano y volverme.

Peredelkino es una pequeña ciudad construída irregularmente, de aspecto hospitalario y alegre, en un mediodía soleado. En ella viven muchos escritores y artistas durante todo el año, en casas cuyo uso se les concede, según creo, con carácter vitalicio. Existe también una gran casa de reposo para escritores y periodistas, administrada por la Unión de Escritores soviéticos ; pero una parte de la ciudad sigue perteneciendo a pequeños artesanos y campesinos y el ambiente no parece nada « artístico ».

La casa de Pasternak se halla en un camino apacible que desciende de la colina hasta un arroyo. Aquella soleada tarde la colina estaba llena de chiquillos con esquís y trineos, bien abrigados en pieles. Al otro

---

Hace un año murió Boris Pasternak. Con motivo de este primer aniversario publicamos el interesante trabajo de Olga Carlisle, previamente autorizados por Paris Review.

lado del camino y frente a la casa hay un vasto campo cercado, campo comunal cultivado en el verano ; entonces era un amplio espacio blanco dominado por un pequeño cementerio en lo alto de la colina, como un fondo sacado de una pintura de Chagall. Las tumbas están rodeadas con cercas de madera pintadas de un azul brillante, las cruces aparecen plantadas en ángulos inclinados y hay flores de papel de un rosa o rojo brillante medio enterradas en la nieve. Es un cementerio alegre.

En la pequeña galería que existe en un lado de la casa se abría una puerta con una cartela medio rota clavada en ella, con una nota que decía en inglés : « Estoy trabajando. No puedo recibir a nadie ; por favor, márchese. » Tras un momento de vacilación decidí no tomarla en cuenta, en parte porque parecía ya muy vieja y ajada y también pensando en los paquetitos que llevaba conmigo. Llamé, pues, y casi inmediatamente la puerta la abrió... Pasternak en persona.

Llevaba un gorro de astrakán. Era sumamente guapo : con sus pómulos algo salientes, sus ojos negros y su gorro de piel parecía salido de un cuento ruso. Tras la ansiedad creciente del viaje, me sentí de súbito tranquila : me parecía entonces que nunca había dudado realmente de que al fin vería a Pasternak.

Me presenté como Olga Andreyev, hija de Vadim Leonidovitch, empleando el nombre semiauténtico de mi padre, formado con su primer apellido propio y con el de su padre, el escritor y dramaturgo Leónidas Andreyev, autor de obras como *La risa roja, Los siete ahorcados*, etc. Andreyev es un apellido bastante corriente en Rusia.

Pasternak tardó un minuto en comprender que había venido del extranjero para verle. Entonces me saludó muy calurosamente, tomó mi mano entre las dos suyas y me preguntó por la salud de mi madre, por los escritos de mi padre y cuándo había salido de París, mirándome detenidamente a la cara en busca de un parecido familiar. Pasternak estaba a punto de salir para hacer unas visitas. Si hubiera llegado un momento después, no le habría encontrado. Me pidió que le acompañase parte del camino, hasta su primer alto, que era en el Club de Escritores.

Mientras Pasternak se preparaba para salir, yo eché una mirada por el comedor, sencillamente amueblado, en el que me habían introducido. En cuanto entré, me sorprendió la semejanza de la casa con la de León Tolstoi en Moscú, que había visitado días antes. En la atmósfera de ambas se combinaban la austeridad y la hospitalidad en una forma que creo debió de ser característica de las casas de los intelectuales rusos del siglo XIX.

Pronto estuvo el escritor presto a salir. Bajo la brillante luz del sol, atravesamos la arboleda siempre verde de detrás de la casa ; la nieve era tan espesa que se me metía en las botas, demasiado cortas .

Así llegamos a un camino de suelo firme, mucho más cómodo para andar, aunque tenía algunos trozos helados muy traicioneros. Pasternak caminaba con pasos largos. En los trozos particularmente peligrosos solía agarrarme por el brazo ; el resto del tiempo seguía atentamente la conversación. Los paseos son una especie de institución en la vida rusa, como tomar el té o dedicarse a largas discusiones filosóficas, institución que a Pasternak parecía gustarle. Aquella tarde dimos un largo rodeo hasta el Club de Escritores. El paseo duró unos cuarenta minutos. Pasternak comenzó lanzándose a una complicada disertación sobre el arte de la traducción, tomando pie de que yo había dicho que a mi parecer —y al de muchas otras personas— *El doctor Jivago*

no había sido bien traducido al inglés. De cuando en cuando, se detenía para preguntarme sobre la situación política y literaria en Francia y en Estados Unidos. Me dijo que raramente leía periódicos, « a menos que esté sacando punta al lápiz y eche una mirada a la hoja de periódico en la que recojo las raspaduras ; así es como me enteré el otoño pasado de que se había producido una revolución contra de Gaulle en Argelia y de que Soustelle había sido despedido ». Pero la verdad es que parecía muy bien informado de la vida literaria en el extranjero, por la que mostraba un gran interés.

Desde el primer momento me encantó e impresionó la semejanza entre la conversación de Pasternak y su poesía, ambas llenas de aliteraciones y de imágenes inusitadas. Relacionaba unas con otras las palabras musicalmente, sin parecer en ningún momento afectado ni sacrificar el significado exacto de aquéllas. Para alguien familiarizado con la lectura de sus poemas en ruso, conversar con Pasternak era una experiencia memorable. Su sentido de las palabras era tan personal que sentía uno que la conversación era en cierto modo la elaboración de un poema, un discurso impetuoso en el que las olas de palabras e imágenes se sucedían unas a otras en un crescendo.

Más tarde le hablé de la calidad musical de su conversación. « Tanto en el lenguaje hablado como en el escrito —me dijo—, la música de la palabra no es simplemente una cuestión de sonido. Esa música no tiene su origen en la armonía de vocales y consonantes, sino en la relación entre el discurso y su sentido. Y el sentido —el contenido— debe ser siempre lo principal. »

A menudo me resultaba difícil hacerme a la idea de que estaba hablando con un hombre de setenta años. Pasternak parecía extraordinariamente joven y sano. En su aspecto juvenil había algo un tanto extraño y distante como si un no sé qué —¿quizá el arte?— se hubiese mezclado con su misma sustancia de hombre para preservarle. Sus movimientos eran perfectamente juveniles : los gestos de sus manos, la forma en que echaba hacia atrás la cabeza...

Me habían dicho algunos escritores de Moscú —la mayoría no le conocían personalmente— que Pasternak era un hombre enamorado de su propia imagen. Pero, en realidad, oí tantas cosas contradictorias sobre él en los pocos días que pasé en Moscú... Pasternak parecía una leyenda viviente, un héroe para unos, un hombre que se había vendido a los enemigos de Rusia para otros. La admiración por su poesía era general entre escritores y artistas. El objeto de las polémicas lo constituía sobre todo el personaje central de *El doctor Jivago*.

En todo caso, a mí no me pareció acertada la acusación de que Pasternak era un egocéntrico. Por el contrario, me dio la impresión de que tenía una conciencia clara e intensa del mundo en torno y que reaccionaba convenientemente ante todo cambio de humor de las personas que le rodeaban. Es difícil imaginar un conversador más perspicaz que él. Sabía coger al vuelo la idea o el matiz más huidizo y con él la conversación perdía toda pesadez y monotonía.

Mientras caminábamos bajo el sol, hablé a Pasternak del interés y la admiración que *El doctor Jivago* había despertado en Occidente, sobre todo en Estados Unidos, a pesar de que la traducción inglesa no hacía justicia al libro.

— « *Sí* —me dijo él—, *ya sé de ese interés y me siento inmensamente feliz y orgulloso por él. Recibo del extranjero una correspondencia enorme en torno a mi obra. La verdad es que a veces resultan una carga para mí todas esas preguntas a las que tengo que responder, pero es indispensable mantener las relaciones a través de las fronteras. En cuanto a los traductores de* El doctor Jivago, *no les censure demasiado. La culpa no es suya. Como todos los traductores, están acostumbrados a reproducir el sentido literal más bien que el tono de lo que se dice. Y sin embargo es el tono lo que importa. En realidad, el único género de traducción interesante es el de los clásicos. Aquí el trabajo es arduo y complicado. Por lo que a las obras modernas se refiere, raramente merecen que se las traduzca, aunque ello pueda resultar fácil.*

— ¿Tiene usted dificultades para recibir su correo?

— *Actualmente recibo en su totalidad todo lo que me envían, supongo. Es un verdadero montón ; y me alegra mucho rec-*

birlo, aunque me asusta su volumen y la obligación en que me encuentro de contestar a todos.

Como puede imaginar, algunas de las cartas que me llegan sobre El doctor Jivago *son completamente absurdas. Recientemente alguien que escribía en Francia sobre* El doctor Jivago *se preguntaba por el plan de la novela. Supongo que ésta desconcierta al sentido francés del orden... Pero la pregunta es tonta, ya que el plan está descrito en los poemas que la acompañan. Esta es en parte la razón de que los publicara junto con la novela. Su finalidad es también dar a ésta más cuerpo, más riqueza. Por la misma razón utilicé el simbolismo religioso : para infundir calor al libro. Ahora algunos críticos se han encariñado con esos símbolos, que están en el libro a la manera como las estufas están en una casa, para calentarla. Y pretenden que yo los asuma y que me meta en la estufa...*

— ¿Ha leído usted los ensayos críticos de Edmund Wilson sobre *El doctor Jivago*, publicados en *New Yorker* y en *New Republic*?

— Sí, los he leído y he apreciado su perspicacia y su inteligencia, pero debe usted comprender que a la novela no hay que juzgarla desde un punto de vista teológico. Nada más lejos de mi visión del mundo. Hay que vivir y escribir sin punto de reposo, con ayuda de las nuevas reservas que la vida nos ofrece. Estoy cansado de esa noción de fidelidad a toda costa a un punto de vista. La vida en torno nuestro cambia constantemente y yo creo que uno debe tratar de cambiar el propio sesgo de conformidad con ella, al menos una vez cada diez años. La gran fidelidad heroica a un solo punto de vista me es totalmente ajena ; es una carencia de humildad. Mayakowsky se mató porque su orgullo no supo reconciliarse con algo nuevo que estaba ocurriendo dentro de él o en torno a él.

Habíamos llegado a una puerta que se abría en una larga y baja cerca de madera. Pasternak se detuvo : aquel era su destino, y nuestra conversación le había ya retrasado un poco. Sentí tener que despedirme de él, pues había aún muchas cosas que me hubiera gustado preguntarle. Pasternak me señaló el camino de la estación, que se hallaba muy cerca, detrás del pequeño cementerio. Un corto tren eléctrico me llevó a Moscú en menos de una hora.

MIS DOS VISITAS SIGUIENTES a Pasternak se funden en mi memoria en una larga conversación literaria. Aunque no quiso concederme una entrevista de carácter formal (— « *Para eso, tendrá que volver cuando esté menos atareado, el próximo otoño quizá...* »), parecía interesarse en las preguntas que yo deseaba hacerle. Excepto a la hora de las comidas, estábamos solos y nadie venía a interrumpirnos.

Recuerdo que la segunda vez llegué a la casa de Pasternak cuando ya había poca luz, demasiado tarde para la comida del mediodía ; la familia de Pasternak se había retirado y la casa parecía desierta. El escritor insistió en que comiese algo y la cocinera trajo al comedor un poco de carne de venado, y vodka. Eran aproximadamente las cuatro de la tarde ; la sala, oscura y cálida, se hallaba aislada del mundo, oyéndose únicamente el rumor de la nieve y del viento en el exterior. Yo tenía hambre y los manjares eran deliciosos. Pasternak se sentó a la mesa frente a mí y se puso a hablar de mi abuelo, Leónidas Andreyev. Había releído recientemente algunas de sus historias y le gustaban :

— Llevan el sello del fabuloso siglo XIX ruso. Hoy esos tiempos se van alejando de nuestra memoria y, sin embargo, descuellan en nuestro espíritu como grandes montañas vistas a distancia, enormes. Andreyev se hallaba bajo el embrujo de Nietzsche ; de él tomó su gusto por lo excesivo. Lo mismo le ocurrió a Scriabin. Nietzsche satisfacía el anhelo ruso de lo extremado, de lo absoluto. Tanto en música como en literatura, los hombres necesitaban este enorme intento antes de adquirir su especificidad, antes de convertirse en sí mismos.

Pasternak me habló de una pieza teatral que había escrito recientemente para una revista alemana que se publicaba en Colonia. El tema de la obra era : « ¿Qué es el hombre? »

— Qué anticuado parece hoy Nietzsche, él que era el pensador más importante en la época de mi juventud. Qué enorme influencia la suya sobre Wagner, sobre Gorki... Gorki se hallaba impregnado de sus ideas.

Y la verdad es que la función principal de Nietzsche fue servir de transmisor del mal gusto de su época. Era Kierkegaard, apenas conocido en aquellos tiempos, quien iba a influir profundamente sobre nuestra época. Me gustaría conocer mejor las obras de Berdiaev, que sigue la misma línea de pensamiento ; creo es un auténtico escritor de nuestro tiempo.

En el comedor había oscurecido completamente y nos trasladamos a una pequeña sala de estar, en el mismo piso, donde había una luz encendida. Pasternak me trajo unas mandarinas como postre. Me las comí sintiendo la extraña impresión de algo ya experimentado : las mandarinas aparecen con mucha frecuencia en la obra de Pasternak : al comienzo de *El doctor Jivago*, en los primeros poemas... Parecen servir a una especie de ritual de aplacamiento de la sed.

Era una buena ocasión para hacer a Pasternak una pregunta que me interesaba particularmente. A algunas personas que le habían visitado mientras se hallaba trabajando en *El doctor Jivago* les había oído decir que el escritor rechazaba la mayor parte de su primera obra en verso como demasiado vacilante y marcada por la época. A mí me costaba trabajo creerlo. Hay una perfección clásica en *Temas y variaciones* y en *Mi hermana la vida*, por muy experimentales que fueran en los años 20. Pude comprobar que los escritores y poetas rusos se los sabían de memoria y solían recitarlos con fervor. Con frecuencia podía descubrirse la influencia de Pasternak en los versos de los jóvenes poetas. Cada uno a su manera, Mayakowski y Pasternak son los símbolos auténticos de los años de la revolución y del decenio del 20. En aquella época, el arte y las ideas revolucionarias parecían inseparables. Bastaba con que uno se dejase arrastrar por la ola poderosa de los acontecimientos y las ideas. Eran pocas las opciones dolorosas que pudieran presentarse (y en una parte de los jóvenes intelectuales rusos pude observar una nostalgia de esos años). ¿Era cierto que Pasternak rechazaba esas primeras obras suyas?

En la respuesta que el poeta me dio capté una nota de ligera irritación. Quizá ello se debía a que no le gustaba que le admirasen únicamente por esos poemas —¿se daba cuenta de que son insuperables?—. ¿O se trataba más bien de ese cansancio general, propio del artista insatisfecho con sus obras pasadas e interesado únicamente por sus problemas artísticos inmediatos?

— *Esos poemas eran como rápidos esbozos ; compárelos por ejemplo con las obras de nuestros antecesores... Dostoyewski y Tolstoi no eran simplemente novelistas, ni Block simplemente poeta. En el centro de la literatura —ese mundo de lugares comunes, de convenciones y de nombres establecidos— eran tres voces que hablaban porque tenían algo que decir, y su voz sonaba como el trueno. En cuanto a la facilidad de los años 20, tome usted por ejemplo a mi padre. ¡Cuánta búsqueda, cuántos esfuerzos para terminar uno de sus cuadros! Nuestro éxito en los años 20 se debió en parte a la suerte. Mi generación se encontró a sí propia en el centro mismo de la historia. Nuestras obras las dictaban los tiempos. Pero carecían de universalidad y ahora han envejecido. Además, creo que ya no le es posible a la poesía lírica expresar la inmensidad de nuestra experiencia. La vida se ha vuelto demasiado incómoda, demasiado complicada. Hemos conquistado valores que se expresan mejor a través de la prosa. Yo he tratado de expresarlos por medio de mi novela. Y los tengo también presentes mientras escribo mi drama.*

— ¿Y el doctor Jivago? ¿Sigue usted pensando, como les dijo a mis padres en 1957, que es la figura más significativa de su obra?

— *Cuando escribí* El doctor Jivago, *me dominaba el sentimiento de una inmensa deuda para con mis contemporáneos. La obra fue un intento para pagar esa deuda. Este sentimiento se fue haciendo abrumador a medida que avanzaba lentamente en la redacción de la novela. Tras tantos años limitándome a escribir poesía o a traducir, me parecía que mi deber era hacer una declaración sobre nuestra época, sobre unos años ya lejanos, pero que aún seguían brillando tan cerca de nosotros. El tiempo urgía. Yo deseaba recoger el pasado y honrar en* El doctor Jivago *los aspectos bellos y delicados de la Rusia de aquellos años. Aquellos días, los de nuestros padres y abuelos, no volverán, pero preveo que en la gran floración de lo futuro sus valores han de*

resucitar. Yo he tratado de describirlos. No sé si El doctor Jivago *está plenamente logrado como novela, pero con todas sus faltas creo que tiene más valor que todos mis primeros poemas. Es un libro más rico, más humano que las obras de mi juventud.*

— Entre sus contemporáneos de los años 20, ¿cuál le parece que ha resistido mejor el paso del tiempo?

— *Ya sabe usted lo que pienso de Mayakowski. Lo he dicho extensamente en* Salvoconducto, *mi autobiografía. La mayor parte de sus últimas obras me dejan indiferente, con excepción de su último poema inacabado* « Con todas las fuerzas de mi voz ». *El abandono de la forma, la pobreza de pensamiento y la desigualdad que son características de la poesía de aquel período me son ajenos. Pero existen excepciones. Me gusta todo lo de Essenin, que sabe captar tan bien el olor de la tierra rusa. Coloco a Tsvetaieva en lo más alto ; era un poeta completo desde sus comienzos. En una época de afectaciones, ella poseía su voz propia, humana, clásica. Era una mujer con alma de hombre. Su lucha con la vida de todos los días le prestaba fuerzas. Gracias a sus esfuerzos, alcanzó una claridad perfecta. Es un poeta de mayor alcance que la Ashmatova, cuya sencillez y lirismo siempre he admirado.*

— ¿Y qué piensa usted de Andrei Beily, tan influyente en aquellos años?

— *Beily era demasiado hermético, demasiado limitado. Su radio de acción es comparable al de la música de cámara : nunca grande. Si hubiese sufrido realmente, quizá hubiera escrito la gran obra de que era capaz. Pero nunca llegó a entrar en contacto con la vida... ¿Quizá esta fascinación por las nuevas formas es el destino de los escritores que mueren jóvenes, como Beily? Nunca he comprendido esos sueños de un nuevo lenguaje, de una forma completamente original de expresión. A causa de este sueño, gran parte de las obras de los años 20, que sólo eran experimentos estilísticos, han dejado de existir. Los descubrimientos más extraordinarios se hacen cuando el escritor se siente dominado por lo que tiene que decir. Entonces, en su urgencia por hablar, emplea el viejo lenguaje y éste resulta transformado desde dentro. Incluso en aquellos años uno sentía un poco de lástima por Beily, al ver lo aislado que se hallaba de la vida real que podía haber ayudado a que su genio floreciera.*

— ¿Y qué piensa usted de los jóvenes poetas de hoy?

— *Me impresiona ver hasta qué punto la poesía parece constituir una parte de la vida cotidiana para los rusos. Las tiradas de 20.000 ejemplares de libros de poetas jóvenes resultan asombrosas para un occidental, pero la verdad es que la poesía no está tan viva en Rusia como pudiera creerse, pues se limita a un grupo de intelectuales. Y a menudo la poesía de hoy resulta más bien mediocre. Es como un modelo de papel para paredes, bastante agradable a la vista, pero sin verdadera razón de ser. Naturalmente, hay algunos jóvenes con talento ; por ejemplo, Evtuchenko.*

— De todos modos, ¿no cree usted que la primera mitad del siglo XX en Rusia es una época de grandes logros en poesía más que en prosa?

— *No creo que sea así ya. Para mí, el medio de expresión de hoy día es la prosa, una prosa elaborada y rica como la de Faulkner. La obra de hoy tiene que recrear sectores enteros de la vida. Esto es lo que estoy tratando de hacer en mi nuevo drama. Digo « tratando » porque la vida diaria se ha vuelto muy complicada para mí. Lo mismo debe ocurrirle a todo escritor conocido en cualquier parte del mundo, pero yo no estoy preparado para tal papel. No me gusta una vida desprovista de secreto y de calma. Me parece que en mi juventud había el trabajo, es decir una parte integrante de la vida que iluminaba todo lo demás que en ella existía. Ahora el trabajo es algo por lo que he de luchar. Todas esas peticiones de estudiosos, editores y lectores son cosas que no puedo desdeñar, pero el hecho es que, junto con las traducciones, devoran mi tiempo... Debe usted decir a los extranjeros que se interesan por mí que ese es mi único problema serio : la terrible falta de tiempo.*

MI ÚLTIMA VISITA a Pasternak fue muy larga. El escritor me había dicho que acudiese temprano para que pudiéramos conversar antes de la comida, que sería una fiesta familiar. Era de nuevo un domingo soleado. Llegué poco después de que Pasternak regresara de su paseo matinal. Cuando

me hicieron pasar a su estudio, se oían voces alegres en toda la casa.

El estudio de Pasternak era una vasta sala, más bien desnuda, del segundo piso. Como en el resto de la casa, los muebles eran escasos : una gran mesa de despacho junto al mirador, un par de sillas, un sofá. La luz que entraba por el mirador, el cual daba al amplio campo nevado, era brillante. Clavadas en las paredes de madera pintada de color gris, había muchas postales de arte. Cuando hubo entrado, Pasternak me explicó que todas ellas se las habían enviado lectores, especialmente del extranjero. Muchas eran reproducciones de escenas religiosas : una Navidad medieval, San Jorge dando muerte al dragón, Santa Magdalena... Estaban relacionadas con los temas de *El doctor Jivago*.

Después de su paseo tenía Pasternak un aspecto excelente. Vestía una chaqueta ligera de color azul y aspecto colegial, y se le veía que estaba de buen humor. Se sentó a la mesa de despacho junto a la ventana y me rogó que me sentase frente a él. Como en otras ocasiones, el ambiente era tranquilo, pero al mismo tiempo de gran concentración. Recuerdo vívidamente que me sentía feliz : Pasternak parecía tan alegre y la luz del sol a través de la ventana era tan reconfortante. Estuvimos allí sentados durante dos horas o más, y yo hubiera deseado prolongar todavía aquellos momentos —al día siguiente me marchaba de Moscú—, pero la luz solar que invadía la habitación se fue desvaneciendo a medida que avanzaba el tiempo.

Pasternak decidió hablarme de su nuevo drama. Yo le escuché fascinada, interrumpiéndole sólo en unas cuantas ocasiones. Una o dos veces le pedí que me explicase alguna alusión histórica o literaria que no había captado bien.

— Pienso que, dada su ascendencia —tan unida a los acontecimientos del siglo XIX ruso—, le interesará que le haga un bosquejo de mi nueva obra. Estoy trabajando en una trilogía, de la que tengo escrita ya aproximadamente la tercera parte.

Deseo recrear una era histórica entera, el siglo XIX en Rusia, con su acontecimiento principal : la liberación de los siervos. Naturalmente, tenemos muchas obras que tratan de este período, pero no existe un estudio moderno de él. Yo quiero escribir algo de carácter panorámico, como Las almas muertas *de Gogol. Y espero que mis tres dramas serán tan reales, tan próximos a la vida cotidiana como la gran obra de Gogol. Aunque serán largos, confío que se los pueda representar en una noche. Creo que a la mayoría de las obras teatrales se las debe abreviar en la escenificación y admiro a los ingleses porque saben cómo abreviar a Shakespeare, no simplemente conservando lo que es esencial, sino más bien poniendo de relieve lo que es más significativo.*

Mi trilogía comprende tres momentos significativos en el largo proceso de la liberación de los siervos. La primera obra se desenvuelve en 1840, *es decir cuando en todo el país aparecen los primeros síntomas de la inquietud causada por la condición servil : el viejo sistema feudal se ha sobrevivido a sí mismo, pero no ha surgido en Rusia ninguna esperanza tangible. La segunda se desarrolla en los años de* 1860: *han surgido ya propietarios liberales, y las ideas occidentales comienzan a agitar profundamente a los mejores de entre los aristócratas rusos. Al contrario que los dos primeros dramas, que tienen como marco una gran heredad rústica, el tercero acontece en San Petersburgo, por los años de* 1880. *Pero esta tercera obra es todavía un proyecto ; en cambio, la primera y la segunda están escritas en parte. Si lo desea, puedo hablarle con más pormenores de éstas.*

El primer drama describe la vida en su aspecto más descarnado y trivial, a la manera de la primera parte de Las almas muertas. *Es la existencia antes de que en ella aparezca cualquier forma de espiritualidad.*

Imagine un gran dominio campesino perdido en el corazón de la Rusia rural, allá por 1840. *La finca se halla en un grave estado de descuido, al borde de la ruina. Los propietarios, el Conde y su esposa, están ausentes. Se han ido de viaje para evitarse el doloroso espectáculo del sorteo de aquellos de entre sus campesinos que han de incorporarse al ejército. Como usted sabe, en aquella época el servicio militar duraba en Rusia veinticinco años. Los dueños están a punto de regresar y se está arreglando la mansión para recibirlos. En la escena inicial vemos a los siervos limpiando la casa.*

barriendo, quitando el polvo, poniendo cortinas nuevas...

El personaje principal del drama es Prokor, el guarda de la finca. Está a punto de marcharse a la ciudad para vender madera y trigo —la finca se sostiene con estas ventas—, pero al final se queda y se suma al estado de ánimo general. Prokor recuerda que en un armario están almacenados una serie de viejos trajes de máscara y decide hacerles una travesura a sus supersticiosos compañeros. Se viste, pues, de demonio, y en el momento en que él aparece en su grotesco traje, se anuncia la llegada de los amos. Apresuradamente, los siervos se reunen en la entrada para recibir al Conde y a su esposa, y a Prokor no le queda otro recurso sino ocultarse en un armario.

Cuando llegan el Conde y la Condesa, nos damos en seguida cuenta de que entre ambos hay una grave tirantez y nos enteramos de que durante el viaje de vuelta el Conde ha tratado de que su esposa le entregue sus joyas, que es todo lo que les queda, aparte la finca hipotecada. Ella se negó y, al amenazarla él con la violencia, un joven criado que les acompañaba salió en defensa de la dama, lo que suponía un desafío increíble al amo. Todavía no ha sido castigado, pero es sólo cuestión de tiempo que la ira del Conde se desencadene contra él.

Como el Conde renueva sus amenazas contra la Condesa, el joven criado, que ya no tiene nada que perder, coge súbitamente una de las pistolas del Conde y dispara contra él. Se produce una escena de terror, con carreras y gritos de los siervos. Un busto de yeso se cae desde lo alto del armario y se rompe en mil pedazos. Al caer, hiere a una de las siervas jóvenes, dejándola ciega. Ella será La bella ciega, que es el título de toda la trilogía. Naturalmente, este título simboliza a Rusia, que durante tanto tiempo ha olvidado su propia belleza y sus propios destinos. Aunque es una sierva, la bella ciega es también una artista : canta maravillosamente y es un elemento importante del coro de los siervos.

Mientras sacan de la habitación al Conde herido, la Condesa, aprovechando la confusión, entrega las joyas al joven criado, el cual se las arregla para escapar. Y es al pobre Prokor, aún vestido de demonio y oculto en el armario, a quien finalmente se acusará de haber robado las joyas. Como la Condesa no revela la verdad, se le condena por el robo y se le envía a Siberia...

Como usted ve, todo esto es muy melodramático, pero yo creo que el teatro debe ser emocional, colorista... Todo el mundo está cansado de las obras en que nada ocurre. El teatro es el arte de las emociones ; lo es también de lo concreto. Debería volverse a una nueva apreciación del melodrama : Víctor Hugo, Schiller...

Actualmente estoy trabajando en el segundo drama. Esta parte irá dividida en escenas separadas. El escenario es la misma finca, pero los tiempos han cambiado. Estamos en 1860, en vísperas de la liberación de los siervos. La finca pertenece ahora a un sobrino del Conde. Por su gusto habría liberado ya a sus siervos, a no ser por el temor de perjudicar la causa común. El nuevo dueño está impregnado de ideas liberales y ama las artes. Su pasión es el teatro : tiene una compañía teatral muy notable. Naturalmente, los actores son sus siervos, pero su reputación alcanza a toda Rusia.

El hijo de la joven sierva herida en la primera parte es el principal actor del grupo. Es también el héroe de esta segunda parte de la trilogía. Se llama Agafón y es un actor de maravilloso talento. El Conde le ha proporcionado una educación esmerada.

La obra comienza con una tormenta de nieve... En la casa se espera a un ilustre huésped, que no es otro que Alejandro Dumas, que entonces viajaba por Rusia. Le han invitado a que asista al estreno de una nueva obra. La obra se llama El suicidio, que quizá escribiré, lo que dará una obra dentro de otra, como en Hamlet. Me gustaría escribir un melodrama al estilo de mediados del siglo XIX...

Alejandro Dumas y sus acompañantes quedan bloqueados por la nieve en un puesto de relevo, no muy lejos de la finca. En él tiene lugar una escena. El jefe del puesto es precisamente Prokor, el antiguo guarda. Prokor volvió de Siberia unos años antes, liberado cuando la Condesa, en su lecho de muerte, descubrió la verdad sobre el robo. Su prosperidad ha ido aumentando gracias al puesto de relevo. Pero, a pesar del advenimiento de nuevos tiempos, en la escena

de la posada resuenan aún los elementos casi medievales de la primera parte.

Una escena muy importante se desarrolla en la finca cuando por fin llegan los huéspedes. Hay una larga discusión en torno al arte, entre Alejandro Dumas y Agafón. Esta segunda parte aclarará mis propias ideas sobre el arte, que, excusado es decirlo, no son las de 1860. Agafón sueña con marchar al extranjero, con ser un actor shakespeariano e interpretar el Hamlet.

Esta parte tiene un desenlace bastante semejante al de la primera. Un personaje detestable, al que encontramos por primera vez en el puesto de relevo, es el jefe de policía local. Una especie de Sobakevitch, el personaje de Las almas muertas, *que personifica a la humanidad en su forma más descarnada. Terminada la representación de* El suicidio, *trata de raptar detrás del escenario a una de las jóvenes actrices. Para defenderla, Agafón golpea al jefe de policía con una botella de champán y tiene que huir por miedo a ser perseguido. Pero el Conde le ayuda y finalmente le hace llegar hasta París.*

En el tercer drama, Agafón vuelve a Rusia para vivir en San Petersburgo. Ya no es un siervo (estamos en 1880) y tiene un excelente éxito como actor. Gracias a ello, consigue que un famoso doctor europeo cure a su madre de su ceguera.

Por lo que a Prokor se refiere, en esta tercera parte se ha convertido en un acaudalado comerciante. Quiero que represente a la clase media que tanto hizo por Rusia a finales del siglo XIX. Esencialmente, lo que deseo mostrar al final de la trilogía es ésto : el nacimiento de una clase media ilustrada y rica, abierta a las influencias occidentales, progresiva, inteligente, artística...

Era característico de Pasternak que me hablase de sus dramas en términos concretos, como si se tratase de un libreto. No ponía el acento en las ideas subyacentes a la trilogía, aunque al poco tiempo me pareció evidente que se hallaba absorbido por las ideas sobre el arte, mas no en su contexto histórico sino como un elemento constantemente presente en la vida. A medida que me iba hablando, me di cuenta de que lo que me estaba describiendo era simplemente la estructura de su nueva obra.

— *Al principio consulté toda clase de documentos sobre el siglo XIX. Ahora ya he terminado con mis investigaciones. Después de todo, lo importante no es la exactitud histórica de la obra, sino la recreación lograda de una época. No es el objeto descrito lo que importa, sino la luz que sobre él se proyecta, como la de una lámpara en una lejana habitación...*

Hacia el final de su descripción de la trilogía, Pasternak mostraba claramente su impaciencia. La hora de la comida había pasado hacía tiempo. De cuando en cuando echaba una mirada a su reloj. Cuando bajamos al comedor, la familia estaba ya sentada en torno a la gran mesa.

— *¿No es verdad que semejan un cuadro impresionista, con los geranios al fondo y esta luz de media tarde? Hay un cuadro de Simon exactamente igual...*

Todos se levantaron al entrar nosotros y permanecieron de pie, mientras Pasternak me fue presentando en torno a la mesa. Junto a la señora Pasternak estaban dos de los hijos del escritor : el mayor, fruto de su primer matrimonio, y el más pequeño, que tenía dieciocho o veinte años y era un muchacho guapo, moreno, con un gran parecido a su madre. Era estudiante de Física en la Universidad de Moscú. Estaba invitado el profesor Nihaus, famoso especialista en crítica musical, sobre todo de Chopin, del Conservatorio de Moscú, profesor con el cual estuvo casada en otro tiempo la señora Pasternak.

Me senté a la derecha de Pasternak. Su señora se hallaba a la izquierda. La mesa estaba puesta con sencillez, cubierta con un mantel ruso, de lienzo blanco bordado con puntos cruzados de color rojo. La vajilla de plata y de china era muy sencilla. En el medio había un jarrón con mimosas, y fruteros con naranjas y mandarinas. Los entremeses estaban ya en la mesa. Los comensales se los pasaron unos a otros, mientras Pasternak servía la vodka. Había caviar, arenques en escabeche, verduras variadas... La comida avanzaba lentamente. Pronto se sirvió el *kwass*, licor fermentado de fabricación casera que suele beberse en el campo. A causa de la fermentación los tapones de las botellas de *kwass* saltan a veces durante la noche despertando a todo el mundo... como un pistoletazo, dijo la señora Pasternak.

La conversación se mantenía en un plano general. Se habló de las obras de Hemingway. El invierno anterior había sido uno de los escritores más leídos en Moscú y acababa de publicarse un nuevo volumen de sus obras. La señora Pasternak y las otras dos señoras invitadas afirmaron que le encontraban monótono ; por ejemplo, esos personajes que se pasan las horas muertas bebiendo, sin que apenas les ocurra nada más.

Pasternak, que durante un rato había guardado silencio, expuso su opinión contraria :

— *La grandeza de un escritor no tiene nada que ver con el tema mismo, sino únicamente con lo que ese tema le afecta al autor. Lo que importa es la densidad del estilo. A través del estilo de Hemingway se siente la materia, el hierro, la madera... Admiro a Hemingway, pero prefiero lo que conozco de Faulkner.* Light in August *es un libro maravilloso. El personaje de la mujercita encinta es inolvidable. Cuando camina de Alabama a Tennessee, algo de la inmensidad del sur de Estados Unidos, de su esencia, queda captado para nosotros, que nunca hemos estado allí.*

Después se orientó la conversación hacia la música. El profesor Nihaus y Pasternak discutieron algunos puntos delicados concernientes a la interpretación de Chopin. Pasternak insistió en lo mucho que amaba al músico polaco.

— *Chopin utilizaba el viejo lenguaje mozartiano para decir algo completamente nuevo ; la forma renacía desde dentro. De todos modos, temo que a Chopin se le considere un tanto pasado de moda en Estados Unidos. A Stephen Spender le di un trabajo sobre Chopin que nunca se publicó.*

Le encarecí lo mucho que a Gide le gustaba interpretar a Chopin. Pasternak lo ignoraba y le alegró saberlo. La conversación recayó hacia Proust, que Pasternak estaba leyendo lentamente por entonces.

— *Ahora que estoy llegando al final de* A la recherche du temps perdu, *me sorprende ver como la obra hace eco a algunas de las ideas que nos absorbían allá por 1910. Yo expuse estas ideas en una conferencia sobre « Simbolismo e inmortalidad », que di el día antes de que Tolstoi muriese y de que yo acompañase a mi padre a Astapovo. El texto de esa conferencia se perdió hace mucho tiempo, pero recuerdo que entre otras cosas sobre la naturaleza del simbolismo dije que, aunque el artista muera, la dicha de vivir que ha experimentado es inmortal. Si esa dicha la ha captado en una forma personal, pero al mismo tiempo universal, podrá ser revivida de nuevo por otras a través de su obra...*

Siempre me ha gustado la literatura francesa. Creo que desde la guerra ha adquirido un nuevo acento, menos retórico. La muerte de Camus es una gran pérdida. A pesar de las diferencias en cuanto a los temas, la literatura francesa está hoy más cerca de nosotros. Pero los escritores franceses, cuando se comprometen con causas políticas, resultan poco atractivos. O bien son parciales e insinceros, o bien, con su sentido francés de la lógica, se creen en el caso de llevar sus convicciones hasta sus últimas consecuencias. Imaginan que deben ser absolutistas como Robespierre o Saint-Just.

Al final de la comida se sirvió té y coñac. Pasternak parecía súbitamente fatigado y guardó silencio. Como durante toda mi estancia en Rusia, me hicieron los comensales muchas preguntas sobre el Oeste, su vida cultural y su existencia cotidiana.

Se encendieron las luces. Yo miré mi reloj y advertí que pasaba mucho de las seis. Tenía que marcharme.

Pasternak me acompañó hasta la puerta, a través de la cocina. Nos despedimos en el pequeño porche, en la noche azul y nevada. Yo me sentía terriblemente triste ante la idea de que no volvería a Peredelkino. Pasternak me cogió la mano con la suya y la conservó así por un instante, pidiéndome que volviera muy pronto. Me rogó también una vez más que dijese a sus amigos del extranjero que se encontraba bien y que les recordaba, aunque no tuviera tiempo para contestar sus cartas. Ya había descendido del porche y me hallaba en el sendero cuando Pasternak me llamó. Me sentí feliz de tener una excusa para detenerme, volverme y contemplar por última vez al escritor, descubierta la cabeza y con su chaquetilla azul, bajo la luz de la puerta :

— *Por favor, no se aplique a usted mismo lo que he dicho sobre las cartas. Escríbame, en el idioma que prefiera. Le contestaré.*

OLGA CARLISLE

JUAN MARICHAL

Manuel Azaña (1880-1940) o la tragedia del liberalismo

POCAS FIGURAS hay en la Europa contemporánea tan originales y tan reveladoras del drama histórico de la civilización liberal como la de Manuel Azaña. Escritor de orientación introspectiva, fue asimismo poderoso orador en el Parlamento y ante grandes multitudes. Intelectual de raza, fue también hombre de aptitudes ejecutivas, combinándose nuevamente en él las letras y las « armas » (en su caso la capacidad para el mando y el gobierno). Soñador de una nueva España, supo aliar « lo quimérico con la facultad del pormenor », el impulso quijotesco con la destreza del realizador. Con intensa devoción por las creaciones culturales de su patria, por el « genio de España », no temió afirmar que sólo podía continuarse la historia nacional si se rechazaban tradiciones aparentemente fundamentales. Castellano por nacimiento y por arraigo espiritual, fue no obstante el defensor principal de las autonomías regionales y muy particularmente de la catalana. Símbolo del nuevo régimen en 1931, vivió desde entonces con conciencia de emplazado. Entregado a la acción política, tendió muchas veces a la duda y a la abstención. Fue visto como el esperado cirujano de hierro por ciertos jefes de la izquierda revolucionaria (e incluso de la derecha más extremista) y se opuso a la violencia y a la venganza. Presidente de la República en los años de la guerra civil, escribió en plena contienda, situándose en lo que él llamaba « un punto de vista intemporal », el testimonio de *La velada en Benicarló*. Hombre público para los intelectuales, hombre recatado entre los políticos, símbolo del orden para unos, de la demolición para otros, Manuel Azaña fue un enigma para casi todos. Y es muy lógico que uno de sus amigos se preguntara todavía en 1946, « ¿Quién era Azaña? ¿Cómo era? » Porque ni siquiera la muerte en aquel terrible otoño de 1940 cumplió en su caso la supuesta función perfiladora. El dolor de la derrota en muchos españoles, la existencia de innumerables bandos políticos en la España exiliada, eran algunos de los obstáculos que impedían la aproximación a Azaña. Ni tampoco el paso del tiempo ha contribuído a hacer más clara su figura : los dos últimos decenios, nuevamente ominosos en nuestra historia, han velado, tanto en la España oprimida como en la de los desterrados, hechos y personas de la historia contemporánea. La exclamación dolorida de Azaña en 1935 —« ¿Es, pues, imposible darse a conocer a otro? »— parece seguir en pie. Manuel Azaña es todavía en 1960, fecha de su ochenta aniversário, y vigésimo año de su muerte, un español por descubrir.

Descubrimiento que sólo requiere un poco de atención. Porque quizá haya sido Azaña el hombre público español que ha ofrecido más claves explicativas de su personalidad histórica. Uno de los rasgos más originales de Azaña fue justamente el cultivo de lo que podría denominarse el « aparte autobiográfico » : en sus discursos políticos

en sus diversos textos literarios, Azaña suele intercalar referencias a su propia biografía intelectual. Recientemente el escritor italiano Aldo Garosci ha publicado un importante libro sobre los intelectuales y la guerra de España en el cual dedica un capítulo a Manuel Azaña. Y al hablar de las referencias autobiográficas aludidas, Garosci observa que en otro país de Europa se hubiera juzgado como « intrusión del yo en la cosa pública » la sinceridad personal de Azaña en numerosas ocasiones. Pero Garosci no señala que la « intrusión del yo » es una constante histórica de la vida española, que la persona de Azaña actuaba en esas ocasiones siguiendo los impulsos irrevocables de una forma de vida nacional. Azaña no podía disociar su personalidad íntima de su función política, no podía sacrificar su esencialidad individual a una máscara pública. En este españolísimo afán por personalizar la conducta política, por ser siempre el « hombre esencial » de que hablaba Fernán Pérez de Guzmán hace cinco siglos, está la originalidad más universal de Manuel Azaña, su singularidad histórica dentro del liberalismo europeo. Porque el problema fundamental del liberalismo europeo ha sido, desde hace siglo y medio, cómo conciliar dos fuerzas, y dos deberes, la afirmación de la autonomía y de la esencialidad de la persona, y el imperativo social, la obligación respecto a la colectividad nacional. Que haya sido un español, Manuel Azaña, el liberal europeo que haya representado más claramente que nadie ese problema y ese drama no es quizá demasiado sorprendente : todos nosotros sabemos que en nuestra España coexisten desde siempre la afirmación personalista y el impulso fraternal, el yoísmo desenfrenado y la entrega generosa. Pero también en esa originalidad de Azaña actúa la precisa hora de Europa, el Novecientos, que le toca vivir. Porque también esa hora europea fue una fase de coexistencia de dos fuerzas, de dos impulsos casi opuestos : el egotismo intelectual y el espíritu solidario. Fue la hora del culto del yo y de la incorporación intelectual al socialismo. En suma, Azaña es, como toda poderosa originalidad humana, un hombre de convergencias. Y vamos a ver cómo su biografía intelectual no es sólo una etapa entera de la historia española : es el drama del liberal y la acción política.

El problema interior de una generación

No cabía duda para Manuel Azaña que el Desastre español por antonomasia, la derrota de 1898, había sido la experiencia decisivamente formadora de los hombres de su generación, de los españoles nacidos hacia 1880. Todavía en 1938, en su discurso del 18 de julio, aludía a aquella « huella terrible », a aquella herida profundamente alienadora que había dominado toda la vida pública de su generación. Cinco años antes, en 1933, en Bilbao, recordaba también el dolor de su mocedad española, « la tragedia de la disociación de la vida íntima respecto a la vida nacional ». Y Azaña anhelaba que las nuevas generaciones españolas no tuvieran que conocer la repetición de su experiencia dolorosa : « Y lo que yo quisiera es que la generación que nos suceda no se encuentre nunca delante de este terrible problema : sentirse español en los huesos y en la sangre, y decir : « Esta España yo no la quiero, queremos otra mejor ». »

Este estado de ánimo, esta conciencia alienada del joven intelectual español no era una novedad en la historia de la España moderna. El mismo Azaña sabía que el problema interior de su generación se había dado repetidamente antes de 1898. Eran esos jóvenes españoles un nuevo eslabón en « la cadena de disidentes españoles », según decía en un artículo de 1923. Mas en la generación de Azaña se observan características originales de orden psicológico. La crisis del 98 coincidió en ellos con la crisis de la adolescencia. En uno de los artículos que en 1923 Azaña dedicó a la generación de 1898 señalaba esta coincidencia, pero refiriéndola a la generación de sus antecesores inmediatos, a la del mismo 98 :

« Poetas y escritores, la rareza de su crisis juvenil depende de una coincidencia de fechas : al conflicto de la vocación, que es eterno, se juntaron el desconsuelo, el desengaño ante la derrota ; incorporaron momentáneamente a su vida sentimental lo que se ha llamado "problema de España". »

Si nos fijamos en las fechas biográficas, y en las realizaciones literarias y científicas,

de la generación de 1898 es obvio que la coincidencia del conflicto de la vocación y el desengaño ante la derrota no se manifiesta en dicha generación. Los escritores de la generación de 1898 y los hombres de ciencia que a ella pertenecían pudieron amparar su dolor con las obras propias de sus espíritus creadores. Se consideraban totalmente ajenos a la España oficial, a los gobernantes de la Restauración. Eran, en suma, hombres *hechos* para los cuales el Desastre no podía constituir una profunda alienación : eran ya *otra* España, psicológicamente inviolable. Pero para los jóvenes, para los adolescentes de la generación de Azaña, el Desastre había coincidido con la primera fase de su incorporación a la vida adulta. Al escribir el texto citado y al marcar la coincidencia de las dos crisis, la personal de la adolescencia y la nacional, Azaña apuntaba indudablemente a su propia generación. Verdad es que aquellos adolescentes podían contar con los hombres que representaban la nueva España. Azaña lo reconoce : « Gracias a ellos podemos decir hoy que no se interrumpió en España el ejercicio de la inteligencia ; pero su acción sobre el curso de los sucesos fue, como puede suponerse, nula. »

La generación de Azaña no tenía, por lo tanto, que hacerse la pregunta de Larra —« Donde está la España? »—, la pregunta romántica que no demandaba respuesta alguna porque aquellos mozos del 900 sabían donde estaba *su* España. Sin embargo, Azaña señala en el texto antes citado que si bien algunos intelectuales españoles habían sido escuchados, y habían podido ejercer el poder crítico de la inteligencia, su acción sobre los acontecimientos posteriores al 98 había sido nula. Aquí aparece la función histórica de la generación de Azaña, la función que él mismo quiere desempeñar : « En el orden político, lo equivalente a la obra de la generación literaria del 98 está por empezar. » Aquellos magníficos escritores no supieron « morder nunca en la acción ». Pero el joven Azaña afirma también que su propia generación, la generación que hoy podemos denominar de 1914, no se prepara debidamente para realizar esa acción necesaria, para dirigir el curso efectivo de los acontecimientos.

Uno de los primeros artículos periodísticos de Manuel Azaña —« Vistazo a la obra de una juventud », 25 de septiembre de 1911, *La Correspondencia de España*— constituye un verdadero examen de conciencia generacional. No es, manifestamente, un texto objetivo, puesto que Azaña transforma en agigantados molinos algunos de los rasgos morales y psicológicos de sus coetáneos españoles : Manuel Azaña, que tenía entonces treinta años, agrandaba el blanco de su crítica para realzar más tajantemente su propio programa : « Con razón o sin ella surgió a la vida pública en España, después de las guerras, y como un cuerpo organizado, lo que se llamó la Juventud. Los pocos años eran el mejor título a la consideración del público... Fue la edad de las extravagancias políticas y literarias... Resucitó la lírica en prosa y verso. Un aluvión de *Confesiones, Intimidades* y *Dietarios* cayó sobre los más apercibidos ; quieras que no, hubimos de enterarnos de las mórbidas reconditeces de toda alma desolada. Egolatría y exhibicionismo : he ahí los grandes móviles de una generación. »

Azaña alude aquí al tipo de escritor del post-98, al grupo modernista, y marca una posición francamente antiegotista, semejante al antisubjetivismo de Ortega y Gasset en aquellos mismos años mozos. Posición que recordará más tarde con satisfacción : « Estoy contento de no haberme desolado nunca en público » (1923). Si cotejamos el texto anterior con la referencia que hace a la influencia de Barrès en España en su primer libro, *Estudios de política francesa* (1918), se precisa la oposición de Azaña al egotismo del 98 y de los modernistas de su propia generación : « El egotismo, el dilletantismo escéptico, la interior desolación producida por el análisis, son comunes a los comienzos de la carrera de Barrès, y a los de la generación literaria española (posterior a él) que ahora está en la madurez. »

El reproche que Azaña hacía a su propia generación era, en consecuencia, muy semejante al juicio condenatorio de la generación del 98 : la tendencia introspectiva y el exhibicionismo ególatra les impedían también « morder en la acción ». Dejemos, por ahora, entre paréntesis la referencia a Barrès, a quien Azaña debe mucho, como todos los intelectuales de su generación española y transpirenaica.

B.D.I.C

La formación interior del hombre nuevo

Volvamos al artículo firmado por « Martín Piñol » de 1911. Azaña comprueba que su propia generación ha fracasado y que está a punto de dejar un peligroso vacío en la vida española : « ¿Quiénes van a ocupar los huecos que la muerte hace en los antiguos rangos? » Las razones del fracaso para Azaña son patentes : « No se toma la dirección moral e intelectual de un país por mero antojo de la vanidad, sin prestigios y sin méritos. » Los jóvenes intelectuales no han sabido ser suficientemente desinteresados, y sus pretendidos triunfos no revelan creación o pensamiento auténticos. Y Azaña concluye negativa y tristemente : « La endeble contextura moral de las generaciones que están para llegar a la cúspide explica ese fracaso. Se aducen razones especiosas para disculpar los vicios antiguos ; pero la renovación interior no se ha hecho todavía. »

Sin duda, Manuel Azaña sustentaba en ese diagnóstico una posición ética muy próxima a la de educadores como Giner de los Ríos : España necesitaba una transformación moral antes de iniciar un cambio fundamental político y social. En 1921, o sea diez años después del artículo que comentamos de *La Correspondencia de España,* cuando Azaña ha tenido ya actividades políticas y se ha dado a conocer como secretario del Ateneo de Madrid (1913-1920), reseña en la revista por él fundada y dirigida, *La Pluma,* el libro de Luis Araquistáin *España en el crisol.* Azaña se asocia a la actitud ante los problemas de España expuesta por Araquistáin porque éste se siente unido a los españoles que « consagraron heroicamente la vida a la formación interior del hombre nuevo ». Para esos españoles, —y Azaña es manifiestamente uno de ellos—, en España no se puede ni debe intentar la revolución constitucional o la reforma política : dadas ciertas características psicológicas de los españoles, lo que es urgente es « la transformación moral del individuo ». Es decir, que para Azaña los españoles que aspiran a gobernar la nación deberían someterse a una disciplina moral e intelectual que hiciera de ellos hombres, o más precisamente, españoles nuevos. Podría, entonces, decirse que Azaña es un moralista más y que su prédica carece de originalidad : abundan en el planeta, señalaría el no tan hipotético objetante, los « reformadores morales », y es bien visible que ningún país ha podido realizar cambios sociales importantes sin abandonar el mito de la « transformación moral del individuo ». Mas, para Azaña, la formación interior del hombre nuevo no es solamente un programa ético. Para Azaña, lo que importa sobre todo es capacitarse para « ganar las instituciones », los organismos del poder gubernamental. La formación *interior* del hombre nuevo tiene en su caso una finalidad *exterior* : las nuevas instituciones gubernamentales serán el espejo fiel de lo que « se ha labrado en la conciencia ». O sea que los hombres nuevos serán aquellos españoles que se hayan transformado interiormente a sí mismos pensando en las necesidades nacionales. Esta actitud de Azaña, este concebir la automodelación personal como un proceso de finalidades nacionales, no era enteramente original dentro de la historia intelectual de España. Mas en él la actitud tradicional del intelectual español cobra un nuevo significado.

La sensibilidad política es rara

En noviembre de 1934 Azaña se encuentra preso a bordo del « Galiano » en el puerto de Barcelona y redacta el texto defensivo que intitulará irónicamente *Mi rebelión en Barcelona.* La desesperación de Azaña, al ver a España en manos de los gobernantes de 1934, le lleva a exclamar : « La credulidad de muchas gentes puede engendrar terribles disparates si el gobierno de España recae en gente sin mundo, ni tacto, cuya sensibilidad política no sea una fase de la sensibilidad personal cultivada, sino astrosa indumentaria corcusida con barreduras de redacción y aculotada con chabacanerías de comité suburbano. »

Pasemos por alto el gesto desdeñoso y su objetivo concreto (Lerroux y sus colaboradores del Partido Radical) en aquellos días tan penosos para Azaña : reparemos en cambio en el enlace entre política y persona ahí manifiesto. Manuel Azaña quiere marcar tajantemente el contraste humano

entre los políticos profesionales y los hombres que como él han llegado a la política tras una larga e intensa preparación intelectual : el acoplar dos vocablos tan dispares como « sensibilidad » y « política » no era, desde luego, una total innovación de Azaña. En el léxico político español « sensibilidad política » era una expresión que equivalía a perceptividad casi sensorial de la realidad política, a agudeza. Azaña acentúa, en cambio, en el primer vocablo, en « sensibilidad », su raíz espiritual e incluso su connotación estética. Acentuación que se intensifica con la referencia peyorativa a la formación del político profesional. La pluma voluntariamente quevedesca de Manuel Azaña busca también el refuerzo de un marcado tono barresiano : a la caricatura picaresca (la roída indumentaria y sus visibles remiendos) añade la alusión casi reaccionaria al « comité suburbano ». La desesperación de Azaña es probablemente mucho más genérica, mucho menos específicamente hispánica, de lo que podría suponerse. Responde simplemente al encuentro del político de origen ateneísta, de cenáculo intelectual, con el cacique populachero. En el texto citado se refleja uno de los momentos más trágicos de la historia liberal moderna : el choque de los intelectuales con los representantes y manipuladores de las masas urbanas.

En 1930, en el magnífico discurso sobre las tres generaciones del Ateneo, Azaña declara : « La sensibilidad política, como yo la pongo, es rara, es el punto más alto de la cultura personal. » La capacidad para la auténtica acción política no está, pues, al alcance de cualquier prójimo : se trata de una ocupación noble, de privilegiados de la cultura. Es, en suma, la estricta finalidad de toda cultura personal. Este concepto exclusivista, donde resalta el ascenso a una perfección moral, retrata plenamente al hombre que lo sustenta : un forjador de sí mismo, una voluntad que se concentra en articular sólidamente, mediante una prosa enérgica y altanera, la propia personalidad. Por supuesto, Azaña, hombre de conciencia histórica, sabía que al equiparar sensibilidad política y cima de la cultura personal repetía en 1930 muy tradicionales conceptos del pensamiento occidental. Desde la Grecia clásica hasta los caballeros racionales del siglo XVIII se reitera la aspiración a hacer de los gobernantes hombres de orientación intelectual o a hacer de los intelectuales hombres de gobierno. El gran Jovellanos, antecedente en tantos aspectos de los liberales españoles contemporáneos, decía que los hombres de pensamiento deben gobernar porque en ellos opera el desinterés. La originalidad de Azaña, como sucede frecuentemente en la historia española, está en su personalísima acentuación de una tendencia general europea. Porque al enlazar sensibilidad y política Azaña reflejaba la tendencia de su propia generación que podemos denominar barresismo.

No podemos entrar ahora en la génesis ni en todas las características del *barresismo* : pero es manifiesto que Maurice Barrès marca con su persona y con su acción un cambio fundamental en la relación del intelectual con su mundo histórico. Porque Barrès considera la acción política como el campo obligado de la expansión de su sensibilidad, de los hombres de sensibilidad. Si se quiere, podría decirse que para él la política es una nueva zona de la creación estética, un nuevo dominio de la cultura. El refinamiento de la sensibilidad propio de los llamados decadentistas —o si se prefiere el término hispánico, los modernistas— es en Barrès una fuerza impulsora hacia el mundo social, en vez de ser un obstáculo o un móvil de apartamiento. Creía que la sensibilidad moderna debía intervenir en la política, en el mundo : los gobiernos democráticos, la Tercera República en particular, estaban en manos de hombres groseros, de mentalidad y condición vulgar. Los hombres de sensibilidad debían, pues, tratar de imponer sus ideas y maneras en sus respectivos países : y de ahí, evidentemente, que Barrès adoptara una actitud decididamente reaccionaria. La república parlamentaria convencional impedía la expansión de la sensibilidad moderna. No que el Parlamento no fuera el lugar adecuado para los intelectuales, para los « sensibles » : un gobierno ideal sería la expresión de una cámara de hombres sensibles. Barrès representaba la rebelión del intelectual ante la aparición de los políticos profesionales antes mencionados. Un escritor nada reaccionario, Emile Zola, decía en 1895 que existía un verdadero foso

entre la minoría intelectual (« l'élite de la nation ») y los gobernantes de Francia. Los puestos de mando estaban en manos de « entrepreneurs de bâtisse sociale », gentes de muy poca preparación cultural. Y Zola concluía tristemente (recordemos que este Zola es anterior a su espectacular y eficaz participación en el « Asunto Dreyfus ») que en Francia ningún intelectual había desempeñado un papel importante en la política en la segunda mitad del siglo XIX.

Cuando Azaña declara que sólo una determinada sensibilidad justifica el derecho a la acción política, está por lo tanto dentro del barresismo, dentro de la rebelión intelectual frente a los políticos de masas. Pero, en contraste con Barrès, Azaña mantiene, según vamos a mostrar inmediatamente, que el intelectual debe comprender que la actividad política exige de él una nueva capacidad de relación con los demás, una nueva situación humana. Así cuando Unamuno después de una muy continua actividad política antimonárquica tiene gestos que para muchos españoles equivalían a una claudicación, escribía Azaña : « El intelectual que abandona la especulación pura y, cediendo al tentador, echa por caminos tan fragosos, debe advertir que no se disminuye (esa es su generosidad, su sacrificio), pero que su comercio con el público es ya distinto, otra la disciplina. Su principal deber con los secuaces es la fidelidad al convenio que los juntó. »

Esta posición se precisa si acudimos a un artículo de 1924 en *España,* dirigida entonces por Azaña, « Santos y señas ». Es un jalón importante, además, para la historia de la relación entre Azaña y Ortega. El artículo recuerda cómo el joven Ortega en *El Imparcial* había abierto una vía ideológica esencial para la reforma de la vida española al cifrar en la pareja, aparentemente paradójica, de Pablo Iglesias y de Francisco Giner de los Ríos la necesaria alianza del pensamiento puro y crítico con la acción concreta y real. Azaña se refiere también a la famosa conferencia de Ortega en el Ateneo de Madrid en 1909 protestando contra la política represiva del gobierno Maura. Y concluía señalando que la Liga de Educación Política fundada por Ortega, y a la cabeza de cuya lista de socios figura el propio Azaña, había naufragado en « el puerto engañoso de la abstención ». Los jóvenes intelectuales de la Liga se dividieron entonces en dos grupos : « se adscribieron a los partidos históricos o a los que aspiraban a serlo los pocos hombres cuyo temperamento político necesitaba de la lucha electoral más o menos franca, y siguieron al margen los arbitristas más o menos literarios y los aficionados a ver los toros desde la barrera, sin gusto por bajar al redondel ni aún con los embolados de otros tiempos ».

Es evidente que en este texto vuelve a juzgar Azaña a su propia generación intelectual española. Azaña era uno de los que se habían unido a un partido político, el Reformista en su caso. Por otra parte, Azaña no pedía a los intelectuales que abandonaran su propia condición. Sabe que las formas de la vida política son casi imposibles para un intelectual y él mismo no entra tan de lleno en la vida política. Escogió un partido muy próximo a los grupos intelectuales. Se trataba más bien de situarse en una posición estratégica : no por casualidad Manuel Azaña ligó su vida, entre 1913 y 1920, al Ateneo de Madrid, a la institución en la cual coincidían políticos e intelectuales y que representaba todavía en el siglo XX la unidad del poder. Azaña se sabía dentro de una continuidad, respaldado por todo lo que el Ateneo representaba. Gracias al Ateneo había podido *estar* en la política sin *hacer* política, o mejor dicho sin hacer *carrera* política. En una declaración íntima suya decía Azaña en 1932 : « No puede llegarse normalmente a la cumbre del poder político y conservar la integridad y entereza del propio ser... Yo no he hecho carrera y estoy interiormente tan recio y tan en mi ser como hace veinte años... Esta es una ventaja que raramente puede disfrutarse cuando no hay revolución. »

Ser hombre de su tiempo

Azaña sabe que desde el momento histórico en que el intelectual europeo empezó a sentir la tentación, la atracción si se prefiere, de la acción política, se empezó a debatir en la República de las Letras el problema de persona y acción, o para expresarlo en los términos de Azaña, « la

dificultad de armonizar la autonomía de la conciencia individual con las exigencias del grupo nacional ». Las dos posiciones fundamentales en este debate se fijan en el momento romántico, y se encuentran en Alfred de Vigny y Lamartine. Vigny proclama la imposibilidad de conciliar acción y vida interior, política y poesía. La posición de Vigny en *Stello* (1832) es terminante : « Séparer la vie poétique de la vie politique... Un poète donne sa mesure par son œuvre ; un homme attaché au Pouvoir ne peut la donner que par les fonctions qu'il remplit. »

Conviene subrayar la disparidad apuntada por Vigny entre « obra » del poeta, en la cual éste se crea a sí mismo, y « función » del gobernante : el segundo no puede, según Vigny, realizarse completamente, no puede llegar a colmar la medida de su desarrollo personal. Esta disparidad es esencial en el caso de Azaña, puesto que en él hay un escritor que quiere realizarse en su obra y un político que también quiere realizarse personalmente en sus funciones ejecutivas y parlamentarias. Azaña es justamente el tipo de hombre público que aspira a negar la despersonalización casi forzosa de la política. Y en esto es también Azaña muy representativo de una característica española. Recuérdese el caso tan citado de Unamuno en su novela *Niebla* : Unamuno sabe que una novela exige una despersonalización, exige que el autor se quede entre bastidores. Pero él se niega a esto y se sitúa dentro de su novela. Quiere ligarse visiblemente, eternamente a su obra. Azaña también concibe la creación política como una posibilidad de proyección de su figura humana entera. En esto Azaña estaba dentro de la tendencia representada por Lamartine.

El poeta francés, oponiéndose a Vigny, estimaba que el intelectual tenía que participar en las tareas colectivas : « Si l'on ne veut pas être moins qu'un homme, on doit descendre. » Lamartine realzaba así las obligaciones solidarias del intelectual mostrándole que su aislamiento en lo alto de la proverbial torre podía reducirle a una manquedad humana. Citemos ahora un importantísimo texto de Azaña, no recogido en volumen, de julio de 1920 : « De las diferentes vocaciones que pueden ofrecerse en la vida, yo preferiría siempre aquella que más en derechura me llevase a ser con plenitud hombre de mi tiempo, es decir, a incorporar a mi vida personal todos los problemas que agitan el medio social en que me muevo. ...Si la romería pasa por el llano, prefiero ir en la romería a epilogar sobre ella desde un otero ; prefiero ir en la procesión a repicar en la torre... La confluencia de la vida intelectual, puramente interior, con la vida social y exterior, hecha entre todos, es el torbellino donde uno quisiera estar siempre, como en el foco donde se condensan todas las actividades. »

Es visible que en este texto de Azaña hay imágenes semejantes a las de Lamartine. Pero los móviles de Azaña y la finalidad de su participación difieren de los de Lamartine. En el mismo « descendamos » del poeta francés hay un gesto de condescendencia : el escritor baja a la plaza pública, pero todos los presentes saben que se trata de un gran poeta conocido. En el caso de Azaña el texto citado debe verse con otra perspectiva, porque en 1920 Azaña es muy poco conocido. Y de ahí que el texto citado tenga una marcada singularidad dentro de la tradición lamartiniana. Porque en el caso del Azaña de 1920 la participación del intelectual no es una acción en que el yo brilla —como en el caso de Lamartine—, no es un subir al escenario. Es una acción en que la persona se va haciendo, se va forjando. Azaña cree que el fundir vida interior y vida exterior es indispensable para la realización de la persona. Y sobre todo del intelectual que aspire a transformar su propio país. Esta actitud resalta si se tiene presente que no hacía mucho Gide en un famoso artículo, publicado en la entonces tan leída *Nouvelle revue française*, pedía la desmovilización de la inteligencia, el retorno a las actividades propiamente intelectuales y literarias tras la guerra mundial. El decenio siguiente, 1918-1928, realizó plenamente esa desmovilización : fueron los años de la literatura pura y de las nuevas tendencias irresponsables. La revolución soviética, la aparición del fascismo italiano, la desintegración de muchos viejos partidos históricos, la creciente « rebelión de las masas » en sus muy diversas formas, fragmentaban internamente la comunidad europea : el campo de acción intelectual se restringía

B.D.I.C

considerablemente, y surgían de nuevo teorías justificadoras del « puro » hombre de letras. Así Ortega y Gasset siguiendo a Gide escribía en la revista *España*, en 1922 : « El intelectual sólo puede ser útil como intelectual. » Algunos intelectuales creían que del autoamurallamiento de la vida intelectual se desprenderían muy beneficiosas consecuencias para Europa y para los intelectuales : éstos, desde el coto cerrado de sus trabajos especializados, desde su imparcial apartamiento, serían una autoridad efectiva en la Europa dividida.

Manuel Azaña pertenecía a la minoría dentro de esa nueva república de las letras. A la que creía que el intelectual entonces más que nunca tenía una obligación política, que el escritor no podía perder su voz más general y más pertinente para la comunidad europea. Entre 1918, fecha de la publicación de su primer libro, y 1925, año de la fundación de su grupo político « Acción Republicana », Azaña afirma reiteradamente que el intelectual debe aplicar su capacidad de ideación a la realidad nacional. En un artículo de 1924, en polémica con Araquistáin (que veía en el carácter español un obstáculo a las reformas liberales), escribía : « La inteligencia activa y crítica, presidiendo en la acción política, rajando y cortando a su antojo en ese mundo, es la señal de nuestra libertad de hombres, la ejecutoria de nuestro espíritu racional. Un pueblo en marcha, gobernado con buen discurso, se me representa de este modo : una herencia histórica corregida por la razón. »

El tono de Azaña, al articular tan sucinta y precisamente una actitud intelectual, es el del hombre que ha alcanzado la meta propuesta : Azaña, sobre todo desde el momento en que toma la dirección de *España* (1922), está preparado para la acción política. En Azaña no había dudas respecto a la eficacia política de la inteligencia, respecto a las posibilidades de renovación de España. Ser intelectual es, incluso, un requisito para toda nueva acción política eficaz : al disolverse las viejas ideologías políticas españolas se impone un nuevo teorizar. La España liberal ha de rehacerse a sí misma, y el intelectual, por su capacidad articuladora, es el tipo de hombre más indicado para esa tarea.

Mas Azaña es un intelectual liberal, un intelectual de la generación de 1914, que estima que existe una tajante frontera donde se separan la voluntad de participación y el afán de íntima autonomía personal. Así, hablando ante un congreso de partidarios suyos en abril de 1934 declaraba : « Hay una intimidad, una última fibra donde reside el latido de la vida moral que uno no deja profanar por nadie, que yo no puedo sacrificar ni a la República ni a la Revolución. »

Un historiador marxista de la España contemporánea, el socialista Antonio Ramos Oliveira, ha citado el texto anterior, poniéndolo como ejemplo de la incapacidad de Azaña para la verdadera acción política : en circunstancias como las españolas no es posible « acotar la zona donde reside el latido de la vida moral ». Ramos Oliveira no parece comprender que en esa declaración de Azaña se encuentra el principio fundamental de su misma acción política : él ha estimado que la actividad pública era el único medio de garantizar en España el florecimiento y la defensa de las autonomías personales. Ahí está la raíz del liberalismo y de la tragedia del hombre de acción liberal : porque no se puede violar en el proceso de defender los fueros internos de la persona ningún principio moral. Es cierto que los críticos marxistas (u otros críticos de ideologías antiliberales) pueden reprochar a Azaña que el hombre de acción no debe guiarse por los principios de la moral universal, y que entre la salvación de su país y la salvación de su alma debe optar por la primera. Azaña representa, al contrario, con el texto antes aludido el más puro principio liberal : él afirma que si sintiera que su intimidad era violada por las exigencias de la acción, dejaría de ser hombre de acción, porque dejaría de creer en la posibilidad de una conducta liberal. Ahí, en el texto citado anteriormente, aparece precisamente la conciencia trágica de Azaña y lo que hace de él sujeto de la más alta historia : porque ahí se manifiesta el drama del liberalismo europeo. El drama de unos hombres que entran en la acción política, para afirmar la primacía de los derechos de la conciencia individual, y que al participar en las luchas políticas ven todos los riesgos que para su

propia conciencia individual comporta esa defensa, esa afirmación de la primacía de la conciencia. Ese drama alcanza quizá su más alta tensión en la figura de Manuel Azaña, porque en él coexisten un personalismo de raíz española, acentuado por el barresismo de su generación, con una intensa voluntad de participación. Algunos políticos españoles no comprendían que un hombre como Azaña llevara un Diario mientras ocupaba el poder : pero entregarse a la acción sacrificando totalmente la intimidad personal era, para Azaña, negar el principio mismo que le había llevado a la acción, el de facilitar que en España los hombres pudieran cultivar libremente su propia intimidad. Los historiadores de tendencia marxista dirán que Azaña, con esa actitud, expresaba una posición burguesa. Concedido por el mismo Azaña, puesto que cuando el periodista norteamericano Gunther le pidió en 1933 una definición de sí mismo, la respuesta no se hizo esperar : « Soy un intelectual, un liberal y un burgués. » Con el enlace casi desafiante de los tres vocablos Azaña formulaba con plena exactitud los rasgos históricos de su personalidad. Sí, efectivamente, el drama de una conciencia liberal es, históricamente, el drama de una conciencia burguesa. Y sin duda la tragedia de Azaña y de la generación española de 1914 se origina en la doble vertiente política y social que les toca vivir : la Europa de su mocedad ofrecía múltiples vías a la acción individual, a la acción de los hombres procedentes de la burguesía liberal, mientras que en la Europa de su madurez operan nuevas fuerzas negadoras de los principios políticos y morales de la civilización liberal.

« Une grande vie —escribía Alfred de Vigny— c'est une pensée de la jeunesse réalisée par l'âge mûr. » Otro escritor francés no hace mucho respondía a Vigny diciendo que muy pocas biografías de grandes hombres encajarían en esa rígida norma : que la vida acarrea constantes cercenaduras y que toda creación histórica siempre presenta una vertiente de fracaso, de irrealización. De Azaña se puede decir que gozó del rarísimo privilegio definido por Vigny : pero, como es bien sabido, su vida también conoció en toda su hondura la tragedia humana. De ahí que la figura de aquél adquiera actualmente su verdadera significación histórica : la de representar en la España contemporánea el drama de la acción liberal. Azaña supo aceptar todos los sufrimientos implícitos en una vida de activa participación política. Por ello mismo, en virtud de la intensidad de su entrega, cobraba plena conciencia de las fallas y de la imperfección de todo partidismo político : y gracias a esta lucidez podía evitar el fanatismo. Si Azaña podía decir, en el discurso presidencial del 17 de julio de 1938, que él no había sido nunca, y que no lo iba a ser entonces, un « banderizo obtuso », era porque sentía como pocos hombres la tragedia del poder y el desgarramiento de la acción. En la historia como en la literatura la dimensión trágica de un hombre no depende del éxito o del fracaso de su empresa. Y quizá no sea arbitrariedad española decir que en pocos europeos del último siglo y medio ha quedado encarnado tan trágicamente como en Manuel Azaña el conflicto interno de la civilización liberal burguesa. Sin olvidar tampoco que en él operó constantemente la hispanísima afirmación de la persona, tan bien estudiada por Américo Castro. De ahí que el drama de Azaña sea mucho más intenso que en los liberales de países transpirenaicos : al « yoísmo » liberal se añade en él el personalismo ibérico, al egotismo del burgués se añade el « yo sé quién soy » del hidalgo castellano.

Y ahora debería esbozarse una « crítica » del liberalismo de Azaña, una crítica *política* desde la hora presente del liberalismo español. Bástenos decir que para los liberales españoles actuales el problema de Azaña es un problema anacrónico, es historia sin futuro. Unamuno decía que él y los hombres del 98 habían « pecado » porque habían querido salvarse como « personalidades » en vez de « buscar una hermandad ». Este podría ser el lema del joven liberalismo español, del renaciente liberalismo de España : « buscar una hermandad ». Pero, como historiador, no sería justo ni legítimo que yo reprochara a Azaña su propio drama : el destino trágico del liberal español del medio siglo 1890-1940.

JUAN MARICHAL

JAMES BALDWIN

El Richard Wright que conocí

Cuando acepté escribir este artículo, estaba muy lejos de imaginar que hubiera de resultar una tarea tan penosa y difícil. Después de todo, ¿qué puedo yo decir de Richard? Todo se confunde en la niebla de lo que hubiera podido ser. Por ejemplo, hubiéramos podido ser amigos, pero no puedo decir honradamente que llegáramos a serlo. Quizá existía alguna forma de evitar nuestras disputas y, finalmente, nuestra ruptura ; lo único que me cabe decir es que no supe encontrarla. Tras la ruptura, tal vez hubiéramos podido encontrar un medio de reconciliarnos. Y de hecho creo que siempre conté, oscura y obstinadamente, con conseguirlo, igual que el niño que sueña con ganarse el cariño de sus padres gracias a algún acto sobresaliente.

Pero Richard Wright murió, y la deuda que tenía con él ya no podré pagarla nunca, al menos en la forma en que esperaba hacerlo. Lo más triste por lo que a nuestras relaciones se refiere es que el único medio de pagar la deuda que tenía para con Richard era convertirme en escritor ; pero precisamente este esfuerzo vino a poner de relieve, cada vez más claramente a medida que pasaban los años, las profundas e irreductibles diferencias entre nuestros respectivos puntos de vista.

La cosa no habría sido tan grave si yo hubiera tenido algunos años más cuando nos vimos por primera vez ; es decir, si yo me hubiera sentido menos inseguro de mí mismo y hubiese sido menos monstruosamente egotista. Pero entonces tenía sólo veinte años, una edad que puede calificarse de carnívora ; en cambio, él tenía la edad que es hoy la mía : treinta y seis años. Wright había sido mi ídolo desde la escuela, y yo, en cuanto escritor negro novel, me convertí muy pronto en su protegido. Esta no era una buena situación para ninguno de los dos, dado que como escritores las diferencias entre nosotros eran todo lo profundas que quepa imaginar. Pero nadie puede leer en lo futuro y ninguno de los dos sabía esto entonces. En realidad, nos sentíamos unidos por el hecho de que ambos éramos negros. Yo había hecho una peregrinación para conocerle porque para mí era el más grande escritor negro del mundo. En *Uncle Tom's Children,* en *Native Son* y, sobre todo, en *Black Boy* veía expresados, por primera vez en mi vida, el dolor, la rabia y la amargura destructora que me devoraban y que minaban la existencia de todos los que me rodeaban. La obra de Richard era una liberación y una revelación inmensas. Así se convirtió en mi aliado, mi testigo y, desgraciadamente, mi padre.

Recuerdo muy bien nuestro primer encuentro. Era en Brooklyn, durante el invierno. Yo debía de tener una triste apariencia : andrajoso, hambriento y asustado. Richard Wright surgió del fondo de lo que en mi recuerdo es un piso muy largo. Hoy su rostro, su voz, sus modales, su figura me son tristemente familiares. Pero entonces produjeron una profunda impresión en mí, como siempre que se conoce a un hombre

famoso. Mas en este tipo de encuentros siempre se produce una gran desilusión, pues el hombre célebre no puede de ningún modo corresponder a la idea que de él nos formamos. Con toda seguridad, mi propia imagen de Richard se basaba en el terrible retrato de Bigger Thomas que nos ha dejado Canada Lee. Pero la realidad era que Richard no tenía nada de común con él. Su voz era suave, casi dulce, con las entonaciones melodiosas del Sur. Su cuerpo era más grueso que fornido y más fornido que alto. Tenía una sonrisa más juvenil y más tímida de lo que yo había imaginado. Cuando me saludaba, se dirigía a mí con la exclamación : « ¡Hey, boy! » y con una expresión de contento y de sorpresa en el rostro. Se mostró muy amistoso conmigo, y al mismo tiempo tenía una expresión ligeramente irónica de conspirador, como si fuéramos dos muchachos negros coligados contra el mundo entero y que acabaran de sustraer una buena cantidad de sandías.

Nos sentamos en la sala de estar y Richard trajo una botella de « bourbon », hielo y unos vasos. Ellen Wright estaba con el niño en otra habitación y sólo se presentó brevemente al final de la velada. Yo no bebía por aquella época y, como carecía de experiencia en la materia, temía mucho que el alcohol produjese los efectos más desastrosos en mi estómago vacío. Richard me habló o, mejor, me impulsó a que le hablara de la novela que entonces yo tenía entre manos. Era tan grande mi miedo a caerme de la silla y deseaba tan vivamente que él se interesara por mí que le dije de mi novela mucho más de lo que yo mismo sabía en realidad, soltando todo lo que se me ocurría e improvisando bajo la excitación del alcohol sobre todos los temas que se me venían a las mientes. Estoy seguro de que Richard se daba cuenta de ello, pues lo que yo decía parecía divertirle. Pero en definitiva creo que le resulté simpático. Por mi parte, yo también sentía simpatía hacia él, sentimiento que nunca me abandonó (aunque más tarde él no lo creyera).

Aquella noche Wright me prometió que leería tan pronto como se las enviase las sesenta o setenta páginas de mi novela que ya tenía escritas. Le mandé el manuscrito por correo inmediatamente. Richard hizo unos comentarios muy amables y elogiosos de mi trabajo y me ayudó con su recomendación a ganar una beca. Cuando la obtuve, se sintió muy orgulloso de mí, lo que me produjo una gran alegría y me decidió a hacer que en lo futuro se sintiera aún más orgulloso.

Pero las cosas no iban a ocurrir así, pues, como a menudo acaece, mi primer triunfo auténtico sirvió de anunciador a mi primera derrota. Lamento que por aquella época Richard y yo no nos hubiésemos ya hecho amigos, pues ello hubiera podido cambiar mucho las cosas. Nos hubiera permitido al menos vislumbrar las diferencias entre mi manera de ver y la suya ; y si hubiésemos podido discutir de esto por entonces, quizá nuestra disputa no habría sido tan dolorosa más tarde. Pero el hecho es que no éramos aún amigos, a causa principalmente de esas mismas diferencias, y también por mi excesiva juventud, la devoción que por él sentía y el temor que me inspiraba. Y esta actitud significaba también que cuando mi primera aparición en el mundo de la literatura desembocó en el fracaso total de mi primera novela, apenas sabía cómo enfrentarme con nadie. Me sentía avergonzado de mí mismo y estaba convencido de que Richard también sentía vergüenza de mí. Esto era una gran estupidez por mi parte, pues Richard sabía ya mucho sobre novelas fracasadas y escritores debutantes; pero lo malo es que yo había deseado ardientemente su aprobación. Simplemente, no se me ocurrió pensar entonces que nadie podía aprobarme si había tratado de hacer algo y había fracasado. Los jóvenes piensan que el fracaso le borra a uno del mundo de los vivos, por lo que tienen tendencia a hacer lo que yo entonces hice, es decir encerrarme en la soledad.

Le vi a Richard unos días antes de marcharse a París, en 1946. Fue una extraña entrevista, melancólica como un teatro cuando acaba de terminarse la representación, y la compañía y los espectadores están a punto de marcharse. Todos los lazos tan laboriosamente creados dejan de existir y parece incluso que nunca hubieran existido ; lo futuro se presenta gris y problemático.

El piso de Richard —vivía entonces en Charles Street, en Greenwich Village— me produjo una impresión semejante, como un

barco desmantelado y a punto de hundirse en el olvido. Entraban y salían del piso muchas personas, que yo creía amigos suyos, pero que en su mayor parte eran sólo admiradores. Y parecía como si Richard y yo no tuviéramos ya nada que decirnos : él había hecho por mí lo que había podido, pero en vano, y ahora se marchaba al extranjero. Imaginaba que corría hacia el más maravilloso de los futuros, puesto que se marchaba a París. Pero Richard, aunque de buen humor, no parecía excesivamente alegre. Aquel día su rostro mostraba una sorprendente serenidad. Habló mucho de un amigo suyo que tenía líos con las autoridades de inmigración de los Estados Unidos y que estaba a punto de ser deportado, si ya no lo había sido. Naturalmente, a Richard no le habían deportado ; se marchaba a un país extranjero como invitado de honor, y era bastante vanidoso, joven y lleno de vida para que tal cosa le pareciera agradable y apasionante. Y, sin embargo, él sabía mucho del exilio, como todos los artistas, y especialmente los norteamericanos, sobre todo si son negros. Gracias a la actitud desfavorable de ciertos críticos literarios, había tenido que sufrir ya un largo exilio en su propio país. Y es posible que entonces se preguntara cómo marcharían las cosas en Francia y cómo reaccionaría su hija en un país que no la iba a imponer ninguna restricción por causa de su color.

Aquel día fue casi la última ocasión en que Richard y yo nos hablamos antes de la última y terrible guerra.

Dos años después, yo también abandoné los Estados Unidos, pensando no volver más. El día de mi llegada a París, aun antes de que hubiera podido reservar una habitación en un hotel, unos amigos me llevaron al café « Les Deux Magots », donde encontré sentado a Richard, acompañado por los redactores de una revista llamada *Zero*. « ¡Hey, boy! », exclamó con una expresión más sorprendida, alegre y conspirativa que nunca ; parecía también más joven y feliz.

Posteriormente entré en relación estrecha con la revista *Zero* y escribí para ella un ensayo sobre la literatura de protesta. El día que vio la luz el número de la revista y antes de que yo lo viera, entré en la « Brasserie Lipp ». Richard Wright estaba allí y me llamó. Jamás olvidaré aquella entrevista, pero dudo de que sea nunca capaz de recrearla.

Richard me acusó de haberle traicionado —y no sólo a él, sino también a todos los negros de los Estados Unidos— al atacar la idea de una literatura de protesta. La realidad es que a mí no se me había ocurrido que se pudiera interpretar así mi ensayo. Aún estaba en una etapa de mi vida en que imaginaba que todo lo que para mí fuese claro no había más que decirlo para que inmediatamente resultara claro para todo el mundo. No suponía que a un punto de vista un tanto inconformista, al que después de todo había llegado con cierto esfuerzo y dolor, se le pudiera considerar alevoso o subversivo. Si había mencionado el *Native Son* de Richard era por tratarse de la novela más importante y más famosa sobre la vida negra que hubiera aparecido en los Estados Unidos. Richard creía que le había atacado a él personalmente ; pero la realidad es que yo apenas había criticado su novela. Richard estaba convencido de que yo trataba de destruir su novela y su reputación ; pero jamás se me había pasado por la cabeza la idea de que ni una ni otra *pudieran* ser destruidas, y menos por mí. Y, sin embargo, lo que hizo que la entrevista resultara tan terrible no fue simplemente lo que acabo de decir o el hecho de que yo no encontrara palabras para de-

fenderme. Lo que la hacía penosa era que Richard tenía razón para sentirse herido y que yo había hecho mal en herirle. Wright veía claramente, mucho más claramente de lo que por mi parte quería ver, lo que yo había hecho : servirme de su obra como de una especie de trampolín para la mía. Su obra era un jalón en mi camino, o más bien una especie de esfinge cuyos enigmas tenía que resolver antes de poder llegar a ser yo mismo. Pensaba entonces confusamente, y pienso hoy muy claramente, que este era el mayor homenaje que podía rendirle. Pero no era un homenaje fácil de aceptar, y no sé cómo tomaré yo mismo la cosa cuando me llegue la hora. En realidad, Richard se sentía herido porque yo no daba crédito a ninguno de sus sentimientos o debilidades humanas. Y esa era la verdad, ya que para mí él no había sido nunca realmente un ser humano, sino un ídolo. Y a los ídolos se les crea para destruirlos más tarde.

Desde entonces la ruptura entre nosotros quedó prácticamente consumada, aunque durante varios años aún nos esforzamos por evitarla.

« ¿Qué quieres decir con *protesta*?, —exclamaba Richard—. *Toda* la literatura es protesta. No puedes citar una sola novela que no sea protesta ». A esto sólo podía yo replicar con el débil argumento de que quizá toda literatura sea protesta, pero que no toda protesta es literatura. A lo cual él solía contestar, con ese aire curiosamente juvenil que a veces tenía : « Ya estás otra vez con ese cuento del arte por el arte ». Esto siempre conseguía ponerme furioso y, por una razón que no llego a comprender, mi cólera le divertía a Richard. Estos eran nuestros mejores momentos, aunque raros : cuando nos exasperábamos el uno al otro hasta terminar riendo. « Tonterías », solía decir Richard cuando yo terminaba de exponer mis ideas sobre el monótono tema—. « Tonterías. La próxima cosa que me dirás es que todas las gentes de color tienen ritmo. » Una noche conseguimos dejar a un lado el terrible tema de disentimiento, y Richard, Chester Himes y yo decidimos salir juntos y emborracharnos. Fue una noche estupenda, quizá la mejor que recuerdo de los tiempos en que conocí a Richard. Como él y Chester eran amigos, se contaban sus cosas con toda franqueza, mostrando lo mejor de sí mismos, y esta atmósfera que creaban me incitó a mí a hacer otro tanto. Éramos tres personas sometidas a la misma tensión espiritual e implacablemente egotistas, que vagabundeaban libremente por París, tan lejos de la patria...

La disensión que nos separaba se debía en parte a que yo era casi veinte años más joven que Richard y a que nunca había conocido el Sur. Quizá ahora pueda imaginar la odisea de Richard mejor que entonces, pero se trata sólo de imaginación. Yo no he tenido que pagar en mi propia carne el precio de los viajes que le llevaron desde el « Sur profundo » hasta Chicago, Nueva York y París ; el mundo que creó a Richard Wright se ha desvanecido y ya no volverá a surgir. Y ahora, como en un abrir y cerrar de ojos, han pasado ya casi veinte años desde aquel día en que Richard y yo nos sentamos con los nervios tensos para tomar unas copas de « bourbon » en la sala de estar de su piso de Brooklyn.

Estos años han visto hundirse, minados por su base, casi todos los pilares de la realidad occidental ; todas las capitales del mundo han cambiado, el Sur norteamericano ha cambiado y África también.

Me parece que durante mucho tiempo Richard se vio cruelmente arrastrado por el torbellino. Supongo que sus oídos debían de estar ensordecidos por el estrépito que a su alrededor producía la caída no sólo de sus ídolos sino también de sus enemigos. Gentes verdaderamente extrañas atravesaban el Océano, procedentes de África y de América, para llamar a su puerta ; Richard no comprendía bien quiénes eran, y ellos se daban cuenta rápidamente. A juzgar por algunas de las historias incluídas en su último libro, *Eight Men*, hasta el final de su vida no empezó Richard a comprender al nuevo y sombrío extranjero de este siglo. En fin, Richard trabajó hasta el final, murió, como espero que a mí me ocurra, en medio de una frase, y su obra constituye una parte irreductible de nuestra tremenda y acelerada época. Seas tú quien hayas sido y estés donde estés, Richard, que Dios sea contigo, y que Él me ayude a no renunciar a ese espíritu de combate que tú hiciste nacer en mí.

JAMES BALDWIN

PAUL TABORI

El realismo socialista y la libertad del escritor

Louis Aragon es uno de los escritores comunistas más importantes del mundo occidental. Hace unos veinticinco años, tras haber sido una de las más conocidas figuras del surrealismo, se pasó de éste al comunismo militante. Resistente activo y corifeo de los intelectuales comunistas franceses desde la liberación, se le ha visto vacilar a veces, pero no es posible encontrar en sus obras huellas de desviacionismo. El autor de *Le Paysan de Paris*, de *Les Yeux d'Elsa*, de *Les Beaux Quartiers*, de *Les Cloches de Bâle*, de *La Semaine Sainte* y, muy recientemente, de *Les Poètes*, ha marcado con su sello la literatura francesa. Alternativamente agresivo, elocuente y fervoroso, Aragon no cesa de predicar su filosofía política. Y hay que reconocer que el rendimiento y las ventajas que esa filosofía le procura no son desdeñables. Frecuentemente invitado y siempre bien recibido en los países comunistas, donde sus libros se venden por millones de ejemplares, Aragon disfruta de una situación envidiable, y bien se puede decir que ha realizado el sueño de aquel escritor húngaro que un día me confiaba en un momento de sinceridad : « ¿Sabe usted cuál sería mi deseo más ferviente? ¡Ser un escritor comunista en un país capitalista! »

⁂

En un reciente artículo Louis Aragon ha abordado el problema tantas veces debatido del realismo socialista. En torno a estas dos palabras, que se han convertido en el azote, la pesadilla y la túnica de Neso de todos los escritores del bloque soviético, el escritor francés enhebra la siguiente disertación :

« Pero el realismo socialista... no es una concepción del arte fijada de una vez para siempre y que se pueda aprender... El realismo socialista tal como yo lo entiendo no es necesariamente lo que aquí recibe ese nombre, ni tampoco lo que cada escritor soviético entiende por tal. A menudo se hace pasar por realismo socialista lo que no es más que realismo vulgar, por ejemplo un arreglo fotográfico de sentido naturalista, o un arte populista al que bastara simplemente añadir una moraleja aparentemente comunista, o en el marco del cual el buen obrero posee su carnet del Partido o lo obtendrá en el último capítulo... ».

Aquí Aragon expone una opinión francamente contrarrevolucionaria. A decir verdad, nadie ha podido nunca definir el realismo socialista. Pero, en la práctica, en toda la órbita soviética ese seudorrealismo, esa reproducción fotográfica de la realidad, a la que se añade lo que Kruschev llamaba recientemente una « capa de barniz » para disimular los hechos demasiado desagradables, han pasado por realismo socialista.

Pero aún nos falta por ver lo mejor :

« A mí me interesa más la experiencia de unos hombres cuyo destino no se halla predeterminado en esa forma, de unos espíritus que no se encuentran abocados de

antemano a esa necesidad política. Y es precisamente en ciertos libros que no pretenden inspirarse en el realismo socialista donde casi siempre descubro los elementos que, examinados a la luz de ese realismo, me hacen progresar en el ejercicio del espíritu crítico, hacia ese realismo que mis convicciones me llevan a considerar como la meta del arte. »

Al afirmar que al realismo socialista no se le ha definido nunca, quiero decir que nunca se le ha definido en una forma que satisfaga a un hombre sano de espíritu. Y ello a pesar de los muchos intentos realizados para llegar a tal definición. Pero, después de todo, se dirá, sólo se trata de consideraciones estéticas puramente teóricas ; ¿es que vamos a olvidar que para todos los escritores del mundo soviético el realismo socialista ha sido una carga terrible, una abominable tortura? Cuando una novelista china se ve obligada a fregar los suelos en la sede de la Unión de Escritores, cuando a otros escritores se les reduce al silencio, se les destierra o se les encarcela, ello suele hacerse en nombre de ese ídolo informe, de esa divinidad innominada e innominable que es el realismo socialista. No sin retorcer su pensamiento, Aragon protesta contra tan nefasto sistema. En su opinión —opinión que apoya en una serie de consideraciones muy circunstanciadas—, cada escritor debe darse su propia definición del realismo socialista. Afirmación ésta de carácter profundamente idealista. Y en cuanto al ataque que el escritor comunista francés lanza contra el dogmatismo literario (por culpa del cual la literatura pierde su carácter nacional y su alcance general), no hace sino agravar la herejía que acabamos de señalar. Aragon critica también otro dogma fundamental de la literatura militante : el « héroe positivo », otra pesadilla de los escritores que viven en el Este. Aragon exige que en la obra literaria haya « luces y sombras », en lugar de un negro y un blanco sin relieve. Lo cual supone socavar las bases mismas de la doctrina literaria soviética ; pues bien puede afirmarse que la mayor parte de los escritores rusos, húngaros, polacos o checos a los que se ha tachado de « idealismo », de « formalismo » o de « espíritu crítico destructor », y a los que por tal motivo se les ha sometido a diversas vejaciones, han tenido que sufrirlas por no haber sido capaces de crear « héroes positivos ».

« El realismo socialista es la vanguardia de la literatura, pero esto supone que la literatura existe aparte de esa vanguardia. Si en la literatura cortamos entre nosotros y el resto, amputamos simplemente del cuerpo uno de sus miembros, esa vanguardia no será más que un miembro amputado. Y al no existir un puente entre la literatura y el realismo socialista, ya no vendrán a éste escritores que hasta entonces escribían de otro modo o que aún no tenían conciencia de los elementos comunes que existen entre el realismo socialista y su arte. No será entonces la literatura la que desaparezca, sino el realismo socialista. »

He aquí un pasaje profético, aunque a decir verdad más que predecir lo futuro lo que hace es definir lo presente.El realismo que Aragon viene defendiendo desde hace tantos años se ha convertido en manos de los dirigentes del Partido en una porra que golpea sin cesar el cráneo de los escritores. Y los escritores han reaccionado de una manera característica. Allí donde se ha querido imponer el realismo socialista, la literatura ha dejado de existir. Y allí donde la literatura ha sobrevivido, el realismo socialista desapareció. Los dictadores culturales se han dado cuenta de esto mucho antes que Aragon y han realizado un esfuerzo desesperado para conseguir que el realismo socialista resultase aceptable para los escritores, o para descubrir en ciertas obras de alguna entidad literaria esa cualidad mágica y decididamente misteriosa. Pero Aragon no suelta presa. Como tantos otros escritores y teóricos de la literatura, ha tratado de explotar un sistema que creía compatible con su obra. Su intento ha sido un fracaso completo, y esta es la razón de que hoy proclame que no hay que mostrarse dogmático en relación con el realismo socialista.

Aragon dedica el final de su artículo al análisis de su obra pasada y a la defensa de su última novela, a la que se ha acusado de no ser una obra realista socialista e incluso de no ser una novela comunista. No vamos a entrar en los pormenores de sus argumentos, que por lo demás se destruyen a sí mismos cuando Aragon declara que no

habría podido escribir *La Semaine Sainte* si no hubiese sido comunista.

Curioso razonamiento en boca de un escritor, de un artista creador. Lo mismo podría haber dicho que no habría escrito sus libros si no hubiese sido vegetariano, ciudadano del mundo o teósofo. Poner en relación el talento y las convicciones políticas, el poder creador y la filosofía política o la línea del Partido me parece una completa aberración. Es cierto que las convicciones políticas del escritor influyen indiscutiblemente en el contenido o en el estilo de su obra literaria. Pero mi opinión es que Aragon ha creado su obra *a pesar de* su pertenencia al Partido ; o, más exactamente, porque es un comunista occidental. Esta debe de ser sin duda su convicción cuando se lanza a un examen de conciencia sumamente minucioso, a una autocrítica de sus libros con el fin de demostrar a los demás, o al menos de demostrarse a sí mismo, que aún sigue sólidamente establecido en la vía del realismo socialista y que es más fiel que nunca al marxismo y al comunismo soviético. Pero el resultado de su esfuerzo es contrario a sus propias intenciones, pues cuantas más pruebas acumula contra la más leve acusación de desviación, más se desvía de los dogmas literarios del Partido, que cambian constantemente, pero que en lo fundamental siguen siendo los mismos.

Estas contorsiones, este manejo confuso y estos subterfugios que denotan cierta desesperación, en realidad carecen de importancia. Y si la situación de Aragon y sus colegas resulta envidiable es porque tienen la posibilidad de entregarse a ellos a su guisa. En cambio, si se dedicasen a tales ataques o a semejantes discusiones en cualquier país del Este, las autoridades comunistas les ajustarían inmediatamente las cuentas.

***

Pero, al mismo tiempo, a Aragon hay que tenerle lástima. Pues a su brillante inteligencia no se le puede ocultar, si es que no se lo dice su corazón, que si puede seguir siendo a la vez comunista y escritor ello se debe a que vive en un país del mundo occidental. Si fuese albanés o ucraniano, no tardaría mucho en perder la afición a las teorías y a las discusiones. Esto es algo que Aragon no puede dejar de saber y, como no es ni un imbécil ni un canalla, debe sufrir por ello. ¿No dijo un día que « un buen comunista es un comunista que ha sido toda su vida fiel al Partido y que ya ha muerto »? Pero, por el momento, Aragon sigue vivo.

No nos parece inútil pasar ahora de lo particular a lo general y mostrar lo que significa ser escritor en un país sovietizado. Mucho se ha escrito sobre el tema, en torno al cual los exegetas comunistas y no comunistas han elaborado montañas de explicaciones en ese famoso « lenguaje doble » de que habla Orwell. De todos modos, a pesar de su diversidad, podemos ordenar los hechos en unas cuantas categorías principales y que cabe presentar en una forma bastante sencilla. Al examinarlas, es fácil comprender por qué Aragon y sus camaradas no pueden servir sinceramente a la causa que han abrazado y descubrir el origen de su cinismo fundamental y de su adhesión bastante interesada a los principios y a las verdades básicas de su doctrina.

En todos los países del Este la edición es un monopolio del Estado. Ninguna gigantesca empresa de Estados Unidos, ningún *trust* de revistas y periódicos del mundo capitalista, goza de ese carácter de monopolio absoluto. En los países del Este ningún escritor puede publicar una línea que no haya recibido la aprobación del Estado. A veces ocurre que esta organización monolítica afloja un poco su presión —y entonces los occidentales ingenuos hablan de deshielo y saludan tan feliz cambio— ; pero en lo fundamental la situación no cambia jamás.

El Estado es el único cliente del escritor ; de esto se deriva que el escritor no sólo debe agradarle y satisfacerle, sino también servirle.

A los lectores no se les toma en consideración. Sean cuales sean los reproches que quepa hacer a la forma en que el capitalismo trata a la cultura, la verdad es que en los países occidentales es el público quien en última instancia juzga la obra de un escritor. Por ejemplo, un editor de tendencias profascistas puede preferir este o el otro género de libros o artículos : pero a menos que la crítica inteligente y la gran mayoría de los lectores compartan esas pre-

ferencias, no podrá hacérselas aceptar por la fuerza. Si Aragon viviese en un Estado comunista, no cabe duda de que no podría escoger su editor. Simplemente, entre las diversas casas de edición, todas sometidas al control central, se le indicaría aquella a la que habría de llevar su manuscrito. Lo que por sí sólo sería suficiente para acabar con toda literatura auténtica.

Y aquí tocamos un problema esencial, uno de los abismos más profundos que separan al escritor comunista del que no lo es. El primero cree —o, mejor, aparenta creer— que el Estado tiene el derecho y el deber de controlar y dirigir la literatura. Pero toda la experiencia pasada demuestra precisamente lo contrario : siempre que el Estado ha pretendido intervenir en la creación artística, el resultado ha sido desastroso. Aragon y sus amigos cierran los ojos a esta evidencia, o bien nos cuentan que el Estado comunista es una especie de mecenas que colma a los escritores de *datchas* y de ediciones de varios millones de ejemplares, un mecenas persuasivo, pero nunca autoritario ni brutal.

La sangre de los centenares de escritores asesinados por los stalinianos, o que antes que soportar su yugo prefirieron suicidarse, viene a dar un rotundo mentís a estos panegiristas del control del Estado en la literatura. Los escritores de los campos de trabajo, de los calabozos y el destierro, los escritores reducidos al silencio y humillados dan fe continua y elocuentemente de que se trata de una monstruosa falsedad. El Estado omnipresente no sólo controla al escritor, sino que le obliga a la más vil de las hipocresías : a proclamar que ese control, que esa tiranía constituye una ayuda desinteresada a la literatura. Al aplicar a la creación artística métodos que pueden tener una justificación en la industria metalúrgica o en las explotaciones cooperativas —aunque tampoco en estos aspectos suelen dar buenos resultados— colocan a la literatura en el mismo plano que el trabajo en cadena, con normas que hay que acatar, stajanovistas y brigadas de choque. (El Partido comunista chino ha publicado a este respecto estadísticas verdaderamente asombrosas sobre la « producción » de poemas, obras teatrales y relatos.)

La censura reina como dueña y señora en los países del Este. En cuanto un escritor presenta un libro para su publicación, entran en acción por lo menos media docena de censores y supercensores. Seis personas leen y releen cada manuscrito, cada juego de pruebas de imprenta. En ocasiones la opinión favorable de estos seis lectores no se considera suficiente y se anula por el ministro de la « Cultura » o por un dirigente del Partido. He oído hablar de libros que se hallaban ya expuestos en las librerías cuando llegó la contraorden ; inmediatamente se les retiró de la circulación y se les destruyó.

Esa censura —Aragon debe saberlo— se ejerce en dos sentidos. Por un lado, indica al escritor lo que *no debe* publicar ; por el otro, le prescribe lo que *debe* escribir. Por lo que se refiere al primer punto, el proceso es sumamente lento ; a veces se necesitan varios años para que un libro pase por todos los estadios de la censura. Y la censura suele comenzar su trabajo incluso *antes* de que el escritor haya mojado su pluma en el tintero. Por ejemplo, en varios países del bloque soviético algunos escritores, para evitar servir al régimen, se han dedicado exclusivamente a la novela histórica. En vista de lo cual los comisarios del Partido decretaron que las obras históricas eran « demasiado numerosas » y que no podía tolerarse esta forma de « refugiarse en el pasado ». Hace algún tiempo recibí de un escritor, viejo miembro del Partido y favorito del régimen de democracia popular, este grito de desesperación : « He renunciado a la literatura. No se contentan con decirnos a los escritores lo que hay que escribir, sino que incluso se nos fijan tareas individuales. Y ya estoy harto de los « héroes positivos », de los tractoristas stajanovistas y de las bellas muchachas de las explotaciones colectivas. Me es completamente imposible escribir si he de someterme a un modelo obligatorio. »

⁂

Todo régimen comunista anda siempre jugando al ratón y al gato con el artista creador. Los períodos de « deshielo » alternan con las largas noches negras de la represión. Lo que hoy está permitido mañana se convierte en tabú. Y todo ello es la con-

secuencia natural del trágico empeño en querer controlar lo incontrolable, en querer reducir al escritor al papel de burócrata o de obrero de choque.

Esta actitud no afecta sólo a los escritores sometidos al control directo, incluso físico, del Partido, sino también a los autores extranjeros no comunistas. Muchos escritores « compañeros de viaje » y no comunistas han doblado la rodilla ante este ultimátum deliberadamente cínico : dejarse comprar o ser incluído en el índice. En los países comunistas no aparece un solo libro que no hayan escudriñado cuidadosamente los funcionarios del Partido. Y si, con miras a su propaganda, quieren editar a un escritor no comunista francés, italiano o inglés, publican sus obras y a veces incluso le pagan directamente sus derechos de autor. Excusado es decir que a esos libros se les somete a una severa selección.

Hace algún tiempo, cierto país comunista mostró vivos deseos de hallarse representado de nuevo en el seno de una organización literaria internacional, que le había excluído. Esa organización estaba a punto de elegir su nuevo presidente. Inmediatamente, los astutos peticionarios publicaron un libro del candidato designado, con una amplia tirada inicial. Pero, una vez conseguido su propósito y admitidos de nuevo sus representantes en la organización de escritores, los dirigentes del país en cuestión hicieron publicar en el órgano oficial de su partido una crítica demoledora e implacable contra el libro del nuevo presidente. Habían conseguido lo que querían y ya no tenían necesidad del apoyo de aquel escritor extranjero.

Se ha dicho que hoy, gracias al nuevo « deshielo », cualquier libro extranjero puede publicarse en los países del Este, a condición de que no critique directamente a la U.R.S.S. ni la ideología marxista-leninista. Y es cierto que una serie de autores prohibidos durante mucho tiempo en dichos países han podido penetrar en ellos. Pero en general sus libros llevan prefacios y notas adecuadas que orientan al lector, a fin de evitar que « interprete mal » tales escritos ; de modo que, quiéranlo o no, esos escritores no comunistas se ven enrolados al servicio de la política cultural del Partido. « Coexistencia cultural », « intercambio de los tesoros culturales de la humanidad »... : tales son los *slogans* que pueden oírse a cada dos por tres en labios comunistas. Pero lo cierto es que si existen barreras no son las democracias las que las han erigido, sino los países totalitarios. Allí donde esas barreras han caído, la propaganda oficial saludó el hecho como un gran paso hacia adelante, felicitándose por sus concesiones en un terreno donde nunca fue necesaria concesión alguna. Es posible que los pasos de danza de la Ulanova, la música de Shostakovitch o este o el otro film ruso que ha conseguido escapar milagrosamente a las garras de la Agitprop contribuyan a disminuir la tensión mundial y a proporcionarnos cierta comprensión de la mitad soviética del globo. Pero siempre hay algo que agua el placer de la vista, del oído o del espíritu, y ese algo es la intención que se oculta tras esas manifestaciones artísticas. La difusión de las obras de arte en el extranjero no debería organizarse, ni controlarse ni canalizarse, como hacen los soviéticos. Por el contrario, tendría que ser libre. Pero este es un punto de vista que Aragon y sus amigos del Este no compartirán jamás. Un grupo de comunistas de visita en Occidente es siempre una delegación, y una obra de arte es siempre un argumento dialéctico.

Pero no se hace siempre con la literatura lo que se quiere. El menos político de los libros occidentales puede resultar peligroso para el lector ahito de propaganda. Ciertamente, siempre se deslizan algunos libros de este tipo entre las mallas de la red, pero la verdad es que son muy pocos. En cuanto a la literatura que se pretende servir al lector occidental, generalmente produce el efecto contrario al que esperaban los jefes de la propaganda del Partido.

***

¿Y cuál es, en definitiva, el resultado que consiguen todos estos comisarios, todos estos censores literarios, estos redactores jefes, estos directores de propaganda? Lo que nos ofrecen son mercancías de pacotilla, chapuzas.

En los países totalitarios el verdadero escritor, el artista auténtico, o se ve obligado a una especie de clandestinidad o termina

aniquilado. Algunos de los más sensibles se callan o se suicidan, como ocurrió con Mayakowski (a propósito del cual Aragon ha dicho que « no siempre era fácil armonizar la poesía y la política »). Larga es la lista de las carreras literarias truncadas y de las promesas ahogadas en germen. Algunos de los más grandes y famosos autores soviéticos dejaron de producir casi de repente. Los millones de libros salidos de las prensas soviéticas siguen sin lectores, a pesar de las ridículas presiones ejercidas sobre un público sin posible defensa. No es por ello de extrañar que los dirigentes del Partido lancen llamadas cada vez más angustiosas a los escritores rogándoles que produzcan inmediatamente obras maestras, obras que habrán de poder servir al realismo socialista y a la línea imperante del momento. Es también natural que los lectores se lancen ávidamente sobre todo lo que no sea producción en cadena de los plumíferos del Partido. Siempre que se produce una ligera disminución de la presión oficial, un error de la censura o del control central de la edición, los libros se venden por millones de ejemplares, trátese de Hemingway o de Conan Doyle.

Para Aragon y sus colegas, los escritores que languidecen en las prisiones son criminales ; para ellos, todos los virajes de la línea del Partido son inevitables y los aceptan de todo corazón. Ellos están a salvo y desde las posiciones seguras y cómodas que ocupan pueden permitirse el lujo de denunciar y criticar el control y las ineptas instrucciones del Partido, a las que sin embargo habrían de someterse si no vivieran en Occidente.

De todos modos, creo que a veces deben asaltarles dudas y que seguramente existen momentos en que Aragon deja de ser el gran sacerdote del realismo socialista ; momentos de reflexión solitaria en que se atreve a mirar cara a cara a la verdad, en que los fantasmas de Isaac Babel, Fadeev, Mayakowski y otras víctimas, menos conocidas, de la policía política o de su propia desesperación vienen a atormentarle, y en que ya no puede ocultarse a sí mismo que la síntesis de que ha sido esforzado defensor durante tantos años destruye el espíritu creador y ahoga la libertad de expresión.

En esos momentos, Louis Aragon y sus pares merecen la compasión, ya que no el perdón.

PAUL TABORI

Sartre y los caminos de la libertad

CARRERA INFANTE : *¿Cómo explica usted que un país con una gran tradición literaria, novelesca, como Rusia, pierda el cetro de la novela en este siglo y lo reciba Estados Unidos, sin ninguna tradición novelística, trabajando con elementos sociales parecidos?*

SARTRE : *Una explicación posible es que resulta mucho más fácil decir « No » que decir « Si ». Los escritores norteamericanos no tenían más que decir « No » : « No » al medio, « No » a las injusticias sociales, « No » a una tradición puritana. Por otra parte creo que los escritores soviéticos se acostumbraron a obedecer por demasiado tiempo. Aunque yo, de haber sido un escritor soviético, creo que hubiera escogido obedecer.*

(Entrevista del periodista Carrera Infante con Jean-Paul Sartre, publicada en la revista cubana *Carteles*, el 20 de marzo de 1960.)

DOM MORAES

Una hora con el Dalai Lama

ESTABA LLOVIENDO DE NUEVO. *En los jardines de Hyderabad House las lilas goteaban suavemente ; el agua discurría por entre las piedras y se desbordaba de las tazas de las fuentes, de ordinario secas. La gran casa que albergaba al Dalai Lama se hallaba en el centro del jardín, soportando pacientemente la lluvia que se derramaba sobre ella.*

Yo veía todo esto desde fuera, a través del ancho portal guardado por soldados « sikhs ». El coche avanzó hacia el portal y los soldados me pidieron el pasaporte.

— No lo tengo, dije.

— ¡Ah! —exclamó triunfante uno de ellos—. Pues no puede entrar.

— Tengo una cita.

— Vea en la oficina de seguridad —contestó el soldado—.

Me apeé cautelosamente en medio de la lluvia y me condujeron a una tienda de campaña, donde había un hombre triste con un teléfono a su alcance. Cuando le hube expuesto mi caso, tomó el aparato y llamó malhumorado al secretario particular. Poco después alguien contestó por el teléfono, con cierta volubilidad. Al fin el hombre triste inclinó la cabeza y colgó el aparato con disgusto.

— Le esperan a usted. El secretario particular le acogerá a la entrada. No puede pasar con el coche.

Salí con el soldado que me había acompañado. Este abrió el portal y me introdujo en la finca. Iba trotando detrás de mí y me cubría con un pequeño paraguas que sostenía con el brazo tendido. Seguía otro soldado que llevaba el fusil del primero. Así, formando una especie de cortejo fúnebre militar, anduvimos a lo largo de una avenida enlodada, hasta llegar a unos pórticos.

Allí me esperaba un monje con hábito pardo, que me dijo, con poca amabilidad, en inglés :

— Soy el secretario particular. Entre.

Hyderabad House es ahora una residencia para huéspedes del Estado, pero en otro tiempo fue el palacio del Nizam de Delhi, y su zaguán es realmente propio de un palacio : elevada cúpula, suelo de mármol y estatuas carcomidas por todas partes. Varios grupos de lamas, unos vestidos de pardo, otros de negro, hablaban en voz baja, bañados en una especie de luz submarina que se filtraba por la cúpula. Sus rosarios sonaban suavemente al menor movimiento. El secretario particular me hizo sentar en un sofá y salió dando unos pasos prodigiosamente largos, como si nadase, mientras su hábito flotaba a su alrededor. Un joven lama vino a sentarse a mi lado, con cierta timidez.

Me preguntó en excelente inglés si había ido para ver a Su Santidad. Dije que sí. Quiso saber si era periodista. Contesté negativamente. De pronto se echó a reír y apuntándome con un dedo :

— Ya comprendo. Usted es un poeta. Lo veo en sus cabellos.

Para cambiar de conversación, le pregunté dónde había aprendido el inglés. Inquirí también si había venido con el Dalai Lama.

— Sí, fue un viaje horrible. Prefiero no acordarme.

Al llegar a este punto, el secretario particular volvió rápidamente acompañado de un funcionario indio, al parecer extenuado, y de un esbelto joven « sikki » vestido con una túnica. El funcionario dijo con énfasis :

— ¿Ya sabe usted que la condición para ser admitido a esta audiencia es que no haga preguntas políticas?

Asentí con la cabeza.

— Le ruego que se atenga a ello. Hay, además, otras cosas. No toque a Su Santidad. Es un sacrilegio. Una vez terminada la audiencia no vuelva la espalda a Su Santidad. Salga de la sala andando hacia atrás. Haga el favor de no dirigir tampoco a Su Santidad preguntas indiscretas.

— ¿Qué entiende usted por preguntas indiscretas?

— No pregunte a Su Santidad si cree que es un dios.

— Nunca se me hubiera ocurrido hacerlo —repuse sinceramente.

Hizo una seña al sikkimés, diciéndome :

— Este señor es su intérprete. Por favor, no olvide que no traducirá las preguntas políticas. Su Santidad le recibirá ahora.

El intérprete me condujo a la salida del zaguán, a lo largo de un corredor alfombrado que desembocaba en un patio cuadrado. Este patio había tomado ya el aspecto de una lamasería : lo mismo que en el zaguán, se veían aquí grupos de lamas, conversando. Dos o tres de ellos estaban sentados sobre esteras y agitaban sus molinos de oraciones. El bordoneo de sus rezos llegó hasta mí a través del aire refrescado por la lluvia.

El intérprete se detuvo ante una puerta lateral del patio, murmurando :

— Prepárese usted.

Después entró en la sala y yo le seguí. Era una gran estancia, llena de sofás y de mesitas volantes, que daba al jardín. En el centro de esa inmensa superficie alfombrada, el Dalai Lama estaba de pie, sonriendo. Sus fotografías me habían dado siempre la impresión de una persona con un cuerpo largo y una cabeza enorme. De ahí que me sorprendiera ver a un joven alto, vigoroso, de anchos hombros.

Tenía la tez clara y las mejillas sonrosadas. Su hábito pardo estaba abierto por el cuello, dejando ver una camisa de color canela. Avanzó hacia mí, y me estrechó la mano con extraordinaria firmeza. El intérprete estaba nervioso y trataba de dirigirnos hacia uno de los varios sofás. Al fin, el Dalai Lama escogió uno junto a la ventana, lo señaló resueltamente y me miró sonriendo. Hizo un ademán, diciendo en inglés:

— Siéntese, por favor.

Era un sofá enorme que trepidó cuando me hundí en él. El Dalai Lama se sentó a mi lado y el interpréte acercó una silla y se instaló frente a nosotros. El Dalai Lama cruzó las piernas tranquilamente y por debajo de su hábito vi asomar unas abarcas pardas y unos calcetines rojos listados de amarillo. Inició la conversación. Su voz era grave y clara, y hablaba con cierta rapidez, dando la impresión de una gran vivacidad. Se expresaba en tibetano, pero sin apartar de mí sus inteligentes ojos castaños. El intérprete tradujo :

— A Su Santidad le gustaría mucho leer poesías de usted. ¿Podría mandarle algunos poemas?

— Indudablemente. ¿Ha leído Su Santidad mucha literatura, fuera de la tibetana?

— Su Santidad conoce todas las literaturas del mundo.

Como si no hubiera oído esa fatuidad, pregunté :

— ¿Existe una literatura secular en el Tibet? ¿La reciente revolución, por ejemplo, ha dado origen a alguna obra literaria?

El intérprete lo tradujo. Al dirigirse al Dalai Lama le llamaba « Kundun », título tibetano que significa « Presencia ». Al final de cada frase esbozaba un leve ademán de sumisión con la mano y hacía un movimiento de cabeza. « Kundun » reflexionó lentamente y contestó a mi pregunta.

— Su Santidad dice que no tiene conocimiento de ninguna obra, pero que debe de haberlas. La dificultad es que, si hubiera algún manuscrito de esta clase, estaría en el Tibet y no en la India.

— En el caso de encontrarse alguno, me gustaría tratar de traducirlo, si Su Santidad creyese que de este modo podía ayudarse a la causa del Tibet.

Cuando se tradujo esta frase, el Dalai Lama asintió con la cabeza, sonriendo anima-

damente. Se inclinó hacia adelante, me dio una palmada en la rodilla y dijo algo.

— Su Santidad le agradece su interés por el pueblo tibetano. Espera poder enviar algunos jóvenes de su país a la Universidad de Oxford y a otras del Occidente. Verá si cuenta con medios para ello y, si es posible, los enviará.

— ¿No cree Su Santidad que los jóvenes educados en una sociedad exclusivamente oriental como la tibetana pueden encontrar dificultades en Occidente?

Con sorpresa mía, el Dalai Lama empezó a responder sin esperar la traducción. Al principio movió la cabeza con énfasis, después continuó hablando rápidamente, acompañándose con animados movimientos de su mano larga e inteligente, y alguna vez llegaba a darme una palmada en la rodilla. Sonreía sin cesar, pero generalmente de una manera algo extraña, con las comisuras de la boca hacia abajo. Sólo cuando le divertía o interesaba realmente la cuestión, subían las comisuras, las mejillas se coloreaban y le brillaban los ojos. Ahora estaba explicando algo desagradable y su sonrisa era pesimista.

— Su Santidad dice que los chinos han alterado ya la composición de la sociedad tibetana, introduciendo en ella elementos occidentales. Para eso han empleado la fuerza y la violencia, pero la transformación de la vida es tan grande que los tibetanos no podrán volver nunca más a su antiguo sistema. El Tibet habrá de occidentalizarse progresivamente.

Recordé la huída del Dalai Lama de Lhassa :

— Se ha dicho que cuando Su Santidad abandonó el Potala, una enorme polvareda impidió que los chinos le viesen. Algunas gentes creyeron que esa especie de tempestad había sido enviada por la Providencia. ¿Lo cree también Su Santidad?

Su Santidad se encogió de hombros y pronunció unas palabras.

— « Kundum » dice que en esa época del año hay muchas tormentas en el Tibet.

Al oirlo me reí. El Dalai Lama se rió también y me dio otra palmadita en la rodilla.

— ¿Cómo se sintió Su Santidad durante la huída?

La respuesta fue breve :

— Nervioso.

— ¿Su Santidad tiene algún recuerdo de su infancia, antes de ser elegido como Lama?

El Dalai Lama afirmó con un movimiento de cabeza.

— ¿Recuerda con claridad esa época? ¿Se sentía distinto de los demás niños?

El Dalai Lama se quedó pensativo. Sus largas manos se agitaron en el aire, como si quisiera esbozar la imagen de la infancia, pero acabó por denegar con un leve gesto. El intérprete tradujo :

— Su Santidad no tiene ningún recuerdo especial de esa parte de su vida. No puede decir si se sentía distinto de los otros niños, porque carece de puntos de referencia. Pero su madre le decía siempre que era el niño más bullicioso que había visto.

El Dalai Lama me observaba atentamente durante la traducción. Cuando el intérprete llegó a la última frase, una chispa de expectación pasó por sus ojos, y al verme reír, se rió conmigo encantado. Se inclinó para decir algo al intérprete.

— « Kundun » desea saber si le hace usted más preguntas.

— No, si él no lo desea.

El Dalai Lama pareció satisfecho cuando se enteró. Sonrió, se frotó las manos como un chico y volvió a hablar con el intérprete.

— Su Santidad dice que es mejor que no le dirija más preguntas, porque así podrán conversar como es debido. Siente no poder hablar en inglés. Lo está aprendiendo, pero aún no lo habla bien. Desea saber qué ha estudiado usted en Oxford.

Así es como me encontré hablando de exploradores, patronas de pensiones, del papel que desempeña el « pub », etc., etc.

El Dalai Lama escuchaba atentamente, interrumpiéndome alguna vez para hacer preguntas : ¿Qué era un « punt »? ¿Cómo era el uniforme académico? ¿Por qué se cerraban los colegios a medianoche?

Al fin cambió de asunto rápidamente.

— « Kundun » desea saber cuántos países ha visitado usted.

Y cuando se los hube enumerado, añadió :

— ¿Cuántos idiomas conoce?

Al oír la respuesta, el Dalai Lama se inclinó hacia mí para preguntar interesado :

— ¿Español?

Negué con la cabeza y le dije :

— Francés, algo de alemán, algo de griego.

El Dalai Lama, al parecer decepcionado, insistió :

— ¿Y español, no?

— Diga a Su Santidad que no hablo español. ¿Por qué le interesa tanto el español?

— Ha visto un libro con vistas de España. Le parece un país muy hermoso. Desearía poder visitar a Oxford, viajar por los países de Europa, especialmente por España.

— ¿Tiene el propósito de viajar mucho?

El Dalai Lama parecía triste por primera vez. Mientras hablaba, sus manos yacían inertes en su regazo.

— « Kundun » dice que los viajes sólo pueden interesarle hasta el punto en que le sirvan para ayudar a su patria. Tal vez visite algún país budista, y si el caso del Tibet fuere llevado ante las Naciones Unidas, podría ir a América ; pero la India será siempre su base, por la proximidad con su país.

El Dalai Lama volvía a hablar con lentitud y tristeza. Su rostro se había ensombrecido y recobrado su serenidad. Habló largo rato y cuando terminó, el intérprete parecía nervioso.

— No puedo traducir esto.

— ¿No puede darme la esencia de lo que dice Su Santidad?

Y de pronto el Dalai Lama levantó la voz y, fríamente, concretamente, pronunció unas pocas palabras : pero el intérprete le miró a la cara y empezó a traducir rápidamente.

— « Kundun » dice que no lejos de aquí hay mucha gente que habla de paz, sinceridad y buena voluntad. Están dando constantemente lecciones a los demás sobre estas cosas. Hacen promesas en nombre de la paz y de la buena voluntad, pero cuando llega la hora de cumplir esas promesas, faltan a su palabra. Esto constituye un peligro tan grande como el militarismo agresivo, en otra forma.

Parecía vacilar.

— « Kundun » dice que actualmente hay dos grandes fuerzas en el mundo. Una es la fuerza del pueblo con poder, con ejércitos para imponer ese poder, y con un territorio donde reclutar los ejércitos. La otra es la fuerza de los pobres y desposeídos. Ambas fuerzas están en perpetua lucha, y se sabe con seguridad quien perderá.

El Dalai Lama añadió algo. El intérprete volvió a titubear, pero sorprendiendo la mirada del Dalai Lama tartamudeó una observación muy curiosa.

— Su Santidad dice que ésta es la razón de que haya hoy tantos suicidios en el mundo.

El Dalai Lama volvió a hablar y el intérprete dijo :

— Si esto no cambia, el mundo perecerá, dice « Kundun ». Por consiguiente, todo poeta, todo religioso, todo dirigente político debería luchar hasta su muerte contra esta división.

— ¿Cómo cree que habrían de proceder los poetas?

El Dalai Lama inició una larga respuesta, evidentemente detallada. Subrayaba cada punto con una palmada sobre mi rodilla.

Cuando hubo terminado, pregunté :

— ¿Qué ha dicho « Kundun » ?

El intérprete, al parecer desconcertado, contestó :

— Dice que los poetas deben insertar referencias al Tibet en sus poemas.

El Dalai Lama hizo un movimiento de desánimo con la cabeza y de pronto se echó a reír. Volvimos a reírnos juntos, lo que era muy simpático. Me di cuenta de que llevaba allí más de una hora y que debía marcharme. Nos pusimos de pie y el Dalai Lama rodeó con su brazo mis hombros, en un ademán amistoso. Entonces advertí que tenía pecas en la nariz.

Me estrechó la mano con la misma firmeza que antes y se apartó para cederme el paso. Recordé lo que me habían dicho de no volverle la espalda. Por lo tanto, empecé a andar hacia atrás como los cangrejos. El Dalai Lama me miró durante un momento. Luego, súbitamente, avanzó unos pasos, dejó caer las manos sobre mis hombros y me hizo dar media vuelta hasta que estuve de cara a la puerta. Me dio un empujoncito afectuoso y oí su risa detrás de mí.

Al otro lado de la puerta se hallaban los severos lamas viejos pasando las cuentas de sus rosarios con sus dedos nudosos. « Kundun » seguía de pie, solo en medio del salón, como cuando entré. Le saludé con la mano a distancia. Me correspondió con otro saludo y su grata sonrisa reapareció un instante sobre su rostro.

Después me marché.

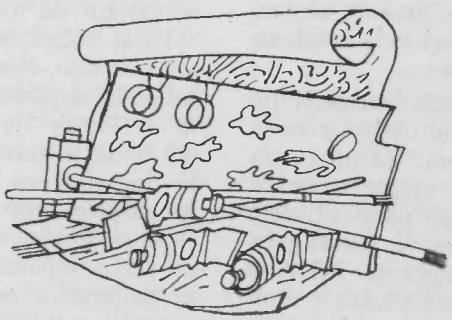
DOM MORAES

bellas artes

Rufino Tamayo: de la crítica a la ofrenda

POR OCTAVIO PAZ

La experiencia estética es indecible. Reducida a su forma más inmediata y pura es un placer, esto es, un tipo particular de relación con un objeto real o imaginario que suspende, así sea momentáneamente, nuestra facultad razonante. El objeto nos seduce y la fascinación que ejerce sobre nosotros va de la beatitud a la repulsión, del agrado al dolor. Aunque la gama de sensaciones es casi infinita, todas ellas tienen en común paralizar nuestra razón y cuando no la perdemos del todo, el placer la transforma y de reina la convierte en cómplice de nuestras sensaciones. Protagonista o escandalizado e impotente censor, el juicio participa en nuestro desvarío. Su luz ilumina la representación de una acción insensata, guía los pasos de la pasión o le opone ilusorios obstáculos. Es un elemento más, un nuevo condimento del extraño brebaje, la espuela que apresura o retarda la carrera. ¿Cómo escribir sobre arte y artistas sin abdicar de nuestra razón, sin convertirla en servidora de nuestros gustos más fatales y de nuestras inclinaciones menos premeditadas? Nuestros gustos no se justifican ; mejor dicho, satisfacerse, encontrar el objeto que desean, es su única justificación. A mis gustos no los justifica mi razón, sino aquellas obras que los satisfacen. En ellas, no en mi conciencia, encuentro la razón de mi placer. Pero poco o nada puedo decir sobre esas obras, excepto que me seducen de tal modo que me prohiben juzgarlas y juzgarme. Están más allá del juicio, me hacen perder el juicio. Y si me decido a juzgar, no me engaño ni engaño a nadie sobre el verdadero significado de mi acto ; lo hago sólo para añadir placer a mi placer.



Tal es, o debería ser, el punto de partida de toda crítica. Y tal es su primer alto. ¿Pues si, a la luz de la reflexión, mi placer se evapora? No me quedaría más remedio que confesar que mis sentidos se engañaron y me engañaron. Me hicieron pasar por pasión fuerte y duradera lo que era apenas una sensación fugitiva. El juicio me enseña a desconfiar de mis sentidos y emociones. Pero los sentidos son irremplazables. El juicio no puede substituirlos porque su oficio no es sentir. Tendré que adiestrarlos, hacerlos a un tiempo más fuertes y más delicados, ora resistentes, ora frágiles ; en una palabra, más lúcidos. Oiré con la vista y con la piel, me cubriré de ojos. Todo, el juicio mismo, será tacto y oreja. Todo deberá sentir. Pero también

pensaré con los ojos y con las manos : todo deberá pensar. Aunque la crítica no destrona al sentir, se ha operado un cambio : el juicio ya no es un criado sino un compañero. A veces un aliado, otras un cómplice, y siempre un testigo exigente e insobornable. Penetra conmigo en el mundo cerrado de las obras y aunque mis ojos, mis oídos y mi tacto, la emoción y el instinto, van adelante, él (ciego, sordo e impasible) ilumina sus pasos. Si me acerco al cuadro para escuchar su palpitación secreta (la marea del rojo, el lento ascenso del verde hacia las frías superficies) él toma el pulso a la fiebre. Deshace y rehace el objeto que contemplo y descubre que aquello que me parecía un organismo vivo sólo es un ingenioso artefacto. Poco a poco me enseña a distinguir entre las obras vivas y los mecanismos. Nada me dice sobre el misterio de la creación, pero me revela los secretos de las astutas fabricaciones y traza así la frontera entre arte e industria artística. En fin, al gustar las obras, las juzgo ; al juzgarlas, gozo. Vivo una experiencia total, en la que participa todo mi ser.

La crítica no sólo hace más intenso y lúcido mi placer, sino que me obliga a cambiar mi actitud ante la obra. Ya no es un objeto, una cosa, algo que acepto o rechazo y sobre lo cual, sin riesgo para mí, dejo caer una sentencia. La obra ya forma parte de mí y juzgarla es juzgarme. Mi contemplación ha dejado de ser pasiva : repito, en sentido inverso, los gestos del artista, marcho hacia atrás, hacia el origen de la obra y a tientas, con torpeza, rehago el camino del creador. El placer se vuelve creación. La crítica es imitación creadora, re-producción de la obra. Cierto, el cuadro que contemplo no es idéntico al del pintor. Me dice cosas que no le dijo al pintor. No podría ser de otro modo, ya que lo ven dos pares de ojos distintos. No importa : gracias a la crítica ese cuadro es también obra mía. La experiencia estética es indecible, no incomunicable ni irrepetible. Nada podemos decir sobre un cuadro, salvo acercarlo al espectador y guiarlo para que repita la prueba. La crítica no es tanto la descripción de una experiencia, en sí misma indecible, como la historia de unos hechos y gestos (en el sentido épico de la palabra) que la consumaron y la convirtieron en

OCTAVIO PAZ

obra. Acto, obra : gesta. Tal es, o debería ser, el fin de toda crítica.

Estas reflexiones se me ocurrieron, casi a pesar mío, cuando me disponía a escribir sobre la exposición de Rufino Tamayo en la « Galerie de France ». Quizá no sean del todo ociosas, si se piensa que, contra lo que muchos creen, la obra de Tamayo no es sólo hija del instinto sino de la crítica. Además, singularidad sobre la cual no se ha reparado bastante, para este artista la pintura es tanto crítica como invención de realidades. El caso de Tamayo comprueba, una vez más, que la creación implica una actividad crítica en diversos niveles : el artista está en lucha con el mundo y en un momento o en otro de su vida ha de poner en tela de juicio la realidad, la verdad o el valor de este mundo ; en lucha con las obras de arte que lo rodean, contemporáneas o del pasado ; y sobre todo y ante todo, en lucha consigo mismo y con sus propias obras.

Cuando Tamayo empezó a pintar, la pintura mural mexicana había alcanzado su mediodía. No me parece legítimo, como es ahora costumbre, desdeñar este movimiento. Su importancia fue capital no sólo para México sino para toda América. Su influencia fue particularmente profunda en los Estados Unidos, durante el decenio

1929-1939, es decir, en el período inmediatamente anterior a la aparición, casi explosiva, de los grandes pintores norteamericanos. Muchos de los « expresionistas-abstractos » trabajaron en los « Proyectos Federales de Arte » de la época de Roosevelt, tentativa inspirada, al menos parcialmente, en el movimiento mexicano. En el momento en que Tamayo inicia su obra, la pintura mural se había convertido ya, de espontánea experiencia, en escuela. No tardaría en degenerar en fórmula. Pero el peligro residía no sólo en el agotamiento del lenguaje pictórico, sino en las pretensiones ideológicas del movimiento. En esos días se hablaba, casi siempre en tono inapelable, de « arte nacional », noción que ya se confundía con otras no menos vagas, como la de « arte proletario ». (Su mezcla, años más tarde, serviría de levadura al « realismo socialista »). La sumisión o la heterodoxia eran los caminos que se abrían a los artistas. Tamayo escogió la heterodoxia y, con ella, la soledad y la crítica. En primer término rehusó reducir su arte a una forma más de la retórica política ; en seguida, decidió oponer al llamado estilo nacional de pintura un lenguaje personal de pintor, es decir, se resolvió a crear, a buscarse a sí mismo, en lugar de repetir a los otros.

Invención del romanticismo alemán, la idea de un arte o estilo nacional reaparece con cierta periodicidad y conquista en los lugares más apartados entre sí, la adhesión de los espíritus más antagónicos y dispares. Es indudable que las artes expresan (entre otras cosas acaso más profundas) el temperamento de cada nación. Pero no hay nada menos estable que un temperamento, siempre sujeto al cambio, a la acción combinada de los elementos y del tiempo. Temperamento colinda con temperatura. Más determinante que el inasible carácter nacional es el acento individual de cada artista, a menudo en lucha con su gente y con su medio. Por lo demás, las fronteras de los estilos casi nunca coinciden con las de las naciones. Los estilos son más vastos, engloban a muchos países, son internacionales. ¿El estilo gótico (ya el nombre es una trampa) es francés o alemán? ¿El barroco es italiano, español, germano? La poesía lírica italiana nace del estilo provenzal (quizá importado de la España musulmana, que a su vez...). Curtius ha mostrado que nuestras literaturas, desde el siglo XII, son una literatura : la europea. Sin Petrarca, no habría Garcilaso ; ni Corneille sin Alarcón ; ni poesía moderna en inglés, ruso o japonés sin Baudelaire y los simbolistas franceses. A partir del siglo XVI la literatura europea conquista paulatinamente América, Rusia y hoy el mundo entero. Y a medida que se extiende y triunfa, deja de ser europea.

Los estilos son temporales ; no pertenecen a los suelos sino a los siglos. Son manifestaciones del tiempo histórico, la forma de encarnación del espíritu y las tendencias de una época. Los estilos son viajeros y van de un lugar a otro. Viajan de acuerdo con los medios de locomoción de su tiempo : en la Edad Media con los peregrinos y los caballeros, en el Renacimiento con los soldados y los embajadores. La rapidez casi instantánea con que en nuestros días se trasportan los estilos no es una prueba de fertilidad. El tiempo de la comunicación y de la información no es el tiempo de la germinación espiritual. El catarro despobló países enteros y cierta pintura abstracta puede ser mortal para muchos pintores latinoamericanos. Un estilo se transforma en una enfermedad contagiosa si aquellos que lo abrazan no ofrecen resistencia. Pero si le oponen demasiada, el estilo se angosta y muere. La fecundidad de un estilo depende de la originalidad del que lo adopta. Entre el artista y el estilo se entabla una lucha que sólo termina con la muerte de uno de los contendientes. Un verdadero artista es el sobreviviente de un estilo. Resuelto a vivir, Tamayo no tuvo más remedio que enfrentarse a la « escuela mexicana de pintura ». Abandonó la visión estereotipada de la realidad (punto de congelación de los estilos) y se lanzó a ver el mundo con otros ojos. Lo que su mirada le reveló fue, naturalmente, algo increíble. ¿Pero no es esa una de las misiones del pintor : enseñarnos a ver lo que no habíamos visto, enseñarnos a creer en lo que él ve?

Algunos artistas aspiran a ver lo nunca visto ; otros, a ver como nunca se ha visto. Tamayo pertenece a la segunda raza. Ver el mundo con otros ojos, en su caso, quiere decir : verlo como si nunca se hubiese vis-

to y su mirada fuese la primera mirada. Visión brutal e inmediata, limpidez casi inhumana a veces, muy pocas, conseguida por unos cuantos artistas. Entre nuestra mirada y el mundo se interponen las imágenes previamente manufacturadas por el hábito, la cultura, los museos o las ideologías. Lo primero que debe hacer un pintor es limpiarse los ojos de las telarañas de estilos y escuelas. La experiencia es vertiginosa y literalmente cegadora : el mundo nos salta a los ojos con la ferocidad inocente de lo demasiado vivo. Ver sin intermediarios : aprendizaje penoso y que nunca termina. Tal vez por esto los pintores, al revés de lo que sucede con los poetas, crean sus obras más frescas al final de sus días : ya viejos logran ver como niños. Ascetismo de la visión : que la mano obedezca al ojo y no a la cabeza, hasta que la cabeza deje de pensar y se ponga a ver, hasta que la mano conciba y el ojo piense. Ver el mundo como si nunca se hubiera visto antes es verlo con todo el cuerpo y el espíritu, recobrar la unidad original para reconquistar la mirada original. La primera mirada : la mirada que no es antes ni después del pensamiento, la mirada que piensa. El pensamiento de esa mirada arranca la cáscara y la costra del mundo, lo abre como un fruto. La realidad no es lo que vemos, sino lo que descubrimos. Pintar, para Tamayo, fue (y es) aprender a ver, afilar la mirada para penetrar la realidad y descubrirle las entrañas. Al iniciar su camino, tuvo que desechar la idea estilizada de la realidad que le ofrecían los pintores mexicanos de la generación anterior. Apenas empezó a verla con ojos limpios, la realidad dejó de ser una presencia estable y dócil. Se erizó, comenzó a cambiar, se volvió un surtidor de enigmas. Verla fue desnudarla, y más : desollarla, pintarla, combatirla, apresarla. De un salto Tamayo pasó de la crítica de las ideas a la crítica del objeto. Sin moverse de su sitio, se encontró en plena pintura moderna, es decir, en otro mundo. Los viajes reales (París, Nueva York, Roma) no tardarían en suceder a este primer salto espiritual. Pero nada de esto se hizo pensando, sino pintando. Tamayo no es un hombre de ideas sino de actos pictóricos.

A lo largo de los años, a pesar de los cambios, rupturas, variaciones y búsquedas en todas direcciones, Tamayo ha sido fiel a su actitud inicial. A primera vista su tentativa puede parecer contradictoria. Ver el mundo con otros ojos significa dos cosas distintas : verlo con ojos nuevos y verlo con ojos que no son los nuestros. En el caso de Tamayo esos ojos extraños son los de la pintura universal y, sobre todo, los del arte moderno. La visión universal parece oponerse o, mejor dicho, superponerse, a la mirada personal. La contradicción se disuelve si se piensa que para todos los artistas verdaderos el arte moderno no es tanto una escuela como una aventura. Experiencia más que lección, aguijón para inventar y no modelo que debemos repetir. Un camino. Y un camino que cada uno ha de hacerse y por el que debe caminar a solas. Lo que le enseñó la pintura moderna a Tamayo fue el camino más corto hacia sí mismo. Gracias a la pintura universal pudo ver con otros ojos, los suyos, el mundo de formas prodigiosas y de imágenes elementales de su infancia y de su pueblo. Recobró los ojos antiguos y nuevos del recién desenterrado arte mexicano : pudo verse a sí mismo. A un artista tan ricamente dotado, dueño por derecho propio de un universo de formas y colores a un tiempo monumentales y alados, sobrios y delirantes, no podía hacerle daño el contacto con las grandes obras contemporáneas. Más bien es cierto lo contrario : esos contactos producen chispas, iluminaciones.

La obra de Tamayo se despliega en dos direcciones : por una parte, guiado por su poderoso instinto, es una constante búsqueda de la mirada original ; por la otra, es una crítica del objeto, esto es, una búsqueda igualmente constante de la realidad esencial. No hay dispersión porque los dos caminos se cruzan. La crítica, la pintura intelectual, es una suerte de vía purgativa. Es un ejercicio ascético destinado a fortalecer el instinto más que a domarlo, como la compuerta que se alza precisamente en el momento en que es más imperiosa la presión de las aguas. Gracias a la crítica, no a pesar de ella, Tamayo sigue siendo un pintor instintivo (pues eso es lo que es realmente). Sólo que se corre el riesgo de mutilarlo si se comprende demasiado lite-

ralmente la palabra instinto. El arte popular mexicano es instintivo, en el sentido en que es una tradición, un gesto que se repite desde hace siglos. La maestría de los artistas populares no evoca la idea de esfuerzo, sino la de espontaneidad. Pero el arte olmeca o el totonaca, no menos sino quizá más espontáneos que el popular, no son una herencia, una maestría : son un comienzo, la fundación de una tradición. Son una respuesta espontánea y directa a la realidad, pero también son una invención. Y por eso son una geometría. Una visión del mundo. Cada línea es una analogía, una respuesta o una pregunta a la otra línea, a la otra imagen. Las grandes obras plásticas precortesianas simultáneamente son tratado, discurso e himno. La variedad y riqueza de elementos se resuelve en unidad gracias a un rigor geométrico que es asimismo rigor intelectual. Cada objeto es una constelación de alusiones. Todas estas obras, sin excluir las menores, son *composiciones*. Pues bien, la palabra composición, y su contrapartida, instinto, son claves de la pintura de Tamayo.

La naturaleza de este pintor lo lleva a un arte directo, a veces expresionista, otras poético (popular o mítico : de ahí sus coincidencias con Miró y algunos surrealistas). Al mismo tiempo, cierta predisposición de su espíritu, no sin antecedentes en el arte precortesiano, como se ha visto, lo acerca a Braque y otros pintores reflexivos. Las dos tendencias sostienen un diálogo en el interior de su pintura : fija mirada que descompone y rehace el objeto, mirada que no vacilo en llamar inquisitiva, porque en su fijeza hay un amor implacable e inhumano ; y frente a ella, el esplendor de un astro carnal, una fruta, una forma de barro negro y piedra verde, un cielo nocturno, el ocre, el rojo, la danza de los colores aullando alrededor del hueso blanco, hueso de muerte y resurrección. Pintura dual que sólo alcanza la unidad para desgarrarse y de nuevo volver a reunirse. La vitalidad del arte de Tamayo depende de la convivencia de estas dos tendencias. Apenas una de ellas prevalece en exceso, el artista vacila. Si la crítica triunfa, la pintura se seca o languidece ; si el instinto domina, cae en un expresionismo crudo. El equilibrio no se logra, sin embargo, con la tregua de los contrarios. Para vivir, esta pintura necesita pelear consigo misma, alimentarse de sus contradicciones. Ni la inmovilidad ni el movimiento, sino la vibración del punto fijo. El centro, el punto sensible.

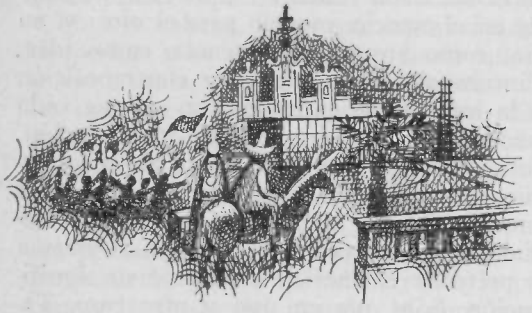
Lo primero que impresiona al visitante de la reciente exposición de Tamayo, si por un instante se defiende de la seducción de los colores, es el rigor. La reflexión pictórica alcanza aquí un refinamiento extremo, una osadía y una delicadeza que hacen pensar a veces en una suerte de cubismo renovado y otras en las experiencias más arriesgadas de la pintura abstracta. Cubismo porque muchos de los cuadros expuestos, además de ser sólidas construcciones plásticas, son una despiadada investigación del objeto, en su triple función : como cosa en el mundo ; como forma aislada en el espacio, modelo para el ojo ; y, en fin, como arquetipo o esencia, como idea. Pintura abstracta pura (por contraposición a la informal o expresionista) porque cada uno de estos cuadros es una investigación, un análisis y una recreación de la materia como materia, esto es, como materia precipitada, por decirlo así, en su « materialidad », materia que se ve a sí misma y pretende extraer de sí misma su significación. Sólo que en uno y otro caso, Tamayo se propone algo distinto ; algo que consigue plenamente en sus momentos más altos : ni crítica del objeto ni inmersión en la espesura de la materia, sino una suerte de transfiguración del mundo que no me atrevo a llamar poética, aunque lo es, porque la palabra se ha gastado con el uso inmoderado. Algunos de sus cuadros últimos nos revelan al mejor Tamayo, al más secreto. Un Tamayo casi sin rostro, apenas personal, muy viejo y muy joven, recién despertado de un sueño de siglos. Esos cuadros no son una crítica del objeto. No, esta pintura no es metafísica ni cirugía. Dije más arriba que su mirada era de inquisición ; debí escribir : sacrificio. Mirada-pedernal que atraviesa el objeto-ofrenda. Entre la muerte y la vida el sacrificio traza un puente : el hombre. Y por eso su pintura a veces nos parece una de aquellas esculturas aztecas que revestían con una piel humana. El sacrificio es transfiguración.

OCTAVIO PAZ

crónicas

VICTOR ALBA

Obstáculos a la unidad iberoamericana



Desde que Bolívar convocó el Congreso de Panamá, a comienzos del segundo cuarto del siglo pasado, ha habido numerosas tentativas —teóricas las más, algunas con intención práctica— de establecer cierta unidad entre los países latinoamericanos. Durante muchos decenios, fueron Estados Unidos los que miraban con desconfianza estas intenciones. Washington prefería tratar por separado con veinte países débiles que con una confederación o alianza de estos países, que al unirse habrían no ya sumado, sino multiplicado su fuerza.

Poco a poco fue decreciendo la oposición norteamericana hasta que, hace unos años, Washington aceptó la idea y cesó de oponerse a ella. Más todavía : apoyó, por ejemplo, expresiones prácticas de esta vieja aspiración, como el Mercado Común (todavía en elaboración), el Banco Interamericano de Desarrollo (ya en funcionamiento), y la ODECA (Organización de Estados de Centroamérica) y ahora un Banco Centroamericano de Integración Económica. Más aún: Estados Unidos son hoy los que de un modo más tenaz presionan para que la OEA (Organización de los Estados Americanos) se convierta en el organismo que recoja y dé forma jurídica y práctica a estos anhelos de unidad.

Los propios gobiernos latinoamericanos, que mientras estuvieron en poder de oligarquías, dictaduras militares o demócratas tradicionalistas no se mostraron muy activos en la busca de medios de unión y se contentaron con la retórica simbolizada en la frase « nuestras Repúblicas hermanas », hoy, dirigidos muchos de ellos por demócratas modernos y continentalistas, han comenzado a encontrar formas de unidad. Hay diversas maneras de enfocar esta unidad, distintos puntos de vista sobre las etapas de la misma y los objetivos inmediatos que deben fijársele.

Desde que Víctor Raúl Haya de la Torre fundó en 1924 el APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana), se han multiplicado los estudios sobre las posibilidades de unidad continental. Unos la ven sólo latinoamericana ; otros, interamericana, con inclusión de Estados Unidos y Canadá. Unos desean que comience por las cuestiones económicas, otros por las culturales, otros en fin quisieran que tuviera su expresión política desde el principio. Se ha señalado que esta unidad debería conducir, por ejemplo, a la formación de un Ejército continental de carácter técnico, que permitiera acabar con el cáncer del militarismo y

mejorar la defensa continental. Se ha indicado, asimismo, que una reforma agraria continental, financiada con fondos internacionales públicos, está dentro de las posibilidades del presente. Se insiste en la urgencia de establecer un plan para coordinar la industrialización y el desarrollo económico en general, con el fin de evitar despilfarros y duplicidades costosas.

Es alentador, en suma, ver que en esta época de nacionalismos —a la que América Latina no escapa—, existe una tendencia poderosa en los medios intelectuales y políticos, y hasta en eso que llaman los círculos gubernamentales y diplomáticos, a superar este nacionalismo para convertirlo en continentalismo. Las condiciones objetivas existen : unidad de lengua y de organización política (salvo cuatro islotes de dictadura), similitud de problemas, identidad de aspiraciones. Existe también la condición subjetiva primordial : la conciencia de la necesidad de la unión. Se han vencido, pues, los dos obstáculos mayores : la pasividad gubernamental y la desconfianza norteamericana.

Pero ha surgido, entre tanto, otro obstáculo : el deseo soviético de evitar esa unidad.

* * *

La URSS se ha opuesto siempre a las tentativas de unidad entre países, incluso entre sus satélites. Recuérdese que en 1945, Dimitrov y Tito hablaban de la alianza balcánica y que de repente se callaron cuando Moscú dijo que era prematura. Los comunistas se han manifestado hostiles a todas las formas de unión europea y en regiones donde la unión de varios países ofrece evidentes ventajas (Sudeste de Asia, Africa Negra, el Magreb, el Cercano Oriente), los comunistas, ya en la oposición, ya infiltrados en algunos regímenes, no han hecho nada o se han opuesto a ella.

La unión es, en esas regiones, un elemento poderoso para facilitar la solución de los problemas vitales y para amortiguar los peligros del nacionalismo localista. La unión puede, en ciertos casos, crear condiciones que hagan posible una política internacional propia, difícil de influir, que conduzca al desvanecimiento gradual de los motivos, reales o supuestos, de desconfianza o resquemor de esos países con respecto a Occidente. La URSS no desea que nada de esto ocurra, porque con ello desaparecerían factores de perturbación, focos de malestar, estados de ánimo antioccidentales que hoy son buen terreno para la propaganda comunista y posibles instrumentos de maniobra de la diplomacia soviética.

¿Por qué habría de ser distinta la situación en América Latina?

* * *

Unos ejemplos de nuestra historia reciente demostrarán que esta oposición comunista a las tentativas de unión y hasta a crear condiciones favorables a la unidad, no es simplemente retórica de propaganda, sino que adopta formas activas.

El APRA fue el primer movimiento organizado que tuvo en su programa reivindicaciones continentalistas. Aunque esto no era sin duda el motivo principal de la enemiga comunista al APRA, lo cierto es que los comunistas acosaron constantemente a dicha organización. Si este acoso hubiese sido eficaz, la tendencia a la unidad representada por el APRA habría sufrido considerablemente. Pero los comunistas han sido incapaces de impedir el desarrollo del aprismo como doctrina continental y como movimiento peruano.

Otro ejemplo : cuando se creó la ODECA (Organización de Estados Centroamericanos), a comienzos del decenio de 1950, Guatemala formaba parte de esta organización ; todos los partidos guatemaltecos de la época se declaraban partidarios de la unidad centroamericana ; el único que no tenía en su programa este objetivo era el Partido Guatemalteco del Trabajo (comunista). Sin embargo, Guatemala se separó de la ODECA en 1953, cuando los comunistas ejercían una influencia determinante en el régimen del coronel Jacobo Arbenz.

La CTAL (Confederación de Trabajadores de América Latina) afiliada a la FSM comunista, no tiene en su programa ningún punto en que se propugne por la unidad continental ; de igual modo, este punto brilla por su ausencia en los programas de todos los partidos comunistas, socialistas populares o de vanguardia popular (que de todos estos modos se llaman los

comunistas latinoamericanos) de América Latina.

Los comunistas atacan cualquier tentativa de unidad. Califican de « instrumento del imperialismo » al Banco Interamericano de Desarrollo, no obstante que Estados Unidos no son mayoritarios en él. El Mercado Común, todavía en cierne, es para ellos un « truco de penetración imperialista », a pesar de que sólo forman parte de él países latinoamericanos. Hasta la CEPAL —considerada en la sede de la ONU como una Comisión compuesta de técnicos izquierdistas y socializantes—, es presentada por los comunistas como un grupo de « justificadores del capitalismo monopolista ».

Las nacionalidades latinoamericanas tienen una base geográfica y un suelo histórico comunes. La unidad de su destino y su solidaridad vienen determinadas por componentes genéricos —físicos, humanos y culturales— cuya acción aparece en las mismas diferenciaciones regionales que afloran en la vasta extensión continental. Los problemas de fronteras adentro, aparentemente circunscritos y típicos, en cuanto se escarba un poco dejan al descubierto su raíz americana. Las tragedias políticas de cada país tienen distintos protagonistas, pero siguen una línea de fuerza que se hace ostensible en los demás. Las alternativas de la lucha son múltiples y variadas, pero una misma es la aventura y su impulso animador. La solidaridad latinoamericana no es, pues, un ensueño ni una devoción falsa, sino atmósfera histórica y camino, imperativo que se desprende de la secular supeditación económica, política y espiritual a poderes foráneos...

A esta altura de la historia, cuando pueblos siempre enervados en el coloniaje van entrando, uno tras otro, en posesión de sí mismos, con todas las adversidades y convulsiones que ello comporta, Latinoamérica tiene la responsabilidad de forjar su futuro, pero también el deber de evadir los riesgos que ciento cincuenta años antes no podía vadear. Ahora no hay por qué trocar los amos. La posibilidad de ser plenamente libres está ante nosotros. Una posibilidad que se da y sólo puede realizarse dentro del ámbito de la solidaridad de los pueblos del Continente.

(POLÍTICA, Caracas, junio de 1960.)

Todo esto tiene una explicación. Pocos dudan en América Latina de que ciertos problemas paralizadores, que constituyen un lastre al desarrollo y un motivo de perturbación de la vida democrática, son problemas que sólo pueden encontrar una solución verdadera si se plantean en el plano continental : el agrario, el del militarismo, el de coordinar la industrialización, el de la estabilización de los precios de las materias primas, etc. Los pasos hacia la unidad son, por ahora, lentos y por consiguiente cada gobierno, cada pueblo, debe enfrentarse a estos problemas en el plano nacional. De ahí que su solución sea más difícil, precaria, a veces imposible.

La persistencia de estos problemas mantiene vivos los factores psicológicos y a veces los materiales, que hacen políticamente rentables las actitudes antinorteamericanas. Además, la persistencia de estos problemas provoca en los latinoamericanos, en especial entre los jóvenes, un constante sentimiento de frustración que es campo abonado para la propaganda comunista y de modo más general para la propaganda antinorteamericana.

Siempre que se suscitan conflictos entre los gobiernos latinoamericanos, surge una situación comprometida para la OEA (Organización de Estados Americanos) y motivos de descontento, por lo menos de una de las partes del conflicto. Además, es posible desviar las pasiones populares despertadas por esos conflictos hacia el antinorteamericanismo.

La división de América Latina, el fomento de las rivalidades nacionales, la persistencia de los problemas actuales son elementos indispensables tanto para la eficacia de la actividad comunista como para los fines de la diplomacia soviética. Incluso en el campo de la asistencia técnica y de la ayuda financiera, Moscú tiene algo que ganar tratando con veinte países, pero no tendría la menor posibilidad de que se aceptaran sus ofrecimientos si tratara con un organismo latinoamericano general, de carácter político o económico.

Que estas divisiones y problemas son perjudiciales a los habitantes de América Latina, que frenan el desarrollo económico y constituyen obstáculos a una mejor distribución del ingreso nacional, es indudable. Pero estas consecuencias no aparecen claramente a los ojos del hombre de la calle y del estudiante. Los comunistas, pues, pueden esforzarse en desprestigiar las tentativas de unidad sin correr el riesgo de que se les considere como saboteadores de la aspiración general y máxima del latinoamericano : un desarrollo económico rápido para alcanzar una mayor justicia social y lograr la estabilización de la democracia. Y la gente hasta pasa por alto el hecho de que la actitud comunista coincide con la de la oligarquía terrateniente, los grupos militaristas en el seno de los ejércitos, las grandes empresas extranjeras y los elementos peronistas y castristas.

* * *

Porque el castrismo, que en 1959 habría podido ser el aglutinante unificador de América Latina y el motor de una auténtica revolución, ha venido a parar en factor de disgregación del continente. Los comunistas ya no necesitan dar la cara. Les basta con dejar actuar a los castristas. Por reacción, como las fuerzas democráticas tienden a la unidad continental, los movimientos castristas (y ello tanto más apasionadamente cuanto más disminuye su influencia en la masa) tienden a la división.

El conflicto entre Perú y Ecuador es un ejemplo actual de esto. Sin entrar en la discusión del caso mismo (una zona fronteriza, en la cuenca del Amazonas, disputada desde hace decenios, atribuída al Perú por un acuerdo de 1942 respaldado por tres países americanos y denunciado hace poco por el gobierno ecuatoriano), conviene señalar el papel que en él juegan los enemigos de la unidad.

El conflicto puede tener consecuencias, si no trágicas, si por lo menos molestas : favorecer el aplazamiento repetido de la Conferencia Interamericana, proyectada para hace dos años, y ahora señalada para mayo de este año, en Quito ; o bien crear en la capital ecuatoriana una atmósfera que, en caso de reunirse la conferencia, permita convertirla en un pretexto de agitación demagógica ; o bien conducir a uno de los dos países en la disputa a sentirse abandonado, defraudado y a echarse, por tanto, en brazos de Castro o de la URSS. Sea como fuere, el conflicto favorece los intereses de la propaganda comunista. No es extraño, pues, que los comunistas, en toda América Latina, traten de dar vuelo al conflicto e impulsar a los dos gobiernos —en especial al que reclama, el ecuatoriano— a adoptar actitudes de las cuales sea difícil retroceder. Ni sorprendente que en los últimos meses, numerosos intelectuales ecuatorianos hayan sido invitados a Moscú y a Pekín, en número mucho más crecido que los de otros países latinoamericanos mayores.

Parece que Castro ha ofrecido al gobierno ecuatoriano una alianza y el apoyo de Cuba en caso de conflicto. Ni siquiera la dimisión del ministro del Interior Manuel Araujo Hidalgo, castrista apasionado, ha alterado la oferta de La Habana ni ha determinado que « Prensa Latina », la agencia de noticias cubana, modifique su esfuerzo constante por utilizar política y diplomáticamente el conflicto de límites entre los dos países andinos. En Ecuador mismo se comienza a ver que el conflicto está siendo utilizado por castristas y comunistas. El canciller J.R. Chiriboga ha declarado : « No hay que permitir que nadie nos arrastre a situaciones que nada tienen que ver con la defensa de nuestros derechos. Nuestro deber es marchar por nuestro propio camino, sin rusos ni cubanos. » Araujo había afirmado que el país estaba dispuesto a aceptar armas cubanas o soviéticas...

Últimamente el tono se ha moderado. Es posible que se llegue al momento en que ambos países acepten buscar una fórmula de conciliación. Quedará una lección : los comunistas y los castristas intentan favorecer las disputas. No les importa que quienes estén en desacuerdo sean dos regímenes oligárquicos. Lo que desean es crear dificultades a la diplomacia norteamericana, fomentar resentimientos que impidan o retrasen las medidas de unidad latinoamericana, y mantener vivos los nacionalismos pasionales que, en el contexto latinoamericano, aparecen cada día más como localismos.

VICTOR ALBA

ROBERTO ESQUENAZI-MAYO

La nueva era de Kennedy

La acometividad de John F. Kennedy desde que tomó posesión de la presidencia el 20 de enero de 1961 ha transformado indefectiblemente, de golpe, por decirlo así, la imagen que se tenía de Estados Unidos. En medio de una crisis más grave, en algunos aspectos, que la que afrontó Franklin D. Roosevelt el 4 de marzo de 1933, Kennedy ha desentumecido a la nación y le ha hablado con cruda franqueza. « Este país quiere una acción, y una acción inmediata... Tenemos que obrar, y ahora mismo », había dicho Roosevelt después de asumir la presidencia. Kennedy ha dejado ver en todos los rincones de Norteamérica que es el líder que debe afrontar dos problemas fundamentales : la crisis económica y la guerra fría ; y asimismo que cuenta con la vitalidad de su país para resolverlos favorablemente.

La tarea es para anonadar a cualquiera, sobre todo si se tiene en cuenta las fuerzas de los contrincantes internacionales y la habilidad de la oposición interna. El contraste con el régimen de Eisenhower es notable. Durante los ocho años de la presidencia del antiguo jefe supremo de las Fuerzas Aliadas prevaleció en Estados Unidos una especie de « conformismo », hubo una confianza casi implícita en la infalibilidad del Presidente, quien además simbolizaba para buena parte de los norteamericanos la figura paternal. Se dice con bastante frecuencia que Eisenhower mantuvo el prestigio de su alto cargo, pero que no se exigió mucho a sí mismo. Abrumado por dolencias físicas, habituado al tipo de organización militar, delegó en otros muchas responsabilidades que pudo asumir personalmente. Quiso equilibrar el presupuesto de la nación y no aspiró a transformar ni el pensamiento ni el modo de vivir de sus conciudadanos. En 1953, año en que Eisenhower tomó posesión de la presidencia, los rusos hicieron estallar la primera bomba de hidrógeno, adoptaron gradualmente un sistema de gobierno más descentralizado y más flexible y dieron los primeros pasos en su ofensiva « para ayudar » a las regiones económicamente poco desarrolladas. Comenzaba la China comunista su primer Plan quinquenal.

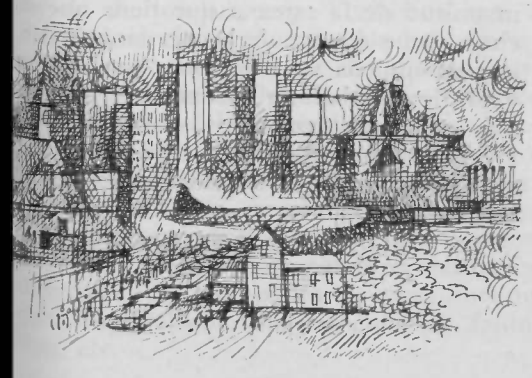
Sin embargo Estados Unidos vivieron casi aletargados. Eisenhower, que logró ser el candidato del Partido Republicano, después de haber derrotado a los conservadores encabezados por el Senador Taft, se apoyó no obstante en ellos para formular su política nacional e internacional. Aparentemente, la opinión pública estaba satisfecha. No deseaba muchos cambios ni casi cambio alguno. Las tremendas sacudidas que produjeron la depresión y la segunda guerra mundial, hicieron que el pueblo se conformara con un hombre que no le pidiera gran cosa. Eisenhower, además, se encontró con una nación próspera, reacia a verse envuelta en aventuras que pusieran en peligro su bienestar.

Pero la oposición no dejó de señalar los peligros que se columbraban en el horizonte. Adlai Stevenson hizo advertir a sus

compatriotas que el comunismo avanzaba en Europa, Asia y América Latina, y que el desempleo dejaba depauperadas muchas zonas de Estados Unidos. En su campaña electoral, Kennedy subrayó que el prestigio internacional del país había mermado y que era necesario elegir un gobernante capaz de decir la verdad a sus conciudadanos. Y para decir su verdad, el joven estadista necesitó valor, resistencia física, dinamismo y una gran confianza en sí propio y en la clara intuición y el buen juicio de sus compatriotas.

« Que nuestros amigos y enemigos sepan hoy que la antorcha ha pasado a una nueva generación de norteamericanos, nacidos en este siglo, orgullosos de su herencia... », dijo Kennedy al tomar posesión. Y desde que pronunció esas palabras en la plataforma levantada frente al Capitolio Nacional de Washington, el país y el extranjero se percataron de que un nuevo tipo de hombre había entrado en la Casa Blanca. « John F. Kennedy asumió sus responsabilidades... con valor, habilidad y estilo », comentó editorialmente el *New York Times*.

Así ha tenido que ser. Sólo una persona con « confianza y capacidad » pudo haber dicho a sus compatriotas lo que les dijo Kennedy durante la contienda electoral. Únicamente un líder con fe en los destinos del hombre libre y en los recursos morales y económicos de su tierra pudo haber descrito descarnadamente la situación de su patria. Pero sólo con decirlo no es suficiente. No basta hacer patente que hay en Estados Unidos cinco millones y medio de desempleados y que medio millón de ellos vive en la mayor de las angustias ; que 25 millones de norteamericanos ocupan casas deplorables, que la tercera parte de los estudiantes que terminan el bachillerato carecen de recursos para continuar su educación y que millones de norteamericanos sufren humillaciones a causa del color de su piel. Lo que importa ahora, como afirmó Kennedy, es actuar. Actuar con la rapidez, la prudencia y la eficacia que la situación exige. Ya lo escribió Ortega y Gasset : « En la hora del peligro la vida sacude todo lo que en ella es inesencial, excrecencia, tejido adiposo, y procura desnudarse, reducirse a lo que es puro nervio, puro músculo. »



Con puro nervio, puro músculo, Kennedy leyó el 30 de enero el mensaje sobre el « Estado de la Unión », ante una sesión conjunta del Congreso. « La economía de mayores recursos industriales, ocupa uno de los últimos lugares por lo que respecta a los índices de crecimiento », dijo casi al empezar. E igual que en su discurso de toma de posesión, manifestó que en el mundo « ocurrieron toda una serie de acontecimientos, pero los tiempos no nos fueron favorables ». Criticó los eufemismos y afirmó que « estamos en una hora de gran peligro ». Hubo quienes lo calificaron de alarmista, de sombrío. Pero según los colaboradores de Kennedy, era preciso despertar la conciencia de la nación, hacerla partícipe de la gravedad del momento y sacarla de su infundada euforia.

Las palabras del nuevo Presidente se diferencian mucho de las que oficialmente se pronunciaban en tiempos de Eisenhower. Kennedy ha comenzado a cambiar de raíz el modo de pensar nacional. Con ecuanimidad le ha recordado a su pueblo que una guerra atómica significaría el fin de todos. Ha repudiado, además, la noción de que « aquellos que no están plenamente con nosotros están contra nosotros » ; ha instado a los soviéticos y a sus satélites para que se unan a las democracias en empresas creadoras y ha reafirmado su esperanza en las Naciones Unidas. « Debemos aumentar nuestra ayuda a las Naciones Unidas, consideradas como un instrumento capaz de poner fin a la guerra fría y no como un campo de batalla », declaró Kennedy. Y sin llegar a ser truculento, ha dejado entrever que nada se ganaría en un conflicto bélico.

A los países hispanoamericanos les dijo : « Deseamos una América Latina libre y próspera, con un nivel económico y social cada día más elevado en todos los Estados y para todos sus ciudadanos, digno de sus aportaciones históricas a la cultura, al pensamiento y a la libertad. » Kennedy espera corregir los errores que se cometieron en el pasado, para lo cual ha creado una comisión encargada de coordinar la política de Estados Unidos con Hispanoamérica. Ha creado los llamados « peace corps », compuestos por jóvenes que han de trabajar conjuntamente con los ciudadanos de América en las zonas necesitadas, ha mejorado la distribución de alimentos y ha interesado con vehemencia la aprobación inmediata de un crédito de quinientos millones de dólares para fomentar el desarrollo económico del hemisferio.

Para atajar inmediatamente el hambre en las zonas depauperadas de Estados Unidos, Kennedy dispuso que se elevaran las raciones de productos alimenticios almacenados en todo el país. Propugnó, además, el mejoramiento de la Oficina Federal de Empleos, la construcción de viviendas, el aumento del salario mínimo, la explotación intensa de los recursos naturales, la subvención federal para las escuelas públicas y los centros de enseñanza superior, la asistencia médica a los ancianos. Se propone, asimismo, puntualizar un programa encaminado a atraer las inversiones extranjeras y el turismo, alentar las exportaciones y compartir con los aliados la defensa común y el desarrollo de las regiones económicamente retrasadas.

« Es una ironía de nuestros tiempos el que las técnicas o los sistemas represivos puedan disciplinar y enardecer a los que están a su servicio, siendo así que el culto a la libertad ha significado demasiadas veces privilegios, materialismo y bienestar », señaló Kennedy. Tal vez su problema más serio sea vencer a los que han defendido privilegios y discriminaciones. Necesariamente el Poder Ejecutivo tiene que contar con el apoyo del Poder Legislativo para que los proyectos se conviertan en leyes. Eso es obvio. Los conservadores cuentan con buen número de legisladores en el Congreso. Kennedy ganó la primera batalla a fines de enero cuando, por una exigua mayoría, la Cámara aprobó agregar tres miembros a la poderosa Comisión de Anteproyectos, encargada de estudiar y recomendar nuevas leyes al pleno de dicho cuerpo. Ahora, con quince miembros, la Comisión cuenta con una mayoría liberal que, se espera, ha de favorecer el programa de reformas patrocinado por Kennedy.

La nación entera ha elogiado la seguridad, el lenguaje, la claridad del Presidente. « Ya hay alguien en la Casa Blanca que sabe gramática », comentó un periodista. Para destacar aún más su predilección por el buen estilo, Kennedy envió una invitación especial a su toma de posesión al anciano poeta Robert Frost. En un momento dado le dijo éste a su anfitrión : « *Poetry and power is the formula for another Augustan age, and don't be afraid of power.* » Kennedy no le teme al poder. Lo busca. No les huye a los problemas. Se enfrasca con ellos. Lo mismo que Roosevelt en otra época, combina el buen gusto, la elegancia en el decir, con la perspicacia política. Así se explica, en parte, como pudo derrotar a un contrario tan sagaz como Richard M. Nixon.

« En última instancia, el instinto del futuro, la comprensión del pasado y el dominio del presente determinan en Estados Unidos la permanencia o la caída de un Presidente », ha escrito el historiador Arthur M. Schlesinger. Kennedy tiene ese instinto de lo futuro, comprende lo pasado y domina lo presente. A medida que pasan las semanas se va viendo que el joven estadista no se siente amilanado ante la magnitud de la tarea a que tiene que dar cima ; que adopta decisiones sin vacilar ; que desempeña sus funciones con el vigor y la flexibilidad de un atleta. Hasta sus más acérrimos contrarios saben que *es el Presidente*. Y para ello cuenta con la poesía de su ingenio y el poder que le otorga la Constitución...

ROBERTO ESQUENAZI-MAYO

MONGO BETI

El año II de la independencia del Camerún

El 1 de enero de 1961, el gobierno camerunés quiso celebrar brillantemente el primer aniversario de la proclamación de la Independencia. En efecto, el 1 de enero de 1960, mientras que terribles motines ensangrentaban las calles de Duala, capital económica y política del Camerún, Ahmadú Ahidjo, por entonces jefe de gobierno del Estado Autónomo del Camerún y que llegó a ser más tarde presidente de la República, inauguraba en Yaundé, la pequeña capital administrativa, la considerable serie franco-africana de proclamaciones de independencia que se prolongaría durante todo el año 1960 y terminaría mediante la constitución en las Naciones Unidas de un grupo que ha dado pábulo a la crónica internacional en el curso de las recientes sesiones de ese organismo.

Así, pues, la actitud sistemáticamente pro occidental de esos países, actitud con la cual el Camerún se ha particularmente distinguido, al mismo tiempo que alegra al lector de diarios europeos, humillado casi a diario desde hace años por las habladurías o el comportamiento de los Seku Turé, Kwané Nkrumah, Modibo Keita y otros « extremistas del nacionalismo africano », no por ello dejó de sorprender a los cronistas especializados en los asuntos internacionales. Tanto es así que, tras el desafortunado voto de ese grupo en la cuestión de Argelia, la opinión mogrebina trató a los dirigentes de esos países de instrumentos del imperialismo, de lamentables fantoches, etc.

Desde luego, siempre es imprudente generalizar con ligereza. Es poco probable que un hombre como Houphouet-Boigny, de la Costa de Marfil, haga jamás política opuesta a sus convicciones ; podemos discutir éstas, naturalmente, pero ese es otro asunto. Lo mismo podemos decir de Mamadú Dia, jefe del gobierno del Senegal. ¿Pero qué pensar de los otros dirigentes de la nueva Comunidad?

Y, sobre todo, ¿qué pensar de los dirigentes del Camerún, que parecen no sustentar otra ambición política que la de escarnecer la independencia de su propio país? Más aún que en política exterior, es en los asuntos interiores donde esta increíble paradoja se observa a cada instante, a la vuelta de cada esquina por decirlo así.

En el Camerún, las libertades públicas, escritas sin embargo en la Constitución, son letra muerta. Todavía más : el régimen se ha visto obligado a poner una camisa de fuerza a los tres o cuatro millones de ciudadanos cameruneses. Los dirigentes sindicales, los neutralistas, los intelectuales y las publicaciones anticolonialistas o progresistas son perseguidos y reprimidos sin piedad. Sólo las opiniones favorables al régimen pueden expresarse libremente.

Las decisiones esenciales se fraguan, se discuten y se aprueban por un grupo de consejeros políticos franceses, directamente procedentes de la administración colonial e impregnados de las concepciones habituales de ese cuerpo, las cuales están siempre poco más o menos en contradicción fla-

grante con las aspiraciones de las masas africanas. Peor aún, puesto que toda la parte norte del país (alrededor de un tercio de la población) ha sido dejada a la discreción de los administradores coloniales franceses que continúan reinando directamente como en los mejores días de la colonización, sin que su reemplazo haya sido previsto para una época determinada.

Esta ausencia de previsión se hace más evidente en la política económica, que a decir verdad no existe ; ningún plan, ninguna perspectiva para lo porvenir. Financieramente el régimen vive de expedientes y de la ayuda francesa, que abarca más de la mitad del presupuesto nacional. Las ciudades camerunesas hormiguean de desocupados y de prostitutas.

Jamás se ha oído decir que el gobierno proyectó siquiera modificar ni arreglar las viejas estructuras —sobre todo las sociales—, cuyo carácter anticuado ya no es necesario poner en evidencia, las cuales al bloquear la vías de la integración nacional (pienso sobre todo en las jefaturas de la región Bamileké, así como en los potentes « lamidats » musulmanes del norte) dificultan al mismo tiempo todo progreso verdadero, exasperando así a los jóvenes, que son la gran víctima de esta situación.

Por lo tanto, no es nada asombroso que el régimen sea execrado por las masas y particularmente por los habitantes de las ciudades, como se ha visto cuando el referéndum del mes de abril de 1960, en el curso del cual, con el pretexto de someter la Constitución a la aprobación del país, Ahmadú Ahidjo intentó vanamente hacerse plebiscitar. Los « sí » apenas le favorecieron. Y aún fue necesario, para llegar a ese lamentable resultado, efectuar vergon-

zosas manipulaciones bajo la protección de regimientos franceses encargados *provisionalmente* (en espera de la constitución de un ejército camerunés) de « pacificar » la región Balimeké.

No se trata ya, como sucedió en el curso de los años cincuenta, de una represión destinada a contener el impulso de las aspiraciones nacionales, pues la legitimidad de esas aspiraciones ha sido reconocida por

la proclamación de la Independencia. Manifiestamente los regimientos franceses que devastan la región Balimeké (y en menor medida la Sanaga Marítima), se empeñan sólo en mantener por la fuerza en el poder a un hombre que no dispone del favor del pueblo camerunés. Es, *mutatis mutandis*, la situación de Vietnam alrededor de 1951-1953 cuando el Cuerpo Expedicionario, Penélope de la « jungla », se fatigaba en vano contra el Viet-Minh, al cual pretendía sustituir por Bao Dai.

Desde luego, se puede discutir esta comparación —como todas las comparaciones, por otra parte— pero únicamente en los detalles : la disparidad geográfica, los niveles de desarrollo, la persistencia de particularidades étnicas o religiosas, la vivacidad de las mentalidades tribales, todo eso hace del Camerún una nación sólo en vía de formarse, al revés del Vietnam, que era ya en el momento de la guerra de Indochina una nación cristalizada. Pero desde el punto de vista del proceso fundamental del antagonismo colonización-nacionalismo, el esquema es rigurosamente idéntico en uno y otro caso. Ello se define esencialmente por la resistencia a discutir con las nacionalidades auténticas y por una inclinación irresistible hacia las soluciones « baodaístas ».

En el curso de los años cincuenta, la Unión de los Pueblos del Camerún (U.P.C., sigla actualmente conocida) era, justamente como el Vietnam en 1947, el verdadero movimiento nacionalista, el único auténtico porque constituía en realidad no un partido, sino un frente unido de tendencias múltiples, que tenía por común denominador reivindicar una transformación de las estructuras políticas y administrativas del país,

con una perspectiva nacionalista. Desde ese momento, la administración colonial no ocultó que perseguía la destrucción física y moral de la U.P.C., o sea del nacionalismo camerunés.

Se dijo que la Unión cometió un grave error dejándose acorralar en la clandestinidad y la violencia, pero eso es ignorar que no le era posible elegir. Tanto es así que hacia 1957 la administración logró, al menos en apariencia, crear el vacío que deseaba. Pero a causa de la coyuntura internacional se vio forzada a establecer un régimen de tímida autonomía local ; mas como se hizo sin contar con la Unión, se llegó naturalmente a un estatuto otorgado a aventureros sin disfraz, dóciles « amigos » de Francia, pero sin el menor crédito.

La proclamación de la Independencia, el 1 de enero de 1960, no ha hecho sino acabar de conferir a la experiencia camerunesa su carácter « baodaísta », sin lograr resolver los verdaderos problemas. En efecto, una cosa es diezmar las organizaciones nacionalistas (y ni aún eso : la persistencia de los *maquis* de la región Balimeké demuestra ampliamente, si fuese necesario, la inutilidad de tales « pacificaciones ») y otra aniquilar las aspiraciones nacionales de los pueblos.

¿Qué va a pasar ahora?

Lo precario del régimen de Ahidjo, pese al desesperado apoyo total de Francia, no deja la menor sombra de duda. Lo evidente, lo que se observa a simple vista, es que este gobierno se aparta cada día más de las masas populares. En estas condiciones, el sur destribalizado, escolarizado, proletarizado y progresista, no sabrá resistir a la tentación, teniendo en cuenta la turbulencia bantú, de dar un golpe de Estado o inclusive provocar una insurrección popular. Podemos afirmar que, si las cosas continúan así, tal tentativa fructificará irremediable dentro de un par de años, como máximo. Pero entonces el país correría el riesgo de fragmentarse. El Norte, muy atrasado, musulmán, bajo la dependencia de los feudales « peuhl » y de los administradores franceses, posiblemente se decidiría por la secesión. Se ve sin dificultad el esquema : un gobierno sudista animado por los afroasiáticos y el bloque oriental, y un gobierno nordista que se beneficiaría del apoyo de los occidentales y de los países de la Comunidad francesa. Otro Congo, o sea la guerra fría.

Por lo que sabemos, la promoción joven de *coming-men* (dirigentes políticos, sindicalistas e intelectuales) es muy sensible a ese peligro, preocupada como está de salvar el Camerún del destino poco envidiable de eventual campo de batalla en la guerra Este-Oeste. Mas no por ello deja de considerar a Ahidjo y su régimen como un símbolo de vergüenza e hipocresía neocolonialista. La nueva generación combate, desde luego, este régimen de abdicación nacional, de parasitismo financiero, de corrupción, de irresponsabilidad y de mentira ; pero al mismo tiempo puede decirse que no se prestará a ningún cambio que, como consecuencia de un choque violento entre el nacionalismo camerunés y el imperialismo que se disimula detrás de Ahidjo, abriría a nuestro país el camino hacia la guerra fría.

Esos jóvenes parecen, pues, asignarse por tarea informar a la opinión internacional y sobre todo nacional, provocando una evolución tal de los espíritus que obligue a Ahidjo a declararse en quiebra y a sus comanditarios a reconocer el fracaso total de la operación.

En fin, a decir verdad nadie está en el caso de jactarse hoy de poder evitar la amenaza de una explosión.

MONGO BETI

JOAO FREYRE

Portugal al orden del día

La leyenda Salazar ha terminado. Leyenda de importación : Salazar padre del pueblo, hombre de paz, de orden, estadista de todos admirado y envidiado, Portugal idílico y bucólico ; leyenda laboriosamente elaborada para uso exclusivo del exterior durante treinta y cuatro años de dictadura ; leyenda pulverizada en pocos días por un puñado de hombres a las órdenes del capitán Galvao. Salazar, oscuro profesor de economía, acaba de aprender una ley nueva : el amor a la libertad da más fruto que la opresión o el miedo.

Por los años veinte, Salazar aún no era dictador. Profesor en Coimbra, ya misógino, avaro y retraído, antiguo seminarista, miembro del Centro Católico, escribía de cuando en cuando artículos sobre su concepción del Estado, artículos en que las ideas de Maurras eran adaptadas al portugués de la época. Malos años para Portugal. Los gobiernos se sucedían, la confusión ideológica aumentaba, las finanzas iban de día en día hacia la bancarrota. El 28 de mayo de 1926, el general Gomes da Costa marcha sobre Lisboa. El golpe militar triunfa. Se instala la dictadura sin que se logre mejorar las finanzas. Los militares llaman a Salazar. Este exige poderes plenos. Al fin los militares transigen y Salazar investido de estos poderes agobia al pueblo de contribuciones e impuestos, explota las colonias hasta el máximo sacándolas casi a pública subasta, monta un soberbio aparato represivo (la PIDE, especie de Gestapo portuguesa) para acallar a los descontentos, amordaza la prensa y así consigue el « milagro » de sanear las finanzas. El escudo es una de las monedas más sólidas de Europa... y el pueblo portugués cada año tiene un nivel de vida más bajo. Este pequeño país —92.000 km2— que posee un vasto imperio colonial —más de 2.000.000 de km2— tiene un nivel de vida más bajo que el de Turquía o el de Grecia.

Y fue así como Salazar, alabado como salvador de la Patria, nombrado presidente del Consejo de Ministros con la promesa de dar pan a todos, empezó la transformación del régimen y la creación del « Estado Novo ». En 1933 « legalizó » su régimen mediante un plebiscito donde las abstenciones fueron contadas como votos positivos. Impuso al país una Constitución, una ley colonial, y una organización corporativa de la economía, que copió de Mussolini.

***

A pesar de sus inmensas colonias, Portugal tiene una economía de país subdesarrollado.

La economía es de predominio agrícola. Sobre 3.196.560 de personas de población activa, Portugal tiene 9.000.000 de habitantes. Cerca de 1.560.000, —es decir un 49 por ciento— son agrícolas, mientras que el 27,8 trabajan en el sector industrial. La economía agrícola se basa aún sobre técnicas atrasadas y un reparto de la propiedad muy desigual. En el sur del país existen grandes latifundios donde predomina el monocultivo, mientras que en el norte la propiedad

es muy pequeña, muy dividida, lo que provoca los fenómenos demográficos consiguientes : poca densidad de población en el sur y superpoblación en el norte.

Portugal no tiene industria pesada. Depende de los *trusts* extranjeros interesados por una parte en la explotación de las riquezas nacionales y por otra en la colocación de sus productos manufacturados en el mercado portugués. La actividad industrial del país, a excepción de la industria textil, se limita a la producción de artículos semimanufacturados para alimentar las industrias del país más desarrolladas, como el corcho, la resina, etc. ; o a productos que exigen poca especialización de la mano de obra, como son las conservas de pescado.

Es significativo que en su comercio exterior, deficitario de 50 %, cerca del 75 % de las exportaciones estén constituídas por materias primas, artículos alimenticios o artículos semimanufacturados.

La política industrial del régimen se ha caracterizado por la concesión de monopolios. La concentración monopolista aumentó en 1951 con la puesta en marcha del llamado « plano do Fomento », que preveía la construcción de ciertas industrias básicas destinadas a « economizar divisas y a procurar determinados productos esenciales a la economía nacional. Estas industrias básicas, que hubieran podido ayudar a liberar la economía nacional del capital extranjero, fueron puestas desde un principio bajo el control efectivo de los monopolios. Exentas de impuestos y teniendo libertad para fijar los precios, estas industrias han permitido a la oligarquía financiera realizar grandes beneficios en pocos años, sin que los problemas más vitales de la población hayan sido abordados.

Un ejemplo típico es el caso de la energía eléctrica. Cuando se empezó la ejecución del plan hidroeléctrico, en el que fueron invertidas fuertes sumas arrancadas a los trabajadores por medio de las Cajas de Previsión Social, se prometió bajar el precio de la energía eléctrica para el consumo del público. El kilovatio-hora que las centrales eléctricas producen ahora al precio de 40 centavos, es vendido al público a 2 y hasta a 2,5 escudos. La casi totalidad de la energía producida por estas nuevas centrales es absorbida por las nuevas empresas monopolísticas en detrimento de la electrificación del país, lo que explica que aún en 1957 sólo el 52 % de los municipios recibían luz eléctrica y que en ciertos distritos como el de Villa Real ese porcentaje era apenas de un 12 %.

Bajo el régimen de Salazar la artesanía ha sido destruída y las pequeñas y medianas industrias tienden a desaparecer. El mismo fenómeno se ha producido en la agricultura con la eliminación de los pequeños y medianos agricultores. La existencia de una agobiante organización cooperativa, que prohibe la venta directa de productos agrícolas al público y fija los precios en función de la baja política de salarios del gobierno, acelera el empobrecimiento de la clase campesina y constituye uno de los grandes obstáculos para el desarrollo de la agricultura.

El sistema de propiedad y la política de Salazar hacen que la población agrícola, la más vasta del país, tenga un poder de compra muy bajo, lo que impide todo progreso serio en la industria y constituye el factor preponderante del bajo nivel de la renta nacional.

***

La denuncia del sistema colonialista portugués por el capitán Galvao, en 1947, le llevó a la oposición y a la cárcel. El 11 de junio de 1951, Portugal suprimía las colonias : por voluntad de Salazar, éstas se transformaban en « provincias de ultramar ». Salazar pretendía así salir al paso de los movimientos emancipadores que se dibujaban en el Africa negra. Años después declaraba : « Los que quieran emancipar al Africa portuguesa llegan tarde, pues nosotros ya lo hemos hecho. » En 1954 nació el primer movimiento por la emancipación de Angola ; en diciembre de 1960 la O.N.U., al condenar el colonialismo, condenaba implícitamente el « provincialismo » portugués.

Oficialmente todos los ciudadanos de las provincias de « ultramar » están integrados a la nación portuguesa, « y son iguales ante la ley a partir de la igualdad de sus méritos ». ¿Pero en qué consiste esta integración, siendo así que las estadísticas dividen a los ciudadanos portugueses en « civiliza

dos » y « no civilizados » ? Es la integración del alfabeto. Para ser « civilizado », es decir ciudadano portugués a parte entera, hay que saber leer, escribir y tener un oficio estable. En Mozambique, con cerca de seis millones de habitantes, sólo hay 5.000 negros « civilizados » ; en Angola, los beneficios de la « civilización » sólo alcanzan al 0,70 % de la población autóctona. La « era de la paz » de Salazar ha superado en analfabetismo todos los records del colonialismo africano.

En realidad el ciudadano « no civilizado » está sometido a un régimen de trabajo forzado que púdicamente se llama de « contrato ». El Estado obligatoriamente contrata a los negros para después cedérselos a los colonos. « Este estado de cosas —decía Galvao en su famoso informe— es peor que la esclavitud. Del esclavo se cuidaba el dueño, como cuida del burro o del buey. Del « contratado » poco le importa su estado de salud : si enferma o muere, el Gobierno le suministrara otro nuevo. »

Si en las colonias para el negro reina la esclavitud material y para la mayor parte de su población blanca o negra la miseria, en Portugal impera la miseria en la mayor parte de la población y la esclavitud para el intelectual.

Todas las actividades culturales están sometidas a la PIDE, la triste famosa policía, mandada por oficiales del Ejército, que controla Universidades, Propaganda, Información y Turismo. Sin apoyo de la PIDE, sin su venia, no se puede ser ni profesor de Universidad ni siquiera un humilde becario. El intelectual que no se somete (en honor a los portugueses hay que decir que son la inmensa mayoría) es perseguido, encarcelado, acosado por el hambre u obligado al exilio. La censura de prensa periódica y de libros es abrumadora. « El intelectual portugués —decía Ega Monis, premio Nóbel de Medicina— es prisionero en su propio país. »

A pesar de la PIDE, de los múltiples órganos de represión, de los campos de concentración de muerte lenta como el de Tarrafal (Cabo Verde), de la falta de apoyo por parte del mundo libre, el demócrata portugués siempre ha luchado contra Salazar. En la campaña por la elección de Delgado, en 1958, esta fuerza demostró su cohesión. Si con arreglo a los datos oficiales el general Delgado obtuvo únicamente el 20 % de los votos, la falsedad de los resultados se demuestra no sólo por el movimiento de protesta provocado en todo el país, sino porque el propio Salazar, a los pocos días, cambiaba la forma de elección de presidente de la República, suprimiendo el sufragio directo y universal.

A partir de 1958 las fuerzas de oposición, así como la represión, aumentan. Los católicos liberales se suman a ellas y no es patraña cuando Galvao dice : « Ser demócrata portugués es representar el 80 % de la opinión del país. »

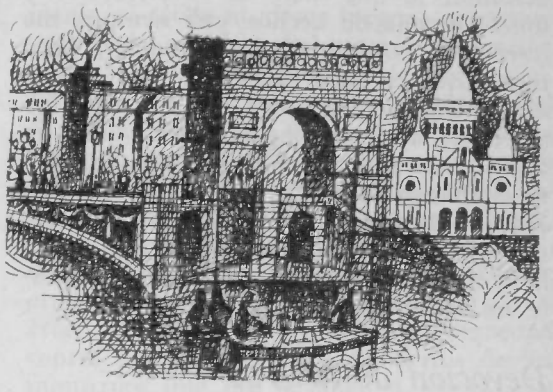
Así se explica el éxito y la repercusión de la toma del « Santa María ». Galvao representaba algo más que un grupo político ; representaba el impulso sentimental y emocional de todo un país, de toda una península. De ahí la emoción y simpatía con que fue seguida su hazaña por los pueblos de España y Portugal, a pesar de las violentas campañas de la prensa y radio de Franco y Salazar. Galvao no sólo ha acabado con la leyenda Salazar, sino que también ha terminado con una de las amenazas que el dictador blandía contra los descontentos : la de una intervención norteamericana si alguien se alzaba contra él.

Los comentarios de la prensa y del Gobierno portugués son de despecho. Ninguna potencia del mundo libre ha respondido a las peticiones de ayuda del « Estado Novo ». Es más, como bien hacen notar los representantes de la oposición portuguesa, « los gobiernos occidentales han considerado el acto del « Santa María » como un inicio de revolución política en territorio nacional, mandada por un jefe portugués bajo la bandera portuguesa ». Lo que da una idea del acontecimiento y del desprestigio sufrido por el Gobierno portugués, que los trataba de piratas.

Salazar, finalmente, sabe que no manda en todas las marinas del mundo, que los hombres libres responden libremente a otros hombres libres. El viejo dictador, ahora más solo que nunca, quizá medite en esa ley de la economía que él nunca enseñó : El amor a la libertad da más fruto que la opresión o el miedo.

JOAO FREYRE

balcón de París



POR ARTURO SERRANO PLAJA

La revista *Cuadernos* ha tenido a bien confiarme este « Balcón de París ». Lo cual quiere decir que, periódicamente, tal balcón abrirá sus batientes para ti, lector, para que puedas aspirar algo de cuanto hay de viciado, malsano... e irremediablazable en este airecillo parisiense.

Pero, claro está, cabe preguntarse qué es y cómo es un balcón. Y así, en primer lugar, te diré que el mío no será siempre propiamente balcón : ventanal de taller de artista, algunas veces, otras simple ventanuco de « mansarda ». Algo abierto sobre París. Algo para mirar. Y fíjate bien que digo precisamente : *mirar*, no queriendo comprometerme a suponer que sea o pueda ser, algo para *ver*. No. Única y exclusivamente para mirar. O, si se quiere, para perder el tiempo, que es la mejor manera, la única, de que él no nos pierda a nosotros. Y como eso es hablar ya muy seriamente, ofrecerte todo un programa escandaloso —perder el tiempo : nada menos—, me parece llegado el momento de buscar apoyo. Y el apoyo me lo brinda en el recuerdo la maestría sencilla de Machado, si acaso no era su sencillez magistral la que hablaba cuando postulaba « el ocio *sine qua non* de la cultura ».

Ocio. Precisamente. Tiempo libre para perder el tiempo. Para intentarlo al menos, para intentar perder temporalidad y poder zambullirse, aunque no sea más que una fracción de segundo a eso que llamamos : eternidad. Es decir, la cultura supone el espíritu libre, desinteresado, suelto de quien no quiere nada. De modo que toda cultura —y yo, pese a todo, creo en la cultura— consiste en un enriquecerse de balde. ¿Acaso no es eso un programa formidable? Y sin embargo, ni hay ni puede haber otro. Eso de que al que algo quiere, algo le cuesta, es mentira. Lo que más importa, lo decisivo, nunca se merece (¿cómo podría merecerse?) y, por lo mismo, *no cuesta*, se nos da, se nos concede gratuita y caprichosamente por el solo hecho de no negarnos nosotros a ello. O, si se quiere —para volver a mi balcón—, por el mero hecho de no proponernos sino mirar, nada más que mirar. Acaso a fuerza de mirar, bien decididos a perder el tiempo, se nos dé precisamente el tiempo de ver algo que de verdad nos importe.

Por todo ello, lo que propondré desde este balcón no siempre será —mejor dicho : no será casi nunca— lo más vistoso de París. Del mismo modo que no me comprometo a ver, sino a mirar, tampoco puedo suponer que voy a encontrar sino, a lo sumo, buscar.

¿Buscar qué? Lo que pasa y —jugando con las palabras— lo que no pasa. A veces lo más temporal para intentar coger desprevenido a lo menos temporal o —ahuecando la voz— lo más eterno. Crónica o menos, croniquilla, pero con intención, siempre, de « llegar a más ». Confiado en

que la aparente pequeñez de un hecho, en ciertas ocasiones, sirva precisamente para delimitar lo que tiene de característico y único. Reseña de hechos, casi siempre, me reservo la posibilidad de introducir, poco menos que en cada balconada, una especie de contrabando de otra naturaleza. Algo así como abrir un segundo ventanillo invisible para que, entre él y el gran balcón, se establezca la corriente de aire, de este airecillo parisino maléfico y transcendental, frívolo e insustituíble y del cual tengo la exorbitante pretensión de querer ofrecerte un sorbo al menos.

Devoción de la cruz para un ateo

No sé yo de nadie a quien le haya parecido pertinente preguntarse *por qué* Albert Camus eligió *La devoción de la Cruz* para hacer su adaptación. ¿Será, únicamente porque el *por qué* no importa : « lo importante es la obra de arte », etc., etc.? ¿Será mera casualidad? Camus adaptó también *Los endemoniados*. ¿Tal elección temática será puramente fortuita y desprovista de significación? Y supuesto que tenga una significación determinada, ¿cuál será ésta?

Viendo la magnífica representación de la pieza calderoniana que la televisión de París ofreció a sus espectadores, bien podemos abrir el balcón para echar una miradita a *eso*. ¿Por qué, el condenado de Camus (si era ateo se supone que *está condenado* ; ¿o no?, ¿o acaso resulta que no era ateo?), el ateo de Camus se nos pone a elegir una obra típicamente cristiana? Mas aún : absurdamente cristiana. Más aún : absurdamente católica, si acaso no hay redundancia en la expresión, ya que la esencia más pura del cristianismo es el ser absurdo : Cristo es hombre por ser Dios, pero es Dios por ser Hombre. ¿Será —la elección de Camus— simple atracción del absurdo? En todo caso, recordando ahora sus *Endemoniados, La devoción* española se nos aparece como el « derecho » del « revés » ruso.

Para verlo mejor, pese a la brevedad del espacio de que dispongo, quizá convenga recordar rasgos calderonianos de esta pieza que me parecen susceptibles, al aislarlos, de dejarnos ver la clave de la presunta paradoja : el ateo Camus atraído por el supercatólico Calderón.

Uno de tales rasgos, el más aparente, el de explicación más fácil, más externa, sería el origen « celestial » de la libertad calderoniana. En efecto, aquí la libertad, como en *El alcalde de Zalamea* el honor « es patrimonio del alma — y el alma sólo es de Dios », ya que al famosísimo cuarteto de *El alcalde* corresponde, en *La devoción* esta réplica de Julia respondiendo a las amenazas paternales : « *Que mal te puedo negar / la vida que tú me diste : / la libertad que me dio / el cielo, es la que te niego.* »

Pero por más adentro de la paradoja que vamos siguiendo corre el carácter mismo del personaje central de *La devoción*. Eusebio, adelantándose unos trescientos años al famoso criminal de Dostoyevski (nótese que con el autor ruso la filiación de Camus parece ya más congruente) que antes de asesinar a su víctima se santigua devotamente, nuestro español y castizo Eusebio hace lo mismo... elevado a la enésima potencia. En efecto, tomando como pretexto una supuesta venganza del mundo (hoy podríamos leer : de la sociedad) decide no dejar títere con cabeza, en determinado bosque de Italia, pero, eso sí, poniendo una cruz católica a cada una de sus víctimas. Porque en Eusebio la cruz no sólo es la señal cristiana por excelencia, sino, además y sobre todo, la clave de un enigma, el suyo, personal, único : por causas ajenas a ellos, su hermana Julia y él —que de ella estará enamorado sin saber que es su hermana— nacieron con una cruz grabada en el pecho. Así, para Eusebio, el signo ardiente le detiene en el umbral mismo de la consumación del incestuoso amor, al ver la cruz en el pecho de Julia ; gracias a tal signo, también, perdonará la vida al monje Alberto que aparecerá al final de la obra, cuando ya Eusebio está muerto, para cumplirle la promesa de no dejarle morir sin confesión. Basten esas alusiones en la imposibilidad de añadir otras.

Por otra parte ese Eusebio de la cruz es al mismo tiempo un desenfrenado, un verdadero poseído o endemoniado : mata a su hermano Lisardo —sin saber que es su hermano— en un desafío ; vuelve loca de amor, literalmente, a su hermana Julia, en el convento, al huir de ella por haber visto

en su pecho la cruz ; *sienta plaza,* diríamos, de bandolero para entregarse a todos los desmanes posibles, pero con el remate de la cruz que otorga generosamente a todo el mundo. ¿No es esto de algún modo el revés y el derecho?

¿Acaso *El extranjero* —que debió llamarse « el indiferente »— no recuerda de algún misterioso modo a este Eusebio? Frenesí-indiferencia serían, en tal caso, par de fuerzas de una misma dinámica interna. Y si Calderón lleva en esta obra su temática a un grado de inverosimilitud extraordinaria y absurda, recuérdese que Camus es precisamente el autor de *Calígula,* una de las piezas más absurdas —y extraordinarias— que se hayan escrito en nuestros tiempos.

¡Usted por París, don Francisco!

A propósito de absurdos, está Goya en París. Digo que se pueden ver aquí sus grabados. Algo así como si de pronto hubiera soplado por París una ventolera del Guadarrama. ¡Qué disparate! Y tanto. Y tantos. Como que daban ganas de decir : ¡Cuánto tiempo sin verle, don Francisco!

Porque disparate, disparate disparatado, puro, es este de Goya en sus aguafuertes junto con el de las Pinturas Negras. Y no precisamente o únicamente en aquellas estampas de tema más irreal o inverosímil, sino en la manera, en el contenido de poético esperpentismo, de enigmática alusión al submundo del hombre.

Más irreales o, si se quiere, surrealistas podrían ser los pintores que, como el Bosco, se llamaron un día grutesco o grotescos, con todos sus monstruos antropomórficos y todos sus alegorismos pretextados en « moral » medieval. Mas ninguno de aquellos seres con patas de saltamontes y hocico de cerdo ; ninguna de aquellas gaitas con todo su fálico simbolismo, nos llegan a dar tan *por dentro* algo nuestro, algo que nos afecta a todos nosotros como ese « Vergonzoso » goyesco, todo repulgado y todo narizotas inverosímiles —que *así es* la vergüenza, no hay la menor duda— o esos « Chinchillas » que, ya es hora de decirlo, son, de toda evidencia, los padres espirituales de ese como mito del cine moderno : Franquestein.

Me refiero así, de pasada, como haciendo un guiño de entendimiento con el lector, a todo cuanto en Goya no es ni caricatura ni sátira ni, desde luego, « arte comprometido ». Me refiero a esa dimensión goyesca, pura, esperpéntica, de cierta actitud española que no es mera protesta social o política, sino que alude a la naturaleza humana en sí misma hozada por su propia inconsistencia. Así algunos de los « Disparates » menos disparatados, aparentemente, como ese « ridículo » en que toda una familia, al parecer en sus tres generaciones, está empingorotada en la rama de algún árbol monstruoso que perfila su sequedad contra un cielo desértico. O ciertos de los monstruos que me llevaban a recordar el cuadro del Prado en que, tras un montículo ocre, se ve asomar una vaga cabeza de perro : lienzo aquel en que el misterio, a fuerza de no querer ser misterioso, llega a infundir pavor.

Y no porque en él se nos quiera meter miedo, ni porque Goya se permita el menor regodeo en la expresión de la monstruosidad disparatada o esperpéntica. Del mismo modo que los « Desastres de la guerra », son verdaderos desastres o escenas de toros sus estampas de la « Tauromaquia », sus « Caprichos » y más aún sus « Disparates » se le vienen a la mano con toda la cólera sana con que un campesino español —por lo demás perfectamente católico, si llega el caso— siente en un momento la necesidad perentoria de expresarse y aún de manifestarse por medio de la blasfemia y la profanación. Sin gazmoñería, sin alharacas, sin complacencia tampoco, continuando una línea que, pasando por altibajos de violencia, nos viene desde los « juegos de escarnio », *La Celestina* y *El lazarillo,* pasando por Quevedo y Cervantes, por Goya, más tarde por Galdós aunque su pretendido realismo lo disimule, hasta llegar a Valle Inclán el bueno, el negro, digamos el de los *Esperpentos* y las *Comedias bárbaras* y no el de las *Sonatas.* Y aún más adelante, en la historia natural de nuestro disparatero, en Buñuel, en cierto cine de Buñuel, en el que la crueldad es crueldad y la violencia es violencia, pero nunca, ni una ni otra, regodeo morboso en describirnos un posible mundo de lisiados.

ARTURO SERRANO PLAJA

libros

Los 50 años de la revolución mexicana

POR JOSE BULLEJOS

El Presidente de la República de México, Lic. Adolfo López Mateos, ha definido la revolución de 1910 como una magna hazaña del pueblo y de sus guías revolucionarios que reivindicó para la Nación las riquezas fundamentales del subsuelo y afirmó la independencia económica nacional : « En el escenario de la historia contemporánea la Revolución ocupa un puesto de honor. Fue el primer movimiento popular de este siglo que propugnó la idea de justicia social como el único medio para forjar la verdadera prosperidad y grandeza de las naciones. »

Una revolución como la mexicana, que en medio siglo ha cambiado radicalmente la fisonomía política, económica y social del país, que se proyecta poderosamente sobre el continente americano como ejemplo de transformaciones históricas, tenía el deber de ofrecer un balance de la obra realizada y hacer un inventario de sus logros. A cumplir esta finalidad se orienta la trilogía de obras *México, 50 años de revolución*, cuyo primer volumen, *La Economía*, acaba de editar el Fondo de Cultura Económica.

Por la trascendencia del propósito, el Gobierno creyó necesario encomendar la elaboración de aquella obra, no a un solo autor, que necesariamente sería impotente para ejecutar tarea tan titánica, sino a un grupo de especialistas competentes en las materias respectivas, con lo cual se conseguirá presentar un panorama completo de la situación económica y social del país y de los problemas nacionales (1).

En los tres primeros capítulos del libro se estudian los recursos naturales del país, renovables o no, como base de la producción agrícola e industrial, así como el régimen de propiedad rural, el proceso demográfico y el acelerado ritmo de crecimiento de la población y el desarrollo agrícola del país desde 1910.

En el desarrollo histórico de la economía mexicana tiene importancia capital conocer el papel de promotores que han desempeñado el Estado y la iniciativa privada. Se trata este aspecto con criterio imparcial y absolutamente objetivo por el Lic. Ernesto Fernández Hurtado, subdirector del Banco de México. ¿Cuáles fueron los resultados de la política del régimen de Porfirio Díaz y la situación de México en 1910 al dispararse los primeros tiros de la revolución?, se pregunta el autor.

« En treinta años de paz, de inversiones extranjeras en gran cantidad, de liberalismo económico y de protección a las grandes haciendas mexicanas, el ingreso medio anual per capita del pueblo mexicano era equivalente a sólo 80 dólares de 1950, nivel comparable a los de las masas asiáticas pobres, e incapaz de mantener

(1) Son los autores : Enrique Beltrán, José Campillo Sáinz, Joaquín Loredo Goytortúa, Gonzalo Robles, Carlos Prieto, Cristóbal Lara Beautell, Emilio Vera Blanco, José Rogelio Alvarez, Ernesto Lobato López, Adolfo Orive Alba, Raúl Ortiz Mena, Octaviano Campos Salas, Manuel Salas Villagómez, Héctor Hernández Cervantes, Gustavo Romero Kolbeck, Alfredo Navarrete R., Hugo B. Margáin, Enrique Pérez López y Ernesto Fernández Hurtado. Prólogo de Adolfo López Mateos.

en paz y sin grandes convulsiones sociales a una nación que tenía 2.500 kilómetros de frontera y contacto constante con Estados Unidos de Norteamérica. »

El año 1930 puede considerarse como el punto de partida de la obra constructiva de la revolución. El Lic. Fernández Hurtado presenta el cuadro de los resultados obtenidos a partir de esa fecha, los cuales pueden sintetizarse así : El producto nacional bruto, en términos reales, fue cinco veces superior al de 1910 y 1930, con sólo un aumento de la población de dos veces y media ; la producción manufacturera aumentó en siete veces ; la industria petrolera elevó su producción casi en el mismo grado ; el comercio, la electricidad y la economía nacional se cuadruplicaron y, finalmente, la producción agrícola y ganadera se elevó, la primera a cuatro veces y media, y la segunda a dos y media, en tanto que la población rural no llegó a duplicarse.

La política de desarrollo económico nacional de los sucesivos gobiernos revolucionarios no se propuso la atracción copiosa de capitales extranjeros, ni se basó en la contribución de la inversión privada nacional, sino en la propia acción e iniciativa del Estado, que tomó a su cargo la construcción de grandes obras de riego, caminos, ferrocarriles y electrificación, consiguiendo al fin, tras penosos y prolongados esfuerzos, vencer la resistencia del inversionista privado y atraerle a colaborar en el engrandecimiento de México.

Pieza capital en el desarrollo económico nacional e instrumento decisivo en la política oficial desde que la Revolución entra en su etapa constructiva, fueron las instituciones nacionales de crédito, a cuya evolución y actividades dedica su capítulo el Lic. Octaviano Campos Salas. En su opinión, por el volumen de recursos que maneja, por la diversificación de sus actividades y por la moderna organización que presenta, el sistema bancario oficial es de una importancia decisiva para el desarrollo económico del país.

Considerada en el aspecto histórico, una revolución se justifica económicamente por el grado de crecimiento de la riqueza nacional, impone más justos sistemas de distribución de esta riqueza y aumenta el bienestar de la inmensa mayoría de la población.

« La meta de la política económica de México —escribe el Lic. Enrique Pérez López en el capítulo sobre el producto nacional—, es dar a su población un bienestar cada vez mayor, mediante un uso más eficaz de su capacidad productiva, así como una ampliación de ella, pues sólo dentro del marco de una economía de expansión pueden resolverse atinadamente los problemas que surgen de los esfuerzos de los distintos grupos sociales para lograr una mayor participación en el producto nacional. »

Pasados los diez primeros años de la revolución, el país comienza a reconstruirse físicamente y, por lo tanto, a aumentar la tasa del producto nacional, que había disminuído al 0,7 % anual, elevándola en ocho años a un promedio anual de 1,7 %.

A partir de 1933, dominadas las repercusiones sobre la economía del país de la grave « recesión » de Estados Unidos en 1929, se inicia un aumento constante del producto nacional.

« La consolidación del desarrollo económico se hace de 1945 a 1959, a consecuencia del impulso que la producción nacional recibió en la fase anterior, merced a las profundas transformaciones, tanto en lo económico como en lo político y lo social, generadas por la Revolución. Así, desde el término de la segunda guerra mundial el crecimiento sostenido del producto ha continuado en forma autónoma. »

La evolución industrial de México, sus progresos y el estado actual de las principales industrias se analizan certeramente en varios capítulos, entre los cuales es de particular interés el que dedica a la industria siderúrgica el Lic. Carols Prieto, presidente de la Compañía Fundidora de Hierro y Acero de Monterrey.

Otros capítulos de fundamental importancia, y que no comentamos, son los que estudian los problemas crediticios y monetarios, financiamiento e inversiones del sector público.

El capítulo « El desarrollo industrial de México », redactado por el ingeniero Gonzalo Robles, consultor del Banco de México y uno de los más doctos conocedores de los problemas de desarrollo industrial, es la síntesis histórica, que aunque en forma abreviada, presenta el cuadro de la evolución económica de México, de los antecedentes históricos de su progreso industrial, que en opinión del autor comienza en 1823, y de sus principales etapas. Termina este capítulo con un párrafo enjundioso que puede servir de colofón al libro y por lo tanto a la obra económica realizada por la revolución :

« Cerramos esta relación —escribe— con la certidumbre de que la Revolución de 1910, cuyo aniversario ahora celebramos, junto con la Independencia y la Reforma, han despejado un futuro de progreso económico y de justicia social para nuestro país. Serán los propios mexicanos los que por su voluntad, su trabajo y solidaridad, hayan de consumarlo. México ha dejado de ser la tierra del hombre en cuclillas que, arrebujado en su sarape, otea el horizonte para descubrir conquistadores o explotadores codiciosos ; rápidamente se está convirtiendo en la patria generosa de luchadores libres e iguales que han de incorporarla a una humanidad mejor, en un pacífico empeño de superación. »

JOSE BULLEJOS

Ramón Ramírez Gómez : "La posible revalorización del oro y sus efectos en la economía de México"

HAY QUIENES DUDAN de la necesidad de los prólogos, engañosos las más de las ocasiones. Otros los repudian pura y simplemente, alegando que lo que de veras interesa es la mercancía en sí y no el envoltorio, puesto que ésto y no otra cosa suele ser el exordio o prólogo. Yo, por mi parte, los considero interesantes, pues suelen darnos la medida, por decirlo así, de lo que vamos a leer. En efecto : dime con quién andas y te diré quién eres.

El prólogo de Alonso Aguilar M. al folleto *La posible revalorización del oro y sus efectos en la economía de México* (Escuela Nacional de Economía, México, 1961) es harto elocuente. Tanto que ya no nos quedan ganas, una vez leído, de emprenderla con el resto. ¿Para qué? Es de suponer —pues por algo el autor ha recurrido al prologuista— que lo que sigue debe de ser del mismo tenor que lo que precede. Y lo que precede, o sea el prólogo, se las trae.

Digamos que Alonso Aguilar M. estima que « los viejos países capitalistas han llegado al punto de considerar que la prosperidad económica sólo es posible viviendo al borde de una guerra nuclear » ; que Estados Unidos está gastando 46.000 millones, Francia 3.600 y Alemania 2.700 al año » ; que « Estados Unidos está tratando de resolver sus contradicciones económicas internas por el camino del gasto improductivo y de la preparación de un conflicto bélico » ; que « está tratándose de resolver las mismas contradicciones por el camino insensato de creer que puede acabarse con el socialismo... una forma de vida que ya han elegido cerca de 1.000 millones de hombres y mujeres » ; que patatín patatán.

Como puede verse, más que el análisis objetivo de un economista trátase de la diatriba mitinesca de un propagandista, con uso y abuso de los más exotéricos argumentos. El autor, por lo que he ojeado —mi curiosidad y paciencia no llegaron a más—, también incurre en idéntico defecto. Para él, por ejemplo, el dinero cambia radicalmente de naturaleza según la latitud, si bien nos confiesa *sotto voce* que en las llamadas « economías socialistas » sirve para « facilitar la circulación de mercancías, pago de salarios, sueldos e impuestos », lo cual no es ninguna novedad. Y es que, tanto en el Este como en el Oeste, el dinero... es el dinero.

Lo único interesante de este folleto es comprobar que está editado por la Escuela Nacional de Economía y patrocinado por la Universidad Nacional Autónoma de México, la cual advierte en una nota previa que los puntos de vista vertidos son « de la exclusiva responsabilidad de los autores ». Nos complace que en estos tiempos de máxima intolerancia una entidad oficial ofrezca sus publicaciones a todas las corrientes del pensamiento, incluso a las que... no piensan. Porque no es cosa de dudar de que tal Universidad Autónoma nos ofrecerá un día próximo el reverso de la medalla que nos presentan ahora al alimón Ramón Ramírez Gómez y Alonso Aguilar M., dos hombres de filiación nada equívoca. Y es que tal reverso existe.

I. I.

Díez-Echarri y Roca Franquesa : "Historia general de la literatura española e hispanoamericana"

CORRÍA 1822 y las literaturas de los países hispanoamericanos distaban aún mucho de tener entidad propia, cuando Menéndez Pelayo y Miguel Antonio Caro intercambiaban generosos proyectos, presagiando lo futuro. El crítico español anunciaba al erudito bogotano su propósito —que lamentablemente no llegó a cumplir— de escribir una historia orgánica de todas las literaturas en lengua española. Respecto a la parte americana, añadía cierta declaración capital : « Es preciso incorporarla de una vez en el cuerpo general de nuestra historia literaria. » Y desde Bogotá, Caro le respondía entusiásticamente conforme con la idea de « historiar *en un solo cuerpo* la literatura española peninsular y americana ».

Han transcurrido cerca de ochenta años desde que tan ambicioso proyecto fue imaginado y aún no alcanzó su cabal realización. Pero ¿será posible reunir en un todo armónico, bajo el signo de la unidad idiomática, la historia de veinte literaturas que responden, no en sus raíces, pero sí en sus derivaciones, a motivos muy diversos? ¿Cómo compaginar espiritualmente los ocho siglos de literatura española (o más exactamente, nueve, tras el descubrimiento de las « jarchyas » mozárabes) con el siglo y medio de literaturas hispanoamericanas, sometidas estas últimas a otra medida del tiempo y del espacio? Sin embargo, previendo o soslayando esos problemas, en los últimos años no han faltado algunos intentos de consideración.

Ahora por vez primera, en un libro de cier-

tas aspiraciones, que rebasa los límites del manual escolar y entra en el campo de las obras de consulta, se encara la proeza de fundir « en un solo cuerpo » y bajo un solo autor —o una pareja de ellos, más exactamente— la historia de todas las literaturas hispánicas. La condición bisoña de sus autores (E. Díez-Echarri y J.M. Roca Franquesa, jóvenes, al parecer, de años, dado su empuje, pero no de criterio, habitualmente poco abierto en cuanto llegan a los tiempos modernos) explica tal arrojo. Desde luego, en una obra de tal naturaleza y magnitud —muy pulcramente editada por Aguilar de Madrid— no es la originalidad, no son los puntos de vista propios aquello que deberemos buscar. Al contrario, la incorporación de investigaciones y opiniones ajenas es esencial. Lo que importa, lo que da sello y matiz a una historia de esta clase es el criterio enjuiciador, la escala de valoraciones que aplique, y el arte para recoger el estado actual de algunos puntos sometidos a revisión. En este sentido, si examinamos las páginas sobre *La Celestina*, el barroco y la conceptuación de autores como Góngora y Gracián, habremos de celebrar el acierto y la discreción de los señores Díez Echarri y Roca Franquesa. Y algo semejante sucede con su tratamiento de algunos autores americanos del siglo XIX. Contrariamente, nuestra complacencia disminuye o se anula a medida que se acercan a las tendencias contemporáneas. Por ejemplo, la visión que nos dan de poetas tan significativos como Huidobro, Vallejo y Neruda es deficiente.

Mas sería injusto, en una obra de tal envergadura, ensañarse con los puntos débiles. También resultaría demasiado fácil poner en evidencia la ingenuidad —por no decir otra cosa— de los autores cuando hablan —¡a estas alturas!— de « nuestra guerra de liberación », refiriéndose al fratricidio de 1936. Prefiramos, pues, elogiar el esfuerzo que representa su Historia y atenernos a sus excelencias, algunas ya mencionadas y otras que descubrirá por sí mismo el curioso lector. Pero ello no ha de impedirnos señalar otra tacha de su libro : la ausencia absoluta de todo cuadro histórico, al menos como telón de fondo, que enmarque y sitúe en el tiempo cada serie de hechos literarios. No significa en modo alguno plegarse a ninguna interpretación sectaria político-social afirmar categóricamente cuán insatisfactoria resulta hoy toda crónica, biografía o historia literaria que no se articule en cierta conexión con el contexto vital de cada época. En cuanto a la bibliografía, finalmente, anotaremos que es muy copiosa aunque no completa y menos cernida. Los autores desconocen casi todas las aportaciones críticas de estos últimos años —empezando por las de los autores emigrados—, insertas en publicaciones americanas del norte y el sur.

GUILLERMO DE TORRE

Luis Cernuda : "Poesía y literatura"

LA IMAGEN TOTAL DE UN POETA, su figura en el tiempo, no basta a dárnosla su poesía, por mucho que la hayamos leído y vivido. En no pocos casos, esa imagen se completa armoniosa o contradictoriamente con lo que sabemos de su existencia, de sus gustos literarios, de su simpatía por tal arte o tal artista de otros tiempos. La imagen que tenemos de Luis Cernuda nos la da, claro es, su propia poesía, para nosotros una de las más altas de la lírica española contemporánea, pero también sus confesiones de poeta en prosa y sus trabajos de crítico y ensayista, reunidos en libros de tan grande interés como sus *Estudios sobre poesía española contemporánea* (1957), *Pensamiento poético en la lírica inglesa* (1958) y este reciente *Poesía y literatura* (Seix Barral (Barcelona, 1960). Lo que piensa un gran poeta sobre la poesía o la literatura de los demás, tiene siempre importancia, y no sólo por lo que pueda iluminar o enriquecer con su visión crítica y poética tales zonas ajenas, sino sobre todo porque esa visión suya es fatalmente reveladora de su propia intimidad de artista, ayudándonos a comprender y penetrar en lo más profundo de su obra. De aquí el gran interés de muchas páginas de este último libro de Cernuda, desde el ensayo sobre « Poesía popular » que encabeza el volumen, hasta el que lo cierra : ese « Historial de un libro », documento de extraordinario valor por su significación autobiográfica y estética, y que ningún biógrafo o estudioso de Cernuda podrá desde ahora ignorar.

El ensayo inicial del volumen aborda un tema —la poesía popular— que no pierde nunca interés ni actualidad, sobre todo en nuestro país. Cernuda reacciona violentamente contra el propósito, propagado por algunos, de escribir una poesía a la que pueda llegar el pueblo, es decir, que pueda ser comprendida y gustada por éste. Lo que hay que hacer, afirma Cernuda, es elevar el nivel cultural del pueblo, hoy hundido en la ignorancia y la rutina, y alzarlo hasta la poesía, en vez de rebajar ésta al gusto del vulgo. La conclusión a que llega Cernuda es que la poesía que se suele llamar popular no ha existido ni puede existir, aunque admite que una vez sí existió : la poesía dramática de Lope en nuestro siglo XVII.

Los demás ensayos que componen el volumen ofrecen también un alto interés. Señalemos las « Palabras ante una lectura », en que Cernuda ha acertado a darnos la quintaesencia de su experiencia de la Poesía ; los varios estudios sobre poetas clásicos, como Garcilaso, Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Jorge Manrique, etc.;

el iluminador ensayo sobre André Gide y las finas páginas sobre Rilke.

Poesía y literatura contiene además la versión castellana que ha realizado Cernuda de tres poemas ingleses : « La definición del amor », de André Marvell ; « Una toccata de Galuppi », de Robert Browning ; y « Bizancio », de W.B. Yeats. Nadie ignora que para Cernuda la traducción, y sobre todo la de poesía, es un arte que hay que mimar y cuidar como si se tratase de un poema propio.

Finalmente, quisiera citar las páginas que Cernuda consagra a Galdós, al que juzga como nuestro mayor novelista después de Cervantes. Juicio que algún lector estimará raro viniendo de un poeta como Cernuda, pero con el que siempre estaremos de acuerdo.

J.L.C.

Humberto Díaz Casanueva : " Los penitenciales "

Rosamel del Valle : " El corazón escrito "

En la producción poética de Chile de 1960, sobresalen estos libros de dos poetas que por vías paralelas, aunque ahondando sus calidades diferenciales, han llegado a situarse en el primer plano de la poesía hispanoamericana. *Los Penitenciales* está publicado por la Editorial Carucci de Roma , *El Corazón escrito*, por la Editorial Matera de Buenos Aires. Díaz Casanueva reside actualmente en Roma, en donde es ministro consejero de la Embajada de Chile. Rosamel del Valle vive en Nueva York ; y allí trabaja como funcionario de las Naciones Unidas. Ambos están alejados de Chile hace ya varios años, dedicados a afanes internacionales, pero sin desvincularse de su tierra. Son espíritus gemelos que han mantenido celosamente su libertad y su dignidad, y que han participado en numerosas empresas culturales ; identificados en el fervor común de la defensa de la poesía contra toda servidumbre. No cultivan, sin embargo, una poesía pura, enrarecida, sino una poesía humanizada, dramática, dirigida a la exploración de la vida interior y a la exaltación de las potencias creadoras.

Díaz Casanueva, ya suficientemente conocido por su libro *Requiem*, ha alcanzado en *Los Penitenciales* mayor simplicidad y lucidez. A la frondosidad de imágenes de sus libros anteriores, a la sensualidad expresiva, ha seguido una atención extrema a ciertas verdades esenciales dichas en un lenguaje brillante y apasionado. Dice en su último libro :

Cuándo cuándo he sido
verdaderamente humano?
Tomando el sol con la
llameante cresta
o debajo de la noche
los huesos convertidos en
silbatos ?

Rosamel del Valle también ha alcanzado en su obra reciente un alto grado de afirmación y de equilibrio. Poseedor de una rica simbología, sus poemas contienen siempre un mensaje secreto, enraizado profundamente en la subjetividad, pero sometido ahora a un ritmo más solemne. Dice en *El Corazón escrito* :

Más temblorosas que las arrugas de los dedos
Más perdidas en la obscuridad que las luciérnagas
Puesto que el universo se detiene a escuchar el sonido de la hierba
Cuando el hombre se desborda de sí mismo con sus actos
Más río sin orillas que los ríos en la noche
Más ruidoso que praderas invadidas por langostas.

Ambos poetas son autores de varios libros de poesía y de ensayo. Díaz Casanueva ha escrito sobre las relaciones de la filosofía y de la poesía. Rosamel del Valle escribió además un hermoso libro de relatos : *Las llaves invisibles*. No solamente valen por su obra sino por su actitud poética : han mantenido una vocación de universalidad, pero se reconoce en ellos una auténtica expresión americana, la inquietud de una existencia que trata de entrar en posesión de todos sus poderes y volcar en lirismo el espacio, la hondura de la tierra, a la vez que el destino de un hombre como el hispanoamericano, ansioso de entregar su mensaje a la cultura occidental.

L. L.

José Antonio Novais : " Cristo-Federico "

Este libro (Colección Pilo, Madrid, 1960) es una narración en primera persona, constituído por relatos que no son cuentos propiamente dichos, ya que, aunque cada uno disfrute de autonomía argumental, predomina en todos ellos lo que tienen de bloque, de clima común. Novais nos ofrece una serie de tipos y situaciones enmarcados en un clima literario de tendencias descriptivas. El libro es así de carácter paisajístico.

El paisaje que Novais nos presenta es algo en principio muy abstruso : la noche. Esta, para Novais, no es un simple y prosaico accidente temporal, sino algo de un cariz muy distinto : una forma de vida. Como toda forma de vida, la noche es también un mundo sui generis. Un mundo que, como todo mundo, tiene sus ciudadanos. Los de la noche son los noctámbulos, los buhos antropomorfos que forman una humanidad aparte, con sus reglas, su lógica, su sociedad y su religión. El Dios de la noche se llama Cristo-Federico y es un Dios manso y melancólico que se hizo a imagen de los noctámbulos y de los inocentes. La inocencia se respira en estos relatos, es casi la verdadera protagonista. Ella da a los noctámbulos ese ojo extraño con que miran la realidad.

Pero en la noche hay también « malos », gentuza que carece de este ojo inocente. Gentuza que piensa y ve la realidad como el resto del mundo, bebe el vino a golpes, sale a la noche como de estampía, en busca sacrílega de diversión y, encima, analiza, razona. Son seres perversos, filósofos que mercadean con el vino, el sufrimiento y la inocencia. Cuando se emborrachan, piensan en su borrachera como si fuese una idea o una abstracción. Jamás conocerán a Cristo-Federico, ni podrán rezarle allá lejos, tras el calvario, en la Iglesia del Alba.

La vena lírica del autor tiende a la extraversión, carece de acordes puros y se alimenta más bien de cosas y recuerdos de cosas. De nostalgia concreta. Pero sin que ello le quite intimismo a sus relatos, sino más bien al contrario. La relación de Novais con lo que describe va más allá de lo simplemente cognoscitivo ; afecta, a mi modo de ver, a esferas más oscuras y profundas de la psicología humana, tal vez a su sentido religioso.

El lenguaje es limpio y lleno de gracia y originalidad. Un acierto el de este extraño subjetivista, más curioso en nuestra época en que se cree que esto ha pasado de moda.

A.F.S.

Santiago Nudelman : "El régimen totalitario"

TODA LA GAMA de matices totalitarios del régimen peronista, que durante doce años anquilosó el progreso democrático argentino, queda bien de relieve en *El régimen totalitario*. En este documentado volumen, el doctor Santiago Nudelman —parlamentario radical en aquella etapa y en la actualidad director de *Crítica* de Buenos Aires— fija para la historia perfiles del terrorismo estatal y de los fraudes políticos de la dictadura de las sedicentes tres banderas. Porque con la retórica de clara demagogia de « soberanía nacional, independencia económica y justicia social », se encubría un sistema de latrocinios, de orientación fascista, de « expropiaciones » de diarios con absurdos pretextos obreristas o sanitarios, clausura de publicaciones, secuestro de libros, allanamiento de domicilios, desconocimiento de la propiedad privada, persecución de periodistas, escritores y sus abogados defensores, asesinatos, incendios de bibliotecas y templos, torturas a los detenidos, y otros crímenes escalofriantes. Sin adjetivaciones especiales, con la fría exposición de los hechos, el doctor Nudelman logra un auténtico impacto en la conciencia del lector.

La defensa de la libertad creadora y de la cultura tiene, en libros como éste, instrumentos muy valiosos. Porque aleccionan y nos hacen comprender que muchos de los totalitarismos existentes se sostienen por nuestras propias inexperiencias o por falta de cohesión del pensamiento y acción de los partidos democráticos. Todo régimen totalitario deja secuelas tremendas, porque no en vano se juega con los valores positivos. No por cercanos, los hechos dejan de tener su proyección histórica. Olvidarlos sería caer en el ardid maquiavélico de los herederos de aquel despotismo. Contribuye *El régimen totalitario* a reavivar el odio a las tiranías de cualquier color ; odio que —proclama Mitre—, « es una fuerza moral, y pretender extinguirlo en las almas es desarmar a los pueblos y entregarlos como carneros sin ira en los brazos de una cobarde mansedumbre ».

A. S.

Otros libros

VICENTA NAVARRO : *El ideal no realizado*

Bajo este título, tomado del comienzo de una estrofa del poeta Tagore, Vicenta Navarro —una de las miles de mujeres hispanas dispersas por el mundo después de la guerra civil— ha publicado en la Editorial Kraft de Buenos Aires su primera novela. Es deber de todo crítico alentar a quienes comienzan, aunque no dejen de señalarse los errores y balbuceos propios de las obras primerizas. *El ideal no realizado* es un plausible intento novelístico. Sin alcanzar la plenitud, acredita gracia y ofrece atisbos psicológicos en la autora prometedores de realizaciones más cuajadas.

Ana María, la protagonista, es una criatura cuyo espíritu torturado vive el drama de una frustración física : la de su esposo. Esa vida conyugal imposible persigue a los protagonistas « como una maldición ». Junto a la pareja, el

otro hombre —Javier, el amigo incitador—, encarnación de la flecha del deseo y de la traición. Enrique, el marido, intenta una experiencia difícil para salvar del naufragio al matrimonio ; ternura y amor sublime no bastan, empero, para las urgencias de la carne y los derechos de la especie humana. Como fondo, Valencia y la guerra, con personajes secundarios que viven la tragedia de la lucha fratricida y sobre las discrepancias ideológicas abren las perspectivas del entendimiento cordial y generoso.

Con tan vastos materiales, un autor experimentado hubiera construído una novela más acabada, sin duda alguna. Pero —aun con las limitaciones apuntadas— *El ideal no realizado* merece el estímulo de un elogio. Esperamos que la agilidad demostrada por Vicenta Navarro en el diálogo claro y bello y la galanura de muchas de las páginas de la novela, tengan una proyección más firme en nuevas producciones.

A. S.

EDUARDO MALLEA : *La razón humana*

Mallea, el escritor argentino, tiene muchos títulos bibliográficos publicados. Este libro es su última obra y consta de 177 apretadas páginas, integradas por cinco relatos largos, escritos entre los años 1949 y 1953.

Por lentos, algunos de estos cuentos dan la sensación de que se fuese a entrar a una larga novela, pero pronto advertimos que estamos frente a un cuento sin intensidad, ni mayor interés. Algunos están escritos con cierta prisa que se nota, lo que los hace un poco periodísticos. Los temas son demasiado vulgares y el autor no logra infundirles un soplo particular y único, en suma lo que podría salvarlos, pues, a fin de cuentas, el tema es lo de menos, aunque es siempre peligroso para un artista dar ventajas excesivas a otros rivales, en carreras largas o de medio fondo... Hemos meditado una y otra vez en estos relatos y no podemos aceptarlos como obra muy acabada. Tememos que siempre haya morado en Mallea un periodista, muy experto, y más aún, fino, confundido con los aspectos superficiales del escritor profundo. Un periodista de altos vuelos, pero no un verdadero artista.

Este libro fue publicado en Buenos Aires, por la Editorial Losada.

A. U.

MERCEDES GUILLEN : *Conversaciones con los artistas españoles de la Escuela de París*

Desde que París es centro reconocido e indiscutible del arte —a partir sobre todo del impresionismo—, los jóvenes artistas del mundo entero se sienten intensamente atraídos por la capital francesa, y buscan en ella el desenvolvimiento de sus posibilidades y la final consagración. Y esa legión de artistas dispares se funden en la llamada Escuela de París.

La aportación y hasta la influencia de los artistas españoles en los movimientos artísticos que han tenido por escenario París, fueron muy importantes en lo que va de siglo. No se olvide, efectivamente, que España ha dado pintores como Juan Gris, Pablo Picasso, Joan Miró, Salvador Dalí, etc. ; y escultores como Gargallo, Manolo, Mateo Hernández, Condoy y otros más. También pasaron por la capital francesa Zuloaga, Solana, Vázquez Díaz... Ellos participaron en todos los movimientos, nutrieron todas las tendencias.

Conversaciones con los artistas españoles de la Escuela de París (Ediciones Taurus, Madrid, 1960) recoge las opiniones de dieciséis artistas, algunos de ellos ya fallecidos. Son los siguientes : Miró, Picasso, Bores, Colmeiro, Viñes, Flores, Clavé, Parra, Fenosa, Lobo, Ortiz, de la Serna, Pelayo, Peinado, Domínguez y Fernández. Son conversaciones breves sobre cuestiones artísticas palpitantes, expuestas sencillamente, sin demasiadas complicaciones teóricas.

Sin grandes pretensiones, la autora del libro nos muestra en su intimidad, es decir, en sus respectivos talleres y enfrentados con sus telas o su barro, a unos cuantos artistas españoles movidos por inquietudes casi comunes e interesados en defender sus particulares puntos de vista.

C. LIZCANO : *En medio de los escombros*

Los personajes principales de esta novela, en quienes visiblemente delega el autor un poco de su propia personalidad, tienen todas las virtudes imaginables. Por ejemplo, el protagonista principal acaba por conquistar a una monja, que abandona los hábitos y se va con él, seducida por su virtud, por sus cualidades morales más que por las físicas. Pero aunque por estos datos se advierta que el relato de Conrado Lizcano peca un poco de inocente, no se crea que *En medio de los escombros* carece de méritos : los tiene, y el libro se lee con agrado. Resplandece en sus páginas la sinceridad de su autor —un autodidacto de curiosidad múltiple y despierta— y la soltura con que escribe, aunque en ocasiones cierto excesivo desgarbo o afectada despreocupación expresiva dañen algunos pasajes del libro.

Nos da éste una visión, si bien sumaria, harto exacta del ambiente español de la postguerra

civil y abunda en aciertos descriptivos y de observación que acreditan las felices disposiciones literarias de Lizcano. En sus juicios y deducciones se advierte a las leguas la formación ácrata del joven escritor, lo cual dista mucho de ser un reproche en nuestra pluma, pero es desde luego un lunar que le señalaría una crítica severa : el que se les señala a muchos literatos « engagés », que llevan su ideología a sus obras.

Claro es que falta perspectiva de tiempo para poder dejar a un lado la pasión personal cuando de la tragedia española se trata. Por eso la novela de la España de 1936 acá, la verdadera novela, está aún por escribir. Y si algún día se escribe, será un novelista quien lo haga. Pero el esfuerzo de Conrado Lizcano es simpático y laudable.

C. A.

C. CARPIO : *Radiografía cordial de América*

Radiografía cordial de América (Editorial Cátedra Lisandro de la Torre, México) lleva profunda la impronta del escritor de estirpe libertaria, muy ahincado sobre todo en las teorías que allá a principios de siglo desenvolvió en sus obras el celebrado cubano Doctor Enrique Lluria, teorías no caducas, pero en algunos aspectos ya superadas, que tuvieron en su día asentimiento de relevantes hombres de ciencia y mucha boga en los medios del proletariado culto.

Trátase de un extenso ensayo, en el que Campio Carpio justifica con bastante fortuna su esperanzado optimismo en el porvenir de América Latina, a la que atribuye una misión muy elevada y trascendental en la historia de la civilización : la de paladín de la libertad y la paz. Cree que el hombre de América está especialmente calificado para esta empresa, « por no hallarse contaminado totalmente por los vicios de un estado social secular que torpemente arrastra la cultura europea ».

No cae Norteamérica fuera del campo de su examen, y acerca de su tipo de civilización sui generis, de sus posibilidades espirituales para lo porvenir y de la definitiva delineación de su propia y auténtica personalidad expone el autor juicios y apreciaciones, si discutibles en algunos pormenores, muy atinadas y aceptables en su contextura general.

En suma, con argumentos propios y contemplando el panorama americano desde el punto de vista de su personal ideología, Campio Carpio abunda en la fe en América que sienten y cultivan muchos americanos —y otros que no lo son— que ven en ella una promesa para el mundo, una promesa de acción pacífica, generosa y creadora de una nueva civilización. Fe reconfortante, sobre todo en estos momentos en que el viejo mundo vive angustiado, con el horizonte ensombrecido de amenazas y malos presagios.

C. A.

JUAN RULFO : *El llano en llamas*

Rulfo es un joven cuentista mexicano que ha tenido la fortuna de ver su obra *El llano en llamas* en la actual tercera edición (México, 1960), y que consta de quince cuentos de tipo campesino. Su tendencia es ruralista, vernaculista por los temas, y no por el lenguaje que es depurado, universal. Sólo nos parecen válidos cinco cuentos : « Talpa » —el mejor—, « Macario », « Diles que no me maten », « No oyes ladrar los perros » y « Anacleto Morenos » —con ciertas reservas. La falta de intensidad y de atmósfera malogra la mayoría de sus relatos. Pero, pese a todo, lo logrado tiene jerarquía, y eso basta. En sus momentos creadores hay patetismo y finura.

A. U.

N. COCARO : *Cuentos fantásticos argentinos*

La proliferación del género fantástico en Argentina tal vez sea una especie de estela didáctica subrayada por Borges, aunque no fundada por él. En todo caso la turbulenta historia argentina de los últimos 30 años ha precisado un escape de tipo metafísico (pues no lo ha hallado en el campo religioso), y, así, creemos que ha proliferado este género de indudable interés creador.

Cócaro nos ofrece un libro —con un prólogo denso y documentado—, de difícil lectura, pues cultiva un ensayismo exento de amenidad. Ante un prólogo tan promisor, lo seleccionado, por su baja calidad, resulta una especie de parto de los montes. De diecisiete cuentos antologados, sólo seis pueden leerse con mayor o menor interés. El resto pertenece al reino sordo de las frustraciones. « La lluvia de fuego » de Lugones, llama la atención y versa sobre la destrucción de Gomorra. Asimismo « Las ruinas circulares » de Jorge Luis Borges, aunque en este caso la poesía lírica entre a confundirse con el relato en prosa. No indica Cócaro a qué libro pertenecen ni en qué año fueron publicados los cuentos que selecciona. Una falla seria en un continente como el americano, incomunicado y sin noticias ni ficheros literarios más o menos serios. Otros autores que descuellan en un plano más inferior son : Vicente Barbieri con « Dos veces el mismo rostro » (más conocido como poeta lírico), « Más allá », de Horacio Quiroga ; « El fantasma », de Enrique Anderson Imbert, y « Casa tomada » de Julio Cortázar.

A. U.

revistas

Hispanoamérica

SUR, que desde el día en que nació, hace treinta años, ha sido en nuestra América antena universal, viene publicando entregas especiales de balances que ya forman un tesoro bibliográfico. El espíritu nunca vencido de Victoria Ocampo ha logrado este milagro durante los treinta años que se consideran como el promedio de vida de una generación. Así ha recogido *Sur* las mejores antologías del pensamiento francés, de la literatura de Estados Unidos, de las letras del Japón. Victoria Ocampo adoptó la fórmula que le daba Drieu de la Rochelle en 1931, cuando por primera vez vio la luz la revista y él escribió un comprimido de confesión diciendo : « Hoy un hombre tiene tres patrias : la suya, aquella en que nace ; su continente, y el planeta. » Victoria tenía ya en el alma la misma idea. Es quizás la primera mujer a quien siempre le he oído decir : « Yo soy un ciudadano del mundo. » No por una vuelta al imperio romano, no significando que Argentina estuviera extendiendo sus fronteras hasta el mar de oriente, sino por rebeldía contra cualquier atadura que pudiera ligar su gana de mirar libremente hasta los más distantes horizontes. Victoria, que entonces era riquísima, entregaba sin reservas lo que tenía a quienes para ella representaban algo nuevo, original, profundo, en todas las literaturas. Una vez, antes de fundar la revista, invitó —dicen que por teléfono— a Rabindranath Tagore para que fuera a Argentina. El poeta aceptó la invitación, se fue al pequeño feudo de Victoria sobre el río de la Plata, a la chacrita de San Isidro, la del algarrobo, y pasó unos meses que le sirvieron para escribir todo un libro de poesías. Otro día llevó Victoria al gigantón bárbaro de Keiserling, que parecía venir de las estepas para pasearse por Europa y América como un filosófico pantagruélico mujic, haciendo unos discursos que preparaba para asombrar a los enanos. Victoria le permitió a Keiserling venir a hacer el descubrimiento de América, y por cierto que de la singularísima aventura ella ha dejado un testimonio que podría colocarse entre las páginas de antología de nuestro tiempo. Victoria situó a Ortega y Gasset en Buenos Aires, como situó a Waldo Frank. Y no digamos a todos los franceses, a los ingleses. *Sur* vino a ser eso : el pequeño espejo universal que reflejaba en Buenos Aires el panorama del mundo.

Perón, que después de todo sabía donde estaban las cosas que le interesaba arruinar, entre lo que señaló como blanco de sus zarpazos estuvo la revista *Sur* y la fuente de aquellos esfuerzos generosos que comunicaban a Buenos Aires con los hombres libres del mundo. Victoria fue a parar a la cárcel. La arrestaron y la pusieron a vivir con las prostitutas caídas en la redada. Durante semanas y semanas, los dictadores argentinos se dieron el placer de tratar como a una rata a esa mujer argentina de que tantas cosas buenas se decían en todo el mundo culto. En el fondo, Victoria le quedó muy agradecida a Perón. Halló en la cárcel que aquellas infelices eran mujeres buenas. Descubrió en ellas las virtudes que se habían perdido en las alturas. Tenía ella que descender hasta el fondo más oscuro, en donde las cosas inconfesables resultan a veces transparentes, y recibió ese bautismo de la cárcel, que ha sido en nuestro tiempo tan difundido, y que en millares de millares de casos sólo ha servido para señalar honrosamente a los mejores.

Los dos últimos números extraordinarios de *Sur* están dedicados, el uno a hacer el balance de los ciento cincuenta años de la independencia argentina, y el otro los treinta años de la vida de *Sur*. Dos números valerosos, sin diplomacia, sin protocolo. Ciento cincuenta años de vida independiente... Y ¿qué? ¿Qué uso hemos hecho de la independencia, ¿Hemos respondido bien de la herencia que nos dejaron Echevarría y Sarmiento? Ahora se cumplen los ciento cincuenta años del nacimiento de Sarmiento, y ha-

brá que hacer otro balance... « Al gran pueblo argentino, salud. » ¿Qué salud le hemos dado?

Sur ha celebrado esos ciento cincuenta años con una serie de interrogaciones que hemos leído y nos han dado escalofrío. Sí : el proceso de independencia de América es un proceso complejo que implica las mayores responsabilidades, y que no todos han sabido que está aún por completarse, pues por dentro lo asaltan muchos traidores. La teoría de *Sur* sería ésta : colocarnos a una altura de dignidad para hablarle a los de todas las naciones como dueños de nuestro propio ser, pero seguros de que amos de nuestro espíritu somos nosotros. La cosa no está en salir de ser colonia de un imperio para serlo de otro. Esa nostalgia colonial de quienes son como ranas pidiendo rey, ese no saber comportarse como hombres libres pidiendo protección, amparo, unas veces en el oriente, otras en el occidente, unas en el norte y otras en el sur, ese no saber que hay una historia que obliga. Es volver la espalda a la historia, porque la historia incomoda, impone ciertas actitudes, cierta conducta, cierta ambición, cierta hombría, cierto no caer temblorosos en el tremedal de los complejos.

Los treinta años de *Sur* son los años en que hemos visto salir de una ratonera al pueblo que mantenían embrutecido los zares para convertirse en una soberbia potencia imperial que desafía a Estados Unidos y domina a Hungría, se llena de colonias y embruja como un Rasputín de poder universal a medio mundo ; en que hemos visto desintegrarse el átomo, volar fuera de la atmósfera terrestre, viajar normalmente de Nueva York a París en un par de horas, a los israelíes convertir los pedregales de muchos siglos en planas verdes, en huertos de naranjas, independizarse la India, Indonesia, reventar a Africa, nacer las grandes ciudades de Euramérica... y mirar todas estas cosas los intelectuales con un desconcierto pavoroso. *Sur* surgió espléndido hace treinta años. Todos recordamos cómo se inició : las grandes cubiertas de colores, el papel como de la edad media, los anchos márgenes de las ediciones de lujo. Luego vino la austeridad. Algunos recordamos la prisión de su directora, y como la razón de la vida de la dictadura era la razón de destruir la revista y aniquilar a su dueña. Ahora vemos la revista más pequeña, más recogida, más concentrada... y más hermosa. Más humana. No se trata de una revista que tenga que decir que se mueve a la búsqueda del tiempo perdido. Los treinta años de ilusiones y de lucha, de experiencias y de resultados positivos, son años no perdidos : señalan un balance que debe ser visto con valor por quienes le tienen miedo a la historia.

***

EL TIEMPO. — Siendo ya excesiva la extensión de esta nota, que escribo a cada línea pensando en que dejo lo mejor por decir, con todo, tengo el deber de señalar muy en comprimido ya, otro balance : los cincuenta años de *El Tiempo* de Bogotá. Cincuenta años que arrancan de las grandes esperanzas de los principios del siglo —el siglo XX, insisto, empezó en 1910— y que fueron para Colombia de experiencias infinitamente más arduas y dolorosas que las de los cuatrocientos años que quedaban atrás. Este es el sino de nuestro tiempo. Eduardo Santos encendió su antorcha modestísimamente, con un diario en que todo era precario, elemental, pobrísimo, menos el propósito que resultaba, por esto, aún más desproporcionado. Surgió de sus páginas el nuevo pensamiento liberal, y cuando vino la dictadura, lo primero fue quemar lo que ya iba siendo uno de los más grandes diarios de toda América, en la hoguera más bien alimentada que en Colombia se hubiera visto. Se redujeron a cenizas las colecciones, se quiso que los talleres quedaran fundidos como hierro viejo, y los bomberos sólo se cuidaban de que el incendio oficial no alcanzara a la casa vecina. Se cerró el periódico. Pero ahí está redivivo, con la figura de Santos como uno de los más egregios conductores de América, y como director Roberto García Peña, a quien más de una vez trató de alcanzar una bala perdida, cuando las balas perdidas eran pájaros que siempre volaban en los nocturnos bogotanos.

Balances, balances, balances... Pero balances que impertinentemente deben hacerse si no queremos que todo lo que se ha ganado en siglos, se arroje impunemente al caño en un minuto de soberbia.

GERMAN ARCINIEGAS

Alemania - Austria - Suiza

Conviene recordar que el campo de la cultura alemana no se confunde con el Estado llamado « Alemania », como la Hispanidad no se confunde con España. La Alemania democrática, capital Bonn, la Alemania bajo control soviético, capital Pankow, Austria y la parte alemánica de Suiza : he aquí cuatro Estados cuyas publicaciones participan en diversa forma en lo que se llama la « cultura alemana ». Antes de 1914, esta cultura tenía aún otros muchos centros, tales como Praga, donde nacieron Franz Kafka y Rainer Maria Rilke. Durante el régimen hitleriano, lo mejor de esa cultura alemana se expresaba en la emigración. La *Neue Rundschau*, que publicaba el editor S. Fischer, aparecía en Estocolmo y los *Deutsche*

Hefte, de Udo Ruckser y Alberto Theile, en Chile. Actualmente, el mismo Alberto Theile publica en Hamburgo, y principalmente en lengua española, una publicación trimestral que lleva el título de *Humboldt, Revista para el Mundo ibérico*, que está realizando una excelente misión mediadora entre ambas culturas. En su número 5, *Humboldt* nos ofrece una selección de poemas alemanes de hoy que se inicia con los versos de cuatro mujeres poetas, lo que no constituye un simple gesto de cortesía para con el sexo débil, sino que pone de relieve la importancia de primer orden de una Ingeborg Bachmann (austríaca) y de una Nelly Sachs (la mayor poetisa judía en la lírica alemana contemporánea desde Else Lasker-Schüler).

Puesto que hemos iniciado esta crónica con una revista que pone en relación el Viejo y el Nuevo Mundo, señalemos a continuación que la literatura de la América latina no se halla ausente de las revistas alemanas propiamente dichas. Así, la revista poética *Akzente* publica en su número de octubre de 1960 unas páginas dedicadas a la literatura fantástica en Hispanoamérica, con relatos de Marta Mosquera, Julio Cortázar y Octavio Paz ; y *Merkur*, la revista de los grandes ensayos de *Kulturkritik*, acaba de publicar el ensayo de Jorge Luis Borges sobre el escritor argentino.

Por su parte, el director de *Der Monat* (Berlín) analiza un problema político que se halla hoy en el centro de la atención mundial : el sentido de la revolución cubana y la evolución del régimen de Castro. En un número extraordinario —el 150— de la misma revista, se publica el relato de una entrevista con Jorge Luis Borges y con el escritor polaco Witold Gombrowicz, que vive en Buenos Aires.

También en Berlín occidental se redacta otra revista : *Neue Deutsche Hefte*, que va ya por su séptimo año. El interés de esta revista reside principalmente, a nuestro entender, en su segunda parte, en la que regularmente se nos ofrecen una veintena de estudios críticos, breves y sustanciosos, consagrados a obras recientes, examinándose además atentamente las revistas extranjeras y dando asimismo cabida a las polémicas, la última de las cuales, en torno a la obra de Kafka, nos revela la existencia de una serie de profesores alemanes que siguen siendo fieles a la terminología « nazi », cosa que merece ponerse de relieve. Hay otras dos revistas alemanas, católicas, que frecuentemente resultan interesantes : *Hochland*, que aparece en Munich, y *Wort und Wahrheit*, cuya redacción se encuentra en Viena. En otra ocasión volveremos sobre la revista *Antaeus*, que se interesa por los mitos y que ocupa un lugar aparte entre las revistas en lengua alemana, como su animador Ernst Jünger ocupa un lugar aparte en la literatura alemana contemporánea. La *Deutsche Rundschau*, dirigida durante muchos años por Rudolf Pechel, expresa sin compromiso de ningún género la conciencia democrática alemana. Durante el Tercer Reich, y bajo la misma dirección, esta revista, que tiene ya ochenta y siete años de vida, manifestaba siempre que le era posible su oposición larvada al régimen hitleriano. En su número más reciente (febrero de 1961), la *Deutsche Rundschau* nos ofrece una importante contribución a la biografía del gran pacifista alemán Carl von Ossietzki, evocando la época en que el preso que Ossietzki era entonces recibió el Premio Nóbel y recordando su oposición al comunismo, cosa que resulta útil tener presente ahora que la revista *Weltbühne*, que él dirigía, aparece como revista comunista en Berlín-Este, abusando así del nombre de este mártir de la libertad.

Pero hemos de reconocer que de la masa de las publicaciones periódicas recientes nada nos ha fascinado tanto como el nuevo número de *Die Neue Rundschau*, revista ya mencionada, que viene publicándose desde 1890. En este número podemos leer un estudio incitante sobre los diversos significados de la novela policíaca, estudio escrito por el filósofo Ernst Bloch, que vive en Leipzig, en la Alemania del Este, aunque ya no se le permite enseñar públicamente por ser sospechoso de herejía idealista y revisionista. (Varios de sus alumnos se encuentran en la cárcel y otros han huído del territorio de la « Deutsche Demokratische Republik » para refugiarse en Alemania occidental.) De todos modos, la contribución más interesante del número de la *Neue Rundschau* se debe al profesor de literatura de la Universidad de Zurich Emil Staiger y está consagrado a Ludwig Tieck ; el profesor Staiger demuestra en este estudio que los orígenes del romanticismo alemán no debemos buscarlos en la región de los castillos de Renania y en las noches al claro de luna, sino en la intelectualidad irónica de la metrópoli Berlín y de sus salones literarios.

En Viena, la revista *Forum*, que anima el escritor Friedrich Torberg, continúa la tradición de una intelectualidad muy vivaz, presta siempre a la polémica y con dotes para la sátira divertida y mordiente. La tradición vienesa de esta revista se manifiesta también en la atención apasionada que presta al teatro y a la música.

En Suiza, una sola revista digna de señalar : *Du*, publicación de gran formato, célebre por la calidad de sus fotografías en colores y especializada en los números monográficos. Desde hace unos meses, *Du* ofrece a sus lectores un suplemento literario en papel azul claro, *Das Wort*, que presta atención a la vanguardia literaria internacional y trata de organizar discusiones sobre temas de su especialidad. Por lo demás, resulta

extraño que un país que ha dado los dos mejores dramaturgos actuales de lengua alemana, Max Frisch y Friedrich Dürrenmatt, y ensayistas que no tienen par en Alemania, como Max Rychner y Herbert Lüthy, no posea más revistas ni conozca más discusiones intelectuales.

En la Alemania del Este, el régimen no favorece una vida cultural verdadera, sobre todo desde que los redactores más liberales de las revistas filosóficas y del semanario *Sonntag* fueron destituídos de sus puestos. De todos modos, queda *Sinn und Form*, revista a la que debemos algunos textos inéditos de Brecht y otros textos literarios de calidad. Finalmente, hemos de señalar que la terminación del gran diccionario de la lengua alemana, comenzado por los hermanos Grimm, ha sido obra común de las Academias de las dos Alemanias.

F. BONDY

Francia

« Les Lettres Nouvelles », que publican las declaraciones de los intelectuales italianos, alemanes, españoles, suizos, ingleses, norteamericanos, etc., solidarizándose con el manifiesto de los 121 sobre el derecho a la insubordinación, ven en este fenómeno el nacimiento de un « partido intelectual ». Maurice Nadeau, el director de la revista, se alegra de ello y afirma que se trata de un acontecimiento de importancia considerable. « ... Es esta consigna de « insumisión » la que parece más adecuada... para reunir las energías, así como para poner de manifiesto el verdadero contenido de esta resistencia : ¿no es el pensamiento antes que nada, y por su mismo modo de actuar, insumisión? » Leyendo esta frase, podría creerse que el manifiesto de los 121 es sólo una manifestación de no conformismo. Y parece en todo caso abusivo, cualquiera que sea la opinión que se tenga sobre el particular, confundir la insubordinación militar y la deserción con el hecho de que el pensamiento no se « someta » a las exigencias del Estado.

Más sorprendente resulta aún la afirmación de Maurice Nadeau de que « de hecho, el intelectual es el enemigo nato del Poder ». Esto supone expulsar de la historia del pensamiento y de la simple inteligencia a un cierto número de hombres que hasta ahora tenían para nosotros su puesto en ella, hombres que van desde Platon a Goethe, sin hablar, tomando ejemplos más recientes, de todos los pensadores de « derecha » (Joseph de Maistre y de Bonald) y todos los filósofos liberales (Benjamin Constant o Stuart Mill). Confundir a los intelectuales con

los revolucionarios es un izquierdismo verdaderamente muy sumario.

Añadamos que en el mismo número de la revista se publica un sorprendente ensayo de C. Wright Mills, en el que el sociólogo norteamericano ataca a los que él llama « los intelectuales del OTAN », intelectuales que por lo demás ve agrupados en una especie de conspiración permanente en el seno del Congreso por la Libertad de la Cultura. Por haber anunciado « la muerte de las ideologías », a esos intelectuales se les acusa de renunciar a toda reflexión política y de contentarse con un pragmatismo posible únicamente en los países hartos. Wright Mills cae aquí, voluntariamente o no, en una confusión bastante inesperada. Pues si bien es cierto que existen intelectuales que han hablado de la muerte de las ideologías —y a algunos de ellos podemos encontrarlos entre los firmantes de los manifiestos de solidaridad que *Les Lettres Nouvelles* publican con tanta simpatía—, no lo es menos que de lo que en realidad hablaban esos intelectuales era de la muerte de las ideologías del siglo XIX, sin pretender de ningún modo excluir del pensamiento político cualquier construcción ideológica, ni con mayor razón cualquier ideal. Pero aún nos queda por leer de la pluma de C. Wright Mills lo más curioso, y es un ataque virulento precisamente contra esa ideología de cuyo enterramiento acusa a los « intelectuales del OTAN », a saber, el mito de la misión histórica del proletariado. En cuanto a la cuestión de saber si Wright Mills tiene razón al pensar que en adelante será la *intelligentsia* la que sustituya al proletariado como fuerza constructiva de la historia, es algo que participa de ese dominio ideológico eminentemente discutible, y yo no recuerdo que ninguno de los « intelectuales del OTAN » a los que el sociólogo norteamericano acusa de traición haya pensado en adoptar una posición tan frágil.

Como el tema está probablemente en el aire, la revista *Arguments* consagra también por su parte, aunque en otro plano, su último número a los intelectuales. Pero el estudio que Edgar Morin dedica a « la crisis de los intelectuales » resulta bastante más serio que las opiniones a que acabamos de hacer alusión. Edgar Morin trata en primer lugar de definir al intelectual. Según él, los intelectuales se definen « a partir de las profesiones culturalmente valoradas desde el punto de vista de la cultura humanista o clásica », si bien « la noción del intelectual » corresponde « no tanto a la profesión misma como a un papel que se desempeña en la sociedad ». En fin de cuentas, un intelectual es aquel que habla en nombre de un « privilegio particular ». « Este privilegio le viene de los valores culturales o del conocimiento del hombre implicados en su profesión ».

Por lo demás, Edgar Morin considera, con razón, que « la intelectualidad se halla animada por dos sentimientos contradictorios : el del privilegio y el de la miseria del espíritu en relación con la realidad ». Sin duda, esta mezcla de conciencia orgullosa y de conciencia desgraciada debería ser común a todos los intelectuales, conscientes a la vez de su « privilegio » y del poco peso de su influencia directa sobre los acontecimientos. Por ello, en cuanto el intelectual se desvía de semejante actitud, cae en los extravíos de que Edgar Morin acusa a los « intelectuales de izquierda ». Por una parte, se habla en nombre de un absoluto, de unos principios trascendentes (derecho del hombre, justicia, verdad), como si nunca hubiesen existido Maquiavelo ni Marx. Por otra parte, se acepta la opresión y la mentíra en cuanto éstas se realizan en nombre del proletariado, en cuanto para justificarlas aparece la palabra mágica « socialismo ».

Finalmente, hablando de las diversas manifestaciones llevadas a cabo hace unos meses por los intelectuales de izquierda a propósito de la guerra de Argelia —manifestaciones que no se han limitado, como podría hacer creer la actitud de *Les Lettres Nouvelles*, al manifiesto sobre el derecho a la insubordinación—, Morin distingue entre dos nociones importantes. Según él, ha habido un « despertar de los intelectuales », pero no en cambio un « despertar intelectual ». Ha habido protesta, pero no « conciencia de los problemas de fondo ».

J.B.M.

Colaboradores

- JAMES BALDWIN, escritor norteamericano. Se le considera como uno de los mejores ensayistas negros. Colabora en numerosas revistas, particularmente en *Partisan Review*, *The Reporter* y *Harper's*.
- OSCAR DELGADO, distinguido economista colombiano, secretario de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia. El estudio que publicamos es un amplio resumen del informe que presentó recientemente al Comité de Asuntos internacionales de la Sociedad Económica de Amigos del País.
- JOAO FREYRE, seudónimo tras el que se esconde, por razones harto comprensibles, un joven periodista portugués.
- JUANA DE IBARBOUROU, poetisa uru-

guaya, acaso la más grande que han producido las letras hispanoamericanas, es autora de varios libros : *Lenguas de diamante* (1919), *El cántaro fresco* (1920), *La raíz salvaje* (1922), *La rosa de los vientos* (1930), *Los loores de Nuestra Señora* (1934), *Antología poética* (1940), *Chico-Carlo* (1944), *Perdida* (1950), *Obras poéticas completas* (1953). etc.

- DOM MORAES, joven poeta, obtuvo en 1958 el Premio Hawthorden, estando todavía en Oxford. Regresó a la India en 1959 y acaba de publicar un libro —*Gone away*—, del que ofrecemos algunos extractos.
- PAUL TABORI, escritor húngaro residente desde hace años en Inglaterra, es autor de varias novelas y desempeña la secretaría general del Pen Club en el exilio.

Correspondencia

Entre las numerosas cartas recibidas de nuestros lectores cubanos, elegimos las tres siguientes :

Estimados señores :

Por diversas circunstancias, que fácilmente comprenderán, no me es posible mantener la suscripción a *Cuadernos*, excelente revista.

Les ruego tomen nota y acepten con mi saludo mi consideración.

H. A.

La Habana, enero de 1961.

***

Estimados señores :

Sirvan estas letras de medio para hacer llegar a Uds. mi más profunda y sincera felicitación por la publicación del trabajo del Sr. Boris Goldenberg sobre la revolución cubana, felicitación que hago también extensiva a él.

Es muy lógico que no pueda afirmar mi acuerdo con todos los criterios y datos del trabajo y esto se comprende mejor dada la poca extensión de dicho estudio. Existe un punto en que especialmente difiero y es que la revolución, en general, tuviera, antes del 1 de enero de 1959, una « dialéctica interna » que la condujera inevitablemente a la tiranía de orientación

comunista hacia la que marcha y que padecemos.

La mejor confirmación sobre algunos de los aspectos de la situación cubana a que se refiere el trabajo la tenemos en el hecho de que al escribir esta carta no sé si me estaré sentenciado yo mismo.

Quisiera antes de despedirme hacer llegar a Uds. un ruego, que es más bien un clamor ; mi ruego es de que se continúe estudiando y clarificando el problema de Cuba en ese prestigioso órgano de la cultura. Muchos son los cubanos y hombres de buena voluntad que les estarán eternamente agradecidos.

Cordialmente,

La Habana, febrero de 1961.

S. F.

***

Estimados señores :

En Cuba, de donde he tenido que salir, como tantos miles de cubanos, no por razones políticas, sino más bien de conciencia, estaba suscrito a *Cuadernos*, a través de su agente en La Habana, la Librería Económica. Mi suscripción debía vencer, si mal no recuerdo, alrededor de esta época, pero sólo he recibido hasta el N° 44. No importa ; sé que de ello no tiene la culpa la librería sino la situación de mi país.

Les acompaño el giro N° 329 de The First National Bank of Miami a cargo de The Chase Manhattan Bank, por dólares cuatro ($ 4.00) con el ruego de que se sirvan enviarme los números que correspondan a un año, a partir del 45 inclusive.

Supongo que alguno de sus colaboradores pensará tratar, si no lo ha hecho ya, el insólito caso cubano, el éxito más extraordinario obtenido hasta ahora por el comunismo internacional. El único artículo que leí en *Cuadernos* sobre la revolución cubana, fue el de Jorge Mañach, a principios de 1959. Sería interesante saber cómo piensa este amigo, a quien mucho aprecio y admiro, de esa revolución que él tanto defendió, sin duda de buena fe, no obstante su marcada trayectoria marxista y la tiranía de que hizo gala desde su inicio. No era una revolución nacionalista, ni mucho menos, sino la ocupación de un país más por el comunismo internacional. Y que eso no lo hubiera avizorado una mente tan esclarecida como la de Jorge Mañach es algo que yo, y muchos de sus amigos, no alcanzamos a comprender.

Muy atentamente,

A.B.S.

Febrero de 1961

***

HISPANIC AMERICAN REPORT

A Monthly Report on Significant Developments in Spain, Portugal, and Latin America.

Editor :
RONALD HILTON.
Advisory Board :
WILLIAM C. ATKINSON, University of Glasgow
HAROLD E. DAVIS, American University
RUSSEL H. FITZGIBBON, University of California at Los Angeles
PRESTON E. JAMES, Syracuse University
HERBERT L. MATTHEWS, « New York Times »
WILLIAM C. STEERE, New York Botanical Garden
WILLIAM S. STOCKES, Claremont Men's College
ARTURO TORRES-RIOSECO, University of California at Berkeley
CHARLES WAGLEY, Columbia University
ARTHUR P. WHITAKER, University of Pennsylvania
A. CURTIS WILGUS, University of Florida

The **Hispanic American Report**, which is published monthly by Hispanic American Studies, Stanford University for the Hispanic American Society, provides a careful analysis of developments in Spain, Portugal, and each of the Latin American republics, as well as Puerto Rico and the West Indies. It is based on a wide variety of published and unpublished reports, which are housed in the Hispanic American Archives, unique depository of information about contemporary Latin America which may be used by qualified members of the Hispanic American Society. Each issue of the **Hispanic American Report** contains about 60 pages. Individual subscription including membership in the Hispanic American Society is $6 per annum (regular), $10 (sustaining member), and $25 (patron). Commercial and institutional subscriptions are $10 per annum, or $25 per annum including the privilege of using the Hispanic American Archives.

STANFORD UNIVERSITY
Hispanic American Studies
Hispanic American Society

HISTORIA MODERNA DE MÉXICO

por

DANIEL COSIO VILLEGAS

TOMOS PUBLICADOS :

I. — La República restaurada. — Vida política : $140.00
II. — La República restaurada. — Vida económica : $140.00
III — La República restaurada. — Vida social : $140.00
IV. — El Porfiriato. — Vida social : $140.00
V. — El Porfiriato. — Vida política exterior (I parte) : $125.00

Ampliamente ilustrado con grabados y mapas desplegados

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS

EDITORIAL HERMES, S. A.

Ignacio Mariscal, N° 41 — Apartado 21110 — México 1, D.F.

S U R

REVISTA BIMESTRAL DIRIGIDA POR VICTORIA OCAMPO

TRIGÉSIMO ANIVERSARIO : 1931-1961

Colaboraciones de VICTORIA OCAMPO, ROGER CAILLOIS, SAINT-JOHN PERSE, PIERRE GUERRE, GRAHAM GREENE, EDUARDO MALLEA, SAUL BELLOW, JORGE LUIS BORGES, CARLOS MASTRONARDI, SILVINA OCAMPO, ALBERTO GIRRI, JORGE A. PAITA, ANTONIO PORCHIA, ERNESTO SABATO, ADOLFO BIOY CASARES, JUAN JOSE HERNANDEZ, OCTAVIO PAZ, ENRIQUE ANDERSON IMBERT, EDUARDO GONZALEZ LANUZA, EDGARDO COZARINSKY, MARIO A. LANCELOTTI, YVONNE BORDDELOIS, HUGO PARPAGNOLI, CARLOS COLDAROLI y JORGE CRUZ.

Redacción y Administración : Tucumán 685, 2° D

BUENOS AIRES

BIBLIOTECA « CUADERNOS »

Todo suscriptor a Cuadernos *que nos envíe el nombre y dirección* **de un nuevo suscriptor** *incluyendo el importe de la suscripción, recibirá gratuitamente uno de los volúmenes siguientes :*

GERMAN ARCINIEGAS : En medio del camino de la vida.
GERMAN ARCINIEGAS : América, tierra firme.
ANTONIO MACHADO : Poesías completas.
ROBERTO F. GIUSTI : Poetas de América.
MIGUEL DE UNAMUNO : Mi vida y otros recuerdos personales (I).
MIGUEL DE UNAMUNO : Mi vida y otros recuerdos personales (II).
JOSÉ EUSTASIO RIVERA : La vorágine.
RICARDO ROJAS : Blasón de plata.
RICARDO GUIRALDES : Don Segundo Sombra.
JOSÉ FERRATER MORA : Unamuno (Bosquejo de una filosofía).
VICTORIA OCAMPO : El viajero y una de sus sombras.
JORGE MAÑACH : Examen del quijotismo.
PIO BAROJA : Tríptico.
LIN YUTANG : La importancia de vivir.
E. CASTRO DELGADO : Hombres made in Moscú.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Ruégole me suscriba a Cuadernos (1) { *por un año* (12 *núms.*) / *por 6 meses* (6 *núms.*) } *a partir del nº* .....

a cuyo efecto le envío la cantidad de (1) ..... *mediante cheque bancario, por giro internacional o giro postal a* Cuadernos, 18, *Avenue de l'Opéra, Paris* (1er), *C.C.P. Paris* 9992-63, *o en moneda nacional a nuestros corresponsales.*

NOMBRE COMPLETO .....

DOMICILIO .....

LOCALIDAD .....

FECHA .....

Francia	*Otros países europeos*	*América del Norte*	*América Latina :*
1 año : 25 NF 6 meses : 13 NF	1 año : 28 NF 6 meses : 15 NF	1 año : 5 $ USA 6 meses : 2,75 $ USA	Informarse cerca del corresponsal de cada país.

(1) Rayar las menciones inútiles.

taurus ediciones

dedica su colección

PERSILES

a recoger ensayos o estudios críticos de autores españoles o hispanoamericanos, sobre temas literarios.

Entre sus últimos títulos figuran :

CRITICA INTERNA, por Enrique Anderson Imbert. 278 págs., 90 pts.

LA PECULIARIDAD LINGUISTICA RIOPLATENSE, por Américo Castro. 150 págs., 70 pts.

EXPERIENCIA E INVENCION, por Francisco Ayala. 264 págs., 90 pts.

GALDOS, NOVELISTA MODERNO, por Ricardo Gullón. 294 págs., 90 pts.

En prensa :

DE LA EDAD CONFLICTIVA, por Américo Castro.

RUBEN DARIO, por Ramón de Garciasol.

Completan la colección :

MESA REVUELTA, por Camilo José Cela (2.ª ed., 322 págs., 90 pts.). HACIA CERVANTES, por Américo Castro (2.ª ed., 390 págs., 150 pts.). JUAN RAMON JIMENEZ, por Francisco Garfias (264 págs, 20 láms., 100 pts.). DE AYER Y DE HOY, por Claudio Sánchez Albornoz (168 págs., 14 láms., 70 pts.). PRINCIPIOS Y FINALES DE LA NOVELA, por Ramón Pérez de Ayala (158 págs., 12 láms., 70 pts.). HORA ACTUAL DE LA NOVELA ESPAÑOLA, por Juan Luis Alborg (336 págs., 15 láms., 100 pts.). SIN PERDER LOS ESTRIBOS, por Azorín (196 págs., 11 láms., 70 pts.). EL SECRETO DE MELIBEA, por Segundo Serrano Poncela (240 págs., 7 láms., 70 pts.). HORA ACTUAL DE LA NOVELA EN EL MUNDO, por L. Rodríguez Alcalde (385 págs., 12 láms., 100 pts.). FRONTERAS INFERNALES DE LA POESIA, por José Bergamín (222 págs., 6 láms., 60 pts.). COMPROMISO Y DESERCION, por José M. Souvirón (230 págs., 9 láms., 80 pts.). UNAMUNO EN SU « NIVOLA », por Armando F. Zubizarreta (304 págs., 8 láms., 90 pts.).

Conde del Valle del Súchil, 4 - Teléfono 24 32 31 - Apartado 8066 - MADRID-15

B.D.I.C

CUADERNOS

Revista Mensual
18, Avenue de l'Opéra, Paris 1er (Francia).Tel. : OPE. 44-88.

SUSCRIPCIONES

Francia	*Otros países europeos*	*América del Norte*	*América Latina*
1 año : 25 NF	1 año : 28 NF	1 año : 5 $ USA	Informarse cerca del corresponsal de cada país.
6 meses : 13 NF	6 meses : 15 NF	6 meses : 2,75 $ USA	

CORRESPONSALES

ALEMANIA
BERLIN-Dahlem, Schorlemerallee 28, Kongress für Freiheit der Kultur.

ARGENTINA
BUENOS AIRES, Central Distribuidora de *Cuadernos*, Libertad 1258, T.E. 42-7195. Suscripciones : Libertad 1258 y Librería Madrid, Bmé Mitre 950, T.E. 35-6751.

AUSTRIA
WIEN VII, « Forum », Museumstrasse 5 (C.P. 151.804).

BELGICA
BRUXELLES, Agence et Messageries de la Presse, 14-22, rue du Persil (C.C.P. 416-69).

BOLIVIA
COCHABAMBA, Los Amigos del Libro, Calle Perú, esq. España (distribuidora).
LA PAZ, Gisbert y Cía, Calle Comercio 125 Librería Selecciones, Av. Camacho 369 - Universal Bookstore, Mercado 68. Suscripciones : Universal Bookstore, Mercado 68.

BRASIL
RIO DE JANEIRO, Hachette, 299 Avenida de Erasmo Braga, 3º andar.

CHILE
SANTIAGO, Sr. Stumpf, Librería Internacional, Casilla 9509 (distribuidora) - Editorial del Pacífico, Calle Ahumada 57. Suscripciones : Agustinas 1022, of. 324 A, Sala de la Libertad.

COLOMBIA
BOGOTA, Vicens, Mestre y Cía, Ltda., Av. Jiménez de Quesada 8-60, of. 503 (distribuidora) - Librería Central, Carrera 6a. BARRANQUILLA, Librería Nacional Ltda., Carrera 43, nº 36-30. CUCUTA, Librería Zig-Zag, Calle 11, nº 4-20. POPAYAN, Instituto del Libro, Calle 5 A, nº 5-08.

COSTA RICA
SAN JOSE, Librería Montserrat, Apartado 2465.

DINAMARCA
COPENHAGUE S, M. Schleimann, 17 Islands Brygge.

ECUADOR
QUITO, Su Librería, Plaza Independencia (distribuidora) - Agencia General de Publicaciones, Mejía 446.

ESTADOS UNIDOS
NUEVA YORK 11, Las Américas Publishing Company, 249 West 13th Street - Roig Spanish Books, 576 6th Avenue.

FILIPINAS
QUEZON CITY, M. Francisco Sionil José, 108 C Santol Sta. Mesa.

GRECIA
ATENAS, Mazarakis, Patission Street 9, P.O.B. 176.

HAITI
PORT-AU-PRINCE, Librairie Auguste, P.O. B. 594.

HOLANDA
LA HAYA, Martinus Nijhoff, Lange Voorhout 9.

INDIA
BOMBAY I, Indian Committee for Cultural Freedom, Mahatma Gandhi Road, 148.

INGLATERRA
LONDRES S.W.1, « Encounter », Panton House 25 Haymarket.

ISRAEL
TEL AVIV, Bronfman's Agency, P.O.P. 1109, 2, Zlenov Street.

ITALIA
ROMA, Associazione italiana per la Libertá della Cultura, Via Giuseppe Pisanelli 2 (C.C.P. 1-8363).

MARRUECOS
CASABLANCA, Sochepresse, 1, Place de Bandoeng.

MEXICO
MEXICO D.F., Librería Ariel, Donceles 91 - Fundación Editorial « Beatriz de Silva », Calle Leandro Valle 20 D.

PANAMA
PANAMA, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza Arango (distribuidora) - Librería Ibero-Americana, Av. B 32.

PARAGUAY
ASUNCION, Mares e hijos, S. en C., Calle Estrella 430-438.

PERU
LIMA, The University Society Peruana S.A., Unión 860 (distribuidora) - Distribuidora de Revistas Inca, Puna 264. Suscripciones : Av. Piérola 530, of. 206, Asociación Peruana por la Libertad de la Cultura.

PORTUGAL
LISBOA, Agencia Internacional de Livraria e Publicaçoes, apartado 2373.

SUIZA
GINEBRA, Naville et Cie, 5-7 rue Lévrier (C.C.P. 1-116).

TURQUIA
ESTAMBUL, A. Mazarakis and Cº Istiklal Caddesi Kumbaraci, Yokusu Estambul 132/1.

URUGUAY
MONTEVIDEO, Distribuidora Uruguaya de Diarios y Revistas, Calle Ciudadela 1424 (distribuidora).

VENEZUELA
CARACAS, Distribuciones EDIME, Avenida Urdaneta, de Ibarras a Pelota, Edif. Caoma. sótano (distribuidora).

B.D.I.C

Cuadernos

REVISTA MENSUAL 49 JUNIO DE 1961

BIBLIOTHEQUE

THEODORE DRAPER
LAS TEORÍAS DEL CASTRISMO

EMILIO ORIBE
Sobre la unidad de nuestra América

J. GARCIA PRADAS
Esencia social del "Martín Fierro"

VICTOR ALBA
La Organización de los Estados Americanos

LEWIS S. FEUER
La juventud estudiantil norteamericana

DAMIAN CARLOS BAYON
Dubuffet y su pintura abismal

FRANCISCO AYALA
DE LA PREOCUPACION DE ESPAÑA

P5926

ALGUNOS TITULOS DE NUESTRO CATALOGO QUE RECOMENDAMOS POR SU CALIDAD

Bertrand Russell : POR QUE NO SOY CRISTIANO (3.ª ed.) ..... $ 120
Bertrand Russell : ETICA Y POLITICA EN LA SOCIEDAD HUMANA $ 76
Milovan Djilas : TIERRA SIN JUSTICIA ..... $ 106
Nicholas Halasz : EL CAPITAN DREYFUS ..... $ 90
Salvador de Madariaga : ¡OJO, VENCEDORES! ..... $ 64
Elliott Roosevelt : ASI LO VEIA MI PADRE (2.ª ed.) ..... $ 44
B.D. Wolfe : KRUSHCHEV ..... $ 100
Germán Arciniegas : ENTRE LA LIBERTAD Y EL MIEDO (10.ª ed.) .... $ 120
Maurice Hindus : MADRE RUSIA ..... $ 106

Herber A.L. Fisher

HISTORIA DE EUROPA (2.ª ed.)

El ilustre historiador británico terminó su famosa historia de Europa en 1940, poco antes de su fallecimiento. "Comienzo esta obra —dijo en unas líneas finales— con el hombre neolítico y la termino con Stalin y Mustafá Kemal, Mussolini y Hitler". Pero esta segunda edición de la versión castellana no termina en esas cuatro figuras. La propia naturaleza de la obra exigía que fuera puesta al día, y con la anuencia de los herederos del autor, han sido agregados al trabajo de Fisher dos nuevos capítulos que a cargo de competentísimos colaboradores, hacen el relato hasta nuestros mismos días. Ahora la Historia de Europa, de Fisher, adquiere un enorme valor instructivo y de orientación.

3 tomos, 1.926 páginas, enc. en tela ..... **$ 1.380**

De venta en todas las buenas librerías

EDITORIAL SUDAMERICANA S. A.

Alsina 500 **Buenos Aires**

SUMARIO

NUMERO 49 JUNIO DE 1961

Unidad de nuestra América en la historia y el pensamiento	Emilio Oribe	3
Las teorías del castrismo	Theodore Draper	9
Esencia social del « Martín Fierro »	J. Garcia Pradas	35
Poemas	Jacinto Luis Guereña	43
Reflexiones sobre bienestar y moralidad (II)	Ignazio Silone	45
De la preocupación de España	Francisco Ayala	52
Carta sobre el exilio	Maria Zambrano	65
Nacionalismo y estética del semidesarrollo	« Julian Andia »	71

Bellas Artes

Dubuffet y su pintura abismal	Damian Carlos Bayon	75

Crónicas

¿Futuro o pasado de la Organización de los Estados americanos?	Victor Alba	81
Carta de Nueva York : La juventud estudiantil norteamericana de 1961	Lewis S. Feuer	85
Carta de Londres : El amor en Inglaterra	E. Salazar Chapela	91
Balcón de París	Arturo Serrano Plaja	95

Libros - Revistas - Colaboradores

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

CONSEJO DE HONOR :

Germán ARCINIEGAS, Eduardo BARRIOS, Américo CASTRO, Emilio FRUGONI, Rómulo GALLEGOS, Salvador DE MADARIAGA, Jorge MAÑACH, Francisco MONTERDE, Francisco ROMERO, Luis Alberto SANCHEZ, Eduardo SANTOS y Erico VERISSIMO

Director : Julián GORKIN

Redactor Jefe : Ignacio IGLESIAS

Redacción y Administración : 18, Avenue de l'Opéra, PARIS (I^er^)

Fundada bajo los auspicios del Congreso por la Libertad de la Cultura, la revista mensual *Cuadernos* se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Nuestra revista cuenta con la colaboración de escritores de todas las tendencias democráticas. Nuestros colaboradores hablan siempre en su nombre y bajo su exclusiva responsabilidad ; la revista sólo se hace responsable de los editoriales, documentos y notas sin firma.

EMILIO ORIBE

Unidad de nuestra América en la historia y el pensamiento

I

Al discurrir sobre la unidad, comenzaré por advertir que me interesa utilizar el término como una máxima abstracción circulante en toda concepción del espíritu, así sea en la lógica o en las matemáticas. También preexiste la validez del contenido en el dispositivo verbal y el uso inmediato, o en la presencia de sus aplicaciones tan atrayentes dentro de lo social o lo político contemporáneo. Igualmente debe considerársele aludiendo al significado que ha tenido dentro de la historia y el pensamiento. La utilización de la unidad como herramienta válida en un argumentar pensante, más bien se parece a una operación traslaticia, oriunda de Plotino, pues este filósofo fue el que especuló con más pasión y hondura en la noción de unidad, que con tanta frecuencia utilizamos en nuestro lenguaje.

La historia y el pensamiento de nuestra América permitirían, a través de innumerables acontecimientos, promesas, realidades y heroicidades que encierran, percibir una unidad que nos caracterizaría fundamentalmente en la cultura humana.

La unidad, a pesar de su riguroso sentido, es fácilmente accesible a la experiencia directa. En varios instantes de la historia reciente, ella se ha hecho manifiesta en forma de una comunión establecida al conjuro de ceremoniales, en que representantes de los pueblos de la comunidad hispánica se congregaron en un palacio destinado a las leyes democráticas de un país, con las instituciones de su gobierno, junto a las generaciones de alumnos de los colegios y de la cultura básica de la nación y en la presencia de los legisladores que oficiaban de anfitriones, porque estaban llanamente en su casa. Esto pudo ocurrir en Bogotá, Caracas o Costa Rica.

Un poeta inglés, formado en las aulas de Oxford, nutrido del pulimento artístico y humanista, con orígenes en la vasta nube de lo medieval, expresó frente a una capilla enaltecida por los preciosismos del gótico del último período esta afirmación de carácter estético y conceptual : « La Edad Media duerme envuelta en alabastro. » El éxito de la sentencia proviene de la unidad que realiza entre los ingredientes más dispares del arte y la historia. De igual modo podría expresarse que la unidad futura de América se gestaba y cincelaba dentro de las carabelas que en el puerto de Palos se echaron al mar a las órdenes de Colón, a principios de agosto de 1492, y arribaron el 12 de octubre a las playas del Nuevo Mundo. Esas naves nos trajeron, junto con la presencia de los atónitos navegantes y crédulos conquistadores, la unidad de nuestra misión en la historia y en el pensamiento, con el fin de trasmitirnos el mensaje primordial de la cultura helénico-cristiana, la religión, el idioma, las ciencias y la consagración de la audacia del hombre occidental, en el cumplimiento de una de las mayores guapezas de nuestro aventurar cósmico.

Esta transcendental transposición de la

cultura europea acumulada al final del siglo XV por los ibéricos, quienes entonces coronaban con la conquista de Granada su unidad racial y cultural frente al islamismo, hizo que la empresa del descubrimiento de las nuevas tierras atlánticas fuera como una prolongación de la epopeya castellana, dándole las proyecciones de una cruzada más, en donde se emprenderían nuevas hazañas sobre los océanos una vez que terminaran las faenas épicas en las tierras sojuzgadas de consuno por el imperio español. Lo que más llama la atención, poco después del acontecimiento del 12 de octubre de 1492, es que se realizó en la mentalidad europea una unificación gigantesca en torno a una denominación que engloba en su desnuda totalidad la grandeza de la hazaña emprendida. Fue la aparición y el apropiamiento pragmático del término unificador para designar a las tierras recién iluminadas por la cultura : fue el título bien comprensible de Nuevo Mundo que se les dio en conjunto. Se significaba con esto la aparición de una nueva realidad histórica, complemento de la continuidad en el precálculo del pensar creador propio del europeo, el cual, para mayor delimitación de contenidos, se vio obligado, por contraste, a diferenciarlo del Viejo Mundo.

A veces, la frecuencia y la familiaridad de los términos elegidos entonces y aceptados unánimemente, nos enmascara el secreto sentido de tales denominaciones. La necesidad de buscar términos contrapuestos para delimitar y establecer el nítido significado de tan grande acontecimiento, dejó ya acuñado en la imaginación de los pueblos europeos y de sus universidades esa dualidad que aún continúa manteniéndose. El Viejo Mundo ayuda a comprender el Nuevo Mundo advenedizo, y, en consecuencia, recíprocamente, ambos reciben determinación significativa universal. Fue así como, en una inscripción simple, España estableció para siempre, sobre el escudo, la armadura o la tumba de Colón, estas rituales palabras que anidan en la verba popular :

« *A Castilla y a León,*
Nuevo Mundo dio Colón. »

O en el verso del poeta hegemónico de la realeza imperial :

« *una ley, un imperio y una espada* ».

II

Se inició entonces la empresa guerrera y doctrinal de la conquista, y, en poco más de un siglo, el impávido conglomerado humano de los ibéricos asombraba a la historia con la toma de posesión de las tierras inmensas, coronadas por la nieve de los Andes y conmovidas por los estuarios del Amazonas y el Paraná, y guarnecidas por imperios indígenas tan poderosos y aguerridos como los de los aztecas, incas y araucanos, para citar sólo aquellos que de modo más directo encauzan nuestra imaginación. Todos esos territorios tan heterogéneos y variados, al ser dominados por los conquistadores, entraron a integrar los elementos raciales, espirituales, económicos y religiosos que hicieron del término de Nuevo Mundo el trasunto de una cosmovisión inteligible.

Se asiste de ese modo al acuñamiento de un término unificador, indudablemente bien significativo para la mentalidad plebeya y la cultura de la época. El Nuevo Mundo se estabilizó en el tiempo de los tres siglos de la conquista y el coloniaje, y España buscó concentrar en tal inmensidad del concepto los Estados y territorios, en la concreción de un gobierno y de una voluntariedad teocrática de imperio que pugnaba siempre por mantenerse incólume sobre los enigmas, los tiempos y las rebeldías de los nuevos hombres.

Durante trescientos años se utilizó en Europa, con el nombre de Nuevo Mundo, un criterio para el reconocimiento de las trayectorias convergentes de lo divino y de lo humano en la superficie de la tierra.

Esta unidad, asegurada por la máquina directriz de la conquista española, sufrió una añadidura o modificación bifluyente con la aparición ulterior dentro del Nuevo Mundo de otras tierras que los sajones y franceses colonizaron por el Norte, sorprendiendo a los ibéricos por sus éxitos y provocando, con los tiempos, conflictos guerreros de límites que, no obstante, no llegaron a disgregar la unidad de la denominación globalizadora de Nuevo Mundo. Quedó, pues, hasta el final del siglo XVIII y principios del XIX vigente el término de Nuevo Mundo, alternando entre los humanistas y teólogos al principio, aunque después, entre los geógrafos y los hombres de mar, se comple-

tó con el equivalente adquirido por la implantación del inesperado término de América, o de las Américas, tal como lo utilizamos hoy.

Los diversos ejemplos que se mencionan en las morfologías de las culturas históricas, utilizan también los conceptos explicativos y a veces aclaradores de contenido y forma de procedencia aristotélica. La amplitud y multiplicidad de los contenidos ofrecidos a la formalización civilizadora de los conquistadores fue de complejísima constitución, dada la radical divergencia de culturas, religiones, organizaciones políticas, riquezas y costumbres de los pueblos afluyentes y aborígenes, desde el norte al sur. Las formalizaciones culturales impuestas, ya sea de ibéricos o de anglosajones, tuvieron que esforzarse en la invención de principios espirituales y materiales, de energías y teorías, de doctrinas y pragmáticas, para lograr el sostenimiento de la unicidad necesaria de toda esa sección del globo terrestre que requería el máximo del esfuerzo de la inteligencia, de la ley y de la organización militar colonizadora para no disgregarse en el caos. Como consecuencia, aunque ello sea para algunos un sentido provisional muy extendido, se constituyó una concepción unificadora que es la que actualmente nos distingue del resto de los humanos.

III

Hemos llegado a ser los pueblos del Nuevo Mundo, los americanos del sur, del centro o del norte, y esto ya es perfectamente reconocible por los europeos y asiáticos. También en la Edad Contemporánea se han arrojado al torrente de las ideas generales, a través de la filosofía de la historia y de las culturas, las concepciones de interpretación universalista, con orígenes en Vico principalmente, y en estos años del siglo XX con las meditaciones de Spengler y Toynbee, que culminan en inmensas unificaciones del pensamiento.

La lógica del concepto de objetividad y el análisis de los hechos históricos, han cedido vigencia a especulaciones muy celebradas o discutidas, pues un elemento imprescindible para el desarrollo de las tesis y teorías circulantes ha sido el hecho de la entrada del hombre de las tierras de la América que habitamos en la rueda de los ciclos históricos.

Existe un hecho digno de señalarse : también en la antigüedad maduraron culturas de inmenso prestigio e irradiación, que lucharon tenazmente a lo largo de su existencia por conquistar su unidad. Tal sucedió con los pueblos del Próximo Oriente y con las diversas comunidades helénicas fragmentadas en las islas del Mediterráneo y en las costas de Asia, África y Europa. Costó mucho lograrla, y después de obtenida no duró largo tiempo la unidad helénica. El mismo destino se repitió con la unidad romana o latina, sobre los pueblos europeos. De otra suerte, en la unidad de lo americano, de lo concerniente al Nuevo Mundo, se invirtió el orden : se constituyeron los conceptos y los principios, se crearon los fundamentos espirituales, humanistas, religiosos y filosóficos ; de inmediato, se estatuyeron las normas pragmáticas ejecutoras y después se hicieron incluir en toda esta formalización rigurosa, a los continentes, los imperios, los ríos y las comarcas del Nuevo Mundo, lográndose un reconocimiento perfectible e inteligible de esa espesa unidad de historia, creencia y pensamiento, en la que formamos parte integrante nosotros y que esperamos mantener en la comunidad de estas repúblicas americanas.

Ya en el fenecer de la Edad Media, el contorno unitivo del Nuevo Mundo recién descubierto debió aparecer para algunos místicos como la proyección terrenal del monismo teológico en su devenir escatológico y estético, a la vez que un apuntamiento del milagro de la creación.

Por su parte, apenas emergido de las olas el nuevo continente como la *instauratio magna* del poderío europeo, y después de transcurridos los primeros decenios del coloniaje, los nacidos en las nuevas tierras empezaron a adquirir los rudimentos primarios de los futuros hombres libres que irían a la conquista de todos sus derechos y libertades. La conquista de América no significó un arrojarse del espíritu de la cultura europea en algo así como un receptáculo o cuadro espacial vacío de posibilidades de pensamiento. Se ha dicho eso por algún pensador, olvidando la existencia de civilizaciones de pueblos milenarios que eran ya poseedores de las tierras, de las montañas,

y que mostraron con orgullo un florecimiento de instituciones políticas, morales y religiosas y un prodigioso sentido realista del dominio de la naturaleza y de la organización estatal. De modo que la conciencia histórica del conquistador tuvo que ofender primero, y coincidir y armonizar con la clave mental de los hombres de bronce, aun después de dominarlos y humillarlos, para que de ese modo se crearan los preludios coloniales de las naciones que engendrarían los libertadores : Bolívar, San Martín, Hidalgo, Artigas y otros tan dignos como ellos de ser mencionados siempre. Y una vez cumplida la trayectoria de la Independencia, aún no bien segura la solidez de las instituciones nuevas, ya se expresó en la parte continental del sur la fórmula política de la unidad de la historia y el pensamiento de América por labios de Bolívar, al convocar a los hombres libres para el Congreso de Panamá.

De esta manera se confirma que tanto en el heroico cometido y en la voluntad realizadora de los conquistadores como en la vocación por la libertad del hombre y la conquista de los derechos de los americanos, actuaban las directivas de las jerarquías espirituales que caracterizan el acontecimiento de nuestro existir independiente : la unidad fundamental, entre abstracta y empírica, entre formalista y orgánica, entre política y económica que nos rige y nos regirá como incentivo de una norma diferenciadora frente a las arcaicas culturas y naciones cuyos ciclos se cumplieron para desvanecerse en la vaciedad del tiempo.

IV

A través de las vastas perspectivas históricas, se puede percibir de que modo los acontecimientos de inmensas proyecciones para la humanidad, como el descubrimiento de América, generan la aparición de creaciones sobrenaturales interpretativas, de fuerzas actuantes personificadas en los mitos o en las utopías, según se unifiquen en individualidades o en vastas hegemonías políticas y sociales. Ya en los inicios del siglo XVI, la idea de la unidad que subsistirá más allá del descubrimiento y la entidad racial que fue plasmándose en el devenir como una cosmovisión de América se ilumi-

naron con un mito fabuloso de los griegos. Es el mito o leyenda de la Atlántida, que se enunciara muy pulcramente en el *Timeo* de Platón y en el drama de Séneca. Muchos europeos del siglo XVI y los de los siglos posteriores, ya sea con propósitos artísticos, simbólicos o científicos, creyeron reconocer en las nuevas tierras el perfil borroso de la Atlántida sumergida en los océanos, y hasta se aproximaron a su verosimilitud por añadidura de las leyendas y narraciones de los mismos conquistadores que resucitaban imperios grandiosos. En los siglos siguientes, otros europeos de cátedra y de lira, y de toga, entregados a las especulaciones filosóficas de carácter político y social, elaboraron las utopías, que transportarían al hombre a la felicidad en el goce de un mundo físico y de una organización socialista, para desarrollo de la solidaridad y la dicha de los mortales, ubicando estas utópicas repúblicas o reinos, desde la ciudad solar de Campanella a la ideocracia de Tomás Moro, en los arrabales o en el centro de la América anticipable o descubierta.

Entre las tentativas más ambiciosas y audaces del pensamiento histórico contemporáneo para explicar el sentido de los sucesos humanos y el florecimiento y ocaso de las civilizaciones, se me ocurre invocable la copiosa visión exteriorizada por Arnold J. Toynbee. En su *Estudio de la Historia*, encontramos la célebre parábola, que podría llamarse de la adversidad creadora, que simboliza la naturaleza y el carácter de las civilizaciones que han acompañado con su ritmo los pasos del hombre sobre el planeta.

Se imagina así la pendiente de una montaña altísima, sobre la cual se hallan dispersas agrupaciones de hombres. Esta situación desnuda y cruel recuerda en alguna similitud de planteamiento la parábola de la pampa de granito de nuestro Rodó. Algunos de los grupos de hombres están recostados sobre espolones que se han entrecruzado sobre un abismo. Este último debemos identificarlo con el tiempo, el no-ser, la identidad de la noche y el olvido. En los grupos de hombres debemos reconocer la presencia de las civilizaciones que han sido o serán. Unos grupos reposan o duermen, otros se han quedado detenidos, como petrificados, sin poder ascender o caer. Pero los

grupos mayores o rectores escalan la ladera casi vertical, con riesgo permanente de caer en los abismos. Los que duermen o reposan, representan las sociedades primitivas que aún subsisten sin progresar, habiendo penosamente trepado algún tiempo en la historia. Los grupos detenidos representan las civilizaciones bloqueadas y que se han frustrado, y que ya no tienen esperanza de salvación : se despeñarán poco a poco como los granos de un montículo de arena. Los grupos actuantes y en movimiento, en penosa ascensión, son aquellas civilizaciones en desarrollo, que avanzan bajo el impulso de la iniciativa, de la provocación o reto, de la beligerancia y el conflicto, de la respuesta adecuada a la circunstancia y al obstáculo. Entre una cumbre inaccesible y un abismo que amenaza, las civilizaciones persiguen su ley de conservación y diversificación que condiciona su engrandecimiento y su existir. ¿Nos será permitido reconocer entre esas civilizaciones o culturas la presencia de la comunidad latinoamericana, apoyándose en la cultura occidental, helénico-cristiana, y alimentándose sus energías en las fuentes de la naturaleza y el espíritu del Nuevo Mundo, fortalecida por la unidad que ha conservado en la historia y el pensamiento ?

V

En el escenario de esa magnitud que requieren las parábolas, los ejemplos de la individualidad no cuentan, pero diré que en los últimos años he intervenido en dos cultas asambleas en donde se evidenció la existencia de la unidad idiomática de nuestra raza, con motivo de la celebración de los Congresos de la Lengua Castellana en México y en Bogotá. Por iniciativa e intervención del gran demócrata y presidente Miguel Alemán y del humanista y estadista Alberto Lleras Camargo, se constituyeron las bases y los planes para la defensa de la unidad de la lengua que hablamos todas las naciones hoy congregadas ; idioma que ha dado a la unidad de la cultura literaria universal los arquetipos originales y eternos de don Quijote y Segismundo por el lado de las jerarquías de lo espiritual y la Celestina y Don Juan, por el laberinto de lo alardoso y caedizo mundano, coronando después estas tipificaciones con la exaltación musicalizada de una de las mayores místicas de Occidente. ¿Pudo alguien desentrañar allí el espíritu de la supervivencia de una más amplia unidad tangible, ya sea en las llamas del lenguaje que colocó a la belleza literaria, a la conceptualidad escolástica y a la armonía de lo popular al alcance de nuestros labios, apenas nos pusimos a balbucear las primeras palabras en el transcurso existente?

Si no se adopta una posición intelectual excluyente, llena de intransigencias metafísicas que proyectan sus luminarias en lo histórico, no podría concebirse tal vez, teniendo en cuenta la descimentación de los espíritus frente al perfil conflictual de este siglo en América Latina, el enigmático sentido de este pensamiento de Xavier Zubiri : « No es que los griegos sean nuestros clásicos ; es que, en cierto modo, los griegos somos nosotros. » Estas concepciones unitarias, con coloraciones y bagajes de esperanzas ilusorias y contexturas de rígidas leyes históricas, órdenes y símbolos, como la de la unidad del pensamiento y la historia de nuestra América, constituyen excelentes patrimonios hereditarios de las meditaciones de Parménides o de Plotino, o del Uno de los agustinianos, ante las cuales no podemos renunciar sin despojarnos de la dignidad de cultivar el pensamiento puro. Desentrañar ese sentido íntimo entre los acontecimientos de hoy, entre el caos y la turbulencia, la división y la desesperanza, la tiranía y la barbarie, puede ser uno de esos imperativos categóricos, irrenunciable orgullo para todo creyente en nuestro papel de integradores de la civilización futura de Occidente. Porque de la vigencia de esto último, se trata de atisbar en la madeja de este concierto inoportuno de palabras y de ideas que intento coadunar aquí. Nada más y nada menos que constituir en centro de una exposición incidental motivada por un magno hecho histórico para nuestro destino. Porque el 12 de octubre es, genésicamente considerado, el advenimiento de un Nuevo Mundo a insertarse entre milenarias culturas o no es nada más que un episodio bello y espectacular de las epopeyas ibéricas. Por esta última e íntima razón, es seguro que no nos congregaríamos con la sospecha de asistir a algo así como al reencendimiento de la lámpara de una mística.

La filosofía moral y social de Bergson culminó con el refinado pensamiento que compendia el estudio de las sociedades humanas y de las morales cerradas o abiertas que han existido. « La mística llama a la mecánica », dice Bergson, tesis que debe entenderse que en la mecanización despótica en que la humanidad ha caído como coronamiento de su éxito de dominar la materia, vencer los elementos, como decían los compañeros de Colón, la mística se revela en un llamado al que debemos atender, porque ella nos abrirá una escapatoria de salvación. La irrenunciable mecanización de la inteligencia práctica, el ensordecimiento moral de la política y de la beligerancia exige el dinamismo inmanente de una mística, para que se salve el subsistente fundamento vital que alimenta a los hombres y las civilizaciones que se han ubicado en el planeta. ¿Insistir en destacar la unidad de la América en el pensamiento y en la historia no entra acaso, como un cometido esencial, en la órbita de la programación de esa unible mística que consideramos equilibrable para redimirnos de la mecanización?

Llegado a este momento, y al donaire del conjunto de palabras que se esfuerzan por ufanarse en el logro y en constituírse en ideas interpretativas, no dejo de pensar en los imponderables vitales de la hora que vivimos, en lo exterior y en lo interior de la nacionalidad. Nuevas y turbulentas cuestiones conmueven a la humanidad : conflictos de concepciones políticas y sociales, violencias y agitaciones de bárbaros tecnificados y adoctrinantes sacuden la arboladura de nuestras ideas más firmes y resuenan ahora entre los adornos áureos o marmóreos de nuestras fábricas legislativas. Todos nos hallamos comprometidos, y con los espíritus sobrecogidos por temores poderosos e inevitables. Es la otra verdad, que encontramos más patente al salir a las calles, leer los libros y periódicos o al alternar con nuestros semejantes. Una técnica científica poderosísima y cruel ha caído velozmente con sus inventos, tanto creadores como destructores, que ensombrecen lo porvenir. ¿Nos será posible acaso eludir estas imponentes argumentaciones de los hechos oscuros y dominantes que nos angustian? ¿Habremos de creer que el hombre del siglo XX, como dijo el alemán Ernst Jünger, el hombre de Occidente, el que posee todas las ciencias y es capaz de convertir en ciencia lo más insignificante, le falta la ciencia y la conciencia de la felicidad?

No podemos ceder ante esta tentación pesimista y para ello debemos creer en la grandeza del destino de la comunidad nuestra, fortalecida en el frenesí del orgullo de unificar las transcendencias con los hechos, en la historia y el pensamiento de América. Hace años Valéry enunció cierta sentencia cruel y profética, ante la inminencia de los desgarramientos previstos por las dos grandes guerras mundiales : « Nosotros sabemos que las civilizaciones son mortales. » Este signo será válido para Europa. ¿Me permitiréis que me aventure a formular la siguiente corrección? : « Nosotros nos esforzaremos hasta el heroísmo para demostrar al futuro que nuestras civilizaciones americanas —¡ay!— no serán mortales. »

VI

El hecho es que, en el estilo divinizado del tiempo inmemorial o en la criba humanizada de la historia, América, en la esperanza de la imaginación de lo europeo, tanto en el impulso realizador de los conquistadores como en la cosmovisión ideal y humanitaria de los libertadores, ha permanecido fiel a una mesiánica y gigantesca idea de unidad. Aun en las épocas de mayor desorientación y naufragio, esa constante directiva se vislumbró como una posibilidad realizable. En las diversas metamorfosis que adoptó esta voluntariosa unidad, utilizó las formas que he citado : cruzada, empresa racial, mito, utopía, en los primeros siglos ; comunidad solidaria de hombres y pueblos libres, de inteligencias nutridas de idealidad y sabiduría, de organizaciones estatales con el signo de la democracia y de la libertad, en los tiempos que nos toca vivir bajo la amenaza de las tempestades desencadenadas por los hombres. ¿Ocurrirá que éstos se habrán apoderado hoy de los elementos de la naturaleza, para manejarlos con una furia tan atroz que ya está en trance de dislocar y pulverizar el orden tan juiciosamente combinado por la unidad del amor cristiano y la sabiduría griega, el clinamen de los astros o el sudor de los viejísimos demiurgos?

THEODORE DRAPER

Las teorías del castrismo

¿Quién y qué es Fidel Castro? Tras los dos años que lleva en el poder, su personalidad sigue escapando tanto a sus defensores como a sus detractores. Hasta hace poco, el mismo Castro y sus más próximos colaboradores apenas se prestaban a cualquier definición. En los primeros meses de su régimen, el líder cubano solía hablar de « humanismo », que definía como « libertad con pan y sin terror », lo que casi no puede decirse que constituya un programa político o social. Pero tras utilizar durante algún tiempo esa fórmula, Castro renunció a ella en favor de otras aún más ambiguas. Cuando a él o a sus colaboradores se les preguntaba qué tipo de sociedad estaban construyendo o cómo se la debería denominar, solían contestar que ellos estaban construyendo « una realidad, no una teoría », o que lo que a ellos les interesaba eran « los hechos, no las palabras », o bien que su revolución era « específicamente cubana ». Castro sigue negándose a dejarse encuadrar dentro de una ideología más definida, con lo cual la cuestión sigue oficialmente planteada.

En un congreso de juventudes celebrado en La Habana en agosto de 1960, Ernesto « Che » Guevara, ministro de Industrias y hasta hace poco presidente del Banco Nacional de Cuba —cuyos billetes aparecen ahora firmados son su simple apodo « Che » —dio un paso importante con miras a proporcionar al régimen una ideología y un nombre. Como Guevara es una especie de eminencia gris ideológica del régimen castrista, en sus labios suele oírse hoy lo que Castro va a decir mañana. Pues bien, en aquella ocasión Ernesto Guevara dijo : « ¿Cuál es nuestra ideología? Si se nos preguntara si nuestra revolución es comunista, yo la definiría como marxista. Nuestra revolución ha descubierto por sus propios métodos los caminos que Marx señaló. » En sus « Notas para el estudio de la ideología de la Revolución cubana », publicadas el pasado mes de octubre en la revista *Verde Olivo,* Guevara escribió : « Los actores principales de esta revolución no poseían criterios teóricos coherentes ; pero no se puede decir que ignorasen los diversos conceptos de historia, sociedad, economía y revolución que hoy se están discutiendo en el mundo. » Y más adelante declaró : « Nosotros, revolucionarios prácticos, al iniciar nuestra propia lucha, nos limitamos a cumplir las leyes previstas por Marx el científico. »

Estas declaraciones suscitan más preguntas intrigantes que las que pretenden contestar. ¿Quería decir Guevara que la ideología de la revolución cubana era « marxista », pero no « comunista »? ¿Y era ese marxismo el « marxismo de los comunistas » u otro « marxismo » distinto? ¿Descubrieron realmente Fidel, Guevara y sus compañeros el marxismo como unos chicos brillantes, pero ingenuos que volvieran a descubrir la redondez de la tierra? ¿Podían las « leyes » de « Marx el científico », que no se han cumplido en ninguna otra parte, cumplirse en la isla de Cuba gracias a unos revolucionarios que no sabían lo que

estaban haciendo hasta que lo hubieron hecho?

Es evidente que la explicación de Guevara explica demasiado o demasiado poco. Pero Castro, Guevara y otros líderes cubanos han hablado mucho más libremente y con mayor alcance a unos pocos elegidos que se han convertido en sus intérpretes y apologistas extranjeros. De todos modos, a este grupo creciente de admiradores extranjeros no le ha resultado fácil la tarea, viéndose obligados a hilvanar muchas de las teorizaciones que los cubanos se negaban a declarar por sí mismos. Con el tiempo, todas las revoluciones han creado su propia mitología, pero en el caso de la cubana sus simpatizantes extranjeros, en lugar de recurrir a una mitología ya confeccionada y a punto, han tenido que formular una propia y particular. Cada uno de estos simpatizantes ha hecho su propia y característica aportación a esa mitología que, si no otra cosa, nos dice al menos lo que de Castro hacen quienes se sienten más cerca de él. La situación es sin duda extraña, pero es que la revolución cubana lo es ya de suyo bastante.

Los fabricantes de mitos

Uno de los mitos preferidos y de los primeros en formularse, ha sido el de la « revolución campesina » de Castro. Este mito hizo su aparición en los artículos escritos y en las entrevistas concedidas por los escritores franceses Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, que estuvieron en Cuba en marzo del pasado año. Tras realizar, como de costumbre, un corto viaje a través del país, viaje aderezado con largas conversaciones, Sartre escribió una serie de dieciséis artículos que se publicaron en el diario parisiense *France-Soir* (1). En uno de esos artículos contaba Sartre cómo había declarado a los cubanos que, al igual que los chinos, lo que ellos habían realizado era una « revolución campesina ». Según Sartre, los cubanos reaccionaron de diversa manera sobre este punto : los « barbudos » (es decir, los que habían luchado en la Sierra) se mostraron de acuerdo con él ; en cambio, los « no barbudos » (es decir, los que habían luchado en los movimientos de resistencia de las ciudades) sostuvieron que los campesinos se habían batido poco o mal y que la revolución había surgido en los centros urbanos.

Simone de Beauvoir dio una versión algo diferente del mismo tema en una entrevista publicada en el semanario francés *France-Observateur*. La escritora afirmaba en ese periódico que fue la pequeña burguesía la que inició la revolución en las ciudades, mientras que los campesinos se mantenían a la expectativa ; después se fueron uniendo poco a poco a ella, y los « intereses inmediatos » de la revolución victoriosa se convirtieron al cabo en los de la clase campesina, por todo lo cual, « a pesar de sus orígenes, a la revolución cubana se la puede considerar como una revolución campesina ».

De todos modos, donde la « revolución campesina » cubana hizo su aparición como teoría completa fue en el libro *Cuba, Anatomy of a Revolution*, de Leo Huberman y Paul M. Sweezy, directores de *Monthly Review*. Tras una estancia de tres semanas en Cuba, ambos se mostraban convencidos de que la revolución había triunfado porque los campesinos, como clase, se unieron a los rebeldes, « fundiéndose con el ejército revolucionario ». Fidel Castro se les figuraba a ambos autores « la encarnación de la voluntad y de la energía revolucionarias de los campesinos ». Por lo que respecta al tipo de sistema instaurado por esta revolución campesina, Huberman y Sweezy afirmaban sin vacilación : « La nueva Cuba es una Cuba socialista. »

Seis meses después, Huberman y Sweezy realizaron otra visita de tres semanas a Cuba. Por entonces el régimen de Castro ya había nacionalizado gran parte de la economía cubana. Este estado de cosas obligó a ambos observadores a rectificar su juicio anterior : la revolución cubana ya no era « esencialmente una revolución campesina » puesto que la clase obrera había terminado por ser arrastrada a ella. Castro no había llegado aún a calificarse a sí mismo de « marxista », pero los dos visitantes no dudaban en afirmar que, gracias a su « rica experiencia personal » y a su « espíritu agudo y fértil », el líder cubano había lle-

(1) Reproducidos en varias revistas sudamericanas. (N. de la R.)

gado a una interpretación « inequívocamente marxista » en una forma que habría hecho que el mismo Marx se sintiera « orgulloso de reconocerle como discípulo suyo ». A pesar de la « modestia » de Castro, los dos visitantes oyeron hablar tanto de una Cuba socialista que en realidad esto se había convertido ya en un « lugar común », en contraste con la situación que encontraron en su primer viaje, durante el cual nadie había aludido a Cuba como país socialista y ni siquiera se citaba al socialismo como uno de los objetivos últimos de la revolución cubana.

De este modo, en la primavera de 1960 se abrió un nuevo camino hacia el socialismo : una revolución campesina dirigida por un representante de la clase media, hijo de un rico terrateniente. Y en el otoño de 1960 la realidad de una revolución socialista en Cuba era más firme que nunca al sumarse a ella la clase obrera (2).

Otros simpatizantes de Castro han ido aún más lejos. Paul Johnson, del *New Statesman*, tras una rápida ojeada sobre Cuba, afirma que Castro subió al poder gracias a una « revolución campesina », pero que gobierna apoyándose en una « auténtica dictadura del proletariado », la cual se expresa en el « gobierno » arbitrario de un solo hombre. Por su parte, el profesor norteamericano Samuel Schapiro, defensor de Castro, afirma en *New Republic* que « el núcleo fundamental de la revolución, es decir el programa de reforma agraria, es esencialmente marxista ». Y el profesor C. Wright Mills, de la Universidad de Columbia, ha reunido una antología de todo lo que Castro y sus colaboradores más próximos han dicho de sí mismos, al menos hasta agosto del año pasado.

El reciente libro del profesor Mills, *Listen, Yankee !*, es una obra a la vez considerablemente útil e irritante. Pretende ser « la voz de los revolucionarios cubanos », no la de su autor. Por las conversaciones que tuve en Cuba en abril de 1960, puedo dar fe que los líderes castristas se expresan aproximadamente en la misma forma que Mills les atribuye. (A veces las palabras recogidas en el libro son tan parecidas a las que yo he oído que se me figura reconocer el nombre de quien las pronunció.) En este sentido, Mills se ha convertido en vehículo de la más pura y directa propaganda, al contrario que los otros autores, que hablaron aproximadamente con las mismas personas, pero luego hicieron pasar como suyo propio lo que se les había dicho. Nadie me dijo nunca en Cuba « Escucha, Yanki » o « Yanki, esto » o « Yanki, lo otro », pero, aparte esta caprichosa licencia creo que los largos monólogos del libro de Mills son más o menos auténticos. El que quiera conocer con la máxima pureza la línea castrista debe acudir a esta obra.

De todos modos, Mills ha puesto al libro su propio nombre y en las últimas páginas declara su apoyo personal a la causa de Castro. Mills afirma que al lector le toca sentirse o no de acuerdo con lo que en el libro se dice, como si existiera un solo lector entre cien o mil lectores no cubanos que posea la necesaria experiencia de los hechos. El lector tiene derecho a esperar que el autor no se limite a prestar oídos a una sola de las partes y que un sociólogo sea capaz por lo menos de dar un informe razonablemente exacto de la estructura social del país. En conjunto el libro de Mills es al mismo tiempo justo e injusto, como toda propaganda unilateral, y si lo único que pretendía el autor era constituirse en un hombre de choque para la máquina propagandística de Castro, lo ha conseguido lucidamente. Pero ¿es esto todo lo que cabía esperar de un hombre como él?

Los cubanos de Mills —no sabe uno nunca donde acaban ellos y donde empieza él— no están completamente de acuerdo con Sweezy y con Huberman. En primer lugar, Mills nos dice lo que la revolución cubana *no* fue. « No fue ni una lucha entre cam-

(2) En su libro, Huberman y Sweezy dedican menos de una página a la clase obrera, en comparación con las muchas páginas en que tratan de los campesinos, y dan a entender vagamente que la clase obrera apoyó la revolución con más fuerza antes de 1959 que actualmente. De todos modos, en otra parte del libro admiten que Castro encontró un « apoyo creciente entre los obreros de las ciudades » tras su elevación al poder. Y en el artículo publicado posteriormente en *Monthly Review* (diciembre de 1960), dan a entender el « atraso » peculiar de los trabajadores cubanos cuando afirman que « las nacionalizaciones últimas han arrastrado a la clase obrera dentro del proceso revolucionario ».

pesinos y terratenientes, ni entre asalariados y capitalistas, cubanos o yankis ; tampoco fue una lucha directa de carácter nacionalista entre cubanos y extranjeros. » No fue tampoco « una revolución económicamente determinada, ni en sus orígenes ni en sus fuentes », ni una « revolución hecha por los sindicatos o asalariados de las ciudades, por los partidos proletarios o cualquier otra cosa por el estilo ». Entonces, ¿qué fue? Sus líderes eran « jóvenes intelectuales y estudiantes de la Universidad de La Habana » —se dice también de ellos que eran « unos cuantos estudiantes e intelectuales de la clase media »— que realizaron « un gran número de actividades de agitación antes de obtener los primeros frutos ». La revolución « comenzó realmente » cuando en uno de estos movimientos de agitación « un puñado de estos jóvenes intelectuales se aliaron con los campesinos ». Así, pues, la versión de Mills elude todo equívoco en torno a una supuesta « revolución campesina », poniendo simplemente de relieve el hecho de que las fuerzas decisivas durante el período insurreccional fueron los intelectuales y los campesinos, ejerciendo los primeros el mando absoluto. Evita también Mills la tontería de afirmar que fueron los obreros quienes hicieron la revolución. Dice que se unieron a ésta después de la victoria y que su « conciencia revolucionaria » sólo se despertó en los últimos meses. Sin embargo, en este punto la mitología se apodera también de Mills, el cual afirma que los obreros están sustituyendo a los campesinos como fuerza revolucionaria. Pero lo más absurdo es lo que Mills escribe sobre la clase media. Se admite por todos que el « puñado » original de líderes procedía exclusivamente de esta clase. Sin embargo, la mitología exige afirmar que « las clases medias apoyaron en general la revolución, al menos en una forma pasiva, durante el período insurreccional, aunque en cuanto clase era escaso su interés en que se hiciera ». Supongo que esto quiere decir que la mayor parte de los miembros de la clase media apoyaron pasivamente, o no apoyaron de ningún modo la revolución.

Mills ha recogido también una serie de declaraciones programáticas del grupo castrista. Declaraciones en las que una vez más se expresa su repugnancia a dejarse encuadrar en nada definido, pues un « sistema político » constituiría una traba para ellos, porque son muy pocos los que se preocupan de tal cosa o, finalmente, porque la ausencia de un sistema es a sus ojos una prueba de democracia. Pero este tema nos conduce como de la mano a otro que se enuncia así : « Nosotros mismos no sabemos cómo definir lo que estamos construyendo, lo cual no nos preocupa. Desde luego, se trata de socialismo de un cierto tipo. » O bien, sea cual sea el sistema, resulta que los cubanos lo descubrieron por sí mismos : « Si somos marxistas o izquierdistas (o comunistas, si ustedes quieren) en nuestra acción y en nuestro pensamiento revolucionarios, ello no se debe a ningún compromiso anterior de nuestra ideología, sino a nuestra propia acción. » Y en un pasaje posterior del libro, se nos presenta a la Cuba de Castro como « una dictadura *de, por* y *para* los campesinos y los obreros de Cuba » y como « una dictadura del pueblo ». Personalmente, Mills considera el régimen de Castro como « una dictadura revolucionaria de los campesinos y obreros de Cuba », en la cual un solo hombre posee « virtualmente un poder absoluto ».

Todas estas teorías de Sartre y Simone de Beauvoir, Huberman y Sweezy, Johnson y Schapiro, de los cubanos vistos por Mills y de Mills mismo, tienen una cosa común : que tratan de ocultar el hecho de que la revolución cubana fue esencialmente una revolución de la clase media que después se ha utilizado para destruir a esta misma clase media. Si no comprendemos esta aparente contradicción, poco será lo que comprendamos de la Cuba de Castro como sistema social.

Terrorismo y contraterrorismo

PARA COMENZAR, hagamos la siguiente pregunta : ¿Qué hay de verdad en la supuesta « revolución campesina » de Castro?

Los 82 hombres que a las órdenes de Castro invadieron a Cuba desde México en diciembre de 1956 y los 12 que sobrevivieron a la lucha en la fragosa Sierra Maestra, en el extremo oriental de la isla, procedían en su totalidad de la clase media.

Castro mismo era su representante ideal : hijo de un rico terrateniente, universitario, abogado. Los guajiros de las montañas eran seres completamente extraños a la mayoría de esos hombres de origen burgués. Pero tenían éstos que ganarse la confianza de los campesinos para conseguir provisiones, protegerse contra los espías y soldados de Batista y agrupar nuevos reclutas. A medida que pasaron los meses, las relaciones entre los rebeldes y los campesinos fueron adquiriendo nuevo y más humano carácter. La tremenda pobreza, el analfabetismo, las enfermedades y el primitivismo de aquellos parias rurales aterró al puñado de antiguos estudiantes de la ciudad. De esta experiencia, en parte práctica y en parte emocional, nació la determinación de cambiar revolucionariamente la sociedad cubana mediante la elevación del sector más bajo y olvidado de la población a un nivel decoroso de bienestar y de dignidad humana.

Pero durante más de un año el grupo de combatientes de que Castro disponía fue tan pequeño que el líder cubano no esperaba poder expulsar a las fuerzas de Batista de las montañas (3). La victoria sólo podría conseguirse a través de un movimiento más amplio de resistencia en las ciudades, compuesto en su inmensa mayoría por gentes de la clase media. En este cálculo se basó la fracasada huelga general del 9 de abril de 1958 (4). El fracaso debióse a que la clase media no podía llevar adelante una huelga general. Sólo los obreros y los sindicatos podían realizarla y en aquella ocasión se negaron, fundándose en dos razones principales : por un lado, los obreros se las arreglaban lo suficientemente bien bajo el régimen de Batista como para no pensar en aventuras, y por otro los comunistas cubanos sabotearon deliberadamente la huelga porque no se les había consultado y no se había intentado llegar previamente a un acuerdo con ellos. Al no poder contar con el sindicato clave de los transportes, dominado por los comunistas, la huelga estaba condenada al fracaso. El Comité Nacional del Partido Comunista, que desde la última guerra llevaba el nombre de Partido Socialista Popular, hizo una declaración el 12 de abril de 1958, de la que he podido ver una copia, en la que se habla del fracaso del « llamamiento unilateral » a la huelga hecho en La Habana por el Movimiento 26 de Julio (5).

Según los testimonios recogidos por Mills, los hombres con que por entonces contaba Castro en las montañas eran unos 300. Cuatro meses después, en agosto de 1958, las dos columnas dirigidas por los comandantes Guevara y Cienfuegos, a las que se había confiado la misión de cortar la isla en dos partes (la mayor operación rebelde de toda la guerra), totalizaban, según Guevara, 220 hombres (6). A Sartre le dijeron que el número total de « barbudos » en toda Cuba desde el principio hasta el final fue sólo de 3.000. Las fuerzas de Castro fueron hasta el último día tan reducidas que apenas merece que se las llame ejército y menos aún « ejército campesino » ; y ni siquiera el aflujo de los últimos cuatro o cinco meses consiguió dar a las fuerzas castristas un carácter de masa. En todo caso, el carácter de un ejército depende de sus jefes y de sus cuadros, que en el caso del ejército cubano rebelde procedían exclusivamente de la clase media, y no de

(3) Castro ha descrito su situación casi desesperada de aislamiento en su carta del 31 de diciembre de 1957 dirigida al llamado Consejo de Liberación : « Para los que luchan contra un ejército incomparablemente superior en número y en armas, sin disponer durante todo un año de otro apoyo que el de la dignidad con que pelean por una causa que amamos sinceramente y el de la convicción de que merece la pena morir por ella, amargamente olvidados por nuestros compatriotas que, a pesar de disponer de todos los medios, sistemáticamente (por no decir criminalmente) nos han negado su ayuda... ». El documento íntegro se incluye en *Fidel Castro* (1959), de Jules Dubois, hasta hoy la mejor fuente documental sobre la revolución cubana, aunque el autor ha repudiado posteriormente su tendencia procastrista.

(4) En el manifiesto lanzado por Castro el 12 de marzo de 1958 se dice : « ...la estrategia del golpe final debería basarse en la huelga general revolucionaria, secundada por la acción militar... ».

(5) « El llamamiento unilateral de huelga, sin contar con el resto de la oposición ni con los propios obreros, hecho por la dirección del 26 de Julio en La Habana el pasado miércoles... » (Declaración del P.S.P., 12 de abril de 1958.)

(6) *Verde Olivo*, 8 de octubre de 1960.

sus soldados. De otro modo, todos los ejércitos del mundo serían ejércitos de campesinos y de obreros.

¿Cómo pudo un grupo tan reducido « derrotar » al ejército de más de 40.000 hombres de Batista?

La respuesta es que en realidad las fuerzas castristas no derrotaron al ejército del dictador en el sentido militar del término ; lo que consiguieron fue hacer que Batista se destruyera a sí mismo. Hasta la primavera de 1958, la vida continuaba en la mayor parte de Cuba como de costumbre. Pero el fracaso de la huelga de abril obligó a Castro a cambiar de táctica. Perdida la esperanza de un alzamiento colectivo, se lanzó a una guerra de guerrillas en gran escala : ataques con bombas, sabotajes, golpes de mano... Batista respondió al terrorismo con el contraterrorismo. El ejército y la policía secreta devolvieron los golpes ciega, indiscriminada y estúpidamente. Los estudiantes, acusados de ser los agitadores principales, fueron su blanco favorito. Para los jóvenes llegó a ser menos peligroso marcharse a las montañas que pasearse por las calles. La orgía de asesinatos, torturas y brutalidades provocó escalofríos de terror en todo el pueblo cubano, particularmente entre las familias de la clase media que contaban con estudiantes en su seno.

La reprobación universal que se manifestó durante los seis últimos meses del régimen de Batista alcanzó incluso a su propio ejército, incapacitándole para llevar adelante el ataque lanzado en mayo por el dictador contra los reductos de Castro. Como dice Mills en su libro, el ejército de Batista « se evaporó ». Los encuentros entre ambos bandos eran tan escasos y tan poco concluyentes que la abdicación de Batista le cogió a Castro por sorpresa. Pero el verdadero vencedor de la lucha no fue el « ejército campesino » de Castro, sino el pueblo cubano en su totalidad. Las mayores pérdidas hubo de sufrirlas el movimiento de resistencia de las ciudades, compuesto por gentes de la clase media, que segregaron los ácidos políticos y psicológicos que roían a las fuerzas de Batista. A Sartre le dijeron que el ejército y la policía de Batista dieron muerte a 1.000 barbudos en los últimos combates de las montañas y a 19.000 personas en el movimiento de resistencia de las ciudades.

En consecuencia, la táctica de guerrillas de Castro pretendía no tanto « derrotar » al enemigo como obligarle a perder la cabeza, a combatir el terrorismo con el contraterrorismo en la mayor escala que fuese dable, y a hacer la vida imposible al ciudadano ordinario. Esta táctica pueden perfectamente utilizarla unos cuantos centenares de rebeldes y hoy se está aplicando contra el gobierno democrático de Rómulo Betancourt en Venezuela. El mismo terror que Castro utilizó contra Batista se emplea hoy contra él. Y Castro ha respondido con el contraterrorismo, igual que hizo Batista en su día.

La tierra prometida

El período de la lucha por el poder nos va a servir también para responder a la pregunta : ¿Fue « traicionada » la revolución cubana? Evidentemente, la respuesta depende del tipo de revolución en que se piense : la revolución que Castro prometió antes de tomar el poder o la que ha llevado a cabo después de tomarlo.

Huberman y Sweezy han escrito : « Fidel había hecho sus promesas y estaba decidido a cumplirlas, fielmente y al pie de la letra. » Pero ni estos autores, ni Mills, ni Sartre nos dicen en ningún momento en qué consistían esas promesas. Este olvido constituye un elemento necesario de la mitología.

Por mi parte, he reunido un breve inventario de las promesas de carácter político y económico hechas por Castro desde el discurso que pronunció en su proceso de 1953 (« la historia me absolverá », declaró entonces desafiadoramente) hasta el final. Estas promesas resultan hoy tan molestas que algunos de los campeones literarios del castrismo han comenzado a reescribir la historia (¡sólo dos años después del final de la lucha!) mediante un proceso de selección que elude toda mención de semejantes promesas.

Promesas políticas. — En su discurso de 1953 Castro anunciaba que la primera ley revolucionaria sería el restablecimiento de la Constitución de 1940 y hacía alusión a

un « gobierno fruto de elección popular ».

El manifiesto lanzado por Castro en julio de 1957, su primera declaración política desde la Sierra Maestra, contenía una « promesa formal » de que se celebrarían elecciones generales en el plazo de un año y una « garantía absoluta » de que se respetarían las libertades de información y de prensa y todos los derechos individuales y políticos garantizados por la Constitución de 1940.

En su carta de 14 de diciembre de 1957 dirigida a los exiliados cubanos, Castro ponía de relieve el « deber primordial » del gobierno provisional que sucediera a Batista de celebrar elecciones generales y el derecho de los partidos políticos, incluso bajo el gobierno provisional, de presentar sus programas, organizarse y tomar parte en las elecciones.

En un artículo publicado en la revista *Coronet* en febrero de 1958, Castro hablaba de la lucha en pro de un « auténtico gobierno representativo », de elecciones generales « verdaderamente honradas » en el plazo de un año, de una libertad « completa y sin trabas » de información pública y de todos los medios de comunicación, y del restablecimiento de los derechos individuales y políticos reconocidos en la Constitución de 1940. Lo que resulta hoy más irónico es que Castro se defendiera contra la acusación de « conspirar para sustituir la dictadura militar por una dictadura revolucionaria ».

En sus respuestas a Jules Dubois en mayo de 1958, Castro prometió una « aplicación total » de la Constitución de 1940 y « un gobierno provisional de carácter completamente civil que devolverá el país a la normalidad y celebrará elecciones generales en un plazo de no más de un año ».

En su manifiesto de unidad de julio de 1958, Castro declaraba aceptar la misión de « guiar a nuestra nación, tras la caída del tirano, hacia la normalidad, mediante la constitución de un gobierno provisional de corta duración que llevará al país a procedimientos totalmente constitucionales y democráticos » (7).

Promesas económicas. — En su discurso de 1953, Castro sostenía la necesidad de un reparto de tierras a los pequeños plantadores y campesinos, con indemnización a los propietarios expropiados ; el derecho de los obreros a participar en los beneficios ; una mayor participación de todos los plantadores en la cosecha de caña de azúcar y la confiscación de todas las propiedades ilegalmente adquiridas. Su reforma agraria abogaba por el establecimiento de un límite máximo de extensión para las empresas agrícolas y por la distribución de la tierra restante a las familias campesinas ; se alentaba también la creación de « cooperativas agrícolas para la utilización en común del equipo costoso, de los depósitos frigoríficos y de una sola dirección técnica profesional para los cultivos y la ganadería ». Además, en el discurso se afirmaba el propósito de nacionalizar las compañías eléctricas y telefónicas.

---

(7) Huberman y Sweezy tratan de las promesas de Castro anteriores a 1959 en una forma muy peculiar. En su libro se citan doce páginas y media del discurso de 1953, pero se omite el programa de cinco puntos en el que según Castro se basaba la revolución. Este programa comenzaba así : « La primera ley revolucionaria será devolver la soberanía al pueblo y proclamar la Constitución de 1940 como la auténtica ley suprema del Estado, hasta el momento en que el pueblo decida modificarla o cambiarla. » En los demás puntos se propugnaba la entrega de tierras a los pequeños plantadores y campesinos, con indemnización a los propietarios expropiados ; el derecho de los obreros a participar en los beneficios ; una mayor participación de todos los plantadores en la cosecha de caña de azúcar y la confiscación de todas las propiedades ilegalmente adquiridas.

Si bien en el discurso se incluyen otros puntos importantes, éste es el único programa minucioso que en él existe y resulta difícil comprender por qué se ha omitido. En idéntica forma tratan ambos autores el pacto de unidad de julio de 1958, en el que se contenían tres puntos : una estrategia común, la « vuelta a la normalidad » después de la guerra y « un programa gubernamental mínimo ». He reproducido íntegro el segundo punto del texto. Huberman y Sweezy citan un párrafo de ese pacto de unidad, en el que se pedía a Estados Unidos el cese de toda ayuda, sobre todo militar, a Batista ; pero ignoran el programa de tres puntos, que podría haber proyectado una luz distinta respecto a las promesas de Castro.

Mills, por su parte, parece desconocer sencillamente todas las promesas hechas por Castro antes de su subida al poder.

El manifiesto de julio de 1957 definía la reforma agraria como un reparto de los eriales o tierras baldías, previa indemnización, y la conversión de los aparceros y de los colonos clandestinos en propietarios de las tierras que trabajaban.

En el artículo de *Coronet* (febrero del 58), se propugnaba una reforma agraria para dar a los campesinos un título indiscutible sobre la tierra, con una « justa compensación a los propietarios expropiados ». Se declaraba también que Castro no tenía ningún proyecto encaminado a expropiar o nacionalizar las inversiones extranjeras y que el líder de la revolución había dejado en suspenso un programa anterior para extender la propiedad del Estado a los servicios públicos. Sobre las nacionalizaciones Castro decía en el citado artículo :

« Personalmente he llegado a la conclusión de que, en el mejor de los casos, la nacionalización es un instrumento engorroso. No parece que haga más fuerte al Estado y, en cambio, debilita a la empresa privada. Y, lo que me parece aún más importante, todo intento de nacionalización total vendría manifiestamente a obstaculizar la realización del principal punto de nuestro programa económico : la industrialización lo más rápida posible. Por esta razón, las inversiones extranjeras serán siempre bien recibidas y gozarán de seguridad en nuestro país. »

En mayo de 1958 Castro aseguraba a su biógrafo Dubois :

« El Movimiento 26 de Julio no ha hablado nunca de socializar o nacionalizar las industrias. Esto no es más que miedo estúpido a nuestra revolución. Desde el primer día hemos proclamado que luchamos por la aplicación total de la Constitución de 1940, en cuyas normas se establecen garantías, derechos y obligaciones para todos los elementos que participan en la producción. Entre esos derechos figuran la libre empresa y las inversiones de capital, así como otros muchos derechos económicos, cívicos y políticos. »

El manifiesto de unidad de julio de 1958, escrito por Castro, declaraba simplemente :

« Un programa mínimo de gobierno que garantice el castigo de los culpables, los derechos de los trabajadores, el cumplimiento de los compromisos internacionales, el orden público, la paz y la libertad, así como el progreso económico, social y político del pueblo cubano. »

Tales fueron las promesas hechas por Fidel Castro. La casi unanimidad con que el pueblo cubano acogió la victoria de Castro en enero de 1959 fue el resultado no sólo de su heroica lucha y de su barba fascinante, sino también del consenso político que parecía encarnar. Este consenso tenía su origen en las desilusiones democráticas del período de 1944 a 1952 y en el despotismo de Batista entre 1952 y 1958. Había un acuerdo general en cuanto a que Cuba no podía volver a la corrupción de la democracia a que se había llegado en lo pasado y la clase media cubana estaba dispuesta a llevar a cabo profundas reformas sociales y políticas a fin de que en lo futuro resultara imposible otro Prío u otro Batista. Castro prometió restablecer la democracia cubana y asegurar su funcionamiento, pero no en la forma de democracia « directa » o « popular », sino en el espíritu de la Constitución de 1940, ya de por sí tan radical que buena parte de ella, especialmente en lo referente a la reforma agraria, nunca se llevó a la práctica.

Por lo demás, es increíble que Castro hubiera podido subir al poder si el pueblo cubano hubiese tenido la más ligera idea de lo que se le preparaba : es decir, un completo control gubernativo sobre la prensa y demás medios de comunicación, la ridiculización de las elecciones, la confiscación y socialización completas, la instauración de « cooperativas » que, como reconocen Huberman y Sweezy, no son más que « explotaciones de Estado », o el establecimiento de una dictadura de cualquier tipo que fuese, incluída la del proletariado. Y fue precisamente el tipo de promesas hechas por Castro lo que le permitió conseguir el apoyo de la inmensa mayoría de la clase media y de las demás clases cubanas. Una « revolución campesina » hubiera tenido una expresión completamente distinta.

Por ello, lo menos que puede decirse es que Castro prometió un tipo de revolución, pero realizó otro distinto. Así, la revolución prometida por Castro fue indiscutiblemente traicionada.

Estructura social : realidad y fantasía

La mitología castrista tiende a tergiversar no sólo la naturaleza original de su revolución sino también el carácter de la sociedad cubana.

Huberman y Sweezy dedican muchas páginas de su libro a los campesinos ; en cambio, sólo un párrafo a los obreros y casi nada a la clase media. Por su parte, Mills no parece preguntarse nunca quiénes son los cubanos que hablan por su intermedio. A juzgar por la lista que nos presenta de los cubanos que con él hablaron, no hubo entre ellos un solo obrero o campesino. Sus informantes eran sin excepción intelectuales de la clase media y profesionales con cargos públicos. A veces Mills les hace hablar en su propio nombre (de ellos) ; pero lo más frecuente es que se hagan pasar por los más pobres y míseros entre los campesinos cubanos. Dicen, por ejemplo : « Nosotros vivíamos acurrucados en nuestras inmundas chozas a la vera del camino », como si ellos fueran realmente ese « nosotros » y como si esa situación fuese característica de todos los cubanos. El lector medio podría pensar que Cuba no era más que « un lugar de miseria y suciedad, de analfabetismo, explotación y pereza ». Quizá esto sea un triunfo de la propaganda, pero en todo caso es un disfraz de la sociología.

Ciertamente, la Cuba anterior a Castro era un país con graves problemas sociales, pero estaba lejos de ser un país campesino o incluso un país típicamente « subdesarrollado ». Su población era más urbana que rural : el 57 % vivía en las zonas urbanas y el 43 % en las rurales, con una fuerte tendencia a aumentar en las primeras. (Estos son datos extraídos de la *Geografía de Cuba* escrita por Antonio Núñez Jiménez, actual director del INRA.) Aquellos cuya subsistencia dependía de la agricultura constituían aproximadamente el 40 % de la población y más de la cuarta parte de ese 40 % estaban clasificados en la categoría de agricultores y rancheros. (En 1954, la renta nacional se dividía del siguiente modo : la industria azucarera, en su aspecto agrícola e industrial, el 25 % ; otros cultivos agrícolas, el 13 % ; varias industrias y el comercio, el 40 % ; el resto, el 21 %.)

El nivel de vida, bajo si se le compara con el de Estados Unidos y Europa occidental, resulta alto en comparación con el de América Latina. Sólo tres países, Venezuela, Argentina y Chile, superaban a Cuba en cuanto a renta per capita ; la de Cuba era casi tan alta como la de Italia y mucho más alta que la del Japón. Cuba ocupaba el quinto lugar entre los países latinoamericanos por lo que se refiere a la industria manufacturera, detrás del Brasil, Argentina, México y Chile. Cuba poseía un automóvil por cada 39 habitantes (Argentina, por cada 60 ; México, por cada 91 ; Brasil, por cada 158) y una radio por cada cinco (detrás de Argentina, con una radio por cada tres personas). Los turistas cubanos podían gastar en Estados Unidos más de lo que los turistas norteamericanos en Cuba. Tras la segunda guerra mundial, los intereses cubanos eran lo suficientemente fuertes como para poder comprar una parte substancial de la producción azucarera propiedad de Estados Unidos, que descendió de un 70 u 80 % en su punto culminante, alcanzado en los años 30, a un 35 % en 1958. Un estímulo gubernamental en favor de la « cubanización » habría reducido fácilmente esta cifra a la mitad en corto plazo bajo un régimen democrático postbatistiano.

No intento dar a entender que la economía cubana fuese sana. Por el contrario, se hallaba en una situación precaria de dependencia respecto a las fluctuaciones de una sola cosecha, la de azúcar, que representaba más del 80 % de las exportaciones cubanas y empleaba casi medio millón de trabajadores durante sólo tres o cuatro meses al año. Como demuestran los índices de analfabetismo —41,7 % en las zonas rurales y 11,6 % en las urbanas—, el desarrollo social de Cuba se hallaba en una situación de grave desequilibrio en favor de las ciudades, y la cruzada de Castro en pro de los campesinos constituye una justa compensación de la inveterada indiferencia de parte de las clases superior y media en lo que respecta a los trabajadores del campo.

Pero reconocer esto no es lo mismo que suponer —como Mills— que Cuba no era más que un país de campesinos atrasados, analfabetos, enfermizos y muertos de hambre. Cuando Mills escribe, reproduciendo

palabras que escuchó de algunos cubanos : « Hablamos español, vivimos casi siempre en el campo y somos pobres », el primer término de la frase es exacto, el segundo es falso, como sería fácil demostrar, y el tercero es en parte verdadero. Probablemente, Cuba era el país de América Latina con una clase media más desarrollada y numerosa.

Realmente, esta mitología en torno a la estructura social cubana convierte en inexplicable la victoria de Castro. Si un « puñado » de « estudiantes e intelectuales » de la clase media hubieran contado únicamente con el apoyo activo de unos cuantos centenares o, como máximo, de unos miles de campesinos, descartando completamente incluso a la clase obrera y a la clase media —como sostiene Mills—, al régimen de Batista no se le habría derrocado nunca. Fue la deserción de la clase media —en la que se fundaba el poder de Batista— lo que hizo que su régimen se desintegrase desde dentro y que su ejército se evaporase.

Eclipse de un movimiento

La « traición » de la revolución cubana por parte de Castro ha adoptado además otra forma.

Cuando se produjo la caída de Batista, entraron en competición dos movimientos distintos : el castrista Movimiento 26 de Julio (así llamado por la fecha de su primera tentativa fracasada de 1953) y el Partido Comunista (el llamado Partido Socialista Popular). El primero parecía disfrutar de una superioridad aplastante. En su primera alocución, en su calidad de jefe victorioso de la revolución, pronunciada en el Campo de la Libertad, Castro habló de la simpatía popular y del apoyo casi unánime de la juventud cubana que asistía al Movimiento 26 de Julio, y en su argumentación parecía descartarse la necesidad de cualquier otro movimiento.

Pero al Movimiento 26 de Julio le esperaba un destino diferente, que se manifestó pronto. Las razones que de ello da Simone de Beauvoir resultan muy significativas :

« El Movimiento 26 de Julio, del que ha surgido la revolución, tenía un aparato, pero un aparato pequeño burgués, el cual no pudo seguir a la revolución en las medidas radicales que se han venido produciendo desde la toma del poder ; ese aparato no era capaz de adaptarse a la marcha progresiva de la reforma agraria. Por eso se prescindió de él. »

Simone de Beauvoir nos ofrece esta explicación sin preocuparse lo más mínimo de si hubo algo incorrecto o injusto en este procedimiento. Pero, aparte esta justificación de la decisión de Castro de destruir su propio movimiento, la escritora francesa viene a confirmar el carácter de clase media del mismo y las razones políticas que Castro tenía para condenarlo a una existencia puramente nominal, es decir la diferencia existente entre la revolución que el Movimiento representaba y la suya propia.

Hasta hace no mucho tiempo, el mayor honor en la Cuba de Castro era pertenecer al Ejército rebelde. Este ejército era la base principal del régimen de Castro ; los hombres que lo componían gobernaban el país a través de organizaciones en apariencia civiles, tales como el Instituto de Reforma Agraria, o INRA. Cuando Huberman y Sweezy hicieron su primera visita a Cuba en marzo de 1960, afirmaron que « desde el 1 de enero de 1959 hasta ahora el poder real ha estado siempre en manos del ejército revolucionario, alimentado por una clase social tan radical como la más radical que exista en el mundo de hoy », es decir los campesinos cubanos. Pero en la segunda visita que hicieron seis meses después, ambos autores observaron el « (relativo) eclipse » del Ejército rebelde y el crecimiento, oficialmente alentado, de unas milicias aún informes. Efectivamente, en el artículo que publicaron en diciembre de 1960, ya no se refieren a un Ejército rebelde ; las fuerzas armadas castristas se habían convertido en el « ejército regular ». En lugar de los « auténticos y notables lazos de solidaridad, confianza y comprensión » existentes entre Castro y el ejército en la época en que escribieron su libro, Huberman y Sweezy daban a entender que ese ejército se había convertido en una fuerza contrarrevolucionaria potencial, según el tipo de los « ejércitos permanentes » de América Latina. En otro tiempo, el carácter campesino del Ejército

rebelde había constituído su mayor título de gloria ; en cambio, ese carácter aparecía ahora como un grave inconveniente. *Bohemia Libre,* edición publicada en el exilio de la revista más conocida de Cuba, ha llegado incluso a decir en uno de sus editoriales que el Ejército rebelde « ya no existe ».

En todo caso, ha seguido el mismo camino que el Movimiento 26 de Julio.

La suerte de David Salvador, el conocido líder obrero del Movimiento 26 de Julio, confirma esta tesis. Antes de la caída de Batista, Salvador representaba al grupo clandestino « Unidad obrera » y era el coordinador de la resistencia dentro de la clase trabajadora. En una época en que el Partido Comunista se oponía a Castro considerándole como un « putschista », Salvador creía en él ; y en los últimos meses del régimen de Batista fue a la cárcel a causa de sus actividades clandestinas. Tras la victoria, asumió Salvador la dirección del sindicalismo cubano en nombre del Movimiento 26 de Julio, trabajando como secretario general de la Confederación de Trabajadores. Sin embargo, en el congreso nacional celebrado por esta organización en noviembre de 1959, la fortuna cambió súbitamente para Salvador. El Movimiento 26 de Julio consiguió una victoria aplastante sobre los comunistas y Salvador fue elegido para el puesto supremo de la Confederación. Pero Fidel Castro se presentó inesperadamente en el congreso, censuró a los delegados por « no haber dado pruebas de prudencia ni de unidad ni de nada » y pidió la instalación de un triunvirato a la cabeza de la Confederación, incluyendo en él al candidato comunista, Jesús Soto. La autoridad real pasó pronto a manos de Soto, mientras el órgano oficial del Partido comunista, *Hoy,* atacaba abiertamente a Salvador por su « extraña actitud ».

A principios de noviembre, fue detenido Salvador cuando intentaba escapar de Cuba con su familia en una lancha y de nuevo fue a parar a la cárcel, esta vez por orden del sucesor de Batista, Fidel Castro.

Los sindicatos han perdido incluso el poder de negociación de que disponían en tiempos de Batista, convirtiéndose en dependencias propagandísticas del Ministerio de Trabajo, que es donde se toman todas las decisiones en materia de salarios y de condiciones laborales, al estilo soviético.

¿Qué significa todo esto? En su propio Movimiento 26 de Julio, en el Ejército rebelde y en el movimiento obrero, Castro se ha desembarazado precisamente de todos aquellos que le ayudaron en su lucha por el poder. Castro ha actuado así, como nos da a entender Simone de Beauvoir, porque esos partidarios suyos esperaban una revolución distinta de la que el líder cubano está realizando. El Movimiento 26 de Julio fue sacrificado antes que nada porque era el embrión de un partido político. Ese movimiento podía convertirse en un partido completo y orgánico o bien en una cáscara vacía. El Ejército rebelde, por su parte, no se había recobrado del choque que en él produjo la persecución a que Castro sometió a uno de sus primeros y más próximos compañeros de armas, el comandante Hubert Matos, que fue condenado a veinte años de prisión por haber protestado contra el favoritismo de que disfrutaban los comunistas en el ejército. (Como dice Mills en su libro, « este fue el golpe más duro ».)

Las « actuales asambleas de masa » y las informes milicias responden mejor a los propósitos de Castro porque son impersonales y anónimas. Los individuos que participan en los espectáculos callejeros mantienen una relación directa sólo con Castro personalmente, no unos con otros. Las manifestaciones castristas son tan « democráticas » como las concentraciones hitlerianas en Nuremberg o los discursos a las multitudes pronunciados por Mussolini desde el balcón de la plaza de Venecia.

El Movimiento 26 de Julio y el Ejército rebelde eran algo más que una simple emanación personal de Castro ; sus miembros se sentían unidos por una causa en pro de la cual habían luchado y se habían sacrificado juntos. Esa causa surgió en una época anterior a la implantación del régimen de Castro y de una revolución emprendida contra la autocracia. El hecho de que Castro no pudiera convivir con el Movimiento 26 de Julio y con el Ejército rebelde no puede dejar de recordar vivamente la necesidad en que se vio Stalin de suprimir a los viejos bolcheviques.

Las dos revoluciones

UNA GASEOSA caliente le sirvió a Jean-Paul Sartre para comprender la naturaleza de la « democracia » de Castro.

El escritor francés nos cuenta que un día Castro les invitó a él y a Simone de Beauvoir a realizar un « viaje de inspección » a la playa de Varadero. El grupo de excursionistas se detuvo en un pequeño aguaducho y Castro les ofreció un refresco. El líder cubano comenzó a beber el suyo, dejó luego el vaso y dijo en voz alta : « Está caliente. » Entonces se entabló el siguiente diálogo :

— ¿No tienen ustedes refrigeradores? —preguntó Castro—.

— Sí que los tenemos —dijo la camarera—. Pero no funcionan.

— ¿Ha informado usted a su superior?

— Sí, la semana pasada. Y no es mucho el trabajo que se necesita para repararlos —añadió ella en tono familiar—. Un electricista podría hacerlo en un par de horas.

— ¿Y no han mandado a nadie para hacer la reparación?

La camarera se encogió de hombros :

— Ya sabe usted como son las cosas.

Y Sartre comenta la escena del siguiente modo :

« Fue entonces cuando comprendí por primera vez —todavía un poco vagamente— lo que el otro día llamaba democracia directa. Entre Castro y la camarera se había establecido una connivencia inmediata y secreta... ».

Pero Castro aún no estaba satisfecho. Sartre nos cuenta cómo el líder cubano insistió en inspeccionar el refrigerador culpable y cómo trató de arreglarlo él mismo. Al final, Castro se volvió hacia la joven camarera y murmuró :

— Diga a sus superiores que si no se ocupan en sus problemas, los tendrán conmigo.

Leyendo esto se queda uno perplejo. ¿Es posible que esta trivial y un poco embarazosa escena sirviera para convencer al mundialmente famoso filósofo francés de que la Cuba de Castro es, no un tipo ordinario de democracia, sino una... « democracia directa »? Involuntariamente vuelven a mi memoria ciertas experiencias de mi estancia en la República Dominicana hace unos cuantos años. Allí también al líder máximo, que prefiere se le llame « El Jefe », le gustaba visitar sus dominios, ver a sus súbditos personalmente y resolver los problemas sobre el terreno (8). Con consternación pude comprobar que desde un punto de vista puramente material había mucho que decir en favor del régimen de Trujillo, que los campesinos le veneraban, que podría haber ganado unas elecciones libres con una mayoría tan aplastante como en unas elecciones amañadas y que los únicos que parecían inquietos eran unos cuantos intelectuales y otras personas de carácter complejo pertenecientes a la clase media. Era fácil imaginar la misma escena interpretada por « El Jefe », la joven camarera, la gaseosa caliente y el refrigerador que se negaba a funcionar, con la única diferencia de que, habiendo dispuesto de más tiempo, el primero no hubiera ya permitido en ningún caso que la gaseosa estuviera caliente. Pero mi mayor sorpresa fue un día en que entablé una discusión filosófica con un importante funcionario del régimen y, al preguntarle cual era el nombre de aquel sistema único del Jefe, me respondió grave y cortésmente que se trataba de una « neodemocracia ». La ira debió subírseme al rostro. ¡No podían dejar en paz a la democracia! Si el generalísimo Trujillo era el líder de una democracia, aunque a ésta se la diera el título de « neodemocracia », entonces ¿quién no lo era?

En el fondo, estas « neodemocracias » y « democracias directas » se apoyan en la sencilla proposición siguiente : que el líder y su pueblo son uno e indivisibles. De ahí que no necesiten instituciones representativas, ni elecciones, ni ninguna oposición leal o desleal, ni una prensa libre o parcialmente crítica, ni ninguno de los derechos y garantías que tradicionalmente van asociados con la democracia.

Lo horrible de este modo de pensar es que elimina completamente las lecciones que nos han enseñado las experiencias más desespe-

(8) Otro de los títulos de Castro es el de « Jefe de la Revolución », título que aparece en la página primera del principal diario semioficial, *Revolución*, número del 16 de diciembre de 1960. En ese mismo número se le aplica dos veces el título de « líder máximo ».

radas y trágicas de nuestra época. Si hay algo que deberíamos haber suprimido de nuestra conciencia, es el terrible mal que supone el déspota popular, el dictador amado, el líder de masas. La *connivencia* que Sartre imaginaba entre Castro y la camarera existía entre Hitler y un amplio sector del pueblo alemán y entre Trujillo y una porción aún más grande del pueblo dominicano. Más horrible es todavía el hecho de que, con la enorme maquinaria de la propaganda moderna a su disposición, los líderes pueden fabricar una razonable apariencia de consenso popular, aunque en sus comienzos no cuenten con él. (¿Hay que recordarle a Sartre, a estas horas, tan terribles lecciones? ¿Habría podido él sobrevivir a la « democracia directa » que recomienda a los cubanos?)

La « democracia » de Castro plantea arduos problemas a todos sus apologistas. Sus argumentos son esencialmente los siguientes : a) Castro puede ganar cualquier elección por una mayoría aplastante ; b) en consecuencia, las elecciones no son necesarias y pueden resultar perjudiciales ; y c) en todo caso, las elecciones celebradas anteriormente en Cuba fueron todas amañadas. Una vez más, es necesario recordar aquí el ABC de la democracia a gentes que se jactan de ser auténticos demócratas. El mandato democrático no es un mandato que, una vez otorgado, no pueda ser revocado ; por el contrario, en la esencia del consenso democrático va incluída la necesidad de que se le renueve periódicamente. La mayor parte de los observadores calculaban el apoyo popular a Castro en un 90 % en enero de 1959 y en un 75 % o más un año después ; pero muy bien puede ser, como afirman algunos, que esa cifra haya descendido hoy al 50 % o incluso menos. En todo caso, ya no es seguro que Castro ganara unas elecciones por una mayoría aplastante o incluso sencillamente que las ganara.

Castro ha pasado por tres períodos diferentes en su actitud respecto a las elecciones. Primero prometió que se celebrarían. Después, afirmó que no podrían celebrarse inmediatamente. Hoy las ridiculiza. En efecto, un día Castro hizo la siguiente declaración : « Cuba no ha tenido nunca unas elecciones honradas, ni una prensa verdaderamente libre. Yo enseñaré a Cuba cómo tenerlas. » En cambio, hoy dice : « Cuba no ha tenido nunca unas elecciones honradas ni una prensa verdaderamente libre. Por consiguiente, Cuba no tiene por qué tenerlas bajo mi régimen. » Estas son en esencia las dos revoluciones de Fidel Castro.

El problema de las elecciones se elude mediante una contraoferta de algo aún mejor. Huberman y Sweezy escriben : « Lo que nosotros sostenemos es que la revolución otorga por sí misma un mandato más democrático que la más libre de las elecciones libres pudo otorgar nunca, y que el deber sagrado del gobierno es *llevar a la práctica* el programa tan repetidamente anunciado de la revolución antes de volver al pueblo para pedirle su aprobación o nuevas instrucciones. » Pero ¿qué revolución?, ¿qué programa? ¿La revolución para restablecer la Constitución de 1940 y para celebrar elecciones en un plazo de doce a dieciocho meses?, ¿o la revolución contra la Constitución y contra las elecciones por un período indefinido? ¿Cómo puede el gobierno *volver* ante el pueblo para pedirle su « aprobación » o « nuevas instrucciones » cuando resulta que nunca antes se ha presentado ante él para pedírselas?

La alusión al « programa tan repetidamente anunciado de la revolución » es simplemente increíble. Quizá Huberman y Sweezy se hubieran sentido menos inclinados a hacer esa alusión si no se hubieran amoldado tan bien para no exponer el programa de que hablan. Ambos autores nos cuentan algo que viene a desmentir sus afirmaciones. En efecto, según ellos, el primer proyecto de ley de reforma agraria no contenía ninguna disposición respecto a las cooperativas. Todos los revolucionarios que rodeaban a Castro creían que los campesinos no estaban preparados para ellas. La decisión de crearlas la tomó Castro solo, contra la opinión mejor informada de sus más próximos consejeros y partidarios. Así, pues, según nos confiesan los mismos Huberman y Sweezy, Castro no llevó a la práctica « el programa tan repetidamente anunciado de la revolución » tal como los demás lo entendían en esta materia clave de la reforma agraria, sino que llevó a cabo una revisión fundamental de ese programa

para sorpresa de todos menos del mismo Fidel Castro (9).

Pero aún hay algo más sorprendente en esta manera de razonar, ya que ella implica que cualquiera que pretenda estar en posesión de la verdadera idea de la revolución se confiere por eso mismo un mandato más democrático que cualquier otro que pudiera otorgarle el pueblo, incluso en la más libre de las elecciones. El siguiente paso —que los partidarios de la revolución no han dejado de dar— es afirmar que es « democrático » hacer la revolución sin el pueblo o a pesar del pueblo, aunque, naturalmente, en interés suyo. De tales revoluciones han surgido invariablemente las peores tiranías.

La historia, chivo emisario

MIENTRAS algunos escritores ven en Castro cualquier cosa menos el comunismo, otros no ven en él más que el comunismo. Quizá la versión más extremada de esta manera de pensar podamos encontrarla en el libro *Red Star Over Cuba*, de Nathaniel Weyl. El señor Weyl conoció el movimiento comunista internacional desde dentro allá por los años de 1930 —afirma haber pertenecido en otro tiempo a la misma organización del Partido Comunista norteamericano que Alger Hiss—; ha escrito también un libro sobre la reforma agraria en México bajo el gobierno del ex presidente Cárdenas. (De todos modos, no existe indicio alguno de que Weyl haya tenido un conocimiento personal de Cuba en los últimos dos años o en cualquier otra época.)

Gran parte del libro de Weyl se basa en informaciones de la policía y de organismos de espionaje, tales como la « Oficina para la Represión de las Actividades Comunistas » de tiempos de Batista. Weyl maneja una siniestra serie de artículos aparecidos en un periódico sensacionalista de Nueva York como si se tratase de una fuen-

(9) A las actuales « cooperativas » cubanas se les atribuye como origen el discurso pronunciado por Castro en su proceso de 1953. Pero de una cuidadosa lectura del pasaje esencial de dicho discurso apenas cabe adscribirlas a ese período.

« Un gobierno revolucionario —decía Castro en su discurso—, después de transferir la propiedad de las parcelas de tierra a los cien mil pequeños cultivadores que actualmente pagan renta, emprendería una solución radical del problema agrario : primero, estableciendo, tal como prescribe la Constitución, una extensión máxima para cada tipo de explotación agrícola y adquiriendo la extensión sobrante mediante expropiación, recuperando las tierras usurpadas al Estado, saneando las marismas y terrenos pantanosos, fertilizando vastos eriales y reservando zonas para la repoblación forestal ; segundo, distribuyendo la tierra sobrante entre las familias de cultivadores, dando preferencia a las más numerosas, estimulando a las cooperativas agrícolas para la utilización en común de equipo costoso, frigoríficos y una dirección profesional uniforme de los cultivos y la ganadería y, finalmente, facilitando ayuda, equipos, protección y conocimientos útiles a la población agrícola. » (*Pensamiento político, económico y social de Fidel Castro*. Editorial Lex, La Habana, 1959, págs. 44-45.)

He reproducido deliberadamente este pasaje para que el lector se forme una idea del lugar que ocupaban las cooperativas en el plan general de la política agrícola de Castro en 1953. Como puede verse, las cooperativas ocupaban un lugar secundario en ese plan y su finalidad era, según el sentido tradicional a ellas asociado, servir a los propietarios independientes. Está claro que estas cooperativas de 1953 no eran las « explotaciones de Estado » de 1959. Por otra parte, parece que Castro nunca se ha referido —o sólo raras veces— a las « cooperativas » después de 1953.

La versión de este pasaje en el libro de Huberman y Sweezy (pág. 41) está tomada de la traducción oficial inglesa del discurso de Castro publicada por *Liberal Press*, Nueva York. Por alguna razón que desconocemos, se suprimió en dicha traducción la frase « para la utilización en común de equipo costoso y frigoríficos », resultando de ello que la parte referente a las cooperativas queda un tanto tergiversada. En 1953, la « reforma agraria » de Castro significaba lo que normalmente suele significar : tierra para los campesinos sin ella. Pero resulta que Huberman y Sweezy, por el intermedio de un traductor, han descubierto que los campesinos cubanos no desean poseer su propia tierra ; ni siquiera comprendieron esta cuestión de la posesión de la tierra propia « hasta que no se les explicó reiteradamente » (página 116, nota). Huberman y Sweezy añaden que este incidente les allanó el camino a toda su interpretación de la revolución cubana. Si ello es cierto, los campesinos cubanos resultan verdaderamente únicos y nadie antes supo comprenderlos, ni siquiera Fidel Castro, que en 1953 y posteriormente habló con tanto énfasis de entregarles su propia tierra.

te histórica digna de crédito. La temeridad con que Weyl utiliza sus materiales, buenos, malos o dudosos, sólo se iguala con la de sus opiniones. Estas opiniones van desde la convicción de que Castro ha sido un « agente soviético de confianza » desde 1948 (siendo así que en aquella época apenas tenía más de veintiún años) hasta la afirmación de que Cuba cayó en manos del comunismo como consecuencia de ciertas « consignas de apaciguamiento » dadas por algunos funcionarios del Departamento de Estado. La tesis implícita en el libro la expusieron los senadores Eastland y Dodd, miembros del Subcomité del Senado para la seguridad interior, de los que Weyl reproduce la siguiente afirmación : « Cuba fue entregada a Castro y a los comunistas por una combinación de los norteamericanos, de la misma manera que se entregó China a los comunistas. » Esta es la acusación de « extrema derecha » que se le hace a Castro y a los que supuestamente le ayudaron a conquistar el poder.

Pero métodos como los que emplea Weyl apenas pueden inspirarnos confianza en sus resultados. En su libro convierte a algunos miembros del Departamento de Estado en blanco de su indignación por haberse negado a aceptar la prueba de que Castro era comunista y agente soviético desde hacía doce años. Pero, por una u otra razón, Weyl olvida mencionar el hecho de que el general C.P. Cabell, subdirector de la « Central Intelligence Agency », afirmó en noviembre de 1959 ante el Subcomité del Senado para la seguridad interior (una de las fuentes favoritas de Weyl) lo siguiente : « Creemos que Castro no es miembro del Partido Comunista y que no se considera a sí mismo como comunista ». Es de suponer que la C.I.A. se tomó el trabajo de averiguar todo lo referente al pasado político de Castro y que no tenía que habérselas, como el Departamento de Estado, con « subordinados inclinados al apaciguamiento » (esta frase de Weyl va dirigida al entonces subsecretario de Estado Christian Herter, al secretario adjunto para los asuntos latinoamericanos Roy R. Rubottom y al director de la División del Caribe William A. Wieland). La C.I.A. pudo haberse equivocado, pero su apreciación de las pruebas se relaciona con la acusación lanzada por Weyl contra ciertos miembros del Departamento de Estado que sostenían opiniones similares.

De todos modos, Weyl cita la declaración prestada ante el Comité del Senado para la seguridad interior por Rafael Díaz Balart (ex cuñado de Castro), que trabajó para Batista hasta el final. Weyl escribe que Díaz Balart hizo « una declaración en lo esencial idéntica » a la del Dr. Emilio Núñez Portuondo, antiguo primer ministro de Batista, el cual afirmó que « Fidel Castro se sometió a la disciplina del Partido Comunista ya en su primer año en la Universidad (1945-46), utilizando su nombre de Partido : Fidelio ». A continuación Weyl reproduce los párrafos del testimonio prestado por Díaz Balart en los que se da a entender que Castro y los estudiantes comunistas « se entendían muy bien » para ayudarse mutuamente ; pero no reproduce esta afirmación rotunda de Díaz Balart : « No, en aquel momento no era miembro del Partido. Por entonces no era más que un dirigente oportunista que deseaba ascender. » En resumen, que la declaración de Díaz Balart era cualquier cosa menos idéntica a la de Núñez Portuondo.

Weyl trata también con gran despreocupación del asunto referente al dinero que, según él, el Partido Comunista puso a disposición de Castro en Sierra Maestra. Weyl cita unos artículos escritos por dos periodistas en *Daily News* de Nueva York, en los cuales se dice : « En cierta ocasión —dijo una persona próxima a Fidel—, Carlos Rafael Rodríguez, miembro activo del Partido Comunista cubano, llegó con una docena de hombres cargados de dinero. La suma se elevaba a 800.000 dólares y Fidel le abrazó gritando : Ahora estamos preparados para ganar la guerra. » Resulta, pues, que Weyl cita a dos periodistas que a su vez citan a « una persona próxima a Fidel ». Pero unas treinta páginas más adelante, Weyl escribe : « Hemos visto que Carlos Rafael Rodríguez, que no sólo era miembro del Buró político del Partido Comunista cubano, sino además su cerebro, fue a Sierra Maestra para entregar a Castro casi un millón de dólares. » No cabe duda alguna en cuanto al viaje realizado por Carlos Rafael Rodríguez a Sierra Maestra en junio de 1958 —él mismo lo reconoció cuando hablé con él en la primavera

de 1960—, pero sólo un lector de memoria corta « habría visto » que Carlos Rafael Rodríguez hubiera llevado a Fidel Castro casi un millón de dólares. Las pruebas son, en el mejor de los casos, de tercera mano. Y, sin embargo, Weyl se atreve a afirmar que « las fuerzas de Castro vencieron esencialmente porque disponían de una provisión de dinero casi ilimitada ».

Que la política cubana es mucho más compleja de lo que parece creer Weyl podemos deducirlo de la referencia que hace a Raúl Roa.

Weyl escribe que uno de los « miembros fundadores y principales líderes del Partido Comunista cubano fue Raúl Roa, al que más tarde Fidel Castro habría de nombrar ministro de Asuntos Exteriores de Cuba ». Esto es todo lo que Weyl dice. De ello cualquier lector podría deducir que Roa no es más que un funcionario comunista dentro del grupo de colaboradores de Castro. Pero la verdad es que Roa ha tenido una carrera política bastante más variada que eso. En 1956, el hoy ministro cubano publicó un artículo en México denunciando « los crímenes, desastres y tropelías perpetrados » por los « invasores » soviéticos en Hungría. Este artículo y otras referencias poco corteses al comunismo, se reimprimieron en su libro *En pie,* publicado en Cuba por una entidad editora oficial en octubre de 1959. El dirigente comunista Blas Roca escribió un artículo en el órgano oficial del Partido Comunista cubano, *Hoy,* denunciando a Roa como « plattista », equivalente histórico de « agente del imperialismo norteamericano » (10). Y, sin embargo, según Weyl, Roa se ha convertido en un portavoz servil del comunismo y de la Unión Soviética, a los que ha condenado repetidas veces. De todos modos, nunca ha conseguido ganarse completamente la confianza del Partido Comunista, uno de cuyos miembros ha sido designado para el puesto de subsecretario de Roa. El distinguido escritor español Salvador de Madariaga, que no es ningún novicio en estas materias, escribía recientemente : « Por lo que se refiere al ministro de Asuntos Exteriores, Raúl Roa, liberal y por esta razón orientado hacia Occidente, todo indica que ha sido eclipsado por su subsecretario, Olivares, que es comunista. »

Weyl califica también a Faustino Pérez como comunista, basándose para ello en fuentes batistianas. Pero resulta que el Partido Comunista cubano ha acusado siempre a Pérez —dirigente del antiguo movimiento clandestino de La Habana— del fracaso de la huelga de abril de 1958, fundándose para tal acusación en que se negó a ponerse de acuerdo con aquel partido. Los comunistas se vengaron en noviembre de 1959 cuando a Pérez se le expulsó del gobierno de Castro por haber protestado contra el trato dado al comandante Hubert Matos. Weyl cita incluso un informe « clandestino cubano » según el cual Matos trabajaba para los comunistas « ya en 1957 », sin decir una palabra sobre el precio que Matos ha pagado por su anticomunismo. Dislates de este calibre son inevitables en un libro que acepta las fuentes de Trujillo y de Batista sin someterlas a crítica. Comunistas, ex comunistas, no comunistas y oportunistas entran todos en el mismo saco sin discriminación de ninguna clase. Cualquier prueba, por mínima que sea, que no se acomode a la tesis sostenida en el libro se la suprime implacablemente o se la tergiversa con glosas o comentarios. Todos los arduos problemas que plantea la evolución política de Castro quedan así supersimplificados y trivializados.

Por momentos, quien lea tanto el libro de Mills como el de Weyl ha de sentirse completamente desconcertado y perplejo. Mills impreca a su yanki con la pregunta: « ¿Qué hacías tú para evitar, por ejemplo, que el gobierno yanki continuara enviando armas y más armas a Batista? » Por su parte, Weyl cita en su libro al ex embajador Earl E.T. Smith, el cual se refiere a la decisión tomada por Estados Unidos de suspender los envíos de armas a Batista en marzo de 1958 diciendo que « su impacto

(10) El senador Orville H. Platt dio su nombre a la famosa Enmienda que facultaba a Estados Unidos para intervenir en Cuba, enmienda que fue anulada en 1934. La Enmienda Platt quedó incluída en 1901 en la Constitución cubana como un apéndice y recogida en el tratado de 1903 entre Cuba y Estados Unidos. Weyl se las arregla en una sola frase para equivocar el primer nombre del senador Platt y la fecha de su Enmienda, error curioso para quien pretende ser un estudioso de los asuntos cubanos.

psicológico sobre la moral del gobierno (cubano) resultó paralizador ». En su reciente libro titulado *Respuesta,* publicado en México, Fulgencio Batista se queja también amargamente del grave efecto que produjo el embargo impuesto por Estados Unidos a los envíos de armas. Un lector del libro de Mills no podría enterarse nunca de que los envíos de armas se suspendieron. A su vez, un lector del libro de Weyl no podría jamás saber que el efecto del embargo sobre los armamentos quedó parcialmente contrarrestado por la no retirada de la misión militar norteamericana en La Habana.

La principal cabeza de turco norteamericana de Weyl es Herbert L. Matthews, del *New York Times.* En febrero de 1957, Mathews publicó tres artículos y una serie de fotografías que demostraban que Castro seguía vivo y en los que el periodista norteamericano respondía de su idealismo, de su valor y de que no era comunista. El cargo principal contra William Wieland parece consistir en que aconsejó al nuevo embajador Smith que se informara de Matthews antes de asumir su puesto. (Por otra parte, el delito principal de Rubottom parece ser que el 31 de diciembre de 1958, un día antes de la huída de Batista, declaró al Subcomité del Senado que « no existía prueba alguna de la existencia de elementos comunistas organizados dentro del Movimiento de Castro ni de que éste mismo se hallase bajo la influencia comunista ». Como si ya esto no fuera bastante, se acusa también a Rubottom de ser el protegido del doctor Milton Eisenhower, al que Weyl despacha como un « hombre bien intencionado, vagamente izquierdista y antiguo burócrata del New Deal ».)

El informe de Matthews al embajador Smith, que promete convertirse en una pequeña « causa célebre » en algunos círculos de la política norteamericana, se recoge con fidelidad en cuanto a la forma en el libro de Weyl. Pero al hacer una confrontación, descubrí que el embajador Smith había declarado : « Pasé seis semanas en Washington, aproximadamente cuatro días de cada semana visitando diversas oficinas e informándome del Departamento de Estado y de las personas por él designadas. » Smith declaró también : « Durante esas seis semanas fui informado por una serie de personas según la forma que es usual cuando se trata de embajadores. » Una de estas personas, sugerida por Wieland, era Matthews. Pues bien, Weyl tergiversa esta declaración en la siguiente forma : « El embajador Smith hizo la significativa declaración de que Wieland le envió nada menos que a Herbert Matthews para que le asesorase sobre los asuntos cubanos antes de partir para ocupar su puesto en La Habana. » De este modo, « un » informe se convierte en « su » informe, como si Matthews hubiera sido el único que asesoró a Smith. Y es difícil comprender qué puede haber de particular en que al embajador Smith se le recomendara informar se cerca de Matthews, entre otras muchas personas, en mayo de 1957, en una época en que él era uno de los poquísimos norteamericanos que habían hablado con Fidel Castro.

Quizá algunas otras declaraciones prestadas ante el Subcomité del Senado para la seguridad interior, declaraciones que Weyl no cita, no dejen de tener interés. Según el jefe del ejército batistiano en la zona de Sierra Maestra, coronel Ugalde Carrillo, sus fuerzas sumaban de 6.000 a 7.000 hombres, calculándose los hombres de Castro en unos 700 u 800. Además, el ejército de Batista contaba con otros 33.000 soldados estacionados en diversos lugares de la isla. Durante años este ejército había recibido de Estados Unidos y de otros países todas las armas que necesitaba. El embajador de Estados Unidos en La Habana desde 1953 hasta mediados de 1957, Arthur Gardner, era tan « probatistiano » que, como ha escrito en su reciente libro la señora Ruby Hart Phillips (largo tiempo corresponsal del *New York Times* en La Habana), el dictador se sentía molesto porque creía que el embajador se excedía en su labor de apoyo. A pesar del notable informe de Matthews, Earl Smith, sucesor de Gardner, era tan « anticastrista » que sus subordinados le pidieron en vano que se mostrara menos partidista. Y a pesar de los artículos de Matthews en favor de Castro publicados en febrero de 1957, catorce meses después las fuerzas castristas contaban sólo con 300 hombres (según Mills) o como máximo con 800 (según Ugalde).

Las fuerzas de que podía disponer Batis-

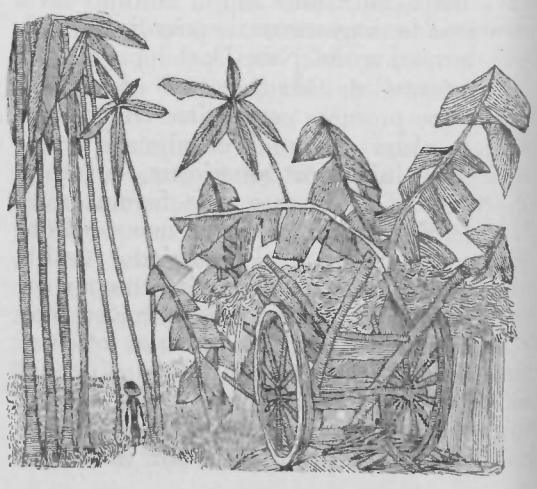
ta fueron hasta el final tan superiores en número y en armas a los hombres de Castro que sólo una amplia reacción popular puede explicar el desastre de aquél. El jefe del Estado Mayor de Batista, general Francisco Tabernilla, se aproximó mucho más a la verdad al contestar a la pregunta de si el ejército habría podido oponerse con buen éxito a la marcha de Castro sobre La Habana :

« Podía —replicó—, pero no por mucho tiempo, pues por entonces el pueblo de Cuba estaba ya contra el régimen de Batista, y una vez que el pueblo se ha levantado en armas no hay ejército que pueda derrotarle. »

Herbert Matthews ha expuesto sus últimas opiniones en el *Hispanic American Report* (Stanford University, 29 de agosto de 1960). Como es natural, le entristece la evolución del régimen de Castro hacia « una dictadura sin libertad, bajo el control de un solo hombre ». De todos modos, Matthews sigue manteniendo que « a pesar de fuertes semejanzas, [el régimen de Castro] no es marxismo, comunismo ni fascismo, pero se está aproximando a una estructura totalitaria de cierto tipo ». Y, sin embargo, al mismo tiempo que Matthews escribía estas palabras, Guevara caracterizaba la revolución cubana como implícitamente « marxista ». Matthews continúa también resistiéndose a aceptar la evidencia de una deliberada política castrista de ayuda y facilidades a los comunistas cubanos. Declara, por ejemplo, que « Fidel sirvió inconscientemente a los comunistas desde el principio al permitir que el Movimiento 26 de Julio, que había iniciado y ganado la revolución, se debilitara gravemente. Esto dejó un vacío en el cual se movían naturalmente los comunistas ». ¿Inconscientemente? En realidad, como se ha reconocido de modo público, se trataba de una decisión adoptada fríamente, no más inconsciente que la decisión tomada hace poco de « permitir » al Ejército rebelde que desaparezca. De todos modos, al contrario que ciertos apologistas de Castro, Matthews no niega por completo la posibilidad de que en Cuba se instaure un régimen comunista. Por el contrario, considera que esta instauración se halla ya tan avanzada que « el punto en que ya no será posible volver atrás no parece estar lejos ». Pero en su deseo ferviente de descargar a Castro de la responsabilidad primordial, Matthews argumenta diciendo, unas veces que la política procomunista de Castro era lógica, otras veces que ha caído equivocadamente en ella y otras, finalmente, que le han empujado a ella. La fe de Matthews en Castro se ha debilitado, pero no ha muerto, lo cual le permite aún escribir : « Por paradójico que ello pueda parecer, los norteamericanos deben rezar para que nada malo le ocurra a Fidel Castro. Todas las esperanzas de que las cosas cambien en un sentido favorable estriban en él. »

El elemento que falta

La *Révolution Cubaine*, de Claude Julien, es una obra curiosa. A través de 261 páginas, vemos que al parecer Fidel Castro no puede equivocarse. Claude Julien lo limpia de error. Si alguna vez hubo una revolución « pura y sin mácula », parece que esa revolución es la de Castro. Y después, súbitamente, casi sin previo aviso, las últimas diez páginas del libro surgen llenas de malas noticias y de amargas dudas. Al lector le coge casi de improviso el enterarse de que los comunistas cubanos han realizado tales progresos que la « originalidad primera » de la revolución castrista ha quedado por lo menos « gravemente comprometida » (pág. 268) y asimismo que esta revolución ha empezado a devorar a sus hijos.



Resulta, pues, que por lo menos el 95 % del libro de Claude Julien pertenece a la misma categoría de propaganda procastrista que los libros de Huberman y Sweezy y de Mills. También Julien incurre en buen número de las mismas deformaciones y errores.

Leyendo su libro, nadie podría ni tan siquiera comenzar a comprender la diferencia existente entre la revolución que Castro prometió y la que ha realizado. En cierto modo, Claude Julien se afana incluso por ocultar esta diferencia, haciendo por ejemplo la asombrosa declaración siguiente : hasta conquistar el poder, « Fidel Castro, aun pensando en los problemas con que habrá de enfrentarse después de la victoria, no promulga ningún programa » (pág. 85). Huberman y Sweezy afirmaban que Castro era fiel a su programa « frecuentemente anunciado ». En cambio, Julien afirma que Castro no tenía programa al que permanecer fiel. La verdad es que Castro promulgó un programa —que he indicado sumariamente—, pero no le ha sido fiel.

Es también significativo que Claude Julien cometa la misma pifia sociológica que el profesor Mills. Cuando el comentarista francés escribe que « las masas campesinas constituyen una sólida mayoría » de la revolución cubana, uno se pregunta por qué las mismas aberraciones en relación con los hechos han de aparecer en libros y en países diferentes. La razón podría estar en que los mismos mitos políticos suscitan idénticos mitos sociológicos, o que unos y otros se derivan de una fuente común.

Sería preciso todo un libro para poder distinguir las verdades, las medias verdades y las inexactitudes de Claude Julien. Pero creo que la debilidad principal de su libro consiste en su incapacidad de —o en su negativa a— examinar a fondo, francamente, lo que en fin de cuentas él mismo reconoce como el factor esencial de la revolución cubana ; es decir, la simbiosis entre el grupo castrista y los comunistas cubanos.

Pasado el primer tercio aproximadamente de su libro, Claude Julien llega por fin al tema de los comunistas. El autor nos refiere una conversación celebrada con el dirigente comunista Carlos Rafael Rodríguez durante la primavera de 1958, conversación a la que siguió una carta que el mismo Carlos Rafael Rodríguez le escribió unas semanas más tarde, en junio. Como aquellos fueron meses de expectativa para los comunistas, estos documentos reflejan una actitud crítica respecto a Castro, que además entonces sólo era el jefe de un grupo relativamente débil localizado en las montañas. De todos modos, todavía después de la huída de Batista, Julien afirma con insistencia que « entre comunistas y partidarios de Fidel Castro existen desde entonces profundas diferencias de ideología, de táctica y de objetivos a corto y a largo plazo » (pág. 85).

Tras muchas páginas, y ya en el último cuarto del libro, el autor vuelve de repente a los comunistas, pero en un tono muy diferente. Julien reconoce que, a consecuencia de la incapacidad del Movimiento 26 de Julio, en Cuba sólo existe hoy una fuerza organizada : el Partido Comunista. Y el autor comenta : « Sólo él, aunque no desempeñó más que un papel secundario en la lucha contra la dictadura, podría en rigor apoderarse de las palancas de mando, colocando a sus hombres en los puestos clave ; y la defección de algunos moderados le ha permitido ya actuar eficazmente en este sentido » (pág. 226). Julien da incluso a entender que entre los comunistas y el poder quizá ya no se interpone más que una persona : Fidel Castro. Y el autor añade con pesimismo : « Seguramente esto es demasiado para un solo hombre. »

¿Y cómo han podido los comunistas llegar hasta donde han llegado? ¿Qué ha ocurrido entre la época en que existían « profundas diferencias » y el momento actual, caracterizado por un virtual dominio comunista? ¿Cómo es que los comunistas cubanos han llegado tan cerca del poder siendo así que, según las afirmaciones de Claude Julien, el verdadero gobierno de Cuba es Fidel Castro y nada más que él?

La respuesta del autor es, en forma resumida, que Estados Unidos han obligado a Castro a entregar su propia revolución a los comunistas y a la Unión Soviética. Si Fidel Castro es el héroe perfecto del relato de Claude Julien, en cambio Estados Unidos representan el clásico « traidor ». Pero Julien nunca hace el menor esfuerzo para des-

cribir o analizar la transición de los comunistas de la oposición a la dominación.

Pero la verdad es que el papel de la política norteamericana en el drama cubano es mucho más complejo de lo que señala Claude Julien ; en todo caso, no me gustaría responder a una simplificación exagerada con otra. Lo que más me inquieta en su tesis es que revela una comprensión muy superficial del carácter de Fidel Castro y de sus colaboradores más próximos. Castro y su grupo no han sido jamás las inocentes víctimas de las circunstancias en que les convierte Claude Julien. Por el contrario, ellos han sido el motor de la lucha y han recurrido a este o el otro pretexto con tal de hacer lo que deseaban. Las posibilidades que en 1959 se le ofrecían a Castro, durante un período de seis a nueve meses por lo menos, eran muy amplias y muy variadas. La política norteamericana se mostraba, cuando menos, débil e irresoluta. Y Castro aumentó su poder precisamente conservando su iniciativa sobre sus enemigos y no, como parece creer Julien, porque éstos le forzaron a hacer lo que no quería hacer.

Tres páginas antes de finalizar el libro, el autor escribe : « Revolucionarios a los que conocí en enero de 1960 llenos de ardor han comenzado, a partir del verano de 1960, a sentir dudas. Algunos están hoy en prisión sin haber hecho otra cosa que servir fielmente a la revolución ; otros conservan sus títulos y sus funciones pero se hallan paralizados, no se atreven a expresar sus opiniones y han dejado de escribirme » (pág. 274). Aún hay más : « Sabiamente orquestados por los elementos extremistas, el miedo y la sospecha han hecho una dramática reaparición en la escena cubana. Auténticos obreros de la revolución dejan de hablar en cuanto se aproxima un personaje cuyo único mérito es ser un comunista bien situado. Y es que también ellos pueden convertirse de un día a otro en sospechosos, es decir, en la mayor parte de los casos, en culpables... ».

Según Claude Julien, es a Estados Unidos y no a Fidel Castro a los que hay que culpar de todo esto. Pero, no es necesario absolver a Estados Unidos de toda culpa, ni siquiera de una gran parte de las culpas, para comprender que en la base de su argumentación Claude Julien se equivoca y se equivoca gravemente. Un jefe revolucionario no cambia, no traiciona el verdadero sentido de su revolución porque las compañías petrolíferas norteamericanas se nieguen a refinar el petróleo soviético, ni siquiera porque Estados Unidos reduzcan en 700.000 toneladas de azúcar un contingente de 3.000.000 de toneladas. No es sólo por razones como éstas por lo que una revolución cambia tan radicalmente de color. La interpretación que Julien da de la revolución cubana, esa interpretación implica que Castro no ha hecho sino reaccionar de mala gana a ciertas maniobras norteamericanas y que ha sido incapaz de salvar la « originalidad primera » de su revolución. Castro se queda así sin esa fuerza demoníaca que es la fuente más importante de su poder. La racionalización de Claude Julien —que no inventó él sino « Che » Guevara— nos llevaría a la conclusión de que Estados Unidos han dictado tanto la política de Castro como las de sus predecesores, pero según un proceso algo diferente. Sin embargo, a cualquiera que le haya visto « reaccionar » casi instantáneamente le resultará difícil creer que Estados Unidos le han obligado a hacer lo que jamás quiso hacer. Claude Julien se habría acercado mucho más a la verdad si hubiera buscado la respuesta en el elemento que falta en su libro : la vida y la dinámica interiores de la revolución de Castro.

Pero se ha negado a hacerlo, al menos hasta las últimas páginas de su libro. Y esa es la razón de que éste termine allí donde en realidad debió comenzar.

Revolución, ¿de quién?

Unicamente en una cosa Mills, Johnson y Weyl están casi de acuerdo. Para Mills, el régimen de Castro es « una dictadura revolucionaria de los campesinos y los obreros » ; según Johnson, es una « auténtica dictadura del proletariado » ; y Weyl afirma que es « una dictadura del proletariado ».

Pero ¿qué pueden significar estas palabras ya tan usadas y tan mal definidas en relación con la Cuba de hoy?

Ninguno de los ministros de Castro ha

sido nunca campesino o proletario. Durante la visita que hice a Cuba en la primavera de 1960, tenía curiosidad por averiguar hasta dónde llegaba el carácter de clase media de los elementos del gobierno. La tarea no era fácil debido a que la mayor parte de los miembros del gabinete, que constituyen un reflejo exacto de la alta dirección política, prefieren ser conocidos como comandantes o capitanes del antiguo Ejército rebelde. Pero, finalmente, convencí a uno de los ministros para que me anotase en su propio despacho las profesiones u ocupaciones y las edades de sus compañeros. La mayoría de ellos siguen hoy ocupando los mismos cargos y, en todo caso, sus sustitutos son personas de la misma clase.

He aquí la lista, escrita de su propio puño y letra, lista que me pareció lo suficientemente interesante como para conservarla :

Osvaldo Dosticós. Presidente. *Abogado,* 40 años .

Fidel Castro. Primer Ministro. *Abogado,* 33.

Augusto Martínez Sánchez. Trabajo. *Abogado,* 34.

Raúl Roa. Asuntos Exteriores. *Profesor,* 53.

Osmany Cienfuegos. Obras Públicas. *Arquitecto,* 31.

Armando Hart. Educación. *Abogado,* 29.

Raúl Castro. Ejército. *Estudiante universitario,* 29.

Raúl Cepero Bonilla. Comercio. *Abogado,* 39.

Regino Boti. Economía. *Abogado,* 36-37.

Rolando Díaz Astarain. Hacienda. *Capitán de Marina* (Academia).

Julio Camacho. Transportes. *Comandante,* 34.

Serafín Ruiz de Zárate. Sanidad Pública. *Medicina,* 35.

Pedro Miret. Agricultura. *Estudiante de ingeniería,* 32.

José Naranjo. Interior. *Estudiante de medicina,* 30.

Raquel Pérez. Bienestar social. *Filosofía,* 32.

Enrique Oltuski. Comunicaciones. *Ingeniero,* 29.

Alfredo Yabur. Justicia. *Abogado,* 35.

Luis Buch. Ministro de la Presidencia. *Abogado,* 47.

Todos estudiaron en una universidad (algunos en universidades de Estados Unidos), procedían de familias de las clases alta o media y habían llegado a ser o aspiraban a ser intelectuales y hombres que viven de su profesión liberal. Ni uno solo de ellos representa en ningún sentido a la clase campesina o al proletariado o debe su posición a la fuerza o a la presión organizadas de esas clases. Lo que son se lo deben únicamente a Fidel Castro y sólo ante él son responsables. (Esto lo reconoce Mills, el cual afirma de modo liso y llano que Castro posee « prácticamente un poder absoluto » en la Cuba de hoy. Pero, si es así, ¿dónde queda la « dictadura de los campesinos y los obreros »?)

Reflejando la situación tal como ellos la vieron en la primavera de 1960, Huberman y Sweezy reconocían a los campesinos el papel decisivo en la victoria de la revolución, hacían de Castro la « encarnación de la voluntad y de la energía de los campesinos » y exaltaban a la clase campesina cubana como « quizá una de las clases más profundamente revolucionarias del mundo » y como « una clase social tan radical como lo pueda ser cualquier otra en el mundo de hoy ». Seis meses después, ambos autores volvían a Cuba para descubrir que la clase campesina había sido reemplazada en cuanto « clase más revolucionaria » por la clase obrera y que el Ejército rebelde, nutrido de campesinos, sufría un eclipse relativo. Lo mismo que les había encantado la primavera de la revolución, les encantó ahora el otoño. La revolución campesina era maravillosa y la rápida desposesión de la misma lo era aún más. Pero por qué hubo que sustituir a la clase campesina si era realmente « una clase social tan radical como lo pueda ser cualquier otra en el mundo de hoy », es algo que Huberman y Sweezy ni siquiera tratan de explicarnos. ¿Es concebible que la clase que había hecho realmente la revolución, la clase que el líder máximo encarnaba y que era quizá la clase más profundamente revolucionaria del mundo actual, permitiese que se la apartara al fondo de la escena sin una palabra de protesta ni el menor signo de resistencia? ¿Es esta la conducta de una clase para con *su* revolución?

El proceso así evocado como por arte de

encantamiento es claramente mitológico. Aquellos que « dieron » la revolución a los campesinos, se la podían también arrebatar. La clase campesina nunca tuvo en sus manos ninguna de las palancas de mando de la revolución, ni antes ni después de la victoria. La revolución la realizaron y la controlaron siempre hombres y mujeres procedentes de la clase media, primero en nombre de todo el pueblo, después en el de los campesinos y ahora en el de los obreros y los campesinos. En el mejor de los casos, la revolución está haciendo cosas *por* y *para* los campesinos y obreros. Lo bueno y lo malo que en estas cosas haya puede ser un tema abierto a la discusión, pero no la cuestión de *quiénes* deciden esas cosas y de a qué clase pertenecen. Para Marx, la idea de que los campesinos pudieran ser la fuerza motora de una revolución socialista habría resultado sencillamente inconcebible ; lo mismo ocurre con la idea de que la clase obrera tuviera que ser « arrastrada » a una revolución socialista después de realizada por otra clase y como un resultado mecánico de la nacionalización por arriba.

Por lo que respecta al supuesto papel desempeñado por la clase obrera en la revolución cubana, resulta tan fantástico como el atribuído a los campesinos.

En diciembre pasado, unos 1.000 proletarios auténticos, empleados en la Compañía Eléctrica Cubana, organizaron una marcha de protesta desde la sede de su sindicato hasta el Palacio Presidencial. La « base » manifestaba su descontento debido a que la nueva dirección de la compañía eléctrica, nacionalizada, había suprimido ciertos privilegios largo tiempo tolerados bajo la dictadura de Batista, con lo cual el nivel de vida de los trabajadores descendió bastante. Los dirigentes sindicales, a la cabeza de los cuales se hallaba un viejo militante del Movimiento 26 de Julio, se mostraban irritados por el hecho de que la Confederación central de Sindicatos, que había caído completamente en manos de los comunistas, se las hubiese arreglado para no tomar en cuenta los resultados de las elecciones sindicales, resultados que fueron desfavorables para los comunistas. La rebelión quedó sofocada al refugiarse los líderes sindicales en unas embajadas y después de un largo y airado discurso del primer ministro Fidel Castro. Éste admitió que un gran sector no sólo de los obreros de la electricidad, sino también de la masa obrera en general, se sentía « turbado ». Manifestó su desdén por quienes se mostraban dispuestos a cambiar « el derecho de la clase obrera a gobernar y dirigir el país por un plato de lentejas » y en cierto momento declaró : « Sabéis cuál es el primer objetivo por el que la clase obrera debería luchar, el único objetivo por el cual la clase obrera de un país moderno debe luchar esencialmente? ¡Por la conquista del poder político! »

Este discurso es significativo por el vocabulario político que por primera vez empleó Castro, pero dice más sobre el líder cubano mismo que sobre el proletariado isleño. ¿Es que en una « dictadura *del* proletariado » es necesario exhortar a éste para que tome el poder? Y si el proletariado cubano siguiese el consejo de Castro, ¿permanecerían en el poder todos los abogados que hoy forman parte de su gobierno? De todas las dictaduras del proletariado con que nos ha regalado este siglo, la menos convincente es por cierto la de Castro.

También los acontecimientos se han mostrado poco amables con la clarividencia de Jean-Paul Sartre. En la introducción que hizo (con fecha 12 de septiembre de 1960) a la edición brasileña de su serie de artículos sobre Cuba, Sartre escribió : « No, si Cuba desea separarse del bloque occidental, no es porque tenga la loca ambición de aliarse con el bloque oriental. » El filósofo francés expresaba asimismo su convencimiento de que « el objetivo de Cuba no era reforzar un bloque en detrimento del otro ». Pero he aquí que el 10 de diciembre de 1960 el comandante Guevara fue lo bastante « loco » como para afirmar públicamente en Moscú : « Apoyamos de todo corazón la declaración adoptada por esta conferencia (la de los 81 partidos comunistas). » Sería difícil imaginar una forma de aliar a Cuba más estrechamente con el bloque oriental o de reforzar más a dicho bloque en detrimento del Oeste que la que implica este apoyo sin condiciones a la declaración de los 81.

La actitud de Paul Johnson en *New Statesman* frente a América Latina en general y a Cuba en particular nos huele a

un tipo muy peculiar de colonialismo anticolonial. Para él, los problemas fundamentales de los países latinoamericanos no pueden resolverse « por medio de sencillas victorias electorales, desde el momento en que una legislación que sea verdaderamente eficaz necesita la aprobación de las fuerzas armadas ». En consecuencia, sólo el fidelismo o el comunismo —a los que Johnson considera como « enemigos naturales »— constituyen una alternativa práctica. Pero resulta que en el caso de Cuba el argumento de Johnson no tiene justificación alguna desde el momento en que las fuerzas armadas desaparecieron y con ellas la necesidad de obtener su aprobación. El tema principal del discurso pronunciado por Castro en su proceso de 1953 y de todas sus restantes declaraciones hasta que tomó el poder era que los problemas sociales y económicos de Cuba podían resolverse dentro del ámbito de la Constitución de 1940. Pero había una sola cosa que la Constitución excluía, y esa cosa era la dictadura de un líder máximo y de su junta. Los colonialistas solían decir que algunos pueblos no eran aptos nada más que para cierta forma de imperialismo ; los colonialistas anticoloniales afirman que algunos pueblos no son aptos nada más que para cierta forma de totalitarismo.

En fin de cuentas, uno se pregunta hasta donde pueden llegar determinadas palabras como « socialismo », « democracia », « marxismo » y « dictadura del proletariado ». Algunos admiradores de Castro han dilatado el sentido de tales expresiones hasta el extremo de que acaban por no tener ninguno.

Por ejemplo, hace cinco años Huberman y Sweezy se sintieron sorprendidos por el discurso pronunciado por Kruschef ante el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética sobre los defectos de su predecesor. Tras el oportuno período de reflexión y de arrepentimiento, ambos autores se salieron con una teoría en la que se venía a calificar al stalinismo de « buenos fines con malos medios », afirmándose que el stalinismo « se constituyó en el instrumento del progreso del socialismo », pero, por desgracia, « hizo suyos los métodos del despotismo oriental : el asesinato, la mendacidad, la duplicidad, la brutalidad y, sobre todo, la arbitrariedad » (11). Esta idea del stalinismo tiene su origen en cierta concepción del socialismo, según la cual lo que importa esencialmente es nacionalizar la economía. El Estado nacionalizador puede ser asesino, mendaz, culpable de duplicidad, brutal y arbitrario ; a pesar de ello, seguirá siendo « socialista ».

Y al separar los fines de los medios, lo político de lo económico, lo que el Estado controla de quién controla al Estado, al socialismo se puede llegar a través de despotismos orientales o de revoluciones seudocampesinas.

La variante cubana

El socialismo de Marx no se basaba simplemente en una economía nacionalizada, sino en el desarrollo armonioso de varios factores. La realización de la democracia económica por la revolución socialista presuponía la realización de la democracia política por la revolución democrática burguesa. Por esta razón, los marxistas clásicos daban por cosa segura la democracia política, lo que ya no podemos hacer nosotros, y partían del postulado de que la democracia económica se construiría sobre aquélla. Al socialismo lo concebían como la culminación del desarrollo capitalista, sin el cual las condiciones previas del socialismo —una economía industrial avanzada y un proletariado preponderante, empobrecido y con conciencia de clase— no podrían llenarse.

Pero la evolución histórica no se ha realizado según este esquema. Donde el capitalismo ha triunfado, no se ha cumplido el requisito de la existencia de un proletariado preponderante, empobrecido y con conciencia de clase ; y donde el capitalismo no triunfó, no se cumplió la condición de una economía industrial avanzada. O bien la clase media no ha sido bastante fuerte para implantar una economía capitalista viable, o bien ha sido lo suficientemente fuerte para cerrar el paso a una economía socialista.

Este dilema familiar al socialismo moderno ha multiplicado toda clase de « so-

(11) *Monthly Review*, julio-agosto de 1956, págs. 71-2.

cialismos » bastardos y espurios. En lugar de tener su origen en el proletariado, esos socialismos tienen su origen en la clase media, pero precisamente en ese sector de la clase media que se rebela contra el fracaso de la misma. Estos hijos de la burguesía gravitan irresistiblemente hacia la ideología del socialismo, pero sólo pueden hacer uso de aquellos aspectos del socialismo que la situación les permite utilizar. En cambio, no pueden ser fieles a las ideas fundamentales de la tradición socialista : que el proletariado debe liberarse por sí mismo, que el socialismo exige ciertas condiciones previas, especialmente una economía industrial avanzada, y que el socialismo debe realizar y completar la democracia política.

Pero existe un aspecto del socialismo al que esos hijos de la burguesía pueden asirse inmediatamente y sin restricciones. En efecto, en el marxismo pueden encontrar una sanción ideológica para el uso ilimitado y total del Estado con el fin de cambiar el orden social, y en el leninismo una sanción a *su* poder ilimitado y total sobre el Estado. En el marxismo clásico, el papel del Estado socialista está condicionado por el grado de desarrollo de la sociedad y de las relaciones de clase. En cambio, en esa caricatura del socialismo la única condición que realmente interesa es la conquista del poder, sin importar por quién, cómo, cuándo o dónde se realice. Así, nuestra época ha visto nacer no sólo un « socialismo cubano », sino también un « socialismo indonesio » e incluso un « socialismo africano ».

Este fenómeno es un indicio de que necesitamos urgentemente nuevas palabras para poder designar buena parte del lastre con que se ha cargado al socialismo. El orden de desarrollo no puede invertirse —es decir, no puede producirse primero la revolución y después las condiciones previas del socialismo— sin que el orden social resultante sea de un tipo totalmente diferente y ajeno a la letra y mucho más al espíritu del socialismo. Estas revoluciones a la inversa, realizadas desde arriba, pertenecen a lo que, a falta de una palabra mejor, hemos de llamar la familia de las revoluciones comunistas, que en la práctica sirven para industrializar a la clase campesina más bien que para liberar al proletariado. Pero incluso esta familia resulta hoy tan extensa y ocupa tanto espacio que el nombre que acabamos de utilizar no garantiza una comprensión completa de todos los fenómenos en él incluídos.

Durante unos treinta años, el único comunismo fue el ruso ; de este modo, el comunismo era aquello que los rusos decían que era. Pero en 1948 surgió la variante titista —un pequeño Estado comunista en rebeldía contra la dominación rusa— y a finales de 1949 la variante china —un Estado comunista tan vasto que podía rivalizar en potencia con la Unión Soviética—. Pero tanto los dirigentes comunistas yugoslavos como los chinos procedían de una fuente común, el Komintern, que desde 1919 hasta 1943 se mantuvo bajo el control y la dependencia estrechos de los comunistas rusos. Hasta esa época, pues, la filiación era clara y directa.

Pero ahora ha comenzado a aparecer una nueva rama de la familia. Esta rama está constituída por los movimientos nacionales revolucionarios que el movimiento comunista mundial había reconocido, ya mucho antes de Kruschef, como una fuerza distinta y con la cual unas veces había colaborado y otras rivalizado. Ya en 1954 la prensa soviética atacaba a Kwame Nkrumah y a su partido considerándolos como una

« pantalla » para el imperialismo británico. Sin embargo, bajo Kruschef el péndulo se ha desplazado hacia los límites extremos de la colaboración. Esta política de Kruschef, que al parecer constituye uno de los puntos del debate entre los Partidos Comunistas ruso y chino, refleja un hecho indiscutible de estos últimos años : que no ha habido un solo comunista que pudiera competir con Nkrumah en Ghana, con Seku Ture en Guinea o con Fidel Castro en Cuba. En consecuencia, a los comunistas locales se les aconsejó que esperasen su hora y que realizasen sus objetivos en dos etapas en vez de hacerlo en una sola. En la primera, el movimiento revolucionario nacional conquistaría el poder ; en la segunda, los comunistas conquistarían el poder dentro de esos mismos movimientos.

Esta estrategia debe su éxito a una sutil apreciación de los movimientos revolucionarios nacionales. Estos movimientos están mucho más capacitados que los comunistas para realizar la unidad nacional contra el enemigo común. Pero es este enemigo común, y no un programa social y político, lo que constituye su razón de ser. Como consecuencia de ello, resultan mucho más inspiradores y eficaces antes de tomar el poder que después. El llenar el vacío político y social que se produce inmediatamente después de la revolución supone para los comunistas mayores oportunidades que las que tenían durante la misma revolución. Los líderes nacionalistas suelen ser sobre todo hombres cuyo poder magnético sobre las masas se combina con un grado mayor o menor de confusión intelectual ; hombres de temperamento aventurero y de egolatría insaciable. Su punto fuerte les convierte en indispensables y sus puntos flacos en vulnerables para los comunistas. Sirven a éstos sólo a condición de que parezca que son los comunistas los que les sirven a ellos. No tuvieron ninguna escuela política como el Komintern y representan una variante mucho más alejada del prototipo soviético que la de Tito o la de Mao.

Esta variante ha ido mucho más lejos en Cuba que en ninguna otra parte, aunque el asunto aún no ha terminado. Esta es la razón de que Castro proyecte tanta sombra desde su pequeña isla.

Hasta ahora el fenómeno castrista ha sido objeto de muy pocos estudios serios. Quizá su revolución no es la que prometió realizar, pero aun así es una revolución auténtica. Esta revolución se emparienta con otros levantamientos surgidos en países con resentimientos y desigualdades nacionales y sociales similares. No se la puede despachar considerándola simplemente como una aberración diabólica porque no es lo que afirma ser. Pertenece a un nuevo tipo de sistema, ni capitalista ni socialista, que surge allí donde el capitalismo no ha triunfado y donde el socialismo no puede triunfar. En la mayor parte de la propaganda procastrista o anticastrista se tergiversa de tal modo la revolución que llevó al poder al líder cubano que en definitiva todo su desarrollo político comienza en la fantasía y en ella termina. El estudioso que quiera investigar seriamente la realidad buscará respuestas a una serie de preguntas que tanto los mitólogos de la derecha como los de la izquierda ni siquiera se formulan. ¿Cómo pudo una revolución que por su carácter era fundamentalmente de la clase media volverse contra esa misma clase? ¿Cómo pudo una revolución realizada sin los comunistas, y en gran parte a pesar de ellos, aliarse tan íntimamente con ellos? ¿Cómo, en resumen, pudo Fidel Castro prometer una revolución y realizar otra, y qué consecuencias se derivaron de esta esquizofrenia revolucionaria?

Las respuestas, tal como yo las he sugerido, nos introducen en un territorio que hasta ahora apenas se ha explorado. Para que los comunistas y los fidelistas pudieran encontrase, *ambos* tenían que recorrer cierta distancia desde su punto de partida. Los comunistas tenían que sujetarse a la idea de que sólo podrían conquistar el poder a través de Castro, y no contra él. Con toda probabilidad, esta decisión la tomaron los comunistas después de una lucha interna que se desarrolló en la primera mitad de 1958 entre la vieja guardia « stalinista » encabezada por el secretario general, Blas Roca, y un grupo « kruschevista » más flexible representado por el director del órgano oficial del Partido, Carlos Rafael Rodríguez. Algunos observadores bien informados creen que el acuerdo con Castro se realizó en Sierra Maestra, antes de que el líder de la revolución tomara el poder, y que toda

la conducta ulterior del mismo quedó determinada por ese pacto. Otros piensan que Castro pasó por un período de vacilaciones y dudas en los primeros meses de su régimen. Como quiera que sea, sus decisiones más importantes se tomaron en tal secreto y dentro de un grupo tan restringido que incluso antiguos miembros de su gobierno afirman no saber exactamente cuáles fueron sus compromisos y los motivos que los determinaron.

La historia interior del régimen de Castro sigue aún por explicar. De todos modos, sus líneas fundamentales resultan cada vez más claras. Fidel Castro —tan demagogo como idealista, tan aventurero como revolucionario, tan anarquista como comunista o cualquier otra cosa— se vio súbita e inesperadamente catapultado hacia el poder sin un partido, sin un ejército y sin un programa auténticos. Durante su lucha por el poder, no había expuesto Castro ninguna idea económica ni política original, manteniéndose dentro de los límites de una reforma y de un lenguaje democráticos tradicionales en Cuba. El líder cubano se distinguía de los demás enemigos de Batista fundamentalmente en la técnica que él quería emplear, en su fe en la lucha armada y en su deseo de organizarla. Pero, una vez que el poder estuvo en sus manos, se negó a permitir nada que pudiera disminuir o limitar ese poder. No quiso tolerar el funcionamiento de un gobierno que no fuera la simple fachada de su dominación personal o de un partido que pudiera desarrollar una vida propia e independiente. Su poder y sus promesas resultaban desde el principio incompatibles entre sí y esta contradicción le obligó a buscar una base para su régimen completamente distinta de aquella en que se fundó la revolución contra Batista. Castro no disponía ni de los cuadros disciplinados y experimentados, ni de la ideología, ni del apoyo internacional necesarios para desviar y orientar a su guisa una revolución ante los ojos de los espectadores. Únicamente los comunistas rusos y cubanos podían proporcionárselos. Habiendo en otro tiempo colaborado con Batista (en cuyo gobierno figuraron en determinada época Juan Marinello y Carlos Rafael Rodríguez), a los comunistas cubanos les resultaba fácil colaborar con Fidel Castro. El « frente unido » de comunistas y fidelistas se encamina, como Guevara dio a entender recientemente en Moscú, hacia un « partido unitario » ; y si este proyecto cuaja en hechos, Fidel Castro pasará seguramente a la historia no como el líder máximo de un nuevo movimiento, sino como el « gracioso » de uno ya viejo. De todos modos, mientras los comunistas le necesiten por lo menos tanto como él los necesita a ellos, no pueden excluirse nuevas sorpresas ; la egolatría de Castro es capaz de darles a los comunistas tantos motivos de inquietud como les ha dado ya a muchos otros.

Cuando volví de Cuba, en la primavera de 1960, escribí : « Castro habló una vez de su revolución como de libertad con pan y sin terror. Si el líder cubano continúa su marcha con demasiado encarnizamiento, con demasiada rapidez y va demasiado lejos, es posible que Cuba tenga aún más terror, pero sin pan ni libertad (12). Por desdicha, mis temores más graves se han realizado y Fidel Castro ha dado a Cuba no una revolución nacional, sino una guerra civil internacional.

(12) Theodore Draper : « The Runaway Revolution », en *The Reporter*, 12 de mayo de 1960.

J. GARCÍA PRADAS

Esencia social del "Martín Fierro"

SUELE OCURRIR EN LA HISTORIA que al parto sucede la gestación, pues las naciones —no obstante lo que sugiere su nombre— *se hacen* después de nacer. Y ese es el caso de la Argentina, que surge en 1810 como nación independiente, pero pasa en formación todo el resto del siglo XIX. De entonces datan, como es natural aún, sus figuras descollantes, y también sus principales monumentos literarios : el *Facundo*, de Sarmiento, y el *Martín Fierro*, de Hernández, cuyos temas son esencialmente el mismo.

La paradoja inicial de que al parto siguiera la gestación, se duplica en el orden de esas obras, pues la de historia social en torno a un gaucho que existió precede en unos treinta años a la otra, tardío cantar de gesta sobre un gaucho inexistente, pero arquetipo de todos y, por eso, más histórico que los de existencia real. Esas obras de un pueblo en formación se complementan de tal modo, que Sarmiento, con la suya, nos explica *a priori* la de Hernández, y éste ilustra la de aquél con su cantar, cual si fuera con ejemplos de la vida.

Tal cosa, sobre ser rara, es paradójica también, pues Sarmiento y Hernández fueron rivales políticos, que se enfrentaron en el proceso de formación nacional. Mas por eso tiene algo de portento, de buen augurio para lo futuro, ya que, si sus obras se complementan, ¿no han de integrarse sus antítesis, los pedernales y aceros de que brotaron las chispas? Tal fue, al menos, el deseo común de ambos ingenios ; y si con harta claridad lo dio a entender el buen intérprete de Quiroga, hemos de ver cómo lo insinuó, a su manera de vate, el creador de Martín Fierro.

Aquí me pongo a cantar
al compás de la vigüela,
que el hombre que lo desvela
una pena estraordinaria,
como la ave solitaria,
con el cantar se consuela.
. . . . . .
Vengan santos milagrosos,
vengan todos en mi ayuda,
que la lengua se me añuda
y se me turba la vista ;
pido a mi Dios que me asista
en una ocasión tan ruda.

Esa voz viene de lejos ; diríase un eco de la que, milenios antes, entre Asia Menor y Grecia, inició así *La Iliada* :

Canta, oh musa, la cólera de Aquiles...

Si a Martín Fierro, o a Hernández, se le turba la vista, de preinspirada emoción, ciego fue Homero ; ciegos también los cantores de romances que, en las plazuelas de España, invocaban a los santos, como ha hecho él, para contar penas o hazañas punteando la vihuela de los árabes ; y el metro de su canción es el del *Cantar del Cid*, como su estrofa es por lo común el cabo de aquella décima que Espinel, el maestro de guitarra, creó cantando en tabernas donde aún se oía el *zéjel* de los moros. Ya sabemos de dónde viene quien canta ; es, en su fondo de sangre y alma, un hombre mediterráneo, heredero de cuatro o seis civilizaciones, mas también de muchas guerras : si poeta, retador y combativo.

Yo no soy cantor letrao ;
mas si me pongo a cantar

no tengo cuando acabar
y me envejezco cantando ;
las coplas me van brotando
como agua de manantial.
. . . . . .
Yo soy toro en mi rodeo
y torazo en el ajeno ;
y si me quieren probar,
siempre me tuve por güeno ;
salgan otros a cantar
y veremos quién es menos.

Este cantor iletrado, cuyas coplas, como a Sancho los refranes, le manan del corazón o son rumor de su sangre, no es ya un árabe de aquellos cordobeses que dialogaban en verso ; ni el ciego de los romances que, al llegar a algún cortijo andaluz, mendiga con altivez ; ni un mero guaja payador que, desgarrado de grupos conquistadores, vaga entre ranchos de estancieros ; es su retoño en otro ambiente, y hombre de vida tan arriesgada, que lucha hasta cuando canta.

Mi gloria es vivir tan libre
como el pájaro del cielo ;
no hago nido en este suelo,
ande hay tanto que sufrir ;
y naides me ha de seguir
cuando yo remonto el vuelo.
. . . . . .
Y sepan cuantos escuchan
de mis penas el relato
que nunca peleo ni mato
sino por necesidá,
y que a tanta alversidá
sólo me arrojó el mal trato.

De los afanes con que fueron sus precursores al Nuevo Mundo, de un largo juego ancestral con el destino, sólo le queda la libertad —primitiva, personal, anterior a toda ley—, y aun a la vera del desierto se la siente ya acosada. Es el gaucho cimarrón, sin hacienda, sin hogar, sin ningún posible arraigo ; algo tuvo de todo eso, fue diligente esposo y padre, mas se cruzó con la « alversidá », y hoy sólo tiene reputación de bandido.

Si penando vive, si su casta y su destino le obligan a ser estoico, ¿cómo no dirá que nadie le hable de penas? Si es caballero, jinete, mas ni tranquilo peón le ha dejado ser la vida, que le ha hecho gaucho *malevo*, y su ambiente es la llanura, ¿cómo no ha de abogar por la llaneza, recalcando

que suele quedarse a pié
el gaucho más alvertido?

Mas, sobre todo, si ha perdido una manera de vivir, si adivina que tal pérdida es la de toda su casta y el ocaso de su época ; si se siente acosado por la ley, hechura de un mundo nuevo y antitético del suyo, ¿cómo no ha de añorar los tiempos idos y, al modo que don Quijote —su lejano precursor en caballería andante—, trocarlos en edad de oro?

Yo he conocido esta tierra
en que el paisano vivía
y su ranchito tenía
y sus hijos y su mujer.
Era una delicia el ver
cómo pasaban los días.

Del lucero al fogón, de la aurora al crepúsculo, de « los pingos relinchando en el palenque » a la china « que dormía tapadita con su poncho », el gaucho lo evoca todo, con un creciente lirismo trémulo, tan natural y cargado de reflejos como el rocío en el trébol o la lágrima en el ojo.

¡Ah tiempos! ¡Si era un orgullo
ver jinetiar a un paisano!

exclama casi sollozando. Y recuerda domas, hierras, repunteos de manadas, labranzas, recolecciones : cuanto ocupaba al gauchaje todo el día ; y su cena común en la cocina campera, y la tertulia de juego y plática, prolongada hasta la hora de

irse en brazos del amor
a dormir como la gente,
pa empezar al día siguiente
las fáinas del día anterior.

El paisano, el campero, el hombre de vida anárquica porque nació antes que la ley, en un mundo donde podía haber cercas, pero nadie puso aún puertas al campo, llora el fin de su época, y el apuro en que pone a sus conceptos la que acaba de empezar. Este hombre se sintió libre, pero libre de por sí, en virtud de su ambiente y de su brazo ; para él, como para el árabe del desierto y el godo de las estepas, sólo la fuerza fué derecho, y el equilibrio de fuerzas, que dio aplomo personal a los derechos, aseguró la arriesgada libertad. El mundo invasor del suyo, que por *extraño* tenía que serle *bárbaro*, destruía el equilibrio de fuerzas con un nuevo poder : algo ajeno y remoto, incomprensible y abstrac-

to, que, aun siendo engendro del destino, tiene su propio nombre ya :

Estaba el gaucho en su pago
con toda siguridá ;
pero aura..., ¡barbaridá!,
la cosa anda tan fruncida,
que gasta el pobre la vida
en juir de la autoridá.

Esa es la estrofa de transición, con la que vuelve de su evocada edad de oro a la del cobre y la ley, que es un troquel ; y si al pintar la primera exageró, también exagerará describiendo la segunda. Pero es curioso, por ser intuición genial, que en esa estrofa tan crítica la vuelta al día en que vive le haga gemir : « ¡Barbaridá! » ¿Qué diría Sarmiento al oír —o leer— la exclamación con que el Fierro de Hernández, su propio Fausto Quiroga, todo el gauchaje y, por colmo, los federales urbanos replicaban a su idea de que el campo era barbarie, y la ciudad, civilización? Cuando Rosas estaba en el poder, y él, Sarmiento, le atacaba desde Chile. había escrito :

« La República era solicitada por dos fuerzas contrarias : una que partía de Buenos Aires y se apoyaba en los liberales del interior ; otra que partía de las campañas y se apoyaba en los caudillos que habían logrado dominar las ciudades ; la una, civilizada, constitucional, europea ; la otra, bárbara, arbitraria, americana. »

Pero algo quedaba por explicar. Si a Sarmiento y, en general, a la gente urbana les parece bárbara la campiña, es porque vida y cultura les han apartado de ella, porque les resulta extraña ; si a Hernández y, en general, a los místicos se les antoja « barbaridá » la ley que llega de Buenos Aires, es porque vida y costumbres les han hecho ajenos a la ciudad. Y el choque entre ellos se debe no sólo a eso, sino también a que, amando todos la libertad, cada bando la entiende y siente a su modo : para el campero es liberal —en el más puro sentido de esta voz— ; para el urbano, democrática ; personal para aquél y social para éste ; vieja y anárquica para uno, si para el otro reciente y estatal.

Además, mientras Hernández poetiza la suya, Sarmiento tiende a teorizar la que él propugna, sin advertir el primero que la gaucha puede ser escarnecida por Rosas, ni reparar el segundo en que la urbana puede ser envilecida por quienes él mismo envíe a establecerla tierra adentro. Si el *Facundo* es un libro contra Rosas, contra los caudillos de arranque libertario, pero de meta despótica, el *Martín Fierro* es un libro contra el Gobierno central, que se cree justo y liberador, que para serlo legisla, mas cuyas leyes se aplican de tal modo, que a veces son instrumentos de opresión. De eso se queja el buen gaucho : no realmente de la ley, que aceptará cuando le parezca justa, sino del abuso de ella por aquellos a quienes da su poder.

Cantando estaba una vez
en una gran diversión,
y aprovechó la ocasión
como quiso el juez de paz :
se presentó y ay no más
hizo una arriada en montón.

Los *matreros* lograron escapar, pero Fierro, que era por entonces « manso » y creyó que no había por qué huir, se dejó enganchar en el contingente destinado a la frontera, sin quejarse de que así se le arrancase de su hogar. ¿Qué mayor aceptación de la ley, aun viniendo con abuso? Tomó su caballo moro, con el que había ganado en Ayacucho « más plata que agua bendita »...

Y cargué sin dar más güeltas
con las prendas que tenía.
Jergas, poncho, cuanto había
en casa, tuito lo alcé,
a mi china la dejé
media desnuda ese día.

La marcha hacia el Sur —fuere de Fierro o de Hernández— debió de ser cuando Sarmiento desempeñaba la Presidencia... de la civilización. Pero el gaucho fue apartado de su hogar con más barbarie que ley, y aunque al prenderlo le hicieron « más promesas que a un altar », tan pronto como acudió con su *flete* al escuadrón, se le dio un aviso que nada tuvo de urbano.

En la lista de la tarde
el jefe nos cantó al punto,
diciendo : — « Quinientos juntos
« llevará el que se resierte ;
« lo haremos pitar del juerte ;
« más bien dése por dijunto. »

Hecho el amago de azotes, se les negaron armas : el coronel las repartiría cuando hubiera una invasión... En llegar a la frontera, se les dejó de haraganes, pero lue-

go empezaron a tratarles « como se trata a malevos », a jugarles la espada por los lomos, a obligarles a cuidar la chacra del coronel...

Yo primero sembré trigo
y después hice un corral ;
corté adobe pa un tapial,
hice un quincho, corté paja...
¡La pucha, que se trabaja
sin que le larguen ni un rial!

Y es lo pior de aquel enriedo
que si uno anda hinchando el lomo
se le apean como plomo...
¡Quién aguanta aquel infierno!
Si eso es servir al Gobierno,
a mí no me gusta el cómo.

Mantiene Hernández por mediación de su gaucho que *eso* eran en realidad las teorías bonaerenses... Y Martín Fierro lo aguantó un año, durante el cual vio más labores de estancia que servicios de frontera, pero aun así conoció a los indios, que, aprovechando el descuido militar, hacían sus incursiones de matanza y de rapiña.

Allí sí se ven desgracias
y lágrimas y afliciones ;
naides le pida perdones
al indio, pues donde dentra
roba y mata cuanto encuentra
y quema las poblaciones.

No salvan de su juror
ni los pobres angelitos ;
viejos, mozos y chiquitos.
Los mata del mismo modo,
que el indio lo arregla todo
con la lanza y con los gritos.

Si al llegar los indios les daban armas, « eran lanzas y latones », que las de fuego no se podían usar por falta de munición ; los soldados, siempre en espera de la paga, « solían ladrar de pobres » ; no tenían más permiso, ni alivio de su miseria, que echarse al campo de madrugada para « descocar reyunos » ; mas si volvían con algo, sólo podían vendérselo a un pulpero, paniaguado del jefe, que les tenía « apuntaos con más cuentas que un rosario ». Las leyes de Buenos Aires serían buenas y necesarias, como lo fueron las Leyes de Indias ; mas lo que Fierro menciona se parece demasiado a los abusos contra los cuales se alzara Buenos Aires en 1810...

Poncho, jergas, el apero,
las prenditas, los botones,
todo, amigo, en los cantones
jué quedando poco a poco.
Ya me tenían medio loco
la pobreza y los ratones.
. . . . . .
Y pa mejor, hasta el moro
se me jué de entre las manos.
No soy lerdo..., pero, hermano,
vino el comendante un día
diciendo que lo quería
« pa enseñarle a comer grano ».

¿Qué más cabría quitarle a un gaucho? Ni por castigo —dice Fierro— se le pudo hacer más mal ; y se expuso al castigo desertando.

Como no es lerdo, rumbea bien, se procura otro caballo, y a los tres años de haber dejado su rancho, vuelve a él para hallar sólo la tapera. Su mujer...

Me dicen que se voló
con no sé qué gavilán :
sin duda a buscar el pan
que no podía darle yo.

La hacienda...

...se la vendieron
pa pagar arrendamientos,
y qué sé yo cuántos cuentos ;
pero todo lo fundieron.

Los muchachos...

Se conchabaron de piones ;
mas ¡qué iban a trabajar,
si eran como los pichones
sin acabar de emplumar !

¿Qué hacer, pues? Fierro, que se adelan-

ta a su tiempo, compone su triste tango para llorar lo perdido ; se arrepiente de haber sido tan manso, jura ser gaucho *matrero,* resistir a « la madeja del mundo » aunque le cueste la vida, y empieza a vagar, perdido... Pero, apenas empieza, va a la milonga de sus antiguos amigos, y el dolor que lleva dentro, exacerbando la majeza retadora de su casta, le hace ofender a una negra. Su moreno, que no es cobarde ni manco, aguanta un poco ; mas, provocado también, saca el cuchillo ; le enfrenta el otro « un facón con S, que era de lima de acero »...

Y en el medio de las aspas
un planazo le asenté
que lo larguó culebriando
lo mesmo que buscapié.

Luego, muy a lo señor en su altivez, pero sintiéndose ruin al presumir de valiente...

Limpié el facón en los pastos,
desaté mi redomón,
monté despacio y salí
al tranco pa el cañadón.

Aquel fue su primer crimen, quizá el único. De allí a poco, en un boliche donde pasaba la tarde, vino su Némesis hecha un terne que presumía de guapo por estar bien protegido. Provoca a Fierro, como él provocó al Moreno...

Y ya salimos trenzaos,
porque el hombre no era lerdo ·
mas como el tino no pierdo
y soy medio ligerón.
le dejé mostrando el sebo
de un revés con el facón.

Tras estas dos muertes contrarias, que podrían desquitarse, mas se suman, no hay sino huir, huir, huir, a guarecerse donde el tigre ; y ni aun allí podrá dormir el proscrito. Con la pampa por yacija, contemplaba una noche las estrellas

que le parecen más bellas
cuando uno es más desgraciao

y de pronto oyó el grito del chajá. Pegóse al suelo para escuchar, y en tal tambor oyó el repique de la partida. Tiempo tenía para escapar, pero, fiel a su destino, por no ser « gaucho morao », la esperó allí ; y aquella espera, su apresto para el combate, su lucha a poncho y cuchillo contra el cerco de carabinas y sables, fue algo homérico, mas que ni Homero cantara mejor que Hernández :

Pegué un brinco, y entre todos
sin miedo me entreveré ;
hecho ovillo me quedé
y ya me cargó una yunta,
y por el suelo la punta
de mi facón les jugué.

No es sorprendente que Cruz, gaucho de quejas y culpas —como Fierro—, mas trocado en sargento de partida por el juez que no se atrevió a prenderle, cambiase de campo para impedir que los guardias mataran a un valiente. Entre los dos les vencieron ; y así que Fierro, de hinojos, echó un bendito a los muertos, empezaron a beber y caminar relatándose su vida y compartiendo su filosofía gaucha. Pero ¿adónde iban? A tierra de indios, que allí « no alcanza la facultá del Gobierno » —dice Fierro—. Y él, que les cobró espanto antaño, olvida su salvajismo, les adorna de noble humanidad, para ir a ellos fugitivo de la ley.

Yo sé que allá los caciques
amparan a los cristianos,
y que los tratan de « hermanos »
cuando se van por su gusto.
¿A qué andar pasando sustos?
Alcemos el poncho, y vamos.

Fuéronse, huyendo de la autoridad urbana, a buscar la libertad absoluta, natural, que es lo inhumano del desierto, a la vez que su máximo espejismo. Pero, del principio al fin, su aventura fue escarmiento y desengaño. Quizá lo sufriera Hernández entre 1872, cuando publicó el poema que tenía por cabal, y 1878, en que, acuciado

por los lectores, dio a la estampa su secuela ; pues los seis años mediantes, de por sí, no bastan para explicar el contraste entre ambas partes. A la mitad de la primera, el fugitivo Martín Fierro lamenta su soledad, pero con orgullo aún, y no hay pena ni riesgo que le espante, con tal de que no le pille « dormido la autoridá » :

Su esperanza es el coraje,
su guardia es la precaución,
su pingo es la salvación,
y pasa uno en su desvelo
sin más amparo que el cielo
ni otro amigo que el facón.

En las últimas páginas de esa parte, cuando le acompaña Cruz, se alienta para la fuga final declamando los antiguos oráculos de su raza, ya al modo de Segismundo :

Dios formó lindas las flores,
delicadas como son ;
les dió toda perfección
y cuanto Él era capaz ;
pero al hombre le dió más
cuando le dió el corazón ;

o al de Séneca :

Si hemos de salvar o no,
de esto naides nos responde ;
derecho ande el sol se esconde
tierra adentro hay que tirar ;
algún día hemos de llegar...
después sabremos a dónde.

Y entregado al sueño de la libertad, con el que se hace retrógrado sin saberlo, canta los bienes del desierto, como Jesús el descuido de los lirios y los pájaros, para luego pintarle a Cruz la tabla de las venturas que les esperan en las tolderías de indios :

Allá no hay que trabajar,
vive uno como un señor.
De cuando en cuando, un malón,
y si de él sale con vida,
lo pasa echao panza arriba
mirando dar güelta el sol.
.....
El que maneja las bolas,
el que sabe echar un pial
y sentarselé a un bagual
sin miedo de que lo baje,
entre los mesmos salvajes
no puede pasarlo mal.

Ahí culmina su mongolismo, que ya nos suena ilusorio. Pero la segunda parte viene a negarlo con hechos, que en ella son opiniones, pues Hernández, por boca de su gaucho, nos advierte al empezarla que él es poeta de los que cantan tan sólo para opinar. Esa advertencia da sentido a cuanto viene después, lo cual empieza con el verso

Triste suena mi guitarra...

Aunque los gauchos, camino de la frontera, « una tropilla se arriaron » para hacerla servir de pasaporte, al llegar a los toldos de salvajes no encontraron la algazara que se habían prometido, sino « un tremendo alboroto », en el que los indios, tras rodearlos en un amén, les despojaron de todo, estando a punto de arrebatarles la vida. Fierro explica su fiasco de este modo :

Estaban en parlamento
tratando de una invasión
y el indio en tal ocasión
recela hasta de su aliento.

Pero al instante, olvidándose de que fueron tomados por « bomberos », dice :

Allá no ha misericordia,
ni esperanza que tener :
el indio es de parecer
que siempre matar se debe,
pues la sangre que no bebe
le gusta verla correr.

¡Claro que es hiperbólico, que es falso! Mas lo que aquí nos importa es la mera reacción, ese cambio de actitud y teoría ante la cruda realidad : una realidad que Hernández retrotrae no ya al modelo araucano de Ercilla, ni al mongólico de Polo, ni al germánico de Tácito, ni al homérico siquiera, sino al más salvaje primitivismo. Dice su gaucho que los indios

hicieron cerco a caballo
recostándose en las lanzas ;

que entró en su corro un cacique, el cual se dio « a lengüetiar... lo menos tres horas largas », aulló al fin, largó riendas, *rayó* el flete y, « revoliando la lanza », hizo alarde de bravura ante los suyos, para luego arengarles, uno a uno, con insultos y amagos de *tacuara* ; tras lo cual, se convirtió la caterva en « un incendio » con polvareda por humo, « un torbellino »

de potros, indios y lanzas,
con alaridos que aterran,

y aun todo « un baile de fieras », que tan sólo a las dos horas se aplacó. Hecho este esbozo de « aquellos indios feroces », huel-

ga que los gauchos, retenidos en rehenes, le enmienden la plana a Séneca diciendo que, una vez empezada la partida,

no hay que darla por perdida
por dura que sea la suerte,
ni que pensar en la muerte,
sino en soportar la vida ;

y también que, extremando su anarquismo, dejen chico a García del Castañar jurando ambos

respetar tan sólo a Dios ;
de Dios abajo, a ninguno.

Porque eso entraña la negación de lo humano y de la vida ; no resistencia a la barbarie, sino adopción de la misma. De ahí que sea tan fugaz en esta parte del poema, donde se reitera la condenación del indio, para el cual, en su situación anárquica,

la única ley es la lanza
a que se ha de someter.

Le pinta duro en el trato, receloso, vengativo, fiero, ladrón, haragán... Y aun sin sentirse de raza superior, sino teniéndolo por su igual en facultades humanas, casi parece complacerse en condenarlo a pinceladas :

Siempre mala intención lleva.
Y como tiene alma grande,
no hay plegaria que la ablande
ni dolor que lo conmueva.
. . . . . .
...en el disierto no habrá
animal que él no lo entienda,
ni fiera de que no aprienda
un instinto de crueldá.
. . . . . .
Es tenaz en su barbarie,
no esperen verlo cambiar :
. . . . . .
El bárbaro sólo sabe
emborracharse y peliar.
. . . . . .
Todo el peso del trabajo
lo dejan a las mujeres :
. . . . . .
Hasta los nombres que tienen
son de animales y fieras.
. . . . . .
Su pobreza causa horror.
No sabe aquel indio bruto
que la tierra no da fruto
si no la riega el sudor.
. . . . . .
No tiene cariño a naides
ni sabe lo que es amar ;

Este hombre libre es un animal de presa, que hace el ruedo, el rodeo, para cazar en la pampa, para invadir y robar a lo cuatrero, para envolver al enemigo en la guerra, hasta para divertirse metiendo en cerco de lanzas prisioneros o mujeres « como yeguada en la trilla ». Su arte de vida es la matanza sin economía alguna ; así extermina la caza conseguida en un rodeo como los « miles de cabezas de vacuno y yeguarizo » que cuatrea en una « arriada ». En fin : vive como el lobo, aunque no lo haya en su tierra, y encima tiene supercherías y plagas, con brujos y curanderos para hacerlas más terribles.

La « virgüela » privó a Fierro de su amigo. Y a los tres años de vida entre los indios, sin poder elogiarles otra cosa que su arrojo en la pelea, la afición de cada cual a su caballo y la igualdad en el reparto del botín, después de matar a uno por salvar a su cautiva, huyó con ella a la tierra « en donde crece el ombú », « tierra bendita que ya no pisa el salvaje ». Y, apenas llegado a ella, el Quijote escapado de los indios se despidió de la mujer con la expresión más crítica de su vida :

« *Me voy —le dije— ande quiera,*
« *aunque me agarre el Gobierno,*
« *pues infierno por infierno,*
« *prefiero el de la frontera.* »

La *Ida* de Martín Fierro fue crecientemente anárquica ; mas, vista la aberración de la libertad salvaje, su *Vuelta* es crecientemente social. Conoció el gaucho la auténtica barbarie, y a la vida en aquella libertad preferiría la prisión, quizá la muerte, en la imperfecta legalidad de que huyó. Pero este cambio, experimental e histórico, no es de todo el hombre, sino tan sólo de su actitud ante el régimen social que acepta a regañadientes, sin por eso renunciar a criticarlo y corregirlo. En el poema, lo anárquico, tan bello como ilusión cuanto horrible en realidad, es relegado al desierto, para que sucumba allí como un pasado irredimible ; mas el gaucho vuelve con su anarquismo ancestral, con la eterna doctrina de la vida, y esa es la única que resplandece en la obra, sobre todo en esta parte final.

Bien se nota al atar cabos, cuando Fierro se encuentra con sus hijos, el de Cruz y un hermano del Moreno a quien mató. Su primogénito, empezando por decir que

el que manda siempre puede
hacerle al pobre un calvario,

cuenta el suyo a merced de la justicia y condena la cárcel, hecha infierno del régimen estatal :

El hombre que dentre allí
deje ajuera la esperanza.

Su hermano, víctima también de un juez que abusa de la ley, pinta el tutor que le dio después de haberle robado : el ruin Vizcacha, « viejo lleno de camándulas », rastrero, individualista, sin más placer que ir rodeado de perros, que es algo así como una caricatura del « Único » stirneriano, cuya moral y filosofía reduce a dichos antisociales :

El primer cuidao del hombre
es defender el pellejo.

. . . . . .

Cada lechón en su teta
es el modo de mamar.

. . . . . .

No dejés que hombre ninguno
te gane el lao del cuchillo.

Este viejo ladino, nocherniego, « que era medio cimarrón », « siempre andaba retobao », « con ninguno solía hablar », es en su mísera tapera la rata de una sociedad sin levadura social, sin socialismo que la salve, sufriente de una aberración que la mata después de deshumanizarla.

Picardía, el vástago de Cruz, llora sus vicios y extravíos, mas también condena las trampas de quienes mandan, y principalmente se queja de que un mandón mande a la cárcel o a filas, tildándoles de « anarquistas », a quienes no quieren votar o votan como les place ; para terminar diciendo

que no tiene patriotismo
quien no cuida al compatriota,

y que, según va el gobierno del país, el desvalido es tratado

a palos en lo civil,
a sable en lo militar.

Pero lo más anarquista es el pasaje en que el Negro, tras haber reivindicado a su familia y a su raza con la noble sensatez de su cantar, dice en son de proverbio estas verdades de alcance muy superior :

La ley se hace para todos,
mas sólo al pobre le rige.
La ley es tela de araña.
No la tema el hombre rico,
nunca la tema el que mande,
pues la ruempe el bicho grande
y sólo enrieda a los chicos.

. . . . . .

El que la aguanta se queja,
pero el asunto es sencillo :
la ley es como el cuchillo :
no ofiende a quien lo maneja.

Justo es que Fierro diga al Negro

que sos por juera tinieblas
y por dentro claridá.

Mas, condenada la ley de arriba, la del Estado, hay que esbozar la de abajo, la social, indispensable para la vida civilizada. Y, así como don Quijote se hizo sensato al morir, el gaucho anárquico de ayer, al abandonar su nombre para hacer su total transformación, sirve a la nueva libertad con los consejos de su experiencia ; se mete a legislador, para enunciar las leyes básicas de la vida : que no se amenace a nadie, que el hombre ha de trabajar para ganarse el sustento, que el confiar en sí mismo le es más útil que poner su fe en las armas, que no hay amigo como una conducta honrada, que quien respeta a la gente « bien lo pasa hasta entre pampas », que la sangre derramada « no se olvida hasta la muerte », que especialmente se respete al anciano y la mujer... Lo que quiere aun a costa de sí mismo, es sociedad y justicia, libertad humanizada. Del pampa al hombre de la ciudad, del negro al gringo, a todos anhela juntarlos en respeto. Y adivina que la muerte del gauchaje será su transformación en cimiento nacional... o en rescoldo de un día para otro, pues el poeta, al anunciar una mejora lejana, advierte al pueblo

que el fuego, pa calentar,
debe ir siempre por abajo.

En fin ; la Argentina de Hernández y Sarmiento, la del Atlántico al Ande, básicamente campera, se aglutina al amparo del ombú, rey natural de la tierra amada por Martín Fierro ; y en la fronda del árbol cree oír que la verdadera ley del paisano redimido, como su cantar de gesta,

NO ES PARA MAL DE NINGUNO,
SINO PARA BIEN DE TODOS.

B.D.I.C

FRAGMENTOS DE TODOS

I

Cantamos a la vida
haciendo cábalas sobre la muerte
entre victoriosas estaciones que nos dominan.

Y así, por encima de esperas,
cantamos a la vida,
con ojos que palpitan,
con tierras de leña y trigo.
Es bruma con cuchillos de ceniza
bajo años de cantos envenenados.

Surge el mal, su dolencia, y el revulsivo dolor,
acompañando, de golpe, al silencio.
Tranquilamente, en plena soledad,
mueren los hombres. Y eso,
¿a quiénes les importa?

No pedimos nada, y se perpetúan sinsabores,
como este corazón en alarma,
que vive medio calcinado, desangrándose,
y los ojos miran con extrañeza
a la sangre que ya no late.

Hay vivísimas estrellas junto
a flores en desnudas hogueras.
Arde el hambre y el ensueño.
Domina a menudo la muerte.
Pero obstinado, el hombre canta a la vida
en su palabra de par en par abierta.

II

Obstinadamente, sin agonía de cóndor,
se acerca el camino de ensueños.

Hay galope de horizontes, con máscaras de piedra,
pero tengo que ganarme la vida aunque amo la paz
y vivir así, con peso de rabiosa sangre.
Vivo con rabias compartidas y sol de amapolas
cerca de hambres y follajes apacibles.

En las esquinas de la calle brillan ojos,
son miradas de infancia conquistadora,
son llamas de edad insatisfecha
en el tiempo nacido de tuétanos y alfalfa.

Hay un incendio que remueve ilusiones
en los escaparates del recuerdo.
Ahí están los vasos griegos con sol errante
y el arado sin paraíso de las Alpujarras,
por ahí andan amarguras y memorias florecidas.

Ya la luz se atiranta,
madura en silencio el trigo,
sonríe la cereza o la fresa,
y ya la luz es fecunda llamada
para que la conozca el toro de la patria.
Enfermedad o nostalgia,
pálida voz de madrugada,
van naciendo en islas de libertad y barro
los mil juegos de mil canciones.

Se oye fuera ese oleaje que alumbra,
el bullicio de horas trabajadoras,
el tiempo sin dulzura, los manotazos del vivir,
dando alaridos con espigas tatuadas
en la dispersión absurda de lo gozoso.

Pero tenaz, a pesar de todo, como viento cereal,
el ensueño se abre paso. Viene. Aquí está.

III

Escucho. Estoy escuchando
el pulso de España
y el áspero eco de la memoria.

Canto. Estoy cantando
las duras verdades
y la ternura de comunes sufrimientos.
Escucho y canto.
Eso acaso no basta.
Debo integrarme más al viento
y dar al sol los frutos empapados,
la alegría sin sombras de mis esperanzas.

JACINTO-LUIS GUEREÑA

IGNAZIO SILONE

Algunas reflexiones sobre bienestar y moralidad

II

En el fondo de ciertas críticas dirigidas contra la presente condición moral de los países ricos, donde la prosperidad ha alcanzado a todos los estratos de la población, se encuentran algunas profecías fallidas. El tan deseado bienestar social hubiera debido traer una solución al problema planteado por los pensadores revolucionarios del siglo pasado, según los cuales la misión principal de la ciencia política consistía en especificar las condiciones más favorables para que el hombre pudiera hacer patente su libertad. El grave error de los epígonos de aquel pensamiento ha sido dirigirlo en el sentido del determinismo, hasta el punto de propagar la ilusión de que el objetivo moral preconizado podría ser un producto automático de la transformación económica ; pero la raíz del error se hallaba en los propios principios.

Decepciones históricas

La decepción no ha podido ser más completa, puesto que lo mismo se la encuentra allí donde la elevación social ha sido perseguida y alcanzada en el ámbito de las estructuras tradicionales y con métodos reformistas —y en una proporción más limitada, o casi en germen, a causa de la lentitud del desarrollo—, que allí donde se hizo tabla rasa del pasado y se crearon Estados *ex novo*. Pero incluso en los países donde las reformas se han llevado a cabo con mejor éxito y, sobre todo en ellos, el inmenso alivio del sufrimiento humano, debido a la técnica y a la democratización de la economía, no han logrado renovar las costumbres en una proporción correspondiente. En una palabra, el viejo Adán no se ha enterado del cambio sobrevenido. Es evidente que las esperanzas de los precursores de la emancipación sólo se equivocaron al creer que éstas podrían cumplirse íntegramente sólo mediante un aumento del consumo o a consecuencia de una transformación de las instituciones. Se ha visto, en efecto, que las relaciones entre la libertad del hombre y los factores exteriores capaces de condicionarla no pueden definirse de antemano de manera uniforme ni con carácter definitivo. Casi podría decirse que en la era de los mecanismos automáticos cada vez más perfeccionados la emancipación del hombre, junto con la abolición de la miseria, hubiera debido producir *ipso facto* ciudadanos más conscientes y activos.

Ahora se tiene la impresión de que hasta los peregrinos de la nueva Meca han acabado por comprenderlo así, a pesar de estar acostumbrados a proyectar sobre la dura e implacable realidad de su patria de elección las imágenes de sus sueños, y que hasta hace poco regresaban entre nosotros anunciando indefectiblemente el nacimiento de un nuevo tipo de hombre. (Cierto psicoanalista se había atrevido incluso a justificar la prohibición de la literatura y de las prácticas psicoanalistas en Rusia, con el jocoso argumento de que en un país « so-

cialista » los hombres ya pierden por sí solos todos los complejos.) Pero, como consecuencia de las espectaculares autocríticas a que Kruschef obliga periódicamente a sus jerarcas —que él mismo designa con los nombres de los personajes de Gogol, no sólo inmortales desde el punto de vista literario—, ahora se permite también cierto realismo, variable según los casos y los sectores, a sus devotos que viven en tierras de infieles. No es que el viejo Adán sea indiferente al juego de las presiones del medio, muy al contrario ; pero en muchos aspectos reacciona ante las nuevas condiciones en un sentido contrario al previsto.

El famoso salto del reino de la miseria al de la libertad, que los conservadores del antiguo orden social temían como un salto en el vacío, se va manifestando por desgracia en el sentido de la inercia. La ciencia, lo mismo que la historia, amenaza con desmentir « la sabiduría popular ». En realidad, los proverbios han tomado carta de naturaleza, con pocas variantes. en las diversas lenguas. *Erst kommt das Fressen, dann die Moral* (lo primero es comer, después viene la moral). Pues bien, no siempre sucede así. Es más probable que, después de una buena comida, la tendencia natural del ciudadano protegido y asegurado —incluso del obrero reformista o stajanovista— sea más bien echarse a dormir la siesta. Hasta es posible que haya asimismo una moral de la siesta, pero no es la que se esperaba de la sociedad al fin remidida.

Así, pues, parece ser que en la nueva sociedad, el hecho de disfrutar de bienestar se confirma también como sinónimo de conformismo. Claro que nadie lamenta la somnolencia o la desidia —debidas a la desnutrición— ; pero convendría preguntarse si es razonable aceptar esta disyuntiva con resignación .

El derroche del tiempo libre

Bertrand de Jouvenel, que ha estudiado atentamente estos fenómenos, resume una página del *Anti-Dühring*, de Engels, en la que se afirma la existencia de una estrecha relación entre la duración de la jornada de trabajo y la participación de los hombres en la solución de los problemas teóricos y prácticos de la vida pública. Voy a citar un pasaje que se refiere directamente al tema que nos interesa : « ...Hasta ahora los antagonismos históricos entre la clase explotadora y la explotada, entre los opresores y los oprimidos, se explican por la falta de desarrollo relativo en la productividad del trabajo humano. En vista de que la población dedicada al trabajo material invierte tanto tiempo en sus ocupaciones más apremiantes, no puede ocuparse en los asuntos comunes a la sociedad —dirección del trabajo, cuestiones públicas, jurídicas, arte, ciencia, etc.— y ha sido menester crear una clase especial que, exonerada del trabajo material, pudiera ocuparse en estos problemas ; pero al hacerlo así, esta nueva clase impone en beneficio propio una carga de trabajo cada vez más pesada a las masas laboriosas. Y no obstante, el enorme incremento de las fuerzas productoras conseguido gracias a la gran industria permite repartir las obligaciones entre todos los miembros de la sociedad sin excepción, en una proporción tal que todos podrían disponer de tiempo libre suficiente para intervenir en las cuestiones generales, tanto teóricas como prácticas. Ha llegado, pues, el momento de que resulten superfluas todas las clases dominantes y explotadoras, o mejor dicho, de que no sean un obstáculo para la evolución social. Por lo tanto, ya es hora de que sean suprimidas inexorablemente... » (*Anti-Dühring*, página 69 de la edición francesa).

La lógica del razonamiento de Engels parece indiscutible, pero es una lógica abstracta. Disponer de una cantidad adecuada de tiempo es sin duda una condición conveniente para que el obrero o el empleado puedan participar en la vida pública, pero no es la única, ni siquiera, como puede comprobarse, la más importante. No sólo resulta insuficiente para alcanzar el objetivo utópico de « socializar » la actividad creadora de los pensadores, de los hombres de ciencia y de los artistas, sino que tampoco garantiza un interés más vivo y consciente de todas las clases sociales. Ni el mayor bienestar ni la reducción de la jornada de trabajo han quitado a la vida política, en todos sus grados, del partido al parlamento, su carácter oligárquico inveterado. Por consiguiente puede decirse, sin exagerar, que éste se ha acentuado entretanto, y pa-

B.D.I.C

ra probarlo bastará citar el hecho siguiente: hasta hace cuarenta años no hubiera sido posible sustraer al conocimiento de los afiliados a un partido italiano cualquiera la situación de su economía, mientras que ahora ésta forma rigurosamente parte de los *arcana imperii*.

Pero hay otro indicio que viene a trastornar directamente la previsión de Engels y su sencillo enunciado bastará, a mi entender, para quitarle toda su significación. En la época, aún no muy lejana, en que la jornada de trabajo tanto en la industria como en la agricultura variaba entre diez y doce horas, la mayor parte de las actividades de los partidos, lo mismo en las secciones locales que en las federaciones provinciales y en la dirección central, eran realizadas voluntariamente —o sea gratuitamente— por los socios, durante las pocas horas libres de la noche o del domingo (y eran los tiempos en que para establecer una distinción mayor entre la política y la economía y para evitar en lo posible la intervención del Estado, la actividad en el partido no producía prebendas). Pero ahora. a pesar de disponer de más tiempo todos los afiliados, éstos pasan horas y más horas deambulando por las calles o embruteciéndose ante el aparato de televisión y apenas desempeñan ninguna actividad social —de partido, de sindicato o de asociación cultural—, si no es retribuída ; e incluso los jóvenes comunistas o demócratas-cristianos se niegan a distribuir los folletos de propaganda por las calles o a embadurnar los muros con consignas estimulantes o denigrantes, si no se les paga.

Los escritores proletarios

« En los países que han alcanzado recientemente un bienestar colectivo —ha escrito el novelista sueco Bengt Holmqvist—, se han formulado a menudo grandes esperanzas sobre la reserva, hasta ahora no explotada, de los talentos a los que se ofrece la libertad de expresarse libre e íntegramente. En Suecia, la facilidad casi ilimitada de cambiar de medio social y las nuevas posibilidades de instruirse han liberado sin duda algunas reservas de una importancia considerable. Pero la época en que los jóvenes procedentes de la clase obrera pasaban a formar parte del grupo selecto de los intelectuales creadores ya parece superada. La etapa más favorable para esta ascensión fue entre los años 1930 y 1940, o sea en una fase del desarrollo social en que se estaba aún llevando a cabo la revolución silenciosa —promovida por la socialdemocracia y los sindicatos reformistas— y en la que la nueva sociedad no había alcanzado todavía su plena madurez. En esa época los jóvenes escritores proletarios, como se les llamaba entonces, procedían directamente de las clases pobres y conocían la vida dura. Es probable que, al convertirse en escritores no mejorase mucho su situación, pero esta solución tampoco exigía ningún sacrificio por su parte. Sin contar con que esta solución significaba ascender en la escala social y a menudo era la única que estaba a su alcance. Ahora las cosas han cambiado. La suerte de los escritores es la que es, y para los que tienen grandes dotes intelectuales se abren muchas posibilidades. Cuando alguno llega a conquistar una posición sólida y respetada en el seno de nuestro floreciente sistema « meritocrático », y en la medida en que escribir sea para él una necesidad personal, puede estar seguro de que no se verá obligado a renunciar por completo a su vocación. Pero no debe olvidarse que en los últimos diez años la mayoría de los nuevos escritores han sido hombres y mujeres provistos de un salvoconducto universitario y sin grandes ilusiones en cuanto a la profesión de literatos. Estos escritores han aportado a ella una especie de refinamiento alejandrino, pero no una gran experiencia de la vida. La época de los autodidactas ha quedado reducida a un episodio, ciertamente interesante. de la historia literaria de nuestro tiempo. Tal vez esta evolución tenga algún valor universal, aunque no se vislumbre todavía en la mayor parte de los países... ».

Me parece que la clave de la experiencia sueca, recomendada por Holmqvist como ejemplar, se halla en la coincidencia que señala entre la aparición de los escritores proletarios y el desarrollo de la llamada revolución silenciosa. Era, pues, una literatura de prueba, como una buena parte de los textos del neorrealismo italiano aparecido inmediatamente después de la guerra. Y ahora es probable, aunque no lo diga

Holmqvist, que la diferencia entre los escritores llamados proletarios y la nueva generación literaria sueca no corresponda forzosamente al hecho de proceder de clases distintas, debido ante todo a la extremada movilidad de las estructuras del país. Si la instrucción universal (que en Suecia comprende la asistencia obligatoria a los centros de segunda enseñanza y una notable facilidad para el acceso a los superiores) suprime realmente la barrera que en otro tiempo separaba a las personas cultas del vulgo semianalfabeto, nunca podrá abolir la diversidad de gustos y de actitudes mentales, incluso entre los individuos de una misma clase, ni conseguirá socializar la relación particular del alma con la realidad, que constituye la raíz de toda vocación auténtica de escritor.

Religión y bienestar

La abolición de la miseria en los países industriales más favorecidos parece desmentir las palabras atribuídas a Cristo, con ocasión del banquete en casa de Simón el leproso, en Betania, después que María, la hermana de Lázaro, le hubo ungido los pies con preciosos aceites perfumados. Parece que Cristo contestó secamente al discípulo que refunfuñaba por este despilfarro y lamentaba que el dinero derrochado en los perfumes no se hubiera empleado en limosnas : « A los pobres siempre los tenéis con vosotros, mas a mí no siempre me tendréis. »

En cambio, ahora sabemos que nosotros tampoco tendremos siempre a los pobres, si es cierto que en algunos países privilegiados ya han desaparecido o están disminuyendo rápidamente. Es cuestión de preguntarse si los discípulos avarientos van reconciliándose ya con el gesto de apasionada prodigalidad de María, la hermana de Lázaro. Por ahora, no lo parece. Y esto no sucede sólo con los epígonos de aquél que el evangelista sospechaba de tomar como pretexto a los pobres para disimular su propia avidez, sino también con los otros, los más, que permanecen sujetos al concepto menor de caridad como sinónimo de limosna.

Lo comprenderemos fácilmente si reflexionamos que, durante muchos siglos, los sacerdotes han sido los intermediarios entre los ricos y los pobres y, hasta hace poco tiempo, antes de que la seguridad social se generalizarse, los pobres eran todavía su fuerza y su argumento principales. A pesar de su contacto con el pueblo, la rebelión de las masas ha sorprendido también al clero, especialmente por las formas nuevas e imprevisibles que la sociedad ha tomado. Habíamos visto, por ejemplo, la fe ingenua con que la Iglesia, sustituyendo al Estado, había creído poder enfrentarse con la nueva situación en las aldeas y en las grandes ciudades, mediante la Obra Pontificia de Asistencia (POA). Los curas no habían imaginado que los fieles dispersos se hubieran dirigido primero a la parroquia para recoger el paquete de harina americana, y fueran después a votar por los comunistas. (« Aquí no se trata de marxismo —he oído exclamar a uno de los dirigentes de la POA, en una reunión de miembros de esta organización—, esto es auténtica ingratitud. »)

Pero si en los países de mayoría católica, el Estado paternalista amenaza con privar a la Iglesia, madre de la limosna, de uno de sus atributos tradicionales, la perspectiva de un bienestar general le creará una situación todavía más embarazosa, por ser inconfesable. La Iglesia no puede resignarse a perder a los pobres ni a deplorar, decentemente, la indigencia.

Neorrealismo católico

En los últimos tiempos, algunos grupos católicos de izquierda italianos han realizado ciertas tentativas encaminadas a contrarrestar la nueva realidad social y sus reflejos morales, tomando como modelo a sus amigos franceses. En diversas regiones de la Italia septentrional, para conocer el « comportamiento religioso, moral y social de los obreros en la sociedad industrial » la Acción Católica de Obreros Italianos (ACLI) ha confiado recientemente a un grupo de auxiliares eclesiásticos la tarea de efectuar algunos sondeos. El resultado de estas exploraciones ha sido discutido después en una reunión celebrada en Génova, y a pesar de no haberse dado publicidad a las deliberaciones hemos podido enterarnos de ellas.

Los informes presentados a la asamblea, por la calidad de las personas que los han

redactado —es natural que los sacerdotes tengan más posibilidades que los laicos para estas averiguaciones— y por la abundancia de los datos transcritos, son bastante interesantes. Pero, aun teniendo en cuenta la frecuente inexactitud de las estadísticas y la dificultad de evaluar los datos exteriores, la condición moral que revelan dichos informes es, desgraciadamente, la que hemos indicado ya. En resumen, la abundancia y la moralidad —en un sentido más general, también podemos aplicarnos este juicio— no siempre corren parejas. Una situación económica indiscutiblemente más elevada trae consigo un embotamiento de la conciencia. Las costumbres tradicionales son escarnecidas, pero no aparece ninguna nueva forma de vida para reemplazarlas. Los ideales, hasta los políticos, se consideran cuando más como palabras vacías de sentido. El respeto a la religión sólo es exterior. Se blasfema menos, pues para blasfemar en serio es menester creer. El egoísmo individual más sórdido disuelve las familias y las agrupaciones obreras. El único sentimiento común es el afán de enriquecerse. Sólo se admira al que triunfa. Nadie reprueba el oportunismo desenfrenado. La desconfianza se interpone entre los amigos. Se juzga ridículo todo comportamiento que no tenga carácter utilitario, y su utilidad debe ser de efectos inmediatos. El nihilismo ya no es una actitud exclusiva del superhombre, sino un modelo adaptado a la confección en masa. Apenas existen ya diferencias entre los hombres y las mujeres, por lo menos en lo que se refiere a la vulgaridad y al cinismo. Ya no ofrece ninguna duda lo que un papa ha definido como « la descristianización de las masas » a consecuencia del creciente bienestar, y sus efectos rebasan los límites de la religión.

¿El fin de las ideologías?

La tesis de una inevitable degradación de las ideologías políticas en la moderna civilización industrial ha encontrado en Raymond Aron uno de sus partidarios más convencidos. Pero si los argumentos de este escritor parecen irrefutables, puesto que sirven para demostrar la incongruencia o el anacronismo de las actuales denominaciones de partido, la perspectiva de un abandono de éstas se basa en un razonamiento menos sólido. Todos sabemos que no se trata de un problema nuevo ; pero, ¿cuándo ha coincidido el interés del Estado con el de la sociedad? ¿Y durante cuánto tiempo refleja una ideología política la conveniencia general? Precisamente la historia de todos los regímenes se presenta recargada de viejas armazones que han sobrevivido a las condiciones que les habían dado origen. Debido a esto, el fin de las ideologías que Aron, junto con otros, proclama ahora partiendo de las nuevas condiciones de la civilización industrial, es una opinión que ha tenido partidarios —poco escuchados— también en épocas anteriores.

En resumen : no basta la declaración de muerte presunta lanzada por un erudito para enterrar una institución o un mito. Resultaría un poco largo enumerar a los que ya han anunciado el fin de las ideologías. desmentido siempre por la tenaz persistencia de éstas. Quizás sea útil recordar, por referirse a casos que nos afectan directamente, que en 1912 Gaetano Salvemini sostenía y demostraba que la formación de los partidos italianos ya no correspondía a las necesidades del país. Es probable que tuviese razón ; no obstante, el partido o movimiento moderno capaz de resolver los problemas que él iba exponiendo en *L'Unitá*, no salió nunca de su cerebro para hacerse realidad.

En una situación muy distinta, pero siguiendo el mismo impulso de Salvamini. Carlos Roselli diagnosticaba algunos decenios más tarde desde el destierro el fracaso o la superación histórica de los partidos políticos en nuestro país en la época anterior al fascismo, y preveía que ninguno de ellos saldría vivo de las ruinas de la dictadura. Era difícil no darle la razón. Sin embargo, la ironía de la historia ha querido que el único partido nuevo aparecido en Italia en el momento de la Liberación (el Partido de Acción, que pretendía estar más o menos inspirado por Roselli) se disolviese rápidamente, y sus militantes, para permanecer activos en la escena política y tener, si no muchos seguidores, por lo menos un auditorio, se han visto obligados a pedir asilo a uno u otro de los partidos históricos, someterse a una cuarentena y adoptar su lenguaje y sus mitos anticuados.

Sin embargo, para demostrar la consistencia de ciertas formas políticas el ejemplo alemán es probablemente también el más instructivo. Al final de la República de Weimar hubiera sido difícil imaginar dos grupos políticos tan comprometidos, desacreditados y envilecidos como el Centro Católico y la vieja socialdemocracia. Claro está que ni aun los más fieles supervivientes de ambos partidos se atrevían a prever durante la dominación hitleriana que la futura Alemania democrática pudiese volver a ser gobernada por una reencarnación de ambos. (Su resurrección se ha visto sin duda favorecida por la amenaza staliniana y por la protección aliada ; pero es de suponer que también los partidos nuevos hubieran podido asumir la función de resistir a los rusos y tranquilizar a los occidentales.)

Debería concluirse de estas experiencias que la vida política está destinada a acobardar la imaginación y la lógica. Pero conviene añadir que las denominaciones genéricas de derecha e izquierda, que Raymond Aron pone especialmente en litigio, tienen para su defensa algo más que la pereza mental : es probable que, ante cualquier orden constituído, subsistirá siempre una diferencia de conducta entre el hombre que acepta este hecho y el que lo critica. Resulta difícil suponer que el bienestar debido a la civilización industrial pueda distraer a los hombres de los problemas permanentes que plantean las relaciones entre la política, la religión y la moral, entre el individuo y la sociedad, entre el hombre y la mujer, y así sucesivamente, y que en relación con estas cuestiones, aun admitiendo que todos estén bien alimentados, bien vestidos y bien alojados, todos deban opinar del mismo modo. Mientras dure esta situación, a menos que una dictadura impida la libertad de expresión, habrá una derecha y una izquierda.

Bienestar y adocenamiento

El individuo que ha mejorado de posición desde hace poco saborea su bienestar con cierta ingenuidad y desdeña las discusiones. Sin embargo, su pasividad política no se manifiesta en un desinterés por las ideologías, sino en una disminución del dinamismo social : lo que le distrae de los « asuntos de los demás » es una limitación de su horizonte para las cuestiones personales y no una visión más realista del interés general. Pero hasta el punto en que tenga conciencia de que el mejoramiento de su situación está vinculado a la posición de fuerza de su partido y de su sindicato, les permanecería fiel, siempre que la burocracia sepa adaptarse a las funciones que son esencialmente de naturaleza conservadora. No importa que se aplace la aplicación de los estatutos y de los programas de la organización obrera, o que sigan siendo los mismos de la época en que se luchaba contra la miseria : en una situación de abundancia, sus miembros esperan otra cosa de ella.

El italiano se siente fácilmente impulsado a sonreír cuando se entera de que la cuestión que se dirime en una campaña electoral suiza es, pongamos por caso, el precio de la leche, o un aplazamiento de la fecha de importación de los albaricoques de la península, para permitir previamente la venta de los frutos de producción local. Pero, ¿qué sucederá si las necesidades principales están ya satisfechas y estos problemas son los que preocupan en aquel momento al cuerpo electoral? Cuando el partido socialista suizo se esforzó, por coherencia programática, para hacer avanzar a su país, sometiendo a un *referéndum* popular una grave cuestión, que no era sólo de principio, como la abolición del secreto bancario, los electores —y no sólo los capitalistas— votaron en contra.

Por otra parte, no siempre está justificada la acusación de exceso de ideología que a menudo se achaca a los italianos, a modo de réplica hecha a los observadores extranjeros. Es evidente que nuestra situación, en este aspecto, también es embrollada y complicada en grado sumo. Si es cierto que el ritmo del desarrollo de la economía italiana en los últimos años parece satisfactorio, es preciso, sin embargo, tener en cuenta diversas particularidades : el progreso sólo ha sido verdaderamente notable en algunas regiones ; la elevación del nivel de vida, además de tener un carácter local, es demasiado reciente para haber creado una nueva psicología estable ; la influencia del poder público sobre la vida económica y profesional fomenta el sentimiento de inseguridad y la afluencia de afiliados a los parti-

dos cuyos objetivos ofrecen seguridades.

La dificultad objetiva de enfrentarse simultáneamente con deberes tan diversos, diluídos entre una masa de socios que, en su inmensa mayoría, sólo trata de vegetar, complica extraordinariamente la vida de los partidos italianos. El resultado es que éstos no son partidos de programa, atentos a encontrar la mejor solución para los problemas empíricos, ni tampoco « familias espirituales » verdaderamente coherentes y homogéneas. A los fines de la propaganda tienen un poco de ambas cosas ; pero a los fines de la lucha por el poder, que es la única meta importante de los partidos de masa, éstos son fundamentalmente aparatos enormes, con ramificaciones capilares en las fábricas, los talleres y las obras, con el propósito de captar el mayor número posible de votos. La experiencia ha demostrado que la eficacia de los aparatos depende, más que de la precisión y exactitud de las contraseñas, del grado de protección que pueden ofrecer.

Exhortaciones a la autocrítica

Aldous Huxley ha observado justamente : « El que se conduce como si quisiera inducir a los hombres a reflexionar, éstos lo aman ; pero odian al que les hace reflexionar efectivamente. » A propósito de huelgas e incidentes acaecidos en el extranjero entre obreros italianos y de otras nacionalidades, un organizador sindical me confiaba con amargura : « Siempre ha habido choques y equívocos entre obreros de diversas procedencias, como también pueden producirse en nuestro país entre septentrionales y meridionales ; pero por primera vez en la historia de nuestro movimiento obrero las causas más frecuentes de estos episodios desagradables son ahora las relaciones con las mujeres de la localidad y la manera defectuosa de cocer los macarrones. » « Deberías comentar este fenómeno en la prensa de tu partido », me atreví a sugerirle, y él me contestó limitándose a levantar los brazos al cielo.

Algo parecido, pero con mayor abundancia de pormenores, me ha contado recientemente un amigo español que trabaja desde hace años en una gran fábrica de la región parisiense, junto con otros obreros de diferentes nacionalidades : « No llego a comprender la evolución del carácter de muchos obreros italianos, especialmente los más jóvenes, en estos últimos años », me dijo. « Antes de la guerra, se podía contar con ellos ; eran los mejores en cuanto a sociabilidad, generosidad y honradez. Ahora se ve que están mejor, son más limpios y más exigentes por lo que se refiere a la vivienda ; pero no dejan de frecuentar la misión católica, al mismo tiempo que la sede del sindicato comunista. Es evidente que, en el fondo, lo que más les preocupa es la brillantina para el cabello. » Traté de darle una explicación : « Sabes —le dije—, después de las grandes guerras y de las grandes privaciones... ». Pero me interrumpió : «¿No vas a pretender —me dijo el español— que los otros pueblos han sufrido menos? »

En relación con esta clase de reflexiones, recuerdo siempre el comportamiento de unos grupos de campesinos en una zona agrícola inundada. El nivel de las aguas desbordadas seguía subiendo, y de las otras provincias llegaban socorros, bomberos, carpinteros y hasta simples peones. Sobre los diques más sólidos del río, acampaban como podían las mujeres y los niños, entre montones de muebles y enseres de todas clases. Con manifiesto disgusto del alcalde socialista, los maridos de aquellas mujeres estaban sentados en el café de la plaza. ¿Por qué no participaban en los trabajos de salvamento? Porque nadie les pagaba para ello. Pero, en cuanto olfateaban que en la Alcaldía iban a distribuirse mantas y ropas, se precipitaban en seguida.

Estos fenómenos son el resultado de la actitud paternalista del Estado y de la protección de las organizaciones. La del primero es de inspiración religiosa, la otra, al parecer revolucionaria, impide decir la verdad desagradable a los trabajadores para no perder sus votos. El aspecto más penoso de esta decadencia de la moral popular no es la reivindicación continua e insolente de derechos, sino la calidad de éstos. Ignorantes o indiferentes respecto del derecho primordial, el derecho de ser respetados como hombres y de conducirse como tales, estos miserables se muestran feroces cuando se trata de reivindicar el derecho a la limosna, al donativo y a las distracciones.

FRANCISCO AYALA

De la preocupación de España

(Los puntos sobre las íes)

Con diferencia de poco tiempo, las prensas de Estados Unidos están ofreciendo al público norteamericano dos números especiales consagrados a España de sendas publicaciones periódicas : la revista popular *Atlantic Monthly,* y la universitaria *Texas Quarterly*. En hermoso volumen, antológico en parte y en parte crítico, presenta esta última la literatura y las artes plásticas españolas vivas, es decir, actuales y actuantes. De él no voy a ocuparme ahora, entre otras razones porque resultaría algo prematuro todavía mi comentario ; pero sí quisiera dedicar algunos al suplemento español del *Atlantic*. En contraste con la publicación académica, cuyo interés —muy comprensiblemente— se centra en la creación intelectual, este suplemento, aunque de carácter misceláneo, parece apuntar más bien en una dirección política, de la que el artículo editorial o *report* introductorio establece la pauta. No sólo ese artículo, recomendable por su objetividad y agudeza, sino varias de las principales colaboraciones que contiene el número especial de *Atlantic* tratan el problema político español, y hasta pudiera decirse que, de un modo más o menos directo, casi todas ellas lo hacen. La exaltación de los nuevos pintores españoles, tanto como la descalificación de la novela moderna —justas ambas en opinión mía— contienen claras implicaciones y aun explicaciones de índole política ; e incluso algunos de los elementos poéticos que completan el número parecen traídos para coadyuvar a la misma intención. Tal pudiera ser el caso con los poemas de García Lorca, dada la resonante significación política de su nombre, por otra parte indispensable (aunque se omite —curioso olvido— el de Juan Ramón Jiménez, premio Nóbel reciente) ; tal ocurre sin duda con los versos de Alberti, cuya calidad está malograda por su « mensaje » político (aunque la traducción lo disuelve) ; y hasta la pirueta ejecutada por MacLeish en honor de su colega Guillén (« un poeta de este tiempo »), tan decididamente se propone subrayar las condiciones de « este tiempo » que uno ha de preguntarse por qué, en vez de atenerse a *Cántico,* no espiga en *Maremágnum,* que le hubiera evitado tan violentas contorsiones.

Pero esto, ahora, importa poco. Limitémonos para nuestro objeto actual a aquellas colaboraciones cuyo sentido político resulta menos equívoco, y prescindamos del resto.

Dos estudios iniciales, debidos a pensadores tan conspicuos como Julián Marías y Américo Castro, se esfuerzan muy ingeniosa y ardua, no sé si eficazmente, por informar a los lectores norteamericanos acerca de cómo es España, y de cómo los españoles son. Español yo también, aunque me esté mal el decirlo, siempre leo con ávida curiosidad (si bien, debo confesarlo, no sin alguna aprensión al mismo tiempo) este tipo de análisis caracterizadores ; tras de lo cual suelo quedarme tan perplejo que ni

siquiera a insinuar mi parecer me atrevo. No me pronunciaré, pues, sobre la imagen del español que estos dos ilustres escritores proponen ahí. Aventuraré tan sólo que si el objetivo del suplemento es, como parece, examinar el problema de España en cuanto problema político, y las perspectivas de su solución, tal vez resulte contraproducente insistir demasiado en las peculiaridades del carácter nacional (aun establecidas que estuvieran con exactitud incontrovertible), en lugar de cargar el acento sobre aquellos rasgos, valores y actitudes, sobre aquellos aspectos de la realidad española que, por razón de su universalidad, permiten a todo el mundo penetrarlos y sentirse identificado con las cuitas de España.

La última vez que nuestro país irrumpió en el campo de la historia general, con la República y, luego, con su guerra de defensa contra el fascismo, el mundo entero entendió a los españoles sin necesidad de explicaciones sutiles. Y todo el mundo puede entender hoy sus sufrimientos, sus privaciones, sus esperanzas y desesperanzas, su resentimiento, y las amenazas que este resentimiento incuba, pues son hombres como los demás. Mostrarle a las gentes, y en particular a los norteamericanos, lo típico del español, sin singularidades, rarezas y aun manías, es algo que podrá acaso interesarles, encantarles, fascinarles, atraerles al turismo o al hispanismo, suscitar en ellos entusiasmos por el estilo del que con tanto denuedo ha gustado de exhibir el embajador Lodge ; pero divulgar la imagen, exagerada por el inevitable esquematismo, de un pueblo que parecería ser tan extraño, esquinado, vidrioso y difícil, tan aparte, ¿no acarreará en cambio el riesgo de despertar temores, recelos e inhibición en cuanto concierne al trato serio y normal entre naciones?

Claro que mi duda, mi pregunta, se limita a un aspecto político que acaso no interese demasiado a los pensadores aludidos ; y para nada afecta a la legitimidad teórica de sus respectivas tesis, cuyo acierto no entro a discutir. Si he formulado la objeción es porque aparecen publicadas en una revista popular, y porque, de todos modos, la proyección político-práctica no está, ni mucho menos, ausente por completo de los trabajos en cuestión.

Una puntualización al margen

Dentro de este terreno, en el que sobre todo Julián Marías entra muy resueltamente, voy a permitirme todavía alguna observación de detalle. Dice él (y yo traduzco) que « uno de los factores más influyentes en el desenlace de la guerra —y se refiere, por supuesto, a la guerra civil española— fue la « proletarización » del estilo y las costumbres que se trató de imponer en la zona republicana, por parte de los grupos marxistas y sindicalistas ». Precisa en seguida algunos de esos gestos y, aunque luego señalará otros análogos y no menos azorantes o vejatorios para el tranquilo burgués, simultáneamente surgidos en la zona que dominaban las fuerzas rebeldes, todavía afirma que eso fue decisivo, por introducir una incomodidad básica en la vida, « sobre todo en la zona republicana ». « Son incontables los hombres liberales, demócratas —informa—, incluso izquierdistas políticamente, de ideas sociales muy avanzadas, que se convirtieron en los oficiales, los funcionarios, los técnicos, los diplomáticos del gobierno de Burgos, porque en Madrid o en Barcelona se habían sentido « arrojados » de su forma de vida »... Sospecho, conociendo las prácticas de las publicaciones norteamericanas, que en este punto el artículo de Marías puede haber sufrido alguna de esas alteraciones editoriales que ocasionan a veces lapsus lamentables, rompiendo la congruencia del razonamiento. Pero, de cualquier modo, a nadie que lo piense un poco se le escapará que fenómenos del tipo aludido, perturbadores y tan desagradables cuanto se quiera, brotan del fondo mismo de la situación, y no son por lo tanto resultado del capricho. Tienen valor simbólico, son formas rituales, cuya fuerza emocional contrapesa y desarzona las más asentadas costumbres, por lo menos mientras la exaltación dura. En el clima cargado de una guerra o de una revolución, manifestaciones así desempeñan la función de factor catalítico : precipitan adhesiones o repulsas, deslindando los campos. Hubo en el republicano durante la guerra civil española los que se denominaron « geográficos », con cuyo adjetivo (que tendría, supongo, en el contrario su parangón) se designaba la actitud de adhesión circuns-

tancial al poder establecido. Circunstancial, pero no necesariamente fingida. Más diré: salvo en los casos en que, de hecho, fuera fingida, es decir, salvo cuando se tratara en efecto de disimulados enemigos del régimen, de « camouflados », cabe afirmar que *todos*, en mayor o menor grado, éramos « geográficos », puesto que ninguna situación política concreta responde exactamente al deseo de quienes la viven ; o, en otros términos, ninguna da fiel cumplimiento a un ideal, de modo que la adhesión política ha de resultar siempre relativa, fruto del examen comparativo de las posibilidades existentes. En las recientes elecciones presidenciales de Estados Unidos han sido muchísimas las personas insatisfechas con la opción que ofrecían los dos grandes partidos ; pero tuvieron que decidirse por el que cada cual juzgó preferible, so pena de perder su voto, como también deciden siempre algunos, renunciando a la participación efectiva. La política, como expresión que es de la vida colectiva, obliga a moverse dentro del cuadro de las situaciones prácticas : tenemos que jugar con las cartas que nos han tocado. Y no ha de extrañar que, siendo la apuesta muy grande, cuando se está jugando a una carta el destino personal y colectivo, suba con la beligerancia la exaltación del espíritu comunitario, cundiendo entonces esas manifestaciones pintorescas (a las que yo, personalmente —pero eso ¿qué le importa a nadie?— soy refractario), símbolos que, desde el *citoyen* de la Revolución francesa hasta las barbas de Fidel Castro, operan como un revulsivo, rechazando emocionalmente a quienes no se sienten ligados a la causa que simbolizan. El tuteo de la llamada zona roja tenía un evidente sentido de fraternidad cuasi religiosa ; y no dudo de que algunos sedicentes liberales y demócratas, no pudiendo resistirlo, prefirieran servir al gobierno fascista en Burgos (donde —¡qué casualidad!— se usaba también de tuteo y de « camarada ») y fueran a hacer allí los gestos rituales del falangismo. También habrá habido quien se dejara matar antes que renunciar a la corbata o que levantar el brazo, con el puño en alto o con la mano extendida, aunque, por sí misma, la negativa no costaría la vida a nadie... Lamentar semejantes fenómenos es lamentar las circunstancias de donde surgieron ; y ¿quién que no sea un insensato dejará de lamentarlas, siquiera retrospectivamente? Pero no les atribuyamos excesiva influencia sobre el curso de la guerra. Es seguro que la decisión de los tránsfugas aludidos por Marías obedecería a simpatías más profundas, a disentimientos más hondos, aunque tal vez arraigados —no diré que no— en esa disposición frívola que tanto fustigaba Ortega bajo la rúbrica de « señoritismo ».

España y la anti-España

Se pensará quizás que me he extendido por demás en una mera puntualización de detalle ; y tal vez sea cierto. Pero lo he hecho así por entender que esa clase de racionalizaciones (digo, las voceadas por quienes desertaban el campo republicano a impulsos no gratos de declarar, desde un sentimiento sincero, pero en incómoda contradicción con las « ideas » proclamadas a lo largo de toda la vida, hasta el puro miedo a los continuos bombardeos de la aviación italogermana y demás azares de la guerra, o el fácil cálculo de que ésta estaba perdida desde un comienzo para la causa republicana), esas explicaciones, más aún que la propaganda de los enemigos declarados, contribuyeron a fijar los clisés con que hoy, a veinticinco años de distancia, se representa comúnmente aquel complejísimo hecho histórico, cuajando una versión que ha bloqueado el problema español muy a beneficio del régimen actual, establecido entonces.

Está apoyada esa versión en el supuesto —cuyas raíces intelectuales no es cosa de desentrañar ahora— de una España esencial e inalterable, aunque amenazada siempre en su sustancia por cierta curiosa especie de enemigos internos —la anti-España—, secta proterva que, habiendo hecho prosélitos suyos a la mayoría de los españoles, estuvo a punto de destruir la Patria Eterna en 1936. La rebelión « nacionalista » habría sido, pues, una cruzada dirigida a rescatar a España de sus tradicionales adversarios, y a exterminar en seguida, para siempre, a esa solapada ralea de los españoles descastados.

Como quiera que, durante nuestra enconadísima guerra civil, la U.R.S.S. creyó de

su interés proporcionar a la República (abandonada por las democracias ; y precisamente porque éstas la habían abandonado) una ayuda tardía, cautelosa y parsimoniosa, aunque cobrada con usura —no de otra manera que había de prestársela luego a Hitler contra ellas, y aliarse después con ellas contra Hitler, porque así lo creyó conveniente—, a las acusaciones pamplineras de « anti-España » vino a unirse la mucho más eficaz de « rojos », con la cual quedaban los republicanos estigmatizados como simpatizantes del poder soviético, ahora que Rusia, desligada de sus aliados occidentales, entraba frente a ellos en la competencia de poder que los periódicos llaman « guerra fría ».

Así, cualquier adversario del franquismo quedaba automáticamente declarado, con aceptación general, « comunista » o « rojo », por un régimen que, apoyado militarmente en las potencias del Eje Berlín-Roma, había nacido de una rebelión contra la democracia cuando el partido comunista era mínimo en España, y las relaciones con Rusia nulas. De esta manera ha pretendido —y hasta cierto punto, logrado— fulminar a sus oponentes, petrificarlos, reducirlos a « cosa » del pasado, especie de gárgolas o figuras de capitel en ese Valle de los Caídos en que ha convertido a España, buenas acaso para asustar a los niños. Y aquel pasado del que quisiera hacer *revenants* a sus oponentes el régimen franquista, es la situación de un cuarto de siglo atrás, obsesivamente fijada como en una fotografía —fotografía compuesta—, donde su propia imagen se presenta y se hace pasar por la fisonomía *auténtica* del país, expresión de su esencia inmutable.

Que España es católica

Uno de los rasgos de esa fisonomía es —¿quién lo ignora?— su acendrado catolicismo. La religión católica sería consustancial con España, a pesar de que tantísimos españoles (recordémoslo : más de la mitad de la población) hayan luchado activamente contra el poder de la Iglesia, y algunos cometieran contra el clero atrocidades que, por cierto, se insertan en la línea de una consistente tradición española, pues las matanzas de frailes y exclaustración de monjas no eran novedad ninguna en 1936...

Puesto que el régimen actual vino impuesto por una Cruzada, y habida cuenta del papel que en él desempeña la Iglesia, nadie podrá negar que ésta constituye un factor primordial en el problema político de España. Sobre « El futuro del catolicismo español » discurre José Luis Aranguren en el suplemento del *Atlantic* con un artículo rebosante de generosidad, inteligencia y valentía. Católico militante, Aranguren se ha echado encima una carga que sólo con espíritu de abnegación religiosa puede asumirse. Si ser un intelectual católico resulta difícil en el mundo contemporáneo, serlo en España a la manera en que lo es él requiere nada menos que intrepidez. No pertenece Aranguren al número de quienes se sirven de su catolicismo como de un escudo, muy necesario desde luego en la España confesional de nuestros días, y atenidos a la doctrina fundamental de la Iglesia, colocan su actividad intelectual en planos indiferentes desde el punto de vista religioso ; sino que, por el contrario, se siente obligado a militar, y lo hace en una actitud que sin duda ha de crearle situaciones muy inconfortables, pues se opone a la política de la Iglesia. Lo que en su momento cumplió desde fuera de la ortodoxia Unamuno, quien, según Aranguren afirma, « trajo al catolicismo español un estilo y una sensibilidad que eran completamente nuevos, sin precedentes y enteramente seculares », el propio Aranguren lo está intentando ahora desde dentro de la disciplina, si no con genio comparable, en condiciones incomparablemente más adversas ; pues, como he indicado, el ser católico no constituye para él comodidad intelectual y social, sino que le impone, por el contrario, un deber penoso, frente al cual no retrocede. Diríase que, alerta al significado críptico de haber instituído Jesús por jefe de la Iglesia a aquel de sus apóstoles que quiso defenderlo con la espada y que, de otra manera, también había de negarle repetidas veces, este cristiano ferviente se acongoja de ver a la jerarquía eclesiástica complicada en la política del régimen atroz de Franco. Pero no se limita a lamentar el hecho, a desolidarizarse, inconforme con él, y atender al solo negocio de la salvación personal, sino que procura con todos los

medios a su disposición impedir, corregir aquel error. Los medios a su disposición son, principalmente, los del intelectual. De ellos echa mano para analizar las causas del instinto belicoso « que ha sido una de las constantes del catolicismo español » (causas, por supuesto, históricas) y a examinar las consecuencias de que, durante la guerra civil y la postguerra, haya galvanizado « el viejo, intolerante, reaccionario y antimoderno espíritu ». « Me parece a mí —pronostica Aranguren— que al catolicismo le aguardan en los años venideros en España tiempos más duros que en el pasado, y que esto a la larga puede ser para bien, pues la situación que resulte será sin duda menos equívoca y más genuina. En esa eventualidad deberá prevalecer un nuevo espíritu »... Con cuidadoso esfuerzo señala los ejemplos de ese espíritu distinto, en antecedentes como el de Jovellanos, y en la actual presencia de algunos portavoces de un catolicismo liberal.

Para Aranguren, pues, ni está dicha nunca la última palabra sobre la catolicidad de España, ni nada disculpa de luchar por el bien al hombre de bien. Sabe distinguir entre lo temporal y lo eterno y, reconociendo que España, después de todo, pertenece al primero de ambos reinos, se siente responsable como ciudadano y como católico por su presente y por su futuro. Con vistas a este último, no oculta sus temores, su desaprobación, a la perspectiva de que, en una posible democracia española, se constituyera un partido católico similar a los que gobiernan hoy en Alemania e Italia ; y la resolución con que tacha de anacrónicos a partidos tales ilustra su sagacidad tanto como su valentía. « Vivimos tiempos de secularización —dice—, en los que la gente no lucha ya por causas espirituales, sino por intereses materiales. En circunstancias tales, la existencia de un solo partido católico es, no ya un anacronismo, sino que también oculta las realidades políticas y sociales. » Un catolicismo purgado por el sufrimiento y apartado del poder es lo que él propugna.

El problema del poder

Al problema del poder mismo, *stricto sensu*, dedica su atención Dionisio Ridruejo con un trabajo « Después de Franco, ¿qué? », cuyo título expresa, interrogante, la misma preocupación que, desde su propio ángulo, inspira al de Aranguren ; la misma que, con angustia, sienten todos los españoles ; la misma que experimenta a ratos el mundo ; la misma, en fin, a que responde este número especial de *Atlantic Monthly*. Pues es el caso que el dictador de España, habiendo basado la defensa de su gobierno personal en la eliminación sistemática de cualquier otra alternativa que no sea la inaceptable y muy temida del comunismo, ha conseguido que, en efecto, un cuarto de siglo después de la guerra civil carezca el país de toda salida razonable y clara para la eventualidad de que él desaparezca. « Después de mí, el diluvio », que dijo el otro.

¿Cómo ha podido llegarse a este callejón sin salida? Ridruejo se aplica a trazar el proceso ; y en algún punto de su esquema, pese a la agudeza y a la buena fe con que este escritor discurre, me parece a mí que pueden señalarse los efectos deformadores de la simplificación *ex post facto* por la cual, inevitablemente, la complicadísima trama de una realidad pretérita queda reducida a aquellas líneas que en definitiva prosperaron sobre el terreno de los hechos. Siguiéndolas, presenta Ridruejo el proceso que condujo desde la proclamación de la República en 1931 hasta la guerra civil en el 36, como el de una polarización creciente de la opinión pública nacional hacia extremos que harían a la postre ineludible aquel conflicto militar cuyo desenlace nos ha traído a la oclusión presente. Así, por ejemplo, escribe refiriéndose al movimiento insurreccional de 1934 : « ...la Izquierda, expulsada del poder, decidió darse cita en la calle con los grupos tradicionalmente revolucionarios e intentar una reconquista de la República por la violencia, al margen de los preceptos de la Constitución que ella misma había redactado ». Y cabe preguntarse : ¿Hasta qué punto es eso cierto? Es cierto hasta el punto en que el pasado se contempla a través de los resultados recaídos, esto es, en un juicio *a posteriori*. Más cierto sería reconocer que las manifestaciones callejeras de entonces vinieron provocadas por atentados planeados, cuyo origen concreto no ignora Ridruejo, como no lo

ignora nadie, y que el movimiento huelguista revolucionario fue obra de un grupo extremista (no un partido, sino un sector de un partido) el cual, aprovechando con habilidad las circunstancias, logró colocar al país frente a los hechos consumados. Ahora bien, los hechos consumados tienen —¿quién lo duda?— fuerza constitutiva ; obligan a contar con ellos ; de ellos hay que partir... Recuerdo —si se me permite que ilustre ese mecanismo con una experiencia personal— que por aquel entonces el director de la revista *Leviatán*, órgano de dicho grupo, me pidió colaboración para sus páginas ; y yo, en lugar de negársela, juzgué más contundente respuesta entregarle un artículo donde razonaba con vehemencia contra el movimiento que a ojos vistas se preparaba, artículo que, naturalmente, no publicó la revista. Sin embargo, una vez producido el movimiento, es decir, frente a los hechos consumados, yo no podía solidarizarme con los autores de la represión, sino —muy pesaroso— con los mal aconsejados huelguistas que habían dado lugar a ella. Lo mismo debió ocurrirle a la gran mayoría de los españoles, puesto que en las elecciones de febrero del 36 se volcaron hacia las izquierdas.

Vino sin tardanza la sublevación militar de julio, y tras ella la guerra civil que arruinaría a España. Y en vista de todo, parece imponerse la conclusión que Ridruejo acepta, de una discordia creciente y cada vez más irreconciliable, sin otra salida que el conflicto armado. Como quiera que en la realidad histórica éste se produjo, y los españoles se destrozaron efectivamente con violencia inaudita, interpretación tal parece obvia. No diré que sea insostenible, ni mucho menos ; pero sí creo que para substanciarla tampoco puede prescindirse de cierto factor, decisivo hasta el punto de haber alterado por completo el curso y el alcance de los acontecimientos. Me refiero, claro está, a la intervención extranjera que transformaría la rebelión militar en guerra civil y que por último decidió ésta a favor de los sublevados. Sin ese factor alógena, es muy probable que la sublevación hubiera seguido la suerte de aquella otra, previa, encabezada en 1932 por el mismo general Sanjurjo —intentona tan episódica que sin daño ha podido omitirla Ridruejo en su repaso de las contingencias que nos llevaron hasta la guerra—. Si imaginamos dominada la de 1936 al igual de su precedente, sería lícito y plausible conjeturar que, aun sin dejarla impune como aquélla quedó, tampoco hubiera sido liquidada en forma comparable a la cruel represión derechista del 34. Considérese, entre otras cosas, que en la zona republicana el colapso de la autoridad fue tardío, y que sólo se desencadenó allí la violencia incontrolada cuando ya se había hecho por demás evidente la agresión exterior contra el régimen.

Pues bien, si reducimos en hipótesis lo que luego se llamó Glorioso Movimiento de Liberación Nacional a las proporciones de un levantamiento militar fracasado, nada desautorizaría la presunción de que, superado con él (o quizás, mejor, con la huelga revolucionaria del 34) el punto climático, los bandazos hubieran empezado a ser cada vez menos convulsivos, y a perder momento la oscilación entre izquierdas y derechas, encaminándose el país hacia un equilibrio democrático que le permitiera continuar su notable crecimiento de medio siglo. La especulación acerca de lo que pudo haber sido y no fue, es —ya lo sabemos— vana. Los desarrollos posibles del juego histórico están sujetos a un entrecruzamiento de alternativas infinitamente más complejo que los movimientos de las piezas sobre un tablero de ajedrez. Aunque el eje Roma-Berlín no hubiera sido invitado a intervenir en las querellas internas de España, quizás ésta se hubiera visto envuelta en los términos de la segunda guerra mundial que de todos modos tenía que estallar (o acaso no se hubiera visto envuelta ; ¿quién sabe?). Lo único que me interesa afirmar aquí es que en la situación de 1936 estaba contenida *también* la posibilidad de que el péndulo de la política española redujera su oscilación a las medidas soportables y — digámoslo así— respiratorias de una normalidad constitucional, posibilidad frustrada por la irrupción en su campo de la estrategia de las grandes potencias.

Por supuesto, y aunque los españoles lo ignorásemos, España estaba en Europa, en el mundo. Más diré : la República había devuelto el país a la actualidad histórica. ¿Cómo olvidar la expectación de los de-

más pueblos a su advenimiento, el entusiasmo —fraterno sin retóricas— con que Hispanoamérica entera se había puesto a vibrar? Aquello era el despertar de la Bella Durmiente... Pero despertar significa echarse a vivir de nuevo, y los españoles, durante el larguísimo letargo, habíamos perdido la costumbre de contar con la realidad exterior, de relacionarnos activamente con el mundo. En verdad, carecíamos, no ya de una política internacional, sino hasta de la disposición de ánimo adecuada para formulárnosla. Apenas despiertos, no advertimos que era fatal imprudencia la de concitar en ayuda de una bandería interna a quienes, como es lógico y normal, aprovecharían la ocasión para propugnar su propia causa. Y así, ajenos por completo a las reglas del juego que los demás jugaban a expensas nuestras, pusimos en la lucha una pasión hecha de indignaciones morales (para sólo mencionar su ingrediente noble) ; pero... pasión ciega, que debía conducirnos al sacrificio total.

El holocausto de la República (pues tal ha de llamarse, que no baza política, a su obstinada resistencia) tuvo la virtud, eso sí, de suscitar una intensa respuesta, un clamor de tono ético nunca después repetido, y del que sólo la revuelta de Hungría, igualmente desesperada, igualmente insensata, igualmente condenada de antemano por las reglas del juego, puede darle una ligera idea a las generaciones más jóvenes. Aquel momento de la conciencia universal, exaltada por la defensa española de la dignidad humana frente al totalitarismo, deberá ser registrado por la historia tan pronto como la caída de Franco disipe muchas inhibiciones que un sentimiento de culpable complicidad mantiene todavía hoy, haciendo ingrata cualquier referencia a los orígenes de un régimen incluído ahora entre los baluartes de la democracia. Estudios como el que Aldo Garosci ha bosquejado en su reciente libro *Gli intellettuali e la guerra di Spagna* prepararán el terreno para fijar la transcendencia espiritual enorme de aquel acontecimiento.

La significación del régimen

La derrota de la República española, que dio paso a una guerra mundial de donde saldrían transformadas las condiciones políticas y sociales del planeta, para España significó, por el contrario, la regresión a un pasado utópico, su clausura en formas muertas, la vuelta, en fin, de la Bella Durmiente al sarcófago. Esa derrota llevaba consigo la negación radical de la España moderna que había ido creciendo desde la Restauración durante medio siglo de un despliegue nacional cuyo ritmo, visto en perspectiva, resulta impresionante. Se trataba ahora de anular ese crecimiento, de suprimir —suprimir, sí— a la España moderna, o sea —en el lenguaje del régimen triunfante— a la anti-España. Y no eran, por cierto, intenciones secretas, sino un programa repetido una y otra vez con la mayor claridad por los portavoces de la derecha : España tenía que reintegrarse a las condiciones de la Contrarreforma, para decirlo con su verdadero nombre en una sola palabra ; y no habrá que recalcar la participación que cupo a la Iglesia en la formulación de este propósito y en los esfuerzos por llevarlo a cabo. Acerca de esto nadie tenía derecho a engañarse ; y me permitirá Dionisio Ridruejo calificar de infundada la desilusión que en su artículo declara a nombre de aquellos falangistas que « imbuídos inicialmente de un celo revolucionario de renovación social, se dan cuenta ahora de haber servido como peones a una causa conservadora ». Ellos habían aportado, con su atuendo, una sombra de verosimilitud a la fraseología hueca de la España imperial para completar y adornar el cuadro ; y, por otra parte, las elecciones de 1936 acababan de darles la medida exacta de su falta de arraigo en el país. Grupito mínimo, aunque activísimo, al aliarse con las verdaderas falanges de la reacción clerical, no podían esperar mejor suerte que los gajes obtenidos, ni otro papel sino el muy siniestro que asumieron en la retaguardia.

Se trataba —repetimos— de aniquilar, nada menos que aniquilar, a la España moderna ; y Ridruejo no disimula el hecho. « La guerra —dice— fue liquidada mediante una represión de volumen incalculable... » « Los supervivientes de aquella desmesurada represión —añade—, los que sufrieron penas de prisión o medidas de depuración administrativa o profesional quedaron —y

muchos siguen aún— en situación legal y social disminuída. Lo cual significaba que a su vez, los otros, los legales, gozaban y siguen gozando de situación legal y social privilegiada. Ello quiere decir que —a pesar de las numerosas excepciones impuestas por la negligencia del ambiente y la acomodación— la partición real entre vencedores y vencidos sigue estando vigente. »

Estos vencidos —los parias, los réprobos— son, claro está, los remanentes de la anti-España (y sus hijos, pues el sambenito es hereditario) ; son, quienes negándose a la imagen estereotipada de una España inalterable, quisieron, y quieren, vivir en el mundo como españoles ; como españoles, pero en el mundo ; son, en fin, la multitud del pueblo, opuesta a ese estancamiento fatal que desde el comienzo fue la política del régimen.

Cuantas veces oigo celebrar como un raro mérito de su caudillo el de haber sabido mantener a España al margen de la guerra mundial, el elogio suena en mis oídos a ironía. ¡Típica hazaña, por cierto! Para sustraerse al compromiso y dejar en la estacada a las potencias que lo habían instalado en el poder, no había mejor procedimiento que hacerse el muerto ; darse a ellas como un peso muerto. Pero para ésto, más que habilidad, lo que hacía falta era, simplemente, atenerse a la vocación de muerte (« ¡Viva la muerte! ») a que el régimen responde, empleando una calculada inercia, la mera resistencia pasiva, hasta conseguir que España quedara por fin otra vez fuera de circulación. Si el propio Hitler había optado por evitarse los enojos de cobrar su deuda a quien se pretendía insolvente, y se conformó con monedas sueltas tales como la División Azul, después de él, las democracias tanto como la Unión soviética, triunfadoras, se abstendrían muy deliberadamente, aunque cada cual por sus propios motivos. de tocar a la situación española. Para felicidad de las potencias, España había vuelto al limbo ; España no creaba problemas. Y así, hasta hoy.

Futilidad de la utopía conservadora

¿No crea problemas España? Antes he designado como regresión a un pasado utópico la que el régimen franquista ha impuesto al país. El ideal de ese régimen consiste en una utopía tradicionalista cuyo modelo es la Contrarreforma, tal como se pintan ésta en la imaginación sus titulares y sostenedores. Pero si la Contrarreforma misma, en su tiempo y sazón, no pudo impedir que entraran en el país semillas de modernidad, aunque suelo cultural tan inadecuado les permitiera sólo un desarrollo precario y raquítico, menos podía lograr ahora el régimen franquista, con un imperio de baratija, aislar a España del mundo contemporáneo.

De cómo la ha afectado el despliegue, en verdad asombroso, de la Europa de postguerra y del planeta entero, sobre todo en cuanto se refiere al orden de la economía, el *report* de *Atlantic Monthly* ofrece un esquema, aunque muy sumario, bastante exacto en sus datos y apreciaciones. De aquéllos, interesa destacar el hecho de haberse visto obligado el gobierno de Franco a liberalizar, en etapas sucesivas y de mala gana, la economía. Cada uno de sus pasos en tal sentido vino forzado por condiciones precarias que lo hacían indispensable. « A pesar de la entrada de España en la Organización de Cooperación Económica Europea en 1959 y de la fuerte ayuda obtenida de entidades internacionales y del gobierno de Estados Unidos para lanzar un programa de estabilización, esas anomalías de la economía española no han desaparecido todavía », escribe el periódico refiriéndose a las que derivan del control oficial. Y en otros párrafos insiste sobre la resistencia del régimen a introducir las reformas exigidas, calificando de « victoria de los modernizadores » el programa de estabilización que evitó la bancarrota del país.

No es difícil explicarse esa resistencia : el régimen percibe claramente que la liberalización de la economía socava sus cimientos. La dictadura está fundada, por una parte, sobre la represión implacable de cualquier actividad opositora, inmediatamente caracterizada de subversiva, roja, comunista ; por otra parte, sobre el control de la economía a través del aparato burocrático, que confiere a quienes detentan el poder público la facultad de permitir y promover, o de impedir, cualquier actividad lucrativa de los particulares ; y ambos re-

cursos son bastante correlativos. Para un régimen que se define por la división entre vencedores y vencidos resultan indispensables ambos medios de control : necesita mantener aterrorizados a sus adversarios, y asegurarse la lealtad de sus secuaces mediante una economía monopolizada en forma totalitaria. Liberalizar ésta equivale a desprenderse del instrumento que mantiene la cohesión política en torno al dictador.

No otra cosa es lo que ha empezado a ocurrir en España. Las reformas impuestas por exigencia de la cooperación económica internacional, a las que el gobierno se ha visto forzado a acceder siquiera en el mínimo indispensable y con toda clase de regateos, pudieron salvarlo en la emergencia, pero han sellado su suerte para un plazo no demasiado largo. Con tal de subsistir, se ha sometido a una operación que altera irreparablemente su equilibrio interno y lo priva de un esencialísimo órgano de presión política. Por otra parte, el proceso iniciado no consiente interrupción ya. Pensemos que, situada en la orla de una Europa que crece fabulosamente, España necesita integrar en ella su economía, so pena de sucumbir. Tratárase de otro tipo de gobierno más flexible, y podría contarse siempre con la eventualidad de una evolución que lo adaptara a las nuevas condiciones económico-sociales creadas por esa necesidad vital ; pero el régimen español es rígido por esencia, y dichas condiciones nuevas son su negación misma. Para empezar, está organizado como una dictadura personal donde falta hasta el dispositivo adecuado para proveer una continuidad en el mando. La pregunta : « Después de Franco, ¿qué? », tan generalizada, refleja esta situación mejor que pudieran hacerlo las descripciones más cumplidas. El dictador ha conseguido, en efecto, mediante la contraposición y neutralización de los diversos grupos coligados bajo su jefatura en la guerra civil, desvirtuar uno tras otro a cuantos pudieran desafiar su poder, desacreditarlos y emascularlos hasta convertir en realidad lo que comenzó siendo un mero truco de propaganda : la disyuntiva entre él, Franco, o si no, el comunismo.

Y en este punto nos encontramos. Punto peligrosísimo cuando, como ahora ocurre, se aproxima ya la crisis del régimen.

La crisis en perspectiva

Sin que nadie vea la salida —y esto es lo grave, esto es lo angustioso—, se tiene sin embargo la sensación clara de que, de un modo u otro, el gobierno franquista vive sus postrimerías. Las transformaciones forzadas que el tiempo ha traído sin que él pueda impedirlo (no sólo aquellas reformas económicas aludidas antes, sino también cambios menos espectaculares, pero bastante profundos en el seno de la sociedad), conjugadas con ciertas previsibles variaciones en la constelación internacional de poderes, crean la conciencia de que la caída de Franco se hace inevitable y es quizás inminente, conciencia cargada con esa preocupación de la que es síntoma, entre tantísimos otros, el suplemento de *Atlantic* a que se refieren mis comentarios.

Se teme, y con toda razón, que, de no hacer nada para prevenirlo, cuando súbitamente (incluso por un eventual fallecimiento) desaparezca esa clave de bóveda que es Franco y todo el edificio se desmorone, entrarán en actividad —a expensas del país, pero aprovechando sus justificados rencores— los agentes del poder soviético, y harán buena la disyuntiva creada por la propaganda y por la política franquista. El caso de Cuba ha venido a iluminar esta perspectiva con luces tan vivas que nadie puede ignorarla.

Mas no esperemos que la admonición sirva de escarmiento, ni que las democracias tomen la iniciativa ni aventuren paso alguno para promover un cambio de régimen en España, anticipando con ello problemas que ningún gobernante desea crearse. Más probable es que, por el contrario, cedan a la comodidad de posponerlos mediante un apoyo reforzado al régimen. Después de todo, saben —como lo sabe también Rusia— que, a menos de afrontar la guerra atómica temida por unos y otros, en España no ha de *instalarse* un régimen comunista (y aquí está la falacia que la disyuntiva de Franco envuelve), por análogas razones que no se instaló un régimen anticomunista en Hungría ; las potencias occidentales lo impedirían por los medios que hiciera falta. Lo cual no obsta, es claro, para que la Unión soviética juegue en la Península, como la está jugando en Cuba, una

carta de la que sólo puede prometerse ventajas, y que use como diversión estratégica la oportunidad que le ofrezcan los españoles, como usa la que le han ofrecido los cubanos. Diversión, juego, del que España pagará los gastos, sin que a nadie le importe demasiado.

Nos importa a nosotros, a los españoles mismos ; y en definitiva sólo de los españoles dependerá el que, en lugar de un período de perturbaciones agudas e incalculables sufrimientos, y más ruina, y vuelta otra vez a un gobierno dictatorial, el absurdo régimen franquista sea sustituído por un sistema decoroso y viable, que restituya el país a las condiciones de nuestro tiempo y lo reintegre en la comunidad de los pueblos occidentales, respecto de la cual se está convirtiendo en mera colonia. Creo que, en los movimientos conducentes a tal fin, puede contarse al menos con la simpatía, tal vez con algún leve apoyo exterior ; pero que fundamentalmente es tarea de los españoles. De gentes lúcidas y espiritualmente sanas, como Dionisio Ridruejo y tantos otros, de todas las gentes de buena fe, dependerá el que, todavía en esta hora penúltima, pueda evitarse la catástrofe, previniendo heridas cuya curación sería luego harto difícil.

Para esto, lo primero es enfrentar los hechos tal cual son, sin ilusionismos de ninguna especie, pero también sin que produzca desmayo su mal cariz.

El camino practicable

En su artículo, apunta Ridruejo de pasada a la actual apatía política del pueblo español, fenómeno que se explica por sí mismo. Si se consideran sus condiciones de vida colectiva sobre el telón de fondo de las experiencias sufridas, no será razonable reprocharles a los españoles su escepticismo, su apatía. Ni ¿qué otra actitud cabe en una sociedad dividida entre vencedores y vencidos? Apatía política, bajo cuya apariencia se oculta una mezcla explosiva de miedo, recelo y odio.

Que el régimen no permite (ni puede, por su propia índole, permitirla) oposición activa de ninguna clase, nadie lo sabe mejor que Ridruejo mismo, quien, a pesar de sus antecedentes, ya dio con sus huesos en la cárcel. ¿Para qué engañarse? : católicos liberales, socialistas, y cuantos él menciona como grupos de una posible conjunción opositora, no estarían jamás en condiciones de llevar adelante un ataque frontal. Mientras se encuentre en pie, el régimen no ha de consentir su fortalecimiento ; y cuando se desmorone, ya será demasiado tarde. Otras tácticas desviadas y, por serlo, más eficaces, son las que convienen a la situación ; tácticas que, de otra parte, no serían grupos de denominación política, sino grupos de intereses los llamados a aplicarlas. Sé muy bien que lo que digo sonará a escandaloso en muchos oídos ; pero como me parece cierto, no dejaré de decirlo. Vivimos en un tiempo en que las viejas formulaciones ideológicas se han vaciado de contenido, es decir, han quedado desvinculadas de intereses sociales efectivos. Podrá gustar o no, pero así es. Y hasta diría yo que a la apatía política reprochada por Ridruejo al pueblo español concurre, junto a las causas específicas aludidas, esa indiferencia ideológica que es rasgo común en el mundo contemporáneo, y que se advierte también en la sociedad española, cuyas nuevas generaciones —no obstante el empeño oficial de mantener el aislamiento— sintonizan bastante con las de los demás países.

La aseveración con que Aranguren se opone a la idea de un partido católico, el cual sería anacrónico porque « la gente ya no lucha más por causas espirituales, sino por intereses materiales », tiene un alcance general. Si la aceptamos, debemos aceptarla en toda su amplitud, y reconocer que las posiciones doctrinales de los partidos históricos, en cuanto conllevan una particular visión del mundo y de la vida, no engranan para nada con la realidad social, económica y tecnológica, esencialmente flúida, de este mundo en que ahora vivimos. Proclamarse socialista es hoy día —confesémoslo— algo tan carente de sentido como declararse políticamente católico ; no implica, en el fondo, nada. Los conservadores británicos mantuvieron todas las reformas sociales implantadas antes por los laboristas (quienes, no lo olvidemos, habían sostenido por su parte a Franco, que se tambaleaba, cuando llegaron al poder en 1945); y ¿qué más socialistas son a la fecha los

socialdemócratas alemanes, que los católicos gobernantes del país?

En España, mucho temo que el arsenal ideológico de una coalición socialista, democrática y católico-liberal resultaría irrisorio frente al empuje de los comunistas, quienes emplean el suyo como un mero instrumento al servicio de intereses tan reales como son los del poder soviético. Aquellas denominaciones políticas, o no serían sino la expresión vaga y vagamente modulada de un descontento muy concreto (el que todo hombre de bien ha de sentir frente al régimen absurdo y degradante de España), en cuyo caso sólo prestarían alguna utilidad en la fase opositora, haciéndose embarazosas y comprometedoras luego, o en otro caso, si expresaran convicciones sinceramente sentidas y adoptadas, constituirían un lamentable anacronismo. Bien está que los partidos preexistentes en Europa, conservadores y laboristas, socialdemócratas y socialcristianos, etcétera, conserven sus denominaciones, apenas con el valor de simples nombres, mientras se aplican con unanimidad casi completa a fomentar un desarrollo económico-social que rápidamente altera la faz del planeta ; pero no se ve qué ventaja tendría, en la tabla rasa que es políticamente España, galvanizar partidos veteranos después de un cuarto de siglo, o imitarlos con otros nuevos cuya ideología o fraseología no podría corresponder a su programa real, porque no corresponde a la realidad del mundo contemporáneo. Todo lo que sea resucitar viejos planteamientos y revivir viejas querellas de un pasado más remoto en los hechos que en las fechas, sólo puede contribuir al desconcierto ; y éste, a su vez, a los fines de quienes, en la actual competencia de poderes, combaten al Occidente.

Así, pues, ni para derribar al régimen franquista, ni para sustituirlo cuando caiga, parecería ser ese el camino más adecuado. ¿Cuál podría serlo, en cambio?

Por lo pronto, se impone la conveniencia de acentuar el tipo de presiones que han conducido ya hacia una relativa y todavía muy deficiente liberalización de la economía, cuyos efectos políticos no pueden ser otros sino desmontar la estructura básica del régimen. Es éste un movimiento practicable, y abocado al buen éxito, porque en vano intentaría el gobierno resistir a la urgencia de acoplar a España en la economía del Mercado Común Europeo, o del Occidente en general ; y es un movimiento que deben llevar adelante, con lúcida determinación, aquellos grupos de intereses para quienes resulta vital que España salga del estancamiento en que se encuentra. Refiriéndose a la fase anterior, escribe el *report* del *Atlantic* que « el pueblo español estaba mostrando creciente alarma ante la ausencia de España de los programas de cooperación europea. El gobierno había autorizado la creación de grupos proeuropeos, y aun cuando prohibía sus reuniones de tiempo en tiempo, no pudo impedirles ejercer cierta presión política. Cuando, en diciembre de 1958, se introdujo la convertibilidad libre de las monedas europeas, la reacción de la opinión pública española fue tan fuerte que el gobierno se vio obligado a consultar con las cámaras de comercio y otros organismos, algunos de ellos controlados por el Estado. Sus réplicas no dejaron duda acerca de que los jefes españoles de industria estaban a favor de un cambio de política económica ». Y concluye, refiriéndose por último a lo presente y lo futuro : « En la economía de hoy las regulaciones autoritarias del período de postguerra han sido abolidas, pero no se ha permitido que las sustituyan las fuerzas ordinarias del mercado libre. La dirección de la economía carece hasta ahora de métodos eficaces. Aun así, la situación económica está por fin mejorando rápidamente, y los españoles confían en las organizaciones internacionales para que les ayuden en su progreso hacia una economía más racional. Pero tendrán que depender de ellos mismos para eliminar la política fiscal que ha convertido al que fuera orgulloso imperio español en una economía decadente. »

¿Cómo podría el gobierno contrarrestar esa clase de esfuerzos que, sin embargo, han de ser fatales para él? A una oposición política socialista, católica y liberal puede reprimírsela bajo la alegación de « comunismo disfrazado » ; pero no es verosímil que nadie sea encarcelado por reclamar medidas económicas sensatas y objetivamente indispensables, tanto más, cuanto que tales reclamaciones suelen instrumentarse a través de entidades nacionales e internacionales

cuyo objetivo no es político, sino que pretenden más bien remodelar la estructura económica del país con miras a su expansión. Como esta expansión es un primer paso para superar la miseria de los pobres, creando así el supuesto de una democracia viable, lo que a los impacientes quizás les parezca poco, significa en verdad echar las bases del régimen de libertad que ha de suplantar a la actual dictadura.

La transición

Ésta, ya lo hemos visto, es un callejón sin salida. El régimen no tiene posibilidades de evolución, identificado como se encuentra con el mando personal de su caudillo. Llegará, pues, un momento —y acaso este ya muy cerca— en que el desequilibrio entre los desarrollos internos y exteriores por una parte, y por otra la condición irreductible de ese régimen, determinen su caída. Entonces se habrá hecho aguda, perentoria, la cuestión de cómo desplazarlo y sustituirlo.

La primera fórmula que acude a todas las mientes (entre otras cosas, porque el régimen la ha reconocido, siquiera de labios afuera, como sucesora suya —o mejor, continuadora— para el caso de que Franco desaparezca) es, desde luego, la monarquía. Pero no perdamos de vista que él mismo ha desacreditado esta solución, en la que un día pudieron confiar los españoles, y lo ha hecho con deliberación muy elaborada, por lo mismo que constituía para su régimen una amenaza más efectiva que cualquier otra. De hecho, todos los españoles hubiéramos sido monárquicos « geográficos » si, en varias ocasiones, pero sobre todo en 1945, el pretendiente a la corona hubiera querido tomarse el mínimo riesgo de insinuar siquiera un solo gesto gallardo. No lo hizo ; no movió ni un dedo para ayudarse a sí mismo, y se dejó embalsamar en calidad de presunto heredero de Franco, a la espera de que el ejército, como único recurso, lo llamara a ocupar el trono vacante. Es lo que piensa Ridruejo que ocurrirá. Y ocurriría muy probablemente si, por ventura, mañana se acordara Dios de su siervo. Sólo que, entonces sin arraigo, y sin haberse ganado en el interín prestigio alguno, resultaría recurso tan transitorio como la propia junta militar que hubiera podido constituirse para transmitir el poder.

No comparto yo de ningún modo la prevención que Ridruejo muestra contra el ejército. Es muy exacto, en su brevedad, el análisis que hace él de la mentalidad militar ; pero sospecho que su actitud antimilitarista no sea sino reliquia de situaciones histórico-sociales caducas ya. Incluso diría que cuando él escribe que para el ejército « es relativamente indiferente lo que hay que hacer y las ideas que informan eso que hay que hacer. Lo importante es cómo se hace : si se hace lo que sea —la más audaz de las reformas— desde arriba, como obra de la autoridad y sin desorden público, bien hecho está. Pero la subversión física del orden no puede tolerarse. Para este militar medio todo es cuestión de « mano firme » y, supuesta esa mano, todo conflicto o problema puede ser resuelto por alguna fórmula concreta » ; cuando escribe eso, diría yo que sin proponérselo, está haciendo la apología del ejército como el órgano de poder que mejor se ajusta a los requerimientos de la situación cuya perspectiva consideramos.

Ha pasado ya, en efecto, aquella época en que una burguesía incipiente, en lucha contra el orden aristocrático de la monarquía absoluta, podía desafiar en la calle al poder público, porque las pequeñas unidades económicas de iniciativa individual eran capaces de sobrevivir al desorden y aun beneficiarse de él eventualmente : ha pasado la época de las barricadas. La estructura de la economía actual, erigida sobre el esqueleto de la tecnología moderna, es tan compleja y trabada que cualquier perturbación le inflige daños incalculables ; un desorden prolongado significa para ella el colapso, y éste, una catástrofe para el país entero. En realidad, sólo los comunistas pueden desear para España un período de agitaciones político-sociales ; y esto —entiéndase bien— no como prólogo al establecimiento de un régimen comunista (pues si de eso se tratara, a la fecha de hoy se implantaría con mano de hierro —regulaciones muy estrictas y el desajuste mínimo indispensable—, como se ha implantado en Polonia, en Checoeslovaquia, en Hungría), sino al único efecto de abrir una lla-

ga viva en el costado del Occidente, y debilitarlo. El ejemplo de Cuba puede ser muy ilustrativo. Si los soviéticos creyeran en la posibilidad de establecer ahí, en esa isla, una base permanente, es claro que la política del gobierno títere de Fidel Castro, en lugar de aplicarse a la destrucción sistemática y a provocar a Estados Unidos con la finalidad visible de procurarle a Rusia una excelente baza en sus negociaciones próximas, se hubiera dirigido a organizar en el mayor silencio un nuevo orden permanente. No ésto, sino dejar sembradas para lo futuro simientes de rencor en un terreno de miseria, es lo que se propone ; y su mayor triunfo sería sucumbir a manos de una intervención armada que evidenciara ante Hispanoamérica el imperialismo yanki.

Cosa análoga ocurriría en España. Si en 1945 se abstuvo Rusia de exigir, como hubiera podido, a sus aliados la eliminación de un gobierno que había enviado contra ella la División Azul (caso en el que España sería hoy una democracia a la par de Italia o Alemania), fue con miras a esta posibilidad cuyo cumplimiento se acerca ahora. Nadie duda, creo yo, y menos Rusia misma, que la NATO vaya a consentirle instalarse en la Península ibérica. Pero no se trataría de eso, por el momento, sino —como digo— de provocar un absceso en el cuerpo del Occidente, debilitándolo ; esta vez, a expensas del pueblo español.

Por otro lado, si el desorden político-social beneficiaría exclusivamente a la estrategia soviética, hemos de tener en cuenta que en nuestros días la técnica del gobierno y administración ha progresado hasta el punto de que, mediante reformas tributarias y demás recursos de autoridad, puede transformarse de arriba abajo la estructura económico-social de un país, rápida e incruentamente y con mayor radicalismo, si hace falta (y en España, hace falta), que a través de las vicisitudes de una revolución sangrienta además de ruinosa.

Esa transformación es el supuesto necesario para que la democracia funcione en una nación que hasta ahora sigue estando dividida en vencedores y vencidos ; pero su ejecución misma tiene que coordinarse con el proceso democratizador. Quiero advertir que no estoy postulando una reestructuración de la sociedad española desde la *Gaceta,* sino una serie de medidas cuyos efectos favorezcan el desarrollo económico-social hacia la libertad responsable en que el ejercicio democrático consiste. Y ¿con qué otra fuerza organizada podría contarse para llevar a la práctica ese programa, si no es con el ejército? El ejército, como toda entidad colectiva, está formado por hombres de muy diversas cualidades y disposiciones. Admitamos que, por su espíritu de cuerpo, tienda a considerarse como la garantía del orden público ; hemos de admitir también, según lo hace Ridruejo, que, bajo la condición de que el orden se mantenga, el ejército puede respaldar gobiernos de orientación muy progresiva, y regímenes democráticos. La lección que nos dan Argentina, Venezuela y Colombia, donde el ejército derrocó a los respectivos dictadores militares, y sostiene hoy el orden democrático con toda energía contra reaccionarios y comunistas, no puede ser más estimulante.

Lo que no cabe esperar es que el ejército simpatice con un panorama político de tipo congoleño, ni pretender tampoco que infunda al gobierno una sustancia o le preste un programa que él mismo no tiene, ni tiene por qué tener. Este programa, elaborado por gentes responsables en estrecha coordinación con los intereses políticos y económicos del Occidente —¡España está en Europa, en el mundo!— para llevar a cabo una enérgica liberalización y democratización del país (lo que Ridruejo llama « la más audaz de las reformas »), en contraste con la calamidad que representa para España la perduración del régimen actual, persuadiría sin duda al ejército —el cual, por su parte, encontraría ahí la oportunidad de engarzar funcionalmente, y no como una desdichada fuerza « nativa », con los de la NATO—, mucho más de lo que puedan convencerlo las frivolidades monárquicas, las verbalizaciones socialistas, o los sentimientos piadosos de algunos pocos clérigos reminiscentes de Cristo.

MARIA ZAMBRANO

Carta sobre el exilio

Toda carta tiene un destinatario, cuya presencia lejana o próxima posee la virtud de hacer que se deshiele el silencio, ese silencio que llega a ser a veces como una mortaja ; entonces el escribir a ese amigo nos devuelve a la vida. Y existe también el destinatario que despierta al que desde tiempo yace en un silencio como el que se padece en sueños ; entonces al despertar se recobra la palabra y con ella la libertad. Ese que nos despierta no es necesariamente un amigo ; puede ser hasta lo contrario.

Existe también la carta que viene a ser como la pieza de un proceso, de esos que la historia —la grande y la pequeña— levanta, la historia que puede asentarse en la propia conciencia ; es la carta que con uno u otro título escribe el que se siente juzgado, llamado a dar cuentas.

El destinatario de esta carta es todo eso y aún algo más, alguien más. Pues que el exiliado —de tanto tiempo ya— se ha ido encontrando entre los más diversos planos de la vida histórica, subhistórica y privada. Ha conocido todo : desde el ser considerado como héroe, un héroe superviviente, hasta el desprecio con que ciertas conciencias reaccionan ante la presencia viva de un enigma : desde la hostilidad declarada hasta la adhesión, esa con que algunas conciencias se sienten rescatadas y que envuelve naturalmente la exigencia de que siga así siempre, como se pide al que nos salva de algo. Un héroe, o sea un ser incomprensible y despreciable —para no haberlo de comprender—, un salvador... Y en medio y alrededor todos los grados de la curiosidad, de la simpatía, de la indiferencia, del recelo. Pocas situaciones hay como la del exilio para que se presenten como en un rito iniciático las pruebas de la condición humana. Tal si se estuviese cumpliendo la iniciación de ser hombre.

Recae, pues, en pleno sobre el exiliado toda la ambigüedad de la condición humana ; la asume o se la hacen asumir los demás, todos. Y así, si hubiera de responder a todos los que le han interrogado, tendría que ir pasando por todo eso que le han atribuído ser ; tendría que entrar en cada uno de esos personajes y contestar, decir... la verdad que está viviendo. Lo que dejaría a esos personajes en lo que son : máscaras. Máscaras creadas por la situación del que encuentra en su camino al exiliado —pues el exiliado es siempre él, el encontrado y alguna vez descubierto— ; o máscaras inventadas por algún conflicto de conciencia, por algún inconfesado remordimiento o por algún pánico de los que acometen al que no ha perdido su herencia, al que tiene un « estar ».

Ir respondiendo desde cada una de esas máscaras sería para el exiliado volver a recorrer el camino ya hecho ; el camino en el que, por extraño que parezca, no se ha ido cargando de razón, sino despojándose de sinrazón, que no es lo mismo. Cargarse de razón y de razones es cosa fácil para el exiliado, pues la vía de la justificación es la que inmediatamente se abre como salida de la ambigüedad. Y no sólo una vía, sino propiamente una vía triunfal, esa por donde desfilan los justificados que así se separan del resto de los mortales. Era lo que

esperaban y temían de nosotros todos los aludidos y otros expresamente omitidos hasta ahora : los que ocasionaron nuestro exilio. Pero no.

Nuestro silencio, el silencio de los exiliados, que tan poco han hablado del exilio habiéndolo podido hacer tanto, muestra que no se ha seguido la vía de la justificación, por la que se desfila armado de resplandecientes razones, sino esa otra que no parecía ser vía siquiera : la de irse despojando de sinrazones y hasta de razones, de voluntad y de proyectos. Ir despojándose cada vez más de todo eso para quedarse desnudo y desencarnado ; tan solo y hundido en sí mismo y al par a la intemperie, como uno que está naciendo ; naciendo y muriendo al mismo tiempo, mientras sigue la vida. La vida que le dejaron sin que él tuviera culpa de ello ; toda la vida y el mundo, pero sin lugar en él, habiendo de vivir sin poder acabar de estar, cosa tan necesaria. El estar moviéndose sin poder apenas actuar : el que mora al par en una cueva, como el que nace, y en el desierto, como el que va a morir.

Y así, la primera respuesta a esa pregunta formulada o tácita de por qué se es un exiliado es simplemente ésta : porque me dejaron la vida, o con mayor precisión : porque me dejaron en la vida.

La respuesta, la misma que tendría que dar a quien le preguntase, que por qué es hombre o que por qué ha nacido, si fuera encontrado un día sobre las aguas o arrojado por las ondas, ofrecido por ellas como un extraño ser salvado de algún naufragio o superviviente de alguna isla sumergida : algo que el abismo de la muerte se ha negado a tragar y la vida lleva y sostiene. Y así, el exiliado está ahí como si naciera, sin más última, metafísica, justificación que ésa: tener que nacer como rechazado de la muerte, como superviviente ; se siente, pues, casi del todo inocente, puesto que ¿qué remedio tiene sino nacer? Esto está más allá y sobre toda razón justificante.

Y el rito del nacimiento —presentación y ofrecimiento— se cumple, al menos en el ánimo del exiliado, que se siente así : ofrecido.

Ese sentir es el más alejado de lo heroico. Pues si heroísmo hubo y hasta puede seguir habiendo aún —ya que está naciendo huérfano de patria y amparo—, si tiene que llegar por fuerza hasta lo heroico para sostenerse en este estado naciente, no lo puede tener en cuenta, ni darle importancia alguna. Y al pasado, menos todavía, ya que si se hubiera quedado en héroe hubiera tenido que inventar, consciente y deliberadamente, nuevas hazañas. No han dejado algunos de realizarlas, pero anónimamente y sin identificarse con ello, *sin vivir de ello*, como sucedió a los que tantas hazañas heroicas cumplieron en la historia que siguió a la suya y que se escribirá sin ellos. Y esta vez, la historia los dejó más desnudos aún de lo que habían salido de su patria.

Así el exiliado, incluso habiendo cumplido acciones heroicas en una historia en la que se vio comprometido por ocasión y por vocación, no ha cristalizado en héroe. Y si lo ha de ser en su vida individual, por no tener otro remedio, tampoco se define por ello. La historia, o más bien quienes al parecer la dirigen, no se lo han consentido en ningún caso. Y él tampoco.

Lo cual es profundamente coherente con lo que sucedió allá, cuando el exiliado todavía no lo era, en la guerra civil, en la que nadie —o apenas nadie— se creyó héroe, habiéndolo sido tantos, quizás todos, de una u otra manera. Una extraña guerra con héroes sin pasión de heroísmo. El que sucediera así determinaba ya esa también un tanto extraña vía seguida por el exiliado de irse despojando de todo, quedándose cada vez más solo en la vida, sostenido por ella, ofrecido por ella.

Toda ofrenda ha de depositarse en algo, ante algo. Pues se trata de un ser que sólo entregado se cumple, y mientras tanto, tiende a ello en una tensión que linda con lo insoportable. ¿A dónde irá a depositarse, a dónde que sea aceptado y aun devorado, si el serlo fuese la forma de la aceptación? De este modo se siente suspendido más que en la vida, sobre ella, dado como en prenda de algo. Como la prenda que alguna cosa —de la historia— tiene que pagar a otra. Una prenda que lo es siempre da algo así como una certidumbre. Un pago también de una deuda diferida, una deuda que no es posible pagar por el instante. Mientras tanto, cuando se trata de un ser humano, es él quien está pagando.

Esta conclusión es lógica con el camino

elegido por el exiliado español de no cargarse de razón, y en lugar de desplegar todas las razones que tiene y tuvo desde un principio, irlas dejando a sí mismas, a su propio curso para que brillen por sí mientras él se va quedando reducido a... lo irreductible : a la verdad de su ser, de su-ser-así, despojado de todo, de razón y de justificación. Esto es lo más cercano a la inocencia.

Y claro está, nadie lo entiende. Nadie o casi nadie entiende —ni él mismo, en principio— que se haya reducido a eso que por acercarse tanto a la inocencia viene a ser casi invisible, como el « Niño de Vallecas » de Velázquez, que cuando alguien repara en él procura no verlo o verlo como si no lo viera. Pues ¿qué hace?, ¿qué hace ahí que ni siquiera se sabe dónde está? Está en el lugar sin nombre donde han estado siempre todos los dejados, por siglos a veces, para que alguien los recoja ; alguien determinado en un momento preciso y no en otro. O como el examinando en espera de ser llamado para responder a una pregunta, una, que sólo él se sabe. O para entregar algo que tiene entre las manos y que no se puede perder. Y está así, embebido en paz y sosiego infinito, en un indecible olvido, porque no se ha quedado para que lo salven a él —porque él tenga que ser salvado—, sino para que quien lo recoja en el momento en que deba ser, reciba algo que sólo él tiene. Y si algo espera es remitir, remitir este algo precioso, único, sin remitirse a sí mismo. En cambio el cargado de razón, el justificado, tiene que remitirse a sí mismo cuando le llegue la hora.

Es el que, a fuerza de penas y de trabajos, de renuncia, parece haberse salido de la historia y está en su orilla. Y eso, la impresión que produce, es la de ser lo pasado ; un pasado que se ha quedado quieto, que es pura presencia como la del « Niño de Vallecas », que parece la imagen misma de lo pasado, de lo pasado puro. Pero que no pasa, que está ahí, misteriosamente detenido y sin pedir que le den nada. Su actitud y su gesto son los del que va a romper a hablar, tanto que se le oye la voz ; tanto que puede ser también una imagen de la voz, de la misma que acude de la garganta a los labios entreabiertos. La imagen del hombre en ese indiscernible instante entre la voz y la palabra ; voz que corresponde a la palabra que sale del llanto o que sale de él, ya limpia. La voz del que ha renunciado al llanto y se le ha bajado desde los ojos abiertos, tan abiertos por eso al alma como una lluvia, no del cielo, pero sí de los ojos que están mirando al cielo. Y esta voz es la de la diafanidad.

Es la presencia de una voz inaudible ; la del exiliado también inaudible ; la voz para decir las palabras concebidas diáfanamente, es decir, sin carga de pasión alguna. Así como la verdad, la más pura y verdadera, no aparece cargada de razón, la voz que le corresponde está libre de pasión. O más bien de razones y de pasiones, que la razón y la pasión puras se identifican con la verdad. Y esa verdad, esa palabra diáfana, está ahí con él, en su presencia ; la tiene consigo, es la prenda que un día dará, que se desprenderá de él sin violencia, de la misma manera que él se ha desprendido de todos sus ropajes y figuras, incluso de las más legítimas.

Se ha quedado ahí, detenido sin reposar, en un lugar que ni lo envuelve ni lo sostiene, en ese misterioso lugar donde aparecen los « tontos » de Velázquez, y Ginés, el actor. Y todos ellos coinciden además en tener voz, al borde de la palabra, como si hubieran llegado a identificarse con ella de tal manera que ya fueran ellos mismos palabra, cual una verdad con su voz. Una palabra, una verdad, sólo eso. La palabra y la verdad en la que la historia que ellos han padecido y hecho, también la anterior, la historia de España, se hubiera ido reduciendo. Que la historia, al fin, si tiene sentido se ha de ir consumiendo y consumando en palabra de verdad, sacada, exprimida de todas sus razones y sinrazones.

Para llegar a quedarse en eso, en estar más cerca de ser criatura de la verdad que personaje de la historia, cuánto desvivirse y deshacerse ha sido necesario, cuánto padecer interrogaciones sin respuestas y tener que sufrir, en cambio, preguntas como saetas disparadas desde los lugares más variados. Cuánta esperanza extinguida y mortal abandono...

Pero ahora ya apenas al exiliado se le pregunta nada. Desde los más diversos y aun encontrados lugares surge una voz que con diversos tonos, según el sentir que la

inspire, le dice simplemente : ¿Qué haces todavía ahí, qué estás haciendo? Lo que tendrías que hacer es volver. Es decir : sal de ahí, de ese imposible lugar donde estás, y vuelve. Y claro está que lo más importante en el ánimo de quienes lo dicen, tan unánimemente, debe de ser, lo primero, que deje el exiliado el lugar donde está : *que deje de ser exiliado*. Y para ello, el único camino es volver a su patria : des-exiliarse. Sí, no es juego de palabras : des-exiliarse, que no es lo mismo que si simplemente nos dijeran « vuelvan » o « vengan ». Y más todavía si nos llamaran por nuestro nombre. Me refiero, naturalmente, a los que están allí, en España.

Pero aún más significativa es la variación que se advierte ahora —desde hace ya algún tiempo— respecto a lo que se nos decía en un primer momento, cuando se dieron cuenta, sobre todo los entonces jóvenes, de la ausencia del exiliado. Entonces se sentía nuestra falta y por ello a veces se nos veía en falta, como si fuera obstinación nuestra el no volver. Se trataba entonces de eso, de que regresáramos, y se nos sabía en un lugar determinado, (no me refiero al país en que estuviese el exiliado en cuestión, sino a que el lugar llamado exilio existía entonces para ellos, los que nos echaban de menos y creo que, desde luego, para todos los demás : los indiferentes y los que celebraban nuestra ausencia para ocupar su puesto, sin más). Pero no se trata de ellos en esta carta, ni de los de entonces, ni de los de ahora. Pues que queremos apresar el conflicto puro, y esto sólo se puede hacer mirando a las gentes de buena fe entera.

En ese momento —digo—, que se puede señalar como el que fue nombrado « fin de l'espoir », se nos llamaba o se nos echaba de menos. Ahora, en realidad, se nos llama ante todo a salir del exilio hasta el punto de casi ignorarlo, olvidarlo o desconocerlo. Ahora ya ni siquiera estamos en el exilio ; estamos, debemos de estar « por ahí », no se sabe en qué lugar. Pues al no saberse en qué lugar, no es necesario preguntarse por qué, aunque el porqué estamos ahí donde estamos sí deben preguntarlo y preguntárnoslo « in mente », en esa forma en que se pregunta al « Bobo de Coria » qué hace, qué hace que se sale del cuadro y se pone a hacer lo que hacen los demás.

De diversas maneras, tácitas y expresas, directas e indirectas, se hace saber al exiliado —quizás esto coincida con el arribo a la vida pública, a la posible vida pública, de una nueva generación— que la suerte y destino de España deben estar y estarán determinados sólo por la acción y aun por el pensamiento de ellos, los que están en España. Y muy especialmente por los que conocieron la guerra civil en su infancia, es decir, por quienes la recuerdan como algo hermoso, horrendo, como fuera, pero algo extraordinario y natural a un tiempo, que los envolvía como un sueño ; un oscuro sueño que no se sabe de dónde viene ni por qué se ha producido, como un « fragmento absoluto », pura irrealidad que es real sólo porque aplasta, como una pesadilla. De ellos han ido saliendo con el correr de los años los anticonformistas de hoy, los que no aceptan el régimen, denomínense de una o de otra manera. Para ellos el exiliado ha dejado de existir ya, vuelva o no vuelva. Si le conceden un instante de atención ha de ser para extrañarse sin más de que siga habiendo exiliados. Y si un brote de simpatía se da en sus ánimos, por el motivo que sea, desemboca en decir : ¿Qué hacen, qué están haciendo, qué han hecho en todos estos años?

Y para ellos, para estos jóvenes ha de tener vigencia más que para nadie quizás, esa imagen del « Niño de Vallecas » o del « Bobo de Coria », en la cual algunos exiliados —por lo menos quien esto escribe— se reconocen. Estamos, pues, de acuerdo en un principio. Sí, en efecto ; así nos hemos quedado, si no todos, muchos ; yo diría que todos los que no tuvimos nunca una específica actividad política. No creo sea necesario decir que queda al margen e intacta la cuestión de nuestro trabajo.

Esa imagen es la de lo pasado ; de un misterioso y especial pasado, añadimos. Y ellos también tendrían que aceptarlo, pues que al pretender como la cosa más natural la exclusividad de decidir los destinos de la patria, rechazan ese pasado en una forma excepcional, como no se suele hacer, ya que la inicial discontinuidad de la historia se salva aceptando lo pasado, por muy críticamente que se haga. Un mínimo de continuidad es indispensable para que la historia sea historia humana y para que la patria

propiamente exista. Para que la patria sea patria y no un lugar « ocupado » por los que llegan, lleguen como lleguen, en virtud de la fuerza o en virtud de la fuerza de la edad.

Muestran de este modo, los que así sienten y piensan, que no han despertado de aquel sueño de la guerra civil con que entraron en la vida ; que están bajo él detenidos, bajo esa pesadilla. Y aún más : con una trágica coherencia, con la coherencia de la fatalidad no vencida, del *fatum* no superado.

Los que se encontraron sin saber cómo ni por qué en aquellos días de la guerra, bajo ella, aprisionados por ella y después por lo que siguió, se vieron así en la vida. Y este « así », es simplemente un estar desprendidos del fluir de la historia. Y ellos vienen a repetir, como en una galería de espejos, la situación del exiliado, su situación de superviviente. Al exiliado le dejaron sin nada, al borde de la historia, solo en la vida y sin lugar ; sin lugar propio. Y a ellos con lugar, pero en una historia sin antecedentes. Por tanto, sin lugar también ; sin lugar histórico. Pues, ¿cómo situarse, desde dónde comenzar, en un olvido e ignorancia sin límites? Se quedaron sin horizonte. Y por muy en la tierra que estén, en la suya, donde se habla su idioma, donde pueden decir « soy ciudadano », al quedarse sin horizonte, el hombre, animal histórico, pierde también el lugar en lo que a la historia se refiere. No sabe lo que le pasa, no sabe lo que está viviendo. Vive en un sueño.

Con la diferencia de que el exiliado ha tenido que despertar. Y si se ha ido quedando así, embebido en sí mismo y como ajeno a todo, hasta a su propia historia, es por verla, por estarla viendo cada vez con mayor claridad y precisión, desde ese lugar, en ese límite entre la vida y la muerte donde habita, el cual es el lugar privilegiado para que se dé la lucidez, sobre todo cuando se ha renunciado a justificarse y cuando no se ha cedido a cristalizar en un personaje ; cuando no se ha querido ser nada, ni siquiera héroe.

De este modo, viviendo en situaciones en principio tan análogas, se ha venido a parar a situaciones divergentes. Los que en la patria quedaron, crecieron, hablan hoy día —como se puede—, siguen dentro de su sueño ; con la realidad, sí, mas una realidad que se les presenta como soñada por desprendida de su ayer, por encerrada en sí misma, por privada de horizonte. Mientras que el exiliado ha venido a tener casi tan sólo horizonte ; horizonte sin realidad, horizonte en el que mira, pasa y repasa, desgrana la historia, toda la historia, sobre todo la historia de España.

Además, a ello le han obligado : a pasar y repasar la historia de su patria, ya que de ella le han ido pidiendo cuentas por todos los caminos del mundo. Esto por ser español. Pues que a los exiliados de otros países no se les exige que rindan cuentas de todo lo que en ellos pasó ; no se ven tratados como exiliados seculares. El español, en cambio, se ha visto desde el primer momento como si fuera un exiliado de la España de los Reyes Católicos, de Carlos V, de Felipe II, o como si los representara. Y ha tenido que ir dando cuentas de todo, se ha visto investido de la categoría de representante de la historia de su patria. Y como sentía la patria, como no la podía dejar abandonada a las opiniones de las gentes, a los tópicos : como aceptaba su herencia, él, arrojado de la historia actual de España, y de su realidad, ha tenido que adentrarse en las entrañas de esa historia, ha vivido en sus infiernos ; una y otra vez ha descendido a ellos para salir con un poco de verdad, con una palabra de verdad arrancada de ellos. Ha tenido que ir transformándose, sin darse cuenta, en conciencia de la historia.

Tal nos parece, por instantes, que hayamos sido lanzados de España para que seamos su conciencia ; para que derramados por el mundo hayamos de ir respondiendo de ella, por ella. Y fuera de su realidad seamos simplemente españoles. Españoles sin España. Ánimas del Purgatorio.

Ánimas del Purgatorio, pues hemos descendido solos a los infiernos, algunos inexplorados, de su historia, para rescatar de ellos lo rescatable, lo irrenunciable. Para ir extrayendo de esa historia sumergida una cierta continuidad. Somos memoria. Memoria que rescata.

Ser memoria es ser pasado ; mas de muy diferente manera que ser un pasado que se desvanezca sin más, condenado a desvane-

cerse simplemente. Es lo contrario. Pues nos ven así por identificar nuestra quieta imagen con la de un pasado inasimilable. Mientras que si somos pasado, en verdad es por ser memoria. Memoria de lo pasado en España. Pero la memoria suscita pavor. Se teme de la memoria el que se presente para que se reproduzca lo pasado, es decir, algo de lo pasado que no ha de volver a suceder. Y para que no suceda, se piensa que hay que olvidarlo. Hay que condenar lo pasado para que no vuelva a pasar. La verdad es todo lo contrario.

Lo pasado condenado —condenado a no pasar, a desvancerse como si no hubiera existido— se convierte en un fantasma. Y los fantasmas, ya se sabe, vuelven. Sólo no vuelve lo pasado rescatado, clarificado por la conciencia ; lo pasado de donde ha salido una palabra de verdad. La historia que va a dar en verdad es la que no vuelve, la que no puede volver. Ha ascendido a los cielos, a los cielos suprahistóricos ; su verdad es como una estrella de esas que guían. Y toda ella, toda la historia de un pueblo transformada en verdad, exprimida, consumida en verdad, sería como una luminosa Vía láctea que alumbraba la noche de los tiempos. Bajo su viva claridad —pues se trata de verdades vivientes— sería imposible la repetición de la tragedia.

Pues la tragedia no se repite. Cuando se repite es porque es la misma, porque el umbral de la fatalidad no ha sido traspasado. A traspasarlo ayuda la memoria, que es conciencia. Cuando se ha entendido de verdad el sueño, descendiendo cuantas veces haya sido necesario a su infierno hasta traerlo a la luz, ese sueño ya no vuelve. Y todavía más : se sueña ya de otra manera. Se sueña, pues que es de hombres, de seres de angustia y de esperanza, el soñar. Pero el sueño nace en otros niveles de la conciencia. Y todavía más : se deja de soñar mientras los otros se libran de su pesadilla. Conciencia es también paciencia.

Mientras prosiga la historia, se sigue soñando. Pero si la historia es algo más que una serie de catástrofes, hay que aprender a soñar. Y ello es posible, por extraño que parezca.

Se aprende a soñar aprovechando el vacío que deja la consumación de la tragedia, la soledad y aun el abandono en que queda el despojado por ella. Ese vacío, ese desierto en que se queda aquel a quien se le dejó sin nada —incluso sin la muerte—, al que se le dejó solo con la vida ; sin realidad, pero con horizonte y tiempo, al contrario que en los sueños. Se despierta entonces. Y despertar no es otra cosa que recobrar la conciencia y con ella la libertad ; la libertad y el tiempo.

Y al que por fuerza ha despertado —y no ya de su sueño, sino de un sueño secular—, se le aparece visible de modo evidente que la historia de España está desde siglos como encantada ante un umbral : el de la guerra civil. Así debe de ser también, sino intuído, al menos entrevisto por todos los que al exiliado le han pedido cuentas de esa historia de España, como si fuera el exiliado de toda ella. Debe de ser esa la razón de tan reiterada requisitoria. Sobre la figura del exiliado se han acumulado todas las guerras civiles de la historia de España. Por todas ellas ha tenido que ir pasando ; todas las ha tenido que ir desgranando, hasta descubrir algunas no declaradas.

Y si es ese el umbral trágico de la historia de España, ha de ser traspasado ; si ese es el nudo, ha de ser desatado de una vez para siempre. Ha de llegarse al fin del período de siglos de guerra civil. No es la última la que no debe reproducirse, sino ella en sí misma, la guerra civil. Y si no se realiza así, España no podrá proseguir su historia y caerá bajo el nivel de lo histórico, quedará en paisaje, en lugar... No será posible ser español ni dentro ni fuera de España. Ni vivir propiamente en ella.

La prenda que el exiliado conserva entre sus manos, mientras mira al cielo sin interrogación y sin llanto, debe ser esa. Désele voz y palabra. No pide otra cosa sino que le dejen dar, dar lo que nunca perdió y lo que ha ido ganando : la libertad que se llevó consigo y la verdad que ha ido ganando en esta especie de vida póstuma que se le ha dejado.

« Toda la sangre de España por una gota de luz », escribió el poeta León Felipe desde el fondo mismo de la tragedia. Lo que quiere decir que sólo cuando ese poco de luz que permite la humana historia se haga visible y circule, se reparta, sólo entonces no será necesario que vuelva a correr la sangre.

JULIAN ANDIA

Nacionalismo y estética del semidesarrollo

El nacionalismo, en cuanto uno de los temas propios de la cultura de Occidente, está estrechamente vinculado a la sobrestimación de la parte más ignorante y atrasada de la población del Estado nacional de que se trate. En otras palabras, un nacionalismo vivido con aparente profundidad se enraiza en las tradiciones y costumbres más brutales —o más definidas por la violencia— que practican los grupos nacionales menos desarrollados en el orden cultural. Si se admite que esto es exacto, y parece que poseemos un elevado número de experiencias atestiguadoras, se induce que uno de los componentes más importantes del nacionalismo es la brutalidad de un grupo humano transformada en fuente de seducción estética por las minorías directoras del grupo-nación. De aquí se podría inferir que una disminución del índice de brutalidad implicaría una disminución del esteticismo nacional y de la conciencia nacionalista. Aun a riesgo de que esta exposición parezca *more geometrico demostrata,* se puede postular que la disminución de la brutalidad y la consiguiente disminución del « nacionalismo » obligan a buscar en los países desarrollados nuevas fuentes de creación estética que no se afirmen en la brutalidad nacional. Exponiendo lo mismo en términos generales resulta : « La crisis de la idea de nación y la trivialización de los sentimientos y actitudes correspondientes, han desposeído a los países europeos en semidesarrollo del venero más importante de materiales estéticos, empobreciendo la producción estética en general, hasta que encuentren fuentes que no sean la violencia y brutalidad, como expresión nacionalista. »

En los párrafos anteriores he empleado ciertas palabras, de valor convenido, que es necesario aclarar. En principio, « nacionalismo ». Es un *ismus* romántico que expresa una idea romántica ; la idea de un principio activo que, por su propia dinámica, se extiende hasta completar su perfección. En este sentido el « ismo » del nacionalismo equivale al del vitalismo o socialismo o positivismo. Es una nota esencial a esta idea de principio activo la idea conexa de organismo. La Nación se realiza orgánicamente, como una entidad diferenciada y en sí misma suficiente en lo que respecta a un principio dinámico. De acuerdo con este criterio el nacionalismo es razón bastante para explicar el proceso histórico como continuidad y desarrollo de su principio permanente. Esta interpretación de la Nación —la de Hegel, Burke y Fichte— es estrictamente romántica y tiende, por la propia mecánica de sus elementos, a identificar nación con pueblo, entendiendo por pueblo el resultado de la coincidencia de un grupo humano históricamente diferenciado en las mismas costumbres, prácticas y prejuicios. El principio activo y orgánico se manifiesta de acuerdo con esta idea en el alma popular en la suma de costumbres y hábitos indelebles según los cuales la cultura heredada organiza la convivencia. El nacionalismo tiende según esto a sobrevalorar el estilo de vida de los estratos inferiores, particularmente rurales, descubriendo en la adinamia y elementalidad de estos estratos

las motivaciones profundas del alma popular y la expresión genuina del principio nacional. El nacionalismo es constitutivamente plebeyizante y los estetas nacionalistas transmutan las condiciones inferiores de vida, la mala educación moral y cívica y el predominio de la agresividad, en virtudes que definen la acción del principio activo que se realiza en la Nación. *Siempre que existe, de un modo u otro, plebeyización o entusiasmo estético por las formas brutales de la convivencia popular hay nacionalismo romántico en sus formas fijas e intolerantes.*

Hemos hablado de romanticismo. Empleo aquí la palabra en el sentido de « expresión estética de la revolución industrial ». Lo que comunmente se llama revolución industrial supone la aparición de un mercado estructural y psicológicamente definido por la iniciativa individual, el espíritu inventivo, el entusiasmo hacia la personalidad del empresario que triunfa y la exigencia de un orden dentro del cual la individualidad sea posible en cuanto centro de energía. Estas condiciones se traspasan al héroe literario e incluso al propio artista que aspira a ser libre en el aspecto de la inteligencia, originalidad y conducta con relación al rebaño burgués. Parece claro que el artista romántico es un burgués exagerado. Pero el progreso de la idea de organismo y su hegemonía en ciertos órdenes del pensamiento, no sólo estéticos, sino científicos, plantea una contradicción dentro del esquema. ¿Por qué razón el intelectual. que aparece como la imagen deformada del burgués industrial, se vincula a una idea, la de Nación como organismo, que parece contradictoria con los supuestos del medio social desde el cual piensa ? Pregunta que, como hemos visto, se puede convertir en esta otra : ¿Por qué razón el intelectual romántico valora estéticamente las formas brutales como expresión auténtica del espíritu nacional?

Es claro que a la Ilustración repugna la brutalidad como expresión estética, aunque la vida social del siglo XVIII fuera sumamente brutal en las relaciones de convivencia. El romanticismo es exactamente lo contrario y no acaba de verse una razón suficiente para explicar no ya el cambio, sino la contradicción implícita en el cambio. Quizás se pueda admitir que la contradicción procede de que el utillaje intelectual del siglo pasado carecía de las ideas adecuadas a la estructura fraccionada e individualista de la sociedad de la burguesía industrial. Carecía de la mentalidad utilitaria eficaz y de bienestar que realmente se conviene con la praxis capitalista en su forma moderna. En un medio en el que realmente se buscaba el poder del dinero, la eficacia instrumental y el más alto nivel de vida individual, se pensaba desde substantivos e ideas totalizadoras, como Nación y organismo. El romanticismo expresa esta contradicción en cuanto el artista —en general el intelectual— romántico interpreta la miseria y brutalidad de las formas básicas de la cultura heredada como manifestación del alma popular o de la fuerza primigenia de la raza, etc. Se trata de un engaño muy profundo que se vincula con el escasísimo índice de variación y adaptación que ofrecen los idiomas con relación al proceso de los hechos, particularmente los idiomas latinos. Hasta hace poco los europeos mediterráneos hablábamos lenguajes medievales. Los lenguajes germánicos y anglosajones se han adaptado mejor a la praxis del industrialismo, aunque prácticamente, salvo en órdenes científicos muy concretos, no disponíamos los europeos sino de lenguajes secularizados referidos, por connotaciones aún actuantes, a la mentalidad escolástica.

La presencia de estos lenguajes, con cambios mínimos en orden a la mentalidad antigua que denotan en determinados países europeos, es correlativa a criterios nacionalistas románticos aún predominantes. El romanticismo es hoy la actitud estética característica del semidesarrollo, con la idea de organismo, la de los principios metafísicos que impregnan lo popular, y un lenguaje insuficiente para la praxis industrial.

El romanticismo está vigente en bastantes sectores culturales europeos como expresión estética de la contradicción entre las exigencias económicas e industriales del capitalismo y la mentalidad nacionalista de determinados grupos político-regionales. En este sentido es incuestionable que la expresión « romántico » significa mucho más que un modo literario y excede a un período concreto de actividad e influencia estética. Parece, según esto, que cabe diferenciar dos sectores culturales en Europa, que con fre-

cuencia se entremezclan : el romántico y el extra-romántico. Los países incluíbles en el primer grupo, por el predominio de la citada actitud, tienen sus reservas estéticas vinculadas al nacionalismo plebeyizante, tal y como es propio de la mentalidad romántica. Y aún se puede añadir : la plebeyización es más profunda y violenta cuanto más inestable y restringida sea la estructura industrial del semidesarrollo. En estos países, modernismo, expresionismo, etc., son modalidades superficiales de la mentalidad romántica. El intelectual estético romántico busca en lo que él cree profundidad nacional el consuelo a la miseria que le rodea, elevando a un plano estético la mugre.

Desde luego que los matices y grados son muchos y es perceptible una disminución y un aumento según las situaciones. Así en el romanticismo inicial hay una cierta idealización moral de la miseria, mientras que en el romanticismo tardío, la generación del 98, por ejemplo en España, el acento estético carga también sobre la miseria moral.

En todo caso tenga en cuenta el lector que mi intención es referirme especialmente a España y que mi tesis básica es que en España vivimos el nacionalismo estético romántico. La pregunta principal que surge de esta afirmación es la que pide saber si el pueblo y las costumbres populares, en su dimensión brutal, nutren de materiales estéticos al nacionalismo en los países de semidesarrollo. ¿Qué ocurre cuando esas costumbres se debilitan, desaparecen o pierden autenticidad? Es decir, ¿qué ocurre cuando la brutalidad es simplemente un truco o pretexto estético? Porque, efectivamente, por un proceso de inercia intelectual y comodidad en las actitudes, el intelectual estético propende a mantenerse fiel a temas cuya elaboración no exige sino cierta habilidad expositiva. En estos casos las costumbres populares como fuente del nacionalismo, producen un seudonacionalismo sin capacidad creadora, y abiertamente inmoral, pues sostienen un utillaje de ideas y tópicos que están superados por el nivel real de las actitudes. En este sentido la tesis que enuncié anteriormente, a saber, que en España vivimos aún en el nacionalismo estético romántico, debe perfeccionarse diciendo que esta actitud estética empieza a ser inauténtica y, por consiguiente, en este caso concreto, infecunda.

La clase media española pasa hoy por un proceso que explica, en parte, lo que vengo diciendo. Pese a la dictadura, la mentalidad europea y americana que caracteriza al desarrollo se ha infiltrado en los grupos de la sociedad española más receptivos e influenciables, produciendo una mentalidad de desarrollo sobre una infraestructura de semi o infradesarrollo. Una mentalidad que sobrevalora la higiene, el bienestar, la supervivencia con el mínimo riesgo, la vida doméstica, y en la cual la valoración de lo femenino ha cambiado profundamente, se extiende cada vez más por el país y es paralela al decaimiento constante del nacionalismo. La dictadura del general Franco, desposeyendo de contenido la mayoría de los ideales de grupo, ha fomentado la aparición de esta mentalidad que, por otra parte, destruye o disminuye, en sus efectos inmediatos, las respuestas antidictatoriales. Pues bien, cuando crece una mentalidad de esta clase, que ha de dar a la larga buenos frutos ya que coincide con el proceso de la mentalidad europea, ¿qué sentido tiene que bastantes de nuestros literatos, particularmente novelistas, pintores, académicos y ensayistas, insistan en la sobrestimación estética de la brutalidad, sobrestimación en la cual se transparenta un regocijo profundo e, incluso, amor propio satisfecho, desde la perspectiva del nacionalismo?

Deseo aclarar otra vez que estas reflexiones se hacen con relación a España. Es incuestionable, a mi juicio, que en otros países, concretamente en el área afroasiática, el nacionalismo es necesario para despertar la conciencia política de clase y en este proceso conviene estimular la sublimación de la brutalidad por la estética. Puede, incluso, predecirse la aparición de poetas y novelistas burgueses que canten y relaten hechos brutales como exponentes de las virtudes profundas del grupo humano infradesarrollado. No sólo es conveniente, repito, sino necesario, para que se acelere el sentimiento de autodignidad y protesta en nombre de la libertad, con el correlativo mayor índice de consumo por individuo. Pero en España la stuación es otra : la brutalidad empieza a dejar de tener sentido nacional.

A LA SOBREVALORACIÓN estética de la brutalidad llamo « goyismo ». He elegido este nombre por que en Goya se da, a mi juicio, la primera exaltación romántica y nacionalista de la brutalidad, unida a la fruición estética del traumatismo y la sangre. El goyismo, una España triste y brutal, y sin embargo bella, ha alimentado a propios y extraños durante más de un siglo. Los viajeros europeos en España buscaban no sólo la aventura personal peligrosa, sino la proximidad alentadora de lo elemental. Elementalidad, nacionalismo, brutalidad y admiración estética por el semidesarrollo forman un conjunto que se ha traducido por « lo español ».

Desde luego, es posible que la visión de España de los artistas y escritores extranjeros influyera en la exaltación de la mugre y de la violencia que caracteriza a la generación del 98 y que, en ciertos aspectos, subsiste, por ejemplo, en Lorca ; pero hay una larga tradición en este sentido de la que no se escapa casi nadie. Ni don Juan Valera, que cuenta las brutalidades de su pueblo, Cabra, a don Marcelino Menéndez Pelayo, como cosa natural de gente fuerte y saludable. Es una tradición esta del goyismo que se puede expresar intuitivamente en la expresión « tripas », palabra que a Goya le gustaba, a juzgar por su correspondencia con Zapater. « Doler las tripas », « revolvérsele a uno las tripas ». Este goyismo en el cual la brutalidad aparece al desnudo, ofrece ejemplos hasta Eugenio Noel y Camilo José Cela. En otro nivel —el goyismo tiene varios niveles— hay satisfacción estética nacionalista en el *Ruedo Ibérico* de Valle-Inclán, e incluso temo que en *La hoja roja* de Delibes y *Cabo de Vara* de Tomás Salvador, por no citar sino dos ejemplos en un tema en el que las citas pierden sentido por la posibilidad de su abundancia.

Ya hemos insinuado que en España, por razón del semidesarrollo económico y cultural, la actitud y las ideas románticas han permanecido vinculándose al estilo tradicional, realista, impuesto por la picaresca. Es la expresión estética que mejor corresponde al nacionalismo seudo civil que descansa en el orgullo de la capacidad para convivir bajo la protección de la violencia. En términos generales esto ocurre a los pueblos poco institucionalizados. En la medida en que las instituciones faltan o son poco eficaces, el individuo se defiende a sí mismo y se protege con una especie de moral de la violencia, que paulatinamente tiende a convertir en fórmulas estéticas. Las clases cultas alaban este individualismo falso y la falta de control sobre las pasiones o deseos, hasta configurar una imagen respecto de la cual es fácil tener conciencia de que es verdadera. Pues bien, a mi juicio, es un deber moral y político de artistas, literatos, y en general de intelectuales, abandonar toda concesión al tema estético de la brutalidad nacional. Puedo ofrecer las siguientes razones :

1. Que el nacionalismo tradicional, orgánico y asentado en la agresión es una idea y un sentimiento prácticamente superado, que no produce fuerza creadora en el ambiente estético.

2. Que la dignificación estética de la miseria, contribuye a crear ideologías que justifican el quietismo histórico y la aversión al progreso.

3. Que la actitud que hemos llamado « goyismo » produce algo más que un estilo estético, ya que fomenta cierto tipo de satisfacción frente al semidesarrollo, que equivale a la justificación estética de la miseria y brutalidad. En este sentido el goyismo es inmoral.

4. Que el hallazgo de nuevas fuerzas creadoras es directamente proporcional al abandono de los tópicos estéticos del semidesarrollo, que resultan de escaso interés y están en desacuerdo con la mentalidad europea.

5. Que la estética del semidesarrollo en cuanto expresa, directa o indirectamente, un nacionalismo brutal, excluyente y agresivo, y complacencia estética, antagónica al progreso, favorece a la dictadura franquista y a la sordidez moral del « paternalismo » político español.

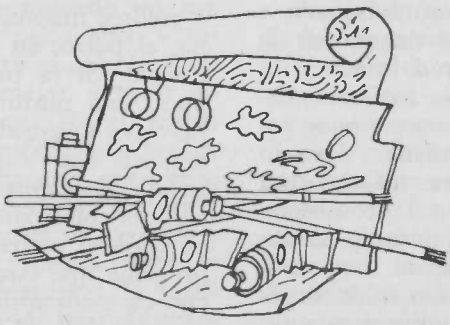
En resumen : el artista, el escritor, el pensador español no saldrán de su actual medianía y sumisión al tópico, incorporándose al proceso de innovación intelectual del Occidente, hasta que no piensen de espaldas al semidesarrollo en cuanto tema estético o fuente de satisfacción del orgullo nacional.

bellas artes

Dubuffet y su pintura abismal

POR DAMIAN CARLOS BAYON

Aquí en París el juicio mundano —que nada tiene que ver con el serio y calificado— endiosa arbitrariamente unas figuras, desconoce otras, pone en el mismo plano lo excelente y lo menos que mediocre, estableciendo una especie de « moda » referida al gran arte, el cual, por definición, debe estar más allá de cualquier moda, ya que trata de crear y descubrir valores permanentes. Siguiendo, pues, paso a paso la crónica parisiense desde afuera se podría creer que hay una tergiversación total de esos valores. No es exacto : a la larga cada uno tiene su merecido y cuando llega el momento de « entrar en la historia » no hay que preocuparse demasiado, porque cada uno —bien que mal— termina por ir a situarse, diríamos que casi solo y por su propio peso, en el escalón que le corresponde.



Valga esta introducción para acercarnos a Jean Dubuffet, pintor discutido hasta hace poco por muchos, pero que, en consideración de la crítica seria, constituye uno de los grandes valores del momento. Por eso también hay que hacer justicia aquí al ministro André Malraux y al director de Artes y Letras, Gaëtan Picon, por haberse atrevido a desafiar a la opinión burguesa y a todos los reaccionarios con una gran exposición retrospectiva de la obra del pintor, en el Pavillon de Marsan, en el Louvre.

El catálogo resulta muy caro —cosa que ocurre ahora en casi todas las exposiciones oficiales—, pero al menos en este caso lo vale plenamente, ya que está moderna y lujosamente editado, con un sesudo prólogo del propio Picon (y no con los poemas en prosa o en verso que —¡cosa increíble!— se usan aquí en semejantes ocasiones) y aporta textos inéditos del pintor : hombre agudísimo y consciente siempre de lo que hace y de lo que pretende hacer con su pintura.

Como digo : Dubuffet escribe sobre su arte. El crítico leerá cuidadosamente lo que el artista encuentre que decir sobre su propia actividad, pero debe también tomar esos textos a « beneficio de inventario ». Según el propio Dubuffet, su pintura no supone una actitud crítica ante el mundo y el hombre y no se la debe considerar así. Paul Valéry, más astuto quizá, o más sincero y modesto, convenía en que la versión que él mismo daba de su obra no tenía por qué ser ni la única, ni la legítima, ni... la mejor. Cualquiera debe poder « leer » la obra de arte según la obra misma y sin el intermedio del autor. Si la obra me llega directamente y me gana, ¿qué necesidad tengo, en efecto, de que el autor me la explique? Empezando por que la obra de arte no se « explica », aun admitiéndolo, es casi se-

guro que el propio artista me la explicará mal. ¡Cuántas veces hay que pedirles a los artistas con quienes tenemos confianza que nos dejen ver en paz sus obras y no traten de comunicarnos lo que quisieron « decir » con ellas! Si son malas, por cierto que no nos « dirán » nada y la conversación habrá sido de todo punto inútil. Si, por el contrario, son buenas todo en ellas estará expresado de una manera inefable —maravilla de la pintura y la música— y entonces : ¿a qué toda la explicación posterior?

Se inicia la exposición con pinturas de 1943. A primera vista parecen la realización de un niño, de un loco, de un *naïf*. Ninguna de las tres cosas, y sin embargo hay allí participación de ese triple espíritu, tal como ya lo señalé en otra ocasión (1), refiriéndome a Paul Klee. En efecto, lo que le interesa aquí a Dubuffet —como parecía interesarle parcialmente en su búsqueda a Klee— es lo que podríamos denominar la « actitud niño », la « actitud loco » o la « actitud ingenuo ». Pero este artista es demasiado consciente de lo que se propone para equivocarse acerca de sí mismo. Véase lo que dice a propósito del arte infantil, tan exagerado por otra parte en la consideración de los críticos en estos últimos veinte años : « Las obras infantiles son muy rudimentarias porque los niños son muy torpes en todo y su pequeño entendimiento muy limitado, en tanto que yo, por más limitado que también me sienta —aunque siempre menos que ellos—, puedo, con mis piernas más largas correr más de prisa y sobre todo llegar más lejos que ellos, ¡mucho más lejos! »

No nos engañemos desde un principio si queremos ver claro : estamos en presencia de un pintor culto si los hay, que renuncia deliberadamente a los « trucos » del oficio y quiere empezar de nuevo : dibujo torpe en apariencia, colores intensos, extraños, alternados en placas rectangulares lo bastante grandes para que se vean como las piezas de un rompecabezas, lo bastante pequeñas para que se mezclen en el ojo y actúen como una unidad. Cosa curiosa : en Dubuffet hay mayor coherencia entre las vistas urbanas o campesinas y los monigotes que las pueblan que la que había, por ejemplo, entre los paisajes de París, de Utrillo, y las figuritas rechonchas y ajetreadas que circulan por ellos.

Porque, como digo, ya estamos en la fecha en presencia de un artista hecho y derecho en sus intenciones y en sus logros. Todo en él es tan deliberado que trata de « olvidar » la pintura de los museos, y hasta la que le es contemporánea, para iniciar e iniciarse en una vía que le resulte estrictamente propia. Todo en él es premeditado : hasta la torpeza o la *soi-disant* fealdad.

Poco después ese color alegre que caracterizaba la primera manera va a desaparecer y ello por disciplina ascética, por pura coherencia con los fines propuestos. Dubuffet se dirige entonces a lo que él llama —con el acierto que le caracteriza— los « colores innominados » : el barro, la arena, el polvo, en una palabra, la tierra elemental. Si la primera época había dado, pues, una pintura fácil como factura, sin mayores búsquedas de espesor, empaste, la segunda —en cambio— que llama : *Mirabolus, Macadam & Cie,* abandona las delicias del color para hundirse (¡y ya en 1944!) en la plena materia. Cuando vemos ahora la progenie que esta manera de pintar ha hecho en estos últimos años (junto con otras experiencias más o menos contemporáneas de Fautrier), no podemos menos de emocionarnos al advertir ahí una de las primeras tentativas contemporáneas por interesarse en la « piel » del cuadro. Claro que ya Braque, por ejemplo, lo había hecho mucho antes, pero su búsqueda no había tenido mayor repercusión entre sus contemporáneos.

La pintura de Dubuffet es, en esta época, de una calidad opaca, su materia es áspera, rugosa. Para dibujar, el artista ha trazado con un clavo, punzón o instrumento rudimentario las muy primitivas imágenes de hombres, de mujeres. Monigotes que sólo su sexo define, que unas veces se aplastan como una mancha derramada cuyos contornos irregulares recuerdan los de un globo desinflándose. En unos casos la figura aparece contra ese fondo color neutro, de materia montañosa, simplemente por medio de una hilera de piedrecitas, por unos

(1) « Principales corrientes y artistas del siglo XX », curso ofrecido en el Museo de Caracas, en 1958.

trozos de cuerda insertados en ese magma obsesivo y elemental. Lo mismo puede decirse en cuanto a forma y textura de sus *Corps de dames,* que espantarán a más de uno, ya que resultan la negación misma de lo que su voluptuoso título parecería sugerir.

Llegamos ahora a los *Retratos,* que alguien ha calificado como « los mejores retratos del siglo XX », cosa que, por otra parte, no me extrañaría nada que fueran. Léautaud dibujado aparece como la momia de Léautaud, el fósil de Léautaud encontrado millares de años después de su muerte. Hay también imágenes de Jouhandeau, Paulhan, Michaux, Tapié —algunos de sus otros amigos— convertidos en *sol, chivo, general del Imperio...* (Como se ve, el artista es ecléctico en sus asociaciones.) Dubuffet dice —o pretende hacernos creer— que los suyos no son retratos « psicológicos ». ¿Tendrá miedo de esa palabra? En el mundo de cultura exquisita que parece rodearlo no me extrañaría nada que lo « psicológico » tuviera mala prensa. Lo cierto es que, lo quiera o no el autor (y a lo mejor, a pesar de él), lo son y en grado sumo. De un rostro consigue extraer lo intransferible a fuerza de reducirlo a trizas, deshacerlo, triturarlo, recomponerlo. Él mismo explica el procedimiento diciendo que exagera un rasgo desmesuradamente. Y esa es, precisamente, la definición misma de caricatura : la insistencia en un detalle exagerado hasta la grandeza.

Dubuffet pinta —según sus propias palabras— unas veces lo visto, otras lo recordado, otras en fin lo imaginado o lo intuído. Y se complace en mezclar esos distintos mundos sobre la misma tela. Así, *Sols et terrains* (1951) llevan por subtítulo : *Paysages mentaux.* Esta época concentra estudios de terrenos casi exclusivamente tratados en *tierras* —lógica aplastante— y en ellos la materia se acumula en relieves formados por materiales vulgares y que generalmente no se usan en pintura, tales como masilla de vidriero, alquitrán, etc. A veces se descubre alguna figurita sepultada en la masa terráquea sombría, opaca. Es el triunfo de lo informe, de lo torpe. Fetos, larvas desconocidas son los únicos nombres que acuden a la mente para calificar estas visiones de un apocalipsis de planeta adentro. ¿Cómo llegar a algo tan antiguo en los terrores del hombre? Pero, ¡qué arte —al mismo tiempo— en Dubuffet! Si el signo plástico fuera tan lejos que ya no se reconociera más, habría perdido una gran parte de su sentido. No, aquí todo está dicho de manera eficiente y suficiente. La superficie del cuadro queda cubierta de una materia extendida, agrumada, aplastada con una rara sabiduría. La aparente torpeza es, como digo, la justa para dejar entrever lo que se quería transmitir, con la dosis exacta de mortificación de la forma sin que, por eso, deje de ser reconocible. *Natura genitrix* es, en ese sentido, una de las mejores obras de este período, de las más significativas. Y su título mismo podría ser la divisa profunda bajo la cual habría que poner la producción entera de este artista que se propone una investigación del mundo en la cual el hombre no es sino una de sus apariencias, ni la mejor ni la más noble.

Pero si en un momento se propone pintar la faz de la tierra, haciendo una especie de inventario de terrenos, geólogo él también a su manera —turbador y obsesivo—, cumplida esa etapa desemboca en otras búsquedas no menos apasionantes. En sus dibujos también hay aciertos increíbles. Confiesa él mismo en sus notas que, en un momento dado, quiso lograr en el dibujo algo equivalente a lo que ya lograba en la pintura. Y de ahí nace un apasionante estudio —desde el principio, como siempre en él— de los medios de esa forma de expresión. Lo prueba entonces todo : la línea, la mancha, el borrón, lo frotado, gastado, roto. Pero —no sé cómo decirlo— en vez de dar la impresión de un exceso de *métier* (como alguno de los pintores más en boga hoy día), Dubuffet nunca parece dominar excesivamente sus medios. Como Klee —y vuelve el parecido— siempre se arregla para expresarse un poco como un torpe ...siendo en realidad un maestro. ¡Justamente lo contrario de tantos! Aparecen entonces *collages* realizados con papeles desgarrados, pero el montaje es tan sabio y expresivo que maravilla que haya podido ser creado con elementos tan simples por no decir vulgares. Por ese tiempo —1957— hay también unos intentos muy logrados de *collages* con alas de mariposa, que después desembocarán en un desarrollo más importante al que luego haré alusión.

También habrá que mencionar quizá,

aunque sólo sea de pasada, sus esculturas siempre curiosas y estimulantes. Se trata de pequeños motivos realizados en las materias más heterogéneas e insospechadas : esponja, ramas secas, hoja metálica arrugada, etc. Por el interés y curiosidad universal que Dubuffet pone en las cosas era lógico suponer que lo tentaran la escultura y sus problemas como a algunos de los mejores artistas de la generación precedente : Matisse, Léger, Picasso. Pero creo que no se trata de algo fundamental en él y que sólo le interesa como una forma de seguir explorando, investigando el mundo.

Después de las *Pâtes battues* viene un momento que resulta una nueva transición hacia el color o la manera de utilizar la forma que llamaré de *mancha seca.* A veces son figuras claramente reconocibles, hechas como de nubes o de charcos de contorno irregular que se destacan sobre fondos intensos : negros o rojos. Tales los cuadros llamados *El ceremonioso* o *El geógrafo,* cuyos personajes tienen algo de muñeco trágico e inocente. Porque en la obra de Dubuffet hay también un aspecto de ternura que no podemos ignorar. Con él se está siempre un poco entre la burla socarrona y la piedad, cosas que no suelen estar tan reñidas en el mundo como algunos pueden suponer. Esa dualidad aparece, por ejemplo, en lo que él designa con el nombre irónico ya de por sí de *Vaches et autres.* Aquí los animales, exagerados en sus contornos agresivos, se destacan contra fondos cavernarios, extraños fondos realizados por medio de millares de manchitas casi imperceptibles al ojo y de gran belleza en su conjunto irisado. Ya que el saber pictórico de Dubuffet —y este es otro capítulo importante para juzgarlo— es escalofriante. En él siempre está en juego un inmenso repertorio de maneras de pintar. Hay que acercarse a sus obras y ver de cerca la cantidad enorme de procedimientos dispares. De pronto pinta deliberadamente sobre una primera capa que no ha secado todavía y eso hace que se formen unas culebrillas, unas rugosidades de materia de las que él sabe sacar mucho partido plástico. Pero no se repite nunca a lo largo de su carrera : ha habido momentos de invención de un procedimiento como ha habido curiosidad por tal tema, exactamente, pero se puede decir que la suya es una « obra en marcha ». Y ese sea, quizá en última instancia, uno de sus más altos valores.

En 1956 aparecen esos cuadros, descendientes de los de mariposas y que él llama *Huellas ensambladas.* Pintando telas y luego recortándolas y pegándolas muy limpiamente logra efectos de interrupción de diseño, de contrastes de formas, de color. La pintura se ha vuelto a hacer plana para permitir estas superposiciones. El color, más alegre, parece resultado de las experiencias con mariposas, sólo que ahora las mariposas son « fabricadas » por él mismo —si así puede decirse— y el color intenso está siempre contorneado de negro, lo que, en la gran superficie del cuadro, contribuye a darle una extraña homogeneidad.

Vienen ahora una serie que él denomina *Mesas,* en las cuales se ve la tapa y las cuatro patas puramente alusivas, que en algunos casos llegan a desaparecer cuando la propia mesa se convierte en todo el cuadro. El pintor alude en sus notas a la afección que siente por la tergiversación, en su obra, de lo muy pequeño con lo muy grande. De modo que ante estos cuadros —de los más abstractos en su producción— no se sabe nunca bien si estamos mirando de muy cerca un pavimento, por ejemplo, o de muy lejos una galaxia en la noche del universo. Quisiera aquí simplemente señalar un rasgo de Dubuffet que es común a toda su obra y es lo que yo llamaría esa « mesura en la desmesura » con la que siempre se expresa. Es decir que considero que tiene un sentido muy claro —por no decir clarividente— para saber qué dimensión conviene a cada obra, cosa que no siempre tuvieron otros grandes artistas emparentados con él en más de un respecto como Klee o Wols. En efecto, Dubuffet parece poseer el sentido innato de la « escala » y pasa de lo diminuto a lo relativamente grande (nunca demasiado) y acierta siempre plenamente.

Entre lo penúltimo de su obra señalemos las *Texturologías* y *Materiologías,* designadas con infalible precisión. Por cierto que los meros nombres de estas series evocan y aclaran suficientemente lo que el autor se propuso con ellas. También encontramos en estos últimos tiempos entre su producción las *Barbas* que, fácil es suponer, le deben fascinar, ya que toda barba tupida y enre-

dada es, en cierto modo, un Dubuffet *avant-la-lettre,* o sea un laberinto sin principio ni fin que él aprovecha para completar con dos ojitos que de esa manera y sorprendentemente son capaces de crear un extraño personaje.

QUIÉN ES, POR ÚLTIMO, este no conformista, este *enfant terrible* cuyas furias, intransigencias y salidas de tono son célebres? ¿Hay acaso masoquismo en los poderes públicos, en los coleccionistas y en los críticos que escribimos sobre él, cuando cien veces ha renegado de nosotros hablando pestes de nuestros respectivos puntos de vista?

Creo que el talento de Dubuffet nos plantea problemas nuevos y hay que enfocarlo también con criterios nuevos. En él se opera un desesperado esfuerzo por mantenerse libre de la fama, del dinero —que ya tenía desde antes de pintar cuadros—, de lo que a él se le debe presentar como la « esclavitud » del artista contemporáneo. En efecto, durante el siglo XIX hubo demasiada incomprensión para todo lo que hacía el artista y ello constituía un gran mal, al cual los más delicados fueron terriblemente sensibles. En el nuestro corremos el riesgo de pecar por lo contrario : la súbita fama de ciertos artistas, las inmensas sumas de dinero que manejan como capitalistas del antiguo régimen les pueden quitar fuerza, originalidad, sentimiento de absoluta libertad para su creación. De ahí mi explicación para comprender la actitud de este artista, de ahí sus desplantes que serían más aparentes que reales.

Para algunos la pintura de Dubuffet es una terrible requisitoria, una depreciación de lo humano, un desprecio sin límites. El artista dice, por el contrario, que sólo ha tratado de subir a la categoría de arte aquello que habitual y convencionalmente consideramos como feo, como insignificante o menos aún. Sea como fuere, sólo porque Dubuffet es un gran artista su mundo consigue interesarnos e impresionarnos. El horror de una tragedia griega, de un drama de Shakespeare constituyen casos clásicos de lo que podría llamarse el horror « artístico ». El horror de la guerra, de los campos de concentración, de la miseria en todas sus formas no se sublima —¡por desgracia!— en arte, sino que queda simplemente como hecho crudo, brutal, sin escapatoria. Este horror de Dubuffet —si horror hay y no burla o travesura genial— tiene la puerta de salida del arte : complejo, denso, abismado.

Porque la verdadera obra de arte actúa a varios niveles simultáneamente. No hay, pues, contradicción en que Dubuffet —*velis nolis*— enjuicie al hombre y cante, al mismo tiempo, lo humilde, lo sórdido. Quizá, diríamos, una cosa no vaya sin la otra. Dubuffet, en realidad, está en el cruce de caminos de varias tendencias. Aunque los términos que voy a emplear no le cuadren exactamente —en arte sólo podemos hablar de las cosas por aproximación—, son los únicos con que cuento para hacerme entender. Es, sin duda, un expresionista violento, aunque se contenga y quiera parecer sereno. En la materia, en el dibujo, en el color está siempre presente esa violencia suya. Bordea, como ya he dicho, el arte de los niños, de los locos, de los ingenuos. Pero, como verdadero artista consciente, sabe que arte es lo voluntario y que para expresarse es menester un dominio y una voluntad que esos otros grupos humanos —por fascinantes que sean— no poseen como el artista lúcido en la plena posesión de sus medios. Se ha apasionado, en esta vía, por lo que él y un grupo de sus amigos han llamado : *art brut.* Y, como los surrealistas, ha exaltado y coleccionado ese arte en bruto. Su contacto con los surrealistas está basado en gran parte en su no conformismo, pero él mismo no lo es, hablando con propiedad, aunque esa discutible escuela no pierda oportunidad de asimilárselo, como ya ha hecho con tantos otros artistas de valía cuyo arte tenía un origen o un punto de tangencia con lo que se proponían los surrealistas de primera época. Como violento que es, aun sin quererlo quizá, asume una actitud crítica ante el mundo. Deforma, aplana, tritura las formas llamadas « nobles » (el cuerpo de la mujer, por ejemplo, el rostro de los intelectuales), no tanto para humillarlas sino para exaltar, como él dice, las cosas humildes —las « florecillas » de San Francisco de Asís— erróneamente llamadas « feas ». No hay nada feo en la naturaleza (o todo es feo, podríamos agregar como variante). Quizá su intención no sea demoledora —como puede parecer a muchos— y tenga razón, por escrúpulo de conciencia, en señalar que los crí-

ticos se equivocan. ¿Se equivocan? ¿Hasta qué punto, me pregunto, el artista nos debe decir —fuera de su signo plástico— lo que se propuso con su obra?

Partiendo de un punto de vista estrictamente personal, Dubuffet ha llegado a soluciones muy parecidas a algunas del arte abstracto. Pero ya en estos últimos años se nos ha hecho extraordinariamente clara la inanidad de definir o dividir el arte contemporáneo en abstracto y figurativo. No, no es eso. Hay un arte inquieto, de verdadera vanguardia, que trata de expresar al hombre contemporáneo. Y un arte cómodo, convencional, menos que mediocre, que no hace sino prolongar un estado de cosas, arte que también —hay que decirlo— puede seguir siendo figurativo o abstracto, para utilizar la nomenclatura convencional.

En realidad no se trata de dejar una cosa para pasar a otra, ni de arrepentirse de haber apostado a una carta y querer, más tarde, jugar a la opuesta. Nada de eso, pero ahora vemos más claro que nunca qué ingenuo era dividir las cosas con un cuchillo cortante.

Si comprendemos este enfoque comprenderemos, al mismo tiempo, que Dubuffet trabaja en la mejor, en la única vanguardia de nuestro tiempo, la que se dirige a tropezones o tranquilamente a descubrir aún otro aspecto del universo que no está « jerarquizado » de una vez por todas, como ocurre en la visión que de él nos da la pintura del Renacimiento italiano y todos sus derivados, incluyendo a algunos contemporáneos. No, en Dubuffet como al menos en la mitad de la verdadera vanguardia, se debate el problema de lo caótico, de lo confuso, de lo obsesivo, del mundo como « mecanismo » más bien que del mundo como « espectáculo ». Dubuffet acerca su rostro sensible, sus ojos sensibles, sus manos sensibles a la tierra, a lo infinitamente pequeño —que de pronto se transforma en lo infinitamente grande—, a lo que hasta aquí hemos despreciado y quiere también « cantarlo » a su manera. ¿Representándolo? No, mejor sería decir re-inventándolo, re-creándolo, ya que el arte no copia nada —como creen los reaccionarios—, sino que *inventa a partir de lo dado* —¿de dónde lo sacaría si no?— *un sistema coherente y completo de formas*. Conste que no tomo partido y no considero que sea éste el único camino y que quizá también por algún otro que acaso parezca antipódico, como la extrema rigidez geométrica, el artista pueda también expresarse, expresarnos.

Las comparaciones pueden ser didácticas, pero a veces también, inevitablemente, resultan ofensivas. No quiero dar nombres, mas lo cierto es que casi ninguno de los que consideramos grandes artistas contemporáneos tiene la calidad, la dignidad, la consecuencia, la lógica iba a decir de Dubuffet. Lo dice él mismo en sus notas cuando confiesa su afán de llegar a pintar el agua de los torrentes, el agua del mar —como ya ha pintado las tierras—, en una palabra : proponerse el inventario de la naturaleza. Pero sabe también que para lograrlo no puede ya contar con los procedimientos antiguos. Se trata de una re-creación metafórica —como la esencia misma del arte— y el artista considera que no ha llegado todavía a su meta. Y no llegará tampoco en definitiva, porque el arte es afán, un acercarse a problemas mayores que el hombre y que lo desbordan. De todas maneras la obra de Dubuffet nos da a entender que no se trata en el arte contemporáneo —cada vez menos— de lo casual, de lo improvisado, de lo caprichoso. Los ingenuos, sólo los ingenuos, toman los medios por los fines. Que el artista sepa hoy que el azar puede ser un poderoso aliado, no quiere decir que no necesite seguir siendo el amo de su expresión. El arte no puede ser otra cosa que el paciente descubrimiento de un método, de una estética, de una intransferible comunicación. Sólo el artista que actúa simultáneamente en todos esos niveles es capaz de ampliar los horizontes de su tiempo. Nos enseña así a ver de otra manera, y lo que es mucho más : nos enseña a *ser* de otra manera. Porque en los anales de la historia no queda establecido que el hombre esté explicitado de una vez por todas. Aquí estamos aún viviendo la millonésima versión del hombre y nos preguntamos : ¿Cuántas quedarán todavía por ser vividas en las inescrutables carpetas del tiempo?

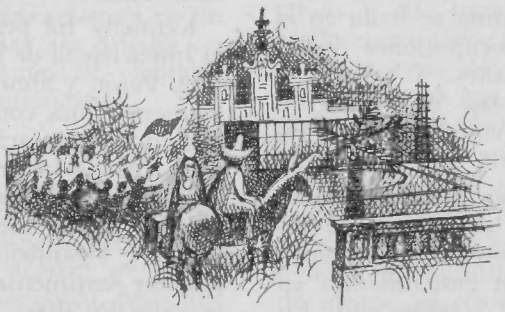
crónicas

VICTOR ALBA

¿Futuro o pasado de la O.E.A.?

HABLAR DE PANAMERICANISMO, en América Latina, es levantar una liebre para que sirva de blanco a toda clase de sarcasmos. En Estados Unidos es suscitar un gesto de escepticismo.

El interamericanismo, que desde 1948 sucedió al panamericanismo, parece más realista. Durante doce años, los gobiernos, si no los pueblos, han enviado embajadores a las conferencias interamericanas y a la OEA (Organización de Estados Americanos) y han pagado sus cuotas a esta última. Pero no han hecho mucho más. Estados Unidos, por su parte, ha preferido tratar bilateralmente con los países latinoamericanos que hacerlo a través de la OEA. Sólo cuando el régimen de Cuba empezó a representar un problema continental, Washington recurrió a la misma.



Pero si la OEA ha tenido buen éxito, hasta ahora, en la cuestión de mantener la paz, de resolver los conflictos, y si hoy extiende su radio de acción al campo de los derechos humanos (aunque sin que se haya encontrado la manera de hacer compatibles el principio de la no intervención y el deseo de que se respete la democracia representativa y los derechos del hombre), y hasta si se ha atrevido a condenar a Trujillo y a decretar sanciones contra su régimen, todo esto no quiere decir que la OEA haya logrado todavía la confianza popular que pueda convertirla en el organismo que América Latina y Estados Unidos necesitan. Porque con la gradual reconquista de la democracia en América Latina los problemas que se plantean rebasan el cuadro político. Son esencialmente problemas económicos y sociales.

¿Podrá la OEA convertirse en ese organismo?

La respuesta depende, sobre todo, de los gobiernos. Los pueblos olvidan que en la OEA no hay derecho de veto, que cada uno de los veintiún países miembros tiene un voto, y que su Consejo, formado por embajadores de cada uno de los países, es el que decide en todas las cuestiones (incluso en muchas de poca monta, más propias de un grupo de técnicos o de administradores que de un consejo de diplomáticos).

¿Qué perspectivas hay de que la OEA llegue a ser el organismo de coordinación económica y social, el canal por el cual se vierta en América Latina la ayuda norteamericana, el instrumento para la solución de ciertos problemas, como el de los precios de las materias primas, además de seguir siendo la institución mediadora en las disputas, defensora de la paz y la seguridad continentales y garantizadora de los derechos humanos? No olvidemos que estas últimas funciones, de carácter político, sólo

puede cumplirlas bien, en la coyuntura actual de América, si goza de un prestigio, de una autoridad moral, de un renombre de independencia que únicamente pueden darle una actuación eficaz, enérgica, clarividente, en el campo económico y en las cuestiones sociales.

* * *

Lleras Camargo, cuando era secretario de la OEA, estableció las bases de su estructura jurídica. José A. Mora, el secretario general actual, ha establecido las bases administrativas y técnicas de su actuación económica. Lo único que falta es que los gobiernos decidan cuál ha de ser esta actuación y proporcionen los medios para llevarla a cabo.

Examinemos qué posibilidades hay de que lo hagan.

Por primera vez en la historia de Estados Unidos, América Latina se halla en la primera fila de las preocupaciones de los gobernantes norteamericanos. Y no sólo a causa de Cuba o del viaje de Nixon en 1958... En realidad, si América Latina no existiera, Kennedy tendría que inventarla.

Por fin un Presidente norteamercano comprende que el interés de su país puede hacerse coincidir con el interés de América Latina, cuando se toman esos intereses en su sentido más general y más alto. En efecto, si Estados Unidos ha de contener el avance soviético y hasta rechazarlo, ha de ser porque la experiencia demuestre a los pueblos que el método soviético de desarrollo —con capitalización a base de mano de obra y con disciplina que conduce al totalitarismo— es menos eficaz y más costoso que el democrático.

Por primera vez también, los dirigentes de Estados Unidos están dispuestos a reconocer que el capitalismo no es un principio eterno y sagrado, sino una forma transitoria de organización económica, y admiten que puede haber muchas otras formas legítimas de organización social, con tal que se respete la libertad humana y unos principios mínimos de convivencia internacional.

Ahora bien, en América Latina —con excepción de Cuba y algunas dictaduras militares o familiares— la tendencia general es a efectuar el desarrollo en forma democrática. En América Latina se da un verdadero muestrario de formas económicas y sociales posibles. Constituye, pues, una ocasión que ni preparada exprofeso para que Kennedy demuestre con hechos la eficacia de sus principios. Por eso la necesita en el plano de las ideas tanto como Estados Unidos puede necesitarla en el plano material.

* * *

Kennedy es, ante todo, un político y está orgulloso de serlo. Todo buen político sabe percibir el estado de ánimo de la masa. Kennedy ve, sin duda, el contraste entre el estado de ánimo fatigado, algo aburrido, satisfecho y sin prisas, de la población de su país y de los países occidentales o industrializados en general, y el estado de ánimo de las masas de los países en vías de desarrollo.

Kennedy ha percibido, indudablemente, la impaciencia de las masas en América Latina. Perón y ahora Castro han tenido, por lo menos, una consecuencia innegable (que a algunos parecerá positiva y a otros negativa) : la de hacer entrar esas masas en el escenario de la política. Hasta Perón, sólo existían, en momentos de gran psicosis colectiva : alzamientos, motines, huelgas de móviles sentimentales. Ahora, la masa existe todos los días.

Verdad es que no tiene experiencia ni preparación política, precisamente a causa de su inexistencia política anterior. Por lo tanto, es políticamente manejable, engañable, explotable. Venezuela, a fines de 1960, fue una prueba de cómo se puede utilizar a la juventud para fines que son contrarios a los intereses mismos de las masas.

Kennedy sabe que no hay tiempo para educarlas directamente. Esto exige muchos años : construir escuelas, preparar maestros, enseñar a una o varias generaciones de niños, y mantener al mismo tiempo la estabilidad política, para que esta educación vaya acompañada de la atmósfera democrática que enseña lo que no se puede aprender más que respirándolo : el arte de ser ciudadano, de considerar tan importantes los deberes como los derechos.

Las masas no esperarán en América Latina. Necesitan reformas, cambios. Quieren

mejorar su nivel de vida y afirmar su dignidad humana. Esto es cosa lenta, también.

Pero hay cosas que se pueden hacer de prisa, en este terreno. Por un lado, se pueden comenzar ciertas reformas, aun sabiendo que causarán perturbaciones en la economía y en la producción. Muchos gobiernos, que advierten esta impaciencia de sus países, se atreverían a emprender reformas si supieran cómo hacer frente a las perturbaciones económicas consiguientes.

Estados Unidos han proporcionado hasta ahora ayuda para crear industrias, construir carreteras, adiestrar técnicos. Todo esto es útil e importante. Pero es más urgente la ayuda para compensar las perturbaciones consecutivas a las reformas, con lo cual éstas se hacen posibles. Kennedy parece dispuesto a ver las cosas de esta manera. En fin de cuentas, tales reformas tienden a convertir a América Latina en un continente de clases medias, de sistema capitalista, aunque con formas de capitalismo distintas a las norteamericanas...

* * *

Kennedy se da cuenta de los cambios surgidos en América Latina. Observa que las relaciones bilaterales pueden ser útiles, y lo son en el plano diplomático, pero que para las actividades de desarrollo económico, social y cultural, no bastan. Frustran una gran parte de los fines a que se destinan los fondos de desarrollo, suscitan suspicacias y no siempre pueden establecer un equilibrio adecuado entre los intereses nacionales y los intereses continentales. Por lo tanto, Kennedy (tal vez como para tomar el pulso) ha dado un paso que constituye una verdadera innovación en la diplomacia norteamericana.

Ha escrito al secretario general de la OEA y le ha preguntado si ésta podría realizar un estudio de las necesidades de la educación superior en América Latina y formular recomendaciones, basadas en tal estudio, acerca del mejor modo de acción en este terreno. La respuesta, claro está, ha sido afirmativa. La OEA realizará el estudio. Dentro de unos meses, Kennedy y los gobiernos latinoamericanos sabrán lo que América Latina necesita para preparar debidamente a sus dirigentes futuros, y no sólo los políticos, sino los culturales, los técnicos, los científicos... Se trata de preparar a los que han de realizar las reformas y a los que han de dirigir la sociedad en lo futuro inmediato. Prepararlos no para que hagan tal o cual cosa, sino para que, llegado el momento, sepan cómo hacer bien lo que desean hacer, lo que la impaciencia latinoamericana pida que hagan. Esto es tarea de educación superior. Y sabrán lo que piensan sobre esto no unos peritos norteamericanos, sino los universitarios de toda América Latina. Lo que luego se haga no será algo orientado por burócratas o por diplomáticos, sino por hombres de cultura.

* * *

Si Kennedy necesita, como dije, a América Latina, América Latina necesita a la OEA. Y ello para demostrar que el desarrollo coordinado, hecho de común acuerdo por una serie de países, es más eficaz y menos costoso que el desarrollo logrado individualmente por cada país, con ayuda de carácter exclusivamente bilateral.

Habida cuenta de que la ayuda es necesaria y de que el desarrollo ha de acelerarse ; sabiendo que esta ayuda no puede mantenerse en una atmósfera que no sea, cuando menos, de correcta comprensión mutua, y demostrado ya el despilfarro de fondos y de buenos sentimientos que acompaña a la ayuda bilateral, ¿qué puede hacerse en la situación actual de nuestro hemisferio?

La respuesta es obvia : inventar la OEA. Ahora bien, la OEA existe. No es la misma OEA que se inventaría ahora si no existiera y funcionara ya. La OEA ha tenido misiones distintas a las de fomentar y planear de común acuerdo el desarrollo económico y social, y buscar soluciones a los problemas económicos de América Latina.

La OEA ha hecho algo, sin embargo : ha establecido programas de cooperación técnica, ha llevado a la práctica planes de becas para profesionales de alto nivel cultural y ahora prepara un plan para enviar profesores de todos los países americanos a enseñar en universidades de otras naciones del continente. Entre estos profesores figura Robert Oppenheimer. el físico de fama mundial. Por cierto que este nombre de-

muestra con qué independencia y sin espíritu rutinario se lleva a la práctica este plan.

De un organismo que se dedicaba a difundir discursos sobre la paz y a publicar obras de poesía, la OEA se ha convertido en un organismo que tiene un departamento económico y un departamento social, que hace estudios sobre la energía atómica y la productividad, que elaborará un informe anual sobre el estado económico del continente, que ha preparado el nacimiento del Banco Interamericano de Desarrollo, que impulsa a la firma de tratados sobre las materias primas... Pero esto es sólo el comienzo. A la impaciencia latinoamericana y a la prisa del gobierno de Kennedy por llegar a realizaciones concretas, ha de responder la OEA con una celeridad a la que no está habituada, porque sus funciones anteriores no la exigían.

América Latina no ha logrado establecer planes de conjunto y a largo plazo para su desarrollo. Cada país trata de trazar los suyos. La situación actual del mundo y del continente no permiten ya la pérdida de tiempo y de esfuerzos que esta fragmentación acarrea. No puede todavía mantenerse la balcanización de la economía cuando la balcanización política de América Latina está en vías de desaparecer. La OEA es precisamente (porque tiene cierta flexibilidad para adaptarse a nuevas tareas) el medio por el cual América Latina puede hacer oír su voz, voz mucho más fuerte que la de cualquiera de los veinte países latinoamericanos. La OEA es el canal por el cual la ayuda puede llegar a América Latina sin despertar suspicacias ni resquemores, sin el despilfarro que significa la bilateralidad sistemática y exclusiva. La OEA puede dejar de ser el cajón de sastre de las buenas intenciones y convertirse en el « brain trust » del desarrollo latinoamericano.

La OEA se encuentra en un círculo vicioso. Como hasta hace algún tiempo nunca había tenido una tarea que la acercara a las realidades vivas de América Latina, no gozaba de prestigio y autoridad. Debido a ello, no puede mostrarse eficaz en problemas políticos como los de la República Dominicana y Cuba. Y esta ineficacia hace pensar a algunas cancillerías que no deben darse a la OEA tareas de carácter económico y social. Es preciso romper este círculo vicioso y empezar a establecer para lo futuro las bases del prestigio y de la autoridad de la OEA, para que cuando se presenten otros problemas políticos pueda ser eficaz en el campo político, fundándose en la confianza que haya ganado en el campo económico y social. Es necesario, pues, que la OEA se convierta en útil para los gobiernos, que cuando éstos tengan un problema que rebase sus fronteras, acudan en primer término a ella. Por ejemplo, para diversos países latinoamericanos se plantea ahora el problema del algodón. ¿Por qué en vez de buscarle solución fuera de la OEA, no se la utiliza para encontrarla? Otro ejemplo : ¿qué pasará cuando el régimen de Castro desaparezca y se plantee la cuestión de volver a dar a Cuba (al pueblo cubano) la cuota norteamericana de azúcar que ahora se ha retirado? ¿Cómo resolverán entonces los países latinoamericanos que han visto aumentada su cuota el problema que se les suscitará para la disminución de la misma, al restablecerse la cuota cubana? Este es otro asunto del que los gobiernos podrían encargar a la OEA. Sólo cuando los gobiernos se acostumbren a acudir a la OEA y, al mismo tiempo, le den los medios para abordar con eficacia las cuestiones que le sometan, será posible que adquiera el prestigio y la autoridad indispensables para la eficiencia de su acción política, acción política, no lo olvidemos, que se decide por todos los países del continente.

Tengo la impresión de que en Washington, en la Casa Blanca sobre todo, se preguntan no sin cierta ansiedad si los gobiernos latinoamericanos comprenden la urgencia de esta nueva transfiguración de la OEA, que no exige cambios en documentos oficiales, sino sólo en las actitudes y los medios de acción. El gobierno de Kennedy necesita una política latinoamericana y la busca. América Latina misma, a través de la OEA, puede ayudarle a encontrarla. Es una oportunidad única. Pero esta oportunidad no durará de modo indefinido, ni tiene carácter recurrente .

CARTA DE NUEVA YORK

La juventud estudiantil norteamericana

POR LEWIS S. FEUER

Actualmente circula la especie de que se observa un nuevo despertar de la conciencia estudiantil. Para los veteranos de los años 1930, que han vivido en un destierro intelectual, esta noticia es alentadora. Durante quince años han estado esperando un movimiento ascendente en el ciclo de las emociones políticas, y ahora vislumbran la inquietud espiritual, la excitación precursora de la actividad, que consideran como el signo de la gracia política. Es indudable que existe cierto desasosiego entre los estudiantes universitarios de Norteamérica. En Berkeley, Cornell, Los Angeles, San José, San Francisco o Michigán, los partidos políticos formados por estudiantes se han multiplicado con nombres que suenan como designaciones en clave de operaciones militares : Programa, Acción, Tribuna, Misión, Objetivo. ¿Qué carácter tiene esta nueva inquietud estudiantil? Esta actitud de los estudiantes, ¿representa un auténtico movimiento político? Y en caso afirmativo, ¿cuáles son sus fines previsibles?

Sería un error considerar la nueva actividad estudiantil como una continuación del radicalismo de los años 1930. La presente inquietud no ha nacido de la depresión ; antes bien es hija de la prosperidad. Su política no afecta a los fundamentos de la sociedad ; no propone ningún programa de reforma económica esencial. Más bien persigue lo que podríamos llamar una « política de la superestructura ». Los estudiantes activistas de nuestra época se mueven impulsados por objetivos tales como la abolición de la pena capital, de la instrucción paramilitar en las universidades, del Comité contra las actividades antiamericanas, de la discriminación racial y de los ensayos de bombas atómicas. Los estudiantes sienten una simpatía muy rudimentaria por el movimiento obrero y tienden a considerar las organizaciones de trabajadores como grupos de intereses de la sociedad norteamericana, relativamente incultos y orientados por aspiraciones mezquinas. La noción marxista de la reconstrucción de la sociedad que tiene el proletariado les parece un mito arcaico.

Evidentemente, todo esto es muy distinto de la agitación estudiantil del decenio 1930-40. En aquel tiempo, los movimientos llamados de estudiantes abarcaban una pequeña parte de la población universitaria norteamericana y, no obstante, impresionaban considerablemente a la opinión estudiantil, gracias a la pasión con que las organizaciones y las publicaciones universitarias anunciaban sus programas socialistas, y a menudo, comunistas. Pero los estudiantes nunca sostenían con sus propios fondos estos órganos, que dependían exclusivamente de la generosidad de los partidos políti-

cos de izquierda. Asumía su dirección un grupo burocrático, designado para esta función por las organizaciones de sus padres. A la cabeza de las juventudes estudiantiles se hallaban a veces personas que se preparaban para una carrera política y, en algunas ocasiones, hombres desorientados, de veinticinco a treinta años, que no habían logrado terminar sus estudios en la adolescencia.

La agitación de los estudiantes radicales del decenio 30 no tuvo nunca el carácter de un movimiento auténtico en el sentido de los japoneses, chinos o sudamericanos. La sociedad estadounidense no ha sido jamás un terreno propicio para los movimientos estudiantiles, y las organizaciones que nacían guardaban la misma relación con los partidos políticos de los adultos que las agrupaciones de jóvenes para la edificación cristiana con las Iglesias respectivas. No tomaban iniciativas políticas importantes ni exponían ideas nuevas. Eran un incidente de menor cuantía en un período en que los grandes progresos se debían al movimiento sindicalista, especialmente el Comité para la Organización Industrial (CIO). El movimiento del Dr. Townsend, encaminado a obtener una pensión para los ancianos, realizó una labor mucho más fructífera que la juventud en sus esfuerzos por conseguir una legislación positiva. La principal proeza de aquel movimiento estudiantil fue proponer a sus miembros que considerasen a la URSS como la suprema conciencia colectiva. El resultado fue tan negativo que únicamente logró desfigurar y esterilizar el pensamiento y la actividad política de la juventud. La antigua Sociedad Socialista Intercolegial de principios de siglo fue la precursora de la generación radical siguiente. Pero el radicalismo estudiantil del decenio 1930-40 terminó en un callejón sin salida, y la inquietud de los estudiantes de nuestros días tiene muy poco arraigo en dicho pasado.

* * *

¿Cuál es, pues, la causa del nuevo desasosiego académico? Sus orígenes son muy diversos y no acaban de consolidarse en un movimiento común. La indudable desazón actual refleja, en primer lugar, el cambio fundamental que se ha producido en la situación social y económica del estudiante norteamericano. Ha sido una revolución en la economía de la vida académica. Actualmente, en todos los grandes centros universitarios el número de estudiantes ya graduados es superior al de los que aún no han obtenido el diploma. Después de terminada la carrera, pasan una gran parte de la vida ampliando los estudios. Es corriente que los estudiantes graduados consagren de cuatro a siete años a perfeccionar sus conocimientos. Y no es raro que tengan alrededor de treinta años y estén casados, con uno o dos hijos. Con frecuencia sus esposas trabajan para ayudarles, mientras ellos continúan estudiando. La enorme expansión de las universidades, con sus instituciones auxiliares, ha obligado a crear numerosas plazas de secretarias y de empleados administrativos.

La « revolución de la enseñanza » requiere el nombramiento de muchos profesores y auxiliares, así como la concesión de becas y de subsidios por parte de las Fundaciones para los investigadores y los cursillistas. Así es como la revolución de la enseñanza ha convertido por primera vez a las Universidades en verdaderos distritos electorales, que intervienen en la política norteamericana con grandes masas de votantes en potencia, que disponen de tiempo y entusiasmo para la lucha y que, debidamnte estimuladas, habrán de influir en los destinos del país. Los candidatos más descollantes, al recorrer sus sectores, se dirigen a las Universidades y rivalizan entre sí para ganarse la simpatía de los jóvenes.

El estudiante graduado y casado que amplía sus conocimientos constituye la base de un nuevo grupo de intereses político-económicos, pues tiene problemas de alojamiento, se preocupa por las escuelas que habrán de frecuentar sus hijos y no es raro que viva con gran estrechez. Aun cuando la situación de los nuevos estudiantes graduados sea ahora mucho mejor que en otras épocas y aunque tengan la seguridad de prosperar de conformidad con sus capacidades, han de empezar ocupando los empleos más modestos en la jerarquía académica. Estos principiantes, que nunca tuvieron gran intervención en las cuestiones universitarias o comunales, han empezado a adquirir confianza en sí mismos. En Berkeley fueron sus votos los que hace un año

dieron la victoria al nuevo partido político llamado Programa. Un estudiante diplomado en sociología, de filiación socialista, presentó su candidatura para alcalde de Berkeley y obtuvo una sexta parte de los votos. Luego defendieron la causa de Adlai Stevenson, no precisamente por su programa ni por su política, sino por ser un colega intelectual.

Los estudiantes graduados son los soldados de filas de la nueva clase intelectual que se está constituyendo. Han leído a David Riesman, a C. Wright Mills, a William H. Whyte, a Daniel Bell, a Seymour Martin Lipset y, teóricamente, están sofisticados. Si pretenden hacer una carrera moderadamente prometedora es porque no tienen ese sentimiento de ser objeto de una injusticia personal que favorece los extremismos. Los estudiantes graduados de hace veinticinco años se preocupaban de encontrar el pan y la mantequilla ; hoy sus descendientes se interesan por obtener la autorización de aparcar su automóvil, por las asociaciones de padres y maestros, por los precios de las lecciones particulares y por las posibilidades de alojamiento. Pero aún conservan la generosidad propia de la juventud. La ética de la competición no les ha deformado todavía. Las amistades son más calurosas y sinceras de lo que serán más adelante. Es curioso observar que, a medida que las clases en las universidades y seminarios se amplían y adquieren un carácter más oficial, se va abriendo paso una tendencia a organizar con carácter privado, « clubs » de estudiantes, donde éstos efectúan intercambios de lecturas y disertaciones.

Este despertar de los estudiantes se debe, en gran parte, a la generosidad y a los intereses prácticos de las esferas inferiores de la nueva clase intelectual. Simpatizan espontáneamente con los compañeros estudiantes que pasan en vela ante las cárceles las noches que preceden a las ejecuciones capitales. Sus activistas participan en manifestaciones con los grupos que organizan « actos en favor de la paz ». Durante un día y una noche enteros del mes de agosto dirigieron un servicio religioso en memoria de las víctimas de Hiroshima en una iglesia presbiteriana. Este verano fueron al campo para pasar un fin de semana como obreros agrícolas, y así pudieron conocer los problemas de los trabajadores trashumantes que todavía perciben un dólar y aún menos por hora.

Sin embargo, ahora es muy difícil conseguir nada con soluciones sencillas, como hacían los estudiantes en otro tiempo. Pues por encima del liberalismo y del radicalismo, la experiencia soviética aparece como la anulación de toda esperanza. Los programas pacifistas sólo pueden apoyarse con un gesto de simpatía, porque el sistema soviético sigue siendo demasiado incierto. El sentido común más elemental exige que se actúe con precaución y vigilancia estrictas en una sociedad donde un Stalin paranoico toma decisiones, cuyos efectos repercuten durante decenios. Los estudiantes apostados ante los laboratorios atómicos de Livermore, acabarán comprendiendo la inutilidad de sus esfuerzos, mientras los estudiantes soviéticos no se atrevan a bloquear las instalaciones atómicas de su país.

Al penetrar los estudiantes negros, por primera vez, en febrero último, en los locales reservados a los blancos en Greensboro, Carolina del Norte, suscitaron reacciones particularmente calurosas. Los cuatro negros sentados ante el mostrador de un bar económico y pidiendo sendas tazas de café dieron origen a una serie de manifestaciones espontáneas en las universidades de todo el país. En Berkeley, los grupos de protesta han desfilado todos los fines de semana, durante más de medio año, ante las sucursales de los almacenes comerciales de tendencia nacionalista, para mostrar su desacuerdo con las discriminaciones practicadas en el sur. Los negros de los Estados meridionales enviaron emisarios a los estudiantes del norte para darles cuenta de los acontecimientos y pedirles una ayuda financiera.

El valor y la tenacidad de los negros, más que los lamentos de tiempos pasados, van ganando los corazones de los estudiantes blancos. Los derechos civiles se han convertido en la preocupación dominante de la nueva generación estudiantil, porque ahora ven con más claridad donde se hallan la justicia y la injusticia morales. Sin embargo, los estudiantes negros no intervienen en el despertar de los estudiantes del norte, porque sus propios problemas ya les absorben bastante. Se da el caso de que entre los estudiantes detenidos del grupo de Berkeley

por haber tomado parte en la manifestación de San Francisco, no figuraba un solo negro.

* * *

Resulta muy significativo el hecho de que los estudiantes no graduados se interesen hoy más por la política que en los últimos diez años. Llenan las salas de conferencias para escuchar a Norman Thomas y a Max Schachtman ; ocupan las grandes plazas y los paraninfos para oír a Nelson Rockfeller y a Adlai Stevenson. El pequeño grupo de radicales que figura ahora entre ellos está formado con frecuencia por los hijos y las hijas de los que fueron socialistas o comunistas veinticinco años atrás. Algunos de estos jóvenes han llegado a la política por caminos tortuosos. La hija de un sindicalista me dijo que, cinco años antes, se hallaba completamente desilusionada por la doctrina izquierdista y, durante cierto tiempo, había vivido en la mayor indiferencia. Finalmente volvió a la universidad. La agitación contra la pena de muerte despertó su sentido de la responsabilidad social. Después fue detenida durante los « alborotos » de San Francisco. Sigue siendo antimarxista ; pero busca el medio que le permita expresar sus ideales políticos.

La reacción de los estudiantes ante las cuestiones políticas es mucho más emocional que intelectual. Acudieron al llamamiento para manifestar su oposición al Comité contra las actividades antiamericanas, porque simpatizaban con los desheredados y les repugnaba el carácter inquisitorial de los procedimientos empleados. Les preocupaba muy poco lo que preconizaban los comunistas y sus paniaguados. Para ellos el « macarthismo » se ha convertido en una fórmula vacía de sentido y no llegan a comprender el origen de este fenómeno, debido en gran parte a la mala conciencia y a la cobardía de los propios radicales, comunistas y excomunistas. Estos últimos siguieron siendo partidarios de la teoría de Lenin sobre la necesidad de mantenerse como organización clandestina. Para algunos representaba también un medio de represión de actos que ellos preferían olvidar. En vez de defender lo que había de noble en los ideales de su juventud y de rechazar francamente lo innoble, se encaramaron en el patético coche de la Quinta Enmienda y se instalaron como observadores neutrales ante una cacería política.

Las sociedades democráticas han acabado siempre apartando a las agrupaciones clandestinas para impedir que ejercieran una influencia política. Hace más de ciento treinta años los electores del Estado de Vermont llevaron al poder a un partido antimasónico, convencidos de que dicha sociedad secreta creaba entonces una gran confusión en la marcha de la política. Desde 1848, la Constitución liberal suiza ha prohibido a los jesuitas actuar en territorio helvético, porque la Compañía de Jesús, en su calidad de sociedad política secreta, ha desarrollado actividades que repugnan a los ciudadanos suizos. Marx se negó a unirse con la Liga Comunista mientras ésta fue una organización clandestina. Y el « macarthismo » fue una reacción contra el comunismo clandestino, en una época en que existía un verdadero pánico ante la posibilidad de una guerra que la locura de Stalin pudo haber provocado. El Comité contra las actividades antiamericanas perecerá de muerte natural, en cuanto la moralidad política haya reemplazado a la sociedad secreta y los radicales vuelvan a la tradición de Eugenio V. Debs, que consideraba toda convocatoria ante un tribunal o ante un comité como una oportunidad para defender con honor y dignidad sus palabras y sus actos políticos.

En este sentido, la nueva generación de estudiantes carece de antecedentes políticos. Sus padres o sus predecesores no eran radicales hastiados, sino ex radicales asustados, dominados por un sentimiento de culpabilidad. La generación que hubiera debido transmitirles la tradición y la inspiración se hallaba dedicada sobre todo a disimular sus ideales morales y políticos. Si sus mayores defendían el derecho al silencio, ¿qué de extraño tenía que los hijos se mantuvieran callados? Ahora, los jóvenes de esta generación avanzan, cometen errores, se conducen como chiquillos provocadores en un partido de fútbol y aplauden las artificiales heroicidades de los peleles stalinianos. A veces se extrañan ellos mismos de que las gentes les hayan tomado en serio. La mitad de los que fueron detenidos en San Francisco no han reembolsado al Comité de Defensa el

importe de su fianza. El nuevo estudiante que llega en su automóvil a la universidad considera con frecuencia su actividad política de nuevo cuño como un ejercicio de laboratorio en algún nuevo curso experimental.

Entre estos activistas hay muy pocos estudiantes de la Facultades de ciencias o de las Escuelas de ingenieros. En California, éstos últimos leen *The Organization Man*, de Whyte, y estudian los progresos de la sociedad soviética. Cada año hay muchos de ellos que declaran francamente simpatizar con los hombres de organización y esperan ir a engrosar sus filas. Otros aprueban los aspectos tecnocráticos del sistema soviético. Entre los estudiantes de ciencias sociales hay, al parecer, diferencias considerables en el entusiasmo ideológico que anima a los que preparan sociología, ciencias políticas y economía. Los estudiantes diplomados en sociología sienten mayor interés por la inquietud de la nueva generación y parecen interpretar de manera más realista las sociedades y los problemas políticos del mundo. La mayoría de los que se dedican a las ciencias políticas adoptan formas de actividad más convencionales y encuentran en los clubs democráticos o republicanos un cauce suficiente para sus aspiraciones. Los economistas tienden cada vez más a especializarse en la técnica y se les oye exponer con frecuencia justificaciones económico-tecnológicas para la dictadura y el stalinismo, tales como : « Una elevada proporción de inversiones en un país insuficientemente desarrollado sólo es posible con una autoridad dictatorial. »

* * *

Resulta curioso también descubrir el tono « beatnik » (de violencia) que caracteriza la desazón de los estudiantes. El « beatnik » es un hombre adversario de la organización, que protesta contra todos los engranajes, palancas y ruedas. Se niega a ser un dato para una ficha de máquina perforadora (I.B.M.) y es partidario de la secesión de la sociedad automatizada. La filosofía de la violencia atrae a batallones de intelectuales miserables, de parásitos de las ciudades universitarias y de las colonias artísticas. A menudo son los tristes derrotados, cuyas aspiraciones artísticas no corresponden nunca a sus aptitudes ; las personas que carecen de la autodisciplina necesaria para crearse una situación modesta en la vida. En la Edad Media, estos individuos hubieran terminado en las celdas monásticas. Hoy viven en grupos interraciales e intersexuales. Son monjes seculares que han hecho voto de pobreza y de promiscuidad, y adoran a Zan, Tao y Jesús. Carecen de dirección interna y no se dejan dirigir por nadie ; son gentes sin disciplina alguna. Pasan de una metafísica a otra, y sólo se someten de manera sincrética a cada una de ellas, durante unas semanas ; buscan un ropaje filosófico en un montón de harapos. No son nihilistas, porque detrás de las negaciones de un Bazarov había el médico y el maestro de la aldea que volvían al pueblo. Los « beatniks » se hallan estrechamente vinculados entre sí, escuchan con respeto religioso la música de « jazz » durante horas enteras y sostienen discusiones que, por su extensión, pueden competir con los diálogos de Sócrates. En medio de un pueblo que hace planes para todas las distribuciones de tiempo y de recursos, los « beatniks » aportan el mensaje de una vida intensa en el presente inmediato. Los radicales miran hacia lo porvenir, los conservadores se vuelven hacia lo pasado ; pero los « beatniks » adoran un presente truncado, en que se hallan comprimidos lo pasado y lo futuro, y que, en realidad, por carecer de asociación y de sentido, resulta engañoso.

El advenimiento de la barba en las universidades norteamericanas podría ser motivo de una tesis psicológica. Las barbas han tenido una historia cíclica en la vida americana. Eran desconocidas entre los hombres de la generación revolucionaria, así como para Washington, Jefferson y Franklin. Fueron introducidas por los abolicionistas, los fanáticos del movimiento antiesclavista y eran consideradas como un signo de herejía. Thomas Wentworth Higginson escribió, a fines de 1899, acerca de « este estilo, ahora corriente, pero que entonces era una novedad no tolerada entre los hombres de negocios o de profesiones liberales, y una prueba de herejía manifiesta. Debido, en parte, a este adorno insólito, hay hombres que —como se observa hoy efectivamente en las reuniones socialistas europeas— presentan un acentuado parecido con las efigies clásicas de Jesucristo » (*Cheerful Yester-*

days). Ahora vuelve a llevarse la barba como símbolo de una protesta vagamente esbozada, como gesto premeditado contra los directores jóvenes y elegantes, símbolo impreciso que oscila entre el aspecto viril a la Hemingway y al ascetismo de los budistas cristianos. La inquietud de los estudiantes es una actitud reprobatoria de varias cosas, sin tener todavía una idea clara de la clase de sociedad que desean.

* * *

Las octavillas y los panfletos tirados en multicopista han vuelto a hacer su aparición. Uno de estos folletos expresa una esperanza subconsciente de ciertos dirigentes estudiantiles : « Están avanzando a tientas hacia la concepción de un movimiento independiente de estudiantes norteamericanos, con una actividad parecida a la política idealista y práctica de los estudiantes de Europa, Asia y Sudamérica. » Falta saber si la existencia de los llamados movimientos estudiantiles contribuirá a crear una política sana. En Asia y en Sudamérica han tomado la iniciativa en la política porque el resto de la población está sumida en una indiferencia exhausta, y porque los estudiantes, lo mismo que los intelectuales administrativos del porvenir, tienen intereses particulares de clase. Los estudiantes se reunen en las universidades, habitan en distritos particulares, sus programas de estudios no están excesivamente cargados y, en los países atrasados, ocupan una posición única que les lleva a actuar como una auténtica clase política y que a veces está en condiciones de oponerse al ejército. Estados Unidos ha tenido quizás la suerte de no haber necesitado un movimiento estudiantil de estilo asiático o sudamericano. Sin embargo, nosotros aprobamos el resurgimiento apasionado de intereses políticos y sociales en los medios estudiantiles de Norteamérica. El ritmo normal de la vida política estadunidense se impondrá ahora a los trabajos normales del ciclo liberal-conservador, y cabe esperar que con menos riesgo de perturbaciones causadas por una ansiedad impuesta desde fuera.

En junio último, valiéndonos de nuestra prerrogativa de profesores, distribuímos un cuestionario entre los estudiantes de Berkeley, que habían sido detenidos en el curso de la manifestación de San Francisco. Confiábamos descubrir los motivos que les habían impulsado a ello. He aquí algunos ejemplos característicos :

« Pertenecemos a una generación rebelde, y la rebelión ha descubierto al fin algunas de sus causas. Son cuestiones por las que hace años todos hemos querido luchar, pero ahora hemos encontrado el valor y la sinceridad interna para expresarlas. En otras palabras, el radicalismo ha existido siempre ; se halla latente en todo individuo, pero sólo le hemos dejado manifestarse en los últimos tiempos. Primero surgió en forma de violación de los tabús sexuales y lingüísticos y de empleo de drogas ; ahora ha entrado por cauces más útiles para la sociedad. »

« Actualmente, los estudiantes son más radicales. Tienen menos inhibiciones para expresar sus ideas y convicciones. Carecen, en general, de orientación ideológica en la política... Para resolver los problemas los examinan uno a uno o por grupos, pero no como parte de una ideología política total. »

« En cuanto a los rótulos políticos, creo que la mayoría de nosotros preferiría prescindir de ellos. No somos liberales ni radicales ; ambos grupos están sometidos a una doctrina. Yo sólo me siento comprometido ante mi propia conciencia, pero trato de mantenerla informada de las cuestiones políticas y económicas. »

La nueva generación busca siempre algún principio al que consagrar sus energías en proceso de maduración. Hace treinta años, el conflicto de las generaciones se manifestaba con la lucha de clases. La inquietud actual es debida, en parte, a que las energías agresivas de la juventud son incapaces de encontrar una causa o un conflicto con los que puedan identificarse completamente. Los viejos radicales desilusionados pueden preconizar el fin de la ideología ; pero los jóvenes necesitan, si no una ideología, por lo menos, una filosofía. Los que consideran ahora a la juventud como consideraron en otro tiempo al proletariado o como han hecho recientemente, calificando a las naciones no comprometidas de fuentes de sabiduría política, vuelven a cometer el mismo error. Ninguna clase, ninguna nación, ninguna generación puede considerarse elegida, pues todas tienen su cita con el destino.

El amor en Inglaterra

POR ESTEBAN SALAZAR CHAPELA

ADVIRTAMOS PRIMERAMENTE que los datos y observaciones que contiene este artículo no son nuestros. Son de míster Geoffrey Gorer, reputado antropólogo inglés, quien ha dedicado muchos años de su vida al estudio del temperamento, el carácter y las costumbres de sus compatriotas, recogiendo para ello las respuestas anónimas de numerosos millares de ingleses a un cuestionario sobre los más variados asuntos. Esta paciente e ingente labor de míster Gorer, ordenada estadísticamente en su libro *Exploring English Character*, arroja muchísima luz sobre los sentimientos y los hábitos de los ingleses en relación con el amor, el matrimonio, la religión, las relaciones de vecindad, la policía (autoridad en general), etcétera, etc. En el presente trabajo nos vamos a fijar únicamente en el amor.

Para estudiar el amor en Inglaterra míster Gorer comenzó por cursar a más de 15.000 ingleses de uno y otro sexo la pregunta siguiente : « ¿A qué edad tuvo usted interés por las mujeres (o por los hombres, si se trataba de una mujer) ? » De las contestaciones recibidas se deduce en primer lugar la excepcional timidez de los ingleses —hombres y mujeres —en materia de amor, al menos en los años en que los amores se despiertan, esto es, de los 15 a los 20. « Poco más de la mitad de la población inglesa se considera que fue (en amor) *excepcionalmente* (subraya Gorer) tímida. » Una respuesta tipo sobre este asunto puede considerarse la de este obrero de Derbyshire : « Comencé a tener interés por las chicas a los 17 años. Pero debo confesar que yo era demasiado tímido y no me atreví a salir con una joven hasta que cumplí 19. » En las respuestas colectadas hay hombres y mujeres que comenzaron a tener interés por el sexo opuesto a los 12 años, a los 10, a los 8, incluso a los 5... Pero esto es excepcional, como veremos ahora. En general, la niña despierta al amor más pronto —sin duda porque se desarrolla más pronto— que el niño. Y en general también despiertan más pronto las clases burguesas que las clases obreras. Asimismo ese despertar emocional varía con el tamaño de la ciudad. Los niños y niñas de 13 años para abajo interesados emotivamente por el sexo opuesto viven casi siempre en ciudades de más de 100.000 habitantes y pertenecen por lo común a familias bien acomodadas. La estadística que Gorer ha obtenido con las respuestas recibidas es como sigue : de 100 hombres y 100 mujeres han sentido interés por el otro sexo (quiere decirse interés sólo ; no se habla aquí de relación física ninguna) en las edades y

en las proporciones siguientes : a los 10 años de edad han tenido aquel interés 2 niños y 2 niñas ; de los 11 a los 13, 6 niños y 5 niñas ; de los 14 a los 16, 33 niños y 38 niñas (cinco niñas más) : de los 17 a los 19, 34 chicos y 37 chicas (tres chicas más) ; de los 23 a los 24, 4 varones y 2 hembras (dos varones más) ; de los 26 a los 30, 3 hombres y ninguna mujer ; de más de 31, un hombre, ninguna mujer. El centenar de la estadística se completa con 3 hombres y 3 mujeres no interesados en el sexo opuesto a ninguna edad, y con 2 hombres y 3 mujeres que no contestaron.

Poco más de las tres cuartas partes de la población inglesa « afirma haber estado enamorada alguna vez ». Pero lo más curioso es que uno —en cada veintena de casados y casadas— asegura no haber estado enamorado nunca... Más aún : el diez por ciento de los casados y casadas y el cinco por ciento de los viudos y viudas esperan ansiosamente enamorarse en lo futuro. Este estado de expectación amorosa, combinado con cierta confianza en lo porvenir, varía según los medios económicos. « La esperanza (escribe Gorer) de enamorarse en lo futuro aumenta en relación con los ingresos de la persona ; lo inverso es también cierto : cuanto más pobre es el individuo menos esperanza tiene de enamorarse. »

Míster Gorer cursó también la pregunta siguiente : « ¿Cree usted que los ingleses se enamoran al modo de los héroes de las películas americanas? » (Se refería Gorer al enamoramiento *at first sight*, al flechazo.) En general los ingleses estiman que el flechazo no es el modo de enamorarse inglés. Más de tres cuartas partes de los contestantes dijeron que no : el siete por ciento dijo que sí. Este siete por ciento estaba constituído por chicas muy jóvenes de la « clase media alta » —clase lindante con la aristocracia, casi aristocracia— y de la « clase obrera baja » (En Inglaterra hay tres clases obreras muy definidas : « clase obrera ». « clase obrera alta » y « clase obrera baja ». Y es interesante observar en estas estadísticas de Gorer el número considerable de veces que la clase obrera baja coincide en sus respuestas con las clases más elevadas del país.)

Otra pregunta de míster Gorer : « Aparte el matrimonio, ¿ha tenido usted alguna aventura —un *love affair*?» Míster Gorer recibió 11.000 respuestas a esa cuestión. Por *love affair* se entiende aquí aventura con relación física. El siete por ciento rehusó contestar (eran éstos especialmente viudos y viudas, ancianos y gente muy pobre) ; el tres por ciento contestó que no había sido un *real love affair* ; el 43 por ciento contestó que sí ; el 47 por ciento contestó que no. También los medios económicos influyen considerablemente en esas proporciones. Las personas que ganan de doce libras semanales para arriba han tenido más aventuras que las personas que ganan de doce para abajo. Veamos ahora algunas respuestas al respecto de diferentes sexos y edades. Una soltera de 23 años : « Sí. Ahora tengo un *love affair*, el único de mi vida, con el hombre con quien voy a casarme. » Un minero de 23 años : « He ido con chicas agradables durante dos o seis meses, pero yo no diría que se trataba de un *love affair* » (de que hubiera amor espiritual, quiere decir en este caso). Una soltera de 21 : « Sí. Con un americano, cuando yo tenía 16. » Una casada de 24 : « Sí. Hace tres años con un prisionero alemán casado. » Otra casada de 42 : « Sí. Cuando yo tenía 27 años. Duró varios años durante la separación de mi primer marido. » Una mujer de 44 : « Sí. Con dos hombres que me prometieron casarse conmigo. Cada uno de ellos me dejó sola con un niño. » Un obrero de 48 : « Sí. Viví con una mujer de clase alta : me llevaba diez años : desafiamos a la vecindad, que era de lo más distinguido. Esto acabó hace ahora doce años y todavía lamento que acabara. » Un hombre de 65 : « Sí. Después de separarme de mi mujer, aunque también es verdad que antes de separarme estuve con otras. » Una mujer de 27 : « Sí. Dos veces. La primera a mis 18 años, la segunda —muy frecuentemente— con un pastor. Este pastor me dijo luego que no se casaría conmigo porque Dios le había llamado terminantemente por el camino del celibato. » Otra mujer de 27 : « Sí. A los diecisiete años y medio tuve un niño antes de casarme. Mi marido no es el padre de esta criatura. » Una viuda de 49 : « Difícil decir. Yo estaba muy enamorada de mi marido. Ahora tengo un *affair* y no sé en verdad si se trata de amor o de soledad. » Un hombre de 28 : « Sí. Una vez. Pero con escaso interés. Soy homosexual. » (No se extrañe el lector

de la cruda sinceridad de las respuestas. Recordemos que ninguno de los contestantes estaba obligado a dar su nombre.) Un casado de 55 : « Sí. Varias veces. Y siempre lo he encontrado mucho más agradable que en el matrimonio. » Un hombre de 23 : « Sí. Sin amor ninguno. Ocurrió en Atenas en abril del 55. Me desilusionó el acto. Me ha dejado muy mal sabor de boca. » Otro joven de 23 : « Relaciones sexuales, sí. Pero nunca enamorado de la chica. » Un joven de 20 : « Sí. Ocurrió por primera vez a las 9.45 de la noche del 4 de enero del 51. Sentí un relámpago en el corazón, sentí una alegría inmensa. Y siempre ha sido lo mismo de emocionante desde entonces. Su nombre es Gladys. Es enfermera en un hospital de aquí » (Evesham). Un soltero de 41 : « No. Ningún *love affair*. Sólo mujeres para dormir con ellas. Yo las pago siempre. »

Con la pregunta de las relaciones sexuales fuera del matrimonio se enlaza una pregunta polémica : « ¿Es conveniente que los jóvenes de uno y otro sexo vayan al matrimonio con experiencia sexual? » Dicho más claramente : ¿Es conveniente que los jóvenes de uno y otro sexo vayan vírgenes al matrimonio? El 52 por ciento de la población inglesa considera que los varones deben ir al matrimonio sin experiencia sexual ninguna ; el 63 por ciento vota en contra de que la joven vaya al matrimonio con experiencia sexual. Las razones que dan los ingleses en estas estadísticas de Gorer a favor de la virginidad de los jóvenes de uno y otro sexo son las siguentes : que el matrimonio debe ser una experiencia absolutamente nueva ; que el hombre desea siempre una esposa virgen ; que el hombre debe ir puro al matrimonio, puesto que anhela una mujer pura ; que ir al altar impuro o impura está en contra de la moral y la religión ; que no hay necesidad de experiencia ya que la naturaleza es sabia y adiestra por sí misma ; que se debe tener dominio de sí mismo, *self control* ; que es innoble comportamiento del joven para con la joven ; que hay el peligro de la preñez ; que hay el peligro de las enfermedades venéreas ; que se pone en peligro la salud de los futuros hijos ; que hay el riesgo, una vez casado o casada, de las comparaciones peyorativas para la esposa o esposo.

Y a la inversa. Las razones por las cuales es aconsejable la experiencia sexual en los jóvenes de uno y otro sexo son como siguen : porque evita ignorancia y mal ajuste en la noche de boda y en toda la luna de miel ; porque evita que el matrimonio se base exclusivamente en las relaciones sexuales ; porque ahorra a la mujer miedos y repugnancias las primeras veces ; porque asegura la felicidad en el matrimonio ; porque tiene un efecto en el carácter de los jóvenes al hacerlos más maduros ; porque da salud física y psicológica ; porque es normal y natural. Algunos de estos partidarios de la experiencia sexual prematrimonial advierten que esa experiencia sólo la debe obtener el joven o la joven con quien va a ser esposa o esposo. Otros aconsejan algo así como la cuadratura del círculo : « la experiencia, pero sin llegar a consumar el acto... ».

Veamos ahora algunas contestaciones del primer grupo, esto es, de los que abogan por la virginidad de los jóvenes de uno y otro sexo al contraer matrimonio. Un hombre de 42 : « Sólo debo decir esto : en mi noche de boda fue para mí una alegría que aquello fuera mi primera experiencia. » Un joven de 25 : « Quien desea una mujer virgen debe serlo también. » Una mujer de 50 : « Mi marido y yo teníamos 18 años y medio cuando nos casamos. Estábamos muy enamorados y como no teníamos experiencia ninguna nuestro matrimonio ha sido sólido. » Un soltero de 21 : « No me gustaría que mi mujer tuviera experiencia antes del matrimonio. Es únicamente cuestión de principio. » Otro soltero de 22 : « Es inmoral tener experiencia sexual antes del matrimonio. » Una joven de 17 : « El matrimonio debe durar y para ello la mujer debe ser pura. » Una joven de 25 : « A los tres meses de casados nació nuestro niño. Como mi marido y yo nos queremos mucho hemos pensado siempre que obramos estúpidamente. Era mal para el niño y mal para nosotros. » Una soltera de 29 : « Si se hace eso antes del matrimonio es natural que no se piense ya en el matrimonio. Un hombre pierde el respeto a la mujer que cede. »

Entre los muchos —y muchas— que abogan por la experiencia sexual prematrimonial son frecuentes los que opinan aconsejados por malos recuerdos. Una divorciada de 31 : « Yo no tenía experiencia sexual antes de mi matrimonio y no quisiera pa-

sar otra vez mi terrible noche de boda. » Una mujer de 37 : « Mi marido, sin experiencia como yo, se hizo un lío tan grande aquella noche y las siguientes que al cabo concluímos por no tener relaciones sexuales. » Una mujer de 27 : « El fracaso de mi matrimonio obedece a falta de experiencia sexual. » Un hombre de 30 : « El fracaso de mi matrimonio se debió a mi falta de experiencia sexual. » Una mujer de 41 : « Mi experiencia personal con mi marido virgen fue sencillamente espantosa. » Una mujer de 24 : « Un hombre debe tener experiencia sexual porque una mujer espera siempre que el hombre sepa hacer el amor. Mi desilusión cuando me casé fue amarguísima. Mi marido no sabía una palabra. Yo misma tuve que enseñarle punto por punto. »

Cuatro cuestiones finales que planteó míster Gorer :

a) « Las mujeres no tienen gran interés por el placer sexual » ;

b) « Las mujeres no tienen una naturaleza tan animal como el hombre » ;

c) « Las mujeres disfrutan tanto sexualmente como los hombres » ;

y d) « Las mujeres disfrutan más sexualmente que los hombres ».

A la primera cuestión (« las mujeres no tienen gran interés en el placer sexual ») contestan afirmativamente el 16 por ciento de los hombres y el 26 por ciento de las mujeres, y negativamente el 55 por ciento de los hombres y el 39 por ciento de las mujeres.

A la segunda cuestión (« las mujeres no tienen una naturaleza tan animal como el hombre ») contestan afirmativamente el 38 por ciento de los hombres y el 48 de las mujeres, y negativamente el 21 por ciento de los hombres y el 13 por ciento de las mujeres.

A la tercera cuestión (« las mujeres disfrutan tanto sexualmente como los hombres ») contestan afirmativamente el 63 por ciento de los hombres y el 51 por ciento de las mujeres, y negativamente el 10 por ciento de los hombres y el 18 por ciento de las mujeres.

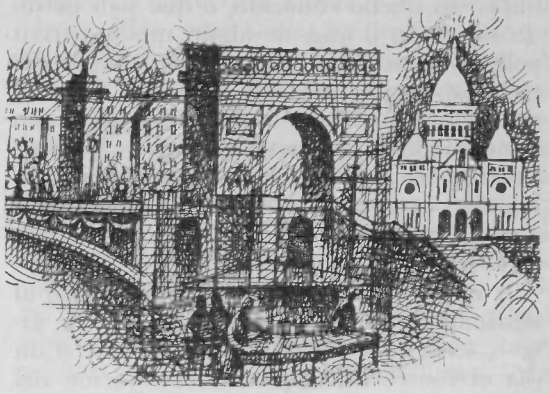
A la cuarta y última cuestión (« las mujeres disfrutan sexualmente más que los hombres ») contestan afirmativamente el 15 por ciento de los hombres y el 4 por ciento de las mujeres, y negativamente el 39 por ciento de los hombres y el 57 por ciento de las mujeres.

Es interesante observar que en estas últimas estadísticas, como en casi todas las anteriores, influyen considerablemente la edad y la clase social. Esto es, no opinan lo mismo —sobre el calor o frialdad de las mujeres— los jóvenes que los maduros, ni la clase obrera que la clase media, si bien en este particular asunto —como en tantos otros— coincidan en sus opiniones la clase obrera baja y la clase media alta o casi aristocrática. Estas dos últimas clases, separadas como están por abismos económicos y de hábitos, no creen que la mujer sea sexualmente tan animal como el hombre.

También ha observado Gorer que los partidarios de la experiencia sexual prematrimonial son por lo común personas que no van a la iglesia nunca ; inversamente, sus detractores, esto es, quienes abogan por la virginidad, especialmente en la mujer, son personas que van a la iglesia con cierta frecuencia, o cuando menos personas respetuosas con la religión. Es decir, la religión —o no religión— opera activamente en el juicio de este asunto, aunque Gorer no nos dice estadísticamente si opera asimismo en la conducta.

La conclusión final —el juicio moral— que ha obtenido míster Gorer de las infinitas respuestas recibidas está expresado en el siguiente párrafo : « Deseo subrayar una vez más que la mital de la población inglesa, hombres y mujeres, afirma no ha tenido relaciones —antes del matrimonio y durante el matrimonio— con otra persona que no fuera su esposa o esposo. Dudo mucho que en el estudio de otras poblaciones urbanas se encuentren cifras comparables en castidad y fidelidad. »

balcón de París



POR ARTURO SERRANO PLAJA

¿Museos para artistas o artistas para museos?

PERMÍTEME, LECTOR, que como introducción a la balconada de hoy te hable de los museos. Verás tú. Un pintor —pintora— de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que « exponía » en París. Y en su catálogo, sin duda para realzar el mérito de alguna de sus obras, se decía de ellas : « Adquirida por el Museo de X ».

Se me ocurrió preguntarme : ¿Qué es un museo? Y entre las numerosas contestaciones que se pueden dar, una, creo, podría ser esta : un museo es, ante todo, un formidable equívoco. Que tal equívoco tenga sus ventajas ; que hoy, en la época de la Cultura (acaso esa Cultura mayúscula sea, pese a todo, uno de los pocos mitos positivos de nuestro tiempo), salgamos todos ganando a costa de dicho equívoco no es cosa, me parece, que se pueda discutir. « La gran pintura, para todos », « el tesoro asequible a todo el mundo », etc. Mas no por ello desaparece el equívoco en cuestión.

En efecto, ¿pintaría el Greco su famoso « Expolio » —que tantos quebraderos de cabeza hubo de ocasionarle con los doctores de la Santa Madre Iglesia— para ornar los muros de la Pinacoteca de Munich? ¿Acaso su « Vista de Toledo » para el Museo Metropolitano de Nueva York? Por otra parte, en el Louvre —¡en el Louvre!— el retrato de Francisco I no ocupa sino lugar secundario con respecto al del Caballero Baltasar de Castiglione, ambos de la mano del Ticiano. Y ambos nos dicen, bien a las claras, que la jerarquía de la obra de arte se ha impuesto a la histórica de los personajes.

Ocurre que dichos lienzos —y los miles de ejemplos que podrían añadirse— no están en los museos ateniéndose a la intención primera del artista que los creó, ni tampoco de acuerdo con la voluntad del personaje o entidad —rey, señor, convento, cabildo— que los encargó y compró. Y en tanto tuvieron destinatario preciso, se puede decir, de tales obras, que cumplían aquello para que habían nacido, que *estaban vivas* según la intención del artista y la realidad económico-social de su tiempo. En la medida en que por una evolución histórica —que no es del caso analizar aquí— el tal destinatario se va como disolviendo en la historia, el cuadro —la obra de arte— según su intención primera, *va muriendo* (aun cuando su « muerte » sea como la de la semilla evangélica que sólo es fecunda si muere), *y termina por entrar en los museos*. De modo que el « Expolio », el « Francisco I » o « Las Meninas » entran en los museos en que respectivamente se hallan, cuando han dejado de cumplir aquello para que aparentemente nacieron y se convirtieron en cadáveres. Gloriosos, sin duda, pero cadáveres al fin.

Según esa perspectiva, la *invención* del museo se nos aparece como un *albergue* de obras sin dueño conocido, o que han perdido su dueño o que, de algún modo, corren peligro de perderse ellas mismas. Y por decirlo así, según un doble plano de didactismo democrático y, simultáneamente, como Panteón de Hombres Ilustres, de Muertos Ilustres, para edificación del pueblo. Y en realidad de verdad no hay nada que objetar a ello. Pero sí algo que observar y que es lo siguiente :

A ese sutil cambio de signo en cuanto al destinatario del cuadro —de la obra de arte—, se sigue el del propio artista. Que si un día el museo nació para o en función del artista, hoy, apenas forcemos las palabras, podríamos decir —dada la como universal ambición al museo, por parte del artista— que éstos, los artistas, nacen para o en función de los museos. Y éste, el museo, lejos de ser *albergue* viene a ser la *meta* del « artista joven », cuyo deseo se cifra en entrar en el Panteón —en el Museo— aun a costa de momificarse en vida —valga el disparate—. Algo así como si el escritor escribiese sus libros, ante todo, para o en función de las bibliotecas.

¿Informalismo o puntillismo?

Cuando un buen pintor como Pelayo abre una exposición como la última que de él se ha visto en París, vuelven a surgir, quiérase o no, todas las preguntas que la pintura actual o, más bien, la etapa actual de la pintura nos propone poco menos que perentoriamente.

En efecto, el « informalismo » actual —título aceptable, si no aceptado por todos para designar la pintura que ahora se ve por París— ¿es una superación o una repetición? Si aceptamos el movimiento cubista como arbitrario punto de partida del capítulo de la pintura contemporánea —capítulo grande, importante y glorioso si los hay— ¿habrá que considerar el « informalismo » como una experiencia más o, sencillamente, como una *manera?*

En otros términos : la renuncia a la forma que ese « informalismo » postula ¿es un paso más en el camino de la *liberación* de la pintura —en cuanto sujeción a la literatura, por ejemplo— o es más bien un dejarse ir por la fácil, por la cómoda pendiente del menor esfuerzo? Tal cual se presenta, tiene mucho de decorativismo, de conformismo y, para decirlo con una sola palabra, de academicismo. Del mismo, por lo demás, que ya se vio cuando tras los impresionistas, los manieristas que siguieron dieron en el « puntillismo ».

No es así, claro, en el caso de Pelayo. (Dicho sea entre paréntesis, es muy curiosa y está muy lograda la evidente intención del artista al titular sus cuadros del más puro « informalismo » con nombres de una concreción —« Campos de Montiel », por ejemplo —realista y aun nostálgica de buena ley). El caso de este pintor, ya *probado,* es, si se me permite dar opinión, positivo. Pero positivo, diría, con una condición : la de no renunciar a la expresión pictórica en otras direcciones, particularmente la figurativa, sí, señores, que tan bien le va a la mano de este Pelayo ibérico.

A propósito, ¿han visto ustedes " Rocco "?

Esa película nos cuenta la historia de una familia pobre del país sur —pobre—, que emigra hacia el norte en busca no sólo de trabajo sino de esperanza... Pero yo no he dicho que sean andaluces o murcianos yendo a Barcelona. No. Se trata de una obra italiana, de ese cine de nuevo presente en todas partes y en todas partes triunfante... salvo acaso, en Italia. Acabo de leer todo un artículo dedicado al tema y, de creer a su autor, para que el mundo entero pueda hoy aplaudir a Visconti o Antonioni como ayer a Rossellini o Zavattini se necesita poco menos que una verdadera cadena industrial de *films* históricos en cuya producción el cine italiano compite ya con Hollywood.

« Rocco y sus hermanos ». ¡Qué cercana y qué distante, al mismo tiempo, esa familia del sur de Italia a una de nuestro sur español! ¡Qué maestría, en todo caso, la de Visconti para presentarnos a ese Rocco! El mismo director en unas declaraciones hechas a un periodista nos da la clave de su ambición : « Rocco... es el personaje más importante, y su bondad y comprensión le

acercan al príncipe Muichkin », el *Idiota* de Dostoyevsky. Y realmente no está muy lejos, por la veracidad *interna* del personaje, cuando, tras de verse obligado a presenciar la violación de su amante, cometida por uno de sus hermanos, Rocco no sólo perdona, sino que comprende y perdona de nuevo.

Magnífico « film » y a propósito del cual me complazco en recoger otras palabras, también del mismo Visconti : « Siempre he detestado el *doblaje* y aún no he cambiado de opinión (*Rocco* se da doblada en francés). Espero, sencillamente, que sea posible proyectar el « film » en su versión original con subtítulos, tal y como es costumbre en todos los países civilizados. »

¿Necesitaré añadir, asimismo, que suscribo —y aún con mayor energía si cabe— la queja, también de Visconti, acerca de la censura cinematográfica en Italia y en Francia?

Ionesco otra vez y " Godot " sin llegar

No voy a cometer la impertinencia de *descubrir* a Ionesco. Un autor como él, al parecer representado actualmente en más de cuarenta países, es claro que no necesita del más que pobre tributo que yo pudiera aportar a su gloria. Por eso, al contrario, suponiendo que goza ya de esa cómoda jerarquía que se suele entender al referirse a un « clásico », más bien quisiera ponerle algún reparo que sirva de contrabalance al éxito formidable de su teatro.

Mas, de cualquier modo, volver a ver *Las sillas* y *Jacques o la sumisión* al cabo de unos diez años, tiene mucho de lección —sin torpe juego de palabras con respecto a otro título del mismo autor. Porque en esos diez años han sucedido muchas cosas. Entre ellas, que el mismo Ionesco ha escrito el *Rinoceronte*. Aparentemente es lo mismo, *casi* lo mismo. El mundo de lo absurdo tan bien se expresa en *Las sillas* como en el *Rinoceronte*. Pero no enteramente. Si nada de esto se ha podido escribir sin Kafka, como trasfondo, de un modo más inmediato yo creo que un título de ese mismo teatro actual resume la tendencia entera : *Esperando a Godot*. Mas como *Godot* ha llegado hace ya muchísimo tiempo o no llegará nunca, al cabo de diez años de espera, digamos, Ionesco siente la necesidad de escribir el *Rinoceronte*. Pieza esa en la que a trompicones, a trompazos de rinoceronte su autor busca una salida, si no es una escapatoria, para no quedarse « tranquilo y contento » en el mundo de la angustia desolada. Por lo mismo que la desolación es cierta, absoluta y total, una vez que se ha expresado no es posible seguir en la complacencia —en jerga política se pudiera decir inmovilismo— de la obsesión angustiosa.

La semana española

No es cosa corriente que un teatro de París, y un teatro simpático como el de la Alianza Francesa, ofrezca en su escenario, durante una semana, España, España entera, digamos, desde el siglo de oro hasta nuestros días para emplear la fórmula de rigor. Y así, bajo la presidencia de honor de M. Sarrailh, Rector de la Academia de París, en dicha sala se ha visto un día el *Condenado* y, otro día, el Club Internacional de la Poesía ha dado un recital —bilingüe— en el que se incluían poemas desde Góngora hasta Miguel Hernández.

De todo ello quiero destacar la presentación del *Condenado*. Y aquí, no para señalar peros. El entusiasmo juvenil de los actores —estudiantes—, así como la generosidad de su propósito no nos lo permitiría. Una única observación, si el traductor me lo permite, sería la referente al título : ¿traduce verdaderamente « par manque de foi » el « por desconfiado » del título de Tirso?

Mas, muy por encima de eso, ver, en francés, el trazo de ese conflicto capital de nuestro teatro —tal vez *La vida es sueño* es el único parangón posible—, si acaso no es conflicto, también, de nuestra condición española, es algo que, aunque fuera de pasada, no podía dejar de señalar en el *balcón* de hoy.

libros

Octavio Paz : « Libertad bajo palabra »

Octavio Paz : en la persona que vive bajo ese nombre había nacido un poeta para cantar, para cantarlo todo, el amor, la vida, la libertad. Acaso la libertad fundamentalmente. Y con todo, en este tomo *Libertad bajo palabra,* primorosamente presentado por el Fondo de Cultura de México, no es precisamente un canto lo que palpita, sino la *angustia de querer cantar.* Tal vez su autor hubiera debido nacer un siglo antes, con una ingenua fe, por ejemplo, en la Libertad ; o quizás un siglo después, si de aquí a entonces se han cumplido ciertas promesas que las páginas de este libro dejan entrever. Mas entretanto Octavio Paz nos ofrece *Libertad bajo palabra.* Que es, en su doble alusión, libertad provisional y libertad encerrada : en la palabra. Lo cual, dado nuestro momento, no sólo no es poco, sino más que mucho. Que esta *libertad bajo palabra* muy bien pudiera ser contestación a otro título de poesía en lengua española en el que su autor entrevé « la jornada », a que aludiera Jorge Manrique, como « pena de muerte y cadena perpetua ».

De cualquier modo, postulo que si incluso un libro como el de Octavio Paz no es *canto,* es porque actualmente *nadie* puede cantar. En uno de los versos más profundos de este libro se dice :

Atrévete :
la libertad es la elección de la necesidad.

Y esa como conciencia del contorno que tiene la libertad, esa conciencia de sus límites, ese *conocimiento,* para decirlo con exactitud, de la libertad, es quizás la clave no sólo de todo el libro, sino también de todo el hombre. De ahí que nos ofrezca su libertad bajo palabra, la libertad provisional suya, que viene a ser, de otro modo, su propia necesidad. Cómo se manifiesta esa necesidad de libertad, es lo que vamos a ver.

En primer lugar y sobre todo en sus primeros libros —y pese a lo apuntado anteriormente— hay mucho de canto, de canto auténtico, carnal y amatorio : porque la juventud basta, diríamos a título de exclamación :

miro tus piernas como dos arroyos
miro tu cuerpo como un largo río
son dos islas gemelas tus dos pechos.

Pero incluso en esos mismos primeros libros existe ya, también, como el reverso de tan límpida sensualidad :

Bajo el desnudo y claro Amor que danza
hay otro negro amor, callado y tenso
. . . . . .
inacabable Amor manando muerte.

Mas a esa manifestación primera, en sus dos aspectos, si se quiere blanco y negro (y en la que no sería insólito buscar un día, con más detenimiento, cuanto pueda haber de conflicto específicamente mexicano), ya poco después corresponde la madurez intelectual que comienza a reflejarse en sí misma supliendo al primer entusiasmo. En este sentido un poema, « Arcos », me parece una clave fundamental para apreciar ese sentirse —el poeta— alejándose de sí mismo en su obra —« escritura, raya en el agua »— para concretar magníficamente la imagen :

Me alejo de mí mismo, me detengo
. . . . . .
sigo, me espero allí, voy a mi encuentro.

Pero simultáneamente a esa perplejidad ante la « letra », digamos, se da también en Paz la meditación sentenciosa en la que me parece más patente cierta huella de poesía española y particularmente de Antonio Machado, como en esos « Apuntes de insomnio » :

Riman vivir y morir,
riman amar y penar

oh, tiempo, rima sin fin,
acabar es empezar.

Me encontré frente a un muro
y en el muro un letrero :
« Aquí empieza tu futuro ».

O en el « Epitafio para un poeta » :

Quiso cantar, cantar
para olvidar
su verdadera vida de mentiras
y recordar
su mentirosa vida de verdades.

Mas por oposición a esa verdadera vida de mentiras de todo artista, el misterio verdadero se realiza —aquí en « Piedra de toque »— cuando el artista *es*, fuera de sí : *Oh presentida que me presiente / soñada que me sueña*, cuya resonancia mayor, en cuanto a misterio, serían ya las « Semillas para un himno » de las que me limitaré a citar estas dos :

Hay instantes que estallan como astros
Otros son un río detenido y unos árboles fijos.

Y otros, diríamos, en que el artista vuelve a soñar lo soñado, pero con otras dimensiones. Así ocurre con el sentimiento de ausentarse de sí, de estar fuera de sí, como reverso al ensimismamiento del sueño fuera de uno, que estaría aquí representado en ese « Adiós a la casa », en que su aparente cuotidianidad misteriosa recuerda ciertos ecos del mejor Vallejo :

Adiós a la silla
donde colgué mi traje cada noche
. . . . . .
adiós a mi espejo verídico
donde dejé mi máscara.

Tema que llega a un despliegue magnífico, pleno y total en alguna de las estrofas de ese « Cuarto de hotel » que constituye toda una clave de cierto Paz, el reflexivo y hondamente poético que no propone soluciones, que no pretende saber, que se limita —como el mejor Quevedo— a preguntar con todo el temblor que encierran las preguntas cuando brotan de origen puro :

¿Sólo en el tiempo soy? ¿Sólo soy tiempo.
¿Una imagen que se huye de sí misma
y está más lejos mientras más se acerca?
¿Soy un llegar a ser que nunca acaba?

Pero ya es hora —dadas las dimensiones razonables que esta reseña ha de tener— de afrontar ese « ¿Aguila o sol? » de Octavio Paz ,en que, de manera preambular, el poeta *se explica : Hoy lucho a solas con una palabra. La que me pertenece, a la que pertenezco : ¿cara o cruz, águila o sol?*

Porque con esas palabras —y, naturalmente, la obra, la verdadera obra que sigue, fundamental, a mi juicio, en el libro— se apunta a algo de lo ya anotado y que un día trataré de ver con la extensión que merece : el conflicto que anteriormente he sugerido como « específicamente mexicano » : « ¿cara o cruz, águila o sol? »

Mas ateniéndonos, por el momento, a lo que puede aquí tener cabida, la mera reseña, digamos desde ahora que estos poemas en prosa constituyen una de las mejores realizaciones de Paz. Ejemplo :

A las tres y veinte... desgreñados al alba y pálidos a media noche, pero siempre puntualmente inesperados, sin trompetas, calzados de silencio, en general de negro, dientes feroces, voces roncas, todos ojos de bocaza, se presentan Tedevoro y Tevomito...

Son precisamente esos « Trabajos del poeta », y en ellos, ya el autor en plena posesión de su expresión, se da el « Encuentro », forma en prosa que viene a cumplir el vaticinio de alguno de los poemas vistos anteriormente : *Al llegar a mi casa, me vi salir. Intrigado, decidí seguirme.*

Para que la reseña de este libro —que no su análisis— pueda quedar completa me parece necesario añadir dos referencias más. Una, sería a esa « Mariposa de obsidiana », en cuanto el posible dualismo hispanomexicano pudiera ser una veta en la obra de Paz, y otra, a la totalidad del último libro *La estación violenta*, en el que, puesto a destacar, sólo podría subrayar « Piedra de sol », largo y espléndido poema que a mi juicio no tolera que se le arranque uno solo de sus versos sin lesionarle gravemente por entero.

He aquí, pues, notados a la ligera, en espera de mejor ocasión, algunos aspectos de esa *necesidad* —la poesía— que la libertad de Paz elige si no para vivir, al menos para desvivirse. Basta con ellos, creo, para oír una de las voces más auténticas que actualmente suenan en español.

A. S. P.

Miguel Hernández: « Obras Completas »

DESPUÉS DE LARGA y laboriosa preparación que ha durado años, acaban de aparecer en Buenos Aires, publicadas por Losada, las *Obras Completas* de Miguel Hernández. La fama de Hernández como poeta ha crecido tan rápidamente en estos años, que la edición del conjunto de su obra era una necesidad que se venía sintiendo desde hacía tiempo. Como es sabido, la edición de la *Obra Escogida* de Miguel Hernández que publicó el editor Aguilar en 1952, cuidada y prologada certeramente por Arturo del Hoyo, se agotó muy pronto, y sólo contenía la mitad de la obra total del poeta. Dos de sus mejores libros de poesía, escritos durante la guerra civil española, *Viento del pue-*

blo (1937) y *El hombre acecha* (1937-39), libro este último que no llegó a ver entonces la luz pública porque el final de la guerra vino a impedirlo, sólo estaban muy parvamente representados —el primero con dos poemas y el segundo con ocho— en la citada edición de Aguilar, y ello porque la censura española no habría permitido la publicación íntegra de su contenido. Ahora, gracias a esta hermosa edición de Losada, puede el lector leerlos en su texto completo.

Pero ese es sólo uno de los méritos de esta edición, que ha sido ordenada por Elvio Romero y cuidada por Andrés Ramón Vázquez. Hay que señalar el bello y entrañable prólogo de María de Gracia Ifach, que ha colaborado además en la preparación de los materiales, cotejando los textos ya publicados en anteriores ediciones con los originales en poder de la viuda del poeta, Josefina Manresa. Por otra parte, las novedades que ofrece esta edición de *Obras Completas* con respecto a la *Obra Escogida* son muchas e importantes. Ya he señalado el interés que tiene para el lector la publicación íntegra de *Viento del pueblo* y *El hombre acecha*. Hay que añadir que el texto del *Cancionero y Romancero de ausencias*, uno de los libros más conmovedores de Hernández, se enriquece ahora con treinta y cinco nuevos poemas que no figuraban en el texto de la *Obra Escogida*. Y en cuanto a los poemas sueltos, no reunidos nunca por el autor en volumen, pasan del centenar los que ahora se publican por vez primera. A todo ello debe añadirse la novedad que representan algunas piezas dramáticas que también se ofrecen por vez primera en esta edición, como los dramas en verso *Los hijos de la piedra* y *Pastor de la muerte*, dos escenas —las únicas halladas— de *El torero más valiente*, y las cuatro breves piezas del *Teatro en la guerra : La cola, El hombrecito, El refugiado* y *Los sentados*, obritas de escaso valor porque fueron escritas con fines de propaganda política durante la guerra española. En fin, el volumen incluye además una selección de textos y poemas en prosa de Miguel, y una bibliografía que añade poco a la ya reunida por Concha Zardoya en su excelente trabajo *Miguel Hernández. Vida y obra* (Nueva York, 1955).

Algo, sin embargo, echamos de menos en estas *Obras Completas*. Es lástima que no se haya incluído al menos una selección del epistolario del poeta, ya publicado en parte en los estudios que a Miguel consagraron Juan Guerrero Zamora y Concha Zardoya, y en un trabajo de Santiago Magariños publicado en *El Papel Literario* de Caracas. Ese epistolario me parece importante para completar la silueta espiritual y moral de Hernández, y desde aquí me atrevo a pedir al amigo Losada que si esta edición, como seguramente ha de ocurrir, se agota pronto, no deje de ofrecer en una segunda edición el epistolario del poeta, de tan rica y conmovida entraña humana.

Si en 1952 la edición de la *Obra Escogida* fue para las nuevas generaciones una revelación del extraordinario poeta que es Miguel Hernández, hay que esperar que la publicación de sus *Obras Completas* signifique la consagración definitiva, en España y en América, de un inmenso poeta, el único acaso que, de no haberle derribado la muerte en plena juventud, hubiese podido llenar el grande y doloroso hueco que dejó Federico García Lorca en su tránsito trágico al otro mundo. Pues, como Federico, tenía Hernández dotes excepcionales de poeta intuitivo y natural, y junto a la gracia más delicada a veces, la fuerza del torrente más impetuoso. Miguel Hernández es, sin duda alguna, el más grande poeta de la guerra española del 36 y de la generación que con ella empezó a madurar. Ningún otro cantó con tal ímpetu y tan ardiente palabra sus ansias y sus furias de hombre en la guerra y de impaciente amante. Con razón ha escrito Carlos Bousoño, comentando un poema de Miguel en la revista *Agora*, que el autor de *Viento del pueblo* se adelantó a todos los poetas españoles de su tiempo al inaugurar un tipo de poesía cargada de contenido directo y entrañablemente autobiográfico.

JOSE LUIS CANO

Luis Alberto Sánchez: «Vida de José Santos Chocano»

NO OBSTANTE SU CALIDAD de novelesca y novelable, la vida de José Santos Chocano no había tentado en serio a ningún biógrafo. Este libro de Luis Alberto Sánchez (Libro-Mex, México, 1960), con ser de la pluma habilísima que escribiera *Don Manuel* y *Haya de la Torre o el Político*, no encuadra tampoco dentro de una ajustada calificación de biografía novelada. Es en cambio un relato escrupulosamente documental, pero liviano de lectura, con periódicas acotaciones críticas y dos capítulos finales de análisis estético y técnico de la obra chocanesca. En conjunto, una monografía definitiva en torno al más ruidoso, conspicuo y controvertido poeta peruano de la época republicana.

Luis Alberto Sánchez mantiene a todo lo largo del libro una efectiva y a veces manifiesta independencia con respecto al personaje que consume sus vigilias. Se advierte que biógrafo y biografiado fueron contemporáneos, que la vida los aproximó algunas veces y los separó otras, con brusquedad y polémica. Casi podría señalarse una suerte de estratigrafía sentimental en Sánchez

con respecto a Chocano. Como hijo de una generación que nació con el siglo y, que, por ende, tuvo en los versos de Chocano su primer deslumbramiento poético, Luis Alberto le ha guardado una íntima e inextinguible simpatía, que en sus años mozos fuera acaso, como en todos sus contemporáneos, extremosa admiración. Más tarde, la línea divisoria de generaciones quedó trazada con profundidad de trinchera : Chocano estuvo de un lado, Sánchez de otro. De aquella época viene la reacción crítica ; al propio tiempo, la creciente madurez del gusto y de los años han mostrado al escritor que de niño cantaba a la patria con versos de Chocano, las flaquezas, las insuficiencias, los alardes retóricos del tambor mayor de la lírica americana. Luis Alberto rompe su placentaria relación con el poeta y lo mira al desnudo y con esa mirada certera hasta la injusticia, que es la de todo joven decepcionado.

Quedaba todavía la serena etapa final o de síntesis, que este libro refleja y que seguramente será aceptada como fiel intérprete de la actitud que los hombres nacidos alrededor del 900 en el Perú —y hasta en América— mantienen frente a Chocano. Es decir, un nuevo aprecio más depurado y con reservas de su capacidad poética, un ademán tolerante para sus exageraciones, una puntualización irónica de sus defectos, una curiosidad humana por la agitada peripecia vital de este hombre que uno de sus contemporáneos —Ricardo Rojas— consideraba, junto con Blasco Ibáñez, y con la seriedad de sus inclinaciones esotéricas, como una verdadera reencarnación de los conquistadores españoles. En resumen, un balance favorable, que de otro modo no se justificaría la amplitud y la intensidad del trabajo consagrado por Sánchez a Chocano.

Pero el lector que no ha sufrido como el biógrafo las acumulaciones sucesivas de atracción y repulsión frente a Chocano, ¿cómo reacciona frente al personaje? Desde luego que nadie puede independizarse de sus años formativos, ni del clima, adverso o propicio que en ellos tuviera el poeta. La mía —la de los nacidos de 1915 a 1925, aproximadamente— conoció diversas influencias. Para nosotros Chocano fue —como para Sánchez y sus compañeros de generación— una figura de la vida diaria, con la cual se tropezaban en la calle o de la cual se leían composiciones inéditas los domingos en los diarios de la capital. Pero nuestras primeras lecturas no fueron tan dominadas por su retórica rimada como en la promoción anterior. Es cierto que el autor de *Oro de Indias* figuraba, inevitablemente, en las antologías escolares, pero también es verdad que bebimos el sutil y evanescente antídoto de la poesía de Egure, de Alberto Ureta, o del propio Darío. tan coincidente en muchos aspectos de su vida con Chocano y tan entrañablemente distinto de éste, aunque ambos abrevaran en la misma iridiscente laguna modernista. Chocano no fue nuestro Hugo, como lo había sido para nuestros mayores. Y una precoz « militancia » social y política nos alejó más todavía de un personaje de reconocida afición a servir y servirse de los tiranos.

Los valores de Chocano, que a ratos aparecen a pesar de él mismo y de la imagen desmesurada que había creado de su persona, no tuvieron herederos aceptables, y la sucesión apostólica de su estilo hubiera sido la mejor prueba del valor intrínseco de la obra. Del enjambre de poetas que hace cuarenta años « chocaneaban » ufanamente en el parnaso nacional y latinoamericano, ninguno ha sobrevivido en la estima crítica. Es curioso que la actitud del autor de *Primicias de Oro de Indias* se preservara más que su estilo, y la generación de los Hidalgos, los Guillén y algunos otros diáconos del culto chocanero extremó hasta los bordes del absurdo y lo grotesco la egolatría, convirtiendo en sistema y doctrina lo que en José Santos Chocano era natural condición de su espíritu.

AN.

Angel Flores: « Historia y antología del cuento y la novela en Hispanoamérica »

Uno de los males más sensibles que afectan a las distintas literaturas de Hispanoamérica es —en contraste con su porosidad espiritual— el aislamiento y desconocimiento mutuos. En cada una de ellas suele ignorarse a conciencia la verdadera fisonomía y el estado actual de sus cohablantes. Por consiguiente, todo cuanto se haga por romper tal incomunicación y favorecer el conocimiento recíproco de sus valores merecerá elogio y estímulo. Ejemplo : las antologías literarias continentales. No importa el recelo, la desconfianza que apriorísticamente suscitan. Partamos de una premisa insoslayable : la insatisfacción radical que va adscrita desde siempre al género antológico en cuanto tal. Sobre todo cuando el escogimiento se hace en el campo de la poesía lírica. Menores riesgos en este aspecto ofrece el territorio de la prosa imaginativa. ¿Será acaso que la sensibilidad de sus autores reviste una piel más curtida? Los inconvenientes son de otra índole : dificultad de recoger en contadas páginas los trozos verdaderamente expresivos de novelas orgánicas o cuentos de ciertas dimensiones.

Yo no sé si Angel Flores se ha planteado és-

tos y otros problemas al abordar su *Historia y antología del cuento y la novela en Hispanoamérica* (Las Américas Publishing, New York, 1960). Lo que sí puedo afirmar es que los ha resuelto con el saber y la veteranía de un crítico lúcido y un experto antólogo. Quizá se exceda ligeramente al llamar *Historia* a las introducciones críticas que abren las tres partes de su libro y a las notas preliminares de cada autor ; estas últimas, si no hiperbólicas, sí habitualmente adornadas o novelizadas. Aceptando, según nos dice, la división cronológica por generaciones hecha por el crítico cubano J.A. Portuondo, Angel Flores marca tres grandes mojones, a partir de 1823 —o más bien de *El Periquillo Sarniento*, 1816, piedra fundamental de la novela americana— hasta el día. Sin embargo, ya en esas primeras generaciones de 1823-1844 y 1845-1879 vemos como se mezclan y confunden distintas tendencias, a veces antagónicas, desde la picaresca del *Periquillo* al prenaturalismo de *El matadero* y *Cecilia Valdés*, desde el romanticismo de *María*, al indigenismo de *Cumandá* y el costumbrismo de los seguidores de Larra. Y algo semejante sucede en las agrupaciones subsiguientes que establece el autor y que van desde 1880 a 1909, de 1910 a 1939 y de 1940 al día, surcadas simultáneamente por corrientes contrapuestas. Luego ¿qué otra cosa nos revela tal simultaneidad, más que sucesión de direcciones, sino el asincronismo peculiar de la literatura hispanoamericana en contraste con la europea, y la imposibilidad, o el riesgo, por consiguiente, de aplicar rigurosamente a aquélla un método histórico forjado para otra dimensión temporal, como es el método de las generaciones?

Al margen de esa cuestión, la antología de Angel Flores abunda en excelencias y novedades. En primer término la preferencia otorgada a los novelistas y el tino con que procede para recoger las páginas más representativas de libros densos. No se limita entre éstos a la media docena consabida de novelas canónicas —*La vorágine, Don Segundo Sombra, Los de abajo, Cantaclaro*, etc.— ; se extiende a otras menos celebradas, pero no inferiores. Si Ciro Alegría, por ejemplo, nos es familiar, lo es menos José María Argueras ; si no ignoramos a Jorge Icaza en ninguno de sus libros capitales, hemos de confesar nuestro muy incompleto conocimiento del dominicano —exiliado— Juan Bosch y nuestra ignorancia del boliviano Augusto Céspedes ; y así en muchos otros casos. Si bien (lógicamente, al cabo, puesto que la presente Antología fue pensada y compuesta esencialmente para estudiantes de español en las universidades norteamericanas) el autor parecería otorgar espacio preferencial a lo típico y vernacular —sector en el que, por cierto, nos da páginas intensas y poco conocidas como las de Julio Posada y López Albújar—, no por ello deja de lado expresiones que cifran su mérito en otros valores más universales, como las de Eduardo Mallea, Jorge Luis Borges, el colombiano Hernando Téllez y el mexicano Juan José Arreola.

GUILLERMO DE TORRE

Marta Mosquera: « Manuscrito en el espejo »

UNA DE LAS NUEVAS TENDENCIAS de la narrativa hispanoamericana comenzó a definirse a partir de la obra de Jorge Luis Borges. Predominio de lo fantástico, juego complejo y obsesionante de la inteligencia, transposición de lo real a grandes planos de abstracción del espíritu, sutileza y precisión técnicas y, dominando todo ello, una indudable búsquda metafísica, esta tendencia ha sido influyente en el esfuerzo de las nuevas generaciones por superar las estructuras simplistas y ya anacrónicas del realismo naturalista y del criollismo en que, por largo tiempo, se había debatido la literatura en Hispanoamérica. En Argentina y en México, sobre todo, tal tendencia ha dado obras diversas y significativas. Pero Borges ha sido el maestro. Además de aportar los rasgos esenciales que la caracterizan, la ha universalizado a través de una problemática apasionante y a través de un lenguaje realmente inédito en la literatura de lengua española.

Marta Mosquera, con su libro *Manuscrito en el espejo* (Editorial Losada, Buenos Aires, 1960), se sitúa en una línea narrativa muy próxima. Menos brillante y exigente en su técnica —tal vez por buscar otros valores—, más flexible, y a veces también más diluída en su lenguaje, menos verídica en sus desarrollos psicológicos, esta escritora argentina se emparienta, sin embargo, con la narrativa borgiana por la atmósfera de sus relatos, por el modo de enfocar sus temas, por el juego incesante entre lo real y lo irreal, por una cierta tendencia a lo insólito, al efecto simbólico.

Uno de los rasgos que desde un primer instante se impone al leer *Manuscrito en el espejo*, es la unidad espiritual sobre la cual se fundan los temas de los cinco relatos que lo integran. El problema de la muerte, esa relación oscura y fatal del hombre con su destino, y el problema de la personalidad —voluntad ciega de afirmación y dependencia insuperable entre los seres— son las dos constantes del libro. Movidos por secretas fuerzas, dominados por un desasosiego interior permanente, los personajes que en él se perfilan tienden progresivamente hacia su propia destrucción. Seres devorados por una imagen que se han

hecho de sí mismos, no se realizan al final sino en el vacío, en la negación, en la muerte. Y han sido ellos, paradójicamente, los gestores de tal destino. Extraño caso en que la enajenación y la libertad se confunden. En tal sentido, *Manuscrito en el espejo* nos da una imagen inquietante —muy reducida, es verdad, y limitada a cierto tipo de problemas— de nuestro tiempo.

De estos cinco relatos, el más frágil en su estructura, el más oscuro y no siempre necesario en su desarrollo es « Laberinto para Narciso Trejo » ; es difícil comprender la evolución interior de ese adolescente argentino nacido en Grecia, desarraigado, habitante de París, y las obsesiones que lo conducen a la muerte. « La batalla secreta », por su parte, es un relato cuya veracidad psicológica resulta dudosa si no se ve la historia que en él se narra como transposición simbólica del problema de la personalidad. « La victoria perdida », « La cuarta memoria » y « Manuscrito en el espejo » son los relatos más ambiciosos del libro y, en realidad, los más logrados por los diversos planos en que se sitúa la narración, por la significación final, siempre dolorosa, en que convergen las dos líneas narrativas : la del personaje que relata en estilo indirecto y la del personaje que ha dejado la historia de su vida escrita en un diario. Sin embargo, a pesar de su desarrollo psicológico, lleno de intensidad y de cierta ironía trágica, el final de « La cuarta memoria » aparece como concesión puramente externa a ese recurso, tan borgiano, de las soluciones en suspenso, que insinúan la complejidad del acontecimiento.

Existen ciertos problemas metafísicos que no pueden expresarse sino a través de la precisión, a través de una matemática implacable del espíritu. *Manuscrito en el espejo* hubiera logrado comunicar con mayor eficacia tales problemas a través de un lenguaje más tenso e incisivo. El libro se resuelve, por el contrario, en una expresión de poco relieve, de poca densidad. Es el único gran reparo que podríamos hacerle.

GUILLERMO SUCRE

Otros libros

BERNARD DORT : Lecture de Brecht

He aquí, a nuestro entender, un crítico de primera línea en la persona de Bernard Dort, con este libro, *Lecture de Brecht*, publicado por las ediciones du Seuil, en París.

Dort no torea desde la barrera. Quiero decir : no se sienta en su butaca como espectador o crítico más o menos profesoralmente engreído o atolondrado, para luego, pluma en ristre, venirse hacia el pobre sencillo lector y clavarle o pegarle con pez la divisa de sus elucubraciones. No, Dort se sienta, efectivamente, porque sin asiento no hay manera de enterarse de nada, ni forma de decir algo que merezca la pena, y en tal postura va, con pulcra atención, abriendo ante sí la obra entera de Bertolt Brecht, para entrar en la corriente misma de la creación de ella.

Lo nuevo y aun lo interesante, se consigue en el libro de que damos noticia, primero por un cambio de perspectiva o modo de situarse no ya ante tal o cual poema o pieza teatral, sino ante la totalidad de la producción, dentro de la cual cada obra es un hecho en relación con las demás y obediente a una línea de evolución interna atinente al concepto del teatro ; es decir, que Dort está atento al devenir de la obra y personalidad del dramaturgo, que van realizándose en cada hecho teatral cumplido, como conciencia de falta de un *algo* hacia el que se orienta cada hecho u obra, que así viene a ser etapa o paso caminante, y segundo y derivado de lo anterior, sale el que Dort no haga crítica diciendo si tal o cual obra es mala o buena con arreglo a una norma definida por siempre y de antemano, sino que entrando en el proceso creador, se deja zarandear inteligentemente, por la pugna del devenir en curso, o sea : Dort va poniendo de relieve todo el juego o disputa dramática de personajes, situaciones y pensamientos.

Por eso el título de su libro dice *Lecture de Brecht*, y no crítica, ni siquiera estudio. Dice lectura, esto es : *leer*, que es el *legere* latino, del que salen nuestras palabras *diligencia* —opuesto a negligencia— e *inteligencia*. Porque leer, o *legere*, significa juntar, recoger dentro de sí. Y recoger dentro de sí, o traer dentro de uno mismo, vale como entender, enterarse, *hacerse* con eso que se lee. No sé si Dort pensó en eso al dar título a su libro. En todo caso el título es máximo acierto.

La lectura de Dort sitúa al lector de ella en el campo propicio para la inteligencia del autor leído, pues no sólo se entiende cada obra, sino también sus motivaciones, en relación con las que le anteceden en el tiempo, y sin perder nunca de vista el contexto social en que cada una germina. No son muchas las obras sobre teatro, de jerarquía parecida a esta.

A. P.

IGNACIO OLAGUE : L'Espagne au XX^e siècle

El autor, historiador y ensayista, hace hincapié en las primeras páginas de su libro (Calmann-Lévy, París, 1960), sin duda para mejor facilitar la comprensión de la actual situación española, en que el mundo hispánico no pudo participar, por diferentes motivos adversos, en las dos gran-

des y decisivas revoluciones industriales que se produjeron a finales del siglo XVIII y a principios del XX. Esta es la causa principal, pues, de que España haya quedado rezagada en el concierto internacional.

Otras causas, económicas y políticas, han motivado aún ese rezago español, por ejemplo los cambios climáticos —hacia 1550 los efectos de la sequía comenzaron a sentirse de tal manera que la agricultura castellana se empobreció y entró en franco decaimiento,— y también la carencia de una sana tradición política —no surgieron, por lo tanto, las minorías preparadas y capaces de gobernar el país—, amén de esa especie de resignación que se ha apoderado del español, tentado a esperarlo todo de los demás y no de su propio esfuerzo.

Los diferentes regímenes que conoció España no han modificado este estado de cosas. El Sr. Olagüe estima que la Segunda República logró mantener el equilibrio económico, pero no supo conservar el orden público, siendo así que el franquismo mantuvo ese orden público, mas no conservó el equilibrio económico. La crisis económica del presente se debe, según el autor del libro, a tres causas : la presión de la natalidad, los excesivos gastos del Estado y la disparidad existente entre los salarios y el coste de la vida.

Existe además un problema político. Hace veintiún años que los combates de la guerra civil cesaron ; no pocas heridas se han restañado, más que nada por la acción lenitiva del tiempo ; pero España no ha experimentado la menor evolución política. El Sr. Olagüe añade a este respecto : « ¿Quién puede hacer el menor diagnóstico, sabiendo que esta nación vive desde el 13 de septiembre de 1923 en situación anormal?» En todo caso —y este es el final del libro— un signo se dibuja en el cielo de España : « Para los optimistas, es un punto de interrogación ; para los pesimistas, es una espada de Damocles.»

L'Espagne au XX^e siècle ofrece al lector algunas ideas interesantes, dignas de reflexión. Otras incitan al debate más que a la conformidad. No obstante estar escrito para el público francés —lo cual hace que a veces resulte un poco sumario—, trátase de un libro escrito con honradez, objetivo, de fácil lectura.

I. F.

LOUIS O. DELWART : The future of Latin American Exports to the United States : 1965 and 1970

Con propósito de fomentar el entendimiento y la cooperación entre Estados Unidos y los restantes países del continente, el Interamerican Research Committee ha publicado este estudio sobre la evolución probable de las relaciones comerciales con América Latina en el decenio de los sesenta, y muy en especial en el último quinquenio de éste.

Por muchos años Estados Unidos fue el mercado más importante para los productos latinoamericanos, hasta el grado de absorber el 45 % del total de las exportaciones, correspondiendo el resto a Europa Occidental y a los demás países del mundo. En el período de 1946 a 1958, el valor de las exportaciones latinoamericanas a Norteamérica aumentó el 100 %, lo que permitió una creciente importación de bienes de capital y de otros productos manufacturados necesarios para el desarrollo industrial de los países retrasados.

Si la situación se analiza con criterio superficial, podría llegarse a la conclusión de que el estado de las exportaciones de América Latina es excelente ; pero la realidad desmiente tal optimismo. El crecimiento de las exportaciones a Estados Unidos ha sido consecuencia exclusiva del aumento de los precios, y de hecho, entre los años 1946 y 1950, el volumen físico de lo exportado al mercado norteamericano disminuyó un 12 %.

Para apreciar la gravedad dramática de este descenso, basta considerar el volumen escaso de productos norteamericanos que puede comprar América Latina, estado de cosas que se hace más agudo debido a que los precios de exportación de dichos productos han aumentado continuamente en los años últimos. Durante 1958 las ventas latinoamericanas a Estados Unidos sólo permitieron comprar a este país bienes que representan un 2 % menos que en 1950. El conjunto de las exportaciones, en dólares de 1950, bajó de 18,7 % per capita que era en este año a 15,1 % en 1958. Si del cálculo anterior se excluye a Venezuela, la disminución que resulta para el mismo período es de 17,2 % per capita a 11,8 %.

En lo futuro, la posibilidad de América Latina de aumentar sus importaciones tanto de Estados Unidos como del resto del mundo dependerá cada vez más de la expansión de volumen físico de sus exportaciones.

El panorama de las exportaciones a Estados Unidos en el decenio de los sesenta ofrece un contraste acentuado entre el primero y el segundo quinquenio. Se calcula que mientras en éste último el aumento puede llegar a ser del 4,2 % anual, en el primero no excederá del 1,3 %. Expresado en dólares de poder adquisitivo constante en relación a los bienes norteamericanos en 1957, el valor total de las importaciones norteamericanas procedentes de los países de América Latina, será de 4.425 millones en 1965 y de 5.420 millones en 1970.

En la situación actual, es evidente que América Latina debe ampliar sus exportaciones y diversificarlas, pues sus importaciones crecen con-

tinuamente, sin que pueda esperar que los precios de las ventas al exterior recuperen los niveles de la posguerra y primeros años del anterior decenio.

La experiencia de varios países latinoamericanos demuestra que las exportaciones, comprendidas las de las materias primas, pueden aumentar merced a determinadas medidas de política monetaria y ciertos estímulos al comercio exterior.

A continuación analiza el autor los principales productos de exportación y las perspectivas del mercado norteamericano para cada uno de ellos. Respecto a la situación de los países latinoamericanos en el mercado de Estados Unidos, considera que en la actualidad es muy peligrosa, debido a que la mayoría de aquéllos dependen de dos productos, y por lo tanto es apremiante proceder a diversificar las exportaciones.

Finalmente enuncia un conjunto de incentivos a las exportaciones y las normas que debe seguir la política de importaciones de Estados Unidos.

J. BULLEJOS

JULIAN ANDUGAR : A bordo de España

Ante todo conviene recalcar el valor eminentemente poético de cada palabra en esta última obra que ha publicado Julián Andúgar (Horta, Editor. Barcelona, 1959). Cada término está escogido y colocado en el poema con un agudo sentido de su poder de evocación, mejor dicho, de su capacidad de irradiación. Ningún efecto, ninguna emoción, ninguna idea que no esté aquí apoyada en una rigurosa y consciente arquitectura semántica. De la clara adecuación de lo que se quiere expresar a un molde elaborado por voluntad artística nace la poesía : medio de que disponen el poeta para comunicarse con los demás y los lectores para entablar el diálogo con él. Pues Andúgar no quiere escribir para otro fin sino el de intercambiar sus creencias, sus meditaciones, sus preocupaciones. « Que los hombres hablando se entienden » era el lema que escogió para la primera parte de su libro anterior *Denuncio por escrito*. Con indudable evidencia significa que le importa enfrentarse con lo presente, constituído por temas y problemas que no sólo persiguen su espíritu, su corazón, sino también los de sus coetáneos. Significa que lleva la íntima convicción de su obligación de actuar aquí y ahora sobre todo, sin preocuparse demasiado de la eternidad de su obra. Quiere hacer obra « operante ». Es decir : desea que su obra tenga resonancia ahora mismo en su eventual lector, sin fiarse de su posible acción futura.

Julián Andúgar no teme la eternidad porque le importa lo presente. Cree en el deber del hombre de hacer obra positiva en el mundo de hoy con miras a lo futuro —eso sí—, un futuro del cual no participará, pero en el cual sus descendientes tendrán el derecho de juzgar su participación a la elaboración de la sociedad humana que les legó. Y precisamente una parte de esta sociedad constituye el tema mayor de su preocupación actual. Se pregunta con angustia qué rumbo sigue en la historia de nuestra época la sociedad española. Su bello libro *A bordo de España* es la expresión de la meditación apasionada y con sino trágico, a pesar de las apariencias del destino de una raza, de un pueblo, de una sociedad. Es el análisis lírico-épico de un hondo amante de su tierra, considerándose en medio de sus compañeros de viaje —viaje histórico de un navío terráqueo—, denunciándoles su aparente inercia, su apatía, recordándoles los valores fundamentales de su personalidad, que crearon y les transmitieron sus antepasados con sangre, con sueño, con amor.

En este último libro suyo, con paso firme y acertada belleza, Julián Andúgar consigue una artística cristalización de su ideal poético a la vez que humano.

J. COMINCIOLI

E. RUIZ GARCIA : Suspense atómico

A partir de la primera explosión atómica provocada por el hombre en Alamogordo el 16 de julio de 1945, la historia humana ha entrado de lleno en una nueva era : la Era Atómica. ¿Sobre qué bases se sustenta?, ¿qué terribles peligros supone?, ¿qué esperanzas ofrece a la humanidad?, ¿qué conciencia tienen nuestros contemporáneos de la nueva época que se inaugura? Preguntas éstas de enorme peso y trascendencia que constituyen, con sus posibles respuestas, la materia candente de este interesantísimo *Suspense atómico* (Ediciones Cid, Madrid, 1960), de que es autor el joven escritor y periodista español Enrique Ruiz García. « Crónica general de nuestro tiempo » subtitula el autor su libro. Y, en efecto, la obra de Ruiz García es, sobre el telón de fondo atómico, el relato apasionante y vivaz de los grandes dilemas, contradicciones, dramas y esperanzas que dominan nuestra época. El autor nos lleva de la mano, con gran agilidad periodística, desde las primeras teorizaciones atómicas de un lord Rutherford hasta los tremendos problemas del equilibrio atómico en nuestros días, pasando por el nazismo, la huída de los sabios alemanes, la guerra, Hiroshima, el crecimiento ruso, la sublevación histórica del « tercer mundo », Cuba y la revolución hispanoamericana, la « edad del espacio », la « nueva frontera » de Kennedy... Bien puede decirse que ningún tema ni hecho importante de estos años de posguerra escapa a la pluma alerta y documenta-

dísima de Ruiz García, quien nos ofrece un panorama completo y coherente de lo que hoy ocurre en el mundo.

Ruiz García nos da constantes muestras de un juicio seguro, penetrante y sereno que, eludiendo los tópicos políticos que abundan en nuestro mundo, plantea los problemas en su verdadero terreno, desmistificándolos, y los confronta con la más urgidora y gravitante realidad de nuestros días : la de más de media humanidad que pasa hambre.

F. F.-S.

CAMILO J. CELA : Cuaderno del Guadarrama

Desde su admirable *Viaje a la Alcarria*, Camilo José Cela, escritor de muchas leguas en las piernas, ha seguido recorriendo el vario paisaje español y ofreciéndonos el relato de sus correrías de vagabundo observador en una serie de libros de mayor o menor acierto, pero siempre adobados con su gracia verbal y con su peculiar sensibilidad de observador de hombres y paisajes. En este *Cuaderno del Guadarrama* (Ediciones Arión, Madrid, 1960) Cela nos lleva, al vuelo de su pluma y al andar de sus piernas, por la tan « literaria » serranía castellana. Con él nos asomamos a los varios paisajes de la Sierra y evocamos los viejos recuerdos y figuras literarias que a ella van asociados : el rabí Sem Tob, Juan Ruiz el Arcipreste, Gómez Manrique... No es este, ni mucho menos, el mejor de los libros de viaje de Camilo J. Cela. Advertimos incluso en él cierta estereotipación y agarrotamiento del estilo que hacen de la obra algo convencional y sabido. De todos modos, la fuerza de creación verbal del autor no se desmiente y hay en el libro una gracia lírica que, en sus mejores instantes, nos recuerda los más logrados hallazgos literario-viajeros de este incansable escritor y vagabundo que es Cela. La edición, muy bella, lleva unos dibujos de Eduardo Vicente.

F. F.-S.

MANUEL V. PEÑA : La Ruta

Asunto original el de esta novela, retablo pintoresco y sentimental de las gentes que viven del tráfico del pescado en el Muro y la Palloza del puerto pesquero de La Coruña, y exaltación de la cotidiana aventura de los « transportistas » que desde la costa del noroeste acarrean las riquezas pródigas del mar, por carretera y en grandes camiones, al centro de la Península. Manuel V. Peña conoce esa vida y esas gentes, aborda el tema con emoción y con humor y une al garbo de un estilo ágil y desembarazado un celo de la corrección expresiva poco frecuente en los escritores de la nueva hornada española.

Una doble historia forma la trama novelesca de *La Ruta*. De un lado el viejo cómico a quien las circunstancias arrumban al Muro, y que tan bien se acomoda a la vida de los pescadores —de la que vive él asimismo—, que cuando un antiguo amigo y compañero de escena le da la mano para reintegrarlo a Madrid, siente allí la nostalgia del Muro, como antes sintió la de la efímera gloria de artista teatral. Y de otro lado el idilio de Tordesillas, el amor que nace entre la muchacha castellana, ajena al mar y para quien el mar es un atrayente misterio, y el mozo transportista que cuando pasa en su camión, en la alta noche, ante la entrada del pueblo, busca con los faros el pañuelo amarillo prendido en el pretil del puente, que es el testimonio de un corazón de mujer enamorada. Muy delicado todo esto y de un romanticismo serio, viril y sin sensiblería. Pero una y otra historia se diluyen un tanto, arrolladas por el gran reportaje que es ante todo *La Ruta*. En la posología de la obra lo abundoso del excipiente aminora el efecto de la sustancia novelística incorporada. Pero el libro es de muy atrayente lectura.

C. A.

ANTONIO FERRES Y ARMANDO LOPEZ SALINAS : Caminando por las Hurdes

Son ya numerosos los relatos de viaje por tierras de España, escritos tanto por españoles como por extranjeros. Este género, un poco arrinconado después de haberlo aireado los hombres del 98, surgió de nuevo merced a los apuntes de andar y ver de Camilo José Cela, maestro indiscutible en la materia. Y ahora, en estos últimos tiempos, puede decirse que está un poquito de moda.

Caminando por las Hurdes, de Antonio Ferres y Armando López Salinas, publicado por la Editorial Seix Barral de Barcelona, pertenece asimismo al género ese del relato de viaje, efectuado esta vez por una de las más tristes y desalentadoras tierras de España. Los autores se adscriben a esa especie de realismo sociológico que parece ser tendencia general de lo que ha dado en denominarse joven literatura española. Quiere esto decir que adoptan una innegable actitud moral ante los seres que ven y ante la realidad que observan.

Todo esto está muy bien y no seremos nosotros quienes reprochemos tal « engagement ». Pero mucho nos tememos que algunos jóvenes novelistas españoles se dejen tentar por esa solución de facilidad que suponen los relatos de viaje o los documentos más o menos sociológicos. Y es que, quiérase o no, siempre será infinitamente más fácil eso que hacer buenas novelas.

I.

revistas

Estados Unidos

Dificilísimo es realizar un inventario comentado de las revistas culturales que se publican en Estados Unidos. No puede hacerse justicia, en limitado espacio, al portentoso esfuerzo que en tal aspecto realiza este país. Hay revistas modestísimas, como la *Kentucky Foreign Language Quarterly*, impresa en mimeógrafo y dedicada a las lenguas modernas extranjeras ; las hay lujosísimas, como la *National Geographic Magazine*, con estudios e ilustraciones excelentes, y *The New Yorker*, semanario vivo, ágil, dedicado al arte y a la vida neoyorquina. Estas líneas, pues, darán sólo una vaga idea de las revistas que en Estados Unidos se publican, puesto que nos referiremos sobre todo a las que prestan alguna atención a temas españoles e hispanoamericanos.

Puede formarse una mejor idea de lo dicho si se tiene en cuenta, por ejemplo, que la Universidad de Columbia edita una cuarentena de revistas, más o menos especializadas. Si se multiplica esa cifra por el número de universidades importantes, se obtendrá un total imponente. Pero no son sólo, claro está, las universidades las que publican estas revistas y estudios. Instituciones privadas, empresas comerciales, pequeños grupos heroicos, etc., desde las ciudades más pobladas hasta los condados más modestos, tienen su « revista cultural ». Es realmente impresionante la cantidad de publicaciones dedicadas a las artes, a la nueva poesía, a la arquitectura y a la pintura.

No deja de agradar que en el último decenio haya aumentado el espacio que se dedica a los temas españoles e hispanoamericanos. *The American Journal of Economics and Sociology* recalca en un trabajo breve, pero sustancial, firmado por su director Will Lissner, la importancia de la reforma agraria en el mundo hispanoparlante de América. *Saturday Review*, dedicada principalmente a la reseña de libros, ofrece en su número del 25 de marzo un artículo sobre la importancia creciente de Hispanoamérica, firmado por Salvador de Madariaga, en el que el notable escritor español estudia la injusticia y la deplorable situación económica que ha subsistido en algunas partes de América y responde al ataque que contra la obra de España en el Nuevo Mundo hacen algunos autores.

Symposium, entre cuyos consejeros figuran Fidelino de Figueiredo, Angel del Río y Tomás Navarro Tomás, ofrece en su último número la colaboración de Camilo José Cela —selecciones de *Los viejos amigos*— y de Homero Castillo, que publica un artículo sobre José Santos González Vera, escritor chileno que ganó el Premio Nacional de Literatura de su país en 1950. En *Foreign Affairs* han escrito recientemente Julián Marías, Galo Plaza y muchos otros hispanoparlantes. En *Partisan Review*, Jorge Luis Borges y Ramón Sender han visto sus cuentos traducidos al inglés. En *Diógenes*, Pedro Laín Entralgo publicó « The Health and Perfection of Man » (La salud y perfección del hombre) ; Alfonso Caso es uno de los directores de dicha revista. Richard Diers dio a conocer en la importante *Kenyon Review*, dirigida por Robert Penn Warren, Lionel Trilling y Eric Bently, un poema dedicado al templo catedralicio de « La Sagrada Familia », de Gaudí. En *Hudson Review*, Benjamin Mott escribe « Glossing a Portuguese Diary » (Glosa de un diario portugués). *Dissent* —entre cuyos directores figuraba Richard Wright, fallecido recientemente en París— dedica el último número a estudiar la situación cubana ; colaboran Edward Friedman, Richard Kraus y Daniel M. Friedenberg. En el *Journal of American Folklore* se insertan dos trabajos excelentes : « Pre-conquest narrative songs in Spanish-America » (Canciones narrativas de la preconquista en Hispanoamérica) de Merle L. Simmons y « Early Peruvian Music » (Música peruana primitiva) de Robert Stevenson. En *Journal of General Education*, de la Universidad de Chicago, Marvin D. Berstein y Albert A. Blub se proponen revalorar el concepto que de la colonización española se ha tenido en Estados Unidos y la comparan con la inglesa. Mención especial merece el número de

marzo de *The Annals,* de la Academia de Derecho Político de Estados Unidos : está dedicado a las revoluciones nacionalistas en Hispanoamérica. Según explica el profesor Robert N. Burr, es un esfuerzo para señalar las « complejidades de la condición social, económica y política » de un continente en ebullición.

Hay en Estados Unidos excelentes revistas dedicadas al hispanismo. Entre ellas, la *Revista Hispánica Moderna,* dirigida por Angel del Río ; son sus subdirectores Eugenio Florit y Andrés Iduarte. *Hispania,* en la actualidad encabezada por Robert M. Mead Jr., y anteriormente por Donald A. Walsh. *The Hispanic American Historical Review,* cuyo jefe es Donald W. Worcester. Antes la dirigía Lewis Hanke. *The Americas,* revista de los franciscanos editada en Washington. *Americas,* de la Unión Panamericana, *PMLA,* de la Modern Language Association, *The Journal of Inter American Affairs* de la Universidad de la Florida, dirigida por Robert E. McNicoll y A. Curtis Wilgus. *Hispanic American Report,* con resúmenes de España, Portugal e Hispanoamérica, bajo la supervisión de Ronald Hilton. *Ibérica,* de la cual son directores de honor Salvador de Madariaga y Norman Thomas, dirigida por Victoria Kent. En estas revistas han publicado estudios y artículos importantes profesores de la categoría de Marcel Bataillon, Stanley R. Ross, Arthur P. Whitaker, etc. Finalmente, *Nueva Democracia,* desde hace años recoge lo más granado del mundo artístico e intelectual de España y América ; la dirige Alberto Rembao.

Debemos señalar muy particularmente el suplemento dedicado a la España actual por la importante revista *The Atlantic Monthly* (enero de 1961). Colaboran en él Julián Marías, Américo Castro, Dionisio Ridruejo, Camilo José Cela, Salvador de Madariaga, José Luis Aranguren, Jorge Guillén y otros sobresalientes valores intelectuales. Ha sido una feliz iniciativa que permitirá a los numerosos lectores de dicha revista formarse una idea cabal de España.

En *Southwest Review,* Eduardo Ruiz publica un artículo sobre las perspectivas actuales en Hispanoamérica. *The American Scholar,* por su parte, figura entre las revistas especializadas más importantes del país ; la dirigen profesores como Jacques Barzun, J.K. Galbraith y Richard Hofstadter, y la poesía, la crítica y la ciencia son sus principales preocupaciones. En *The South Atlantic Quarterly,* el profesor Alfred Tischendorf, de la Universidad de Duke, hace una detallada descripción de los presidentes hispanoamericanos que perecieron asesinados y de las medidas que se han adoptado en Hispanoamérica para proteger a los actuales jefes de Estado. *Yale Review* publica un buen estudio de Martin Blumenson sobre la lucha de París contra los nazis, pero deja de mencionar el trabajo realizado por los españoles en la resistencia.

ROBERTO ESQUENAZI-MAYO

Unión Soviética

De un tiempo a esta parte, los organismos culturales soviéticos vienen demostrando un creciente interés por el Nuevo Mundo. La Academia de Ciencias de la URSS, además de haber organizado un ciclo de conferencias sobre cuestiones latinoamericanas, acaba de publicar una serie de estudios de carácter histórico sobre América Latina. Pero la manifestación más importante de este ambicioso programa cultural la constituye la publicación de un número especial de *Inostranaya Literatura* (diciembre 1960, 270 páginas) enteramente dedicado a la literatura latinoamericana.

Encabeza el número un reciente poema de Pablo Neruda, « Canción de gesta », al que sigue una versión abreviada —que ocupa más de 100 páginas del volumen— de la novela de Miguel Angel Asturias *El Papa verde,* escrita en 1954 y cuya traducción acaba de publicarse en Moscú. Cuba ocupa una sección, con el poema de Jorge Guillén « Buenos días, Fidel », y versos de Fayad Jamis y Roberto Fernández Retamar. El escritor, crítico e historiador chileno Luis Enrique Delano se halla representado por un capítulo de su novela *La Base* (1958) y los poetas argentinos Raúl González Tuñón y José Pedroni por algunos fragmentos de sus obras *La luna con gatillo* y *Canciones del hombre.* Siguen un capítulo de la novela inédita de Rómulo Gallegos *La brasa en el pico del cuervo* (1954) y fragmentos de las *Obras poéticas* de Alfonso Reyes. La parte antológica concluye con un capítulo del libro de Alfredo Varela *Cuba revolucionaria,* que tiene más de reportaje político que de obra literaria.

La segunda parte está dedicada a trabajos originales, entre los que figuran un ensayo del escritor uruguayo Alfredo Gravina sobre « El destino de la novela » y un estudio de Serge Yutkevitch sobre David Siqueiros, además de las respuestas de varios escritores latinoamericanos a una encuesta preparada por la dirección de la revista soviética.

Pero el estudio más importante es, sin duda alguna, el extenso artículo firmado por los críticos soviéticos V. Kuteishchikova, L. Ospovat e I. Terteryan, titulado « La lucha por el realismo y los valores nacionales ». El enunciado es de por sí bastante ilustrativo del contenido del artículo : se trata de cohonestar las consignas estéticas del « realismo socialista » con la exaltación de los sentimientos nacionalistas y hasta de

las tradiciones patrias y, al propio tiempo, de combatir el « esteticismo decadente » de los antirrealistas, que son instrumento del imperialismo europeo y norteamericano.

Según la tesis de los autores, en el período situado entre las dos guerras mundiales —de 1930 a 1940, exactamente— y al compás de los movimientos de liberación nacional, se produce una nueva floración de literaturas, caracterizadas por su íntima vinculación con la realidad, al propio tiempo que enlazan con la tradición liberadora de los románticos y los realistas del siglo pasado. Estas literaturas traducen « un profundo sentimiento nacionalista, antimperialista y antifeudal » y su expresión es la novela social. Pero desde 1940 asistimos a una verdadera crisis de la novela, que es interpretada de modo distinto según el campo en el que se hallan situados los críticos. Para los pertenecientes a las fuerzas progresivas, se trata de una pasajera crisis de transición del pesimismo de los años de lucha y de sufrimiento a las nuevas condiciones descritas por Neruda en el Congreso de la Paz, celebrado en México en 1949 : « Hoy vivimos en una época distinta ; millones de hombres han puesto fin a la esclavitud imperialista. En nuestro continente se presentan nuevos quehaceres : debemos infundir a nuestras tierras la vitalidad, la alegría y la juventud de que carecen... ».

Por el contrario, para los « críticos estetas ajenos a la nación y a sus intereses » esta crisis significa la « bancarrota del realismo » y, bajo el influjo de las corrientes ideológicas y políticas del expansionismo norteamericano, predican la renuncia a toda descripción realista de la vida y de los « anticuados temas nacionales ».

Esta antagónica interpretación del pasado se traduce, también, a la hora de conjeturar lo que *debe ser* la literatura latinoamericana, en dos posiciones contradictorias : la de los que afirman que la literatura debe mantener unos lazos indestructibles con la realidad presente y con la vida cotidiana de los pueblos de Latinoamérica y la de los que, « consciente o inconscientemente, están precipitando la literatura americana hacia el cosmopolitismo y el hermetismo ».

A la afirmaciones del escritor uruguayo Alberto Zum Felde, para quien el realismo no es más que « una perfecta fotografía de la realidad », responden acusándole de « confundir el realismo con el naturalismo », con el delibrado propósito de « comprometerlo » presentándolo como una fase primitiva de la evolución literaria. Fase que, según Angel Flores (profesor de una universidad de Estados Unidos), está ya superada por el « realismo mágico » que aparece en las obras de los argentinos Jorge Luis Borges y Eduardo Mallea, a quienes atribuye Flores ciertas semejanzas con Joyce y Camus ; según el chileno Fernando Alegría, siguiendo las ideas estéticas de la novela « trascendentalista » de Kafka y del propio Joyce.

Los críticos soviéticos no escatiman los ataques contra esos « teóricos y abogados de la decadencia y del subjetivismo », esos « estetas superrefinados », « apologistas del cosmopolitismo », frente a quienes se alzan « todos aquellos críticos y escritores que en América Latina defienden el carácter nacional de su literatura, los principios del realismo y los vínculos con la notable tradición literaria latinoamericana », como son el mexicano Jiménez Rueda, el ecuatoriano Benjamín Carrión o el cubano Juan Marinello.

Los autores soviéticos, aun reconociendo los puntos débiles de la novela social —entre los que figura cierta monótona repetición de temas—, la consideran como la mayor realización literaria latinoamericana, profundamente enraizada en la cultura popular. Al mismo tiempo previenen a los escritores latinoamericanos contra los peligros tanto de los « mitos indios » como de la mitología contemporánea y contra la « expansión ideológica » norteamericana y del Occidente europeo. A este respecto, apoyándose en una cita de Neruda, afirman textualmente : « Es evidente que la difusión de la decadente literatura de Estados Unidos constituye uno de los vehículos para la esclavización espiritual de los pueblos de América Latina. Como afirma justamente Pablo Neruda, las obras que algunos autores latinoamericanos consideran como la más profunda expresión de su ser íntimo, no son sino un veneno inoculado por sus peores enemigos ».

Guillermo de Torre, Roberto F. Giusti y Jorge Luis Borges son el blanco principal de los ataques soviéticos. Por su cosmopolitismo y su vinculación a la tradición cultural burguesa y occidental son opuestos a los « escritores patrióticos » que rechazan el « colonialismo cultural » como el escritor chileno Arturo Torres-Rioseco y el crítico argentino P. Orgambide. Pocos son los que salen bien parados de la implacable crítica soviética, pero, como siguiendo ese criterio acabarían quedándose sin un solo escritor representativo, los críticos de la *Inostranaya Literatura* tienen que hacer alguna concesión. Uno de los que se salvan, a pesar de pertenecer al grupo de los « realistas mágicos », es Miguel Angel Asturias.

Mitos artificiales... curso de la historia... desesperación... caos. Realmente, la aportación de esos críticos soviéticos no resultará muy esclarecedora para el escritor latinoamericano. Porque, ¿qué se le propone para salir del « caos del subjetivismo »? Una singular interpretación de las corrientes literarias, según la cual las literaturas nacionales de Latinoamérica surgen de un sentimiento antifeudal (!) ; la exaltación de un localismo nacional que, ante el impulso universalista de nuestro tiempo, se nos aparece como otra for-

ma de subjetivismo a escala nacional ; una nueva división de los estilos literarios no ya según sus tendencias ni por sus influencias ideológicas, sino según su localización geográfica. Hay literaturas que ejercen « un colonialismo cultural opresor », cuando proceden de la región occidental de Europa. Y otras que son vitales y progresivas, si se alinean con las corrientes estéticas imperantes en la zona oriental de aquel mismo continente. El hecho de que el « realismo socialista » se haya impuesto en varios países europeos gracias a una dominación política no constituye un caso de colonialismo cultural, ni es imperialismo opresor el pretender exportarlo a otras latitudes con fines de expansión política. Así todo queda claro. Y el escritor latinoamericano, saliendo de su caos interior, puede enfrentarse ya sin temor con el curso de la historia, que se ha hecho comprensible para él, gracias a la lúcida interpretación de los críticos soviéticos.

W. L.

Colaboradores

- JULIAN ANDIA es, como hemos señalado recientemente, el seudónimo de un distinguido intelectual español, residente en Madrid.
- FRANCISCO AYALA, excelente prosista y conocido sociólogo, actualmente profesor en una universidad norteamericana, es autor de numerosos libros —novela, ensayo, sociología, etc.—, siendo el último publicado *Experiencia e invención,* en el que recoge lo último que ha escrito sobre crítica literaria.
- THEODORE DRAPER, periodista especializado en los problemas internacionales y en la política exterior de Estados Unidos. Entre sus varias obras cabe citar los dos primeros tomos de una historia del Partido Comunista de Estados Unidos : *The Roots of American Comunism* (1947) y *American Comunism and Soviet Russia* (1960). Recientemente *Cuadernos* publicó un suplemento con un estudio de Draper sobre « Los tres primeros meses de la crisis del Congo ».
- LEWIS S. FEUER, profesor agregado de filosofía en la Universidad de California. Es colaborador del semanario norteamericano *The New Leader.*
- JACINTO LUIS GUEREÑA, escritor español, residente en Francia. Publicó varias obras, entre otras *Memoria del Corazón* y un libro de poesía traducido al francés : *Guitare pour la nuit.*
- EMILIO ORIBE, poeta y prosista uruguayo, decano de la Facultad de Humanidades de Montevideo. Tiene publicadas varias obras sobre cuestiones estéticas y filosóficas, así como diversos libros de poemas.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Ruégole me suscriba a Cuadernos (1) { *por un año* (12 *núms.*) / *por 6 meses* (6 *núms.*) } *a partir del nº* .....

a cuyo efecto le envío la cantidad de (1) ..... *mediante cheque bancario, por giro internacional o giro postal a* Cuadernos, 18, *Avenue de l'Opéra, Paris* (1er), *C.C.P. Paris* 9992-63, *o en moneda nacional a su corresponsal.*

NOMBRE COMPLETO .....

DOMICILIO .....

LOCALIDAD .....

FECHA .....

Francia	*Otros países europeos*	*América del Norte*	*América Latina :*
1 año : 25 NF	1 año : 28 NF	1 año : 5 $ USA	Informarse cerca del corresponsal de cada país.
6 meses : 13 NF	6 meses : 15 NF	6 meses : 2,75 $ USA	

(1) Rayar las menciones inútiles.

CUADERNOS

Revista Mensual
18, Avenue de l'Opéra, Paris 1er (Francia).Tel. : OPE. 44-88.

SUSCRIPCIONES

Francia	*Otros países europeos*	*América del Norte*	*América Latina*
1 año : 25 NF	1 año : 28 NF	1 año : 5 $ USA	Informarse cerca del corresponsal de cada país.
6 meses : 13 NF	6 meses : 15 NF	6 meses : 2,75 $ USA	

CORRESPONSALES

ALEMANIA
BERLIN-Dahlem, Schorlemerallee 28, Kongress für Freiheit der Kultur.

ARGENTINA
BUENOS AIRES, Central Distribuidora de *Cuadernos*, Libertad 1258, T.E. 42-7195. Suscripciones : Libertad 1258 y Librería Madrid, Bmé Mitre 950, T.E. 35-6751.

AUSTRIA
WIEN VII, « Forum », Museumstrasse 5 (C.P. 151.804).

BELGICA
BRUXELLES, Agence et Messageries de la Presse, 14-22, rue du Persil (C.C.P. 416-69).

BOLIVIA
COCHABAMBA, Los Amigos del Libro, Calle Perú, esq. España (distribuidora).
LA PAZ, Gisbert y Cía, Calle Comercio 125 Librería Selecciones, Av. Camacho 369 - Universal Bookstore, Mercado 68. Suscripciones: Universal Bookstore, Mercado 68.

BRASIL
RIO DE JANEIRO, Hachette, 299 Avenida de Erasmo Braga, 3º andar.

CHILE
SANTIAGO, Sr. Stumpf, Librería Internacional, Casilla 9509 (distribuidora) - Editorial del Pacífico, Calle Ahumada 57. Suscripciones : Agustinas 1022, of. 324 A, Sala de la Libertad.

COLOMBIA
BOGOTA, Vicens, Mestre y Cía, Ltda., Av. Jiménez de Quesada 8-60, of. 503 (distribuidora) - Librería Central, Carrera 6a. BARRANQUILLA, Librería Nacional Ltda., Carrera 43, nº 36-30. CUCUTA, Librería Zig-Zag, Calle 11, nº 4-20. POPAYAN, Instituto del Libro, Calle 5 A, nº 5-08.

COSTA RICA
SAN JOSE, Librería Montserrat, Apartado 2465.

DINAMARCA
COPENHAGUE S, M. Schleimann, 17 Islands Brygge.

ECUADOR
QUITO, Su Librería, Plaza Independencia (distribuidora) - Agencia General de Publicaciones, Mejía 446.

ESTADOS UNIDOS
NUEVA YORK 11, Las Américas Publishing Company, 249 West 13th Street - Roig Spanish Books, 576 6th Avenue.

FILIPINAS
QUEZON CITY, M. Francisco Sionil José, 108 C Santol Sta. Mesa.

GRECIA
ATENAS, Mazarakis, Patission Street 9, P.O.B. 176.

HAITI
PORT-AU-PRINCE, Librairie Auguste, P.O. B. 594.

HOLANDA
LA HAYA, Martinus Nijhoff, Lange Voorhout 9.

INDIA
BOMBAY I, Indian Committee for Cultural Freedom, Mahatma Gandhi Road, 148.

INGLATERRA
LONDRES S.W.1, « Encounter », Panton House 25 Haymarket.

ISRAEL
TEL AVIV, Bronfman's Agency, P.O.P. 1109, 2, Zlenov Street.

ITALIA
ROMA, Associazione italiana per la Libertá della Cultura, Via Giuseppe Pisanelli 2 (C.C.P. 1-8363).

MARRUECOS
CASABLANCA, Sochepresse, 1, Place de Bandoeng.

MEXICO
MEXICO D.F., Librería Ariel, Donceles 91 - Fundación Editorial « Beatriz de Silva », Calle Leandro Valle 20 D.

PANAMA
PANAMA, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza Arango (distribuidora) - Librería Ibero-Americana, Av. B 32.

PARAGUAY
ASUNCION, Mares e hijos, S. en C., Calle Estrella 430-438.

PERU
LIMA, The University Society Peruana S.A., Unión 860 (distribuidora) - Distribuidora de Revistas Inca, Puna 264. Suscripciones : Av. Piérola 530, of. 206, Asociación Peruana por la Libertad de la Cultura.

PORTUGAL
LISBOA, Agencia Internacional de Livraria e Publicaçoes, apartado 2373.

PUERTO RICO
RIO PIEDRAS, Librería Universidad de Puerto Rico, Apartado 2102.

SUIZA
GINEBRA, Naville et Cie, 5-7 rue Lévrier (C.C.P. 1-116).

TURQUIA
ESTAMBUL, A. Mazarakis and Cº Istiklal Caddesi Kumbaraci, Yokusu Estambul 132/1.

URUGUAY
MONTEVIDEO, Distribuidora Uruguaya de Diarios y Revistas, Calle Ciudadela 1424 (distribuidora).

VENEZUELA
CARACAS, Distribuciones EDIME, Avenida Urdaneta, de Ibarras a Pelota, Edif. Caoma sótano (distribuidora).

B.D.I.C

Un escritor del que se ha hablado mucho, aunque se le ha leído poco, el genial pintor

José Gutiérrez

SOLANA

OBRA LITERARIA

Por primera vez se hace asequible su obra escrita completa, precedida de semblanzas por Juan Ramón Jiménez y Ramón Gómez de la Serna, y una introducción de Camilo José Cela. Se reunen los siguientes títulos :

MADRID, ESCENAS Y COSTUMBRES (1.ª y 2.ª serie)
LA ESPAÑA NEGRA
MADRID CALLEJERO
DOS PUEBLOS DE CASTILLA
FLORENCIO CORNEJO
PARIS
FRAGMENTOS

Un volumen de 700 páginas, a dos tintas, encuadernado en tela, ornamentado por Estrada y Zamorano.

taurus ediciones

Conde del Valle del Súchil, 4 - Teléfono 24 32 31 - Apartado 10.161 - MADRID-15

RAYMOND ARON

El sentido de la historia

TODOS PENSAMOS HISTÓRICAMENTE. Cuando se trata del destino de Francia o, en esfera más reducida, de la política que conviene seguir en Argelia, buscamos espontáneamente los precedentes y nos esforzamos por situar el momento presente en un devenir. ¿Está siguiendo Francia el camino que condujo a España a la decadencia? ¿Son irresistibles los movimientos nacionalistas de África? ¿Van a precipitar el continente negro en el caos o en el comunismo? ¿Van a aislar el pequeño cabo de Asia, amenazado al Este por el Imperio soviético y bloqueado al Sur por el despertar del Islam?

Nuestra conciencia política es una conciencia histórica y no puede ser otra cosa. En el curso de medio siglo, las relaciones de fuerza se han visto más trastornadas que en ninguna otra época. Europa, después de haber sido el centro de la política mundial a principios de este siglo, y desgarrada más tarde por dos guerras inexpiables, ha perdido su fortaleza y, en gran parte, su independencia. Nuestra conciencia histórica está inevitablemente influída por nuestra experiencia. El carácter precario de las civilizaciones se ha hecho evidente.

Sin embargo, sería un error creer que nuestra conciencia histórica está sólo dominada por una vaga inquietud respecto del porvenir. A esto habría que añadir. por lo menos, otras dos convicciones o experiencias : el entusiasmo ante la prodigiosa capacidad de producción (pero también, por desgracia, de destrucción) que el progreso de la ciencia ha conferido a los hombres ; la admiración, más a menudo inquieta que confiada, ante la profundidad de los cambios que los acontecimientos, las guerras o las revoluciones parecen aportar a la organización de las sociedades y la conducta de los hombres. Yo viví en Alemania los meses patéticos del año 1933, cuando, de una semana a otra, las calles de Berlín iban poblándose de uniformes pardos ; cuando se tenía la impresión de que desaparecían súbitamente en una trampa los obreros que, desde hacía cincuenta años, daban sus sufragios a un socialismo civilizado y que la voz de los hombres de cultura, herederos de una gran tradición, quedaba ahogada por los ecos, reproducidos por todos los altavoces, de los aullidos roncos de un cabo austríaco.

Aunque no perteneciésemos a una civilización formada por el cristianismo, difícilmente podríamos, a mediados del siglo XX, pensar a la manera de los antiguos griegos, no ver en los acontecimientos más que los reflejos deformados de las ideas o del cosmos. Y en todo caso, nos sentiríamos más tentados a adoptar las concepciones de Tucídides que las de Platón. Del mismo modo que Tucídides buscaba y hallaba el orden y la unidad de ese conjunto desmesurado que llamamos la guerra del Peloponeso, interrogamos nosotros el siglo actual con la esperanza de comprender las fuerzas profundas que lo agitan, sea la ley que go-

Capítulo de la obra *Dimensions de la conscience historique*, editada por Librairie Plon, París, 1961.

bierna el tumulto aparente, sean las constantes de la naturaleza individual y colectiva que hacen inteligibles esas guerras monstruosas e inútiles, esas revoluciones organizadas contra los regímenes que pretenden defender principios opuestos, aunque valiéndose del mismo vocabulario.

En otras palabras, nuestra experiencia es la que nos obliga, en cierto modo, a atribuir importancia y significación a la fortuna inconstante de las armas y de las leyes, de las ciudades y de los regímenes, a la alternación de guerras y revoluciones, de grandeza y decadencia, sobre las que han meditado, a través de los siglos, los filósofos y los analistas.

Y no obstante, la evocación de Tucídides bastaría para recordarnos, si fuere necesario, que la forma adoptada por la conciencia histórica en las filosofías modernas de la historia, no es la consecuencia pura y sencilla de las catástrofes de nuestra época. Tucídides comprendía la guerra del Peloponeso, la lucha llevada hasta el agotamiento de los combatientes, la derrota de Atenas, refiriéndose a las pasiones eternas que definen la naturaleza del hombre. La victoria de Esparta no estaba escrita de antemano en el libro de la Historia, el imperialismo no condenaba moralmente a Atenas, y si la ciudad gloriosa era, en cierto modo, responsable de su propia ruina, esta responsabilidad era comparable a la de un estratega que precipita con sus errores la derrota de sus ejércitos o a la del simple mortal que, llevado por el afán de dominación y de gloria, acaba por concitar contra él la coalición de los que su orgullo ha desafiado.

La evocación de Tucídides es quizás la que nos ofrece por contraste la mejor introducción al análisis de lo que se denomina en nuestros días *sentido de la historia*. La guerra del Peloponeso tuvo un término, benéfico o deplorable, según las preferencias de los observadores, pero no tenía un fin que pudiera ser su justificación o su razón de ser. Esparta luchó por las libertades de las ciudades griegas que el imperialismo de Atenas puso en peligro. Esta última ciudad se había hecho odiosa a sus aliados por tratarlos como si fuesen satélites. El historiador tiende a considerar que los hombres abusan siempre de su poder, que su voluntad de dominio les lleva a conducirse como amos y no como guías y, por consiguiente, a provocar la amargura, en vez de conservar la amistad. El corazón humano es el causante de estos trastornos trágicos que arrastran a las civilizaciones hacia su perdición. Estos trastornos podrían considerarse quizás inevitables, en la medida en que son inevitables el deseo de reinar y la dominación del más fuerte. Pero esta fatalidad está inscrita en la naturaleza del hombre, y ésta no cambia. La guerra del Peloponeso terminó en una fecha determinada, y la rendición de Atenas señaló su fin. Pero este término no constituye un fin significativo, que fuera o hubiera podido ser deseado por una voluntad bienhechora. Una vez conseguido el fin, la humanidad permaneció igual a sí misma, no había franqueado ninguna etapa en el desarrollo de las instituciones. La guerra del Peloponeso resulta inteligible a la manera de un drama, y una mezcla de decisiones meditadas, de cálculos erróneos, de impulsos irracionales y de casualidades puso término a su curso. Al fin se han descubierto las grandes líneas de un destino que parecía ajeno a cada uno de los innumerables actores, porque era el resultado comprensible, pero no racional, de su concurso y de su lucha.

Se dirá, al contrario, que la historia tiene un sentido si, el fin de la aventura —la sociedad sin clases, por ejemplo— aparece retrospectivamente como el objetivo a que tendían, consciente o inconscientemente, los actores de este drama secular. Ni los capitalistas, obstinados en defender la propiedad privada de los instrumentos de producción, ni los proletarios, levantados contra la explotación, ignoran la obra de que son conjuntamente los artesanos. Ellos también, como los actores vistos por Tucídides, son juguetes de sus pasiones. No es menester que una Providencia, colocada por encima de la pelea, oriente la historia. El fin que nadie quiere, pero que todos hubieran deseado, de haberlo comprendido de antemano, surge espontánea y forzosamente de las acciones y reacciones que se producen entre los individuos y los grupos.

Al llegar a este punto del análisis, la objeción surge por sí sola : ¿Cómo podía la historia, sin estar dirigida por una con-

ciencia, llegar a un fin que hubiera podido ser una meta providencial? Si en la sociedad sin clases realiza el hombre su vocación y descubre el misterio de la historia y de sí mismo, ¿por qué una historia privada de dirección y entregada a los determinismos de los individuos y de las clases rivales habría de dirigirse *infaliblemente* hacia este término? ¿Por qué habría de acabar bien la aventura? A esta pregunta se contesta generalmente que las filosofías de la historia son la secularización de la visión judeocristiana. La filosofía auténticamente cristiana es sin duda alguna la que se niega a atribuir a la sucesión de los imperios y de los regímenes una significación absoluta. El cristiano es el que no encuentra un sentido a la sucesión de los acontecimientos sino por referencia a lo trascendente. Para el cristiano, la verdadera historia del individuo no es la de la carrera y de los honores, sino la de las relaciones del alma con su Creador. Para el cristiano, la verdadera historia de la humanidad no es la sucesión de los imperios y de las ciudades, de las democracias y de los despotismos : la verdadera historia está marcada por un acontecimiento —el advenimiento de Cristo— que ha sucedido en una fecha y un lugar determinados, pero que trasciende a los diversos hechos de la historia política o económica. Detrás de nosotros, el advenimiento de Cristo : delante de nosotros, el fin de los tiempos. Tal es la historia sagrada de la humanidad, que a los ojos del creyente es el verdadero sentido de la historia profana.

Si en rigor el sentido cristiano, es decir, trascendente, de la historia prohibe dar un valor absoluto a la sucesión de los acontecimientos, es evidente que la concepción cristiana ha estado siempre expuesta a una interpretación herética e inmanentista. Los milenaristas creían en la vuelta de Cristo y en un reino de mil años. El reino de Dios no se buscaba en la intimidad del alma, sino en cierto régimen de abundancia y de justicia. Se pasa del sentido cristiano al sentido profano de la historia de muchas maneras, sea esperando para una fecha próxima lo que sucederá con la consumación de los siglos, sea confiando que las instituciones procuren lo que sólo la pureza de corazón o la gracia pueden garantizar.

No obstante, la secularización de las esperanzas o de las herejías cristianas está lejos de ser el único origen de las filosofías laicas del sentido de la historia. En ciertos aspectos, las filosofías modernas, optimistas, de la historia se han formado, sobre todo en Francia, por contraste con una representación cristiana y pesimista de la historia. Se ha creído en el progreso, porque se ha creído en el poder demiúrgico de la razón y de la ciencia, porque se ha creído en la bondad del hombre, en la capacidad de los hombres para gobernarse y, hasta podríamos decir, para hacerse a sí mismos. Se dirá que una filosofía como la del marxismo está muy lejos de una filosofía del progreso como la de Condorcet, y nosotros no lo negamos. La filosofía marxista atenúa el optimismo del progreso, puesto que lo rechaza más allá de ciertas catástrofes apocalípticas. Según una expresión que he empleado repetidas veces, se trata de un optimismo catastrófico. Además, en vez de esperar de la educación y de la ciencia el advenimiento de una sociedad humana y justa, el marxismo considera la lucha implacable de las clases como el motor indispensable de la historia. Al mismo tiempo fija las etapas principales del devenir humano, caracteriza cada etapa por cierto estado de desarrollo de las fuerzas productivas, explica el tránsito de una etapa a otra por las contradicciones en el interior de los regímenes y, finalmente, espera de la revolución socialista la liquidación de las últimas contradicciones.

No por ello es menos cierto que la orientación general de la historia está determinada por el desarrollo de las fuerzas productivas, es decir, por los conocimientos científicos y su aplicación a la industria. La sociedad sin clases sería el término definitivo de las luchas históricas, porque a través de éstas progresa el dominio del hombre sobre la naturaleza. El marxismo no es una doctrina del progreso, puesto que no concibe un movimiento indefinido hacia un objetivo nunca alcanzado. Es una doctrina dialéctica, porque anuncia una solución de las antinomias en un estado que indicará el fin de la prehistoria, si no es el de la historia. Pero el motor de esta dialéctica, como en la filosofía del progreso, es la razón. es decir, la ciencia y la industria.

nisme et terreur había reconocido que el estado final o semifinal podía ser conforme a la vocación humana, sin ser por ello inevitable. Pero según este autor, el proletariado, única intersubjetividad auténtica, era el único capaz de realizar una sociedad sin clases. De ahí el privilegio reconocido al régimen soviético, cuyo terror está orientado hacia una solución radical de los problemas de la coexistencia humana. Es posible que el régimen soviético no esté creando esta sociedad homogénea, única aceptable para la conciencia, pero al menos trata de crearla y merece por este hecho una indulgencia justamente rehusada a las sociedades capitalistas, tal vez menos tiránicas, pero resignadas a una inhumanidad fundamental.

Ocho años después, Merleau-Ponty, en *Les aventures de la dialectique*, ha franqueado una etapa suplementaria hacia la vuelta al buen sentido. La revolución soviética ha dejado de ser inconmensurable con las instituciones de otros países ; es una revolución entre otras, un régimen económico entre otros. Una teoría general permitiría precisar las ventajas y los inconvenientes de esta organización entre las demás organizaciones. El eminente filósofo ha necesitado una decena de años de meditación para convencerse y convencer a sus discípulos de la verdad de proposiciones que el no versado en filosofía jamás había puesto en duda.

Jean-Paul Sartre, sin embargo, se niega a reconocer el criterio de Merleau-Ponty, según el cual la empresa soviética debe ser juzgada como todas las demás empresas históricas. Oigámosle : « Quiérase o no, la edificación socialista es privilegiada, pues para comprenderla se necesita abrazar su movimiento y adoptar sus objetivos ; en una palabra, se juzga lo que hace en nombre de lo que quiere, de los medios que emplea para llegar a su fin ; en tanto que se aprecian todas las demás empresas por lo que ignoran, por lo que descuidan o por lo que rehusan. » Y más adelante : « Reconocer, a través de los errores, las monstruosidades y los crímenes, los evidentes privilegios del campo socialista y condenar con tanta más fuerza la política que pone en peligro estos privilegios. » En otro pasaje de este estudio, a propósito de Rusia en la época de Stalin, recogemos la frase siguiente : « ¿Hay que llamar socialismo a este monstruo sangriento que se desgarra a sí mismo? Yo contesto francamente : sí. »

Tratemos de comprender esta asombrosa manera de pensar. Ya no subsiste un estado final que sea a la vez una necesidad y la realización de la humanidad. Ya no subsiste ninguna transfiguración verbal de todos los episodios de la revolución : se advierte el monstruo sangriento, se denuncia la intervención rusa en Hungría. Pero queda aún el privilegio del socialismo, en razón de la intención que le anima. Se condena al capitalismo por sus faltas o por sus insuficiencias, pero se juzga en definitiva al socialismo por su intención final. Lo absurdo de esta antítesis es tan patente que únicamente la filosofía puede dar cuenta de ella. La presunción filosófica es que la propiedad colectiva de los medios de producción y el poder del proletariado constituyen el único camino que conduce hacia una sociedad humana. La noción del sentido de la historia se ha desmoronado, descompuesto : sólo queda un fragmento de ella. Continuamos viendo en el advenimiento de una sociedad justa la obra de *un* grupo humano, el efecto de un trastorno en las relaciones de propiedad. De donde resulta el privilegio dado a una clase o a un partido, a una técnica de organización económica. Cuando un acontecimiento revela el fracaso de esta técnica o las ignominias de este partido, nos indignamos sin distinguir entre dos géneros de explicaciones, por lo demás contradictorias : para explicar los horrores del stalinismo, se invocan las exigencias de la acumulación industrial ; para justificar los horrores del post-stalinismo, se acusa a los hombres que han seguido fieles a las prácticas stalinianas, que la edificación industrial ha hecho anacrónicas. Digámoslo de una vez : en este momento, la filosofía del sentido de la historia se ha hecho extraordinariamente frágil y precaria. Tan sólo los filósofos muy sutiles pueden reconocer un privilegio único a una empresa. cuyas crueldades no niegan.

Los verdaderos creyentes eran menos clarividentes en el curso de estos últimos años. Lo mismo si eran cristianos que racionalistas, se apasionaban por esta combinación de sumisión ciega y de optimismo provi-

dencialista, tan pronto arrastrados por las fuerzas objetivas, como convencidos de la verdad de esa historia que se estaba haciendo. Los unos eran inconscientemente sensibles al eco de las esperanzas cristianas y no se daban cuenta de la reanudación de una herejía milenaria. Los otros se creían estrictamente racionalistas y científicos y no comprendían que esta doctrina seudocientífica encendía el fervor, porque aportaba lo que ninguna ciencia podría dar : el conocimiento de un porvenir total, la certidumbre de que las leyes de la materia se acordarían finalmente con las aspiraciones de la conciencia.

Este análisis puede parecer puramente negativo. Por esta razón desearía sugerir, antes de terminar, las conclusiones positivas que implica esta crítica. Nuestra situación con respeto a las catástrofes guerreras de este siglo es comparable a la de Tucídides en relación con la guerra del Peloponeso. Como el historiador griego, podemos comprender el conjunto histórico por referencia a las pasiones eternas de los hombres. En este caso, los acontecimientos no tienen más significación que la de servir de lecciones a los jefes de guerra, enseñarles la prudencia, sin ilusiones acerca de la eficacia de esta enseñanza : los hombres se dejan arrastrar siempre por el orgullo de la dominación, prefieren la gloria y el riesgo del imperio a la prudencia. La segunda actitud sería la del cristiano que no rehusa participar en los compromisos de la ciudad terrestre, pero que ve en el más allá la aventura individual y colectiva. ¿Qué relación hay entre los episodios tumultuosos de la historia profana y el destino sagrado de la persona y de la humanidad? ¿Hasta qué punto los episodios son simples accidentes o constituyen los designios de la Providencia? Toda filosofía cristiana de la historia responde a estas dos preguntas. El propio Arnold Toynbee, que después de todo pertenece a esta escuela, ve en la formación de una Iglesia universal la realización y el fin de toda civilización. La unificación actual de la humanidad hará surgir, por primera vez, una Iglesia auténticamente universal.

La tercera escuela es la que hemos estudiado hoy, y representa la síntesis del determinismo y de la Providencia. Supongamos que Tucídides hubiese considerado la guerra del Peloponeso no sólo como la causa de la ruina de las ciudades, sino como el medio para construir un imperio universal, en el cual las ciudades se hubiesen reconciliado entre sí : tendríamos la equivalencia de una filosofía que prevé la reconciliación de los hombres al final de la lucha implacable de las clases.

Hemos tratado de demostrar que esta interpretación, a la vez determinista y providencialista, era inaceptable en cada uno de sus dos aspectos y más todavía en su seudosíntesis. Pero, empleando un lenguaje kantiano, diremos que existe un empleo regulativo de las ideas de la razón. Lo mismo si se trata del determinismo, que del fin de la historia, ambas nociones no son, como tales, condenadas por la crítica de la razón histórica. En efecto, en cada época existen fuerzas a las que es preciso adaptarse, porque no es posible vencerlas ; hay movimientos que es menester canalizar y orientar, porque sería vano querer detenerlos. Claro está que los razonamientos de esta clase son peligrosos, porque a menudo sirven de coartada para la cobardía o de justificación para la aceptación de la derrota. No es el filósofo, sino el historiador quien debe decir cuando el argumento está bien fundado.

No podemos abandonar la esperanza puesta en una sociedad, donde el sabio estuviese satisfecho, en la que los ciudadanos viviesen de acuerdo con la razón, puesto que el hombre, en todo caso el hombre de Occidente, es el que no ha consentido jamás en consagrar la injusticia, inscribiéndola en la cuenta de Dios o del cosmos. Pero confundir esta idea de la Razón con la acción de un partido, con un estatuto de la propiedad o con una técnica de organización económica, es entregarse a los delirios del fanatismo. Querer que la historia tenga un sentido es invitar al hombre a dominar su naturaleza y a conformar la razón con el orden de la vida en común. Pretender conocer de antemano el sentido final y los caminos que conducen a la salvación es substituir con mitologías históricas el progreso ingrato del saber y de la acción.

El hombre enajena su humanidad si renuncia a buscar y se imagina haber dicho la última palabra.

VICTOR ALBA

La nueva clase media en Latinoamérica

La aparición de una nueva clase social no tiene forzosamente los caracteres negativos, antisociales, que determinan los rasgos de una nueva clase de las sociedades soviéticas, tal como demostró Djilas en su libro *La nueva clase*. El hecho de que una clase (o un conjunto de grupos sociales próximos unos a otros por su origen y sus intereses) sea nueva no quiere decir que haya de ser perjudicial para el conjunto de la sociedad, como lo es esa nueva clase descrita por Djilas.

En Iberoamérica tenemos, en nuestros días, un ejemplo vivo de cómo la aparición y desarrollo de una nueva clase media puede ser un factor positivo en la evolución de la sociedad y en el desarrollo de los países. Merece la pena que señalemos este fenómeno y que tracemos algunos de sus rasgos distintivos, ahora que, por fin, parece haber atraído la atención de los estudiosos y que ya se va convirtiendo en lugar común hablar de esa nueva clase iberoamericana.

No se trata aquí de hacer un examen completo, sino de sintetizar en un todo coherente los resultados de los estudios que sobre este fenómeno se han escrito últimamente.

Composición

En 1950, la Unión Panamericana publicó seis tomos titulados *Materiales para el estudio de la clase media en América Latina*. Si un organismo entonces tan poco adicto a las innovaciones se decidió a emprender este estudio, es que en la realidad iberoamericana había cambios tan profundos que ya no podían ignorarse. Estos cambios se han acentuado todavía en el último decenio.

Hasta después de la primera guerra mundial, la sociedad iberoamericana estaba fuertemente polarizada : las clases sumergidas por una parte, y por la otra las oligarquías ; entre ambas, una delgada capa de profesionales (médicos, abogados, maestros, intelectuales, bajo clero, burócratas, pequeños comerciantes y artesanos). Pero a partir de 1919, cuando en Europa se iniciaba la proletarización de la clase media, empezó a surgir en Iberoamérica una clase media nueva, ya no profesional —aunque englobó a ésta—, sino dependiente directamente de los progresos económicos. Esta nueva clase, que en el contexto iberoamericano es indudablemente una clase productiva, se compone esencialmente de industriales, comerciantes, técnicos —sobre todo en los últimos años— y una burocracia más tecnificada que antaño, cual son los dirigentes de empresas importantes. La condición económica de esta clase media, que podríamos llamar acaudalada, mejora. A su lado se desarrolla y aumenta en volumen numérico la clase media tradicional, que podríamos llamar acomodada y que antaño habríamos denominado pobre, cuya situación mejora también y en la que van entrando obreros especializados, artesanos convertidos en semitécnicos, propietarios agrícolas medianos, comerciantes e industriales provincianos. La clase media acaudalada ejerce una considerable influencia política, y en cierto modo la clase acomodada le sirve de masa de maniobra.

El nacionalismo revolucionario

A diferencia de lo que ocurría a la sazón en Europa, la clase media iberoamericana no iba a remolque de otras fuerzas —proletariado, movimientos fascistas—, no vacilaba y contemporizaba, sino que tomaba la iniciativa política, en sentido democrático y nacionalista y ejercía una presión económica creciente. La serie de movimientos que podemos llamar nacionalistas revolucionarios —usando estos términos en el contexto iberoamericano— y que en 1944-46 ocuparon el poder, para perderlo después en 1948 y volverlo a tomar en 1955-59, son resultado de este surgimiento de la clase media : Acción Democrática de Venezuela, el APRA del Perú, Liberación Nacional de Costa Rica, Auténticos y Ortodoxos de Cuba, MNR de Bolivia, PRI de México (que ocupa el poder desde 1917 bajo distintos nombres), colorados de Uruguay, febreristas de Paraguay, ciertos sectores radicales de Chile y Argentina, liberales de Honduras, etc. Recientemente, un nuevo movimiento, el social cristiano, ha atraído a una parte no despreciable de la clase media, especialmente en Chile (Falange) y Venezuela (COPEI), aunque en ciertos países tiene un carácter más conformista. En varios lugares, Colombia por ejemplo, la clase media sigue detrás de uno de los partidos tradicionales, el liberal, y en otros, como Guatemala, vuelve a formar partidos de carácter revolucionario. En muchos lugares hay una alianza tácita entre estos elementos y la clase obrera, y numerosos dirigentes sindicales pertenecen a estos movimientos. La inexperiencia política de esta clase media, sobre todo en países donde ha habido largas dictaduras, ayuda a explicar fenómenos como el de Guatemala bajo Arbenz.

La evolución de Iberoamérica se halla fuertemente orientada por esta clase media y sin duda lo será de un modo todavía más decisivo en el futuro próximo. Lo que forma su aglutinante, más que la condición económica bastante diversa de sus componentes, es su unidad cultural e ideológica.

Los rasgos característicos

Esta clase media podría caracterizarse por los siguientes rasgos :

a) es esencialmente urbana, aunque en algunos países —sobre todo en México— comienza a desarrollarse una clase media rural ;

b) confía en la industrialización como medio fundamental para resolver los grandes problemas nacionales ;

c) aunque es partidaria de la educación pública, insiste cada vez más, en la práctica, en desarrollar los medios de alta cultura y de educación profesional, con preferencia a los de educación elemental (cosa no desacertada, en vista del fracaso de las campañas de alfabetización, muy espectaculares, pero inoperantes) ;

d) es nacionalista, y su nacionalismo a menudo adopta formas proteccionistas y, a veces, de antinorteamericanismo ;

e) acepta no sólo la existencia de los sindicatos y de la legislación social, sino que reconoce el carácter beneficioso de unos y otra para el desarrollo del país ;

f) es partidaria, en general, de reformas agrarias, como medio de reforzar la base política de la democracia y de dar mayores mercados interiores a la industrialización ;

g) mira con mayor favor las inversiones internacionales de carácter público que las de tipo privado, hacia las que muestra una sistemática desconfianza ;

h) no se opone a la nacionalización o estatización de grandes industrias, fuentes de productos minerales o servicios públicos ;

i) es partidaria, en general, de la intervención estatal —que por lo común la favorece— y vería con gusto que se acentuara el dirigismo en la economía ;

j) es firmemente partidaria de las inversiones estatales para la industrialización ;

k) siente desconfianza por el ejército, del que siempre teme golpes de Estado, pero elementos de la clase media forman parte de las nuevas generaciones de militares, más alejadas de la política ;

l) muestra un profundo interés por los métodos soviéticos de desarrollo, interés que a veces acarrea cierta receptividad para la propaganda comunista, sobre todo en cuestiones internacionales ;

m) en los últimos tiempos, se desarrolla en ella un fuerte sentimiento « continentalista » que la impulsa a acoger con agrado los proyectos de mercado común, banco interamericano, etc., y que en lo futuro pro-

la miseria circundante la haría implacable, ávida e indiferente.

Y los componentes de esta clase media, a su vez, se convertirían de luchadores —pues esto son, en realidad, cada uno en su terreno, y muchísimos, además, en la política—, en burgueses y cursis, convencionales, adocenados, eternos clientes de las páginas « sociales » de los periódicos y nuevos oligarcas de una sociedad tecnificada.

La industrialización —mejor dicho, la gran revolución que está viviendo Iberoamérica— y la vida misma de quienes luchan por ella habrían perdido su sentido. Y una gran oportunidad histórica se frustraría.

Una oportunidad única

Hablemos de esta oportunidad, para poner de relieve la enorme responsabilidad de esta clase media y sus aliados, de sus dirigentes sobre todo, y de sus elementos más jóvenes, que son los más propensos a la infección y, también, por suerte, a la inmunización contra ella.

La vieja sociedad iberoamericana —vieja ya cuando la encontramos a principios de siglo— se componía de dos extremos : la oligarquía terrateniente y las clases sumergidas (campesinos, artesanos, burocracia). Luego, con la industrialización se fue formando la clase media con sus diversas capas. Esta clase media, apenas naciente antes de la segunda guerra mundial, llevó muchos años en la infancia, porque la industralización era lenta y reducida, y entró en la adolescencia con el empuje que la segunda guerra mundial dio a la industrialización. Hoy se halla en su juventud. Es decir, en la edad en que ha de adoptar decisiones definitivas y elegir su camino.

Puede convertirse, repito, en una burguesía común y corriente —corrientísima— o en una clase social que durante algún tiempo sea creadora y cuyos intereses coincidan con los del conjunto de la sociedad como tal. Hace siete años (1) sostuve que la clase obrera, actuando como fuerza de presión, podía orientar el desarrollo del capitalismo iberoamericano, evitando que adoptara los métodos del capitalismo tradicional e impidiendo que hiciera de la industrialización una fuente de sacrificios para la masa del pueblo. Los hechos no me han dado la razón : el movimiento obrero iberoamericano sigue siendo, en su conjunto, una fuerza parasitaria del campesinado, cargada de defectos heredados y de otros de su propia invención, inmovilizado y sin ideología. Hoy —y acaso esto sea una suerte— el movimiento obrero va a remolque de la clase media, y tal vez es ésta la que puede regenerarlo y darle el empuje que necesita para que vuelva a ser realmente un movimiento.

Así, pues, sólo la clase media misma puede orientarse y encontrar el camino que le permita dirigir el desarrollo de Iberoamérica de tal modo que no entrañe sufrimientos ni sacrificios que no sean generales y compartidos por todos, que no suponga privilegios injustos ni privación de libertades y que, al mismo tiempo, no represente una pérdida de ese gusto por la vida, de esa dignidad humana y ese placer del trabajo que todavía subsisten en la sociedad iberoamericana, ... pero cada día un poco menos, y cada día un poco más amenazados.

Naturalmente, es imposible dar recetas acerca de cómo la clase media debe emprender esta busca y de cómo puede encontrar el camino. La existencia de los movimientos nacionalistas revolucionarios permite esperar que los caminos se encontrarán o que, si fuere preciso, se abrirán en la maleza de las contradicciones del mundo contemporáneo. Pero una esperanza no es una garantía.

Garantías por adelantado

La clase media, como cualquier clase, tiene sus intereses. Lo que importa es que se aproveche el tiempo en que éstos coinciden con los de la sociedad en general y en que los movimientos de clase media poseen todavía una fuerte dosis de dinamismo y de idealismo, para establecer ciertas cortapisas, límites y rutas forzosas que condicionen en lo futuro el desarrollo de Iberoamérica, con el fin de que nunca pueda hacerse de un modo que no sea en beneficio directo de la generalidad de los habitantes del continente y que tampoco pueda efectuarse con menoscabo de las libertades.

El peligro mayor estriba en la tentación

(1) Víctor Alba : *Le mouvement ouvrier en Amérique Latine*. Les Editions Ouvrières, París, 1953.

de la eficiencia por encima de todo. La clase media no está compuesta de hombres distintos de los demás iberoamericanos. Tiene, pues, de común con ellos sus modos de sentir y razonar ; es lenta en adoptar decisiones y rápida en ejecutarlas. Pero por sus características mismas, por su juventud como grupo social, se siente inclinada a la impaciencia, al todo o nada. Además, se desarrolla en un período en que la tecnocracia se extiende por el mundo y en que la eficiencia se convierte, más y más, en la medida de todas las actitudes, en el canon de la ética. Lógicamente, para la nueva clase media, la tentación de la eficiencia ha de ser muy fuerte, tanto más cuanto que una parte considerable de sus componentes tienen una mentalidad y una formación de técnicos. Es esto, precisamente, lo que permite hablar del peligro comunista en Iberoamérica sin que el hacerlo sea una reacción de propagandista. El verdadero peligro comunista no es el que pueda representar la actividad de los partidos comunistas, de sus compañeros de camino, de sus agentes infiltrados en el movimiento sindical o los acuerdos de ayuda con la U.R.S.S. Todo esto sería relativamente fácil de contrarrestar. El auténtico peligro está en el deslumbramiento que los métodos de desarrollo comunistas pueden ejercer sobre las mentalidades técnicas (y, además, de escasa o nula experiencia en la vida práctica de la democracia). La eficiencia de estos métodos puede pesar más, a los ojos de una parte de esta clase media —de la parte más tecnificada—, que el anhelo de libertad y el respeto a la dignidad humana. Con la mayor buena fe se puede aceptar el método soviético de desarrollo —la capitalización por medio del sufrimiento y de la consiguiente privación de libertad—, con la convicción, que los hechos siempre demuestran que es falaz, de que los hijos o los nietos cobrarán los beneficios de estas privaciones de ahora. (Recuerdo dos ejemplos que, aunque no de gran relieve, demuestran que este peligro es real y que puede manifestarse en la forma más insospechada : en 1956, hubo autoridades mexicanas que dieron la orden de que, para ahorrar importaciones de maquinaria, se realizaran a brazo todas las operaciones posibles en las obras públicas en curso : y pocos años antes, un liberal tan indiscutible como el licenciado Luis Cabrera, también de México, sugirió que se prohibiera a los mexicanos ir a trabajar al extranjero, con el fin de resolver el problema de los braceros ; es decir, que para solucionar un problema se desconociera el derecho inalienable de elegir residencia y de viajar.)

El tiempo apremia

La nueva clase media tiene, hoy, bastante idealismo y bastante espíritu creador para establecer las cortapisas futuras a estas tentaciones que ella misma puede experimentar. Debe hacerlo. Porque si no lo hace, el desarrollo de Iberoamérica podría muy bien no ser el desarrollo de los iberoamericanos, la afirmación de la personalidad de cada uno de los iberoamericanos.

Y esta garantía de cara a lo futuro sólo puede encontrarse, en el contexto iberoamericano, en la integración vertical. Es decir, en la solución conjunta, simultánea, de los problemas fundamentales del continente. En ver estos problemas como un solo, único problema.

Porque si queremos que el desarrollo sea tal desarrollo y no simplemente la industrialización, hemos de hacer que ni ahora ni en lo porvenir pueda lograrse a costa de una parte de los habitantes del continente. Hemos de procurar que no sea un desarrollo parasitario y que satisfaga los anhelos no sólo de la clase media y del reducido proletariado urbano, sino también de las grandes masas campesinas.

Por esto, insistimos, es esencial que simultáneamente con la integración horizontal (mercado común, etc.) se vaya pensando en la integración vertical y, sobre todo, se vayan aplicando las medidas que conduzcan a ella.

Y esto hay que hacerlo pronto, antes de que la tentación de la eficiencia a toda costa empiece a desviar a la nueva clase media del camino que hasta ahora ha seguido, y para que cuando ocurra esto —si ocurre—, se halle en la imposibilidad de ceder a semejante tentación.

La rapidez, la intensidad y el entusiasmo con que se piense y se actúe en esto darán la medida de la capacidad de la nueva clase media para seguir representando los intereses de toda la sociedad iberoamericana.

MAMADOU DIA

Independencia y neocolonialismo

El error mortal para las naciones del Tercer Mundo, especialmente para las que acaban de recobrar su libertad, sería creer que la lucha se termina con la proclamación de la independencia. Este es, evidentemente, el punto principal de la lucha, pero no es más que un primer período que permite, es verdad, afrontar las tareas fundamentales, los problemas urgentes y aplicar audaces soluciones. Cierto número de Estados recientemente emancipados han comprendido perfectamente que la soberanía no es real en este mundo más que justificada técnica y económicamente. Es el caso de Israel, cuyo dinamismo creador ha constituído una personalidad que le impone en el Oriente Medio, donde no puede decirse que sólo cuenta con amigos. Es también el caso de Túnez, donde el realismo de los dirigentes —y el de toda la nación— lleva al país a su desarrollo. Es el ejemplo que nos esforzamos de seguir en el Senegal. No se estaría, en efecto, suficientemente prevenido contra las ilusiones de la independencia nominal si se dejara subsistir una especie de neocolonialismo interno en lo que concierne a antiguas estructuras y una estrecha dependencia sobre el plan de relaciones con el mundo industrializado.

Siempre es fácil imaginar temas de excitación política y se sabe que uno de los recursos de los dirigentes, cuando encuentran dificultades internas, es inventar un medio de polarización exterior. Sería una equivocación exagerar las posibilidades de esta « acción psicológica » convirtiéndola en forma de gobierno.

No se puede desviar indefinidamente la atención de las masas de su condición y aplazar *sine die* la hora de los balances. Se velará, sobre todo, por la transformación radical de las relaciones económicas con los países desarrollados, condición necesaria para un real desarrollo y, por consiguiente, para una real independencia. Sobre este punto es preciso también considerar la situación con lucidez. La tarea será ruda, pues a la sombra de las independencias adquiridas recientemente se desarrolla hábilmente una verdadera estrategia de dependencia, anunciando la era de un neocolonialismo. La ofensiva soviética en los países subdesarrollados, la amenaza de guerra fría que pesa sobre los Estados africanos ilustran bien esta nueva evolución hacia un colonialismo económico. Se ha calculado que durante los dos últimos trimestres de 1957 cerca de 2.300 técnicos han trabajado durante mes y medio en diecinueve países ; que en el mismo año las universidades o empresas soviéticas han recibido unos 2.000 técnicos procedentes de los países subdesarrollados, para su formación. En la medida en que la ayuda técnica ofrece la posibilidad de una conquista ideológica, se medirá todo el peligro a fin no de rechazarlo, sino de adoptar las indispensables precauciones. Por otra parte, los Estados del Este han inaugurado una fórmula de ayuda, descartando los donativos, en beneficio de una política de créditos con ventajosas cuotas de reembolso, a veces inferiores a la internacional del 1,5 %. Pero se sabe que esta forma de ayuda somete los países que

lonia en 1950, de Rumania en 1952 y de Checoeslovaquia en 1953 muestran bien que el acuerdo bilateral no es una barrera suficiente contra los trastornos monetarios. En cuanto al crecimiento, éste no puede ser realmente asegurado más que gracias a un equilibrio entre la producción y la exportación.

No es suficiente, en efecto, producir en gran cantidad ni aun producir según los más modernos procedimientos técnicos, para que haya superioridad sobre la economía colonial : es necesario producir según las necesidades reales de la economía, dominar la venta de esa producción, poder reducir las desigualdades y las dependencias.

En buena lógica socialista se debería, por el contrario, orientarse hacia soluciones de integración económica que vayan desde la « asociación o cooperación de todos los países socialistas », con consultas libres en el seno de un organismo de coordinación, a un sistema de estrecha cooperación en el que actúen a la vez « grandes unidades complejas formadas por varias naciones » e intercambios entre Rusia y los otros asociados. En verdad, la U.R.S.S. no puede, como economía dominante, por propio interés, aceptar tal solución. François Perroux nos expone las razones fundamentales de esta repulsa del federalismo económico, que debería ser, sin embargo, la consecuencia lógica del socialismo. « Las potencias y las economías dominantes aceptan las federaciones que ellas controlan y rechazan las que les molestan. » Gran Bretaña quebrantó en el curso del siglo XIX el federalismo de las naciones de América del Sur. Gran Bretaña, Italia y Francia, después de la guerra mundial, firmemente decididas a impedir la *Mitteleuropa*, han apoyado su política de conquista o de control de los polos de desarrollo, eventualmente, con un plan de Tardieu o un plan Stresa.

« La U.R.S.S. ha mantenido el conjunto de las relaciones bilaterales con sus asociados y ha tolerado los acuerdos bilaterales entre ellos, porque obteniendo beneficio de formar y aumentar su propio bloque, no podía aceptar la formación ni el engrandecimiento de otro bloque. Una razón doctrinal sostiene esta opción : es la negativa estrepitosa de la economía comercial y de un modelo internacional. Ella asegura ventajas sensibles al país de origen en el seno del campo socialista. Los asociados de la Europa del Este no tienen reservas de metales y divisas. Rusia tiene oro y algunas libertades de maniobra en la disposición de sus excedentes, aunque sean temporales. Alentar los nacionalismos socialistas es aislar las naciones socialistas unas de otras e impedir, a falta de medios de cambio internacional, todo cambio triangular o pluriangular entre ellas, de cualquier importancia que sea. Es también inducirlas a realizar cambios exteriores sometidos a planes en que Rusia posee una gran experiencia. El barómetro más seguro aquí es la evolución del comercio exterior de los países de la zona, cuyo examen revela que mientras el de la Unión Soviética se cuadriplica de 1937 a 1952, el de Checoeslovaquia, Polonia, Rumania y Bulgaria se duplica y el de Hungría aumenta solamente en un 50 %. En 1954, Alemania del Este ocupa 27 % del comercio entre el bloque, Checoeslovaquia 23 %, Polonia 21 %, mientras que Hungría, Rumania y Bulgaria siguen muy lejos con los porcentajes respectivos y decadentes de 13 %, 9,4 % y 6 % » (1).

Estas cifras señalan la preponderancia creciente de la economía rusa y la disparidad también creciente en el interior de la zona, donde aparecen economías de segunda zona. Durante todo este período de dependencia, que no le cede en nada a la dependencia política, Rusia reina literalmente como dueña y señora, se adjudica los productos clave, desvía los tráficos a su cuenta, tiene en su poder los polos de desarrollo, las fuerzas financieras, gracias a una política hábil de « participación socialista », aprovechando los haberes provenientes de las reparaciones de guerra, y, a semejanza de sus rivales capitalistas, reconstituye su economía a costa del crecimiento normal de los demás. No cabe duda que esta política, sobre todo si se tiene en cuenta el desarrollo de las infraestructuras nacionales, es eficaz comparada con los resultados obtenidos en el mismo tiempo por los ensayos y

(1) F. Perroux : « Economie de l'Est », *Revue de politique étrangère* n° 3, 1957. Véase igualmente *La coexistence pacifique*, 3 vol.

las medias medidas de las economías dominantes capitalistas en sus esferas de influencia. Pero siguiendo la misma teoría marxista, no se puede decir ni que estos progresos hayan auténticamente repercutido sobre las estructuras, ni que hayan permitido llenar los vacíos. El producto-mercancía por habitante, que en 1938 estaba en las democracias populares tales como Bulgaria, Checoeslovaquia, Hungría, Rumania y Polonia por debajo de la mitad del nivel de los países de Europa occidental, es todavía inferior hasta 1950, a pesar del aumento de la tasa de producción industrial. La industrialización generalizada, sobre todo en la industria pesada, conduce a la depresión de los niveles de vida y a la baja de los salarios reales, obligando a aumentar las importaciones de material y máquinas en detrimento de las de productos agrícolas y artículos de consumo, que son, sin embargo, vitales. Así, las realidades del comercio exterior del conjunto soviético revelan que las desigualdades y las dependencias estructurales están lejos de ser corregidas y que la teoría del « encercamiento capitalista » y la protección contra los estragos de la economía monetaria no aprovecha de hecho más que a Rusia, que hace pagar caro a sus compañeros su « vocación autárquica ». Sustituyendo a las relaciones monetarias del mercado capitalista las relaciones de cambio, cuyo beneficio es en sentido único, la economía dominante soviética, como toda economía dominante, refuerza su dependencia frente a las economías que controla, y crea, finalmente, una situación insostenible que conduce a rupturas con escándalo o sin él. Se puede afirmar que el « nuevo tipo de relaciones internacionales », del que se vanagloria el *Manual de Economía política* editado en la U.R.S.S., no contiene seguramente la ley del desarrollo recíproco en el campo socialista. Teniendo todas las fuerzas económicas, Rusia dispone a su capricho de las balanzas exteriores y sabe utilizarlas, de manera draconiana frecuentemente, respecto a sus compañeros débiles, sobre los cuales hace pesar la amenaza de sanciones severas, tales como la paralización del tráfico por dificultades de equilibrio de pagos. Los créditos especiales concedidos a plazos medios lo son en condiciones particularmente ventajosas para la economía rusa. El acuerdo con Yugoeslavia de 1947 supone la apertura de créditos, pero exige en contrapartida el producto de las industrias creadas.

El préstamo concedido a Polonia en 1948 cambia equipos industriales contra mercancías ¡acabadas en 1950! Sin duda, a partir de 1954 la práctica de los acuerdos a largo plazo y los planes de desarrollo, inaugura una nueva conducta que, aligerando la presión de la economía dominante, atenuará su dependencia sobre las economías, de las que conserva la tutela. En adelante el uso de los créditos a plazo medio y la ayuda técnica bajo forma de acuerdos bilaterales o multilaterales contribuirá mucho a crear un nuevo clima, insistiendo más sobre la cooperación. Es verdad que en estos países, como en los del campo capitalista en que florece el colonialismo —los mismos efectos prueban que son las mismas las causas—, la conciencia popular, la de los responsables locales, no podía quedar más tiempo insensible a la situación. No se olvidará la vehemente crítica de la política del carbón y del acero de un ex ministro de la Industria Mecánica de Imre Nagy —Istran Kossa—, denunciando con vigor la paralización de la agricultura y la baja del nivel de vida ; las declaraciones no menos vehementes, de Gomulka y Oskar Lange contra « el dogmatismo de la industria pesada », « la falta de coordinación de los planes, la incoherencia del sistema y el nivel miserable de los salarios obreros ». Dichas conclusiones confirman que, antes de las revoluciones de Polonia y Hungría, existía tirantez en el seno de la coalición. Si son, por otra parte, atenuadas —no solamente por el bien de la coalición socialista, sino por el mayor bien del mundo—, se debe al realismo soviético, que sabe rectificar cuando es necesario y aceptar los compromisos cuando es oportuno. Se notará a este respecto el pasaje del discurso de Kruschef en el XX Congreso del Partido Comunista de la U.R.S.S. (14 de febrero de 1956), anunciando la conclusión de acuerdos de créditos que ascienden a 21.000 millones de rublos, con largos plazos de reembolso, con los países de la Europa del Este, sea para la compra de bienes de consumo y materiales, sea para la construcción de fábricas, sea para la adquisición de nuevas provisiones de

en ningún país de América Latina se ha completado el proceso de integración social, sino también a causa de una relativa escasez de héroes militares, de grandes hazañas y de brillantes conquistas, que constituyen la materia prima de la mitología nacional. Los intentos más conocidos de evocar un pasado glorioso que sirva de base para una justificación de lo futuro son los diversos movimientos indigenistas —especialmente los de México y Perú—, que tratan de fundar en la leyenda de una pasada grandeza india las esperanzas de un florecimiento nacional.

Una demostración indirecta de lo incompletos que resultan los movimientos nacionalistas en América Latina la encontramos en el gran número de historiadores que en todas partes se dedican fervorosamente a buscar raíces culturales, en contraste con el pequeño número de estudios que buscan una justificación a partir de los acontecimientos contemporáneos. Este problema de la búsqueda de símbolos es común a las zonas subdesarrolladas, como nos lo demuestran las siguientes palabras de un autor africano :

« Para las naciones nuevas que están naciendo ahora no hay ningún estudio que sea más importante que el de la historia. La explicación resulta bastante sencilla. Nuestro pasado forma en gran medida parte de nuestro presente y al comprender ese pasado se iluminan los problemas de lo presente. La mayor parte de los grandes movimientos nacieron a partir de un romántico llamamiento al pasado. La historia está llena de ejemplos de naciones y de comunidades que a la hora de su resurrección volvían la vista hacia sus antepasados y hacia su cultura en busca de guía y de inspiración » (3).

No cabe duda alguna de que en el nuevo nacionalismo el camino que toma el historiador no es propiamente el de la resurrección, sino más bien el de la creación de mitos. Pero la necesidad de pensar en estos términos se nos ofrece como universal, cual lo demuestran en forma extremada los románticos alemanes.

(3) K. Onwuka Diké : « African History and Self-Government », *West Africa*, nº 1882 (21 de marzo de 1953), pág. 251.

El nocionolismo como valor sociol

El nacionalismo como valor social se refiere a la norma que define la lealtad para con los conciudadanos y para con el Estado secular como árbitro supremo de todos los conflictos de carácter público (4). Este aspecto del nacionalismo es el fundamental, ya que una amplia lealtad para con los conciudadanos y para con un conjunto adecuado de instituciones funcionales constituye el factor social crítico que permite la organización del alto nivel de especialización —y, por tanto, de interdependencia—, así como la urbanización industrial, a los que damos el nombre de desarrollo económico. Este sentimiento constituye el núcleo esencial de una definición como la siguiente :

« El nacionalismo es un estado mental en el cual se siente que la lealtad suprema del individuo es la que le une al Estado-nación... En un principio, el hombre no debía lealtad al Estado-nación, sino a otras formas distintas de autoridad social, de organización política y de cohesión ideológica, tales como la tribu o el clan, el Estado-ciudad o el señor feudal, el Estado dinástico, la iglesia o el grupo religioso... » (5).

Los psicólogos sociales y los sociólogos han utilizado frecuentemente términos tales como identificación, conciencia nacional, consenso o incluso legitimidad, términos que pueden equipararse más o menos al concepto de que aquí estamos hablando. De todos modos, la diferencia esencial en la construcción del concepto radica en que la idea de nacionalismo se define aquí como una noción sociopsicológica con su particular correlación institucional, el Estado, más bien que como una actitud en sí misma independientemente de los factores de poder en que se apoya y a través de los

(4) Karl Deutsch, en su obra *Nationalism and Social Communication* (Nueva York, John Wiley and Sons, 1953), utiliza la palabra « nacionalidad » para referirse esencialmente al mismo concepto al que aquí damos el nombre de « nacionalismo como valor social ».

(5) Hans Kohn : *Nationalism. Its Meaning and History*. Van Nostrand, Princeton, 1955, pág. 9.

cuales se expresa. Veamos las siguientes afirmaciones tomadas de un libro reciente sobre el Oriente Medio, donde se utiliza el término « empatía » para designar esencialmente la misma lealtad para con los conciudadanos que, según nuestra hipótesis, forma parte de la definición de una sociedad nacionalmente integrada :

« ... la empatía (es) ... el mecanismo interno que permite que unas personas recientemente movilizadas *operen eficazmente* en un mundo cambiante. Para simplificar, la empatía es la capacidad para verse uno mismo en la situación de otro compañero. Esta es una capacidad indispensable para que el hombre pueda salir de las estructuras tradicionales...

« ... la alta capacidad empática es un estilo personal predominante sólo en la sociedad moderna, que es netamente industrial, urbana, letrada y *participante*... » (6).

Así pues, la empatía, tal como se estructura en una serie de módulos de lealtad para con los conciudadanos, legitimada sobre la base de un conjunto adecuado de símbolos y aplicada y mediada por el Estado, constituye el criterio fundamental que nos permitirá determinar si este o el otro país latinoamericano es un Estado-nación en algo más que en las apariencias. Aunque en este respecto a ninguna de las sociedades latinoamericanas se la puede considerar como madura, Uruguay, Argentina, Costa Rica y Chile son probablemente las que más lejos han llegado en el proceso de integración nacional. En Costa Rica, el fenómeno de un campesinado propietario de la tierra y, en los otros tres países, el alto grado de urbanización, el nivel relativamente elevado de industrialización y la ausencia de disparidades étnicas, son factores que contribuyen a crear un cierto bienestar y a suscitar al mismo tiempo la necesidad de una cooperación nacional. En México, Colombia, Brasil, Venezuela y Cuba, los grupos dirigentes y una amplia proporción de las clases medias relativamente bien desarrolladas se muestran de acuerdo en cuanto a la necesidad de una eficaz integración nacional, pero aún existen demasiadas disparidades étnicas, un divorcio harto agudo entre la ciudad y el campo, unas diferencias demasiado tajantes entre las clases y, en Colombia y Cuba, excesiva agitación política para permitir que ese consenso se generalice a todos los ciudadanos. En países tales como Perú, Bolivia, Guatemala, Ecuador, El Salvador y Panamá, los pequeños grupos nacionales se mueven con mayor o menor rapidez y bajo una u otra bandera ideológica hacia su versión del nacionalismo, pero aún es débil la respuesta en un cuerpo social todavía no preparado para un nivel complejo de identificación nacional. Un escaso índice de movilidad en todos los grupos caracteriza a Honduras, Paraguay, Nicaragua, la República Dominicana y Haití (7).

Las recientes experiencias políticas de Cuba y Bolivia debieran hacernos comprender que el paso de una a otra categoría no resulta tan difícil cuando un cambio en la adhesión ideológica de los grupos minoritarios proporciona una potente fuerza motriz. La ratificación por el cuerpo social y la posterior participación de éste en esa nueva adhesión ideológica, dependiendo como estas acciones dependen de un cambio realmente fundamental en la estructura de la sociedad, exigen una ayuda exterior, paciencia y buen juicio para que el proceso se realice con un mínimo de sufrimiento y un máximo de dignidad humana. Pero a la larga, estos cambios se producirán de uno u otro modo ; de ello no debe caber duda.

El nacionalismo como ideología

El nacionalismo como ideología implica un cuerpo explícito de ideas que utiliza los símbolos de la nacionalidad con el fin de promover acciones encaminadas, al menos parcialmente, a glorificar a la nación como un bien en sí misma. Las ideologías del nacionalismo constituyen el aspecto más discutido del tema, no sólo porque es el que más llama la atención, sino también porque afecta a las delicadas cuestiones de la expropiación, el racismo, la xenofobia, el antiimperialismo y el extremismo político.

(6) Daniel Lerner : *The Passing of Traditional Society*. The Free Press, Glencoe, Illinois, 1958, págs. 49-50.

(7) Ver K. H. Silvert : « Cambios políticos en Latinoamérica » (n° 43 de *Cuadernos*).

empleo necesarios para hacer funcionar la nueva maquinaria (9). Un cambio en la estructura del empleo, encaminado a conseguir una mayor productividad, ha de apoyarse en una extensión de los sistemas educativos y en una mayor penetración del sistema de comunicaciones ; de este modo se desarrollan nuevos módulos de prestigio y de poder político que, junto con la transformación económica, producen un cambio en la estructura de clase. Este nuevo sistema de clases sociales en el que se insertan los « grupos medios », exige unos valores de cohesión social diferentes de las normas feudales, pongamos por ejemplo, de tal modo que sea posible establecer la continuidad y la previsión en una sociedad más compleja e interrelacionada. En su expresión política, este nuevo valor es, como ya hemos dicho, el nacionalismo. Así, pues, para determinar *grosso modo* el grado probable de nacionalismo que cabe encontrar en las repúblicas latinoamericanas, podemos utilizar las estadísticas relativas a la estratificación del empleo, a la industrialización, a la urbanización, a la producción de bienes de consumo, y así sucesivamente.

No debemos dejarnos engañar por la apariencia de rigidez a que la utilización de las estadísticas en este caso puede dar lugar. Un intento reciente de relacionar los índices económicos con la democracia en América Latina demuestra claramente lo difícil que es superar una división en dos grupos de los países latinoamericanos al utilizar estos datos (10). Aplicando el análisis histórico, este estudio comienza por dividir los países latinoamericanos en dos campos : uno, el de las democracias y las dictaduras inestables ; y otro, el de las dictaduras estables. En el primero se incluyen Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, México y Uruguay ; en el segundo, todos los demás. Las democracias y las dictaduras inestables parecen gozar, según una sólida tendencia, de una mayor renta *per capita*, un nivel educativo más alto, etc., que los demás países. Aunque los promedios nos muestran claramente la existencia de esta tendencia, el orden de las cifras presenta unas diferencias tan acentuadas que en realidad surgen una serie de casos marginales que no se explican adecuadamente mediante este método de demostración. Por ejemplo, la renta anual *per capita* en los países latinoamericanos más democráticos varía de 112 a 346 dólares, mientras que en los menos democráticos va de los 40 a los 331 dólares. El grado de alfabetización en los primeros varía del 48 al 87 por ciento y en los segundos del 11 al 76 por ciento. Y no sólo nos demuestran estas cifras la existencia de grandes diferencias, sino que incluso en uno de los aspectos más significativos, el de la asistencia a las escuelas primarias, los países menos democráticos parecen ir por delante de los más democráticos.

Las cifras relativas al empleo, que deberían ser muy esclarecedoras para nuestro propósito, nos dejan también con los mismos problemas de imprecisión. Demos por supuesto que todas las personas, menos las situadas en los niveles inferiores de empleo primario, constituyen un universo potencial de individuos modernos en virtud de sus ingresos y del hecho de trabajar en empleos urbanos. Esta suposición resulta imprecisa y sujeta a toda clase de objeciones, especialmente en los niveles inferiores de empleo en los servicios urbanos ; pero debe tenerse en cuenta que sólo hablamos de un universo inmediatamente potencial. Utilizando este método, las naciones latinoamericanas se ordenan del siguiente modo (11) :

(9) No quiero dar a entender que un cambio en la estructura del empleo sea el punto de partida necesario. Por el contrario, yo diría que en muchos países latinoamericanos el impulso inicial ha venido de la importación de ideologías y aspiraciones realizada por una minoría cosmopolita, provocando un cambio en la estructura política que sólo después se dejó sentir en la base económica.

(10) Seymour Martin Lipset : *Political Men*. Double Day, Garden City, 1960, capítulo 2 y en particular págs. 51-54. Naturalmente, este intento de relacionar la democracia con el desarrollo económico no es ajeno a nuestro propósito, ya que la democracia misma se relaciona positivamente con el nacionalismo en el sentido de que este último es una condición necesaria, pero insuficiente, para el primero, al menos tal como la democracia se ha desarrollado en Occidente.

BORIS SOUVARINE

La URSS, potencia colonial

El 21 de abril de 1955, en la llamada Conferencia afroasiática, el primer ministro de Ceilán pronunció un discurso que hizo el efecto de « un pistoletazo en una sala de conciertos », según la expresión de Stendhal, y que la prensa, más vulgarmente, calificó de « bomba », cuyos ecos han repercutido mucho tiempo. El Sr. Kotelawala habló de « un nuevo tipo de colonialismo en Europa oriental : el colonialismo soviético » y propuso estudiar los medios de abolirlo por la misma razón que cualquier otra forma de colonialismo.

Ello fue suficiente para producir una gran contrariedad a Chu En-lai, que representaba en Bandung a la Rusia soviética al mismo tiempo que a la China comunista, así como al Sr. Nehru, cuyo neutralismo en sentido único le permitió manifestar « que la cuestión no figuraba en el programa de la conferencia ». El incidente no tuvo entonces otras consecuencias concretas. No obstante, el ministro cingalés, apoyado sólo por los delegados de Turquía y Libia, había llamado la atención del mundo entero sobre un hecho esencial, demasiado olvidado o desconocido, del imperialismo soviético.

Cinco años después de Bandung, las intervenciones oratorias de Kruschef en la O.N.U. en septiembre-octubre de 1960 y sus exageraciones en la denuncia del colonialismo, han obligado a los portavoces más conciliadores de los Estados democráticos a hablar públicamente de este neocolonialismo, que no se atreve a decir su nombre. En lo sucesivo, nadie puede ignorar la violencia hecha a muchas naciones y nacionalidades por los imperios seudocomunistas, tanto en el interior como en el exterior de sus fronteras.

No son solamente los países avasallados de la Europa central y oriental, países llamados « satélites », los que sufren desde la última guerra « un nuevo tipo de colonialismo ». En el interior de la Unión Soviética, los pueblos alógenas instalados desde hace siglos en las riberas del Báltico y del Cáucaso, sobre el Mar Negro y en el Ural no están cubiertos por mejor bandera. El Sr. Kotelawala, en su improvisación, los había pasado en silencio, así como las vastas regiones islamizadas del Asia Central, caídas bajo la dominación soviética. Omitió, además, mencionar las primeras conquistas coloniales de China comunista cuando Chu En-lai creía, según los informes, « que no se trataría más que del Asia y del África », prescindiendo de la Mongolia, de Corea y del Tibet... ».

Es verdad que los comunistas pretenden que los países sometidos a su poder totalitario no son de ningún modo colonias, en la acepción corriente de la palabra. No era ésta la opinión de su maestro Lenin, expresada en muchas ocasiones y, especialmente, en una de ellas, en estos términos : « Los obreros rusos no pueden ni deben olvidar la opresión nacional bajo cuyo yugo se encuentran decenas y decenas de millones de alógenas que pueblan Rusia. La nacionalidad reinante, la de los rusos, constituye alrededor del 45 % de toda la población del imperio. De cada 100 habitantes, más de 50 son alógenas. Y toda esta inmensa población está sometida a condiciones de vida más inhumanas todavía que las de los rusos. »

En otro escrito, y utilizando estadísticas más recientes, Lenin hace constar que los rusos « no forman más que el 43 % de la población... De 170 millones de habitantes hay, pues, cerca de 100 millones subyugados ». Denunciando « la división del mundo por las grandes potencias » coloca a Rusia en segundo lugar de « las que han practicado el saqueo con mejor éxito », pues sus *colonias* se extienden sobre 17 millones de kilómetros cuadrados, dice apoyándose en las cifras.

Los comunistas saben discutir, pero no pueden recusar a Lenin : « ¿Por qué nosotros, que oprimimos mayor número de naciones que cualquier otro pueblo, no reconoceríamos el derecho a separarse a Polonia, a Ucrania, a Finlandia? » En el mismo discurso Lenin se explicaba sobre el separatismo : « Somos indiferentes, neutros, con respecto al movimiento separatista. Que Finlandia, Polonia, Ucrania se separen de Rusia, no hay mal en ello. ¿Dónde está el mal? El que vea mal en ello es un « chauvin ». Hace falta estar loco para continuar la política del zar Nicolás. ¿No se ha separado Noruega de Suecia? »

Tal era la constante doctrina de Lenin desde el Congreso de su partido, que, en 1903, se pronunció ya por el « derecho de las naciones a disponer de sí mismas », es decir, señala Lenin en muchas ocasiones, el derecho « a separarse ». No terminaríamos de citarle sobre este capítulo. Él distingue entre las diversas formas de imperialismo, lo mismo que se habla ahora de un *nuevo tipo* de colonialismo, el soviético : « El imperialismo, en el sentido moderno de la palabra, no se ve en Rusia más que en la política del zarismo en Manchuria, en Persia, en Mongolia. Pero, en general, es el imperialismo feudal y militar el que domina. » Durante la guerra de 1914 acusó a Rusia de querer apoderarse de Persia, de Mongolia, de Turquía, de Asia, etc.

La *Pequeña Enciclopedia Soviética*, todavía en 1941, en el artículo « Guerras coloniales », dice : « Las campañas del Ejército ruso en el Cáucaso, en Asia Central y en Extremo Oriente pertenecen al tipo de las guerras coloniales. » Después de la muerte de Lenin y antes de la instauración del poder absoluto de Stalin, se advertía en Moscú cierta vacilación en la doctrina oficial en materia colonial, una incertidumbre visible que incitaba a callar ciertas tesis tradicionales del bolchevismo sobre el imperialismo de los zares. Sin embargo, la misma *Enciclopedia Soviética* da aún, en el artículo « Colonialismo », esta resumida explicación, un poco equívoca, del colonialismo en Rusia, resumen que desaparece en las ediciones ulteriores :

« En el curso de varios siglos, la colonización en Rusia tuvo lugar primero a lo largo del Dniéper, en la región de Kiev, después en el noreste. A partir del siglo XVI comenzó la colonización del sur ; la frontera del Estado moscovita avanzó cada vez más al sur, englobando la estepa, y en el siglo XVIII se realizó la colonización de Novorossiia (regiones del Mar Negro). Al mismo tiempo se prosigue la colonización de Novgorod y del Norte de Moscú, después de la Siberia, avanzando la población rusa hacia el Este y hasta el Océano Pacífico. Allí tenemos también una colonización interior en los límites del país, que se prosigue todavía a finales del siglo XIX y al principio del XX ; los campesinos faltos de tierra en las provincias centrales se instalan en Siberia sobre tierras libres. »

Se ve cómo la expresión « colonización interior », introducida después de una púdica alusión al avance de la población rusa hacia el Este, hasta el Pacífico, tiende a tranquilizar al público soviético heredero de las conquistas del antiguo régimen. So pretexto de distinción entre colonización interior y colonización exterior se quiere buscar una confusión facilitada por el hecho de que el Estado moscovita ha podido crear un Imperio en sus confines, mientras que las empresas coloniales de las otras naciones no pueden realizarse más que en ultramar. Así las anexiones llegan a ser un simple avance de la población rusa ; no se trata de conquistas, y los campesinos pobres no tienen más que instalarse « en las tierras libres ».

Sin embargo, Lenin había refutado el sofisma de estas « tierras libres » ya en 1901, en un artículo titulado « Los esclavizadores, al trabajo », escrito a propósito de una ley sobre la atribución a particulares de tierras de la Corona en Siberia. « La nueva ley sólo beneficia a los altos dignatarios y a las personas que tengan relaciones con la Cor-

te », escribía, calificando de « saqueo desvergonzado » la colonización de Siberia. Y añadía : « ¿Cómo no tratar de feudal semejante política agraria cuando se la compara con la política agraria de los países avanzados de nuestro tiempo, América, por ejemplo? »

Sigue un vivo elogio de las condiciones norteamericanas, más actual hoy que a principios de siglo, puesto que el régimen soviético prohibe a sus súbditos trasladarse sin autorización policíaca, imponiendo el pasaporte interior y la tarjeta de trabajo. En Norteamérica, nota Lenin, « nadie se atrevería a hablar de autorizar o prohibir la emigración, pues cada ciudadano tiene derecho a ir a vivir donde le parece bien. Allí todo hombre que quiera dedicarse a la agricultura tiene, por la ley, derecho a ocupar las tierras libres de la periferia. No se crea allí una clase de sátrapas asiáticos, sino una clase de cultivadores enérgicos que han desarrollado todas las fuerzas productoras del país. Allí, la clase obrera, gracias a la abundancia de tierras libres, tiene un nivel de vida de primera categoría ».

Sucesores de los « sátrapas asiáticos » (Lenin dixit), los bolcheviques cesaron de considerar como colonias la herencia territorial del zarismo, poblado, en su mayoría, de alógenas. Y, haciendo uso del « derecho de los pueblos a disponer de sí mismos », uno de los principales *slogans* de su propaganda hasta la revolución de octubre, supieron dominar las tentativas separatistas, las menores veleidades de autonmía o independencia de las minorías nacionales, sin retroceder ante ninguna forma de astucia o violencia. El tardío argumento comunista, según el cual el pensamiento de Lenin no se aplicaba a las anexiones de la antigua Rusia, se desmiente por gran cantidad de textos cuya antología formaría un volumen.

Es suficiente citar algunas líneas. En una carta a los periódicos socialistas de Berlín y de Viena, en noviembre de 1914, Lenin desea señalar, en líneas generales, en plena guerra, que preconiza la « libertad de Ucrania ». Poco después de la revolución de febrero, hace adoptar una resolución sobre la cuestión nacional, que proclama : « A todas las naciones que forman parte de Rusia se les debe reconocer el derecho de separarse libremente y constituir un Estado independiente. Negar este derecho y no tomar medidas que garanticen su realización práctica, equivale a sostener una política de conquistas o de anexiones. » Y en el prefacio de su libro *El imperialismo, última etapa del capitalismo,* que se publicó a mediados del año 1917, pide que se le excuse de haber tomado el ejemplo del Japón para tratar de las anexiones, a fin de no exponerse a la censura zarista, y ruega al lector atento « substituir Rusia al Japón, reemplazar Corea por Finlandia, Polonia, Curlandia, Ucrania, Jiva, Bukara, Estonia y otros países poblados de no rusos ». Las últimas palabras hacen alusión, evidentemente, a países como Georgia, Armenia y Rusia Blanca. Sobre su cuadro estadístico, en la misma obra, Rusia figura en segundo lugar de las grandes potencias por sus posesiones coloniales.

La expansión rusa en Europa y en Asia puede justificarse aproximadamente, según ciertas filosofías de la historia, como el imperialismo de otras potencias continentales o insulares en los tiempos modernos, como la colonización mediterránea por los fenicios, los griegos, los romanos en la antigüedad y los bizantinos en la Edad media. Los rusos nacionalistas y muchos liberales, los socialistas rusos, no se privan los unos de glorificar el pasado de su patria, los otros de invocar la necesidad histórica para oponerse al desmembramiento del imperio, que ha llegado a ser soviético. Sin entrar en sus controversias no se debería dejar hablar a estos discípulos de Lenin que, a la zaga de su maestro, reniegan los principios muchas veces afirmados y crean un *nuevo tipo de colonialismo,* ellos que, durante tanto tiempo, habían llamado a Rusia « una prisión de los pueblos ». En verdad, los comunistas han creado no *uno,* sino, por lo menos, *dos* nuevos tipos de colonialismo : uno en tiempos de Lenin, en el interior de la Unión Soviética, y otro bajo Stalin, en el exterior.

* * *

Lenin en persona enseñó a los leninistas a violar la teoría con la práctica. No pudo oponerse a la separación de Finlandia y de los Estados bálticos, poco después de la Revolución de octubre, teniendo en cuenta la relación de fuerzas en aquella época, y debió admitir la independencia de Polonia co-

bia nada a la naturaleza del Estado soviético, salvo que hace a éste más opresivo que ningún otro capitalismo, ya que es totalitario. El engaño federalista no enmascara ya la realidad centralizadora y la terminología seudomarxista no impide ver en la U.R.S.S. una « explotación del hombre por el hombre » más rapaz que en cualquier otra parte.

Nuevo tipo de colonialismo, pues, pero peor que otros en muchos aspectos, como lo ha probado el decreto aparecido en *Izvestia* del 26 de junio de 1946 relativo a la supresión de la República socialista soviética autónoma de Chechene-Inguche y la transformación de la República socialista soviética autónoma de Crimea en Región de Crimea. Esto significa, claramente, que los chechenes y los inguches musulmanes del Cáucaso y que los tártaros musulmanes de Crimea habían sido, desde 1944, exterminados en parte, y en parte deportados a Siberia en condiciones de inhumanidad apenas creíbles, que equivalían a la exterminación de grupos étnicos enteros. Sus nombres fueron borrados de los mapas geográficos, suprimidos en las enciclopedias y en los manuales escolares. Los karachais y los balkares, pequeños pueblos musulmanes del Cáucaso, los kalmucos de la Caspiana, los griegos de Crimea han sufrido una suerte análoga y se ignora cuantos de los alemanes del Volga, deportados colectivamente a Siberia al principio de la guerra, sobreviven. El genocidio soviético es uno de los rasgos indelebles de ese nuevo tipo de colonialismo, que ha hecho a los alógenas echar de menos el régimen de los zares.

* * *

Desde antes de la última guerra el imperialismo soviético había relevado a su predecesor ruso en la marcha hacia el Este, que Lenin reprochaba al zarismo, y había sostenido las mismas intenciones de éste sobre la Mongolia. Con prudencia, Moscú dirigió operaciones políticas y militares que dieron por resultado la creación de dos pretendidas repúblicas populares, en realidad protectorados soviéticos : una en Mongolia exterior, otra sobre el territorio contiguo a Tuvas. Según la estereotipada terminología comunista, se trataba de « repúblicas democráticas de nuevo tipo en vías de desarrollo no capitalista », léase : entregadas a la U.R.S.S. La Mongolia interior continuaba, sin embargo, siendo provincia china, ocupada en aquella época por un ejército japonés.

Las aspiraciones de la tribus mongólicas a la unificación y a la independencia de su país se encontraban así rechazadas, puede ser que para siempre, bajo la presión de imperialismos rivales. Después de la derrota del Japón, la China comunista reivindicó la Mongolia interior otorgándole un simulacro de autonomía al que Stalin no pudo sino ceder, con una segunda intención fácil de adivinar. En las mismas condiciones el Sin-Kiang (o Turquestán chino), esfera de influencia y penetración soviéticas, goza ahora de una precaria autonomía aparente : cogido entre dos imperialismos comunistas, el soviético y el chino, y privado del famoso derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, no puede en adelante soñar con la independencia más que a favor de un conflicto entre sus dos enormes vecinos.

En la conferencia de Bandung nadie trató de pedir cuentas a la China comunista de sus pretensiones sobre la Mongolia y Sin Kiang en virtud de los principios que reivindica. Nadie protestó contra la agresión china en Corea, de la cual se saben las consecuencias desastrosas. Los defensores de la liberación del Asia no han pronunciado una palabra sobre la invasión del Tibet por el ejército comunista chino y sobre la anexión de este país por Mao Tse-tung, como si la colonización continental escapara por definición a toda crítica merecida por la colonización de ultramar. Ni una palabra tampoco sobre la anexión de la República seudopopular de los Tuvas por Stalin que, de un plumazo, hizo de ella, después de la guerra, una región autónoma de la U.R.S.S. No se ha tratado más que del « nuevo tipo de colonialismo en Europa oriental », y aunque muy poco ha sido bastante, sin embargo, para que una simple alusión sorprenda y satisfaga al mundo libre.

Con este motivo se planteó entonces la cuestión de la injusta suerte de los Estados europeos « satélites » y de su lamentable condición neocolonial, demasiado desconocida en los países libres. Las revueltas de Berlín y de Pilsen, de otras localidades de Alemania y de Checoeslovaquia en 1953, habían ya revelado una situación insostenible

de las clases laboriosas detrás de la cortina de hierro. Fue suficiente conocer las características principales del « nuevo tipo de colonialismo » para comprender estas manifestaciones de desesperación y la necesidad en que los sucesores de Stalin se encontraron entonces de aflojar un poco su presión económica sobre la Europa central y oriental, sometida a su despotismo.

Ante todo, inmediatamente después del cese de las hostilidades, los territorios ocupados por los ejércitos soviéticos fueron saqueados. En las regiones industriales, tanto de Checoeslovaquia como de Alemania, Austria y Hungría, fueron arrasadas las mejores fábricas, lo que procuró a los ocupantes material técnico y una considerable cantidad de herramientas. Las instalaciones petrolíferas de Rumania fueron trasladadas a la U.R.S.S. Al mismo tiempo los depósitos de primeras materias, confiscados por todas partes, marchaban en la misma dirección. Además de las entregas en especie exigidas a título de reparaciones, descuentos arbitrarios sobre la producción corriente terminaban de esquilmar a estos países, empobreciendo a sus habitantes.

Por otra parte, las expulsiones y las deportaciones en masa, unas veces bajo pretextos racistas y otras para satisfacer las necesidades de mano de obra, contribuían a la ruina económica sembrando el terror entre las categorías sociales o étnicas amenazadas. El embargo de las propiedades inmobiliarias, después del bárbaro atropello contra los habitantes, el arrancar a familias enteras de su suelo natal, tanto en la ciudad como en el campo, las exacciones y requisiciones de todas clases, con motivo confesable o sin él, nada se ahorró a los futuros satélites del imperio soviético antes de establecer un sistema relativamente estable de colonización *sui generis*.

Después de la absoluta dependencia política, asegurada primero por las tropas de ocupación y luego por los partidos comunistas domesticados y sus mercenarios, cuyo poder se mantiene a través de un aparato político omnipotente, imitación del de la U.R.S.S. ; después de la imposición de una ideología oficial obligatoria y el monopolio de todos los medios de expresión por el Estado, tuvo lugar la esclavización total al servicio de los planes quinquenales soviéticos. El conjunto de las disposiciones tomadas a este efecto y aplicadas diversamente, según las condiciones locales particulares, en el curso de los primeros años de dominación soviética, debía ser coordinado ulteriormente por el llamado « Comité de ayuda económica mutua », órgano auxiliar de la planificación dirigida de Moscú.

La reforma agraria : expropiación de los grandes dominios, confiscación de las tierras pertenecientes a los extranjeros y a los adversarios políticos, redistribución de estas tierras a los campesinos pobres, no afectó mucho a Bulgaria ni a Yugoeslavia, países de pequeñas propiedades, y no produjo cambios apreciables en Polonia y Checoeslovaquia, más que en la medida en que fueron despojados los propietarios alemanes y húngaros. Las consecuencias se hicieron sentir sobre todo en Hungría, donde subsistían grandes propiedades para repartir. Sin embargo, esto no dio a los beneficiarios, a los pequeños cultivadores en general, la libre disposición de los frutos de su trabajo. La introducción de koljoses y de sovjoses, copiados sobre el modelo soviético, fracasó en su conjunto y se limitó finalmente a unas pocas empresas viables. La suerte de los agricultores fue determinada, como la de los trabajadores de todas las categorías, por el sistema arbitrario de los precios y el curso ficticio de las monedas.

Las autoridades moscovitas habían comenzado por fijar el valor del rublo a un precio inverosímil, que les permitía apropiarse los productos incautados, a precios irrisorios. Continuaron instituyendo sociedades mixtas que explotaban los sectores esenciales de la economía, sociedades en que la aportación soviética estaba representada por bienes confiscados o por artificios de contabilidad, siendo elegidos cuidadosamente los participantes para que no se elevase ninguna voz discordante. No quedaba más que poner en obra diversos procedimientos perfeccionados de saqueo metódico, imponiendo acuerdos comerciales adaptados a los casos definidos, de manera que se encaminasen las mercancías hacia la U.R.S.S. en las más ventajosas condiciones para quien puede hablar como dueño ; unas veces, expediciones en sentido único : otras, exportaciones de primeras materias a condición de su retorno en forma de objetos fabricados ; otras,

acuerdos de cambios en provecho del más fuerte. Préstamos forzados o sin compensación completaban esta inmensa empresa de expoliación metódica.

La muerte de Stalin, seguida de revueltas obreras en Europa central y hasta de huelgas en ciertos campos de concentración soviéticos, despertó alguna esperanza de un cambio entre los cien millones de seres humanos que pueblan las colonias satélites. Las gentes del Kremlin han debido entonces aligerar un poco su opresión, moderar su explotación, por ejemplo modificando los planes industriales de sus subordinados, disolviendo muchas de sus sociedades mixtas, rebajando los precios de los géneros, revisando los acuerdos demasiado onerosos para los colonizados. Pero no se podía contar con una liberalización estable y progresiva del régimen cuando se sabía que, el 31 de marzo de 1955, un decreto soviético publicado en el órgano oficial de la República moldava dejaba prever un próximo traslado de poblaciones desraizadas de la Besarabia y de la Bukovina para ser expedidas al Asia central so pretexto de « marchas voluntarias ». Las presiones ejercidas en circunstancias anteriores semejantes son demasiado conocidas para que subsista duda en cuanto al carácter obligatorio de esta emigración en perspectiva.

Los peores vaticinios fueron justificados en 1956, durante la revuelta insurreccional suscitada en varios países bajo régimen soviético, por la divulgación del discurso secreto en que Kruschef, ante el Congreso de su Partido, había reconocido algunas de las atrocidades cometidas por Stalin. En Hungría y en Polonia, en Alemania oriental y hasta en Georgia soviética el resentimiento popular contra el colonialismo de tipo staliniano se abría paso con evidente vigor. Si las jornadas sangrientas de Budapest y de Tiflis, seguidas de ejecuciones, detenciones y deportaciones en masa, han mostrado una cruel desproporción entre los opresores y los oprimidos, atestiguan también la realidad siniestra de este neocolonialismo instituído en el siglo XX por los teóricos de la revolución social, mientras que el colonialismo de los siglos precedentes, el de los occidentales, está en vías de rápida liquidación.

Algunos han hablado, a propósito de las colonias soviéticas, de la suerte poco envidiable de la población laboriosa en la U.R.S.S., la cual no difiere de la de los satélites y, por consiguiente, hace equivalente el nivel de vida del país colonizador al de los países colonizados. La parte de verdad de este razonamiento no cambia en nada la condición de estos últimos. En la controversia que opuso entre sí a los autores gemelos del *A B C del comunismo,* Bujarin y Preobrajenski, en 1927, ambos formulaban su tesis principal como sigue : para edificar el socialismo en un país económicamente retrasado, donde la gran industria es débil y la mayoría de la población campesina, si este país no tiene colonias ni la posibilidad de pedir préstamos al exterior debe, inevitablemente, recurrir a la coacción para que sus campesinos le sirvan de colonias. Habiendo sido muertos por Stalin los dos teóricos marxistas en cuestión, el debate cesó y la lección queda : la U.R.S.S., campesina ella misma, es en cierto modo una colonia del partido comunista, como las nacionalidades alógenas son los colonos del Estado soviético totalitario. A su vez los países satélites han llegado a ser colonia de otra clase, sufriendo el nuevo tipo de colonialismo : el neocolonialismo soviético. Pero la desgracia de unos no disminuye la pena de los otros.

En su obra sobre *El imperialismo, última etapa del capitalismo,* Lenin hacía justicia a esos « medios dirigentes burgueses » que en el siglo XIX, en Inglaterra, « se pronunciaban contra la política colonial » y en pro de la emancipación de las colonias. Citaba a Disraeli, imperialista impenitente, y que, sin embargo, había declarado en 1852 : « Las colonias son ruedas de molino colgadas a nuestro cuello. » Se sabe cómo, en el curso de un siglo, Inglaterra ha resuelto el problema a que aludía esta frase. Si se juzga por diversos indicios, los dirigentes actuales de la U.R.S.S., herederos y continuadores de Stalin, han podido preguntarse a veces si algunas de sus colonias no han llegado a ser a su cuello otras tantas ruedas de molino y cada vez más pesadas de llevar. Pero no saben deshacerse de ellas a menos de renegar de su razón de ser y sin confesar una derrota mayor de su imperialismo retrógrado, disfrazado de pretendido movimiento liberador conforme al sentido de la historia.

WILSON MARTINS

La literatura brasileña contemporánea

La literatura brasileña del siglo XX no empieza en 1900. Entre este año y el de 1922, en que se inicia el movimiento modernista, asistimos a la liquidación de la herencia del siglo anterior. Los manuales afirman que el Parnaso se extiende en el Brasil de 1870 a 1900, y que después de un período que no se concreta, le sucede el simbolismo. La verdad es que, por una singular coincidencia, Cruz y Sousa (1861-1898) « inaugura » el simbolismo en 1893 con los libros más sólidos de la escuela : *Missal* y *Broquéis*. Pero el volumen definitivo, en que Olavo Bilac (1865-1918) reunió sus *Poesías*, y que puede considerarse con razón como la expresión perfecta del Parnaso, había sido publicado en 1888. Cronológicamente el Parnaso y el simbolismo se compenetran en el Brasil, porque el primero sobrevive al segundo, si no como « escuela », por lo menos como el « estado de espíritu » más generalizado entre los poetas. La « revolución » modernista de 1922 se dirigió contra los parnasianos y no contra los simbolistas, y esto prueba que eran los primeros los que representaban entonces este « pasado inmediato », contra el cual se hacen las revoluciones. En realidad, la escuela que desaparece hacia 1900 es el simbolismo y no el Parnaso : los simbolistas brasileños constituían más bien un islote en la corriente parnasiana que una estética destinada a reemplazarlo. Tampoco puede decirse que los simbolistas hayan relevado a los parnasianos, pues siempre han tenido conciencia de ser una excepción de la regla común, un grupito de elegidos en medio de los profanos. Cuando murió Cruz y Sousa, en 1898, es indudable que una parte del simbolismo desapareció con él. En cambio, Olavo Bilac, fallecido en 1918, prolongó en sí mismo la vida del Parnaso hasta los albores del movimiento modernista.

En efecto, la « Semana de Arte Moderno », realizada en Sao Paulo en el mes de febrero de 1922, que suele considerarse como el punto de partida del modernismo, es al propio tiempo un principio y una coronación : el modernismo adquiere conciencia de sí mismo, porque esta época expresa y condena las vagas aspiraciones y las manifestaciones aisladas que se repetían desde comienzos del siglo. Cuando se celebra la « Semana de Arte Moderno », el simbolismo ya está maduro, si no para el gran público, por lo menos entre los intelectuales que formaban entonces la parte más viva y fecunda de la inteligencia brasileña. La « Semana » introdujo oficialmente un espíritu nuevo y, en cierto modo, sin saberlo, desencadenó una de las revoluciones literarias más profundas, puesto que sus repercusiones se prolongaron durante casi treinta años. Ahora bien, ese estado de espíritu no se implantó de pronto, ni siquiera en los meses que siguieron inmediatamente a la « Semana de Arte Moderno », pero podían atisbarse los signos precursores en la irritación creciente que manifestaba la juventud literaria frente a un Parnaso cada vez más « maquinal » y a un simbolismo que no tardó en perder su valor.

Los años entre 1900 y 1922 marcan, por consiguiente, un compás de espera en la literatura brasileña. Es cierto que, en 1922,

novela social, y como en el Noreste del país residía la sociedad más típica y también más pintoresca, porque la miseria y el sufrimiento marcaban al hombre, como no podía ser de otro modo, la cuestión social había aparecido antes y la « novela del Noreste » se había identificado espontáneamente con la novela social. No sin razón fue *A Bagaceira,* la novela de la sequía, la que inauguró este período en 1928, la misma fecha en que la falsa novela que es *Macunaíma* clausuraba los años de poesía loca. Después de esta novela de la sequía, que es ya en cierto modo la novela del azúcar, había de venir el « ciclo » novelesco bien conocido de José Lins do Rêgo. Al lado de este proletariado rural no había de tardar en verse el proletariado urbano de Amando Fontes. Después del proletariado de la caña de azúcar y del algodón, llegaba la vez del proletariado del cacao, gracias a la obra de Jorge Amado, que puede representar muy bien toda esta orientación, en vista de que su « realidad social » no es sólo la manifestación artística del escritor, sino también la forma de expresión ideológica del hombre político. El autor de *Cacao* es una muestra tanto más ejemplar de esta corriente, cuanto que su propia decadencia como escritor corre parejas con el descaecimiento de la escuela. La « novela del Noreste », después de haber explotado los grandes temas de la miseria y de la descomposición de una sociedad, se encontraba de pronto ante el vacío. Si añadimos a estos nombres el de Graciliano Ramos que, en ciertos aspectos, fue el autor de novelas más característico de este grupo, habremos citado a todos los escritores importantes de la novela modernista.

El tercer decenio del modernismo corresponde a la crítica. Si en el primer período sólo se registra la actividad de un gran crítico, Tristão de Athayde, a quien se considera como « el crítico del modernismo », aunque él no haya creado el movimiento ni en rigor comparta sus ideales ; si en el segundo decenio algunos modernistas, escritores y poetas, siguiendo el ejemplo de Mario de Andrade, han realizado una obra crítica digna de atención, pero subsidiaria, en el tercer período surge la « generación de los críticos », lo mismo que en el primero hubo una generación de poetas y en el segundo una generación de autores de novelas. Ahora es cuando se observa el trabajo de ciertos críticos, como Alvaro Lins y Antonio Cándido, para no citar sino a los que alcanzaron inmediatamente gran notoriedad.

Claro está que en estas tres fases se registran ciertas interpenetraciones, puesto que hay una « poesía modernista » anacrónica que se prolonga hasta los alrededores de 1930, y una « novela del Noreste », tampoco actual, que sobrevive hasta 1940, e incluso hasta 1950. Pero es fácil adivinar que estas supervivencias no responden ya a las nuevas corrientes y que los vientos soplan en otras direcciones. En el segundo período, la poesía, lo mismo que la novela en el tercero, elige francamente otros caminos. Por una coincidencia extraordinaria, el espíritu de la poesía modernista se ha encontrado muy cerca de la poesía inglesa, a pesar de situarse ésta tan lejos de lo que podríamos llamar las « tradiciones poéticas » de la literatura brasileña, de tal manera que la poesía postmodernista ha abandonado la « reforma » lingüística por la « selección » lingüística, y el espíritu deportivo y mordaz de los primeros poetas de 1922 por el espíritu solemne e inspirado de los poetas de 1945. Del mismo modo, el « realismo social » y la « novela del Noreste » que, durante varios años han sido una misma cosa, han cedido el paso a la novela que llamaremos psicológica, en la que el hombre adquiere más importancia que la sociedad.

En conclusión y para subrayar debidamente la singularidad de esta evolución por « despliegue », habrá que distinguir en la historia del modernismo tres fases sucesivas y típicas : la « fase caótica », como la ha llamado Antonio Soares Amora, caracterizada por una actitud desordenada e inquieta y cuya expresión predominante ha sido la poesía (1922-1928) ; la fase de la novela (1930-1940), en que todas las conquistas se han traducido por un esfuerzo creador, particularmente en la novela, pero también la poesía, ya que esta última continúa cultivando los detalles temáticos y de forma introducidos por la « Semana de Arte Moderno » ; y finalmente la fase de la crítica (1940-1950), en que los teóricos formados en el ambiente modernista

vienen a relevar a sus predecesores. Es indispensable añadir que los resultados prácticos de cada una de estas divisiones no se han perdido al pasar a la siguiente, sino que, al contrario, se han conservado y enriquecido, al mismo tiempo que enriquecían a la generación posterior. Y así estas tres líneas, al parecer paralelas, se han reunido al llegar a 1950, para constituir la literatura brasileña de nuestros días, de la que sería prematuro trazar una imagen ; pero desde ahora puede decirse de ella que, si no es modernista, tampoco es antimodernista. En efecto, los grandes escritores contemporáneos reconocen de buen grado lo que deben a las generaciones anteriores y no pretenden renegar de ellas, como es corriente entre las que se suceden, sino continuarlas para superarlas. En una palabra, la literatura brasileña de nuestra época insiste, no en la revolución, ni siquiera literaria, sino en la evolución (sin ignorar, además, lo que la evolución puede tener a la larga de revolucionaria). Pretende ser conscientemente moderna, pero no tradicionalista, ni modernista, ni tampoco futurista.

Una definición del modernismo

Pero, ¿qué ha sido el modernismo brasileño? Un movimiento eminentemente crítico, y varios autores, como Mario de Andrade —que es su Papa reconocido—, han acentuado sus tendencias destructoras ; otros han recalcado sus orígenes extranjeros. Estos dos aspectos son innegables, y me guardaré bien de disminuir su importancia ; pero tampoco debemos olvidar la inventiva y la originalidad que han desplegado sus autores. En una literatura que se ha definido siempre por su permeabilidad a las influencias extranjeras, el modernismo se distingue ante todo por su búsqueda consciente y sistemática de « brasileñismo ». Sería un error asimilarlo al futurismo, al surrealismo, al dadaísmo o a cualquier otro « ismo » contemporáneo, a pesar de los lazos doctrinales que le unen a todas estas manifestaciones artísticas, porque el modernismo se destaca de ellas en un punto esencial : no es una « escuela » exclusivamente estética ni tiene el propósito de reducirse a los límites de la literatura pura. El modernismo brasileño, desde el primer instante, pretende ser « sociológico », aspira a una auténtica « interpretación de la tierra » y, por ende, forzosamente nueva, que quiere transformarse en una verdadera filosofía nacional. Si el surrealismo era apátrida, el nacionalismo modernista es, al mismo tiempo, el origen y el resultado de un inmenso cambio que se ha operado en los espíritus : la etapa de vida brasileña que se extiende desde 1920 a 1940 corresponde a los años del nacionalismo político, de las revoluciones inspiradas por la idea de reforma social y de una rebusca febril de la realidad brasileña. Brasil se busca entonces a sí mismo, y el modernismo responde, en gran parte, a esta inquietud, a la vez que la estimula.

La prehistoria del modernismo se traduce, naturalmente, por manifestaciones directamente provocadas por los movimientos europeos de la época. En efecto, a partir de 1912, algunos artistas y escritores empiezan a hacerse eco de la renovación estética emprendida entonces en el antiguo continente ; y ya en 1913, Lasar Segall realiza en Sao Paulo la primera exposición de pintura expresionista sin conmover, por lo demás, a la opinión ni al gran público. Hay que esperar a diciembre de 1917 para asistir a la primera manifestación ruidosa de arte moderno. La pintora Anita Malfatti abre su segunda exposición, también en Sao Paulo, provocando el famoso artículo particularmente furibundo de Monteiro Lobato —uno de nuestros grandes fracasados geniales—, en que preguntaba si dicho arte era locura o mixtificación. Al mismo tiempo la revolución rusa repercutía en el país, inspirando la primera lucha obrera : la edad contemporánea había nacido. Todos estos hechos, además de otros episodios de menor importancia que no menciono, hicieron surgir la idea de organizar una « Semana de Arte Moderno » que fuese el reto supremo de los innovadores lanzado a la cara de los tradicionalistas.

Es evidente, por lo tanto, que si la « Semana de Arte Moderno » se encuentra históricamente en los orígenes del modernismo, es a su vez el resultado de un movimiento subterráneo y oscuro, modernista aun antes de la aparición de este estilo. La « Semana » consiguió el resultado único e inapreciable de agrupar a los escrito-

ratura bajo el signo de la autenticidad regional. El indio, el negro y el portugués, los tres factores clásicos de la estructura nacional, se han convertido en los temas supremos de todas las artes. Se ha ridiculizado la Grecia de los parnasianos, la Francia y la Inglaterra de los liberales del siglo XIX, la pureza lingüística de los gramáticos afectos a un abecedario lusitano. En el aspecto intelectual ha surgido el ensayo de las *Bandeiras* de Sao Paulo, esas expediciones que en los siglos XVII y XVIII habían ensanchado el territorio, revelando el verdadero Brasil. El modernismo ha sido también conscientemente, en su aspecto particular, un movimiento de esta índole. Durante cierto tiempo se ha asimilado lo universal con lo extranjero : la estética ha sido reemplazada por la sociología. De ahí el excelente éxito de la literatura regionalista, que caracteriza esencialmente al modernismo en sus aspectos más puros. De ahí también el enorme desarrollo de lo que se ha llamado los « estudios brasileños », es decir, el ensayismo que toma como asunto los temas nacionales. Colecciones editoriales, como la « Brasiliana » y los « Documentos brasileños », consolidan de una manera que puede calificarse de concreta estas tendencias, e indican claramente, empezando por los títulos, el espíritu de una época. Una novela « clásica » del modernismo —por su ambición, no por su realización— es *Marco Zero* (Mojón Cero) de Oswaldo de Andrade ; la literatura entera se ha situado voluntariamente en el hito cero. *A Bagaceira*, de José Américo de Almeida, el « Ciclo de la caña de azúcar », de José Lins do Rego, el « Ciclo del cacao », de Jorge Amado, *Os Corumbas*, de Amando Fontes, la poesía de Jorge de Lima (1895-1953) y de Mario de Andrade, y en gran parte también la de Carlos Drummond de Andrade y de Manuel Bandeira, son documentos humanos, pero además pretenden ser el retrato de una región y documentos sociales. Aquí se sitúa la frontera indeterminada que marca un tránsito : la ambigüedad semántica va a hacer de lo social sociológico lo social político. Lo social no será ya sólo una descripción o una interpretación, sino también una reivindicación. Varios escritores pasan de la idea social a la idea de la revolución social.

Esto se explica por el hecho de que el modernismo ocultaba en sí propio una insidiosa contradicción : si, como dirá más adelante Manoelito de Ornellas, quería, por una parte, « volver al Brasil », « volver a aprender a leer lo que es nuestro », « aprender a pensar de una manera brasileña » ; por otra parte era un movimiento universal y socialista, colocado bajo el signo de la cultura moderna, de la máquina, del hierro, del petróleo y de la tentación irresistible de las grandes civilizaciones industriales del momento. El modernismo ha sido también un futurismo. Los intelectuales y los artistas del modernismo vivían desgarrados entre estas dos solicitaciones, teniendo conciencia de la marcha del país hacia un destino industrial, es decir, « standardizado » y no brasileño, y tratando de identificar en este desarrollo, que les parecía en contradicción con un pasado libresco, afrancesado y agrícola, la naturaleza esencial de la nación. Conviene tener presente que los grandes contingentes de inmigración empezaban a dar una nueva fisonomía a la composición étnica, a la manera de ser del Brasil. Cuando, en 1925, escribía Ronald de Carvalho un nuevo capítulo para la tercera edición de su *Historia de la Literatura Brasileña*, hacía notar : « Y en suma, el brasileño no es sino el producto exclusivo de una mezcla restringida de tres grupos étnicos : el indio, el africano y el lusitano. El italiano, el alemán, el eslavo y el sajón han aportado la máquina a nuestra economía. El Brasil se ha industrializado, sobre todo en el Sur, Río de Janeiro, Sao Paulo, Minas, Paraná y Río Grande, es decir, en los focos más importantes de la inmigración europea. »

Las generaciones modernistas se han entregado, sin saberlo exactamente, a la construcción de una civilización propia, mezclando los factores indígenas con los extranjeros, gracias a la asimilación de todas las aportaciones, con el propósito de transformarlas en algo brasileño, en lugar de adoptarlas tales como son o de adaptarlas a una realidad heterogénea. El capítulo de Ronald de Carvalho que tiene un carácter de manifiesto, termina con estas palabras : « El hombre moderno del Brasil, para crear su propia literatura, debe evitar toda clase de prejuicios. Tiene ante sí un inmenso mundo virgen lleno de promesas excitantes. Or-

gunda República, vino a coronar una serie de movimientos anteriores, que desde 1922 trataban de reformar también las instituciones. Los escritores brasileños se creen obligados a actuar políticamente y predican el « compromiso » mucho antes que Sartre. Es la época de la efervescencia comunista y fascista, que se traduce en golpes de Estado fracasados. Por sus mismos principios, el modernismo podía conducir indistintamente a cualquiera de estas dos tendencias, y lo hacía de manera tanto más irremediable, cuanto que el liberalismo político se había vaciado de todo su prestigio. La literatura, que había sido un medio para el conocimiento, la interpretación o la expresión de la tierra, se convertía en un instrumento para inculcar las convicciones de partido. La novela y la poesía se juzgan por su contenido « revolucionario » y la obra de arte sólo se clasifica bajo dos denominaciones : reaccionaria o progresista. Con el golpe de Estado blanco de 1937, que establecía para ocho años un régimen totalitario de derechas, las voces políticas permanecen calladas. Por lo demás, las reivindicaciones pierden también su intensidad, puesto que la guerra, que estalla en seguida, monopoliza todo el interés. Así se llega a las proximidades de 1950. Es la postguerra, influída por las modificaciones políticas y literarias. La vuelta al régimen democrático restablece las libertades y, en particular, la libertad como estado de espíritu ; el modernismo no representa ya nada verdaderamente vivo. El desarrollo de la enseñanza universitaria correspondiente a la sección de Letras da a las nuevas generaciones una concepción estética de la literatura ; es el período que se prolonga hasta nuestros días. Después de 1950, el modernismo desaparece sin haber sido desautorizado ni reemplazado : a la organización de la literatura en escuelas y en grupos sucede el carácter individualista que ha adquirido en estos últimos diez años. Los « ismos » se esfuman ; sólo empiezan a tenerse en cuenta los nombres.

La literatura viva

Por consiguiente, lo que distingue a la literatura brasileña moderna de la literatura modernista es, ante todo, la sustitución de un estilo colectivo por una serie de estilos individuales, lo que no impide, naturalmente, ciertas supervivencias muy acentuadas. Así, el novelista brasileño más célebre de nuestra época, Guimarães Rosa, vuelve a crear, en otro plano, pero es indudable que hace una nueva creación, el estilo de *Macunaíma,* la obra más típica del tercer decenio y que podría servir, sin duda alguna, de modelo por excelencia de la literatura modernista. Pero si el modernismo ha muerto, ¿por qué consagrarle tanta atención? Pues, porque si es cierto que el modernismo está muerto y bien muerto, su cadáver sigue siendo un estorbo en la casa, quiero decir en la literatura. ¿Cómo deshacerse de él? Forzoso es decir que no hemos encontrado aún el medio, si no es una vuelta bien clara a la literatura « literaria », única forma visible de reacción contra la literatura « popular », implantada en 1922. Si, de una manera general, nuestros grandes poetas y novelistas son todavía los que brillaban hace veinte o treinta años (Carlos Drummond de Andrade, Manuel Bandeira, Vinicius de Morais, Augusto Federico Schmidt, Ribeiro Couto, entre los primeros, o Erico Veríssimo, Jorge Amado, Lucio Gardoso, entre los segundos), es indispensable señalar que el « realismo social », el lenguaje descuidado y las palabrotas han perdido todo su prestigio. La literatura se ha encaminado sensiblemente hacia la psicología, en detrimento de la sociología. Los escritores que, a ejemplo de Erico Veríssimo para la prosa de ficción, o los poetas citados anteriormente, no se habían afiliado por completo a las modas modernistas, encuentran hoy una nueva actualidad, pero por razones distintas, sobre todo en lo que concierne al último. Estas particularidades eran naturalmente ignoradas por Jean Paul Sartre en el momento de desembarcar en el Brasil el mes de agosto pasado. Por eso anunció que todo le parecía orientar la literatura brasileña hacia el camino de una literatura « popular », cuando está sucediendo precisamente lo contrario. Después de la experiencia popular, que duró demasiado, pasamos ahora a la experiencia « estética », a los problemas, y hasta a los bizantinismos de orden teórico, al interés por el estilo y por las doctrinas, a la construcción de un « corpus » crítico destinado a reemplazar en parte la literatura que nos falta.

por las mismas razones, Guimarães Rosa no es, en primer lugar, sino un retrasado, un eco y no una prolongación de *Macunaíma*. Además, la lengua que dicen ha inventado (este es sin duda el aspecto más importante de su obra) es más un amaneramiento que una manera, es decir, más bien una afectación que un estilo. De todos modos, la obra de Guimarães Rosa podría ilustrar muy bien nuestra tendencia a rebasar el regionalismo modernista y la literatura popular. Escribió la novela regional en un lenguaje muy escogido, en un estilo que pretende ante todo ser literario y que podría equipararse, a mi entender, a la epopeya antigua y no a la rapsodia que era en realidad *Macunaíma*, lo que constituye un detalle significativo. Erico Veríssimo, por su parte, se ha situado desde el primer momento, es decir desde 1933, en el plano universal. Entre los novelistas brasileños contemporáneos, éste es sin duda el de técnica más segura, el de imaginación más rica y el único que ha creado un estilo sin defectos. *O Tempo e o Vento*, la última de sus novelas, de la que publicó ya dos de los volúmenes previstos, es una obra de arte dentro de la novela, comparable a los mejores éxitos de « historia social » de la novela europea.

* * *

Un cuadro de la literatura brasileña contemporánea quedaría incompleto sin una alusión a la prosa de ideas. El *Retrato del Brasil*, de Paulo Prado, publicado en 1928, es la primera de una serie de obras consagradas a « comprender » y a « hacer comprender » el país. Se trata de una rama ilustre, ya que la inaugura la « Carta » en que Pero Vaz de Caminha comunicaba, en 1500, al rey de Portugal, el descubrimiento de un nuevo territorio. Veinte años después, Gilberto Freyre escribía a su vez una *Interpretación del Brasil* (1947), porque los brasileños suelen considerar a su país como un problema o como un enigma que es preciso descifrar (lo que no excluye, naturalmente, cierto narcisismo, a veces descabellado). Las respuestas varían, según la época. Si a principios de siglo Alfonso Celso era ingenuamente optimista, Paulo Prado esbozaba un cuadro al estilo de Rembrandt, en el que dominaba el claroscuro, con una franca tendencia al negro. Gilberto Freyre, asistido por su admirable talento de escritor y por su cultura de sociólogo, alcanzaba un equilibrio sensible, el mismo equilibrio de que Fernando de Azevedo da muestras en *A Cultura Brasileira*. En todos estos libros, incluso en los de la serie sociológica de Gilberto Freyre, predomina la preocupación histórica. Es un error repetir, según un clisé corriente, que los pueblos americanos no tienen pasado o no les importa. En lo que concierne a la literatura brasileña, por lo menos, podemos indicar muchísimas obras que se interesan por las « raíces del Brasil », que es el título precisamente del libro de Sergio Buarque de Holanda, en que el autor se dedica infatigablemente a este análisis.

Puede decirse, en conclusión, que la literatura brasileña ha registrado en el curso de los últimos cincuenta años dos movimientos a primera vista contradictorios, pero que al fin se conjugan para llegar al mismo resultado : por una parte, adquiere conciencia de sí misma, resiste a las influencias extranjeras y trata de asimilárselas, en vez de limitarse a reflejarlas ; por otra parte, evoluciona cada vez más hacia lo universal. Así, el modernismo que pretendía hacer el « redescubrimiento de la tierra », la comunión con las raíces de la nacionalidad, era en el fondo, como movimiento literario, un eco de las ideas europeas y, por consiguiente, carecía de originalidad auténtica. El nacionalismo modernista ha sido un esfuerzo consciente, ha sido la contribución brasileña a un movimiento espiritual de amplio vuelo, que debía influir particularmente la literatura moderna en Francia y en Italia. Pero, al mismo tiempo, una de sus divisas más feroces era el desprecio total e intransigente de todo lo extranjero. Los parnasianos, con su mitología griega, o más bien con las literaturas que denunciaban la influencia francesa, han sufrido la condena más sumaria.

Entretanto, los temas nacionales y nacionalistas se han agotado, y ahora se vuelve a la psicología y a las discusiones puramente estéticas. El escritor brasileño ha dejado de considerar su propio país como exótico y desde entonces ha parecido natural cultivar una literatura que se inscribe en lo humano y en lo universal.

EURYALO CANNABRAVA

Estructura y función de la Universidad de Brasilia

La construcción de la nueva capital del Brasil suscitó un ambiente de polémica en nuestro país. Había gentes que estaban a favor de Brasilia y alegaban razones de peso para justificar la tesis de que nuestra civilización revela acentuada tendencia a poblar con exceso el litoral con detrimento del interior de nuestro territorio. Así, pues, la construcción de la nueva capital vendría a reprimir uno de los factores más activos de nuestro subdesenvolvimiento económico, político y social.

Nueva capital y nueva universidad

Con la construcción de la ciudad artificial se iniciaba la política de conocer a nuestro país por dentro, de poner a su alcance las extensiones inexploradas. Y, además de eso, Brasilia representaría una especie de núcleo hacia el cual convergerían las fuerzas vivas de la nación. De ese núcleo irradiarían, por acción inversa, energías civilizadoras, de influencia catalítica, sobre las regiones desiertas o poco pobladas de los vastos yermos brasileños.

Sin embargo, del otro lado se agrupaban los enemigos de Brasilia, entre los cuales figuraban personas honradamente convencidas de que la construcción de una nueva capital no podría jamás obrar el milagro de resolver nuestros problemas internos. Sin duda que nadie en su cabal sentido defendía el punto de vista extremo de que Brasilia representase una solución para los problemas relacionados, por ejemplo, con el pauperismo o con la crisis inflacionista. Pero el argumento procede, seguramente, de que los beneficios de la construcción de Brasilia habrían de ir ligados a medidas económicas compensadoras y a un plan de reorganización de las bases de nuestra enseñanza pública.

El plan de la Universidad de Brasilia significa un honrado esfuerzo para reunir y concentrar en la nueva capital elementos capaces de promover la adaptación de las técnicas culturales y pedagógicas a las condiciones peculiares de la realidad brasileña. Es menester que la Universidad de Brasilia se apreste a enfrentar las responsabilidades derivadas del período histórico que se abre ante la nación. Sus cursos de carácter humanístico, profesional o técnico representarán la tentativa de realizar una especie de cobertura, en el campo de los valores técnicos y culturales, de la tarea de recuperación moral y económica que se impone a los dirigentes del país.

Universidad e industrialización

Tiene la Universidad tres objetivos principales : 1) preparación humanística ; 2) preparación tecnológica ; 3) preparación profesional. Es evidente que la educación humanística, tecnológica o profesional supone como base la adquisición de sólidos cono-

tarios de asignaturas. Lo que se observa es que los propios industriales, como sucede en el referido Estado, procuran organizar las escuelas técnicas, de donde obtienen los operarios especializados. Sin embargo, el día en que nuestro desenvolvimiento económico imponga un nivel técnico más elevado, como, por ejemplo, la formación de especialistas en electrónica, la situación deberá modificarse.

En esa oportunidad los industriales se verán obligados a apremiar a las instituciones universitarias para que procuren atender sus urgentes reclamaciones. Por eso la Universidad de Brasilia debe estar prevenida para hacer frente a las exigencias que la industrialización intensiva del país desencadenará con respecto a la estructura interna de los cuadros de asignaturas. En consecuencia, la nueva Universidad tendrá que establecer cursos que se ocupen en las tres necesidades básicas : humanismo, tecnología y profesiones liberales.

Organización del repertorio universitario

La organización del repertorio de materias de una Universidad revela ideas filosóficas, conceptos básicos relativos a los valores de la cultura, a las necesidades del medio ambiente y a los imperativos de la comunidad política y social. La forma de seriar las materias o asignaturas que se cursan en los Institutos centrales y en las Facultades indica el criterio de valoración de aquellas disciplinas juzgadas más necesarias para la preparación y aprendizaje de los jóvenes estudiantes.

Desde luego se puede afirmar que en cualquier cuadro de asignaturas son más significativas las omisiones que las inclusiones explícitas. Generalmente, el hecho de no incluir cierta disciplina expresa la convicción del organizador de que esa disciplina no ofrece un papel preponderante en la formación del espíritu universitario. Esta reserva es aconsejable con respecto a novedades osadas o poco maduras.

Por otra parte, existen ciertas materias, como la Cibernética, la Lógica matemática y la Electrónica, que pueden figurar en el contexto de otras disciplinas, como la Tecnología, la Filosofía y la Física nuclear. El peligro, en la Universidad moderna, es que los programas de estas últimas disciplinas sean tan extensos que no quepan en ellos sino referencias sumarias a temas de tal magnitud. ¿No sería preferible incluir en el repertorio universitario aquellos asuntos que representan aspectos fundamentales de la cultura y de la civilización en el próximo futuro? Mejor será esto que relegar esas disciplinas a los cursos de extensión universitaria, que probablemente nunca se llevarán a cabo.

Suele escapar a los organizadores de los cuadros de asignaturas universitarios la importancia de las disciplinas que resultan de la fusión de otras dos. Así, pues, la Física-Química, la Bioquímica, la Biofísica, la Bioestática, la Astrofísica, etc., van incluídas, en la menos mala de las hipótesis, entre las materias condenadas al limbo de los cursos de extensión universitaria. Y es innegable, no obstante, que esos temas híbridos o intermedios son los que reunen características más importantes para figurar en el repertorio universitario, y hasta diríamos que son esas materias intermedias las que imprimen un sello universitario a ese repertorio.

Libertad de enseñanza

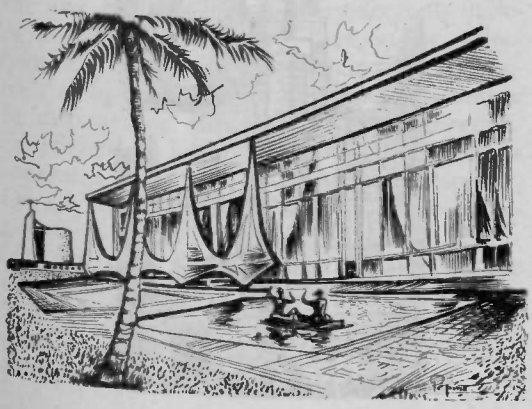
La libertad de enseñanza queda garantizada desde que el profesor adopta una actitud verdaderamente científica con respecto a la asignatura que explica. Sería anticientífico proclamar que la ciencia puede resolver todos los problemas relacionados con las creencias de cada cual. El hombre de ciencia, sea la que fuere su orientación, espiritualismo o materialismo, ajusta la mayoría de sus decisiones morales a normas que escapan a una definición concreta. Si adopta una auténtica posición científica en la enseñanza de la materia que le está encomendada, entonces debe sujetarse a la objetividad. Y siendo objetivo no podrá considerar incompatibles las ideas científicas con un sistema de creencias.

Los profesores universitarios pueden expresar sus firmes convicciones en la asignatura que enseñan. Nadie espera que atribuyan el mismo grado de objetividad a sus convicciones doctrinales. ¿Será necesario re-

calcar que sólo aquellos problemas formulados en términos científicos son susceptibles de solución científica? El monopolio estatal de la educación sería odioso, así como el monopolio confesional resultaría intolerable.

No hay razones de objetividad científica que militen a favor o en contra de determinada creencia religiosa. El hombre de ciencia recurre a menudo a datos o tesis que jamás justificaría apelando a evidencias empíricas o racionales. Y si esto es así, ¿cómo podría condenar en los demás aquello que en su propia actitud no logra suprimir? El valor epistemológico de la ciencia estriba en que dispone de un instrumento crítico que le permite corregirse a sí misma. Pero el hecho de que recurra a la autocorrección no implica de ningún modo que el hombre de ciencia haya de adoptar el mismo procedimiento crítico en lo que concierne a sus convicciones doctrinales. Si así lo hiciese tendría que renunciar al sistema de creencias en que apoya sus actividades en el aspecto científico, moral y político. Y, sobre todo, que no afirme nunca que hay incompatibilidad entre la ciencia y la religión, pues ello equivaldría a declarar reducibles a un denominador común el mundo de la naturaleza y el mundo de la conciencia.

La Universidad de Brasilia no podrá realizar sus funciones fuera de ese ambiente de amplia tolerancia y de libertad de cátedra. Y el criterio para la selección de los profesores no debe depender ni del arbitrio de las autoridades políticas, ni del desacreditado régimen de oposición o concurso. La jefatura de las facultades y departamentos, confiada a personas de notorio saber en sus disciplinas, tendrá amplia libertad para designar los miembros que han de integrarlas.



Debate sobre los sistemas universitarios

¿Cuál será, pues, el mejor sistema para adoptarlo en la Universidad de Brasilia? ¿Será el del monopolio estatal, religioso o político? ¿O bien se deberá organizar de acuerdo con criterios puramente técnicos, sin cuidarse de vincularlo al movimiento renovador de nuestro sistema educativo? Lo que parece más razonable es que la nueva universidad esté en la vanguardia de las instituciones de enseñanza promotoras de la reforma básica que la conciencia nacional exige como imperativo indeclinable.

Es poco sabido que las universidades en la Edad Media eran enteramente libres en cuanto a su organización interior y administrativa. Constituían corporaciones de profesores y estudiantes que no admitían la ingerencia de ningún laico o religioso en las orientaciones dispuestas por sus directores. El educador norteamericano Robert Hutchins refiere a este propósito que si alguna autoridad secular o eclesiástica pretendía ejercer sobre las universidades medievales cualquier especie de control, inmediatamente cambiaban aquéllas de residencia. Así fue como la Universidad de Bolonia, organizada por la corporación de estudiantes, se consideraba explotada por las dueñas de las pensiones o posadas, y en una ocasión en que esas señoras aumentaron el precio de la pensión, los estudiantes trasladaron la universidad a un local apartado. Claro es que una vez obtenida la deseada reducción, no dudaron en volver a su antigua sede. La Universidad de París, donde enseñó Santo Tomás, se rebeló contra el rey y contra las autoridades eclesiásticas, amenazando con abandonar sus confortables instalaciones si no se respetaba su autonomía.

La libertad de cátedra constituye, pues, una tradición cultural digna de ser continuada. Pero de poco valen la autonomía universitaria y la libertad de cátedra si los cursos no facilitan a los estudiantes una preparación teórica y práctica adecuada. El

legio Universitario, como está especificado, serán de primero y de segundo grado, prolongándose un plazo máximo de tres años. La admisión de los alumnos mayores de catorce años de edad se realizará exclusivamente por medio de pruebas de nivel mental, y no de posesión de conocimientos. El estudiante que se destina a los cursos de Ciencia y Tecnología, seguirá las clases de Idioma inglés o alemán, Matemáticas, Física, Química, Lógica y Metodología en el primero y en el segundo grados, cuya duración será de cuatro meses cada uno. En cuanto a las otras materias de estudio, como Biología, Lengua latina, Lengua portuguesa y Literatura, el candidato al ingreso en los institutos de ciencias físicas, químicas y matemáticas quedará obligado a cursar el primer grado de las referidas disciplinas.

El candidato a ingreso en Biología estará en las mismas condiciones que el estudiante de Física, Química o Matemáticas ; pero deberá alcanzar los dos grados en su especialidad. El estudiante de Geografía hará apenas los primeros grados de las materias del Colegio Universitario. Y en análoga situación quedará el estudiante de Ciencias Humanas, Letras y Artes, con la excepción del candidato a los estudios de Arquitectura y Urbanismo, que cursará los dos grados de las referidas materias, pero prescindiendo de la Biología, el Latín, el Portugués y la Literatura (primeros grados).

Los candidatos a las facultades (Administración y Ciencias Económicas) deben alcanzar también los dos grados de todas las materias, excepto el Latín, el Portugués y la Literatura (primeros grados). En la parte que atañe a las Ciencias médicas la situación será análoga a la anteriormente descrita. La distribución de las materias de estudio hecha de acuerdo con los propósitos de un sistema educativo que se encamina principalmente a la formación humanística, tecnológica o profesional, no deberá ser rígida. Se admite en ciertos casos la preferencia del futuro médico o tecnologista hacia los dos grados de disciplinas puramente culturales, pero, en hipótesis, se dispensará a alguno de cursar las otras, dentro de los criterios establecidos.

Tal es el plan propuesto para la organización del repertorio universitario en Brasilia. No incluímos el Derecho como carrera profesional independiente, a causa de la plétora de bachilleres que nuestras facultades crean todos los años. El motivo de que no incluyamos tampoco la Diplomacia estriba en el hecho de que el Instituto Río Blanco está cumpliendo de modo satisfactorio su labor de preparar un personal idóneo para el ejercicio de esa carrera.

Antes de terminar estas líneas desearíamos recalcar que no tiene ya sentido discutir las ventajas o desventajas de la construcción de Brasilia. Lo que tenemos que hacer ahora es contribuir con nuestro esfuerzo a que la nueva capital ostente, al lado de sus realizaciones arquitectónicas, la Universidad representativa de las fuerzas civilizadoras de la cultura, industria y progreso de la nación brasileña. No se puede poner en duda que con un sistema educativo adecuado para escoger, dirigir y orientar las vocaciones, seremos capaces de forjar un futuro espléndido de las humanidades, de las artes, de las ciencias y de la tecnología que haga olvidar nuestro pasado.

B.D.I.C

FRANZ HRASTNIK

Visita a la Utopía : Brasilia al cabo de un año

Qué extraña impresión de vacío produce aún hoy Brasilia, « el mayor solar de construcción de la tierra » ! A pesar de que la nueva capital del Brasil fue entregada oficialmente a su destino antes de cumplirse el plazo fijado para ello, no ha perdido nada de su carácter de improvisación, casi podríamos decir de aislamiento.

La " Campana del Tiradentes "

El día 21 de abril de 1960 se echó al vuelo la « Campana del Tiradentes », para anunciar a todo el país la fiesta de la realización de sus modernas ideas de libertad. Pues los combatientes de la independencia, al mismo tiempo que reclamaban la separación de la madre patria, pedían siempre el traslado de la capital al interior del país, ya que la deslumbradora ciudad costera de Río de Janeiro se había convertido para ellos en el símbolo aborrecido de la dominación colonial portuguesa. El grupo de rebeldes dirigido por el dentista —« tiradentes »—, comerciante, teniente de dragones e ingeniero de caminos, José Joaquín da Silva Xavier, había formulado por primera vez esta demanda, en el año 1789, dándole de este modo el impulso inicial. Pero como no fue acompañada del brío necesario y el poder que atacaban los sediciosos era demasiado sólido, este intento terminó tan violentamente como la vida de su iniciador. El 21 de abril de 1792, « Tiradentes » entró en la historia como primer mártir y héroe de la libertad de su país, después de recorrer por última vez las calles de Río de Janeiro descalzo y con el sayal de los penitentes. Y bajo este aspecto ha quedado grabado en la conciencia de la nación, y así le representa también un monumento extraordinariamente elevado, cubierto de patina verde, en Río de Janeiro, donde no faltan por cierto honorables fetiches de la historia ni estatuas conmemorativas.

Pero la campana, cuyo tañido broncíneo acompañó entonces al primer héroe de la libertad en su postrer recorrido, ha sido trasladada ahora al interior del Brasil, a través de mil interminables kilómetros de selva virgen. Allí, colgada de sus antiquísimas vigas cubiertas de conmovedores arabescos, ha sonado desde su nueva residencia, junto al Palacio da Alvorada, de líneas audaces, para anunciar la inauguración de Brasilia como nueva capital, y al mismo tiempo, un nuevo amanecer para el país. El primer habitante legítimo del Palacio da Alvorada —como se llama a la residencia oficial del Presidente— había insistido con propósito deliberado para que se respetara este simbolismo. Tampoco ha sido un hecho fortuito la fijación de la fecha para las solemnidades inaugurales. Entonces era todavía Presidente del país el Dr. Juscelino Kubitschek, y la realización del gigantesco proyecto de ciudad sintética, « sacada del alambique », de una Utopía surgida de la

tierra roja de la selva virgen, la sin igual Brasilia, fue el triunfo de su voluntad y de la imaginación de sus colaboradores más íntimos.

¡Quién sabe si no ha sido la limitación de un proyecto tan enorme, que ha debido soportar el conjunto del país, a la acción de unos cuantos hombres de confianza del Presidente, realmente influyentes, la que ha dado ese carácter disonante a la idea de Juscelino Kubitschek (y no sólo por el sonido, y no sólo en su propio país)! Puesto que la *Novacap*, sociedad constituída para la construcción de la nueva capital y creada por la voluntad del Presidente, con un capital de quinientos millones de cruceiros, se ha convertido pronto en el objeto de todas las críticas. Aun cuando la sociedad se haya formado exclusivamente con un grupo de sus amigos, y que, como medida de precaución, se haya designado para ocupar una tercera parte de los cargos administrativos a representantes del partido de oposición, las denuncias públicas de malversación de los fondos del Estado se han multiplicado. Circularon rumores fantásticos sobre esta cuestión. Y no obstante, en respuesta a una acusación claramente formulada de inversión fraudulenta de seis mil millones de cruceiros, el presidente de dicha sociedad pudo explicar públicamente, y sin que nadie le desmintiese, que ¡sólo se trataba de quinientos setenta y siete millones!

Pero el visitante extranjero no tiene por qué intervenir en estas cuestiones internas, sobre todo cuando contempla las proezas realizadas en Brasilia ; no es de su incumbencia dilucidar la forma de financiamiento, tan extraordinaria como el proyecto mismo. El Presidente Janio Quadros, sucesor del Dr. Kubitschek, ha presentado ante todo el mundo la enorme deuda del país. Pero el extranjero que vaya a admirar Brasilia habrá de darse por satisfecho, comprobando que un proyecto al parecer tan excepcional requiere también el empleo de métodos excepcionales.

En todo caso, Brasilia es el « hecho consumado » de Kubitschek. Pero este hecho consumado está lejos de ser un hecho terminado.

Y aquí es donde la cuestión empieza a hacerse interesante para el extranjero, porque en la era de la planificación, los presupuestos y la dirección autoritaria intervienen de manera tan manifiesta en la existencia del individuo, que todos tienen derecho a que se les demuestre, con un ejemplo práctico, lo que será el provenir reglamentado. En Brasilia se ha producido el caso raro —que sólo se ha repetido en la ciudad india de Chandigarh, creada por Le Corbusier— de que aquí, como en otra isla de Utopía, han podido llevarse a la práctica los conocimientos más modernos, y esto se ha hecho no sólo sin claudicaciones, sino dándole también un carácter preferente. Ha sido una gran suerte para los que elaboraron el proyecto, pues al construirse el porvenir aquí, no debía tomarse como punto de partida nada de lo ya existente. Claro está que en Brasilia sólo se ha imaginado y realizado « nuestro » porvenir, es decir, el porvenir actual. Aunque hasta ahora no conozcamos otro. Y si bien nuestros conocimientos de hoy también presentan indudablemente el estigma de toda modernidad, o sea que mañana ya serán de ayer, al cumplirse el primer año de existencia de Brasilia debería aparecer con más claridad aún lo que tiene hoy de « born yesterday » (nacido ayer) o lo que apunta hacia el mañana.

El proyecto " Brasilia "

Desde aquel vuelo histórico del 2 de octubre de 1956, en que un avión del Ejército aterrizó en un campo, junto a la lápida que llevaba el nombre de Brasilia, el proyecto del mismo nombre planeado allí es inseparable de aquellos pasajeros. El primero en apearse del avión fue el Presidente Kubitschek, quien se apresuró a declarar : « ¡Yo no soy el inventor de Brasilia! » Pero él fue y ha seguido siendo su inflexible realizador. Le siguió el urbanista Lucio Costa. La primera idea que esbozó éste, y que nunca ha modificado esencialmente, fue la de dar a Brasilia la forma de una cruz, con el travesaño curvado, idea que triunfó en el último minuto sobre los veintiséis proyectos de los otros sesenta y seis urbanistas y arquitectos, para constituir el proyecto definitivo de Brasilia. Todos los demás fueron rechazados por « demasiado meticulosos » o « inadecuados ». El vencedor de Río pu-

so en práctica su plan y ya no se dejó desviar de él ni por las dificultades del terreno ni por los vuelos de exploración llevados a cabo más adelante y que hubieran podido « influir para su alteración ». Con igual consecuencia procedió el arquitecto Oscar Niemeyer, el tercero de la alianza, cuyo estilo vigoroso dio pronto a la nueva ciudad esos perfiles fotogénicos que, gracias al sistema de la bola de nieve de la publicidad moderna, la convirtieron en una celebridad mundial.

En la actividad de estos cuatro hombres se basó, pues, esencialmente el proyecto de « Brasilia ». Sobre una meseta montañosa, a 1.100 metros sobre el nivel del mar y a unos mil kilómetros de la vieja capital costera, Río de Janeiro, debía surgir la nueva capital, en medio de la selva virgen. Desde 1955, « teniendo en cuenta las condiciones de clima y de belleza », se había recomendado aquel lugar, « después de estudios minuciosos », para la construcción de la futura capital. Ahora bien, esos terrenos eran propiedad de una empresa privada. Y el Estado Federal de Goias sólo desembolsó entonces 3.870.000 cruceiros por la expropiación de la « Fazenda Bananal », cuyo valor se ha multiplicado después por seis mil. Sobre las veintitrés mil hectáreas de tierra baldía, rodeada de selva, sobre este terreno olvidado y abandonado, ha surgido ahora la nueva Utopía. Pero la impresión de vacío no ha desaparecido. ¿Se debe, quizás, a que las dimensiones de Brasilia no se han adaptado todavía realmente al paisaje? Lo cierto es que, por encima del terreno cubierto de nubes, sigue flotando una extraña sensación de soledad.

Esta impresión se apodera del recién llegado en cuanto pone el pie en el aeródromo. Se ha dejado voluntariamente a sus instalaciones su aspecto de improvisación, con el fin de obtener más adelante autorización para trasladarlas. Todos los que allí residen observan a los viajeros con la curiosidad apenas disimulada de exploradores instalados en un puesto de avanzada. Esta atmósfera extrañamente agobiante envuelve al forastero, aunque no sea esperado, abrazado y saludado como pariente, amigo, colega o jefe. Hasta los empleados del turismo —que generalmente son bastante duros de oído— saben dar, en este único punto de enlace con el exterior, un aspecto de insistencia a las proposiciones para visitar la ciudad, a las ofertas de hoteles o de medios de transporte, lo que está justificado por la distancia que separa el aeródromo de la urbe. (Por la misma razón parece « rehabilitarse » después la tarifa astronómica de los taxis.)

Así es como avanzamos por el interminable camino que conduce a la ciudad, que no se atisba todavía. No se distinguen aún sus célebres y extrañas formas. La pista se desliza por amplias curvas y da la impresión de no estar terminada ; pasa por encima de otras pistas semejantes, o por debajo de ellas, por túneles de trazado caprichoso, ya que todo el sistema de calles de Brasilia está concebido ateniéndose al principio de la supresión de las encrucijadas. Volvemos a atravesar espesuras y regiones de monte bajo ; luego vemos entre los árboles hirsutos un estanque en el que se reflejan unos flamencos inmóviles ; y más colinas, valles y curvas. Finalmente, a una gran distancia, un cuadro impresionante : las siluetas de rascacielos alineados en el horizonte, como unas maravillosas cajitas olvidadas : ¡Brasilia!

Bruscamente, como había surgido, vuelve a desaparecer la visión de Utopía. Las casas plantadas allí se juntan de pronto, y el amontonamiento de construcciones bajas se va haciendo más denso, para formar una calle principal o una calle comercial, en el sentido tradicional de una pequeña ciudad del dorado Occidente. Los anuncios luminosos elevan con presunción la escasa altura de los edificios. Las fachadas corresponden también en su « modernismo » a la estética prefabricada de nuestra época ; pero no guardan ninguna relación con la idea que nos habíamos formado de Brasilia.

Al parecer, no nos hemos acercado aún a nuestra meta. La industria de la prefabricación inunda con sus formas y sus materiales baratos la vanguardia de esta ciudad, y acabará por llenar los espacios que aún quedan libres, detrás de cuyas arquitecturas atrevidas se albergarán todos sus productos convencionales. Todas las mercancías de estos almacenes de aparatos domésticos y eléctricos, de vestidos, de calzado y de muebles muestran por su gusto y su exuberancia los

tran el camino, y las elevadas chapas de hierro del alcantarillado indican su futuro nivel. Por todas partes, el vacío imposible de colmar de ese inmenso planeamiento. Ni siquiera el concurso sedante de una arboleda compensadora nos facilita el tránsito del pasado al futuro. Con una brutalidad extraña e implacable, la imaginación ha dominado la voluntad y ha creado un mundo. Un mundo surrealista, porque no plasma la vida, sino sólo su concepto. Y aun cuando éste no sea más que el urbanista-arquitectónico, sólo uno entre muchos, aquí se ha convertido en realidad. Por esta razón, Brasilia es la Utopía de nuestro presente.

Esto se advierte con más claridad en la Plaza de los Tres Poderes. En medio de una idea maravillosa de planificación efectiva, un paisaje urbano del porvenir, sacado del « alambique » ; en medio del distrito gubernamental, habitado y animado, surgen las cúpulas y los hemisferios, los rascacielos, las rampas, un estanque de espejos y las paredes de cristal elegantemente curvadas del Senado y del Congreso. Los pilares de curvas invertidas de los palacios del Gobierno, deliberadamente bajos, como decoraciones laterales. El Archivo del Estado, con sus inmensos bloques de mármol y la cabeza de granito que surge de su centro : la figura del fundador Kubitschek. Y en el centro de todo esto, las inmensas losas de una majestuosa plaza, sobre las cuales parecen menos abstractos los ideogramas de figuras humanas perpetuadas que los visitantes contemplan conteniendo el aliento, sin saber qué hacer con todo aquéllo, pues acaban de desembocar en lo futuro. Esta ciudad ha venido a deslizarse bajo sus pies. Mucho más lejos de lo que los aviones de reacción de la « Panair do Brasil » pueden recorrer en dos horas escasas de vuelo, y mucho más de los mil kilómetros de distancia que hay hasta la costa, hasta la antigua capital, que es el presente. Brasilia sólo nos permite barruntar el momento actual detrás de las formas de su fascinante arquitectura. Nos hace pensar más en unas ruinas telúricas que se hubiesen desprendido de los paisajes conocidos desde tiempo inmemorial, y que ahora se descubren en la Luna o en Marte.

Brasilia ha sido construída sin pensar en las gentes que habrán de habitarla. Esta ciudad ha sido levantada para los que la concibieron, por hombres que no tienen ningún vínculo con ella. Estos son ahora los « prisioneros » de Brasilia. De ahí la impresión de asombro que produce su aspecto experimental, casi diríamos de curiosidad palpable, que se extiende por la ciudad vacía ; de ahí la frialdad de su sorpresa, exenta de recuerdos, que envuelve los edificios y las casas de Utopía como si fueran principios petrificados ; de ahí el aislamiento y la soledad que rodea a Brasilia.

Enclave del porvenir

Aquí se vive ya como en un enclave del mañana. Las resquebrajaduras en el hormigón de las calles, las grietas de los muros y las pinturas descoloridas de las casas son buena prueba de ello. Revelan la fragilidad de todo modernismo prematuro frente al pasado inmediato. Quizás más adelante sea posible explicarlo, y entonces se conservará intacto, durante mucho tiempo, si tiene efectivamente algún valor.

Pero los individuos que viven aquí tienen de esto una idea distinta y mejor. Han comprendido ya el peligro a que están expuestos, sin necesitar que lo formulase Richard Neutra en Estados Unidos, que también conocen este estado de ánimo, para prevenirse contra las neurosis causadas por el sistema de vida moderno, dirigido, planeado, y que se generalizará en lo porvenir. Los que trabajan en la gigantesca ciudad, con sus grandes superficies vacías, se concentran en sus barracas provisionales, como ante la amenaza de un diluvio universal. Los funcionarios del Gobierno montan trastornados en sus coches, como si fueran literas con colgaduras, que los llevan a sus locales de trabajo, extrañamente aislados ; y las empleadas organizan en sus bloques de viviendas, a la manera de las representaciones occidentales detrás de la cortina de hierro, reuniones de una alegría forzada. ¿Sólo para olvidar? ¿Qué? ¿Que son personas trasladadas del presente a un enclave del porvenir? ¿Sólo para evadirse? ¿A dónde? No hay ninguna salida, si no es hacia el pasado de nuestras viejas ciudades orgánicas, que han crecido naturalmente. Pero en ellas también se hacen experimentos de carácter futurista...

GARRIDO TORRES

El Brasil y la integración latinoamericana

ESTA EN EL ORDEN DEL DÍA la participación del Brasil en la Zona de Libre Comercio de América del Sur, cuyo tratado fue aprobado, en principio, en la conferencia celebrada en febrero de 1960 en la capital uruguaya. Y digo « en principio », porque se dio esa aprobación sin perjuicio de las modificaciones que puedan ser adoptadas, después de considerar con mayor atención aquel documento y los juicios que merece a las clases productoras y a los órganos gubernamentales responsables de cada uno de los países interesados en ese proyecto.

Se trata de un esquema de política comercial sin precedente en esta área del mundo, favorecido, es cierto, por las circunstancias del comercio entre siete países (Brasil, Argentina, Chile, Uruguay, Perú, Bolivia y Paraguay), pero cuya tentativa se hizo posible sólo después de haberse lanzado la idea de la integración económica de América Latina, idea más conocida hoy bajo la denominación de Mercado Común Latinoamericano. Surgida esa idea en el ámbito de la CEPAL, en 1956, fue ya entonces objeto de diversas e importantes resoluciones en el seno de aquella agencia de las Naciones Unidas y motivó también, por primera vez en la historia del Continente, la solemne declaración a ella favorable, firmada por todos los gobiernos del hemisferio, en la Conferencia Económica Interamericana, promovida por la Organización de los Estados americanos, en Buenos Aires, el año 1957.

Desde que fue expresada esa idea hubo de ser objeto de estudios y debates, gracias a lo cual su repercusión ha venido aumentando hasta el punto de convertirse en algo que suscita ya vivo interés en la opinión pública.

¿El resultado de ese examen será positivo o negativo? ¿Cómo se debe concebir la posición del Brasil frente a la tendencia de desarrollo integrado, única alternativa posible de un estado de estancamiento —en grado variable en cada país— o de probable desventaja para todos con respecto al resto del mundo, allí donde tal tendencia se hace más visible de día en día? ¿Tiene Brasil, por su parte, un auténtico interés en participar en cualquier plan de integración regional? ¿Necesitaremos de él verdaderamente para nuestro desenvolvimiento económico? ¿O bien, será preferible para nosotros una política de espléndido aislamiento? ¿No es Brasil un país de configuración geográfica continental? ¿No tiene dentro de sus fronteras un gran mercado llamado a convertirse en uno de los mayores del mundo, gracias a su extensión territorial, diversidad de recursos naturales y rápido aumento de su población? ¿No debería Brasil integrarse primero en el plan económico para pensar más tarde en una asociación con los países vecinos?

He ahí las preguntas que se les ocurrirán a muchos. Ellas revelan en gran parte un desconocimiento generalizado de la realidad actual de esos países y al mismo tiempo incomprensión acerca de la forma en que se relacionan nuestros intereses con los del área geográfica en que estamos situados.

Cumple, por cierto, examinar con sumo cuidado las condiciones de una eventual incorporación del Brasil, hasta por el mismo hecho de que su posición es singular en el conjunto de América Latina. Así como habrá entre nosotros quien recele, aunque erróneamente, que la industrialización ajena se haga a expensas del mercado brasileño, tal vez con sacrificio de la nuestra propia, así también en otros países se suscitará sin duda la preocupación de que un mercado mayor, fruto de la regionalización, se organice primordialmente con miras a los intereses brasileños, y ello a causa del grado de desenvolvimiento ya alcanzado y por la variedad de nuestros recursos. Parece todavía correcta la suposición de que si las fórmulas y procesos de su implantación corresponden a las verdaderas razones de la integración económica, no habrá ventajas ni predominios imputables a cualquier espíritu de hegemonía. Ello equivaldría a negar la filosofía de solidaridad y democracia que inspira la idea modeladora del sistema que caracteriza las relaciones entre los países del Continente. Como no se trata de rehacer el mapa político de la región, pudiera ser que hubiese países que, considerados como unidades nacionales, obtuviesen mayores o menores ventajas, según el potencial de que dispongan. Pero, con todo, una política de integración democráticamente dirigida es, por definición, la fórmula más adecuada para nivelar las desigualdades geoeconómicas nacionales en términos de renta real per capita para todos los habitantes de los países que la adopten.

Desde el punto de vista de la estructura económica de la región, como desde el de las tendencias de la evolución del mundo, nuestra situación de país predominantemente exportador de materias primas —y de materias primas tropicales— es común a la de la mayoría de las naciones de América. Somos tal vez el país que tiene razones más serias para mostrarse intranquilo ante aquellas tendencias, por la amplitud que en un plazo medio pueden tener sus efectos sobre nuestra economía. De ello se deduce lógicamente que nos compete buscar los medios para neutralizar esos posibles efectos, tanto con medidas internas como con acuerdos concertados con naciones vecinas y amigas, que se identifican con Brasil por la afinidad de sus problemas susceptibles de soluciones conjuntas, de igual interés para todas. No es otro el objeto del mercado regional. Impedir o dificultar su advenimiento acaso redunde en agravar la posición relativa en que actualmente se encuentran los países latinoamericanos, haciéndoles permanecer como subsidiarios de ajenas integraciones. Venturosamente, se reconoce ya hoy día la necesidad de una más estrecha unión de América Latina, condición indispensable para la defensa de sus derechos en el ámbito universal.

Hay aún otros motivos de peso que militan en favor de una revisión de nuestra política exterior frente a la región en conjunto y que desaconsejan las actitudes de indiferencia hacia un esfuerzo multinacional de articulación económica, semejante a la actitud que hemos sabido observar en el aspecto político, en el que demostró siempre el Brasil una decidida vocación continentalista.

Uno de esos motivos se deriva de la misma grandeza territorial de nuestro país. Al contrario de lo que podría deducirse de una apreciación simplista del problema, el camino más fácil y más seguro para lograr la integración económica nacional consiste en buscarla al través de nuestra asociación con los países del área geográfica. Lo que a primera vista pudiera parecer paradójico, viene a ser perfectamente natural y comprensible cuando se considera atentamente la funcionalidad de la solución. Los acentuados desniveles existentes en el desenvolvimiento regional interno del Brasil demandan una corrección, y ésta depende fundamentalmente de un avance de la frontera económica del sur hacia el norte, avance que será necesariamente lento. La pulverización de inversiones con que el Estado ha procurado salpicar de « puntos germinativos » el territorio nacional, con miras a la deflagración del proceso de desenvolvimiento en diferentes rincones, es una medida de efectos bastante mitigados, porque son limitados los recursos para ello disponibles. Dado que las mayores promesas de rentabilidad están en el sur del país, es de suponer que, mantenido el orden económico a base de la libre iniciativa, la expansión de la frontera económica tendrá un ritmo que ha de reflejar necesariamente el grado de sa-

turación de las inversiones en el sur. Y cuanto más se concentren las inversiones en esta parte, mayor será el compás de espera para el norte, comprendiendo también el oeste, y más acentuado se hará el desequilibrio, cuyas consecuencias sociales podrán afectar a la unidad nacional. Se repite en Brasil el fenómeno mundial de las zonas desarrolladas con relación a las subdesarrolladas, con la diferencia de que el llamado efecto de emulación se hace sentir de manera mucho más apremiante por tratarse de una misma comunidad.

Cualesquiera que sean las repercusiones sociales y políticas del fenómeno, lo cierto es que la escasa demanda efectiva de las regiones menos desarrolladas del mercado doméstico hará al cabo que se procure encaminar hacia el exterior la oferta excedente de materias manufacturadas. La búsqueda de mercados exteriores —y los latinoamericanos son los más indicados —llegará a hacerse cada vez más imperiosa a medida que la producción industrial adquiera mayor volumen y decrezcan las posibilidades de exportación de materias primas, ora sea por efecto de más crecido consumo interno, ora por el debilitamiento de nuestra capacidad de competencia en los mercados tradicionales. Por otro lado, la colocación de nuestras manufacturas en el extranjero será determinada también por la necesidad de las empresas de operar a niveles de eficiencia más elevados y sin instalaciones fabriles parcialmente ociosas. Esto se produce ya a la hora actual. De ello son ejemplo ciertas entidades que fabrican bienes de capital y bienes duraderos de consumo, y todo indica que se hará más fuerte esta tendencia en un futuro próximo, a menos que se marchite la concurrencia interna y se mantenga una reserva de mercado a un costo social elevado, sin transferir al consumidor los provechos o ganancias en productividad.

La participación en el mercado regional tenderá a igualar el progreso interno del Brasil de dos maneras. En primer lugar, en la proporción en que el desenvolvimiento económico, especialmente el industrial, se haga en función de una demanda efectiva, ampliada, con poder adquisitivo en constante crecimiento, se acumularán economías, ahorros que más de prisa se explayarán en ondas sucesivas hacia el norte, en forma de inversiones que irán a explotar recursos latentes, a infundir dinamismo a las iniciativas económicas. En segundo lugar, esas iniciativas, esa actividad, ahora en estado más o menos letárgico a lo largo de las fronteras norte y oeste, sobre todo hasta el paralelo 25, podrá ir siendo animada por zonas, a medida de las disponibilidades de recursos humanos y de capital, es decir, en función de las condiciones geográficas comunes a varios países. Teniendo, pues, Brasil una situación privilegiada que cubre la mitad de América del Sur en sentido vertical, sus regiones fronterizas y adyacentes podrán experimentar más rápido progreso si éste se realiza en saludable conjunción de esfuerzos con nuestros vecinos, y atraer al mismo tiempo capital y mano de obra de afuera.

De ese modo podría participar Brasil en un mercado subregional en el extremo sur del Continente, como asimismo de otro mercado que por ventura se constituyese en la parte norte de América meridional, además de lo cual sus fronteras del oeste vendrían a tener un desenvolvimiento articulado con las naciones del territorio contiguo. Y aunque el nordeste no se beneficiase directamente, es indiscutible que sus ventajas indirectas serían considerables. Tendríamos, por consiguiente, nuestra participación en el mercado regional, contribuyendo de forma decisiva a corregir las acentuadas desigualdades entre las diversas zonas que componen nuestro territorio y a distribuir más equitativamente la renta nacional. El resultado final de todo ello sería el de dar impulso vigoroso al proceso de la integración social y económica nacional que hoy apenas existe en el aspecto político. En último análisis, si las perspectivas económicas del Brasil son prometedoras por efecto de las dimensiones futuras de su mercado interno, aún podrán llegar a ser mucho mayores en función de un subcontinente que ya hoy cuenta con cerca de 200 millones de habitantes, y que allá por los alrededores de 1975 sumará unos 300 millones, muchos de los cuales dependerán, en lo que concierne a la economía monetaria, de un programa de desarrollo económico que tiene como meta el eventual Mercado Común Latinoamericano.

Pero la activa participación del Brasil en

ese mercado reviste aún otros aspectos no menos trascendentales. Sostengo que nuestro alejamiento o negligencia en este asunto nos serían muy dañosos, tanto económica como políticamente, en la hipótesis de que otros países sudamericanos lograsen buen éxito alcanzando una integración entre ellos. Tal conjetura no es enteramente hipotética, sino posible en la realidad. Quien haya tenido oportunidad de estudiar la experiencia actual de las economías nacionales sudamericanas, sabe que son varios los países que se encuentran en esta alternativa : o avanzan a favor de mercados más amplios, o permanecen estacionarios, resignándose al estancamiento. Los países de América Central, que ilustran un caso típico, optaron por la fórmula del Mercado Común y caminan en esa dirección, lo que significa que cuando integren el futuro Mercado Común Latinoamericano lo harán probablemente formando todos ellos una unidad. En un pasado reciente se registró ya en América del Sur una tentativa de formación de bloques que, si hubiesen prosperado, plantearían serios problemas al Brasil, que por esa razón les fue contrario. Un concierto que uniese, por ejemplo, como ya se proyectó, los mercados chileno y argentino, aunque fuese únicamente para fines de expansión recíproca de las industrias de la celulosa y de los tractores —y su ampliación a otros productos sería fatal—, acarrearía limitaciones a la concurrencia brasileña en sectores en que ésta tiene posibilidades de hacerse efectiva provechosamente.

Fuerza es reconocer que, con el concurso brasileño o sin él, la integración vendrá, más temprano o más tarde, entre los restantes países sudamericanos. La abstención brasileña haría más difícil la realización de ese propósito, pero no lo impediría. Y está bien que digamos que nuestro alejamiento, a pesar de las razones de peso que nos hacen adversos a la formación de bloques dentro de América, nos privaría de toda autoridad moral para evitar que determinadas iniciativas se considerasen como posibles prejuicios nuestros.

La posición brasileña fue debidamente considerada en la fórmula que presenté a la CEPAL sobre la alternativa de la integración, la cual es suficientemente realista y flexible y se orienta hacia los criterios de economicidad. Presupone una amplia área de comercio multilateral, donde la concurrencia debe tener libre curso, para aguardar el perfeccionamiento de la productividad y de la especialización, resultante del óptimo aprovechamiento de los recursos, para el mayor beneficio de la población consumidora. Concepción ésta que parece corresponder plenamente al interés nacional brasileño.

Es de necesidad imperiosa, por consiguiente, que Brasil se percate de las dificultades que afligen a nuestros vecinos hispanoamericanos, y muy especialmente a los del hemisferio sur, y que, reconociendo su afinidad de intereses y de problemas con ellos, se afirme en la convicción de la labor histórica que le está reservada y que sólo él se halla en plenitud de condiciones para llevar a cabo. Somos un pueblo que, como tal, vive hoy de espaldas a la América del Sur, tanto física como espiritualmente ; de cara a Europa y a Estados Unidos, dominado por una mentalidad atlántica que ha sido geográficamente determinada por un extenso litoral, por los contrafuertes de los Andes y por el inmenso vacío de nuestro « hinterland ».

Es urgente, pues, volver a formular nuestra política económica en relación con América Latina y, más de cerca, con su parte meridional, a la que pertenecemos, revisando sus tradicionales principios para adaptarlos a las realidades de los días presentes y futuros. Parece clara la orientación que más nos conviene y que es intrínsecamente fiel al pensamiento de los grandes estadistas brasileños que, en lo pasado, supieron expresar con acierto nuestros intereses, en términos de su época. Debemos participar del destino económico de la región, así como hemos participado de su destino político.

América Latina está en una encrucijada. Afronta el desafío de su destino, que le exige una decisiva opción, una opción que debe resolver con reflexión, clarividencia y fe en ese destino. El rumbo de un grandioso porvenir sólo podrá trazarse con audacia, perseverancia y talento político. La parte que le cabe al Brasil en esa transcendental decisión es proporcional a sus graves responsabilidades en el Continente.

bellas artes

Grau-Sala y la ilustración del libro

POR RAMON XURIGUERA

En su vida de trabajador infatigable, Grau-Sala habrá ilustrado medio centenar de libros. La excelencia de sus ilustraciones constituye una notable faceta de su obra de pintor. Tan notable, que le eleva al nivel de los primeros maestros de la ilustración contemporánea. Y no es estima vana, pues su arte ha contribuído como pocos a la dignidad del libro ilustrado de hoy.

Ahora trabaja en la ilustración de una obra literaria de relieve : la Obra completa de Proust. La edición será esmerada y constará de siete volúmenes : uno para cada libro del autor. Se integrará en esa tradición que hace del libro en sí, de su forma, de su papel, de su impresión, de su encuadernación, independientemente de su contenido, un objeto bello, un producto artístico.

En principio, el libro es una técnica, pero el amor puede convertirlo en un arte. El amor, fecundador de lo concreto y de lo imponderable, puede hacer de un registro mecánico de palabras una creación sensible, habitada por un alma. Esta presencia misteriosa cambia la sucesión maquinal de las letras en expresión trascendente, transmite a unos caracteres tipográficos, a unas hojas de papel blanco y a algunos gramos de tinta, relaciones de goce como sólo la belleza puede suscitarlas.

No hay que atribuir únicamente al azar el hecho de que el libro haya sido, en sus orígenes, una obra individualizada. El espíritu de creación se imponía a la transcripción escueta y fría ; la caligrafía singularizaba la mecánica del signo escrito ; la « enluminure » la idealizaba. Así, el libro resultaba rico de intimidad, de carácter personal, de voluntad de esmero. La universalidad del texto adoptaba los rasgos particulares de los dibujos, de los colores, de los arabescos de la escritura y aun del carácter de la encuadernación. El conjunto de estos elementos se armonizaba en un todo netamente diferenciado, y a este sello original debemos el encanto que conservan todavía hoy los viejos volúmenes de pergamino y hasta ciertos incunables.

A este singularismo responde la ilustración : restituir al libro la ambición de originalidad, sacarlo de la fase de la técnica y elevarlo al nivel de obra de arte.

El artista que ante la ilustración no sienta el acuerdo que es necesario efectuar entre los diversos elementos que intervienen en la confección del libro, no ejecutará un trabajo digno. El libro contemporáneo es un resumen equilibrado de márgenes, de calidad de papel, de tipos de imprenta, de colorido y de ambiente. En este concierto de valores, el dibujo desempeña el papel

de expresión unificadora. Es preciso que cada ilustración se incruste en el libro como un alma penetra y da vida superior a un cuerpo.

No basta la habilidad para ejercer esta función creadora. A menudo la ilustración ha sido obra de artesanos, pero la habilidad en la ejecución de un grabado o de una litografía no ha transmitido nunca la más mínima sugestión de belleza a la fisonomía de unas páginas. Esta relación mayor está reservada al arte.

Durero y Holbein, impregnados del nostálgico recuerdo de las miniaturas medievales, restituyeron al texto la expresión gráfica que iba mecanizando los progresos de la imprenta.

A pesar de los períodos de propagación impersonal del libro, nunca han faltado los artistas que le han consagrado una parte de su atención. Además de los bojes de grabadores anónimos —entre los que los hay que no carecen de interés—, Fragonard, Boucher, Delacroix, Daumier, Gustave Doré, Toulouse-Lautrec y Fantin Latour se nutrieron de esta tradición.

Los impresionistas parece que hayan permanecido ausentes de este interés suscitado por la nobleza artística del libro. Quizás porque las experiencias de su arte les orientaban hacia el teatro vivo de la naturaleza. Durante este período en el cual se circunscribe gran parte del romanticismo, la ilustración es casi exclusivamente una práctica artesanal. Utilizando ya sea el agua fuerte, ya sea el boj o la litografía, algunos expertos grabadores, aunque sin arte, inundan de ilustraciones impersonales las páginas de los libros. Todos hemos visto en las bibliotecas paternas estos volúmenes repletos de episodios de batallas, de escenas de melodrama, de arabescos alegóricos, más sensibles al efecto ornamental que a la expresión de la belleza.

De este nivel mediocre irá a sacarla una pléyade de artistas contemporáneos. Su gusto devuelve a la ilustración su fisonomía peculiar, que es rasgo de toda verdadera creación y una de las leyes del arte.

El cambio no se opera en un santiamén, ni sin que haya sido necesario franquear múltiples dificultades. El mérito de haber sido uno de los primeros en elevar el tono artístico del libro, corresponde al grabador catalán Jou, quien en los albores de la primera guerra mundial abrió taller en París y cuyos bojes nobles se destacan de entre las ilustraciones sin personalidad de la época. Hoy, Jou vive retirado en Les Baux, rudo promontorio de Provenza. Los libros que él ilustró son buscados por bibliófilos y por coleccionistas y se venden a precios muy altos.

La riqueza y la ambición fecunda no tardan en manifestarse con las formas de Maurice Denis, Dufy, Daragnès, Bonnard, Derain, Boussingault, Lothe, Forain, Dunoyer de Segonzac, Dignimont, Vlaminck y tantos otros. Todos ellos han dotado el libro contemporáneo de una distinción y de una originalidad quizás jamás alcanzada hasta ellos.

Entre esta pléyade de pintores que han consagrado al libro un aspecto de su arte, Grau-Sala ocupa lugar preeminente. Grabador de una rara sensibilidad, fija con el buril las finezas de que abundan sus cuadros. La sutil atmósfera de París, la nostalgia de algunos de sus lugares impregnados de quietud y de pátina tienen en este ilustrador un poeta y un recreador privilegiado. No sin razón Madame Bovary y los fantasmas literarios de Baudelaire, de Musset, de Maupassant y de Gérard de Nerval y las Claudinas de Colette han hallado forma plástica en las planchas y en las acuarelas de Grau-Sala. El sentido que este artista da al estilo 1900, atesta su gusto, y el lirismo —que parece dar alas a su buril, así como a sus pinceles— le permite idealizar las formas de un mundo desaparecido, cuyas facilidades son consideradas con nostalgia a través de las congojas de hoy.

Colette saluda con este bello fragmento el talento de Grau-Sala : « ¡Es encantador!... Le ruego, querido ilustrador, que no vea en esta exclamación la injuriosa expresión de la sorpresa. Es tan sólo que he conservado por un arte a la vez legible, minucioso, irónico y bien informado, un gusto muy vivo y me regocijo al ver que la feliz Gigi se ha beneficiado con él. »

Evocando este período de monóculos y de falbaláes, nuestro artista posee un don inimitable. Renueva con un frescor inagotable los rasgos de una existencia ya pasada que no sólo nos parece inefable por las

gracias del espíritu, sino por la dulzura del ambiente, por la riqueza barroca de los muebles y los trajes. La atmósfera que Seurat y más cumplidamente Berthe Morisot y Renoir incorporaban en sus cuadros, Grau-Sala la hace brotar en sus ilustraciones. Y es en ellas tan personal y espontáneo que no parece sino que el vacío dejado en la ilustración del libro por los impresionistas lo haya colmado él con su sensibilidad y su magia.

Esta prodigiosa comprensión de un universo que a él ya no le fue dado alcanzar, se explica por la huella que dejaron en su niñez las revistas ilustradas que recibía su padre, dibujante de semanarios políticos. Así, este desfile barroco de fiacres, de abanicos y de bigotes enhiestos, se ancló profundamente en él junto con las jaulas de canarios y con los sauces románticos. Lo que motivó que al ir a libar en este fondo poético lo hiciera con una afinidad que parecía milagro.

Los ambientes de Grau-Sala constituyen una de las cualidades mayores de su arte, trátese del ilustrador o del pintor. Lo preciso nada más para crearlos, para animarlos con una vida a la vez insinuante y plena, fundiendo lo accidental y lo estable en síntesis esenciales. El secreto quizás de estos ambientes a la vez tiernos y gozosos es la espontaneidad.

No hay asomo de drama en esta producción que traduce la existencia con una emoción intimista.

Si Toulouse-Lautrec nos transmite del mundo de 1900 una imagen de realismo y de drama, el 1900 de Grau-Sala nada tiene de amargo ni de turbio. Su inclinación al equilibrio tiende hacia las expresiones sutiles y ordenadas bañadas con un dejo de humor.

Los personajes de Proust, sus aliños, sus paisajes, corresponden admirablemente al arte de Grau-Sala. Esta feliz ocasión que se le ofrece contribuirá a completar el fresco de una época a la que ha cedido reflejos tan magistrales como las puntas secas de « La Maison Tellier », los seres de Baudelaire y el mundillo de « Gigi » de Colette.

Proust no es un autor que se reedite fácilmente. Fuera de las ediciones —harto espaciadas— de la casa Gallimard, se ha dado al público algún fragmento ilustrado como el de Laboureur y « Un amor de Swann » con ilustraciones de Hermine David. Edición completa no se ha publicado más que la que ilustró Van Dongen en 1948.

Grau-Sala tiene hoy entre sus manos el secreto de lo que va a ser, muy pronto, un acontecimiento entre los amantes de los bellos libros. El conjunto gráfico que debe procurar es de 128 ilustraciones del tipo de las que reproducimos.

Empresa ardua para este artista, para quien el libro representa una unidad en su espíritu. De no ser así no sería posible la fusión que establece entre la tipografía, la evocación gráfica y el contenido.

El color, esta vibrante penetración de la técnica contemporánea, da a ciertas acuarelas y a ciertas litografías de Grau-Sala el carácter de verdaderos lienzos enmarcados por las letras y los márgenes de las páginas.

La riqueza cromática de las ilustraciones que ahora está elaborando, supera, por sus transparencias, a todas las anteriores.

Desde « Du côté de chez Swann » a « Sodome et Gomorrhe », pasando por « Le côté Guermantes », « A l'ombre des jeunes filles en fleur », « La prisonnière », « La fugitive » (la antigua « Albertine disparue ») y « Le temps retrouvé », median unos cincuenta años. Este lapso de tiempo no transcurre en la obra de Proust sin que se refleje en ella la evolución del ambiente y la del indumento. Es un dato que no ha escapado al artista, pues si el universo proustiano es fundamentalmente psicológico y poético, su cuadro es visiblemente realista. Proust sitúa a sus protagonistas en interiores y en paisajes precisos. Los viste según la moda de la época. Lo hace, por lo común, con toques breves, a la manera de los impresionistas. De suerte que el ilustrador sensible y advertido que es Grau-Sala, no confía la creación a la sola fantasía sino que no olvida el documento. Así transmite a sus ambientes esa mezcla de observación y de lirismo propia de las evocaciones poéticas.

Esta edición de Proust constituirá una nueva afirmación del talento de Grau-Sala, uniendo una vez más su nombre a la belleza y a la dignidad del libro ilustrado de nuestra época.

crónicas

Cuba, centro de la guerra fría

POR ALBERTO BAEZA FLORES

EL 17 DE ABRIL DE 1961 unos mil quinientos expedicionarios cubanos desembarcaron en la playa Girón, en un intento de recuperar la revolución democrática cubana y lograr la liberación del país.

Fue un Dunkerque al revés o sea una invasión frustrada. Los objetivos de la acción de los comandos no parecen haber estado bien concertados con la acción interior. La red clandestina de la agrupación anticastrista más revolucionaria no pudo actuar sincronizada con los desembarcos. Las diversas versiones recibidas obligan a un compás de espera para establecer un juicio global sobre los acontecimientos y el expediente para la indagación sobre la táctica militar empleada está aún abierto. El precio de sangre ha sido alto y las cartas que he recibido de amigos cubanos sólo coinciden en su voluntad de continuar la lucha. En el desembarco cayeron algunos amigos cuya condición de revolucionarios intachables y de abnegados combatientes por la libertad aleja toda idea de que se tratara de fuerzas de un « ejército mercenario », como lo proclamó la radio del régimen de Castro y corearon luego todas las publicaciones procastristas del mundo entero.

El poder explosivo psicológico

Lo característico de la acción del 17 fue, aparte el descalabro estratégico militar, las implicaciones de orden mundial que alcanzó al convertirse, de un extremo y de otro, en centro de la propaganda política, como parte de la guerra fría. En la guerra psicológica, los disparos verbales no sólo partieron del campo aliado al castrismo, puesto que envolvieron también a los sectores democráticos. La búsqueda del sensacionalismo motivó una verdadera competencia de triunfos y derrotas que no existían en la realidad, sino en las informaciones periodísticas o en la voz de los locutores radiales. La acción evidenció que se vive entre peligrosas tensiones y que ya no existen acontecimientos aislados. Cuba es el talón de Aquiles en la guerra fría de hoy.

Pekín acusó a Estados Unidos de lanzar « abiertamente la agresión armada contra Cuba ». Moscú, en medio de la metralla de acusaciones, acordó otorgar el Premio Lenin de la Paz a Fidel Castro. Nehru afirmó que « Cuba es un producto nocivo para lo futuro ». Los comunistas patrocinaron una interpelación al Presidente Fanfani en Roma y el máximo dirigente comunista italiano anunció en la Cámara que el Partido

Comunista estaba dispuesto a enviar voluntarios a luchar en Cuba. Al tomar la iniciativa en la agresividad contra consulados, embajadas o instituciones norteamericanas en lugares tan remotos como Moscú y Ciudad México, Budapest y Bogotá, los activistas no hacían sino poner en marcha la advertencia de Lenin de que aquel que da el primer golpe pega dos veces. El objetivo pretendido estaba relacionado con la guerra psicológica como motor de la guerra fría. Una minoría agresiva, aleccionada y sin escrúpulos, podía imponerse a una mayoría pacífica. Las imágenes de las manifestaciones de esa minoría, férreamente disciplinada y agresora, podían crear un clima de impresión de fuerza y solidaridad con el régimen de Castro, al ser transmitidas por la televisión en las ciudades más remotas.

Mientras esa gran cortina de reflejos y tensiones se extendía de un extremo al otro, culpando a Estados Unidos de instigadores de la acción contra Cuba, los tanques « Stalin » de ochenta toneladas repetían en las playas donde se efectuó el desembarco parecidas maniobras a las efectuadas en las calles de Budapest en 1956. Y los aviones « Migs » actuaban victoriosos. Los comandos invasores, sin protección aérea suficiente, agotadas las municiones y sin apoyo decidido desde el mar, vieron después de cuatro días de combate fracasar la maniobra de invasión. No era la primera expedición frustrada en la historia sangrienta de la lucha del pueblo cubano por la libertad.

De ayer a hoy

En agosto de 1931, una expedición de cubanos llegó a las playas del oriente de la Isla, a la zona de Gibara. Su meta era la derrota de otra tiranía : la del general Machado. La acción estaba coordinada con una serie de acciones de la resistencia interior. El ejército de la dictadura y los cuerpos represivos ahogaron la acción libertadora y los otros movimientos coordinados con el desembarco de Gibara. El dictador cayó justamente dos años más tarde, en otro agosto, mediante una acción combinada de su propio ejército y de la lucha del pueblo cubano que se unificó en la acción de la huelga general contra la tiranía, con la sola excepción del Partido Comunista que intentó un pacto con el tirano a cambio de favores políticos.

El amanecer del 1 de diciembre de 1956, un grupo de 82 expedicionarios al mando de Fidel Castro desembarcó en la playa Las Coloradas, también en el oriente de la Isla. El « Movimiento 26 de Julio » consiguió apoderarse de Santiago de Cuba y la Federación Estudiantil Universitaria produjo actos de sabotaje en todas las provincias, como medio de distraer las fuerzas del régimen tiránico de Batista. Sin embargo, sólo doce de los expedicionarios lograron llegar a la Sierra Maestra. Los otros cayeron prisioneros, fueron muertos en la acción de Alegría del Pío o asesinados después de haber sido hechos prisioneros. Una situación parecida a la de los expedicionarios de abril de 1961, sólo que esta vez el refugio fue otra sierra : la del Escambray, donde desde mediados de 1960 actuaban guerrilleros anticastristas a los que Castro calificó de « contrarrevolucionarios », « mercenarios » y « gusanos », aunque entre ellos figurasen antiguos compañeros suyos.

Más desastrosa aún que la expedición de Playa de las Coloradas fue la de mayo de 1957, llamada del « Corinthia », al mando de Calixto Sánchez, un cubano que combatió en el día « D » de la segunda guerra mundial y al que acompañaban otros cubanos como Juan José Formés, que llegó a ser sargento del ejército norteamericano en la guerra de Corea. Los combatientes del « Corinthia » consiguieron internarse en territorio de la Isla, pero fueron sorprendidos y exterminados por los soldados de Batista.

En Cuba aún no se ha dado el caso de que un desembarco pudiese determinar la caída de un sistema tiránico. Y no sólo en Cuba. La acción de la lucha interior de la resistencia a la dictadura es siempre la que dice la última palabra. Pero Cuba y América Latina han podido medir ahora, por vez primera, cómo actúa dentro de territorio americano un régimen que no es la simple tiranía militarista o caudillista, sino que obedece a un sistema totalitario de acción sobre la población civil. Los reflejos de parte de esta población « reacondicionada » por el método totalitario, deben ser estudiados con cuidado si se quiere una visión objetiva del caso cubano.

Los resortes

No es este el momento de hacer un estudio completo de la aplicación por el régimen de Castro de las experiencias de la guerra psicológica. Pero sea suficiente recordar, muy someramente, algunos principios que le han permitido actuar para sofocar el movimiento de liberación cubano.

El traspaso de una revolución democrática a una revolución totalitaria no podía efectuarse sino con una gran astucia unida a una fría previsión. Lo primero fue desplazar, poco a poco, sin darles tiempo a unirse, a los sectores democráticos que estaban siendo reemplazados por cuadros del Partido Socialista Popular (Comunista), así como la depuración de todo el sector democrático del ejército de Batista que luchó contra la tiranía y se incorporó a la revolución. Luego, la depuración del propio Ejército Rebelde. Más tarde la concentración en manos de cuadros « leales » de todo el aparato represivo y de la organización sindical. Paralelamente la imposición en la Universidad de La Habana « del candidato único ». La declaración reiterada de que el régimen no era un régimen comunista y que se toleraba el comunismo, porque perseguirlo sería ir contra la democracia y la libertad.

Al mismo ritmo fue siendo depurada la prensa, la radio y la televisión. Primero fueron incautados los periódicos y radiodifusoras acusados de haber favorecido al tirano Batista o mantenido negocios con la dictadura. Luego fueron cayendo los que habían defendido la revolución, pero que no aceptaban su entrada en la órbita soviética.

Al iniciarse el desembarco del 17 de abril último, hacía casi un año que todos los medios de información pública estaban en manos del régimen y que la población había sido « reacondicionada » de modo intensivo por todos los medios de comunicaciones y de influencia emocional posibles. Un año hacía también, poco más o menos, que los teléfonos mantenían, mientras sonaba la llamada, las consignas siguientes : « Con la patria o contra la patria », « Ni cobardes ni egoístas caben en nuestra revolución ». « Aló, aquí América libre », « Cuba no se humilla ante nadie », « Cuba sí, yanquis no », etc. Asimismo, desde hacía meses, en toda dependencia oficial se debía contestar antes de iniciar la conversación telefónica : « Patria o muerte. Venceremos. » El pueblo vivía ya bajo una verdadera campana de hierro, en la que resonaban las consignas a modo de un colectivo lavado de cerebro.

El estilo de « comunicación democrática » establecido por Castro y sus principales colaboradores obedecía también al mismo sistema. Lo que al turista recién llegado le parecía una lección democrática, al pueblo le resultaba la aplicación sistemática de la técnica del « lavado de cerebro » puesto en práctica en los regímenes comunistas. La reiteración de las mismas consignas, de las mismas palabras, de las mismas ideas básicas, no tenía otro objeto que crear una especie de reflejo instantáneo.

Las experiencias motoras

Castro no inventó la guerra psicológica, pero es el que en América Latina la aplica de modo más riguroso y sistemático ; no creó la guerra fría, mas, hasta ahora, su régimen es la mejor cabeza de puente que la Unión Soviética tiene en el continente americano.

Los principios de libertad y fraternidad de la Revolución francesa han sido aplicados con objetivos opuestos por los castristas. La consigna de la Convención « Libertad o Muerte » le sirvió a Castro para su « Patria o Muerte », destinada en última instancia a someter a Cuba al lema que sirvió a Stalin para afirmar su poderío en la Unión Soviética : « Socialismo o Muerte ».

Las milicias castristas recibieron asimismo la experiencia de los comunistas españoles, adquirida en el curso de la guerra civil. No podían ser, pues, milicias democráticas, sino milicias politizadas por el Partido Comunista. Las armas fueron a ellas una vez que la columna vertebral de sus activistas ofreció ya la garantía suficiente de que esas armas no se volverían contra el régimen. Así, las milicias fueron intensamente entrenadas en el manejo de las consignas primero, y luego en el manejo de las armas. De esta forma pudo contar Castro con unas milicias seguras, bajo la vigi-

sonas el día mismo del anuncio del desembarco de los comandos anticastristas.

El reacondicionamiento

Castro anunció que fusilaría a los centenares de cubanos que fueron hechos prisioneros durante el desembarco. La protesta en toda América Latina ante el retroceso a tiempos bárbaros no se hizo esperar. Más tarde el jefe del régimen cubano anunció que sólo serían fusilados algunos de los prisioneros. La propaganda castrista intentó mostrar el cambio de actitud como una generosidad de Castro y su régimen que, en esto, no hacían sino copiar las experiencias de Stalin con los prisioneros alemanes y las de los comunistas de Corea del Norte y China Roja con los prisioneros de las Naciones Unidas cuando la guerra de Corea.

(El lema de « Venceremos » fue cambiado por el de « Vencimos », aunque no se trataba —como la propaganda quería hacer creer— de una derrota del « imperialismo norteamericano », sino de la de una operación de comandos de jóvenes cubanos.)

Previa aplicación de los métodos de tortura psicológica, del fusilamiento del comandante Sorí Marín, compañero de Castro y su primer ministro de Agricultura —firmante de la Reforma Agraria—, de los fusilamientos de hombres de la resistencia interior y de campesinos que se unieron a los comandos, los prisioneros fueron sometidos al « repudio » callejero de activistas previamente instruídos, a presiones « populares » y luego mostrados ante las cámaras de televisión en la Sala-Teatro de la Confederación de Trabajadores de Cuba.

La « conversación » con los prisioneros tuvo un objetivo complementario : amedrentar a la población civil y desanimarla para su futura ayuda a los anticastristas. Algunos prisioneros vestían aún ropas de campesinos, proporcionadas por éstos a costa de sus vidas en el deseo de ayudar a los invasores cercados. Algunos prisioneros parecieron contradecir con sus palabras la empresa libertadora emprendida con riesgo de la vida, pero otros malograron en parte el objetivo de Castro. Dijo uno : « Vinimos a luchar contra el comunismo, y si usted. comandante Castro, afirma tener el pueblo a su lado, ¿por qué no le permite expresarse libremente en unas elecciones? » Otro informó : « Queríamos volver a la Constitución y a la democracia, a las elecciones, al progreso social, a la justicia y a la ley. » Y otro argumentó a los acusadores que si Castro había pedido la ayuda chino-soviética, los que luchaban por la libertad no tenían que avergonzarse de solicitar ayuda a la democracia norteamericana.

Ultimas maniobras

El primero de mayo de 1961 Castro anunció oficialmente la instauración de la República Democrática Socialista Cubana, indicando así que la « Cortina de Hierro » se extendía hacia América Latina. El régimen proclamado el día mundial de los trabajadores va, paradójicamente, contra aquellos en cuyo nombre se efectuó la proclamación. La primera acción del nuevo régimen fue la ampliación de la jornada de trabajo a la clase obrera cubana y la liquidación de las últimas conquistas laborales con el argumento de que ya la República es de los trabajadores.

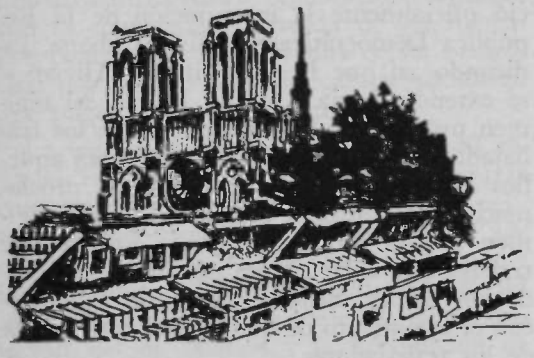
Al mismo tiempo Moscú otorgó al comandante Fidel Castro el Premio Lenin de la Paz. Desde sus primeras experiencias universitarias la vida de Castro estuvo unida a la violencia y a la metralla. Su ejército es proporcionalmente de un soldado por cada treinta habitantes. (Rusia tiene uno por cada cincuenta y Estados Unidos de América uno por cada setenta.) El premio Lenin de la Paz no es una ironía, puesto que para la Unión Soviética « la paz » es una forma estratégica de la guerra.

Castro anunció la liquidación de las últimas esperanzas de elecciones. Fue más allá que los regímenes situados dentro de la Cortina de Hierro, donde al menos existe una farsa o comedia electoral en torno al partido único.

Castro y los comunistas han ganado una experiencia, pero el pueblo de Cuba y los de América Latina también. Sólo que éstas experiencias van por caminos opuestos y hacia una lucha planteada en términos inequívocos : o totalitarismo o democracia, o tiranía o libertad.

JEAN BLOCH-MICHEL

París: Cinco días de zozobra



Sábado, 22 de abril de 1961

A las ocho de la mañana me llama por teléfono René Tavernier. Aún no he leído los periódicos. Lo oigo con asombro, cuando me dice que está trastornado por la cuartelada de Argel. Me explica lo que ha sucedido durante la noche, y le contesto que, en estas condiciones, me parece imposible celebrar el lunes en Lyon la conferencia sobre Camus, que yo había de presidir. Sin embargo, decidimos esperar antes de anularla.

Los periódicos de la mañana no hablan todavía del levantamiento. Habrá que aguardar las ediciones de mediodía. Las noticias que da la radio son muy someras. Empieza para mí, sin duda como para todos los parisienses, una serie de llamadas telefónicas. Nos llamamos mutuamente para recoger alguna información, para cambiar impresiones.

En todo caso, las noticias que van llegando son malas. El hecho de que haya podido prepararse y llevarse a cabo una empresa de esta clase, bajo la dirección de unos generales como Challe y Zeller —se sabe del primero que es ferozmente contrario a la política del general de Gaulle, pero se le consideraba como hombre bastante razonable, lo que no es el caso del segundo— demuestra con toda evidencia que una parte del ejército, aparentemente reintegrada a la fidelidad, ha optado una vez más por la oposición a todo trance y por el fascismo. Las comunicaciones recibidas durante el día acerca de los acontecimientos de Argelia nos lo confirman. La facilidad con que se extiende la insurgencia, la adhesión de otros generales de aquella región, la toma de Orán por algunas unidades de paracaidistas prueban la existencia de una especie de descomposición mucho más profunda de lo que hubiera podido creerse.

Domingo, 23 de abril

Los periódicos han salido excepcionalmente esta mañana. Con pocas hojas y, además, con escasa información. La prensa, a excepción de los órganos parisienses de los « ultras » —*Le Parisien Libéré* y *L'Aurore*— han logrado una especie de unanimidad. Se anuncian los acuerdos tomados por las centrales sindicales, las reuniones comunes de los partidos democráticos. Entre los grupos políticos, la discrepancia es evidente : a un lado todos los partidos, hasta el comunista que, sosegadamente y sin manifestar ningún propósito particular, se encuentra en el seno de una coalición « republicana » ; y al otro, los que se llaman independientes, los de la derecha, que se callan. Es decir que los que están en favor

del movimiento no lo dicen, y todos los que se hallan en contra, desde la UNR a los comunistas, se muestran dispuestos a unirse. Primer resultado de la acción de estos bravos defensores del Occidente y de esos anticomunistas profesionales : el esbozo de un nuevo Frente Popular.

Por la tarde voy a ver a Manès Sperber. Soy aún más pesmista que él. Considero imprudente reunir en Lyon, ciudad llena de activistas, una conferencia sobre Camus. ¿Cómo hablar de él, sin hablar de Argelia? Tanto más imprudente, cuanto que a mi entender los representantes franceses de los « ultras » y de los generales sediciosos pasan a la acción. Las bombas de plástico ya no son únicamente manifestaciones ruidosas. Hoy, las tres que han hecho explosión en Orly, la estación de Austerlitz y la de Lyon han causado un muerto y dieciocho heridos. Hay muchas razones para creer que esto irá en aumento. Manès insiste en que debe celebrarse la conferencia de Lyon. Yo debo partir el jueves próximo o, más bien, debería hacerlo. Claro está que tal viaje me parece imposible en este momento.

Me despido de Manès, a quien encuentro demasiado optimista, y nos vamos a cenar a Saint-Cloud, a casa de los F., con los que pensaba, precisamente, ir a Italia. Resolvemos hacer como si el viaje hubiese de realizarse. Después de cenar, pasamos la velada escuchando las noticias. Salan ha llegado a Argel, el general Gouraud se ha unido a la rebelión. A pesar de las afirmaciones oficiales, según las cuales una parte de las tropas y de los cuadros ha permanecido fiel, se tiene realmente la impresión de que Argelia entera, o más bien su ejército, se halla comprometida en la aventura.

A las once salimos de Saint-Cloud para regresar a París. Y desde este momento la insurrección de Argel, que tenía la apariencia abstracta de los acontecimientos que se conocen por los periódicos y la radio, se convierte en una cuestión que me afecta directamente, que me absorbe. El hecho se produce en la avenida del Puente de Saint-Cloud, a la salida de la autopista del Oeste. En efecto, vemos con estupor, a lo largo de la avenida, doce carros blindados Sherman alineados junto a la acera, y a sus servidores instalados en sus puestos. Desde agosto de 1944 y la liberación de París, no había habido carros aquí... Decidimos dar una vuelta por París, antes de ir a casa. A decir verdad, nada se advierte de particular, a no ser una reducción del tránsito. Las gentes se han quedado en casa para escuchar las noticias. Ahora cruzamos los Campos Elíseos y entramos en el faubourg Saint-Honoré. Frente al palacio del Elíseo hay varios carros de la Guardia Republicana, con sus ocupantes en uniforme de campaña, y los carros blindados de los mandos están estacionados en los alrededores.

Estas precauciones excepcionales indican evidentemente que sucede algo. Al volver a casa pongo en marcha la radio y, después de algunas noticias inquietantes relativas a Argel, oigo —son algo más de las once de la noche— el llamamiento de Michel Debré. Así pues, los generales rebeldes de Argel piensan atacar a París. Es a la vez increíble y verosímil. Increíble, porque resulta difícil imaginar una operación de esta índole ; verosímil, porque Argel sólo no podrá cambiar la situación y todo habrá de decidirse aquí. A partir de este instante, hasta las dos o las tres de la madrugada, vuelve a empezar la ronda de los telefonazos. Todas las llamadas son para saber lo que piensan o hacen los demás. ¿Qué hacer? A las dos, el anuncio de la movilización de las milicias de la UNR, la apertura de las oficinas de reclutamiento en el ministerio del Interior y en el « Grand Palais » me desconcierta : o es una leva en masa, y éste es el sentido que tenía la arenga de Michel Debré, o la movilización. Pero este reclutamiento político me parece insensato. ¿Hasta qué punto la UNR está segura de sus militantes? Poco después oigo en la radio que Malraux ha ido a arengar a unos centenares de « milicianos » reunidos, e inmediatamente, un comunicado del gobierno que prohibe entregar armas a toda unidad no oficialmente constituída.

Hasta las tres no cesa la radio de transmitir el llamamiento de Michel Debré y, de vez en cuando, salgo al balcón para ver si, en esta suave noche de primavera, florecen de pronto en el cielo las corolas de los paracaídas.

Lunes, 24 de abril

A las ocho de la mañana logro comunicar con Tavernier, que está en Lyon. Esta

después de las declaraciones del general de Gaulle, se vuelva a afirmar que la tropa disparará sobre los sediciosos. Esto suscita violentas protestas de la derecha, que la radio retransmite. Inmediatamente después, el ministro de Información lee las instrucciones que de Gaulle dirige al ejército. Ya está más despejada la situación. Se le ordena que dispare llegado el caso. El mito de la unidad del ejército, en nombre del cual habían disfrutado hasta ahora de la mayor indulgencia los verdugos, tanto fascistas como rebeldes, ha quedado destruído. Y recuerdo las palabras que de Gaulle había dicho a Camus el día en que, mucho antes del 13 de mayo, le recibió, y que Camus me repitió : « Recuerde que soy el único que ha tenido valor para hacer disparar sobre los franceses. »

Poco después nos enteramos de que los paracaidistas han abandonado a Orán, donde han vuelto a instalarse las autoridades legítimas, y que los generales sediciosos han salido de Argel, lo que más tarde fue desmentido. La reagrupación de los « paras » y esta salida de los generales puede presagiar lo mejor y lo peor.

Llamada telefónica de F., con el que debía partir para Italia. Comprobamos que es imposible. Por su parte ha recibido noticias muy inquietantes. Uno de sus amigos, oficial de carrera, le ha referido lo que pasó el lunes por la noche en Rambouillet (noticia que más tarde me confirman). En Rambouillet está de guarnición el 501 Regimiento de Carros Blindados, regimiento escogido, predilecto del general de Gaulle, puesto que se ha formado con la célebre 2ª División Blindada de Leclerc. La primera noche, en que se instaló el dispositivo de seguridad, los raros oficiales leales del regimiento advirtieron que sus camaradas se preparaban a dirigirse sobre París, no para participar en las medidas de seguridad que habían sido dictadas, sino para apoyar las tentativas de subversión que suponían iban a producirse durante la noche. Los oficiales leales inutilizaron entonces todos los carros del regimiento, y éste, en vez de tomar parte en el dispositivo de seguridad, permaneció en Rambouillet... Y a pesar de las afirmaciones del general Crépin que manda las tropas acantonadas en Alemania, tampoco se tiene confianza en ellas, o más bien en sus jefes, aun cuando se les haya ordenado trasladarse a París.

Parece que, a despecho de las declaraciones optimistas de la radio acerca de la fidelidad de los generales de Argelia, a despecho de la toma de Orán y de Constantina que ya se anuncia, la crisis ha llegado a su apogeo. Por lo menos, esto es lo que se cree en París.

Escucho las informaciones. Se repiten las instrucciones del general de Gaulle al ejército. Después, súbitamente, las informaciones se aceleran y el tono cambia. Nos enteramos de que la escuadra de Tolón ha aparejado por la tarde. Se nos anuncia la difusión de noticias importantes. Hacia medianoche, los informadores de la radio, que ya han restablecido el contacto con los técnicos de Constantina, dicen que los generales rebeldes han convocado a los argelinos al Foro. Unos minutos más tarde, hacen oír la voz de una locutora pidiendo a la población que vuelva a sus hogares ; y por primera vez, desde hace cuatro días, transmiten el indicativo de la « Radio Televisión Francesa ». Se habla de algaradas en el Foro. Ahora los acontecimientos se desarrollan muy de prisa. Todo se derrumba súbitamente. A las dos de la madrugada, aun cuando se haya desmentido el suicidio de Salan, es evidente que la rebelión no sólo se ha desintegrado sino que, además, ha dado pruebas de una curiosa inconsistencia. Tan es así, que nos preguntamos si no ha sido el gobierno el que ha dado voluntariamente ese carácter febril a los cuatro días que acabamos de vivir. La necesidad de despertar a la opinión y de probar a los rebeldes que no encontrarían ningún apoyo en la metrópoli justificaría esta maniobra de guerra psicológica. Al oír de madrugada las primeras informaciones del día nos parece que el levantamiento no ha sido más que la obra de algunos oficiales, y en cuanto a las tropas, sólo han tomado parte en él los cuerpos de mercenarios, en particular la Legión Extranjera.

Miércoles, 26 de abril

Ya se ha terminado. Hasta *L'Aurore*, que durante un momento se había puesto al lado de los rebeldes, da muestras de un republicanismo de buena ley. Ya se ha terminado. Pero ahora empieza lo demás. ¿En

FRANÇOIS BONDY

Jaspers y el proceso Eichmann

LA VÍSPERA DE MI SALIDA para Jerusalén, con objeto de asistir allí a la vista del proceso Eichmann, hice una visita al profesor Karl Jaspers para hablar con él de los diferentes aspectos de ese proceso y de su resonancia en la opinión mundial. Nuestros lectores saben que el filósofo Jaspers hubo de afrontar los dramas morales de la Alemania contemporánea con valor y lucidez, y recordarán particularmente su artículo sobre el tema de la libertad y de la unidad alemana (*Cuadernos*, n° 46). En ese trabajo Jaspers ponía en tela de juicio, a la vez, la legitimidad histórica y el valor político de la doctrina que considera como punto capital del problema alemán la reconstitución de la unidad del antiguo Reich.

Expongo a continuación las respuestas de Jaspers a las preguntas que en esa ocasión le hice.

— *Ante el proceso Eichmann, todo un pasado se impone bruscamente a la actualidad y reclama una opinión mundial —y, claro está, alemana en primer lugar— que considere ese pasado. ¿Cuál es, a juicio de usted, el significado de esa irrupción del pasado y qué encierra ese movimiento de la opinión mundial?*

— Creo yo que el interés que suscita ese proceso tiene motivos muy diversos. El más claro es la satisfacción de comprobar que después de los hechos monstruosos que conocemos, al menos uno de los principales responsables de la « solución final de la cuestión judía », va a ser castigado. En Israel mismo, otro motivo de satisfacción consiste, a no dudarlo, en advertir que este Estado se halla en disposición de llevar a cabo un proceso semejante, y que ha tenido la energía y el acierto de deferir a ese hombre ante un tribunal, decisión que ningún otro Estado mostró deseo o capacidad de adoptar. Una reacción diferente se registra entre los alemanes, o al menos entre algunos alemanes que temen que el evocar de nuevo esos problemas y poner ante los ojos de todo el mundo esas monstruosidades perjudique a Alemania y la dañe ante la opinión universal. Estimo, por mi parte, que en nosotros los alemanes esa preocupación es indigna, porque no debemos ni olvidar lo que la Alemania hitleriana hizo, ni pretender que la humanidad lo olvide. Y he de añadir que me causa admiración que se evoquen, ya en favor, ya en contra de ese proceso, sutilezas de carácter jurídico.

— *Acaba usted de aludir a sutilezas jurídicas ; pero, aparte ellas, ¿no ve usted en la organización de ese proceso dificultades que podrían parecer casi insolubles, hasta si en el aspecto sentimental ese proceso está más que justificado?*

— Creo, en efecto, advertir dificultades insuperables. La detención en Argentina es contraria al derecho de los pueblos, pero se justifica desde el punto de vista moral y político, y un acuerdo entre aquel país e Israel ha liquidado ya ese litigio. Se ha elegido un procedimiento jurídico por lo que de hecho ello tiene de acto político, puesto que nadie niega ese crimen como tal crimen. Todo Estado, todo hombre que se expresa públicamente reconoce que ese crimen se consumó. Pero ese crimen ofrece la particularidad de no estar definido en nin-

gún código. No se sabe concretamente qué es lo que se somete a juicio. Además, esos crímenes se cometieron en nombre de un Estado. Son la expresión de la voluntad pública de ese Estado y rebasan la persona de los diferentes agentes que los cometieron. Y hay también el hecho de que cuando esos crímenes se perpetraron el Estado de Israel no existía aún. Y resulta que la relación entre el Estado de Israel y los judíos no es la relación tradicional entre un Estado y sus súbditos, sino una relación única, sin precedente histórico. Ahora bien, la relación que une el Estado de Israel a los judíos que actualmente viven en el mundo entero, así como a los judíos que vivían antes de constituirse dicho Estado, es una relación acerca de la cual no están todos de acuerdo, ni los mismos judíos ni el resto de las gentes. Así es que, si consideramos esas principales dificultades, me parece que las dos cuestiones más importantes que se plantean en este caso son : primera, ¿de qué género de crimen se trata, concretamente?, y segunda, ¿quién tiene competencia para juzgarlo?

— *Admitidas esas dificultades jurídicas e intelectuales, me permito preguntarle si ha pensado usted, siquiera como hipótesis, una solución para las mismas.*

— Acaso el tribunal llegue a una conclusión que no podemos tratar de anticipar ni siquiera en hipótesis, como usted dice. Verdad es que es empresa muy discutible la de construir algo que pueda parecer irreal, pero hay la costumbre de permitir a los filósofos que lo hagan así, porque, en el fondo, no se les toma muy en serio. Déjeme, pues, considerar cómo puede girar el asunto y qué solución parcial de esas dificultades se me ocurre. El proceso podría desarrollarse así, llevado desde ahora con tanta seriedad y tantas precauciones como estamos viendo. Cuando se termine, el tribunal estaría en el caso de poder declarar : « Hemos comprobado la realidad de los hechos en toda su amplitud. Los ponemos en conocimiento del mundo entero. Nosotros nos confesamos incompetentes para pronunciar una sentencia. En ese crimen que fue la exterminación de los judíos, hay que ver otra cosa que un asesinato en el sentido que da a esta palabra el derecho penal. Ha quedado bien de manifiesto que se trata de un crimen hasta ahora desconocido, de un crimen de tipo nuevo. El crimen contra los judíos ha sido al propio tiempo un crimen contra la especie humana. Depende, por consiguiente, de un tribunal que represente al género humano. » El tribunal podría decir también : « Tenemos en nuestro poder uno de los principales culpables de ese crimen, en lugar seguro, y lo pondremos a la disposición de un tribunal representativo de la especie humana, que es el competente para juzgarlo. Lo guardaremos hasta que tan elevada instancia nos pida que le sea entregado. No podemos nosotros devolver la libertad a ese hombre, pero no nos consideramos tampoco en condiciones de pronunciar contra él la pena de muerte. Renunciamos a lanzar esta condena, pero conjuramos a la humanidad a que de esos crímenes y de su castigo haga un asunto suyo. Lo que parecía no concernir más que a los judíos nos concierne a todos. En los judíos ha sido herida toda la especie humana. » He ahí la hipótesis que he imaginado.

— *Pero, ¿en qué forma concibe usted el tribunal que haya de pronunciarse sobre ese nuevo tipo de crimen, en nombre de la especie humana?*

— Actualmente tenemos la O.N.U., que debería constituir ese tribunal. Ignoro hasta qué punto existen, en su marco, elementos a partir de los cuales pueda organizarse Pero si una apelación semejante viniese de Israel, la O.N.U. no podría negarse a considerarla. Dudoso me parece que llegase a un resultado. No tenemos gran confianza en la misma, aun representando nuestra última probabilidad en este caso. Pero de todas maneras, la situación embarazosa en que se encontrarían la O.N.U. y todos los Estados ante tal requerimiento de Israel sería útil y acaso daría sus frutos a la larga.

— *¿Usted cree que los jueces israelíes proclamarán un crimen contra el género humano? ¿Cómo definiría usted semejante crimen?*

— Recuerdo haber oído un día a Hannah Arendt establecer una distinción entre un crimen contra la humanidad y un crimen contra la especie humana. Los crímenes contra la especie humana son aquellos que la amenazan en su existencia misma. Lo que ha ocurrido con las matanzas colectivas de judíos se puede considerar como el

prototipo de ese género de crimen. Podría no ser sino un precedente relativamente modesto, pues los medios de destrucción que ofrece la técnica moderna permiten de ahora en adelante la exterminación de razas enteras, por centenas de millones de gentes. Tener conciencia de esta amenaza y hacerle frente, obrando de suerte que en la ocasión de este primer caso no sea un solo Estado el que juzgue, sino que sea la especie humana la que se manifieste y patentice que se siente amenazada, es algo que me parece de una decisiva importancia.

Porque hay una cosa evidente : se trata a la vez de algo más y de algo menos que de un asesinato en el sentido convencional del término ; de algo más que todos los asesinatos condenados hasta ahora, tales como las leyes los definen, porque es éste un crimen que se consumó por la voluntad de un Estado, al margen del interés particular de los diferentes individuos que como ejecutores lo cometieron ; pero es un crimen de tal naturaleza que se puede afirmar que si los Estados reconociesen el derecho de cometerlo, la especie humana tendría la seguridad de perecer. Y así como en cada Estado el asesinato de un hombre concierne al interés general, porque el Estado no podría subsistir y todos sus súbditos estarían amenazados si los asesinatos no se castigasen, así también se trata en este caso del asesinato de un grupo humano : los judíos, que constituyen una unidad, no racial por supuesto, sino formada por los lazos de la tradición religiosa. Pero si en lugar de un grupo humano que forma parte de la raza blanca, se tratase de razas propiamente dichas, de las que se pueden distinguir biológicamente, y si estas razas fuesen destruídas por la acción de Estados que se pusiesen al servicio de otras razas, no habría ya freno alguno para la criminal tarea. Las cosas han comenzado aquí y en nuestro tiempo. Es menester que el mundo entero tenga clara conciencia de ello. Y de ahí el gran interés que el caso Eichmann representa para toda la humanidad.

Por otra parte y miradas las cosas desde cierto punto de vista, esos hechos son menos que un asesinato en el sentido convencional del término, pues, como ya he dicho, Eichmann y los otros que siguieron su misma conducta no obraron como asesinos, es decir movidos por razones egoístas, buscando ventajas particulares o por satisfacer una venganza personal, o por cualquier otro de los motivos que suelen guiar a los asesinos, sino que obraron obedeciendo a la voluntad de un Estado. Es indispensable darse perfecta cuenta de esto.

Tampoco se trata de criminales de guerra. Los criminales de guerra son personas que, en las circunstancias de la contienda entre pueblos y luchando contra sus enemigos, cometen acciones contrarias a las leyes de la humanidad. Pero aquí nos hallamos ante crímenes que fueron cometidos durante el curso de una guerra, sin pretender con ellos ejercer una influencia sobre el desarrollo de esa guerra y que, desde el punto de vista de la acción militar, hasta eran más bien nocivos para el Estado asesino. No son, pues, crímenes de guerra. Nos hallamos ante una categoría de hechos enteramente diferente, que ha hecho su aparición en nuestros días. Y me parece a mí que si la enormidad de este acontecimiento se deja confinada ante el tribunal de un solo Estado y si la humanidad descansa tranquilamente en este procedimiento y considera el asunto como resuelto, todo lo que hay aquí de esencial y todo lo que acarrea consecuencias será, me atrevo a decirlo, « trivializado », aunque la expresión pueda parecer arriesgada.

— *Y si volvemos ahora de esta concepción de un tribunal calificado para juzgar un crimen contra la especie humana, a la particular coyuntura en que nació el Estado de Israel y en que llegó a instruir este proceso, ¿qué relación encuentra usted entre ese mismo proceso y los intereses del Estado de Israel?*

— El interés del Estado de Israel y de los judíos es precisamente lo que me hizo vacilar antes de aceptar esta entrevista. Porque yo no soy judío. Y tengo la plena conciencia de que es imposible manifestar una exigencia cualquiera, sea la que fuere, con relación a los judíos en este aspecto. De todos modos, nadie duda que los jueces en Israel procederán con arreglo a las normas del derecho y ajustándose a la más estricta objetividad. Diré más todavía : Israel tiene derecho a sentirse ufano de poder ofrecer, por vez primera desde hace milenios, a cada judío una tierra en que asentar su plan-

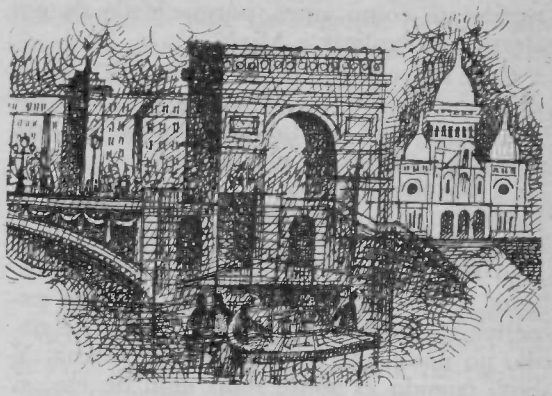
ta. Puede estar ufano de hallarse en condiciones —en una situación constantemente amenazada, más amenazada que la de cualquier otro Estado— de representar los intereses del género humano al representar sus propios intereses. Y no se puede tampoco negar a Israel el derecho de enorgullecerse de su soberanía reconquistada. Semejante orgullo es propio de todos los Estados nacionales, y hasta si es cierto que constituye un fenómeno inquietante, se halla hoy tan difundido que el más pequeño Estado le atribuye una importancia capital. No se puede discutir a los judíos de Israel el derecho de hacer lo que hacen todos los demás Estados. No se trata, por consiguiente, de manifestar la menor exigencia, sino de considerar la posibilidad para los judíos, en Israel, de tener la abnegación de renunciar al ejercicio de esa soberanía y a la satisfacción de condenar a muerte, por un tribunal suyo, a uno de los que han participado en la exterminación de los judíos y que ha sido uno de los principales agentes de esa exterminación. Por mi parte, no osaría yo discutirles el derecho de pronunciar una sentencia, pero, al mismo tiempo, cuando pienso en eso me aflijo, porque amo a los judíos y porque admiro al Estado de Israel. Paréceme, en efecto, que se presenta aquí una ocasión extraordinaria para ese Estado de ser otra cosa que lo que son de ordinario los otros Estados, es decir, una ocasión de renunciar al sentimiento del poder, al ejercicio de la soberanía en una causa que es más que la causa de una Estado individual y más que la causa de los judíos. Sería una gran cosa aprovechar esta oportunidad. Pero nadie tiene derecho a exigirlo, sino los mismos israelíes o los judíos.

Pienso además, al opinar así, en el interés de Israel, y al llegar a este punto se me ocurre una reflexión de oportunidad política y, por decirlo así, contingente. Hela aquí : si el resultado del proceso fuese tal como yo me lo imagino y como le he dicho a usted, Eichmann sería, de hecho, arrojado a una prisión de por vida. Se le condenaría a trabajos forzados a perpetuidad ; pero Israel evitaría pronunciar la pena de muerte, que, al menos que yo sepa, se impone en este caso por prescripción del código penal israelí, aun cuando Israel haya abolido la pena de muerte en general. Y, cosa extraña : hoy, en tanto que a diario se cometen los más atroces asesinatos, en tanto que las poblaciones son exterminadas en masa —como ocurrió recientemente con el Tibet—, la opinión pública entera se conmueve profundamente ante una condenación a muerte y casi siempre ataca a los tribunales y a los Estados que la proclaman. Puede preverse, me parece a mí, que en el caso de Israel la ejecución de semejante sentencia suscitaría en el mundo ecos antisemitas y antisraelíes. Si Israel se considera competente, o, más bien, si el tribunal constituído por Israel se considera competente, se producirá algo que en el clima de la opinión mundial puede perjudicar a Israel y a los judíos. Esta es una de mis preocupaciones.

— *Si reconsideramos ese caso de conciencia que podría significar una venturosa coyuntura para nuestro porvenir, ¿cómo concretaría usted esa coyuntura?*

— Creo que es posible aventurar que si el tribunal israelí llega a la conclusión que yo imagino, ello tendría como consecuencia poner en una embarazosa situación extraordinaria a la O.N.U. y a la opinión mundial. De ahí surgiría una inquietud saludable. Los políticos cínicos podrían sonreír, pero el dardo quedaría en la carne. Y no habría quien lo quitase, porque la apelación subsistiría y la cuestión seguiría planteada : ¿Qué hacéis vosotros, qué hace la especie humana de esta realidad fundamental que hemos expuesto ante la opinión mundial, a propósito de un individuo que conservamos en prisión? Se me antoja que si el tribunal israelí renunciase al triunfo de la soberanía nacional y del poder que significaría dictar la condena de ese abominable enemigo que no ha obrado sólo contra los judíos, sino contra la especie humana, ese tribunal haría gala de una grandeza moral y política que no podría dejar de tener consecuencias. Porque en la magnanimidad de este dominio de sí mismo, de esta revelación y de este renunciamiento se encerraría una llamada, hecha al mundo entero, a meditar sobre estas cosas. Y ello podría acaso contribuir a esa saludable metamórfosis de la política que, por múltiples razones, deberá producirse en los decenios que se aproximan, si es que la especie humana quiere sobrevivir.

balcón de París



POR ARTURO SERRANO PLAJA

Hay que morir joven...
lo más tarde posible

TALES PALABRAS, atribuídas a determinado sabio francés, muerto hace algunos años, constituyen una graciosa paradoja... de viejo. Efectivamente, esa especie de guiño malicioso que la segunda parte de la frase parece hacernos, expresa una como nostalgia de juventud que, claro está, no sentirá ni puede sentir quien se siente joven en realidad de verdad. Mas con todo —será el estilo, como siempre— hay algo en ese enunciado que atrae, que parece valedero para, por lo menos, tratar de explicarse una exposición de pintura : la actual de Joan Miró.

Hacía ya cinco o seis años que no se veía ninguna muestra suya en París. Se nos dice, para explicar tan amplia pausa, que Miró soñaba con un taller grande, como el que finalmente tiene ahora en Palma de Mallorca, pero que, precisamente, ese taller le ha costado más de un dolor de cabeza hasta llegar a habituarse a él. Como quiera que sea, aquí, en París, de nuevo está presente Miró : en la misma galería de siempre, con los mismos colores de siempre —casi— y, en el fondo, con *lo mismo de siempre*.

Mas, contra lo que pudiera parecer, en ese « lo mismo de siempre » empieza lo que no puedo menos de llamar el misterio. Porque esa es de las frases, bivalentes al menos, en las que el signo —digamos el énfasis— tiene importancia capital. Aclaremos por ello que aquí, y muy deliberadamente, se emplea no para calificar monotonía, sino algo diametralmente opuesto. Como si de un niño se pudiera decir : « siempre lo mismo », sin por ello indicar monstruosidad o incapacidad de madurez, sino perduración de un cierto estado de inocencia.

Tratemos de explicarnos. ¿Qué es la pintura de Miró? Hace ya sus añitos —debió de ser hacia el 30— André Breton escribía en alguna parte : « Probablemente Miró es el más surrealista de todos nosotros. » Y, por entonces, éramos muchos los que creíamos que eso constituía explicación suficiente acerca de la irresistible atracción de la pintura de Miró. Pero ¿y hoy? ¿Servirían tales palabras de aclaración para alguno de los tres muchachos —de unos veinte años— que oí yo el otro día discutir acaloradamente en la sala de la exposición? Durante un buen rato seguí, con toda la atención que la discreción me permitía, sus palabras. En su entusiasmo por Miró, esbozaban teorías, apreciaciones, etc. Ni por un solo instante oí mencionar el rótulo, el tecnicismo : « surrealista ».

También es surrealista Dalí, y poco, muy poco, tiene que ver con Miró, pese al catalanismo original de ambos. Y por el lado de abstracción que puede notarse en Miró. Dios sabe que no es precisamente eso lo que hoy falta en París. Por otra parte, en tanto que caligrafía, digamos, no sería imposible encontrar en el mismo Picasso algún rasgo parecido a esos de Miró. Lo mismo podría decirse acerca de las deformaciones, del relativo figurativismo que pueda haber en Miró, etc. Mas después de haberlo notado, nos

libros

«Obras», de Julián Marías

La editorial española « Revista de Occidente » acaba de llevar a término su plan de reunir en seis volúmenes los escritos de Julián Marías. Con ello, obras publicadas por diversas editoriales y en sitios diversos quedan albergadas bajo la enseña de la lechuza, familiar a los habituales de los libros de la « Revista de Occidente », fundada por Ortega en 1923. El acontencimiento es importante y debe señalarse : diecisiete años de trabajo, la labor solícita de un obrero del pensamiento, algo volátil por naturaleza, se concreta en seis tomos robustos, gratos a la vista, bellamente encuadernados. « La labor del minuto, el prodigio del año », cantados por Rubén, adquieren aquí inequívoca evidencia. La colección reune desde el primer libro del autor —su *Historia de la Filosofía*, publicada en 1941, cuando tenía 26 años, y que va ya por la 13a. edición— hasta *El oficio del pensamiento*, que vio la luz en 1958. Filosofía, sociología (*La estructura social* es un brillante ejemplo), estudios e impresiones de viaje, artículos dictados por la circunstancia inmediata o remota encuentran acogida en estos volúmenes.

Comentando la muerte de Unamuno, en una densa nota inserta en *La Nación* de Buenos Aires el 4 de enero de 1937, el otro superprotagonista de la vida espiritual española en la primera mitad de este siglo, Ortega, dijo : « La voz de Unamuno sonaba sin parar en los ámbitos de España desde hace un cuarto de siglo. Al cesar para siempre, temo que padezca nuestro país una era de atroz silencio. » A ese « atroz silencio » temido por Ortega, que caía sobre España con la ausencia de la voz de Unamuno, hay que añadir el de tantas otras ausencias y el de tantas presencias acalladas. Sobre este fondo ha ido construyendo su obra Julián Marías. A cuanto se ha escrito en España desde la guerra civil, y no sólo de asuntos que rozaran la política, habrá que añadir, o descontar, cuanto ha supuesto ese silencio. El espléndido coraje, alimentado por una vocación ineludible y por una voluntad juvenil, positiva y resuelta, que supone la obra llevada a cabo por Marías en años tan difíciles de la vida española, no puede hacernos olvidar, porque sería terriblemente injusto y ofensivo para la verdad histórica, lo que otros no han podido hacer, por motivos perfectamente válidos, de índole moral, unas veces, ligados a circunstancias personales, a obstáculos insuperables, otras. A la hora de rendir cuentas, sólo se considera lo hecho, pero en este caso es preciso esforzarse por tener presente de algún modo lo que no ha podido hacerse y que a veces hasta ha servido para que otros pudiesen hacer. No se caiga en la tentación de pensar que lo no hecho sería siempre lo menos valioso ; tampoco, claro está, en la tentación contraria.

Una mirada de conjunto a los seis volúmenes de las *Obras* de Marías que, con sus 3.369 páginas constituyen un espléndido mirador sobre las tierras de la filosofía, sirve para destacar ciertos caracteres fundamentales. En primer lugar, la maestría con que dibuja las líneas esenciales de una cuestión y su claridad expositiva, virtud que le acompaña desde su primer libro. Ortega, testigo de mayor excepción en este terreno, hace su mejor elogio en las páginas que habían de servir de epílogo a la *Historia de la Filosofía*, páginas inéditas que ha publicado hace poco el « Fondo de Cultura Económica », de México. En ellas se lee lo que sigue : « Julián Marías ha acabado de hacer pasar ante nosotros la accidentada película que es la historia de la filosofía. Ha cumplido su tarea ejemplarmente Nos ha dado dos lecciones de un solo golpe : una, de historia de la filosofía ; otra, de sobrie-

pensamiento lleno de sutilezas y nos lo ofrece sin dificultad, cabe esperar de él nuevas coschas espléndidas. No será la menor la que podemos obtener desde ahora siguiendo el ejemplo que nos propone con su docilidad imperturbable a las exigencias del oficio del pensamiento : servicio a la verdad.

Esperamos que este servicio a la verdad traiga nueva alegría y plenitud a « la espaciosa y triste España ».

ANTONIO DORTA

José Luis Cano : « Poesía española del siglo XX »

Es ya un lugar común afirmar que dentro del panorama de las letras españolas contemporáneas el género más importante es el poético, aunque con tal aserto se defina justamente una realidad. Si bien después de la guerra civil el único refugio posible fuera la poesía —una poesía de tono subjetivista y alambicado, idealizante, de poeta cortesano y de cancionero—, no toda la razón responde a este acrecentamiento del género. Hay una larga, amplia y magnífica tradición del género en el siglo XX, que comienza desde Rubén Darío y Salvador Rueda, los adelantados del modernismo, y continúa con Unamuno, los Machado y Juan Ramón, germinando en la espléndida generación del 27, los Lorca, Guillén, Salinas, Aleixandre, Cernuda y Dámaso Alonso, y que se permite tener como poetas menores a un Altolaguirre o un Emilio Prados...

José Luis Cano, poeta también, lleva ya unos cuantos años dedicado con amorosa constancia a la crítica y el conocimiento de la poesía española y se puede afirmar que hay pocos tan conocedores como él de los más íntimos secretos de obras y autores, siendo hoy día uno de los más importantes especialistas del género. Hace algún tiempo publicó un volumen de crítica poética (*Poesía española contemporánea. De Machado a Bousoño*), modelo en su género. Ahora publica otro parecido, aunque corregido y aumentado : *Poesía española del siglo XX* (Editorial Guadarrama, Madrid, 1960).

Libro ejemplar éste, ya que Cano une a la precisión del crítico su sensibilidad de poeta, que le hace apreciar hasta las últimas esencias de un escritor, el sutil matiz que a otra mirada menos penetrante y amorosa se le escaparía. Porque la crítica de José Luis Cano, además de amplia y generosa, es del tipo que yo llamaría familiar. De tono filial con los mayores : Juan Ramón, Machado, Unamuno, etc. ; fraternal con los inmediatos : Aleixandre, Cernuda, Dámaso ; cariñosamente amistoso con los nuevos. Además, a la justa apreciación crítica se une el don inapreciable de estar situado generacionalmente en forma estratégica, de manera que le ha permitido conocer y tratar de cerca a los más sobresalientes poetas españoles de nuestro siglo y lo trasmite amenamente en las páginas de su libro : su encuentro con Federico, su contacto con Dámaso, su perenne amistad con el generoso Vicente, su correspondencia con Juan Ramón... Es el detalle revelador y la nota sugerente que sin perder acento crítico hacen aumentar encanto a cada ensayo.

Y una de las notas más importantes de nuestra poesía —que Cano hace notar— es que conforme avanzan las páginas el clima se va adensando, ya que las generaciones poéticas posteriores a la guerra civil muestran una problemática inherente a ésta. Pasado el primer turbión y el fácil escape, la poesía española se hace problemática, más de ideas y de fondo que de ritmo : de ahí su entronque con Unamuno y Machado, sobre todo.

José Luis Cano nos muestra en *Poesía española del siglo XX* la ancha panorámica de la poesía española del siglo XX, grande y diversa, además de su inigualable competencia crítica en la materia. Quizá como hombre situado entre dos generaciones, a caballo de la realidad y los recuerdos, de lo que fue y lo que es, esté en posición privilegiada para apreciar los cambios habidos en una y otra época. Pero como poeta andaluz, enamorado del Sur, de su luz y clasicidad, demuestra mayor predilección por este tipo de poesía que por la más dura y seca, conceptual, castellana, imperante ahora. Pero de todos modos su talento crítico, su sensibilidad poética y su generosidad intelectual nos brindan con esta última obra suya un libro inapreciable.

J.R.M.L.

Vicente Gerbasi : « Olivos de Eternidad »

VICENTE GERBASI reside desde hace cierto tiempo en Israel. De su experiencia en este país de estructuras nuevas y de destino milenario, y, en grado más profundo, de su penetración espiritual por el universo hebreo y cristiano —su historia, el legado de sus profetas, de sus escrituras, sus tradiciones, la estirpe de sus gentes, su paisaje—, ha nacido este libro de poemas (Jerusalén, 1961), admirable, entre otras virtudes, por el sentido de armonía y de síntesis que lo domina. Poesía subjetiva, la de este libro se destaca, sin embargo, sobre un fondo de evocación histórica muy precisa. Nada en tal evo-

mentado ensayista y escritor argentino Juan Jacobo Bajarlía.

Rubén Vela es uno de los más vibrantes poetas argentinos del grupo « Poesía Buenos Aires », conducido, entre otros, por Raúl Gustavo Aguirre, el artífice de la revista del mismo nombre.

Publicó *Introducción a los días* (1953), *Verano* (1954), *Bestiario del cielo* (1956) y otras obras. Bajarlía entronca su última producción en la serie del haikú japonés, y dice : « Los nuevos haikús se llaman ahora *poemas indianos*. Son los haikús de Rubén Vela exaltados, sintéticos, intencionados, que pueden integrar la mejor de las antologías de esta brevedad ardida y estimulante. »

En efecto, un clima rutilante y afirmativo preside todo el cuaderno. Expresa Vela en un fragmento :

El pájaro de la noche
y su raza de suaves plumas embriagadas.
Radiante América
pez bautizado por el aire
aprendiendo a morir.

Decora la tipografía de este libro un retrato del autor realizado por Leopoldo Presas. En suma, saludamos un alto y bello acierto de Rubén Vela.

A. U.

J.L. SALCEDO-BASTARDO : Visión y revisión de Simón Bolívar

Acaso el primer mérito de este libro (Ediciones del Ministerio de Educación, Caracas, 1960) es su laboriosa objetividad. Mucho tiene que amar Salcedo-Bastardo la proyección de El Libertador en nuestro tiempo americano para que sea capaz de frenar toda efusión y cántico en beneficio del análisis servicial y valeroso. Con Bolívar ha acontecido como con Martí, para fortuna nuestra. Pasó la hora del ditirambo ciego y llegó el tiempo del amoroso análisis profundo de los varios ángulos de estas humanas vidas de patética y provechosa creación.

Salcedo-Bastardo estudia a un Bolívar que en lo político va a la autonomía, en lo jurídico hacia la unidad hispanoamericana, en lo económico hacia la justicia agraria, en lo social hacia la igualdad. Recalca el autor la condición revolucionaria de Bolívar y su visión precursora al advertir la especificidad del continente. Con ésto se advierte la correspondencia de los varios espacios de una sola arquitectura humana en la visión conjunta del Libertador.

Bolívar está visto en su ideal y en su drama. Una vida sin conflictos no es nunca una vida completa. Una vida sin dificultades no suele ofrecer el impulso de la lucha hacia la grandeza. Por eso al analizar a Bolívar el autor pone de relieve las adversidades mayores, las incomprensiones de bulto y las lidias menores del gran personaje estudiado. Es significativo, por ejemplo, cómo ha de ocuparse desde el tipo de los clavos para las herraduras hasta lo que han de beber los soldados para evitar los efectos del mal clima. Le preocupa ordenar la anarquía, la incomprensión de los enanos de visión histórica, frenar a los politiqueros y oportunistas de siempre, pero no desatiende ni el modo de solucionar el arreglo de los pantalones de los soldados, ni el esmero que han de tener con los caballos, tan necesarios para la celeridad de las acciones militares. Recomienda que se explique a los combatientes que han de cuidar sus cabalgaduras « como si fuesen sus propias mujeres ». El estudioso de Bolívar no sólo subraya estas circunstancias sino la magnitud del escenario y lo adverso del tiempo, que demora seis meses las comunicaciones entre Caracas y Plata, entre Bogotá y Potosí, en una América desvertebrada de vías y caminos

El libro de Salcedo-Bastardo posee la ventaja de su viva actualidad. El autor, adiestrado en los estudios de las ciencias políticas y sociales, pudo medir la gran figura no sólo desde el espacio de la patria natal, sino con la perspectiva de sus años europeos, complemento de su formación venezolana. Para ver a Bolívar recorrió una parte de su camino.

Escrita esta *Visión y revisión de Bolívar* cuando la tierra del Libertador estaba bajo el mando de los espadones tiránicos del pérezjimenismo, no se me escapa que esta circunstancia contribuyó en mucho a darle a la obra su calidad de urgente servicio americano.

Bolívar hablaba ayer del « duelo de la libertad contra los tronos ». Acaso en una próxima edición del libro de Salcedo-Bastardo quiera agregar el bolivariano una nota final —vigentísima— de nuestro duelo de hoy entre la libertad y el totalitarismo. *Visión y revisión de Bolívar* es tan actual como cada uno de nuestros grandes problemas latinoamericanos que esperan ser conjugados.

A. B. F.

LUIS S. GRANJEL : Gregorio Marañón. Su vida y su obra

Desde la muerte de Gregorio Marañón han visto la luz algunos libros y multitud de artículos sobre la vida y la obra de quien fue un gran español y un escritor insigne. A ellos viene a unirse hoy este libro de Luis S. Granjel, médico y ensayista, que ha dedicado su atención preferentemente a los hombres del 98. Granjel ha dividido su libro en tres partes, bajo los epígrafes « El hombre », « Obra médica » y « Obra

aunque derrotadas por la vida se afanan por sobrevivir físicamente y aun se atreven a soñar de vez en cuando, aunque los sueños les estén vedados en cierto modo. Y la realidad, implacable, va destruyendo sus sueños uno tras otro. Del mundo de las chabolas no se sale tan fácilmente y ellas dejan huella para siempre. Son sus moradores seres al margen de la sociedad, que no los tiene en cuenta, salvo a la hora de exigir responsabilidades.

Pero hay una serie de ingenuidades literarias en el libro propias de una primera novela y que impiden, a pesar de la importancia humana del tema, que llegue a cuajar en una gran novela. Además, está patente en esas páginas el reproche que le hemos hecho a Lera en obras posteriores : una falta de rigor en el lenguaje que le hace caer en una serie de frases hechas que desdoran el texto hasta un punto insospechado por el autor.

En Lera existen grandes dotes de novelista y puede conseguir la gran obra con que todo escritor sueña. Para ello hace falta un rigor estilístico, e incluso psicológico a veces, que ahora el escritor, vencido por sus personajes, abandona con frecuencia. Así ocurre en *Los olvidados*, quizá la más ambiciosa de sus novelas temáticamente ; pero eso no es bastante. A Lera hay ya que exigirle cada vez más y más seriamente.

J.R.M.L.

CARLOS GURMENDEZ : Mientras esperamos

Carlos Gurméndez es un ensayista y novelista uruguayo profundamente enraizado en España, donde ha estudiado y vivido largo tiempo. Allí se ha formado intelectual y vitalmente, por lo que España constituye el fondo histórico de sus escritos. Así, en esta su segunda novela, *Mientras esperamos* (Pareja Editor, Barcelona, 1960), como en la primera, *Serenidad*, publicada hace tres años.

Pero no se crea que Carlos Gurméndez escribe simplemente sobre temas españoles. La preocupación de Gurméndez es universal : lo que le interesa es el hombre en su común existir. Pero esa preocupación se expresa a través de circunstancias concretamente españolas que él vivió.

En *Mientras esperamos*, Gurméndez nos presenta un grupo de jóvenes estudiantes y artistas en el Madrid de la República. La novela comienza hacia 1934 y termina prácticamente en 1936. Años agitados de la vida española que sirven de telón de fondo al proceso interior de los personajes. Y es este proceso interior lo que constituye el verdadero tema de la novela. He aquí una docena de jóvenes —José, Gonzalo, Fernando, Santiago, Federico, el narrador mismo, Marta, Milagros, María...— que viven sumergidos en una ardorosa búsqueda personal ; se buscan a sí mismos, su ser, su realización individual ; buscan el amor y la autoposesión a través del amor. Esta búsqueda del propio ser en el amor constituye el fondo último de la novela y de sus personajes ; una búsqueda que en último término resulta frustrada por una oscura fatalidad casi metafísica (de la carne o del espíritu), sumiendo a los personajes en una continua inquietud y en una final desolación. Gurméndez, escritor pensativo hondamente impregnado de ciertos temas característicos de nuestro tiempo, nos introduce a través de sus personajes en una problemática intelectual y existencial que da gran fuerza al libro, sin mengua de su carácter *vivido*.

Mientras esperamos es una novela que sigue un sendero novelístico hoy desgraciadamente casi abandonado : el del análisis existencial a la manera de Unamuno o de otros grandes escritores europeos del siglo. Como Unamuno, Gurméndez busca el escueto existir de los personajes, el drama desnudo de su vida. De ahí la escasa preocupación por las referencias descriptivas y sociológicas y la abundancia del diálogo profundizado en esta novela llena de fuerza introspectiva e intelectual.

F. FERNANDEZ-SANTOS

JULIO LARREA y ELBA A. MARTINEZ : Didáctica de Lengua y Literatura Españolas

Que un claro conocimiento del idioma y un serio aprendizaje para su correcta utilización son un factor educativo capital, no creemos que nadie lo ponga en duda. Saber decir o escribir lo que se piensa, con exactitud y sin divagaciones, es el mínimo de cultura que cabe exigir de un hombre que pretende ser civilizado. Y, sin embargo, cuántos, aun de preparación universitaria, adolecen de una expresión confusa, enrevesada, inextricable, que en el fondo no es otra cosa que falta de dominio de su propia lengua nativa. Prácticamente convencidos de la importancia de mejorar los métodos y técnicas de la enseñanza del habla hispánica, los profesores Julio Larrea y Elba A. Martínez, que ejercen su magisterio en América Latina, han escrito un volumen de cuatrocientas y pico de páginas (Uteha — México, 1961) dedicado a este asunto.

Lo cierto es que los autores agotan el tema —y aun les queda espacio para tratar de otros temas adyacentes—, y exponen sugestiones didácticas de mucho interés sobre los problemas de la enseñanza de la lengua, y sus soluciones, comenzando por los diversos procedimientos de enseñanza de la lectura, para ocuparse luego con detenimiento en la enseñanza de una buena redacción, concisa y elegante, de eso que los fran-

ceses, muy cuidadosos del buen uso de su idioma, llaman « la composición ».

Un capítulo hay en el libro, acerca de la literatura infantil y sus bases psicológicas, que si nos parece tan noblemente inspirado en beneficio del niño como el resto de la obra, es, no obstante, discutible en algunas de sus apreciaciones. Rechazar de plano como perjudiciales a la infancia las « Fábulas » de Esopo, los « Cuentos » de Perrault y hasta —por harto melancólico— « Corazón » de Edmundo d'Amicis, que todos hemos leído en la escuela, entendemos que es extremar demasiado las cosas. ¡Ya nos daríamos por contentos con que no acechasen a la infancia otros peligros que los emanados de la historia de « Caperucita y el Lobo » o del relato de « El pequeño escribiente florentino ». Lo cual no quiere decir que esta clase de literatura para niños —si es que la literatura para niños no ha de ser la misma, con ciertas restricciones, que la literatura para adultos, que también hay grandes pedagogos que así lo sienten y lo propugnan— no deba ser mejorada y superada por otras modernas corrientes. Valga esta leve objeción para demostrar el interés con que leímos todo el libro, en el que hemos apreciado, aparte una sólida documentación, orientaciones muy originales por lo que respecta a la didáctica del idioma.

Ningún educador que luche por la revaloración de la palabra y por la justeza de su utilización debe dejar de conocer esta obra en la que encontrará mucho de provecho, tanto si su misión docente se ejerce sobre los párvulos y alumnos de enseñanza primaria, como si se dirige a los de segunda enseñanza y hasta a los de enseñanza universitaria.

C. A.

ALONE : Memorialistas chilenos

Alone ha ejercido siempre su magisterio estético con gran independencia, y esto le valió adeptos fervorosos y enemigos encarnizados en el seno de la « intelligentsia ». Se le reprocha por diversos sectores el carácter impresionista de su ejercicio crítico, orientado en el plano doctrinario por una formación literaria unilateral, exclusivamente francesa, y en el gusto personal por normas demasiado simplistas de mero « placer » o « entretenimiento », de acuerdo con un atrabiliario subjetivismo. Sin embargo, Alone ha comprendido y estimulado el genio creador de muchos escritores nacionales. Y su individualismo estético y su inteligencia lúcida le han permitido, a través de sus penetrantes artículos, frenar los desbordes de los autores ególatras y tremendistas, de valor discutible, y de los « comprometidos », exaltados de manera desmedida e insistente por la propaganda partidista.

La obra de Alone comprende centenares de artículos, y sólo algunas decenas han sido recogidos en pequeños volúmenes. Como obras de investigación literaria ha publicado dos : una biografía del eximio novelista Alberto Blest Gana y una « historia personal de la literatura chilena ». Esta última provocó críticas adversas, porque es únicamente una colección de opiniones ingeniosas y de juicios sumarios sobre autores, y como introducción a una amplísima antología de textos. No es en realidad una obra de investigación sistemática y de análisis de escuelas, corrientes e influencias literarias, y sus omisiones son numerosas y deliberadas. En cierto modo su título arrogante significó una burla a los escritores y al público. En su juventud escribió una novela, *La sombra inquieta*, recibida con mucho interés en determinados círculos de la sociedad santiaguina.

Memorialistas chilenos reune sus artículos sobre escritores, políticos, eclesiásticos y periodistas que han dejado memorias de interés. Así se encuentran juntos personajes de las más diversas épocas, como Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, Mariano Egaña, José Zapiola, Crescente Errázuriz, Darío Ovalle Castillo, Ricardo Palma, Aurelio Núñez Morgado, Benjamín Subercaseaux, Benedicto Chuaqui y María Carolina Geel. Es un conjunto de crónicas amenísimas e ingeniosas y su lectura, junto al placer estético, suministra una visión panorámica de la evolución histórica y de la sensibilidad chilena, fijada en rasgos singulares por el incisivo examen de Alone.

Memorialistas chilenos es una obra sabrosa que compendia, en gran forma, las virtudes y las limitaciones del crítico chileno y, a la vez, nos permite captar matices curiosos e interesantes del alma de Chile.

J.

JAVIER MALAGON-BARCELO : La literatura jurídica española del Siglo de Oro en la Nueva España

La monografía aquí reseñada (*Editorial de la Universidad de México*, 1960), concebida como parte de una obra más vasta, presenta dos planos o niveles : uno de carácter panorámico y otro de sentido muy circunscrito.

El primero es una breve y sustanciosa síntesis de la ciencia jurídica española en los siglos XVI y XVII, con una revisión fascinante de sus proyecciones en distintos países de Europa, seguida del análisis de la política que en América fue adoptada por la Inquisición respecto de los libros. Estas consideraciones tienen estrecha relación con treinta y seis inventarios del Archivo General de la Nación de México, redactados entre los siglos XVI y XVII, que Malagón utiliza para presentar

revistas

Italia

Una tradición más de dos veces centenaria y unas condiciones históricas particulares que han hecho de la mayor parte de las ciudades italianas otros tantos centros de cultura, han dado lugar a una impresionante floración de revistas de desigual valor, uno de cuyos rasgos comunes es, junto a cierta preocupación por singularizarse, una tendencia acentuada a la polémica. La cultura italiana ha sido y es esencialmente una cultura « engagée », comprometida.

Sin pretender igualar el renombre de sus antecesoras, buen número de publicaciones actuales —de las que en un primer análisis como éste sólo podemos citar una parte— se inscriben en la misma tradición de discusión y de búsqueda. La brusca irrupción de las masas en la escena política tras la caída del fascismo y el crecimiento de la economía en el momento en que, gracias a su posición geográfica, en el límite entre el Este y el Oeste, el país se convertía en uno de los sectores donde se ventila el porvenir de Europa y, en fin de cuentas, de Occidente, han llevado al primer plano de las preocupaciones los asuntos sociales y económicos, así como los problemas de política internacional. Por ello, paralelamente a las investigaciones y a los estudios sistemáticos, objetivos y circunstanciados, que hasta ahora no se habían abordado como no fuera ocasionalmente, la polémica invade todos los terrenos : desde el de las ciencias hasta el de las artes, el terreno técnico como el político.

Il Mulino, que ve la luz en Bolonia desde 1951 bajo la dirección de Pier Luigi Contessi, y que se presenta a sí mismo como una « revista de jóvenes », se propone, según nos recuerda el último número (enero-febrero), « contribuir a la formación de una opinión democrática que pueda proceder rápidamente y en libertad a una profunda transformación del equilibrio y de las instituciones de la sociedad italiana ; una opción que sirva para expresar y para sostener una obra política que tienda a convertir nuestro país en uno de los miembros activos y responsables del mundo democrático, un país libre, capaz de actuar mediante la afirmación de la libertad en un mundo en plena evolución ». Como todos los años, la revista, que descuella además por una notable actividad editorial, ha organizado entre el 22 y el 24 del pasado mes de abril, en Bolonia, una reunión para discutir sobre un problema de actualidad : « La política internacional norteamericana y la responsabilidad de Europa ». No vamos a anticipar nada sobre los trabajos y las conclusiones que seguramente serán objeto de un número próximo de la revista. Indiquemos simplemente que, a la luz de los recientes acontecimientos, la participación efectiva por el lado norteamericano de Dean Acheson y de los profesores Arthur J. Schlesinger y Hans Morgenthau, ha conferido a la reunión un interés político bastante inesperado.

En *Comunità* (marzo-abril), la lujosa revista fundada en Milán por el industrial reformador y socializante Adriano Olivetti, fallecido el año pasado, Egidio Fermi analiza minuciosamente el alcance práctico de la creación del « Consejo Episcopal Latinoamericano » (CELAM), tras el XXXVI Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Río de Janeiro en julio de 1955. Se trata, nos dice el autor, de un hecho de un alcance excepcional que viene a demostrar la determinación de la Iglesia Católica de disputar el terreno en el Nuevo Mundo — mediante sobre todo « la lucha contra el analfabetismo y el apoyo a las reivindicaciones sociales fundamentales y más justificadas »—, al protestantismo y al comunismo.

Mientras que ciertas revistas pertenecientes al círculo de lo que se ha dado en llamar la izquierda democrática y laica dan muestras de un auténtico interés por las relaciones y hechos religiosos, es sintomático que por el lado católico encontremos tendencias que se preocupan igualmente de la investigación y la objetividad. *Humanitas*, que se publica en Brescia, es una de las revistas católicas más eclécticas. Recientemente se ha hecho notar por la publicación de dos notables estudios : uno acerca de la influencia de Jacques Maritain y de Emmanuel Mounier sobre el pensamiento de Adriano Olivetti ; el otro, de

Sandro Fontana, sobre la obra política del joven publicista Pietro Gobetti, que durante la crisis de la primera posguerra se convirtió en el promotor de un liberalismo renovado. El último número (abril), reserva un lugar escogido a un breve ensayo del profesor José Luis L. Aranguren, de la Universidad de Madrid, sobre « el intelectual católico ante el porvenir », en el cual, partiendo de la comprobación de que si los siglos XVIII y XIX han sustituído el valor absoluto de la religión, y después de la filosofía, por el de la ciencia en cuanto factor de salvación del hombre, el nuestro ha puesto en tela de juicio los fundamentos de esta última, el autor sugiere que el intelectual católico —el español en particular— deberá resignarse a que su posición resulte cada vez más incómoda.

Un ejemplo notable de tolerancia nos lo ofrece *Tempo Presente,* que dirigen en Roma nuestros amigos el escritor Ignazio Silone y el crítico Nicola Chiaromonte. En su número de marzo encontramos unas interesantes observaciones del sociólogo católico Franco Morandi sobre las reflexiones de Silone en torno a la moral en la « sociedad opulenta ». La moral —dice el autor— es siempre objeto de una elección. Ahora bien, al hombre moderno, al « hombre-masa », no le queda otro camino que adquirir los bienes materiales que le ofrece la « sociedad opulenta » al precio de su libertad y de su dignidad. Lo que el autor propone radica en una restauración de los valores espirituales, pero es de lamentar que no se nos indiquen de manera más explicita los medios de conseguir tal restauración.

El problema de las relaciones entre las grandes corrientes del pensamiento y los grupos políticos de masa que las representan ocupa el primer plano de la actualidad italiana. *Tempi Moderni,* la revista fundada en Roma, tras el aplastamiento de la insurrección húngara, por un grupo de antiguos comunistas bajo la dirección de Fabrizio Onofri y que se ha convertido en el órgano de un « Centro Italiano di Ricerche e Documentazione », en el que colaboran un gran número de jóvenes intelectuales, acaba de inaugurar una « mesa redonda » sobre el tema « Valores y mitos de la sociedad italiana desde hace veinte años (1940-1960) ». Las primeras respuestas, firmadas por el filósofo Franco Lombardi, por los sociólogos A. Carbonaro y L. Gallino, por los críticos literarios A. Romano y C. Cases y por los publicistas Elémire Zola y A. Landolfi, no permiten prejuzgar las conclusiones, que debieran constituir una contribución no desdeñable a la clarificación ideológica.

La « apertura hacia la izquierda », dicho de otro modo, el acercamiento, si no la alianza, entre los elementos más dinámicos y reformadores de la democracia cristiana y de los socialistas de Nenni, constituye, desde que este último rompió con los comunistas, una de las cuestiones más controvertidas. El Congreso del P.S.I., celebrado en Milán en febrero pasado, no dio a esta cuestión la respuesta decisiva. Por ello, sus resultados se comentan de forma muy diversa. Sin hablar de *Rinascita,* órgano del P.C.I. que dirige Togliatti y que ha entablado una nueva polémica sobre la naturaleza y la sustancia de la democracia, la revista florentina *Il Ponte* (marzo), fundada en 1945 por una de las figuras sobresalientes del antifascismo y de la Resistencia, el jurista Pietro Calamandrei, estima que el Congreso de Milán se ha caracterizado sobre todo por su « pobreza ideológica » y que la nueva dirección, en el seno de la cual la posición de Nenni resulta ahora muy precaria, tendrá mucho que hacer de aquí a las elecciones de 1963 para poder enfrentarse con la competencia comunista y combatir a la D.C., con la que finalmente habría de colaborar. En cuanto a *Nord e Sud* (abril), dirigida en Nápoles por el sociólogo Francesco Campagna y que se dedica particularmente a estudiar con gran competencia los problemas del Mediodía italiano, considera que el Congreso socialista ha abierto por fin « perspectivas de colaboración con otras fuerzas democráticas ; dicho de otro modo, se ha venido a aceptar efectivamente, incluso desde el punto de vista teórico, una política de centro izquierda ».

Del demonio de la política apenas se libran las revistas literarias propiamente dichas. Quizá sea *Nuova Presenza,* revista trimestral de Milán que dirigen los críticos Franco Floreanini y Marcello Gentili, la que en su número de primavera nos ofrece la explicación de este hecho casi general : « La ciencia nos ha colocado ante una disyuntiva que afecta a la especie entera : la de coexistir para sobrevivir... De este modo, el diálogo se ha convertido en la condición de nuestra supervivencia. » Por ello, la revista reserva un espacio importante a las tomas de posición de los intelectuales católicos italianos ante la guerra de Argelia. *Nuova Presenza* publica además un poema de Salvatore Quasimodo y, respondiendo al llamamiento de los intelectuales españoles, ofrece a sus lectores varias obras del poeta Miguel Hernández, escritas durante la guerra civil. Es de observar a este respecto que los intelectuales italianos comienzan a demostrar mayor interés por las manifestaciones culturales de los países de lengua española. *Tempo Presente,* ya citado, publica un ensayo del escritor y poeta colombiano Néstor Madrid-Malo sobre la poesía hispanoamericana.

Quizá uno de los pocos terrenos que respeta la polémica sea el de las artes, cuyo centro sigue siendo Florencia, donde, junto a la clásica *Rivista d'Arte,* que pronto cumplirá los sesenta

BIBLIOTECA « CUADERNOS »

Todo suscriptor a Cuadernos *que nos envíe el nombre y dirección* **de un nuevo suscriptor** *incluyendo el importe de la suscripción, recibirá gratuitamente uno de los volúmenes siguientes :*

German Arciniegas : En medio del camino de la vida.
German Arciniegas : América, tierra firme.
Antonio Machado : Poesías completas.
Roberto F. Giusti : Poetas de América.
Miguel de Unamuno : Mi vida y otros recuerdos personales (I).
Miguel de Unamuno : Mi vida y otros recuerdos personales (II).
José Eustasio Rivera : La vorágine.
Ricardo Rojas : Blasón de plata.
Ricardo Guiraldes : Don Segundo Sombra.
José Ferrater Mora : Unamuno (Bosquejo de una filosofía).
Victoria Ocampo : El viajero y una de sus sombras.
Jorge Mañach : Examen del quijotismo.
Pio Baroja : Tríptico.
Lin Yutang : La importancia de vivir.
E. Castro Delgado : Hombres made in Moscú.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Ruégole me suscriba a Cuadernos (1) { *por un año* (12 *núms.*) / *por 6 meses* (6 *núms.*) } *a partir del nº* .....

a cuyo efecto le envío la cantidad de (1) ..... *mediante cheque bancario, por giro internacional o giro postal a* Cuadernos, 18, *Avenue de l'Opéra, Paris* (1er), *C.C.P. Paris* 9992-63, *o en moneda nacional a su corresponsal.*

NOMBRE COMPLETO .....

DOMICILIO .....

LOCALIDAD .....

FECHA .....

Francia	*Otros países europeos*	*América del Norte*	*América Latina :*
1 año : 25 NF 6 meses : 13 NF	1 año : 28 NF 6 meses : 15 NF	1 año : 5 $ USA 6 meses : 2,75 $ USA	Informarse cerca del corresponsal de cada país.

(1) Rayar las menciones inútiles.

B.D.I.C

BIBLIOTHÈQUE DE LA GUERRE MUSÉE

SUMARIO

NUMERO 51 AGOSTO DE 1961

Sentido y forma de « La vida es sueño » ..	Joaquin Casalduero	3
Cuba y la política norteamericana	Theodore Draper	14
Perú : retrasos y esperanzas	François Bondy	39
Conversación con Jorge Icaza	Claude Couffon	49
La Sorbona	J.G. Weightman	55
Un contrapunto falso : poesía y prosa	Antonio de Undurraga	65
Pájaros perdidos (Poema)	Antonio Aparicio	67
El forastero (Cuento)	Maria Flora Yañez	68

Bellas Artes

El Aduanero Rousseau o un ingenuo que no lo era	Damian Carlos Bayon	71

Crónicas

Los ranchitos de Caraças	Victor Alba	76
La decadencia del laborismo inglés	George Steiner	80
Balcón de París	Arturo Serrano Plaja	86

Libros - Revistas - Colaboradores

Correspondencia - Documentos

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

CONSEJO DE HONOR :

Germán ARCINIEGAS, Eduardo BARRIOS, Américo CASTRO, Emilio FRUGONI, Rómulo GALLEGOS, Salvador DE MADARIAGA, Jorge MAÑACH, Francisco MONTERDE, Francisco ROMERO, Luis Alberto SANCHÈZ, Eduardo SANTOS y Erico VERISSIMO

Director : Julián GORKIN

Redactor Jefe : Ignacio IGLESIAS

Redacción y Administración : 18, Avenue de l'Opéra, PARIS (I^er^)

Fundada bajo los auspicios del Congreso por la Libertad de la Cultura, la revista mensual *Cuadernos* se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Nuestra revista cuenta con la colaboración de escritores de todas las tendencias democráticas. Nuestros colaboradores hablan siempre en su nombre y bajo su exclusiva responsabilidad ; la revista sólo se hace responsable de los editoriales, documentos y notas sin firma.

JOAQUIN CASALDUERO

Sentido y forma de "La vida es sueño"

La acción (1) transcurre en un tiempo imaginario : se habla hoy de la « ley del homenaje » (v. 432) ; Basilio es un rey astrólogo. Polonia y Moscovia son lugares en correspondencia con ese tiempo, es decir, fuera de la experiencia geográfica de los espectadores. El medio tempo-espacial nos aleja de todo dato particularizador. Dentro de lo general, tenemos dos lugares : el monte y el palacio, el habitáculo de la fiera y la habitación del hombre. Los dos polos de la acción —dormir-despertar— tienen una correspondencia lumínico-temporal : anochecer (comienzo J. I), amanecer (J. I, v. 475), sombras y luces. Es el mundo entreclaro del Barroco, el mundo de la « confusión » del *Quijote* de 1615. El héroe melancólico de esa época en el siglo XVII vive en un mundo visual y mental confuso. No es despertar para contemplar como en el Gótico (« Recuerde el alma dormida »), es el estado de duermevela, es el conflicto del hombre, es el proceso de la acción.

La vida es sueño no pertenece al llamado teatro de tesis o de ideas, pero tiene una teoría de la vida como fondo. De aquí que reconozcamos en la comedia todos los lugares comunes del cristianismo : la caída del hombre, su libertad, la temporalidad del mundo, la mentira de la vida. Sabemos de antemano que los bienes temporales hay que someterlos a los eternos, que por ser el hombre libre tiene el conflicto de la elección entre el bien y el mal ; sabemos que la razón tiene que encadenar a los instintos.

No hay sorpresa, pues, en lo que se nos dice ; el drama consiste en la manera de decirlo e imaginarlo, en el modo de sentirlo de nuevo, en cómo nos lo hace vivir. Segismundo deja oír su voz (« ¡Ay, mísero de mí! ¡Ay, infelice! » v. 78), es el sentimiento del hombre : nacer para morir, cuna-sepulcro, entrar en una cárcel. A Segismundo al nacer le han puesto en una torre. La torre es eso, la cárcel del mundo, la del cuerpo. El lugar común nos es conocido, su representación, no. Y la comedia termina con el soldado rebelde encerrado en la torre : los instintos, la parte baja del hombre, necesarios, por eso existen, pero a condición de estar encadenados. La torre no puede estar nunca deshabitada, pero a la torre no se puede ir para no hacer, para impedir que algo ocurra : el hombre libre debe tener encadenados los instintos.

Tiempo imaginario, pues, en el cual tiene lugar el conflicto entre lo temporal y lo eterno. Un espacio simbólico : monte-palacio ; un edificio : torre de Segismundo-torre

(1) Además de los estudios de M.A. Buchanan, Alfonso Reyes, L.P. Thomas y los ya clásicos de Angel Valbuena sobre Calderón, son especialmente recomendables el libro de Eugenio Frutos, *La filosofía de Calderón en sus Autos Sacramentales*, Zaragoza, 1952, y el artículo de Edward M. Wilson, « La vida es sueño », *Rev. de la Univ. de Buenos Aires*, 3ª época, Año IV, núms. 3 y 4 (1946), ps. 61-78.

da de hombre, quien cuando no apunta al medio no hace más que pasar conmovidamente de un asombro a otro : descubre en ese sitio tan escarpado un edificio, luego ve que es una prisión, por último da con un hombre cargado de cadenas, cuyo lamento ya ha oído.

Esta violencia, esta conmoción, esta queja y este dolor, esa búsqueda sirven de fondo a la presencia de Segismundo, el cual apenas se mueve, quietud que subraya su retorcimiento. Es una contorsión interior, es el pensamiento atormentado, el cual vive también en un mundo primigenio : los cuatro elementos con sus criaturas, que gozan de más libertad que el hombre. Segismundo encadenado no hace nada más que girar alrededor de ese pensamiento. Las cadenas son materiales, es un prisionero en la torre ; pero en realidad está aherrojado en una cadena moral. Es una obsesión sin reposo, un debatirse continuo que le lleva sólo a desesperarse. Rosaura ha llegado a Polonia para sufrir, Segismundo : « En llegando a esta pasión, / un volcán, un Etna hecho, / quisiera arrancar del pecho / pedazos del corazón. »

El elemento femenino, dolor-sentimiento, se une al elemento masculino, dolor-inteligencia ; se unen en su mutua sorpresa :

Tu voz pudo enternecerme,
tu presencia suspenderme
y tu respeto turbarme,

le dice a Rosaura Segismundo, y la mujer contesta :

Con asombro de mirarte,
con admiración de oirte,
ni sé que pueda decirte,
ni que pueda preguntarte.

Casi no necesitamos prestar atención a lo que dicen, basta que nos dejemos coger en esa música de pronombres para que veamos al yo y al tú consolarse de la respectiva desdicha con la mutua presencia dolorida. Calderón que ha acumulado en el mismo principio de su comedia las metáforas, las figuras retóricas —chiasmo, repetición, oxymoron, epanadiplosis, acumulación, circunloquio, hablar equívoco—, que en las décimas de los cuatro elementos ha repetido la misma estructura (Nace... apenas... cuando... y yo), ha usado, es claro, el juego de los pronombres de una manera muy querida. El razonar de Segismundo como el de Calderón, como el de todo el Barroco, tiene una forma arquitectónico-musical. La estructura doctrinal e ideológica que ha necesitado ese maravilloso paisaje de trasmundo mantiene férreamente el lirismo del dolor femenino y masculino.

Desde el punto de vista dramático, *La vida es sueño* acude constantemente a la aposiopesis o suspensión. Apenas Rosaura incorpora su vida a la fábula y se dispone a hacernos salir de tanto dolor y además de tanta confusión, cuando la entrada de Clotaldo interrumpe su historia en el mismo comienzo.

Hasta ahora hemos visto sólo a un Segismundo atormentado con el problema de la libertad, pero en seguida vemos su índole soberbia. La mujer caída, el hombre soberbio ; sentimiento e inteligencia que han de descubrir en ellos mismos una tercera fuerza, la voluntad. Mientras tanto Clotaldo nos explica lo que significa la torre, lo que son las prisiones : un freno que detenga la furia de Segismundo, una rienda que la pare (vs. 325-6).

Rosaura y Segismundo no son personificaciones de esto o lo otro, son la pareja humana que vive la esencia de su ser y todos nosotros la vivimos con ella : ¿qué es nacer?, ¿en qué consiste nuestra libertad?, ¿por qué amar es sufrir? Y no la vivimos en tanto que hombre o mujer, sino como un todo indivisible, como sentimiento e inteligencia que es todo ser humano. Con la presencia de Clotaldo, Segismundo deja su actitud intelectual por la de la conducta. A su soberbia corresponde la humildad de Rosaura. El hombre en su lucha con los poderes que le tienen encadenado nos eleva a la lucha de los Gigantes con los Dioses, mientras Rosaura (que, como su pareja que es, mostrará sus orígenes primevos) hace relucir su espada, depositaria de una manera concreta del secreto de su origen, y al mismo tiempo cargada con el simbolismo —tuviera Calderón consciencia de ello o no— de la humanidad primera.

La confusión de Segismundo está en relación con la de Rosaura y a la de los dos personajes se añade la de Clotaldo : « ¡Qué notable confusión! ¡Qué triste hado! » (vs. 410-11). La acción va a trasladarse a Palacio,

misterio de verse en medio de tanta magnificencia. El despertar de Segismundo es el abrir de los ojos por primera vez de Adán en el Paraíso. La imaginación del Barroco tridentino está acostumbrada a la equivalencia paraíso-salón para captar la maravilla del mundo, como a la de desnudo-vestido para contemplar la del cuerpo.

Rosaura nos hace vivir palacio —el Mundo— como intriga e ingenio. Rosaura está con Astolfo y Estrella. Segismundo con Clotaldo, Astolfo, Estrella, Basilio y Rosaura. Rosaura en su acción aparece humillada e ingeniosa ; Segismundo, sensual y soberbio. A Clotaldo quiere matarle, a Basilio lo rebaja y menosprecia ; une así a tutor y padre. « Clotaldo muera a mis manos. / Mi padre bese mis pies », dirá al revivir la escena en sueños (vs. 2065-6). Astolfo, como le corresponde, introduce la trascendencia de lo social ; se indispone con el Príncipe por un motivo de cortesía. La soberbia de la parte intelectiva del hombre-rey se complementa con la furia de su parte sensible : al ver a las dos damas, la sensualidad de Segismundo surje sin freno. A Estrella quiere besarla ; con la reduplicación (Rosaura) la acción se hace más compleja —dos voluntades frente a frente, sexualidad llena de espiritualidad, dolor del hombre. Calderón nos hace ver al mismo tiempo la fuerte atracción de los sexos y la incomprensión mutua (no sociológica o psicológica, sino metafísica). Nos hace ver cómo la mujer atrae al hombre precisamente por ser su opuesto, esa oposición necesaria para la armonía. Segismundo vive este conflicto como era corriente en el siglo XVII.

La presencia de Estrella causa la muerte de un criado, es la primera de la obra. La presencia de Rosaura está a punto de causar la muerte de Clotaldo. El criado muere para admonición de Basilio, quien le dice a Segismundo :

> *¿Con qué amor llegar podré*
> *a darte ahora mis brazos,*
> *si de tus* soberbios *lazos,*
> *que están enseñados sé*
> *a dar muerte?*
>
> (vs. 1456-60)

La acción de Segismundo va siendo punteada por las advertencias, como, en *El burlador de Sevilla*, la de Don Juan. La primera en forma de lamento está puesta en boca de Clotaldo (« ¡Ay de ti, / qué *soberbia* vas mostrando, / sin saber que estás soñando! », vs. 1316-18), el Príncipe no responde. Astolfo se encara severamente con Segismundo :

> *Pues medid con más espacio*
> *vuestras acciones severas,*
> *que lo que hay de* hombres a fieras.
> *hay desde un* monte a un palacio.
>
> (vs. 1432-35)

Ahora, Segismundo contesta amenazador. La tercera advertencia corresponde a Basilio. Es una amonestación :

> *mira bien lo que te advierto,*
> *que seas* humilde *y blando,*
> *porque quizá estás soñando,*
> *aunque ves que estás despierto.*
>
> (vs. 1528-31)

El contraste complementario entre la zona metafísica y la social trascendente es extraordinario. Astolfo invitaba a una réplica violenta, Basilio suscita la reconcentración asombrada. El Rey se retira, Segismundo se ensimisma : « ¿Que quizá soñando estoy, aunque despierto me veo? » Es el comienzo de su célebre monólogo sobre la esencia del yo. Con esa capacidad abarcadora del Barroco, Segismundo ha descubierto quien es (« sé quien soy »), pudiendo enlazar la naturaleza social trascendente del hombre (« nacido desta corona heredero ») a la ontológica (« sé que soy un compuesto de hombre y fiera »).

Sin el menor efectismo, al contrario con gran fuerza dramática, Calderón va sacando al Príncipe de ese máximo adentramiento para ponerlo enfrente de Rosaura, de la belleza del mundo en todo su esplendor. Este nuevo acercamiento de los dos personajes tiene un fondo mítico y cósmico. La mujer es un « breve cielo », cuando Segismundo pronuncia la palabra mujer la llena de todo el contenido sexual y espiritual indivisible : « Mujer, que aqueste nombre es el mejor requiebro para el hombre ». Este sentimiento tan íntimo estalla como un cohete y se recoge en el endecasílabo : « sol, lucero, diamante, estrella y rosa ».

Hay en este encuentro una especie de memoria platónica, un recuerdo de otro estado anterior (« Yo he visto esta belleza otra

vez », dice Segismundo, y Rosaura : « Yo esta pompa, esta grandeza he visto »). La referencia literal es obvia, pero ésta no agota el sentido, pues durante toda la acción se insiste siempre en dos momentos diferentes, uno lejanísimo y otro próximo.

Si antes ha dado con su yo, la presencia de la mujer le hace exclamar : « Ya hallé mi vida ». La halla para descubrir una nueva forma de dolor. La figura de Rosaura no ha hecho brotar lo mejor en el hombre : respeto y rendimiento. Ha unido la sensualidad a la soberbia. En lugar de un freno, ha sido una incitación ; ha azuzado a la fiera : « ¿qué ha de hacer un hombre, que no tiene de humano más que el nombre... nacido entre las fieras? » Segismundo se revuelve :

Porque tú ese baldón no me dijeras,
tan cortés me mostraba,
pensando que con esto te obligaba.

Ahora se convierte en un tirano, esto es, en un ser injusto y cruel. Clotaldo, que ha vivido también lo inasible de la realidad (« Aún no sé determinarme / si tales sucesos son / ilusiones o verdades », I, 394-6), interviene de nuevo, es la última advertencia :

y no por verte ya de todos dueño,
seas cruel, porque quizá es un sueño.

Don Juan se burlaba de los avisos, a Segismundo en lugar de hacerle modificar su conducta le enfurecen : « A rabia me provocan ». Y el Rey, como había previsto, tiene que encadenarle de nuevo. Con otro narcótico le vuelven a la torre.

Los acontecimientos en Palacio se han sucedido sin pausa, y más que con rapidez, con violencia. Cada episodio de la acción ha sido un choque, una fuerte sacudida, una constante sorpresa, que hemos podido reducir a soberbia y sensualidad. La conducta de Segismundo se ha visto paso a paso reprendida y en otro nivel se ha representado el conflicto del hombre en la forma que adopta siempre en el Barroco. Clarín en todo tiempo estaba dispuesto a halagar ; el criado que se opone al gracioso, el que es echado por el balcón, quería ser un guía y un freno. Es el conflicto entre lo justo y el gusto. Los instintos, el gracioso, al servicio del gusto ; el criado leal sujetando al hombre a la ley. Segismundo —soberbia y sensualidad— concibe tan sólo seguir su inclinación : « Nada me parece justo / en siendo contra mi gusto. »

Todo Palacio parece háber quedado en sosiego. La segunda acción (una de las partes más incomprendidas de la obra) tiene como función secundaria el permitir que sea trasladado el Príncipe a la torre y como función principal e importantísima el complementar la acción de Segismundo. Las dos parejas se complementan como se complentan el Monte y el Palacio. A la melancolía del hombre-fiera le sucede la de Astolfo. Su queja tiene una gran elegancia de salón. El destino desgraciado del hombre aparece en la forma de una cortés galantería. La melancolía del mundo no es vivida entre las asperezas del monte, sino entre los cortinajes de las habitaciones regias. Y el amor no será el descubrimiento primero de la mujer, ni un recuerdo platónico-cristiano, sino una ingeniosa disquisición y acción sobre el original y el retrato. Toda la vida de Palacio queda reducida a su esencia : la intriga ingeniosa, y de ésta nos da Calderón también su esencia : refinada crueldad, situación laberíntica en que queda el hombre. Segismundo nos mantiene siempre en una zona ontológica : esencia de la vida, esencia del ser. Rosaura, apoyada por Clotaldo, se sitúa en la zona de la conducta : « ¿Qué haré? »

Repetidamente acude Calderón a la suspensión como recurso dramático ; quisiera indicar otro procedimiento técnico menos

de la carne ha sido sustituída por la de la sabiduría. El presente le detiene un momento, quiere dominar el futuro. Clarín se somete al tiempo, Basilio quiere sojuzgarlo. Le quito al tiempo, dice su orgullo, « la jurisdicción y oficio » (v. 617). El doblegarse a la tierra lo llama « necia curiosidad » (v. 2050), pero es esa necia curiosidad la que ablanda su corazón. Al ver despertar a Segismundo en el sepulcro de la torre, al ver su dolor ante el cambio de que es objeto, Basilio se marcha « enternecido ».

Segismundo encadenado de nuevo en la torre ha vuelto a vivir en sueños la vida de palacio. Así, pues, su experiencia en palacio tiene dos momentos : despierto y dormido. El sueño que le dicen que es la vida se confirma doblemente, primero por haberlo soñado, después por verse otra vez prisionero. Con este haber soñado un sueño aprehende el significado de la vida, la pompa pasada, la miseria presente. El despertar en la torre hace juego con el despertar en Palacio.

Es una escena entre hombres, chorreando melancolía y sin el encanto y consuelo de lo femenino. Las distintas calidades —palacio que es sueño, sueño soñado, irrealidad del presente, irrealidad de la propia existencia— inmersas en la protesta de Clarín (« ¿Por qué a mí? »), en la ternura del padre, en la compasión del ayo, no se resuelven en sentimentalidad, sino en una aceptación de lo que el intelecto ha descubierto vitalmente. Segismundo, ahora podrá hacer frente a la nada de la vida. No ha descubierto una verdad, la ha vivido y por eso la acepta. La Jornada III nos conduce precisamente de la vivencia intelectual a la moral, por eso podrá cesar la incertidumbre. Ya no tendrá que preguntarse qué es la vida, tendrá que vivirla. Guiado por la fe saldrá del mundo del « como si » : la fe en lo inmutable, en lo perdurable. De lo incierto de los sentidos por el puente de la fe pasa a una realidad estable, permanente. Esta vivencia es el desengaño barroco, la lección que libra del engaño de los sentidos. De la ilusión se ha caído en la miseria para descubrir la realidad verdadera, la de la fe.

La jornada tercera es la de la conversión, la del triunfo. Conversión religioso-moral en primer plano. Es la más evidente, por eso la otra, que desde un punto de vista artístico es la más eficaz e importante, pasa inadvertida. No hay que confundir la comedia con los autos, éstos están en relación con aquélla exactamente en la misma situación que los otros autos con el Antiguo Testamento o el Evangelio o la Mitología o la Historia, etc. Calderón buscaba sus argumentos en múltiples fuentes. El paso de *La vida es sueño* comedia a los dos autos del mismo título era fácil, pero es un gran error tratar de servirse de éstos para captar el sentido de su fuente. Sin embargo, como ocurre en casi todas las tragedias del Barroco y aún en muchas comedias, sobre todo las de caracteres y tipos, la trascendencia de los personajes o su calidad abstracta hace que estén bordeando la zona de lo simbólico.

Segismundo y Rosaura, Basilio y Clotaldo son encarnación de ideas, también las otras figuras —el criado, Clarín, el soldado, Astolfo y Estrella— y no en grado menor, sino de otra manera. Dejemos este distingo ahora, para advertir como en la jornada del desenlace, hecho muy frecuente en el teatro del último Barroco, los personajes se metamorfosean en hombres y mujeres. La silva de pareados casi no tiene importancia, las décimas desaparecen, el romance es el que predomina y su música tiene un calor humano y natural. El gesto sumamente teatral y decorativo del comienzo, tan de acuerdo con la acción, se hace en la tercera jornada gesto de hombre y de mujer. La voz, sarcástica en Clarín, descarada en el soldado, en labios de Segismundo y de Rosaura tiene un tono de seguridad, pero con tanta melancolía. La humanidad en ese manojo de hombres está reconociendo su error —Astolfo, Clotaldo con Basilio, Segismundo. Rosaura confiesa su vida, su engaño. Ella, que representaba la humildad ante la soberbia del Príncipe encadenado, al situar su abandono en la zona acotada de la tierra se enoja y encoleriza. Basilio y Segismundo, en cambio, saben humillarse, trazando la verdadera relación entre la omnipotencia y omnisciencia divinas y la libertad del hombre. Esa libertad que no es ni la del orgullo de confiar sólo en sí mismo —la media sabiduría de Basilio— ni la del desorden de los instintos.

El tono humano de Rosaura no es llorón, al contrario, como la Dorotea del *Qui-*

THEODORE DRAPER

Cuba
y la política norteamericana

LA DESAFORTUNADA INVASIÓN de Cuba realizada el pasado mes de abril fue uno de esos acontecimientos político-militares que tan raras veces se dan : un completo fracaso. Fueron tantas las cosas que marcharon mal que resultó relativamente fácil cargar las culpas sobre todos los que —personas o cosas— se vieron relacionados con él. Hasta ahora, la organización responsable de la operación, la C.I.A. (Central Intelligence Agency), ha cargado con la mayor parte de las críticas. Pero la experiencia debería advertirnos que la proclamación del « fracaso del espionaje » suele ser la primera fase de la autopsia. La verdad es que, cuando el fiasco es realmente completo, la responsabilidad hay que buscarla en una zona más profunda y más fundamental. Y no creo que la reciente invasión de Cuba sea una excepción de esta regla.

Hubo dos lados o aspectos del fracaso, la política de los exiliados cubanos y la de Estados Unidos. Los primeros exiliados cubanos que buscaron refugio en Estados Unidos a principios de 1959 estaban representados por los antiguos batistianos. Lo que sobre todo consiguieron estos pocos miles de refugiados fue proporcionar a Fidel Castro una base de propaganda contra Estados Unidos por darles asilo. Pero no constituían una amenaza seria para el régimen de Castro. Los batistianos exiliados se hallaban totalmente desprestigiados, tanto desde el punto de vista moral como desde el político. Carecían por otro lado de líderes, pues ni el más empedernido o destacado de los antiguos secuaces del dictador Fulgencio Batista deseaba que éste volviese al poder. Pero, sobre todo, carecían totalmente de apoyo en la misma Cuba.

Después vinieron los ricos asustados. Algunos de ellos huían del recién formado Ministerio de Recuperación de Bienes Malversados. Otros preferían simplemente la atmósfera bastante menos revolucionaria de Florida. Casi todos habían apoyado o pertenecido a partidos de la derecha, respetables o no. Algunos habían olido el peligro y tomado precauciones durante la dictadura y había incluso un judío que contribuyó en otro tiempo a la causa de Castro.

El éxodo principal se produjo al año siguiente. Comenzó en la primavera, se fue acelerando durante el verano y adquirió las proporciones de una huída en masa hacia finales de 1960. Entre los refugiados de la primavera figuraban los viejos políticos del período anterior a Batista, tales como el antiguo primer ministro Manuel Antonio de Varona y el ex ministro de Educación Aureliano Sánchez Arango ; algunos de ellos huyeron apremiados por la amenaza de violencias físicas, como en el caso de Sánchez Arango. Las expropiaciones en gran escala llevadas a cabo aquel mismo verano indujeron a un fuerte sector de los hombres de negocios, grandes y pequeños, a huir. Las purgas en las universidades y en los institutos de enseñanza media provocaron la huída de centenares de profesores. El establecimiento del dominio comunista sobre los sindicatos vino a añadir al número de los emigrados muchos de sus antiguos funcionarios profidelistas. Intelectuales y pro-

la administración provincial y municipal a expensas de los miembros del Movimiento 26 de Julio.

Cuando en el mismo Ejército Rebelde se produjo una epidemia de este tipo de sustituciones, Matos decidió hacer pública su oposición. Tras esforzarse vanamente por hablar del asunto con Castro, la protesta de Matos adoptó la forma de una dimisión, que envió en octubre de 1959. Pero su caso no constituía un extravío individual. Con él dimitieron también la mayoría de los dirigentes militares de la provincia de Camagüey, el jefe del Movimiento 26 de Julio en la misma provincia y otras personas. El escándalo suscitado por el creciente dominio comunista en Camagüey tomó así un carácter público : la oposición a ese dominio dentro del ejército y del movimiento castrista se había estado incubando durante meses.

Matos fue detenido el 20 de octubre en su misma casa (y no « cuando intentaba escapar », como se afirmó falsamente). Castro se trasladó con premura a Camagüey e inició la represión contra los disidentes. Quizá las repercusiones de este incidente no hubieran sido tan explosivas entre los propios altos dirigentes fidelistas si Castro no hubiese insistido en acusar a Matos de « traición ». Semejante acusación resultaba excesiva para un grupo de miembros del gabinete, que también venían observando con creciente recelo el curioso favoritismo de que se hacía objeto a los comunistas. Uno de los ministros, Faustino Pérez, antiguo jefe del movimiento clandestino en La Habana, se negó a firmar la resolución del gabinete denunciando a Matos como traidor. Hacia fines de octubre, seis miembros del gabinete se reunieron para celebrar una discusión privada : el Presidente Osvaldo Dorticós, el ministro de Educación Armando Hart, el ministro de Obras Públicas Manuel Ray, el de Transportes Julio Camacho, el de Comunicaciones Enrique Oltuski y Faustino Pérez, del Ministerio de Recuperación de Bienes Malversados. Los seis se mostraron de acuerdo en cuanto al peligro comunista, pero uno o dos de ellos, probablemente Dorticós o Armando Hart, o ambos, informaron del contenido de la discusión a Castro. Este fue al día siguiente a la reunión del gabinete decidido a forzar una explicación e insistió en que todo aquel que no tuviera plena confianza en él tendría que abandonar el Gobierno. Faustino Pérez y Manuel Ray expusieron sus puntos de vista firmemente. Oltuski y Hart hablaron en tono ambiguo. Pérez había presentado su dimisión antes de la reunión y Ray lo hizo después. Se realizaron algunos esfuerzos más bien formularios para hacerles cambiar de idea, pero al fin se les permitió marcharse el 28 de noviembre. Al mismo tiempo, el comandante Ernesto « Che » Guevara sustituía al Dr. Felipe Pazos como presidente del Banco Nacional de Cuba.

El juicio de Hubert Matos se llevó a cabo en diciembre. He leído unas noventa páginas publicadas de las actas, incluyendo la totalidad de la más importante de las declaraciones testificales, la hecha por Fidel Castro, y sospecho que el juicio de Matos puede muy bien representar en la historia reciente de Cuba el equivalente de los « procesos de Moscú » de los años 30. Ni siquiera una apariencia de traición, en ningún sentido razonable del término, pudo probarse, ni por lo demás se alegó, contra Matos. Se le acusó simplemente de haberse sentido preocupado por los progresos del comunismo y se afirmó que su dimisión podría haber resultado tan contagiosa que el régimen llegara a verse en peligro. Así podía haber ocurrido, y así en efecto ocurre, en todo régimen que, como el cubano, no procura los medios para un cambio pacífico y en el cual incluso las formas más pasivas de resistencia adquieren una significación inconcebible en un orden medianamente democrático. A Matos se le condenó a veinte años de cárcel, condena que contrastaba curiosamente con los quince años —de los que sólo cumplió veinte meses— a que Fidel Castro fue condenado por la dictadura de Batista por haber dirigido un ataque en toda regla contra un cuartel del ejército.

Las consecuencias de la condena de Matos las explotaron audazmente los comunistas. A principios de enero de 1960, Juan Marinello, presidente del Partido Socialista Popular (P.S.P.), el partido comunista cubano, declaró por primera vez que anticomunismo equivalía a traición : « El que levanta la bandera del anticomunismo, levanta la bandera del traidor. » Aquel mismo mes, el Vice primer ministro soviético Anas-

var a cabo su plan ; gran parte de los exiliados estaban de acuerdo con éste y lo único que les disgustaba era la demora.

El primer problema era determinar con qué cubanos se iba a trabajar. La elección inicial recayó sobre un grupo conocido con el nombre de « Movimiento de Recuperación Revolucionario » (M.R.R.), organizado por primera vez en abril de 1960, cuyo secretario general era un antiguo capitán del Ejército Rebelde, Manuel Artime, que aún no había cumplido los treinta años de edad. En el abanico de la política del exilio cubano por aquel entonces, el M.R.R. se situaba un poco a la izquierda del centro. De todos modos, se trataba de un grupo relativamente pequeño, incapaz de unir a la masa de los exiliados. Para superar esta debilidad, se alentó la constitución de un frente unido, formándose a principios de junio de 1960 el « Frente Revolucionario Democrático » (F.R.D.) a partir de cinco grupos ya existentes (2). En realidad, el F.R.D. representaba el centro del mundo del exilio en un época en que la derecha gozaba aún de una indebida preeminencia y en que los elementos de izquierda no habían llegado todavía en gran número. Como fue a Artime a quien se encargó de la actividad militar del F.R.D., el antiguo capitán del Ejército Rebelde continuó siendo el principal lazo de unión con la C.I.A.

Pero también el F.R.D. le parecía a ésta demasiado pesado e ineficaz. El Frente lo dirigía un Comité Ejecutivo de cinco hombres, todos dotados de iguales poderes y todos celosos de su propia categoría y desconfiados frente a los demás. La C.I.A. hizo saber que prefería entendérselas con un solo presidente del comité y esta exigencia precipitó la crisis en el seno del F.R.D. Una de sus personalidades más fuertes, Aureliano Sánchez Arango, se había quejado durante algún tiempo de lo mismo que, seis meses más tarde, durante la tentativa de invasión, fue considerado como una ofensa por algunos de los dirigentes cubanos : a saber, de que al F.R.D. se le tratase como a un simple apéndice o dependencia de la C.I.A., sometido a las órdenes de ésta última e incapaz de tener una vida propia. « La breve historia de las relaciones entre el F.R.D. y el organismo encargado de tratar de los problemas cubanos es la historia de una serie incesante de presiones y de imposiciones », eran las primeras palabras del memorándum confidencial presentado por Sánchez Arango al F.R.D. el 30 de septiembre de 1960. La protesta de Arango no tuvo eco alguno y entonces el líder exiliado retiró su organización del seno del F.R.D.

En cambio, los demás dirigentes del F.R.D. se mostraban satisfechos con la situación o al menos no lo suficientemente insatisfechos como para cambiarla. « Tony » Varona fue nombrado « coordinador » de los cuatro grupos restantes y el F.R.D. quedó más subordinado que nunca a la C.I.A. Esta escisión en el seno del F.R.D. nos revela lo esencial del problema cubano-norteamericano sin ninguno de los detalles fantásticos relacionados con la invasión ulterior. Una proporción demasiado grande de los políticos exiliados cubanos de la derecha y el centro, con la notable excepción de Sánchez Arango, se sentían satisfechos aceptando los dictados de la C.I.A., igual que a ésta le satisfacía poder imponerles su voluntad.

Para los políticos cubanos responsables, el arreglo resultaba sumamente cómodo. De un golpe podían resolver la mayor parte de sus problemas financieros y de organización fuera de las tensiones y tiranteces de la comunidad exiliada cubana. Los mejores de entre estos políticos se hallaban libres de toda mácula por lo que se refería a la dictadura batistiana, pero su propio pasado les identificaba con unos regímenes que con su corrupción habían allanado el camino a Batista, y difícilmente se les podía considerar como símbolos de una nueva Cuba decidida a conseguir una situación mejor que la que le habían deparado Batista o sus predecesores.

Por el lado norteamericano, la Administración Eisenhower se mostraba, en el mejor de los casos, cautelosa e indecisa ; en el peor, era un juguete en manos de Castro.

(2) Los cinco grupos eran : el « Movimiento de Rescate Revolucionario », dirigido por Manuel Antonio de Varona ; el « Movimiento Democrático Cristiano », de José Ignacio Rasco ; el « Movimiento de Recuperación Revolucionario », de Manuel Artime ; la « Asociación Montecristi », de Justo Carrillo ; y el « Frente Nacional Democrático (Triple A) », de Aureliano Sánchez Arango.

aún más lejana con el de 1961. Pero cualquiera que sea el sentido que se dé a ese « fidelismo sin Fidel », el hecho es que sirvió a otros líderes exiliados en su propósito de hacer que la ruptura de Ray, Pazos y los restantes miembros del M.R.P. con el régimen de Castro pareciera superficial y poco merecedora de confianza. Si el fidelismo era lo mismo, o igual de malo, que el comunismo, Ray y sus compañeros tenían que aparecer iguales o tan malos como los comunistas, con fe o sin fe en Fidel. Y sin embargo, por curiosa paradoja, habían roto con Fidel precisamente porque creyeron en él cuando acostumbraba a afirmar que fidelismo y comunismo eran dos cosas intrínsecamente distintas y porque se negaron a seguirle en su carrera hacia el comunismo.

Estas discusiones no eran de índole completamente teórica. Por el contrario, se hallaban relacionadas con una cuestión práctica de importancia esencial : la de si era el movimiento clandestino en Cuba misma o los exiliados en Estados Unidos quienes debían constituir el frente primordial en la lucha contra Castro. Para algunos exiliados lo fundamental era el movimiento clandestino, consistiendo esencialmente el papel de los exiliados en ayudarlo y apoyarlo. Para otros, en cambio, lo primero eran los exiliados, y el movimiento clandestino no entraba prácticamente en sus planes. Esta elección entre los grupos clandestinos y los exiliados constituía una de las principales líneas divisorias entre la izquierda y la derecha. Invariablemente, la izquierda hacía hincapié en el movimiento clandestino ; en cambio, la derecha se apoyaba casi exclusivamente en los exiliados. Elementos del centro figuraban en ambos campos. Los que se orientaban hacia la lucha clandestina no podían esperar ser eficaces dentro de Cuba con el mismo tipo de programa y de propaganda que atraía a muchos exiliados en Estados Unidos. Los grupos clandestinos tenían que vivir y trabajar entre cubanos que en su gran mayoría habían creído en otro tiempo en Castro y que lo más probable es que se volvieran contra él por haberles decepcionado. En cambio, muchos de los exiliados refugiados en Estados Unidos no habían tenido nunca fe que perder en Castro, el cual era para ellos tan detestable antes de tomar el poder como después.

De este modo la guerra contra Castro iba inextricablemente ligada a la guerra entre los exiliados mismos y las cuestiones teóricas se hallaban íntimamente unidas a las deducciones de carácter práctico. Un debate sobre el tema de la « revolución traicionada » constituía al mismo tiempo una disputa sobre quienes debieran ser primariamente los que derrocaran a Castro : las fuerzas existentes en Cuba misma o las radicadas en Estados Unidos. Así, la decisión de organizar una fuerza de invasión relativamente pequeña, estrechamente controlada y dirigida por profesionales venía a ser al mismo tiempo la expresión de la política norteamericana y de la de los exiliados cubanos.

La fusión

Mientras tanto, en Cuba misma se franqueó otro punto crítico. Ya he indicado anteriormente que en el otoño de 1959 se dio un paso decisivo con la detención en octubre de Hubert Matos, la sustitución en noviembre de Ray, Pérez y Pazos y el cruel castigo infligido a Matos en diciembre. Durante este período la política norteamericana desempeñó un papel relativamente secundario. La crisis, que venía incubándose desde el primer mes del régimen castrista, surgió en el seno mismo del Movimiento 26 de Julio. El origen de esa crisis no fueron Estados Unidos, sino los comunistas o, mejor, sus padrinos y protectores dentro del gobierno cubano.

El siguiente paso importante se dio en el verano de 1960. Aunque tenía más estrecha relación con ciertas actividades realizadas por Estados Unidos y se le dio mayor publicidad, no era sino una fase más en un proceso continuo, más bien que un comienzo impulsivo e impremeditado.

La ruptura final entre Cuba y Estados Unidos fue precipitada en junio de 1960 por la petición cubana de que tres refinerías petrolíferas propiedad de Inglaterra y de Estados Unidos radicadas en la isla tratasen industrialmente dos cargamentos de petróleo soviético no refinado. Las compañías se negaron, incautándose inmediatamente el gobierno cubano de las tres refinerías. En julio, tras meses de vacilación, la Administración Eisenhower suspendió la importa-

primero vino el « socialismo » y después se le dijo al proletariado lo afortunado que era por disfrutarlo.

En realidad, una transición como ésta tuvo lugar exclusivamente dentro de la alta dirección del régimen de Castro. El precursor fue, como siempre, Guevara. A finales de julio de 1960, el entonces presidente del Banco Nacional de Cuba declaró ante un congreso de juventudes celebrado en La Habana que la revolución era « marxista », afirmación que volvió a repetir en octubre en un artículo publicado en el órgano oficial de las Fuerzas armadas cubanas, *Verde Olivo*. Posteriormente, el 7 de noviembre, con ocasión de un acto celebrado en La Habana en conmemoración de la revolución bolchevique, un dirigente sindicalista, José María de la Aguilera, se atrevió a afirmar que había llegado el momento de decir sin miedo alguno que « en nuestro país caminamos inexorablemente hacia el socialismo ». Con estas declaraciones breves y aisladas se agotan las referencias al « marxismo » y al « socialismo » durante el año 1960. Esas declaraciones demuestran que algo estaba ocurriendo en los niveles superiores de la dirección castrista, pero, como de costumbre, Castro esperó por su parte a que se presentara la mejor ocasión para comprometerse él mismo —lo que es muy diferente de la idea ingenua según la cual fue la ocasión la que le obligó a comprometerse.

El verano de 1960 vio también la iniciación de una nueva fase en las relaciones cubano-soviéticas. En julio, el Primer ministro Nikita Kruschef amenazó con lanzar cohetes como represalia si Cuba era atacada, amenaza que él mismo calificó más tarde de « simbólica ». A finales de dicho mes, Fidel Castro anunció la llegada de los primeros fusiles automáticos procedentes de Checoeslovaquia. El 8 de noviembre el Primer ministro cubano manifestaba con júbilo : « Hemos adquirido armas, muchas armas, muchas más de lo que los mercenarios y los imperialistas han imaginado. » Guevara efectuó otra larga peregrinación al Este en octubre-diciembre de 1960 y a su vuelta explicó, con su acostumbrada y brutal franqueza, los motivos que habían inducido al bloque soviético a firmar un acuerdo comercial por el que se comprometían a comprar una gran cantidad de azúcar cubano. La Unión Soviética producía por sí misma tanto azúcar que no necesitaba importar ni un solo kilo de Cuba, pero si habían concedido a los cubanos condiciones ventajosas, ello se debía a razones de tipo « político » (4).

La ayuda económica no era lo único que los soviéticos estaban dispuestos a dar por razones « políticas ». En un desfile celebrado en La Habana el 2 de enero de 1961, los asistentes pudieron ver toda la gama de los armamentos enviados por el bloque soviético : tanques pesados, cañones de 55 y 105 mm., artillería de campaña arrastrada por camiones, morteros, lanzacohetes, cañones antiaéreos, cañones antitánque y armas automáticas. Y el 4 de marzo de este año, Castro declaró que « Cuba puede obtener montañas sobre montañas de armas comunistas » y que « Cuba posee ahora más miles de toneladas de armas que hace un año ». Estas armas, y el entrenamiento que llevaban aparejado, procedían evidentemente de otros acuerdos « políticos » estipulados muchos meses antes.

Esta « política » de los acuerdos comerciales y de los envíos de armas era tanto de carácter interno como exterior. La aparición de este aspecto de la nueva situación podemos también fecharla en el verano de 1960. En agosto de dicho año, con ocasión del octavo Congreso del P.S.P., el secretario general Blas Roca habló de la perspectiva de una « unión completa » o « fusión » de todas las fuerzas revolucionarias « en un solo movimiento ». A fines de octubre, como primera muestra de dicha fusión, las secciones juveniles del P.S.P. y del Movimiento 26 de Julio se unificaron pasando a formar los « Jóvenes Rebeldes ». En diciembre, en la reunión de los Partidos comunistas celebrada en Moscú, Guevara aludió a la perspectiva de un « partido unificado » en Cuba.

Para contribuir a la fusión, Blas Roca y Fidel Castro entonaron el *mea culpa* para expiar los viejos pecados que habían cometido el uno contra el otro. Los comunistas tenían que borrar su desprecio de otros tiempos ante el ataque de Castro al Cuartel de Moncada en 1953, que entonces cali-

(4) *Obra Revolucionaria*, 1961, N° 2, pág. 7.

ficaron de « putsch pequeño-burgués ». En el octavo Congreso del P.S.P., Blas Roca hizo una cumplida rectificación, reconociendo que Fidel Castro había sabido ver las posibilidades de la lucha armada y había dado los pasos necesarios en tal sentido, con el fin de derrocar la dictadura de Batista.

Fidel tenía un problema semejante. En una ocasión —exactamente, el 21 de mayo de 1959—, había distinguido entre su revolución y el capitalismo y el comunismo ; difería del primero porque éste « mataba al pueblo de hambre » y del segundo porque este otro suprimía sus libertades, « las libertades que tan preciosas son para el hombre ». Al ser humano, proclamó en tal ocasión, se le sacrificaba lo mismo en los Estados capitalistas que en los comunistas, y Cuba pretendía realizar su propia revolución « autóctona », tan peculiar como su música. Estas palabras, y otras semejantes, eran típicas de sus primeros meses en el poder ; un Castro orgulloso, e incluso arrogante, solía insistir en que la revolución cubana tenía su propia ideología superior. A los comunistas les irritaban estos recuerdos ; había, pues, que hacer algo antes de que pudiera santificarse la « unión completa ».

El 1 de febrero de 1961, el órgano del Partido Comunista italiano, *Unità*, publicó una entrevista con Castro, de inusitada significación. Una de las preguntas hechas a Castro por el corresponsal de dicho periódico en La Habana, Arminio Savioli, era la siguiente : « Comandante, ¿cuál es su opinión sobre el Partido Socialista Popular, el partido de los comunistas cubanos? »

Castro contestó : « Es el único partido cubano que ha proclamado siempre claramente la necesidad de un cambio radical de estructura, de relaciones sociales. Es también cierto que al principio los comunistas desconfiaban de mí y de los demás rebeldes. Era una desconfianza justificada, una postura absolutamente correcta, ideológica y políticamente. Los comunistas tenían razón en mostrarse desconfiados porque nosotros los de la Sierra, dirigentes de las guerrillas, estábamos aún llenos de prejuicios y defectos pequeño-burgueses, a pesar de nuestras lecturas marxistas. Las ideas no estaban claras para nosotros, aunque deseábamos con todas nuestras fuerzas acabar con la tiranía y los privilegios. Posteriormente pudimos reunirnos, nos comprendimos mutuamente y comenzamos a colaborar. Los comunistas han dado mucha sangre y mucho heroísmo a la causa cubana. Ahora continuamos trabajando juntos, leal y fraternalmente. »

Esta nueva nota de inferioridad ideológica apareció de nuevo en un discurso cuidadosamente preparado que Castro pronunció el 25 de marzo del año actual. La ocasión era también característica de la nueva era. La Organización Internacional de Periodistas, agrupación comunista que tiene su cuartel general en Praga, concedió recientemente su premio anual a *Revolución*, el órgano del Movimiento 26 de Julio, o de lo que de éste queda. Para celebrar el acontecimiento, *Hoy*, el órgano oficial de los comunistas, organizó en honor de *Revolución* un banquete con más de 2.000 invitados en el que el principal orador fue el Primer ministro. En un pasaje de su discurso, Castro se refirió de nuevo al pasado con el mismo curioso tono de excusa e incluso de culpabilidad :

« La Revolución estaba en sus comienzos. Era un proceso que tenía que avanzar aún durante largo tiempo ; tenía que avanzar paso a paso. Era débil en sus orígenes ; era sobre todo débil en la esfera ideológica. Los dirigentes de la Revolución gozaban de gran apoyo entre el pueblo, la Revolución en sí misma gozaba de extraordinarias simpatías, por lo que había suprimido, no por lo que había hecho ; pero, ideológicamente, la Revolución era débil. »

Y en una alocución pública pronunciada el 13 de marzo en La Habana, en presencia de Fidel Castro, el embajador cubano en la Unión Soviética, Faure Chomón, declaró : « Nosotros y los comunistas marcharemos juntos » ; y añadió : « Los estudiantes de mañana dirán cómo el pueblo de Cuba se hizo comunista, y nosotros veremos cómo todos los pueblos de América Latina serán comunistas » (5).

En la Cuba de Castro nunca ha existido más que un solo partido auténtico, el P.S.P. comunista ; pero hasta hace poco no estaba bien visto el darle demasiada importancia o tener demasiada deferencia para con él públicamente. Todo esto ha cambiado desde el verano de 1960. Los viejos líderes

(5) *Bohemia*, La Habana, 19 de marzo de 1961.

acres, o sea 11,83 por ciento de aquéllas. Sin embargo, las cooperativas van aún por delante en lo que se refiere al volumen de mano de obra —122.440 hombres frente a 96.498 en las « granjas »—, pero al ritmo actual de crecimiento, también en tal aspecto éstas se adelantarán pronto. En cualquier caso, el INRA controla tan estrechamente las cooperativas que se las puede transformar con facilidad, —cosa que probablemente ocurrirá— en cuanto el régimen de Castro desee ir hasta el fondo.

La Cuba de Castro tiene incluso su propio equivalente del pacto Hitler-Stalin de 1939. Los rumores sobre un acuerdo entre Castro y su archienemigo el generalísimo Rafael Leónidas Trujillo, de la República Dominicana, comenzaron a propagarse el año pasado. De repente empezó a funcionar una estación de radio dominicana especializada en la propaganda castrista y antinorteamericana. Posteriormente, en un discurso pronunciado el 6 de enero de 1961, confirmó la existencia del acuerdo el mismo Guevara, que se refirió a Trujillo como « hoy nuestro amigo » (11). En efecto, Trujillo intentó hacer cierta competencia a Castro como ejemplo del socialismo caribeño. El 1° de mayo, Radio Caribe, la emisora oficial dominicana, anunció que el *trujillismo* era « la vanguardia del socialismo » y reclamó para aquél el mérito de haber abierto el camino antes que Cuba.

Una de las razones que pueden explicar estos acontecimientos la sugirió el mismo Castro en la entrevista que concedió a *Unità*. El corresponsal del periódico comunista italiano le preguntó : « ¿En qué ha contribuído el campo socialista a la Revolución cubana? » A lo que Castro respondió : « Amigo mío, ¿qué habría sido de nosotros si Kruschef no nos hubiese enviado petróleo, si no nos hubiese comprado azúcar? ¿Y si los checoeslovacos no nos hubiesen enviado las armas para defendernos? ¿Y máquinas, piezas de repuesto, técnicos...? » (12).

Los acuerdos económicos, los envíos de armas y la fusión política por etapas no eran acontecimientos independientes y sin relación entre sí ; por el contrario, constituían aspectos mutuamente enlazados de un solo proceso simultáneo. De esos tres acontecimientos, el último es sin duda el de mayor significación. En tanto que Castro mantuviese una independencia política siquiera nominal en Cuba, podían distinguirse sus relaciones internacionales de su actitud política interna. Esta distinción se ha ido esfumando hasta llegar a desvanecerse. Cualquiera que sea el nombre que se dé al naciente « partido unificado », no representará más que una versión ampliada del Partido Comunista. En realidad significará la entrada de los fidelistas de alta categoría en el P.S.P. Dado el acatamiento de Castro a la ideología comunista, no sería demasiado de extrañar que ese paso se haya dado ya.

No puedo desechar la sospecha de que el nuevo Fidel autocrítico no corresponde en modo alguno a su personaje. Cualesquiera que sean las razones que tenga para someterse a la ideología del Partido Comunista, lo que difícilmente puede hacer Castro es transferir a éste su *mística*. Los comunistas necesitan, pues, a Fidel por lo menos tanto como éste les necesita a ellos. Y, sin embargo, esta reciente humildad de Castro ante los comunistas no es una simple *pose*. Fidel disfrutó de su máxima ventaja sobre ellos durante los años de la lucha por el poder ; esa ventaja fue disminuyendo progresivamente a partir de la victoria. Mientras los comunistas seguían aún pidiendo unas « elecciones limpias y democráticas » para desembarazarse de Batista (13), Castro exaltaba la fuerza y sólo la fuerza. Pero durante este período su programa político demostraba escasa originalidad ; en todo caso, era menos radical que

(11) *Obra Revolucionaria*, 1961, N° 2.

(12) El precio que Cuba ha pagado por la « ayuda » económica del bloque soviético nos trae a la memoria unas palabras pronunciadas recientemente por el gran revolucionario peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, al que ahora la prensa cubana hace objeto de insultos indecorosos : « ¿Me pregunta qué diferencia hay entre que recibamos un préstamo de Rusia o que lo recibamos de Estados Unidos? El imperialismo en su forma económica —en el movimiento del capital— es el mismo : ambos préstamos hay que pagarlos. Pero las consecuencias políticas son diferentes. El imperialismo económico del totalitarismo lleva consigo al totalitarismo. El imperialismo económico de la democracia nos permite conservar la democracia. »

el presentado por Grau San Martín en 1933. Dado el hecho de que Castro tomó el poder sin una auténtica ideología, sin un verdadero ejército y sin un partido de verdad, cabe presumir que sólo podría sobrevivir sin ellos si utilizaba ese poder conquistado en concordancia con sus promesas, manteniendo así unidos a sus primitivos seguidores. Pero esto es precisamente lo que Fidel decidió no hacer.

En el Estado de estilo comunista que Castro ha implantado en Cuba en menos tiempo del que tardaron los bolcheviques en hacer lo mismo en la Rusia soviética —el 80 por ciento de los obreros cubanos son hoy empleados del Estado—, era menester con urgencia una nueva ideología, un nuevo ejército y un nuevo partido. Tras sus viejas jactancias de que la Revolución cubana no se parecía a ninguna otra y no necesitaba ni ideología, ni ejército, ni partido, Castro ha tenido que recurrir para poder sobrevivir a esos tres elementos, los tres penosamente familiares y sin chispa de esa novedad de experimentos inocentes que tanto entusiasmó en el pasado a ciertos observadores simpatizantes del castrismo.

Ciertamente, a Fidel Castro hay que colocarle entre los más grandes seudo Mesías del siglo, pero no es probable que nadie le tome por un pensador político creador. Durante largo tiempo Castro ha dependido del superior intelecto de Guevara que, al contrario que su jefe nominal, nunca desperdicia las palabras innecesariamente y al que habría que tomar siempre en serio. En cierta ocasión Guevara dijo a Simone de Beauvoir que solía « pasarse horas enteras explicando un complejo problema económico a Fidel », explicaciones que al día siguiente éste reducía diestramente a media hora de televisión. En esto consiste el don inestimable de síntesis del popularizador y del demagogo, no en el genio de un revolucionario social original ; y tanto la fuerza como la flaqueza de Castro explican su utilidad y su sometimiento a los comunistas.

Desde luego, se pueden discutir las razones que explican la total simbiosis que se ha establecido entre los comunistas y los fidelistas de alta categoría. Puede discutirse también si esta simbiosis es algo bueno o malo. Pero lo que no tiene explicación es la ceguera voluntaria y pertinaz de que aún se hace gala a este respecto. Que Paul Johnson nos asegurase el pasado septiembre en el semanario británico *New Statesman* que « en la perspectiva futura de los años 60 » fidelismo y comunismo son « enemigos naturales », parecía una forma excesivamente aventurada de insistir en que entre ambos existen diferencias, y uno podía sentirse tentado de admirar su temeridad sin tomar demasiado en serio su extravagancia literaria. Pero, como ya he señalado, desde septiembre han ocurrido muchas cosas y uno nunca podía esperar que tan obstinada negativa a contemplar de frente la realidad volviera a hacer su aparición en el mismo lugar. Blas Roca creyó que había llegado el momento de avanzar un pronóstico de « unión completa » o « fusión ». Fidel se había tragado su orgullo inclinándose ante la superioridad ideológica de los comunistas. Faure Chomón había situado dentro del campo comunista no sólo al pueblo de Cuba sino a todos los pueblos de América Latina. Y, sin embargo, en el editorial del *New Statesman* del 28 de abril de 1961 aún podemos leer que la creencia de que Cuba « es ya un centro de la subversión comunista » constituye una « disparatada hipersimplificación ».

Uno se pregunta qué es lo que podría convencer al *New Statesman* de que Fidel Castro y los comunistas han realizado ya, salvo en lo que toca al nombre, la « unión completa » propugnada por Blas Roca. Y aunque el semanario británico se convenciera, ¿cambiaría por ello mucho la cosa? La consecuencia que cabe sacar de toda esta susceptibilidad en torno a los retozos amistosos de Fidel con los comunistas es que en ello pueda haber algo pecaminoso. Pero. en todo caso, la cosa no se presenta así. Cualesquiera que sean las relaciones que Castro haya tenido con los comunistas, sus simpatizantes y apologistas no se han preocupado por justificarlas o por aclararlas. Lo que el *New Statesman* diría si cambiase de opinión sobre la « disparatada hipersimplificación » es algo que aún está por ver (14).

(13) Declaración del Comité Nacional, firmada por Juan Marinello y Blas Roca, de fecha 28 de junio de 1958.

la historia del régimen de Castro ha sido en realidad la historia de una manifiesta y persistente traición a las promesas prerrevolucionarias del Dr. Castro ; y el resultado ha sido la corrupción de los logros sociales y la transformación de los mismos, no en medios de liberación, sino de vasallaje. »

Sobre el papel, la línea política había virado claramente hacia la izquierda. Este cambio lo tomaron en serio no sólo el izquierdista M.R.P. sino también los exiliados derechistas cubanos, que inmediatamente desencadenaron una campaña contra la « revolución traicionada » y el « fidelismo sin Fidel ». El órgano de la extrema derecha, *Diario de la Marina*, cayó en un verdadero paroxismo de rabia y de insultos no sólo contra los ex fidelistas sino también contra « los izquierdistas del Departamento de Estado » y « los SOCIALISTAS de Washington » (16). Todos estos grupos a los que se dejó fuera del Consejo Revolucionario o que no quisieron entrar en él, muchos de ellos pertenecientes a la derecha, se reunieron a fines de marzo de 1961 y formaron una « Junta Revolucionaria de Liberación Nacional », con Aureliano Sánchez Arango como secretario general.

Las consecuencias prácticas de la declaración del Consejo Revolucionario y del « Libro Blanco » del Departamento de Estado eran, desde luego, incompatibles con la política patrocinada por la derecha, consistente en la creación de una fuerza de invasión pequeña, entrenada por profesionales y estrechamente controlada para « liberar » a Cuba desde el exterior. Ya en enero de 1961, al Dr. Miró Cardona, que acababa de pronosticar que se aproximaba rápidamente un « levantamiento general », le preguntaron : « Pero ¿será eso bastante? ¿Tendrá que producirse una invasión? » A lo que Miró Cardona contestó : « Tras el levantamiento, habrá que tomar una decisión sobre si debe ayudarse al pueblo con una invasión en masa o con una continuación de la infiltración de hombres especialmente entrenados » (17). Este hincapié en el levantamiento interior como frente primordial de la lucha contra Castro constituía un principio fundamental de la izquierda (18).

Pero ¿qué hacer con la fuerza de invasión relativamente pequeña, entrenada profesionalmente y estrechamente controlada, que había dejado como herencia la Administración Eisenhower? Parece ser que en enero de 1961 se inició una vez más el reclutamiento, añadiéndose a la fuerza 500 nuevos miembros, con lo que el total se elevaba a menos de 1.500. Una vez más, apenas se efectuó discriminación política en la selección de los reclutas. Y esta misma ausencia de discriminación vino a influir indirectamente en la composición política de la fuerza invasora. En la emigración figuraban muchos antiguos soldados e incluso oficiales del Ejército Rebelde. Pero la mayor parte de ellos se negaban a luchar en unión de antiguos miembros del ejército y la policía de Batista, y desde luego a servir bajo su mando. Me han dicho que los ex batistianos constituían sólo el 15 por ciento aproximadamente del total, pero que este porcentaje era mucho mayor entre los jefes. Se ha dicho que en uno de los campos de Guatemala, compuesto por 230 hombres, un solo oficial ex batistiano fue suficiente para que los 230 se declarasen en huelga. De todos modos, en su conjunto la fuerza de invasión era ampliamente representativa de toda la comunidad de los exiliados : desde los batistianos hasta los hijos de Varona y Miró Cardona, desde los cuadros militares profesionales hasta los jóvenes intelectuales idealistas.

(16) *Diario de la Marina* (Miami Beach), 18 de marzo de 1961. Quien desee leer más declaraciones del mismo tenor puede ver también los tres números siguientes del mismo periódico.

(17) *U.S. News and World Report*, 23-1-1961.

(18) Una figura a la que no resulta fácil clasificar es la del Dr. Aureliano Sánchez Arango, antiguo luchador lo mismo contra Batista que contra Castro. También él sostenía la opinión de que lo primero era el movimiento anticastrista clandestino y había roto con el F.R.D. fundándose en su subordinación a la C.I.A. Pero por otro lado se negaba a tener relación alguna con todo aquel que hubiese servido a las órdenes de Castro y rechazaba enérgicamente la tesis de la « revolución traicionada ». En su última fase, Sánchez Arango cree que la distinción entre izquierda y derecha ha perdido toda su utilidad en la presente situación cubana.

Detrás de la invasión

La preparación de una « invasión » de Cuba fue divulgada por un periódico guatemalteco, *La Hora,* ya el 30 de octubre del pasado año, afirmándose entonces que los preparativos estaban « muy avanzados ». La alarma en torno a los campos guatemaltecos surgió por primera vez en Estados Unidos de una fuente sumamente inesperada : el director y los redactores del *Hispanic American Report,* publicado por el « Institute for Hispanic American and Luso-Brazilian Studies » de la Universidad de Stanford. Después de un momento de vacilación, la prensa norteamericana se lanzó tras la noticia, consiguiendo al poco tiempo hacer de los campos un secreto a voces, sin que de todos modos pudiera averiguar algunos de los detalles vitales. A algunas de las cifras, adivinadas o supuestas, se las hinchó absurdamente, lo que posteriormente contribuyó a la errónea apreciación de la operación por parte del público.

Pero los líderes exiliados cubanos, que habían luchado durante mucho tiempo con su propia conciencia en torno a esta fuerza relativamente pequeña estacionada en los campos, sabían lo explosiva que era políticamente. Antes de que llegaran a término las negociaciones para la creación del Consejo Revolucionario, se estipuló un acuerdo secreto, hasta ahora no hecho público, titulado « Bases confidenciales de unidad entre el Frente Revolucionario Democrático y el Movimiento Revolucionario del Pueblo », acuerdo de fecha 22 de marzo de 1961 firmado por A. de Varona y M. Ray. La segunda sección de dicho acuerdo, titulada « Lucha insurreccional », dice lo siguiente :

« 1. *El Consejo que se forma como resultado de este acuerdo debe dar la máxima prioridad a la ayuda a los combatientes que están ya en el interior de Cuba luchando contra el opresor comunista.*

2. *Ninguna persona que mantuviera una postura censurable de responsabilidad para con la dictadura criminal de Batista puede ser admitida en ninguna fuerza armada que pueda organizarse fuera de Cuba. Dados los efectos perjudiciales que toda utilización ostensible de dichos elementos puede tener, ambas organizaciones acuerdan que deben compartir la responsabilidad de evitar incluso el empleo de dichas personas en las oficinas de reclutamiento.*

3. *Los mandos militares de todas las fuerzas revolucionarias que puedan organizarse fuera de Cuba deben estar en manos de cubanos que ofrezcan completa garantía al Presidente del Consejo y a ambos grupos (que firman este documento) en relación con su integridad y sus conocimientos, sus responsabilidades y funciones en una sociedad democrática y su total subordinación a la autoridad del Consejo Revolucionario durante la lucha insurreccional y al Gobierno civil de la República.*

4. *El Consejo Revolucionario debe asumir inmediatamente la responsabilidad de que estas normas prevalezcan totalmente en las fuerzas que se están organizando* » (*).

(*) Las otras dos secciones del acuerdo en cuestión, son las siguientes :

« I. Organización fundamental del Gobierno Provisional.

« 1) La persona designada para presidir el Consejo Revolucionario habrá de elegir, libremente, los miembros del Consejo que resulten indispensables a sus tareas en el exilio, reservándose para cuando ya se encuentren en Cuba, la selección del resto en consideración a que este Consejo Revolucionario debe estar integrado por personas que se encuentren en el exilio, pero también, en su mayor parte, por personas que se encuentren luchando en Cuba en el momento de la caída del régimen y que, por razones de seguridad, no pueden designarse ahora.

« 2) El Consejo de Ministros del Gobierno Provisional, una vez derrocada la tiranía comunista, estará integrado por miembros con cartera para realizar la función exclusiva de gobierno, y de seis a diez miembros sin cartera que conjuntamente con los miembros con cartera habrán de ejercer las funciones legislativas.

« 3) Estos miembros sin cartera serán designados por el Presidente del Consejo Revolucionario, eligiéndolos de ternas que le elevarán los sectores revolucionarios.

« 4) Este Consejo Revolucionario, una vez trasladado a Cuba, asumirá las funciones del Gobierno Provisional.

« III. Reforma agraria.

Ambos sectores declaran que procurarán llegar dentro de los próximos 15 días a un acuerdo sobre la forma efectiva de proscribir el latifundio, a los efectos de que quede determinado un criterio fundamental que evite pugnas perjudiciales en el inicio del Gobierno Provisional. »

Este documento se basaba claramente en el punto de vista de que el frente principal era el movimiento clandestino en Cuba y de que había que eliminar toda posible mácula de batistismo en la fuerza de invasión organizada fuera de Cuba. En principio, no había razón alguna para que a Castro no le atacaran al mismo tiempo fuerzas del interior y del exterior, como había ocurrido con Batista. Pero ambas formas de lucha lo mismo podían chocar entre sí que ayudarse mutuamente. Conceder prioridad a la fuerza exterior podría tener un efecto negativo en el movimiento clandestino, que quizá se sintiera inclinado a esperar la « liberación » del exterior. En cuanto a la inclusión de batistianos en la fuerza de invasión, era algo más difícil de compaginar con los cubanos de Cuba que con los del exilio. Y la orientación política indispensable para la lucha clandestina se distinguía radicalmente de la perspectiva política, o la falta de ella, característica de la fuerza de invasión.

El Consejo Revolucionario y el « Libro Blanco » representaban un aspecto de la nueva política de la Administración Kennedy ; la fuerza de invasión, el otro aspecto. Ambos aspectos o líneas políticas nunca se encontraron. En los doce días que transcurrieron entre las « Bases confidenciales » firmadas por Varona y Ray y la decisión de enviar la fuerza de invasión a Cuba, nada cambió y, en realidad, nada podía cambiar en tan breve espacio de tiempo. Un auténtico cambio de política habría exigido una actitud radicalmente distinta para con el movimiento clandestino y una completa revisión de la fuerza de invasión. Pero el 4 de abril, cuando el Presidente Kennedy y sus principales consejeros adoptaron al parecer la decisión final sobre la expedición, el tiempo era la única cosa que no podía cambiarse o revisarse. Unos cuantos meses más de « montañas sobre montañas de armas » enviadas a Cuba por el bloque soviético hacían que cualquier nuevo plan a largo plazo pareciese cada vez más difícil y peligroso. A muchos exiliados cubanos les dominaba lo que pudiera llamarse el « complejo del límite ». Estaban convencidos, y trataban de convencer a los demás, de que si no se derribaba a Castro en marzo o abril —o lo más tarde en junio—, no se le podría derribar nunca.

Este desesperado frenesí ante la idea de que estuviera pasando la hora, unido a la intensa convicción de que nunca se presentaría una ocasión mejor, pudo quizá resultar contagioso. La idea de que Estados Unidos reunieron y organizaron unos cuantos « mercenarios » para llevar a cabo la invasión yerra absurdamente el blanco. Los exiliados cubanos ejercieron por su parte una presión tremenda en favor de una acción rápida y su única preocupación consistía en saber hasta qué punto Estados Unidos se decidirían a ayudarles. En los campos de entrenamiento dominaba un estado de ánimo semejante, y la alternativa parecía ser o utilizar la fuerza tal como se hallaba constituída o licenciarla. En realidad, de no empezar las cosas nuevamente desde el principio, la Administración Kennedy tenía que limitarse fundamentalmente a la política y a los medios de la Administración anterior.

Un solo cambio importante parece que se introdujo en el antiguo plan. Por lo visto éste preveía una « cobertura aérea » por parte de aviones norteamericanos mientras los cubanos se aseguraban una cabeza de puente en una playa. El Presidente Kennedy se pronunció contra toda participación directa de Estados Unidos en el ataque, incluído el apoyo aéreo, negándose a cambiar de idea después que los pilotos exiliados perdieron el control del aire en el segundo día de la invasión. La política norteamericana parece que fue entrenar, financiar y equipar a los exiliados, pero exigiéndoles que fueran ellos solos los que combatieran. En esencia, esto no era muy diferente de lo que el bloque soviético había hecho en una escala muchísimo mayor en favor de las fuerzas de Castro.

Al final, el Consejo Revolucionario Cubano sirvió de hoja de parra para ocultar la invasión. Se otorgó la máxima prioridad a la fuerza exterior de invasión, no al movimiento clandestino en Cuba misma. El personal poco recomendable admitido en la fuerza de invasión no fue eliminado de ésta. El Consejo no ejercía el control de la situación y los que realmente tenían en sus manos ese control humillaron a sus miembros.

En la superficie, se aplicaron simultáneamente dos líneas políticas, una frente al Consejo Revolucionario, la otra frente a la fuerza de invasión. La primera venía a implicar que la Administración Kennedy había procedido a una cierta revisión del asunto cubano ; la segunda no era más que la expresión de un « nixonismo » modificado. La diferencia entre esas dos líneas constituye la clave de los errores en la concepción, así como en la ejecución, de la fallida invasión de Cuba.

A la fuerza de invasión se le dio una prioridad tan absoluta que las fuerzas anticastristas en el interior de Cuba cayeron prácticamente en el olvido. La inversión del orden constituyó un factor de importancia vital. Al dar prioridad a la invasión, la C.I.A. sólo podía conjeturar hasta dónde había llegado la rebelión popular contra Castro o lo que esa rebelión era capaz de hacer. Resultaba por completo evidente, juzgando incluso por los discursos pronunciados por Castro y Guevara, que el régimen castrista había estado perdiendo durante meses un cierto apoyo popular, especialmente entre las clases media y obrera. Pero la oposición sabía que, en cambio, había realizado algún avance entre los campesinos, los jóvenes menores de veinte años —todos los cuales llevaban armas—, un sector de aquellas personas cuya existencia dependía completamente de la omnipresente maquinaria del Estado, otro sector indeterminado imbuído de propaganda en todas las clases y, naturalmente, los comunistas convencidos y los fidelistas entusiasmados con su héroe. Al proceso de desilusión no se le podía forzar artificialmente y, dada la naturaleza de un Estado represivo como el de Cuba, incluso los colaboradores más íntimos de Fidel parecían fieles a él hasta el momento de su defección. Una política que propugnase una invasión exterior primero y una rebelión interna después no podría nunca estar segura de que esa rebelión fuera a producirse.

Así, la invasión realizada no sólo fue una sorpresa, sino que disuadió a las fuerzas anticastristas del interior de hacer nada hasta que quedase aclarada la naturaleza y el alcance de aquélla, y cuando ésto último ocurrió ya era demasiado tarde. Nadie deseaba arriesgar su vida por una invasión que no podría tener buen éxito por ser demasiado débil, o por una invasión que pudiera vencer por sí misma por tener tras sí todo el apoyo de Estados Unidos, y la primera impresión fue que era esto último lo que ocurría. De este modo, el plan de invasión concibió la primera fase de la batalla como una fase puramente militar sobre un terreno muy limitado : una cabeza de puente en una playa. Lo cual permitió a Castro concentrar unas fuerzas aplastantemente superiores en un solo punto con el fin de dar un golpe decisivo.

El otro camino hubiera sido dar prioridad a la rebelión y mantener en reserva una invasión para apoyar un movimiento popular ya patente, tal como Miró Cardona lo había explicado en enero de 1961 y como se proponía en las « Bases confidenciales » de marzo. Pero los líderes del Consejo Revolucionario no eran bastante fuertes ni tenían suficiente confianza en sí mismos para insistir en el terreno de la práctica en lo que habían acordado en el terreno de los principios. Algunos se embarcaron en la empresa de la invasión porque la habían estado pidiendo durante muchos meses y otros porque no querían exponerse a la acusación de haber puesto obstáculos a una posible victoria. Ambas operaciones —la política, encarnada por el Consejo Revolucionario, y la militar, representada por la fuerza de invasión— se mantuvieron tan alejadas la una de la otra que por lo menos una parte del Consejo Revolucionario sabía muy poco de los detalles de la invasión.

En el interior de Cuba la situación se había ido calentando hasta cierto grado de efervescencia popular, pero era imposible sincronizar ésta con el « complejo del límite » que padecían tanto los cubanos como los norteamericanos. Naturalmente, no existía garantía alguna de que fuera a producirse en ningún momento una rebelión popular en gran escala contra Castro. En todo caso, durante muchos meses la política de Estados Unidos y del exilio cubano ni siquiera se había preocupado de alentar una rebelión de ese tipo, ni política ni prácticamente. Y la misma falta de garantías se daba en todos los demás terrenos. Mientras Estados Unidos siguieran negándose a dejarse arrastrar a una intervención en gran

bana. En realidad, esto es algo que hizo por primera vez el 16 de abril de 1961, la víspera de la invasión, en una referencia a los « imperialistas » un tanto casual y burlona : « Esto es lo que no nos pueden perdonar : que estemos aquí ante sus narices y que hayamos realizado una revolución socialista ante las mismas narices de Estados Unidos. »

Sin embargo, en su discurso del 1 de mayo Castro hizo la misma declaración de modo más solemne y formal : « Nuestros actos han señalado al mundo el nacimiento de una revolución democrática y socialista patriótica. » Lo que quería decir con la palabra « socialista » es algo que él mismo se encargó de poner suficientemente en claro al saludar el apoyo prestado por « el poderoso mundo socialista, dirigido por la gran Unión Soviética y por la República Popular de China ». Desde el 1 de mayo, la « revolución socialista » en Cuba está al orden del día en la prensa, la radio y la televisión cubanas. Fidel Castro, al que se le otorgó este año el Premio Lenin de la Paz, pronunció con tal motivo un discurso el 19 de mayo, en el que evidenció hasta donde había llegado políticamente al exclamar : « ¡Gloria, pues, hoy 19 de mayo, a nuestro gran José Martí! ¡Gloria a nuestro gran Vladimir Ilitch Ulianov, Lenin! » (*El Mundo*, La Habana, 21 de mayo de 1961.)

En una ocasión el « Che » Guevara inventó la teoría, que después han repetido innumerables epígonos, de que Estados Unidos eran los responsables de las acciones o « respuestas » de Castro ; y es de presumir que la reciente coincidencia entre la frustrada invasión de Cuba y el « socialismo » cubano se adapta perfectamente a tal teoría. Un escritor francés, Claude Julien, ha escrito un libro en defensa de la idea de que Estados Unidos obligaron a Castro a vender su propia revolución a los comunistas y a la Rusia soviética (19).

No es necesario eximir a Estados Unidos de toda culpa o incluso de gran parte de la culpa por lo ocurrido en estos últimos años en Cuba para creer, como yo creo, que la tesis de Julien es errónea, profundamente errónea. Fidel Castro y sus íntimos colaboradores no han sido nunca víctimas inocentes de las circunstancias. Por el contrario, han sido siempre el motor de esta revolución en perpetuo movimiento ; han recurrido a este o el otro pretexto para hacer lo que deseaban hacer ; han aumentado incesantemente su poder tomando la iniciativa contra sus enemigos y aprovechando sin descanso la ventaja. Un líder revolucionario no traiciona el carácter fundamental de su revolución porque unas compañías petrolíferas norteamericanas se nieguen a refinar petróleo soviético o porque Estados Unidos suspendan una cuota azucarera a la que se había atacado como « un símbolo del colonialismo ». Si ese líder tiene realmente el propósito de fundar un orden social distinto del capitalismo y del comunismo, no se opondrá al uno capitulando ante el otro a la velocidad de una operación automática.

Pero si se sabe esperar la ocasión oportuna, a toda acción agresiva se la puede hacer aparecer bajo una luz defensiva. Pero la historia nos enseña a penetrar en el pasado más oscuro en busca de las causas y motivaciones últimas de unas « respuestas » tan inmediatas y de tanta trascendencia. En el presente caso, como ya he dado lugar entre bastidores en 1959 y sólo sus consecuencias aparecieron a la luz pública en 1960 y 1961. No, Castro y su grupo no se han limitado a reaccionar ante las acciones de Estados Unidos, como si fueran unas marionetas norteamericanas frustradas y como si Estados Unidos moviesen siempre los hilos que los obligaran a hacer lo que no quisieran hacer o a ir a donde no quisieran ir. Semejante interpretación de la revolución de Castro ni siquiera hace justicia a su líder, privándole de todo control real sobre su propia revolución. Quizá haya más de una forma de explicar por qué Castro traicionó a la revolución democrática, y una de ellas es echar la culpa a Estados Unidos, pero no por ello la traición deja de ser traición. Por mi parte, creo que la verdad hay que buscarla en otro lugar, en la vida interior y en el dinamismo del fidelismo.

El día de las cuentas

Únicamente los ingenuos pueden creer aún que Fidel Castro cayó en una trampa

(19) *La Révolution Cubaine*, Julliard, París, 1961.

tendida por los comunistas o que renunció a la vía democrática debido a que Estados Unidos no le prestaron suficiente apoyo durante sus primeros meses en el poder. El Partido Comunista y Fidel Castro se encaminaron el uno hacia el otro con los ojos abiertos y con el sentimiento de necesitarse mutuamente. La « teoría de la trampa » le atribuye a Fidel una credulidad que es poco justo aplicarle. Quizá las ofertas oficiales de Estados Unidos le hubieran comprometido algo más que una política que respetaba su preferencia claramente expresada por las formas más bien privadas que gubernamentales de ayuda, pero me temo que sus resultados no hubieran sido mayores. El crédito de 16 millones de dólares que las compañías petrolíferas concedieron a la Cuba de Castro no las salvó de la expropiación y ni siquiera con una cantidad cinco o diez veces mayor habrían obtenido indulgencia del régimen cubano. Las circunstancias exteriores influyeron sobre los métodos y el ritmo de evolución del régimen, pero no determinaron su naturaleza y su dirección.

Para la mentalidad corriente entre los occidentales resulta muy difícil comprender el dinamismo de esta revolución. No es una revolución realizada por un partido revolucionario que haya luchado durante años para formular una ideología y crear una organización. Por el contrario, su origen lo constituyen doce hombres que se dirigieron a la Sierra en diciembre de 1956 —¡hace menos de cinco años!— y que en mayo de 1959 sólo habían aumentado hasta la cifra de 300 —¡hace un poco más de tres años!—. Su victoria sobre el orgulloso ejército de Batista parece increíble, casi milagrosa, y para ellos los milagros no han cesado aún.

Hoy no parece más increíble el que Cuba desencadene una revolución en Latinoamérica que el que ese pequeño grupo de la Sierra Maestra desencadenara una revolución en Cuba. A esto hay que añadir la convicción de que la revolución cubana no puede resultar finalmente victoriosa sin una revolución latinoamericana y de que una revolución latinoamericana tampoco puede desembocar finalmente en la victoria sin una revolución en Estados Unidos, eventualidad a la que Fidel ha hecho desde antiguo frecuentes alusiones, medio en serio y medio en broma.

Todo esto quizá se deba a la embriaguez del triunfo o a las ilusiones de grandeza, pero no se puede profundizar en el espíritu del fidelismo sin tenerlo en cuenta. El vacío ideológico y de organización del fidelismo lo ha venido a llenar el comunismo, al que por su parte el fidelismo ha dado una nueva confianza y un nuevo ímpetu. Como resultado de esta interpenetración, Cuba empieza ya a parecerse a cualquier otro Estado comunista en su conformación política, económica e ideológica esencial; quizá las improvisaciones « humanistas » del primer año de Castro en el poder parezcan pronto tan lejanas como la Nueva Política Económica soviética de 1920 parecía alejada de la colectivización forzosa impuesta por Stalin durante los años 30.

La cuestión de si Estados Unidos obraron prudentemente suspendiendo la cuota de azúcar cubano en el momento en que lo hicieron, resulta a la larga menos importante que el hecho de que esa suspensión constituía la respuesta a un deseo de los fidelistas. La técnica empleada para provocar la ruptura de las relaciones diplomáticas —petición a Estados Unidos para que en un plazo de cuarenta y ocho horas redujeran drásticamente el personal de la Embajada norteamericana —presenta un carácter similar. Esta perentoria petición enfrentó a Estados Unidos con la alternativa de inclinarse ante un ultimátum o zanjar rápidamente algo que era inevitable. Fuera de una capitulación completa, me es imposible imaginar ninguna política norteamericana que pudiera satisfacer los deseos de Fidel, Raúl y el « Che ».

Para quienes desean, excusan o ignoran la conquista de Cuba por los comunistas, la reciente invasión no presenta ningún problema difícil. Pueden gozarse en el fracaso u ofrecerse una orgía de *Schadenfreude*. De todos modos, algunos no podrán hacerlo sin engañarse a sí mismos sobre la realidad de la influencia comunista en Cuba. Pero día llegará de echar las cuentas. Al ritmo presente de fusión entre fidelistas y comunistas, pronto tendrán que reconocer esa realidad o, en caso contrario, correrán el riesgo de hacer el ridículo. Y si no se dejan arrastrar hasta el amargo final, también

convirtió el fracaso en una costosa derrota y habría hecho que el éxito fuera una victoria pírrica. Pero decir esto y nada más que esto es condenar por adelantado toda perspectiva de futura oposición anticastrista, incluso la más democrática. En esta ocasión las armas se utilizaron de mala manera, pero cualquier política en la Cuba de hoy requiere las armas. A Castro no se le puede derrocar como no sea por la fuerza, de la misma manera que para derrocar a Batista no hubo otro medio que ese. Cuando Castro condenó a Matos a veinte años de cárcel, ello constituyó una advertencia a toda la oposición de que en adelante tendría que ser clandestina, de que habría de luchar por la fuerza contra la fuerza o someterse sin lucha. Mientras en Cuba existan hombres y mujeres que crean en las libertades civiles, en el gobierno representativo, en la reforma agraria en vez de en las explotaciones estatales de estilo soviético, en la libertad de expresión, en la asociación con el Occidente democrático y en los sindicatos libres habrá, a pesar del reciente descalabro, una actividad clandestina que irá creciendo progresivamente. Aunque no hubiera nadie más que creara las condiciones necesarias para ese crecimiento, Castro y los comunistas se encargarán de ello.

Pero ningún movimiento anticastrista puede resistir a los tanques rusos o a los cañones checoeslovacos con sólo la simpatía. Sería mucho más humano y honrado aconsejar a cualquier movimiento que no resista que dejarle que resista con las manos inermes. Los adversarios democráticos de Castro tienen el derecho y el deber de obtener armas allí donde les sea posible, igual que Castro y otros movimientos revolucionarios hicieron. Estados Unidos pueden ayudarles, pero una oposición democrática cubana digna de tal nombre sólo aceptará las armas y la ayuda de otro tipo sobre la base de sus propias condiciones. Cualquiera que sea lo que Estados Unidos u otra potencia hagan o no hagan, tiene que influir sobre la situación en Cuba ; la única manera de que Estados Unidos pudieran eliminar su influencia sería que desapareciesen. Algunas formas de « no intervención » no son más que la aquiescencia a la intervención de otro, y algunas formas de « intervención » son tan erróneas y tan inconsistentes que en sus efectos prácticos equivalen a no intervención.

En Cuba y por Cuba, me parece que estamos viviendo de nuevo muchos de los problemas que nos atormentaron durante la era de Hitler y de Stalin. Hitler nunca nos permitió olvidar los crímenes del Tratado de Versalles, las debilidades de la República de Weimar y los millones de parados. Por su parte, los bolcheviques nunca nos permitieron que olvidáramos el negro pasado zarista. El « Líder Máximo » no nos permite que olvidemos los males del imperialismo, las culpas de los anteriores gobiernos democráticos y la pobreza de los campesinos cubanos. Pero el vengador del Tratado de Versalles, el enterrador de la República de Weimar y el salvador de los millones de parados era también un nihilista demoníaco que impuso tal degradación a su propio pueblo y cometió tales infamias con otros que su solo recuerdo nos pone enfermos. El poder absoluto de un solo partido degeneró en el poder absoluto de un solo hombre y este hombre degeneró en un psicópata ejecutor de millones de otros hombres, entre ellos sus propios camaradas. El morbo totalitario en Alemania y en Rusia no estalló de golpe con toda su virulencia ; por el contrario, fue creciendo gradualmente sobre sus víctimas y surgió bajo las apariencias suaves de una liberación nacional y de un desarrollo económico. Pero al final una sola cosa prevalecía sobre todas las demás : la capacidad para el mal de todas estas tiranías omnipresentes, insaciables y asfixiantes, fue aumentando a medida que aumentaba su poder. Parece que cada generación haya de aprender la lección a su manera.

FRANÇOIS BONDY

Perú : retrasos y esperanzas

Mas de la mitad de la población del Perú es analfabeta, y casi podría decirse que se halla fuera de los circuitos de la civilización moderna. Una parte considerable de ella —alrededor del 40 por ciento— habla sólo las lenguas indias : una mayoría, el quechua ; una minoría, el aymará. Esta parte de la población desconoce el español o tiene sólo unos rudimentos de este idioma, lo que constituye un obstáculo para su integración a la vida nacional y la mantiene bajo la dominación de las potencias del dinero, de los burócratas y, sobre todo, de los latifundistas. Desde la época de la conquista por los españoles, esta situación no ha cambiado, a pesar de existir una legislación para proteger a ese grupo de la población y limitar los perjuicios, dando una personalidad jurídica a las « comunidades » (ayllu). Pero estos indios, expulsados de las laderas y de los valles más ricos, desde los tiempos de las primeras « encomiendas », permanecen confinados, salvo raras excepciones, en las alturas andinas.

El Perú pertenece históricamente a esta « Indoamérica » caracterizada por la superposición de castas : primero, una oligarquía española, después los criollos y los mestizos, y finalmente una amplia masa india, generalmente apática y a veces explosiva. A pesar de las antiguas tradiciones de comunidad y ciudadanía, esta situación dificulta la implantación de la democracia más que en otros países de la América Latina, que han tenido la ventaja de contar con una inmigración europea más abundante (Argentina, Uruguay, Chile, Brasil meridional). En las afueras de Lima, capital pletórica de más de un millón de habitantes, viven en miserables barracas de cuatrocientos a cuatrocientos cincuenta mil de estos indios.

Lima es la sede de uno de los gobiernos más centralizados del mundo y el lugar de residencia del cuarenta por ciento de los electores que hacen uso de su derecho electoral (en números redondos, 600.000 electores en Lima, por un millón y medio en el conjunto del país). La comparación entre el Ministerio de Educación en Lima, rascacielos servido por seis ascensores, y las aldeas de los contornos de Cuzco, muchas de cuyas escuelas no tienen muebles, ni libros para los alumnos, da la medida de la política de prestigio practicada por el gobierno. Conviene decir, desde luego, que este imponente ministerio surgió bajo el régimen del dictador Odría y que al frente del mismo el general dictador puso, como es lógico, a un general.

El hecho de que el simple nombramiento de un maestro o de una enfermera, la construcción de un camino vecinal —incluso en las provincias de más difícil acceso— dependan directamente de los ministerios respectivos, revela la extensión del centralismo administrativo, secuela de una situación que tenía sin duda justificación en el siglo XIX, y de los abusos de ciertas « juntas » departamentales. En una capital provincial como Cuzco, las personalidades más dinámicas, las más ansiosas de eficacia, son las que se quejan con más insistencia del efecto paralizante de este centralismo. Esta domina-

que dominaba en los medios de la política y de los negocios. « Los presidentes reinaban, pero los Dreyfus y los Grace gobernaban », escribe Prada con pasión, pero también con la injusticia del polemista. Los Grace, los Meiggs, los Fawcett han sido los « pionniers » de los ferrocarriles, de la navegación a vapor, de la aviación y del acceso del Perú a la vida moderna, y los famosos contratos Dreyfus habían estabilizado el mercado del guano en una forma más ventajosa que los acuerdos anteriores.

Esta aspiración se manifiesta en la generación siguiente y, sobre todo, en la obra y en la acción de José Carlos Mariátegui (1895-1930). autor de los célebres *Siete ensayos sobre la realidad peruana*. Mariátegui se sitúa a medio camino entre el marxismo (los comunistas le reivindican como uno de los suyos, pero esto es muy discutido) y el populismo, representado por el movimiento « aprista ». En el curso de su prolongada permanencia en Italia, había estado sometido a la influencia de Benedetto Croce y de Gobetti. Finalmente encontramos esta aspiración en el pensamiento y en la política de Víctor Raúl Haya de la Torre, nacido también en 1895 y que dirigió organizaciones de estudiantes en Trujillo, en Cuzco y en Lima, y participó en la fundación del Sindicato de los Obreros Textiles y en las luchas por la reducción de la jornada de trabajo. Durante su exilio en México, en 1924, fundó la Alianza Popular Revolucionaria Americana (A.P.R.A.), de la que saldrá en particular toda la rama peruana llamada Partido Aprista Peruano.

El populismo de estos tres grandes « intelectuales comprometidos » no podía ser en el Perú más que un « indianismo » preocupado ante todo de poner de manifiesto el pasado de los autóctonos, las civilizaciones incas y preincas y, en particular, sus métodos de cultivar la tierra y sus estructuras administrativas sólidamente organizadas, mucho más amplias que las de los Estados nacionales de hoy. En esta reconquista del pasado los escritores e historiadores indianistas van a buscar su enlace, tres siglos atrás, con las Crónicas del mestizo Garcilaso de la Vega, padre de la historia y de la literatura peruanas y testigo de las tradiciones incas en el momento en que éstas iban a desaparecer.

Pero estos vínculos con el pasado no impiden en absoluto que este indianismo se vuelva hacia el porvenir, hacia la emancipación social, cultural y política de esas masas « felaghizadas », según el término de Oswald Spengler, desposeídas de su propia civilización, a excepción de su lengua y de algunos residuos folklóricos que, por lo que se refiere a los vestidos y a las danzas, que vienen a fotografiar los turistas en las ferias y los certámenes que se celebran alrededor de Cuzco, tienen tantas reminiscencias de la vieja España, como de la antigua civilización india.

Este indianismo se había impuesto como tarea primordial la restauración de la dignidad de las masas, con frecuencia analfabetas, minadas por las enfermedades, desposeídas, primero por la conquista española y después por la independencia. El A.P.R.A. tenía el propósito de generalizar y ahondar la experiencia de la revolución mexicana, cuyo antimperialismo había adoptado también. Este partido que, en el espíritu de su fundador, debía tener un carácter « internacional » —lo que sirvió de pretexto para apartarlo de ciertas elecciones en el Perú— inspira todavía lo que podría llamarse una asociación de los partidos democráticos de la América india, entre los que figuran sobre todo los animados por el presidente Betancourt, de Venezuela, y por el presidente Figueres, de Costa Rica. En el Perú, el A.P.R.A. se ha convertido en un partido de masa sólidamente encuadrado por secciones políticas, sindicatos, instituciones de educación popular, periódicos y grupos parlamentarios simpatizantes. El A.P.R.A. ha favorecido la vuelta a la democracia, sosteniendo a Manuel Prado, antiguo presidente expatriado en París durante ocho años y que, gracias a este apoyo, fue llevado de nuevo a la presidencia en 1956.

El partido aprista se ha distinguido siempre de los comunistas, a los que Haya reprocha un « colonialismo mental », no solamente porque quiere hacer respetar la autonomía de su organización, sino también porque su pensamiento político e histórico no podría confundirse con el marxismo, ni con el leninismo y, mucho menos, con el stalinismo. Haya había asistido al V Congreso de la Internacional Comunista, en Moscú, y los jefes bolcheviques hicieron

no fue una regla absoluta para nadie. El que asesinó al jefe de una de las grandes familias del Perú, propietario del periódico *El Comercio,* Miró Quesada, y a su esposa, fue un joven aprista. Fueron también los apristas los que, probablemente sin la conformidad de la dirección del partido, suscitaron en octubre de 1948 movimientos insurreccionales que el poder reprimió de una manera sangrienta. ¿Cómo podría ser de otro modo? La irrupción de las masas organizadas en un juego político dirigido por una reducida oligarquía provoca generalmente disturbios.

Actualmente, convencido ya, después de seis años de legalidad, de que su triunfo en las próximas elecciones está asegurado, el partido aprista defiende la estabilidad y el funcionamiento constante del régimen parlamentario. Ha respetado su convenio con el presidente Prado, quien ha cumplido a su vez los compromisos aceptados la víspera de una campaña, ante la cual desapareció —muy pacíficamente, forzoso es reconocerlo— la dictadura del general Odría. El partido aprista no tuvo la posibilidad de presentarse en las elecciones legislativas de 1956 bajo su propia bandera ; pero, en general, los simpatizantes que hizo elegir le han permanecido fieles. Su poderosa influencia sobre los sindicatos le ha permitido, por otra parte, evitar las agitaciones demasiado vivas y los disturbios sociales que amenazaban, por reacción, con llevar nuevamente al poder al ejército. Varios parlamentarios y un sindicalista me han afirmado que, después de tantos años de desórdenes, la estabilidad democrática era más importante que las satisfacciones inmediatas, puesto que la democracia es la única base de un progreso duradero.

La gestión del presidente Prado, lo mismo que la de algunos de sus predecesores, ha pasado por dos fases distintas : la primera, en la que la influencia aprista sobre el gobierno era más sensible, se ha caracterizado por una fuerte inflación provocada por una coyuntura económica internacional muy desfavorable para las exportaciones peruanas, y también por una política de facilidad financiera. Estas fases inflacionistas son las que justifican todas las reivindicaciones, vaciándolas finalmente de su verdadero contenido. Durante este período se ha comprobado un retroceso de la producción agrícola por habitante (recordemos que en el Perú el desarrollo demográfico es uno de los más fuertes del mundo), que provocó una invasión creciente de las ciudades —sobre todo Lima— por las masas rurales empobrecidas. En julio de 1959 —segunda fase—, el presidente Prado reaccionó valerosamente contra esta tendencia, confiando la dirección del gobierno y el ministerio de Economía al director de *La Prensa,* Pedro Beltrán, que había hecho una campaña periodística contra la política de inflación, preconizando una política económica enteramente nueva, destinada a estimular las inversiones y la producción. El Sr. Beltrán, por sus relaciones con los medios bancarios —él mismo es un gran terrateniente, exportador y admirador de Erhard, el ministro alemán de Economía, así como del economista liberal W. Röpke— inspiraba confianza a los grandes organismos financieros internacionales (Fondo Monetario Internacional, Banco de Importación y Exportación, etc.), así como al capital privado, dispuesto a realizar importantes inversiones, pero deseoso de obtener garantías en cuanto a la rentabilidad de los negocios y a la libre disponibilidad de los beneficios. Desde el advenimiento de Beltrán, el Perú presenta el espectáculo interesante de un gobierno consagrado a una política financiera de austeridad y deflación, combatido por una parte de la oligarquía, obligada a una disciplina fiscal a que no está acostumbrada, pero al mismo tiempo sostenido, aunque sin entusiasmo, por un partido popular.

El A.P.R.A. sostiene, pues, valerosamente una política que no es exactamente popular y cuyo inspirador no se preocupa de serlo. Esta política de « colaboración tácita » ofrece grandes posibilidades a otro movimiento popular que ha escogido una oposición intransigente y que no deja de encontrar eco entre las masas y los jóvenes intelectuales, a quienes un feudalismo agrario llena de resentimiento justificado. Se trata de la Acción Popular, animada por el ingeniero Fernando Belaúnde Terry, decano de una Facultad de la Universidad de Lima, que ya ha recogido un número considerable de votos en las elecciones de 1956 y que

de la urgencia de extender la enseñanza básica. Aquí el esfuerzo dista mucho de corresponder a las necesidades y tal vez a las posibilidades.

El Perú es uno de los cuatro países de América del Sur que cuenta con más de cincuenta por ciento de analfabetos. En 1959, de 2.145.000 niños, asistían sólo 1.465.000 efectivamente a la escuela. De 450.000 alumnos aptos para ingresar en la segunda enseñanza, sólo 122.000 se benefician de ella hasta cierto punto. Se calcula que en 1959 había alrededor de 2.200.000 analfabetos adultos. A esto hay que añadir que no todos los niños que van a la escuela reciben el mínimo de instrucción necesaria —cinco años de escuela primaria— para dejar de ser analfabetos. En toda la región meridional, para el noventa por ciento de niños en edad escolar, la asistencia a la escuela no pasa de tres años. Muchos de los niños que han seguido el ciclo primario normal vuelven a caer en el analfabetismo que domina sus aldeas, donde olvidan pronto lo poco que han aprendido. Salvo entre los cholos, indios de espíritu más moderno, que viven en las ciudades, la palabra indio es sinónimo de analfabeto. Este hecho no es debido a una predisposición de la raza, sino a la situación económica y social, puesto que ciertas comunidades blancas, de origen español, se han indianizado en su estilo de vida.

En el Perú meridional, la pròporción escolar es muy inferior al término medio nacional. Aquí el analfabetismo es la suerte que espera al 57 por ciento de los niños en edad de ir a la escuela. La ley obliga a los grandes propietarios a sostener escuelas para los hijos de sus arrendadores y obreros ; pero el Informe sobre el Plan del Sur revela que estas obligaciones permanecen generalmente ignoradas, hasta el punto de justificar cierto escepticismo en lo que concierne a la aplicación de las nuevas leyes. En el sur, la única ley que rige efectivamente es la de los latifundistas y no la del Parlamento. Es de notar también que las escuelas existentes, además de ser insuficientes en cantidad, están mal equipadas ; que el personal docente es de calidad mediocre y que las clases están sobrecargadas. Añadamos a esto la resistencia de las familias, que no comprenden la utilidad de una enseñanza que no guarda relación alguna con su género de vida, donde predominan las enfermedades endémicas, el estado sanitario es pésimo, las condiciones de alojamiento son deplorables, etc., y se comprenderá el bajo nivel intelectual en que se halla sumido el sur del país.

La condición principal para el buen éxito de otras transformaciones sociales ha de ser un gran esfuerzo educativo. Pero este esfuerzo está supeditado a su vez a una mejora de la situación sanitaria que, a juzgar por el Informe que figura en el « Plan del Sur », es tan lamentable en ciertas provincias del Perú como en los países más desheredados del África negra. Como vemos, las dificultades son inmensas. Y por si todo esto fuera poco, existe también otra gravísima : llevar la instrucción a las masas de lengua india (quechua o aymará) significa dar una enseñanza bilingüe, pues hay que empezar educando a los indios en su lengua materna, aun cuando estos idiomas no hayan tenido nunca un sistema de escritura y sea difícil transcribirlos a nuestro alfabeto. Después de haber aprendido a leer en la lengua materna, el indio habrá de « españolizarse » para poder comunicar con las otras comunidades de la nación peruana. Como estas dos lenguas no guardan ninguna relación entre sí, la tarea resulta mucha más complicada que la lucha contra el analfabetismo en los países europeos. Del importante presupuesto peruano para la Instrucción pública sólo se dedica el cinco por ciento a la lucha contra el analfabetismo de los indios, lo que revela cuán poco se preocupa el gobierno de este problema, o simplemente que tiene grandes dificultades para encontrar maestros capacitados para esta labor.

A pesar de estas lagunas, no debe subestimarse la obra del presidente Prado, particularmente en la fase más reciente de su mandato, marcado por el gobierno del Sr. Beltrán. Este millonario liberal, que podría vivir muy bien en el ocio, como tantos otros, en Lima o en París, sin preocuparse de las cuestiones políticas, me ha parecido una personalidad fuerte, un hombre independiente e intrépido, muy empeñado en mejorar las condiciones sociales y educativas con leyes que ha contribuído a preparar y

hacer votar, así como la política financiera, estabilizando la moneda, estimulando las inversiones de capitales extranjeros y lanzando la economía hacia una expansión no inflacionista.

En el Perú, como en otros países de América Latina, la nueva política económica exige que vuelvan a ponerse sobre el tapete los tabús del nacionalismo. Para el desarrollo de la economía, la inflación puede ser, lo mismo que la dictadura, unas veces un motor de progreso y otras una solución de facilidad. En ambos casos, los inconvenientes son inmensos. Para evitarlos es preciso contar con la aportación económica y técnica del extranjero ; pero también han de ponerse en movimiento las fuerzas del país. En su boletín de septiembre de 1956, el « Banco Continental » de Lima condenaba « el optimismo que espera demasiado de la ayuda exterior y desdeña las posibilidades de utilizar los recursos nacionales dentro del marco de un plan rigurosamente concebido ».

El presidente Prado reivindica la responsabilidad de la política económica actual y particularmente la del Plan de desarrollo, llamado « Peruvia ». En el curso de una conversación, el presidente me ha dado a entender francamente que se consideraba como un jefe de gobierno dentro de la tradición americana de régimen presidencial. Él nombra los ministros y preside las reuniones del gabinete. Sin embargo, Pedro Beltrán es el hombre que concibe y pone en práctica una política determinada, mientras que el presidente Prado no está identificado con ninguna política económica particular : se ha contentado con optar por la que ha considerado mejor en cada momento. Sus mismos adversarios admiran su decisión y su tacto y, sobre todo, el modo como ha sabido hacer entrar en su juego y en el del Perú a los adversarios de sus gabinetes anteriores, que tenían *La Prensa* de Beltrán como órgano de expresión. Puede decirse que Beltrán no es un « gran funcionario », sino un hombre dotado de una sólida personalidad, y su política es lo bastante clara para merecer que se la califique de « experiencia ».

Puede considerarse a Beltrán como la « última carta » de la oligarquía, el hombre de las reformas ordenadas, favorecidas por la estabilidad monetaria y la afluencia de las inversiones. También puede verse en él —y no es una contradicción— al hombre del progreso que se opone a la fracción retrógrada de los latifundistas, al inspirador de una ley agraria que sabe distinguir entre las empresas eficaces e intensamente « capitalistas », y los latifundios inexplotados y rezagados. No fustiga la riqueza como tal, sino todo lo que frena el progreso, y lo hace con perseverancia y coherencia. Ya los primeros resultados obtenidos son elocuentes. Cuando Beltrán fue llamado a formar gobierno el déficit era de treinta y cinco millones de dólares, y en el curso del año 1959 el alza de los precios era todavía de 16,8 por ciento. Beltrán la redujo a 2,4 por ciento en el año 1960. Es verdad que la coyuntura internacional fue favorable, pero la política de Beltrán supo explotar hábilmente la situación. No es exagerado decir que la economía y las finanzas que él deje serán más sanas que las que encontró.

Considerado desde una perspectiva más vasta, el problema esencial del Perú sigue siendo el de una estructura social heredada de la Conquista, que sólo podrá modificarse mediante una mayor diversificación económica, y esto no es imposible. Las civilizaciones autóctonas, y en particular la inca, supieron resolver ciertas dificultades típicas del Perú, que « es en Sudamérica la única nación de desiertos (Romero), mediante grandes trabajos destinados a modificar la estructura del suelo y los riegos, y creando una admirable red de carreteras y puentes.

Las civilizaciones anteriores a la Conquista cultivaron más de ochenta especies vegetales comestibles, entre las cuales merecen mencionarse la patata, el tomate y la habichuela... Los españoles, a pesar de haber introducido el cultivo del trigo, del arroz, del olivo, del naranjo y la cría de ganado lanar, asnal y caballar —sin hablar de los progresos de orden industrial : la edad de hierro, con la rueda y el arado, que vino a suceder a la edad del oro y de la plata— más bien degradaron la vida de los indios. En cambio, el Perú moderno, desde el fin de la explotación de las minas del Potosí (Bolivia), hasta el comienzo de

la explotación de las minas de Cerro del Pasco, había vuelto la espalda a la montaña. El guano contribuyó a fijar la civilización en la costa del Pacífico, desdeñando las inmensas e inaccesibles tierras del interior. De manera que ahora ha comenzado apenas la fase nueva de un Perú peruano.

Para la economía actual, la riqueza de la pesca se presenta en cierto modo como la del guano hace un siglo. En este sector se encuentran hombres emprendedores, jóvenes y dinámicos ; pero existe el peligro de una explotación demasiado rápida y a veces de carácter especulativo. El Perú ha pasado en poco tiempo a ocupar el quinto lugar entre los países que practican la pesca marítima, pero a costa de un superequipo que pone en peligro el equilibrio de esta industria. En el Perú no existe mercado de pescado fresco, pues el nivel general de vida es demasiado bajo. Tampoco se hacen conservas. El pescado se transforma en harina impropia para la alimentación humana. Actualmente el Perú ofrece más de la que puede absorber el mercado mundial, a pesar de habérsele adjudicado el 60 % de sus necesidades globales. Pero este país ha de importar las embarcaciones (que paga en divisas fuertes) y ni siquiera ha previsto la creación de becas del Estado para formar en el extranjero ingenieros que pudieran organizar en su patria la fabricación de material de pesca. Así es como una fuente excepcional y prodigiosa de riqueza, todavía inexplorada en parte, no llega a convertirse en el elemento de diversificación y el « polo de crecimiento » que debería ser. Esto recuerda las facilidades de la época del guano, que fue una fuente de riqueza, pero no de evolución económica.

Beltrán trata de obtener para el Perú grandes inversiones de capitales privados y, además, inversiones públicas a largo plazo no directamente productivas, para la construcción de vías de comunicación con la Amazonia, donde las mejores cosechas quedan sin aprovechamiento por no poder encaminarlas hacia su mercado natural. Una gran parte de estas inversiones sólo pueden ser de origen extranjero. A este respecto el presidente Kennedy ha anunciado un « plan Marshall » (1) destinado a la América Latina. Para los países como el Perú, que quieren dar una base sólida a su economía, es todavía más importante que las naciones dedicadas a la exportación de materias primas puedan contar con cierta estabilidad en los precios de los mercados mundiales, lo que supone la existencia de acuerdos entre los países compradores. Esta condición es esencial para el equilibrio económico y político de los países insuficientemente desarrollados. Las caídas bruscas de los precios del azúcar, del algodón, del cobre y del mineral de hierro se traducen por una crisis profunda en la economía de dichos países y por un derrumbamiento del nivel de vida. Puede afirmarse que políticamente existe una estrecha relación entre la caída de los precios de las materias primas que la América Latina exporta —en 1958 la baja global de estas exportaciones alcanzaba 700 millones de dólares— y la subida fulgurante de la animosidad contra los Estados Unidos. Este país, como potencia dirigente de la economía mundial, es considerado en la América Latina —sin duda con cierta exageración— como responsable de tales fluctuaciones de los precios. Si los economistas estiman que un Estado industrial ya no estaría indefenso ante una crisis como la de 1929, puede pensarse también que la sociedad internacional está obligada a crear organismos para la estabilización de los precios mundiales de materias primas, puesto que las fluctuaciones anárquicas resultan desastrosas para continentes enteros y, sobre todo, para los países no industrializados, lo que tiene como consecuencia la aparición en ellos de regímenes inspirados por la desesperación y el resentimiento, cuyos aspectos « patológicos » sorprenden después. Una política económica que no sepa evitar las catástrofes favorece los regímenes que se sitúan fuera de su alcance. Estas consideraciones son también aplicables al Perú, que no es más que un sector particular de la América Latina y, de una manera más general, del « tercer mundo ».

Pero estas consideraciones de carácter internacional no deben hacernos subestimar la importancia de los factores internos. Para el Perú, el problema central sigue siendo la evolución de una democracia limitada, oligárquica, hacia una democracia más amplia, con la colaboración de las

(1) La « Alianza para el Progreso ».

grandes masas y el recurso a las iniciativas de todos los elementos partidarios de una economía y de una cultura modernas. De todas las materias primas de que dispone el Perú, la peor aprovechada es su población —la única del mundo capaz de trabajar de manera constante a una altura superior a tres mil metros.

No siempre es fácil pasar de una democracia limitada a otra más vasta ; y la propia Europa tiene experiencia de ello. En cuanto a la América Latina, después de las explosiones revolucionarias del siglo XVIII, el factor más importante de evolución democrática ha sido el nacimiento y el desarrollo del movimiento aprista, pero no es forzosamente el único. Y el problema planteado es muy importante, porque todavía hoy existe en el Perú tanta diferencia entre un burgués y un obrero agrícola, como entre un maharajá y un paria en la India.

SEA COMO FUERE, el buen éxito de una política de progreso y de reformas debe despertar en las masas el deseo de participar en ella. Si éstas se ven privadas de satisfacciones económicas inmediatas, buscarán otras de carácter psicológico, como esta « participación entusiasta » que ciertos jefes temerarios —como Perón o Castro— procuran fácilmente a los pobres, en contraste con las democracias institucionalizadas, que no prometen milagros. Para franquear este abismo social haría falta una clase selecta animada de un espíritu innovador que penetrase en la entraña del país, como lo hizo en otro tiempo el joven Haya de la Torre. Es deseable, a mi entender, que el aprismo recoja en las próximas elecciones el beneficio de treinta años de « populismo » educador y organizador. Pero el Perú de hoy, donde el aprismo se ha convertido quizás, según la terminología inglesa, en una parte del « establecimiento », ¿dispone acaso de una clase selecta joven de este temple? La « colaboración tácita » entre un conservadurismo liberal y esclarecido y un movimiento popular ha sido inevitable ; mas para los jóvenes intelectuales frustrados, la actitud más natural seguirá siendo la oposición.

¿Cómo asociar la estabilización y la continuidad económica, cómo hacer esta revolución que consistiría en « peruanizar » el Perú? Un simple visitante no puede permitirse contestar esta pregunta ; cuando más, podrá comprobar que el centralismo exclusivo no parece haber ido nunca, en el Perú, en el sentido de despertar las iniciativas y las responsabilidades de ningún partido gubernamental. Los que trabajan a 4.000 metros de altura, como los que viven al nivel del Pacífico, están sometidos a los mismos gravámenes. De este modo se contribuye al abandono de las tierras y a la superpoblación de una capital que no tiene un potencial suficiente para ocupar la mano de obra disponible. El presidente del Senado, Sr. Arco Parró, ha elogiado hablando con nosotros las múltiples iniciativas locales, los trabajos de interés general a escala regional y local, estimulados por un sistema de contribución del Estado, previsto en una ley muy concreta. Estima que gran número de trabajos relativamente modestos, decididos por los que conocen mejor las verdaderas necesidades locales, ayudarán más a crear un Perú moderno que algunos planes nacionales ostentosos.

Un europeo debe guardarse de insistir sobre las lagunas de un país donde la geografía —se habla de la « agresión climática » de los Andes— lo mismo que la historia (que ha superpuesto una raza conquistadora a una raza conquistada) han creado condiciones de evolución particularmente difíciles. Los retrasos, las dificultades, las miserias de algunos países europeos son bagatelas comparados con los del país más remoto y más abrupto de la América Latina, que ha de desarrollarse en condiciones muy distintas de las nuestras. Todas las formas de solidaridad, de ayuda y de inversión lucrativa no bastarán para asegurar la expansión acelerada que el aumento demográfico reclama imperiosamente. Habrá que añadir a esto la « peruanización » del Perú, este impulso de un pueblo en el que coexisten las diversas épocas de la historia humana y cuyo porvenir será una cosa muy distinta de la herencia de Pizarro, y hasta de la de Bolívar.

CONVERSACION CON JORGE ICAZA

POR CLAUDE COUFFON

JORGE ICAZA, *el novelista autor de* Huasipungo *y de* Cholos, *acaba de dar la vuelta al mundo en tres meses. París es su última etapa. Etapa corta, puesto que se adivina en este hombre moreno, de corta estatura, rechoncho y sonriente, la impaciencia de regresar a su lejano país : el Ecuador.*

— Ha viajado usted por casi todos los países de América Latina, por Estados Unidos y recientemente por China y Europa. Pero continúa siendo fiel a su ciudad natal : Quito. Háble me de esta ciudad, por favor, bastante misteriosa para un europeo.

— Mi ciudad natal está situada entre unos cerros de la cordillera de los Andes, a 2.800 metros sobre el nivel del mar. Para los indios es una vieja ciudad porque fue fundada en la leyenda de los shiris, leyenda sobre la cual siguen discutiendo los historiadores. Y para nosotros, el cholerío, es una ciudad joven fundada por Sebastián de Benalcázar en el siglo XVI. De la ciudad india no quedaron sino vestigios de la forma arquitectónica de sus palacios y de sus chozas. Todo fue arrasado por la primera rebeldía india de Rumiñahui, después de la claudicación de Atahualpa en Cajamarca. Pero de la ciudad chola queda en sus piedras, en sus iglesias, en sus calles tortuosas —unas que van para arriba y otras que van para abajo— toda la historia de un coloniaje que duró más de tres siglos. Es necesario anotar que en esta ciudad pequeña —como en la mayor parte de las ciudades hispanoamericanas, mezcla de indio y de español en lo esencial de sus formas— el sol brilla con una fuerza extraordinaria que contrasta con lo pardo del hombre y con lo helado de los páramos y del altiplano. Por esto quizás en la plástica ecuatoriana surge la paradoja del color vivo o brillante con lo tétrico y turbio de la figura humana. Al hablar de mi ciudad, no se puede olvidar el paisaje que la rodea : el campo que se mete, bajando de los cerros y subiendo de las quebradas, por los traspatios de las casas, por los recodos de algunas callejuelas suburbanas. Por ello el olor de mi ciudad despide aliento a maíz, a naranjos, junto con el trágico olor a sudadero de indio y a carajo y maldición de cholos embriagados de coraje. Es necesario también anotar como ella está dentro del marco de todas las ciudades cholas de América, complementando y expresando en lo urbano lo que en lo ru-

dios me permitieron ver su vida, me permitieron la confianza de su tugurio, y aun la imprudencia de sus opiniones y de sus reclamos... Para tener una idea de cuanto pesa la propiedad latifundista en el Ecuador me permitiré contar una anécdota. Cuando tuvimos que salir de este latifundio, después de un disgusto violento de mi madre con su hermano, íbamos por la montaña, guiados por un viejo mayordomo. Habíamos marchado más de seis horas a caballo, y mi hermana, con una voraz curiosidad infantil, preguntó al mayordomo : « ¿De quién es aquella colina que se ve al horizonte? » El viejo mayordomo, como una cosa natural y corriente, respondió : « De patrón Enrique Coronel. » Seguimos el camino y descendimos al valle, cruzado por torrentosos manantiales. Mi hermana insistió : «¿Y de quién es esto tan bello? » El viejo mayordomo volvió a responder : « De patrón Enrique Coronel. » Y así durante el largo viaje de tres días a caballo. Siempre con la misma respuesta sobre nuestras almas, sobre nuestra pequeña realidad. « De patrón Enrique Coronel. » Fue entonces cuando sentí la angustia de la pregunta y de la respuesta. Todo era de este gran señor... Los árboles de la manigua, los riscos de los cerros, las chozas de los indios, los indios mismos, las víboras, los insectos, la luz, el agua, el cielo y hasta la misma muerte eran de « Patrón Enrique Coronel... ».

— *¿Asistió alguna vez a una rebelión de indios en el latifundio?*

— He visto dos sublevaciones de indios. Una, que se puede llamar regional. En la hacienda de mi tío Enrique se levantaron los indios contra un mayordomo feroz, que por largos años había martirizado a los campesinos de la comarca de Chaguarpata. En ella tuvo que intervenir el señor cura para evitar que la gran masa de indios pusiese fin a la vida del cholo mayordomo. Y la otra, una rebelión que inquietó a toda la ciudadanía, allá por los años 28-30, en las provincias de Cañar y de Azuay. Los campesinos se apoderaron de la carretera, y el ejército nacional desbarató el levantamiento con sus rifles y ametralladoras. Hubo gran cantidad de indios muertos y heridos. La historia la contaron los periódicos del país siempre a su manera : es decir, demostrando que los indios eran los crueles, los bárbaros y los criminales, y los santos los señores latifundistas, los cholos, los tenientes políticos, los militares y « Taita curita parco ».

Además de estas impresiones infantiles todo hombre de mediana sensibilidad puede observar diariamente en los países hispanoamericanos la tragedia cotidiana de las grandes masas campesinas que viven en condiciones subhumanas.

— *Uno de los principales temas de* Huasipungo *es la historia de un duro trabajo impuesto a los indios por la « civilización », trabajo que una vez terminado significa para ellos la desgracia. Me refiero a la angustiosa construcción de esa carretera que los indios, amenazados por el látigo de los capataces, deben construir para unir con la capital una nueva fábrica instalada en el país. Los indios trabajan durante meses en el barro y en las rocas, bajo la lluvia, el viento, el frío que mata o el calor que enloquece. Una vez la carretera terminada reciben la orden que los expulsa de sus huasipungos, para así dejar el terreno libre a los dueños de la hacienda. Se rebelan y caen bajo las balas de las ametralladoras. A menudo, las escenas descritas son tan crueles que parecen fruto de la imaginación y no de la realidad. ¿Qué existe de ficción y de verismo en su libro?*

— En realidad, Ud. ha llenado gran parte del argumento de la obra al hablar de la construcción de la carretera. Pero quizás mi intención fue denunciar un hecho cruel e inhumano que se hallaba pegado a la tierra y a la tradición colonialista, no obstante haber leyes escritas en defensa de todo hombre ecuatoriano. Esa denuncia, ese mensaje puso de relieve la realidad económica y social en la cual vivía el campesino de mi país. Había sido abolida la esclavitud, pero el hábil latifundismo encontró su técnica para poder mantener ese viejo orden de cosas. Aprovechando el amor a la tierra que profesa el indio, le conquistó por medio del *huasipungo*, o sea el pedazo de tierra que el señor presta al campesino y a su familia a cambio del trabajo que deben realizar en el latifundio. Sería redundante volver a referirme a lo de que tantas veces me ocupé en forma literaria. El pedido clamoroso de la literatura tiene desde luego la pequeña dosis de fantasía en cuanto a nombres de personajes, a aglutinamiento geográfico, a

violencia de escenas coincidentes, pero en lo esencial, en lo que mis ojos vieron, en lo que mis manos palparon, en lo que mis oídos captaron desde la infancia, todo es real, cruelmente real. Es esa crueldad que comprobamos más tarde al leer los periódicos con anuncios de ventas de latifundios, animales, chozas e indios ; esa crueldad que comprobamos en los cotidianos alegatos de los comuneros y de los huasipungueros, en los despachos de los abogados ; esa crueldad que gentes campesinas nos refieren aún ahora.

Así pues, esa coincidencia me inspiró una novela, la cual tiene tres partes : el autor, la obra y la realidad. El autor comenta, la obra se entrega a lo que la crítica latifundista llama exageración, y la realidad se encarga de demostrar una crueldad mayor que la misma fantasía. Es el caso que unos indios que hace tres años se sublevaron contra el latifundista, el clérigo y el teniente político de la sección Pintac, después de haber soportado toda la sed de las gentes a las cuales se les ha robado el agua —yo lo cuento en mi libro *Barro de la sierra*—, después de haber soportado todos los vejámenes de un sátiro latifundista en el pudor de la indiada femenina, después de haber soportado la explotación contada por los literatos de mi generación, se rebelaron con un valor que les llevó a disparar contra el cura —que hasta entonces había sido el santo del cielo—, con un coraje que asesinó a más de una centena de familias indias. Sus cadáveres fueron fotografiados por los periódicos, con titulares como aquel que decía : « El comunismo y el ateísmo han asesinado a estos campesinos salvajes. »

— *No hay duda de que* Huasipungo *ejerció gran influencia sobre numerosas conciencias hispanoamericanas. ¿Cree usted que su novela ha favorecido la evolución de la situación del indio en Ecuador y en otros países?*

— Muchos periodistas me han hecho la misma pregunta. Yo siempre he contestado que no estaba contento con el éxito material que he obtenido con aquel libro, a pesar de las múltiples ediciones que se han hecho del mismo. Y no estaba satisfecho porque en realidad no había cumplido la profunda esperanza que yo mantenía con aquel trabajo, es decir mover la conciencia de la gente de mi pueblo para una pronta resolución del problema, y despertar a la vez la rebeldía de las masas campesinas en beneficio de su liberación. Como tal cosa no ha pasado en mi país, siempre creí que el libro había fracasado por ese lado. Pero fue una verdadera satisfacción comprobar en otras latitudes que de algo había servido aquel relato dramático. Cuando estuve —en el 58— en La Paz, después de la última revolución boliviana, pude escuchar a muchas gentes que tomaron parte en la subversión, que exclamaban al saber que yo era el autor de *Huasipungo* : « ¡Ah! ese fue uno de los libros que fermentó en nosotros el coraje del sacrificio. » Eso, indudablemente, ha sido para mí la mejor crítica que se me ha hecho en mi vida.

Pero no todo ha de ser pesimismo en lo que se refiere al Ecuador. También el pueblo ecuatoriano en este momento —incluyendo las grandes masas campesinas— despierta hacia una nueva concepción del mundo y de su destino. Las grandes movilizaciones electorales que se han sucedido en los últimos años fuera del control de clérigos, militares y latifundistas, nos están dando la verdad de un gran avance político-social. Avance y despertar que caracterizan actualmente a todos los pueblos hispanoamericanos. Por eso cualquier movimiento revolucionario hispanoamericano gana inmediatamente la colaboración continental...

— *Es usted uno de los principales representantes de la llamada escuela indigenista. Esta escuela agrupa a novelistas ecuatorianos como Fernando Chaves y también a novelistas de otros países de América Latina: Alcides Arguedas, Ciro Alegría, Miguel Angel Asturias, Monteforte Toledo, etc. ¿Qué es lo que le une a todos ellos? ¿Y qué es lo que tal vez le separa?*

— Hay una verdad hispanoamericana que se inicia antes de los años 30 de este siglo. Cuando he tratado de explicar la literatura ecuatoriana de mi generación, he visto que los tres grupos que se formaron entonces correspondían a las tres regiones geográficas del país. El « grupo de la costa », que publica en el año 30 el libro *Los que se van* y cuyos autores son Joaquín Gallegos Lara, Enrique Gil Gilbert y Demetrio Aguilera Malta. El « grupo de la sierra o del altiplano » que surge por esos mismos años con

eso da con lo grotesco y tropieza con la tragedia. Como no se siente de la clase a la cual quisiera arribar, finge hasta sus más caras pasiones, pero al fin la vida le moldea su verdadera personalidad. En *El chulla Romero y Flores* quizás he podido tener el acierto de desembarazarme de esta angustia que no podía expresar claramente. Es decir, el desequilibrio psíquico del mundo espiritual cholo. Con ese personaje creo que hallé la fórmula dual que lucha en la conciencia de los hispanoamericanos : la sombra de la madre india —personaje que habla e impulsa— y la sombra del padre español —Majestad y Pobreza, que contrapone, dificulta y, muchas veces, fecunda—.

Si algo tengo de cariño para el personaje, quizás se deba a que me ha servido de material para la anécdota mucho de lo que en mi juventud vivió mi generación, mucho de lo que aún persiste en los barrios suburbanos de mi ciudad, mucho de lo que mis amigos —ahora señores diplomáticos y altos personajes de la Iglesia o del Ejército— hicieron y soñaron. Es, pues, una especie de recuerdo de lo que vi y de lo que hice, y cuando se ve y cuando se hace se lleva en el corazón y se tiene simpatía.

— *¿Cómo ve usted el porvenir de la novela hispanoamericana?*

— Es tan difícil contestar una pregunta de esta naturaleza como es difícil intuir el porvenir. Hay síntomas que a veces desesperan, porque todo el trabajo y todo el coraje de una generación que rompió con los viejos prejuicios y los moldes de imitación son traicionados por elementos de gran valor artístico y literario que, envanecidos por pequeños triunfos, buscan de nuevo la universalidad por la imitación, sin entender que para llegar a lo universal hay que partir, con profunda serenidad y emoción, de lo particular. A ellos sin duda les deslumbre el éxito fácil. Esto lo digo porque he comprobado en mi país y en algunos países de Hispanoamérica que se ha vuelto al papel de copia, y, en vez de asimilar los grandes trabajos del espíritu, se procura saquearlos con un cinismo sin precedentes. Es así como se hacen novelas a lo Joyce, a lo Martin du Gard, a lo Jules Romains, etc. Mas, por otro lado, creo y estoy convencido de que el gran torrente popular que se ha despertado en estos últimos años en América hispana definirá la situación, arrastrando consigo cuanto es y debe ser el espíritu que anima a la expresión literaria. Más de una vez lo he dicho : nuestra emoción tiene que buscar sus propias formas, sus propios anhelos y sus propias voces para poder golpear en la novedad y en la humanidad que exigen todo arte y toda literatura perdurables. Ese es mi pesimismo por un lado, el lado de las gentes que han desertado del primer impulso renovador ; y esa es mi esperanza : la de un pueblo que despierta para construir su destino histórico.

— *¿Cuáles son sus proyectos?*

— Tengo dos proyectos más o menos grandes. El primero, procurar que la película que se hará sobre *Huasipungo* no pierda su contenido social y rebelde. Y el segundo, una novela que estoy escribiendo y que está bastante avanzada. Creo que se llamará *Atrapados...*

J. G. WEIGHTMAN

La Sorbona

Al contrario que otras universidades europeas, sobre todo las inglesas, la Sorbona no intimida. La Universidad se levanta sobre un pequeño cuadrilátero, en las faldas de la colina del Panteón o de Santa Genoveva. Aparte de la torre que domina el patio y que data de la época de Richelieu, todos los edificios son obra de finales del siglo XIX y no tienen nada de originales ni de inspirados en su aspecto. Las entradas más utilizadas dan a la estrecha y oscura calle de la Sorbonne. Ni un muro con yedra, ni una brinza de hierba, ni un tímido estudiante con su toga : nada de esto puede encontrarse en la Sorbona. En su lugar, un enjambre de jóvenes que entran y salen por las arcadas o suben y bajan por el boulevard Saint-Michel, colmando los cafés más baratos, dispersándose como chicos que salen de la escuela o combinando el amor y el estudio, en desigual proporción, en las incómodas sillas bajo los geométricos árboles del Jardín del Luxemburgo.

La Sorbona no es sólo francamente utilitaria ; es además tan abierta como un mercado. No hay por qué andar de puntillas temerosos, preguntándose qué preciados pensamientos están destilándose en el silencio académico. Si uno se deja arrastrar por el enjambre, terminará en un anfiteatro en el que nadie le prestará más atención que si fuera invisible. Si uno se sienta en el austero banco y mira alrededor, verá algunas otras personas mayores y de aspecto curioso dispersas por entre la juvenil audiencia. Son personas a las que, siempre que tienen una o dos horas libres, les gusta darse un paseo por la Sorbona para recordar sus años de estudiantes. Entra el profesor, precedido por un bedel y seguido por un taquígrafo. Los estudiantes que se hallan ya sentados se levantan en señal de respeto, pero aún siguen entrando y saliendo otros por las puertas. El profesor se acerca el micrófono (la lección la retransmite Radio Sorbonne, una estación emisora de cinco kilovatios que abarca la zona de París) y el taquígrafo prepara su lápiz (la lección se publicará después en la serie de *Cours polycopiés,* o textos en ciclostil, que pueden comprarse en cualquiera de las librerías del « Quartier Latin »). Después, los asistentes se sientan y se disponen a gozar de una muestra impecable de *clarté française,* pronunciada con un estilo lento y rotundo que tiene un marcado gusto décimonónico.

La Sorbona debe su nombre a Robert de Sorbon, que la fundó en el siglo XIII con la intención de que fuera un colegio en el que sus *hôtes* y *associés* pudiesen trabajar sin tener que preocuparse por la vida exterior : « *Sorbonne la bonne offre libéralement à ses fils trois biens à goûter : les livres, la table et le logement ; une société agréable, une règle bienfaisante, une paix pleine de béatitude.* »

A pesar de la continua excitación provocada por las controversias religiosas, la Sorbona consiguió quizá este ideal de paz y recogimiento durante ciertos períodos hasta

raciones de tipo social como en Inglaterra, se derivan varias consecuencias.

En un sistema centralizado, un profesor o un alumno no pueden sentir un gran patriotismo local para con su universidad, instituto o escuela. Su lealtad no va a la institución, sino más bien a sus compañeros (*camarades de promotion*) y a algún que otro profesor. Los alumnos de cada una de las *grandes écoles* forman una especie de masonería, que de todos modos se basa en un sentimiento de igualdad más bien que en un espíritu de escuela o en recuerdos estudiantiles.

Pero, en mi opinión, la consecuencia fundamental consiste en que la enseñanza intelectual característica de la nación se da —o se daba hasta hace poco— no en las universidades sino en las clases superiores de los *lycées*. Como ya he dicho anteriormente, existe una fusión entre el profesorado de las universidades y el de los centros de segunda enseñanza. Por ello mismo, puede ocurrir que los alumnos se hallen ya tan avanzados en sus últimos años de instituto que asistan a la universidad local y aprueben tres de sus cuatro *certificats de licence* antes de llegar a ser realmente estudiantes universitarios, tal como nosotros entendemos la palabra. En esto no hay nada de sorprendente. La competición para entrar en las *grandes écoles* es muy intensa en las dos clases superiores de los *lycées* (*première-vétérans* y *première supérieure*, que generalmente se

conocen, en términos de « argot », por *hypokhâgne* y *khâgne* para las Letras e *hypotaupe* y *taupe* para las Ciencias). No puede ser accidental el hecho de que los más famosos profesores franceses del siglo XX —Alain, Guéhenno, Bayet, Lavelle, Le Senne— consiguieran su celebridad en los institutos de París, no en la Sorbona. La importancia del *professeur de khâgne* y del *professeur de taupe* es tan grande que incluso pueden llegar a mostrar un cierto desprecio por el auténtico profesor universitario, que ha consentido en convertirse en un especialista estrecho y en un erudito en lugar de seguir siendo un *maître à penser*, es decir un iniciador intelectual. Por mi parte, creo que sigue siendo verdad que los mejores estudiantes franceses se hallan ya plenamente formados desde el punto de vista intelectual cuando abandonan el *lycée*. No quiero decir con esto que estén ya en posesión de todos los principios intelectuales posibles ; los que se especializan en inglés o en cualquier otra lengua extranjera descubren con asombro, al llegar a un estado posterior de su carrera, que los principios franceses no se aceptan universalmente. Pero, en conjunto, la universidad no puede sino confirmar un método ya adquirido y entrenar en las técnicas de investigación. La mente universitaria es una aplicación especializada de la mente de *lycée*, que goza ya de un auténtico nivel universitario. El profesor de universidad utiliza la misma expresión clara y racional que utilizaba como profesor de instituto ; el alumno al que se preparó para el examen de entrada en las *grandes écoles*, aunque no llegara a aprobarle, se encuentra ya mentalmente amoldado a la *agrégation*.

Prácticamente, esto significa que la Sorbona es quizá un centro de prueba tanto como un centro de enseñanza. Sin duda en ella se enseña mucho, pero sin esa precisión en los objetivos que caracteriza a una universidad inglesa. Su importancia real consiste en que mantiene el nivel de la *agrégation* y del *doctorat d'État*. Al estudiante le toca organizarse de acuerdo con esto. Es escasa o nula la obligación que tiene de asistir a las clases o de hacer trabajo escrito. Parece como si un *normalien*, por ejemplo, tuviera tendencia a asistir lo menos posible a la Sorbona, aunque sólo se tardan cinco minutos en ir desde la *École Normale* de la calle d'Ulm hasta ella. A la Sorbona sólo va para enterarse lo mejor posible de los puntos débiles de los posibles examinado-

res o a escuchar a algún profesor al que admira o, finalmente, a tomar notas en un *cours d'agrégation* para sí mismo y para sus compañeros, según un improvisado sistema de turno. Por otro lado, teóricamente, la vida bohemia puede aún ejercer un gran atractivo sobre los estudiantes de tipo corriente. A ellos no se les ha dado « un lugar en la Universidad » ; nadie les vigila ni les llama al orden si su trabajo trimestral no resulta satisfactorio. Simplemente, han « firmado » como candidatos a ciertos exámenes ; cómo se preparan para ellos y cuándo habrán de aprobarlos es asunto suyo.

De todos modos, lo que acabo de decir está hoy anticuado en parte y resulta demasiado simplificado. La educación francesa en su conjunto se halla en estado de crisis por varias razones : el gran aumento de la población que se ha producido en la posguerra, la corriente cada vez más acentuada de migración hacia la zona de París, la necesidad urgente de modernizar el país para que pueda competir con la evolución internacional y la escasez del presupuesto destinado a la educación nacional. En 1957, tras dieciocho meses de investigación, el Comité Le Gorgeu estableció las exigencias financieras mínimas del Ministerio de Educación, pero se dice que en los dos últimos años no ha recibido 100.000 millones de francos (unos doscientos millones de dólares) de la cantidad considerada indispensable.

Las necesidades educativas del país las explica con toda claridad un folleto de carácter oficial, *Le Problème Scolaire*, en el que se compara desfavorablemente a Francia con otros países y se afirma en particular que es necesario tomar medidas urgentes para enfrentarse con la perspectiva de unos 600.000 estudiantes universitarios en 1970, veinte veces más que los existentes en 1880, hace menos de un siglo. El aumento del número de estudiantes en todos los niveles de la enseñanza ha resquebrajado el viejo edificio de la primera enseñanza, segunda y superior, cada una con sus métodos particulares de reclutamiento. Por otra parte. los cambios sociales han provocado también algunas transformaciones en la enseñanza. Suele decirse que los maestros de enseñanza primaria (*instituteurs*), que constituían la espina dorsal del racionalismo anticlerical y de izquierda, ya no poseen el mismo nivel que antes y han perdido en parte el sentido de su misión, por lo que la enseñanza en las escuelas no es hoy tan rigurosa como antes. Igualmente, la gente se queja constantemente de que el nivel de la segunda enseñanza se halla en baja, por lo cual se ha introducido en las universidades un *année de propédeutique* o curso intermedio —ante la indignación de muchas personas que sostienen que ese curso debió organizarse al nivel de los institutos de segunda enseñanza. Sin duda la proporción de *professeurs de lycée* con el título de *agrégés* es hoy menor que antes, con el resultado de que aquellos que poseen dicho título tienden ahora a considerarse a sí mismos como *professeurs universitairès* para distinguirse del resto. Cabría sospechar que el gobierno no desea aumentar el número de puestos para no tener que pagar a un número mayor de *agrégés*, que gozan del salario máximo. Pero en realidad la oposición procede de la Sorbona misma. En efecto, los examinadores afirman que no pueden aprobar el número de *agrégés* que se les pide sin descender por bajo del nivel que ellos consideran esencial.

Hasta ahora la solución ha sido un aumento excesivo del contingente que se presenta a la oposición subsidiaria, el C.A.P.E.S. (*Certificat d'aptitude au professorat de l'enseignement secondaire*). A un cierto número de estudiantes que obtienen una buena calificación al final de su *année de propédeutique* se les admite en el I.P.E.S. (*Institut de préparation à l'enseignement secondaire*), lo que en realidad supone que se convierten en funcionarios asalariados mientras se preparan para el C.A.P.E.S. Como es natural, estos estudiantes han de asistir a las clases y aprobar sus exámenes puntualmente, ya que el Estado ha invertido dinero en ellos y no le gusta desperdiciarlo.

Me he referido a estos detalles de carácter administrativo por su posible importancia espiritual.

Por lo pronto, la *agrégation* está dejando de ser un medio para seleccionar a los profesores de la enseñanza secundaria, aunque

sigue siendo el camino para conseguir los mejores puestos en los institutos. Algunos profesores de la Sorbona han llegado incluso a preguntarse si debe mantenerse a la *agrégation* en su forma actual. Por mi parte creo que se trata de una institución excelente, pero me pregunto si el funcionamiento actual del sistema no va a producir efectos perjudiciales. Hoy mucho más que antes de la guerra, el objetivo de aquellos *agrégés* que se sienten atraídos por las labores universitarias o por la investigación pura consiste en escapar en todo lo posible a la segunda enseñanza. Tres posibilidades se les ofrecen, caso de que tengan suerte . pueden convertirse en *assistants* en una universidad, es decir profesores interinos por un período de cuatro o cinco años ; pueden ser sostenidos por el *Centre national de la recherche scientifique* ; o, por último, pueden trabajar en un centro cultural francés en el extranjero. Cada una de estas posibilidades les deja mucho más tiempo para dedicarse al duro trabajo que supone el *doctorat d'État* del que dispondrían en un *lycée*, con quince horas de clase y una serie de correcciones y notas cada semana. Esta nueva tendencia resulta perfectamente comprensible ; pero si ello va a suponer con el tiempo que una gran parte de los profesores universitarios no realizarán la primera parte de su carrera en un *lycée*, una de las grandes virtudes del viejo sistema se habrá perdido. La fusión entre *lycée* y *faculté* significaba que las « élites » creadas por el sistema de oposiciones nacionales volvían, por decirlo así, a quedar sembradas en el seno de la masa. Si ahora una mayoría de esos elegidos van a dedicarse directamente a las labores universitarias, los *lycées* se verán despojados del beneficio de su presencia y por su parte ellos carecerán de la experiencia humana que proporciona la enseñanza en un instituto.

Quizá se trate de otra idea mía romántica, pero creo que según la utopía a la que todas las sociedades deben tender no debería existir una línea rígida de división entre el profesorado de la primera enseñanza, de la segunda y de la superior. En Francia, desde la Revolución, ha existido siempre una separación entre los maestros de primera enseñanza y los profesores de la segunda, separación que *grosso modo* corresponde a la que existe entre la burguesía y el resto de la nación, si bien los hijos de los maestros de enseñanza primaria solían llegar a ser profesores de instituto y a menudo de universidad. Pero siempre ha existido en todos los niveles de la enseñanza un mito de « el maestro », *le maître*, el intelectual ejemplar que asume la tarea de pensar y hablar en nombre de la humanidad.

Por el momento, Francia se enfrenta con la siguiente disyuntiva : por un lado, hay que mantener el nivel de la *agrégation* ; por el otro, no existe un número suficiente de *agrégés*. Pero sería una lástima que en la educación francesa se desarrollara un nuevo tipo de división en clases, división que debilitaría el carácter idealista del conjunto.

Pero en realidad a ninguno de los franceses que conozco le preocupa esta posibilidad ; quizá sea pues injustificado este temor por parte de un extranjero. Lo que a los estudiantes y al profesorado les preocupa es la escasez de fondos y el amontonamiento en París. En los últimos años se han producido a este propósito huelgas estudiantiles y la prensa francesa ha criticado violentamente el estado de cosas existente.

Es evidente que el estudiante francés medio, aunque goza de una libertad comparable, no dispone de la misma base financiera que su colega británico, sobre todo en París. Es cierto que dispone de restaurantes baratos, de reducciones en los billetes del ferrocarril y de rebajas especiales en los teatros, pero en términos generales la ayuda financiera al estudiante francés parece ser mucho menos generosa que en Inglaterra, de modo que en Francia una proporción mucho mayor de estudiantes (el 43 por ciento, según ciertas fuentes) tienen que ganarse la vida al mismo tiempo que prosiguen sus estudios. Por otra parte, las salas de clase, las bibliotecas y los laboratorios son insuficientes e inadecuados. A la Facultad de Medicina de París se le ha añadido un nuevo edificio y la de Ciencias se trasladará con el tiempo de domicilio, dejando sus actuales dependencias en la Sorbona a la Facultad de Letras ; pero este es un proyecto a largo plazo que sigue topando con dificultades administrativas. Tampoco es fácil encontrar buenas condiciones de alo-

jamiento ; las admirables Ciudades Universitarias no pueden acoger a todos los estudiantes. Este problema del alojamiento es mucho más agudo en París que en Londres mismo. Por otra parte, la proporción entre profesores y estudiantes es mucho más baja en Francia que en Inglaterra o Estados Unidos. Contando no sólo a los profesores permanentes sino también a los auxiliares y ayudantes de cátedra, había en 1957 un profesor por cada 150 estudiantes de Letras, uno por cada 53 de Ciencias y uno por cada 123 de Medicina. Verdad es que se han realizado esfuerzos para adaptarse a la concepción anglosajona o alemana del « trabajo de seminario » mediante la organización de grupos de trabajo bajo la dirección de un *assistant* o un *chef de travaux*. Un grupo, en el sentido que se le da en la Sorbona, puede reunir hasta cuarenta estudiantes. Como es natural, dado lo elevado del número, la cantidad de trabajo escrito realizado por los estudiantes no puede ser muy grande.

Dadas todas estas circunstancias, es natural que muchos jóvenes que ingresan en la universidad se queden en el camino ; resulta difícil determinar su número, pues los hay que interrumpen sus estudios para reanudarlos posteriormente. Como cálculo de la « pérdida » anual en la Facultad de Letras de la Sorbona, se me dio la cifra semioficial del 25 por ciento. Los cálculos de *L'Express* son aun más espectaculares ; en efecto, según este semanario, en 1958 sólo el 30 por ciento de los estudiantes de primer año aprobaron los exámenes de fin de curso y, en términos generales, únicamente el 25 por ciento de los estudiantes de Letras « completan sus cursos en forma normal » (es decir, que terminan su licenciatura en tres años). En lo que se refiere a las Ciencias, la « pérdida », según *L'Express*, llega a cerca del 60 por ciento.

PARA QUIEN CONOCE la solicitud y los cuidados de que hoy se hace objeto a los estudiantes en las universidades inglesas, estos hechos quizá vengan a añadirse a un cuadro sombrío de la situación francesa. Es innegable que se podría gastar mucho más dinero en estas cosas, y sin duda alguna se gastaría si se pusiera término a la guerra de Argelia. Al mismo tiempo, los franceses poseen un sistema diferente y propio, al que hay que tomar tal como es. Quizá sea una buena cosa que todo aquel que tenga las capacidades iniciales suficientes pueda entrar en la universidad. Por otro lado, existen argumentos en favor de combinar una cierta proporción de trabajo asalariado con el estudio ; ello le proporciona al estudiante confianza en sí mismo y seriedad. Acaso sería mejor que los estudiantes peor dotados y menos interesados en su trabajo abandonen la carrera espontáneamente tras haber probado el trabajo universitario, en lugar de alentarles a que consigan unos títulos para los que no son plenamente aptos. Por otra parte, tal vez sea más humano y esté más en consonancia con la variedad de temperamentos de los estudiantes el permitirles varias tentativas en la *agrégation*, en vez de una sola. En otro sentido, ¿debe insistirse dentro de la universidad en la enseñanza en su aspecto más práctico, aspecto que hoy se tiende a favorecer en Inglaterra y que algunos franceses comienzan a considerar necesario?

¿No es más bien la función del espíritu universitario investigar y exponer por un lado y por el otro defender ciertos niveles que hay que alcanzar? Desde nuestro punto de vista, más de la mitad de los estudiantes franceses son « a medio tiempo » o incluso « externos », pero si sus estudios secundarios han sido serios y ellos son adultos, la cosa no tiene importancia e incluso puede resultarles beneficiosa.

Al sistema francés se le podría hacer financieramente más cómodo, pero de concederse subvenciones personales a los estudiantes habría que reducir su libertad, como ocurre en Inglaterra, con el fin de asegurarse de que el dinero público no se desperdicia. Por mi parte, me gustaría que la independencia del estudiante francés se combinara con mejores condiciones de alojamiento y de trabajo en las bibliotecas. El sistema francés es probablemente menos defendible en lo referente a la ciencia, que exige una plena dedicación a los trabajos prácticos ; pero las autoridades parecen tener conciencia de esto, pues todos los gobiernos, por la fuerza de las circunstancias, favorecen con prioridad a la ciencia. Algunos profesores de Letras temen incluso que,

B.D.I.C

antes de que pase mucho tiempo, los científicos gozarán de un trato tan privilegiado que pondrá en peligro la solidaridad académica.

En cuanto al exceso de estudiantes en París, es una consecuencia del sistema centralizado, contra el que las autoridades han tratado de reaccionar. De acuerdo con las cifras de 1957, el 40 por ciento de todos los estudiantes de Letras y el 33 por ciento de los estudiantes de Ciencias se hallaban concentrados en la capital, aunque Francia blasona de poseer dieciséis universidades, incluyendo la de Argel. La convergencia hacia la capital comienza ya al nivel de la segunda enseñanza, pues los padres están convencidos de que un alumno tiene más posibilidades de entrar en las *grandes écoles* si hace sus dos últimos años en uno de los grandes *lycées* parisienses, tales como el « Henri IV » y el « Louis le Grand ». Tan fuerte es esta convicción —justificada en efecto por las estadísticas— que las familias hacen incluso todo lo posible por trasladarse a París en el momento oportuno para la carrera de sus hijos. Por otro lado, como todas las *grandes écoles* se hallan en la capital o cerca de ella, los candidatos de origen provincial que consiguen entrar en ellas tienen que trasladarse a París. Prácticamente, pues, los estudiantes más brillantes de Francia se encuentran en París. Igualmente, a los profesores que trabajan en la capital se les considera como la cabeza del profesorado universitario nacional y ellos son generalmente los que se encargan de la *agrégation*. Un estudiante que haya conseguido su *licence* o su *diplôme* en una universidad de provincias suele prepararse para la *agrégation* en París, pues piensa que aquí podrá hacerse una idea más justa del nivel requerido y del tipo de preguntas que se le van a hacer. Normalmente se le concede la autorización para trasladar su expediente académico a París. Además, casi siempre tiene un pariente en París que o bien le dará alojamiento o le servirá de punto de contacto familiar.

El problema con que el gobierno se enfrenta consiste en cómo eliminar el sentimiento tan arraigado de que fuera de París no hay salvación.

A partir de la guerra, el gobierno francés se ha mostrado comparativamente generoso en sus subvenciones a las universidades locales y ha tratado de convertir algunas de ellas en centros de especialización. Hoy se habla de trasladar la *École Centrale* y la *École des Mines* a las provincias. Cambios como estos quizá sean más fáciles de realizar en el campo de las Ciencias, ya que a los nuevos establecimientos se los puede equipar desde el principio con los aparatos más modernos, mientras que los profesores y estudiantes de Letras afirman que necesitan estar cerca de las grandes bibliotecas parisienses. Este argumento no me parece muy convincente, ya que todo el trabajo que es necesario realizar hasta el nivel de la *agrégation* podría realizarse en una biblioteca moderna medianamente bien provista. Quizá el trabajo preparatorio para ciertos tipos de *agrégation* pudiera concentrarse en una u otra de las grandes ciudades de provincias. Acaso —la sugerencia es un tanto blasfema, pero implacablemente napoleónica— pudiera transplantarse a la *École Normale* y a la *École Polytechnique*, revitalizando así a algunas universidades provinciales. O bien, si el gobierno terminara por conceder a todos los estudiantes una subvención que les permita vivir, la vigilancia se hará más estrecha y será más fácil conseguir que los estudiantes se inscriban en determinados centros. Pero en el ambiente actual no hay nada que indique que esto se vaya a hacer. Se necesitaría un gobierno muy fuerte para decretar que los estudiantes han de someterse a una competición para obtener plazas en los cen-

universidad de provincias que me citara los nombres más destacados de la Sorbona en cualquier asignatura, mi interlocutor mencionó a Raymond Aron y después a Merleau-Ponty (profesor en el *Collège de France* fallecido recientemente), pero ninguna otra persona más que tuviera un impacto inmediato en la vida intelectual general. Naturalmente, esto es sólo una opinión ; de todos modos, confirma la impresión tantas veces expresada de que la Sorbona ya no es hoy tan ilustre como en otros tiempos. Si el prestigio de la Academia Francesa no hubiese variado tanto y no hubieran influido en la elección a la misma consideraciones políticas extrañas, quizá hubiera sido instructivo averiguar en qué períodos los profesores de la Sorbona fueron proporcionalmente más numerosos en su seno.

LAS ASIGNATURAS que parecen en situación particularmente difícil son la Filosofía y los estudios literarios. Desde hace algún tiempo, ambas asignaturas han tenido que enfrentarse con la tarea crucial de autodefinirse. El estudio de la Filosofía en las últimas clases de los *lycées* ha constituído siempre un rasgo distintivo de la enseñanza francesa y es una de las causas de la tendencia cada vez más fuerte de que he hablado. Actualmente se observa una tendencia a abandonar la Filosofía en favor de las Ciencias o de la Sociología y la Psicología. Al parecer, en algunos institutos ha dejado de existir la tradicional *classe de philo* y algunos franceses me han dicho que los jóvenes científicos, particularmente los de la *École Polytechnique*, se muestran muy impacientes con lo que ellos califican de irrealidades de la discusión filosófica.

Por lo que se refiere al estudio de la literatura, ha quedado resuelta una cuestión de importancia secundaria. Las lenguas clásicas han perdido algún terreno. En adelante, habrá una *agrégation des lettres modernes*, lo que significa que los estudiantes podrán especializarse en literatura francesa, aun teniendo sólo un conocimiento subsidiario del latín. En la *agrégation des lettres* el francés, el latín y el griego se hallan en un pie de igualdad. Sin duda, con el tiempo se incluirán también en la nueva *agrégation* moderna temas de literatura comparada.

La cuestión fundamental planteada es si el estudio de la literatura en las universidades debe ser histórico o crítico. A lo que hay que añadir : caso de ser crítico, ¿debe ser expositivo o normativo?

Por lo que se refiere a la situación actual, apenas cabe duda. La tendencia histórica sigue aún dominando, aunque una nueva tendencia aparece en la obra de dos o tres profesores (Etiemble, Nadal y Blin, por ejemplo).

Desde la época en que fui estudiante en Francia, mis ideas sobre esta cuestión apenas han variado. Para mí, todo estudio de la literatura debe basarse en un intento de definir y justificar juicios de valor. En este sentido, creo que la investigación histórica, la preparación de ediciones críticas, el análisis estructural, etc., aunque esenciales, constituyen en realidad ocupaciones auxiliares. En sí misma, esta idea no es ni original ni disparatada ; por el contrario, es la opinión mayoritaria, quizá unánime, en los círculos literarios. Pero en Francia existe un foso entre la literatura y el estudio de la misma en las universidades. Los científicos e historiadores universitarios se sienten cómodamente instalados en una posición desde la que dominan su asignatura; lo mismo les ocurre a los filósofos, aunque quizá no se sientan tan seguros de cuál debe ser su tema o asignatura. Pero los especialistas académicos de la literatura viven en un mundo particular que está en situación de grave aislamiento respecto a la literatura y a la crítica contemporáneas.

Un amigo literario al que yo hablaba de mi renovada admiración por el estilo y el método de las clases regulares a las que había asistido en la Sorbona y de mis dudas respecto al contenido de las mismas, me dijo : « *Oui, oui, la Sorbonne... c'est la forme, l'esprit c'est quand on peut* ». Yo diría que, en la Sorbona quizá más que en ninguna otra universidad, *on peut, si on veut.*

ANTONIO DE UNDURRAGA

Un contrapunto falso : poesía y prosa

En el mundo hispánico los preceptistas y retóricos han tenido siempre una situación avasalladora y de privilegio. Yo creo que la tradición de la poesía lírica árabe, excesivamente ceñida —con formas que, al fin, la llevaron a su aniquilamiento—, ha influído grandemente. Luego la aseveración de Toynbee de que el judío es, por excelencia, un hombre apegado a la letra, y notamos que el español tiene mucho de israelita. Este apego a la letra, a la forma, hizo proliferar los metros poéticos, los especialistas en acentos y licencias, en sílabas y rimas. Y esta tradición fue creciendo como los bancos de moluscos, hasta el extremo de llegarse a pensar que no hay poesía lírica sin metro, sin rima, sin forma de versos, aunque más no sean líneas con ritmo dudoso. Un problema de escritura dentro de una armadura —la rima y el metro—, o un problema de escritura libre —formando versos—, se lo ha tratado de contraponer a la prosa, cuando a la poesía lírica no la hacen ni las rimas ni los acentos, ni los metros. Puede escribirse en forma de prosa y sigue siendo, igual, poesía lírica. Lo dije cuando escribí en Buenos Aires mi ensayo breve intitulado « Elementos y límites de la creación poética », publicado en la revista *Caballo de Fuego*. En efecto, es de la esencia de la poesía lírica un manejo especial de las palabras y el empleo de imágenes. Incluso es esencia de ella una escritura muy cuidada y sintética. Esto lo entendieron con mucha claridad Waldo Emerson, Whitman, Vicente Huidobro y algunos otros, y entre los franceses Baudelaire y Mallarmé. Dijo éste último que « siempre que hay esfuerzo sobre el estilo, hay versificación », o sea, que hay labor poética. En mis trabajos sobre la caducidad de las formas métricas —como son sonetos y décimas—, que han producido encono en ciertos retóricos que todavía creen en el contrapunto falso de poesía y prosa, dije que quien sigue una forma caduca está deformando y dañando su espíritu —un ser vivo—, al adaptarlo a una concha vacía, a un caparazón abandonado, en un acto de simbiosis imposible. Pues, como decía Emerson, el espíritu debe crear la forma, como el impulso vital crea la corporeidad de la planta.

En suma, cuando labora el poeta hay poesía y ella puede expresarse en seis géneros diferentes : poesía lírica, cuento, teatro, novela o epopeya, ensayo y crónica (que incluye los diarios íntimos y la historia tratada por poetas). Al eliminarse la nomenclatura de poesía y prosa, tenemos que escoger otra : *escritura poética* y *escritura servicial*, que sería la de los periodistas, la de los boletines y decretos de los gobiernos, la de los códigos y las leyes, la de los textos escolares, etc., etc.

Ahora bien, sólo el poeta puede abordar con buen éxito los diversos géneros, pero a condición de que observe la técnica, es decir las claves y los límites, de todos ellos. Ortega y Gasset, verbigracia, una mente negada para la poesía lírica (hasta el extremo que logró conquistarse el desprecio de César Vallejo y Vicente Huidobro), fue un relevante poeta del ensayo. Asimismo, lo fue Federico Nietzsche, en forma más deliberada, en *Así hablaba Zaratustra* y otras obras. Otros afirman que Bernal Díaz del Castillo abordó la crónica con calidades de poeta. La mayor parte de los fracasos literarios a que hoy asistimos en el mundo hispánico se deben a que personas que sólo dominan la « escritura servicial », pretenden actuar como seres que poseen, dentro de una técnica (y por lo tanto, dentro de un género literario), el don de la « escritura poética ». En suma, carecen de escritura poética y de técnica. José Eustasio Rivera cultivó la poesía lírica en *Tierra de Promisión* con resultados dudosos, pero era un poeta indudable. Cuando en *La Vorágine* aplicó sus conocimientos de poeta a la téc-

nica novelística, dio una obra notable, pues logró crear un arquetipo original de la selva. Parece como que la novela suya se llamase *La selva.*

La vanguardia poética del siglo XX : dadaísmo y creacionismo, surrealismo y otras escuelas plenas de fervor, ahondaron tanto en la técnica de la poesía lírica que produjeron la confusión : novelistas y cuentistas creyeron que podían renovar sus géneros con inyecciones de poesía lírica nueva, tirando por la borda las técnicas específicas de esos géneros. Lo único que consiguieron fue destruirlos y crear una confusión sin precedentes. Ahí están los casos de Joyce con su *Ulises,* el de Proust y muchos otros que caminarán, con los años, irremediablemente al olvido. Pero Maupassant, un poeta del cuento y dotado de poderosa técnica, sigue vivo y desafiará a los siglos victoriosamente. Como Cervantes, poeta épico de la novela-epopeya (inspirado en los planes de *La Eneida* para escribir su *Don Quijote,* como lo ha demostrado el argentino Arturo Marasso). Pero la poesía lírica del siglo XX sigue haciendo estragos : ahí están Tardieu e Ionesco, con sus obras teatrales que son poemas teatralizados. Incluso también Borges, con algunos cuentos que son poemas líricos cuentistizados. (Y perdón por el neologismo en un idioma rebelde a ellos.) Los géneros no pueden renovarse por confusión de técnicas, o por destrucción de las mismas. Todos ellos son obras de poetas, obras de la « escritura poética ». Y por lo tanto hay distintas clases de « escritura poética ».

* * *

Hoy preocupa la « antinovela », o sea la crisis de la novela, por intrascendente, por vacua. Por ser mera crónica ficticia. Y de ningún género se ha esperado tanto como de la novela. La primera novela que conoce Occidente es *La Odisea,* una novela de aventuras. Sin embargo, no se quiere reconocer la hermandad de la novela con la epopeya. Nosotros estimamos que si hay escritura poética, son un mismo género. Pero el caso de *La Ilíada,* es algo diferente. Se nos presenta como una « Divina comedia bélica » en que los hombres aparecen como pobres marionetas conducidas por hilos (el destino o la furia), que penden de las manos de los grandes dioses mayores. Hasta Aquiles, que además de hombre es un semidiós (hijo del jinete Peleo y la diosa Tetis), dice : « Hay que temer que alguno de los eternos dioses se precipite sobre ti (le dice a Patroclo) desde lo alto del Olimpo, sobre todo el arquero Apolo, que tanto protege a los de Troya » (Canto XVI). Y la falta de ética de sus héroes, Homero la justifica como un capricho o una imposición de los dioses. Muchos siglos después (de acuerdo con el acervo o la memoria estética de Occidente), Dante, inspirado en un canto de la *Odisea* en donde se describe el Hades, y en el Libro VI de *La Eneida* de Virgilio, escribirá su *Divina Comedia* y en una especie de sadismo interminable se solazará creando su Infierno. ¿Sadismo de un dios judaico y único? Lo cierto es que Dante, este centauro, mitad hombre medieval y mitad hombre renacentista, ya no atribuye la maldad de los hombres al dios único, como Homero la justificaba con la cólera y los desvaríos de los dioses múltiples.

Pero, cosa curiosa, todos los filólogos están de acuerdo en que fueron poetas los creadores de las palabras de las plegarias y de las concepciones del Dios único, como en el caso de Zoroastro. En suma, ellos han creado el alto voltaje mágico de las religiones, para luego ser presa de esos mismos dioses, como en el caso de Homero o de Dante.

Pasan los siglos y Erik María Remarque, otro poeta, crea *Sin novedad en el frente,* una humana comedia bélica. En la obra de Remarque los hombres ya no son títeres conducidos por dioses, sino que ratas de trinchera guerrera. Ratas que avanzan y mueren entre alambres, socavones y pólvora. Ratas racionales que se esconden y matan, pero que no pueden olvidar la fraternidad humana. A los hombres de hoy *La Ilíada* nos cansa y no nos dice nada. Es posible que se siga leyendo por aquello que he llamado la superstición sobre la insuperable calidad de los clásicos. Su misión ya debe estar cumplida. De la guerra de Troya a Hiroshima y la bomba atómica, hay toda una época. Desintegrado el átomo, el gran Zeus homérico, conductor del rayo, hace un papel ridículo. Pasamos a otro mundo. La guerra también pasa a otra etapa. Nosotros nos quedamos con el poeta de *Sin no-*

vedad en el frente. Es nuestra *Ilíada.* Sin embargo, los guionistas y cineastas norteamericanos que filmaron « Helena de Troya » hicieron una creación original y maravillosa, con fragmentos de Homero y Virgilio. En 1942, Paul Mazón dio a conocer sus profundas investigaciones en el sentido de que Homero sólo escribió primitivamente cinco cantos (una *Aquileida*), que después amplió a catorce. Los 24 actuales serían obra de otros poetas que siguieron la escuela homérica de *La Ilíada.*

En Balzac, que busca la epopeya o la crónica de la alta y de la pequeña burguesía, los dioses griegos son reemplazados por burócratas de alta jerarquía que, como en *El cura de Tours*, mantienen en zozobra a los lamentables oficinistas de las clases bajas. El típico señor ministro de América Latina, que da o quita empleos, que quita o pone ventura en la desventura de los pobres empleados fiscales, en países con desempleo crónico de su clase media.

Es inútil esperar que la novela crezca o renazca si no pasa a manos de los poetas, a manos de la escritura poética y no, como está hoy, en manos de la « escritura servicial » (la verdadera prosa) que se presenta como artística. La novela debe pasar a las manos de los grandes poetas. ¡Pero cuán escasos son los grandes poetas! ¡Cuántos siglos han transcurrido sin producir ni siquiera uno solo!

Sin embargo, ¡cuánto no meditarían en sus instrumentos de trabajo un Homero, un Dante, un Cervantes, un Shakespeare, un Maupassant, un Whitman, un Huidobro un O'Neil!

Pájaros perdidos

DEBEN *estar cantando no sé donde,*
oscuros pájaros que un día
fueron llevando a los profundos castañares
sus enlutados corazones,
salvando para el tiempo venidero
sus espejadas vidas.

Era cuando empezaba
a llevantarse, negra,
la luna de Viznar.

Aquellos pájaros oscuros
que en un vuelo, cruzando la tormenta,
llegaron, fraternales camaradas,
del huerto a la trinchera,
cantando allí al hombre que temblaba,
al que desfalleciendo
pedía antes de abrazar su muerte
escuchar por vez última
aquel himno bombardeado
de provincias hundidas.

Cantando estarán ya.
Acaso están cantando.
Acaso están cantando ya unos claros
pájaros ayer oscuros
que están cantando y que no vemos.

ANTONIO APARICIO

EL FORASTERO

(Cuento)

POR MARIA FLORA YAÑEZ

CLAUDIO *contempla con ansiedad el panorama. Quince años de ausencia. Es la misma ciudad de antaño y es, a la vez, otra. Edificios chatos, calles paralelas, sin alma, mesetas, espacios desolados. Y, al frente, ese bravío mar con sus olas furiosas. Como antes, los hombres esquilando las ovejas en verano. Esquilándolas rápidamente, limpiamente, por medio de maquinitas especiales que a él, de niño, lo habían fascinado. Por fin las ovejas, desnudas de su lana, son sumergidas en grandes baños cuyo olor a ácido fénico se mezcla en la atmósfera al salino perfume del mar. Salen las ovejas del agua, ateridas, con las pupilas veladas de espanto. Se dispersan tristonas bajo la vergüenza de su desnudez y se abre el piño como un abanico para ir a guarecerse en la hondura de los valles. Entonces aparecen los ingleses y palpan con fruición la lana amontonada en galpones para luego regatearla, comprarla por fin y llevársela allende los mares.*

Entretanto los hombres de la ciudad, los chilotes, pequeñitos, severos, recogen esos enormes mariscos de raras formas y colores que en profusión les entrega el océano y que, de lejos, parecen alhajas monstruosas. Hay en los hombres de Ancud —Claudio recién lo nota— un aire extraviado o una concentración ceñuda, como si soportaran el peso de una gran raza extinguida. Dan la impresión de estar fuera del tiempo, no sólo ausentes de sí mismos, sino ausentes del mundo, de la vida. Mirándolos recoger mariscos, Claudio se contagia de su aspecto y se siente suspendido sobre un gran vacío.

Empieza a caer la noche y con ella el silencio. Quizás fue un error volver. Habría sido mejor olvidarse de esa tierra inhóspita y fría. No se identifica con ella. No logra crear ningún lazo. No logra unirla sino a ciertas cálidas y dispersas estampas de infancia. La madre. Sus manos finas bordando un mantel. Los juegos sobre la arena con un chiquillo de pelo rojizo, de rostro agudo, en el que brillaban los ojos negros haciendo contraste con la piel llena de pecas. Su único amigo. Nunca los tuvo más tarde. Se peleaban ambos, a veces, para buscarse luego. Y su amistad iba haciéndose cada vez más estrecha. Descubrían extraños caracoles ; levantaban acueductos gigantes sobre la arena húmeda. Claudio recuerda de pronto aquel juego que los divirtió durante un tiempo ; retener la respiración, a quien más, hasta asfixiarse casi. Instintivamente, al evocar, ensancha los pulmones y siente la embriaguez del horizonte ilimitado. Luego fueron juntos a la escuela, llegando a la pubertad de ese modo : inseparables. Había en el muchacho cierta intuición, cierta sabiduría innata que lo llevaba a adivinar secretos de la tierra y el mar. Después él, Claudio, había partido de Ancud con sus padres. Y jamás volvió a saber del amigo de pelo rojizo.

Ha vuelto tal vez para verlo. No sabe. Encontrarlo es como encontrar de nuevo su infancia. Porque, durante años, a pesar de la distancia y del silencio, ha obsesionado su mente el recuerdo del ausente. Pero aho-

ra, antes de averiguar nada sobre él, desaparece de su órbita, como se apagan ciertos apetitos a punto de saciarlos.

Camina frente al puerto, con paso de somnámbulo. La luz de la tarde en Ancud es diferente de todas las luces crepusculares que ha visto en otros sitios. Mira hacia el mar. El bote arrimado a la orilla y cubierto con choapinos, se zarandea furiosamente. Dentro de él se ha instalado un cura cuya silueta se perfila contra el horizonte frente a dos mujeres que empuñan los remos. Se marchan. ¿Hacia dónde a esa hora? Tal vez al encuentro del Caleuche, ese misterioso buque fantasma que obsede desde siempre la imaginación de los chilotes y que aparece ciertas noches. Claudio, pensando en ello, levanta los hombros, sonríe con indulgencia y sigue su marcha. No se ven hombres por ningún lado, lo que es insólito en cualquier puerto que no sea Ancud.

De pronto, cierto bullicio estremece el ambiente y algunas frases truncas llegan a los oídos de Claudio. Se puebla la calle de gente surgida como por encanto. « No se sabe quién es, murmuran voces anónimas. Venía de fuera... Un infarto, parece... ».

Agólpanse grupos en la puerta de un hotelucho, y muchos entran. Claudio los sigue porque no tiene nada que hacer. Ha venido a Chiloé en viaje de turismo, llamado quizás por los recuerdos. Sube entre la multitud la estrecha escalera del hotel y se asoma, como los demás, a un dormitorio cuya puerta está abierta. Junto al lecho hay un señor respetable, de anteojos : el médico, seguramente. Claudio mira a un desconocido, tendido bajo las sábanas y ya rígido. Es joven, tiene la cara lívida, el cabello ralo y rojizo. — « Ruptura de aneurisma », pronuncia el médico gravemente. Mientras algunas personas lo empujan desde atrás en el pasillo, él, tontamente, imagina a ese hombre sin vida como un niño exuberante en la playa, haciendo castillos de arena, tirándole conchas. Siente sobre él sus ojos penetrantes, subyugándolo y hechizándolo. ¿Podría ser el mismo? No, seguramente no. Es su imaginación sobrexcitada por la soledad en que está, por la presencia de la muerte, la que lo lleva a suponer cosas absurdas. A sus espaldas, una señora gruesa se empina para mirar al hombre muerto. Y chilla : — « ¡Pobrecito! ¿Quién podrá ser? Un afuerino, sin duda, un comprador de lana... ». Entra un guardia en la pieza y, volviéndose a la gente, exclama : — « ¡Despejen! ¡Salgan fuera! » — « El nombre..., murmura Claudio tímidamente. Quiero saber el nombre del muerto. » Pero nadie responde, nadie le escucha.

Abandona el hotel y sale a la calle. Al frente está el océano, oscuro bajo la noche oscura. Ahora se ven algunos hombres, aquí y acullá. Rostros impertérritos, sin sonrisas. Nunca ríen los hombres de Ancud. Claudio siente deseos de llorar, sin razón. Camina. La vida, de pronto, ha perdido su sentido. Una mujer, envuelta en un chal negro, pasa a su lado. Se detiene ligeramente a mirarlo y, bajo la luz de un farol, él ve unos ojos piadosos e impúdicos a la vez. Se acerca a ella y avanzan por las calles desiertas. Ella murmura algunas frases : cosas simples, sin importancia. Él logra apenas ordenar su mente, volverla a la realidad, pero aquello no dura. Sin saber por qué cae de nuevo en el embrujo de esa ficción que lo tortura como una garra : el hombre muerto, el niño colorín. La mujer permanece silenciosa, sintiéndolo ausente. Sólo entonces él nota que es joven y hermosa, con esas facciones bien definidas y un poco duras de las chilotas. Van siempre pueblo adentro, alejándose del mar hacia las colinas.

— Es solitario este pueblo. Y triste —dice él.

— Yo no conozco otro.

— ¿Por qué reman aquí las mujeres? El chilote es buen marino y la furia de este mar es tremenda.

Ella lo mira sorprendida.

— ¿En otras partes reman los hombres?

— Siempre. Las mujeres lo hacen sólo por deporte, por entretenimiento.

Se han detenido un poco y ella vuelve a clavar en él unos ojos provocantes.

— En Ancud nosotras hacemos los trabajos duros y no le tenemos miedo al mar, —dice con orgullo, mientras, con un gesto de coquetería, enrolla una punta del pesado rebozo alrededor de sus hombros. — Sigamos, —agrega con una sonrisa que dulcifi-

bellas artes

El Aduanero Rousseau o un falso ingenuo

POR DAMIAN CARLOS BAYON

La Galería Charpentier, de París, ofreció una gran exposición Rousseau y los aficionados se precipitaron a ver esa obra difícil de reunir, ya que se encuentra dispersa un poco por todos los grandes museos y las colecciones privadas importantes de los cuatro rincones del mundo.

El día en que yo fui —y sospecho que eso ocurre de manera sistemática— una elegante señora hacía las funciones de guía, y el público (ya se sabe lo ávido que está siempre de que le digan algo con pies y cabeza en materia de arte), el público, digo, seguía dócilmente la explicación entre amena y superficial. Lo que más me chocaba eran dos palabras que aparecían en la conversación de manera constante : *maladresse* (torpeza) y *charmant* (encantador). Ambas servían (?) para explicar a un pintor *naïf* (ingenuo) que, para colmo, tampoco lo es, o al menos en el sentido común del término. Y se me ocurrió pensar desde el sillón en que tomaba mis notas, en medio del gran salón atestado y ante esos retazos de explicación que me llegaban, mechados de fechas, datos, anécdotas —en una palabra lo que quiere y espera el público, aun el culto— que todo aquello estaba mal, sonaba a falso, era consagrar la gran incomprensión del Aduanero Rousseau : gran pintor muy sabio en sus momentos, y que cuando acierta (cosa que no siempre ocurre por cierto) es mucho más que meramente encantador.

Pierre Francastel decía hace apenas unas semanas en uno de sus memorables seminarios en la Escuela de Altos Estudios de la Sorbona, que cuando se enseña Historia del arte hay la permanente tentación de los atajos, de las presentaciones típicas que el profesor no quiere o no sabe eludir. En efecto —agrego yo—, en la enseñanza media y la universitaria a un nivel elemental se supone que el que habla no debe traer inquietud a los que escuchan sino, por el contrario, una especie de fe ciega en la verdad que comunica, la que se supone absoluta, por lo menos hasta nuevo aviso. La tentación de que hablaba más arriba consistirá, pues, en tomar ciertos momentos, circunstancias, artistas, obras que *favorecen la tesis del que explica,* demostrando de manera primaria lo que el expositor se proponía. *Quod erat demonstrandum* o, simplemente, Q.E.D. como se pone al final de los problemas aritméticos brillantemente resueltos, y que en cuestiones de cultura resulta como el R.I.P. de las lápidas ; con esto de parecido ambos latinajos y es que problema o persona, firmados definitivamente con tres letras, quedan así, para la eternidad, comprendidos, sepultados, muertos.

Ahora bien, el verdadero maestro es aquel que promueve, no que calma. El que inquieta y no el que tranquiliza. A Sócrates lo procesaron por soliviantar a la juventud ateniense, por hacerla pensar. En cuestiones de arte y de arte moderno ¡cuántos Sócrates no nos harían falta permanentemente!

Apoyándome en las tres famosas palabritas : *torpeza, encantador, ingenuo,* de la honrada señora que hacía de guía voy a tratar de calar más hondo —o al menos de manera más peligrosa— en lo que vamos a llamar la esencia de la pintura del aduanero Rousseau. Sólo un público como el de París, cultivado y que está de vuelta de muchas cosas puede llenar una sala de exposición, pagando un precio muy elevado para contemplar a sus anchas a un artista tan desconcertante. Pero el barniz de información y esnobismo de ese público medio no nos debe confundir : su captación del fenómeno artístico no representa en general sino una finísima película sobre los problemas, sin calar en absoluto en hondura. En otra ciudad que no fuera París la gente estaría indignada o se oirían en la sala voces de reprobación o descontento. Aquí, en cambio, estamos en el mejor de los mundos... al menos en apariencia. El público sofisticado, intelectual, bohemio —porque de todo hay— encuentra esta extraña obra : « bonita », « encantadora », « decorativa » y hasta « conmovedora en su misma simplicidad ». Adjetivos que quieren ponderar y disminuyen, que quieren exaltar y frivolizan definitivamente.

La historia misma del nombre que ha adquirido Rousseau es bastante enigmática. Un grupo de artistas talentosos —Apollinaire, Picasso entre otros— « descubren » a este extraño personaje y lo adoptan. Un poco por tomarle cariñosamente el pelo (eran jóvenes y tenían muchas ganas de broma), otro poco porque oscuramente intuyen que en aquel hombrecito absurdo hay mucho de un gran artista cuando tiene los pinceles en la mano. Porque también ha escrito obras de teatro abominables y compuesto pequeñas canciones intrascendentes.

¿Cómo sería verdaderamente el personaje...? Un mitómano que quiso hacer creer que había ido con Maximiliano a México (hoy parece probado que ese viaje no existió nunca sino en su imaginación) ; un puntual empleado del *Octroi de Paris* —el pomposo título de *Douanier* que le colgaron tampoco era exacto —; un hombre con la cultura media de todo francés que se respete, pero siempre capaz de salidas y reacciones desconcertantes, que, si lo han hecho considerar *ingenuo* a los ojos de sus partidarios, lo reducían a un simple retardado en consideración de sus enemigos o detractores. Pero no es conociendo más al personaje (como creen con entusiasmo la mayoría de los críticos norteamericanos) como llegaremos mejor a su pintura. ¿Conocer al personaje hasta el fondo...? ¿Quién es capaz de conocer a nadie de esa manera, ni siquiera a sí mismo? No nos engañemos, aunque ese milagro pudiera producirse tampoco veríamos más claro. El arte no es meramente la *psicología del artista,* es otra cosa más compleja ; es la objetivación, el punto de encuentro de muchos afanes, deseos, habilidades con su margen también de casualidad, de imprevisto, de inesperado... y tantas cosas más.

Rousseau nació en 1844, veamos un poco la historia de la buena pintura que le fue contemporánea. A Monet, que había abierto caminos nuevos, lo seguían, lo acompañaban, Sisley, Pissarro, Renoir. Disidentes, pero influídos también de cerca por la actitud impresionista, encontramos a Degas, Gauguin, Van Gogh, Cézanne. Todos estos grandes artistas huían de la academia pero habían tenido —poco o mucho— un entrenamiento académico. Es muy difícil, por no decir casi imposible, haber prescindido de un mínimo de nociones básicas aprendidas en una escuela. En general se va a la academia aunque sólo sea para un día poder escaparse de ella... De todos los citados, quizá el más instintivo haya sido Van Gogh, pero aun él frecuentaba a otros grandes artistas como Gauguin y la influencia que sobre él ejercieron es más que evidente. De pronto, pues, en la articulación del siglo XIX con el XX aparece este hombrecito Henri Rousseau. No es ni un muchacho sábelotodo de la pintura como Picasso, ni un refinado como Braque, que empieza a hacer todas las experiencias *fauves,* cubistas, para afirmarse en un oficio y una actitud invulnerables a través de los años. Todos estos son pintores « cultos », no nos engañemos, como Apollinaire era un escri-

tor supremamente culto e intelectual. No lo digo, por supuesto, para denigrarlos, sino para tratar de caracterizar claramente su posición. En contraste con esa actitud nos vamos a encontrar a Rousseau, una especie de vidente, un loco a su manera, que ofrece en el barrio lecciones de dibujo, que « saca » retratos que él pretende resultan más parecidos que las fotografías y más baratos...

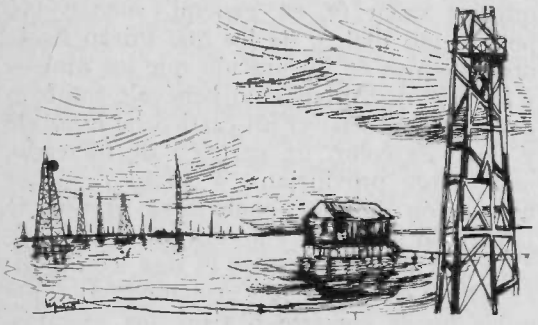
Estamos, efectivamente, en otro mundo. Todos los artistas citados : los impresionistas y compañeros y los de principio de siglo asumen —lo quieran a veces o no— una actitud culta. Por más que se atrevan a inspirarse en el arte oriental primero y, después, en el arte primitivo, en el arte negro, nadie tiene la conciencia tan virginal, tan infantil como Rousseau. En una palabra : *nadie se atreve a llegar tan lejos como él,* ya que lo único que no se improvisa en este mundo es la inocencia. Este llegar tan lejos tiene muchos peligros que vienen como atados indisolublemente a las bienaventuranzas. O se acierta de una vez por todas y completamente o se yerra también del todo : no hay términos medios. El arte es una actividad medio instintiva, medio consciente. Cuando los mecanismos son del todo inconscientes o no están controlados por lo que llamamos la inteligencia, la autocrítica, etc., el artista y su obra corren el gravísimo riesgo de orientarse mal, de equivocar el camino, de llegar a ser incomprensibles, intransmisibles. O sea, y resumiendo : de no poder cumplir con una de las misiones fundamentales de la obra de arte, la de la *comunicación.* Y eso por un motivo muy simple de entender : si el arte es lenguaje y comunicación, ello supone que el artista se exprese en una lengua asequible a otros seres. Si, por el contrario, está limitado por alguna insuficiencia, su obra corre peligro de fracasar, de no lograr su objeto último. Así ocurre con Rousseau, gran instintivo, si los hay, de la pintura. Puesto a inventar, a copiar su tarjeta postal a su manera, generalmente su sólido, inconmovible instinto de pintor, acierta. Pero ¡ay del momento en que le falle el instinto! El artista muy cultivado y civilizado tiene otros mecanismos de freno e impulso : su inteligencia, su gusto, su sentido común, su lógica, su aceptación de los criterios ajenos que le permiten distinguir en su propia obra lo que él mismo no llegaba a ver. Es cierto que no se puede hacer arte con uno solo de esos ingredientes si no figura —en primer lugar y en gran escala— la intuición, razón y clave de todo arte ; pero sin ellos también es verdad que el artista corre el permanente riesgo de irse sobre los arrecifes, porque es como un timonel con los ojos vendados. Cada una de sus navegaciones es una aventura y un misterio : si llega será por instinto y una fuerte dosis de buena suerte fortuita.

Con Rousseau estamos ante un caso que después ha tenido larga historia en el arte contemporáneo. Es una de las primeras veces que los otros artistas —y los críticos y los aficionados más tarde o más temprano— descubren lo que ya se sabía, pero que nadie se atrevía a afirmar de manera demasiado categórica, o sea : que hay otros procedimientos, automáticos, « ignorantes » (en el sentido de no-académicos, de anticultos) que el arte siempre puede tomar si quiere encontrar una expresión más espontánea de su sensibilidad. Quiero decir : en las academias se enseña una « composición » oficial, a dibujar « orejas », « ojos », todo un repertorio establecido. Hay lo que se puede y se debe hacer y lo que no se puede ni se debe... Es distinto haber estado en contacto con esa enseñanza —¡tan discutible!— y rechazarla, a no haber estado en absoluto en contacto con esos procedimientos. Y aunque se esté en contra de la academia —como ocurre con todos los grandes artistas contemporáneos invariablemente—, hay lo que yo llamo la actitud « culta » del arte, de la cual no se sabe francamente cómo huir. Uno de los grandes problemas de la enseñanza del arte es el siguiente : si el arte es espontaneidad, ¿cómo enseñarle al alumno un sistema? Y por otra parte este otro no menos agobiante : el artista tiene que adquirir una maestría en el manejo de sus medios de expresión ya que sin oficio no hay arte ; pero, ¿cómo llegar a transmitir un oficio sin influir, sin deformar desde el principio la tierna disposición del alumno...? En esta pareja de reflexiones y preguntas se encierra el drama de la enseñanza del arte en todas las latitudes en el momento actual. Cierto es —y sea dicho para su descargo— que no hay artista que

crónicas

Los ranchitos de Caracas

POR VICTOR ALBA



DECÍAN LOS COMENTARISTAS, después de 1940, que Francia estaba retrasada en una guerra. Podría decirse, hoy, que los sociólogos y economistas que se ocupan de América Latina están retrasados en un problema.

Hace unos años, se hablaba de la industrialización como problema más urgente y fundamental y, a la vez, como panacea. Cuando se comenzaba a buscar soluciones a ese problema, apareció la cuestión de la tierra con una urgencia que hasta entonces sólo unos cuantos clarividentes habían advertido. Ahora que se van generalizando las reformas agrarias (cuando menos sobre el papel), surge otro problema que adquiere preeminencia y apremio : el de la urbanización de las masas.

Tal vez cuando se empiecen a aplicar soluciones generales al mismo, otro problema salte a la palestra para quitar el sueño a los teorizantes. Por suerte, unos cuantos políticos democráticos latinoamericanos conocen mejor sus países que los doctrinarios, los técnicos y los economistas. De no ser así, América Latina se hallaría en el más pastoso de los caos.

Caracas es un ejemplo vivo —muy vivo— de la importancia y urgencia de los problemas de la urbanización y de las carencias con que hemos de contar para plantearlos y resolverlos.

Al mismo tiempo, Caracas me parece una prueba trágicamente tangible del carácter político inmediato que los problemas adquieren en nuestra América de hoy.

* * *

Los problemas de urbanismo se consideran exclusivamente técnicos. Son cosa para arquitectos, ingenieros de caminos, paisajistas e ingenieros sanitarios... Pero en nuestra América rebasan con mucho este marco y se convierten, a poco de haber surgido, en problemas políticos.

Son los políticos, entonces, quienes han de orientar a los técnicos para buscar las soluciones y para encauzar su aplicación. Más todavía —y sobre todo— para establecer precedencias y acelerar el estudio y la solución.

Los ranchitos de Caracas constituyen una lección dramática de esta « politización » de las cuestiones técnicas.

El nombre mismo de esos barracones de madera y hojalata —dentro de los cuales el calor y el frío son maldiciones casi palpables— indica su origen. Ranchitos, ranchos pequeños. Diminutas viviendas —en cuanto sirven para vivir, por decirlo con un eufemismo— que han construído gentes llegadas del campo y que, una vez en

la ciudad, ven en todo, y especialmente en su alojamiento, una transposición de las viejas costumbres rurales.

Los ranchitos son hoy uno de los más graves y apremiantes problemas de Venezuela, ese país que podría no tener casi ningún problema si hubiera logrado contar con una tradición democrática y hubiese dispuesto del dominio de sus propios recursos.

Problema ante todo de carácter humano. Problema de dignidad en el vivir. Y por lo tanto, problema político.

Merece la pena de hablar de él, porque, en distintas formas, se presenta en casi todas las grandes ciudades de América Latina. Y en todas ellas puede llegar a tener el carácter político inmediato, apremiante, que ha adquirido en Caracas.

* * *

Caracas es una de las ciudades más absurdas de un mundo en el que el crecimiento urbano ha convertido el absurdo en una regla y lo razonable en una excepción rarísima. Esto puede decirse sin pedir perdón a los venezolanos, porque no es suya la culpa. Nadie les dejó opinar cuando se comenzó a dar a su capital la forma que hoy tiene. Caracas hace pensar en una enorme presa, en la que el contenido —las casas— adopta la forma del continente : un valle con perfiles de Y.

La vieja ciudad estaba en el fondo del valle, tranquila, con calles angostas y casonas que recuerdan a Andalucía. Por todas partes hacia donde uno mire, montañas. Y no simples colinas apacibles, sino verdaderas montañas impresionantes. Hasta en plena ciudad se alza un monte, la roca Tarpeya, como la llaman, que se está convirtiendo, por magia de la ingeniería, en un centro mercantil en forma de espiral, bautizado con el nombre pedante de Helicoide.

Fue en tiempos de Pérez Jiménez, bajo la dictadura, cuando Caracas, que había iniciado antes su expansión, la aceleró de tal modo que en una decena de años rebasó el millón de habitantes. Los dictadores hacen siempre obras públicas espectaculares, para deslumbrar y « justificarse » con ellas, y para dar motivos de enriquecimiento a sus cómplices, y hasta para convertir en cómplice al conjunto de la población. Nada hay, en efecto, que corrompa tanto como la súbita abundancia de obras públicas.

Las grandes obras públicas capitalinas de Pérez Jiménez tuvieron dos consecuencias, aparte la corrupción en la que se amasaron : concentraron en la capital un enorme porcentaje de los gastos gubernamentales y dejaron abandonada a la provincia, y atrajeron a Caracas millares y millares de campesinos de esas mismas provincias abandonadas, que hallaban trabajo en las obras públicas.

El resultado fueron los ranchitos.

* * *

La ciudad ha subido a la falda de las laderas. Pero en lo alto, donde no se puede llegar en coche, sino sólo trepando por riscos o senderos empinados, allí ha nacido otra ciudad. De hecho, una serie de ciudades, que no son suburbios, sino verdaderos poblados, cada uno con su personalidad y hasta, a veces, con su carácter regional, su acento en el lenguaje, sus costumbres políticas.

No hay ningún lugar de la ciudad desde el cual no se vean las montañas. No hay ladera que no se encuentre cubierta, en gran parte, de ranchitos.

Por todas partes, a lo largo de las autopistas, al fondo de las calles, racimos de ranchitos. Un friso rosado rodea la ciudad y le da un segundo horizonte, más cercano que el de las cimas peladas de los montes y el cielo de azul inmóvil.

Termina una calle bordeada de residencias de lujo o de casas de apartamientos que deben figurar entre las más caras del mundo. Y empieza inmediatamente un sendero que se encarama por el monte y desemboca en uno de esos barrios de ranchitos. Así, en torno a Caracas entera... Mejor dicho, no en torno, sino tejido en la ciudad misma, puesto que por la forma de ésta todo es centro de algo y todo parece periferia de un enorme adefesio dictatorial, el Centro Bolívar : dos altas torres pesadas y cargadas de mármoles, que se alzan cerca de ese lugar que figura en todas las noticias políticas caraqueñas —punto de manifestaciones y algaradas— y que tiene un nombre poético y engañador : el Silencio.

Hablando de los ranchitos, no se puede decir que están cerca o lejos de tal lugar,

sas, se plantea en todas las grandes ciudades latinoamericanas. En Caracas se han seguido dos métodos.

La dictadura construyó 97 bloques, en los que viven 180.000 personas. Se encargó de financiarlos el Banco Obrero que invirtió unos 700 millones de bolívares. Al caer el dictador, había un atraso de 17 millones de bolívares en alquileres, y como no se habían edificado los bloques de acuerdo con un plan previo, sus habitantes no contaban con escuelas, medios de distracción, tiendas. etc. La delincuencia, la ausencia de espíritu de comunidad fueron resultados inevitables de esta situación.

La construcción de los bloques atrajo más gentes, y éstas levantaron nuevos ranchos. El 13 por ciento del millón y cuarto de habitantes de Caracas vive en bloques. El 35 por ciento vive en ranchitos.

La Junta de gobierno, inmediatamente después de la caída del dictador, fomentó la formación de nuevos ranchitos al establecer un plan de emergencia que daba subsidios en vez de dar trabajo, lo cual atrajo más campesinos. El gobierno de Rómulo Betancourt ha ido a la entraña de la cuestión. Por una parte, ha tratado de acelerar la construcción de viviendas nuevas para trabajadores y de proporcionar trabajo a los habitantes de los ranchitos que carecían de él. Dos obstáculos se han opuesto al buen éxito de este método : la falta de recursos de un erario arruinado e hipotecado por el dictador, y la necesidad —económica todavía más que política— de atender a la provincia, abandonada antes por la dictadura, abandono que fue una de las causas de la migración hacia la capital y, por tanto, del problema de los ranchitos.

El Banco Obrero tiene ahora otra política. Construye viviendas en las zonas rurales y en las ciudades de provincias, como medio de evitar la emigración a la capital. En ésta edifica sólo de acuerdo con un plan previo, para que no todo quede en tener apartamiento, sino que con éste vayan los medios de vivir con dignidad. En 1959, el Banco Obrero invirtió 81 millones de bolívares, y en 1960, 147 millones. Da idea del alcance del problema saber que con esto se pudieron alojar 17 mil familias. Además se ha dado trabajo a cerca de 8.000 obreros en 153 poblaciones del país en donde se construyen viviendas del Banco Obrero. Es fácil advertir las fabulosas inversiones que exige la solución del problema por el método directo.

El otro método ha consistido en procurar el asentamiento en el campo de aquellos habitantes de los ranchitos que carecían de trabajo y que no se habían urbanizado por completo. Este método exige también dinero y, además, requiere que la vida en la provincia ofrezca algunas de las compensaciones que se encuentran en la capital, incluso cuando se vive en un tugurio.

Esto es cuestión no sólo de dinero, sino de tiempo. Hay que modernizar, urbanizar, vivificar la provincia. Hay que crear una clase media rural y provincial. Esto, en los países latinoamericanos, apenas se ha empezado a hacer (en México, tal vez, se encuentra algo más cerca de la realidad que en los restantes países). La revolución de la clase media que vive América Latina es, de momento, una revolución de las capitales.

Pero se encuentra amenazada, precisamente, por la gente que atrae a las capitales y a la que no puede satisfacer. El crecimiento rapidísimo de las urbes, debido a la industrialización y a las nuevas condiciones económicas que provoca, pone en peligro no sólo este mismo crecimiento sino las consecuencias políticas de él : la estabilidad democrática y la posibilidad de reformas de estructura que no se paguen con servidumbre, sino con dinero.

La reforma agraria en Venezuela, como en cualquier otro país latinoamericano, es, pues, la reforma fundamental. Sin ella no hay industrialización sólida, ni las ciudades pueden crecer con coherencia, ni la democracia estabilizarse. Sin reforma agraria, las viejas oligarquías siguen siendo una amenaza, y a ella se agrega la nueva amenaza de los ranchitos, de las poblaciones de aluvión que pueden caer sobre las capitales y convertir todo el país en siervo de la demagogia urbana. Y este segundo peligro es tanto más grave cuanto que se basa en una situación de injusticia y de miseria reales, dramáticas.

Venezuela ha escogido el camino de la reforma agraria. Es más largo, pero es justo y seguro. Todo estriba en ver si habrá tiempo...

GEORGE STEINER

La decadencia del laborismo inglés

A PARTIR DE LA MUERTE de Aneurin Bevan, la estrella del socialismo británico no ha cesado de declinar en el cielo occidental. Y son muchas las personas que dudan de que pueda elevarse de nuevo.

Evidentemente, el éxito prolongado de los conservadores se explica por razones políticas y económicas muy concretas. Durante estos últimos años, la situación de los negocios en Gran Bretaña ha permitido mantener un nivel de vida nunca antes alcanzado en el aspecto del consumo doméstico. Por otro lado, las presiones ejercidas por las relaciones internacionales le han resultado más favorables a Macmillan que a Gaitskell. A los ojos de los ingleses, el actual jefe del gobierno ha acabado por representar el papel de honrado corredor entre los Estados Unidos y la U.R.S.S., y hoy el inglés medio pone sus esperanzas de paz y de negociación en un gobierno conservador. Por el hecho mismo de adoptar una posición de sincera crítica ideológica análoga frente al comunismo soviético que frente al capitalismo norteamericano, los laboristas parecen colocarse deliberadamente al margen de la escena internacional. Por otra parte, en lo que respecta al problema africano, cuya importancia crece de día en día, los conservadores —y en particular el ministro de Colonias señor Iain Macleod— han mostrado una habilidad excepcional. El partido en el poder ha sabido hacer gala de su propio tipo de radicalismo y el elector que, cualquiera que sea su partido, desea « portarse honradamente » con África, se ha encontrado con que los conservadores estaban totalmente de acuerdo con él...

Pero, aun combinando todos estos factores diversos y aun teniendo en cuenta la extraordinaria habilidad de que Macmillan ha dado muestras tanto en la política parlamentaria como en la política del partido, no hemos explicado totalmente las razones del dramático declinar por el que está atravesando el socialismo inglés. En octubre de 1959, el Partido Laborista, aunque vencido, seguía contando con el cuarenta y cuatro por ciento de los sufragios de la nación. Con sólo que cuatro personas de cada cien se separasen de los tories en las próximas elecciones generales, los socialistas volverían a Downing Street. Entonces ¿por qué esta universal velada mortuoria, por qué este doblar de campanas que acompaña todos los pasos del señor Gaitskell?

La respuesta se encuentra en parte en el natural pesimismo que domina a unos políticos que han sido vencidos en tres elecciones sucesivas. Pero lo más importante es la naturaleza del cambio de posición electoral que se ha producido. En las últimas elec-

ciones, el grueso de las pérdidas electorales de los laboristas lo constituyeron los votos de los electores de veintiuno a treinta años. En esas mismas elecciones sólo ganaron votos entre los electores cuya edad era superior a los sesenta y cinco años (ganancia cuyo origen está en la política laborista sobre las jubilaciones de vejez). En términos de clase, el fracaso laborista fue particularmente sensible entre los obreros bien pagados y en la clase media inferior. El Partido ha realizado avances entre los electores que viven de una pensión o de cualquier otra forma de asistencia nacional. En el plano regional, la derrota del socialismo se ha hecho sentir especialmente en las nuevas ciudades industriales y en los Midlands económicamente prósperos. Las únicas, o casi únicas, victorias conseguidas por los laboristas tuvieron lugar en las regiones de Escocia y del Norte de Inglaterra parcialmente afectadas por la depresión económica y en algunos enclaves notables situados en el Lancashire.

Parece, pues, que el socialismo se ha convertido en el credo político de las personas de edad o defraudadas en sus esperanzas. Al parecer, a los electores que llegan a su madurez política en una economía próspera —en la que, exceptuando un pequeño número de sectores, víctimas de una depresión tecnológica, el paro no existe— les resulta difícil identificarse con un partido cuyas raíces históricas y afectivas son el miedo al paro y a la crisis económica. Hoy los jóvenes votan por los tories ; en cambio, en los hogares de los viejos es donde aún sigue ardiendo el fuego del socialismo.

Una revolución interior

¿Qué es lo que ha ocurrido en Inglaterra para que las figuras de Attlee, de Cripps, de Bevan e incluso de Gaitskell parezcan tan pasadas de moda? Uno de los medios para comprender en toda su importancia la gran revolución interior que se ha producido en la vida inglesa consiste en ir a una de las estaciones de metro de la City londinense un lunes por la mañana. Hace diez años, tan sólo, el aspecto de la muchedumbre que se dirigía a su trabajo era algo verdaderamente acongojante. Los vestidos eran oscuros y pesados, incluso en verano ; el calzado presentaba esa pesada estructura tan típicamente británica. Los bolsos de mujer eran amplios, ordinarios y prácticos. Al contrario de lo que ocurría en todo —o casi todo— el resto de Europa, el ejército de mujeres jóvenes empleadas en las labores burocráticas hacía pensar en un ejército de ratones grisáceos y prematuramente envejecidos. Los largos años de racionamiento draconiano y de sueño deficiente bajo los bombardeos, la interminable lluvia de polvo producida por el hundimiento de los edificios, el heroísmo magnífico y las privaciones mezquinas, habían gangrenado a Inglaterra hasta la médula de sus huesos. Y el socialismo parecía transformar en virtuosas, pero deprimentes, instituciones la ausencia de calefacción, los vestidos miserables y las coles húmedas.

Hoy, el espectáculo del lunes por la mañana ha cambiado completamente. Los hombres siguen pareciéndose a un ejército de pingüinos disciplinados que llevaran bajo el ala un paraguas y una cartera de cuero. Pero las mujeres semejan venir de un mundo nuevo. Se las ve luciendo vestidos de colores vivos que realzan su silueta en lugar de esfumarla ; su calzado, ligeramente extravagante, se adapta a la moda italiana ; y llevan su bolso colgado del hombro, a lo Bardot. Sus paraguas, deliciosamente absurdos, han dejado ya de parecerse a sombríos instrumentos de protección.

Y si visitan la vivienda de una de esas jóvenes, se darán ustedes cuenta más claramente de la evolución de las costumbres inglesas. Londres y las ciudades de provincias siguen siendo aún el lugar clásico del diván-cama solitario, con su siniestro calentador de gas, su alfombra raída y su litografía de la coronación de Eduardo VII colgando del muro decrépito. En numerosas zonas, las casas uniformes, comidas por el hollín, se extienden todavía hasta lo infinito, en hileras lúgubres, verdaderas tumbas para los vivos, según las llamaron D.H. Lawrence y Orwell. Pero la joven generación se esfuerza por cambiar todo esto, haciendo entrar la luz y el color en los pisos : muebles modernos, objetos de plástico, motivos alegres y vistosos, lámparas esbeltas... En lugar de la pianola, con la clásica partitura de Gilbert y Sullivan, o el libro de

Esta visión austera e idealista del comportamiento individual y de la autoridad gubernamental seduce fuertemente a los intelectuales. Salvo unas cuantas excepciones notables (Bevin, Morrison, Bevan), el Partido Laborista ha reclutado sus jefes y sus portavoces entre los intelectuales de la clase media. El grupo dirigente del Partido se halla tan profundamente arraigado en las grandes escuelas y en los « colleges » de Oxford y de Cambridge como el de los conservadores. Hombres como Gaitskell y Crossman son antiguos universitarios y poseen todos los tics de la *intelligentsia* urbana.

Estos socialistas sufren de una constante enfermedad interna : saben que su propio pasado fue mucho más fácil y mucho más privilegiado que el de las masas de las que son portavoces. No recibieron su educación política en el fondo de una mina o en una estación, sino en la « London School of Economics » o tras los muros austeros de Oxford. A guisa de compensación han adoptado una actitud de extremada sobriedad y moderación. De todos modos, no pueden prescindir completamente de su natural distinción, tanto en el plano moral como en el físico. La vulgaridad exuberante de los militantes les produce malestar. Como en todos los hombres e idealistas virtuosos, en el carácter de los líderes burgueses del socialismo británico se observa una arraigada tendencia al esnobismo. Las palmadas en la espalda a manera de saludo les irritan.

Dada su tradición moral y su temperamento personal, Gaitskell y sus colegas parlamentarios no estaban preparados para aplacar la gran sed de placeres que se ha apoderado de los electores británicos tras diez años de guerra y de privaciones. Los viejos leones del Partido, que libraron el buen combate en la época de la entreguerra, época en que reinaban la miseria y la inestabilidad industriales, no sentían ninguna simpatía hacia la frivolidad de las nuevas masas. Hombres que, durante los años 30, vieron a su familia morir envenenada por el polvo del carbón o errar por las calles buscando vanamente un trabajo con el que poder sostenerse, no lograban comprender la mezcla de indiferencia o de admiración secreta que siente el trabajador de la postguerra por sus jefes y sus patronos. El lenguaje de Bevan y de Morrison ya no les dice nada a los jóvenes ; en cambio, evoca recuerdos amargos en los viejos, ganando así sus votos para el socialismo.

De este modo, el Partido Laborista se ha empeñado en librar batallas que no tienen ningún sentido o que ya ganó al final de los años 40. A pesar de los resultados muy mediocres obtenidos por las industrias carboníferas y ferroviarias nacionalizadas, en 1959 Gaitskell propuso de nuevo al país un programa de nacionalizaciones aún más extenso (y en el que probablemente él mismo deposita escasas esperanzas). Un sondeo efectuado después de las elecciones reveló que entre los partidarios del socialismo, sólo el veinte por ciento estaban de acuerdo con el desarrollo de las nacionalizaciones. Cuando se les preguntó cuál era, en el programa del Partido, la promesa que más les interesaba, sólo el dos por ciento de los electores interrogados mencionaron la nacionalización. En cambio, casi el treinta y cinco por ciento citaron la ayuda a los ancianos.

La lección resulta clara y los tories la comprendieron en seguida. Por ello se han convertido en campeones del consumidor y se han identificado con la vulgaridad y con el materialismo jovial que caracterizan a la nueva Inglaterra. Tras su derrota de 1945, los conservadores, dirigidos par R.A. Butler y Lord Woolton, revisaron de arriba abajo su filosofía y su táctica políticas. Supieron en qué dirección soplaba el viento y de repente se han mostrado, como el partido de los jóvenes, de los ambiciosos, de los que están resueltos a vivir mejor. Y no es a grandes golpes de ideas o de ideales como han luchado, sino ofreciendo cerveza y pasteles. Al estimular el desarrollo de las ventas a plazo —que hoy resulta prodigioso—, han permitido a millones de ingleses imitar a sus primos los norteamericanos y endeudarse alegremente. En toda Inglaterra hay millares de hombres que duermen en una cama que no han pagado y que se sientan, fascinados, ante un aparato de televisión que van pagando por mensualidades.

Macmillan desempeña un papel de primer orden en el conservadurismo de los nuevos tiempos. Al contrario que Eden y

Gaitskell, el primer ministro sabe hablar al pueblo. Firmemente instalado en su propia preeminencia social, se siente a sus anchas en compañía del hombre de la calle. Su persona rebosa de una bonhomía que hace pensar en algunos personajes de Fielding. Cuando atraviesa los verdes pastos para dar un golpecito amistoso en el hocico a un toro premiado en un concurso o cuando guarda cola para beber una taza de té en la cantina de una fábrica, da la impresión real de que le gusta hacer tales cosas.

Tal es el mensaje subyacente que han lanzado los conservadores desde 1950 y que han hecho comprender a los electores mediante un uso hábil y en gran escala de las técnicas de la publicidad moderna. Durante los dos años que precedieron a las elecciones de 1959, los conservadores gastaron para su propaganda sólo 8.000 libras esterlinas menos que la suma total gastada para esas mismas elecciones por 625 candidatos tories. Una serie de grupos privados, colocados bajo la égida de los conservadores, entregaron más de 1.500.000 libras para poner en guardia a los electores contra la nacionalización socialista. La firma encargada de la propaganda conservadora gastó aproximadamente 500.000 libras en carteles y pasquines o anuncios en los periódicos.

También el Partido Laborista se esforzó por entrar en la nueva arena política, gastando, en 1958-59, 103.000 libras esterlinas para su propaganda. Pero el dinero fue mal empleado y la propaganda laborista no convenció. La vulgaridad confesada de los procedimientos utilizados parecía horrorizar a la conciencia socialista.

¿Debemos deducir de esto que el Partido socialista se halla irremediablemente condenado al fracaso? Ni aun el conservador más seguro de sí mismo se atrevería a afirmar tal cosa. Es perfectamente concebible que los laboristas recuperen los no muchos escaños que les serían necesarios para volver al poder. Cierto número de factores podrían provocar este cambio : por ejemplo, una crisis económica en los Estados Unidos o un cambio radical en materia de comercio que detendría o haría más lento el proceso de prosperidad británico. Los críticos de la política gubernamental declaran que los conservadores han descuidado el desarrollo de las industrias de base y del comercio de exportación, cuya importancia es vital, con el fin de que el mercado interior conservara todo su dinamismo. Y puede también ocurrir que de las filas socialistas salgan nuevos líderes. Por el momento, nada de esto se divisa en el horizonte. Pero acontecimientos de este tipo pueden producirse de la noche a la mañana. Quizá un nuevo Bevan esté ya esperando su ocasión.

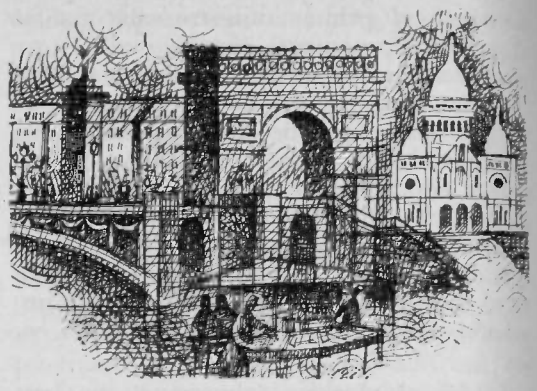
El fin de una época

De todos modos, ni siquiera una vuelta temporal al poder gracias a un momento de crisis o a su habilidad política resolvería la disyuntiva fundamental con que se enfrenta el socialismo inglés. Entre el ronroneo de las batidoras y los esplendores de la televisión, el socialismo se siente tan perdido como un viejo maestro rígido que lanzara rancios « slogans » y arcaicos gritos de guerra en una lengua cada vez menos comprensible para la mayoría. ¿Podrá el Partido Laborista aprender el nuevo lenguaje de la democracia de masa? Esto es algo que sólo conseguiría revisando sus conceptos más sagrados, es decir rechazando sus teorías sobre la lucha de clases, sobre las crisis cíclicas, sobre el papel de los sindicatos en el gobierno y sobre las relaciones entre el progreso técnico y el paro. Mas en el caso de que transformase tan radicalmente su visión del mundo, ¿seguiría el socialismo siendo socialismo?

Partidos políticos fundados sobre comunidades de intereses y sobre tradiciones de orden personal —el Partido Conservador, por ejemplo— pueden modificar sus concepciones fundamentales sin perder su identidad. (En muchos aspectos, Butler y Macleod se encuentran hoy a la izquierda del socialismo.) Pero la cosa es imposible cuando se trata de partidos ideológicos. Si el Partido Laborista pierde su fe socialista, se pierde a sí mismo ; y, en este sentido, los ataques de Crossman y de los demás rebeldes contra Gaitskell están justificados.

La disyuntiva parece inevitable y la muerte de Aneurin Bevan representará quizá para los historiadores del porvenir la fecha en que se inició el final de la historia del Partido socialista, del Partido tal como Bevan lo conocía y lo amaba.

balcón de París



POR ARTURO SERRANO PLAJA

El Salón de Mayo de 1961

Si se admite que París es algo así como el lugar geométrico de la pintura contemporánea, bien puede admitirse, creo, que la exposición colectiva y periódica, el « salón » de mayor prestigio dentro de París es el anual Salón de Mayo. Concurrir, pues, al Museo de Arte Moderno cada primavera parisina, será poco menos que venir a *tocar* todo cuanto la pintura contemporánea tiene que decir.

Quiero venir a parar con eso al « momento de fuerzas », como creo que se dice en física, de la pintura actual. A intentar resumir, si ello es posible, la significación de tantas expresiones diferentes. « Accesión a lo universal », postula el « Salón » mismo en las líneas de introducción al catálogo. Título que si puede parecer un tanto arrogante, en su laconismo, queda mitigado por su propio texto cuando se reconoce :

« Si hoy se puede considerar el decisivo viraje del arte contemporáneo hacia una generalización expresiva comunicable a todos, como un hecho admitido (*fait acquis*), mucho falta todavía para su aceptación unánime y para que tal evolución deje de acarrear peligrosos equívocos. » Si a ello se añade una frase precedente, en que se alude a la « tarea de la elaboración del lenguaje de nuestro tiempo », tenemos ya sobrados elementos para entrar a considerar el conjunto del Salón de Mayo no ya según nuestra personal perspectiva de apreciación o depreciación, sino en función de supuestos que al margen de nosotros se formulan. Así, esa « accesión a lo universal » se nos presenta, por un lado, como el « recurso a un lenguaje común » pero que de ninguna manera se opone a la personalidad y los particularismos locales y, por otro, como previniendo y, en consecuencia, tratando de atajar la tentación de muchos artistas a sistematizar todo, a reducirlo a un signo elemental al modo de un « traje pantalón-chaqueta de la pintura, al alcance de todos ».

Algo de eso, de *todo* eso pasa, está pasando con la pintura. Mas, por encima de ello, creo que hay un conflicto mayor y que el Salón de Mayo, a mi juicio, viene a confirmar y que es el viejo, el eterno conflicto de la libertad y sus límites.

Infringir normas, en pintura o en lo que sea, no constituye expresión de libertad sino en la medida que, simultáneamente, se definen otras. La libertad absoluta es algo tan candoroso en arte como en política. La libertad no se limita ni puede limitarse a abandonar, negar o destruir todo quicio posible. Eso, si puede constituir un paso para una nueva creación, aún no es la creación misma. Ni tampoco el mero lenguaje es el hablar. Parece, pues, deseable que ese lenguaje comience a hablar, a decir de una vez, en tanto que *pintura*, el contenido de su decir y, correlativamente, renuncie definitivamente a la actitud experimental. Pero mientras se produce esa integración no tendremos, ni de hecho tenemos otra cosa que casos individuales que aquí, en este mismo Salón, pueden apreciarse : magníficos algunos de ellos como hazaña o, mejor aún, como experiencia personal.

Dicho todo lo cual no renuncio a refe-

los pies de la tierra, a fin de recoger de ella la mayor fuerza posible. »

Conviviendo con todo ello, en el ballet mexicano, tal como ha de ocurrir en la realidad de verdad de México, a lo azteca —si se me permite la grosera generalización— se añade lo criollo actual, lo vivo, lo extraordinariamente vivo de un país cuya vitalidad palpita en cada una de sus manifestaciones. Así, se nos brindaron también algunos *corridos* de la época de la revolución con sus alusiones a las « soldaderas » famosas. Se nos brindó igualmente la « Adelita » —¡pues no faltaba más!— al lado de la extraordinaria danza de los « quetzoals » precolombinos de Puebla, con sus extraordinarias ruedas de pluma en la cabeza, con su hieratismo, con su cadencia india por oposición al criollismo que en otros momentos se nos manifiesta ya con la influencia hispánica —volantes en los vestidos, zapateado en el baile—.

Todo ello con el color de México, el interno, la íntima tonalidad de esa nación ; México, en todos y cada uno de los gestos de su ballet. Éxito, éxito excelente, entusiasta el que obtuvo y a cuyo director corresponde por derecho propio, aun cuando no fuese más que por la extraordinaria habilidad para no dejar ni una sola pausa que diera lugar al bostezo del más « blasé » de los espectadores.

Ballet peruano

Yo no sé la opinión que puede merecer tal espectáculo a un técnico de cosa de baile. Pero sé que junto a mí, en el teatro, había tres peruanos que al primer entreacto (a propósito ¿cuántos hubo en total?) se marcharon con viento fresco. Sé, igualmente, que en alguno de los « números » había una llama de trapo ; que, en otros, una señora que por su peso parecía ser respetable más bien, andaba vestida de rojo, dando saltitos, para ir a tumbarse no sé a dónde ; que en otro momento, tras una danza de las « rituales » (rituales digo, de esta clase de espectáculo), al final, coincidiendo poco menos que con un toque de platillos, en una joven desgraciada, sin duda víctima propiciatoria de algún culto oscuro, unas manos con uñas largas hacían el ademán de clavarse en sus carnes inocentes...

No sé si padezco delirio de grandeza, pero todo ello me recordaba algo así como el casino de Cuenca. ¿Y el Perú?, me dirán ustedes. Eso quisiera yo saber.

« Une si longue absence »

Recuerdo haber oído al propio Buñuel comentar el uso del « falso complejo » en cierto cine actual en el que, no sé si por modestia o por sincera autocrítica, incluía, si mal no recuerdo, alguna de sus propias películas. El « complejo » tratado como pretexto para justificar una elucubración más o menos plausible. En *Une si longue absence* no es precisamente el « falso complejo », pero sí, en todo caso, el « falso conflicto ». La manera ridícula de ser amnésico el amnésico, así como la manera ridícula de intentar curarle, por parte de Alida Valli —digo del personaje que ella encarna en el *film* de Colpi— es, a no dudarlo, de una falsedad absoluta.

La película en cuestión se ha llevado la palma de oro, al alimón con *Viridiana* de Buñuel —de la que todo el mundo se hace lenguas, dicho sea de paso— en el último festival de Cannes.

Sin compartir la irritación agresiva de algún crítico francés, no tengo más remedio que reconocer que su diatriba contra el *film* en cuestión es justificada : la que se refiere a la inconsistencia del conflicto. Mas con todo, si uno acepta el juego, digo lo arbitrario y pseudo realista (algo así como el « realismo » de la « chanson vécue ») del conflicto, el autor del *film* tiene el tacto suficiente para entretenernos durante un buen rato. ¿O será únicamente el talento de Alida Valli? El hecho es que, contrariamente a determinadas críticas, no me parece que sea el *film* premiado tan fundamentalmente aburrido. Y —parte positiva— el mutismo de ciertas escenas, la plasticidad de algunas « tomas », el acierto en la elección de algunos *gags* —las fotos que recorta el amnésico con sus tijeras colgadas al cuello—, todo contribuye a dar un aire de profundidad, una significación que seguramente no tiene nada de lo que allí pasa, cierto, a causa de la vaciedad temática. Mas, si se me permite una paradoja, yo diría que la retórica de esa falsedad inicial es lo más auténtico del *film*, y por ella se justifica.

« Un millón de muertos » o la persistencia en el tópico

Si no bastan los buenos sentimientos para hacer buena literatura, según afirmó Gide, no creo que con malos sentimientos el resultado sea mejor. La reciente novela de José María Gironella *Un millón de muertos*, desmedrado intento de escribir una especie de épica de la guerra civil española, me confirma en mi aserto. Sus ochocientas páginas son un continuo ratatplán de las tropas « nacionales », por lo que el autor no sólo ha estropeado el tema merced a tal literatura mostrenca, sino que nos ofrece, a fin de cuentas, un espectáculo poco decoroso. En efecto, Gironella hace suya, una vez más, la fácil catalogación de buenos y malos propia del « western » : los buenos fueron, claro está, los vencedores ; los malos, los vencidos. Con esta clase de óptica propia de banderizos, no es de sorprender que presente a sus lectores una imagen totalmente deformada de nuestra guerra. Y es que el novelista en cuestión, que fue beligerante antaño, continúalo siendo hogaño.

Así como *Los cipreses creen en Dios* abarcaba el período anterior a la sublevación militar, o sea la época de la República (1931-1936), *Un millón de muertos* abraza toda la guerra civil, es decir, del 18 de julio de 1936 hasta el 1 de abril de 1939. Sin duda para despertar el apetito del lector, el editor advierte que « se trata de una visión panorámica, cancelante, de la contienda, en los aspectos humano, sociológico, político y militar », para añadir a continuación que la novela es un « modelo de creación artística, de rigor informativo y de imparcialidad ». También el autor, para no ser menos, resulta generoso en sus promesas y afirmaciones : « He escrito el libro tres veces de cabo a rabo, a lo largo de los últimos cinco años (...). La tercera y definitiva versión, la más laboriosa, ha consistido en dar a mi libro carácter de verosimilitud. » Y agrega : « Volqué en él mi experiencia personal, básica a todas luces —tuve la fortuna de vivir ambas zonas— y no regateé esfuerzo alguno para informarme lo debido, interrogando a muchos testigos españoles y extranjeros, repasando periódicos, archivos fotográficos y folletos de la época, leyéndome cerca de un millar de libros y monografías publicados posteriormente... ».

Gironella aún nos dice más : « *Un millón de muertos* pretende ser una respuesta ordenada y metódica a varias obras escritas fuera de España y que han tenido influencia decisiva sobre el concepto que los lectores de Europa y de América se han forjado de nuestra guerra. Tales obras son : *L'espoir*, de Malraux ; *¿Por quién doblan las campanas?*, de Hemingway ; *Un testamento español*, de Koestler ; *Les grands cimetières sous la lune*, de Bernanos, y la trilogía de Arturo Barea, *La Forja*, *La Ruta* y *La Llama*. Dichas obras, aparte los valores literarios que puedan tener, no resisten un análisis profundo. Parcelan a capricho el drama de nuestra patria, rebosan de folklore y en el momento de enfrentarse resueltamente con el tema, con su magnitud, esconden el rabo. » ¡Ni más ni menos! Como puede comprobarse, la ambición es tan grande como la inmodestia de este « stajanovista » de la literatura, velador nato, capaz de escribir tres versiones diferentes de una novela de ochocientas páginas y de empollarse un millar de libros, amén de repasar periódicos, ojear archivos, interrogar a diestro y siniestro, de viajar por España y Europa, etc., etc., todo esto en cinco años, o sea en mil ochocientos veinticinco días, incluídos los que el Señor destinó al descanso. Pero, desgraciadamente, la desproporción entre lo prometido y lo logrado es casi astronómica.

Prefiero no referirme, por motivos mil, a los ejemplos concretos que muestran que el odio del autor hacia los republicanos continúa artillado

a lo largo de este centón de ochocientas páginas. Las citas se sucederían fácilmente, todas ellas pura ganga y tautología, tendientes a alimentar la leyenda lanzada a los cuatro vientos de que las tropas republicanas eran un amasijo de asesinos, incendiarios, homosexuales, analfabetos, etc., etc. Mas todo esto nos llevaría a una discusión de carácter político, lo cual no puede ser el caso en este momento y en estas páginas. Limitémonos, pues, a lo estrictamente literario. Y a este respecto hemos de afirmar que la novela ofrece un indudable anacronismo a causa de su estilo muy *fin de siècle*. Por si fuera poco, el autor ha situado la acción principal en una ciudad provinciana, siendo así que el tema se desborda constantemente hacia lo nacional. El resultado es que en lugar de ofrecernos un cosmos humano reducido, lo que vemos es una adición dispar de tipos poco definidos, que no son lo que tendrían que ser, sino lo que Gironella quiere a priori que sean. Los personajes se ven llevados de la mano por el autor, obligados a decir o a hacer tal o cual cosa, sin gozar por lo tanto de la menor libertad. Así no hay manera de hacer buena novela.

Sin parar mientes en las imperfecciones del estilo, puesto que en España pocos escritores se preocupan de escribir correctamente, señalemos empero la desmesurada propensión de Gironella hacia la metáfora. Ésta, objeto estético elemental según Ortega, metaforizante máximo, es maltratada por el autor de *Un millón de muertos*. En lugar de espontaneidad, frescura y poesía, vemos vulgaridad, afectación y rebuscamiento. Ahí van unos ejemplos : « Dificultades comparables a los pinchos de un erizo de mar » ; « los motores parecían callarse para que se oyera el zumbido de los cerebros » ; « de los cañones brotaban lágrimas » ; « las acciones generosas brincaban como las ranas » ; « al llegar al cementerio los cipreses presentaban armas » ; « las ruedas del tren parecían amar a los raíles » ; « el sol rebotaba en los pañuelos rojos de los milicianos, provocando en los cuellos de éstos pequeños incendios » ; « en la bahía el agua de pronto dejaba de ser agua y se convertía en la cobertura de los peces »... Y así sucesivamente. ¿Para qué seguir? Lo mejor será olvidar pronto este novelón informe, indigesto, malintencionado, rebosante de errores de todas clases en el censo de personajes históricos que ofrece y, sobre todo, empeñado en persistir en un tópico que ya va durando demasiado : el de los buenos y los malos, que quiere decir el de los vencedores y el de los vencidos.

Al finalizar la lectura de *Un millón de muertos* sigo considerando que la literatura española carece todavía de la novela de la guerra civil. Este cataclismo histórico continúa sin haber sido digerido por los españoles. Será necesaria quizá mayor perspectiva de tiempo, para que así el novelista pierda de una vez para siempre toda pasión personal o de grupo. Pero mientras tanto, repito, la guerra civil sigue sin haber dado la gran novela que era de esperar. ¿La dará un día? Hasta ahora sólo conocemos intentos parciales, algunos buenos, mas limitados al fin y al cabo, que no entran de lleno en el tema general.

I. IGLESIAS

M. Tuñón de Lara : « La España del siglo XIX »

Si un español contemporáneo de mentalidad progresista contempla el siglo XIX en nuestra patria, no dejará de quedarse un tanto perplejo : ¿qué significa todo este torbellino de peripecias históricas, de revoluciones, pronunciamientos, guerras civiles, invasiones extranjeras, constituciones liberales o reaccionarias, parlamentos y camarillas, caciques y generales, reyes tortuosos y reinas « castizas »...?, ¿qué hay detrás de este hormigueo, detrás de esta zarabanda histórica que es el siglo XIX español?, ¿qué hace la sociedad española en medio de todo esto? La perplejidad se transformará fácilmente en decepción, incluso en amargura, en sensación de fracaso. Y es que sin duda la historia de esa España décimonónica es la historia de un grave fracaso : el de la burguesía nacional española en hacer su revolución, la revolución liberal de las conciencias y la revolución liberal de la sociedad y de la economía en que ésta se asienta. En este siglo XIX que es el de la gran transformación burguesa e industrial de la sociedad occidental, España faltó a la cita que le señalaba la historia. Y cuando llega el siglo XX, nos encontramos con que los grandes problemas del siglo anterior siguen aún en pie, sin resolverse, y además agravados por las nuevas cuestiones propias del presente. Pero cedamos la palabra a Tuñón de Lara : « Si Cádiz y 1820, la desamortización y 1868 habían sido superados por el acaecer histórico, su problemática no había sido resuelta... Así entramos en la España tremenda y desgarrada de nuestro siglo, con desgarraduras del anterior por haber faltado a la cita que en él nos dio la Historia... Ni una sola de las fuerzas operantes en nuestro tiempo deja de estar enraizada en el siglo precedente. La España del siglo XIX es la madre de la España contemporánea y sólo quien pretenda soslayar la misión española de nuestro tiempo puede hurtar el cuerpo a ese choque cordial con una centuria comenzada en el Parque de Monteleón, en Bailén y en la Isla de León. »

La historia de esta frustración, de esta incapacidad es lo que Tuñón de Lara nos cuenta

en el libro que comentamos (Librairie des Editions Espagnoles, París, 1961). Es decir, la historia de las ocasiones perdidas por la burguesía española para constituirse, frente a las poderosas fuerzas feudales y teocráticas, en clase definitivamente dominante y para realizar la transformación social, económica y política de España que de ella cabía esperar. Este drama que el autor nos refiere debemos meditarlo todos los españoles porque va íntimamente ligado a nuestro presente y a las respuestas que para él podemos encontrar. Al siglo XIX no hay español que se lo salte porque aún sigue siendo un problema acuciante lo que en él no se hizo y debió hacerse, falseando y desequilibrando así gravemente la marcha de nuestra historia.

El libro de Tuñón constituye un guía seguro y eficaz para esa meditación. En él encontrará el lector una abundante y precisa documentación (particularmente en materias económico-sociales, generalmente tan descuidadas en los manuales al uso), una visión clara y perfectamente orientada de los problemas y una honrada objetividad en el juicio. El estilo ágil y claro del autor hace sumamente ameno el relato de esta historia, tan teatral a primera vista, pero en el fondo tan dramática, de nuestro siglo XIX, el siglo de las ocasiones perdidas.

F. FERNANDEZ-SANTOS

Francisco Ayala : « Experiencia e invención »

Es Francisco Ayala, sin duda alguna, uno de los escritores más interesantes de la emigración española. Sociólogo distinguido, quizá el más importante en lengua española, novelista de meditada y profunda clave, es también autor de penetrantes ensayos de variada factura. Ahora, en *Experiencia e invención* (Madrid, Editorial Taurus, 1960) recoge una serie de ensayos de tipo literario ya publicados anteriormente en diversas revistas —alguno de ellos en estas mismas columnas—, apuntando, sobre todo, al género novelesco y a la diferencia entre la experiencia viva y real y la creación poética. « El arte de novelar y el oficio del novelista » y « Sobre el realismo en literatura, con referencia a Galdós » sirven de pretexto a Ayala para darnos su opinión sobre tan importantes y candentes problemas. « Condenar las novelas de Faulkner —o las de Quevedo— porque presentan una imagen negativa del mundo, sería ocurrencia de la más mezquina futilidad... Pues el compromiso del novelista consiste en ser sincero hasta la raíz y ahondar hacia ella con toda la penetración de que sea capaz ; en no mentir nunca —mentir es mentirse—, o lo que es igual : en evitar, en cuanto pueda, las ilusiones de la superficialidad. »

Cervantes, la siempre sugerente figura de nuestro máximo novelista, es asediado en tres ensayos, « Un destino y un héroe » (publicado anteriormente en *Histrionismo y representación*, 1944), « La invención del Quijote » (Discurso leído en la Fiesta de la Lengua Española celebrada en Puerto Rico, en 1950) y, sobre todo, « Experiencia viva y creación poética », en el que estudia algún antecedente particular de la obra cervantina, « lo cual quiere decir que la obra de arte viene a instalarse *en* el mundo, a componer *dentro* de la compleja realidad del mundo ». Es curioso este ensayo, comparándolo con el titulado « El equívoco : realidad e invención », en el que muestra cómo el argumento de *Le Malentendu*, de Camus, fue tomado por éste de una noticia de un periódico del Norte de Africa, publicada una veintena de años antes. Sin embargo, Ayala muestra también cómo en el relato que hizo Sarmiento de su viaje a España en 1864 narra una peripecia igual, afirmando Sarmiento que tal historia la había oído, años atrás, en América. Aunque la noticia leída por Camus y oída por Sarmiento fuera una « serpiente de mar », responde a « alguna necesidad muy honda del espíritu humano, y proviene de quién sabe qué insondables abismos ».

« Letras de cambio en el siglo de Oro », « Formación del género novela picaresca : el Lazarillo » y « Observaciones sobre el Buscón » completan su recorrido por nuestra literatura clásica, y cierra el volumen un magnífico ensayo dedicado a Jovellanos —con motivo de su centenario—, figura ejemplar de nuestra historia y espiritualmente afín a este sagaz y ponderado espíritu que es Francisco Ayala.

JOSÉ R. MARRA-LÓPEZ

Guillermo Francovich : « Todo ángel es terrible »

Francovich, de nacionalidad boliviana, ex diplomático, actualmente es el jefe regional de la Unesco con sede en La Habana, para América Latina. La obra que nos ocupa fue impresa en mil ejemplares por la Universidad Nacional Autónoma de México y tal vez haya tenido muy poca circulación fuera de México. Está, desde luego, fuera de colección y vio la luz pública cuando ya se derrumbaban —quizá por unos cuantos años— los proyectos editoriales y de conjunto de la universidad azteca ya mencionada. En suma, debemos a Leopoldo Zea el azar de haber podido leer tan valioso ensayo. Este

seo, el mar y las ausencias, las despedidas, los negocios y especialmente la soledad crean el ritmo de sensaciones de *Valparaíso, puerto de nostalgia.* No faltan las escenas de humor. Ese sentimiento nace de cierta melancolía y piedad, del dolor de vivir y comprender. Así se mueven un inventor que nada inventa y unos poetas que sólo saben morir. ¿Y qué sucede al final? La que en un film neorrealista contemporáneo: simplemente la vida. Y eso es mucho. La técnica novelista es rápida y moderna. La trama está empujada hacia un creciente clima tenso. Y se deshace como una lágrima o como un adiós. Queda un melancólico sabor al tiempo que no perdona ni siquiera las palabras que se tiñen de nostalgia. Valparaíso es el fondo y el color, el calor y el espíritu del escenario.

A. B. F.

MARIA URZUA : La isla de los gatos

Los cuentistas chilenos van por dos rumbos casi opuestos. Unos buscan la poesía de la realidad y otros toman la realidad como impulso de la poesía. Unos escriben sobre la vida despierta y otros sobre el territorio de los sueños. María Urzúa se adscribe en *La isla de los gatos* (Ediciones Mazorca, Santiago de Chile, 1960) a la tradición de los cuentistas chilenos que redescubren la fuerza humana de las ciudades y campos y que, además, trabajan dentro del clima misterioso y poético que alberga la realidad, sin que eso signifique « realismo socialista ».

Los libros anteriores de María Urzúa, como *Río Amargo, Alta Marea,* situaban a la autora en el mundo efusivo de las imágenes. De sus obras líricas a este primer libro suyo de cuentos el tránsito ha sido feliz sin que las técnicas distintas, de poesía y cuento, se hayan interferido. El mejor relato es el que da título al libro. En la parte correspondiente a la técnica es superior a los otros cuatro de la obra. Lo psicológico se une al efecto trágico, al ambiente que corre como las turbias aguas del río Mapocho, vena líquida de Santiago de Chile. El golpe final es de un raro efecto vivo.

« La gata » respira cierto ambiente de relato lawrenciano a través de esa viajera y el acompañante inesperado que unifican una atracción casi sin palabras. La introducción a « El ojo mágico » resulta como a cámara lenta en relación al rápido desenlace de esa vida de reproches enfermos. « El mandato » se introduce en el clima donde la realidad teje la poesía inesperada a la manera de alguno de los relatos de Federico Gana o Rafael Maluenda, maestros chilenos en el género. « La flor azul », que cierra el libro de María Urzúa, levanta su color de poesía y símbolo, de sorpresa y dramatismo final, hecho casi de nada.

En suma : hay un humano aliento y una creación oportuna.

A. B. F.

MARIA FLORA YANEZ : Antología del cuento chileno

Recopila treinta y dos autores para el lapso 1938-1958, pero son demasiado disímiles en cuanto a generaciones y a carrera literaria realizada por los mismos. La obra se justificaría si sólo recogiese piezas maestras, pero no las recoge. Sólo se destacan : Margarita Aguirre (con « Solo en las trenzas »), que es más viñeta que cuento ; Braulio Arenas (con « En el tiempo ») ; Francisco Coloane (con « La botella de caña ») ; Luis Merino Reyes (con « El principio de Arquimedes »), un cuento demasiado sujeto en función de su final ; Andrés Sabella (con « El cielo colorado », donde hace gala de protesta social y de imaginación fina) ; Hernán del Solar (con « Rododendro ») y María Flora Yáñez, con « Gertrudis »). Es una lástima que el gran cuentista Salvador Reyes esté representado con un cuento que no le favorece, de su época juvenil. Nosotros creíamos que sólo tratándose de poesía lírica contemporánea se producía el penoso caso del « no sé lo que dice », pero que por lo que a los cuentos se refiere era relativamente fácil saber cuando tienen mérito estético y cuando no. Sin embargo, la realidad es distinta. Hace años Coloane publicó *Cabo de Hornos* y con esos relatos se cubrió de premios y de ediciones. Hoy hemos releído los cuentos y no nos dicen nada. Nos parecen frustrados. Sin embargo, en *Tierra del fuego,* sin que nadie se lo pidiera, se ha elevado a planos superiores. Asuntos psicológicos totalmente ajenos a la realidad estética confunden a los antologistas, aunque se trate de cuentos, « de cosas que se entienden perfectamente » cuando se las lee. El juicio crítico y autocrítico es un asunto de madurez y un don especial —a veces raro y único— del que nadie puede jactarse, pues el traspiés puede ser brutal, al primer paso.

Todo induce a pensar que si la calidad de los cuentistas chilenos no decae, es bastante deficiente. Así lo sentimos al leer los principales cuentos seleccionados en el concurso de un diario grande de Santiago de Chile. Incluso el autor que obtuvo el primer premio era sólo un aficionado a la literatura, de quien nunca más se ha vuelto a tener noticias.

María Flora Yáñez —escritora de valía— se quejó de la falta de universalidad de los nativistas, pero estos nuevos escritores que ella ahora

rrespondiente al 26 de marzo último se publica un reportaje sobre Juan Marinello, uno de los jefes comunistas cubanos. En ese reportaje se habla de « los compañeros del Partido », de « los hombres del Partido », de « los camaradas del Partido »... ¿De qué partido, se preguntará tal vez el lector ingenuo? Pues del Partido Comunista, claro está. Y en uno de sus párrafos, dice : « Ese amor, ese gran amor de nuestro pueblo a Marinello nos ha salido y nos sale siempre al encuentro por todas partes donde andamos. Y se explica. Marinello es una vida, toda una larga y noble vida consagrada, limpia y erguidamente, a la defensa de los intereses del pueblo. Sin una vacilación, sin una debilidad, sin un desmayo, sin la menor resquebrajadura. » ¿Qué dirán los cubanos que recuerdan que ese mismo Marinello fue ministro de Batista? La única verdad que dice ese reportaje es esta : que Marinello se formó en « la universidad del marxismo leninismo ». Añadamos, pues tiene su importancia, que en las tres páginas que la tal *Bohemia* dedica a Marinello publica nada menos que cinco fotografías del mismo.

Bohemia, esa pretensa *Bohemia,* publica asimismo otro reportaje sobre la Imprenta Nacional de Cuba. Gracias a él nos enteramos que a la edición de un *Quijote* —la primera obra editada— siguieron los libros siguientes : *Fundamentos de filosofía marxista, Manual de Economía Política* (Academia de Ciencias de Moscú), *La historia oculta de la guerra de Corea, Manual de capacitación cívica, Obra revolucionaria,* etc. Informa, además, que se ha establecido un plan editorial de largo alcance, para lo cual « se han firmado contratos con las más grandes firmas editoras de la Unión Soviética y Checoeslovaquia, de las mayores del mundo, con un prestigio universalmente conocido por la calidad de las obras que editan ». Ni más, ni menos. Y siguen otros reportajes sobre Praga, sobre una exposición china y las consabidas diatribas contra Haya de la Torre y Rómulo Betancourt, esos dos grandes demócratas hispanoamericanos, a los que se les califica de « títere del Tío Sam » y de « entreguista asustado », respectivamente.

Alma Máter (N° 1, La Habana, marzo de 1961), órgano oficial de la Federación Estudiantil Universitaria, publica un editorial en el que pide « el paredón » para los terroristas, expresión ésta que como es sabido sirve en todas las dictaduras para designar a los adversarios del régimen y que Batista empleó en su tiempo contra los castristas. En otro artículo se refiere a « las ratas enemigas » y a « los gusanos contrarrevolucionarios », con un lenguaje poco universitario, dicho sea de paso. En las páginas interiores inserta un trabajo, colaboración de un comunista argentino, presentado como « eminente ensayista », en el que se nos dice que todo el sistema pedagógico norteamericano se halla en plena crisis y que en las universidades no se estudia química, ni física, ni trigonometría... En otro artículo se hace la apología de la Unión Internacional de Estudiantes, organización comunista con sede en Praga. Y, por último, la revista termina con un ensayo breve sobre la reforma universitaria, de la pluma de Carlos Rafael Rodríguez, uno de los secretarios del partido comunista cubano. Hecho curioso : en una sola página se publican cuatro fotografías del autor.

Vida Universitaria (N° 121-122), órgano de la Universidad de La Habana, reproduce un artículo de Raúl Roa, en el que critica « a aquellos estudiantes universitarios que no se han acompasado al ritmo de la revolución », lo cual todo el mundo puede imaginarse lo que significa. Da cuenta la misma revista de una visita de Arbenz a la Universidad y del discurso que pronunció. He aquí uno de sus párrafos : « Refiriéndose a la forma blanda en que se procedió durante su gobierno (en Guatemala) contra determinadas personas, expresó que puede tenerse la seguridad de que al derrocarse la tiranía serán fusilados los asesinos ». Como puede comprobarse, el Sr. Arbenz ofrece ya todo un programa gubernamental. Por lo visto, según comunica *Vida Universitaria,* Arbenz pronunciará varias conferencias en la Universidad de La Habana, para que « los estudiantes cubanos y el pueblo de Cuba conozcan con la palabra del doctor Arbenz cosas que deben conocer acerca de la actuación del imperialismo y que no se conocen bastante ». Por lo que declaró con motivo de su visita, ya podemos imaginarnos lo que Arbenz dirá. Repetirá que « el anticomunismo es la bandera sucia de los imperialistas » y que si bien « Cuba no será una segunda Guatemala, Guatemala podrá ser muy pronto una segunda Cuba ».

Verde olivo (La Habana, 9 de abril de 1961), es el órgano de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. En su artículo editorial también se refiere « a los gusanos a sueldo del imperialismo » y pide asimismo « el paredón » para los terroristas. Son estas consignas que se reproducen en toda la prensa cubana con una insistencia escalofriante. Pero, en fin, pasemos de largo hasta llegar a un ensayo del « Che » Guevara, titulado « Cuba, ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista? » Trátase de un estudio de indudable importancia, en el que se comienza afirmando que la revolución cubana sigue en categoría a la rusa, a la derrota del hitlerismo y a la victoria de la revolución china. Polemiza el autor con los que insisten sobre las características excepcionales y propias del hecho cubano ; para el « Che » esa excepcionalidad no existe y sí sólo ciertas condiciones particulares. « La condición que pudiéramos calificar de excepción —añade— es que el imperialismo norte-

americano estaba desorientado y nunca pudo aquilatar los alcances verdaderos de la Revolución cubana. » La burguesía cubana, que miró «con simpatía la acción de los rebeldes », también anduvo « desorientada », lo que evidencia que en el vasto frente de lucha contra Batista los únicos que no anduvieron desorientados y que sabían perfectamente lo que querían fueron el propio Guevara y sus mentores. Resumiendo : Guevara considera que las condiciones que se dieron en Cuba pueden darse en otros países hispanoamericanos, pero que no hay que esperar más « desorientaciones » por parte de las respectivas burguesías y de Estados Unidos. Aún existe otra dificultad : la imposibilidad de organizar guerrillas a causa del desarrollo industrial y consiguiente concentración de la clase obrera en los centros urbanos. « Además, la influencia ideológica de los centros poblados inhibe la lucha guerrillera y da vuelo a luchas de masas organizadas pacíficamente », señala el « Che » Guevara.

Antes de poner punto final a esta breve ojeada sobre algunas publicaciones cubanas, quiero reproducir una « guaracha » publicada en el diario *Hoy* (31 de marzo), órgano de los comunistas cubanos. Dice así :

« *Si ahora tengo patria, tengo una bandera,*
ahora si soy libre, tengo educación,
no me importa nada que me falte un poco,
que me falte un poco, un poco de jabón. »

IG.

Colaboradores

- JOAQUIN CASALDUERO, crítico literario e investigador español, actualmente profesor en una universidad norteamericana, es autor de varias obras sobre Cervantes, Lope de Vega, Galdós, Jorge Guillén, etc.
- GEORGE STEINER, nació en Austria donde fue profesor de la Universidad de Innsbruck. Actualmente reside en Estados Unidos y es miembro del « Institute for Advanced Studies », en Princeton.
- J.G. WEIGHTMAN, profesor de la Universidad de Londres, es también notable crítico literario y colaborador de diversas revistas.
- MARIA FLORA YAÑEZ, novelista y cuentista chilena, representó a su país en diversos congresos internacionales de escritores. Es autora de varios libros : *El abrazo de la tierra, Las cenizas, Visiones de infancia, Juan Estrella,* etc.

Correspondencia

Ante el anuncio, para los días 25 y 26 de marzo, de una « Conferencia en favor de los presos políticos y de los exiliados españoles », se publicó en la prensa internacional la siguiente carta :

« Los días 25 y 26 de marzo se celebrará en París una Conferencia de la Europa Occidental en favor de la Amnistía a los Presos y Exiliados Políticos Españoles. Con el más profundo sentimiento, los españoles que suscriben deben declarar que no sólo no pueden asociarse, sino que deben protestar contra algunos de los aspectos de esta Conferencia.

« Hemos luchado durante varios años y seguiremos luchando para que nuestros compatriotas, encarcelados por motivos políticos, sean devueltos a la libertad, en la medida en que existe ésta, bajo el régimen actual, para los otros españoles. Pero rechazamos la idea de amnistía, ya que ni los presos políticos ni los exiliados han cometido crímenes que demanden perdón. Protestamos, además, contra toda gestión en favor de los presos políticos españoles en colaboración con los jefes comunistas como Maurice Thorez, Luigi Longo, Louis Aragon y otros, que han cubierto con sus nombres las matanzas de Budapest, así como el encarcelamiento de millones y el exilio de centenares de miles de europeos. Y nos permitimos llamar la atención de los firmantes no comunistas de ese llamamiento, por el hecho de que la asamblea, reunida bajo la égida comunista, le será harto útil a un régimen que les ha puesto un rótulo comunista a todas las acciones en favor de la libertad.

« Lamentamos profundamente que un buen número de personas, cuya fidelidad a la libertad y a la democracia no admite duda alguna, se hayan dejado persuadir, con la mejor buena fe, al punto de cubrir con su nombre esta maniobra, y expresamos la esperanza de que nos será posible contar con su concurso en el esfuerzo que nos proponemos hacer sin segundas intenciones, con el fin de alcanzar el objetivo que esas personas de buena fe se proponían al dar su honrada y sincera adhesión a esta gestión de inspiración comunista.

Salvador de MADARIAGA, Francisco GARCÍA LORCA, Federico de ONIS, Angel DEL RÍO, José FERRATER MORA, Francisco AYALA, Vicente LLORENS, Joaquín MAURIN, Eugenio GRANELL. »

Cuatro de los firmantes de dicha carta nos ruegan que publiquemos la siguiente aclaración :

« Hace algún tiempo nos consultaron desde París acerca de la conveniencia de organizar una campaña a favor de los presos políticos españoles, independiente de la organizada por los comu-

BIBLIOTECA « CUADERNOS »

Todo suscriptor a Cuadernos *que nos envíe el nombre y dirección* **de un nuevo suscriptor** *incluyendo el importe de la suscripción, recibirá gratuitamente uno de los volúmenes siguientes :*

GERMAN ARCINIEGAS : En medio del camino de la vida.
GERMAN ARCINIEGAS : América, tierra firme.
ANTONIO MACHADO : Poesías completas.
ROBERTO F. GIUSTI : Poetas de América.
MIGUEL DE UNAMUNO : Mi vida y otros recuerdos personales (I).
MIGUEL DE UNAMUNO : Mi vida y otros recuerdos personales (II).
JOSÉ EUSTASIO RIVERA : La vorágine.
RICARDO ROJAS : Blasón de plata.
RICARDO GUIRALDES : Don Segundo Sombra.
JOSÉ FERRATER MORA : Unamuno (Bosquejo de una filosofía).
VICTORIA OCAMPO : El viajero y una de sus sombras.
JORGE MAÑACH : Examen del quijotismo.
PIO BAROJA : Tríptico.
LIN YUTANG : La importancia de vivir.
E. CASTRO DELGADO : Hombres made in Moscú.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Ruégole me suscriba a Cuadernos (1) { *por un año* (12 *núms.*) / *por 6 meses* (6 *núms.*) } *a partir del nº* .....

a cuyo efecto le envío la cantidad de (1) ..... *mediante cheque bancario, por giro internacional o giro postal a* Cuadernos, 18, *Avenue de l'Opéra, Paris* (1er), *C.C.P. Paris* 9992-63, *o en moneda nacional a su corresponsal.*

NOMBRE COMPLETO .....

DOMICILIO .....

LOCALIDAD .....

FECHA .....

Francia	*Otros países europeos*	*América del Norte*	*América Latina :*
1 año : 25 NF	1 año : 28 NF	1 año : 5 $ USA	Informarse cerca del corresponsal de cada país.
6 meses : 13 NF	6 meses : 15 NF	6 meses : 2,75 $ USA	

(1) Rayar las menciones inútiles.

CUADERNOS

Revista Mensual
18. Avenue de l'Opéra, Paris 1er (Francia).Tel. : OPE. 44-88.

SUSCRIPCIONES

Francia	*Otros países europeos*	*América del Norte*	*América Latina*
1 año : 25 NF	1 año : 28 NF	1 año : 5 $ USA	Informarse cerca del corresponsal de cada país.
6 meses : 13 NF	6 meses : 15 NF	6 meses : 2,75 $ USA	

CORRESPONSALES

ALEMANIA
BERLIN-Dahlem, Schorlemerallee 28, Kongress für Freiheit der Kultur.

ARGENTINA
BUENOS AIRES, Central Distribuidora de *Cuadernos*, Libertad 1258, T.E. 42-7195. Suscripciones : Libertad 1258 y Libreria Madrid, Bmé Mitre 950, T.E. 35-6751.

AUSTRIA
WIEN VII, « Forum », Museumstrasse 5 (C.P. 151.804).

BELGICA
BRUXELLES, Agence et Messageries de la Presse, 14-22, rue du Persil (C.C.P. 416-69).

BOLIVIA
COCHABAMBA, Los Amigos del Libro, Calle Perú, esq. España (distribuidora).
LA PAZ, Gisbert y Cía, Calle Comercio 125 Libreria Selecciones, Av. Camacho 369 - Universal Bookstore, Mercado 68. Suscripciones Universal Bookstore, Mercado 68.

BRASIL
RIO DE JANEIRO, Hachette, 299 Avenida de Erasmo Braga, 3° andar.

CHILE
SANTIAGO, Sr. Stumpf, Libreria Internacional, Casilla 9509 (distribuidora) - Editorial del Pacífico, Calle Ahumada 57. Suscripciones : Agustinas 1022, of. 324 A, Sala de la Libertad.

COLOMBIA
BOGOTA, Vicens. Mestre y Cia, Ltda., Av. Jiménez de Quesada 8-60, of. 503 (distribuidora) - Libreria Central, Carrera 6a. BARRANQUILLA, Libreria Nacional Ltda., Carrera 43, n° 36-30. CUCUTA, Libreria Zig-Zag, Calle 11, n° 4-20. POPAYAN, Instituto del Libro, Calle 5 A, n° 5-08.

COSTA RICA
SAN JOSE, Librería Montserrat, Apartado 2465.

DINAMARCA
COPENHAGUE S, M. Schleimann, 17 Islands Brygge.

ECUADOR
QUITO, Su Librería, Plaza Independencia (distribuidora) - Agencia General de Publicaciones, Mejía 446.

ESTADOS UNIDOS
NUEVA YORK 11, Las Américas Publishing Company, 249 West 13th Street - Roig Spanish Books, 576 6th Avenue.

FILIPINAS
QUEZON CITY, M. Francisco Sionil José, 108 C Santol Sta. Mesa.

GUATEMALA
GUATEMALA, Vicente Pérez, 9a, av. 13-42, zona I, Int. 7.

HAITI
PORT-AU-PRINCE, Librairie Auguste, P.O. B. 594.

HOLANDA
LA HAYA, Martinus Nijhoff, Lange Voorhout 9.

INDIA
BOMBAY I, Indian Committee for Cultural Freedom, Mahatma Gandhi Road, 148.

INGLATERRA
LONDRES S.W.1, « Encounter », Panton House 25 Haymarket.

ISRAEL
TEL AVIV, Bronfman's Agency, P.O.P. 1109, 2, Zlenov Street.

ITALIA
ROMA, Associazione italiana per la Libertá della Cultura, Via Giuseppe Pisanelli 2 (C.C.P. 1-8363).

MARRUECOS
CASABLANCA, Sochepresse, 1, Place de Bandoeng.

MEXICO
MEXICO 17 D.F., DIMSA, Calle Mariano Escobedo, 218.

PANAMA
PANAMA, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza Arango (distribuidora) - Libreria Ibero-Americana, Av. B 32.

PARAGUAY
ASUNCION, Mares e hijos, S. en C., Calle Estrella 430-438.

PERU
LIMA, The University Society Peruana S.A., Unión 860 (distribuidora) - Distribuidora de Revistas Inca, Puna 264. Suscripciones : Av. Piérola 530, of. 206, Asociación Peruana por la Libertad de la Cultura.

PORTUGAL
LISBOA, Agencia Internacional de Livraria e Publicaçoes, apartado 2373.

PUERTO RICO
RIO PIEDRAS, Librería Universidad de Puerto Rico, Apartado 2102.

SUIZA
GINEBRA, Naville et Cie, 5-7 rue Lévrier (C.C.P. 1-116).

TURQUIA
ESTAMBUL, A. Mazarakis and C° Istiklal Caddesi Kumbaraci, Yokusu Estambul 132/1.

URUGUAY
MONTEVIDEO, Distribuidora Uruguaya de Diarios y Revistas, Calle Ciudadela 1424 (distribuidora).

VENEZUELA
CARACAS, Distribuciones EDIME, Avenida Urdaneta, de Ibarras a Pelota, Edif. Caoma. sótano (distribuidora).

B.D.I.C

"LIBRO BLANCO"

EL TIBET
Y EL NUEVO IMPERIALISMO CHINO

(Preparado bajo los auspicios del Comité hindú
del Congreso por la Libertad de la Cultura)

Presentación por el Dalai Lama
Prólogo de Salvador de Madariaga

Materias :

I. LA HISTORIA TIBETANA. — II. MODO DE VIDA EN EL TIBET. III. LA CULTURA TIBETANA. — IV. EL LIBRO BLANCO. — V. EL ASPECTO INTERNACIONAL DEL ASUNTO TIBETANO.

LIBRO — MEX EDITORES

Apartado Postal 12196. México, D.F.

S U R

REVISTA BIMESTRAL DIRIGIDA POR VICTORIA OCAMPO

RABINDRANATH TAGORE
(1861-1941)

Cronología
Hacia el hombre universal, por Humayun Kabir
Tagore : poeta y humanista, por Krishna Kripalani
Visita de Tagore a la Argentina, por Leonard K. Elmhirst
La poesía de Tagore, por Eduardo Gonzalez Lanuza
La escuela del poeta, por Rabindranath Tagore
El amaestramiento del loro, por Rabindranath Tagore
El nacionalismo de Tagore, por Jorge Luis Borges
Tagore en las barrancas de San Isidro, por Victoria Ocampo
El Maestro-Poeta, por Fryda Schultz de Mantovani
Tagore humanista, por Osvaldo Svanascini

Redacción y Administración : Tucumán 685, 2° D
BUENOS AIRES

Cuadernos

REVISTA MENSUAL 52 SETIEMBRE DE 1961

ROBERTO MARCHANT L. A. MONGE N. VIERA ALTAMIRANO

LA ALIANZA PARA EL PROGRESO

JULIAN GORKIN

MADARIAGA Y LA INTEGRACION ESPAÑOLA

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

UNAMUNO, REBELDE IMPENITENTE

MARIANO PICON-SALAS

NOTICIAS DEL DIABLO Y DE FRANCIA

SIDNEY HOOK

EL MILITANTE COMUNISTA

CARLOS M. RAMA

LA SITUACION POLITICA URUGUAYA

MANUEL MALDONADO DENIS

PUERTO RICO Y SU FUTURO POLITICO

40

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

CONSEJO DE HONOR :

Germán ARCINIEGAS, Eduardo BARRIOS, Américo CASTRO, Emilio FRUGONI, Rómulo GALLEGOS, Salvador DE MADARIAGA, Jorge MAÑACH, Francisco MONTERDE, Francisco ROMERO, Luis Alberto SANCHEZ, Eduardo SANTOS y Erico VERISSIMO

Director : Julián GORKIN

Redactor Jefe : Ignacio IGLESIAS

Redacción y Administración : 18, Avenue de l'Opéra, PARIS (I^er^)

Fundada bajo los auspicios del Congreso por la Libertad de la Cultura, la revista mensual *Cuadernos* se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Nuestra revista cuenta con la colaboración de escritores de todas las tendencias democráticas. Nuestros colaboradores hablan siempre en su nombre y bajo su exclusiva responsabilidad ; la revista sólo se hace responsable de los editoriales, documentos y notas sin firma.

BIBLIOTHÈQUE DE LA GUERRE MUSÉE

SUMARIO

NUMERO 52 SETIEMBRE DE 1961

Homenaje a Salvador de Madariaga	Albert Camus	2
Madariaga y la integración democrática española	Julian Gorkin	3
El Plan Kennedy para América Latina	Declaracion de San Jose	8
La nueva política norteamericana	Roberto Marchant	9
¿Esperanza o frustración?	Luis Alberto Monge	16
La opinión de un centroamericano	N. Viera Altamirano	25
Unamuno, rebelde impenitente	Fernando Diez de Medina	31
Noticias del diablo y de Francia	Mariano Picon-Salas	39
Dos poemas	Vicente Gerbasi	47
Puerto Rico ante su futuro político	Manuel Maldonado Denis	48
Radiografía del militante comunista	Sidney Hook	55

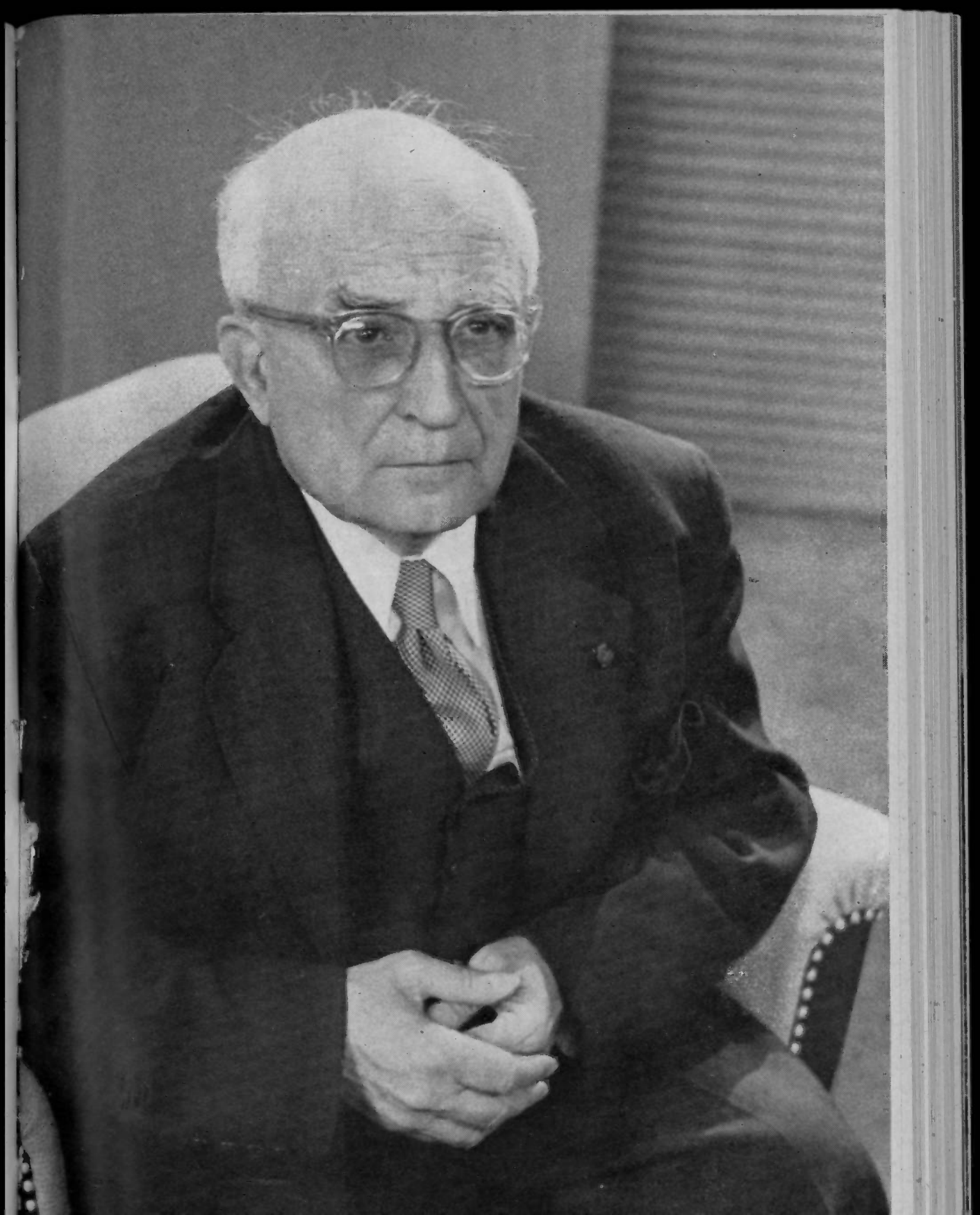
Bellas Artes

La pintura en París	Luis Quintanilla	61

Crónicas

Colombia en el umbral	Victor Alba	67
Grandeza y crisis del « batllismo » uruguayo	Carlos M. Rama	71
Los Coloquios de Madrid 1961	Jose Luis L. Aranguren	75
Balcón de París	Arturo Serrano Plaja	79

Libros - Revistas - Colaboradores



JULIAN GORKIN

Salvador de Madariaga y la integración democrática española

Cada vez que Vicente Blasco Ibañez, gran tribuno popular en su juventud, se lanzaba a perorar sobre el porvenir de España en nuestra tertulia del Café de la Rotonda, de Montparnasse, Miguel de Unamuno se inclinaba hacia mí —le acompañaba cotidianamente y creía poseer su confianza— y gruñía irascible : « ¿Qué habla de España, si la dejó hace años y ya ni la conoce? » Era en 1925. El dictador Primo de Rivera había desterrado al gran vasco a la isla de Fuerteventura, en las Canarias, de donde había logrado escapar en un barco francés ; Blasco Ibáñez habíase apresurado a abandonar su espléndida propiedad de Menton y su obra de novelista para venir a robustecer nuestra « tertulia conspirativa » en París. Dominábale de nuevo su vieja pasión republicana y preparaba un encendido libelo contra Alfonso XIII. Mi gran admiración iba hacia Unamuno, la figura española más recia de este siglo —y una de las más recias de su historia intelectual— ; caía, sin embargo, en fáciles arbitrariedades y su juicio sobre Blasco era una de ellas. Un juicio parecido le oí años más tarde al genial Valle-Inclán en Madrid : los grandes escritores que habían permanecido en España, poco conocidos en el extranjero, no le perdonaban al novelista valenciano su vida regalada en Francia —ni su triunfal viaje alrededor del mundo— y menos aún la fama universal de que gozaba.

Si evoco estos recuerdos es porque he oído un reproche semejante, respecto de Salvador de Madariaga, de labios de algunos intelectuales residentes en España y con ocasión de sus breves escapadas al extranjero : « Vive demasiados años fuera del país ». ¿Quieren decir con ello que no « vive » el drama de la España actual, que no cala en su evolución, que no pulsa los sentimientos y las aspiraciones que se han formado y se desarrollan bajo la coraza de la dictadura? Eso sin duda, si bien creo injusto el reproche, pues excesiva injusticia sería pretender que no sirve desde fuera la buena causa del pueblo español. Antes de hacer la demostración, apuntaré que, como contrapartida, los intelectuales españoles emigrados les reprochaban a un Ortega y Gasset, a un Pío Baroja, a un Gregorio Marañón —los grandes muertos de estos últimos años— su regreso a la España franquista : para ellos equivalía este retorno poco menos que a una traición. Esta actitud conoce una franca revisión : porque se ha ido imponiendo la comprensión y, sobre todo, porque esos hombres supieron vivir y morir fieles a sí mismos y reconciliados con la tradición liberal española.

Que Madariaga ha vivido y vive el drama de España como pocos —quizá como nadie—, lo atestiguan su pensamiento y su acción de cada día y con una continuidad, una rectitud y un desinterés admirables. Le conozco íntimamente, estoy en continua relación con él y debo proclamarlo. Español hasta las cachas, orgulloso defensor de las virtudes cardinales de España, no ha silenciado nunca sus defectos ni los peligros y

las violencias que amenazaban con hundirla y que la han hundido. Más o menos justa o injustamente, su recia y decidida manía de decirles las verdades a todos le atrajo un día la reacción contraria y la impopularidad de casi todos. ¿Por qué se erigía en mediador y en juez de las pasiones desatadas y de los extremismos avasalladores? Combatiente situado en uno de los extremos, yo mismo le reproché su moderación y su equilibrio. Le pedíamos un todo o nada banderizo y total. Sin compartir todos sus juicios de entonces, comprendo ahora que su actitud fue la atinada y sensata y que, andando el tiempo, esta actitud ha robustecido su autoridad moral y le ha conferido una misión : la misión que está llenando y que está llamado a llenar cada día más. ¿Y no es cierto que mientras los ilustres varones antes citados tenían que guardar silencio —o hablar en voz baja y escribir para el cajón en espera de mejores tiempos—, y otros, los de la generación sucesora, digerían sus ilusiones en el régimen y hacían la transición, él, usando de las resonancias adquiridas en el mundo, pensaba en voz alta y actuaba por todos? Gratitud y no reproche merecen su obra y su quehacer.

Nacido en la Coruña el 23 de julio de 1886 —cumple ahora sus setenta y cinco años—, gallego, pues, como Franco —se le puede perdonar a Galicia lo uno por lo otro—, es cierto que Madariaga ha vivido lo mejor de su vida fuera de España. Ingresa en 1900 en el Colegio Chaptal de París. Cursa estudios seis años más tarde en el Politécnico francés y después en la Escuela Nacional Superior de Minas. Ingeniero, ocupa en 1911 un puesto en una compañía ferrocarrilera del Norte de España. Contrae matrimonio en 1912 en Glasgow. Su decidida vocación literaria, a la que dedicará ya su vida, data de 1916 ; conoce bien las literaturas y la vida social y política inglesa y francesa —no cesará desde entonces de profundizar en ellas— y, utilizando un seudónimo, les dedica en Madrid reveladores y enjundiosos artículos. Su primer volumen, intitulado « La guerra desde Londres », data de 1917 ; pero su primer gran ensayo literario, « Shelley y Calderón », ve la luz en 1920 y en él estudia la influencia que la literatura clásica española ha ejercido en las letras inglesas. Mas su primer gran libro, escrito directamente en tres lenguas —español, francés e inglés— y que cimenta su fama internacional, es *Ingleses, franceses, españoles,* publicado en 1928 y reeditado numerosísimas veces después en los tres idiomas. Es ya el español universal cuyos horizontes y cuya estatura crecerán de año en año ; la rezagada y arcaica España no tiene nada que perder —y sí mucho que ganar— con la profunda asimilación que ha hecho de las culturas y de los avances político-sociales de Inglaterra y Francia y de su aportación a lo español ; al mismo tiempo ha contribuído considerablemente a revelarles a estas naciones los permanentes valores españoles. A estas naciones y a otras, pues que sus obras fundamentales han sido traducidas a varios idiomas —de un tiempo a esta parte, por ejemplo, obtienen éxito excelente en Alemania. La asimilación y el trasplante de lo europeo a lo español, durante la mayor parte de los siglos XIX y XX y tanto en la filosofía, en la sociología, en el derecho, en la pedagogía como en la literatura y el arte, ¿no han constituído la buena regla de los Sanz del Río, Giner de los Ríos, Cossío, Ortega, Araquistáin...? Sin menoscabo, claro está, de su obra original. El moderno liberalismo español, en el amplio y profundo sentido de la palabra, se ve jalonado por esas y otras grandes figuras ; con sus perfiles propios y originales, Madariaga es hoy el gran continuador de esa tradición universalista y liberal.

La obra completa de nuestro autor, comprendiendo las traducciones, ocupa ocho nutridas páginas de catálogo. ¡Ocho páginas! Desde su primer libro en 1917, puede decirse que no ha pasado año sin publicar por lo menos uno o dos volúmenes en español o en otras lenguas. ¡Qué gran trabajador! Y abarca su obra todos los géneros : biografía e historia, política, ensayos, novelas, dramas escénicos y piezas radiofónicas, poesía... Y no se cuentan sus artículos y ensayos en un gran número de periódicos y de revistas. Demuestra el conjunto de su producción una extraordinaria agilidad mental, un don de aguda observación, un vivo espíritu crítico y una permanente tensión creadora, una cultura enciclopédica... Como en todo escritor auténtico y múltiple, hay

sa, por su ilusión al proclamarse la República y su desilusión ulterior y, en fin, por el hecho de la contrarrevolución militar-fascista. El propio Madariaga reconoce, en la introducción a estos capítulos históricos, que es más severo respecto de la izquierda que de la derecha porque, al fin y al cabo, « de la izquierda depende el porvenir ». Lo cierto es —conviene insistir en ello— que Madariaga se mantuvo al margen y por encima de los contendientes y que esto —y su actitud ulterior —le confiere hoy una extraordinaria autoridad. La primera parte de su libro, sobre la formación y el desarrollo de ese mosaico de pueblos y de lenguas que es España, resulta de una gran riqueza interpretativa y crítica ; la última parte, con los anejos que ha ido agregando, no hay liberal o demócrata que no la suscriba.

Hace un par de años el franquismo tuvo la avilantez de espigar en esa obra algunos fragmentos, hábilmente separados del contexto, para aderezar un volumen, traducido a varios idiomas y distribuído por los servicios diplomáticos, en contra del socialismo español y del propio Madariaga.Esta burda piratería sólo al régimen dictatorial ha perjudicado. Sin hacerlas suyas, el sólido liberalismo de Madariaga le permite comprender todas las tendencias democráticas, aun las más avanzadas socialmente ; siempre ha sido en cambio —y es hoy más que nunca— absolutamente intransigente con todas las dictaduras y todos los totalitarismos, sean del color que fueren. Sus acerbas críticas a las fuerzas republicanas —y, en primer lugar, a los socialistas— durante la guerra civil, tenían por principal fundamento la debilidad de éstas respecto a la infiltración comunista. Justificó durante la segunda guerra mundial la alianza militar de las democracias occidentales con la U.R.S.S. de Stalin —y no se cansó de exaltar el heroísmo del pueblo ruso— ; no pudo comprender nunca sus complacencias y sus concesiones de todo género con los métodos y las conquistas del stalinismo. Palabras encendidas provocaron en él el golpe de Praga, el aplastamiento de Budapest y la absorción del Tibet por el nuevo imperialismo chino. Como todos los auténticos demócratas, estuvo contra Batista y al lado de Fidel Castro, al que le dirigió una carta abierta previniéndole contra el peligro comunista ; la caída de Cuba en poder de Moscú y Pekín y su infiltración en los países latinoamericanos le han inspirado un libro próximo a publicarse. Para Madariaga, toda concesión —directa o indirecta— al totalitarismo representa una traición al hombre y a la libertad.

Para el franquismo viene a ser Madariaga, por su prestigio universal y su acción perseverante —infatigable—, el adversario hoy más peligroso. No obstante sus múltiples ocupaciones —sus libros, sus artículos, sus conferencias, su pertenencia a un gran número de entidades u organismos intelectuales, su correspondencia con medio mundo, sus lecturas—, siempre encuentra tiempo para conversar con los numerosos españoles, jóvenes y viejos, que acuden a él. En los cinco idiomas respectivos y sin olvidar nunca la causa del pueblo español, le he oído brillantes disertaciones en Latinoamérica, en París, en Londres y en Oxford, en Berlín y en Dusseldorf, en Roma y en Milán... La única esclavitud para ese gran liberal la constituye su agenda de viajes : tiene previsto su programa en ella con seis e incluso con doce meses de antelación. El año pasado recorrió triunfalmente los principales países latinoamericanos después de haber visitado la mayoría de los europeos. Cuando esto se escribe está abogando por la causa española en Nueva York y en Washington ; en diciembre próximo visitará las Filipinas, el Japón, la India... Lo siento por el dictador español, pero a los setenta y cinco años goza Madariaga de una salud robusta y ágil, denota una extraordinaria juventud moral, siembra anécdotas y buen humor por doquier... Reune a un tiempo la aguda madurez y el fondo sanamente ingenuo propios de los auténticos grandes hombres.

Miguel de Unamuno solía decir : « España no es sólo mi madre, sino mi hija ». Se lo oí en París y en Hendaya, en tiempos de Primo de Rivera. Tan tremenda y presuntuosa frase sólo se le podía permitir a aquel varón impar. Quería decir sin duda que España le había dado el ser, había hecho de él « nada menos que todo un hombre » y seguía sustentándole por todos sus poros ; pero que a su vez él había contribuído como nadie a forjarle un alma nueva ante la que se estrellarían los dictadores. Mas Unamu-

El plan Kennedy para América Latina

Declaración de San José

LOS PARTIDOS *democráticos latinoamericanos celebramos la nueva actitud de Estados Unidos hacia América Latina, que coincide con la histórica revolución norteamericana, y con nuestras propias luchas políticas y sociales.*

Si nuestras Repúblicas, con su actitud pasiva, desaprovecharon la oportunidad de la política del Buen Vecino preconizada por el Presidente Roosevelt para lograr un cambio sustancial en las relaciones entre las Américas, deben ahora tomar la palabra al Presidente Kennedy y asumir la iniciativa ante la propuesta Alianza para el Progreso.

Tal alianza significa para nosotros un nuevo estilo y un nuevo espíritu en las relaciones hemisféricas. Su efectividad dependerá de la medida en que se aplique la justicia social en el trato de pueblo a pueblo.

Necesitamos que se acaten los tratados interamericanos que garantizan los derechos democráticos. Todavía tenemos miles de exiliados y presos políticos, víctimas de las viejas dictaduras dinásticas y de la nueva tiranía totalitaria.

En el campo económico, todos nuestros productos de exportación están en crisis. Necesitamos medidas de emergencia, además de los planes de largo plazo.

Hemos luchado solos hasta ahora, y consideramos la ayuda exterior como un acto justiciero. Pero la ayuda ha de venir a nuestra América sin imposiciones políticas, sin ánimo de explotación, y sin el proselitismo antidemocrático de las potencias totalitarias.

Para nuestros partidos populares no es novedad, sino más bien reafirmación, la sugerencia de que nuestros países adopten las necesarias reformas sociales internas.

Los partidos firmantes hacemos un llamado a todos los latinoamericanos para que, con espíritu dignamente constructivo, adoptemos la mano amistosa que se nos tiende.

Sabemos que otras agrupaciones democráticas preparan pronunciamientos separados, conforme a circunstancias locales. Nos solidarizamos con todos los anhelos legítimos por la unidad, la justicia y el bienestar del Hemisferio Americano.

VICTOR RAUL HAYA DE LA TORRE (Partido Aprista Peruano). RAUL LEONI (Partido Acción Democrática de Venezuela). RAFAEL CALDERA (Partido Social Cristiano —COPEI— de Venezuela). JOSE FIGUERES (Partido Liberación Nacional de Costa Rica). CARLOS LLERAS RESTREPO (Partido Liberal de Colombia). LUIS BATLLE BERRES (Partido Colorado de Uruguay). ARCILIO ALVARADO (Partido Popular Democrático de Puerto Rico). AURELIANO SANCHEZ ARANGO (Frente Nacional Democrático AAA, Frente Unido Liberación Nacional de Cuba). MARIO MENDEZ MONTENEGRO (Partido Revolucionario de Guatemala). JOSE MEJIA ARELLANO (Partido Liberal de Honduras). JUAN BOSCH y ANGEL MIOLAN (Partido Revolucionario Dominicano). HORACIO ORNES (Vanguardia Revolucionaria Dominicana). ENRIQUE LACAYO FARFAN (Partido Liberal Independiente de Nicaragua). FERNANDO AGUERO (Partido Conservador de Nicaragua). ELPIDIO YEGROS (Partido Revolucionario Febrerista de Paraguay). CARLOS PASTORE, JUSTO PRIETO y LUIS ADOLFO APONTE (Partido Liberal Paraguayo). AMERICO GHIOLDI (Partido Socialista Democrático de Argentina). MANUEL ORDOÑEZ (Partido Demócrata Cristiano de Argentina). EDUARDO FREI (Partido Social Cristiano de Chile), DAVID SAMUDIO (Partido Liberal Nacional de Panamá). LUIS DOMINGO ALFARO (Resistencia Civil Liberal de Panamá). ALFREDO GARCIA (Unión Cívica Radical de Argentina). CARLOS LACERDA (Unión Democrática Nacional de Brasil). FERNANDO FERRARI (Movimiento Travalhista Renovador de Brasil).

ROBERTO MARCHANT

La nueva política norteamericana

Con la actual Administración en Washington se ofrece a nuestros países una de las mejores posibilidades desde hace mucho tiempo. El régimen norteamericano que asumió la dirección de la gran República del norte a comienzos de año representa los anhelos de cambio, tanto internos como exteriores, de las nuevas generaciones en Estados Unidos. Ya sea en su campaña electoral, que duró casi todo 1960, como después en la instalación del nuevo gobierno, John F. Kennedy demostró ser un acertado intérprete de las inquietudes predominantes en su propio país y también en la mayoría de las comunidades occidentales.

Desde el principio de la brillante contienda partidista que hubo de terminar con el estrecho triunfo de noviembre último, fue una característica del candidato y luego del gobernante el plantear abiertamente los críticos problemas que asedian a los 180 millones de habitantes de la Unión. Tal actitud, sin duda novedosa y por cierto ejemplar, le valió el apoyo de aquellos sectores que desde hace tiempo venían señalando la necesidad de confrontar al país con la realidad contemporánea, dejando de lado la visión optimista del mundo que fue la norma oficial en el decenio pasado. Esta posición refleja con exactitud el ambiente espiritual y material en que ha vivido y crecido la promoción de la segunda guerra mundial, que ahora se encuentra con la responsabilidad de los destinos nacionales, en torno al dinámico presidente de 44 años. Para bien de la convivencia internacional, este grupo de hombres posee una comprensión bastante mayor del acontecer extranjero —adquirida a través de los episodios de la segunda guerra, de la postguerra y de la guerra fría— que sus antecesores en el manejo estadounidense.

Kennedy ha llevado al ejercicio del poder, por primera vez desde hace varios decenios, a los intelectuales que aspiran a contribuir de modo decisivo a las modificaciones que requiere la democracia norteamericana. En este sentido se puede observar el contraste ostensible entre el presente equipo y aquel de los ocho años republicanos al que reemplaza. Debido a la personalidad del general Dwight D. Eisenhower y a sus preferencias individuales, los altos escalafones gubernativos estuvieron ocupados principalmente por figuras del mundo de los negocios y de la banca, con escasas designaciones para miembros de las filas académicas. Anteriormente había ocurrido que el ex Presidente Harry S. Truman no logró concitar el interés de demasiadas personas de primera categoría de otras esferas que las puramente ligadas a su partido, a causa de los escasos contactos que el político profesional Truman había mantenido, en una carrera iniciada desde orígenes tan humildes, con los círculos selectos de la Unión. Hay que volver a la época ya histórica dentro de Norteamérica, cuando Franklin D. Roosevelt lanzó la espectacular empresa de salvación nacional que fue el « New Deal » y en la cual utilizó los mejores cerebros de hace cerca de treinta años —dando lugar a la expresión « brain trust » que se aplicó a sus consejeros inmediatos— para hallar un paralelo con el momento actual en Washington.

Las similitudes entre las Administracio-

nes democráticas de 1933 y 1961 son múltiples y van desde la calidad humana de sus voceros más importantes hasta la vasta gama de intereses intelectuales representados por quienes orientan la actividad pública. No en vano ha expresado el Presidente Kennedy que su ejemplo más próximo en el tiempo y en sus propios sentimientos es el del jefe ejecutivo que logró sacudir a Estados Unidos de la intensa crisis financiera de 1929-33 y luego convertirlos en una potencia universal, aunque perdiendo finalmente la batalla por la paz colectiva en 1945. Esta afinidad actual con acontecimientos relativamente recientes, hace resaltar la comparación entre la lucha rooseveltiana por levantar y dar fe a su pueblo, debilitado por las angustias de la depresión económica, y la tentativa de Kennedy de situar a la Unión en el lugar de guía democrático que ayude a las nacionalidades nuevas y pequeñas a descubrir mejores horizontes espirituales y materiales.

Esta mayor dedicación al resto del mundo se ha definido ya para nuestro hemisferio con el discurso del Presidente Kennedy ante los diplomáticos latinoamericanos el 13 de marzo último, que luego confirmó mediante su mensaje del día siguiente al Congreso Federal, revelando así la sincera intención de renovar el diálogo entre las dos Américas. Dentro de las líneas generales de lo que se empieza a denominar « Plan Kennedy », para ejecutarse en los diez años venideros, el jefe norteamericano presentó la parte que corresponderá cumplir a Estados Unidos de este programa de largo alcance, dejando a nuestros países la responsabilidad de poner al día los sistemas educativos, la economía de la tierra y la eficiencia de las leyes tributarias. Es en esta combinación de esfuerzos y entregas donde se habrá de canalizar la acción colectiva, que bien puede apresurar la transformación social y cultural de América Latina y desembocar en la entrada definitiva de sus poblaciones en el siglo XX.

Reformas previas y ayuda externa

Además de establecer sus objetivos, el Presidente Kennedy y los directores de la política exterior sostuvieron que, para optar a cualquier programa futuro de acción conjunta, los países latinoamericanos deben intervenir, desde luego, en la escena económicosocial de cada uno, a fin de intentar ponerla más a tono con las demandas de sus respectivos pueblos. Tal proposición se basa en las conclusiones del informe adoptado por el grupo de estudio encabezado por el profesor de economía de la Universidad de Harvard, John K. Galbraith —nombrado recientemente embajador en la India—, estableciendo que la ayuda económica extranjera sirve mejor sus fines y es duradera en sus efectos siempre que se haya construído previamente una sólida base de justicia social en la comunidad recipiente, sobre la cual se asienten las ayudas exteriores. Estimaron los consejeros presidenciales que la preexistencia de tal estructura interna garantiza una adecuada utilización y expansión de los fondos otorgados, a través de la sociedad entera. Los requisitos salientes en este sentido son una revisión de la situación agrícola y enmiendas a la legislación tributaria.

El criterio de que nuestras repúblicas deben anticiparse, combatiendo el agudo malestar que se advierte en los campos latinoamericanos como medio de mejorar la propia situación económica de las zonas rurales y elevar el nivel general de América Latina, es el primer paso en el largo recorrido para acercar nuestros campesinos a una condición más llevadera, parecida al cuadro que ha predominado en Norteamérica y Europa Occidental durante muchos decenios. Como bien se sabe, es éste el lugar donde caben más esfuerzos para proporcionar las ventajas de la sociedad moderna y de la economía contemporánea a la mayoría de seres que pueblan los campos de América Latina y que llevan una existencia tan distinta de la civilización que rige en las grandes ciudades y vecindades. Los ejemplos tan recientes de lo efectuado en comunidades más avanzadas —cual Italia en su región del Sur, donde se está aplicando un plan de mejoramiento y división de las áridas extensiones del Mezzogiorno, elaborado bajo el entonces primer ministro Alcide de Gasperi y, posteriormente, la transformación del agro en el Japón, a impulsos de la ocupación militar norteamericana encabezada por el general Douglas

MacArthur— son harto evidentes y nos ahorran comentarios.

En América Latina, Venezuela está señalando el rumbo, en esta fase fundamental, mediante la ley de reforma agraria aprobada y puesta en práctica a mediados de 1960. Después de una tarea de varios meses por una comisión nacional compuesta de personalidades cívicas, religiosas, económicas y sindicales, se redactó el proyecto que recibió el apoyo mayoritario del Congreso venezolano, gracias al cual ese país acordó la reorganización de su economía agrícola a través de fórmulas legales y compensando a los antiguos propietarios de tierras que necesiten expropiarse. Es obvio que en el caso venezolano se tiene la facilidad excepcional de contar con disponibilidades financieras para este ambicioso programa, de aplicación en varios años y a un costo de doscientos millones de dólares anuales. En los ocho meses iniciales de la reforma venezolana se pudo establecer a 35.000 familias campesinas en nuevos terrenos, habiéndoseles distribuído un total superior a un millón de hectáreas laborables. A la par que se entregaban tierras de cultivo, se ponía en marcha un esquema conjunto para dotar a estas regiones de miles de kilómetros de carreteras y acueductos, así como centrales eléctricas y dispensarios. Por eso el Presidente Rómulo Betancourt ha expresado que la reforma se está llevando a efecto « a la venezolana y no a la cubana o a la china », lo que se comprende al recordar que Venezuela funciona dentro de un régimen de derecho y que al ostentar el más alto nivel de vida en América Latina puede absorber gastos de tal magnitud.

Otra nación latina que está empeñada en este avance es Colombia, donde se ha procedido de modo parecido al de la vecina Venezuela. Igual que aquí, se designó una comisión representativa de los distintos sectores de la nacionalidad, que celebró sus sesiones en Bogotá al término de 1960, habiendo entregado su proyecto de ley al Congreso colombiano durante el presente período. Hasta ahora el Presidente Alberto Lleras creía disponer de una mayoría parlamentaria amplia —puesto que Colombia se halla regida por el gobierno de coalición liberal-conservador, que une constitucionalmente por dieciséis años a los dos grandes partidos históricos—, pero han aparecido obstáculos en la crítica sorda y la obstrucción, provenientes del sector de fanático extremismo conservador que responde a los empeños del anciano caudillo Laureano Gómez. A pesar de las dilaciones en que va entrando el debate colombiano, se ha hecho conciencia en el ánimo ciudadano que la situación campesina deberá enfocarse en un plazo breve, pues no cabe postergar soluciones que hagan desaparecer las áreas de hambre crónica y acaso sirvan para disminuir la violencia de las guerrillas que asuelan el interior. Si tal esperanza cristalizara, Colombia pasaría en este año a percibir los beneficios de su transformación agraria, seguramente con la cooperación de las entidades internacionales a ciertas fases del plan, tras el apoyo técnico y financiero por 70 millones de dólares ya anunciado por organismos de Washington.

Brasil también se apresta para sus proyectos de paulatina modernización de su variada agricultura. Bajo las orientaciones del nuevo Presidente Quadros se están haciendo complejos estudios que habrán de derivar hacia la legislación federal requerida para abrir nuevas áreas laborables a los campesinos y, al mismo tiempo, para restaurar la calidad agrícola de las desgastadas tierras del noreste, que tan catastróficamente sufrieron las sequías de los años últimos. Se confía en que la inmensidad del territorio brasileño habrá de permitir la transición gradual hacia fórmulas factibles de tenencia y manejo de las zonas por entregar a millones de pequeños y medianos propietarios. Tales medidas, lógicamente, repercutirán de modo favorable en el conglomerado social, acabando tal vez con la agitación hoy predominante en los pobres Estados del norte Atlántico, donde persisten tan duras condiciones de subsistencia y donde la naturaleza implacable ha acelerado el agotamiento de los suelos, motivando las tan conocidas migraciones en masa hacia las regiones más prósperas del centro y sur del país.

Para entonces dispondrá ya Brasil de la experiencia de su principal Estado, pues Sao Paulo, bajo la inspiración del activo y eficaz gobernador Carlos Alberto Carvalho Pinto, está modificando actualmente el sis-

LUIS ALBERTO MONGE

¿ Esperanza o frustración ?

La historia de las relaciones entre América Latina y Estados Unidos de Norteamérica se caracteriza por incidentes, demandas insatisfechas, frustraciones, resentimientos y hasta por brotes de xenofobia. Sin colocarse entre los grupos latinoamericanos que padecen complejo de inferioridad y que hacen responsable a Estados Unidos de todos los males, hay que reconocer, frente a innegables hechos históricos, que en general la política exterior de esa poderosa nación ha sido equivocada y desastrosa con respecto a sus vecinos del Sur. En efecto, la gravitación de fuerzas de factura imperial, decisivas para la aplicación de esta política, no puede ocultarse.

El comunismo ha denuciado con insistente algarabía las francas presiones imperialistas que nuestros países han soportado. Pero a ningún latinoamericano escapa que el comunismo ha adoptado tal posición, no porque le interese la liberación integral de estos pueblos, sino como método para alcanzar los objetivos de la estrategia política de la U.R.S.S. Esta postura comunista no debe llevar al error de suponer que solamente los comunistas han manifestado su inconformidad y su protesta contra esas presiones. Con mucha más autoridad moral que ellos, y desde los albores de la Independencia, destacadas figuras del pensamiento latinoamericano, partidos políticos genuinamente democráticos y organizaciones obreras, han sentado sus protestas. Los más certeros y objetivos análisis sobre el fenómeno del imperialismo económico, en Latinoamérica, los hizo en el decenio del 20 al 30 el líder peruano Víctor Raúl Haya de la Torre.

Por otra parte, mediante la acción coordinada de las fuerzas democráticas latinoamericanas, también el imperialismo ha sufrido sus derrotas, aunque no haya desaparecido. Éste ha modificado sus tácticas, es cierto, pero no puede afirmarse en forma alguna que haya dejado de constituir un peligro constante. Cuando hablamos de imperialismo económico con referencia a Estados Unidos de Norteamérica y a otros países industrializados de Occidente, aludimos al fenómeno económico consistente en la explotación de las naciones pobres en beneficio de las naciones ricas. Por esta razón conviene aclarar que este estudio es objetivo y que está muy lejos de querer alentar xenofobias. Esa conducta se queda para los comunistas, que exaltan los nacionalismos locales con fines destructivos y anarquizantes, totalmente divorciados de los auténticos intereses latinoamericanos.

"Buena Vecindad" y "Alianza para el Progreso"

Es posible registrar en el camino de nuestra historia algunos intentos estadounidenses para buscar planos de relación más equitativos, justos y democráticos entre Estados Unidos y América Latina. Muchos de estos intentos fueron alentados por círculos intelectuales y por elementos del movimiento obrero, y puede afirmarse que estos sectores, en forma intermitente, han insistido

en esa misma tesis. Pero el cambio más definido y favorable lo realizó Franklin Delano Roosevelt, a partir de 1933, cuando asumió por primera vez la Presidencia de Estados Unidos. Su nueva política con Latinoamérica se llamó simbólicamente, política de « Buena Vecindad ».

No puede afirmarse, sin embargo, que la « Buena Vecindad » haya sido acertada en todas sus actuaciones, fructífera en todas sus realizaciones, ni que alcanzara el logro total de sus objetivos constructivos. Pero a pesar de esto, ningún latinoamericano sensato ignora lo que significó para las repúblicas al Sur del Río Grande una actitud de parte de Estados Unidos más comprensiva y amistosa para sus aspiraciones y reclamos. Indudablemente al conjuro de esta política surgió una nueva atmósfera de solidaridad y de mayor respeto a la soberanía de cada cual. Recordemos, al respecto, que México nacionalizó su petróleo en 1938. Nadie podría negar que el poder político internacional de las compañías petroleras es muy fuerte ; sin embargo éstas no pudieron llevar su acción defensiva más allá de un forcejeo normal para lograr su indemnización correspondiente.

Es necesario reconocer, pues, la trascendencia y el valor indiscutible de la política rooseveltiana. Nadie ha dudado de las convicciones sinceras que la motivaron. Pero hay sin embargo ciertos hechos concretos posteriores que repercuten hondamente en el ánimo latinoamericano y que son fundamentales para juzgar con acierto muchas reacciones políticas y psicológicas registradas en los últimos años. La política de « Buena Vecindad » se plantea y desarrolla en el momento mismo en que surge, para Estados Unidos de Norteamérica y para otras naciones democráticas, el reto histórico del nazifascismo. Por otra parte, los ideales que inspiraron el nuevo rumbo no penetraron en todas las capas de la administración y en la opinión pública estadounidense. Así, poco a poco perdió su vigencia hasta terminar siendo traicionada durante los gobiernos de Harry S. Truman y más todavía en las dos Administraciones del general Eisenhower.

Pero no fueron solamente las fuerzas internas norteamericanas, contrarias a la política iniciada por Roosevelt, las únicas responsables de que ésta se malograra. También los gobiernos y los movimientos populares latinoamericanos no supieron, por su parte, aprovechar la coyuntura favorable que se les presentaba. Esto parecen insinuarlo los 24 partidos importantes de América Latina que suscribieron y publicaron « La Declaración de San José » en el mes de abril de 1961 a propósito del Plan Kennedy.

El Presidente Kennedy dijo en su discurso inaugural : « *A la mitad del globo que vive en chozas y aldeas, esforzándose por romper las cadenas de la miseria colectiva, le prometemos nuestros mejores esfuerzos para ayudarla a ayudarse a sí misma, durante el tiempo que sea preciso, no porque los comunistas puedan estar haciéndolo, no porque ambicionemos su voto, sino porque* HACERLO ES JUSTO. *Si una sociedad libre no puede ayudar a los pobres, que son muchos, tampoco podrá salvar a los ricos que son contados.* »

Pero, no obstante estas palabras, los forjadores y ejecutores del Plan Kennedy tienen que comenzar por borrar primero del subconsciente latinoamericano la impresión de que los buenos propósitos que abarca la nueva política son sólo una consecuencia de la amenaza del comunismo internacional, hoy acentuada con la alineación de Fidel Castro y su gobierno dentro de los planes chino-soviéticos. La existencia de esta impresión es un obstáculo importante para el desarrollo de las tareas cooperativas.

La « Alianza para el Progreso » ha sido recibida con esperanza por los sectores más representativos de la opinión latinoamericana. Sin embargo, no han faltado también los escépticos, los reservados y aun los hostiles ante ella. Pero una cosa es cierta : es preciso tomarlos a todos en cuenta para que esta nueva política pueda triunfar y alcanzar sus objetivos. En efecto, el grupo optimista arriesgaría disolverse y que sus actuales integrantes lleguen a engrosar los sectores de los escépticos, reservados y hostiles, si no se logra inmediatamente : a) trocar « *los buenos deseos en buenas obras* », b) que los principios doctrinarios en que está sustentado el Plan fundamenten también a todas y cada una de las acciones de la política exterior de Estados Unidos concerniente a Latinoamérica ; y c) demostrar

c) Gastos desmedidos, en total desproporción con las posibilidades económicas de América Latina, para el mantenimiento de ejércitos que no prestan ningún servicio económico y que con frecuencia han sido más bien un instrumento perturbador de los regímenes institucionales democráticos. (Sin incluir partidas confidenciales, América Latina gastó en 1959 y en este renglón, 967 millones de dólares. El ejército representa en los presupuestos nacionales sumas que oscilan entre el 30 % y 70 % de los ingresos.)

Desde el fin de la segunda guerra mundial, hasta 1955, y gracias a los buenos precios de los productos de exportación, Latinoamérica logró una tasa anual de desarrollo de 2,6 %, que es muy satisfactoria. Pero a partir de 1955, la baja de los precios, especialmente los del café, el algodón y el cacao, ha reducido en los últimos cuatro años la tasa de desarrollo a 1,1 %. Por otra parte, hoy experimenta nuestro continente un crecimiento demográfico acelerado (2,6 % anual), mientras que el producto bruto interno, relativamente satisfactorio hasta 1955 (5,4 %), muestra una tendencia al descenso.

En sus necesidades de desarrollo y en su lucha contra la miseria, América Latina no ofrece tampoco un panorama alentador. Más aún, es un panorama complicado con la circunstancia de que las masas en esta región experimentan actualmente un despertar, si se quiere violento, frente a los requerimientos de la justicia y el bienestar sociales. Quizás el problema más delicado sea que el ritmo histórico de nuestros días no deje un margen de tiempo mayor para lograr determinados objetivos económicos y sociales que permitan encauzar en el Continente este despertar, encaminándolo por las vías civilizadas y dentro de la institucionalidad.

La magnitud del problema es tal, que si se quiere que la democracia, el progreso y la justicia caminen juntos en esta porción del mundo, todo el Occidente debe comprender que está abocado a un reto contra el tiempo para evitar que las masas latinoamericanas se dejen seducir por el espejismo de una justicia y un bienestar, alcanzados por vías totalitarias, hipotecadas a los propósitos expansionistas del comunismo.

La respuesta

Las ideas y proposiciones concretas de la « Alianza para el Progreso » están expuestas en los 12 puntos planteados por el candidato Kennedy durante su campaña electoral ; en su « Mensaje inaugural » ; en el primer informe a las Cámaras ; en los 10 puntos de su declaración del 13 de marzo de 1961 ante los diplomáticos latinoamericanos y en las declaraciones ocasionales hechas por algunos de sus íntimos.

Este programa ha sido presentado con el ambicioso propósito de superar, en los próximos diez años, los mayores obstáculos que hoy le salen al paso al « progreso democrático ». Teóricamente es una buena respuesta, aceptable ante los problemas que plantea la realidad latinoamericana. Pero sólo el tiempo dirá si también en la práctica llega a significar una respuesta acertada. Por ahora es necesario que se concrete el programa, que se llegue a un acuerdo respecto a lo que norteamericanos y latinoamericanos queremos indicar, cuando empleamos las mismas palabras, y fundamentalmente, una vez más insistimos en que exista concordancia entre principios teóricos y hechos positivos.

En principio, el Plan Kennedy propone : planes integrales y de largo alcance que faciliten un desarrollo económico acelerado ; 500 millones de dólares destinados a financiar programas sociales y económicos ; apoyo a los trabajos sobre la integración económica y desarrollo industrial ; estabilización de precios de los productos latinoamericanos de exportación ; aceleración del programa « Alimentos para la paz » en auxilio a las zonas azotadas por el hambre y planeado para reforzar la dieta de los escolares ; participación y colaboración mutuas en los beneficios de la ciencia contemporánea ; ampliación de los programas de asistencia técnica ; promoción de reformas agrarias y tributarias ; reducción de los presupuestos de los ejércitos ; mayor intercambio cultural, etc.

No es posible analizar, dentro de las limitaciones de este trabajo, todos los aspectos y proyecciones de esta nueva política. Hay que limitarse a encontrar algo de lo que en

el Plan Kennedy puede significar esperanza y señalar cuál es el peligro de frustración que lo amenaza.

Las mismas palabras para las mismas cosas

Algunos grupos norteamericanos, secundados por el eco de los grupos conservadores latinoamericanos, han tratado de deificar lo que ellos llaman iniciativa privada, y repudian, por considerarla contraproducente, toda intervención del Estado en el campo económico.

No creemos, sin embargo, que toda intervención gubernamental en la esfera económica sea sana y deseable. Pero tampoco puede aceptarse que la empresa privada en América Latina, por sí sola, pueda realizar el milagro de terminar con la miseria. Esta afirmación no es cosa de doctrinas ni de hipótesis, sino la conclusión a que se llega si se analiza la experiencia vivida hasta ahora. Durante muchos decenios, elementos de la empresa privada —simples empresarios— han integrado los gobiernos, y ya Latinoamérica conoce los buenos y los malos resultados del predominio de los intereses de la empresa privada sobre los intereses de la comunidad nacional, o lo que es lo mismo, lo que sucede cuando se pone el Estado al servicio exclusivo de los intereses de ciertos grupos de la empresa privada. Los datos anteriormente transcritos hablan por sí mismos y nos relevan de probar una vez más que la situación económica y social latinoamericana es mala y que sólo con nuevos rumbos puede superarse.

Al planear la política de desarrollo de América Latina deben tenerse en cuenta primordialmente las características de su realidad. No hacerlo es partir peligrosamente de una base falsa. ¿Por qué entonces no reconocer el hecho de que, por mecanismos diversos, la riqueza latinoamericana se ha acumulado en muy pocas manos, y que este fenómeno es más acentuado en estos países que en los Estados Unidos de Norteamérica y en la Europa Occidental?

La libertad de empresa en los países desarrollados es muy diferente a la libertad de empresa en los países subdesarrollados. En éstos, la libertad interesada y sectaria que preconizan los ultraconservadores significa, en el menor de los males, permitir que continúe el desquiciamiento de la economía latinoamericana y la acentuación de la miseria. Y es, en el peor de los casos, hablar de libertad para autorizar en su nombre la explotación y el robo en perjuicio de las mayorías y en beneficio de las tradicionales minorías privilegiadas. Se supone que cuando el Presidente Kennedy habla de apoyar la iniciativa privada y de incrementar las inversiones privadas, ha debido tomar en cuenta nuestra realidad y que esos conceptos han de estar supeditados al interés de obtener un desarrollo armónico y equilibrado que garantice una creciente participación de las mayorías en los beneficios del desarrollo económico.

Aquí viene al caso recordar que la historia de las relaciones entre latinoamericanos e inversionistas privados norteamericanos, salvo escasas excepciones, no ha sido de las más edificantes y que esas relaciones han contribuído poco a establecer las bases de solidaridad y amistad interamericanas. A este respecto, son oportunos los párrafos que tomamos del libro *La Integración Económica Latinoamericana* del Lic. Jorge Eduardo Laris Casillas : « Las inversiones extranjeras, además de no constituir la piedra fundamental en el desarrollo económico de Latinoamérica, representan un serio peligro, de sobra conocido por todos, para el sano crecimiento económico y político del área, máxime cuando se trata de inversiones extranjeras directas que son las principales dentro del total de capitales extranjeros y tienen las siguientes desventajas : causan el ausentismo, realizan una explotación irracional de los recursos del país deudor ; se expone, el país que las acepta, a sufrir en forma intensa los efectos de las fluctuaciones cíclicas, provocan la descapitalización del país, no se puede contar con ellas para llevar a cabo un programa de desarrollo económico de interés nacional ; con frecuencia interfieren en la vida política de las naciones que las reciben, etc. »

No se trata ahora de rechazar la inversión privada extranjera, ni de restarle valor a sus aportaciones en el pasado. Se trata de hacer hincapié en que ellas no son el instrumento adecuado para impulsar el « progreso democrático » de que habla el Plan

Kennedy. Resulta de mucho mayor trascendencia y más aceptable para este objetivo la idea expuesta en la « Alianza para el Progreso » : Establecer convenios para estabilizar los precios de los principales productos latinoamericanos de exportación. Las inversiones privadas y los empréstitos internacionales, nunca podrían compensar el daño que al progreso le hace la inseguridad provocada por la inestabilidad de estos precios, hacia donde deben encaminarse los mejores empeños de la « Alianza para el Progreso ».

Sin embargo, no hay que olvidar, por el momento, que para poner en marcha los planes de industrialización, de reforma agraria y de integración económica, al ritmo necesario, se requiere una fuerte financiación exterior. Esta financiación debe ser obtenida a través de los órganos estatales, y en muchos casos ese recurso debe contribuir al surgimiento y fortalecimiento de empresas cuya importancia así lo justifique.

La suma asignada por el Plan Kennedy, de 500 millones de dólares, es desde cualquier punto de vista insuficiente para los espectaculares objetivos que ese plan pretende conseguir. Cierto es que se habla de esta suma como de « la primera de una serie de medidas de largo alcance para tratar de eliminar las barreras sociales que obstruyen el progreso económico ». Pero, como es de suponer, los dirigentes norteamericanos conocen las cifras calculadas por la Comisión Económica para América Latina, sobre el monto de la financiación que se necesita para alcanzar la tasa de desarrollo indispensable en Latinoamérica. Y estas cifras son tan altas, que hacen ridícula la suma asignada por el Plan Kennedy, aunque de ella se diga que « es un primer paso ».

Los primeros traspiés

Heredó el Presidente Kennedy unas relaciones rencas entre el gobierno norteamericano y todos los países de América Latina. Esa falla política y diplomática adquirió caracteres muy graves ante el brote de esquizofrenia política más espectacular de la historia latinoamericana, personificado en Fidel Castro.

La dictadura instaurada por Castro, la traición a los principios de la « Declaración de Sierra Maestra » (1957) y el deslizamiento del gobierno cubano hacia el bloque comunista, no tienen válida justificación. Pero no puede negarse tampoco que la política del Presidente Eisenhower fue esencialmente torpe y dio pretexto a muchos desvíos castristas en Cuba y fuera de ella.

La Cuba de Castro constituye la más dura prueba de la nueva política. Es una trampa en donde pueden hundirse las mejores intenciones : esto puede ocurrir si la reacción frente a Castro se concreta a crear un clima de temor e histeria. Histeria contra histeria, sólo puede conducir a una mayor catástrofe. Y si el gobierno de Kennedy se equivoca en la perspectiva del momento y en la apreciación del panorama político latinoamericano, la « Alianza para el Progreso » será inoperante. Casi se podría afirmar que nacería muerta.

Fidel Castro es la manifestación de una realidad y la expresión de una convulsión que agita a toda Latinoamérica. Esto hay que tomarlo en cuenta ; y sin descuidar los problemas que plantea el dictador cubano, debe ponerse en marcha y con rapidez la nueva política. Es indudable que, con Castro o sin Castro, la América Latina de hoy estuvo siempre forzada a superar prontamente los complicados problemas de su realidad. Porque si este propósito no se alcanza, de nada valdría aniquilar por la fuerza el foco perturbador que los chino-soviéticos han instalado en La Habana.

El Presidente Kennedy y sus colaboradores han declarado su simpatía hacia los grupos democráticos que, dentro y fuera de Cuba, luchan por el restablecimiento de los derechos humanos en ese país. Es claro que en principio nadie puede negarle a nadie el derecho de simpatizar con quienquiera. Pero a los ojos latinoamericanos la simpatía yanqui hacia los demócratas cubanos no es una posición de principio, sino un cálculo de conveniencia. Para esta conclusión parten del hecho de que los gobernantes norteamericanos no han observado antes ninguna actitud similar con respecto a los perseguidos por las no menos peligrosas dictaduras criollas.

Nuestros pueblos nunca han comprendido ni comprenderán la doble política norteamericana frente al totalitarismo. Si éste

tiene abierta influencia comunista, abiertamente se le combate. Pero si no la tiene, entonces surge la indiferencia cuando no la complicidad. De este modo, y mientras esta línea de conducta internacional prevalezca, la « Alianza para el Progreso » queda en entredicho, a pesar de las siguientes palabras del Presidente Kennedy : « Nuestra « Alianza para el Progreso » es una alianza de gobiernos libres y debe perseguir el objeto de suprimir la tiranía en el Hemisferio, donde no hay legítimo lugar para ella. »

Pues bien, la trampa castrista ha dado las primeras respuestas en contra de la nueva política. Varias centenas de valientes patriotas cubanos desembarcaron en la Playa de Cochinos. En pocas horas aplastó Castro sangrientamente el intento de acabar con su tiranía. Todavía sin embargo se desconocen todos los entresijos de esta malograda aventura. Lo que es cierto es que los errores cometidos y sus consecuencias han sido tales, que ya no es posible hablar de la « Alianza para el Progreso » sin aludir simultáneamente a esos gravísimos traspiés. Esto es tan evidente, que ya alguna vez la prensa europea y latinoamericana ha especulado con la hipótesis de que la aventura condujo al desastre en virtud de un plan adrede, ideado para sabotear la nueva política en sus propios comienzos.

Cierta o no tal hipótesis, la invasión de Cuba exhibió ante el mundo, en plena era de la « Alianza para el Progreso », la dualidad tradicional de la política norteamericana frente al totalitarismo. Y no hablaremos de la lesión al prestigio personal del Presidente Kennedy por no haberse dado cuenta de que esta aventura, preparada desde la Administración anterior, estaba condenada al fracaso.

Además, la ayuda y vinculación de los funcionarios oficiales norteamericanos con los patriotas cubanos es considerada como violación de la política de no intervención, consagrada en los convenios fundamentales del sistema jurídico interamericano. En teoría esta acusación es cierta, aunque la historia demuestre que todos los movimientos latinoamericanos de liberación, desde la independencia, han gozado siempre de apoyo —disimulado o abierto— de algún gobierno. Fidel Castro y sus amigos, por ejemplo, recaudaron grandes sumas de dinero en Estados Unidos de Norteamérica. Desde allí se trasladaron « clandestinamente » muchas armas hacia la Sierra Maestra. Muchos grupos desde México, Costa Rica y Venezuela brindaron también su ayuda material al triunfo de los « barbudos » contra el dictador Batista.

Podría afirmarse que los latinoamericanos —inconscientemente las más de las veces— aceptan alguna forma de intervención, como la acción colectiva a través de los órganos de la O.E.A. Eso sí, tal intervención debe operar en favor de la democracia y en función del restablecimiento de los derechos humanos. Por ejemplo, la decisión de la VI Conferencia de Cancilleres, que condena la dictadura de Trujillo en la República Dominicana, fue recibida con simpatía por todos los sectores de la opinión pública. El apoyo de un gobierno democrático a los exiliados de una dictadura nunca se ha visto con malos ojos.

¿Por qué en el caso cubano esta conducta no se ha mantenido igual? Por razón de la incongruencia de la política norteamericana frente a la doctrina de la no intervención. En muchas ocasiones Estados Unidos han acudido a esta doctrina para estorbar habilidosamente y detener los movimientos de las fuerzas democráticas latinoamericanas que luchan contra los totalitarismos criollos. Y en más de una oportunidad, las autoridades diplomáticas y de migración estadounidenses se han aliado con las dictaduras en contra de los sectores democráticos.

Más aún : forzando los alcances de la doctrina antintervencionista, se la ha querido presentar como garantía de impunidad para los gobiernos que vulneran los derechos humanos. A pesar de que esta interpretación riñe con los claros preceptos de la Carta de Bogotá y de la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Uno de los mayores errores de la derrotada invasión de Cuba fue la obtención de la ayuda de la satrapía dinástica de los Somoza de Nicaragua. Además, la circunstancia de que a muchos reconocidos ex servidores de la dictadura de Fulgencio Batista se les asignaran puestos de comando entre los expedicionarios.

Ante los ojos latinoamericanos, estas torpezas restaban autoridad moral a la causa libertadora cubana y hacían desconfiar de

de los grupos privilegiados, en cuyas manos se ha concentrado injusta y antieconómicamente la riqueza. Manifiestan resistencia a todo cambio que amenace esos privilegios de clase que representan, adoptando posiciones clasistas, sectarias y hasta violentas. Sólo los comunistas pueden igualarles en ese terreno. Así, con la mayor tranquilidad, por muchos decenios se han dedicado a descalificar las justas demandas populares, motejándolas paradójicamente de comunistas, sectarias y clasistas.

En esta forma, las oligarquías y las plutocracias económicas latinoamericanas, entretenidas en buscar calculadamente comunismo en todas las reclamaciones de justicia de las masas, se han enredado en su propia trampa, pues han abierto más bien los portones y las rendijas para que los comunistas se introduzcan. En ciertos casos muy particulares, con alardes de malabarismo político, aceptan los votos y buscan el apoyo de los comunistas, quienes entonces se aprovechan y utilizan esas oligarquías y plutocracias como instrumento eficaz contra los movimientos democráticos, que sí buscan la liquidación de los desajustes económicos y sociales de nuestros países. Las oligarquías se convierten, pues, por virtud de este juego político simplista, pero peligroso, en el mejor instrumento del comunismo internacional contra la democracia latinoamericana.

A este respecto se podrían considerar como realistas y clarividentes algunos conceptos incluídos en el Plan Kennedy, concernientes a la necesidad de que los latinoamericanos pongan también algo de su parte en los propósitos de superación continental. Inclusive se indica que la aplicación y el éxito del Plan están condicionados al cambio de estructuras económico-sociales anacrónicas de Latinoamérica. Y precisando aún más el Presidente Kennedy llama la atención sobre la urgencia de la reforma agraria, la reforma tributaria y la disminución de los presupuestos de los ejércitos de los distintos países.

Pero este cambio de estructuras es rechazado de plano por las oligarquías latinoamericanas, dueñas del poder económico y político, si bien en proporción variable de país a país, pero excesiva en casi todos ellos. Esta circunstancia conduce a la conclusión de que los grupos económicamente privilegiados de América Latina serán sin remedio los enemigos y potenciales saboteadores del Plan Kennedy, actuando una vez más en defensa de sus privilegios.

Las oligarquías criollas son el tercer elemento que completa la trilogía que amenaza las posibilidades de buen éxito del Plan Kennedy : a) los grupos norteamericanos defensores de la vieja política ; b) los comunistas y sus « tontos útiles » ; y c) las oligarquías latinoamericanas.

Para cerrar estos comentarios sobre el deber latinoamericano en lo presente y lo futuro, no resistimos a la tentación de transcribir unos párrafos del punto primero de la Declaración del 13 de marzo ya mencionada : « Solamente los esfuerzos resueltos de las propias naciones americanas pueden asegurar el éxito de esta empresa. *Ellas, y solamente ellas,* pueden movilizar recursos, alistar las energías del pueblo y *modificar los patrones sociales,* de modo que los *frutos del crecimiento sean compartidos por todos y no sólo por unos cuantos privilegiados.* Si se logra este esfuerzo, la asistencia exterior dará un impulso vital al progreso ; si no se logra, no habrá ayuda capaz de contribuir al bienestar del pueblo. »

¿Esperanza o frustración?

Con la « Alianza para el Progreso » ha despuntado una nueva actitud. Contiene juicios acertados precisos sobre el momento y la realidad del Nuevo Mundo. Formula recomendaciones realistas y refleja un espíritu inspirado. En este orden de cosas, sin duda alguna, el Plan Kennedy es un amplio paréntesis de esperanza. Pero no deben descuidarse los factores negativos que pueden desviarlo y malograrlo. Si estos factores llegaran a prevalecer, la esperanza se tornaría en frustración y símbolo de la derrota en la lucha por la libertad y la dignidad del hombre americano.

Porque no hemos perdido la fe en las reservas salvadoras del pueblo norteamericano, porque tenemos fe en el destino de América Latina y —¿por qué negarlo?— porque tememos al vacío de la frustración, nos aferramos a la esperanza de que la « Alianza para el Progreso » realizará sus ideales.

N. VIERA ALTAMIRANO

La opinión de un centroamericano

Aunque el Plan de Diez Puntos del Presidente Kennedy constituye un programa global de cooperación económica entre Estados Unidos y América Latina, preferimos nosotros —para juzgarlo en todos sus alcances— ver el papel que corresponderá a Centro América, la tarea propiamente nuestra dentro de dicho Plan. Si para cada país hispanoamericano se trazara un programa especial y concreto y justamente relacionado con los intereses generales y permanentes del Hemisferio —es decir, con los intereses de toda América—, lograríamos un verdadero panorama representativo de nuestros pueblos y cada país habría, al final, contribuído eficazmente a la solución total o parcial de sus particulares problemas. Los exploradores sociales de cada país o región habrían agotado los objetivos y tendríamos así un dato preciso, sin riesgo de que ninguno de nuestros países resultase subestimado en sus recursos, ni en sus necesidades, ni en su capacidad de ayudarse a sí mismo.

El programa de Diez Puntos del Presidente Kennedy viene en la hora oportuna, cuando ya existe en nuestra América conciencia de un problema común ; cuando ya nos damos cuenta de la necesidad de apurar la marcha sin retrasos indebidos ni precipitaciones románticas con asidero en las nubes ; cuando gracias a la convivencia internacional y a la evidente compenetración de nuestras propias vidas, sabemos que los problemas americanos, los de nuestro Hemisferio —todos ellos con semejanzas profundas entre sí— requieren una acción común con espíritu colectivo. Es decir, América se siente solidaria en la responsabilidad para con sus mismos pueblos y obligada a esa solidaridad para poder defender sus instituciones.

Si este sentido de comunidad de intereses e ideales se hubiera alcanzado con mayor anticipación, los países americanos, por nuestra propia cuenta, tendríamos ya desde tiempo atrás, en plena marcha, un acuerdo colectivo para una acción llamada a procurarnos de manera inmediata los medios necesarios para nuestro desarrollo económico y cultural. En realidad, en todas las conferencias panamericanas hemos hablado de nosotros mismos, de nuestros problemas, de nuestra necesaria cooperación, de nuestra seguridad mutua. Hemos hablado y pactado acerca de nuestras urgencias en materia de derecho, con miras, en este último caso, a producir nuestro propio derecho internacional como norma de convivencia y coexistencia. Pero para fines más inmediatos a nuestra manera de vivir, para el afán de cada día —y dejando para después el filosofar— poco hicimos, y de haberlo hecho antes de Bogotá habríamos tenido algo concreto que decirle al mundo —a los Estados Unidos y a Europa—. Con un buen programa de desarrollo integral, pudimos contar con la acogida más calurosa. Habríamos llegado como un grupo de naciones que se conocen en su realidad, que se han reconocido en su historia y que saben lo que quieren, de dónde vienen, dónde están y hacia dónde dirigen sus pasos.

Mal que bien, la Carta de Bogotá es un

constante por elevar sus normas de vida ; por sentirse cada uno solidario con los otros ; por responsabilizarse de su puesto y su papel en el mundo, sabiendo que, de no hacerlo así, poca garantía podremos tener en lo futuro de mantenernos en pie y ver triunfantes nuestras instituciones. Es decir, desde hoy iniciaríamos una era —que no un decenio— de progreso democrático.

Centro América cuenta ya —como hemos hecho constar al comienzo de estas notas— con un plan de integración económica que implicará la supresión de sus fronteras internas, la unificación de sus aduanas, de sus leyes fiscales y de sus monedas y el establecimiento de un mercado común para que sus industrias cuenten con un horizonte mayor para desenvolverse. Dentro de este programa general podríamos ya señalar algunos puntos concretos :

— la coordinación de nuestros sistemas de producción térmica e hidroeléctrica ;

— el enlace conveniente y técnicamente planeado de nuestros sistemas ferroviarios ;

— el desarrollo de una política de repoblación forestal y defensa de los recursos naturales ;

— la creación de una federación de institutos reguladores de abastecimientos con objeto de regular los precios, sin propósitos de valoraciones artificiales y como medio de lograr que Centro América produzca lo que necesita para su natural sustento y pueda llevarse adelante la industrialización de toda la producción de cereales del Istmo, al mismo tiempo que la formación de reservas que podrían ponerse al servicio de los otros países del Continente ;

— el fomento de la ganadería y la industrialización de sus productos y subproductos ;

— la modernización y unificación de sus industrias de hilados y textiles, refinerías de azúcar y de aceites vegetales y grasas animales ;

— el establecimiento de aquellas industrias que venimos llamando industrias de integración y que necesitan del mercado común centroamericano para prosperar, como la fabricación de vidrio, de papel y celulosa y las refinadoras de petróleo ; y

— la ejecución de una política habitacional y de desarrollo urbanístico en grande escala, a la vez que un proceso ordenado de parcelación de propiedades rurales a fin de elevar al máximo el número de pequeños propietarios de la tierra.

Para la ejecución de todos estos planes o de este plan general, nada mejor que la cooperación de ese Consejo Interamericano Económico y Social que el Presidente Kennedy quiere ver « grandemente robustecido » con la aportación de los mejores economistas de nuestro Hemisferio, cuya labor de orientación teórica podría ser complementada con la ayuda de los veteranos hombres de empresa de las dos Américas, que ven muy claro en los campos en donde los hombres de ciencia pierden la brújula.

En este sentido podremos decir que el Presidente Kennedy no ha perdido de vista, mientras concebía su plan, lo que el ejemplo de Centro América le había hecho ver y que él trae a cuenta en su Punto Cuarto.

* * *

« Los Estados Unidos —dice el Presidente Kennedy— están dispuestos a cooperar en el estudio serio y detallado de los problemas relacionados con el mercado de ciertos productos. Los cambios frecuentes y violentos de los precios de las mercancías causan serio perjuicio a la economía de muchas naciones latinoamericanas, agotando sus recursos y paralizando su desarrollo. Juntos debemos hallar los métodos prácticos que pongan fin a esta situación. »

Pero el camino para acabar con esa situación no está, ni mucho menos, por descubrir. Lo que está por descubrir es la manera de hacer entender a las gentes que los artificios económicos llevan a los países a una ruina o a un estancamiento seguro y que es menester moderar la apetencia indebida de ganancias y el sacrificio de los muchos con beneficio ficticio y efímero de los pocos.

Desde que el Estado moderno tecnificó la moneda (y decimos así para no usar el término de moneda dirigida), las variaciones en el nivel general de precios no constituyen un problema difícil de resolver. El mal está en que el Estado moderno no ha sabido hacer uso de sus mismos recursos monetarios para regular los precios de aquellos productos que por su naturaleza se

cen carestías extremas de cereales desde los primeros días de la guerra de 1914.

Lo que sí tenemos —como lo tienen todos los pueblos del mundo— es una población mal alimentada y casi desnutrida. Pero esta desnutrición no viene de que nuestros pueblos carezcan de tierras, de herramientas y capacidad laboral para producir cuanto necesitan. Con el más pequeño estímulo en el mercado, nuestros países se sobreabastecen y los precios envilecidos son la nota periodística dominante en ciertas épocas. Lo que pasa es que el hispanoamericano ya no es el hombre primitivo que sólo apetecía sustentarse, comer. Ya hemos dicho que si la población entera de nuestra América Hispana renunciase a ciertas normas de vida civilizada y optase por regresar, sin renunciar a sus avances puramente culturales, a las normas de vida de 1800, toda ella podría mostrar la más perfecta normalidad en materia de alimentación. En otras palabras, lo que de alimentos produce nuestra América o puede producir, sin ayuda ajena, es suficiente para llenar las primeras necesidades materiales y mantener el requerido equilibrio biológico y fisiológico.

Pero el hispanoamericano vende todo su café, su azúcar, su cacao, su trigo, su nitrato, su algodón, su cobre y su nikel, sus maderas y sus pieles, para adquirir telas, medicinas, muebles, herramientas, máquinas, radios y heladoras, utensilios domésticos de toda clase, libros y papel ; y es esta avidez de mercancías con significado cultural lo que le mantiene al margen de la carencia en otros órdenes. Si nosotros cambiásemos todo eso que importamos por sustentos materiales, por « comida », estaríamos todos —y no lo decimos con sentido humorístico alguno— con muestras de la más perfecta salud.

Lo que Hispanoamérica necesita son máquinas para producir esas cosas que importamos. Desde febrero de 1961 nosotros respondimos al grito de « Alimentos para la paz » con el nuestro de « Máquinas para la paz ».

* * *

La idea de que hay que elevar el nivel de vida de las masas populares para contener el comunismo es una idea incompleta, una verdad a medias ; es un medicamento al que falta un ingrediente ; porque toma en cuenta la necesidad de crear un obstáculo, de angostar un cauce, de alzar una barrera, pero no desarrolla una idea positiva sobre cómo reducir el ímpetu de la corriente, del caudal que amenaza con la inundación.

Como hemos advertido en otra parte, el nivel de vida de Cuba y Argentina antes que Fidel Castro y Perón llevaran esos países al desastre, era muchas veces más elevado que el del resto de los países hispanoamericanos que ahora vemos como campos peligrosos de penetración comunista. Al momento de caer Batista y subir el antes libertador de Sierra Maestra, el ingreso nacional cubano per capita era cerca de cinco veces mayor que el correspondiente a muchos países hispanoamericanos.

¿Sirvió este superior nivel de vida cubano para contener el alud del castrismo comunizante? ¿No era Argentina uno de los países de mayor prosperidad económica en Sudamérica, con mayor educación en sus pueblos, con abundantes subsistencias, con manifiestos índices de desarrollo en todos los órganos de la vida? ¿Han calculado ya quienes creen solamente en levantar obstáculos y no en reducir el caudal amenazador, el número de años y los millones de dólares que supondría esa tarea de elevar el nivel de vida de la mayor parte de nuestra América Latina a la altura siquiera en que estaban Cuba y la Argentina antes de Perón y Fidel Castro?

Y luego, como no cabe olvidar —si es que no hemos perdido todos la cabeza y tenemos aún los pies en la tierra—, ¿qué es lo que podría hacerse para contener el ímpetu comunista mientras se elevan esos niveles de vida en los pueblos latinoamericanos, sabiendo que no podría lograrse esa mejora sino dentro de mucho tiempo, no antes del término de ese plazo de diez años de intensa acción constructiva que sugiere el Presidente Kennedy?

* * *

Podrá, en efecto, elevarse el nivel de vida ; pero si la propaganda comunista se despliega con verdadera furia y fanatismo des-

de las aulas universitarias y por boca de hombres eminentes en las letras y las artes, en las ciencias y en la política, desde los periódicos llamados populares, aunque clasistas, y desde las tribunas también llamadas populares, y siempre clasistas, el esfuerzo de carácter económico servirá de poca cosa.

El comunismo es una doctrina de profundo sentido social, es una ideología de vasto ramaje. No podríamos equipararlo al descontento del hombre con hambre. Los líderes obreros y los mismos obreros norteamericanos que piensan en muchas cosas como los comunistas ; los profesores universitarios, los periodistas y los escritores y aun algunos elementos de las Iglesias cristianas que hacen, sabiéndolo o sin saberlo, propaganda del comunismo, no son gentes mal alimentadas. Al contrario, muchos de ellos reciben los beneficios abundantes del Partido, participan en el peculado político, desempeñan altas funciones oficiales en muchos países de Europa y América.

El comunista cree que la iniciativa privada es uno de los mitos del capitalismo para cerrar el avance del pueblo hacia el poder económico, y que cuando un gobierno « nacionaliza » con compensación o sin ella una empresa de servicio público, esa empresa pasa a « manos del pueblo » dejando de estar en manos de los « explotadores ». El comunismo cree que el Estado debe absorberlo todo y lleva su interpretación del ideal humanístico de la igualdad hasta las lindes del igualitarismo más difícil y cuya vigencia ficticia sólo puede obtenerse con el espionaje, con la delación, con las cárceles, con los destierros y con los campos de concentración. Para el comunismo, como para el fascismo, el camarada no tiene más papel que creer, obedecer, combatir, agredir y negar cuanto valor humano hemos reconocido.

Todo este alud de pasiones no se combate abaratando subsistencias. Sobre todo si se tiene en cuenta que nuestra América ha pasado ya la etapa de las hambres primitivas. Para combatir ese peligro necesitamos la difusión total de la verdad económica, el adoctrinamiento infatigable de las gentes en los valores y las ideas de nuestra civilización. Necesitamos llevar al máximo el número de gentes que sí entienden el porqué de nuestro orden social, el qué de nuestra cultura, el para qué de nuestra democracia. Con un mundo que no entiende su propio medio, es difícil sostener ese medio si desde abajo pugnan por insurgir las fuerzas de la ignorancia necesitada y resentida.

Desde este punto de vista, nosotros pensamos que el Punto Séptimo del Presidente Kennedy debe ampliarse en alto grado. A la vez que una difusión desesperadamente esperanzada de conocimiento científico, conviene otra de conocimientos históricos, sociológicos, de saber cultural, de sabiduría.

Las verdades esenciales sobre las cuales descansa nuestra civilización occidental tienen que ser verdades sencillas. O no serán verdades. O son verdades que no sirven para el hombre de nuestros tiempos.

Así como se han descubierto métodos audiovisuales para enseñar el alfabeto y procedimientos de técnica vocacional para la enseñanza rápida de trabajos manuales, de artes y oficios, así tendrá que descubrirse cómo enseñar el porqué del hecho económico, el para qué de las instituciones, el qué de la vida.

Y debemos admitir que una de las condiciones indispensables para hacer posible y fértil esta siembra a granel de saber, es la libertad.

Unamuno, rebelde impenitente

POR FERNANDO DIEZ DE MEDINA

CREO QUE EL ESCRITOR es un fenómeno cósmico, síntesis del mundo y del hombre. La función radial de la inteligencia lo desplaza incesantemente del centro a la periferia : todo lo atrae, nada le es ajeno. Su quehacer humano puede ser múltiple y diverso. Su ocupación literaria se compone de avances, retrocesos, microscópicos procesos fragmentarios, dudas sin fin, y al cabo desemboca en teoremas de luz que nadie sabe qué sombras, qué crepúsculos de sangre precedieron.

Como el teólogo en busca de Dios. Como el filósofo detrás de la verdad. Como el artista en persecución de la belleza. Como el guerrero siempre en pos de pelea. Como el técnico ensayando pacientemente sus mecanismos de perfeccionamiento. Como el político midiendo la estrategia de sus actos, el escritor, que muchos miran en aire de maestro, es en el fondo el eterno aprendiz, el caminante sin retorno.

El escritor lanza su reto al misterio. Pregunta sin descanso a los hombres y a las cosas. ¿Encuentra una respuesta? Nuevos enigmas le cierran el paso. ¿Termina un libro? Exhausto y melancólico deberá iniciar otro. Pero nada es la lucha con el mundo y con las gentes si se sondea el drama interior de la conciencia : allí se templa el alma que piensa, en medio de fuegos devorantes y abismos vertiginosos que suelen derivar en locura o frustración.

Él es su propio contendor.

Hermético, esotérico en la carga intencional de sus planteos, puede ser diáfano y sutil en la forma en que se expresa. A unos parecerá el Arcángel, a otros Belcebú. Proteico y mudable como la naturaleza misma, es comprensible tomado en una de sus manifestaciones aisladas, pero en realidad inasible en la vastedad de su obra integral. ¿Quién puede jactarse de conocer al hombre-Cervantes, por sólo haber leído todo lo que compuso Cervantes-escritor? No obstante lo mucho —y lo bello— que se ha escrito sobre el hombre del *Persiles*, cuanto más lo releo y lo interrogo, sigo creyendo que don Miguel de Cervantes Saavedra, ese pozo de sabiduría y de humanidad que engendra al insigne Don Quijote, es el mayor enigma vivo de la literatura española. Podemos admirarlo, comprenderlo a veces ; pero nos faltan su inspiración angélica, su inteligencia penetrante, su poderosa voluntad creadora, el *pathos* subjetivo que lo in-

co y pugnaz. El que no se ocupa de vencer ni teme a la derrota : el buen combatiente, cuyo oficio es esgrimir la pluma sin tregua, sin morosos deliquios, porque su sino es uno de verdad y de constancia.

Aunque no conociéramos al hombre que compuso sus libros, para entenderlos hay que intuir o adivinar qué personalidad potente y rara late detrás de esas ideas.

Bien mirado ¿qué es un escritor? Aunque sea vulgar la imagen, el espejo de un alma ; pero en el azogue se proyecta asimismo, con la transparencia del alma, el horizonte abismático del mundo y de la vida. Por eso decía que el escritor, fenómeno cósmico, es un reductor de realidades y apariencias que transmuta en síntesis logradas al lector. Muchos no alcanzan a sorprender el cóncavo misterio del espejo en que se mira un alma, entretenidos en reproducir las formas del marco que lo encuadra. De aquí el absurdo de pretender explicar a Unamuno por la gramática, la estilística, o la semántica. ¿Quién buscaría hoy las leyes de la prosa artística en el desgarbado Dostoyevski, que es sin embargo el mayor novelista del orbe eslavo?

Mal síntoma para una literatura y para una generación detenerse en la exterioridad formal de una obra intelectual, cuando no se absorbió la esencialidad creadora ni el mensaje normativo que la mueven.

Cierto que Azorín, Miró, Valle-Inclán, maravillosos estilistas, deleitan el espíritu. Músicas encantadas. Pero Unamuno es el maestro de energía, el profesor de carácter, heredero del remoto Sócrates, nacido para indagar y atormentar a los demás, porque él mismo es un atormentado indagador ; un « buscador » en el sentido profundo del vocablo, que se lacera, se destroza, se recompone y se vuelve a desgarrar en pos de esa quimérica unidad del ser y el quehacer. En esa discordia civil de la conciencia que ninguna alma verdaderamente libre —y grande— llega a superar .

El exagerado « yoísmo » de don Miguel, su ambición desapoderada, su personalidad desmedida, sus arranques repentinos, sus desplantes de torero en la plaza, son posturas y trucos de gran escritor, genialidades de grande hombre, que se deben comprender aunque no se justifiquen ; porque al cabo ¿no es todo espíritu superior un grande actor? Nadie alcanzó la suprema fusión de arte y vida como el olímpico de Weimar, con preciso concierto de los hombres, de los acontecimientos, del mundo y de la propia creación. Pero es que al gran vasco no le interesaba edificar su vida y su leyenda a regla de compás. Y éste es, a mi juicio, uno de los sabios aciertos del escritor español : no quiso ser perfecto sino fidedigno. Como su España eterna que nadie someterá tras de las rejas, porque tres leopardos bermejos le guardan los pies : la verdad, la libertad y el coraje.

Acaso todo el error proviene de no haber comprendido que la clave de interpretación del mundo unamuniano está en el dualismo indivisible de hombre y escritor. ¿El escritor-Unamuno? Estudiad también al hombre-Unamuno. Y sólo en esa doble percepción de alma inspirante y obra realizada se entenderá mejor el río turbulento en que navega el vasco huraño.

Desde luego : objetivamente, con ese helado desinterés que hoy se reviste de cientificismo, no se puede uno aproximar a Unamuno, escritor volcánico, todo llama y pasión, pura interioridad. Y es que el orbe del gran subjetivo no es accesible al frío desmontar del analítico impasible. Tan lejos ha llegado la incomprensión de los críticos, que se habla de la « frialdad unamuniana », su « naturaleza positivista », su « conmovedora ingenuidad » y otras lindezas. He leído crónicas en que se alude a su literatura falsificada, a su afán de exhibicionismo, a su incapacidad para componer dramas, poesías y novelas.

Los que así hablan son los enemigos del hombre-Unamuno, que por antipatía a la persona niegan toda excelencia al escritor. ¿Y quién será el aristarco que hoy se atreva a definir los géneros literarios en rigor crítico, después de Pirandello, de Eliot, de Kafka?

Se le reprocha el famoso « estilo conversacional » tan grato al pensador vasco, porque carece —afirman— de la belleza y elegancia de una prosa artística, elaborada con todos los ingredientes y las reglas todas del bien decir. ¡Pero es que iba a reparar en preciosismos idiomáticos don Miguel, si la hermosura viva de su habla, la plasticidad

de su estilo, el nervio y brío de su pluma son el ímpetu y la espontaneidad, corceles indomables!

Aquello de que fue « más emotivo que científico », a mucha honra. A la velocidad que se transforman hoy ciencia y técnica, el ensalzado dura poco y es rápidamente substituído por otros títeres fugaces. El hombre de sentimiento queda, si no para siempre, para muchas generaciones. Porque es más difícil sentir que saber. Y no es la precisión hermética del sabio ; no es la mecánica segura del técnico ; no son teoría, abstracción ni esquemas fríos y lógicos los que mueven el numen imponderable del escritor. Ciencia y técnica pesan menos que religión, idealidad, fantasía, sentimiento y sensibilidad. Lo dijo San Pablo : suele ocurrir que la letra mata al espíritu. Y a veces el rigor de lo científico aniquila o deshumaniza al hombre ; y entonces el que escribe, para sentir mejor y manifestar con acento ternísimo su íntima congoja, insurge contra su época, se vuelve arbitrario, descuidado, parece mal informado, contradictorio ; y en medio de enigmas y pueriliidades aparentes, aun paralógico y desenfadado, sugiere siempre más de lo que dice.

¡Bendito don Miguel de Unamuno, que supo la ciencia fuerte de ligar las razones del corazón con las regulaciones de la inteligencia! Fue un gran emotivo, y ésta es una de sus mayores virtudes. Por eso no le aman ni le entienden los partidarios del « homo theoreticus », del que sólo quiere conocer objetivamente el mundo ; del que, como apunta Spranger, se consume como ser físico para alumbrar el puro mundo mental de una coherencia fundamentadora, pero que, por ese mismo exceso de intelectualismo, corre el riesgo de reducir el mundo a una simple abstracción, a un esqueleto de conceptos.

No : Unamuno nada tiene que ver con teóricos ni cientificistas.

Hay quienes piensan que la serenidad es la condición de toda cultura. Unamuno responderá que la vida es agonía, conflicto, lucha en suma y que conturbados, al empuje de encontradas olas, transcurren el hombre y su pensamiento. Porque la cultura no se petrifica, es cosa viva, en eterna fluctuación, desgarre y crecimiento. Y el hombre que la expresa tiene que ser también criatura de dolor, de dudas, de inquietud.

Afírmase que el rector de Salamanca ignoró la armonía porque no gustaba de la música. Pero tiene Unamuno páginas, trozos bellísimos, de recóndita musicalidad, de un como secreto dominio del ritmo. Esa alta virtud armónica ¿suena para todos? Seguramente, no. Unamuno que conoce las leyes del orden mágico del desorden, sabe asimismo los registros que llevan a la melodía y al contrapunto. ¡Saberle escuchar! Y a los que dudan de la riqueza audible de su obra literaria —¡él que dominó la lengua de Castilla como nadie!— los remito al poema Aldebarán, áspero, frío, cortado en ángulos violentos como gema bien tallada ; pero así como la gema, si se la mueve un poco, empieza a despedir chispas cromáticas, « Aldebarán » tan luego como se habitúa el oído —y ésta es condición general de la música clásica— va revelando su concierto melodioso de sonidos. Tiene la unidad interna, la belleza de proporciones, la clara y noble elegancia de una fuga de Bach.

¿Un compositor literario, un melodioso de la lengua, un estilista? El gran vasco ni lo fue ni quiso serlo. Mas en sus registros expresivos, en el vuelo de las imágenes, en tintas y matices de su prosa ardida, o en la dureza diamantina de sus versos, duermen músicas inauditas, no por lejanas menos evidentes. Leed, releed a Unamuno, aprended a recoger la recóndita armonía de su estilo y se sabrá cómo, sin pasar por los primores del compositor instrumental o del operista, don Miguel supo captar y transmitir el espíritu alado de la música.

Es que en esto de juzgar o encuadrar al alma genial hay que ir con tacto. No se puede medir una personalidad desmedida, compleja, fabulosa como la de Unamuno con vara de tendero.

La prueba de su perduranza está en que, veinte años después de su muerte, se le sigue leyendo y discutiendo en España y en América. Unamuno y Ortega siguen siendo los autores hispanos más leídos en Sud y Centroamérica como lo demuestran las constantes reimpresiones de sus obras.

Su modernidad es otra fase de perdurabilidad. Hoy se pide hechos, sobriedad, con-

creción. La economía expresiva. Unamuno, que vivió desinteresado de primores literarios —aunque los tiene—, anticipa la manera severa, directa de nuestro tiempo. El « estilo conversacional » que le placía, su modo seco y rudo de manifestar las ideas, ese su estilo descarnado y sintético, es justamente lo que anda en boga. Así don Miguel resulta de mayor actualidad que los preciosistas del 98. Porque transmite vida, fuerza, estímulos palpitantes que brotan de la sinceridad con que piensa y de la rapidez fulminante con que manifiesta sus ideas.

¿Qué es lo esencial : aprehender la metafísica del escritor o la psicología del hombre?

Este es el problema. Unamuno-pensador, Unamuno-escritor, no es un simple asunto de estilo ; es el drama hondísimo, en cierto modo irrevelable, intuible sólo a quienes conciben la lucha del alma con su destino. Siempre sola aunque se esfuerce en vivir acompañada. Y aquí está la explicación de aquella soledad, de aquella tristeza irremediables —angustia de culpa en Kierkegaard, agonismo trágico en Unamuno— que no entienden los ligeros, porque imaginan que un hombre con diez hijos, hogar tranquilo, que busca el café, la cátedra, la calle, la conversación sin tregua, ansioso de oír resonancia a sus ideas, tiene que ser obligadamente un ente sociable, comunicativo y expansivo. Porque don Miguel se pasó la vida conversando, discutiendo, escribiendo y polemizando, se le niega el derecho de ser un solitario. ¿Es que grandeza espiritual y sociabilidad se contraponen? ¿No admiten ciencia y experiencia que una persona puede contener dos, tres tipos humanos que coexisten simultáneamente en un mismo individuo? El hombre, cosa inmensa y ondeante, ¿se ha de reconocer sólo a través de la minúscula malla de los pequeños hábitos cotidianos?

Unamuno hombre, ciudadano, padre de familia, amigo, era una cosa. Unamuno-pensador y escritor otra muy distinta. Pocos divisan el drama del verdadero talento creador. Jacob lucha con el ángel y el combate no cesa jamás, porque cesa en el alba y se reanuda inexorable a la caída de la noche. El escritor lucha sin descanso con el dragón que lo devora cada día. Pocos, muy pocos salieron vencedores de esa lidia. Unamuno, es verdad, ha sido un perdedor ¡pero qué perdedor! Si la historia sólo se acuerda de los victoriosos, la literatura no olvida a los grandes infortunados del pensamiento.

En la obra inmensa y varia del rector de Salamanca, aun así, trunca o dispersa, contradictoria y enigmática, apasionada o arbitraria, relampagueante siempre de humanidad y sentimiento, se recoge la lección tenaz de los grandes desesperados : por la soberbia a la humildad, por el dolor a la alegría, por el combate a la quietud final. ¡Qué iba a ser positivista don Miguel, si toda el alma se le fue en puro idealismo y proezas quijotescas!

Fue el último romántico del siglo XX.

Sólo cuando el postrer frío paralizó sus ojos de buho, pudo Unamuno comprender que la batalla estaba terminada. Porque esos fueron su destino y su legado trascendentes : la vida es un combate y sólo merecen perdurar los que pelean sin temor a la derrota. Así Unamuno —hombre, artista, pensador y escritor— se condensa y se afirma finalmente en un tremendo luchador, capaz de negarse y rectificarse cien veces a sí mismo, con tal de sostener su vigorosa aptitud de indagación, su pasión por la duda, sus veleidades críticas, la búsqueda porfiada de la verdad que nunca encontrará.

Y es que en la lucha con el ángel, el vasco genial jamás vio la cara del adversario porque lidiaba en la profunda oscuridad.

Un escritor no es tan sólo un problema de construcción literaria, por mucho que la gramática, el estilo, giros idiomáticos e imágenes pertenezcan a la ingeniería secreta del que escribe. Hay que sondear también en el espíritu que mueve una pluma, en la voluntad ansiosa de conquista y comunicación, en el pensamiento desgarrado por la conciencia dubitante, en el modo particular cómo cada uno enfrenta el mundo y sus problemas, a través de su propia e intransferible transitoriedad.

El escritor es más una revelación del espíritu que un problema de estilo.

Pasemos a otro aspecto. Árbol que da mucha sombra ha de temer a la envidia. ¡Qué páginas compuso el maestro —en la novela

MARIANO PICON-SALAS

Noticias del diablo y de Francia

Follaje diabólico

El asunto con el diablo comenzó de este modo. Desde hacía tiempo quise escribir un estudio sobre los demonios demasiado invencioneros y gozosos cuyo exuberante follaje de máscaras, actitudes y vicios penetra hasta en los tímpanos y columnas de las catedrales francesas y cuya gesticulancia y perpetua « grima » contrasta con la actitud hierática de santos y bienaventurados. Toda la libre imaginación que no permite la iconografía sagrada, la despliegan los escultores románicos y góticos en sus representaciones de estos diablos a quienes les surgen rostros auxiliares en la barriga, cuya cara se confunde con el fuelle que soplan o el caldero que hierven y a quienes se les disparan formas sexuales de serpientes o sapos en las zonas más inesperadas. A veces ese demonio, excesivamente rural, de los escultores del Medioevo parece un borracho y glotón que se bebió todo el borgoña, se comió el más grasoso pastel, pellizca a las mujeres o trata de hacerle trampas al ángel en el solemnísimo momento en que se pesan las almas. Parecía el fantasma de la buena o mala digestión de aquella época en que los inviernos y las noches se sentían más largas, en el castillo se adobaba la más pesada carne de jabalí y hasta el ideal erótico de la época consideraba a la mujer (a pesar de la idealización caballeresca) como otra pieza de cacería que se devora con más apetito que malicia. Prolongar sólo la especie, de cualquier manera, pues las gentes mueren jóvenes, los cuarenta años equivalen ya a la vejez, y de tiempo en tiempo la horrible peste pasa con su hoz segadora y el ruido de su carlanca por poblados y castillos. Y buscar las brujas que acaso envenenaron los pozos, o exorcizar los demonios. Cuando no era esta pesadilla nocturna o la explicación del mal gratuito e inexplicable, la imagen del diablo es —por el contrario— la fuga de la fantasía reprimida, la violenta expresión vital de un mundo que contra lo personal y concreto prefería la abstracción de los « universales ». Así el retrato del diablo, a veces equivale en los escultores del Medioevo —¡oh admirado Gilsbertus de la catedral de Autun!— a la caricatura del divertido « copain », del alegre compadre con quien se compartió el vino, los buenos bocados, la risa y la compañía de las mozas.

En Francia —me decía un amigo, historiador de la cultura—, el diablo en sí mismo (si exceptuamos terribles historias como la de Barba Azul) no debería producir mayores estragos. Y recordábamos que en cada momento de gran peligro, Dios ha otorgado a Francia la santa o la virgen valerosa y prudentísima como escudo y amparo de su pueblo. Para librar de los bárbaros a ciudad tan encantadora como París inspiró la acción de Santa Genoveva ; contra los ingleses y a fin de reunificar a Francia, armó a Juana de Arco. Frente a la violencia de los prusianos en 1870, ya erigía un muro de piedad, y un nuevo pacto de la Virgen con la tierra francesa, el milagro que logró Bernardita. Y aun contra los enlevitados ministros anticlericales de comienzos del siglo XX —como los que formaron el gabinete Combes— surgió la edificante historia de Teresa de Lisieux. Sólo después de la segunda guerra mundial no apareció —según mi amigo el historiador— ninguna virgen, porque se le opuso la antítesis de ella, el mito, tal vez un poco demoníaco, de Brigitte Bardot. Pero ¿hasta qué punto es demoníaca Brigitte, o encarnan el demonio sus libretistas, directores o agentes de publicidad?, era

una cuestión previa que antes de pasar a más grave asunto, pretendí esclarecer.

Tentación de Brigitte

Lo que pudo existir de diabólico en el caso Brigitte se discutió durante el otoño pasado. « Se la encontró inanimada, a la orilla de un pozo, en el jardín », dijeron de ella las crónicas de los periódicos. Al fondo del paisaje —¡qué ironía!— para invitar al eterno deleite, cabrilleaba el más diáfano Mediterráneo, esperaba el « yacht » de las gentes ricas y completaban el paisaje perfecto las colinas rojas y todos los mármoles, cipreses y oleandros de la Costa Azul. Un paisaje para que Venus volviera a nacer.

Pero ¿iba a repetirse en la Francia existencialista que ya no siente arrepentimientos de amor y pecado, el conflicto romántico de Ofelia? ¡Y que poco semejante a Ofelia era la calipédica muchacha cuyo esplendor erótico no sólo enciende el entusiasmo de las multitudes, sino gravita sobre las finanzas francesas y merece inmortalizarse en los billetes de banco, con más legítimo derecho que Víctor Hugo o el Cardenal Richelieu! ¿Cómo una chica que a los veintiséis años, supera su edad en el número de millones de francos que posee, y para quien la vida no ha de ofrecer obstáculo ni límite, sufre de pronto la misma derrota que la humilde hija del viejo sirviente de Elsinor? Si Ofelia no era sino la dulce cenicienta admitida en una poderosa sociedad de malas personas, Brigitte inauguraba, en cambio, un imperio de erotismo al que ya no importan clases y fronteras sociales. Una, para agradar a su enfermizo príncipe podría adornarse con las flores silvestres del campo, mientras la otra prefería aquellos ramilletes minerales que, para dádivas de millonarios, ofrecen los joyeros del faubourg Saint-Honoré. Una invitaba a la melancólica comprensión del amor solitario, otra a la insurgencia unánime del pansexualismo moderno. Ofelia lloraría por la tornadiza condición de su amado, mientras por Brigitte padecerán muchos hombres. Pero cuando las derribó su angustia, ambas procedieron de la misma manera. ¿O es que estos dramas del ser consigo mismo ya no pueden explicarse por las fórmulas del materialismo histórico y por las diferencias entre la hija del sirviente y la « estrella » millonaria?

Quizás puede afirmarse, también, que el mal de Brigitte no brotó de su propio desamparo, sino que era el producto del acoso, publicidad y malos deseos de muchos admiradores. En los países comunistas, más inocentes, no podría ocurrir lo mismo, diría el marxista obstinado. El hecho es que ella dijo : « no resisto más », cuando después de unas horas se despertó en la clínica, y la confundida reina del mundo sólo quería el reposo de una almohada y mucha oscuridad y silencio. Y en silencio y oscuridad —mientras los diarios de París lanzan ediciones extras contándonos sus grados de temperatura, las palabras de su delirio y el número de sus pulsaciones— meditaría sobre la odiosa y casi abrumadora fama que le atribuyeron sus empresarios. ¿Representaba ella, efectivamente, el amoralismo actual, la fuerza desencadenada del sexo sin sanción, religión ni obligación, o era sencillamente una buena y común muchacha a la que se atribuyeron perversamente los pecados que no se atrevían a confesar los otros? ¿Tengo la culpa de haber nacido demasiado hermosa?, podría preguntar Brigitte a quienes la juzgaran. Y también la tentativa de suicidio habría que cargarla a la cuenta de los teóricos y cineastas de la llamada « nouvelle vague », que no conciben entre hombre y mujer sino la incesante y despiadada guerra civil de los sexos : el placer como aniquilación. Es mito más sádico que el de las amazonas, el de Aquiles y Pentesilea en el drama de Kleist. El deseo se hace autónomo, casi se separa de la persona que se ama y más que integrarse en la felicidad, se realiza como homicidio en pedazos. El humo, las drogas y el insomnio de la gran ciudad moderna es para ello escenario más cruel que aquel campo en que Pentesilea salió en busca de Aquiles al estallar todo el verdor de la primavera.

Y quizás el auténtico drama de Brigitte es que pudiéndolo todo, no podía lo que está al alcance de cualquier muchacha francesa de su edad y condición : irse al parque de atracciones con su novio mal vestido, subirse en la rueda, deslizarse en la montaña rusa y compartir después el refresco y la lonja de pan y jamón de las parejas pobres. Pero cuando ella comparece a tomar una noche el pacífico « café crème » acompa-

ñada de uno de sus « régisseurs » en Saint-Germain-des-Prés, ya la aguardan periodistas y fotógrafos para lanzar una nueva historia. ¿Se divorcia o no se divorcia? ¿Obtendrá un nuevo marido? ¿Se ha enamorado en las últimas veinticuatro horas? Y si a la sólida muchacha se le atribuye un drama de perversidad en cuanto acepta la compañía de cualquier amigo, tampoco dos hombres podrán aproximársele sin que medien bofetadas y arañazos. Ya no escuchará en paz, en desenfadado grupo juvenil, como millares de muchachas francesas —y sin inventarle los más aviesos designios—, los « blue » y los « spiritual », los alaridos sincopados, saboreando cocteles de ron, del bar existencialista. Porque la propaganda enseña que todos deben desearla y se le confía la peligrosa misión de ser plenipotenciaria del pecado, todos también la acosan y la celan con dentellado furor. Y a quién amará Brigitte no es ya problema suyo y del muchacho a quien le guste, sino de las inmensas bocas de comadres que no cesan de morder su vida. (En nuestra época tecnificada, el viejo papel folklórico de las comadres lo ejercita la prensa vespertina.) A esta Ofelia de nueva especie que quiso dormirse a la orilla del pozo, la seguían con sus graznidos de cuervos todas las brujas de Macbeth.

El diablo, si existe, realiza contra la pobre Brigitte una hazaña muy diversa de la de los demonios del Medioevo. No es el mismo demonio de los siete, conocidos y muy definidos, pecados capitales. El viejo diablo colérico, glotón o lujurioso. Este diablo inventor de más abstractas relaciones e intrigas se complace no sólo en la comisión de los delitos enumerados en la más venerable Teología sino en pecados nuevos, pecados contra el espíritu que no podían sospecharse cuando Moisés escribió las Tablas de la Ley y los doctores de Nicea resumían los preceptos fundamentales de la Ética cristiana. ¡Qué inocentes y primarios aquellos diablos enmascarados, lascivos y borrachos de las viejas catedrales francesas! ¿No es peor que el hartazgo de la carne y el vino, estas otras culpas del cálculo y la gélida invención de la inteligencia, este rencoroso culto del mal, tan arraigado en el hombre contemporáneo? No tener paz y sosiego; probar, mortificando a los otros y mortificándonos a nosotros mismos, que verdaderamente existimos, son los mandamientos del nuevo decálogo. Buscamos la náusea que para Sartre es el testimonio de la existencia, como los místicos de antaño buscaban el éxtasis a fin de acercarse a Dios. En la historia de una buena muchacha —como acaso quiere ser Brigitte Bardot— lo demoníaco se expresa impidiéndole que viva su vida normal de apuesta burguesita que prosperó. No quiere permitírsele el goce espontáneo e intransferible de verse en el espejo, contemplar sus joyas, manejar su automóvil, divertirse con un amigo o darle de comer a su « caniche », como pueden hacerlo millares de mujeres, que sin ser diabólicas tampoco aspiran a las palmas de la santidad. « La Vérité », la última película de Brigitte que se proyecta en los cines de Francia —y cuya tensión escénica influyó, sin duda, sobre su crisis del año pasado—, la « Verdad », ahora impone que donde ella aparezca, ocurra una tragedia. (Mientras los cineastas norteamericanos, que son más ingenuos que los franceses, hubieran aprovechado la exuberancia calipédica de Brigitte para hacerla, seguramente, una nueva Mae West, bonita, cuyos films tendrían una solución regocijada, los directores de la « nouvelle vague » no pueden soportar un adarme de felicidad y se complacen en atribuirle desastres. Y abrumada del perverso renombre, la pobre muchacha ya sólo quería llorar y desaparecer en el olvido. Como otras chicas en igual trance iban a confesarse con el sacerdote, ella prefirió hacerlo con las pastillas de barbitúrico.)

La trufa en la ceniza

Uno de los platos más refinados de la cocina francesa es la trufa en la ceniza. Parece que la buena gastronomía, como el sabio erotismo, prefiere al producto que ofrece la naturaleza aquel que transformó, empalideció o ablandó la química del tiempo. El hombre primitivo prefería comer con la sangre fresca y la carne todavía tibia, el animal que logró cazar, mientras que el civilizado persigue, por el contrario, manirlo o adobarlo complejamente. Dios hizo las cosas útiles de la naturaleza desde el cuerpo de la mujer hasta el tomate, la zanahoria o la trufa, pero el diablo prefirió inventar las salsas. Y cuando nosotros, gentes de otros

realidad supera a la ficción », en cualquiera de los —para mí feísimos— cafés de la Rive gauche. Los insomnios le tornaron tan pálido que no sólo le conviene el apodo que le inventé, sino parece contener en las venas el mismo líquido que en su vaso de « pernod ». Nada de aquel diablo sanguíneo y suntuosamente enmascarado de las esculturas medievales. Parece anémico y demasiado anguloso. Perdió también el énfasis, aquella libre gesticulancia y habilidad de manos con que hacía tan bonitas trampas a los ángeles en el momento de repartirse las almas. Pero comprobando las leyes de la evolución, lo que perdió en garras y destreza saltarina, lo ganó en precisión discursiva. No le interesa tampoco que ya pueblen su infierno aquellos réprobos vulgares —glotones, borrachos, viejos avarientos o fornicadores— a quienes ponía a cocer en viejos calderos, porque le interesa la sociedad de gentes más sutiles. En la especialización que imponen los tiempos, ya para ir al infierno se necesita el doctorado o una cultura equivalente. Y el diablo mismo se confundiría con cualquier técnico y sabio experto internacional ; es viajero de todos los aviones a chorro, siempre está de regreso de una secreta misión en cualquiera de los países donde hay algún conflicto, y puede hablar con la misma voz monótona, pero gélidamente documentada, de astronáutica, política, pintura y literatura abstracta. Maneja, sin revelarlo mucho, la más escrupulosa bibliografía. De un personaje semejante, tan deshumanizado y seguro, que reemplazó las emociones por datos y el sentimiento por rigurosos cálculos de probabilidad, se puede aguardarlo todo : que organice un frío acto terrorista contra el primer ministro de una república lejana, o inspire el suicidio de algún adolescente. —¿A qué se parece ahora el Infierno?, le pregunté esa noche cuando, acaso convencido de que soy viejo y fui ya demasiado tentado para que me alucine de nuevas tentaciones, hablamos del mal y de temas diabólicos con la misma calma objetiva con que hablaríamos de las revueltas de Laos.

Y con pausas de conferencista, comenzó a responder mi pregunta :

— El infierno, me dijo, no es sino un destino ulterior de los hombres, lo que en el lenguaje terrestre se llamaría el coronamiento de una profesión. Así como muchos sabios aspiran en la vejez a ser miembros de la Academia o merecer la Legión de honor, otros hacen todo lo necesario para ganarse el Infierno. Pero como los hombres evolucionaron desde que Gilsbertus esculpía el drama de la culpa y el pecado en la catedral de Autun y se burlaba tanto de mí, también esa morada final ha cambiado de acuerdo con las necesidades y yo diría con los gustos, de los réprobos. El infierno medieval se parecía mucho a la tosca cocina del castillo : mala ventilación, exceso de tizones, calderos sucios y almas chamuscándose como piezas de cacería sobre la leña. Una decoración —demasiado romántica para la sensibilidad moderna— de serpientes y dragones legendarios. Una continua lucha de gladiadores a que me obligaban con el armado San Miguel que semejaba reproducir —porque el infierno también se inspira en la vida terrestre— a la de los grandes vasallos con el Rey de Francia. Nadie creería hoy en un infierno semejante, y, de existir, apenas se habría conservado como monumento histórico para hacer bonitos espectáculos de « son et lumière » durante la temporada turística.

Se mostraría a los espectadores como aquellos fríos y feroces castillos de Luis XI, no iluminados aún por la luz del Renacimiento, y en cuyas mazmorras se pudrían los obispos y nobles que perdieron la gracia real. Rey diabólico, intrigante y mal oliente, incómodo para el mismo infierno. Pero a otros hombres, otra morada de suplicios —si el hecho de vivir, como lo afirman algunos existencialistas, ya no lo fuera— y más cónsono, también, con el proceso de la arquitectura y las costumbres humanas. Tuvimos un infierno renacentista con los motivos clásicos, las columnas romanas y la decoración en casetones dorados que amaba la familia Borgia, y un infierno barroco y un infierno rococó como quería la señora Pompadour. Con las palabras pedantes de la época puede decirse que hemos evolucionado de acuerdo con la situación histórica, y hoy disponemos de un infierno funcional que puede mostrarse decorosamente en las exposiciones arquitectónicas.

— ¿Cómo es?, inquirí de mi erudito contertulio.

decer en demasía?, terminó de decir el demonio.

Meditación junto al Pernod

El « pernod », bebida gélida e incolora, parecida a la lengua del diablo y a ciertas neblinosas noches del invierno parisiense poco socorridas de estrellas, ya se estaba agotando en los vasos. ¿Pagaremos una nueva ronda a la salud del diablo? Y también este café de Saint-Germain-des-Prés con sus caras de tertulianos anémicos, cautivos de sus insomnios, y la clientela de viejos libertinos, de candidatos a « blouson noir » y « ninfetas », podría compararse a una antesala del infierno. ¡Qué poca alegría e ingenuidad tenían sus conversaciones, qué horrible es parecer saberlo todo y no admirarse o sorprenderse como lo hacen el niño y el campesino! ¿Qué le vamos a pedir ahora al diablo? Todos se hartaron hasta el empacho con las más podridas frutal del mal : éste, más que en el cuerpo o en el sexo, estaba en el alma de los hombres. La relación con el pecado tampoco consiste ya, como en los muy humanos réprobos de la Edad Media, en comerse de una sola vez todo el costillar de un jabalí, vaciar las botas de vino, pellizcar a todas las mujeres o terminar a sangre todas las riñas. El condenado moderno va como los personajes de Kafka recorriendo el laberinto o mete el espíritu en la serie de las cajitas chinas, y ya no puede recuperarlo. Todo es aséptico y ordenado, pero ya no podrá desatarse del enredo. Se embarcará para América —como el protagonista kafkiano—, pero acaso no llegue nunca a América, o la América que busca se fragmenta en una serie interminable de Américas incidentales. No volverá a juntarse con los suyos, perdió el amor al prójimo y el hilo de sus primeros proyectos. Un día que se despertó de una pesadilla, al mirarse al espejo, ya no sabía si era hombre, gusano u orangután. Desde que un mono fue hasta los astros, todas las especies se confunden. Tampoco como en la Edad Media puede escaparse a tierra santa a rescatar las reliquias de los infieles o a buscar, venciendo los monstruos, la rosa de la perfección o la copa del Santo Graal. Si le fastidia la sociedad burguesa, podrá ingresar en el Partido clandestino o ilegal, pero allí le ponen a escribir papeles y a repetir consignas (se repite, se repite ya sin analizar), o le espera, si se atrevió a decir una palabra espontánea, un proceso más secreto y tenebroso que el del personaje kafkiano. Entramos en un mundo sin humor, que ama poco la risa y las bromas. Aun sin que haya guerra, hay que ponerse una máscara contra los gases.

Como un nuevo Juan del Apocalipsis, apartado con sus horribles sueños, un joven y neurótico judío de Praga describió y pronosticó ese conflicto sin salida, que acosa a las almas de hoy. Toda aventura ya se tentó ; toda revolución engendra la contrarrevolución ; la llamada cultura no vence la crueldad, y a la puerta del templo el hombre desamparado invoca en vano a los dioses que se fugaron. Surgían ciudades espléndidas ; levantaban cada día torres más altas que la de Babel, o un grupo de sabios con cálculos y experimentos de extremada precisión hicieron perecer en un día más de doscientas mil personas. Más que las que exterminaron en sus largos reinados, empalándolas o unciéndolas a sus carros de guerra, Asurbanipal, Nabucodonosor y Senaquerib, los reyes aliados de las fieras.

Y el drama inexpiable, el verdadero secreto infernal, es la desintegración de todo el sistema de formas y valores que antes fijaron la relativa seguridad del hombre. El diablo moderno es el ingeniero de lo desintegrado. No sólo se desintegra el átomo, porque también anda suelto y amenaza estallar todo el plutonio de las almas revueltas. ¿Quién puede decir ahora qué es lo realmente bello y lo realmente justo? El problema de los valores ya no se esclarece en uno de aquellos coloquios platónicos, buscando la perfección en cuanto se aproxima nuestro angustioso mundo sensible al modelo del mundo inteligible ; había fuera de las pasiones del hombre, ideas o arquetipos para definir la ecuanimidad y la belleza, y los consejos del filósofo se aproximaban —como entre los griegos— a los cánones del escultor. Porque en el más nuevo juego diabólico, la palabra o el concepto que yo empleo no tiene el mismo sentido que el que utiliza mi antagonista. Hay el peculiar diccionario del grupo o la secta. Como antes existieron los pecados capitales, y el teólogo medieval los ordenaba en series numéricas y a cada pecado correspon-

día un especialísimo círculo del infierno, ahora los delitos surgen del distinto significado que damos a las palabras y las cosas. La moral universal del hombre se trocó por la ética del partidario o del fanático. Falta ese « dulce pomo » de que hablaba Dante, el sentido de trascendencia otorgado a la acción, el trabajo y la vida. El existir es acto tan azaroso como aquel viaje a América del personaje kafkiano en el que el espíritu terminó perdiendo todo proyecto y volición.

El sexo ya no tiene que sublimarse en el amor, y haremos de una muchacha francesa la protagonista, quizás la mártir, de la sexualidad autónoma. Cuando ella se desmaye, como una Ofelia a destiempo, la reanimaremos, porque la « experiencia » —más importante que el sentimiento— nos interesa a todos. Y « La Verdad », lo que el gran cineasta llama « la verdad », es la suma de los experimentos crueles, no disfrazados de piedad o ternura. Por lo mucho que en otras épocas —como la romántica— se abusó de la conmiseración y las lágrimas, hoy se trocaron en delitos e infracciones imperdonables. Para no volverse sentimental con las historias de la abuelita y los mimos de su casa burguesa, « Monsieur Bill » resolvió hacerse « duro » y asesinar y quemar a una de sus amantes. —Así se portan los hombres, llegó diciendo a las tabernas de la plaza Clichy.

Muchos llevan la « desintegración » y la « dureza » a otras formas de acción como la política, y en nombre de mi idea tengo el derecho de eliminar a quienes dudan o no aceptan mi utopía del Estado y la sociedad. Si soy revolucionario, eliminaré a mis enemigos por « contrarrevolucionarios », y si defiendo el orden, los fusilaré para evitar la « revolución ». Lo imperdonable ha de ser que yo deje con vida y palabra a quienes no creen en mis fórmulas, absolutamente eficaces, de imponer la dicha humana. Ya hay sociólogos y economistas que dicen que no importa el sufrimiento y el hambre de una o varias generaciones, si los planes que preparó la excelente ingeniería del diablo han de cumplirse en el porvenir. Aguante cincuenta años de oprobio y cautividad para que sus descendientes sean felices en el año 3.000, se dice en las consignas. Hay profesores que están endemoniados.

Abundan otras desintegraciones más ingenuas como aquellas que, con más locuacidad que trabajo, defienden los contertulios del café nocturno. Hablan de Arte, y ellos son los únicos que pueden crearlo, pues es la primera generación que trató la « pintura » como « pintura » y la « música » como « música » y la « literatura » como « literatura ». Al revistar la Historia de las Artes acaso advierten, con gran escándalo, que el robusto Tiziano amaba en exceso las mujeres bonitas, Rafael le hacía demasiado caso a la geometría y Rubens era esclavo de los temas mitológicos y del esplendoroso contrapunto de los cuerpos femeninos y los encajes y sedas en que palpitan. Ellos, los nuevos artistas, darán a París el nuevo y alucinante espectáculo del Arte completamente liberado y desintegrado. También en las artes se realiza una revolución atómica. Que los críticos de arte busquen las palabras más raras y confusas para definir el fenómeno. Las gentes repiten fórmulas que no entienden como los adeptos del hermetismo repetían el abracadabra. Para vender su mercancía el nuevo pintor genial tiene unas hermosas barbas, anticipa el vocabulario y pedantería de sus comentaristas, y como un ermitaño moderno que padece en sí mismo todas las dolencias de la civilización, hace semanas que no frecuenta el baño ni la peluquería. —¡Y con qué materiales trabajo!, nos dice orgullosamente. He producido una revolución en la técnica. Todas las pinturas, todos los conceptos estéticos que prevalecieron hasta hoy han caducado, nos dice alardosamente.

Pero de tanto oír estas cosas, estas palabras que ruedan por el río sucio de los lugares comunes de nuestra época, resolví cortar toda relación diabólica. El diablo se ha hecho antipáticamente inteligente. Habla como un colaborador de « La Nouvelle Revue Française ». Volveré a verlo, quizás a admirarlo, en las vitales, enmascaradas y desmesuradas representaciones de los escultores del gótico. El diablo demasiado « diablizado », como la pintura que sólo fuera pintura, o la literatura que sólo pareciese palabra autónoma, habría perdido para mí un poco del sabroso y picante condimento de la vida.

Fotografía de mis padres

El día giraba con sonido de zaranda,
y en el atardecer equinoccial,
alto en sus ramos de mandarinas celestes,
mi casa era una larga pared blanca
de cal
con zócalo de pavos reales
en fila hacia la noche.
Vasta luz de manantial
en los resplandores
de las acacias.
Yo veía volar las aves del paraíso,
mientras mi padre y mi madre,
sentados bajo el naranjo de la casa,
eran una fotografía
que guardo
en el fondo de un baúl penumbroso.

Tarde de lluvia

Un cielo de azules espesos se ilumina
en las nubes del mural primitivo
de la vieja iglesia con goteras.
Lámparas de luz antigua
abren los ojos de los santos
que tienen las piernas
carcomidas por los termitas.
Vago entre relámpagos con aves de rapiña,
mirando los aleros del pueblo,
los asnos cabizbajos bajo la lluvia,
la sombra verde de las arboledas,
donde el café florece
en un vasto perfume del mundo,
cerca de la noche
que estará clara de estrellas lacustres.
La tempestad deja nubes
en altos oros de altar,
y en el cementerio,
las tumbas muestran sus escoriaciones
en reflejos que tiemblan
con el vuelo nupcial de los termitas.

MANUEL MALDONADO DENIS

Puerto Rico
ante su futuro político

SI TOMAMOS COMO PUNTO DE PARTIDA el resultado de los últimos comicios electorales celebrados en Puerto Rico (Noviembre 1960), no podemos menos que tener en cuenta un hecho incontrovertible : la desaparición definitiva del Partido Independendista Puertorriqueño (P.I.P.) como el segundo partido en Puerto Rico, y la consolidación definitiva del Partido Estadista Republicano (P.E.R.) como el partido principal de la oposición al Partido Popular Democrático (P.P.D.). Todo esto aparte del surgimiento de una nueva fuerza política : la Iglesia Católica, que hizo una campaña política activa a través del Partido Acción Cristiana (P.A.C.).

Como los dos partidos más poderosos, el P.P.D. y el P.E.R., conciben una relación permanente entre Puerto Rico y Estados Unidos como eje de todo su programa social y económico (el P.A.C. no se ha pronunciado sobre el problema del « status » político final de la isla), mientras el P.I.P. yace exangüe y dividido —desangrado por luchas intestinas y problemas de liderato—, la isla se enfrenta con un problema cuya solución acarrea profundas consecuencias de orden político, económico y cultural. Me refiero al problema que ha sido el foco polarizador de las energías de este pueblo en el último siglo : el « status » político.

A pesar de que algunos líderes políticos han intentado —sobre todo desde 1940— desviar la atención del pueblo puertorriqueño de lo que ellos han optado por llamar el « estéril debate » sobre el « status » hacia su confrontamiento con cuestiones de carácter económico y social, aquél continúa perturbando la conciencia del puertorriqueño hasta cobrar caracteres casi patológicos. La razón es sencilla : tal y como se perfila en el momento actual, la fórmula política conocida como el Estado Libre Asociado (E.L.A.), aun cuando ha resultado muy satisfactoria desde el punto de vista económico, resulta ambigua desde el punto de vista político y cultural.

Básicamente, el problema del « status » político, conjuntamente con sus proyecciones culturales, continúa siendo tan agudo hoy como lo era bajo la Ley Orgánica aprobada por el Congreso de Estados Unidos en 1917, por las siguientes razones : 1) Puerto Rico está sujeto a las leyes federales sin tener representación alguna —excepto la de un Comisionado Residente en Washington que tiene voz, pero no tiene voto— en el Congreso Nacional. Por lo tanto, las leyes federales aplicables a Puerto Rico tienen vigencia aquí sin nuestro consentimiento, aun cuando sea con nuestra aquiescencia ; 2) a pesar de las manifestaciones hechas por la propia delegada de EE. UU. ante las Naciones Unidas en 1953, en el sentido de que el pacto o convenio mediante el cual Puerto Rico se dio a sí mismo una Constitución no podrá ser alterado unilateralmente por el Congreso de EE. UU., éste continúa ejerciendo sobre Puerto Rico —constitucionalmente— los plenos poderes que le concede la claúsula territorial con referencia a sus territorios. El pacto establecido en-

tre Puerto Rico y Estados Unidos, por lo tanto, no puede constituir —en el sentido legal— una transacción bilateral que sólo podrá ser abolida por mutuo consentimiento de las partes, puesto que el Congreso se reserva el derecho —estatuído por la Constitución— de ejercer sus plenos poderes sobre Puerto Rico como isla « perteneciente » a Estados Unidos. Esto no significa, claro está, que el Congreso *de hecho* viole el pacto, como veremos más adelante. La posible ambigüedad de toda la relación —que se ha agudizado con una batalla verbal digna de nuestro retoricismo— sólo podría aclararse de manera terminante por medio de una decisión del Tribunal Supremo de Estados Unidos. Pero éste no puede tomarse la iniciativa en lo que a decidir casos se refiere, y además nada garantiza que el supremo tribunal decida dar un fallo sobre el particular, especialmente cuando podría escudarse en los precedentes establecidos al efecto de que las « cuestiones políticas » no son de la competencia de la Corte ; 3) las decisiones del Tribunal Supremo de Puerto Rico están sujetas a la revocación o aprobación del Tribunal Supremo de Estados Unidos. Esto implica que si en el aspecto político Puerto Rico continúa bajo la potestad —excepto en asuntos puramente locales— del Congreso de EE. UU. y de las correspondientes agencias de la Rama Ejecutiva, en el aspecto jurídico nuestro supremo tribunal se encuentra también bajo la égida de Washington (1).

I

La Ley 600 aprobada por el octogésimo-primer Congreso, que confirió a Puerto Rico el derecho de darse su propia Constitución, deja vigente una parte de la Ley Orgánica de 1917, que ahora toma el título de la Ley de Relaciones Federales de Puerto Rico. La cláusula que le sirve como preámbulo reza como sigue : « Que las disposiciones de esta Ley se aplicarán a la Isla de Puerto Rico y las islas adyacentes pertenecientes a Estados Unidos. »

¿Y de qué manera, pues, Puerto Rico « pertenece » a EE. UU.? Según la decisión emitida por el Tribunal Supremo de los EE. UU. en los famosos Casos Insulares, Puerto Rico era un territorio no incorporado de la nación norteamericana. Mediante este acto de prestidigitación judicial, el Supremo Tribunal norteamericano logró sacar de su chistera un nuevo concepto jurídico que se ajustaba a las nuevas realidades de la política del Destino Manifiesto, logrando de esta manera introducir una nueva distinción diferente a la establecida tradicionalmente entre territorio y Estado. El Artículo IV, Sec. 3, cláusula 2 de la Constitución de EE. UU., dice : « The Congress shall have power to dispose of and make all needful rules and regulations respecting the Territory or other Property belonging to the United States... ». La implicación es clara : Puerto Rico no ha sido incorporado como un territorio —como ocurre con todos los territorios que están en vías de convertirse en Estados de la Unión—, ni es un Estado de la Unión Americana (2).

Bajo la cláusula citada, el poder del Congreso sobre Puerto Rico es supremo dentro de su esfera de acción. Según lo señaló en 1959 el Dr. David Helfeld en su ponencia ante el Comité de Asuntos Insulares del Congreso :

« Toda la autoridad federal, ya sea mediante estatutos nacionales ordinarios aplicables a Puerto Rico, o mediante legislación especial como la Ley Pública 600 bajo la cual el pueblo de Puerto Rico redactó su propia Constitución, pueden trazarse en última instancia a la cláusula territorial de la Cons-

(1) La Corte Suprema de EE. UU. ha fallado, sin embargo, que para revocar una decisión del Tribunal Supremo de Puerto Rico en lo referente a la construcción de estatutos locales : « el error debe ser claro o manifiesto ; la interpretación manifiestamente equivocada ; la decisión patentemente falsa ». *Bonet* v. *Texas Co.* 308 *U. S.* 463 (1940).

(2) En justicia debemos señalar que algunos casos de las cortes inferiores han dicho —a manera de « dicta »— que Puerto Rico ha dejado de ser un territorio no incorporado de Estados Unidos. (Véase Cosentino v. Int. Longshorn's Asso, etc. 136 F. Supp. 420 ; y *Mora* v. *Mejías* 206 F. 2d 377 ; *Per Contra,* véase Detres v. Lions Building Corp. 234 F. 2d 596, donde se sostiene que Puerto Rico sigue siendo un territorio como bajo la Ley Jones).

actual con EE. UU., siendo éste un paso de avance sobre la relación existente entre los dos países bajo el Acta Jones. Este consentimiento de no consentir a las leyes federales aplicables a Puerto Rico, marcha de la mano con los poderes de plena autonomía en cuanto a asuntos puramente locales, puesto que « en asuntos locales el gobierno de Puerto Rico ejerce una autoridad *de facto* comparable a la de un Estado de la Unión » (5). Ambos argumentos se emplearon como justificación del actual estado de cosas, para no mencionar la perenne argumentación sobre lo económico.

El supuesto de todo el razonamiento es que el Congreso y Puerto Rico, en igualdad de condiciones, optaron por encontrar una fórmula política satisfactoria para ambos. La realidad, sin embargo, es otra. El conservadurismo del Congreso con referencia a Puerto Rico desde el año 1898 ha consistido en una mezquindad en la concesión de una mayor autonomía para la isla, conjuntamente con un paternalismo que hace aparecer al Congreso —en el peor de los casos— como el « hermano mayor » de Puerto Rico. No fue hasta 1948 cuando Puerto Rico pudo elegir su propio Gobernador, 48 años después que el general Miles había venido a la isla con la promesa de verter sobre nosotros todos los « privilegios e inmunidades » de la forma norteamericana de vida. Todas estas promesas se han ido cumpliendo —intermitentemente— en el transcurso de medio siglo. Todo el mejoramiento de índole económica y política que ha experimentado Puerto Rico en los últimos años no debe ser óbice para ver que bajo la Carta Autonómica concedida por la Corona Española en 1898, Puerto Rico tenía un grado mayor de autonomía que la que posee actualmente : representación en las Cortes Españolas ; facultad para hacer tratados comerciales ; aprobación local de las leyes de España aplicables a Puerto Rico. Esa es la realidad escueta, aun cuando se pretenda escamotear la cuestión.

(5) David Helfeld — « Congressional intent and attitude toward Public Law 600 and the Constitution of the Commonwealth of Puerto Rico », XXI *Revista Jurídica de la Universidad de Puerto Rico* (mayo-junio, 1952), p. 309.

II

Cuando la señora Bolton, delegada de EE. UU. ante las Naciones Unidas, testificó en pro de que se aprobase la resolución mediante la cual la nación norteamericana no tendría que rendir más informes al organismo mundial sobre Puerto Rico, su alegación principal fue que mediante la Ley 600, EE. UU. y Puerto Rico habían formalizado un pacto o convenio que sólo podría ser cambiado por el consentimiento mutuo de las partes interesadas (6). Esta fue también la posición sostenida por el Comisionado Residente de Puerto Rico en Washington, el doctor Antonio Fernós Isern. Finalmente la resolución fue aprobada, aun cuando hubo muchos países que adujeron argumentos contrarios a la posición sostenida por la delegación de EE. UU. ¿Significa esto que existe en verdad una relación bilateral entre EE. UU. y Puerto Rico, que se deriva de la Ley 600 y de la Constitución del E.L.A.?

Cuando la Constitución del E.L.A. fue sometida al Congreso para su aprobación, éste no tuvo miramientos en la anulación de la Sec. 20 de la Carta de Derechos —tomada de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre aprobada por las Naciones Unidas— por su alegado carácter « socialista ». Luego se intentó hacer las enmiendas a la Constitución del E.L.A. dependientes de la aprobación del Congreso, como órgano legal de última instancia. La oposición tenaz del Gobernador hizo que el Congreso cediera en este punto. En un estudio minucioso de la « intención » del Congreso acerca de la Ley 600 y la Constitución del E.L.A., el Dr. David Helfeld ha dicho en el estudio ya citado :

« A pesar de que el título formal ha sido cambiado, en la teoría constitucional Puerto Rico es aún un territorio. Esto significa que el Congreso continúa teniendo una autoridad plenaria, aun cuando no sea ejercida, sobre Puerto Rico. Constitucionalmente, el Congreso puede revocar la Ley Pública 600, anular la Constitución de Puerto Rico y vedar cualquier legislación insular que considere poco sabia o impropia. Desde la pers-

(6) Véase *Naciones Unidas*, Asamblea General, Octavo Período de Sesiones, viernes 30 de octubre de 1953.

pectiva del derecho constitucional el convenio entre Puerto Rico y el Congreso puede ser alterado unilateralmente por éste. El convenio no lo es en el sentido comercial de la palabra. Más bien expresa un método que el Congreso ha optado por usar en vez de una legislación directa...

« La historia legislativa de la Ley Pública 600 y la Constitución están yermas de cualquier evidencia, más allá de unas pocas declaraciones hechas por representantes de la opinión minoritaria del Congreso, en el sentido de que el Congreso tenía la intención de ceder su poder constitucional sobre Puerto Rico a perpetuidad. Si la evidencia fuese otra sería difícil encontrar una base doctrinal adecuada para la autoridad que tiene un Congreso para obligar a un Congreso en el futuro en lo concerniente al ejercicio doméstico del poder. Ciertamente el poder de hacer tratados bajo la Constitución no tiene relevancia alguna en las relaciones entre el Congreso y un territorio » (7).

Según se desprende de este estudio, no fue la intención del Congreso atarse irrevocablemente en su relación con Puerto Rico. Claramente, la Ley 600 y la Constitución del E.L.A. no tienen la obligatoriedad de un tratado, puesto que en su carácter de territorio incapaz de determinar sus relaciones internacionales, Puerto Rico carece de la personalidad jurídica en el campo internacional, condición « sine qua non » para que un país pueda obligarse en sus tratados internacionales. La analogía con un contrato comercial es también harto insatisfactoria cuando se usa para definir la relación existente. En las vistas celebradas en el 1959 sobre el proyecto Fernós-Murray, el senador Jackson puso en duda la constitucionalidad de un proyecto que parecía obligar irrevocablemente a los Congresos futuros en su relación con Puerto Rico (8).

El proyecto Fernós-Murray encontró una oposición tenaz en el Congreso, hasta que recibió muerte piadosa a manos del propio Gobernador de Puerto Rico hace unos meses. Una de sus disposiciones —la referente a la limitación de la deuda pública— fue aprobada hace poco por el Congreso, pero no sin que antes se eliminase el preámbulo del proyecto, en donde se reiteraba el carácter contractual de la relación entre Puerto Rico y EE. UU. (9). La idea del proyecto era la de aclarar algunos aspectos de la relación entre EE. UU. y Puerto Rico, cuya ambigüedad preocupaba a la Legislatura de Puerto Rico. En el fondo, y según el testimonio del Dr. Fernós Isern y del propio Gobernador Muñoz Marín ante los comités del Congreso, el proyecto Fernós no cambiaba *fundamentalmente* la Ley de Relaciones Federales de Puerto Rico. No obstante, el tenor general del proyecto propendía a lograr un mayor grado de gobierno propio con relación a la metrópoli, así como la liberalización de algunos aspectos comerciales que diesen cierta flexibilidad al comercio de la isla con otras naciones. Todo esto se estrelló contra la barbacana del conservadurismo del Congreso.

Se ha alegado que la Ley 600 y la Constitución del E.L.A., aun cuando sea constitucionalmente insostenible en lo que a su bilateralidad se refiere, constituye sin embargo un « fait accompli » que desde el punto de vista del realismo político el Congreso podría alterar sólo bajo su propia cuenta y riesgo. Otros, como el doctor Helfeld. han sostenido que la obligación moral del Congreso de observar las cláusulas del convenio es de tal naturaleza que resultaría difícil pensar que el Congreso fuese a actuar en forma arbitraria con relación a Puerto Rico, sobre todo desde el punto de vista de un sano realismo político. No obstante, no debe olvidarse que los hombres viven de los símbolos, y muchos puertorriqueños consideran que —a pesar del nivel de prosperidad económica— Puerto Rico continúa bajo la tutela de otro país, cuyas leyes son aplicables a los puertorriqueños sin el consentimiento de éstos, y que además puede actuar —constitucionalmente— en el ejercicio de su autoridad plenaria sobre Puerto Rico, para alterar la Ley 600 y la Constitución del E.L.A. unilateralmente. Si el Congreso ejercerá de hecho el poder que tiene en sus manos es ya otra cuestión. Yo personal-

(7) Helfeld. « Congressional Intent. etc. » pp. 307-308.

(8) Hearings before the Committee on Interior and Insular Affairs, United States Senate, Eighty-Sixth Congress, First Session on S. 2023. pp. 40-55.

(9) *El Mundo*, 8 de marzo de 1961.

diese alcanzar el mayor grado de autonomía compatible con su vinculación a EE. UU.

Así por ejemplo, y siguiendo en la trayectoria del fallido proyecto Fernós, Puerto Rico podría obtener del Congreso —aunque a veces, dado el conservadurismo de éste, lo dificulto mucho— una declaración clara y terminante de que las leyes federales aplicables a Puerto Rico deberán recibir, para tener plena vigencia, la aprobación de la Legislatura de Puerto Rico. Igualmente podría idearse una relación, compatible con los vínculos que nos unen a EE. UU., para que haya una mayor flexibilidad en la tarifa arancelaria, de manera que Puerto Rico pueda concertar tratados comerciales con otras naciones. Todas estas concesiones podrían conducir, eventualmente, a una representación de Puerto Rico ante las Naciones Unidas. Reconozco, no obstante, las serias dificultades que todo esto acarrea desde el punto de vista de la psicología del Congreso. Pero nuestras metas —si es que el pueblo en verdad no quiere la independencia— deben definirse claramente. Esta sería, a mi juicio, nuestra única medida de salvación como pueblo, al mismo tiempo que nos conferiría una mayor dignidad política y una amplia seguridad económica.

Los factores que militan contra esta solución, sin embargo, son abrumadores : el conservadurismo del Congreso, cuya estrechez de miras con relación a Puerto Rico resulta en ocasiones dolorosamente evidente ; la impaciencia de algunos grupos puertorriqueños con el actual « status » político, conjuntamente con la aureola del prestigio que, como gran potencia, tiene EE. UU. ante los ojos de nuestros compatriotas ; la actitud colonialista, especialmente en el sector proamericano, reveladora de un profundo sentido de inferioridad y una actitud de menoscabo de lo nuestro ante lo norteamericano, ilustrada tan palpablemente por los norteamericanos al 200 % que abundan en Puerto Rico ; la integración de la economía de Puerto Rico en la economía de la metrópoli, así como una marcada tendencia hacia el predominio del capital extranjero en todo el programa de Fomento Industrial ; la penetración cada vez mayor de los peores aspectos de la cultura de masas norteamericana, ayudada por instituciones con acentuadas tendencias americanófilas, que van forjando la mente de las futuras generaciones en un ambiente artificial de « americanismo » ; el « culto de la felicidad », especialmente de parte de nuestra clase media, que como creación del Partido Popular amenaza con devorarlo, y que —como sus congéneres del Norte— tiene un solo Dios : Mamón ; la complacencia y el estado anodino en que se encuentra actualmente la juventud puertorriqueña, cuya angustia por los asuntos vitales que afectan a su país se limita a la voz en el desierto de unos pocos ; etc., etc.

La perspectiva, para aquellos de nosotros que percibimos esta ola que se nos viene encima, no puede ser menos halagadora. Han pasado ya varios siglos desde que Fray Damián López de Haro dijo de los puertorriqueños que éstos no se atrevían a salir a pescar mar afuera, por miedo a que « los cogiera el holandés ». Hoy tal parece que nuestro miedo no es que nos coja, sino que nos suelte. Mientras tanto, Puerto Rico sigue su trayectoria —como el cordero que adorna su escudo— hacia el cadalso de su cultura nacional.

SIDNEY HOOK

Radiografía del militante comunista

La turbia situación política en Cuba, el Congo y otras regiones del mundo confiere oportunidad a estas preguntas : ¿Qué es exactamente un comunista? ¿Cómo saber si un individuo o un grupo sigue la táctica comunista o una política independiente que coincide en todos sus puntos con las normas comunistas del momento? ¿La denuncia del sistema de vida, del modo de dirigir los asuntos o la política extranjera de Norteamérica es un signo indicador del comunismo? Creerlo así sería una prueba de mucha ingenuidad. Todo lo que es A es también B ; pero no todo lo que es B es forzosamente A. Todos los comunistas son enconadamente hostiles a Estados Unidos y al mundo libre ; pero no todos los que son hostiles a Estados Unidos y al mundo libre han de ser necesariamente comunistas. ¿Cuándo puede decirse que la hostilidad hacia Estados Unidos y el mundo libre son una prueba de comunismo y cuándo puede afirmarse que no lo son? He aquí la respuesta : cuando esta hostilidad se conjuga con otras creencias y otras actividades. Y ¿cuáles son éstas?

Antes de contestar a esta pregunta, vale la pena de examinar la posición de los que consideran que el hecho de llamar o no comunista a un individuo es una incongruencia semántica. Según ellos, hay que juzgar al hombre por la conducta que sigue en el momento actual. Si apoya al Kremlin en sus propósitos de dominar el mundo, puede asegurarse que prácticamente es comunista ; pero si no es tal su conducta, no es comunista. Este juicio representa un grave error, que puede tener consecuencias incalculables. El calificar a un hombre de comunista, con fundamento o sin él, puede producir efectos muy variados. Si no lo es, sospechará que otros a quienes se les llama tampoco lo son, aun cuando lo sean realmente. Y lo que es peor todavía, empezará a acariciar la idea de que los comunistas declarados no difieren de él en sus aspiraciones esenciales. Si tiene la convicción de ser una persona decente, llena de buena voluntad para con los demás, pensará también que los comunistas pueden tener las mismas aspiraciones, a pesar de la extraña jerga que emplean.

Por otra parte, si es realmente comunista, pero se presenta ante la incauta opinión pública occidental como partidario de la reforma agraria, como rebelde nacionalista u otra cosa por el estilo, sus acciones subsiguientes podrán abrir la puerta a nuevas victorias comunistas. E incluso podría ocurrir que los mismos que en caso de una agresión comunista pudieran hallarse entre las primeras víctimas de esta ideología, le ayudasen a subir al poder. Los acontecimientos han hecho fracasar a menudo programas políticos por basarse éstos en la suposición ingenua de que un hombre es necesariamente lo que dice ser.

No faltan quienes creen que se hace demasiado ruido acerca de la cuestión de saber quién es comunista. Están convencidos de que existe un procedimiento fácil para descubrirlo, ilustrado por la historia de ese general fanfarrón y mentecato que defendía a un miembro de su Estado Mayor acusado de ser comunista : « ¿De dónde saca usted

la certidumbre de que no es comunista? », le preguntó uno de sus colegas. « Pues —contestó— de que se lo he preguntado y me ha asegurado que no lo es. »

* * *

Hubo una época en que era bastante fácil descubrir si un individuo tenía convicciones y simpatías comunistas ; bastaba con preguntárselo directamente. A poco de tomar el poder los bolcheviques, dirigidos por Lenin, crearon la Internacional Comunista para estimular y organizar acciones similares en todas partes, y sus partidarios se declaraban comunistas públicamente y con orgullo. No veían ningún inconveniente en ello, ni siquiera en los países donde sus organizaciones habían de actuar fuera de la ley. Las consecuencias de calificarse uno mismo de comunista eran tan impopulares y desagradables, que nadie hubiera soñado en afirmarlo sin fundamento. En aquellos días, el Kremlin reprochaba a los partidos comunistas el « encubrir la cara del Partido ». Suponían que no necesitaban ocultar nada y que la justicia de su causa no podía traer ninguna decepción.

Pero cuando las masas siguieron mostrándose sordas a los llamamientos de los comunistas para desencadenar la revolución, y fue conociéndose mejor la organización soviética y el programa comunista de dictadura y terror ; cuando los que tenían la responsabilidad de la seguridad nacional adoptaron las medidas oportunas para apartar a los comunistas de los puestos de confianza, los partidos comunistas recibieron instrucciones para cambiar de procedimiento y prepararse para entrar en acción cuando llegase el momento. De herejes francamente revolucionarios que predicaban la necesidad de la insurrección y de la dictadura, llegando incluso a provocar muchas veces su detención para facilitar el trabajo de la propaganda revolucionaria, se convirtieron de pronto en conspiradores secretos. Empezaron a practicar los métodos tortuosos, contrarios a los procedimientos políticos de la democracia, en los países donde ésta existía, y a disfrazarse de reformadores, de nacionalistas y hasta de demócratas, en las naciones donde no se practicaba este régimen.

En algunos países, el Partido Comunista no da actualmente la cara para intervenir en las cuestiones importantes y actúa a través de organizaciones nominalmente sin partido, a fin de movilizar a la opinión pública en favor de su política y de su programa. Otras veces se introduce en otros partidos políticos, en especial los de izquierda, valiéndose de sus agentes clandestinos que ya se han encaramado subrepticiamente a los puestos de mando. Hay individuos que después de haber sido adiestrados sistemáticamente en la Unión Soviética, regresan a su patria para organizar movimientos populares alrededor de algún abuso escandaloso, y evitan todo contacto con los partidos comunistas oficialmente reconocidos, allí donde los hay. Después se propagan con el nombre de « Partido del Pueblo », lleno de animosidad contra el Occidente. En tales condiciones, una vez que se ha suscitado una sospecha legítima, ya es imposible determinar si un individuo es o no comunista, sólo porque él reconozca ser miembro de dicho Partido. Esta calificación se convierte en un problema muy difícil y complejo, y muchas veces hay que suspender todo juicio.

Sin embargo, partiendo de un criterio más amplio, puede llegarse a conclusiones seguras, sobre la base de dos categorías de pruebas. La primera se funda en el carácter de las convicciones ; la segunda está constituída por el conjunto de la conducta política. En cuanto a las convicciones, el comunismo es una doctrina social formada por dos dogmas principales. Es condición indispensable del credo comunista aceptar *ambos* dogmas, y esto basta ya para que un individuo sea clasificado entre sus adeptos.

El primero de estos dogmas manda que se considere el colectivismo como el sistema de producción, distribución e intercambio más apetecible, o por lo menos, como el más importante, en una economía socializada o nacionalizada, en la que el planeamiento centralizado sustituye al mecanismo del mercado libre, para fijar el reparto de los recursos naturales y humanos. El segundo dogma impone que la colectivización sea efectuada por la « dictadura del proletariado » que, según las palabras de Lenin y Stalin, es « substancialmente la dictadura del Partido Comunista » —que constituye sólo una pequeña minoría de la población—, y se basa en un poder absoluto, sin ningu-

si una organización o un individuo que sostiene firmemente no ser comunista, lo es realmente. A veces estas declaraciones provienen de desertores o de antiguos simpatizantes que han experimentado un cambio en sus opiniones. En los últimos tiempos estas defecciones se han hecho más raras, debido en parte a que el aparato comunista es ahora extremadamente meticuloso, y en parte a la acogida desfavorable que la opinión de los países no comunistas reserva a los que han roto públicamente con Moscú.

La mejor prueba de adhesión al comunismo son los detalles complejos que se observan en la conducta durante un período determinado. No es discreto concluir que un individuo o una organización pertenecen a dicho partido, basándose en la energía con que éstos defienden en un caso aislado una causa que también apoyan los comunistas. Pero si la frecuencia, el orden y el ritmo de las causas defendidas y de las tácticas expresadas coinciden con las posiciones adoptadas por el Partido Comunista, aumentan rápidamente las probabilidades de que este juicio sea acertado. Los súbitos cambios de trayectoria en la política tienen mucha importancia. No basta que una organización o un individuo sigan una tendencia paralela a la de los comunistas ; pero si éstos hacen un brusco cambio de frente y aquéllos les imitan dócilmente, ya será menester que demuestren con pruebas irrefutables que sus móviles no guardan ninguna relación con la actitud comunista. Ahora bien, si los comunistas vuelven a su posición inicial y dicha organización o dicho individuo siguen de nuevo sus huellas, entonces su caso queda juzgado de manera inapelable.

* * *

Durante un período relativamente corto, podemos hacer una especie de « análisis del valor » de las evoluciones de una organización o de un individuo. Si anotamos la curva de sus modificaciones o cambios de actitud en relación con las diferentes cuestiones, y al compararla después con los zigzags del Partido Comunista hallamos una correlación frecuente, toda desconfianza estará justificada y convendrá proceder a nuevas observaciones. Generalmente también puede inferirse de otros hechos que un elevado coeficiente de correlación es un síntoma grave y no arbitrario. Tales son la naturaleza de las consignas empleadas, la publicidad dedicada en los órganos comunistas, en lo que concierne a un asunto determinado, el origen de las contribuciones y la existencia de un personal directivo importante. Muchas personas han utilizado su propia experiencia, aplicando una técnica parecida para distinguir las ovejas de las cabras, y han abierto al fin los ojos ante el verdadero carácter político de algunas organizaciones que habían estado apoyando, porque observaron un cambio en su actitud o en sus declaraciones que ya había sido anunciado por un cambio anterior en la táctica de los comunistas. El sentido común, fortalecido por el conocimiento de lo que se proponen los comunistas, es suficiente para inmunizar a mucha gente contra nuevas decepciones. La razón de que los comunistas logren embaucar a tantos incautos, presentándose como algo distinto de lo que son, es que los engañados ignoran la naturaleza del comunismo, su historia, su teoría y sus prácticas. Una vez informados, pueden proceder como cuando encuentran un pájaro ajeno en el estanque donde pasan el día sus patos. Si a pesar de sus cualidades extrañas tiene la apariencia de un pato, grazna, se balancea y nada como un pato, habrá de considerársele como tal para todas las cuestiones prácticas.

Como en estos casos nunca se tiene una seguridad absoluta, será necesario permanecer atentos en espera de poder encontrar nuevas pruebas. Pero el hecho de no tener nunca esta seguridad no significa que no puedan existir un conocimiento bien fundado y excelentes razones para llegar a una conclusión. Si nuestro interés es comprobar los hechos en cada caso, debemos proceder como hacen todos los investigadores que persiguen la verdad y basar nuestras deducciones sobre las pruebas *preponderantes*. Pero cuando se produce un acto criminal que merece sanciones legales, necesitamos *pruebas que estén por encima de toda duda*. Si en las cuestiones de la vida corriente, en las que buscamos la verdad para orientarnos, esperásemos para actuar tener a nuestra disposición pruebas que no permitiesen lógicamente ninguna duda, se daría lugar a mu-

chas confusiones. Al llegar este momento, tal vez fuese ya demasiado tarde para tomar las medidas preventivas necesarias. Sobre todo cuando se trata de política extranjera, en que no es posible juzgarla como a un individuo en el banquillo de los acusados, sino que hemos de evaluar las convicciones políticas del jefe de un Estado basándonos en sus ideas y en su conducta, sólo podemos guiarnos por las pruebas y estar dispuestos a modificar nuestro juicio a la luz de la evidencia.

Para juzgar si una personalidad política desconocida hasta el momento sigue el juego de los comunistas con el propósito de conseguir sus propios fines o actúa impulsada por sus convicciones comunistas, hay una regla práctica que consiste en observar las decisiones que toma respecto de la independencia de su país. Si, a despecho de ciertas advertencias claras, compromete la integridad nacional de su patria, la aisla de los demás países que la habían ayudado anteriormente en momentos difíciles y siguen dispuestos a hacerlo de nuevo y permite a las personalidades políticas o a los técnicos comunistas que se infiltren en las posiciones decisivas, merecerá que se le trate con la mayor desconfianza. Incluso lo que pudiera aparecer como una interferencia evidentemente justificada del control comunista debe ponerse en parangón con la propensión, al parecer inevitable, de cualquier recién llegado a la escena política, a imaginar que puede engañar a los comunistas si emprende una acción común con ellos. « ¿Qué mal hay en que yo utilice a los comunistas para conseguir mis propósitos? », es la pregunta habitual de los novatos inexpertos en política. Pero lo malo es que comprometen dichos propósitos y se hacen sospechosos a los ojos de sus conciudadanos ; y además, los comunistas siempre sacan más provecho de sus aliados que sus aliados de ellos.

La dificultad para determinar el valor de las personas y de los hechos en relación con el comunismo fuera de la Unión Soviética, es ante todo la propia actuación de los comunistas. Nunca han sido capaces de ganar pacíficamente el poder en ningún país, con una mayoría en las elecciones. Por esta razón recurren sistemáticamente a subterfugios. Son muy hábiles para presentarse disfrazados con pieles de cordero y obtener de este modo los mejores resultados, debido a la conmovedora resistencia de sus posibles víctimas a creer en la existencia de animales de presa en la política.

* * *

Si el mundo libre quiere sobrevivir, deberá adquirir un conocimiento más imparcial de lo que es el comunismo. Habrá de valerse de una perspicacia y de una inteligencia más versadas en la elaboración de instrumentos flexibles, que le permitan hacer frente a la ofensiva ideológica comunista. Hay que dirigir constantemente un reflector implacable sobre la teoría y la práctica de los comunistas. Es preciso averiguar lo que piensan y lo que están preparando en cada momento. Una gran parte de esta información se encuentra en los estudios y noticias de los gobiernos, pero desgraciadamente son pocos los que los leen. Esta misión debería corresponder principalmente a los maestros y a los educadores, cuyos trabajos habrían de ser estudiados con serenidad y atención en todos los niveles de nuestro sistema de enseñanza. Mucho antes de que Hitler trastornase el mundo, éste había consignado ya sus ideas, sus planes y objetivos en su *Mein Kampf*. Si la política de las naciones occidentales hubiese sido formulada con un conocimiento exacto de lo que Hitler se proponía hacer, hubiera podido cortársele los pasos con menos derroche de vidas y de libertad. Por desgracia no se dedica la atención que merecen a la ideología comunista, ni a los escritos políticos que constituyen el *Mein Kampf* de sus dirigentes sucesivos, especialmente en los países anglosajones, donde estas cuestiones de ideología se consideran como una tontería y una materia despreciable. Pero no lo piensan así los comunistas, porque conservan su fe en ella y con ella tratan de conquistar el mundo. Esta ideología no se expresará en los discursos públicos, en las entrevistas con corresponsales extranjeros, ni en las emisiones de la televisión, que sólo representan lo que los dirigentes del Kremlin quieren que crea el mundo acerca de ellos. Pero nosotros hemos de conocer no sólo lo que quieren que creamos, sino también lo que ellos creen realmente. Son dos cosas distintas.

es el extracto de la « naturaleza muerta ». Quienes la compran no piden explicaciones, ni el vendedor tiene que aclarar nada, evitando el problema capaz de impedir la venta por si gusta o no la expresión de una cabeza. Los practicantes del abstracto, claro está, son mayoría, formando entre ellos los vendedores y críticos un coto cerrado donde ningún ajeno puede entrar.

La quintaesencia del abstracto es prescindir del motivo, del dibujo, juntar un color a otro color, y así se forma el cuadro ; luego todo consiste simplemente en colocar en la tela colores con más o menos gracia, tarea no muy complicada, para que surja el pintor. París, singular población de historia y belleza, es el mayor centro turístico y de las modas frívolas, y en buen sentido comercial también la indicada para ofrecer esa otra nueva moda de la pintura abstracta. Organizado el sistema mercantil a base de los pintores a destajo, los cuadros abstractos llenan las galerías, se desbordan. La exportación, sobre todo a ambas Américas, es obligada, y aunque al por menor los precios sean reducidos, el conjunto resulta una venta respetable ; cantidad, no calidad, sirve de lema. A veces aparecen inesperadamente negociantes ajenos toda su vida al arte, que hacen su negocio. Presentemos un ejemplo con un hecho histórico :

Hará un par de años se asomó un norteamericano a Montparnasse buscando diez pintores abstractos que tuviesen el catálogo comprobante de haber celebrado una exposición. En seguida los encontró, ofreciéndoles las telas, colores y 2 mil antiguos francos por cada cuadro ; el precio parecía ridículo, pero encargaba a cada pintor cincuenta cuadros pagando al contado, lo cual suponía ganar el pintor 100 mil antiguos francos en el plazo máximo de mes y medio señalado por el comprador. Nada de distraerse y ¡a dar brochazos y terminar cuanto antes! El norteamericano desembolsó un millón y medio de francos, equivalentes a tres mil dólares, por quinientos cuadros. Con la mercancía y los catálogos de las exposiciones de los diez pintores regresó a Estados Unidos. Pagó la aduana ajustándose al recibo de tres mil dólares, y como su verdadera profesión era viajante de comercio en droguería, recorrió el país llevando en un camión los abstractos que vendió en menos de un año por 150 dólares cada uno. Había ganado en ese tiempo más de 60 mil dólares, y vivido bien, por lo cual repitió la misma operación el año pasado.

Sin alejarse de la manera abstracta, siguen en cantidad los pintores del llamado « moderno figurativo ». Estos procuran dar la idea de una imagen velada, siendo la transición del abstracto al figurativo y huyendo del sentido del adorno que, en el mejor de los casos, será el valor del abstracto. Por último, los que conservan la tradición de la pintura abarcan todos los temas representativos conocidos, hasta el que parecía descartado : el cuadro de costumbres.

Muchos que en otros tiempos se limitaban a pasar por aficionados, o llamados pintores de domingo, que se distraían de otras ocupaciones pintando, hoy se consideran profesionales, aunque todavía no hayan conseguido redimirse del vulgar oficio de que viven. Hay los conocedores de la elemental técnica de pintar porque practican secundarias artes aplicadas : pantallas, tarjetas postales, carteles, rótulos, policromado de ampliaciones fotográficas. Los hay que son carpinteros, porteros, camareros, empleados comerciales, sin contar las amas de casa ; y los hay en demasía que, no sabiendo en que ocuparse, adquieren pinceles y colores y emplean sus horas en ver si aciertan a realizar algo vendible.

Cualquier pintor del mundo aspira a presentar sus obras en París, admitiendo que esta ciudad sigue extendiendo patentes de arte, pues, efectivamente, sostiene el tinglado de la divulgación. Si se dispone de dinero, el problema es fácil de resolver. Una organización comercial le hará el presupuesto detallado que comprende el alquiler de la galería, catálogos, carteles, repartidores de éstos y anuncios en los periódicos, cobrando el 15 por ciento del total. El pintor elije la galería según sus medios económicos, ya que los precios varían por barrios. El estimado más selecto es el Faubourg Saint-Honoré, Avenue Matignon y Rue La Boétie. Hecho el acuerdo, paga el pintor por adelantado. Colocará los cuadros un par de horas antes de empezar la exposición y los retirará el mismo día de terminarse. Ha llegado el momento importante, para el expositor, de la crítica periodística y de atender a los visitantes ; mientras tanto los en-

cargados de la galería estarán distraídos en otra ocupación, hechos a la costumbre de ver pasar pintores. El pintor, su familia y amigos habrán movilizado con invitaciones y llamadas telefónicas a sus conocidos, siendo consecuente que la tarde de inaugurar la exposición se llene de gente la galería si no es muy grande el local, se sirvan las bebidas, se hable atropelladamente y se felicite al pintor. Después..., lo único seguro es que la galería y la organización comercial han ganado dinero para continuar esperando que caiga un nuevo pintor ; este es otro de los secretos de existir un par de centenares de galerías.

La prensa de París también participa de tales beneficios y sostiene con brío el ambiente comercial de la pintura. A todo viento publica las grandes cotizaciones de las ventas de cuadros ; cuando la cifra es muy elevada encabeza el comentario con destacado titular. Más bien parece indicar a sus lectores que el arte es un valor económico positivo antes que una especial manifestación espiritual. Alimentando el interés en ese sentido sitúa a los coleccionistas como especuladores y les recuerda a menudo que un Van Gogh vendió un cuadro sólo por 10 francos, y anteayer se compró otro de el mismo pintor, en una subasta, por varios cientos de millones. Apoyándose en tal argumento forma el marchante de pintura su clientela, y el comprador se decide a ir formando su colección por lo que escucha, inclinado a la novedad que un día se pondrá de moda.

Un pintor se sitúa por la importancia que adquiere su firma ; cuando ésta se extendió en el mundo, ya puede pintar cualquier cosa, seguro de que encontrará admiradores y el codicioso comprador. Su carrera y sus procedimientos servirán de ejemplo al que pretende salir de la sombra o al marchante que le quiera lanzar .

¿Cómo se lanza en París a un pintor? Hay muchos trucos, formando parte de la profesión. El solo, aunque esté muy bien relacionado y disponga de dinero, no podrá hacerse un nombre si no entra en la red comercial. Perteneciendo a un « ismo », el grupo le ayudará ; pero por su parte debe constantemente llamar la atención, aunque para ello necesite el escándalo y la ridícula exhibición. Dejará de ser vulgar si se deja crecer los bigotes y los dispone como alambres, y dice a los periodistas que concibe sus cuadros surrealistas disparando un cañón. Estos pormenores emocionaron a más de una señora que alterna en sociedad, repitiéndose el nombre del pintor como el de una personalidad indiscutible : publicidad, en el fondo. Desde el universal éxito de la cocacola, la publicidad, sin poderla llevar a tan costosa escala, se convirtió en la principal base del comercio ; también de la pintura. Bien es verdad que en la pintura requiere cierta sutileza, pues debe engañar al comprador para que no sospeche que lo comprado es únicamente un nombre catalogado como artista. Las galerías que tienen su media docena de pintores a sueldo, dividen una tercera parte del valor de la obra vendida para la ganancia, otra tercera para los gastos de la galería y la otra para la publicidad ; o sea, de cada 100 mil antiguos francos 33 mil pagarán fotografías, publicaciones y enmascarados anuncios. El pintor y el marchante que trabajan de acuerdo, mitad y mitad de la venta, pagan conjuntamente la publicidad dirigida por el marchante. Cuando un marchante está bien instalado y emplea abundante dinero en el negocio, busca el pintor que cree que su obra tiene « sex-appeal », y se asegura la exclusividad de venderla, empezando por comprarle la que ya tenga en el taller. Es imprescindible que el pintor *esté* en la estética llamada « Escuela de París », que fácilmente se vea su personalidad, aunque consista en repetirse, y que practique un género fácil para que en torno a él hagan literatura los escritores, con preferencia a los colaboradores en revistas. El marchante le llama « son poulain », igual que al potro de carreras, y está dispuesto él a ganar la suya en multiplicaciones del diez al mil. Organiza la exposición de pocos cuadros a bombo y platillos, colocando también en la galería tres o cuatro cuadros de artistas fallecidos y consagrados : Utrillos, que ahora los hay por centenares, algún Bonnard, Rousseau o Vlaminck, de manera que no distraigan de los de « son poulain », pero que recuerden los precios altos y la buena compañía. Una monografía del « poulain » estará ya publicada ; dos o tres artículos de críticos « garantizados », varias anécdotas del pintor difundidas entre los cronistas

rrumbamiento. El marchante, poco a poco, va abandonando a « son poulain ». El provechoso negocio terminó ; ha sido una especie de jugada de Bolsa bien montada.

Las secundarias galerías con sus grupos de pintores continúan a un ritmo acelerado recibiendo cuadros y visitas, y renovando exposiciones que permitan anunciar la galería y conservar la animación. Sus clientes son más modestos ; entre ellos no faltarán los turistas de diversos países atraídos también por la divulgada fama artística de París, que comprarán según sus gustos. La habilidad del marchante consistirá en adivinar sus aficiones y saber qué cantidad puede pedir. De aquí surge que el marchante exige al pintor la manera y motivos que debe pintar considerados vendibles, adaptándose a los precios que pagan los compradores, y el pintor, para sostenerse, trabaja en serie ; si es necesario en quince días prepara una exposición.

Otro hecho curioso es el flujo y reflujo de los gustos, lo cual confirma la frivolidad en el aprecio de la pintura. En los abstractos, donde cualquier absurdo es permitido, por temporadas se repiten al unísono las entonaciones claras o las oscuras ; en el género figurativo también unas veces abundan los paisajes suaves o dramáticos, otras las flores y los bodegones rabiosos de color, y otras un tipo de figura esquelética, mal definida, con líneas en todos los sentidos. Tal coincidencia de maneras y asuntos produce la sospecha de que un ser misterioso corre la voz de cómo hay que pintar.

* * *

Hemos visto hasta qué punto la pintura, con tal dinamismo comercial, se ha industrializado en nuestra época por el camino que señala París. Y el lector habrá observado que no hemos hablado de arte, pues no ha habido lugar. En tales condiciones ¿cómo se logrará un verdadero artista? Si en unos meses, por los procedimientos explicados, se crea la reputación de un pintor, éste, aún siendo bien dotado, no esperará a formarse y superarse. La vida fácil y el halago social le impedirán sentir preocupaciones, irse analizando. Se dejará llevar por la fórmula que le procuró el buen éxito y no dedicará ni diez minutos a meditar artísticamente.

Aún hay algo más grave y es que, como consecuencia de tanto atropello pintando, los pintores de cierta valía artística que empezaron manifestándola a principio del siglo y viven, incurren en los mismos defectos. Aquello que tuvieron de acertado y selecto, lo que les hizo sobresalir meritoriamente, lo abandonan para ponerse al día, siguiendo la corriente de pintar presto y firmar, y si su última experiencia de la cabeza de mujer con los ojos de frente y las narices de perfil presentada con líneas angulosas fue comentada y gustó, no hay cuidado, que para todos habrá esa cabeza de mujer.

El arte pasa por una crisis alarmante, sostenida por la mixtificación que ha llegado a la gran farsa, y en cantidad tan asombrosa que la calidad es imposible. Si en algo puede justificarse el malthusianismo, será en el arte, pues la restricción de la producción es obligada si no se quiere fomentar la desorientación y atrofiar el gusto y el buen sentido. Claro, ni el pintor ni el marchante fuerzan a nadie para comprar cuadros, y tendremos que repetir el dicho de Lope de Vega : « El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo hablarle en necio para darle gusto. »

Más de un crítico respetable de París se ha ocupado en señalar la anormalidad de tal situación, augurando que la misma inundación de cuadros sin sentido, pondrá pronto el punto final a la anomalía, y ello será favorable para todos : pintores, marchantes y compradores. Si el marchante trabaja para el presente inmediato, el artista debe pensar en volver a trabajar mirando a lo futuro. Precisamente artistas inspirados como Vermeer, Manet, Cezanne, Van Gogh, Gauguin, porque en sus días no fueron comprendidos y fueron poco comprados, han motivado el que hoy lo más incomprensible sea admitido a cierra ojos, produciéndose una situación anómala y absurda.

Como el arte es eterno, el artista perdura. Es posible que, alejado del mundanal alboroto, algún artista goce en silencio del placer de la creación, y puede estar tranquilo, que nadie irá a importunarle con promesas, si en su pureza artística forzosamente huye de modas y de escuelas de París, pues será incomprendido, lo mismo que lo fueron los artistas citados.

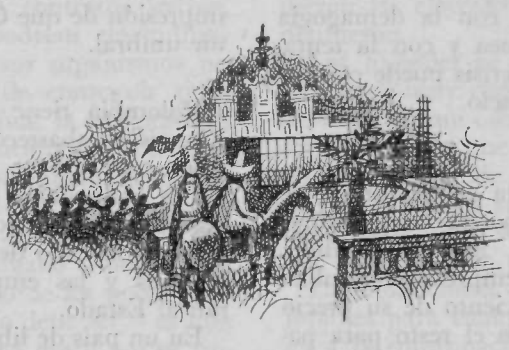
B.D.I.C

crónicas

Colombia en el umbral

POR VICTOR ALBA

LLEGAR a Bogotá fue para mí como regresar a la España de mi juventud, la de inmediatamente antes de la República.



Abundancia de hombres con sombrero, de autos con chófer. La gente viste con elegancia. Se observan los buenos usos de la cortesía. Se habla mesuradamente. Hay clubs que me hacen pensar en la « pecera » del Liceo, sobre las Ramblas barcelonesas, o en los círculos de labradores de las ciudades andaluzas...

La ciudad tiene todavía un tránsito automovilístico razonable. Se lee bastante. Hay un barrio colonial de una sobria belleza impresionante. Y seis universidades. Y unos museos que exigen semanas de curiosidad. Y se escucha un castellano que es, sin duda, de los mejores de América, enjundioso, seco, matizado...

Pero no es sólo en estos aspectos físicos en los que Colombia se parece a la España de los postreros días de la monarquía. El régimen social no es esencialmente distinto al de la Península de hace treinta años. Y tuve la impresión de que Colombia se encuentra, como entonces se hallaba España, en los umbrales de algo... Pero no podría decir de qué. Sospecho que los colombianos tampoco lo saben.

* * *

En octubre de 1952 llegaron a México, en avión, el ex presidente colombiano Antonio López y su hijo y el que fue ministro de Hacienda liberal Carlos Lleras Restrepo. Sus casas en Bogotá habían sido incendiadas, junto con los edificios de los diarios liberales *El Espectador* y *El Tiempo,* por bandas de choque conservadoras, o sea de la parte más intransigente del grupo conservador que ocupaba el poder.

— « La normalidad constitucional ha desaparecido » —me declaró el ex presidente colombiano.

Desde entonces ocurrieron muchas cosas. El Dr. López falleció. Los conservadores fueron sustituídos por un golpe militar de Rojas Pinilla y éste derribado por una huelga cívica en la que participaron hasta los banqueros. Alberto Lleras Camargo consiguió que liberales y conservadores llegaran a un acuerdo de alternativa en el poder, con el fin de poner término a la guerra civil larvada que existía en el país.

Hoy Lleras Camargo es Presidente de Colombia. Lleras Restrepo es « Designado » (Vicepresidente) y el hijo de Antonio López encabeza un movimiento que muy bien podría poner en riesgo de desaparición la precaria normalidad constitucional destruída en 1953 y restablecida con mucha habilidad —y casi podría decirse que pegada con saliva— por Lleras Camargo.

Durante el régimen de Rojas Pinilla se concertó un contrato con una empresa extranjera para explotar y refinar el petróleo en los campos de Las Infantas y La Cira, donde hay reservas calculadas en más de 500 millones de barriles. El contrato, en cuanto tuvo que marcharse el general, se consideró lesivo para los intereses del país. Ahora se ha rescindido, pagando el Estado seis millones de dólares por la compra del equipo ya instalado.

La cosa sería significativa de todos modos. Pero lo es mucho más si se tiene en cuenta que la rescisión ha venido después de que el gobierno norteamericano ha decidido que sus organismos de ayuda extranjera pueden conceder préstamos a empresas gubernamentales explotadoras de petróleo u otras riquezas mineras. Hasta hace unas semanas, esto era tabú. Sin la eliminación de este tabú, los contratos lesivos, en muchos países, no podrían rescindirse, porque los gobiernos o sus organismos no tendrían la posibilidad de conseguir préstamos con los que continuar la explotación.

La medida norteamericana se convierte así en una medida de consecuencias revolucionarias.

* * *

El tinto, el café colombiano —uno de los mejores del mundo y uno de los pocos bien hechos, gota a gota, como debe ser— es una institución. Mientras haya gusto por el tinto, habrá tertulias. Y mientras haya tertulias, habrá política...

La política es una de las pasiones nacionales. Tal vez por esto, Colombia ha sido uno de los países latinoamericanos con una democracia formal más estable, hasta hace una docena de años. Podría volver a serlo si no fuera que hoy, en América Latina, la democracia ha de adquirir nuevo contenido o verse barrida por demagogos de cuartel o de televisión.

Para restablecer la democracia y el mínimo de convivencia —o, como diría Ortega y Gasset, de conllevancia— entre los partidos, Lleras Camargo encontró una fórmula, en 1957, que aceptaron conservadores y liberales, cansados ambos de la dictadura de Rojas Pinilla y de la guerra civil sorda que ensangrentaba el campo.

Esta fórmula consistía en que los dos partidos tradicionales alternaran en el poder, dando cada uno de ellos un presidente cada cuatro años, por espacio de dieciséis años. Terminado este plazo, se volvería al libre juego de los partidos. Las elecciones, pues, se encontraban en cierto modo hipotecadas. Pero la fórmula, en cuanto permitía salir de una situación trágica, fue aprobada en plebiscito por una mayoría abrumadora de los colombianos.

Lleras Camargo, liberal, fue el primer presidente elegido de acuerdo con lo que se llama en Colombia la « alternancia ». Termina su mandato en agosto de 1962. Las elecciones están por lo tanto cercanas. En ellas no se admitirá ningún candidato que no sea conservador.

* * *

Los liberales gobernaron en Colombia por espacio de medio siglo, antes de 1948. Perdieron las elecciones de ese año porque se dividieron.

Los liberales se consideran mayoritarios. Les viene muy cuesta arriba aceptar la idea de votar por un candidato conservador. Tanto más cuanto que ahora ya no está tan vivo el recuerdo de la dictadura, y el deseo de paz es menos acucioso, porque la violencia en el campo se halla menos extendida que en el decenio pasado.

Las condiciones se presentan, pues, inmejorables para cualquier liberal que se oponga a la continuación de la « alternancia » o alternación, como debe decirse.

El muchacho —lo parecía a pesar de tener treinta y tantos años— que llegó a México en 1953, en compañía de su padre y que, recuerdo, me sostenía que Stalin era un genio, ha sido el liberal que se ha mostrado dispuesto a aprovechar estas condiciones favorables.

Antonio López Michelsen, hijo del ex presidente, aprendió la política en México, durante el exilio. Hace unos tres años, comenzó a ejercerla en Colombia. Hijo y nieto de banqueros, novelista poco afortunado, abogado estudioso, López Michelsen ha dividido profundamente al partido liberal.

Cuando quiso iniciarse en la política activa, creó el M.R.L. (Movimiento Revolucionario Liberal). Los jóvenes, sobre todo, le siguieron. En las elecciones de 1960 ganó el 20 % del total de los votos liberales : 300 mil colombianos votaron por López Mi-

chelsen. Dieciséis diputados del M.R.L. hablan por este partido.

En realidad no dicen mucho, porque el M.R.L. no se sostiene por un programa (a pesar de su castrismo, de su izquierdismo primario, de su antinorteamericanismo), sino que se apoya, esencialmente, en el deseo tradicional de los liberales de evitar que los conservadores ocupen el poder.

* * *

López Michelsen ha sabido tocar la fibra sensible de los liberales (incluso los que se le oponen desean, en el fondo, que los conservadores no lleguen al poder, a pesar de la « alternancia »). Los comunistas, los castristas, algunos elementos de la burguesía, muchos jóvenes, algunas figuras legendarias de guerrilleros de la época de la violencia en los llanos, lo apoyan. López Michelsen no rehusa ninguno de estos apoyos, ni siquiera el de los comunistas. Dicen sus amigos personales que comienza a estar asustado de la influencia que los comunistas tienen en su movimiento, pero que ya no puede hacer marcha atrás.

En realidad, los comunistas (poco fuertes electoralmente, pero bien organizados porque aprovecharon la dictadura, que no los persiguió, para entrenar a sus cuadros y darles solidez) han sido los que, siguiendo a López Michelsen, han organizado los grupos locales.

Hablaba yo con Lleras Restrepo y me contaba éste que en una jira por la provincia que representa en la Cámara, lo acogían grandes multitudes.

— Pero no hay que forjarse ilusiones. Estoy girando sobre mi prestigio. Llego a un pueblo y la gente viene a escucharme. Me voy, y los que quedan allí son los hombres que forman el grupo del M.R.L. Ellos, en contacto con el campesino, el tendero, el maestro y el obrero, preparan de otro modo sus elecciones...

Y en Colombia ya se comienzan a preguntar qué ocurriría si el M.R.L. ganara las elecciones o si sus candidatos obtuvieran tal número de votos que... Porque si bien no puede haber otros candidatos a la presidencia que los conservadores, para los puestos legislativos cualquiera puede presentarse...

En todo caso, lo que ocurra en las elecciones del año próximo será decisivo para el país. Las condiciones van madurando para un estallido. Las elecciones podrían ser la chispa.

* * *

López Michelsen no es el único productor de chispas. El general Rojas Pinilla, el ex dictador, le hace la competencia. Y si los dos vieran que electoralmente no tienen perspectivas, es posible, dicen muchos, que acabaran aliándose.

Rojas Pinilla, después de haber sido juzgado por el Parlamento, no puede intervenir en política ni ser elegido. No tiene derechos políticos. Pero puede apoyar a candidatos.

Rojas Pinilla, vestido de paisano —él, que tanto gustaba de la quincallería—, recorre las ciudades y los pueblos. Habla. Se reune con amigos. Se rumorea ya que trata de formar un partido.

Sin embargo, no debe confiar mucho en las elecciones, cuando uno de los elementos esenciales de su propaganda es una especie de postura peronista, de demagogia social. Y en el ejército, que se mantiene ahora apolítico, sus amigos tratan de promover agitación entre los sargentos, tenientes y capitanes, de fomentar entre ellos el descontento hacia los generales. La lucha de clases en la milicia, pues. Con un general como inspirador —o aspirante a serlo— de los sargentos.

* * *

Todo esto es lo que se comenta ante la taza de tinto. Pero en Colombia se ha demostrado, en el « bogotazo » de 1948 y en la violencia de los llanos, que los componentes de las tertulias del café saben salir a la calle. Claro que se ha demostrado también que saben encontrar soluciones a problemas de apariencia insoluble.

Sólo que ahora la solución no podrá ser menos drástica que las medidas que se adoptarían desde la calle.

La oligarquía está desahuciada en Colombia. De esto se hallan convencidos todos (menos una pequeña parte de los oligarcas). Se trata de ver de donde saldrá quien la desaloje y remedie los males que legue : del café o de la calle.

CARLOS M. RAMA

Grandeza y crisis del «batllismo» uruguayo

A NUESTRO PARECER, parte del perfil original del Uruguay contemporáneo se debe a la existencia e influencia de la corriente política conocida por « batllismo », que ha orientado a ese país desde 1904 a 1958. En cierto sentido podría decirse que el batllismo está en el eje del « mito uruguayo », que como todos los mitos tiene algo de cierto al afirmar que el Uruguay es uno de los países políticamente más adelantados de América Latina, caracterizado por instituciones modelo y cuya población tiene un alto sentido democrático.

En los últimos años el Uruguay concita asimismo la atención internacional porque su tradicional sistema político está en crisis, y un gobierno reaccionario afronta una población día tras día más radicalizada, y esa crisis en cierto sentido es una crisis de la corriente política que animó en su momento José Batlle y Ordóñez.

Los orígenes del batllismo se hunden en la historia de la Banda Oriental durante el siglo XIX y tienen al parecer tres veneros o fuentes principales. En primer lugar el batllismo surge en el seno del Partido Colorado, partido de la burguesía montevideana, de los extranjeros (especialmente los italianos garibaldinos) y de la oficialidad del Ejército, que rivaliza con el Partido Blanco de los estancieros y las gentes de Iglesia, aliado al dictador argentino Juan Manuel de Rosas durante la llamada « Guerra Grande » (1). Este Partido Colorado desempeña el poder por medios no siempre democráticos, pero termina por integrar instituciones liberales y progresistas, y hace posible el segundo germen del batllismo del siglo XX : la escuela popular vareliana.

José Pedro Varela, figura paralela a Domingo Faustino Sarmiento o Gabino Barreda en su obra docente y la trascendencia de la reforma escolar de 1878, que coloca al Estado como actor decisivo del proceso educativo, lleva la instrucción primaria al interior, hace ingresar a las mujeres en las tareas profesionales y colabora eficazmente con la industrialización nacional incipiente, iniciada en 1875, creando una generación educada con independencia de la religión (2).

El tercer elemento explicativo del batllismo es el ascenso popular de las bajas clases

(1) El autor ha desarrollado más ampliamente estos temas en su obra, *Ensayo de Sociología uruguaya,* Montevideo, Medina, 1957, caps. IV y V.

Por otra parte esta solución tan uruguaya, o tan latinoamericana, esta fórmula original política que se adelanta a los tiempos y obtiene un elevado nivel de vida para un sector amplio de la población, y una convivencia democrática, sin necesidad de revoluciones violentas y al margen del sistema soviético, es reputada, no obstante, como extremista por los dirigentes norteamericanos de la guerra fría, y que animaron la administración Eisenhower. En un mundo cada día más reducido, la fuerza de Estados Unidos se coloca al servicio de los enemigos del batllismo.

Finalmente, el batllismo, que fue un auténtico y feliz renovador de la vida urbana, desatendió el problema agrario, en el que, salvo la sistemática protección de la agricultura frente a la ganadería, no se ocupó mayormente. El latifundismo pastoril prosiguió su obra de concentración territorial, y como consecuencia se produjo la pauperización de grandes masas campesinas y la proliferación del minifundio.

Estos postergados y graves problemas que el batllismo desatendió, hicieron del campo uruguayo una sociedad distinta de la urbana progresista, al servicio de los intereses políticos del Partido Blanco o Nacionalista y hasta de fuerzas de la extrema derecha, lindantes con el fascismo, como es una especie de « poujadismo », que se titula Liga Federal de Acción Ruralista. La conjunción de esas fuerzas en 1958 determinó la derrota del batllismo en las elecciones de aquel año, terminando así un gobierno de 93 años a cargo del Partido Colorado y de cincuenta y cuatro de batllismo.

Las perspectivas del batllismo en el Uruguay interesan a todo este país e incluso al resto de América Latina. Por lo pronto puede afirmarse que, en gran parte por continuada y profunda acción del batllismo, este país parece « vacunado » (por el momento), contra las intentonas dictatoriales y fascistas, lo que es bastante en América Latina. Las tradiciones democráticas y las clases sociales (especialmente nuevas clases medias instruídas), surgidas al amparo del sistema político de poder instaurado por el batllismo durante medio siglo, parecen asegurar que el Uruguay, a pesar de eventuales gobiernos de derecha, no llegará a caer en un clima de fascismo, dictadura o represión política antidemocrática.

El gobierno reaccionario instaurado en 1958 trató, sin embargo, de desmontar pieza por pieza el aparato institucional y político instaurado por el batllismo durante medio siglo.

La reacción popular, por lo menos en Montevideo y en los centros industriales, ha sido enérgica, y las fuerzas de la derecha no han podido apoderarse de los sindicatos ni de la Universidad, ni tampoco anular las libertades cívicas.

El batllismo, en cuanto partido, no se ha ajustado sin embargo a su nueva situación de fuerza opositora. Sigue dividido en diversas fracciones rivales, alguna de las cuales hace una oposición meramente formal, o no renueva su prédica de acercarse a las masas populares.

Las próximas elecciones nacionales están fijadas para el año 1962, y aunque se descuenta la derrota del nacionalismo en la capital, es difícil predecir un seguro triunfo popular en todo el país. Para cualquier observador es un hecho el auge del « fidelismo » y el ascenso comunista (6).

Por eso parece, a largo plazo, discutible la supervivencia del batllismo como fuerza orientadora, decisiva y progresista de la segunda mitad del siglo XX en el Uruguay. Esto sería posible, a pesar de todo, en la medida en que en su seno surjan corrientes renovadoras de izquierda que acometan los grandes problemas que siguen en pie en el país, como por ejemplo la reforma agraria, y que interesan a la clase obrera, cada día más poderosa. De lo contrario, este todavía importante partido será, como sucedió en Francia con el radical-socialismo, una fuerza minoritaria, fluctuante e indecisa, incapaz de contrarrestar a las oligarquías de la alta burguesía. Pero también, por temor a los movimientos obreros y partidos proletarios de vigor creciente, limitado a una acción cautelosa e ineficaz.

(6) Signos objetivos de estas aseveraciones son el aumento constante de la circulación de la prensa comunista, a partir de 1958, y la manifestación de apoyo al régimen del Dr. Fidel Castro con ocasión de la invasión de Cuba en abril de 1961, en que participaron unas cincuenta mil personas.

JOSÉ LUIS L. ARANGUREN

Los Coloquios de Madrid 1961

No soy hombre de congresos o conversaciones internacionales (ni tampoco nacionales), no soy lo que ya puede llamarse « conversador profesional » y, por ello, al carecer de los correspondientes elementos de información y confrontación, mi juicio podría tacharse de temerario por insuficientemente fundado ; pero tengo la clara impresión de que las Conversaciones que del 19 al 23 de mayo hemos celebrado en Madrid inauguran para nosotros, en España, una nueva forma de comunicación, independiente, abierta y plenaria, que puede llegar a ser tan fecunda, en el orden laico, como en el religioso lo fueron, tras los largos años de nuestra guerra civil primero e inmediatamente después, sin solución de continuidad, los de la guerra mundial, las Conversaciones Católicas internacionales de San Sebastián. Con una diferencia que no por exterior y aparentemente superficial es insignificante : de aquellas Conversaciones daba nuestra prensa diaria amplia información, en tanto que, de las que hoy comentamos no se ha publicado más que una brevísima nota que, además, y salvo en un periódico, apareció mutilada y desfigurada. Merleau-Ponty, invitado a estos Coloquios, a los que la muerte, de todos modos, le habría impedido venir, declinó la invitación por un escrúpulo político. Creo sinceramente que de haber podido prever su tono y carácter, el esfuerzo de libertad que han representado, y la « discreción », garantía de autenticidad, con que se han celebrado, aquel escrúpulo se le habría desvanecido ; y al escribir esto me parece que hago, a la vez, justicia al gran filósofo y el mejor elogio de nuestros Coloquios.

Me propongo dar aquí un resumen de estos Coloquios hechos posibles personalmente por Pierre Emmanuel, organizados por Pedro Laín Entralgo, por Julián Marías, por algunos otros amigos, por mí mismo y, como muy eficaz secretario, por Carlos María Bru. Naturalmente no voy a intentar desprender unos resultados de ellos para presentarlos bajo forma de « conclusiones ». Una conversación, si lo es de veras, nunca « concluye », queda indefinidamente abierta y, en cuanto a sus « resultados », en el caso de que los tenga, no son más que una parte de la conversación, su precipitado, su cuerpo, por decirlo así ; la otra parte es el alma, la vida misma, el movimiento del pensar dialogal. Y aunque la empresa esté destinada al fracaso, lo que yo quisiera reproducir, revivir aquí, es, condensadamente, en *raccourci*, ese movimiento y su « progreso », es decir, la dirección o sentido de tal

movimiento. Porque efectivamente, y en la medida de lo posible, estos Coloquios constituyeron, cosa rara, no una mera yuxtaposición de monólogos, sino un diálogo, *una conversación*, subrayando a la vez los dos términos : conversación sí, pero, a la vez, unitaria. En realidad este artículo debería titularse no « los Coloquios » sino « El Coloquio de Madrid ».

Con el título general de « Soluciones occidentales a los problemas de nuestro tiempo » y patrocinado por la Asociación Española de Cooperación Europea, se celebró en Madrid, del 19 al 23 de mayo, un Coloquio en el que participaron el poeta Pierre Emmanuel, Edgar Morin, animador de la revista Arguments, *Georges Suffert de* Cahiers de la République, *que dirige Pierre Mendès-France, François Bondy y Jean Bloch-Michel de* Preuves, *el dirigente italiano del Movimiento por la Federación Europea, Spinelli, el senador de la misma nacionalidad Chiti-Batell, los ingleses Halcro Fergusson del* Observer *y Hugh Thomas, autor del libro* The Spanish Civil War, *el escritor y crítico de arte polaco Jelenski, el profesor austríaco Igor Carusso, los norteamericanos David Landes y Fritz Stern, etc. Entre los españoles figuraban los profesores Aranguren, Laín Entralgo, Marías, Tierno Galván, el jesuíta P. Díez-Alegría, el poeta Dionisio Ridruejo, los escritores José Luis Cano, J.M. Castellet, Lorenzo Gomis, E.P. de las Heras, Mariá Manent, etc.*

Este seminario sirvió, por encima de las tareas puramente culturales, para que los españoles pusieran de manifiesto su deseo de salir de la vieja retórica nacionalista y de incorporarse plenamente a la vida europea. En cuanto a los extranjeros, su asistencia al Coloquio constituyó un testimonio inequívoco de la convicción de la necesidad de contar con España, cuya integración en la comunidad de espíritu —y no sólo económica— del mundo occidental sienten como un imperativo mayor de nuestro tiempo tanto o más que los propios españoles.

El tema general, « Soluciones occidentales a los problemas de nuestro tiempo », fue diversificado subdividiéndolo en otros tres, referentes a los tres problemas más importantes de nuestro tiempo : el problema « Nacionalismo y federalismo », al que se dedicó la primera sesión ; el problema « Capitalismo y marxismo », objeto de la segunda ; y el problema « Cultura de élites y cultura de masas », al que se consagró la tercera, tras la cual la sesión de clausura vino a ser la recapitulación y resumen de todas.

Los Coloquios, tras unas palabras de salutación pronunciadas por el profesor Yanguas Messía, presidente de la « Asociación Española de Cooperación Europea », en cuyos locales y bajo cuyo patrocinio se celebraron las reuniones, fueron iniciados por Pedro Laín Entralgo quien, autor principal del anterior esquema conductor, lo justificó rigurosa y cumplidamente. Lo que nos une a todos los participantes, comenzó diciendo, es la libertad, la voluntad de ser libres. Esta libertad está sometida a una condición intelectual, ya que hay que *saber* ser libres, con el saber, de élites o de masas, más adecuado a la liberación ; a una condición económica, ya que hay que *poder* ser libres y es menester preguntarse si el capitalismo o el marxismo proporcionan ese poder ; y a una condición política, ya que es menester hacer u organizar esa libertad, bien nacional, bien federalmente, según la tensión nacionalismo-federalismo. Laín distinguió así tres aspectos de un mismo tema, pero distinguió, como se ve, no para separar sino para reunir.

En la primera sesión y por obra del entusiasmo federalista de Spinelli, ponente de ella, el tema del federalismo estuvo a punto de cobrar una sustantividad que habría perjudicado a la unidad de estos Coloquios. La intervención de Georges Suffert fue decisiva como corrección de este posible exceso : el federalismo es —concedió— un eficaz instrumento y, más aún, el instrumento destinado a nuestra época, pero del que se pueden hacer usos muy diversos, pues en sí mismo no es más que una pura forma. Ahora bien, lo que nos importa no es la forma jurídica sino el contenido político : el federalismo lo mismo puede servir a los intereses de la Derecha que a los de la Izquier-

da, lo mismo puede ser instrumento del capitalismo que de la democracia económico-social. Por la brecha abierta por Georges Suffert y detrás de él asaltaron la « cosmópolis » de Spinelli, Chiti-Batelli, Dionisio Ridruejo, Luis San Miguel, Edgar Morin y el profesor Aguilar Navarro.

Después Vidal, cuya colaboración como traductor (junto con Anthony Kerrigan) y como conversador, fue muy valiosa, pronunció otra palabra decisiva al decir a aquéllos : « Sí, está muy bien lo que ustedes dicen, pero eso es el tema de mañana, el tema capitalismo-marxismo, y no el tema de hoy. » En un sentido tenía razón, pero ¿en cuál? En el sentido de la diversificación o *distinción*. En un sentido más hondo también la tenían los otros : después de haber distinguido era necesario *reunir*. Hablaba antes yo de un caminar del pensamiento, de un progreso dialogal, dialéctico de nuestra Conversación. Cuando, si se publica el volumen en que se recojan estos Coloquios, se puedan comparar la ponencia de Spinelli y su excelente intervención final en la que, sin confesarlo muy explícitamente, acertó a incorporar a su tesis el contenido de las objeciones de que aquella fue objeto, se podrá apreciar bien y, por decirlo así, hasta « medir » el recorrido de este progreso.

Si se agregan a este desarrollo dialogal del tema central la función de vigilancia intelectual y las precisiones filosóficas y políticas aportadas por Julián Marías y, con otro alcance, por Fritz Stern, Chueca y K.A. Jelenski, tendremos una imagen de esta primera sesión, sin duda la más trabada, que en su acertada conjunción de dinamismo dialéctico y corporeidad de la materia del diálogo, no sería desacertado comparar, como obra de arte, con uno de esos « móviles » o esculturas en movimiento de nuestro gran escultor Angel Ferrant.

La segunda sesión, aparte un tema secundario introducido por Ferguson, y sobre el que habló largamente el norteamericano David Sandes, giró en torno a la ponencia del profesor Tierno Galván, ponencia de gran valor como construcción intelectual y que ya por sí sola justificaría la prevista publicación, en francés, de estos Coloquios, pues facilitaría el conocimiento fuera de España de un pensamiento, el de Tierno, que constituye una versión sumamente personal y original y una aplicación político-económica del neopositivismo lógico.

Tierno comenzó su exposición con unas reflexiones para una lógica semántica e histórica del capitalismo y del marxismo, aspecto de su ponencia que, pese a su carácter fundamental, no fue discutido, salvo —breve y agudamente— por Pinilla de las Heras, ni podría serlo en unas Conversaciones que no eran específicamente filosóficas. El resultado que de aquellas reflexiones podemos retener aquí es la distinción de tres capitalismos : el feudal, el burgués o capitalismo por antonomasia y el socializado de una economía de consumo. La adscripción del primero al catolicismo *qua* catolicismo me parece una extrapolación bastante discutible que no queda justificada por la comprobación del hecho de que ciertos países católicos —entre ellos España— hayan quedado económicamente estancados en un capitalismo arcaico y tan deficiente que apenas merece el nombre de tal.

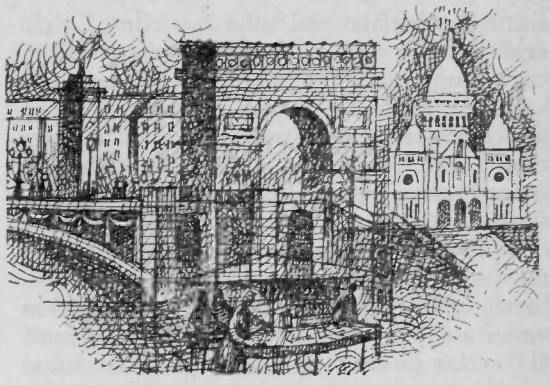
El pensamiento de Tierno Galván, muy radical a su manera, se caracteriza, entre otras cosas, por su consideración de la metafísica como mera construcción especulativa. Sin llegar a tanto, yo también participo de sus reservas frente al abuso metafísico. Pero me pregunto si junto a las puras construcciones metafísicas no son posibles igualmente las puras construcciones lógicas. El profesor Tierno maneja la categoría « pensamiento estético » como quien formula una acusación, una denuncia ; y no contento con eso quiere reducir la ética a pensamiento estético. Ahora bien, como hizo ver el profesor Igor Caruso dentro de estas Conversaciones —y otros hemos mostrado fuera de ellas—, lo moral es ineliminable porque el hombre, estudiado antropológicamente, resulta ser el único animal en devenir, el animal que tiene que hacerse a sí mismo. ¿En qué dirección? Según Tierno, en la dirección del bienestar (*Welfare*). Lo cual naturalmente es un « modelo » ético, más aún, la ética verdaderamente vivida hoy, como señaló Edgar Morin. Ser radical con respecto al bienestar, o sea, socializarlo, es para Tierno el radicalismo verdadero. Y la disolución de los problemas trágicos —problemas meramente « estéticos », según Tierno— mediante su *trivialización* es la otra cara del modelo ético que, sin denominar-

lo así, nos propone Tierno Galván. Ahora bien, ¿es posible esta disolución? Y si la trivialización no diese el resultado terapéutico que de ella se espera, una vez conseguido el bienestar, ¿qué? « *Il nous faut prévoir* —ha dicho el propio Edgar Morin en otro lugar— *la grande détresse inconsciente de l'homme lorsque le monde sera devenu une vallée de frigidaires.* » El bienestar socializado es una meta legítima y loable, pero no la última meta, con la consecución de la cual todos los demás problemas quedarán resueltos o disueltos.

La objeción de Edgar Morin le sirvió a él mismo para ligar el tema de la segunda sesión con el de la tercera, de la cual fue ponente principal. (Otra vez se pone de relieve así la *unidad* de la conversación.) La cultura de masas (analizada sutilmente tras él por Bloch-Michel, K.A. Jelenski, Gomis, François Bondy, Pierre Emmanuel, Julián Marías, Pedro Laín Entralgo, Chueca y Gerda Zeltner, en sí misma, en su carácter invasor y conquistador, pero no excluyente, en sus antídotos —por ejemplo, Queneau o Ionesco—, en sus modos de comunicación con la cultura de élites, en los más altos momentos de síntesis con ésta —por ejemplo Shakespeare, el *Quijote*, Balzac y, en nuestro tiempo, Charles Chaplin— y en la incomunicabilidad entre la novela de vanguardia y la cultura de masas) corresponde —nos dijo Morin— a una necesidad profunda del hombre, la necesidad del bienestar, estudiada en la sesión anterior, la del *happy end* o eternización del momento de felicidad. Esta necesidad de bienestar, *happy end* o felicidad no es ninguna novedad de nuestro tiempo, sino una invariante humana : pero lo nuevo o al menos propio de nuestra época es que tiende a trivializarse (volvemos a encontrar aquí el concepto de trivialización, central en Tierno, pero ahora no como una solución de los conflictos, sino como una tendencia inherente a la cultura de masas), inscribiéndose en un marco más realista y prosaico que el de antaño, con todo lo cual es puesta al alcance de las masas. La cultura de masas está determinada, como toda cultura, por un « modelo » ético o ideal de vida que en el presente caso es el de la plenitud de la vida privada del individuo privado, con preterición de lo público o político y decidida inclinación a la ocultación o al escamoteo de los graves conflictos, como los que plantea la sexualidad, y de los problemas trágicos, como el de la muerte. La cultura de masas, tema de la tercera sesión, igual que la tendencia a la socialización del bienestar, tema de la segunda sesión, están inscritas en la exigencia constitutiva de nuestro tiempo ; pero sería ilusorio creer que con el bienestar y la cultura de masas van a ser eliminados los problemas trágicos. Lo trágico subsistirá siempre. Lo importante, concluía Morin, es aprender a vivirlo no como depresivo e inhibitorio, sino, al contrario, como tónico.

Al final de esta tercera sesión Georges Suffert introdujo un tema a través del cual pudo explicarse lo que estaba en el fondo de cuanto se había venido diciendo desde el principio, desde que Pedro Laín, en sus palabras iniciales, y como ya hemos visto, dijo que lo que nos había congregado era el amor a la libertad. Para Suffert lo que nos une es la voluntad de democracia, el esfuerzo común por la democratización política y económica de todos los países. En este último debate, que concernía directamente a España, participaron Bru, Uría Meruéndano, Edgar Morin, Julián Marías y Spinelli. Fue una media hora de esfuerzo denodado por decir lo que no podía decirse, llegando hasta el límite mismo de la posibilidad de expresión. Fue una media hora no de « comunicación objetiva » sino, para emplear la contraposición usada anteriormente por Laín, de « comunicación personal », mediante la que cada cual expresó mucho más de lo que dijo, porque se expresó a sí mismo e hizo a los otros la donación personal de su pasión. Fue en fin una media hora en la que sentimos físicamente, en la que palpamos la solidaridad internacional entre los hombres que se sienten unidos en el amor a la libertad y a la democracia, y en unas mismas experiencias de lucha por ellas. Por esto y por todo lo anterior creo, querido Pierre Emmanuel, creador verdadero de estas Conversaciones, que podemos estar satisfechos de ellas.

balcón de París



POR ARTURO SERRANO PLAJA

El pavo real de Aviñón o la vanidad heroica

Si el Rey de Francia hubiera sido más listo no habría dejado de establecer las vacaciones pagadas. Se habría evitado así la toma de la Bastilla el 14 de julio, hecho que, por lo muy menos, se habría aplazado hasta la « rentrée » de 1789. Si alguien duda de mi aserto, que observe lo que ocurre ahora gracias a esa perversa invención —« congé payé »— debida creo que a la III República : no hay gobierno, en Francia, que no se sienta « seguro » en los días que conmemoran la toma de la célebre prisión. Porque la palabra « vacaciones », hacia esa época, ha penetrado ya como sutil veneno en la médula de los huesos de todo parisiense que se respete y no hay necesidad no ya de hablar ni aun de aludir a ello, ni sugerirlo ni nada : es un hecho latente, algo como trasfondo en toda conversación, negocio, proyecto : « A la vuelta de las vacaciones... ».

Por mi modesta parte, como viejo parisiense que ya soy, confieso que me siento a mi vez atacado por el virus nefasto. Y para mostrar la manera insidiosa con que dicho veneno actúa, ahí está el título de mi croniquilla de hoy. ¿Qué demonios tendrá que ver Aviñón con el Balcón de París? A ello voy.

Al ponerme ante la máquina de escribir, como *por casualidad*, me acordé de que este año el T.N.P. va a estrenar « El Alcalde de Zalamea » en Aviñón. ¿No es perfectamente legítimo pensar en hecho tan serio como la representación de Pedro Crespo en francés? Claro que sí. Pero como *por casualidad*, en Aviñón —esto es, en época de vacaciones. Mas a confesión de parte, relevo de prueba. Y puesto que yo he confesado mi delito, que se me perdone lo poco « parisino » de este comienzo de balconada en honor a un hecho de apariencia leve, pero que, sin embargo, no me dejaba descansar hasta verlo escrito con tinta de imprenta para admiración de los tiempos.

Se trata de un pavo real. Pero de un pavo real que debe de ser, al mismo tiempo, profesor de filosofía. Mas antes de seguir adelante se me ocurre un escrúpulo. Como lo que voy a contar, lo reconozco, parece poco verosímil, pido por especial favor que se me crea sin más. Que si, siendo como es, la anécdota me parece extraordinaria, para *prefabricada*, digamos, resultaría amanerada, cursi, y mi máquina, ya que no mi conciencia, se rebelaría a estamparla. Y vuelvo a mi cuento.

En Aviñón, digo, y haciendo tiempo para asistir precisamente a la función del T.N.P. se me ocurrió ir el año pasado a los jardines deliciosos del palacio papal. A poco, una pareja con aire culpable cruzó ante mí. Ella llevaba en la mano unas plumas de pavo real y ambos, riendo. queriendo reír —pero sin ninguna convicción— no hacían más que mirar atrás. Y al cabo, la exclamación :

— « *Ça y est ! Le voilà encore !* »

Volví la cabeza y por el paseo apareció, a paso ridículo, pero con rumbo bien deter-

cuando debió llamarse « Los desastres de la guerra ». Hace un par de años *invitó* a París a « Las Meninas » de Velázquez y hasta el mismo Don Diego anduvo por los bulevares. Goya y Velázquez, sí. Y contra lo que pudiera, acaso, parecer, más Velázquez que Goya. Buen testimonio para apoyar lo que digo, esa serie de amazonas que constituyen toda una sección de *Toros y toreros*, en la que todos los caballos son *los mismos* de Velázquez, sólo que completamente distintos. Algo así como las famosas copias a pluma que de Velázquez hizo Goya. Digo que en los caballos de Picasso se puede reconocer la invariable especie velazqueña, la idéntica tribu, siendo como son sus individuos perfectamente diferenciados y característicos. Por lo demás, si algo hubiera de definir el resto de esta formidable « corrida », muy bien podrían ser las propias palabras del artista citadas estos días por alguno de sus comentadores : « pintar como se escribe, tan rápido como el pensamiento, al ritmo de la imaginación ». Y así se han puesto, en efecto, esas manchas negras dibujando la contraluz, o esas sanguíneas ligerísimas o esos rasgueos de color puro, de lápiz vertiginoso, trazos que llegan a parecer *descriptivos* cuando a veces ni siquiera tienen forma...

«El padre humillado»

Hasta el teatro, hasta la áspera y brillante mística de Claudel parecía ya buscar también, la otra noche, regustillo a veraneo, al brindar esta pieza en el encantador jardín-claustro de la iglesia de Saint-Séverin. Las ojivas clasutrales y dos magníficos castaños de Indias es todo cuanto necesitaron Guy Suares y su compañía para montar la tercera parte de la trilogía claudeliana : « El rehén », « El pan duro » y « El padre humillado ».

Sin llegar, acaso, al dramatismo de « L'Otage » o a la intensidad poética de « L'Annonce faite à Marie », el mundo de Claudel se nos presenta aquí de un modo que podríamos llamar realista. Mas de un realismo que es, al mismo tiempo, simbolismo : el personaje central, Pío IX, resulta más aludido místicamente que no pintado, y es más el símbolo de la Iglesia en una situación trágica, que un individuo. Lo mismo podría decirse del conflicto colateral, el amor de *Pensée* por el sobrino del Papa —espiritualmente su hijo—. Si ella es ciega y judía, por su madre, es para mejor dejarnos ver, según la óptica de Claudel, la encarnación, por decirlo así, del Antiguo Testamento, a la espera, en sus tinieblas interiores y en su profundo amor, de la verdad católica —y, aquí, trágica—. Dos sentencias de esa mujer nos dan, creo, la clave de la pieza : « Yo soy la Sinagoga con los ojos vendados que decora el pórtico de la Iglesia. Pero ¿qué habéis hecho vosotros [los videntes] de la luz?, ¿para qué os ha servido?» (Digo el sentido de las sentencias, ya que cito de memoria.) Y en otro momento : « Yo no soy ciega sino porque no te veo. » Así de *sencilla* es la poesía de Claudel. Casi perogrullesca : como la verdad misma. En ese sentido, si cierto teatro actual está *esperando a Godot*, podría decirse que, en Claudel, « Godot » nos está esperando a todos nosotros. Y si somos ciegos, no es sino porque no le vemos. Ni más ni menos. Hasta con el mismo sentido caricatural que en el « Godot » —sólo que aquí, visto por la otra faz.

«Sábado noche, domingo mañana»

Ya iba siendo hora de que el cine inglés se asomase también a este balcón parisino. El « film » de Karel Reisz que lleva el título indicado arriba, ha tenido, por lo demás, excelente crítica en la prensa y éxito notorio en determinado público. ¿Por qué? Se exalta aquí una rebeldía, espaciosa aunque no bien especificada, para mi gusto. Para darme a entender me referiré a un « clásico ». Si « El furor de vivir », con aquel James Dean, tenía la virtud de poner los pelos de punta, por lo que tenía de rebelde gratuito, aquí la « rebeldía » supuesta —quizá porque se nos insinúa que tiene su regustillo « social »— o sobra —ya que al parecer los rebeldes « fueron felices y comieron perdices »— o falta, puesto que, socialmente, no se nos dice a donde conduce esa rebeldía y no cuaja en nada .

Así, al cabo del tiempo, se nos permitirá seguir esperando la *buena* película inglesa. Que un cine como el británico, por tantos motivos ilustre, podríamos decir, no ha de contentarse con este simulacro de neo-realismo, neo-inglés y neo-rebelde.

y al pequeño propietario de la ciudad, de suerte que éste y aquél comienzan a ver en el partido comunista su única salvación. El crédito y el provecho de esta política son inmediatos : de 30 mil afiliados escasos que tenía el partido comunista al comenzar la guerra, en pocos meses tiene 76.000 terratenientes modestos y 15.485 procedentes de las clases industriales y comerciales de las ciudades. « Nuestra revolución (decía Pasionaria) es la revolución democrática burguesa que hicieron hace un siglo otros países, por ejemplo Francia. » Todo cuanto nos cuenta Bolloten es conocido en sus líneas generales, pero aquí se nos da con un lujo único de detalles y documentos. Son interesantísimas las páginas dedicadas a las relaciones de los comunistas con los demás partidos proletarios, a la intervención decisiva de los comunistas en el gobierno Largo Caballero —en verdad no tanto por debilidad de éste como por los valedores socialistas que Moscú tenía en el gobierno—, a la formación del ejército regular, al Quinto Regimiento, a la Columna de Hierro. Rápidamente los comunistas van ganando en prosélitos y en dominio (también en enemigos a muerte), pero de pronto chocan con un obstáculo : Largo Caballero, hasta ayer filocomunista —era su alias « el Lenin español »—, ahora se subleva contra Moscú. Pero los comunistas no se amilanan por ello : consiguen tirar por la borda a Largo Caballero y toman prácticamente la presidencia del Consejo al colocar en ella a Negrín, arcilla blandengue en las manos de los comunistas, « el español más responsable (dice Bolloten) del triunfo de la política comunista » en España.

Es inexplicable que el autor haya interrumpido su obra en la caída de Largo Caballero. Es tan inexplicable como lo sería el dramaturgo que detuviese su drama en el nudo y nos hurtara el desenlace. Con tanta documentación como tiene este libro resulta ser sólo una parte —la mitad— del libro que debía haber sido. Quizá esta cualidad fragmentaria de *The Grand Camouflage* explique un poco la actitud de la prensa inglesa. Así como el libro de Thomas ha sido recibido con grandes aplausos y está constituyendo un verdadero *best-seller*, este de Burnet Bolloten ha tenido un recibimiento muy frío y no se debe de estar por ello vendiendo mucho.

ESTEBAN SALAZAR CHAPELA

F. Fernández-Santos : "El hombre y su historia"

EL AUTOR de este substancioso libro de ensayos, cuyo título resulta ya harto expresivo, nuestro colaborador Francisco Fernández-Santos, pertenece a la generación española que contempló la guerra civil con ojos de niño, sin duda plenos de estupor. Esto quiere decir, ni más ni menos, que se trata de una generación que creció en el mayor de los desamparos, que no tuvo maestros ni guías, viéndose por tanto obligada a caminar a tientas y a formarse sola o casi sola. Creo resulta absolutamente imprescindible señalar esto para así considerar en su justo valor —en su inmenso valor— el libro que nos ocupa.

Y, sin embargo, esa generación —la del autor de *El hombre y su historia*— ha realizado felizmente el meritorio esfuerzo de entroncar, por decirlo así, con la generación del 98, la primera que trató de descubrir o redescubrir a España. (Las otras generaciones intermedias, sobre todo la que andaba por la veintena cuando se produjo la guerra civil, que es la mía, trataron de llevar a cabo otra misión, las más de las veces a ciegas a causa de su carga de compromiso, de su politización excesiva, lo cual acarreó como consecuencia ineluctable el abandono de lo perenne por lo transitorio, de lo fundamental por lo secundario ; así resultó que los árboles no nos dejaron ver el bosque.) Ahora bien : si la generación del 98 fue excesivamente esteticista, esta que nos ocupa resulta más historicista. Los años no han transcurrido en balde.

Libro éste, pues, de ensayos que representan un notable esfuerzo de comprensión y a la par de esclarecimiento de toda una serie de problemas tal vez generales, universales si se quiere, mas que figuran sobre todo y de manera imperativa en el orden del día español. Porque —y esta es la tragedia de España— no debe olvidarse que, amén de nuestros problemas intrínsecos, privativos, que son nuestros precisamente por haber sido superados en los demás países occidentales, tenemos los otros, los que pertenecen al mundo entero, los que son de todos y de cada uno. A los primeros, propios del *homo hispanicus*, corresponden muy particularmente los ensayos titulados « Burguesía y libertad » y « Mitología de la miseria española » ; a los otros, atañen « Notas sobre la democracia », « Dialéctica y libertad » y, sobre todo, « Individuo e Historia ».

Este último se nos antoja el más importante de todos, quizás porque lo tratado en « Burguesía y libertad », pongamos por caso, si bien puede ser necesario para esclarecer ciertos equívocos del más puro infantilismo revolucionario en el que incurren algunos jóvenes españoles, resulta para los hombres de mi generación algo elemental, primario. Decía, pues, que el ensayo « Individuo e Historia » nos parece el de mayor hondura intelectual. Trátase, *grosso modo*, de toda una serie de reflexiones sobre la política en el siglo XX, « la época de la planificación histó-

rica y de la politización intensiva del hombre », en la cual « el sentido de la historia, es decir, la conquista del futuro, es el valor absoluto y originario, ante el que resultan despreciables las pretensiones del individuo de constituir un *ser en sí*, irreductible e intocable ». Y no sólo del individuo, añadiríamos por nuestra cuenta. Sobre el « sentido de la historia » escribió Camus páginadas muy atinadas, en las que demostró como merced a tal escatología se nos ha querido dar gato por liebre. Porque, en efecto, el tal « sentido de la historia » quedaba reducido a las consignas, nada rectas, procedentes de Moscú.

Fernández-Santos se refiere en ese mismo ensayo a la máxima « el fin justifica los medios », muy antigua, pero también muy de nuestros días. A este respecto, señala atinadamente que el subsiguiente « delirio de la eficacia es, a la larga, o a la corta, el más ineficaz y torpe de los sistemas ». En nombre de la eficacia, se abandonan los principios, la moral, y se cae pronto en la trampa del partido único y del Estado totalitario. « El Estado totalitario, de uno u otro signo —stalinista, fascista o militarista—, exige una sumisión sin límites y una funcionalización al máximo. » Cierto. Como cierta es igualmente esta otra afirmación del autor de *El hombre y su historia* : « El odio a la diversidad que es la inteligencia libre, el *unitarismo maniqueo* de los que han descubierto el secreto de la historia o se han convertido en los acaparadores de Dios y quieren imponerlo a punta de bayoneta, lo estamos sufriendo todavía. »

El único reparo que me merecen estas reflexiones de Fernández-Santos sobre la política en el siglo XX, es su creencia de que el pensamiento marxista contemporáneo ha comenzado a salir de la soñarrera dogmática, merced a « la tremenda sacudida que supuso el discurso de Kruschev en el XX Congreso del Partido Comunista de la U.R.S.S. » así como a « las decisiones y al nuevo tono que ha conseguido imponer al comunismo ruso y que, en definitiva, viene a suponer cierto *revisionismo* exigido por las corrientes profundas del socialismo ruso y extranjero ». Personalmente soy más escéptico : por más que me esfuerzo, no veo sino un cambio de táctica en el cuadro de la gran estrategia comunista. Por lo demás, Kruschev no sigue otro camino que el trillado por Stalin, el cual supo también adaptar su táctica a las necesidades del momento. Me parece observar por doquier que las ilusiones que nacieron en algunos, tras el famoso discurso en el XX Congreso, han desaparecido o se hallan en trance de desaparecer. No podía ser de otro modo.

Me he extendido demasiado en el mencionado ensayo, por lo que me falta espacio para referirme a otros, dignos asimismo de ser comentados. También hubiera sido necesario hablar del magnífico prólogo de Dionisio Ridruejo, a tono con el contenido del libro. Y es que se trata de una serie de escritos merecedores de ser leídos, meditados y comentados. Me permito invitar a nuestros lectores a que lo hagan así.

I. I.

Ch. O. Porter y R. J. Alexander : " The struggle for democracy in Latin America "

América Latina ocupa en la actualidad un lugar de primerísima importancia en la escena política mundial. Los problemas de orden social, político y económico que se plantean en torno a ella son de tal naturaleza y de tanto apremio, afectan en grado tan considerable a la nueva estructura internacional, que exigen soluciones inmediatas. ¿Cuáles de ellos merecen atención primordial? ¿Los políticos, los económicos, los sociales? Tan vinculados se hallan entre sí, tan estrecha relación hay entre unos y otros, que sería erróneo el propósito de considerarlos por separado, en forma aislada. Así, por ejemplo, la fundación de los regímenes democráticos en América Latina no se logrará en forma plena y satisfactoria si no se cambian fundamentalmente las viejas y anquilosadas estructuras agrarias. La democracia aquí, en este continente, como en cualquier otra zona del universo, no puede consolidarse y progresar sin una previa y radical reforma agraria, que suprima la propiedad latifundista y el sistema semifeudal de servidumbre del campesino. La eliminación de la miseria, el mejoramiento de las condiciones sociales, el progreso cultural de la población han de ser el fruto de adecuadas políticas económicas, tanto industriales como agrícolas, y de la creación y buen funcionamiento de las instituciones democráticas de gobierno. Incluso el logro y fortalecimiento de una efectiva y plena independencia nacional reviste una dualidad de carácter : económico de una parte, político de la otra.

Dos escritores norteamericanos, Porter y Alexander, se proponen, en una obra recientemente publicada (The Macmillan Company, New York, 1961), la tarea de examinar las raíces sociales de la lucha por la democracia en América Latina. Formulan al comenzar una afirmación categórica : Latinoamérica está preparada para la democracia y ha librado por ella grandes batallas en los años recientes, sin conseguir establecer gobiernos democráticos sobre bases firmes. ¿A qué

Yvan A. Schulman : "Símbolo y color en la obra de José Martí"

Es José Martí uno de los grandes clásicos hispanoamericanos del siglo pasado, una de las fuentes de donde mana la escuela modernista y uno de los tres mayores estilistas de su siglo en América Latina. Su cuantiosa y estimable obra de quehacer moral y revolucionario como político pareció retardar su análisis como creador literario. El Apóstol de la libertad cubana y el predicador de la unidad de los pueblos dispersos en el vasto escenario hispanoamericano, concentraron demasiada atención con olvido de que el que así predicaba era, además, un gran creador literario. Desde hace unos treinta años su obra en letras es motivo de análisis substancioso. Gabriela Mistral con su estudio sobre *Los Versos Sencillos* de Martí (*Revista Bimestre Cubana*, XLI, 1938) fue una de las primeras en llamar la atención sobre el fino y profundo hombre de creación literaria.

Símbolo y color en la obra de José Martí (Editorial Gredos, Madrid, 1960) viene a unirse al más valioso grupo de libros que estudian a Martí como escritor, en el que alcanzan especial jerarquía *Martí, estudio integral* por Medardo Vitier, entre los cubanos ; *Martí, escritor* de Andrés Iduarte, entre los autores hispanoamericanos no cubanos.

Ivan A. Schulman pone muy en claro a través de las 542 páginas de su intenso y grave estudio en qué medida se adelanta Martí a los modernistas y los nutre. Trece años antes de la aparición de *Azul* de Rubén Darío, dos años antes de la aparición de la primera página cromática de importancia en la poesía de Manuel Gutiérrez Nájera, están en Martí las esencias y los caminos. Pero el libro de Schulman va más allá.

Denso de citas y referencias, con lujosa erudición, grave de notas, se avanza por las páginas de este minucioso análisis como con paso lento, académico y riguroso. Los nutridos ejemplos tomados de la obra martiana, donde apoya Schulman sus afirmaciones, dan al volumen una multiplicidad de ventanas y lo convierten en un sostenido diálogo entre la libre creación de un poeta y la minuciosa estimativa crítica y de carácter interpretativo de un erudito y de un esteta.

No es terreno de fácil andar, no hay puentes o vías expeditas para viajeros con prisa, pero se sale del libro como con más luz de comprensión total martiana, se toca en él una especie de médula o substancia de luz.

No hay idolatría, sino examen. La arquitectura es paciente, el edificio del saber y el hacer es aquí complicado. Pero no es sólo libro aconsejable para lectura de profesores y especialistas, sino para poetas y amigos de toda creación profunda, porque al analizar la simbología martiana, su función y su sentido, toca Schulman problemas muy vivos de la creación poética y literaria en general y discurre sobre zonas de estética y apreciación del idioma lírico con un criterio muy amplio y hondo.

Creo que no hay que subrayar, porque ella se desprende por sí sola, la gratitud que debe todo estudioso de la obra de Martí a la paciencia, inteligencia y sensibilidad de Schulman demostrada con su libro. Y cabe agradecerle, también, lo que promueve su gran estudio, no sólo la aceptación plena, sino la inquieta y provechosa divergencia.

A título de simple lector quiero señalar algunas mías : Martí, por su vida, fue un hombre que todo tuvo que hacerlo a paso de vendaval. Schulman se queja, desde su punto de vista de paciente estudioso, de la falta de una disquisición orgánica que pudo dejar Martí sobre la naturaleza de su simbología. Ese tratado está disperso, aquí y allá, a lo largo y lo ancho de la obra martiana. Además de creador del verso y la prosa premodernista, Martí es un esteta, y ello harto se advierte en las citas que Schulman ha elegido. Lo importante es que el cubano supera el lastre romántico más grueso para afinar su instrumento en los colores, en las correspondencias, en los sabores y hasta en los perfumes.

La zona lírica martiana de *La Revista Universal* de México, acaso la menos estudiada en Martí, creo que continúa siendo precursora. El capítulo V, « Simbolismo cromático », hubiera ganado más rastreando el rico color de *Versos Sencillos*, citado muy parcialmente. No creo que Martí asociara el ambiente de marasmo espiritual a España, a la que amó siempre, a la que debió tanta luz formadora y a la que elogió mucho en páginas de prosa de luminosa emotividad y en versos entrañables como en algunos de los *Versos Sencillos*.

Y algo más, que tomo de mis notas marginales al libro. Schulman penetra en la masa ardiente de la creación misma de Martí. El color pudiera explicarse también por las imágenes guardadas en los recovecos del alma (Cuba, el Atlántico, España, Francia, México, Centroamérica, Venezuela, Estados Unidos). Pocos escritores viajaron tanto y pudieron almacenar tan ricas sensaciones distintas.

Todo esto no quita al libro de Schulman ni grandiosidad, ni importancia, ni gratitud que le debemos, ni perspectiva. Es su obra, acaso, el más dilatado estudio estilístico emprendido sobre la obra de José Martí.

A. B. F.

Mexía, Antonio de Torquemada, Sebastián Mey y Juan Rufo, sin olvidar a Cervantes, Gracián, Tirso de Molina, Alemán, Espinel y Quevedo con sus narraciones cortas intercaladas en sus obras capitales. En *El cuento español*, Anderson Imbert traza un panorama completo, aunque sucinto, del desarrollo de este género literario en la península. Quizá la parte más sugestiva de este librito sea la consagrada al cuento en el presente siglo, con sus claros intentos de revolucionar las técnicas narrativas tradicionales, desde las vanguardistas posiciones donde campea la libertad creadora hasta el desenfado del « ultraísmo ».

A. S.

LEOPOLDO HURTADO : Esta noche concierto

William Cowper, joven pianista norteamericano, ha conquistado duramente su fama. Su sospechosa amistad con un compañero de Conservatorio, de tendencias políticas extremistas, le ha valido prácticamente el exilio. En Europa conoce otras dificultades : al desconcierto que una época crítica acarrea imperiosamente en materia de nuevas formas musicales, se suma el eterno problema de la comunicación plena de la obra de arte. Al mismo tiempo, su vida de peregrino y solitario no permite al joven pianista la posibilidad de un contacto humano realmente fecundo : de ahí una cierta pobreza e inmadurez del personaje. La experiencia frustrada de una obra moderna y audaz, mal recibida por el público, le incita a abandonar el viejo continente ; en vuelo de regreso al suyo, un accidente fatal interrumpirá su carrera promisoria, fachada sin embargo de una inquietud, de una irresolución vital permanente.

Leopoldo Hurtado, crítico musical, ha extraído de su conocimiento natural del ambiente los personajes un tanto esquemáticos de su relato : el viejo profesor de Conservatorio, de miras estrechas y tiránicas ; la novia, compañera de estudios, provinciana y presuntuosa ; el joven genial cuya originalidad suscita la protesta de los mediocres ; la mujer refinada e intuitiva que en una sola audición adivina, hasta los más hondos recovecos, el espíritu del maestro. La atmósfera convencional en que se mueven los empresarios, el corro infaltable de los snobs mundanos también se refleja claramente en este libro, editado por Losada (Buenos Aires).

Si no se advierten mayores desmayos en la estructura de esta novela —la técnica de relato retrospectivo se resuelve sin mayores obstáculos—, tampoco vibra en sus páginas la fuerza inconfundible de un escritor nato : pareciera que Hurtado se ha impuesto un esquema narrativo para hilar, al sesgo de los acontecimientos, las reflexiones que el mundo de la música —y especialmente el de la música moderna— proponen a cualquier espectador regularmente atento. No existe peripecia propiamente dramática en esta novela en donde, en un lenguaje correcto, claro y sin ningún relieve, los acontecimientos se suceden diluyéndose sin construírse recíprocamente.

Al comenzar la novela, el protagonista emite un juicio que la experiencia cotidiana corrobora : « Todos los días comprobamos cómo se puede tocar correctamente una obra, incluso magistralmente, sin que el ejecutante esté en el asunto, sin que penetre en el pensamiento, en las intenciones profundas del compositor. Es como leer correctamente una página, con todos sus acentos, pausas e inflexiones, sin entenderla. » Nos permitimos aventurar que algo semejante ha ocurrido a Hurtado respecto de la literatura.

IVONNE BORDELOIS

JUAN MARSE : Encerrados con un solo juguete

La novela *Encerrados con un solo juguete* (Seix Barral, Barcelona) intenta describir el angustioso trance en que se halla una generación que es la resultante de la guerra civil y que se encuentra agobiada por un ambiente sin perspectivas, intemporal —en cuanto que el tiempo no es un factor que haga cambiar las cosas que le afectan—, además de encontrarse sin ideales ni aspiraciones. El relato se centra en tres personajes fundamentales : Tina, hija de un arquitecto exiliado y de una mujer sin más principios que sus apetencias elementales ; Andrés, obrero del ramo de joyería, en paro voluntario porque no encuentra finalidad a su trabajo, vagando de un lado para otro, desorientado, que es hijo de un hombre que murió en la guerra civil por impedir que se quemara una iglesia. Mientras que Andrés, a pesar de su nihilismo e incapacidad de apreciar la situación circundante, opina que si existe algo positivo es « dentro » y dentro hay que encontrarlo, Tina, por el contrario, espera la gran oportunidad de la vida, que consiste en que su padre la reclame y marcharse de España, porque sólo « fuera » hay probabilidades de triunfar. El tercer tipo, Martín, es un personaje un tanto aventurero y sin escrúpulos, que sólo desea conseguir lo que le apetece sin importarle los medios, y que teniendo relaciones íntimas con la madre de Tina se interpone entre ésta y Andrés.

Alrededor de estos tres personajes centrales se mueve una sociedad de hombres y mujeres marcados todos por el fracaso, el desengaño, el cansancio de una vida vaciada de sus ilusiones. Todos ellos son seres acabados, que continúan marchando por inercia.

Es difícil hablar de la primera novela de un escritor, sobre todo cuando es muy joven, pero a pesar de evidentes fallas y absurdos de am-

bientación, sobre todo de « climax » y reacciones psicológicas, es evidente que Marsé maneja con decorosa soltura esta primera novela, importante, sobre todo, por lo que tiene de promesa de un futuro novelista. Esperemos que la promesa se confirme.

J.R.M.L.

REYNA RIVAS : A la orilla del tiempo

Gran parte de la obra de Reyna Rivas, nacida en Coro (Venezuela), ha sido editada en París, Milán y Roma. Así sus *Seis prosas* (1951), *Huéspedes de la memoria* (1956), *La burriquita* (1959) y *La muñeca* (1959) y estos poemas de *A la orilla del tiempo* (Milán, 1959). Una parte de los libros de Reyna Rivas están unidos a las ilustraciones de Armando Barrios. Así, en éste los dibujos de Barrios acompañan e interpretan el clima fino, melancólico, de ala y de luz de esta poesía, tan hecha de ese intimismo que parece surgir, para la poesía moderna en español, de Juan Ramón Jiménez y Pedro Salinas.

Esta poesía de Reyna Rivas parece hecha de nada y está construída con ese sabor de la cotidianidad convertida en poesía, lo que no es poco. « La casa cantaba por la boca del patio ». Así se inicia el cuaderno de ahora. Este clima menor —la mesa con su historia familiar, la blancura de maíz del mantel, el café como presidiendo la conversación, las migas de pan amasadas después de la cena y convertidas en figuras esperando « la otra página de una historia pequeña »— contiene una sutil evocación llena de plasticidad, liviandad y melancolía. La poesía se hace de recuerdos y el poema viene a ser aquello que flota o queda en el recuerdo. Rilke tenía razón al afirmar la cantidad de experiencia múltiple de vida que se necesita para escribir un solo verso. Esta poesía de la venezolana lo sabe. Cuando aborda el tema del nacimiento bíblico (« Diciembre fue también capítulo »), hay en la estampa mucho más que un ambiente de los « primitivos » de la pintura medieval, un sutil aire y color latinoamericano en aquellas figuras que se animan de encanto neopopular.

Más allá Reyna Rivas ahonda este clima intimista : « Estábamos acostumbrados a un tiempo que los otros / no usaban ». Es casi lo directo y posee un misterio lírico. « En el álbum de fotografías pasábamos, una tras otras, las hojas de su tiempo. »

A la orilla del tiempo, la parte final del breve libro, tiene otros materiales. El poema XV es casi lágrima y los demás transcurren como a la orilla de los recuerdos de la ausencia definitiva y mortal. Acaso la ilustración de Armando Barrios para esta parte del cuaderno lírico fija mejor que este comentario la esencia poética del mismo : el ala y la reja, la prisión y la libertad de la lágrima y el suspiro, la sombra y la luz de cada recuerdo. Una nota de temblorosa intimidad en la poesía venezolana de hoy.

A. B. F.

CARMEN CONDE : En un mundo de fugitivos

La guerra civil española fue como un mar abierto entre las dos orillas de la obra de Carmen Conde. Del lado de acá quedó la obra que la anunciaba entre las voces nuevas. Me refiero a *Brocal* y *Júbilos*, sus libros de 1929 y 1934. Un largo silencio precedió a su libro de 1945 : *Ansia de la gracia*. Ese silencio estuvo vaciado como en un molde doloroso y cruel.

En un mundo de fugitivos (Editorial Losada, Buenos Aires, 1960) ahonda ese monólogo de Carmen Conde donde la palabra lírica se convierte en pensativa luz amarga. A veces se avanza por estas avenidas de su libro como por entre un territorio de inventario sombrío. No busca la sonoridad, más bien la aparta. Si pudiera calificarse este acento suyo, sería necesario hablar de la áspera sonoridad de los poemas de Carmen Conde o de la sorda fuerza dolorosa de las imágenes del mundo externo que caminan hacia los umbrales del sueño.

Hay cierta actitud de desterrada que parece deambular en algunas de estas páginas. Sus zonas líricas más permanentes hay que buscarlas en poemas como « Una se va gastando, cada día, en la vida... », « Mientras dormidos todos los mares se levantan ». Esto en la primera parte del libro que la autora llama « Hablando de la nada ». En « Eternal Presente », la segunda zona de *En un mundo de fugitivos*, la cuerda trágica no deja de resonar. Se hace, a veces, lágrima a solas. « Y soy dos ojos cerrados y una boca que suspira. » La muerte es parte de este monólogo sombrío. « No. Las cenizas, no. Las cenizas nunca fueron / otra cosa que cenizas. » A veces las imágenes temporales rondan en una especie de círculo fantasmal. Y casi impreca la dueña de aquella palabra « redonda y suave como una paloma. » La tercera parte, que da nombre al libro, está presidida por un verso de T.S. Eliot : « ...el que toma la dirección / opuesta parece que huye. » Lo sombrío vuelve a abrir un nuevo círculo amargo. «¡Ay, cuántas tumbas, ramajes de tumbas ; / cordilleras, océanos, hipódromos de tumbas! » Y este golpe sordo, como de piedra grave en la soledad de los caminos repercute como un galope en esta poesía de vena trágica, que cruza entre arboledas de silencio. Trágico es también su discurso al muchacho : « Quiero comunicaros / cosas que van a pudrírseme / si yo no las digo. »

Es la queja española ante la muerte amarga e injusta.

A. B. F.

revistas

España

UNA CRÓNICA sobre las revistas españolas de hoy quizá debiera ser doble, o de doble filo : por un lado, habría que reseñar y comentar lo que en ellas explícitamente se dice ; por el otro, habría que conjeturar, a partir de lo dicho, lo que no se dice o sólo se dice a medias, vagamente, a través de alusiones, circunloquios y oscuridades. Naturalmente, esto se aplicaría únicamente a las revistas « no conformistas », es decir aquellas a través de las cuales se expresan, más o menos directa o claramente, un pensamiento que pugna con la ortodoxia oficial y las inquietudes intelectuales y políticas de la minoría juvenil. Habida cuenta de la censura, el lector de revistas españolas debe tener siempre presente esta doble vertiente o cara de la expresión intelectual en España : lo que se dice y lo que se sugiere o se calla. Al lector del interior, ya avisado de la situación, no le es difícil captar todas las señales que en la primera vertiente aluden constantemente a la segunda, la oscura o prohibida. Para ese lector, un poema más o menos « social » puede constituir una clara afirmación de fe democrática, un relato, un grito de combate en pro de la liberación obrerista, un ensayo sobre Camus o Sartre o sobre Europa o el anticolonialismo, una acusación decidida contra el estado de cosas imperante en España. El lector extranjero, no acostumbrado a estos métodos más o menos brechtianos de « decir la verdad », quizá encuentre confusa la lectura de algunas de estas revistas españolas, simplemente porque « no está en el ajo ». Pero es cierto que, junto a esta oscuridad impuesta (por la censura, o la autocensura a que se ve obligado el escritor), hay también una oscuridad connatural a la situación española : no es fácil, en un ambiente de oscurantismo intelectual, sin maestros, sin tribunas públicas, sin libre confrontación ideológica, que los jóvenes intelectuales españoles tengan ideas claras y coherentes sobre los problemas de su patria y del mundo. Aun así, a medida que el tiempo pasa, las tomas de posición intelectuales entre los jóvenes van ganando en claridad, precisión y vigor, por lo menos en algunos casos, y el lector se conforma ya menos con el sistema alusivo e indirecto : por un proceso natural de impulsión, el escritor, sobre todo el joven escritor, busca una expresión cada vez más explícita y directa de sus ideas, ganando un paso, quizá sólo provisional, a la censura y preparándose para ganarle el siguiente. ¿Hasta dónde? Hasta donde la censura dice : « ¡Basta! » ; y el escritor o el director de revista tiene que guardar el texto que « pasaba la raya » —la raya del momento— y tenerlo en reserva para más propicia ocasión.

Las revistas literarias españolas son numerosas. No podemos aquí referirnos a todas ellas —la crónica se nos haría interminable—. De todas, las más prestigiosas —con un prestigio que ha traspasado las fronteras nacionales— son sin duda *Insula* e *Indice*, de Madrid, y *Papeles de Son Armadans*, de Palma de Mallorca. *Insula*, revista de la que es director Enrique Canito y secretario José Luis Cano, poeta y crítico español muy conocido, viene dando muestras desde su fundación, hace quince años, de una limpia línea de conducta intelectual dentro de la tradición liberal española. Revista que pretende ser antes que nada literaria, *Insula* no desdeña de todos modos el análisis de ciertos grandes temas de nuestro tiempo. Destacamos en el último número —174, mayo de 1961— un estudio de Carlos Bousoño sobre la poesía de José Ángel Valente con ocasión de su último libro *Poemas a Lázaro*, estudio admirable de agudeza y ductilidad en los matices en el que Bousoño, uno de nuestros mejores poetas y críticos jóvenes, analiza ciertas características de la nueva poesía « realista » española de la que Valente es uno de los más calificados representantes. Señalemos

también en este número de *Insula* la habitual crónica « Letras de América », esta vez dedicada a la poesía precolombina, un artículo sobre el « tema del misterio » en Buero Vallejo, por José Luis Abellán, y las excelentes secciones bibliográficas de la revista.

Índice, que dirige Juan Fernández Figueroa, es una revista de línea menos coherente, más « revuelta », que *Insula*. Sin duda en ello influye el hecho de ser una revista más juvenil, más abierta a lo « nuevo », y también menos limitada a lo estrictamente literario. Lo cual le presta mayor vigor intelectual, aunque quizá, dadas las circunstancias actuales, reste rigor y coherencia a su contenido general. En este sentido, *Índice* es seguramente un espejo bastante fiel —no todo lo fiel que cabría desear, claro está— del magma ideológico en ebullición de la juventud española actual. Destaquemos en el último número —148, mayo de 1961—, un trabajo titulado « La derecha, su máscara y sus mitos », de Francisco Fernández-Santos, ensayo de crítica general, y quizá exagerada, de lo que el autor llama « mitos protectores de la derecha », que según él son las nociones de « orden natural » o « divino », « unidad nacional » monolítica como superadora de los conflictos sociales y « buen gobierno » frente a la reforma radical de las estructuras que defiende la izquierda. Fernández-Santos indica como representativos de « la derecha mundial más reaccionaria » los editoriales del diario *A B C* de Madrid. En el mismo número, dos excelentes artículos literarios, uno de Carlos Bousoño sobre « La monstruosidad y la belleza » y otro de Francisco Pérez Navarro, titulado « Apología del bachiller Sansón Carrasco », donde el autor hace una ingeniosa y divertida defensa del bachiller cervantino frente a los anatemas de Unamuno.

La tercera de las revistas que antes hemos señalado como más importantes, *Papeles de Son Armadans*, que fundó y dirige el gran escritor español Camilo José Cela, se distingue por su carácter predominantemente literario y artístico. Dentro de su empaque original y elegante, aparecen poemas, relatos, ensayos, trabajos de crítica literaria... de los mejores escritores españoles, jóvenes o viejos, del interior o de la emigración. Quizá lo más logrado de la revista sean sus números monográficos, de los que recordamos uno reciente dedicado a Picasso y otros consagrados a Aleixandre. Dámaso-Alonso, etc. En el número último —abril de 1961— se publican, entre otras cosas, un conjunto de sonetos del novelista Ramón Sender y dos relatos de dos jóvenes novelistas españoles : Daniel Sueiro y Jorge Cela Trulock.

Dentro de las corrientes del catolicismo liberal español hay que destacar la revista *El Ciervo*, que aparece, « con censura eclesiástica », en Barcelona y que anima un grupo de jóvenes católicos barceloneses, a la cabeza de los cuales se hallan los hermanos Juan y Lorenzo Gomis. La revista se caracteriza por sus actitudes avanzadas en materias sociales y por su espíritu de libertad.

Como revista de « militancia » católica, pero de signo socialmente divergente, si no opuesto, a la anterior, debemos citar a *Nuestro Tiempo*, órgano del Estudio General de Navarra, es decir de la actual Universidad del Opus Dei. Digamos de todos modos que la revista es discreta y que algunos de sus números son excelentes, como este último de mayo de 1961, dedicado enteramente a « África 1961 », en el que, si se exceptúa algún punto —por ejemplo, un ataque poco honesto y sí malintencionado contra Lumumba—, se habla del África actual y de sus problemas con bastante objetividad y competencia informativa.

F.

Colaboradores

- VICENTE GERBASI, poeta venezolano residente en Israel, ha publicado varios libros de poemas. Su última obra *Olivos de Eternidad* fue reseñada en nuestro nº 50.
- SIDNEY HOOK, director de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Nueva York. Autor de varias obras : *From Hegel to Marx, The Ambiguous Legacy : Marx and the Marxists*, etc.
- MANUEL MALDONADO DENIS, es catedrático auxiliar de Ciencias Políticas en la Universidad de Puerto Rico y director de la *Revista de Ciencias sociales*.
- ROBERTO MARCHANT, periodista chileno, corresponsal en Nueva York de diversos diarios hispanoamericanos. Ha publicado varios estudios sobre temas internacionales y económicos.
- LUIS ALBERTO MONGE, antiguo dirigente sindical en la ORIT, diputado de la Asamblea Legislativa de Costa Rica, asesor del Instituto de Educación Política de San José y director de la revista *Combate*.
- CARLOS M. RAMA, profesor uruguayo, acaba de publicar un interesante libro de viaje : *Itinerario español*.
- N. VIERA ALTAMIRANO, actual director de *El Diario de Hoy* de San Salvador, publicó en estas mismas páginas (nº 40) un interesante estudio sobre el Mercado Común centroamericano.

BIBLIOTECA « CUADERNOS »

Todo suscriptor a Cuadernos *que nos envíe el nombre y dirección* **de un nuevo suscriptor** *incluyendo el importe de la suscripción, recibirá gratuitamente uno de los volúmenes siguientes :*

GERMAN ARCINIEGAS : En medio del camino de la vida.
GERMAN ARCINIEGAS : América, tierra firme.
ROBERTO F. GIUSTI : Poetas de América.
MIGUEL DE UNAMUNO : Mi vida y otros recuerdos personales (I).
MIGUEL DE UNAMUNO : Mi vida y otros recuerdos personales (II).
JOSÉ EUSTASIO RIVERA : La vorágine.
RICARDO ROJAS : Blasón de plata.
RICARDO GUIRALDES : Don Segundo Sombra.
JOSÉ FERRATER MORA : Unamuno (Bosquejo de una filosofía).
VICTORIA OCAMPO : El viajero y una de sus sombras.
JORGE MAÑACH : Examen del quijotismo.
PIO BAROJA : Tríptico.
E. CASTRO DELGADO : Hombres made in Moscú.
LIBRO BLANCO : El Tibet y el nuevo imperialismo chino.
J. ORTEGA Y GASSET : La rebelión de las masas.
CAMILO JOSE CELA : Mis páginas preferidas.
PEDRO LAIN ENTRALGO : Mis páginas preferidas.
JOSE MARIA CASTELLET : Veinte años de poesía española.
JUAN MARICHAL : La voluntad de estilo.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Ruégole me suscriba a Cuadernos (1) { *por un año* (12 *núms.*) / *por 6 meses* (6 *núms.*) } *a partir del nº* .....

a cuyo efecto le envío la cantidad de (1) ..... *mediante cheque bancario, por giro internacional o giro postal a* Cuadernos, 18, *Avenue de l'Opéra, Paris* (1er), *C.C.P. Paris* 9992-63, *o en moneda nacional a su corresponsal.*

NOMBRE COMPLETO .....

DOMICILIO .....

LOCALIDAD .....

FECHA .....

Francia	*Otros países europeos*	*América del Norte*	*América Latina :*
1 año : 25 NF 6 meses : 13 NF	1 año : 28 NF 6 meses : 15 NF	1 año : 5 $ USA 6 meses : 2,75 $ USA	Informarse cerca del corresponsal de cada país.

(1) Rayar las menciones inútiles.

Revista de Occidente

Bárbara de Braganza, 12. Tel. 231 30 43. Madrid

ACABA DE PUBLICAR

CUANDO SUENA EL CLARIN, por Gregorio Corrochano, 298 págs., 45 láminas, encuadernado en tela con sobrecubierta en color, 150 ptas.

Gregorio Corrochano, el maestro y renovador de la crítica taurina, premio de la Real Academia Española para crónicas de toros, da en este libro una adecuada respuesta al reportaje veraniego de Hemingway y enseña cómo hay que ver una corrida. Luis Miguel y Ordóñez, Manolete y otras grandes figuras del toreo son estudiadas en una certera y desapasionada perspectiva. Todo el que guste de la fiesta nacional deberá leer este libro de su mejor escritor y entendido.

COLECCION « TRIBUNA DE LA REVISTA DE OCCIDENTE »

LA CONCIENCIA MORAL, por Jung, Zbinden, Böhler, Werblowsky, Schâr, Rudin y Blum, 288 págs., 60 ptas.

Siete autores, de gran rango intelectual, estudian desde diversos puntos de vista el tema de la conciencia moral, un tema de gran resonancia en estos tiempos de acelerado cambio. Como la ven los judíos, los protestantes y los católicos ; sus relaciones con la economía y con la psicología ; su situación actual, constituyen meditaciones en torno a un problema ético fundamental, muy necesarias en un mundo amenazado de perder su alma.

COLECCION « EL ARQUERO »

MEDITACION DE LA TECNICA, por José Ortega y Gasset, 4.ª ed., 160 páginas, 40 ptas.

Nueva edición de este estudio de Ortega sobre el papel de la técnica y la misión del técnico en la vida actual.

BIBLIOTECA FORMENTOR

La colección que agrupa la joven novelística española y la mejor novelística mundial del momento.

Volúmenes publicados :

LA CIUDAD DE LOS MUERTOS, de Consuelo Alvarez

El mundo de los humanos condenados a la resignación.

HOMO FABER, de Max Frisch

La historia de la colisión entre una mentalidad y un destino contradictorios.

LOS EXTRAORDINARIOS, de Ana Mairena

La novela mejicana finalista del premio Biblioteca Breve de 1960.

LA CRIBA, de Daniel Sueiro

Finalista del Premio Biblioteca Breve de 1960.

LA ESTELA DEL CRUCERO, de P.A. Quarantotti Gambini

La entrada en la adolescencia de unos niños crecidos un poco a la buena de Dios en las "Caoneras" del puerto de Trieste. Claude Autant-Lara la llevó al cine con el título de **Las regatas de San Francisco.**

Precio de cada ejemplar : 80 Ptas.

De próxima aparición :

LA ISLA, de Juan Goytisolo
UN VERANO EN MANITOBA, de Hermann Scholz
FAUSTO Y ANA, de Carlo Cassola
NUEVAS AMISTADES, de Juan García Hortelano

EDITORIAL SEIX BARRAL, S. A.

Provenza 219, Barcelona 8, España

BIBLIOTHÈQUE DE LA GUERRE

Cuadernos

REVISTA MENSUAL 53 OCTUBRE DE 1961

AMERICA LATINA FRENTE A SU DESTINO

Ensayos

Víctor Alba, Germán Arciniegas, Alberto Baeza Flores, Juan Bosch, Romualdo Brughetti, Oscar Delgado, Mario Llerena, Carlos Martínez Durán, H.A. Murena, Francisco Parés, Raúl Prebisch, Francisco Romero, Luis Alberto Sánchez, K.H. Silvert, Frank Tannenbaum, Guillermo de Torre, Hilda Torres-Varela y Antonio de Undurraga.

Poemas

Alejandra Pizarnik, Augusto Lunel, Francisco Salázar Martínez y Reyna Rivas.

Relatos

Elvira Orphée y Renato Ozores.

B.D.I.C

SUMARIO

NUMERO 53 OCTUBRE DE 1961

Jorge Mañach ha muerto	« CUADERNOS »	2
América Latina frente a su destino	I.I.	3
Latinoamérica y su política internacional	FRANCISCO PARES	5
Panorama político en 1961	JUAN BOSCH	12
Poemas	FRANCISCO SALAZAR MARTINEZ	16
¿Una nueva generación frustrada?	EDMUNDO E. EICHELBAUM	17
La unidad panamericana en la encrucijada	MARIO LLERENA	29
Comunismo y castrismo	VICTOR ALBA	36
Dos orquídeas (Cuento)	RENATO OZORES	45
Desarrollo económico y estabilidad monetaria	RAUL PREBISCH	48
La reforma agraria	OSCAR DELGADO	55
La industrialización necesaria	ARTURO ALDUNATE PHILLIPS	68
Poema	AUGUSTO LUNEL	73
Las Américas y sus abismos	GERMAN ARCINIEGAS	74
Estados Unidos y América Latina	FRANK TANNENBAUM	79
Relaciones hemisféricas y política interior	K.H. SILVERT	92
Poema	ALEJANDRA PIZARNIK	99
La filosofía en nuestro continente	FRANCISCO ROMERO	100
Las universidades	LUIS ALBERTO SANCHEZ	107
La medicina en Hispanoamérica	CARLOS MARTINEZ DURAN	113
Ceremonia (Cuento)	ELVIRA ORPHEE	118

Bellas Artes

El arte latinoamericano	ROMUALDO BRUGHETTI	122
Hacia una conjetura en el porvenir del teatro	HILDA TORRES-VARELA	128
América Latina vista a través de su cine	ROGER BASTIDE	135
Poema	REYNA RIVAS	142

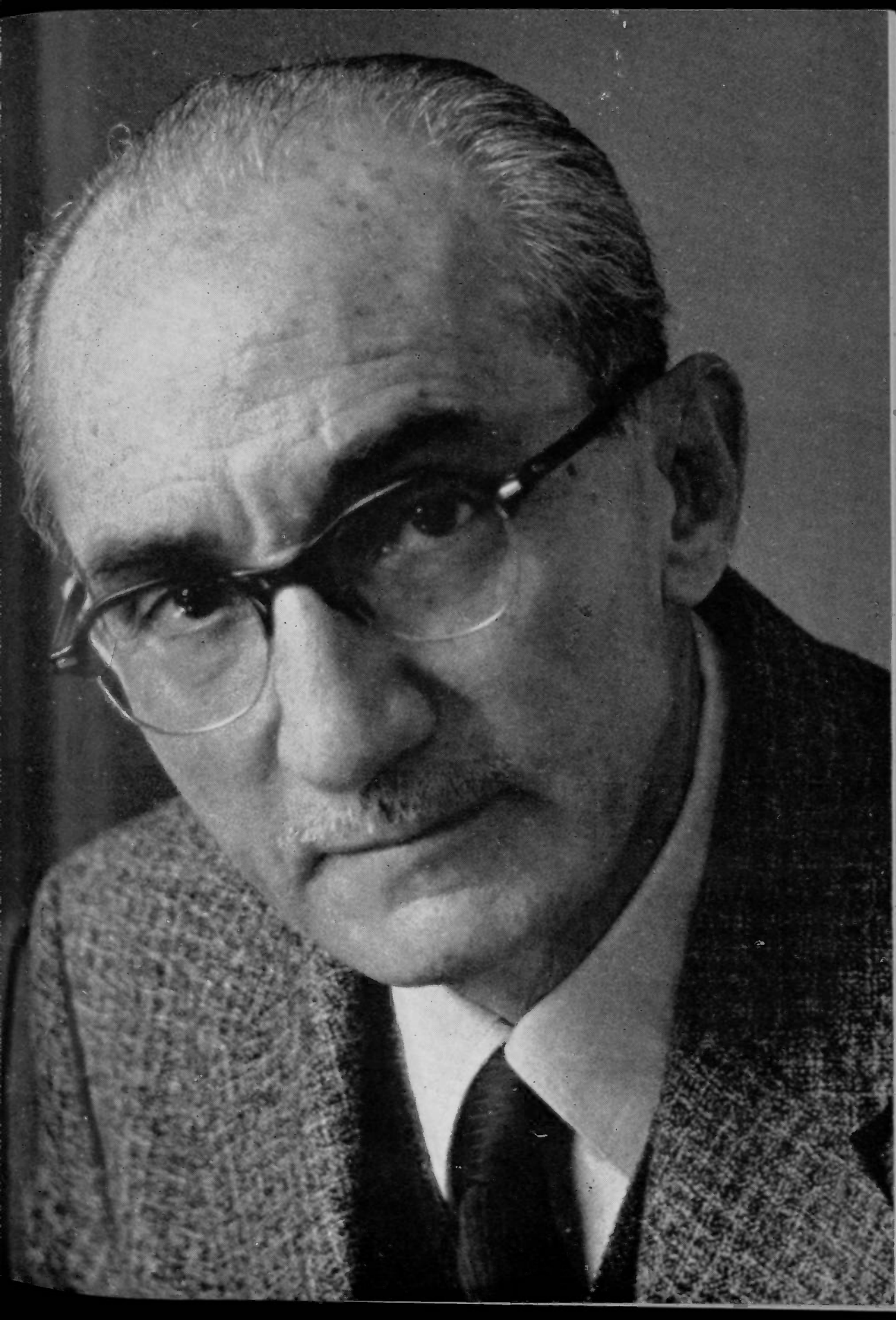
Letras

Ser y no ser de nuestra cultura	H.A. MURENA	143
La última literatura hispanoamericana	JOSE DURAND	153
Aportación al cuento	ANTONIO DE UNDURRAGA	159
El ensayo y algunos ensayistas de América	GUILLERMO DE TORRE	166

Varios

La información pública y la democracia	ALBERTO BAEZA FLORES	171
Lo hispanoamericano en las letras francesas	JACINTO LUIS GUEREÑA	174

Nuestros Colaboradores



no se plantea a lo largo de un proceso evolutivo, sino súbitamente, en fecha fija : 1 de enero de 1959. El momento en que se derrumba la tiranía de Batista en Cuba es la hora cero del continente latino en su destino internacional.

* * *

La clave de bóveda de la política interamericana, en los tres últimos decenios, consiste en la no intervención. Viejos y malos recuerdos —Cuba, Nicaragua...— abonan la aparición de la doctrina de no intervención con fuerza mística. Conviene estudiar con un poco de atención la génesis del proceso político-sentimental. En Europa, por ejemplo, la tesis de la no intervención nunca despertó el menor interés, jamás obró como levadura pasional. Por una razón muy simple : porque la no intervención, desde la creación de los Estados nacionales, consistió siempre en una condición política internacional *sine qua non*, esencia misma de la seguridad de todos sus miembros. Con excepción del momento internacional especialísimo que dibuja la guerra civil española —mal momento para Europa—, la condición liminar de la no intervención obraba cual mecanismo de seguridad. Cualquier clase de intervención se equipara, en el panorama histórico, a la guerra de agresión. Fundamento moral de esta condición indeclinable y colectiva : la intervención es ilegítima. No recibe la unción de la legitimidad ni por la vía de la ideología ni por la vía de la fuerza. Menos aún, en tanto que instrumento del legitimismo dinástico — Santa Alianza y carnaval subsiguiente.

En América Latina, en cambio, la doctrina de no intervención no arranca en abstracto del juego de los principios de derecho, sino de una previa presunción de legitimismo planteado, mediante su sola presencia, por el coloso del norte. La intervención es, hasta cierto punto, un hecho biológico, una consecuencia quizá más geográfica que política, en todo caso más económica que ideológica. Tesis no escrita —supuestos lejanos : « Destino manifiesto » y doctrina Monroe—, pero que hace profundamente permeables las relaciones entre el norte y el sur del continente, y que crea, en los países del sur, un sentimiento de fatalismo. Si se prefiere, un sentimiento de inevitable feudalismo.

Los que, en simplificación elemental de la historia americana, lo reducen todo a la mecánica del imperialismo norteamericano, olvidan un hecho patente : si el único motor de historia, en los últimos cien años, hubiese sido el imperialismo norteamericano, hoy el continente entero ofrecería un cuadro coherente por la fuerza, una rígida economía jerarquizada por la cumbre ; América sería un imperio con capital única. Si el imperialismo norteamericano se hubiese manifestado, en lo que va de siglo, con la implacabilidad del actual imperialismo ruso en Europa oriental, no hay duda que la doctrina de no intervención no habría podido prender en una sola de las capitales latinas. Si hoy Río de Janeiro, México y Buenos Aires se jactan en calidad de campeones de la no intervención, débese a que dichas capitales saben perfectamente que la respuesta norteamericana es y será muy distinta a la respuesta soviética en Hungría. Que a las apetencias de no intervención formuladas por las capitales latinas, Washington no responderá con la intervención militar brutal, como la rusa en Budapest.

No hay duda que en la historia de lo que va de siglo hay imperialismo norteamericano en su propio continente. Pero tampoco hay duda que si se comparan todos los imperialismos que en la historia han sido, el norteamericano es el menos orgánico, el más débil, el menos virulento. Las intervenciones militares son escasas ; su esfera de acción es predominantemente económica. Feudalismo económico en Cuba y en Bolivia, por ejemplo : propiedad norteamericana de buena parte de los instrumentos de producción y monopolio del mercado. Pero, ¿es que hubo algún otro país occidental u oriental que se prestara a invertir en Bolivia o en Cuba, que asegurara bien que mal la compra de la producción cubana y boliviana? ¿Es que la industrialización relativa de América Latina habría sido posible sin el llamado imperialismo norteamericano?

* * *

En realidad, el imperialismo norteamericano ha sido más una ausencia que una presencia. No ha tratado de imponer determi-

voluntad nacional en méritos de una voluntad tiránica exterior.

Tan es así que las supremas instancias diplomáticas continentales tienen muy en cuenta esta posibilidad de intervención larvada o indirecta, clara o violenta, de origen exterior. En efecto, el artículo 5 del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca —Pacto de Río de Janeiro— dice lo siguiente :

« *Si la inviolabilidad o la integridad del territorio o la soberanía o la independencia política de cualquier Estado Americano fueren afectadas por una agresión que no sea ataque armado... o por cualquier hecho o situación que pueda poner en peligro la paz de América, el Órgano de Consulta se reunirá inmediatamente, a fin de acordar las medidas que en caso de agresión se deben tomar en ayuda del agredido o en todo caso las que convenga tomar para la defensa común y para el mantenimiento de la paz en el Continente.* »

Más concluyente, explícito y claro : en los artículos 24 y 25 de la Carta de la Organización de los Estados Americanos se ratifica la teoría de que la defensa colectiva del continente no constituye violación del principio de no intervención. En el artículo 19, a mayor abundancia, se declara, además, que « las medidas... que se adopten para el mantenimiento de la paz y la seguridad, no constituyen violación de los principios enunciados en los artículos 15 y 17 », es decir, los principios de no intervención y autodeterminación de los pueblos. Y en la « Declaración de Solidaridad para la Preservación de la Integridad Política de los Estados Americanos » —llamada Declaración de Caracas— se afirma en su parte resolutiva :

« *El dominio o control de las instituciones políticas de cualquier Estado americano por parte del comunismo internacional, que tenga por resultado la extensión hasta el continente americano del sistema político de una potencia extracontinental, constituiría una amenaza a la soberanía o independencia política de los Estados Americanos que pondría en peligro la paz de América, y exigiría una Reunión de Consulta para considerar la adopción de las medidas procedentes de acuerdo con los Tratados existentes.* »

El principio de no intervención, por lo tanto, en el Derecho Internacional Americano, tiene claras limitaciones. Por eso los tratadistas latinos insisten en que es un Derecho Internacional-Regional rigurosamente original. Su mejor trasfondo dogmático se articula de la siguiente manera :

Primero) No intervención como principio básico. No intervención por parte de un Estado de América en perjuicio de otro, no agresión militar, política o económica en tanto que instrumento o estrategia de un Estado, esgrimidos con fines de expansión, dominio o simplemente influencia política en detrimento de otro Estado.

Segundo) Límite al principio anterior : cuando, por haberse desarrollado en uno de los Estados americanos una situación que ponga en peligro la independencia o paz de otro Estado americano, los órganos de consulta de la colectividad americana pueden estimar conveniente cancelar el principio de no intervención.

Tercero) Cuando el derecho de autodeterminación de un pueblo americano ha sido conculcado por una previa intervención extramericana —aunque no sea militar—, el principio de no intervención queda automáticamente cancelado, y entonces la intervención conjunta americana se convierte en obligación continental.

Cuarto) El principio de no intervención en favor de un solo Estado cede ante el derecho de intervención en favor de la colectividad americana, constituída en tribunal regulador del destino hemisférico.

Estas son las bases del sistema interamericano, las claves de su dinámica internacional. Todos los conflictos o situaciones de

ricano que prefiere permanecer en la duda, en la inacción, a forzar el destino continental mediante una política audaz, no precisamente conservadora, de tipo colectivo e integrador, con exclusión de todo extremo totalitario, fascismo o comunismo. Cobardía que en parte se debe al hecho incuestionable de que las democracias latinas siempre han sido débiles, inorgánicas, más dispuestas a conservar que a innovar. Es sobradamente conocido que los más calificados estadistas demócratas de América Latina, en privado, sostienen la tesis de la « intervención justa », pero que en sus manifestaciones oficiales se abstienen cuidadosamente de toda manifestación comprometedora. Miedo, sobre todo, a asumir la responsabilidad de la iniciativa. La cuestión cubana —el único gran problema internacional de América Latina— representa una disyuntiva patética para los gobernantes democráticos del sur del continente : desean la eliminación del quiste comunista en el Caribe, pero se prohiben a sí mismos asumir la iniciativa de la solución. Y, además, se creen obligados, por escrúpulos inconscientes, a vetar la solución que propone Washington.

Segundo) El estallido revolucionario cubano ha repercutido profundamente en el continente latinoamericano. Ha sido el catalizador de todas las apetencias no conformistas, de todas las reivindicaciones yacentes en el alma colectiva de las sociedades del sur de Río Grande. Ya se está aclarando el paisaje ideológico y pronto llegará el momento en que se establecerá identidad entre fidelismo y comunismo. Con ello, por supuesto, el jefe de la revolución cubana habrá rendido un inapreciable servicio al comunismo en América Latina, pero con ello, también, la profunda repercusión del fidelismo inicial será mucho menor.

América Latina vive en estos momentos un período extremadamente flúido de su historia social. Las sociedades latinas se estructuraron en sistemas cuya vigencia ha caducado. Sobre todo en el frente de la propiedad agraria. La revolución cubana ha demostrado que estas estructuras son susceptibles de derrumbe, y el ejemplo cubano, magnificado y sublimado por el impulso irracional, ha despertado un profundo eco a lo largo de los Andes. Casi todos los gobiernos latinoamericanos saben que la adopción de una posición internacional o interamericana de combate contra Cuba comunista, supondría fatalmente una pleamar de resistencias sociales en el interior de sus respectivos países. En algunos casos, certeza de que el gobierno que se atreviera a pronunciarse oficialmente en favor de la intervención, saldría malparado en las elecciones siguientes. En otros casos, temor de levantamientos comunistas a título de represalias. No existe peligro, en estos momentos, de revolución fidelista en ningún país latinoamericano, y la frustrada revolución boliviana es un ejemplo elocuente. Pero sí existe el peligro de capitalización emocional, con la consiguiente secuela de violencias, en caso de que los gobiernos latinos aceptaran abiertamente el reto lanzado desde La Habana.

Punto que se relaciona con el extremo anterior. En su gran mayoría, la intelectualidad latinoamericana sufre un evidente error de perspectiva : como reacción ante la posibilidad de una fase interamericana de mayor integración con el coloso del norte, estima preferible la « internacionalización » del continente americano. En otras palabras —ejemplo que ha ocurrido en muchos países no americanos— la estrategia típicamente comunista que consiste en filtrar la revolución a través de la conciencia liberal, está logrando buenos éxitos en el hemisferio americano. Estrategia que estriba en obligar indirectamente a los liberales a obrar de acuerdo con los intereses comunistas, sin que el agente se dé perfecta cuenta de lo que hace. Es más : creyendo el agente que, en realidad, está obrando como liberal.

Tercero) Último supuesto, pero cuya importancia es extrema : hasta hace muy pocos años, los países latinoamericanos se culpaban a sí mismos de sus miserias. Por supuesto, en última instancia, la culpabilidad se remitía al imperialismo norteamericano, mas esta culpabilidad adoptaba el perfil lejano e impreciso de los fenómenos naturales, irreversibles y fatales. En los diez últimos años se ha producido una concreción en la doctrina de la culpabilidad. Grandes sectores de las sociedades latinas —con inclusión de gobernantes— creen ahora que Estados Unidos tienen la obligación de resolver todos los problemas económicos de América Latina. Que el plan Marshall en

favor de Europa constituyó un fraude a la solidaridad hemisférica, puesto que debía haberse revertido íntegramente en favor de América Latina. Y que, hasta cierto punto, la revolución comunista cubana es una consecuencia —un acto de justicia histórica— a modo de sanción al delito norteamericano consistente en no haber sabido resolver todos los problemas latinoamericanos a su debido tiempo.

En consecuencia, para grandes sectores de América Latina la penetración comunista en el Caribe tiene algo de providencial, porque obliga a Washington a replantear la cuestión económica de América como un todo, y a replantearla en términos de urgencia y de generosidad sin límites. ¿Por qué, por lo tanto, facilitar la extirpación del quiste antillano, de acuerdo con las presunciones jurídico-políticas del sistema de seguridad hemisférica, cuando con ello se eliminaría, al mismo tiempo, la causa apremiante que obliga a Washington a volcar el cuerno de la abundancia sobre los gobiernos latinoamericanos?

La realidad sanciona, en parte, esta tercera presunción : el Plan Kennedy —«Alianza para el Progreso », dotado de un crédito anual de quinientos millones de dólares— demuestra que la munificencia norteamericana se acrece en instantes de peligro...

* * *

De todo lo anterior puede concluirse que entre las victorias logradas por Rusia en la guerra fría figura la destrucción del sistema interamericano de seguridad. Por lo menos del automatismo que implicaba. Ahora bien : ¿se trata de una destrucción irreparable o de una inviabilidad pasajera? En otras palabras : ¿cabe la posibilidad de que este mismo instrumento —con variantes si se quiere— cobre nueva y más eficaz vigencia? Ello dependerá de tres factores :

Primero) De la virulencia revolucionaria cubana en el futuro inmediato. El instrumento de defensa se reajustará más rápidamente según sea mayor el proceso de penetración comunista en las masas latinoamericanas. En alguna medida, la pasividad latina débese a que sus gobiernos todavía no aceptan en toda su dimensión el reto del gobierno de La Habana : en que todavía confían en que la revolución cubana, perdida su virulencia inicial, se declare dispuesta a reingresar en el circuito americano. La ilusión, por supuesto, se está desvaneciendo. Por su naturaleza, por los fines universales que persigue, la revolución cubana no tiene frontera continental, ni la desea. Hoy el ejército cubano es el segundo en potencia en el hemisferio. Su misión está prefijada : instrumento de sostén de las eventuales revoluciones en Centroamérica. Estado que se halla en el prólogo al totalitarismo, Cuba hace converger todas sus actividades hacia el mismo fin : radio, diplomacia, ejército y economía se movilizan en la exportación permanente y progresiva de su revolución a las playas continentales, sin excepción. No importa que, hasta el presente, los gobiernos latinoamericanos no deseen aceptar el reto en todas sus consecuencias : Cuba, a la larga, obligará a aceptarlo, porque el otro término de la alternativa sería la sovietización de América Latina.

Segundo) La diplomacia norteamericana no ha sido muy inteligente hasta ahora en la labor de concertar voluntades hemisféricas. La rectificación apenas ha empezado. En Washington, hasta hace muy poco, América Latina era el frente olvidado. Se ha trocado súbitamente en frente primordial.

Tercero) Las fuerzas potencialmente revolucionarias, en América Latina, se encuentran en vísperas de la hora cero. La revolución cubana ha tenido la virtud de aglutinarlas y movilizarlas : pero también ha cometido el error de dotarlas de un dinamismo excepcional, antes de que existieran las condiciones objetivas que pudieran hacer posible su victoria. Todo se ha puesto en movimiento de manera demasiado rápida, casi sin posibilidad de remisión circunstancial y táctica. El estremecimiento social que recorre el espinazo sudamericano es espectacular, pero más por la nota de urgencia y de violencia que lo impulsa que por su extensión y profundidad. La crisis definitiva está próxima. Al impacto del reto del siglo, el sistema interamericano de seguridad se ha mostrado momentáneamente inoperante. En el próximo embate, o se afirma la solidaridad democrática colectiva o América Latina se astilla en paroxismos revolucionarios.

JUAN BOSCH

Panorama político en 1961

A MEDIADOS DEL AÑO 1961 la situación política de la América Latina es tan grave como lo era en 1809, y por razones semejantes. Los sucesos que se produjeron desde 1810 en las colonias de España y Portugal terminaron, hacia 1824, con esas colonias transformadas en repúblicas. ¿Están llamados los que se produzcan a partir de ahora a terminar, digamos en 1975, con un nuevo orden político y social en la mitad meridional del Nuevo Mundo?

Muchas personas piensan que sí, y las lecciones de la historia confieren un valor especial a esa tajante afirmación.

Paralelo de los antecedentes

En 1809, la escasa conciencia política de América Latina se hallaba sacudida por un cambio tan serio en el Hemisferio Occidental, que de él habían surgido dos repúblicas —Estados Unidos y Haití—, símbolos de los tiempos antimonárquicos que se avecinaban. Además, en todo el Continente se sentía el impacto de las fuerzas que desde hacía veinte años lanzaba sobre el mundo la Revolución francesa.

En 1961, la amplia conciencia política de América Latina se encuentra conmovida por una serie de sacudimientos sociales que se inició en México hacia 1910, renació con la revolución cubana en 1933, apareció de nuevo hacia 1944-1948, y culminó al fin en la profunda revolución fidelista de 1959.

En 1809, las ideas revolucionarias tenían como vehículo principal las logias masónicas, cortas en número y cortas en afiliados; en 1961, abundan los partidos revolucionarios y por todo el Continente se extiende uno de organización férrea y dedicado profesionalmente a organizar la revolución. Obviamente, nos referimos al Partido Comunista.

En 1809, la lentitud en las comunicaciones entre continentes y países y la pequeñez de los círculos latinoamericanos que tenían interés en las noticias políticas hacían que la influencia de acontecimientos tan importantes como las revoluciones de América del Norte, de Haití y de Francia se redujera mucho en nuestros pueblos.

En 1961, la velocidad y la agresividad de los medios modernos de difusión han acortado el tiempo hasta reducirlo a su mínima expresión. Al acortar el tiempo han contraído el espacio, de manera que en todos los países latinoamericanos se viven simultáneamente las experiencias de cualquiera de ellos. Un discurso de Fidel Castro, por ejemplo, se oye en Guatemala o en Venezuela en el momento en que está siendo dicho en La Habana ; se oye, y se siente a la multitud que aplaude al orador. La técnica publicitaria ha aumentado a grados insospechados el poder agitador de los medios modernos de difusión, y a la vez el aumento de la sensibilidad política de las masas multiplica la fuerza comunicativa de los acontecimientos.

A principios del siglo XIX, a pesar del alto porcentaje de la población sometida a la esclavitud, y a pesar del movimiento de Tupac Amaru en 1780 y de la rebelión haitiana que acabó con el establecimiento de una república en enero de 1804, las masas no tenían verdadera inquietud política.

En 1961, las grandes mayorías de nuestros pueblos están afiliadas a movimientos izquierdistas y millones de hombres y mujeres tienen no sólo inquietud, sino también actividad política.

Paralelo de los grupos directores

No puede haber cambio revolucionario de las formas o de las estructuras políticas y económicas si no hay por lo menos un grupo o una clase social que necesita y desea ese cambio.

En 1809, los grandes terratenientes y algunos sectores mercantiles de América Latina necesitaban y deseaban un cambio. Los hombres que encabezaban esos sectores fueron quienes dirigieron las guerras de independencia, o los que lograron la independencia sin necesidad de guerras costosas, como sucedió en el Brasil. Y la historia de Venezuela nos enseña que tales jefes batallaron y alcanzaron sus propósitos aun contra la voluntad de la masa popular, allí donde la masa prefirió pelear bajo la bandera del Rey.

En 1961, la mediana y la pequeña clase media de América Latina necesitan, y desean, una transformación de la sociedad. De estos dos grupos sociales han salido los líderes revolucionarios de nuestros países, por lo menos los que han iniciado en este siglo la marcha hacia un cambio en el estado político y económico ; y puede asegurarse que sin una sola excepción, de ahí han salido también los fundadores y las principales figuras de los partidos comunistas de América Latina.

En 1809, los terratenientes y sectores de comerciantes de las colonias necesitaban y deseaban asegurar con el poder público las riquezas que habían acumulado. La formación de los primeros era antigua, pero su ascenso al más alto nivel del poderío económico había tenido lugar sobre todo en los últimos cincuenta o sesenta años, a favor de la política liberal de los Borbones españoles. Con los cambios que estaban operándose en el mundo, los grandes terratenientes veían en peligro ese poderío económico si no controlaban por sí mismos el poder político ; y se lanzaron a conquistarlo.

En 1961, la mediana y la pequeña clase media latinoamericanas necesitan y desean apoderarse de los mandos de la sociedad, pues a pesar de que sus hombres más conscientes se hallan técnicamente preparados para ascender, la alta clase media y la burguesía no les abren paso y su destino inmediato es caer en la categoría de proletarios intelectuales. Estas mediana y pequeña clase media han venido formándose en los últimos cuarenta o cincuenta años, y han alcanzado un alto nivel técnico en tiempos recientes gracias al mejoramiento de los centros de estudios que han estimulado precisamente los gobiernos revolucionarios posteriores a 1910. En la actualidad, hay en cada país de América Latina decenas de millares de jóvenes bien preparados que se quedan sin destinos, y sus perspectivas inmediatas son emigrar a países más prósperos —que en nuestro caso quiere decir, casi siempre, Estados Unidos— o lanzarse a la conquista del poder total.

El vacío de poder en 1809

En la sociedad organizada no puede haber vacíos de poder prolongados. Si los hay, la sociedad se descompone ; y la sociedad tiene que sobrevivir ; se resiste a ser disuelta. El camino adecuado para la supervivencia es que siga a los que le ofrecen un tipo nuevo de organización, o que se someta a ellos aunque no desee esa nueva organización.

Es natural que al producirse un vacío de poder, acudan a llenarlo los que necesitan o desean el poder, y es también natural que al desplazarse de su lugar social hacia el mando político, el grupo que corre a ocuparlo se comporte con violencia y desate en torno suyo una tormenta de hierro y sangre. Pues si procediera con cautela, otros podrían llegar al poder antes que él, y siempre hay posibilidad de que suceda esto último en un ambiente de conmoción y de miedo.

En 1809, nuestros pueblos se hallaron lanzados en un vacío de poder ; en 1961, hay un semivacío que puede transformarse cualquier día en vacío total, como sucedió ya en Cuba el 1 de enero de 1959.

El de 1809 se produjo cuando la prisión de Fernando VII y de sus padres, llevada a cabo por Napoleón en 1808, dejó al impe-

rio español sin su jefe tradicional. El imperio pasó a ser un cuerpo sin cabeza, que se movía en el campo de la historia con la incertidumbre de un tronco perdido en medio del océano. Los terratenientes y ciertos sectores mercantiles de las colonias españolas acudieron a llenar el vacío, y cosa parecida sucedió en el Brasil cuando el rey portugués volvió a Lisboa, pasado el huracán napoleónico. Hubo países americanos donde las grandes masas siguieron a sus nuevos jefes, como en el Brasil, por ejemplo ; y allí la lucha no fue costosa. Pero los hubo donde combatieron contra ellos, y al cabo de largos años de guerras, acabaron sometiéndose.

A ningún estudioso de la historia de América Latina puede caberle duda de que la gran crisis que terminó con el establecimiento de repúblicas en nuestro Continente fue precipitada por la conjunción de dos hechos históricos : la existencia de grupos sociales que necesitaban y deseaban el poder político, y la aparición de un vacío político en el imperio español, determinado por la prisión de Fernando VII y de sus padres.

El semivacío de poder en 1961

Ahora bien, en 1961 hay un semivacío de poder en América Latina ; y hay también un grupo social —el compuesto por la mediana y la pequeña clase media— que necesita y desea el poder público. Allí donde el semivacío quede convertido, aunque sea momentáneamente, en vacío total —como sucedió en Cuba hace dos años y medio—, la revolución brotará con fuerza irresistible, y tomará el poder.

Desde principios de este siglo XX, América Latina ha sido un satélite político y económico de Estados Unidos. La alianza de los sectores imperialistas de Estados Unidos con los gobernantes oportunistas y antinacionales de nuestros países ha formado durante más de media centuria el núcleo de poder en las tierras latinoamericanas. Esa alianza ha fijado el centro gobernante en un eje que une a Washington con la capital de cada uno de nuestros países ; y así como antes de 1810 el poder estaba en Madrid y en la persona del rey, desde hace más de medio siglo está repartido entre los gobiernos criollos y el Presidente de Estados Unidos.

Y sucede que a partir de 1953 hay en Washington un intermitente vacío de poder, por lo menos en relación con América Latina. Durante algunos años de la Administración Eisenhower, el poder estuvo en manos de Foster Dulles, y el señor Dulles reforzó la alianza de los grupos imperialistas de su país con los sectores más inescrupulosos de América Latina ; de manera que su ejercicio de la parte de poder norteamericano en lo que toca a la América Latina fue decididamente antihistórico. A la muerte del señor Dulles se reprodujo el vacío de poder norteamericano en relación con nuestros países ; y donde ese semivacío se completó con el abandono del poder por los asociados criollos —como sucedió en Cuba a la fuga de Batista—, se hizo presente la revolución, esto es, el paso de un grupo social necesitado del poder hacia el comando de la vida pública.

Desde la muerte de Foster Dulles, el semivacío en la porción de poder sobre América Latina que ejercía Estados Unidos se ha hecho patente. La Administración Kennedy ha tratado de llenarlo con palabras, pero no ha alcanzado todavía el terreno firme de los hechos. Más aún, la Administración Kennedy ha dado muestras de que es intrínsecamente débil ; de que oscila entre el llamamiento de los sectores antimperialistas de su propio país, que desearían ver al gobierno nortamericano libre de la influencia de los negociantes colonialistas, y la presión casi irresistible de estos últimos.

La reacción juega su carta

Al promediar el año 1961, América Latina es el campo de la batalla política más enconada del mundo. La reacción —no sólo continental, sino hemisférica— se ha lanzado con todas sus armas a una lucha sin cuartel. So pretexto de que la revolución de Cuba es comunista, todos los medios de expresión, que están en manos de las oligarquías terratenientes, financieras y comerciales, golpean día y noche a las masas con el terror psicológico. Su plan es lograr que se desate en América la persecución contra los comunistas ; y después, como es claro,

perseguirán a los revolucionarios no comunistas.

¿Por qué actúan así esos grupos? ¿Por pureza ideológica? ¿Es que su amor a la democracia resulta tan sincero que no pueden aceptar la menor amenaza contra los regímenes democráticos?

Pues sucede que no. Los mismos que hoy agitan sin descanso el espantajo comunista fueron los que iniciaron la campaña de descrédito contra líderes democráticos como Haya de la Torre, José Figueres y Rómulo Betancourt ; ellos sembraron la semilla de insultos y calumnias que los comunistas cultivan ahora con tanto esmero. Estos ardientes defensores del mundo libre eran hasta hace poco panegiristas de Trujillo, de Pérez Jiménez y de Somoza.

La reacción juega su carta anticomunista, no por amor a la democracia, sino para defender sus privilegios. Si logra asociar todo cuanto se ha hecho en Cuba con el color rojo de la bandera soviética, pondrá sus fortunas a salvo de la revolución social latinoamericana. Para esos sectores, el anticomunismo es negocio que rinde beneficios.

¿Puede decirse lo mismo de las grandes masas de nuestros países?

La incógnita por millones

Seguramente no. Nadie sabe a ciencia cierta qué piensan esas grandes masas. De hecho, ellas son una incógnita.

Lo que puede afirmarse es que más de ochenta millones de latinoamericanos —entre los cuales hay cerca de cuarenta millones de adultos— no saben leer, y por tanto ignoran lo que dicen los diarios.

Los que leen, y convierten sus lecturas en hechos, son esos grupos de la mediana y la pequeña clase media que necesitan y desean el poder político. Leen también importantes núcleos de obreros, pero la evolución cubana demostró que los obreros con buenos jornales, organizados en sindicatos y asegurados socialmente, reducen su actividad política a conservar su posición. Leen también la alta clase media y la alta burguesía : leen, sobre todo, sus propias campañas anticomunistas y las noticias que se refieren a precios, mercados y leyes favorables a las nuevas inversiones.

Demasiado ocupados en adquirir « Cadillacs », en llevar a sus mujeres a cabarets y casas de modas, en hacer viajes de negocios a Nueva York y a Europa, los hombres de la alta clase media y de la burguesía latinoamericanas consideran que van a detener la revolución social con propaganda anticomunista. Sus antepasados de hace ciento cincuenta años creyeron también que podían evitar la liquidación de la esclavitud hablando de los horrores que desató la rebelión de los esclavos de Haití.

La propaganda reaccionaria está creando la atmósfera de la batalla continental. En esa batalla, ¿qué partido va a tomar la gran masa latinoamericana?

Necesariamente, el de la revolución ; aunque es muy probable que no le importe que esa revolución sea comunista o democrática. Para la gran masa será lo mismo con tal de que le proporcione bienestar. La diferencia entre la primera y la segunda es que la última ofrece libertad, pero hasta ahora, ¿qué libertad ha conocido la gran masa?

La parte más consciente de la masa distingue sólo entre una revolución sangrienta y una que no lo sea ; y sucede que la revolución sin sangre sólo puede ser realizada si se acude hoy, no mañana, a resolver los problemas agudos que tenemos ante nosotros ; los económicos, los sociales y los políticos ; los de hambre, los de desigualdad en todos los órdenes y los que nos plantea la supervivencia de tiranías espantosas, como la dominicana, la de Nicaragua y la de Paraguay.

Ahora bien, entre una revolución sin sangre, pero demorada, y una con sangre, pero inmediata, ¿qué han de preferir nuestros pueblos?

Sería osado hacer vaticinios. Las conmociones sociales se dan cuando las condiciones apropiadas hacen acto de presencia en la historia. No son materia de selección ni pueden prefabricarse.

Lo único que nos es dado ver es que al promediar el año 1961 nos hallamos en una situación muy parecida a la que teníamos en 1809, un año antes de que se iniciaran nuestras guerras de independencia. Las diferencias no aplacan, sino que acentúan la inclinación a pensar que hoy, como en 1809, estamos en vísperas de grandes cambios en la estructura profunda y en las formas visibles de nuestra vida social.

FRANCISCO SALAZAR MARTÍNEZ

Patria de luz

Cae *y llueve la noche.*
La noche arropa el aire
y en los brazos del tiempo
la sombra se desgaja.

Patria de luz añoro.
Patria de estrellas canto
y en la raíz del sueño
la Patria me ilumina
sus corolas de sangre.

Por eso, Amor, te digo
que no acepto la luz si la regalan.
La luz hay que pelearla
con diente y sueño
y corazón
y lágrimas.

La Patria está en tus ojos.
En los ojos del hijo iluminados
por la bondad de nuestras almas.
La Patria está en los héroes
y en el hermoso vuelo de los pájaros.
Ven, vamos ahora
a combatir la sombra
con luz de tu mirada.

Deliro en vino y sueño

(Fragmento)

Deliro *en vino y sueño si por mi frente pasas.*
Si te ciñes al torso,
si me obsequias en cálidos racimos,
ardiendo el seno, ardida en labios
la sedienta canción.
Todo a ti se me entrega el deseo,
se me pulsa la luz,
se me ilumina el canto
y a tus pies, conmovido, dejo un huerto regado
Alila aluenda ludivel llorando.

EDMUNDO E. EICHELBAUM

¿Una nueva generación frustrada?

DESDE CIERTA DISTANCIA, quizá desde Europa o desde Estados Unidos, se habla de « la juventud latinoamericana » como si se tratara de un conglomerado monolítico claramente caracterizable. Sin duda, desde ciertas posiciones ideológicas, se imagina a esa « juventud latinoamericana » como una masa vociferante y subversiva, predispuesta exclusivamente para el desorden. Desde otros ángulos, se la ve —siempre con un impulso imaginativo alentado por la falta de información— homogéneamente castigada por el hambre y la ignorancia, bajo el látigo del capitalista extranjero, incubando rebeldías con causa. Una dosis de soles tropicales y otra de pereza india pueden condimentar esas contradictorias imágenes y otras variantes parejamente ilusorias. Y el hecho de que se sienta por ella simpatía o antipatía o no se sienta nada, no redime las deficiencias de esos juegos esquemáticos.

Cualquier acercamiento que se intente con respecto a la realidad, habrá de traducir el concepto mismo de « juventud latinoamericana » a una imagen plural, refractada y compleja, que perderá nitidez rápidamente. Es cuando aparecen los individuos y los grupos sociales y se plantea la pregunta inicial : ¿Es que se puede hablar de una « juventud latinoamericana »? Conviene contestar seriamente —aunque pueda ser por ahora de manera provisional— a ese interrogante.

Mirando hacia adentro

Ha habido ya algunas respuestas que tuvieron curso, aunque no siempre se haya comenzado por plantear bien la pregunta. Existen, ante todo, las respuestas ideológicas divulgadas por la propaganda. Responden a las distintas orientaciones, desde la derecha a la izquierda, pero obedecen a una misma actitud : « Puesto que alguien tendrá que llevar adelante nuestro programa en los países de América ; puesto que ese « alguien » son los jóvenes de hoy y convendría que estuvieran unidos, es lógico deducir que existe una juventud latinoamericana. » Se daba por existente una juventud con características comunes, porque convenía y porque era fácil entonces adjudicarle necesidades, inquietudes, deseos, que se afirmaba satisfacer.

Y así, esa « juventud latinoamericana » era esencialmente católica, o antimperialista, o democrática, según la particular proyección sentimental de los sostenedores de cada actitud ideológica. La situación real de los jóvenes en los diferentes países y regiones, no era analizada. Se prefería inventar ese ente metafísico —la « juventud latinoamericana »— adecuado a las recetas ideológicas, como si la sociedad produjera la historia bajo moldes ideológicos. Por otra parte, esta crítica ha sido formulada infinitas veces, desde un sector político hacia los otros. Y cuando a fines del siglo XIX las organizaciones sindicales surgidas de un incipiente movimiento obrero y algunos sectores intelectuales dieron nacimiento a los partidos socialistas, los sectores políticos tradicionales de los países americanos acusaron al socialismo de pretender importar ideologías que se aplicaban de manera abstracta y forzada a la realidad de nuestros pueblos. A su vez, la izquierda afirmaba

que los partidos tradicionales no podrían resolver jamás la crónica crisis económico-política de nuestros países, en la medida misma en que, por responder a intereses de clase, se forjaban una ideología abstracta, que creaba la ilusión de una política prescindiendo de la realidad social. Entretenidos en reproducir polémicas de ese tipo, secuela algo tardía de la lucha universal entre izquierdas y derechas, pocas veces hubo quienes trataran de trazar programas concretos ; que estudiaran y tomaran en cuenta las realidades diversas de nuestra América.

Sin embargo, al lado de la política diaria de nuestros países y siempre un poco al margen de los partidos que se sucedían en el poder, hubo algunos movimientos con características originales, aunque sintieran fuertemente la presión de influencias debidas a las corrientes de ideas y de hechos históricos que se producían en el mundo. Hay que contar, fundamentalmente, con dos antecedentes importantes y fecundos. Un movimiento ideológico como el de la Reforma Universitaria, que dio nacimiento a partidos políticos como el APRA en Perú y el Partido Febrerista paraguayo, además de generar una oleada de influencias que pueden reconocerse en infinidad de ensayistas y políticos, incluso en los dirigentes de Acción Democrática de Venezuela. El otro antecedente es el de la revolución mexicana, fenómeno que creó también un entusiasta fervor continental y alentó esperanzas y voluntad de lucha en dos generaciones.

Pero durante mucho tiempo, y aunque aisladamente se produjeran fenómenos de galvanización de la voluntad de las masas, todas las tentativas por llevar adelante un fuerte movimiento revolucionario y progresista en América latina se mantuvieron fuera del alcance popular. Historiadores, escritores, juristas, políticos de izquierda y dirigentes sindicales, entrevieron muchas veces procesos políticos que tenían en cuenta algunas de nuestras realidades continentales. Los jóvenes estudiantes o militantes políticos, cada vez que se producían en el mundo procesos de polarización ideológica, respondían en Iberoamérica enfrentando en cada país el orden establecido y llamando a las masas a realizar movimientos revolucionarios. La revolución rusa de 1917, por ejemplo, tuvo especial poder de catalización para los líderes del movimiento de la Reforma Universitaria producido en 1918 en la provincia argentina de Córdoba.

Ha habido, pues, en ciertos períodos movimientos que sacudieron de una manera general a los pueblos de América Latina y que han movilizado a sus juventudes. En tales etapas, pudo hablarse de una juventud latinoamericana hasta el punto en que existieron minorías fuertes de jóvenes que se sintieron incluídas en esos movimientos y encontraron elementos de cohesión, a la vez en un plano ideológico y en la acción. Pero el grueso de los jóvenes de nuestros países, al encauzar su actividad a través de los partidos políticos, o al no expresarla por ninguna vía, se encontró con los factores de aislamiento y diferenciación que frustraron un encuentro en el plano continental. Las diferencias de desarrollo de cada país se impusieron siempre a los elementos de cohesión y, por otra parte, los factores ideológicos carecieron de fuerza suficiente como para superar ese estado de cosas.

Un continente incomunicado

Una de las causas de la ausencia de fuertes lazos cohesivos reside en la incomunicación. Incomunicación multifacética, que separa a cada país de los otros, pero también a las capitales de los territorios interiores. Para los jóvenes de la ciudad de Buenos Aires, la situación de los jóvenes mexicanos o panameños o venezolanos es tan misteriosa como la de los chilenos, peruanos u hondureños ; pero también les ocurre lo mismo con los de las provincias argentinas. Más aún : la incomunicación se reproduce dentro de la ciudad misma en que habitan y actúan. Si se trata de un escritor afortunado, por ejemplo, tendrá mil lectores, es decir, se comunicará a través de su obra con una escasa minoría. De esta incomunicación nace la ausencia de un lenguaje común con el cual entenderse. Los representantes de aquellas minorías de jóvenes que han intentado el contacto con los otros, han permanecido en el plano de las generalidades, como si América Latina no tuviera un lenguaje de todos que permi-

cionalista Revolucionario en Bolivia, a Frondizi en la Argentina y a Betancourt en Venezuela, indican ese cambio. Y lo indica también la difusión del mito de Fidel Castro. Para apoyar esas posiciones políticas nacionales, debieron entrar en el terreno de la colaboración directa con partidos y hombres políticos. Los jóvenes actuantes, los componentes de las minorías que en otros tiempos se aferraban intransigentemente a los principios, han llegado a la conclusión de que es preciso contar con las masas para hacer algo efectivo y tener alguna vez una participación real en la vida de sus países. Han perdido la fe en el triunfo de los principios y prefieren participar de todos modos en el poder. Este fenómeno es complejo e incluye una pérdida de prestigio de los métodos y concepciones democráticas en favor de la fuerza y el poder ejecutivo demostrado por regímenes antidemocráticos. Una suerte de realismo político ha ganado el ánimo de ciertos jóvenes. Y el fenómeno es contagioso.

Tal proceso no puede ser comprendido de una manera simplista. Son muchos los elementos históricos que han concurrido en él y a menudo se contradicen entre sí. Si el disconformismo juvenil se manifiesta siempre contra la medianía de los períodos de calma, si ese mismo disconformismo ha hecho que los jóvenes resistieran a las dictaduras, también es cierto que el afán de participar en el poder, secuela de prolongadas desilusiones, conduce a un aplacamiento crítico y a otra forma de conformismo: la participación en el poder —o su ilusión...— exige concesiones. Los jóvenes provenientes de la izquierda o de partidos populares que apoyaron a Frondizi en la Argentina después de la caída del peronismo, debieron aceptar extrañas alianzas. Reencontraron a antiguos peronistas ; a un sector salido del viejo nacionalismo, el que apoyó al fascismo durante la guerra y pretendió encender el odio racista en el país ; a los comunistas, que habiendo perdido el tren en 1945, cuando apoyaron a la Unión Democrática y Perón ganó la elección, no querían perderlo otra vez ; a muchos capitalistas crecidos durante el peronismo y al calor de los negociados oficiales ; a ex radicales deseosos de volver al redil si había la posibilidad de retornar al mismo tiempo al poder ; a toda suerte de pequeños grupos pretendidamente marxistas, incrustados sin mayor éxito en el aparato sindical del peronismo, etc.

Pero encontraron también a uno de los más paradójicos aliados : el sector más agresivo de la Iglesia católica argentina, que tiene sus propias ambiciones respecto de la masa peronista. Es un sector de inspiración falangista, cuya fuerza dentro de la alianza que sostuvo y sostiene a Frondizi se pudo medir desde comienzos de la campaña electoral a través del inédito fervor religioso del propio candidato, antiguo integrante de la Liga de los Derechos del Hombre y de otras entidades directa o indirectamente controladas por el comunismo.

De cómo un joven salido, por ejemplo, del movimiento de la Reforma Universitaria o de un partido político de izquierda, pudo aceptar primero esa alianza previa y luego su eclosión en un gobierno que intentaba amalgamar tales fuerzas contradictorias y simultáneamente mantener un equilibrio con respecto al ejército que había hecho la revolución y gobernado provisionalmente, es algo que no puede explicarse con recetas ideológicas ajenas a la realidad latinoamericana. Hay que tener en cuenta que un proceso parecido se produjo en Bolivia con el gobierno de Movimiento Nacional Revolucionario, que agrupó a comunistas, trotskistas, P.I.R. (Partido Izquierda Revolucionaria) y al Movimiento Nacionalista Revolucionario y llevó a la presidencia a Víctor Paz Estenssoro, antiguo aliado del dictador Villarroel y, en esa misma época, simpatizante fascista. Por otra parte, en la Argentina misma, el proceso había comenzado mucho antes, cuando la disgregación de todos los partidos, de la izquierda a la derecha, aportó al peronismo su variado abanico de partidarios.

El deterioro de los principios rígidos y la formulación de un realismo político que opera al margen de las ideologías clásicas, favorece todos los oportunismos. Pero esa comprobación no debe ocultar la realidad de factores más profundos que la componenda oportunista de ciertos individuos y grupos políticos y ciertas fuerzas económicas. El problema del desplazamiento de un importante sector de la juventud de casi todos los países latinoamericanos hacia esa

actitud de participación en el poder por vías no ortodoxas, sólo puede explicarse por profundas fuerzas históricas de carácter complejo. Y cada una de las características que pueden observarse en ese desplazamiento tiene simétrico equivalente en un retroceso del sentido democrático. El conformismo de los sectores considerados como democráticos, que han pactado a su vez con fuerzas económicas que les dejaban compartir el poder con la condición de aceptar el mantenimiento de las viejas estructuras sociales y económicas, creó una legalidad abstracta entre cuyos engranajes formales se pulverizaban toda las ambiciones legítimas de las masas. La ineficacia de esos demócratas los tenía siempre sometidos a factores de poder como el ejército, que conservaba una fuerza capaz de restituir la autoridad y el orden cada vez que una situación de crisis o de estancamiento disolvente lo hacía necesario. El conformismo, manifestación de la debilidad política de esos sectores democráticos, nunca llegó a garantizarles el tranquilo dominio del poder. Pero en tiempos de relativa normalidad hacía posible el juego de normas constitucionales que garantizan el funcionamiento del Parlamento y del resto de las instituciones que conforman la estructura de un Estado moderno. Sólo que esas estructuras estatales de forma democrática contienen en la mayoría de las naciones latinoamericanas un universo atrasado y estancado, en el cual no se ha integrado nunca a las masas de campesinos y obreros. Y en ese universo estancado la juventud no encuentra alicientes ni esperanzas. Economías pobres, dentro de cuyo marco los grandes negocios para pocos están garantizados por ese atraso y ese estancamiento, se asientan sobre estructuras sociales sin dinamismo y aisladas en límites fronterizos que el mundo de hoy hace velozmente relativos o, peor aún, en zonas privilegiadas con grandes ciudades que viven a espaldas del resto de cada país.

Los "grupos de presión" no democráticos

En un mundo que comprende por primera vez en la historia a todos los continentes, esa situación general de América Latina se manifiesta como anacrónica con una evidencia indiscutible. Cuando uno de los temas obsesionantes de la política internacional lo constituye el problema de las relaciones entre los países desarrollados y los subdesarrollados ; cuando el mundo árabe y el África Negra realizan permanentes conferencias en « alto nivel » para fijar una política común y en la práctica avanzan con rapidez hacia una unificación frente al mundo externo, el aislamiento de las naciones latinoamericanas resalta lamentablemente. Son países que han pasado hace un siglo y medio el trance de la dura conquista de su vida independiente, y sin embargo sus regímenes políticos no han logrado durante el período subsiguiente consolidar las bases de un acercamiento continental. Mirando hacia el pasado, asombra pensar que los próceres de las guerras de la independencia latinoamericana actuaban sobre el supuesto de un continente que constituiría una federación poderosa. Quienes debieron ser sus continuadores sólo lograban ahondar divergencias, aislar, separar, enervar nacionalismos artificiales. Mientras tanto, las nuevas naciones africanas, que alcanzan su independencia en medio de la « guerra fría » y en situaciones de atraso y carencia de cuadros aún peores que las que atraviesan los países latinoamericanos, parecen estar más cerca de organizarse continentalmente para terciar con mayores fuerzas en los conflictos de la política internacional y para discutir los términos de la ayuda de los Estados más desarrollados en condiciones ventajosas.

Pero los partidos y grupos democráticos de las naciones latinoamericanas no han « visto » con claridad este proceso. Más aún, han sido aventajados en ese terreno por sectores de intelectuales y técnicos con quienes no han sabido colaborar, y por individuos a quienes no han sabido acercar a su causa. Ciertos sectores empresarios, en determinadas circunstancias, han tenido mayor visión política. Tal es el caso de algunos sectores financieros e industriales que apoyan al presidente Frondizi en la Argentina, porque consideran que una política de industrialización y de cierto entendimiento con naciones vecinas para finalidades muy concretas de recíproco progreso económico camina a favor de la historia contempo-

ránea y se traducirá en claro predominio de unos grupos económicos sobre otros, gracias a una mejor relación con las necesidades de la política. Pero estos sectores económicos que quieren actuar « a favor de la historia », son políticamente y hasta cierto punto antidemocráticos y, en el mejor de los casos, neutrales. Buscaron una colaboración similar con el peronismo y prescinden siempre que pueden del apoyo a un funcionamiento auténticamente democrático del Estado, porque implica mayor control y es más lento. Prefieren los caminos marginales que ahorran la plena luz del examen público de sus negocios y aceptan asimismo negociar en combinación con políticos sin escrúpulos.

Los partidos democráticos critican incansablemente esos contubernios. Pero en general no ofrecen nada o casi nada a cambio. Allí donde existe un gran partido democrático, como el APRA en el Perú o Acción Democrática en Venezuela, las cosas cambian. Pero donde no existe, es decir, en casi todo el resto de América Latina, los jóvenes buscan otro vehículo para participar en el poder, para sentirse verdaderamente actuantes y romper el aislamiento individual y la consecuente impotencia.

Necesidad de un ideario continental

Si se hiciera una encuesta entre los veteranos militantes de los pequeños partidos socialistas de América o de otras organizaciones políticas democráticas, para saber cuantos hijos de esos fatigados luchadores políticos actúan en organizaciones antidemocráticas de tipo nacionalista o comunista, el resultado sería sin duda asombroso. Sin embargo, esos partidos han sacrificado en diferentes oportunidades a fuertes troncos juveniles que demostraban demasiada robustez y amenazaban con alterar la nómina de sus dirigentes. Y estos dirigentes se han taponado los oídos para no escuchar las demandas de mayor audacia política, de una modernización ideológica y de un acercamiento real con respecto a las masas. El sentido de una revolución democrática pero profunda para América Latina se les ha escapado siempre, ocupados como estaban en los menudos problemas de la conducción municipal de ciertas ciudades, de progresos microscópicos en el panorama electoral y del mantenimiento de riendas cortas dentro de cada partido. Prefirieron tener una pequeña ideología para uso interno y un pequeño partido, antes que arriesgar jefaturas vitalicias. Y se mantuvieron dentro de su país respectivo con un nacionalismo práctico más enconado que el de los nacionalistas ortodoxos que, ellos sí, tenían apoyo internacional efectivo en América y fuera de América. Los partidos socialistas y democráticos, por su parte, solamente intercambiaban mensajes corteses con sus equivalentes de otras naciones del continente, sin comprometer jamás una acción común y enérgica que aparecía como imprescindible. Librados a sus fuerzas, el movimiento universitario y sectores juveniles de los partidos políticos intentaron una y mil veces romper el cerco del aislamiento nacional y entenderse de una buena vez con sus hermanos de las demás naciones de Iberoamérica. Hemos sido testigos de más de un caso en que las fuerzas políticas consideradas como democráticas impidieron o dificultaron esa acción juvenil en nombre de peligros imaginarios o reales, pero que, en todo caso, era necesario correr. Porque aun aislados y minoritarios, los jóvenes actuantes en nuestras naciones sentían y sienten la necesidad de una fuerza de cohesión ideológica continental. Si los partidos democráticos no conquistan el poder o lo pierden regularmente por obra de golpes militares ; si no han sabido forjar una ideología continental que dé cohesión ideológica a los sectores juveniles ; si son responsables de haber contribuído a la atomización de América —que favorecía a los grupos más reaccionarios— o, por lo menos, de no haberla combatido con eficacia ; si no han renovado sus programas y sus métodos, no es extraño que los jóvenes busquen otros vehículos de acción y que la fe en la democracia se vea debilitada. Los jóvenes de los países latinoamericanos no creen en los jefes de esos partidos y se sienten privados de maestros, de orientadores. Ante una realidad estancada y la falta de esperanzas de cambiarla con la ayuda de grupos políticos no menos estancados, los jóvenes más impacientes se vuelven hacia otros sectores que

les ofrecen un panorama aparente de transformación, una esperanza.

Comunismo y nacionalismo

Durante la segunda guerra mundial, la mayoría de la juventud actuante en los países latinoamericanos era vigorosamente antifascista. El pacto germano-soviético significó para los partidos comunistas un duro « handicap » negativo. Posteriormente, la alianza de la U.R.S.S. con los países occidentales echó un manto sobre el pasado, y la ofensiva de propaganda del comunismo, sobre la base de una posición democrática y antifascista, se hizo muy intensa. Entonces los comunistas hablaban todavía de la constitución soviética de 1936 como de la « más democrática del mundo ». Hitler, Mussolini y Franco, además, habían hecho mucho en favor de los comunistas, y los dictadores y profascistas de América Latina repetían los « slogans » con ese mismo resultado. Pero la política de los comunistas dependía demasiado estrechamente de normas y consignas elaboradas fuera del continente americano. Los partidos comunistas de Iberoamérica, bien que con variantes oportunistas exigidas por la movida realidad del continente, estaban sujetos hasta hace pocos meses por la antigua línea política fijada en 1927 en Moscú, sintetizada en la frase de Lossovsky : « En los países atrasados hay que hacer una política atrasada », obra maestra del humorismo involuntario practicado en materia teórica por los stalinistas y que no era otra cosa, en el fondo, que la contrapartida latinoamericana de la doctrina del socialismo en un solo país. Para que la U.R.S.S. pudiera hacer la revolución en un solo país, era necesario que los partidos comunistas del resto del mundo practicaran una política « atrasada » —léase quieta— y se mantuvieran como elementos de propaganda y de agitación pro-rusa. En la era de Kruschef, la función de los partidos comunistas ha variado. El acceso al campo de lucha de la política internacional de tantos países nuevos, la guerra de predominio sobre los países subdesarrollados y las condiciones todas de la competencia entre la U.R.S.S. y Estados Unidos, hacen que el comunismo se haya aliado a todos los nacionalismos que luchan para obtener la independencia de antiguas colonias o, en los casos en que ya ha sido lograda, para desarrollar y consolidar los nuevos Estados. El socialismo « en un solo país » se ha convertido en el socialismo en un solo bloque, piedra fundamental de la « coexistencia pacífica ». Se trata de reforzar ese bloque con la inclusión de todas las nuevas naciones posibles, cada vez que aparece en ellas una fuerza política con resentimientos contra alguno de los países occidentales y *con posibilidades de tomar el poder o con el poder en la mano*. De ahí que los comunistas hayan negado su apoyo durante largo tiempo al movimiento revolucionario cubano encabezado por Fidel Castro y sólo se lo hayan brindado cuando el triunfo parecía asegurado. Y que se hayan puesto contra Rómulo Betancourt en Venezuela, dada la energía con que el presidente de ese país ha rechazado toda confusión con los comunistas. Es el mismo motivo por el cual en Francia y en Italia, países con partidos comunistas poderosos pero decididamente ubicados en la alianza occidental, no han lanzado ninguna lucha a fondo para tomar el poder. Es preciso guardar las posibilidades de realizar el socialismo en un solo bloque, hasta que ese bloque sea suficientemente poderoso como para aplastar al otro con garantías previas.

Es esa política la que ha llevado a los partidos comunistas de todo el mundo a su decidida alianza con los nacionalismos, alianza que en América Latina tiene caracteres propios. En nuestro continente no era posible agitar la bandera de la independencia política, ya conquistada, salvo casos especiales como el de Puerto Rico. De modo que los nacionalistas de nuestro continente agitaron siempre otras banderas, desde la exaltación de sentimientos tradicionalistas —criollismo, hispanismo, nostalgias y supervivencias de la época colonial—, pasando por el folklore —ligado a la vida campesina y, a través de ella, a las oligarquías rurales—, hasta llegar a las diversas formas de antimperialismo. En la Argentina, por ejemplo, durante muchos años fueron intelectuales nacionalistas quienes analizaron y combatieron con más encono la influencia predominante del capitalismo inglés. Pero estos nacionalistas de nuestra América se vincularon a los nacionalismos

europeos, asimilaron sus ideas y consignas ; se hicieron racistas y fascistas. Hay que aclarar, sin embargo, que la fuerza de sentimientos nacionalistas en cuanto a ciertos valores de la cultura y de las formas de vida populares, así como en cuanto al orgullo nacional y sus formulaciones políticas, ha gravitado poderosamente en nuestro continente sobre todos los grupos políticos y sectores intelectuales. No es menos cierto que en determinado período casi todos los investigadores del folklore y sus cultivadores tenían una fuerte inclinación hacia las ideologías de extrema derecha. Y tal encuentro del folklore con la extrema derecha obedecía a una doble causa : por un lado los nacionalistas militantes cultivaban el folklore ; por el otro los intelectuales y grupos democráticos y de izquierda lo menospreciaban. Sin duda esta afirmación no es igualmente válida en toda la extensión del continente. En algunos países, como en México o Perú, lo tradicional, lo indígena y lo folklórico se impusieron más poderosamente a todos los intelectuales. Pero en general es cierto y, de todos modos, tiene validez en cuanto a la adaptación más o menos fiel de modos de pensar de Occidente, en cuanto a una actitud espiritual que volaba por encima de la realidad concreta de los pueblos de América Latina, de sus modos de vivir, sentir y pensar.

Una evolución innegable se ha operado en ese sentido. Las modalidades que adopta la expresión de sentimientos nacionalistas se han ido despojando de cierta rigidez ideológica, fenómeno al que no es ajeno el fracaso del fascismo en la segunda guerra mundial. Al mismo tiempo la evolución de los comunistas en el orden mundial, su alianza concreta con sectores nacionalistas, los ha acercado a ese nacionalismo latinoamericano por diversos caminos. Al principio fue sobre todo una serie de acercamientos oportunistas, producto de la lucha común contra los sectores políticos democráticos. Más tarde, la radical evolución de ciertos líderes del nacionalismo hacia la aceptación de una mezcla de marxismo y geopolítica, mixtura doctrinaria que no está lejos de la doctrina soviética oficial.

Pero una aproximación más estrecha, como la que sin duda se ha producido posteriormente y se define con claridad frente al fenómeno cubano del « fidelismo », obedece a factores de aglutinamiento de gran fuerza. Por un lado, los factores internos. Pareciera que recién ahora América Latina « siente » su subdesarrollo, su estancamiento. Y son precisamente los jóvenes quienes expresan esa sensación de retraso angustiosa, que crea el apremio por encontrar un destino para América. Hablábamos antes de la frustración generacional ; pues bien, esa frustración opera como fuerza de unión, pese a las diferencias de evolución, formativas e históricas, y pese al mutuo desconocimiento. Por otro lado, un factor externo que ha tenido una función compleja y multiforme hasta ahora en la vida latinoamericana : la presencia del vecino rico del Norte, o sea Estados Unidos. Si bien es verdad que la política exterior norteamericana ha evolucionado enormemente desde los tiempos de la « diplomacia del dólar », tal evolución apenas si ha tenido efectos sobre los países latinoamericanos. La órbita de predominio norteamericano en lo económico y en lo político ha crecido durante y después de la guerra, y con aspectos enormemente negativos. Además de la influencia de las grandes empresas norteamericanas y sus imposiciones económicas y políticas, que a menudo han llegado a obtener « status » al margen de las constituciones y leyes de cada país ; además de las inversiones oficiales y los créditos de ayuda otorgados con intromisión en la administración pública de los países que los recibían, hay otros muchos factores negativos. El sostenimiento de las dictaduras latinoamericanas, verdaderas beneficiarias de todos los créditos y ayudas ; la corrupción política y económica de burocracias estatales y de camarillas políticas, han servido magníficamente para sostener y acrecentar el sentimiento antinorteamericano de los pueblos de América Latina. Pero en la vida diaria, en los elementos que están directamente al alcance del hombre de la calle, también se han dado esos factores. La introducción de gustos y costumbres ; la importación de un tipo de cultura de masas verdaderamente degradante, a través de historietas, el cine vulgar, los discos, etc., importación basada en el gigante de la publicidad comercial, crean una serie de concretas manifestaciones de lo « norteamericano » como moda

impuesta, como molde mental y espiritual que los intelectuales y los grupos juveniles más evolucionados repudian. Y no es por casualidad como junto al mito de Fidel Castro, completándolo y creándole un ambiente peculiar, se ha difundido en América una serie de piezas populares con letras alusivas al movimiento castrista. Y son mucho menos casuales aún la popularidad del « cha-cha-cha » en la U.R.S.S. y el hecho de que Kruschef lo baile en público con gran alegría y permita que se difunda la noticia en todo el mundo. Es la utilización política de la reacción contra aquellos moldes mentales, contra aquella « cultura de masas » impuesta por la publicidad.

¿Dónde está la juventud latinoamericana?

Con una frustración heredada sobre sus espaldas ; con un fuerte escepticismo respecto de las ideologías ; con un apremio angustioso por superar el subdesarrollo y sus consecuencias sobre el destino social e individual, un fuerte sector de la juventud latinoamericana coincide, a veces sin saberlo, en depositar sus esperanzas en el ejemplo de Cuba y en soñar con el apoyo del bloque oriental. Por disconformismo, ese sector de jóvenes, uno de los más preocupados, uno de los más angustiados por el destino continental, sin duda también uno de los más valiosos, ha aceptado en la revolución cubana aspectos que contradicen ese disconformismo. La encarnación de la revolución primero, del Estado y de la historia después, en la figura de un hombre, Fidel Castro, y su glorificación en las escuelas públicas de una manera que recuerda como una gota de agua a otra lo que en ese sentido hizo el dictador Trujillo, ya no se pueden discutir. Ese « culto a la personalidad » que ahora se concretará en la formación de un partido único cuyo secretario general será Castro mismo, contradice todo disconformismo revolucionario real. Pero para llegar a ello ha habido que pasar por aceptar la eliminación de toda crítica —aun la más sinceramente ligada a la revolución cubana misma—, la eliminación de la libertad de prensa, el control por el Estado de las organizaciones de masas, la entrega del aparato administrativo a técnicos extranjeros, la militarización de niños y adolescentes, etc. Todo esto en nombre, es cierto, del antimperialismo y de la revolución socialista. Pero es una revolución a la manera soviética, es decir, consiste en la organización de un capitalismo de Estado manejado verticalmente con un régimen policíaco para el cual los individuos nada significan. Lo contrario, pues, de la idea que de una revolución latinoamericana tiene ese mismo sector juvenil que ha puesto sus esperanzas en Castro y en el ejemplo cubano.

La cuestión se plantea para el futuro inmediato en el plano de la confrontación entre ese ideal de una revolución latinoamericana que saque al continente de su dependencia y de su atraso y la realidad del proceso cubano. Pero hacen mal quienes atribuyen a Fidel Castro y a su régimen la responsabilidad de la agitación actual de la juventud de Iberoamérica. El caso cubano ha hecho el efecto de un catalizador al renovar poderosamente las esperanzas. Y luego, la táctica propagandística de Castro ha creado deliberadamente el mito. Las causales de la inquietud juvenil, sin embargo, son preexistentes. Castro se las ha arreglado para que sectores muy distintos entre sí, en cuanto a su caracterización política, vean en él una vía práctica para lograr sus fines. En Argentina, por ejemplo, se podrá comprobar el apoyo y la exaltación de Fidel y del « fidelismo » por parte de grupos peronistas, de los nacionalistas del periódico *Azul y Blanco* —que al mismo tiempo exaltan a Franco y reeditan « slogans » antisemitas—, del Partido Socialista Argentino, de ciertos dirigentes del radicalismo del pueblo —opositor al radicalismo intransigente de Frondizi—, de los comunistas, de los organismos estudiantiles mayoritarios, de intelectuales, etc. En Perú son fundamentalmente comunistas y « odristas » los sostenes de Castro. En alguna medida, Castro pacta implícita o explícitamente con todos ellos. Es decir, reproduce el tradicional oportunismo desarrollado por los partidos comunistas. De ese modo se ha convertido en un aliado de todos los opositores, cualquiera que sea la tendencia del gobierno de cada país. Indudablemente, esto no tiende a hacer claro

volución. Su disconformismo y su espíritu de lucha son la mejor garantía. Sólo el aplastamiento de ese disconformismo y la liquidación de ese espíritu de lucha abriría las puertas a una transformación de signo totalitario.

La tarea consiste en operar ese reagrupamiento político consolidando la vigencia de un ideario continental cuyos elementos están dados y probando su eficacia en la acción política concreta. Para ello es preciso romper el aislamiento, la incomunicación. Hay que apoyarse en las mejores fuerzas democráticas que existen en América Latina y crear un movimiento de solidaridad hacia ellas. Y es preciso desconfiar de cualquier incitación al silencio táctico y al acallamiento de la crítica. La debilidad mayor de Fidel Castro reside en que ni él ni sus partidarios toleran la crítica. Hace pocos meses, una calificada revista francesa que dirige uno de los intelectuales de mayor fama mundial, muy conocido por su apoyo a Castro, rechazó un artículo sobre Cuba, favorable a Castro, porque formulaba críticas al régimen. Ese artículo nonato acusa fuertemente a Fidel, a la revista y a su director. ¿Hasta cuándo podrán mantenerse esos silencios tácticos? También en este aspecto tienen la palabra los demócratas latinoamericanos. Su definición terminante es indispensable. O se proyectan hacia el futuro con audacia y decisión, o estarán obligados a aliarse cada vez más con fuerzas reaccionarias para una defensa inútil. Pero si se establece una solidaridad democrática continental, la verdad no podrá ser acallada y una crítica demoledora pondrá a prueba todos los « slogans » propagandísticos.

Un desafío democrático

Es un desafío democrático el que ha sido propuesto a los diversos sectores actuantes de la juventud de América Latina. En el continente donde nació la idea de la participación del estudiante en el gobierno de la Universidad, idea que ha costado tantos sacrificios y tantas víctimas, no es posible creer que los estudiantes acepten convertirse en el vehículo de una organización estatal que liquide la autonomía universitaria y con ella ese ideal democrático. En el continente donde nació el concepto de la solidaridad obrero-estudiantil y campesino-estudiantil, los jóvenes obreros, campesinos y estudiantes no pueden permitir la organización vertical de sus respectivos movimientos ni su sumisión a un partido único que elimine la libertad de expresión y de tendencias. En el continente en que coexisten indios, negros, mulatos, mestizos y blancos de todos los orígenes, no hay cabida para fórmulas xenófobas ni racistas. En fin, todos los valores de nuestra arraigada formación democrática están ligados a nuestra realidad, a nuestra historia, a nuestras luchas. En Argentina, después de la caída del peronismo, fueron militantes de los partidos democráticos y de izquierda quienes exigieron un tratamiento democrático para los nacionalistas de extrema derecha que habían sido objeto de torturas policíacas. Esta consecuencia democrática, quizá algo ingenua, es objeto de ese desafío. Nadie duda de que aquellos nacionalistas defendidos, si estuvieran en el poder, darían con sus propios labios la orden de detener y torturar a los militantes democráticos y de izquierda que les defendieron. El problema de fondo está encerrado ahí. Las juventudes latinoamericanas son llamadas a dar una respuesta a ese desafío. Una alianza de nacionalismo y comunismo intenta escamotear la revolución democrática latinoamericana que los demócratas hasta ahora no han sabido realizar. La ofensiva se lleva en el plano político-económico, en el plano intelectual y hasta en el plano de la cultura de masas. El problema de Cuba no se resuelve entrando de nuevo en Cuba de la mano de Estados Unidos ; el problema de América Latina como continente no se resuelve buscando nuevas fórmulas para postergar esa revolución mediante alianzas con los peores intereses que hasta ahora la han hecho imposible. La tarea de nuestras juventudes consiste, precisamente, en hacer esa revolución, que será el vehículo que habrá de liberarla de su heredada frustración generacional. Sólo en esa tarea cobrará existencia real y concreta la juventud latinoamericana de nuestro tiempo.

MARIO LLERENA

La unidad panamericana en la encrucijada

La presencia de un Estado procomunista en la familia de naciones del Hemisferio occidental constituye una prueba de fuego para la tesis panamericana y para la subsistencia misma de estos países como nacionalidades libres. Tal es el caso que se les plantea ahora con la sovietización de Cuba a través del régimen castrista.

I

El panamericanismo es una doctrina de convivencia internacional que nace de causas históricas y geográficas. Casi más que *doctrina* es un producto espontáneo de esos factores. No sólo son las Américas dos masas continentales que se extienden de polo a polo flanqueadas por los océanos Atlántico y Pacífico, ocupando así toda una mitad del planeta en perfecta unidad espacial, sino que la cultura de Occidente las invade y las conquista de pronto —siglos XV y XVI— para dar lugar a la formación de sus pueblos. Esa cultura, dentro de su variedad interna, trae consigo dos elementos vitales complementarios : el Cristianismo, que da la concepción del hombre como *persona* moral y autónoma ; y la filosofía política de la democracia (presente aún en el absolutismo ibérico), que lleva a la organización del Estado y al establecimiento de un orden jurídico.

Bajo estos dos signos, en un medio propicio a la vez por lo nuevo, por lo virgen y por lo vasto, se engendran y se conciben las repúblicas americanas. No obstante las distinciones locales, las diferencias lingüísticas y étnicas, la proporción varia del ingrediente indígena, y aun las disimilitudes mayores que en los planos de la religión, del idioma y de las estructuras políticas separan a los países del norte de los del sur, todos descansan en un común denominador de valores éticos y espirituales —de actitud ante la vida— que es la esencia característica de Occidente. Es esta base secular de formación humana y política la que está en serio peligro y comienza a resquebrajarse en América ante la presencia geográfica del totalitarismo oriental.

Que la unidad americana es una consecuencia natural de accidentes temporales más bien que una concepción deliberada de los hombres es algo que puede entenderse leyendo entre líneas el pasado. Lo que han hecho estadistas o caudillos es interpretarla a su manera, de acuerdo con las circunstancias de su medio y de su época. Esto es lo que hacen Bolívar y Martí de un lado, y lo que expresa la doctrina Monroe del otro. No tiene nada de extraño que, en unos casos, el genio contemplara con anticipación la imagen de un haz de pueblos afines en una sola gran entidad continental —aun si sólo era de la mitad del hemisferio— frente a la pluralidad heterogénea de las soberanías individuales. El genio consiste precisamente en poder ver más allá de la superficie de los hechos inmediatos. Bolívar pensó *en grande* y no importa que su idea naufragara en el Congreso de Panamá. Martí, un poco más tarde, a finales de siglo,

también pensó en lo mismo, bien que por otras motivaciones. A Bolívar le sedujo el panorama ancho de una confederación de repúblicas sin otra delimitación territorial, tal vez, que la del mar circundante. Martí sucumbió al temor de que el ritmo expansivo de Estados Unidos los llevara a « caer » sobre las Antillas y, « con esa fuerza más », desbordarse hacia los pueblos menos dinámicos del sur y quizás conquistarlos definitivamente. Su concepto de « nuestra América » (ya el posesivo lo va diciendo) es divisorio de *la otra,* inspirado en una unidad defensiva tanto de la integridad política como de la cultura.

Monroe es el nombre con que en 1823 queda bautizada una decisión trascendental del gobierno de Estados Unidos. Representa, ahora con tamaño hemisférico, el punto de vista septentrional respecto al destino de los pueblos americanos. Cualquier intento de las potencias del Viejo Mundo por establecer o restablecer su dominio colonial, o cualquier manera de intervenir en los asuntos internos de estos países, se consideraría lesivo a los intereses norteamericanos y, en consecuencia, sería violentamente rechazado. La doctrina Monroe desde entonces (hasta su repudio reciente por el Kremlin en relación con lo de Cuba), aunque sin acatamiento formal por parte de los demás poderes mundiales, quedó como una cuestión tácitamente aceptada sencillamente por la fuerza lógica de los que podrían llamarse imperativos geográficos e históricos.

Pero ello no obsta para que la democracia siga en América un desarrollo bivalente. Si el panamericanismo es un movimiento de cohesión natural alimentado por las circunstancias, el doble sesgo que en lo político-social-económico toman las cosas en el norte y en el sur va al mismo tiempo debilitándolo por dentro. En una palabra, haciéndolo inefectivo. Por idiosincrasia, por tradición, o por otras razones que no hacen al caso, los Estados Unidos —la porción anglosajona de América— van creciendo en fortaleza, en prosperidad y en estabilidad política, mientras que la otra porción, los Estados Desunidos de América Latina, sufren una perpetua crisis de uso y administración de la libertad que a la vez crea e irrita sus problemas económicos y sociales.

El panamericanismo se queda entonces como cornisa decorativa de un edificio de unidad que se conserva en pie por simple ley de inercia. La prosperidad y el bienestar político del norte buscan bien pronto proyectarse hacia fuera. En los decenios y en el mundo de finales del XIX y principios del XX, esta energía expansiva, como la acumulada en los músculos de un atleta, se convierte fácilmente en ilusión de imperio. Por unos años, Estados Unidos le llamarán *Manifest Destiny* a lo que no es más, en el fondo, que instinto mercantil y reclamos de la ley de oferta y demanda. La riqueza potencial del sur en materias primas y en capacidad de mercado consumidor es tentación demasiado fuerte para el desarrollo industrial y el espíritu financiero del norte. Los intereses establecidos, por una parte, y la corriente comercial favorable en una sola dirección, por otra, exigirían en su oportunidad la indispensable protección política. Protección que unas veces tomaría la forma del *big stick* y otras la de la « diplomacia del dólar ».

De la otra orilla americana, además, como resultado del injerto democrático en países de masa indígena que pasaron de las culturas precolombinas al binomio autoritario del virrey y de la Iglesia, apareció el subproducto de los dictadores. De Rosas o Moreno a Trujillo, incluyendo a Juan Vicente, Perón o Batista, el fenómeno es el mismo pese a las variaciones con que se presente por causas de época o de idiosincrasia local. En esencia, es la manifestación en forma democrática de un providencialismo hereditario. El control arbitrario del poder y la atrofia —por falta de ejercicio— de la voluntad popular se unen para dar lugar a una situación crónica de estancamiento político alterado periódicamente por los brotes revolucionarios. Este clima es admirablemente propicio para los intereses inversionistas norteamericanos. Necesitados a la vez de apoyo exterior y de capital extranjero para mantenerse en el poder, los dictadores encuentran ambos a través de las grandes compañías con representación en Washington, a cambio de tierras, concesiones y otras facilidades para la explotación económica. Es de este círculo vicioso de conveniencias mutuas de donde surge y se alimenta el mito imperialista.

La unidad interamericana se ha reducido

ticos del resto del Continente, enemigos naturales, por el simple hecho de ser constitucionales y producto de elecciones, de la revolución comunista.

El ataque calculado y sistemático a Estados Unidos tiene tras de sí toda una serie variada de móviles. De entrada responde a la necesidad táctica de tener a mano una « cabeza de turco » que sirva para entretener la histeria emocional de las masas al tiempo que se justifica el aparato represivo de la revolución. Castro no vaciló un segundo en acusar a Estados Unidos de la explosión del vapor « La Coubre » en el puerto de La Habana cuando desembarcaba un enorme cargamento de material bélico. Jamás tuvo la más mínima prueba que le permitiera fundamentar tan fantástica como ligera afirmación. Pero consiguió con ello grabar en la imaginación de un pueblo ya proclive y sumiso la estampa odiosa del monstruo « imperialista » y que se le fuera abriendo más y más el camino para la creación de las milicias, para las colectas de dinero « para armas y aviones » y para todas las medidas de excepción que han levantado en América un Estado policíaco.

A esto se agrega que Estados Unidos son : a) una democracia próspera ; b) la primera potencia de Occidente ; c) el eslabón más importante de la cadena panamericana ; y d) la única nación del Nuevo Mundo con capacidad para ayudar a las otras en la lucha contra el comunismo. Por todas estas cosas, destruir a Estados Unidos moralmente, separarlos después, como consecuencia, de su posición rectora en el Hemisferio y, por último, preparar las condiciones para su colapso definitivo como sociedad democrática y como poder mundial son, sencillamente, objetivos lógicos de la estrategia comunista. El desarrollo de los acontecimientos hasta el presente indica, sin lugar a dudas, que el régimen de Castro en Cuba ha acelerado las esperanzas del Kremlin respecto a una pronta desaparición del mundo capitalista. El « politburó » cubano lleva la iniciativa y la ventaja en la batalla psicológica contra Estados Unidos en el escenario de América Latina. Washington, con evidente indecisión, se bate a la defensiva. Las gestiones de la Casa Blanca enviando emisarios a los gobiernos del sur con miras a una acción común frente al totalitarismo, han resultado por el momento infructuosas. La unidad panamericana presenta alarmantes señales de decaimiento.

La colocación de Cuba en la órbita de los satélites soviéticos completa la tercera fase del plan comunista para la gran isla del Caribe. En el discurso que pronunció Castro el 19 de mayo último (aniversario de la muerte del patriota José Martí), para agradecer la distinción de habérsele concedido el Premio Lenin de la Paz, lanzó esta exclamación : « ¡Gloria a nuestro José Martí! ¡Gloria a Vladimir Ilich Lenin! » (sic). Pocos días antes, el 1 de mayo, en una concentración nacional con motivo del día internacional del trabajo, entre enormes retratos de Marx alternando con los de Guevara, Castro y otros jerarcas del comunismo cubano, Cuba fue oficialmente declarada « primera república socialista de América ». Esto no fue más, sin embargo, que la confesión pública de lo que ya hace tiempo era un secreto a voces. En la visita de Anastas Mikoyan a La Habana en abril de 1960 se habían discutido las bases preliminares del tratado con la Unión Soviética, uno de cuyos puntos (aparte el trueque aparente que permitiría a los rusos convertir a Cuba en su arsenal distribuidor de armamento para las futuras guerrillas comunistas de América Latina) fue el de que el voto cubano en las Naciones Unidas figuraría en lo sucesivo junto al del bloque totalitario. Los acuerdos posteriores con Checoeslovaquia, China Roja, Alemania Oriental, Polonia, etc., el tráfico constante de comisiones y visitantes entre estos países y Cuba, la presencia en la isla de miles de « técnicos » (palabra que abarca un conglomerado heterogéneo de estudiantes, escritores, peritos agrícolas y militares, pilotos de aviación y, en general, espías de todo tipo) rusos, chinos y de las otras nacionalidades del tronco comunista, son simplemente la confirmación material de algo que ya tuvo lugar antes en esencia. Cuba es hoy una extensión más del mundo soviético sin otros lazos con América que los del idioma y, desde luego, la situación geográfica. Su calidad de miembro, todavía, de la Organización de Estados Americanos (O.E.A.) es sólo cuestión de tiempo y de conveniencia táctica. La « República Socialista de Cuba » no pertenece ya espiritualmente a la comunidad paname-

ricana de naciones. Es, por el contrario, su principal enemigo.

III

Mucho más importantes que el caso de Cuba en sí mismo son las repercusiones que ha tenido y sigue teniendo en el resto de las Américas. Que el panamericanismo en su forma oficial no ha gozado de la simpatía de los pueblos y que más bien ha subsistido como un agregado superpuesto al curso de la historia de estos países, es un hecho en el que a duras penas habría desacuerdo. Ese panamericanismo ha tenido la poca fortuna de aparecer casi siempre como la cubierta azucarada de la píldora amarga de la amigable relación entre los intereses económico-políticos del norte y las dictaduras. Por qué a los ojos del Departamento de Estado —personificación en el sur del espíritu norteamericano— resultaba preferible el mantenimiento de un Trujillo o de un Batista en la zona periférica del Caribe à las contingencias, por decirlo así, de la ebullición democrática, es materia que podría ser de sumo interés para historiadores y sociólogos. Pero contribuyó mucho también a levantar una barrera de clisés mentales negativos alrededor del panamericanismo.

La cuestión cubana requeriría una aclaración previa antes de llegar sobre ella a un estado de opinión consciente. La aclaración es ésta : ¿Es o no el movimiento que tiene de fachada a Castro y al argentino « Che » Guevara una prolongación definida de la revolución comunista mundial? De ese punto debería depender, en buena lógica, toda actitud ulterior. Sin embargo, a pesar del lenguaje irrebatible de los hechos y de las palabras de los dirigentes responsables cubanos reiterando su profesión de fe comunista (2) y su identificación completa con la causa y fines del totalitarismo soviético, fuera de Cuba se sigue contemplando el fenómeno a través de una neblina equívoca mezcla de ignorancia, de prejuicios y de cobardía. Lo que ha estado llegando a los pueblos como « fidelismo » es la imagen de una revolución social-nacionalista hija de las injusticias sufridas por un país pequeño víctima de la presión y el egoísmo desmedido de « los grandes intereses imperialistas ». La imagen es, por supuesto, falsa. Pero en propalar semejante deformación de la verdad (la mentira es tanto más mentira cuando se presenta revestida con elementos de verdad), los comunistas no han estado solos : han tenido como aliados, más o menos inconscientes, a una parte de los intelectuales liberales de toda la América.

Resignarse a la evidencia de que la revolución encabezada por Guevara-Castro es en realidad un eslabón más de la cadena con que el imperialismo soviético ha venido atando país tras país, exigiría de inmediato obligaciones de palabra y de acción equivalentes también a una revolución de conceptos hasta ahora tenidos por casi sagrados. Como la llamada doctrina de la no intervención, por ejemplo. En vez de ello, resulta mucho más cómodo eludir la alternativa de si el castrismo es parte de la América o parte de la U.R.S.S. y atraer la atención hacia el hecho de que las condiciones económicas y sociales que prevalecen en muchas áreas del Hemisferio justifican de veras una revolución.

El último de los emisarios del Presidente Kennedy enviado a las principales capitales de América Latina a explorar la posición de los gobiernos en relación con el caso de Cuba, el señor Adlai E. Stevenson, regresó de su viaje con dos impresiones contradictorias : una, que el comunismo avanza consistentemente en esos países ; otra, que los gobiernos se oponen a una acción, colectiva o no, contra el foco cubano.

Que en lo primero el señor Stevenson no haya hecho sino descubrir el Mediterráneo, es cosa de poca monta. Lo que sí es interesante es que se le haya dejado entender que

---

(2) « De modo tal que el susto frente a la palabra y frente al nombre había desaparecido previamente... Se hicieron las transformaciones revolucionarias y socialistas y después se calificaron esos hechos, y se dijo : Esto que hemos hecho y que estamos haciendo, y que todos ustedes, trabajadores, campesinos, intelectuales, hombres del pueblo aplauden, esto, sin duda alguna, esto es una Revolución Socialista. » (Discurso del Presidente Dorticós el 14 de junio en el Ministerio de las Fuerzas Armadas. Reproducido por el periódico *Revolución* de La Habana, el 16 de junio de 1961.)

la inviolabilidad del principio de no intervención es más importante para América que el peligro comunista. Aunque este punto de vista aparezca substanciado por declaraciones oficiales de los gobiernos de México, Brasil, Argentina, Ecuador y otros, uno se inclina a poner en duda su sinceridad. Por varias razones. Una, por ejemplo, es que esos mismos gobiernos, cuyo conjunto respalda y constituye la Organización de Estados Americanos, no se opusieron a que una comisión de este organismo internacional visitase recientemente la República Dominicana (3) con el propósito de investigar el estado de los derechos humanos y las libertades públicas en ese país después del asesinato del dictador Trujillo. Esta actitud, correcta dentro del espíritu y funciones del panamericanismo, resulta incongruente en comparación al celo inusitado con que determinados gobiernos de América Latina se oponen a una intervención en Cuba, donde, si de eso se trata, el desdén y la violación de los derechos humanos y las libertades públicas resultan innegables e indiscutibles. Y otra es que hay tratados (4) y acuerdos vigentes, firmados y sancionados por todos los Estados americanos, que los comprometen a entrar en acción, esto es, a intervenir, cuando la unidad o la seguridad hemisféricas se vean amenazadas por peligros exteriores, específicamente el del comunismo.

¿Qué hay en el fondo de este conflicto de posiciones? Sería de mucho interés averiguarlo. De entrada, es una quiebra evidente de la entelequia panamericana (o « interamericana », la cosa no es de términos). Pero ¿por qué? Cuando el Presidente Quadros se declara en favor de una especie de neutralismo de rótulo americano, anuncia propósitos de estrechar relaciones con los países de la órbita comunista y enfáticamente se opone —so pretexto del principio de no intervención— a una acción de las demás repúblicas sobre el régimen comunista de Cuba, está tomando una dirección en extremo confusa y hasta sospechosa. ¿Es que realmente (aunque por otra parte lo niegue) pretende lanzar al Brasil a un abandono del vínculo panamericano en aras de una aspiración de potencia independiente mundial, la « cuarta fuerza » que la revista *Time* le atribuye? ¿O es simplemente que Quadros se trae un juego de política —juego peligroso, por cierto— destinado a sacar ventaja de la pasividad defensiva en que se han colocado los Estados Unidos?

Como quiera que se le mire, el balance arroja un saldo a favor de la estrategia mundial del comunismo, al par que siembra de dudas la conciencia pública respecto al prestigio de la O.E.A. y a la eficacia misma de la unidad continental. La actitud de Quadros ha sido imitada por el Presidente argentino Frondizi, cuya tesis de « vivir y

(3) En la reunión de cancilleres de los países miembros de la O.E.A. que tuvo lugar en San José de Costa Rica en agosto de 1960, se adoptaron enérgicas medidas respecto a la República Dominicana por « actos de agresión e intervención contra Venezuela ». El acuerdo, tras la retirada de la delegación dominicana, fue unánime. La resolución establecía el rompimiento de relaciones diplomáticas y también la « interrupción parcial de relaciones económicas ». Pero cuando en la misma reunión se empezó a considerar la amenaza de intervención comunista en el Hemisferio Occidental, Castro, en un discurso pronunciado en La Habana, desafió a la O.E.A. « Somos amigos de la Unión Soviética —dijo— y de la República Popular China. Y con la O.E.A. o sin la O.E.A. ganaremos la batalla. » Al día siguiente, en otro discurso dirigido a la conferencia por el delegado cubano Raúl Roa, éste advirtió a los demás países de América que Cuba estaba dispuesta a mantener las más estrechas relaciones con la Unión Soviética. La delegación cubana abandonó la reunión el día 28, precisamente antes de que se adoptara unánimemente la Declaración de San José condenando la intervención o amenaza de intervención por parte de poderes extracontinentales en las repúblicas americanas. Específicamente se rechazaba « el intento del bloque chino-soviético de capitalizar la situación política, social o económica de cualquier país de América ».

(4) Principalmente el Tratado de Seguridad Hemisférica de Río de Janeiro (1947), la Carta de Constitución de la O.E.A., Bogotá (1948) y, especialmente, la Declaración de Caracas (1954).

te, lograron infiltrarse con éxito regular en el ejército y mantuvieron su influencia en la masa electoral. En octubre de 1958, para las elecciones, los comunistas se aliaron con el Partido Trabalhista de Joao Goulart, y el Social Progresista de Adhemar de Barros, de Sao Paulo. Prestes declaró que esta alianza era incondicional y duradera ; sin embargo, fracasó, con pérdida considerable de votos de los comunistas.

En Costa Rica, cuando gobernaba un demócrata indiscutible, como José Figueres, los comunistas colaboraron en 1955 con su antiguo aliado Calderón Guardia y con otros elementos, en una tentativa de invasión desde Nicaragua, con la ayuda de Somoza y de Pérez Jiménez.

Los objetivos del concubinato

Para el dictador los comunistas son útiles porque le permiten alegar que bajo su régimen no hay persecución política ; porque destruyen (a menudo con la ayuda de la policía dictatorial) la dirección democrática de los sindicatos y someten a éstos (no ha habido huelgas contra los dictadores) ; porque a menudo le proporcionan asesores de capacidad política indudable (cosa muy necesaria para los militares), y porque disponen, con los comunistas, de un instrumento de presión y de extorsión frente a Washington. Para los comunistas el concubinato político tiene como fin, además de aprovechar la fuerza del dictador para destruir a sus adversarios democráticos, crear una organización política y sindical que el día de mañana, cuando caiga el dictador, sirva de pedestal a los comunistas del otro grupo, a los exiliados. Pero el objetivo principal estriba en hacer pagar a los dictadores este apoyo con ciertas concesiones a la U.R.S.S. y a las democracias populares : acuerdos comerciales, exposiciones industriales, trueques de mercancías, y sobre todo hacer que la U.R.S.S. pueda retrasarse en el cumplimiento de los compromisos contraídos en tales acuerdos, sin que el país iberoamericano de que se trate se retrase, a su vez, en el cumplimiento de los suyos. En cierto modo, si Moscú no paga en mercancías, paga con el apoyo político de los comunistas locales al dictador, cosa que éste aprecia mucho más.

Contra la democracia

Que los cálculos comunistas no fallan, se ha visto cuando terminan las dictaduras. Después de la caída de Perón, en 1955, fueron desapareciendo los otros regímenes dictatoriales latinoamericanos : Perú, Colombia, Venezuela, Cuba, aunque persisten algunos en pequeños países. Los comunistas, en todos estos casos, se encuentran en condiciones de participar en la vida política de la democracia restablecida, gracias al grupo que actuó en el exilio o en la clandestinidad. En algunos lugares los comunistas que colaboraron con el dictador desaparecen de la escena política ; en otros (como en el Perú) continúan actuando abiertamente y creando dificultades al régimen democrático. En otros todavía, como en Cuba, utilizan la inexperiencia política de la oposición triunfante para dominarla y controlarla.

Esta táctica de la utilización de los inexpertos es, en realidad, una variante de la alianza de los comunistas con los dictadores, puesto que, de tener buen éxito, desemboca forzosamente en una situación en que se hace inevitable una nueva dictadura, ya sea de elementos controlados por los comunistas, ya de demagogos pretorianos, ya de militares de « orden ».

La utilización de los inexpertos y de los incautos es la base psicológica de la táctica general del « frentismo » comunista. En América Latina no sólo se empleó en Chile durante el período del frente popular, sino que luego tuvo éxito óptimo en Guatemala y más tarde en Cuba.

Los objetivos de esta táctica son : conseguir el manejo de las masas, para hacer cotizar su apoyo por los dirigentes gubernamentales ; obtener subvenciones gubernamentales para sus movimientos ; crear otros movimientos adyacentes con muchas ramificaciones y hacer firmar sus manifiestos y protestas por los dirigentes de otros partidos, con lo que tales movimientos pueden presentarse como no comunistas, y, por fin, imponer al gobierno determinadas actitudes internacionales. Por ejemplo, el dirigente comunista guatemalteco Fortuny, en un discurso de mayo de 1954, se vanaglorió de que la posición de Guatemala en la Confe-

ros. La extrema derecha y los comunistas se opusieron a él.

La utilización de los intelectuales

Estas tácticas sucesivas tuvieron buen éxito unas veces y en otras ocasiones mal éxito. Pero es un hecho que el buen éxito ha ido en aumento a medida que los comunistas han incrementado su influencia entre los intelectuales, estudiantes y elementos cultos de la clase media —esa misma clase media que orienta la revolución latinoamericana y que es el elemento dinámico de ella.

La influencia entre los intelectuales comenzó a rendir frutos en la época del frente popular, poco antes de la segunda guerra mundial. La revolución rusa había hecho nacer ilusiones que pronto se desvanecieron, y el aislamiento de los comunistas en la vida política latinoamericana y en la lucha antimperialista (en la que no participaron más que desde posiciones de gran extremismo verbal) no era apropiado para darles la audiencia de los formadores de la opinión pública.

Los pocos intelectuales comunistas que había en 1935 y los dirigentes de los partidos comunistas buscaron un punto de coincidencia con el grueso de los intelectuales, cuando se trató de aplicar en cada país latinoamericano la política de frente popular. Para ésta era indispensable contar con la simpatía de escritores y artistas, de estudiantes y profesores. A los políticos se les podía conquistar por otros medios (la seducción del poder, el « chantage » ideológico, las promesas y la manipulación de las ambiciones). Con algunos intelectuales, las grandes ediciones bien pagadas de la U.R.S.S. y el halago de la prensa comunista europea podían tener resultado. Pero con el grueso de la intelectualidad latinoamericana no cabía recurrir a estos métodos. Era necesario encontrar una táctica que permitiera no sólo el diálogo, sino la complicidad espiritual y política.

No creo que a ningún dirigente comunista se le ocurriera, simplemente, decir un buen día : « Vamos a hacer de los intelectuales nacionalistas negativos y entonces podremos seducirlos ». La táctica surgió casi espontáneamente de la necesidad de hallarla y de unas condiciones que la favorecían y que existían desde hacía tiempo.

¿Qué lenguaje común podía tener el comunista latinoamericano con el periodista de derechas, con el político conservador, con el profesor liberal? El nazismo era un fenómeno remoto. El antimperialismo había perdido virulencia con la política de buen vecino de Roosevelt. Los problemas inmediatos ofrecían más motivos de diferencias que de contacto. Por eliminación, quedaba únicamente, como posible terreno de encuentro, el nacionalismo.

Pero el nacionalismo tradicional en Latinoamérica (nacionalismo positivo, humanista) era también un punto en el cual las diferencias se acentuarían en vez de suavizarse, puesto que, al ocuparse del hombre, los distintos puntos de vista debían forzosamente chocar. Entonces, ¿qué hacer? La respuesta era evidente para quien está acostumbrado a considerar que la mentalidad puede modificarse voluntariamente por medio de la propaganda. Por esto los comunistas comenzaron a hablar de las « glorias nacionales », de la « gran civilización precolombina », de la necesidad de « sacrificarlo todo a la nación ». Hasta entonces habían sostenido la posición de la « guerra de clases », del « socialfascismo ». Era lógico para ellos que al hacer un cambio de 180 grados modificaran también radicalmente su vocabulario. El antimilitarista de ayer se convirtió en el adulador de las glorias militares : el inconformista, en convencional ; el antirreligioso, en respetuoso con las jerarquías eclesiásticas.

En la práctica, esto condujo, por ejemplo, a que los mismos que expulsaron al secretario general del Partido comunista de Chile, en 1925, por haber apoyado las reformas del Presidente Alessandri, en 1938 dieran sus votos a un gran terrateniente candidato del Frente Popular que los comunistas favorecieron. O a que el mismo Partido Comunista que en México consideraba al general Lázaro Cárdenas como un « instrumento del imperialismo », en 1935, unos meses más tarde, le prestara su apoyo. O que, más adelante, Vicente Lombardo Toledano, jefe de la C.T.A.L., se opusiera, como queda dicho, a los movimientos contra los dictadores centro y sudamericanos, durante la segunda guerra mundial, porque podían perjudicar

chete ; un machete pequeño, de cachas muy gastadas por el uso y hoja desigual y estrecha. Para el viaje que iba a realizar no lo necesitaba, pues el trillo estaba despejado ; y si encontraba un animal feroz o pisaba alguna mapaná no podría defenderse. Pero el machete es algo indispensable en los senderos del monte, y el anciano lo empuñó poniéndose en camino sin pensar más en su propósito.

Traspuesto el llano, que le pareció más largo que nunca, la trocha que llevaba al río se internaba por el monte, apenas insinuada entre hierbas altas y maleza. De vez en cuando, algunos claros de siembras abandonadas, con la huella de lejanas talas y de quemas, para llegar de nuevo al pie de árboles gigantes con los troncos cubiertos de bejucos y las ramas tupidas enlazadas en lo alto.

La marcha del anciano se hizo lenta. El viento había limpiado el cielo, y un sol nuevo y vigoroso llenaba el aire de cálidas fragancias. Las hojas mojadas destellaban luz y el bosque entero iluminado parecía una inmensa joya estremecida ; pero atento sólo a su designio y observando con cuidado el lugar de sus pisadas, avanzaba sin parar en dirección al río.

Ya estaba muy cerca. Le llegaba claramente el estruendo de las aguas al precipitarse con violencia por aquel angosto cauce sobre las rocas del fondo y procuró apresurar el ritmo de sus pasos. Sin embargo, al llegar casi a la orilla se detuvo. Nunca el cielo había sido de un azul tan puro, ni el aire tan limpio y transparente ; y las aguas del Limón, convertidas todas en espuma, parecían jugar el más alegre juego, persiguiéndose gozosas en saltos de júbilo, corriendo entre las piedras. La vida palpitaba en torno del anciano en estallidos de color ; en pequeños rumores, apenas perceptibles por el estridente canto de las aguas, y en el caliente vaho de la tierra. Una hilera de afanosas hormigas cruzaba la trocha y varias mariposas, como flores fugitivas, nadaban en el aire con vuelo indeciso.

El recuerdo de Chefita se hizo tan presente que el anciano se sobresaltó. Algo raro sucedía ; una extraña presencia le impedía acercarse más al río, y cuando empezó a mirar alrededor para buscar donde sentarse, vio el milagro púrpura de las orquídeas. Allí estaban las dos, entre el musgo tierno y oloroso que crecía en las grietas de un tronco corpulento desgajado por un rayo; las dos iguales, veladas por la sombra, húmedos los increíbles pétalos por la reciente lluvia.

Con mano torpe y temblorosa, el viejo acarició las flores. Nunca había podido ofrecerle a Chefita dos orquídeas como aquellas ; nunca. Y ahora, estaba muerta. Muerta y sola para siempre bajo un pequeño montón de tierra removida. Pero a ella le habría gustado mucho verlas en el rancho y, aunque fuera demasiado tarde, podría complacerla.

El musgo se desprendió del tronco carcomido y el anciano emprendió el camino de regreso con su morada ofrenda. Bajo el sol ardiente, en medio de la alegre algarabía de loros y pericos, su pisada era ligera, porque dentro del pecho sentía una ilusión nueva. Miró al cielo y sonrió al lento vuelo de una garza que parecía una sola pluma.

El llano le pareció más breve y, al aproximarse al rancho, se sintió sorprendido por el humo que salía del techo ; el humo de siempre. Todo había cambiado. El caballo cojo, con el cuello erguido, ensayaba vacilantes trancos para buscar el más apetitoso pasto, y la gallina desplumada escarbaba diligente el suelo con patas inquietas. A la puerta del rancho, la vieja Bernardina limpiaba el arroz, y el hijo de Nicolás, encaramado en el techo, componía los daños de la guágara.

El fuego ardía haciendo reventar las ramas verdes, y un rayo de sol iluminó las dos orquídeas y la sonrisa más joven de Chefita.

vada, esta función absorbente de fuerza de trabajo rural ha sido a todas luces insuficiente. Esto se debe a dos factores principales. Por un lado, a que en su propio ámbito urbano la industria ha tenido que absorber gente de la artesanía y de servicios no calificados ; y, por otra, a que por el juego de las fuerzas del mercado, nuestros países se ven llevados a asimilar formas tecnológicas de los países más avanzados, en las cuales buena parte de las inversiones de capital se dedican a economizar mano de obra antes que economizar capital. Cuando los recursos invertibles son parcos, como en el caso de nuestros países, el capital que se traduce en economía de mano de obra sin que haya capital suficiente para absorberla, significa sencillamente un desperdicio de recursos. Se requiere una relación adecuada entre ambas formas de inversión ; y ello plantea uno de los problemas más delicados del desarrollo económico.

Así pues, el esfuerzo de industrialización tiene que ser mucho más vigoroso que en el pasado a fin de que la industria pueda cumplir satisfactoriamente esa función absorbente de mano de obra con creciente productividad. Pero aquí encontramos otro de los obstáculos estructurales que se oponen al desarrollo. La industria se ha desenvuelto en el módulo pretérito de comercio exterior que nos dejó tan firmemente arraigado el siglo XIX : se ha desarrollado hacia adentro y hemos seguido con exportaciones tradicionales que crecen lentamente. La industria no ha crecido hacia afuera, no hay exportaciones industriales significativas. Esto, como es sabido, ha traído altos costos y está llevando a los países que han avanzado más en la industrialización y en el proceso de sustitución de importaciones a fenómenos de estrangulamiento y a nuevas formas de vulnerabilidad exterior que dificultan sobremanera el desarrollo económico, fenómenos a los cuales ninguno podrá sustraerse si no se transforma resueltamente ese módulo estructural.

Por fortuna esto podrá realizarse, aunque sólo sea en forma parcial, con la creación de la zona de libre comercio y su extensión a otros países, incluso su eventual articulación a la zona de integración centroamericana. Pero no nos dejemos seducir por prematuras ilusiones con la zona de libre comercio. Los gobiernos han dado un paso trascendental, mas sólo el primer paso en el camino que hay que seguir. Tienen ahora en sus manos los instrumentos eficaces para trabajar hacia el mercado común y tomar decisiones de la mayor importancia. Pero la marcha hacia esa meta será difícil. Tengo la preocupación de que, si esas decisiones se diluyen en una larga serie de negociaciones, no se pueda lograr el propósito fundamental de desarrollar ampliamente el intercambio industrial y perdamos el impulso hacia el mercado común. Por eso me parece esencial fijar desde el comienzo objetivos bien concretos y claros en materia de rebaja progresiva de derechos que abarquen vastas categorías de productos industriales, a fin de que se sepa claramente hasta dónde se quiere llegar. En esta forma la industria podrá irse adaptando gradualmente y sin zozobras al nuevo régimen. Por lo demás, el Tratado de Montevideo tiene suficientes cláusulas de salvaguardia para hacer frente a desajustes internos y desequilibrios exteriores persistentes que surjan de su aplicación. Y si se completa con otros mecanismos indispensables, todo quedará preparado para que pueda avanzarse con gran determinación.

El Tratado de Montevideo podrá, pues, contribuir notablemente a la transformación de aquél módulo de comercio exterior que tanto está dificultando el desarrollo económico. Pero ello no debiera constituir nuestra única meta en esta materia. Tenemos que pensar desde ahora en lo que será en lo futuro este sistema : si será un sistema relativamente cerrado, que tienda también a desenvolverse hacia adentro, como ha sido el proceso de industrialización y de sustitución de importaciones, o si se desenvolverá también hacia afuera. Si los grandes centros industriales del mundo sólo continúan adquiriendo con lento ritmo nuestros productos primarios, sucederá fatalmente lo primero. Pero si abren progresivamente las puertas a productos manufacturados de América Latina, sin perjuicio de estimular aquellas adquisiciones de productos primarios, podrían crearse vastas posibilidades de intercambio industrial. Y al exportar manufacturas, nuestros países podrían ofrecer creciente mercado para las exportaciones de tales centros, sobre todo de

aquellos nuevos bienes de capital o de consumo en que se manifiestan incesantemente los adelantos de la tecnología.

Este es el momento para que los grandes centros industriales tomen iniciativas de gran trascendencia futura. Y no dudo que los países latinoamericanos sabrán recogerlas, si en ellos cristaliza aquel nuevo concepto de la reciprocidad, a fin de hacer compatible la aceleración de su desarrollo económico con la expansión del intercambio internacional.

Esto se vincula con la necesidad ineludible de revisar también la política proteccionista de nuestros países para darle una racionalidad de que carece en gran medida. Es bien sabido que por la misma forma en que ha tenido que improvisarse la industrialización latinoamericana, y por dificultades intermitentes de balance de pagos, la protección resulta generalmente exagerada e impide o dificulta en extremo la competencia exterior. El que la competencia pueda desenvolverse gradualmente dentro de la zona de libre comercio será ya muy importante. Pero lo sería mucho más aún si se extendiera también hacia el resto del mundo mediante rebajas prudentes de los derechos y restricciones, que acompañen a las que puedan tomar los grandes centros para estimular nuestras exportaciones.

Quede bien claro que no estoy abogando por eliminar la protección, sino por reducirla a lo que exigen las diferencias de productividad. Hemos hablado mucho de libre empresa en América Latina, pero no siempre hemos recalcado que libre empresa y libre competencia son términos inseparables. Además de estimular el progreso técnico y la mejor utilización de los factores productivos, la competencia permitirá ir corrigiendo una de las fuentes más importantes de las grandes disparidades en la distribución del ingreso que caracterizan en general a los países latinoamericanos.

II

No podría dejar de referirme a este aspecto porque aquí, en esta manifestación de la estructura social predominante, radica otro de los obstáculos más serios al desarrollo económico. A las grandes desigualdades tradicionales inherentes al régimen de tenencia de la tierra, se han agregado ganancias considerables que surgen a menudo de esa protección exagerada, pues además de dificultar la competencia exterior, suele traer consigo prácticas restrictivas de la competencia interna que impiden a los consumidores disfrutar plenamente de las ventajas de la industrialización.

Lo peor es que las disparidades de este origen, más las provocadas por la inflación y por formas espurias de intervención del Estado, así como otros factores, han tendido a acentuarse en algunos casos recientes y muy particularmente en aquellos países en que el crecimiento económico de los últimos años ha sido satisfactorio. Así lo recordaron en la asamblea del Banco Interamericano en Río de Janeiro el propio Presidente del Banco y el señor Secretario de Hacienda de México. Y todo ello ha sido acompañado con frecuencia por aquella característica congestión de gente, que no habiendo podido ser absorbida productivamente en el campo o en ocupaciones urbanas de satisfactoria productividad, pulula al borde de las grandes ciudades o en el mismo seno de ellas, haciendo surgir esas callampas, favelas o « villas miseria » en que se manifiesta con crudeza y en términos inquietantes un gran desequilibrio social.

Si tales disparidades hubieran conducido a elevar fuertemente la acumulación de capital, habrían tenido un papel significativo en la dinámica del desarrollo. Podríamos poseer en América Latina un coeficiente de inversiones apreciablemente más elevado y por tanto un mayor ritmo de desarrollo, si se empleara mejor ese potencial de ahorro. Pero no sucede así, pues parte considerable se dedica a gastos ostentosos o superfluos o a realizar inversiones para satisfacerlos, cuando los recursos no se transfieren al exterior en detrimento del ahorro interno.

La falta de medidas —principalmente de carácter impositivo— para estimular las inversiones de los grupos de altos ingresos o para captar una porción de aquel potencial de ahorro para las inversiones del Estado, tiende frecuentemente a suplirse con la inflación. No puedo negar que la inflación en algunos casos ha aumentado el nivel de las inversiones productivas y por consiguiente el ritmo de desarrollo. Pero estos efectos di-

ca latinoamericana de que tampoco responde al propósito de fortalecer a aquellos elementos de la estructura económica y social que se están oponiendo al desarrollo, sino que precisamente se inspira en la necesidad de transformar esa estructura para acelerar el desarrollo.

De ahí la significación esencialmente política de la cooperación internacional, como se ha destacado una y otra vez en nuestras reuniones. No me refiero, desde luego, a las ventajas políticas inmediatas de la aportación de recursos internacionales, que tampoco contribuiría al prestigio de aquélla, sino al sentido político eminente y de largo alcance de la cooperación internacional, en cuanto contribuirá a aliviar de modo progresivo aquellas tensiones sociales que tienden a desbordar el marco nacional para incorporarse activamente a la dinámica de la política internacional.

No estamos ajenos en América Latina a las fuerzas profundas que se han manifestado recientemente en el surgimiento de nuevos países, por grandes que puedan ser sus diferencias con los nuestros. Son fuerzas que tienden a desenvolver y consolidar la personalidad nacional ; en lo económico buscan formas auténticas de desarrollo, y en lo político la igualdad entre los países, pues la igualdad e independencia en un mundo de creciente interdependencia que abarcan las Naciones Unidas y en el que se insertan las tareas de esta Comisión, significan aptitudes para discernir y tomar por sí mismos las grandes decisiones que atañen al interés nacional, cualquiera que fuere la desigualdad de magnitudes.

V

Pero no sólo en su orientación, sino también en su cuantía es necesario revisar la política de cooperación internacional. Afortunadamente se reconoce que la aportación de recursos internacionales ha sido notoriamente insuficiente frente a las necesidades del desarrollo.

Será necesario un aumento considerable por algunos años para lograr efectos con celeridad. Por bien que se utilice el potencial de ahorro nacional, seguirá siendo insuficiente para lograr y mantener una tasa satisfactoria de desarrollo, pues no sólo hay que preocuparse también de las inversiones de carácter social. Con toda razón se está hablando ahora de estas últimas, que podríamos llamar inversiones de bienestar, para distinguirlas de las inversiones de productividad. Es indispensable encontrar una relación adecuada entre ellas en los planes de desarrollo, pues el exagerar las primeras podría conspirar seriamente contra la aceleración del ritmo de crecimiento, así como un excesivo acento en las segundas —en las inversiones de productividad— podría agudizar peligrosamente las tensiones del momento presente.

Las mismas inversiones de productividad tienen que examinarse cuidadosamente, no sólo para lograr aquel equilibrio entre inversiones que economizan y absorben mano de obra, sino para desalentar también las inversiones destinadas a satisfacer ciertas formas de consumo que significan un claro desperdicio de recursos escasos.

Para sustentar esta más amplia aportación de recursos internacionales se está recomendando ahora a los países latinoamericanos formular planes de desarrollo económico. Es de esperar que haya una respuesta favorable en los países —que son los más— que no han abordado aún esta tarea.

Sobre la base de estos planes y según sean sus méritos intrínsecos se podrá determinar qué aportación de recursos internacionales requiere cada país. Acaso sea esta la oportunidad de conseguir lo que de tiempo atrás se viene preconizando, a saber, que las entidades de crédito internacional afronten el compromiso de otorgar aquellos recursos durante el período que sea necesario. Sin ello, la tarea de planeamiento no reposaría sobre bases firmes, pues no se sabría si el esfuerzo nacional de ahorro va a ser o no va a ser acompañado de aportaciones internacionales de cuantía suficiente. Pero es claro que el cumplimiento de estos compromisos tiene que estar subordinado, no solamente a la presentación de proyectos específicos, sino también a que el plan no se aparte en su ejecución de aquellos requisitos fundamentales que los mismos gobiernos establecieron y sobre los cuales se asientan tales compromisos.

Compréndese que en la formulación de

planes de esta índole se va a invertir bastante tiempo, tal vez no inferior a dos años. Mientras tanto hay inversiones urgentes en puntos estratégicos que podrían llevar a emplear eficazmente su capacidad ociosa de la economía, elevando el nivel del ingreso global, inversiones que a su vez podrían hacer más efectiva y llevadera la lucha contra la inflación. Estas necesidades de inversión se conocen y podrían dar lugar en poco tiempo a la formulación de planes preliminares.

La Secretaría de la CEPAL está preparada a colaborar con los gobiernos en estas tareas de planeamiento, a colaborar con ellos en determinar lo que América Latina quiere, lo que necesita en materia de cooperación internacional. Y en este sentido expreso mi viva satisfacción por el acuerdo que hemos logrado con la Organización de Estados Americanos y el Banco Interamericano de Desarrollo para trabajar en conjunto o coordinar mejor tareas de común interés, sin afectar al mandato recibido en cada caso de los respectivos gobiernos. Ello permitirá concentrar eficazmente los recursos y prestar a los países miembros que lo soliciten la colaboración necesaria en todas estas tareas.

Estas tareas de planeamiento significan esencialmente introducir racionalidad en las grandes decisiones económicas. Es indispensable esa racionalidad y no es incompatible con fuerzas de otra índole. No estamos animados solamente de un impulso técnico quienes trabajamos en la CEPAL. Nos mueve una gran esperanza en las nuevas generaciones latinoamericanas. Hay desorientación en ellas, hay falta de fe en la validez dinámica del sistema en que están viviendo. ¿Cómo habrían de tenerla si se venía preconizando el libre juego de las fuerzas de la economía para resolver nuestros más graves problemas, en una época en que el hombre ha adquirido aptitud insospechada para dominar las fuerzas de la naturaleza? ¿Podríamos encender así su imaginación y entusiasmo, estimular su vocación constructiva y su sentido de realización? Hemos perdido mucho tiempo y hay que hacer un esfuerzo enorme ahora para acelerar la marcha. Estamos dispuestos a cumplir nuestra parte en este esfuerzo, por pequeña que fuere. Repito que hay mucho que hacer y que hay que hacerlo urgentemente. Creo que estamos a tiempo de dar un contenido a esos impulsos vitales de las nuevas generaciones, de mostrarles un nuevo horizonte social, y que somos capaces en esta parte del mundo de reunir nuestras fuerzas para encontrar la interpretación propia de nuestros problemas y darles soluciones nuestras.

Miramos al pasado para recoger experiencia y comprender mejor el presente, pero no para retroceder a formas irremisiblemente superadas. Por eso hacemos frente a estos momentos latinoamericanos con gran serenidad, porque pueden ser momentos fecundos en consecuencias si nos llevan a la firme determinación de obrar con nuestras propias manos, y consciente y deliberadamente, sobre las fuerzas de la economía, a fin de conseguir los grandes y claros objetivos del desarrollo económico y social.

OSCAR DELGADO

La reforma agraria

SALVO EN TRES PAÍSES de la constelación regional, Latinoamérica desconoce la reforma agraria auténtica, pues los planes pseudo reformistas que ahora se adelantan en algunos, no van más allá de un insignificante impulso a la colonización y parcelación de tierras de propiedad privada, compradas a los terratenientes a un costo por lo general elevadísimo.

Sin embargo, al menos en el planteamiento del problema y en el interés con que se le considera entre la opinión pública y los dirigentes, se ha avanzado notablemente. Cabe prever, no sin cierto pesar, que dadas las actuales relaciones políticas y económicas, la reforma agraria verdadera no podrá contemplarse como posibilidad de cambio generalizado en la región antes de un decenio. Durante el próximo lustro, con el apoyo moral y material de Estados Unidos y el estímulo del « demonstration effect » de otros países, apenas podrá llegarse a la organización de las fuerzas reformistas en el continente antes de que éstas puedan librar con éxito la batalla final contra los latifundistas y sus asociados, hoy dominadores del poder político y económico en el grupo latinoamericano de naciones.

Pero habrá de llegar a Latinoamérica la reforma agraria, inexorablemente, aunque no sin algún retraso histórico, ya que este tipo de cambio ha debido cumplirse, en forma espontánea o inducida, a más tardar al término de la segunda guerra mundial, paralelamente a las reformas europeas y asiáticas. Discurría entonces en el mundo un momento propicio para las grandes transformaciones socioeconómicas, que por causas diversas se detuvieron en el contorno latinoamericano.

Una vez más las reformas fueron diferidas, y en este aplazamiento no sería justo eximir de responsabilidades a la equívoca política exterior norteamericana con relación a Latinoamérica, bajo los regímenes de Truman y Eisenhower, a quienes acusan conspicuos miembros de la « intelligentsia » de Estados Unidos de haber forzado a las naciones situadas al sur de Río Grande a conservar peligrosamente el « statu quo », con las consecuencias conocidas. Estos gobernantes, acosados sin duda frente a los problemas de la guerra fría, no vacilaron en su propósito de detener aquí el reloj de la historia, asumiendo la poco decorosa actitud de convertirse en protectores de dictaduras y Ejecutivos fuertes y patrocinando la represión de los movimientos populares democráticos. No es necesario citar ejemplos por ser demasiado conocidos.

Por contraste, el Presidente Kennedy tiende al parecer a rectificar la precedente política oficial, absurda y equivocada, que muchos han considerado una supervivencia del « big stick », sustituyéndola por un nuevo tratamiento más decoroso y digno. Así quizás se posibilite, en vez de una alianza entre oligarquías semifeudales y el gobierno norteamericano, una « Alianza para el Progreso », recíprocamente solidaria, entre los pueblos de América Latina y Estados Unidos, unos y otros gobernados por

regímenes democráticos. En tal forma han sido interpretadas algunas declaraciones del Presidente Kennedy. En una de ellas demanda éste como necesaria, urgente e imprescindible la reforma agraria latinoamericana, de manera casi opuesta a las actitudes de sus predecesores, quienes contribuyeron a evitarla y a agravar los problemas sociales latinoamericanos con su infortunada y desastrosa política hacia Latinoamérica, tanto en el aspecto económico como en el político.

Teniendo en cuenta el apoyo franco que el gobierno norteamericano le presta ahora a la reforma agraria latinoamericana —y dada la poderosa influencia que el gobierno de esta potencia ejerce en sus relaciones, a veces de insoslayable dominio, sobre sus vecinos del sur—, parecen explicables sus cambios de actitud en la política agraria de la región, producidos ya, o en expectativa, como también el desarrollo de un vasto programa social en las áreas rurales. Norteamérica ha prometido ayuda económica para mejorar los niveles de vida de los campesinos y ha tomado la sabia decisión de vigilar la inversión de los créditos que al efecto suministre, a fin de que su destino final no sea el bolsillo de las clases dirigentes latinoamericanas, como ha venido ocurriendo hasta ahora y como lo ha denunciado con admirable franqueza Kennedy. He aquí su declaración sobre el apoyo a la reforma, incluída en el Mensaje al Congreso de la Unión, el 14 de marzo de 1961 :

« *Uno de los problemas sociales más graves de muchos países latinoamericanos es la desigualdad en la distribución de la tierra. En algunas naciones, el 2 por ciento de los predios representa las tres cuartas partes del total del terreno cultivable .Y en un país centroamericano* (1), *el 40 por ciento del terreno de propiedad privada representa la quinta parte del 1 por ciento del número de granjas.*

« *Es evidente que, cuando la propiedad de la tierra está tan superlativamente concentrada, el esfuerzo que tiende a aumentar la producción agrícola beneficiará solamente a un porcentaje muy pequeño de la población. Así es que, si ha de hacerse un uso eficaz de los fondos para mejorar la utilización de la tierra, éstos deben ir a parar solamente a aquellas naciones en las que los beneficios recaigan sobre la gran masa de los trabajadores rurales.* »

Las Naciones Unidas recomiendan la reforma

Otro apoyo moral y argumental de que ahora disponen los gobiernos latinoamericanos para respaldar sus proposiciones reformistas proviene de las recomendaciones que en tal sentido han venido formulando numerosas y conspicuas instituciones y personalidades científicas mundiales, al igual que diversos organismos internacionales, entre ellos, la Asamblea General de las Naciones Unidas y sus órganos dependientes: la Secretaría General, el Consejo Económico y Social, la F.A.O. y la C.E.P.A.L.

Sucesivamente en 1951, 1954 y 1957, el Consejo Económico y Social de la O.N.U. publicó sendos informes sobre los « progresos en materia de reforma agraria » en el mundo, y sugiere su adopción específicamente para Latinoamérica. Un cuarto informe, bajo el título de *Report on Developments in the Field on Land Reform,* viene siendo preparado por la F.A.O. desde 1958 y será entregado a la publicidad en 1962. En 1957 reveló la O.I.T. un documento sobre la situación de los agricultores sin tierras, y en 1960 preparaba un examen completo sobre colonización de tierras en todo el mundo. El Seminario Latinoamericano sobre problemas de la tierra (convocado por la F.A.O. y reunido en Montevideo en diciembre de 1959) apoyó con entusiasmo los proyectos reformistas. En mayo de 1961, durante la última reunión de la C.E.P.A.L. (Santiago de Chile), se adoptó igual determinación. Por último, la O.E.A. se dispone a emprender una « acción definitiva » en la Conferencia Interamericana de 1961.

Por otra parte, el « Comité de los 21 » —en desarrollo de la política denominada « Operación Panamericana », por medio del Acta de Bogotá (12 de septiembre, 1960) suscrita unánimemente por las delegaciones de las naciones americanas, incluso Estados Unidos— también ha recomendado la reforma en los siguientes términos :

« *El Programa Interamericano de Desarrollo Social deberá orientarse hacia la realización de las medidas para el mejoramiento de la vida ru-*

(1) Guatemala (N. del A.).

Durante el primer año, el de la reforma, se redistribuyeron tierras, mediante dotaciones, del sector latifundista privado al de los pequeños propietarios. Entonces la meta era liquidar el latifundismo y crear una vigorosa clase de pequeños propietarios. Durante el segundo año, el de la revolución, se introdujo una innovación total en el continente americano consistente en : a) nacionalización y confiscación de tierras de propiedad privada, ahora explotadas por el Estado, y b) formación de grandes granjas cooperativas socializadas bajo administración gubernamental.

Todavía hoy continúan registrándose dotaciones de pequeñas parcelas a campesinos, y a título de propiedad privada. No obstante, la política inicial de formar una clase de pequeños propietarios ha declinado al propio tiempo que aumenta la participación « empresarial » directa del Estado como propietario de la tierra y de las herramientas, contratista de la mano de obra agrícola asalariada y administrador y beneficiario de las explotaciones.

A continuación presentamos una tentativa de resumen de los rasgos más notables de las tres etapas del cambio socio-económico en el mundo rural cubano.

a) *Etapa tradicional.* Según el último Censo agropecuario (1946), la estructura agraria cubana estaba formada por 9,08 millones de hectáreas de superficie agrícola de propiedad privada, distribuída así : hasta 25 has., el 11,2 % ; de 25 a 100 has., el 17,7 %; de 100 a 1000 has., el 35 %, y más de 1.000 has. el 36,1 %. Hasta el momento de iniciarse la reforma (mayo de 1959), la anterior distribución permanecía rígidamente estática.

b) *Etapa reformista.* Un año después de promulgada la ley (17 de mayo de 1960), la estructura había recibido un cambio apreciable, aunque de ningún modo definitivo. Del grupo de más de 1.000 has. (un área de 3,2 millones de has.), se habían transferido al grupo de menos de 100 has., acrecentándolo, un área de 462.028 has. correspondientes a 7.289 títulos de propiedad. Por concepto de indemnizaciones se habían pagado en bonos 6,8 millones de dólares, y en efectivo 2,1 millones de dólares.

c) *Etapa revolucionaria.* Transcurrido otro año (17 de mayo de 1961), los informes oficiales reportan hoy una superficie agrícola en el país de 9.104.007 has. Así, con 5,3 millones de has., el sector de la propiedad privada representa actualmente el 59 % de la superficie, de la que se obtuvo en 1960-61 el 52 % de la producción agrícola de la nación. El 41 % de la tierra restante (3,7 millones de has.) pertenece al sector estatal y cooperativo. Desaparecido como tal el grupo (etapa tradicional) de las propiedades privadas rústicas mayores de 1.000 has., su extensión ha sido ahora transferida a los tres sectores de la nueva organización revolucionaria : estatal cooperativa y pequeña propiedad privada.

Los 9,1 millones de has. de la superficie total actual se distribuyen así : a) Pequeña propiedad privada 59 % o sea 5.372.626 has. (incluye 3.550.680 has. pertenecientes al grupo de afiliados a la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños, A.N.A.P.) ; b) Sector estatal y cooperativo 41 %, así : 29,1 % (2.654.581 has.) repartida en 263 « Granjas del Pueblo » (empresas ganaderas y arroceras dirigidas por el Estado), y el 11,8 % restante, en 622 « Cooperativas Cañeras » (1.076.800 has.), igualmente dirigidas por el Estado.

El origen de la propiedad estatal proviene de las leyes 851 y 890 de 1960, en virtud de las cuales se dispone la nacionalización de las fincas de propiedad privada en las que funcionen empresas azucareras. En aplicación de la ley (mayo de 1961), el I.N.R.A. había expropiado 596 fincas de empresas norteamericanas con un total de 1.265.334 has., y 2.533 fincas de empresas cubanas con un total de 908.247 has. ; en total, 2.173.581 has. De aquí fueron tomadas, aparentemente, las 1.076.800 has. que comprenden las « Cooperativas Cañeras », careciéndose de informes sobre la utilización dada a la diferencia, o sea de 1,1 millones de has.

Las 263 « Granjas del Pueblo », ganaderas, tienen extensiones variables, de cuatro mil has. la más pequeña y de 53.840 la más extensa. Del conjunto proviene cerca de un 30 % de la producción agrícola nacional ; en ellas laboran 96.498 obreros agropecuarios que cuidan 1.022.727 reses. No se han revelado datos sobre la rentabilidad y la distribución de los ingresos de estas empresas estatales ; según fuentes ofi-

ciales, « los ingresos se invierten en crear nuevas granjas y en desarrollar la economía del país ».

En las 622 « Cooperativas Cañeras » trabajan 122.448 « cooperativistas » y 46.614 obreros eventuales, consistiendo el programa más relevante en diversificar la producción mediante nuevos cultivos y la cría de ganado vacuno, porcino y aves. El renglón principal, el cultivo de la caña de azúcar, obtuvo una cifra record desde 1952 al aumentar la safra (en millones de toneladas) de 4,2 en 1958, a 6,0 en 1961. La meta propuesta es, no obstante, reducir gradual y proporcionalmente el monocultivo cañero, a fin de disminuir la dependencia de la economía nacional de este producto elaborado.

De los 5,3 millones de has. de tierras que forman el sector de la propiedad rústica, 3,5 millones de has. corresponden al grupo de los 50 mil afiliados a la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (A.N.A.P.) ; y 1,8 millones de has., al grupo de pequeños y medianos propietarios rústicos independientes. Como se han otorgado 31.425 títulos de propiedad (de éstos, 24.136 en el último año), gran parte de los miembros de la A.N.A.P. han constituído pequeñas cooperativas que operan a través de la explotación unificada de cierto número de pequeños predios vecinos o cercanos. Los cooperativistas, empero, no pierden el derecho a la propiedad, y según reciente declaración del primer ministro, « no se les va a socializar la tierra (porque) la revolución socialista nacionaliza, es decir, socializa, los grandes latifundios... La revolución nunca obligará al campesino a unirse en cooperativas y deja enteramente en manos del campesino el tipo de producción que prefiera ». El plan oficial para 1961 considera y utiliza esta fuerza de cultivadores en la diversificación de la producción agrícola, especialmente en los capítulos de cacao, café, maíz, millo y frutales, para lo cual se canalizarán hacia dicho programa los 80 mil créditos (de los cuales ya se han concedido 22 mil) que por valor de 35 millones de dólares aspira el I.N.R.A. a suministrar en el presente año.

Según informes oficiales, la magnitud y el valor de la producción ha aumentado ; no conocemos noticias respecto a las condiciones de la productividad. En lo relativo a la mano de obra, ésta se ha acrecentado no sólo con el crecimiento vegetativo, sino también con la absorción de gran parte de los recursos humanos anteriormente subempleados o empleados disfrazadamente. El director del I.N.R.A., Núñez Jiménez, dijo de esta reforma que « es la primera en la historia de la humanidad que comenzó sus labores aumentando todos los niveles de producción agrícola ».

Tiene tanta importancia el último dato, aun considerado como hipótesis, que su comprobación disiparía las dudas de los timoratos que asocian a las reformas las bajas en la producción de alimentos ; por lo tanto, valdría la pena obtener confirmación de estos informes a través de la F.A.O. u otro organismo científico internacional, mediante el control o la supervisión de las estadísticas agrícolas.

Colombia y Perú : dos frustraciones

Los proyectos de ley presentados por los Ejecutivos respectivos a las cámaras legislativas de Colombia y Perú fueron concluídos a fines de 1960, y a mediados de 1961 eran objeto de estudio por los congresistas colombianos y peruanos. Tales proyectos —aherrojados en una intrincada red de reservas, limitaciones y excepciones legales que de hecho los anulan— ponen un énfasis relevante en la colonización de baldíos o tierras fiscales, y sólo como medidas secundarias —parcial y débilmente, a veces sólo nominalmente— se introducen algunos de los mecanismos necesarios para lograr una verdadera reforma agraria.

La eficacia de estos instrumentos depende en gran parte de la naturaleza de ciertas medidas fundamentales del estatuto, como la expropiación y la compensación. De su conocimiento emergerán automáticamente la categoría, los alcances y el grado de eficacia potencial de la norma, y podrá calificarse sin titubeos, bien como una ley de auténtica reforma, ora como una pseudo reforma agraria.

A riesgo de apartarnos del tema, que es la reforma agraria y no la colonización, presentaremos una síntesis de las medidas sobre colonización, de buena o mala fe con-

sidad de transformar adecuadamente sus estructuras agrarias, ajustando su vetusta legislación agraria a las nuevas exigencias de la realidad económica y social.

En las sociedades latinoamericanas, la reforma es ante todo un hecho político, ya que en estas sociedades suele prevalecer un arrollador « ethos » político de efectos a veces ambivalentes, tanto positivos en muchos aspectos como negativos u obstructores del progreso en otros. Por lo tanto conviene tener en cuenta los procesos similares registrados en otras sociedades en relación a la reforma. Como una contribución a un estudio sobre la interdependencia entre la política general y la reforma (trabajo no realizado todavía) ofrecemos muy brevemente (y con las debidas reservas sobre posibles errores interpretativos, de los que se hace responsable el autor) un esquema muy resumido de un estudio casuístico : el de la relación causal de la política y la reforma agraria en la sociedad colombiana, que bien puede ser típico para cierto número de países y altamente aleccionador para todos.

La historia, desde luego, no se repite como un todo ; pero ciertos procesos sociales, bajo determinadas condiciones, sí pueden considerarse constantes, o de variabilidad poco significativa. Los sucesos registrados en Colombia podrían describirse bajo el subtítulo de « frustración de una reforma agraria en una sociedad latinoamericana ».

En esta historia —narrada aquí en forma parcial e imperfecta, y por razones de espacio desprovista de acotaciones y referencias a sucesos y procesos conexos— se prescinde de varios elementos y tendencias correlativos, que serían explicativos. Un estudio casuístico, por razones del método debe ser completo y profundo, condiciones que no podemos ofrecer en esta oportunidad ; sin embargo, al menos una parte de los informes que a continuación se ofrecen —una vez verificados y evaluados— podrían llegar a ser útiles como datos para un análisis científico de la cuestión.

Cómo puede frustrarse una reforma

Un líder de la burguesía industrial progresista en Colombia, Carlos Lleras Restrepo (vicepresidente de la República y jefe de la fracción mayoritaria del Partido Liberal), expuso a mediados de 1960 al Presidente de la República su creencia en la posibilidad de realizar la reforma en el país. El jefe del Ejecutivo acogió la iniciativa y constituyó un comité para la redacción del proyecto, dirigido por el proponente y con la participación del cardenal arzobispo de Bogotá ; de un brigadier general, en representación de las fuerzas armadas ; de algunos políticos, y sendos delegados de las dos confederaciones sindicales controlados por el Gobierno (C.T.C. y U.T.C.). Un mes después de haberse instalado, y tras una ejemplar intensidad en el trabajo, el Comité Agrario Nacional había elaborado ya el anteproyecto de ley, inspirado en varios modelos (entre ellos en el venezolano, y de modo particular en el peruano) cuya redacción acababa de concluir la Comisión para la Reforma Agraria y la Vivienda del Perú, después de tres años de labor.

Entregado al Presidente de la República (22 de octubre de 1960), éste lo sometió a la consideración del Consejo de Ministros, entidad que lo acogió íntegramente y sin introducirle ninguna modificación y tras examinarlo durante una única sesión nocturna en la que apenas alcanzó a ser leído el texto. Luego el Ejecutivo lo remitió al Congreso, donde en abril de 1961 fue desnaturalizado en su esencia. A mediados de 1961 seguía siendo objeto de análisis y discusión, y, salvo factores imprevistos, hoy parece inminente su aprobación por una ligera mayoría de votos, no ya como ley de reforma agraria, sino como ley de colonización.

Inicialmente la responsabilidad del proyecto recayó de modo conjunto sobre el gobierno y las fuerzas políticas que lo apoyan —provenientes éstas de los dos partidos tradicionales— coligadas bajo la denominación de Frente Nacional. Esta asociación la componen una fracción liberal (« oficialista ») y una fracción conservadora (« ospinista »), identificándose con ellas las fuerzas armadas, la jerarquía eclesiástica y los diarios de mayor circulación.

A medida que las fuerzas de la oposición aumentaban y crecían, el gobierno fue quedando al margen de la discusión suscitada a propósito, abandonando el proyecto a su propia suerte y transfiriendo de hecho la

difícil función de defensa de la reforma —ante el Parlamento, las clases dirigentes y la opinión pública— al autor del proyecto, Carlos Lleras, y a sus amigos políticos. Los latifundistas venían combatiendo con discreción el proyecto a fin de eludir una ruptura de relaciones con sus aliados del gobierno. Cuando el Ejecutivo hizo « mutis por el foro » retirándose de la liza, los latifundistas hábilmente aprovecharon este momento propicio, graciosamente concedido, para librar con rapidez y ahinco finalmente su batalla. Instrumento decisivo para su victoria fue la utilización, a modo de caballo de Troya, de la fracción conservadora (« ospinista ») del Frente Nacional, fuerza política de derecha compuesta por una mezcla de intereses industriales y latifundistas.

¿Qué determinó la actitud del Gobierno al abandonar su proyecto original? ¿Sería la convicción de su propia labilidad lo que lo disuadió de enfrentarse a los poderosos latifundistas? La oposición al Gobierno creció y se vigorizó no sólo en la base popular, sino también en el sector latifundista y sus aliados de la « élite » del poder. Este grupo se movilizó con presteza y puso a prueba, con fortuna, su importancia y poderío. Constituyendo gran parte del citado grupo un factor de poder que sustenta al régimen, el Gobierno corría el peligro de perder su apoyo cuando ya había perdido el de las masas y el de algunos grupos de las « élites ». A lo anterior se suma la consideración de las eventuales represalias de terratenientes, clérigos y militares, que bien hubieran podido confabularse contra el Gobierno y poner en peligro su estabilidad. Finalmente hay que tener en cuenta la estrategia gubernamental —de rigurosa lógica en concordancia con su ideología y valores— de mantener a las masas alejadas de la actividad política, razón por la cual hubiera sido casi imposible obtener el apoyo de éstas, desorganizadas y divididas como se hallan ; apoyo que podría requerirse con rapidez y oportunidad para el posible caso de contrarrestar una tentativa de golpe de Estado reaccionario, fomentado por los latifundistas afectados.

Cumplida la transacción entre el Gobierno y los terratenientes, y modificado el proyecto, éste cursa ahora ante el Parlamento con la probabilidad de ser aprobado en las próximas semanas por una leve mayoría de votos, estimada en 34 contra 32 en el Senado, y una proporción semejante en la Cámara baja.

El grupo liberal de izquierda, M.R.L., considera el proyecto como demasiado conservador e ineficaz, en tanto que la corriente « laureanista » lo califica como demasiado radical ; con su inexacta calificación, esta corriente pretende granjearse el importante apoyo electoral de los terratenientes, ya en vísperas de los comicios de noviembre, cuando se renovará la nómina de los miembros de las cámaras legislativas. El profesor Fabio Lozano Simonelli denuncia la relación entre la defensa de los intereses latifundistas y la política, al decir que « se han puesto en estado de alerta los dueños de los grandes latifundios improductivos, y ya pesa como un posible lastre más para el avance político y social de Colombia la amenaza de que se va a emplear a fondo su ingente poder electoral. Y ese sí que no reconoce fronteras entre los partidos ». (op. cit.).

Testimonios sobre la reforma

A fin de ilustrar el proceso de la reforma colombiana, presentamos una selección de opiniones que reflejan una variedad de actitudes y que han sido emitidas en varios documentos por : a) dos confederaciones de trabajadores y campesinos ; b) la oposición ; y c) el autor del proyecto.

a) La « Unión de Trabajadores de Colombia » y la « Federación Agraria Nacional » (organismos orientados por la Iglesia y estrechamente vinculados a la política oficial), conjuntamente expidieron sendos comunicados. El primero en octubre de 1960 apoyando la reforma, y el segundo en abril de 1961 para protocolizar su inconformidad ante las modificaciones introducidas en el proyecto. En un principio declararon :

« *Debe respaldarse integralmente el proyecto porque responde en gran parte a las aspiraciones de los campesinos colombianos, y porque representa un paso decisivo para la transformación social y económica del país* » (8).

Sin embargo, cinco meses después, ambas entidades sindicales retiran el apoyo inicialmente concedido, y declaran públicamente :

(8) *El Siglo*, 26 de Marzo de 1961.

vida desastrosas de los campesinos ; el temor de las clases dirigentes al empleo de la violencia por parte de las masas ; la necesidad en que se hallan las emergentes burguesías industriales de expandir el mercado de sus productos hasta los grandes sectores del campesinado ; la necesidad de eliminar obstáculos al desarrollo económico ; y finalmente, la presión de las masas rurales y urbanas, y de las fuerzas progresistas. b) Pueden considerarse desfavorables a la reforma : el predominio que ejercen en las estructuras políticas domésticas los « factores reales de poder » tradicionales (oligarquías político-económicas y dentro de ellas los latifundistas civiles, el clero y el ejército). Estas oligarquías se oponen invariablemente a toda reforma, dificultando la expedición de medidas legales propiciadoras de cambios socio-culturales.

4. — La reforma agraria « ordenada » o « no revolucionaria » es una innovación reciente en Latinoamérica. Los antecedentes de México, Bolivia, Guatemala y Cuba presentaban la reforma como si ella sólo pudiera obtenerse a través de revoluciones violentas, razón por la cual ciertos sectores de las clases dirigentes continúan resistiéndose ciegamente a considerar siquiera la posibilidad de una reforma ordenada. Los modelos de las reformas europeas y asiáticas, llevadas a cabo ordenadamente y con intervención del gobierno norteamericano en la segunda postguerra, al parecer sólo han logrado disuadir de su actitud oposicionista a un reducido número de líderes. Es posible, asimismo, que para muchos dirigentes sea desconocido o insuficientemente conocido este modelo.

5. — Hasta la fecha, aparte los gobiernos de cinco países (Venezuela, Colombia, Perú, Brasil y Ecuador), ningún otro en la región ha mostrado interés hacia la reforma agraria ordenada, no obstante contar con las favorables condiciones provenientes de los factores externos positivos. En Brasil y Ecuador se estudian ahora proyectos, por orden de los Ejecutivos. Hallándose inconclusos no es posible por ahora calificarlos ; sin embargo, apenas serán más avanzados que los « muy conservadores » de Venezuela, Colombia y Perú.

6. — La reforma « ordenada » ha sido concebida por Venezuela, Colombia y Perú como el fomento de la colonización en tierras baldías del Estado, complementada con el sistema de parcelaciones, que consiste en la división de fincas adquiridas por compra (a precios de mercado y pagadas en dinero efectivo, al contacto o a corto plazo) y las parcelas revendidas luego a crédito a los campesinos.

7. — La reforma « revolucionaria » ha sido concebida por México, Bolivia, Guatemala y Cuba como la redistribución de tierras de propiedad privada, expropiando con este fin las áreas excedentes de los límites fijados a las extensiones e indemnizando a los ex propietarios sólo con bonos a largo plazo. A diferencia del anterior, este tipo de reformas no emplea la colonización como sustituto de la redistribución de tierras de propiedad privada ; éstas son concedidas gratuitamente a los campesinos. En Cuba ha trascendido la « reforma » y ahora es posible calificarla de « revolución agraria », por haber desviado el camino inicial de hacer nuevos propietarios privados, adoptando en cambio el de nacionalizar las tierras y formar cooperativas. En ciertos casos allí no fueron reconocidas las compensaciones a los ex propietarios ; en otros términos, se utilizó en parte el instrumento de la confiscación.

8. — La ineficaz aplicación real del estatuto agrario en Venezuela (que en un principio fue recibido como el « modelo » latinoamericano de las « reformas ordenadas »), así como la frustración de las recientes tentativas de reforma en Colombia y Perú (resultantes de las obstrucciones por parte de los latifundistas y sus aliados, y de las debilidades de los gobiernos) exponen seriamente esta política al descrédito, ante las masas insatisfechas y ansiosas de transformaciones.

Lo anterior obliga a los dirigentes latinoamericanos a revisar cuidadosa y prontamente las bases del reformismo agrario ordenado, a fin de enmendar los yerros o debilidades en que se hubiera podido incurrir, si se quiere evitar un fracaso definitivo cuyas consecuencias (entre ellas la convicción de que el « modelo revolucionario » sólo es asequible con la revolución) muchos habrán de lamentar. Y en primer término los latifundistas que ahora obstruyen la reforma o la confunden con la colonización.

B.D.I.C

aun de climas y topografías tremendamente dispares. La diferencia del producto bruto « per capita » entre Perú (130 dólares) y Venezuela (1.042 dólares), por ejemplo, no puede señalarse, con simplismo, como demostrativa de la diferencia real de los niveles de vida de estos dos países, pues las cifras indicadas están influenciadas por una serie de factores que hacen que ellas no reflejan esa realidad.

Es verdad, sin embargo, que por razones históricas y de ubicación geográfica, el problema social-económico tiene muchos aspectos semejantes para los distintos pueblos que integran el continente ; pero él no puede ser seriamente considerado si no se empieza por reconocer las fundamentales diferencias entre algunos de ellos, especialmente las que se refieren a razas, organización social y política, progreso colectivo, estabilización institucional, apego a las formas democráticas de gobierno, etc.

Dentro del terreno económico hay un factor de enorme importancia que, aunque en distintos grados, es común a todos los países de América Latina : la existencia de una gran masa paupérrima, en gran proporción analfabeta, que vive en condiciones inaceptables para seres humanos del siglo XX. Y de esta desmedrada situación derivan otras que agudizan la urgencia y extrema gravedad de algunos problemas que deben ser resueltos sin demora, si se pretende evitar un desastre buscado sin descanso por el comunismo internacional.

Es, pues, interesante analizar las causas más aparentes de los inadecuados niveles de vida de gran parte de las masas trabajadoras de Latinoamérica.

El problema es complejo pero a nuestro entender su gravedad puede atribuirse a los siguientes factores más significativos :

1) Baja eficiencia (productividad) de los trabajos agrícolas y consiguiente bajo nivel de vida de los trabajadores del campo, que constituyen el grupo más numeroso ;

2) Todavía escasa industrialización media, a pesar de los enormes progresos realizados en los últimos años en algunas zonas ;

3) Niveles de precios de las materias primas, que constituyen las exportaciones básicas de las economías latinoamericanas, muy bajos en comparación con los de los productos manufacturados que deben importarse.

En general, las fórmulas para resolver los problemas derivados de los puntos mencionados se orientan, en primer lugar, hacia una mayor y más eficaz industrialización de los recursos naturales y hacia una importante nueva creación de industrias o hacia un crecimiento de las actuales. Y esto es lógico si se considera que la industrialización es el proceso productivo que tiene mayor capacidad para crear riqueza y que esta creación no tiene prácticamente límite, como sucede, por sus peculiares condiciones, con la minería y la agricultura. Es que la industrialización consiste, fundamentalmente, en agregar a los elementos naturales, trabajo, habilidad, fantasía, técnica, y todas las múltiples e ilimitadas manifestaciones del espíritu y la inteligencia humanos.

El mayor o menor éxito que se obtenga en esta acción va a depender, pues, de la existencia, disponibilidad y manejo de algunos factores o elementos de que debe disponerse para crear y desarrollar industrias y que primordialmente son :

1) Materias primas ;
2) Energía ;
3) Medios de comunicación ;
4) Trabajo (educación, preparación intelectual, técnica, manual, etc.) ;
5) Capital (máquinas, herramientas, instalaciones de producción).

1) *Las materias primas* son muy importantes para América Latina, sobre todo en las primeras etapas de la industrialización, a pesar de que ellas no son indispensables ya que pueden ser importadas. Pueblos altamente industrializados como Suiza, los países nórdicos y aun Inglaterra y Alemania, prueban este aserto.

Sin embargo, América Latina posee un incomensurable acerbo de materias primas que facilita su industrialización, y que espera ser utilizado.

2) *La disponibilidad de energía* es de suma importancia. Nuestro continente tiene grandes reservas petrolíferas, importantes recursos hidroeléctricos y algunos yacimientos carboníferos. Pruebas realizadas, aunque todavía incompletas, señalan la existencia de apreciables yacimientos de elementos susceptibles de ser utilizados en reactores nucleares.

Por el momento, a nuestro entender, el factor energía no constituye, teóricamente, problema, siempre que se cuente con los capitales suficientes para poner en condiciones de uso los recursos existentes.

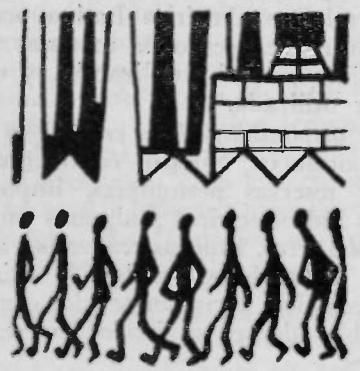
3) *Los medios de comunicación* tienen para este continente especial importancia dadas las enormes extensiones de sus territorios y su abrupta y compleja conformación geográfica. El desarrollo de los caminos, ferrocarriles, aeródromos, aeropuertos y demás elementos necesarios para el transporte y las comunicaciones depende, de manera muy fundamental, también, de los recursos de capital disponibles. No sólo en moneda nacional, sino asimismo y en proporción más importante en moneda extranjera, dado el gran número de equipos y elementos que deben ser adquiridos, todavía, fuera del continente.

Conviene señalar que la construcción y puesta en marcha de los medios de transporte, dada su magnitud, tendrán que ser enfrentadas en su parte más costosa por los gobiernos con la ayuda de préstamos de organismos como el Banco Americano de Desarrollo, el Banco Mundial, o directamente de gobiernos o instituciones de crédito extranjeros.

Y nos quedan los dos últimos factores, esencialmente básicos y que en este continente, como en todos los territorios en proceso de desarrollo, presentan características harto especiales : el Capital y el Trabajo.

Empecemos por el Trabajo.

Entendemos por *trabajo*, en este caso, la capacidad intelectual, técnica y manual de los ciudadanos de cada país ; el grado de educación de las colectividades consideradas, susceptible de ser aprovechada en la elaboración de productos manufacturados y en la creación de los servicios que su utilización requiere.



El grupo de trabajo a que nos referimos incluye desde los ingenieros, investigadores, organizadores, directores y técnicos de más alta categoría hasta el trabajador manual sin ninguna educación especializada.

A nuestro entender, varias universidades latinoamericanas, instituciones tecnológicas y centros docentes de alto nivel, con la ayuda y colaboración de los países más industrializados de Occidente, de las empresas vendedoras de máquinas y equipos, y de instituciones destinadas a la difusión de las técnicas científicas de producción, pueden enfrentar, y así lo están haciendo con buen éxito, su cometido de entregar individuos capaces de realizar los trabajos de más significado y complejidad que la técnica de hoy exige. Sin embargo, es en los niveles medios y especialmente en los más bajos donde el trabajo presenta especiales dificultades. En los estratos inferiores, que son naturalmente los más numerosos, existe un círculo vicioso difícil de romper, creado por el bajo producto bruto « per capita », el inadecuado nivel de vida y la correspondiente baja productividad de una mano de obra con insuficiente educación y preparación técnica.

No se puede pedir a un trabajador sin una educación básica mínima, y sin un adecuado entrenamiento y disciplina, una alta productividad en su mano de obra. Pero la educación y el entrenamiento exigen a su vez ciertas condiciones mínimas de habitación, alimentación y recursos de vida que, por sí mismos, no pueden obtener quienes producen un trabajo de bajo rendimiento y por consiguiente de reducido valor.

Este encadenamiento de causas y efectos debe ser quebrado, y tiene que serlo con elementos y recursos extraordinarios ajenos al proceso mismo que estamos analizando.

Una de las medidas esenciales tendientes a este fin consiste en proporcionar las ayudas y facilidades necesarias a los hombres de trabajo, y especialmente al trabajador manual, para que empiece su educación teniendo una casa decente en la cual vi-

y fundamental escuela : la casa para el hombre y su prole. Hay que declarar una guerra a la falta de habitaciones del continente y con ello, además de resolver un problema social y moral, se aumentará la productividad de la mano de obra y el volumen de lo producido y consumido. Y también deberá mejorarse la eficiencia y la capacidad de los ingenieros, técnicos y demás hombres cuya misión es proyectar, organizar y dirigir los programas productivos y controlar que los proyectos se cumplan. Para esta labor se necesita colaboración y comprensión de los problemas latinoamericanos. Naturalmente que esta ayuda debe ser de comprensión y colaboración para programas y realizaciones que emprendan, primero, los propios interesados.

El otro cauce, es la ayuda con capitales que permitan la creación de nuevos centros de producción para aprovechar las materias primas y la energía que América Latina guarda en sus entrañas, e incorporar así a las masas trabajadoras, mejor entrenadas, a la civilización. Esta ayuda a través de préstamos a largo plazo y bajo interés, constituirían anticipos de ahorro y capitalización que las nuevas fuentes de riqueza harán posible mañana.

Y aquí cabe una observación que a veces se olvida. En el aumento y mejoramiento de la producción industrial, el desarrollo de la agricultura debe constituir un objetivo primordial, por varias razones : primero, porque junto con mejorar el nivel de vida del trabajador campesino se le convierte en consumidor, con lo cual la industria mejora una de sus más desfavorables características : la falta de mercado. Además, al obtenerse más productos agrícolas se economizarían importantes recursos que hoy se emplean en la compra de alimentos y que podrían ser convertidos en equipos industriales ; se dispondría de un mayor volumen de materias primas de base agropecuaria y se aumentaría el consumo de equipos y elementos de producción que elabora la industria. Por otra parte, una producción agraria de más volumen y más calidad permitirían mejorar la alimentación de gran parte de la población que no recibe lo indispensable.

Pero además del programa del Presidente Kennedy a que nos hemos referido anteriormente, se acaba de abrir otra ruta, que tiene extraordinaria importancia. Me refiero a que un grupo de los más importantes países sudamericanos acaba de poner en vigencia el convenio latinoamericano de Libre Comercio, que puede traer buena parte de la solución. A él han adherido hasta ahora Argentina, Brasil, Chile, México, Perú y Uruguay. Este primer intento serio y debidamente estudiado de cooperación busca realizarse a través de un mejoramiento del mercado y de una complementación y especialización de las industrias latinoamericanas y debe tener un efecto muy significativo en este esfuerzo por dar a los hombres de nuestro continente el nivel de vida que corresponde a los progresos técnicos y científicos de este siglo.

Y debemos repetirlo, todas las veces que sea necesario : la industrialización de América Latina a través de democracias representativas y de pueblos libres no sólo interesa a ellas ; constituye el único medio de detener el incendio prendido en Cuba, que amenaza seriamente nuestra civilización. Pueblos de educación y extracción cultural, como ya dijimos, básicamente europea, con una historia común con Estados Unidos y unidos además a esa nación con nexos geográficos indiscutibles, al dar a sus gentes los niveles de vida que le corresponden, podrán prestar a los defensores de nuestra civilización un mayor respaldo para defenderla.

Este artículo no puede pretender, en sus escasas líneas, analizar los múltiples y complejos problemas de América Latina en sus aspectos técnicos, económicos, culturales, sociales, etc. ; sólo hemos querido presentar una especie de introducción que enfoque lo que para el futuro de nuestra cultura significa el desarrollo de estos doscientos millones de hombres que viven en un continente cuajado de riquezas y posibilidades en potencia y cuyo número está creciendo con sorprendente velocidad.

AUGUSTO LUNEL

De sol a sol

(Fragmento)

Una corriente de miradas
enriquecerá las aguas del lago Titicaca.
Machpicchu, manantial detenido, volverá a correr ;
ola petrificada,
volverá a depositar el sol a tus pies.

Hace varios milenios que el futuro ha empezado :
en la arcilla labrada por los astros,
en antiguos monolitos todavía erigiéndose minuto a minuto,
en la chicha que la luna robó de las tinajas ;
y en mi corazón labrado con relámpagos,
en mi cuerpo erigido hacia abajo por el sismo,
en la lluvia que ha salpicado de mi sangre las estrellas ;
y en Paracas, la ciudad que queda al norte del sol,
en telas de viento y música de cuerdas,
cuando el arco iris era el telar
y el hilo el silbido de la quena ;
y en mi hombro derecho,
la ciudad que queda al norte y al sur,
con viento de telas y amarras rotas por la música,
donde el arco iris es el silbido de los telares.

Los Chimús labraron la noche,
los Mochicas trabajaron el día,
los Nazcas hacían arder el barro ;
en Chavín se hicieron melodías de piedra.

Hoy que el cielo ha partido,
queda el tiempo que vuelve sobre sus pasos,
el peso que se separa del objeto y cae dejándolo en el vacío,
nuestros movimientos que se alejan de nosotros,
las plantaciones de diamante del hacedor de lluvias,
la huella de la música en el muro.

reencuentro con la conciencia nacional ha llegado. Nuestra simpatía y apoyo están al lado de las fuerzas revolucionarias que en esta hora decisiva luchan para que este triunfo sea completo, a fin de que la libertad de pensamiento, así como todos los demás derechos y dignidades del pueblo cubano alcancen pleno respeto y total realización. »

En el fondo, la caída de Batista era el tropiezo final que se removía para llegar a hacer del sistema de las naciones americanas una realidad. Ya habían sido derrocados Perón, Pérez Jiménez y Rojas Pinilla. Odría había permitido elecciones en el Perú. La era de esos generales, que eran la negación de los fundamentos democráticos en que se apoyaba el tratado de asistencia recíproca de Río Janeiro, estaba superada. Después de un siglo de espera se iban reuniendo las condiciones necesarias para realizar el equilibrio político del hemisferio, con un sistema interamericano en que las veinte repúblicas recuperaban el derecho a su propia defensa, dejando de ser sujetos protegidos bajo la tutela de Estados Unidos. La solidaridad latinoamericana hacía posible este resultado ; y lo hacía posible por una madurez lograda en la evolución política de nuestras repúblicas. El nuevo sistema vendría a asegurar para la libertad, para la justicia social, para el más grande experimento liberal de nuestra época, el más vasto territorio con una población cercana a cuatrocientos millones de habitantes. Perder esos cuatrocientos millones de hombres para desarrollar una sociedad libre y pujante que oponer al mundo soviético, sería el error más grande que podría cometer la democracia en la historia contemporánea. Desde el punto de vista de Estados Unidos sería el segundo error, si el primero fue negarse a reconocer la revolución de China para correr la suerte de Chiang Kai-shek.

El tratado de asistencia recíproca de Río Janeiro, ratificado por todas las naciones del hemisferio, establecía « que la paz se funda en la justicia y en el orden moral, y por lo tanto, en el reconocimiento y la protección internacionales de los derechos y libertades de la persona humana, en el bienestar indispensable de los pueblos y en la efectividad de la democracia, para la realización internacional de la justicia y la seguridad ». Es decir : que al precio de restaurar en América el derecho que negaban las dictaduras, se establecía la asistencia mutua de los Estados. Se eliminaba toda posibilidad de guerra entre americanos, se contenía toda posible agresión, asegurando al hombre los derechos y libertades que están consignados en la carta de las Américas, y que vienen directamente de nuestras primeras actas de independencia. Lo que fue en Río Janeiro una teoría general, en Bogotá pasó a estructurarse en formas concretas. Desde el punto de vista del Derecho internacional, en Río y en Bogotá quedó reducida a curiosidad histórica, a pieza arqueológica, la doctrina de Monroe. Esa doctrina unilateral se había instituído sólo para defender a América de las agresiones europeas y de los intentos de reconquista, pero no contempló el desarrollo de los principios democráticos, ni el respeto a las libertades en el continente. En parte, lo de Monroe se fundaba en eso : en considerar sólo como rudimentos de Estados a los países que venía a cobijar el manto que se llamó imperialismo yanqui. Quedaban crudas en su evolución política las repúblicas protegidas, y todopoderosa la república del « destino manifiesto ». De hecho, consagraba la doctrina Monroe la desigualdad de los Estados americanos. En cambio, en Río Janeiro y en Bogotá se echaron las bases de la segunda independencia. Del propio modo como el bloque interamericano quedaba en condiciones de resistir a cualquier mal deseo de una potencia extracontinental, Estados Unidos desaparecían como la única voluntad omnipotente, y se congelaban las posibles agresiones entre los países del hemisferio. No fue aquello una desatada utopía, sino una sencilla operación aritmética en que se sumaron los efectivos potenciales para la democracia en el Sur y en el Norte. La composición del pueblo en las Américas hacía posible este instrumento en que la conservación de la paz y la protección de los derechos humanos quedaban aseguradas como en el resto del mundo no lo podían lograr ni la Sociedad de las Naciones, ni las Naciones Unidas. Lo que hay de superior en este plan de América, la novedad del experimento, es la consecuencia de una semejanza en las instituciones de los veintiún

doctrina de Monroe, el líder ruso olvidó o ignoraba que esa doctrina era inexistente. Que contra lo que él se erguía era contra el nuevo derecho americano. Pero fue afortunado Kruschef porque, para sorpresa de toda nuestra América, el Presidente Eisenhower le replicó declarando viva y operante la doctrina de Monroe, y anunciando que con esa doctrina en la mano se opondría a toda acción de los rusos en el hemisferio occidental. A este doble desconocimiento vino a sumarse el del propio líder cubano, que se apresuró a aceptar el ofrecimiento de la ayuda rusa.

Guatemala y Nicaragua, a su vez, alegando una posible agresión cubana, en vez de dirigirse a la Organización de los Estados Americanos acudieron al gobierno de Washington. y la Administración Eisenhower respondió al llamado enviando un portaviones y seis unidades de la marina para patrullar las costas de las repúblicas solicitantes.

Todavía la actual Administración, al producirse la desgraciada invasión de los exiliados cubanos, que materialmente aplastó la potencia militar de Fidel Castro, el propio Presidente Kennedy asumió la responsabilidad de haber prohijado la aventura.

En síntesis, tres jefes de Estado de América Latina y dos de Estados Unidos han relegado al olvido lo que podríamos considerar la Constitución política del hemisferio. Se ha pasado por encima del tratado de Río Janeiro, que todos han ratificado, y de la carta de Bogotá, que es la base de la Organización de los Estados Americanos. No se trata sólo de haber saltado barreras de papel. Se trata de la desintegración de un sistema que representa para nosotros nada menos que la consagración de nuestra independencia, la posibilidad de no acudir a extraños cuando estemos en peligro de agresiones, la afirmación de nuestra personalidad histórica y de abrirnos un camino más seguro para que la evolución social y económica de nuestra América no quede supeditada y al arbitrio de las grandes potencias.

* * *

Lo que hace abismal esta hora decisiva en América Latina es que la crisis es de olvido. Los instrumentos de derecho forjados con tanto cuidado, con tan largo meditar, y sobre todo como resultado de experiencias que nos han costado pedazos grandes de territorio y desgarramientos que no es fácil borrar de la memoria, se desconocen porque no han logrado penetrar en la mente de quienes más responsabilidad tienen en el mantenimiento de la solidaridad americana.

Cuando el Presidente Eisenhower invocó la doctrina de Monroe en vez del tratado de Río Janeiro se colocó jurídicamente en un terreno flojo y vulnerable, porque en vez de apoyar sus palabras en un derecho ratificado por veintiún países, que le daba un respaldo continental, y a que estaba obligado por estar Estados Unidos en el tratado, volvió sobre una doctrina unilateral, virtualmente desconocida por toda América, empezando por Estados Unidos.

De la misma manera, cuando los Presidentes latinoamericanos renuncian al apoyo del hemisferio, de los pueblos de su propio grupo, fatalmente quedan sujetos al país, sea Rusia o Estados Unidos, que les da su protección. Se vuelve de la independencia que estaba ya por asegurarse, a la dependencia que se quería cancelar.

Stevenson, al regresar de su primer viaje por América Latina, escribió : « Quizás el cambio más importante que tenemos que realizar estribe en la actitud de nuestro gobierno para con los vecinos de América Latina. Estos desean ser tratados —y deben serlo— como partes integrantes de la comunidad americana, no como subordinados. Las naciones latinoamericanas tienen una historia y una cultura enorgullecedoras, poseen grandes recursos y vitalidad. Son miembros importantes de la comunidad mundial y han sido nuestros amigos leales en los momentos difíciles. Habría, pues, que consultarlas en las cuestiones que les interesan a ellas como a nosotros. »

¿Por qué dice Stevenson que ese cambio frente a la América Latina es « el más importante » que corresponde a Estados Unidos? Por la razón obvia, elemental, de que se va a disponer o no de ese bloque potencial de cuatrocientos millones de demócratas, que sería la única balanza de contrapeso efectivo al mundo soviético. Lo que hoy pesa más en el planeta son los pueblos en vía de desarrollo, en vía de prosperidad, en vía de industrialización, en vía de in-

fluencia política. Y cualquiera puede ver que una América —una, una, una— fuerte, tan fuerte en el Norte como en el Sur, sería el continente de la democracia. En América no pesan ni las tradiciones de privilegio de Europa, ni las tradiciones de castas de Asia, ni las tradiciones de política rudimentaria de África. Al mismo tiempo, cualquiera puede ver —y todos lo están viendo, y todos lo decimos en voz baja— que el sistema de los Estados americanos está sufriendo mordientes de desintegración en el momento justo, preciso, en que debería integrarse.

Al hablar de la crisis internacional, el Presidente Alberto Lleras se dirigió al Congreso de Colombia mediante un mensaje al cual pertenecen estas líneas, que nunca será inoportuno repetir : « El sistema de Estados americanos no nace, como algunos pretenden, de una evolución de la doctrina Monroe, sino de la necesidad de sustituirla y abrogarla, conservando de ella solamente, pero bajo control, vigilancia y decisión de las 21 naciones que forman el sistema, la defensa contra cualquier acto de intervención, amenaza o acción extracontinental contra su autonomía. Ciertamente, la doctrina de Monroe preservó la independencia de las jóvenes repúblicas americanas cuando fue proclamada por una de ellas, con capacidad para hacerla valer por su ya notable poder físico. Los intentos de restauración o instauración de colonias en el suelo americano, sucedidos con persistencia hasta la proclamación de la doctrina de Monroe, no se repitieron. Pero subsistía un grave peligro. Las repúblicas latinoamericanas quedaron a merced del Estado protector, que no parecía mostrar menos interés en la creación de un imperio que las monarquías europeas. Sucesivos actos de fuerza ejecutados por Estados Unidos, a algunos de los cuales deben su conformación geográfica presente, demostraron las tremendas posibilidades del nuevo imperialismo y la dificultad de hacerle frente. Sin embargo, y principalmente en los últimos treinta años, se adelantó en América, no una alianza defensiva de viejo estilo, sino, al contrario, un empeño racional de someter el hemisferio a la ley internacional, de proscribir la guerra, de condenar cualquier forma de imperialismo, de vigorizar la asociación de sus Estados, de eliminar la intervención y de preservar la unidad y la solidaridad para la defensa colectiva contra las amenazas externas. Esa tarea, casi legendaria, culminó en Bogotá, entre las cenizas y escombros del 9 de abril, con la firma de la Carta de la Organización de los Estados Americanos. »

Una revisión inmediata de la política, un examen de la actitud de cada Estado frente a los puntos esenciales del tratado de Río y de la carta de Bogotá, se impone como tema esencial para alinear los Estados americanos dentro de su frente natural de acción, dentro de su propia independencia. Por fuerza viene a la imaginación lo que le ha costado al mundo el haberse solidarizado Estados Unidos con Chiang Kai-shek. No se sabe nunca cuando se empuja a centenares de millones de hombres en una dirección fatal. Lo que por el momento hay que ver es si esta masa potencial de cuatrocientos millones de americanos la abandonamos bajo la acción deletérea de simples instantes de amnesia.

FRANK TANNENBAUM

Estados Unidos y América Latina

HAY UN DILEMA político que crea como un maleficio en las relaciones de Estados Unidos con América Latina. Sea cual sea nuestra política, nos vemos cogidos en la situación de desequilibrio que durante un siglo ha oscilado de la tiranía a la revolución y de las sublevaciones populares a las dictaduras. Dada la inestabilidad de los gobiernos, de cualquier acción que realicemos se sospecha que trata de alentar o bien de atacar a este o aquel partido, a este o aquel individuo, entre los que libran batalla por la conquista del poder. Esta presunción parece evidente a todas luces, aun en el caso de que en realidad seamos totalmente inocentes. Nuestra simple presencia es una interferencia, y las actividades inofensivas de nuestros representantes tienen ecos políticos. El embajador norteamericano en Haití, Ecuador o Venezuela no puede dar un banquete o aceptar una invitación a comer con cualquier figura política, esté o no en el gobierno, sin que ello refuerce o debilite a este o el otro partido o aumente el prestigio político de este o el otro individuo. Nuestra simple presencia es algo con que siempre se tropieza en el camino del desarrollo político espontáneo. La expansión de nuestra energía es tan amplia que hasta los enérgicos esfuerzos de un Fidel Castro para liberarse del influjo de Estados Unidos terminarán por resultar un gesto vano. Ni siquiera Rusia puede salvar a Cuba de la influencia norteamericana.

Hay muchas cosas que encajan exactamente en cuanto reconocemos este sencillo hecho. Es natural que nuestros vecinos del Sur se muestren antinorteamericanos, celosos de nuestro poder y envidiosos de nuestra riqueza ; es también natural que sufran de un complejo al mismo tiempo de frustración y de inferioridad ante nuestra simple presencia. Todo esto es algo desafortunado, pero inevitable. Lo mismo ocurre con la susceptibilidad y la indignación de los latinoamericanos ante cualquier insulto, olvido u omisión franca por nuestra parte. Si ciertos intelectuales se vuelven hacia el comunismo, ello es como un escape ante la avasalladora presencia norteamericana. Es un acto de desafío, la aceptación de una fidelidad alternativa, una manera de salir de la sombra constante de Estados Unidos mirando en otra dirección y creyendo que uno puede liberarse de la realidad huyendo de ella, aferrándose a un espejismo. Así ocurrió con el fascismo y el nazismo. Y así ha sido con las promesas de toda perspectiva nueva que atenuara en cierto modo la presencia de Estados Unidos y la sujeción a su modo de vida, a su lenguaje, a sus diversiones y a sus modelos personales y sociales. Esta sujeción se manifiesta en mil detalles, desde el cóctel al beisbol, desde las películas norteamericanas al Cadillac, desde el jugo de naranja helado hasta la laca para las uñas, desde la Coca-cola a las revistas ilustradas, desde los anuncios de productos norteamericanos en la televisión hasta el jazz estrepitoso tocado por la orquesta en los « mejores » restaurantes. Los mexicanos han inventado una palabra para de-

signar todo esto : « pochismo » ; es decir, la sustitución por lo extranjero, especialmente lo norteamericano, de las tradiciones, creencias y actitudes mexicanas o españolas locales.

El estallido emocional contra la influencia extranjera, contra el « pochismo », no es sólo mexicano, cubano o latinoamericano. No hay más que recordar la historia de la moderna Irlanda con su resurrección del idioma gaélico y su insistencia en la soberanía, que le permitió mantener a Dublín con todas sus luces encendidas mientras la aviación alemana destruía a un Londres a oscuras, para comprender que el fenómeno castrista no es único en la historia. Y, si se acepta el tono emocional del nacionalismo, no es difícil comprender que para llevar adelante su tentativa de cubanizar al pueblo cubano, de descubrir la esencia íntima de *lo cubano*, Castro tenía que expulsar todo lo que fuera extranjero, desarraigar las palabras inglesas introducidas en el español de Cuba, suprimir las nuevas maneras importadas con los turistas, la televisión, la radio y los automóviles, acabar con los periódicos llenos de artículos de comentaristas y de « comics » de Estados Unidos, expropiar los hoteles, los bares, la energía eléctrica, las fábricas, las tiendas, las explotaciones agrícolas, el ganado y el azúcar de propiedad norteamericana, limpiar a Cuba de los ruidos, las risas y los juegos de los norteamericanos. Esta tentativa es una especie de locura que no tiene más remedio que fracasar. Pero que se produzca en un mundo fragmentado por un creciente número de naciones celosas de su pureza y de su preeminencia nacionales y en el que resuena constantemente el grito del antimperialismo y del anticolonialismo no tiene nada de extraño.

No debería sorprendernos el que a muchos de nuestros vecinos del Sur les resulte difícil acomodarse a la creciente influencia de Estados Unidos. Parece imposible mantenerse en paz con un poder como éste en pleno despliegue si no se le acepta plenamente y se convierte uno en norteamericano cien por ciento, incluso más norteamericano que los norteamericanos mismos ; a no ser que uno se vuelva hacia el comunismo como una solución alternativa. Lo más sencillo, de todos modos, es permanecer en un estado de resentimiento, estado que ofrece la comodidad de ser ambivalente y de permitir el flirteo con las formas de vida norteamericanas sin aceptar totalmente las ideas yankis. Un escape hacia el comunismo resulta más difícil, y menos aceptable, ya que, tomado seriamente, exige una repudiación de la tradición católica, de las formas de la democracia y del concepto de los derechos del hombre. Un escape mediante una inmersión en el ambiente norteamericano no es rara entre la clase media y entre algunos intelectuales ; pero es un camino sembrado de abrojos y que a menudo desemboca en la desilusión.

Los norteamericanos no suelen mostrarse dispuestos a aceptar como iguales a los conversos, y en el plano de las relaciones personales les tratan a menudo con indiferencia y con esa especie de frialdad de que son capaces las personas satisfechas de sí mismas. A veces me he preguntado por qué los escritores norteamericanos que tratan de explicar el complejo de resentimiento que en la América Latina existe contra Estados Unidos dejan de referirse a la fuente más seria de nuestras dificultades : es decir, al hecho de que tratemos a los latinoamericanos como a inferiores. La razón quizá sea sencilla e inocente. Nosotros somos ciegos para nuestras propias formas de vida. Somos herederos de cierta tradición sobre las gentes de color y esta tradición influye en todas nuestras actitudes, sentimientos, nociones, hábitos, gestos y expresiones verbales sobre esas gentes de color, de cualquier color. En este mundo nuestro es necesario enfrentarse con esta verdad de que el trato que damos a los negros constituye el único obstáculo de categoría para que podamos asumir el papel de dirigentes en un conjunto de naciones muchas de las cuales están pobladas por « gentes de color ». Recuerdo un día en la Universidad de Caracas. Tras pronunciar una conferencia sobre la democracia norteamericana, un joven sacerdote, perplejo, se levantó entre los asistentes y me preguntó : « A la luz de lo que usted acaba de decirnos, ¿cómo explica la negativa a hacer justicia al negro? » Mejor habría sido que yo no hubiera hablado.

De todos modos, este es un obstáculo menor. La política nacional se puede corregir. Se pueden dictar nuevas leyes y los tribu-

Nosotros hemos aceptado, al menos formalmente, esta simulación de la realidad. A efectos diplomáticos, nos hallábamos asociados con las naciones democráticas de Latinoamérica cuando en realidad éstas habían cambiado muy poco desde el final del régimen colonial y cuando el movimiento democrático, igual que la revolución industrial, las había dejado al margen. Estas son generalizaciones, pero no cabe duda de que en 1910 América Latina era poco diferente de lo que había sido en 1810. La modernización de Latinoamérica en un sentido social y político comenzó con la revolución mexicana de 1910 y actualmente se está desarrollando con rapidez creciente. Nuestra suposición de que los países latinoamericanos eran naciones democráticas simbolizadas por constituciones representativas era falsa, y nuestra identificación con la estructura económica y social sobre la que se basaban nos puso en la difícil situación de tener que apoyar un sistema « feudal » contra las influencias crecientes que reflejan la revolución popular a que conduce la industrialización.

La sociedad democrática que damos por supuesta sólo ahora está empezando a aparecer en América Latina y aún no nos hemos identificado con ella. Nuestros gobiernos y nuestros inversionistas privados se han asociado, quizá inevitablemente, con los grupos que ahora se ven perturbados, desalojados o destruídos por unos cambios que nosotros no podemos detener, controlar ni siquiera guiar. Nuestra desgracia consiste en habernos identificado con aquellos grupos o personas a quienes la sublevación popular pone en peligro y en oponernos a las reformas que llevarían a esas naciones a un nivel más próximo a nuestra sociedad democrática. En cierto sentido este es el obstáculo fundamental en el camino de nuestras relaciones formales con la América Latina. En los últimos tiempos hemos apoyado a sus gobiernos sobre la base de que eran nuestros aliados democráticos. Sin duda, eran nuestros aliados, pero no siempre eran democráticos. Y puesto que eran nuestros aliados estábamos dispuestos a apoyarles contra las fuerzas que pretendían hacerles más semejantes a ese mundo democrático en cuyo nombre hablaban.

Nuestra identificación con las familias dirigentes ha hecho que sea difícil para nosotros reconocer la legitimidad de la presión popular en pro de una serie de cambios. Nuestras inversiones en Latinoamérica están ligadas al orden social presente y en algunos casos parece que cualquier programa amplio de mejora social y, sin duda alguna, la amenaza de revolución les pone en peligro. El dilema es absolutamente real y muy difícil de resolver, ya que en teoría, y aún más dentro de una larga tradición religiosa y misionera, nuestro deber es no sólo reformarnos y mejorarnos a nosotros mismos sino también, si ello es posible, a nuestros vecinos. ¿Qué es la política de buena vecindad, o las exhortaciones de Wilson en pro de unas elecciones honradas y de unos gobiernos democráticos, sino un intento de hacer efectivo en el mundo real un sentido del deber que tiene sus raíces en la religión? Las « Cuatro libertades » de Roosevelt y los « Cuatro puntos » de Truman tienen también su origen en la misma preocupación.

Las perplejidades son reales y las simples generalizaciones resultan engañosas y a veces falsas. No apoyamos a las dictaduras como resultado de una política expresa ; ello sería contrario a todas las tradiciones norteamericanas. Sin embargo, en la práctica hemos sido amigos de los dictadores como un mal menor, o como resultado de una situación *de facto* que no nos dejaba la posibilidad de elegir. Nos hemos encontrado así al lado de los dictadores por la sencilla razón de que ellos, como nosotros, eran anticomunistas.

El anticomunismo

Esta alianza aparentemente natural entre la democracia estadounidense y los « hombres fuertes » de América Latina ha demostrado ser una trampa y un engaño. Entramos en esta política muy fácilmente ; lo que pasa es que comprendíamos mal a nuestros vecinos. Nosotros nos oponíamos al comunismo, pero Trujillo, Pérez Jiménez, Rojas Pinilla, Perón y otros se oponían a la democracia. Ellos no se preocupaban por el comunismo. En realidad, Trujillo, Batista y Perón « flirtearon » con los comunistas cuando así convenía a sus intereses inmediatos. A lo que realmente se oponían era a los demócratas, es decir a las personas que

querían elecciones honradas y regulares, libertad de palabra y de prensa, derecho de petición, derecho de reunión y protección contra las detenciones arbitrarias, contra la tortura, el destierro, la persecución y la amenaza constante de morir a manos de los sicarios del dictador. Y, para nuestro asombro, confusión, perplejidad o vergüenza —no sé cual sería la palabra adecuada—, nos vimos apoyando a gobiernos que violaban los derechos humanos y que imponían a sus ciudadanos toda clase de males, y apoyándolos en nombre de la defensa del mundo libre y de la lucha contra el comunismo.

De todo esto se desprende para nosotros una gran lección. Nos vimos cogidos en una situación que no supimos comprender. Dividíamos al mundo en demócratas y comunistas, en gobiernos libres y gobiernos totalitarios. Pero esta resultó ser una clasificación demasiado simple. Había también dictadores que, igual que los totalitarios, suprimían todos los vestigios de la democracia, y lo hacían en nombre del anticomunismo. Y como eran o parecían ser anticomunistas, les llamábamos demócratas y les acogíamos con satisfacción en el campo de las naciones libres. Peor aún : fuimos culpables de ayudar a los dictadores a perseguir a los líderes de los grupos democráticos en América Latina al tomarnos la curiosa libertad de identificar a los enemigos de los tiranos locales como nuestros propios enemigos. Un par de ejemplos de esto : sólo de muy mala gana dimos un pasaporte a Betancourt, el actual Presidente de Venezuela, y amenazamos con deportar a uno de los mejores amigos de Estados Unidos, Germán Arciniegas, porque Trujillo y Rojas Pinilla le llamaban comunista.

Hemos enmascarado y tergiversado nuestras relaciones con América Latina y con otras partes del mundo al hacer del anticomunismo el tema central de nuestra política exterior. Esto nos confirió una influencia poderosa en el mundo, hizo que fuera fácil colocar bajo nuestra bandera a individuos y naciones y simplificó la tarea de identificar a nuestros enemigos y de apartar a las ovejas negras que aparecían en medio de nosotros. La política exterior norteamericana podía adoptar todas las características de una gran campaña, incluso de una cruzada moral. Todo esto estaba muy bien. Por desgracia, adolecía de un defecto capital : esta política era una política negativa. Estábamos apasionadamente en contra del comunismo, pero no abiertamente en pro de la democracia. Y al adoptar esta postura de simples oponentes, acogimos como aliados a todos aquellos que se enrolaban bajo la misma bandera, aunque rechazaran todo lo demás que nosotros defendíamos. Lo que nos ocurría es que habíamos adoptado una posición ideológica puramente negativa. No sólo nos oponíamos al comunismo, sino que pensábamos que todos los que se oponían al comunismo eran también demócratas como nosotros mismos.

Y como esta es una época de rápidos cambios sociales, nuestra oposición doctrinaria al comunismo tendía a identificarnos con los defensores del *statuo quo*. En América Latina, cada dictador proclamaba su anticomunismo cada vez que suprimía las libertades de su pueblo y, en nombre de la defensa del mundo libre, perseguía a quienes pedían garantías constitucionales. La identificación de una inmóvil ideología anticomunista con la tiranía terminó siendo tan evidente en Latinoamérica que a los anticomunistas profesionales se les miraba como a agentes de la tiranía.

Lo irritante y doloroso de esta situación se puso de manifiesto en una ocasión en que media docena de periodistas venezolanos hablaron sobre la política de Estados Unidos para con Pérez Jiménez, el dictador de su país, al que nosotros habíamos condecorado. Todos habían estado en la cárcel y la mitad habían sido torturados. Al referirse a nuestra amistad con Pérez Jiménez y a la condecoración que le habíamos concedido, lo hacían con irritación y con ira con-

tenida. Hablaban como si a Pérez Jiménez se le hubiera condecorado precisamente por haber ido ellos a la cárcel y por haber sufrido malos tratos. Las conversaciones y los rumores a que un sentimiento como éste daba lugar se propagaban rápidamente entre la gente y provocaban el miedo a Estados Unidos y la indignación contra ellos. La combinación del resentimiento suscitado por nuestro complejo de superioridad y de la hostilidad derivada de nuestro « apoyo » a los dictadores explica en gran parte la desafortunada postura que hemos adoptado a los ojos de los latinoamericanos.

Nuestra política anticomunista habría suscitado otros sentimientos si se hubiera combinado con un apoyo positivo a la democracia. Si hubiese quedado claro que estábamos contra el comunismo, pero en favor de las aspiraciones democráticas de los pueblos de América Latina y de otras regiones del mundo, nuestro papel habría sido diferente. Sin embargo, y por desdicha, nos oponíamos al comunismo, pero no apoyábamos visiblemente a la democracia. Esta es la dificultad de una posición negativa. A menudo justificábamos esta posición negativa nuestra basándonos en la « no intervención », que a su vez es una posición negativa. Este argumento lo presentábamos frecuentemente con reservas mentales, no sólo porque, como ya hemos visto al comienzo de este artículo, nuestra simple presencia o un sencillo gesto nuestro constituye una intervención, sino porque nuestra política de anticomunismo activo era en muchos aspectos una fuente de intervención en defensa del *statu quo,* aunque no fuera esa nuestra intención.

A los críticos de Estados Unidos les ha sido fácil presentar esta política como una prueba de hipocresía, simulación y elección deliberada. Era fácil acusar al Departamento de Estado de apoyar o, si se prefiere, de soportar a los dictadores en nombre del anticomunismo, porque esos « hombres fuertes » favorecían también los negocios norteamericanos. Y no sería del todo honrado afirmar que este elemento no tenía su lugar propio dentro de la situación total. Sin duda sería poco realista argumentar diciendo que los hombres de negocios norteamericanos no explicaban el caso a los políticos ni hacían ver la auténtica realidad de las dictaduras porque éstas favorecían las inversiones estadounidenses. Tampoco podemos suponer que los dirigentes políticos no se dejaban influenciar en modo alguno por la actitud favorable adoptada por los hombres de negocios norteamericanos frente a hombres como Batista o Pérez Jiménez.

Al menos los latinoamericanos creen que fue la United Fruit Company la que dictó la política del Departamento de Estado durante el período de dificultades con Arbenz. Sin embargo, sería la mayor de las calumnias repetir esta explicación demasiado sencilla, si no maligna, de nuestra política para con Guatemala o con el resto de América Latina. Si tal explicación fuera cierta, habría que alegrarse, ya que resultaría relativamente fácil corregirla. Pero la dificultad es de otro orden, y consiste en que, dada nuestra adhesión al principio de no intervención, a los hombres de negocios norteamericanos les resultaba fácil pedir insistentemente el establecimiento de relaciones amistosas con los gobiernos dictatoriales. Hasta cierto punto esto también influyó sobre nuestros representantes diplomáticos. Lo que en principio tenía por finalidad impedir que Estados Unidos intervinieran en los asuntos internos de nuestros vecinos, se convirtió en la justificación de una actitud de tolerancia amistosa frente a dictadores como Batista, Pérez Jiménez y Rojas Pinilla. Así, esa doctrina facilitaba a nuestros representantes la tarea de mantener buenas relaciones con los tiranos, aunque conocían perfectamente los horrores cometidos por la policía local. Nuestra política puramente negativa nos sirvió para mostrarnos amigos de las dictaduras, cuando por el contrario debimos apoyar activamente a las democracias como el único medio para hacer frente al comunismo. La única forma de aumentar la influencia y la viabilidad de las democracias es apoyarlas y alentarlas.

Durante los años críticos de nuestra campaña anticomunista debimos adoptar una actitud positiva en apoyo de la democracia. Debimos hacer público repetidamente nuestro apoyo a los ideales y a los gobiernos democráticos mediante declaraciones del mismo Presidente, del secretario de Estado y del Congreso. Debió quedar claro a los ojos de todos que a los demócratas o a los gobiernos democráticos se les ayudaría con

préstamos públicos y con apoyo diplomático y que se alentaría a los bancos y a las fundaciones para que cooperasen con esos gobiernos ; debió quedar también perfectamente claro que nos opondríamos, aislaríamos y daríamos un trato distinto a los gobiernos dictatoriales. Nuestra política debió ser proteger a los dirigentes democráticos expulsados de su patria por los dictadores, y nuestros embajadores, los miembros del Congreso y el mismo Departamento de Estado debieron protestar públicamente cuando el gobierno de Rojas Pinilla trató de cerrar *El Tiempo,* el gran diario liberal de Bogotá, o cuando se prendió fuego a la casa del antiguo Presidente de Colombia Alfonso López. Un apoyo activo a los elementos democráticos les hubiera reforzado y habría aumentado la influencia y viabilidad del proceso democrático. Aun con todos los defectos y dificultades que unas normas generales pueden presentar para los políticos en su aplicación a Latinoamérica, siempre es posible distinguir a un Trujillo en Santo Domingo de un Lleras Camargo en Colombia y adoptar una política de oposición al uno y de apoyo al otro. Comprendo las dificultades que presenta la conducción de los asuntos públicos en un mundo dividido por la guerra fría. Pero, si nosotros hubiéramos tenido una política positiva en apoyo de la democracia, Castro no desempeñaría el papel que hoy desempeña. En la misma Cuba había una diferencia real entre Prío Socarrás y Batista. El primero, a pesar de toda la corrupción, había subido al poder gracias a unas elecciones y al final de su mandato habría de abandonar su puesto en beneficio de su sucesor elegido democráticamente. Pero Batista acabó con el proceso electoral mediante un golpe de Estado militar. Si entonces hubiésemos adoptado la actitud que debíamos, nuestras dificultades en Cuba habrían sido de un orden diferente. En todo caso, no se nos habría identificado con la tiranía, ni acusado de defender el *statu quo.*

El statu quo

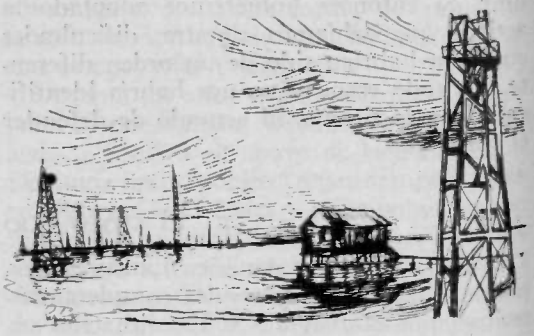
Y el *statu quo* en América Latina corresponde a otra época y resulta completamente inadaptado al siglo XX. Esa situación anticuada no es algo que pueda apoyar una nación como Estados Unidos, en la que el cambio y la movilidad son quizá las características más sobresalientes de la cultura. El *statu quo* en América Latina es antidemocrático e incompatible con nuestra campaña anticomunista. La sociedad latinoamericana, que durante siglos parecía petrificada, se ha vuelto de repente explosiva, entre otras razones a causa del súbito aumento de población. Esta sociedad, social y económicamente estratificada, no puede dar cabida al creciente número de personas que buscan los medios de subsistir. Esta sociedad no posee ningún mecanismo interno de cambio, y su tendencia totalitaria hace que la movilidad social sea casi imposible. Podría haber sobrevivido indefinidamente si el mundo moderno, bajo la forma de la ciencia y de la comunicación, no hubiera venido a amenazar la base misma sobre que aquélla se apoya. La inquietud y la presión en favor del cambio en América Latina no se deben fundamentalmente a la influencia comunista. Si alguna responsabilidad le cabe en ello a alguna fuerza exterior, es más bien la expansión de la energía norteamericana la que ha hecho insostenibles las viejas formas.

Somos nosotros, los norteamericanos, quienes suscitamos la inquietud con nuestra simple presencia, con nuestro innato igualitarismo, con nuestra camaradería y nuestras maneras campechanas, con nuestro trato igual para con todas las personas que encontramos, con nuestra carencia de cualquiera de los atributos asociados a una estructura social estratificada y con nuestro no reconocimiento de la diferencia entre un hombre « grande » y uno « pequeño ». Provocamos también la presión en favor del cambio con la importancia increíble que damos a los productos de consumo por todos los medios de que disponemos. Proclamamos ante el mundo que toda persona debe tener un automóvil, un aparato de televisión, los mejores muebles y aparatos domésticos y mil otras cosas por el estilo. Hacemos todo lo posible por despertar el apetito de la comodidad, del ocio, del lujo y de las riquezas materiales, que las masas de América Latina no pueden alcanzar sin una transformación profunda. Al mismo tiempo, ayudamos a los gobiernos de la región a sujetar la tapadera y cuando la

explosión se produce echamos la culpa de ella a los comunistas, que así se quedan con el mérito de ser los « amigos » del pueblo. La situación actual la ha descrito gráficamente un antropólogo francés hablando del presente sistema de las « haciendas » en el Perú : « Desde el siglo XIII no existe nada parecido en Francia y en Europa occidental. » Pero el sistema de servidumbre en virtud del cual a la gente se la vende con la tierra no es una institución exclusivamente peruana. En el Ecuador, por ejemplo, al régimen de las haciendas están sometidos por lo menos cuatrocientos mil indios en calidad de « huasipungueros », según un sistema que les ata a la tierra. Este es el tipo de realidad que facilita las dictaduras y dificulta las « democracias ».

Nuestra actitud de simpatía para con los dictadores latinoamericanos ha hecho que las perspectivas de un cambio pacífico resulten más arduas, al contribuir a la desilusión de muchos elementos de la joven generación respecto a la democracia. Estos jóvenes han visto cómo una serie de esfuerzos reiterados de utilizar el proceso « democrático » para conseguir los necesarios cambios económicos y sociales se frustraban, a causa de la violencia y de la dictadura, y han observado nuestra complacencia, si no nuestra aprobación, ante estos dictadores y sus métodos. No es por ello de extrañar que muchos de esos jóvenes hayan llegado a la conclusión de que Estados Unidos no creen en la democracia para los latinoamericanos por no considerarlos aptos para ella. Tampoco es de extrañar que se hayan vuelto hacia la violencia y hacia el gobierno autoritario como medio, quizá el único medio, de entrar definitivamente en el siglo XX a partir de la situación que hoy ocupan en el mundo. Estoy seguro de que nos gustaría poder rechazar esta acusación y decir que, si en América Latina existe una moderna generación de jacobinos, sus lecciones las han aprendido de otras personas, a saber, de los comunistas. Pero muchos de esos latinoamericanos no son comunistas ; simplemente, han perdido su fe en el proceso democrático, no creen que pueda funcionar en la situación de pobreza, de analfabetismo y de rigidez social que caracteriza a la parte del mundo en que ellos viven. Y nosotros somos responsables, quizá más de lo que queremos reconocer o de lo que se nos echa en cara, de que muchos miembros de esta generación abandonen su fe en los ideales y en los métodos democráticos. Si hubiésemos denunciado a Batista por haber derrocado a un gobierno legítimamente elegido, y hubiésemos ofrecido nuestra ayuda para restablecer a éste, con toda seguridad nunca hubiera existido Fidel Castro. Y si hubiésemos adoptado una actitud similar en Venezuela, Perú y Colombia, nuestra batalla contra el comunismo habría sido más eficaz y no se nos habría acusado de favorecer el establecimiento de dictaduras en defensa de la United Fruit Company, y lo que es más importante, habríamos reforzado la fe en la práctica de la democracia en América Latina.

No podemos detener la transformación que está produciéndose en estos países. En realidad, nosotros somos más responsables de que se haya puesto en marcha ese proceso que cualquier otro país, grupo o persona y no podemos impedir que la agitación continúe y que el « hambre » resulte casi insoportable. Porque nosotros no podemos, en cuanto cultura y en cuanto individuos, dejar de ser nosotros mismos o cambiar la influencia que ejercemos. O bien ayudamos a los gobiernos latinoamericanos a abrirse camino desde la servidumbre y la pobreza hacia un siglo XX moderno, de carácter esencialmente norteamericano, o bien nos veremos obligados a aceptar la alternativa de una serie de revoluciones convulsivas en las que se nos tratará de avaros malintencionados que se oponen al « progreso » y a las legítimas aspiraciones del hombre de la calle.



noción de nuestra sociedad igualitaria, que además ha logrado conservar sus libertades civiles ; del hecho de que hemos desarrollado un amplio sistema de seguridad social y conservado al mismo tiempo nuestra libertad política. No saben nada de la política del Gobierno federal y de los Estados, que trata de defender a los individuos contra la indiferencia inherente a las grandes organizaciones.

Pero la culpa no es enteramente suya. En cierto sentido, nuestro pueblo no ha aprendido a hablar de la nueva sociedad que ha logrado crear para sí mismo. Nuestro lenguaje no ha sabido ponerse a la altura de nuestra revolución, y lo mismo los « radicales » que los « conservadores », cuando hablan de Estados Unidos, usan de palabras y de ideas como si nada hubiera ocurrido realmente, como si aún siguiéramos viviendo en el siglo XIX. Por ello no es de extrañar que nuestros dirigentes, cuando hablan a los latinoamericanos, parezcan describir a Estados Unidos con el lenguaje de Adam Smith y de Ricardo. Así aparecemos ante los latinoamericanos como los defensores de un individualismo absoluto y de un sistema de competencia totalmente libre, como si en nuestro país no existiera seguridad social, ni seguro contra el paro, ni seguros agrícolas, ni contratos colectivos, ni un poderoso movimiento sindical. Si nosotros presentamos una imagen falsa de nuestra propia realidad, otro tanto hacen los intelectuales respecto a nuestros vecinos del Sur. Esos intelectuales quieren que creamos en una América Latina idealizada : un mundo de hombres iguales dominado por una cultura humanista. Los intelectuales parecen desconocer el sistema de « haciendas », en virtud del cual aún se vende a los hombres junto con la tierra, el gran abismo existente entre los ricos y los pobres, el sistema inadecuado de impuestos, la pobreza, el analfabetismo y la indiferencia fundamental y, a veces, la corrupción de las camarillas gobernantes. Ambas imágenes son evidentemente falsas y ninguna de las dos partes sabe realmente presentarse como de verdad es. Quizá sea que los seres humanos se dejan arrastrar por unos sistemas de lenguaje y de imágenes que falsean la realidad.

No podemos dejar las cosas aquí, pues entre la América del Norte y la del Sur existe una verdadera incapacidad para comunicarse, y ello no se debe sólo a que cada una se forme una imagen falsa de la otra. En cierto modo, se nos ha escapado algo que en cambio tienen muy presente los latinoamericanos : el sentido de las pasiones que conmueven a la actual generación. En realidad, nosotros estamos lejos de los problemas y no somos capaces de comprender los profundos sentimientos que despiertan cuestiones tales como el nacionalismo y el colonialismo en muchas regiones del mundo. Los pueblos de numerosos países se esfuerzan por conseguir un bienestar económico, escuelas para sus hijos, una alimentación suficiente, un sistema sanitario adecuado y una dignidad humana, pero especialmente una soberanía nacional y una libertad frente al dominio extranjero. Para nosotros estos problemas ya no resultan reales ; salvo por lo que se refiere a la cuestión de la segregación, nuestras preocupaciones son de orden diferente. Nos preocupan las cuestiones de la guerra fría, de la seguridad nacional, de la productividad y el empleo, del amontonamiento de los automóviles en las carreteras, de la conquista del espacio, del exceso de estudiantes en nuestros colegios y universidades, de los excedentes agrícolas y de las sumas de dinero que podemos dedicar al desarrollo de las regiones preindustriales sin someter a una tensión excesiva el dólar norteamericano. Estas son preocupaciones muy distintas, que en consecuencia dan lugar a sistemas dispares de lenguaje. En un sentido muy real Estados Unidos y las regiones aún no industrializadas, entre ellas América Latina, viven en mundos separados, y las cuestiones que más preocupan a uno quedan fuera del área de las preocupaciones básicas del otro. No es que no nos comprendamos unos a otros. La realidad es que el diálogo se establece a diferentes niveles y que de hecho no nos hablamos los unos a los otros. Los problemas de la exploración espacial o de los proyectiles balísticos, los resultados del conflicto entre Estados Unidos y Rusia o el grado de desempleo y de dislocación que pueda provocar la automación son cosas que están fuera del alcance de las gentes de Haití y Ecuador.

Es natural, y fácil, dar un carácter moral

a la discusión sobre estas preocupaciones diferentes de la gente en Estados Unidos y en América Latina. Es fácil afirmar que somos nosotros o son ellos los culpables y los equivocados. Y, en efecto, en este trabajo hemos visto que ambas cosas son ciertas. Nosotros tenemos la culpa, porque deberíamos ver más claro. Deberíamos ser capaces de mantener un diálogo nacional en dos niveles : el de una sociedad industrial altamente organizada y el de una sociedad agrícola sencilla que se esfuerza por conseguir la independencia nacional y el bienestar económico al mismo tiempo. Deberíamos comprender las pasiones y responder al clamor del antimperialismo y el anticolonialismo. Deberíamos comprender la lucha para conseguir la independencia económica y la industralización y simpatizar con los esfuerzos para proteger y expresar una cultura nacional. No siempre ocurre así. Quizá lo que otras gentes exponen y defienden con mayor pasión e insistencia nos parezca a nosotros exótico y sin relieve. El tono emocional con que se discuten cuestiones tales como la industrialización, la exportación de materias primas y las inversiones extranjeras suena a irreal en nuestros oídos. En cuanto nación, hace tiempo que dejamos de discutir la legitimidad o no legitimidad de estas cuestiones y nos sentimos contrariados cuando se habla de ellas con pasión y energía.

La sociedad industrial y los complejos problemas a que da lugar han oscurecido para Estados Unidos el sentido de la agitación que ahora se está haciendo patente entre las naciones latinoamericanas. El diálogo entre nuestro país y ellas tiene lugar a partir de dos niveles diferentes. Esta es la dificultad verdadera de tales relaciones. Nosotros no comprendemos, y por consiguiente no simpatizamos con ella, la calidad emocional de que esas cuestiones se revisten. Son cosas que surgen de un mundo que ya no acertamos a interpretar. Los problemas planteados, frecuentemente parecen carecer de realidad. Nuestra insensibilidad —si esta es la palabra adecuada— nos coloca en una situación de gran desventaja. La inquietud popular se manifiesta no sólo en una exigencia de soberanía y de independencia sino también de libertad, bienestar y educación. El aumento de los medios de comunicación ha hecho más urgentes estas exigencias. Para poder sostener nuestras pretensiones al liderazgo tenemos que encontrar el medio de identificarnos con el clamor que hoy se eleva por los valores que nosotros hace ya tiempo hemos llevado a la práctica.

Expresada con sencillez, la tarea con que tenemos que enfrentarnos en América Latina puede resumirse en una sola pregunta. ¿Qué puede hacer Estados Unidos para ayudar a llenar el foso que existe entre el ingreso medio anual de 2.500 dólares en América del Norte y los 200 dólares de América Latina? No estoy seguro de saber lo que estas cifras significan. En todo caso, son cifras oficiales del gobierno y de las agencias federales de Norteamérica. Sea lo que sea lo que las mismas signifiquen, la diferencia entre los ingresos es tan grande que, hasta que no se consiga disminuirla, no cabe esperar que los pueblos de los países latinoamericanos se identifiquen con nuestras aspiraciones, proyectos o decisiones políticas. No estamos realmente embarcados en el mismo barco, a pesar de toda nuestra predicación, de las actividades conjuntas de la Organización de Estados Americanos y de nuestras mutuas campañas anticomunistas. No podemos esperar que los pobres de Haití, los indios del Perú o los « rotos » de Chile comprendan la política norteamericana o se asocien con los ideales económicos y políticos norteamericanos. Los gobiernos de Latinoamérica ofrecen una adhesión puramente de fachada o tratan honradamente de identificarse con Estados Unidos, pero en uno como en otro caso las familias gobernantes se hallan tan lejos de su propio pueblo como nosotros. Y esto no hace sino complicar el problema. No quiero decir que el cambio en el bienestar económico es lo más importante. Lo que sí afirmo es que el esfuerzo para elevarse de los 200 dólares actuales de ingreso medio anual en Latinoamérica a los 2.500 de América del Norte suscitaría tal número de actividades, de intereses y de conflictos y afectaría tanto a la visión popular del mundo, que los latinoamericanos se verían en mejor posición para comprender y compartir nuestra concepción de la vida y nuestros ideales políticos.

K. H. SILVERT

Relaciones hemisféricas y política interior

El símbolo tradicional de las relaciones internacionales es el juego del ajedrez o el de la maña y la fuerza, en que un solo descuido condena a los débiles, a los estúpidos o simplemente a los negligentes a la derrota y la humillación inevitables. La analogía es sumamente desafortunada. Las relaciones entre las naciones no pueden reducirse simplemente a una serie de juegos de poder, de movimientos diplomáticos o de llamamientos propagandísticos para atraerse a los neutrales. Un estudio adecuado de los asuntos internacionales debe apoyarse en un análisis a fondo de la política interior de las naciones interesadas. La simple consideración de los factores externos —es decir, del juego de las fuerzas impersonales sobre el tablero de ajedrez de la política internacional— hace desaparecer de la ecuación a los seres humanos. Y donde no hay seres humanos, no cabe duda de que tampoco existe ciencia social.

Los estudiosos de la geopolítica intentaron en un pasado reciente establecer un nexo teórico entre la organización política interna y los modelos exteriorizados de poder, pero su ingenuidad intelectual y su adhesión sentimental a las doctrinas totalitarias valieron una mala reputación a sus trabajos. Estos geopolíticos cayeron en el desgraciado error de adorar el poder como un valor ético en lugar de aceptarlo simplemente como el vehículo imparcial de la política nacional. Por desgracia, hoy está ganando en popularidad la tesis de que sólo un profundo autoritarismo puede garantizar la creación y movilización del poder necesario para realizar un cambio rápido. Apta sobre todo para su consumo en las zonas en desarrollo, esta concepción ideológica está sirviendo para cambiar la naturaleza de las disputas teóricas y políticas de los partidos en las Repúblicas de América Latina. Su reflejo inmediato en los asuntos internacionales puede observarse claramente en la acentuación de la actividad diplomática dentro del hemisferio, acompañada de una serie de tanteos en busca de una nueva política norteamericana para con esta región del globo.

En todo caso, los plazos internacionales están ya desde hace tiempo más que vencidos, puesto que, incluso sin tener en cuenta un reto como el que ha surgido en La Habana, el equilibrio internacional de poder ha cambiado de tal modo desde la segunda guerra mundial que la exigencia de una nueva línea política fundamental resulta perfectamente evidente. La potencia relativa de América Latina ha ido aumentando debido a que la situación interior dentro de la región está cambiando y a que la actuación internacional legítima de las naciones desarrolladas se ve hoy coartada por una serie de factores nuevos surgidos en la escena mundial.

El aumento de la potencialidad de América Latina es un reflejo no sólo de los cambios introducidos en el desarrollo económico que tan rápidamente avanzó desde 1945 a 1955 y que en general es ahora más lento, sino también del profundo cambio de actitud originado por las reacciones psicológicas a otros tipos de cambios. Por ejem-

los funcionarios norteamericanos les resulta sentimentalmente muy fácil oponerse a un gobierno latinoamericano que se enfrente con Estados Unidos en la guerra fría, pero todavía siguen sin saber qué hay que hacer con las dictaduras que muestran amistad para con los intereses norteamericanos, gubernamentales o privados.

En ninguna de las dos esferas, la del desarrollo social y la del desarrollo político, se ha establecido una política viable, ni trazado ninguna definición operativa o seleccionado un personal competente para la administración de los programas. Por desgracia, el episodio castrista parece seguir empujando a la política norteamericana hacia una situación negativa : la planificación necesaria para oponerse a la propagación del fidelismo en el hemisferio continúa, pero el establecimiento de las bases para la creación de unas sociedades firmemente democráticas permanece aún en gran parte en un nivel puramente verbal y las medidas concretas que se toman siguen todavía aferradas, por falta de imaginación, a la solución del dinero casi exclusivamente. En este aspecto la posición de Estados Unidos resulta delicada, por no decir insostenible : proponer un firme programa de desarrollo económico y social (quedando el desarrollo político nada más que como un corolario) supone un tipo muy acentuado de intervención. Los diversos gobiernos latinoamericanos —si desean consolidar su auténtica autonomía y el progreso hacia unas instituciones más libres con el fin de apoyar la nueva resolución de Washington y asegurar su creciente independencia— deben presentar por sí mismos sus propias proposiciones, establecer sus propios objetivos y elegir sus propios métodos. La situación actual ofrece poca base para un optimismo inmediato en relación con los recursos intelectuales e ideológicos dentro de América Latina que son necesarios para llevar adelante esta tarea .

Naturalmente, hay ciertos gobiernos que no tienen el menor interés en un desarrollo político y social. Países tales como Paraguay y algunas de las Repúblicas centroamericanas siguen exactamente el camino que les señalan sus grupos dirigentes : socialmente inertes, políticamente inquietos sólo en los niveles superiores y económicamente equipados para dar satisfacción a la demanda de mano de obra barata y para proporcionar sin embargo al mismo tiempo a las clases superiores las comodidades del mundo industrial. ¿Para qué crearse preocupaciones con eficaces programas contra el analfabetismo, libertades civiles más extensas y demás consecuencias de la libertad pública? Probablemente sin que lo sepan los mismos teorizantes políticos de esos países, su resolución de seguir en el timón de un barco que no se balancee se refuerza con el desarrollo de una nueva subcategoría del fenómeno autoritario. Hace unos años Nicaragua y ahora la República Dominicana han demostrado que sus sistemas de gobierno no son simples caudillismos personalistas, como se les ha llamado tradicionalmente. En realidad, esos países han conseguido racionalizar la estructura caudillista. Dentro de su contexto propio han establecido procedimientos administrativos, organizado ejércitos profesionales pequeños y bien entrenados, creado redes de comunicaciones y formado cuadros burocráticos expertos en el uso de las técnicas modernas. Por ello, los asesinatos de los generales Somoza y Trujillo no han provocado las sublevaciones inmediatas que tantos habían vaticinado : las estructuras políticas eran mucho más fuertes y complejas de lo que admitían sus enemigos.

Este tipo de gobiernos tiene además profundas raíces en el mundo de los negocios. A veces incluso resulta difícil decir dónde termina la empresa « privada » y donde comienza la « pública », ya que los gobernantes suelen ser los individuos económicamente más fuertes, los propietarios de bancos, plantaciones, compañías marítimas y aéreas, bienes inmobiliarios, etc., como ocurría bajo el régimen de Batista en Cuba. Evidentemente, a tales gobiernos les pueden parecer magníficos ciertos tipos de ayuda para el desarrollo económico. En cambio anatematizan toda clase de desarrollo social y político.

Por diferentes motivos, esta negativa a considerar la política y la sociedad con miras a un cambio racionalmente controlado se aplica también a los países más avanzados de América Latina. Se afirma que el Presidente de la Argentina Arturo Frondizi le dijo a Stevenson, durante su visita al

país como embajador especial del Presidente Kennedy, que Estados Unidos deberían limitar su asistencia a la ayuda económica y que « el desarrollo social vendrá luego automáticamente ». A un plazo muy largo quizá esta afirmación resulte cierta. Pero, a un plazo corto o intermedio, es vital para la seguridad del hemisferio y para sus posibilidades democráticas a largo plazo el evitar las revoluciones incontrolables y el totalitarismo. El hombre racional ya no puede confiar en que las inversiones económicas conduzcan a una mejora de la situación social, ni en que las clases medias garanticen la estabilidad, ni siquiera en que la educación forme ciudadanos libres. Hay demasiados ejemplos históricos que demuestran lo contrario.

Entonces ¿por qué los gobiernos latinoamericanos actuales, incluso los de los países más avanzados, continúan basando su política para con Estados Unidos únicamente en la cuestión de la ayuda económica? Una de las razones de ello es sin duda que Estados Unidos están cosechando ahora lo que durante tantos años han venido sembrando asiduamente. Otra razón consiste de seguro en una innata desconfianza basada en el viejo prejuicio latino de que Estados Unidos tienen poco que ofrecer fuera de la ayuda material y que su provisión de ideologías políticas se reduce a un simple aforismo coloreado por un vago temor y a una cierta cantidad de buena voluntad ingenua. Un tercer factor condicionante estriba en que durante un buen número de años los latinoamericanos en general han aceptado el determinismo económico como la fuerza motriz necesaria para realizar los cambios sociales. La inmensa ignorancia sobre sí mismos de que dan muestra todos los países latinoamericanos es otra razón de peso : los expertos en ciencias sociales son pocos, y la mayoría autodidactas ; las estadísticas de los gobiernos suelen ser generalmente ficticias, salvo en lo que se refiere al comercio exterior, y en ciertos círculos universitarios poderosos se opone gran resistencia a la investigación social objetiva. Con lo cual la base de conocimientos objetivos indispensable para una exacta apreciación de los complejos problemas sociales y políticos y para la determnación de una política concreta brilla por su ausencia.

Pero aún existen otros impedimentos de importancia. Aparte de la incomodidad inherente a los cambios, de la incapacidad para reconocer incluso ciertos problemas dominantes y de una pereza mental generalizada, unida a una falta de viveza intelectual, los grupos económicamente importantes de Latinoamérica ven una ventaja inmediata para sí mismos en unas inversiones que ellos pueden controlar directamente. Por ello suscriben con energía la « teoría del cuentagotas » por lo que se refiere al desarrollo económico y, consecuentemente, al desarrollo social. Si se les convence para que efectúen inversiones apoyadas con el dinero extranjero, afirman que, quiérase o no, los beneficios se propagarán gota a gota por la estructura económica reforzando la estructura social. Repitamos una vez más que esta afirmación puede resultar cierta a un plazo muy largo. Pero si hemos de esperar a que se produzca un aumento del poder en los niveles inferiores de la escala social antes de que se pueda imponer por la fuerza al inversionista y al patrono una más amplia distribución de la riqueza y del poder, ¿quién nos garantiza que dicha fuerza no se aplicará precisamente en nombre de esas ideologías cuya existencia amenaza la seguridad nacional no sólo de Estados Unidos sino también de los mismos países latinoamericanos? ¿Es una buena jugada esperar a que los hombres de negocios actúen anticipándose a las circunstancias con claridad y rapidez suficientes para impedir el uso de la violencia?

Este problema nos conduce a otro de importancia aún mayor, pues una acción inteligente encaminada a extender los beneficios de la participación a todas las personas capaces dentro de una comunidad, depende por lo menos en parte de la existencia de un conjunto de valores que afirmen que esa extensión es deseable y que conviertan tales interrelaciones y complejidades sociales en posibilidades concretas.

El grave peligro que representa la incapacidad para poner en relación el desarrollo social, el político y el económico radica en que el fortalecimiento unilateral de los factores económicos conducirá probablemente a la imposición de una fuerza política mayor que la que hasta ahora han sido capaces de crear los latinoamericanos. La

FRANCISCO ROMERO

La filosofía en nuestro continente

SI JUICIOSAMENTE se tienen en cuenta todas las circunstancias de orden cultural y social, la situación presente de los estudios filosóficos en Iberoamérica puede ser considerada satisfactoria y hay motivos para encarar el porvenir con optimismo. Con altos y bajos atribuíbles muchas veces a las convulsiones políticas locales que trastornan el ritmo intelectual, sobre todo en aquellas de sus dimensiones que requieren estabilidad y sosiego, el trabajo se desenvuelve desde hace tiempo en forma normal y continuada, con evidente intensificación de la seriedad en el estudio y la investigación, y una ampliación notoria del aprecio común por estos asuntos. Ambas condiciones son básicas y parejamente favorables, y aun prometedoras, porque tocan a los dos costados de la actividad intelectual, al del esfuerzo personal en la meditación, la docencia y la producción, y al de la recepción, difusión y aprovechamiento de ese esfuerzo.

Para apreciar el plano o sustentáculo general en que se desarrolla nuestro trabajo filosófico, es indispensable no olvidar las fases y el estado de nuestra cultura y la particular índole de la faena filosófica. La cultura iberoamericana prefirió durante mucho tiempo los temas literarios e históricos; varias veces he procurado explicar que ello era natural y aun necesario. La preocupación por las ciencias y la filosofía es relativamente reciente. Me refiero a una disposición general, y no, desde luego, a las excepciones (1). Un auténtico interés por los planteos filosóficos sólo aparece con el Positivismo. Esta dirección arraigó en casi todos nuestros países y fomentó la preocupación por las cuestiones psicológicas, sociológicas, jurídicas y pedagógicas; las estimuló en sus contenidos concretos y las levantó al nivel de las ideas generales, y promovió la curiosidad y el respeto por los enfoques científicos. Desde un punto de vista puramente filosófico, fue una especie de escolaridad filosófica, porque, sin exigir de antemano una postura francamente especulativa que no hubiera estado a tono con los corrientes hábitos mentales, enseñó a buscar la clarificación de los problemas, a fundamentarlos y a desarrollarlos con consecuencia sistemática. El Positivismo educó filosóficamente, pero no fundó la filosofía en Iberoamérica, porque la genuina exigencia filosófica vino después y sin duda preparada por él, se manifestó precisamente cuando el Positivismo doctrinal había caducado. De los verdaderos fundadores de nuestra filosofía, sólo uno, el cubano Varona, se mantuvo positivista; los demás —el uruguayo Vaz Ferreira, el argentino Korn, el peruano Deustua, los mexicanos Caso y Vasconcelos, el chileno Mo-

(1) Véase mi libro *Sobre la filosofía en América*, Buenos Aires, 1952, con amplia bibliografía.

lina, etc.—, acaso alguno adherente primero al Positivismo e influído por él, iniciaron en sus respectivos países una resuelta reacción antipositivista, adoptando posiciones similares y coincidentes con las generalizadas por entonces en Europa. Dispersos en un vastísimo territorio, sin relaciones entre sí y algunas veces sin sospechar el uno la existencia del otro, documentan la unidad y el sincronismo de la civilización en la América Latina, atestiguada por tantas otras sorprendentes correlaciones, entre ellas la simultánea vigencia a su hora de la ideología positivista.

El empeño filosófico como adquisición de saber y creación original no tenía muy abonado el terreno en estas tierras. La alta genialidad filosófica en Occidente es atributo de unas pocas naciones europeas ; sería insensatez medir en parangón con lo realizado en ellas lo intentado o cumplido entre nosotros, cuando tantos países europeos de antigua e ilustre prosapia cultural acusan una perceptible deficiencia en lo filosófico. España, con su pobreza filosófica en la modernidad hasta el advenimiento de Ortega, pocas incitaciones y menos materiales podía trasmitirnos ; nótese que, en cambio, la mitad septentrional del continente se apoyaba en la sólida tradición del pensamiento británico, sobre todo desde que el gran Berkeley arribó a Rhode Island y allí anudó amistad con el otro Samuel Johnson, influyó en Jonathan Edwards y redactó su *Alciphrón*. Nuestras universidades, ni siquiera concedían a sus profesores los recursos mínimos para la tranquila entrega a la tarea intelectual, que debían alternar con otras ocupaciones, y únicamente desde hace pocos años se va estableciendo en ellas para algunos docentes el régimen de la dedicación exclusiva al quehacer universitario ; las cátedras filosóficas, por otra parte, no abundaban. Tampoco la indagación y creación intelectuales gozaban del prestigio social que en otras partes suele compensar la modestia económica. En los países de cultura superior organizada, todas las capacidades, aun las de menor calibre, son aprovechadas ; hay un ambiente intelectual que estimula, sustenta y aun corrige. En nuestros países, los primeros pasos en estos estudios han significado una suma de energía y de vocación inimaginable para quien se atenga a la situación europea. Nuestros primeros pensadores, los de la hora de la fundación, recordados antes, adquieren por eso una dignidad patriarcal ; forjaron solitariamente su obra, contribuyeron a formar el ambiente adecuado y, con su enseñanza y su ejemplo, se atrajeron las adhesiones discipulares que habrían de propagar su influencia. La cultura americana les es deudora de haberla completado con una dimensión capital.

Los que he denominado los fundadores y los que, en general, realizaron su obra en esa primera etapa, se consagraron a la filosofía por una innata vocación, afianzada en virtudes de carácter y acaso también en la convicción de prestar un servicio a la comunidad. Fueron autodidactos ; procedían de diversas profesiones : el derecho, la medicina, etc. Más que con sus escritos, influyeron mediante la docencia y la comunicación directa. Los integrantes de lo que, en acepción amplia, pudiéramos llamar la segunda generación, fueron sus discípulos y sucesores, se formaron a su lado o en relación con ellos, en ciertos casos con alguna frecuentación universitaria local o extranjera, pero con el estudio personal y por su cuenta como elemento principal. Llegados muchos de ellos a la cátedra, introdujeron novedades de importancia y un rigor nuevo en el examen del pasado y el presente filosóficos, y se aplicaron a alentar vocaciones juveniles, ya con todas las ventajas de ofrecerles una educación académica regular y al día. Prepararon así el recambio mediante una tercera tanda de estudiosos de segura información y alta eficacia docente, al tanto de los problemas y de los métodos. A esta tercera generación sigue una cuarta, la de los más jóvenes profesores de filosofía de nuestras universidades, que consolida la normalidad alcanzada, posee versación y capacidad notables y transita por casi todos los senderos de la problemática contemporánea, afrontando también la profundización de lo pretérito con todos los recaudos de la investigación responsable. De estricta justicia es recordar la intervención, en este proceso, de varios profesores europeos, particularmente españoles, algunos de los cuales han cumplido una labor tan considerable que definitivamente los asocia a nuestra cultura y los señala a nuestro reconocimiento. Con refe-

FRANCISCO ROMERO

rencia a la investigación y a cualquier género de creación filosófica, debe indicarse que todavía no se les auxilia adecuadamente en nuestros países, donde la indagación científica comienza a ser estimulada, sin que la humanística parezca todavía merecedora de una conveniente ayuda (2).

Como en otras partes, el interés filosófico, o una porción de él por lo menos, ha sufrido en nuestros países un descenso durante un período de unos veinte o veinticinco años, del que lentamente se va recuperando. Desde el auge de los sistemas totalitarios de gobierno y las señales anunciadoras de la segunda conflagración, el movimiento filosófico universal entró en crisis, una crisis poco advertida a veces porque no significó una franca interrupción de la labor de pensamiento, sino una especie de desgano por lo específicamente filosófico, por la pura teoría, y un correlativo acrecentamiento del interés por los sistemas o doctrinas que importan soluciones integrales o planteos de concepción del mundo. Durante ese intervalo, ejercen su atracción sobre todo doctrinas como el neotomismo y el marxismo, que con su polarización cubren en gran parte la escena filosófica ; también las filosofías de la existencia, en sus diversas orientaciones, y con mayor destaque de sus aspectos interpretables como soluciones y de sus manifestaciones literarias, que con la intención más rectamente filosófica de averiguar críticamente sus fundamentos y su trabazón conceptual. De ninguna manera se niega ni aun disminuye la licitud y la importancia filosófica de tales cuerpos doctrinales ; sólo se registra que su pasajera instalación en el primer plano obedecía a que se veía en ellos principalmente las « respuestas » a agudas interrogaciones surgidas de una angustiosa crisis espiritual, y se reparaba mucho menos en su enjundia problemática. Y ello se comprueba por el desmedro sufrido simultáneamente por las líneas del pensamiento contemporáneo que no eran aptas para satisfacer esa urgencia de soluciones integrales y se mantenían en el terreno de la serena dilucidación teórica. La persistencia de tal situación hubiera significado, lisa y llanamente, un ocaso de la filosofía. Que respondía a una crisis del espíritu ocasionada por los sacudimientos y zozobras que se inician, aproximadamente, a partir de 1930 y parcialmente se apaciguan tras el final de la segunda conflagración, lo muestra el hecho de que la problemática filosófica recobra luego poco a poco su vigencia en su propio carácter teórico e investigativo. En la actualidad se advierte en Iberoamérica una renovación de la preocupación filosófica atenta a la pulcritud de los planteos más que a la prontitud de las respuestas, y así se pudo comprobar en el Sexto Congreso Interamericano de Filosofía, celebrado en Buenos Aires en septiembre de 1959.

El estado actual de nuestros estudios filosóficos está determinado por la acción sucesiva de las cuatro tandas o generaciones a que me he referido, cada una de ellas dominada por una tónica general derivada de su colocación en las circunstancias histórico-culturales sucintamente indicadas, y, naturalmente, con los matices de las orientaciones y aptitudes individuales de cada uno de sus componentes, pues el ingrediente personal es siempre de importancia su-

(2) He trazado un cuadro sumario de la filosofía latinoamericana en un trabajo que forma parte de la obra colectiva *Les grands courants de la pensée mondiale contemporaine*, recientemente publicada.

riedad del interés, porque en la filosofía es indispensable la recurrencia al pasado —nunca fenecido del todo en sus realizaciones eminentes—, y cualquier paso hacia adelante debe contar con la ingente masa de pensamiento legada por el pasado. El procedimiento metodológico de pensadores como N. Hartmann, Meyerson y tantos otros, de acompañar cada análisis sistemático de una revisión fundamental de la reflexión anterior sobre el problema, va convirtiéndose por todas partes en norma general de la investigación, tanto para la utilización de lo valedero como para no caer de nuevo en lo definitivamente denunciado como erróneo y refutado. Las filosofías del neotomismo y del marxismo cuentan con representantes, más atemperados que hace unos años, cuando prevalecían el sentido de la « solución » o de la « respuesta », y, consiguientemente, la actitud afirmativa y polémica sobre la problematizante y dilucidadora ; algo parecido, aunque no de idéntico alcance, debe sentarse de las filosofías de la existencia, cultivadas más serenamente que antes, con un entusiasmo que ya no excluye las reservas críticas ni se arriesga a decretar en nombre de ellas la caducidad de todo otro tipo de especulación. En suma, neotomismo, marxismo y filosofía existencial han perdido mucho de su tono agresivo y transigen con una convivencia a la que no se prestaban hasta hace poco. Algo por el estilo debe decirse del positivismo lógico y posturas de tónica semejante, muchos de cuyos representantes no creen ya que importe el aniquilamiento de los otros modos de pensamiento. La estima por pensadores como Bergson, Dilthey, N. Hartmann, Scheler, Husserl, Jaspers, Whitehead, Merleau-Ponty, etc., se renueva y afirma. Con elementos e incitaciones de ellos y de otros, y mediante elaboraciones personales, se trabaja en los problemas del conocimiento, de la teoría de los valores, de la antropología filosófica, de la ética, de la estética, de la filosofía social y jurídica. El trabajo histórico-crítico es intenso, como se indicó antes, y a más de ser en su parte principal, según quedó sentado, signo de la madurez de nuestra conciencia filosófica y de su voluntad de autoposesión y unidad, ha de agregarse ahora que comienza a alargar su radio y no se limita ya a lo nuestro. En efecto, contamos con investigadores no atenidos al propio ámbito, aplicados a temas como la historia de la filosofía de la historia y a indagaciones sobre el pensamiento antiguo. Quiero insistir sobre este último punto, porque importa una de las novedades más interesantes. Hasta hace pocos años no se realizaban entre nosotros investigaciones sobre problemas del pensamiento griego ; tampoco era posible imaginarlas, porque requieren, además de la capacidad y versación filosóficas, una preparación filológica y metodológica de que carecíamos en absoluto. Ahora contamos con algunos investigadores que han afrontado temas platónicos, presocráticos, etc., con comprensión, rigurosidad y dominio cabal del instrumental bibliográfico. La aplicación a este tipo de faenas muestra, además, el incremento del puro sentido filosófico, de una teoreticidad que se propone, con tenacidad y esfuerzo, el avance continuado en la lenta y limpia adquisición de la verdad. Otras dos series de problemas han suscitado últimamente el interés de nuestros estudiosos : los de la lógica jurídica, mediante la cual, al lado de la habitual filosofía del derecho, muy cultivada entre nosotros, se aísla y profundiza un núcleo especial de cuestiones ; y los del positivismo lógico y la lógica matematizada, estudiados con fervor por jóvenes investigadores que han acreditado su aptitud y saber con sus publicaciones y dieron brillante muestra de sí en el Sexto Congreso Interamericano de Filosofía. En ese Congreso se puso de manifiesto con evidencia la simultánea atracción que ejercen hoy sobre los estudiosos americanos las cuestiones concernientes a puntos de la más estricta especialización y las muy generales atinentes a la esencia, función y destino de la ocupación filosófica. Temas como el de la misión de la filosofía en el mundo actual y el de la responsabilidad del filósofo, fueron analizados en detalle por varios de los participantes, discutidos con empeño y seguidos con atención por el auditorio, con inequívocas señales de que respondían a una exigencia sentida por muchos. Se comprobó así que la filosofía importa en manera integral y en todos los aspectos posibles, tanto como investigación de tono técnico o científico, llevada adelante en problemas particulares, como en cuanto una actividad cultu-

ral cuya repercusión social ha de contemplarse para que produzca en la vida todas las ventajas que resulte hacedero extraer de ella.

El cultivo de la filosofía tropieza entre nosotros, como se indicó antes, con serios inconvenientes, algunos de ellos corregidos paulatinamente a fuerza de entusiasmo y buena voluntad. La gran dispersión geográfica dificulta la conexión y el encuentro ; no existe todavía, además, en la medida deseable, la costumbre de las reuniones amistosas y sin protocolo para la libre conversación sobre estos temas. Hay algunas buenas revistas —como, en primer término, la mexicana *Diánoia,* y otras muy meritorias—, pero distan de reflejar el trabajo en marcha. La condición profesional del profesor ha sido precaria e insegura hasta la fecha, con la consecuencia de la dilapidación de muchas energías ciertas o presumibles. Uno de los obstáculos más graves ha sido y sigue siendo la carencia de bibliotecas suficientemente dotadas en las universidades ; cada uno ha realizado por lo común su trabajo, en su mayor parte, sobre la colección de libros de su propiedad, reunida con sacrificio pecuniario y forzosamente incompleta. Los sacudimientos políticos han ocasionado más de una vez un desplazamiento de los profesores que destruye la unidad de los equipos, quiebra la continuidad en el trabajo y aparta de la cátedra a los más dignos. Fundamento primordial para el augurio favorable es la comprobación del camino recorrido desde la empresa inicial de los fundadores ; si lo logrado y lo en trance de realización no nos sorprende demasiado, es porque estamos acostumbrados en nuestra América a la celeridad en los procesos sociales y culturales. Las vocaciones, las dotes y la disciplina intelectual crecen con cada promoción ; la movilidad social permite el advenimiento a estos estudios de personas procedentes de otros rumbos profesionales. Grandes y medianas editoriales prestan atención a las publicaciones filosóficas y algunas mantienen series acreditadas por la cantidad y la calidad. Hay una curiosidad y apetencia por la filosofía que asegura un estudiantado numeroso en los cursos regulares, oyentes atentos en los de extensión cultural, cursillos libres y conferencias sueltas, y lectores ávidos tanto para el libro como para el ensayo y el artículo, éstos últimos prodigados en las revistas y hasta en los diarios, en medida relativamente superior a la ordinaria en otras partes. Si se pudiera hacer una estadística, sorprendería la circulación de autores difíciles, como, por ejemplo, Kant ; las tiradas de algunos libros de autores locales superan los diez mil ejemplares.

Las previsiones, por tanto, no pueden ser sino optimistas ; moderadamente optimistas y sin que autoricen a esperar milagros. Una gran filosofía, debe reiterarse, sólo surge en pocas partes y en determinadas sazones. Basta, para colmar la legítima expectativa, confiar en la prosecución de un trabajo responsable, conexo e ininterrumpido, exigente en la realización y sin aspiraciones a un brillo que suele ser flor de un día. En lo tocante a la orientación general, debe repetirse que las líneas tradicionales de la filosofía, en especial de la contemporánea, se completan y el panorama total es abarcado. La incorporación de direcciones como la del positivismo lógico y la lógica matemática introducen un matiz nuevo, pero no alteran, por lo menos hasta el momento, la inclinación por los problemas del hombre, de la cultura, de los valores y de la historia ; de lo humano, en suma. Con la asimilación de lo científico-naturalístico, venturosa si se mantiene en sus justos límites, hay motivos para esperar una contribución de nuestros estudios filosóficos a la configuración del nuevo y ampliado humanismo que es una de las supremas demandas de la civilización en esta hora de crisis.

para lograr sus objetivos inmediatos. Un profesorado mal pagado tiende a ser lo que podría llamarse un proletariado catedraticio. Los alumnos, por romanticismo juvenil, tienden, a contrapelo, a secundar esa actitud. Una universidad democrática y con dotación económica suficiente, proporciona libertad de atmósfera y modos y medios de enriquecerla. La democracia en el Estado y la financiación eficaz de los instrumentos de progreso especializado son los dos cauterios irresistibles contra el caos institucional de ciertas universidades nuestras. Aunque varias constituciones latinoamericanas señalen una relación fija entre el ingreso presupuestal del país y los gastos universitarios (entre 1 y 2 por ciento al año), de hecho ello queda en la letra. Es una ocasión más de burlarse de la ley.

Como promedio general de gastos per capita y per annum en las universidades latinoamericanas, se calcula no menos de 350 dólares, expresado en una moneda de tipo universal : cifra muy modesta, si se compara con los 1.200 dólares que cuesta cada alumno de Puerto Rico, al año. Sin embargo, en la Universidad de San Marcos, el costo medio por alumno al año no sube de 170 dólares ; igual en Buenos Aires ; mucho menos en Asunción y La Paz. No creo que sea mucho mayor en Montevideo ni México. Es decir que tropezamos con una inversión insuficiente, insuficiencia que produce ingentes daños a la causa de la cultura y de la democracia. Si no se atiende a esta realidad inobjetable, mal se podrán asumir otras actividades creadoras. Mientras los gastos de Defensa, exigidos por los organismos nacionales e internacionales, suben de día en día, los de cultura bajan o se estancan, que es una forma de bajar. La Democracia, que debiera ser defendida con opinión y con conciencia, se encuentra así frente a un obstáculo insalvable : las propias limitaciones impuestas por un sistema inadecuado e irracional, que debiera ser precisamente racional y técnico.

Además surge otro obstáculo : la falta de orientación profesional.

Me atrevo al respecto a proponer una fórmula básica para toda universidad latinoamericana y, más aún, del mundo : A CADA UNO SEGÚN SUS CAPACIDADES, DENTRO DE LAS POSIBILIDADES DE LA INSTITUCIÓN Y CONFORME A LAS NECESIDADES NACIONALES. Dicho de otro modo : para ajustar los cimientos del edificio de la cultura superior se debiera tener en cuenta la capacidad, la persona, las posibilidades de la universidad y las necesidades del país. Pero esto último es algo que no se realiza, y así tenemos un tipo hechizo de universidades seudo cerradas y técnicas, en países necesitados de mayor número de técnicos y con prospectos económicos muy limitados. Pienso que de esta inadecuación fluye la mayor parte de los desajustes de la juventud universitaria latinoamericana, así como la situación anómala en que se debaten sus organismos instructores.

El estudiante universitario latinoamericano carece de la capacidad de pago del norteamericano y de muchos europeos. En América Latina —no se olvide— el dinero es caro, por lo cual escasean capitales y suben mucho los intereses o réditos de dichos capitales. Esa misma circunstancia hace que la capacidad de pago del joven sea nula. Una estadística llevada a cabo en 1957, entre estudiantes de San Marcos, de Lima, revela que el promedio de sus ingresos mensuales no llega a 25 dólares americanos. ¿Cómo van a pagar, si tal es su renta total, pensiones por educación como las que algunos pretenden que paguen, asimilándolos a otros tipos de universidades y, por tanto, de países? Un estudiante en esas condiciones está desnutrido y malcontento. Sus energías para estudiar y hacer vida gimnástica, indispensable en todo buen estudiante, son muy limitadas. De ahí que se vuelva malhumorado, insatisfecho, rebelde y susceptible de ser captado por cualquier movimiento radical que ofrezca la destrucción inmediata del orden existente. De ahí también que su tendencia a la política sea realmente irreprimible y sin duda justificable.

Por eso, propugnar por la gratuidad de la enseñanza superior (así ocurre en Uruguay, Venezuela, Argentina, etc.) es un corolario de dicha situación, y permite ajustar las exigencias académicas.

El otro tipo de *capacidad* a que nos referimos es el de nivel cultural. Surge aquí un problema que no se ve de igual modo en otros continentes. Se trata del divorcio entre la segunda enseñanza, que depende del

poder ejecutivo, y la universidad, que es autónoma, sin un vínculo o paso que ligue ambos extremos, conduciendo al alumno del estado mental de obediencia al de deliberación plena que caracteriza a la Universidad.

Todo lo dicho, que es de suyo grave, se encuentra empeorado por la discrepancia total entre los dos restantes términos de la ecuación enunciada : entre las posibilidades de la institución o universidad, y las necesidades del país en que se encuentra y al que debe servir.

Pongamos un ejemplo : el Perú, mi patria.

Somos, según ha de comprobar el censo del próximo 2 de julio de 1961, unos 12 millones de habitantes. Según la tasa mundial, esos doce millones de seres humanos, necesitarían doce mil médicos, a razón de un médico por cada mil seres humanos. No tenemos siete mil. Quiere decir que la necesidad nacional demandaría una provisión de 5 mil médicos más, y que el aumento de población de 3 por ciento anual requeriría por año 360 médicos para no perder el ritmo. Pero las posibilidades institucionales son otras. Entre las tres Facultades de Medicina que hay ahora en Perú, podrán producir dentro de poco unos 250 médicos por año, o sea una cifra por debajo de la necesidad nacional. Las Facultades de Medicina, celosas de su perfección técnica, reducen el número de alumnos, y los pacientes, celosos de sus vidas, ven disminuídas sus posibilidades de supervivencia, salvo que apelen a esa panacea contemporánea que es la farmacia de específicos, que a veces sirve para prolongar la vida y otras para acelerar la muerte, según la prudencia con que se la utilice. Además concurre otro factor : no obstante el déficit numérico de médicos, como éstos se concentran en las ciudades, hay un estado de pauperismo económico de muchos médicos, a cambio del enriquecimiento extraordinario de unos pocos y la acumulación de empleos en manos de los más famosos, mejor preparados o mejor vinculados.

Ahora bien, dadas estas circunstancias, ¿es constructiva y universitaria la actitud de las Facultades de Medicina de las Universidades, que resuelven adoptar una política de selección que conduce a restricciones tales? Depende del punto de vista en que uno se sitúe. Dentro de la posibilidad institucional, parece que hacen bien. Dentro de la necesidad nacional y de la capacidad individual, evidentemente hacen mal. Esta contradicción palmaria exige una revisión de puntos de enfoque. Yo lo haría del siguiente modo : un país « subdesarrollado » económicamente y en el que existe un grueso lastre de analfabetismo, necesita más « médicos generales » que especialistas puros. Por tanto, la enseñanza de la Medicina debe abarcar ambos campos. No puede sacrificarse al ser humano mayoritariamente por el perfeccionamiento teórico o técnico *in abstracto*.

Nada hay que deforme tanto la fisonomía de las universidades y la política latinoamericana y como esta unilateral exaltación tecnolátrica, en aras de una supuesta deidad científica y contemporánea, a la que, de faltarle el elemento fundamental del humanismo y la ética, le sobraría empuje para ser de hecho un nuevo fascismo, y, por consiguiente, una nueva versión totalitaria, la peor enemiga de la democracia.

Pero en América Latina concurren dos ingredientes perturbadores : el tremendo crecimiento de la población y la imitación servil de Norteamérica.

Puede decirse que, por término médio, América Latina crece en un 3 % anual, o sea que cada año nacen 5.400.000 individuos, y un 3 por ciento de esta cifra más por año. Dicho de otro modo, en diez años habrá 60 millones más de latinoamericanos. Por otra parte, la « educación de masas », si bien ha reducido el nivel de la enseñanza y de la capacidad individual, ha extendido las posibilades individuales de alcanzar nivel de educación superior. La población de las universidades, si no se le pusiera diques, subiría no en un 3, sino en un 10 por ciento por año.

La Universidad Nacional Autónoma de México calculó en 1951 una Ciudad Universitaria para 45.000 alumnos ; en 1960 tiene ya 58.000. Necesita abordar la construcción de otra Ciudad, en otro punto de la capital, para evitar la aglomeración de tránsito que implica la primera.

La Universidad de Buenos Aires llegaba

en 1960 a casi 70.000 estudiantes, lo que significa un crecimiento fantástico con relación a sus 30 o 35.000 estudiantes de 1940.

En San Marcos de Lima tuvimos 4.000 estudiantes en 1944 ; 8.000 en 1948 ; 13.000 en 1960.

La de Puerto Rico ha subido en forma meteórica hasta sus 13.000 actuales. Yo la conocí cuando en 1949 apenas llegaba a los 8.500. Verdad que, en este caso, cada alumno ha venido con su pan bajo el brazo, porque la renta universitaria per capita y per annum ha subido en proporción mayor que el número de alumnos, hasta 15 millones de dólares, o algo más este año.

El mismo fenómeno es el que se presenta en la Sorbona y en Calcuta. Es igual en Columbia, de Nueva York, que en Río de Janeiro. Por tanto es un fenómeno mundial, más grave en aquellas zonas donde el analfabetismo *era* mayor y donde el crecimiento demográfico es mayor también.

Como a causa de tal fenómeno las aulas resultan estrechas y el número de profesores insuficiente, no hay otro remedio que rebajar un poco los niveles de especialismo, tratando de dividir la enseñanza en dos etapas : la que podríamos llamar de emergencia y la especializada, pero ambas universitarias. Si así no se hace, tendremos los desajustes que están a la vista y que constituyen uno de los más suculentos caldos de cultivo para la agitación extremista.

Para obviar algunos de los efectos del sistema se ha ideado en algunos países de América Latina otro sistema mixto para los últimos años de segunda enseñanza, a fin de que la Universidad (la recipiendaria) y la Escuela (la donante) armonicen sus planes de transición. Es urgente establecer un tipo de escuelas de paso, como el College anglosajón, que pueden ser las Facultades de Estudios Generales, con la doble finalidad que se les reconoce en Columbia y Puerto Rico : amoldar a la Universidad a los egresados de segunda enseñanza y absorber a los adultos que no estudiaron en el College, pero a quienes la vida, por su edad no inferior a los 21 años, ha instruído en elementos culturales que hacen posible su ingreso en la Universidad prescindiendo de los cuatro años del College.

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO

Otro de los problemas y características de las universidades latinoamericanas es la presencia de los alumnos en los Consejos de Gobierno de la Universidad. Esta presencia existe, con diferencias de cuantía, en casi todas las universidades del Nuevo Mundo : van desde el cincuenta por ciento en Bolivia, a los dos representantes calificados en Brasil y México, pasando por el tercio en el Perú.

¿Cuál es la razón de la participación del estudiante en el gobierno de la Universidad? Prescindiendo de la tradición de las Universidades de Bolonia y Padua, existe una sumamente sencilla : por su origen colonial y el nacimiento de una República sin contenido social, meramente politizada, las universidades siguieron siendo tan aristocráticas, cerradas y reaccionarias como en el virreinato, abriendo un cisma entre el catedrático consagrado y el profesor joven unido al estudiante. Estos dos últimos constituían el proletariado intelectual de la institución. La Reforma Universitaria, movimiento social y político, sobre el que hemos dicho algo en el número 19 de *Cuadernos*, resolvió el problema integrando los Consejos directivos con dos elementos extraclaustrales : el titulado o graduado, de una parte, y el alumno.

El estudiante actúa en los Consejos de la Universidad porque los catedráticos se mostraron impermeables a las nuevas ideas, formaron conciliábulos de familia o de clan, se organizaron según fines políticos, extrauniversitarios, y volvieron la espalda al pueblo y a su servicio. El estudiante es ahí un elemento de estímulo y control, que se renueva año tras año, con las características de que los delegados estudiantes, para estar

libres de las bulliciosas influencias de las asambleas juveniles, son irrevocables.

No se busque la raíz de esta institución en el Medioevo, aunque existió, ni en universidades privadas y jerárquicas, de matrícula cara, como las norteamericanas y británicas. La raíz está en la propia América Latina, como está ahí la de su tipo presidencial, de su institución del asilo político, de la abolición de los conflictos armados interestatales, la doctrina Drago, la doctrina Estrada, la doctrina Sáenz Peña, etc. Son peculiaridades insoslayables e insustituíbles, con las que hay que contar por necesarias y cabales.

Pero hay un aspecto de la Universidad latinoamericana común a todas y cuya solución es básica para cualquier ajuste en lo futuro : su pobreza y su dependencia del Estado.

Uno de los defectos de nuestras universidades es que el alumno no es copado totalmente por la Universidad, porque no tiene profesores igualmente copados todo el tiempo por la misma. No existen muchos profesores a tiempo completo, porque no hay dinero para pagarles ese tiempo, ni la carrera docente recibe el aprecio y respeto que se le debe. Todo ello proviene de la falta de rentas adecuadas y de la deficiencia de Ciudades universitarias.

Un alumno cuesta en los Estados Unidos un promedio de 1.000 dólares al año a su institución, y él paga poco más o menos la mitad. No hay país latinoamericano donde un 10 por ciento de los alumnos pudiera pagar una suma equivalente al cincuenta por ciento de lo que cuesta per capita a la Universidad, ni siquiera teniendo en cuenta la baja tasa que eso significa con relación a las norteamericanas. La comparación con éstas cae de suyo, por su base.

El costo medio del estudiante peruano es de una suma en moneda nacional (sol peruano) equivalente a 180 dólares al año, y él paga una suma equivalente a no más de 10 dólares al año. En México el costo apenas alcanza a 200 dólares : la contribución del estudiante es también mínima. Estas cifras, con ligeras variantes, adecuadas al costo de la vida local, se repiten en todas partes con ventaja para Chile, Costa Rica y Panamá. Ventaja ligerísima, por cierto. Las rentas universitarias dependen de impuestos especiales, mal cobrados ; de asignaciones presupuestarias ; de rentas propias. Al respecto urge realizar un gigantesco esfuerzo del Estado y privado con el fin de superar las marcas establecidas. En Perú no se puede llevar a cabo ninguna obra seria universitaria con menos de 350 dólares per capita y sin aumentar la contribución del estudiante. Creo que es análoga la situación en México y Buenos Aires.

Mientras los organismos internacionales pretenden que el movimiento democrático, de rescate de la juventud de las garras totalitarias, sea hecho por los políticos, sostengo yo que es obra fundamental de dos frentes : el universitario y el agrario. Por importantes que sean los otros, carecen de la urgencia de estos dos.

Acabo de ser electo por segunda vez Rector de mi Alma Máter, San Marcos de Lima. Me propongo hacer en ella una renovación total. Pero requiero la ayuda de muchas voluntades propias y ajenas. ¿Podré contar con ellas? ¿Responderán a mi llamamiento, que es un llamamiento colectivo y apremiante? No lo sé, pero tengo fe. Por eso he escrito este artículo y estoy dispuesto a responder a cualquier cuestión fundamental que se me formule al respecto.

CARLOS MARTINEZ DURAN

La medicina en Hispanoamérica

Arranca de Platón la definición singular de la Medicina como ciencia del sano y del enfermo. En el sistema ideológico griego, el médico tiene fundamentales y complejas funciones como ciudadano, y a él atañen las normas del urbanismo en cuanto a pleno desarrollo individual y colectivo del hombre sano y feliz. La obra política del médico es esencial, pues de ella depende el bien primordial de la salud, sin la cual el hombre no puede gozar de su plena libertad, tanto en su presente como en su futuro, proyectado hacia condiciones de mejoramiento y superación que le transforman y le sitúan en un mundo nuevo y en una auténtica evolución como especie humana.

Se ha dicho que siendo la salud el primero de los bienes, la Medicina es la primera de las ciencias. De ella depende gran parte del progreso de la humanidad, y es casi siempre un exacto termómetro para medir los grados de civilización de una época y de un pueblo. Descartes profetizó que en la Medicina estaba la clave futura del progreso y felicidad del hombre. El médico de verdad, para cumplir su misión, debe tener una profunda conciencia social, y hasta se habla de agresividad social, para hacer más evidente su lucha y destino. Hipócrates lo expresó hace miles de años en otra forma: « Donde hay amor al hombre, hay amor a la Medicina. »

La Medicina y los médicos son factores importantísimos para la educación popular y para el disfrute de una cultura fundamental. En un sentido contemporáneo, y de acuerdo con Von Weizsäcker, posibilitan hombres, devuelven ámbitos de libertad y crean perfección y armonía. Virchow, con gran visión, dijo que promover salud es alta política, y aun amplió el concepto considerando toda la política como promoción de salud popular en gran escala.

Es un hecho incontrovertible que la Medicina se transforma en preventiva y social, y que el ejercicio de una profesión liberal e individual encuentra limitaciones, en gran parte beneficiosas para la humanidad, empero, de influencias desfavorables para la investigación científica, raíz del progreso médico.

Enumerados estos hechos y doctrinas capitales, vemos que para su feliz advenimiento y realización se necesita del Estado, de los gobiernos, de la cooperación internacional, de la universidad por sí y por medio de sus escuelas de Medicina. Investigación pura y aplicada, formación de médicos en función social y de acuerdo con las necesidades del pueblo, programas internacionales y nacionales para educación sanitaria y promoción de salud popular son los factores principales que nos permitirán analizar hacia dónde va la Medicina en América Latina.

Nos encontramos a veces con una triste realidad, y por lo tanto con desconcertantes perspectivas. Sin embargo, una política académica y social, bien planeada, consciente de la realidad y del destino de nuestros pueblos, nos abre luminosa perspectiva y puede guiarnos, no para la curación de enfermedades individuales, sino para evitar

males crónicos y nefastos que mantienen a nuestros pueblos en condiciones de subdesarrollo, presididas por la ignorancia, la miseria y el desconocimiento de la salud plena y creadora.

En la pregunta : ¿hacia dónde debe ir la Medicina en América Latina? caben muchos destinos para el hombre de nuestras tierras y más de una solución para su elevación biológica, sustento de su vida cultural. La primera respuesta debe ser dada por las Escuelas de Medicina, pues a ellas compete la preparación y educación de los hombres, en cuyas manos está la ciencia y el humanismo guiadores para la transformación de las grandes masas populares de nuestra América. Los médicos, buscadores y creadores de verdades nuevas, personas a la altura de su gran misión humana, representan el auténtico ejército combativo y liberador de esas masas humanas desnutridas y enfermas que entorpecen la civilización y la cultura de la América Latina, y son siempre, en forma natural y lógica, los instrumentos y las víctimas de una política demagógica que los abandona cuando conquista el poder. Por otra parte, son también depositarias, confusa o claramente, de todas las doctrinas de mejoramiento y salvación, y en tal virtud, toda doctrina mesiánica los encuentra dóciles y esperanzados.

No debemos engañarnos. Nuestras Escuelas de Medicina no han cumplido ni cumplen actualmente la misión salvadora que les está encomendada para investigar lo propio y para formar los médicos que se necesitan, en función ciudadana, en función regeneradora y evolutiva del hombre, en su dimensión universal y en sus características nacionales y locales, en fin, en función política, sin que asuste el nombre a los timoratos y egoístas. Función política que se puede definir como dolor social de lo que son nuestras patrias, como actitud histórica irrenunciable, como patriotismo que exige sacrificios. Sólo los médicos que sienten entrañablemente a la sociedad en que van a actuar y tienen conciencia de su misión humana e histórica podrán llevar su saber y su hacer como redención de males biológicos y suprabiológicos. Una de las mayores angustias que sufrimos es precisamente ver a los médicos recién egresados, fríos e indiferentes ante las realidades patológicas de sus pueblos y preocupados exclusivamente por la explotación de sus prójimos, gracias al diploma y título recibidos. Estas tristes conclusiones obligan a los dirigentes universitarios a cambiar totalmente de actitud y a pensar en la tremenda responsabilidad histórica que pesa sobre ellos. No es este breve estudio adecuado a los detalles y a las complejas soluciones. Por lo tanto, sólo señalaremos orientaciones, rumbos y metas, en forma general y doctrinaria.

Es frecuente en nuestras universidades y escuelas de Medicina discutir bizantinamente los programas de estudio y la colocación de las materias en el curriculum, olvidándose que son los profesores, los verdaderos maestros formadores, los responsables de la educación. Los profesores que destinan una mínima parte de su tiempo a enseñar, o bien los que hacen de la docencia un modus vivendi, sin vocación, o aun aquellos que profundos en su técnica especializada desconocen el alma humana, y con mayor razón los problemas vitales de su pueblo, no podrán nunca formar a las juventudes que necesita nuestra América.

Los profesores universitarios, y con mayor razón los de las Escuelas de Medicina, deben enseñar que más allá de las reglas de un técnico hacer, de un pragmatismo ciego, están el amor y la alegría del saber, del descubrir la verdad, la curiosidad de conocer todas las cosas nuevas, sin menospreciar los valores humanos tradicionales —auténtico humanismo a lo Montaigne—, y sobre todo enseñar el respeto a la persona humana y la calidad altísima de la misión del médico. El profesor que forma a las juventudes, el que da cultura médica, debe primordialmente enseñar que esa cultura es un sistema de respuestas y soluciones ante la angustia de todos los problemas vitales que vive el hombre como individuo y como comunidad periurbana y rural, víctima de todos esos males y complejos que los médicos deben remediar, ofreciendo libertades que los transformarán y posibilitarán como hombres en su más hermosa y digna acepción.

Este nuevo tipo de educación médica consonante con la realidad presente de nuestra América, exige una revolución y evolución totales. Es interesante hacer una observa-

cionales engendradores de diversas « neurosis ». Y a pesar de su condición tan céntrica, la Medicina no llega a transformarlos. Las grandes áreas rurales, especialmente las indígenas, necesitan por su estructura social y por su religiosidad una Medicina especial, ajustada a sus características.

Es hacia estas áreas sociales adonde debe ir preferencialmente la Medicina moderna.

No podemos en esta vista panorámica juzgar todos los hechos derivados de la Seguridad Social y de la socialización de la Medicina. El Estado y los médicos, para el mantenimiento de la salud en las colectividades, deben realizar el programa mínimo que señaló el gran historiador y sociólogo de la Medicina, Segerist, es decir : educación libre y de salud, mejores condiciones de trabajo y vida, los mejores medios posibles para el descanso y el recreo, instrucción sanitaria asequible a todos, centros de orientación y enseñanza médica.

La industrialización en la producción de medicamentos los encareció, haciéndose muy difícil su adquisición para un vasto sector del pueblo. Al mismo tiempo, la asistencia médica individual se hizo difícil por razones económicas y el progreso técnico no se aprovechó para el aumento y mejora de esa asistencia. A pesar del avance incontenible de la especialización médica, de la fragmentación del hombre ante la Medicina, de la deshumanización creciente, se vuelve, aun en los regímenes de Seguridad Social, al antiguo y justo prestigio del médico de familia, al cual se añade ya el médico de barrio o cantonal y el médico rural.

Es saludable que por doquiera se reaccione contra la mecanización y funcionarización de la Medicina, contra todas las pantallas que deshumanizan el acto médico, y que, tal como lo dice Hollmann, en pleno avance materialista y técnico, todos busquen el cambio hacia la cultura humanista. El « reino del hombre », del hombre total e indivisible, es también el reino de la medicina contemporánea. El hombre, condenado muchas veces a una verdadera vocación para sufrir, espera de la Medicina todas las fuerzas para su desarrollo armonioso e integral, y para la búsqueda de la felicidad estable.

Antes de finalizar, queremos insistir sobre dos aspectos importantes en los rumbos de la Medicina contemporánea.

El Estado, fiel a esa política, que según Virchow no es otra cosa que promoción de salud en gran escala, y fiel también a considerar la Medicina como institución social, aprovecha sus programas sanitarios y la educación médico-social que imparte como vehículos de propaganda ideológica, de política de partido. De esta manera no sólo se desvirtúan las elevadas miras, sino que se corre el peligro de someter a la Medicina y a los médicos a credos como el nazismo, y hacerla partícipe de grandes crímenes. En Berlín existía la Escuela médica de Altresse, que preparó a los médicos para el crimen en nombre de la ciencia.

La Medicina en su desarrollo casi increíble a través de las ciencias biológicas, se plantea el caso de modificar al hombre como especie humana y como individuo. Jean Rostand nos dice que el hombre bajo la varita mágica de la Biología puede transformarse en una bestia nueva y paradójica, y de *homo sapiens* pasar a *homo biologicus*, capaz de reproducirse sin macho, de cambiar de sexo, de ponerse en estado de invernación y de desarrollarse fuera del regazo materno. La fantasía puede estar muy cerca de la realidad, y por lo mismo la ciencia debe ser valor sagrado. Los hombres pueden desnaturalizarse y perder la maternidad, el parentesco, el sexo. Ante el grave peligro, expresamos con el sabio : « La humanidad no podrá protegerse contra sí propia, sino buscando la reconciliación consigo misma. »

¿Será posible la suprahumanización somática y espiritual del hombre? ¿Vendrá acaso este suprahombre a sustituir a Dios como quería Nietzsche? La ciencia se vuelve demoníaca, y la evolución misma se pone en manos del hombre para su control y dirección.

En Ciencia como en Medicina, el hombre debe ser sagrado para el hombre. Como decía Freud, y como dice hoy Fromm, el amor da verdadera salud y es factor importantísimo para la evolución de la humanidad.

A través de una breve peregrinación verbal, hemos recorrido algunas líneas del atrayente tema : ¿Hacia dónde debe ir la Medicina moderna?

centímetros de ancho moviéndose divertidos, se sentó a caballo sobre una silla y corcoveó para mostrar lo que el hombre de la camilla iba a hacer dentro de poco. Fingiendo la voz, dijo chillón :

— Te hará acordar de otros corcoveos, pibe.

De repente, la oscuridad onduló como una gasa detrás de nosotros, a causa de la puerta que abría el comisario Tabañal para entrar. Él también habló, pero sin fingir la voz.

— ¡Ah!, otro estudiantito. Si no larga el rollo lo empalamos.

Lo deletreó bien para que nadie se confundiera sobre lo que le esperaba, y vino a colocarse junto a nosotros bajo la bombita, tormentosamente pálido.

En seguida dio la orden. Las descargas eléctricas se pusieron a sacudir el cuerpo del hombre con una testarudez bromista, como la nuestra, hasta hacer resonar sus saltos sobre la mesa.

— Un verdadero Sacco y Vanzetti —dijo Roque Abud, moviendo la cabeza apenado ante la terquedad del estudiante. Lo observaba en su desmayo, le miraba la venda sobre los ojos y la sangre que le corría desde las encías, asiento de las descargas.

Tabañal se curvó sobre la camilla, con sus pechos como zapallitos bajo la camisa. Después se enderezó y alargó un brazo hacia atrás ; alguien le alcanzó el saco.

— Salgo —dijo—. Nadie lo reanime. Lo reanimaré yo cuando vuelva — y se acarició los hoyuelos de su puño de próspero lactante.

Así que nos quedamos, aburridos. Según la orden no podíamos entretenernos en toquetearlo. ¿Qué íbamos a hacer? Quedarnos quietos, respirar el espeso aire de segunda mano del cuarto, gorgotear aburrimiento. Hubo silencio. Cajoncito se puso a silbar « Amores de estudiante » y se cansó en seguida. Nosotros soñábamos y los ojos nos desaparecían, como los de las estatuas, mirando para adentro.

Yo dentro miraba La Rioja lejana que ardía de frío en la noche de junio. Bajo las estrellas heladas La Rioja estaba presintiendo el terremoto. Los del rancho mío estarían tiritando sobre la oblea de los catres, y por un huequito que llaman ventana mirarían el cielo de seda, de tinta, de plata. En La Rioja las temibles estrellas frías, parecidas a cristales con latidos de corazón, estarían sembrando el cielo de señales de terremotos. « Un cielo muy puro, muy de seda, unas estrellas muy heladas », diría la gente y se callaría, sabiendo que son siempre así las noches de terremoto. La Rioja lenta estaría ardiendo lujosamente de frío.

Y mientras tanto, en la desnuda Sección Especial, sin lujos, Tabañal volvía al cuarto para golpear. La grasa próspera de los hoyuelos se derritió alrededor de los huesos apenas cerró el puño, pero le quedó en las ancas inclinadas que se sacudían con los golpes. Los golpes cayeron fuertes sobre el estudiante, pero él seguía moviendo la cabeza como para decir que no.

— ¿No, qué? —preguntó Tabañal—. ¿No podés? ¿No querés? ¿No sabés?

Y se le puso la cara como un jamón cocido, con el mismo color y las mismas vetas pálidas, porque lo enardecía el fuego de un sol interno, que desde sus tripas grasientas hasta los puños se convertía en furia, en mediodía de candente ferocidad. Y era como para acordarse de lo que decía Roque Abud : — « El comisario Tabañal hace el amor a golpes con los de la camilla. » Sobre todo fue para acordarse cuando, poco después, retiró su bolsa de intestinos y de grasa volcada sobre un borde de la camilla, y mostró un semblante vuelto a la normalidad, a la palidez, al apaciguamiento.

— Retírenlo.

La penumbra de la lamparita chorreaba sobre los miembros ahora despatarrados del estudiante. Lo tomamos y lo llevamos por corredores de luz macilenta que, sin embargo, hería nuestros ojos ardidos de humo y de insomnio. ¡Y la noche sólo empezaba! Pasamos por puertas metálicas que conducían a piezas más secretas, y en una depositamos el fardo, con el suelo como colchón y los zapatos de almohada.

— Buen provecho —le dijo Cajoncito, y se palmeó los ojos delicadamente para calmarlos por el poquito de tiempo que tendrían que esperar todavía antes de poder cerrarse.

Pero mientras Cajoncito mimaba a sus ojos prometiéndoles que el trabajo se aca-

cito, la de todos nosotros, la flor de la Sección Especial, se nos arqueaba alrededor para lanzarnos como flechas, directos al corazón del deber. En la piecita sofocante y fría nos obligaba a consumir un aire del que no quedaba pureza, ya consumido por otros y reemplazado por la fetidez de las respiraciones ajenas y el encierro.

Volvió Roque Abud. Cajoncito se restregó las manos, preparándose a la acción : en seguida iba a venir el calor. Las camisas bastarían entonces, cuando llegara Sombía al sótano, detrás de Roque Abud. Llegó. El médico traía la cara empañada como por una preocupación.

— Roque, amigo, quisiera la botella —pidió Sombía, con una cortesía vistosa.

Después, arrodillado en el suelo sobre una sola rodilla, le abrió la boca rota al estudiante y echó el agua delicadamente dentro. La garganta rumoreó, el agua gorjeante volvió a salir, dejando regueritos en la quijada, los hombros, el pecho, teñida ahora del rosa de naciente que pinta a la nieve en la cumbre del Famatina.

— ¿Ve, querido? —preguntó Sombía al médico—. No puede. No podrá ingerir. — Y vertió el agua de golpe, cambiados sus lentos ademanes elegantes en una rabia convulsa. — ¿Ve? —chilló, poniéndose de pie—. Nosotros también somos hombres de ciencia. Sabemos que tienen que venir unas cuantas horas de luz y unas cuantas de oscuridad antes de que a éste se le afloje el tubito de la tragada, todo el tubito íntegro, y pueda meterse algo dentro... ¿No está convencido? Muchachos, ¿vamos a convencer al doctor mostrándole como devuelve cualquier agua que se le meta? Traigan la lavativa.

Todos los muchachos nos reímos. Y más al ver la cara del médico. Movió una mano : le bastaba, le bastaba la demostración, decía aquella mano. Sí, Sombía tenía más ciencia que él, admitía la mano.

— ¿Ha visto, querido? —preguntó Sombía, traspasado de dulzura ahora.

Los muchachos sonreían. Cada sonrisa prolongaba la del vecino, como si fuera una sola soga para tender distintas diversiones.

— Tendría que aprender los efectos de la agujita —le aconsejó Sombía finalmente al médico—. El conocimiento no ocupa lugar, y no se sabe nunca qué cosas le reserva a uno la vida.

El médico, entre dientes, dijo algo de « una cama para el muchacho, las inyecciones, hielo en la cabeza ».

— Pierda cuidado. Pierda cuidado, querido.

Y mientras lo llevaba hacia la salida, se volvió, y con ese carácter entrecortado que tiene, estrujándose las manos, amenazó al preso :

— ¡Pobres de ustedes! Traidores sin corazón de la patria.

Ya la noche nos llegaba de una distancia inalcanzable. La orden de irnos era todo lo que esperaba nuestra sed de sueño. Y nadie la dio. Vino en cambio la de pasar el preso a una celda con todos los adelantos del « confort » moderno, ponerle las inyecciones indicadas, y tratarlo como a cajetilla delicado de salud. Pero no vino de Sombía la orden : vino de Winkel, que después, cuando la cumplimos, dijo, sí, que podíamos irnos. Y tenía un aire de fantástica antigüedad y justicia, como si fuera todos los jueces juntos desde el principio del mundo.

— Somos nosotros el chivo emisario —dijo—. Somos nosotros el blanco de los juramentos de venganza que nos dirigen desde todas las cuevas del país. No saben qué pesado es nuestro deber. Pero basta con que nosotros lo sepamos y lo llevemos adelante como una gloriosa deformidad. La noche ha terminado. Terminó la ceremonia.

Frente al escritorio, mirado por el general desde su fotografía dedicada, la marca del deber le ponía las vértebras estrictamente derechas, lo volvía un termómetro con la temperatura del deber en su grado más alto. Y mientras Tabañal se derramaba sobre las camillas en poses contrarias a la disciplina, y Sombía, con sus humores de marica, tanto se embebía de sudor como de alegría, Winkel estaba impecablemente erguido alrededor del hielo seco que le ardía por dentro.

— Terminó la ceremonia —dijo, en voz más baja.

Pudimos salir a la noche, blanquecina y centellante en nuestros ojos cansados. Él se quedó. Yo me puse a andar por esta ciudad, casi con miedo. Tan al borde del agua que un día va a terminar por hundirse.

bellas artes

El arte latinoamericano

POR ROMUALDO BRUGHETTI

Los países de América Latina surgieron de un irreprimible sentimiento de libertad, de una actitud de todo el ser en la fundación por el pródigo hacer de una deseada patria continental para los americanos y para todos aquellos, como en Argentina reza su preámbulo constitucional de 1853, que habitaren su suelo. Tamaña declaración, viva en el pensamiento de Simón Bolívar y de otros adalides, ¿encuentra o no su clima coincidente en el arte? Digamos, ante todo, que América se incorpora al mundo occidental y busca ardientemente la lección del arte europeo. Olvida sus orígenes, la lección de las culturas precolombinas y aun la noble artesanía del arte colonial, y se embarca a conocer las escuelas artísticas y las obras del pasado europeo que prosperaron en el curso de los siglos XIX y XX. Olvida el patrimonio auténtico americano porque cree enriquecer su visión con creaciones que alumbraron los días de Grecia, de Roma, del Renacimiento y la multiplicidad de las corrientes que llegan hasta nuestros días. América Latina no quiso permanecer provinciana ; durante largo tiempo buscó deslumbrarse en contacto con la vieja Europa ; éste fue el sueño de todo artista nacido en este continente. ¿Qué no teníamos un ambiente propicio, que poco o nada interesaba el arte? En el fondo había un deseo de evasión y un deseo a la vez más fuerte de universalización civilizadora implícita en aquel impulso de nuestros grandes patriotas y de nuestros esclarecidos artistas.

No obstante la legitimidad de ese fervor desmesurado, harto sabido es que nadie puede quedarse permanentemente asomado a la ventana de la casa ajena. Ver, sentir, conocer el mundo en el que cada cual nació y nacieron o arraigaron sus padres, es el imperativo irrefutable. Todo país, y en su dimensión ecuménica un continente, tiene una raíz intransferible. En esta línea, América Latina en lo que atañe a su arte contemporáneo no permaneció rezagada en la copia o repetición del lenguaje plástico europeo : México, Brasil, Argentina —para citar a tres países entre los primeros del continente— comenzaron, hace cuatro decenios, a saber con exactitud y sin demora que cuanto en Europa había sido aprendido resultaba útil para comunicarse con un nuevo lenguaje de acento americano, de lo indígena a lo actual. Un Diego Rivera así lo comprendió, y un Pedro Figari, un José Clemente Orozco, un Cándido Portinari, un Lino Eneas Spilimbergo, un Rufino Tamayo y tantos otros artistas de la generación que comienza a hacer oír su voz a partir de 1921, después de haber asimilado las aportaciones de las

escuelas de vanguardia. La Escuela Mexicana Moderna toma cuerpo de este modo y se yergue frente a la internacionalista Escuela de París, imponiendo la reciedumbre de su mensaje dramático que arraiga en formas de antiguas civilizaciones y en la historia contemporánea de ese país. Argentina, a su vez, señálase por su espíritu de calidad y de fineza, y Brasil, a través de Portinari, en un expresionismo del que participa la densa tierra tropical. La generación de 1921-22 se inspiró en el hombre y en el paisaje de América ; supo entroncarse con la realidad de una tierra antigua y nueva. Es útil destacar, en este plano, a un Tamayo, poeta de la pintura, el cual fiel a su tierra zapoteca y a depuradas influencias superrealistas y expresionistas logra un intenso lirismo plástico y pictórico. Y lo mismo ocurre en distintos grados con Joaquín Torres García, con Ramón Gómez Cornet, con Emiliano Di Cavalcanti, con Osvaldo Guayasamín, con Wilfredo Lam, con Leónidas Gambartes. América Latina intensifica una visión propia, o sea, parte de hechos naturales y los transfigura, los recrea en obras en donde lo local se universaliza por la forma plástica. En toda obra de arte siempre subyace la realidad y una presencia de lo poético que eleva y dignifica la creación auténtica.

* * *

¿Pero qué ocurre después de la segunda guerra mundial, en especial en el reciente decenio? Una joven generación aparece en el escenario latinoamericano. Antes de ésta un Orozco, un Rivera, un Siqueiros, un Tamayo, un Portinari, un Spilimbergo, un Guayasamín, un Lam, un Gambartes, han partido de influencias europeas sin perder el *tono* propio que los individualiza como plásticos americanos. Válido es, pues, detenerse un momento en la labor de esas figuras representativas, para después penetrar en los días que vivimos.

En síntesis clarificadora, un Rivera, en el uso de las formas de volúmenes cerrados y de líneas descriptivas, entronca con la pintura anónima autóctona y precortesiana ; inscribe en cientos de metros pintados la historia de su país, como lo hacían los antiguos pueblos mexicanos con la escritura plástica y adivinatoria de los murales y los códices. Orozco sobresale en la intensidad de su pasión por las formas monumentales, heredero del soplo místico barroco y de la energía mítica precolombina ; busca el hombre y su mensaje sobrenatural, trate o no un tema mexicano, sin mirar excesivamente lo pasado sino lo futuro. David Alfaro Siqueiros se liga de otro modo a lo pre-hispánico : por su plástica recuerda, en una etapa de su obra, a los tarascos, único pueblo profano de México. A Tamayo lo definen las bruscas deformaciones a que somete su entidad formal, de procedencia superrealista y expresionista, e inciden rasgos indígenas de sus personajes y el dramatismo violento del color y la luz de su ámbito zapoteca. Portinari continúa la línea mexicana e incorpora su fuerte sentido del dibujo y la experiencia de su expresionismo desgarrado y no obstante lírico y esperanzado en la convivencia pacífica y en la paz. Guayasamín se inspira en severos volúmenes de su Ecuador indígena y logra su síntesis plástica en la justeza de la forma y el color significantes. Distinta es la posición de los artistas del Río de la Plata. Frente a la Escuela Mexicana se alza la Escuela Pictórica Rioplatense. En los mejores pintores argentinos y uruguayos se producen las más vivas búsquedas de expresión y de estilo, diversificándose en un sentimiento de la belleza, sin descuidar el contorno real del medio en que esa pintura nace y se desarrolla, aunque sí con una mayor libertad formal y espiritual. Nada de concesiones a la mera temática, al dramatismo huero, a la efusión vana, al folklorismo costumbrista. Al contrario : con calidad, con sutileza en el quehacer puro o expresivo, aspiran a la profundidad y no al grito, a los rasgos intelectuales y sensibles que delimitan la forma. Una forma que, repito, frente a la de México de valores dramáticos y a veces de acento trágico, estimo inconfundiblemente rioplatense. Así, justiciera es la mención de tres pintores uruguayos prestigiosos : Figari, Torres García y Barradas. Figari vio la pintura como un poeta de la metáfora plástica envolvente, sostenido en la calidad de los empastes, frescos y rozagantes, hasta tornarse fiel a un paisaje en el que domina la horizontal, o penetrar en la graciosa

intimidad socarrona de los salones y los patios, y salir a los espacios abiertos a la luz de las cuchillas orientales y de la pampa argentina ; vio la pintura como masa, como ritmo del color, como forma intuída en el equilibrio de los tonos y en el ensamblamiento de los arabescos. Torres García aceptó en los últimos lustros de su vida el mensaje del arte precolombino del antiguo Perú, una concepción metafísica del hombre americano sostenida en signos plásticos caracterizadores ; usó un lenguaje denso en la materia cromática y en su vibración expresiva, cuando hizo pintura : en el arte constructivo del que fue abanderado, acentúa el rigor de la sección áurea, la forma y el ritmo en el plano, los cuidados grafismos de ordenación mental y plástica. Rafael Barradas, original y sensibilísimo, contribuyó a la renovación de la pintura española en el decenio de 1920-30, y alcanzó al final de su vida una misteriosa soledad que rodea a sus gauchos orientales y a las poéticas imágenes cristianas de « Los Místicos », fiel a una fineza humana y estética. En cuanto a los artistas argentinos, animadores de la modernidad ya hacia 1900-1910, Faustino Brughetti supo ensamblar formas claras y luminosas, finas y depuradas, unidas a un rico venero imaginativo y plástico, consustanciado a esencias espirituales de la comunidad nacional y latina, por lo que estimo que su obra tiene un valor de excepción. Años después, Emilio Pettoruti se atiene a una composición rigurosa, a una calidad transparente del color ceñido en el plano, a una ejecución de severa dignidad estructural y técnica de proyecciones líricas, y no menos, en algunas de sus telas, atento a las finísimas gamas y pasajes propios de la luz platense y pampeana. Spilimbergo, por su acentuado adentramiento en lo constructivo y plástico, penetra en el alma de sus representados y se diversifica en procedimientos expresivos y de sólidas formas, en los últimos años captador de la sola columna vertebral del dibujo, acaso como reacción frente a la dispersión de la luz de su estancia en Córdoba y Tucumán. Miguel Carlos Victorica reivindica en su expresión sensibilísima la cálida lucha de las formas liberadas, y bajo la intuitiva pasión de un pintar que construye con los jugos vivientes de la inspiración fundada en sabrosa emotividad creadora, alía sentimiento y espíritu. Raúl Soldi es sutilísimo poeta de la pintura ; Justino Fernández se refiere a este artista, invitado de honor de la Segunda Bienal de México, y opina que su obra confirma el juicio de quien esto escribe : « que la pintura argentina es la más fina de América ». Horacio Butler manifiesta una inteligente construcción en el uso de los valores plásticos ; junto a él, Aquiles Badi, Héctor Basaldúa, Raquel Forner, Juan del Prete ; el guatemalteco Carlos Mérida ; o los brasileños Di Cavalcanti y Lesar Segall. Y la generación siguiente, con Juan Carlos Castagnino, Gertrudis Chale, Ernesto Farina, Miguel Diomede, Raúl Russo, Juan Batlle Planas, Luis Seoane, Orlando Pierri, Roberto Viola, Torres Agüero, Antonio Scordia, Sergio de Castro, Pedro Coronel, Alberto Dávila, etc. Nunca falta una raíz de realidad en su transfiguración plástica. Aclaro que mi modo de particularizar es sólo la introducción a un tema propuesto y en su síntesis operante (1).

Baste decir que esa orientación telúrica y humanística, o poética y metafísica —pienso en la pintura singular de Batlle Planas—, preside no menos la obra de los escultores. Sirva el ejemplo de Pablo Curatella Manes, cuando encontraba en las formas cubistas el modo de verter poemas de la tierra criolla, antes de transitar por caminos más libres para la plástica ; o de un Lucio Fontana, en su etapa argentina del período de la segunda guerra mundial, creador en Italia del espacialismo polémico y vital después de 1947 ; o de un Francisco Narváez ; o, en grado culminante, en la obra depuradísima y de esencias bolivianas de Marina Núñez del Prado. En definitiva, se trate de Alfredo Bigatti, de Bernabé Michelena, de José Fioravanti, de Antonio Sibellino (autor de la primera composición abstracta concebida en América, en 1927), de Luis Falcini, de Horacio Juárez, de Sesostris Vitullo, de Líbero Badii, o de Bruno Giorgi, de Lorenzo Domínguez, de Arenas Betancourt, de Ortiz Monasterio, de Ignacio Asúnsolo, de Rómulo Rozzo, de Seve-

(1) Véase nuestro artículo de *Cuadernos* : « Cuadro general del arte americano » (N° 19).

rino Pose, de Samuel Román, de José Alonso ; de Juan José Sicre, de Roca Rey, de Germán Cueto, de Geles Cabrera, de Eduardo Yepes, de Pablo Serrano, de Aurelio Macchi, de Alicia Penalva, de Noemí Gestein, de Carlisky, de Marchese, de Labourdette, de Blaszko, y muchos más, nobles y dignos. Todos asimilaron búsquedas definidas y pujantes de claridad latina, a veces de rasgos americanos, siempre de modernidad triunfante en el desarrollo de las formas del siglo XX.

Empero, la pregunta que ahora importa es ésta : ¿Continúan las generaciones recientes de escultores y pintores la línea de sus predecesores, o por el contrario, se ubican en un plano en que sólo lo americano se señala por el hecho de que su autor ha nacido o se ha radicado en América Latina? Ante todo, creo que en los últimos lustros América Latina se ha civilizado estéticamente, tanto en Venezuela —que cuenta con excelentes pintores : Barrios, Vigas, Jaimes, Otero, Menaure, etc.—, como en Uruguay —de Cúneo a García Reino, de Berdía a los nuevos—, en Cuba —de Amelia Peláez a Carreño—, en Colombia —Alejandro Obregón, etc.—, en Chile —Nemesio Antúnez y otros—, en Bolivia, en Paraguay, en Brasil, en Argentina, en México y en los países centroamericanos. No es cuestión de uno o más valores vigentes, sino de un hecho de conciencia que toma cuerpo por conducto de las escuelas de bellas artes, de las instituciones culturales, de los grupos de artistas y de críticos, en la razón de que el arte tiene su lenguaje irrenunciable. Si se trata de pintura, el color, la forma, el tono, la construcción plástica o la transfiguración de la materia ; y si se trata de la escultura, la estructura, la masa, el volumen, el plano, el ritmo, valen de por sí, fundan su problemática propia más allá del mero figurativismo. Valen como forma, como forma que ha alcanzado una substancia, y por aquélla ésta se manifiesta. En América Latina, los núcleos de artistas más avanzados no ignoran que el arte posee ese tipo de lenguaje implícito en su expresión artística, y que sólo expresándose con inteligencia y sensibilidad será posible dar nacimiento a una obra perdurable. Esta comprensión, a mi juicio, sitúa a nuestro artista en la posición verdadera y lo aleja de todo provincialismo o regionalismo, a menudo funestos. Nadie en la plástica confunde hoy el folklore con el arte, aunque en aquél pueda inspirarse, si lo necesita, el artista. Hemos necesitado ciento cincuenta años para colocarnos dignamente en el plano del arte y actuar con libertad creadora, con absoluta y despreocupada libertad creadora. Pienso en un Roberto Matta, el cual después de una « militancia » superrealista ha alcanzado un expresionismo abstracto e informal, rebosante en la materia, rica y bella en sus sutiles texturas y vibraciones. ¿Pero el México que aparece en Tamayo, o el Caribe en un Lam, o el Río de la Plata en un Figari, en Matta y otros artistas más jóvenes no tienen exteriorización inmediata, aunque sí presencia o existencia por alusiones anímicas e intelectuales? ¿Amérca Latina ha echado en saco roto cuanto ha sido hecho en el pasado inmediato, para entregarse a una acción pictórica que va del abstractismo concretista al amorfo informalismo? ¿O es que cuanto más la realidad atenaza al latinoamericano, los artistas se evaden más de esa realidad atormentadora? ¿O lo uno implica en arte lo otro? Lo evidente es que el arte tiene sus propios caminos. Matta triunfa en Europa y en Estados Unidos con el pausado estallido de una pintura de sugerencias misteriosas y poéticas, en el controlado dinamismo espacial de su obra. El problema de la realidad, o de la luz, o de los tonos, o de lo significante del hecho de ser latinoamericano, importa menos en apariencia en la evolución de la pintura de hoy. Se buscan resonancias acaso más profundas. ¿Aludo a la necesidad de un arte no figurativo o abstracto en contraposición a lo concreto o, a su impugnador avasallante, el tachismo, informalismo o « arte otro »? Nada de eso. Me limito a comprobar el hecho. He puesto el ejemplo en el chileno Matta ; puedo citar a la intensa Raquel Forner, expresionista abstracta ahora, o a Juan del Prete : o a mexicanos, argentinos, brasileños : de un Matías Goeritz (que vive en México) a un Gyula Kósice (que habita en Argentina), o a un Franz Weissman (que radica en Brasil), escultores de vanguardia (originarios de Alemania, Rumania y Austria respectivamente) ; y también a los pintores Fernández Muro,

Vicente Forte, Manuel Felguérez, Sara Grilo, Clorindo Testa, Miguel Ocampo, Kazuya Sakai, Aníbal Carreño, Mario Pucciarelli, Antonio Seguí, Rómulo Macció, o Manabu Mabe, nacido en Japón en 1924 y radicado desde su niñez en el Estado de San Pablo. En México, nuevos artistas han ampliado el panorama plástico con planteos en que la pintura en sí, sin aditamentos, importa. Ricardo Martínez, Pedro Coronel, pintor y escultor, y el dibujante José Luis Cuevas, se sirven todavía de figuras reales, fantásticas o simbólicamente expresivas ; no así Felguérez, quien introduce innovaciones de escala estética apartado de la visión real expresionista que acaracterizó a lo mexicano. Fernández Muro, Sara Grilo, Ocampo, Testa, son pintores de refinada inteligencia en la captación de imágenes de un mundo de recreación y de espíritu, de un hálito de secreta poesía. La pintura argentina vive en el rigor plástico, la sutileza, la calidad, ajena en estos años a la temática. Técnica y plásticamente la pintura de José Fernández Muro, en sus obras más logradas, es de un estilo impecable. Mas en países de acentuada autoctonía no sólo importa el puro lenguaje. Felipe Orlando, de la imaginería de su Cuba natal ha extraído melodías cromáticas y un refinamiento de la línea aérea y musical en el contrapunto de una presencia de la ausencia que otorga a su intuición un ritmo eminentemente plástico y poético. A Sziszlo, le caldea la secreta llama que animara a las formas precolombinas del Perú, y él, sin olvidarlas, infunde a su pintura una tensa expresividad de íntimas resonancias telúricas. Un Antonio Bandeira vive una plenitud policroma, chisporroteante en el espacio, con la alegría desbordada carioca o el clima desolado de ciertas tierras resecas de su Brasil entrañable, sólo sugerido, no descrito. Hay una especie de simbolismo implícito, subjetivo, no proclamado abiertamente en la nueva pintura latinoamericana, que rechaza todo vano realismo en sus búsquedas estéticas, sin apartarse del drama y lirismo originales que les infunden vida. Un conjugado ritmo espacial crece aún más libremente y sin prejuicios en la escultura latinoamericana actual, como en Ennio Iommi, o en Paparella, cuyas formas sugestivas parecen ser a un tiempo de la tierra y del aire. En la pintura estimo un buen síntoma que Luis Felipe Noé, de veintiocho años, parta de un informalismo expresionista, ni evasivo ni despersonalizado, al evocar trágicamente la anarquía argentina de 1820 y el rosismo que le sucedió, con un instrumento que acoge la potencia del expresionismo germánico más exasperante, a ratos con acentos de ironía o de sarcasmo, a la vez denunciadora su actitud de una barbarie contra la que lucharon el gran Domingo Faustino Sarmiento y otros americanos batalladores y lúcidos. La « calidad » argentina adquiere nueva existencia y hondura, por cuanto las calidades del espíritu son imponderables pero operantes por evidencia ; y ésta parece ser la más persistente orientación en estos momentos, o la que tendrá que salir airosa.

* * *

En el siglo XX, es indudable, se ha producido reiteradamente un múltiple movimiento que ha hecho avanzar el arte desde una fuerza anímica y sensorial (fauvismo, expresionismo, superrealismo, informalismo) a una expresión abstracta, mental, racional (cubismo, futurismo, pintura metafísica, abstractismo, concretismo) y estas corrientes alternas han permitido la formación de las señeras personalidades que he señalado, y a la vez han creado conciencia de nuestra madurez e independencia. Se busca ahora una más precisa universalidad y ésta coincide con la formación del ideal políticocultural de los siglos XIX y XX, ese modo de ser americano fundado en una libertadora acción que alienta la esperanza del Nuevo Mundo. Pero hay que decirlo claramente : a menudo, en ciertos grupos de vanguardia, se quiere llegar a una absoluta destrucción de formas por una incontrolada explosión subconsciente o irracional, que tiene mucho que ver con el estado social y no artístico, dando predominio —en el impulsivo tachismo— a la bullente materia por encima del elemento formal y técnico ; y esa materia no pocas veces es burda, olvida la disciplina enaltecedora del oficio sabio, los mil problemas que solicita la composición y otros secretos que el exigente quehacer artístico sólo concede a los más dotados y pacientes. Hay mucha imi-

Julián Marías. La visión —más desiderativa que real— del « pueblo continente » de que habló Antenor Orrego sería, precisamente, la confirmación del hallazgo de « nuestra expresión » en cuya búsqueda se inscriben tantos nombres ilustres antes y después del de Pedro Henríquez Ureña. Cualquier observar de las expresiones parceladas de Latinoamérica lleva implícito el reconocimiento de la duda ante la necesidad de determinar una constante unificadora. Y la duda es válida, en lo general y en lo particular, no sólo para la búsqueda continental, sino también para la « nacional », salvo tal vez la excepción de México que parece, entre todos los países, el más próximo a alcanzar una madurez personalizada.

El común denominador del estudioso de lo latinoamericano parece ser el preguntarse si existen en realidad una pintura, una filosofía, una raza, una literatura, o una música capaces de representar a esta parte del continente. Pregunta que acusa una legítima inquietud por la revelación de una forma unitaria de una forma inmatura. Pero no compete a la brevedad de estas valoraciones el analizar la razón o sinrazón de quienes oscilan entre extremos que o tildan de anacrónica toda duda sobre la existencia de un « lenguaje » unificado, o niegan todo posible sentido de unidad en lo « nacional » como en lo continental. Guillermo de Torre, además, publicó en Madrid (*Claves de la literatura hispanoamericana*, Ed. Taurus, 1959) un preciso « índice teórico » —son sus palabras—, en que reune las opiniones y enfoques más diversos que conciernen al tema.

La complejidad del hecho teatral

Pero el teatro es *un modo* de « lenguaje », y *un modo* de expresión que no puede existir más que en la conjunción de varias formas expresivas —formas, también, de « lenguaje »— que dicen el Hombre y al Hombre, es decir *lo* dicen, *lo* expresan, y simultáneamente, *le* dicen, *le* transmiten su expresión. De un lado del « hecho teatral » (realidad compleja y dinámica, perecedera, pues existe únicamente en el instante del tablado) está el Hombre : el grupo humano que se expresa a través de una individualidad, el autor dramático. Pero su texto no es aún teatro, sino sólo letra. Para serlo debe llegar al Hombre, al grupo humano *público* o *espectador*. Entre esos dos extremos que se atan y se estrechan como origen y como fin, caben todas las especulaciones intelectuales y los impulsos creadores, capaces de transformar en Arte —un nuevo contenido de belleza— una verdad cotidiana.

Aislemos por un momento el particularizar sobre lo « nacional », lo regional o lo continental. Centrémonos sólo en la presencia *antrópica* que debe expresarse, colectiva o individualmente, a través de un texto dramático, y en otra presencia *antrópica* receptiva indispensable para que el teatro exista. Las dos presencias, en el caso del teatro latinoamericano, definen su primera constante « nacional », válida para el encuentro de una constante continental.

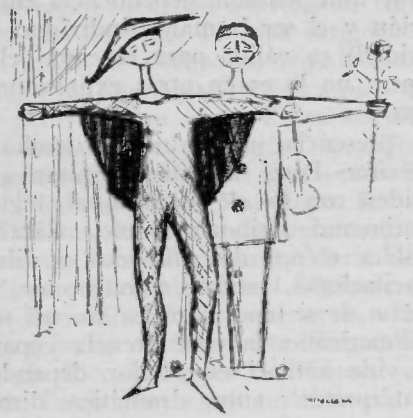
Todo texto dramático —y lo es cuando se hilvana sobre una acción interior—, refleja « algo » de una realidad antropológica, ya se exprese ésta por la reproducción naturalista del lenguaje o las actitudes humanas, ya prefiera el símbolo o la síntesis de los mismos. Esta reflexión no elude lo real en la creación dramática ni la comedia burguesa ni el misterio medieval. El hombre-autor dramático no tiene más patrón pensante y parlante que sus semejantes, y aun cuando intenta transferir sus condiciones a otros seres vivos, o a objetos, o a abstracciones, no logra integrarlos deshumanizados, es decir en condición de animales, de objetos, o de abstracciones capaces de distinta exteriorización. Esta condición de indispensable dependencia entre la creación y el ser humano (individuo o colectividad) es válida para el caso del teatro, pero no lo es en otras expresiones artísticas.

La presencia iniciadora del hecho teatral *existe*. Posee caracteres unitarios que coinciden con los de lo nacional, regional, o continental latinoamericano. Caracteres definibles o no, determinados o diluídos en vacilaciones, tanteos o retrocesos. Pero el hecho de si tendremos en fin un teatro latinoamericano, la transferencia capaz de darle vida ante el espectador, depende de sus intérpretes : autor dramático, director,

actores y técnicos mediadores del « hecho teatral ». Los intérpretes mediadores deben ser, pues, en un teatro latinoamericano capaces de reflejar esa presencia *antrópica* que le da origen, su estilo, su unidad, que puede existir hasta en la ausencia de unidad y de estilo.

Por su parte la presencia *antrópica* receptora (el público, el espectador) es en Latinoamérica expresión minoritaria del grupo. Si nuestra Edad Media, o sea la niñez de nuestro proceso formativo teatral, se ubica en las culturas anteriores al descubrimiento, tanto como si se ubica en el medievo europeo (nuestro *Poema del Cid,* dice Miguel Alfredo Olivera refiriéndose a la Argentina, no es el *Martín Fierro,* sino el *Poema del Cid*), debemos reconocer que carecemos de Edad Media, a menos que admitamos una metamorfosis por mestizaje en la adolescencia... Amputados de una época del crecimiento en que otros pueblos desarrollaron la colectiva adhesión ingenua o asombrada ante el tablado, no formamos una inclinación espontánea por el espectáculo teatral, si bien exhibimos no menor docilidad que otros pueblos por el espectáculo cuando se nos conduce hábilmente como multitud.

¿Hasta dónde el público colonial de las representaciones religiosas, las alegorías morales y farsas cómicas traídas de Europa a México y Lima puede igualar en cantidad e interés a los que estas mismas obras tenían en sus países de origen? Aquel público ya representa para América Latina una minoría. El circo-teatro rioplatense tampoco alcanzó a formar un gusto o una atracción mayoritaria por el teatro, si hemos de dar fe a las crónicas de época o considerar nuestra realidad actual como consecuencia de un proceso. El proceso de tecnificación de todas las sociedades nos muestra una realidad espectador-minoría que es aplicable no sólo a América Latina. No sería inútil para el desarrollo del teatro latinoamericano determinar, en ocasión distinta, hasta dónde este desinterés de nuestro público no califica y enjuicia una forma de teatro en la que no se reconoce, o en la que no reconoce su idioma interior.



El teatro latinoamericano y el autor dramático

Imagen captada exteriormente y sensación internamente sentida llama Herbert Read (*Icon and idea : The function of art in the development of human consciousness.* Harvard Univ. Press, 1955) a la captación primera que precede al hecho creador. El autor dramático sufre este primer impacto imaginista y sensualista y la obra dramática, reproducción externa de esta imagen y sensación será la materialización de la imagen y sensación que lo latinoamericano ha despertado en el escritor, pero la materialización también de su capacidad selectiva y de síntesis, y de su vitalidad creadora. En la producción dramática de Latinoamérica y en la vitalidad con que ésta refleje la imagen y sensación iniciales tenemos el primer índice de búsqueda de las constantes de un teatro latinoamericano.

Tres voces unifican la intención de nuestros autores dramáticos en la hora actual : popular, nacional y social. Todos se declaran en búsqueda de un lenguaje que refleje lo nacional, en su planteo social y con alcance popular. Supongamos que la idea de nación no está en ningún caso asentada en arbitrarias convenciones limítrofes, y aceptemos que el alcance de lo popular responde ortodoxamente a la significación del término sin ingerencias de compromisos extrateatrales. De igual modo, la fórmula resulta original sólo en lo que se refiere a la búsqueda de una expresión nacional, a la que algunos substituyen por regional. Otros —con sentido más próximo al « nacionalismo continental » de Antenor Orre-

go-- hablan de « lenguaje americano », sin que pueda decirse a ciencia cierta si desean una coincidencia con la idea que hemos convenido en este análisis para lo latinoamericano, o la amplían hasta abarcar todo el continente sin restricciones lingüísticas, raciales o culturales.

Este sentido, tanto americano como latinoamericano parece responder a una tendencia visible también en otros continentes y de la que creo son ejemplos —sin haber ahondado la cuestión con la seriedad que exige— el nacimiento, de orígenes diversos, del mercado común europeo, la liga panárabe, la confederación africana. Si se confirmase mi creencia, la intención « continental » y la intención « latinoamericana » en el autor dramático sería nuestro primer síntoma de madurez creativa : desprendidos de las limitaciones localistas que surgen de un sentido primario de defensa que no es más que conciencia inconfesada de pequeñez, podríamos esperar una creación proyectada hacia lo universal.

En cuanto a la originalidad de lo nacional en el intento del autor dramático latinoamericano, surge sólo de una comparación con lo europeo donde, en posesión de un fuerte sentido de nación —que raya a veces en el chauvinismo—, la búsqueda tiene otras preocupaciones.

Los medios de expresión elegidos por nuestros dramaturgos difieren cuando dan realidad a sus principios. Algunos prefieren el pintoresquismo lingüístico, especie de criollismo localista, intentando reflejar a través de imitaciones del lenguaje rural o ciudadano (el caso del « che » en la Argentina, o la deformación verbal que dice « vení » o « traéme ») un tono de autenticidad no confundible. Otros buscan en la anécdota o la historia una línea de intriga que por localizada reflejaría lo nacional. Y existe un tercer camino, también de fórmula exterior : aprovechar el suceso rutinario de posible registro periodístico, la viñeta dialogada. En ocasiones se logra por estas vías excelentes esquemas de posibles obras dramáticas que sin embargo no llegan a serlo. La falla común se asienta en un débil manejo del idioma y en la falta de transformación de la materia argumental —en casos feliz, rica, original— en una obra de creación que supere la insipidez fotográfica. Pero el error está en la elección de medios exteriores al vitalizar un proceso interior surgido de una realidad interno-externa. « Supuestos rasgos diferenciales », llama Guillermo de Torre (op. cit.) al tema y al idioma.

Hay autores, sin embargo, que consiguen en algunas de sus obras, o en escenas de las mismas —por el logro de un personaje, o en el movimiento dialogal— extraer matices que eluden lo exterior y reflejan una intuición de síntesis y de creación que atañe tan sólo al teatro. Que escapan al compromiso anticipado, para conseguir en fin ese lenguaje expresivo unificado, nacional o continental, que por su procedencia dramática creativa se proyecta hacia lo universal. En esa línea podemos situar en Chile, Egon Wolf ; en México, Luisa Hernández y Emilio Carballido ; en Venezuela, Ida Gramcko ; en Argentina, Atilio Betti, Juan Carlos Gené y Omar del Carlo.

Pero el teatro aún no existe ; lo que existe es una de sus partes. Es necesario que el todo se integre sobre la escena y frente a un público ; que se conjuguen la técnica, la recreación de director y actores, para que podamos hablar de teatro latinoamericano. El destino de nuestros dramaturgos ya no es el lamentable abandono por parte de las compañías que los posponían en la preferencia de cualquier texto traducido, contemporáneo o no, de jerarquía o sin ella. Hoy son muchos los autores que encuentran abiertos los escenarios —profesionales o aficionados— y no pocos los que consiguen incluso transformarse en buenos éxitos de taquilla. Sin embargo, si bien sería deseable que la preferencia por los autores latinoamericanos fuese más frecuente, es comprensible que en muchos casos, y negándose a atender razones extrateatrales, la gente de teatro prefiera un buen texto, aún bastante mal traducido, a un texto mediocre, por poco patriótica que se juzgue la elección.

Lenguaje escénico y técnica del espectáculo

Debemos reconocer en los países de rica tradición la existencia de una « modali-

dad » escénica que difiere de la de otros pueblos en casos muy próximos. No necesitamos escuchar el idioma ni saber cuál es el espectáculo que se representa para distinguir (pongo por caso, en festivales de concurrencia internacional) que estamos en presencia de una compañía francesa o alemana o inglesa, y evito ejemplos en que fuertes distingos raciales pueden determinar diferencias más gruesas. Es más fácil percibir la diferencia que explicarla. Ella se enlaza estrechamente —aun cuando todos representan siguiendo recursos en origen coincidentes— con ciertas características también sutiles, pero en evidencia, que tienen que ver con la diferenciación que esos mismos pueblos manifiestan en todas sus exteriorizaciones, en su « lenguaje » expresivo. Estos pueblos han logrado una definición, han encontrado una constante escénica. Pero esta constante escénica no se expresa por vía de la técnica del espectáculo, sino del lenguaje escénico.

« En la voluntad expresiva del artista, enderezado a una forma de técnica expresiva antes que a otra —dice Dorfles en *Discorso tecnico delle arti*— lo que se busca es el impulso y la motivación de una producción artística particular, nunca separada, sin embargo, del material usado para componerla. » Y no obstante, agrega : « Más allá de las proposiciones estéticas, de las tentativas filosóficas de unificar las artes, de devolverlas a un común denominador, hay algo que las separa técnicamente, las limita, las encasilla, una lejos de la otra, en su nicho especial y solitario al cual las otras no tienen acceso. » Se desprende que las artes que se expresan a través de la escena tendrían existencia simultánea, pero no unitaria. El espectáculo teatral, sin embargo, tiene unidad, debe tenerla a menos de desvincularlo del hecho teatral en sí, y hacerle perder su condición de arte. Es decir que el lenguaje escénico, o sea la simultánea pluralidad expresiva que impresiona la esencia vital del espectador como unidad, adquiere esta cualidad ilusoria de ciertas condiciones imponderables que hacen al *ser* de los intérpretes y al *ser* de los creadores intervinientes, y por sobre ellos, a las constantes antrópicas que los unan. Una suposición diferente puede derivar sólo de un lenguaje escénico desarticulado, que es el que se transmite cuando a la simultaneidad de las expresiones que reune el espectáculo se agrega la simultaneidad de individualidades participantes.

Sin embargo, es curioso observar que ni siquiera esos mismos pueblos capaces de un lenguaje escénico personal han escapado en determinadas épocas a la desarticulación. Épocas de crisis siempre, se caracterizan por una ruptura en el equilibrio de sus expresiones, con privación de algunas formas de arte —que se han mantenido vitales o íntegras— sobre otras, resquebrajadas o debilitadas momentáneamente.

Se hace, pues, indispensable fijar en la determinación de nuestro teatro en qué medida se reflejaría lo latinoamericano a través del lenguaje escénico. Cómo se exterioriza esa « intrahistoria » de que hablaba Miguel de Unamuno para expresar una corriente vital invisible que a despecho de toda influencia modela en fin un modo original de significación humana.

Es instructivo comparar la opinión de algunos escritores latinoamericanos cuando en una encuesta de Julio Imbert (publicada en la revista *Comentario*, N° 22, 1959) responden a la pregunta: « ¿Tiene Hispanoamérica un lenguaje común escénico? » El uruguayo Fernán Silva Valdés dice rotundamente : « No, por lo heterogéneo de sus pueblos y la inmadurez de su cultura », y agrega que « sólo podría lograrse el lenguaje común escénico en lo técnico, pero nada más ».

El brasileño Guilherme Figueiredo cree que no, pero admite la existencia de « puntos comunes que cada vez nos acercan más los unos a los otros ». Y a continuación indica como constantes del « lenguaje escénico de Hispanoamérica » (la opinión del escritor de lengua portuguesa en una sugerencia que atañe a lo hispanoamericano, ¿sucede a su experiencia o a su observación de espectador?) « la lucha por la libertad y la justicia social ». Se me ocurre que hubiera sido oportuno, al presentar el planteo, aclarar el alcance de lo que se entendía estrictamente por « lenguaje escénico ».

Para el uruguayo Edgardo Ubaldo Genta, existe en lo que se refiere al « teatro universal ». En cuanto a « lo que aquí llamamos teatro nacional —añade—, a los regionalismos en costumbres y lenguaje, ca-

da cual refleja, por fortuna, la peculiaridad que le es propia ». Y termina señalando la conveniencia de que se desarrolle un « teatro de América », « con obras de trascendencia universal, pero que den el sentido y la trascendencia de la posición espiritual entre los problemas que angustian a la humanidad ».

El portorriqueño René Marqués dice : « Técnico, no ; lenguaje propiamente dicho, tampoco ». La responsabilidad del autor dramático estaría para él en, « sin perder en modo alguno su esencial raíz nacional », proyectarse hacia « lo universal, no sólo en temática, sino también *universalizando* su lenguaje, de modo que éste sea inteligible para todos los pueblos de habla hispana y susceptible de ser vertido con naturalidad y justeza a otros idiomas del mundo occidental ».

Por su parte el argentino Carlos Gorostiza no cree en el lenguaje común, ni en el lenguaje particular escénico de cada pueblo. Cree, sí, en la posibilidad de hallarlo en un pueblo, pero no de hallar un lenguaje común a Latinoamérica.

Es frecuente que el creador no sea ni el más oportuno ni el más apto para el análisis de la forma de lenguaje en que se expresa. Y si excepciones existen, no valen más que como tales. Tal vez tendría mayor interés consultar a los hombres de teatro, a directores, es decir a los coordinadores de las partes del hecho teatral. Quien debe conciliar y « armar » la expresión de arte *teatro*, plural, dinámica, perecedera, momentánea o pública, reconstruyendo la realidad inicial, su imagen y sensación, su expresión en el texto dramático, su exteriorización a través de la escena y su contacto definitivo con el público, posee con más claridad que ningún otro la medida de lo que es el lenguaje escénico, en que participan el contenido de la palabra, sus grados de expresividad a través de la voz humana, la mímica, lo técnico, y tiene además la adhesión de los medios expresivos de otras artes —música, arquitectura, pintura— tanto como de esa corriente recíproca entre escenario y espectador que se vitaliza y se cumple en la conjunción del teatro : en el instante de la escena.

La definición del lenguaje escénico de Latinoamérica dependerá de la definición de cada una de esas partes que lo integran, pero no ha de surgir como resultado de una búsqueda consciente, sino de un proceso espontáneo. El teatro latinoamericano ha seguido hasta ahora —según épocas y según lugares— una práctica imitativa de constantes técnicas de trasplante. En las ciudades capitales donde el conocimiento de lo que sucede en el mundo y su frecuentación es mayor, una representación dramática de jerarquía puede diferenciarse de las que se ven en París, Nueva York o Londres, y siempre que se trate de una obra de autor latinoamericano, en lo exterior lingüístico o temático que en nada se relaciona con el lenguaje escénico.

La técnica del lenguaje escénico de nuestros teatros mejor dotados no exhibe más que estilos, que coinciden con formas de moda o que han influído fuertemente por la vía de las compañías visitantes. En ocasiones, llegan sólo a través de lecturas o en la relación de quienes se han sentido « movidos » al conocerlas directamente. Si durante años el mal parecía venir a su vez de otro mal : el estilo declamatorio del teatro decadente español, amanerado y verborrágico, hoy la imitación deriva de formas que representan verdaderos modelos dentro de las peculiaridades personales de sus pueblos de origen. Entre las últimas epidemias imitativas la más generalizada procedía de interpretaciones antojadizas o repeticiones exteriores del famoso sistema de efectos en « V », popularizado por Bertolt Brecht y el « Berliner Ensemble ». No se trató en ningún caso de aprovechar lo hondo del planteo, de relacionarlo con el lugar y el tiempo, de analizar si el mismo convenía a una modalidad nuestra, y darle en fin una espontánea ubicación por medio de nuestras constantes expresivas —en la medida en que ellas pudieren insinuarse o expresarse—, sino que el falso injerto cayó en un neo-teatro épico al que se podía concurrir con el único interés de juzgar la medida de talento del copista. Ni siquiera México, que como bien decía Pedro Henríquez Ureña en su ensayo sobre *La utopía de América*, « es el único país del Nuevo Mundo donde hay tradición larga, perdurable, nunca rota, para todas las cosas, para toda especie de actividades », escapa a lo imitativo en la técnica de la escena.

La dificultad de una visión actual del teatro latinoamericano —de la que depende la conjetura de su porvenir— no incide exclusivamente sobre esta forma de lenguaje creador. Ni tampoco le son privativas las reservas a que conducen nuestras conclusiones. Los extremistas de lo vernáculo, de lo europeo y de lo ibérico, detienen por igual el logro de una visión clara y la autodeterminación de encontrarse de esta fracción continental. Los compromisos extraños a la creación misma por otra parte, la idea de que el teatro, por ejemplo, debe ser instrumento propagador de tendencias políticas o religiosas, contribuye también a la lentitud de su definición.

Juan Carlos Paz —el eminente compositor argentino— se estrella con las mismas vallas cuando esboza algunas *Consideraciones sobre la música latinoamericana.* A la subestimación de lo autóctono que alarmó a generaciones anteriores ha sucedido su sobrestimación, al punto que se ha generalizado el interés más que por la creación en sí —música en su caso, teatro en el nuestro—, por cualquier « manifestación localista, por pintoresca y trivial que ella sea ». « Es un hecho, debidamente comprobado —dice— que en las preocupaciones musicales de Latinoamérica pesa mucho más la música folklórica y primitiva que la música propiamente artística. Esta actitud estrictamente localista de esos teóricos y de bastantes compositores, ha contribuído a desvirtuar el natural desenvolvimiento de los hechos musicales más que otra cosa, y bastó para hacer que, en muchos casos, el compositor se considerase obligado a competir con el teórico en lo que se refiere a exaltaciones de lo vernáculo simplemente pintoresco, a la postre, y al borde de lo puramente documental o costumbrista » (...). « Lo que resta, al fin de cincuenta años de prédicas localistas —en rigor reaccionarias—, es un curioso museo retrospectivo de anacronismos vestidos *à la manière* de las tendencias europeas que, un tanto en retraso casi siempre, fueron captadas y adaptadas por el compositor latinoamericano. »

El consejo de Juan Carlos Paz a los compositores es asimismo válido para los creadores de nuestro teatro, cualquiera que sea su función : « Adquirir un dominio, una conciencia del oficio, a semejanza del compositor de cada uno de los grandes períodos de la historia de la música, y comenzar por atenerse a valoraciones estrictamente musicales. »

* * *

El resumen de la actualidad del teatro latinoamericano se sitúa así en un plano que no por inconcluso con respecto a su definición resulta pesimista. La constante que lo define expresa una búsqueda y entraña una sana determinación de autoconocimiento. El autor dramático, tanto como la gente de teatro, aun cuando puedan errar en la elección de las soluciones, son conscientes de una ausencia, de cierto estado de inmadurez. Tienen a la vez prisa y angustia por completarse. Y el reconocimiento de la debilidad es la primera etapa ganada en la adquisición de la fuerza.

No intento palabras conformistas para tratar de alentar. Ni creo en la emotividad tardía del consuelo. Rizieri Frondizi en su ensayo « ¿Hay una filosofía iberoamericana? » (Revista *Realidad,* nº 8, 1948) tiene idénticas dudas, las mismas vacilaciones frente a su pregunta. Y tras observar la misma necesidad que Juan Carlos Paz de no subordinar la « expresión » o el « lenguaje » en sí a planteos extraños a la expresión misma, y de aclarar que habla de « filosofía iberoamericana » con un sentido riguroso, restringido, es decir que se refiere a « la existencia de una filosofía propia, original, creadora », advierte para los desencantados, o para quienes confían en la improvisación y esperan el éxito fácil : « Nuestra mejor contribución no consiste en exaltar valores potenciales o supuestos, sino en tener conciencia de nuestras limitaciones. Sólo quien conoce sus limitaciones puede llegar a superarlas. »

El porvenir de nuestro teatro está condicionado a la agilidad y a la honestidad de esa tarea. A que aumente o disminuya el número de los que ya han alcanzado a « ver » con claridad. Está condicionado, además, a la definición de las tendencias de nuestros pueblos, a la unidad de sus sentidos vitales : imágenes y sensaciones unificadas en una constante. Constante que hoy sólo se encuentra en su propia búsqueda.

ROGER BASTIDE

América Latina a través de su cine

No es la primera vez que se plantea el problema de la utilización del cine como técnica para el estudio de los caracteres nacionales. Pero esta técnica suscita numerosas dificultades. ¿Hasta qué punto expresa el cine la realidad sociológica material (es decir, los resultados de la urbanización) y espiritual (o sea, las aspiraciones, los sueños colectivos. los valores y las necesidades imaginarios) de una colectividad dada? ¿No es necesario, para resolver esta cuestión, tener antes referencias sobre la sociedad objeto del estudio? Y si tenemos estos datos previos, ¿para qué ir a buscar el rodeo de la película? Es cierto que Lazarsfeld ha demostrado ya la importancia de la presión del público sobre la producción cinematográfica y, por consiguiente, también en cierto modo sobre la elección de los temas, la frecuencia de su aparición, su evolución, su decadencia o su desarrollo, lo que nos proporciona referencias no despreciables para una psicología étnica diferencial. Pero al lado de este « determinismo » del público intervienen otros determinismos : las coacciones de la censura, las del sistema técnico, económico e industrial en el que se produce el film, a consecuencia de lo cual el cinematógrafo sólo puede expresar los valores de una civilización a través de estas determinaciones múltiples y variadas. Es sin duda un espejo, pero un espejo a menudo deformante. E. Morin recordaba que el cine es un reflejo doble, a la vez positivo y negativo, de la sociedad. Positivo, porque es un fragmento de un testimonio documental de la sociedad ; y negativo, porque presenta una jerarquía inversa de lo que es la jerarquía normal para los miembros de la comunidad, destacando al que está fuera de la ley, al vagabundo, lo exótico y lo folklórico, y es así porque expresa al mismo tiempo las dos necesidades opuestas del espectador, la de identificarse con el protagonista y la de evadirse : « el film tiene por lo menos dos códigos ».

Estas dificultades aumentan más aún cuando se pasa de Europa y de América del Norte a la América Latina, pues el cine es un lenguaje universal, un espectáculo de masas, y el productor de películas en América del Sur emplea un lenguaje internacional para traducir una cultura local. Debido al elevado precio de la producción, la coproducción se impone cada vez más a los países pobres, y esta colaboración sólo puede ir en contra de los caracteres nacionales. Claro está que cuando se rueda un film en México o en Brasil, se busca con preferencia lo « típico », pero este « tipismo » es el que piden las grandes masas de los espectadores, un tipismo estereotipado, y así resulta que, en definitiva, el cine no nos presenta una imagen exacta de las realidades nacionales, sino los « estereotipos » que los extranjeros se forman de los distintos países. Estas son algunas de las reflexiones que hacía el filósofo Leopoldo Zea.

Quisiéramos insistir algo más sobre estas dificultades o estos obstáculos que se oponen a la constitución de una psicología étnica, mediante la técnica del análisis de los contenidos de las películas. En el curso de los debates entre los diferentes grupos, se ha advertido, en efecto, que el fenómeno era común a todos los países de la América La-

revela por una especie particular de películas, y por esta razón nunca descubrimos la esencia o el « paideuma » de una civilización, sino —lo que es también una realidad característica de los países nuevos— la heterogeneidad movediza de los diversos grupos sociales que aportan su propia cultura.

* * *

El « machismo » —sabido es que se designa con este término la evaluación de la virilidad— aparece como una de las características más generales de las poblaciones de la América Latina y, en particular, de la población argentina. Tan pronto se le define como una herencia hispánica, la del sentimiento trágico de la vida, tan pronto como un producto de un período heroico, el de la conquista de la tierra por el campesino. En todo caso, el ideal machista que se expresaba en el mito del gaucho se ha degradado con la urbanización y el éxodo rural, inscribiéndose en el cuadro urbano, y ha pasado del estado de « hecho » al de « obligación moral ». No es necesario recalcar la importancia de este sentimiento en el fenómeno del « caudillo ». También conviene observar que ha perdido progresivamente su marca original para convertirse en un afán de exteriorizar la virilidad (el donjuanismo) o también en una compensación a la soledad del hombre en las grandes ciudades. Para estudiar y comprender mejor este « machismo », convendrá abordarlo con criterios muy distintos ; por ejemplo, a través de la psiquiatría. Un reciente artículo sobre los traumatismos de los estudiantes sudamericanos en Estados Unidos explicaba que la mayor parte de las alteraciones mentales de estos estudiantes provenía del choque entre su pretensión « machista » y el nuevo medio donde tenían que vivir, « la sociedad matriarcal » norteamericana. Pero el cine también nos facilita precisamente uno de estos puntos de vista. El grupo del cine argentino ha creído que el machismo volvía a encontrar actualmente algo de su forma arcaica. Al tomar una forma polémica frente a la autoridad del Estado, ha recuperado algunas de sus antiguas características de la época rural, tal como la del « gaucho bandido ». Sin embargo, la crítica del Estado, sobre todo como poder político y burocrático, destructor de las personalidades y de las individualidades fuertes, que se advierte en el cine argentino después de la caída de Perón, se ve obligada a adoptar formas secretas : se oculta bajo el velo de la alegoría humorística (*El Negoción*) o de símbolos tan misteriosos, que sólo puede vislumbrarlos el que tenga una visión muy clara de la política argentina.

Otro aspecto que sorprende a los sociólogos o a los etnólogos es la importancia del mito del sacrificio en México. Los dioses se han « suicidado » para crear las luminarias, y como la religión es la imitación de los dioses, el hombre responde al suicidio de las divinidades mediante la institución de los sacrificios humanos, pero sacrificios con el asentimiento de la víctima. De ahí el carácter dramático de la civilización mexicana y la voluptuosidad de la muerte, o cuando menos, la dulce intimidad del hombre con ella. La importancia de este mito y su profundidad en el alma nacional pueden medirse : 1) Ante todo, en las metáforas que la « corrida » española ha sufrido al pasar de la Península Ibérica al Nuevo Mundo ; el toro actúa en calidad de delegado de Huichipotchili y sustituye a la víctima humana. 2) Después, en la interpretación del cristianismo aportado a los indios por el nuevo Señor : el Cristo, con su carácter de víctima que se suicida por la salvación de los hombres, no podía dejar de seducir la mentalidad indígena ; pero al mismo tiempo la muerte del Salvador cierra el ciclo de los suicidios divinos (y de sus sucedáneos rituales) ; libera al individuo de la necesidad de renovar el suicidio. Sin embargo, se da el caso de que el indio se encariña más con los elementos dramáticos del cristianismo que con este elemento de liberación gozosa, y continuará jugando con la Muerte, y el barroco mexicano se exaltará en la doble proclamación del esqueleto y de la sangre. 3) Por último, en el carácter particular que ha tomado la revolución por la independencia en México : los mexicanos matan la substancia divina, representada por el principio monárquico, para liberar las fuerzas vivas del pasado azteca, como en otro tiempo el sacrificio de los dioses liberaba las fuerzas vivas de la naturaleza. En el curso del Festival, el grupo mexicano ha visto pa-

sar en el fondo de algunos de los films proyectados como una sombra que no llegaba a concretarse ; pero bajo la influencia del cine norteamericano está creándose un divorcio entre la naturaleza física, intelectual y moral del mexicano y el gesto copiado en el cine norteamericano. La nueva burguesía, que constituye naturalmente la mayor parte del público cinematográfico, no llega a compenetrarse con los estereotipos extranjeros ; el personaje de importación oculta a la persona auténtica.

Claro está que, tanto para el cinematógrafo argentino como para el mexicano se han abordado otros temas en el curso de las discusiones ; pero por falta de tiempo no han podido desarrollarlas más a fondo. Por ejemplo, la dialéctica de la apertura y del cierre que caracteriza a casi todos los países de la América Latina y según la cual los hombres se abren en la fiesta (período de la comunión) para volver a caer después en una cerrazón tan completa, que permanecen mudos durante varias semanas ; o el análisis del cómico Cantinflas, verdadera negación del lenguaje cómico ordinario, tan significativo de ciertas realidades mexicanas urbanas, que el nombre de este nuevo Charlot genial se ha aplicado a ciertos rasgos culturales de México, el « cantinflismo ».

* * *

Año tras año, con ocasión de las manifestaciones organizadas por el Festival del Film Latinoamericano, los sociólogos y los directores de escena, los etnólogos y los productores de películas se reunirán y se dedicarán regularmente a estudiar « este espejo » del cine para atisbar en él el reflejo de las realidades étnicas y sociales de la América Latina.

La psicología de los pueblos que hasta ahora apenas ha salido de las manos de los ensayistas o de los literatos, va camino de constituirse en disciplina científica. Por consiguiente, lo más importante, por el momento, no es intentar teorías o sistemas, que correrían el riesgo de ser construcciones frágiles por falta de sólidos elementos de base, sino dar forma práctica a los métodos y a las técnicas de una investigación positiva, que permitan el paso del ensayo brillante e « intuitivo » a la ciencia más modesta de los hechos « contrastados ».

El cine expresa, o puede expresar, realidades étnicas, pero estas realidades se traducen con un lenguaje que tiene su vocabulario propio y sus reglas gramaticales. Conviene añadir que cada director de escena se forja también su lenguaje cinematográfico. Así pues, es necesario que el sociólogo o el etnólogo que quiera apoyarse en sus producciones, discuta antes con el hombre de cine, puesto que después habrán de traducir la experiencia vivida (de cierto medio) de un lenguaje a otro.

En segundo lugar, se comprueba que el cine es sin duda más apto para comprender lo cambiante que lo permanente, la corteza superficial de lo social y de lo cultural que los valores profundos que, no obstante, se le piden con más frecuencia. Tal vez se deba esto a que es un arte de la imagen, y que la imagen sólo puede alcanzar los primeros planos, los más bajos de la sociología en profundidad de G. Gurvitch. Y tal vez también porque se dirige a un público que está en una etapa de transición, que se da más fácilmente cuenta de lo que se está modificando en él que de lo que le es más esencial, y por esto precisamente se encuentra más oculto, y el público pide al film que le devuelva la imagen que él se hace de sí mismo.

La preocupación que manifiestan tantos individuos de imponer a otros la imagen de un ser agresivamente fuerte, dominador, arrogante, lo que hemos llamado el « machismo », es, como ya se ha dicho, una transposición al medio urbano de los valores propios de una sociedad rural, donde la fuerza es la condición indispensable para la supervivencia. Y después de un psicoanálisis del cine, esta preocupación parece haberse convertido poco a poco en una lucha contra ciertas debilidades, contra el miedo de la homosexualidad, que sigue siendo la gran tentación de los países de inmigración, es decir, de los países sin mujeres. Pero justamente porque en este caso la reacción es artificial, este momento de la historia del machismo será el de su liquidación. En las últimas películas producidas en la Argentina ya no se exalta el machismo, sino que, por el contrario, el cine empieza a descubrir lo que conserva aún de fachenda y de afectación. Detrás del personaje del hombre fuerte, ahora se adivina y se denuncia al

cobarde que se abate ante la prueba. En pocas palabras, puede decirse que como el cine es más un arte urbano que rural (la población de Buenos Aires representa una cuarta parte de la de toda la Argentina), y el urbanismo es un factor de transformación (de los valores, de los ideales, de los intereses colectivos), el cine resulta más adecuado para el estudio de las modificaciones sociales que para el de las civilizaciones tradicionales. Las películas mexicanas, a las que hemos aludido antes, que no son sino copias de los films norteamericanos (mecanógrafas que se casan con el patrono, viviendas con refrigeradores y televisión, tenis y té, como formas más deseables del ocio) pueden darse también como ejemplos del valor, más sociológico que etnológico, del cine.

En las películas latinoamericanas buscamos lo « típico », lo exótico, lo telúrico o lo racial (*Orfeu Negro*, de Camus), la revelación de lo que nos parece extraño : un paisaje tropical, una cultura arraigada en el indio o el descendiente del africano, cuando lo que los públicos nacionales reclaman de sus cinematógrafos, lo que les une a la civilización occidental, son los nuevos valores importados de Europa o creados en Estados Unidos. Declarar que sólo lo que tiene raíces en la cultura india o africana, lo que es producto de la selva virgen, de la pampa, del desierto de cactus espinosos o del sol destructor es « auténtico » corresponde a un etnocentrismo de nuestra parte. Si la civilización de la América Latina es una civilización mestiza por definición, lo occidental y lo indio forman también parte de ella. Por consiguiente, estas imágenes occidentales que nos presentan las películas son tan « auténticas » como las particularistas. En todo caso, el cine parece más apto para descubrir en el interior de este cruce de razas el movimiento que lleva a las naciones de América Central o Meridional a parecerse a nosotros, que los elementos « sedimentarios » con los que tratan de romper. Digámoslo una vez más, los movimientos son las modificaciones, las transformaciones de las sociedades que conocemos a través del análisis del contenido de los films, porque estos contenidos son dictados al productor por un público que es « nacionalista » y para quien el nacionalismo es un impulso hacia el porvenir y no una fidelidad al pasado (no es que el nacionalismo no haga la apología del pasado, pero lo neutraliza cristalizándolo en mitos, en vez de dejarlo que actúe como una fuerza subterránea) ; son dictados también por la voluntad de participar en las grandes corrientes del pensamiento mundial.

Si nos ha parecido que el cine capta mejor el flujo social que las raíces de las civilizaciones, no por esto olvidamos que una de las películas más justamente célebres de México se denomina *Raíces*. Pero el problema que plantea aquí el cine, como técnica operatoria de la investigación etnológica, es de la misma naturaleza que el que se plantea la etnografía a propósito de la observación sobre el terreno : ¿quién está en mejores condiciones para observar, el hombre del país o el extranjero? Sabido es que se han dado a esta pregunta respuestas contradictorias ; algunos creen que el hombre de fuera no puede comprender, que está expuesto a equivocarse, a dejarse embaucar por sus informadores ; y otros, por el contrario, opinan que el hombre de dentro permanece atado a su sociedad, prisionero de sus prejuicios, de sus ideologías y de sus costumbres intelectuales, y que la investigación científica requiere que el observador se mantenga a cierta distancia del objeto observado. A propósito de Buñuel, español que trabaja en México, por ejemplo, se ha afirmado : « Sus films revelan más *la cualidad española* que *el hecho mexicano* ». México se comprende a través de una mentalidad genial, pero « desde fuera ». Del ruso Eisenstein se ha dicho que es uno de los raros cineastas que han descendido a las profundidades del alma mexicana y han expresado su dialéctica, esta dialéctica de la pareja « violencia-dulzura », « sentimiento trágico de la vida-dulce intimidad de la Muerte ». Pero, en todo caso, es evidente que mientras los nacionales tratan de ser occidentales, los productores extranjeros buscan el extrañamiento. Si dejamos el problema general de la observación etnográfica para limitarnos a un solo campo cinematográfico, veremos que el grupo brasileño es el que se ha interesado más por la « metodología » de esta cuestión ; pero no desde el punto de vista de la psicología de los pueblos, sino por el sesgo de la sociología indus-

trial (Jaccobi). Si quiere crearse una industria cinematográfica capaz de dar buenas películas, es decir, películas que no busquen lo « típico », sino lo « auténtico », habrá que echar mano de técnicos extranjeros, pero de técnicos que se fijen en el país, que se asimilen a él poco a poco y formen al mismo tiempo técnicos nacionales, con los cuales trabajen en equipo. Traduzcamos en términos metodológicos : en primer lugar, hay que ser a la vez de fuera y de dentro, guardar la suficiente distancia para ver lo que las gentes no ven, porque lo « viven » en lugar de « mirarlo » y simultáneamente estar lo bastante asimilado para no interpretar lo que se ha visto así, a través de una mentalidad que permanece ajena ; y en segundo lugar, es necesario trabajar en equipos compuestos de extranjeros y de nacionales que se critiquen mutuamente.

Me ha parecido que la utilización de las películas, como método para penetrar en la psicología de los pueblos, daba lugar a cierto número, no me atrevo a decir de reglas, pero en todo caso de consejos y de recomendaciones.

Trataré de formularlos para terminar :

1° El film se presta a un doble análisis : primero, análisis de los contenidos, después, análisis formal. El análisis de los contenidos nos permite llegar a los temas de una civilización ; el análisis formal nos lleva a conocer lo que llamaré las estructuras de la mentalidad y de la sensibilidad colectivas.

2° En cuanto al segundo punto, será conveniente empezar por el análisis formal, por ser más importante para el conocimiento de la psicología de los pueblos que el análisis de los contenidos. Recordemos lo que se ha dicho acerca del ritmo de las películas brasileñas, de su lentitud, a consecuencia de la cual su duración es muy distinta de la que caracteriza a las europeas ; es un ritmo que perpetúa la historia y hace estancarse el pasado en el presente. Pero este análisis formal debe tener en cuenta dos peligros. Uno es el de confundir el estilo de un cineasta con el estilo de vida de un pueblo. Para obviar este inconveniente, hay que dedicarse a un análisis estructural de un conjunto de películas, y no de algunas películas consideradas « más representativas » (no hay películas más o menos representativas ; todas son representativas). El otro peligro es el de tomar las torpezas de un productor por una característica psíquica. Ante todo, es menester formar un fichero bien organizado de los diversos técnicos del cine, los países donde han hecho sus estudios, su *curriculum vitae*, etc., a fin de no confundir un film lento por estar mal montado, con un film lento porque el espectador vive en un ritmo amortiguado.

3° Parece ser que las películas malas, las comerciales, es decir, las que responden al gusto del público más vasto, de la masa local, las que sólo han sido producidas para el mercado nacional, son las que tienen más probabilidades de producir el mayor número de temas interesantes para el análisis de los contenidos, por lo menos en su forma más visible, la más fácilmente perceptible.

Se ha demostrado que se encuentran los mismos mitos en un escritor tan puro y refinado como Stendhal y en los folletones de Eugenio Sue ; pero resulta más fácil leerlos en las obras de este último que en las filigranas de las novelas del primero. El sentimentalismo sudamericano, por ejemplo, con su exaltación de la madre, en detrimento de las otras mujeres, su piedad por los desdichados, los animales y los niños, es una piedad a flor de piel que define uno de los temas fundamentales del cine comercial. Es evidentemente una « forma emocional simplificada » de las masas, que adoptará formas más sutiles en el cine selecto ; pero hay que estudiarlas en el cine de masas para comprender su origen, que es el sentimiento de la impotencia frente a la vida, sentimiento del cual el machismo constituye el polo opuesto y complementario.

4° Lo que debe buscarse en las películas no es tanto lo que el productor ha querido decir (que no es *su* interpretación personal de su civilización), sino lo que ha dicho, en cierto modo, a pesar suyo, porque aquí es donde hay probabilidades de encontrar las presiones inconscientes de la psicología colectiva. Si estudiamos, por ejemplo, el lugar del negro en el cine brasileño, vemos que desempeña siempre el papel del « doméstico », del « compañero de juegos » de los niños, del « payaso » que hace reír ; y sólo aparece como un héroe en el film histórico, es decir, que al negro héroe se le rechaza al pasado y queda, por consiguiente, « neutralizado ». Esto revela los prejuicios

raciales que el paternalismo puede ocultar inconscientemente en su seno : para amar al negro es preciso « que éste permanezca en su lugar », en los estratos inferiores de la sociedad. O, si se prefiere, el prejuicio pasa de latente a consciente, exactamente en la misma proporción en que el negro, de « sometido » en un orden de castas, pasa al estado de competidor en una sociedad de clases.

5° En esta lectura de los efectos de la presión del medio cultural, hay que tener cuidado de no confundir lo que es consecuencia de una psicología colectiva, exterior y superior a los individuos, como diría Durkhein, con lo que es debido a la censura. Entendemos por censura no sólo la que ejercen los organismos constituídos para este efecto, sino también la censura indirecta practicada por los grupos de presión, como la Iglesia y el Ejército. Varios directores de escena y críticos de cine latinoamericanos han hecho observar que la rareza de los films históricos en América del Sur se debe al temor de provocar protestas del Ejército. Hay asuntos que son tabúes. El erotismo del cine latinoamericano, por lo menos en las películas nacionales, corresponde sin duda menos a la naturaleza del erotismo efectivo que a la definición eclesiástica de lo que debe ser el amor. ¿Quiere esto decir que las tendencias profundas de la psicología colectiva no pueden traducirse, a pesar de todo, en la película? Evidentemente, no. Pero el sociólogo y el etnólogo que estudian el cinematógrafo deben utilizar los métodos de psicoanálisis al trasladar dichas tendencias. Lo que Freud ha escrito sobre los medios de que se vale la libido para sortear la censura del yo social —desplazamiento, condensación o simbolización— es aplicable también a la película. Por lo tanto, puede crearse una técnica de análisis psicoanalítico del cine. Aquí haremos una observación. Freud insistió sobre todo en el carácter individual de los símbolos, aun cuando haya observado al mismo tiempo su universalidad ; pero, en su opinión, esta universalidad se debe más bien a que el individuo utiliza el material que le suministra la civilización, y no al hecho de que las mismas censuras determinan en todas partes las mismas reacciones. El productor de películas utiliza, en cambio, símbolos encontrados por otros productores, pues no siempre inventa su simbolismo, y como el cine latinoamericano es reciente, los símbolos que se encuentran en él son europeos y norteamericanos. Conviene, pues, tener cuidado en este psicoanálisis del film que preconizo, para no confundir un simbolismo de importación con un simbolismo que sea la expresión de tendencias profundamente étnicas.

Queda el problema más delicado, el que hemos planteado al principio. Para no equivocarnos en estas lecturas, en estas interpretaciones, en estas traducciones de los hechos del lenguaje cinematográfico al lenguaje científico de la psicología de los pueblos, ¿no será necesario tener de antemano un conocimiento de las realidades nacionales? Y entonces, ¿de qué sirve pasar por el sesgo del film? Es preciso notar, en primer lugar, que el film conserva, incluso así, su valor como método para descubrir la psicología de los pueblos. En efecto, nos hallamos en presencia de una dialéctica en la que el film parece desempeñar una doble función, heurística y de intervención. Por una parte, partiendo de la observación sobre el terreno sociológico y etnológico, sacamos de ella hipótesis interpretativas, pero estas hipótesis no podrán ser aceptadas más que después de comprobadas. Ahora bien, el cine puede ser uno de los medios de intervención sobre estas hipótesis. Por otra parte, el doble análisis, el de los contenidos y el formal, de las películas puede sugerirnos interpretaciones de las realidades nacionales, que la observación sobre el terreno o la crítica de los documentos históricos no nos habían dejado presentir, y esto es tanto más exacto, cuanto que, como ya hemos dicho, el cine capta el flujo del devenir ; en este caso, el cine está antes, pero en seguida debemos sopesar las ideas que nos ha sugerido para la investigación sobre el terreno.

Estos párrafos finales no pretenden, naturalmente, abarcar la totalidad del problema metodológico de la utilización de los films para estudiar la psicología de los pueblos, sino tan sólo las normas que han parecido desprenderse en un caso particular, el del cine latinoamericano. Tal como están, pueden servir de punto de partida para las reflexiones de los especialistas y de los lectores de esta revista.

Poema

¡Qué largos y tantos!
los días y las horas...
memorias son de otras edades,
vuelo sin límite,
afán de las demoras.
¡Cómo era natural,
la casa toda!
El corredor con la palma,
la jaula y la esterilla.
El jardín era un huerto :
el agua de la alberca
soñaba con ser fuente.
Su intención corría.
Allí crecían, el saúco,
el maíz, la hierbabuena.
Y el perfume subía
¡Qué bálsamos!
¡Qué ungüentos!
Ella sólo decía :
¿Quién piensa el pensamiento,
quién sueña al sueño,
al nombre quién lo nombra?
¡Venid palabras,
entrad por la ventana!
¿De esta sombra
cual es la identidad
si es sólo sombra?
Alguien dice :
¡Es locura!
Tal vez tuvo razón.
Mas, no sabía,
que con su afán,
ella sólo buscaba
su orilla y su estatura.

o equívoco. Para colmo de males, el destino me vinculó con lo que se llama cultura latinoamericana. Un día oí la ocurrencia de un poeta sarcástico : « El valor de la literatura argentina de Ricardo Rojas reside en que es mucho más grande que toda la literatura argentina. » ¿Es así? Confieso que muchas de las obras analizadas por Rojas no pasan de ser menciones en los catálogos bibliográficos. No pude encontrarlas, aunque no dudo de que Rojas haya tenido más fortuna que yo. Claro que en cuanto a si hallarlas es una fortuna constituye también cosa discutible. Porque las que encontré no me hicieron sentir afortunado. Más bien me hicieron experimentar todas las etapas del aburrimiento previas al sopor. Eso respecto a las mejores —salvo varias excepciones—, que son farragosas, obra por lo común de abogados en comunidades para las que el título de doctor en leyes significó antaño el ápice de la cultura. En cuanto al resto, son torpes, expansión de aficionados con pretensiones, de esos que se pierden al llegar a la esquina y continúan andando con la soltura de quien está en el buen camino. Por lo demás, son en general obras que, como diría Paul Groussac, se limitaron a causar impresión en los talleres gráficos en los que se las imprimió. Cada año las citan los profesores y cada año una generación de alumnos las desempolva exiguamente, aunque para olvidarlas con toda rapidez. Pues se trata, en suma, de obras muertas, la mayoría muertas incluso en el momento en que nacieron. Y muertas porque la cuestión de ser estaba en el orden de la cultura menos resuelta que en cualquier otro sentido.

Hay en América Latina una gran tradición literaria que, paradójicamente, es no literaria. Es la tradición de subordinar el arte de escribir al arte de la política. Considérese que de los ciento cincuenta años que tienen de vida estas repúblicas, cien corresponden a esa tradición, y se apreciará plenamente su importancia. América está durante esos cien años tan fascinada por la Gorgona de la política que carece de sentido preguntarle por otras formas de cultura, música, pintura, etc., que duermen con decoro en el limbo. Y en el orden de las letras, estos países son como potros salvajes sobre los que hay que practicar una equitación de vida o muerte, que no deja tiempo para ocuparse del estilo. Potros, naturalmente descomponen a sus jinetes, les arrancan aullidos. Dos ilustres espíritus argentinos, Sarmiento y Alberdi, llegaron a llamarse uno a otro « perro de todas las bodas » y « montonero del intelecto ». Estas suavidades acaso nos proporcionen una idea del *Zeitgeist* latinoamericano. Con variaciones en el temple, con distinto grado de amor, paciencia o saber, ¿no es igual la actitud politizante de Francisco Bilbao, Hostos, Rodó, Justo Sierra, Montalvo? Sus obras, ligadas a los conflictos del tiempo, carecen de interés, fuera del histórico, y si se exceptúan algunas, muy contadas, en las que la pasión sobrepasó lo político, *i.e., Facundo*. Desde el punto de vista ideológico, no hay en ellas originalidad : la entera producción latinoamericana de esa índole es el eco agigantado y deformado que arranca en América el pensar europeo. Empero, en otra medida, quiero señalar que se desprende de ellas un *sentimiento* que tal vez al fin acabe por revelarse como el aporte capital de América Latina al orden de Occidente y que, de cualquier modo, resulta *profético* : trátase del más intenso y profundo anhelo de concordia entre todos los hombres. A lo largo de tales obras, en efecto, pese a las violencias verbales, a la retórica, a las servidumbres de toda suerte, se respira un deseo de *omonoia*, de hermandad entre los hombres que, como impulso de conjunto, acaso carezca de precedentes. Tal anhelo, allende la caótica vida de las repúblicas latinoamericanas, se ha configurado a menudo en hechos, como son la superación de todo conflicto racial (« El *problema* del negro nunca existió en el Brasil », Gilberto Freyre), la inusitada medida en que han sometido sus diferencias al arbitraje internacional (Argentina y Chile, Perú y Ecuador, Honduras y Nicaragua, etc.), los puntos de vista prácticamente pacifistas que vienen sosteniendo en común en las organizaciones mundiales, y así. Fruto de una agónica y —en su escala— desconocida experiencia que consiste en el destierro del círculo de la historia y en la vertiginosa sensación de naufragio que en tal destierro sobreviene al comprobar la fragilidad de las instituciones civilizadas, esta voluntad —obstinada pese a sus eclipses— de

siones, para pasarse semanas solo en la copa de los árboles, alimentándose con carne cruda. Se transfiguraba así en la máscara que un día se colocara para escribir. Sus personajes no son más que bestias : él concluyó por verse arrastrado por sus propias creaciones a abandonar una humanidad que en el mundo que construyó carecía de sentido. Tal es el sino del indigenismo. « Si no somos europeos... —dice el indigenista, amenazador—, no somos europeos, ¿eh? » Y se cala el casco aterrorizante de la naturaleza. Lo grave es que tampoco somos naturaleza sin más... ¿No somos entonces nada? Por de pronto, el indigenismo literario acaba por conducir a la muerte por asfixia, puesto que no expresa al hombre americano. Y no lo expresa porque lo americano no es naturaleza en bruto : hasta el indígena se ha des-indigenizado desde el momento en que en su contorno irrumpió Occidente, la mirada de la historia. El indigenismo proporciona a lo sumo una imagen de la espalda del hombre americano.

Interludio : ¿qué ocurre entretanto con otras formas de la cultura? Anotación en la partitura : *largo desolato*. Basta con observar las ciudades latinoamericanas, en efecto. Callejuelas de Lima, de Santiago, avenidas interminables de Buenos Aires, arquitecturas chatas de Montevideo, calcos de estilos europeos —en los mejores casos—, en los que los estilos desaparecieron, o sencillamente horrores-para-habitar, ¿cuál es la característica de quienes los construyen? Incapacidad para ver. Quién sabe por qué mecanismo la geografía de este continente sin mesura provoca una retracción del ojo humano, una impostación distinta, por así decirlo. Es un ojo al borde del abismo, que sólo percibe aquello donde aferrarse, no la fealdad o la belleza del agarradero. Únicamente así, con ese ojo que *no ve*, han podido amasar sus ciudades. La más humilde vivienda europea ayuda a vivir, porque, además de cobijar, expresa algo. Tanto el palacio como el tugurio latinoamericano ayudan a morir, porque, al no expresar nada, reprimen, agostan algo. Es el ojo al borde del abismo, que, por supuesto, tiene el abismo debajo. Pero de este ojo ¿qué puede esperar el arte? De semejante mirada ¿qué van a recibir la pintura, la arquitectura, la escultura, el urbanismo? Será necesario el azar en verdad para que aparezcan figuras totalmente solitarias que no logran vencer esa inercia más que por un instante, el Aleijadinho y, en nivel por completo inferior, Prilidiano Pueyrredón : ambos excepciones que confirman la regla. La música, por otro lado, abunda como folklore, como flor silvestre de real belleza, pero sus formas cultas tienen un exponente máximo que lo dice todo : *Il Guarany*, del brasileño Carlos Gomes. Y en cuanto a la ciencia, *non ragioniam*...

El ecuatoriano Juan Montalvo —aparte de su actividad como publicista político— tiene otra faz, que le ha dado más fama : es un estilista. Hacia 1870 publicó *Capitulos que se le olvidaron a Cervantes*. Un historiador actual de la literatura latinoamericana manifiesta su entusiasmado asombro por el hecho de que el libro sea una continuación de *Don Quijote* : pienso que, en tal sentido, sería digno aún de mayor asombro el ignorante campesino norteamericano que hace poco ofrecía a una editorial neoyorquina el *Hamlet* como producto exclusivo de su pluma. El caso es que Montalvo demuestra en ese libro su dominio de la atmósfera cervantina, su conocimiento de los clásicos, la riqueza de su español. La figura se completa con los *Siete Tratados*, escritos en París, a la sombra de Montaigne. Si aplicamos la fórmula « Montalvo » a la novela, el resultado puede ser *María*, por Jorge Isaacs, « pastiche » romántico cuya denominación justiciera sería *Paul et Virginie dans la Colombie*. Pero el resultado puede ser también *El embrujo de Sevilla*, de Carlos Reyles, *La Gloria de Don Ramiro*, de Enrique Larreta. Cito casos arquetípicos, extremos, de lo que se estima como la corriente « artística » en las letras latinoamericanas. Pedro Prado, Eduardo Barrios, Machado de Assis son otros nombres conspicuos de esta tendencia a la que han contribuído decenas de autores. Por otro lado, esas obras acaso sean las que han gozado de mayor acogida. *María* y *La Gloria de Don Ramiro* constituyeron verdaderos *best-sellers*. El gran público se sintió tocado en el corazón por ellas. Lo cual demuestra una vez más que al gran público en modo alguno le interesa la cultura. Pues ¿qué le dan esas obras? Sus autores aprendieron el recurso de los indigenistas, pero lo practican al revés.

Ocampo, la atmósfera *post mortem* del mexicano Juan Rulfo, la sexualidad agresiva del colombiano Jorge Gaitán Durán, son asimismo comentarios en clave diversa respecto a la *zona*. Ultranihilismo, asunción voluntaria del nihilismo ambiente para promover una reforma vertical de la sociedad : tal es una de las características notorias de la actual literatura latinoamericana.

La segunda de las notas distintivas de esa literatura es su rápida sensibilidad ante el fenómeno de lo mundial. Múltiples razones —carencias, labilidades en su origen— han permitido a América Latina percibir sin tardanza que la situación contemporánea —velocidad de las comunicaciones, estilo global de las ideologías, radio de alcance de las armas letales— ha terminado con las naciones y ha convertido a todos los hombres en apátridas. ¿Y el patrioterismo de los latinoamericanos no indicó siempre que eran apátridas encubiertos? Octavio Paz fecha sus poemas en todas las latitudes, pero no está arraigado en ninguna. El argentino J.R. Wilcock se radica en Italia y desde allí escribe sobre la Argentina, en italiano. Otro tanto hace Julio Cortázar, aunque esté instalado en París y utilice el castellano. Moreira da Fonseca se inspira en el toreo y otros temas españoles. Girri compone un libro de *Elegías italianas*. No se trata del viejo europeísmo, en el cual se pretendía cambiar una piel por otra. Y tampoco es el cosmopolitismo modernista, en el que desde una base americana se aprovechaba lo « exótico ». Lo mundial, en el sentido negativo de tornar apátrida al hombre, se traduce en la pérdida del centro, en la sensación de que la patria no está ya en ninguna parte, por lo menos mientras no se arribe al momento en que estará en todas. En fin, hay que advertir también que si la percepción de lo mundial negativo viene a acentuar el ultranihilismo, éste a su vez agudiza el sentimiento apátrida.

Al carácter ultranihilista y apátrida de las letras latinoamericanas se refería sin duda el corresponsal de *Mito* cuando enrostraba a esa revista haber querido « empezar la revolución por el sexo » y « ser universal ». Acierta con ello. En cambio se engaña cuando piensa que « el sexo es algo neutral ». No lo es, aunque « lo tengan y lo sientan católicos y comunistas ». El sexo es revolución. Aun cuando empobrezcamos el complejo movimiento de esta literatura limitándolo al « sexo », basta con atender al sentido que así tiene dentro de la concepción occidental clásica para advertir su carácter reformador. Porque durante casi dos mil años —desde que fuera plasmada la *Weltbild* cristiana— el vivir y el pensar occidentales han estado regidos por una imagen dualista del hombre en la cual todo lo relacionado con el cuerpo, « la tumba del alma », fue objeto de una censura represiva por considerárselo vergonzoso, menospreciable. Este dualismo —según el cual el hombre es un híbrido apenas imaginable de dos substancias que no se concilían, cuerpo y alma— constituye la columna vertebral de la filosofía de Occidente. Descartes, entre otros, la cifró en una clasificación expresiva : *res extensa* y *res cogitans*. Sólo en la glándula pineal se tocaban las dos sustancias, porque allí establecía su residencia el alma. ¡En la glándula pineal quedaban prendidos como con moñito cuerpo y alma! El caso es que esta partición fue originando en el hombre occidental un desgarramiento cada vez menos tolerable. La revuelta que desde hace medio siglo cumple la *res extensa* tiene por fin terminar con ese desgarramiento, pide al hombre una reforma total de la imagen que tiene de sí mismo. Y el sexo es parte de la *res extensa*. Por eso el sexo es revolución. Los hombres de letras cuya temática es « el sexo » piden de tal suerte también —conscientemente o no— esa honda modificación del hombre. Y en países como los latinoamericanos, mental y espiritualmente inficionados por censuras y prédicas asfixiantes que constituyen el hemisferio de sombras de la Iglesia católica, tal batalla no sólo es más difícil sino también más urgente, más revolucionaria. Empero el corresponsal de *Mito* no se siente satisfecho con esta revolución. Quiere una revolución de otra índole. ¿De qué índole?

« La historia —dice— se endereza. » El corresponsal reprocha a *Mito* no haberse dado cuenta de este hecho. Bueno : debo confesar que yo miro a uno y otro lado y tampoco lo advierto. No sólo en América Latina : tampoco en Asia, África, Europa... Todo se halla igual o peor que siempre. La afirmación, sin embargo, está ahí, con su

tono sano, optimista. Da que pensar. « La historia se endereza. » Sugiere que estaba torcida y que ahora toma el buen camino. De acuerdo. Pero ¿cuál es el buen camino? ¿Quién lo decide? Por lo que yo sé, tanto en sus momentos deplorables como en sus instantes magníficos, la historia anduvo torcida. Acaso porque está viva, porque es la línea de la vida. Acaso porque para producir santos —lo mismo que para producir asesinos— necesita andar en libertad, torciéndose. De otro modo, tal vez no produjera seres humanos, sino autómatas iguales. « La historia se endereza. » La frase acaba por producir incluso una sensación física, se siente uno « enderezado », y esto, a decir verdad, no incita al optimismo. Sobreviene la inquietud : ¿Quién la endereza? ¿De acuerdo con qué plan? La endereza el hombre. ¿El hombre? Acabáramos... El hombre como sujeto de la historia, el hombre como factor de la historia, el hombre como dueño de la historia : Karl Marx. La revolución que el corresponsal de *Mito* quiere es la revolución marxista.

La cuestión de ser ha reaparecido en América Latina. No es que hubiese sido superada nunca. Pero se hallaba latente. Del estado latente en que se hallaba, pasó a cobrar una aguda virulencia. Estalla en el orden político. En parte a causa de que la cultura, en sus esporádicas manifestaciones, no alcanzó a paliarla, no logró instilar ninguna certidumbre en las raíces. En parte por la alienación política, económica y moral de que Occidente la ha hecho objeto. En parte porque la arcaica estructura social de estos países no sólo les ha impedido desarrollarse, sino que además ha agravado en ellos situaciones insostenibles. En parte porque los países « subdesarrollados » han descubierto que la agitación política es la única forma de hacerse oír con que cuentan. En parte porque la política ofrece en apariencia una solución inmediata a la cuestión de ser. Culturalmente América Latina prefirió siempre entregarse a cualquier influencia, francesa, inglesa, etc., antes que a la española. España se hallaba demasiado próxima para no suscitar miedos y sentimientos de humillación respecto a la propia independencia : las influencias no españolas que se aceptaban, se aceptaban en contra de España. Políticamente América Latina elige lo más lejano a ese Occidente que la pone en cuestión, lo más lejano a Estados Unidos —para ser preciso—, que constituye lo-demasiado-próximo : el marxismo. El marxismo latinoamericano es, de tal suerte, más una posición contra Estados Unidos que en favor del marxismo.

José Carlos Mariátegui dijo que la literatura indigenista tenía un fin preciso de « revolución y emancipación ». Comparó su papel explícitamente con el desempeñado por la literatura popular —« mujikista »— rusa, como factor que contribuyó a desencadenar la revolución de 1917. En verdad, toda obra que plantea el drama, el problema de lo autóctono, quiere acabar con ese problema y a veces hasta con aquellos que lo corporizan. Frase de Sarmiento al general Mitre antes de la batalla de Pavón : « No trate de economizar sangre de gauchos. Es un abono que es preciso hacer útil al país. » Sarmiento era el autor de *Facundo*. Y *Martín Fierro* fue escrito como queja contra la condición del gaucho para poner fin a esa condición, que es el gaucho mismo. Y *Os Sertões* y *La Vorágine* son aullidos desmesurados contra la naturaleza, ya que parece relativamente difícil terminar con ella. Pero, asimismo, al indigenismo sólo le interesa la literatura como instrumento para plantear el problema y ponerle término. Desaparecido el problema, la literatura deja de importarle. El indigenismo se cultiva para acabar con la literatura. En efecto, el indigenismo es una visión política de la cultura. En tal medida constituye un vástago de esa gran tradición literaria latinoamericana que, como señalé, es no-literaria. El marxismo que hoy cunde entre la « inteligentzia » latinoamericana viene a entroncar más coherentemente con esa gran tradición. Significa en el orden de la cultura el desplazamiento de la misma en nombre de la política. Puede aceptar eventualmente la vía del indigenismo, e incluso alienta las formas culturales que apelan a lo autóctono y a lo nacionalista, pero su objetivo es lo social desde el punto de vista del poder. Lo cultural es para este marxismo un arma revolucionaria más, a fin de alcanzar el poder que le resulta imprescindible para reformar la sociedad, para « enderezar la historia ». Si miramos hacia la ilustrativa dirección que nos señala Mariátegui, tendre-

mos, en el súbito nadir en que se disolvió la cultura rusa tras la revolución de 1917, un preanuncio de lo que podría acontecerle a la endeble cultura latinoamericana si el marxismo lograra comenzar a « enderezar » su historia.

Marxismo. Verdadero sortilegio, avanza hoy por mil caminos, está presente en todos los horizontes, se impone con cualquier recurso. Más que ideología, algo vagamente religioso, se lo adopta por verdadero deslumbramiento, o por inercia, o bajo las presiones del grupo a que se pertenece. Pues está en las universidades y en los círculos profesionales, en las escuelas y en las tertulias. Quien examine las revistas culturales latinoamericanas comprobará en qué medida la cultura ha sido sustituída no ya sólo por consideraciones políticas, sino más bien por el crudo panfleto cuyo fin es inducir a la acción. La verdad es que los resultados de este peculiar marxismo, más que estimular el pensamiento en cualquier dirección —incluso en la marxista—, consisten por lo común en suscitar reacciones mecánicas de adhesión o repulsa, de acuerdo con consignas externas. Este dogmatismo virulento provoca la respuesta, igualmente dogmática, de los más medrosos círculos eclesiásticos y oligárquicos : lo que de tal suerte se entabla no es un diálogo polémico, sino una guerra de trincheras, donde la cultura desaparece.

Frente a tal avance de la revolución marxista, los partidarios de la revolución ultranihilista —esto es, los que aún luchan por una cultura, sin excluir de ella al marxismo como método de conocimiento de un sector de la realidad— constituyen una minoría. Después del aislado fulgor de los últimos decenios ¿está la cultura latinoamericana destinada a recaer en su centenaria tradición no cultural en que la política la haría alcanzar hoy un conformismo igual al silencio absoluto? Me lo pregunto. Y otra cosa me pregunto asimismo. América Latina, en la figura de sus sangrientos caudillos, adelantó desde el siglo XIX lo que puede ocurrir cuando el caos se adueña de las estructuras democráticas debilitadas, que fue lo que en este siglo le ocurrió a Europa a manos de los totalitarios. ¿Habrá de adelantar ahora la sombría nueva de lo que puede acontecerle a la cultura en comunidades enervadas por la inhumanidad de la política y la tecnología?

¿Adónde va la cultura latinoamericana? Pero... ¿adónde va la cultura occidental? Hubo siglos y siglos durante los cuales los anónimos artistas que dejaron sus testimonios en Altamira, Lescaux, etc., desempeñaron en sus comunidades un papel capital. De pronto son otras las necesidades que acucian a la tribu, otros los desafíos. Irrumpe el fabricante de instrumentos, *homo faber*. Tiene las respuestas y se convierte en el héroe. Ante *homo faber* triunfante, *homo pictor* desaparece, se esfuma en las sombras de la historia durante siglos. Parecería que la humanidad no pudiese cumplir esfuerzos creadores más que en un solo frente por vez. ¿Estamos ante el pórtico de una era similar? ¿Debe hoy *homo pictor* resignarse a un papel tan insignificante que sea al cabo igual a desaparecer?

* * *

Son más de las diez de la noche ahora. En una ciudad latinoamericana un hombre de letras, después de su jornada de trabajo, sale para comer. Todos esos interrogantes han redoblado en su interior el día entero. La callejuela por la que marcha está muy oscura, pues el consumo de electricidad se ve restringido por la escasez. Levanta la mirada hacia el cielo y toda la soledad del universo cae sobre sus hombros : siente una vez más que se halla en el fin del mundo, que es un habitante de la Última Tule. Piensa que a lo largo de la jornada se fatigó sobre páginas que acaso nadie leerá, que probablemente no hallarán eco, que tal vez mañana sean quemadas por manos hostiles. Se pregunta si tiene algún sentido continuar con esa tarea de apariencia inútil. Se pregunta por qué no cede a la tentación del abandono, de entregarse a un plácido vegetar. Pero sabe que son preguntas vanas. Sabe que lleva en sí algo más obstinado y resistente que cualquier catástrofe, que toda edad oscura. Sabe que lo que lleva es esa sustancia —indiferente al triunfo o al fracaso— que ha hecho que *homo pictor* resucite siempre a través de los milenios, pese a los más terribles enemigos. Sabe que es esa substancia lo que mañana —quiéralo él o no— lo hará inclinarse de nuevo sobre esas páginas de destino cada vez más incierto.

ñero, publicó en México un volumen de ensayos sobre la literatura fantástica argentina de los últimos tiempos : allí hay todo un capítulo dedicado a Cortázar ; otro, claro está, a Borges. Por otra parte, la profesora Speratti Piñero es autora de un excelente trabajo sobre el *Tirano Banderas* de Valle-Inclán, libro fecundo para muchos escritores hispanoamericanos, particularmente para Miguel Ángel Asturias.

Éstos y muchos otros nombres han adquirido importancia. Anotemos, por ejemplo, a Manuel Rojas y a José Donoso, ambos chilenos ; las últimas obras del uruguayo Juan Carlos Onetti, o bien las novelas del mexicano Carlos Fuentes, quien disfruta de buen prestigio, acrecentado por varias traducciones.

Hecho revelador : al pasar yo por Santiago, en 1955, el mundo literario vivía entusiasmado la aparición de una hermosa novela, *El hijo del ladrón*, de Manuel Rojas. En esa tierra de poetas rara vez un libro de versos había despertado, en los últimos años, el interés de esa novela ; quitando, claro está, ciertas obras de Neruda.

*

Se escribe bien y, en general, hasta se podría decir que mejor que antes. Más aún : en América existe la convicción de que se escribe mejor que en España. Al menos nadie puede dudar de que la prosa hispanoamericana ha alcanzado altísimo nivel, debido sobre todo a eminentes figuras de generaciones anteriores : el mexicano Alfonso Reyes, el argentino Jorge Luis Borges y, también, el maestro dominicano Pedro Henríquez Ureña, cuyas enseñanzas fructificaron a su paso por varios países del Continente.

Recuerdo que allá por el año 1947, cierto audaz ensayo de José Luis Martínez proclamaba que la mejor prosa castellana del momento se escribía en México y era la de Alfonso Reyes. Si bien esa afirmación escandalizó a muchos, luego resultó que, por su parte, lo mismo afirmaba desde Buenos Aires aquel que podía disputarle la palma a Alfonso Reyes : Jorge Luis Borges.

La exactitud y finura en el decir, las calidades formales continúan manteniéndose en la pluma de excelentes prosistas jóvenes, como Juan José Arreola. Otros de la misma generación emplean un estilo menos *literario*, pero muy eficaz y ajustado a la función de narrar, dentro de los procedimientos actuales. El uso del monólogo interior, de formas del lenguaje que andan confundidas con la acción misma, el vívido aprovechamiento del habla popular, obligan a renunciar a muchas galas, así sean éstas de la mejor ley. Ese renunciamiento, en cambio, mueve a la creación en lengua y estilo —creación, por lo demás, también estrictamente literaria. Los campesinos jalisciense de Rulfo en *El llano en llamas* o los porteños arrabaleros de Cortázar en *Final del juego*, andan muy lejos del costumbrismo, así en lengua como en carácter. No tanto se reproduce el habla popular cuanto se parte de ella para crear mundos y personajes muy a la manera del autor. Apuntemos que ya otros escritores de época anterior habían usado magistralmente, cada cual a su manera, del relato en primera persona escrito en habla popular : Jorge Luis Borges en el conocidísimo relato *El hombre de la esquina rosada* y Martín Luis Guzmán en *Memorias de Pancho Villa*.

Hay, pues, dominio de la prosa, de acuerdo con el fin que se persigue. Subrayemos también las virtudes expresivas del estilo de Carpentier en *Los pasos perdidos* o de Cortázar en *Las armas secretas*. En cuanto a eficacia comunicativa, la prosa de ambos está hecha a la medida de sus propósitos. Dígase otro tanto del vigoroso Juan Rulfo o el exquisto Juan José Arreola.

Para lograr una prosa ceñida a las necesidades del relato, muchas veces se necesita largo proceso evolutivo dentro de la propia obra. El Carpentier de *El acoso*, por ejemplo, hubo de renunciar a muchos encantos que *En el reino de este mundo* complacían a su temperamento eufórico, exultante. Otro ejemplo de evolución, aunque de manera muy distinta, se halla en Miguel Ángel Asturias. Basta comparar la primera de sus *Leyendas de Guatemala* con alguna de sus últimas novelas, como *Hombres de maíz*, cuya lengua poética, tropicalmente abigarrada, no vacila en intentar toda clase de experimentos, sin temor de la caída con tal de alcanzar el hallazgo.

*

Por lo pronto, se ensanchan horizontes. Pocos años atrás, hablar de narradores his-

propias dentro de la literatura poético-fantástica y, en fin, esas nuevas figuras llegan a su vez a tener seguidores.

En los relatos del mexicano Juan José Arreola, declarado admirador de Borges y aun de algunas fuentes de éste (Kafka, Marcel Schwob, etc.), las virtudes personales pueden más que toda influencia y la voz propia se reconoce enseguida. La riqueza de invención, el infalible buen gusto, la sensibilidad poética y estética, los aciertos en el humor, se hallan vívidos y lozanos. Su frecuente alegría, el gozo con que suele entregarse a sus juegos, lo distinguen a las claras de Borges, cuyo influjo se le reprocha. En ocasiones Arreola vacila y, por vía del relato poético, incurre con fortuna en temas campesinos realistas. Este finísimo artista tiene continuadores propios (por ejemplo, el peruano Manuel Mejía Valera).

En 1960, el guatemalteco Augusto Monterroso, amigo y contertulio de Arreola, publicó tardíamente su primer libro : *Obras completas* (*y otros cuentos*). Amante del tono menor, en el cual logra aciertos del mejor ingenio, Monterroso encuentra que el relato fantástico no le impide ejercitar la más punzante sátira social, ni la observación psicológica. En él alternan humor e ironía y, como en Arreola, la naturalidad y la gracia lo preservan de aquella temible sequedad de algunos borgistas rioplatenses.

Aunque el argentino Julio Cortázar confiesa sin escrúpulos su admiración por Borges, y si bien sus libros pertenecen a la literatura fantástica que Borges encabeza, la fuerte personalidad del autor no sufre menoscabo : se siente a sus anchas en el género. Aquí el maestro ni estorba ni avasalla, quizá porque a Cortázar no le interesan mucho las fuentes en que a su vez bebió el propio Borges, o tal vez porque nunca le obsesionó la perfección del detalle: eso que enriquece al maestro y mutila a sus acólitos. Por otra parte, Cortázar toma elementos de muchos autores : el monólogo interior, tanto a la manera de James Joyce como de Virginia Woolf, etc., todo lo cual se realiza no por cálculo, sino por necesidad interior. Del mismo modo, si en las novelas bonaerenses de Arlt descubre hallazgos que le vienen bien, los aprovecha sin vacilar.

Libre y resuelto desde los cuentos de *Bestiario* (1951), aparece firmemente plantado en su propia actitud. Insensiblemente, por maduración natural, Cortázar va llegando a un realismo « de vuelta », muy peculiar y hasta muy humano —al menos en ocasiones—, capaz de extenderse en novelas luego de vencer las prisiones del cuento. Un realismo diestro en recursos de atmósfera fantástica, los cuales aluden a realidades veladas, a trasmundos flotantes externos e íntimos. Ese instrumental precioso le permite abrir un mundo amplísimo de visiones y experiencias. Así nace una verdadera obra maestra, « El perseguidor », relato de casi cien páginas impresas publicado en *Las armas secretas* (1959). El escenario se halla en París, el personaje central es un saxofonista negro y no aparece allí ningún hispanoamericano. Ello no impide, claro está, que el resultado sea magistral. En todo momento se percibe una espléndida capacidad de comunicar lo indecible : desde el momento de la inspiración creadora del músico hasta el ensueño de marihuana o los instantes de estupidez abatida.

*

El cuento y la novela realistas, referidos a la tierra y el tema rural, toman nuevo sesgo cuando llegan a manos de Juan Rulfo. Sin necesidad de salir del cauce de la « novela de la revolución mexicana », el sello personal es muy acentuado desde el primer instante. Hay una emotividad apasionada, recia, que llega al lector cayendo a borbotones, y acaba llevándoselo consigo. La terrible sinceridad del autor, su humanidad descarnada, ganan al lector de inmediato. Ello aparte, Rulfo posee el arte de narrar : sin las sutilezas intelectuales de otros, pero con eficacia contundente.

Juan Rulfo : verdad e intensidad. Estilo seco y directo, de impacto instantáneo. Tales virtudes le dan primerísimo lugar en donde existen hasta hoy figuras eminentes, como la de Martín Luis Guzmán, ese formidable psicólogo, ese sutil y despiadado testigo de la realidad, ese experimentado conocedor de la vida humana, sea en heroísmo o en miserias. Y aunque *La sombra del caudillo* se agiganta con el tiempo, el *Pedro Páramo* de Rulfo no sólo admite tal comparación, sino que también aparece,

co Fombona en 1913 fue uno de sus grandes adalides, pero ignoró por completo la existencia de Pezoa Véliz. Nunca supo que con anterioridad a su campaña ya había obra escrita y perdurable en ese sentido.

El trabajo a hurtadillas

Al examinar el trabajo de los cuentistas latinoamericanos se ve que su volumen es exiguo, pese a los logros, de gran calidad, que es posible seleccionar. El ambiente, a menudo, no es propicio para desarrollar el fervor. Desde luego su labor es a hurtadillas, en los ocios que deja otro oficio, que es principal, y que les otorga el sustento. Otras veces están diluídos en labores periodísticas, ejerciendo una escritura que no es la poética y en la cual se fatigan y desgastan. Tampoco debe descartarse la tentación política con sus sectarismos y distorsiones, en la cual se invierten carillas y carillas en la lucha contra un gobierno determinado que ocupa en la geografía latinoamericana una porción minúscula. Pero nada es tan grave como la falta de verdaderos editores y demanda de trabajo creador por los lectores comunes. Asimismo, un ambiente pobre de estímulos intelectuales hace más difícil la labor creadora, por cuanto es preciso autoforjarse una atmósfera superior, una especie de aire acondicionado espiritual cuyo costo vital debe pagarse, en lecturas incesantes, en un coraje íntimo, a toda prueba. En suma, la provincia literaria no es un factor positivo.

El humanismo de oropel

Lo que malogra a nuestros cuentistas y artistas, en general, no es ese humanismo de oropel que se estudia en el bachillerato o humanidades, sino que la ausencia del grande y verdadero, del humanismo desinteresado que debiera ser apoyado por las universidades, no para otorgar cargos de profesores ni títulos profesionales, sino que para enriquecer el acervo de los pueblos, cuando el ciudadano carece de fortuna personal para costeárselo por sí mismo. La frase acuñada por un ensayista en el sentido de que « América sería una novela sin novelistas », o un cuento sin cuentistas, en nuestro caso, debido al escaso volumen de la gran obra producida, tiene su razón de ser si se considera que el gran humanismo, el verdadero, está fuera del programa y de los presupuestos de las universidades. La mayoría de los trabajos literarios fallan por vacíos y esquemáticos, aunque el fervor de los desamparados autores sea tan grande como el arrojo de vender la única casa de que disponían para costearse una edición sin mercado alguno, o la enajenación del piano de la esposa, realizada con idénticos fines. Nosotros no nos avergonzamos de examinar todos los factores con un criterio humano y global. Sería más cómodo abordar sólo el análisis doctoral y engolado de los puntos de vista estilísticos, pero no calaríamos tan hondo en el corazón del público y de los propios creadores.

El siglo XX y la confusión de las técnicas

El cuento, el teatro y la novela han sufrido en el siglo XX, en forma muy violenta, el problema de la confusión de las técnicas literarias, que no es otro sino que la autodestrucción de los géneros literarios por tratar de salirse de las órbitas o límites que les son propios o específicos. Cabe preguntarse, desde luego, cómo se produjo el suceso. Nosotros estimamos —y algunos novelistas y narradores ya están de acuerdo en ello— que los primeros tres decenios del siglo XX fueron copados y avasallados por una grande y creadora producción de poesía lírica, que si bien no ha tenido ni editores ni lectores fue una realidad pujante y, hasta ese momento, desconocida en la cultura occidental. Esta poesía lírica de vanguardia, como toda poesía lírica empleó un manejo muy especial de las imágenes y el lenguaje. Un uso muy personalísimo de las palabras. Al ver la esplendorosa renovación de la poesía lírica, narradores desaprensivos creyeron que también era posible rejuvecer sus géneros por métodos parecidos y aún hasta los días que corren lo siguen creyendo. El comediógrafo Tardieu, escenifica poemas líricos ; algunos cuentistas escriben cuentos sin argumento, que parecen fragmentos arrancados a una novela, y hay

ANTONIO DE UNDURRAGA

novelistas de un determinado caos, que no tiene casi principio ni fin adecuado. Se creyó que el cuento podía renovarse por medios externos y no internos, dentro de su técnica específica. En la pintura y en la escultura ha sucedido algo semejante. Chagall ha pintado poemas y Dalí ha hecho otro tanto. Pero la pintura es el arte que más y mejor se ha prestado para este tipo de renovaciones. Otros han sido totalmente refractarios (en especial la escultura). Un antologista latinoamericano, en medio del desconcierto general, llegó a pensar que la técnica del cuento era imposible de precisar. Sin embargo, en ese mismo lapso el cuentista Juan Bosch dictaba en Venezuela una acertada cátedra sobre el particular, y quien desee conocer una síntesis de ella puede consultar su interesante trabajo intitulado : « Apuntes sobre el arte de escribir cuentos » (publicado en la revista *Shell* de Caracas, en diciembre de 1960). Lo único que olvidó Bosch fue insistir sobre los trucos o técnicas de verosimilitud que son familiares a todo cuentista o novelista avanzado. Asimismo, olvidó algo fundamental para todos los géneros : la necesidad de la escritura poética en el sentido que nosotros le hemos dado —subrayamos— frente a la servicial o útil, que busca otros fines. El alma mágica, primitiva, del latinoamericano, si bien ayuda a veces a la creación artística en el género del cuento, no pocas veces malogra los trabajos estructurados a ciegas, en virtud de meras corazonadas. Unamuno, verbigracia, tuvo la peregrina idea de decir que el cuento precisaba de mucho diálogo, punto de vista absurdo, repetido por muchos, sin reparar que el diálogo es la esencia del teatro y que, por el contrario, es un veneno para los cuentistas si lo emplean a altas dosis.

Los mitos del siglo XX y el trabajo estético

Tanto los críticos como los creadores, para ponerse a salvo de espejismos capaces de malograr las energías vitales, deben tener en cuenta los principales mitos del siglo XX, en lo que atañe a su labor. Ellos son las sirenas que paralizan o ponen en marcha, según los casos, las fuerzas creadoras. Uno muy conocido es el que habla de la « superioridad del hombre del pueblo », como si la superioridad humana no se encontrase en todas las clases y condiciones sociales. En este mito cayó hasta el poeta Antonio Machado, humanista superior y filósofo personal para el cual Dios era la nada absoluta. Se trata de un mito espartaquista que ha crecido con gran ventura. Una serie de cuentistas colombianos, de la última hora, han logrado sus producciones sin poder dominarlo. Otro muy importante es ese que dice que la « capitalización y la técnica » son instrumentos que se manejan (por la democracia y la economía planificada a grandes rasgos, con libertad en los pequeños), para realizar la « explotación del hombre por el hombre ». En función de este mito ha crecido, como un gigante, el ya citado cuentista Baldomero Lillo. Pero la realidad es clara y no se quiere ver : la capitalización, en todos los regímenes habidos y por haber, supone esa necesaria subordinación que se la puede llamar, si se quiere, la ordenación del hombre por el hombre, o sea, el hombre intelectual que dirige y el hombre manual que mueve las máquinas. Si el artista falla en observar el caso, de seguro su cuento será un alegato fraguado en el aire, y habrá perdido lastimosamente sus dotes creadoras, a no ser que logre la hipnosis perfecta, se identifique con el mito, y alcance a

dor, Perú, Bolivia y Chile. En el Perú hemos destacado a Ricardo Palma (1833-1919), más valioso como cronista ; a Enrique López Albujar (1872), autor de relatos que poseen un gran patetismo, ubicados en la zona andina del Perú ; a Ventura García Calderón (1885-1959) ; a Abraham Valdelomar (1887-1919), autor de poderoso vuelo ; Emilio Romero (1899) ; Francisco Vegas Seminario (1903), que en algo se hermana con López Albújar, pues tiene alientos épicos ; José Díez Canseco (1904-1939) ; Luis Valle Goicochea (1908-1954) ; José María Arguedas (1913) ; María Rosa Macedo (1912) ; y Raúl Galdo Pagaza (1928).

En el Ecuador se destacan : José de la Cuadra (1903-1941) ; Joaquín Gallegos Lara (1911-1947) ; Enrique Gil-Gilbert (1912) ; Adalberto Ortiz (1914), autor de relatos muy intensos, pero de obra bastante irregular ; Pedro Jorge Vera (1915), de gran facilidad de exposición, que a veces malogra su profundidad ; su tendencia es naturalista. Eugenia Viteri, José Alfredo Llerena y León Hi-Fong.

En Chile tenemos los nombres de Baldomero Lillo (1867-1923), ya ubicado ; Federico Gana (1888-1926) ; Guillermo Labarca Hubertson (1879-1954) ; Carlos Pezoa Veliz (1879-1908) ; Januario Espinosa (1879-1946) ; Augusto d'Halmar (1882-1950) ; Eduardo Barrios (1884) ; Daniel de la Vega (1892) ; Manuel Rojas (1896) ; Salvador Reyes (1899), autor de relatos tan notables como *Tripulantes de la noche* y hermanado en ciertos aspectos con Pierre Mac Orlan. Es uno de los grandes cuentistas chilenos, por su sensibilidad e imaginación. Luis Durand (1895-1954), es el más alto representante de los cuentos rurales (escuela que en Chile se autodenominó « criollista ») ; María Luisa Bombal (1910). Aunque esta autora dispuso de mucho tiempo para escribir su obra de exiguo volumen, se percibe en la *Amortajada* la escritura realizada en vacaciones de campo, a veces frecuente, en el « segundo oficio », que a menudo constituye la literatura en Latinoamérica, y que aumentó el volumen de lo escrito por los « ruralistas ». Francisco Coloane (1910), que obtuvo premios por su obra *Cabo de Hornos*, que carece de solidez ; se superó, posteriormente, en un nuevo libro, de verdadera alcurnia. Marta Brunet (1904) ha cultivado diversas tendencias ; Nicomedes Guzmán (1914) ha dedicado un mayor empeño a la novela. Otros autores son los siguientes : María Flora Yáñez ; Luis Merino Reyes (1912) ; Andrés Sabella (1912) ; Braulio Arenas (1913) ; Hernán del Solar (1901) ; Margarita Aguirre (1925) ; Mario Espinosa (1924) ; María Elena Gertner (1927) ; Guillermo Blanco (1926) ; Pedro Carrillo y Waldo Vila. En el tiempo presente ha habido en Chile un vivo entusiasmo por cultivar el cuento, pero los buenos frutos han sido escasos. Es lo que nosotros presentimos en 1952. Entonces la soberbia herida de un círculo de escritores convirtió un ágape en proceso contra quien escribe estas líneas. Hoy nos damos cuenta de que hubo en nuestras palabras una desagradable visión profética. Chile ha sufrido el impacto de dos cataclismos en veinte años y un duro ritmo de vida al servicio de su industrialización para superar el marco agrícola pastoril. Rusia no ha sido ajena en los días de hoy a impactos similares (guerra mundial o industrialización primero). Entonces, no se pueden pedir frutos excesivamente cuantiosos en la creación estética. Asimismo nos apenan las antologías de escritores difuntos (para no ponerse mal con los autores vivos), que están aflorando en Chile. Son una manera de defenderse contra las espadas y puñales provinciales, pero que nos rebajan en el plano mundial, que es el único válido. Siempre cabrá recordar que en los cuentos de *Azul*, de Rubén Darío, tuvimos un punto de partida universal. Si Rubén Darío era un nicaragüense de origen, en Chile logró la cultura que hizo posible su etapa parnasiano-simbolista que después se denominará « modernista ».

En el tramo geográfico más alto del ex Imperio de los Incas tenemos a Bolivia con los siguientes cuentistas : Juan Francisco Bedregal (1883-1944), autor de un incitante viaje de Don Quijote y Sancho por los páramos del Altiplano ; Alberto de Villegas (189...), de notable formación francesa ; Alcides Arguedas (1879-1946), más conocido como ensayista ; María Virginia Estenssoro ; Humberto Guzmán Arze, que ha dado a su prosa finos atisbos líricos ; Porfirio Díaz Machicao ; Augusto Céspedes (1904), narrador de la guerra del Chaco ; y Oscar Cerruto (1907), de fina prosa y autor de relatos fantásticos.

En el panorama del Río de la Plata (incluyendo al Paraguay que tiene en él su salida al mar), tenemos a Leopoldo Lugones (1874-1938), de cuyo realismo fantástico ya hemos hablado y que exige una mayor atención. A Horacio Quiroga (1878-1938), cuya fama no necesita comentarios y que reputaba el cuento como una « novela exenta de ripios ». Desde luego, *Eugenia Grandet*, de Balzac, está escrita con la técnica de los mejores cuentistas. Otros autores son los siguientes : Manuel Ugarte (1878-1951), que cultivó todos los géneros literarios ; Juan Natalicio González (1897), paraguayo ; Santiago Dabove (1889-1951), todavía inédito, descubierto por Jorge Luis Borges en 1940 ; Manuel Peyrou (1902) ; Arturo Cancela (en colaboración con Pilar de Lusarreta), (1892) ; Vicente Barbieri (1903-1956) ; Enrique Anderson Imbert (1910), más conocido como ensayista y crítico ; Julio Cortázar (1918) ; Adolfo Bioy Casares (en colaboración con Jorge Luis Borges), (1914) ; María de Villarino, después de un largo ejercicio en la poesía lírica, ha cultivado el cuento con aciertos de estilo y emotividad ; Francisco Espínola (uruguayo, 1901) ; Juan José Hernández y Julio Supervielle, nacido en Montevideo (casi por azar), que escribió en francés, pero que vio sus cuentos circular plenamente traducidos al español. A estas alturas nuestra pantalla de radar en busca de autores se queda en blanco, pese a la buena voluntad que anima nuestros esfuerzos. Pareciera que el Río de la Plata no fuese tampoco una zona propicia para generar cuentistas. Lugones y Borges han logrado aclimatar un poco el cuento fantástico, que ha venido a ser una especie de actividad metafísica, a falta de una actividad teológica o religiosa de índole similar. De Jorge Luis Borges (nacido en 1899), ya hemos hablado algo. A los cuarenta años empezó Borges a publicar sus cuentos y a la luz de « Tlön, Uqbar, Orbis Tertius », cuento incluído en 1940 en su *Antología de la literatura fantástica*, se ve que su principal originalidad está en poner como sujeto y argumento de un relato una supuesta erudición. La erudición es pariente de la sabiduría, y la sabiduría es una aspiración humana, inquietante como el oro. Así como Alfonso Reyes malgastó su enciclopedismo en las columnas de los periódicos, Borges, por el contrario, convencido de que era un ensayista sin vocación, llevó sus acervos al relato y éste tuvo que ser fantástico, pues de lo contrario se habría tornado en clase de filosofía, ya verdadera, ya apócrifa, mientras que en lo fantástico cabía también la erudición apócrifa. Borges lee el alemán, pero no lo habla. Así se explican sus traducciones de Kafka, cuya influencia es visible en « Aleph » y otros cuentos. Sus relatos menos logrados, o simplemente frustrados, son los que bordean el género policíaco. El peligro de su arte está en que no puede interesar al filósofo profesional, ni tampoco al lector medio sin inquietudes metafísicas o ansias de sabiduría. Ya lo dijimos, es el creador del cuento enciclopédico.

Una antología mexicana sobre América, en el año 1946, incluyó un cuento del chileno Pedro Prado (1886-1952), en representación de Chile. De seguro que fue el único que Prado escribió en toda su vida. Para Puerto Rico hemos recogido el nombre de Pedro Juan Soto (1928), que ha vivido en Nueva York. Esperamos que con el transcurso de los días nuestro radar vaya descubriendo más y más valores. Con todo, no faltarán las protestas de las « cordilleras » presentadas como « colinas » o que, simplemente, han quedado del todo ausentes. Nuestra sinceridad no teme y nuestro corazón sólo aspira a recibir la luz de la balanza de Thot, el dios que en el tribunal de Osiris pesaba los corazones. Anhelamos la medida que él otorgaba a los justos.

GUILLERMO DE TORRE

El ensayo
y algunos ensayistas americanos

En un libro reciente, se me antojaba representar la poesía y la novela de Hispanoamérica a modo de selvas incitantes, pero también inextricables, dada la frondosidad de esos géneros donde algunos troncos poderosos casi se pierden de vista, oprimidos por un espeso follaje, por lo que Alfonso Reyes más directamente llamaba el fárrago. Y me preguntaba yo : ¿acaso no sería el ensayo, aplicado particularmente a la interpretación y desciframiento de lo americano, el vehículo literario más genuino, en última instancia, más logrado y característico? Tal interrogante pudiera ahora contestarlo afirmativamente, al enfocar el ensayo como punto central y convergente de unas cuantas cuestiones intelectuales sugeridas por libros últimos. Planteándose tal averiguación José Luis Martínez (*De la Naturaleza y carácter de la literatura mexicana*, Academia Mexicana, 1960), y por lo que se refiere a su país, señala que el ensayo, tanto en el modernismo como en la época de la Revolución y actualmente, « ha sido (desde Justo Sierra a Alfonso Reyes) la conciencia más lúcida y generosa de México ». Y algo semejante pudiera decirse quizá de las demás literaturas americanas. Sin embargo, enemigo de reducciones simplistas, de generalizaciones apresuradas en todos los campos, y particularmente en las letras americanas, tan proteicas y surcadas por direcciones contradictorias, permítanseme ciertos desbrozos y matices.

Así pues, ante todo, tratemos de ver claro en estas cuestiones ineludibles : ¿qué es exactamente el ensayo americano?, ¿cuáles son sus límites y sus alcances?, ¿dónde empieza en el tiempo y hasta dónde se extiende en el espacio? Si, por ejemplo, nos atuviéramos a las clasificaciones establecidas por dos tratadistas últimos (Robert G. Mead, *Breve historia del ensayo hispanoamericano ;* Alberto Zum Felde, *Índice crítico de la literatura hispanoamericana. La ensayística*), estaríamos a punto de perder toda noción de los límites ; al menos, la perspectiva que se nos presenta resultaría casi inabarcable por desmesurada. De acuerdo con la relación del primer autor nombrado, para establecer la filiación del género deberíamos remontarnos « ab ovo », ya que en efecto su *Breve Historia* comienza con *El Diario* de Cristóbal Colón, las *Cartas de Relación* de Hernán Cortes y la *Verdadera Historia* de Bernal Díaz del Castillo, continuando luego con los demás historiadores y cronistas de Indias, hasta desembocar tres siglos más tarde en el primer —cronológicamente— hombre de letras americano : Andrés Bello. Igualmente, el segundo de los críticos inicia su recorrido con los cronistas de Indias, aunque de hecho sólo entre —hasta cierto punto— en el tema a partir de Bello y Sarmiento, antes de llegar a los verdaderos fundadores, Montalvo y Rodó.

Ahora bien, no es únicamente tal amplitud temporal lo que causa nuestra perplejidad, sino la generosa elasticidad que otorgan al ensayo, desde el momento en que dentro de ese territorio no vacilan en incluir figuras de características muy varias, rostros

disímiles : historiadores, emancipadores, sociólogos, algún que otro filósofo y aun varios políticos en trance de teóricos. ¿Cómo se explica tal ensanchamiento en las fronteras de un género como el ensayo, sin duda, hoy mismo, el más dúctil y prismático de todos, pero cuya cualidad literaria es esencial? Me refiero a su estructura formal, a su envoltura estética —cuando más discursiva, filosófica— ; con lo que resultan excluídos aquellos otros escritos movidos por una intención política, didáctica, social. Se dirá que con tal criterio libros tan copiosos como el del tratadista uruguayo mencionado quedarían reducidos a pocas páginas, y, por consiguiente, el panorama ideológico, cultural, que nos ofrece del continente habría de resultar muy amputado. Se argumentará asimismo con el testimonio valioso de Unamuno cuando sostenía que en la producción escrita de la América hispánica, antes que las obras de sus poetas y novelistas, le interesaban las obras de historiadores, caudillos y memorialistas, por entender que en sus páginas se expresaba con más autenticidad el alma del continente. Y en efecto, un punto de mira muy parecido es únicamente el que puede explicar tal prioridad o superabundancia de lo extrínsecamente literario en el ensayismo, al menos tal como se ha concebido hasta tiempos muy recientes en América. De acuerdo con tal modo de ver lo determinante del género, es la temática continental, es la preocupación de lo que se entiende por propio y privativo, es la indagación de su personalidad diferencial, es la interpretación de sus motivos vitales, de sus razones de ser y existir...

Sin embargo, buscando precisiones, evitando ambigüedades e interferencias, ¿no convendría ya empezar a dibujar una delimitación de fronteras en el ensayismo de América? Tal demarcación no habría de excluir en principio —como tampoco sucede en las literaturas europeas— de su área ninguna producción por su simple *contenido* —de suerte que en ella quepan desde la interpretación histórica a la crítica literaria— pero sí exigir que el *continente* revista —insistamos— una calidad literaria, una hechura más libre que sistemática, una intención más *desinteresada* que tendenciosa. Al requerir estas mínimas características no pretendo en modo alguno imponer ciertas normas preceptivas, difíciles, temerarias en cualquier caso, y mucho más cuando se trata de un género tan proteico, huidizo, personalísimo como el ensayo, cuyo perfil exacto sólo puede fijarse con ejemplos de calidad y no con reglas fijas apriorísticas.

Por su parte, el crítico y universitario norteamericano Mead, en su jugosa *Breve Historia* —al principio mencionada—, buscando la progenie del género en América, tras mencionar además de los ascendientes clásicos, los franceses, ingleses y norteamericanos, no vacilaba en incluir asimismo ejemplos españoles inmediatos : los de la generación de 1898. Por mi parte llevaría más adelante este parangón, preguntándome si acaso esta América no se encontrará actualmente viviendo su 98 ; esto es, atravesando un período de crisis, de muda, de examen de conciencia semejante al finisecular español, dada la extensión y la intensidad con que en sus escritores se plantea en forma muy aguda y dramática, a veces obsesionante, el problema del autoconocimiento, el desasosiego por el encuentro de su personalidad. Mas con una diferencia peculiar, con un matiz distinto respecto al ensayismo español noventaiochista ; consiste en que los autores hispanoamericanos —salvo alguna ocasional excepción, como la de Martínez Estrada, el autor de *Radiografía de la pampa* y otros libros similares, en la Argentina—, nunca llegan al tono acre, al autocriticismo inaplacable, inclusive a la especie de masoquismo desolador en que aquellos, diríamos, se deleitan con maestría. Por cierto, no dejaré de anotar los equívocos que tal actitud promueve, vista a distancia por los lectores americanos —lo he experimentado con los estudiantes—, quienes toman al pie de la letra tan áspero criticismo y sacan consecuencias apresuradas tras la lectura aislada de cualquier página de Costa, de Ganivet, de Unamuno o Baroja, concluyendo sin discernimiento que España es poco menos que algo acabado. Ahora bien, por lo que concierne al ensayismo hispanoamericano el caso es que apenas abrimos un libro nuevo donde esta desazón inquisitiva, si bien más atenuada, no se transparente con acuidad, sea uno u otro, lírico o discursivo, dramático o novelesco, el cauce formal en que se vierta.

*

Pongamos algunos ejemplos de estos últimos años que todavía no fueron debidamente subrayados. Aquí tenemos, en primer término, *La vida blanca,* de Eduardo Mallea (Editorial Sur, Buenos Aires, 1960). « En mi memoria —nos dice muy expresivamente, desde la primera página— ninguna preocupación llega más lejos que la preocupación por mi país. » ¡Qué curioso —apostillaríamos en seguida— pensar que este poderoso imaginador ha sido uno de aquellos que los monopolizadores del argentinismo de vía estrecha calificaron en son peyorativo de europeizante, de ajeno a los modos presuntamente nacionales! Y todo ello porque la hechura y calidad de sus libros rebasan ciertos niveles locales, porque su lengua escrita guarda siempre una prestancia noble, y, por ejemplo, no condesciende a que sus personajes de ficción se angosten entre el *voseo* y las exclamaciones alalas del común. Pero la realidad es que Eduardo Mallea, bien por el camino que le es privativo y magistral, el novelesco, o bien por el discursivo —particularmente en *Historia de una pasión argentina* y luego en *Meditaciones en la costa*— nunca ha dejado de traducir un afán inquiridor respecto a su país argentino. Ninguna complacencia en sus reflexiones ; tampoco la arbitrariedad estridente, descentrada, que ahora domina en cierto escritor argentino, aplicado en otro tiempo con gran agudeza a pareja autocrítica. El tono admonitorio de Mallea, no por apasionado, deja de ser lúcido. Si pega es porque le duele, y no en carne ajena, sino en la propia, al comprobar un grave declive espiritual y moral en su alrededor. Desmayo, desustanciación, descenso de niveles : eso es lo que llama la « vida blanca » : en las almas —« afán de parecido ordenado por reglas medianas, pasividad, tibieza, beatería »—, y en la ciudad —« horizontalmente y verticalmente blanca ; blanca en los rostros, blanca en su enorme, fría, perspectiva espacial »—. Advirtamos que el libro fue escrito en 1942, en vísperas de un golpe de Estado dictatorial, circunstancia que agravó y aumentó los males ahí señalados ; el autor lo ha considerado vigente al publicarlo diez y ocho años después. Y, en efecto, *La vida blanca,* leído y meditado, puede ser un revulsivo moral más saludable que cualquier panacea política.

También la preocupación autoinquisitiva, aplicada ahora a toda una vida y una época, se revela de modo incitante en un libro nuevo de Mariano Picón-Salas, *Regreso de tres mundos* (Fondo de Cultura, México, 1959) ; como que se trata sustancialmente de una autobiografía, o con más exactitud de un libro de memorias libremente ordenado, donde no sólo importa el protagonista, sino su ambiente vital e intelectual ; de ahí el subtítulo : « Un hombre en su generación ». Ya hace años Mariano Picón-Salas había vivificado algunos recuerdos en las finas estampas de *Viaje al amanecer,* otros en la novela *Los tratos de la noche,* pero ahora el campo visual es más amplio, puesto que abarca también la trayectoria de sus años adultos : sus *Lehrjahre* y sus *Wanderjahre,* sus partidas y sus regresos, no sólo de los tres mundos teológicos, sino de otras regiones, como las letras, la política, el destierro, en el decenio del 30 y siguientes : experiencias diversas que el autor, sin desdeñar lo anecdótico, pero sin sucumbir a ello, eleva a un plano reflexivo. Por ello estas páginas son en última instancia algo más que memorias, son el testimonio cabal de un hombre y de una época, cuyo fondo es su Venezuela natal, pero cuyo ámbito adquiere totalidad americana. Porque —no lo olvidemos— Mariano Picón-Salas es uno de los no muchos escritores que poseen una visión y un sentimiento continental ; por eso fue capaz de darnos en una biografía de Miranda la verdadera dimensión de este precursor ; la misma conciencia de América como un todo le llevó a componer otro libro que no hay hipérbole en calificar de magistral : *De la conquista a la independencia.* Como quiera que en *Regreso de tres mundos,* libro arquetípico de madurez y decantación, ya al « regreso » de algunas experiencias y desilusiones, el autor no vacila en atacar frontalmente ciertos mitos, no es extraño que Mariano Picón-Salas haya debido soportar desde su país (tan sacudido últimamente, al salir de una dictadura, en busca de un difícil equilibrio entre extremos violentos, que sólo un piloto experto como Betancourt logra mantener en su rumbo propio) algunos encontronazos y malentendidos. Pero ciertos capítulos como el titulado « La palabra revolución » y el siguiente deben leerse y meditarse por los

prevenidos o sectarios. Transcribamos únicamente estos párrafos que nos traen al recuerdo otros de Albert Camus : « La mejor utopía de cambiar el mundo que se ofrece como meta final de la política, tropieza con la sangre y el furor de toda aventura humana, y la justicia radical y absoluta —que se comenzó invocando— se escinde en una serie de injusticias parciales. Acabamos entonces por aprender que ninguna utopía política ha logrado realizar el Estado perfecto, y quizá la reforma más válida de la sociedad comenzará en el hombre mismo. Todo intelectual que lo sea de veras sufre también la contradicción —tan propia de la época— entre su deseo de aceptar la intervención del Estado para abolir la miseria y repartir mejor los bienes de la tierra, y su resistencia a aceptar la misma coacción cuando pretenda fiscalizar el pensamiento y meterse en ese otro mundo, inventor, poético y desasosegado, que es el del espíritu. » No olvidemos anotar que a su insobornable sinceridad y su densidad ensayística este libro une, en varias páginas, admirables cualidades de estilo.

¿Acaso no linda asimismo con el ensayo este conjunto de biografías casi poéticas, de estampas evocadoras que, inscritas en la sucesión zodiacal de los meses, nos ofrece Germán Arciniegas? Aludo a su *América mágica* (Sudamericana, Buenos Aires, 1959), calificativo este último quizá un poco azaroso —si bien el autor parece identificarlo con « la audacia de hacer de lo imposible lo posible »—, que no hay inconveniente en aceptar, siempre que no excluya otros, como el de « dramática » en primer término. Pero lo que un escritor tan diestro como Germán Arciniegas ha tendido a darnos es la corporización del mito, en su reducción humana : una galería de vidas memorables, de imágenes ejemplares de América con los colores vivos de las « images d'Epinal » o con todo el encanto y el sabor de una vieja conseja narrada a la par para niños y grandes. Por ello su galería es tan nutrida y varia, pues aunque en este tomo se reduzca a la docena de los meses del año, promete ampliarse y desdoblarse en otros conjuntos sucesivos. Por análoga razón, no se limita a un sector, época o país : funde, entre otras, figuras indígenas —así Cuauhtemoc— con emancipadores —Bolívar, Martí, Artigas—, una santa —Rosa de Lima—, un fraile —Mier— y escritores —Echeverría, Montalvo, Sarmiento—.

Detengámonos un momento en este último, ya que este año se conmemora el siglo y medio de su nacimiento. Imposible, aun si quisiéramos ver a Sarmiento solamente como escritor, adscribirle a un género específico. Podríamos, en principio, y así lo hicieron los historiadores al comienzo nombrados, situarle entre los ensayistas, en el sentido más lato, y pensando únicamente en el *Facundo*, si las páginas de este libro no lindaran asimismo con la historia, la sociología, el panfleto. ¿No era, entre otras virtudes, esta dimensión inabarcable, la rebeldía antidogmática aquello que entusiasmaba en Sarmiento a Unamuno? Germán Arciniegas que narra como jugando, que escribe su vida y hazañas —como la de los demás protagonistas— con fluidez y familiaridad, acierta, desde el primer momento, a caracterizarle con un trazo lapidario : « Era Sarmiento un bárbaro que creía en la civilización. » Y algo semejante podría decirse de su estilo, de su conducta ante el idioma, rompiendo exteriormente con ciertas normas, pero desde un fondo de casticismo profundo. En rigor, su criollismo no anula, antes al contrario, da fuerza y relieve a su españolismo tanto idiomático como temperamental.

Frente a la opción unilateral que Sarmiento entendía haber adoptado, gran parte de la generación actual se afana en alcanzar una síntesis conciliadora de culturas e influencias. Así José Luis Martínez —en el libro que ya hemos citado— cuando escribe desde su mirador mexicano : « Muchos se han sentido obligados a optar entre uno y otro (el mundo de las culturas aborígenes y el de la cultura española y europea), con lo que mutilan y deforman la historia y a nosotros mismos ; pero dejando a un lado las preferencias ideológicas y sentimentales, el hecho es que los dos brazos nos pertenecen y sólo en vista de ellos nos explicamos cabalmente. »

Esta fusión y su posible, ambicionado peso en el mundo occidental, las perspectivas de « la familia hispana en la familia universal », desde un punto de vista general, que rebasa lo específicamente literario,

es el tema que Salvador de Madariaga examina en *Presente y porvenir de Hispanoamérica y otros ensayos* (Sudamericana, Buenos Aires, 1959). Los lectores de *Cuadernos* conocen ya su tesis : puesto que « vamos sin remisión al continente-Estado », lo previsto y natural es una Federación Iberoamericana. Pero sucede que, hoy por hoy, la familia hispana anda dispersa y por ello apenas pesa en la historia. Manera de remediarlo, su vigorización, su unidad. ¿Bajo qué signo? : el hispano, que desde luego, nada tiene que ver con cierta « hispanidad » tendenciosa. Pero ¡cuántos otros equívocos no habrá que pulverizar para llegar a tal meta! A ello se aplica Madariaga con su experiencia, su saber y su agilidad dialéctica en una serie de razonamientos, apoyados en ejemplos vivos, de « ilustraciones » concluyentes. Los problemas del nacionalismo e indigenismo, del mesticismo y el universalismo son desmenuzados por él no sólo con argumentos, sino con probanzas.

Si Madariaga, como término final de sus confrontaciones hispanoamericanas o iberoamericanas (pero nunca « indoamericanas », porque tal denominación se funda en un error y « es cosa en el fondo inspirada más que por la razón por el resentimiento »), tiene en vista Europa, Ángel del Río permanece dentro del continente al estudiar *El mundo hispánico y el mundo anglosajón en América* (Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura, Buenos Aires, 1960) ; es decir, el « choque y atracción de dos culturas » en el Nuevo Mundo. ¡Delicadas aproximaciones, arriesgados chispazos incendiarios, los que en manos de otro espíritu menos sereno que el de Ángel del Río podría originar tal cercanía! Sobre todo en momentos como los actuales, cuando cierto cisma político-ideológico de un país hispanoamericano suscita tantas prevenciones y actitudes defensivas en los demás del continente, en primer término Estados Unidos, y también al revés. Pero el autor de este libro se limita, desde un punto de vista histórico-cultural, a describir el proceso histórico de las relaciones entre España y Estados Unidos, y en segundo lugar, entre estos últimos e Hispanoamérica. En el primer caso, acierta a echar por tierra la imagen superficial que los dos pueblos se forjan uno de otro, apuntando, por el contrario, sutilmente, ciertas afinidades y posibles rasgos complementarios. En el segundo, más allá de cierta división del siglo XIX, pero que aún tiene vigencia (Estados Unidos del Norte, Estados Unidos del Sur) y también de la antítesis de Rodó (Calibán y Ariel), lo que al autor le importa señalar, en el plano cultural es « la existencia en Estados Unidos de un interés genuino y bastante extendido por los estudios hispanoamericanos », según muestran revistas y libros especializados, estudiantes becarios, traducciones recíprocas de textos literarios, aunque fatalmente los de autores hispanoamericanos al inglés estén en minoría. Porque en rigor y en esta esfera de interrelaciones culturales —a diferencia de la política, tan cargada ya de historia, y casi nunca limpia— todo está por hacer o por escribir.

¿Cómo terminar cualquier recorrido por algunos tramos del ensayo americano sin recordar a quien fue uno de sus primerísimos cultivadores, quizá el guía y maestro por excelencia? Aludo, como se intuirá, a Alfonso Reyes, y tal mención no es caprichosa ni meramente protocolar, sino obligada en este registro, ya que la actualidad bibliográfica de Alfonso Reyes no ha prescrito con su muerte y al modo de un Cid de las letras sigue ganando batallas y publicando libros. En efecto, hasta algún tiempo después hemos seguido recibiendo libros con su firma. Por ejemplo, la tercera serie de su *Marginalia* y el segundo ciento de *Las burlas veras* (Fondo de Cultura, México). Como quiera que el polígrafo (no, eso suena algo desnaturalizador, más bien « el primer hombre de letras americano de nuestro tiempo », según se le ha llamado muy justamente) había llegado a su plenitud más dorada y sabrosa, como ningún tema le era ajeno y en todos sabía melificar, he aquí que estas burlas hechas veras y también veras trocadas en burlas sutilísimas, abarcan una variadísima serie de motivos. Todos ellos rebosantes de ingenio, agudeza, humor. Ábranse al azar sus páginas (este es uno de los encantos del libro de miscelá-neas, tan bobamente menospreciado por algunos) y se tendrá la prueba. Síntesis de culturas, espejo de asimilaciones y foco de invenciones : todo eso —entre otras cosas— representó el ensayismo de Alfonso Reyes.

Los medios de información pública y la democracia

POR ALBERTO BAEZA FLORES

Me propongo examinar, brevemente, un tema en el que he vivido inmerso por mi condición de periodista y escritor : la información pública. Para un demócrata, ésta continúa significando libre examen ; pero para un totalitario, no hay otra que no sea la impuesta por el sistema que difunde propaganda reacondicionada con el pretexto de ofrecer noticias.

Escribir o decir ciertas verdades, cuando ellas se refieren a sistemas de opresión o terror, ha solido y suele representar un riesgo en América Latina. El exilio de Sarmiento, perseguido por el tirano Rosas, fue más que un símbolo. La muerte en la prisión del poeta Domingo Gómez Rojas representó un crímen contra su generación de escritores rebeldes chilenos. No en vano en las cárceles de Juan Vicente Gómez, en Venezuela, o en las de Benavidas y Odría, en el Perú, o en las de Perón en Argentina se puso a prueba a periodistas y escritores. Los tiranos centroamericanos también encarcelaron a algunos insobornables artesanos de las palabras.

El general Gerardo Machado inauguró su régimen en Cuba con el asesinato del director del periódico de oposición a su gobierno : sus agentes mataron a perdigonazos al periodista Armando André cuando regresaba a su casa desde la redacción de *La Tarde*. Acababan de transcurrir tres meses del juramento presidencial.

Cuando un reportero ecuatoriano descendió de la Sierra Maestra, después de haber entrevistado a los que se enfrentaban a la segunda tiranía del general Batista, fue detenido en La Habana por agentes de los cuerpos represivos de la tiranía. Fue torturado hasta el crimen.

Conocí a dos hombres dispuestos a denunciar los desmanes de la tiranía de Trujillo y a escribir sobre aquel régimen, no para ocultar la verdad, sino para decirla. Ambos fueron autores de libros-denuncias y ambos fueron asesinados por los esbirros trujillistas : Galíndez secuestrado en Nueva York y Almoina Mateos asesinado en México.

Los métodos totalitarios, las experiencias con los prisioneros de las Naciones Unidas en Corea y las que ahora debe de estar aplicando la policía política de Castro en Cuba, evidencian que cabe reacondicionar la inteligencia humana. Es un descubrimiento estremecedor, porque la humanidad puede ser dirigida hacia su propia destrucción o aniquilamiento sin necesidad de guerra atómica, química o bacteriológica. El uso de gases fue suprimido por inhumano, pero los totalitarios ensayan un bombardeo psicológico. ¿Y qué es más peligroso : el gas que ataca al pulmón o el método de Pavlov que interfiere la mente? ¿Es más dañino el uso del gas asfixiante o el « lavado de cerebro » totalitario?

Los medios y los métodos

No son los medios de información, por muy poderosos que sean, los que han de preocupar. Cuando estos medios imparten un solo criterio, suprimen todo examen y obligan a oír o ver solamente lo que al régimen de fuerza interesa o conviene, es cuando el empleo de la información afecta a la vida del hombre y se convierte en un problema moral frente a la libertad.

Si bien es cierto que la radiodifusión permite

hoy la ruptura de barreras geográficas, no es menos verdad que dentro de los regímenes de fuerza ha obligado a crear una represión contra radioyentes no autorizados. Un régimen totalitario puede controlar directa o indirectamente la venta, reparación o colocación de los receptores de radio que son indispensables para poder recibir los programas. Puede su policía castigar a radioyentes clandestinos, ordenar que los receptores de onda corta no sean reparados y hasta —lo que es más frecuente— producir interferencias y superponer ruidos que impidan la recepción de los programas prohibidos por razones políticas. En el Occidente cualquier ciudadano puede escuchar cuanto programa se produce detrás de la Cortina de Hierro ; pero en el mundo sometido al totalitarismo, escuchar lo que procede de otros sistemas políticos es una verdadera aventura clandestina. La cárcel puede ser el epílogo para el que se aventure a oír lo no aprobado. Por otra parte, el sistema de vigilancia colectiva, fuerza centrífuga en los regímenes autoritarios donde la delación es considerada una virtud, permite un complemento del control ejercido por los cuerpos represivos.

Que la radiodifusora empleada en un mundo con libertades es un vehículo de participación humana, lo evidencian los hechos de cada día. Por ejemplo, cuando el Presidente Roosevelt fue atacado por quienes tenían ideas contrarias a las suyas dentro de los Estados Unidos, se limitó a responder por la misma vía. Ni el criterio de la oposición, ni otro ninguno, fueron limitados en sus formas expresivas, y es que la democracia tiene su esencia en el libre examen. Pero recuerdo haber visto escenas de concentraciones hitlerianas, captadas por cámaras de los noticieros cinematográficos. El Führer hablaba por radio, insultaba, pero nadie tenía derecho a replicar, pues la oposición había sido amordazada.

El ojo de Polifemo

Con motivo de la campaña presidencial para elegir al sucesor de Eisenhower el mundo fue testigo —unos dentro del territorio norteamericano y otros a través de noticieros cinematográficos— del más singular duelo de ideas, opiniones, juicios y críticas entre el candidato del Partido Demócrata y el entonces Vicepresidente de Estados Unidos, candidato del Partido Republicano. Ambos comparecieron en el mismo estudio de televisión y fueron actores, ante un auditorio de más de cien millones de televidentes, de una polémica desarrollada en varias ocasiones. En las elecciones fue derrotado el candidato que tenía la simpatía del gobierno, el que ocupaba la Vicepresidencia de la República, y ganó el candidato del partido contrario que, para mayor desventaja, pertenece a una religión en minoría dentro del país. Esto parece cosa natural en una democracia donde la población puede no sólo cambiar cada varios años a sus representantes, sino que puede modificar su criterio en la medida que examina las ideas y los proyectos de los candidatos. Este sistema hubiera parecido cosa de otro planeta a los pueblos situados detrás de la Cortina de Hierro si, por ejemplo, Kruschef en vez de enviar a Molotov al destierro hubiera discutido con él públicamente por televisión. O como si, retrocediendo aún más, Stalin hubiera ofrecido a Trotski la oportunidad de un debate público por radio.

En todo régimen totalitario el ojo de la televisión es el ojo de Polifemo. Ulises consiguió escapar del embrujo, pero millones de personas han tenido que sucumbir a ese ojo único en esta segunda mitad del siglo XX.

Seducción y soborno

Los medios empleados por los enemigos de la democracia son variados y los planes suelen ser a largo plazo. Cuando no se han apoderado del poder, defienden « la libertad de opinión » y « los derechos humanos ». Cuando, como en Cuba, son dueños de toda la maquinaria estatal, suprimen toda opinión contraria y no hay más derechos que los que señala la fuerza de las armas represivas.

Dividen, para que así las minorías totalitarias puedan llegar al poder, a través de alianzas —que luego se vuelven en contra de los aliados— o a través del fraccionamiento de sus adversarios. Por ejemplo, algo de lo que pudiera suceder a la prensa chilena de mañana lo anticipó el 27 de julio de 1960 el senador Salvador Allende, candidato a la Presidencia de la República por la alianza comunista-socialista (FRAP), maniobra a la que se intenta atraer al Partido Demócrata Cristiano. Un régimen democrático como el chileno puede ser desarmado mediante elecciones democráticas si la minoría divide a la mayoría y si, una vez en el poder esa minoría, aplica el sistema de « facultades extraordinarias » con objetivos totalitarios. El senador Allende exigió al gobierno del Presidente Alessandri que se « impidieran los desmanes del diario *La Nación*, por desgracia, su diario oficial. » Los « desmanes » eran las opiniones sobre el caso de Cuba, que no son las que sustentan el senador Allende y el FRAP. Si en lugar de ser oposición fuera gobierno, el FRAP no necesitaría molestarse en exigir nada. En Cuba se empezó por quemar revistas como *Time* y *Life* y periódicos como *Prensa Libre*. De las quemas se pasó a las intervenciones de los periódicos y revistas cubanos, y de las intervenciones a la recogida de libros —como

El Doctor Jivago de Pasternak— estimados no favorables a la Unión Soviética.

Los totalitarios gritan que bajo la democracia no hay libertad de expresión y que la prensa del mundo occidental obedece a « monopolios ». Lo verdaderamente peligroso no es cuando la prensa pasa a manos de los « trusts imperialistas », con los que suelen trabajar periodistas comunistas o procomunistas, sino cuando pasa a manos del Estado totalitario, que sólo permite una única opinión y donde las palabras aparecen uniformadas al igual que los hombres de los cuerpos represivos.

Lecciones distintas

Bolívar y Martí quisieron unir para la libertad. El primero patrocinó una confederación de pueblos de América Latina ; el segundo escribió una vez que las revoluciones libertadoras van por caminos de papeles, indicando con ello el rango de la letra y la palabra como fuerza de comunicación y guía. Pero en el siglo XX hemos visto que las « revoluciones » opresoras, o sea las de espíritu totalitario, también van por caminos de papeles y recurren a los micrófonos y a la televisión.

Los métodos han ido pasando de una a otra tiranía. Lo que ha variado son los detalles. Demagogia y terror continúan siendo hoy los mangos de la misma tenaza usada ayer por los opresores de pueblos. La palabra continúa siendo la enemiga de los tiranos, déspotas y dictadores de toda clase. Por eso los « hombres fuertes » lo primero que hacen es adueñarse del control de las palabras.

Cuando Perón resolvió decapitar la libertad de expresión justificó la intervención de *La Prensa* de Buenos Aires como « un conflicto gremial ». Luego explicó desde su propia Confederación General de Trabajadores que dicho diario era « una de las cabezas de puente del capitalismo », agregando que instituciones como *La Prensa* eran « como la lombriz solitaria », que había que cortarlas para que no se reprodujeran. Castro, al ordenar la ocupación de los periódicos no plegados a su régimen, sólo cambió el calificativo de « lombriz solitaria » por « contrarrevolucionarios », a los que llamaría más tarde, « gusanos ».

Castro y Perón no hicieron sino aplicar en países mayores las experiencias que Trujillo ensayó en la República Dominicana. Trujillo no tenía milicias como Castro, ni « justicialistas » como Perón, pero organizó « la 43 ». en homenaje a las pistolas. Fundó *La Nación*, el más importante diario matutino, e hizo obligatorio suscribirse y enviarle anuncios. Obligó a cerrar al *Listín Diario*, que era la tribuna periodística más antigua y prestigiosa del país. Adquirió a través de uno de sus incondicionales *La Información*, de Santiago de los Caballeros. Para adueñarse del periódico vespertino *La Opinión* obligó a los accionistas a « venderle » las acciones y el propietario consiguió abandonar el país. Más tarde fue suyo *El Caribe*. La radiodifusión —desde *La Voz Dominicana* a las estaciones menores— formaba parte de la orquesta. El director de aquella sinfonía trujillista en honor del « Benefactor » fue siempre Trujillo.

¿Qué hacer?

He dedicado bastantes líneas a mostrar cómo la información pública puede ser dirigida contra la democracia. El tema no se agota. Aún hay otros medios totalitarios contra la libertad de expresión, que van desde la campaña del silencio hasta la difamación organizada, desde el soborno hasta la penetración « amistosa ».

¿Pero qué hacer ante una amenaza que no está lejana, sino quemándonos el solar de América Latina? Creo que lo primero que hace falta es valor ; lo segundo, responsabilidad ; y uniendo valor y responsabilidad, inteligencia.

Tan perjudicial para la democracia resulta acusar de « comunistas » a los que piden mejoras sociales, reformas agrarias, alfabetización, mejor vida para nuestras masas desnutridas, industrialización, liquidación del subdesarrollo económico, salarios más elevados y adelantos económicos, políticos y sociales hacia una democracia activa, como resulta perjudicial, también, la cándida ignorancia de los que admiten como palabra de fe democrática cada consigna, maniobra o declaración totalitaria.

Los enemigos de la democracia proclaman que es un sistema retrógrado y ya gastado. Para no pocos, el declararse demócratas ha empezado a ser algo así como proclamarse reaccionarios. En el ardid de la propaganda de la guerra psicológica totalitaria han caído hasta hombres y dirigentes políticos de mente lúcida. La democracia como sistema superior y más avanzado en formas de vida, de moral y gobierno, ignoró que podían emplearse contra ella métodos como el engaño, la injuria, la demagogia, la mentira y la violencia.

La democracia se ha dejado penetrar por la demagogia totalitaria y en muchos demócratas ha prendido la idea de que ella es una fuerza perdida y que « fatalmente » el mundo de mañana será comunista, porque « el mundo va hacia adelante y la democracia es un régimen atrasado ». Todo esto no es sino una fórmula más, elaborada por sus enemigos para aplicar la sugestión psicológica de una falsedad que pretenden convertir. a fuerza de repetirla. en « verdad inevitable ».

Para las personas religiosas, los totalitarios han preparado un argumento singular : « el comu-

más en el curso de los cinco o seis años últimos. Afán de conocer, sed de lo original, y un escarbar en el corazón para hallar mitos y leyendas así como personajes, arte y paisajes. Escritores que fueron en busca de un reportaje, sencillamente, y que volvieron con notas para un libro, después de prolongar la estancia allá. Siempre tuvo el escritor galo ganas de conocer cosas nuevas, y el viaje ha sido su ocasión para crear la novela y el ensayo, yendo de una tierra a otra, ansiando ver algo « americano » por los cuatro costados. Así el escrito se hace diario de viaje, crónica de impresiones vividas, es decir literatura-documento lo más a menudo. Por lo general no hay burla ni malevolencia en este tema, es análisis que tal vez esté como « localizado » dentro del área de lo mexicano-antillano y de lo argentino-andino.

2) Lo histórico-artístico. Son razones que se compaginan con el tema precedente, ya que al margen de lo contemporáneo (aparte ciertas realizaciones de arquitectura : Ciudad Universitaria mexicana, arte mural con Rivera, Caracas en su proyección vertical) lo que seduce y se recalca en las letras francesas es el perfume de lo pasado. No es añoranza sino sensibilidad ante el Perú y lo inca, junto a México y Guatemala y lo maya. Aunque, claro está, no se deja de lado la « memoria de España » en arte colonial y demás, amén de la vigencia de los conquistadores, ejemplo vivo de singulares epopeyas.

3) Lo político-social-económico. Aquí intervienen otros aspectos ya más de hoy, aunque la historia del siglo XIX se lee con avidez en sus zonas de humanismo y de alcance liberal. De todos modos, la resonancia ha dejado las cosas bastante vagas. Revistas y algunos libros tratan, actualmente, de poner orden en lo que atañe a problemas como el petróleo o el azúcar o la fruta, esos problemas antillanos que ahora Cuba pone en evidencia. El escritor francés se sentía alejado de tales realidades. He pegado el oído casi por necesidad y para recoger nociones exactas. De forma inequívoca son los objetivos de la vida hispanoamericana los que le interesan. Existe, de nuevo, interés por lo documental. Excepcionalmente escríbense libros de especialistas acerca de la urgencia y de un cierto dramatismo de problemas de índole de sociología industrial y agraria. Pero es sobre todo la publicación periodística la que en Francia acoge estas cuestiones con ardor.

4) Lo literario propiamente dicho. Es el aspecto más caracterizado y de mayor bibliografía. Acaso hayan contribuído recuerdos viejos (como lo citado de Chateaubriand) y los orígenes más o menos franco-hispanoamericanos del uruguayo Supervielle y del original poeta Lautreamont, es decir ese Isidore Ducasse que nació en Montevideo durante el sitio de la ciudad. Ambos poetas eran originarios de los Altos Pirineos (Lourdes y Tarbes) y trajeron a la lengua francesa el aliento casi homérico de las inmensidades de las tierras y hombres de Hispanoamérica.

Pero, además, ha habido en tiempos más cercanos el brillo de un premio Nóbel concedido a Gabriela Mistral. Esta fuerza y arraigo de la poesía ha favorecido a la personalidad de Hispanoamérica en Francia. Fruto : varios florilegios de poesía y una antología de novelas cortas.

Resumen y situación

Junto a las dos escuelas que mayormente influyeron en la poesía hispanoamericana, como el simbolismo y el surrealismo, figuran con relieve dos características propias : lo exótico (el poderío de la naturaleza) y lo épico (el origen telúrico y cósmico). Pero, además, si en Paris vivió y murió el cholo César Vallejo, creando una atmósfera de curiosidad en torno a la vida de Hispanoamérica, también se escuchan en Francia (pero en revistas de *élite* y enseñanza) voces de pensadores y ensayistas como Leopoldo Zea, Alfonso Reyes, Mariano Picón-Salas, Francisco Romero y otros.

No es que se conozca de modo integral a Hispanoamérica, pero las letras francesas demuestran interés y curiosidad hacia ella. Es algo importante. Como corresponde al mundo hispanoamericano y a su actuación en la escena humana del siglo XX y a la savia que circula en libros y más libros de Francia, formando ya una bibliografía que puede encauzar a máscaras y a mitos lo mismo que acarrear verdades como puños. Y es que, aunque quede bastante retórica en esas letras de Francia, lo hispanoamericano va afianzándose con luces peculiares, lejos de todo molde.

BIBLIOGRAFIA SUMARIA

Debe advertirse que este ensayo bibliográfico no comprende ningún libro de tipo pedagógico, aunque cabe hacer constar que en los programas oficiales de enseñanza media y superior de Francia figura lo hispanoamericano. Así, pues, hay libros que tratan de ello, pero son « exclusivamente » didácticos.

También, aunque la lista publicada no alcance a la totalidad de la edición francesa, pronto se echará de ver que aparece aquí un panorama de interés. Para su mejor utilización y comparación, la bibliografía se ha agrupado bajo temas, indicándose los dos sectores de autores hispanoamericanos y autores galos, como ya queda dicho en otras páginas.

I) AUTORES HISPANOAMERICANOS :

A) Prosa :

— Jorge Icaza : *Cholos* (Seghers, 1959).
— Rómulo Gallegos : *Canaïma* (Le livre du jour, 1950).
— Rómulo Gallegos : *Doña Bárbara* (Gallimard, 1953).
— Ricardo Güiraldes : *Don Segundo Sombra* (Gallimard, 1952).
— Alejo Carpentier : *Le royaume de ce monde* (NRF, 1954).
— Miguel A. Asturias : *Monsieur le Président* (Bellenand, 1952).
— Miguel A. Asturias : *Légendes du Guatemala* (Gallimard, 1953).
— Miguel A. Asturias : *Week-end au Guatemala* (Albin Michel, 1955).
— Miguel A. Asturias : *L'ouragan* (Gallimard, 1957).
— Héctor Pérez Martínez : *Cuauhtemoc* (Laffont, 1952).
— José Eustasio Rivera : *La vorágine* (Bellenand, 1952).
— Ramón Díaz Sánchez : *Bitume* (Belleñand, 1953).
— Salvador Reyes : *L'anneau d'émeraude* (Bellenand, 1952).
— Lydia Cabrera : *Pourquoi* (NRF, 1954).
— Jorge Luis Borges : *Labyrinthes* (NRF, 1953).
— Jorge Luis Borges : *Fictions* (NRF, 1954).
— Adalberto Ortiz : *Juyungo* (NRF, 1955).
— Luis Martín Guzmán : *L'ombre du caudillo* (NRF, 1959).
— Juan Rulfo : *Pedro Páramo* (NRF, 1959).
— Luis Spota : *C'est l'heure, matador* (Laffont, 1959).
— Luis Spota : *Presque le Paradis* (Laffont, 1960).
— Ciro Alegría : *Vaste est le monde* (NRF, 1960).
— Enrique Amorim : *La Roulotte* (NRF, 1960).
— Braun Menéndez : *Chroniques australes* (NRF, 1961).
— Agustín Yáñez : *Demain, la tempête* (Plon, 1961).

B) Poesía :

— Vicente Huidobro : *Altaigle, ou l'aventure de la Planète* (Houyoux, 1957).
— Octavio Paz : *Aigle ou soleil ?* (Falaize, 1957).
— Octavio Paz : *Le labyrinthe de la solitude* (Fayard, 1959).
— Jaime Torres Bodet : *Poèmes* (NRF, 1960).
— Jorge Carrera Andrade : *Les clés du feu* (R. Ganzo, 1949).
— Jorge Carrera Andrade : *Bulletins de voyage* (Seghers, 1949).
— Jorge Carrera Andrade : *Dicté par l'eau* (Seghers, 1949).
— Jorge Carrera Andrade : *Monnaie de l'Etranger* (Le Pont de l'Epée, 1958).
— Mariano Brull : *Rien que...* (Seghers, 1954).
— Juan Liscano : *Poèmes* (Seghers, 1954).
— Jorge Zalamea : *Le Grand Burundun-Burundan est mort* (Seghers, 1955).
— Nicolás Guillén : *Chansons Cubaines et autres poèmes* (Seghers, 1955).
— Nicolás Guillén : *Elégies antillaises* (Seghers, 1956).
— Vicente Gerbasi : *Les espaces chauds* (Seghers, 1956).
— José Ramón Medina : *Les collines et le vent* (Seghers, 1957).
— Antonio de Undurraga : *Passeports pour Argonautes* (Seghers, 1960).
— Pablo Neruda : *Poésies* (Seghers, 1952).
— Pablo Neruda : *Le Chant Général* (E.F.R., 1952-1954).
— Pablo Neruda : *Tout l'amour* (Seghers, 1954).
— Miguel Angel Asturias : *Messages indiens* (Seghers, 1958).

II) AUTORES FRANCESES

A) Literatura y viajes :

— Jean Camp : *En selle avec Pancho Villa* (Amiont-Dumont, 1956).
— Michel Droit : *Visas pour l'Amérique Latine* (NRF, 1956).
— Henri Troyat : *De gratte-ciel en cocotier* (Plon, 1955).
— T'Serstevens : *Le Mexique a trois étages* (Arthaud, 1955).
— M. de Wabrin : *Chez les Indiens de Colombie* (Plon, 1953).
— S. Huber : *Au royaume des Incas* (Plon, 1954).
— J. Raspail : *Terres et peuples Incas* (Julliard, 1954).
— R. et S. Waisbard : *Mon Vénézuela* (Julliard, 1953).
— R. et S. Waisbard : *Féérie péruvienne* (Julliard, 1955).
— R. et S. Waisbard : *Mirages et Indiens de la Selva* (Julliard, 1959).
— R. et S. Waisbard : *La vie splendide des momies péruviennes* (Julliard, 1960).
— Pierre Espagne : *Feux Indiens* (Gédalge, 1958).

PREMIO
BIBLIOTECA BREVE 1961

En vista de las muchas consultas que se han producido a propósito de la fecha tope de admisión de originales para el Premio Biblioteca Breve 1961, Editorial Seix Barral comunica que los originales procedentes de Hispanoamérica serán admitidos hasta el 15 de septiembre de 1961.

— M. Berveiller : *Mirages et visages du Pérou* (Hachette, 1959).
— Lucien Marchal : *Le vaincu de la Pampa* (Plon, 1960).
— Ana María Supervielle : *La Quinta* (NRF, 1959).
— Jean-Louis Febvre : *Le tropique des Colonels* (Plon, 1961).

B) Geografía, historia, arte y vida contemporánea :

— Jean Cassou : *Les Conquistadors* (NRF, 1950).
— Tibor Mende : *L'Amérique Latine entre en scène* (Seuil, 1952).
— *Encyclopédie de l'Amérique Latine* (P.U.F. 1954).
— P. Chaunu : *Histoire de l'Amérique Latine* (P.U.F., 1949).
— F. Weymulker : *Histoire du Mexique* (P.U.F., 1949).
— R. Beaujeu-Garnier : *L'économie de l'Amérique Latine* (P.U.F., 1950).
— J. Touchard : *La République Argentine* (P.U.F., 1951).
— R. Avalos : *Le Chili* (P.U.F., 1951).
— F. Chevalier : *Apport du Mexique à l'élaboration juridique* (Institut d'Etnologie, 1952).
— R. Ricard : *La conquête spirituelle du Mexique* (Institut d'Etnologie, 1953).
— G. Lafond : *Géographie économique de l'Amerique Latine* (Payot, 1947).
— Victor L. Tapié : *Histoire de l'Amérique Latine au XIX^e siècle* (Aubier, 1949).
— Charles V. Aubrun : *L'Amérique Centrale* (P.U.F., 1953).
— Louis Baudin : *La vie quotidienne au temps des derniers Incas* (Hachette, 1956).
— J.C. Lambert : *Chants lyriques des Aztèques* (Seghers, 1958).
— P. de Boisdeffre : *Cortès* (La Table Ronde, 1959).
— B Péret : *Mythes, légendes et contes de l'Amérique Latine* (Albin Michel, 1960).
— G. Friedmann : *Problèmes de l'Amérique Latine* (2 t.) (NRF. 1959-1961).
— Claude Julien : *Le Nouveau Nouveau Monde* (Julliard, 1960).
— Claude Julien : *La Révolution cubaine* (Julliard, 1961).
— Georges Soria : *Cuba à l'heure Castro* (Del Duca, 1961).
— Yves Guilbert : *Castro l'infidèle* (La Table Ronde, 1961).
— R. et P. Gosset : *Capitales latines américaines* (Fasquelle, 1959).
— C. Arthaud : *Andes, toit de l'Amérique* (Arthaud, 1955).
— C. Arthaud et F. Cali : *L'Art des Conquistadors* (Arthaud, 1960).
— Jean Camp : *Le Mexique* (Monaco, 1951).
— G.C. Vaillant : *Les Aztèques du Mexique* (Paris, 1951).
— Jacques Soustelle : *Au Mexique* (Paris, 1952).
— Jacques Soustelle : *La vie quotidienne des Aztèques* (Hachette, 1955).
— J. Descola : *Les Conquistadors* (Fayard, 1954)
— J. Descola : *Les Libertadors* (Fayard, 1957).
— Paul Rivet : *Les origines de l'homme américain* (Gallimard, 1954).
— Paul Rivet : *Cités Mayas* (Guillot, 1954).
— Paul Rivet : *Mexique précolombien* (Guillot, 1954).
— H. Reichlen : *Incas, Mayas et Aztèques* (Ed. des Deux Mondes, 1956).
— C. Fain : *Bolivie* (Paris, 1955).

III) HISTORIAS Y ANTOLOGIAS

— R. Bazin : *Histoire de la littérature américaine de langue espagnole* (1953).
— Charles V. Aubrun : *Histoire des lettres hispanoaméricaines* (1954).
— P. Darmangeat-P. Tavares : *Introduction à la poésie ibéroaméricaine* (1949).
— F. de Onis : *Anthologie de la poésie ibéroaméricaine* (Unesco, Nagel, 1956).
— M. Pomés : *Anthologie de la poésie ibéroaméricaine* (Stock, 1958).
— V. Monteil : *Anthologie bilingue de la poésie hispanique contemporaine* (Klincsiek, 1959).
— F. Verhesen : *Poètes d'Espagne et d'Amérique Latine* (Maison du Poète, 1960).
— *Les 20 meilleures nouvelles de l'Amérique Latine* (Seghers, 1960).
— P. Darmangeat : *Quelques musiques d'Espagne et d'Amérique Latine* (LEE, 1958).

IV) NUMEROS ESPECIALES DE REVISTAS

Muchas revistas han dedicado todas sus páginas de modo muy especial a Hispanoamérica. Conviene que indiquemos las siguientes :

— *Esprit* (1958) : « Initiation à l'Amérique Latine ».
— *Europe* (1959) : « Littérature mexicaine ».
— *Cahiers du Sud* (1959) : « Poésie hispanoaméricaine ».
— *Le Pont de l'Epée (1959)* : « Poètes hispanoaméricains ».
— *Lettres Nouvelles* (1960) : « Amérique Latine ».
— *La Table Ronde* (1960) : « Amérique Latine ».

Colaboradores

- VICTOR ALBA, de origen español, residió varios años en México, hasta su instalación en Washington. Es autor de numerosos libros y últimamente publicó una *Historia de las ideas sociales contemporáneas de México*, voluminoso estudio sobre la realidad de este país.

- ARTURO ALDUNATE PHILLIPS, es profesor de Administración Industrial de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile, y autor de numerosos ensayos publicados en diversas revistas.

- GERMAN ARCINIEGAS, actualmente embajador de Colombia en Roma, prosigue sus actividades en la prensa y el libro, que tan justo renombre le han granjeado. Después de haber publicado *América Mágica*, ha dado a la luz una nueva edición, prolijamente revisada, de *Los Comuneros*, obra que cuando apareció por primera vez, en 1940, suscitó abundantes polémicas.
- ALBERTO BAEZA FLORES, chileno, pertenece a la redacción de *Cuadernos*. Tiene publicados varios libros de poemas, una biografía de Martí y otra de Bolívar, así como un extenso volumen, que vio la luz recientemente, titulado *Las cadenas vienen de lejos. Cuba, América Latina y la libertad*, en el que estudia la evolución política de Latinoamérica en estos últimos años.
- ROGER BASTIDE, profesor de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad de París y director de estudios de la Escuela de Altos Estudios de la Sorbona, es autor de varias obras y colabora en diferentes revistas. Su artículo fue publicado en *Revue de Psychologie des Peuples*, la cual nos ha autorizado la reproducción.
- JUAN BOSCH, escritor dominicano, autor de novelas y cuentos. Es asimismo uno de los más significados dirigentes del Partido Revolucionario Dominicano, por lo que vive en el exilio desde hace varios años. En la actualidad reside en San José de Costa Rica.
- ROMUALDO BRUGHETTI, ensayista y crítico de arte. Uno de sus libros más notables es *Viaje a la Europa del arte* (Buenos Aires, 1958), del que se ha dicho que no es sólo la historia estética de un viaje, sino un recorrido interior que va desde los temas clásicos hasta las más modernas motivaciones.
- OSCAR DELGADO, sociólogo y economista colombiano, ex secretario de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia. Desde hace unos meses se encuentra en México, como delegado de su país a un proyecto de la O.E.A. Prepara un libro sobre la reforma agraria latinoamericana.
- JOSE DURAND, escritor peruano, ha sido profesor en la Universidad Nacional de México, en la de San Marcos de Lima y en la Universidad Católica del Perú. Publicó numerosos estudios literarios y dos obras : *Ocaso de sirenas. Manatíes en el siglo XVI* y *La transformación social del conquistador*.
- EDMUNDO E. EICHELBAUM, antes de ser profesor en la Escuela Superior de Bellas Artes de la Universidad de La Plata, actuó intensamente en el movimiento universitario argentino. Reside en París, donde es corresponsal de *El Mundo* de Buenos Aires.
- JACINTO LUIS GUEREÑA, poeta y crítico español con larga residencia en Francia. Colabora en diversas revistas y periódicos hispanoamericanos, y es autor de dos libros : *Memoria del corazón* y *Guitare pour la nuit*.
- AUGUSTO LUNEL, joven poeta peruano, residente en París, publicó hace algún tiempo un libro de poemas : *Los puentes*. El fragmento del poema que ofrecemos a nuestros lectores pertenece a un libro que verá la luz en fecha próxima.
- MARIO LLERENA, profesor y ensayista, fue designado por Castro para presidir el Comité en el exilio del Movimiento 26 de Julio, cuando la lucha contra Batista. Hoy día se halla de nuevo en el exilio, tras haber denunciado en los primeros meses la desviación de la revolución cubana.
- CARLOS MARTINEZ DURAN, es rector de la Universidad de San Carlos de Guatemala y presidió la Unión de Universidades Latinoamericanas. Entre sus obras científicas cabe señalar su *Historia de la Medicina en Guatemala*.
- H.A. MURENA, escritor argentino, tiene una obra literaria que abarca casi todos los géneros : poesía, teatro, novela y ensayo. Sus principales libros son *El círculo de los Paraísos* (poemas), *El juez* (teatro), *El centro del infierno* (relatos), *Las leyes de la noche* (novela) y *El pecado original de América* (ensayo).
- ELVIRA ORPHEE, escritora argentina, es autora de dos novelas (*Dos veranos* y *Uno*) y de numerosos cuentos publicados en diversas revistas y periódicos de Hispanoamérica.
- RENATO OZORES, reside en Panamá, donde es redactor jefe del diario *La Estrella de Panamá*. Su obra adopta diversas formas de expresión : el cuento, el ensayo y el artículo periodístico.
- FRANCISCO PARES, de origen español, residió en Cuba durante bastantes años. Cada semana ofrecía en el periódico *Información* de La Habana, una página entera dedicada a enjuiciar los problemas internacionales. También colaboraba en *Bohemia*, donde publicó un artículo sobre la penetración comunista en la revolución cubana que le obligó a exiliarse. Actualmente es jefe de redacción de *Bohemia Libre*.
- ALEJANDRA PIZARNIK, argentina, ha publicado los siguientes libros de poemas : *La tierra más ajena* (1955), *La última inocencia* (1956), *Las aventuras perdidas* (1958) y *Poemas* (1960).
- RAUL PREBISCH, economista argentino, es director de la Secretaría Ejecutiva de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina). Son numerosos sus estudios sobre

problemas argentinos y cuestiones económicas.

- REYNA RIVAS, venezolana con residencia en París, es autora de varios libros de poemas (*Seis prosas, Estampas, Huéspedes de la memoria, A la orilla del tiempo* y *Diálogos con la piedra*), algunos de ellos traducidos al francés y al italiano.
- FRANCISCO ROMERO, conocido filósofo argentino, director del Instituto de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires, es autor de numerosas obras. Ultimamente publicó su enjundioso libro de ensayos titulado *Ortega y Gasset y el problema de la jefatura intelectual.*
- FRANCISCO SALAZAR MARTINEZ, poeta venezolano, es autor de varios libros de poemas : *Carta al General Juan Vicente Gómez, La Guitarra Ministra, El mendigo del Sur* y *Como quien va llorando.*
- LUIS ALBERTO SANCHEZ, rector de la Universidad de San Marcos (Lima) y profesor en diversas universidades de ambas Américas, continúa su obra de animador de la cultura americana y de divulgador de las letras modernas occidentales.
- K.H. SILVERT, profesor de Ciencias Políticas de la Universidad de Tulane (Estados Unidos). es un conocido especialista de los problemas políticos latinoamericanos, como ha demostrado en dos de sus libros : *A Study in Government : Guatemala* y *On Latin America : Revolution and Social Development.*
- FRANK TANNENBAUM, escritor norteamericano, especialista de los problemas hispanoamericanos, es profesor de Historia de América Latina en la Universidad de Columbia. Su artículo fue publicado en la revista *Political Science Quarterly* (Junio de 1961).
- GUILLERMO DE TORRE, es sin duda uno de los críticos más prestigiosos de las letras hispanoamericanas. Sus ensayos son copiosísimos. Entre los libros publicados, mencionemos *La aventura y el orden, Valoración literaria del existencialismo* y *Problemática de la literatura.*
- HILDA TORRES VARELA, especializada en la historia del teatro, ha llevado a cabo desde diversas revistas una importante labor crítica y orientadora. Dirige en Resistencia (Argentina) un teatro experimental.
- ANTONIO DE UNDURRAGA, poeta, crítico y ensayista chileno, es autor de una vasta obra y fundador de la revista *Caballo de Fuego,* que aún continúa publicando. Prepara una importante antología del cuento hispanoamericano.

"LIBRO BLANCO"

EL TIBET

Y EL NUEVO IMPERIALISMO CHINO

(Preparado bajo los auspicios del Comité hindú del Congreso por la Libertad de la Cultura)

Presentación por el Dalai Lama

Prólogo de Salvador de Madariaga

Materias :

I. LA HISTORIA TIBETANA. — II. MODO DE VIDA EN EL TIBET III. LA CULTURA TIBETANA. — IV. EL LIBRO BLANCO. — V. EL ASPECTO INTERNACIONAL DEL ASUNTO TIBETANO.

LIBRO — MEX EDITORES

Apartado Postal 12196. México, D.F.

Revista de Occidente

Bárbara de Braganza, 12. Tel. 231 30 43. Madrid

ACABA DE PUBLICAR :

CUANDO SUENA EL CLARIN, por Gregorio Corrochano, 298 págs., 45 láminas, encuadernado en tela con sobrecubierta en color, 150 ptas.

Gregorio Corrochano, el maestro y renovador de la crítica taurina, premio de la Real Academia Española para crónicas de toros, da en este libro una adecuada respuesta al reportaje veraniego de Hemingway y enseña cómo hay que ver una corrida. Luis Miguel y Ordóñez, Manolete y otras grandes figuras del toreo son estudiadas en una certera y desapasionada perspectiva. Todo el que guste de la fiesta nacional deberá leer este libro de su mejor escritor y entendido.

COLECCION « TRIBUNA DE LA REVISTA DE OCCIDENTE »

LA CONCIENCIA MORAL, por Jung, Zbinden, Böhler, Werblowsky, Schâr, Rudin y Blum, 288 págs., 60 ptas.

Siete autores, de gran rango intelectual, estudian desde diversos puntos de vista el tema de la conciencia moral, un tema de gran resonancia en estos tiempos de acelerado cambio. Como la ven los judíos, los protestantes y los católicos ; sus relaciones con la economía y con la psicología ; su situación actual, constituyen meditaciones en torno a un problema ético fundamental, muy necesarias en un mundo amenazado de perder su alma.

COLECCION « EL ARQUERO »

MEDITACION DE LA TECNICA, por José Ortega y Gasset, 4.ª ed., 160 páginas, 40 ptas.

Nueva edición de este estudio de Ortega sobre el papel de la técnica y la misión del técnico en la vida actual.

EDITORIAL GREDOS

Benito Gutiérrez, 26. Madrid-8

le ofrece, dentro de la BIBLIOTECA ROMANICA HISPANICA, dirigida por Dámaso Alonso, prestigiosa colección de lingüística románica, la

ANTOLOGIA HISPANICA

que recoge, en primorosas ediciones, lo más destacado de la literatura española, en su serie de antologías, y la obra representativa de los escritores actuales seleccionada y comentada por ellos mismos.

CARMEN LAFORET : Mis páginas mejores. 258 págs. 50 ptas.

JULIO CAMBA : Mis páginas mejores. 253 págs. 50 ptas.

DAMASO ALONSO y JOSE MANUEL BLECUA : Antología de la poesía española. Vol. I. Poesía de tipo tradicional. 346 págs. 60 ptas.

CAMILO JOSE CELA : Mis páginas preferidas. 414 págs. 70 ptas.

WENCESLAO FERNANDEZ FLOREZ : Mis páginas mejores. 276 págs. 50 ptas.

VICENTE ALEIXANDRE : Mis poemas mejores (en reimpresión).

RAMON MENENDEZ PIDAL : Mis páginas preferidas. Temas literarios. 372 págs. 70 ptas.

RAMON MENENDEZ PIDAL : Mis páginas preferidas. Temas lingüísticos e históricos. 328 págs. 70 ptas.

JOSE M. BLECUA : Floresta lírica española. 604 págs. 100 ptas.

RAMON GOMEZ DE LA SERNA : Mis mejores páginas literarias. 246 págs. 60 ptas.

PEDRO LAIN ENTRALGO : Mis páginas preferidas. 340 págs. 80 ptas.

JOSE LUIS CANO : Antología de la nueva poesía española. 392 págs. 100 ptas.

JUAN RAMON JIMENEZ : Pájinas escojidas (Prosa). 261 págs. 75 ptas.

JUAN RAMON JIMENEZ : Pájinas escojidas (Verso). 238 págs. 75 ptas.

JUAN ANTONIO DE ZUNZUNEGUI : Mis páginas preferidas. 356 págs. 80 ptas.

FRANCISCO GARCIA PAVON : Antología de cuentistas españoles contemporáneos. 400 págs. 90 ptas.

DAMASO ALONSO : Góngora y el Polifemo. 2 vols. 160 ptas.

Ibérica

Revista mensual dedicada a España

Presidentes de Honor :

SALVADOR DE MADARIAGA

NORMAN THOMAS

Directora : VICTORIA KENT

Vol. 9, N.° 6 (15 de junio de 1961)

MANUEL DE IRUJO : El proyecto de restauración de la Monarquía democrática.
EUGENIO DEL CASTILLO : Cuando el régimen se desplome (II).
STEPARIUS : Algo más que un anacronismo.
EDITORIAL : Un aliado leal.

Sin permiso de la censura. Resumen de noticias.

IBERICA PUBLISHING CO., INC.
112 East 19 Street — New York 3, N. Y. (U.S.A.)

S U R

REVISTA BIMESTRAL DIRIGIDA POR VICTORIA OCAMPO

RABINDRANATH TAGORE
(1861-1941)

Cronología
Hacia el hombre universal, por Humayun Kabir
Tagore : poeta y humanista, por Krishna Kripalani
Visita de Tagore a la Argentina, por Leonard K. Elmhirst
La poesía de Tagore, por Eduardo González Lanuza
La escuela del poeta, por Rabindranath Tagore
El amaestramiento del loro, por Rabindranath Tagore
El nacionalismo de Tagore, por Jorge Luis Borges
Tagore en las barrancas de San Isidro, por Victoria Ocampo
El Maestro-Poeta, por Fryda Schultz de Mantovani
Tagore humanista, por Osvaldo Svanascini

Redacción y Administración : Tucumán 685, 2° D

BUENOS AIRES

LA TORRE

Publicación trimestral
REVISTA GENERAL DE LA UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO

Dos números extraordinarios

15-16 : Homenaje a José Ortega y Gasset

Sobre este número extraordinario ha dicho la Revista *Insula* de Madrid :

« De entre los importantes homenajes impresos consagrados a Ortega a partir de su muerte, este que nos llega de la isla de Puerto Rico es acaso el más impresionante por el rigor con que está proyectado y la cantidad y calidad de los trabajos en él reunidos. Felicitamos a LA TORRE por este espléndido número-homenaje que honra a la cultura de Puerto Rico... ».

Precio $ 1.00 U.S.

19-20 : Homenaje a Juan Ramón Jiménez

En este número doble figuran los más destacados críticos de la poesía española de nuestro tiempo. Entre otros : Alfonso Reyes, Angel del Río, Guillermo de Torre, Jorge Luis Borges, Jean Cassou, Julián Marías y Wladimir Weidlé.

Precio $ 1.00 U.S.

Dirija su pedido a :
EDITORIAL UNIVERSITARIA
Universidad de Puerto Rico

TEMPO PRESENTE

Rivista mensile

Direttori
NICOLA CHIAROMONTE
IGNAZIO SILONE

*

TEMPO PRESENTE è una rivista internazionale di informazione e discussione fondata sul principio della libertà di critica. Essa intende promuovere il riesame dei modi di pensare correnti mettendoli a confronto con la realtà del mondo attuale.

*

Si può abbonarsi presso :
TEMPO PRESENTE
Via Sistina, 23, Roma

(Un anno : lire 4.000 in Italia, 6.000 all'estero)

PREUVES

publie dans son numéro d'AOUT

EDGAR MORIN
Le grand cracking

PETRU DUMITRIU
Ce que je dois au Parti

GERDA ZELTNER
Situation du roman

NICOLAS BAUDY - LEO SAUVAGE
George Grosz à Berlin et en Amérique

MANES SPERBER
Un homme a disparu à Berlin-Ouest...

PREUVES : 18, av. de l'Opéra, Paris (1er)
Le n° de 96 pp. ill. : France, 3 NF
Etranger : 3,50 NF. - C.C.P. Paris 178-00

Un ancien numéro sera gracieusement envoyé sur simple demande

SURVEY

A JOURNAL OF SOVIET
AND EAST EUROPEAN STUDIES

July-September 1961

Soviet Doctrine and the New Countries

Diamat and Einstein

Reports from Moscow :

I. Composers' Dilemma

II. Writers and their Public

Latin America in the Soviet Mirror

Annual Subscription :

£ 1 or 3 dollars, post free

Sample copy free on request

Summit House, 1-2 Langham Place,
London, W.1

Der Monat

ist eine internationale Zeitschrift für Politik und geistiges Leben, die als Forum einer offenen Aussprache dienen und einer möglichst grossen Zahl verschiedener Stimmen aus Europa, Amerika und allen Teilen der Welt Gehör verschaffen will. Daraus ergibt sich, dass die in unseren Spalten wiedergegebenen Gedanken keineswegs immer mit der Ansicht der Redaktion übereinstimmen.

REDAKTION, Vertrieb und Anzeigenverwaltung : Berlin-Dahlem, Schorlemer-Allee 28

Einzelpreis des Heftes in Deutschland DM 1,50. Bezugspreis jährlich DM 15,—.

THE CHINA QUARTERLY

A NEW JOURNAL OF COMMENT
AND DOCUMENTATION

The first Western journal devoted to analysis of contemporary China. Scholars and the interested public will find its comment, chronicle, documentation and debate invaluable for an understanding of China today.

Subscription rates :

France, 14 NF — U.K., £ 1

U.S.A., $ 3 — Germany, 12 DM

THE CHINA QUARTERLY, Ilford House,
133-135 Oxford Street, London W.1,
ENGLAND

ENCOUNTER

Edited by STEPHEN SPENDER
and MELVIN J. LASKY

In the words of one reviewer, ENCOUNTER is "by far the most vital and immediate of the English literary reviews". Seriously (but not *too* seriously) devoted to current affairs, literature and the arts, it is wide awake to contemporary trends and truly international in outlook.

The annual subscription rate (12 issues) is £ 2.5 s. payable to the address below.

ENCOUNTER
25 HAYMARKET, LONDON S. W. 1

EDICIONES KRAFT

Libros de palpitante interés :

EL LIBRO BLANCO DE LA REVOLUCION HUNGARA, por Melvin K. Lasky

Los horrores de la tragedia de Hungría. Obra notable de la literatura documental, un trozo de historia contemporánea. Relato vivo y apasionante, con acopio de material fotográfico.

MANIFIESTO CAPITALISTA, por Louis O. Kelso y Mortimer J. Adler

El capitalismo como sustento económico de la libertad política y la justicia social. Un libro profundamente revolucionario y de palpitante actualidad, que satisface ampliamente la espectativa que suscitó.

POLICIA, PROBLEMA URGENTE, por Recaredo E. Vázquez

Buenos Aires no puede vivir con una policía equivalente a la de 1905. El Jefe de la Policía Federal explica los graves problemas que debe afrontar para dar seguridad a una población que crece mucho más que los recursos policiales.

Los siguientes libros contienen una amplia exposición de los procedimientos y espionaje comunistas :

TACTICA DE LA SUBVERSION, por James Burhan

LAVADO DE CEREBRO EN CHINA ROJA, por Edward Hunter

EL ENEMIGO EN CASA, por R. Jaegher y C. Kuhn

EL ZARZAL QUEMADO, por M. Sperber

En venta en todas las librerías

EDICIONES KRAFT

Reconquista, 319 BUENOS AIRES

CUADERNOS

Revista Mensual

18, Avenue de l'Opéra, Paris 1er (Francia).Tel. : OPE. 44-88.

SUSCRIPCIONES

Francia	*Otros países europeos*	*América del Norte*	*América Latina*
1 año : 25 NF	1 año : 28 NF	1 año : 5 $ USA	Informarse cerca del corresponsal de cada país.
6 meses : 13 NF	6 meses : 15 NF	6 meses : 2,75 $ USA	

CORRESPONSALES

ALEMANIA
BERLIN-Dahlem, Schorlemerallee 28, Kongress für Freiheit der Kultur.

ARGENTINA
BUENOS AIRES, Central Distribuidora de *Cuadernos*, Libertad 1258, T.E. 42-7195. Suscripciones : Libertad 1258 y Librería Madrid, Bmé Mitre 950, T.E. 35-6751.

AUSTRIA
WIEN VII, « Forum », Museucstrasse, 55 (C.P. 151.804).

BELGICA
BRUXELLES, Agence et Messageries de la Presse, 14-22, rue du Persil (C.C.P. 416-69).

BOLIVIA
COCHABAMBA, Los Amigos del Libro, Calle Perú, esq. España (distrobuidora).
LA PAZ, Gisbert y Cia., Calle Comercio 125 - Librería Selecciones, Av. Camacho 369 - Universal Bookstore, Mercado 68. Suscripciones : Universal Bookstore, Mercado 68.

BRASIL
RIO DE JANEIRO, Hachette, 299 Avenida de Erasmo Braga, 3º andar.

CHILE
SANTIAGO, Sr. Stumpf, Librería Internacional, Casilla 9509 (distribuidora) - Editorial del Pacífico, Calle Ahumada 57. Suscripciones : Agustinas 1022, of. 324 A, Sala de la Libertad.

COLOMBIA
BOGOTA, Vicens, Mestre y Cía., Ltda., Av. Jiménez de Quesada 8-60, of. 503 (distribuidora) - Librería Central, Carrera 6a. BARRANQUILLA, Librería Nacional Ltda., Carrera 43, nº 36-30. CUCUTA, Librería Zig-Zag, Calle 11, nº 4-20. POPAYAN. Instituto del Libro, Calle 5 A, nº 5-08.

COSTA RICA
SAN JOSE, Librería Montserrat, Apartado 2465.

DINAMARCA
COPENHAGUE S, M. Schleimann, 17 Islands Brygge.

ECUADOR
QUITO, Su Librería, Plaza Independencia (distribuidora) - Agencia General de Publicaciones, Mejía 446.

ESTADOS UNIDOS
NUEVA YORK 11, Las Américas Publishing Company, 249 West 13th Street - Roig Spanish Books, 576 6th Avenue.

FILIPINAS
QUEZON CITY, M. Francisco Sionil José, 108 C Santol Sta. Mesa.

GUATEMALA
GUATEMALA, Vicente Pérez, 9a, av. 13 42, zona I, Int. 7.

HAITI
PORT-AU-PRINCE, Librairie Auguste, P.O. B. 594.

HOLANDA
LA HAYA, Martinus Nijhoff, Lange Voorhout 9.

INDIA
BOMBAY I, Indian Committee for Cultural Freedom, Mahatma Gandhi Road, 148.

INGLATERRA
LONDRES S.W.1, « Encounter », Panton House 25 Haymarket.

ISRAEL
TEL AVIV, Bronfman's Agency, P.O.P. 1109, 2, Zlenov Street.

ITALIA
ROMA, Associazione italiana per la Libertá della Cultura, Via Giuseppe Pisanelli 2 (C.C.P. 1-8363).

MARRUECOS
CASABLANCA, Sochepresse, 1, Place de Bandoeng.

MEXICO
MEXICO 17 D.F., DIMSA, Calle Mariano Escobedo, 218.

PANAMA
PANAMA, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza Arango (distribuidora) - Librería Ibero-Americana, Av. B 32.

PARAGUAY
ASUNCION, Mares e hijos, S. en C., Calle Estrella 430-438.

PERU
LIMA, The University Society Peruana S.A., Unión 860 (distribuidora) - Distribuidora de Revistas Inca, Puna 264. Suscripciones : Av. Piérola 530, of. 206, Asociación Peruana por la Libertad de la Cultura.

PORTUGAL
LISBOA, Agencia Internacional de Livraria e Publicaçoes, apartado 2373.

PUERTO RICO
RIO PIEDRAS, Librería Universidad de Puerto Rico, Apartado 2102.

SUIZA
GINEBRA, Naville et Cie, 5-7 rue Lévrier (C.C.P. 1-116).

TURQUIA
ESTAMBUL, A. Mazarakis and Cº Istiklal Caddesi Kumbaraci, Yokusu Estambul 132/1.

URUGUAY
MONTEVIDEO, Distribuidora Uruguaya de Diarios y Revistas, Clle Ciudadela 1424 (distribuidora).

VENEZUELA
CARACAS, Distribuciones EDIME, Avenida Urdaneta, de Ibarras a Pelota, Edif. Caoma, sótano (distribuidora).

BIBLIOTECA « CUADERNOS »

Todo suscriptor a Cuadernos *que nos envíe el nombre y dirección* **de un nuevo suscriptor** *incluyendo el importe de la suscripción, recibirá gratuitamente uno de los volúmenes siguientes :*

GERMAN ARCINIEGAS : En medio del camino de la vida.
GERMAN ARCINIEGAS : América, tierra firme.
ROBERTO F. GIUSTI : Poetas de América.
MIGUEL DE UNAMUNO : Mi vida y otros recuerdos personales (I).
MIGUEL DE UNAMUNO : Mi vida y otros recuerdos personales (II).
JOSÉ EUSTASIO RIVERA : La vorágine.
RICARDO ROJAS : Blasón de plata.
RICARDO GUIRALDES : Don Segundo Sombra.
JOSÉ FERRATER MORA : Unamuno (Bosquejo de una filosofía).
VICTORIA OCAMPO : El viajero y una de sus sombras.
JORGE MAÑACH : Examen del quijotismo.
PIO BAROJA : Tríptico.
E. CASTRO DELGADO : Hombres made in Moscú.
LIBRO BLANCO : El Tibet y el nuevo imperialismo chino.
J. ORTEGA Y GASSET : La rebelión de las masas.
J. ORTEGA Y GASSET : España invertebrada.
CAMILO JOSE CELA : Mis páginas preferidas.
PEDRO LAIN ENTRALGO : Mis páginas preferidas.
JOSE MARIA CASTELLET : Veinte años de poesía española.
JUAN MARICHAL : La voluntad de estilo.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Ruégole me suscriba a Cuadernos (1) { *por un año (12 núms.)* / *por 6 meses (6 núms.)* } *a partir del nº* .....

a cuyo efecto le envío la cantidad de (1) ..... *mediante cheque bancario, por giro internacional o giro postal a* Cuadernos, 18, *Avenue de l'Opéra, Paris* (1er), *C.C.P. Paris* 9992-63, *o en moneda nacional a su corresponsal.*

NOMBRE COMPLETO .....

DOMICILIO .....

LOCALIDAD .....

FECHA .....

Francia	*Otros países europeos*	*América del Norte*	*América Latina :*
1 año : 25 NF 6 meses : 13 NF	1 año : 28 NF 6 meses : 15 NF	1 año : 5 $ USA 6 meses : 2,75 $ USA	Informarse cerca del corresponsal de cada país.

(1) Rayar las menciones inútiles.

B.D.I.C

Cuadernos

REVISTA MENSUAL 54 NOVIEMBRE DE 1961

ALFREDO PAREJA DIEZCANSECO
Tres afirmaciones de conciencia latinoamericana

ARNOLD TOYNBEE
La próxima revolución norteamericana

VICTOR MEIER
Berlín, encrucijada de dos mundos

ROBERTO MARCHANT
El legado de Trujillo

ANA MARIA MATUTE
Pecado de omisión (Cuento)

LUIS QUINTANILLA
Hemingway en mi recuerdo

UN TEXTO INEDITO DE ORTEGA Y GASSET

EDICIONES ARION

De próxima aparición :

LOS JUDIOS EN LA ESPAÑA MODERNA Y CONTEMPORANEA

Tres volúmenes en formato 17 × 25, totalizando 1.500 págs. de texto y 300 de ilustraciones en papel couché. Encuadernación en tela, con sobrecubierta a varias tintas. Precio : 1.800 ptas.

Obra que justificadamente puede considerarse capital para el entendimiento del problema judío en la Península Ibérica. Su autor, Julio Caro Baroja, ha dedicado diez años a la recolección de los datos que la integran, y cuatro a su redacción. En realidad, no es sólo una historia de la minoría judía en España y Portugal durante los últimos siglos, sino también y principalmente un detenido estudio antropológico, sociológico e ideológico.

La obra desborda ampliamente de lo que podría entenderse a través de su simple título. El problema judío en España y Portugal toca la misma vida política, social, económica, religiosa, artística y literaria de los pueblos ibéricos. Es reveladora de la evolución histórica, de la relación con el mundo exterior, de la idiosincrasia, del desarrollo económico, etc., de dichos pueblos. Y viene a llenar un sensible vacío en la historia del pueblo judío en los últimos cuatro siglos. Habrá de interesar por igual al erudito, al curioso y al simple lector que sin mayor bagaje se adentre en la lectura de los tres gruesos volúmenes de Caro Baroja. Hay en la obra de éste tanta vida : anécdotas, peripecias, conflictos dramáticos, caracteres pintorescos, etc., que puede asegurarse no se saldrá defraudado de una relación amenísima, sin que ello vaya en perjuicio de la veracidad y rigor históricos, dentro de la perfecta estructura de la obra.

Por otra parte, **Los Judíos en la España moderna y contemporánea** aparecen después de las grandes obras de Américo Castro y Claudio Sánchez Albornoz, **La realidad histórica de España** y **España, un enigma histórico,** donde uno de los problemas medulares es, justamente, el de la influencia de los judíos y el judaísmo en la cultura y el ser españoles. El gran éxito obtenido por esas dos obras garantiza por sí sólo el de la presente, que viene a incidir en la polémica de esos autores con aportaciones originales y, naturalmente, con las opiniones de quien desde hace muchos años se dedica a la investigación histórica y antropológica.

Los Judíos en la España moderna y contemporánea será, a no dudarlo, una obra de obligada consulta, a la que habrá de recurrirse para explicar el trasfondo del problema judío en la vida del mundo occidental y la composición misma de la sociedad peninsular.

EDICIONES ARION

Cuesta de Santo Domingo, 11, Madrid

B.D.I.C

SUMARIO

NUMERO 54 NOVIEMBRE DE 1961

Apuntes sobre una educación para el futuro	Jose Ortega y Gasset	3
Hablando de Ortega y de su obra póstuma	Paulino Garagorri	10
Tres afirmaciones de conciencia latinoamericana	Alfredo Pareja Diezcanseco	17
La próxima revolución norteamericana	Arnold Toynbee	30
La defensa de Occidente : América y Europa	Francisco Ayala	33
Teoría y ejemplo del esperpento	Guillermo de Torre	38
Hemingway en mi recuerdo	Luis Quintanilla	45
Una joven novelista española : Ana María Matute	Claude Couffon	52
Pecado de omisión (Cuento)	Ana Maria Matute	56

Crónicas

Punta del Este : El futuro en nuestras manos	Victor Alba	59
Berlín, encrucijada de dos mundos	Victor Meier	64
El legado de Trujillo	Roberto Marchant	71
América Latina en el espejo soviético	Boris Goldenberg	76
Balcón de París	Arturo Serrano Plaja	82

Libros - Revistas - Colaboradores

Correspondencia

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

CONSEJO DE HONOR :

Germán ARCINIEGAS, Eduardo BARRIOS, Américo CASTRO, Emilio FRUGONI, Rómulo GALLEGOS, Salvador DE MADARIAGA, Francisco MONTERDE, Francisco ROMERO, Luis Alberto SANCHEZ, Eduardo SANTOS y Erico VERISSIMO

Director : Julián GORKIN

Redactor Jefe : Ignacio IGLESIAS

Redacción y Administración : 18, Avenue de l'Opéra, PARIS (I^er^)

Fundada bajo los auspicios del Congreso por la Libertad de la Cultura, la revista mensual *Cuadernos* se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Nuestra revista cuenta con la colaboración de escritores de todas las tendencias democráticas. Nuestros colaboradores hablan siempre en su nombre y bajo su exclusiva responsabilidad : la revista sólo se hace responsable de los editoriales, documentos y notas sin firma.

JOSE ORTEGA Y GASSET

Apuntes sobre una educación para el futuro

La Junta del « Fund for the Advancement of Education » nos comunica su convicción de que « el problema primero en el progreso de la educación es el esclarecimiento de la filosofía de la educación », pero que ésta es, a su vez, imposible de lograr sin « un esclarecimiento general filosófico tan amplio y profundo como la esfera entera de las ideas fundamentales ». A este razonamiento de la Junta del Fondo no parece que pueda oponerse ninguna objeción. La idea de la educación lleva inevitablemente a la idea de una teoría de la educación y ésta, a su vez, reclama con ineludible lógica, una teoría general de las cosas humanas, « un esclarecimiento filosófico general », en que la teoría de la educación pueda hallar sus sólidos fundamentos. Hasta aquí vamos en un impecable movimiento teórico que nos hace avanzar de una idea a otra.

Mas cuando la Junta del Fondo quiere dar un paso más en su razonar, advierte que no puede, porque al buscar esa « general philosophical clarification » se encuentra con que, en vez de una, existen hoy varias diferentes, contrapuestas y que chocan entre sí haciendo imposible una orgánica y sólida doctrina sobre la educación. Esta advertencia no es ya un mero paso en el puro razonamiento teórico, sino que es haber tropezado con un hecho bruto, con el hecho histórico en que estamos sumergidos, al que la Junta del Fondo llama « la diversidad filosófica de nuestro tiempo ». Esto le lleva, no a rectificar, pero sí a suspender su anterior razonamiento convencida de que es ineludible aclarar este hecho, sus causas y sus consecuencias para la educación, antes de seguir la trayectoria que comenzó por dibujar. Por esto nos propone que nos ocupemos de él.

Si ahora recordamos cual fue el punto de partida descubrimos que hemos llegado a una situación paradójica y que teóricamente parecería una contradicción, pues comenzamos diciendo que el « *problema primario* en el progreso de la educación » era « el esclarecimiento de la filosofía de la educación », pero ahora resulta que *antes* de *ese* problema primario hay todavía otro al cual no hemos llegado por un razonamiento, sino que se nos ha impuesto en forma de hecho bruto : « la diversidad filosófica de nuestro tiempo ». ¿Era un error

Estas páginas, inéditas hasta la fecha, transcriben unos apuntes manuscritos redactados por el autor en previsión de sus intervenciones en la reunión organizada por el « Fondo para el Progreso de la Educación » —promovido por la Fundación Ford—, que se celebró en Londres en Mayo de 1953, y a la que Ortega fue invitado en unión de otros eminentes pensadores.

llamar a aquel problema primario para quien desea trabajar en el progreso de la educación? Yo creo que no : estaba bien llamado así porque en buen orden teórico era aquél el primario. Pero antes de toda teoría el hombre se encuentra siempre con un problema anterior en la realidad a todos los demás, que llamaremos « previo ». En efecto, el hombre se encuentra siempre con un problema previo que es su tiempo, el tiempo en que le acontece vivir, cuyos rasgos son siempre distintos de los de otros tiempos. El carácter histórico de la realidad humana hace del hombre inexorablemente un siervo de la gleba que es « nuestro tiempo ». Hay etapas en que ese problema previo apenas es percibido, apenas es cuestión, pero hay otras en que « nuestro tiempo » se interpone angustiosamente entre nuestra persona y todo lo que quisiéramos hacer y ser. Nos hallamos en una etapa de esta última clase, y por eso la Junta del Fondo al querer echar a andar ha tenido que tropezar con « nuestro tiempo » bajo el aspecto de lo que llama « diversidad filosófica » del presente.

Nos invita a que estudiemos esa « diversidad filosófica », cada cual bajo el aspecto que le parezca más importante. Lo que acabo de decir indica cual es el que voy a atender más en las conversaciones de estos días y que puede formularse así : muchas veces en la historia ha existido « diversidad filosófica », mas, aun cuando siempre ha sido un estorbo para la educación, no ha solido ser una dificultad tan grave como lo es hoy. Se trata, pues, de que en el presente la « diversidad filosófica » muestra caracteres de una gravedad insólita, tal vez única ; pero estos graves caracteres se originan en la insólita situación general donde el hombre se encuentra hoy, que sólo puede aclararse si se tienen en cuenta todos los otros rasgos peculiares de nuestro tiempo.

Con esto queda anticipado cual va a ser mi dictamen sobre la nueva Institución que la Junta del Fondo proyecta. Esta deberá ser, a mi juicio, completamente distinta de todas las que existen, pues no parece haber urgencia en crear un organismo más que siga cultivando las disciplinas tradicionales mientras hay un problema enorme, urgente, angustioso que espera ser estudiado a fondo por equipos de personas capaces. Este problema es el previo, es « nuestro tiempo ». Cómo esto pueda concretamente hacerse es cosa que intentaré sugerir en alguna de las próximas sesiones. La forma de una Institución intelectual, si es ésta auténtica, justificada y original, viene dada por la peculiaridad del problema mismo sobre el cual se le encarga trabajar.

PARTO DE SUPONER que la Junta del Fondo entiende por filosofía, según el uso que esta palabra tiene en la lengua común de América, toda idea o interpretación general del mundo y el hombre. En este sentido una religión es una filosofía, pero hay filosofías que no son religiones, sino cuerpos de doctrina que son o pretenden ser científicos. « Diversidad filosófica » significaría que en una colectividad, sociedad, pueblo, nación o como se le quiera llamar, existe una pluralidad de tales interpretaciones del mundo y del hombre. En este sentido la « diversidad filosófica » ha existido casi siempre, pues en todas partes, a lo largo de la historia, ha solido haber algunos individuos que pensaban sobre el hombre y el mundo de distinta manera que los demás. Mas así entendida la « diversidad filosófica » no interesa a nuestro propósito. Ésta empieza a interesarnos cuando cada una de esas filosofías ha sido adoptada y es sostenida por una porción amplia del cuerpo social. Entonces la « diversidad filosófica » representa un índice del estado de disociación, de insuficiente cohesión en el cuerpo social. Esto ya es más grave que una simple divergencia en las maneras de pensar.

Vista así en su realidad histórica, la « diversidad filosófica » se nos presenta con dos dimensiones : una, la extensión de cada una de las filosofías en el cuerpo social. Otra : el grado de divergencia y, por tanto, de incompatibilidad entre ellas. Estas dos magnitudes nos permiten poner en ecuación la importancia que en *cada* momento de la historia ha tenido la « diversidad filosófica ».

En Europa, hasta la Reforma, esas dos magnitudes, a saber : la incompatibilidad y la extensión de las diversas filosofías, no tuvieron verdadera importancia. El caso

más agudo pero breve en el tiempo y reducido territorialmente, fue la herejía albigense.

Mas la Reforma dividió en dos bandos varias naciones de Europa, y eso que se trataba de dos filosofías que tenían una base común : el cristianismo. Sin embargo, la escisión de los cuerpos sociales fue tan honda que originó la época llamada de « las guerras de religión ». El cansancio de la lucha trajo consigo que, por primera vez, surgiese en Europa el principio de la tolerancia, al que el filósofo Locke dio expresión teórica.

Pero la tolerancia, a su vez, hizo posible que se extendiese por todo el Occidente una nueva filosofía que no era religiosa : el racionalismo del siglo XVIII. Esta filosofía llevaba en sí un imperativo que hasta entonces no había actuado en la historia : el imperativo de reformar. Siempre se habían hecho reformas en tal o cual punto de la legislación y, a veces, la reforma había sido de grandes proporciones, pero nunca se había sido « reformista », esto es, nunca se había reformado por principio y con la voluntad formal de reformar. Es más, precisamente las reformas más grandes no habían sido premeditadas, sino que fueron más bien resultados. El cambio mayor en la historia antigua, que es la transformación de la República Romana en Imperio Romano, no fue realizado según una idea preconcebida. La verdad es que nadie, ni siquiera César y menos aún Augusto, quiso por anticipado la extraña forma de Estado que fue el Imperio Romano. Esto es verdad hasta tal punto que cuando hoy, retrospectivamente y con todos los hechos a la vista, intentamos definirlo como institución jurídica, no nos es posible. Fue un hecho gigantesco que no fue nunca un « derecho » (1).

El racionalismo del siglo XVIII se proponía reformar el Estado radicalmente. Este propósito era en sí mismo revolucionario, pues equivalía a romper en el orden político toda continuidad con el pasado. Tal intento tenía por fuerza que desembocar en el terrible acontecimiento que fue la Revolución Francesa y en los otros, menores de apariencia trágica, pero del mismo sentido, que se produjeron en todas las naciones del continente europeo. Este racionalismo reformista era menos compatible con las religiones tradicionales que éstas entre sí. Por eso, la Revolución dejó más profundamente escindido el cuerpo social en cada nación que las guerras de religión. Esta escisión se ha perpetuado hasta el día actual .

Sin embargo, por muy divergente que fuera el racionalismo reformista de las filosofías religiosas antes reinantes, la incompatibilidad no era extrema. Bajo sus profundas diferencias quedaba aún un subsuelo de creencias comunes al cual en la lucha se podía recurrir. Estas creencias comunes se pueden resumir en tres. Primera, todos creían en la cultura ; en las ciencias, en las letras, en las artes, en la técnica. (Aunque con algunas reservas, las religiones se hacían solidarias de eso que acabo de llamar cultura.) La segunda creencia común consistía en la aceptación de las nor-

(1) [La ejemplaridad de este magno suceso histórico atrajo reiteradamente el interés de Ortega. Véase, especialmente, el curso *Una interpretación de la historia universal. En torno a Toynbee* (« Obras inéditas », Revista de Occidente, Madrid, 1960), cuyo argumento central es el estudio de ese acontecimiento que Ortega emparejaba con la crisis del mundo contemporáneo en el momento actual.]

mas morales que en los siglos precedentes habían sido establecidas. La tercera creencia era la idea de patria. Este fondo común, después de la turbulencia revolucionaria, quedó destacado y como en primer término compensando la efectiva escisión que seguía existiendo en cada pueblo. Así fueron posibles las etapas de calma interior que las naciones gozaron durante el siglo XIX.

El panorama hasta aquí dibujado no lleva otra intención que hacer posible, por contraste con él, caracterizar en poquísimas palabras la « diversidad filosófica » actual.

¿QUÉ RASGOS de ella saltan más a la vista cuando se quieren buscar hoy las bases para una filosofía de la educación?

El racionalismo reformista era radical en la ejecución de su programa ; pero el programa de sus ideas, es decir, su filosofía no era radical, sino que conservaba, como he dicho, todo un fondo que le era común con las otras filosofías. La disociación del cuerpo colectivo se hizo muy profunda ; por decirlo así, los dos segmentos de la nación quedaban separados hasta el suelo, pero continuaban unidos en el subsuelo : en la fe en la cultura, en la adhesión a una moral común, en la fidelidad a la patria.

Mas, a comienzos de este siglo, la expansión del socialismo inicia una situación nueva. El socialismo —me refiero a la filosofía socialista— no reconoce los valores de la cultura. No acepta la ciencia sino en la medida en que se ponga al servicio de la clase proletaria y análoga actitud adopta frente a las letras y las artes. Tampoco se inclina ante la idea de patria. Al contrario, reclama de los obreros que se disocien totalmente del resto de su nación y se unan a los obreros de los otros países. Con la agudización del socialismo en la forma del comunismo se da el último paso en la escisión. El comunismo ataca íntegramente la moral establecida sustituyéndola por otra que es contradictoria de aquélla. Por ejemplo, el hijo tiene obligación de delatar a su padre.

Con esto ha desaparecido por completo aquel subsuelo común sobre el cual las naciones de Occidente —y me refiero especialmente al continente— podían vivir con un residuo de unidad interior. Ahora, la incompatibilidad de las filosofías se ha hecho extrema.

De esta manera se ofrece a nuestra vista el primer rasgo característico de la « diversidad filosófica » en nuestro tiempo, a saber, el extremismo. Porque inevitablemente el extremismo comunista ha motivado que se vuelvan extremistas otras filosofías. La negación extrema de la idea de patria suscitó las filosofías nacionalistas no menos extremistas, e incluso las religiones tradicionales comienzan a adoptar actitudes extremas donde quiera que el poder público les es favorable.

No es, sin embargo, el extremismo a que acabo de referirme el rasgo que me parece más grave, con serlo mucho, en la actual « diversidad filosófica ». Hay otro lado del ingente fenómeno que debe preocupar más.

Hasta comienzos de este siglo, el sistema de valores y de normas que llamamos « cultura occidental » había actuado como un freno que impedía las actitudes extremas. La cultura representaba un repertorio de instancias últimas a que era posible recurrir con la confianza de que imponían su autoridad sobre las almas. Por ejemplo : el hombre occidental tenía fe en la razón y ello hacía de ésta una instancia suprema a la cual someter las contiendas y las discrepancias.

Mas el predominio que aquellos extremismos han adquirido en amplísimas porciones del mundo occidental demuestra que el freno de la cultura se ha debilitado, y esto no podría haber acontecido si la cultura occidental misma no se hallase en un estado anormal. Por ello me parece difícil que pueda estudiarse adecuadamente la actual « diversidad filosófica » si no se desplaza la atención a contemplar ese estado anormal de nuestra cultura, porque en todas sus dimensiones surgen fenómenos inquietadores desde hace treinta y cuarenta años.

Baste traer al recuerdo lo que hoy es la pintura o la música o la literatura. No se trata de la apreciación personal que esos productos nos merezcan, sino de que ostentan caracteres incuestionablemente extraños, donde se manifiesta una voluntad de ruptura con la continuidad cultural no sólo de Occidente sino de toda cultura conocida. La cosa es grave porque el arte, merced

dical estructura básica a todas ellas, y no menos accesible de modo racional e inteligente. Es la « vida » —repito que hablo en giro simplificado— a que todos nos referimos al emplear expresiones tales como « llevo una vida tranquila », o « la vida se me hace imposible », la « vida feliz », la « vida cortesana », la « vida de aldea », o el « buscarse la vida », el « mudar de vida », etc., etc., es decir cuando la adjetivación de la vida recae, en rigor, sobre ella misma y la califica. Creo por ello que un nombre adecuado para esta realidad radical, para esta « vida » tan consabida pero intelectualmente desconocida, y con el que se evitaría el tenaz equívoco provocado por las otras vidas aludidas y reiteradamente estudiadas, sería el denominarla la « vida misma » (5).

— *Y la « razón vital », ¿qué significa en el sistema del gran filósofo español?*

— La « razón vital », o « razón histórica », es el método de investigación y, a la vez, de conocimiento adecuado a esa realidad radical, a esa estructura inteligible que compone la trama de la « vida misma ». Casi todas las obras de Ortega son prácticas, ejercicios de « razón viviente » y su legado literario conjunto, en una dimensión esencial, es un sistema de ejemplos de ese método. Con parecerme tan valiosas las tesis de Ortega creo que lo es más el método que ha conducido a ellas. El pensamiento de Ortega coincide en esto con las doctrinas filosóficas que mejor resisten a la mudanza de los tiempos, porque sobreviven a la ineludible caducidad de su propio contenido. El núcleo de este método de la « razón viviente », quizá se podría también simplificar diciendo que consiste en el ensayo de analizar todo hecho y todo suceso incluyendo en él los impulsos que lo han originado y las pretensiones hacia qué se dirige, o sea, llegar a verlo en la fluidez de su « venir de » e « ir hacia », como Ortega gustaba decir. En su sistema « la vida es la realidad radical » pero, a la vez, « la vida sólo se vuelve un poco transparente ante la razón histórica » (6).

— *Como Ud. sabe, se ha criticado a Ortega señalando que su pensamiento se aparta de la tradición española. ¿Podría indicarnos cuáles son las diferencias?*

(5) Ciertamente, la « vida feliz », como la « vida de aldea » o el « mudar de vida » son situaciones sobre las que se ha escrito, pero por lo que tienen de « felicidad », de « aldea » o de « mudanza », no en cuanto que son situaciones diferenciales de la *vida misma*. En un libro que denomino *La vida misma y su conocimiento*, de próxima aparición, espero ofrecer un planteamiento explícito del tema.

(6) *Historia como sistema*, cap. VIII. (Perdóneseme decir que tengo la sospecha de que buena parte de los autores de libros sobre el pensamiento de Ortega no han comprendido lo que propiamente menciona la expresión « la realidad radical es mi vida », noción clave y sin cuyo auxilio no se puede entender *bien* la ideología de Ortega en relación con análisis aparentemente inequívocos acerca de la política, el arte, el derecho o la sociología. En dos libros aparecidos últimamente —al tiempo de revisar esta entrevista y agregarle estas notas— se incurre de plano en ese grave defecto. En *Ortega, dos filosofías*, de Ubaldo Casanova —Madrid, 1960—, hay un capítulo denominado « La realidad radical », intempestivamente apoyado en un solo texto de Ortega —el *Curso* de 1929—, en el que no se consigue llegar a establecer contacto con la idea del filósofo. Y Gonzalo Fernández, en su *Ortega y el 98* —Madrid, 1961—, exhibe tan liviana responsabilidad que sus comentarios sobre el tema son irrisorios. Como no se trata de proponer acertijos, sino de esclarecer pensamientos, señalaré, por ejemplo, los párrafos últimos y primeros de las lecciones IV y V de la *Meditación de la técnica* : sin una reflexión atenta del tema ahí planteado no cabe iniciarse en esa nueva idea de la vida humana. Aunque considerando que estas cosas son las que por lo regular han sucedido en la historia de la filosofía a los contemporáneos de los pensadores que innovan, no sería discreto sorprenderse demasiado por ello. En sus trabajos y a través de su menguada comprensión del pensamiento filosófico de Ortega consiguen, en definitiva, perfilar sus propias ideas y posiciones, y esto es, probablemente, lo que hay de respetable en su inmoderado intento. Por otro lado, habría que reconocer que la intención divulgadora que Ortega ha dado a muchas de sus páginas filosóficas es, en buena parte, causa de que se haya producido esta peregrina situación ; quiero decir, de que por haber expuesto Ortega su filosofía en forma accesible a los necios, y haber dado a éstos la entrada en ella, lleguen a tomar en serio sus impresiones y se arrojen a creerse definidores de filosofías. No pienso que la filosofía sea ciencia esotérica, antes al contrario, pero lo que sucede con Ortega ya es excesiva democracia.)

— Donde habría que señalar diferencias es entre las distintas tradiciones y tendencias intelectuales que se han producido en España. Primero, por desgracia, hay que reconocer que somos un pueblo muy poco tradicionalista y respetuoso con su pasado, como lo prueba el que nuestra historia se halle escasamente estudiada y menos conocida ; y, en otro orden de cosas, pero por causas afines, que casi todo lo viejo o antiguo tenga un carácter de ruina y abandono o se derribe sin duelo. Pero, a pesar de esta insolidaridad con nuestra historia, se puede advertir que hay en nuestro pasado, como en el de los demás países europeos, una pluralidad de tendencias y orientaciones en cada una de las cuales se configura la continuidad de una tradición nacional (7). La tradición española no puede ser el monopolio de ningún grupo. Pero en relación con su pregunta, esa acusación respecto a Ortega es inane. En una carta que dirige a Unamuno desde Marburgo, en 1907, le cuenta que ha contribuído a lanzarle por el camino de la filosofía el propósito de « ver lo que da de sí un español filósofo o lo que da de filosofía una testa celtíbera ». Y esto no era una frase sino, para quien lo sepa entender, una clave de su vida y de su obra. Disputar a Ortega su españolía me parece una posición absurda.

— Y en los medios universitarios, ¿en qué medida cree usted que ha influído el magisterio de Ortega?

— Es, sin duda, una de las mayores y más constructivas influencias de Ortega. El sistema filosófico que fue elaborando lo expuso tan sólo en las lecciones de su cátedra universitaria, que desempeñó durante veinticinco años y a la que fueron concurriendo sucesivas generaciones ; recuerdo la mínima ceremonia con que en el curso 1935-36 se conmemoró esa fecha. En su necrología escribió Zubiri que sin la actuación de Ortega muchos españoles serían otros de lo que han sido ; y entre esos españoles figuran, muy especialmente, una gran parte de los actuales docentes en las universidades españolas. Como discípulos, meros alumnos o lectores es improbable que hoy, en el campo de las ciencias de humanidades, profese nadie en quien la acción de Ortega no haya sido, en algún sentido, importante. Y además de que los estudiantes actuales se encuentran con esa indirecta presencia de Ortega, me consta que con asiduidad lee sus obras esa minoría despierta cuya reacción interesa. Aunque sucede que la ruptura acaecida en la continuidad de la vida social española con el traumatismo de la guerra civil, agrega dificultades a las que va imponiendo el inevitable desnivel de *sensibilidad* entre las nuevas generaciones y las inmediatas pasadas. Por otra parte, en las obras póstumas les llegan a los jóvenes libros nuevos de Ortega en su primera salida pública.

— Antes de preguntarle por las « Obras inéditas » y a propósito de Zubiri, ¿cómo ve usted su actitud filosófica : tiene soluciones o exigencias propuestas por Ortega?

— La cuestión es compleja. Por una parte, Zubiri ha manifestado reiteradamente cuánta es su gratitud hacia el maestro y amigo cuya docencia le inició en la filosofía moderna y en la problemática de la filosofía, y, a mi entender, lógicamente, no hay mejor introducción al pensamiento de Zubiri que el conocimiento de la filosofía de Ortega. Sin embargo, quienes hayan sido llevados a la filosofía por su influjo, en la posguerra, podrán no coincidir en ese criterio ; y, de cierto, es muy respetable que cada cual agradezca lealmente el magisterio de quien para él ha sido un guía esencial. Pero aparte estas posibles y fundadas divergencias, es cosa sabida que su vinculación con Ortega fue grande. Aunque se trata de dos personalidades bien diferenciadas. Creo que se puede decir que todo filósofo nutre su filosofía con los otros elementos de la cultura o la experiencia humana a los que lleva su atención, y esta preferente orientación es muy expresiva. Ortega atendía a la historia, a la sociología y, sobre todo, a las constantes transformaciones de la humana existencia. Quizá recuerde usted que ha confesado ser asiduo lector de libros de viajes y exploraciones (8). Xavier Zubiri,

(7) Un librito impulsado por la discreta intención « de reincorporar una tradición en buena parte olvidada » es el de Gil Novales (*Las pequeñas atlántidas*, Barcelona, 1959). Esa tradición es la de los españoles, no tan infrecuentes aunque escasos, que han adoptado en todo tiempo frente a los avatares del absolutismo « la peligrosa novedad de discurrir » .

llama « sociedad europea » y del concepto de nación. Considera que la unidad de Europa no es algo futuro que se deba construir, sino que está ahí ya desde un remoto pasado, con anterioridad a las naciones ; y estima que éstas, para salvarse históricamente, deben advertir que como « forma de vida colectiva » la nación es un infértil anacronismo. La *Meditación de Europa* practica, una vez más, el método de la « razón viviente », esa óptica de fiel acompañamiento a los hechos en su acontecer (12).

— *Qué razones cree usted que ha podido haber para que esos libros no se publicasen? ¿No es extraño que las « Obras inéditas » sean tantas y tan importantes?*

— Esa sorpresa y esa pregunta han debido formulársela bastantes personas, pero me sería imposible darle mi opinión de manera abreviada ; el hecho sólo puede intentar comprenderse dentro de una revisión de la biografía y de los propósitos de Ortega que complique medio siglo de la vida intelectual en España, Hispanoamérica y Europa. Conviene recordar, además, que el caso no es insólito en los filósofos de vocación, pues más bien es normal que por su fidelidad a la verdad y a instancias personales su obra publicada resulte azarosa y fragmentaria ; aunque no suceda así en los profesionales de la filosofía, que sueltan manuales y tratados con la misma regularidad administrativa con que la gallina pone el huevo, y tratan con pareja aplicación de todos los temas hasta poner en orden la infinitud del cosmos. Recuerde usted la adecuación respecto de un público que Ortega exigía a sus escritos, y a la que antes me he referido ; pues a este requisito habría que anteponerle otro aún más delicado : que el contenido de la obra expresase cumplidamente el pensamiento del filósofo. El pensador que se somete a esas dos condiciones ha de incluir en su obra zonas en sombra ; los silencios de Ortega acerca de algunos temas, que ingenua o maliciosamente se le han reprochado, creo que obedecen a ese religioso imperativo de veracidad y responsabilidad (13). Otro rasgo afirmativo de esa obra inédita tan extensa es la capacidad de renunciar que supone la interrupción y archivo de esos trabajos. Si no fuese porque Ortega ha admitido como tesis formal en su pensamiento la idea de que « lo que la filosofía tiene de constitutivo fracaso es lo que hace de ella la actividad más profunda de que el hombre es capaz » (14), y aun a pesar de ello, cabe pensar que la historia intelectual de Ortega es un drama doloroso ; quizás compensado por la fruición que conlleve el alumbramiento de tantas lúcidas visiones que eran, a la vez, parte de su misión personal. Pero, como usted ve, el tema no cabe en este interrogatorio periodístico.

— *Y acerca de esos tomos venideros, y de los caracteres de la obra aún inédita del filósofo ¿quisiera, por último, contarnos algo?*

— El inmediato volumen será *Origen y epílogo de la filosofía*, unos estudios inconclusos y parcialmente ya publicados en Alemania (15), que figurarán entre lo más importante de su filosofía. Además de incluir precisiones y novedades sobre su propia doc-

(11) Parte segunda, cap. XIV, parágrafos III y V.

(12) « La pupila del historiador tiene que trotar sin descanso, como el perro que nos acompaña, moviéndose del hecho que se estudia hacia atrás y de él hacia adelante, porque en su venir del antaño y en su ir al futuro es donde manifiesta sus auténticas vísceras, su efectiva realidad, lo que fue ese hecho positivamente para quien le vivió », escribe Ortega hablando de Vives. (*Obras completas*, tomo V, artículo « Vives », I.)

(13) He aludido al complejo alcance que presenta la obra póstuma de Ortega en « El radicalismo en el pensamiento de Ortega y Gasset », comentario al libro *La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva*, publicado en el *Anuario de Filosofía del Derecho*, tomo VI, Madrid, 1959. (En el anuario de filosofía *Dianoia*, nº 6, México, 1960, ha publicado también José Gaos una recensión de ese libro en la que interpreta erróneamente —pág. 199— la nota que antepusimos los compiladores al § 33. Al decir que la paginación de este parágrafo no continúa la precedente, creo que se da a entender que el manuscrito original del texto anterior llevaba una numeración seguida —de la pág. 1 a la 277—, y que ese § 33 no la prolongaba ; en rigor, carecía de ella. Y al aludir a nuevas partes del libro, apuntábamos —con insuficiente precisión— a las que se anuncian —págs. 167, 207—, pero que, al parecer, nunca llegaron a redactarse.)

(14) *La idea de principio...*, Buenos Aires, 1958, § « El nivel de nuestro radicalismo ».

var la totalidad del propio fracaso en otro. Si de individuo se trata, cuando espera aliviarse pasando su carga de culpa a hombros ajenos, más infeliz se siente, es un ser a-feliz, sin fe, sin fianza, enajenada su identidad ; si de pueblo, el organismo social se descompone en oscilaciones tan contradictorias, que va y vuelve de la humillación a la agresividad.

Por un error de semántica arteramente consoladora, se suele llamar orgullo nacional a esa primitiva reacción agresiva del alma social, tan extrema que puede llegar a la soberbia de la autodestrucción, ya en los actos últimos de la debilidad ; y, a ratos no infrecuentes, a inclinarse con remilgos o no ante el poderoso agente exterior, con un oportunismo que delata uno de los instantes de la oscilatoria tensión moral del resentimiento.

Váyase de pueblo en pueblo por nuestro dilatado espacio y pregúntese aquí o allá. La respuesta será siempre la misma, con las diferencias de la particular ubicación geográfica y su diversa composición humana : apasionadamente amarga en los lados en que la agresión exterior, con armas o sin ellas, coincidió o estimuló la. pobreza y el despostismo criollo, o allí donde se afirmó más profundamente la ordenación colonial sobre una sociedad indígena predestinada, por una trampa de los dioses, a conservarse en la servidumbre de su antiguo y unilateral desarrollo comunitario, sin bastante objetivación individual para constituir lo que se llama hoy una sociedad colectiva, y bajo el hechizo maligno de una relación de hijo-peón a padre-ídolo ; o bien, persuasiva y ampulosa, en aquellos sitios donde un gran bienestar mal repartido remató en las monumentales obras materiales de un complejo infantil de gigantismo.

Las zonas de la indagación, y en las que por lo general encaja el esquema, se llaman : la del mar Caribe, con excepción de Costa Rica, la andina y la más blanqueada e institucionalizada que acoge a Chile, Uruguay y Argentina. El Brasil es un caso especial, no sólo por su alegría negra, sino por la fluidez de su historia, desde la colonia al imperio y del imperio a la República, y por lo periférico de su cultura que hizo depender el progreso social de los sucesivos monocultivos en crisis.

Es lo cierto que por una causa o por otra todos os dirán que la culpa de las curvas descendentes o de los estacionamientos en el progreso es de exclusiva procedencia exterior. Claro que hay excepciones de grado, como en los casos de Uruguay y Costa Rica. Hablo de generalidades, llevándome los riesgos que entrañan. Hecha la salvedad, agregaré que acaso por esas razones de culpa tan ligeramente transferida haya por aquí tanta seguridad en un diablo, que no tienta, lo cual sería estimulante, sino que se cuela por las chimeneas, herramientas de tortura en mano. Esta conciencia de víctima es un reconocimiento atroz de inferioridad.

Claro que cosas así no ocurren porque les viene en gana ocurrir. No faltan razones valederas para acusar a otros del daño padecido, pero no son esas todas las razones. Más firme fuera nuestra posición de conciencia si alcanzáramos a reconocer en nuestro desequilibrio histórico una etiología distinta a la del mero embrujamiento por el adversario.

Pues en historia no hay adversarios gratuitos ; realmente no hay adversarios de ninguna clase. Sólo hay crecimientos que chocan. Cuando los intereses del crecimiento se ven favorecidos, un país o un imperio puede tornarse amigo del enemigo. Si es ésta una conducta apartada de la lógica y hasta de la ética, la psicología se identifica mucho más con la historia que cualquier abstracción de valores. Y el interés, por su cuenta, que lo mueve todo, nunca ha fallado en ser la premisa básica aunque disimulada de las racionalizaciones con que nos abruman los doctores. Por mociones así, producidas muchas veces en las constantes arbitrarias de la historia, es como se celebran las transacciones —y no me refiero a las que produjo la torpeza, como en el caso de Munich o en el tácito entendimiento que, con las palabrejas de no intervención, sepultó a la República española, puesto que muchas veces « transar » es sobrevivir. Las explicaciones o justificaciones teoréticas son siempre profecías a posteriori.

América Latina tiene ya edad de « transar » con uno o con varios, mas sobre todo con ella misma. Su edad es joven —para el caso vale contar sólo desde la República—,

propósitos socio-estatales. Y agréguese lo que Perogrullo ya sabe : que la vigencia de la doctrina ha caducado en el capitalismo moderno, no obstante lo cual los ocho años de gobierno republicano en Estados Unidos nos han predicado, hasta el hartazgo, una verdad que no existe entre los mismos predicadores. Por desgracia, esos ocho años nos hicieron perder veinte. A ellos y a nosotros.

Semejante prédica sumada al primitivismo, reactualizado por una policía con técnica a lo fascista de las dictaduras criollas y a la pertinacia ciega y sorda, de la mentalidad feudal de nuestra clase dirigente, que todavía piensa por ociosa comodidad en aquello de que « si la teoría y los hechos están en desacuerdo, tanto peor para los hechos », son responsables de haberse extendido en grupos universitarios y sectores populares latinoamericanos la errónea suposición de que la idea de igualdad económica es más poderosa que la de la libertad, presentándolas así como proposiciones contrarias de la posibilidad humana, cuando precisamente la justicia material deriva y está envuelta en el contenido de la libertad.

Por eso mismo se presenta la antinomia como un aplazamiento. Y no es extraño que gentes desesperadas convengan en la sinrazón de creer que la privación de libertad personal por todos los medios, incluso los más bárbaros y odiosos, conduzca a la final constitución de una sociedad libre y sin clases. Pero es justamente por la sinrazón que se cree a pie juntillas, aunque se sepa que las serpientes abundan en los paraísos y mucho más en los sucesivamente postergados.

Los proselitistas, empero, del marxismo, esa otra utopía yacente del XIX, occidental-cristiana-heterodoxa, continúan repitiendo la inanidad de una receta elemental, groseramente esquemática, y deshojando margaritas para ver si dan alguna vez en la coyuntura de los hechos.

En esa beligerancia de reliquias —libre cambio y marxismo—, casi nada va de ideología verdadera. El lenguaje es y debe ser de cosas concretas. Son los ofrecimientos de una inmediata redistribución del bienestar los que operan en el alma popular, a la que nadie explica dónde, en una economía totalitaria de mercado cerrado, podrán hallarse los recursos para echar a andar la maquinaria de las reformas agrícolas e industriales, puesto que tendrían que convenir que sólo el trabajo forzado, uno de los factores de la producción, facilitaría la necesaria capitalización. Así lo hizo y lo hace la Unión Soviética.

Pero volvamos al hilo del resentimiento.

*

Medró el dañino sentimiento contra la prosperidad occidental, tipificada en Estados Unidos de Norteamérica, desde que dos guerras mundiales no sirvieron para nada, sino para ahondar diferencias y destruir renovadas ilusiones. La Carta del Atlántico fue escrita sobre el agua. Con todo, el mundo de ambas postguerras abrió un poco el secreto de las fórmulas occidentales. La primera, con su tremenda crisis económica, demostró la falibilidad del capitalismo individual monopolista, cuando el fordismo todavía no daba frutos en las posteriores transformaciones del sistema, y produjo en América Latina un acelerado movimiento de inspiraciones socializadoras con el motor histórico que la revolución rusa había encendido. La segunda, nos entregó el espectáculo de un poder político mundial compartido y la agudización de la crisis de la cultura occidental, en sus dos expresiones, la del Oeste y la del Este.

Si Europa comparecía entonces ante el mundo acongojada, con sus dos milenios de cultura fragmentados por la obscuridad de su política, Estados Unidos habían entrado ya, a pasos imposibles de ser alcanzados por la reflexión, en el camino uniformemente acelerado del aumento de consumo, dentro de una economía de círculo vicioso cuyos límites de expansión, no previsibles aún, llevan al vértigo del pan y el juego. Habrá una rectificación creadora de este autoengaño de lo espiritual por lo material, cuando las grandes virtudes del pueblo yanqui y su ínsita generosidad sean vigorizadas por una filosofía de contornos capaz de hacerle comprender los peligros de la superfluidad. En los mensajes del Presidente Kennedy se advierten nobles propósitos de esta renovación de valores,

hacer perder el amor por las esferas incomparables, nunca alcanzadas, pero necesarias a la ordenación y a la unidad del pensamiento y la conducta.

El problema es a la verdad más complicado si se examina la general orfandad de los partidos políticos latinoamericanos, salvo excepciones que afirman la generalidad. La demolición de la estructura semifeudal de nuestra sociedad y la reorganización de una política económica eficaz para la acumulación -y la simultánea distribución, requiere partidos populares disciplinados y una dirección consolidada y perspicaz. Y que no se nos diga que el precepto de acumular primero para tener qué repartir después, es inflexible. Esta falacia oligárquica no puede mantenerse, aun valedera como principio, que no lo es, simplemente porque no hay tiempo para esperar, salvo que la propia oligarquía latinoamericana quiera precipitar a sus países en la sovietización.

En la misma corriente histórica del subsuelo están las respuestas contra el resentimiento y contra las categorías clásicas de la riqueza. Subió primero esa corriente a la superficie de los hechos con la revolución mexicana. No importa que esta revolución no haya sido precedida de una doctrina, pues que ya los sistemas acabados no encajaban en la móvil realidad, no se contaba por estos lados con siglos de especulación y acaso en esa carencia de teoría consistió el secreto de su impulso, mediatizado luego por frustraciones de adaptación y el surgimiento histórico de la burguesía industrial.

Lo que interesa es que su influencia, por legítima latinoamericanidad, fue viva en todos nuestros países. Y su línea de acción, que se enfrentó al « destino manifiesto », entonces en plena vigencia intervencionista, y contradijo el pragmatismo político que pretendía hacer del gobierno un policía nada más de la propiedad privada, permanece, con las variaciones del tiempo, en los tres grandes movimientos sociales ya señalados : el de Bolivia, el de Venezuela y el del Perú.

Los tres constituyen la esperanza de hoy. Están cargados de historia ; de verdad, diría mejor. Los tres conseguirán —lo están haciendo todos los días— la superación del resentimiento, que no es sólo dejar de padecer un conflicto, sino ganar la batalla a la injusticia, a la ignorancia y a la pobreza.

*

El caso de Bolivia es el más conmovedoramente tipificador de la región andina. La violencia sobre el indio y la concentración de la riqueza alcanzaron allí caracteres delictivos odiosos. La historia de Bolivia está más llena de sangre y trunquedad que la de sus hermanas. Colocada la nación en un callejón sin salida, con dos guerras extenuantes, perdido el litoral pacífico que le hizo volver infructuosamente los ojos al Atlántico, una sucesión de Melgarejos o de débiles señores obedientes a las fuerzas retardatarias —salvo paréntesis breves de alguna consideración democrática—, llevó a la clase dominante a estrangularse la catadura indígena comprando doncelas y doncellas de sangre azul decadente, con olvido total de lo nativo, cuyo padecimiento dábale los recursos para el ostentoso dispendio. La tremenda adversidad, sin embargo, no agotó el valor del espíritu nacional tantas veces humillado, sino que se transmutó en energía para mover a una generación de hombres resueltos y capaces que están luchando contra todo para dar a la existencia de su país una expresión de más humana convivencia.

Si hubo o hay nacionalismo exaltado en la revolución boliviana, explicado está por las circunstancias que pesaron sobre el país. Sus líderes fueron acusados de fascistas y de comunistas. Bueno, eso de comunistas está en labios de cualquier mentecato, pero se gastó por fin en la fabulosa torpeza del macartismo. Y no es difícil encontrar en los primeros años de la revolución sectores, especialmente militares o influídos por éstos, que participaron del hechizo del fascismo, quizás por aquel placer de la obediencia que los jóvenes subconscientemente acarician. Acabado está eso, que no tiene otra traducción que las formas grises, pero formas siempre, de encontrar salidas a los estados de ánimo de la angustia. En todo caso no es el nacionalismo boliviano de inspiración trascendente, como el volatinero de Perón, sino de creación por la vuelta

a la tierra, a Pachamama, madre del hombre, regazo pujante y perdurable, que hallábase enajenada por lo que en Bolivia se llama « la rosca », en otras partes « la argolla » y en todas el círculo cerrado de los explotadores de la servidumbre.

Por sobre la realidad más hostil de América, el movimiento nacionalista boliviano, que empezó su institucionalización en 1945, ha logrado contener hasta hoy a las fuerzas nocturnas del retardo ; se ha empeñado en precaver, casi milagrosamente, el estallido de la catástrofe social en un escenario propicio a la violencia por acumulación represiva y se esfuerza, contra los obstáculos internos y externos, por enderezar la deformada economía, liberada ya por lo pronto de la diabólica triada de Patiño, Hochschield y Aramayo.

La mojigatería viene hace años voceando su terror por los miles de trabajadores que poseen armas y a causa de los desórdenes parciales que tamaña transformación no pudo evitar, en un ámbito humano tan cargado de resentimiento. Recomiéndeseles leer algunas páginas de historia universal y aprender que el hombre es muy joven en la tierra como para que las transformaciones fundamentales de su vida en sociedad se hagan sin sobresaltos.

No quieren ver los interesados en la permanencia del terror paternal todo lo que ha hecho ya Bolivia al colocar las bases de un nuevo Estado, ni ponderan la serena firmeza del jefe de la revolución, Víctor Paz Estenssoro, a cuyo crédito está abonada por lo menos la detención del desquiciamiento moral de un pueblo acosado por una realidad monstruosa.

Rehabilitada la condición humana del indígena, iniciada la reforma agraria, vigorizada la fuerza sindical, nacionalizadas las grandes minas del estaño, estimulado el cooperativismo, restablecida la confianza en la iniciativa privada, Bolivia no ha podido aún incrementar en escala suficiente la productividad, debido a carencia de capitales, a un decenio de desconfianza exterior, a la falta de equipo, disminución de los yacimientos mineros y al deterioro en el precio de su mineral de exportación. La suma de todos los empréstitos que se han hecho últimamente por parte de Estados Unidos o de los organismos internacionales, iguala a sólo un par de años quizás del déficit de su comercio exterior.

La reforma agraria no obtuvo por eso de inmediato el éxito que podría haberse esperado, así en el índice de productividad como en el de la redistribución del ingreso, porque no hubo capitales para movilizarla y porque coincidió su estatuto con la caída en el precio del estaño.

Sin embargo, la vieja estructura ha muerto.

Cómo ha respondido el movimiento nacionalista revolucionario a la intimidad histórica y a las exigencias actuales, puede verse en los aspectos sobresalientes del programa de gobierno para 1960-64. Estas cosas, por ejemplo : inventario técnico de los recursos ; economía mixta, por alianza del sector privado con el público, cuyas inversiones significan el 50 por ciento de las totales ; un segmento de minería libre, operada individualmente o por cooperativas ; moderna legislación sobre el petróleo ; política agrícola planificada para librar a Bolivia de su dependencia y mejorar a las grandes masas de población, incorporadas ya con la reforma agraria a la vida económica ; reformas tributarias que faciliten el desarrollo armónico de la riqueza ; régimen de prioridades en la industrialización ; incremento notable de la seguridad social, de la educación y la salud pública, en una nación cuyo 70 por ciento de habitantes pertenecen a la existencia rural.

Nada de lo dicho significa que las tensiones sociales hayan desaparecido en Bolivia. La crisis económica es aguda, especialmente por causa de factores externos y debido a la inflación monetaria que de modo automático quería mantener servicios y bienes frente a la caída en el ingreso de divisas. Los observadores recomiendan austeridad. Fácil parece la medida : hay menos dólares, comprar menos. Pero la austeridad es impopular y acabaría, al ser extrema, por paralizar la obra revolucionaria. Tiene, pues, el gobierno que dosificar los riesgos con un sistema de prioridades, ya enunciado en el programa de este cuadrienio.

Los peligros que asedian a la revolución boliviana son muchos. Para salvarlos, ¿val-

ella y esperar el beneficio por la descomposición? Resulta inaceptable esta lógica de medios innobles para alcanzar, según dicen, objetivos justos.

Es probable que las reformas en Venezuela no caminen con más celeridad, por razones de circunstancias políticas emergentes día a día. Quizás una radicalización inmediata provocase un colapso económico y el retorno de la dictadura. El tiempo apremia, es cierto, pero la obra revolucionaria necesita tiempo. ¿Hasta qué límites una necesidad podrá equilibrarse con la otra? Al observador no le es posible responder hoy.

Pero sí reclamar una vigorosa cooperación de quienes puedan darla. Por su situación estratégica en el Caribe, por la influencia que Acción Democrática ejerce aún en un vasto sector de la opinión continental, por la batalla que está librando en favor de todos los latinoamericanos, urgen la comprensión y la ayuda para Venezuela. Lo que ocurra en esa zona geográfica es vital para la posibilidad histórica de muchos años nuestros.

*

El movimiento aprista es el que está más envuelto y envuelve más doctrina. Significa la primera gran teorización política medularmente extraída de la realidad latinoamericana y de esa vertiente inspiradora de la revolución mexicana. Su lógica polémica utiliza, tal vez con exceso, el marxismo —como aparato, entiéndase bien, y siempre para contradecirlo en sus derivaciones contemporáneas— en la misma forma en que es permisible, dentro de las grandes trayectorias del pensamiento histórico, repensar a Platón, a Descartes o a Pascal, no para quedarse en ellos, sino para recoger en la unidad de la cultura humana sus balances positivos. No siempre tiene razón Euclides, pero nos sirve. Y comprobar hoy que la nueva física vuelve a la vieja concepción de la declinación orbital electrónica, no equivale en modo alguno a ponerse tapaderas en los ojos con Demócrito o Lucrecio, sino cuando más a considerar un argumento entre tantos, para saber que la libertad y el determinismo se dan la mano en sucesivas modificaciones imponderables de la vida, contrariamente a la ortodoxia esquemática y abstracta del marxismo.

Haya de la Torre posee una cabeza clara y una vasta información del mundo y de la historia. En su pensamiento no hay improvisaciones. Y sí una buena dosis de originalidad, como en su teoría del espacio-tiempo histórico, tan aplicable a la contingencia latinoamericana. El mismo dice que es un estudiante de toda la vida. Dotado también para la acción, conmovió rápidamente a las masas peruanas e hizo de ellas la organización política mayoritaria de su país y la más disciplinada, batalladora y constante de la América Latina .

Sin embargo, el aprismo no ha tomado el poder.

También el Perú, como todos nuestros países, padeció la anarquía en cuanto ganó la Independencia y Bolívar corría a su muerte. Pero más que en ninguno, allí se afirmó a maravilla el estilo cortesano de la vida imperial. Crecía a socolladas la República, y Lima, con su corte de señoritos, se comía a las provincias, entre caudillos de todo matiz y el bienestar que trajo el guano. El liberalismo, con la nueva riqueza, tuvo su auge, dejó como en todas partes de esta América los privilegios coloniales intactos y cuando le llegó la crisis, empezó a hipotecar el producto básico de exportación, en la primera entrega a gran escala del país al imperialismo capitalista. El Perú tuvo también sus hermanos Gutiérrez, que eran cuatro, todos coroneles y tres de ellos destrozados por el pueblo. Contra la ola militar, empezó el partido civil. Ya había salitre, pero se perdió la guerra con Chile. Otra vez la resaca de la bancarrota tomó del cuello al país, hasta que vino Piérola y proliferó el progresismo, que Jorge Basadre llama abstracto —así fue en toda la América Latina—, pero que remató en concretar una poderosa oligarquía civilista, aliada al militarismo. Mientras tanto, desde los finales del XIX, la penetración del capital norteamericano invade la producción de plata, de cobre, de oro, de algodón, de petróleo... La vieja estructura feudal ha encontrado así una poderosísima sustentación, al punto que Luis Alberto Sáánchez estima alrededor de 40 las firmas, entre nacionales y extranjeras, que poseen el 90 por ciento de las tierras laborables peruanas.

« No existe —dice el mismo Sánchez— en toda América una oligarquía tan sober-

bia y tan comparativamente rica como la peruana. » Pero es menester agregar que la clase dirigente del Perú es mucho más hábil y refinada que otras de nuestro continente, y el frente que oponen a la reforma, diestro en alianzas, con un centralismo sin competencia suficiente en las provincias, posee recursos de fuerza y de capacidad poco comunes.

Contra esto y aquello, como diría Unamuno, se alzó el precursor Manuel González Prada. La juventud universitaria despertó con él. Entonces, los civilistas usaban a los militares para ahogar los ímpetus renovadores. Y cuando en una sucesión irónica de mariscales con plumas llegó a tirano el mestizo Sánchez Cerro, ya frente a frente de Haya de la Torre, exclamó como un maniático en una proclama a sus tropas : « Quiero ver teñida de sangre aprista la punta de cada bayoneta. » Se dio el gusto. Ocurría esto hace treinta años.

Son los que tiene de lucha el Apra, el primer partido organizado contra el imperialismo, cuyo programa, de un socialismo típicamente latinoamericano, contempla la nacionalización de tierras y ciertas industrias, la solidaridad de las clases oprimidas —trabajadores, campesinos y empleados—, la defensa apasionada de la libertad y la justicia social, y, en lo internacional, una fraterna familia continental, entre otras cosas la interamericanización del Canal de Panamá.

En esos treinta años, sólo alrededor de diez ha disfrutado el aprismo vida legal, en estos períodos que vale la pena recordar : 1931, parte de 1934, de 1945 a parte de 1948, cuando el aprismo apoyó en las elecciones a Bustamante, y de 1956 a 1961, también en otra operación electoral parecida que dio el triunfo al actual Presidente Prado.

Como frente a la organización y popularidad del Apra era imposible mantener una ficción democrática con escamoteo de votos e interpretaciones accidentales de la ley electoral, la oligarquía —civilismo o militarismo, allá va a dar— se quitó la máscara y obró por las vías de hecho. Durante un cuarto de siglo, de 1931 a 1956, sólo se han celebrado en el Perú seis elecciones generales. Apenas en una ha podido intervenir directamente el aprismo.

Eso ocurrió en 1931, recién nacido el partido popular que respondía anchamente a la conciencia peruana. Ganados los sufragios por Haya de la Torre, su victoria es burlada por la anulación de los resultados totales en el Departamento de Cajamarca y parcialmente en el de Puno. Sánchez Cerro inaugura así su régimen de terror. Poco después, el ejército invade el Parlamento para hacer presos en la misma sala de sesiones a los representantes apristas.

En 1936, perseguidos o en prisión los líderes apristas, el dictador, general Benavides, convoca a elecciones. Desde la clandestinidad, es lanzada otra vez la candidatura de Haya. Benavides declara al aprismo fuera de la ley. Responde el partido apoyando la candidatura de Luis Antonio Eguiguren, que triunfa sobre tres candidatos. Naturalmente, Benavides procede a anular los sufragios, basándose en que han participado en ellos los apristas.

Nuevo llamamiento a elecciones en 1939, todavía el aprismo en la ilegalidad. Gana esta vez el candidato oficial, Manuel Prado.

Desde la persecución, sustenta el Apra en 1945 la formación del Frente Democrático Nacional para la candidatura independiente de Luis Bustamante Rivero. Legalizado el aprismo en vísperas electorales, Bustamante triunfa, pero luego se separa el partido de él, pues no puede conseguir desde el Congreso el apoyo del gobierno para las reformas, siquiera parciales, de su programa.

En 1948 el general Odría arrebata el poder a Bustamante. En 1950 hay otras elecciones bajo el control del general Noriega, pues Odría se retira del ejercicio para guardar apariencias innecesarias. Continúa el Apra en la ilegalidad, pero estimula a la ciudadanía a mantener la nominación del general Montagne, inclinado a reformas civiles y al respeto a las leyes. Noriega apresa a Montagne ; sólo es posible, bajo las bayonetas, votar a Odría. Noriega da así al dictador el agregado título de Presidente.

Pero la opinión pública presiona al generalote. Son, pues, convocadas elecciones en 1956. Sin gozar de la legalidad y frustrado el movimiento de unificación nacional en torno al candidato Hernando Lavalle, el aprismo ordena a última hora votar por Prado, el actual Presidente del Perú.

ARNOLD TOYNBEE

La próxima revolución norteamericana

Acabo de volver de una visita de cuatro meses a Estados Unidos y de ella traigo la impresión de que en los cuatro años transcurridos desde mi anterior visita la tensión impuesta a la economía norteamericana se ha hecho considerablemente más severa. No me refiero a la momentánea presión de los cambios extranjeros sobre el dólar. La tensión a que estoy aludiendo penetra más hondo y creo que continuaría aumentando aún en el caso de que la actual presión sobre el dólar disminuyese.

Esta tensión más fundamental de que hablo se refiere tanto a los aliados europeos de Norteamérica como a ésta misma. Después de todo, la economía de Estados Unidos es el eje sobre el que gira todo el mundo occidental, y cualquier movimiento o tendencia económica de importancia que se produzca en Norteamérica es probable que prefigure lo que va a ser la « ola del futuro » para el resto de la actual minoría relativamente opulenta de la raza humana.

Toda economía tiene dos lados o aspectos : sus medios tecnológicos de producción y su sistema social para la distribución de esa producción. En su tecnología, Norteamérica sigue hoy siendo tan radical como lo haya sido en cualquier momento de su historia. En cambio, por lo que se refiere a su sistema social resulta hoy día sumamente conservadora. Esta diferencia actual en la actitud norteamericana para con los dos aspectos de la economía ha provocado una tensión entre éstos, y hoy parece como si esa tensión se estuviera volviendo tan aguda que uno u otro de esos dos lados o caras de la economía tendrá que ceder.

¿Cuál cederá?

¿Cuál de esos dos lados tiene más probabilidades de ceder : la tecnología de Estados Unidos o su sistema social? En otros tiempos y lugares se han dado ejemplos de una represión deliberada y afortunada del desarrollo tecnológico, encaminada a salvar de la bancarrota un sistema social existente. Pero sería difícil dar con un ejemplo de esta clase en ningún rincón del mundo occidental moderno, y particularmente en Estados Unidos, desde el comienzo de la Revolución industrial.

Sin duda, se ha hablado un poco en Estados Unidos de resistir a los avances de la « automación », con el fin de proteger el empleo. Pero la automación no es más que un nuevo nombre para designar la fase más reciente de la incesante revolución industrial. Hace siglo y medio se hizo en Gran Bretaña un patético esfuerzo para resistir a la mecanización. Pero la resistencia resultó ineficaz, a pesar de la realidad de las dificultades sociales que la me-

FRANCISCO AYALA

La defensa del Occidente: América y Europa

En un grupo de estudio con jóvenes norteamericanos especialmente interesados por los problemas de Latinoamérica puse a discusión no hace mucho cierto tema que, en apariencia, nada o muy poco tiene que ver con el objeto de su común interés: el de las declaraciones hechas el año pasado por el filósofo alemán Karl Jaspers acerca de la cuestión de la unidad alemana, y en seguida desarrolladas por él mismo en una serie de artículos que han tenido amplia publicidad en todo el mundo. Encontrándome yo en Europa en el tiempo en que las formuló primero, pude observar de cerca la reacción producida y basar sobre ella algunas reflexiones que ahora se prestaban a dar algún juego en nuestro pequeño debate sobre temas de política interamericana e intercontinental.

La tesis de Jaspers es, como se recordará —reducida a expresión sumaria—, que el objetivo de la reunificación alemana debe ser tenido por secundario frente a la exigencia de libertad para los alemanes que viven actualmente en el territorio oriental dominado por la Unión soviética. Y eso, no sólo porque en términos prácticos esto resulta hacedero, aun cuando no fácil, mientras que obstinarse en la idea de unir a Alemania en un solo Estado conduciría a la conflagración mundial, sino —sobre todo— porque las formaciones políticas dependen de la contingencia histórica, son accidentales, mientras que la libertad del hombre, el principio de la autodeterminación, es esencial e irrenunciable. « Para el futuro —opina Jaspers— es seguro que, bajo condiciones pacíficas, no podrá alcanzarse la libertad de Alemania oriental sino mediante renuncia a la reunificación. » Reconoce que « los objetivos de un Estado nacional son hoy todavía, para algunos, absolutos e intangibles » ; pero se aplica a destruir, mediante un análisis histórico, la falacia de semejante pretensión. Menciona una frase de Burckhardt, que consideraba como misión de su vida, hacia 1840, demostrar a los suizos, sus compatriotas, que eran alemanes, cuando se luchaba por la confederación germana sobre bases liberales ; se refiere al caso de los holandeses, que en inglés siguen llamándose *the Dutsch*, pero que han perdido ya su conciencia de alemanes ; a la situación pasada y presente de Austria... Y termina por sustentar que « lo que importa hoy es la unidad confederal de Europa, y la de Europa con América. Dentro de esa gran unidad, indispensable para que pueda afirmarse la personalidad de todos los Estados libres, carece de importancia *para el destino común* saber si uno o varios Estados alemanes son o no son miembros de esa confederación ».

Convencido yo de que esas ideas son acertadas y políticamente sanas (en su sentido, coinciden con lo que la historia enseña a quien quiere escuchar su voz, y con lo que, desde otros ángulos y con distintas conexiones, he tratado yo mismo de hacer

como el combate singular que llegó a proponerse en tiempos de Carlos V entre este sacro-romano emperador germánico, nieto del protomaquiavélico Fernando, y el rey Francisco I de Francia, que luego había de faltar a su palabra de caballero... por razón de Estado. Sin abjurar expresamente de nada, vemos ahora como Europa rehusa dejarse inmovilizar por ideas, y por sentimientos de ellas nacidos, que corresponden a una realidad pretérita, y que le serían fatales en los momentos de transformación que vivimos, cuando el planeta entero, agitado otra vez como en el Renacimiento por los efectos de una colosal revolución tecnológica, se encamina hacia nuevas formas de organización político-social.

No deja de ser curioso observar en tales circunstancias la utilidad diversa que los esquemas mentales, las llamadas ideologías, pueden rendir bajo condiciones cambiadas. El marxismo y el nacionalismo, que a su hora promovieron el desarrollo político-social de Europa y que ésta abandona a la fecha actual en que la embarazarían, no sólo siguen prestando servicio a la acción de la propaganda comunista, sino que están siendo adoptados como instrumento por otros pueblos —en Asia, África— para afirmarse e incorporarse de manera positiva a la civilización creada por el Occidente. Esos pueblos, que yacían dormidos en el lecho de altas culturas agostadas, o que no habían salido nunca de las formas primarias de cultura, se alzan ahora contra el colonialismo esgrimiendo no sólo las armas inventadas y producidas por sus antiguos dominadores, sino el arsenal ideológico que ellos han desechado ya como « obsoleto » ; es decir, en nombre del nacionalismo y del marxismo, o de ambos ligados en imposible mixtura. Lo que para Europa ha llegado a ser cosa del pasado, y constituiría en estos momentos impedimenta fatal, les está sirviendo a ellos para ingresar o reingresar en la Historia desde culturas elementales o desde el letargo de viejas e ilustres culturas.

Cabe preguntarse, desde luego, hasta qué punto son adecuadas tales doctrinas para semejante empleo, y objetar su idoneidad. Quizás no se ajusten bien a la realidad de esos pueblos ; seguramente que no se ajustan bien. Pero aunque la India no sea lo que en un sentido técnico y preciso se llama una nación, y aunque no lo sea el Congo, el principio nacionalista les permite rechazar la ingerencia colonial de potencias extrañas, y formarse una conciencia activa de su propia entidad política. En cuanto al marxismo... Ya en su día se observó, respecto de la revolución rusa, que Rusia era el menos maduro de los países europeos, en términos marxistas, para establecer el socialismo. Y de hecho —se observa hoy— nunca se ha aplicado allí régimen que merezca tal nombre, sino más bien —bajo la fraseología y mitología marxistas— un brutal capitalismo de Estado, destinado a forzar la industrialización del país, como en efecto se ha logrado al cabo de cuarenta y tantos años. Es más que probable que, por otros caminos y sin el precio de tanto sufrimiento, de todas maneras se hubiera llegado a resultado igual durante el mismo o más breve lapso : la previa industrialización de Estados Unidos, país análogo al de Rusia desde muchos puntos de vista, por obra de la iniciativa privada, abona esa presunción. Pero el hecho es que el crecimiento industrial y el consiguiente despliegue político de Rusia hasta el plano de superpotencia mundial se cumplió bajo el signo —si no bajo la práctica— del marxismo, y a éste se atribuye un resultado que de cualquier modo era previsible, y que en verdad había sido ya previsto desde hace más de un siglo por los pensadores políticos europeos : la ascensión de la Rusia, entonces zarista, al primer plano del poder mundial, en competencia con unos Estados Unidos de América que empezaban también a expandir impetuosamente sus recursos. Como el hecho se produjo bajo la égida marxista, no es sino muy explicable que ahora, en la cumbre del poderío, siga empleando Rusia la misma ideología para extender su imperio. Y lo hace con entera comodidad, porque, a la vuelta de tantas manipulaciones doctrinales, utilizando como razón de Estado el mito del triunfo final del socialismo, no halla inconveniente en adaptar a las conveniencias del momento tales o cuales aspectos de la manoseada doctrina marxista, al mismo tiempo que persuade con ella a otros pueblos, temerosos y resentidos por su inmediato pasado colonial, de que el atajo

labras vanas, sino de condiciones demasiado efectivas. En la estimación de la libertad como criterio básico para la organización del orden social radica en definitiva nuestra cultura, la cultura del Occidente, cuando todos los demás productos creados por el hombre, y —digámoslo, pues es cierto— sobre todo por el hombre occidental, se difunden y se hacen propiedad común con la técnica misma que él ha desarrollado. El prevalecimiento de un orden liberal en las relaciones humanas constituye el solo objeto de nuestro empeño histórico actual : si sucumbimos en esta aspiración, entonces —pero sólo entonces— podrá decirse con razón que la civilización occidental ha sucumbido.

Que se trata de un empeño muy difícil, no hay por qué ponderarlo : resulta evidente. En primer término, porque la tradición ideal de la libertad no lleva consigo una práctica impecable del principio liberal. Al contrario, son demasiadas las contradicciones con que, en el terreno de los hechos, puede argumentarse para fundar una falaz acusación de inconsecuencia o aun de hipocresía que nos condene. Más aún : la libertad política, la libertad institucionalizada en el seno de la sociedad, es siempre fruto de un delicado compromiso con las necesidades del orden, con las urgencias e impaciencias del poder, con el imprescindible empleo de la fuerza. Nunca puede alcanzarse en estado puro (porque el sueño anarquista no pasa de ser eso, un sueño), sino tan sólo en los términos relativos de un cierto equilibrio inestable. Existirá, pues, de continuo la tentación a abandonar la práctica de la libertad y, con ello, a olvidarse por fin del principio mismo, en favor de objetivos que parecen más apremiantes, trocándolo así por el consabido plato de lentejas, real o más bien imaginario.

Pero, con eso y todo, el principio de libertad no ha sido abandonado, ni por Europa, ni mucho menos por América, cuyo origen y cuya razón de ser histórica estriban en su afirmación solemne. Frente a la amenaza actual, que es a un tiempo mismo insinuante y violenta, vemos de qué manera ha movilizado Europa sus recursos, y cómo, prescindiendo de ideologías caducas, avanza hacia una unidad —no monolítica, sino orgánica— adecuada a los requerimientos de la situación. ¿Ocurre cosa semejante en América? Los países de este continente se independizaron bajo el estandarte de la libertad ; y aquellos que lo hicieron durante la edad de oro del nacionalismo europeo —es decir, los iberoamericanos— adoptaron, tomándolas de él, las fórmulas políticas mediante las cuales llegarían a ser Estados soberanos. En toda la extensión del continente, el culto —cuando menos, verbal— a la libertad, lejos de haberse abandonado, ha adquirido por el contrario caracteres sacramentales : es una especie de rito.

Pero cabe temer que, como todos los ritos, solidificado en puras formas, y satisfecho con verbalizaciones, deje volatilizarse el principio mismo incorporado en ellas, que es dinámico, y que ahora debemos afirmar creadoramente mediante soluciones nuevas, capaces de hacer frente a una amenaza de proporciones mundiales. Las rígidas y pesadas dalmáticas suelen entorpecer los movimientos a la hora del peligro, y pudieran ser causa de que, por fidelidad supersticiosa a postulados y normas que en su día sirvieron para instaurar la libertad, la libertad misma se pierda hoy.

En todo caso, repito, apenas consigue uno evitar la impresión de que todos los países del continente americano, empezando a contar por Estados Unidos, cuando más desembarazada, rápida y resuelta debería ser su acción, se encuentran trabados por lo que pudiera denominarse un conservadurismo liberal, cuyos efectos benefician en último término a aquellos poderes que procuran la organización unitaria del mundo, no bajo principios de libertad, sino despóticamente.

¿Se deberá esto, dado que mi impresión sea certera, también a las fatalidades de la geografía? Situados *al margen*, en este arco exterior que el mapa nos muestra tendido frente a la gran masa euroasiática, propenden quizás a mirar los toros desde la barrera, sin percatarse de que tal barrera no existe, de que los océanos se han hecho ilusorios, de que, con la anulación de la distancia, es tan injustificado como peligroso el rezago en el tiempo, y de que en la lucha pendiente ya no hay zonas exentas ni periferias olvidadas, territorios inmunes.

GUILLERMO DE TORRE

Teoría y ejemplo del esperpento

Estilo, lengua, fabla...

En su etapa modernista Valle-Inclán toma un estilo hecho : lo sutiliza, alquitara y perfecciona, llevándolo a límites antes desconocidos, en punto a armonía, musicalidad y plasticismo ; pero el molde es ajeno : no —contra lo que creyó Casares, con malignidad de sabueso— porque tome rasgos aislados de este o del otro autor, sino porque se lo da elaborado la atmósfera esteticista del tiempo finisecular. Por el contrario, cuando Valle-Inclán alcanza su plenitud, cuando se encuentra verdaderamente a sí mismo (a partir de *La pipa de kif*, de *Divinas palabras* y de los primeros esperpentos), halla a la vez no sólo la fórmula de un estilo, sino su elemento básico, una lengua. La composición de este descubrimiento no ha sido hecha por quienes manejan los microscopios idiomáticos, puesto que los aplicaron a una fase anterior, limitándose a analizar la trama estilística de las *Sonatas*, sino por escritores, inicialmente por sus compañeros generacionales, Miguel de Unamuno y Juan Ramón Jiménez. Sin duda porque uno y otro fueron, a su vez —no tanto en el verso, como en la prosa, « que es lo difícil », como decía el segundo— inventores, recreadores del idioma.

A los pocos días de morir Valle-Inclán, del fatídico año 1936 (en su curso no sólo desaparecieron también García Lorca y Unamuno, sino que España fue nuevamente « derramada et astragada », por decirlo con las palabras de Alfonso el Sabio sobre la invasión árabe), D. Miguel, que en los últimos años acendraba como nunca su expresión, le dio la despedida en un artículo (ahora en *De esto y de aquello*, I) donde subrayaba la singularidad extraordinaria de la lengua de D. Ramón. « ¿Lengua? —se preguntaba—. Si la llamara lengua, podría creerse que me refiero a su característica maledicencia. Maledicencia teatral, libre del veneno que da la envidia. Lenguaje, tampoco me gusta. Mejor acaso llamarle « idioma » o « dialecto ». Entendidos estos dos términos a derechas, en su originaria significación : « idioma », propiedad ; « dialecto », lenguaje conversacional, coloquial. Porque Valle-Inclán se hizo, con la materia del lenguaje de su pueblo y de los pueblos con los que convivió, una propiedad —« idioma »— suya, un lenguaje personal e individual. Y como le servía en su vida cotidiana, en su conversación, era su « dialecto », la lengua de sus diálogos. Y de sus monólogos. (...) La lengua imperial y la más original se hace idioma cuando el que la usa se la apropia, se la personaliza, y se hace dialecto cuando es de veras hablada. » Aquí y en otras consideraciones que siguen, está ya esbozada la más penetrante, certera exégesis del idioma que inventó Valle-Inclán en *Tirano Banderas*, fundiendo elementos del pluricolor mosaico americano, como también el de *El ruedo ibérico*, hecho sobre su propio léxico culto,

modernista, y aun teatral, más la incorporación de jirones populares, callejeros y hasta sainetescos.

Por su parte, Juan Ramón Jiménez, en las mismas fechas, al trazar un estupendo retrato del Valle-Inclán modernista (que vale por todo un cuadro de época, lo mismo que sucede con el que hizo del « primer Villaespesa », al morir éste, pocos meses después) subrayaba su creación máxima, su lengua. « Su lengua —escribía— fue llama, martillo, yema y cincel de lo ignoto, todo revuelto... Una lengua suprema, hecha hombre, un hombre hecho con su lengua, habla, fabla. Era el primer fablistán de España, e intentó, en su obra de madurez sobre todo, una jerga total española que expresara la suma de giros y modismos de las regiones más agudas y agrias de España (con hispanoamericanismos también, de los países americanos que él conocía o adivinaba, no en los libros, sino en el roce humano) ; lengua de concisa, apretada sintaxis sintética, que fuese quizá como la que se hubiese formado natural y artificialmente en Galicia, sede eterna, piedra tremenda de Santiago, si hubiese estado en Galicia la Presidencia de las Españas, la Presidencia de la República inmensa española (de cuya República él hubiese sido... el Rey constante, no, el eterno Pretendiente). »

Hito decisivo : "La pipa de kif"

¿Cómo y cuándo se produce exactamente la transformación de Valle-Inclán, el arribo a su etapa decisiva o de plenitud, tras la primera fase inicial que cuaja en las *Sonatas* y la intermedia representada por el tríptico de las *Comedias Bárbaras*? A raíz de publicarse *Tirano Banderas,* en 1926, y al año siguiente *La corte de los milagros* —primer tomo de *El ruedo ibérico*— se habló por modo unánime de la « resurrección » de Valle-Inclán. Pero en rigor, Valle-Inclán nunca había dejado de estar intelectualmente vivo, aunque su vigencia se mantuviera algo dudosa para las nuevas generaciones. Ante ellas aparecía más bien con la traza del « viejo Dios altanero y esquivo ». figurado en el celebérrimo soneto de Rubén Darío (« Este gran Don Ramón de las barbas de chivo... »), sin ofrecer aún el rostro móvil, surcado de esguinces irónicos, que habrían de tornarle más atrayente poco después. Sin embargo, tal metamorfosis se inicia ya en 1919 con *La pipa de kif*. Estas poesías anticipan o prefiguran, en algunos aspectos, el esperpentismo, así como sus dos restantes libros de versos —*Aromas de leyenda* y *El pasajero*— acompañan o corresponden respectivamente a otros momentos anteriores, el céltico y eglógico de *Flor de santidad* y el ascético de *La lámpara maravillosa*. De modo muy significativo los versos joculares, las vistas caricaturescas, las escenas de suburbio y feria en *La pipa de kif* surgen precisamente en un momento de profunda remoción, cuando desde los promontorios de vanguardia soplan fuertes vientos que cambian los habituales rumbos poéticos.

Con la óptica confundida que lamentablemente es usual aplicar a fenómenos literarios recientes, algunos podrían conjeturar que el Valle-Inclán de *La pipa de kif* influyó sobre la modalidad española de aquellos *ismos* en « los veintes », sobre el ultraísmo. ¿Sería quizá más ajustado a la realidad histórica afirmar resueltamente lo contrario? Tampoco, y sin embargo, ateniéndonos a reminiscencias, a las fechas y a los lugares en que se publicaron inicialmente las poesías de *La pipa de kif* (una de ellas, entre las más características, inexplicablemente no recogida en libro, apareció en la revista ultraísta *Grecia*) no resultaría muy aventurado sostener cómo influyó en Valle-Inclán tal escuela ; al menos por modo difuso o como estímulo y ejemplo. Por lo demás, la distorsión de las imágenes de la realidad que —sin haber llegado aún al escarnio de la misma— reflejan sus escritos de entonces, acusan vagas influencias, entrevistas, intuitivas de la poesía y la pintura avanzadas. Un desplante ocasional (como cuando precediendo a la frase : « el esperpentismo lo ha inventado Goya », exclama Max Estrella : « los ultraístas son unos farsantes ») parece más bien una finta defensiva que se anticipa al posible ataque. Y cierta metáfora audaz (« De repente el grillo del teléfono se orina en el gran regazo burocrático ») declara inequívocamente su fecha vanguardista.

Pero en realidad, tales influjos o contagios estaban, diríamos, disueltos en la at-

mósfera de aquellos años cambiantes ; años sacudidos por un espíritu inaugural en todos los planos estéticos, por un afán de recomenzar o volver a partir desde cero, y por la decisión de enterrar la memoria de algo inexorablemente fallido con la primera guerra europea. Tal estado de espíritu que se extendió no sólo a los jóvenes, sino a los de anteriores promociones, es el que Valle-Inclán traduce por su parte en los dodecasílabos que abren el libro. « Mis sentidos tornan a ser infantiles, / tiene el mundo una gracia matinal, / mis sentidos como gayos tamboriles, / cantan en la entraña del azul cristal. »

Ahora bien, este rejuvenecimiento, esta repristinización, lógicamente no supone en Valle-Inclán —a diferencia de lo que sucedía en los veintiañeros— una ruptura total de las formas métricas y sintácticas : se limita a insuflarles cierta informalidad y travesura, según demuestran estas jocosas aleluyas : « Por la divina Primavera me ha venido la ventolera / de hacer versos funambulescos. / Un purista diría grotescos. / Para las gentes respetables / son cabriolas espantables. » Y así seguía con burlas a gentes académicas. Para preguntar después : « ¿Acaso esta musa grotesca / (ya no digo funambulesca) / que con sus gritos espasmódicos / irrita a los viejos retóricos / y salta luciendo la pierna / no será la musa moderna? » Lo nuevo y diferente surge en la temática, en la incorporación de ciertos motivos, bravíos, desgarrados, y de personajes populares, antes inimaginables entre los boscajes recortados y los seres pulidos de *La marquesa Rosalinda* o *Cuento de abril*. Un carnaval de suburbio, ferias, verbenas, el cartelón del crimen (« El jaque de Medinica ») : reflejos o equivalencias de los cuadros de Solana, y, al fondo, Goya : reminiscencias de lo americano definido por sus olores vegetales (« La tienda del herbolario »). En suma, ya están ahí implícitamente contenidos los elementos básicos de las comedias y las novelas esperpénticas.

El paso definitivo hacia el nuevo territorio se produce cuando Valle-Inclán abandona en absoluto lo legendario y lo regional, encarándose frontalmente con seres y lugares de su mundo cotidiano y disparatado ; las vidas rotas y pintorescas que proveyeron también el bazar barojiano, los Silvestre Paradox y los Andrés Hurtado de comienzos de siglo madrileño. Es cuando escribe la epopeya de uno de esos personajes reales —Alejandro Sawa— : la tragicomedia novelesca *Luces de bohemia*, teoría y ejemplo máximos de un nuevo género, el « esperpento ».

Originalidad, no unicidad

Pero antes deberemos preguntarnos : ¿qué significa este género, tiene categoría de tal? ¿Son novelas dialogadas, son comedias o tragicomedias novelescas los esperpentos de Valle-Inclán? ¿Qué predomina en su estructura : lo escénico y aun plástico, o lo narrativo, traído siempre a primer plano mediante las acotaciones o más bien caracterizaciones psicológicas y ambientales?

He aquí por donde el problema de los géneros, que alguna vez creyóse resuelto negándolos, vuelve a plantearse ante estas creaciones ambiguas. O mejor, ambivalentes, puesto que, a primera vista, en cualquiera de aquellos dos apartados pueden encajarse sin violencia. Y no obstante, la originalidad genérica de los esperpentos es indiscutible. Pero no su imparidad, ya que la unicidad de una obra de arte aún no fue habida, desde el momento en que ninguna, por absoluta que nos parezca, y contra lo que creen algunos, brota del aire o por partenogénesis artificial : posee una filiación o afinidades recognoscibles, ingresa en un marco histórico que amplía y transforma. He ahí el error o el punto débil de los análisis llamados intrínsecos que pretenden disociar una obra de sus circunstancias y mostrarnos solamente el mecanismo de su funcionamiento. Aquello que las creaciones singulares demuestran no es, por lo tanto, la imposibilidad de su reducción a términos comparativos : tampoco la inexistencia de los géneros literarios, sino cabalmente la posibilidad de violarlos, o de transgredir sus fronteras : de suerte que hoy, menos que nunca, es imposible confundirlos con compartimentos estancos.

Por lo demás, en la literatura de nuestro idioma la elasticidad de los géneros canónicos no es insólita, sino tradicional. Asoma ya más tempranamente que en ninguna otra con *La Celestina* —que no sólo fun-

del Bululú, don Estrafalario y don Manolito, a guisa de pórtico y colofón, en *Los cuernos de don Friolera*. Esta farsa es el primer paso hacia la transposición dramática del esperpento bufo. Dice don Estrafalario : « Yo quisiera ver este mundo con la perspectiva de la otra ribera... ».

Abolengo y teoría del esperpento

Y esta descoyuntación anímica de los personajes, vistos como desde una ultratumba de escarnio, las actitudes de muñecos grotescos que adoptan, no deja de traer a las mientes el recuerdo de la suprema y más cruel eutrapelia imaginada : los cuadros de pesadilla de Quevedo en *La hora de todos y la fortuna con seso*.

No obstante la enemistad que Valle-Inclán declaraba contra el cultismo y el conceptismo, parece incuestionable que una veta subconsciente del último corría a lo largo y en lo profundo de sus imaginaciones. El desasosiego, la tensión, el *pathos* del Barroco español diríase que —como en tantos años y aun contra su voluntad consciente— hacen presa por veces en el inventor del esperpento. Quevedo, concretamente, con tanto o más fundamento que Goya, podría haber sido mencionado entre los padres remotos del género cuando Max Estrella establece al desgaire su genealogía. « El esperpento —explica a don Latino de Hispalis— lo ha inventado Goya. Los héroes clásicos han ido a pasearse en el callejón del Gato ». (O sea, —expliquemos para los lectores últimos— el pasadizo donde hace años, adosados a la pared de una carbonería, como reclamo comercial, había un espejo cóncavo y otro convexo que deformaban las imágenes de los transeúntes. El nombre completo de la calle era —si no recuerdo mal— Juan Alvarez Gato. ¡Extraño, sombrío lugar de homenaje al poeta sevillano del siglo XV!) Y aclara entre las sucesivas réplicas burlonas de Latino de Hispalis : « Los héroes clásicos reflejados en los espejos cóncavos dan el esperpento. El sentido trágico de la vida española sólo puede darse con una estética sistemáticamente deformada. (...) España es una deformación grotesca de la civilización europea (...). Las imágenes más bellas en un espejo cóncavo son absurdas. » « *Don Latino* : Conforme. Pero a mí me divierte mirarme en los espejos de la calle del Gato. » « *Max* : Y a mí. La deformación deja de serlo cuando está sujeta a una matemática perfecta. Mi estética actual es transformar, con matemática de espejo cóncavo, las normas clásicas. » « *Max* : Latino, deformemos la expresión en el mismo espejo que nos deforma las cosas y toda la vida miserable de España. » « *Don Latino* : Nos mudaremos al callejón del Gato. » Al final de esta escena Max Estrella se desploma muerto junto al quicio de una puerta. Las burlas se han tornado veras inexorables. « El garabato » de una vida desorbitada, que en la sucesión de episodios linda con el sainete grotesco, se ha desencadenado en tragedia clásica. Pocos días después Madame Collet y Claudinita, la mujer y la hija de Max Estrella, se suicidan en su bohardilla con el tufo de un brasero. « El mundo es una controversia » —comenta un borracho en la taberna de Picalarjatos. Y don Latino apostilla : « ¡Un esperpento! »

Parejamente esta singular alianza del muñeco y del héroe, de lo sainetesco y lo dramático se proyecta en el habla de los personajes de *Luces de bohemia*. Combinan el lenguaje más empinado con las expresiones populares, subrayando así los contrastes. Recuérdese, entre otros muchos ejemplos, cierto diálogo a la puerta de una bandolería donde, en la alta noche madrileña, han recalado Max Estrella y su cohorte de poetas modernistas, armando la gran trifulca con un guardia : « *El capitan Pitito* : ¡Mentira parece que sean ustedes intelectuales y que promuevan estos escándalos! ¿Qué dejan ustedes para los analfabetos? » « *Max* : ¡Eureka! ¡Eureka! ¡Eureka! En griego, para mayor claridad, Crisóstomo. Señor Centurión, usted hablará el griego en sus cuatro dialectos! » « *El capitán Pitito* : ¡Por borrachín a la Delega! » « *Max* : Y más chulo que un ocho. Señor Centurión, yo también chanelo el sermo vulgaris! » « *El capitán Pitito* : ¡Serenooo! ¡Serenooo! » Planea sobre esta escena la sombra de Arniches, en sus sainetes ; la imitación y mofa de lo solemne, la interacción recíproca del lenguaje culto, o más bien cursi por refi-

da que creció en torno a su « gallarda figura teatral », según pintura de Rubén Darío —recibió un beso de Víctor Hugo en la frente y desde entonces no se lavaba. Su vida de final patético —murió ciego y loco— como también en *Luces de bohemia* se refleja, la vida de « aquel hombre brillante, ilusorio y desorbitado » se le fue en actitudes y desplantes espectaculares. El mismo no dejó de tener conciencia de esta perdición cuando en una autobiografía de 1902 —inserta en el semanario *Alma española*, en una serie donde también aparecieron las de Azorín, Maeztu y otros— escribía, al modo de Rimbaud : « Yo soy el otro, quiero decir, alguien que no soy yo ». De « ciranesco, quijotesco, d'aurevillesco » le califica Rubén Darío, afín a Sawa en varias devociones y debilidades, y vencido como él por « el ángel-diablo del alcohol ». Sawa redactó, según parece, algunas crónicas, que el autor de *La caravana pasa* le encargó cuando el poeta no estaba en condiciones de escribirlas. Su mejor epitafio consta en unos versos de Manuel Machado : « Jamás hombre más nacido / para el placer, fue al dolor / más derecho. / Jamás ninguno ha caído / con facha de vencedor / tan deshecho ».

Cierta afirmación de Cansinos-Assens (« lo que Ganivet ha sido para la generación del 98, lo ha sido Sawa para los jóvenes del 900 ») suena como hiperbólica. Pero es incuestionable que Sawa, recitador de Verlaine a la luna, dejó un reguero anecdótico, y que en la imagen desorbitada de sus últimos años encontró Valle-Inclán un personaje ya hecho para trasladarlo, con pocas variantes y añadidos, a su esperpento arquetípico.

Más singular resulta que un escritor tan poco dispuesto a la actitud admirativa como Baroja se sintiera impresionado no sólo por la aureola de Sawa sino por el hombre mismo, trazando de él una semblanza simpática en *Juventud, egolatría...* —que reproduce y amplía más tarde en el tomo tercero de sus memorias, *Final del Siglo XIX y principios del XX*—. Y esto a pesar de que Sawa, en sus *Iluminaciones en la sombra*, le llamaba un « invertebrado intelectual ». Además, el recuerdo de Sawa reaparece en un personaje de *El árbol de la ciencia*. Resurge allí con el nombre de Rafael Villasús, bohemio muerto miserablemente, en una escena algo macabra, que asismismo figura en *Luces de bohemia*. Las analogías y diferencias respecto a la utilización del mismo episodio ,—al parecer verídico—, por Baroja y Valle-Inclán han sido puntualizadas por Ricardo Senabre. Pero mientras en la novela barojiana Alejandro Sawa es uno más entre el desfile cinemático de personajes innumerables, en la tragicomedia valleinclanesca cobra un relieve de primer plano como héroe protagónico. Para Valle-Inclán fue una suerte de personaje catártico ; por su intermedio se libertó de una obsesión juvenil, sin perjuicio de incurrir hacia el final de sus días en la mimesis de aquel arquetipo grotesco y grandioso.

LUIS QUINTANILLA

Hemingway en mi recuerdo

HEMINGWAY y yo nos conocimos en Montparnasse al principio de 1922, y desde entonces empezó nuestra amistad. Ninguno de los dos recordamos como fue nuestro encuentro : posiblemente alguna noche de excesos eufóricos en un bar. Ernesto se había casado hacía poco con una americana de San Louis de Missouri, llamada Hadley Richardson, y vivían en plan modesto y algo bohemio en la rue Notre-Dame-des-Champs. También yo tenía un destartalado estudio en ese barrio y me encontraba con Hemingway a menudo.

Desde el primer momento manifestó gran curiosidad por conocer a España y el deseo de aprender el español de oído, como aprendió los cuatro idiomas que bien o mal hablaba. Todo lo español le atraía, sobre todo las corridas de toros, y las explicaciones de ellas que me pedía eran entonces el más frecuente motivo de nuestra conversación. Cuando me oyó definir la síntesis del toreo según Lagartijo : « O te quitas tú o te quita el toro », Ernesto se entusiasmó e hizo de esa frase, ahondándola, uno de los puntales de su filosofía. Le referí, claro está, la más espectacular y sorprendente de las fiestas en que intervienen toros, o sea los Sanfermines de Pamplona, e inmediatamente se prometió no perder ese espectáculo.

Ernesto continuó en París y yo regresé a España aquel año 1922. Después estuve bastante tiempo en Italia, y hacia 1927 o 1928 volvimos a encontrarnos en Madrid. Ya había publicado su primer libro con fondo español, *También el sol se levanta*, situando las principales escenas en Pamplona. Entonces fue la época de nuestras confidencias, de comunicarnos de dónde veníamos y adónde queríamos ir, y de ese sano y estimulante placer de sentir la amistad, para cuyo cultivo nos servía de pretexto el comer mariscos y beber cerveza en la muy madrileña calle de la Victoria, teniendo enfrente los despachos de los billetes para los toros y los correspondientes llamativos carteles que decoraban las paredes. Si yo llegaba antes que él a la cervecería, veíale acercarse imprimiendo a su cuerpo de atleta cierto ritmo de baile, andando con las puntas de los pies y haciéndome a modo de saludo fintas de boxeo. Aún conservábamos la despreocupación exterior de la juventud : él próximo a cumplir los 30 años y yo habiéndolos pasado un poco.

Por principio era Ernesto muy reservado y rara vez hablaba de intimidades suyas ni de sus proyectos. En este aspecto tenía una protectora concha de tortuga magnífica, y si alguno le importunaba con preguntas le dejaba con la palabra en la boca o le replicaba con acritud. Conmigo procedió toda su vida de otro modo, y lo que voy a decir de él son en gran parte recuerdos de nuestras prolongadas conversaciones. Es posible que algunas aclaren el fondo de sus obras.

Nació a fines del siglo pasado en Oak Park Village, pequeña aglomeración de Illinois con 60.000 vecinos, a media hora en automóvil de Chicago. cuyas casas son

ERNESTO HEMINGWAY

(Dibujo del autor)

gran calibre hace explosión cerca de él. Pierde el conocimiento, y al recobrarle encuentra a su lado a un italiano destrozado, dos con las piernas cortadas, y un cuarto mal herido. Lo carga en sus hombros y lo trasporta al hospital. Del mortero recibió más de doscientas heridas en las piernas. Estuvo tres meses en el hospital de Milán, sufrió doce operaciones en la pierna derecha y se le concedió la medalla italiana del valor militar por su ejemplar conducta.

La catástrofe de Caporetto le hace meditar. La guerra le parece « un infierno estúpido... ». Al final de la gran contienda regresa a Nueva York ; busca trabajo como periodista y, como no lo encuentra, termina por volver a Oak Park Village. Cinco años más tarde escribe *Soldier's Home* aborreciendo aquel lugar familiar porque le obliga a sostener la postura del héroe local. En Oak caza, pesca, lee y escribe. Consigue colaboración en *Toronto Star* y *Toronto Weekly* de Canadá : artículos diversos pagados a diez dólares cada uno. Amplía su producción y coloca algo en *Chicago Tribune* y *Cooperative Commonwealth*. En Chicago se relaciona con un grupo de escritores y admira a Sherwood Anderson, quien le lee sus primeros ensayos. Entonces conoce a Hadley Richardson, se casan y deciden abandonar el Nuevo Mundo por el Viejo, por la Europa ancestral, buscando formarse en un ambiente de modernas inquietudes espirituales : era la corriente impetuosa de los escritores norteamericanos que entonces atravesaba el Atlántico. Su lugar de atraque, París ; sus rebuscas, las ideas dignas de inmortalidad contra lo inmediato y pasajero americano ; sus esperanzas, las de una original sociedad que tendría que surgir de la postguerra. Con este equipaje también llega Ernesto.

En París se junta al grupo de los otros escritores norteamericanos que reunidos en intrépida bohemia publican *Transatlantic Review*. Su editorial es una vieja imprenta abandonada, con una prensa anacrónica manejada a brazo y adquirida en una chatarrería. Ernesto trabaja en ella y edita en trescientos ejemplares *Three Stories and Ten Poems*. Poco después es la primera publicación de *In our time*, que más tarde ya se edita en Nueva York.

Sherwood Anderson le da una carta de presentación para Gertrude Stein, « la protectora », visita que resultaba casi obligada para todos los jóvenes escritores norteamericanos. Esta seudodiablesa endiosada, californiana de origen judío y renegando de las más excelsas virtudes de su raza, como de las de su sexo, se consideraba el faro orientador del arte y literatura con espíritu moderno. Su modernidad se basaba en escribir : « una rosa es una rosa, una rosa, una rosa... ». Pero encumbrada en su salón absurdo del número 27 de la rue de Fleurus, dictaba fórmulas literarias y artísticas. Es cierto que Ernesto al principio le pidió su crítica de lo que había escrito, y la frecuentó una temporada ; pero, claro está, no tardó en distanciarse de ella. Y aunque la presuntuosa lady repitió que había « formado » a Hemingway, afortunadamente Ernesto comprendió que la tal señora era una nulidad literaria.

Por fin Ernesto se dispone a vivir como puede y abandona el periodismo. Ya tenía varias novelas acabadas y otras en camino, y se trasladó a Suiza para trabajar tranquilo. Entonces llega su primera tragedia : su mujer pierde la maleta donde guardaban las obras. Con profunda emoción me contó los detalles y seguramente soy de los

la estancia en África sólo duraría tres meses, yo había empezado a pintar el monumento a Pablo Iglesias y no quería interrumpir ese trabajo. A Ernesto, de su antigua profesión de periodista, le quedó la costumbre de leer diariamente varios periódicos, y estaba bien informado. Justamente unos pocos días antes de marcharse hacia África me sorprendió. De repente, como hombre muy pasional, les tomó un odio feroz al Presidente de la República, Alcalá Zamora y al jefe de las derechas Gil Robles. Creía que iban a desnaturalizar el régimen republicano con una política reaccionaria y llegó a ofrecerse para « arrimar el hombro », si fuere menester.

El caso es que Ernesto y Pauline fueron a África, y el resultado literario de ello fue el más extraño libro de Ernesto : *Las verdes colinas de África*. Dijo de él que había intentado « escribir un libro absolutamente sincero para ver si el aspecto de un país y el cuadro de la actividad de un hombre durante un mes, si son presentados sinceramente, podían rivalizar con una obra de imaginación ». En sus íntimas meditaciones se encuentra grotesco, y al presentar los personajes de la excursión cinegética escribe : « Hemingway, un petulante. Mrs. Hemingway, conocida por la Pobre Vieja Mamá. » Acto seguido explica que « no tomaba la vida en serio ; la vida de cualquier otro, sí, pero no la mía ». Distrae al lector de los episodios de la caza para exponerle una crítica literaria en la que expresa su admiración por Mark Twain, Kipling, Melville y Flaubert, y su desdén por otros escritores de lengua inglesa, soñando hacer una prosa sin trucos ni trampas, más difícil que la poesía, que nunca se ha escrito : la prosa comparable al verso de Fray Juan de la Cruz.

Cuando el matrimonio regresa a Key West con los trofeos de caza, cambiamos Ernesto y yo múltiples cartas. Preocupado por lo que yo le voy comunicando de la situación alarmante de España, aprovecha su colaboración fija en la revista *Squire*, anunciando la próxima gran tragedia, la preparación de otra guerra mundial desde tiempo proyectada. Tituló los artículos nada menos que « Notes on the next war », y en esas notas de la próxima guerra denuncia el brutal ataque del fascismo italiano a Etiopía, las insolentes amenazas de Hitler y la grave situación de la República española hostigada por las intrigas de los dictadores. Es la primera vez que Ernesto manifiesta por escrito su ideología política : « Siempre he estado del lado de la República (española) desde el día que se promulgó, y también bastante antes. » Ernesto había seguido con curiosidad mis andanzas e intervención clandestina en la conspiración contra la monarquía, y cuando supo que por orden mía se colocó la bandera republicana en el Palacio Real, escribió : « Ha sido Luis, mi fraternal amigo, el que con una bandera presentó la República en Madrid, donde dormía la familia de Alfonso XIII. Si lo hubiese hecho en América, hasta los niños de las escuelas repetirían su nombre. » Cito este detalle personal como otra manifestación del entusiasmo de Ernesto al proclamarse nuestra República, que para él era el único camino de la democracia.

Avanzaba 1934 mientras Ernesto en Key West iba terminando *Las verdes colinas de África*, cuyos paisajes le recuerdan a España. Por los sucesos de octubre fui a la cárcel. Ernesto se apresuró a pedir que le mandasen la colección de mis grabados para hacer con ella una exposición en Nueva York. Compuso el catálogo de la exposición y aprobó con calor nuestro movimiento revolucionario considerándolo una réplica enérgica contra el fascismo.

Llegó el verano de 1936 y con él la sublevación militar fascista en España. Al convertirse la sublevación en guerra civil se esforzó Hemingway en contener su impaciencia por venir a España, obligado a terminar dos de sus novelas que son obras maestras : *Las nieves del Kilimandjaro* y *La hora triunfal de Mr. Macomber*. También debe terminar *To have and have not*, crítica acerba de una civilización corrompida. Mientras tanto toma de su capital 40.000 dólares para comprar una ambulancia y material sanitario destinado a los combatientes de la democracia española y hace intensa propaganda a favor de nuestra causa. Lo justifica diciendo : « Un escritor que no tiene el sentido de la justicia y de la injusticia hará mejor en consagrarse a la edición de un anuario de los cuadros de honor de los buenos discípulos que en es-

— Son uno de mis recuerdos más vivos y lejanos. Los llamábamos « los chicos » y nos invadían de terror, por la leyenda de sus fechorías. Eran los sucios muchachos descalzos, con las rodillas llenas de cicatrices, que llegaban carretera adelante con el polvo, desde la cantera, y se acercaban a los muros de nuestra casa con piedras, acechándonos. Eran los « malos », a quienes mirábamos temerosamente entre las rendijas del muro, a quienes nos prohibían severamente acercarnos. Cierto día, un muchacho brutal, algo mayor que nosottos, hijo del administrador, atrapó desprevenido a uno de aquellos « pequeños diablos », y nos lo trajo a rastras dentro del prado donde nosotros jugábamos. Allí, en nuestra presencia, le golpeó hasta hacerle sangre, diciendo : « ¿Veis? Este es uno de esos que tanto miedo os dan. Ahora se le quitarán las ganas de apedrearos cuando estáis jugando ». Recuerdo muy vivamente la escena, tal como la vi entonces. El « chico » estaba allí, cerca de nosotros, mucho más menudo de lo que parecía de lejos, con su pelo largo quemado por el sol y los anchos pómulos morenos, con un hilillo rojo desde la nariz a la boca. Y recuerdo, sobre todo, entre los desgarrones de la chaquetilla, su espalda estrecha, con los omóplatos como alones. Algo se removió dentro de mí, viéndole, algo que tal vez no era piedad, sino rebelión. Y cuando todos se fueron y le dejaron tendido en la hierba, intentando incorporarse sobre los codos, yo no podía apartarme de su lado, ni dejar de mirar sus piernas y sus manos precozmente duras, que no tenían nada de infantil, y que sin embargo me hacían pensar con un raro dolor : « Sí, solamente era un niño, un niño como otro cualquiera de nosotros. » Acaso fue esta la primera vez que tuve conciencia de la gran injusticia de la vida nuestra. Aquella espalda desnuda entre los harapos, indefensa, despojada de todo, no se ha borrado de mi recuerdo, y viene a mi memoria casi podría decir como un símbolo. Temíamos a aquellas criaturas como a la imagen del mal, y hasta aquel momento yo no había visto de cerca sus ojos, sus torpes manos, sus labios apretados para no llorar.

— *Usted comenzó a escribir siendo aún muy joven, puesto que su primera novela* —Pequeño Teatro— *fue escrita a los diecisiete años, si bien se publicó mucho más tarde. ¿Qué nos dice de esa vocación suya?*

— No puedo saber exactamente cómo empecé a escribir, porque aún muy niña, tenía unos cinco años, ya cogía una hoja de papel, la doblaba en cuatro, le colocaba el hierrecillo que sujetaba las páginas del periódico *ABC*, y escribía un cuento. También le hacía yo misma las ilustraciones, porque me gustaba mucho dibujar y pintar. Siempre pensé en que sería escritora, pero confieso que durante un tiempo mi gran ilusión hubiera sido poder llegar a ser payaso. ¡Cómo influyeron para esto los carros de titiriteros que llegaban al pueblo! Cada vez que oigo la trompeta y el tambor, tal como se anunciaban ellos, siento en la espalda el mismo cosquilleo de entonces. Todos los seres que salen a un escenario, que cuentan historias, que representan algo, me han fascinado.

— *¿Es que la guerra civil no ejerció una influencia decisiva sobre su vocación de escritora?*

— ¡Claro! Cuando estalló tenía yo aún no cumplidos los diez años de edad. Si bien es verdad que yo había presentido muchas cosas de esa otra vida que se me había velado cuidadosamente —mi mundo se encerraba en el colegio, las vacaciones en el campo, los libros de cuentos, el teatro—, la vida se reveló bruscamente ante mis

ojos, casi sin transición. De la noche a la mañana el mundo cambió a nuestro alrededor, y aquella paz en que vivía se había agrietado de arriba abajo. La muerte y la crueldad tomaron cuerpo, ya no eran una vaga idea. Con aquella misma sensación de rebeldía que experimenté ante algo que intuía injusto, cuando contemplé la espalda del « chico » maltratado, se me reveló de pronto el reverso de aquel mundo que se me había ocultado, al que sólo se aludía para condenarlo anticipadamente. Me pregunté entonces por qué razón las monjas de mi colegio se vestían de mujeres corrientes, por qué los curas se escondían como ladrones, por qué la fábrica de mi padre ya no era de mi padre. Por qué unos hombres odiaban a otros, por qué se mataban. Yo oía el redoble de las ametralladoras, veía pasar desde las ventanas los coches llenos de hombres armados, y el cielo rosado por los incendios. Algo pasaba a nuestro alrededor, algo estaba clamando por algo que no marchaba bien, como me habían enseñado. Muchas cosas fallaban, pues, y se desmoronaban. Todo esto, y tantas cosas que pertenecían a lo que se me dio hasta aquel momento como un mundo cierto e inamovible, se bamboleaba como los decorados de cartulina de mi teatrito. Un niño de diez años puede reflexionar seriamente sobre estas cosas, con la simplicidad tajante de la infancia. Supe que aquel « país » mío no volvería nunca, y aunque lo amara lo sabía imposible. Creo que escribí más entonces, porque a nadie me atrevía a decir lo que pensaba. Pero también seguía metiéndome detrás de mi teatrito, con mis muñecos y mis falsos bosques de papel pintado, e inventaba historias para mis hermanos. Era una sensación maravillosa la de esconderse detrás de aquellas tablillas, arrodillada, en penumbra y con los brazos en alto, un muñeco en cada mano y hablar, hablar, como no he sabido hacerlo jamás fuera de allí. He contado de esta forma tantas historias a través de mis muñecos —negritos, diablos, niños que se escapan de casa, carbonerillos, eran mis personajes preferidos—, que bien quisiera poseer de nuevo aquella fuente que parecía inagotable. Pero la muerte había entrado también en mis historias, y a veces hacía llorar a mis hermanos.

— ¿Es que la guerra le concernió a usted directamente?

— En contraste con este vago deseo mío de aferrarme a un mundo mágico y deseado, se abría paso la realidad : la vida y la muerte, en toda su crudeza. Vi y sentí el hambre por vez primera, sustituían nuestros zapatos por burdas sandalias hechas de crochet, la vigilancia paterna se relajó. Del mismo modo como sentí la sensación de la pobreza cerca, y el miedo, la hipocresía, y el dolor, también se me apareció algo que hasta entonces había permanecido en una nebulosa lejana : el amor. Vivía un grupo de refugiados en uno de los pisos que había pertenecido a unos alemanes, en nuestra misma casa. Yo solía escaparme a aquella casa y hacerme amiga de todos ellos. Descubrí allí como se besaban un hombre y una mujer, y la rara alegría de aquellos que se iban al frente y parecían querer sorber la vida a tragos grandes. Aquellas gentes me quisieron, me parece, y les gustaban mucho los dibujos que yo hacía, con mi inapreciable caja de lápices de colores. Muchos me pedían dibujos para llevarse al frente, decían, y me los hacían firmar, fechar y poner debajo : « once años ». Ellos han inspirado personajes de *Los hijos muertos* y especialmente de *En esta tierra,* donde una muchachita burguesa que vive hasta los 16 años como bajo una campana de cristal, choca violentamente con la vida al estallar la guerra civil. En ella conoce las pasiones de hombre y mujer, los deseos frustrados, la injusticia y el amor. Explico de este modo la forma en que, como de un tajo, se derrumban los prejuicios y temores que hasta aquel momento la cohibían : el infierno, el terror a la vida. En una casa abandonada, Sol, la protagonista, y su amigo Cristián, despiertan de un modo natural y simple a ese amor desconocido y fantasmal que se le había presentado hasta entonces como un feo pecado.

— Sin embargo, su primera novela —Pequeño Teatro— *se halla bastante alejada del tema de la guerra civil. ¿Puede explicarme su origen?*

— *Pequeño Teatro* fue mi primera novela escrita « en serio ». La escribí después de pasar una temporada en el pueblecito vasco de Zumaya. La Oiquixa de mi libro es una mezcla, mitad realidad mitad fan-

B.D.I.C

tasía, de Zumaya. En esta novela quise dar una impresión de irrealidad muy fuerte, junto con la realidad más completa, para acentuar más su sentido de farsa guiñolesca. Mezclando la verdad y la mentira, sintiendo asco por la mentira y amor por los sueños, creo que reviví un poco aquellos años en que inventaba comedias en mi pequeño Guiñol de los diez años. Pienso que en este libro el impulso más fuerte fue denunciar la « falsa caridad » que me exasperaba (la gran comedia del amor al prójimo y de la caridad, con que se trata de eludir la carencia de justicia).

— *Sin que por ello pierdan su poder de magia, ¿existen en sus otros libros un paisaje y unos hombres extremadamente reales?*

— Hay un paisaje y unos hombres que « se meten » en mis libros, casi sin darme yo misma cuenta. Es la tierra de Castilla, concretamente de la sierra de Cameros, donde teníamos la casa y las tierras de mi madre, hoy día desaparecidas bajo las aguas de un pantano. No he vuelto allí, porque siento mucha tristeza y no la quiero ver. Aquel era el paisaje de *Los Abel, Fiesta al Noroeste,* de los relatos *Los niños buenos, La ronda, No hacer nada,* de gran parte de *Los hijos muertos*... La dureza de aquella tierra, el caciquismo, la paciencia resignada de los campesinos han dejado gran huella en mí. Sobre esta paciencia sólo comparable a la de la tierra, especialmente la de sus mujeres, he hablado en *Los hijos muertos.* La figura de la Tanaya está sacada de la realidad de varias mujeres de aquel país —por eso la quiero— y de las mujeres de los presos del campo de trabajo. Este campo existía en las afueras del pueblo, y yo conocí y traté a muchos de ellos, a sus mujeres y a sus hijos. También conocí a los guardianes y al jefe del destacamento. Muchas veces, cuando los penados iban a talar los bosques de la ladera, yo me he sentado entre ellos y he comido de sus platos, mientras la pareja de guardias civiles dormitaba al borde del río. Siempre recordaré la delicadeza con que uno de los penados, de manos grandes y torpes, me quitó un insecto grande y tornasolado que se posó en mi cuello...

— *Acaba de referirse usted al caciquismo. ¿No es éste, en el fondo, uno de los temas de* Fiesta al Noroeste?

— El problema del caciquismo casi medieval que aún reina en algunas de aquellas zonas me ha desasosegado siempre. De ello hay mucho en Juan Medinao, el viejo amo de La Artamila Baja, recomido de deseos insatisfechos, de avaricia, de soberbia, de falsa mansedumbre. Hay mucho en su amor imposible por Pablo, en quien ve reflejado todo lo que él desea y no se atreve a realizar. Le ama y le odia por su limpia dureza, por su rectitud y desprendimiento, desde la blandura de su hipocresía. Ese amor oscuro que le empuja, ese deseo de « beber » y « devorar » la pureza del hermano despojado de todo, es una constante del odio entre hermanos que desde *Los Abel* ha sido para mí otro tema predilecto ; el odio entre hermanos, llevado hasta los extremos de la guerra civil española. Caín y Abel son una obsesión para mí. Esto también se trasluce en *Primera memoria* : la especial atracción que siente Borja por Manuel, su odio y su admiración por él, y la desesperación que experimenta ante la idea de que puedan ser hijos de un mismo padre ; su encarnizamiento y su traición final.

— *Háblenme de* Los niños tontos, *ese libro tan particular en el conjunto de su obra.*

— Realmente este libro es algo que podría definirse como una isla, o quizá un refugio en mi obra. Mentiría si dijese que conozco el motivo por el cual lo escribí. Incluso ni siquiera pensé, en un principio, que pudiera convertirse en un libro. Recuerdo que lo escribí en los cafés, en pedazos de papel sueltos, mientras esperaba a mi marido (y ciertamente en épocas muy duras para nosotros). Fue mi marido quien reunió estos pequeños fragmentos —no sé como titularlos— y formó con ellos un volumen. Pienso a menudo que si él no hubiera hecho esto, aquellos pequeños papelitos escritos —alguno de ellos al dorso de una cartulina de « menú »— estarían olvidados en el fondo de un cajón. Y ahora es uno de los libros más queridos por mí.

ANA MARÍA MATUTE

Pecado de omisión

(Cuento)

A los trece años Lope perdió su madre, que era lo último que le quedaba. Al quedar huérfano ya hacía lo menos tres años que no acudía a la escuela, pues tenía que buscarse el jornal de un lado para otro. Su único pariente era un primo de su padre, llamado Emeterio Ruiz Heredia. Emeterio era el alcalde y tenía una casa de dos pisos asomada a la plaza del pueblo, redonda y rojiza bajo el sol de agosto. Emeterio tenía doscientas cabezas de ganado paciendo por las laderas de Sagrado, y una hija moza, bordeando los veinte, morena, robusta, riente y algo necia. Su mujer, flaca y dura como un chopo, no era de buena lengua y sabía mandar. Emeterio Ruiz no se llevaba bien con aquel primo lejano, y a su viuda, por cumplir, la ayudó buscándole jornales extraordinarios. Luego, al chico, aunque lo recogió una vez huérfano y en desamparo, sin herencia ni oficio, no le miró a derechas. Y como él los de su casa.

La primera noche que Lope durmió en casa de Emeterio, lo hizo debajo del granero. Se le dio cena y un vaso de vino. Al otro día, mientras Emeterio se metía la camisa dentro del pantalón, apenas apuntando el sol en el canto de los gallos, le llamó por el hueco de la escalera, espantando a las gallinas que dormían entre los huecos :

— ¡Lope!

Lope bajó descalzo, con los ojos pegados de legañas. Estaba poco crecido para sus trece años y tenía la cabeza grande, rapada.

— Te vas de pastor a Sagrado.

Lope buscó las botas y se las calzó. En la cocina, Francisca, la hija, había calentado patatas con pimentón. Lope las engulló de prisa, con la cuchara de aluminio goteando a cada bocado.

— Tú ya conoces el oficio. Creo que anduviste una primavera por las lomas de Santa Aurea, con las cabras del Aurelio Bernal.

— Sí, señor.

— No irás solo. Por allí anda Roque el Mediano. Iréis juntos.

— Sí, señor.

Francisca le metió una hogaza en el zurrón, un cuartillo de aluminio, sebo de cabra y cecina.

— Andando —dijo Emeterio Ruiz Heredia.

Lope le miró. Lope tenía los ojos negros y redondos, brillantes.

— ¿Qué miras? ¡Arreando!

Lope salió, zurrón al hombro. Antes, recogió el cayado, grueso y brillante por el uso, que aguardaba, como un perro, apoyado en la pared.

Cuando ya iba trepando por la loma de Sagrado, lo vio don Lorenzo, el maestro. A la tarde, en la taberna, don Lorenzo lió un cigarrillo junto a Emeterio, que fue a echarse una copa de anís.

— He visto al Lope —dijo—. Subía para Sagrado. Lástima de chico.

— Sí —dijo Emeterio, limpiándose los labios con el dorso de la mano—. Va de pastor. Ya sabe : hay que ganarse el currusco. La vida está mala. El « esgraciao » del Pericote no le dejó ni una tapia en que apoyarse y reventar.

— Lo malo —dijo don Lorenzo, rascándose la oreja con su uña larga y amarillenta— es que el chico vale. Si tuviera medios podría sacarse partido de él. Es listo. Muy listo. En la escuela...

Emeterio le cortó, con la mano frente a los ojos :

— ¡Bueno, bueno! Yo no digo que no. Pero hay que ganarse el currusco. La vida está peor cada día que pasa.

Pidió otra de anís. El maestro dijo que sí, con la cabeza.

Lope llegó a Sagrado, y voceando encontró a Roque el Mediano. Roque era algo retrasado y hacía unos quince años que pastoreaba para Emeterio. Tendría cerca de cincuenta años y no hablaba casi nunca. Durmieron en el mismo chozo de barro, bajo los robles, aprovechando el abrazo de las raíces. En el chozo sólo cabían echados y tenían que entrar a gatas, medio arrastrándose. Pero se estaba fresco en el verano y bastante abrigado en el invierno.

El verano pasó. Luego el otoño y el invierno. Los pastores no bajaban al pueblo, excepto el día de la fiesta. Cada quince días un zagal les subía la « collera » : pan, cecina, sebo, ajos. A veces, una bota de vino. Las cumbres de Sagrado eran hermosas, de un azul profundo, terrible, ciego. El sol, alto y redondo, como una pupila impertérrita, reinaba allí. En la neblina del amanecer, cuando aún no se oía el zumbar de las moscas ni crujido alguno, Lope solía despertar, con la techumbre de barro encima de los ojos. Se quedaba quieto un rato, sintiendo en el costado el cuerpo de Roque el Mediano, como un bulto alentante. Luego, arrastrándose, salía para el cerradero. En el cielo, cruzados como estrellas fugitivas, los gritos se perdían, inútiles y grandes. Sabía Dios hacia qué parte caerían. Como las piedras. Como los años. Un año, dos, cinco.

Cinco años más tarde, una vez, Emeterio le mandó llamar, por el zagal. Hizo reconocer a Lope por el médico, y vio que estaba sano y fuerte, crecido como un árbol.

— ¡Vaya roble! —dijo el médico, que era nuevo. Lope enrojeció y no supo qué contestar.

Francisca se había casado y tenía tres hijos pequeños, que jugaban en el portal de la plaza. Un perro se le acercó, con la lengua colgando. Tal vez le recordaba. Entonces vio a Manuel Enríquez, el compañero de la escuela que siempre le iba a la zaga. Manuel vestía un traje gris y llevaba corbata. Pasó a su lado y les saludó con la mano. Francisca comentó :

— Buena carrera, ese. Su padre lo mandó a estudiar y ya va para abogado.

Al llegar a la fuente volvió a encontrarlo. De pronto, quiso llamarle. Pero se le quedó el grito detenido, como una bola, en la garganta.

— ¡Eh! —dijo solamente. O algo parecido.

Manuel se volvió a mirarle, y le conoció. Parecía mentira : le conoció. Sonreía.

— ¡Lope! ¡Hombre, Lope...!

¿Quién podía entender lo que decía? ¡Qué acento tan extraño tienen los hombres, qué raras palabras salen por los oscuros agujeros de sus bocas! Una sangre espesa iba llenándole las venas, mientras oía a Manuel Enríquez.

Manuel abrió una cajita plana, de color de plata, con los cigarrillos más blancos, más perfectos que vio en su vida. Manuel se la tendió, sonriendo.

Lope avanzó su mano. Entonces se dio cuenta de que era áspera, gruesa. Como un

se reunió ya este Consejo, también a nivel ministerial, en Bogotá. Estados Unidos, todavía bajo Eisenhower, habían ofrecido 500 millones de dólares para ayudar al desarrollo social latinoamericano. El gobierno de Washington comenzaba a darse cuenta, ante la experiencia cubana, de que un desarrollo de cuyos beneficios sólo participa una minoría, puede tener consecuencias catastróficas. De ahí su interés en aportar dinero para compensar el desamparo en que se hallaban y se hallan las masas latinoamericanas.

Luego, el Presidente Kennedy presentó su plan de « Alianza para el Progreso », hizo aprobar los 500 millones de dólares ofrecidos antes y propuso que los propios países latinoamericanos estudiaran los planes, a largo plazo, destinados a acelerar su desarrollo y a hacer que éste llegue a dar una existencia decorosa a sus habitantes. De ahí la Conferencia de Punta del Este.

*

La actitud de Estados Unidos es decisiva en la economía latinoamericana y lo será por mucho tiempo aún. Hasta hace unos meses, esta actitud había sido tradicionalmente caracterizada por el miedo a los cambios en la estructura social, por la exclusión de toda inversión de tipo social, y por la parsimonia en la ayuda económica. Hoy la actitud es diametralmente opuesta.

Ya con el Acta de Bogotá las inversiones públicas internacionales se ponen al servicio de objetivos sociales. Por otra parte se comienza a facilitar préstamos públicos a empresas gubernamentales (y nada menos que petroleras, como recientemente en Argentina, y mineras, como en Bolivia).

Estados Unidos habían sido siempre opuestos a todo plan a largo plazo y se mostraban fríos ante los intentos de integración económica. Esto también ha cambiado. Hoy Kennedy pide a su propio Congreso un plan general de la ayuda al extranjero y sugiere que en América Latina deberían planearse el desarrollo económico y social, así como las medidas de integración.

Más todavía : Washington nunca intervino en las tentativas latinoamericanas para estabilizar los precios de las materias primas de exportaciones. Pero ahora Washington ha comprendido que sin esta estabilización no es posible un desarrollo económico sólido y regular, y Kennedy mismo propuso que este problema se estudiara en común.

En cierto modo, puede decirse que Washington se aparta de la bilateralidad que había sido su procedimiento favorito, y busca ahora las soluciones multilaterales, de carácter continental. El paso que así se da es de consecuencias incalculables. Y ofrece la posibilidad, precisamente, de que sea América Latina misma la que decida de su destino.

Kennedy invitó, en suma, a América Latina a analizar todos sus problemas, a no dejar nada al margen ni en la sombra. Cuando el Plan Marshall no se hizo tanto, puesto que en 1947 se trazó un plan por los especialistas norteamericanos y se presentó a los países europeos. Ahora son los especialistas y ministros latinoamericanos quienes se han encargado en Punta del Este de trazar las líneas generales del plan para América Latina.

*

Además de la eliminación de algunos tabúes que habían sido, si no un obstáculo, por lo menos un freno en el desarrollo de América Latina y que encauzaban los beneficios del mismo hacia minorías privilegiadas (el tabú de la integración, el de los préstamos a empresas gubernamentales, el de las inversiones de tipo social), Washington ha destruído, bajo la presión de las circunstancias y también como reflejo de una nueva comprensión política de la realidad mundial, otro tabú : el de la estructura social inmutable.

Y esta destrucción es de consecuencias incalculables. En resumidas cuentas, puede decirse que Washington quisiera hoy que en América Latina se llevase a cabo una revolución por arriba y con la colaboración de la base de la sociedad. Desea y espera que los gobiernos latinoamericanos, con la ayuda financiera del norteamericano y de los de Europa Occidental, adopten medidas que transformen la estructura social latinoamericana y que asocien a la aplicación de estas medidas al hombre de la calle para que éste recoja, por fin, los beneficios del progreso económico, que hasta ahora ha recibido sólo como migajas sobrantes de la mesa de las oligarquías.

VICTOR MEIER

Berlín, encrucijada de dos mundos

DESDE EL PUNTO DE VISTA ECONÓMICO puede decirse que Berlín-Oeste se encuentra hoy casi completamente incorporado a la República Federal de Alemania. La anexión al « milagro económico » se ha realizado ya para las cuestiones de mayor importancia. Se calcula que un 70 % de la producción industrial y artesanal de la « ciudad insular » se destina a la Alemania occidental. En todas partes existe el pleno empleo y en ciertas profesiones y ramas de la industria empieza a hacerse sentir la falta de mano de obra. Así como antes las autoridades berlinesas pedían con insistencia que se transportara por avión a la República Federal, lo más rápidamente posible, a los fugitivos que llegaban de la zona oriental, actualmente se esfuerzan por retener una parte por lo menos de éstos en Berlín.

Todavía subsisten ciertas diferencias en relación con la República Federal : los salarios en Berlín-Oeste siguen siendo, por término medio, inferiores en un 15 %, lo que sólo se compensa en parte con la baratura de los alquileres y de algunos productos ; cuando dejamos atrás los elevados edificios ultramodernos del centro y nos paseamos por los barrios obreros de Moabit, Wedding, Kreuzberg o Neuköln, no tardamos en observar que, a pesar de todo, el trabajador que vive en Berlín-Oeste ha de bregar más duramente para ganarse el pan, que su colega de la República Federal. También se registran diferencias en el desarrollo económico, pues mientras en la Alemania occidental el aumento de la producción industrial se estima en un 15 % anual, en Berlín-Oeste sólo alcanza un 6 %. Si se tiene en cuenta la difícil situación de Berlín-Oeste, este retraso parece pequeño e insignificante en comparación con lo que se ha realizado.

El Sr. Meier publicó recientemente una serie de tres artículos sobre el problema de Berlín en el diario suizo Neue Zürcher Zeitung, *de los que ofrecemos amplios extractos a nuestros lectores. Advirtamos, empero, que dichos artículos fueron escritos antes del 13 de agosto último, fecha en que se agudizó la cuestión de Berlín como consecuencia de las arbitrarias medidas tomadas por el gobierno comunista de la Alemania Oriental.* (N. de la R.)

La ayuda financiera de Bonn

Claro está que los berlineses no hubiesen logrado nunca por sus propios medios la anexión a la floreciente economía de la Alemania occidental y avanzar más o menos al mismo paso que ésta. La guerra había dejado a la antigua capital del Reich no sólo enormes destrucciones, sino también, en comparación con otras ciudades alemanas, cargas muy superiores para las potencias ocupantes : la responsabilidad de atender a los fugitivos, a las víctimas de la guerra, a los parados y a los seguros sociales. Más adelante vinieron a sumarse a

estos gravámenes el pago de las reparaciones, el coste de los suministros y la participación en la construcción de viviendas. Pero estas pesadas obligaciones quedaron compensadas, desde el principio, con una tributación también más baja, condicionada por la herencia de la guerra. En estas circunstancias y una vez iniciado el renacimiento económico, se estableció con urgencia una ayuda financiera especial a Berlín-Oeste, en la que participó toda la República Federal. En virtud de esta ayuda, el gobierno de Bonn se hizo cargo en los primeros tiempos del déficit que arrojaba el presupuesto municipal de la antigua capital. En 1950, dicho gobierno declaró a Berlín « zona de crisis », y el 1 de abril de 1951 se dictó la llamada « Tercera Ley de Transición », que rige aún hoy las relaciones económicas entre la República Federal y Berlín-Oeste. A este respecto conviene mencionar igualmente que Berlín-Oeste, una vez admitido en la zona occidental. se ha beneficiado plenamente de la ayuda económica de Estados Unidos.

Aparte de estas ventajas, Berlín obtiene un subsidio suplementario del gobierno federal para el Municipio, cuyo importe determina cada año el Parlamento de Bonn a medida de las necesidades. y que desde 1956 ha sido aumentado con un empréstito destinado a la construcción de viviendas. Para cubrir en parte todos estos servicios, se recaudó de 1954 a 1956, en toda la República Federal y en el propio Berlín una contribución extraordinaria, la cual pasó a engrosar el presupuesto de la ciudad. El conjunto de la ayuda financiera de la República Federal y en el propio Berlín, unado, de 1951 a 1960, a unos 8.500 millones de marcos.

El objeto de esta ayuda federal, como se explica en la « Ley de Transición », es poner a Berlín en condiciones de volver a encargarse en su día de todas sus obligaciones como capital. Todas las medidas de ayuda sirven, en realidad, para permitir que la economía de Berlín-Oeste llegue a equipararse a la de la República Federal y, sobre todo, para facilitarle la exportación. Conviene tener presente que las empresas berlinesas tienen el inconveniente del largo trayecto que han de recorrer sus mercancías. Y por si esto fuera poco, han de satisfacer los derechos de tránsito, arbitrariamente percibidos por la República Democrática. Se ha calculado que sólo en el año 1959 han entrado en la zona oriental 41,2 millones de marcos por derechos de tránsito por carretera, 33 millones por el transporte de mercancías por ferrocarril, y el tributo por el uso de las vías fluviales que, desde luego, no se paga ahora, importó 27 millones. Es evidente que estas cantidades son muy importantes ; pero, gracias a las ya citadas bonificaciones, son prácticamente soportadas por la República Federal.

Consecuencias de la ocupación militar

Aun cuando los lazos que unen a Berlín-Oeste con la República Federal sean muy fuertes en los aspectos económico, fiscal y otros, la « ciudad insular » no forma parte legalmente de la Alemania occidental. Su situación está determinada por el Pacto de las Cuatro Potencias, aprobado en la Conferencia de Potsdam para todo Berlín, y que los soviéticos, a pesar de su trabajo de zapa, siguen respetando, por lo menos en la forma. Los derechos superiores de soberanía son reconocidos por el Consejo de Intervención Aliado, constituído para Berlín-Oeste por los jefes de las fuerzas de ocupación de las tres potencias occidentales, puesto que los rusos han hecho fracasar el funcionamiento de esta institución prevista para el conjunto de Berlín. Una ley aprobada por el Parlamento de Bonn carece de validez en Berlín si antes no es ratificada por el Senado berlinés, en la parte correspondiente a Berlín-Oeste, y se halla sometida a la posibilidad de veto de los Aliados. Ciertas disposiciones legales de la República Federal, como la relativa al servicio militar y otras semejantes, no pueden aplicarse a Berlín-Oeste, por ser contrarias al Pacto de ocupación de los Aliados. Por la misma razón no está permitida en Berlín-Oeste la fabricación de armas o de cualquier otro material de guerra.

Se comprende que, desde el principio, tanto en la República Federal como en Berlín-Oeste persista el criterio de que debe concederse a la « ciudad insular », a consecuencia de sus estrechas relaciones con la

Alemania occidental y con el deseo de implantar una legislación uniforme, el derecho de intervención en la política para la aprobación de las leyes dictadas en Bonn y casi siempre aceptadas. En realidad, Berlín-Oeste envía diputados al Bundestag y al Bundesrat, de conformidad con el número de sus habitantes. Estos representantes actúan en las Comisiones como Consejeros legislativos, pero sólo tienen una intervención « consultiva » en los plenos. Tampoco son elegidos por sufragio popular directo, sino nombrados por el Senado. Para mantener el mejor enlace entre Berlín y Bonn existen en ambas ciudades representaciones recíprocas, a través de las cuales pueden dirigirse las proposiciones y las demandas.

En los años anteriores, diversos medios políticos de Berlín-Oeste han considerado que, con motivo de esta reglamentación, las relaciones políticas entre su ciudad y la República Federal eran insuficientes. Querían tener plena representación en Bonn, y para ello propugnaban el derecho de votar en el Parlamento Federal, fundándose en que el estado *de facto* hace aparecer este paso como una consecuencia natural del desarrollo actual de la situación. Tanto los socialdemócratas como los socialcristianos se han manifestado en este sentido. La mayor parte de las veces se ha tenido la impresión de que se trataba de una maniobra electoral táctica. Los Aliados y las autoridades alemanas responsables han considerado estos tanteos poco hábiles, pues de haberse tomado en consideración, se hubiera minado también en Occidente la situación jurídica de las cuatro potencias. Por lo demás, los rusos tampoco han concedido el derecho de voto a los diputados de Berlín-Este en la Cámara Popular de la República Democrática.

Berlín-Este, avanzada del imperio comunista

La primera impresión en cuanto se pisa el suelo de Berlín-Este es la de hallarse en un suburbio desierto. Sólo aparecen de vez en cuando casas aisladas, entre las cuales se ven extensos solares sin edificar. Pero esta impresión es engañosa ; no estamos en un suburbio, sino en la Avenida de los Tilos (Unter den Linden), el elegante paseo de lo que fue en otro tiempo el centro de Berlín. Inmediatamente a la derecha se encontraba el Hotel Adlon, del que sólo ha quedado un ala. Un poco más lejos, se cruza la Friedrichstrasse. Donde antes estaban los mejores comercios, se ven ahora algunos kioskos y pabellones improvisados. Hay que avanzar todavía bastante para darse cuenta de que en otro tiempo debía hallarse aquí el centro de la ciudad. La Universidad de Humboldt, la Opera Nacional y otros testimonios del antiguo Berlín representativo se han conservado o reconstruído ; pero al llegar ante la Catedral, consumida por el fuego, hay que doblar a la derecha, y después de atravesar la amplia Plaza de Marx-Engels, se llega al terreno donde se efectúan los desfiles del Partido Socialista Alemán, con la tribuna y graderías copia del modelo moscovita. Al poco rato estamos de nuevo ante un descampado, torcemos por entre pesados camiones y carros tirados por caballos, siguiendo la corriente de la circulación, para entrar en una calle lateral donde dejamos el coche. Nos hallamos en la Alexanderplatz, corazón de Berlín-Este.

Ahora, cuando ya hemos avanzado unos pasos, nos damos cuenta de que nos encontramos en un mundo completamente distinto. Nos salen al encuentro los olores de col lombarda, de polvo, de estiércol de caballo y de bencina mala ; vemos los miserables escaparates arreglados sin gusto, las fachadas de las casas sucias y deslucidas por la acción del tiempo, mujeres tristes y mal peinadas, y advertimos que casi nadie lle-

va sombrero ni corbata. La calle ha perdido todo su encanto. Recordamos haber observado ya muchas veces la misma imagen en Lublín, Chenstochau, Zilina o cualquiera de esas desoladas ciudades provincianas de la Europa oriental. En realidad, la Puerta de Brandenburgo no sólo separa Berlín-Oeste de Berlín-Este, sino la Europa occidental de la Europa oriental.

La política soviética de división

Esta diferencia entre la parte occidental y la oriental de Berlín es el resultado de trece años de evolución separada. En junio de 1948, los rusos interrumpieron las negociaciones relativas a la reforma monetaria para la totalidad de Berlín, y de este modo obligaron a las potencias occidentales a establecer el nuevo marco alemán solamente para sus sectores. En septiembre del mismo año, durante el bloqueo, hicieron asaltar el Palacio Consistorial por las turbas comunistas, dividiendo así la magistratura municipal legalmente elegida. Como, desde entonces, Berlín-Este forma parte de la República Democrática para todo lo que concierne a la moneda y a los aranceles, y Berlín-Oeste pertenece a la República Federal, aun cuando la línea que separa los sectores no sea una frontera entre Estados, es en realidad una división aduanera. Resulta imposible pasar ninguna mercancía de una parte a otra de la ciudad ; todo el tráfico comercial entre los dos sectores ha de efectuarse solamente por vía oficial, de conformidad con el Tratado de Comercio interzonal. Los tranvías y los autobuses ya no atraviesan directamente la frontera, y la circulación de taxis está prohibida. Sólo el *S-Bahn* (metro), sometido a la administración de los ferrocarriles de la Zona oriental, y el *U-Bahn*, explotado por las autoridades municipales de Berlín-Oeste, pasan de una zona a otra.

En vista de esta separación entre ambos sectores, se comprende fácilmente que el antiguo centro de Berlín, que debido a los azares del trazado de la frontera ha quedado en la parte oriental, haya perdido ahora sus funciones. Es como un desierto entre los dos centros que han ido formándose en cada una de las zonas. Así, Berlín-Oeste se ha agrupado alrededor del Zoo, y Berlín-Este ha creado su nuevo centro alrededor de la Alexanderplatz. Ya pueden verse en las exposiciones las maquetas de los nuevos bloques de edificios que se proyectan en un estilo moderno bastante aceptable. Pero mientras en el Oeste la nueva ciudad es ya una realidad, en el Este todo sigue aún en proyecto ; sólo se ha edificado en los suburbios, al igual que en Berlín-Oeste, una serie de casas destinadas a viviendas de obreros.

Berlín es, en cierto modo, el único lugar del mundo donde el capitalismo y el comunismo se enfrentan libremente en una « pacífica competencia económica ». El resultado es catastrófico para el sistema comunista : mientras la zona oriental se empeña en mantener oficialmente la paridad de las monedas, las oficinas de cambio de Berlín-Oeste venden el marco occidental a 4,50 marcos orientales. Según los cálculos de los peritos en estas cuestiones, el verdadero valor adquisitivo del marco oriental es de unos 0,70 marcos occidentales. De ahí que el régimen de Ulbricht haya tenido que adoptar ciertas medidas administrativas, a fin de paliar los efectos de esa « competencia » de que tanto habla Kruschef en su propaganda.

Ambiente provinciano

Por esta razón, Berlín-Este se ha convertido en una notable cosa intermedia. Aun cuando pertenezca al campo comunista, este sector no se halla completamente encerrado en él. Y esto es lo que persiguen los comunistas con su proyecto de concertar

una paz separada con la República Democrática. Por desgracia se ha comprobado que en muchas esferas occidentales y hasta alemanas, no se le atribuye siempre la enorme importancia política que tiene a ese boquete en la cortina de hierro. Quizás se ha hablado demasiado sólo de Berlín-Oeste y se tiene la impresión de que se ha « cancelado » ya la parte oriental de la ciudad, pues en la vida diaria nadie se interesa por lo que sucede al Este de la Puerta de Brandenburgo.

Por lo que se refiere a Berlín, conviene recordar que los distritos que pertenecen ahora al sector oriental, con excepción del centro de la ciudad, eran ya los llamados « malos », a los que « se iba menos ». Esta actitud ejerce todavía su influencia en la mentalidad de Berlín-Este ; no es una capital, sino una ciudad-tronco, con acentuado carácter provinciano y suburbano. En comparación con Berlín-Este, Varsovia y Budapest son unas capitales de vida palpitante.

Lo único que sobresale de este provincialismo son los teatros, que por esta razón disfrutan de la aprobación y del estímulo de los berlineses del sector occidental y de los extranjeros. En la Opera Nacional se asiste a representaciones clásicas de una perfección extraordinaria, y en la Opera Cómica se ponen en escena de manera admirable obras de Felsenstein. Por último, en el « Schiffbauerdamm », se interpretan dramas de Brecht ; la compañía que actúa allí tiene fama mundial. Pero estos teatros constituyen un mundo completamente aislado, pues en Berlín-Este no existe una auténtica vida teatral, como por ejemplo en Varsovia, porque la estrechez de las condiciones políticas no lo permite. Todos van a refugiarse en las indiscutibles obras clásicas y se escudan en la perfección técnica de la presentación. Hasta el propio Brecht, por razones políticas comprensibles, ha sido elevado a la categoría de clásico, cuyas obras se representan, pero que vale más no discutir. Cuando se sale de uno de esos teatros de Berlín-Este y hay que abrirse camino bostezando por las calles llenas de baches, desiertas y mal alumbradas, a través de vastas superficies cubiertas de ruinas, para regresar al Oeste, se tiene el sentimiento de haber oído algo irreal e impropio. Más hubiera valido ir a cualquier espectáculo de bailes populares : esto hubiera estado más en consonancia con la realidad y el ambiente de Berlín-Este.

El confín entre ambos sectores, medio de evasión

Cuando se avanza desde el centro de Berlín-Este, por la Stalinallee, hacia la zona oriental, se tiene la sorpresa de encontrar a los pocos kilómetros barreras, alambradas y centinelas. Estos obstáculos constituyen una extraña paradoja, pues no separan el territorio dominado por los comunistas del que está bajo mandato capitalista, sino que cortan Berlín-Este, la « capital », de la República Democrática propiamente dicha. Al otro lado se halla un país cerrado, pues probablemente no existe fuera de Alemania ningún otro Estado satélite comunista tan interesado en mantener alejados de su territorio a los observadores occidentales como el « primer Estado alemán de trabajadores y campesinos ». Salvo en circunstancias especiales, como la Feria de Leipzig, difícilmente logra ningún periodista occidental un visado de entrada en la República Democrática, a no ser que se trate de un negro del fondo de África, de un informador provinciano del « Middle West » o de algún « compañero de ruta » británico de aspecto particularmente ingenuo. Este cierre obedece sin duda a razones de peso ; y empieza a comprenderse cuando se aperciben en Berlín-Este las largas filas de mujeres cansadas, que se forman los sábados delante de las carnicerías medio vacías, y que se consideran dichosas cuando una tienda de comestibles distribuye por casualidad huevos, y hacen inscribir, con un gesto de apatía, en la lista de clientes, la media libra de mantequilla semanal o la ración igualmente escasa de patatas.

Visita a Marienfelde

La actitud de las autoridades de la zona oriental resulta perfectamente comprensible cuando se ve en el límite oriental de Berlín-Oeste el campo de refugiados de Marienfelde, en el que se acoge a las personas que huyen del paraíso comunista y que lue-

de la zona oriental se ha modificado también y necesita más obreros especializados, ingenieros y técnicos que antaño. El problema más agudo de la República Democrática es actualmente la falta de mano de obra, ya que impide a muchas industrias dar cumplimiento a las obligaciones contraídas, de conformidad con los planes, y a su vez da origen a reacciones en serie. Por otra parte, el gobierno de Ulbricht se ve forzado a hacer concesiones a la población obrera, para frenar, en cierto modo, la emigración. Por ejemplo, si la evasión de obreros especializados es menor que antes se debe a que se les han asignado salarios muy superiores a las tarifas y a las condiciones admitidas en el plan. Es dudoso que puedan aplicarse así las nuevas disposiciones relativas al trabajo. Las concesiones, especialmente cuando se trata de los intelectuales, llegan con frecuencia hasta el terreno político.

El miedo a la competencia libre

Se comprende fácilmente que el régimen comunista de la zona oriental considere esta situación como « insostenible ». Sin embargo, este movimiento de retirada no es, ni con mucho, la única causa del fracaso de la economía dirigida, pues también Checoeslovaquia y otros Estados del bloque oriental, que pueden mantener cerradas sus fronteras, han de enfrentarse cada vez más con problemas semejantes. Pero es evidente que el « boquete » de Berlín retrasa la consolidación política del régimen y, en comparación con el desarrollo dinámico de la República Federal, la zona oriental se ha estancado de tal manera que se ven comprometidas incluso las aspiraciones más importantes de los comunistas. Se ignora hasta qué punto la dirección soviética cuenta imponer ahora su dominación sobre todo Berlín, con motivo del reciente ultimátum.

El problema de Berlín tiene, como se ve, muchas facetas y categorías. Por una parte comprende la zona de Berlín-Oeste que prospera bajo la protección de las garantías occidentales, pero también forma parte de él la situación especial de Berlín-Este y con ella la cuestión de la unidad de la antigua capital. Además, Berlín sigue siendo el único vínculo que mantiene reunidas las dos partes de Alemania. Las garantías de los Aliados sólo se extienden a una parte de este conjunto de problemas. En otros aspectos la República Federal habría de actuar por su cuenta, por ejemplo, en el del comercio interzonal que, actualmente, sin la intervención de los servicios oficiales, alcanza más de 850 millones de marcos occidentales por año, en ambos sentidos, y suministra a la República Democrática materiales de importancia capital, que no podría procurarse en ninguna otra parte. Es indudable que, a fines de otoño, este problema se agudizará. Se trata de saber si los comunistas no dan más importancia a otros criterios. Ellos son los que han creado siempre problemas en Berlín con sus arbitrarias medidas de cierre, y los que, debido a su *incapacidad* de mantener abiertas las fronteras y de celebrar elecciones libres para poder competir de este modo con el sistema capitalista que suponen « inferior », se niegan a firmar tratados concretos y buscan el medio de crear un conflicto mundial.

ROBERTO MARCHANT

El legado de Trujillo

La primera vez que toqué suelo dominicano fue en octubre de 1948, cuando el avión en que volaba desde Caracas a La Habana hizo escala en el aeropuerto de la capital de Santo Domingo. Recuerdo que viajaba junto a mí un senador venezolano perteneciente a Acción Democrática, partido que se encontraba entonces en el gobierno, durante la administración del Presidente Rómulo Gallegos, el que sería derrocado pocos días después por un golpe militar, a comienzos de noviembre. Era tan intensa la fricción predominante entonces entre Santo Domingo y Venezuela que este senador prefirió permanecer a bordo, habiéndome indicado que no era prudente para él bajar a tierra en ese ambiente hostil y acaso peligroso.

Pocos momentos después comprobé el acierto de esta cautela, cuando caminando solo dentro de la zona de aterrizaje fui interceptado por agentes civiles de la policía, quienes me señalaron que estaba prohibido moverse fuera del área de recepción de los pasajeros en tránsito. En esa época Santo Domingo enfrentaba una guerra de nervios con Cuba, dirigida por el Presidente Carlos Prío, y también con Venezuela, bajo la hegemonía política del grupo partidista encabezado por Rómulo Betancourt, implacable enemigo de Rafael Leonidas Trujillo y de su sistema. Las cosas se habían agravado hasta tal extremo que, ante la presión que se ejercía desde el exterior, el régimen dominicano estaba haciendo una demostración de fuerza y poderío, mediante vastas adquisiciones de material bélico y aviones militares sobrantes de la segunda guerra mundial, los que alineaban los distantes bordes del aeródromo, para impresionar al público viajero. A pesar de estos signos, con la caída del gobierno constitucional venezolano cambió uno de los factores, y el entredicho de 1948 no llegó a la violencia declarada, pero sirvió para reflejar los métodos de la dictadura dominicana y su destreza para reforzar el aparato defensivo, tal como presencié ocasionalmente en ese breve paso.

Mi vuelta a Santo Domingo se efectuó a mediados de 1959, cuando nos quedamos, por pocos días, en compañía de mi esposa, como etapa intermedia en el vuelo entre Puerto Rico y Cuba. También esta vez hubo circunstancias alarmantes que hicieron dramática la entrada en el país, pues nuestro arribo coincidió con los días de mitad de junio en que se intentó el desembarco de exiliados dominicanos y refuerzos cubanos en sus costas. Fue por eso una oportunidad apropiada para conocer el estado de alerta y vigilancia, en su grado máximo, puesto en práctica por los servicios policiales de la tiranía. No es fácil olvidar el rigor de los procedimientos y la forma implacable en que se realizaba la inspección de los viajeros y el examen de su equipaje en ese momento de nerviosidad para Trujillo, habiéndose registrado por varios agentes todos los periódicos, papeles varios y libros que yo poseía, mientras se fotografiaba a mi esposa por un dispositivo especial, que confirmaba la eficiencia y minuciosidad de este trámite. Era

Contra estas metas intervienen factores de gravitación interna, que son : la tenue cultura cívica y la carencia de una anterior experiencia política democrática ; la larga trayectoria de inestabilidad institucional y el accidentado pasado histórico de la isla ; el inevitable adormecimiento espiritual y moral, legado pasivo de la tiranía ; el influjo de los núcleos de poder que subsisten intactos, en particular las fuerzas armadas y los reductos activos del trujillismo que se mueve en las provincias y ansían sostener el *statu quo* ; por último, el juego de las pasiones humanas por algunos de los dirigentes de oposición, que ahora empiezan a ensayar sus derechos. Entre los elementos positivos que pueden contribuir a salvar de la encrucijada a esta tierra tan azotada por los males de la dictadura resaltan : la manera racional y progresiva, en sus rasgos generales, en que funciona la actual etapa ; las prometedoras figuras que se han acogido a los nuevos partidos y prestigian sus causas, si bien a menudo son novicios en las artes políticas ; el sentido de urgencia y responsabilidad que ha impuesto sobre casi todas las clases y facciones la cercanía del acontecer cubano, tan dramático en sus lecciones y repercusiones, y, por fin, la presencia distante pero real de la O.E.A., que examina con discreción el curso de este experimento en búsqueda de la legalidad en una colectividad poco acostumbrada a ella.

El cuadro político de hoy revela que la entidad gobernante e instrumento de la dictadura, el Partido Dominicano, todavía suma cientos de miles de los afiliados que lo integraron en vida de su jefe y fundador, englobando a la mayoría de los funcionarios públicos. Se ocasionaron variadas deserciones para trasladarse a los nuevos núcleos partidistas, pero no dan la impresión de debilitar de veras su volumen principal de votos. Para ponerse a tono con la inquietud reformista, se verificó un reemplazo de los viejos políticos profesionales, y sus jerarquías las componen ahora caras distintas y no directamente conectadas con el pasado inmediato, a la vez que se realizó una intensa labor proselitista, con abundantes fondos, a lo ancho de la isla. Lo más probable es que apoyará la candidatura de Balaguer —que tiene 53 años— para el período presidencial correspondiente a 1962-1967.

Entre las formaciones opositoras destaca como la más vigorosa la Unión Cívica Nacional, que es una coalición de elementos civiles, hasta ahora al margen del ajetreo partidista, e incluye a muchos de los profesionales distinguidos y hombres de empresa de la capital y otras ciudades. Goza de respeto ante la ciudadanía por la calidad de sus personeros y la dedicación patriótica con que ha actuado en este intervalo. Aunque se ha hecho notar que no es un cuerpo político propiamente y que más bien se identifica con un propósito de elevación ciudadana, es muy posible que intervenga en las elecciones con objetivos partidistas. Encabeza la organización el médico de 66 años Viriato Fiallo, uno de los exponentes ciudadanos más caracterizados de la isla.

Desarrolla actividad además el antiguo Partido Revolucionario Dominicano, de larga duración en el exilio y con una orientación de avanzada democrática, manteniendo buenas relaciones con grupos semejantes del Caribe, en especial con Acción Democrática venezolana, y de Centroamérica. Otro es el « Movimiento del 14 de Junio », así llamado en recuerdo de la fecha de la fallida invasión desde Cuba en 1959 y que a imitación del « 26 de Julio » cubano incorpora vastos segmentos de juventud, pero sin otros paralelismos ideológicos o de tácticas con los vecinos. Y, por cierto, se tiene un órgano partidario que delata afinidad con las tendencias y los métodos cubanos, funcionando como el Movimiento Popular Dominicano, algunos de cuyos líderes fueron separados del intercambio político en julio, ante su tinte extremista y sus incitaciones a la violencia.

En conclusión, valga citar el acertado juicio editorial del diario *La Nación* de Buenos Aires, a raíz del informe elevado por la comisión de la O.E.A. Expresa : « Cuesta escaso trabajo descubrir que la sombra de Trujillo aún planea lóbregamente sobre la infortunada isla del Caribe. El curioso nepotismo fundado por el dictador extinto continúa cerrando el horizonte. Dicho en términos corrientes, es más fácil desembarazarse de un dictador que apartarse de los intereses económicos y políticos creados por un dictador. »

ción cubana que nos ofrece el antiguo ministro de Batista, Marinello, quien presenta a los comunistas cubanos como a los auténticos líderes de la revolución castrista. Ello explica también la ausencia de toda referencia a Perón, con cuyos secuaces mantienen los comunistas estrechas relaciones.

Tal vez sea demasiado esperar un análisis realmente nuevo de la situación latinoamericana de parte de Moscú, que en tal caso tendría que abandonar los viejos conceptos marxistas de clase, lecho de Procusto que falsea todas las relaciones sociales en la mayor parte de los países subdesarrollados. Sería demasiado esperar que los comunistas rusos reconocieran que la clase dinámicamente importante, la más revolucionaria, en la mayoría de los países latinoamericanos la forman precisamente aquellas personas que no pertenecen propiamente a ninguna « clase social » porque en cierto sentido son « parias » que vienen padeciendo un desempleo o un bajo empleo crónico. De todos modos, cabía esperar que se abrieran ciertas perspectivas nuevas en libros « teóricos ». Aparte algunas excelentes presentaciones de problemas especiales (por ejemplo, un análisis del Uruguay por el profesor Rama), las descripciones resultan enteramente convencionales. Los capítulos consagrados al problema agrario y a la miseria campesina en la mayoría de estos países no difieren fundamentalmente del análisis que nos ofrecen los autores « burgueses » —o si en algo difieren, es en que los primeros adolecen de ser sumamente superficiales.

En su estado presente, la agricultura latinoamericana es incapaz de alimentar a una población en crecimiento, por lo que resulta necesario utilizar gran parte de las divisas extranjeras para pagar importaciones. La agricultura de América Latina no ha conseguido desarrollar un mercado interior que estimulara el desarrollo de las industrias nacionales y en parte está dirigida por terratenientes parasitarios que no invierten productivamente sus beneficios, etc. Estos terratenientes, junto con los « imperialistas norteamericanos », constituyen las principales cabezas de turco de los autores soviéticos (en ninguna parte se menciona el hecho de que el *más pobre* de los países latinoamericanos, Haití, carece de latifundios y que la zona *más rica* del continente, Puerto Rico, debe su relativo bienestar a sus estrechas relaciones con Estados Unidos). La solución que propugnan los autores soviéticos, la liquidación de las grandes propiedades rurales y su distribución entre los campesinos, simplifica un problema que en realidad es sumamente complejo. Sin una política de grandes inversiones en la construcción de carreteras, casas, maquinarias, fertilizantes y educación, sin el establecimiento de facilidades de mercado y de crédito agrícola y, en algunos países, sin un reasentamiento en gran escala, tales reformas agrarias no harían más que aumentar la miseria general. Ninguno de los autores trata de analizar el fracaso parcial de algunas reformas como las de Bolivia y México. Tampoco se hace mención de las soluciones *colectivistas,* como las ensayadas en algunos *ejidos* mexicanos, o las que ahora caracterizan la revolución agraria cubana.

La imagen general que se nos presenta como « base teórica » para la acción revolucionaria es simple : predominantemente agrarios y feudales tras conseguir su independencia, los países latinoamericanos han venido a ser víctimas del imperialismo. Colaborando con las « oligarquías feudales » y con la « burguesía colonial », los monopolios de Estados Unidos han *deformado* la estructura económica y social del continente, implantado monocultivos y una extremada dependencia respecto al mercado norteamericano, impedido toda sana industrialización, explotado a los hombres y a la naturaleza en su propio beneficio y frustrado el desarrollo de la democracia y de la independencia nacional. Esto dio origen a la aparición de fuerzas sociales opuestas a la persistencia de la explotación imperialista. Bajo la dirección de la clase obrera (que a su vez es dirigida por la vanguardia comunista), los campesinos empiezan a hacer acto de presencia. Del brazo con ellos marcha la « burguesía nacional » —distinta de la « burguesía colonial » y de la burguesía « burocrática » compuesta de los altos funcionarios y oficiales del ejército. La creciente oposición obliga a los gobiernos a transigir, introduciendo algunas reformas « antimperialistas », de « capitalismo de Estado ». Sin embargo, tales

« los años de la posguerra han sido testigos de un crecimiento relativamente rápido de la industria en Argentina, Brasil, Uruguay, Chile y México. Se están desarrollando nuevas industrias, entre ellas las de máquinas-herramientas » (pág. 323).

El hecho de que el grueso del capital extranjero se haya invertido en la producción de materias primas y en las industrias de extracción de minerales es incuestionable, pero exige las tres precisiones siguientes : primera, el desarrollo de estas industrias era importante desde el punto de vista de los países correspondientes, que sin ellas se hallarían en peor situación económica ; segunda, las enormes sumas de capital necesarias no podían venir más que del exterior ; y tercera, la exportación de esos productos constituye la principal fuente de divisas extranjeras, sin la cual no sería concebible ningún desarrollo ulterior. Y esto aparte de los impuestos y derechos pagados a los gobiernos correspondientes por las compañías extranjeras y de los salarios abonados a los obreros y empleados, que casi invariablemente se hallan por encima del promedio local. Es sin duda cierto que muchas de esas inversiones han producido desequilibrios y han creado sectores « modernos » de la economía al lado de los sectores primitivos de la misma. Aquí es donde tendrían que intervenir los gobiernos nacionales, a fin de planificar la utilización de la contribución extranjera a la economía y orientarla mejor. Que los gobiernos latinoamericanos no lo hayan hecho es algo que no puede imputarse simplemente, o principalmente, a los « imperialistas extranjeros ».

Allí donde el mercado interno se halla suficientemente desarrollado y existe la protección necesaria, el capital extranjero participa en el desarrollo de las industrias manufactureras, a las que aporta los conocimientos técnicos esenciales. Por lo que se refiere a la industria pesada, también se está desarrollando en América Latina (como admite uno sólo de los autores comentados, el cual reconoce que « la producción de acero ha aumentado considerablemente en Latinoamérica »). En segundo lugar, hay que comprender por qué estas empresas son en su mayoría propiedad del Estado y por qué los inversionistas extranjeros se muestran reacios a invertir en ellas. El problema es bastante sencillo, como podemos ver por el ejemplo de una factoría siderúrgica en Colombia :

« El nuevo alto horno y factoría siderúrgica de Paz del Río (capacidad, 122 mil toneladas) ilustra dramáticamente el problema fundamental del transporte en Colombia. Construída en una meseta aislada, de una altura de casi 9.000 pies, a 150 millas al norte de Bogotá y aún más lejos de otros centros de consumo, la factoría goza de una situación ideal en relación con las materias primas. Pero el acero de Paz del Río consumido en Colombia resulta a veces más caro que el acero importado, como consecuencia de los gastos de transporte y de manufactura. Sólo una elevada tarifa proteccionista a expensas del consumidor colombiano puede convertir en « económico » el proyecto » (1).

Sea lo que sea lo que uno piense de los casos particulares de intervención estatal y de capitalismo de Estado, el hecho es que la mayoría de los observadores contemporáneos reconoce la necesidad de una buena dosis de ambas cosas :

« La necesidad de la intervención estatal en el desarrollo económico se debe en América Latina a circunstancias institucionales, económicas, políticas y sociales, muy diferentes de las que prevalecieron en algunos otros países cuando pasaron por una fase semejante de su evolución » (2).

Los problemas derivados del « desarrollo desigual » de los países donde la revolución industrial es impuesta a unas comunidades « atrasadas », donde la población crece tan de prisa como sus expectativas y donde se necesitan y se piden urgentemente gigantescos desembolsos para crear las estructuras económicas y sociales (desde las carreteras y las centrales de energía a las escuelas y los hospitales), no se pueden resolver en la forma liberal clásica. Por otro lado, el capitalismo de Estado exige como mínimo un alto nivel de eficacia en el gobierno y funcionarios capaces —que precisamente

(1) Lewis Hanla, *Modern Latin America*, Nueva York, 1959, vol. I, pág. 51.

(2) *UN International Cooperation in a Latin American Development Policy*, 1954, pág. 11.

la papelería en que suelo abastecerme estaba cerrada : hasta la *rentrée*. Y lo mismo sucedió en otras dos que yo sé que tienen el papel en cuestión. Por lo tanto se me ocurrió emplear los medios heroicos, y así, provisto de una hoja, como muestra, entré en la primera papelería que encontré abierta. Por supuesto, en el pecado llevé la penitencia. Como si mi demanda acarrease insinuación insufrible, dadas las exorbitantes pretensiones de querer una clase determinada de papel, la dueña de la papelería me lo hizo saber en dos palabras : « Ah, non, monsieur ! Nous sommes au mois d'août ! » ¡Estamos en el mes de agosto! Como quien dice : ¿habráse visto semejante atrevimiento? Pedí las disculpas consabidas y, naturalmente, salí de la tienda en cuestión con el horrible papel que la señora quiso venderme. ¿Estamos en agosto, si o no?

En vista de ello decidí echar pelillos a la mar y tomarme un desquite razonable. Para ello, uno piensa en algún amigo que esté ya también de vuelta de vacaciones ; arteramente, se le invita a cenar —al menos eso es lo que se le dice. Pero, de hecho, uno comienza a preparar la serie de fotos que ha tomado durante el verano con la intención de *hacérselas ver* —literalmente— a los amigos, hallando en ello cierta compensación al hecho de hallarnos ya en París en pleno mes de agosto.

Y así, beatíficamente, se entrega uno a la espera. Por fin llaman a la puerta. Son ellos, los invitados, naturalmente. Uno se arregla el nudo de la corbata, prepara la voz, echa de reojo una última mirada a los sobres de fotos y se dirige a abrir la puerta. Saludos, abrazos, efusiones. Y cuando ya todo se tranquiliza y los comentarios vuelven a entrar en su debido cauce ; cuando uno se dispone al ataque, el amigo de marras nos ataja y « a propósito —dice— os voy a enseñar algunas fotos que hemos tomado este verano. Hay algunas que no están mal del todo ». Y pasando del dicho al hecho saca un montoncito cuatro o cinco veces mayor que el nuestro.

Pedro Crespo en Aviñón

Don Antonio Machado estableció alguna vez la diferencia que él veía entre dos tipos de literatura española. Uno, el primero, en el cual reunía las pocas cosas que, a su juicio, nos representan dentro y *fuera* de España, y en el otro, lo demás, es decir, lo que designaba él como « literatura para andar por casa ». Pocas, muy pocas cosas incluía en el primer grupo. Que yo recuerde ahora con absoluta certeza, Jorge Manrique, La Celestina, Cervantes. De nuestro teatro no podría citar, con idéntica firmeza, lo que señalaba Machado. Pero sí estoy seguro, en todo caso, de que incluía a Calderón.

Lo cual, aunque a primera vista parezca evidente (y a segunda lo sea), tiene un poco más de intríngulis de lo que pudiera pensarse. De cualquier manera, ello nos revela una vez más la perspicacia, la sagacidad profunda de Machado.

Porque hay paradoja, al menos aparente, en el hecho de que viese en Calderón uno de los valores hispánicos universales al mismo tiempo que en Jorge Manrique. En efecto, cuantos se interesan por las ideas estéticas de Machado no dejarán de recordar el famoso paralelismo que, para estudiar la *temporalidad*, establece Machado —por boca de Mairena— entre Jorge Manrique y, por ejemplo de barroco literario, el famoso soneto « A una rosa » de Calderón. De toda la comparación, de todo el estudio, que es un magistral análisis acerca de lo que es y no es poesía, dicho sea de paso, saca Machado en conclusión la enorme riqueza lírica, la temporalidad viva de Manrique en contraposición al barroquismo calderoniano que Machado subraya con la famosa metáfora de la abeja que, en vez de libar en las flores, fuese directamente a la miel.

Pero, claro está, no era Machado persona de exclusivas ni tampoco de temores ante contradicciones aparentes. Si, como lírico, Calderón no logró nunca la expresión de esa temporalidad viva, que para Machado es la cifra de toda poesía, en cambio, como dramático, pese a su barroquismo (o incluso gracias a él : recuérdese el ejemplo que ponía Machado al mentar la enfática manera calderoniana de aludir a una pistola) la obra de Calderón constituye, precisamente, una de esas contadas cosas que no son, según la expresión machadesca, « literatura para andar por casa ».

libros

La « América Mágica », de Germán Arciniegas

No BASTA con que una realidad humana sea para que exista. Y no basta tampoco con que exista para que viva ; para que viva de verdad. Pues tratándose de cosas humanas parece ser necesario todo, sin que baste del todo. Por ello, en cambio, el camino se abre y aparece el horizonte. El hombre es un animal de horizonte : lo descubre, lo agranda y hasta lo sufre, por ese su insoslayable quehacer que es historia o se hace historia. Todo, hasta sus sueños, se hace historia.

Y lo que es propiamente historia : la construcción de una patria, en grado eminente, viene de un sueño y de algo más. Ninguna patria lo llega a ser si sólo ha sido concebida como la edificación de un Estado, de un orden : como la apropiación de una geografía por una raza o pueblo, por unos pobladores nacidos o llegados ; si no nace de un ensueño y de una esperanza : de una de esas esperanzas mezcladas siempre de nostalgia, que son los aspectos o manifestaciones de lo esencial humano ; de ese planear del hombre sobre su ser encontrado ; de ese su ensoñarse y aun inventarse a sí mismo y al mundo, ensueño que puede ser delirio y del que luego ha de tener conciencia. Una conciencia que no lo disuelva, que lo haga germinar en realidad, en sustancia de hombría y en orden de mundo, orbe, órbita donde habitar. Pues diríamos que el gran hacer y padecer del hombre es hacerse una patria, desde que la perdiera. « Ganarás tu pan. » Sí, y con él, ganarás tu patria.

Y como el supremo trabajo del hombre, el gran quehacer y fatiga es el pensamiento, la patria se gana, se hace y se rehace con él. Con sólo las hazañas, con sólo el sentimiento que las engendra y las sigue, no se establece una patria. A lo más se inicia. Pero ni siquiera, pues que toda creación histórica hunde sus raíces en un oscuro anhelo que asciende hasta llegar a ser clara esperanza. Y toda esperanza, como se sabe, necesita y se configura en un argumento : es la fe. La fe que enciende el pensamiento.

El libro de Germán Arciniegas, *América Mágica*, como gran parte de la obra del autor, está escrito, pensado, sentido en función de ese quehacer histórico que es la edificación constante, reiterada de la patria. Mas, siendo Arciniegas un tan eminente colombiano, la patria que hace, según se desprende del prefacio y de la composición del libro, es simplemente América. Precisando : la América de habla española, pues que todas las figuras zodiacales que la integran a ella pertenecen. Y en el prefacio, el « nosotros », el « nuestra » empleados declara que a ella se refiere, señalando así ese aspecto de la patria que es la intimidad no adquirida : la consanguinidad de sangre y de espíritu que crea la palabra, el idioma.

Mas en el libro *América Mágica*, especialmente en el prefacio —pieza esencial—, se siente, se vislumbra una última dimensión que sería la América primeramente llamada del Sur por algunos en Europa, aludiendo a la que no es Norteamérica, y más allá, como otra presencia, la América toda. Y como en todos los lugares del libro en que se trata de la biografía de una de las figuras que lo integran, el pueblo de nacimiento, el lugar de una batalla o de otra histórica acción, se describe de modo muy vivo y mágico en verdad las particularidades del lugar, de ciertas costumbres, del modo de vestir, de alguna comida o bebida, de plantas, flores y ríos. Encuentra el lector esa familiaridad, no sólo con el idioma genérico, sino con el concreto. Y aún esa especial tensión de una atmósfera, esa cifra de cielo y tierra, de aires y soles que avisa al hijo de un lugar que se trata de él y sólo de él. Y así, la patria, esa que Arciniegas busca y rastrea apasionadamente, se extiende en varias dimensiones, múltiples en verdad, pero que pueden condensarse en dos aspectos o caras, como los de una medalla : la intimidad del hombre con su tierra, la raíz que al hombre le radica en un lugar determinado, intercam-

biable del Planeta, lo que sigue siendo trasunto de la cueva materna, lo materno. Y la otra cara, la propiamente histórica, que es siempre la por hacer, aunque se haya hecho y se haga. En términos temporales, el pasado, la raíz del pasado irrenunciable y el futuro interminable. La patria encontrada, de la que se es hijo porque en ella se nace, y la que se hace.

*

La *América Mágica* de Germán Arciniegas ofrece la visión del hacerse, del irse haciendo de la patria América ; del cómo, del hacia qué o hacia dónde. Lo ofrece doblemente : por el contenido del libro y por la pasión del autor, pues entre todos los humanos haceres el de la patria es ciertamente el menos impasible. Por ello fue consecuencia obligada en los filósofos que señalaron la *apatheia* como la perfección de la vida moral el desentenderse, al menos en teoría, de la patria y el querer vivir más allá de ella, únicamente como ciudadano del mundo. Pero claro está que, como el mundo a su vez es una patria..., la cuenta vendría a ser la misma. Porque todavía no se ha descubierto la manera de no padecer por lo que se ama, y más aún por lo que se crea amando. Y el padecer engendra la pasión, esa cruz del corazón.

Ordenados según los signos del zodíaco aparecen diez hombres, protagonistas que son otros tantos lugares o focos de esa pasión, de la patria algunos, por la patria otros. Y como se verá, algunos tienen su sombrío « dioscuro ». Aparece maravillosa, delicada, una mujer —Santa Rosa de Lima—, cuya relación con la patria no es la de hacer, sino la de *ser*, diríamos. Y un ente o entidad de « el pueblo soberano », sin el cual, afirma Arciniegas, no hay ni puede haber patria.

El que se inicie esta rosa zodiacal con José Martí y el que le siga Cuautemoc, lejos de ser indiferente resulta revelador de esa dialéctica del proceso de formación de una patria ; revelador de algo esencial.

Pues que fue Martí, como se sabe, el último de los Libertadores o fundadores de nacionalidad. De estirpe romántica como todos, pero de modo más depurado, en él la libertad aparece más libre, diríamos. Más libre a causa, no ya de la época, sino sobre todo —nos parece— de su completo desinterés del poder ; de que no era un hombre de acción, ni un político, ni un soldado, sino un poeta. Y si hizo de todo eso fue... porque era necesario ; nada más. La libertad aparece en esta última estación de los pueblos de Hispanoamérica más libre y sola, flotando desprendida en el aire, blanca.

Con ello y no por azar —pues bien hubiera podido el autor abrir esta rosa zodiacal a partir de otro signo, de otra estación de esta historia—, se descubre el punto de mira en que el autor se sitúa o más bien está situado : mira la patria desde su cumplimiento como independencia y como declarada premisa moral y política. Y desde esta plenitud vuelve la mirada inmediatamente hacia algo perdido. Es la dialéctica de la formación de la patria.

Análogamente, a la conquista de España por los núcleos cristianos despertados en Santiago de Compostela por la visión del blanco caballo sobre el que cabalgaba guerrero el Apóstol Santiago y los de Asturias y Castilla, se la llamó « Reconquista ». Bien es verdad que el cristianismo ya había llegado hacía siglos cuando los árabes invadieron la Península ; pero la patria —España— ¿existía como existió después? Es decir, ¿era una patria? ¿Lo era antes de la invasión y dominio romano? Américo Castro ha penetrado perspicazmente en el problema desde el punto de vista de la realidad histórica de España. Por mi parte creo que la cuestión queda más clara si se tiene en cuenta que se trata de países, sí, de históricas realidades, pero que los hombres que los liberan y edifican lo hacen con el sentimiento de patria. Y por aparecer así evidente en el libro de Arciniegas, aparece también esta « dialéctica de la formación de la patria », de la pasión de la patria ; el verla y sentirla como algo perdido que rescatar, como algo subyugado que repristinar, cuando lo que en verdad se está haciendo, edificando, creando, es algo nuevo para lo cual el paso del invasor ha sido decisivo. Decisivo no sólo por lo que el invasor dejó. En el caso de la España dominada por los romanos, el idioma del cual se formó el castellano, el derecho, una cierta estructura político-social, institucional. En el caso de los árabes, un injerto de razas, de sangres, una cierta simbiosis de religión —de religiones—, tanta secreta poesía, trozos de alma, quizás alguna concepción política... Tanto, tantas cosas que deja el vencedor cuando es vencido.

Sí ; nada en la historia desaparece. Todo lo que un día fue constructivo, modo de vida, religión, permanece de mil maneras, se insinúa, brota como flor o como amenaza. Es la parte de verdad que hay en la dialéctica de la pasión de la patria cuando se la quiere extraer, recuperar desde donde estaba cuando fue abatida. Y es también como el título de legitimidad : « Aquí había algo cuando ellos —sean quienes sean— llegaron. » Mas bien pronto se cae en la cuenta de que aunque no hubiera habido nada ni nadie en ese territorio, un día hubiera pasado lo mismo : los que la viven y han de independizarse del orden o desorden, o de los dos, establecido por los que llegaron y cuyo centro está lejos, lejos geográficamente y lejano por el mero hecho de haber sido establecido así de una vez y desde afuera. Pues que la patria es un « dentro » ante todo. Y en este sentido hay verdad

ra excepción, juzgó sus libros sólo como apuntes complementarios de un pintor, sin concederle la menor categoría literaria. A ello contribuía, además, la rareza de sus libros, que aparecían en ediciones pequeñas a costa del autor, y muy pronto olvidadas. En 1913 vio la luz la primera serie de *Madrid. Escenas y costumbres*, y cinco años más tarde se publicaba la segunda. A este libro siguió, en 1920, *La España negra* ; en 1923, *Madrid callejero* ; en 1924, *Dos pueblos de Castilla*, y finalmente en 1926 la novela *Florencio Cornejo*. Pocas páginas críticas suscitaron estos libros, aunque hablaron de ellos con elogio Enrique Díez Canedo en la *Revista de Occidente*, y Ramón Gómez de la Serna en su *Solana*. Posteriormente la bibliografía de Solana como escritor se ha enriquecido con dos excelentes aportaciones : el *Solana* del crítico Manuel Sánchez Camargo, que fue su amigo y albacea testamentario, y el estupendo discurso de Camilo José Cela al entrar en la Academia Española, sobre *Solana, escritor*.

Los libros de Solana eran tan raros y tan buscados por los bibliófilos, que una editorial madrileña, Taurus, ha tenido la excelente idea de reunir en una espléndida edición toda la *Obra literaria* del genial pintor, es decir, los cinco libros a que ya hemos hecho referencia, más los únicos fragmentos conocidos del libro *París* —que ya publicó Sánchez Camargo en su biografía— y algunas páginas sueltas que se han conservado. La edición se abre con tres textos sobre Solana : el retrato lírico de Juan Ramón Jiménez, que éste publicó en sus *Españoles de tres mundos* ; fragmentos del *Solana* de Ramón Gómez de la Serna, y el ensayo ya citado de Cela. El volumen, con sus cerca de 700 páginas, parece indicar que Solana no fue un escritor ocasional, sino que escribió bastante, y que tuvo, junto a la vocación de pintor, la de escritor. Se sabe que escribió otros libros, hoy perdidos. Y en alguna parte anunció unas *Memorias*, que no sabemos si escribió. Solana debió de leer bastante a los grandes escritores del 98, sobre todo a Baroja, y algo también a los clásicos. Pero, ¿debemos considerar a Solana como un hijo del 98? Cierto que le une a ellos la pasión por descubrir a España, por recorrer los caminos polvorientos y los pueblos olvidados de Castilla, y que a veces alguna página suya nos recuerda a Baroja —sobre todo en los juicios tajantes sobre política o autores—, o a Azorín, en el gusto por la descripción sobria y exacta ; « presenciar a Solana es presenciar a España », dice con acierto Ramón. Pero Solana es otra cosa. Es, como el mismo Ramón ha dicho, « un borracho de la realidad », pero de la realidad más frescamente popular, más en carne viva, de los pueblos españoles y del gran poblachón que era entonces Madrid. Ante esa realidad, que él iba a buscar una y otra vez para fundirse en ella y luego recordarla, Solana no olvida el menor detalle. Su inventario de esa realidad popular, sobre todo del Madrid de su época —entre 1900 y 1925— es el más completo que existe. Pero sus detalladas descripciones nunca son frías, tienen siempre algo de jugoso, y a veces hasta tierno. Cela ha hablado, con razón, de la ternura de Solana. Podría incluso hablarse de su delicadeza. (Recuerdo ahora una deliciosa página sobre el parque del Retiro, en que pinta con simpatía una pareja amante que contempla gozosa los juegos de los niños. Al final, Solana nos da los nombres de la pareja : Francisco Ferrer y Soledad Villafranca.) Pero ciertamente, la España de Solana en sus libros es la España negra, la misma que pinta en sus cuadros. No le bastaba pintarla, y quiso también describirla con la pluma.

Para el lector de hoy que no haya leído una sola página de Solana, la lectura de su *Obra Literaria* constituirá sin duda una sorpresa y una revelación : ese placer, ya tan raro, de descubrir a un escritor personal, que no se parece a ningún otro.

J. L. CANO

Antonio Espina : « El cuarto poder »

Hacía ya cuando menos veinticinco años que yo no recibía tanta satisfacción con la lectura de un libro escrito en España —y publicado en España— como la que he tenido estos días con *El cuarto poder*, de Antonio Espina. Los motivos de afirmación tan rotunda, sobre todo de la mención de tantos años, necesitarían larga explicación, pues habría de referirme detenidamente a varios géneros literarios. Baste recordar que por las presiones sabidas una niebla envuelve hoy a la literatura española (novela y ensayo especialmente) y la hace por consiguiente bastante imprecisa.

Pero Antonio Espina ha sabido triunfar de aquellas nieblas y nos ha dado un libro como el sol, como un rayo de sol. El gran escritor, siempre caracterizado por el cabrilleo acerado de su estupenda pluma, mal habría podido cambiar su pluma por otra cosa, ni mucho menos mojarla en una tinta que no fuera de colores enteros y verdaderos. A mayor abundamiento, el tema desarrollado aquí por Espina ni siquiera es uno de esos temas donde cabe ser objetivo sin comprometerse, pues trátase de periodismo, « cuestión palpitante » siempre, trátase de la historia de la prensa española desde 1860 hasta 1960. El lector sabe muy bien que al decir

es quizá el crítico más sobresaliente de su generación. Su *Historia de la Literatura Hispanoamericana* resulta indispensable tanto para el estudioso como para el profano en la materia. Ahora, con *Crítica interna* (Madrid, Editorial Taurus, 1960) nos da una muestra de su amplia gama crítica al acometer, en forma interna, es decir, atendiendo directamente al poema, la novela o el drama, diversos aspectos de la literatura hispánica contemporánea. Su estudio presenta tal como aparece la obra ante los ojos del lector, atendiendo principalmente a tres aspectos harto trascendentales desde el punto de vista de la creación literaria : el tema, la forma y el estilo. Así, en « Lope dramatiza un cantar » muestra cómo Lope es capaz de concebir toda una obra dramática de un simple cantar popular : así nace una de sus obras fundamentales, como es *El caballero de Olmedo*. En otro aspecto, igualmente interesante, estudia la influencia ibseniana en el drama de Galdós *Los Condenados*, o « La Creación artística de Gabriel Miró », destacando su ensayo sobre el « Escamoteo de la realidad en las Sonatas de Valle-Inclán », cuyo título indica ya la trayectoria tomada por Anderson, en cierto modo de acuerdo con la vieja tesis de Ortega sobre el mismo tema.

En cuanto a la literatura hispanoamericana, « El historicismo de Sarmiento » y « La originalidad de Zorrilla de San Martín », dos figuras literarias gratas a Unamuno, que trató de ellas repetidas veces en sus ensayos, se completan con los siempre sugestivos estudios sobre Martí y Rubén Darío, el romántico Isaacs y el actual Borges, además de estudiar las diversas formas de la novela contemporánea a través de la gran realidad actual que es la hispanoamericana.

El lector de la literatura hispánica se sentirá ampliamente satisfecho con este recorrido por el ancho mundo de nuestras letras.

J. R. M. L.

HUGO RODRIGUEZ-ALCALA : Ensayos de Norte a Sur

El profesor Rodríguez-Alcalá, de la Universidad de Washington, cuya anterior obra *Unamuno, Korn, Romero, Güiraldes, Ortega* nos mostró a un ensayista de lúcida mirada sobre el mundo cultural hispánico, demuestra ahora su alta categoría intelectual con *Ensayos de Norte a Sur* (México, Ed. De Andrea, 1960) en los que abarca aspectos muy diversos del panorama intelectual del mundo. Investigador filosófico en la comparación de la existencia y el destino humanos entre Ortega y Sartre y en su ensayo « Carl L. Becker y el relativismo histórico », nos presenta, de forma sugestiva y profunda, la realidad de un filósofo en marcha, como es Ferrater Mora, una de las mentes más claras de la filosofía hispánica actual.

Pero el profesor Rodríguez-Alcalá dedica preferente atención a la literatura, con tres ensayos magistrales dedicados a una de las principales figuras de la novelística española fuera de España : Francisco Ayala. En ellos está contenida, en síntesis, toda la trayectoria de la narrativa emigrada, su grandeza y servidumbre, aunque, en este caso, el fenómeno español haga patente su perdurabilidad, a pesar del tiempo transcurrido, como una emocionante prueba de fidelidad a la patria perdida.

La literatura hispanoamericana está presente en su atención en los ensayos dedicados a Mariano Azuela, Alfonso Reyes, Alfredo A. Roggiano, Julio Correa y Alejandro Guanes, el poeta paraguayo modernista. Rodríguez-Alcalá, de nacionalidad paraguaya, nos muestra un aspecto de la literatura de su país, una de las menos conocidas de toda Sudamérica y una de las menos estudiadas dentro del área hispánica. Lo señalado por el profesor de Washington nos hace ver que es necesaria una mayor atención por parte de los estudiosos de la literatura de habla hispánica al pequeño país sudamericano.

Con este magnífico libro de ensayos, el profesor Rodríguez-Alcalá enriquece el ensayismo hispanoamericano, hoy en auge verdadero.

J. R. M. L.

MARCOS VICTORIA : María Rosa en primavera

Bajo este título, Marcos Victoria reune (Editorial Losada, Buenos Aires) una serie de cuentos de distinta factura e intención. Del recuerdo familiar —« María Rosa en primavera »— a la aventura sentimental —« Helena Hesse »— pasando por el episodio histórico —« El huésped »— la gama de estos relatos es variada y permite difícilmente una síntesis unitaria. En el estilo aparece la misma variedad : Marcos Victoria alterna una prosa hispanizante —salpicada aquí y allá de algunos galicismos— con la vena más fácil y espontánea de la expresión típicamente argentina, y aun en este terreno une a veces en el mismo párrafo modismos familiares y otros más característicos de la lengua escrita.

Variedad no siempre significa riqueza : una orquestación tan profusa exige una compleja y segura dirección literaria. Acaso sea gaje de unidad de este libro una secreta tonalidad, hecha de clara ironía, de serenidad desencantada, a través de la cual los objetos se ven a distancia y el apasionamiento se disuelve en inesperada pirueta de burla. Así y todo, los altibajos son frecuentes. En general, Victoria es más seguro en el relato

bre el « Extraño legado de « El Benefactor », de Santo Domingo. En *Free Trade Union News*, de la American Federation of Labor, Juan René Betancourt señala las desventajas del negro cubano bajo Castro. Jaures S. Mazzone, en *Inter-American Trade Review*, considera los factores industriales que han revolucionado en el Brasil la propaganda comercial. Gladys Delmas, en *The Reporter*, defiende a los apristas en « Los izquierdistas antisoviéticos del Perú ». En *West Coast South American Service*, Richard W. Patch hace un balance de nueve años de revolución en Bolivia. Joseph Pincus resume las leyes que sirven para el fomento industrial en América Central en el número de marzo de la revista del U.S. International Cooperation Administration.

Theodore Draper, que ha observado muy de cerca los acontecimientos de Cuba, preparó para *New Leader* un estudio especial sobre la situación en dicha isla en relación con la política exterior de Estados Unidos, estudio reproducido en *Cuadernos*. A. J. Knowles y Richard C. Allison expresan sus puntos de vista sobre la situación cubana en la *American Bar Association Review* ; y el economista Albert O. Hirschmann, en « Meditaciones sobre la Alianza para el Progreso », estudia favorablemente el programa del Presidente Kennedy. En *Daedalus*, Ozzie G. Simmons escribe sobre « Imágenes y aspiraciones de los angloamericanos y mexicanoamericanos ». En *Population Bulletin*, Georgine Ogden y Annabelle Desmond señalan el crecimiento de la población en Hispanoamérica a partir del decenio que comenzó en 1960.

Victoria Kent, en *Ibérica* de Nueva York, hace varias consideraciones sobre el futuro de España ; *España Libre*, editado también en Nueva York, reproduce de *Cuadernos* el estudio de Francisco Ayala en el que éste analiza las condiciones actuales del régimen español y las medidas que deben tomarse para evitar el comunismo en España ; y Richard Scott Mowrer afirma en *New Leader* que es necesaria la transición monárquica en España para evitar el caos.

ROBERTO ESQUENAZI-MAYO

Colaboradores

- JOSE ORTEGA Y GASSET, del que ofrecemos a nuestros lectores un trabajo inédito merced a la benevolencia de sus hijos, falleció el 18 de octubre de 1955. Cúmplese, pues, en estos días el sexto aniversario de su desaparición.
- ALFREDO PAREJA DIEZCANSECO, escritor e historiador ecuatoriano, autor de varias novelas, ensayos y biografías. Antiguo profesor en la Universidad de Quito, actualmente es vicedirector del Instituto de Educación Política de Costa Rica y director de Estudios en dicho organismo.
- ANA MARIA MATUTE, es una de las figuras más representativas de la joven literatura española. Ejemplo de libertad creadora, es autora de varias novelas y libros de cuentos : *Los Abel*, *Fiesta al Noroeste*, *Los hijos muertos*, *Primera memoria*, *Tres y un sueño*, etc.
- VICTOR MEIER, corresponsal de la *Neue Zürcher Zeitung* de Zurich, autor de un libro sobre la economía yugoeslava, está especializado en los problemas de la Europa del Este.
- GEORGE STEINER, del que publicamos en el N° 51 un estudio sobre el laborismo inglés, no nació en Viena, sino en París ; por otra parte, ha dejado de pertenecer al « Institute for Advanced Studies » de Princeton. Dos errores en los que hemos incurrido involuntariamente.
- ROBERTO ESQUENAZI-MAYO, nuestro asiduo colaborador, hasta ahora profesor en la Universidad de Columbia, acaba de ser nombrado profesor en la Universidad de Nebraska (U.S.A.), donde colaborará además en la fundación de un Instituto de Estudios Hispánicos.

Correspondencia

Ha llegado a nuestra redacción la carta que publicamos seguidamente, de una intitulada « Casa de las Américas », de La Habana, que constituye en realidad un departamento bajo control gubernamental. Con la carta, que damos tal como viene, ofrecemos un comentario de respuesta.

Señor Director :

Ha dedicado usted el Suplemento N° 47 de *Cuadernos*, órgano del Congreso por la Libertad de la Cultura, a la difamación de la Revolución Cubana, y este es un hecho que afecta por igual a la verdad histórica y a la misión del periodismo. Por ello, y obedeciendo a un natural impulso por la justicia y la veracidad, me determino a formularle algunas objeciones elementales atinentes a las arbitrariedades más notorias, ya que el análisis y refutación de los exabruptos de sus colaboradores exigiría una revisión to-

tal del proceso revolucionario. En resumen, porque se trata de prejuicios de carácter anatómico, la tarea resultaría tiempo y afán perdidos.

Todos los artículos que usted publica en una recolección de residuos, son tendenciosos y pérfidos, lo que delata que cualquier razonamiento y cualquier prueba de falsedad serían estériles, desde que los inspira una pasión fanática de tipo netamente eclesiástico, en defensa de una concepción social y política que no se relaciona sino indirectamente con la situación de Cuba, y sí directamente y fundamentalmente con la quiebra del sistema imperialista de dominio por la violencia y la corrupción, que es lo que el Suplemento defiende en esencia. Falsedades, errores e incomprensión configuran una mentalidad reaccionaria contra la que no hay razonamiento posible.

En el agobio de la lectura asfixiante de las 64 páginas del libelo, nutridas de rencor y resentimiento, no alumbra siquiera un reflejo mortecino de la verdad de los hechos. Expone usted un panorama excesivamente sombrío, en que las atrocidades del despotismo sin piedad que estuvo manejado por los administradores y empresarios del capital extranjero se confunden y equiparan a las obras de progreso y regeneración moral. Nadie ni ignora ni discute, fuera del ámbito de los suscriptores de diarios y revistas de la categoría del Suplemento de *Cuadernos*, la admirable obra que ha realizado el pueblo cubano, y el lenguaje que emplean sus colaboradores pertenece a los vergonzantes defensores de la esclavitud blanca, que paga con espléndidez los servicios de la prensa mercenaria como paga a sus instructores y reclutas criminales.

Hasta la conversión de cuarteles en escuelas, la alfabetización masiva y total llevada a cabo con verdadero espíritu apostólico y no demagógico, la implantación de un régimen económico racional y equitativo y el imperio de la decencia en las funciones públicas y en la vida privada, les sirve a sus colaboradores para escarnio y vilipendio. Pero no necesito descender al examen de la insensata e irresponsable adulteración de los hechos por sus colaboradores, cuando usted mismo, en el editorial que precede a esa profusión de tergiversaciones insidiosas, ofrece un compendio de los lugares comunes de la propaganda contrarrevolucionaria. De veras es una pequeña obra maestra de trivialidad y argucia, en la que no falta la demostración de eclecticismo con una mención erudita con que pone a Lenin, acaso sin quererlo, a la altura de Pero Grullo atribuyéndole que dijera « que los hechos son muy tozudos y que una política se juzga por sus resultados ». ¿Y juzga usted los hechos de la Revolución Cubana por los resultados o por el catecismo del Departamento de Estado Norteamericano?

El pretexto central de todo el alegato que usted hace en defensa indirecta del régimen de expoliaciones y apremios que mantuvo vigente ese Departamento mediante el gobierno delegado en Cuba durante sesenta años, es el comunismo con que director y colaboradores del Suplemento de « Cuadernos » califican lo que abierta y categóricamente se ha denominado república popular socialista. Ese pretexto, lo sabe usted tan bien como todo el mundo, es uno de los postulados del macarthysmo, descalificado ya y puesto en la picota para irrisión pública, mera fórmula para la exportación a los países que todavía yacen bajo el yugo del fanatismo político, el mismo postulado que calificó a los revolucionarios del siglo pasado con los epítetos de ateos, herejes y masones. En consecuencia, es impropio de una revista que se edita y difunde en una urbe de alta cultura recoger esa receta de curanderismo político.

Usted afirma, en un párrafo confuso y cargado de intención malevolente, que « La organización comunista, impopular por sus continuas coyundas (sic) con el oficialismo corrompido o abiertamente dictatorial, sistemáticamente excluída de los pactos suscritos por las fuerzas revolucionarias, ausente de la Junta de Liberación Cubana, ha monopolizado el concepto de revolución, ha secuestrado la voluntad popular y ha instaurado un poder único y totalitario ». Tal declaración sólo puede hacerse después de haber aniquilado todo vestigio de probidad mental. No existe tal organización, y si pretende usted sugerir la existencia de una camarilla sectaria que ha instaurado « un poder único y totalitario », se equivoca o falta a la verdad. Eso ocurre, precisamente, en los Estados Unidos donde un *gang* científicamente organizado gobierna con el respaldo de las fuerzas armadas y de las fuerzas de penetración financiera. Y también existe allí donde usted vive alejado, pero preocupándose por lo que muy lejos y por encima de usted acontece, en la república constitucional y democrática de De Gaulle, que masacra poblaciones enteras en Argelia y que sofoca en sangre, en las calles gloriosas de París, cualquier intento de la « voluntad popular » que usted invoca. Los que representan la « democracia cubana » a quienes usted apadrina, son los que armaron tropas de bombardeo y desembarco custodiadas por aviones y destroyers norteamericanos, y que costearon actos de sabotaje y terrorismo. Todo ello en tanto los alfabetizadores cumplían su humanitaria tarea, los campesinos labraban sus tierras, los estudiantes preparaban el advenimiento de una república de ciencias, artes y letras para todos, y los obreros levantaban un nuevo mundo de paz y trabajo. Si usted lo sabe, no puede fingir que lo ignora, y si publica lo que no sabe que es falso incurre en

blicaciones para imponerles una dirección única?

Obsérvese que en la carta no se rebate uno solo de los argumentos demostrativos de los trabajos del Suplemento, una sola de las cifras estadísticas publicadas ; de acuerdo con la norma comunista, los gritos y las injurias bastan. Y ante todo ¿por qué no se nos explican las razones que han tenido los autores, cubanos revolucionarios todos —y algunos con importantísimos cargos en el primer período fidelista—, para huir del país? Con ellos o tras ellos han huído de Cuba 150.000 cubanos. Los últimos, vistiendo ya humildes ropas de obreros y de campesinos. Y, a los 92 años de edad, incluso el único general superviviente de la guerra de Independencia. Y todos los refugiados políticos españoles —republicanos, socialistas, anarcosindicalistas— que no se han sometido al aparato comunista. ¿Y cuántos son los fusilados o simplemente asesinados entre los oposicionistas? ¿Y cuál la masa de los encarcelados? Lo primero que tendría que explicársenos es el porqué de ese terror erigido en sistema de gobierno. Durante su viaje triunfal por Estados Unidos, a mediados de 1959, Fidel Castro esbozó en Nueva York su programa, que sintetizó en este lema : « Libertad con pan, pan sin terror. » Ha suprimido todo asomo de libertad, el pan es cada día más escaso y, como consecuencia fatal, el terror es mayor cada día.

En la carta aparecen, obsesionantes, « el imperialismo americano » y « el Departamento de Estado ». Ya se sabe que en cuanto se hace la menor crítica sobre la política y los métodos del Kremlin o de sus criaturas, se es automáticamente agente o servidor de aquéllos. Pero no se presenta una sola línea de nuestra revista en que apoyar esa afirmación gratuita. Nuestra colección contiene las pruebas, por el contrario, del apoyo que dimos a la lucha contra el régimen de Batista, de nuestra adhesión al triunfo revolucionario y a las primeras realizaciones del nuevo régimen. Nuestro Suplemento se imprimió antes del por todos conceptos absurdo y desdichado desembarco del mes de abril. ¿Hemos justificado éste, como insinúa pérfidamente la carta? Todo lo contrario : el excelente estudio del historiador Teodoro Draper, aparecido en nuestras columnas, condena esa operación, que sólo ha servido para fortalecer la dictadura castrista. No es nuestra la culpa si ésta ha comprometido después su fácil triunfo tratando de convertirlo en un abyecto negocio : el canje de los desdichados combatientes cubanos por tractores.

¿A qué seguir? Nuestra línea de conducta se juzga y se defiende por sí misma. Contra toda dictadura, todo totalitarismo, todo imperialismo, hemos estado siempre y seguimos estando al lado de los pueblos y de sus derechos y libertades. Hemos abrigado un día la esperanza de que Fidel Castro, como digno continuador de José Martí, fuera el intérprete de esa gran causa en Cuba y en toda América. Pero ha traicionado nuestra esperanza y la esperanza cubana y americana para convertirse en el instrumento ciego del comunismo totalitario. Y esta triste verdad histórica no se destruye con simples cartas injuriosas.

« CUADERNOS »

*

Señor Director :

Acabamos de leer, con gran alegría, el magnífico artículo de Theodore Draper sobre Cuba, que con tan grande acierto han publicado ustedes en el N° 51 de *Cuadernos*. Viene en verdad a satisfacer una exigencia que temíamos mucho pudiera quedar en suspenso. En lo que se refiere particularmente a los pueblos de América e incluso a sus « élites », hoy tan lamentablemente confundidos en esta materia, este ensayo pone las cosas en su punto tanto teórica como políticamente.

Sentimos que se haya deslizado un error que nos parece grave. En la página 14, segunda columna, línea 13, donde dice : ... « y había incluso un judío que contribuyó »... según el original en la separata de este artículo editada por *The New Leader* del 5 de junio dice en efecto : ... « and a few had even contributed »..., la traducción que corresponde sería : ... « y unos pocos habían contribuído »..., lo cual como ustedes podrán apreciar da al texto un sentido del todo diferente. Muy probablemente el traductor ha confundido « few » por « jew ». Quizás fuera conveniente aclarar esta errata en el próximo número, para evitar la escrupulosidad y pulcritud habituales de los agudos censores del Este.

Lo saludamos cordialmente,

HÉCTOR RAURICH, ISAY KLASSE

Buenos Aires, agosto de 1961.

*

En efecto, el error es enorme y casi imperdonable, por lo que pedimos mil perdones al Sr. Draper y a nuestros lectores. Pero digamos asimismo que la culpa no es del traductor, puesto que el error existía ya en la copia del original que se nos facilitó.

*

El Sr. Arquer nos ha enviado una extensa carta, en la que critica determinados juicios vertidos por nuestro colaborador Sr. Salazar Chapela en una recensión publicada en el N° 52 de dos obras sobre la guerra civil española, y rectifica la afirmación de que el hijo de Largo Caballero había sido fusilado por los franquistas, cuando en realidad no fue así.

BIBLIOTECA « CUADERNOS »

Todo suscriptor a Cuadernos *que nos envíe el nombre y dirección* **de un nuevo suscriptor**, *incluyendo el importe de la suscripción, recibirá gratuitamente uno de los volúmenes siguientes :*

GERMAN ARCINIEGAS : En medio del camino de la vida.
GERMAN ARCINIEGAS : América, tierra firme.
ROBERTO F. GIUSTI : Poetas de América.
MIGUEL DE UNAMUNO : Mi vida y otros recuerdos personales (I).
MIGUEL DE UNAMUNO : Mi vida y otros recuerdos personales (II).
JOSÉ EUSTASIO RIVERA : La vorágine.
RICARDO ROJAS : Blasón de plata.
RICARDO GUIRALDES : Don Segundo Sombra.
JOSÉ FERRATER MORA : Unamuno (Bosquejo de una filosofía).
VICTORIA OCAMPO : El viajero y una de sus sombras.
JORGE MAÑACH : Examen del quijotismo.
JORGE MAÑACH : Visitas españolas (Lugares. Personas).
PIO BAROJA : Tríptico.
E. CASTRO DELGADO : Hombres made in Moscú.
LIBRO BLANCO : El Tibet y el nuevo imperialismo chino.
J. ORTEGA Y GASSET : La rebelión de las masas.
J. ORTEGA Y GASSET : España invertebrada.
CAMILO JOSE CELA : Mis páginas preferidas.
PEDRO LAIN ENTRALGO : Mis páginas preferidas.
JOSE MARIA CASTELLET : Veinte años de poesía española.
JUAN MARICHAL : La voluntad de estilo.
VICTOR ALBA : Historia de la segunda República española.
ALBERTO BAEZA FLORES : Las cadenas vienen de lejos.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Ruégole me suscriba a Cuadernos (1) { *por un año* (12 *núms.*) / *por 6 meses* (6 *núms.*) } *a partir del nº* .....

a cuyo efecto le envío la cantidad de (1) ..... *mediante cheque bancario, por giro internacional o giro postal a* Cuadernos, 18, *Avenue de l'Opéra, Paris* (1er), *C.C.P. Paris* 9992-63, *o en moneda nacional a su corresponsal.*

NOMBRE COMPLETO .....

DOMICILIO .....

LOCALIDAD .....

FECHA .....

Francia	*Otros países europeos*	*América del Norte*	*América Latina :*
1 año : 25 NF	1 año : 28 NF	1 año : 5 $ USA	Informarse cerca del corresponsal de cada país.
6 meses : 13 NF	6 meses : 15 NF	6 meses : 2,75 $ USA	

(1) Rayar las menciones inútiles.

CUADERNOS

Revista Mensual
18, Avenue de l'Opéra, Paris 1er (Francia).Tel. : OPE. 44-88.

SUSCRIPCIONES

Francia	*Otros países europeos*	*América del Norte*	*América Latina*
1 año : 25 NF	1 año : 28 NF	1 año : 5 $ USA	Informarse cerca del corresponsal de cada país.
6 meses : 13 NF	6 meses : 15 NF	6 meses : 2,75 $ USA	

CORRESPONSALES

ALEMANIA
BERLIN-Dahlem, Schorlemerallee 28, Kongress für Freiheit der Kultur.

ARGENTINA
BUENOS AIRES, Central Distribuidora de *Cuadernos*, Libertad 1258, T.E. 42-7195. Suscripciones : Libertad 1258 y Librería Madrid, Bmé Mitre 950, T.E. 35-6751.

AUSTRIA
WIEN VII, « Forum », Museumstrasse, 55 (C.P. 151.804).

BELGICA
BRUXELLES, Agence et Messageries de la Presse, 14-22, rue du Persil (C.C.P. 416-69).

BOLIVIA
COCHABAMBA, Los Amigos del Libro, Calle Perú, esq. España (distribuidora).
LA PAZ, Gisbert y Cía., Calle Comercio 125 - Librería Selecciones, Av. Camacho 369 - Universal Bookstore, Mercado 68. Suscripciones : Universal Bookstore, Mercado 68.

BRASIL
RIO DE JANEIRO, Hachette, 299 Avenida de Erasmo Braga, 3º andar.

CHILE
SANTIAGO, Sr. Stumpf, Librería Internacional, Casilla 9509 (distribuidora) - Editorial del Pacífico, Calle Ahumada 57. Suscripciones : Agustinas 1022, of. 324 A, Sala de la Libertad.

COLOMBIA
BOGOTA, Vicens, Mestre y Cía., Ltda., Av. Jiménez de Quesada 8-60, of. 503 (distribuidora) - Librería Central, Carrera 6a. BARRANQUILLA, Librería Nacional Ltda., Carrera 43, nº 36-30. CUCUTA, Librería Zig-Zag, Calle 11, nº 4-20. POPAYAN. Instituto del Libro, Calle 5 A, nº 5-08.

COSTA RICA
SAN JOSE, Librería Montserrat, Apartado 2465.

DINAMARCA
COPENHAGUE S, M. Schleimann, 17 Islands Brygge.

ECUADOR
QUITO. Su Librería, Plaza Independencia (distribuidora) - Agencia General de Publicaciones, Mejia 446.

ESTADOS UNIDOS
NUEVA YORK 11, Las Américas Publishing Company, 249 West 13th Street - Roig Spanish Books, 576 6th Avenue.

FILIPINAS
QUEZON CITY, M. Francisco Sionil José, 108 C Santol Sta. Mesa.

GUATEMALA
GUATEMALA, Librería Feria del Libro, 6 a, av. 15-65.

HAITI
PORT-AU-PRINCE, Librairie Auguste, P.O. B. 594.

HOLANDA
LA HAYA, Martinus Nijhoff, Lange Voorhout 9.

INGLATERRA
LONDRES S.W.1, « Encounter », Panton House 25 Haymarket.

ISRAEL
TEL AVIV, Bronfman's Agency, P.O.P. 1109, 2, Zlenov Street.

ITALIA
ROMA, Associazione italiana per la Libertá della Cultura, Via Giuseppe Pisanelli 2 (C.C.P. 1-8363).

MARRUECOS
CASABLANCA, Sochepresse, 1, Place de Bandoeng.

MEXICO
MEXICO 17 D.F., DIMSA, Calle Mariano Escobedo, 218.

PANAMA
PANAMA, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza Arango (distribuidora) - Libreria Ibero-Americana, Av. B 32.

PARAGUAY
ASUNCION, Mares e hijos, S. en C., Calle Estrella 430-438.

PERU
LIMA, The University Society Peruana S.A., Unión 860 (distribuidora) - Distribuidora de Revistas Inca, Puna 264. Suscripciones : Av. Piérola 530, of. 206, Asociación Peruana por la Libertad de la Cultura.

PORTUGAL
LISBOA, Agencia Internacional de Livraria e Publicaçoes, apartado 2373.

PUERTO RICO
RIO PIEDRAS, Librería Universidad de Puerto Rico, Apartado 2102.

REPUBLICA DOMINICANA
CIUDAD TRUJILLO, Librería Amengual, El Conde, nº 49.

SUIZA
GINEBRA, Naville et Cie, 5-7 rue Lévrier (C.C.P. 1-116).

TURQUIA
ESTAMBUL, A. Mazarakis and Cº Istiklal Caddesi Kumbaraci, Yokusu Estambul 132/1.

URUGUAY
MONTEVIDEO, Distribuidora Uruguaya de Diarios y Revistas, Calle Ciudadela 1424 (distribuidora).

VENEZUELA
CARACAS, Distribuciones EDIME, Avenida Urdaneta, de Ibarras a Pelota, Edif. Caoma, sótano (distribuidora).

B.D.I.C

EDITORIAL SUDAMERICANA

ULTIMAS NOVEDADES

O'NEILL Y EL TEATRO CONTEMPORANEO, por León Mirlas

Nueva versión de un estudio sobre O'Neill que es de enorme valor para la comprensión cabal de un teatro de características únicas. El autor, gran amigo y traductor fiel del genial dramaturgo norteamericano, sitúa la obra de O'Neill dentro del cuadro general del teatro contemporáneo. El libro incluye una interesantísima correspondencia inédita.

Colección Ensayos breves, 268 págs. $ 120.

¿A DONDE VA EL TRABAJO HUMANO?, por Georges Friedmann

Magistral exposición de uno de los problemas más fundamentales de nuestra época. Con enorme documentación, el autor de **Problemas humanos del maquinismo industrial** y de **El trabajo desmenuzado** nos revela hasta qué punto el « medio natural » se está transformando en « medio técnico », con serias consecuencias desfavorables para el pleno desarrollo del individuo.

Colección Ensayos, 448 págs. $ 280.

MOUNTOLIVE, por Lawrence Durrell

Sigue a **Justine** y **Balthazar.** Precede a **Clea.** Es el tercer cuadro del tan famoso « Cuarteto de Alejandría ». En un ambiente de tensión extrema, el amor y la angustia señalan su destino a los seres. El valle del Nilo en un tumulto de insatisfechas ansias.

Colección Horizonte, 360 págs. $ 150.

AMERICA MAGICA, II (Las Mujeres y las Horas), por Germán Arciniegas

Las vidas de doce mujeres de América, de las muy pocas « cuyos nombres no han sido escritos en el agua ». Vidas muy diversas, de rumbos muy distintos, pero con algo de común, como producto de un ambiente. Arciniegas nos muestra en estas logradísimas páginas que nuestro continente impone una tónica, encierra una magia.

256 págs. $ 160.

COLECCION PIRAGUA

MI PATRIA Y MI PUEBLO, por Lin Yutang

Vol. especial, $ 64.

MONO Y ESENCIA, por Aldous Huxley

Vol. simple, $ 44.

En venta en las buenas librerías

EDITORIAL SUDAMERICANA

Alsina 500 — Buenos Aires

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

CONSEJO DE HONOR :

Germán ARCINIEGAS, Eduardo BARRIOS, Américo CASTRO, Emilio FRUGONI, Rómulo GALLEGOS, Salvador DE MADARIAGA, Francisco MONTERDE, Francisco ROMERO, Luis Alberto SANCHEZ, Eduardo SANTOS y Erico VERISSIMO

Director : Julián GORKIN

Redactor Jefe : Ignacio IGLESIAS

Redacción y Administración : 18, Avenue de l'Opéra, PARIS (I^er^)

Fundada bajo los auspicios del Congreso por la Libertad de la Cultura, la revista mensual *Cuadernos* se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Nuestra revista cuenta con la colaboración de escritores de todas las tendencias democráticas. Nuestros colaboradores hablan siempre en su nombre y bajo su exclusiva responsabilidad : la revista sólo se hace responsable de los editoriales, documentos y notas sin firma.

Los "Carnets" de Albert Camus

PRESENTAR AL LECTOR *estos extractos de los « Carnets » inéditos de Albert Camus puede parecer a la vez inútil y presuntuoso. Se trata de textos que no requieren ninguna aclaración y, no obstante, conviene que vayan precedidos de algunas observaciones.*

A partir de 1935, *es decir en la época en que escribía sus primeras obras* (Bodas, El envés y el derecho), *Camus comenzó a redactar estos « Carnets », trabajo que ya no interrumpió en todo el resto de su vida. Al leerlos se comprende cuán útiles habían de serle. No se trata de un diario íntimo. Las referencias que se encuentran en ellos, relativas a acontecimientos de carácter personal, sólo se consignan en una forma ya elaborada y literaria. Estos « carnets » contienen los elementos que le servirán para la construcción de una obra, más que vislumbrada, prevista y esbozada. De ahí que no haya en ellos testimonios ni confesiones, sino en cierto modo trabajos preparatorios, algunos de los cuales utilizó inmediatamente ; otros fueron aprovechados más adelante, otros lo hubieran sido en los libros que Camus no ha tenido tiempo de escribir, pero en los que ya pensaba y, finalmente, otros que, a medida que creaba sus obras, fue abandonando. Lo más sorprendente de estos escritos de un hombre de veintidós años es que todos los temas de que su obra debía nutrirse se hallan inmediatamente presentes, desde el absurdo a la rebelión, desde* El extranjero *a* La peste, *y hasta esa « mesura » que hubiera constituído el centro del ensayo que Camus se prometía escribir a continuación de la novela que su muerte interrumpió.*

No debe asombrarnos, por lo tanto, no encontrar en los « Carnets » más que muy raras veces reflexiones políticas. En esa época, Albert Camus llevaba una existencia de militante muy activa, primero en el Partido Comunista y, cuando se hubo separado de él, como periodista en Alger républicain. *Los « Carnets » estaban destinados precisamente a recoger lo que hasta cierto punto era ajeno a esa actividad de militante. Digamos, valiéndonos de una expresión sencilla, que eran la expresión y el reflejo de una vida interior. De ahí que el acontecimiento político apareciese en ellos del mismo modo que la aventura personal : ya cuajado en la forma cuidada que transforma los elementos de una vida para convertirlos en los elementos de una obra.*

En la selección que se ha hecho —puesto que sólo publicamos aquí una parte muy breve de los tres primeros « Carnets », que van de 1935 *a* 1942— *hemos querido dar una idea de lo que son estos « Carnets » en su variedad : breves anotaciones, anécdotas, al lado de extensas reflexiones o de recuerdos ya escritos. Sin embargo, hemos dejado deliberadamente a un lado dos especies de fragmentos : primero, las referencias y las citas ; segundo, los pasajes que se encuentran después exactamente transportados a alguna obra publicada.*

Teniendo en cuenta que el texto íntegro de los « Carnets » de 1935 *a* 1942 *aparecerá en las librerías francesas en una fecha próxima, esta publicación fragmentaria no puede desfigurar ni traicionar una obra que los lectores podrán conocer pronto enteramente.*

Y por último, deseamos expresar nuestra gratitud a Francine Camus que nos ha confiado estos textos y nos ha autorizado a elegir con toda libertad lo que quisiéramos publicar.

J. B.-M.

amarillo brillante de las mimosas del búcaro. Y este fulgor que nace basta por sí solo para hacerme sentir inundado de una alegría confusa que me aturde.

Yo, el prisionero de la caverna, me veo solo ante la sombra del mundo. Tarde de enero. Pero el frío permanece en el fondo del aire. En todas partes hay una película de sol que crujiría con la presión de la uña, pero que reviste todas las cosas con una eterna sonrisa. ¿Quién soy yo y qué puedo hacer, si no es tomar parte en el juego de los follajes y de la luz? Ser ese rayo de sol en que mi cigarrillo se consume, esa dulzura y esa pasión discreta que respiran en el aire. Si intento llegar hasta mí, he de ir hasta el fondo de esa luz. Y si pretendo comprender y paladear ese delicado sabor que descubre el secreto del mundo, me encuentro a mí mismo en el fondo del universo. A mí mismo, es decir, esa emoción extremada que me libera del ambiente que me rodea. En seguida vendrán a acapararme otras cosas y los hombres. Pero dejadme recortar este minuto de la tela del tiempo, como otros guardan una flor entre las páginas de un libro, para encerrar en ellas el recuerdo de un paseo, durante el cual el amor les ha rozado. Y yo también me paseo, pero el que me acaricia es un dios. La vida es corta, y perder el tiempo es un pecado. Yo lo pierdo durante todo el día y los demás dicen que soy muy activo. Hoy hago un alto, y mi corazón va al encuentro de sí mismo.

Si hay todavía una inquietud que me agobia es la de sentir cómo este instante impalpable se desliza entre mis dedos como perlas de mercurio. Dejad, pues, a los que quieren separarse del mundo. Ya no me quejo, porque me veo nacer. Soy feliz en este mundo, pues mi reino es de este mundo. Nube que pasa e instante que se esfuma. Muerte de mí mismo, para mí mismo. El libro se abre por una página amada. ¡Qué insípida es hoy en presencia del libro del mundo! ¿Si es cierto que he sufrido, no es verdad que sufro? Y que este sufrimiento me embriaga, porque él es este sol y estas sombras, este calor y este frío que se siente muy lejos, allá en el fondo del aire. ¿He de preguntarme si algo muere y si los hombres sufren, puesto que todo está escrito en esa ventana donde el cielo derrama su plenitud? Puedo decir, y lo diré en seguida, que lo importante es ser humano, sencillo. No, lo importante es ser veraz, y entonces todo se resume en esto, la humanidad y la sencillez. Y ¿puedo ser más veraz y más transparente que cuando soy el mundo?

Instante de adorable silencio. Los hombres se han callado. Pero resuena el canto del mundo, y yo, encadenado en el fondo de la caverna, me siento colmado, aun antes de haber deseado cosa alguna. La eternidad está aquí, y yo la esperaba. Ahora ya puedo hablar. ¿Qué cosa mejor podría desear que esa presencia constante de mí mismo para mí mismo? Lo que deseo ahora, no es ser feliz, sino tan sólo ser consciente. Nos creemos separados del mundo, pero basta que un olivo se yerga en el polvo dorado, bastan algunas playas deslumbradoras bajo el sol matutino para sentir cómo se derrite esa resistencia en el fondo del ser. Esto es lo que me sucede. Me percato de las posibilidades de que soy responsable. Cada minuto de vida encierra en sí un valor de milagro y un rostro de juventud eterna.

Febrero.

Pido a los seres más de lo que pueden aportarme. Sería vano pretender lo contrario. Pero, ¡qué error y qué deesperanza! Y yo mismo, tal vez...

*

Buscar contactos. Todos los contactos. Si quiero escribir acerca de los hombres, ¿cómo puedo prescindir del paisaje? Y si el cielo o la luz me atraen, ¿habré de olvidar los ojos o la voz de los que amo? Cada vez se me dan elementos de una amistad, los trozos de una emoción ; pero jamás la emoción, nunca la amistad.

Vamos a ver a un amigo más viejo para contarle todo. Por lo menos ese algo que nos ahoga. Pero él tiene prisa. Hablamos de todo y de nada. Pasa la hora. Y heme aquí más solo y más vacío. Esta sabiduría frágil que trato de crear, ¿qué palabra distraída de un amigo que me esquiva vendrá a destruirla? *Non ridere, non lugere...* y las dudas acerca de mí y de los demás.

*

La muerte, que da al juego y al heroísmo su verdadero sentido.

Mayo.

Todos los contactos = ¿culto del yo? No.

El culto del yo presupone « amateurismo » u optimismo. Dos fruslerías. No elegir su vida, sino dilatarla.

Atención : Kierkegaard, el origen de nuestros males, es la comparación.

Comprometerse a fondo. Luego, aceptar con igual fuerza el sí y el no.

1937

Enero.

Calígula o el sentido de la muerte. Cuatro actos.

I. a) Accesión. Alegría. Discurso virtuoso (V. Suetonio).

b) Espejo.

II. a) Sus hermanas y Drusila.

b) Desprecio de los grandes.

c) Muerte de Drusila. Huída de Calígula.

III. Fin : aparece Calígula apartando el telón.

« No, Calígula no ha muerto. Está aquí, y allí. Está en cada uno de vosotros. Si se os diera el poder, si tuvierais corazón, si amaseis la vida, veríais cómo se desmanda ese monstruo o ese ángel que lleváis en vosotros. Nuestra época se muere por haber creído en los valores y suponer que las cosas podían ser bellas y cesar de ser absurdas. Adiós, vuelvo a entrar en la historia, donde me tienen encerrado desde hace tanto tiempo los que temían amarme demasiado. »

Mayo.

Proyecto de prefacio para *El envés y el derecho.*

Hay muchas gentes para quienes estos ensayos, tal como se presentan, resultan vagos e imprecisos. Y esto no es debido a un desprecio cómodo de la forma, sino tan sólo a una madurez insuficiente. A los que tomen estas páginas por lo que son verdaderamente : ensayos, lo único que puede decírseles es que sigan su progresión. De la primera a la última, irán sintiendo tal vez ese paso sordo que forma su unidad, casi diría que las legitima, si la justificación no me pareciese vana y si no supiera que siempre damos preferencia a la idea que nos formamos de un hombre, sobre el hombre mismo.

Escribir es desinteresarse ; es una especie de renuncia en arte. Volver a escribir. El esfuerzo que aporta siempre una ganancia, cualquiera que sea ésta. Es una cuestión de pereza para los que no triunfan.

Junio.

Un condenado a muerte a quien va a visitar todos los días un sacerdote. Ante la idea del cuello cortado, las rodillas se doblan, los labios quisieran formar un nombre, en un impulso demente hacia la tierra, para cobijarse en un « ¡Dios mío, Dios mío! »

Y cada vez, la resistencia en el hombre que no quiere esta facilidad y prefiere mascar todo su miedo. Muere sin una frase, con los ojos llenos de lágrimas.

Agosto.

Hace años que, cuando escucho un discurso político o leo los que se nos dirigen, temo no oír nada que tenga contenido humano. Siempre son las mismas palabras para decir las mismas mentiras. Y en el hecho de que los hombres se den por satisfechos con ellas, de que la cólera popular no haya destruído aún a esos fantoches, veo la prueba de que los hombres no conceden ninguna importancia a su gobierno y juegan, sí, juegan realmente, con toda una porción de su vida y de sus intereses llamados vitales.

Octubre.

Hasta estos últimos días había vivido yo con la idea de que era preciso hacer algo en la vida y que, más que ser pobre, era necesario ganarse la subsistencia, tener una situación, establecerse. Y al parecer, esta idea, que no me atrevo a llamar aún prejuicio, estaba bien arraigada en mí, puesto que prevalecía, a pesar de mis ironías y de mis palabras definitivas a este respecto. Y allí, una vez nombrado en Bel Abbés, ante lo que había de definitivo en una instalación semejante, todo ha refluído de pronto. He renunciado sin duda por no conceder ninguna importancia a mi seguridad, en comparación con mis posibilidades de auténtica vida. He retrocedido ante lo que esa existencia tenía de sombrío y entorpe-

dad del trabajo es la del trabajo libremente aceptado. Sólo la ociosidad es un valor moral, porque puede servir para juzgar a los hombres. Únicamente es fatal para los mediocres. Es su lección y su grandeza. El trabajo, al contrario, abruma por igual a los hombres. No es el fundamento de un juicio. Pone en acción una metafísica de la humillación. Los mejores sólo le sobreviven bajo la forma de esclavitud que la sociedad de las gentes mojigatas le da actualmente...

Propongo que se invierta la forma clásica y que se haga del trabajo un fruto de la ociosidad. Hay una dignidad del trabajo en los juegos de habilidad practicados el domingo. Aquí el trabajo se confunde con el juego, y el juego sometido a la técnica adquiere categoría de obra de arte y afecta a la creación entera...

Conozco gentes que se extasían y se indignan. ¡Eh, mis obreros ganan cuarenta francos diarios...!

Fin de mes, cuando la madre dice con una sonrisa alentadora : « Esta noche tomaremos café con leche. De vez en cuando, hay que variar... ».

Junio.

Para escribir hay que quedarse siempre un poco al lado de acá (más bien que al otro lado). En todo caso, nada de palabrerías.

La experiencia « real » de la soledad es una de las menos literarias que existen : está a mil leguas de la idea literaria que uno se forma de la soledad.

Véase lo que tienen de degradante todos los sufrimientos. No hay que abandonarse al vacío. Tratar de vencer y de « llenar » el tiempo, no de perderlo.

*

La única libertad posible es una libertad relacionada con la muerte. El hombre verdaderamente libre es el que, al aceptar la muerte como tal, acepta al mismo tiempo sus consecuencias, es decir, la inversión de todos los valores tradicionales de la vida. El « todo está permitido » de Iván Karamazov es la única expresión de una libertad coherente. Pero es menester llegar al fondo de la fórmula.

*

No hay más que un caso en que la desesperación sea pura. Es el del condenado a muerte (permítasenos una pequeña evocación). Podría preguntarse a un desesperado por amor si quiere que le guillotinen al día siguiente, y rehusaría. ¿Debido al horror del suplicio? Sí. Pero el horror nace en este caso de la certidumbre, más que del elemento matemático que constituye esta certidumbre. El Absurdo está aquí perfectamente claro. Es lo contrario de lo irracional. Lleva todos los signos de la evidencia. Lo que es irracional, lo que lo sería, es la esperanza pasajera y moribunda de que esto cesará y de que esta muerte podrá evitarse. Pero no el absurdo. Lo evidente es que van a cortarle el cuello mientras conserva la lucidez — incluso mientras toda su lucidez se concentra en el hecho de que van a cortarle el cuello.

Kirilov tiene razón. El suicidio es una prueba de esta libertad. Y el problema de la propia libertad tiene una solución sencilla. Los hombres se forjan la ilusión de ser libres. Los condenados a muerte no tienen esta ilusión. Todo el problema estriba en la realidad de esta ilusión.

1939

La guerra ha estallado. ¿Dónde está la guerra? Fuera de las noticias que es necesario creer y de los anuncios que es preciso leer, ¿dónde encontrar los signos del absurdo acontecimiento? No están en ese cielo azul, encima del mar azul ; en esos chirridos de las chicharras ni en los cipreses de las colinas. No es ese súbito estremecimiento de luz en las calles de Argel.

Queremos creer en ella. Buscamos su cara y se nos rehusa. Sólo el mundo es rey, con sus rostros magníficos.

Haber vivido detestando esta idea, tenerla entre nosotros, y no saber reconocerla. ¡Son tan pocas las cosas que han cambiado! Más adelante, sin duda, vendrán el barro, la sangre y la repugnancia inmensa. Pero hoy sentimos aún que el comienzo de las guerras es parecido a los comienzos de la paz : el mundo y el corazón las ignoran.

*

Todos han traicionado, los que empuja-

MARIANO PICÓN-SALAS

Tiempo de mentira

Mentira e historia contemporánea

SI HUBO Y HAY en la historia épocas azotadas por la intolerancia y la tiranía y por esa discutible verdad que los fanáticos desde Torquemada a Robespierre pretenden imponer a fuego y sangre y que con frecuencia extermina también a sus autores, sobre ninguna como la nuestra gravitó la mentira como monstruoso negocio público. Nunca se mintió a más desorbitada escala, en dimensión planetaria, como en los años que comenzaron en la primera guerra mundial y se prolongan a través del siglo. Lanzada desde los centros tácticos y estratégicos de las propagandas, la mentira fue a sorprender y confundir a las que todavía en 1900 se podrían llamar « poblaciones inocentes ». No eran sólo las que un viejo escritor olvidado, del siglo XIX, llamaba las « mentiras convencionales » de la civilización, sino otro linaje de mentiras tan deletéreas que en el nacismo podrían convertir a los hijos en espías de los padres, y en la política totalitaria trocaban la ética usual de las relaciones humanas por la táctica del partidario. Presentido ya ese dominio aniquilador de la mentira por grandes escritores videntes del siglo XIX como Dostoyevski, vino a tornarse envenenado suceso común en nuestros días. Y las confesiones de las víctimas que las sufrieron llenan millares y millares de páginas de la literatura actual. Desde *Los endemoniados* de Dostoyevski, allá por 1875, hasta *El proceso* de Kafka, que se llamaría una anticipación poética de los procesos de Moscú, comienza a escribirse una historia del alma contemporánea estremecida de helado espanto, y revolviéndose —sin saber ya como obrar— en el tejido de araña de la más contraria confusión. El reemplazo de la fe por la ciencia que anunciaba con pomposo alarde el agnosticismo del siglo XIX se trocó en discordia y sugestión endemoniada de las ideologías. Ya no se predicaba a los hombres, como en el Evangelio cristiano, que abandonaran su casa y los suyos para servir a Dios y socorrer al prójimo, sino que se entregaran como títeres al « Comité central ». Y como a pesar de su helada inhumanidad el « Comité central » también está formado de hombres deshumanizados, lo que ayer se llamó mentira puede ser la verdad táctica de mañana. O como dice Ortega y Gasset, la razón que cada uno tiene no es la suya, sino la que el otro ha perdido. Las gentes se pusieron a repetir y cumplir palabras, a trocarlas en actos mecánicos, sin fuerza y coraje para analizarlas. Los monstruosos césares de la época —llamáranse Hitler o Stalin— se habían metamorfoseado en « Pantacrátores », en inflexibles, inexorables dioses juzgadores, tan ausentes del hombre, de la estremecida realidad humana, como podía estarlo el dios envuelto en pedrería de los mosaicos bizantinos. En Alemania y en Rusia, bajo todos los regímenes exterminadores se cerraban iglesias para imponer otra iglesia universal del odio y del engaño ecuménico.

Y si hubiéramos podido resucitar a aquellos filósofos de la Ilustración que en la propia Alemania de Hitler soñaron que la expansión de las luces tornaría a los hombres más ecuánimes, serenos y veraces, se habrían sobrecogido de espanto al descubrir que en la época de la Historia en que hubo más libros y el pensamiento se transmitió con más rapidez, los hombres fueron acosados y cegados por mayor ofensiva de mentiras. Una discordia semántica siempre en aumento, un explosivo empleo de los mitos, teorías y palabras, eran el arma más grave de la guerra ideológica y podían destruir la civilización como el plutonio liberado. « El hermano ya no reconocerá a su hermano », comenzaba a decirse como en la profecía apocalíptica. Y como nuevos San Agustín, algunos pocos hombres recogieron en el pávido insomnio entre las dos guerras mundiales —un Thomas Mann, un Valéry, un Croce, un Bertrand Russell— la poca esperanza, la fina y clara enseñanza que ya no podía advertir, enmendar o esclarecer a los fanáticos. ¿Quién pone el cascabel a los gatos rabiosos?

No era el caso, en la abrumadora guerra ideológica, distinguir como en toda otra sociedad anterior entre una ortodoxia y una heterodoxia ; que mi creencia sea la herejía de los otros o a la inversa, sino se multiplicaba por intereses de grupo, partido, convenciones o acomodos tácticos, la interpretación de las cosas. Aun contra la propia ideología que se le había enseñado, el partidario debería estar dispuesto a recibir sin examen previo su sorpresiva nutrición de sofismas. Nunca fue más difícil la objetividad histórica cuando en torno de cada cuestión se levantaba una cambiante atmósfera mítica que la ocultaba o deformaba fantasmalmente. Para hechos y personalidades que vio nuestra generación surgían las más excluyentes interpretaciones de adoración y exterminio. Qué razón o sinrazón tenían los horribles procesos de Moscú, la cacería pávida de los « traidores » entre la maraña de teorías abstractas envueltas en la pesada prosa staliniana ; cómo pueden juzgarse en libre y sereno plano de Historia universal personalidades como las de Trotski o Stalin ; qué motivos condicionaron el vergonzoso pacto de Munich de que salió, toda ciega y armada, la segunda guerra mundial, son nombres y acontecimientos contemporáneos cuya explicación traería más exégesis, dudas y querellas que el distante relato extraído de un manchado palimpsesto. Hay en Europa espléndidos tratadistas de Historia antigua y medieval ; grandes expertos en Egiptología y Filología clásica, en las cruzadas y el arte gótico, en la vida de un pintor del siglo XIV y en los negocios de un mercader hanseático, pero ¿cuántos obtendrían el mismo respeto al narrar tan sólo las cosas que todos hemos visto y cuya documentación no se encuentra en derruídas piedras y difíciles manuscritos, sino en la conciencia próxima de las gentes que las sufrieron? En los tiempos de la orgullosa Ciencia y la no menos satisfecha tecnología un proceso como el de los crímenes de Eichmann sobrepasa la crueldad de los reyes asirios y de las hordas tártaras.

Y el problema no se solventa transfiriendo de una esfera ética a otra puramente historicista la división humana, y hablando de una verdad de la derecha y una verdad de la izquierda como era todavía posible en el siglo XIX, cuando el argumento de libertad se complementaba con otro de autoridad necesaria, o a la inversa ; cuando reinó la explicable polémica de tradicionalistas y progresistas. Ese contraste tan vivo entre una « derecha » que propicie toda autoridad y una « izquierda » que reclama toda libertad, ya no es precisamente el de la época cuando el fenómeno político es penetrado de nuevas necesidades técnicas y sociales, y entre el burgués y el proletario no median aquellos radicales contrastes que destacaba Marx. Un nuevo Julián Sorel de ahora —si fuera tan inteligente y audaz como el personaje stendhaliano— ya no vería la sociedad implacablemente dividida entre el « rojo » y el « negro », entre la Revolución y los Borbones, y acaso se complacería en el extraño fenómeno de óptica política que hace ahora que el « rojo » se tiña de bastante negro, y el « negro » para subsistir, se incorpore algunos puntitos rojos. Contra los esquemas de 1830, Julián Sorel llegaría a pensar que los métodos y la filosofía política de un Stalin se acercaban más al « negro » de un Carlos X que al « rojo » republicano como lo hubiera soñado un re-

volucionario romántico. ¿Fueron en los días que hemos vivido, la « derecha » el fascismo, y la izquierda el « comunismo », como lo hubiera querido la más elemental simplificación? Si era el mito de la revolución lo que torna sacrosanto un régimen político, también el monstruoso Hitler aspiraba a su manera a una purificación radical del mundo. Y la actitud simplificadora y exterminadora de los zares rojos y negros de nuestros días, de la ideología transformada en guillotina, es comparable a la de aquel personaje de una conocida balada francesa que en momento de zozobra y peligro resolvió devorar a sus hijos con el honrado y doméstico designio de « conservarles un padre ». ¿Millones de gentes obcecadas y fanatizadas por los odios y mitos de la época, no pedirían a su respectivo « zar » negro o rojo que también se los trague, para satisfacción familiar del « padrecito »? Con el respectivo cilicio de mitos y mentiras, en extraño masoquismo mental, hubo muchas gentes que se entregaron como mártires a que los sacrificara la ideología en que dejaron de creer. En los procesos de Moscú seguramente no hubo sólo víctimas inocentes, sino los sinceros confesos de culpas imaginarias. En la confusión psicológica de la época puede pasarse de la mentira oficiosa al « lavado de cerebro ». Y los totalitarismos contemporáneos exprimen al hombre, le deshidratan el alma, para ofrecer ese extraño « ersatz » humano o ya infrahumano, que se llama el « partidario ». Conocimos muchas gentes que tenían talento y lo perdieron cuando algún fiscalizador mediocre les obligó a pensar y a escribir de acuerdo con la consigna cotidiana. Han sido necesarios más de cuarenta años de tiranía en Rusia para que en algunos « films » y novelas recientes vuelva a descubrirse el amor y los más espontáneos sentimientos humanos, con una pudibondería como la de las más convencionales señoritas inglesas en la época de la reina Victoria.

Y en los terribles tiempos « concentracionarios » que ojalá ya queden detrás de la civilización que hemos vivido, la mentira oficiosa se aceptó y afectó a los más avisados. Un mediano estudiante de bachillerato se hubiera rebelado ante los disparates de una obra como *Mein Kampf*, esa especie de bárbaro Corán del nacismo, pero decenas de millones de alemanes lo adquirían como obligatorio regalo de bodas. Debía reemplazar en el lecho de los esposos al *Cancionero* de Heine. Cómo esas mentiras tácticas están haciendo retroceder la conciencia y nos han llevado a un laberinto moral, casi sin salida, es uno de los problemas de nuestro tiempo. Se trocaría la llamada Cultura occidental en lujo solitario de gentes que piensan, escriben, hacen música o pintura, si antes de seguir adelante no lavamos el rostro de la Historia que estamos viviendo para quitarle sus grandes manchones de engaño. Vamos a descubrir por qué y para qué se miente y denunciar el universal mentidero.

En las murallas de París

Analicemos esas formas de la mentira desde una ciudad como París que tiene fama de ser la más culta del mundo, la más inconformista, y por ello se supone que la más resistente a la confusa agresión de las palabras mal empleadas. París ha sido casi milenaria capital de la lógica y de la buena sintaxis. Pero sería una falsa ilusión de cultura suponer que en la civilizadísima Europa todos los franceses razonaran como Descartes y los británicos procediesen con la cautela y el análisis de un Locke. Hay en nuestra época más causas de engaño colectivo que en el empelucado y ceremonioso tiempo en que el filósofo inglés escribía su *Ensayo sobre el entendimiento humano*. En torno de las ideologías que forjan los políticos y que a veces son el apresurado subproducto de la filosofía, estalla con frecuencia la discordia semántica, y un nuevo diccionario de conceptos universales sería necesario, por ejemplo, al despreocupado pasajero que de una a otra estación subterránea pasa del Berlín occidental al Berlín soviético. En una zona se puede decir que las tropas rusas entraron en la ciudad al descalabrarse apocalípticamente el Tercer Reich, mientras que las banderas rojas del Berlín oriental celebran la fiesta de la « liberación ». Si hubiesen sido los norteamericanos quienes se estableciesen se hablaría, naturalmente, de « imperialismo ». Y de machacarse tanto

cotidiana de mentiras que se cosecha en las murallas. Tiene Francia, además, otras fuentes de información que la de esos periodistas emboscados que omiten firmar su nombre. País sensible como pocos al análisis moral, no carece venturosamente de los escritores que en el tramado cotidiano de las propagandas y los engaños, descubren el hilo de la justicia y pueden todavía hablarnos en nombre de una ética universal que trascienda de los partidos e ideologías. ¿Pero qué pasará en aquellos pueblos donde la consigna esclerosada no encontró resistencia y la opinión pública, sin derecho a disentimiento y heterodoxia, se impuso desde el poder? Que la anunciada revolución con que soñaban los socialistas humanitarios del siglo XIX no logró la libertad intelectual, sino quiso implantar, por el contrario, un mundo más limitado y más tonto es la horrible paradoja de nuestra época. Y la esterilidad y tedio de una literatura y un arte como el soviético es el de la mentira y la convención regimentada ; del comisario fiscalizando al creador y del tópico oficial —para que todos lo entiendan y todos se aburran— deificado como « realismo socialista ». ¿Qué hubieran pensado los grandes escritores rusos —los que lucharon con todos los demonios del alma humana como Dostoyevski ; los que expresaron con tan profunda interioridad como Chejov la melancólica contradicción de toda existencia— de los libros que se pusieron a producir como el pan de centeno y los lingotes de acero, las fábricas del Estado soviético? ¿Podemos saber si es un mundo de tedio, de Estado y tecnología impresionante, pero de hombres para quienes la vida será, como la del hormiguero : una suma de reflejos condicionados o un dócil y ciego cumplimiento de consignas, la esperanza del hombre bajo la utopía totalitaria? ¿Qué pensaría Gorki, desde su silla de paralítico, cuando después de sus polémicas con Lenin veía también paralizarse en reglamentos, sospecha y fiscalización burocrática, la literatura rusa? Porque toda creación humana —ya lo había enseñado Hegel, maestro de Marx— surge de la lucha y la antítesis, y la verdad radical del hombre se resiste a ser reprimida y regimentada. Como toda arma de dominación, la mentira es también arma de muerte.

Mentira táctica

Antes de ser expulsado de su Partido, el escritor italiano Elio Vittorini sostuvo con los comunistas italianos un memorable debate sobre la Cultura, que por tener tantos matices, mereció la ceñuda improbación de los jerarcas del stalinismo. ¡Qué peligrosos los escritores, las gentes de palabra rebelde cuando quieren penetrar de sus preguntas y sus dudas, la acerada estrategia del partido! Era el momento, como dice el sociólogo francés Edgar Morin en su libro *Autocrítica*, en que se esperaban los ukases del zar rojo, quien desde 1927 estaba interpretando el marxismo según su despótica gana y opinaba con igual impavidez sobre política como sobre genética, sobre cómo debían proceder los jueces e inspirarse los poetas ; un momento en que se aguardaban las « congelaciones » y los brevísimos « deshielos » del régimen soviético como un navegante en el Océano Ártico observa la marcha de los « iceberg » y decide si hay que avanzar o recoger velas. El señor Stalin decidía de la conciencia de millones de hombres, fiscalizaba sus sueños y pensamientos, ordenaba los dogmas que debían proclamarse, en que las palabras de hoy rectificaban a las de ayer, y nunca desde el Imperio bizantino las gentes entregaron su alma y renunciaron a pensar, según fuera el humor y capricho del déspota. En la Europa occidental algunos militantes inteligentes, de buena fe y de sensibilidad muy avisada como Vittorini, realizaban en su espíritu el cotidiano harakiri a fin de poner de acuerdo su conciencia con el camarada Stalin. Pero su radical exigencia de verdad debía rebelarse —como en aquella polémica— cuando unos pocos y mediocres funcionarios hacían de la Cultura y el legado espiritual del hombre, un mero instrumento de la política. Vittorini, testigo de la Italia lacerada por el fascismo, buscó en la trinchera opuesta la liquidación del engaño ; el sistema de una nueva conducta. Mas ¡cuántas mentiras se le estaban imponiendo!

Cuando plantea su polémica no ha dejado ni aspira a dejar de ser comunista, y avanza con dialéctica temerosa (no quiere asustar, no quiere desertar) sobre las brasas de las contradicciones. Pero ¿por qué

VICTORIA OCAMPO

Visión de Jorge Luis Borges

DICE UNO DE LOS PERSONAJES de *King Lear* : « Ripeness is all. » Si bien la madurez, en cierto sentido, no lo es todo, puesto que es absolutamente indispensable pasar por otras etapas para alcanzarla, cierto es que quien no la alcanza queda trunco, encantador tal vez, pero inacabado para siempre.

Hay autores —como hay personas— que no llegan a madurar. Que no llegan al punto de perfección que la madurez implica. Pueden ser admirables frutas verdes, milagrosos capullos, misteriosos « bourgeons » : de ahí no pasan. Incluso, diría yo, en cuanto a escritores se refiere : hay algunos cuyo dharma es no madurar. Entre la numerosísima familia de las rosáceas, hay rosas que son más bellas en pimpollo y que al dejar de serlo se marchitan casi inmediatamente, como si no hubieran sido creadas para abrirse ; hay otras que llegan a su completo esplendor cuando están en pleno « épanouissement », y que tardan en deshojarse.

Aquí, para comenzar estas notas que serán la palabra del mismo Borges escuchada y transmitida por este aparato registrador en que me he transformado con satisfacción y orgullo (orgullo de poder transmitir algo esencialmente nuestro y a la vez de tan insólita calidad), diré que desde la época en que le conocí, la de la revista *Proa*, hace la friolera de treinta y seis años, lo admiré. Pero con una reserva. Me preguntaba si Borges sería siempre un precioso capullo, o si se abriría sin deshojarse inmediatamente. Me lo preguntaba con inquietud, pues un talento singular, una personalidad excepcional como la suya representaban para nosotros algo más que un buen éxito literario : era tener en mano un as de triunfo, un futuro pasaporte que nos daría acceso a la alta sociedad literaria contemporánea, a nosotros, los argentinos que hablamos el idioma de los argentinos, con toda nuestra argentinidad y nuestra universalidad irrenunciable (que es uno de los rasgos de los mejores argentinos).

Alguna vez Francisco Romero habló, en *Sur*, de la « genialidad idiomática » de Borges. Y Amado Alonso dijo : « Nadie entre nosotros ha creado como él un estilo tan *estilo*. » Pedro Henríquez Ureña señaló que Borges no era original porque se proponía serlo y agregó : « Borges será original hasta cuando se proponga no serlo. » Casi diría yo que es lo que actualmente está pasando.

Todo esto lo advertí a poco de empezar a conocer y a leer a Borges. Pero como yo misma era fruta verde, andaba en busca de madurez. Y esto me volvía más exigente con Borges (que ya consideraba figura de primer orden literario). Este Borges no me daba —sentía yo— el « vital nutrimento » que yo buscaba en la literatura y que no era exclusivamente ni precisamente literario. Menor en cuanto a la edad, mayor en cuanto al talento, yo le reprochaba a Borges que no ejerciera inmediatamente los derechos y deberes de su evidente mayorazgo.

Estos sentires y pensares que me acongojaban junto a Borges, nunca se los formu-

lé. Había en él una tendencia a ironizar sobre todo aquello que no prefería. Y nuestras preferencias no concordaban. La ironía de Borges actuaba sobre mí como el limón sobre la ostra viva. Todo se me encogía dentro. No, por cierto, que me disgustara la ironía (la suya tenía sabor y gracia). Siempre el reír me alivió del vivir. Pero durante años adoramos divinidades distintas, y cuando coincidíamos en algún dios, era por razones diferentes. Esto me acobardaba mucho, precisamente en la medida en que yo admiraba la genialidad de Borges. Temía tanto herir como ser herida. Además, me parecía que mi moneda no tenía curso en el mundo borgiano y que lo que yo más admiraba le parecía a él un mamarracho o, en el mejor de los casos, una morondanga. Respecto a mis adoradas morondangas yo no podía ceder, y pensaba algo semejante al : « Guenille si l'on veut, ma guenille m'est chère. »

Borges, definiendo a Mallarmé, ha escrito : « ... no le bastaban temas triviales ; los buscó negativos : la ausencia de una flor o de una mujer, la blancura de la hoja del papel antes del poema. » En mi fuero interno, yo le retrucaba a Borges : « ¿Por qué demonios limitas tan a menudo tu poder creador a juegos de ingenio, y por qué te divierten tanto los *abolis bibelots d'inanité sonore,* por preciosísimos que sean? »

Todo esto no lo estaría escribiendo hoy si no hubiera cambiado el « panorama Borges », con un Borges que felizmente para nosotros no ha cambiado en su singularidad borgiana. Un Borges *tel qu'en lui-même enfin* la vida lo ha cambiado, sin cambiar su irreductible (loado sea Dios) originalidad.

No me gusta escribir más que sobre aquellas cosas, o seres, que por defectos que tengan, me gustan del todo. Y como escribo por gusto, para satisfacer necesidades de un mundo interior que no tolera mentiras, si hoy escribo sobre Borges o me presto a Borges con satisfacción y orgullo, es porque hoy me gusta del todo. Y me gusta porque ha alcanzado esa hora de madurez en que, con inquietud nacida del deseo, le di cita hace muchos años, como nos damos cita con toda gran esperanza.

Nadie mejor que Borges, al contar sus andanzas por el mundo de las letras o más bien dicho del espíritu (ese que sopla donde quiere), puede dar la clave de mi acercamiento paulatino a él, a su obra. Para mí ha sido, en este *temps du mépris,* en este tiempo de discordias e injusticias cotidianas, un acontecimiento. Algo mucho más confortante de lo que él imagina. No sé si esto que yo siento es compartido por él, y casi no me importa. *Es.* Con eso basta.

*

Borges (Georgie, como le llaman sus amigos) vive en la calle Maipú, casi esquina de Charcas, es decir en el centro mismo de este Buenos Aires que cantó con fervor en 1923 :

Las calles de Buenos Aires
ya son la entraña de mi alma...
La ciudad está en mí como un poema
que no he logrado detener en palabras...

Todos los argentinos que leíamos de veras, leímos con sorpresa aquel librito y nos miramos en el espejo que nos tendía. Nos reconocíamos.

Ese fervor debía llevar a Borges a escribir, cuatro años después, un poema, « La fundación mitológica de Buenos Aires », que arde en nuestros corazones. En el mío. Dejemos los plurales :

¿Y fue por este río de sueñera y de barro
que las proas vinieron a fundarme la patria?
Irían a los tumbos los barquitos pintados
entre los camalotes de la corriente zaina...
A mí se me hace cuento que empezó Buenos
[Aires
La juzgo tan eterna como el agua y el aire.

A la calle Maipú fui, hace unos días, a conversar con él sobre el pasado y el presente. El barrio nos es común. Hemos nacido y vivido en él. Borges nació un 24 de agosto de 1899 en la calle Tucumán, entre Esmeralda y Suipacha, a dos cuadras de lo que es, por el momento, la oficina de *Sur,* y de lo que fue mi casa muchos años.

La vida literaria de Borges empieza a los seis años, me cuenta su madre. Escribe, entonces, un cuento titulado *La visera fatal,* en lenguaje tipo *Gloria de don Ramiro.* En aquel cuento la gente no habla : fabla.

A los nueve años, traduce *El príncipe feliz,* de Oscar Wilde. La traducción se publica en un diario, *El País,* y el profesorado de lenguas vivas la adopta como texto,

creyendo que es obra del padre del verdadero traductor.

El hecho de ser inglesa la abuela de Borges tuvo enorme influencia en su vida y su obra, pues Georgie pasó su infancia de niño ávido de libros jugando con Dickens, Stevenson, Kipling, Bulwer-Lytton, Mark Twain, Edgar Poe. Leía y releía *Huckleberry Finn. The first men in the moon,* de H.G. Wells, le produjo gran conmoción. En cuanto a los autores españoles los frecuentaba muchísimo menos, como todos los niños lectores de aquella época, y más aún de la mía, pocos años antes, en que sobre todo el francés era el idioma preferido para la lectura de los niños que tenían el no siempre envidiable privilegio de una institutriz francesa a domicilio. Sin embargo, *El Quijote* fue el libro de cabecera de nuestro Georgie. También leyó *Facundo* y *Fausto* (1), el nuestro. Esto ocurría cuando estaba entre los 10 y los 11 años.

Algo que después tendría repercusión en su vida de escritor y que ya marcaba sus preferencias por lo nórdico, fue la lectura de *Völsunga Saga,* traducida por William Morris. Desde ese momento, la atracción por todo lo del norte no hizo sino crecer con los años.

En 1914, la familia Borges parte para Suiza, y allí quedará bloqueada por la guerra. Georgie aprenderá alemán solo ; lo estudia en un volumen de versos de Heine y con la ayuda de un diccionario alemán-inglés. Esto durante sus vacaciones. En Ginebra, donde se ha establecido la familia Borges, Georgie estudia latín y pasa su bachillerato en francés, idioma con el que se familiariza en Ginebra.

En 1919, los Borges se van a España, donde permanecerán tres años. Georgie frecuenta en Madrid la tertulia de Rafael Cansinos Assens, traductor de Dostoyevski (del ruso), de *Las mil y una noches* (del árabe) y de Goethe (del alemán). Georgie está en su elemento en esta « poliglotalandia ».

Durante su estadía en España, los Borges pasan mucho tiempo en Palma de Mallorca, y la madre de Georgie me dice que la conmovió especialmente que el premio otorgado por la Sociedad Internacional de Editores llegara precisamente de Palma. Aunque no lo diga, supongo que a su hijo también. En Palma siguió estudiando latín, con un sacerdote de la catedral, en aquellos años. No lo olvida.

En Madrid, Borges formó parte del grupo ultraísta. Practicaba el verso libre, la falta de puntuación, la ausencia de mayúsculas y la oscuridad voluntaria. Así demostraban su independencia los « beatniks » de aquellos años.

De regreso a Buenos Aires, en 1921, sacó una revista mural, llamada *Prisma.* Se pegaba en las paredes de las calles de la capital (« qui en verraient bien d'autres »), como cualquier vulgar aviso. La señora de Borges recuerda todavía los baldes de engrudo que tenía que proporcionar a su hijo para esta empresa literaria y callejera. Lo acompañaban en la faena Eduardo Gonzá-

(1) En 1870, el poeta argentino Estanislao del Campo publicó un poema en el que se referían —contadas por el protagonista y en su propio lenguaje dialectal— las experiencias de un gaucho que ha asistido a la representación de la ópera *Fausto* de Gounod, en el teatro Colón de Buenos Aires. En su ingenuidad el gaucho, que asiste por primera vez a una función de esa especie, cree que todo lo que ocurre en el escenario es realidad. El poema tiene tono festivo y es uno de los clásicos de la literatura gauchesca, cuyo máximo representante es *Martín Fierro,* de José Hernández.

lez Lanuza, Pancho Piñero Pico, Juan Guillermo Borges y Norah Lange.

En 1923 se publica *El fervor de Buenos Aires,* sin que este estallido lírico produzca el menor efecto en la ciudad misma que lo inspiró. En cambio, en Madrid, Ramón Gómez de la Serna publica un artículo elogioso sobre estos poemas en la *Revista de Occidente* (en que todo autor de habla hispana aspiraba a colaborar). Díez-Canedo visita a Borges y lo felicita. Alfonso Reyes le escribe. En esa carta de nuestro Alfonso hay una frase muy recordada por Borges : « Veo nombres de antepasados militares. Yo también. » Pues Georgie, tan poco militarista (a no ser a la manera de Don Quijote), tan enemigo de degollatinas rosistas o paredones castristas, evoca siempre con melancólico deleite a sus antepasados uniformados que combatieron, cierto es, por eternos laureles y rotas cadenas.

En 1925, se publica *Luna de enfrente* (poemas). Ese mismo año sale la revista *Proa,* destinada a un año de existencia. Fue la época en que Georgie conoció a Ricardo Güiraldes, y yo a Georgie, por intermedio de Ricardo. Era un muchacho de unos veinticinco años, con cierta timidez en el andar, el hablar, el dar la mano, y ojos de vidente o de médium, como su preciosa hermana Norah.

Cuenta Borges una anécdota que no deja de tener gracia (y al oírla recordé que me la había contado Ricardo) sobre la fundación de *Proa.* Los cuatro escritores que la fundaron no se conocían : Ricardo Güiraldes, Jorge Luis Borges, Pablo Rojas Paz y Brandan Caraffa. Brandan parece haber sido el *Deus ex machina* de la aventura. Cuando se le presentó a Ricardo (mucho mayor que los otros) le dijo que los tres jóvenes, decididos a fundar una revista que representara a la nueva sensibilidad, pensaban que sin él, Ricardo, no podían lanzarse en la empresa, por ser él el representante máximo del modernismo en las letras argentinas. Ricardo, complacido, aceptó. No había publicado aún *Don Segundo Sombra,* y era un autor para una minoría de amigos. Borges fue a ver a Güiraldes al Hotel Phoenix, donde vivía (a una cuadra de mi casa y de lo que iba a ser *Sur*). Le contó que Brandan le había dicho a él, Borges, que los tres otros escritores lo habían elegido por ser el representante de la nueva sensibilidad, etc. Ricardo soltó una de sus típicas carcajadas. Eran los mismos términos usados por Brandan para persuadirlo a él, Ricardo. Y cuando apareció Rojas Paz, se supo que también creía haber sido

En aquellos capítulos de La esfera y la cruz *que se llaman « El sueño de MacYan » y « El sueño de Turnbull », Chesterton profetizó y denunció, hace algo más de medio siglo, los ilusorios paraísos y esenciales infiernos del fascismo y del comunismo.* Sur *tiene el mérito de no haberse dejado tentar nunca, en su carrera de treinta años, por una u otra de esas dos falacias diabólicas. La honrosa prisión de Victoria Ocampo, su directora, en la época de la tiranía, es claro testimonio de su carácter democrático ; otro no menos evidente lo constituyen los ataques unánimes de nacionalistas y comunistas. Europeísmo, o extranjerismo, es el misterioso delito que suelen imputar a* Sur ; *tal delito, si no me engaño, se reduce a la circunstancia de que la cultura occidental, que es la nuestra, le interesa más que los pieles rojas o los querandíes. Yo entiendo que si algún rasgo diferencial tenemos los argentinos, este es el hecho de que el universo entero nos interesa más allá de límites étnicos o geográficos. Cabe invocar los nombres tutelares de Lugones y de Sarmiento.*

Las historias de la literatura argentina propenden a la acumulación de nombres propios y de fechas prolijas ; el crecimiento anual de estos inventarios piadosos agrava la tarea de manejarlos y acabará por demostrar a todos lo absurdo de su método. Alguien, en un porvenir no lejano, tendrá el valor de reducir esta historia a sus grandes líneas y entonces resultará evidente la compleja y benéfica labor que Sur *ha ejecutado en América. Éticamente, ha defendido la causa de la democracia contra las dictaduras ; intelectualmente ha mantenido viva esa curiosidad universal que, según declaré, es acaso el rasgo mejor de los argentinos.*

JORGE LUIS BORGES

elegido por el triunvirato y por idénticas razones. La treta de Brandan surtió efecto y además nos causó una saludable hilaridad. Los escritores pusieron cada uno cincuenta pesos, y con la ayuda tesonera de Adelina Del Carril (la mujer de Ricardo) vio la luz de nuestro barrio *Proa*. Se imprimía lejos, en la imprenta de Colombo, en San Antonio de Areco, pueblito cercano de la estancia de Güiraldes, La Porteña, y frecuentado por Don Segundo en carne y hueso.

En 1928 apareció *El idioma de los argentinos* (prosa). Obtuvo en 1929 el segundo Premio Municipal de literatura : tres mil pesos. Con ese premio, Borges se sintió un potentado y compró inmediatamente la *Enciclopedia Británica* (de segunda mano). El resto del premio, lo gastó en innumerables tazas de café con leche, compartidas.

Evaristo Carriego (evocación de la vida y el ambiente en que vivió este poeta) apareció en 1930.

En enero de 1931 iba a salir una nueva revista. Para lanzarla no se recurrió al ardid de Brandan Caraffa, pero tal vez a otro. Eduardo Mallea (que daba sus primeros pasos en el mundo de las letras) y Waldo Frank, en su primera visita a Buenos Aires (las dos Américas), se empeñaron en persuadirme de que era indispensable que yo la hiciera. Es más fácil convencer a una persona que a cuatro. Cedí. Desde luego, se contaba con Borges como con uno de los principales colaboradores y consejeros de la empresa. Ricardo ya había muerto.

En el primer número de *Sur* —impreso en Colombo, para seguir la tradición ; pero en un Colombo que había pasado de San Antonio de Areco a los suburbios de Buenos Aires : Caballito— se publicaron un artículo de Borges sobre el *Coronel Ascasubi* (todavía no les habíamos tomado idea a los coroneles) y una nota sobre los letreros o leyendas que llevaban, y llevan aún, los carros, convertidos ahora en camiones. Nota pedida por mí, especialmente, por ser este un tema borgiano.

En el segundo número de *Sur* iba un artículo sobre *Martín Fierro*. El autor de este poema gauchesco, nuestra *Chanson de Roland*, era primo de mi bisabuela materna. Así como todos vivíamos en el mismo barrio (Ricardo, Borges, la que suscribe y probablemente varios otros), todos pertenecíamos a la familia, diría yo, del *Cuaderno San Martín*. Fue el título elegido por Borges para uno de sus libros, porque así se llamaban los cuadernos en que los escolares (entre otros, nosotros) hacían sus « deberes ». Es curioso pensar que en el Año del Libertador General San Martín (1950) viviríamos una etapa de nuestra historia en que nos harían pagar caro el parentesco o amistad de nuestros antepasados con este héroe cuyo Centenario se festejaba con bombos y platillos. Pero no nos adelantemos.

En 1936 y 1937, salen en mi nueva editorial (que Ortega y Gasset me aconsejó fundar para no fundirme con la revista) dos libros traducidos por Borges : *A room of one's own* y *Orlando*, de Virginia Woolf. Responden más a mis gustos que a los del traductor. En 1941, Borges traduce para *Sur Un Barbare en Asie*, de Henri Michaux. En 1944, aparece *Ficciones* en mi Editorial, libro que iba a merecer el Premio Internacional de Editores Europeos. También traduce Borges *Wild Palms*, de Faulkner, y la *Perséphone* de André Gide, que *Sur* repartió y regaló en la sala del Teatro Colón, la noche en que Strawinsky estrenó la obra y en que me tocó el placer de actuar como « récitante ». Estábamos en 1936.

Sur ces entrefaites, y sin que nos diéramos cuenta cabal de lo que ocurría en nuestro país (como pasa en todos los países, incluso en los menos subdesarrollados), subió un oscuro coronel a la presidencia. Inmediatamente, se nombra a Borges inspector de la venta de aves de corral en los mercados de Buenos Aires. Original nombramiento para un escritor. Pero la época peronista abundó en estas originalidades. No hay por qué negarle ese mérito.

Borges, sorprendido —*ma non troppo*— pregunta entonces a un alto funcionario municipal cómo es que habiendo treinta o cuarenta empleados capaces de cumplir este menester con mayor conocimiento de causa que él, ha sido elegido. El alto funcionario le pregunta a Borges :

— ¿Ha sido usted partidario de los aliados?

— Sí, contesta el interpelado.

— Entonces, ¡qué quiere!

A ese punto habíamos llegado.

rádicas de industrialismo superpuesto, que carece, por lo general, de consumidores y que en muchos casos trabaja sólo al 50 % de su capacidad de producción. Hay capitales hermosas y bellas urbanizaciones, junto a poblaciones que surgen como los hongos, hechas con pedazos de latas, tablas viejas y otros materiales surrealistas... En suma, hay gentes paupérrimas y un descontento general, a veces furioso.

Ningún panorama histórico ni humano mejor para incubar caudillos, que vienen desde hace siglos : esos reyezuelos hispanos, de provincia, en querellas dinásticas con el hermano, el primo o el hijo natural que también aspiraba al trono. Y el asunto se complica con el ancestro indígena : toquis y caciques, siempre redivivos, hasta el extremo que muchas veces han sido suplantados en el culto cívico, como se cambiaba un ídolo azteca por un santo cristiano. La democracia supone hombres con voz y voto, no hipohombres. Supone hombres libres en camino de superhombres. Las metamorfosis han sido muchas y muy largas. Algunas, como la de Porfirio Díaz, el presidente, duró treinta años. Los caudillos de hoy están en la penúltima etapa de su metamorfosis : son los presidentes de las Repúblicas. A veces, estos presidentes de Repúblicas latinoamericanas no tienen alma de caudillos, no saben que lo son, e ignoran en absoluto que han sido elegidos como tales, es decir, como taumaturgos, como magos, como salvadores, y todo ello por un efímero lapso de cuatro, cinco o seis años. El alma mágica del latinoamericano es salvacionista y busca al hechicero. A esta posición humana, antidemocrática por excelencia, el historiador Francisco Antonio Encina la denomina « desconformación mental » a lo largo de veinte tomos de historia. Nosotros la llamamos simplemente « alma mágica », que ha engendrado tantos y tan grandes poetas líricos, pero tan malos demócratas.

Esta delicada etapa del caudillo democrático denominado presidente de la República, requiere un análisis. Sólo un país la ha superado : Uruguay, siguiendo el camino de Suiza. Nada horroriza tanto al latinoamericano de hoy como amenazarlo con suprimirle el presidente de la República. ¿Cómo vivir sin el toqui, el cacique, el taumaturgo, el hechicero de la economía y la ventura cívica?

La penúltima etapa del caudillo parece buena e inofensiva en las personas de los presidentes de las Repúblicas, pero no lo es. No lo es porque el siglo XX avanza hacia una democracia funcional, es decir una democracia planificada por especialistas (especialistas en economía y ciencias físicas, al margen de doctrinas sociológicas de cariz religioso, con mártires cívicos y otros iluminados). La democracia funcional planea con sus técnicos y no admire discusiones de taumaturgos, ni planes individuales de tipo mágico. El juego democrático (¡ojo!) que ayer se lo creyó muy grande, capaz de crear veinte partidos y veinte opiniones disímiles, hoy se reduce mucho. Topa con los planes racionales de los especialistas. Y llegamos, finalmente, al punto crítico y dramático : desde hace un cuarto de siglo, los latinoamericanos que han podido hacerlo han estado jugando al experimento democrático. ¿Cómo? La clase media desempleada se ha agrupado en partidos para escalar el poder y tener acceso a los dineros de los presupuestos públicos. En esta forma las elecciones de presidentes de las Repúblicas son un « jiu jitsu », a fin de despojar al que está empleado. Cada cuatro, cinco o seis años empieza el reparto sistemático de las intendencias y gobernaciones, de los consulados y embajadas ; y hasta por una plaza de cartero se lucha a veces enconadamente. No hay empleos y hay que procurárselos despojando a los que los tienen, por un método legal, democrático... En esta forma se destruyen los cuadros de los expertos administrativos o de los sufridos y paupérrimos empleados públicos, se recargan los presupuestos con jubilados prematuros y, lo que es peor e irreparable, se destruye la « élite » o el equipo capaz de perfeccionar la verdadera democracia. El « jiu jitsu » electorero y la repartija fiscal matan los equipos. Por eso cierto país latinoamericano, entre la disyuntiva de vivir o morir para la democracia, la suspendió por 16 años, a fin de que se alternen como presidentes de esa República hombres de uno y otro de los dos principales partidos. Veremos qué resultados va a dar el experimento, que parece muy cuerdo. Tan verídico es lo que decimos que una revista satírica

de un país sudamericano llama « la operación cuchara » a toda conversación que haga un partido de oposición con el presidente de esa República. O sea, tener « cucharas » para participar en la olla de los dineros fiscales. Este es el subdesarrollo económico disfrazado de « juego democrático ». En el fondo es sólo desorganización, estructura feudal y falta de medios de vida para los buenos y leales ciudadanos.

La democracia técnica o funcional impone la hora de la verdad y de la sinceridad en nuestros inciertos e incipientes experimentos democráticos. Seamos modestos, de una vez por todas. Es el camino para ser grandes y prósperos. Ya no hay nada que separe mucho a la social-democracia de la democracia cristiana (habiendo libertad de cultos). El israelita ya tampoco es un peligro para nadie en ese clima de libertades. Liberales y conservadores, por su parte, tampoco pueden hablar mucho de libre empresa, ni de selección de los más capaces por la ley de la oferta y la demanda, si no hay nadie que quiera o pueda asumir una tarea, que la tendrá que realizar el Estado con sus técnicos, pase lo que pase. Eliminada la trampa electorera para realizar los despojos disfrazados de « hombres de la confianza o de la confianza exclusiva del presidente de la República », no se romperá estúpidamente el equipo que todavía tiene el legado de Bolívar y de todos los próceres que empezaron en Latinoamérica el experimento democrático ; y de todos los continuadores y ajustadores de este legado, a las circunstancias de las diversas épocas.

Mientras tanto los totalitarios, ansiosos, esperan la atomización y la división de los demócratas para encadenarlos y reemplazarlos a la mayor brevedad posible. La moraleja parece obvia : todo induce a montar democracias técnicas, funcionales, eliminando al caudillo en su penúltima metamorfosis : los presidentes de Repúblicas. Estamos en la hora de las democracias técnicas o funcionales ; en la hora de los Ejecutivos Colegiados, o de los Primeros ministros con la confianza renovada. No es cuerdo, ni es buen negocio democrático el « jiu jitsu » por cuatro, cinco o seis años ; no es cuerdo, ni tampoco es buen negocio democrático el buscar taumaturgos o genios por el mismo lapso de tiempo.

Todo lo anterior demuestra que por rutina, ceguera inocente o falta de imaginación (en un continente escaso de ensayistas, en donde ningún editor quiere imprimir por su cuenta un ensayo si no es didáctico y para estudiantes), nadie quiere ver la realidad de la crisis estructural de la supuesta democracia de Latinoamérica. Nadie la quiere o puede ver por una razón muy simple : los mitos del siglo XX son de tipo económico y espartaquista, o sea insurreccionales, contrarios a la organización, excepto el totalitario que organiza y esclaviza sabiamente cuando ya está en el poder y ha consumado el engaño previo para lograr el encadenamiento final. Estos mitos han hecho creer al latinoamericano que no tiene ningún problema estructural de tipo democrático y constitucional pendiente. Por el contrario, el mito liberal de las Constituciones y los constitucionalistas, tan en boga en el siglo XIX y los primeros veinticinco años del XX, hoy está olvidado. Se lo cree superado, y aquí está el tremendo error. El mito de los economistas, cualquiera que sea su color, no deja ver la realidad del descalabro estructural, administrativo, constitucional, de Latinoamérica. Cualquier jefe de un organismo internacional de la O.N.U. dice, con un simplismo encantador : « Hay que modificar las estructuras, ir a la reforma agraria, a la reforma tributaria y a la reforma educacional. » Perfecto. Pero este perito ha olvidado algo muy simple : un avión sin pilotos no puede hacer escala en tres ciudades distintas, ni menos despegar de la pista. Si se le envía con control remoto ya entramos en el problema de los cerebros electrónicos. y es aquí donde quiero llegar. Es muy fácil hablar de cambio de estructuras, pero en un Estado moderno los que manejan las estructuras son los modestos funcionarios que sostienen y empujan la máquina administrativa. Este enjambre de oscuros funcionarios es el verdadero cerebro electrónico de un Estado moderno, no de un Estado agrícola pastoril (como todavía son muchos de los nuestros) estructurado por constituciones primitivas totalmente caducas para una democracia nueva, verdaderamente representativa y funcional. Asimismo el juego antitético de las palabras capitalista y socialista, confunde hoy día el problema

cias son tan pequeñas que no pueden abastecer ni aun las necesidades de una existencia vegetativa, y los estancieros se ven obligados a buscar trabajo fuera de sus tierras, todo esto quiere decir que algo está marchando mal en las áreas rurales. La existencia de cientos de miles de estancias pequeñas, inadecuadas y antieconómicas, constituye algo que es tan desventajoso para la sociedad como la concentración de la propiedad. El minifundismo es también un indicador importante de la necesidad de una reforma agraria.

5) *Baja productividad por trabajador.*

Entre los economistas agrícolas y los que estudian la administración de fincas hay una tendencia a considerar la producción por hectárea, por propiedad, o por propietario como criterio o índice de la eficiencia en la industria agrícola. De vez en cuando esto les hace sostener que las grandes propiedades agrícolas son más eficientes que las medianas, es decir, que aquéllas cuyo tamaño como empresa agrícola está ajustado a las capacidades de una familia sola, equipada con el mejor acopio de conocimientos científicos, con la fuerza mecánica y eléctrica y con las mejores máquinas agrícolas, tales como tractores y arados de acero.

Si por ventura estos economistas pudieran tomarse el tiempo necesario para calcular el promedio de producción de los que trabajan en la industria agrícola y de los que dependen de una parte de la producción, las conclusiones podrían ser bastante diferentes. Sea como fuere, en lugares donde la producción por trabajador o por brazo es más baja, siempre existe la gran propiedad y se registra un alto porcentaje de trabajadores o peones en la población agrícola, de modo que en sí misma la pequeña producción por brazo es también un índice fiel de la necesidad de una reforma agraria.

6) *Bajos niveles de vida.*

Actualmente el conocimiento que el hombre tiene respecto de la naturaleza y los métodos de producción es suficiente como para satisfacer con abundancia sus necesidades de abastecimiento y servicios. Esto es una realidad en la agricultura así como en la industria. Puede ser que llegue el día en que el conocimiento del hombre sobre los asuntos de la producción agrícola no pueda ir a la par con el crecimiento de la población ; pero por el momento el desequilibrio resulta de la aplicación inadecuada de los conocimientos ya adquiridos. Por eso, simplemente la existencia de bajos niveles de vida indica la necesidad de efectuar cambios fundamentales en las relaciones entre el hombre y la tierra, es decir una reforma agraria básica.

7) *Un grado excesivo de estratificación social.*

La observación más casual es suficiente para indicar que hay sociedades rurales compuestas de unas pocas familias de la clase elevada en el vértice de la pirámide social, y una gran masa de trabajadores rurales, sin capacidad o instrucción, empobrecidos e improductivos, en la base ; y existe poco o nada que merezca la designación de una clase media agrícola para llenar el inmenso espacio social entre aquellas dos capas. Una sociedad rural así constituída tiene todas las características necesarias para producir los otros índices ya mencionados. De por sí, tal sistema de estratificación es suficiente para indicar la necesidad de una reforma agraria.

Esta relación puede seguir indefinidamente, porque dondequiera que haya una gran concentración de la propiedad y control de la tierra, abundan los males sociales de todos los tipos. No obstante, los ya indicados son suficientes por el momento. Con ellos en mente, consideremos ahora los objetivos de una reforma agraria.

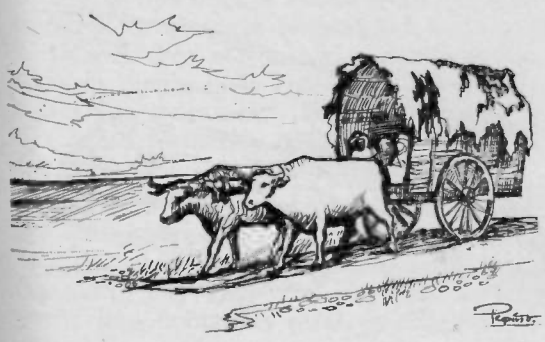
Objetivos de una reforma agraria

En forma explícita o implícita, son tres los objetivos de la mayoría de los proyectos de reforma agraria : (1) una reforma agraria genuina debe resultar en un mejoramiento sustancial de las habilidades, capacidades y actividades de los agricultores, para ponerlas más a tono con las potencialidades ; (2) una reforma agraria real debe producir un aumento sustancial de los productos agrícolas y pecuarios, aumento conseguido de la misma porción dada de tierra y sin el empleo de mayor esfuer-

zo humano ; y (3) una reforma agraria que merezca la designación de tal debe sustituir los métodos ineficientes, despilfarradores, humillantes y « estultificantes » de producción por los que sean eficientes y dignificantes y que sirvan para ennoblecer al hombre del campo.

Sin duda alguna cualquier programa de reforma agraria, bien formulado y planeado, tiene que reconocer que el hombre mismo es el agente activo en la fórmula. En las relaciones entre el hombre y la tierra, ésta es sólo un elemento pasivo. Por eso cualquier programa que tenga que ver principalmente con la tierra y que ignore las modificaciones en las cualidades y habilidades del hombre, alcanzará mal éxito. En un « memorándum » que preparé para la Comisión de Política Agraria del Brasil, en el año de 1952, cuando estuve en el Brasil como asesor técnico a las órdenes del gobierno brasileño, decía : « El objetivo primordial de la reforma agraria es el de elevar la calidad y aumentar el bienestar del habitante común de las zonas rurales del Brasil ; es, en otras palabras, la valorización del hombre. Como objetivo paralelo a éste viene el mejoramiento de la tierra y su capacidad productiva, y el perfeccionamiento de las relaciones entre el hombre y la tierra. »

No solamente de pan vive el hombre ; pero también es verdad que sin pan no puede sobrevivir. Muy pocos pueblos se arriesgarían a iniciar una reforma agraria si supieran o sospecharan que uno de los resultados de tal esfuerzo sería una disminución en los abastecimientos agrícolas y pecuarios. Tampoco sería bueno entusiasmar a la población campesina para que realice actividades violentas destinadas a



reformar las relaciones entre el hombre y la tierra, si estos campesinos saben que habría, como uno de los resultados, todavía menos que comer y vender. Por eso toda reforma agraria debe tomar como objetivo un aumento de la producción agrícola y ganadera. Afortunadamente, el conocimiento que tenemos de los métodos para explotar el suelo es tan extenso, que dado un sistema adecuado de organización social rural, el objetivo puede ser alcanzado con facilidad.

Otro elemento que debe figurar en cualquier reforma agraria es el esfuerzo necesario para cambiar radicalmente los sistemas de explotación agrícola de los campesinos, es decir, para mejorar sus modos de trabajar o proceder cuando tratan de extraer del suelo lo necesario para vivir. Este cambio es muy urgente. Después de haber examinado montañas de documentos, hoy, cuando estamos en los portales de la era atómica, estoy completamente convencido de que por lo menos la mitad de los agricultores del mundo están empleando métodos agrícolas que son aún menos eficientes, más duros para la energía humana y en general menos efectivos que los que empleaban los egipcios al principio de la historia. Esto sólo desde el punto de vista económico. Igualmente importante, si no lo es más, es el hecho de que por la forma en que están organizadas las actividades agrícolas, a los niños y adultos que por nacimiento están aherrojados a este sistema se les convierte en criaturas en las cuales con frecuencia las características del animal de carga parecen estar más en evidencia que las de los seres humanos. Lo que se necesita es un sistema de agricultura en el cual las energías de los que trabajan en las tareas no se malgasten sin razón, en el que el trabajo penoso se reduzca al mínimo, donde los hombres y mujeres no sean animales de carga y en el que las actividades agrícolas sean productivas, humanizantes y de estimación social. Por suerte, la raza humana ya tiene los conocimientos técnicos y ha perfeccionado los sistemas de organización social que son necesarios para permitir que esto sea una realidad.

Quizás puedan recordarse algunos ejemplos de sociedades rurales en varias partes del mundo en que una reforma agraria sea

menos necesaria, es decir, regiones donde los objetivos sobre los que hemos hablado hayan sido más o menos alcanzados. Entonces seguramente se podrá pensar en Suiza, Dinamarca, una parte de las Islas Británicas, algunas regiones de Francia y bastantes zonas del Canadá. Tal vez se pueda también tener en mente algunos sectores de Estados Unidos, y sobre todo las áreas del centro-oeste que atrajeron la atención de los visitantes de la Unión Soviética. Sea como fuere, casi con certeza se podrá pensar en aquellas áreas donde la agricultura es una empresa casi exclusivamente de hombres y mujeres que pertenecen a una clase media. En todos los países indicados, aquellos que cultivan la tierra pertenecen a una genuina clase media. Falta en forma prominente cualquier clase baja constituída por aquellos que dedican sus vidas a las tareas despreciadas y mal pagadas que generalmente se reservan para los peones o trabajadores agrícolas. Cuando hay una clase de terratenientes, como acontece en Inglaterra, ya no podrá exigir la mayor parte de todo lo producido en sus tierras como antes ; al contrario, hoy en día la propiedad de la tierra es una carga que ellos han de llevar por el prestigio social que la acompaña. Los arrendatarios que tienen en sus manos las empresas agrícolas están gozando de una seguridad de tenencia que bien puede ser causa de envidia por parte de los agricultores de otros sectores del mundo.

Con estos ejemplos presentes, estaría bien volver a formular los objetivos principales de la reforma agraria simplemente como sigue : una reforma agraria es la tarea de conseguir que la mayor parte de las actividades agrícolas y ganaderas queden en manos de una clase media de agricultores. En otras palabras, el objetivo sería desarrollar y mantener en cualquier país o área un sistema de producción agrícola y una vida rural tal que se pueda comparar favorablemente con los de cualquier parte del mundo, limitado solamente por los recursos del suelo disponible. (Entre paréntesis, debemos mencionar que no hay relación cierta ninguna entre la abundancia de los recursos naturales o la fertilidad del suelo y los promedios y niveles de vida de la gente que vive en el campo.) Para alcanzar este objetivo es preciso lograr un número considerable de fines menores, tales como los siguientes :

1) Es preciso ceder el control sobre la tierra a los agricultores que trabajan el suelo por sí mismos, ya sea como propietarios o como arrendatarios a largo plazo. Esto significa la eliminación, por un lado, de cualquier clase de peones o trabajadores agrícolas, y por el otro la eliminación de cualquier privilegio que permita a una clase de terratenientes tener poderes casi de vida o muerte sobre los obreros que trabajan en sus propiedades.

2) Con la educación, el adiestramiento y la experiencia, el hombre común que trabaja la tierra necesitará convertirse en una persona que pueda ejecutar con facilidad considerable las funciones económicas de gerente y las del capitalista o propietario, además de su función económica como trabajador. Cada agricultor debe llegar a combinar en su propia personalidad todas las actitudes, habilidades y hábitos que acompañan el desempeño de las tres funciones económicas básicas. En suma, esto significa estimular, educar y promover para que cada agricultor del futuro pueda desarrollar en sí mismo las cualidades, habilidades, actitudes y hábitos del hombre de la clase media agrícola.

Métodos de una reforma agraria

Finalmente, podemos dirigir la atención a las medidas, métodos o técnicas que pueden ser utilizados para hacer una reforma agraria. Lo que tengo que decir sobre este punto viene en gran parte de las recomendaciones que hice ya al gobierno del Bra-

sil en el año de 1952, cuando estuve en aquel país. Con unos pocos cambios, tales recomendaciones serían útiles para países como Bolivia, Perú, Ecuador, Venezuela y Colombia, así como lo son para el Brasil.

Está bien repetir que todas las medidas y técnicas deben tener como fin primordial la valorización del hombre del campo. Cuando la población rural o campesina de un país está valorizada, los resultados quedan patentes a todos por la forma en que rige una dieta más adecuada, por las viviendas mejoradas, los vestidos superiores, los bajos porcentajes de analfabetismo, los métodos eficientes para explotar el suelo y una vida en comunidad rica y satisfactoria.

Después de esto, es preciso formular preguntas como las siguientes : ¿Cuáles son las medidas necesarias para la valorización del hombre común de las regiones rurales del Brasil, Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela, o cualquier otro país? ¿Y cómo se relacionan estas medidas con una reforma agraria? Las medidas específicas son muchas y en conjunto constituyen en realidad la reforma misma.

La primera medida que propuse era que cada municipio, para conservarlo como tal, debía mantener por lo menos una escuela pública de segunda enseñanza con un mínimo de cinco profesores de tiempo completo. Tales escuelas deberían enseñar las materias tradicionales, tales como la lengua materna, la literatura, las matemáticas, la geografía, la historia, etc., y además deberían tener clases de agricultura mecánica y economía doméstica. Mi idea en ningún momento ha sido la creación de escuelas especiales para la enseñanza de la agricultura y la mecánica y cuyos títulos no permitan a los alumnos la entrada en las universidades. Por el contrario, lo que he tenido en mente es la enseñanza de la agricultura, la mecánica y la economía doméstica como formando parte de la educación del ciudadano común.

Pero una pregunta ha sido formulada por varias personas : ¿Cómo puede un municipio colombiano, brasileño o de cualquier otro país, llenar tal requisito? ¿Cómo puede una población rural de 8.000 hasta 40.000 personas en una pequeña parte del territorio nacional conseguir el dinero necesario para un predio escolar, para los materiales de instrucción, para los empleados, para los salarios de los profesores?

Este problema es exactamente el mismo que han afrontado los pueblos rurales de todas partes del mundo, y que varios de ellos han solucionado de manera bastante satisfactoria. En suma, lo necesario es conseguir que todos los habitantes y dueños de propiedades del municipio contribuyan sustancialmente con sus esfuerzos productivos para fines educativos. En los países que poseen buenas escuelas rurales, toda persona ha de aportar una contribución considerable para su sostenimiento. En la sociedad agraria existe un sistema experimentado y comprobado para conseguir que una porción sustancial de los esfuerzos productivos de cada persona se dedique a fines de educación, servicio sanitario, servicio de protección, construcción de caminos locales y puentes o cualquier otra actividad del gobierno local. Este sistema es un impuesto general sobre todas las propiedades que existan en el municipio.

Por esta razón, la segunda medida específica que recomendé al gobierno brasileño consistió en proponer una enmienda constitucional que autorizara al municipio a fijar un impuesto sobre la tierra y a establecer un impuesto mínimo de 1 por ciento por año sobre el valor de la propiedad. Todo el dinero recaudado en esta forma debería permanecer dentro del municipio y ser utilizado para los fines educativos ya indicados. En relación con la forma de recaudar tal impuesto, indiqué que debía establecerse un mínimo para ser pagado por toda propiedad ; pero además de esto, todas las propiedades cultivadas por sus propios dueños deberían quedar exentas del impuesto hasta una cantidad de más o menos la tercera parte del valor de la propiedad promedio del municipio.

Un impuesto de tal tipo, con la exención propuesta, sería una medida poderosa y efectiva para acabar con el problema del latifundio que tanto malestar ha causado en los países de América Latina, y al mismo tiempo podría proporcionar el dinero necesario para promover la valorización de la gente rural. En Colombia podría proporcionar el dinero para una campaña de

ANTONIO DIAZ

El latifundio en el Ecuador

El LATIFUNDIO es uno de los problemas más graves de la economía y de la sociedad ecuatoriana, pues su existencia permite la conservación de una estructura social tradicional en la que la riqueza, el prestigio social, el poder político, etc., se hallan concentrados entre un pequeño número de propietarios que poseyendo la mayor parte de la tierra, único instrumento de producción del país, explotan a una masa enorme de población.

El sistema de propiedad en el Ecuador no se ha beneficiado jamás de una transformación planificada, de una explotación racional y técnica o de una justa distribución entre el mayor número de ecuatorianos para aumentar la producción nacional y mejorar el nivel de vida de todos. Por el contrario, la forma característica que existió en la Colonia y existe hoy en la República es el latifundio. Esta forma de propiedad, heredada de los españoles, no se ha alterado a través de su larga existencia. Lejos de disolverse, siempre ha crecido aún más.

El latifundio existe actualmente en el Ecuador como una amenaza al adelanto social y económico del país, e incluso es un peligro para la libertad individual, porque su desarrollo ha creado múltiples formas de servidumbre y esclavitud.

Este breve ensayo es, en realidad, el esquema general de un amplio estudio que está preparando el Dr. Antonio Díaz. (N. de la R.)

La disolución del latifundio dentro de un sistema económico planificado es la única solución al problema de injusticia social, de hambre y de miseria que existe en el país.

Distribución actual de la propiedad

La distribución actual de la propiedad nos revela en forma concreta la existencia de un latifundismo poderoso, así como también de un minifundismo agudo y de un grupo débil de propietarios medios (1) :

	Propietarios	*Hect.*
De menos de 1 hect.	92.387	46.000
De 1 a 5 hect.	159.299	386.200
De 5 a 20 hect.	57.650	565.800
De 20 a 200 hect.	21.194	1.601.600
De 200 a 1.000 hect.	2.999	1.158.100
De 1.000 a 2.500 hect.	464	687.300
De más de 2.500 hect.	241	1.556.700

El latifundio que es el que domina este sistema de propiedad está representado por 1,07 % de propietarios que poseen el 56,67 % de la propiedad. El minifundio (propietarios de parcela, mínimos y pequeños) está formado por el 89,87 % de los propietarios que apenas poseen el 16,63 % de la propiedad. Los medio propietarios representan el 0,87 % y poseen 26,70 % de la propiedad.

(1) *La estructura agropecuaria de las naciones americanas.* Unión Panamericana, Washington, 1957.

A propósito de un libro sobre la U.R.S.S.

JOSEPH NOVAK *es el pseudónimo de un funcionario de algún país del bloque soviético que tuvo ocasión de vivir largo tiempo en la U.R.S.S. como visitante, pero con plena libertad de hablar a la gente, de visitarla y hasta de residir en sus casas y de trabar amistades. Hablaba el ruso y gozaba de la confianza de las autoridades. Luego, Novak se marchó a Occidente y ahora ha publicado un libro,* The Future is Ours, Comrade (« *El futuro es nuestro, camarada* »).

El futuro es nuestro... Esta es la gran explicación que dan siempre, tanto de los buenos éxitos como de los fracasos. Es lo que « justifica » las privaciones, la falta de libertad, la censura, las injusticias. Es también lo que hace que los rusos soporten todo esto. El futuro..., ese futuro que acaso creen vislumbrar en el plano internacional, pero que siempre es « mañana » en el plano individual, de la vida cotidiana.

El lector que se interesa por las cuestiones soviéticas tiene raramente la paciencia de acabar de leer las novelas rusas actuales que se traducen. Su esquematismo, su tono de novela rosa, con buenos y malos y el desenlace feliz inevitable, lo hastían inmediatamente y por adelantado. Ni siquiera los militantes comunistas son capaces de leer a grandes dosis esta literatura oficial.

Esta es una de las causas de que sepamos muy poco de la vida sentimental de los rusos. Cada país occidental tiene estudios científicos equivalentes al « Report Kinsey » norteamericano. La U.R.S.S. carece de este elemento de información y las novelas soviéticas son todavía menos útiles para conocer la realidad de la vida sentimental de los rusos que las novelas de Bertha Ruck o de Delly pudieron serlo para conocer la vida sentimental de nuestras madres.

Por esto es interesante el capítulo en el que Novak explica los motivos que inducen a los rusos a casarse y cómo entienden el amor. Este capítulo, que publicamos a continuación, sorprende, sobre todo, no por lo prosaico de los motivos, sino por la semejanza que tienen con los que animaron a la mayoría de la gente del mundo occidental hace una o dos generaciones.

Para el periodista que —como yo— ha visitado la U.R.S.S. a toda prisa y sin hablar el ruso, resulta halagador ver que sus observaciones y conclusiones se hallan confirmadas por las de alguien que sin apremios pudo recorrer la Unión Soviética, vivir con sus habitantes y hablar largamente con ellos.

Hay algo en este libro que va mucho más allá de lo que se puede ver —o hasta adivinar— en una visita turística o periodística. Algo mucho más inquietante y lleno de advertencias para quienes han de tratar, de un modo u otro, con los comunistas de los países no sovietizados.

Este « algo » es la manera sistemática —posiblemente espontánea en un principio, aunque luego convertida en táctica muy consciente— con que se utiliza el pasado para preparar este futuro que los rusos están seguros de que les pertenece. Por lo menos, para hacer que acepten esperarlo con paciencia, sin reclamar el derecho al pataleo.

*

¿Los rusos se pasean hasta altas horas de la noche por calles y parques?

Se trata de una vieja costumbre, que ya vemos en las novelas del siglo XIX y que ahora se acentúa por la escasez de espacio en las viviendas.

¿Se vive amontonado, con una o dos familias por habitación?

Es también una vieja costumbre de país feudal, en el que el señor solía dormir en la gran sala de su « castillo », rodeado de siervos y familiares, y que ahora se agrava por la falta de construcciones modernas de vivienda.

¿Se llevan en las empresas fichas detalladas, con todos los antecedentes políticos y familiares de los trabajadores?

Es también una vieja costumbre del tiempo del zar, cuando estaban en uso las listas negras, y la Okrana husmeaba en la vida privada de los obreros, y que ahora se agudiza con el empleo del carnet de trabajo y con el hecho de que los jefes de personal de todas las empresas son miembros del partido.

La lista podría prolongarse, hablando de la moral victoriana que predomina cada vez más —como una vuelta a las convenciones del zarismo—, hablando del sistema judicial, que obedece a las órdenes y consignas del poder político y que es, en cierto modo, una prolongación de los hábitos jurídicos del zarismo...

La conclusión final es siempre la misma : muchas cosas han sido posibles en la U.R.S.S. porque ya existían, desarrolladas o en germen, en el régimen zarista .

*

Esta utilización del pasado para hacer aceptar el presente es de una importancia considerable en países como los latinoamericanos, en donde las dictaduras han sido frecuentes y duraderas.

Los ciudadanos de nuestros países, aun reprobando y combatiendo las dictaduras, vivieron bajo ellas. No pudieron sustraerse a su influencia. Adquirieron ciertos hábitos de vida y mentales que no podían eludirse.

Una vez caída la dictadura, estos hábitos han de cambiarse, si se quiere que los regímenes democráticos prosperen y se estabilicen. Pero la transformación de los hábitos es cosa lenta, difícil y que no siempre se plantea con habilidad y flexibilidad.

La persistencia de costumbres adquiridas bajo los regímenes oligárquicos y dictatoriales no aparece a los ojos de quienes los consideran cual una consecuencia de la dictadura, sino como un aspecto de la idiosincrasia nacional. Y estas costumbres y hábitos constituyen un terreno propicio para que el totalitarismo germine en él.

Si se saben utilizar —con la misma sabiduría con que lo han hecho los dirigentes soviéticos—, entonces esos hábitos se convierten en el mejor aliado de los movimientos totalitarios.

Un ejemplo : la dictadura repetida acostumbra al pueblo a confiar en los salvadores, a creer en ellos, a esperarlo todo de ellos. Cuando se terminan los dictadores, la democracia aparece a los ojos del pueblo como un régimen exigente, difícil, porque no viene a salvar, sino simplemente a hacer posible que el pueblo mismo decida cómo quiere realizar su propio esfuerzo para salvarse. Resulta mucho más cómodo, claro está, esperar un nuevo salvador. Y si éste se presenta con cierto prestigio heroico, entonces nada le será más fácil que arrastrar al pueblo utilizando los viejos hábitos. Es el principio del mínimo esfuerzo aplicado a la política. Por lo menos, del mínimo esfuerzo aparente.

El campesino está acostumbrado a no poseer la tierra, a cobrar el salario en vales y a gastar éstos en las tiendas propiedad de la empresa dueña de la plantación. Cae la oligarquía. Y si surge un salvador, no le será difícil hablar de reforma agraria y dejar que el campesino siga con sus hábitos, pero cambiándoles los nombres. La tierra, en vez de ser una compañía es del Estado (pero sigue no siendo del campesino), y la tienda donde cambia los vales (que ahora se llaman bonos, pongamos por caso) ya no es de la empresa, sino que recibe el nombre de cooperativa y pertenece, de hecho, al Estado...

*

Lo asombroso, lo que inquieta, es que todo esto no es primordialmente político. Sus consecuencias son políticas, porque quienes utilizan las viejas costumbres y su disfraz con palabras prestigiosas son los dirigentes soviéticos.

Creo que esta utilización no es siempre consciente y premeditada. Se ha convertido en un hábito (que pronto será otro viejo hábito) de la sociedad soviética. Y que acaso es más poderoso, más eficaz y más perdurable en sus efectos que el terror y el engaño organizados.

Muchas veces, se pregunta uno : ¿Cómo es posible que se mantenga un régimen de estilo soviético? Todo ayuda : la policía, la propaganda, la coacción administrativa. Pero sospecho que la explicación ha de empezar con esta utilización del pasado descrita por Novak a través de sus conversaciones con los mismos ciudadanos soviéticos, que son las víctimas directas de ella.

V. A.

de algunos jóvenes obreros conocidos míos pude oír argumentos en favor del matrimonio del tenor siguiente : « Entre dos siempre es más fácil arreglárselas. Dos salarios valen más que uno solo. » O bien : « ¿Para qué esperar? Es mejor casarse cuando aún se es joven. Aquí es casi imposible convencer a una chica para que tenga un *flirt* con uno. »

De mis conversaciones con jóvenes de diversas condiciones saqué en consecuencia que los dos factores que para ellos constituyen la base del matrimonio son « el amor », en el plano sentimental, y la mutua comprensión, en el intelectual.

Varios maestros y educadores con quienes tuve la oportunidad de discutir este tema confirmaron mis observaciones y me indicaron que la actitud de los jóvenes soviéticos frente al amor y su concepto de la unión ideal entre dos personas, cualquiera que sea su extracción social, recuerda mucho la poesía del siglo XIX. Para estos jóvenes el principio de la atracción física queda excluído.

Conocí algunos jóvenes graduados universitarios que a menudo me dejaban completamente asombrado al confiarme su amor secreto por una mujer. Sus confesiones tenían el mismo tono que el *Eugenio Oneguin* de Puchkin. En la descripción que hacían de sus amadas, ponían de relieve exclusivamente los factores emocionales e intelectuales y se pasaban horas enteras alabando las cualidades morales de la muchacha, con exclusión total de las físicas. De la misma manera, cuando hablaban de las mujeres en general y de sus asuntos amorosos en particular, mantenían la conversación en un plano elevado e impersonal.

Al comparar estas conversaciones y estas confidencias con otras semejantes entre los jóvenes de mi propio país, la diferencia me parecía tan grande que no podía comprenderla.

En una reunión de sociedad conocí a un joven médico, un neurólogo, quien me explicó el asunto tal como él lo veía desde el punto de vista de su experiencia médica :

« Tengo ocasión de hablar frecuentemente con jóvenes, tanto en el hospital como en mi cátedra universitaria, y debo decirle que, por lo que al amor respecta, nuestra juventud se halla aún profundamente enraizada en el siglo XIX.

« Es posible que pasen de golpe del siglo XIX al XX. Pero, hablando con objetividad, la verdad es que nuestra cultura de masas es la continuación de aquellas normas décimonónicas que mejor se adaptan a la moral socialista de nuestros días.

« Nuestros manuales de literatura, nuestros últimos films y nuestras novelas más recientes han transformado el telón de fondo sobre el que se desarrollan las relaciones sociales entre la gente, pero la esencia del amor sigue siendo la misma. Otro factor que contribuye a que nuestra juventud no se enfrente de modo distinto con el amor, es el hecho de que la actitud contraria es característica del capitalismo y se cultiva ampliamente en los países capitalistas (con poco provecho, dicho sea entre paréntesis, para los jóvenes).

« Nuestra vieja literatura realista del siglo XIX es más socialista que realista, es nuestra literatura socialista de hoy. Esto no es en modo alguno una paradoja. Piense por un momento en los héroes de Tolstoi, Gogol, Chejov o Saltikov-Shchedrin y en los amores de esos héroes, dejando aparte los prototipos poéticos del amor en la obra de Puchkin o Lermontov.

« ¿Recuerda usted cómo describe el gran realista que es Tolstoi el momento del contacto físico entre Anna y Wronski? Ni siquiera Dostoyevski, a quien alguien llamó el albañal del alma rusa por donde todo pasa, nos ofrece una sola descripción naturalista de una escena de amor.

« Trate de encontrar en nuestro viejo patrimonio literario, al que la cultura actual se halla tan unida, el retrato de un gran amador, de un Don Juan, o el tema de la rehabilitación de una mujer ligera que haya cambiado continuamente de amantes por fuerza de su temperamento.

« Todos los intentos que hizo, por ejemplo, Kuprin para introducir el sexo en la literatura, los ha rechazado enérgicamente el realismo socialista.

« Nuestros escritores socialistas —Gorki, Alexei Tolstoi, Cholojov, Fadeyev e incluso Dudintsev— siguen la misma tendencia. Y aun la fortalecen al concentrarse en los temas cotidianos de la vida soviética : el Partido, la ideología, la lucha contra los

restos del capitalismo y otras cosas por el estilo.

« ¿Sabe usted —continuó el doctor, abordando ahora su propio campo— que nuestros especialistas médicos no se encuentran prácticamente nunca con degenerados sexuales? Y aún es menor el número de los crímenes sexuales con que han de enfrentarse nuestros criminólogos. »

Unos días después tuve ocasión de hablar del mismo tema con una muchacha que trabajaba en un museo de Tula ; era profesora y crítico de arte, con no pequeña experiencia en estos aspectos.

« Es cierto —me dijo—. Nuestro país ha conseguido escapar a esa fase de la cultura burguesa. Los que estaban impregnados por este tipo de cultura huyeron al extranjero. Otros murieron en circunstancias diversas, como contrarrevolucionarios en Siberia, o en prisión como enemigos del pueblo, o bien se vieron sin medios para poder subsistir.

« Por otro lado, no olvide que una auténtica cultura del pueblo se opone por su misma esencia al naturalismo cuando se trata del amor y del matrimonio. Los tipos de creación y de autoexpresión que se acomodan a este género de cultura son populares y se les protege ; en cambio, aquellos que no se conforman a él se los proscribe.

« Un buen ejemplo de lo que le vengo diciendo es la actitud ante el desnudo en nuestro arte socialista. No hace mucho tiempo se expuso en una de nuestras galerías de arte un cuadro representando una mujer desnuda. Quizá era el primer desnudo expuesto en veinte años. Su autor era un pintor joven, y los directores de la galería, tras largo debate y consulta, decidieron exponer el cuadro sólo por corto tiempo.

« El cuadro era una auténtica obra de arte y su creador un pintor de mucho talento. Sin embargo, la reacción general del público fue negativa y hasta los críticos se sintieron confusos y desconcertados.

« Como usted sabe, nuestra creación realista, bien sea de literatura, de música o de arte, trata exclusivamente de aquellos temas que pueden servir a la causa del socialismo y del progreso. Pero ¿cómo puede un desnudo servir al socialismo? Quizá parezca vulgar, pero mi pregunta tiene un sentido. Lo que quiero decir es que en la vida real, en una fábrica, en la escuela o en una oficina, la gente se nos aparece como algo definido y concreto, algo con una significación social o profesional. En cambio, la desnudez es anónima. Lo que quiero hacer ver es que el desnudo no expresa nada en el sentido en que deseamos que una obra de arte sea vehículo de una idea.

« La respuesta que cabe dar a su pregunta es muy semejante. En nuestra vida la ostentación de la atracción física entre las personas no tiene ningún sentido. No verá usted nada por el estilo en nuestros films o en nuestro teatro, en la literatura o en las revistas soviéticas. La moral socialista tiene objetivos y misiones distintas de las de la moral burguesa, que es una moral de degenerados, sádicos y violadores. »

Un día, hablando con un numeroso grupo de estudiantes en Kuibyshev, me referí a cierta ausencia de gracia y coquetería femeninas que me chocaba en las mujeres soviéticas. Uno de los presentes hizo el siguiente comentario : « En nuestra sociedad el trabajo profesional de las mujeres casadas, incluso de las que tienen hijos, se ha convertido en una norma general de vida. Recuerde que en nuestro país las mujeres constituyen el 47 % de la población activa, incluyendo la agricultura. De modo que la coquetería, la femineidad refinada y el cultivo de la sensualidad constituyen rasgos característicos de una época que pasó y que nunca volverá. Sólo las degeneradas sociedades capitalistas utilizan el sexo como un nuevo opio para las masas, estupidizadas por todo género de propaganda y de publicidad... ».

Tuve asimismo una conversación con Maxim, un instructor de deportes que tenía a su cargo una serie de campos para jóvenes, abiertos lo mismo en invierno que en verano. Maxim se dedicaba a este género de trabajo desde 1936 y estaba perfectamente al corriente de los problemas de la juventud. Además, tenía fama de excelente profesor y de gran amigo de los jóvenes. Maxim y yo hablamos de las relaciones entre chicos y chicas en los campos que tenía a su cargo :

« Mis muchachos no tienen secretos para mí ; conozco, pues, sus problemas mejor que ellos mismos.

« Hubo un tiempo en que creía que los jóvenes eran iguales en todas partes. Pero...

hube de recibir una gran sorpresa. El año pasado, una organización de juventudes de Berlín me invitó a que visitara un campo de deportes de la República Democrática Alemana. Allí pude darme cuenta de que, al menos nuestros jóvenes y los alemanes, son completamente diferentes. Me refiero, claro está, a las relaciones entre chicos y chicas.

« En Alemania los jóvenes tratan el sexo literalmente como un deporte. Puede ocurrir perfectamente que un chico conozca a una chica por la mañana, y por la noche se acuesten juntos. Todo estaría bien si las cosas marcharan normalmente, de acuerdo con las exigencias de la naturaleza... Pero no, en vez de eso se dedican a todo un ritual. ¡Es una vergüenza!

« Si por casualidad oye usted a algunos de nuestros jóvenes hablar entre sí, verá usted que su conversación es como un libro. Quizá su mejor amigo le diga que ha besado a una chica, pero eso será todo lo que le diga. Y no simplemente porque no quiera decir más. Aunque quisiera, resulta que nuestro vocabulario es muy limitado en relación con estas cosas, por lo que le sería muy difícil expresarse.

« En nuestro país, ni siquiera los adultos pueden hablar entre sí de ciertos aspectos de su vida matrimonial, debido a que no están bastante familiarizados con la anatomía y a que en nuestro lenguaje corriente no existen palabras que puedan sustituir a los términos técnicos.

« Y no olvide que nuestras organizaciones sociales vigilan nuestra moralidad. Por ejemplo, si se descubre que un muchacho y una muchacha han tenido relaciones sexuales, habrán de afrontar las graves consecuencias que ello puede acarrearles, tanto dentro de su organización particular como en el seno de la sociedad. Su caso se discutirá en una reunión en la que estarán presentes ambas partes ; se les puede expulsar del Komsomol e incluso de la escuela o centro de enseñanza donde estudien. Nuestros jóvenes temen mucho una situación como ésta, incluso los estudiantes universitarios.

« ¿Sabe usted lo que les ocurrió a las mujeres o muchachas que durante la guerra tuvieron una conducta un tanto libre, por no hablar de las que tuvieron amantes conocidos? Se formó con ellas batallones especiales de mujeres y se las envió inmediatamente al frente. En el ejército se las llamaba TPZ, es decir « tovarishch polevaya zna », lo que significa « camarada esposa de guerra ». Todavía hoy se las sigue enviando a las líneas del frente, pero ahora el frente es el del trabajo socialista : las lejanas Repúblicas soviéticas donde se necesitan hombres jóvenes y fuertes, pero donde escasean las mujeres con quienes casarse.

« Sí, amigo mío, vivimos en un grupo humano donde no pueden ocultarse los asuntos de un individuo, y con mayor razón los de dos. »

*

La ley que autoriza la práctica del aborto por un centro médico oficial y a expensas del gobierno, establece de todos modos una serie de restricciones y vallas de orden legal y moral. Una joven que se halle encinta y que desee provocar el aborto ha de soportar, aunque tenga razones de peso para ello, una serie de interrogatorios, esperas y humillaciones que envenenarán mucho tiempo su futura existencia. Y, en fin de cuentas, nunca existe la seguridad de que obtenga la autorización requerida.

Para dar una idea clara de estas dificultades, me referiré al caso real de Sonia E., una atractiva muchacha de veinticuatro años, obrera de una empresa industrial. Ocho meses antes, Sonia había conocido durante su permiso de verano a un joven de buena apariencia, empleado en un centro de distribución comercial, que se hallaba también de vacaciones.

Sonia me contó su historia porque yo era muy amigo de su mejor amiga ; cuando terminó de contármela, añadió con resignación : « De todos modos, todo esto se lo podrían decir en la fábrica, y adornado con necios comentarios. »

« Cuando le conocí —me dijo Sonia—, me gustó mucho desde el primer momento. Sabía contar chistes divertidos, era inteligente y además muy guapo. Todas las muchachas estaban locas por él. Yo me enamoré de él, cosa perfectamente natural, ¿no le parece? Me sentía muy feliz en su compañía. Y creo que él también me quería un poco, al menos eso me dijo. Una noche fuimos a un baile. El ambiente era muy alegre. Yo bebí demasiado vino y... bueno,

« ayudarme » en algo y si no me gustaría « asistir a una discusión de un grupo Komsomol » o algo por el estilo. Yo no podía comprender su interés por mí, sobre todo pensando en que no había comunicado mi llegada a la ciudad a ningún funcionario ni organización.

Les di las gracias y les pedí que me enviaran un anuncio de la próxima reunión de su grupo. Mis no invitadas visitantes volvieron a examinar cuidadosamente la habitación. Una de ellas parecía especialmente intrigada por el perchero, del que colgaba la gabardina de Agniya ; me la había prestado dos días antes en ocasión en que me sorprendió a cuerpo la lluvia. Visiblemente, las dos chicas del Komsomol habían reconocido la gabardina ; cambiaron entre sí una mirada significativa y al poco tiempo se marcharon.

Yo tenía una cita con Agniya a la mañana siguiente. Esperé largo tiempo en el lugar que habíamos fijado, pero ella no apareció, cosa que antes nunca había ocurrido.

Por la tarde fui a su casa, donde su hermano menor me dijo que Agniya había recibido une citación para que se presentase en el Comité Municipal del Komsomol unas cuantas horas antes. Todavía no había vuelto.

Aquella noche, el hermano menor vino a mi habitación y me dijo con aire misterioso que le siguiera y que me conduciría adonde me estaba esperando su hermana. No podía comprender a qué venían aquellos aires de conspirador, pero desde luego le seguí.

El pelo de Agniya había recobrado su peinado original, trenzado en lo alto de la cabeza. Su blusa se cerraba en torno a su cuello con un alfiler imperdible y su falda mostraba visiblemente que la habían ensanchado. Su rostro presentaba huellas de llanto y se veía que pasaba por un momento de tensión nerviosa.

Agniya me explicó lo que había pasado. Aquella mañana la habían convocado al comité del Komsomol. En la reunión del comité, que fue especialmente ampliado para aquella ocasión, se la acusó de « imitación de la compostura burguesa, moralidad extraña a la nación soviética, conducta indecorosa y de sentir vergüenza de los vestidos y del pergeño de las muchachas soviéticas ». La dijeron que, mientras se estudiaba su caso en una reunión de su grupo, quedaban en suspenso sus derechos como miembro del Komsomol y se le retiraba el carnet correspondiente. Además, le advirtieron que, independientemente de la investigación que iba a realizar el Komsomol, su caso se plantearía ante las autoridades académicas, las cuales tomarían las medidas disciplinarias pertinentes, incluyendo una posible expulsión de la escuela.

Finalmente, le aconsejaron que solicitara unirse a un grupo de « jóvenes voluntarios del Komsomol que habían adquirido el patriótico compromiso de pasar cuatro meses trabajando en la recolección, en una lejana región de la U.R.S.S. ». El grupo se marchaba al día siguiente.

Como es natural, Agniya hizo su solicitud inmediatamente y se preparó para marcharse al otro día. Se sentía deshecha y abatida y temía que ocurriera lo peor, aun suponiendo que llegara a convertirse en una obrera de choque durante la recolección. Hasta en ese caso, tendría que enfrentarse con unas cuantas reuniones insoportables y con una posible expulsión de la escuela. El mundo, que todavía la víspera le parecía lleno de luz y de felicidad, se había convertido de repente para ella en una estrecha jaula sin salida.

Por mi parte, decidí no prolongar más mi estancia en la ciudad y tomar un tren que partía unas horas más tarde. Así, pues, pensamos que lo mejor era despedirnos en aquel momento y lugar.

Fui a recoger mi bolsa de viaje y media hora después me hallaba instalado en un compartimento del tren. Unos momentos antes de que éste se pusiera en marcha, apareció Agniya en la estación. Los dos sabíamos que nos veíamos por última vez ; por ello era difícil no sentirse conmovidos. El tren se puso en marcha lentamente. Durante unos momentos Agniya caminó junto a la ventana a la que yo me asomaba, pero al fin el tren la dejó atrás. Un minuto después no era más que un puntito sobre el fondo gris de la estación que iba desapareciendo. El tren cobró velocidad. Yo corrí las cortinas sobre la ventana del compartimento y me puse a completar mis notas.

RODOLFO LLOPIS

Vida, pasión y muerte de don Julián Besteiro

ACABA DE PUBLICARSE un libro consagrado a la buena memoria de don Julián Besteiro. Su autor, Andrés Saborit, lo ha escrito con la máxima devoción, con la legítima devoción de quien trató íntimamente al biografiado, pues Saborit y Besteiro, desde que se conocieron en 1912, trabajaron juntos y lucharon juntos. Juntos fueron detenidos, encarcelados y condenados a pena de reclusión perpetua con motivo de la huelga revolucionaria de agosto de 1917. Besteiro y Saborit han coincidido, las más de las veces, en sus posiciones políticas y sindicales.

Como dice Saborit, « este libro es más que una biografía ; es un trozo de la historia de España, enlazada con la historia del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores » (1). Este libro, añadimos nosotros por nuestra parte, llena, al fin, un gran vacío que cada día se hacía sentir con más apremio. Interesará sobremanera a quienes, habiendo vivido ese período tan agitado y tan profundamente creador de la historia de España, por imperativos de las circunstancias tropezaban con grandes dificultades para encontrar la documentación precisa que explicase lo acontecido y justificase la actitud de los protagonistas.

Interesará igualmente a los jóvenes que preocupados del momento actual español, al querer estudiar sus antecedentes, las causas que lo engendraron, sólo han recibido unas explicaciones simplistas y unas informaciones tendenciosas cuando no totalmente falsas.

Besteiro "institucionalista"

Julián Besteiro Fernández nació en Madrid el 21 de septiembre de 1870. Sus padres tenían comercio de comestibles en el número 2 de la calle de Milaneses. « A los nueve años de edad —dice Besteiro en una nota autobiográfica— ingresé en la Institución Libre de Enseñanza. He pertenecido a las primeras generaciones de sus alumnos. En esos años, la Institución adoptó resueltamente sus métodos, principalmente el estudio desentendiéndose de la preocupación del examen. Experimenté muy directamente la influencia de don Francisco Giner, cuyas conversaciones acerca de temas filosóficos influyeron en mí, así como su acción educadora, desde los primeros años de mi vida. Esa influencia la he sentido repercutir en mí con más intensidad conforme los años han ido trascurriendo. A ello debo, sin duda, mi vocación concreta y casi exclusiva al estudio de la Filosofía y al profesorado. Estudié en la Universidad Central la carrera de Filosofía y Letras. Los profesores que en ese período influyeron más en mí fueron Nicolás Salmerón, que explicaba la cátedra de Metafísica, y don José Caso, que explicaba la cátedra de Sistema de la Filosofía, sostenida por la

(1) *Figuras del Socialismo español : Julián Besteiro,* por Andrés Saborit. Impresiones Modernas, S.A. — México, D.F., 1961.

za de los ingenuos que aún creían podía democratizarse la monarquía de Alfonso XIII. Había, pues, que derribarla y traer la República. Pensando en ello, en el Congreso que el Partido celebra en diciembre de 1918 se acuerda « entenderse con el proletariado inglés pidiéndole apoyo en el caso de que del Reino Unido partan presiones que puedan ser obstáculo para un cambio de régimen en España ». El Congreso tenía presente que la reina de España era inglesa.

Besteiro estaba convencido de que la huelga del 17 había herido mortalmente a la Monarquía, que se desintegraba lentamente, y de que la dictadura primorriverista era la última etapa de ese proceso de desintegración. La dictadura desembocaría necesariamente en la República. Había, pues, que preparar a la clase trabajadora para la acción revolucionaria que sería menester realizar para acelerar el advenimiento de la República. Había que estimular a los republicanos para que se unieran y constituyesen una fuerza auténtica, capaz de atraer a los elementos que los socialistas no podían atraer. Había además que preparar lo que queríamos que fuese la República, su organización, la solución a los problemas de España. Esa preocupación le lleva a presentar al Congreso del Partido de 1928 un proyecto de Constitución, que no llegó a discutirse. Cuando se instaura la República y se discute la Constitución, Besteiro defiende la necesidad de establecer una segunda Cámara que no sería el viejo Senado, sino una Cámara donde estuviesen representados directamente los intereses económicos, profesionales, sindicatos, etc. No tuvo fortuna Besteiro. El grupo parlamentario socialista, el más numeroso del Parlamento, fue el primero en rechazar la iniciativa de Besteiro. Andando el tiempo, muchos de los que la rechazaron la han echado de menos.

Besteiro era partidario de que el Partido y la Unión General de Trabajadores contribuyesen al movimiento revolucionario para derrocar la Monarquía y traer la República ; sabía que esa revolución no sería, no podía ser socialista, como tampoco lo sería la República que de ella surgiese ; pero ello no debía ser un obstáculo para que el Partido y la Unión, una vez instaurada la República, la apoyasen y ayudasen a consolidarla. En cambio se oponía a que los socialistas participasen en el gobierno. A su juicio, las circunstancias que concurrían en España hacían prematura la intervención directa de los socialistas en el mismo. Los socialistas, estimaba Besteiro, podían y debían ser útiles a la República desde otros puestos. Esa posición política suya no respondía a motivos ocasionales o personales, sino a convicciones de principio fuertemente arraigadas en su conciencia. Esa misma posición le mantuvo en vísperas de la huelga revolucionaria de agosto de 1917. Entonces se preveía la formación de un gobierno provisional que debía convocar Cortes Constituyentes. De ese gobierno formaría parte Pablo Iglesias como ministro sin cartera. A la hora de tomar la decisión, hubo un solo voto en contra : el de Besteiro.

Si Besteiro con su acción política general contribuyó grandemente a formar la conciencia cívica de los españoles, con su labor específicamente socialista contribuyó no menos a formar la conciencia política y de clase de los trabajadores. En Besteiro la preparación ideológica, doctrinal, de los trabajadores constituía preocupación fundamental. Convencido de que la acción, para que sea eficaz, tiene que ser consciente y responder a una ideología, Besteiro se esforzó más que nadie en España en dar al « marxismo instintivo » de los trabajadores españoles la conveniente base doctrinal. Su profunda preparación fue puesta al servicio de ese menester. Su labor divulgadora de la doctrina marxista se halla esparcida en multitud de artículos, discursos y conferencias ; pero se halla sobre todo en el prólogo a la traducción que hizo de *El Programa de Erfurt,* editado en Madrid en 1933, y en su discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas con el tema de « Marxismo y antimarxismo », que leyó en 1935.

Ante los tribunales franquistas

Besteiro, que pudo serlo todo durante la República, no aceptó cargo alguno de gobierno. Sólo durante la guerra civil accedió a representar personalmente al Presidente de la República en las ceremonias que se celebraron en Londres, en mayo de 1937, con motivo de la coronación del rey de In-

de pudor hacer a estas alturas de mi vida un cambio de esa naturaleza... ». « El juicio que se forme acerca de mí, eso no me compete. A mí me compete la responsabilidad interna ; la aplicación de la ley es otra cosa... Ahora, sí, quisiera lamentarme de una circunstancia de mi vida que ha apuntado el señor fiscal diciendo que yo soy algo mito y que ese mito no debe subsistir. Yo lo siento mucho. Yo no quisiera ser mito. Ahora puede que sea verdad, porque yo creo que en las circunstancias desfavorables los personajes mitológicos se convierten en mártires, y yo las graves acusaciones que se me han dirigido las he escuchado con una serenidad de espíritu enorme. Ese es un bien que nadie me puede quitar. »

Besteiro fue condenado a treinta años de prisión mayor. Tenía entonces sesenta y nueve años de edad, y la tuberculosis crónica, que padecía, se había agravado con los sufrimientos más recientes. Era condenarlo a muerte, pero con hipocresía. Así sancionaron sus jueces —todos ellos incursos en el delito de rebelión militar— una vida ejemplar que España reivindicará un día. ¡Que reivindica ya!

Pero con la condena no terminó el calvario de Besteiro. De la prisión del Paseo del Cisne, en Madrid, se lo llevaron el 3 de agosto al convento de los Padres Trapenses de Dueñas, provincia de Palencia, también convertido en « prisión especial ». Allí se encontraban ya cuarenta y cinco sacerdotes vascos cumpliendo la condena que les impusieron los tribunales franquistas. De Dueñas, el 28 de agosto fue trasladado con los sacerdotes vascos a la cárcel de Carmona, provincia de Sevilla, viaje que según las notas que ha dejado Besteiro fue una verdadera odisea que sólo se explica por el deseo de humillar a los « conducidos ».

En la cárcel de Carmona, Besteiro, con su salud tan precaria, tenía que dormir en el suelo. « Cada vez tengo más deberes manuales que cumplir : barrer, fregar, buscar la comida... —escribirá Besteiro— ; hay ejercicios que me cuestan mucho trabajo y mucha fatiga. Pero nada de esto me ha anonadado. Ni la cantidad de granos que me han salido y que aumentan las dificultades materiales de mi vida, ni el calor, ni las mismas chinches, que me aterran, pero contra las que lucho como un valiente. »

Besteiro enfermó. Lo subieron a una celda. La cárcel de Carmona carecía de enfermería y de enfermeros, lo que era una vergüenza. El llamado botiquín era otra vergüenza. Y en cuanto al médico... más vale no hablar. Desde el 19 de septiembre de 1940, en que avisan a doña Dolores Cebrián de Besteiro del estado de gravedad de su marido, no hay manera de explicar la serie de obstáculos que opusieron, unas veces el director de la cárcel, otras el médico, otras la Dirección de Penales, para que la pobre doña Dolores pudiese ver a su marido y conseguir que se le prestasen los cuidados médicos que necesitaba. El 27 de septiembre de 1940 murió Besteiro. Doña Dolores tuvo el consuelo de poder cerrarle los ojos. Los obreros que cumplían condena en dicha cárcel, por el mismo delito que Besteiro, besaron las manos de su Maestro. Los sacerdotes vascos, sus compañeros de prisión, rezaron por el eterno descanso del alma de aquel hombre laico que, fiel a sus convicciones, no había aceptado los auxilios espirituales de la Iglesia que con extremada discreción se le ofrecieron.

Julián Besteiro, profundamente laico, que no había profesado jamás ninguna religión positiva, fue enterrado en el cementerio civil de Carmona, una verdadera corraliza. El cura de Carmona, don José Coromín, que solía visitar con frecuencia la cárcel y que trabó buena amistad con Besteiro, mientras estuvo el cadáver insepulto oró ante él fervorosamente.

Besteiro, al sentirse desfallecer, escribió : « Muero siendo socialista. Cuando la libertad en España vuelva a hacer a los hombres libres, quiero que mis restos sean envueltos en una bandera roja y enterrados al lado de la tumba de quien fue mi maestro : Pablo Iglesias. »

Su viuda, doña Dolores Cebrián —directora de la Escuela Normal de Maestras de Madrid, destituída por el régimen franquista—, al cumplirse el vigésimo aniversario de la muerte de su esposo, ha querido realizar el deseo de Besteiro. Sus restos están enterrados, desde el 29 de junio, en el cementerio civil de Madrid. Su tumba, como él quería, está cerca de la de Pablo Iglesias, y cerca también de la de don Francisco Giner de los Ríos, que fue su primer maestro.

hizo incluso los carriles que hacen que ese estatuto marche como sobre ruedas ; o sea : que ahí y en ese instante, aparece a la vista el ingeniero —o ingenioso, o legislador— con su regla de cálculo racional diciendo : esto es así y nada más. Es tan así y tan firmemente racional que, por ejemplo, la policía que según su nombre es guardadora o defensora, se convierte gracias al cálculo ingenieril ordenador en buscadora de faltas, lo que puede dar por resultado que usted, pobre paleto curioso, se encuentre inopinadamente con un golpe que hará acudir presto al ingeniero con su regla de cálculo para rectificar racionalmente el error y llevarle a una clínica donde será cuidado y atendido como canario flauta en el pelecho.

Tenemos, pues, que el público cae de parte del ingeniero con razón, y desde esa su razón se la quita al equipo diciendo ¡qué salvajes!, o ¡qué locos!, como a Don Quijote. Y eso quiere decir que el público que ve la película sabe lo que es orden, y porque *sabe,* o tiene en su almacén ideas recibidas, y al par no puede desasirse de su propio impulso emocional, se pronuncia paradójicamente aplaudiendo el ímpetu arrollador de los motoristas y llamándoles salvajes al mismo tiempo. ¿Por qué? Porque vive —vivimos— incurriendo de continuo en el principio de contradicción, y así decimos, muy suficientemente, eso de « nobles ambiciones » sin reparar en que nobleza es dar —nobleza obliga— y ambición es tomar.

En cuanto a los motoristas, el hecho es simple y crudo ; corren, sienten *algo* que les incita a correr dando de sí cuanto pueden, aun a riesgo de estrellarse ; van hechizados, deslumbrados, y de ahí que arrollen todos los obstáculos. En resumen, e incurriendo un poco en interpretaciones del hecho, los motoristas del equipo salvaje, nos aparecen como una rebeldía juvenil originaria que va forjándose a sí misma, haciéndose su mundo, faena indudablemente poética, expresada abruptamente si se quiere, pero con arreglo a la técnica del día.

*

Hacerse su mundo es hacerse a sí mismo. Intentarlo es querer ser. Y querer ser es plantearse —aun sin pensarlo— la cuestión esencial de la existencia, y —desde una perspectiva— replantear el problema de Hamlet : « Ser o no ser, ésta es la cuestión », que es como empieza el famoso monólogo. Y esa y no otra es la función de la poesía : indagación del ser, búsqueda incansable que efectúa el hombre de todos los tiempos.

Cuando Hamlet dice el verso copiado, se lo dice a sí mismo, monologa, es decir : se pregunta. O dicho de otro modo : es la razón del ente pensador llamado Hamlet quien pregunta al hombre Hamlet, por qué éste quiere saber lo que de él piensa su razón, lo cual viene a invertir todo el problema que consiste en saber lo que él —el hombre Hamlet— piensa de su razón, como él mismo viene a confesarlo al final de su monólogo, diciendo : « Y es así como el originario impulso de la voluntad se enferma, adormeciéndose en los pálidos colores del pensamiento, y las empresas de gran rango cambian de curso y pierden el nombre de acción. »

¿No parece que estamos oyendo a uno de nuestros motoristas que desertara del equipo y se sentara lánguido a pensar, al borde del camino?

Porque invirtió el problema —o hizo problema—, ved ahí a Hamlet tomado de laxitud, de la cual saldrá, cómo y de la manera que se sabe, para romperlo todo, incluso la vida de la tierna Ofelia, y luego gritar salvaje y reveladoramente al rey, si sería capaz, como él lo es, de comerse un cocodrilo : Salvaje motorista sin moto que, al caer definitivamente, no dice sino esto : « Y lo demás es silencio. »

Hamlet contempló, un tiempo, la belleza total en Ofelia. Luego descendió de la inteligencia a las razones, al pensamiento, y éste, al instante de llegar a la meta, no le alumbró sino un silencio que difiere del de Don Quijote cuando, derrotado y las armas cargadas en el burro de Sancho, viene a su pueblo y al llegar a las eras dice : « Liebre corre, galgos la siguen. Dulcinea no parece. » El silencio de Hamlet es magno acabóse existencial. El aludido por Don Quijote es confesión de lo inasidero poético. Y ambos son meta.

Pero he ahí que Hamlet con su frase fi-

nal descubre la meta que antes aludió al decir que las empresas de gran rango pierden el nombre de acción cuando el pensamiento las empalidece ; o sea : pensar no es obrar como él quiere, y de ahí que se duela de *la* razón que le impide ese obrar debilitándole la voluntad necesaria a la ejecución del hecho en el cual ve la justificación de su ser o *su* razón de ser —como tal hijo del rey asesinado— ; es decir : lo que él cree meta de su vida, meta que no viene a revelársele sino al final e inefablemente, o sea : como silencio.

Pero todo espectador entiende ese silencio como lleno de voces que vienen a romper las siluetas de las cosas, o lo que es lo mismo : el orden estatuído, ya que siluetas aislantes de las cosas y definiciones cerradas del orden, no son sino a modo de nos o negaciones de la transcendencia a que aspira el ser —y la voluntad aquella que dijo Hamlet se enfermaba—, pues el *ser* quiere ser dichoso *siendo*, y la voluntad no sólo queriendo, sino consiguiendo lo que quiere ; mas he ahí que al descubrir la meta ve claro que ésta *es más allá*.

*

Este descubrimiento, invención o revelamiento de la meta por Hamlet, nos lo sitúa en auténtico existente en conflicto entrañable con un presentido viviente ser. Porque existir es propiamente —ya se sabe— ex-sistir — ex-iste o dejar de estar detenido aquí (en sí : iste = este) para estar o encontrarse saliendo ; existir será un constante salir de una situación temporal o sitio como *estado* —« hunc te accipio », te recibo en este estado (Virgilio)— para encontrarse en otro : juego de exilio, dramático juego sobre el pasado (gramatical) que se reitera cada instante sin llegar a ser el pleno presente (gramatical) o *pleno* presentísimo *ser* ; y Hamlet no es Hamlet, sino en ese ansioso, angustioso ir hacia. Por eso él ase de su voluntad de acción que ve se le empalidece y enferma, doliéndose de ello, pues la voluntad pertenece al existir como voluntad de ser del existente, o vocación del ser ; y en su pobre (nuestra pobre) existencia, hay un momento en que todo se hace duda, pregunta (ser o no ser, ésta es la cuestión), duda que, en su límite, es siempre planteada rostro a la muerte, centro de la poesía.

La meta o trascendencia a que venimos refiriéndonos nos la aclara Nietzsche, cuando dice de aquel viejo sabio : « No sabe que Dios ha muerto. » Dios ha muerto. ¿Callejón sin salida? ¿Abismo infranqueable? ¿Meta? ¿Ha muerto Dios o es que Dios *se ha hecho* (él) muerto? —ocultado o velado como muerto. Con las tres palabras subrayadas queremos significar que no es que a Dios lo mataron porque sí, sino que Él quiso ser sacrificado (en su Hijo que era Él), pues sin eso no hubiese habido tal muerte ; quiero decir : que Él se hizo su muerte ; fue Él quien se hizo (él) muerto. Esto de Dios hacerse (él) muerto, en Cristo, se nos revela clarísimamente como meta, si recordamos que fue lo que ocasionó aquel escándalo y locura que hubo de transcender a la famosa discusión del Concilio en el que, como preludio a la definición del dogma de las personas, se armó « la de Dios es Cristo ». Y Nietzsche sabía que Dios es Cristo.

Quiere decirse que ahí el problema de Hamlet se resuelve de pleno y plano, no interrogando la razón al existente, sino que éste es quien pregunta a la razón mirándose a sí mismo con su propia razón de ver que es lo que no es y no es lo que es, cosa clara en la experiencia mística. Y el hombre así, aparece como mirón-mirado ; juego de luces, reflejo reflejante.

*

No abandonemos aún al hombre, al existente :

« *En lo profundo del abismo estaba*
Del no ser encerrado y detenido,
Sin poder ni saber salir afuera,
Y todo lo que es algo en mí faltaba,
La vida, el alma, el cuerpo y el sentido ;
Y, en fin, mi ser no ser entonces era. »

¿Pertenece esa estrofa a un poeta existencialista de hoy? No, señor. Es de Fr. Luis de León (« Canción del conocimiento de sí mismo »).

Vemos que Fr. Luis *está* (en el mundo), en un comienzo ; existe, o está fuera, pues le falta *todo* lo que es algo ; algo que es una tonalidad de ser, pues dice *todo lo que*

daderamente contradictorios. Por esto o por lo de más allá, la verdad es que lo mismo el quehacer cómico que el trágico se encontró de la noche a la mañana en el cero grado de un insospechado derrotero. No cabe duda que esta estimativa nos arrastró a situarnos en un paraíso terrenal : el de antes del pecado original, naturalmente. El pecado vino en seguida y la redención no se hizo esperar. Se prepararon las máscaras y llegó la hora del desviacionismo. Podemos precisar los nombres de los autores más libres de este ciclo renovador : Buero Vallejo, Alfonso Sastre y Miguel Mihura. Y citamos a estos tres nada más, ejemplarmente, por la resonancia de sus tareas, por la vocación insistente de su voluntad y por la trascendencia de su original mensaje.

Hay muchos autores que se mantuvieron convencionalmente arraigados en una tradición cancelada, que han escrito muchas piezas, incluso de cierto alcance moderno, pero a quienes les faltaba el espíritu de subversión, el impacto de las formas actuales y la certidumbre de una condición testimonial, moral y estética irreemplazable. Nos referimos, claro está, a Calvo Sotelo, José María Pemán, Edgard Neville, José López Rubio, Víctor Ruiz Iriarte, Horacio Ruiz de la Fuente, José Antonio Giménez Arnau, Luca de Tena, Julio Trenas y Agustín de Foxá. Como se verá, la mayoría de ellos proceden de otro clima generacional. Muchos han estrenado obras de importancia, incluso con gran repercusión social como es el caso de *La Muralla, Callados como muertos* o *Murió hace quince años, El baile* o *Juego de niños,* donde se abordan temas e ideas de singular actualidad. Pero a todos les falta, para la verificación de un teatro cumplido, muchos elementos sustanciales y formales de primera categoría, indispensables en la construcción de toda máquina escénica de hoy. Todos presentan cierta puerilidad, afán de no perturbar excesivamente la conciencia burguesa de su público, timidez al abordar los grandes o pequeños actos de sus héroes, falta de resolución ética o religiosa y, en definitiva —y esto es lo más importante—, ausencia de mente y sentimientos para llegar a la máxima prueba o al máximo absurdo, única manera de establecer la solución dialéctica esperanzadora. Lo que nos podemos preguntar, llegados ya a esta coyuntura, es si el teatro español de estos veinte años ha estado presidido, encauzado o dirigido por todos estos nombres de autores y obras citados últimamente o si, por el contrario, quien ha dado la norma, el estilo o el hábito renovador ha sido el equipo rebelde de los Buero, Sastre y Mihura.

*

Ya hemos dicho que gran parte de esta producción está teñida de fuerte timidez, de inequívoca puerilidad, de gran cortedad de ánimo. No estamos dispuestos a discutir si todas estas características son debidas a un acento intencional de nuestros dramaturgos para asegurar una convivencia entre todos los españoles —en resumidas cuentas, un acto de delicadeza frente a la conciencia herida o convaleciente de ese hombre que hizo la guerra —o si es, simplemente, la expresión de una flaqueza, de un pacto o de una transigencia cómoda circunstancial. El arte y la literatura hispánicas, en otros siglos, no dieron nunca muestra de esta debilidad o de esta filantropía. La pintura tenebrista del seiscientos, los sermones de nuestros clérigos y frailes ilustres y las historias de nuestros misioneros en América, descubren todo lo contrario ; y no digamos nada de nuestros novelistas picarescos o de los moralistas como Quevedo, Feijoo o Larra. Ninguna de las formas castizas de nuestro realismo ha sido tocada tan suicidamente por la ambigüedad como la de nuestros dramas o comedias contemporáneos. Esta virtud o pecado de lo ambiguo salta a la vista en las mejores producciones de esta hora crítica. Para explicar esta manera de hacer hay muchas razones, que la mayoría de la gente conoce de manera obvia. Razones en pro de esta disposición, o en contra. De lo que estamos seguros es de la presencia persistente de la ambigüedad en esta literatura escénica, ambigüedad que llega a todos, a los buenos y a los malos, a los trágicos y a los divertidos, a las figuras y a los planteamientos finales. Ya sabemos lo frecuentemente que se da esta actitud del espíritu en la representación de nuestros días. La filosofía de la existencia es de cierta manera responsable de todo esto, conse-

B.D.I.C

crónicas

VÍCTOR ALBA

Los miedos de Berlín

Nadie lo ve en los rostros de la gente. Nadie habla de él. Pero Berlín está saturado de miedo. No es un miedo irracional, una simple reacción biológica. Al contrario, es producto del raciocinio, que se expresa en ideas y palabras más que en gestos y actitudes.

No es un miedo único, sino muchos miedos contradictorios. En Berlín —y en torno a Berlín— podría decirse que se han congregado todos los miedos de nuestra época.

Tal vez enumerándolos nos ayudemos a hacer un poco de claridad en nuestro propio miedo, que bien podría ser el único irracional, el miedo a esta maraña de miedos que parece rodearnos.

Todo esto suena a muy filosófico. En Berlín pierde tal calidad y queda en lo que es, en simple política llevada a sus últimas, extremas, trágicas consecuencias.

*

En Berlín, como en Moscú o en Barcelona, no puedo dejar de hacerme preguntas al ver a la gente de mi edad, de más de cuarenta años. Tal vez ese vendedor de antigüedades fue, antaño, un nazi fanático, un antisemita activo. (¡Y qué historia no habrá en este candelabro de siete brazos que asoma detrás de un montón de viejas pipas germanas!) Del mismo modo, me decía el año pasado en Moscú, que muchos de los viandantes ya maduros fueron acaso o víctimas o delatores, tal vez verdugos. Y en Barcelona, hace unos meses, no podía dejar de preguntarme si tal portero, tal estanquero, tal fabricante, estuvo en la cárcel o envió gentes al garrote...

Este es mi miedo personal, que sin duda coincide con el miedo de muchos franceses, ingleses, polacos, que se preguntan : « ¿Morir por Berlín? », sin acordarse que el « ¿Morir por Dantzig? » de 1939 fue el grito de los fascistas franceses para abrir las puertas a Hitler.

Comprendo que quien estuvo en un campo de concentración nazi no quiera morir por Berlín. Lo difícil de comprender es que la perspectiva de un campo de concentración soviético no le ayude a entender que en Berlín se juega no sólo la suerte de los dos millones y medio de berlineses, sino la de los franceses, los polacos, los británicos, igual que la de los mexicanos, los birmanos y los cameruneses...

Pero tal vez esto no se pueda, no ya entender, sino sentir, sin participar en cierto modo en los miedos de Berlín.

Ante todo, el miedo a la repetición de la historia.

Hagamos memoria. El 10 de marzo de 1935, Goering anuncia la reconstrucción de la Luftwaffe. El 16 de marzo, Hitler establece el servicio militar obligatorio. El 11 de abril, los aliados, reunidos en Stresa, condenan la decisión de Hitler. El 21 de mayo, Hitler pronuncia un discurso pacifista. El 26 de junio, von Ribbentrop logra que el gobierno británico acepte unilateralmente la supresión de las restricciones navales impuestas a Alemania. El 7 de marzo de 1936, las tropas nazis entran en la zona desmilitarizada del Rin. El mismo día, en la tribuna del Reichstag, Hitler proclama su « voluntad de paz » y propone a Francia la negociación de un nuevo acuerdo...

Recordemos, todavía : Hitler, después de la ocupación de los Sudetes, gracias al acuerdo de Munich, afirma que todas las ambiciones territoriales del Tercer Reich han sido satisfechas. Luego vienen las ocupaciones de Checoeslovaquia y Austria ...y el comienzo de la segunda guerra mundial.

El miedo de los berlineses —de esos berlineses que nunca fueron hitlerianos, que constituyeron un problema permanente para los nazis— es que en las cancillerías no se recuerde bastante la historia diplomática que va de 1933 a 1939.

*

Los periódicos, el cine, la televisión nos han enseñado por todos sus lados —menos por el lado oriental— esa muralla tendida en una noche por obreros vigilados por los fusiles, a lo largo de cincuenta kilómetros de línea divisoria. Hemos visto, tomadas desde Berlín occidental, las vistas panorámicas de la parte de la Alemania del Este que rodea la ciudad : alambradas, muros de cemento, descampados (para lo cual se han derribado casas y árboles), torres de centinelas con ametralladoras, faros y sirenas. Sabemos que 25.000 « vopos » (policías comunistas) vigilan esta línea divisoria y que tres mil obreros alzan la muralla.

Hemos visto en el cine y en fotografías esas casas de la Bernauerstrasse que son uno de los más espeluznantes absurdos de nuestra época : el edificio en el Este y las puertas en una calle que pertenece al Oeste. Hemos leído cómo por las ventanas de estas casas se lanzaron a la calle occidental mujeres, niños, hombres, paquetes de ropa... y cómo algunos se mataron.

Pero ver esto, esos bloques de cemento, esos « vopos » arma en ristre, esas ventanas amuralladas, esas flores sobre la acera en el lugar donde se estrelló una mujer que saltó desde un tercer piso cuando oyó que los « vopos » llamaban a la puerta de su apartamiento... ver a la gente saludarse desde lejos, ondeando pañuelos, a uno y otro lado de la muralla... eso no tiene ninguna relación con las fotos o el cine. Eso es tocar el miedo con las manos, verlo con los ojos...

Miedo de los alemanes del Este, ante todo. Miedo de los jóvenes a la falta de perspectivas, a la monotonía de la vida que se les depara. Miedo de los adultos a Ulbricht, del cual se recuerda perfectamente que, por ejemplo, firmó la circular que en 1939 ordenó a los comunistas alemanes que se mostraran amistosos con los nazis, sus verdugos, porque éstos, con la alianza Hitler-Stalin, se habían convertido en amigos de la Unión Soviética. Miedo a quedarse sin periódicos, a no poder comprar muchas cosas que se encuentran en Berlín occidental y que faltan a Berlín Este. Miedo a la deportación a las minas de Silesia, a las que se envían poco a poco los 63.000 obreros de Berlín Este que antes del amurallamiento de la ciudad trabajaban en Berlín occidental. Miedo a ir a dar a los campos de concentración heredados de los nazis, utilizados por el régimen entre 1945 y 1950, cerrados en 1950 y vueltos a abrir ahora para

que sólo conocieron del nazismo los últimos meses, cuando se movilizó a los muchachos de trece años. Miedo a que se crea en Occidente que el deseo de reunificación de Alemania es algo retórico, un « slogan » electoral, pero que no forma parte de la vida misma de los alemanes de hoy.

— Sabemos que hay actualmente dos Alemanias. Sabemos que de momento no pueden unirse —me decía un berlinés, estudiante de ingeniería—. Pero deseamos que los alemanes de uno y otro territorio tengan la esperanza de que en lo futuro, aunque sea un futuro lejano, los dos territorios volverán a ser una sola Alemania. Alemania dividida no es Alemania, sino la República Federal y la República Democrática. Lo que queremos es Alemania. Simplemente, porque somos alemanes, como otros son franceses, rusos o argentinos...

Miedo, entre esos mismos jóvenes, a que si Berlín se perdiera o se sacrificara al temor a la guerra, surgiera en Alemania Occidental un movimiento nacionalista, de carácter agresivo, que o bien podría envolver a Occidente en una guerra —entonces, por malos motivos—, o bien arrastraría a Alemania a someterse a Ulbricht en aras del deseo de unidad, exacerbado, convertido en irracional y psicopático, por su misma frustración. « Y entonces —agregaba ese estudiante— tampoco tendríamos a Alemania, sino, en vez de un país dividido geográficamente, como ahora, un país dividido espiritualmente. »

*

Miedo de un colega español, refugiado en Francia, en compañía del cual visité a Berlín Este (los extranjeros, mostrando su pasaporte, en la única puerta abierta, la de la Friedrichstrasse, pueden ir de una zona a otra, cosa vedada a los alemanes). Veíamos desfilar una sección de « vopos », con su uniforme verde, sus perros rastreadores, su « Canto de los guerrilleros » (traducido del ruso al alemán), sus cabellos dorados... Mi compañero se quedó un momento inmóvil, pálido, mirándolos. Y comentó por fin :

— Son como los SS.

Había estado año y medio en un campo de concentración nazi y conocía bien a los SS. Veía en los « vopos » la misma juventud, el mismo aspecto entre romántico y brutal, los mismos aires de privilegiado aburrido que había visto en los SS y que hacen de estas formaciones de idealistas obsesos, instrumentos de los mayores crímenes cometidos con tranquila conciencia o sin preocupaciones de conciencia. Ya la construcción de la muralla y el disparar contra los fugitivos que intentan franquearla, es algo que rebasa las ambiciones de cualquier policía...

*

Y un miedo que el lector de periódicos no adivina, pero que salta a la vista cuando se han pasado unos días en Berlín y se analiza la situación, después de hablar con gentes muy diversas : el miedo de Kruschef y de la dirección colectiva.

Hay que ponerlo de relieve, porque en él está la clave de la crisis de Berlín y también la fortaleza para superarla resistiendo a las tentaciones del apaciguamiento.

El Occidente ha cometido muchos errores y ha tenido algunos grandes aciertos. El principal de éstos fue el Plan Marshall. Moscú ha tenido muchos aciertos y algunos grandes errores. El principal de éstos fue no conquistar a Europa cuando podía hacerlo (inmediatamente después de la guerra, a través de una revolución que la resistencia deseaba y que los comunistas sabotearon, y más tarde cuando los aliados desmovilizaron sin encomendarse a Dios ni al diablo). Stalin creyó sin duda que, como dijo Lenin, el camino de París pasa por Saigón y el de Londres por Nueva Delhi. Pero Stalin olvidó que Lenin dijo también : « Quien domina en Berlín, domina en Alemania, y quien domina en Alemania, domina en Europa. »

El equipo de dirigentes que sucedió a Stalin ha acabado comprendiendo que el factor decisivo para el poder mundial no está en Asia, en China, en África o en América Latina, sino en Europa. Gracias al Plan Marshall y al Mercado Común, la Europa Occidental se halla en camino de ser la potencia económica mayor del mundo, con un tipo de progreso económico más alto que el norteamericano y mucho más alto que el soviético. Este camino, además,

JAMES MORRIS

La precaria revolución de Bolivia

Días atrás, viajando por la región montañosa de Bolivia, tuve ocasión de presenciar un hecho casi histórico. Llegué al pueblo de Pucara, un grupo de chozas perdido en la desolada altiplanicie, cuando se estaba celebrando el mercado semanal, como supongo que viene haciéndose sin interrupción desde la época en que los místicos arquitectos megalíticos levantaron Tihuanaco al borde del camino. El aspecto de este mercado era el habitual de todos los de Bolivia. Las viejas aymará, con caras de brujas, tocadas con los típicos sombreros hongos y vistiendo sayas de colores chillones, vendían como de costumbre verduras del país, basquiñas y otros productos de los Andes ; pero en el centro del pequeño mercado al aire libre, instalado en una explanada cubierta de cantos rodados, había un hombre que ofrecía una mercancía inusitada. Era un carpintero, y allí estaba en una actitud de desafío y de orgullo profesional perfectamente justificado, ya que después de todos los siglos de dominación inca, de conquista española y de independencia boliviana, era el primer hombre que presentaba a la venta, en ese lugar azotado por los vientos, una mesa y dos mazizas sillas.

Como es de suponer, no había vendido nada, pero su sola presencia allí cristalizaba un aspecto inconfundible de la Bolivia actual. Este país, abrumado por terribles dificultades, desgarrado por extrañas inquietudes políticas y económicas, es probablemente el que está más directamente expuesto a la subversión y a la discordia de toda América del Sur. Sin embargo, en un sentido más profundo, aunque menos evidente, es una república que tiene sus blasones, pues hace nueve años que una revolución conmovió al país desde las altas mesetas hasta la selva virgen del llano, arrastrando consigo los grilletes del feudalismo más retrógrado. Y bastantes años antes que sus desfiguradas vecinas del Pacífico, reconoció la igualdad política y social a sus ciudadanos, por lo menos en teoría. Todos los indios de Bolivia tienen derecho al sufragio (y el 60 por ciento de la población es quechua o aymará). Ningún indio boliviano está sujeto a las degradantes imposiciones de la servidumbre ni al desprecio que son la deshonra de Chile o del Perú. Cada día son más numerosos los que ya no trabajan como esclavos para los codiciosos latifundistas, y que se atreven a pensar en la adquisición de una mesa o de una

do, aunque harapiento. Nadie duda de que las elecciones pueden amañarse, nadie niega que la vida es más fácil para los que apoyan al partido, nadie discute seriamente que el M.N.R. debe sus éxitos y su supervivencia al hecho de halagar intencionadamente a los indios, mediante la reforma agraria y la distribución de fusiles, para obtener así sus votos ; y como me dijo el otro día el Presidente, « la estabilidad política de Bolivia será la obra de los campesinos indios ».

Precisamente, esta dicotomía —el idealismo social, combinado con el oportunismo político— es la que ha creado en parte los actuales conflictos en Bolivia. La necesidad o tal vez la oportunidad de conquistar la supremacía política, ha sido la causa de que la práctica vaya muy a la zaga de los principios. Hay leyes relativas al bienestar social de una generosidad absurda ; pero desde la nacionalización de las minas, la producción de estaño ha experimentado una baja tan desastrosa que el país está permanentemente al borde de la bancarrota. Es cierto que todos tienen derecho al sufragio, pero los caminos de la democracia son tan frágiles y tortuosos que los mineros de Catavi, armados, violentos y aguijoneados por los comunistas, escapan prácticamente a la autoridad del gobierno y, en realidad, la mitad de Bolivia está fuera del alcance de la Administración. La reforma agraria ha confinado a los señores feudales descontentos en sus casinos o les ha obligado a expatriarse a Venezuela, pero a menudo bajo la apariencia de la reforma se disimula la anarquía ; y por no estar sometida a una vigilancia estricta, ha conducido, sobre todo, a un incomprensible descenso de la producción. Como me explicó un ministro del gobierno, la reforma agraria se ha resentido de la escasez de topógrafos y del exceso de filósofos políticos. El fervor revolucionario y el dogmatismo del partido han obligado a muchos bolivianos de profesión liberal a abandonar su patria y han asustado a muchos técnicos y capitalistas extranjeros. La explosiva combinación del sufragio de analfabetos, de una economía miserable y de un pueblo armado mantiene el terror en el país.

*

No es extraño, pues, que las cosas marchen mal. El Dr. Paz dice que las dos Administraciones que se han sucedido desde la revolución han sido las primeras que duraron el plazo señalado por la Constitución ; pero es indudable que Bolivia acaba de pasar por una crisis particularmente repugnante, cuyas consecuencias son la inminente amenaza de insurrección armada, la detención mediante supercherías de numerosos dirigentes u obreros disidentes, el descubrimiento de un pretendido complot comunista y la casi inevitable retirada del Encargado de Negocios de Cuba. En los distritos es constante el peligro de nuevas violencias, y la Embajada de Estados Unidos en La Paz, como es fácil de comprender, tiene rejas de acero ante las puertas de los ascensores. Yo soy un defensor de Bolivia y reconozco que, a despecho de todas las trapacerías y de los falsos idealismos de que han sido indudablemente víctimas los pobres de esta República, la revolución les ha favorecido realmente. por lo menos desde el punto de vista psicológico ; pero sería un hipócrita si pretendiese que todo es de color de rosa en este elevado jardín andino.

Al sur del coruscante lago Titicaca, de un azul acerado, pasa la carretera que atraviesa la altiplanicie boliviana, después de dejar atrás las tierras altas del Perú. Al este se yerguen los esplendores de la cordillera andina, cadenas y más cadenas de nobles cimas cubiertas de nieve ; pero esta carretera recorre un paisaje más lunar que celeste, un territorio árido, lúgubre y hostil, a cinco mil metros sobre el nivel del mar.

En este paisaje están diseminadas en desorden las pobres cabañas de barro de los indios aymará y los montones de piedras que han arrancado de su miserable tierra ; algunas veces se encuentra a un campesino con sus burros o sus llamas ; al pasar por un aldea de adobes se levanta una nube de polvo, y de tarde en tarde se divisa a lo lejos a una mujer india, sola, que corre encorvada como una bruja por entre las brezas.

Esta carretera avanza durante unos ochenta kilómetros a través de esta monotonía y al fin desemboca sobre un precipicio. De pronto rebasa el borde de la alta

meseta y llega, dando vueltas, a una quebrada. Y cuando nos deslizamos por un sinuoso camino de herradura, vemos en el fondo del barranco que pasa a nuestros pies la ciudad de La Paz cobijada en un repliegue de la montaña. Sus rojos tejados y sus chozas de barro se amontonan adosados a los muros verticales del cañón y se desparraman por el valle del río. A su alrededor se halla la inmensidad de la altiplanicie y, al sur, a una gran altura, parece meditar la graciosa cumbre blanca llamada Illimani, donde el cóndor real de la leyenda inca plegó sus alas inmensas para dormir.

La Paz, situada a cinco mil metros, es la capital más alta del mundo. Se presenta como una población tumultuosa, agitada y a menudo atolondrada y desconcertante. Pero el que observe atentamente el país o tenga predisposición a dramatizar, no podrá resistir a sus incitaciones ni permanecer indiferente ante el inmenso absurdo de su situación.

Después de estos comentarios, y en medio de este ambiente, parecería lógico esperar, como los viajeros de la antigüedad, la aparición de hombres con tres ojos o con la cabeza hundida entre los hombros. Pero es forzoso reconocer que La Paz se esfuerza por agradar. Considerémosla más de cerca.

Su atmósfera está tan enrarecida que, en rigor, la única bomba de incendios de que dispone el Municipio no tiene más finalidad que rociar con agua de color indeleble a los manifestantes políticos.

Una de sus instituciones más activas es la organización de contrabandistas, llamada Sindicato de Comerciantes Fronterizos, y su mejor centro de contratación es sin duda el mercado negro, vasto emporio al aire libre de mercancías importadas fraudulentamente, y en el que me di de manos a boca con un respetable funcionario de aduanas, que compraba muy satisfecho discos de gramófono introducidos por procedimientos ilícitos.

Muchas mujeres de esta ciudad llevan el sombrero hongo, que se quitan respetuosamente cuando entran en la iglesia, y entre los remedios caseros tradicionales que pueden comprarse hay fetos de llama, pieles de gato y cuernos de armadillo.

La Paz ha presenciado 179 golpes de Estado y revoluciones en los 135 años de independencia de Bolivia, y la situación de su moneda es tan grave que, al vaciar el otro día mis bolsillos, me encontré en posesión de 683.700 bolivianos (necesité cerca de un millón para pagar la nota del hotel y unos millares más para el maletero).

Ahora resulta que me estoy burlando de la ciudad, pero es con una mueca de cariño, pues rara vez he encontrado otra tan seductora. A pesar de su apariencia, dista mucho de ser alegre. Es a la vez patética, trágica, estimulante y amenazadora, y todavía conserva algo del color y del brillo salvaje que le aportaron los españoles cuando la fundaron hace varios siglos.

No puede afirmarse que sea una población hermosa. Los escasos edificios antiguos se pierden en medio de las construcciones de un modernismo sin carácter, y a su alrededor, en la concavidad de su cañón, los indios han formado con casas de barro y de hierro ondulado calles en forma de terrazas ; pero posee, con todo, en un grado superlativo, las características del individualismo. Es una metrópoli limitada. En ningún otro lugar de la tierra se encuentra nada parecido. Si hubiese de buscar una analogía, diría que es una ciudad que palpita en medio de un desierto, como Damasco o Kairuán, transplantada como por arte de magia a una vertiente de la meseta tibetana.

Es una ciudad andina, y los indios que pululan en ella son los que le imprimen hoy su estilo. Los hombres, con sus facciones de incas y sus sombreros de lana que les cubren las orejas, resultan bastante extraños ; pero las mujeres tienen un encanto indescriptible.

Con sus sombreros hongos en lo alto de la cabeza, sus blusas blancas y sus faldas de colores brillantes, con los volantes de sus refajos que se agitan como espuma, los niños montados sobre sus espaldas como pequeños potentados, y los pies calzados con sandalias hechas de viejas llantas de automóvil, suntuosamente ataviadas e infinitamente industriosas, completan a menudo este conjunto con la magnífica dignidad de su porte. La presencia de estas mujeres en las calles de La Paz tiene un sabor entre gitano y retador.

Insisto en que no hay mujeres más soberbias en el mundo que las vendedoras del mercado de La Paz, sentadas ante sus altas mesas de quita y pon, el sombrero ladeado en actitud de desafío, los senos muy altos debajo de sus blusas blancas, las caras que expresan una mezcla de gravedad, astucia, curiosidad y condescendencia, en medio de los enormes montones de piñas y bananas, perdidas entre papayas, mandarinas, nueces y flores, dejan en la sombra a las siete maravillas y sugieren la idea de una sabrosa sensualidad.

La turbulencia propia de los indios de las tierras altas mantiene en esta ciudad la tensión y el espíritu belicoso, debido a lo cual el toque de queda a medianoche es moneda corriente. El maravilloso aire helado de La Paz, que aturde a los turistas y les hace meterse en la cama resoplando, favorece la excitación, la jactancia y el entusiasmo temerario, y el aislamiento de esta extraña ciudad, de esta capital serraniega de un Estado continental, le imprime un sentido de obsesión introvertida.

Sin embargo, para conocer la tensión de La Paz hay que visitar después de anochecido los barrios altos donde viven los indios. Los infatigables vendedores callejeros se encuentran, a lo largo de todas las avenidas, acurrucados alrededor de braseros chisporroteantes o esparcidos en una confusión de faldas, chales y niños, detrás de sus tenderetes llenos de frutas. Cientos de bujías iluminan los mostradores a ras del pavimento. Debajo de una multitud de toldos de lona, que recuerdan los restaurantes del mercado de Singapur, los indios comen sus guisos espesos o beben su infusión de coca ; fuera, en los patios oscuros rodeados de balcones, que son el caravanserrallo de La Paz, preparan los camiones para empezar al amanecer la nueva jornada : bajar a las yungas humeantes en busca de frutas y verduras tropicales o ir a pescar al otro lado de la altiplanicie las fabulosas truchas irisadas del lago Titicaca.

La escena es confusa en las tinieblas y no siempre pueden distinguirse los detalles, mientras se avanza entre la muchedumbre ; pero produce la impresión de una energía incesante e infatigable. Caras borrosas y miembros nervudos, una maraña de intenciones incomprensibles ; una carcajada de un pequeño mongol en traje de mecánico, el súbito hedor de una alcantarilla abierta, un desfile de sombreros hongos, empingorotados, que se mueven a la luz de las velas, y por encima de todo ello la amplia bóveda azul del cielo boliviano y las brillantes estrellas sin nubes del sur parecen tan claras y tan próximas que se confunden con las luces de las calles.

Sucede una cosa extraña. Cuando se llega a La Paz desde el norte, bajando por la escarpada vertiente, la ciudad semeja un verdadero prodigio ; pero si al alejarse de ella hacia el sur, en dirección de Illimani, se vuelve la cabeza desde la última cordillera, todo el encanto ha desaparecido, sus colores resultan pálidos, la tensión neurótica parece una ilusión, y toda la capital tiene el aspecto de un campamento de mineros abandonado y cubierto de inmundicias.

Hace pocos días acudí al Palacio presidencial de La Paz para celebrar una entrevista con el Jefe del Estado y tuve la suerte de llegar al mismo tiempo que él. Rápido y silencioso se detuvo su largo automóvil negro, y en el mismo instante un pelotón de soldados, con cascos de acero alemanes y las brillantes bayonetas caladas, se formó haciendo resonar los talones para saludar, como si fuera una unidad de la legión extranjera nazi de tez oscura. Los centinelas que se hallaban en los tejados circundantes dirigieron la mirada hacia abajo, unos oficiales se asomaron al portal presidencial, y entre la gente que, como yo, se había visto súbitamente sorprendida en medio de la calle por este significativo despliegue de fuerzas, apareció un anciano todo vestido de negro, llevando sobre su espalda encorvada un ataúd de caoba.

Supongo que este incidente no tenía nada de simbólico, pero la estructura de Bolivia es indiscutiblemente de naturaleza volcánica, y el Presidente Paz Estensoro vive rodeado de peligros. Llegó al poder gracias a la revolución, pero en el ambiente tumultuoso de este país ha pasado a ser un hombre de derechas. Siente una antipatía invencible hacia los comunistas, trotskistas, anarquistas y todos los demás partidos de izquierda bolivianos, y está enzarzado en una rivalidad solapada, pero que nadie ignora, con su propio vicepresidente,

rio, los tres ministros militares, aunque discordantes con la orientación neutralista del Brasil en el aspecto internacional, se esforzaron en evitar la renuncia del Presidente.

3) Ninguno de los colaboradores de Quadros, ni siquiera los más íntimos, saben indicar con precisión cuáles son las « terribles » presiones sufridas, ni pueden señalar a los representantes de la « reacción » que lo obligaron a renunciar. Ello nos obliga a creer que la renuncia fue motivada únicamente por haberse sentido « desprestigiado », y no poder gobernar, según confesó a sus amigos anteriormente, sin la entera confianza nacional.

Para poder comprender e interpretar, por lo menos parcialmente, este gesto, cuyas consecuencias a largo plazo son difíciles, por no decir imposibles, de calcular, tanto para el Brasil como para América Latina, es preciso, aunque no sea más que sumariamente, analizar la personalidad y carrera política de Janio Quadros.

No será fácil definir esta personalidad ni tampoco indicar a qué factores obedeció la creación del mito que le ayudó a realizar su rápida carrera política, que en poco más de diez años consiguió un verdadero *tour de force,* ya que a los 43 años de edad alcanzó la primera magistratura, a la que muchos políticos llegan a los 50 o 60, sin conseguir, mientras tanto, polarizar la fuerza de la opinión pública, tal como lo consiguió Quadros en las últimas elecciones.

Después de haber pasado por la Facultad de Derecho de Sâo Paulo, donde se distinguió como autor de sonetos parnasianos que le valieron la inclusión de su nombre en un Club de Poesía, fue expulsado más tarde por sus colegas « por falta de mentalidad modernista ». Quadros ejerció en la misma ciudad y casi anónimamente la abogacía y el profesorado, sin sobresalir ni en el Foro ni en el Magisterio.

Algún tiempo después del derrocamiento de Getulio Vargas, ocurrido a fines de 1945, Quadros decidió ingresar en la política y comenzó su carrera presentándose para el cargo de concejal y realizando una serie de pintorescos comicios en los que apareció interpretando un proletariado « sui generis ». Vistiendo un traje arrugado, con los cabellos despeinados, la barba crecida, los zapatos deformados y la chaqueta llena de caspa, se detenía frente a las puertas de las fábricas, hablando de los sufrimientos del pueblo ; y a la hora del almuerzo sacaba del bolsillo un bocadillo de mortadela con mostaza, y comenzaba a comer, sentado muchas veces en la acera, al lado de un obrero, cuyo almuerzo consistía en arroz, guisantes y bananas.

Con este « programa » un tanto anárquico, un tanto lírico, un tanto izquierdizante, Quadros creía que se encuadraba en un socialismo muy en boga después de la dictadura, por lo que se afilió al Partido Socialista Brasileño, con el cual jamás mantuvo antes contacto ni sentía afinidad ideológica, por el simple hecho de ser un candidato antipartidista y por haber comprendido que, salvo rarísimas excepciones, los partidos políticos del Brasil eran una ficción, ya que las luchas partidistas se agrupaban más en derredor de hombres que de ideales.

En el Ayuntamiento, para el que fue elegido como concejal por regular votación, Quadros sobresalió más por su originalidad que por su coherencia, y, al poco tiempo, rebasó la pequeña esfera de su barrio para ser un político municipal de toda la ciudad.

Así, en las siguientes elecciones, ya separado del socialismo pues descubrió su vocación de demócrata-cristiano, con una campaña tan original como la primera, en que la escoba apareció por primera vez como símbolo moralizador, le eligieron para diputado de su Estado, apoyado por una coalición de pequeños partidos que de esta manera conseguían propagar su existencia mediante un hombre cuya política era la negación de cualquier partido en particular.

Algunos años de actuación oposicionista en la Asamblea Estatal, le abrieron bastante camino para pretender otro cargo más importante en una nueva elección : se trataba de la alcaldía de la ciudad de Sâo Paulo, la mayor urbe del Brasil y una de las mayores y más dinámicas de América Latina, que hasta entonces era gobernada por el médico Adhemar de Barros, cuyo lema oficioso era : « roba, pero actúa ».

No fue difícil ganar la elección, que se transformó en el triunfo de la carrera de Quadros al lograr la alcaldía de Sâo Paulo, donde por primera vez se comenzó a poner en práctica, a ratos de una manera vo-

cinglera y pintoresca, su política moralizadora. Soñaba ser un Lincoln brasileño. Ahora sólo le faltaba un peldaño para llegar a la antesala de la primera magistratura : su elección como gobernador de São Paulo, el Estado más rico y próspero del Brasil, que con sus trece millones de habitantes constituye para cualquier candidato una fortaleza casi inexpugnable para la conquista del Poder.

Así fue como la escoba comenzó a difundirse por todo el país, y el nombre de Janio Quadros, al cual se vinculaba la leyenda de su honradez personal y la incorruptibilidad administrativa, se apoderó del Brasil, abriéndose las puertas de la popularidad en vísperas de la campaña electoral para la Presidencia de la República, en la cual el concejal de 1948 no sólo se presentaba como favorito, sino como la encarnación de un espíritu moralizador, que ya había sido comprobado en São Paulo, donde se vivía un momento de real prosperidad económica y financiera.

Quadros tuvo una oposición relativamente débil en la campaña presidencial ; los dos candidatos adversos no representaban ningún peligro, pues, por un lado el mariscal Henrique Teixeira Lott era una personalidad fría, el prototipo de representante rígido de la clase militar, y por otro, Adhemar de Barros, su adversario de São Paulo, se presentaba con un programa sin contenido.

Quadros ganó la elección del 3 de octubre de 1960, ayudado por los siguientes factores :

1) Base electoral del Estado de São Paulo;

2) Gobierno próspero y moralizador realizado en aquel mismo Estado de São Paulo;

3) Apoyo de los grandes partidos políticos en una coalición paradójica, pues en ella se encontraban grupos antagónicos como la Unión Democrática Nacional (Lacerda) y el Partido Trabajador Brasileño (Vargas), menos los comunistas y fascistas, que apoyaron al mariscal Lott ;

4) Campaña cívica dirigida en todo el país por Carlos Lacerda ; y, finalmente,

5) Alza continua del costo de vida, provocada por la política inflacionista del gobierno de Juscelino Kubitschek.

Janio Quadros gobernó el Brasil durante seis meses y 25 días, lo que en un mandato de cinco años es realmente poco. No podrá ser establecido un balance de sus actividades, a no ser que se haga muy sumariamente ; y aún así deberá subrayarse que, en gran parte, todas las medidas planeadas apenas fueron esbozadas, no consiguiendo casi dar resultados positivos. Lo mismo puede decirse en lo referente a la campaña de moralización administrativa puesta en práctica mediante gran número de investigaciones que, si bien llegaron a provocar cierto temor en los círculos especuladores, no dieron prácticamente ningún resultado, ora por falta de tiempo, ora por alegar que varias personalidades importantes estaban envueltas en los negocios sucios, y que, en consecuencia, el Presidente no podría aún arriesgarse a tomar medidas enérgicas.

Su renuncia tiene, pues, como primera consecuencia, la paralización de la política moralizadora, porque será difícil —por no decir imposible— creer que alguien tome la iniciativa de impulsar las investigaciones paralizadas por unas u otras causas, no siempre confesables.

Generalmente se dice que Janio Quadros consiguió realizar una buena política interior, pero que su política exterior amenazaba lanzar al Brasil a una peligrosa aventura, retirándolo de su importante lugar en América Latina para transformarlo en discutido país « líder » de un neutralismo que nadie sabe definir con precisión. Hasta los más íntimos colaboradores de Quadros acostumbraban a decir muy vagamente que sus medidas en el terreno internacional intentaban dar al Brasil « una posición de izquierda, nueva y audaz », cuando en realidad la mayoría de las medidas adoptadas sólo consiguieron crear una increíble anarquía, fortaleciendo, según lo demostraremos, la posición política y económica de varias dictaduras, particularmente la de Fidel Castro.

En el aspecto interior, en cambio, el equipo ministerial de Quadros era considerado por los comunistas y nacionalistas como « reaccionario », si bien durante las últimas semanas de su gobierno suspendieron por completo sus ataques contra el Presidente, para fortalecer la campaña contra Carlos Lacerda, llegándose hasta una proyectada carta de apoyo dirigida por el viejo dirigente comunista Luis Carlos Prestes.

argentinos, cubanos, mexicanos, en que cada uno hablara como en su tierra? Papel de los españoles de España sería el de darnos y volvernos a dar, sin cansancio —como hacen los franceses con los suyos— nuestros clásicos en sus grandes obras, sobre todo Tirso, Lope, Calderón. Exactamente como aquí se hace una y otra vez con Corneille, Racine, Molière. Proponiendo permanentemente todas las variantes, tomándose todas las libertades que cada cual sea capaz de inventar. ¡Qué pena tener que venir a ver un buen *Alcalde de Zalamea* en francés como vi, hace ya catorce años, un admirable *Fuenteovejuna,* en inglés, dirigido por un alemán : Erwin Piscator!

« La Celestina » según Bataillon

Las vacaciones nos siguen cantando en el oído como sirenas retrospectivas. Las vacaciones y los clásicos españoles. En efecto, mi lectura de verano no ha sido ninguno de los escándalos de librería, ningún *best-seller* de estos últimos tiempos sino simplemente *La Célestine selon Fernando de Rojas,* de Marcel Bataillon. En una edición sencilla, tipo libro de estudio, del editor Didier, aparece hoy este monumental trabajo que honra a su autor, que ya tenía en su haber el gigantesco *Erasmo y España,* obra de juventud revisada por él mismo hace relativamente poco para su publicación en español.

He seguido y sigo a Bataillon en su cátedra del Collège de France que dirige con su enorme autoridad. Estos últimos años se ha ocupado de *La pícara Justina,* novela picaresca de segundo orden, quizá, pero que para él resulta campo extraordinario donde estudiar la sociedad de la época de Felipe III, sobre todo en los estratos cortesanos con vistas sobre el bajo pueblo. Apasionante, puedo decir, ver a Marcel Bataillon —todo inteligencia y sonrisa— navegar entre los bajos escollos y sortearlos para presentarnos una imagen distinta, más rica y compleja, de la realidad de aquella época. Pero al no ser especialista en la materia, reconozco que muchas veces, en clase, yo lamentaba para mis adentros que vigía tan agudo, tan sabio, tan proporcionado, no hablara de un tema, de un autor, que a mí me apasionara mucho más. Con este libro sobre *La Celestina,* mis votos íntimos se ven realizados con creces. No me corresponde a mí hacer el elogio de tan gran maestro, el mayor hispanista de estos tiempos, pero no quiero tampoco dejar de decir mi palabra aquí. Bataillon tiene el rarísimo privilegio de ser sabio sin dejar de tener sentido común y ese humor que todo lo regula y lo mide. Dice Vladimir Jankélévitch en su *Ironie ou la bonne conscience,* que el pensamiento irónico es la culminación del pensamiento. Porque el que ironiza pone en tela de juicio su propio pensar, su propio saber. Vuelve contra sí mismo el cuchillo de su disección y duda, suprema maravilla del hombre en su cumbre, duda de lo mismo que está afirmando. En una palabra : deja un margen a lo que dice como para que el lector, el que escucha, pueda hacer una acotación y disentir. Pone aire entre cada uno de sus pensamientos y nos deja respirar. El pensamiento dogmático nos enclaustra en un aire irrespirable. La elasticidad que sólo da cierto tipo de inteligencia nos hace fácil el camino difícil. Así y no de otra manera es como Marcel Bataillon, que nos deslumbra con su saber, al no tener ningún rasgo de pedantería, al no afirmar categóricamente, propone su versión de los hechos y nos convence más que si con un « criterio de autoridad » —que él podría permitirse— nos forzara a entrar en su mundo. El milagro se produce así de esta manera : la materia prima es una masa impresionante de erudición. Ahora bien, esa erudición no se nos viene encima como una montaña porque Marcel Bataillon, con un sentido exquisito de la mesura, compone —como un buen novelista— todos sus efectos, no deja nada librado al azar y con una inteligencia de una agilidad, de una modernidad que ya quisieran muchos jóvenes, nos va llevando como de la mano por su versión de las atribuciones de *La Celestina* y del valor de sus contenidos. Repito : yo no soy quién para elogiar a este gran maestro, pero si tuviéramos que esperar estar a la altura de los grandes para poderles decir lo que pensamos de ellos nos tendríamos que condenar al silencio. ¿Qué podemos desear fervientemente? Ver pronto, muy pronto, esta interpretación de *La Celestina* en español y que corra el mundo para asombro y deleite de un inmenso público.

libros

« Los Premios », de Julio Cortázar

Un epígrafe de Dostoyevski acerca de la necesidad de la gente vulgar en la literatura y esta primera frase reveladora —que es también un programa literario, una apuesta : « La Marquesa, salió a las cinco » : he aquí a Julio Cortázar decidido a la trivialidad, a dar forma a ese mundo infinito, monstruosamente insignificante de la realidad porteña, en sus primeros elementos fáciles, corrientes, reconocibles a primera vista : una Quilmes Cristal en un café céntrico, una conversación trivial en el clima archiconocido de las licencias con goce de sueldo, las reuniones de concepto, las muchachas bonitas de la calle Florida. Cortázar no asume estos elementos en un empeño de suma, sátira o comedia humana, de parábola simbólica o alegoría sudamericana, aunque el crítico se vería fácilmente tentado a definir así esta experiencia, y no le faltarían argumentos para defender cada una de estas tesis —repertorio clásico, tamiz consagrado y tradicional de nuestra novelística. Esta aventura, embarque misterioso que confina a un grupo reducido de personajes en la proa del Malcolm, tiene la singularidad de desplegarse en niveles multiplicados, desde cada uno de los cuales un resorte propio y diferente ilumina la acción. Como en *La Peste*, como en *El Decamerón*, el mundo de Cortázar es una prisión-enfermedad que hay que entretener con juegos, pretextos más o menos válidos : paradojas, evasiones carnales o astrales. Cuando aparece la fatiga del pretexto y se buscan los motivos, los porqués, el camino de la popa a toda costa, la respuesta total, sin réplica posible, hace estallar el mundo donde cabía aún preguntar, pretextar, jugar al juego « sin ilusiones y sin trascendencia ».

La popa es limitación y desafío ; y en la doble actitud adoptada por los personajes —rebelión o convencionalismo— se engrana la tensión dramática del relato. Describir así el libro de Cortázar sería, no obstante, empobrecerlo ; porque más allá de esta complicidad fundamental en uno de los dos bandos, crece el mundo de los pactos bilaterales y las traiciones secretas, las otras razones o sinrazones que apoyan la deserción o la hazaña insospechada de la última hora.

En el plano compositivo, tres jornadas, más un prólogo y un epílogo : en esta arquitectura clásica, los episodios se imbrican el uno en el otro ; una misma mirada interior revela al personaje, sin prepotencia, ni complacencia, ni falsa piedad ; las voces van pasando de una a otra con el ritmo necesario : unidad lograda, respiración única, túnica sin costuras.

En el plano lingüístico, Cortázar sortea sin vacilaciones el tembladeral del voseo, sabe dar voz y naturalidad al tan raramente expresado lenguaje porteño, sin caer en los obstáculos posibles : lunfardismo hermético, connivencia con la vulgaridad, desprolijidad de lo fácil o incorrecto. Cabría adjudicar a Cortázar la definición que acerca de un escritor propone uno de sus personajes : « el autor ha renunciado a los efectos de la belleza formal, sin por eso incurrir en el periodismo o la monografía disecada ». Y más adelante : « Ese nuevo estilo sólo podría resultar de una nueva visión del mundo. » (¿No decía Flaubert que « el estilo es por sí solo una manera absoluta de ver las cosas »?)

Creo que la distancia es el nombre, el número fundamental del estilo de Cortázar : « La distancia que hace de una cosa lo que es. » Distancia representada sobre todo aquí como ironía : una ironía cordial, inteligencia maliciosa y regocijada, licor exacto y preciosísimo que anima el relieve de frases como ésta, tesoro de nuestros futuros filólogos y delicia de los lectores presentes : « Tras de ellos entró un joven vestido de gris perla y camisa negra, que sujetaba su corbata color crema con un alfiler en forma de escudo futbolístico. » La distancia que impide la sofocante perspectiva única (no en vano rea-

encantador, el lirismo tierno y sugerente, mostró un sentido de trascendente argentinidad ; el hombre sensible argentino ante los temas eternos —muerte, amor, vida— se expresó en un lenguaje plástico, íntimo y poético. Traigo este recuerdo porque el libro que conmovió a los jóvenes latinoamericanos de entonces, y que está relacionado con *La vida blanca,* fue *Historia de una pasión argentina.* El éxito que proyectó *Cuentos para una inglesa desesperada* se trasladó de la cuentística al ensayo político, social, de introspección argentina. Una generación no sólo de argentinos, sino de hombres y mujeres de otros países latinoamericanos meditó en torno a *Historia de una pasión argentina* que reclamaba una visión más interna y responsable del sentido de la patria. La dimensión del libro antecedente a *La vida blanca* situó el problema con suficiente espacio y lo primero que extraña al lector de esta última obra de Mallea es precisamente su reducido número de páginas. El tema es tan resonante como el del libro ensayístico, clave de la obra del autor, pero es necesario acudir a la síntesis, lo que viene a dañar la exposición, puesto que lo más importante para los lectores de Mallea es precisamente su ancho discurso interior. Aquí su respiración es más corta y el estilo más apretado. Da la impresión *La vida blanca* de ser el archivo patético complementario a la tesis de *Historia de una pasión argentina.* Esto no le resta méritos al nuevo libro, sino que simplemente lo sitúa.

Mucho ha caminado Argentina desde que Mallea escribió este libro. Perón en el poder, con su argentinidad gutural, con su patria demagógica a flor de garganta, dijo todo lo contrario de ese argentino de la patria profunda que ansiaba la *Historia de una pasión argentina.* El nuevo coro peronista-comunista que oí en las calles de Buenos Aires a fines de 1958 era el de una Argentina que alzaba no la meditación en la salvación nacional, sino el oportunismo politiquero totalitario. Por todo eso el servicio de *La vida blanca* es importante hoy. Se ve en sus páginas al humanista, al hombre de visión preocupada, al desvelado por un grave problema patrio. Se advierte al que se desespera de la lentitud de laberinto ciego con que se resuelven, o no se resuelven, o se postergan conflictos que piden soluciones urgentes.

La mirada de Mallea no se pasea sólo en el ayer, en el momento en que la patria se pone de pie con los héroes que son los grandes abnegados, su visión se interna en lo que debió cuajar como flor y fruto y se quedó en promesa. Se interna en ese mal no sólo argentino sino latinoamericano de la prisa por « tener influencia pronto », de cualquier modo, y « ganar » a toda costa, aunque en ello se pierda la única victoria necesaria : la del quehacer profundo. Esa prisa juvenil por el « título », palanca futura del « abrirse camino rápido », es también una queja y una advertencia en el libro de Mallea. Nuestra América Latina es vasta y la prisa nos ha perdido casi siempre. A veces no sabemos adónde queremos llegar, pero corremos. Las desigualdades, los desniveles de los estratos sociales son tales que un título es un abrepuertas. El saber por el saber, el formarse para ser o existir, aparte del « éxito » inmediato, parece que no importan en nuestra América Latina o que son rarezas. Se advierte en el libro de Mallea esa condición ética, que estaba tan a flor de página en *Historia de una pasión argentina.* Si alza la voz entre el estruendo vertiginoso de su tiempo es para que alguien comprenda.

Mallea nos ofrece la mejor definición de *La vida blanca* en las importantes páginas dedicadas a explicarla : « Ya se verá que éste no era, no es un libro político. Es un libro ansioso de un hombre sobre su propia tierra. Y está por encima de toda militancia que no sea la militancia del alma en busca de sus sueños superiores. »

Hay que leerlo como lección y comprensión no sólo del quehacer argentino, sino de nuestro futuro latinoamericano.

A. B. F.

Max Aub : « La calle de Valverde »

Si hay un español vivo que merezca el título ya secular de novelista (de novelista como lo fueron un Balzac, un Tolstoi, un Pérez Galdós : novelistas creadores de « mundo »), ese español es Max Aub. Nadie como él tiene la potencia creadora de personajes vivos, la imaginación dramática y penetrante, el estilo personal que crea el clima particular de sus obras. Nadie con las alforjas tan llenas de volúmenes novelescos. Max Aub es un novelista, todo un novelista. O, diríamos mejor, un escritor, todo un escritor. Uno de los pocos grandes escritores con que cuenta la literatura de lengua española. Y digo escritor, término más general, porque todos los modos del escribir —del escribir literario— le son naturales a Aub. Novelas, sí, muchas novelas ; pero, también, obras teatrales —representables o no—, cuentos, « crímenes », poesía, ensayo, crítica literaria, antologías... En total, más de cuarenta volúmenes publicados. Y digo escritor, también, porque en sus novelas, en sus obras en general, la creación de mundo, de vida, es al mismo tiempo, por la cualidad particular del estilo que es la marca de todo auténtico escritor, expresión de una visión

particular, de un mundo personal, de unas preocupaciones morales, intelectuales y políticas, humanas, hondamente arraigadas y que no pueden por ello faltar a la cita, vital para el escritor, del escribir.

Es gran lástima que este novelista, que este escritor que es Max Aub, tan amplio, tan rico de vida y experiencia al mismo tiempo que de arte, tan personal de estilo, sea tan poco conocido de las jóvenes generaciones literarias de España. En este renacer último de la literatura española, a Max Aub le cabía un papel de maestro, de guía, al mismo tiempo por su « voluntal de mundo » y por su « voluntad de estilo ». Ese papel sólo dificultosamente, esporádicamente, puede ejercerlo a través del escaso número de sus libros que llegan a España. Expulsado por la derrota de la democracia española de su patria de elección (nació en París de padre alemán y madre francesa y no llegó por primera vez a España hasta pasados los once años), Max Aub se ha hecho novelista, gran novelista, en México. El aislamiento de estos veintidós años últimos, que aún persiste, ha impedido e impide en gran parte que su irradiación de escritor ejerza una influencia provechosa sobre los jóvenes españoles esforzados en la dura batalla del novelar, evitándoles el tener que descubrir ingenuamente ciertos mediterráneos ya más que ranciamente conocidos. Y es que Max Aub, con algún otro novelista (Cela, Sender...), constituye el enlace auténtico con la gran tradición novelística de nuestra patria. Así se empieza ya a reconocer, tras muchos años de esforzado e inteligente trabajo de nuestro autor.

Último fruto de la gran capacidad creadora de Aub, he aquí esta *Calle de Valverde* (Col. Ficción, Universidad Veracruzana, México, 1961): una novela más. En esta nueva obra el novelar de Max Aub permanece fiel a sí mismo. Como en la famosa serie de « El Laberinto Mágico » (*Campo Cerrado, Campo Abierto, Campo de Sangre, Cuentos Ciertos* y *No son cuentos* : el mejor panorama novelístico escrito por un español sobre la guerra civil y sus aledaños), en *La calle de Valverde* se nos ofrece una novela-torrente. Y digo « torrente » mejor que « río » por sugerir el ritmo precipitado, revuelto, por sacudidas, en que transcurre la historia que el autor nos cuenta. ¿La historia? : las múltiples historias. Max Aub nos presenta a cien, doscientos personajes (sería prolijo contarlos), cada uno con su historia, su destino particular. Pero todas estas historias se entretejen para reconstituir una historia mayor : la de una sociedad o, mejor, de un sector importante de una sociedad. Esa sociedad es la del Madrid de la Dictadura (la breve), el de la clase media republicana y los intelectuales del año 25, el que el autor mismo conoció en los albores de su vocación de escritor. Esta crónica de la clase media madrileña nos la ofrece Max Aub a través de personajes de su invención y de otros cuyos nombres pertenecen a la literatura o a la historia de España. Vemos, por ejemplo, al filo de las famosas tertulias literarias madrileñas, a Valle-Inclán, Alvarez del Vayo, Díez Canedo, Rivas Cherif, Francisco de Cossío y otros muchos, todos ellos admirablemente retratados en unos cuantos trazos finos y frecuentemente irónicos. Y aun entre los personajes « inventados » sospechamos que algunos deben de ser reales, bajo el nombre cambiado.

En el entretejerse múltiple de las peripecias novelescas apenas cabe hablar de protagonista, al menos de protagonista individual. Ese protagonista sería más bien la vida colectiva de una ciudad en una época determinada, con sus problemas particulares, sus tendencias e inquietudes políticas que unos años después habían de desembocar en la República, sus capillas literarias y sus discusiones intelectuales... Todo ello ofrecido en forma de hormiguero novelesco en el que la atención del lector se ve obligada a desplazarse continuamente, sin posibilidad apenas de demorarse en la peripecia individual de un personaje, por muy dramática que sea. A veces el lector desearía una menor riqueza, un mayor despojamiento, una más sostenida linealidad. Pero la riqueza frondosa y un poco salvaje de la novela nos deja en definitiva la impresión que quizá deseaba el autor : la de un complejo social que empieza a agitarse, a removerse, husmeando tal vez las grandes luchas próximas.

En cuanto al estilo, tan personal, de novelar de Max Aub, digamos simplemente que es de una brillantez sólo equiparable con su eficacia y penetración. El dominio que el autor tiene de su idioma, su riqueza verbal y metafórica, producen efectos sorprendentes, por su ironía, su causticidad, su exactitud y su belleza literaria. Alguna vez, sin embargo, desearíamos que esta abundancia de recursos literarios se limitase a sí misma un poco, evitando ciertos barroquismos y expresiones forzadas, aunque ingeniosas. La brillantez natural del estilo de Max Aub no necesita de excesos para hacerse patente a la atención del lector.

FRANCISCO FERNANDEZ-SANTOS

Claudio Sánchez Albornoz : « La España musulmana »

ESTA SEGUNDA EDICIÓN DE *La España musulmana* agrega nuevos textos originales de autores islamitas y cristianos del período musulmán que aclaran el arte, el pensamiento,

Laín se dirige tanto hacia el placer como hacia el dolor, casos extremos de la vida cotidiana que, analizados, muestran la actitud de una sociedad, la forma radicalmente íntima de encararse con la existencia y que pueden darnos la clave de nuestro tiempo. Laín las estudia como actitudes actuales, no como posibilidades futuras o como fundamentación de una teoría.

Pero donde más claramente se advierte la meditada y objetiva postura intelectual de Laín, su apasionado amor a la verdad, es en el examen de la siempre espinosa realidad española, ya se trate de Velázquez y Gaspar Casal, o de Marañón y Severo Ochoa. Esto es muy importante porque la serenidad es difícil en el área hispánica. Reclutar figuras vivas o muertas, cumular razones para justificar agresividades : en eso consiste la actividad intelectual, en la mayoría de los casos, en los distintos bandos existentes. Laín, por el contrario, da una magnífica lección de probidad intelectual, de ponderación y justeza, al hablarnos de unos « españoles de pro ». Sus palabras, como todas las de esta trayectoria, bien escasas, quedarán ahogadas en el ruedo ibérico por las bambollas oficiales y los gritos estentóreos de los grupos en juego, que ocultan el último sentido de la realidad. Especialmente sus palabras sobre Marañón, emocionadas y memorables, son una lección inobjetable de amor a la verdad.

« Conocemos el delirio, la canción, el aullido y el monólogo, pero no el diálogo », ha escrito Octavio Paz. Laín Entralgo intenta una vez más en *Ocio y Trabajo* establecer un diálogo entre los españoles.

JOSÉ R. MARRA-LÓPEZ

Carlos Bousoño : « Poesías completas »

Estas *Poesías Completas* de Carlos Bousoño (Editorial Giner, Madrid, 1960) comprenden los tres primeros libros poéticos de este joven maestro de la nueva generación literaria española : *Subida al amor* (1945), *Primavera de la muerte* (1946) —ambos publicados en su primera edición en la Colección Adonais— y *Noche del sentido* (1957), que apareció en la Colección Ínsula. A estos tres libros se añade, en su última parte, una serie de poemas que hasta ahora sólo se publicaron en revistas, y que, junto a otros aún inéditos, han de formar otro libro ya terminado de Bousoño y que verá la luz en breve con el título de *Invasión de la realidad*.

La publicación de estas *Poesías Completas* parece muy oportuna —a pesar de la juventud del poeta : 38 años— teniendo en cuenta que los libros poéticos de Bousoño se hallan hace tiempo agotados y que esta edición permitirá al lector interesado tener reunidos esos libros de tan difícil acceso en su edición primera. Por otra parte, es evidente que la *poesía junta* de un poeta permite abarcar, con una mirada de conjunto, la materia toda y el crecimiento y evolución de una lírica, cuando hay tras ella, como ocurre en este caso, una voz personal, un acento y un estilo.

Afirma Bousoño en la interesante introducción que ha escrito para esta edición de sus *Poesías Completas*, que el verdadero protagonista de su poesía « es el tiempo, o mejor la sensación de existencia precaria que la realidad posee ». Con ser bellísima la realidad en tantas de sus formas, el hecho de su « fugitividad », de su precariedad, le añade acaso una seducción mayor. Es como una hermosa ciudad de la que supiéramos que va a ser destruída y a la que sólo pudiésemos visitar y disfrutar de ella la víspera de su destrucción. Bousoño ve la existencia como *primavera mortal* —título de su segundo libro—. Y esa dualidad, tantas veces patética, está presente en cada uno de sus libros, aunque a veces predomine en uno lo que la vida tiene de mortal y de fantasmal, y en otro lo que tiene de hermosa y activa realidad. Por otra parte, Bousoño comparte la concepción de Antonio Machado al afirmar que la poesía « es un diálogo con nuestro tiempo » y que, en cuanto la poesía nace de un contorno histórico, y ese contorno histórico es rigurosamente parte del poema, toda poesía es, por tanto, poesía de circunstancia. Lo que no quiere decir, naturalmente, que esa circunstancia sea una realidad exterior, en un ámbito —espacial y temporal— palpable. Bousoño no es un poeta realista en el sentido que suele hoy darse a ese adjetivo. Su poesía —sugeridora, aérea, misteriosa— se halla más bien inserta en esa línea del más puro lirismo espiritual en la que debemos situar a un San Juan de la Cruz o a un Bécquer. Pero en los nuevos poemas de *Invasión de la realidad* que figuran en la última parte del volumen, quizá culmina una evolución en la poesía de Bousoño que ya apunté en mi libro *Poesía española del siglo XX*. Esa evolución es visible a partir de *Noche del sentido*, su tercer libro publicado, y el propio Bousoño señala la fecha de 1947, en que, hallándose lejos de España, en México, empezó a experimentar los primeros síntomas de un cambio profundo en su poesía. En sus dos primeros libros —*Subida al amor* y *Primavera de la muerte*— Bousoño nos había ofrecido una interpretación juvenil del mundo, una imagen alada de la existencia, desde una actitud que pudiéramos llamar angélica, de amorosa fe adolescente. Pero a partir sobre todo de

En un repaso al panorama del mundo en el desenvolvimiento cooperativo, se deja constancia de que, para el curso de las sociedades modernas, no será una solución completa, pero sí un medio para acelerar el desarrollo de ese movimiento de conciencia que colectivamente esperamos. Particularmente en el Brasil, donde el autor ha desarrollado una acción amplia, plantea los diversos problemas que se han suscitado desde los primeros instantes en que el ideal se ha ido extendiendo y los inconvenientes surgidos para evitar el usufructo individual a que en muchos casos se prestó la cooperación, algunas veces por impericia y otras por falta de un control directo sobre la actividad desarrollada.

Las cooperativas han desenvuelto una mentalidad en el ambiente rural sudamericano, contribuyendo a la formación de una cultura social al margen de la acción del Estado. El campo de actividad no se concretó tan sólo a su faz meramente económica, en defensa de los intereses materiales de los asociados, sino que extendióse al campo intelectual, como una promesa de cuanto podrá hacerse bajo este aspecto. Un decálogo de las aspiraciones cooperativas y una ambición manifiesta de tender la mano « a la masa hambrienta », al « hombre de la azada que reivindica sus justos derechos », tal es este estudio macizo y en bella edición de Inter Coop.

En lo que concierne a la legislación cooperativa, se ocupa del derecho de la doctrina, de la acción « pionera » en Latinoamérica y en Asia, del cooperativismo libre, de la reforma agraria y de las cooperativas de explotación en común, y de las haciendas colectivas, en un resumen sinóptico de este tipo de instituciones democráticas encaminadas a beneficiar al hombre y al embellecimiento espiritual de la humanidad.

CAMPIO CARPIO

STEFAN BACIU : Cortina de ferro sôbre Cuba

En inobjetable presentación, Stefan Baciu, escritor rumano radicado en el Brasil, que anteriormente dio a la estampa estudios tan profundos como *Un continente en busca de una doctrina,* con prefacio de Picón Salas, *Ideas y partidos políticos en la Argentina* y *América Latina-Estados Unidos 1961* (*De la « buena vecindad » al « Plan Kennedy »*), nos entrega ahora *Cortina de ferro sôbre Cuba* (Río de Janeiro, 1961), para hacer conocer al mundo latino esa serie de problemas encadenados que ha creado la revolución cubana.

El autor de este trabajo, que ha tenido a su cargo la sección de política internacional en el diario carioca *Tribuna da Imprensa,* ha podido seguir con detalle todas las alternativas del desarrollo de este fenómeno singular que ha trastrocado el andamiaje de la política continental. En varios capítulos de enfoque directo se refiere a la posición de la revolución desvirtuada, al desenvolvimiento del partido comunista cubano, a la política gubernamental con su reforma agraria, al ataque contra la Iglesia, la prensa, la justicia, la enseñanza y la « exportación de la revolución », con la estrategia de la libertad a base de pólvora y cohetes teledirigidos.

Stefan Baciu estuvo en Cuba a principios de 1959, con pasaporte extendido por disposición de Camilo Cienfuegos, el jefe revolucionario más auténtico del movimiento y que, por esa y otras circunstancias, tuvo un fin no muy claro. Habló con las figuras más representativas de este acontecimiento americano, y por eso fija su posición con respecto a la política que en los últimos meses acarreó un vuelco decidido a favor del comunismo internacional. El autor expone con lujo de pormenores la influencia que ese movimiento ha adquirido en los últimos años en toda América, bien o mal asistido por hombres del fuste de Lázaro Cárdenas, Lombardo Toledano, y el grueso de la muralla comunista cuyos nombres todos conocemos por ocupar las planas de los diarios.

En un panorama casi cinematográfico, Stefan Baciu nos pasea a través de ese territorio convulsionado, en una carrera de hombres, de acciones y sucesiones, violencias y fusilamientos como no se recuerda desde hace muchos años en la ubérrima tierra caliente de la « Perla de las Antillas », que dio vida y martirio a José Martí y a cuantos amigos tenemos allí hoy, esperando que la libertad diga su última palabra.

C. C.

CARLOS M. RAMA : Itinerario español

Los viajeros que después de haber deambulado por España han publicado sus impresiones deben de formar ya legión. Se tiene la impresión, a este respecto, que todo extranjero que recorre las diversas regiones españolas se siente moralmente obligado a convertirse en un cronista más. Con mayor razón, claro está, si el viajero es un hispanoamericano, puesto que entonces los lazos con España —idiomáticos y otros— son innegables. Nos lo recuerda el autor de este *Itinerario Español* (Editorial Nova, Buenos Aires, 1961), el profesor uruguayo Carlos M. Rama : « El iberoamericano que viaja por España tiene por uno de sus nortes —por explícito ya inspirado, aunque siempre potente—, el encontrarse con su actitud vital. »

Las impresiones de Rama no serán imparciales en el lato sentido de la palabra ; pero sí son fríamente objetivas. Con los ojos bien abiertos ha sabido mirar la cruda realidad española, com-

puesta de elementos harto dispares y hasta en ocasiones desconcertantes para quienes se empeñan en aplicar a España conceptos que le son extraños. El autor de *Itinerario Español* no ha caído en esa trampa. En él ha predominado en todo instante el observador atento, incluso el sociólogo, sobre el simple turista que se deja cegar por un pintoresquismo rebosante de color. Por ello nos muestra no sólo el paisaje, sino asimismo y sobre todo los hombres, sus formas de vida, sus necesidades...

Y tras un atento recorrido, el autor se va de España. « Pero es difícil dejarla, mejor dicho: imposible. Se gana adentro del viajero, se hace lugar en su vida y obliga a vivirla de algún modo diariamente. Con España vamos. »

I. I.

RODOLFO J. WALSH : Antología del cuento extraño

Con el natural retraso que produce la incomunicación americana tantas veces aludida, nos ha llegado este bello volumen impreso en Buenos Aires. Walsh es un periodista argentino que trabajó, momentáneamente, para *Prensa Latina* en La Habana. Reune a 49 autores mundiales de cuentos fantásticos. Algunos presuntos cuentos, por breves, son sólo notas, para escribir el relato respectivo. Esta mala práctica viene arrastrándose desde la *Antología fantástica* de Borges, publicada en 1942, en Argentina. Sólo sobresalen por inclusión de relatos de verdadera calidad : Oscar Cerruto, Julio Garmendía, Don Juan Manuel, D. H. Lawrence, Leopoldo Lugones, Maupassant, Nerval, Ricardo Palma, Poe, J.F. Sullivan, Tolstoi, Villiers de l'Isle Adam. Como puede apreciarse, según nuestro juicio, los aciertos no pasan del 24 por ciento y se ha perdido bastante papel. Es doloroso comprobar que obras escritas con tanta claridad como los cuentos, resulten, para la mayoría de las personas poco avezadas en el oficio de leer y juzgar, tan difíciles de valorar y se dejen seducir los lectores por textos mediocres, mal planeados y hasta sumamente aburridos...

A. DE U.

CLEMENTE AIRO : Nueve estampas de Alucinado

Airó ha denominado sus cuentos « estampas », al tratar de huir de los moldes tradicionales. Es la segunda edición de *Cardos como flores*, el título primitivo, y alcanza a 109 páginas. « Un hombre en la orilla », « El hechizado », y « Antes de la entrega » han tenido bastante difusión. Clemente Airó, conjuntamente con Carlos Delgado Nieto, ha procurado renovar el cuento en Colombia, sin percatarse plenamente de que es un género reacio a innovaciones formales, pero que sí las admite de fondo, hasta un grado increíble. Es la influencia de la gran poesía lírica del siglo XX y su prestigio indudable, lo que ha llevado a chamuscar otros géneros. Aunque se trate de un suceso extraño, pues esa poesía ha estado —por lo general— fuera de la oferta y la demanda artística : sin editores ni lectores, en cantidades visibles. Todas estas experiencias mueven a un replanteo, tanto del cuento como de otros géneros literarios. Es una tarea urgente para Latinoamérica y el mundo hispano en general. Los mejores éxitos de Airó se producen cuando está en situación de encajar en las normas esenciales del cuento.

A. DE U.

ANA ROSA NUÑEZ : Gabriela Mistral, Amor que hirió...

Hace dos años publicó Ana Rosa Núñez su cuaderno lírico *Un día en el verso 59*. Dijimos entonces que aquel libro editado en La Habana mostraba una cristalería de poesía tridimensional, como si el verso pudiera mirarse de frente y de perfil. Con el cuaderno de ahora, editado también en La Habana por las ediciones Atabex, Ana Rosa Núñez se interna en una poesía que pudiera calificarse de lirismo de glosa o diálogo, puesto que unos versos de Gabriela Mistral le dan pie para el coloquio lírico. Es un homenaje donde Ana Rosa Núñez se acerca al tono de Gabriela, a ese lirismo como de hueso y flor, como de raíz y fruto de apretada esencia, para celebrar mejor a la dolorosa peregrina del Sur. Gabriela Mistral amó y cantó a las Antillas, celebró en prosa iluminadora la luz humana de Martí, y ahora es una hija de aquella isla quien rinde homenaje a la que tanto amó en vida las patrias antillanas. Esta alabanza entrañable a Gabriela Mistral lleva su honra en el hecho mismo de honrar a una voz tan entrañable y de tan inconfundible y creadora americanidad.

Ana Rosa Núñez se acerca a su homenajeada con el verso ceñido, escueto, puro. « Amar es morir... ». La síntesis emotiva, tan característica en la autora de *Gabriela Mistral, Amor que hirió...*, le inspira versos como « *En los caminos / y en los gritos : / Sombras y pinos* », donde los paisajes externos e internos parecen complementarse. « *El pie rural / ligero de cenizas* »... « *El pie sobre el mar, / el cuerpo en el pasado* »... « *Y quedó la barca / con el Vértice ensangrentado —, / para con sus lágrimas, / lavar la sangre / y la hiel en el mar.* » Gabriela Mistral está sin duda aquí, y también está en ella la voz lírica, tan personal, del fino homenaje.

A. B. F.

revistas

Italia

MAS LENTA durante el verano, la actividad editorial suele acentuar generalmente en esa época del año su inevitable retraso respecto a la actualidad. Aun así, en *Il Mulino* (agosto), el líder de los federalistas europeos, A. Spinelli, se decide a sugerir una solución práctica al problema de Berlín : reconocimiento de la R.D.A. y de la frontera Oder-Neisse, a cambio del respeto al *statu quo* en Berlín-Oeste. Solución ventajosa para los dos campos, pero que de todos modos plantearía a cada uno de ellos temibles problemas. El compromiso sólo será posible « si las dos partes saben considerarle como un primer paso hacia una competición pacífica, en la que tanto los demócratas como los comunistas habrán de dar antes que nada pruebas de que son capaces de crear un orden vital y sano para los pueblos que gobiernan ».

La tesis de Spinelli se halla bastante próxima de la expuesta por H.J. Morgenthau, uno de los consejeros del Presidente Kennedy, en el informe introductorio del coloquio internacional sobre « La política internacional de los Estados Unidos y las responsabilidades de Europa » organizado por los « Amigos de *Il Mulino* » el pasado mes de abril. En *Il Paradosso* (nº 26, de julio), revista milanesa que anima un equipo de antiguos militantes de los partidos marxistas que buscan soluciones realistas a los nuevos problemas sociales y políticos planteados por la industrialización, V. Tomeo subraya la lucidez y la objetividad del análisis del informe Morgenthau relativo a la acción y a las posiciones norteamericanas y destaca una de las conclusiones capitales del debate : « el sentimiento, muy extendido, del grave handicap que constituye el hecho de que grandes masas de individuos sean mantenidas al margen de la comunidad política y de que sus aspiraciones y sus facultades no sean jamás utilizadas sino rechazadas por la sociedad. ¿Cómo reclamar en estas condiciones una defensa de Occidente, una participación consciente en los valores que expresa? Y esto no reza sólo con los países de la comunidad atlántica, sino también con los del « tercer mundo », que tienden cada vez más a considerar la democracia como un privilegio de los *beati possidentes* ».

En *Comunità* (julio), E. Fermi, cuyos trabajos sobre la política del Vaticano en América Latina ya hemos citado en otra ocasión, estudia más particularmente los esfuerzos de la Iglesia para consolidar su influencia en Santo Domingo y, con el fin de responder a los deseos de las masas y ganarse sus favores, tratar de moderar los extravíos del régimen trujillista. Esfuerzos por lo demás torpes y desafortunados, que tras la desaparición del dictador dejan a la Iglesia en una situación equívoca y sumamente peligrosa. Pues como observa justamente nuestro colaborador Víctor Alba en *Critica Sociale* (20 de agosto-5 de septiembre), la vieja revista socialista milanesa fundada por F. Turati, la revolución que está llamando a las puertas de América Latina se debe « sobre todo a las clases medias que acaban de nacer en ciertos países y que en otros están siendo reforzadas por el impulso de la industrialización que siguió al final de la segunda guerra mundial ». Esencialmente práctica y utilitaria, la clase media latinoamericana, en la que la ideología sólo ejerce un papel de incentivo, puede lo mismo sufrir la influencia del « castrismo » que de cualquier otro movimiento reformador de carácter autoritario. De ahí la necesidad de la intervención de fuerzas moderadoras que tiendan a salvaguardar toda posibilidad de desarrollo democrático. El artículo de Víctor Alba resulta sobre todo valioso porque constituye un análisis penetrante de la situación de los indios en los diversos países latinoamericanos. Junto con los mestizos, estos indios representan largamente una mitad del campesinado, que los comunistas se esfuerzan por movilizar gracias a una propaganda que, entre otras cosas, exalta las viejas civilizaciones precolombinas, llegando incluso a recurrir a una especie de racismo a contrapelo. De todos mo-

dos, al movimiento obrero correspondería hacer de modo que el indígena consiga insertarse en la vida moderna. « Empresa inmensa que exige una profunda renovación del sindicalismo, un repensamiento total de sus tareas. Pero ninguna emancipación es posible sin la emancipación de los indios ». Dicho de otro modo, el indio ha de poder integrarse en la sociedad como individuo y no en calidad de indígena, lo que nos lleva de nuevo al problema fundamental del aumento general del nivel de vida. Problema difícil, nos dice el autor, si no por lo que respecta a las condiciones políticas y económicas, « que parecen favorables a una evolución hacia una fase transitoria del capitalismo controlado, en todo caso en lo que concierne a las posibilidades de establecer una sociedad capitalista... que sea menos uniforme, mecanizada, sin alma, gregaria y aburrida ».

Considerada desde este punto de vista, la cuestión resulta sumamente compleja. De todos modos, no cabe duda de que hay que comenzar por abordar el aspecto económico de la misma. Y esto es lo que han hecho los Estados Unidos al proyectar una ayuda cuantiosa al conjunto de los países de América Latina, proyecto que la administración Kennedy acaba de lanzar con el nombre de « Alianza para el Progreso ». En *Il Mulino*, ya citado, A.O. Hirschman analiza las modalidades y las dificultades del proyecto norteamericano, mientras que en la revista del social-progresista Lelio Basso, *Problemi del Socialismo* (julio), S. De Santis no oculta su escepticismo : « Para el gobierno de Washington, se trata, pues, prácticamente de declarar una verdadera guerra económica a los *trusts* norteamericanos y a las diferentes oligarquías sudamericanas prosiguiendo al mismo tiempo una política de acercamiento efectivo con respecto a las masas de América Latina : lo que supondría no sólo renegar de un siglo de diplomacia del dólar, sino incluso abandonar el estado de espíritu capitalista-burgués ».

El 25 aniversario de la guerra civil española, a la que el antifascismo italiano aportó una contribución no desdeñable, se conmemora por buen número de revistas de izquierda y de extrema izquierda : *Critica Sociale* ; la revista anarquista *Volontà* (agosto-septiembre), fundada por la viuda de Camillo Berneri, valeroso combatiente asesinado por los comunistas ; la revista comunista *Il Contemporaneo* (nº especial de julio-agosto), en la que, al lado de los textos habituales de pura propaganda, se reproducen diferentes escritos, en especial de Antonio Machado y de otros poetas españoles contemporáneos. Por lo demás, la iniciativa no tiene nada de original, puesto que desde hace algún tiempo los poetas y escritores españoles, o de lengua española. disfrutan en los medios literarios italianos de un favor merecido. En un nuevo, y voluminoso, *Tempo di Letteratura* (verano de 1961), G. Vitiello presenta tres poesías del madrileño José Antonio Novais : « El pasaporte », « A la muerte de mi amigo Lucas » y « Yo tengo miedo » ; mientras que un número también reciente de *Poesia e Critica* (junio), que aparece en Milán, publica, presentado y traducido por A. Repetto, un curioso y nostálgico poema autobiográfico de Jaime Gil de Biedma : « Las afueras ». *Tempo Presente* (julio) reproduce tres cortas obras del poeta brasileño Murilo Mendes : « O Navio Fantasma », « Revelaçao » y « Poema de Além-Túmulo ».

P. B.

Colaboradores

- HOMERO ICAZA SANCHEZ, poeta panameño (1925) residente en el Brasil, es partidario de una poesía de contenido social. Su último libro se titula *Poemas para cuerdas*.
- T. LYNN SMITH, una de las máximas autoridades en sociología rural, asesor de varios gobiernos en asuntos referentes al campo y profesor de la materia en la Universidad de Florida. Es autor de *The Sociology of Rural Life*, y de otras obras de gran interés.
- JAMES MORRIS, joven periodista inglés, colaborador del *Guardian* y autor de varios libros sobre Oriente Medio e Italia. Acaba de hacer un viaje por Hispanoamérica.
- VICTORIA OCAMPO es una de las más sobresalientes figuras de la intelectualidad hispanoamericana. Fundó en 1931 la revista *Sur*, que no ha dejado de dirigir desde entonces. Es autora de numerosos libros ; el último se refiere a sus recuerdos de Rabindranath Tagore.
- DOMINGO PEREZ MINIK, crítico español siempre al corriente de las inquietudes literarias y artísticas de nuestro tiempo. Es autor de las obras siguientes : *Antología de la poesía canaria, Debates sobre el teatro español contemporáneo* y *Novelistas españoles de los siglos XIX y XX*.
- ARTURO SERRANO PLAJA, que venía colaborando asiduamente en *Cuadernos* con su « Balcón de París », se ha visto obligado a ausentarse por haber sido nombrado profesor de literatura española en la Universidad de Wisconsin (Estados Unidos). A partir de este mismo número se hace cargo de dicha sección nuestro colaborador DAMIAN CARLOS BAYON, distinguido escritor argentino con residencia en París.

BIBLIOTECA « CUADERNOS »

Todo suscriptor a Cuadernos *que nos envíe el nombre y dirección* **de un nuevo suscriptor** *incluyendo el importe de la suscripción, recibirá gratuitamente uno de los volúmenes siguientes :*

GERMAN ARCINIEGAS : En medio del camino de la vida.
GERMAN ARCINIEGAS : América, tierra firme.
ROBERTO F. GIUSTI : Poetas de América.
MIGUEL DE UNAMUNO : Mi vida y otros recuerdos personales (I).
MIGUEL DE UNAMUNO : Mi vida y otros recuerdos personales (II).
JOSÉ EUSTASIO RIVERA : La vorágine.
RICARDO ROJAS : Blasón de plata.
RICARDO GUIRALDES : Don Segundo Sombra.
JOSÉ FERRATER MORA : Unamuno (Bosquejo de una filosofía).
VICTORIA OCAMPO : El viajero y una de sus sombras.
JORGE MAÑACH : Examen del quijotismo.
JORGE MAÑACH : Visitas españolas (Lugares. Personas).
PIO BAROJA : Tríptico.
E. CASTRO DELGADO : Hombres made in Moscú.
LIBRO BLANCO : El Tibet y el nuevo imperialismo chino.
J. ORTEGA Y GASSET : La rebelión de las masas.
J. ORTEGA Y GASSET : España invertebrada.
CAMILO JOSE CELA : Mis páginas preferidas.
PEDRO LAIN ENTRALGO : Mis páginas preferidas.
JOSE MARIA CASTELLET : Veinte años de poesía española.
JUAN MARICHAL : La voluntad de estilo.
VICTOR ALBA : Historia de la segunda República española.
ALBERTO BAEZA FLORES : Las cadenas vienen de lejos.
FRANCISCO FERNANDEZ-SANTOS : El hombre y su historia.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Ruégole me suscriba a Cuadernos (1) { *por un año* (12 *núms.*) / *por* 6 *meses* (6 *núms.*) } *a partir del nº* .....

a cuyo efecto le envío la cantidad de (1) ..... *mediante cheque bancario, por giro internacional o giro postal a* Cuadernos, 18, *Avenue de l'Opéra, Paris* (1er), *C.C.P. Paris* 9992-63, *o en moneda nacional a su corresponsal.*

NOMBRE COMPLETO .....

DOMICILIO .....

LOCALIDAD .....

FECHA .....

Francia	*Otros países europeos*	*América del Norte*	*América Latina :*
1 año : 25 NF 6 meses : 13 NF	1 año : 28 NF 6 meses : 15 NF	1 año : 5 $ USA 6 meses : 2,75 $ USA	Informarse cerca del corresponsal de cada país.

(1) Rayar las menciones inútiles.

B.D.I.C

CUADERNOS

Revista Mensual
18, Avenue de l'Opéra, Paris 1er (Francia).Tel. : OPE. 44-88.

SUSCRIPCIONES

Francia	*Otros países europeos*	*América del Norte*	*América Latina*
1 año : 25 NF	1 año : 28 NF	1 año : 5 $ USA	Informarse cerca del co-
6 meses : 13 NF	6 meses : 15 NF	6 meses : 2,75 $ USA	rresponsal de cada país.

CORRESPONSALES

ALEMANIA
BERLIN-Dahlem, Schorlemerallee 28, Kongress für Freiheit der Kultur.

ARGENTINA
BUENOS AIRES, Central Distribuidora de *Cuadernos*, Libertad 1258, T.E. 42-7195. Suscripciones : Libertad 1258 y Librería Madrid, Bmé Mitre 950, T.E. 35-6751.

AUSTRIA
WIEN VII, « Forum », Museumstrasse, 55 (C.P. 151.804).

BELGICA
BRUXELLES, Agence et Messageries de la Presse, 14-22, rue du Persil (C.C.P. 416-69).

BOLIVIA
COCHABAMBA, Los Amigos del Libro, Calle Perú, esq. España (distribuidora).
LA PAZ, Gisbert y Cía., Calle Comercio 125 - Librería Selecciones, Av. Camacho 369 - Universal Bookstore, Mercado 68. Suscripciones : Universal Bookstore, Mercado 68.

BRASIL
RIO DE JANEIRO, Hachette, 299 Avenida de Erasmo Braga, 3º andar.

CHILE
SANTIAGO, Sr. Stumpf, Librería Internacional, Casilla 9509 (distribuidora) - Editorial del Pacífico, Calle Ahumada 57. Suscripciones : Agustinas 1022, of. 324 A, Sala de la Libertad.

COLOMBIA
BOGOTA, Vicens, Mestre y Cia., Ltda., Av. Jiménez de Quesada 8-60, of. 503 (distribuidora) - Librería Central, Carrera 6a. BARRANQUILLA, Librería Nacional Ltda., Carrera 43, nº 36-30. CUCUTA, Librería Zig-Zag, Calle 11, nº 4-20. POPAYAN. Instituto del Libro, Calle 5 A, nº 5-08.

COSTA RICA
SAN JOSE, Librería Montserrat, Apartado 2465.

DINAMARCA
COPENHAGUE M. Schleimann, 17 Islands Brygge.

ECUADOR
QUITO, Su Librería, Plaza Independencia (distribuidora) - Agencia General de Publicaciones, Mejía 446.

ESTADOS UNIDOS
NUEVA YORK 11, Las Américas Publishing Company, 249 West 13th Street - Roig Spanish Books, 576 6th Avenue.

FILIPINAS
QUEZON CITY, M. Francisco Sionil José, 108 C Santol Sta. Mesa.

GUATEMALA
GUATEMALA, Librería Feria del Libro, 6 a, av. 15-65.

HAITI
PORT-AU-PRINCE, Librairie Auguste, P.O. B. 594.

HOLANDA
LA HAYA, Martinus Nijhoff, Lange Voorhout 9.

INGLATERRA
LONDRES S.W.1, « Encounter », Panton House 25 Haymarket.

ISRAEL
TEL AVIV, Bronfman's Agency, P.O.P. 1109, 2, Zlenov Street.

ITALIA
ROMA, Associazione italiana per la Libertá della Cultura, Via Giuseppe Pisanelli 2 (C.C.P. 1-8363).

MARRUECOS
CASABLANCA, Sochepresse, 1, Place de Bandoeng.

MEXICO
MEXICO 17 D.F., DIMSA, Calle Mariano Escobedo, 218.

PANAMA
PANAMA, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza Arango (distribuidora) - Librería Ibero-Americana, Av. B 32.

PARAGUAY
ASUNCION, Mares e hijos, S. en C., Calle Estrella 430-438.

PERU
LIMA, The University Society Peruana S.A., Unión 860 (distribuidora) - Distribuidora de Revistas Inca, Puna 264. Suscripciones : Av. Piérola 530, of. 206, Asociación Peruana por la Libertad de la Cultura.

PORTUGAL
LISBOA, Agencia Internacional de Livraria e Publicaçoes, apartado 2373.

PUERTO RICO
RIO PIEDRAS, Librería Universidad de Puerto Rico, Apartado 2102.

REPUBLICA DOMINICANA
CIUDAD TRUJILLO, Librería Amengual, El Conde, nº 49.

SUIZA
GINEBRA, Naville et Cie, 5-7 rue Lévrier (C.C.P. 1-116).

TURQUIA
ESTAMBUL, A. Mazarakis and Cº Istiklal Caddesi Kumbaraci, Yokusu Estambul 132/1.

URUGUAY
MONTEVIDEO, Distribuidora Uruguaya de Diarios y Revistas, Calle Ciudadela 1424 (distribuidora).

VENEZUELA
CARACAS, Distribuciones EDIME, Avenida Urdaneta, de Ibarras a Pelota, Edif. Caoma, sótano (distribuidora).